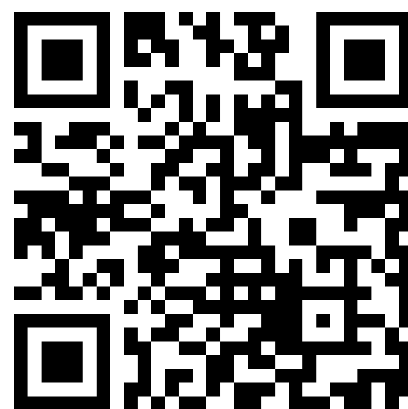
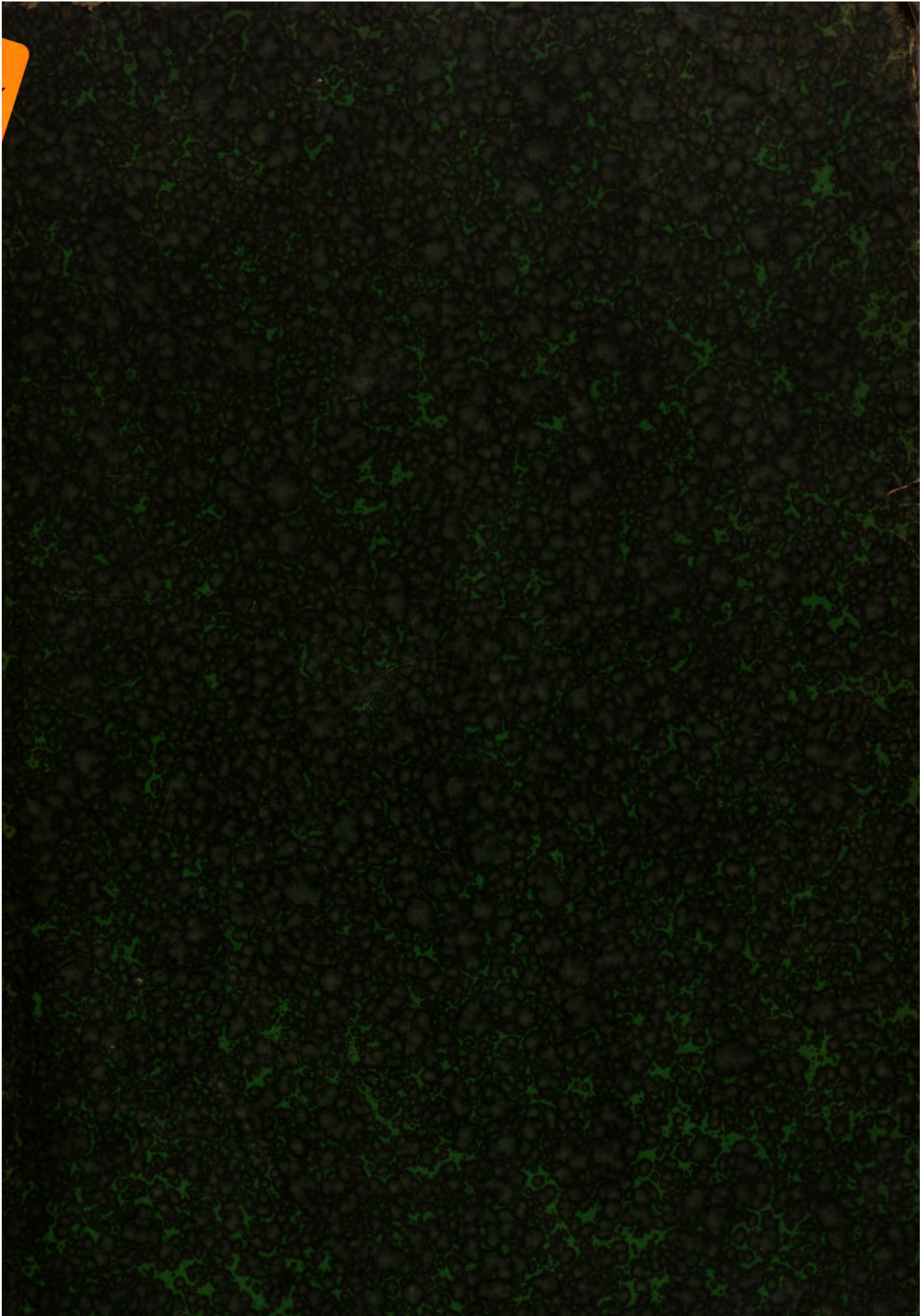





LA ILUSTRACION
ESPAÑOLA
Y
AMERICANA.
1894-2°.
E. Rosales
SEVERINI

LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA.

REVISTA DE BELLAS ARTES Y ACTUALIDADES

FUNDADA

POR EL EXCMO. SR. D. ABELARDO DE CARLOS.

AÑO XXXVIII.

ÍNDICE DE LOS GRABADOS CONTENIDOS EN EL TOMO LVIII.

(SEGUNDO SEMESTRE DE 1894.)

BELLAS ARTES.

Cuadros, estatuas, monumentos, etc.

RETRATOS.

LA GUERRA ENTRE CHINA Y EL JAPÓN.

Vistas, tipos, costumbres y ejércitos de mar y tierra de las naciones beligerantes y de Corea.

ACTUALIDADES, ALEGORÍAS,

TIPOS, VISTAS, ETC.

REVISTA EXTRANJERA ILUSTRADA.

ÍNDICE DE LOS ARTÍCULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXVIII.—NÚM. XXV.

ADMINISTRACIÓN: ALCALÁ, 23.

Madrid, 8 de Julio de 1894.

PRECIOS DE SUSCRIPCION, PAGADEROS EN ORO.	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia	60 francos.	35 francos.



MR. CASIMIRO PERIER,
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA FRANCESA.

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

Terminó con los magníficos funerales de Monsieur Sadi Carnot la historia de su presidencia de la República francesa, y empezó la de Mr. Casimiro Perier con su Mensaje á las Cámaras de Francia. Sólo nos haremos cargo en aquel documento histórico de la indicación hecha por el nuevo Presidente, contraria á su reelección cuando expire el término legal de su mandato. Lejano está ese término todavía; pertenece á la historia del siglo XX, y no es posible conjeturar desde tan lejos, para el caso en que Mr. Perier concluya felizmente los siete años de su presidencia, si sus ideas sufrirán modificación, ó habrán variado las circunstancias que hoy le aconsejan declarar su deseo de que no se prolongue su magistratura. Ésta ha empezado bien, haciendo buen efecto los primeros actos personales de Mr. Perier, en especial su presentación á pie y en público, á raíz del asesinato de su antecesor; tanteo discreto para conocer el estado de la opinión, pero del cual no puede abusarse en París y en estos tiempos.

°°°

Si en la Crónica anterior nos faltaba espacio para referir todo lo que exigía nuestra atención, á ella pertenecía en rigor el discurso acerca de la opinión pública pronunciado en el Ateneo por el Sr. Cánovas del Castillo, y merecía, por la representación del conferenciante y el interés que despiertan siempre sus discursos, ver si se podrían hacer aplicaciones concretas á las cosas del día de sus palabras y conceptos. Pero el Sr. Cánovas del Castillo se mantuvo en la esfera especulativa, que no permite sin violencia sacar sustancia de actualidad de lo que se refiere á todos los tiempos. Sólo diremos que nos pareció digna de su talento la distinción que hizo entre la conciencia nacional y la opinión pública, aquélla permanente, ésta variable; fundada la primera en la experiencia de los siglos y las lecciones de la historia patria, ó sea el estudio del choque de los hechos con el carácter y los sentimientos nacionales, y efímera y fugaz la otra, como inspirada á veces en las necesidades del momento, en las preocupaciones de la moda en el pensar y en los errores aun no rectificados por el tiempo, sin negar que contenga á veces clarividencias prodigiosas y tenga un carácter más imperioso y ejecutivo en muchas circunstancias.

El mismo Ateneo ha dado posesión de su presidencia en estos días á D. Segismundo Moret y Prendergast, actual ministro de Estado, que sucede en aquel puesto al sabio catedrático D. Gumersindo Azcárate: la diferencia de ideas y opiniones de los tres hombres públicos citados, y que han obtenido los tres el alto puesto intelectual de la presidencia del Ateneo, es una prueba de la tolerancia política que ha reemplazado hace tiempo en aquella corporación científica y literaria á las luchas y divisiones de otros tiempos: el Ateneo no rechaza ninguna opinión, y se ha colocado muy por encima de ese sentimiento vulgar llamado espíritu de oposición, que consiste en negar á las eminencias del país su altura de entendimiento, cuando forman parte del Gobierno; sólo exige los grandes prestigios de la ilustración y la palabra á sus presidentes, que tanto resplandecen en los Sres. Cánovas del Castillo, Azcárate y Moret.

°°°

Aunque ha empezado la dispersión anual del veraneo, este año se retrasa la de los elementos oficiales. Cuestiones pendientes de la mayor importancia aconsejan que las Cortes continúen sus tareas; los calores sofocantes de estos días hacen pensar á los políticos en las playas frescas de nuestro litoral. ¿Quién vencerá? ¿El cuidado de los intereses públicos, ó el de la salud de los cuerpos quebrantados? En rigor, si hay quebranto en los dignos individuos de las Cámaras, no debe achacarse á exceso de trabajo, y puede sostenerse sin exageración que las vacaciones empezaron hace muchos días. Son éstas más frecuentes de lo que parece entre nosotros; unas voluntarias, otras forzosas; y no es lo peor que muchos no trabajen, sino que éstos se ocupen en impedir que lo hagan los demás. Nada más fácil y práctico que la ociosidad en nuestra tierra, ni más difícil que hacer algo: hasta la legislación dificulta el ejercicio de toda actividad. No en verano, en todo tiempo deberíamos agruparnos los españoles en torno de las playas, para mirar el cielo y el agua, única tarea no expuesta á vejaciones.

°°°

Anteayer recibió sepultura en el cementerio de San Justo el Sr. D. Santos de la Hoz, uno de los individuos más influyentes del partido zorrillista: fué uno de los sacerdotes que en el período revolucionario abrazaron las ideas avanzadas, cambiando su tranquilo ministerio por las agitaciones de la política, si bien sin abandonar la fe católica, como lo ha probado en su última enfermedad recibiendo los santos sacramentos y muriendo, por consiguiente, en el seno de la Iglesia. El partido republicano asistió á su entierro, presidiendo el duelo los Sres. La Hoz (D. Agustín), Salmerón, Hidalgo Saavedra, Llano y Persi, Morayta, Rispa, González Serrano, Menéndez Vega y el párroco de San Sebastián. Entre la concurrencia vimos personas que no tenían nada de republicanos y rendían el último tributo de consideración al amigo particular y adversario político, pues la muerte termina todas las diferencias de la vida y reconcilia á todos.

°°°

Sr. D. Antonio Sánchez Pérez.

Tu novela *Entre muertos y vivos* tenía para mí el aliciente de la curiosidad: era la obra de un antiguo amigo de ideas contrarias á las mías en lo político, cuando me ocupaba de esas cosas en que malgasté los mejores años de mi vida: en cambio había coincidido conmigo en muchas cuestiones literarias. Tu merecida reputación y tu gran crédito como escritor y crítico daban importancia á la nueva evolución de tu talento, al arrostrar las dificultades de un género nuevo para ti: el de la novela de grandes dimensiones. Cavia te elogiaba, al mismo tiempo que tronaba contra los viejos, pidiendo su jubilación sin derechos pasivos, ni siquiera una plaza entre los inválidos del trabajo. Dios se lo pague. Pudo haber pedido la resurrección de las costumbres de algunos pueblos antiguos, que no esperaban siquiera la muerte de los viejos, sino que los sacrificaban cariñosamente á cierta edad. Leí tu novela, y reconozco que está escrita como sabes hacerlo; que tiene interés la acción y tipos bien estudiados; pero no puedo prescindir de su intención, que me parece deplorable. Y como en las obras literarias no se puede prescindir del fondo por la forma sino con muchas salvedades, yo, que leo sin asustarme muchas obras de ideas totalmente opuestas á las mías, me revuelvo contra el pensamiento del autor cuando no corresponde ni á mis sentimientos ni á lo que esperaba de los suyos. Si tu novela hubiera sido un atrevimiento de librepensador, no me hubiera sorprendido; pero si el encontrarme con un libro de suave propaganda protestante, que será siempre en España antipática y poco popular. La verdad: nunca pude figurármete cantando salmos en una iglesia reformista; y como, si no has tenido esa intención, me resulta de la lectura de tu obra, de aquí que todo el mérito que, prescindiendo de ese carácter místico anglicano, halle en tu novela, mirando sólo á la obra literaria, tenga que contrapesarse con sus condiciones religiosas. En el siglo XVI te hubieran quemado por escribir esa novela, ó hubieras salido á la Plaza Mayor con coroza y sambenito. Te felicito porque has tenido la gran suerte de nacer en estos tiempos.

°°°

Se habla de las costumbres de algunos pueblos antiguos que hacían un festín con el cuerpo de los viejos, cuando llegaban á cierta edad avanzada.

—Lo que más me hace pensar—dice una señorita—es de qué fórmula se valdría la familia para dar la noticia al padre ó al abuelo.

—Es cosa muy sencilla—responde su hermano, que todo lo sabe, porque es ya bachiller;—le dirían: «Abuelito, ya está usted hecho una cecina; ¿qué día quiere usted que nos le comamos?»

—¿Y cómo se extinguiría esa costumbre?

—Muy fácilmente: extinguiendo los padres la generación que había de comérselos. Imitaron el ejemplo de Saturno, que se tragaba sus hijos al nacer.

°°°

Escribíamos nuestra crónica, tranquila y pacíficamente, sin ningún asunto terrorífico de esos que tan á menudo anuncia el telégrafo desde que unió á los pueblos con su red, cuando amén de una catástrofe en la vía férrea de Bilbao á Lezama, leemos en los periódicos los incendios y luchas de Chicago.

Sería inútil y expuesto citar hechos fundados en las primeras referencias telegráficas, sobre todo viniendo de América, pues nada más confuso y sospechoso que los telegramas de los Estados Unidos.

Sea de ello lo que quiera, debe ser muy triste el fondo de verdad que contengan esos partes.

Una vez más corre la sangre humana por una de esas luchas de la miseria contra el capital: luchas gravísimas y de difícil resolución.

La alarma que los primeros partes produjeron fué extremada. Decían así: «Los anarquistas se han apoderado de Chicago.» Nada de lo que se leía después en el parte correspondía á ese título tremendo: porque sabiendo cómo las gastan los señores anarquistas, lo extraño era que una vez en posesión de Chicago hubieran dejado piedra sobre piedra.

Había la mayor de las tristes sorpresas en el título puesto en la prensa al parte telegráfico.

¿Qué? ¿Los anarquistas tenían número suficiente para apoderarse de una capital?

Todavía quedaba la principal y más legítima esperanza: el anarquismo colectivo no podía ser el que sólo conocemos por los crímenes que comete por medio de los explosivos y últimamente del puñal.

No: entre los hombres habrá siempre asesinos y fieras, pero el hombre no es por naturaleza fiera, incendiario ni asesino.

La anarquía en ideal será espantable como todo monstruo desconocido al que no podemos atribuir imaginariamente forma determinada. Pero una vez puesta en funciones, tendría que adoptar la forma humana de un gobierno malo.

Es decir, una organización rudimentaria para ligar de algún modo á los hombres nacidos en una civilización exigente y descontentadiza.

Los antecedentes que teníamos de haber surgido una huelga de empleados de ferrocarriles y mineros, nos hacen creer que se trata de las complicaciones sobrevenidas á consecuencia del conflicto.

Se trataba del derecho de un fabricante que no quería ceder de ese derecho.

Había enfrente una asociación de obreros despedidos en masa, á consecuencia del derecho á que nos referimos. El primero no quería ceder y se temía la lucha: por lo visto ocurrió, y el telégrafo nos refiere los episodios más terribles de esa guerra.

No creemos que se trate de un hecho anarquista, aunque es posible que esa minoría social y ruidosa haya aprovechado el conflicto para hacer alguna de las suyas.

Pero de estas desgracias deben sacar los gobiernos y los partidos una gran lección. La legislación no ha sufrido la reforma suficiente para la transformación industrial que se ha verificado hace medio siglo.

Hay que tender en ella á dificultar á los particulares y las empresas el uso de un excesivo poder, capaz de producir estos conflictos colectivos.

Contra el derecho particular que abusa, en perjuicio evidente de la colectividad, debe haber un derecho público que le limite y contradiga, evitando el hecho doloroso y frecuente de la insurrección y de la guerra.

No es posible improvisar en estos momentos una teoría, ni recordar las que haya hechas para resolver este problema.

Sólo sabemos que por una cuestión de ochavos despreciable en su origen, se ha dado ocasión á un semillero de males y á pérdidas infinitamente superiores á las que en el origen se trataron de evitar. Hay en todo ello algo de irracional y monstruoso: la obligación que se ha impuesto el Estado de defender con todas sus fuerzas, tribunales y policía ese mísero derecho primitivo que tal vez esté basado en un engaño. Sí; sucede muchas veces que una firma arrancada astutamente por un bribón, es el origen de un derecho respetabilísimo.....

Faltan en esta sociedad investigadores morales que vigilen, no ya á los bribones conocidos, sino á las personas á quienes la ley ha de amparar.....

Pero ¿qué decimos? ¿Tendremos sin quererlo gérmenes disolventes en la imaginación, ó influirán en nosotros los efluvios eléctricos que llegan de Chicago?

No: nosotros sólo nos ocupamos de lo moral, no de los intereses materiales; decimos que aquello está sobre esto, y el desequilibrio social que produce estos conflictos es por desconocerse esa verdad.

Hemos destruído la sociedad antigua, y no hemos sabido preparar la sociedad del porvenir. Hemos destruído toda la base moral y religiosa de la organización social, y cada estrépito que se oye en cualquier país nos parece el ruido de la sociedad que se derrumba, porque tenemos la conciencia de su falta de estabilidad.

Pero los pueblos se reforman: no mueren de esas muertes violentas; sufren enfermedades.

El anarquismo no es sino una enfermedad del pensamiento, muy pasajera, como todas las agudas. Ahora sí: puede en uno de sus arrebatos hacer los daños que haría un loco suelto.

JOSÉ FERNÁDEZ BREMÓN.

NUESTROS GRABADOS.

MR. CASIMIRO PERIER,

presidente de la República francesa.

El 27 del pasado, á los dos días de muerto el Sr. Carnot, votaban las Cámaras francesas para sucesor al Sr. Perier, político con reputación de enérgico, y acusado de conservador y de aristócrata por los republicanos radicales y por los socialistas.

Dos eran los adversarios de alguna importancia que se le oponían: el Sr. Dupuy, presidente del último Ministerio de Carnot, y el Sr. Brisson, candidato de los radicales. De 851 diputados y senadores, votáronle 451. Brisson tuvo 125 votos, y Dupuy 79; siendo los restantes para el general Fevrier (53) y para Arago (27).

El padre de Perier fué ministro con Thiers; su abuelo formó parte de uno de los gobiernos de Luis Felipe; su bisabuelo ayudó mucho á la revolución de 1793, y su tatarabuelo, humilde vendedor de tejas, reunió un caudal muy grande, con el que sin duda abrió á los tres Perier citados el camino de los altos puestos que han ocupado. El del nuevo Presidente de la República se calcula en 40 millones de francos.

Es éste joven aún, pues apenas tiene cuarenta y siete años, de mediana estatura, robusto de cuerpo y animoso de espíritu. Estudiaba en 1870 Literatura y Jurisprudencia; pero viendo el gran peligro en que estaba la patria, vencida y casi conquistada por los prusianos, dejó los estudios por las armas, peleando denodadamente como guardia móvil, y mereciendo al poco tiempo ser nombrado capitán. Distinguióse mucho en una escaramuza que hubo en Bagneux, y por su conducta en aquel caso le hicieron oficial de la Legión de Honor.

Cuando su padre fué ministro con Thiers, le llevó de secretario particular. Después fué subsecretario dos veces: una de Instrucción Pública, con Bardoux, y otra de la Guerra con el general Campenon. De 1876 á 1883 fué diputado, retirándose de la Cámara al votar ésta la expulsión de los Orleans, cuyo acto no quiso presenciar.

El crédito político del Sr. Perier ha ido en aumento de entonces acá, merced á muchos y muy notables discursos, á repetidas pruebas de su conocimiento de las materias económicas, y á la firmeza é independencia de su carácter. Elegido vicepresidente de la Cámara de Diputados en 1890, pasó luego á la presidencia, cargo difícil de desempeñar, señaladamente en Francia, pero en el que supo confirmar y aun acrecentar su reputación.

En Diciembre de 1893 formó Ministerio, y si en el breve espacio que le presidió no hizo cosa notable, tampoco incurrió en error de consideración. Cayó del poder con nota de honrado, firme y discreto, á la que sin duda debe su nombramiento actual, que tanto ha disgustado á los radicales.

En la página primera de este número publicamos un buen retrato del Sr. Perier.

°°°

LYON (FRANCIA):

Conducción del cadáver de Mr. Carnot á París.—París. La capilla ardiente en el palacio del Elíseo.

La conducción del cadáver de Mr. Carnot de Lyon á París ha motivado una continuada manifestación de duelo desde el palacio de la Prefectura de aquella ciudad, donde falleció á poco de herido, hasta la capital de la República.

En Lyon la emoción era vivísima y profunda. Las casas ostentaban colgaduras de luto, y una muchedumbre silenciosa y triste contempló el paso de los restos del Presidente. (Véase nuestro primer grabado de la pág. 4.) El periódico *Le Lyon Republicain* ha abierto una suscripción para levantarle un monumento, y el Ayuntamiento ha acordado no celebrar este año la fiesta de la Bastilla en señal de luto, y repartir entre los pobres los 50.000 francos á ella destinados.

La capilla ardiente dispuesta en el Elíseo era admirable. «No se ha visto nunca nada igual», decía *Le Figaro* en su número del 28. La sala estaba adornada con gran lujo é imponente severidad. La pálida luz de las lámparas, cayendo en los negros paños, producía honda impresión en el espíritu. Componían la guardia de honor dos generales, uno de ellos del cuarto militar del Presidente de la República, dos oficiales, dos subalternos, dos soldados y dos alumnos de cada una de las Escuelas militares.

Las coronas enviadas el primer día llenaron toda la sala destinada á los oficiales y la sala Murat. Al siguiente fué preciso disponer para colocarlas otros dos salones, que también quedaron llenos en pocas horas. Calcúlase que pasaron de 50.000 los visitantes de la capilla ardiente. De ésta damos una vista en nuestro segundo grabado de la pág. 4.

La magnificencia de los funerales ha excedido á cuanto podía imaginarse. La fúnebre comitiva se formó en el Elíseo á las siete de la mañana, y partió de allí á las diez, pasando por la avenida Marigny, los Campos Elíseos, la plaza de la Concordia, la calle de Rívoli, la plaza del Ayuntamiento, el puente y calle de Arcole, hasta llegar á Nôtre Dame. De este templo fué conducido el cadáver al Panteón, donde descansa el desgraciado Mr. Carnot, junto á su abuelo y no lejos del famoso general Marceau.

°°°

MADRID.

Funerales de Mr. Carnot.— Honras fúnebres celebradas en la iglesia de San Jerónimo el 10 del corriente.

La colonia francesa en Madrid ha querido dar pública muestra del hondo pesar que le ha causado la desgraciada muerte del Presidente de la República, organizando suntuosas honras fúnebres, que se verificaron en la iglesia de San Jerónimo el día 1.º del corriente por la mañana.

Estaban las paredes de la nave principal del templo cubiertas de negros paños bordados de oro. Delante del presbiterio alzábase un hermoso túmulo, sobre el cual se veía el arca cineraria. En el frente hallábase la bandera francesa enlutada, y delante la manga de la parroquia con cruz alzada.

A ambos lados había bancos para los representantes del Gobierno español y Cuerpo diplomático. En el centro sillas para el público, y en el presbiterio sillones para los prelados. El aspecto del templo era majestuoso y solemne, según puede juzgar el lector por nuestro grabado de la página 5.

Asistió, en representación de S. M. la Reina de España, el Sr. Duque de Medina-Sidonia, y con él, representando al Gobierno español, los Ministros de Estado, Hacienda, Gobernación, Gracia y Justicia, Fomento y Marina; los Presidentes de ambas Cámaras, el Gobernador civil, el Presidente de la Diputación, el Alcalde primero, etc., etc. Al lado izquierdo estaba el Embajador de Francia con el personal de la embajada. Todas las naciones representadas en Madrid lo estuvieron también en esta fúnebre ceremonia, é igualmente la colonia francesa, de la que había muchas y muy numerosas comisiones.

Ofició de pontifical el Nuncio de Su Santidad, y sentáronse en los sillones del presbiterio el cardenal Benavides, los Arzobispos de Santiago de Cuba y de Granada, los Obispos de la Habana, de Zamora, de Huesca y de Puerto Rico, el de Sión, etc., etc. La ceremonia fué imponente y y muy digna del eminente personaje cuya trágica muerte, á manos de un vil asesino, lamentan hoy las personas honradas de todas las naciones.

°°°

BELLAS ARTES.

Barcelona: Segunda Exposición general de Bellas Artes.—*La Modista*, cuadro de D. F. Masriera.—*Las orillas del Bósforo*, cuadro de F. Brest.

Damos en la pág. 8 una reproducción del bonito cuadro del Sr. Masriera *La Modista (La marchande de modes* en el Catálogo), notable por la delicadeza del dibujo y el buen gusto y fina observación que revela, méritos que este distinguido pintor ha acreditado en muchas otras obras y que en ésta sobresalen muy particularmente.

El ilustrado público barcelonés y los críticos de arte de la capital del Principado han gustado mucho de este cuadro, elogiándole como es justo.

El brazo de mar que une al Negro con el de Mármara (el cual á su vez comunica con el Mediterráneo por los famosos Dardanelos) es un verdadero río marítimo, de 30 kilómetros de largo, 800 á 1.200 metros de ancho y 50 de profundidad, que corre entre colinas y montañas de una frondosidad y hermosura, aunque muy celebradas, superiores á su fama. La belleza de tanto árbol, de tanto palacio medio oculto entre el follaje, de tanta variedad de aspectos, desde el sosegado y tranquilo de las azules aguas, hasta el severo é imponente del Olimpo de Asia, que con la cumbre cubierta de nieve preside el espectáculo; la suavidad del aire y la muchedumbre de embarcaciones de tan variadas formas, hacen de aquel paraje uno de los más hermosos de la tierra. El Sr. Brest ha elegido con mucho acierto el tema de su cuadro, del que publicamos copia en la pág. 9, y el mejor elogio que de éste puede hacerse es decir que reproduce las singulares bellezas del original, triunfo notable del artista que le pintó.

°°°

LA REVOLUCIÓN EN COREA.

Un alto dignatario de la corte dirigiéndose á Palacio.

Así como España está en el extremo occidental de Europa, así la península de Corea lo está en el más oriental de Asia, y como la latitud es la misma, vienen á ser el principio la una y el fin la otra del eje mayor que en nuestro continente puede medirse entre los paralelos 40 y 41, es decir, en la latitud de Madrid.

Este eje tiene de largo unos 15.000 kilómetros: pero tal cifra no expresa la verdadera distancia que separa á ambas naciones, pues España no es solamente la Península española, sino Cuba, Puerto Rico, Fernando Poo y los territorios vecinos, el Sahara occidental, las Filipinas y las Carolinas y Marianas. De Corea á Filipinas la distancia es sólo de cuatro días de navegación; y como dos grandes naciones orientales vecinas de ella y nuestras se disponen á pelear por quién ha de poseerla, sería locura pensar que las cosas de Corea son tan ajenas á las de España como los dichos 15.000 kilómetros podrían dar á entender. Una guerra entre China y el Japón, hoy muy probable, puede traer tales consecuencias, que nos obligue á armamentos de consideración en nuestras posesiones de Oceanía, por desgracia tan desatendidas.

La península de Corea es de grande como la mitad de España y semejante á Italia por la forma, cruzándola como á ésta, de Norte á Sur, una larga cadena de encrespadas montañas, que arranca, también como en Italia, de otra cadena más alta, la cual cierra la entrada de la península de la parte del continente, á la manera de los Alpes. El suelo es quebradísimo, de regular fertilidad, abundando en mijo, centeno, cebada, arroz de superior calidad, hortalizas y frutas, y el clima, como en toda aquella parte de Asia, muy frío, helándose el mar en gran parte de la costa muchos meses de invierno. Tiene grandes y espesos bosques, en los que hay abundancia de animales feroces, principalmente tigres. Los caballos son tan pequeños como los borriquillos en Europa, y los perros tan tímidos que no sirven para la defensa de ganados, casas, etc., siendo en cambio considerados como bocado exquisito.

En las costas, que tienen más de 3.000 kilómetros de extensión, hay muchos puertos, y algunos buenos; y como la península coreana está situada de modo que se adelanta del cuerpo del continente asiático hasta casi tocar con el archipiélago del Japón, del que está separada por un estrecho, también llamado de Corea, divide los mares de Oriente en dos partes que por dicho estrecho se comunican, sabido lo cual ya sabe el lector la causa de la importancia política de esta tierra.

Los coreanos son gente de alta estatura, fuertes y muy trabajadores. Unos tienen mucha semejanza con los chinos por el color y forma del rostro, y otros parécense algo á los europeos, pues son más blancos y tienen barba. Han copiado de los chinos, con quienes tienen más inmediata vecindad, muchos usos y leyes, pero no la igualdad social.

El rey actual llámase Li Huí, y ocupa el trono desde 1864. El partido japonés, del que es jefe su propio padre, le ha dado mucho que hacer de entonces acá. En 1883 un mandarín llamado Kim-ok-Kium, que había sido representante de Corea en Tokio, trató de apoderarse del poder derribando del trono al Soberano y abriendo el país á los japoneses. No consiguieron los revolucionarios su propósito; pero obligaron al Gobierno chino á intervenir para oponerse á la invasión preparada. Hubo negociaciones entre China y el Japón, acordando ambas naciones proceder de acuerdo en lo relativo á Corea. Ahora, aprovechando la ocasión de revueltas ocurridas en este país, los japoneses han desembarcado en Chemulpo y se han apoderado de Seul, capital del reino, en la que tienen un pequeño cuerpo de ejército de 9 000 hombres. China, ofendida del atrevimiento y pesarosa de tal vecindad, ha enviado tropas á la frontera y una escuadra á las aguas de Corea. Hay, por tanto, un conflicto planteado en Oriente, y conflicto que puede ser grave, porque detrás de estos adversarios están dos naciones europeas poderosísimas: Rusia, que acecha en Vladivostok la ocasión de avanzar hacia el Sur; y la Gran Bretaña, que vigila desde la isla de Quelpaert los pasos de su rival.

Para dar á los lectores una idea de la vida y costumbres del singularísimo pueblo coreano, publicamos en la pág. 12 el retrato de uno de los mandarines más importantes de Seul, dirigiéndose á palacio en una silla de manos, palanquín ó como quiera llamársele.

°°°

LONDRES.

Tower bridge, colosal puente giratorio sobre el Támesis, inaugurado el 30 del pasado.

El puente de que damos una vista en nuestro segundo grabado de la pág. 12 es el mayor de cuantos cruzan el Támesis y uno de los primeros del mundo.

Su longitud total es de 940 pies ingleses: pero este dato apenas da una idea de la magnitud de la fábrica, porque en el centro de ella se levantan dos grandes torres que sostienen, además del tramo principal, otro situado á mucha mayor altura. Este es fijo, pero aquél se abre dividiéndose en dos enormes trozos de 100 pies de largo cada uno, que giran rápidamente sobre un pivote grandísimo. De esta suerte los buques de alta arboladura tienen el paso franco, sin que el cruce de una á otra orilla se interrumpa un momento. El segundo tramo se halla á unos 50 metros sobre el nivel del río (unos 20 más que el viaducto de Madrid sobre la calle de Segovia). Las torres tienen cimientos de granito y son tan elegantes como fuertes. El puente es de hierro. Comenzóse su construcción en 1886 y ha terminado hace pocos días, habiendo costado 29 millones de pesetas.

El 30 del pasado le inauguró con gran solemnidad el Príncipe de Gales, presidiendo un gran cortejo fluvial compuesto de muchos y grandes buques, ante los cuales se abrieron por primera vez los tramos movibles del puente.

°°°

GIJÓN.

Vistas de la ciudad y de la antigua dársena.

A la derecha de la gran mole llamada cabo de Peñas, entre una cadena de montañas costeras que la separa de la cuenca del Nalón, donde está Oviedo, y el inmenso Cantábrico, en todo tiempo hermoso y ahora tan deseado de cuantos han admirado alguna vez su majestad y gozado sus frescas brisas, está la ciudad de Gijón, una de las más bonitas y dignas de ser visitadas de cuantas hay en la costa septentrional de España.

Está al pie del cerro de Santa Catalina, cerca y al Oeste del cabo de San Lorenzo. Al Este la costa forma un espacioso seno, llamado la Concha de Gijón, que termina en el cabo Torres, y en el que se halla el famoso puerto del Musel. En el fondo del seno, ya cerca del cabo, la profundidad, grande siempre, aumenta, y la mar queda bien abrigada de los vientos del Oeste y Noroeste, que son en aquellos parajes los más temibles. Al pie del cerro de Santa Catalina se halla la antigua dársena, comenzada á construir en 1753 y terminada en 1790. Véase nuestro primer grabado de la pág. 12, el cual, así como los tres restantes, hemos tomado del bonito *Album Artístico de Gijón* publicado por el Sr. Bellmunt.

Al Este del cerro de Santa Catalina dilátase una admirable playa, toda de arena, unida, limpia y de suave pendiente, buena fuente de ganancias para la ciudad por los muchos bañistas que acuden á ella de tantas partes de España. Desde lo alto del cerro la vista es hermosísima, recreándose de un lado en la inmensidad del mar, y de otro en fértiles y bien cultivados campos y frondosas colinas, que van levantándose hasta llegar á altas y verdes montañas, tras las cuales se yerguen soberbios los Picos de Europa, visibles en días claros, á pesar de la mucha distancia, que es de 80 kilómetros.

Del principal establecimiento de baños de mar de Gijón damos una vista en el segundo grabado de dicha página.

La ciudad es bonita y sana. No faltan en ella edificios de mérito que admirar, ni tampoco diversiones en que pasar agradablemente el tiempo. Entre los primeros mencionaremos la casa solariega de Valdés, el palacio del Marqués de San Esteban, la iglesia de San Juan Bautista y la de San Pedro, notable por estar en ella la tumba de Jovellanos. Hay también un teatro con el nombre de este insigne asturiano, y un instituto de los mejores de España. También es un curioso monumento la casa llamada del Obispo.

El principal centro de recreo de la ciudad es sin duda los Campos Elíseos, deliciosos jardines de 420.000 pies de extensión, en los que hay un espacioso teatro-circo capaz de 3.000 espectadores. (Véase el tercer grabado de la página citada.) Es también muy ameno el paseo de Alfonso XII.

El progreso mercantil é industrial de Gijón es materia digna de estudio. Hoy es su puerto uno de los primeros ó el primero de España en el comercio de cabotaje, y es seguro que terminado el nuevo puerto (pues en el viejo no caben ya los barcos) pasará á ocupar uno de los primeros puestos en el de altura. Las fábricas son muchas y muy importantes. Las hay de vidrio, loza, hierro, alambres, maquinaria, gas, electricidad, cervezas, gaseosas, bujías, jabones, mantecas, chocolates y harinas, además de importantes fundiciones y refinerías de petróleo.

En suma, no sólo es Gijón excelente estación veraniega, sino también buen centro de estudios para el hombre pensador y laborioso.

G. Reparaz.

LAS ÚLTIMAS CUARTILLAS.

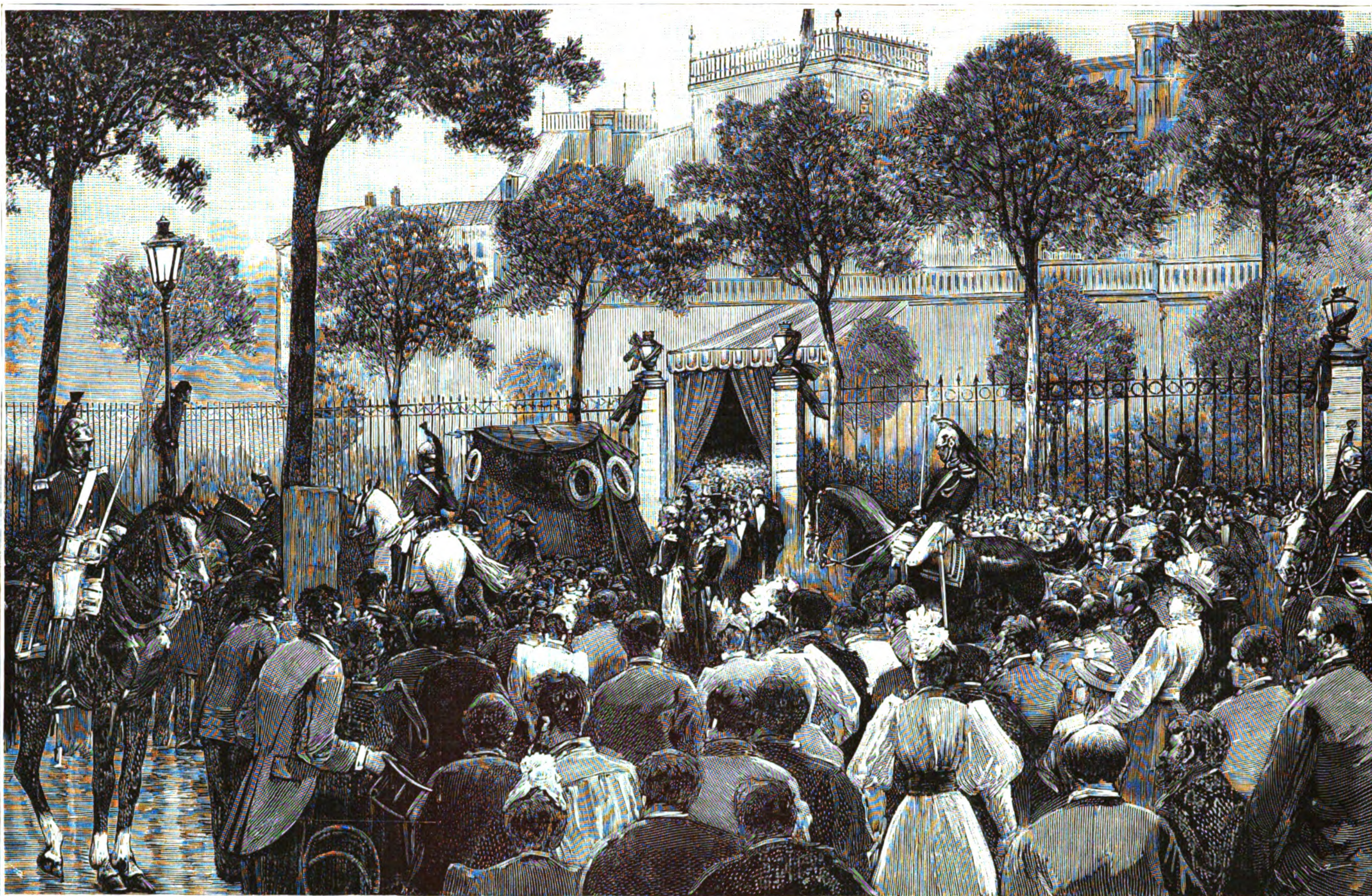
I.

Muy expresivo, extraordinariamente expresivo, estuvo aquella noche el empresario..... ¿cómo se llamaba el empresario?..... Llamémosle H.

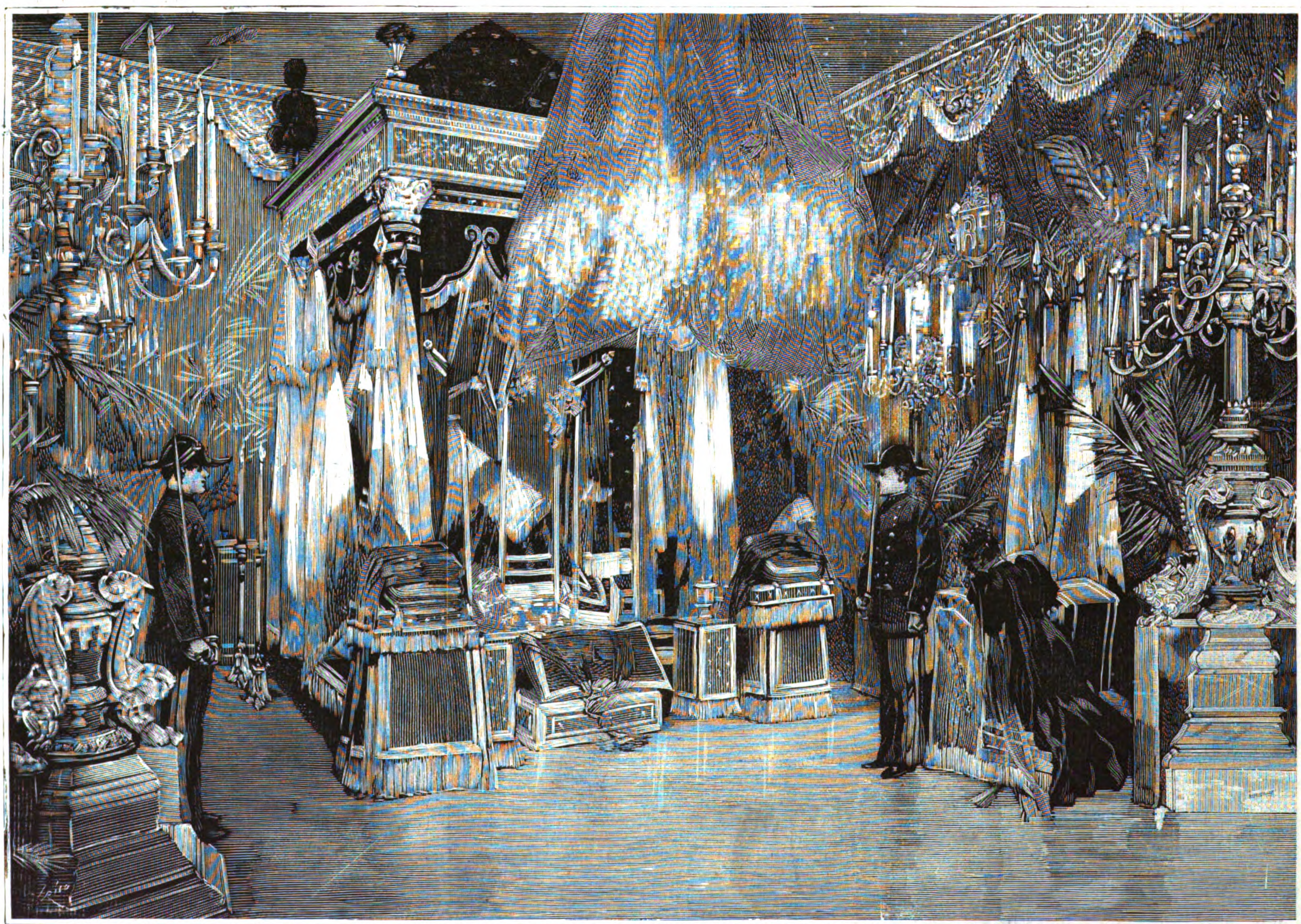
Pues sí, señor; estuvo muy expresivo el empresario H... con mi respetable y respetado amigo don..... ¿don qué?..... Llamémosle X.

H... era empresario y comediante y director, todo en una pieza; y, por caso raro y digno de encarecimiento, era buen director y buen cómico y buen empresario, aquí donde tan difícil es hallar quien sirva para uno solo de esos oficios, ó digamos esos menesteres.

X... era un señor muy entrado en años, que allá en sus mocedades, y aun en su edad madura, había escrito, con muy buen éxito casi siempre, para el teatro. Reputación muy bien adquirida y muy bien sentada de dramaturgo egregio tenía el señor X..., que, ocupado en otros asuntos, tal vez de



LYON (FRANCIA).—CONDUCCIÓN DE LOS RESTOS DE MR. CARNOT Á PARÍS.—SOLEMNE MANIFESTACIÓN DE DUELO AL SER COLOCADO EL CADÁVER EN EL COCHE FÚNEBRE.



PARÍS.—FUNERALES DE MR. CARNOT.—LA CAPILLA ARDIENTE EN EL PALACIO DEL ELÍSEO.



MADRID.—FUNERALES DE MR. CARNOT.—HONRAS FÚNEBRES CELEBRADAS EN LA IGLESIA DE SAN JERÓNIMO, EL 1.º DEL CORRIENTE.

(Del natural, por Comba

menos gloria, pero seguramente de más provecho, habíase despedido de

«Apolo, *su* primo hermano»,

y de sus complacientes amigas las Musas, y muy de tarde en tarde, como si pretendiera refrescar algún desvanecido recuerdo, dejábase ver en el saloncillo del teatro en que obtenía triunfos ruidosos y ganancias pingües el cómico, *ó el actor*, como hora se dice, á quien antes hice referencia y al cual X... había tenido y seguía teniendo por muy su amigo y devoto.

—Pero, hombre—decía el actor H... al ex autor X..., dándole palmaditas muy cariñosas en la espalda—¿cuándo nos va usted á traer algo de eso que nadie sabe hacer ahora? ¡Oh! ¡qué gran día, qué gran día para el teatro español en general, y para éste en particular, aquel en que el aplaudidísimo, el popular, el jamás olvidado X... nos honrase con un parto de su ingenio maravilloso! Prometo á usted que aquí lo recibirían con palio, y que aquel día en todos los templos del arte se echarían las campanas á vuelo. Anímese usted, perezoso, anímese usted: es criminal, verdaderamente criminal, lo que usted hace. Los hombres que llegan á donde usted llegó, ya no se pertenecen; pertenecen al público, y no pueden, sin cometer delito, entregarse al *dolce far niente*.

—Ya trabajo, amigo H..., ya trabajo..... aunque no precisamente para la escena.

—A los dramas, á los dramas me refiero—insistía H...

—¡Bah!—replicaba X...—eso pasó ya; ahora gustan obras de distinta índole; las corrientes del gusto van por otra parte, y si yo me atreviese á resucitar, sería un rezagado del ejército en marcha..... Mi reaparición señalaría un fracaso.

—Respondo del éxito: he dicho poco, del *exitazo*. Traiga usted la obra: de lo demás me encargo.....

Y así, en ese mismo tono cariñoso, y entre bromas y veras, pero insistiendo siempre H... y negando constantemente X..., prosiguió la conversación, á la que puso término la voz del segundo apunte que, presentándose discretamente en la puerta del saloncillo, preguntó:

—¿Puedo empezar?

—Sí—respondió H...

Y aquel *sí* fué señal de dispersión.

X... tendió cordialmente la mano á H..., que la estrechó con mucho afecto entre las dos suyas, al propio tiempo que le decía:

—Sea usted bueno, sea usted bueno, como lo era usted antes, y tráigame pronto una obra: que se la pido con mucha necesidad.

—Veremos, veremos..... la pide usted de una manera.....—contestó sonriéndose X...

Y abandonó el saloncillo y yo lo abandoné al mismo tiempo, porque he olvidado decir á ustedes—cierto que la cosa no merece la pena de ser contada—que yo, un desdichado, aspirante á escritor, acompañaba casi todas las noches al señor X..., amigo íntimo de mi padre y que me había manifestado siempre gran afecto.

Silencioso, mudo, inadvertido había yo escuchado atentamente la conversación de H... y de X..., conversación de la cual no perdí ni una sola palabra. Como no perdí ni una observación sola de las muchas que otros contertulios, concurrentes asiduos al saloncillo, según pude entender, aducían en confirmación de las solicitudes del empresario; observaciones que se reducían, en sustancia, á vaticinar un éxito jamás conocido á la obra de X..., y á afirmar que ¡oh! y que ¡ah! y que ¡¡puf!! lo que sucedería si X... se decidía al fin á descolgar la péñola y á escribir algo de lo que ya no sabían escribir los literatos nuevos: que todos juntos no valían para descalzar al señor X... Todo lo cual me parecía muy justo y muy puesto en razón, por de contado: porque también yo creía como H... que nadie valía, ni podía valer lo que el amigo de mi padre.

II.

Cuando, terminada la función, nos dirigíamos á un café, muy en boga por aquel entonces y en el cual habíamos de reunirnos con mi padre, á quien había prometido solemnemente entregarme sano y salvo antes de media noche el señor X..., éste, echando de ver que yo iba á su lado meditabundo y pensativo, me preguntó:

—¿En qué piensas? ¿No te ha gustado el drama? ¿Te han parecido mal los cómicos? ¿Estás enfermo? Cualquiera diría que sales triste del teatro.

Le confesé ingenuamente lo que me pasaba: el drama me había gustado mucho, aunque no tanto como me agradaban los de X... (y era verdad): los cómicos eran de lo mejor que había yo visto en toda mi vida (y era verdad también); mi salud era excelente, y solamente me preocupaba la consideración de lo halagüeño que debía de ser verse solicitado por empresarios y por editores. Ya sabía yo, ¿cómo no había de saberlo? que llegaban muy pocos á valer lo que X... valía; pero mientras habían estado rogándole todos que se dignara llevarles alguna obra, no hacía yo más que pensar en lo feliz que sería si alguna vez me encontraba en caso parecido.

Mientras iba yo diciendo todas estas cosas con sinceridad casi infantil, eché de ver que mi interlocutor se sonreía, y sospechando que pudiera él tomar por vanidad mía la manifestación de aquellos deseos, me apresuré á demostrarle que conocía de sobra la inmensa distancia que entre nosotros dos existía, distancia que ni en los más insensatos delirios de mi mente juzgué cosa posible salvar; pero que, recordando lo que muchos principiantes, compañeros y camaradas míos, me habían contado, del calvario que ha de seguir el autor primerizo á través de escenarios y de casas editoriales, que comparándolo con los reiterados ruegos á él dirigidos por empresario de tanta valía y de tanta respetabilidad como el señor H..., experimentaba estremecimientos nerviosos y espasmos—si así puede decirse—espirituales, imaginando el íntimo deleite, la fruición inefable que debe de gustar quien, en el término de rudas batallas, de luchas constantes, halla por digna recompensa el aura popular, la admiración y el respeto de todos, la fama no discutida, el triunfo por nadie disputado, traducido todo eso por peticiones espontáneas y sinceras como las que con tal insistencia le había dirigido á él aquella noche empresario tan solicitado por autores aplaudidos como lo era H... «Es claro, decía yo, es claro que á eso llegan muy pocos; pero los que llegan ¡cuán hermosa compensación tendrán con tal gloria á los sacrificios hechos, á los esfuerzos realizados! Pensando en estas cosas, me siento capaz de intentarlo todo, y de luchar y de trabajar por *si llego*; estoy seguro de que no llegaré, porque me faltan condiciones, pero ¿y si por casualidad llegara? Sólo con la esperanza, aunque sea remotísima y casi ilusoria, me considero recompensado.»

Escuchábame atentamente X..., y continuaba sonriendo; pero no había en aquella sonrisa nada de burla sino mucho de bondad y más todavía de cariño. Cuando hube terminado, y como estuviésemos muy cerca del café en que mi padre nos esperaba, sólo tuvo tiempo para decirme:

—¡Bravo, muchacho, bravo!

Por esas asperezas se camina
De la inmortalidad á la alta cumbre.

Ten esperanza; lucha, trabaja, que llegarás....., no tal vez adonde tú imaginas ahora, pero á cualquier parte, y todo es llegar, y todo es recompensa y triunfo y victoria.

De las súplicas de hoy no hagas caso; no me las dirigían de verdad..... Si H..., que es gran actor y director excelente y empresario entendido en esos negocios, ha insistido tanto en pedirme una obra, casi por amor de Dios, es porque sabe de sobra que no he de llevársela..... Comprende que no la tengo, que no pienso hacerla, que si la hiciera no la daría al teatro..... ¡Oh! hijo mío, si H... creyese otra cosa, ni insistiría tanto en sus pretensiones, ni acaso me aceptaría la obra puesto que yo llegase á dársela.....: en lo cual obraría él perfectamente, porque los negocios son negocios, y como ha dicho un *compañero mío*:

Una cosa es la amistad,
Y el negocio es otra cosa.

Pero aquí tienes ya á tu padre; dile eso que me has dicho, y ruégale que te cuente sus aventuras de escritor....., porque también lo ha sido, y de los eminentes, aunque hace ya mucho tiempo que, con muy prudente acuerdo, abandonó las letras de imprenta por las de cambio, y le va muy bien, y *ha llegado*....., aunque no adonde él se proponía y pensaba.

III.

Mi padre se negó terminantemente á satisfacer mis deseos, muchas veces manifestados, de conocer sus aventuras de literato, limitándose á contestarme, cuando de ello hablábamos, que *eso de llegar* eran espejismos que fingía la imaginación acalorada: que en política, en arte, en industria, en todo podía llegarse, y, en efecto, se llegaba algunas veces, pero que en el combate literario no se llegaba nunca. Que aquellos á quienes los principiantes y los profanos miraban con envidia, creyéndolos en lo alto de la cumbre porque los veían desde lejos, no estaban ni aun á la mitad del camino, y que allí, en las eminencias en que los de abajo los contemplábamos, libraban combates más encarnizados todavía que los que cuando comenzaban á subir habían librado. Allí, en aquellas alturas, en las cuales, para nosotros ilusos, estaban ya la tranquilidad merecida, el reposo bien ganado, el cielo de la gloria sin nubes, allí comenzaban para no terminar nunca la guerra enconada de los celos ruines, de las rivalidades mezquinas, de las intrigas miserables, y hasta de las viles calumnias......, eso aun prescindiendo de la guerra, sorda ó ruidosa, entre los encontrados intereses de empresas distintas y casi siempre enemigas.

«¡Oh! solemos exclamar muchas veces—decía siempre mi padre para concluir:—ése ha llegado; está en las alturas de la gloria, ha sido acariciado por las brisas embriagadoras del buen éxito; para ése ya no hay puertas cerradas; para ése ya todo camino es llano y toda vía libre..... Error, error, para ése son mayores las dificultades y más frecuentes las amarguras.»

Y dicho esto, cambiaba de conversación; con que hube de renunciar á mis pretensiones, convencido de que á mi padre, que me quería mucho y que siempre se apresuraba á complacerme en todo, le entristecía hablar de aquellas cosas.

Muchos años después, cuando ya no existía mi padre, y cuando el famoso escritor X... era, por su edad avanzadísima, una gloria archivada en los recuerdos de la nueva generación, me refirió X..., el aplaudido y celebrado dramaturgo, amigo íntimo del autor de mis días, la historia que éste no había querido referirme nunca, y que, para hablar con franqueza, no se ha enmohecido con los años, pues parece como de ahora mismo y acabadita de salir del horno.

IV.

—Tu padre—me dijo el señor X...—tu padre ¡Dios le tenga en su santa gloria! era muchacho de muchísimo entendimiento y de prodigiosa fecundidad como poeta. Hijo de un banquero acaudalado y hasta opulento, á la banca se dedicó desde sus primeros años, y lo hizo con aprovechamiento, como todo cuanto él hacía; porque la verdad es que tu padre tuvo siempre habilidad extremada para todo.

Lo cual no es sorprendente: porque, á pesar de lo que afirman algunos psicólogos, sobre aptitudes especiales, á mí me parece que el que verdaderamente vale, vale en todo y para todo sirve, si bien no puede demostrarlo en todo, porque le faltan el tiempo y la ocasión para ello.

En sus ratos de ocio y como por vía de distracción,

Como quien de las graves se divierte,

escribía mi buen amigo preciosas composiciones poéticas y artículos primorosos, que le arrebataban para publicarlos, precedidos casi siempre de grandes encomios, los directores de las más importantes publicaciones de la ciudad.....: porque todo esto sucedía en una ciudad cuyo nombre he olvidado.

«No sea usted perezoso», decía un director á tu padre; «No nos olvide usted», le decía otro; «Envíeme usted algo», le repetía muchas veces un tercero; y no le dejaban á sol ni á sombra, pidiéndole siempre trabajo y abrumándole con encargos y con peticiones.

Tu padre, buen chico, noble corazón, entusiasta, leal, tomaba todas aquellas manifestaciones como moneda corriente: y cuando algunos años después se casó con la que había de ser madre tuya, muchacha inmejorable, virtuosa, buena, discreta, y muy mujer de su casa; pero pobre, circunstancia por la cual el banquero opulento, el propietario riquísimo, tu abuelo, se opuso terminantemente á la boda: cuando se casó, vuelvo á decir, supuso que sus trabajos periodísticos le darían lo necesario para sostenerse, ya que con la bolsa de su padre, que le arrojó de casa por desobediente, no podía contar para nada.

Pues, en efecto, aquellos que un día y otro día y á todas horas le asediaban pidiéndole trabajos; aquellos que se quejaban de que los tenía olvidados: aquellos que con sus insistentes solicitudes habían conseguido hacer que tu padre creyese *haber llegado*, como tú dices, y tener francas todas las puertas, cuando supieron que aquel joven se proponía y necesitaba vivir de su trabajo, y quería, para calcular con prudencia su presupuesto, publicar un número determinado de artículos....., manifestáronse menos expresivos al principio, algo tibios después, fríos por último: las puertas que en un principio se le presentaban de par en par, quedaron después solamente entreabiertas, y acabaron de cerrársele por completo.

Cuando tu padre, que firmó siempre con pseudónimo que fué muy famoso y que aun no está olvidado, llevaba un artículo para obtener por aquellas cuartillas unas cuantas pesetas que necesitaba, solían aceptarlo, aunque con malos modos

y violentándose visiblemente. «Estamos abrumados de original», decían los mismos que poco antes le rogaban que no les echase en olvido: «No podemos aceptar más original»: «Nos quedamos con éste, pero no traiga usted otro en mucho tiempo: necesitamos dar salida á trabajos de colaboración», y «Ahora ya veremos cuándo puede publicarse: tardaremos bastante.....»

Y sí tardaban, ¡vaya si tardaban! Hubo un día en que tu padre tenía diez artículos colocados ya en diez periódicos distintos, pero sin que ninguno se publicase ni llevara trazas de publicarse.

La necesidad apremiaba; tu padre había visitado una por una las diez redacciones: el resultado había sido negativo. En unas, ni aun lo habían recibido; en otras, le contestaron de mala manera; algún *amigo* hubo de contestarle, cuando él expuso el apuro en que se hallaba, que la empresa no era un establecimiento de beneficencia...... Tu padre, loco, desesperado, olvidándose de sus creencias y de su familia, pensó en suicidarse..... ¡Oh! y se pegó un tiro, lo mismo que un hombre..... y la noticia de su suicidio se extendió rápidamente por todas partes, y al otro día daban cuenta del hecho todos los periódicos..... Los cuales, después de ensalzar hasta las nubes los merecimientos literarios del suicida, y sus excepcionales aptitudes para la literatura, la clara inteligencia del malogrado joven, gloria de su país, honra de su siglo, adalid de la prensa, etc., etc., agregaban: «Nosotros, que nos honrábamos con su amistad: nosotros, que contábamos al insigne escritor entre nuestros colaboradores más estimados, podemos, por singular coincidencia, dar á conocer hoy un artículo que nuestro inolvidable y queridísimo compañero nos entregó pocas horas antes de llevar á cabo su funesta determinación, y que son, seguramente, *Las últimas cuartillas* que escribió aquella legítima y hermosa esperanza de nuestra literatura patria; esperanza que ¡ay! se ha desvanecido para siempre.»

Diez periódicos publicaron las *últimas cuartillas* escritas por tu padre.

Eran próximamente cien cuartillas, que fueron, en efecto, no las últimas que escribió, porque él ha seguido escribiendo, pero sí las últimas que publicó.

Por fortuna para él, no murió de aquel pistoletazo, aunque estuvo muchos días entre la vida y la muerte; su padre se reconcilió con él y lo llevó á su casa, y allí tornó el hijo á sus operaciones y á sus tareas de banca.

Para las letras murió definitivamente..... Necesitó morirse para que fueran publicados sus artículos, y si hubiera resucitado, es muy posible que los directores, que tanto lamentaron su muerte, se hubieran llamado á engaño.

A. Sánchez Pérez.

RECUERDOS DE MINDANAO.

¡MORO-MORO!

I.

Cottabato, cabecera, ó capital, del distrito de este nombre en Mindanao, era por 1882, y supongo que seguirá siéndolo hoy, una población abierta, de sobre setenta casas, muy pocas de piedra en su planta inferior y de madera el otro piso, algunas sólo de este último material, y las restantes de *nipa* ó *cogón*, variando las techumbres de todas ellas desde dichos productos vegetales hasta el hierro galvanizado. Los que deseen formarse idea de cómo son esas construcciones, pueden conseguirlo visitando el Museo de Ultramar que existe en el Parque de Madrid.

El gobernador político militar, generalmente un teniente coronel ó comandante; su secretario; algunos otros empleados civiles, entre ellos el juez de primera instancia; el comisario de guerra y el director del Hospital Militar; los jefes y oficiales de la guarnición y el misionero Padre Jesuita, forman lo que puede calificarse de elemento oficial; y las familias, que varios de esos españoles peninsulares llevaron consigo, constituyen la sociedad europea, en la que, por lo común, no reina la mejor armonía.

Un solo español sin cargo público vivía allí cuando yo estuve: el Sr. Acosta, hombre ya de edad madura, padre de una docena de mestizos, y que se dedicaba á la cría de ganados para proveer de carne al pueblo y á la guarnición.

Buen número de casas pertenecen á los chinos, que en ellas tienen sus almacenes de..... todo, pues venden allí desde pan hasta zapatos; conservas y licores de Europa y telas del país, quitasoles y tabaco; cervezas y petróleo, azúcar, café; en una palabra, toda suerte de comestibles y *bebestibles*, y quincalla, y bisutería, y cerámica, y cuanto para la vida es indispensable. Porque, eso sí, los chinos serán una calamidad; pero sin ellos carecerían de todo los que viven en Filipinas, y más que nadie los europeos, que no pueden habituarse á pasarlo únicamente con los recursos del país.

El resto de la población se compone de indígenas cristianos, procedentes de las otras islas, muchos de los cuales vinieron deportados por vagabundos ó por cualquier otro motivo. En cuanto á *los deportados* no hay que decir cuáles serán sus méritos y virtudes. En total, el censo señala á Cottabato unos cuatrocientos habitantes.

Aunque su nombre (*Cotta*, fortificación, y *bato*, piedra) parece indicar que se trata de una plaza fuerte, no ocurre tal cosa. Cuando la conquista, hubo, efectivamente, en aquel lugar una *cotta* de piedra, pero de la cual no queda el menor vestigio. Ni tiene el pueblo nada que se parezca á fortificaciones, si bien le sirven de fosos naturales el Río Grande ó Pulangui por su frente y dos esteros por los flancos, defendiendo la única parte libre una colina cubierta de bosque, en la que se halla el polvorín. Las calles están trazadas con regularidad, y los principales edificios alíneanse en la orilla del caudaloso río, dejando en ella espacio para un hermosísimo paseo sombreado por árboles de frondosidad filipina, que es cuanto se puede decir.

Remontando la margen, lo primero que se encuentra en esa línea es el cuartel, que por entonces lo constituían unos *camarines* de *nipa* y *cogón*, dos ó tres de ellos destinados á hospital militar. ¡El hospital dentro del cuartel!..... ¡Cosas de España..... en Filipinas! Siguen varios edificios particulares; el depósito de carbón de la Marina (muy bonito y muy pintadito y muy arregladito); la casa misión del Padre Jesuita, adosada á la iglesia; una y otra de tabla y bien construidas; más casas de las mejores, entre ellas la que sirve de gobierno militar y la del primer jefe y oficinas del regimiento, y, por último, en el otro extremo de la calzada, la del español *matandá* (1) Sr. Acosta.

Casi frente á ésta, en la misma ribera, vese una especie de jaulón de madera sin labrar, que recibe el nombre de cárcel, y junto á él una cerca ó empalizada que circunscribe el terreno donde los moros establecen su *tianguí* ó mercado.

En el paseo, ó calzada, ó *boulevard*, ó como quiera llamársele, desembocan las calles principales del pueblo, cortadas por otras paralelas á aquél, formando entre todas un tablero..... con muchas irregularidades.

Los moros acuden diariamente á traer comestibles y otros productos del país; atracan con sus *vintas*, *bancas* y demás *piragüería* (pase el neologismo) en la parte de orilla que dejó libre la estacada del *tianguí*, y colocándose en la parte interior de ésta, con sus tenderetes en el santo suelo, y ellos en cuclillas, su posición habitual, venden todo eso, á través de la cerca, á los asistentes de los oficiales, criados de los funcionarios civiles y furrieles y rancheros de la guarnición, y á las mujeres é indios sueltos que van á hacer la compra del día. Es curioso ese comercio en que vendedores y compradores están separados por una valla de dos metros ó más de altura. ¡Si habrá confianza en aquella gente!

Además, un oficial y diez ó doce de tropa, extendidos en cordón alrededor del *tianguí*, vigilan á los moros, que en total, y contando mujeres y chiquillos, no pasan de cincuenta ó sesenta, y sin armas, pues se les obliga á que las dejen en sus embarcaciones, lo cual no impide que en más de una ocasión las entren escondidas.

Todo esto cesa á las nueve y media, hora en que los moros, previamente registrados por la guardia de la cárcel, se esparcen por el pueblo para comprar, con el fruto de sus ventas, y en los establecimientos de los chinos, cuanto necesitan. Otros van casa por casa vendiendo las gallinas y pescados que les sobraran en el *tianguí*.

II.

El día del Corpus (8 de Junio) de 1882, la tropa franca del regimiento de España, núm. 1, fué á misa más temprano que de costumbre, por tener que cubrir luego la carrera en la procesión. Al frente de esa fuerza iba un solo oficial, el único que se nombraba allí para el servicio de semana, en atención al escaso personal que, después de cubrir los destacamentos, venía á quedar en Cottabato.

Ocho días antes, el primero del mes, llegué yo de Manila, incorporándome á ese regimiento, y mi primer servicio hubo de ser precisamente suplir al de semana, que, si no recuerdo mal, había entrado de guardia de prevención. Tuve, pues, que llevar la tropa á misa.

¡Todo un regimiento! verdad es que de *solo* un batallón, que es como en Filipinas *se usan*, y reducido éste á la escuadra de gastadores, banda de cornetas y música, sobre cuarenta ó cincuenta hombres que entre todas las compañías quedaban francos, y un pelotón de otros tantos reclutas en instrucción, sin armas.

Así y todo, con el aparato usual fuimos á la iglesia, y tras de oir la misa que nos dijo el capellán del batallón (indígena por cierto), salíamos de aquélla con dirección al cuartel, á las ocho y cuarto ó cosa así. Disponíame ya á prevenir al corneta de órdenes que tocase *atención y marcha*, cuando hacia el otro extremo de la calzada se oyó de pronto tremendo griterío y algunos disparos de fusil. La orden no pasó de mis labios, y volví la cabeza, interrogando á los sargentos y demás clases europeas.

—¡*Moro-moro!*, mi alférez—me dijeron.

—Sí: ¡*moro-moro!* ¡moros juramentados!—añadió uno.

Y todos los semblantes expresaron la mayor alarma, si no miedo.

En un segundo, aunque nuevo en aquellos trances, comprendí la gravedad de la situación, y casi maquinalmente, sin darme cuenta de cómo ni por qué, se me ocurrió mandar todo lo que sigue: que la música y los quintos, y demás gente inútil, se marchasen al cuartel, lo que hicieron á la carrera, y que la tropa útil diese frente al sitio del alboroto, cargara los fusiles y armase bayoneta. Todo se hizo en menos tiempo del que tardo en referirlo. Yo, que ya llevaba desnuda la espada, por ir al frente de la fuerza, y en el cinturón el revólver como allí estaba mandado, saqué éste de la funda.

No tenía instrucciones de ningún género para casos como aquél, ni sabía adónde acudir con mi gente, pues los gritos oíanse ya más hacia el interior del pueblo. Río abajo, arrastradas por la corriente, y movidas además por el bogar vigoroso de los *zaguiales*, veía pasar velocísimamente, como flechas, las bancas y vintas de los moros, llenas de éstos y de chiquillos y mujeres, que aterrorizados lanzaban penetrantes alaridos.

—Mírelo usted, mi alférez—gritó de pronto el sargento primero de mi compañía;—ahí está uno, ¡mírelo usted!

Y me señaló un moro que, por la calle á que hace esquina la iglesia, avanzaba hacia nosotros, más despacio que de prisa, con un *tabás* (1) en la diestra y al paso ese especial, con flexión de las piernas, que usan los de aquella raza en su peculiar esgrima.

No me di cuenta sino de esto, y de que venía vestido, no de blanco, según dicen que los juramentados acostumbran, sino de rojo y azul.

Mas verlo y mandar *¡fuego!* y disparar mi revólver sobre él, todo fué uno. La tropa permanecía de á cuatro aún, en la formación adoptada para marchar hacia el cuartel, pero dando frente á la parte por donde llegaba el moro; así es que solamente las clases y soldados de las primeras hileras y los guías pudieron disparar. No cayó, sin embargo, á tierra el juramentado; pero tampoco se atrevió, como algunos de éstos, á lanzarse contra las bayonetas, sino que, doblando la esquina, dióнos la espalda. Mi *primero* se acercó entonces á él y casi rodilla en tierra le disparó un tiro á boca de jarro. Vi al hombre estremecerse, pero no caer, y seguir adelante, hasta casi dar de bruces con el cabo de la guardia del Gobierno militar, que disparándole de frente le hizo rodar por tierra. Y entonces, antes de que yo tuviera tiempo ni serenidad para impedirlo, veinte bayonetas penetraron en el cuerpo de aquel salvaje, cazado así como un perro rabioso.

Hasta el sargento brigada, que con gorra de cuartel venía de no sé dónde, se echó sobre él, y con el sable sin filo ni punta que los de su clase llevan, dióle unas cuantas cuchilladas, seguidas de varios apóstrofes imposibles de copiar.

Medio minuto después, y cuando había conseguido yo reorganizar la gente, aparecían el Gobernador político-militar y otros jefes, que en un momento diéronme tantas órdenes y distribuyeron de tal modo la fuerza del batallón, que me vi con sólo ocho ó diez hombres camino del *tianguí*.

Según decían, el número de juramentados era lo menos de quince ó veinte, y estaban asesinando á cuanta gente caía á su alcance en las calles del pueblo. Pero no pareció ninguno más.

III.

Como que sólo había aquel á quien diera muerte mi tropa. ¡Y cuidado si tuvo resistencia!..... En un trayecto de veinte pasos, que fueron los que recorrió desde que se puso al alcance de nuestra vista y nuestros fusiles, hasta rodar al suelo, recibió ocho balazos. No sé si entre ellos se podría contar alguno de los que le envié con mi revólver. Probablemente no, pues aunque fué á tan corta distancia, no tenía yo el pulso para hacer blancos..... ni negros.

Pero sí faltó poco, en cambio, para que matásemos á una hija del oficial-pagador de Administración Militar. La casa de éste hallábase frente á la iglesia, y los proyectiles de mis soldados, al atravesar las frágiles paredes de aquellos edificios de tabla y hierba seca, cruzaron por encima y á corta distancia de la cuna en que dormía la pobre niña. También el cabo de la guardia del gobierno, al disparar, pudo herir á cualquiera de nosotros.

En el reconocimiento que me mandaron practicar llegué hasta el *tianguí*. Allí encontramos el cadáver de un indio. Era un pobre viejo, deportado de Luzón. El infeliz se acercó á comprarle al moro algún tabaco, para lo cual hubo de meter la cabeza por entre los pies derechos de la empalizada, y entonces aquél, sacando cautelosamente de un *balután* (2) el arma que trajera escondida, asestóle con ella tan recio golpe, que le separó la cabeza del tronco. Éste quedó á la parte afuera del cercado, y aquélla á la de adentro. Puede decirse que el *tabás* y los maderos formaron una especie de guillotina.

Más heridos y muertos hubo, porque el fanático aquel logró separar rápidamente dos de los pies derechos, y saltó por el hueco á la calzada, repartiendo golpes entre los asistentes, paisanos, mujeres y demás compradores, á quienes puso en desesperada fuga. Los diez soldados indígenas del piquete de seguridad imitaron su ejemplo, es decir, el de los fugitivos. No sé por qué causa faltó á su puesto el oficial nombrado aquel día para ese servicio, y ya se sabe lo que es el indígena cuando el *castila*, con su presencia, no le da ánimos para combatir.

Tras de todos cerró el juramentado, persiguiéndolos por las calles de la población, é hiriendo á cuantos se ponían á su alcance. Así cayeron dos asistentes y dos *babays* (3), una por curiosa, pues recibió el golpe al asomarse á la puerta de su casa para ver lo que sucedía. Todos con heridas de suma gravedad. También un chino, que á gran distancia de Cottabato cruzaba en su vinta el río, tuvo la pierna derecha atravesada por un balazo.

Y si mayor estrago no causó el moro, fué porque en su furia vino á dar con la fuerza del batallón que á mis órdenes salía de la iglesia. Ésta fué la suerte, pues allí acabaron sus fechorías.

Aun hubo otros muertos. Los moros pacíficos que comerciaban en el *tianguí* no pudieron todos alcanzar sus vintas, y algunos, locos de terror, arrojáronse al río, nadando en dirección á una isleta próxima, junto á la cual hallábase fondeado el cañonero *Pampanga*. La tripulación de éste, al oir el alboroto en el pueblo, creyó que se trataba tal vez de un ataque general de la morisma, y al ver que algunas

(1) Viejo; por extensión se aplica al que lleva muchos años de país.

(1) Especie de alfanje-machete de mango largo; entre arma y herramienta.
(2) Paquete, lío, bulto, generalmente de tejido de palma, conteniendo tabaco ó azúcar ú otra mercadería.
(3) Mujeres.



LA MODISTA.

CUADRO DE D. F. MASRIERA.



LAS ORILLAS DEL BÓSFORO.

CUADRO DE F. BREST.

gentes venían á nado hacia la isleta, hízoles fuego, matando á una mujer y á un mozalbete, cuyos cadáveres fueron sacados á tierra. Y aun se dice que perecieron más moros, y que cerca de la bahía Illana viéronse restos arrastrados por la corriente.

Esto fué todo; mi *estreno* en aquellas luchas, tan desconocidas por acá, como recias y persistentes. Otros episodios más dramáticos podría relatar, bien de Joló, bien de Mindanao, los cuales sé por referencias fidedignas, y aun algunos por los que en ellos tomaron parte; pero he preferido referir aquel que pude presenciar por mí mismo, interviniendo hasta cierto punto en él. Me parece que basta para muestra con ese botón.

Juan Lapoulide.

POETISAS LUSO-HISPANAS DE LOS SIGLOS XVI Y XVII.



UANDO el estudio y el talento se unen á la viveza de la imaginación femenil, las obras nacidas de este admirable consorcio, aquellas sobre todo que provienen de la inspiración poética, se ofrecen con un encanto especial que le presta sin duda la dulce expresión del lenguaje en armonía con la delicadeza de sentimientos del sexo. Piensan algunos que la mujer no debe trabajar su inteligencia adquiriendo conocimientos que la distraigan de sus deberes en la familia y sus ocupaciones domésticas. No faltando á éstos, injusto fuera privar del ejercicio de sus facultades á entendimientos aptos para penetrar los secretos del saber ó elevarse á los ideales espacios donde tiene su imperio la poesía, y que han recibido del cielo la misma luz divina que el varón ilustre á quien se da el nombre de genio. Genio es el poseedor de la inteligencia que traspasa los límites de lo común y llega á lo admirable, extraordinario y sublime. No es privilegio exclusivo del hombre obtener tan glorioso dictado, y genios femeniles brillan en la historia de los triunfos de la inteligencia humana.

No es de sorprender que en la península ibérica, así en España como en Portugal, hayan florecido tantas hijas de su suelo para honra de las letras. No escaso número de poetisas lusitanas han enriquecido el Parnaso castellano con las producciones de su numen. España cuenta á su vez con hembras insignes que, por sus estudios, sus conocimientos literarios, su erudición sorprendente y su inspiración poética, han hecho inolvidables sus nombres.

Lo es el de Sor Teresa de Cartagena, anterior al tiempo de los Reyes Católicos, tan piadosa como discreta, y predecesora de tantas otras que, á semejanza suya, buscaron la soledad del claustro para expresar sus pensamientos en una atmósfera serena y alejadas del ruido del mundo. En el reinado de aquellos Soberanos, tan beneficioso para la cultura patria, se ofrece la doctísima dama, conocedora del idioma del Lacio y de los clásicos autores de la antigüedad, á quien se dió el nombre de *la Latina*. Sucédense á ésta otras admirables mujeres frecuentando las aulas de nuestras famosas Universidades, alcanzando grados académicos y difundiendo á su vez la ciencia adquirida, caso no visto anteriormente en nación alguna. Síguese á la célebre maestra en la lengua de Virgilio, la incomparable religiosa de mente clarísima, intuitiva ciencia, ejemplares virtudes y corazón consagrado al amor divino, de encantadora sencillez en sus escritos piadosos y melancólica ternura en sus canciones, inspiradas en sus místicos arrobos, y que circundaba á su frente la triple corona de la virtud, la santidad y el genio. Esta gran doctora, Teresa de Jesús, sobresale entre las sabias mujeres no sólo de su patria sino de las de otras naciones, y su nombre es una gloria universal. A su ejemplo, otras inspiradas poetisas, alejadas del trato de las gentes en el retiro monástico, se consagraron al cultivo de las letras, y muy especialmente al género poético sagrado.

Sorprende, en verdad, la inclinación que al cultivo del arte dramático se manifiesta en alguna de estas ilustradas religiosas, que renunciaron á los halagos del mundo y á presenciar en él las contiendas de las pasiones y el espectáculo de los vicios sociales, cuando necesariamente habían de concurrir á sus obras de esta índole, como elemento necesario, las humanas acciones, que son la lucha de la vida, lo mismo las dignas de alabanza que las de vituperio. Una de las que dieron sus obras á la escena, donde alcanzaron aplausos, fué la celebrada poetisa, nacida en Méjico, Sor Juana Inés de la Cruz. Igual predilección al género dramático se advierte en no pocas poetisas luso-hispanas, ya en su vida claustral. En la época en que florecieron no se consideraba el cultivo del mismo, que no puede llamarse profano en absoluto, porque en él existían el drama *á lo divino* y el auto sagrado, incompatible con el estado religioso, y no desdecían de éste ni de la virtud de sus autoras las obras de esta clase debidas á su ingenio. Excusado es recordar los insignes varones que tanta gloria dieron á nuestro teatro nacional, á los cuales su carácter sagrado no impidió tratar los más profanos asuntos, sin extrañeza de las gentes. Cuéntanse también en nuestra nación y en la vida social otras autoras de ficciones escénicas. Tales son las ingeniosas sevillanas D.ª Feliciana Enríquez de Guzmán y D.ª Ana Caro, que figuran dignamente en la historia del arte dramático en España.

Aun pueden agregarse á esta serie de damas españolas instruidas y dotadas de numen poético, á D.ª Cristobalina Fernández de Alarcón, poseedora de vastos conocimientos; á la piadosa monja á quien se debe *La Mística Ciudad de Dios*, y llevó en el claustro el nombre de Sor María de Jesús; á la inspirada religiosa sevillana, hija también del Carmelo como Santa Teresa é imitadora suya, y como ella y de la misma religión, Sor María de San José; á Sor Francisca de Santa Teresa, ferviente cantora del amor divino y digna de todo encomio, y á la no menos inspirada agustiniana Sor Valentina Pinelo. Todas estas sabias y virtuosas mujeres demostraban que no les estaba vedado penetrar en los templos del saber y frecuentar las laderas del Pindo, y al mismo tiempo cuán inagotable es la fuente donde se encuentra la inspiración sagrada, y cuán expresivo llega á ser por su vehemencia el lenguaje poético con que se canta el amor infinito al Eterno Esposo á cuya adoración consagraron su existencia en el mundo.

Hacen notar los ilustradores de la *Historia de la Literatura Española*, de Ticknor, que sólo en el certamen poético celebrado en Toledo en 1617, con motivo de ser trasladada la imagen de la Virgen á la capilla del Sagrario, concurrieron al mismo la mencionada D.ª Cristobalina Fernández de Alarcón, D.ª Juana Gaitán, D.ª Josefa de Salas, D.ª Ana María de Alday y Vergara, D.ª Manuela Pardo de Monzón y otras; y recuerdan asimismo aquellas doce damas aragonesas que pusieron versos laudatorios á la fabula de *Atalanta é Hipocrene*, del Marqués de San Felices, impresa en Zaragoza en 1652.

También recuerda el erudito académico D. Luis Fernández-Guerra, en su notabilísima obra laureada que lleva el título de *Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza*, que realzaban con su presencia las academias literarias celebradas en la corte de España ilustres poetisas «ganosas de presenciar los nobles ejercicios del entendimiento, y que entre ellas debieron contarse D.ª Beatriz de Zúñiga y Alarcón y D.ª Clara de Bobadilla y Alarcón», que bien pudieron tener parentesco con aquel excelente autor dramático.

Sería prolijo enumerar las poetisas, tanto españolas como portuguesas, que concurrían á certámenes literarios y á prestar sus alabanzas al autor del libro nuevo, ó á tomar parte en la Corona poética fundada en algún suceso de actualidad entonces. No siempre había bastante motivo en casos tales para que las Musas acudieran con toda su inspiración á estas discretas autoras, que no lo fueron de obras de mayor importancia.

Tratando ya de las ilustres damas que florecieron en la patria de Camoens en los siglos XVI y XVII y han escrito en el habla de Castilla, merece preferente lugar en estos apuntes la que lleva el nombre de D.ª Bernarda Ferreira de la Cerda. Noble por su cuna, admirada por su talento, honró las letras de su nación y las castellanas. Nació en Oporto en 1595: desde su juventud manifestó extraordinarias aptitudes para el cultivo de la poesía, y el fruto que le dieron sus estudios prueba la superioridad de su inteligencia y se revela en sus escritos. Fué apreciada además por sus virtudes, y justas han sido las alabanzas que sus contemporáneos le tributaron. Dirigióle las suyas desde España Lope de Vega, aplaudiendo su erudición y la maestría de su *pluma castellana* al trazar uno de sus más extensos poemas de carácter histórico. Consignaba esta docta dama que, á pesar de las censuras que tal vez se atraería al escribir en castellano, *por ser idioma claro y casi común*, lo hacía sometiéndose á los cargos que pudieran hacerle *sus portugueses*. No por esto rindió menos acertado culto al suyo, en el que existen muy estimables composiciones.

El poema á que antes nos referimos, *España libertada*, dirigido al rey de España Felipe III, é impreso en 1618, si bien carece de las condiciones que forman una epopeya, tiene en compensación episodios muy notables, y abunda en nobles pensamientos. Don Domingo García Peres, en su *Catálogo de autores portugueses que han escrito en castellano*, obra necesaria á los que se dedican al estudio de las letras, y de la bibliografía en especial, inserta algunos fragmentos de esta obra, en los que se advierte la facilidad de la expresión poética, pero á la vez la falta de entonación que en las producciones de este género hace menos cansada y más interesante su lectura.

El libro que evidencia mejor el numen poético de doña Bernarda es el que lleva el título de *Soledades de Bussaco*. En él demuestra su corrección de lenguaje, su elegancia de estilo, y que es la verdadera poetisa inspirada por los encantos y atractivo del hermoso paraje que describe. Con el carácter propio del romance castellano, composición esencialmente española y la más popular en nuestra poesía, se ofrecen en las *Soledades* muy bellas descripciones de este apacible y sagrado retiro

De los felices descalzos
Que transforman en Carmelo
La montaña de Bussaco.

Refiérense en diversos romances, con detalles primorosos, las bellezas que hacen tan ameno este lugar de piadoso recogimiento y olvido del mundo; las ermitas habitadas por los monjes penitentes y entregados á la oración, y que

Sólo de bienes celestes
En todo tiempo están ricas;

las costumbres de aquéllos, su culto á la divinidad, empleando bellas imágenes y con la dulce expresión inspirada en un ambiente tranquilo, lleno del aroma de las flores y bajo la sombra del follaje, donde elevan sus trinos las avecillas. El siguiente soneto de la misma obra resume toda la hermosura del lugar que es objeto de tanta alabanza:

Jardín cerrado, inundación de olores,
Fuente sellada, cristalina y pura,
Inexpugnable torre do segura
De asaltos goza el alma sus amores.
Intactas guardas tus hermosas flores,
Matas la sed, destierras la secura,
Ostentas majestad, y desa altura
Penden trofeos, siempre vencedores.
El verdor tuyo nunca el lustre pierde,
No se enturbia el candor de tu corriente;
Firme está tu invencible fortaleza.
Que es el jardín cerrado siempre verde,
Es siempre clara tu guardada fuente,
Y es propia de la torre la firmeza.

El merecido concepto que gozaba esta escritora, no sólo como poetisa, sino como dama de ejemplares virtudes, le atraían el general afecto, y en ocasión de la estancia de Felipe II en Lisboa, quiso este monarca que se encargara de la educación de los príncipes, sus hijos; honor de que se excusó, por su modestia, ó tal vez por el deseo de no abandonar su patria. Viuda entonces, y con sólo una hija, siguió consagrándose á sus escritos, algunos de los cuales pudo ser del género dramático, acaso la que se cita como obra suya con el título de *Cazador del cielo*. Doña Bernarda Ferreira es una de las figuras más notables del Parnaso portugués, siéndolo asimismo del castellano.

En el mismo siglo XVI se ofrece como autora del *Poema á la Pasión de Cristo* D.ª Elvira de Silveira, nacida en Évora, la cual abandonó el puesto que en la sociedad le daba la nobleza de su familia, para consagrarse á Dios en el retiro del claustro, profesando en el convento de Celas, de la Orden de Císter. Tuvo lugar su muerte en 1590. Según Fray Bernardo de Brito, cronista de la misma Orden religiosa, asegura, lo que también se consigna en el citado *Catálogo* de García Peres, esta piadosa monja era favorecida del cielo con el don de la profecía. Parece anunció en el expresado poema el desgraciado fin que había de tener la expedición del rey D. Sebastián.

Igual asunto sagrado trató D.ª Elena Silva, natural de Coimbra, á quien incluye en su *Catálogo* aquel erudito escritor, tomando la noticia que á la misma se refiere del *Theatro heroyco*. También profesó en el mismo convento de Celas de aquella ciudad. Además de la obra indicada, *Pasión de Cristo Nuestro Señor*, escribió la *Vida de Nuestra Señora, con versos de Virgilio*.

Pertenece al siglo XVII, en que es grande el número de escritores luso-hispanos, y en especial de los consagrados á la poesía, la docta religiosa lisbonense Sor Violante do Ceo, que vino á la vida en 1601, y por su clarísimo talento, su instrucción y poético numen mereció ser llamada el *Fénix de los ingenios lusitanos*. Sobresale entre los más acertados cultivadores de la poesía castellana en su nación. Cierto es que no se libró del todo del contagio del culteranismo, epidemia reinante entonces, que alcanzó á tantos al extenderse por la Península ibérica; pero este fué un mal irresistible que llegaron á sentir aun los poetas más afamados. Era una moda á que se rendía culto, á despecho del buen sentido, del natural ingenio y del buen gusto, contrariando á la verdad, sin la que no hay belleza y perfección artística. Al recibir Violante el velo de las esposas de Jesucristo, entraba en la vida claustral con la aureola que le daban su saber é inspiración. Si no pudo resistir al influjo de aquella deidad, tan dominante como voluble, al aceptar el hiperbólico é ininteligible *estilo culto*, mostrándose un tanto conceptuosa en algunos de sus versos, en cambio fué admirable en su expresión elegante y correcta.

Estas piadosas vírgenes poetisas parecían habitar, no en la estrechez de una celda solitaria y bajo los severos arcos claustrales, sino en floridos verjeles de eterna primavera, donde todo es frescura, todo vida y todo luz, según suelen ser sus imágenes placenteras y sus pensamientos impregnados de dulce melancolía y apasionada ternura, sin sombra alguna de tristeza. No era de extrañar que la musa profana quebrantase alguna vez la clausura conventual para compartir con la de Sión, celeste y divina, su misión inspiradora, y animase con su fuego aquellas almas sensibles que en modo alguno podían desdecir de su estado al tratar asuntos que no fueran exclusivamente piadosos, porque donde existe la virtud y la pureza de sentimientos no cabe jamás lo que daña y envilece.

Aun en la misma poesía religiosa cultivada en el claustro existen diferencias notables: no es igual el carácter y expresión de la poesía mística que la llamada en general sagrada. La poesía mística nace de la exaltación del espíritu en sus éxtasis, cuando parece desprenderse de la materia para alzarse á los cielos, y es vehemente y apasionada; se apodera de las frases del *Cantar de los cantares* porque en este antiguo poema se encuentran las que mejor expresan en el lenguaje humano el intensísimo amor á la Divinidad. Las composiciones de Sor Violante, si bien no pertenecen á este género en que tan admirables son la santa Doctora avilesa y el carmelitano Juan de la Cruz, en aquellos que se refieren á la *Natividad de Jesucristo* revela también ese amor divino, profundo, con las palabras que pudiera hacerlo el amor humano, pero con la sencillez que es propia del asunto, á la que acompaña la armonía del lenguaje poético.

Sentido es el canto que esta monja ilustre consagra á lamentar la muerte de *El Fénix de España Lope de Vega*. Júzguese por estas estrofas:

Perdió con tu partida
Helicona el valor, Parnaso el brío;
Que si sólo tu vida
Sustentaba el honor de Euterpe y Clío,
Agora que entre luces te acomodas,
Huérfanas llorarán las Musas todas.
Perdió su sol el suelo,
Su crédito el saber, su espanto el mundo,
El genio su modelo,
Su ejemplo lo suave y lo fecundo,
La fama sus asuntos en sus glorias,
España en tus escritos sus victorias.

Toda esta notable composición revela la fluidez, corrección y elegancia de la poetisa portuguesa, tan hábil en el uso del lenguaje castellano. Admírase, asimismo, la delicadeza de sus conceptos en su canción á dama de tan altos méritos como D.ª Bernardina Ferreira y á su hija, al considerar á éstas décima la primera en el coro de las Musas, y cuarta la segunda en el grupo de las Gracias. En sus romances se advierte la misma facilidad de expresión, y algunos se hallan exentos del falso brillo del estilo culto. Ignórase la causa que indujo á tan docta dama, cuando era admirada de todos en la sociedad en que vivía, á profesar en el convento de la Rosa de Santo Domingo de su ciudad natal, donde prosiguió cultivando las letras y alcanzó larga vida, hasta terminarla en 1693. Sus obras fueron *Rimas varias* y *Parnaso lusitano de divinos y humanos versos*, y la comedia *á lo divino Santa Engracia*. Tan ilustre monja enriqueció las letras castellanas con notables frutos de su ingenio, y merece ser más conocida en nuestra patria.

Sor María do Ceo, también poetisa, sostuvo el mismo buen nombre conventual de la anterior, su compañera en el estado religioso. Asunto fué de sus composiciones el amor á Dios, y si no con la misma facilidad de expresión

que Sor Violante, cantó el suyo fervoroso, y el que ha de recompensar al que quiere bien, en melancólica endecha, y pidió en otra que la cubrieran de flores, porque el aliento del aire no llevara el sublime amor que sentía por el que espera muriendo el sudario que había de envolverla. Sus canciones pastoriles tienen el carácter especial de este género, propio de la antigua poesía castellana.

Sor María tuvo su cuna en Lisboa en 1658, y recibió el hábito franciscano en 1676, en el convento de la Esperanza de esta ciudad, donde ejerció más de una vez el cargo de abadesa. Debió morir de edad avanzada. Su natural despejo, unido á la instrucción adquirida, se manifestó en sus poesías, inspiradas sin duda en el claustro, y dadas á luz con el nombre de Sor María Clemencia. No fueron sus obras sólo de carácter piadoso, como la *Vida de Santa Catalina;* también escribió otras escénicas, y suyos son los autos titulados *Mayor firmeza de amor*, *Amor y fe* y *Las lágrimas de Roma*, así como las comedias *En la cara va la fecha*, *Preguntadlo á las estrellas* y *En la más obscura noche*. Hállanse en los *Romanceros* y *Cancioneros Sagrados* poesías de esta religiosa y de Sor Violante, y algunas de las mismas encontramos en la *Floresta de Rimas antiguas castellanas*, obra muy rara en el día, de la que poseemos un ejemplar.

Puede contarse á Sor María do Ceo en el número de aquellas religiosas á que nos referimos, en cuyos cantos brota con sinceridad espontánea, sin artificio alguno, la sublime pasión, el culto ferviente al Ser Supremo, á quien consagraron su existencia, sacrificando los goces del mundo en espera de la eterna felicidad. Tema es constante este amor que eleva á almas tan puras desde la baja tierra hasta los mismos cielos, en las solitarias cantoras de la Divinidad. Sor María, inspirada por estos sentimientos y estas esperanzas, y en una de sus composiciones pastoriles, trata con verdadero ingenio los altos prodigios que consigue el amor divino, que

Hizo ser hombre un Dios.

Toda la vehemencia con que puede expresarse el amor humano se emplea por esta piadosa monja para manifestar el que siente por el Sagrado Esposo, porque tanta es la verdad de tan íntimo y espiritual afecto. Esto mismo imprime en sus poesías cierto carácter profano, de que tan distante se hallaba de darles en su honda piedad, puros sentimientos y profundísima fe. Hermana gemela de Sor María fué la señorina Isabel de Silva, poetisa también, y autora de la obra *Celos abren los cielos*. Su asunto es la vida de la Patrona de Santarem, Santa Iria.

Todos los géneros literarios fueron cultivados por las escritoras luso-hispanas. En el novelístico se ofrece la primera Condesa de Seren y sexta de Athouguia, noble lisbonense, poetisa también, de nombre D.ª Leonor de Meneses. Escribió con el de Laura Mauricia una novela en prosa y verso, impresa en Lisboa en 1658, con el título de *El desdichado más firme*. Murió en 1640.

Pertenece á una ilustre familia, en que el saber era hereditario, D.ª Juana Josefa Meneses, tercera Condesa de Ericeira, nacida en Lisboa en 1641; dama doctísima, versada en varios idiomas y poetisa notable. Reunía á todas estas circunstancias la de dispensar su protección á los que se dedicaban al estudio de las letras y las ciencias. Ejerció el cargo de camarera de la reina D.ª Catalina. Sus obras en castellano son: el poema en octavas, de marcado gusto gongorino, que tituló *Despertador del alma al sueño de la vida en voz de un advertido desengaño* (1695); *Obras poéticas españolas*, publicadas bajo el nombre de Apolinario de Almada, que se conservaban manuscritas, y á las que acompañaban las comedias *El divino imperio del Amor* y *El duelo de las finezas*. Además compuso *Autos Sacramentales*, que llevan el título de *Contiendas del amor divino y humano*. García Peres, á cuyo *Catálogo* debemos en gran parte las noticias antecedentes sobre esta ilustrada portuguesa, consigna en el mismo que todas estas obras se perdieron cuando el terrible terremoto que destruyó el palacio de esta noble familia en 1.º de Noviembre de 1755.

Sin guardar un orden cronológico, difícil de señalar con exactitud tratándose de autores contemporáneos que daban sus obras á la prensa en distintos períodos de la época que recordamos, mencionaremos otras damas no menos ilustradas que se daban á conocer en la misma. Encuéntrase en este caso D.ª Isabel Correa, quien sobresalió por sus estudios y conocimiento de la literatura antigua y de varios idiomas. Desde su juventud cultivó la poesía, en que brilló por su expresión fácil y galana. Residió algún tiempo en Amsterdam, donde murió. En esta ciudad presidió una academia, donde cultivaban su ingenio los portugueses y españoles que en ella residían y eran dados á las letras. De sentir es que las producciones de tan docta escritora no sean conocidas en su mayor parte. Impresa fué su traducción del italiano en metro español, acompañada de juiciosas y discretas reflexiones, de *El Pastor Fido*. Tales noticias van seguidas, en el *Catálogo* de García Peres, de los siguientes versos en elogio del *Coro de las Musas* y de su autor Miguel de Barrios:

No sólo un vital aliento
Te exalta, sublima y dora;
Divino influjo mejora
Tu cándido entendimiento;
Con el alto lucimiento
De tu ingenio superior,
Das al Pindo más verdor,
Cualquiera Musa es más bella,
Cada renglón una estrella,
Y cada estrella una flor.
Sale con gracia difusa
De tu método profundo,
Al gran teatro del mundo
Todo el coro de las Musas;
Por las líneas que andar usas
Igualándote á ti solo,
Vuelas al ursario polo
Desde el hispánico nido,
Entre las Gracias, Cupido,
Entre las Musas, Apolo.

Muy estimada por sus obras poéticas fué Sor Magdalena Eufemia Gloria, que adoptó el pseudónimo de Leonarda Gil de Gama al dar las mismas á la prensa. Tuvo en Cintra su cuna en 1672, y profesó en el convento de la Esperanza de Lisboa en 1688. Como todas las que buscaban asilo en el claustro, fué cantora á su vez del amor divino. Parece aproximarse esta monja al estilo de la santa Doctora española, en las poesías que conocemos suyas de este género. Adviértese en las mismas la inclinación de su autora al *estilo culto*. La viveza de imaginación de ésta y facilidad para usar el lenguaje poético en el idioma castellano, hacen olvidar cualquiera sombra que en tal sentido pudiera hacer menos espontáneos sus versos. Túvosela en gran estima en su tiempo, y se la comparaba con la célebre Sor Juana Inés de la Cruz, dándole el nombre de *Fénix de los ingenios*. Escribió varias obras en portugués y poesías en castellano. Suya es la siguiente décima:

Suspiro que al aire vano
Subes en ardiente llama,
Si naces voz de quien ama,
El morir incendio es llano;
De lograr tu ardor ufano
El aire, batiendo luego
Sus mismas alas al ruego,
Vuela encendido calor,
Que suelen alas de amor
Añadir más fuego al fuego.

Hija de un profesor de la Universidad de Coimbra en el siglo XVII fué Mariana de Luna, quien poseía especial instrucción y numen poético. Escribió en verso portugués y castellano la siguiente obra impresa en Lisboa en 1642: *Ramillete de varias flores ó felicidade d'este Reyno de Portugal, em á sua milagrosa restauraçao pela Magestade d'el Rey D. Joan IV*.

A esta serie de poetisas lusitanas, de quienes se tienen muy escasas noticias, pertenece también D.ª Brites Sousa e Melo. Tuvo su morada en el convento del Espíritu Santo de Torres Novas, su pueblo natal, hasta terminar su vida. Consagróse á las letras con fruto, y en especial al género dramático. Suyas son las comedias *La vida de Santa Elena ó Invención de la Cruz* y *Yerros enmendados y alma arrepentida*.

Sábese que existió una discreta portuguesa versada en las lenguas griega y latina, y conocedora de las obras de los autores de la antigüedad clásica, notable asimismo por su belleza, y que murió soltera en 1685, sin haber aceptado el amor de alguno de sus muchos apasionados, llamada Costanza Mendes. Débese á la misma la composición que lleva el título de *Rosa sin espinas ó María Santísima concebida sin pecado original*.

Celebrada por sus *Varias Poesías* fué D.ª Elena Paz. Tributáronle sus elogios escritores portugueses de autoridad reconocida. Nombrada ha sido, asimismo, como autora dramática, D.ª Juana Teodora de Souza, de quien es la comedia *El gran prodigio de España y lealtad de un amigo*, impresa por diligencia de la madre Ángela de Luz, monja del monasterio de la Rosa de Lisboa, en que aquélla fué *recolhida*. Notable es la circunstancia, dado el género de tal producción, que dicha hermana de Religión de Sor Juana fuese la cuidadosa de su publicidad.

Uníase el talento á la hermosura de la noble lisbonense D.ª Ángela de Acevedo, y además de las simpatías que le daban estos dones con que el cielo quiso favorecerla, captóse las de D.ª Isabel de Borbón, esposa de Felipe IV, por su discreción é ingenio. Viuda de un ilustre caballero español, de quien tuvo una hija, retiróse al convento de benedictinas, donde profesó y halló el término de sus días. Fué autora de obras dramáticas que corrieron impresas, y llamó *El secreto disimulado*, *La Margarita del Tajo que dió nombre á Santarem*, *Dicha y desdicha del juego* y *Devoción de la Virgen*.

Otra portuguesa de igual apellido, Luisa de Acevedo, instruída en la literatura antigua y conocedora de varios idiomas, se dió á conocer como poetisa de claro ingenio, y escribió un *Romance español en ciento cincuenta coplas al aparecimiento de Nuestra Señora de Lapa*. Arrebatóla del mundo la muerte en temprana edad, en 1699.

Dama de ilustre familia y de no vulgares conocimientos, que eran de admirar en su discreto trato, era D.ª Juana Margarita Castro, á quien valieron estas cualidades extraordinarias la protección de D.ª Isabel, hija de D. Juan II. Dedicó á esta Princesa sus poesías, que no llegaron á imprimirse, y tituló *Poesías varias portuguesas y castellanas*. Alcanzó algunos años del siglo XVIII, falleciendo en 1714. No dejaremos de mencionar, aunque ya pertenezca á esta centuria, á María Josefa Cayetana Guerra Pitta, lisbonense, que fué autora de una composición elegiaca en portugués á D.ª Mariana de Austria, reina de Portugal, y otras poesías en castellano.

Habiéndonos propuesto tratar sólo de las poetisas lusitanas que han escrito en nuestro idioma, citaremos, no obstante, como autora dramática y á la vez también religiosa, consagrada al claustro, aunque sus obras son en portugués, á Sor Francisca de la Columna, natural de Torres Novas, y abadesa del convento de franciscas del Espíritu Santo, en Lisboa. Floreció á principios del siglo XVII, y fué autora de varios versos y comedias *á lo divino*. Una de éstas se titula *Ao Nacimiento de Christo*.

Antes de dar por terminados estos ligeros apuntes sobre las poetisas luso-hispanas á quienes debe nuestra nación su concurso en el progreso y brillo de las letras, durante los períodos más felices para las mismas, cúmplenos consignar que sin el *Catálogo*, que más de una vez hemos citado con complacencia, de D. Domingo García Peres, hubieran sido incompletas nuestras noticias. Muchas de éstas las debemos al erudito bibliófilo portugués, que da cuenta en su interesante obra del gran número de autores que honraron á su patria, por su saber é ingenio, y al mismo tiempo á la nuestra, usando como propio el idioma castellano, y contribuyendo á conservarlo con su corrección y pureza.

Hecha esta manifestación como deuda de gratitud á tan distinguido literato, ¿qué más podríamos decir en gloria de las ilustres damas á quienes hemos recordado dando culto á las ciencias, versadas en las obras de los clásicos antiguos, cantando las hazañas de los héroes peninsulares, describiendo las maravillas de la naturaleza, tratando asuntos propios de su sexo con delicado sentimiento y ternura, llevando á la escena con vida y movimiento las figuras de sus ingeniosas ficciones, y, por último, desde el fondo de solitaria celda, alzando á Dios el himno de alabanza confundido con el suspiro del alma que no vive, que muere, como la de la insigne Santa española, porque no muere, en su impaciencia de arribar á la eterna patria?

De sentir es que de todas las flores del ingenio de estas doctas lusitanas no pudiera formarse, uniéndolas á las de sus hermanas las españolas, una Antología que fuera la mejor y más brillante prueba de que la ciencia, la inspiración y el genio no son de la exclusiva posesión del hombre.

Ángel Lasso de la Vega.

EL TEATRO DE LA GUERRA.

De todo el arsenal inmenso de frases hechas que hoy atesora el arte militar, ninguna más exacta, más gráfica, más pintoresca que la frase cabeza de estas líneas:

«El teatro de la guerra.»

Desde que el mundo existe se representa el drama eterno, el drama universal.

Su robusto argumento ha sido, es y será siempre el mismo: el odio, la lucha, la guerra.

Caín y Abel estrenaron la obra.

Desde entonces acá, ¡cuántas y cuántas representaciones no ha alcanzado el gran drama, siempre interesante, siempre nuevo!

La estructura de la obra ha sufrido, es verdad, transformaciones radicales.

La lucha de los hermanos se ha trocado en la lucha de los pueblos.

La apartada pradera del Oriente, en los campos de batalla del mundo entero.

La quijada del asno, en el fusil repetidor.

Pero la base, el alma, el nervio de la acción permanecen eternos, inmutables.

Ahora bien: lo que ocurre es que, por el mismo colosal desarrollo que han alcanzado las modernas representaciones, por el considerable número de actores y comparsas que toman parte en el desempeño, y, más que nada, por el inmenso gasto que llevan hoy consigo el *atrezzo*, el decorado y la *mise-en scène*, el número de aquéllas ha tenido que disminuir forzosamente.

Para resarcirse de tales gastos se necesitan grandísimas entradas.

Y como los abonados no son ricos, el teatro se abre sólo muy de tarde en tarde, y las temporadas (ó campañas) son cada vez más cortas.

El teatro de la guerra, como los circos ambulantes y los modernísimos coliseos norteamericanos, es desmontable y transportable.

De esta manera se puede trasladar con gran facilidad de uno á otro punto, y todos los públicos pueden gozar del espectáculo.

Claro está que hay parajes más especialmente indicados para que el teatro se arme en ellos; como asimismo existen públicos más vivamente apasionados por la función que en él se representa.

Es modelo de los primeros, y el principal de todos, la comarca del Rhin. Los dos pueblos que habitan sus orillas son ejemplos de los segundos.

Por eso en tal región las representaciones menudean.

Y aunque el gran teatro encuéntrase cerrado desde que terminó la temporada del 70 al 71, constantemente se suele anunciar su reapertura.

Las grandes compañías europeas, las principales *troupes*—y nunca han merecido con mayor propiedad este nombre—no se dan punto de reposo en sus preparativos y en sus ensayos.

Cuando la temporada empiece todos los actores sabrán perfectamente su papel.

Y, dado lo que hoy cuestan y lo poco que trabajan, bien se les puede exigir que representen á maravilla.

Los modernos ejércitos son como los cantantes aplaudidos; se hacen pagar sus notas á peso de oro.

Y sus notas son hoy los estampidos de sus cañones y de sus fusiles—las primeras partes y el cuerpo de coros, respectivamente.

La pólvora sin humo ha *engolado* sus voces, es verdad. Acaso, acaso, la guerra del porvenir se convierta en una pantomima.

Continuando el reparto de la obra, la caballería, los jinetes son los comparsas. No cantan, no hablan nunca; pero imponen siempre con su actitud y con su número.

Los ingenieros pueden ser y son, á no dudar, los carpinteros y maquinistas. Trabajan entre bastidores, en el foso y en los telares.

La orquesta viene á ser la reserva de todas armas, base y apoyo de la primera línea.

El Estado Mayor es, seguramente, el director de escena, antes de la representación; mientras la obra se representa pasan á constituirlo el apuntador, los traspuntes y los avisadores.

La Administración Militar tiene su puesto en la Contaduría.

El General en Jefe es el autor de la obra.

Y, por fin, el Ministro de la Guerra es el representante de la Empresa.

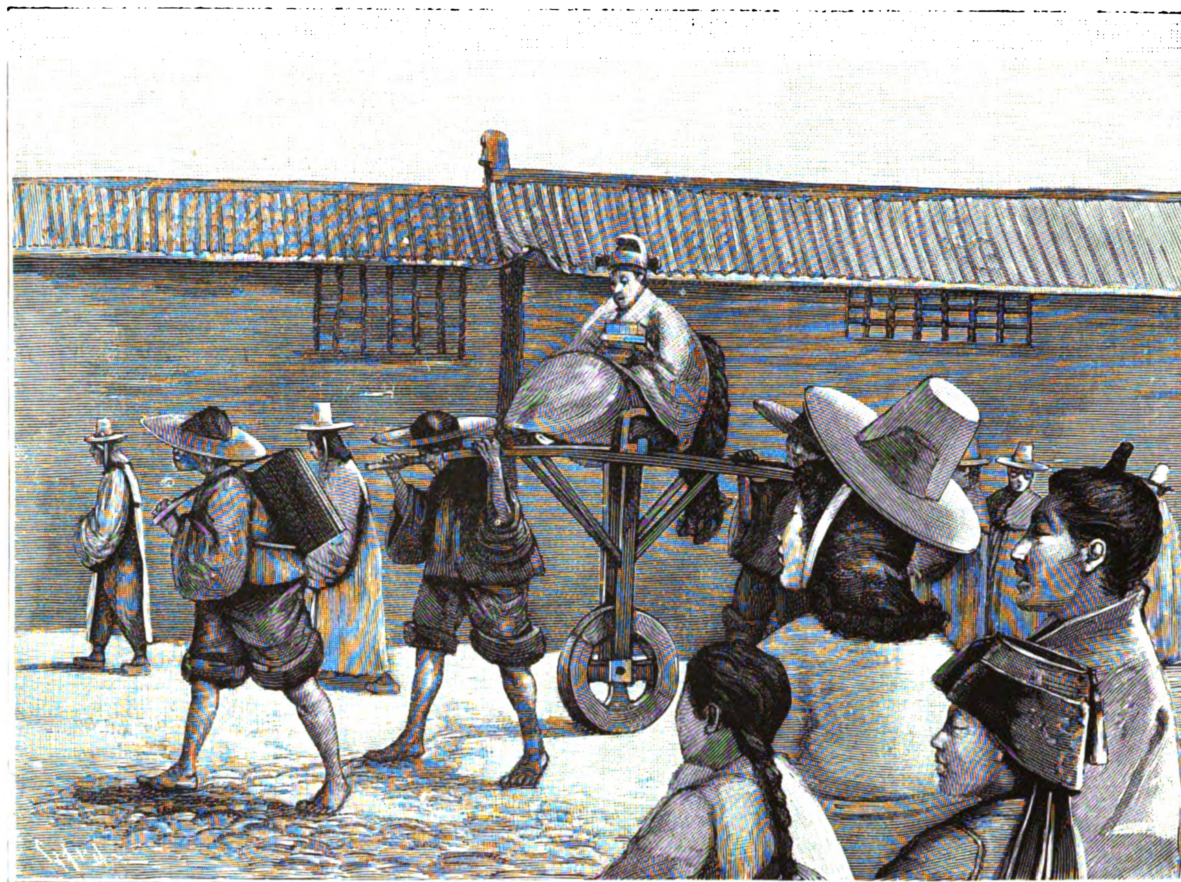
De esta enumeración salta á la vista la importancia de todos y de cada uno de los que en la representación toman parte.

Así como de ella se desprende también la absoluta necesidad de los ensayos.

¿Qué absurdo no sería, en efecto, la representación de una obra no ensayada?

Aunque todas las partes supiesen sus papeles, el diálogo y la acción se harían imposibles; el fracaso inevitable.

Se puede, pues, asegurar que, á igualdad de elementos,



LA REVOLUCIÓN EN COREA.—UN ALTO DIGNATARIO DE LA CORTE DIRIGIÉNDOSE Á PALACIO.

la compañía que más trabaje en los ensayos, alcanzará más éxito en la representación.

Ó dicho de otro modo: la preparación en la paz, es la victoria en la guerra.

Sólo me resta hablar de la obra y del autor.

Aquélla, como ya he apuntado, descansa siempre en argumento conocido.

Es un gran drama lírico que se desarrolla, por regla general, en tres actos.

El interés aumenta gradualmente.

El primer acto comprende la exposición (movilización).

El segundo, el nudo (objetivo estratégico).

El tercero, el desenlace (batalla táctica).

El triunfo ó la derrota constituyen la última escena.

En cuanto á la forma, ha variado muchísimo.

Antiguamente se estilaban las brillantes romanzas y los sonoros dúos, las hazañas heroicas y los rasgos de valor personal.

Hoy el coro y la orquesta son el todo. La instrumentación ahogó la melodía.

Por último, en cuanto al autor, arreglador más bien—el argumento, repito, es siempre el mismo—escribe el diálogo y busca los efectos.

Sus derechos de representación son muy crecidos.

Algunos autores, sobre todo aquellos que tienen participación en la empresa, llegan á hacer fortuna.

De los autores-empresarios, Napoleón es el tipo, el gran modelo.

¡Lástima fué que le silbaran su última obra!

Y ahora me queda una pregunta:

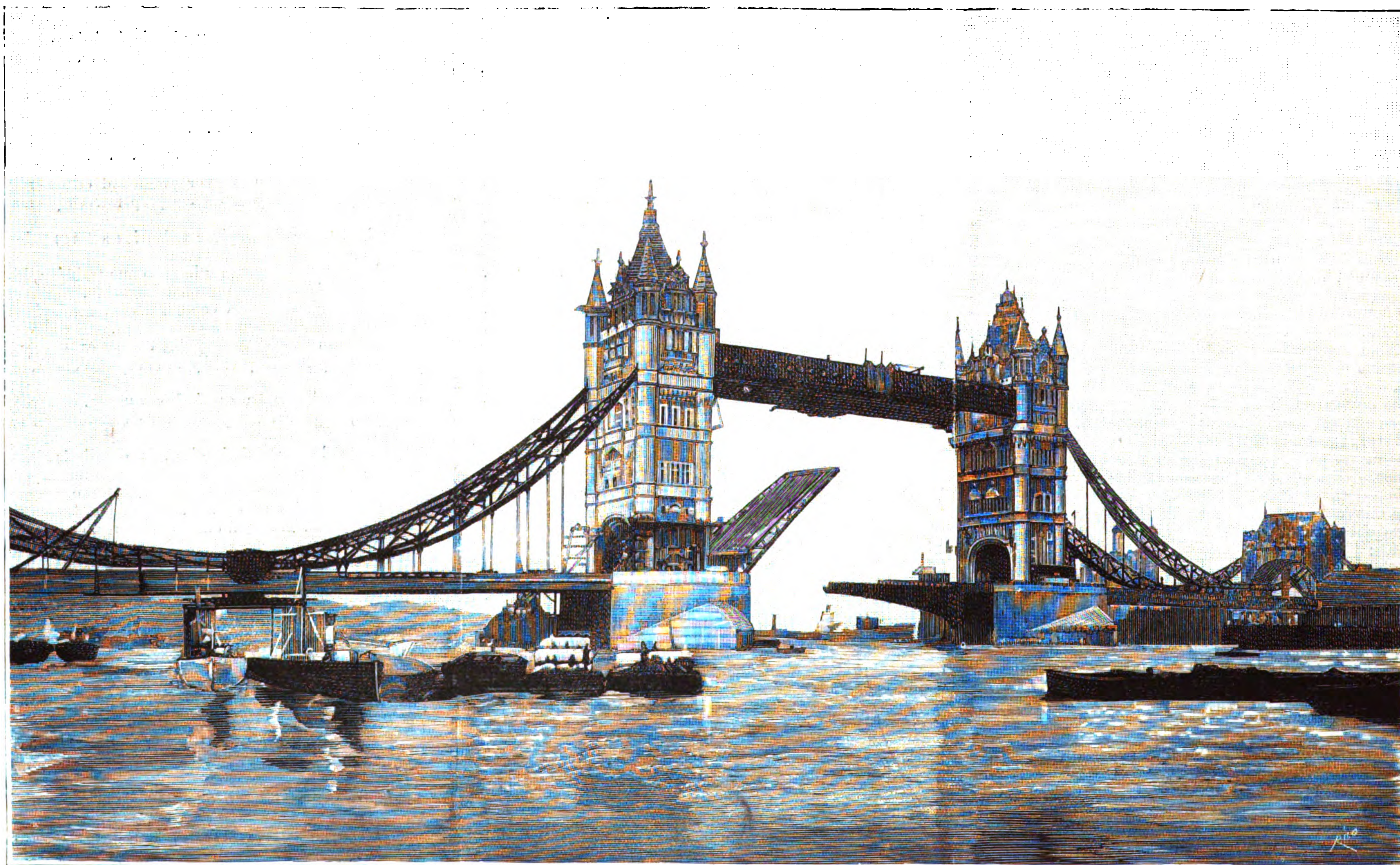
¿Cuál será el primer autor que aplaudamos?

¿Dónde y cuándo se estrenará su primer obra?

Para bien de la humanidad es menester que se estrene *tarde*.

Porque *con daño* ha de serlo de fijo.

RAFAEL COELLO.



LONDRES.—«TOWER BRIDGE», COLOSAL PUENTE GIRATORIO SOBRE EL TÁMESIS, INAUGURADO EL 30 DE JUNIO ÚLTIMO.

(De fotografía.)

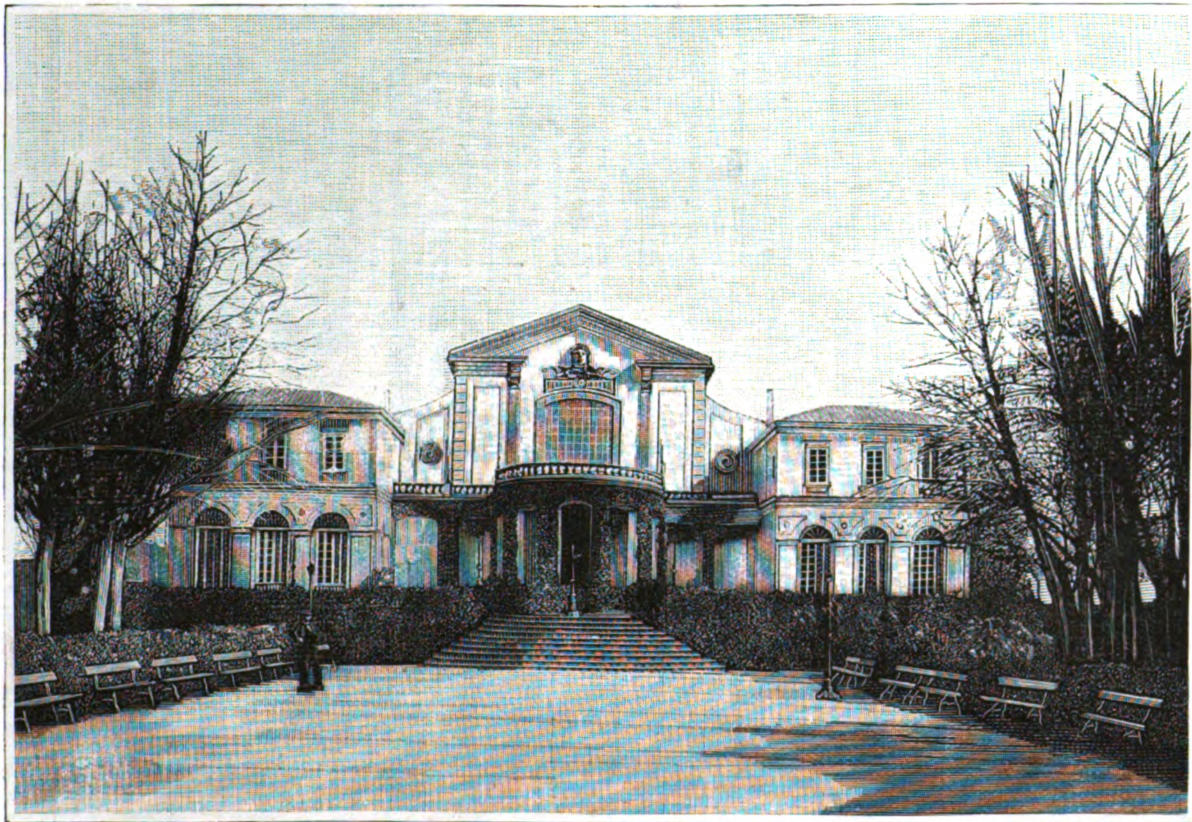
PUERTOS Y PLAYAS DE ESPAÑA.—LA CIUDAD DE GIJÓN.



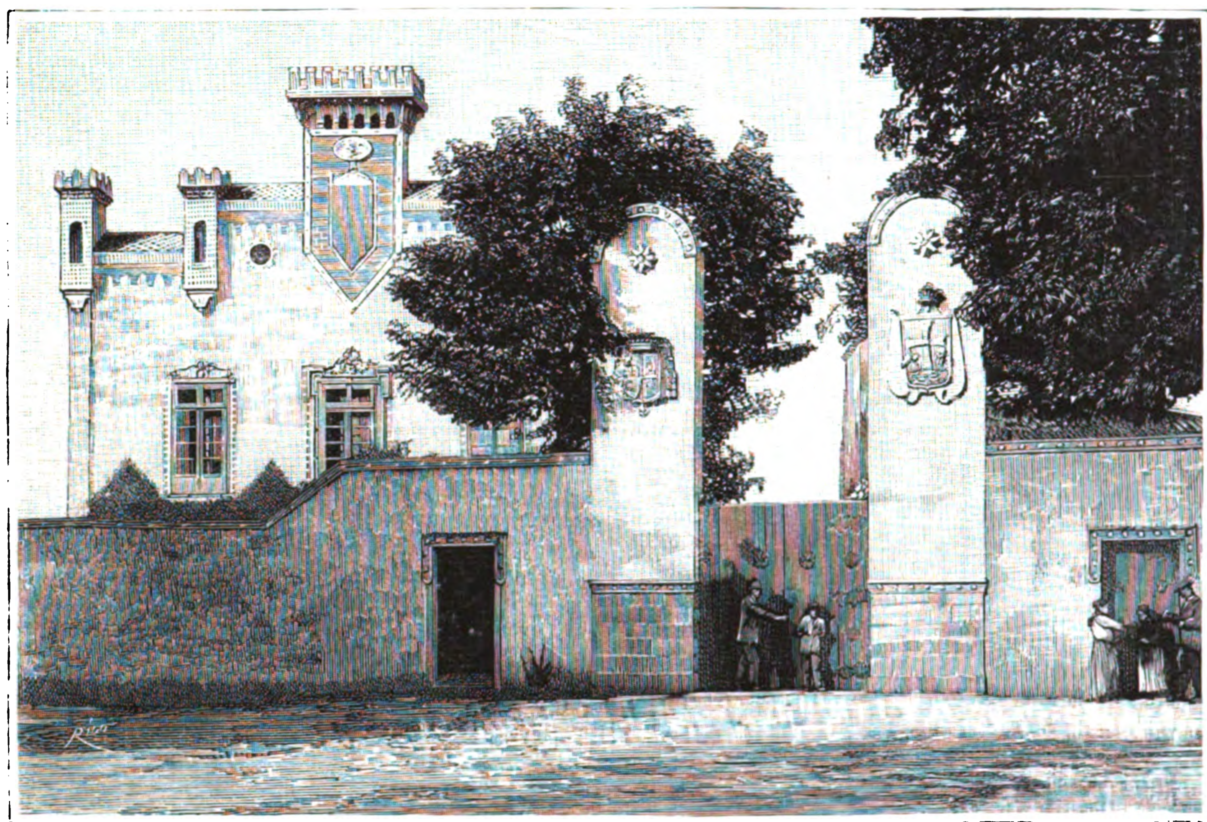
VISTA DE LA ANTIGUA DÁRSENA.



ESTABLECIMIENTO DE BAÑOS TITULADO «LAS CAROLINAS».



PASEO Y FACHADA PRINCIPAL DE LOS CAMPOS ELÍSEOS.



LA CASA DEL OBISPO.

(Del *Album Artístico de Gijón*, de D. Octavio Bellmunt.)

CHASCARRILLOS DE LA HISTORIA.

VII.

JUSTICIA ARZOBISPAL.

Sor Juana Inés de la Cruz,
La celebrada y excelsa
Poëtisa mejicana
Que hizo ingeniosa defensa
Contra los perversos hombres
De las desdichadas hembras,
Tenía una Superiora,
Mujer de muy pocas letras,
De reducido caletre
Y cortas entendederas.

Como el ingenio no puede
Someterse á la simpleza,
Y aunque la humildad le ayude
Y cien veces le contenga,
Llega una en que, al fin y al cabo,
Á su pesar se subleva,
Sor Juana, escuchando un día
Las sandias impertinencias
De la madre Superiora,
Dió á su enojo rienda suelta,
Y le dijo secamente:
—Cállese, madre, que es necia.

Sorprendida la Priora,
Al oir tal..... indirecta,
Y para que no quedase
Sin castigo la insolencia,
Escribió un largo billete
Formulando su querella,
Que dirigió al arzobispo
Don Fray Payo de Ribera,
Prelado sabio y prudente,
Hombre de mucha agudeza,
Y del que cuenta la Historia
Varias curiosas anécdotas.

Leyó Fray Payo el billete,
Que le causó gran sorpresa;
Mas comprendiendo sin duda
El motivo de la queja,
Y apreciando de una y otra
Las cualidades y prendas,
Puso al margen un decreto
De su puño y de su letra,
Que su bondad acredita
Y que su ingenio demuestra:
«Que la madre Superiora
Que el tal dicho toma á ofensa,
Pruebe todo lo contrario,
¡Y se hará justicia seca!»

VIII.

LA FORTUNA DE LOS MÉDICOS.

Nicocles, poeta cómico (1),
De que apenas hay recuerdo,
Aunque en tiempos de Aristófanes
Fué notable entre los griegos,
En cierta ocasión decía:
—¡Qué dichosos son los médicos!
Para que todos los vean
Alumbra el sol sus aciertos,
Y para que los olviden
La tierra oculta sus yerros.

IX.

LA CONFESIÓN DE CARLOS V.

Delante del confesor,
Cumpliendo como cristiano,
Con religioso fervor
Estaba el César hispano,
Carlos, el Emperador.

El egregio penitente
Se acusó sinceramente
De esos pecados veniales,
Que son el cargo frecuente
De los míseros mortales,

Y aun confesó, con dolor,
Alguna falta mayor,
Efecto de la liviana,
Pobre condición humana
O del tiránico amor;

Pero evitó con cuidado
Aun indicar un pecado
Infringiendo humana ley
O los deberes que á un rey
Impone su excelso estado.

Terminó su confesión,
Y esperando, vanamente,
Recibir la absolución,
Levantó la altiva frente
Con asombro y confusión.

—Padre, dijo, he concluído
Y la absolución os pido.
Decidme, si vaciláis,
Por qué no la he merecido,
O decidme á qué aguardáis.

Y contestó el confesor:
—Mi detención no os asombre;
Porque esperaba, Señor,
Ya que ha confesado el hombre
¡Que empiece el emperador!

Felipe Pérez y González.

(1) Mr. Loredan Larchey, en su libro *L'esprit de tout le monde* (1893), atribuye la frase al escritor francés Montaigne: pero en *El Diccionario de hechos y dichos memorables de la historia antigua* (1794), traducido por D. Bernardo M. de Calzada, se da como del griego Nicocles, y al *Diccionario* me atengo.

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

De Burdeos á Narbona por el Canal de *los dos mares:* cuantía de la obra; proyectos: la Exposición de la *rue Chauchat;* el canal, militar y mercantilmente considerado segun los franceses.—Proyectos de la unión de los *Dos mares* en España: trabajos en la época de Fernando VI y de Carlos III.—Descubrimiento de la divisoria de *Otzaurte* (Guipuzcoa) por D. Carlos Lemaur: canal de San Sebastián á Tortosa.—Folletos de Zunzunegui y de Astigarraga.—Excursión á Orzaurte del matemático Vallejo.—Los proyectos y nuestra pobreza.



Conversación muy socorrida va á ser en este verano, para los excursionistas que recorran el Mediodía de Francia y la región francesa de los Pirineos, la que se refiere á los proyectos de la apertura del «Canal de los dos mares», con los que sueñan hoy en el país vecino tantas y tantas gentes, de los que tanto la prensa política y profesional se ocupan, y que, á guisa de interesante Exposición, se ostentan en el salón de la *rue Chauchat* de París. Unir á Burdeos con las playas de las inmediaciones de Narbona, donde desemboca el Aude, por medio de un canal que pueda dar paso, desde el Atlántico al Mediterráneo, á los buques de mayor porte de la marina de guerra y mercantil, es, en efecto, una idea tan grandiosa como antigua, que cada vez que se pone de moda revuelve y entusiasma sobremanera el expansivo y patriota espíritu de los franceses. Ahora están en plena fiebre del «Canal de los dos mares». Más de cien proyectos diversos se exhiben en la Exposición promovida é instalada en París por la *Société nationale d'initiative et de propagande*, si bien, prescindiendo de aquellos en que la fantasía se ha desbordado y que, por lo mismo, no pueden tomarse en serio, no llegan á veinte los que merecen especial atención. Para que, en síntesis, pueda el curioso lector formarse idea de la cuantía de la obra de que se trata, resumiré en algunas cifras lo que acerca de ella se puede decir. La longitud del canal será de unos 450 kilómetros, su anchura de 44 metros si es de simple vía, y de 63 si es para doble paso, con una profundidad de 8,50 metros. Tendrá 22 esclusas ó grupos de esclusas dobles de 200 metros por 25 cada una, con muelles ó ampliaciones al pie y á la cabeza de cada esclusa de 1.200 metros para que sirvan de estaciones, apartaderos ó depósitos. El salto de cada esclusa variará de 6 á 18 metros. El máximum del coste será de 760 millones de francos. La travesía desde Burdeos ó Arcachón á Gruissan (Narbona) se hará en sesenta horas, y sólo habrá necesidad de construir seis puentes giratorios para salvar el paso de las vías férreas y principales caminos. La línea del Canal sigue en su trazado una dirección constante al Sur de la férrea de gran velocidad de Burdeos á Narbona, sin cortarla más que una sola vez, y lo mismo respecto al Canal del Mediodía, al que no toca en ningún punto. No se ha decidido aún cuál será el procedimiento que se emplee para el transporte de los buques por el Canal, si el de remolque, que tan excelentes resultados está dando en el Canal de Liverpool á Manchester, ó el de tracción por locomotoras desde la orilla, ó el automático de cada buque. No hay para qué decir que en los diversos proyectos que están expuestos en París hay de todo: camino de hierro para llevar los navíos en seco, sobre grandes plataformas, con velocidad de 5 á 20 kilómetros por hora; camino de hierro eléctrico; canal de un solo vaso muy alto; otros de varias alturas equidistantes y escalonadas con docks flotantes; otros de doble vaso, con locomotoras para los buques de vela en uno, y para la propulsión ordinaria por el propio vapor de cada buque en el otro; canal sencillo, con tracción funicular movida por la electricidad; canal para la tracción exclusiva con remolcadores; ampliación y utilización de los canales del Gironda y del Mediodía: canal de diez vasos, con ascensores dobles y tracción eléctrica; otro de dos vías con aparatos impulsores de doble cadena, y, en fin, otro sin esclusas, de presas escalonadas para la propulsión con las máquinas mismas de los buques.

Es admirable la suma de estudios y trabajos que suponen los materiales ó proyectos aportados á la Exposición para tratar de resolver el gran problema de que la marina francesa no esté siempre, *partida por fuerza en dos*, la del Océano y la del Mediterráneo, y aunque, como queda dicho, hay en ellos muchos que acusan sobra de fantasía y de inexperiencia, no puede negarse que los proyectos fundamentales se deben á algunos de los ingenieros más ilustres y reputados de Francia. Figuran entre ellos Mr. Godin de Lépinay y Mr. Latterrade, ingenieros jefes de Obras públicas, que por encargo de Mr. Freycinet y aprovechando los sondeos y estudios geológicos de Mr. Wickersheimer, ingeniero jefe de minas, hicieron el primer proyecto en 1883. En aquella fecha, ante el entusiasmo que producían los trabajos del Canal del Panamá, todos los demás se olvidaron. Pero la Sociedad que con tanto empeño había hecho estudiar los proyectos de el de «Los dos mares», encomendó al eminente ingeniero Mr. René Kerviler, autor del gigantesco muelle de Penhoet, en Saint Nazaire, y del gran puente giratorio de 300 toneladas que se sostiene en equilibrio por una sola prensa hidráulica, que analizara los proyectos anteriores y los perfeccionara, como lo hizo, en 1886, asegurando que la construcción del Canal no costaría más de 750 millones, y demostrando que en todas épocas podría contar con suficiente caudal de aguas para la alimentación de su cauce.

Inútil es ponderar el entusiasmo con que los franceses defensores de la construcción del Canal hablan de las inmensas ventajas que ha de producir á su nación. En caso de guerra con Inglaterra, el temor de siempre: Gibraltar, tal cual está fortificado, impediría de hecho el que pudieran unirse las escuadras francesas del Mediterráneo y del Atlántico. Con el Canal, esta unión se aseguraría para siempre. El Mediterráneo es hoy un lago inglés. El Canal destruiría de seguro tal monopolio. Los puertos de Tolón, paso de Lorient, Cherburgo y Brest son vulnerables; cualquiera escuadra fuerte puede bombardearlos y ocuparlos al fin; no habiendo hoy en Francia más puerto que el de Rochefort que esté al abrigo de una sorpresa y de un bombardeo. Con el Canal podría hacerse un puerto interior de refugio, sin rival en el mundo, al cual no alcanzarían jamás los proyectiles de ninguna escuadra, aunque alcancen ya, como alcanzan, á 16 kilómetros. Burdeos y Toulouse podrían ser dos puertos de refugio y de abastecimiento inexpugnables.

En cuanto al movimiento mercantil, de los 20 á 25 millones de toneladas que pasan ahora anualmente por el estrecho de Gibraltar, lo menos 14 pasarían por el Canal del Mediodía de Francia. Quedaría reducida la longitud de la travesía de Ouessant (Brest) á Malta en 1.260 kilómetros, y los buques de vela encontrarían inmensas ventajas al evitar el recorrido de los mares de la península Ibérica. Toda la navegación de las costas del E. y NE. de España, de Italia y del Sur de Francia con destino al Norte, resultaría grandemente favorecida, y lo mismo la que siguiera desde los países del Norte una ruta inversa. Los yacimientos minerales de los departamentos del Pirineo, hoy casi inexplotados por la dificultad de las comunicaciones, podrían beneficiarse inmediatamente, pudiendo reducirse casi á la mitad el coste del carbón de piedra puesto en Tolón ó en Burdeos. Los algodones de la India no tendrían necesidad de ir á almacenarse á los puertos ingleses, sino que encontrarían excelentes depósitos en el interior de Francia. Modificada radicalmente la ruta y marcha marítima de muchas primeras materias que hoy van sin detenerse á Inglaterra, podrían ser elaboradas en las numerosas fábricas que se crearían al lado del Canal, y que aprovecharían sus caídas de agua. La utilización de las fuerzas hidráulicas de las vertientes del Pirineo para crear energía eléctrica y conducirla hasta las comarcas que atravesará el Canal asegura tan extraordinario porvenir á la industria francesa, que bien podría considerarse emancipada en absoluto de toda competencia extranjera.

Y así discurren y así hablan los franceses, pensando en su gran vía navegable de Burdeos á Narbona, en la seguridad de que tienen inteligencia, dinero y patriotismo suficiente para verla realizada. Yo creo que la realizarán, aunque hoy, muchos otros pueblos poderosos se rían de semejantes pretensiones, y aunque, para negarlo después, se haya permitido algún émulo orgulloso decir: «Si se abriera este Canal, sería la revancha de Waterloo; pero los franceses son muy torpes para llevarlo á cabo.» Francia contestará que sabe trabajar con constancia, y añadirá, en inglés, para que se entienda bien: «*¡ Labour overcomes everything!*»

°°°

Muy antiguos son en España los proyectos de canalización de los ríos y de unión de los que nacen en las divisorias opuestas de una cordillera, para establecer comunicaciones fáciles entre las capitales y comarcas del interior y el mar, ó entre el Atlántico y el Mediterráneo. En los pacíficos y prósperos tiempos de Fernando VI y de Carlos III estuvieron estos planes muy en boga, y trabajaron con entusiasmo los ingenieros en sus gabinetes y en el campo, para ir realizándolos. El alcalde de casa y corte D. Carlos de Simón Pontero estudió en 1754 el proyecto de navegación para los ríos Tajo, Guadiela, Manzanares y Jarama, que patrocinó el Conde de Aranda, y en el que se proponía, no solamente establecer la navegación desde El Pardo á Aranjuez, á Talavera, á Bolarque, á Baldominguete, y por Guadiela hasta Beteta, sino además desde Toledo á Lisboa, y desde el Júcar al Mediterráneo. Las proposiciones de la Compañía de Navegación del Tajo fueron aprobadas en Septiembre de 1756.

Carlos III aprobó en 1770 otro proyecto de D. Pedro Martiniego para la construcción de un canal navegable desde la puente de Toledo hasta el Jarama, «y desde allí seguir la navegación á donde mejor conviniese, á elección de esta Compañía, sobre las riberas del mismo Jarama, Henares ó del Tajo». En 1784, el mismo Rey, aconsejado por el Conde de Floridablanca, ordenó al brigadier de ingenieros D. Carlos Lemaur que estudiase la canalización del Guadarrama á Madrid, continuando la obra hasta Aranjuez y hasta el Océano, algunos de cuyos importantes trabajos ejecutados se conservan aún, y cuyo pago y administración corrió de cuenta del Banco de San Carlos. Había encargado antes Fernando VI á D. Antonio de Ulloa que viese si era posible establecer la navegación desde las inmediaciones de Segovia hasta el puerto de Suances. Formáronse los proyectos de los Canales de Castilla y León; proyectóse el de Villanueva de Duero hasta Segovia, y hasta el Espinar, á una legua del puerto de Guadarrama, se hizo el Canal de Campos, y se idearon otros diversos para el aprovechamiento de los principales ríos. Gran interés tienen respecto á los proyectos de aquella época los estudios que se publicaron con el título de *Navegación general interior de la Península española*, de Arias; *Memoria sobre la navegación del Tajo; Navegación interior de España en general*, de Bails, y otros que pintan muy bien el estado de la agricultura y de las comunicaciones y de las necesidades que en nuestra patria se sentían.

Pero ¿se trató entre tantos proyectos de alguno que tendiera á unir el Atlántico con el Mediterráneo? Sí por cierto; y las noticias relativas á este asunto son tan curiosas como poco conocidas. El ingeniero D. Carlos Lemaur, hijo del sabio brigadier que estudió las obras de canalización del Guadarrama, recorrió á fines del siglo XVIII el país vascongado, para ver si era posible unir alguno de los cauces de sus ríos que van al Océano con el de algún otro que, naciendo en aquellas cordilleras, sea afluente del Ebro. Pu-

blicó el resumen de sus trabajos, fechados en Segura (4 de Octubre de 1805), el arquitecto de San Sebastián D. José Ignacio Zunzúnegui (1807), en una Memoria en que se ocupa éste de la «descripción de un nuevo trozo del camino Real de Francia para Madrid, que se intenta construir por la cordillera de San Adrián, en consecuencia de las Reales órdenes de 24 de Mayo de 1803 y 7 de Abril de 1804, adoptando en parte la ruta que antiguamente seguían las Reales postas, carruajes y demás caminantes por las villas de Segura y Cegama en la provincia de Guipúzcoa y varios pueblos de la de Alava. *Y proyecto de comunicación de los dos mares Océano y Mediterráneo por las inmediaciones del mismo camino*». En efecto, el Sr. Lemaur pasó larga temporada en aquellos parajes próximos á la sierra de San Adrián, y su famoso *boquerón* ó túnel natural, «cerca de las grandes moles de áridos peñascos que por encima se veían superar á las nubes, y entre lo sombrío del paisaje aun á las doce del día, en casi toda su longitud, produce en los pasajeros las más fúnebres y espantosas reflexiones, que hacen que por segunda vez no se expongan á sufrir ni lo penoso é incómodo de una subida tan dilatada, ni las ideas tristes que aquella vista presenta á su imaginación». Fijo su pensamiento en la idea de encontrar en aquellos valles dos cauces de agua próximos, uno de los cuales marche al Cantábrico y otro á Navarra y al Ebro, dió al fin con el arroyo de *Otzaurte*, en cuya hondonada, entre las alturas de *Achu* y de *Añabaso*, se encuentran el punto, término ú origen de las vertientes del *Oria* por un lado, y del *Urdalur* por otra, que respectivamente envían sus aguas al Océano y al Mediterráneo. En este punto de *Otzaurte*, que está, dice, de 300 á 400 pies más bajo que el de Aldaola, por el cual se hacen verter al Oria las aguas del Iturbequieta, se podrán tomar también las de este mismo río á una altura conveniente y de modo que, conducidas por el valle en una acequia, lleguen al mismo punto de Otzaurte, desde el cual se podría ejecutar un canal cuyas aguas en él, bajasen de uno y otro lado hacia esta parte por el valle del Oria, y por la otra por el Urdalur. Este canal podía seguir por este último, pasando en la inmediación de Alsasua, continuaría por el valle del río Araquil y entraría en el valle del Ebro para incorporarse con el actual canal ó acequia *Imperial* hasta Tortosa. Por la otra parte bajaría desde *Otzaurte* por el valle del río Oria hasta la inmediación de Andoain, á cuya altura vendrían las aguas del río Leizaur; seguiría después, ó bien por el valle de este último hasta cierto punto para introducirlo en el puerto de Pasajes, ó bien desde cierta altura podría separarse de aquél para dirigirlo por el de la Antigua, terminando en el puerto de San Sebastián.

El punto de *Otzaurte* era desconocido, bajo este punto de vista, y nadie había oído hablar de él. Hoy está situado en sus inmediaciones, sobre las rocas pizarreñas del terreno cretáceo inferior, y á 614 metros sobre el nivel del mar, el apeadero de su nombre en el ferrocarril del Norte. El famoso boquerón ó túnel-paso de San Adrián se abre en la cordillera inmediata, 890 metros más arriba.

Los estudios y proyectos de Lemaur no quedaron olvidados, porque en 1821 se publicó en Bilbao un folleto por don Luis de Astigarraga y Ugarte, con el título de: *Memoria sobre el proyecto y posibilidad de comunicar el mar Océano con el Mediterráneo por medio de un canal, que principiando en las inmediaciones de San Sebastián, y siguiendo por Hernani*, Urnieta, Andoain, Villabona, Tolosa, Alegría, Legorreta, Villafranca, Beasain, Segura y Cegama en Guipúzcoa, y por Alsasua, valle del Araquil, Artazco y otros pueblos de Navarra, llegue á unirse con el de Tudela. *Interesante hallazgo del punto de vertientes á ambos mares, hecho por el Brigadier de Ingenieros* (esto está equivocado) *don Carlos Lemaur en la altura de Otzaurte, cerca de Cegama, como único que presenta la naturaleza para la construcción de este Canal.* El Sr. Astigarraga compara la importancia del descubrimiento del Sr. Lemaur con la del realizado por Cristóbal Colón. Conocedor de estos trabajos el famoso matemático D. José Mariano Vallejo, visitó la provincia de Guipúzcoa en Junio de 1829 acompañado del citado autor Sr. de Astigarraga, que vivía en Segura, del Sr. D. José de Rezusta «oficial de Marina, sumamente instruído y apreciable», residente también en Segura; del Condesito de Robres; del vecino de San Sebastián Santiago Arrieta, y de los prácticos conocedores del terreno, Agustín Aristimuño y Xavier de Catarain». Subieron desde Cegama al boquete de San Adrián, y era tal la frondosidad de los bosques en aquel tiempo que «nos hallamos, dice, en una obscuridad casi absoluta semejante á la que se nota un poco después de anochecer ó un poco antes de amanecer». Y refiriéndose á la riqueza del arbolado que allí había y que podía explotarse, añade: «Se regocijaba mi alma de un modo muy extraordinario, pues veía mi espíritu en aquel paraje el origen de un fecundo manantial que puede producirnos más ventajas y riquezas que muchas minas de América.» Los expedicionarios recorrieron todo el terreno donde nace el Iturbeguista, el paraje de *Unzama*, por donde corre el arroyo *Otzaurte*, dividiéndose ante un peñasco en dos brazos, uno de los cuales va al Urdalur y al Burunda, y el otro al Oria. Grabaron los viajeros sus nombres en el peñasco y en las cortezas de dos frondosas hayas, y satisfechos con haber vuelto á encontrar el famoso punto *Otzaurte*, de Lemaur, continuaron su ruta por los diversos valles y regatas hasta Ataun, tomando detallada nota del terreno y trazando un curioso croquis del mismo. Convencido el Sr. Vallejo de la posibilidad de la unión de ambos mares, y teniendo capitales á su disposición, concibió la idea de formar una compañía, para hacer las calas, catas y sondajes, y que quedase á favor de la empresa todo el carbón de piedra que se encontrara en los parajes donde se ejecutaran las obras, para hacer comunicables los dos mares y para beneficiar las minas que se hallasen en todo el terreno metalífero «que yo reconocí, y que dejé señaladas y marcadas por mí, á presencia y con el beneplácito de las autoridades locales y de escribano público». Levantó el Sr. Vallejo dos actas ante las Justicias y escribanos de los respectivos pueblos (serían Segura y Cegama), y poco después..... quedó entorpecido el asunto para siempre.

Vallejo se propuso también, utilizando los sistemas y construcciones hidráulicas de su invención, *unir á Madrid con Castilla la Vieja por medio del Canal del Guadarrama*, línea de comunicación desde las inmediaciones de Segovia hasta el Canal del Manzanares, é incorporar esta línea de comunicación con el Duero y llegar hasta Oporto.

Por todo extremo curioso me ha parecido el resucitar estos interesantes datos, hoy casi absolutamente desconocidos, al tratar del proyecto francés de la unión de *los dos mares*, para que el paciente lector vea que es aquí muy antigua una idea semejante, y que no han faltado hombres de verdadero mérito que la han estudiado y propagado. Pero si inteligencia no nos falta, nos han sobrado guerras y calamidades que han dejado exhausto y consumido el tesoro nacional y los bolsillos de los particulares. Con poca gente y con menos dinero, aunque tengamos entendimiento y patriotismo, ningún milagro podrá hacer España, y ante tan fatal estado consolémonos, á lo menos, con pensar que, si desde Burdeos á Narbona se puede hacer un canal, aquí se ha tirado la imaginación por la ventana, demostrando que también pueden hacerse el de San Sebastián á Tortosa y los de Madrid á Lisboa y Oporto. Siguiendo las huellas del canónigo Pignatelli, del ingeniero Krayenhorf, del sabio Lemaur y de sus hijos, del profesor Vallejo, del marino Rezusta y de los publicistas Zunzúnegui y Astigarraga, el lector puede ir á continuar esos proyectos á la sombra de los bosques de Otzaurte, tomando el tren de las Provincias y deteniéndose antes de llegar á San Sebastián, y subir á San Adrián, desde cuya salida, por la parte de Álava, podrá contemplar uno de los panoramas más maravillosos del mundo, y pasar un mes entre los pastores de los magníficos prados de Urbia, frente á Aránzazu, donde el aire, el agua, la leche y el vino hacen que aquellos indígenas pasen todos de la edad de cien años. Allí donde parece que se juntan el cielo y la tierra, se juntan también las mantecas, y si entretanto no se juntan los dos mares ni aquí ni en Francia, ¡que no se junten! A nuestros nietos del siglo XXII les importará realizarlo, que no á nosotros.

R. Becerro de Bengoa.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Remembranzas burgalesas, por Anselmo Salvá, cronista de Burgos é individuo correspondiente de la Real Academia de la Historia.

Contiene este libro algunos curiosos capítulos de la historia de Burgos, poco conocidos, pero muy á propósito para dar exacta idea del carácter de la sociedad castellana en siglos pasados: manera de estudiar la Historia que pocos siguen.

Algunos de estos capítulos tienen particular interés, demostrando en ellos el Sr. Salvá excelentes dotes de narrador. El libro, por cierto muy bien editado, cuesta 2 pesetas.

Vizcaya minera, su historia; legislación foral, por D. Mario de Basterra.

Este importante libro comienza con un estudio de la distribución geográfica del mineral de hierro en Vizcaya, muy interesante y muy bien hecho. El estudio de la legislación foral vizcaína en lo referente á la minería está también muy bien hecho y es del mayor interés, no sólo por su novedad, sino porque muchos podrán aprender, en la sencillez y buen sentido del derecho de Vizcaya, los inconvenientes de la manía uniformadora que en España hemos padecido y á la que hemos sacrificado muchas cosas buenas.

En suma, creemos que el Sr. Basterra ha hecho un trabajo útil y bueno, que debe figurar en la biblioteca de todo abogado. Véndese, al precio de 5 pesetas en Madrid, en casa de Fe, y en Bilbao en casa de Dochao.

Enfermedades infecciosas de Madrid (Estudio clínico-terapéutico), por D. José Monmeneu, de las Sociedades Española y Francesa de Higiene.

Después de haber leído el libro del Sr. Monmeneu, nos queda el sentimiento de no poder consagrarle, en esta sección de breves notas bibliográficas, aquel espacio á que por su mérito y por la importancia suma de las materias que trata tiene indudable derecho.

Contiene un estudio completo de cada una de las enfermedades infecciosas que ha padecido Madrid en los últimos años, á saber: *grippe*, cólera, viruela, sarampión, escarlatina, difteria y fiebre tifoidea, á lo que añade una verdadera monografía sobre la tuberculosis, su distribución geográfica en España, sus estragos y su tratamiento, y otra sobre el paludismo, no menos interesante.

Todos estos trabajos son dignos de ser leídos y estudiados, no sólo por los hombres de ciencia, sino también por las personas cultas, á cuyo alcance están, pues, el Sr. Monmeneu, además de sabio médico, es escritor distinguido, elegante y claro, que expone con gran sencillez.

Y los que leyeren *Enfermedades infecciosas de Madrid* aprenderán muchas cosas que á todos conviene saber y que por desgracia nadie trata de averiguar. Sabrán como son mucho más temibles la *grippe*, la difteria, la viruela, y sobre todo, la tisis, la terrible tisis, que el famoso cólera, coco de los tontos, y vendrán en conocimiento de muchas noticias que le serán de gran importancia para su salud y la de los suyos. Madrid es un poderoso foco de infección que nos complacemos en hacer más destructor con nuestros errores, y bien claramente demuestra el Sr. Monmeneu la urgente necesidad de atender á la higiene de esta capital.

Enfermedades infecciosas de Madrid pertenece á la excelente *Biblioteca científica Moderna*. Va precedido de un prólogo del Dr. Cortezo, muy bien escrito y lleno de excelente doctrina.

G. R.

CONSEJO PRÁCTICO.

EL PESO QUE UN REY LLEVABA.

Es maravilloso cuánto los hombres pueden vivir y cuánto trabajo pueden ejecutar aun bajo circunstancias adversas. Había una vez en Europa un gran Rey que gobernaba un dilatado imperio y dirigía muchas campañas, mandando siempre en persona sus ejércitos.

Y, sin embargo, aquel hombre no era más que un hombre pequeño y delicado, y no había tenido en toda su vida un día bueno; de manera que muy á menudo conducía sus gentes á la batalla en medio de un dolor tal, que escasamente le permitía sostenerse á caballo. Pero por fin la enfermedad *le venció*, y murió de consunción en su real palacio. No murió, empero, porque no tuviese nada que comer, sino porque no podía comer nada. Y, sin embargo, hubiera podido vivir más y hecho aún más de lo que hizo, si hubiera poseído tan sólo el poder que nace de la buena salud. Cualquier remedio que hubiera podido curarle, hubiera evitado las terribles calamidades que su pueblo sufrió á causa de las circunstancias políticas que siguieron á su muerte. Pero ¡ay! que aquel remedio no existía entonces.

Delante de nosotros tenemos una carta, escrita por el Sr. D. Víctor Burgos, de Cañete, provincia de Cuenca, fechada en 2 de Noviembre de 1893. En ella nos refiere un notable caso de enfermedad y de restablecimiento. Por espacio de veinte años había sufrido de gastralgia crónica, ó dispepsia inflamatoria. No hay enfermedad más conocida entre el pueblo que esa, porque ninguna es tan común, ni causa más incapacidades ni más agudos dolores, ni produce desembolsos más considerables á causa de los vanos esfuerzos para procurarse alivio y curación.

El Sr. Burgos, cuyas palabras copiamos, dice: «Por espacio de veinte años me vi afligido por dolores de cabeza más ó menos fuertes. Durante los primeros progresos de la enfermedad, perdí todo gusto por el alimento, y el poco que comía era sólo forzándome á mí mismo, é inmediatamente, después de tomarlo, me veía sujeto á un gran malestar. Después de haber probado, sin buen resultado, muchas medicinas, oí por casualidad hablar de una que, por fin, me restableció la salud; y fué, realmente, un día feliz para mí aquel en que por primera vez acudí á dicha medicina, pues escasamente había terminado una botella cuando ya me sentí aliviado, y no bien había consumido la segunda, cuando estaba curado por completo. Ahora tomo toda clase de alimento, como también frutas, y nada me hace daño. Así, pues, en prueba de mi gratitud, deseo que estos hechos sean dados á conocer al público por medio de los periódicos; y será justo decir que compré la medicina en la farmacia de la viuda de Arnau, de esta localidad —(Firmado): VÍCTOR BURGOS.»

Permitasenos, asimismo, citar á propósito del mismo asunto el testimonio de otra persona, el Sr. D. Federico Arguch. Dice así: «Durante siete años estuve sufriendo de indigestión y dispepsia, que me producían agudos dolores de cabeza y en todas partes del cuerpo. No tenía apetito y perdí toda mi fuerza. Cansado ya de consultar doctores y de probar diferentes medicinas, me resolví á probar una preparación de la cual había oído decir maravillas en casos iguales al mío, en que ya los pacientes habían perdido toda esperanza de volver á recobrar la salud. Compré, una tras otra, dos botellas en la droguería que en esta plaza tiene la viuda de Arnau, y al concluir la segunda me hallé radicalmente curado. Tendré mucho gusto en ver publicada esta declaración mía si usted lo juzga conveniente.—(Firmado): FEDERICO ARGUCH.»

Publicamos con gusto las dos cartas anteriores, por el bien que tenemos por seguro harán en casos de otras personas que tengan tanta necesidad de aquella medicina como tuvieron nuestros amigos, pero que aun no hayan comprobado sus virtudes. Se llama el Jarabe Curativo de la Madre Seigel, y nos aseguran que ha merecido la mejor acogida por parte de personas desinteresadas, en todo el país, y cuyas cartas aparecen diariamente en la prensa.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de ese remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias, droguerías y expendedurías de medicinas del mundo. Precio del frasco, 14 reales: frasquito, 8 reales.

MADRID. — Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero	50 francos.	26 francos.	14 francos.

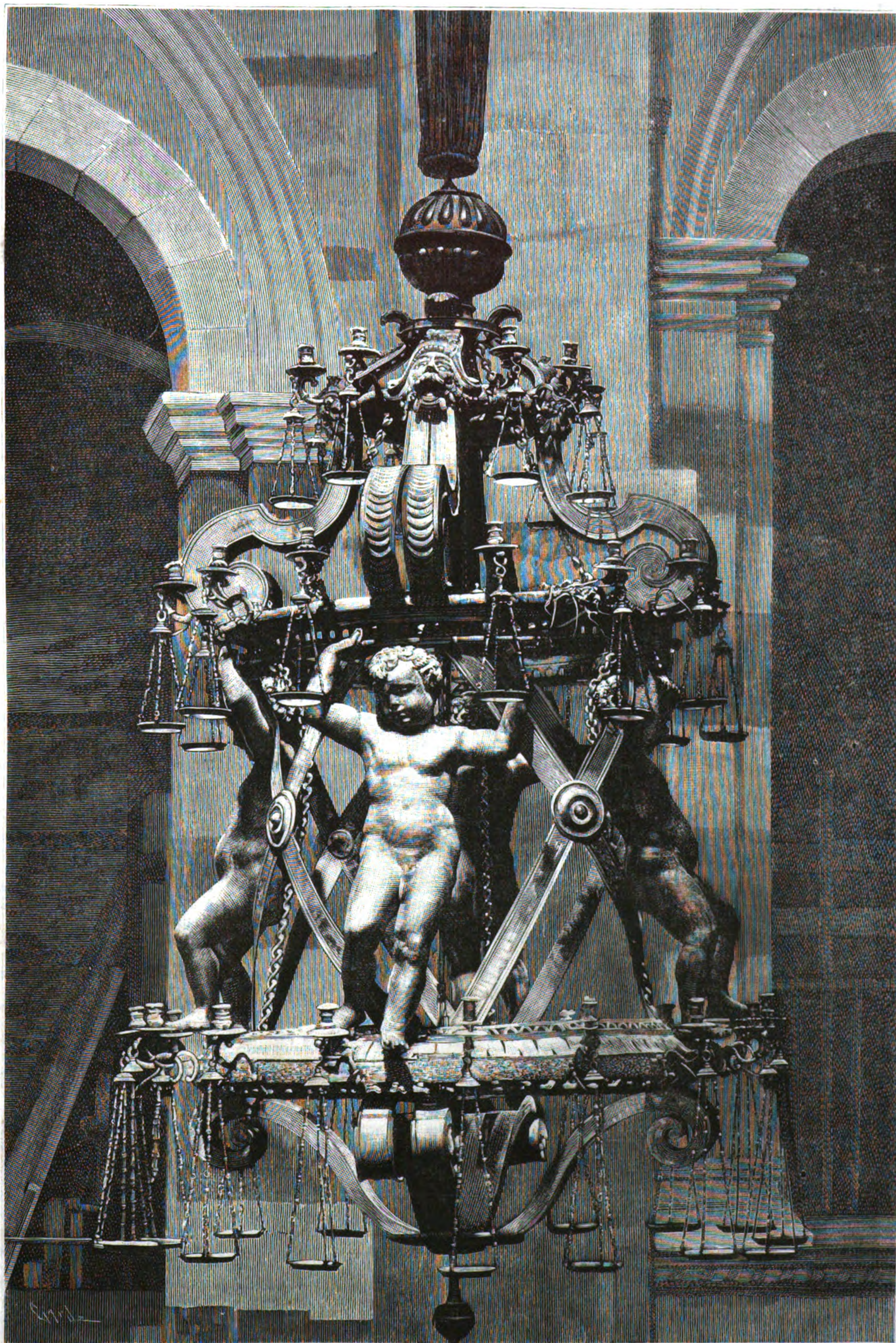
AÑO XXXVIII.—NÚM. XXVI.

ADMINISTRACIÓN:
ALCALÁ, 23.

Madrid, 15 de Julio de 1894.

PRECIOS DE SUSCRIPCION, PAGADEROS EN ORO.

	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia	60 francos.	35 francos.



LÁMPARA DE GALILEO, EN LA CATEDRAL DE PISA,

REPRODUCIDA DE LA «COLECCIÓN DE FOTOGRAFÍAS ARTÍSTICAS ESPAÑOLAS Y EXTRANJERAS» QUE HA FORMADO EN SUS VIAJES DE ESTUDIO D. ENRIQUE SERRANO FATIGATI.

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

¡Cómo! ¿Está usted en Madrid todavía? — me dijo el cojo que pide limosna en la esquina de mi calle. — Yo saldré para San Sebastián un día de éstos.

— Comprendo; va usted á donde va su clientela.....

— No, señor; es que en llegando el mes de Julio mi pierna sana no puede estar quieta en Madrid: es verdad que mi pierna coja parece como que dice á su compañera: — Estate queda y no seas bulliciosa; aquí estamos tranquilas. Y si tomamos el tren, ¿quién sabe lo que puede sucederte? — Y ¿á quién he de hacer caso de las dos piernas sino á la única que sostiene todo el peso de mi cuerpo?

— Yo creo que es la pierna coja la que le sostiene á usted.....

— Cuando pido limosna, pero no cuando vendo periódicos. Y es claro, la pierna enferma no piensa en lucir, pero la otra tiene pretensiones de agradar pisando fuerte en la Concha. Y, en fin, saldré este verano como todos, porque no quiero ser un pobre cursi. Cómpreme usted este periódico; viene muy bueno; sobre todo da gusto leer el terremoto de Constantinopla: hubo ciento cincuenta muertos.

— ¿También lee usted periódicos?

— Es preciso saber lo que uno vende. Estoy enterado de todo: sé que las Cortes se han cerrado, y que la corte se ha trasladado ya á San Sebastián, y que no hay crisis, y que se arregla lo de Chicago.....

— ¿Que se arregla? ¡Venga, venga ese papel!

— Aquí le tiene usted. ¿Verdad que es lástima?

— ¿Eh? ¿Qué dice usted?

— Que hubiéramos vendido muchos periódicos. Después de un gran escándalo, no hay como una guerra para aumentar la venta de los números.....

— ¡Adiós! ¡Adiós!

⁂

Teníamos razón al quitar á la huelga de los Estados Unidos el carácter anarquista con que la anunciaron los periódicos: sólo estaba justificado el título por los incendios y desórdenes, la paralización de los trabajos y la gran dificultad del abastecimiento de Chicago, que hicieron reinar allí la anarquía durante algún tiempo. Pero la anarquía sólo tiene de bueno que se revuelve contra sus propios autores, haciéndoles desear que cese por los inconvenientes que lleva consigo. Se puede trastornar un pueblo un poco tiempo; pero si tras esa conflagración no existe un organismo tolerable con que acudir acto continuo á las necesidades de la vida social, el revoltoso sucumbe pronto ante la venganza de los perjudicados. Por de pronto, la actitud del presidente Cleveland ha contribuído á levantar el espíritu público; y como el aparato de fuerzas no ha sido extraordinario, debemos suponer que la solución pacífica de la huelga, á ser ciertas las noticias en que basamos estas reflexiones, ha consistido principalmente en que no conducía á nada práctico. Hay, pues, dos responsabilidades morales que exigir: la de Mr. Debs, ó sea el jefe aparente de los desórdenes, y la de la compañía Pullman, causa primitiva de tantas calamidades por su intransigencia. Bueno y lícito y natural es la defensa de un derecho, ó más bien de un provecho; pero el sostenerle codiciosamente á costa de vidas y ruinas ajenas que ponen en peligro la paz pública, es moralmente odioso y abusivo, y cuestionable si el Estado tiene el deber de defender eso derecho que daña al orden público, abandonando para ello la defensa de otros derechos comunes y anteriores.

⁂

La ciudad más bella y risueña del mundo exteriormente, Constantinopla, ha sido elegida últimamente para inspirar compasión: los terremotos, que en todas partes donde se sufren son el fenómeno más terrible de la Naturaleza, entre mahometanos son aún más desorganizadores, por la clausura en que vive entre ellos la mujer: la familia abandona la casa con gran repugnancia, y cuando lo verifica huyendo de un peligro inmediato, parece como que se disuelve todo, desde los resortes del gobierno hasta el régimen doméstico. Otra circunstancia debe haber dado al temblor de tierra de la capital de Turquía carácter siniestro: la gran variedad de razas que se codean sin lazos íntimos de afecto, antes con muchas desconfianzas entre sí; y como en esos momentos de pánico cada una de ellas pone de relieve sus distintas formas de terror y sus respectivas supersticiones, la suma de todos estos temores debió ser imponente.

⁂

La clausura inevitable de las Cortes, por no ser posible retener en verano á los Diputados y Senadores, ha dejado sin discutir los presupuestos y otros proyectos de ley muy importantes, entre ellos el tratado con Alemania, que, al parecer, ha sido retirado por el Gobierno del Emperador, quedando ambas naciones en relaciones mercantiles equivalentes á una ruptura. Los enemigos del tratado cantan victoria, y los que creen perjudiciales estas luchas de tarifas lo consideran una desgracia. Sin entrar en esta cuestión, que no es de nuestra incumbencia, debemos hacer constar que el tratado no ha prevalecido por efecto de una obstrucción casi particular, y no nos sorprendería que diese aún mucho que discutir: ello es que la situación comercial creada entre dos naciones que no tienen motivo para hacerse una guerra, no puede subsistir, sin que tratemos de mezclarnos en la manera con que ha de arreglarse este asunto tan desagradable y poco práctico.

⁂

Todos los periódicos han dedicado párrafos sentidos á la memoria de la Excma. Sra. D.ª Ana Paulín de Frígola, baronesa viuda de Cortes, que, por su belleza y discreción, fué el encanto hace algunos años de la sociedad madrileña, así como de la valenciana. Entre los literatos y el público que lee era conocida y estimada, bajo el pseudónimo de *María de la Peña*, por sus correctas traducciones y algunas obras originales, y por haber presidido en su casa muchas é inolvidables reuniones literarias, en que se dieron á conocer por poetas y prosistas de fama tantas producciones que luego se hicieron populares. Ha sobrevivido poco á su esposo, el Barón de Cortes. Fué una dama de elevados sentimientos y de excelente corazón. Su muerte nos ha causado mucha pena.

⁂

En un corro de periodistas:

— Señores: en Amberes se discuten, en el Congreso de la prensa, asuntos de nuestra profesión. ¿No les parece á ustedes muy de estimar el buen acuerdo que ha reinado entre los individuos del Congreso?

— ¿Acaso los periodistas no pueden marchar conformes, para que hayamos de sorprendernos?

— Tiene usted razón; podemos reunirnos sin disputar, siempre que se nos prohiba hablar de asuntos políticos, literarios, arancelarios, morales, sociales, artísticos.....

— Todo eso es viejo: el Congreso de Amberes, que por cierto eligió para presidir su primera sesión á un compatriota y amigo nuestro, D. José Alonso de Beraza, ha discutido asuntos de gran actualidad para el periodismo; se ha ocupado de la mujer periodista, tipo en España desconocido, ó poco menos, pero que en Inglaterra existe hace medio siglo y hoy está representado nada menos que por ochocientas escritoras.

— No me opongo á que nos ayuden.....

— Ni yo.

— Ni ninguno.

— Según el informe de una periodista inglesa, miss Gracia Benita Stuard, leído en el Congreso, la mujer ha demostrado en la prensa gran tacto y talento de observación, sobre todo en lo que interesa á su sexo y á la niñez. «Una sección le está prohibida únicamente, añade la escritora, la política; porque las mujeres no son nunca imparciales y se apasionan vivamente.»

— Pues lo mismo hacen los periodistas en España; y en ese concepto, diarios hay tan apasionados y tan injustos que podrían ser redactados por señoras.

— Alto ahí. Que Miss Stuard pretende que uno y otro sexo trabajemos unidos para bien del género humano; y eso supone en la mujer tendencias elevadas, que desconocen aquí los que sólo defienden compadrazgos, convirtiendo el púlpito en martillo..... y una fuerza social en empresa mercantil.

— ¿Acaso un periódico no lo es?

— Tiene su parte comercial, como toda asociación humana; y aun se ha revelado ese dualismo en el Congreso, con motivo de la proposición de que se creen colegios de periodistas.

— ¿Qué? ¿Quieren enviarnos á la escuela?

— Nada perderíamos con aprender en ella algunas cosas útiles que ignoramos. Por ejemplo, hay quien juzga indispensable la esgrima al periodista, y se dedica á ella con entusiasmo, cuando en realidad le perjudica moralmente, y si no al individuo, á la colectividad, que nada gana con periodistas provocadores y matones. En cambio, pocos saben taquigrafía, para tomar sus notas pronto y con exactitud: inglés y alemán, para no vivir esclavos de la eterna versión francesa de todo suceso humano; y otros conocimientos que me callo.

— ¿Pero usted cree en esa escuela?

— En otros países ignoro si produciría buenos resultados; en España serían nulos, á mi juicio: la recomendación se antepondrá siempre á la instrucción. ¿Qué importa que Mr. Fletcher, del *Daily Chronicle*, haya dicho en el Congreso, con razón, que el periodismo es un arte, y los que le practicamos, los historiadores del presente, y que no nos basta haber ido á la escuela, sino tener ciertas aptitudes naturales, talento sintético, el don de relacionar las cosas y los hombres y poner de relieve y dar interés á lo que el vulgo juzga insignificante? Les exige ante todo la educación clásica de todo hombre de letras; y sobre todo jamás perder de vista que aquello que escriben ha de ser la única literatura, las únicas nociones morales que llegan al entendimiento de la mayor parte de sus lectores. Todas esas ideas elevadas que honran al periodista inglés, y á los que nos debemos felicitar de llamarle compañero, quedan anuladas en la práctica allí donde el periodismo viva de la injusticia y la pasión, y al servicio de intereses particulares.

— ¿A quién alude usted?

— A nadie y á todos los que en su conciencia se den por aludidos. Otro miembro del Congreso ha hecho una distinción que es exacta, al tratar de definir quién puede y debe considerarse como periodista. Hay en el periódico tres intereses distintos: el del público, el del director y el de los periodistas asalariados, que esta es su expresión; aunque en rigor sólo hay dos categorías: el público que paga, y la empresa que recibe dividendos, dueña absoluta de confiar la redacción á los que crea útiles, ¿cómo compaginar esos diversos elementos que viven juntos, pero de su propia libertad y justa dependencia? ¿Cómo convertir á una acción común empresas rivales que se disputan el favor del público? ¿Redactores que quisieran todos figurar en primer término? ¿Opiniones que chocan, y desearían prevalecer sobre las ajenas? Con sólo indicar que en ese Congreso se quiere hacer una propiedad de la información, ó sea de las noticias que cada cual adquiere, se ve claramente el pleito eterno de la prensa, pues esas noticias se las disputan entre sí. Y nadie las niega á otro, con tal de que le citen, es decir, contribuyan á su notoriedad en los periódicos menos diligentes.

— ¿Luego usted no cree en la utilidad de los Congresos de la prensa?

— La creeré cuando acuerden algo verdaderamente útil. Entretanto, dividiré la prensa en periódicos dignos de ser favorecidos, y buenos para ser arrojados á las llamas.

⁂

Malhaya el que á la verdad
Condenó sin caridad
A perpetua desnudez,
Que puede ser candidez
O puede ser liviandad.
Si traje propio tuviera,
Mejor se la conociera,
Más respeto inspiraría,
Y menos la vestiría
Cada cual á su manera.

Tomamos este epigrama, digno de figurar entre los mejores castellanos, del nuevo libro titulado *Chispas*, en que el académico y popularísimo poeta D. Manuel del Palacio ha coleccionado sus últimas composiciones cortas y en su mayor parte festivas. Doscientas setenta páginas de versos tiene el libro: no hay una sola que no contenga pensamientos ingeniosos y expresiones felices. Pocos libros se han publicado hace tiempo de tanta amenidad.

⁂

El peluquero Sr. Peña tuvo el valor de entrar en la jaula de los leones que trabajan en el Circo y afeitar al domador; pero, impacientándose las fieras, la operación se interrumpió para otro día: le había afeitado media cara: esta noche volverá á entrar el maestro en la jaula, y concluirá de hacer la barba á su cliente.

El Sr. Peña merece el título de peluquero de SS. MM. los reyes de la selva.

Y ya lo verán ustedes; concluye rizando las melenas al león y dejándose las suyas.

— ¿Y qué se siente dentro de la jaula? — preguntaron al maestro.

— Primero los picotazos de las pulgas; luego el temor de que lo note la leona y quiera rascarle á uno las espaldas.

José Fernández Bremón.

NUESTROS GRABADOS.

LÁMPARA DE GALILEO, EN LA CATEDRAL DE PISA. — (Véase el artículo del Sr. Serrano Fatigati en la página siguiente.)

⁂

FRANCIA.

Funerales de Mr. Carnot. — El pueblo de París visitando la capilla ardiente en el Palacio del Elíseo. — Paso del entierro por la Plaza de la Concordia.

Nunca, desde la muerte de Víctor Hugo, se habían hecho en Francia funerales que pudieran compararse á estos en que la nación vecina ha querido mostrar su dolor por la pérdida sufrida y su indignación contra el infame asesinato del honrado Presidente de la República.

Hasta el sábado 30 de Junio, una muchedumbre inmensa ha pasado, silenciosa y triste, por la galería de cristales del jardín del Elíseo, á la cual caen las ventanas de la capilla ardiente, y gran parte de ella ha entrado á orar junto al cadáver. (Véase nuestro primer grabado de la página 20.)

En la noche del indicado día fué éste transportado al catafalco levantado en el patio principal, cuyas paredes se hallaban cubiertas de negros crespones. El domingo por la mañana colocaron el cuerpo de Mr. Carnot en un ataúd forrado de terciopelo negro con estrellas de plata, y envuelto en la bandera tricolor. Puesto el ataúd en el coche fúnebre, que era magnífico y estaba tirado por seis hermosos caballos, encaminóse la comitiva á la iglesia de Notre Dame, donde habían de hacerse al ilustre muerto las últimas honras. Infinidad de personas notables iban en ella, pero sobre todas las demás llamaban la atención los hijos de Mr. Carnot y el nuevo presidente de la República Mr. Perier, que ostentaba el gran cordón de la Legión de honor.

La iglesia estaba decorada como debía esperarse para tan grave ceremonia. Cubrían las paredes del templo, de la bóveda al pavimento, negras telas con riquísimos adornos. En las columnas veíanse trofeos hechos con banderas. El catafalco tenía de altura 12 metros.

El cardenal Richard, arzobispo de París, rodeado de muchos prelados, presidió el acto, y dió la bendición, después de lo cual salió el cortejo de la iglesia para dirigirse al Panteón entre centenares de millares de espectadores que ocupaban las calles, los balcones, los tejados y cuantos sitios podían servir de observatorio. Para dar al lector una idea del aspecto de las calles de París al paso del entierro, publicamos en la misma pág. 20 una vista del desfile del mismo

por la Plaza de la Concordia, una de las más hermosas de París y de Europa, y en la que mejor podía apreciarse la magnitud é importancia de aquella solemne manifestación de duelo.

La fachada del panteón estaba cubierta de negros paños adornados con escudos y trofeos de banderas. Entraron en el edificio los individuos del Gobierno, los senadores y diputados y la familia de Mr. Carnot, y mientras duraba la ceremonia trajeron infinidad de coronas, todas magníficas, y las fueron poniendo detrás de la verja del monumento. En nuestro número anterior dijimos que el número de coronas enviadas de todas partes de Francia y del extranjero era tal, que llenaron cuatro grandes salas del Elíseo. Hoy añadiremos que dos de esas coronas eran particularmente notables. Una, la de Mr. Perier, sucesor de Carnot en la presidencia, y otra la del emperador Guillermo de Alemania. Ésta tenía un diámetro de dos metros, y era de rosas y orquídeas, mezcladas con palmas. En una de las cintas estaba grabado en oro una *W*, inicial del nombre del soberano (Wilhelm).

El coche fúnebre que ha conducido á Mr. Carnot á su última morada es el mismo en que fueron los cadáveres de Thiers y de Mac-Mahon.

°°°

PARÍS.

Proclamación del nuevo Presidente de la República.

Al publicar en nuestro número anterior una noticia biográfica del nuevo Presidente de la República francesa, dijimos lo que significaba su encumbramiento á tan alto cargo y cuanto hacía al caso.

Por tanto, nos limitaremos en el presente á dar á conocer á los lectores los incidentes más notables de su elección.

Nuestro grabado primero de la pág. 21 reproduce el aspecto de la Cámara en el momento de la proclamación. Presidía el presidente del Senado, Sr. Challemel-Lacour, el cual, después de dar cuenta de la votación, pronunció estas palabras: «Habiendo obtenido Mr. Casimiro Perier mayoría absoluta de votos, queda proclamado presidente de la República francesa por siete años.»

La mayoría de la Asamblea aplaudió; pero los socialistas dieron muestras de su desagrado, levantando unos los puños con ademán amenazador, y pretendiendo otros subir á la tribuna á protestar; lo que el Presidente no permitió. Pasados los aplausos, continuó diciendo el Presidente: «En virtud de la ley constitucional de 25 de Febrero de 1875, el Consejo de Ministros pasa á informar á Mr. Perier de la decisión de la Asamblea.»

Levantóse la sesión y los Ministros fueron á las habitaciones destinadas al Presidente de la República, donde ya les esperaba Mr. Perier. El primer ministro, Mr. Dupuy, dió cuenta á éste del acuerdo de la Asamblea, y Mr. Perier, investido ya oficialmente de su nueva autoridad, dirigió á los circunstantes un breve discurso.

Poco después salía del palacio de la Asamblea, en coche, para encaminar á la estación, y de allí á París, á tomar á su cargo la presidencia de la República.

Dirigióse al ministerio de Negocios Extranjeros, acompañado del presidente del Consejo, Mr. Dupuy, y seguido de una escolta de coraceros. Una banda militar tocó la *Marsellesa*. El general Borius y todos los oficiales del cuarto militar de Mr. Carnot pasaron á ofrecer sus respetos al nuevo Presidente.

Nuestro segundo grabado de la página antes citada muestra la gran muchedumbre que esperaba al Mr. Perier á la salida de la Asamblea en Versalles, y el respeto y simpatía con que le acogió, aprobando de este modo su elección.

°°°

BELLAS ARTES.

París. *Salon* del Campo de Marte, de 1894. *En la pradera*, cuadro de J. A. Rixens. — *Salon* de los Campos Elíseos, de 1894 — *Paisajes y Marinas*. — *Una taberna*, composición y dibujo de D. Daniel Urrabieta Vierge. — Madrid. Cuarta Exposición bienal del Círculo de Bellas Artes. *Chismografía*, cuadro de D. A. Saint Aubin.

En la pág. 24 publicamos un bonito cuadro, que ha merecido muchos elogios entre los más celebrados de la última Exposición del Campo de Marte de París, á pesar de lo sencillo del asunto. Está tan bien entendido el paisaje que le sirve de fondo, y tienen tal suavidad y delicadeza las figuras de las dos niñas que forman el primer término, que desde luego cautiva la atención.

En la pradera honra á su autor, Mr. Rixens, artista ya por otras obras conocido.

En la pág. 29 hallarán nuestros lectores un grupo de paisajes y marinas que dan perfecta idea de lo que en este género han hecho los pintores franceses en la última Exposición de los Campos Elíseos. Todos son notables, pero señaladamente el de Bernier, el de Yarz y el de Elodie la Villette, en el que éste ha pintado muy bien las olas rompiendo contra la playa. Conviene, sin embargo, advertir que los críticos franceses más autorizados declaran que el paisaje es género de pintura en decadencia en su país.

Una taberna es de esas obras que no necesitan firma para que se conozca la mano de que salieron. El vigor de la composición, la hermosura del dibujo y el talento observador que muestra, indican claramente que su autor es el notable dibujante español Sr. Urrabieta Vierge, que hace años reside en París, donde ocupa uno de los primeros lugares entre los dibujantes más famosos.

Encontrarán los lectores este grabado en la pág. 25.

El Sr. Saint-Aubin es un artista de mérito acreditado en varias obras que la crítica más severa ha juzgado muy favorablemente. En la Exposición del Círculo de Bellas Artes ha presentado dos bonitos cuadros, de uno de los cuales, el titulado *Chismografía*, damos copia en nuestro grabado de la pág. 32. Está bien dibujado, y, sobre todo, respira cierta gracia intencionada y picaresca, sin dejar de ser grave y entonada, que le hace muy agradable.

°°°

BILBAO.

Descarrilamiento del tren de Lezama, cerca de Begoña. El lugar de la catástrofe.

Á las ocho y media de la mañana del domingo 8 del corriente salió de Lezama el tren discrecional núm. 7, formado de la máquina, también llamada *Lezama*, un coche de primera, otro de segunda y un furgón. En las canteras de San Roque añadieron al tren tres vagonetas cargadas de piedra. Los viajeros eran treinta y uno, los más de ellos aldeanos que llevaban al mercado de Bilbao frutas y hortalizas, y algunas lavanderas que volvían con sus cargas de ropa lavada.

Cerca ya de la estación de llegada hay un túnel, llamado de Zurbarán, por el cual cruza el tren el monte Archanda. Al salir de él comienza una rápida pendiente del 3 ½ al 4 por 100, en la que la línea describe una curva de pequeño radio. Bajaba el tren por ella con velocidad cada vez mayor, sin que el maquinista pudiera contenerle, por más que lo procuró por todos los medios. Máquina, vagones y vagonetas patinaban sin obedecer al freno: la velocidad aumentaba por momentos; la máquina silbaba con toda la fuerza del vapor, y los viajeros, advertidos ya de la inminencia del peligro, daban grandes voces llenos de terror, procurando arrojarse á la vía por ventanillas y portezuelas.

El maquinista, conocedor de la imposibilidad de evitar una gran desgracia, aconsejó al contratista Sr. Gandiaga, que con él venía en la locomotora, que se arrojase, como lo habían hecho ya algunos. El Sr. Gandiaga le dijo que hiciese lo propio, á lo que el maquinista contestó: «Aun quedan algunos segundos, y debo cumplir hasta lo último mi deber.» El Sr. Gandiaga se dejó caer hacia una trinchera, con tan poco acierto y fortuna, que dió en ella de cabeza y fué empujado por la máquina, quedando muy mal herido.

Segundos después ocurrió la catástrofe, descarrilando primero las vagonetas y tras ellas todo el tren, el cual rodó por una zanja de tres metros de altura, mientras el maquinista seguía desesperadamente agarrado á la manivela. En el fondo del barranco quedó el coche de primera, tumbado sobre un arbolillo, que se rompió, y con el furgón de cola encima. Estos dos carruajes fueron los mejor librados, á pesar de haber caído envueltos con las vagonetas. Los demás estaban tumbados, con las ruedas hacia arriba y mezclados con grandes piedras. El peso de la que traían las vagonetas era 18 toneladas. Entre estos coches y la máquina estaban los restos de un coche de tercera. Entre las astillas había manchas de sangre, jirones de ropa, hortalizas, frutas y sacos de las lavanderas. (Véase nuestro segundo grabado de la pág. 28.)

De un caserío próximo, así como de Zurbarán, acudieron muchas personas en socorro de los heridos. Poco después llegaron de Begoña el alcalde, Sr. Sorriguieta, un cabo y dos soldados del polvorín y varios sacerdotes; un señor cura de Basauri, dos PP. Misioneros que se hallaban cerca del Santuario; y de Bilbao infinidad de personas, entre ellas las principales autoridades. Merece especial mención la Asociación de señoras de la Cruz Roja, que llevó botiquines y camillas que fueron de mucho provecho.

Hubo trece muertos y diez y ocho heridos. De los más leves fué el maquinista Cipriano Padura, quien, al volcar la máquina, quedó debajo de ésta, en sitio en que sólo sufrió algunas contusiones de poca importancia. El fogonero no tuvo tan buena suerte, quedando con tan poca vida, que murió antes de llegar al hospital. Estaba abrasado, y tenía los ojos fuera de las órbitas.

Una mujer que viajaba con su hija, niña de pocos años, la arrojó por la ventanilla, encomendándola á Dios á grandes voces. La niña quedó ilesa, siendo hallada poco después sentada en el campo. La madre murió á consecuencia de las graves heridas que tuvo en el descarrilamiento.

De las treinta y cuatro personas que iban en el tren (de las que tres eran empleados), sólo tres quedaron ilesas.

°°°

BARCELONA.

Retablo del siglo XIV recientemente restaurado y colocado en una de las capillas de los claustros de la Catedral.

El retablo de que damos copia en el grabado de la página 28 estaba depositado en el almacén de la Catedral de Barcelona, y sobre que no lucía su mérito según era debido, hallábase expuesto á daños quizás irreparables. El maestro carpintero de la Santa Iglesia Catedral, D. Francisco Llorens, solicitó del Cabildo permiso para restaurarle y ponerle en sitio más apropiado. Le obtuvo, y hace días quedó puesto en una de las capillas de los claustros, asistiendo al acto muchos artistas y personas de buen gusto de Barcelona.

Es obra de fines del siglo XIV ó de principios del XV, y representa al Señor rodeado de su corte celestial, por lo que era llamado *Sanctum Sanctorum*. Son muy interesantes todas las figuras y el grupo ó nimbo de querubines, descollando entre las primeras las de San Pedro y San Pablo, San Cosme y San Damián, San Jorge (patrón de Cataluña), Santa Magdalena, San Cristóbal, etc., etc.

Todo el retablo esculpido en alto relieve sobre madera de álamo, está policromado, y ha sido colocado sobre una antigua mesa de altar, debajo de la cual hay una bella estatua yacente del siglo XIV, de mármol, que representa á un diácono, la que conserva también interesantes detalles policromados.

Tiene este hermoso retablo 3 metros 40 centímetros de alto, por 2 de ancho, y es excelente muestra del esplendor á que, en el último período de la Edad Media, llegó el arte en Cataluña.

G. REPARAZ.

RECUERDOS DE GALILEO.



A LA orilla izquierda del Arno se encuentra en Pisa la casa donde nació Galileo en 1564, y al otro extremo de la ciudad se levanta majestuosa la catedral, guardadora de una lámpara de bronce en la que hizo, á los diez y nueve años, según creencias populares, las primeras observaciones científicas.

Su cuna está en tan polvorienta cuanto escondida calle, y sobre la deslucida pared del edificio no campea más adorno que la inscripción declaradora del hecho. Modestos talleres y una escuela la rodean, y martillazos mezclados con gritos infantiles me recordaron de un modo poco agradable, cuando yo la visité, la noble profesión de la música que ejercía el padre del gran astrónomo.

La lámpara es hermosa; descúbrese en ella algo decadente el gusto del Renacimiento, y de la armonía de sus líneas se podrá juzgar por el grabado que se ve en la primera página de este número.

Delante de los robustos angelotes que unen sus dos cuerpos me contaron, hace tres años, la muy sospechosa historia de las conquistas del saber en que figura, adornada con todos los detalles creados por la fantasía viva de un *cicerone* toscano, muy joven para someter sus ideas á la crítica, y sobrado entusiasta para dudar de consejas.

Galileo acudió al templo, movido á medias por su fe y á medias también por una pasión amorosa; que no podía concebir mi guía vida sin cariño en la adolescencia.

Llegó temprano, arrastrado de su deseo, y vió encender las luces santas que vencían poco á poco á las tinieblas, imagen del pecado, mientras su pensamiento volaba á las alturas, y su espíritu se recogía lleno de unción inspirada por el silencio, la majestad del lugar, los recuerdos de las vicisitudes por que su patria había pasado, unidos allí á las columnas, las bóvedas y los altares, y la contemplación de las bellezas artísticas, en gran número atesoradas.

Al acercarse á la lámpara que ante sus ojos tenía, hubo el sacristán de empujarla torpemente, y en sus oscilaciones, violentas al principio, pausadas después, adivinó el futuro sabio las leyes del péndulo y su posible aplicación á la medida del tiempo.

¿Transformóse por completo el amor á la mujer en la pasión por la ciencia? Esto nos aseguraba el joven narrador; pero no es lo que se deduce de aquellos crueles dolores, tan al vivo pintados, que sintió muchos años después, en 1634, junto al cadáver de una hija querida, cuando las contrariedades le dejaban sin fuerzas y lo avanzado de la edad no le consentía esperanzas.

Subiendo luego el viajero contra la corriente del río, como se camina en las vidas trabajosas y llenas de dolores, va desde su cuna en Pisa hasta el lugar de su sepulcro en Santa Cruz de Florencia, donde su busto tiene enfrente á los de Miguel Angel y Dante, y mira cercanas las tumbas de Maquiavelo, Alfieri, Carlos Marsupini y el Aretino, uniéndose en el cuadro de lo grande las glorias tan diversas de escultores, humanistas, poetas, hombres de Estado y sabios físicos.

Pensaba yo en las fases de aquella laboriosa existencia al pasar de una á otra ciudad.

La venida al mundo de Galileo en medio de una familia de artistas pobres, que pudieron legarle inspiraciones, pero no dinero.

Su vocación despertada quizás en contraste con la de su padre.

Los caminos abiertos á su estudio en la privilegiada Pisa, por plantas exóticas y libros en que fundar amplia idea de la Naturaleza.

Los secretos por él descubiertos en las regiones celestes.

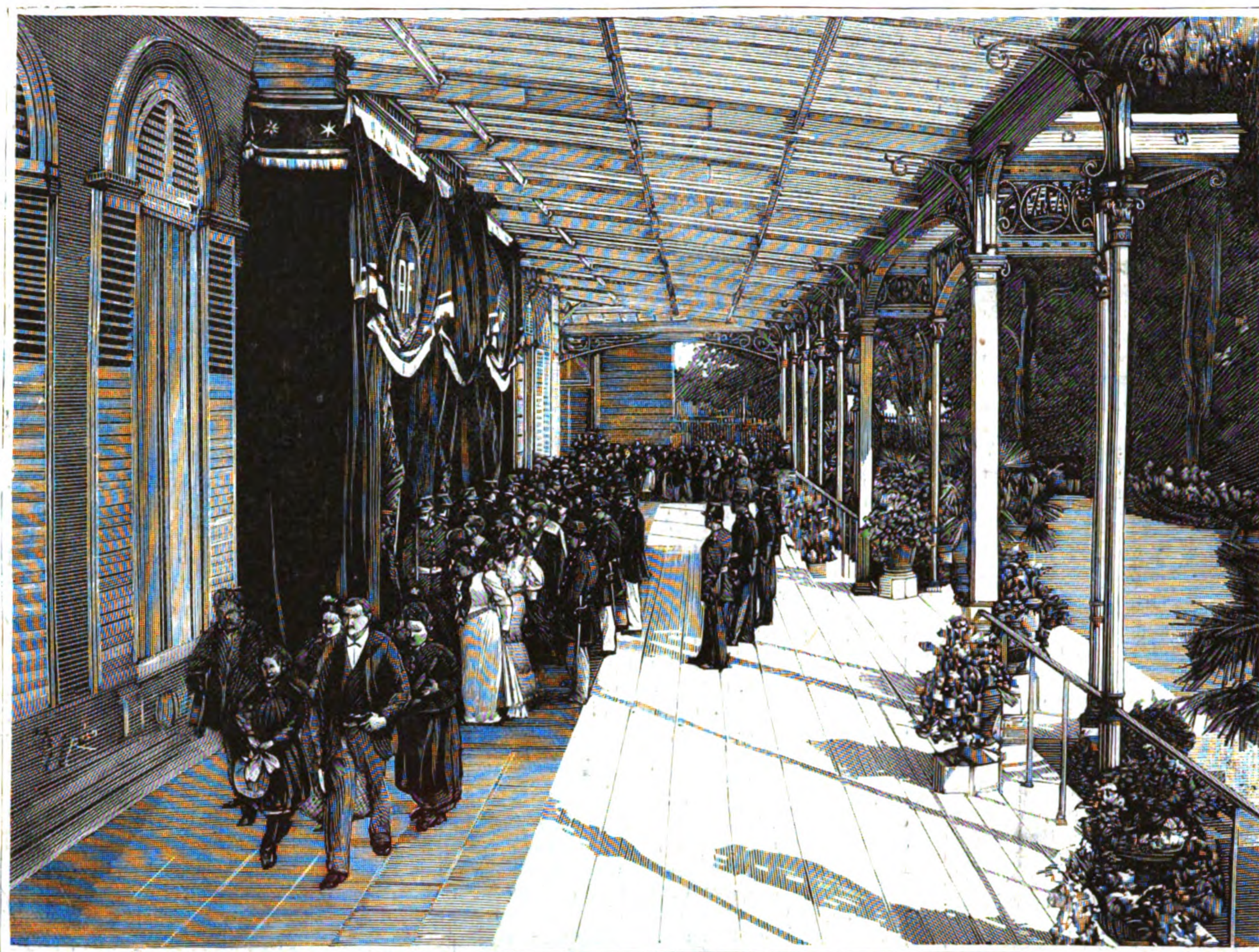
La intranquilidad nerviosa que acompañó á sus trabajos, y la fiebre extraña que le llevó de Pisa á Padua y á Florencia, y le hizo pensar en España y los Países Bajos como lugares donde aplicar sus estudios y puntos de voluntario destierro.

Los dos procesos de 1616 y 1633.

Las declaraciones francas de una religiosidad verdadera pedidas al hombre piadoso, y la retractación de sus doctrinas científicas arrancada al sabio por sus émulos.

Las desgracias de familia que le afligieron en sus últimos momentos, y el descanso eterno en 1641 del trabajado cuerpo.

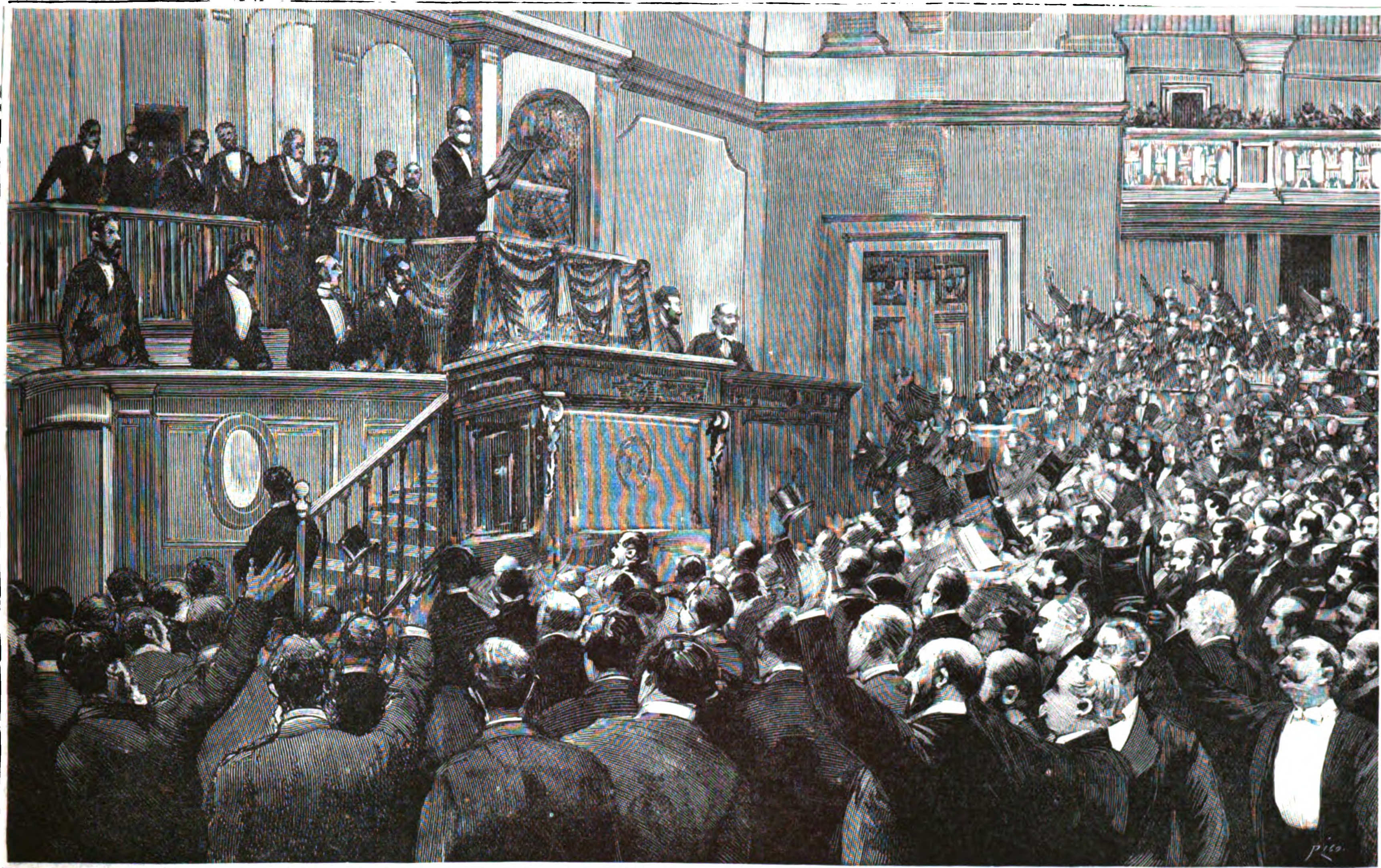
Allí, en Santa Cruz de Florencia, está su busto con el anteojo investigador en la mano derecha y en la izquierda el mundo al que aplicó sus descubrimientos. Guárdanle dos nobles matronas, y en la delantera de la urna se lee la inscripción



PARÍS.—MANIFESTACIONES DE DUELO POR LA MUERTE DE MR. CARNOT.—EL PUEBLO DE PARÍS VISITANDO LA CAPILLA ARDIENTE EN EL PALACIO DEL ELÍSEO.



PARÍS.—FUNERALES DE MR. CARNOT.—PASO DEL ENTIERRO POR LA PLAZA DE LA CONCORDIA.



VERSALLES (FRANCIA).—LA ELECCIÓN PRESIDENCIAL.—MR. CHALLEMEL-LACOUR, PRESIDENTE DE LA ASAMBLEA, PROCLAMANDO Á MR. CASIMIRO PERIER PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA.



OVACIÓN TRIBUTADA EN VERSALLES Á MR. PERIER, AL DIRIGIRSE Á PARÍS DESPUÉS DE SU ELECCIÓN.

que declara los triunfos de aquel hermoso pensamiento.

Estos son los recuerdos y los datos tradicionales. ¿En qué medida hay que destruir ó aclarar la biografía de Galileo á la luz de los nuevos trabajos y de la crítica moderna?

* * *

Nos hallamos en época de renovación para la Historia.

Muchos sabios españoles y extranjeros han asestado rudos golpes contra las exageraciones de la llamada *leyenda Colombina;* mi buen amigo don Manuel Foronda afirma que tiene ya en sus manos pruebas fehacientes de que no fué Cervantes tan pobre y desgraciado como de ordinario se supone; la figura del Cid estuvo á punto de borrarse, y de la bruma que la envolvió durante un momento ha salido menos pura de líneas y menos bella; en Italia pierde su prestigio aquel Juan de Prócida, que andaba de corte en corte buscando el vengador para la sangre de Conradino, y en Francia y otras naciones arrancan cada día las revistas históricas una piedra preciosa de los marcos con que habían pasado á la posteridad los retratos de los héroes.

Afortunadamente, para Galileo no es su ciencia, ni el valor de sus ideas, ni siquiera sus sufrimientos lo que se discute, y el ilustrado sacerdote J. B. Jaugey declara en moderno y concienzudo trabajo que «su proceso fué una equivocación lamentable», rechazando, en cambio, con gran copia de datos y sólidos argumentos, las interpretaciones malignas dadas á la intervención de la Iglesia en este asunto.

Hoy podemos formarnos ideas cada vez más claras del sabio y de su tiempo.

El medio en que se educó era vicioso y pobre. Ludovico Zdekaner, en sus novísimas y curiosas investigaciones sobre el juego en Florencia y Pisa desde los siglos XIII y XIV: Muratori, con datos de fechas más próximas á las del nacimiento y muerte del gran astrónomo: algunos autores en diferentes escritos, han demostrado hasta qué punto esta mala pasión dominaba en Italia, y en qué medida influía sobre el sentido moral y la penuria del país, facilitando el nacimiento de bajos sentimientos, y siendo el signo distintivo de un lastimoso estado.

La imagen de la miserable condición de Italia desde mediados del siglo XVI, que han pintado con vigorosos tonos muchos escritores, se ha transmitido además hasta nosotros en líneas materiales por láminas y grabados tan curiosos como el existente en el Archivo de P. Cavalieri, reproducido hoy por orden de su propietario en excelentes fototipias. El hambre de 1628 y la peste que hubo de seguirla, descrita bella y dramáticamente respecto de Milán en *Los Novios* de Manzoni, agravaron la situación, inclinando el ánimo de las masas á la fácil animosidad contra todo lo para ellas extraño.

Los pueblos que pasan por tan acentuados períodos de crisis presentan invariablemente dos rasgos característicos: hállanse poco preparados para el respeto por el arte, ni por la ciencia, ni por otras grandezas que la de aquellos de quienes esperan su salvación; están dispuestos á culpar de sus desgracias á cualquiera, buscando siempre en una ú otra forma las antiguas víctimas propiciatorias para aplacar la cólera divina.

Había, en curioso contraste, algunos núcleos de gran cultura en las cortes de príncipes como Cosme II, y dentro de los palacios de magnates que sentían todavía las genialidades creadoras del Arte y ostentaban las esplendideces de los siglos anteriores. No escaseaban tampoco las fundaciones científicas de estas ú otras fechas, las bibliotecas ricas, los jardines botánicos de Pisa y Padua, museos, sociedades sabias y centros mil de diferente carácter.

A la sombra de fuertes protectores habían de acogerse entonces los que andaban escasos de bienes de fortuna y pensaban algo grande, como se acogían también los aventureros, recibiendo el noble al que le llevaba su talento ó al que le ofrecía sus habilidades de bravo y pendenciero. Cultivados muchos genios en tales estufas de ilustración y riqueza, daban las olorosas flores que los campos de batalla y la miseria de una sociedad hambrienta no permitían crecer tiernas y delicadas al aire libre de la vida moderna; pero se les imponía allí, en cambio, la lucha contra las inarmonías de gustos, las intrigas de tocador, las envidiejas y las malas pasiones de los que aspiraban también á los favores del señor y combatían por ser los primeros en su aprecio.

Sobre datos de este género se funda la narración de las contrariedades sufridas por todos los hombres notables de aquellas épocas, y aun puede añadirse que sobre hechos semejantes se fundará la de muchos contratiempos padecidos por los que frecuentan las casas de los actuales hombres de Estado.

Contaba, por lo tanto, en su favor el sabio con un conjunto de instituciones científicas donde encontrar el punto de partida para las inspiraciones de su genio. Uníanse en contra suya un pueblo poco preparado para admirar al físico, y una gran masa de gentes que veían en él, no al adversario de sus doctrinas, y sí un competidor en los favores.

En la historia de los dos procesos que se le formaron en 1616 y 1633 se lee entre líneas el sinnúmero de acusaciones formuladas secretamente en daño suyo por rivales y comprofesores quizás; los consejos de prudencia de varios purpurados que le profesaban singular afecto; la resistencia en los tribunales á extremar los rigores de que dieron muestra por el mismo tiempo en otros asuntos, y la debilidad al final para ceder ante el falso clamoreo de unas gentes interesadas, «en las que habían producido escándalo sus doctrinas», según las frases escritas.

¡Cuántas y cuántas veces hemos visto en los tiempos presentes salir de las negruras de un entendimiento obscuro, y de las tristezas padecidas por un alma pobre, los gérmenes de injusticias que mancharan los nombres con que políticos de talento hubieran pasado á la posteridad!

La figura de Galileo no queda empequeñecida. El profesor Favaro, de Padua, ha publicado no hace mucho interesantísimas Memorias en que se revela clara la grandeza del astrónomo que descubrió la naturaleza de la *vía láctea* y los satélites de Júpiter, estableció principios matemáticos y de la Mecánica, y fué uno de aquellos poderosos genios italianos que acometían el estudio de diferentes ramos del saber humano y brillaban en todos.

El 30 de Junio de 1633 se cumplió la sentencia que le obligaba á retractarse de sus doctrinas científicas, y un siglo casi justo después, sin ser otro el orden general de las instituciones, ni haber triunfado movimientos radicales, se le declaraba en Florencia, según dice su epitafio, «el gran renovador de las ciencias geométricas, astronómicas y filosóficas», recordando que de los setenta y ocho años que duró su vida, no se había perdido ninguno ni para el saber profundo, ni para el bien de la humanidad.

ENRIQUE SERRANO FATIGATI.

TIPOS MADRILEÑOS.

LA FARMACÉUTICA.



En cierto círculo de los llamados de recreo, un recreo que consiste principalmente en tirar de la oreja á Jorge, conversaban ayer tarde varios amigos, tratando de un asunto de interés general. Comentaban los repetidos casos ocurridos en oficinas de farmacia de equivocación involuntaria, pero funesta, en el despacho de medicinas.

Uno de los socios, Frasquito Botes, después que sus amigos y correligionarios mostraron la mala impresión que les habían hecho casos semejantes, exclamó:

—Pues yo me alegro, y me alegro mucho.

—¡Hombre! ¿qué dice usted?.....

—¿Se alegra usted del mal del prójimo?.....

—Parece mentira.

—¡Eh! poco á poco, señores. Me explicaré. No me alegro del daño del prójimo víctima de una equivocación de farmacéutico, ó de aprendiz de farmacéutico: me alegro porque en la repetición de esos casos encuentro la única esperanza de que en mi casa no suceda una catástrofe.

—¿En casa de usted?.....

—Sí, señor. En mi casa, que es la de ustedes, ocurrirá, si Dios no lo remedia, una desgracia: ó reventará mi suegra, ó mi suegra matará á mi mujer ó á mí, ó á los dos, ó me tiraré yo por el balcón, y vivo en piso tercero.

—Pero, hombre, ¿por qué?.....

—Porque mi suegra tomará, por equivocación, no del farmacéutico, sino suya, sublimado corrosivo creyendo que toma magnesia, ó dará á mi mujer un vaso de láudano en vez de zarzaparrilla, ó yo no podré sufrir más tiempo á mi suegra y á mi mujer, y una noche, en vez de acostarme en la cama, saltaré del balcón á la calle.

—¿Tan desesperado está usted?.....

—Caballeros, voy á contar á ustedes lo que me pasa, y ustedes juzgarán luego si tengo motivos para desear el desprestigio y la ruina de la Facultad de Farmacia. Hace tres años conocí á la que es hoy mi señora; la vi una tarde que, acompañada de una doncella, salía de cierta botica de la calle Mayor. Me gustó; blanca, pálida, espiritual, lánguida, parecía una Ofelia..... Ya saben ustedes quién era Ofelia.....

—Sí, hombre—dijo un señor gordo—la mujer de Otelo.

—¡Qué atrocidad!—exclamó otro socio flaco;—Ofelia era..... no sé, pero no tenía nada que ver con Otelo.

—La seguí y la vi entrar en su casa, calle de la Independencia. Pregunté á la portera, y supe que era hija de la viuda de un farmacéutico.

—¿Y del farmacéutico no?

—Sí, hombre, también. En fin, á los ocho días conocí á la madre, una señora muy digna y respetable; á los veinte ya estábamos de acuerdo los tres, y al mes siguiente me casé..... Fuí muy feliz.....

—Vamos, me alegro.

—Sí, señores, fuí feliz, lo confieso, dos días. El tercero mi suegra tuvo un cólico y mi mujer otro. Y entonces vi la enorme cantidad de botes, frascos y cajas de todas formas y tamaños que poseían las dos señoras para curarse todas las indisposiciones y prevenirse contra todas las enfermedades. Pasaron el cólico de la una y el de la otra, quedando las dos postradas, no sé si por efecto del mal ó por el de los remedios que tomaron. Lo atribuyeron á unas alcachofas rellenas que habíamos comido y que eran un poco duras. Y quedaron prohibidas para siempre las alcachofas. Y el quinto día la madre me hizo saber que era preciso entrar en la vida normal, que ellas habían interrumpido tres días, porque los tres días habíamos tenido convidados con motivo de la boda, parientes y amigos de ellas y los testamentarios del pobre difunto.

—Vamos, hubo tres días de fiestas reales—interrumpió el más gracioso de los del corro.

—Eso es. Oí con extrañeza la frase *entrar en la vida normal*, y pedí á D.ª Juliana, mi suegra, la explicación.—«Hijo mío, me dijo, mi marido, que esté en gloria, era un farmacéutico que no había otro, ni lo hay ahora como él, y decía que todas las enfermedades pueden evitarse menos la última, y que todo consiste en tener buen método de vida, cuidar de no comer cosa dañina, y tomar constantemente aquellas sustancias recomendadas como preservativos de las infinitas dolencias que aquejan á la humanidad. Si tú me permites que yo tome la dirección de la casa en lo que se refiere á la alimentación, no te irá mal.....» ¿Qué no se le permite á una señora rica que no lleva más que cuatro días de suegra y se expresa con tan buenos modos y manifiesta tan buenas intenciones?..... Ella se encargó de esta dirección doméstica. El día siguiente entró muy temprano en la alcoba nupcial trayendo dos vasos, una botella de agua y un frasco azul, y nos dispuso la dosis correspondiente de magnesia efervescente para su hija y para mí. Yo no la quería tomar; pero hizo tales observaciones acerca de la conveniencia de tragar aquel refresco purgante para regularizar el estómago, que no supe resistir. A las diez, una hora antes de almorzar, me dió un vaso de zarzaparrilla, preservativo óptimo en primavera. A las seis nos sentamos á la mesa. Junto al cubierto de mi suegra vi una cajita redonda, un frasco y una botella grande con vistosa etiqueta. Creí que sería *champagne*, con que se proponía obsequiarme. Nos servimos la sopa: mi suegra abrió la cajita, cogió pulcramente con los dedos una píldora, la puso en su cucharada de sémola, y se la echó al coleto. Mi mujer iba á tomar su primera cucharada, pero su madre la detuvo diciéndola:—«¡Qué! ¿no tomas la pildorita?» Presentó la cuchara mi mujer y la mamá la echó la píldora.—«También á ti te convendría una, me dijo.—¿Y qué es eso? le pregunté.—Acíbar, cosa muy buena. En estos tres días que no he tomado la píldora he perdido mucho.—Pues, señora, muchas gracias, yo no quiero píldoras.—Haces mal, estas píldoras de acíbar deben tomarse toda la vida.» Fuí á servir á mi mujer vino de Valdepeñas, pero se interpuso D.ª Juliana, y echó en el vaso una parte del líquido contenido en la botella que creí de *champagne*.—«Sólo un dedito de vino mezclado con agua ferruginosa, dijo. Tienes que fortalecerte, hija, que estás muy debilita.» La comida fué escasa, y así dijo mi suegra que sería todos los días. Después nos obsequió con una tacita de manzanilla, que me habría parecido mejor si hubiera sido de la de Sanlúcar, y me hizo juiciosas advertencias acerca del daño que produce el café, por lo cual no me lo pondría nunca, y me encarecía que no fuera á tomarlo fuera de casa, bajo pena de adquirir una enfermedad nerviosa ó entrar en el peligroso camino de la apoplejía. Su marido era un sabio, y había dejado á su mujer infinidad de recetas para prevenir todas las enfermedades y curarlas si la previsión no evitaba que se presentaran. Doña Juliana tiene por infalibles estas recetas, y mi casa es una botica

para nuestro uso particular; los remedios que posee se los aplica y nos los aplica inmediatamente que nota algún síntoma que le parece sospechoso, y aunque no lo note. Si me oye toser dos veces, al momento me prepara una solución de clorhidro-fosfato de cal por si es bronquitis incipiente ó principio de dengue. Si me quejo de un dolorcillo, al momento me prepara el salicilato de sosa, por si es reuma. Tiene infinidad de elixires, jarabes, polvos, emulsiones, refrigerantes, purgantes, laxantes, antinerviosos, regeneradores, depurativos, antiflogísticos, restauradores, atemperantes, revulsivos, digestivos, unturas, emplastos, ungüentos, píldoras, vinagrillos, tinturas, extractos, pastillas, ácidos, grajeas....., demonios, en fin, porque no es posible retener en la memoria todos los remedios que conoce mi suegra y cuyas recetas posee. Yo no me quejo ya de mal alguno, aunque me sienta molesto alguna vez, porque he cobrado un miedo cerval á la botica de mi suegra, y si se equivocan los farmacéuticos que tienen todas las medicinas clasificadas, ordenadas y rotuladas, ¿no es más fácil que se equivoque mi suegra que no usa tales precauciones? Ya ha sucedido una vez que mi suegra dejó un frasco de los suyos sobre la mesa del comedor, y la criada vino y aderezó la ensalada con láudano que contenía el frasco. Gracias que mi suegra tiene un olfato de privilegio.

—¡Canario! Pues verdaderamente está usted expuesto á un lance pesado.

—¡Cuando yo digo á ustedes que en mi casa tiene que suceder algo muy gordo! Por lo pronto, ya se ha perdido en mi casa el incomparable bien del amor de la familia y la paz del hogar, porque yo me he negado en redondo á tomar remedio alguno, aunque me esté muriendo, y mi suegra está, con este motivo, furiosa conmigo.

—Es claro. Tenga usted cuidado no le envenene echándole algo en la sopa.

—Todo es posible en su *farmaciomanía*. Ya están ustedes prevenidos: si muero súbitamente ó en pocas horas, casi, casi pueden ustedes ejercer la acción popular contra mi suegra, acusándola de haberme despachado.

—Muera usted descuidado, que lo haremos con mucho gusto como nos lo encarga—replicó el mismo gracioso de antes.

—Cuando me casé adquirí la costumbre propia de los buenos casados de estampar un ósculo en el rostro de mi mujer al despertarme, al salir de casa ó al volver de la calle..... Pero esta costumbre no ha podido durar, porque mi mujer no tiene jamás la cara limpia.....

—¡Hombre!

—Lo que ustedes oyen. Mi mujer misma me advertía un día: «No me beses, que tengo en la cara un aceite que me ha puesto mamá para que desaparezcan las pecas, y dice que es venenoso.» Otro día no me decía nada, pero al ir á poner delicadamente mis labios sobre el cutis de mi cara mitad, notaba un olorcillo á ácido fénico que me hacía retroceder con espanto: otro día el olor era á éter..... De suerte que al fin renuncié á esa dulce satisfacción conyugal, con agrado de mi suegra, á quien le parece peligroso para la salud el besuqueo.

—En eso no va descaminada.

—«Si no tuviera la certeza—me dijo mi suegra un día—de que el beso puede ser peligroso, ¿crees que no te habría yo dado también algún besito en días señalados?»

—¡Qué horror!

—De suerte que, en medio de las contrariedades que tiene usted que sufrir, puede usted vanagloriarse de que en su casa se disfrute una salud perfecta—observó el más discreto de los socios.

—¡Quiá! no, señor. Mi suegra está hidrópica, y mi mujer anémica, y yo padezco hidrofobia progresiva, porque paso la vida rabiando, bien que no muerdo todavía.

—Usted debiera hacer, amigo Frasquito—dijo el más juicioso de la reunión—una cosa sencillísima: coger una noche todos los botes, frascos, cajas, y demás material farmacéutico, y arrojarlo todo á la calle.....

—Mi suegra sería capaz de hacer conmigo un desastre. No la conoce usted. Y como mi suegra es rica..... no puedo reñir con ella. Lo más eficaz me parece la repetición de esas equivocaciones involuntarias en que incurren alguna vez los farmacéuticos ó sus dependientes. Como en poco tiempo se han señalado por la prensa tres ó cuatro casos de éstos, y yo he leído á mi suegra todos los detalles, he podido advertir que le impresiona, aunque no mucho, la noticia.

—¿Y por qué no ha seguido esa señora con la farmacia de su marido?.....

—La traspasó, quedándose únicamente con las fórmulas que había reunido aquel benemérito licenciado en largos años de práctica.

—¿De manera que ella confecciona las medicinas?

—Ella solita compra las drogas y las adereza luego convenientemente.

—Pues, amigo Frasquito, comprendo que tiene usted motivo bastante para temer una catástrofe.

—Sí, señor, sí: en mi casa va á pasar algo. Lo menos malo que nos ha de suceder es que mi suegra mate un día á la criada, por medicinarla, y nos lleven á los tres á la cárcel. Si acaso, cuento con que ustedes irán á declarar lo que les he contado hoy.

—Sí, señor, sí; lo mismo en caso de causa criminal por ese motivo, ó si muere usted envenenado, cuente usted con nosotros incondicionalmente. Iremos á declarar que usted es incapaz de hacer daño á un mosquito y de morirse espontáneamente.

CARLOS FRONTAURA.

DON ALFONSO BERGAZ.

REPARACIÓN DE UN INJUSTO AGRAVIO.

I.



EL mayor agravio que puede hacerse á un hombre de mérito es relegarle al olvido, y este agravio venimos infiriendo á D. Alfonso Bergaz, desde principio del siglo acá, todas las generaciones obstinadas en no hacer el menor caso ni de él ni de sus obras.

Y sin embargo, éstas se hallan aún patentes á nuestros ojos, aunque muchas de las que produjo han servido de cebo á la insania demoledora de nuestro tiempo, y sólo nos conservan su memoria los amarillentos legajos de algunos archivos. Y esas obras le valieron envidiable reputación en sus días, porque alcanzaron toda la perfección relativa que á las creaciones del cincel podía pedirse bajo el imperio de las ideas estéticas de la segunda mitad del siglo XVIII; lo cual quiere decir que las estatuas y bajo-relieves de Bergaz rivalizaban con los del francés Roberto Michel, con los del gallego D. Felipe de Castro, y con los de D. José Pascual de Mena, don Francisco Gutiérrez y D. Manuel Álvarez, los más aplaudidos y preconizados como restauradores del buen gusto, según lo que por tal se entendía en la corte y fuera de ella.

No se comprende, en verdad, porqué los nombres de éstos se han perpetuado hasta nuestros días y la fama de D. Alfonso Bergaz ha padecido total eclipse. Sólo cabe una explicación de este hecho, y me parece satisfactoria: por descuido ó por capricho, Ceán Bermúdez no lo incluyó en su célebre *Diccionario histórico de los más ilustres profesores de las Bellas Artes en España*, y esta preterición vino á ser para la generalidad de los aficionados, que suelen siempre amoldar su juicio al fallo de los que consideran como oráculos, una especie de excomunión que lanzó al pobre Bergaz del gremio de los privilegiados á la sima del olvido. Como Ceán Bermúdez no habló de él, tampoco le nombró D. Jose Caveda en sus *Memorias para la historia de la Real Academia de San Fernando y de las Bellas Artes en España*, porque, escudriñando los juicios de este escritor, se echa de ver claramente que en materia de escultura los fallos de Ceán eran para él inapelables—como para los críticos superficiales lo son todavía los fallos de Caveda.

Como quiera, la fama de Bergaz se halla hoy indebidamente obscurecida, y es de toda justicia sacar á la luz pública la artística personalidad del escultor eximio que ejecutó, en unión con D. Antonio Primo—otro artista de gran mérito con quien también ha sido avara la suerte—la bellísima fuente llamada de *la Alcachofa*, que antes descollaba en la extremidad meridional del paseo del Prado de Atocha, y ahora adorna uno de los accesos al estanque del Parque de Madrid.

II.

De unas noticias de profesores distinguidos que desempeñaron cargos importantes en la Real Academia de las Tres Nobles Artes de San Fernando, cuando esta institución era cuerpo docente y sostenía escuelas: noticias que en gran parte debieron pertenecer al mencionado Ceán Bermúdez, de cuyo puño y letra son algunas de ellas, y que conserva en su archivo la hoy democratizada Academia de Bellas Artes de esta corte, tomo los siguientes datos referentes á D. Alfonso Bergaz: en los cuales lo primero que se advierte es el título honorífico de *don* que precede á su nombre, distintivo nobiliario que adquirían los profesores de las Bellas Artes en el mero hecho de recibir la investidura académica, aunque fuesen nacidos de padres plebeyos, y que era tan codiciado entonces cuanto ha dejado de serlo hoy que ya no se niega á ninguna persona decente.

D. Alfonso Bergaz, pues, escultor de Cámara de S. M. el rey D. Carlos IV, y Teniente-Director más antiguo de la Real Academia de San Fernando, nació el año 1745 en la ciudad de Murcia, donde su padre, que era también escultor en Cuenca, su país natal, se hallaba accidentalmente trabajando en una grande obra que se hacía en la fachada de aquella catedral. Concluída ésta, vino el escultor conquense á Madrid con su hijo, donde, reconociendo con loable modestia que éste, inclinado á seguir su mismo arte, aprovecharía más bajo la dirección de un buen profesor que en la casa paterna, le puso á estudiar con el afamado D. Felipe de Castro, escultor de Cámara de Carlos III y Director á la sazón de la Real Academia de San Fernando. Era la época en que aquel monarca, recién instalado en el trono de España, y poseído del amor á las artes que había adquirido mientras ciñó la corona de Nápoles, andaba proyectando con su favorito arquitecto, *el negro don Carlos de Borbón*, la edificación en el Buen Retiro de la gran Fábrica de porcelana, que luego, andando el tiempo, llegó á obscurecer la reputación de la que algunos años antes había establecido en Alcora el Conde de Aranda, y aun á rivalizar con la celebérrima de Capo di Monte, que le había servido de modelo. Y habiendo pedido á la Real Academia algunos jóvenes alumnos de los que concurrían á los estudios de Escultura, para dedicarlos á aquel nuevo arte industrial bajo la dirección de D. Juan Tomás Bonicelli y de los varios escultores y formadores que trajo de Nápoles para este objeto, fueron elegidos los más idóneos: abrióse entre ellos una formal oposición, y verificada ésta, resultó nombrado para trabajar en la *Fábrica de la China* el aprovechado murciano Alfonso Bergaz. Modeló éste en aquel establecimiento varias piezas para adornar gabinetes de los Reales palacios de Madrid y de Aranjuez, y quién sabe si no serán obra suya algunas de las preciosas porcelanas de aquella Fábrica, que con tanto afán buscan hoy, y á tan subido precio adquieren, los aficionados á este género de cerámica, y que andan confundidas en sus escaparates y *étagères* con otras que allí mismo se labraban sobre modelos griegos y romanos de Sicilia y Herculano.

Diez años permaneció Bergaz en esta ocupación, sin dejar por eso de asistir á los estudios de la Academia, hasta que, habiendo adolecido de unas tercianas malignas y no pudiendo restablecerse, á causa sin duda de la humedad del Buen Retiro, tuvo que abandonarla, y se consagró de lleno á perfeccionarse en su profesión al lado de su maestro D. Felipe de Castro. Hizo varias oposiciones á *premios generales*, que eran aquellas en que podían entrar los alumnos de todas las clases; obtuvo dos medallas de oro, el primer premio de segunda clase en 1763, á los diez y ocho años de edad, y el segundo de la primera clase en 1766, á los veintiún años.

En 1774 solicitó el título de académico de mérito, presentando, para justificar su generosa aspiración, un bajo-relieve cuyo asunto no consta en la noticia de donde tomamos estos datos. Debió de parecer cosa no despreciable al grave consistorio, porque obtuvo todos los votos, sin faltarle uno solo. Nueve años después, fué propuesto en primer lugar para el empleo de Teniente-Director de la Real Academia, y el Rey se lo confirió, siendo ésta la última merced que obtuvo de Carlos III, y no constando que bajo el reinado de Carlos IV alcanzase premio alguno.

Aquí termina la noticia biográfica de este distinguido artista, y sigue la lista de las muchas obras que ejecutó, que voy á copiar al pie de la letra, suprimiendo toda enmienda, para que se forme el lector cabal idea de lo que solían ser los apuntes que recogía Ceán Bermúdez para formar su *Diccionario*. Creo que en la mayor parte de los casos, cuando se trataba de artistas que aun vivían, los mismos interesados facilitaban los apuntes, redactándolos de su puño y letra ó encargando su redacción á personas de su confianza. En el caso presente fué hombre de muy pocas letras el que escribió el papel que contiene los datos biográficos de Bergaz, y si salieron de su propia pluma, habremos de reconocer con pena que lo burdo del estilo literario del gran escultor formaba gran contraste con el delicadísimo estilo que empleó al modelar el bello desnudo de sus tritones y nereidas.



EN LA PRADERA.

CUADRO DE J. A. RIXENS.



UNA TABERNA.
COMPOSICIÓN Y DIBUJO DE D. DANIEL URRABIETA VIERGE.

Dice así el documento: «Se exponen algunas de las obras colocadas en Madrid.=En cinco fuentes del Prado, dos tritones colosales que están debajo de una gran taza, frente á la puerta de Atocha. (Se alude al grupo del tritón y la nereida de la parte inferior de la fuente de *la Alcachofa:* los niños de la parte alta son obra de D. Antonio Primo.)

»En dos fuentes de las cuatro que están frente del Real Museo, los tritones que rematan con unos delfines.

»En la de Apolo, que está frente de San Fermín, dos mascarones que significan Medusa y Zirze.

»En la de la Ziveles, que está frente á la puerta de Alcalá, un oso y un dragón (que ya no existen).

»En el frontispicio del templo de las señoras Religiosas Salesas, dos estatuas colosales en piedra, la una de San Francisco de Sales y la otra de Santa Juana Fremiot.

»En el templo de San Francisco, varios ángeles y niños colosales, executados en estuco.

»En el monasterio de San Martín, un sepulcro de mármoles y escayola con un niño llorando, apagando una antorcha, recostado en un almoadón, y unas ramas de ciprés. Es de un milord cathólico. (Ya no existe.)

»En San Andrés, un sepulcro con un niño llorando sobre una urna sepulcral. Es de un hijo del Duque del Infantado.

»En la nueva iglesia del colegio de las Escuelas Pías, la ymagen de esto mismo título, San Josef Calasanz, y San Ignacio de Lollola; y en el arco toral de la iglesia, dos ángeles colosales de estuco sosteniendo el escudo de la Religión.

»En la parroquia de San Ginés, en el altar mayor, al lado del Evangelio, San Ildefonso con un niño sentado en la peana, sosteniendo el báculo pastoral, y sobre la cornisa, en el frontis, al mismo lado del Evangelio, un ángel en acto de adoración, todas colosales.

»En la parroquia de Santa Cruz, sobre las dos puertas de la sacristía colaterales al nuevo altar mayor, en cada una un grupo de niños sosteniendo una medalla, una con el busto de San Pedro y otra con el de San Pablo. En unos marcos que van encima de estas dos medallas están los asuntos, el triunfo de la Santa Cruz, y el otro la Exaltación: todo hecho de estuco. (Ya no existe.)

»En la casa del Excmo. Sr. Conde de Altamira, en la obra nueva de su casa, dos grifos de mármol que están en los vaciados de unos pedestales que sostienen unas hermosas columnas á la entrada de una magnífica alcoba.

»En la nueva casa del Excmo. Sr. Duque de Alba, en el frontis de la fachada que mira á los jardines, un gran bajo-relieve con figuras colosales, en que se representan la Pintura, Escultura, Arquitectura, Astronomía, Matemáticas y Geografía.

»En la casa del Excmo. Sr. Duque de Liria, dos esfinges grandes que están en los jardines. (Son las que vemos hoy colocadas sobre la puerta de entrada. El autor de la noticia ha hecho dos palacios de uno solo; pero del gran bajo-relieve que describe como existente en el palacio del Duque de Alba no tenemos conocimiento.)»

Sigue la enumeración de algunos modelos que hizo Bergaz para plateros, y de multitud de alegorías que ejecutó para las funciones Reales que se celebraron con motivo de la exaltación de Carlos IV al trono en 1788, en cuya ocasión decoraron las fachadas de sus casas con ingeniosas invenciones de este profesor, muy afamado entonces, varios grandes de España y muchos establecimientos públicos. Y termina mencionando las obras que tiene expuestas al público en varias partes del reino, entre las cuales encontramos la estatua de Carlos III vaciada en bronce, de tamaño colosal, para la ciudad de Burgos; las estatuas, colosales también, de Santo Domingo de Guzmán y San Pedro Alcántara, para la catedral de Osma; una gran medalla de diez y ocho pies de altura que representa á Santa Ana llevando de la mano á la Virgen y acompañada de una legión de ángeles, colocada en la Colegiata de Peñaranda; el magnífico grupo de ángeles y serafines que ocupa el lado de la Epístola junto al Tabernáculo en la catedral de Jaén, y otras composiciones que sería harto prolijo citar, con las cuales exornó iglesias de las provincias de Navarra, Alava y Cuenca, y aun de la América española.

III.

Escuela ninguna de escultura ha igualado á la de los llamados *barrocos* en el arte de decorar la arquitectura de las iglesias, palacios, edificios públicos de todo género, y los paseos y jardines. Cuando contemplaba yo, años atrás, la estatuaria altamente decorativa de las tres fachadas de *la Redonda* de Logroño—ejemplar precioso de la estatuaria española barroca—dábame interiormente el parabién de haber alcanzado una época de tolerancia estética en que es lícito elogiar sin rubor las grandes calidades que en medio de su amaneramiento demostraron no pocos artistas del siglo XVIII. Y desde que empezó á agitarse en la esfera de la vida municipal y de la prensa periódica de Madrid la cuestión de remover de su asiento la Cibeles y las demás fuentes del Prado, que me parecía, y me sigue pareciendo, ser lo mismo que acabar con ellas, retoñó en mi espíritu cierto vago deseo de salir á la defensa de aquellos malogrados escultores, que sólo por el pecado de no haber nacido dos siglos antes ó un siglo después, han sido mirados por los secuaces del seudo-clasicismo como hombres desprovistos de todo genio. Hoy, cuando comparo con las estatuas de esas fuentes, y sobre todo con las de la fuente de *la Alcachofa*, que tan vistosa y risueña decoración dan á las arboledas del Prado y del Retiro, ciertas tísicas y escuálidas figuras que, para afrenta del buen gusto y como muestra de nuestra moderna inanición estética, afean presuntuosos edificios públicos que no nombro, ó han presumido decorar grandes plazas, observo entristecido cuánta decadencia descubre nuestra escultura decorativa al lado de aquella otra que tan infeliz se reputaba, y deploro con amargura y contrición verdadera la perniciosa intolerancia que nos hacía hasta ahora mirar con menosprecio toda la numerosa hueste de escultores españoles de los tiempos de Fernando VI y Carlos III, que fueron en realidad mucho menos amanerados que sus maestros franceses é italianos, y que merecen por lo tanto la loa justamente negada á éstos por la crítica imparcial de nuestro siglo.

Las falsas teorías que acerca de las Bellas Artes propagaron en nuestro país Azara, Jovellanos, Llaguno y Ceán Bermúdez, siguiendo á Winckelmann, Mengs, el Milizia y tantos otros, fueron causa de que, por una parte, nos formáramos ideas erróneas sobre el arte griego y romano, y por otra desconociéramos el mérito relativo de los artistas formados en la escuela del Bernini y del Algardi.

Los grandes modelos de la escultura antigua, aun contemplados asiduamente por los que tuvieron la fortuna de ser testigos de la maravillosa resurrección del arte helénico, acontecimiento que produjo en Italia la explosión de entusiasmo más grande, más ruidosa y más unánime que vieron los siglos; aquellos inapreciables modelos que con febril apresuramiento se dieron á ilustrar y publicar, antes quizá de haberlos estudiado á fondo, multitud de literatos, arqueólogos y artistas, agrupados unos como abejas en colmena bajo la protección de Tanucci, el Colbert del reino de Nápoles, en las salas del rico museo improvisado en Portici por Carlos III para reunir los tesoros artísticos exhumados en Herculano, Stabbia y Pompeya; favorecidos otros por la liberalidad de Leopoldo de Toscana y del cardenal Alejandro Albani, apellidado con razón el Adriano de su siglo; aquellos modelos, repito, no fueron bien comprendidos. Los dóciles secuaces de Winckelmann, Azara, Mengs y demás oráculos de la filosofía del arte, tuvieron constantemente vendados los ojos para discernir el selecto naturalismo helénico, y sólo vieron un idealismo convencional y abstracto en los mármoles de Grecia é Italia amontonados, ya en la magnífica *villa* que ilustraron el Morcelli, el Marini, Fea y Zoega (y donde pintó Mengs la célebre bóveda del *Parnaso*, modelo de clásica frialdad é insipidez); ya en el Museo Capitolino, que había comenzado á formar Clemente XII y que terminó el mismo fastuoso purpurado; ya en la galería de estatuas que inauguró Benedicto XIV en el Campidoglio; ora en el Museo Vaticano, engrandecido por este mismo Pontífice con la colección que había reunido el conde Francesco Vettori; ora, por último, en los Museos Clementino, Borghese y Mattei. El idealismo convencional que el genio antiguo reservó para los simulacros de los dioses, de las entidades abstractas y de los seres preternaturales, fué aplicado indiscretamente por los pintores y escultores dirigidos por aquellos peligrosos preceptistas, á todos los personajes históricos y á todos los seres humanos que viven la vida real y ordinaria: de donde resultó un arte á todas luces falso.

No supieron iniciarnos en la contemplación del arte antiguo: pero en cambio nos inspiraban horror al grandioso arte decorativo del siglo XVIII, basado en el espíritu y en la forma ampulosa de aquel tiempo.

Hoy, menos intolerantes nosotros que ellos, al paso que estudiamos y admiramos el ingenuo y gracioso naturalismo helénico, hacemos justicia á este otro arte *barroco*, quizá menos convencional y falso de lo que se cree, y que fué fiel reflejo de una época en que la humanidad, olvidada hasta cierto punto de la doctrina católica, siempre consecuente en considerar la vida de las generaciones como mero tránsito de penitentes, parecía aspirar á convertir la triste estancia del hombre sobre la tierra en una especie de marcha triunfal, y la morada del dolor y de las miserias en paraíso de goces y delicias. No toleraba la filosofía materialista y sensualista del siglo XVIII imágenes austeras y sombrías, secas y desabridas: tales simulacros sólo cuadraban bien en adustas moles dirigidas al cielo como fervientes votos expiatorios durante la época de tribulación de la Iglesia militante. Los templos que alzase á la Divinidad el hombre que se suponía regenerado y redimido por la ciencia, habían de ser luminosos y alegres: las imágenes que los decorasen, placenteras, de bellos tipos, de buenas proporciones, muy gallardamente movidas, para que llenasen cumplidamente los espacios á ellas destinados. Tal había de ser el arte del siglo XVIII, y tal fué, en efecto: rebosa en sus creaciones el placer de la vida; la exuberante materia ahoga en ellas toda expresión de sufrimiento, y así las obras de nuestros escultores de fines del siglo pasado hacen oir al espectador de imaginación menos exaltada, en los templos, el armonioso coro de los ángeles y santos que entonan el triunfo de la Iglesia de Cristo; en los palacios, los himnos de victoria que acompañan en sus apoteosis á los grandes reyes, á los guerreros invictos; en los paseos y jardines, los dulces ecos de los cantos eróticos de las driadas y napeas, los suspiros y quejas de los dioses enamorados y el susurro de las hojas que mueven, huyendo de ellos, las ninfas esquivas..... Todas las figuras, ya sea en las fachadas y altares de las iglesias, ya en los salones y galerías de los palacios, ya en las fuentes, escalinatas y glorietas de los jardines y paseos, están en movimiento; y lo mismo cuando se contempla la fachada de *la Redonda* de Logroño, con su enjambre de estatuas, que cuando se mira la del *Palacio de Santelmo* en Sevilla, ó detiene uno el paso ante las fuentes de los jardines de La Granja, siempre se perciben en el contorno misteriosos ecos y crujido de vestiduras agitadas por auras de inefable felicidad.

En torno de la fuente de *la Alcachofa*, de Alfonso Bergaz y Antonio Primo, cree uno percibir á la caída de la tarde leves susurros de los coloquios y risas de los tres graciosos niños agrupados sobre el tazón y de la pareja del tritón y la nereida asidos á la columna que lo sostiene. Bergaz indudablemente se penetró del bello naturalismo que informa las obras antiguas en esta clase de asuntos puramente recreativos, durante el tiempo que estudió los modelos griegos y romanos de Capo di Monti y de otras procedencias análogas en la *Fábrica de la China* del Retiro; y esta cualidad le hizo superior á muchos de sus coetáneos, los cuales, sin embargo, por puro capricho de la suerte, gozan de una celebridad que él no alcanzó.

PEDRO DE MADRAZO.

RECORDS.



No significa, como parece «á primera vista», «recuerdos ó memorias en casa».

Dicen que es igual que «recorrido», y yo me atrevo á creer que también puede ser «recorrida».

La humanidad, ó mejor dicho, los higienistas han reconocido que la educación física es tan importante, por lo menos, como la educación intelectual.

Hoy abogan los hombres de ciencia por el cultivo de «la primera materia».

«Hacer hombres sanos, fuertes y robustos.»

Este es el sueño dorado, la nobilísima aspiración de los facultativos.

La gimnasia, la equitación, la esgrima, el velocipedismo, el pelotarismo, son los ejercicios recomendados por nuestros antropólogos, bacteriólogos y paleólogos.

¡Si en las épocas de romanticismo se hubiera atrevido algún doctor á iniciar el pensamiento de fortalecer al hombre!

El velocípedo ha venido á favorecer el desarrollo del hombre y de la mujer, que también ella procura desarrollarse.

«El velocípedo, ese juguete del pasado y caballo único del porvenir.»

Así decía en fin de *lunch*, en una fábrica de velocípedos en buen uso, un orador agradecido.

Los ejercicios corporales se imponen.

Hombre de «pocas chichas» no es hombre.

En lugar de «el estilo» ha de decirse: «El puño es el hombre».

Ya suele preguntarse entre jóvenes:

—¿Quién es ése?

—Un chico que va y viene de Madrid á Bilbao y de Bilbao á Madrid seis ó siete veces al mes.

—Vamos, el ordinario de Madrid á Bilbao. ¿Y ese otro?

—Ese es estudiante.

—¿De qué facultad?

—De segundo de box y..... bocado. De un puñetazo derriba un frontón-Jai.

Desde que ha empezado la costumbre del *record* ha disminuído considerablemente el movimiento de viajeros en ferrocarriles.

Así se explica las quejas de las empresas.

Leerán ustedes en los periódicos, competentemente noticieros, descripciones de *records* casi fantásticos.

«El capitán Grant ha salido con los sobrinos, todos en un *ciclo*, para su *record* por Europa.

»En Nueva York les acompañó hasta el puerto inmensa muchedumbre que los vitoreaba.

»Probablemente se detendrán en París algunos días, y después vendrán á Madrid.

»Tanto el capitán como los sobrinos tienen cuerda para sesenta días.»

«El respetable profesor Springelhgfueghen, al parecer alemán, ha resuelto visitar varias capitales de Europa y Asia, á pie y llevando en brazos á su señora, cuyo peso bruto se hace ascender á veinticinco arrobas sin hueso.

»En varias poblaciones aguardan con impaciencia al virtuoso y sabio profesor.»

«Se habla de una apuesta pendiente entre dos conocidos sportmen, que se proponen «hacer un *record*» (es como si dijéramos: «hacerse la barba») entre Sevilla y Londres, pasando por San Petersburgo.

»Uno de dichos señores viajará en bicicleta perfeccionada, sistema norteamericano, y el otro contrincante, de incógnito.»

En un folleto que ha venido á mis manos, se recomienda el ejercicio en velocípedo á los diputados á Cortes y provinciales, actores dramáticos, cómicos y líricos, y señores mayores en la dentición.

El *record* es la obsesión de sinnúmero de personas.

Viajar gratis es la realización de un sueño de *Las mil y tantas noches*, según las titula un literato conocido..... por tonto.

Cuando se generalice la afición no quedará una persona sana en su casa, en días de fiesta particularmente.

Los cabezas de familia, estén en el período de jurados ó no; los hijos de familia, los hermanos, los tíos, los cónyuges de familia harán sus *records* semanales.

Ya hubo conatos de llevarnos al Pardo todos los domingos á los vecinos de Madrid.

¡Vagar por el monte, alimentarse con bellotas en la temporada de la cría y de otros productos «agrícolas espontáneos» en tiempo de la veda de bellotas!

¡Oh moros!

Generalizado el *record* entre las clases acomodadas, saldrán los Ministros del Congreso, también en temporada en que no haya veda, acompañados de los representantes de su respectiva devoción, y emprenderán viajes de recreo, ó mejor dicho, paseos higiénicos en bicicleta, desde Madrid á Aranjuez y vuelta, ó del Congreso á Leganés ó á Puerto Lápiche.

Este ejercicio favorecerá á las generaciones venideras.

Mejorará la raza.

Habrá sinnúmero de ejemplares gigantescos, de libras.

Un periódico de Chicago anuncia la salida de doce señoritas touristas ó «recorridas», que se dirigen á París.

Viajan en bicicletas y al mismo tiempo constituyen un «orfeón hembra», y no «á voces solas»; porque como cantan las doce señoritas, resultarán doce voces.

Se proponen dar conciertos, sin detenerse: de ida y vuelta.

Empezarán á cantar una pieza musical en París, y terminarán en Versalles.

El público asistirá en el tren á las audiciones.

Estos adelantos — como decía Gedeón — dislocan.

EDUARDO DE PALACIO.

Á LA MUJER (1).

DEDICADA Á MI RESPETABLE AMIGO EL EXCMO. SR. D. JOSÉ CANALEJAS.

I.

Es pobre la lira mía,
Humilde mi pensamiento,
Y tosco mi sentimiento,
Y torpe mi fantasía,
Para elevar este día
Las endechas de mi canto
Al dulce ser cuyo encanto
Convierte la tierra en cielo,
De nuestras penas consuelo
Y alivio de nuestro llanto.

II.

Si me falta inspiración,
Rayo de amor me ilumina,
Dulce fuego que germina
Dentro de mi corazón.
Dulcísima vibración
De un ser que alienta animoso
Al conjuro cariñoso
De una esposa idolatrada,
Y de una madre adorada
Ante el recuerdo amoroso.

III.

¡Mujer! palabra bendita
Que aleja dudas y agravios,
Que santifica los labios
Cuando en los labios palpita.
Frase que parece escrita
Dentro de los corazones,
Que late entre inspiraciones
Y entre inspiraciones brota,
Un sentimiento, una nota
De armónicas vibraciones.

IV.

De Dios la sublime ciencia,
Cuna del saber profundo,
Hizo de la nada el mundo
Mostrando su omnipotencia.
Dió á las estrellas fulgencia,
Al sol le dió resplandores,
Dió su perfume á las flores,
Sus espumas á los mares
Y á los vientos los cantares
Del amor de sus amores.

V.

Reflejada su grandeza
Vió en prado, selva y colina,
Que á su palabra divina
Surgió la naturaleza.
Corona á tanta belleza
Quiso un instante obtener,
Y meditando en un ser
Tan celestial como humano,
Rasgó el misterioso arcano
Y dió vida á la mujer.

VI.

Adán triste contemplaba
A la avecilla parlera
Que de tierna compañera
Las caricias disfrutaba;
La fiera que se amansaba
Ante el halago amoroso;
Y al agitarse envidioso
Hallar nuevo goce quiso,
Soñando otro paraíso
Más completo y más hermoso.

VII.

Sin la mujer nuestra vida
Fuera un inmenso desierto,
Nave sin timón ni puerto
Donde encontrar su guarida.
Ilusión desvanecida,
Sol sin luz ni resplandores,
Verjel sin aguas ni flores,
Existencia sin infancia,
Primavera sin fragancia
Y corazón sin amores.

VIII.

Que es ella luz y color,
Destello que el alma hiere,
Aurora que nunca muere,
Encarnación del amor,
Nube que ahuyenta el dolor,
Queja que del pecho brota,
Arpegio, murmullo, nota,
Cadencia que el viento lleva,
Brisa que al cielo se eleva,
Beso que en el cielo flota.

IX.

En ella todo es poesía,
Todo cariño y ternura,
¡No es Isabel de Segura
Creación de la fantasía!
Aunque una nube sombría
Tienda su crespón de duelo,
Rasga el sol el denso velo
Y aparece más brillante;
¡Aunque se oculte un instante,
Siempre hermoso será el cielo!

X.

No es posible comprender
Á la luz de la razón,
Ni mujer sin corazón,
Ni corazón sin mujer.
Conceptos vienen á ser
Ambos en su esencia iguales,
Pues guardan ricos caudales
De esperanzas halagüeñas,
De bienandanzas risueñas,
Y de dulces ideales.

XI.

Quien á la mujer profana
O á la mujer no venera,
Pertenecer no debiera
Á la gran familia humana.
Contra sí mismo se afana,
Y cual cobarde suicida,
Se abre á sí propio la herida
Al escupir su veneno
Contra quien le dió en su seno
Calor, y cariño y vida.

XII.

¡Madre! ¿Cómo he de olvidar
Que en las batallas del mundo
Fué tu cariño profundo
Mi escudo y mi valladar;
Que me has enseñado á amar,
Á ser bueno, á combatir,
Á creer, á resistir
Nubes de amargura y llanto,
Á ser fuerte ante el quebranto
Y altivo ante el porvenir?

XIII.

....

Perdóname, madre mía,
Si en alas de mi cariño,
A mis memorias de niño
Se eleva mi fantasía.
Si recuerdo la alegría
Que en mi pobre hogar sentí,
Y el amante frenesí,
Fuente de inmensas delicias,
Que tesoros de caricias
Reservaba para ti.

XIV.

Hoy á la mujer bendigo
Al sentir el palpitante
Beso de la esposa amante
Que unió su suerte conmigo.
De mis afanes testigo
Torna en dichas mis dolores,
Y al calor de sus amores
Y sus gracias peregrinas,
De este camino de espinas
Hace un camino de flores.

XV.

¡Mujer! perdona mi canto
Y perdona si un momento
Mi mezquino pensamiento
Hasta tu cielo levanto.
Si mezclo tu nombre santo
A los ecos de mi lira,
Si un corazón que te admira
Se une al himno de tu gloria,
Y se inspira en tu memoria
Y en tu grandeza se inspira.

....

XVI.

Mi canto desvanecido
En el aire morirá,
Y su eco se perderá
En las sombras del olvido.
Mas tu recuerdo querido
Alentará mi pasión,
Y á falta de inspiración,
En tu altar ofreceré
Los tesoros de mi fe,
El alma y el corazón.

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR.

(1) Obtuvo el premio de S. M. la Reina Regente en el certamen literario celebrado en Córdoba el 28 de Mayo último.

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

Los judios del Cáucaso: veintiséis siglos de quietud; condiciones de este pueblo; el *Ausdem Kaukasus* del doctor Hahn.—Los judios en Rusia, según Mr. Leo Errera.—Los judios en Roma y en París.

Curiosidad étnica ó raro descubrimiento de nuestros días es el de haber llegado á saber que hay judios que no son errantes, ni aun perseguidos siquiera. La llamada raza judía, en cumplimiento de la maldición famosa, no pára un solo momento: así al menos se puede asegurar al ver que, en cuanto en una nación reposan algún tiempo, los persiguen y expulsan entretanto en otras, y que la furia antisemítica, si se apaga en Francia y en Inglaterra, brama con violencia en Alemania y en Rusia. Y no hay un siglo que los deje en paz, sacudiendo con titánica furia sus hogares, aventando ayer sus cenizas, robándoles sus hijos, poniendo regueros de sangre entre ellos y los de más hombres y ofreciendo siempre el cuadro de las más negras miserias. Al amparo de las conquistas democráticas se encuentran hechos pacíficos ciudadanos en las naciones más cultas; pero ni aun con esta noble emancipación se les deja en paz, porque la cruzada contra Israel aparece á lo mejor en la prensa y en el libro, y la publicidad se encarga de repetir el eco de los antiguos anatemas que cayeron sobre el pobre pueblo jamás redimido y perpetuamente desterrado; monomanía anacrónica ya, é impropia de los días á que la humanidad ha llegado. Por esto digo que es curioso el saber que hay judios que viven en calma, en la tierra adoptiva que escogieron como residencia hace más de veintiséis siglos, desde los tiempos en que los reyes de Asiria y de Babilonia invadieron la Palestina y trataron de expulsar de ella al pueblo hebreo. Más de tres mil años hace, en efecto, según la tradición, que residen en paz, en los escondidos valles del Cáucaso, en las vertientes que forman la parte elevada del Daghestan y de Bakú y en las de la provincia ó gobierno de Ielizavetopol, unos treinta mil judios, diseminados en cincuenta pueblos, mezclados entre los pueblos árabes y entre los arios de las dos grandes ramas del Cáucaso, que el gran valle del Manytch separa y por cuyas llanuras corre al Caspio el caudaloso rio Kura, nutrido con el caudal del Alasán y del Araxes. Allí, en lo más intrincado de las cordilleras, al pie de aquellas cimas que se elevan todas á más de tres mil quinientos metros, en los húmedos y feraces valles donde parece que se conserva original é intacta la gente aria, allí habitan los hijos de Israel, rindiendo culto á Jehová, sumisos á la ley de Moisés y practicando las reglas morales del *adati*, ó sea de la tradición de los antiguos, al amparo del dominio de los rusos, cuyo Emperador reconoció sus fueros ó costumbres, consagrando una especie de verdadera autonomía para ellos por un decreto de 1883. Contra la costumbre general del pueblo judío, estos habitantes del Cáucaso son todos labradores, y cultivan cereales, viñedos, árboles frutales, plantas tintóreas y también tabaco, sabiendo hacerlo con tal esmero que son muy estimados y solicitados sus vinos, y se consideran sus productos colorantes en las fábricas de Persia como los más excelentes de cuantos se obtienen en Oriente. Jamás las familias han acaparado las herencias de unas y otras, sino que las reparticiones se hacen escrupulosamente entre los hijos, de tal modo, que resulta que no hay hombres muy ricos que tengan capitales mayores de veinte mil rublos, ni familia alguna que no posea una casa y unas tierras de labor, condición social típica y muy propia de las familias montañesas en todos los pueblos cultos. En sus caracteres físicos se diferencian bastante del tipo legendario judío. No son débiles de complexión, ni estrechos de contornos, ni tienen la nariz aguileña ó encorvada, ni la mirada recatada y penetrante, sino que ostentan un cuerpo recio y de gran estatura, fuertes los músculos, redondas las formas, ancha la frente, vivos y expresivos los ojos, y recta y bien dibujada la nariz. Las mujeres, de cutis blanco mate sonrosado, negros los ojos y el cabello, recta y fina la nariz, breve la boca y correctamente ovalado el rostro, son de talla media,



BARCELONA.—RETABLO DEL SIGLO XIV, RECIENTEMENTE RESTAURADO Y COLOCADO EN UNA DE LAS CAPILLAS DE LA CATEDRAL.



BILBAO.—DESCARRILAMIENTO DEL TREN DE LEZAMA, CERCA DE BEGOÑA.—EL LUGAR DE LA CATÁSTROFE.

(De fototipia de los Sres. Ribot, Zuasti y Compañía, de Bilbao.)



PAISAJES Y MARINAS.—1. DE BERNIER.—2. DE YON.—2 bis. DE HAUFFMAN.—3. DE PETIT JEAN.—4. DE MASSÉ.
5. DE GALERNE.—6. DE CARL ROSA.—7. DE AJARZ.—8. DE BRUN.—9. DE ELODIE LA VILLETTE.—10. DE CHOISNARD.—11. DE TUBER.
12. DE LEMAIRE.—13. DE MORLOT.—14. DE BERTON.—15. DE DELPY.

ligeras y ágiles en el andar, y muy fuertes, por estar acostumbradas al trabajo del campo.

Practican la caridad de tal modo, que bien puede asegurarse que allí no hay pobres, ni enfermos abandonados. Todos los sábados, antes de que se celebre la fiesta en la sinagoga, los jóvenes, chicos y chicas de cada pueblo, van de casa en casa recogiendo donativos, que, como ofrenda, se reunen luego en el templo, y una vez concluído el servicio del culto se reparten á todos los necesitados que no pueden trabajar. Como buenos montañeses, profesan gran respeto á todo viajero ó caminante, y es la hospitalidad el deber que cumplen con mayor cariño. No hay para ellos creencia más simpática que la del santo Ileb Novo, el profeta Elías, genio protector de los caminantes, que se les aparece cuando se pierden éstos en las soledades de los bosques y los lleva de la mano á las casas de los judíos. En las noches del sábado al domingo, Ileb, vestido de viajero, pobre, cansado y achacoso, suele llegar á la puerta de cualquier vecino y penetrar hasta el hogar, donde la familia conmovida le recibe, le socorre, le da cena y vino, y le obliga á descansar, hasta que el santo coge de nuevo su bastón y su hato y echa á andar. Esta aparición y este recibimiento son presagio de gran suerte para la fortuna y para la salud de las familias.

Los judíos del Cáucaso son polígamos, fundándose para ello en que los judíos de otras naciones han olvidado las prácticas de los antiguos hebreos, los cuales tuvieron varias mujeres, como Abraham, que fué el más santo, y como Salomón, que fué el más sabio de los hombres. Las mujeres no viven en la ociosidad como las de los árabes, sino que, además de desempeñar todas las labores domésticas, trabajan en las tierras de labor, cuidan los ganados, cortan y cosen los vestidos de la familia, educan á los hijos y venden los productos de la huerta en el mercado. Los hombres dirigen los trabajos propios de su cargo con gran cuidado, pero procuran fatigarse poco, y dejan á los criados y á las mujeres el peso de las faenas mecánicas, dedicándose ellos generalmente á recorrer á caballo el país, ostentando su habilidad de diestros jinetes y de bien puestos caballeros. Había antes grandes odios y encuentros entre judíos y árabes. Hoy no. La tolerancia los ha hecho amigos, y viven en perfecta armonía en los valles. El árabe siempre considera al judío como *kepti*, es decir como hermano descarriado, y pone grande empeño en atraerlo á su fe. Cuando ocurre esto y un judío reniega, se convierte en *cheick*, y es considerado como cosa venerable por los musulmanes, y muy agasajado y obsequiado por ellos con ricos regalos, buenos caballos y algunas doncellas. Al culto de las sinagogas sólo asisten los hombres, y en las grandes solemnidades se permite la entrada á las mujeres, pero para que estén en pie y muy lejos del altar donde se guardan las Escrituras. Ellas no se dan por ofendidas por esta humillación, porque desde niñas aprenden que, según el *adati*, la mujer es un ser inferior que no puede, ni debe, tener con Dios las mismas relaciones que el hombre.

Son, como montañeses, muy supersticiosos, y han añadido á sus tradiciones mosaicas multitud de creencias fantásticas, que se perpetúan oralmente y á las que profesan gran respeto. Tienen gran fe en la vida futura; en el Paraíso, compuesto de siete cielos, en el último de los cuales está Dios, y sentados alrededor suyo en sillas de oro, á la derecha, Adán, Noé, Abraham é Isaac, y á la izquierda Eva, Sara, Rebeca y Raquel, rodeados de ángeles, querubines, santos y justos. Para ir al cielo, toda alma tiene que pasar por el infierno y purgar allí sus pecados, en un tiempo proporcional al número y calidad de ellos. No hay más camino del infierno al cielo que un hilo de acero incandescente, sobre el cual camina el alma, hilo que á lo mejor se rompe, si ésta lleva aún el peso de alguna culpa, para volver á caer en el fuego y acabar de limpiarse.

Todo cuanto se refiere á los judíos fijos del Cáucaso y hasta su existencia misma era desconocido: pero gracias á los estudios y viajes del catedrático de Tiflis, C. Hahn, se pueden apreciar desde ahora estas curiosidades, leyéndolas en el libro que acaba de publicar, titulado: *Aus dem Kaukasus*, que ha dedicado á la gran Duquesa de Rusia S. A. I. Anastasia Michaelowna. ¿Por qué aquellos judíos se han librado de la maldición, que condenó á la raza á errar sin descanso por el mundo? Ellos mismos lo dicen con orgullo: porque nosotros vinimos al Cáucaso cerca de ochocientos años antes de que naciera Jesús, y nada tenemos que ver con su persecución y muerte.

⁂

Raro contraste con este libro del doctor georgiano Hahn forma otro, en el que el sabio etnólogo y naturalista M. Leo Errera ha estudiado la triste condición de los israelitas en el Imperio de los Czares, que titula: *Les juifs russes*, y que es una defensa justa y valiente del desgraciado pueblo errante. La campaña antisemita resulta ser una especie de curiosidad ó asunto de tertulia para las personas que viven lejos de los países en que se sostiene; pero es, en efecto, una realidad basada en terribles hechos y en cuadros indignos de nuestro tiempo, para los que tienen que contemplar cómo se desarrolla ante sus ojos. Por justicia y por humanidad hay que decir que en toda la Europa oriental, desde el Báltico al Archipiélago, la gente judía vive indignamente bajo el régimen del terror. El publicista Errera lo demuestra así de un modo fehaciente, no sólo relatando sucesos que están bien comprobados, sino resumiendo en su obra las conclusiones que los delegados de los Estados Unidos MM. Weber y Kempster redactaron en una Memoria publicada en 1892, por encargo de su Gobierno, después de haber recorrido la Europa entera en averiguación de las causas que producen el constante aumento de la emigración de los europeos á su país. Según ellos, en Rusia los judíos están sometidos á estas persecuciones: expulsión de todo judío que no sea ruso, aunque pida la naturalización; expulsión de los que sean rusos, excepto de los que se decidan á vivir en una comarca determinada ó territorio judío; limitación del número de los que pueden ser admitidos en las Universidades; prohibición de que obtengan ascensos á los que sirven en el ejército y en la marina; prohibición de que formen asociaciones de beneficencia; limitación de las manifestaciones particulares de su culto; prohibición de obtener cargos municipales y provinciales, é impuestos especiales personales por ser judíos. Viven, pues, allí como verdaderos parias, fuera del derecho común, y no sólo sujetos á tan tiránicas y vejatorias leyes, sino, lo que es peor, á toda casta de tiranuelos, subdependientes de las autoridades, que no pudiendo ostentar su miserable despotismo de otro modo, hacen gala de él, molestando y persiguiendo con rabia insana á las familias judías, lo mismo en el hogar que en la calle.

Se dice que no sirven para nada más que para especular y vivir á lo gitano, y que no se dedican al cultivo de la tierra. ¡Cómo han de hacerlo si les está prohibido el poseer un pobre terrón! Lo maravilloso es que, sufriendo tanto como sufren, no den un crecido contingente á la criminalidad, y que resulten ser más morales é inofensivos que los que componen las turbas de pobres y vagabundos de los barrios moscovitas. Su sufrimiento es proverbial; pocos soldados sirven en el ejército con mayor paciencia, con mayor disciplina, con mejores cualidades militares que ellos. Al considerar lo triste de la situación de estas gentes, dice Mr. Errera: «Preciso es convencerse de que se trata de una gran iniquidad. No hay otro remedio contra ella más que la poderosa acción de la opinión pública, que es necesario que se muestre muy decidida. Se trata del gran principio de la justicia y de la igualdad de los hombres, y es necesario decirlo todo y ayudar á los oprimidos, hasta que el derecho y la caridad los rediman.»

⁂

Redimidos, hechos hombres y ciudadanos, quedaron hace ya mucho tiempo aquellos pobladores del Ghetto de Roma, que tanto sufrieron al través de los siglos, desde los lejanos primitivos días de su establecimiento en la metrópoli de los Césares, cuando alzaron su sinagoga cerca de la actual iglesia de Santa Cecilia in Trastevere y cavaron su cementerio en los subterráneos de la Porta Portese, hasta que en nuestro siglo, ya muy adelantado en su curso, respiraron el ambiente de la libertad. Ya no hay allí judería; ya no se refugian tristes y macilentos en la orilla del Tiber, en las soledades de la *Regola*, ó entre los barrizales del *ponte Quattro Capi*, á pensar en su eterno destierro y á repetir aquello de: *Super flumina Babylonis sedimus et flevimus*; ni tampoco aparecen entre la multitud con sus infamantes flecos amarillos en los vestidos, ni las autoridades condonan la multa, si no los llevan, por la pena del tormento de la cuerda, como hace dos siglos se hacía, según la orden escrita al pie de las solicitudes de perdón y de misericordia: «*Rescritto; publice torsus, fiat gratia de pena.*

Hoy viven en paz en Italia y en Francia y en la cosmopolita Inglaterra. El gran rabino de Francia, Zadoc Kahn, es uno de los primeros personajes de la sociedad francesa, y sus obras, *Sermones y alocuciones* (1878, 1892, 1893), circulan y se leen entre los hebreos con gran respeto, y entre los *gentiles* con gran curiosidad. No se predica en ellos el desprecio del mundo y de la vida terrena, sino al contrario, se aconseja que se guste y disfrute de ella, con prudencia y medida, sí, pero de veras, porque á ello invita el *Deuteronomio* cuando dice: «Diviértete durante las fiestas, con tu hijo y tu hija, con tu criado y tu sirvienta, y diviértanse también el levita y el huésped y el huérfano y la viuda que estén en tu casa.» Y así lo aconseja también la *Thora*: «Procura estar siempre entretenido y alegre.» Toda la predicación israelita tiende á hacer patriarcal y agradable la vida de la familia, porque el hogar doméstico es el resumen de toda la dicha posible. Mr. Zadoc Kahn predica también á sus fieles el amor á la nueva patria en que viven: «Hemos vivido muchísimo tiempo sin patria alguna. Hoy nos encontramos identificados con todas las fuerzas de nuestro corazón, de nuestro espíritu y de nuestra gratitud con esta Francia querida, que tan generosamente nos abrió sus brazos y nos admitió en el número de sus hijos, portándose con nosotros como amorosa madre. Por eso consideramos sus desgracias como nuestras, y su humillación nos dolió profundamente, y por eso, en pago de cuanto la debemos, muchos de los nuestros combatieron bajo sus banderas y murieron por ella.»

A pesar de estas conquistas en pro de su sosiego y bienandanza, indicado queda cómo sigue cumpliéndose en muchísimas comarcas del globo el fatídico «¡Anda! ¡Anda!» que persigue á este pueblo. ¿Descansará algún día? El Centro y el Oriente de Europa, á la hora presente, responden que no, y muy pocas garantías puede dar el porvenir si se fija y funda en las enseñanzas del pasado de que el pueblo judío dejará de andar.

R. Becerro de Bengoa.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Doloras, por D. Ramón de Campoamor.— *Humoradas*, del mismo.

En Barcelona acaba de publicar la casa editorial de López una nueva y bonita edición de las composiciones del ilustre Campoamor que llevan aquel título. Forman parte de la *Colección diamante*, de la misma casa, y cuesta cada tomito sólo 50 céntimos.

¡Allá va eso! versos de D. José Jackson Veyan, precedidos de dos cartas de D. Juan Eugenio Hartzenbusch y de D. Federico Balart.

El talento, la gracia y la facilidad versificadora del señor Jackson Veyan recibirían plena confirmación con la publicación de este libro, si desde mucho antes no estuvieran confirmados en multitud de obras teatrales y en composiciones sueltas, algunas de las cuales han gustado los lectores de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA y de LA MODA ELEGANTE.

Más de cien poesías forman este tomo, y todas ellas pueden calificarse de buenas, habiendo algunas que llegan á buenísimas. *A mi padre en sus cumpleaños*, *Mi gloria*, *La Siesta*, *Nochebuena*, *Dolores* y otras muchas son verdaderamente notables. Pero si hubiéramos de citarlas todas y alabarlas como merecen, sería demasiado larga esta noticia, que no puede dejar de ser breve. Precede al libro una carta escrita en 1873 por D. Juan Eugenio Hartzenbusch, en la que este insigne literato juzga muy favorablemente el talento poético del Sr. Jackson Veyan, á la sazón muy joven. Es un curioso documento.

Baste decir, para terminar, que *¡Allá va eso!* está no sólo muy bien escrito, sino editado con verdadero lujo. Cuesta 3,50 pesetas, y véndese en las principales librerías y en casa del autor, Pez, 17, Madrid.

El Difamador. Novela original, por D.ª Antonia Rodríguez de Ureta.

Esta novela, que se publica con aprobación de la autoridad eclesiástica, está bien escrita, y por el fin moralizador que la autora se propone, merece ser recomendada. Véndese al precio de dos pesetas en rústica y tres encuadernada, en Barcelona, imprenta y librería de la Viuda de Plá, Peligros, 8, y en las principales de España.

Utilidad de las monografías para el cabal conocimiento de la Historia de España. Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública del Excmo. Sr. D. Luis Vidart, el 10 de Junio de 1894.

Notorios son los méritos que el Sr. Vidart ha contraído como vulgarizador de la Historia de España y victorioso refutador de las innumerables calumnias que en ella han introducido escritores extranjeros, en mal hora seguidos por la mayor parte de los nuestros; y buenas muestras de sus trabajos, á tal fin encaminados, tienen nuestros lectores, así en las columnas de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA como en las páginas del *Almanaque*. Por eso nadie puede dudar de que su entrada en la Academia de la Historia es merecida recompensa de tantas, tan largas y tan honrosas campañas como por la verdad y la gloria de la patria ha sostenido.

Su discurso de recepción ha sido digna coronación de ellas por las ideas que sustenta y por la manera de sustentarlas. El Sr. Vidart se duele de que la Historia de España esté verdaderamente por escribir; menciona las diversas tentativas realizadas para llevar adelante tal empresa, señalando, con razón sin duda, como la más afortunada de todas, la del señor Oliveira Martins: declara que no escribirá una verdadera historia española quien no sienta la unidad de la de toda la Península, como aquel ilustre escritor portugués la siente y demuestra; y sostiene, por último, la necesidad de monografías, es decir, de materiales para escribirla, limpiándola de los infinitos errores de que hoy está plagada.

El discurso del Sr. Vidart es corto, calidad que suele ir hermanada con la bondad en los más de los escritos, pues raras veces el que escribe largo entiende la materia que trata, ni sabe hacerla entender. Sigue una *Necrología* del académico Sr. Vázquez Queipo, cuya vacante ha ocupado el señor Vidart, y este trabajo, aunque menos importante que el anterior, es de mucho interés para conocer la vida de aquel sabio que tanto fruto dió á la ciencia y tanta honra á su patria.

Episodios de mi tierra: Tarragona en 1811, por Francisco Gras Elías.

Es este tomo el cuarto de una serie en que en forma amena, anecdótica y popular se refiere mucha parte de la historia de la guerra de la Independencia en Cataluña. De los tres tomitos anteriores hemos dado cuenta con el elogio que merecen. Del que tenemos á la vista diremos que relata de un modo interesantísimo y á veces conmovedor los detalles del sitio de Tarragona, página gloriosísima de aquellas guerras.

Cuesta esta obra 2 pesetas.

Congreso Militar Hispano-Portugués-Americano, reunido en esta corte en el Centro del Ejército y de la Armada el mes de Noviembre de 1892.—Actas.

Hemos recibido los dos tomos de las actas de este importante Congreso, que el secretario del mismo, Sr. Suárez Inclán, ha tenido la bondad de remitirnos. Compréndese que no podamos consagrarles el espacio á que, por su importancia, tienen derecho. Baste decir que las principales conclusiones votadas en el Congreso Militar, siempre después de luminosísimos debates, están siendo citadas y tenidas en cuenta en Europa por todos los tratadistas de derecho internacional, principalmente en lo que se refiere á las relaciones entre beligerantes.

El Arte escénico en España, por D. José Ixart.—Volumen primero.

El autorizado crítico Sr. Ixart da á luz en este tomo la serie de artículos publicados en el importante periódico barcelonés *La Vanguardia*, tratando del estado actual del teatro en España y de los escritores dramáticos más importantes. Los juicios que emite nos parecen, en su mayor parte, acertados, y aun aquellos en que podríamos no conformarnos con el Sr. Ixart están razonados con mucha doctrina y serenidad de juicio.

Cuesta este tomo 5 pesetas, y merece ser leído con detenimiento.

La Reforma integral de la legislación civil, por don José D'Aguanno; traducción de Dorado Montero D'Aguanno, acaso el primer civilista contemporáneo, es ya conocido en España por su magistral obra *La Génesis y la evolución del derecho civil*. La que ahora acaba de traducirse es también

(*Continúan en la pág. 32.*)

Ultima producção

Perfumaria IXORA

Ed. PINAUD

37, Boulevard de Strasbourg, 37

PARIS

Sabonete............ de **IXORA**
Essencia............ de **IXORA**
Agua de Toucador..... de **IXORA**
Pommada............ de **IXORA**
Oleo para os cabellos....... de **IXORA**
Pós de Arroz.......... de **IXORA**
Cosmético............ de **IXORA**
Vinagre de Toucador.. de **IXORA**

Toda persona cambiando ó vendiendo sellos de correo, recibirá, si lo pide, su precio corriente y el **DIARIO ILUSTRADO DE SELLOS DE CORREO**, gratuitamente. Sellos de correo auténticos, á precios módicos.
E. HAYN, BERLÍN, N. 24.

NINON DE LENCLOS

Rehúse de las arrugas, que no se atrevieron nunca á señalarse en su epidermis, y se conservó joven y bella hasta más allá de sus 80 años, rompiendo una vez y otra su acta de nacimiento á la faz del tiempo, que en vano agitaba su guadaña delante de aquel rostro seductor sin poder mortificarle.—Este secreto que la gran coqueta egoísta no quiso revelar á ninguno de sus contemporáneos, ha sido descubierto por el doctor Leconte entre las hojas de un tomo de la *Historia amorosa de las Galias*, de Bussy-Rabutin, perteneciente á la biblioteca de Voltaire y actualmente propiedad exclusiva de la **Perfumería Ninon** *(Maison Leconte)*, 31, rue du 4 Septembre, 31, París.

Dicha casa entrega el secreto á sus elegantes clientes bajo el nombre de **Véritable Eau de Ninon** y de **Duvet de Ninon**, polvo de arroz que Ninon de Lenclos llamaba «la juventud en una caja».—Es necesario exigir en la etiqueta el nombre y la dirección de la Casa, para evitar las falsificaciones.—La *Parfumerie Ninon* expide á todas partes sus prospectos y precios corrientes.

Depósitos en Madrid: *Aguirre y Molino, perfumería Oriental, Carmen, 2; Pascual, Arenal, 2; Artaza, Alcalá, 23, pral. izq.; perfumería de Urquiola, Mayor, 1; Romero y Vicente, perfumería Inglesa, Carrera de San Jerónimo, 3*, y en Barcelona, *Sra. Viuda de Lafont é Hijos*, y *Vicente Ferrer*.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D.R FRANCK



Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestion curados ó prevenidos.
(Rótulo adjunto en 4 colores)
PARIS: Farmacia LEROY
91, rue des Petits-Champs
En todas las Farmacias.



CÉSAR Y MINCA

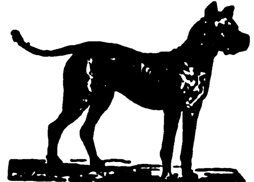
El establecimiento más importante de Europa para la educación de los perros de raza.

MEDALLAS DE ORO Y PLATA DE GOBIERNOS Y SOCIEDADES

Zahna (Reino de Prusia)

Proveedores de S. M. el Emperador de Alemania, de S. M. el Emperador y del Gran Duque Pablo de Rusia, de S. M. el Sultán de Turquía, de S. M. el Rey de los Países Bajos, de S. A. R. el Gran Duque de Oldemburgo, del duque Luis de Baviera, de S. A. R. la princesa Federico Carlos de Prusia, de S. A. R. la princesa Albrecht de Prusia, de muchos Príncipes Imperiales y Reales, de Princesas reinantes, etc.

FUNDADO EN 1863



Ofrecen sus especialidades en **Perros de Lujo** y **Perros de Guarda**, desde el más grande **Dogo de Ulm** y **Perro Montañés**, hasta el más pequeño **Perro de Salón**, así como **Perros de Parada, de Caza, Bassets, Pachones** y **Lebreles** perfectamente amaestrados, como igualmente **Cachorros** no amaestrados y jóvenes, con las mayores garantías. *Precios corrientes, ilustrados, en alemán y en francés, franco de porte.*

Exposición permanente de muchos centenares de perros en venta en la Estación de Wittemberg

COGNAC JURADO—CASTELLON
JEREZ

25 AÑOS DE ÉXITO

PARA PEDIDOS DIRIGIRSE AL Sr. D. RAFAEL ROMERO DE JEREZ DE LA FRONTERA ÚNICO AGENTE EN TODA ESPAÑA

15 DIPLOMAS DE HONOR
18 MEDALLAS DE ORO



RECOMENDADA POR LAS AUTORIDADES MÉDICAS DE TODOS LOS PAISES

PARA PEDIDOS DIRIGIRSE AL Sr. D. RAFAEL ROMERO DE JEREZ DE LA FRONTERA ÚNICO AGENTE EN TODA ESPAÑA

SE VENDE EN LAS FARMACIAS DROGUERIAS Y ULTRAMARINOS.

GASEOSAS

Aparatos para la fabricación de las bebidas gaseosas
PRUDON & DUBOST
París — 210, Boul. Voltaire — París
Pídase el Catálogo N.º 47.

No padecerá enfermedades en la

BOCA

ni dolor de muelas el que use el elixir

MENTHOLINA

que prepara el *Dr. Andreu*. Su uso emblanquece la dentadura, aromatiza el aliento, calma el dolor de muelas y fortifica las **ENCÍAS**.

La Mentholina con el elixir usada aumenta en polvo la blancura de los dientes.

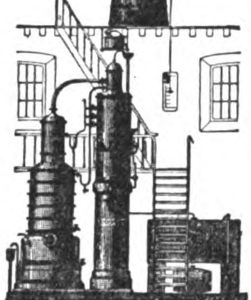
JUEGOS DE PRECISIÓN, RULETAS, JUEGOS MECÁNICOS, MESAS DE JUEGOS, BILLARES, UTENSILIOS DE CASINOS, ETC.—Se remite *Catálogo*, franco.
J. A. JOST.—120, rue Oberkampf, París.

G. K. COOKE & WEYLANDT,
BERLÍN N. 24.
Friedrichstrasse 105.ª
Fábrica premiada, primera en Europa, de
SELLOS
de caoutchouc y metal. Se solicitan representantes.

OBRAS POETICAS
DE
D. JOSÉ VELARDE

DE VENTA EN LA ADMINISTRACIÓN DE ESTE PERIÓDICO
ALCALÁ, 23.—MADRID.

	Pesetas
Obras poéticas.—Dos tomos	8
Teodomiro, ó la Cueva del Cristo	2
Fray Juan	1
La Niña de Gómez-Arias	1
Alegría (Canto I)	1
El Holgadero (segunda parte de *Alegría*)	1
A orillas del mar	1
La Venganza	1
Fernando de Laredo	1
El Último beso	1
El Capitán García	1
Mis Amores	1
La Velada	1
El Año campestre	1



ALAMBIQUES
Espíritus á 40° Cartier
SIN REPASAR
EGROT
Cab.º de la Legión de Honor
EXPOSICIÓN UNIVERSAL
PARÍS 1889
Fuera de Concurso
Miembro del Jurado
Catálogo, FRANCO, informes
19, 21 y 23, rue Mathis
PARIS

Los Polvos de Arroz
PEAU D'ESPAGNE
NUEVA CREACION
DE
E. COUDRAY
PERFUMISTA, 13, Rue d'Enghien, Paris
SE VENDEN EN TODAS LAS PERFUMERIAS.

SUEÑOS Y REALIDADES
POR
D. RAMÓN DE NAVARRETE.

La mejor recomendación de este ameno libro es manifestar que está escrito por el distinguido cronista de salones y teatros *El Marqués de Valle-Alegre*.

Elegante volumen en 8.º mayor francés, que se vende, á 4 pesetas, en la Administración de este periódico, Madrid, Alcalá, 23.

En Casa de todos los Perfumistas y Peluqueros de Francia y del Estranjero

La VELOUTINE

Polvo *de Arroz especial*
PREPARADO AL BISMUTO
Por **CH.les FAY**, Perfumista
PARIS, 9, rue de la Paix, 9, PARIS

DENTIFRICOS de RIGAUD y C.ia

Proveedores de la Real Casa de España

CREMA DENTIFRICA de RIGAUD

Humedecida por el agua, forma un mucilago untuoso muy agradable, limpia los dientes con la suavidad de un lienzo flexible dándoles la blancura del marfil, y los preserva del sarro y de la cáries.

DENTORINA RIGAUD

Elixir que se emplea al mismo tiempo que la **Crema** y perfumando deliciosamente la boca, refresca el aliento, y activa la circulación en las encías dándoles el color sonrosado natural á la salud.

Depósito en **París, 8, rue Vivienne, y en las Perfumerías de España y América.**



CABELLOS CLAROS Y DÉBILES

Se alargan, renacen y fortifican por el empleo del **Extrait Capillaire des Bénédictins du Mont Majella**, que detiene también su caida y retrasa su decoloración. *E. Senet, administrador, 35, rue du 4 Septembre, París.*—Depósitos en Madrid: *Perfumería Oriental, Carmen, 2; Aguirre y Molino, Preciados, 1; Urquiola, Mayor, 1*, y en Barcelona, *Sra. Viuda de Lafont é Hijos*.

EPILEPSIA y toda **afección nerviosa** se cura con la **Poción del Dr. Sanmiguel**. Pídanse prospectos. Botica de *La Corona*, Gignás, 5, Barcelona.

POMADA TANICA
ROSADA para devolver á los *Cabellos blancos su color primitivo.* **FILLIOL**. 63, r. Lafayette, París.

EAU des BLUETS progresiva vegetal
MEDALLAS EN PARIS, LYON Y TÚNEZ
No se pega ni quema; devuelve al *cabello canoso* su color; produce todos los matices, del rubio al negro; no mancha la piel ni la ropa; permite el rizado; empléase para la barba.—Frasco, 6,35 fr. M.me **PERNOT**, 82, faubourg St. Denis, **PARIS**.

MARI-SANTA
POR
DON ANTONIO DE TRUEBA.

Es una de las mejores obras literarias del ilustre *Antón el de los Cantares*, moral, instructiva y amenísima.

Forma un elegante volumen en 8.º mayor francés, y se vende, á 4 pesetas, en la Administración de este periódico, Madrid, calle de Alcalá, núm. 23.

L'ANTI BOLBOS

no tiene rival para quitar las manchas ó puntos negros de la nariz, sin alterar la epidermis. Sólo se vende en la *Parfumerie Exotique*, 35, *rue du 4 Septembre, Paris*. Depósitos en Madrid: Pascual, Arenal, 2; Perfumería Urquiola, Mayor, 1; Aguirre y Molino, Preciados, 1, y en Barcelona, Sra. Viuda de Lafont é Hijos.—Evítense cuidadosamente las falsificaciones.

NEURALGIAS, *jaquecas, calambres en el estómago, histerismo*, todas las enfermedades nerviosas se calman con las píldoras antineurálgicas del **Dr. Cronier**. 3 francos; Paris, farmacia, 23, rue de la Monnaie.

EL SOL DE INVIERNO
POR
DOÑA MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

Preciosa novela original, con interesante argumento, cuadros de costumbres familiares, episodios muy dramáticos, y brillando en todo el libro la más profunda moralidad.

Un volumen en 8.º mayor francés, que se vende, á 4 pesetas, en la Administración de este periódico, Madrid, calle de Alcalá, núm. 23.

importantísima, y aunque en todo independiente, puede considerarse segunda parte de aquélla.

Forma un tomo, cuyo precio es 4 pesetas.

El Congreso pedagógico de 1892, por D. Rafael María de Labra.

La conocida casa editorial de la Sra. Viuda de Hernando y Compañía, que acaba de publicar el primer tomo de las Actas del Congreso Pedagógico de 1892, como publicó las Actas del Congreso análogo de 1882, pone ahora en circulación este libro del Sr. Labra, presidente que fué del primero de aquellos Congresos y rector de la Institución Libre de Enseñanza.

Es una obra de 350 páginas en 4.º, de tono propagandista y destinada al estudio de las varias cuestiones que se plantearon y discutieron en la Asamblea Pedagógica de hace dos años.

Divídese en cuatro partes. La primera dedicada á los antecedentes del Congreso de 1892. La segunda, á los trabajos del Congreso: Memorias de los pedagogos portugueses, americanos y españoles; sesiones del Paraninfo de la Universidad y del Ateneo de Madrid, y discursos de los ex ministros portugueses Sres. Machado y Pinheiro Chagas, y del ministro sudamericano Zorrilla de San Martín. La tercera parte es una reseña de los anteriores Congresos Pedagógicos de 1882, 87 y 88, del Congreso de Sociedades de educación popular de 1890, y de la Asamblea Nacional de Maestros de 1891. La cuarta parte, y que comprende toda la segunda mitad del libro, contiene los discursos del Sr. Labra, los cuales se publican ahora por vez primera.

Bastan estas indicaciones para que se comprenda el interés del libro.

El Arte en el Renacimiento. (Italia, Flandes, Alemania.)

Forma esta obra un tomito de 80 páginas en 8.º, con 33 grabados, reproducción de monumentos, estatuas, pinturas y tapices. Precio: una peseta en rústica, 1,50 en tela.—Madrid, *La España Editorial*, Cruzada, 4.

Este precioso libro es el tomo III de la *Biblioteca Popular de Arte*, que tanta aceptación ha alcanzado entre los artistas y aficionados.

El Arte en el Renacimiento reproduce en excelentes grabados las obras más célebres de Brunellesco, Ghiberti, Donatello, Luca della Robbia, Perugino, Mantegna, Bellini, Vinci, Miguel Angel, Rafael, Correggio, Giorgione, Ticiano, Pablo Veronés, Van Eyck, Van Der Weyden, Memling, A. Durero, Holbein, etc., al mismo tiempo que da una idea general de la significación é historia de estos insignes artistas.—G. R.

MADRID.—CUARTA EXPOSICIÓN BIENAL DEL CIRCULO DE BELLAS ARTES.



CHISMOGRAFÍA.

CUADRO DE D. ALEJANDRO SAINT AUBIN.

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid............	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias..........	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero.........	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXVIII.—NÚM. XXVII.

ADMINISTRACIÓN:

ALCALÁ, 23.

Madrid, 22 de Julio de 1894.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN, PAGADEROS EN ORO.

	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de Amér ca y Asia......................	60 francos.	35 francos.

REVISTA DE CABALLERÍA EN BARCELONA (MAYO DE 1535).

FRAGMENTO SEGUNDO DE LA TAPICERÍA TITULADA «HISTORIA DE LA CONQUISTA DE TÚNEZ, POR EL EMPERADOR CARLOS V».

(CARTONES DE JUAN VERMEYEN, Y TEJIDO DE WILHEM DE PANNEMACKER.)

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

San Sebastián, que es la corte del verano, ha empezado su estación con la llegada del *Nautilus*, que, á las órdenes del Sr. Villamil, regresa de su viaje de instrucción de guardias marinas: para consignar y dejar recuerdo de esta larga navegación, se ha fundido una medalla, y SS. MM. han visitado el buque y obsequiado en tierra á la naciente oficialidad de la Armada, que ha de ser la que asista al renacimiento de nuestra marina, y mande nuestras escuadras en el siglo XX, ya que en el XIX no corresponda nuestro estado marítimo á las aspiraciones nacionales y á las de los dignos jefes y oficiales de la Armada. En el *Nautilus* han llegado los que representan el porvenir y la esperanza. Bien venidos sean á su patria.

En ésta sólo piensan las gentes en divertirse y veranear; es decir, ponerse un traje claro y zapatos blancos, y ocuparse en la recomposición del individuo. ¡Lástima de tiempo el que pierden en conservarse á su país muchos seres que no tienen otra ocupación más importante! Vaya usted á distraerlos de sus graves tareas, contándoles la conspiración cierta ó fingida que ha derribado en Marruecos á parte del Ministerio, y llevado desde el poder á la cárcel de Mogador al Ministro de la Guerra. Acaso ese personaje, tan poderoso en el anterior reinado, venda zapatillas en el Zoco, ó haga de mozo de cuerda, si salva la cabeza. Ello es que el reinado de Abd-el-Azzis no comienza tan exento de turbaciones y peligros como algunos habían supuesto.

Recientes están las cariñosas insinuaciones que nos hacían los franceses á raíz de la muerte del Sultán: eran tan dulces, que muchos españoles, enternecidos, se hallaban dispuestos á concertar con Francia, si en su mano estuviera, una alianza eterna. Nuestros vecinos se han cansado, y un periódico tan sensato como el *Temps* publicaba días pasados una carta para demostrar á su manera que sólo en Francia é Inglaterra reside el derecho á intervenir en las cosas de Marruecos, por ser las naciones que importan mercancías por mayores cantidades en aquel Imperio, mientras que nosotros, por tener poquísimo comercio, carecemos de verdadera representación. Repárese bien que no hace mucho los franceses fundaban su derecho á intervenir en la política marroquí en su vecindad africana con el Imperio; alguien les hubo de informar que nosotros también éramos vecinos, y establece otros principios ó razones de carácter mercantil para demostrar la inferioridad de nuestros derechos. La teoría es tan curiosa como si el proveedor de un establecimiento, no contento con el partido que saca de su explotación comercial, alegara con el pretexto de su ganancia tener jurisdicción en la casa donde suministra y derechos á heredar á sus parroquianos. Esto nos enseña qué poco cuerdo hubiera sido contar con la cooperación de Francia en las complicaciones marroquíes, sobre todo, cuando teníamos motivos para poner en duda su benevolencia por su conducta en lo relativo á nuestras relaciones mercantiles. Cada cual cuide de sí propio, que la intención de los demás está bien conocida.

°°°

¡Qué desanimación! Madrid se ha despoblado, como todos los años, de la gente que anima los paseos y las reuniones. Los dedicados al arte político descansan de sus fatigas, con gran placer suyo y nuestro. Sólo los que se mueren dan qué decir de sí en estos días de reposo: en ellos ha tocado la suerte del descanso eterno á D.ª Joaquina Arrieta, viuda del general Topete, respetable para muchos, aparte de sus virtudes, por ser la esposa del que inició en la bahía de Cádiz la revolución de 1868; para otros, por ser pública y notoria la contrariedad que produjo á dicha señora la acción de su marido. También ha sucumbido, en su travesía de Filipinas á España, el Duque de Sevilla, hijo del desdichado infante D. Enrique, el que murió en duelo á pistola con el Duque de Montpensier, hace veintitrés ó veinticuatro años, y hermano del general Borbón y Castellví. El Duque de Sevilla había sido sometido á un consejo de guerra y preso en San Francisco á consecuencia de una acción imprudente que cometió en una guardia de Palacio, y que, á decir verdad, fué el único hecho ruidoso de su vida. Su fallecimiento ha hecho recordar á los periódicos la tragedia de su padre, que aun nos parece reciente: el duelo se efectuó en la dehesa de los Carabancheles, y calcúlese la sorpresa de Madrid al enterarse del suceso, por la calidad de los adversarios y su parentesco y el resultado funesto del desafío: aun hubo en aquella ocasión otra cosa notable: conducido el cadáver del Infante á la casa mortuoria, en la plazuela de Santa Catalina de los Donados, fué expuesto al público, conforme al ritual masónico, con guardias armados de espadines, por tener D. Enrique una de las categorías más elevadas en aquella asociación, y luego enterrado su cuerpo en un modesto nicho de la Sacramental de San Isidro. Estaba entonces la revolución en su apogeo, y D. Enrique, significado desde su juventud por sus ideas liberales, había hecho la vida de un particular en aquel agitado período de la historia contemporánea.

La crónica fúnebre de estos días ha despertado recuerdos de la revolución de Septiembre, así como la reunión del partido federal, un movimiento en las ideas de este partido hacia el socialismo, pues así hemos entendido las alusiones á modificaciones de la propiedad que han hecho algunos oradores, si bien no nos explicamos qué pueda rebajarse ya á los propietarios, abrumados de cargas y reducidos á una indigencia con aparato de grandeza.

°°°

El calor aprieta en estos días, y, sin embargo, no faltan jóvenes que patinen por las noches en los Jardines del Retiro, como si estuviéramos en Rusia. El nuevo empresario ha reformado por completo aquel sitio agradable, construyendo un teatro de verano, menos ventilado que el anterior, que sólo tenía una techumbre de madera, pero que es de buena vista y proporciones; ha presentado una compañía de baile bastante regular, y puesto en escena el espectáculo con cierto lucimiento. Las personas mayores frecuentan el teatro Guiñol, y no se desdeñan en montar en los caballitos del Tío Vivo. Se cantan y declaman algunas zarzuelas; hay fonda, café y horchatería, vistas, juegos de billar chino y tiro de carabina. Los jardines han perdido su antiguo carácter agreste, que tenía cierto encanto, para tomar otro más arreglado y pulcro, como de bazar ó exposición. Y, sea la novedad, ó el atractivo propio de la transformación y el espectáculo, resultan hasta ahora bastante concurridos.

¿Daría buen resultado introducir entre las diversiones el columpio de nuevo género recién inventado por los yankees? Consiste en una barquilla colgada de un palo horizontal dentro de un recinto cerrado. La barquilla, empujada, oscila de popa á proa como un buque ó un columpio, y cuando adquiere su mayor violencia, otro mecanismo mueve el techo y la luz colocada en él, produciendo al que va embarcado la ilusión de que el columpio da la vuelta completa alrededor del mástil. En Francia no ha sido introducido aún el aparato, pues hallamos su explicación y lámina en el suplemento del *Temps* correspondiente al día 19, y tomado de *Le Génie Civil*. El engaño se produce ópticamente, por girar la caja ó pequeña habitación en que está encerrado el columpio, pasando el suelo á ocupar el sitio del techo, en el momento de las grandes oscilaciones y viceversa; y como voltea la caja con los muebles y una lámpara, el público siente la impresión de que da la vuelta completa su columpio. Lo que no dice el periódico francés es si la emoción resulta agradable ó demasiado fuerte; pero con sólo que sea soportable, constituye un placer nuevo que dará dinero á los primeros que lo introduzcan. Nada más productivo que sorprender á las gentes con estos descubrimientos de física recreativa.

°°°

El Conde de Romanones, alcalde de Madrid, ha ideado un nuevo *sport*, dedicando á los guardias municipales á la caza de biciclistas desprovistos de la patente para funcionar, ó sea el pago del arbitrio impuesto por el Ayuntamiento á los que usan esos aparatos en su jurisdicción. Como nadie había pagado, ni tenía noticia de la sorpresa que iba á darles la primera autoridad municipal, cayeron en el garlito los biciclistas más intrépidos, entre ellos un señor senador, que, sin respeto á la inmunidad parlamentaria, fué detenido, si bien creemos que sin derecho, y aun con extralimitación, por parte de los guardias, de las órdenes recibidas. Como se trataba de un perjuicio leve y una pena pecuniaria de escasa importancia, y ninguno de los biciclistas pudo huir, á pesar de la ligereza que se les supone, y como además no son populares entre nuestro pueblo los señores que montan en esos aparatos, su caza fué elogiada é hizo reir bastante. Muchos años hace que vimos aparecer en Madrid por primera vez los velocípedos: salieron de noche, á las altas horas, hacia el año 67, y nos produjeron á la luz de la luna y los faroles un efecto fantástico. Nadie ha retratado y puesto mejor en caricatura al velocipedista que el escritor humorista que dijo que le hacía el efecto de un amolador loco. Entonces, y durante mucho tiempo, se juzgó ese ejercicio como una ocupación pueril, ó cuando más una gimnasia para el desarrollo de las piernas; después se le dió importancia higiénica, se le consideró un medio rápido y conveniente de caminar; creció, y constituyó una riqueza la industria constructora de los aparatos; se hicieron velodromos para las carreras; hubo grandes profesores del nuevo arte, y, por último, se le consideró elemento de progreso. Hoy es una institución de carácter internacional; los aficionados hacen grandes expediciones para ponerse en contacto unos y otros. A nuestro juicio, es una simple diversión, respetable en lo que tiene de inofensiva, y de utilidad dudosa, por no estar demostrado que sea muy higiénica.

¿Está justificada la nueva tributación? Creemos que todo lo que rueda debe pagar algo: un velocípedo, ó biciclo, ó bicicleta equivale á medio coche.

°°°

La Correspondencia ha contado en estos días el asesinato, con premeditación y alevosía, cometido por un caballo de escuadrón contra otro compañero de cuadra. Ambos habían reñido sin ventaja apreciable del uno al otro, y el cansancio los había separado: así estuvieron largo rato, hasta que uno de ellos, viendo á su adversario descuidado, le asestó tan tremendo par de coces, que lo dejó muerto en el acto. Este asesinato á traición ha dado motivo para que se dude de la nobleza del caballo; pero un caso aislado no puede afectar á la buena fama de la raza caballar: además, el caballo recuerda con frecuencia las injurias, aunque las disimule algún tiempo, y se venga cuando puede hacerlo con eficacia. Pero ¿no hacen lo mismo los hombres con los hombres? ¿Quién no ha recibido algunos pares de coces de los que debía considerar compañeros? ¿Cuándo harán esas bestias la iniquidad que se hace con el caballo viejo, á quien, después de haberle hecho trabajar toda la vida, se le lleva muerto de hambre á la plaza de los toros, para que lo destripen á cornadas? En cambio, pueden citarse ejemplos de lealtad en los caballos, como el de Julio Ojeda, que, huyendo en el Perú en una derrota á rienda suelta entre otros trescientos caballeros, cayó al suelo, y su caballo se detuvo á su lado, hasta que volvió á montar y le salvó la vida.

°°°

En Italia un elefante furioso trituró entre su trompa á un domador, y le hizo pasta de Liebig. Fué preciso matar al animal empleando la estricnina.

—¿Cómo?

—En píldoras.

—¿Tiene una píldora poder para matar á un elefante?—pregunté á mi médico.

—Según el tamaño y según quien las recete.

—¿Sigues confesando con el P. Cleto?

—No; le he sustituído.

—¿Te ha disgustado en algo?

—Es un bendito.

—Entonces no me explico.....

—Es que con él no hay secreto confesional: se ha vuelto sordo, y hay que ir á confesarse con bocina.

Un doctor ha descubierto el remedio de la tuberculosis observando que el burro no padece esa enfermedad, por cierto jugo que hay en su cuerpo que le libra de la tisis.

—¿Ha curado usted muchos tísicos?—preguntó un doliente al curandero.

—Muchos.

—¿De qué manera?

—Inyectando al paciente esa serosidad del asno.

—¿Y cuánto tiempo hay que administrar al tísico esa inyección?

—Hasta que rebuzne.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

NUESTROS GRABADOS.

REVISTA DE CABALLERÍA EN BARCELONA (1535.)

Fragmento segundo de la tapicería titulada «Historia de la conquista de Túnez, por el emperador Carlos V.»

De las empresas de Carlos V, la más gloriosa y de mayor utilidad y honra para España fue la de Túnez. Comenzándola, mostró conocer cuál era el verdadero camino que nuestra política debía seguir; y si hubiera podido continuarla con igual felicidad en Argel, el imperio español, sobre tan fuertes pilares fundado, no hubiera venido á tierra un siglo después. Estorbáronle protestantes y franceses la terminación de aquellas conquistas, con las que España, sirviéndose á sí misma, servía á la civilización cristiana contra los turcos, naturales enemigos de ella. ¿Fué culpa suya si peleando contra todos juntos quedó vencida? ¿Podía esperarse del humano esfuerzo más de lo que hicimos en Flandes, en Africa, en América y en Asia? No: ni tampoco hubiera nadie creído entonces que los que mandaban cañones, soldados y dineros al turco y al Emperador de Marruecos habían de monopolizar un día la fama de defensores del progreso, dejándonos la de enemigos de él, con que hemos pasado á la Historia.

La Armada para la empresa de Túnez se reunió en el puerto de Barcelona á mediados de Mayo de 1535, y constaba de 113 navíos de alto bordo y 15 galeras reales, sin las que de Italia había traído Doria. El Rey de Portugal mandó un gran navío y 22 carabelas; iban también galeones, urcas, etc., y más de cuatro galeras cargadas de caballos. Era general de la Armada el Marqués de Mondéjar, y capitán de las galeras de España D. Alvaro de Bazán.

La expedición fué corta y felicísima. La Goleta se tomó, después de recio asalto, el 14 de Julio; el 21 fué entrada Túnez, y el 2 de Agosto se presentó el rey Muley Hasán pidiendo paz al Emperador.

El pintor holandés Vermeyen, que, según dicen algunos, iba en la expedición (aunque hay quien lo pone en duda), dibujó los 12 cartones que representan los doce episodios de aquel gran suceso, pagando Carlos V este trabajo en 8.000 reales, según se contrató. Encargóse á Guillermo de Pannemaker el traslado de los dibujos á tapicería de finísimo tejido, en Febrero de 1550. La tapicería había de ser de oro, plata, seda y lana, y esta lana de la más fina de Extremadura y Castilla. La remuneración estipulada fué doce libras de cuarenta gros, moneda de Flandes, más una pensión anual de cien libras, á contar del día del contrato. Los tejidos de seda y oro debían ser fabricados á expensas del Emperador.

Los doce tapices de la expedición á Túnez son de los más hermosos de la colección que posee el alcázar de Madrid, la cual, sin duda, aventaja con mucho á las demás que

hay en el mundo. El que publicamos en la primera página de este número es el segundo de la serie, y representa la gran revista que Carlos V pasó á la caballería pocos días antes del embarque.

°°°

D. RICARDO SHELLY,

teniente general y fundador de la Academia de Caballería de Valladolid.

El general D. Ricardo Shelly nació en Alicante, el 9 de Abril de 1811. En 1823 era alférez de Caballería sin antigüedad. Salió á campaña en 1834 con el ejército de operaciones del Norte, al que volvió después de haber estado de cuartel en Madrid algún tiempo.

Peleó toda la guerra, y siempre muy á satisfacción de sus jefes. En su hoja de servicios consta la inteligencia, destreza y distinción con que hizo un reconocimiento en la orilla izquierda del Ebro, así como también el valor de que dió muestras en las diversas acciones que hubo en los alrededores de San Sebastián. En 1847 recibió el empleo de teniente general, y en 1852, siendo Director general de Caballería, fundó la Escuela de Valladolid. Murió en su casa de Robayme (Sevilla), en 1855. Publicamos su retrato en la pág. 36.

°°°

ACADEMIA DE CABALLERÍA DE VALLADOLID.

Breve noticia histórica.—Vista exterior del edificio.— Entrada principal y patio-picadero.— Sala de telegrafía y material de ferrocarriles.—Sala de Topografía y de Física.

El primer colegio de Caballería que hubo en España fué el fundado por el general Ricardos, siendo inspector del arma. Estaba en Ocaña, y sin duda hubiera servido de mucho provecho; pero duró poco, porque las ideas reformistas de aquel ilustre general vivieron lo que su influencia, pues tenía muchos y poderosos enemigos. En 1824 se organizó en Segovia un Colegio general militar, en el cual entraba el arma de Caballería; pero hasta 1851 no tuvo ésta colegio especial. Fundóse en Alcalá de Henares, donde estuvo poco tiempo, porque al año siguiente le trasladó á Valladolid el general D. Ricardo Shelly.

El primer plan de estudios era casi igual al de la Infantería. En seis semestres estudiaban los alumnos aritmética, álgebra, geometría descriptiva, nociones de fortificación, contabilidad, ordenanza táctica reglamentaria, nociones de geografía, manejo de armas, equitación y herrado. En 1861 se reformó la Academia (entonces Colegio), quedando agregadas á ella las escuelas de herrado y equitación, que estaban en Alcalá.

Entre los errores cometidos por el Gobierno provisional de 1868 debe contarse la clausura de la Academia, siendo de notar que quien la cerraba era aquel general Serrano que debía á la Caballería los principios de su rápida carrera.

Restablecida en 1871, amplióse el plan de estudios, introduciendo, además de otras, dos asignaturas de la mayor necesidad: la Geografía militar y la Topografía. Sin duda se tuvieron á la vista las enseñanzas de las guerras de Bohemia y franco-prusiana. Aunque modificado varias veces, y hoy muy ampliado, puede decirse que el programa de 1871 es la base del actual.

———

Ocupa la Academia un edificio de forma octogonal, de unos 300 metros de fachada, con planta baja, y que sería suficiente para ella si no ocupase uno de los sectores (y también parte del campo que la pertenece) el 4.º depósito de sementales. Nuestro primer grabado de la pág. 37 permitirá al lector formar completa idea del aspecto exterior del edificio.

En la planta baja se hallan la capilla, la sala de esgrima, el gimnasio, el repuesto, las cuadras convenientemente distribuídas, etc., etc. A cada sector corresponde un pequeño patio. En el centro hay un gran patio, mucho mayor que aquellos, pues tiene próximamente 50 metros de diámetro.

En la planta alta están las clases y algunas otras dependencias, como, por ejemplo, una galería de descanso, que da al patio principal. La sala de exámenes es muy buena. La de armas tiene gran extensión (unos 20 metros de largo por 6 ó 7 de ancho).

El gabinete de telegrafía y ferrocarriles es también una vasta sala de más de 25 metros de extensión. En esta misma planta se encuentran los despachos del coronel-director y de los jefes.

La biblioteca es buena, y quedará bien instalada cuando terminen las obras que en ella se están ejecutando.

En el extenso campo dependiente de la Academia hay dos buenos picaderos, el mayor de los cuales no tendrá menos de 40 metros de largo por 20 de ancho. El otro será como la mitad de éste.

Las rentas de la Academia son 14.000 pesetas que le da anualmente el Estado, las cuotas que satisfacen cada mes los alumnos y los derechos de examen de los aspirantes á ingreso. Poca cosa en comparación de lo que debieran ser.

En las págs. 36 y 37 publicamos una vista del patio del picadero, de la entrada principal de la Academia y de dos de las principales clases. Debemos expresar aquí nuestra gratitud al director y profesores de la Academia, y especialmente al ilustrado teniente Sr. Asenjo, por la bondad con que nos han enviado fotografías y noticias referentes á la misma, y que nos han sido de la mayor utilidad.

°°°

GENERALES ILUSTRES DE LA CABALLERÍA ESPAÑOLA:

D. Hernando de Alarcón.— D. Juan Caracciolo.— D. José Carrillo de Albornoz, duque de Montemar.— D. Antonio Ricardos y Carrillo de Albornoz.

El general D. Hernando de Alarcón es de aquellos guerreros españoles que conquistaron la península italiana, salvándola de la opresión francesa. Fué compañero del Gran Capitán y de Antonio de Leiva, y á ninguno de ellos inferior en talento para las cosas de la guerra, y en valor y lealtad á su rey.

Nació en Palomares de Huete en 1466. Aunque sólo tenía diez y seis años cuando la reconquista de Alhama y Loja, estuvo en ambas ocasiones, dando claras muestras de lo que más adelante sería. La primera fué un gran alboroto de la soldadesca que hubo en Güéjar, y en la que Alarcón y su amigo Leiva hicieron tales cosas, que el Conde de la Tendilla los llamó para felicitarles.

Pasó á Italia con el Gran Capitán, y ganó tanta reputación en Seminara, en Garellano y en las demás empresas de aquel insigne general, que mereció ser tenido por uno de los mejores soldados de su tiempo: singular distinción donde tan buenos los había.

Hallóse en la desgraciada batalla de Ravena, que contra su parecer empeñó Cardona, y allí también peleó valerosísimamente contra los franceses, de los cuales quedó prisionero después de muy mal herido.

Alarcón mandaba la vanguardia española en la batalla de Pavía, en la que contribuyó como el que más á probar cuánto aventaja el talento á la presunción; es decir, cuánto más valían Pescara y sus hambrientos leones de España (como él los llamaba), que la relumbrante caballería francesa. Pusieron bajo su custodia al rey Francisco, y como éste pretendiera ganar su voluntad por dineros para escapar, díjole Alarcón: «No quiera Dios que estas mis canas, nacidas en servicio de mi rey, las manche yo con afrenta mía por todo el oro del mundo.» Por sus grandes servicios concedióle el Emperador poco después el título de marqués de Valle-Siciliana.

Cuando el asalto y toma de Roma quedó la custodia del Papa á cargo del insigne General y caballero, á la sazón famoso en Europa, admirado de todos, respetado de sus iguales y amado por los soldados más que ningún otro. En la empresa de Túnez quiso tenerle Carlos V á su lado, y, aunque era ya de edad de setenta años, lo llevó consigo. Allí cumplió como quien era, siendo el más práctico en el consejo y el más esforzado en la ejecución. Después de entrada Túnez, el glorioso veterano pidió permiso al Emperador para retirarse á Nápoles á cuidar de su salud, muy maltratada por los muchos trabajos y los años. Allí murió poco tiempo después.

———

El general D. Juan Caracciolo, primer inspector del arma de Caballería en España, sirvió con lucimiento en la guerra de Sucesión. Terminada ésta, con ventaja del partido francés, y sentado Felipe V en el trono de los tradicionales enemigos de su patria, tratóse de la reorganización del ejército, copiándola en gran parte de la francesa. En 1717 se nombró inspector del arma de Caballería á Caracciolo, general de reputación.

———

El Duque de Montemar nació en Sevilla, en aquella segunda mitad del siglo XVII tan funesta para el poder y la grandeza de España, que entonces vinieron al suelo, combatidos de tantos enemigos.

En la guerra de Sucesión alcanzó crédito de jefe entendido y valeroso, por lo que, al tratarse de la reconquista de Orán, se le confió esta importantísima empresa, como á quien mejor podía llevarla á feliz término. Realizó Montemar las esperanzas que en él puso Felipe V, venciendo á los moros que pretendieron oponerse al desembarco de los nuestros y tomando en seguida á Orán y á Mazalquivir.

Encendida poco después la guerra europea por la sucesión de Augusto II de Polonia, Francia procuró, según su costumbre, servirse de España para los fines de su política; y como Felipe V fué siempre francés, aunque rey de los españoles, mandó un ejército á Italia, el cual puso bajo el mando de Montemar. Hízolo éste tan bien como en Africa. En poco tiempo se apoderó de Nápoles y Sicilia, y venció en Bitonto á los alemanes, por cuyas felices empresas lo hizo el Rey capitán general y duque de Montemar con grandeza de España.

Mandóle que pasase á Lombardía para seguir la guerra, de concierto con el ejército francés y el de Cerdeña, y comenzó la campaña con el sitio de Mantua, plaza muy fuerte. Teníala en gran aprieto, cuando le convino á Francia hacer la paz, reservándose todo el provecho, de suerte que Montemar se encontró de pronto sin aliados frente al enemigo, por lo que tuvo que repasar el Po y meterse en Bolonia.

En 1741 ocurrióle á Felipe V aspirar al Imperio de Alemania por haber muerto el emperador Carlos, y mandó á Montemar á Lombardía con ejército pequeño y mal pertrechado. Dicen que la idea de esta empresa no era suya, sino del ministro Campillo, y es creíble que fuese de éste ó de otro, pues harto bien prueba la Historia que aquel Príncipe apenas tenía voluntad propia. Ello es que á pesar de las representaciones del General, quien varias veces manifestó lo arriesgado del intento, mandó el Rey comenzar la campaña, y le envió desde Madrid orden de dar batalla con su pequeño y desordenado ejército á los sardos y austriacos, que le tenían mucho más numeroso y bien provisto de todo. Reunió Montemar consejo de generales, mostró la orden, pidió parecer, y todos le dieron en contra de su cumplimiento: resolución gravísima que prueba el gran error cometido por el Rey.

Cayó Montemar de la gracia de éste, el cual le quitó el mando, y le envió orden de destierro, que recibió en Génova. Así terminó su carrera el conquistador de Orán, Nápoles y Sicilia.

———

En el número de 8 de Marzo pasado publicamos una extensa biografía de este general, por lo que reduciremos esta noticia á recordar las más principales circunstancias de su vida.

Vistió el uniforme de caballería en el regimiento de Malta á los catorce años, y pasando poco después á Italia, sirvió con mucha honra á las órdenes de su pariente el Duque de Montemar. Fué en la expedición á Argel que se malogró por avisos que de Francia mandaron á los moros. Entonces era ya teniente general.

El principal papel dado á la caballería por Federico el Grande, maestro de todos los generales europeos de la segunda mitad del siglo XVIII, hizo que la consagraran mucha atención en todas las naciones. Ricardos fué gran admirador de la táctica del Rey de Prusia, y para que en España se estudiara debidamente y se formase una buena caballería, fundó el Colegio de Ocaña. Fué inspector del arma hasta 1773, mejorando notablemente su organización.

La campaña del Rosellón le acreditó de general práctico, valeroso y de claro talento para operar con arreglo á inspiraciones propias y rompiendo los moldes clásicos. Las batallas de Masdeu y Truillás, páginas tan gloriosas cuanto poco conocidas de nuestra Historia, le acreditan de lo primero, y de esto último el acertado empleo que supo hacer de la caballería para el servicio de exploración, y la construcción del campo atrincherado del Bulú: dos novedades de nuestro tiempo (la extensión de las funciones estratégicas de la caballería y la fortificación improvisada), que tan famosas se hicieron en la guerra franco-prusiana la una, y en la turco-rusa la otra, y que Ricardos conocía muy bien hace un siglo.

No reconquistó el Rosellón, porque no le dieron los medios necesarios, y hallándose en Madrid solicitándolos, murió de pulmonía el 13 de Marzo de 1794. Publicamos los retratos de estos generales en la pág. 40.

°°°

REAL ARMERÍA.

Figura ecuestre del emperador Carlos V en la batalla de Mulhberg, y trofeo de las armas del Elector de Sajonia, su prisionero en aquella jornada.

La victoria obtenida sobre la Liga protestante de Smalkalda en 1547, en los campos de Mulhberg, lisonjeó al Emperador por manera tal, que llamó á Ticiano á su residencia, entonces la ciudad de Ausburgo, y le ordenó pintase el magnífico retrato ecuestre existente hoy en el Museo del Prado de Madrid.

La propiedad con que el insigne veneciano tradujo al lienzo el arnés ligero de guerra que usara en aquella ocasión el César, ha permitido reconocerlo entre otras muchas piezas de la misma armadura, conservadas en la Real Armería, facilitando la reproducción en bulto de tan bella obra. (Véase la pág. 41.) Las armas agrupadas en trofeo al pie del caballo son las que revestía el Elector de Sajonia al rendirse prisionero, las mismas con que aparece en el retrato de medio cuerpo y tamaño natural existente en el Museo Nacional de Pintura.

Estos datos nos han sido facilitados por el Sr. Conde de Valencia de Don Juan, gran autoridad en la materia, y á quien de todas veras los agradecemos.

°°°

BELLAS ARTES.

El Apóstol Santiago en la batalla de Clavijo, cuadro de Casado del Alisal.

Entre las hermosas pinturas que decoran la iglesia de San Francisco el Grande de Madrid, descuella como una de las mejores *El Apóstol Santiago en la batalla de Clavijo*. La vimos por primera vez hace algunos años, teniendo por guía y enaltecedor de sus bellezas al inolvidable Plasencia, y aun conservamos fresca la impresión que nos produjo aquella composición vigorosísima, contemplando la cual se va de asombro en asombro, desde las figuras de aquellos musulmanes despavoridos que huyen en vergonzosa confusión, hasta la admirable imagen del Apóstol y su arrogante caballo.

En la pág. 44 hallarán reproducida esta obra nuestros lectores.

°°°

SANTIAGO DE COMPOSTELA.

Fachada Occidente ó del Obradoiro. — Sepulcro del Apóstol.— Pórtico de la Gloria.— Fachada de las Platerías.— Dos claustros.— El Carmen de abajo.

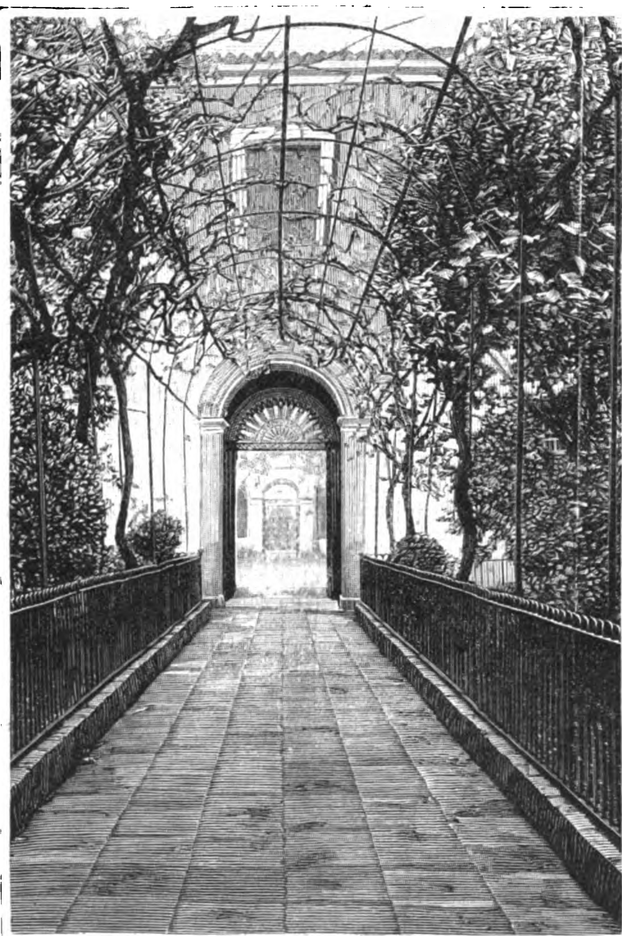
En Santiago lo principal es el templo que le ha dado vida y nombre, y que sin duda puede igualarse en grandeza y honrosas tradiciones á los más famosos y ricos de España y aun del mundo.

Extiéndese por el dilatado espacio de 9.500 metros cuadrados, y se levanta en el cerro del Libredón, en terreno desigual, sobre el mismo sepulcro del Apóstol, descubierto por Teodomiro. Debajo de él, y sirviéndole en mucha parte de cimientos, está la llamada catedral vieja, robusto edificio, cuya fábrica dirigió el arquitecto Mateo. Tiene la iglesia de Santiago 98 metros de largo por 68 de ancho en su interior; tres naves de 19,80 de anchura en total; 22 de altura las bóvedas, 30 la cúpula, 76 las torres de la fachada occidental y 80 la del Reloj. Una galería con cincuenta y dos hermosas ventanas corre todo el templo, muchas tapiadas por la agregación de capillas. El estilo es romano-bizantino, desfigurado en parte por dichas agregaciones y otras que, si perjudican la armonía arquitectónica, dan á este templo una gran originalidad, sin quitarle majestad y belleza. El claustro, construído en el siglo XVI, es admirable, aunque son tantas las partes de esta iglesia que merecen tal calificación, que sólo con nombrarlas llenaríamos este número, por cuya razón, y dada una idea brevísima del conjunto, pasaremos á hacer ligera reseña de algunas de las más principales. La mayor parte de las fotografías que nos han servido para hacer los grabados referentes á Santiago, debémoslas á la amabilidad del ilustrado abogado y concejal de aquel Ayuntamiento, D. Luis Fernández Garrido, á quien damos las gracias más expresivas. También nos ha remitido fotografías, sirviéndonos de valioso auxiliar, el Sr. D. José Díaz Varela, de aquella ciudad, á quien del mismo modo agradecemos su cooperación.



D. RICARDO SHELLY,

TENIENTE GENERAL Y FUNDADOR DEL COLEGIO DE CABALLERÍA DE VALLADOLID, EL AÑO 1852.



ENTRADA PRINCIPAL DEL EDIFICIO.

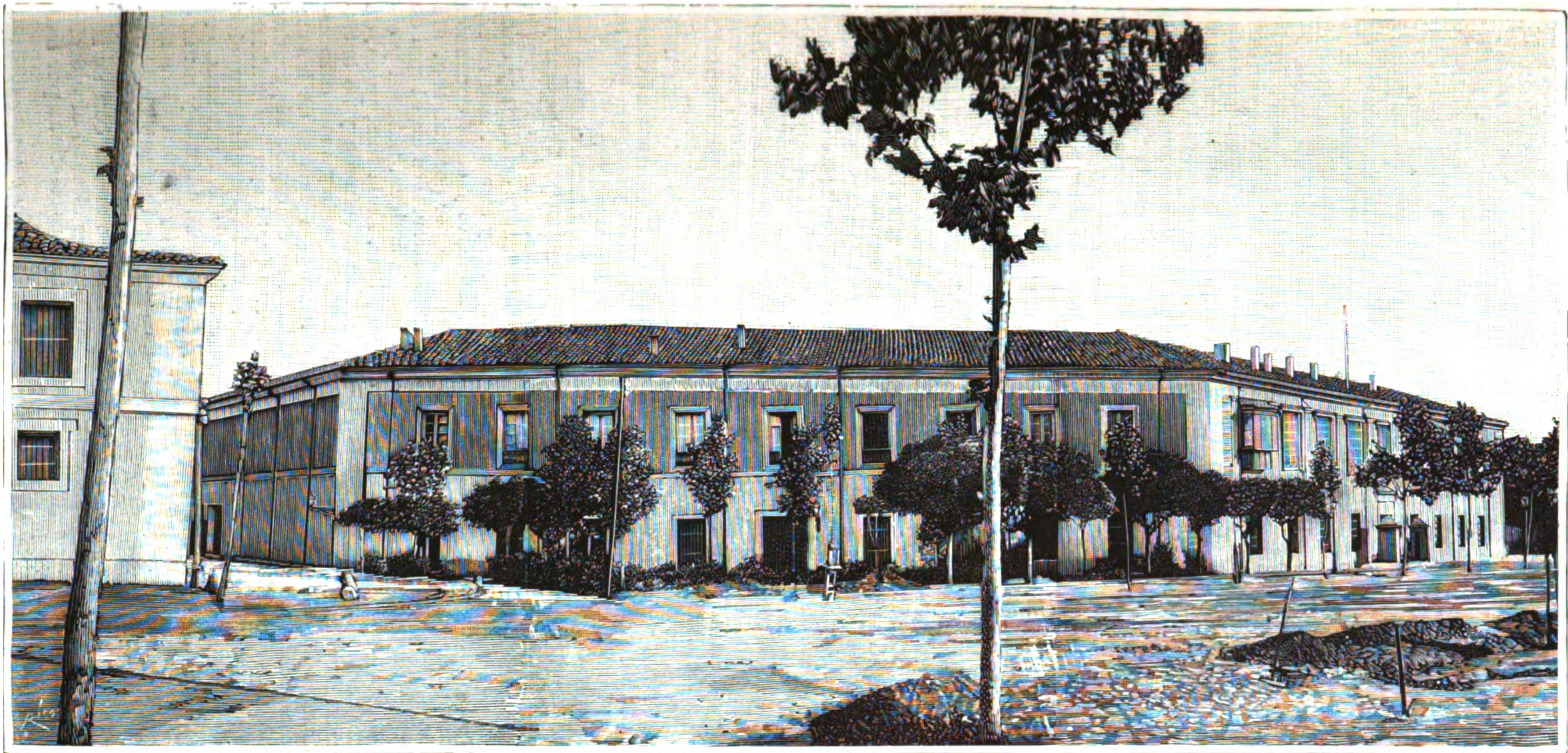


EL PATIO DEL PICADERO.

VALLADOLID.—DETALLES DEL INTERIOR DE LA ACTUAL ACADEMIA DE CABALLERÍA.

(De fotografías de los Sucesores de Fernández y Compañía.)

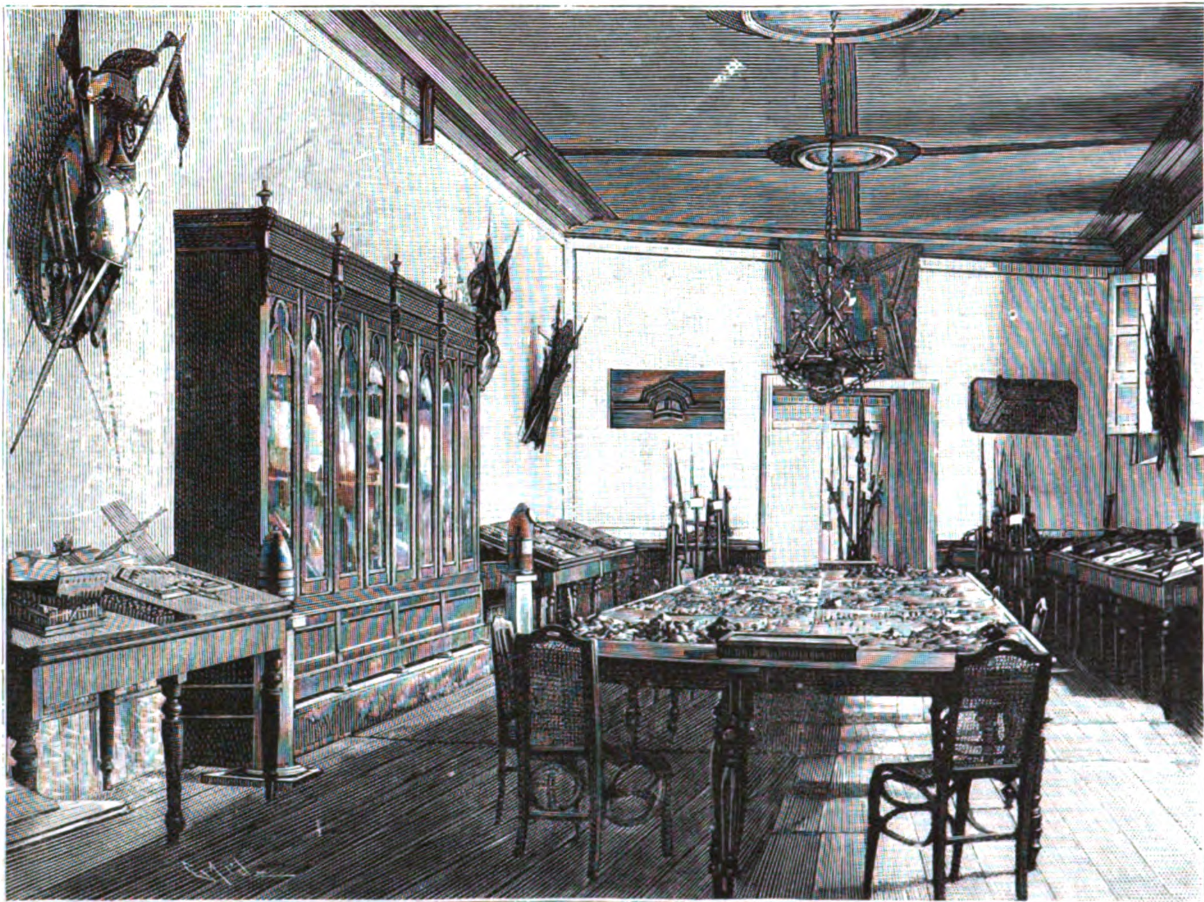
ACADEMIA DE CABALLERIA, DE VALLADOLID.



VISTA EXTERIOR DE LA ACADEMIA.



GABINETE DE TELEGRAFÍA Y DE MATERIAL DE FERROCARRILES.



CLASE DE MATERIAL DE GUERRA Y DE FORTIFICACIÓN.

Nuestro grabado de la pág. 45 reproduce toda la fachada occidental, llamada también del Obradoiro, y cuya traza se debe al arquitecto gallego Fernando de Casas y Novoa. Levantóse esta fábrica en la primera mitad del siglo pasado, sobre la primitiva, de la que aun se observan hermosos vestigios. La escalinata es obra de los primeros años del siglo XVII, hecha á costa del príncipe y arzobispo D. Maximiliano de Austria, y en ella hay un bajo relieve representando la batalla de Clavijo. La parte principal de la fachada tiene 42 metros de ancho, y hay en toda ella muchas y muy buenas estatuas. En la plataforma hay una de David y otra de Saúl. Las cuatro grandes puertas de esta fachada son de cedro, y sólo se abren para dar paso á Reyes, personajes de gran nota, ó al Ayuntamiento de la ciudad.

El altar de Santiago es de plata, de peso de 44 arrobas, y obra de Figueroa. La imagen del Apóstol, muy anterior á los tiempos del Renacimiento, es de piedra pintada. Todo el monumento suspende la atención por la riqueza y variedad del ornato.

El sepulcro que está en la capilla subterránea, principio de la grandeza de la catedral, es riquísimo: está cubierto de plata, y de su belleza puede juzgarse por el grabado de la pág. 48. Junto al cuerpo del Apóstol están los de los santos Atanasio y Teodoro.

Aunque no en tanto número como en la Edad Media, ni con tanta y tan verdadera fe, aun acuden peregrinos á postrarse ante la tumba de Santiago, sobre todo de las provincias gallegas. Nuestro grabado de la pág. 49 es copia de un precioso dibujo de García Ramos, en el que se ven muchos peregrinos que han acudido al jubileo y esperan á que se abra la Puerta Santa para penetrar por ella.

También publicamos en la pág. 52 una de las obras maestras del famoso arquitecto Mateo, el pórtico de la Gloria, del cual ha dicho el crítico inglés Mr. Street que es «de las joyas artísticas de más precio de España, y de las mayores glorias del arte cristiano en el mundo». Terminóse de construir reinando Fernando II de León en 1188, habiendo durado las obras veinte años. Es todo de sillería, excepto los fustes de cuatro columnas historiadas que pertenecieron al primitivo templo. El gran arco central representa la Gloria y los menores el Purgatorio, el Limbo y el Infierno. Este es quizás el mejor detalle de la catedral. Tomamos este grabado de un dibujo de D. Francisco Pradilla.

La fachada llamada de las Platerías es la meridional y la única de las primitivas que aun se conserva (primer grabado de la pág. 53). Es obra del año 1078, y una de sus mayores bellezas y singularidades es la magnífica colección de bajos relieves que la adornan, y parte de los cuales han sido ya destruídos. Las columnas de los codillos de las jambas son también de gran mérito y merecen la admiración de los curiosos el capitel central, en cuyo fuste se ven veinte figuritas de ángeles y santos en otras tantas hornacinas.

El claustro principal de la catedral de Santiago es quizás el mayor de España. Fué construído de 1521 á 1546. Publicamos en la pág. 53 dos vistas de él que dan clara idea de su gran mérito y carácter.

Entre los muchos edificios verdaderamente hermosos de Santiago, figura también en muy honroso lugar el monasterio de San Martín, uno de los más ricos y famosos que tuvo en España la Orden de San Benito (segundo grabado de la pág. 48.) Lo fundó el año de 900 el famoso arzobispo Sisenando, y lo consagró y dotó, en 1115, el aun más famoso Gelmírez. Es tan majestuosa la fachada, que más parece de palacio que de monasterio.

Los alrededores de la que podríamos llamar capital histórica de Galicia no son menos bellos que sus edificios. La frondosidad de los prados y bosques, mantenida por las perennes aguas del Sar y del Sarela y las no menos perennes del cielo, alegran la vista aun en los días lluviosos del año, que son muchos. Nuestro cuarto grabado de la página 53 es una buena muestra de las bellezas naturales de Santiago, mucho menos conocidas y celebradas que las artísticas, con notoria injusticia. En aquel pintoresco sitio se halla la iglesia llamada el Carmen de Abajo.

⁂

REFORMA DE LA UNIVERSIDAD DE SANTIAGO.—PROYECTO DE NUEVA FACHADA. (Véase la carta del ilustre arquitecto italiano Sr. Guidini, en la pág. 55.)

G. REPARAZ.

LA CABALLERÍA ESPAÑOLA.

SANTIAGO Y CIERRA ESPAÑA! He ahí el grito de nuestros antepasados al comenzar la pelea, desde que, en su fervor religioso, pudieron atribuir á la intervención del cielo los éxitos verdaderamente admirables alcanzados en la guerra de la Reconquista cristiana. Hízose artículo de fe la presencia del Apóstol en Clavijo, Haciñas y cien otros campos de batalla, y la castellana gente marchaba á los combates en la confianza de que nunca habría de faltarle aquel divino auxilio. A cada triunfo que obtenía en tan porfiada lucha, afirmábase más y más en tan edificante creencia, considerándose invencible si lo impetraba así de su celestial campeón.

Proclamó el patronato de Santiago la Orden primera de Caballería; siquier fuera en sus principios, mejor que Orden militar, asamblea de unos cuantos extraviados en el turbulento mundo de las pasiones humanas, patriotas, sin embargo, que buscaban la redención de sus almas peleando bravamente para dejar el patrio suelo libre de infieles. Sus armas y blanca vestidura les parecían las con que el Santo se había presentado á su vista en los combates, y la roja cruz con que cubrieron el pecho, la fulgurante espada, asombro y terror de la morisma.

Si, pues, la devoción á Santiago era tan grande en Castilla, y aun en el extranjero, de donde acudían á su sepulcro miles y miles de peregrinos, pobres, ricos y hasta soberanos, trillando la tan celebrada vía, que no tardó así en ser conocida con el nombre de *Camino francés*, no es de extrañar que en período no lejano de aquellos tiempos se proclamara como oficial, y se hiciera efectivo el patronato del Santo Apóstol en toda España. Y si, además, la Orden de Caballería de la Espada ejerció influencia tan poderosa como rápida en la guerra y en la gobernación de la monarquía, y, por consiguiente, en sus destinos, ¿qué cosa mas natural que la de que el arma, el instituto militar generalmente decisivo en los combates de aquella época, se acogiese al patrocinio de Santiago y siga ahora invocando su nombre, como guía y fuerza, en lo más recio de sus cargas al enemigo?

No es que por eso dejaran las demas armas de invocarlo también al emprender el ataque sobre las líneas ó posiciones contrarias; porque lo hacían los peones de los tercios españoles que pasearon sus vencedoras enseñas por casi toda Europa, el Africa mediterránea y las Indias, y asimismo nuestros marinos al, terminado el zafarrancho, romper el fuego de su artillería, emprender ó resistir el abordaje. Pero el carácter histórico, por el de la época de origen y el del instituto militar primero en adoptar los signos emblemáticos de la santa intercesión á que debía el suyo, convenía, se acordaba más con el del arma de caballería, cuyas glorias bien merecen recordarse en la festividad del 25 del mes actual.

Dejemos á la Historia engolfarse en el dédalo de las investigaciones sobre el papel que representó la caballería en la antigüedad como arma, desde el de las turbas abismadas al cruzar el mar Rojo en seguimiento de Moisés y las asiáticas en su empeño de introducirse en Europa, hasta el de la griega y romana auxiliando á la falange y á las legiones con sus maniobras de exploración, envolventes y de combate. Ni esas noticias ni las que nos proporcionara el estudio hoy de la invasión de los bárbaros en Occidente, ni las famosas cargas de Arbelas, Heraclea y los Campos Cataláunicos con Alejandro, Pyrro ó Atila, nos suministrarían materia ni menos oportunidad para el objeto á que va dedicado el presente escrito, el de la acción, tan hábil como heroica, de la caballería española desde el principio de su constitución técnicamente militar hasta sus últimas hazañas en los tiempos modernos. Otra cosa sucede al conmemorar los servicios de nuestras, por antonomasia, Ordenes militares de la Edad Media; porque, aun no remontando hasta ellas la organización de los ejércitos permanentes, hay que reconocer las condiciones de ordenanza, disciplina y táctica que las distinguía de las demás tropas que, así como en montón, laboraban por su libertad del yugo agareno y la independencia de la patria. Y la mejor prueba de que las Ordenes Militares reunían esas cualidades, que son las que producen la fuerza en los ejércitos, es que sus jefes, esto es, sus Grandes Maestres, llegaron á alcanzar tal autoridad é influencia en la guerra y en la política, que, en no pocas ocasiones, aparecieron como árbitros de la suerte del país y, lo que era más entonces, de la de sus soberanos. De todos modos, y digan lo que quieran sus detractores, Santiago y consiguientemente las demás Ordenes componían, en aquellos tiempos de completo olvido de las clásicas organizaciones de Grecia y Roma, la única fuerza de caballería á que relativamente se pueda dar el nombre de regular, y su acción en las Navas, el Salado y la Vega granadina lo confirman y corroboran con el argumento de sus maniobras, choque y resultados tan gloriosamente decisivos.

Ese carácter revistieron, con efecto, las Ordenes hasta el reinado de Isabel la Católica y su marido Don Fernando, cuya política, enérgica á la par que recelosa y previsora, les aconsejó asumir, según vacaban, los maestrazgos y formar cuerpos de tropas que, como asalariadas y de origen popular, sirvieran de contrapeso a la influencia militar y política de los privilegiados, que ya Alfonso XI había procurado mermar, pero acaso prematuramente y de todos modos sin las condiciones de una reforma que debía ser ya radical y definitiva.

Por otra parte, el perfeccionamiento progresivo de las armas de fuego, desde la introducción del uso de la pólvora en España, llevaba aparejado el cambio de las instituciones militares, y en ellas con preferencia el de la caballería, antes, al parecer, invulnerable, pero después indefensa, á pesar de las mallas y armaduras de hierro con que se cubría. Al lado, pues, del hombre de armas, se presentó el caballo ligero, si en un principio *á la jineta* y caracoleando como el árabe pero sin otra ventaja que la de su agilidad, provisto luego de carabina ó pistola que le dieron preponderancia irresistible sobre el anterior, que hubo de acabar por aligerarse del embarazo y grave peso de sus enormes cascos y armaduras.

Mas no por eso disminuyeron la acción y menos el influjo de la caballería en los combates, como creemos no han disminuido en los ejércitos modernos. Podrán cambiar su organización y sus procedimientos, su manejo, sobre todo para las operaciones de la guerra ahora en que tanto han variado el número, las proporciones, el material de las tropas y los medios de locomoción para su establecimiento en las líneas y campos de maniobras; pero sigue y seguirá siendo necesario, más aún, indispensable el uso de un arma que descubra, flanquee, extravíe al enemigo y lo ataque de improviso y lo persiga con la única ventaja que puede neutralizar el fuego, la de la celeridad. No vemos que se reduzcan las proporciones numéricas de la caballería en ningún ejército del mundo.

Lo embrionario de las armas de fuego, lo incierto principalmente de los disparos del cañón y del arcabuz en la época del renacimiento militar, dejó subsistente en no pequeña parte la acción de la antigua caballería, si bien el peón, el español con preferencia á los demás, iba adquiriendo con aquel nuevo elemento de guerra la fuerza y la fama que habrían muy pronto de hacerse proverbiales en Europa. Ya empezaron á reconocerse en Italia con el Gran Capitán, el iniciador de las reformas que habrían de devolver á la guerra el carácter clásico de la antigüedad; mas no se quedó atrás en ellas el jinete, pesado ó ligero, demostrándolo elocuentemente aquella lucha en que la gendarmería francesa, tan celebrada por sus espléndidas temeridades, hubo de perder la primacía que se arrogaba y sus conquistas todas en aquella península que, por entonces, se calificó por sus naturales de *Tumba de los franceses*. Confesaban éstos lo irresistible de los ataques de la infantería española, tenida por la primera hasta del mismo Maquiavelo, tan enamorado de la suiza: el hombre de armas francés no reconocía, sin embargo, rival hasta que el *Paso honroso* de la Barletta le hizo caer de su error, confesándose vencido, no sólo por los españoles, sino que también por los italianos que mandaba allí Gonzalo de Córdova.

Aquella es una de las glorias más puras de la caballería española, antes de que tomara el carácter de colectividad regimentada y dirigida por los principios tácticos de la guerra moderna.

Había sido costumbre, y de largo tiempo importada en España por las bandas francesas de Duguesclin y las inglesas del Príncipe Negro, la de dejar los hombres de armas sus caballos y combatir á pie con sus lanzones y espadas. Así se había hecho en Nájera, Atoleiros y otros combates más ó menos reñidos; pero por poco airoso, sin duda, ó por los adelantos alcanzados en el uso de la artillería, se volvió á la antigua, natural y caballeresca manera de pelear. En la liza, pues, de la Barletta, los contendientes entraron y se batieron á caballo, quitando á Bayardo y á sus camaradas franceses todo motivo para jactarse de las excelencias, por nadie, en su concepto, superadas, de su célebre *Gendarmería*. Si aún les hubiera quedado alguna duda, se la habrían desvanecido la tragedia del legendario *Caballero sin miedo ni reproche*, en el paso de la Sessia, cargado y muerto por nuestros caballos ligeros, y la para ellos más lamentable de Francisco I en el parque de Pavía.

Si el peón era invencible, no tenía por qué envidiarle el jinete; acreditando ambos con su fraternal unión aquella fama que alcanzó el ejército español al pasear triunfantes sus banderas por toda la Europa central.

El arte caminaba á sobreponerse á la fuerza, y la maniobra, de consiguiente, á la resistencia pasiva, por robusta y tenaz que se le opusiera. La caballería ligera comenzó así á ejercer en los campos de batalla la influencia que en las operaciones antes y después ha ejercido por razón de su velocidad en los movimientos tácticos. Y en Flandes, principalmente, se la vió tomar tal preponderancia, que para acudir á las diversas ocasiones que le ofrecía un país tan accidentado por el cultivo, los ríos y canales, las inundaciones y calzadas, hubo que dividirla en *herreruelos*, *carabinos*, *capeletes*, *arcabuceros*, *estradiotes* y aun más institutos, que pudiéramos llamar, diferentes por sus armas, monturas y servicios. El Gran Duque de Alba, al dar el mosquete á la infantería, introdujo varios de esos cambios en sus jinetes ó caballos li-

geros que tanto contribuyeron á la realización de sus planes, ya en choques rudos como el de Gemmingen, por ejemplo, ya en escaramuzas como las de aquella admirable campaña de 1568, en que, sin comprometer una sola acción contra ejército tan poderoso como el de Orange, lo incomunicó de las provincias rebeldes, lo hostigó sin cesar no consintiéndole abastecimientos ni descanso, y lo deshizo por fin, metiéndolo humillado en Alemania, de donde tan pujante había salido.

Era inútil que inteligencias tan elevadas como la del autor del *Perfecto capitán* buscaran el nuevo enaltecimiento de los hombres de armas en selecciones graduales de los caballos ligeros, estradiotes y arcabuceros: la clase de guerra que se hacía en los Países Bajos exigía mayor número de los últimos y la práctica más acabada en sus peculiares servicios. En ninguna parte pudo apreciarse mejor la previsión del Gran Capitán con el ejemplo de su habilidad en la jineta, augurando á los caballos ligeros éxitos que los apegados al hierro creían todavía posibles ante las armas de fuego. Y es difícil hallar en la historia del Renacimiento militar, iniciado por el héroe cordobés en Italia, época de más esplendor para la caballería ligera que la de las guerras de Flandes. Lo mismo en las campañas acabadas de citar y en la siguiente del sitio de Mons, que en las sucesivas de Requeséns, D. Juan de Austria y Farnesio, regidas por capitanes que, como D. Bernardino de Mendoza, emulaban en valor, actividad y talentos con los maestros de arte que por tan difícil es tenido entre los modernos, la caballería ligera se cubrió de gloria, mostrándose siempre digna de su hermana la infantería, sin rival en Europa, aun tiempos después de la catástrofe de Rocroi. Organizada la caballería en compañías, en trozos, tercios ó brigadas se mantenía hasta la terminación de nuestro dominio en aquellos países, cuando, creado el regimiento, comenzó á distinguirse de nuevo en otros teatros, en los que abrió á su valor la guerra de Sucesión, tan encarnizadamente disputada por las casas reinantes de Austria y Francia.

Con el regimiento se inaugura, efectivamente, la que pudiéramos llamar era de la caballería moderna, cuya organización variará muy poco en adelante, aun cambiada en estos últimos días la naturaleza de sus servicios por razón de los adelantamientos realizados en las armas de fuego. No hace el nombre á la cosa, y no entraremos en discusión sobre la propiedad ni los orígenes de ese nombre: pero es lo cierto que con él empieza la serie de los altos hechos que constituyen la historia de nuestra actual caballería, que, por ser contemporánea, enseña más y provoca el espíritu militar y de cuerpo, causa generalmente de las mayores hazañas. Si en Nordlingen antes, y luego en Luzara, nuestra caballería había cargado mezclada, allí con la imperial y en Italia con la francesa, en Almansa y Villaviciosa pudo demostrar que el cambio de organización, de armamento y hasta de vestuario no había influído para nada en el de las manifestaciones del antiguo y proverbial esfuerzo de los jinetes españoles. El hierro no los cubría ya: había desaparecido el enorme lanzón, innecesario ya y embarazoso; en su lugar no presentaba el pecho de los combatientes otra defensa que el paño de sus uniformes, ni manejaban más que espadas, carabinas ó pistolas; á los hombres de armas había sustituído la llamada caballería de línea, menos armada que la ligera de hacía veinte años, y á los estradiotes y arcabuceros á caballo, el dragón, aquélla y éste con nuevos uniformes, completamente franceses, como el armamento y el equipo, arrancando de cuajo todo lo que pudiera recordar la dinastía austriaca, aun habiéndose manifestado tan grande y gloriosa en España y en el mundo todo.

En Almansa la caballería representó el papel principal. A su enérgica actitud se debieron, primero la paralización del ataque envolvente de los imperiales sobre la derecha española, y luego la retirada de los batallones ingleses empeñados en romper esa misma ala, resultados ambos obtenidos con una brillante carga que dió Hurtado de Amézaga á la cabeza de varios regimientos de los puestos á las órdenes de Pepoli en aquel lado de la línea de batalla. «La confusión, dice el inglés Coxe, era extraordinaria; privados de sus jefes, los aliados combatían sin orden ni objeto determinado y, atacados por todas partes y deshechos, la derrota se hizo general y la carnicería horrible.»

Aun tuvo que combatir la caballería española á la división del holandés Dohna que procuraba evadirse del campo; pero, cercada también, tomados los pasos de su retirada y acometida luego por Berwick, se rindió entera á los vencedores.

Para comprender el alto espíritu que reinaba en la caballería de aquel tiempo, basta un ejemplo. Por más que las operaciones ulteriores no tuvieran el éxito de la batalla de Almansa, que el optimismo español tomó por decisivo, y en las de Almenara, como poco después en la de Zaragoza, decayeran las esperanzas concebidas en aquella gloriosísima jornada, tal era el espíritu militar, repetimos, en que se inspiraba la caballería española que, sabiéndose en el campo de D. Felipe lo crítico de la posición en que una parte de sus dragones se hallaba junto á Candasnos, rodeada de enemigos y amenazada de rendirse, acudió casi toda la del ejército en pelo para no perder un momento en su socorro, salvándola así, á pesar del riesgo que corría montada en guisa tan primitiva é inerme.

Pero cuando más hubo de distinguirse la caballería en aquella guerra por su actividad, su celo patriótico y su arrojo, fué en la que ya pudo con fundamento considerarse como su última etapa, la campaña de 1710, ya que hubo después de limitar su acción á la posible en terreno tan áspero como el de Cataluña, y en ayuda del resto del ejército borbónico hasta el memorable sitio de Barcelona en 1714, postrer episodio de tan larga, porfiada y sangrienta contienda.

La ocupación, tan decisiva como inesperada, del puente de Almaraz: las hábiles maniobras con que se aisló á la división inglesa de Stanhope en Brihuega para luego constreñirla á rendirse, y su brillante acción en Villaviciosa, obra fueron de la caballería, regida por los insignes Vallejo y Bracamonte, en aquellas primeras operaciones, y por el Marqués de Valdecañas en la batalla que aseguró la corona en las sienes de Felipe V. El exceso de energía en Valdecañas y el valor desplegado por sus jinetes al arrollar a los imperiales en el ala derecha, llevaron la caballería borbónica mucho más allá de lo que convenía al conjunto en la línea de batalla, que entretanto fué rota por la infantería de Starenberg, á punto de aparecer la victoria decidirse por la causa del Archiduque: pero la vuelta de nuestros escuadrones y su nueva carga sobre el flanco de los enemigos, detuvo al general austriaco y le obligó á retroceder aquella noche hacia sus reparos del Principado.

Aun conservaba la caballería en los ejércitos, si no las proporciones que anteriormente respecto á las otras armas, bastante considerables para poderse tener por la más influyente quizás en el éxito de las grandes batallas. Las guerras sucesivas en Sicilia, Nápoles y la alta Italia lo demostraron por manera bien elocuente. En la jornada de Melazzo, el 5 de Octubre de 1718, la caballería española batió tan ejecutivamente á la infantería imperial, que ésta hubo de buscar su salvación en los muros de la fortaleza; y los dragones de Lusitania, que la arrebataron, con la victoria, dos de sus banderas, obtuvieron el honor altísimo de usar en la grupa de las sillas la escarapela amarilla, insignia y color que denotó por largos años tan esplendoroso triunfo. *Lusitania Tessera omni armatura fortior* decían sus estandartes, y más de un siglo después el gualdo de sus uniformes revelaba que no se había olvidado su hazaña de Sicilia.

Pues en 1734, ¿quién, sino la caballería, decidió la batalla de Bitonto, asegurando á nuestro Carlos III el trono de Nápoles, que un año después reconocían los más encendidos adversarios de España? Y junto á Mantua, luego, y Pavía y Plasencia, en el paso particularmente del Tedone, donde puede decirse que se hallaba reunida toda la caballería, tan hábilmente gobernada por los Montemar, Gages y Mina, los jinetes españoles, los dragones sobre todo, ya peleando á pie según su doble instituto, ya cargando, lograron, no sólo sostener el honor de sus estandartes, sino contribuir poderosamente al éxito, no diremos si demasiado costoso, de obtener las coronas y los ducados que tanto ambicionaba la casa de Farnesio en Italia.

No nos detengamos, á pesar de eso, en un período en que, dividida la Europa en los bandos mismos que la agitaban treinta años antes, y sufriendo España de las rivalidades mismas respecto al valor y la disciplina de sus tropas comparadas con las francesas, sus aliadas, tendríamos que entrar en consideraciones, si militares por un lado, que en el de la política no favorecerían á quienes nunca la han practicado con nosotros lo franca, leal y desinteresada que merecemos. No tardarían en sentir los efectos de esas cualidades bélicas de los españoles: y ya que se resistan todavía á confesarlas como en la Barletta, el espectáculo de la guerra del Rosellón, pero el inmensamente más grandioso de la Independencia española, han dejado en Francia el reflejo de glorias que no olvidarán nunca. Si en Mas-Deu, principalmente, y en Trouillas, nuestra caballería no halló obstáculos que no venciera, así en el terreno como en los valientes que lo defendían; en Bailén después, y en Talavera, la caballería española dió cargas, que por la precisión de los movimientos y sus efectos honrarían á la mejor del mundo. Mientras la inglesa se precipitaba en desorden espantoso á través del Portiña para deshacerse en la napoleónica que pudo así acuchillarla á mansalva, nuestro regimiento del Rey cargaba con tal ímpetu á la división alemana de Leval, que después de arrollarla completamente, la arrebató varios cañones que la artillería trajo al campo español. ¡Cuántas veces el autor de estos apuntes escuchó la narración de ese episodio de boca del bravo general D. Víctor Sierra, herido en aquella carga, que Toreno calificaba de *asombrosa*, y Wellington de excelente y oportuna!

No acabaríamos nunca si nos detuviéramos á recordar las proezas de nuestra caballería, que si en ocasiones padeció de descaecimientos, y esta confesión demuestra nuestra imparcialidad, supo inmediatamente repararlos y vengarlos con abnegación sublime y ríos de sangre. Pero antes de dar por terminada nuestra tarea de hoy, permítasenos recordar una de las jornadas más brillantes de entre las que han ilustrado el arma en cuyo estudio nos ocupamos, siquier sus resultados aparezcan fatalísimos para un bando también español, hermano por consiguiente, lanzado á la arena de nuestras eternas discordias. Nos referimos á la acción de Lodosa, cuyo relato, escuchado también de los labios del veterano general Mendinueta, de autoridad tan respetada en el arma por sus talentos y eminentes servicios, despierta en los ánimos un entusiasmo y una admiración que es imposible ocultar.

La división llamada de la Ribera, en su regreso de Mélida á consecuencia de las noticias recibidas de la corte con la del pronunciamiento de la Granja y la jura de la Constitución por la Gobernadora del Reino, sorprendía el 19 de Agosto de 1836 á los carlistas, que, prevaliéndose de la marcha de nuestras tropas hacia Aragón, se habían esparcido por las márgenes del Ega en busca de víveres y fondos, arrancándolos violentamente á los infelices habitantes del territorio acabado de abandonar por los liberales. El general Iribarren, que mandaba la división, práctico en el país navarro, donde había hecho la guerra de la Independencia, lanzó sobre Andosilla los escuadrones de cazadores y lanceros de la Guardia Real y, llevando de vanguardia á los francos de Navarra, remontó el Ega hasta un vado que le era muy conocido, por el que se puso sobre la orilla derecha para interceptar á los carlistas el camino del Portillo de San Julián á que trataban de acogerse precipitadamente. La infantería facciosa quedaba, con eso, cortada, y su caballería se decidió, para defenderla, á resistir la carga que ya veía amenazarla. Embistieron por un flanco los cazadores de la Guardia, y de frente los lanceros con su teniente coronel á la cabeza, el heroico D. Diego León y Navarrete, que en un abrir y cerrar de ojos, arrolló y puso en la dispersión más completa á los escuadrones carlistas que trataron de resistirle. Tras los jinetes fueron cargados los infantes, y además de varias compañías de otros cuerpos, tuvo que rendir las armas íntegro el batallón del *Requeté*, tan famoso por la bizarría de todos sus oficiales y soldados.

Raro es ya el que lleva en su brazo el bellísimo escudo de espadas y lanzas que recuerda aquella brillante acción, una de las glorias más puras de la caballería española.

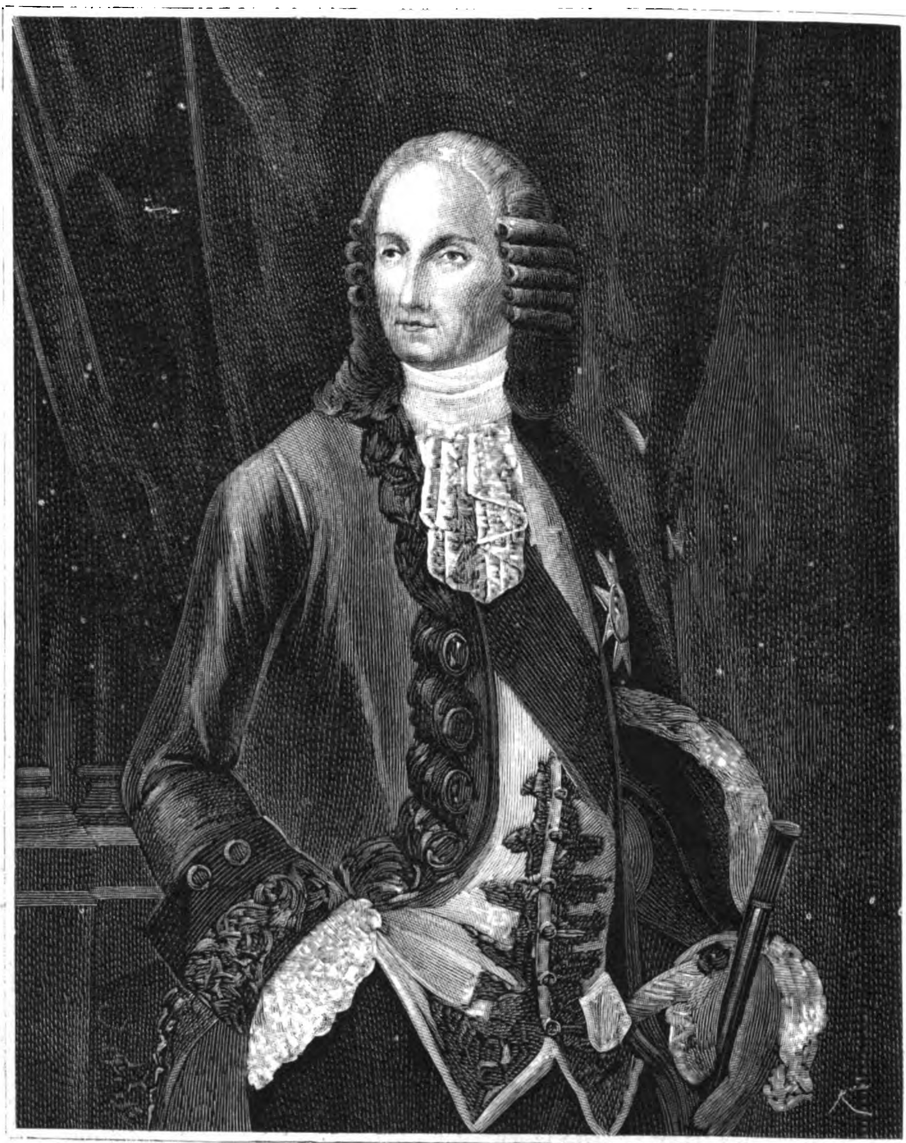
Y no es sola aquélla la alcanzada en lucha tan tenaz y larga como la guerra civil de *Siete años*; porque Orduña, Villarrobledo y Gra y Cheste y Arcos de la Cantera suenan todavía en la Historia como los nombres de los Espartero, Zavala, Concha, León, Pezuela y Serrano, que llevaron nuestros escuadrones á la carga con bizarría que aun imitaba después en Treviño el general Contreras, hoy desgraciadamente inutilizado por singular y penosísima dolencia.

No ha decaído, no, el antiguo espíritu en los españoles, entre quienes, mejor que en ningún otro pueblo, puede decirse que *la primer máquina y la más perfecta de las de guerra es el hombre á caballo*, según la expresión de un sabio y gran soldado francés. Las primeras monedas acuñadas en España, las llamadas ibéricas, representan generalmente á nuestros antepasados á caballo, reproduciendo, puede decirse, la fabulosa imagen del Centauro, maestro de Aquiles, emblema entre los antiguos del valor más impetuoso. El caballo era en nuestro país tan apreciado como arma de guerra y su reproducción y mejora tan cultivadas, que se hizo proverbial su mérito en el mundo romano, á punto de darse por un *Asturcón* cantidades que hoy representarían un caudal, y en los tiempos medioevales no había caballería mejor montada que la de las Ordenes Militares y nuestros grandes Señores. Si posteriormente la interminable lucha



D. HERNANDO DE ALARCÓN.

FAMOSO GENERAL DE LA CABALLERÍA ESPAÑOLA EN EL SIGLO XVI.



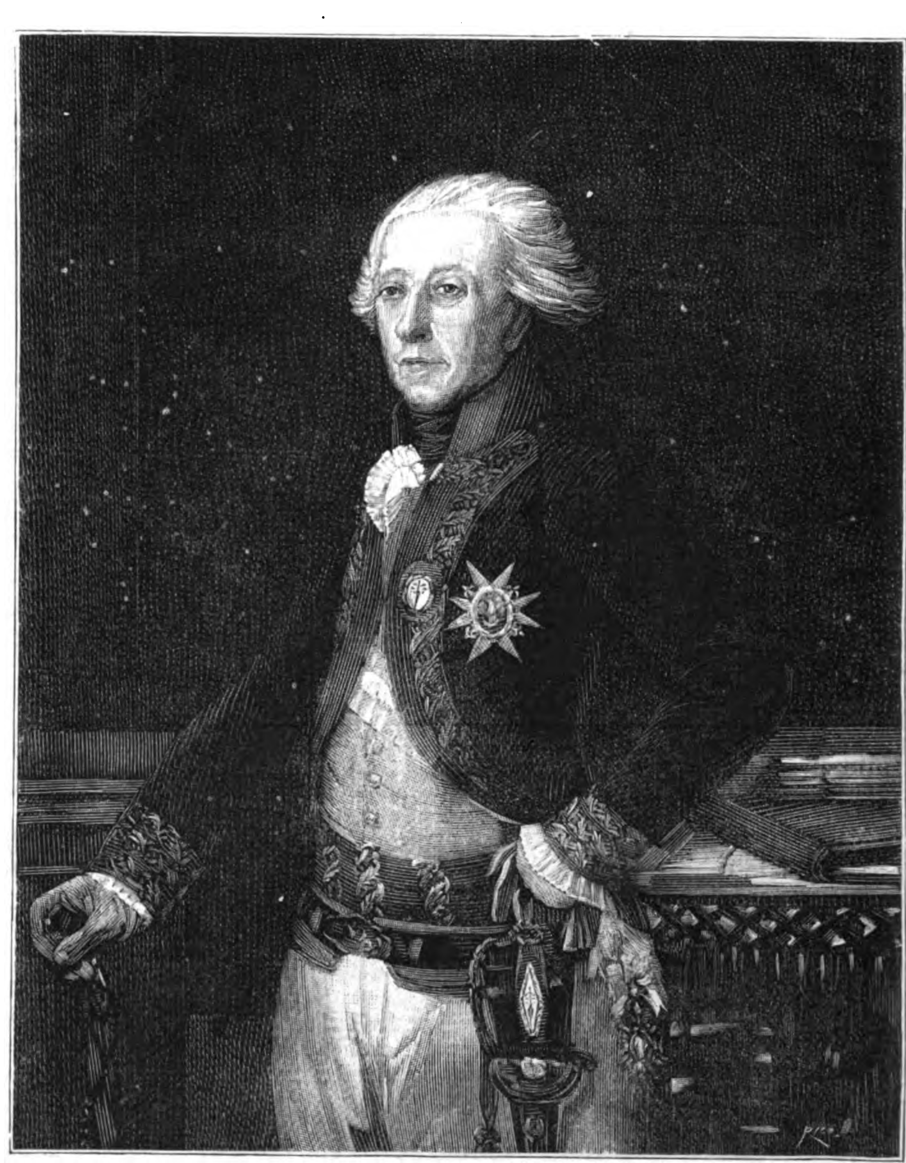
D. JUAN CARACCIOLO.

MARISCAL DE CAMPO Y PRIMER INSPECTOR GENERAL DE CABALLERÍA.



D. JUAN JOSÉ CARRILLO DE ALBORNOZ.

DUQUE DE MONTEMAR, CONQUISTADOR DE ORÁN Y VENCEDOR DE LOS ALEMANES EN BITONTO.



D. ANTONIO RICARDOS Y CARRILLO DE ALBORNOZ.

VENCEDOR DE LOS FRANCESES EN LA CAMPAÑA DEL ROSELLÓN.



REAL ARMERÍA.—FIGURA ECUESTRE DEL EMPERADOR CARLOS V EN LA BATALLA DE MULHBERG, Y TROFEO DE LAS ARMAS DEL ELECTOR DE SAJONIA, SU PRISIONERO EN AQUELLA JORNADA.

(Dibujo de D. Félix Badillo.)

de la Reconquista y tantas y tantas sucesivas han traído una como degeneración en las razas primitivas, por las exigencias, cada día crecientes, en cuanto al número de los caballos y sus mezclas, el español no ha perdido sus antiguas condiciones, muy superiores á las de otros por su docilidad al par que generoso ardor y arranques, su sobriedad y resistencia á las fatigas é inclemencias.

Así, la caballería española moderna ha logrado conservar las tradiciones de la antigua, siquier no sea en la escala que representan los trances, que citamos, de las Navas y el Salado, en que más asemejaban á los de un huracán del cielo que á los de la acción humana los estragos en ellos causados. Ni aspiramos tampoco á que se cuente por decenas de miles el número de jinetes que hayan de cargar, como en Eilau, la Moskowa ó Waterlóo, las modernas batallas que mejor han justificado el antiguo símil del *Procella equestris* de Tito Livio.

Nuestros escuadrones han cargado con bizarría irresistible al enemigo; y sus jefes, sin pretender la notoriedad universal de los Murat, Lasalle, Montbrún ó Ney, alguna vez escarmentados en España, han sabido, como los que no hace mucho citamos también, conquistar en su más modesta acción laureles que sus sucesores no consentirán se marchiten, regándolos con su sangre cuando lo exijan el honor y el engrandecimiento de la patria.

EL GENERAL GÓMEZ DE ARTECHE.

LA FIESTA DEL APÓSTOL.



LA gente gallega celebra y solemniza en toda la cristiandad la fiesta del Apóstol Santiago. Donde se encuentren los naturales de Galicia el día 25 de Julio, allí se reunen para consagrar sus oraciones á Dios y sus recuerdos á la *terriña*, que constituye para ellos el amor de los amores. Y ese afecto y ese cariño se acrecienta más y más fuera de la patria española. Las cantigas del país, dulces, expresivas, melodiosas, de encantadora sencillez, atraen y subyugan á los gallegos; las gaitas con sus tamboriles regocijan el ánimo y alegran el espíritu; la *Muiñeira*, tan cadenciosa, y bien bailada tan señorial, produce las más honestas y gratas impresiones.

La música, el canto y el baile en Galicia ofrece tales y tantos alicientes, que los extranjeros, especialmente los alemanes é italianos, estudian con solícita diligencia las costumbres del pueblo gallego en *ruadas* y *foliones*, en romerías y *fiadeiros*, en ferias y mercados. Aquellas *alboradas* con que despiertan al vecindario las parleras *gaitas;* aquellos *ala-la-laás*, sentidos y melancólicos, que entonan en la *sacha*, en las siegas, en las *mallas*, y en las vendimias los obreros de ambos sexos; aquellas canciones inspiradas en el sentimiento, que unas veces se oyen con el *pandeiro*, algunas con la *zanfona*, y no pocas con los *ferriños*, conmueven y tienen que conmover al más indiferente.

Los viajeros franceses, británicos, alemanes, italianos, belgas y suecos, cuando recorren las cuatro provincias hermanas, ya para examinar el subsuelo, ya para fines botánicos, ya para la explotación de los productos de la tierra, ya para utilizar la ganadería, les aguijonea el deseo de conocer los monumentos arquitectónicos, recuerdo de otras edades, y las costumbres de la familia gallega. Y al recorrer los caseríos, los valles, las playas y las montañas, desde el santuario al *orreo*, desde las *medas* á los *picoutos*, desde las cruces de los caminos á los *Petos* de las ánimas, y al pasar por las romerías, donde se ven los bailoteos y se oyen los cantares regionales, la vocación obliga á los extranjeros á estudiar las manifestaciones de la vida galaica, como la estudia en estos momentos el escritor suizo Mr. Savine, manifestaciones dignas de conocerse y de ser conocidas, más conocidas y apreciadas fuera de España que dentro de la patria.

La nostalgia ó *morriña* de los gallegos, enfermedad moral que produce quebrantos físicos; la emigración, que resume las aspiraciones galaicas, por el carácter de leyenda que reviste; la división de la propiedad, que aleja los progresos del socialismo y evita los peligros anarquistas; el aumento de población, que registran las estadísticas; la pobreza de los labradores, que es general en aquellas provincias, todo tiene facilísima explicación, si se fija la inteligencia en los problemas sociales, objeto de examen atento y detenido para los hombres de estudio.

* * *

Sin entrar á investigar lo que es del dominio de la sociología y de la gobernación de los Estados, que entra en otro linaje de trabajos, procuremos reflejar en breves líneas la festividad del Apóstol, tal como la hemos presenciado en Lisboa, donde hay establecidos millares de gallegos, que se consagran al comercio, á la industria, á las artes y á los oficios, gente activa, sobria, honrada, trabajadora, que constituye la colonia más numerosa en la capital del reino lusitano.

Hallábase el autor de estas líneas en Lisboa el día de Santiago Apóstol, y llegó á su conocimiento que los paisanos festejaban la solemnidad del día en uno de los pueblecillos que baña el Tajo.

Deseoso de presenciar el regocijo galaico, concurrió á la celebración de la misa y tomó parte en el apetitoso festín, servido al estilo de la tierra y con viandas propias del país. Y cuando estaban satisfechas las necesidades del espíritu con las oraciones en el templo, y las necesidades físicas con una sana, abundante y suculenta alimentación, sin que faltase la correspondiente *vica*, confeccionada en la *lareira*, empezó lo que podremos llamar la romería, ó sea la danza y el canto.

¡Qué satisfacción tan grande, verdaderamente inexplicable, sentí en aquellos momentos!

Recuerdo perfectamente, como si fuera ayer, que á las cinco de la tarde comenzó el baile con la *Muiñeira* y los *Agarradiños*, y cuando los bailarines reparaban las fuerzas con las olientes *torradas de parida* y el alegre vinillo de Collares, otros se disponían á entonar en coro una canción gallega. Serían ciento los orfeonistas, que cantaban de oído y por afición, dirigidos por un paisano que conocía, pero no dominaba, el solfeo. Entre dos luces, ó sea al anochecer, cantaron la *Alborada* de Veiga..... No había oído esa dulce y mimosa cantiga, y fué tal el efecto que me produjo, que quedé como en éxtasis. Sólo las notas del órgano y del canto llano en las grandes catedrales supera en efecto é impresión, para toda naturaleza gallega, á la *Alborada* del maestro Veiga, actual profesor de la Escuela Nacional de Música.

No se olvidará de la memoria ni la letra ni la música, como no se olvidan las composiciones de Chané, Berges, Alonso Salgado, Silvari, Montes y tantas otras, recogidas y cantadas por el pueblo.

La música popular es riquísima en Galicia, muy superior en hermosura y en suavidad á la poesía. Tiene mucho parecido con la italiana, hasta el punto de que las cadencias de los *ala-la-laás*, con sus cuartetas octosílabas, y las *Muiñeiras* con sus versos desiguales, se confunden con las canciones napolitanas, en el ritmo, en la armonía y en la composición.

* * *

La *Alborada* de Veiga tiene una letra apropiada al canto, alegre, simpática, retozona y digna de la música, de aquella música espontánea, jovial, que se pega al oído y que no se olvida nunca.

Procuremos retener el verso en la memoria para reproducirlo á continuación:

Arriba, c'aurora
Comenza a pintar,
A luz que namora
N'a terra e n'o mar;
Deixade os leitiños,
Meniñas deixá,
Qu'os vosos ollinos
Dan mais caridá.

Com'ese sol qu'alumea
Tan galan e espellador,
Vinde vos, soles d'aldea,
Avivar o noso amor.
Que si con lumes e frores
Sab'aurora rebuldar,
Vosos candidos amores
Saben millor feitizar.

Vinde, fillas d'alborada,
Vinde á ver nacer o sol,
C'os labiños de granada
Que dan celos o arrebol.
E o remanso d'os airiños
D'a fontiña o gurgullar
Bailaremos en remuiños
De dulzoso sospirar.

Ala ven, xa, rapar igos,
Meu amor, miña ilusión,
Cochando entre brancos prigos
Seu ferido curazón.
N'ai aurora como ela
Ni tan fresco carabel,
Miña rula, miña estrela,
Morrerei por serche fiel.

Non ves, miña prenda,
Aquel sol n'ourente
Seu lume crecente
E neve pra min.
Ven ti os meus brazos,
O mundo olvidemos,
E amantes seremos
D'a vida hastra o fin.

Tres veces repitieron los cantadores gallegos la *Alborada;* tres veces fueron oídas con entusiasmo y celebradas con vítores las notas musicales del maestro Veiga.

Hasta los portugueses, atraídos por el canto, se asociaban á nuestras expansiones, y hacían causa común con nuestras alegrías.

Algunos hijos de Galicia, ausentes de la tierra natal cerca de medio siglo, lloraban de regocijo, porque aquel cantar, ejecutado con más sentimiento que arte, les recordaba sus hogares y sus familias, las ermitas, los campanarios y las fiestas de la aldea.

Los vivas á Galicia que daban los concurrentes, cuyos ecos recogía y transmitía el Tajo, eran estruendosos: los vivas á Monterey y Rivadavia, á La Guardia y Túy, á Cambados y Porriño, se sucedían unos á otros. Era un espectáculo verdaderamente conmovedor el que ofrecían nuestros paisanos en la margen izquierda del río, con sus francas expansiones, sus cantigas populares y sus danzas regionales.

Era ya de noche, y á la luz de la luna continuaban los noveles orfeonistas y los incansables bailarines, con aplauso de la concurrencia, ya repitiendo las canciones, con la mayor armonía posible, ya consagrándose á la *Muiñeira*, en cuyo baile se observa el vivo movimiento del galán, que contrasta con la pudorosa parsimonia de la *rapariga*.

Las costumbres y tradiciones de Galicia, como hijas del sentimiento religioso, se respetan y se veneran por los hijos del país; es más, se respetarán y se venerarán por las generaciones venideras.

* * *

Cerca ya de la media noche, y cuando los excursionistas galaicos se disponían á regresar á Lisboa en los vaporcitos y en las lanchas que atraviesan el Tajo, nos favorecieron los muchachos de buen humor con una canción encantadora, que produjo grandísimo efecto en el auditorio.

Era una *Muiñeira*, alegre como unas castañuelas, que decía así:

Meu maridiño
Foise por probe,
Deixou un fil'o,
Topou dazanove.
¡Gracias á Dios
Y á todos los santos,
Xiquera me dixo
De quen eran tantos!

La entonación, el vigor, la arrogancia, la jovialidad y hasta la expresión maliciosa que daban al verso los cantadores gallegos, fueron celebradas con nutridos aplausos.

¡Mientras viva recordaré la fiesta lisbonense del Apóstol Santiago!

FERNÁN GONZÁLEZ.

EL ANILLO NUPCIAL.



ERA espacioso el café y adornado con lujo. Pero las puertas estaban cerradas, los candelabros apagados y las mesas sin gente. Sólo en un rincón, á la luz de una lamparilla de petróleo, conversaban y bebían, estremeciéndose á veces de horror, el propio cafetero, hombre de bondadoso aspecto y edad madura, y los insignes Pangelingua, Chocolatorum, Jeremías y Tragalibros, jóvenes todos ellos entre los veinte y los treinta años. Algunos días antes el cafetero les había dicho:

—Cierro mi establecimiento. De esta hecha me figuro que el cólera va á concluir con la ciudad. Por ahí andan los carros llenos de muertos: llevan las ruedas forradas de sogas para evitar el estrépito; pero su ruido sordo me hiela de espanto. No dejen ustedes de pasar aquí las primeras horas de la noche: entrarán por el postigo. Yo no tengo familia, y si me veo solo, de fijo me muero. Todo cuanto hay en la casa es de ustedes: cenemos, bebamos y hablemos. Es lo mejor para defenderse del peligro.

Y por esto el espacioso café estaba desierto, y el hombre maduro y los cuatro jóvenes bebían juntos en un rinconcito, y escuchando el ruido sordo del carro que iba recogiendo muertos, se estremecían de horror algunos, y otros se burlaban de la epidemia con brindis y chascarrillos. Pero ¿quiénes eran Pangelingua, Chocolatorum, Jeremías y Tragalibros? ¡Vaya unos extraños nombres! Ciertamente no se llamaban así: eran motes ó apodos, mucho más significativos y propios que los nombres y apellidos verdaderos.

Pangelingua no era español. La bella Italia fué

su madre. Ejercía de intérprete, hablaba siete idiomas, y si hubiera tenido siete lenguas, los hubiera hablado á la vez; tal era su facundia inagotable. Expresábase además con la mirada, con el gesto y los ademanes: se apoderaba de cualquiera infeliz, le soltaba un torrente de palabras, le metía los dedos por los ojos, le abotonaba y desabotonaba diez veces el chaleco ó el gabán, hasta que, aturdido y mareado el paciente, lograba desasirse y emprendía precipitada fuga. Por lo demás, era excelente persona.

Chocolatorum, hijo de un chocolatero, era el más asiduo consumidor de la paterna mercancía. Siempre con los bolsillos llenos de pastillas y la boca de bigoteras, gordo, flemático y muy chusco á veces, era el menos importante factor de aquel original cuarteto.

Jeremías nació en las montañas del Norte, sentía la nostalgia de su país, y hablaba siempre en tono quejumbroso y suspirando. Pintor mediano y admirable dibujante. Buen esposo y padre de seis hijos.

El cuarto y más original de ellos era Tragalibros. A veces tomaba un volumen de 500 páginas, y pasaba ante él muchas horas inmóvil, y de una sentada lo leía todo, lo penetraba todo, y casi lo aprendía de memoria. De aquí tal sobrenombre. Pero también solía calzarse las alpargatas, empuñar el garrote y recorrer á pie la provincia entera. Una vez anduvo en nueve días las ochenta y cuatro leguas desde Sevilla á Madrid, y entonces le apellidaron Tragaleguas. Era nadador, gran gimnasta, poeta y agilísimo de piernas y de entendimiento. Su amistad con el pintor dejaba muy atrás á la de Pílades y Orestes. Jeremías era padrino de un hijo de Tragaleguas, y Tragaleguas padrino de tres de Jeremías, por donde eran cuatro veces compadres. Mutuamente se habían dado grandes pruebas de verdadera amistad; pero, sin duda, la mayor era la paciencia con que el poeta escuchaba las continuas lamentaciones de su amigo, que siempre giraban sobre dos asuntos, así como el globo terráqueo gira sobre sus dos polos. Hablaba Jeremías, repitiendo por centésima vez esta canción cuando se hallaba á solas con su amigo:

—¡Ay! Nadie me encarga trabajo. ¡Ay! Me voy á morir de hambre. ¡Ay! Todavía el cura no me pagó aquel cuadro de ánimas que pinté para su iglesia. ¡Ay! Todas son penas.

—Busca otro tema, y hazme el favor de no freirme la sangre.

—¡Ay! ¡Cómo está el mundo! Ya no puede un desgraciado ni desahogarse con un amigo. ¡Ay!

Pero como aquella noche no estaban solos, no se repitió la extraña cantinela. Los cuatro parroquianos y el cafetero fumaban y bebían, mudos como estatuas. De pronto, en el silencio de la noche, un ruido siniestro y sordo se fué acercando, acercando, y luego se perdió á lo lejos por la desierta calle. Era que pasaba el carro de los muertos. Miráronse unos á otros, y no faltó quien mudase de color, quedándose pálido como la cera. Mas pronto sobrevino la reacción, y dijo el insigne Chocolatorum:

—Vamos, Pangelingua, tú que recorriste medio mundo y gran parte del otro medio, cuéntanos algo de lo que hayas visto. Alguna historia, ó cuento, ó lo que sea, para pasar el rato y distraernos, que tenemos el corazón metido en un puño. Habla, hombre, habla, pues nunca tuviste pelos en la sinhueso.

Y dijo Pangelingua:

—Con mucho gusto os contaré un suceso de amor, que si se escribiese, podría titularse *El Anillo Nupcial*. Y atención, que ya empiezo:

Érase, que se era,
El mal que se vaya, el bien que se venga:
El mal para los moros,
Y el bien para nosotros:
La sobrina del cura tiene un pan
Y le daba bollitos al sacristán.

—Este Pangelingua—exclamó Chocolatorum—tiene en el cuerpo los diablos. ¡Pues no sale ahora hablándonos en verso!

—Paciencia, querido amigo, que cada uno habla como puede, y de este modo principiaban sus cuentos vuestros abuelos en los siglos XIII, XIV y XV. De vez en cuando conviene echarla de erudito. Pues, como iba diciendo ó pensaba decir, hay en Europa una tierra lo más romántica del mundo: patriarcal sencillez de costumbres, hospitalidad, palabra inviolable, valor en los hombres, belleza en las mujeres..... vamos, se diría que es la verdadera tierra de Jauja, si no fuese tan pobre y si en ella no hiciese tanto frío. ¡Cuidado que ahora Sevilla en el verano parece un horno! Sin embargo, ¿queréis creer que todavía tengo miedo á los sabañones? Y eso que sé de memoria una receta.....

—Mira, Pangelingua, si empiezas á divagar como siempre, saldrá mañana el sol y no habrás acabado tu cuento. ¡Ay!

—Hombre, y si me interrumpes como siempre, lo acabaré más tarde. El país de que hablaba se llama Escocia. ¡Qué montes, qué valles, qué lagos! Si los vieses, Jeremías, de seguro te volvías loco.

—¡Ay! Pues ya procuraré no verlos. ¡Ay!

—Yo pasé allí año y medio—continuó Pangelingua;—no, quince meses: no, diez y siete meses; en fin, para el caso es lo mismo. Todo lo tengo en un cuaderno, donde suelo apuntar.....

—¡Así te apuntaran con un cañón, asesino! ¡Ay!

—¿Otra vez me interrumpes? Pues ya se acabó el cuento. Pero..... por consideración á estos señores, seguiré adelante. Hubo en el siglo pasado, y puede ser que todavía exista, un castillo ó casa solariega sobre las rocas que dominan el lago Lomón, de aguas tranquilas y profundas. Allí habitaba una familia noble, compuesta de tres personas: el padre, la madre y una hija, muchacha hermosa, alta, blanca, rubia, que me parece estarla viendo; pues aunque yo no había nacido entonces, la imaginación hace prodigios. Pero, con licencia de ustedes, volveré á encender el cigarro..... Esta muchacha se llamaba Agnes, como si dijésemos Inés, y tenía cerca de veinte años, y su alma y su corazón dentro del cuerpo, y gustaba más de cambiar cuatro palabras con un mocetón que la galanteaba, que de oir los prolijos sermones de su padre, moralista de panza llena, tan indulgente para sí como severo con los otros, ó los perpetuos gruñidos de la madre, que siempre estaba de mal humor, y el día en que se le irritaban los callos se ponía hecha un basilisco.

Inés y Jorge, que así se llamaba el novio, habían ido pasando de las miradas tiernas á los saludos afectuosos, después á las conversaciones dulces cuando como por casualidad se encontraban, y después á las citas, promesas, juramentos, besos, y después..... el demonio me lleve si sé de fijo adónde y hasta dónde llegarían entrambos jóvenes, pues á los enamorados los tienta Barrabás, y como suelen tener una venda sobre los ojos, no es de extrañar que tropiecen. ¿Tropezaron? ¿Cayeron? Su alma, su palma; que ni á ustedes ni á mí nos importa un comino. Ello es, ó fué, que mutuamente se ofrecieron y aceptaron por esposos, que él se quitó un escapulario de plata del cuello y se lo colgó á ella, quien á su vez, y en señal de matrimonio futuro, le regaló un anillo de oro. Cambiaron prendas de amor, y como firma y ratificación del cambio, el tal Jorge, que era un Sansón escocés con faldillas, dió un apretadísimo abrazo á la muchacha, y ésta, según me figuro, diría para su sayo: «¡Qué novio tan bruto tengo, pero cuánto me quiere!»

Mas como la crisálida desea convertirse pronto en mariposa, esto es, como ambos jóvenes ansiaban pasar de novios á marido y mujer mutua y respectivamente, surgió de improviso la dificultad de las dificultades para realizar sus honrados propósitos. Ella era rica, noble, hija única; y sus padres, un tanto codiciosos y de rancias y apolilladas ideas, no consentirían ciertamente en casarla con un mocetón alto y fuerte como un roble, muy bueno y muy trabajador, pero sin otras rentas que el sol y la luna y los siete días de la semana. ¿Qué hacer? Ella le aconsejó que la pidiese á sus padres; él, más conocedor del mundo, replicó entonces:

—¿Tú sabes lo que dices? Yo no soy señor, sino un pobre, hijo de otro pobre: he trabajado en tus tierras y bosques entre los jornaleros de tus padres. ¿Qué me contestarían? Tomarían mi petición por una ofensa; quizá mandarían que sus criados me apaleasen..... y entonces..... porque yo no he nacido para sufrir agravios, ni aun siquiera tuyos. ¿Qué me aconsejas?

Ella le dijo con lágrimas:

—Jorge, lo que tú hagas está bien hecho.

Así estaban las cosas. En las entrevistas siguientes convinieron en separarse. Iría él á probar fortuna en la guerra; volvería rico, de gran uniforme, con fama heroica, etc., etc.; cosa que imaginan la más natural y fácil los enamorados pobres. ¡Pobres enamorados! Y la noche triste de la despedida, entre lágrimas, caricias y promesas, preguntó el amante á la amada:

—¿Puedo confiar en tí? ¿Me aguardarás? ¿Serás de otro hombre? ¿Tendré que devolverte el anillo?

—Nunca. Para mí no hay más hombre que tú en el mundo. Conserva el anillo. Te aguardaré siempre.

—Y yo, si vuelvo, te daré más rica joya. Pero ésta va al fondo del lago, de donde ha de salir un día si rompes tu juramento.

Y desde lo alto de las rocas arrojó con fuerza el anillo al sombrío lago Lomón, de aguas tranquilas y profundas.

Jorge se embarcó para probar fortuna, y tan contraria le fué, que al poco tiempo se esparció la noticia de haber naufragado el buque donde iba. Del enamorado joven no volvió á saberse. Inés lo sintió mucho. De ella pudo decirse lo que de otra heroína escribió un gran poeta:

Isabela, entretanto, algunas tardes
Triste desciende al mar, triste y vestida
De blancas tocas y de negro luto,
Á darle con sus lágrimas tributo.
Allí sentada llora entre las peñas
La gran tragedia de su esposo Herfrando:
Por divertirla el mar, entre pequeñas
Conchas, rojos corales va arrojando,
Y los delfines, con alegres señas,
Bonanza á su dolor pronosticando,
Entre las aguas sosegadas bullen
Y en círculos de plata se zabullen.
Mas ¡qué dará consuelo á un desdichado!
Todo le cansa, oprime y acongoja:
Fuego es el agua, el céfiro pesado,
Aunque vaya saltando de hoja en hoja;
Sierpes las flores, arenal el prado,
Del blando arroyo el murmurar le enoja,
Pues si entre guijas se desliza y suena,
Parece que murmura de su pena.

—¡Bien por el insigne Pangelingua, que sabe recitar versos de Lope de Vega!—exclamó Tragalibros.—Si no temiera interrumpir el cuento, ahora mismo te disparaba cien tercetos del Dante. Pero continúa, hombre, continúa.

—Decía que Inés lo sintió mucho—prosiguió el italiano;—después lo sintió menos, y acabó de quitársele la pena cuando sus padres, que no pensaban hacerla monja, la presentaron el que la destinaban para marido. Ni física ni moralmente valía lo que Jorge; pero era tan fino..... tan elegante.... tan rico..... vamos, que la muchacha no se hizo de pencas, ni tuvo desvíos, ni los aparentó siquiera, y á las pocas semanas se verificó la concertada boda. ¡Qué lujo! ¡qué regalos! ¡qué músicas! ¡qué desvanecimiento! Lo mismo se acordaba Inés de Jorge que del Preste Juan de las Indias. La noche de la bendición nupcial hubo un ejército de convidados, y la más espléndida cena que imaginarse puede. Para ella se despoblaron de caza los bosques vecinos, se llenaron enormes redes con exquisitos peces, se trajeron frutas y confituras por cargas, se abrieron y agotaron toneles de vino..... en fin, la segunda edición de las bodas de Camacho. Pero, ya más que mediado el banquete, cuando los comensales, ahitos de manjares y licores, brindaban y alborotaban hablando todos á la vez, el recuerdo de Jorge se presentó á Inés de repente como un fantasma, y he aquí que entra un criado trayendo sobre espaciosa bandeja de plata un pez enorme, colosal, el mayor que jamás había podido pescarse en las aguas misteriosas y profundas del lago Lomón: lo abren, y..... ¿qué pensarán ustedes, señores, que tenía dentro?

—El anillo—clamaron todos los oyentes.

—Pues sólo tenía la espina.

Narciso Campillo.

FUNDACIÓN DE LA CIUDAD DE SANTIAGO.

Nada más lógico que, cuando el hombre pueda elegir libremente el punto de su residencia, prefiera las comarcas de mejores condiciones para el desarrollo de la vida, por la feracidad del suelo, la dulzura del clima y la belleza del paisaje; pero las necesidades de la instalación individual no siempre son idénticas á las de la colectiva. Es cierto que en todos los casos la lucha por la existencia decide la solución del problema, porque siempre lo primero es vivir; pero el individuo sólo lo plantea ante la rivalidad de la Naturaleza, de cuyas inclemencias ha de defenderse, mientras que las ciudades tienen que preocuparse además de resistir las embestidas de los envidiosos de su poderío y de los codiciosos de su riqueza. Por exigencias de este género de defensa sitúase en ocasiones el organismo social en parajes que, no siendo los más fértiles ni los más bellos, son en cambio muy estratégicos; y buscando esta ventaja, el que tenía por asiento la riente vega que anuncia la confluencia del Sarela y el Ulla, hubo de trasladarse en dirección del origen del primero de los dos ríos, á las austeras colinas del Burgo Tamárico.

Por mucho que se examinen y escudriñen comarcas habitables, poquísimas puede presentar la Naturaleza que compitan con la ocupada por los moradores de la antigua Iria Flavia y de la moderna villa de Padrón. Aquel valle espléndido, rodeado por montes que se yerguen para detener los vientos perjudiciales á su vegetación lujuriante, y que se abaten interrumpiendo la áspera monotonía del cerco montañoso para facilitar el curso de las corrientes fluviátiles que por un lecho

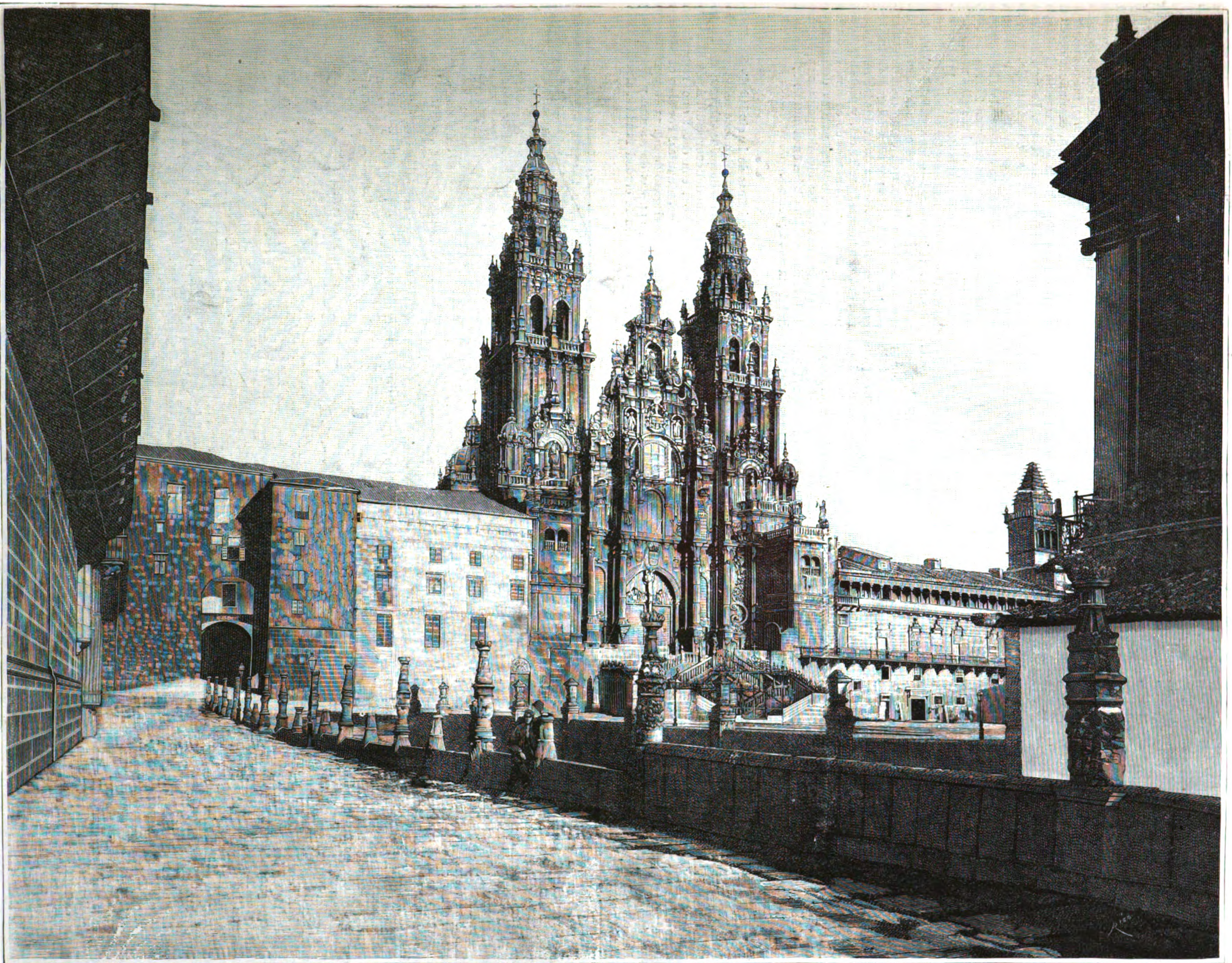


EL APÓSTOL SANTIAGO EN LA BATALLA DE CLAVIJO.

CUADRO DE CASADO DEL ALISAL,

EXISTENTE EN LA IGLESIA DE SAN FRANCISCO EL GRANDE DE MADRID.

(De fotografía del Sucesor de Laurent.)



SANTIAGO DE COMPOSTELA (GALICIA).—FACHADA OCCIDENTAL DE LA CATEDRAL, LLAMADA DEL OBRADOIRO.

casi horizontal se deslizan sosegadas y perezosas, como deseando retener más tiempo la imagen de las orillas que retratan, es el modelo ideal de la topografía de una gran ciudad: parece trazado de intento para que sus habitantes se deleiten con los halagos de una Naturaleza amorosa, y se relacionen por fáciles vías de comunicación con los centros mercantiles de otros países. Las inundaciones que casi anualmente se enseñorean de las calles de la modesta villa patentizan la riqueza natural de la comarca, ostentando en la plenitud del desbordamiento los tesoros contenidos en aquellas aguas, que, canalizadas, trocarían su obra devastadora en fecundante.

Por este conjunto de excelencias y por los, aunque borrosos, elocuentes vestigios históricos, todo induce á creer que los romanos cuidaron con especial solicitud del engrandecimiento de Iria Flavia creando un foco de población cuya importancia material debió ir en aumento con el transcurso de los siglos, hasta los revueltos tiempos en que el estado de guerra casi permanente, sostenido por las sucesivas irrupciones de gentes bárbaras, lo sumió en espantosa ruina. Sin embargo, no debió tardar mucho en reponerse, siquiera en parte, de tal quebranto, cuando ya en la segunda mitad de la sexta centuria lo vemos elevado á la categoría de sede episcopal: y la exaltación creciente de los sentimientos religiosos hubo de favorecer la labor restauradora, acumulando tesoros cuya fama, dilatándose hasta apartadas tierras, despertó codicias que nuevamente habían de precipitarla en la decadencia.

Los barcos costeños de los piratas árabes y normandos, en sus correrías por el Noroeste de nuestra Península, debieron creerse en regiones paradisiacas al bordear los graciosos contornos de las rías gallegas, recortadas por el verdor que se extiende hasta mojarse en sus aguas; pero entre todas, la de Arosa los habrá atraído con el triple encanto de la riqueza, de la seguridad y de la belleza. Basta poner la vista sobre un mapa de Galicia para imaginar cómo aquella ría que en su perfil interior dibuja innumerables ensenadas y sobre sus aguas sostiene un semillero de islas, grandes unas como la de Sálvora y la de Arosa, y pequeñas otras como la Bionta, Rúa, Pedregoso, las de San Bartolomé y la Toja, había de ser preferida por embarcaciones que, á pesar del coraje de sus tripulantes, necesitaban á cada momento abrigo y refugio. Por esta ría, en efecto, entraban con dolorosa frecuencia los mencionados piratas, é internándose por el cauce del Ulla, colmaban el botín recogido en sus fértiles orillas con la sacrílega depredación de los tesoros de la sede iriense.

La repetición de estos saqueos, seguidos de ultrajes á las cosas santas, no podía menos de producir inmenso duelo en las almas, inspirando fervientes plegarias dirigidas al Apóstol tutelar de la sede tan rudamente castigada, para que otra vez atendiese á su tierra predilecta, liberándola del fiero azote, como en vida con su predicación la había emancipado de los errores del paganismo. Los ecos de estas aflicciones, transportados no sólo por el terror, sino que también por recomendación especial de los Obispos irienses, al extenderse por toda la comarca, habrán alcanzado excepcional resonancia en el eremitorio escondido entre las agrestes colinas que forman las vertientes del Sar y Sarela, arrancando del espíritu ascético de aquella Tebaida constantes é intensas deprecaciones acompañadas de la maceración de la carne y del ayuno, hasta conducirlo al estado de merecer el celestial favor de las reveladoras visiones.

Cuentan antiguos códices, y repiten graves historiadores, que allá hacia el primer tercio del siglo IX vieron los ojos estupefactos del ermitaño Pelayo una estrella que resplandecía todas las noches en el mismo punto de la selva del *Libredón*, y transmitida la noticia del portento al obispo de Iria, Teodomiro, quiso verlo por sus propios ojos, y después de haberse puesto en oración y penitencia, alcanzó del cielo el favor antes otorgado al ermitaño. Registrado el lugar que la estrella señalaba, se encontró un sepulcro en una cripta de *arcos marmóreos*, sepulcro sin duda santo, por lo extraordinario de los anuncios con que pedía volver al conocimiento de los hombres, infaliblemente predestinado á facilitar el logro de milagrosas empresas cuando se revelaba en días tan críticos para los adoradores de Cristo, sepulcro que ante el tribunal de la fe era con toda evidencia el guardador del cuerpo del Apóstol que había difundido por nuestra tierra la salvadora doctrina del Crucificado, y que, según tradición, después del martirio surcara en una barca de piedra aguas del Mediterráneo y del Atlántico en busca de las del humilde Sarela para arribar á Iria Flavia, cuya comarca estaba llena de los recuerdos de su predicación.

La misma fe que realizó la invención de la preciosísima reliquia divulgó el prodigio, impresionando el espíritu devoto de D. Alonso *el Casto*, en tales términos, que desde Oviedo, donde estaba, fué á adorarla, ordenando que se erigiese una iglesia, y concediendo al Obispo de Iria en la extensión de tres millas el señorío de los lugares que la circundaban. Aquel Rey fué el iniciador de las peregrinaciones en cuyas filas se mezclaron todas las clases sociales y las gentes más heterogéneas del mundo cristiano, engrandeciendo con sus ofrendas y limosnas al pueblo fundado en torno de un sepulcro cerca del *ocaso del sol*. Como dice Neira de Mosquera en el pintoresco estilo de sus *Monografías de Santiago*: «Cuando se levantaron sobre la veneranda tumba del Zebedeo las cimbras de la *vieja catedral*, la aparición maravillosa del cuerpo del Apóstol Santiago improvisó un nuevo nombre para la población. El pequeño *Burgo de Libredón* y el lugar de los *Arcos marmóreos* del siglo IX fué en el X el *Campus-stellæ* de los devotos, la *Compostela* de los conquistadores y el *Santiago* de las generaciones venideras»; y al través de esta serie de fases fué acrecentándose en el orden material, religioso é intelectual la colonia eremítica y monástica casi situada en la línea divisoria de las cuencas del Tambre y del Ulla.

Motivos esencialmente religiosos fueron los determinantes de la fundación de la ciudad compostelana y de la traslación á ésta de la sede iriense, llevada á cabo, previo el permiso del Papa, por el mismo Teodomiro; pero juntamente con aquéllos obsérvase un cambio de condiciones topográficas muy digno de tomarse en cuenta. La vida religiosa de Iria, como acosada por los bárbaros y sacrílegos depredadores, siguiendo el cauce del Sarela, huyó del valle abierto á la comunicación fluvial para refugiarse en un paraje montañoso elevado 271 metros sobre el nivel del mar, difícilmente accesible á los piratas, que no podían abandonar en absoluto ni durante mucho tiempo sus embarcaciones, y favorecido por la natural ventaja de la altura para batir y arrojar á los osados enemigos que intentasen, subiendo la pendiente, transponer los muros y saciar las ansias del saqueo. Según decíamos al principio, el organismo social, compelido por el instinto de conservación, trocó en su insufrible desasosiego feracidad y belleza por condiciones de resistencia; el valle subió á la montaña como los sitiados á las almenas del castillo para mejor lanzar los dardos y ponerse fuera del alcance de las ballestas de los enemigos; y por esta ley topográfica la ciudad no nacida hasta el siglo IX, utilizando su hegemonía religiosa, fué prepotente en los tiempos medioevales, y la ya rica y poderosa en la época romana languideció en el infortunio originado en su propia y natural belleza. ¡Paradoja incomprensible á primera vista, pero después de lo dicho perfectamente explicable!

Los Obispos, ya compostelanos, sucesores de Teodomiro, no descuidaron, sin embargo, á Iria Flavia, no sólo por piadoso respeto á las venerandas tradiciones que encerraba, sino que también para mejor defender la nueva sede; y en verdad que todo era necesario, porque la fiera intrepidez de los invasores normandos y árabes, sobreponiéndose á las dificultades topográficas, fué á buscar á Compostela en su escondrijo, cercándola con tal denuedo, que llegó hasta á dar muerte al obispo Sisnando que dirigía la defensa. La persistencia del pel gro contribuyó, si no á impedir, por lo menos á retrasar la ruina de la ciudad iriense, cuidada y atendida como antemural de la compostelana, lo mismo que las antiguas *Torres de Augusto—Castillo Honesto*, en los siglos medios, y *Torres d' Oeste* posteriormente—como primer baluarte encargado de interceptar el paso á los barcos enemigos al internarse en las aguas del Ulla. Así, resguardada por un triple cerco de defensa, se desarrolló la vida religiosa en Compostela hasta erigirse en archidiócesis por obra del gran Gelmírez, quien, en los comienzos de la duodécima centuria, dotó á su ciudad predilecta, y probablemente natal, de todos los elementos de cultura entonces posibles: de marina militar para su defensa, de influjo decisivo en los negocios políticos y de uno de los máximos prestigios en el mundo cristiano, á la iglesia de su prelacía.

* * *

Los orígenes místicos de la ciudad de Santiago y su importancia eminentemente religiosa en los siglos medioevales tejieron la historia de la invención y traslación del cuerpo del Apóstol evangelizador de España, con datos que reproducen pasajes bíblicos culminantes. Por algo el nombre de Santiago fué el grito de guerra de pueblos que luchaban por la pureza de su raza y de su fe, y por algo también la ciudad fundada alrededor de



MAPA RELATIVO Á LA TRASLACIÓN DEL CUERPO DEL APÓSTOL SANTIAGO, SEGÚN D. MAURO CASTELLÁ FERRER.—1610.

su sepulcro se llamó la *Jerusalén de Occidente*. Como alumbra la luna por la luz del sol que refleja, el Maestro de España en la fe y el celestial caudillo de sus victoriosas empresas, brilla en nuestra historia por lo que refleja de la sublime magnificencia del Divino Maestro.

Descubre el fervor religioso, y los estudios de afamados historiadores lo sancionan después, que al arribar el cuerpo del Apóstol Santiago á Iria Flavia se dirigieron los discípulos que desde Judea lo acompañaban al Castro Lupario, en demanda de autorización y medios para transportar la valiosísima reliquia al interior de la comarca, y la supuesta reina Lupa, habitadora de dicho Castro, les ordenó que para lograr lo que solicitaban acudiesen á su hermano, régulo en Duyo, ciudad situada al otro lado del Tambre: hiciéronlo así; pero á su piadosa credulidad se adelantó la perfidia, encarcelándolos al llegar al punto á que los encaminaba el mensaje de la reina infiel. Reducidos alevosamente á la impotencia en la realización de su santa empresa, Dios premió la generosidad de los sentimientos que estimulaba las almas de varones tan animosos, enviando un ángel, que en el silencio de la noche les devolvió la libertad quebrantando los hierros de la prisión. Huyeron inmediatamente de la celada que les habían tendido; pero los sañudos y mal aconsejados opresores, al verse envueltos en tan ridículo fracaso, buscaron el desquite en la persecución, sin contar con el poder de Dios, que invalidó su tentativa, hundiendo á su paso el puente de *Ous* en las aguas del Tambre y con él á los perseguidores, que

.... Descendieron
Cual piedra en el profundo......

ahogándose con ellos su soberbia, hasta el extremo de que el puente hundido jamás pudo reedificarse.

¿Quién no ve en este milagro la repetición del paso del mar Rojo, y en el régulo de Duyo un nuevo Faraón? ¿Quién no columbra en la libertad de los encarcelados el anuncio de las victorias obtenidas por nuestro Santo tutelar sobre los infieles, como la del pueblo elegido de Dios al romper el cautiverio de los egipcios? ¿A quién no recuerda la imposibilidad de reconstruir el hundido puente el caso análogo del templo de Salomón, en el cual también fué castigada la soberbia arrogancia del poder humano?

Para ilustrar cuanto se refiere á la historia religiosa del asunto que nos ocupa, preséntase aquí el valiosísimo mapa topográfico que va al frente del libro II de la eruditísima *Historia del Apóstol Santiago*, publicada por D. Mauro Castellá Ferrer en el año 1610, y al ocuparse en el texto del legendario puente, que en el mapa aparece derruido, habla del espanto que el suceso causó en Galicia, encareciendo sus proporciones, sobre todo por el hecho de haber dejado, en el lenguaje común, huella persistente, bien manifiesta, según el autor, en el valor ponderativo de la voz *Ou*, con la cual en gallego se expresa asombro, y se da la señal de alarma en los peligros inminentes. Sin necesidad de atenuar el carácter fantástico de esta interpretación, ¿quién no descubre en su espíritu el afán de reproducir en todos los pormenores la victoria que se narra en el Exodo, completándola con el documento literario que juntamente la testifique y enaltezca? El cántico triunfal de Moisés contráese y redúcese en la catástrofe del pequeño Faraón de Duyo al monosílabo con que se designa el puente hundido á su paso; pero si la diferencia literaria de ambos es tan enorme, es idéntico el estado psíquico que uno y otro traducen en el pueblo israelita y en el gallego respectivamente.

Y prosiguiendo la exposición de estas analogías, ¿cómo no consignar la de la estrella que señaló á las gentes que tremolaban la bandera de Cristo el sepulcro del cual había de surgir su libertador, del mismo modo que la que guió á los Reyes y á los pastores á la misérrima morada del Salvador del género humano?

Un espíritu de terror, envuelto en el más exaltado ascetismo, subió por las márgenes del Sarela, y en el medio eremítico recluído entre las colinas del Burgo Tamárico, al sentirse un tanto libre de la inquietud que le acongojaba en la accesible é indefensa Iria Flavia, la inspiración religiosa desplegó las alas, alcanzando en sus extáticos encumbramientos la dicha inefable de verse consolado por nuevas promesas, semejantes á las de los tiempos bíblicos. Cumpliéronse las promesas en Clavijo, en las Navas, en las orillas del Salado y ante los muros de Granada; y la ciudad de Santiago fué grande y rica por su custodia del vencedor en tantas batallas, resplandeciendo en la historia, no sólo de Galicia, sino de España, por su altísima significación en todo linaje de empresas de que nuestra tierra fué teatro. Pero después de haber rayado á tanta altura, hoy arrastra vida menesterosa, en la cual se desvanecen hasta los vestigios de su grandeza por la obra destructora del tiempo en voluptuosa complicidad con apetitos vandálicos, la estadística denuncia rápidos descensos en su población, y no hay señal de su vida colectiva que no revele la decadencia que la consume.

Ante el estado á que vino á parar el emporio de la metrópoli compostelana, Galicia nunca lamentará bastante los aciagos sucesos que cohibieron el desarrollo de la ciudad iriense, porque asociados en ésta á sus espléndidas condiciones naturales los tesoros que el tiempo acumula en una larga y próspera vida, hubieran constituído la populosa y rica capitalidad indispensable á todas las regiones para el firme y positivo desarrollo que ha de cimentarse en la persistencia de sus propios intereses. Seguramente Cataluña y Andalucía no hubieran pesado lo que pesan en la España contemporánea sin Barcelona y Sevilla: pero las bárbaras invasiones que asolaron la tierra gallega produjeron en ésta el funestísimo divorcio en que hoy se presentan la Naturaleza y la Historia, y con la actual insuficiencia de la grandeza pasada luchan las imperiosas necesidades de la vida moderna, ahogando en rivalidades este vicio de origen, esfuerzos que, para ser fructíferos, debían surgir mancomunados y unánimes, limpios de la discordia que en lo moral corrompe y en lo material arruina.

José R. Carracido.

BAJO LOS AUSTRIAS.

LA POESÍA CASTELLANA EN PORTUGAL.



ESDE los tiempos más remotos, en que un origen y un genio común confundían casi enteramente las dos lenguas que se hablan en las dos monarquías peninsulares, el siglo en que en Portugal se han cultivado menos nuestro idioma y nuestra literatura ha sido el presente. Nuestro sabio rey Alfonso X escribía su libro de las *Cantigas* en aquel dialecto del Noroeste de España que, casi, casi, es la raíz y la cuna del que, traspasando las riberas del Miño, constituye el habla nacional del vecino reino lusitano, y cuenta ya con toda una literatura, aunque Schlegel dijera que toda esta literatura se circunscribe á un hombre ilustre y á un libro admirable: á Luis de Camoens y á sus gallardos *Lusiadas*. Pero en los tiempos posteriores, siendo rarísimos los nombres de los escritores de Castilla que dieron su tributo á esa literatura limitada y regional, han sido infinitos en cambio los que Portugal ha aportado á enriquecer el opulento tesoro de la nuestra, llamada por el genio y los destinos de la nación española á propagarse, dominar, imponerse y prevalecer, por tanto tiempo ya cuanto dure la cultura entre la raza humana, por los espaciosos ámbitos de los dos mundos.

Nuestros más antiguos cancioneros contienen, desde el siglo XIV, versos castellanos de los poetas de Portugal, y son los primeros que forman en esta pléyade ilustre los mismos monarcas trovadores de aquel reino, como D. Pedro I, el Infante-Duque de Coimbra, llamado también con este mismo nombre, y aun un tercer D. Pedro, de igual manera augusto, que alcanzó al siglo XV: el del Condestable, tan famoso por su vasta ilustración. García de Resende compiló en su *Canzioneiro* algunas de las composiciones poéticas castellanas de estos Príncipes, así como las del Conde de Vimioso, D. Francisco de Portugal, que alcanzó los dominios literarios del siglo XVI, las del Conde-l-Mor, y las de Alvaro y Duarte Brito, el alcaide de Santarem D. Juan Manuel, que fué embajador de sus Reyes en Castilla, Juan de Meneses, el doctor Sá y otros de menor renombre.

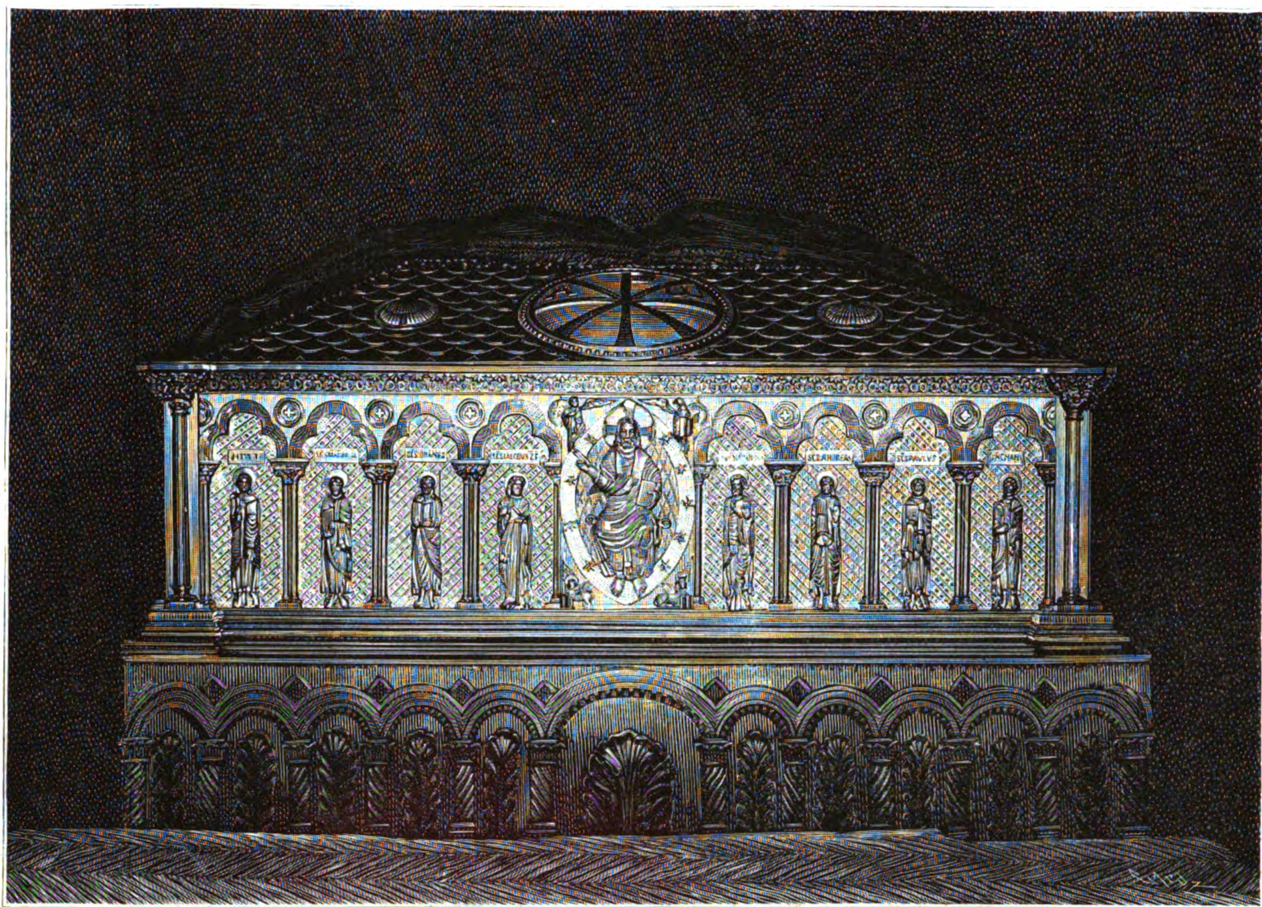
Como en los *Cancioneros* del siglo XV, los poetas portugueses, que escribieron en castellano, ocuparon un lugar preeminente en nuestros *Romanceros* del siglo XVI, en que se registran, entre otros, los nombres de Diego García, Bernardino Ribeiro y Ruy de Sande; pero ya en este tiempo el influjo y la personalidad de los poetas portugueses vino á dejarse sentir de un modo más eficaz y directo en la gran evolución que se verificó entonces en nuestra literatura, y aunque indecisos por algún tiempo entre el partido tradicional y el reformista, al cabo Gil Vicente contribuyó á la creación de nuestro teatro, George de Montemayor á la de nuestra novela pastoril, y Gregorio Silvestre á la de nuestra lírica y elocución poética. El impulso que entonces recibió toda la literatura española, y principalmente la poesía, dejóse sentir hasta en Lisboa, y el gran poeta nacional lusitano, Luis Camoens, escribió versos, muchos y muy buenos, en el habla de Garcilaso de la Vega. Baltasar Estaço, Andrés Falcao de Resende, Estacio de Faria, Miguel Sánchez de Lima, el conde de Villa do Reis D. Nuño de Mendoza, Gabriel Pereira de Castro, Francisco de Sá de Miranda, Pedro Sánchez de Vianna, Sor Elena da Silva y D.ª Elena de Silveira secundaron prolíficamente el ensayo hecho por el Príncipe de su Parnaso, y las letras españolas florecieron en Lisboa y Coimbra, Evora y Braga, como en Salamanca y Valladolid, Barcelona y Zaragoza, Valencia y Sevilla, sobre todo cuando Felipe II se dignó aceptar las traducciones clásicas de Enrique Garcés, mandó escribir á Jerónimo Corterreal el poema épico de la victoria naval de Lepanto, y leyó con lisonja los elogios del Marqués de Santa Cruz por la conquista de las Azores, de las celebradas musas de Benito Caldeira y de Andrés Falcao de Resende, cuyos romances históricos habían elogiado la jornada de Carlos V á Viena y la retirada de Solimán, la entrada de Felipe II en Lisboa y las derrotas que el valor español había hecho sufrir en América al famoso corsario inglés Sir Francis Drake.

Siempre ocuparán un lugar distinguido en nuestra historia literaria los esfuerzos hechos por la inspirada lira épica lusitana para inmortalizar las grandes glorias españolas. En 1571, antes de la conquista de aquel reino, dió á luz Jerónimo de Corterreal el poema encomiástico de la insigne hazaña de D. Juan de Austria contra los turcos en los mares de Grecia. Después de la conquista de 1581, en 1590, otro poeta lusitano, Duarte Días, cantó con estro sostenido la bella odisea de los Reyes Católicos en la *Conquista de Granada*. Bajo Felipe III, en 1612, no bastó al alto sentido histórico de otro escritor portugués, Fray Damián Fonseca, relatar con juicioso discurso la *Justa expulsión de los moriscos de España*, sino que, remontando simultáneamente Juan Mendes de Vasconcelos los vuelos poéticos de su imaginación á las cumbres de la epopeya, celebró doblemente un suceso al que pudo apellidar, por título de su poema, *La liga deshecha por la expulsión de los moriscos de España*. Y todavía un siglo después, reivindicada de nuevo por Portugal su independencia nacional y política, un cuarto poeta épico de aquel país, Francisco Botelho de Moraes y Vasconcelos, volvió á ensalzar grandezas españolas, publicando en Barcelona, en 1701, su epopeya de *El Nuevo Mundo* y los triunfos que siguieron para los españoles, en América, al admirable y arriesgado descubrimiento de aquel ignoto continente por el genio intrépido de España y la constancia audaz de Cristóbal Colón.

El no largo espacio de tiempo en que aquel pedazo de la Península vivió y prosperó unido y ligado al resto de la monarquía española, los vínculos de la literatura fueron tan fuertes é hicieron progresos tales, que á haber durado aquel movimiento de compenetración mutua un siglo más, la fusión hubiera sido completa é inextinguible. La poesía lírica y la poesía dramática prestaron poderosos y atractivos elementos á esta recíproca solicitud. Los nombres de los que lanzáronse espontáneamente á esta conquista son muy numerosos, y aunque no todos alcanzaron la altura que en los versos sueltos tocaron el Marqués de Alenquer, Francisco de Francia y Acosta, Antonio López de Vega, D.ª Bernarda Ferreira de la Cerda, Sor Violante y Sor María do Ceo, Manuel Gallegos, Manuel de Faria y Sousa, D. Francisco Manuel de Melo y el comendador de Frontiera, de la Orden de Avis, D. Francisco de Portugal, no les fueron muy á la retaguardia Vicente de Guzmán y Suárez, Pablo Gonzálvez de Andrade, Alonso Alcalá y Herrera, Francisco Matos de Sá, Vasco Mousiño de Quevedo, Esteban Rodríguez de Castro y Francisco Rodríguez Lobo, Diego Bernárdez, D. Melchor de Fonseca Almeida, Simón García Brito, Amador Leal de Carvalho, D.ª Elena de Paz, Francisco Sá de Meneses y Eloy Sá Sotomayor, Manuel Terreiro Gouveia, Juan Vaz, Antonio Alvarez Soares, Antonio Gómez de Oliveira, Vicente Nogueira, Martín Velho Valente, el doctor Miguel de Silveira, Luis Sánchez de Melo, Manuel Thomas, Juan Núñez Freire, Manuel Fernández Raya, Antonio de Souza Macedo y Juan Soares de Alarcao.

Pocos de éstos alcanzaron, sin duda alguna, en la poesía lírica la reputación que en la dramática D. Frey Juan de Matos Fregoso; pero el cimiento echado para la cultura del habla castellana, como expresión de una literatura de carácter nacional entre los dos pueblos, había sido tan fuerte, que todavía perseveró por más de otro siglo la predilección que muchos ingenios portugueses mostraron hacia el castellano, en todas las esferas literarias, pero singularmente en la lírica, en la épica y en la dramática. Cuando ocurrió la muerte de Frey Félix Lope de Vega Carpio, en la *Fama póstuma* que el doctor Juan Pérez de Montalván, bajo los auspicios del Duque de Sesa, dió á la estampa en 1636, aparecieron composiciones poéticas castellanas de quince poetas de Portugal. Otros diez poetas portugueses contribuyeron con sus composiciones en verso castellano, en 1639, á los *Aplausos gratulatorios* que Manuel de Acevedo, estimulado por el mismo claustro de la Universidad Salmantina, dió á las prensas de Barcelona, en honor del Conde-Duque de Olivares, que había restituído el voto de los estudiantes á aquel célebre liceo, cuando sus aulas eran proporcionalmente asistidas por igual número de alumnos de Portugal que de todas las demás regiones de la península. Estas aficiones no descaecieron después de la sublevación de aquel reino contra el dominio de España. En 1648 se publicó en Lisboa una corona de *Varios versos* al feliz matrimonio del infante don Pedro Manuel, y hubo entre los poetas portugueses que á ella concurrieron otros diez que dieron sus poesías en castellano. Dos años más tarde, en 1650, murió D.ª María de Atayde, gran dama de aquella corte, á la que la amistad de la condesa de Penaguim, D.ª Luisa María de Faro, consagró otro obsequio de las musas en unas *Memorias fúnebres*, que se imprimieron entonces. Diez y nueve de los poetas invitados escribieron en el habla de Lope de Vega y Góngora. Al publicar sus *Varias poesías*, en 1658, Pablo Gonçalves de Andrade, veinticinco de los poetas portugueses que le dieron composiciones laudatorias las hicieron castellanas. De 1663 á 1665 floreció en Lisboa la celebrada *Academia dos singulares*. Veintinueve de los poetas que á ella asistían leían siempre sus versos en nuestra lengua. Al año siguiente, en el de 1666, se verificaron los desposorios del rey D. Alfonso VI con la princesa D.ª María Francisca Isabel de Saboya, y se le dedicaron con esta ocasión unos *Aplausos festivos* en verso: ocho de los poetas que en ellos colaboraron lo hicieron en castellano. En Coimbra, en 1690, festejáronse de nuevo las Musas con motivo de las fiestas de la canonización de Santo Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia: hubo diez poetas luso-españoles que prefirieron nuestro idioma al nacional. Otros diez y siete, entre los que se contaban el Conde de Villamayor, D. Hernando Téllez da Silva, el Conde de Ericeira, D. Francisco Xavier de Meneses y el Vizconde de Asseca, D. Diego Correa da Sá, dieron sus versos castellanos, en 1694, á Manuel de Souza Moreira en elogio de su *Teatro histórico y panegírico* de la causa de Souza.

Hasta muy avanzado el siglo XVIII, este movimiento con-



SEPULCRO DEL APÓSTOL, EN LA CATEDRAL.



FACHADA PRINCIPAL DEL MONASTERIO DE SAN MARTÍN PINARIO.



SANTIAGO DE COMPOSTELA (GALICIA).—PEREGRINOS EN LA ESCALINATA DE LA CATEDRAL.

(DIBUJO DE GARCÍA RAMOS.)

tinuó su impulso uniforme. En 1717 publicó José Soares da Silva su *Diario místico en aplausos de la Inmaculada Concepción*, en cuyos versos laudatorios campean ocho poetas portugueses que aun conservaban la hermosa tradición de escribir en el idioma de Cervantes y Calderón de la Barca. Al profesar en 1737, en el convento de Madre de Dios de Lisboa, una dama de la Reina llamada D.ª Luisa María del Pilar, cinco poetas, entre los que todavía se hallaba el ya mencionado Vizconde de Asseca, produjeron composiciones en español; y en español también, en 1746, aparecieron muchas poesías, algunas anónimas, las más con nombres, y nombres ilustres, en la *Fénix renacida*, especie de *Parnaso de Portugal*, análogo al que poco después publicó Sedano en España, destinado á popularizar en la instrucción del pueblo las obras de mayor mérito en toda la literatura considerada en aquel reino como el resultado de la cultura nacional. De los poetas comprendidos en la *Fénix renacida* y que escribieron en castellano, eran sor Violante do Ceo, Francisco de Vasconcellos, Antonio Barbosa Bacelar, Jerónimo de Bahía, Simón Cardoso, Jacinto Freire de Andrade, Diego Monroy y Vasconcellos, Fernán Correa de la Cerda, Bernardo Vieira de la Cerda, Francisco de Mello, y otros.

Son curiosas las relaciones nominales de poetas portugueses que, ó escribieron exclusivamente en castellano, ó promiscuaron escribiendo indistintamente, ya en castellano, ya en portugués, en el siglo XVII, después de la insurrección, y en el siglo XVIII. De estos poetas deben hacerse dos divisiones: los puramente líricos y los dramáticos, á los que no puede menos de agregarse una tercera lista de *poetas judíos*. He aquí un ligero ensayo de estas clasificaciones por orden alfabético.

§ 1.º *Poetas portugueses coetáneos ó posteriores á la proclamación de D. Juan IV que escribieron en castellano.*

Arez Lobo de la Cerda (Francisco).
Barbosa Bacelar (Antonio).
Bothelho de Carvalho (Miguel).
Cámara (Jorge da).
Carvalhal y Vasconcellos (Francisco de).
Coelho Rebello (Manuel).
Correa (D.ª Isabel de).
Correa de Brito (José).
Encarnaçao (Pedro da).
Fonseca Borralho (Manuel da).
Fonseca Soares (Antonio da).
Foyos Pereira (Mendo).
Freire de Andrade (Jacinto).
Froes de Macedo (Andrés).
Gama Lobo y Silva (D.ª Teresa).
Gloria (sor Magdalena).
Henriquez Gómez (Antonio).
Manuel de Melo (D. Francisco).
Melo (D. Francisco).
Meneses (Condes de Ericeira).
(a) D. Fernando, II conde.
(b) D. Luis, III conde.
(bj) D.ª Juana Josefa, III condesa.
(c) D. Francisco Xavier, IV conde.
Meneses (D.ª Leonor, condesa de Serén y de Athouguia).
Monroy y Vasconcellos (Diego).
Moreira (Gonzalo).
Nuñez de Silva (Andrés).
Oliveira da Costa (Simón).
Peixeto (Jerónimo).
Pereira Bracamonte (Domingo).
Pina (Manuel).
Pina y Mendoza (Leoniz).
Pinheiro da Vega (Tomé).
Pinna Pestana (Cipriano).
Pinto Lobato (Roque).
Pinto Moraes (Jorge).
Quental Vieira (Enrique).
Raposo (Antonio).
Rodriguez Rego (Juan).
Soares Alberzaria (P. Manuel, de la Compañía de Jesús).
Soares de Villegas (Fray Francisco).
Soeiro (Manuel).
Tonesao Coelho (Simón).
Valisa (Fray Jerónimo).

§ 2.º SIGLO XVIII.—*Poetas portugueses que escribieron en castellano.*

Botelho de Moraes y Vasconcellos (Francisco).
Botelho de Oliveira (Manuel).
Carneiro Lobán (Estacio).
Castro (D.ª Juana Margarita de).
Coelho (Antonio).
Correa de la Cerda (D. Fernando).
Couto (Felix Luis).
Cunha de Mendoza (Miguel da).
Dias Falaia Soutomaior (Juan).
Faria Arraes (José de).
García Pita (D.ª María Josefa).
Macie (Julián).
Melo (D. Juan Manuel de).
Ossorio de Castro (Jerónimo Bernardo).
Pereira da Silva (Juan).
Soares da Silva (José).
Teresa y Souza (Fray Manuel de Santa).
Tojal da Silva (Manuel).
Vasconcellos y Cunha (Troilo).
Vaz Rego (Pedro).
Victorino (Simón).

§ 3.º SIGLOS XVII Y XVIII.—*Poetas dramáticos que escribieron en castellano.*

Acevedo (D.ª Angela).
Acevedo y Vasconcellos (D. Lorenzo).
Amaral Pinel (Victorino Victoriano Xavier).
Araujo y Castro (Manuel).
Arez da Mota (Gregorio).
Atayde Sotomayor (Francisco de).
Berreira (Fray Isidoro).
Cámara y Toledo (D. Fadrique).
Carvalho de Figuereido (Diego).
Carvalho y Moura (Enrique José de).
Cayetano (Fray Antonio de San).
Cordeiro (Jacinto).
Correa (Juan Antonio).
Costa y Silva (Manuel da).
Couto (Fray Ignacio Xavier de).
Couto Restana (José de).
Faria Cardoso (Juan Crisóstomo).
Fernández de Barros (Antonio).
Figueira (Antonio Benito).
Freire de Andrade (Manuel).
Furtado de Mendoza (Francisco).
Lacerda (Mateo).
Machado (Fray Buenaventura).
Mascarenhas (Vicente).
Matos Fragoso (D. Juan de).
Montero Nayo (Francisco).
Mota Carvalho (Vicente da).
Mota y Silva (José da).
Nogueira y Souza (Manuel).
Nuñez de Barros (Esteban).
Pacheco (Rodrigo).
Pedreira (Manuel).
Pina de Melo (Bernardo).
Sá Rosendo (Matias).
Silva (Isabel da).
Soares Deza y Avila (Vicente).
Soares de Souza (Luis Francisco).
Tavares Mascarenhas de Tavora (Jerónimo).
Tavora de Abreu (Tomé).

El grupo de los poetas judíos que, procedentes de Portugal, habitaron en diversas comarcas de Europa, y principalmente en Holanda, conservando la literatura castellana, á cuya lengua tradujeron sus libros litúrgicos, sus Biblias, sus obras de Filosofía y Medicina, y finalmente sus versos, ofrece también un interés extraordinario. Indudablemente han escapado muchos nombres á esta investigación, pero con los que aquí se ofrecen puede formarse una idea aproximada de la importancia que tiene aportar al acervo común histórico de nuestra literatura lo que con ellos se roza.

Helos aquí:

§ 4.º SIGLOS XVII Y XVIII.—*Poetas judío-lusitanos que escribieron en lengua castellana.*

Abardanel (Jonás).
Abohad da Fonseca (Ishac).
Atheas (Isaac).
Baruch (Nehemias).
Barrios (Miguel de).
Belmonte (Jacob).
Cardoso (Abraham).
Cardoso (Isaac).
Cohen Herreira (Abraham).
Cohen de Lara (David).
Dias (Moisés de Israel).
Ferrar (Abraham).
Gideao (Moisés bel Gilhou).
Leao (Jacob Jehuda Arge).
Neto (David).
Orobio de Castro (Isaac).
Pereira (Abraham Tomás).
Pinto Delgado (Moisés).
Saldaña (Felix).
Silva (Samuel da).
Valle Saldaña (David).

Si enteramente el progreso de la literatura castellana no se ha paralizado en el reino vecino en nuestro siglo, está muy lejos de haber seguido el impulso recibido desde el XIV con el rey D. Pedro I, y que con creciente estímulo se conservó hasta los últimos años del siglo antecedente. El castellano en el reino vecino ha dejado de producir el fértil proselitismo literario de los pasados tiempos. Las dos literaturas se desarrollan en uno y otro país sin el menor contacto, sin hacer sentir la una sobre la otra ni su natural influencia ni su recíproca atracción. El giro de los modernos estudios, al par que la dirección de los intereses modernos, parece que nos divorcian en vez de aproximarnos. No nos parece esto conveniente para las miras, á largo plazo, de una y otra nación peninsular. Pero estas inclinaciones no se imponen ni por la persuasión ni por la fuerza: son hijas del sentimiento, y es indudable que volverán á prevalecer cuando en Portugal se adquiera la convicción de que ninguna clase de afectos es más íntima que las que disfrutan auras de mayor aproximación por la corriente de la simpatía en la uniforme dirección de la inteligencia cultivada, y que no es estar bien imbuído de la inspiración de los propios destinos, ni animados siquiera del instinto de conservación, el desconocer en los días que se consideran felices, bajo la obsesión de cualquiera clase de seducciones, las leyes que ha dado la misma Naturaleza.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

¡SANTIAGO, CIERRA ESPAÑA!

Visión fantástica de un rey vencido en la batalla, que, referida á tropas rudas y predispuestas á lo maravilloso, le sirve para reanimar su amortiguado valor y caer de improviso sobre los vencedores, trocando en laureles su vergüenza; fabulosa leyenda á la que da vida y autoridad histórica un arzobispo filósofo, conocedor de las necesidades de su tiempo y de la influencia poderosa que ejercían en los guerreros los milagros de un Dios al que presentaban enamorado de la fuerza, y que por las armas hacía conocer su voluntad sublime; mito en el que se funda un tributo sobre la propiedad de todos, y que con el nombre de *Voto de Santiago* cobró la Iglesia durante varios siglos; realidad ó fábula..... fué la batalla de Clavijo una hermosa leyenda que amaron nuestros padres, los creadores de la patria española; y en tal batalla á Ramiro de Asturias atribuyeron el grito de *¡Santiago, cierra España!* que no hay lugar en la Iberia en tierra, mar y cielo que no lo haya escuchado entre los estridentes sonidos del combate.

La Iglesia adoptó para el santo la imagen de un caballero en blanco corcel; el espíritu guerrero-religioso creó la poderosa orden de Santiago; el nombre del Apóstol se hizo grito de guerra, y en la Edad Media y albores de la Moderna, ese nombre sintetizó las glorias de una caballería gallarda y aristocrática.

Creció la patria. Tendiendo al viento las banderas despobló sus campos y ciudades, y fuése por el mundo la grey española defendiendo extraños intereses, proclamando caducos ideales, ¡pobre *Quijote!* siempre enamorado de lo grande, siempre fuera de la realidad; y sus viejas tradiciones se olvidaron, y sus gritos guerreros fueron sustituídos por un apellido, y España, omnipotente un día, se hundió con la pesadumbre de su gloria, quedando sin fe, sin ideales, sin esperanza.

De la muerte, la vida; tras laboriosa evolución, fugaces llamaradas, vetas de luz en sombríos horizontes, al fin el haz, la espléndida mañana; creencias, fe, esperanza; ¡la patria que renace! y la gente española va á los orígenes de su historia por lo bueno y puro, por lo que habla de honor, de cielo, de patria. Así los hombres de nuestra Caballería en el año 1892, recordando las glorias de sus mayores, toman el patronato del Santo Apóstol, y en el cándido manto envueltos, por emblema la roja cruz al pecho y el pensamiento en la patria, gritan unánimes y entusiasmados: ¡Salve, salve! ¡Santiago, cierra España!

CARLOS PACHECO.
Primer teniente de Caballería.

DOS HÉROES DE LA CABALLERÍA ESPAÑOLA

D. BERNARDINO DE MENDOZA Y D. CARLOS COLOMA.

Tenemos olvidadas las hazañas de nuestros antepasados; unas sólo los eruditos las conocen, otras las aprecia el vulgo en menos de lo que valen, y las más están reputadas de crueles ó de inútiles entre mucha gente que sólo las ha leído en libros extranjeros. Así sucede con estos dos insignes soldados de la Caballería española en el siglo XVI, los cuales manejaron la pluma tan bien como la espada, y ambas cosas como los mejores de su tiempo.

D. Bernardino de Mendoza fué hermano del Conde de Coruña, D. Lorenzo Suárez de Mendoza, y descendiente del famosísimo primer Marqués de Santillana.

Pasó á Flandes cuando la primera rebelión de aquellos países, tan rigurosamente vencida por el gran Duque de Alba, y allí mandó, primero una compañía y después un tercio de caballería, prestando grandes servicios en cuantas ocasiones se ofrecieron, algunas por cierto muy señaladas, como, por ejemplo, la batalla y toma de Mons y la batalla de Mook. Recompensó el Rey sus muchos y grandes servicios con el hábito de Santiago y otras mercedes.

Después fué embajador en Inglaterra y Francia, mostrándose tan buen diplomático como guerrero, y digno de habérselas con Isabel de Inglaterra y Enrique IV de Francia. Cuando éste puso sitio á París, D. Bernardino fué uno de los principales defensores de la ciudad, debiéndosele sin duda que llegase á tiempo de socorrerla el Duque de Parma con el ejército español. Las fatigas que entonces sufrió, sobrepuestas á los trabajos de las pasadas guerras, le quebrantaron la salud, en términos que tuvo que pedir al Rey licencia pora retirarse del servicio. Algo mejoró con el descanso, pero perdió del todo la vista, y, ya ciego, se retiró á una celda del monasterio de San Bernardo, de Madrid. Sus restos mortales fueron conducidos á Torija, donde está el panteón de su familia.

Dejó escritas, entre otras obras, una *Arenga al rey Enrique III de Francia;* la *Teoría y práctica de la guerra, dirigida al príncipe D. Felipe;* los *Comentarios de lo sucedido en los Países Bajos desde el año de 1567 al de 1577;* y, por último, *Los seis libros de la política de Justo Lipsio*, traducidos al castellano. Los *Comentarios* son, sin duda, la mejor narración militar que hay en nuestra lengua, de la misma suerte que Mendoza fué uno de los mejores jefes que ha tenido nuestra Caballería.

No pudiendo referir aquí su vida, recordaremos brevemente lo que hizo en la batalla de Mook.

El ejército enemigo, en numero de 6.000 infantes y 2.000 caballos, venía gobernado por los Condes de Orange, con gana de pelear, por ver á los españoles inferiores en número. Mandábalos Sancho Dávila, uno de nuestros mejores generales de Flandes; y serían sobre 4.000 de á pie, y 800 de á caballo; todos soldados viejos.

Rompieron el fuego 100 arcabuceros, mandados por el capitán D. Diego Montesdoca, y pronto se trabó gruesa escaramuza, acometiendo los nuestros con tanto ardimiento á los holandeses, que aunque éstos eran más y tiraban cubiertos por las trincheras, en cosa de hora y media los desalojaron de ellas. Recobráronlas los rebeldes con el refuerzo de 10 banderas que les llegó, pero de nuevo se la ganaron los españoles. Cerraron las picas, después de haber hincado rodilla en tierra y de haber estado en oración espacio de un Padre Nuestro y un Ave María, y con tal gallardía y arrojo lo hicieron, ayudados por una manga de arcabuceros y mosqueteros, que pusieron en fuga al enemigo á espaldas vueltas, no sin brava pelea, pues de lo nutrido del fuego se juzgará con sólo decir que al alférez Benítez le dieron quince balazos, *de los que no murió*, dice el propio Mendoza, sin mostrarse admirado.

El conde Luis de Orange esperaba al frente de su numerosa caballería á que los nuestros se desordenasen con el afán de completar la victoria, para cargar sobre ellos y desbaratarlos completamente, lo cual visto por Mendoza, cargó con su gente de frente y de costado (para lo que desde el principio, y previendo lo que sucedió, la tenía dispuesta), rompiendo á la contraria. Pero viendo que ésta se rehacía, mandó á Antonio de Olivera, jefe del tercer escuadrón de lanzas, que viese lo que viese, no hiciera movimiento alguno sin su orden, con cuya prevención se aseguró la batalla, pues volviendo los holandeses á la carga, se la dieron tan recia los nuestros, que les obligaron á dejar definitivamente la partida.

De los vencidos escaparon pocos, quedando entre los muertos ambos jefes.

Tal efecto produjeron las oportunas y bien dirigidas cargas mandadas por Mendoza, ateniéndose, según él mismo declara, á consejos que en otro tiempo le diera el Duque de Alba.

°°°

D. Carlos Coloma era de la ilustre casa de los Condes de Elda. Nació en Alicante, en 1573, y á los quince años marchó á Flandes, á servir de soldado, con una pica. A los diez y nueve era ya capitán de lanzas españolas, mostrando gran valor é inteligencia en toda la campaña de Francia. En la guerra contra Enrique IV hallamos también á Coloma prestando grandes servicios. En 1597 ascendió á Sargento mayor y después á Maestre de campo, ocupando con su tercio la isla de Bomel.

También fué Coloma diplomático insigne. Felipe II le mandó de embajador á Inglaterra en circunstancias harto difíciles. Después tuvo á su cargo los gobiernos del Cambresí y del Milanesado. El Rey le nombró Marqués de la Espina, dándole otras recompensas, ninguna superior á sus méritos, que los tuvo grandísimos.

De que fué excelente escritor dan buena muestra su traducción de Tácito, y más todavía *Las guerras de los Estados Bajos*, en algunos pasajes de cuya obra llegó á igualarse á Mendoza.

Referiremos un episodio de sus campañas, menos sabido de lo que debiera.

Sitiaban los españoles á Cambray, y la iban apretando cada vez más, á pesar de la buena defensa que hacía su gobernador. La caballería francesa, que la había mucha y buena en la guarnición, corría los campos con frecuencia, y blasonaba de mejor y más valiente que la española. El general D. Agustín Mesía envió á decir al Gobernador (que lo era Mr. de Valigny) que deseaba decidir aquel pleito, y que para ello sería conveniente que saliesen 200 caballos franceses á verse con otros tantos españoles. Aceptó el francés, visto lo cual, mandó á D. Carlos Coloma que tomase 200 caballos escogidos y fuese á hacer una emboscada en el Casar de Nava, para apoderarse del ganado que el enemigo solía sacar á pacer por aquella parte, y pelease

con la caballería francesa, que seguramente mandaría salir el Gobernador luego que los viese.

Marchó Coloma dos horas antes de amanecer á ponerse en la emboscada, y en teniendo aviso de haber salido el ganado, puso la gente de esta manera (y en esto le copiamos casi textualmente): dió la vanguardia á Pedro Gallego con su compañía y la mitad de otra, que serían en total 50 arcabuceros; seguían D. Carlos Coloma y D. Francisco Pradilla con sesenta lanzas; tras ellos iban los tenientes Navajas y Rodríguez, con el alférez Chaves y cuarenta corazas. De retaguardia iba el capitán Salazar con otras cincuenta. Acometió Gallego, llegando á las puertas de la ciudad y comenzando á retirar el ganado. Los nuestros desafiaban al enemigo, corriendo por el campo, y en Cambray se tocaba arma muy vivamente.

Sucedió en esto que llegó fuerte golpe de caballería francesa, la cual venía de Perona y San Quintín, y viendo á los nuestros, hizo demostración de cargar. Coloma mandó retirar el ganado cogido, haciendo que lo custodiaran veinte lanzas, para librarse de aquel embarazo, y aunque el enemigo era mucho más numeroso que su gente, determinó acometerle. Con tal denuedo embistieron los nuestros, que, á pesar de ser tan fuerte el escuadrón francés, le rompieron y desbarataron; pero habiéndose lanzado en su persecución Salazar, que traía la retaguardia, hallóse envuelto por la caballería francesa, que se venía rehaciendo. Oyendo Coloma y Pradilla tiros en la retaguardia, dejaron el alcance y pasaron de nuevo por medio del enemigo, viniendo á juntarse con Salazar. Los franceses se retiraron mohinos y escarmentados, muy desordenadamente, con muerte de más de cuarenta caballeros principales y gran desesperación de Valigny, que se mesaba los cabellos y las barbas, y llamaba cobardes á los suyos, porque siendo tantos se habían dejado vencer de tan pocos.

En este encuentro entre jinetes españoles y franceses quedaron los nuestros, no por tan buenos como éstos, según ocurrió en el famoso reto de Italia, sino por mejores, como quería el Gran Capitán.

Me ha parecido que el traerlo á la memoria de algunos era un buen homenaje hecho á la Caballería española en el día de Santiago.

G. R.

EL RETRATO DEL CZAR.

I.

MITRI Semonovitch, con los ojos bañados de lágrimas, miró á través del vidrio el panorama árido que se descubría desde el carruaje: el cielo era diáfano, el sol bañaba de oro la polvorienta planicie.

Cruzábamos las Ventas. De sus fonduchos de tabla, de sus destartalados ventorros, surgía un ruido heterogéneo de tocatas populares, que ejecutaban los cilindros de los pianos; carcajadas, gritos, recio batir de palmas: en un segundo contemplamos las escenas populares de *juergas*, bailoteo y merendonas: un hartazgo de placeres que casi siempre resultan groseros.

Dmitri, con los ojos muy abiertos, miraba aquella gente que se agitaba con la epilepsia de una alegría bulliciosa.

Respeté el silencio de mi amigo, y recordé emocionado la escena que media hora antes hube de presenciar al verificarse el sepelio de Sacha, la mujer de Semonovitch.

El cadáver, envuelto en una túnica blanca, parecía una estatua de piedra: el rostro, hermosamente modelado, tenía ese aspecto de austera placidez que da la muerte; los pliegues del sudario parecían artificiosamente dispuestos, y su fina urdimbre dejaba entrever el cuerpo de la difunta.

Dmitri aferró las manos al borde del féretro, y doblando su busto sobre Sacha, depositó en su frente un tierno beso de despedida.

Cuando uno de los enterradores fué á cerrar el féretro, Dmitri exclamó:

—No, aun no.

Y sepultando la diestra en el bolsillo interior de la americana, sacó de él un retrato fotográfico del Czar de Rusia.

Depositó la fotografía sobre el pecho de la muerta, y como si pudiera comprenderle, dijo solemnemente:

—Sacha Petrowa, te pertenece.

Dicho esto, ordenó á los enterradores que continuaran su triste faena.

Siguió con la vista la operación de encajar el féretro en el nicho recién blanqueado; al ver colocada la losa de mármol negro, me dijo nerviosamente:

—Vámonos ya, amigo mío.

De nuevo el cementerio recobró su calma: sólo el ciprés que había en el centro del patio, inundada de sol su copa, se balanceaba, y sus balanceos susurrantes eran como desmayados suspiros de vida en la mansión de la muerte.

II.

—Amigo mío, antes de explicar á usted lo ocurrido en el cementerio—me dijo Dmitri con acento en que se revelaba su emoción—es necesario que retroceda á los tiempos de mi juventud. En tal época era yo uno de los más furibundos nihilistas. Tenía arraigado al corazón un odio á muerte al «Padre», al autócrata. Yo, como tantos otros secuaces del nihilismo, quería mi país libre. ¡Oh, la hermosa libertad!..... Nosotros los rusos la entendemos á nuestra manera. No es extraño: en nuestra nación millares de seres arrrastran una vida miserable y triste; una existencia de topos. Los pobres, los *stepmaks*, ó habitantes de las estepas, son tiranizados por los Príncipes. En el siglo del progreso, veía yo á mis conciudadanos como tortugas que aun caminaban á través de pasados siglos de un feudalismo tan irritante como vergonzoso. (Dmitri, á medida que avanzaba en su discurso, acentuaba sus apóstrofes: su mirada era febril.) Se detuvo un momento, y con voz más suave continuó:

—Pero me alejo de mi historia. ¡Le hace á uno ser tan charlatán el recuerdo de la patria!..... Concretándome sólo á los hechos episódicos, es el caso que, con objeto de dar cima á un terrible acuerdo de los nihilistas, emprendí un viaje á Itoff, aldea enclavada en las estepas, y distante de la vía férrea unas cuantas *verstes* (1). Itoff, como la mayoría de los pueblos rusos, no se compone más que de una docena de *izbas* (2), agrupadas en derredor de una iglesia regida por el *pope* (3). La parte civil está á cargo del *Staroste* (4).

Disfrazado de buhonero llegué á Itoff al anochecer de un endiablado día de Diciembre. La nieve—ya cuajada—cubría la estepa de albo sudario: su reverberante claridad fatigaba los ojos. El cielo ostentábase no menos blanco que la tierra. Visto á lo lejos, el caserío de Itoff semejaba un grupo de golondrinas posadas sobre la nieve.....

En la primera izba que encontré hice alto. Una joven de ojos azules, mejillas de rosa y pelo rubio, sujeto con un *pavoinik* ó diadema, salió á recibirme.

—Hermana—la dije, no repuesto aún de la sorpresa que su belleza me produjo—desearía me permitieseis descansar en vuestra izba.

—Pasad—replicó graciosamente.—Agathón Terentieff, mi padre, tendrá mucho placer en recibiros.

Dirigí á la joven una cariñosa mirada de gratitud y penetré en el interior de la casa. Sentado junto al fuego que ardía en el lar, vi á un viejo de luenga barba canosa y aspecto venerable.

Mi acompañante le explicó en pocas palabras mi pretensión, y el viejo, dirigiéndose á mí, replicó:

—Podéis permanecer en mi casa todo el tiempo que os acomode.

É indicándome con la mano que dejara sobre una mesa mi caja de baratijas, continuó:

—Sentaos cerca del fuego.

Obedecí con tanto más gusto, cuanto que sentía mis músculos casi helados.

—Según parece—me preguntó—¿sois vendedor ambulante?.....

—Así es—afirmé.

—En Itoff no haréis gran negocio. ¡Andan tan escasos los *grivenik!* (5). Si acaso, las *babas* (6) os comprarán alguna chuchería para engalanarse..... Creedme, no son estos tiempos como aquellos en que yo servía en la Guardia Imperial á nuestro buen «Padre» Alejandrowitch (y el viejo se quitó respetuosamente la gorra de pieles que resguardaba su calva).

Por no hacerme sospechoso, incliné también mi cabeza.

Agathón parecía querer desquitarse conmigo del forzado silencio á que su soledad le condenaba. Me habló de muchas cosas: de cuando él, Agathón Terentieff, era soldado; de sus campañas, de su casamiento, de Sacha, su hija, de la muerte de Ana Irowich, su esposa. Escuchábale sin interrumpir su verbosidad ni contrariarle en su maniática creencia de que todo lo malo era de hoy y todo lo bueno de ayer.

Interrumpió Sacha la conversación de su padre sirviéndonos la cena, compuesta de gachas de centeno y té.

Después de cenar tan parcamente, Sacha me señaló un aposento inmediato al que ocupábamos, diciéndome:

—Ese es vuestro dormitorio Dmitri. Descansad y buenas noches.

El cuarto que me destinaban tenía una ventana abierta á espaldas de la izba. Cuando juzgué que todo dormía en Itoff, como un forajido me descolgué por la ventana y me dirigí á través del nevado campo hacia la vía férrea. Mis botas al pisar la nieve armaban un «cloc, cloc» que me desesperaba.

Sudoroso aún por la rapidez de la marcha, me puse á trabajar en el espacio de terreno comprendido entre los rails de la vía. Trabajaba ardorosamente. Itoff en la lejanía, alumbrado de lleno por la luna, con sus techumbres nevadas, era como una fantástica agrupación de casas de plata.

Abierto el hoyo y trazado el surco, deposité cuidadosamente la bomba y tendí la mecha, á la que recubría una tela impermeable. Hecho esto, volví á rellenarlo todo de tierra, y extendí sobre ésta una capa de nieve. No me faltaba más que hacer una señal en el sitio en que debía prender fuego á la mecha. La hice, y regresé á la izba de Agathón, penetrando en ella del mismo modo que había salido, por la ventana.

Me acosté, rendido por el trabajo realizado, pero le confieso á usted ingenuamente que en mi vida he pasado noche de mayor angustia; á obscuras, y escuchando el continuo golpetear del agua-nieve que, desprendiéndose del tejado, caía sobre las charcas, me quedé traspuesto. Me invadió la pesadilla: una pesadilla atroz, con su cortejo de fantasmagóricas visiones y cuadros disparatados. Aun la recuerdo con espanto. Pasaba el tren Real; explotaba la bomba á su paso, y los coches se astillaban en mil partes; seguía á esto un clamoreo indescriptible; ayes agónicos; entre las astillas veíanse rostros cadavéricos, impresa en ellos la mueca del espanto, cabezas ensangrentadas, cuerpos mutilados; aquí y acullá, á todo lo largo del convoy, iniciábanse las llamas de un incendio que pronto borraría con su roja lengua tan espeluznante miseria; la máquina, caída en tierra, casi enterrada, parecía una fiera monstruosa, negra, á la que hubieran acabado de cortar sus patas y rugiese desesperadamente; los escapes del vapor sibilante eran rugidos..... Envolviendo este cuadro que crizaba los cabellos, una nube negra que todo lo invadía, y en la nube, en letras que parecían hechas de fuegos fatuos, un nombre, el mío, y yo mismo me veía dentro de la nube, muerto, ensangrentado el pecho. La justicia de los hombres me había hecho su víctima, pero yo con mi sacrificio redimía millones de víctimas. La decoración cambió de repente, y me vi otra vez pletórico de vida, dando el brazo á una mujer hermosa: Sacha Petrowa. Reclinaba amorosamente en mi hombro su cabeza virginal. A nuestro lado, y con paso torpe, caminaba Agathón. Delante de nosotros correteaban dos niños que parecían dos ángeles, vestidos á la rusa. El contraste de los cuadros no podía ser más brusco: la fatal apoteosis del fanático, repulsiva, sangrienta, luctuosa, y el plácido idilio de dos seres que se recreaban en su obra: aquellos dos ángeles.

....

Desperté azorado. Aun creía hallarme bajo la influencia de la pesadilla. Me arrojé de la cama, me vestí apresuradamente, y abrí la ventana.

Amanecía. El cielo ostentaba una triste claridad que iba abrillantándose: en la línea de Oriente la estepa helada y las nubes blancuzcas se confundían en una reverberación que hacía daño á la vista.

Le hago á usted gracia de los pensamientos que poblaron mi mente al contemplar aquella desmayada vuelta del día. Por una relación incomprensible de ideas, la sabana de nieve se me antojó mi vida monótona, fría, sin cariños, con un odio implacable al soberano, tal vez por mi mismo desheredamiento. Miré hacia el punto en que la noche precedente había depositado la bomba, y me estremecí de espanto..... Sentía horror de mí mismo. Me taché de «cobarde», y no obstante, mis energías de la víspera no se despertaron: sólo había oculto en mi corazón el destello de luz; el recuerdo de Sacha Petrowa.....

—¡Si esto fuera posible!—pensaba.—¡Si lo que la fantasía levantó deleznable lo hiciera firme la realidad!..... ¿Y por qué no?.....

—Pero ¡bah!—me dije—todo son chiquilladas, romanticismos, tonterías, en fin.

III.

Temblándome el pulso, como á una débil mujer, prendí fuego á la mecha..... Miré á todos lados..... Nadie me había visto..... Mi propósito era abandonar á Itoff antes de que se produjese la catástrofe, pero no sé qué me atraía á la casa de Agathón.

En el camino me encontré á Sacha.

La joven cambió conmigo un saludo y me preguntó:

—Dmitri, ¿queréis acompañarme?

—Con alma y vida—me apresuré á contestarla.

—¡El pobre Agathón—suspiró Sacha—harto siente no poder acompañarme!..... ¡Le pesan tanto las piernas!..... De seguro que cuando os diga dónde vamos os alegraréis..... ¡Vamos á ver al «Padre»!

—¿Al «Padre»?.....

—Sí, al Czar—afirmó Sacha, batiendo sus manos.—¿Le conocéis?.....

La pregunta me hizo temblar de pies á cabeza. Tartamudeé «sí», y Sacha continuó:

—Vamos cerca de la vía y le saludaremos al paso.

—¿Tanto queréis al Czar, hermosa Sacha?.....

—Muchísimo..... ¿quién no ha de quererle, siendo tan bueno?..... Sólo esos desalmados de nihilistas.....

El apóstrofe me hirió en lo más hondo. Y sin embargo, no protesté.

—Gracias al «Padre», el bueno de Agathón no ha muerto. ¡Ya veis si le debemos gratitud!.....

—¿Gratitud?—repetí estúpidamente.

—Sí, Dmitri. Oid. El hecho no puedo ser más sencillo..... Ya sabéis que mi padre ha pertenecido á la Guardia Imperial. Pues bien; una mañana en que caían grandes copos de nieve, mi padre, que estaba de servicio á campo raso, cayó sin sentido al suelo, casi helado. La Providencia hizo que el Czar pasara, y al ver así á Agathón acudiera en su auxilio. Le friccionó las sienes y las manos con hielo, le ayudó á levantarse y, dándole el brazo, le llevó á Palacio y le hizo sentar á su mesa..... El Emperador aun se acuerda de nosotros. Todos los años nos envía un presente..... ¡Eh! Dmitri, ¿qué os parece mi historia?.....

—Conmovedora—balbuceé, emocionado del sencillo relato de Sacha.

El remordimiento se apoderó de mí; en mi cerebro hubo una gran revolución de ideas. Me hallé el más miserable de los hombres. El rey que así practica la caridad, realmente es un «Padre», y su persona debe ser sagrada para sus súbditos. Vi mi obra como la de un asesino; me pareció una monstruosidad la idea política tremebunda que á tales extremos me empujara. Además, la vista de aquella mujer cándida y hermosa que, confiada, iba á mi lado sin sospechar la negrura de mi alma, me produjo una reacción saludable. Pero antes de decidirme á ejecutar lo que mi conciencia me dictaba, tuve un gran egoísmo. Sin recapacitar nada, siguiendo la inspiración del momento, así dulcemente las manos de la joven, y, conmovido, la pregunté:

—¿Quieres ser mi mujer, Sacha?

El asombro se retrató en su semblante; pero debió encontrar tal sinceridad en mi acento, que, dejándome abandonadas sus manos entre las mías, me dirigió una mirada en la que leí un poema de dicha.

Olvidé lo horrible de aquellos momentos, del atentado hacia el «Padre».....

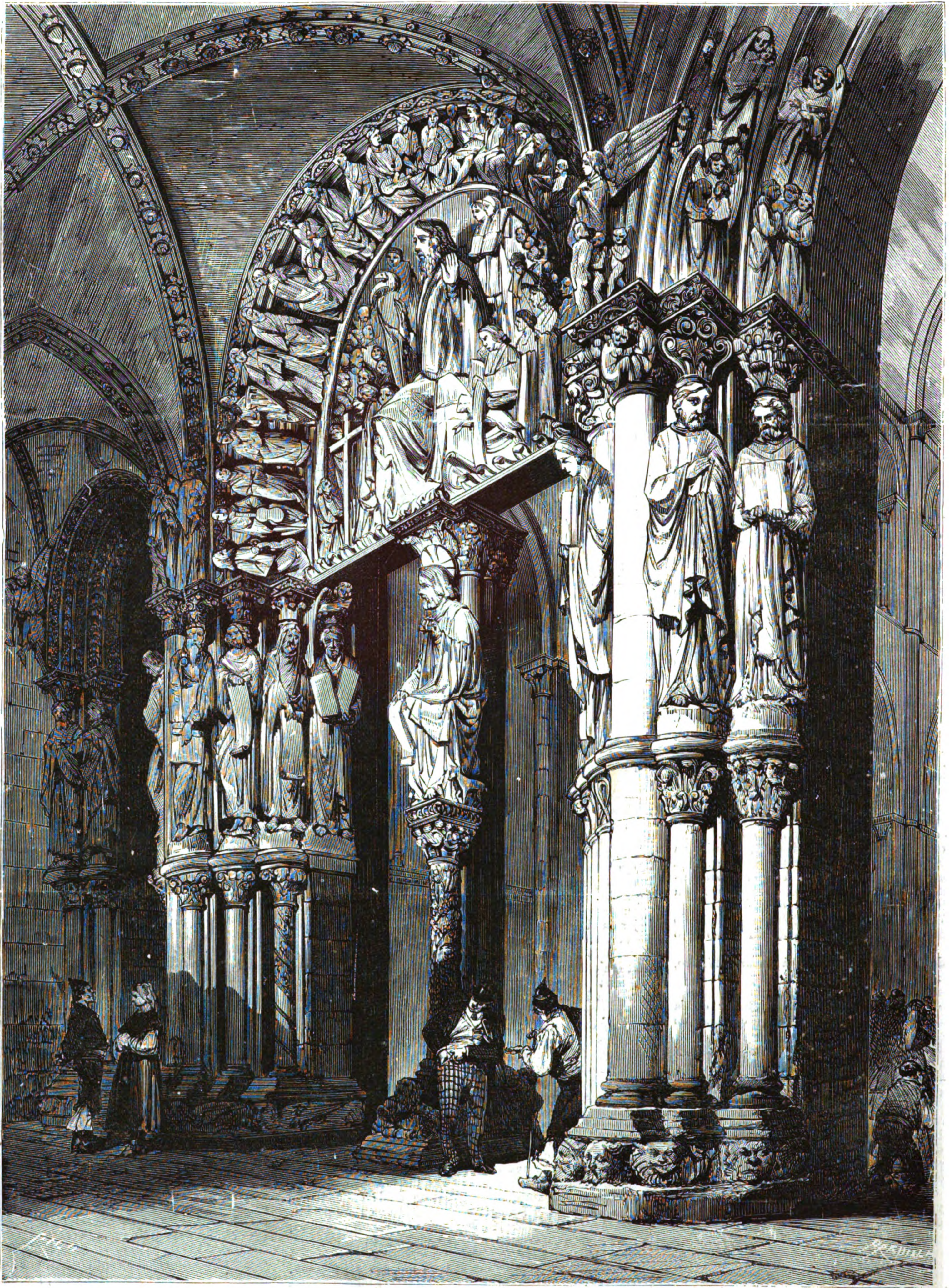
Me volvió á la realidad la trepidación de un tren que se acercaba.

Sin decir nada á mi prometida, me separé de su lado y corrí al sitio en que se encontraba la bomba.

Llegué á tiempo de cortar la mecha. Un minuto más, y la tragedia se hubiera realizado.

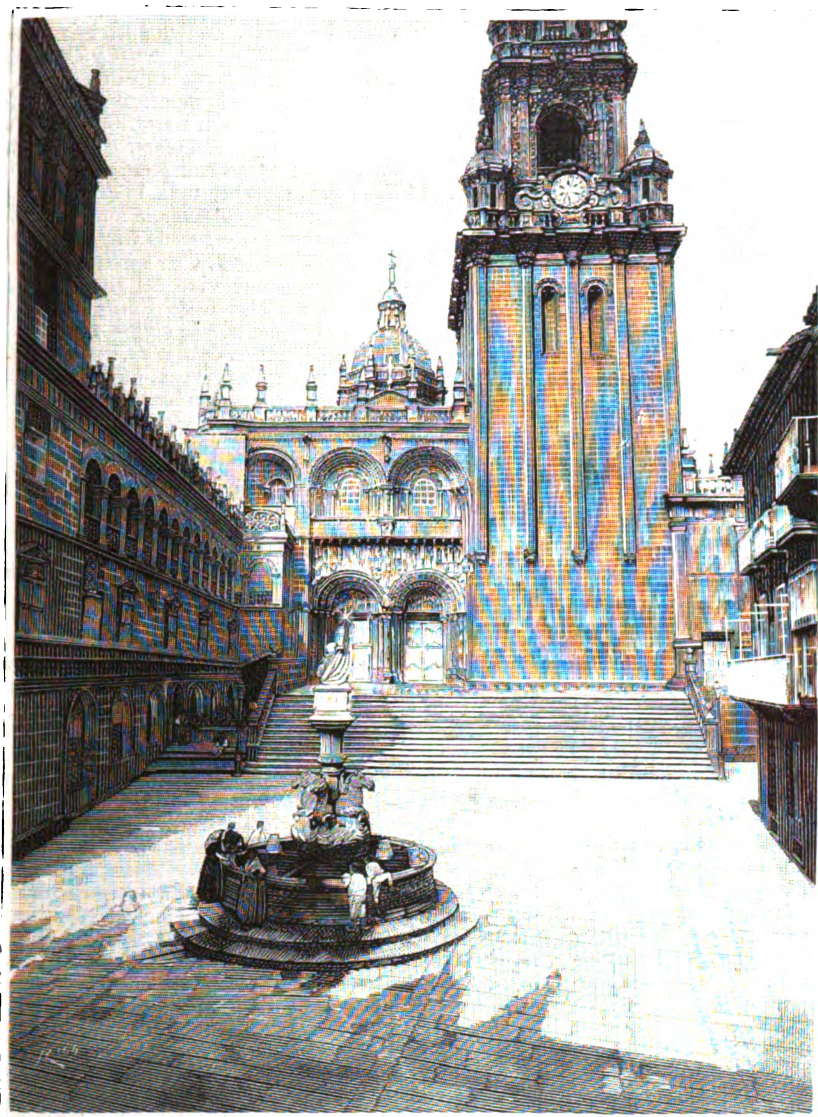
Cuando terminé vi á Sacha á mi lado. Debió de comprenderlo todo, pero calló. El tren Real pasaba en aquel momento. Sacha agitó al aire su pañuelo blanco: yo me descubrí respetuosamente.

(1) Kilómetros.
(2) Casas.
(3) Cura.
(4) Alcalde.
(5) Moneda equivalente á 0,50 de peseta.
(6) Aldeanas.



SANTIAGO DE COMPOSTELA (GALICIA).—EL PÓRTICO DE LA GLORIA.

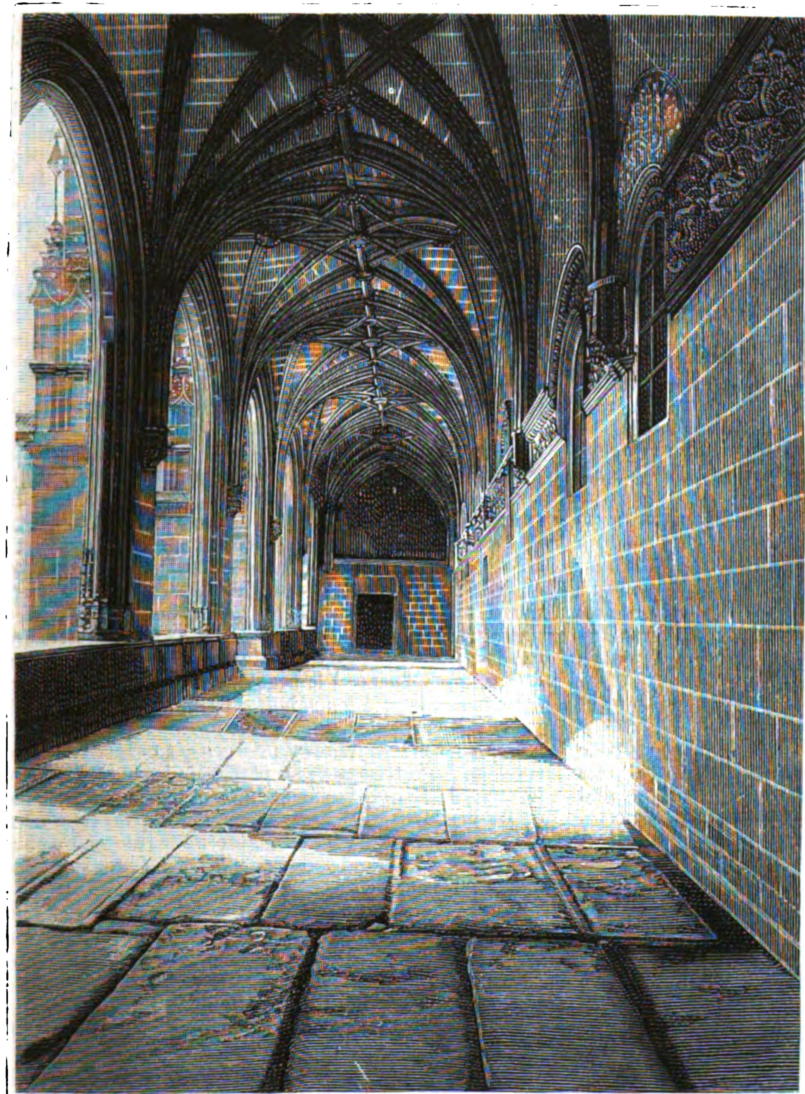
(DIBUJO DE PRADILLA.)



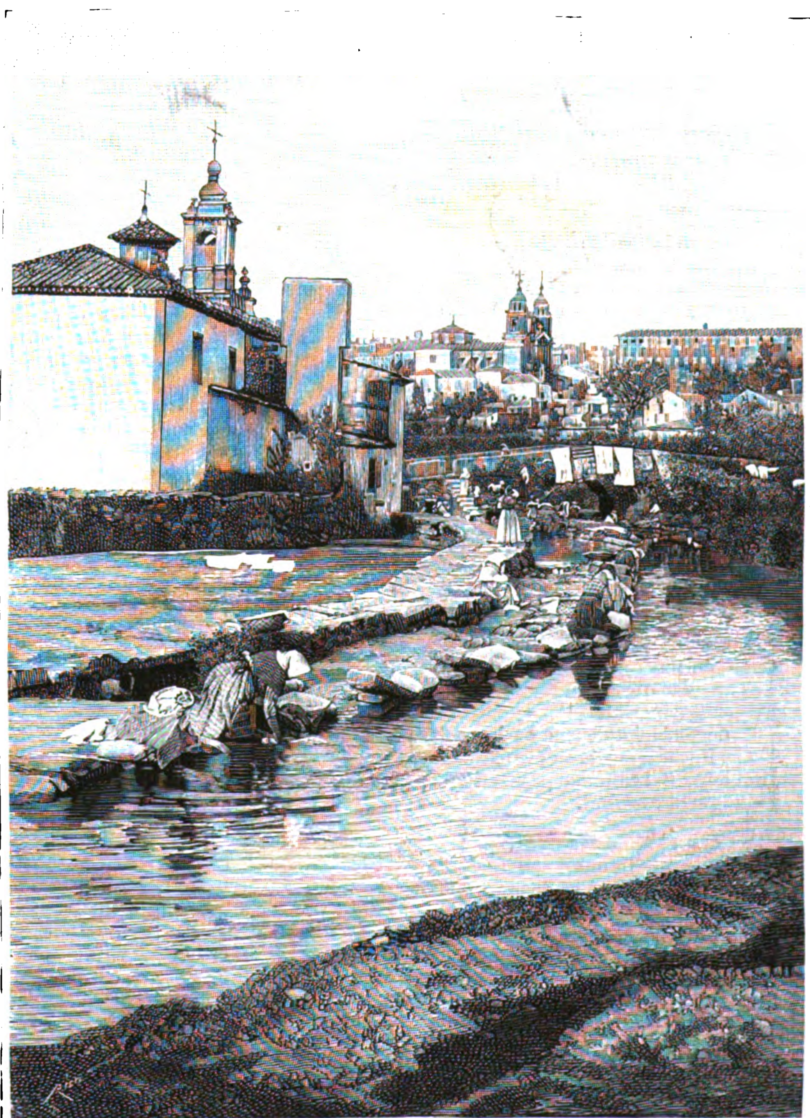
FACHADA SUR DE LA CATEDRAL, LLAMADA DE LAS PLATERÍAS.



ÁNGULO DEL CLAUSTRO INMEDIATO Á LA FACHADA DE LAS PLATERÍAS.



VISTA DE UNO DE LOS LADOS DEL CLAUSTRO.



ALREDEDORES DE SANTIAGO.—EL CARMEN DE ABAJO.

SANTIAGO DE COMPOSTELA (GALICIA).—DETALLES DE LA CATEDRAL Y ALREDEDORES DE LA CIUDAD.

Dmitri hizo una pausa.

—Después—continuó—un *pope* nos unió á Sacha y á mí. Para no sufrir las iras de los nihilistas que me acusaban de traidor á su causa, emigré de Rusia, refugiándome en España, por serme familiares su lengua y costumbres.

....

El retrato depositado en el féretro se lo dedicó el Emperador á Sacha cuando fué á despedirse de él.

Dmitri Semonovitch, al decirme esto, cerró por un momento los ojos como si quisiera recordar una imagen para él muy querida.

Indudablemente la de Sacha.....

ALEJANDRO LARRUBIERA.

SANTIAGO, APÓSTOL.

SONETO.

—¡Santiago, cierra España! En algún día
Este grito, esparcido por el viento,
Dando á nuestras legiones ardimiento
Pavor á las contrarias infundía.
Le oyeron las llanuras de Pavía
Y Roma, conmovida en su cimiento;
Del mar rasgando el seno turbulento
Paso en las selvas vírgenes abría.
Granada y Maestrick, Túnez y Otumba
Le recuerdan aún; del Apenino
En las gargantas fragoroso zumba;
Y triunfa de los hombres y el destino
Con una cruz, un templo y una tumba
Donde se postra y reza el peregrino.

MANUEL DEL PALACIO.

COMPOSTELA.

De la medrosa noche entre el misterio
Cuando todo al reposo está entregado,
Pláceme en ancha capa arrebujado
Recorrer cual un duende la ciudad,
Subido hasta los ojos el embozo
Y calado el sombrero hasta las cejas,
Evocando románticas consejas
Al confuso recuerdo de otra edad.

Ver entre pardas nubes, cual hermosa
Dama que pudibunda se recata,
A la luna mostrar su faz de plata
Lanzando rayos de argentada luz;
Y á los densos y obscuros nubarrones,
Por el cielo cruzando,
Fugaces ir tomando
Mil caprichosas formas al trasluz.

Y aquí, en un templo, gótico, sombrío,
Columbrar triste luz tímida é inquieta,
Y contemplar la informe silüeta
De la pesada mole secular,
Y en el espacio ver cuál se destaca,
Inmóvil, solitario,
Como gentil fantasma, el campanario,
Símbolo de la fe, que induce á orar.

Y entre la muda sombra con que envuelve
La población dormida
Sus calles, otra vida
Recordar de grandeza y esplendor,
Y ver á tal recuerdo en la penumbra
Recatados cruzar y aventureros,
Tapadas dueñas, damas y guerreros
Que el espíritu crea soñador.

Y ora perderme en lóbrega calleja,
Y entre la densa sombra misteriosa,
Con planta recelosa,
Trasgos y horribles brujas perseguir;
Ora parado ante el desierto pórtico
De vetusto convento,
El lúgubre concento
De salmodiosos cánticos oir.....

Luego cruzar con cauteloso paso,
Como en pos de arriesgadas aventuras,
Las arcadas obscuras
De triste soportal;
Y después detenerme en la ancha plaza
Do se levanta austera al firmamento,
Emblema del humano pensamiento,
La augusta catedral.

Ya con el alma inquieta,
Escudriñando inmunda encrucijada
Por fantástica luz iluminada,
Recordar legendaria tradición;
Ya de viejo palacio fastuoso,
Al pararme á soñar ante la reja,
Romántica pareja
Forjarme en mi ilusión.

Y escuchar cómo el cierzo,
Los muros azotando,
Raudo gira, silbando
Por empinada calle al discurrir;
Y del ave nocturna,
Que al sonar de mis pasos deja el nido,
Escuchar el graznido,
Y el rumor de sus alas percibir.....

¡Oh Compostela augusta! Si en la noche,
Cuando todo al reposo está entregado,
En mi capa embozado,
Entre tus calles piérdome al azar;
Transportado me siento á otras edades
En que á la faz de un mundo reverente,
Eras en Occidente
De la fe sacrosanto luminar.

Veo acudir á ti, moderna Atenas,
Desde opuestas regiones,
Las fervientes é innúmeras legiones
Que atraía hasta ti la devoción;
Recuerdo tu grandeza de otros tiempos,
Tu esplendor, tu pasado poderío,
Y entusiasta se oprime el pecho mío,
Dominado por honda admiración!.....

EMILIO FERNÁNDEZ VAAMONDE.

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

El *Cymryggddions* en Carnarvon (Inglaterra): las tradiciones y las fiestas celtas; los poetas y los santos: la raza y el humor.—Los felibres y su regionalismo: Jules Lemaitre, nuevo presidente; las escuelas y sus tendencias; el programa; los cofrades de París; los felibres del Mediodía de Francia.

SON estos ardorosos días caniculares tiempo de verdadera primavera, y nada más, en el Norte de Europa, con mucha luz, esplendorosa luz para aquellas latitudes, pero con una temperatura como la nuestra de fines de Abril á mediados de Mayo. Con el tibio calor y viva luz brotan ahora allí todo linaje de pasajeras flores, y al alegrarse la Naturaleza, alégrase también el espíritu, y se festejan las tradiciones populares, y se mueven las gentes, y se llenan los vasos de suaves disoluciones alcohólicas y de abundante espuma, y el aire de vibrantes armonías, por hombres y doncellas y chicos y matronas y viejos, coreadas. Entre los pueblos que con mayor pasión conservan y festejan el recuerdo de sus tradiciones, está el celta, el galo, el que en la historia de mi tierra alavesa dejó su nombre ó rastros en Gaelamendi, en Gaelduy y en Eguílaz, Arrizala y Cuartango; el que hace hermanas á muchas de las poblaciones de las costas de Escocia, Gales, Irlanda, Bretaña y Galicia. Pues bien; los celtas ingleses que viven entre el elevado Snowdon y el estrecho de Menai, frente á la isla de Holyead ó Anglesea, en Carnarvon y Bangor, á la entrada meridional del mar de Irlanda, están celebrando en estos días la fiesta *Cymryggddions* ó el *Eisteddfod* nacional, con sus juegos florales regionales, que algo conservan, en efecto, de la antigua lengua, poesía y arte celta. Ese algo puede entreverlo el lector al hacerse cargo del título de estas populares solemnidades, ya citado atrás, y saber, por ejemplo, que hay entre los santos tradicionales de aquella gente uno que se llama: «Colleng, ap Gwinog, ap Clyddwg, ap Corwdda, ap Caradok Freychfras, ap Llyr merini, ap Exnion Irth, ap Kunedda Wledeig!», cuya dificilísima pronunciación y retención espanta, lo mismo á los filólogos germanos y sajones que á los latinos.

Asisten á las fiestas de Bangor el Príncipe y la Princesa de Gales, tan entusiastas y tan partidarios del sostenimiento de todas las tradiciones regionales, cuyo culto glorifican y alientan. Conságranse en ellas la lengua, la literatura, las costumbres típicas, las aspiraciones autonómicas de la comarca, dentro del más decidido amor á la patria común, y no hay nadie que quiera pasar por tan burdo y atrasado que se atreva á combatir lo que este culto á la raza, á la tradición y á la libertad comarcana significa.

Allí, como en nuestra tierra vascongada, hay bardos ó poetas naturales, *bersularis ó koblakaris*, que improvisan sencillas composiciones en verso, ante el concurso del público que les rodea, en medio de la plaza pública ó en el campo de la feria. Allí, como en ambas vertientes del Pirineo vasco-francés, las conversaciones de la familia, los saludos y vítores públicos, las inscripciones de las banderas y de los arcos triunfales se expresan en la vetusta lengua de los primitivos pobladores. Los antiguos pobres labradores del país son ahora mineros y canteros, *artistas* en pizarras, que con habilidad suma saben sacar de las canteras y de sus bloques grandes y delicadas planchas, que tanto se emplean en la construcción y ornamentación. Los que en los pasados siglos fueron pescadores, pescadores son hoy, y apenas han variado en sus sencillas costumbres, aunque Inglaterra haya variado tanto.

Los celtas, que conservan un tanto entera la raza en otras comarcas, son de complexión fuerte en ambos sexos, y allí, en cambio, la raza es pequeña, de color caído y poco airosa. Esa misma debilidad se refleja en su espíritu, pues bien puede decirse, al observar su quietismo, su formalidad y su escaso entusiasmo para todo, que, verdaderamente, son «cortos de espíritu». Carnarvon, el centro más importante del país, es una ciudad vieja, cuyos adelantos no guardan proporción con los de otras capitales del Reino Unido, y parece un cascarón, digno de aquellos prehistóricos vecinos. Con sus calles estrechas y torcidas, y sus casas de obscuras fachadas, y sus templos achaparrados, y su castillo y su Torre de las Aguilas dominándolo todo, forma digno marco á la original muchedumbre de ciudadanos y de aldeanos, de industriales y de marinos, que vestidos de fiesta llenan en estos días todos los ámbitos del pueblo, celebrando la *Cymryggddions*. En los conciertos musicales predomina como instrumento típico el arpa, consagrada en el escudo británico; y entre los símbolos, allí se ven en estos días por todas partes las cabras con los cuernos dorados, emblema de Gales. Después de las fiestas de la mañana y de las primeras horas de la tarde; después de las recepciones, y de los oficios religiosos, y de las audiciones poéticas, y de las veladas de música, llega la hora de vaciar las barricas de cerveza y las botellas de licor; se bebe mucho; se habla sin cesar; se obsequia y festeja á las muchachas; se encienden los fuegos en el corazón popular y en la pirotecnia municipal, pero no se calienta la cabeza, y la fiesta continúa con una alegría formal, que choca extraordinariamente á cuantos no son de aquella tierra. Opinan los antropólogos y los sociólogos, y yo con ellos, como decía Trullenque, que la causa de no alegrarse es, porque ni lo que respiran, ni lo que ven, ni, sobre todo, lo que beben, tiene allí fuerza ni picardía; y así debe ser, á juzgar por lo que les ocurre á sus hermanos los celtas de Galicia, los cuales, en cuanto en tiempo de romería, ó de entierro muchas veces, apuran algunos jarros de vino del Rivero ó de Valdeorras, ó aunque sea de Toro ó de Rueda, se regocijan tan á lo vivo, que no hay gente más alegre, ni que más que hacer dé al amor y á la justicia debajo de la capa del cielo. Y por atracarse de agua, y de cerveza, que al fin y al cabo no es más que agua turbia, se crían los celtas de Carnarvon y de todo Gales tan lacios, estrechos y cariacontecidos, y tocan el arpa, cuya música, en vez de excitar al baile convida á la melancolía; y doran los cuernos á las cabras, costumbre que no me parece oportuno ni prudente explicar lo que significa.

***

Aquel pacífico regionalismo celta allí se está hace muchos siglos, venerando á sus santos de kilométricos nombres guirigayescos; y, en cambio, el regionalismo provenzal, el de los entusiastas de la lengua de Oc, no sólo ha formado escuela hace mucho tiempo, sino que ha invadido y un tanto chiflado los espíritus de los primeros literatos de París; todo ello en honor y gloria de la tierra natal, *Tornan lo paratge e l'onor*. Ahora, el comité de los felibres, representado en la gran capital por Maurice Faure, Amy, Albert Tournier y Sextius Michel, acaba de acordar que el presidente honorario que ha de dirigir la fiesta anual de la sociedad en Sceaux, sea el eminente literato Mr. Jules Lemaitre, puesto envidiado, que en fiestas anteriores ocuparon Renán, Julio Simón, F. Coppée y Anatole France. No hace mucho tiempo que se celebró el aniversario de la fundación de la sociedad, que lleva ya cincuenta años de vida. En efecto, en 1854 siete poetas provenzales, Mistral, Roumanille, Aubanel, A. Mathieu, Taván, Giera y Brunet, decidieron en Font-Segugne (Vaucluse) constituir una asociación de poetas y sostenedores entusiastas de la lengua de Oc, relegada por entonces al olvido en su parte de consideración y trabajo científico, y entregada á la vulgar rutina popular, para contribuir á su renacimiento, desarrollo y vulgarización, siguiendo en esto los trabajos del patriarcal poeta Jasmín. Los felibres debían dividirse en tres familias ó secciones: la de la Provenza, la del Languedoc y la de la Aquitania, con una «escuela autónoma» en cada población importante, un representante jefe de las escuelas federadas en cada comarca, y un «capulié» ó presidente del consistorio formado por éstas.

Semejante movimiento regional encontró eco en París, al cabo de veinticuatro años (en 1878), en la sociedad la *Cigale*, constituída por muchos franceses del Mediodía, que, como paisanos y en recuerdo de su tierra, se reunían á comer todos los meses. Dos de sus socios más distinguidos, Maurice Faure y Xavier de Ricard, creyeron oportuno crear una especie de «escuela», sucursal de las provenzales, para ponerse de acuerdo y trabajar con ellas, y, como forma de este pensamiento, nació la sociedad de Felibres del café Voltaire, estableciéndose desde luego íntimas relaciones entre los de París y los del Mediodía en cuantas cuestiones literarias y lingüísticas se referían á la lengua de Oc. Para que esta lengua especial, expresión é imagen fiel de la vida tradicional y moral de un pueblo, no viviese sólo del culto artificial, era necesario cultivarla y engrandecerla, como quien dice, procurando que se escribiesen en ella libros y poemas, que á un tiempo la dieran renombre y consideración en el mundo literario. La lengua se hablaba, como se habla el vascuence: pero era además indispensable que renaciese como literatura, y que á este impulso respondieran el renacimiento del espíritu provincial y municipal, y que alcanzara, no á las arbitrarias disposiciones gubernativas y administrativas que comprenden los distintos departamentos, sino á toda la tierra antigua en que la lengua se habla, y con la cual se bautizaron y denominaron en los pasados siglos los pueblos, los montes, los ríos, los valles, las costumbres y las familias de la vasta comarca del Oc. Claro es que este vivificante y regenerador regionalismo para nada afecta á las imposibles aspiraciones políticas, tras de las cuales pudiera alentar escondido hipócritamente el separatismo; no: los felibres, patriotas antes que todo, consideran que el renacimiento de la lengua y de las libertades y costumbres municipales y provinciales, al dar mayor actividad, vigor y fuerza á la región, al consagrar cierta positiva autonomía, hace á los súbditos de la nación que en aquélla viven, más fuertes, más poseedores de su derecho local, mejores administradores y más celosos cuidadores y defensores de los intereses de su país, que las autoridades extrañas, que la centralización ha impuesto en los departamentos desde la Revolución y desde Napoleón, creando un artificio administrativo y gubernativo uniforme que seca, esteriliza y mata todo el amor que los hijos de un país dado, deben por naturaleza profesarle.

Con regiones prósperas bien administradas por sus propios hijos, con sumandos poderosos, inteligentes y sanos, la suma, la nación, estará toda bien administrada y vivirá próspera y feliz, sin necesidad, por supuesto, de ir á parar á la subdivisión anárquica y atómica del federalismo radical. Así se expresaron en la fiesta del 22 de Febrero de 1892, en París, el capulié ó jefe provenzal Félix Gras y los felibres veteranos Amouretti y Maurrás; y en un país tan centralizador como Francia hicieron votos por que á la actual división artificial de los departamentos se sustituya la antigua y natural división de gascones, bearneses, limosinos, delfineses, provenzales, auverníenses, languedocianos, bretones, etc. Esta tendencia va ahondando mucho en el

espíritu de la juventud francesa, y algún día, tal vez no lejano, ha de manifestarse en todo su poder. Pero como no todos los felibres de Francia quieren identificarse con ella, y como temen que ciertas aspiraciones federalistas pueden producir honda perturbación y mucho daño á la sociedad, se acordó después, en reunión de concordia, que jamás la sociedad trataría de semejantes puntos de vista políticos. Cuando las pasiones ultrarregionalistas los han puesto inevitablemente á discusión, siempre han producido monumentales escándalos, y han hecho que muchos felibres de larga historia dimitan sus cargos y renuncien á sus títulos de socios, constituyendo «escuelas» disidentes, para sostener «la pureza» del programa primitivo (Marzo de 1893). ¿Qué se proponen los felibres de la escuela de París? Textualmente hay que reproducirlo en estas crónicas, que son archivo de muchas curiosidades:

«Unir en un pensamiento patriótico común á todos los franceses de la raza, tierra y lengua del Oc. Sostener siempre los dialectos de esta lengua y propagarla en París por medio de la lectura de obras escritas en ella. Estudiar la historia, el arte, la literatura, las tradiciones, los cantos populares y las obras musicales de la tierra de Oc. Apoyar y defender los intereses intelectuales, morales, económicos y sociales de la raza.

»Estudiar en común, y por todos los medios de que se pueda disponer en París, el movimiento descentralizador en Francia y en el extranjero.

»Y, por último, prohibir en las reuniones toda discusión política y religiosa.»

Celebra la sociedad sus reuniones todos los martes por la noche ante un retrato del gran poeta Mistral y ante el escudo de la «escuela», que son diez y siete estrellas de oro y plata, en campo azul, que representan las diez y siete antiguas provincias de Francia. En las sesiones se dan instructivas conferencias, se registra el movimiento de los felibres en todo el país y se discuten cuantos asuntos históricos ó presentes hacen referencia ó interesan á la asociación. Además de M. Faure, Amy, Tournier y Sextius Michel, que son los cofrades constantes y obligados, concurren alguna que otra vez Paul Aréne y Clovis Hugues. No es necesario que los poetas y escritores, que son invitados á presidir las fiestas y á inscribirse como felibres honorarios, para honrar con sus discursos á Florian, á Jasmin y á Mistral, sean provenzales ó conozcan la lengua de Oc, sino que muchos otros de diversas comarcas de Francia, como los ya invitados, y Zola mismo, que hace dos años presidió la fiesta de Sceaux, aceptan ese honor y contribuyen á dar renombre á la sociedad. De los cuatro cofrades activos ya indicados, Maurice Faure es diputado representante de la Drôme, que para descansar de sus tareas parlamentarias escribe cuentos de su país para la revista la *Armana provençaou*. Sextius Michel habla siempre en el *patois* de su comarca, lo mismo cuando vive en ella que cuando rige la alcaldía del barrio de Grenelle en París. Tournier es un entusiasta, que oficia de orador provenzal convencido y que gana el pan de cada día en el negociado de un ministerio; y en fin, Amy el buen mozo es un escultor de mérito, muy afamado y muy buscado, que honra á la familia de los felibres donde quiera que se presenta.

Pero los diez, los veinte, los cuarenta devotos parisienses del regionalismo provenzal son poca cosa al lado de los innumerables entusiastas que la lengua, literatura, tradiciones y aspiraciones del Oc tienen en el Mediodía de Francia, donde se ha realizado un verdadero y glorioso renacimiento del genio de una comarca, que en los altares de la poesía elabora conscientemente la noble empresa de la unión íntima de todos sus hijos, para bien de sus intereses y para mayor *paratge e onor* de la Francia entera.

R. Becerro de Bengoa.

LA UNIVERSIDAD DE SANTIAGO.

La lectura del artículo que con el mismo epígrafe que encabeza estas líneas publicó el Sr. Carracido el 30 de Marzo último en La Ilustración Española y Americana, unida al examen comparativo de los dos grabados correspondientes á su texto, impresionaron el alma de artista del arquitecto de Milán Sr. Guidini, hasta el punto de impulsarle á trazar un proyecto de reforma, en el cual se resuelve *il forzoso ed ingrato problema* del segundo piso, conservando todo lo existente en la histórica fachada del clásico edificio de la Universidad compostelana.

Reproduciendo este proyecto para que todos lo juzguen conforme á su gusto, dejamos á la opinión pública la tarea de calificarlo: y de la entusiasta veneración de su autor á las manifestaciones históricas del Arte, responde muy alto el generoso arranque de acudir á salvar un monumento que no es de su patria, aportando un esfuerzo que no reprocharán, ni por interesado, ni por falto de competencia, aun los más suspicaces y exigentes en sus juicios, tratándose de un nombre que acreditan valiosas obras, como los planos para los edificios de *L'Esposizioni riuniti* de Milán.

Sólo nos resta señalar que del trazado del señor Guidini no se infiere que sea partidario del aditamento del segundo piso, porque bien claro dice en su carta que es deber de toda persona culta oponerse á las alteraciones de los monumentos históricos, *onde impedirli si é possibile ó quantomeno limitarli al minimo danno*. Su proyecto no tiene la presunción de mejorar la histórica fachada, propónese solamente el fin piadoso de limitar al menor daño posible el obstinado empeño del segundo piso.

He aquí la traducción de la valiosísima carta del Sr. Guidini:

«Commr. A. Guidini, architetto Milano.

»Milán, 12 de Abril de 1894.

»Sr. D. José R. Carracido:

»He leído con el más vivo interés en La Ilustración Española y Americana su apreciable artículo acerca del proyecto de reforma y ampliación de la Universidad de Santiago, señaladamente en lo que se refiere á la característica é histórica fachada, participando plenamente de los conceptos en él formulados.

»En todos los países, esta alteración de apreciables y venerados monumentos son actos demasiado frecuentes, muchas veces vandálicos, deplorables siempre; y es deber de todo ciudadano culto y generoso solicitar la pública atención para impedirlos, si es posible, ó cuando menos limitarlos al mínimo daño.

»Si las actuales exigencias y las crecientes necesidades reclaman la ampliación del primitivo organismo del monumental edificio añadiéndole un nuevo piso, juzgo lo mejor resolver el forzoso é ingrato problema conservando la existente típica fachada, verdadero é importante documento, como usted dice bien, de las ideas artísticas de la época en la cual fué erigido.

»Me he permitido, en cumplimiento de esta obligada idea, diseñar un sencillísimo y modestísimo proyecto (página 56), encaminado á demostrar la posibilidad de tal solución en beneficio de la historia y del arte.

»Vea al ilustre arquitecto encargado de los trabajos de ampliación del histórico edificio, que tan valiente se muestra en las líneas del proyecto, y que sin duda acompañará á usted en el culto de la memoria artística de los vetustos monumentos arquitectónicos; véale, repito, por si es posible, sobre la citada base, hallar una equitativa y mejor solución que salve al histórico edificio de la alteración que lo amenaza, evitando que desaparezca el grandioso y típico frontón, y permita á la vez conservar en su integridad el antiguo edificio y realizar el propósito de su ampliación del modo más armónico posible.

»Así la posteridad podrá ver y apreciar, por modo evidente y distinto, la antigua y la nueva forma, sin alteraciones ni supresiones de partes características y esenciales, que, tendiendo erróneamente á involucrar la obra primitiva y la sobrepuesta, desfiguran su especial aspecto.

»Acepte, ilustre señor, la expresión de mi profunda consideración.—Augusto Guidini.»

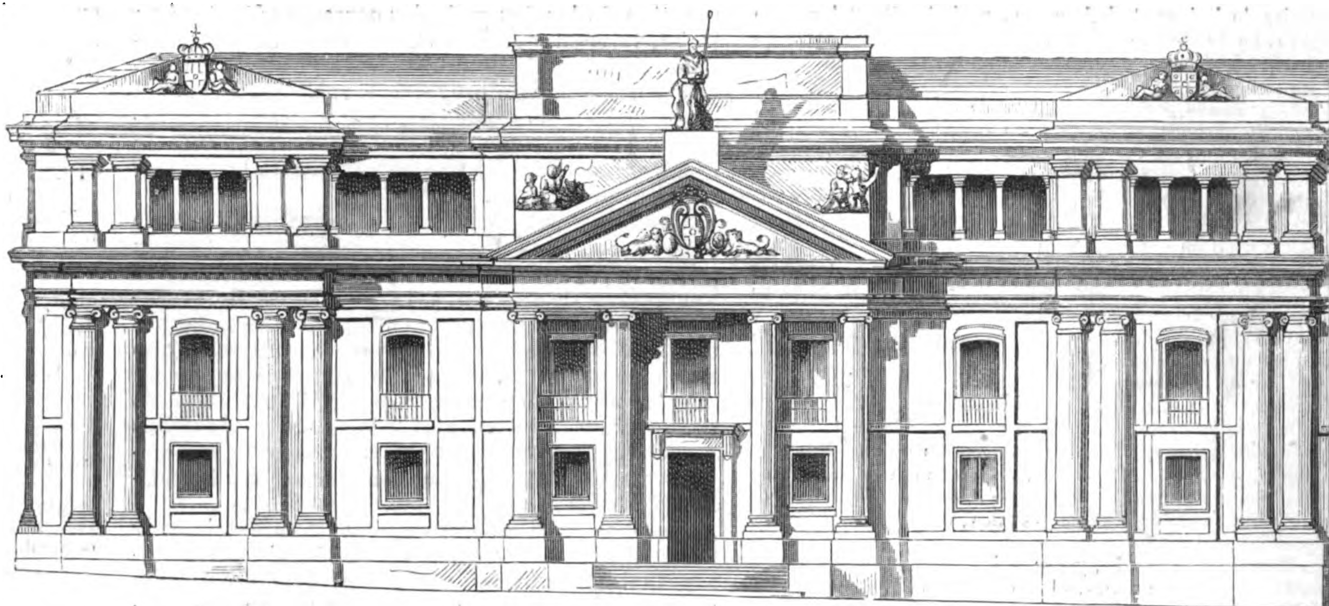
CARPETAS PARA «LA ILUSTRACIÓN».

Deseosa esta Administración de proporcionar á los Sres. Suscriptores el medio de conservar en buen estado los números de esta Revista, sin que se estropeen al hojearlos, ha hecho construir unas carpetas especiales que, por su baratura, se hallan al alcance, lo mismo de los particulares, que de los establecimientos públicos y sociedades de instrucción ó recreo que nos favorecen con su concurso.

Estas carpetas unen á su buen aspecto suficiente solidez, y resultan muy á propósito para contener, en forma cómoda y elegante, los números últimamente publicados. Su precio, 2 pesetas en Madrid, 3 en Provincias y 4 en América y el Extranjero, incluso los gastos de franqueo, certificado y de embalaje entre cartones.

Diríjanse los pedidos, acompañados de su importe, al Administrador de La Ilustración Española y Americana, Alcalá, 23, Madrid, ya directamente, ya por mediación de los Sres. Corresponsales.

El Administrador.



REFORMA DE LA UNIVERSIDAD DE SANTIAGO.—PROYECTO DE NUEVA FACHADA, CONSERVANDO ÍNTEGRAMENTE LA ACTUAL, DEL DISTINGUIDO ARQUITECTO ITALIANO SR. GUIDINI.

VUELVE YA Á TENER SALUD Y Á SER FELIZ.

Quitando el cuadrante de un reloj es cuando se ve toda su maquinaria, todas sus ruedas, motores y muelles. Si uno cualquiera de ellos está roto, no queda entonces lugar á duda; y aun cuando no podamos hacer por nosotros la compostura necesaria, cualquiera de nosotros puede comprender que se necesita la compostura.

No sucede así con el cuerpo humano. Verdad es que él es, á su vez, una máquina; pero, sin embargo, no hay una persona entre diez mil que sepa cómo mantenerla funcionando propiamente, ni cómo componerla cuando alguna de sus partes se ha descompuesto. El comprender esto requiere el estudio de cerca y la observación, no ya de una vida, sino de siglos, en manos de hombres que no hagan otra cosa, y que transmitan á sus sucesores lo que ellos hayan aprendido.

¡Y, sin embargo, cuán terribles sufrimientos no se derivan de esta ignorancia fatal! El dolor se entra por las puertas de nuestra casa, y no podemos aliviarlo; la muerte se lleva por fin sus víctimas, y no podemos detenerla. He aquí, pues, por qué cuando algún hombre ó mujer, más sabio que los demás, nos enseña lo que son las enfermedades y la manera de tratarlas, nuestra gratitud es espontánea y real.

Con fecha 11 de Febrero de 1893 un corresponsal de Doñiños de Salamanca nos escribe como sigue: «Mi mujer había estado sufriendo durante cinco ó seis años de dolores de cabeza, insomnio, melancolía y depresión de espíritu. Viéndola de día en día mas abatida, y que se le volvía amarilla la piel, y ya apenas podía andar á causa de la debilidad, busqué para ella toda clase de alivio, y consulté varias veces con un doctor, quien me aseguró que el único remedio eran los baños de mar. Pero esto no estaba en mi poder, por falta de medios para llevarla á los baños, y, de no existir otro, yo veía su muerte cada vez más cercana. Tal era nuestra desgraciada situación, cuando vi en un periódico un anuncio de la medicina de usted, el Jarabe Curativo de la Madre Seigel. No conociendo por experiencia nada acerca de la naturaleza de este preparativo, determiné, sin embargo, comprar una botella, en la esperanza de que, en ausencia de todo otro auxiliar eficaz, podría ser de utilidad.

»Ahora tengo la alegría de anunciar á usted el efecto que le ha producido. Al segundo día de tomar el Jarabe ya tuvo más apetito, y pareció sentir menos el fastidio y el cansancio. Acabó, pues, la primera botella y le llevé dos más, que sucesivamente consumió, y hoy se encuentra ya tan bien como antes de estar enferma, y tiene tan buen color como cuando tenía diez y siete años, á pesar de contar treinta. Hace más de diez años que no se encontraba tan bien como ahora lo está. Doy á usted por ello las gracias, y haré cuanto me sea posible por dar á conocer en mi vecindad esta medicina, que, aunque soy pobre, tendré siempre en mi casa. De usted afectísimo (firmado), CARLOS SÁNCHEZ.»

Si el Sr. Sánchez hubiera sabido que la enfermedad de que tanto y por tanto tiempo había padecido su esposa era indigestión y dispepsia, y hubiese tenido unas cuantas botellas de Jarabe Curativo de la Madre Seigel, ambos, marido y mujer, se hubieran ahorrado la dolorosa experiencia por que tuvieron que pasar; ella, por razón de su enfermedad, y él, por razón del cariño y del miedo de perderla.

El color amarillento de que él nos habla era debido á la presencia de la bilis en los tejidos y en la sangre, motivado esto por la falta de funcionamiento de un estómago torpe que la expeliese por la vía de los intestinos. Asimismo la bilis, una vez en la sangre (que está compuesta de ácidos y pigmentos), obra como un veneno violento; y esto fué lo que hacía estremecer de dolor los nervios ya debilitados, y arrojado entonces un manto de melancolía sobre el espíritu. Aun en el caso de que el Sr. Sánchez hubiera podido costear los baños de mar, hubieran resultado inútiles; pues lo que se necesitaba era una medicina que depurase el sistema del veneno, que fortaleciese los tórpes órganos digestivos y que nutriese los débiles nervios.

Esto es lo que hizo el Jarabe Curativo de la Madre Seigel, como lo hace todos los días con miles de pacientes en todas las partes del mundo.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

MADRID. — Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXVIII.—NÚM. XXVIII.

ADMINISTRACIÓN:
ALCALÁ, 23.

Madrid, 30 de Julio de 1894.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN, PAGADEROS EN ORO.	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia	60 francos.	35 francos.

BARCELONA.—SEGUNDA EXPOSICIÓN GENERAL DE BELLAS ARTES.



LA «PUBILLA».

CUADRO DE D. F. MASRIERA.

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

Los periódicos madrileños se ocupan estos días con preferencia, y aun han abierto una sección para ello, en denunciar abusos que juzgan cometidos por las cofradías y sacramentales. Ocasionó indirectamente esta excitación la sentencia dictada por el juez eclesiástico Dr. Torres Asensio, contra el presidente ó hermano mayor de la Sacramental de San Ginés y San Luis, y otros dos individuos de la Junta, declarándolos incursos en excomunión *latæ sententiæ*, y anulando la venta de algunos objetos de culto y dos parcelas de terreno. Este documento, de clásica y notable redacción, ha tenido la fortuna de dar al brazo eclesiástico una popularidad que no ha tenido nunca entre la prensa liberal, la cual había mirado siempre con recelo, temiendo extralimitaciones de potestad, los actos de la jurisdicción eclesiástica que envolvían bajo su aspecto espiritual otro carácter económico. Realmente ha conseguido un triunfo el Dr. Torres Asensio, pues al impetrar el auxilio del brazo secular para la ejecución de su sentencia, entra el asunto en la jurisdicción ordinaria con el poderoso apoyo de la prensa, y parece prejuzgada moralmente la sustancia del proceso, y casi nos congratularíamos de esta situación de los ánimos en favor de los intereses eclesiásticos, si un sentimiento cristiano no nos hiciese desear para los procesados, á quienes ni de vista conocemos, la absolución de sus responsabilidades y censuras, si pueden justificar que fueron lícitos sus actos ó no los cometieron.

Frecuentes y antiguos han sido los pleitos de jurisdicción entre la Iglesia y el Estado, y ambos poderes con las corporaciones y particulares; y frecuentes las dificultades, por la compenetración ó dualidad de los derechos. Y como la jurisprudencia que haya de regir en esto de las Sacramentales interesa mucho al público, que tiene adquiridos panteones y sepulturas, y á cuantos han contratado y han de contratar servicios, claro es que debemos todos mirar con interés el asunto, dejando que obren con serenidad y libertad los tribunales competentes.

La circunstancia de citarse en la sentencia del Dr. Torres Asensio las constituciones y ordenanzas de la Sacramental de San Ginés y San Luis, como ley viva, y poseer ese libro entre los nuestros, aumenta la curiosidad respecto de la solución definitiva que haya de recaer en el proceso. Á fines del siglo pasado las Sacramentales de San Ginés y de San Luis eran dos distintas y con bienes distintos, desde que los repartieron y se separaron en 1638. La ley que se cita ú ordenanzas fueron hechas por la de San Luis, y sometidas al Consejo de Castilla, y, previo su dictamen, las aprobó Carlos IV en 1800, «sin perjuicio de las regalías de su Real persona ni derecho de tercero», y encargó al Arzobispo de Toledo, Vicario y demás jueces eclesiásticos, «celar y cuidar el cumplimiento de dichas ordenanzas, dictando para ello las disposiciones que juzgasen convenientes.» Como se ve, era una comisión delegada por la Corona y limitada al cumplimiento de las constituciones; pero fuera de esa limitación, era un derecho de inspección bastante amplio. ¿Rigen esas constituciones? ¿Se acogió á ellas la de San Ginés? No lo sabemos, y parece lo probable.

En el expediente que se formó para que la autoridad eclesiástica aprobase las citadas constituciones, puede verse que hubo cierto antagonismo entre la Archicofradía y la Parroquia. Ya en el informe del ecónomo de San Luis se quejaba de que en los treinta y dos artículos de las ordenanzas no se le nombrase en uno solo, y reclamaba la presidencia de las juntas generales y de gobierno, y creía intrusión de sus derechos el fijar la Junta su fiesta y sus horas, y distribuir las limosnas que pedía la Hermandad en su iglesia, no siendo pobre: satisfizo á esto la Archicofradía diciendo que siempre había presidido el párroco sus *funciones* y le habían pedido la venia para fijarlas. Por último, el fiscal eclesiástico expuso ante el Consejo de gobierno los inconvenientes de aprobar las ordenanzas, por no contarse en ellas para nada con el párroco ni con los visitadores eclesiásticos, á quienes, según el Tridentino y las Sinodales del arzobispado, debían someterse, después de pasados por la Junta general, los papeles de fincas, memorias y distribución de caudales de las cofradías, añadiendo que era entonces el momento de resolver el asunto. Su Eminencia y su Consejo de gobierno las aprobaron, sin embargo, en la forma ordinaria, sin perjuicio de la dignidad arzobispal y los derechos de la parroquia.

Ahora bien: ¿cuál es la verdadera situación de derecho de la Sacramental de San Ginés y San Luis? Nosotros hemos extractado el expediente canónico de la aprobación de las constituciones citadas: en los archivos del Consejo de Castilla estará el expediente administrativo. Todo esto, y las leyes generales, y los hechos que han servido de fundamento al proceso actual, deberán ser consultados y pesados por los que han de resolver en este asunto, que acaso produzca competencias de jurisdicción, ó de todos modos, una resolución interesante para los profanos, á quienes corresponde sólo acatar lo que dispongan los tribunales eclesiásticos y civiles, cada cual dentro de sus atribuciones respectivas. Y nos ocupamos de ello por ser tan grande el clamoreo que se ha alzado en la prensa, sin que tratemos, ni mucho menos, de defender los abusos que puedan cometerse. Otra congregación, la del Amor Hermoso, ha sido objeto de medidas severas en la persona de su presidente; pero no conocemos sus estatutos.

⁂

Entre el Capitán General de Aragón, Sr. Bargés, y el Ayuntamiento de Zaragoza se había suscitado una competencia, basada, á decir verdad, en cosa de poca monta, ó sea el cerramiento de un terreno por aquél, y la oposición del Municipio á esa posesión, á la que se creían con derecho el ramo de Guerra y el Ayuntamiento. Nada de más difícil arreglo que los pleitos fundados en el carácter, y el Gobierno ha luchado con la tenacidad aragonesa y la del bizarro general Bargés, dignas la una de la otra. Lo más singular del hecho es que el terreno, según parece, ni pertenece á Guerra ni al Ayuntamiento, ni les hacía gran falta á los contendientes: sino que es de la Hacienda, cuya Intervención ha terminado el conflicto incautándose del terreno y quitándole la valla. La susceptibilidad de las dos partes iba creando una atmósfera malsana, que por fin se hizo respirable. Hablábase de banquetes..... y, en efecto, creemos que debe haber allí uno solo de militares y paisanos, que todos han demostrado en la viril terquedad de sus opiniones que pertenecen á una misma patria y á una raza; dura en sus propósitos, pero generosa y exenta de rencor. Digamos, aplicando al caso la famosa quintilla de Ventura de la Vega:

> Ya todo rencor insano
> Del corazón se deseche;
> Todo español es hermano;
> Si hay quien alargue una mano,
> No faltará quien la estreche.

Esto pensábamos y sentíamos, cuando leemos en la prensa que el general Bargés ha dejado su Capitanía General, abandonando á Zaragoza. Es sensible que las gentes conciliadoras de aquella capital no hayan hallado una forma de terminar por completo, no el litigio, sino las susceptibilidades. Por lo demás, si fuéramos zaragozanos, hubiéramos apoyado al Ayuntamiento, y si generales de Aragón, hubiéramos hecho lo que el general Bargés, y si Gobierno, lo que éste ha decretado; que hay veces, y esta es una, en que cada cuál tira por un lado, y obrando en sentido distinto, todos hacen lo que deben ó al menos lo que pueden.

⁂

Sección necrológica.—Ha muerto en Baden el archiduque Guillermo, tío de S. M. la Reina é inspector general de artillería en el ejército de Austria, á consecuencia de los golpes que recibió al caer de un caballo desbocado, quedándole un pie enganchado en el estribo: sólo sobrevivió algunas horas á ese trágico accidente, que ha producido gran consternación y lástima en el Imperio.

En el inmediato pueblo de Pozuelo de Alarcón ha fallecido el ilustre y respetable hombre público, Excmo. Señor D. Francisco Sepúlveda, que había sido considerado, cuando ejercía altos puestos en la administración pública, como uno de los funcionarios más aptos, severos é íntegros, reputación que le hizo ser buscado por las grandes empresas de crédito para desempeñar los cargos más honoríficos y de confianza. Era al morir, según *La Correspondencia*, presidente del Comité ejecutivo de los ferrocarriles del Norte, administrador del Banco Hispano-Colonial, vicepresidente del Comité delegado de la Compañía de Tabacos de Filipinas, y representante de la Compañía Transatlántica, y estaba condecorado con la gran cruz de Isabel la Católica, concedida á propuesta de las Cortes, y, entre otras, extranjeras, con la de Beneficencia de primera clase.

Era un personaje de personalidad saliente por sus condiciones de capacidad, ilustración y enérgico carácter; había dado pruebas de su españolismo en la gestión de los asuntos de empresas internacionales; tenía un exquisito gusto literario, y ha muerto respetado y considerado, con la bendición de su Santidad y rodeado de sus hijos D. Ricardo y D. Enrique, ambos colaboradores distinguidos de La Ilustración y queridos amigos nuestros, á quienes saludamos tristemente acompañando su dolor.

⁂

Fiestas en Bilbao, en Valencia, en Guipúzcoa, en muchas partes: no podemos acudir á ellas. Guerra en la lejana Corea, que se disputan los japoneses y chinos á cañonazos, si bien no se consideran aún las hostilidades sino como preludios de un conflicto que puede remediarse, dando por nulas las muertes y desgracias que han resultado ya. Aprobación en Francia de la ley de represión del anarquismo, no sin que las discusiones hayan pasado del terreno de la argumentación al más expresivo de las injurias, ventilándose, por fin, espada en mano: y esa nueva ley represiva ha dado, durante su discusión, el resultado de haber hecho pública retractación de sus ideas algunos conocidos anarquistas; que no todos los afiliados á esas doctrinas peligrosas tienen vocación de víctimas, aunque vean con placer las que otros causan.

⁂

La prensa ha publicado en estos días largas referencias de un asunto pasado, pero que la falta de otros convidaba á dar la extensión posible. Aludimos al viaje por España de D. Jaime, el primogénito de D. Carlos de Borbón. No quisimos decir nada acerca del viaje á su debido tiempo, porque nos pareció natural el deseo de D. Jaime de visitar el reino que han disputado con mala suerte su padre y bisabuelo, y donde ciñeron la corona cinco de sus antepasados, Carlos IV y III, Fernando VI, Luis I y Felipe V. Tenía ese viaje algunos inconvenientes, y no era el menor que renaciesen esperanzas muertas y retoñaran esos gérmenes que dejan en la tierra y suspensos en el aire todas las guerras civiles. Tenía alguna ventaja: la de que D. Jaime, al recorrer España, pudiera convencerse de que el país, tan atrasado por haber pasado casi un siglo en guerras civiles, está más necesitado de paz que de aventuras militares. No daremos como artículos de fe las frases que se le atribuyen, ni nos extrañaría que de su excursión haya sacado su inexperiencia juvenil la impresión risueña de que haya en España muchos partidarios de su causa, pues es natural que haya viajado haciendo etapas allí donde había de ser recibido mejor; pero no nos atrevemos á afirmar que desaparecen por encanto del interior de las conciencias las causas morales que hicieron tomar las armas á tantos millares de paisanos.

Sea de ello lo que quiera, en esta aventura novelesca hay algo moralmente bello que nos impresiona: la constancia y la fe de esos viejos soldados del antiguo régimen, que no ceden ante la derrota y la desgracia, y besan la mano no al que está en lo alto y distribuye mercedes, sino al caído, sosteniendo con su fe derechos prescritos é ideales rechazados por los que dominan. Así guardaron su lealtad á la casa de Austria, durante muchos años, los proscritos de la guerra de Sucesión; y gusta presenciar, siquiera sea desde lejos y apartados de todos, esos ejemplos. Hace ya muchos años veíamos en una calle de Bayona un hombre vigoroso que, con los brazos desnudos, blandía una de esas barras con que se machaca el cacao. Nos extrañó que el general Reina le saludase con respeto, y le preguntamos quién era aquel hombre de los brazos desnudos.

—Es uno—respondió—que si se hubiera acogido hace treinta años al convenio de Vergara, tendría ahora dos entorchados en la manga.

⁂

El hijo está enamorado malamente, y el padre consulta á los prácticos acerca del remedio.

—La ausencia—contesta un viajante.

—El hartazgo—dice un sibarita.

—El agua fría—exclama un médico:—el amor es una monomanía que no resiste á nueve duchas.

—Si tuvieras una varita de virtud, ¿qué harías?

—En estos días de calor, convertirme en pez y echarme al agua; en invierno convertirme en oso para pasear envuelto en pieles.

—¿Y en las estaciones intermedias?

—Sería perro de aguas, con medio cuerpo lanudo, y esquilado el otro medio.

—Los hombres siempre somos niños.

—No lo creo; cuando era pequeño gustaba oir cuentos, y ya no puedo resistirlos.

—Sí; entonces querías cuentos en que la víctima era un gigante; ahora te gusta oir los chismes en que es la víctima un amigo. Y todos son cuentos.

—Imprime tu libro; esta es la ocasión de hacerlo; aprovecha los calores.

—No comprendo la ventaja.

—Sí; ahora está el sentido común de vacaciones.

José Fernández Bremón.

NUESTROS GRABADOS.

BELLAS ARTES.

Segunda Exposición general de Barcelona: *La «pubilla»*, cuadro de D. F. Masriera.—Cuarta Exposición bienal del Círculo de Bellas Artes de Madrid: *En peligro inminente*, cuadro de D. Vicente Cutanda.—*Una consulta*, cuadro de D. Cecilio Pla.—Primera Exposición de Bellas Artes de Alicante: *Los primeros pasos*, cuadro de don Lorenzo Casanova.

En el cuadro del Sr. Masriera, del que damos copia en la primera página de este número, brillan todas las cualidades que distinguen á este pintor: sencillez y corrección en el dibujo, y elegancia y verdad en la pintura. *La «pubilla»* es un tipo admirable, en el que sobresale el mérito de la originalidad, cada vez más raro y más digno de aprecio, ya que la acción niveladora de la civilización tiende á acabar con cuanto tiene fisonomía propia, para sujetarlo á un mismo patrón.

De la Exposición del Círculo de Bellas Artes de Madrid publicamos dos cuadros. El del Sr. Cutanda, titulado *En peligro inminente* (pág. 61), está inspirado en un asunto que podríamos llamar de actualidad. El tren marcha á todo vapor por terreno despejado y llano que permite extender la vista en un dilatado horizonte. La vía férrea describe una curva en la que aparece otro tren marchando en dirección contraria. El maquinista tira desesperadamente de la válvula para dar paso al vapor y producir el agudo silbido que ha de advertir del peligro al de la locomotora que hacia él avanza, y el guardafreno aprieta con todas sus fuerzas el freno para disminuir la marcha y con ella el peligro. ¡Hermoso drama de la vida moderna que el Sr. Cutanda ha pintado con gran valentía!

En *Una consulta*, de Pla (pág. 65), hay gracia, intención picaresca y una notabilísima realidad. Aquella muchacha, causa principal y objeto de la consulta, aquel buen labriego y aquel sacerdote parece que los hemos visto en alguna parte; tan reales son. No menos bien pintado está el lugar de la escena. Aquel ambiente es de lo bueno que hemos visto en la Exposición.

La Exposición de Bellas Artes de Alicante ha sido una sorpresa para la crítica. En aquella ciudad ha nacido y crecido en poco tiempo una escuela de pinturas, ignorada de casi todos hasta esta ocasión, en que tan brillante muestra de vida ha dado.

El creador de esta escuela ha sido D. Lorenzo Casanova, natural de Alcoy, discípulo del ilustre D. Federico de Madrazo, compañero de Sanz, de Rosales, de Fortuny, y merecedor de que se le cite con ellos. En Roma dió brillantes muestras de sus grandes facultades artísticas, distinguiéndose por su amor al arte y por un poderoso idealismo que sigue siendo hoy la cualidad dominante en sus cuadros.

El Sr. Casanova lleva ocho años enseñando en Alicante y predicando principalmente el culto del dibujo y del color, no sólo con la palabra, sino también con el ejemplo. En esta Exposición ha presentado tres cuadros notabilísimos: *San Francisco de Asís*, *La papilla* y *Los primeros pasos*. De este último es copia nuestro grabado de la pág. 68, que publicamos juntamente con su retrato. En él aparece como colorista y dibujante insigne que es, habiendo merecido los más calurosos elogios de críticos tan reputados como el señor D. Francisco Alcántara, á quien debemos estas breves noticias.

Muchos discípulos del Sr. Casanova han presentado cuadros de verdadero mérito, entre ellos Pericás, López Tomás, Bañuls, Parrilla y Guillén.

°°°

LAS HUELGAS EN LOS ESTADOS UNIDOS.

La situación en los Estados Unidos. — Orígenes de la huelga. — Pullman y Debs. — Asonadas y luchas sangrientas. — La estación del Noroeste bloqueada por los huelguistas. — Salida de un tren defendido por policías voluntarios. — Obreros intentando poner un tren en marcha.

Todavía hay en España muchas personas que consideran á los Estados Unidos la más perfecta de las sociedades contemporáneas, y no están muy lejos de nosotros los tiempos de las declamaciones revolucionarias en que abundaban los que lo creían como artículo de fe. A los pocos autores que perseveran en tal creencia llama Reclus, en su *Geografía Universal*, escritores atrasados, y no hay duda de que está muy en lo cierto. Aquella nación ha crecido al calor de la fiebre mercantil, sin otro fin de vida que enriquecerse. Como tenía á su disposición 9 millones de kilómetros de tierras vírgenes (18 veces la extensión de España), lo ha conseguido en términos de deslumbrar á los que desde Europa veían aquel rápido enriquecimiento y no podían ó no sabían averiguar sus verdaderas circunstancias. Muerto, ó moribundo, el romanticismo político y la adoración infantil de las formas de gobierno, se han ido descubriendo los defectos de la civilización *yankee*, la inmoralidad política, la falta de igualdad social, la grosera aristocracia del dinero sustituyendo á las aristocracias históricas de Europa, y la soberanía absoluta de la especulación mercantil manifestándose principalmente en los negocios de minas y en los de ferrocarriles. Ningún poderoso señor europeo de la Edad Media ha ejercido poder más absoluto y tiránico, ni ha sacrificado más víctimas, ni hecho derramar más lágrimas que el famoso Jay Gould, el rey de los ferrocarriles norteamericanos.

En la lucha por la existencia (para emplear una frase muy corriente en nuestros días) sostenida en los Estados Unidos por los explotados (que son muchos millones) contra los explotadores (que son unos cuantos centenares de familias), se han visto ya muchos episodios sangrientos, sobre todo desde las famosas huelgas de Pittsburgo; pero nunca se había dado batalla tan tremenda como esta á que podríamos llamar de Chicago, aunque la verdad es que las hostilidades han llegado hasta San Francisco de California.

Rompiéronse en los talleres de Pullman, industrial poderosísimo, á quien sacó de la obscuridad y de la miseria hace treinta años la invención de unos vagones mayores y más cómodos que los que anteriormente se usaban. Con este invento hízose Pullman uno de los hombres más ricos del mundo. La fábrica y oficinas de sus vagones está en Chicago, y ocupa una extensión de 1.500 metros en cuadro, con tantas calles, plazas y edificios como una populosa y



JORGE M. PULLMAN.

Inventor de los vagones de su nombre y presidente de la *Pullman Company*.

floreciente ciudad. Lo era, en efecto, antes de las huelgas, porque en ella vivían 10.000 almas, sujetas á las leyes dadas por el propio Pullman y que éste hacía cumplir con toda exactitud. En la ciudad de Pullman vivían carpinteros, cerrajeros, pintores, electricistas, fundidores, ingenieros, y se levantaban teatros, clubs, restaurants é iglesias de todas las religiones. La policía y su reglamento eran de Pullman: el precio y la calidad de los alimentos y de las mercancías los señalaba Pullman; los teatros se abrían y cerraban con permiso de Pullman, á las horas fijadas por Pullman y después de representadas las obras que Pullman disponía. Pullman vigilaba las costumbres de todos sus empleados, les señalaba plazo para casarse (siendo muy enemigo del estado de soltería); pagaba á los médicos y á los profesores; compraba libros, con los que había formado una gran biblioteca, y todos obedecían á Pullman, y Pullman mandaba á todos sin contradicción.

Sus obreros ganaban un dollar y veinticinco centavos al día, cantidad equivalente a 8.50 pesetas de nuestra moneda, no contando el quebranto del cambio. Parecerá esta cantidad más que suficiente para atender á las necesidades de un hombre y aun de una familia, pero sólo lo es en apariencia, porque todas las cosas necesarias á la vida son en los Estados Unidos mucho más caras que en España. Puede calcularse que la proporción es de tres uno, y que el *dollar* es allí lo que aquí la peseta. Como la crisis económica es universal, y no entiende de naciones civilizadas y bárbaras, de repúblicas y monarquías, de unionismos y federalismos, ni de ninguna de las pueriles distinciones de los políticos, alcanzó hace años á los Estados Unidos, y en los Estados Unidos al propio Pullman, principalmente después del mal suceso de la cacareada Exposición, el cual rebajó hace dos años los salarios veinticinco centavos.

Comenzaron entonces las quejas. Muchas comisiones de obreros visitaron al poderoso industrial para pedirle que volviese los salarios al primitivo tipo, rebajando el precio de los alquileres. Pullman contestó que hubiera deseado complacerles, pero que los negocios iban mal y que perdía dinero.

Entonces Debs, presidente de la Sociedad titulada *Unión de los empleados de los ferrocarriles norteamericanos*, propuso á Pullman que dejase á una comisión de obreros examinar sus libros, prometiendo que si en ellos encontraban ser cierta la causa que alegaba, renunciarían á su pretensión. Pullman negóse, y á esta negativa siguió inmediatamente el conflicto.

¿Quién era este Debs? Creemos que los lectores leerán con gusto noticias de su vida, aunque sean muy breves.



EUGENIO V. DEBS.

Presidente de la Unión de los empleados de los ferrocarriles norteamericanos.

Debs nació en el Estado de Nueva York en 1859. Tiene ahora, por tanto, treinta y cinco años. Era muy joven aún cuando fué á uno de los Estados del Oeste, donde comenzó sus estudios, los cuales acabó con excelentes notas en la Universidad *John Hopkins*, de Baltimore, dedicándose con particular predilección á la Economía política. Comenzó la defensa de sus ideas en el *Fireman's Journal*, de cuya redacción pasó á segundo jefe de un almacén de New York. Por entonces fundó la *Unión de los empleados de los ferrocarriles norteamericanos*.

La reputación de Debs como orador y escritor es grandísima en toda la República. Actualmente es candidato al cargo de gobernador del Estado de Indiana, y tiene muchas probabilidades de triunfo.

Las diversas escenas de la guerra á muerte que por espacio de algunos días se han hecho, primero en Chicago y luego en otras ciudades, de un lado Pullman, protegido (aunque no con gran eficacia) por los poderes públicos, y del contrario los obreros dirigidos por Debs y ayudados por asociaciones poderosas, son harto conocidas. Los obreros ordenaron á las compañías de ferrocarriles que suspendiesen la circulación de los coches de Pullman. Las compañías no obedecieron, y los obreros, luego de declarada la huelga por el presidente, acudieron á millares á detener trenes, quemar vagones y estaciones y apalear á cuantos osaban resistirles, habiéndoles irritado mucho el haber tomado las compañías nuevos empleados. Cerca de 100.000 fueron los huelguistas y 32 las líneas paralizadas. Las milicias de los Estados no pudieron, en unas partes, y en otras no quisieron oponerse con la debida energía á los amotinados, y en Chicago á duras penas bastaron las tropas federales, muy poco numerosas (unos 6.000 hombres) para pelear con ellos y vencerlos. La ciudad de Pullman es un montón de ruinas; centenares de vagones y locomotoras han sido destruídos, y lo peor es que, atendida la situación moral y material de la República, no puede considerarse terminada la guerra entre capitalistas y trabajadores, sino comenzada apenas.

Publicamos en este número, además de los retratos de Pullman y Debs, tres grabados que los lectores hallarán en la pág. 60, y que les darán completa idea del carácter que han tenido aquellos sucesos. El primero de dichos grabados es una vista de la estación del Noroeste, bloqueada por los huelguistas. El segundo representa la salida de un tren custodiado por agentes de policía reclutados entre los que voluntariamente se presentaron á las autoridades, y que éstas acogieron, con la satisfacción que es de suponer, estando tan faltas de fuerza. En el tercero vese á un grupo de obreros, de los reclutados á última hora por las compañías, intentando poner un tren en marcha. La policía les protege, pero, esto no obstante, son agredidos por los huelguistas. En estas luchas entre unos y otros ha habido muchos muertos.

°°°

LOS TERREMOTOS DE CONSTANTINOPLA.

En la página 67 publicamos una extensa noticia de los terremotos de Turquía, que nos envía nuestro colaborador el Sr. Conde de Coello, y á la que sólo añadiremos algunos datos que nos parecen dignos de atención. (Véase la pág. 61.)

El terremoto se sintió en Constantinopla el 11 de Julio á las doce y veinte de la tarde y á las diez y cincuenta de la mañana, hora que equivale, atendida la diferencia de meridiano, á las doce y treinta y seis en París; señaló el movimiento seísmico el observatorio de San Mauro de dicha ciudad. Por tanto, la sacudida recorrió 3.000 kilómetros en diez y seis minutos, ó sea con una velocidad de 187 kilómetros por segundo.

También se sintió en el magnetógrafo de París el terremoto de Atenas ocurrido semanas antes, habiéndose transmitido con parecida velocidad.

°°°

UNA PARROQUIA DEL MADRID VIEJO (SAN JUSTO). — REMINISCENCIA FANTÁSTICA. — (Véase el artículo del Sr. Madrazo en esta misma página.)

°°°

EN LA COSTA GALLEGA. — ESPERANDO LA SARDINA.

El dibujo del Sr. Campuzano (pág. 69) es un bonito estudio de costumbres de los pescadores de la costa gallega; sencillo, delicado, muy bien entendido y dibujado. Conserva tan bien el color local, que se respira en él la brisa del mar, se ven los tostados rostros de las pescadoras, y se oye su pintoresca charla.

El Sr. Campuzano ha estado en esta obra tan afortunado como en otras muchas que le han dado merecida reputación.

G. Reparaz.

REMINISCENCIAS DE MARTÍN RICO.

UNA PARROQUIA DEL MADRID VIEJO.

I.

SINGULAR atracción la que ejercen en nosotros los primeros objetos que fijaron nuestras miradas en la feliz aurora de la existencia racional! ¿Quién será capaz de definir las vagas afinidades que hacen simpatizar al alma insciente de la criatura recién nacida con ciertas formas y colores, entre la multitud de los fenómenos materiales de que la rodeó la Providencia al albergarla en este mundo? Como la avecilla implume ama el entretejido ramojo que forma su nido, así el párvulo, que apenas percibe más que sensaciones, ama los objetos que constituyen su primer nido, ó sea su cuna, en el vasto escenario de la vida terrena. Y esa afectuosa atracción, ese misterioso vínculo que se establece entre el ser racional y el mundo objetivo desde la primera infancia,

Desde el primer vagido de la cuna,

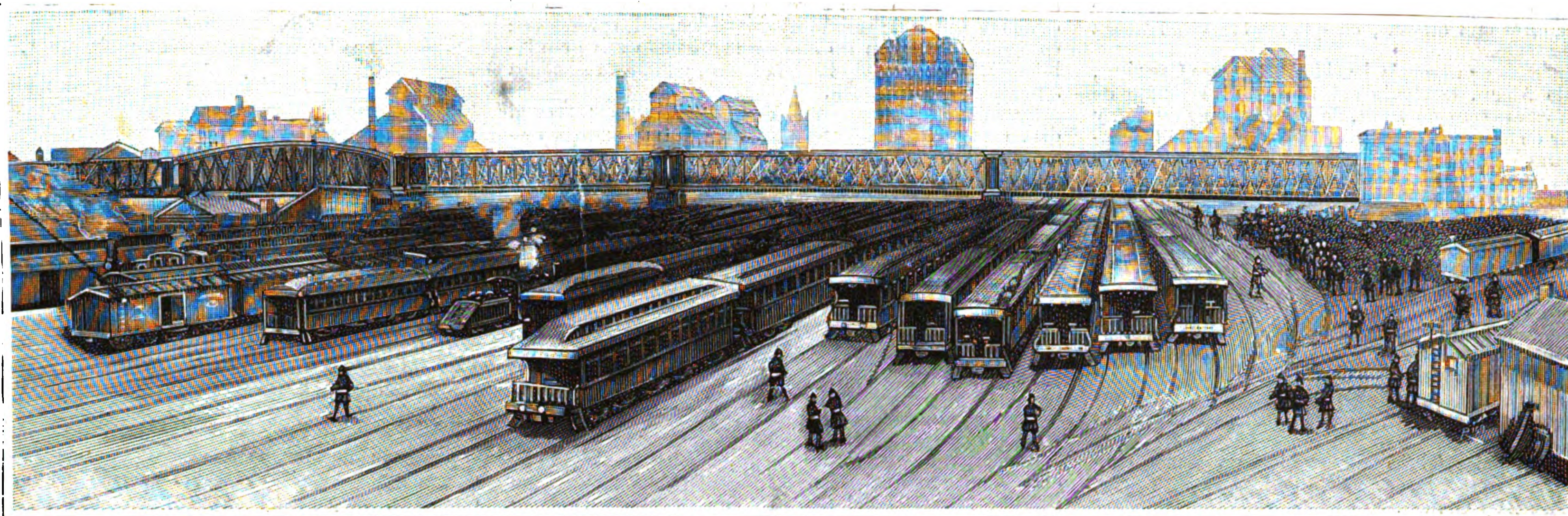
subsiste mientras dura la peregrinación de la vida, y es como un imán irresistible que le lleva suave é insensiblemente al punto de partida, sin que él mismo se dé cuenta quizá de la presencia de ese hilo misterioso, fatal, invisible, impalpable, pero más fuerte que las cadenas que voluntariamente se forjan los pobres mortales creyendo disponer de su libre albedrío. Ese hilo de atracción, tenue é imperceptible en un principio, robusto y poderoso al fin, es la vocación, el ideal á que el alma humana aspira, y que á vueltas de los infinitos rodeos, laberínticos senderos, vicisitudes y peripecias de nuestro viaje mortal, nos domina y dirige.

No todos los nacidos experimentan su poder: seres hay que nacen, crecen y se acaban sin aspiración ninguna: espíritus neutros, entes de penumbra que ni gozan ni padecen, y que el vulgar lenguaje califica de adoquines y alcornoques. Pero no hay alma de artista que desde su morada en el cuerpecillo blando y sonrosado que animó el soplo divino, no advierta en miles de ocasiones el poder incontrastable de esa ley de atracción que le hizo inclinarse á determinadas finalidades, huyendo ó esquivando otras.

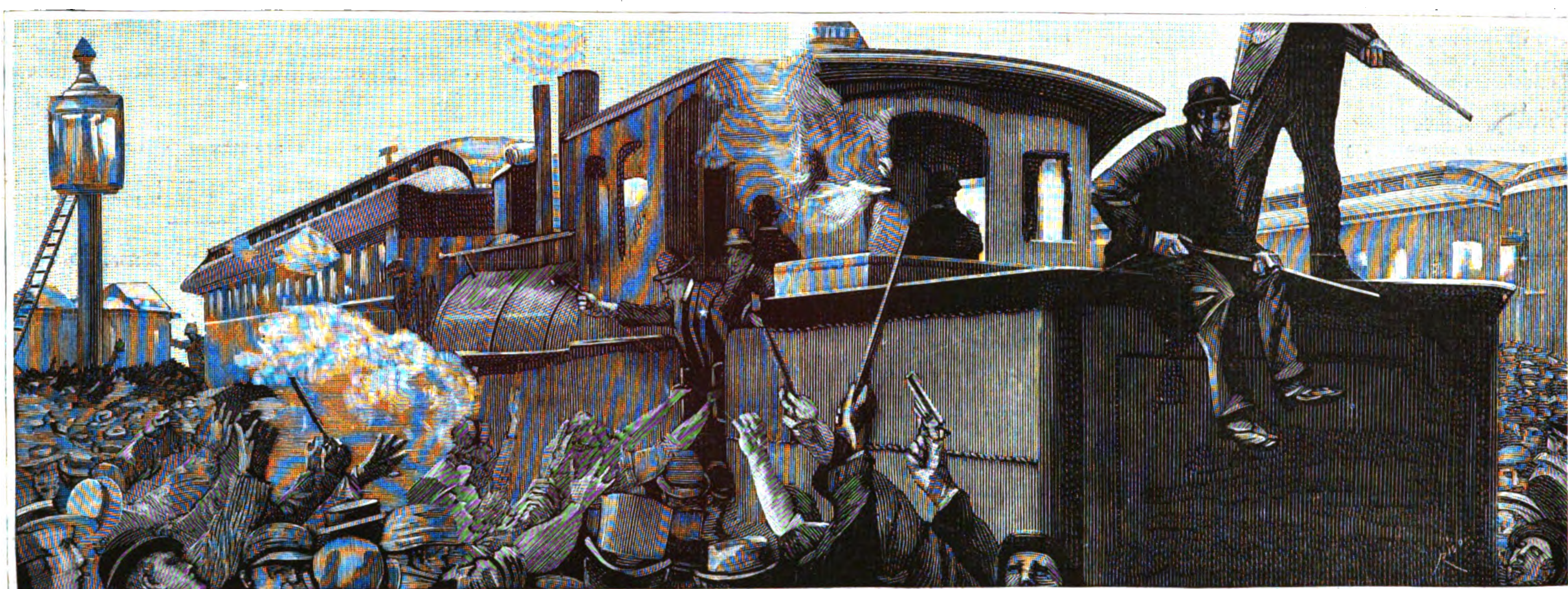
II.

¿Por qué Martín Rico, al cabo de larga peregrinación artística por las principales ciudades de Europa, en todas las cuales deja á modo de estela admiradores y discípulos; después de conquistar con sus pinceles en París, Londres y Venecia lauros que envidian á España las naciones más fecundas en grandes pintores de paisajes y perspectivas; hurtándose á los placeres y agasajos con que brinda á

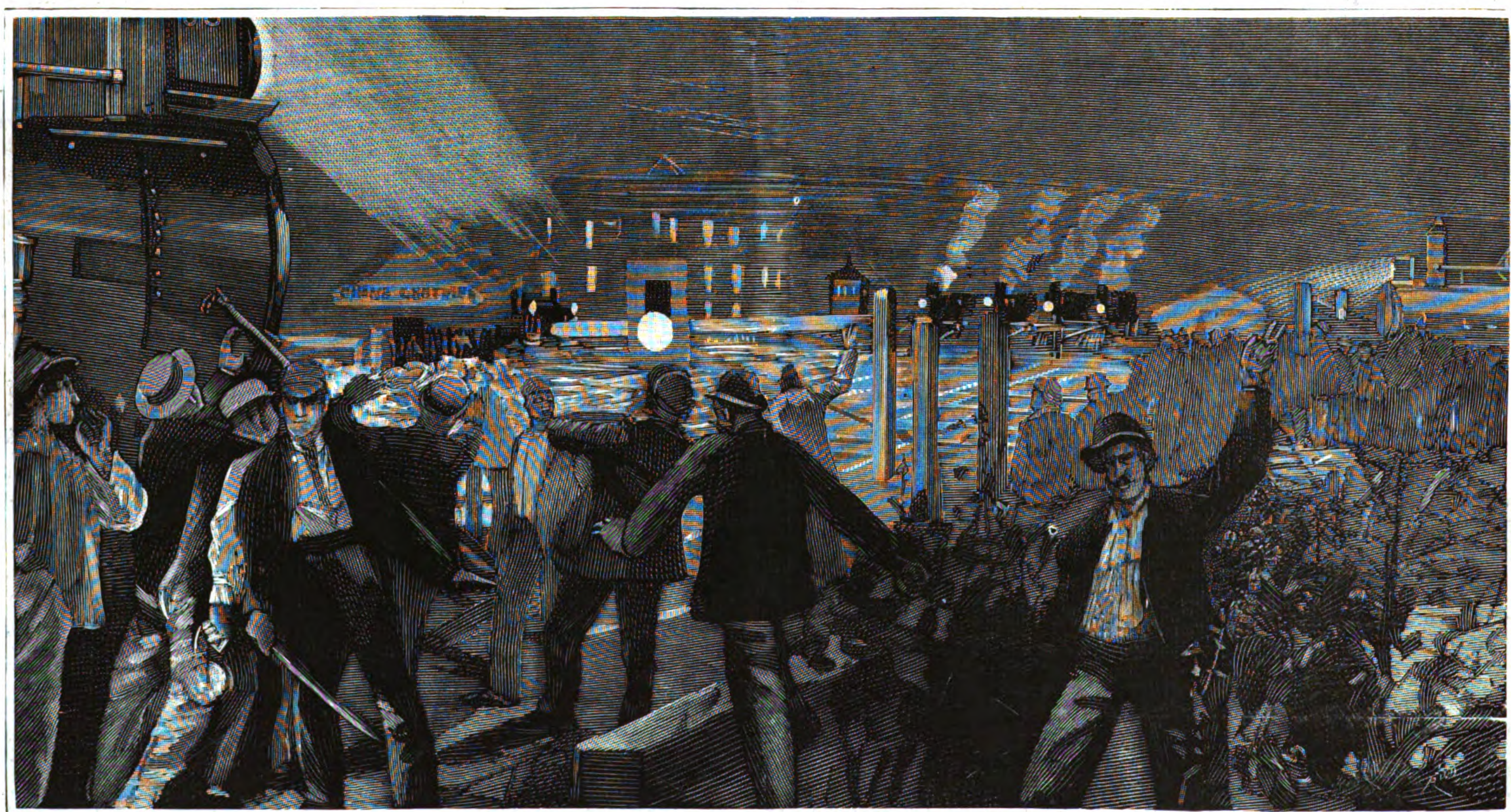
CHICAGO.—LA HUELGA DE LOS EMPLEADOS DE FERROCARRILES.



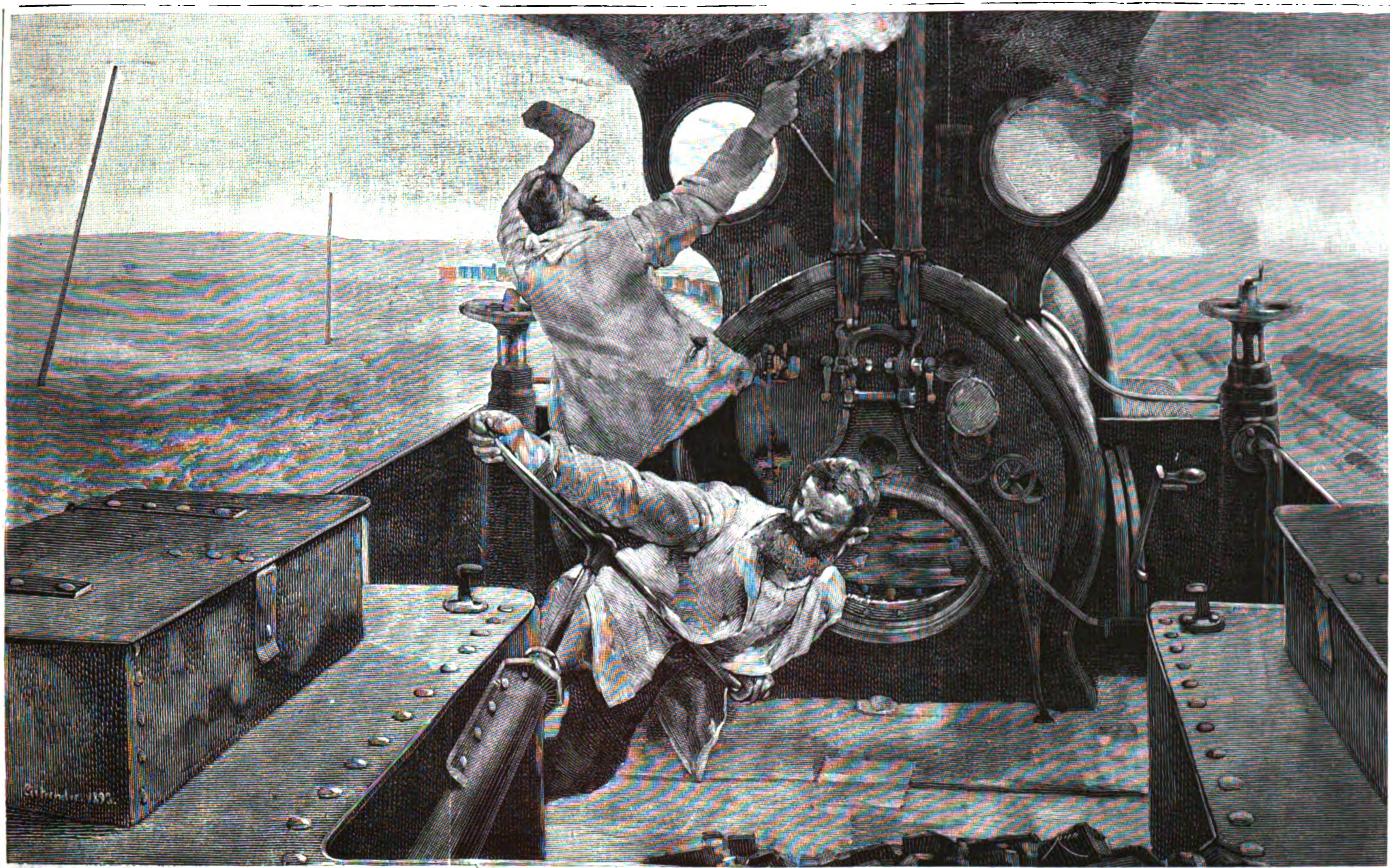
LA ESTACIÓN DEL FERROCARRIL DEL NOROESTE BLOQUEADA POR LOS HUELGUISTAS.



SALIDA DE UN TREN DEFENDIDO POR POLICÍAS VOLUNTARIOS.



OBREROS CONTRATADOS POR LA COMPAÑÍA «CHICAGO-ROCK-ISLAND AND PACIFIC-RAILROAD» INTENTANDO PONER UN TREN EN MARCHA.



EN PELIGRO INMINENTE.
CUADRO DE D. VICENTE CUTANDA.
(CUARTA EXPOSICIÓN BIENAL DEL CÍRCULO DE BELLAS ARTES DE MADRID.)



CONSTANTINOPLA.—HABITANTES DE LA CIUDAD REFUGIÁNDOSE EN LOS CEMENTERIOS DURANTE LOS TERREMOTOS.

los hombres distinguidos por su talento la culta sociedad madrileña, así que regresa á su país natal y vuelve á fijar la planta, ó como si dijéramos, á romperse los pies en el pícaro empedrado de esta villa y corte, corre á la desierta plazuela desde donde abarca con su ansiosa mirada la mole mixtilínea de una iglesia del viejo Madrid, y allí, solo, sin que nadie le distraiga, pero con un enjambre de recuerdos en la mente, situado en la esquina como apasionado galán que espía la dulce aparición de su amada, traza con mano febril en su libro de apuntes la caprichosa forma de aquel templo? ¡Ah! porque en ese templo, que es la parroquia de San Justo y Pastor, recibió recién nacido las aguas del bautismo, y en él, en ese edificio barroco, pintoresco, galano, lleno de alicientes para el artista que ama sobre todas las cosas la vida y el movimiento, recibió con la gracia regeneradora la sensación primera de los halagos de la línea y del color, de la cual, como del copo la hebra, salió el hilo misterioso, impalpable é irresistible de su ideal, de su vocación, de su futuro destino. Ante esa mole de fachada convexa, que parece indicar con esta sola forma que aquello, más que edificio de piedra, es contextura orgánica, animada, dotada de sentimiento y voluntad, que alienta, se mueve y cambia de postura cuando quiere, se extasía Martín Rico, no precisamente por lo que mira con los ojos, sino por lo que ve dentro de su cerebro á la luz de la memoria, por las reminiscencias que aquel edificio despierta en lo íntimo de su ser, entregado al más inefable y puro deleite. A esa parroquia le llevaron en brazos de una buena mujer —nodriza, ó niñera, ó cosa que lo valga—cuando él, ser racional embrionario, aun no podía darse cuenta de lo que quizá ni siquiera veía, pasivo, soñoliento, atiborrado, sin más manifestaciones de placer ó de dolor que la vaga sonrisa con que el recién nacido parece responder á las caricias del ángel invisible de su guarda, ó el repentino fruncir de la boca y del entrecejo cuando la criatura hace pucheritos, precursores infalibles de los berrinches del muchacho y de las amargas lágrimas del hombre. En la solemne ceremonia aquella, ni las pintadas bóvedas, obra celebrada de los hermanos Velázquez y Bartolomé Rusca, ni las retorcidas cornisas, ni los medallones orlados de ramajes, ni los angelitos y angelones que encaramaron Hermoso, Carmona y San Martín sobre los jambajes de las capillas, retablos y frisos; ni las luces de los altares, ni el olor del incienso, ni la frialdad de la pila á cuyo borde le asomaron la cabecita rasa, ni la recamada capa del párroco bautizante, ni el susurro de los obsequiosos asistentes, ni nada, en fin, pudo despertar en él la menor idea definida; pero cuando aquella sensación primera tomó formas en los años sucesivos, conducido el niño Martín á la parroquia, no ya en brazos, sino de la mano de sus padres (escena que se representa en una de las primeras aleluyas de *La vida del hombre bueno*), para oir misa ó asistir á alguna novena, ya entonces todas aquellas impresiones formaron en su mente como un inmenso y deslumbrador calidoscopio de vivísimas tintas, preparación adecuada para una idiosincrasia especial de artista idólatra de la naturaleza en sus días de mayor gala y esplendor.

III.

La arquitectura del tiempo de D. Fernando VI, galana, movida, risueña y juguetona, barroca, amanerada si se quiere, pero grandemente pintoresca; arquitectura que estaba en perfecta armonía con una época fastuosa en que se adornaba todo con profusión, los trajes, los muebles, las viviendas, los jardines y paseos públicos, y todo respiraba riqueza, desde las hebillas de los zapatos y los bordados de las medias, hasta las fachadas de los edificios, pintados de arriba abajo, y engalanados con alegorías, cartelas y guirnaldas: esa arquitectura, repito, ha sido comprendida por Martín Rico mejor acaso que por los mismos coetáneos de Jaime Marquet y Hermosilla, de Sermini y Bonavía. Y la prueba está en que nuestro artista, sin tomarse quizá la molestia de consultar para este caso la historia de la arquitectura española, ha penetrado en el sentido íntimo de ese arte del promedio del siglo XVIII, tan eminentemente decorativo, y ha dado á la parroquia de San Justo y Pastor de Madrid su natural complemento, esto es, los frondosos árboles que debieron acompañar siempre á todo edificio, civil ó religioso, trazado por arquitectos cuyo solo mérito tal vez consistió en haber creado una arquitectura que, inspirada en las pomposas magnificencias de Versalles y del Trianón, nació indefectiblemente asociada á la risueña gala de los parterres y bosquecillos.

El dibujo que ilustramos con estas breves reflexiones es, por lo tanto, más que un escrupuloso y nimio trasunto de esa iglesia, á la cual han despojado de parte de su genial fisonomía las prosaicas construcciones adyacentes, una *restitución* de la que levantó por los años 1750 el arquitecto y pintor italiano D. Santiago Bonavía, concurriendo á su decoración iconística, de gran movimiento y efecto, el acreditado escultor francés D. Roberto Michel y el reputado D. Nicolás Carisana.

El hoy feísimo y lóbrego *Pasadizo del Panecillo*, es, merced á la transfiguración operada por Rico, una calleja que sombrea el copudo ramaje de un jardín, y que desborda su opulencia sobre una tapia, exhalando frescura y aromas; la otra calle de mano izquierda, llamada de *Puñonrostro*, donde hoy se levanta una vulgar casa moderna, es el romántico residuo de un antiguo edificio del siglo XVII, con el tradicional farol de esquina, una vistosa imposta de azulejo morisco, y un gran balcón saliente de elegante herraje, medio oculto por la hojarasca de varias macetas que dejan adivinar la blanca mano que las cuida.

Es bien seguro que si el opulento marqués de la Ensenada, D. Cenón de Somodevilla, volviese hoy al mundo, reconocería más fácilmente en este dibujo de Martín Rico la parroquia de San Justo y Pastor, donde probablemente oró, formando parte de la comitiva de su piadoso rey y señor D. Fernando VI, en la devoción de las siete estaciones, que en el templo real y verdadero que tiene la villa y corte de Madrid aprisionado entre las desnudas paredes de la *calle de Puñonrostro* y del *Pasadizo del Panecillo*.

Tal es el poder de las primeras impresiones recibidas en la infancia, cuando ellas deciden de la vocación y engendran el ideal del artista.

IV.

Somos generalmente injustos con los arquitectos *barrocos*, porque no acertamos á despojarnos de las preocupaciones de las vetustas escuelas académicas. Guiados por los intolerantes vignolistas de principios de este siglo, que no vieron en las obras de aquéllos más que las nefandas y punibles interrupciones de su adorada línea recta, habíamos hecho coro hasta estos últimos tiempos á D. Antonio Ponz, Llaguno, Jovellanos y Ceán, estigmatizando con los apodos de *churrigueristas* y *jerigoncistas* á toda la falange de profesores que floreció desde los infelices tiempos de Carlos II hasta los de Carlos III. Un estudio más concienzudo de la historia del arte, y el desapasionado análisis de los cánones variables y convencionales del *buen gusto*, nos han hecho más tolerantes, y hoy vemos con claridad que no todos son recortes y resaltos, entortijamientos y jerigonzas, cartelas y garambainas en los grandiosos trazados por los cuales erigieron el abate Juvara y Sacchetti el palacio nuevo de Madrid, por ejemplo; Carlier el monasterio de las Salesas Reales, y Ribera el antiguo Seminario de Nobles y la iglesia de San Cayetano. En este mismo caso se encuentra la parroquia de San Justo y Pastor, obra del arquitecto y pintor D. Santiago Bonavía. Y sin embargo, D. José Caveda ha escrito de ella: «Es un edificio curvilíneo de mal gusto y extraña fachada, vulgar y falto de gracia»; y un escritor distinguido de nuestros días, pasando por junto á ella en una excursión por el Madrid viejo, forzado sin duda por la costumbre de menospreciarlo y á despecho de su perspicacísima intuición artística, lo ha calificado de *escaparate romano*, haciendo de ella graciosa y abreviada caricatura. ¿Quién se hubiera jamás imaginado que D. Pascual Madoz, tan ajeno de ordinario á todo análisis estético, había de ser menos adverso al pobre arquitecto de D. Fernando VI hace cerca de medio siglo? «La parroquia de San Justo y Pastor, escribía en su Diccionario en 1847, es un edificio cuya fachada no luce á causa de hallarse en una calle muy estrecha y tener planta convexa, pues por lo demás, sin embargo de no poderse ofrecer como modelo de buen gusto, es una de las mejores de Madrid, y en otro sitio sería de mucho ornato.» —Un preclaro crítico y arqueólogo ha dicho con gran laconismo y precisión en la moderna obra *España y sus monumentos* (Castilla la Nueva, tomo I): «Recomienda á San Justo una convexa fachada coronada de balaustre de piedra entre dos torres y adornada con estatuas y relieves.» Este juicio de D. José María Quadrado, á pesar de su extremada concisión, revela un profundo sentimiento del arte, independiente de todo convencionalismo y sin sombra de vasallaje á la tiranía de la moda.

Este mismo alarde de varonil independencia aplaudimos en el autor del dibujo que hemos procurado ilustrar.

Pedro de Madrazo.

CUENTOS POPULARES.

PIENSA BIEN..... Y ACERTARÁS.

I.

Rosa era una muchacha de veinte años, que justificaba bien su nombre.

Fresca, lozana, de blanca tez, de cabellos rubios, de negros ojos, llamaba la atención en todas partes por su hermosura espléndida, por su gracia casi infantil, por su dulzura angelical.

Era huérfana de padre y madre, y, sin embargo, tenía numerosa familia: su abuela, anciana de ochenta años, y tres hermanos pequeños, el mayor de los cuales no había cumplido todavía diez.

Rosa carecía absolutamente de bienes; pero con su trabajo asiduo. constante, de noche como de día, se proporcionaba casi lo suficiente para que no se muriesen todos de hambre.

Sin embargo, Rosa no estaba nunca triste: mientras la viejecita condimentaba la humilde comida, ella, perenne en la máquina de coser, confeccionaba ropa blanca para una tienda vecina, ganando un día con otro hasta dos pesetas.

Con esta modesta suma subvenía á las necesidades de todos: es verdad que el mayor de sus hermanitos ganaba unos pocos céntimos vendiendo periódicos por la noche, y en ciertos y determinados días «la lista de los números premiados en la lotería»; es verdad, también, que sólo pagaban tres duros al mes por el guardillón donde habitaban: en fin, es justo consignar que la abuelita, á pesar de su edad, ayudaba á Rosa en sus labores.

En medio de tamaña miseria, todos vivían felices y contentos: los dos muchachos menores pasaban el día en la escuela; «el primogénito», á pesar de su existencia errante, no era uno de esos pillastres callejeros que emplean en vicios lo que ganan, y al regresar á casa entregaba religiosamente á Rosa el escaso producto de su industria; por último, el dueño de la casa donde vivían, conocedor de la virtud y laboriosidad de sus inquilinos, les enviaba á menudo las sobras de sus comidas.

El que se las subía era un muchacho de veinticinco años, atento, compasivo, generoso, que muchas veces agregaba parte de su pitanza á lo que le entregaban los amos.

Tanto respeto y tanta consideración le inspiraban la viejecita hacendosa, la joven recatada y honesta, que sólo salía á la calle los domingos y días festivos para cumplir sus deberes religiosos.

De vuelta de la iglesia, trabajaba cual de costumbre infatigablemente, respondiendo á los que la acusaban de no santificar las fiestas:

—Si estuviese ociosa hoy, no comeríamos mañana.

Francisco, el criado del propietario, admiraba y comprendía aquella sublime abnegación.

El era también un modelo de hijos y de hermanos: su madre, enferma, casi impedida, no podía trabajar; su hermana, oficiala de modista, ganaba apenas lo preciso para vestirse decentemente y concurrir al taller; así, los seis duros del salario del joven los entregaba casi íntegros á la que le diera el ser.

Sus visitas diarias á la guardilla acabaron por producir el efecto natural: Rosa era lindísima, Francisco buen mozo; desde el principio sintieron uno y otro recíproca simpatía, que no tardó en convertirse en verdadero amor.

Pero ¿cómo habían de casarse llenos los dos de imperiosas obligaciones? ¿Cómo exponerse, merced al aumento probable de familia, á morirse todos de hambre?

Francisco, de naturaleza vehemente y apasionada, quiso prescindir de toda clase de consideraciones, y llevar al altar á Rosa; ésta, más prudente y previsora, negóse á acceder á sus instancias.

—Somos muy jóvenes—le decía—y tenemos tiempo de esperar: cuando la abuela muera, cuando mis hermanos ganen algo, podremos santificar nuestra inclinación; hasta entonces, tengamos paciencia y aguardemos á ver lo que dispone el Señor.

Una mañana subió Francisco alegre y animado á dar una buena noticia á Rosa.

—El amo—la dijo lleno de júbilo—ha sido nombrado para un gran destino en América, y me ha dicho que si le acompaño me podrá proporcionar allá una buena colocación. Yo haré lo que tú quieras; si te parece mal que me ausente, me quedo por acá, y ya encontraré donde servir; por el contrario, si juzgas que puede convenirnos una separación de pocos meses para facilitar nuestros proyectos, dentro de dos semanas me embarcaré en Cádiz.

Rosa reflexionó un instante, y después dijo:

—Debes aprovechar la ocasión; me conoces bastante para estar seguro de mi constancia y de mi fidelidad; yo también te juzgo á ti incapaz de faltar á tus compromisos. Sea que tardes en volver un año, sea que tardes veinte, me encontrarás siempre igual, queriéndote como ahora y pronta á cumplir mis juramentos.

II.

La separación de los dos amantes fué triste, dolorosa, cruel.—¿Resistiría Francisco el clima mortífero del país donde iba á habitar? ¿Podría Rosa subvenir á las necesidades de su familia?—He aquí lo que pensaban los dos; no ocurriéndoles á ninguno que el otro le pudiese olvidar.

Francisco, que era un muchacho listo, escribía á menudo á Rosa, dándole cuenta de todas sus acciones, y mostrándose siempre enamorado y cariñoso: Rosa perdía horas de sueño para contestar las epístolas del ausente, en términos expresivos y apasionados.

Sin embargo, las esperanzas de entrambos no se realizaban: el amo de Francisco no cumplía sus promesas, y en vez del destino deseado, continuaba teniéndole á su servicio. El pobre joven, cargado de obligaciones, mandaba religiosamente á su familia, según costumbre, la mayor parte de su salario, viviendo estrechamente y sin esperanzas de ver realizados sus gratos sueños. En fin, para que todas fuesen desgracias, al año de llegar á la Habana murió del vómito aquel á quien había acompañado, dejándole en el más absoluto desvalimiento y en la más completa miseria.

Sin embargo, no desmayó por tamañas desgracias su ánimo varonil: no se entregó al desaliento ni á la desesperación.

Buscando trabajo, unas veces le encontró y otras eran inútiles sus esfuerzos. No tuvo reparo en dedicarse á ocupaciones ínfimas, y más le apenaba que sus propios desastres la idea de las escaseces que padecería su madre. Ya trabajaba en el campo; ya en una fábrica conseguía ocupación pasajera; ya, en fin, entraba como sirviente en una casa, ó cual dependiente en alguna tienda.

Así transcurría rápidamente el tiempo, consumándose entretanto sucesos importantes.

La madre del pobre expatriado murió á consecuencia de su crónica enfermedad; la abuela de Rosa bajó también al sepulcro; su hermano mayor se casó con una lavandera, y á los dos pequeños les tocó la suerte de soldados.

Quedó, pues, la pobre costurera enteramente sola en la guardilla donde había sido tan feliz, con dolorosos recuerdos de lo pasado, con débiles esperanzas en lo porvenir.

No era, no, que desconfiase de Francisco: frecuentes cartas la tenían al tanto de las vicisitudes de su triste existencia, de sus contrariedades, de sus desengaños; pero no le faltaba la fe, y esperaba siempre conseguir lo que apetecía:—una colocación ventajosa, merced á la cual reuniese los fondos necesarios para regresar á España.

Rosa no mostraba menos confianza, menos seguridad en el logro de sus deseos: su hermosura y su honradez la habían proporcionado dos ó tres partidos bastante aceptables, que desechó sin vacilar.

No: ella no amaba, no podía amar sino á Francisco, y aguardaría su regreso, aunque tardase diez, quince, veinte años.

Sola siempre en su humilde morada, carecía de placeres y distracciones.

Alguna vez los domingos iba á comer á casa de su hermano: otras veces venían á acompañarla los dos menores, cuyos regimientos se hallaban acantonados en las cercanías.

En esto consistían sus únicos goces, y el resto de la semana trabajaba como antes, como siempre, desde que se levantaba hasta que se recogía.

Sus días venturosos eran aquellos en que recibía noticias del ausente, siempre tiernas y afectuosas; siempre escritas con el corazón.

III.

Así transcurría el tiempo, rápido aun para los que padecen: así pasaron largos años.

Rosa no era ya joven, aunque conservaba restos de su prístina hermosura: algunos hilos blancos comenzaban á argentar sus hermosos cabellos; el cutis había perdido algo de su nitidez: mas siempre llamaba la atención por su figura esbelta, por su talle delicado y fino, por sus ojos de mirada dulce y penetrante.

Todavía entonces habría podido casarse con algún menestral acomodado; pero ¡faltar ella á sus promesas! ¡Ser perjura é infiel!—¡Jamás!

Las noticias de América parecían ser entonces más satisfactorias. Francisco había encontrado lo que deseaba: trabajo constante y seguro, bien retribuído.

¡Qué alegres eran á la sazón sus epístolas! ¡Cuánta confianza descubrían y respiraban!

No estaba, según él escribía, muy lejana la época de su regreso á la patria, llevando recursos para establecerse en Madrid de modo decoroso y digno; pondrían una tiendecita de géneros ultramarinos; Rosa descansaría así de sus fatigas y desvelos, y los dos vivirían tranquilos y felices, el uno al lado del otro.

Aun tardaron algunos años más en realizarse tan lisonjeros planes; todavía sufrió el pobre hombre algunas decepciones y desengaños; pero, al fin, una mañana, al levantarse Rosa, recibió un telegrama—¡nada menos que un telegrama!—anunciándola Francisco que aquella misma mañana se embarcaría para Cádiz, debiendo llegar á la corte doce ó catorce días después.

Imposible es dar idea del júbilo de la costurera: iba á alcanzar el premio de su perseverancia y de su cariño; á tornar á ver al único hombre por quien había palpitado su corazón.

No se le ocurrió que acaso le parecería fea y vieja; no temió hallar alteración en aquel afecto que resistiera al tiempo y á las desgracias. No: Francisco la debía amar—la amaba sin duda—como en los días de la juventud, y unidos para siempre, alcanzarían la verdadera felicidad.

Cuando el día señalado apareció ante sus ojos el sér á quien consagró entera su vida, no echó de ver que él, como ella, había perdido los atractivos físicos; que su cabeza estaba enteramente blanca, su tez curtida por los ardores del sol, su cuerpo encorvado por el trascurso de los años y por incesante labor.

Tampoco el recién llegado observó que Rosa no se parecía en nada á la que había dejado treinta años antes.

¿Qué importaba? ¿No se habían querido durante tan largo plazo? ¿No conocían cada uno las cualidades y prendas del otro?

La mañana que se casaron en la parroquia de San José, los que presenciaron la ceremonia nupcial se manifestaban sorprendidos de la unión de los dos ancianos.

Una mujer, antigua conocida de Rosa, decía á los que la rodeaban:

—Ella se casa porque ha venido rico de América.

Lo cual prueba que es á menudo falso y siempre impío el refrán vulgarísimo que dice: «Piensa mal y acertarás.»

RAMÓN DE NAVARRETE.

DON MARIANO VÁZQUEZ.

Evocando la memoria de un muerto ilustre en el campo de las letras, escribía hace años un literato insigne, que también ha pagado ya el común tributo á la madre tierra: «Santo es el recuerdo de los que pasaron; santo el oficio de encomiar las virtudes de nuestros mayores, y excitar la admiración de los que han de venir: santa, en fin, la expresión de nuestra gratitud ante un sepulcro que ya se ha cerrado.»

Penetrado de la verdad de estas palabras, y deseoso de rendir tributo, no sólo á una mutua y cordial amistad, sino al verdadero mérito, que en vano trataba de ocultar una sincera modestia, escribo estos renglones, consagrados á la memoria de D. Mariano Vázquez, renglones que quise trazar á raíz de su muerte, deteniéndome en la realización de mis propósitos la promesa no cumplida de nuevos datos que allegar á los ya conocidos de la vida del ilustre maestro granadino.

Nacido éste en la ciudad de la Alhambra, el 3 de Febrero de 1831, mostró desde edad bien temprana especial aptitud é inclinación al divino arte, cuyos principios aprendió de modo bien singular. Su padre, que á falta de una fortuna que legar á sus hijos, se propuso, aun á costa de no pocos sacrificios, darles una carrera que les abriera paso en el mundo, y medios decorosos de vivir en él, pensó que el mayor de todos ellos, en quien veía decidida vocación á la Iglesia, estudiara la música al par que la teología. Al efecto hizo que el organista de aquella Capilla Real, D. Bartolomé Mira, le diese lecciones, dándose el caso de que quien más y mejor las aprovechara no fuese el llamado á recibirlas, sino un oyente que á ellas acudía con puntualidad exquisita, y no era otro que el entonces niño Mariano, el cual, no bien aquéllos daban por terminada su tarea y dejaban el campo libre, se sentaba al piano, y procuraba utilizar cuantos consejos y advertencias había oído, sacando más provecho que su hermano, á quien la voluntad paterna más que nada obligaba á seguir tales estudios.

No sabía el castizo escritor de las *Cartas trascendentales*, á quien debo el curioso detalle que acabo de referir, si el oyente pasó luego á ser discípulo en toda regla del beneficiado Mira, como de presumir es que sucedería; pero sí que después no se le conoció otro maestro, y que cuantos conocimientos adquirió Vázquez, y completaron la sólida educación musical que poseía, fueron fruto de labor propia tan perseverante como profunda, ayudada por una inteligencia elevada y aquel buen sentido que Platón llamaba el maestro de la vida humana.

A ello, y al depurado gusto literario que le distinguía, y de que dió claras muestras en cuantos escritos salieron de su pluma, contribuyó en gran manera el que Vázquez, desde su mocedad, formara parte de aquella pléyade de jóvenes que los granadinos llamaban *La Cuerda*, tan hermosamente descrita por uno de ellos, Castro y Serrano, y cuyos nombres adquirieron más tarde celebridad bien ganada en las artes y en las letras; núcleo que adquirió un tinte marcado de cosmopolitismo cuando de él formaron parte, por más ó menos tiempo, Glinka, el creador de la ópera nacional rusa; el inolvidable Ronconi, que llegó á convertirse en un andaluz de pura raza; el barón Shach, historiador de los árabes españoles y de nuestra literatura; el sabio epigrafista Hübner; Zorokin, magistral pintor de los interiores de la Alhambra y de los tipos gitanescos de aquella tierra; Mizhailoff, oriundo como aquél del imperio moscovita y famoso copiante de nuestro inmortal Velázquez; Owen-Jones, arquitecto más tarde del Palacio de Cristal de Sydenham; y el alma de toda aquella alegre y altísima compañía, en que la literatura y las bellas artes unían á todos en apretado lazo, Noebek, arquitecto notable de la Academia de San Petersburgo, á quien el Czar de Rusia había enviado para que redujese y enviase la Alhambra á su país, y al cual los granadinos conocían por *Pablo el ruso*, con cuyo nombre llegó á alcanzar una popularidad indescriptible que hoy es legendaria en Granada.

Bien quisiera recordar menudamente, por lo que á la música atañe, los detalles que de las amenas é interesantes reuniones que tenían me refirió Vázquez más de una vez; pero achaque es de ciertas edades el que flaquee la memoria, y con dolor mío no puedo decir que me vea libre de él. Allí, después que Glinka y Vázquez habían pasado largas horas consagrados al estudio serio y profundo de los clásicos del arte y de los maestros más célebres de la escuela italiana, tan en boga entonces; los pintores y arquitectos habían terminado su tarea, y los letrados sus lecturas favoritas, congregábanse unos y otros, y se daban conciertos, en que todos tomaban parte, rebosando en ellos la sal andaluza y el más agudo ingenio. En ocasiones tales, al piano y al armoni-flauta que poseían, se les vestía de día de fiesta con extraños adornos, al fagot se le ponían tirillas, y con naipes doblados, artistas expertos imitaban el sonido del oboe, cantándose, acompañados por tan extraña orquesta, las zarzuelas, traducidas á un latín macarrónico, y las óperas, vertidas al castellano, al pie de la letra y con premeditación y alevosía, sorprendiendo, y no pocas veces, á la alegre reunión el despuntar del día, ya en el *Carmen*, de que era dueño Ronconi, ya en alguno de los poéticos patios de la Alhambra, puntos que, por lo general, escogían para celebrar tales fiestas.

Sonó, andando el tiempo, la hora de la dispersión en aquella bulliciosa é inteligente falange; cada cual tomó el rumbo que más convenía á sus planes, ó donde sus deberes le llamaban, y Vázquez se encaminó á Madrid á probar fortuna. Su saber, su ameno trato y la bondad ingénita de su carácter no tardaron en abrirle camino, y poco tiempo después de su llegada á la corte vióscle ocupar el cargo de maestro y director de orquesta del teatro de la Zarzuela, en tiempos en que este espectáculo era todavía el favorito de nuestro público, y cuando Barbieri, Gaztambide y Arrieta estaban en el apogeo de su gloria. Las señaladas muestras que allí dió de su valía hicieron que por indicación de Barbieri fuese, al cabo de algún tiempo, nombrado maestro concertador del teatro Real, puesto que desempeñó con gran acierto por largos años, hasta que sus propios méritos le hicieron ascender en 1874 á maestro y director de orquesta del mismo regio coliseo y á tomar la dirección de la *Sociedad de Conciertos* en 1876, heredando la batuta que antes de él habían honrado Barbieri y Monasterio.

En los años que ocupó este último puesto, y que con razón se ha dicho fueron la etapa más brillante de la vida del maestro, Vázquez se mostró digno heredero de las tradiciones de los dos insignes artistas que le habían precedido, haciendo oir por vez primera, entre otras composiciones de indiscutible mérito, las partituras completas del *Struensée*, de Meyerbeer; del *Sueño de una noche de verano*, de Mendelssohn, y la Novena Sinfonía de Beethoven. Y es que en medio de la ruda, y á veces ingrata, tarea á que desde largo tiempo venía dedicado, Vázquez nunca abandonó el estudio de los clásicos de la escuela alemana, antes bien halló solaz y esparcimiento en lo que sus aficiones y sus amistades le inclinaban. Asiduo asistente á las sesiones de la *Sociedad de Cuartetos*, de su leal y querido amigo Monasterio, desde que aquéllas dieron comienzo en el modesto saloncillo del Conservatorio, hasta que la terrible enfermedad de que se vió presa el maestro retuvo á éste en el lecho de muerte; en íntimo y amistoso trato con el incomparable intérprete de Beethoven, el inolvidable Guelvenzu, y tertulio constante del cristiano poeta Antonio Arnao y de la compañera de su vida Sofía Vela, cuyo talento y mérito en el divino arte son notorios, y en cuya casa se cultivaba por los artistas y por los aficionados de más valer las mejores obras musicales, Vázquez aumentó el caudal de conocimientos que ya tenía adquiridos, depuró su gusto, y supo aquilatar una por una las bellezas que aquéllas encerraban y que de modo maestro oía interpretar, cuando no era parte actora, siendo la mejor prueba de la verdad de lo que acabo de decir los magistrales arreglos para piano que hizo, alguno de los cuales publicó, de varios Quintetos y Cuartetos de Mozart y de Beethoven.

Motivos que ignoro hicieron que al cabo de seis años Vázquez abandonara la dirección de los Conciertos, y que apartándose de la agitada vida que en las esferas del arte había llevado, se retirara al Conservatorio, donde para él se había creado una cátedra de conjunto de masas corales,



UNA PARROQUIA DEL MADRID VIEJO (SAN JUSTO).

REMINISCENCIA FANTÁSTICA.

(De Martín Rico.)

MADRID.—CUARTA EXPOSICIÓN BIENAL DEL CÍRCULO DE BELLAS ARTES.



UNA CONSULTA.

CUADRO DE D. CECILIO PLA.

á cuyo cargo añadió poco después el de maestro de cámara de S. A. la infanta D.ª Isabel, y más tarde de S. M. la Reina, honrosa distinción con que las dos egregias damas premiaron al que, en un autorizado escrito que á la vista tengo, se ha llamado uno de los más ilustres artistas de la España contemporánea.

Y que por tal debiera tenérsele, está fuera de duda, sin más que considerar que á los títulos ya enumerados, y con los cuales se granjeó ya un nombre respetable, hay que añadir los de compositor de buena raza y escritor castizo y verdaderamente literario.

El estudio que había hecho sobre la zarzuela, y su permanencia en el teatro de Jovellanos, le inclinaron á escribir dicho género de música, y resultado de ello fueron las aplaudidas partituras de *Los Mosqueteros de la Reina*, *El Cervecero de Preston*, *Matar ó morir*, *Por un inglés*, *El Hijo de Don José*, en cuyas notas musicales rebosaba la gracia y la sal de la tierra granadina; y, por último, *I feroci romani*, discretísima parodia en la cual Vázquez, con sin igual donaire, puso de relieve el convencionalismo de la escuela italiana. Y cuando obedeciendo á sus sentimientos más íntimos siguió opuesto rumbo, nuestro maestro escribió, entre otras obras, una misa de *Requiem*, que Saldoni dice en sus *Efemérides* se canta en las honras que anualmente se celebran en la catedral de Granada por los Reyes Católicos; una Misa, á grande orquesta y órgano, que se oyó por vez primera, hace dos años, en la solemnidad del Jueves Santo, en la iglesia de las Calatravas de esta corte, y otra que recientemente acababa de terminar, impregnadas, al menos las que conozco, de profundo espíritu religioso, escritas con corrección suma, y obras, en fin, que pueden considerarse como modelos en dicho género de música.

Tal debían ser, no sólo dadas las condiciones de Vázquez, sino la enemiga declarada que con sobra de razón tenía á los que faltos de inteligencia y de saber, é ignorantes por completo de lo que debe ser la música religiosa, tenían invadido é invaden aún las iglesias con sus engendros musicales, haciéndose dignos y merecedores de que con ellos se hiciera lo que Jesucristo con los mercaderes del templo. Eco fiel del efecto que tales solfas y los malaventurados intérpretes de ellas le causaban, fué el artículo, digno de la pluma de Larra, que escribió, y encubierto bajo el velo del anónimo se publicó en la *Revista Hispano-Americana* en 1882, con el título *La música en nuestras iglesias*. En él, aparte de atinadas observaciones sobre lo que ésta debiera ser, y atacando luego el mal de frente, se ve pintado de mano maestra, y con el culto y saladísimo chiste que resaltaba en las conversaciones de su autor, el tipo del *festero*, mezcla de empresario y director de las capillas músicas ambulantes; el afinar de los instrumentos, antes de comenzar la función, en la que después de martirizar los tímpanos más endurecidos, quedan aquéllos peor que estaban cuando trataron de ponerse acordes; y al reseñar lo que es un *Gloria* dicho por aquellas gentes: el cantor del solo, que con la mano izquierda tiene el papel, y con la derecha se agarra á la barandilla del coro, para cuando tenga que dar un *la* ó un *si* bemol; el *tiplo*, cuyo primer lamento, agudo y penetrante, hace creer, al que no está prevenido, que han dado un pisotón á algún feligrés, y, por último, la reunión de todos ellos en el *Cum Sancto Spiritu*, en un *allegro vivace* «que no parece sino que el pueblo amotinado pide que lleven al tenor á la hoguera y al *tiplo* á la cárcel».

El hombre que de tan magistral manera pintaba los desaguisados que en muchas de las funciones de nuestras iglesias se cometen, con escándalo de los verdaderos amantes del arte, y ofensa de la severidad y majestad del culto divino, y que respecto de los mal llamados organistas que en aquéllas perpetran no pocos horrores, y de los cuales creía, y con razón, «que los más de ellos estarían mejor dando á los fuelles que sentados delante del teclado», sentía en cambio gozo inexplicable oyendo en las catedrales alemanas la hermosa música de Beethoven, y en los conciertos, la severa de Händel y Sebastián Bach; apuntando sus impresiones en las curiosas *Cartas á un amigo sobre la música en Alemania*, que publicó á la vuelta de un viaje que por aquellas tierras hizo en compañía de Sarasate.

Escritas en tono familiar, y estilo llano al par que encantador, Vázquez refiere en ellas su expedición artística, y con ocasión de las fiestas musicales á que asiste, de las óperas que oye y de los Conservatorios que visita, consigna sus impresiones, en las que brilla un juicio imparcial y sereno, la más sana crítica, y una erudición copiosa, sin el menor asomo de pedantería. Y si la índole de este escrito lo permitiera, á buen seguro que no omitiría copiar algo, al menos, de sus opiniones sobre los grandes maestros de la escuela alemana, sobre Händel y Gluch, la opinión que como compositor y como pianista le merecía Rubinstein, y las atinadas observaciones que hace sobre Wagner, en las que, sin caer en la exageración de los que le admiran con pasión desordenada, y los que le anatematizan con encarnizamiento, admira su gran talento y su profundo saber, señala la marcada importancia de sus obras, y el rumbo que ha impreso al género lírico-dramático, no ocultando, por otra parte, el lado flaco del sistema implantado por el autor del *Parsifal*, ni los lunares que á veces afean sus más hermosas obras. ¡Lástima grande que Vázquez, á la vuelta del viaje que años después emprendió á la Meca del wagnerismo, en compañía de Arrieta y de Chapí, no hubiera escrito otro libro, parecido al que, á la ligera, acabo de reseñar!

Vazquez, que desde la creación en Mayo de 1873 de la Sección de música en la Real Academia de San Fernando, fué nombrado individuo de número de la misma, dió pruebas también en aquel centro de su talento como escritor. Aparte de los informes que redactó, y constan en aquel archivo, suyos fueron un discurso sobre *Las afirmaciones de la crítica*; otro, contestando al de recepción del académico Sr. Puebla, sobre la *Historia de la pintura desde Grecia y Roma hasta el siglo XVI*, en que, á grandes rasgos, pero mostrando no común erudición y gran conocimiento del asunto, extendió sus investigaciones á las demás bellas artes, sin olvidar aquella de la cual, en su anterior escrito, había dicho que «con tanto amor, si no con fortuna, profesaba desde la niñez»; y el que leyó en la recepción del Conde de Morphy, lleno de curiosas noticias y atinadas observaciones sobre la ópera bufa italiana, desde Guglielmi, Generali y Cimarosa hasta Rossini, objeto ya entonces de sus preferentes estudios.

Nuestro maestro, que ya en ese último trabajo académico se dolía de que las producciones del arte de la música no pudiesen estar expuestas á la admiración de las generaciones que se suceden, como acontece á la pintura y á la escultura, y de que las mejores particiones, pasada su época, fueran al panteón de una biblioteca, como los cuerpos muertos á los nichos de un cementerio, donde el polvo va poco á poco borrando hasta los rótulos, se propuso sacar del olvido la numerosa colección de óperas italianas del siglo pasado y comienzos del presente que guarda la Biblioteca de nuestro Conservatorio. Al efecto dedicóse á estudiarlas, tarea que llevó á cabo con una paciencia de benedictino, siendo fruto de su ardua labor el hallazgo de verdaderos tesoros, debidos algunos de ellos á autores cuyos nombres ni siquiera figuran en los Diccionarios biográficos de músicos que corren por ser los más copiosos en datos y noticias. De todas ellas hizo un Catálogo razonado y completo, al que acompañó el juicio que cada una de las obras en él comprendidas le mereció: trabajo que ha quedado inédito, que sus amigos le instigábamos para que diese á la estampa, y para el cual, tal vez resuelto á acceder á nuestros deseos, escribió en sus últimos tiempos un erudito proemio, que debía figurar á la cabeza del libro.

Antes de caer enfermo, ya me había indicado su deseo de dármelo á conocer, y explicarme de paso y con mayor holgura que lo había hecho el plan de su obra; y ese mismo deseo volvió á expresármelo en uno de los días en que le visité, convaleciente de una caída, en su modesta vivienda de la calle de Pontejos, hasta que en la pasada Semana Santa empleamos una tarde en la lectura de dicho prólogo, comentándolo á nuestro sabor. ¡Qué lejos estábamos ambos de pensar que aquellos momentos tan gratos habían de ser los últimos que nos viéramos y nos habláramos!

Pocos, muy pocos días después, un ataque de hemiplejia puso en grave peligro la existencia del maestro, y aun cuando á muy luego se le creyó libre de él, la traidora enfermedad de que era triste resultado y venía minando desde tiempos atrás su existencia, continuó avanzando al punto de turbar su inteligencia y destruir casi por completo sus fuerzas físicas. Dios quiso, sin embargo, premiar la sólida fe y la vida honrada y buena del pobre enfermo, y la víspera de su muerte recobró por completo la razón. Entonces, con humilde devoción, recibió los Sacramentos, y ya en la agonía, pidió que se encendiese una vela que alumbrara aquella triste escena, recordando la santa y piadosa costumbre de nuestros mayores de morir teniendo en sus manos una candela encendida; y lleno de cristiana y profunda resignación, rodeado su lecho por sus cariñosos hermanos, por sus hijos y por amigos fieles, entregó su alma al Señor el 17 de Junio último.

Al siguiente día fué su entierro. S. M. la Reina y S. A. la infanta D.ª Isabel, que durante la enfermedad de su leal servidor habían manifestado de modo inequívoco el mucho interés que éste las inspiraba y el alto y merecido aprecio en que le tenían (y de que fué señalada muestra la gran cruz de Isabel la Católica con que un año antes honró su pecho la primera de tan egregias damas), nombraron para que las representaran en la triste ceremonia á sus respectivos secretarios el Conde de Morphy y el Sr. Coello; y presidido el duelo por ellos, por Monasterio, en nombre de la Escuela Nacional de Música, y por fieles y cariñosos compañeros de la juventud, rodeado el modesto féretro de gran número de artistas y de verdaderos amigos, recibió el cadáver cristiana sepultura en el cementerio de Santa María.

De costumbres sencillas, cariñoso hasta el extremo con su familia, afable y cortés en su trato, discreto y ameno en el decir, probo y de porte modesto, exacto y celoso en el cumplimiento de sus deberes, profunda y sinceramente religioso, bien ha podido decirse de Vázquez, al saber su pérdida, que llora el arte:

Beati mortui qui in Domino moriuntur.

J. M. ESPERANZA Y SOLA.

MELODRAMA.



CUANTAS personas le trataban se deshacían en elogios de la seriedad de don Sabas.

Instrucción no se le conocía, á Dios gracias, en opinión de sus amigos.

Tal vez la ocultaba por su modestia excesiva.

Leer y manuscribir, esto en caracteres convencionales, y no de primera intención, sino después de juiciosas meditaciones y con libertad de ortografía, como un profesor.

Titulares de libros, periódicos y carteles y muestras de establecimientos públicos, se le revelaban solas.

Para él no había secretos en las letras gordas como puños y aun menos en las mayores, si no eran de suyo dificultosas, como esas góticas complicadas con arabescos y demás, que parecen una burla del pintor al honrado y serio transeunte.

Como se lamentaba un caballero calígrafo, políglota y aun «pendolista de los certeros», que decía el inmortal Estrada:

—¡Esto es horrible! ¡Encontrarse un hombre á mi altura, sin acertar á leer! Reniego del modernismo en el arte de pintar muestras.

Don Sabas leía y aun pronunciaba la v con fuerza y claridad, como aquel personaje de *Un crítico incipiente*.

En matemáticas, conocía «cuatro ó seis reglas de cuentas», según él, y nada más.

Para él no había quebrados, así como para otros no hay sordos, por ejemplo.

Habrán leido ustedes varias veces en anuncios de periódicos:

«No hay sordos.»

«No más dolores de muelas.»

La elevación á potencias le parecía pretensión diplomática harto soberbia para un hombre obscuro, y la extracción de raíces asunto de dentistas.

Para sus contratas y demás negocios era un águila.

¡Qué vista tan perspicaz!

Hijos no tenía.

Su esposa había pasado de este mundo sin dejarle otro recuerdo que el de su carácter.

Era mujer temible, para «su Sabas» particularmente.

¡Cuántos disgustos, cuántas *bofetás* habían sellado aquella alianza conyugal!

Nadie conocía la historia de la juventud de don Sabas, no solamente porque se refiriese á época remota, sino por el cuidado especial que tenía el protagonista en ocultarla.

Se suponía que era de origen extranjero, y se aseguraba que había sido joven.

Esto con datos casi irrefutables.

Que era pobre y que su esposa, pobre también, se había enamorado de la gracia de Sabas.

Gracia latente, sin duda, y de la que nunca abusaba en público, desde que apareció «en el mundo de los negocios», como representante de una «Sociedad de economías forzosas» sobre rentas, efectos públicos y efectos privados.

Y, efectivamente, en pocos años logró D. Sabas levantar la cabeza.

Añadían las personas que le trataban, desde su aparición hasta sus días, que las primeras levitas que le habían conocido se le despegaban un tanto, y que la esposa parecía un tambor mayor vestido de máscara.

Pero él siempre fué un hombre serio y grave.

No se le veía sonreir siquiera.

Ella era más alegre.

Como buenos, los dos eran buenos.

No se sabía que hubieran abusado de la caridad ni de la beneficencia; pero, de cuando en cuando, hablaban de limosnas que habían repartido en secreto y de las que solamente daban cuenta á sus amigos.

Cuando murió la esposa, D. Sabas llevó á su casa á un sobrino, para protegerle al mismo tiempo que le usaba como escribiente.

En clase de criada, tenía en la casa á una sobrina, también para atender al porvenir de la chica y servirse, de presente, del trabajo de la misma.

—¿Con quién habían de estar mejor esos dos pobrecitos?—repetía D. Sabas.—Yo les sirvo de padre y atenderé á su porvenir.

—¿Son huérfanos?—le preguntaban.

—Ninguno ha conocido á «sus padres» ni á «sus madres».

La casa de D. Sabas era un paraíso fúnebre.

Los sobrinos advertían, esto desde su instalación, cierta economía en la alimentación necesaria.

¡Pero D. Sabas era tan cariñoso!.....

Para ellos no tenía más secreto que un ropero, cuya llave conservaba cuidadosamente.

Como es natural, lo que más interesaba á los sobrinos era el contenido de aquel ropero.

—¡Ahí está la base de mi vida..... recuerdos de mi juventud..... prendas de familia..... de ella..... mías! ¡Ah!

Y, cuando decía estas cosas, se enternecía don Sabas.

Al salir á la calle examinaba cuidadosamente la puertecilla del ropero para convencerse de que estaba bien cerrada.

De regreso en su casa, se dirigía en seguida al ropero para ver si alguien se había propasado á abrirle.

Pegaba papelitos en la unión de la puerta, y dejaba otras señales imperceptibles que le aseguraran la denuncia de un atrevimiento de los sobrinos.

—No deis oídos á la curiosidad, hijos míos: rechazad las tentaciones si un día os sentís impulsados á profanar esa arca sagrada.....

—Descuide usted, tío—respondían siempre los muchachos á las amonestaciones de D. Sabas, por más que con ellas les había inspirado malos pensamientos que, sin ellas, nunca habrían tenido.

—Las personas han de ser serias y formales y

honradas—añadía.—Aquí tenéis un modelo en vuestro cariñoso tío.

«Por fin» murió un día D. Sabas, como decía un novelista, y todo se descubrió.

Cuando llegó el momento de abrir el ropero, que, en honra de los chicos, debe decirse que fué inmediatamente, aparecieron á la vista de los sobrinos las «prendas de familia», que decía el muerto—antes de serlo, por supuesto.

¡Tres vestidos de *ecuyère!*

De ella, de la esposa de D. Sabas.

¡Y un vestido de clown!

De él, del hombre serio.

En los vestidos y en papelitos cosidos, se leía la fecha del estreno de cada vestido, relacionada con algunas efemérides particulares.

Y en el cartelito correspondiente al vestido de clown:

«Con este vestido me presenté en la corte de *Constantinopola*. ¡Qué ovación! ¡Qué noche aquélla! ¡Qué escándalo cuando, á petición del público, todo turco, hice el *gallino!*—Tony.»

Los sobrinos no sabían si reir ó llorar.

Y así, mirando, alternativamente, al muerto y al vestido de payaso, permanecieron durante algunos minutos.

Cuando las personas que trataban á D. Sabas se enteraron del descubrimiento, no podían contener la risa, y decían á una:

—¡Un hombre al parecer tan serio!

EDUARDO DE PALACIO.

EN LA PLAYA.

Cuando en la menuda arena
Sepultes tu breve planta,
Y el tibio rayo de luna
Que duerme sobre las aguas
La líquida superficie
Trueque en espejo de plata,
No pretendas darte cuenta
De lo que dicen las auras,
Ni quieras saber, hermosa,
Lo que con voz apagada
Dicen las olas que, tristes,
Van á morir á la playa.

Cuando lejos de esa orilla
El viento las encrespaba,
Esas olas diminutas
Fueron gigantes montañas
Que sepultar intentaron
Al que con ellas luchaba,
En ti puesto su recuerdo
Y puesta en Dios su esperanza.
Pero si guardan memoria
De lo que yo las contara
En los momentos de angustia,
Dando al olvido mis ansias,
Te dirán que eres esquiva;
Te dirán que eres ingrata;
Te hablarán de tus hechizos,
Encubridores de un alma
Pérfida cual esas ondas
Remedo de tu inconstancia.....

Por eso, cuando en la arena
Sepultes tu breve planta,
Y la móvil superficie
Cambie en espejo de plata
El tibio rayo de luna
Que duerme sobre las aguas,
No pretendas darte cuenta
De lo que dicen las auras,
Ni quieras saber, bien mío,
Lo que dicen en voz baja
Las que en el mar proceloso
Fueron gigantes montañas,
Las mansas menudas olas
Que mueren en esa playa.....

RAFAEL OCHOA.

Segovia, Julio 1894.

LA GOTA DE SANGRE.

SONETO.

Sentados en la gótica ventana
Estábamos tú y yo, mi antigua amante:
Tú, de hermosura y de placer radiante;
Yo, absorto en tu belleza soberana.
Al ver tu fresca juventud lozana,
Una abeja lasciva y susurrante
Clavó su oculto dardo penetrante
En tu seno gentil de nieve y grana.
Viva gota de sangre transparente
Sobre tu piel rosada y hechicera
Brilló como un rubí resplandeciente.
Mi ansioso labio en la pequeña herida
Estampé con afán..... ¡nunca lo hiciera;
Que aquella gota envenenó mi vida!

MANUEL REINA.

NOTAS DE ORIENTE.

El nuevo año de la hégira.—Reunión de Reinas, Soberanos y Príncipes en Constantinopla.—La familia del Jedive de Egipto.—El rey Alejandro de Servia.—El gran duque Alfredo de Alemania; la Reina de Grecia.—Fiestas en los kioskos y jardines del Sultán, y grandes solemnidades religiosas en la catedral griega del Phinar.—Los terremotos de Stambul.

Pocas veces la mezquita de Santa Sofía, la de Hamidié, al lado del kiosko inmediato de Yildiz, ó los palacios de Dolma-Bagché y los demás destinados á las grandes solemnidades de la corte musulmana, pudieron presenciar un concurso más brillante que el reunido durante la primera semana de Julio en la antigua Bizancio. Á las visitas del príncipe alemán, y del duque Adolfo Federico, hermano del Soberano de Mecklemburgo y pariente del emperador Guillermo, han venido á sucederse la de la esposa del difunto Virrey de Egipto, con tres Princesas, sus hijas; la del jedive Hilmi Abbas Pajá; la de su hermano Mehemet Alí Bey, después de terminados sus estudios en el Colegio Teresiano de Viena, donde los dos Príncipes egipcios sucedieron como alumnos á nuestro inolvidable Alfonso XII; la del rey Alejandro I de Servia, y la de la reina Olga de Grecia.

A este conjunto de soberanos y príncipes hay que agregar Ismail Pajá, antiguo virrey de Egipto, hoy residente en Constantinopla; y los numerosos hijos é hijas del difunto príncipe Alim Bajá, que han heredado inmensa fortuna de su padre. La madre del Jedive fué á alojarse directamente en el precioso yali-palacio que el Sultán ha regalado al actual Soberano del Egipto, situado en Bebek, y que ocupa la situación más encantadora y pintoresca, en el centro del Bósforo, á igual distancia casi de la ciudad santa de Scutari, de Stambul y del mar Negro.

El joven é infatigable Jedive de Egipto, rival, por la afición á los viajes, del emperador Guillermo de Alemania, puede decirse que sorprendió con su visita á la madre amada y al sultán Abdul Hamid, su alto Soberano, que le ha consagrado especialísimo afecto. Viniendo desde Alejandría, donde deja en todo su esplendor la primera de las exposiciones egipcias, que entre otras preciosidades del Oriente contiene las últimas estatuas de Apolo descubiertas en Delfos, se embarcó en su yate *Marohuse*, juntamente con el alto comisario otomano en el Cairo, el Ghazi Muktar Bajá, y los secretarios consagrados á los diversos idiomas, que acompañan siempre á Hilmi Abbas Bajá. Teniendo constantemente abiertas las puertas del kiosko imperial de Yildiz, donde el Sultán lo recibe como verdadero padre, pasa este verano, para él encantador, ya en el seno de la familia del príncipe Alim, ya junto á su madre, ya en los palacios de Ermighiam, que su tío Ismail Pajá posee en el Bósforo, rodeados de jardines que en nada ceden á los un día famosos del Generalife y de la Alhambra. Ha querido hacer también placentera excursión á Brusa, la primitiva capital de los turcos colocada al pie del Monte Olimpo, como nuestra Granada, con la que tiene grandísima semejanza por sus cármenes y verjeles, lo está al pie de Sierra Nevada. El viaje, antes difícil y penoso, se realiza ahora con gran facilidad. Los vapores parten del Cuerno de Oro y desembarcando en Mudania, un ferrocarril que va subiendo las pendientes del Monte Olimpo llega hasta Brusa, cuyo bazar pintoresco y rico en telas orientales, sus mezquitas, de las cuales la llamada Mezquita Verde rivaliza por sus artesonados y columnas con la de Córdoba y la Alhambra; sus baños surtidos por manantiales del monte que tomó á los dioses gentiles su nombre; y su río que como el Darro y el Genil lleva arenas de oro, hacen encantadora una permanencia de algunas semanas en la primitiva corte de los califas orientales.

No puedo asegurar el fundamento que tengan las noticias, muy divulgadas, de que esta permanencia larga del joven Príncipe egipcio tiene por principal objeto el proyecto que acaricia su madre de enlazarlo con una Princesa otomana ó egipcia elegida entre las hijas del sultán Abdul Hamid ó las del difunto tío Alim Bajá, poseedoras, como he dicho, de espléndida dote. El primero de estos planes estrecharía más y más los lazos entre el alto Soberano y el Jedive. El segundo, imitación del matrimonio del nuevo Sultán de Marruecos con la hija del más poderoso de sus tíos, fundiría, reuniéndolas, las dos ramas de la familia jedival, pues es sabido que el virrey de Egipto Ismail Bajá fué quien arrancó la sucesión establecida por el Corán al príncipe Alim, llamando á sucederle á su hijo, á diferencia de lo que acontece en el Imperio otomano, donde el pariente de más edad hereda al Sultán.

°°°

No había pasado la impresión producida en el Bósforo, Stambul y Pera por la presencia del Jedive, á quien vino á unirse inmediatamente su hermano Mehemed Alí Bey, cuando los telegramas de Salónica anunciaron que Alejandro I de Servia había abandonado la capital de la Macedonia, embarcándose á bordo del yate imperial *Sultanie*, que Abdul-Hamid había mandado á su encuentro, con dos altos dignatarios del palacio.

El viaje desde Belgrado se había realizado con una celeridad que habría parecido pasmosa, hace un cuarto de siglo, á los moradores de los diversos Estados que constituyen la península de los Balkanes y la Turquía de Europa, por las nuevas líneas de ferrocarriles que van ya desde Viena hasta Macedonia y desde Salónica á Constantinopla. Al avistarse el yate *Sultanie* en el Bósforo, se adelantaron el Gran Visir y el ministro de Negocios Extranjeros, Said Bajá, enviados al encuentro del Príncipe por el Sultán, mientras el cañón de Scutari hacía las salvas, y las músicas de la Guardia Imperial otomana entonaban los himnos de Turquía y de Servia. El joven Soberano desembarcó el 26 de Junio, junto á la Torre del Reloj, en el muelle de Tophane, donde se eleva el palacio de la maestranza de artillería. El cortejo, compuesto de muchas carrozas, era espléndido. Alejandro I tiene apenas diez y siete años. Es un muchacho robusto, cuyo semblante animan dos hermosos ojos negros, que recuerdan los de su madre, la bella reina Natalia, tan conocida y simpática ya para los españoles que la han visto en San Sebastián y Biarritz. Es numerosísima también la colonia de servios, habitantes unos del Imperio turco, y venidos otros de Belgrado con esta ocasión, rivalizando en número con ella la crecidísima falange de extranjeros, que, á causa de estas visitas regias y de las fiestas musulmanas que se han sucedido, con el Cur Baizan y el Muharrem, ha prolongado su estancia en el Bósforo. A esto han contribuido igualmente las inauguraciones de dos hermosos hoteles que, con el título de Summer Hotel y Palacio de Pera, ha abierto en esta parte europea de Constantinopla y en la deliciosa Therapia, morada durante el estío de las principales embajadas extranjeras, la Compañía Universal de los Vagons-lits, realizando en la capital del Imperio turco el proyecto que quiso efectuar en una parte de nuestro paseo del Prado de Madrid.

Nada tan cordial como la acogida hecha por Abdul Hamid á su regio huésped, recibido con grandes honores en el palacio de Yildiz. No quiso que pasase la primera visita sin poner él mismo por su mano en el pecho del simpático príncipe la gran placa de brillantes del Instiaz; yendo á pagar inmediatamente su obsequio en el kiosko cercano á la morada imperial, y que fué el mismo habitado por el emperador Guillermo de Alemania. Altos dignatarios de palacio, mariscales, gentilerhombres y dragomanes de la Sublime Puerta fueron puestos á las órdenes del Monarca servio, como diversas carrozas y kaiks para que pudiera visitar Stambul y sus sitios inmediatos. El día del Salamik, que presenció Alejandro I desde el Kiosko imperial, el Sultán, teniendo á su lado al joven monarca, pasó revista á toda la guarnición de Constantinopla. Hubo después banquetes en el palacio y jardines de Yildiz, regatas en sus lagos y en las antiguas costas del mar de Mármara, no distantes de la célebre Calcedonia; conciertos musicales en el palacio, etc.

Una de las partes más importantes de estas fiestas ha sido indudablemente las funciones religiosas celebradas por el Patriarca ó Pontífice de los griegos. Apenas llegado Alejandro I, una lucida diputación, compuesta de los Arzobispos metropolitanos ortodoxos de Nicomedia, Nicea, Andrinópolis y Cyzico, le presentó las primeras felicitaciones del patriarca griego Neophitos VIII, que visitado por el Soberano en su palacio del Phanar, le devolvió su obsequio en el Kiosko de mármol, señalado para su residencia. El domingo que sucedió á su llegada hubo magnífica función patriarcal en la catedral del Phanar, contribuyendo á su lucimiento el batallón de negros de la Guardia Imperial, enviado por el Sultán para formar desde el patriarcado al templo de San Juan Crisóstomo. Dos tronos alzados á derecha é izquierda en el espacio de la catedral que separa el Iconoclax del resto del templo, estaban destinados á Alejandro I y al patriarca Neophitos VIII, que ofició pontificalmente, leyéndose, como en la Pascua griega, los evangelios en doce lenguas, y asistiendo el embajador de Rusia, Nelidof; el enviado de Grecia, Maurocordato; los representantes de Rumanía, de Bulgaria y de Servia, naciones ortodoxas, y el Sínodo griego.

°°°

Esta larga serie de festejos y de visitas de Príncipes, á las que sirve de corona el rápido paso de la reina Olga de Grecia, se realiza en medio de una paz octaviana, de una seguridad perfecta, de una alegría franca y jovial del pueblo musulmán, dando motivo de envidia al resto de Europa. Nada ha venido á confirmar la noticia, echada á volar por un diario extranjero, de un atentado descubierto contra el joven Rey de Servia, y que, en todo caso, habría tenido por teatro á Sofía y no á Stambul. Diríase que han pasado para no volver los tiempos del reinado de Abdul-Hamid, y á pesar de ciertos augurios de astrólogos árabes, y aquellos otros días en que hace un cuarto de siglo los herederos de los antiguos genízaros obligaban al sultán Murad á descender del trono, declarándole demente y encerrándole en el palacio de Mármol de Cheregán, ó á su antecesor Abdul Aziz á morir asesinado en su espléndida mansión de Dolma Bagche.

Si, como es natural, el gran Visir y el gran Mariscal del palacio, el Seraskrat, y el gran Jefe de la policía musulmana, no olvidan ni un momento los medios de garantir la vida del Califa, aleccionados por tantos atentados europeos execrables, la verdad es que el pueblo musulmán, como los extranjeros, no advierten el despliegue de guardias de seguridad pública, ni los aparatos para salvar de un golpe la vida tan preciosa del Sultán; el cual, si no lleva la vida tan animada de los Príncipes de Europa ó de los Presidentes de las Repúblicas, todos los viernes va en carruaje descubierto, por él guiado, á una de las mezquitas de Pera ó Stambul, para celebrar el Salamik; y en las grandes solemnidades de la hégira árabe, atraviesa toda Galatha y sus puentes, Stambul y el Phanar, el Cuerno de Oro y el Bósforo, rodeado de inmensas aclamaciones saludando al Padichá.

°°°

He hablado del rápido paso de la reina Olga por Constantinopla mientras se celebraban estas fiestas.

Aunque obsequiadísima por el Sultán, que mandó á su encuentro á la sultana Validé y á los principales dignatarios de su corte, la Reina no permitió que se celebrasen en su honor fiestas de ningún género, llevando todavía en el alma el luto por los terribles terremotos de Grecia. ¿Quién habría dicho á la reina Olga, al rey Alejandro de Servia y á la familia Jedival de Egipto, como al Sultán y á la población alegrísima de Stambul, de Pera y del Bósforo, que esta larga serie de fiestas habían de ser seguidas de otros temblores de tierra también en la capital del Imperio otomano, como si las corrientes venidas del archipiélago griego hubieran hecho sentir su fatal influencia bajo las ondas del Cuerno de Oro, del Bósforo y del mar de Mármara?

Complicándose este terremoto que por dos veces ha sentido ya Constantinopla, en los días 10 y 11 de Julio, con esos incendios tan frecuentes en los edificios turcos de madera, han derramado la desolación en lo que una semana antes era campo de festejos, en los palacios y en los fantásticos paseos de las damas turcas, al través de las llamadas aguas dulces de Europa y de Asia. Las víctimas han sido numerosísimas, y los daños materiales de la mayor consideración. Nunca ha podido decirse con más verdad que en esta ocasión, que las felicidades y las desventuras se suceden constantemente en la historia de los pueblos y de la triste humanidad.

°°°

Por las numerosas colecciones de diarios de Stambul que llenan mi pupitre, veo con dolor que Dios no ha escuchado mi ruego sincero de que esta catástrofe no asumiese las proporciones que en Abril y Mayo tuvieron los temblores de tierra de Grecia. Acaso las ha excedido; y Thebas tiene una rival de desventura en las catástrofes de Halky; la Eubea y el Peloponeso en las Islas de los Príncipes, la tierra encantadora donde Fenelón colocó su isla de Calipso; mientras Stambul deja muy atrás en sus ruinas las relativamente pequeñas de Atenas. Sólo se han desvanecido las gigantescas proporciones que los primeros telegramas prestaran á la catástrofe del Banco Otomano, cuyo capital está intacto y cuyo hermoso edificio sólo ha sufrido lesiones reparables. Gran fortuna ésta para el Imperio, pues que el Banco turco, como la generosidad del Sultán, con la caridad de la colonia griega, han servido de eficaces lenitivos á tanto dolor.

También debemos felicitarnos de que se hayan salvado la mezquita de Santa Sofía, maravilla de Bizancio, su rival en belleza, la del Sultán Ahmet, con sus seis minaretes, el monumento de Theodoro, la Columna Serpentina, el Subterráneo de las mil columnas, los innumerables palacios imperiales sobre el Bósforo, los edificios de las embajadas extranjeras, entre ellas las de España en Pera, Therapia y Yukyndere, donde no hay que lamentar desgracias, y los asombrosos templos de Brusa, á que aludía en mi crónica antecedente. Pero en cambio es larga, y excede de centenares la lista de las víctimas y de crecidos millones de libras turcas, la reseña de las catástrofes y ruinas ocurridas en el Gran Bazar de Stambul, donde se desplomó con sus arcos toda la sección de la joyería, perteneciente á israelitas oriundos de España, muchos de los cuales sucumbieron entre sus ruinas; los minaretes desplomándose, sepultando uno de éstos en la mezquita de Jop-Capan al Muezzin en el momento en que llamaba á los hijos del Profeta á la oración de la tarde; las mezquitas de Yalta, Siman y de Mahomet Bajá, sobre el Bósforo, donde el Sultán solía celebrar el Selamik antes de construir la moderna de Hamidié, inmediata á su palacio-kiosko de Yildiz. Con la destrucción de muchas escuelas griegas, armenias y turcas, las de Teología, Comercio y Marina en Halky, la iglesia y monasterio de Capuchinos católicos en San Stephano, y principalmente la antigua iglesia griega de Santa Irene, junto al viejo Serrallo, y donde estuvo á punto de perecer el Embajador de Rusia.

Ya he dicho que en Prinkipo, y sobre todo Halky, en las Islas de los Príncipes, como Adabaza, completamente destruída, Antigoni, donde no ha quedado una morada en pie, y en San Stephano, de cuyas orillas se retiró el mar hasta 200 metros, volviendo con extremada violencia, como en las obras de los muelles de Constantinopla, y en canteras trabajadas por una falange de croatas que todos encontraron la muerte, las desgracias han sido grandísimas.

Los diarios turcos describen con esta ocasión escenas no menos dramáticas que las de Thebas en Beocia y la provincia de Locrida en Grecia. En la Casa de locos de Pera, los dementes, al sentir el primero de los ocho sacudimientos que se sucedieron en el primer día, se arrojaron sobre los guardianes, pugnando por salir á los jardines. El edificio se derrumbó y como si Dios, que les dió esta inspiración sal-



D. LORENZO CASANOVA,
NOTABLE PINTOR,
DIRECTOR DE LA ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE ALICANTE.



LOS PRIMEROS PASOS.
CUADRO DE D. LORENZO CASANOVA.
(EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES DE ALICANTE.)



EN LA COSTA GALLEGA.—ESPERANDO LA SARDINA.

DIBUJO DE D. TOMÁS CAMPUZANO.

vadora, los devolviese un instante la razón, todos se postraron después de rodillas. Las mujeres turcas, que apenas abandonan el barén, al ver la ruina inminente, cogiendo en brazos sus hijos, casi desnudos, se salvaron refugiándose en los cementerios abiertos, en los numerosos puentes de Galatha y del Phanar, en las Karlas y en las barcas del Cuerno de Oro y del Bósforo. Centenares de pasajeros sorprendidos en el ferrocarril del túnel subterráneo que enlaza á Pera con el puente de Galatha y Stambul, al encontrarse encerrados bajo las bóvedas de piedra que se estremecen á los primeros temblores, forzaron á los maquinistas, que habían detenido las locomotoras, á ponerlas en marcha para salir de aquel antro, y arrojarse muchos en barcas y otros á nado en el Bósforo. En las torres de Galatha y del Seraskrata, esta última en Stambul, que han permanecido intactas, á diferencia del Ministerio de la Guerra y del edificio de la Sublime Puerta, donde ha sufrido mucho la secretaría del Amstachar ó subsecretario de Negocios Extranjeros, muchos se arrojaron desde sus ventanas ojivales, recibiendo fuertísimas contusiones y heridas. La torre de San Jorge, en Prinkipo, mató, al caer sus campanas, á diversos habitantes de las desgraciadas hoy, ayer felicísimas Islas de los Príncipes. Por todas partes desolación y ruina. Europa y el mundo entero envían á la Turquía la misma ardiente simpatía que consagraron á las catástrofes de la Grecia.

Conde de Coello.

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

La paz armada en el Japón: los Min de Corea y el Gladstone de la China. — El *racional dress movement* ó «piernas al aire», en Nueva Zelanda: antigüedad de la moda en España: los poetas y el naturalismo en las playas. — El *Woman's Club* en Chicago: conferencias de 1894: obras de caridad; recursos y fundaciones.

Por ataviarse á lo más moderno de la moderna, no sólo aceptó el Japón el parlamentarismo, el sufragio universal, el teléfono, la bicicleta, la literatura y filosofía sentimental de los Bourget, Rod y Tolstoï que por allí plumean, la leche pasteurizada para los recién nacidos y el oxígeno para los moribundos, los *interviews* para llenar los periódicos y el papel sin crédito para llenar los bolsillos, los microbios para explicarlo todo, y la libre enseñanza para no saber nada; no sólo aceptó todo esto, y la elegancia masculina sin chaleco, y la femenina con caderas de ballena y serrín, sino que, partidarios de la paz armada y de hombrearse como gran potencia, se saturaron de militarismo, fusiles Rekhanthomphe, pólvora sin humo, ni olor, ni color, ni llama, ni ruido, cañones Krupp, cruceros blindados, torpederos eléctricos, antisépticos de primera, pan de munición de segunda, aeróstatos ópticobalísticos, generales de tapón y soldados y marinos de corcho, y se gastaron lo que tenían y lo que tendrán en lo futuro, para aparecer como la primera nación de Oriente y Poniente, según se mire á China, Mandchuria y Tartaria, ó al Pacífico charco, donde no hay nadie en miles y miles de kilómetros.

Pero la paz armada, como todas las mentiras convencionales, dura menos que la carrera de un cojo ó que cuchara de pan, y no hay más remedio que, ó renunciar á ella desarmándola, ó concluir con ella armándola con el primero que pase. En Europa, las grandes potencias armadas hasta los dientes, abrumadas por sus gastos, viven en un ahogo creciente, agotando y estrujando á los contribuyentes y á todo el que se mueve y respira, y disimulando su hondo malestar hasta que llegue el suspirado momento de tocar á la matanza, que tantos suspiros costará. Ejércitos y naves permanecen arma al brazo, nerviosamente agitados por la impaciencia de pelear; pero mientras haya contribuyentes á quienes estrujar y exprimir, cabe esperar hasta que el más osado ó más infortunado dé la señal del ataque. En el Japón, país fecundo y poético, y por consiguiente pobre, porque la mucha gente y la fantasía no crían más que hambre, se han acabado á un tiempo la paciencia y los cuartos, y ha ido á dar la paz armada de cabeza contra cualquier parte, para legitimar la guerra, tocándole esta vez á Corea el hacer de guardacantón. Tras de la guerra, si es derrotada, vendrán el arreglo diplomático, el descanso higiénico y el desarme necesario, y si obtiene la victoria vendrán la indemnización y el pago, por el enemigo, de los vidrios rotos. El Japón ha sido, pues, víctima de su vanidad guerrera, é irremisiblemente se ve obligado á armar camorra, saliendo de la insostenible situación ultramilitar que se había creado.

En Europa sucederá lo mismo el mejor día. El Japón se había armado bien y cobraba el barato en aquellas latitudes, entre la gente de poco más ó menos. La China no ha podido armarse ni bien ni mal; y en cambio, quien vivía como gente de poco pelo á merced de chinos y japoneses, con un ojo en Pekín y otro en Yedo, y el oído atento en Vladivostok, rodeado de tres formidables é insaciables enemigos, era el reino de Corea, chino de origen, japonés en su dependencia efectiva, y ruso en las aspiraciones de la glotonería diplomática. La trama del enredo que ahora mete ruido es muy vieja. Diez años hace que, instigado por la corte del Mikado y del Gobierno de Tokio, un embajador coreo, llamado Kim-Ok-Kum (¡cualquiera cosa!), trabajó hábilmente, pero sin éxito, para destronar al rey de Corea *Li Hui*, que reina desde 1864, inmóvil como un monolito, y que pertenece á la dinastía de Min, la cual viene dando monarcas á aquella nación desde hace cinco siglos. Por entonces todo se arregló: el Bismarck ó Gladstone que hay en el Celeste Imperio, y que se llama Li Hung-Chang, virrey de Petchili, se entendió con el representante del Japón, el Conde de Ito, y convinieron en que Corea fuera siempre país neutral, y en que jamás ni la China ni el Japón enviarían tropas á aquella península, sin mutuo acuerdo y previas y suficientes explicaciones. Desde entonces, y siempre con el afán de la expansión diplomática dominadora y con el del monopolio comercial, los japoneses han ejercido un verdadero condominio, una tutela real sobre Corea, imponiendo su voluntad en el régimen aduanero y en la vida de los puertos, como si, siendo una especie de Inglaterra del Pacífico asiático, tuvieran el dominio de los mares. Ahora, con excusa de proteger los intereses de los muchos súbditos del Japón que en Corea se han establecido, y pretendiendo que las reformas fiscales decretadas por los Ministros de Li Hui son perjudiciales, los japoneses, que ya estaban preparados, han desembarcado 10.000 hombres en Corea, se han apoderado de la capital, Seul, y han hecho prisionero al Rey. Los odios entre los partidarios y sostenedores de éste y sus adversarios, capitaneados, al parecer, por su padre mismo, se excitaron no hace mucho, con motivo del asesinato en Shanghai del conspirador antidinástico King, á quien mató un partidario de Li Hui. Los chinos, de acuerdo con el ministro y gran hombre de Estado Li-Hung-Chang, han preparado también el envío de bastantes fuerzas, mandadas por el general Leü Meng-Tchuan, y de una escuadra que dirige el almirante Ting.

Semejantes trastornos han resonado con belicosos ecos en Europa, porque Inglaterra no puede menos de dejar sentir su pretendida supremacía en aquellas comarcas, y porque Rusia, vecina inmediata de Corea en las regiones de la la Mandchuria, no desperdiciaría la ocasión de extender sus dominios y completarlos ocupando la Península, y fijando sus puertos extremos en el mar Amarillo, con detrimento del poder de la China y de Inglaterra misma. Ante el conflicto que puede sobrevenir, la diplomacia no descansa para llegar á un arreglo, ó para sacar el mejor partido posible. Y cuando Inglaterra y China se agitaban, y el Japón invadía el palacio de los Min, y Rusia callaba, aparece súbito un inesperado nuevo factor: la flota norteamericana, que desembarca sus tropas en Corea, con excusa también de amparar los intereses de los norteamericanos allí residentes. Empiezan las hostilidades, y con ellas las hazañas de la barbarie amarilla, y para muestra de lo que será la guerra, los acorazados japoneses hunden en el mar al transporte chino *Row Shing*, con 1.500 tripulantes ante las barbas de rusos, ingleses y yankees.

°°°

Puesto que estamos en la temporada en que se vive fuera y lejos de casa, quedémonos veraneando en aquellos lejanos horizontes del Pacífico, pero lejos también de la guerra de los amarillos isleños, peninsulares y continentales.

Los habitantes de Nueva Zelanda, que han consentido el que las mujeres usen del sufragio electoral, como electoras para el nombramiento de diputados, y como elegibles para que desempeñen los cargos de *aldervomen* y de *mayoresses* en los municipios, en los que mangonean y mandan á maravilla, no pueden acostumbrarse á verlas haciendo uso del derecho, que impone la moda moderna, de llevar los vestidos muy cortos é ir enseñando las piernas, que es el llamado en Inglaterra y sus colonias *rational dress movement*. Pero así como la emancipación política femenina se ha impuesto allí, avanzando un poco más, bastante más, que los ingleses de la metrópoli en esto de libertades, del mismo modo la mujer, deseando sacudir la tiranía de las faldas largas y dar mayor libertad y soltura á los movimientos, exige que se generalice el uso de los *knickerbockers* para hombres y mujeres, como si todos fueran niños de ocho años ó velocipedistas sin edad conocida. Un mocetón de quince años con calzón corto y medias, con blusa y cuello marinero de tres cuartas, no está mal, y así visten poco más ó menos en España, conservando las modas regionales de hace tres ó cuatro siglos, los hijos de los aragoneses del campo, de los charros de la sierra, de los maragatos, y de otras varias localidades; y poco más ó menos así visten también hombres y viejos, con las pantorrillas más ó menos escuálidas ó robustas, emancipadas del calzón y envueltas en lana, paño ó trapos y correas, según la climatología del ambiente. En los hombres, pues, el ir de *knickerbockers* es muy viejo en España, sin que en la aldea, aunque sí en las ciudades, choque la moda. Entre las mujeres, todas las serranas, desde el Guadarrama hasta el Teleno, que van á la moda de sus abuelas, como van muchas, y como algunas vienen á Madrid, llevan al aire las medias caladas, más ó menos artísticas, y la saya corta con media docena de refajos superpuestos á lo Montgolfier. También ellas, pues, van en *knickerbockers*, sin que á nadie le extrañe. Pero generalícese entre la gente femenina de las ciudades el *rational dress movement*, y á pesar de ser cosa tan vieja y tan vista, se tendrá, como lo suponen hoy los escrupulosos neozelandeses, por cosa nueva é indigna de mirarse. A los tres meses de implantada la moda la mirarán y la miraremos con la misma indiferencia con que los serranos, charros, maragatos, valencianos y alpujarreños miran los *knickerbockers* ó medias, zapatos y faldas cortas de las chicas y mujeres de su tierra. ¡Como si tal cosa! ¿Quién hace caso en estos días en las playas del *racional dress movement*, puesto necesariamente en práctica por todos los bañistas? Allí ni el *knickerbocker* se lleva, y sin embargo, impuesta por la necesidad la libertad de exhibición de las canillas, pierden éstas todo su misterio y todos sus atractivos. Sólo los poetas sueñan que son cosa interesante, y dicen, aunque nadie lo cree, lo que el inspirado y elegante Xanrof decía ante el hermoso cuadro de la playa de Trouville:

Puis, sous les ombrelles
Les beaux, vers les belles
Braquant leurs jumelles
Aux gros yeux brillants;
Vont des blondinettes
Pêchant des crevettes
Et des amoureux;
Et leur jambe exquise
Fait, une et bien prise
Rougir dans l'eau grise
Les crabes peureux.

¡Cosas del poeta; muy bien dichas, pero puramente ideales! Más verdad encierra la fina descripción caricaturesca de la misma composición, que dice así:

Un monsieur obése
Séche sur sa chaise,
Et son ventre à l'aise
S'etale au soleil;
Une vieille dame
S'urgir d'une lame.
Maigre comme une âme
Et le nez vermeil,
Dans la mer bavante
Qui fuit d'épouvante
La foule mouvante
Des baigneurs s'ébat;
On voit leur chair luire,
On entend leur rire
Quand l'un d'eux chavire
Ou qu'un flot s'abat.

El velocipedismo y el excursionismo y otros especialismos del *sport* imponen á las damas el traje semimasculino, que se popularizará bien pronto y que tal vez llegue á ser la moda general en el siglo XX, que está al caer. En Nueva Zelanda ya lo han adoptado en las familias distinguidas, ellas y ellos, si bien el rector de la Universidad y el del Canterbury College lo han prohibido á las señoritas que van á clase, «*lady students*», porque parece que distraen demasiado á sus condiscípulos.

°°°

Aunque no tan dadas á hombrear en el terreno de la moda, hombrean mucho en el de la inteligencia, y especialmente en el de las ciencias sociales, las señoras norteamericanas. Hay en aquel país más de trescientos clubs femeninos, y entre ellos el *Woman's Club* de Chicago, que acaba de terminar con extraordinario éxito el curso de sus conferencias de 1893 á 1894, en mediados de Julio. Los principales temas sobre que han versado los estudios y discursos han sido estos: *Evolución de la mujer moderna; ¿Debe restringirse la inmigración?; Significación del trabajo; El realismo en el arte y en la literatura; La cooperación industrial; La ciencia y la vida superior; El ahorro de la energía; La coeducación; Derechos de las madres; La religión en la familia y fuera de ella; La caridad y la cuestión social.* Preside este club la señora Doctora en Medicina Shara Stevenson, que es la que más clientela de familias distinguidas tiene á su cuidado, á pesar de haber en Chicago cerca de doscientas señoras *médicas*. La empresa más benéfica y noble que el club ha realizado ha sido la fundación del centro *Protective Agency* de socorros á mujeres y niños, que cuida de que no se pague el trabajo de las obreras con miserables salarios, que las defiende en sus derechos, que impide la explotación de la usura y la violación de los contratos, que socorre á los pobres sin trabajo, que proporciona asilos decentes á los niños abandonados, que recoge los que son objeto de indignos tratamientos de parte de sus padres, y que facilita los divorcios en los matrimonios en los que la paz es imposible y las mujeres resultan maltratadas. Divídese el club en seis grandes secciones: la de Educación; la de Filantropía; la de Enseñanza doméstica; la de Arte y literatura; la de Ciencia y filosofía, y la de Reformas. Creados el club y la agencia en 1886, ha intervenido en el socorro efectivo de 17.197 familias desgraciadas, y ha recogido é invertido en obras de caridad y de educación 1.249.687 dollars. Como se ve, pues, el *Woman's Club* no sólo difunde la instrucción de gran altura entre las señoras y señoritas de todas las clases sociales, y especialmente entre las de la media y aristocrática, sino que principalmente defiende á la mujer pobre, donde quiera que la encuentra perseguida, humillada ó maltratada. Así se comprende que la estadística de la Sociedad demuestre que en obsequio á la justicia y al bien se han reparado muchas injusticias, descubierto muchos fraudes, pagado muchas deudas, perseguido mil casos de crueldad y de violencia, arreglado muchos disturbios domésticos, apaciguado muchas miserias y apagado muchos infiernos matrimoniales separando dignamente á los cónyuges, reconocido muchos hijos, ocupado muchas pobres abandonadas, socorrido muchas emigrantes y salvado muchísimas criaturas por la energía, entereza y piedad de las señoras asociadas. Y todo ello se hace con gran miramiento, sin menoscabar jamás la libertad de nadie, por el consejo y por la persuasión, practicando siempre la máxima prudente de uno de los magistrados más entendidos del Norte América, que suele dar admirables conferencias en el club, y que ayuda, como otros dignísimos hombres públicos, á la Sociedad con todas sus fuerzas, y que dice así: «Realizad vuestros trabajos en favor de los desgraciados con toda discreción; no os entrometáis jamás en los asuntos del interior del hogar de los pobres, como no os inmiscuiríais nunca en los de los ricos.» No hay para qué decir la alta estima en que tienen á esta Sociedad los jueces, los magistrados, el clero de diversas religiones y la policía, por la gran ayuda que encuentran en ella para el mejor ejercicio de sus funciones. Todo es necesario, en efecto, en un país y en un pueblo improvisados como el de aquella metrópoli de los lagos, en la que tantas miserias producen la embriaguez y la brutalidad.

Y á más, á mucho más, se extiende la generosa iniciativa, la potente actividad de aquellas mujeres. De sus doctoras médicas sale el personal gratuito que inspecciona el servicio de las casas de locas, presas, enfermas é imposibilitadas, y cuyos centros, antes tan abandonados, han resucitado, se han redimido con grandes mejoras, para bien de tantas desgraciadas. Al club se debe la creación de un hospital de enfermedades contagiosas, para mujeres. El club recibió no ha mucho varios donativos que sumaban siete millones de dollars, con destino á la difusión de la enseñanza, y ya está creada la Universidad para seiscientos estudiantes, muchachos y señoritas, habiendo instalado además un centro inmediato para asilo de estudiantes pobres, en el que hay cuartos de estudio, biblioteca pública, gimnasio, salón de conferencias, comedores y grandes dormitorios. Ahora mismo se ha ofrecido á las señoras la posesión de un terreno de 300 acres, con la condición de que han de gastar 40.000 dollars en edificios en ellos, con destino á una escuela industrial para jóvenes huérfanos. Al momento han encontrado esa suma entre los protectores de la Sociedad, y antes de poco se inaugurará la gran escuela de Glenwood.

¿Cuándo los publicistas y oradores altos y bajos del in-

dividualismo y del socialismo lograrán realizar *de hecho* tanto bien en favor de las clases pobres, como lo saben lograr, con sus buenos sentimientos, su actividad y su talento, estas ilustres mujeres del otro lado del Atlántico? Si ellas y otras como ellas, allí y aquí, en todas partes dignas de admiración y respeto, no hubieran realizado tanto bien en favor de los desheredados, ¿á qué grado hubiera subido ya la fiebre en la cuestión social de los que sufren y no admiten espera en el remedio? Por ese camino se va poco á poco, pero se va de seguro, á la paz social. Los demás, fundados en la violencia, por la violencia misma serán cortados y borrados del suelo, por donde avanza trabajosamente la pobre humanidad, en la que no hay riqueza ni miseria que se vinculen por un siglo, en una misma familia.

R. Becerro de Bengoa.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Borrones gramaticales, por Miguel Luis Amunátegui Reyes.

Contiene esta obra un estudio detallado y muy bien hecho de las voces impropias y neologismos que se usan en nuestra lengua y la van corrompiendo y desfigurando de modo que, á seguir así, acabará por ser tan diferente de lo que fué, que nadie la conocerá.

El autor trata también de algunos *chilenismos* (pues el Sr. Amunátegui es uno de los más distinguidos escritores chilenos) con acierto y novedad.

Horas de luz, por Luis Ram de Viu, barón de Hervés.

El Sr. Ram de Viu es poeta con personalidad propia, no sólo en el modo de decir, sino tambien en el de pensar. Y por cierto que no es de los que han dado en el neovolterianismo positivista, género, como tantos otros, importado del francés y que ha hecho tantos estragos en la literatura española. En un prólogo muy digno de leerse expresa el autor todo su pensamiento, desechando con elocuencia pasados errores. «Podéis creerme, dice, y no tildaréis seguramente de apasionada mi conducta; porque yo estuve manchado como vosotros y como vosotros respiré en una atmósfera malsana y viví un tiempo con el espíritu envenenado por los miasmas racionalistas.»

En valientes poesías, llenas de fe y de calor, sostiene el autor su credo, con alientos poco vulgares. Algunas de las poesías que contiene este tomo son singularmente bellas y sentidas.

Véndese *Horas de luz* á tres pesetas en las principales librerías.

Guipúzcoa pintoresca. San Sebastián y sus cercanías. Guía ilustrada, por Angel Pirala.

Con el cariño que tenemos á cuanto atañe á las Provincias Vascongadas, y con la complacencia de quien toma en la mano un libro que, á la oportunidad de la ocasión en que se publica, une el despertar agradables recuerdos, hemos leído el que acaba de publicar el Sr. Pirala, quien en él prueba que á sus méritos de artista une los de escritor.

San Sebastián y sus cercanías están muy bien descritos, con gran copia de datos, no sólo de entretenimiento para el lector, sino también de suma utilidad para el viajero. Á detalladas noticias de San Sebastián, Fuenterrabía, Irún, Lezo, Pasajes, Rentería, Oyarzun, Hernani, Urnieta, Astigarraga, Usurbil y Lasarte, acompañadas de grabados y fotograbados muy bien hechos, ha añadido el autor las distancias kilométricas, censos de población, tarifas, etc., etc., todas ellas del mayor interés y exactitud.

Cuesta esta excelente obrita 1,50 pesetas.

Leyes de Hacienda en España conforme á los textos *oficiales*, con notas y concordancias é índices completísimos, por D. León Medina y D. Manuel Marañón, abogados del Ilustre Colegio de Madrid.

Esta importante colección legislativa, que ha merecido del Ministerio del ramo una Real orden, comprende toda la legislación vigente en la materia, concordada y anotada con las circulares, órdenes y acuerdos dictados por los Centros directivos y con la jurisprudencia del Consejo de Estado, Tribunal de lo Contencioso y Tribunal Supremo de Justicia.

No sólo es la más barata de las muchas y muy importantes que lleva publicadas la *Biblioteca Manual de Derecho Español*, sino también de cuantas obras de Derecho se han publicado en España hasta ahora: tres ó cuatro tratados de los muchos en ella incluídos, como la Legislación de Aduanas, Contribución territorial é industrial, Impuesto de timbre y derechos reales, sin las notas y aclaraciones que en las *Leyes de Hacienda* existen, cuestan más que esta colección que anunciamos.

Forma dos tomos de más de 1.000 páginas, cuyo precio es de 15 pesetas en Madrid y 16 en provincias.

El Antiguo Derecho y la costumbre primitiva, por sir H. Sumner Maine.

Se ha publicado por primera vez en castellano esta notabilísima obra del célebre jurisconsulto inglés, que no debe confundirse con otra del mismo autor, titulada *El Derecho antiguo*.

La que ahora ve la luz trata ampliamente, entre otras, las siguientes cuestiones: La religión y el derecho; La herencia; La sucesión al trono; La ley sálica; La administración de la justicia civil; La sociedad primitiva; las reglas legales; La clasificación de los bienes; etc., etc.

Forma un grueso tomo, que se vende al precio de 7 pesetas.

G. R.













MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid............	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias.........	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero.........	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXVIII.—NÚM. XXIX.

ADMINISTRACIÓN: ALCALÁ, 23.

Madrid, 8 de Agosto de 1894.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN, PAGADEROS EN ORO.

	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia..........................	60 francos.	35 francos.



EXCMO. SR. D. FRANCISCO SEPÚLVEDA Y RAMOS.

PRESIDENTE DEL COMITÉ EJECUTIVO DE LOS FERROCARRILES DEL NORTE DE ESPAÑA.

Nació en Salamanca, el 2 de Abril de 1819; † en Pozuelo de Alarcón, el 30 de Julio último.

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

Ni la distancia, ni la forma con que llegan las noticias, ni la necesidad de atender á tanta variedad de sucesos, nos permitirían seguir en esta Crónica las vicisitudes de la guerra ya empezada de hecho, aunque no declarada conforme al derecho de gentes, entre China y el Japón. Antes que los azares de las armas entre las dos naciones asiáticas más interesantes del hemisferio Sur, fijan nuestra atención otros combates que libra en la isla de Mindanao nuestro valiente ejército, sumando nuevas glorias á las ya innumerables de nuestra historia militar. Pero ya las guerras, cada vez más complicadas y técnicas, no se consideran como los hechos culminantes de cada época, aunque sean los que más halagan el amor patrio: porque no sólo viven de triunfos y hazañas las naciones. Y no es que la fuerza haya dejado de ser el factor principal con que los pueblos influyen unos sobre otros, se hacen respetar y temer, se defienden é imponen y consolidan sus derechos, sino que la fuerza es cada día una combinación de mayor número de elementos, y el valor nacional resulta casi anulado por tres factores cada vez más poderosos: la ciencia, la industria y el capital, que han transformado el arte de la guerra: ésta, pues, necesita escribirse por hombres del oficio, y con datos muy seguros, en el lugar donde sucede; sin que apenas nos corresponda otro papel que aplaudir los triunfos que consiguen en Mindanao nuestros heroicos y sufridos soldados.

En cuanto á la guerra entre China y el Japón, disputándose la influencia ó tal vez la conquista directa de la península de Corea, sólo nos inspiraría una gran curiosidad, si no tuviéramos una parte del territorio nacional á distancia suficiente para que nos preocupen las contingencias de esa lucha, *per se* ajena á nosotros, pero en la cual pudieran accidentalmente llegar á Filipinas de rechazo algunas complicaciones imprevistas. Tenemos confianza en el patriotismo del Gobierno: nos la inspiran particularmente el ministro de Ultramar Sr. Becerra, y la digna autoridad del archipiélago, y no hemos de incurrir en la vulgaridad de aconsejarles prudencia y vigilancia. Y confesamos que sin los recelos que nos deben inspirar los intereses nacionales, por remotos y eventuales que sean los peligros, veríamos con la impaciente curiosidad que inspiran los azares del terrible é inhumano, pero grandioso juego de la guerra, el choque audaz de los dos pueblos asiáticos, armados por mar y tierra á la moderna, aplicando en ésta la táctica europea, y acometiendo empresas navales con las escuadras modernas, que no sabemos qué resultado les darán.

Desde luego, el Japón ha sorprendido al mundo con su audacia, la rapidez de su acción y la fortuna con que ha sabido dar los primeros golpes, echando á pique el trasporte el *Kows hung*, tripulado por 1.500 soldados chinos; pero, si es cierto que éstos prefirieron morir heroicamente á rendirse, hay que esperar mucho de una nación que puede poner en pie de guerra millones de soldados de ese temple. No haremos predicciones acerca de la guerra, que serían puramente caprichosas; sí diremos que el Japón, al transformarse en nación europea ó americana, merecería nuestras simpatías como Estado más asimilable á nuestro modo de sentir, si sus procedimientos no nos le presentasen como un pueblo invasor, atrevido é inteligente, deseoso de figurar en la historia universal, pero de ambiciones peligrosas: el triunfo del Japón apresuraría la civilización en el extremo Oriente; pero el triunfo de la China quizás sería preferible para la paz del mundo. ¿Entran en la lucha directamente otros intereses? Se habla mucho de ello, pero con escaso fundamento por ahora.

⁂

Se trata nuevamente de lo que llama la prensa una campaña contra el juego. Pepe Laserna con una oportuna cita de Cervantes ha demostrado que no han variado nada las cosas desde que Sancho Panza fué gobernador de su ínsula, hasta la fecha presente en que gobierna á Madrid el Duque de Tamames. Y conste que no le culpamos de lo que está por encima de su voluntad y de su acción, porque ni el mismo Código penal quiso ni pudo estar claro en la determinación del delito del juego, ni sería imposible que un juez sorprendiese, con la ley en la mano, á los que presiden el sorteo de la lotería. Más aún: la Hacienda autoriza las rifas para objetos benéficos previo expediente y pagando un tanto por ciento respetable: ni el mismo Dios prohibió el juego en los mandamientos de la Ley, aunque esté comprendido indirectamente en el menos observado: en el décimo. Decimos esto, por creer que toda la buena voluntad del Gobernador de Madrid se estrellará contra la naturaleza fugitiva é impalpable del vicio que quiere perseguir. Sorprenderá los círculos; le cumplirán la palabra de abstenerse de jugar en ellos, y se citarán aquí ó allá, con más zozobra y acaso con más gusto, los viciosos. ¿Es que defendemos el juego? No; le creemos causa de muchos males, como la usura, la embriaguez, las mujeres malas, las especulaciones temerarias, y otras plagas, con las cuales hay que transigir, por invencibles, y mientras la ley le prohibe, cumplirla de una manera tan imperfecta, que resulte hecha una criba. En resumen, el juego no tiene más correctivo, y este nos parecería eficaz, que entregarle á una compañía arrendataria: entonces no habría quien eludiese el pago; ni los muchachos al jugar al toro.

Confesemos que esta vez el escándalo ha sido grande, y los hechos en que se ha fundado, tan reprensibles como tristes: dos hombres, con armas de fuego en la mano, salieron de una casa de juego de la calle de Tetuán, donde habían arrebatado violentamente, según se dice, el dinero de una banca. La gente y los guardias los perseguían: sonaron varios disparos en las calles más céntricas, y cuando los agresores fueron presos habían caído malamente heridos dos guardias, uno del Municipio y otro de Orden público, quedando presos los dos causantes del tumulto, y uno herido. Como se ve, el suceso fué escandaloso y lamentable por sus consecuencias. Pero, reflexionando fríamente y abandonando el sentimentalismo, que á nada conduce en estos casos, ¿es achacable todo ello al juego? Si los delincuentes se hubieran contentado con jugar, nada hubiera sucedido. Y, ó mienten los periódicos, ó habían hecho otra cosa en el garito ó timba, ó como quiera llamársele, de donde salieron perseguidos, y eso lo mismo lo pudieron hacer allí que en una tienda. ¿Iban envalentonados por el vino? No por eso han de cerrarse las tabernas. ¿No andan á tiros los dependientes del resguardo con los matuteros en los arrabales de Madrid todos los días? ¿No exponen los infelices guardias la vida á cada instante, contra el criminal enloquecido de celos por una mujer infame, ó el asesino sorprendido infraganti, ó el loco furioso ó el borracho? No se puede en todos estos casos generalizar lo que es excepción, sino castigar al que delinque y dejar en paz á los demás. El juego es funesto, no lo negamos, para el hijo de familia y para el hombre á quien distrae de sus deberes; pero, fíjense bien las gentes reflexivas, es la única y acaso la más inofensiva ocupación de la gente desalmada: es una válvula de seguridad que evita muchos crímenes. Si se cierran las casas de juego, se robará puñal en mano. Las sorpresas de los últimos asilos de ese vicio costarán sangre.

El entierro del guardia Leoncio Esteban fué conmovedor: los guardias que fueron sus compañeros llevaban á hombros la caja, detrás del coche fúnebre adornado de coronas. El Gobernador de la provincia, Duque de Tamames, que costeó el entierro, presidía el duelo con el alcalde interino de Madrid Sr. Luján, el secretario del ministro de la Gobernación, los jefes del Gobierno civil y del cuerpo de Orden público, que con dos compañías de la Guardia civil y la municipal, precedían á los setecientos guardias de seguridad francos de servicio. Deja una viuda é hijos: esta consideración indigna á muchos; á mí me entristece: y la verdadera compasión hacia las víctimas es, más que acudir á la venganza, acudir á su socorro. Dicen que no es fácil dentro de las leyes, y se ocurre al espíritu al instante esta dolorosa é incontestable reflexión: ¿Qué leyes son esas, tan duras para castigar y tan impotentes para recompensar al que obra bien?

⁂

El Correo anuncia la próxima llegada á España del sabio naturalista y explorador austriaco Dr. Holub, viajero temerario por el Africa Austral y Central, y célebre en el mundo sabio por las obras en que describe sus viajes, las observaciones científicas que ha hecho y los riesgos que ha corrido. Como el Dr. Holub viene á regalarnos una de sus colecciones de la flora y fauna africanas para los museos españoles, merece nuestra gratitud y nuestro más cordial saludo.

⁂

La colección de Escritores Castellanos, que ya ha publicado más de cien volúmenes, se ha enriquecido con el tomo v de las obras del *Solitario* (Estévanez Calderón), y que comprende las novelas, cuentos y diversos artículos del célebre prosista malagueño, no incluidos en las *Escenas andaluzas*. El *Solitario* tiene en la literatura española la importancia y consideración de un clásico, y por consiguiente, los trabajos del tomo que acaba de publicarse, algunos sin concluir é inéditos, otros poco leídos, y desconocidos casi todos de la gente de letras, ofrecen gran interés al curioso, y pueden leerse con provecho, tanto por la gracia, abundancia de frase y lo castizo de su estilo, como por la erudición y copia de noticias jamás vulgares de que rebosan los artículos más insignificantes de aquel famoso escritor. Y al decir que su estilo es castizo, no repetimos el tópico con que se corteja hoy á tantos escritores afrancesados con desvergüenza incomprensible: el *Solitario* creía, con razón, ya en su tiempo, que la verdadera habla castellana se había refugiado en los labios del pueblo que no se educaba á la francesa: hoy el pueblo lee más que entonces, y si no idioma francés, llegan hasta él sus giros en la literatura periodística de una juventud que no lee sino á Zola, Flaubert y Daudet, trinidad en que compendian toda la literatura universal, sin que se acuerden jamás de ningún clásico español, ni se les caigan de la boca aquellos escritores traspirenaicos. No desconocía el *Solitario* los que más figuraban en su tiempo; pero prefería estudiar en libros y manuscritos españoles los giros y la tecnología de todas las artes para enriquecer con ello el vocabulario de su idioma, y en los escritores latinos y árabes los fundamentos del lenguaje nacional, «trabajado, pulido y cincelado por generaciones y pueblos tan opuestos en ideas, tan diversos en origen y tan encontrados en creencias», como leía en su discurso del Ateneo, al empezar uno de los cursos de árabe en sus cátedras.

⁂

El Centro Instructivo del Obrero ha regalado al ministro de la Gobernación, D. Alberto Aguilera, un magnífico álbum con ocasión de su santo, por los grandes servicios que ha prestado á aquel centro de enseñanza. En efecto, su cooperación á aquella obra de educación popular y el asilo de pobres que fundó, son servicios públicos que le honran y merecen ser recordados con elogio en sus días. Que los tenga S. E. muy felices.

⁂

Madrid es un pueblo muy torero. Rara es la noche en que no tenemos corridas nocturnas por alguna vaca ó buey escapados que acometen á los transeuntes.

—¿Quieres que demos una vuelta por ahí?—dice una señora á su esposo.

—Cuando gustes; pero deja que tome los trastos de matar.

Reflexiones de un transeunte:

Que se paseen los toros por las calles, santo y bueno. Pero que pongan siquiera en ellas burladeros.

Está visto: no se debe salir sin capa ni aun en la canícula.

Se oyen cencerros..... Esto tranquiliza. Bienaventurados los mansos.

—Mujer, ¿todavía en el balcón?

—¡Qué quieres! Yo no pierdo la corrida de esta noche.

José Fernández Bremón.

NUESTROS GRABADOS.

EXCMO. SR. D. FRANCISCO SEPÚLVEDA Y RAMOS.

La mayor alabanza que al Sr. Sepúlveda puede hacerse es recordar que de soldado y periodista subió á altos cargos administrativos y á la representación y presidencia de importantísimas casas mercantiles, sin otros méritos que los propios y sin despertar envidias ni antipatías, antes al contrario, siendo cada día más querido y respetado.

Nació en Salamanca, en 1819, y en aquella misma ciudad estudió Derecho. Siguió la carrera de las armas á las órdenes del general León, y á los veinte años era profesor del Colegio Militar de distinguidos, de Zaragoza. Muy dado á las letras y dotado de singular talento de escritor, fué redactor de *El Eco de Aragón* y de otros en aquella ciudad. Vino á Madrid algún tiempo después, y pronto adquirió envidiable reputación literaria, colaborando asiduamente en *La Enciclopedia* de Mellado y dirigiéndola, y en los periódicos más importantes, tales como *El Museo de las Familias*, *La Semana Pintoresca*, *El Siglo*, *El Semanario Pintoresco Español*, etc.

Fué oficial primero contador del Canal de Aragón, secretario del Gobierno de Zaragoza y gobernador de esta provincia y de las de Teruel, Córdoba, Zamora, Alicante, Granada y Barcelona, mostrando en todos singulares aptitudes, más tarde confirmadas en los importantes cargos de representante de la Trasatlántica Española, vicepresidente de la Compañía general de Tabacos de Filipinas, presidente del Comité Ejecutivo de los ferrocarriles del Norte y consejero propietario del Banco Hispano-Colonial, los cuales desempeñó hasta su muerte, ocurrida el 29 del pasado en su casa de Pozuelo de Alarcón.

En Barcelona dejó tan gratos recuerdos que el Ayuntamiento dió el nombre de *Sepúlveda* á una de las calles de la ciudad y le regaló, por suscripción, una placa de brillantes y un álbum con millares de firmas, en el que se leía: «Barcelona agradecida, al Excmo. Sr. D. Francisco Sepúlveda.»

El Sr. Sepúlveda estaba enfermo hacía algunas semanas, y por su avanzada edad inspiraba serios cuidados á su familia y á sus numerosos amigos. Sus últimos momentos fueron ejemplares y dignos de su pasada vida y cristianos sentimientos. El cadáver fué embalsamado á las cinco y media de la tarde y colocado en la capilla ardiente de la casa de los Sres. de Sepúlveda, de la que fué trasladado á Madrid el día 31 á las cuatro y media de la tarde.

Poseía el Sr. Sepúlveda gran número de distinciones honoríficas, entre otras, las grandes cruces de Isabel la Católica, Mérito Militar, Mérito Naval, Beneficencia, etc., etc.; pero el mejor testimonio de sus grandes prendas es el general sentimiento que ha producido su muerte.

Publicamos su retrato en la primera página de este número.

⁂

CHICAGO.

La huelga de los empleados de ferrocarriles.—Tropas rechazando á los huelguistas.—Incendio de seiscientos vagones y extinción del fuego por bomberos amparados por las tropas.—Campamento del ejército federal junto á la estación de Panhandle.

Completamos nuestra crónica de las sangrientas escenas de Chicago con la reproducción de tres episodios de ellas, que acabarán de darlas á conocer á nuestros lectores.

El primero de nuestros grabados (pág. 76) dará idea de lo empeñada que fué la lucha entre los revoltosos y las milicias. Al principio llevaron aquéllos la mejor parte, porque

á la circunstancia de su inmensa superioridad numérica, se añadía la de estar muchos de ellos armados de buenos fusiles. Más de una vez arrollaron á la policía y las milicias locales, consiguiendo destruir mucha parte del material de ferrocarriles de Pullman y de las Compañías que, según dijimos en nuestro número anterior, se habían negado á acceder á las pretensiones de Debs. Nuestro segundo grabado de la misma página dará á los lectores idea de la magnitud de las pérdidas que éstas han sufrido.

Viéndose la imposibilidad de que las autoridades locales restablecieran el orden, intervino el Gobierno federal, dando el presidente Cleveland una circular ó manifiesto y enviando al general Miles al frente de un ejército de 6.000 hombres de las tres armas. Nuestro grabado de la pág. 77 representa el campamento de estas tropas el día de su llegada, después de haber librado una primera é infructífera batalla á los huelguistas.

FRANCIA.

El observatorio de Mr. Janssen en el Monte Blanco.

Hace más de un siglo que Horacio de Saussure llegó á la cumbre del Monte Blanco, la más alta de Europa, no extendiendo los términos de esta parte del mundo á la Transcaucasia, porque en este caso el primer lugar corresponde á varias montañas del Cáucaso, y principalmente al Elburz. Este monte tiene 5.600 metros de alto, y el Blanco 4.810. La tercera cadena de Europa por la altura está en España, y es la de Sierra Nevada, cuyo pico más alto, el Mulhacen, tiene 3.555 metros.

Desde la famosa ascensión de Saussure, la afición á subir al Monte Blanco ha ido creciendo, de modo que cada año llegan á la cumbre de la montaña centenares de excursionistas, ansiosos de gozar la majestad del panorama que desde allí se disfruta. Cierto ingenio francés que no comprendía esta satisfacción espiritual, escribió la siguiente satírica cuarteta, ridiculizando la moda de subir al pico culminante de los Alpes:

Des guides payant la conduite
Paul au Mont Blanc est parvenu;
¡Bravo! ¿Qu'a t'il fait ensuite?
¡Ensuite! ¡Il en est revenu!

Pero de Tyndall acá son tantos los que suben á estudiar la fisiología de las grandes montañas, como los curiosos que se contentan con admirarlas, y sabios de los más notables de Europa han pasado semanas y meses en las faldas del Monte Blanco y en las rocas próximas á la cumbre estudiando las leyes de la vida del globo.

En 1887 estableció el Sr. Vallot en los peñascos llamados las *Jorobas del Camello*, á 4.600 metros de altura, un observatorio, en el cual recogió abundante cosecha de noticias científicas. Cuatro años después hizo Mr. Janssen su primer viaje al Monte Blanco, no menos digno de fama que el de Saussure, por la circunstancia de ser tan anciano y estar paralítico de ambas piernas. Entonces concibió la idea de fundar un observatorio en la misma cúspide á 4.810 metros, en la región de las nieves eternas, donde el frío es tan intenso como en Spitzberg. Ayudáronle con buena suma de dineros algunos millonarios amantes de la ciencia, señaladamente el príncipe Rolando Bonaparte, el conde Greffülhe, Rothschild, León Say y Bischoffsehin.

Comenzaron los trabajos hace unos tres años, procurando Mr. Janssen fundar sobre la roca el edificio. Pero al cabo de muchos sondeos se vió que no era posible á causa del grandísimo espesor de la capa de nieve, por lo que se determinó que esta misma le sirviera de cimiento.

El Observatorio tiene la forma de una pirámide truncada de 10,5 metros de largo por 5,5 de ancho en la base, y 7 de alto. Es de dos pisos, con azotea y balcón, á los que se sube por una escalera de caracol. En medio de la azotea hay una torrecilla, en cuya parte alta está el pequeño terrado destinado á las observaciones meteorológicas. El piso principal queda como enterrado en la nieve, con lo que estará mucho mejor defendido de los fortísimos vientos que allí reinan, y del frío. Las habitaciones de esta parte del edificio reciben la luz por ventanas situadas junto al techo. En este piso están las habitaciones de los sabios que permanecen en invierno en el Observatorio. Los cuartos de trabajo están en el segundo. Hay otra habitación con entrada independiente para los excursionistas y curiosos. (Véase nuestro segundo grabado de la pág. 77.)

No se crea que el Observatorio del Monte Blanco es el más alto del mundo. Este honor pertenece al fundado por un opulento banquero americano en las faldas del gran volcán Misti, cerca de Arequipa (Perú), á 5.079 metros sobre el nivel del mar. Conviene advertir que el Observatorio del Misti es astronómico.

BELLAS ARTES.

En el Prado, composición y dibujo de Méndez Bringas.—*El verano en Londres. Pesca de monedas en el Támesis*, cuadro de F. Teller.

Como todo pasa en el mundo, también la fama é importancia del Prado, con haber sido tan grandes, van pasando. De paseo extramuros que era á principios del siglo XVII, llegó á ser el principal cuando vino á quedar dentro de la corte, al fundar Felipe IV el palacio del Buen Retiro. Aquellos fueron sus buenos tiempos, viéndose tan concurrido de damas y galanes de los más apuestos y ricos, que ningún forastero dejaba de ir á pasearle y á admirar las grandezas de la capital de la monarquía, personificadas en sus reyes y magnates.

Villamediana, que le conoció entonces, dijo de él:

Vine á Madrid, y aun no he visto el Prado,
Y no le he visitado por olvido,
Sino porque me consta que es pisado
De muchos que debiera ser pacido.

Mordaz epigrama más que merecido por la corte, que tan alegremente se divertía mientras la nación caminaba á toda prisa hacia su total ruina.

Hoy el Prado no merece los honores de otro epigrama parecido, porque ya no es lo que era, ni mucho menos, sino la mayor y más hermosa plaza de Madrid y refugio de la clase media en las largas y polvorientas noches de verano. Los Reyes y la nobleza están en San Sebastián: la Concha y la Zurriola han recogido la herencia del Prado de San Fermín.

Pero, aunque ha cambiado de aspecto, no por eso deja de ofrecer motivos de estudio al artista. En él se refugian muchos tipos sociales y se pueden ver escenas pintorescas. Dígalo por nosotros el bonito dibujo del Sr. M. Bringas que publicamos en la pág. 80, y en el que la especial fisonomía del Prado en una noche de esta época del año está muy bien representada.

Una de las habilidades humanas más extendidas es la que tienen los muchachos de los puertos de mar, de coger debajo del agua la moneda que les arroja algún aficionado que desea pasar el rato admirando su travesura. El vapor que toca en Aden, camino de los mares orientales, pronto se ve rodeado de una nube de bípedos anfibios que sólo esperan á que les arrojen una moneda los pasajeros para zambullir á profundidades tales, que algunos cruzan bajo la quilla del barco, siendo de advertir, que el calado de éste suele llegar á 8 metros.

Parecidas, si no iguales, hazañas verifican los muchachos de nuestros puertos del Norte y los de las playas inglesas y francesas y de otras muchas partes.

¿Cuántas veces los hemos visto lanzarse atrevidamente á las turbias aguas de la dársena de San Sebastián ó del muelle de Santander, para volver á la superficie segundos después con la moneda en la boca? El cuadro de F. Teller, de que damos copia en la pág. 81, nos permite trasladarnos á Inglaterra á presenciar una de esas escenas. Por cierto que el talento del pintor nos la presenta con toda su belleza.

SAN SEBASTIÁN.

D. Fernando Villamil, capitán de fragata.—*La Nautilus*.—Regatas de guardias marinas de la *Nautilus* á presencia de S. M. la Reina Regente.

Es el Sr. Villamil uno de los oficiales que más honran á nuestra Marina de guerra. Encariñado con la mar, celoso de la gloria del uniforme, buscando ocasiones de distinguirse, á él se deben, entre otras muchas cosas, la adquisición del *Destructor*, uno de los tipos más notables de barcos que ha tenido la Armada española, y el de la *Nautilus*, verdadera escuela de guardias marinas.

Modesto, enérgico, activo, estudioso, el Sr. Villamil no necesita sino lo que según hemos dicho indudablemente busca con nobilísima ambición: ocasiones. ¡Ojalá las tuvieran él y otros para mostrar de nuevo al mundo que España no ha muerto, aunque á veces lo parezca!

Juntamente con el retrato del Sr. Villamil publicamos una vista de la *Nautilus*, hermosa fragata que aquél compró en Inglaterra por 30.000 duros, es decir, por mucho menos de lo que vale.

De su utilidad comienzan á verse las muestras. Seguramente que el hermoso viaje de 40.000 millas alrededor del mundo, de que ahora vuelve, habrá formado excelentes oficiales, marinos conocedores de la mar, de sus cóleras, de sus grandezas, y que no padecerán nunca la grave enfermedad de encariñarse con los cargos burocráticos.

Algunas de las travesías que ha hecho han sido notables, singularmente la del Cabo de Buena Esperanza á Australia, por mares tempestuosos y con clima tan desabrido como el de aquellas latitudes australes.

El suceso más importante de la visita de la *Nautilus* á San Sebastián fué, sin duda, las regatas entre guardias marinas, que SS. MM. presenciaron desde la misma fragata.

En la primera lucharon la canoa del comandante Sr. Villamil con la escampavía de Guetaria, partiendo de las rompientes del muelle y bogando hacia los arenales de Ondarreta. Venció la canoa, aunque no por mucho espacio. Su tripulación era de trece guardias, llevando de timonel á D. Carlos Preistes. La escampavía llevaba once guardias, y al timón iba D. Miguel Sagrera. Nuestro grabado de la página 85 las muestra en el momento de la partida.

S. M. la Reina dió á los guardias tres hermosos premios: un magnífico reloj de oro, una estatua de bronce muy bonita y unos magníficos gemelos de mar.

BARCELONA.

La escuadra inglesa del Mediterráneo fondeada en el antepuerto.

La escuadra inglesa del Mediterráneo ha visitado en Julio casi toda nuestra costa en aquel mar, desde Málaga hasta Barcelona. La manda el almirante Seymour, cuya insignia ostenta el gran acorazado de combate *Ramillies*, recientemente construido.

Compónese esta hermosa armada de 23 buques entre grandes acorazados, cruceros y torpederos, que llevan á bordo 10.000 hombres. El sustento de este ejército marítimo requiere diariamente 10.000 kilos de pan, 100 bueyes, y legumbres y frutas en proporción.

Después de salir de Valencia pasó delante de Tarragona sin detenerse, y dió fondo en el antepuerto de Barcelona, donde la presentamos á los lectores en el grabado de la página 85.

LA GUERRA ENTRE CHINA Y EL JAPÓN.

Vista del puerto de Fu-San, uno de los principales de Corea.

Tome el lector un mapa del Asia Oriental (la carta número 63 del magnífico Atlas de Stieler, por ejemplo) y verá cómo avanzan una hacia otra la península de Corea, de un lado, y del opuesto las islas japonesas de Nipón y Kiu-Siu, quedando sólo separadas por el estrecho llamado de Corea, cuya anchura será de unos 100 kilómetros, pero que está dividido en dos canales por la isla de Tsu-Sima. De estos canales, el más septentrional, ó sea el que corre á lo largo de la costa coreana, llámase de Broughton, y el meridional, ó vecino á la costa japonesa, de Krusenstern. Como el Japón es nación con política exterior, es decir, que se propone hacer algo y servir para algo, en vez de quedarse dormida sobre su historia como si ya no hubiese naciones en el mundo, ha tenido buen cuidado de asegurarse la isla de Tsu-Sima, desde la cual domina ambos canales. Precisamente frente á ésta, del otro lado del canal de Broughton está el puerto de Fu-San, de que damos una vista muy completa en nuestro grabado de la pág. 88.

Fu-San, aunque situado en Corea, es desde hace años medio japonés. Hace veinte años, cuando se hallaba aquel reino más obstinado en su resistencia á todo lo extranjero, ocurrióle á un embajador del Japón en Seul ir á palacio vestido á la europea, lo que el Rey llevó tan á mal, que llegó á amenazar á los japoneses con la guerra. Picáronse éstos con la amenaza y dispusiéronse á castigarla, con lo que fué tanto el susto que tuvo el de Corea, que se avino al castigo que quisieron imponerle, y el cual consistió en abrir al comercio japonés tres puertos, uno de los cuales fué el de Fu San (tratado de 1876). Desde entonces ha ido creciendo la población de éste notablemente, y con ella el comercio. En el citado año apenas habría en Fu-San un japonés, pues ni siquiera se les permitía que residieran allí. Hoy, de las 6.000 personas que la habitan, son japonesas más de 3.000. Tiene buenas calles, anchas y rectas; casas bien construídas y hasta un templo japonés en honor del famoso general Taiko-Hidiyoshi, conquistador de Corea en el siglo VII de nuestra era.

CARLOS LECONTE DE LISLE,

célebre poeta francés.

Leconte de Lisle era de la isla de la Reunión, en la que nació en 1818. Marchó á París en 1847, y fué de los escritores aficionados á la revolución; pero al poco tiempo mostró su valer literario publicando un tomo de buenas poesías, que tituló *Poemas antiguos*. Siguió á éste otro llamado *Poemas y poesías*, con el cual acabó de adquirir reputación de buen poeta. En 1873 pasó á ocupar el cargo de subbibliotecario de la Biblioteca del Luxemburgo. Aquel mismo año se presentó candidato á una plaza de académico, pero fué derrotado. Lo propio le ocurrió en 1877, no logrando entrar en aquella corporación hasta 1886.



CARLOS LECONTE DE LISLE,
célebre poeta francés.

Era gran admirador de los antiguos poetas, considerando extraviados y decadentes á los modernos, incluso á Byron, Goethe y Víctor Hugo. Deja muy buenas traducciones de la *Iliada*, de la *Odisea* y de otras poesías antiguas, y otras muchas obras muy leídas en Francia y aun en España, donde lo francés va siendo más conocido que lo nacional, y donde, por tanto, tenía Leconte de Lisle admiradores. Acúsanle de frío sus propios compatriotas; pero reconocen todos que era muy erudito, excelente hablista y de buen gusto estético.

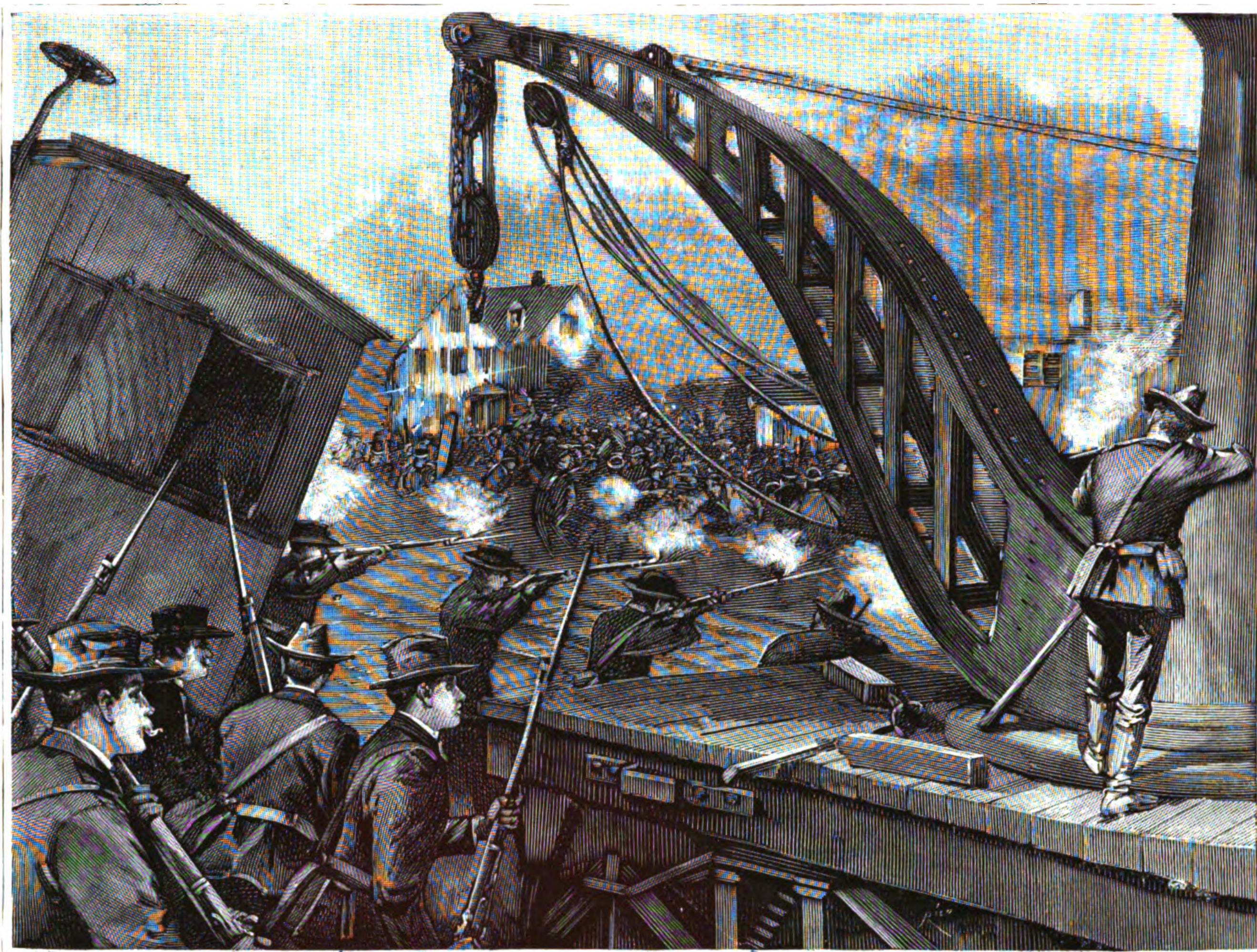
G. Reparaz.

LA CUESTIÓN DE COREA.

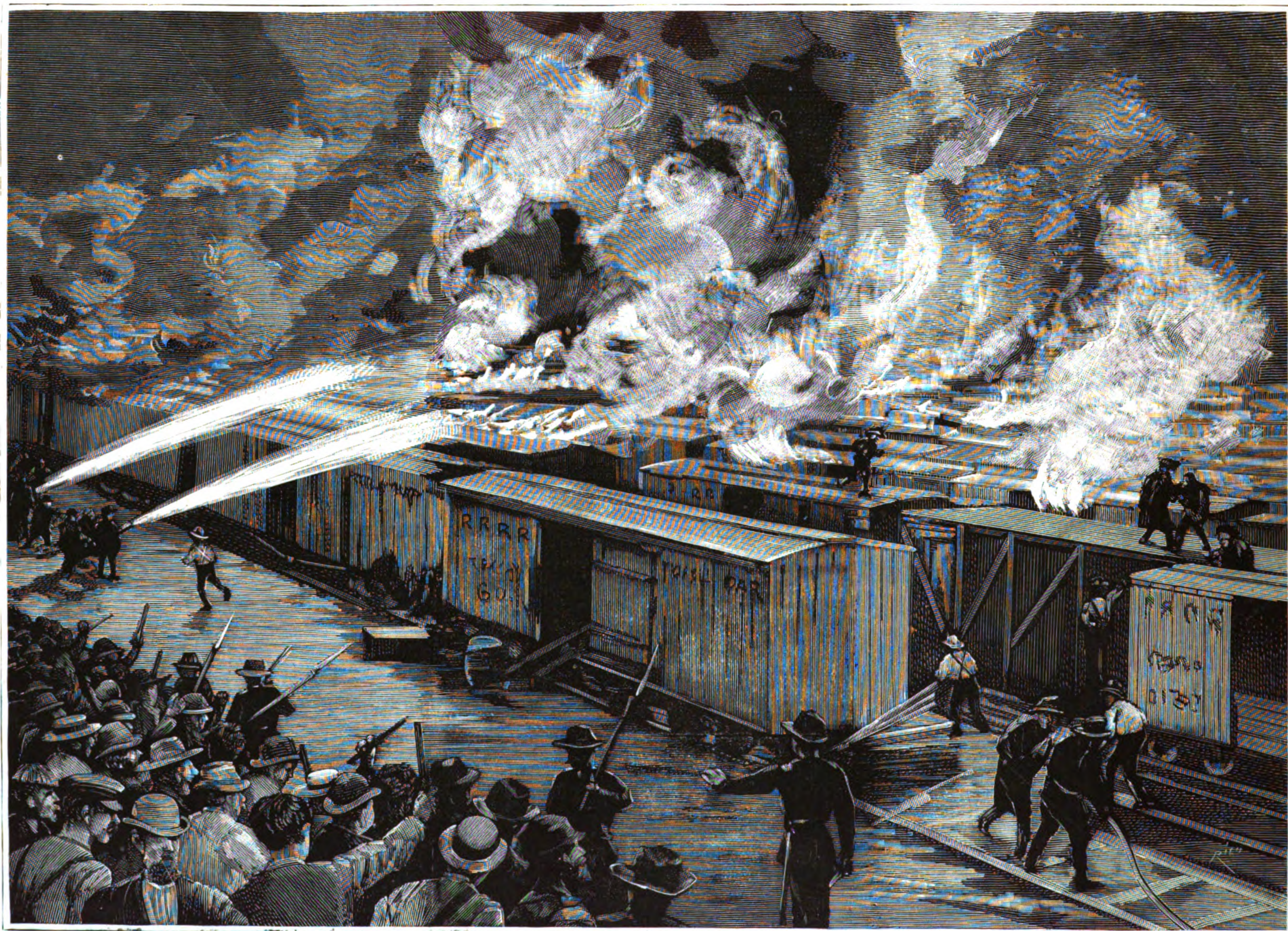
I.

Las noticias del Asia oriental privan hoy sobre todas las noticias, pues habiendo estallado allí una guerra, toma tal región el carácter de protagonista, por trágica y tormentosa, como es natural en los bélicos gustos nuestros y en el interés despertado por todos los conflictos graves. Corea hoy aparece como una manzana de discordia en este infeliz planeta y como un germen de guerra entre sus pueblos. El nombre de península tan extrema no puede menos de haber muchas veces pasado ante los ojos de aquellos que algo han leído sobre las constantes aspiraciones de Rusia, Inglaterra y América en el mundo asiático. Puestos, merced á California y sus diversos territorios del Pacífico, los neosajones en situación de tener activo comercio con las tribus opuestas á ellos en tal mar, quizá no existe ninguna entre tantas orientales,

CHICAGO.—LA HUELGA DE LOS EMPLEADOS DE FRROCARRILES.



LAS MILICIAS DEL ESTADO DEL ILLINOIS RECHAZANDO Á LOS HUELGUISTAS.



INCENDIO DE SEISCIENTOS VAGONES POR LOS HUELGUISTAS.—BOMBEROS, AMPARADOS POR LAS TROPAS, COMBATIENDO EL FUEGO.

(De fotografías.)



CHICAGO.—LA HUELGA DE LOS EMPLEADOS DE FERROCARRILES.—CAMPAMENTO DE LAS TROPAS FEDERALES EN LAS INMEDIACIONES DE LA ESTACIÓN DEL FERROCARRIL DE PANHANDLE.



FRANCIA.—OBSERVATORIO ESTABLECIDO POR MR. JANSSEN EN LA CUMBRE DEL «MONT-BLANC», Á 4.810 METROS DE ALTURA. ENTRADA DEL OBSERVATORIO POR LA PARTE RESERVADA Á LOS EXCURSIONISTAS.

(De fotografías de M. Tairraz.)

donde haya tamaño número de colonias mercantiles suyas y tamaña suma de arraigados comerciantes. Así, estudian los yankees de antiguo con cuidado tal región, y siguen á una con interés el movimiento de sus hechos y las manifestaciones de su vida. No menos Inglaterra. Primera potencia colonial del universo, difícil cosa el moverse la hoja de un árbol en tierras, ó colonizadas ó colonizables por ley natural, sin que profundamente Inglaterra se conmueva también y crea irle algo en lo dilucidado y por dilucidar allí. Estallaría hoy mismo entre Rusia é Inglaterra un combate á muerte, si la última pusiese mano sobre la ciudad ó puerto de Hamilton en Corea, requerido con codicia y rondado con frecuencia por los buques británicos. Y no hablemos de Rusia, no hablemos. Esencialmente asiático este Imperio, conquistador del espacio conocido por los antiguos con la denominación del techo de la tierra, no puede suceder nada en el Norte de Persia, de China, de la India misma, sin que á él toque por un lado cualquiera ó interese mucho. Según tales motivos, no habrá de maravillarnos el fragor de clamores que se levanta por los sucesos acaecidos en tan apartadas regiones y el cúmulo de noticias que se suman al cúmulo de intereses: divertidos los pensamientos del Imperio marroquí, muy olvidado por los aspectos tranquilos que ofrece, y del Congo belga en vías de arreglo, por lo mismo sin fuerzas y sin medios uno y otro Estado para dispertar la emoción dispertada por el posible poema épico de una guerra inmediata.

II.

En cuanto nos encontramos con un problema cualquiera, vemos cuán difícil es dilucidarlo sin la previa ciencia y conocimiento de su desarrollo peculiar en el tiempo y en el espacio. La geografía y la historia de Corea se nos aparecen como la clave de todo cuanto allí ahora pasa, que tan de nuevas nos coge. Colgada de territorios, como la Mandchuria, chinos y rusos; entre las aguas del mar japonés y las aguas del mar Amarillo situada; con puertos utilísimos para las universales navegaciones británicas en sus larguísimas costas: frente al mundo americano por un lado, como por otro frente al mundo moscovita; el factor Moscovia y el factor China, y el factor Japón, y el factor Inglaterra, y el factor América penetran por modo natural en las incidencias de sus inmensas dificultades presentes, las cuales tocan á los dos extremos opuestos de nuestra civilización, y así al Oriente como al Occidente de nuestro globo. Una conocida montaña blanca, el más inaccesible de sus picachos, separa á Corea de Rusia y de China, cual separan los Alpes á Italia de los pueblos vecinos: y como si esta separación abrupta no bastase, todavía su recelo de la extraña gente y su celo por la independencia propia la llevan á designar una marca sin población de ningún género, por la cual sólo pasan tribus errantes parecidas á salvajes alimañas, ó bestias feroces aumentando con el fragor de sus rugidos y de sus bostezos y de sus quijadas los horrores propios de tan horribles soledades. Así, cuando los emisarios ó embajadores ó gobernantes chinos, por causa y razón de su cargo, debían atravesarla, necesitaban un ejército que los defendiera del continuo asalto de tales carniceros instintos, con el cual ejército y todo, según refiere un geógrafo tan sabio como el diligente Oppert, estaban en el caso de dormir por las noches en cubiertas zanjas, como si fueran muertos, y encender largas filas de hogueras, semejantes por sus llamas á volcanes, hiriendo así la vista y conjurando el furor de tan exterminadoras especies.

III.

Los pueblos orientales antiguos tendían de tal modo al aislamiento, que vedaban todas las visitas á ellos y ellos mismos se abstenían de visitar á sus vecinos. Así transcurrieron muchos tiempos antes de que los geógrafos llegasen á conocer la construcción de Corea, que, siendo península, pasaba por isla, según la dificultad, insuperable casi, de explorar sus latitudes boreales. Dejando aparte los tiempos fabulosos, y aquella Emperatriz conquistadora muy semejante á Semíramis, el primer poseedor histórico y regular suyo fué á ciencia cierta el Japón, allá por la centuria décimosexta de nuestra era cristiana. Comenzaban entonces en los mares de Oriente las épicas invenciones de Portugal, que suspendían y maravillaban, por su copia y por su facilidad, á los menos propensos al afecto de admiración, pues no parecía sino que sus naves encontraban el secreto de romper todos los misterios, en cuyos pliegues quedaran ignorados tantos pueblos, y de animar los espacios antes desiertos al soplo de nueva y más hermosa creación. Uno de esos caudillos, suscitados frecuentemente por todas estas regiones, y que había conseguido numerosas conquistas en el archipiélago, se lanzó á Corea y le puso el clavo de la servidumbre, declarando su vasallaje de las islas desde donde había ido allí. La seca historia oficial de Corea refiere que durante muchísimo tiempo estuvo la península obligada por su triste rota y su disminución increíble á entregar treinta pieles enteras de otros tantos cuerpos humanos al implacable vencedor. Un siglo duró la dominación japonesa en tal pueblo, el siglo décimosexto; pero, así que trascurrió esta centuria, y cuando mediaba la décimoséptima, el imperio chino sustituyó al imperio japonés: invocando legendarios títulos de otras edades; y Corea, con todos sus fieros de independencia, no hizo más, en resumidas cuentas, que cambiar de dueño y permanecer en la esclavitud. Precisa mirar mucho á esta particularidad, especial de las sendas conquistas impuestas á Corea por su vecino terrestre, ó sea China, y por su vecino insular, ó sea Japón, para penetrarse de cuán profunda es la raíz de todos estos acontecimientos que ahora vemos, y cuán largo y antiguo abolengo cuentan en el espacio y en el tiempo.

IV.

Nada más fácil hoy que conocer estas regiones por el estudio, pues abundan los viajes alrededor del mundo, y corren por todas las manos obras de vulgarización como esa grande *Geografía* de Reclus, cuyas páginas, muy apreciables por su orden y por su método, resumen los conocimientos del globo acaudalados en la ciencia de nuestra edad. Allí encontraréis cómo llegó á envolver un misterio tan grande á Corea, que hubiérasela imaginado tierra vacía de gentes, y consagrada por los dioses infernales al olvido. Sin embargo, se trabaja, se produce, y por ende se vive allí. En porcelanas compite con el Japón y en arroces con la India. Sus mares aparecen de una extremada riqueza en pesca y de suavísimas y delicadas especies fructíferas sus árboles. El contraste violento entre sus temperaturas brusquísimas, y el rigor de sus estaciones extremas fortalecen á sus gentes, curtiéndolas y adobándolas, así para el trabajo como para el comercio. Dicen que sus caballos parecen ratones en lo chicos y que sus toros caballos en lo dóciles. La caza del tigre sobre los hielos, petrificados y resbaladizos como mármoles, en cuyas moles el cazador corre á su guisa, mientras el bruto se hunde á su gran peso, las adiestran mucho en saludables ejercicios para el bien de su vida y las proveen de pieles que arrojar á la industria y al comercio. Cuentan como una singularidad especial del carácter y del hábito en sus habitantes que no aprovechan el perro, ni en custodia de los hogares, ni en faenas de la caza: entréganlo á las carnicerías y constitúyenlo en principal alimento. Con todos estos medios de vida, con el arroz en las marismas, con el té y el tabaco en las montañas, con copia de frutas en los huertos, con industrias de curtidos y de loza y de peletería, con abundancia de maíz y de mijo, el hambre suele cebarse por tal manera en ellos, que murió un millón de personas el 78, cayendo inanes y exánimes hasta Ministros de la Corona y guardias del Rey en la puerta de los palacios.

V.

Poca religión allí, como en la mayor parte del mundo amarillo. El edificio más humilde y bajo de cada pueblo es el templo; lo contrario de la India, cuyas pagodas exceden á nuestras basílicas en magnitud y en riqueza. Las gentes más bajas profesan la religión más baja también: el fetichismo. Pero, como hacen fetiches de cualquier palo y los exponen á la intemperie; cuando se pudren, juegan los muchachos con ellos y son asunto de risa y de chacota en la vecindad. Sobre tal superstición fetichista se levanta otra especie de culto superior: el culto á los muertos y á los aparecidos. La creencia de que vuelven las almas de otro mundo y acompañan á sus predilectos en éste, se halla muy extendida. Luego el Buda de la India llega también hasta su seno con la pura moral que tanto ha influido sobre la civilización del Oriente; llega el Confucio de la China, que representa el dogma de las matemáticas y de la línea y del número; llega el Zoroastro de la Persia con aquel antiguo culto á la luz extendido hasta la Vesta romana, quien todavía enciende y sustenta las lámparas místicas al frente de los altares cristianos. Lo que más distingue á estas gentes asiáticas es el recuerdo de las generaciones desaparecidas. Tres años deben guardar luto los hijos á sus padres. Tres sollozos debe lanzar cada huérfano en estos tres años de su duelo tres veces al día. Cuando se vean obligados á salir del hogar, habrán de cubrirse con un sombrero tan alto y envolverse dentro de un velo tan tupido, que nadie pueda ver su rostro, ni distinguir su figura, cadáveres que andan envueltos en los pliegues del propio sudario. Por manera que su aislamiento ha podido incomunicarlos con las familias vecinas, pero no ha podido incomunicarlos con las ideas universales.

VI.

Á pesar de los caracteres comunes á todo el Oriente que tiene allí la religión, ó las religiones varias, no deja de haber algunos cristianos en Corea. La sublime temeridad del misionero ha podido penetrar en sus abismos y los rayos luminosos de nuestra religión avivar algunas almas en el surco tristísimo donde brotan los fetiches. Pero no podemos dar con su número, en atención á la disparidad consuetudinaria de aquellas estadísticas. Hay quien escribe que los habitantes de Corea no llegan á cuatro millones y quien escribe que pasan de diez y seis millones. Igualmente hay quien escribe que los cristianos pasan de cien millares y quien escribe que no llegan á quince millares. Á pesar de prohibiciones, misterios y silencio sobrepuestos á tales territorios, algunos predicadores, de la cepa que dió á San Francisco Javier, por ejemplo, apóstol de Asia, se burlan de la muerte propia por arrancar almas á la muerte perdurable. Sabedores de las costumbres tales misioneros, y expertísimos en el difícil arte de aprovecharlas para sí, uniendo con la sed ardiente del martirio y con la fe viva en Cristo, estrategia de general é industrias de comerciante, se visten como los huérfanos en el duelo y luto de sus padres para no ser conocidos, entrando en los hogares como advenedizos huéspedes, para salir de los hogares como amados sacerdotes. Alguna vez el número de adeptos á nuestras creencias se conoce por el número de muertos que siembran en calles y campos los inopinados ciclones del furor religioso, sueltos al impulso de la nativa intolerancia sectaria. También aquí las estadísticas marran. Todas convienen á una en que fuera el año capital de la intolerancia un año, en Europa tan grave también de suyo, como el año 66; pero no convienen todos en el número de víctimas, contando seis mil unos libros y otros diez mil. Véanse Carlos Vogel y Eliseo Reclus. No cabe dudarlo; estos ciclones han servido para llamar á Corea el interés, tanto europeo como americano, conduciendo allá los respectivos influjos de ambos civilizados continentes. Especialísimos los ingresos en Corea del yankee; dignos de ser contados por sus extrañas particularidades. Una tradición dice que los Monarcas de la Península viven y mueren de antiguo en la capitalidad Seoul, donde tienen su palacio para reinar y su panteón para enterrarse. Y añade que sus cadáveres son enterrados en grandes ataúdes de oro macizo. Atraídos los sajones de América por este fúnebre vellocino, expidieron unos barcos á Corea, cuyas tripulaciones bombardearon ciertos sacros sitios, violando y destruyendo el misterio. No cuentan las historias si llegaron á cargar con las joyas: mas dicen que obtuvieron un tratado diplomático, el cual habráles valido más oro que el guardado en los dichosísimos sarcófagos. Por tales caminos andan en Corea todos cuantos se proponen obtener allí alguna influencia material ó moral, y sacar de allí algún provecho mercantil en sus empresas y expediciones de Asia.

VII.

Poco á poco hemos ido historiando los términos del conflicto presente al historiar las particularidades geográficas é históricas del misterioso pueblo que habita la península de Corea. El Japón halo dominado un tiempo y la China otro; por sus adquisiciones en la Mandchuria comparte larga línea de sus fronteras el Imperio moscovita con el Celeste Imperio; y por sus establecimientos y dominios en el Pacífico tiene correlación estrecha con él esa gran República del Norte de América, tan maravillosa; mientras Inglaterra lo vigila, por así demandarlo sus intereses en todos los mares, con especialidad en aquellos que se dilatan desde las costas de la India hasta las costas de Australia. Y en esta situación, últimamente se han movido allí algunas perturbaciones y agitádose aquel seguro y firme suelo como un océano encrespadísimo, yendo en sus desacatos una parte del pueblo y otra parte del ejército hasta irreverencias dig-

nas de las primeras revoluciones británica y francesa. La China y el Japón, que creen imposible subsistir políticamente sin ejercer activa tutela sobre Corea, mezcláronse ahora en el reciente caso, así que supieron su estallido y alcanzaron su gravedad. Movíanse á ello, no sólo por virtud y obra de los intereses, que, dada su respectiva y mutua vecindad, allí tienen, por virtud y obra de los tratados que los autorizan á intervenir en caso de perturbaciones y conflictos interiores. Reinan sobre la China y el Japón aquellas contradicciones parecidas á las célebres entre Jerusalén y Tiro, entre Roma y Cartago, entre París y Londres, entre las regiones más vecinas y las ciudades más ilustres del planeta. China representa la estabilidad en aquellas regiones, y el Japón representa las libertades y los progresos contemporáneos. Así, mientras China se atiene á su viejo régimen secular, el archipiélago japonés levanta la tribuna, suelta la prensa y se imagina él mismo en su transformación reciente un pueblo destinado á representar en el viejo mundo asiático ministerios análogos al que representan los anglosajones en el Nuevo Mundo americano.

VIII.

La inmovilidad, impuesta por sus tradiciones y por sus leyes á Corea, no ha podido mantenerse con todo el rigor de estos tiempos. Los silbidos de las máquinas y los vapores de las calderas, llegando á las costas más cerradas, interrumpen muchos sueños y dispiertan á muchos muertos. Lo cierto es que, olvidada tal península por Europa, en quien privan asuntos, como los pavorosos africanos, de súbito conoció que por Corea fulguraba una revolución soldadesca, y en esta revolución acababa de sufrir un desacato seguido de un cautiverio su Rey, antes acatado como un fetiche por aquel sumiso pueblo. Saberse las conmociones de Corea y agitarse por sus fronteras Rusia y por sus establecimientos América y por sus escalas Inglaterra y por sus sendas intervenciones naturales en aquel Estado China y Japón, fué obra todo de un momento, corriendo como reguero de pólvora la emoción universal, que pedía explicaciones por sus diplomáticos primero y levantaba luego fuerzas en sus arsenales y campamentos al temor de un conflicto. Así como perturba el ánimo la posibilidad no más de un choque entre Francia y Alemania en Europa, lo perturba la posibilidad de un choque análogo entre Inglaterra y Rusia en Asia. Y no se mueven los rusos por las fronteras de Persia, de China, de India, desde la Mongolia moscovita, sin que se alarme Inglaterra; y no requiere por el mar indo-chino Inglaterra una factoría, sin que se alarme Rusia. Imaginaos lo que pasará hoy cuando en las fronteras terrestres de Corea corre ahora por cesiones más ó menos antiguas el ruso río Amor, y entre los abrigos que desea Inglaterra para sus expediciones mercantiles se halla la punta de Halmilton, ocupada por ella en otros tiempos. Mas el mayor cuidado lo despiertan la China y el Japón, enseñoreadísimos sucesivamente de aquellos territorios y copartícipes en tutela preñada de guerras. Cada cual de los dos Estados sigue la senda política propia que le aconsejan su temperamento fisiológico y su tradición secular al uno, así como al otro los recientes cambios de instituciones, en que remeda la libertad europea, como el simio al hombre, por aquellas leyes de imitación reinantes en la mísera humanidad y generadoras del sentido común, del gusto público, de la creencia vulgar, de la moda universal. China se ha pronunciado por la estabilidad y el Japón por las innovaciones; China mantiene al Monarca en su intransigencia y el Japón á los revolucionarios en sus desacatos; China quiere que la constitución del pueblo pupilo se asemeje á su propia constitución en lo intangible, y el Japón quiere que se abran las ergástulas, que se quiebren las cadenas, que se levanten los pueblos, que pasen por aquellos hombres fríos y lustrosos como sus vasos de porcelana el éter luminosísimo y el fuego vivificador de la revolución. Veinticinco reformas nada menos propone á Corea el Japón. Diversiones del Gobierno interior para su Cámara buscan aquellos Ministros en la guerra como buscaban los Ministros de Napoleón III siempre que surgía en el Imperio alguna dificultad grave interior, ó alguna incontrastable aspiración á la necesaria libertad. Divididos en ideas tan opuestas el celeste Imperio y el japonés Mikado, requieren sus armas con empeño, y en este requerimiento pueden pegar fuego al planeta con facilidad. Hagamos votos por la paz perpetua y por la libertad universal.

EMILIO CASTELAR.

Madrid, Agosto de 1894.

TIPOS MADRILEÑOS.

EL TÍO DE ANGELITA.

Por haber estado ausente de Madrid no pude ir hasta ayer á dar el pésame á mi amigo Casto de la Canilla y á su mujer Angelita, que hace un mes sufrieron la horrible desgracia de perder á su amado tío D. Prudencio, tío efectivo de ella y tío adoptivo, digámoslo así, de Casto, porque Casto le quería entrañablemente, y cuando D. Prudencio quedó viudo no hubo más sino que se empeñó Casto en llevárselo á casa, y aunque aquél se resistió en un principio, al fin tuvo que ceder á las instancias de su sobrina, y, sobre todo, á las más vivas y apremiantes del excelente sobrino por afinidad.

D. Prudencio y su mujer, que en gloria estén, vivían muy modestamente: él, en sus juventudes, había ganado bastante en negocios lícitos, y luego que dejó de ocuparse en esos negocios se dedicó á administrar dos fincas en Madrid, lo que le daba un producto anual de unas 3.000 pesetillas. Seguramente no gastaban más en vivir los dos viejos mientras peregrinaron juntos por este valle de lágrimas. Coincidió la muerte de la esposa de Prudencio con la expropiación de las fincas que éste administraba, y, por consiguiente, cesó él en su administración, incautándose de ellas el Ayuntamiento para demolerlas, á fin de hermosear la calle estrecha donde estaban, que era la misma en que tenía cierto concejal otra casita que no valía nada, pero que le valió muy buenos cuartos luego que se acordó el hermoseamiento de la calle y del bolsillo del concejal.

D. Prudencio tenía fama de rico y de excesivamente prudente en sus gastos, pero no fueron estas circunstancias las que indujeron á sus sobrinos á llevárselo á casa. El cariño que le profesaban era el único móvil de su conducta. No podían consentir que anciano, delicado como estaba, viviera solo, ó con una criada zafiota, que era peor que estar solo, una criada que podría ser buena y casarse con él, pero lo más probable sería que fuese mala y tuviese un novio, ó dos, y el mejor día le sucediera á D. Prudencio lo que á otros, es decir, que le despacharan para el otro mundo los amigos de la criada

¡No faltaría más sino que, teniendo D. Prudencio una sobrina carnal y siendo marido de ésta un hombre que sabía apreciar las buenas cualidades de las personas, y quería á D. Prudencio como á un padre más que como á un tío, se hubiera quedado el viejo en su casa con la tristeza de la viudez y los peligros de la soledad!

Recuerdo, como si hubiera sido ayer, el acto de la instalación del viudo en casa de sus sobrinos. Hallábame allí casualmente, y crean ustedes que me conmovieron profundamente las demostraciones de cariño de Casto y Angelita y las de agradecimiento del tío. Sentáronle en una comodísima butaca, y para mayor comodidad pusiéronle almohadones en el respaldo á fin de que descansara en blando la venerable cabeza. Para que tuviera las piernas tendidas le pusieron delante una silla con otro almohadón. Angelita le tenía cogida una mano, y con un pañuelo en la otra enjugábale el sudor (pasaba esto en Agosto) y las lágrimas que en aquel momento no podía contener el respetable anciano. Casto le habría cogido la otra mano, si D. Prudencio no la tuviera ocupada. Tenía en ella una cartera bastante grande, y parecía poner empeño en no soltarla. Casto, muy discretamente, le indicó si quería que le guardaran la cartera, y el viejo, me acuerdo bien, le dijo: «Sí, hijo; si han traído mi cómoda, la meteré en el cajón de arriba. No contiene más que papeles, algunas láminas y el talonario del Banco.» Los muebles, todos viejos, de D. Prudencio, menos la cama y la cómoda, se habían vendido, porque no cabían en la casa de los sobrinos, y Casto entregó religiosamente el importe de la venta al viejo, dos mil reales. Don Prudencio, recibiendo el dinero y guardándolo, murmuró: «Con esto ya tengo bastante para lo poco que he de vivir»; con lo que demostraba bien claramente el hombre lo extremado de sus hábitos económicos; y esto satisfizo mucho á Casto y á su mujer, no por otra cosa sino porque el ejemplo constante que iban á tener en casa de la virtud de la economía les sería de mucho provecho, pues lo mismo Casto que su mujer estaban algo picados del funesto vicio del derroche. La presencia del tío les haría pensar siempre lo útil que nos es á todos el ahorro para dejar, al salir de este mundo, á nuestros sucesores el fruto, cuanto más copioso mejor, de nuestra previsión y nuestra economía.

Muchas veces visité á mis amigos y á su tío, y, francamente, siempre experimenté gran satisfacción ante aquel cuadro de familia verdaderamente edificante. El tío parecía un patriarca de la Escritura, con su corona de cabellos blancos y su barba blanca también. Angelita cosía ó bordaba algo para el patriarca, sentada junto á él; y Casto, sentado al lado opuesto, le leía los periódicos, y á los pies del anciano los tres niños de Casto y Angelita, agrupados, unidas sus cabecitas rubias, contemplábanle arrobados, y él les sonreía y les acariciaba con sus manos de nieve. Era aquel un cuadro de singular ternura que habría hecho mi suerte si yo hubiera sido pintor y hubiese acertado á copiarlo con fidelidad. Por no separarse del tío Prudencio, Angelita no hacía visitas, y eso que debía muchísimas, y Casto no parecía por el café ni por el Círculo Progresista á que pertenecía, porque, más que la reunión de los amigos, le interesaba cuidar y entretener al tío. Yo repetía mis visitas á la casa de Casto, porque, en verdad, era consolador, en medio de los egoísmos y las malas pasiones de que está plagado este Madrid, hallar en aquel hogar una familia tan fuertemente unida por el afecto más tierno y desinteresado al anciano patriarca..... Me creía transportado á los tiempos bíblicos.

Un día que encontré á Casto en la calle hablamos del tío Prudencio. Casto venía de avisar al médico para que fuese á ver al tío, porque éste parecía un poco más caído de cuerpo y de espíritu. Comía y dormía demasiado, y pensaba Casto que le rondaba la traidora apoplejía.

—Angelita—me dijo Casto—está muy alarmada, temiendo que se nos vaya el tío. Será para nosotros un golpe tremendo. No nos podremos acostumbrar á vivir sin él. Y esto va á suceder, porque el pobrecillo presiente su fin. Estos días habla poco, pero cuando habla es para demostrarnos el interés que le inspiramos, el cariño que nos profesa. «Quisiera, nos dice, tener muchos millones para que fuerais poderosos vosotros y vuestros hijos y vuestros nietos y los nietos de vuestros nietos.»

—Algunos millones puede que tenga.

—No sé; él no nos ha dicho nunca lo que posee, ni nosotros se lo hemos preguntado. Allí tiene su libro talonario del Banco, y desde que está con nosotros no ha cortado ni un solo talón.

—De manera que si tiene el dinero en cuenta corriente no le produce nada.

—Es una genialidad suya y hay que respetarla. Yo creo que debe de poseer también algo de papel, y que todo lo tiene depositado en el Banco, donde le cobran los cupones y el importe lo van acumulando á su cuenta corriente. Todo lo podríamos haber averiguado; pero como nosotros no hemos traído al tío á nuestra casa porque tenga ó no tenga dinero, sino por el cariño que siempre le hemos profesado.....

No pude menos de admirar una vez más tan grande ejemplo de afecto sincero y desinteresado, y me despedí de Casto, deseándole que el tío viviera cien años más para satisfacción y regocijo de sus sobrinos.

Con estos antecedentes fuí ayer, como digo, á visitar á Casto y Angelita, preparado á una escena desgarradora, pues era de suponer en qué estado de pena y desesperación se hallarían bajo la terrible pesadumbre de la muerte del anciano D. Prudencio, á quien amaban con delirio, como se ama á un padre.

«Quiera Dios, pensaba yo subiendo la escalera, que no haya perdido la razón el pobre Casto, y que la tierna Angelita no haya caído en cama..... Algo de esto debe de haber sucedido, porque ni ella ni él contestaron á la carta de pésame que les escribí.»

Angelita estaba sola, y la encontré serena, indiferente. Ni se abrazó á mí sollozando, ni se desmayó, ni al darme la mano sentí que temblara.

—Amiga mía—la dije, apretándosela—valor y resignación. Comprendo el profundísimo dolor en que estarán ustedes sumidos. No es para menos la desgracia que han sufrido ustedes. ¿Y Casto?..... ¿Está en cama?.....

—No, ha salido; ha ido á las Salesas.

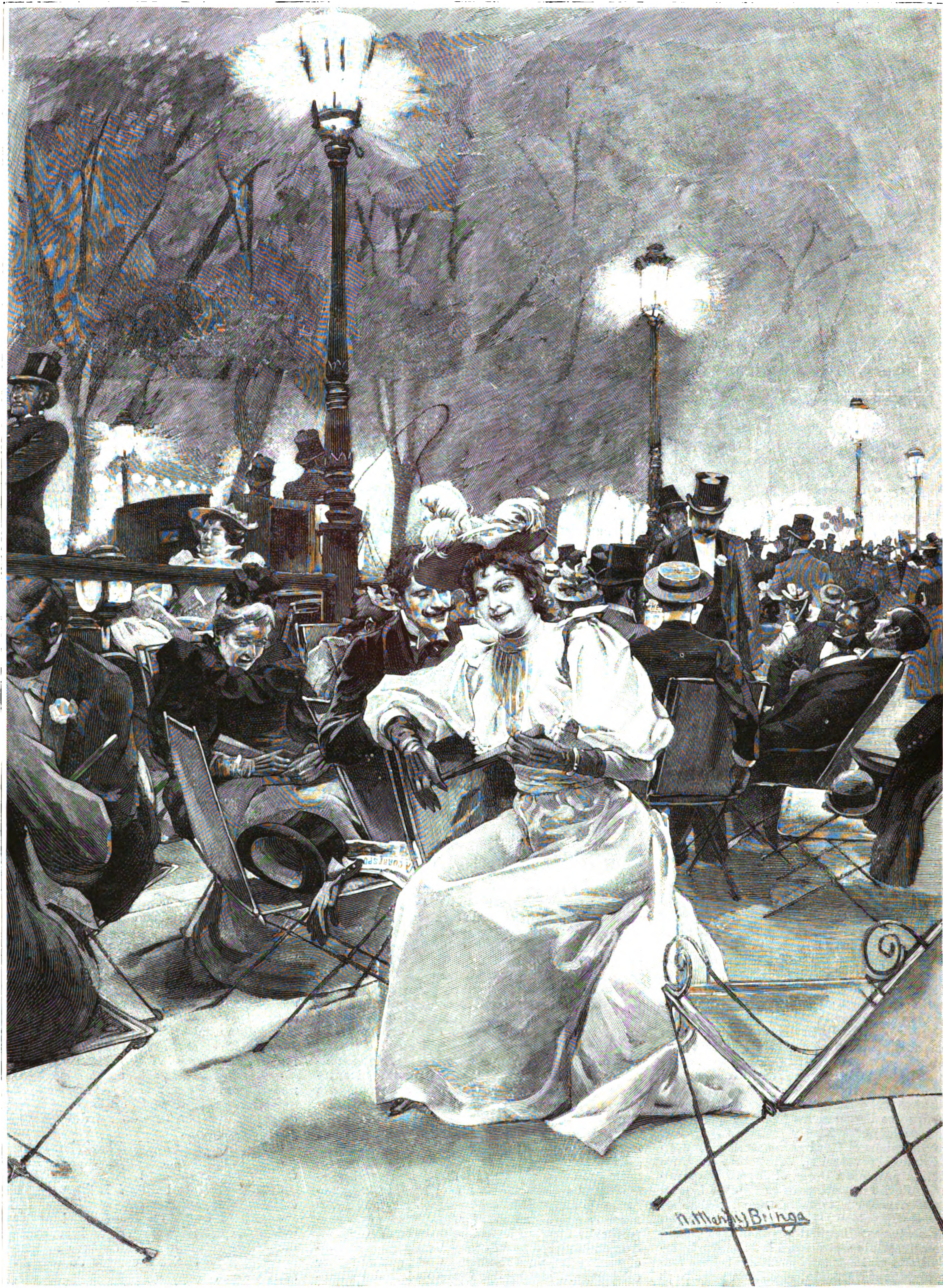
—¿A la iglesia?..... A oir misa por el tío. ¡Pobre Casto, estará traspasado!

—No, señor, no ha ido á la iglesia; ha ido á la escribanía del Juzgado.....

—¡Ah! se trata de la herencia del tío. No doy á ustedes la enhorabuena por la herencia, porque demasiado sé que ustedes darían de buen grado esa y cien herencias á cambio de tener vivo al amado tío.....

—No, no nos dé usted la enhorabuena, que no hay por qué. Y ya estamos hartos de que nos vengan á dar el pésame y á felicitar al mismo tiempo. Todo el mundo cree que el tío nos ha dejado el oro y el moro.

—¿Y no les ha dejado á ustedes?.....



EN EL PRADO.

DIBUJO DE MÉNDEZ BRINGAS.



EL VERANO EN LONDRES.—PESCA DE MONEDAS EN EL TAMESIS.

CUADRO DE F. TELLER.

—Sí, nos ha dejado en el mundo.

—Angelita, por Dios.....

—¿Es usted también de los que creen que mentimos?.....

—No, señora: líbreme Dios de tan mal pensamiento.

—Mire usted, también á nosotros mismos nos parecería mentira si no hubiéramos tocado la realidad, la triste realidad. Hemos vivido engañados ocho años, creyendo que el tío..... Ya ve usted, era lo natural que nos dejara su fortuna.

—Naturalísimo.

—Sí, señor; pero como no la tenía no nos la ha dejado.

—Es decir que el pobre, Dios le haya perdonado, les engañaba á ustedes.

—No, señor, él no nos engañaba: nos engañábamos nosotros. Él nos decía que hubiera querido tener muchos millones para nosotros, y en esto no mentía ni nos engañaba; nosotros sí que nos engañábamos, creyendo que si no tenía muchos tendría alguno. Poco antes de morir nos llamó á Casto y á mí y nos dijo:—«Hijos, siento que voy á morirme sin dejaros más que mi pobreza. Quisiera dejaros los tesoros de un Creso.» Tampoco nos engañaba, pero nosotros creíamos que lo que él llamaba su pobreza sería una cosa regular siquiera. También nos dijo que en la cartera que tenía cerrada con llave había unas láminas para los niños.

—¿Láminas intransferibles acaso?.....

—Sí, señor, sí; unas láminas alemanas de historia natural muy bonitas. Casto quiso hacer las cosas en toda regla, y en el Juzgado se abrió la cartera, que creíamos que contenía todos los valores, y, en efecto, allí estaban las láminas, y el dichoso libro talonario del Banco.

—Pues quien no tiene dinero en el Banco no tiene libro talonario.

—Sí, señor, y tenía dinero; después de muchos días y preguntándolo el Juzgado hemos sabido que hay en el Banco, á disposición de los herederos del tío, un saldo de pesetas 117 y 3 céntimos.

—¡Bonita fortuna! Con razón la llamaba el tío su pobreza. ¿Pero están ustedes seguros de que no hay más valores?.....

—Y tan seguros; en la cartera se encontró un papel sin firma, en que había escrito el tío: «He ganado mucho dinero en este mundo, pero me he divertido en grande y he gastado todo lo que no he perdido. Hasta la vejez no he sabido lo conveniente que es la economía, cuando ya no podía hacer ahorros. Declaro que no poseo más que el pico que me queda en el Banco.» No le quise recoger, porque me consolaba tener el libro talonario, como recuerdo de mis buenos tiempos. Todavía creímos que este pico sería, siquiera, de treinta ó cuarenta mil duros. El tío no nos engañaba, pero nosotros hemos seguido engañándonos hasta lo último, hasta que no hemos tenido ya más remedio que rendirnos á la evidencia. En suma: que en los ocho años que ha vivido el tío con nosotros y que le hemos cuidado como usted sabe, no ha gastado en casa más que los 2.000 reales que cobró de la venta de los muebles. Por Nochebuena compraba un pavo; en Pascua nos obsequiaba con un cordero; á los niños les compraba dulces de cuando en cuando; á Casto, en su cumpleaños, un año le regaló un bastón de estoque, otro año una caja de cigarros, otro un gorro; á mí, en mis días, me regalaba un abanico, ó una sombrilla, ó un frasco de agua de Colonia, y á las criadas les daba sus propinas en días señalados. Más les daba á ellas que á nosotras.

—Vamos, era el tío un hombre desprendido y generoso.

—¡Ay! sí, señor—exclamó Angelita, suspirando—muy generoso.

En esto entró Casto. Venía de las Salesas furioso.

—Acabo de tener—dijo—una buena con el juez. No sé si me procesará por desacato al poder judicial. Ya no puedo más; no tengo mi tiempo para perderlo en las Salesas. Hace un mes que no hago otra cosa que pasar allí las horas, y acabo de decir al juez, en nombre tuyo, que eres la heredera del tío, que no quiero el libro talonario del tío, ni las 117 pesetas y 3 céntimos, ni las láminas de historia natural, ni que se me vuelva á hablar del *ab intestato*, ni se me llame para nada, y que las pesetas se las gaste el juez en convidar á los curiales de su estimación á un almuerzo en Petit Fornos ó en el Sótano H. ¡Vaya que nos divirtió el tío Prudencio!..... ¡Valiente tío!

—Pero te quería mucho—dije á Casto para calmarle, recordándole los tiernos afectos del viejo.

—Sí, sí, buen punto era el dichoso tío.

—Nosotros—observó Angelita—tuvimos la culpa de todo. Nosotros nos empeñamos en traerle á casa.

—Sí, eso sí; pero cuando no se tiene sobre qué caerse muerto, no se va á ninguna parte más que á San Bernardino.

—Ya sabes cuánto se resistió antes de venir.....

—Sí, pero vino. Y te digo que yo voy á tener un compromiso grave, porque ya no puedo sufrir que me den plácemes y norabuenas. Nadie cree lo que nos ha sucedido.

—Nosotros no creíamos al tío, y ahora nadie nos cree á nosotros—observó Angelita.

Salí de casa de mis amigos Casto y Angelita tristemente impresionado. No les faltaba más que renegar del tío, llamarle estafador y maldecir su memoria. En mi presencia se contenían, pero bien se les conocía el despecho. Y Dios me perdone, pero me parece que la paz conyugal ha sufrido algún quebranto á consecuencia del imprevisto desengaño. Casto habla con cierto desabrimiento á su mujer, á quien tantas veces le vi, en vida y delante del tío, hacer mimos y fiestas, y á la tierna Angelita me parece que ya no le inspira Casto la admiración que en otro tiempo.

Y todo porque D. Prudencio les ha dejado su pobreza, todo lo que el pobre les dijo que podía dejar.

Este es el mundo.

CARLOS FRONTAURA.

CHASCARRILLOS DE LA HISTORIA.

X.

EL PANTALÓN DEL GENERAL.

Aquel general Castaños
Que en Bailén reprimir supo
Las arrogancias francesas
Logrando glorioso triunfo,

Que puso espanto en el pecho
Del dominador del mundo,
Y en los pechos españoles
Entusiasmo, fe y orgullo,

Á la vez que buen guerrero,
Hombre fué de ingenio agudo,
Franco, zumbón, atrevido,
Decidor, alegre y chusco.

Su fama como soldado
Suelen discutir algunos,
Que á la Fortuna atribuyen
Éxito que él hizo suyo,

Y como hombre, su conducta
Censuran airados muchos,
Que por servil le motejan,
Y que le tachan por *cuco*.

Yo, sin meterme en honduras
Relativas á este asunto,
Consignando lo que dicen
Ni defiendo ni censuro;

Mas «bufón del rey» le llaman
Sus contrarios iracundos,
Y este dicterio afrentoso
Acaso motivar pudo

Hechos como el que refieren
Escritores concienzudos,
Y que yo, sin más preámbulo,
Paso á referir al punto.

Reinaba Fernando Séptimo,
Último rey absoluto,
Y reinaba en nuestra Hacienda
Desbarajuste mayúsculo.

El ejército pasaba
Los más terribles apuros,
Y hasta los jefes sufrían
Constante obligado ayuno;

Porque *corrían* los meses
Siguiendo del tiempo el curso,
Y las pagas no corrían
Ni andaban, como era justo;

Y cuando llegaba alguna,
Al verla, ninguno supo
Explicar qué era más grande
Si la sorpresa ó el júbilo.

Era un día seis de Enero,
Y en Palacio, según uso,
Había gran besamanos
En honor del Rey augusto.

Magistrados, generales,
Personajes linajudos,
Embajadores, ministros,
Altas gentes del gran mundo,

Llenando iban los salones,
Muy temblorosos los unos,
Pálidos y descompuestos,
Como presas de algún susto;

Y los otros afanosos,
Yendo de un punto á otro punto
Restregándose las manos
Como el que logra su gusto.

Era que el día del cuento
Fué tan terrible y tan crudo,
Que á muchos las pulmonías
Los llevaron al sepulcro;

Á algún infeliz el frío
Dejó en la calle difunto;
Nadie salió de su casa,
Á no tener más recurso,

Y el que asomó las narices
Al balcón sólo un minuto,
Encerróse tiritando
Y más fresco que un besugo.

En el Palacio aquel día,
Por entre los varios grupos,
Pasó el general Castaños,
Produciendo gran murmullo.

Hizo, al llegar ante el trono,
Un reverente saludo,
Y al tratar de retirarse,
El Monarca lo detuvo.

Miróle de arriba abajo
Entre asombrado y confuso,
Al observar que en tal día,
Por loco capricho absurdo,

Llevaba un pantalón blanco,
Limpio y estirado y pulcro,
Que en el rigor del estío
Fuera fresco en grado sumo.

—¿Cómo vienes de ese modo?
Le dijo el monarca adusto.
¿No ves que tu extravagancia
Ha producido un tumulto?

—Señor, vengo como debo,
El general le repuso,
Pues la estación lo requiere
Y yo á la estación me ajusto.

—¿Cómo, si en Enero estamos?
Siguió el rey con tono brusco.
Y el General, sonriendo,
Replicó con tono bufo:

—Su Majestad ha llegado
Á Enero ya, no lo dudo;
Mas yo, atendiendo á mi paga,
Estoy todavía en Junio.

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ.

LA CONQUISTA DEL FRÍO.

De cuantos trabajos llévanse á término en las ciencias durante el presente siglo, y cuenta que los descubrimientos realizados en el orden de las llamadas naturales bien puede decirse que no tienen número, ninguno tan fecundo, ninguno tan importante como aquella labor creadora que llamamos *síntesis*, y consiste esencialmente en disponer de manera tan adecuada los elementos de los seres y las fuerzas que los reunen y condicionan, que éstos prodúcense idénticos á los que en la Naturaleza se ven, formados y hechos como de una pieza. El trabajo sintético tanto vale como construcción, y no mediante el artificio de reunir elementos varios, reconocidos como componentes, sin la preliminar labor del análisis, sino en el sentido de relacionar las substancias elementales por aquellas cualidades que les son propias y se hallan inherentes á su propia naturaleza, en cuanto sólo de ella dependen, y de tales relaciones, de las que puede decirse nacen los cuerpos y son resultantes suyas, derivan los procedimientos sintéticos, que ya pasaron, en ciertos respectos, de la categoría de ensayos, y no sólo son generales, á lo menos para determinados órdenes de cuerpos, sino que pronto entran en la gran industria, y es de tal manera, tratándose por ejemplo de las substancias orgánicas colorantes, que hasta es posible predecir la existencia de muchas de ellas, luego obtenidas en grande con sólo aplicar los artificios, siempre ingeniosos, á la continua puestos en práctica en las diferentes operaciones de la síntesis química. Mas no paran aquí, ni en este punto terminan sus aspiraciones, ni acaban siquiera sus procedimientos: que hay en la ciencia de las combinaciones más anchos horizontes, campos donde florece delicada planta, que reclama más fino y esmerado cultivo, porque la labor experimental no termina en la síntesis de los cuerpos, que es sólo medio de alcanzar algo más elevado y fecundo en la explicación de las funciones químicas, que tanto dependen de la naturaleza de los cuerpos que se unen como de su particular estado y de la manera de emplear en ellos la energía cuando se juntan, partiendo de un estado de equilibrio para llegar á otro, cuya estabilidad determinan condiciones especiales. Y tal punto, que abarca totalmente la doctrina de la Química moderna, y este que es su primer problema, sólo pudo esclarecerse encaminando los espíritus por buen sendero que á su resolución ha de conducirlos, cuando aparecieron las primeras síntesis elementales, logrando completar, mediante verdaderas creaciones, el paciente trabajo analítico, que sólo permitía establecer relaciones numéricas de peso y volumen entre los cuerpos que se combinaban. Al dato analítico, dándole más amplitud y más lato significado, uniendo los resultados de la síntesis, es como se consigue formular un concepto claro del fenómeno de la combinación, y puede lograrse también explicar satisfactoriamente las funciones químicas de los cuerpos, de antemano determinadas por virtud de muy seguras leyes, que

en los experimentos tienen su apoyo y de ellos se derivan, mediante las más lógicas y naturales inducciones científicas.

Uno de los más geniales experimentadores contemporáneos, como pocos sagaz, originalísimo en sus métodos, y que ha conseguido unir su nombre á prodigiosos descubrimientos, el ginebrino Raoul Pictet, ha realizado últimamente un gran adelanto en lo que á la Química sintética se refiere, con el generoso intento de fundar un procedimiento general, de realizarla y llevarla á término, á voluntad del experimentador, empleando, como solo y único agente, las más bajas temperaturas, llegando hasta la de 213 grados bajo cero, que es el límite inferior hasta ahora alcanzado. El razonamiento del insigne físico no puede ser ni más claro ni más sencillo: en el complicado fenómeno de las combinaciones químicas, que son, en definitiva, función de muchas variables, se da como hecho ó manifestación constante de la fuerza de afinidad, y por ella mídeso, el calor desprendido ó absorbido en el acto de unirse dos cuerpos, que es el caso más sencillo. Sin calor no hay afinidad, y hasta como fenómeno térmico puede ésta considerarse, ya que en forma de calor se valúa y aprecia; y así se concibe que para combinarse dos cuerpos han de encontrarse en un estado térmico particular, sin lo cual es su unión imposible, y de aquí se infiere que, colocando las substancias en estados de calor particulares, su combinación, aun tratándose de las que entre sí tienen mayores afinidades, resultará imposible, y de la propia suerte que cuando se eleva mucho la temperatura quedan rotos los lazos que la afinidad formara; y decimos de todos los cuerpos que están disociados en sus elementos, quedando éstos dotados de aptitudes de las cuales antes carecían, ó si las poseían era con menos energía, las substancias muy enfriadas pierden toda afinidad, no se combinan y permanecen en contacto inertes y sin aquellas manifestaciones químicas peculiares de cada una. En el primer caso, el exceso de temperatura disgrega cuerpos, deshace combinaciones y manifiesta tendencias á reducirlos á estados todavía más elementales que nuestros actuales elementos químicos; pero siempre activos y dispuestos para contraer alianzas con otros cuerpos. En el segundo caso síguese al gran descenso de la temperatura algo como la paralización de toda actividad química, y diríase que se ha llegado á las substancias propiamente inertes: son los dos puntos citados como los extremos de una cadena, como el primero y último término, al menos por ahora, de una larga serie de metamorfosis y cambios de naturaleza de los cuerpos: tienen de común que los dos estados responden á condiciones térmicas de trabajos distintos, y son aquellos en los cuales, ó toda acción química es imposible, ó se hallan particularmente activas las afinidades de los cuerpos, cosa bien fácil de explicar, porque en resumen, al disociar un cuerpo por el calor, se da mayor energía á sus elementos, por virtud del calor invertido en destruir los lazos que la afinidad creara, y cuando se enfrían á temperaturas inferiores á cien grados bajo cero, se suprime en sentido inverso la fuerza de combinación, y deja de ser activa y origínase un estado que bien pudiera calificarse de inercia química, porque no existe, ni real ni aparente, manifestación alguna de las que sirven para caracterizarla; que de tal manera se unen y dependen ambas fuerzas, una de otra, el calor y la afinidad química de los cuerpos.

Tomando, pues, como punto de partida aquella extrema temperatura en la cual los cuerpos parecen haber perdido todo poder de combinación, puesto que, en realidad, sus actividades hállanse como si estuvieran anuladas, se concibe que de la modificación á voluntad de aquella inercia, efectuada por medio del calor, deba originar, mediante procedimientos sintéticos, los más variados cuerpos, ya que se parte de un estado inicial realmente desprovisto de verdaderas condiciones de energía química. Que al mismo han de llegar los cuerpos, por mucha que sea su actividad, concíbese sin gran trabajo, dado que las funciones de la energía jamás se interrumpen, porque es la continuidad su carácter más esencial y permanente; pero de la propia suerte que una masa cae hasta llegar á la superficie de la tierra, en cuyo contacto parece haberse anulado aquella fuerza que á caer la impulsaba y queda sin aparente actividad, pero apta para volver á ser elevada y adquirir de nuevo la propiedad de caer, así los cuerpos que pueden combinarse, cuando son llevados á un estado térmico especialísimo, invirtiendo para alcanzarlo todo el trabajo de que son susceptibles sus energías moleculares, como toda ella la gastan, carecen de la facultad de combinarse, aun los más afines y activos; pero guardan la capacidad para recibir nuevos impulsos y la condición de adquirir la potencialidad necesaria para llevar á cabo diversos trabajos químicos; y como el trabajo en general es proporcional á la energía empleada en producirlo, resulta de aquí que tomando los cuerpos en aquel estado inicial, que por la inercia química se manifiesta, y pudiendo comunicarles energías variadas, los trabajos serán distintos, y si éstos se traducen en la formación de cuerpos, se concibe sin dificultad cómo podrán formarse muy distintos, conforme se haya modificado aquella precitada inercia, causada por el descenso de temperatura. Ejemplos bien sencillos pondrán de manifiesto el principio de que ha partido Raoul Pictet en sus magníficos experimentos: el fósforo ordinario cámbiase en fósforo rojo, calentándolo; el calor cambia el cianato amónico en urea; elevando la temperatura del acetileno gaseoso, puede condensársele y convertirlo en bencina, cuya molécula hállase constituída uniendo tres de aquel gas; y bien sabido es cómo en las destilaciones secas, y á partir de un hidrocarburo de los más sencillos, el calor puede formar, en indefinida serie, compuestos de carbono é hidrógeno, cada vez más ricos en el primero de estos elementos, el cual viene á representar tan sólo un límite de aquella serie de cuerpos de los que se derivan todos los demás de la Química orgánica. Función de la temperatura son todos estos cambios, y si aumentando el calor se producen á voluntad las más veces, bien se comprende que la síntesis ha de ser todavía más general, y ha de poder extenderse á mayor número de substancias, cuanto más cerca se tomen las primordiales de aquel punto en el cual parecen por entero desposeídas de toda energía, inertes para todo trabajo y desprovistas de lo que más caracteriza su propia individualidad química. A tanto alcanza el nuevo trabajo experimental del gran físico ginebrino, trabajo de cuya fecundidad responden los cuerpos sintetizados, y acaso mejor aquella nueva materia explosiva por el mismo Pictet descubierta, y á la que llamó fulgurita, y está sin duda preparada á temperatura excesivamente baja.

Habíanse dirigido hasta ahora los esfuerzos de los experimentadores, cuando de artificios experimentales se trataba, á utilizar las más elevadas temperaturas, y lo que pudiéramos llamar conquista del calor tuvo el año pasado su más brillante término, cuando Moissan inventó el horno eléctrico que lleva su nombre. Por medio del calor conseguíase reducir los minerales más refractarios; el calor servía para fundir el platino y el iridio; utilizadas las más elevadas temperaturas por el genio de Henri Sainte-Claire Deville, pudieron disociarse los cuerpos con más fuertes lazos unidos, y con ello nació el concepto mecánico de la afinidad química: al calor se debe la formación de isómeros; por él fué posible la síntesis, y el mismo conquistador del frío Raoul Pictet quiso fundar su doctrina de la posible disociación de los metaloides en fenómenos térmicos, como Crookes en ellos apoyó su famosa doctrina de la génesis de los elementos químicos. Esto no obstante, las temperaturas muy bajas fueron en estos tiempos con éxito utilizadas, y bastará recordar cómo Moissan obtuvo en 1886 el cuerpo simple fluor mediante la electrolisis del ácido fluorhídrico, efectuada á la temperatura de cincuenta grados bajo cero. Pero los hechos aislados, con ser muy importantes, eran del todo insuficientes para llegar á establecer leyes bien fundadas respecto del estado de los cuerpos cuando su temperatura desciende muchos grados bajo cero y se halla próxima del cero absoluto, en el cual toda actividad ha de cesar por completo. Habíase utilizado el calor positivo, y era menester estudiar y saber las acciones del calor negativo sobre los cuerpos, y cómo influyen en sus condiciones y propiedades químicas, cuáles de sus facultades anula ó cambia y de qué suerte crea estados que han de formar contraste con aquellos originados por las elevadas temperaturas, cuando es llegado el punto en que los cuerpos se disocian y van sus elementos libres, activísimos y como ávidos de contraer nuevas alianzas y formar variados géneros de combinación. Entiéndese el efecto que deben producir las más bajas temperaturas en las aptitudes químicas de los cuerpos, examinando un momento el fenómeno inverso de la disociación: para que una substancia, tal como el agua, sea disociable, es menester que se halle en estado de vapor, y si éste pasa por un tubo calentado de manera conveniente, no puede existir como tal gas: sus moléculas tienden á separarse cada vez más, los caminos ó espacios que recorren son á cada punto mayores, disminuyen los choques moleculares, no pierden energía y todas sus actividades despiértanse. Por el contrario, como al enfriar un vapor conviértese en líquido y luego pasa á sólido, compréndese que las moléculas deben precipitarse unas sobre otras, sus caminos libres de acción se aminoran, auméntase el número de choques, apriétanse unas contra otras, y en tal trabajo gastan toda su energía, y de seguro no han de poder entrar en combinación. Supónganse ahora dos moléculas casi inactivas y colocadas á temperatura excesivamente baja: si hubiera medio de darles actividad, de tal suerte que, primero las atmósferas de éter que las rodean se penetrasen, y luego ellas mismas llegasen á juntarse, combinaríanse al punto por virtud de la energía que se las hubiera comunicado para aproximarlas, y si esta aproximación efectúase á voluntad del experimentador, se concibe la posibilidad de formar nuevos cuerpos, realizando su síntesis de la manera más cabal y completa.

Data verdaderamente la conquista del frío, y su empleo como agente de metamorfosis de los cuerpos, de aquellos sencillísimos y clásicos experimentos de Faraday, relativos á la liquefacción de los gases dentro del tubo que lleva su nombre; los resultados de tales investigaciones ya permitieron modificar las ideas que respecto de los cambios de estado teníanse antes recibidas, y ya parece como que se presiente la teoría cinética que es la gloria de Clausius, cuando llega á formularse este principio experimental: los gases tenidos por permanentes son sólo vapores, cuyo punto de liquefacción está muy lejano. Un gran paso se dió en el camino del empleo de bajas temperaturas en los últimos días de 1877, cuando el tantas veces citado Raoul Pictet, en Ginebra, y Cailleta, en París, liquidaban el hidrógeno, el oxígeno y el nitrógeno; y los experimentos curiosísimos que ambos sabios realizaron, tienen su mayor importancia, no tanto en el artificio puesto en práctica con raro ingenio, sino mejor en el modo como los resultados obtenidos modificaron el concepto de gas, permitieron establecer con carácter definitivo la noción de gases perfectos, y consintieron introducir en la ciencia la fecunda doctrina de la continuidad de los estados líquido y gaseoso de todas las substancias. Tal fué el preliminar del empleo sistemático de las más bajas temperaturas, no ya como medio de convertir todos los gases en líquidos, para luego utilizar, conforme se hace en los aparatos industriales del propio Pictet, el frío de la evaporación ó la fuerza de resorte que desarrollan aquellos líquidos cuando instantáneamente recobran el estado gaseoso, sino como verdadero agente de cambios químicos, como fuerza, cuyo adecuado empleo puede llevar hasta la realización de las más curiosas é interesantes síntesis de cuerpos bastante complicados y nada fáciles de conseguir y obtener.

Antes de enumerar algunos de los resultados que ya se han conseguido, bien será relatar los procedimientos experimentales, que son los más originales é ingeniosos que pueden imaginarse. Después de una serie de razonamientos fundados en los principios de la termodinámica y en las leyes de las reacciones químicas, llega á admitir el gran experimentador que en el cero absoluto de temperatura, ó cuando ésta es muy baja, los cuerpos heterogéneos jamás llegan á reacionar, cualesquiera que sean sus afinidades y las presiones á que se hallen sometidos; por lo cual se infiere la necesidad de una temperatura definida, para que su combinación química se lleve á cabo. Y una vez admitidos estos principios, fácil le fué demostrar que «muchos cuerpos heterogéneos, muy enfriados primero, y luego con lentitud calentados, se combinaran de una sola manera, si el contacto entre ellos persiste durante el calentamiento, siempre que pueda á voluntad manejarse la temperatura durante la reacción». Este punto de partida, que es teórico, vióse confirmado en los experimentos, é indica bien á las claras el sentido que informa el método general de síntesis química de Raoul Pictet, ya con excelente éxito aplicado en varios casos, y cuya generalidad parece asegurada por la misma certeza de aquellos principios que le sirven de fundamento y no son otra cosa, en definitiva, sino consecuencias de las doctrinas mecánicas, en tan buena hora introducidas en la Química por el genio del ilustre profesor Berthelot, con sus métodos calorimétricos para apreciar la afinidad y sus formas.

Empléanse aparatos cuyo destino es producir frío y conservarlo de manera indefinida y por cuanto tiempo sea necesario, y se hallan formados esencialmente por cámaras cilíndricas, horizontales ó verticales, y se utilizan para condensar gases y vapores, destinados á enfriar los recintos, cuyos gases y vapores pueden estar sometidos á presiones variables desde doscientas atmósferas hasta el vacío casi absoluto. Colocaba Pictet en la doble envoltura los líquidos volátiles que se aspiran y comprimen por medio de cinco máquinas acopladas, y las temperaturas así obtenidas hállanse comprendidas entre la del ambiente y *doscientos trece grados bajo cero*, obtenida mediante la evaporación en el vacío del aire atmosférico liquidado. Las temperaturas bajas es de advertir cómo no se consiguen de una vez, aunque á ellas se sometan los cuerpos por tiempo indeterminado, y de aquí el empleo del descenso progresivo por medio de tres ciclos de enfriamiento muy particulares, cuyos límites de temperatura se diferencian bien poco, y que por sí solos constituyen el más ingenioso artificio de la conquista del frío: compónese el primer ciclo de una mezcla de anhidrido sulfuroso líquido y anhidrido carbónico, capaz de enfriar las cámaras cilíndricas más arriba nombradas, hasta *cien grados bajo cero*, con la mayor facilidad. Introducido el líquido en la doble envuelta produce vapores, los cuales vuelven á liquidarse pasando por serpentines introducidos en agua fría y corriente: así reconstituído el líquido primitivo sirve de nuevo para el enfriamiento, pues abriendo la llave que comunica el condensador con la doble envoltura, y hallándose ésta á menor presión, el líquido se precipita en ella y al mismo tiempo se evapora con grandísima rapidez. Prodúcese el segundo ciclo por medio del protóxido de nitrógeno ó el etileno liquidados, en cuyo estado se obtienen con la mezcla utilizada en el primero, y como datos numéricos puede citarse que á la presión de seis á doce atmósferas el protóxido de nitrógeno es líquido á los ochenta grados bajo cero, y si en tal estado y después de haber hecho el vacío en una de las envolturas de un cilindro horizontal se deja llegar á ella el gas liquidado, vió Pictet que se volatilizaba al instante, y la temperatura era suficiente para solidificar parte del cuerpo que cristalizaba pronto y llegaba á conseguir por este medio un descenso hasta *ciento treinta y cinco* y aun *ciento cincuenta grados bajo cero*. Y para formar idea aproximada de los medios experimentales que el ilustre físico tiene á su disposición y utiliza en sus trabajos, bastará decir que automáticamente consigue de veinticinco á treinta kilogramos de protóxido de nitrógeno en cada hora que la máquina está en actividad.

Sin más que estos datos, figúrese el lector la gran cámara de los experimentos de Raoul Pictet: compónela un cilindro cuya altura es de 1^m,350, y el ancho de 0^m,350, rodeado á cierta distancia por otro cilindro de palastro ó fundición, y en el espacio anular que entre ambos queda, la mezcla frigorífica. No llegan allí los cuerpos tal como en la atmósfera se hallan, sino que su estado térmico modifícanlo primero la mezcla de ácido sulfuroso y ácido carbónico líquidos y luego el protóxido de nitrógeno, de tal suerte que al entrar en el tercero y último ciclo ya la temperatura inicial puede haber descendido gradual y progresivamente hasta ser de ciento cincuenta grados bajo cero. Examinando un poco más de cerca el mecanismo de las operaciones citadas, compréndese en seguida la serie de trabajos que es menester llevar á cabo para conseguir regular bien las acciones de los dos ciclos; y bien puede advertirse cómo los aparatos empleados deben entrar en funciones de modo independiente y sucesivo, de suerte que las cámaras frigoríficas se ponen á un régimen de temperatura uniforme y consérvanlo durante tiempo indefinido sin alteraciones sensibles. Por medio de los mecanismos puestos en acción para conseguir los ciento veinte grados bajo cero en el segundo ciclo, puede liquidarse el aire atmosférico en un tubo horizontal y es de esta manera: una bomba de glicerina comprime poco á poco cosa de *setecientos litros* de aire, hasta que la presión llega á *doscientas atmósferas*, sirviendo como depósito para el gas de tal suerte comprimido el tubo central del segundo ciclo. Tenemos por lo tanto que el protóxido de nitrógeno liquidado actúa sobre aire á la presión de doscientas atmósferas, y el resultado es que, descendiendo la presión hasta noventa, el gas liquídase y á la salida del recipiente, por estrecha abertura, recógese en una cámara de antemano enfriada que produce la temperatura extrema de *doscientos trece grados bajo cero*. No es tan fácil como parece el mecanismo de este tercero y último ciclo, que no se cierra, y tiene ciertas intermitencias en su funcionamiento, motivadas por no ser cosa pronta comprimir aire en cantidad á presiones considerables y muy enérgicas; sin embargo, gracias al ingenio de Pictet, desplegado en esta ocasión como en ninguna otra, en una hora puede conseguirse sin esforzar el trabajo como *kilogramo y medio de aire líquido*, que es ya respetable cantidad para emprender experimentos en grande y poder llegar á las conclusiones establecidas por el mismo Raoul Pictet al término de su trabajo. Siguiendo sus indicaciones, tenemos que es preciso colocar los cuerpos en un régimen permanente de temperatura muy baja, y esto consíguese por medio de gases liquidados en tres series de operaciones deno-

minadas ciclos, siendo los dos primeros cerrados y funcionando de manera continua; así que las substancias que se quieren hacer químicamente inertes se introducen primero en una cámara enfriada á cien grados bajo cero, valiéndose de la mezcla de los anhidridos carbónico y sulfuroso liquidados, y luego que á aquella temperatura se ponen son sometidos á la de ciento cincuenta grados bajo cero, conseguidos por medio del protóxido de nitrógeno líquido, y ya entences es cuando interviene el aire liquidado en la forma que queda expuesta. El artificio no puede ser más sencillo; todo consiste en aprovechar el frío que se produce al evaporarse un líquido sumamente enfriado y que con rapidez se volatiliza al disminuir la presión que sobre él se ejerce, ó lo que es igual, la conquista del frío redúcese á aprovechar un trabajo tal como se aprovecha en las máquinas de vapor. Un líquido pasa á vapor en ellas por medio del carbón que existe en la caldera: un líquido pasa á vapor en los cilindros de Pictet aprovechando el calor de los cuerpos en su interior colocados, y como pierden su condición térmica, que significa actividad, y como ceden al líquido, para que haga su trabajo, la energía que necesita para volverse gas, y como gas conservarla, quedan inertes, desprovistos de toda aptitud para combinarse y en un estado de completa pasividad, de suerte que ni á otros cuerpos se enlazan, ni con ellos contraen alianzas, ni en modo alguno pueden sus propiedades metamorfosearse.

Cuanto á los métodos se refiere queda dicho con sólo describir el particular modo de funcionar cada uno de los ciclos; y así tenemos, en resumen, gases liquidados, mecanismos que enlazan su evaporación y aprovechamiento del enorme descenso de temperatura que en tales operaciones se manifiesta y produce. De los resultados de la conquista del frío y del método general de síntesis química fundado en su empleo, poco hay que decir: á temperaturas muy bajas los ácidos no enrojecen la tintura azul de tornasol, ni se combinan con las bases, hasta el punto de poder decirse de una manera general que, desde *ciento veinticinco grados bajo cero*, no hay reacción química de ninguna especie, cualesquiera que sean los cuerpos puestos en contacto. Sin embargo, aquellas manifestaciones más características y peculiares de determinadas funciones químicas, como las manifestadas por los ácidos cuando enrojecen la tintura azul de tornasol, prodúcense hasta que son llegados los *ciento cincuenta grados bajo cero*. Mas puede asegurarse que toda manifestación de las energías químicas tiene un límite de temperatura, pasado el cual no se produce, y también es de advertir cómo la intensidad de las manifestaciones de la afinidad de los cuerpos va sensiblemente decreciendo antes de hacerse nula; llegado este caso, puede efectuarse de dos maneras, ó sea: como *reacción lenta* cuando está provocada por una descarga eléctrica, ó *en masa* y de una manera rápida, cuando la temperatura está bastante distante del límite antes indicado, y de aquí deduce Pictet que toda reacción química comienza siempre por un período de *energía negativa*, entendiendo por esto la necesidad de que intervengan fuerzas exteriores capaces de vencer y contrarrestar la inercia química producida en el descenso de temperatura.

Infiérese de lo dicho respecto del empleo de las más bajas temperaturas en la Química, que, pasado un límite, toda reacción es imposible, toda actividad cesa, y ni las más enérgicas afinidades son capaces de manifestarse; créase como una atmósfera de resistencia que impide las uniones moleculares, mas puede modificarse provocando reacciones lentas por medio de la electricidad y disponiendo las cosas de suerte que se vaya poco á poco venciendo la resistencia creada por el nuevo estado térmico: el hecho préstase á maravilla para realizar las más curiosas síntesis, ya que las substancias que han de resultar son función de aquellas que en las reacciones entran; y como demostración de que esto puede hacerse tenemos ya los experimentos que al mismo Raoul Pictet han consentido obtener el *ortonitrotoluol* el *paranitrotoluol*, y directamente, á partir de sus elementos y á voluntad, las nitronaftalinas; y lo mismo acontece tratándose de los nitrofenoles, formados partiendo del fénol y del ácido nítrico. Colocando así el fénol, la naftalina y el toluol á bajas temperaturas, trabajando con el ácido nítrico muy enfriado, y aprovechando la facilidad de provocar reacciones lentas, es fácil cosa nitrar por un medio directo los cuerpos nombrados, y este comienzo de síntesis química general promete ser fecundo en resultados, ya que con la conquista del frío se modifican las condiciones térmicas de los cuerpos todos, y ellas son en definitiva las que rigen las manifestaciones de la afinidad, en cuanto por el calor se regulan y miden á la hora presente todos los fenómenos químicos que se conocen y estudian.

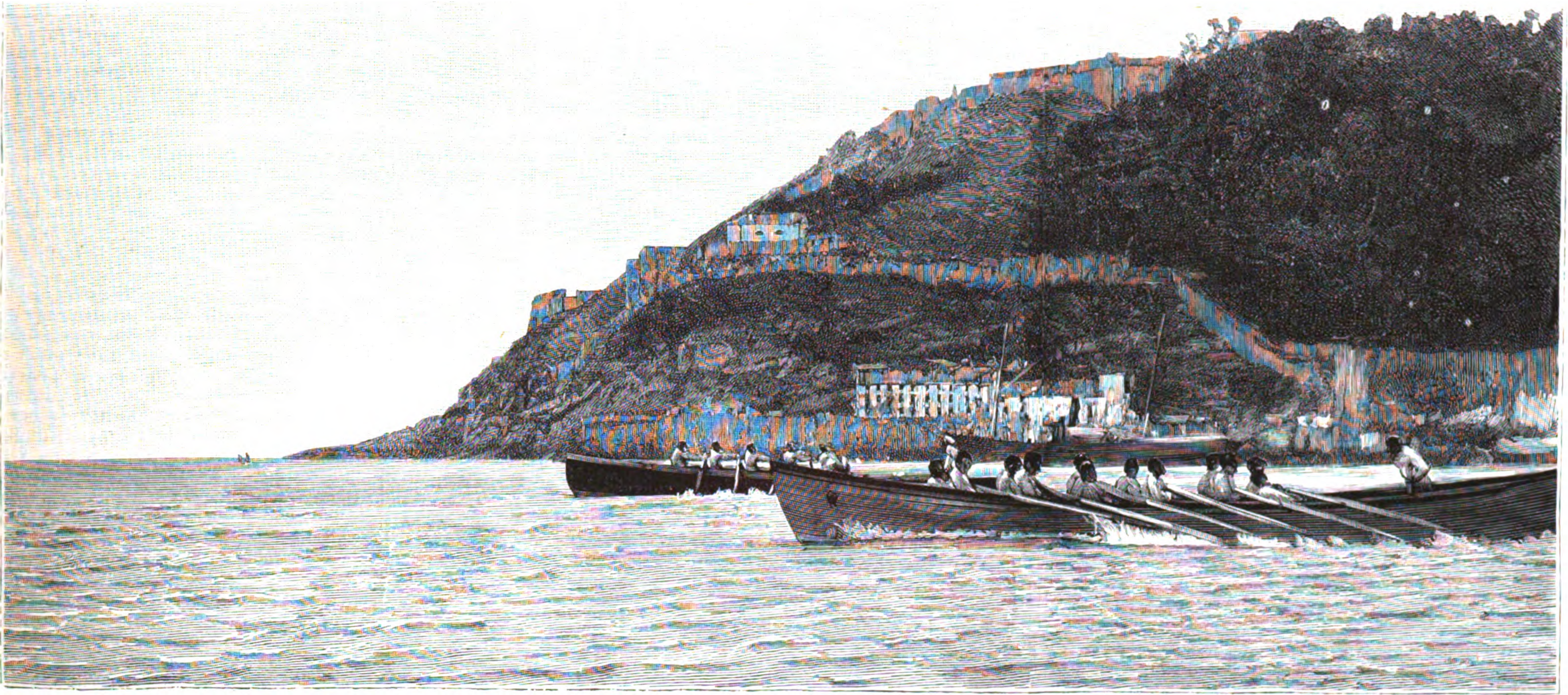
José Rodríguez Mourelo.



D. FERNANDO VILLAMIL,
CAPITÁN DE FRAGATA,
COMANDANTE DE LA «NAUTILUS».

LA FRAGATA «NAUTILUS».

(De fotografía de D. Fernando Colmenares.)



SAN SEBASTIÁN (GUIPÚZCOA).—REGATAS ENTRE LOS GUARDIAS MARINAS DE LA «NAUTILUS» VERIFICADAS EN LA CONCHA Á PRESENCIA DE S. M. LA REINA REGENTE.—LA PARTIDA.

(De fotografía de D. Fernando Colmenares.)



BARCELONA.—LA ESCUADRA INGLESA DEL MEDITERRÁNEO FONDEADA EN EL ANTEPUERTO.

(De fotografía de D. Ricardo de Valero.)

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

Las modas en lo intelectual: el arte, la pintura, el dibujo, la literatura, el libro, el drama, la poesía: necesidad de *La Moda intelectual sancionada*, según el doctor R. Murf. Chillicothe, de Elizabeth (EE. UU.).—Su plan, su carta y los propósitos de respuesta.

Desierto de Madrid, á 36° á la sombra.

Por mucho que cambien las modas femeninas, que son aún, hoy por hoy, el único ideal de la mayor parte de las mujeres, más cambian, si se mira bien, las modas de los hombres, no en cuanto se refiere al atavío del cuerpo y á su exterior indumentaria, sino en lo que á su manera de pensar, discurrir, hablar y escribir atañe. Comparad la vestimenta y perifollos intelectuales de un jurisconsulto, de un sociólogo, de un criminalista de hoy con cualquiera de los más distinguidos de hace diez años, y veréis cuán distintos son los perfiles, las telas, los cortes y los adornos. En el arte de la pintura tienden á desaparecer el dibujo atrevido y la coloración brillante, ante la moda que impone el trazado recto y duro y los tonos de color gris, como el barro de fabricar pucheros: en el dibujo mismo ved á lo que recurre el arte, asustado ante las conquistas de la fotografía; ved los croquis más de moda en las revistas, que no son otra cosa que extravagancias japonesas, trazadas con escobón; cabezas y bustos que parecen montones de hojas, con rizos por cabelleras estilo Tchien-Fu; árboles que parecen personas; paisajes ocultos por la niebla, entre cuyos manchones quieren figurar objetos unos cuantos arañazos de lápiz; escenas de costumbres, en las que, á la monotonía de la factura, paralela en sus líneas y sin claro-obscuro en sus masas, corresponde la monotonía funeraria en la expresión prosaica de las caras de los personajes; asuntos de ornamentación chinos y rechinos, formados por incomprensibles combinaciones de monstruos sin arte, y de hojas y flores sin enlace, ni verdad alguna; y, en fin, en todo lo que á los dibujantes excéntricos, tanto en sus nombres como en sus obras, se les ocurre, por el afán de distinguirse y de presentar sus creaciones en forma jeroglífica, para disimular su genio, ó para que los desocupados acierten á entreverlo, porque, en la mayor parte de los casos, suele ser el genio que tales disparates engendra, un jeroglífico indescifrable también.

Aunque la literatura usa procedimientos archiabsolutistas y autocráticos en sus imposiciones, duran sus preceptos lo que cuchara de pan: nada. Del naturalismo desnudo que quiso buscar la belleza en los montones de guiñapos que se apilan en las afueras de toda sociedad decente; desde aquellos atracones de chicha que los maestros cocineros de la novela, del drama y del cuento nos servían ayer, á las tendencias semirrománticas y sentimentales de hoy, media un abismo en la moda; y de esta literatura á la científica, que el diablo se lleve, y que empieza á hacer sus pinitos con el inocente propósito de volvernos locos á todos, el salto, si se da, será tremendo. Inyectados como van estando los organismos con mil diversas clases de líquidos preventivos, restauradores, antisépticos, durmientes, anestésicos y antipútridos ó conservadores, encuéntrase la sangre de la humanidad, en las naciones cultas, convertida en una pócima, originaria de la degeneración, cuyos efectos, no sólo se contemplan en lo enteco y miserable de las criaturas hijas de los inyectados, sino que en ellos mismos resplandece, en forma de riquísimo granero, por toda la superficie del cuerpo desparramado. Pues bien; la literatura científica, con su seriedad y con sus humos, tiende á inyectar en el espíritu las verdades hospitalarias sorprendidas por los sabios en la psicología experimental, en los laboratorios de psicología fisiológica, con sus *number forms*, ó esquemas usuales, en las observaciones de las gentes miopáticas; enseña, por inyección lenta, los curiosos conocimientos de la base física de la vida, del automatismo de los animales, de la desigualdad natural de los hombres, del nihilismo administrativo *(Methods and results)*, de la libertad y la psicogénesis, de la percepción del espacio, de la sugestión de personalidad, de la biología ultranaturalista, de la vida psíquica de los animales, de la herencia y degeneración mental, del misticismo alto, del problema de la muerte, de las alucinaciones telepáticas, de la telestesia parapsíquica, de la manía neuropática, del espiritismo y magnetismo sujestivos, de la teoría de la moral basada en la fuerza y en la materia, y de cuanto, en fin, contribuye á la ruina de la inteligencia *(der geistige Verfall)* y bien cargado un cerebro con estas maravillas ultraliterarias, en cuanto se le deje suelto, girará como una peonza, y dando luego tumbos y cabezadas, caerá fatalmente arrastrado por su peso natural, porque con estas inyecciones, tóxicas siempre para gentes que no saben otra cosa y que las reciben engañadas por el dulzor y atractivo de la golosina literaria, perturban la razón y adulteran el conocimiento, se digieren mal por los que no están preparados para alimentación espiritual tan fuerte y extraña, y si no caen por el suelo, donde al fin podrían descansar materialmente y restaurar sus fuerzas con el reposo, ruedan por los tristes abismos de la extravagancia primero, de la monomanía después y del desequilibrio completo ó demencia al fin, en cuyo estado no hay descanso material, ni reposo alguno. Así, con el juicio sin juicio, y avanzando por los terribles campos de la desesperación por haber asimilado á su flaco espíritu teorías, doctrinas y enseñanzas imposibles de resisitir, dada la personal ignorancia de quien las recibiera, así andan tantos y tantos desequilibrados, gentes sanas, al parecer, mientras no se las saluda, ricos y pobres, que en la vida de la familia y de la sociedud llevan la anarquía dentro del espíritu, y que para nada sirven ni aprovechan más que para morirse de aburrimiento ó para idear ó realizar alguna sangrienta barbaridad.

Mientras esta moda literaria va poco á poco tratando de invadir los hogares, cunde más inocente, y sin otras pretensiones que las de durar un día, la literatura efectista, superficial, poco aprensiva, enana y estéril en sus creaciones, pero aparatosa, redicha, pintorrajeada de colorines en sus detalles, loca por el estilo y al estilo rebuscado sacrificada. No intentéis encontrar nada detrás de ella, porque no tiene fondo alguno, ni dentro de ella, porque no suele ser, en general, hija del talento, ni del estudio; admiradla sólo como obra gimnástica, como labor de un acróbata que hace juegos, remolinos y equilibrios con su pluma para ganar el pan de cada día, ó para sostener por un día más el crédito de ingenioso y ocurrente. El género es difícil, y por lo mismo muchos intentan en vano cultivarlo, á cuya causa se debe el sinnúmero de tentativas insustanciales y ramplonas que las prensas lanzan á la publicidad, y que, si no molestan, pasan desapercibidas. Pero cuando se acierta, cuando el literato es diestro, entonces, aun sin fondo ni estudio ni trascendencia alguna, la obra es agradable, se disfruta de ella sin cansancio, y con su atractivo obliga al lector á perdonar lo falso de las hipérboles, lo inoportuno de los recuerdos, lo inconexo de la trama, lo hueco de las lamentaciones, lo débil de la cimentación, lo artificial de la razón y del sentimiento que el artístico andamiaje quiere sustentar, y se acepta con gusto el atrevido revoltijo y mosaico de pinceladas, románticas unas, naturalistas otras, otras ideales y otras positivistas, que algunos levísimos puntos de tecnología científica y de saber económico espolvorean y salpimentan á maravilla. Con este género de trabajos de moda no se pueden hacer libros, en los que un solo asunto y argumento ocupe todas las páginas. Por eso apenas se publican hoy libros de amena literatura, sino paquetes ó manojos de artículos sueltos; cestas de viaje en las que hay de todo un poco, para personas de escaso apetito y de espíritu flojo. Por eso apenas hay teatro, porque estos trabajos en la escena se convierten en obras Guignol ó Juan de las Viñas, en las que no hay acción, ni personajes, sino autómatas de cartón colgados, que hablan por boca de ganso. Por eso no hay poetas verdaderos, sino chascarrilleros ó lloramigas en verso. Por esto, en fin, cuando alguno de nuestros pocos, poquísimos maestros en la novela ó en la poesía aparecen en público con nuevos trabajos, la gente concurre y se agolpa y amontona alrededor de ellos, no para admirar al novelista, ni al poeta, sino para extasiarse ante la novedad, ante la contemplación de un fenómeno y de una cosa rara.

¡Para qué hablar de las modas de los hombres en política! Casi todos ellos se pueden embromar unos á otros, repitiendo aquello que cantan las mozas de Castilla, mientras lavan en el arroyo:

> Me han dicho que tú has dicho
> Que eres variable,
> ¡Si tú eres la veleta,
> Yo soy el aire!

⁂

¿Y á cuento de qué viene disertación semejante? dirá el lector que conmigo viaja semanalmente por ambos mundos.

Pues viene á cuento de que, desde el otro mundo, desde Elizabeth City, en la Carolina del Norte (EE. UU.), el doctor R. Murfreesborough Chillicothe, profesor de Filosofía y fabricante de papel, ha escrito á un millar de emborronadores de cuartillas de Europa, y entre ellos á mí, proponiendo que nos asociemos á su propósito de crear un periódico de modas para los hombres, y el cual, por supuesto, nada tenga que ver con los sastres. En su breve y afectuosa carta explica su idea el R. Murf. Chillicothe. La misiva que yo he recibido dice así:

«*M. Dick Calf of Belowhouse.—Madrid.*

»*(EE. UU.) Elizabeth City*, 20 Julio 1894.

»Señor y colega: Las mujeres valen por el atavío, y cuidan de él como de ninguna otra cosa y lo ajustan á la moda, que se observa rigurosamente en todo el mundo, de lo cual resultan el orden y la armonía, que entre ellas produce paz y placer y entre nosotros admiración y seducción *por lo bien que van*. La moda exige la publicación de un periódico que la represente y difunda, y aunque hay muchos, todos ellos son, puede decirse, correligionarios. Ninguno discrepa.

»Los hombres valen por la idea, cada cual profesa las suyas y las cultiva y defiende, pero ajustándolas también á la moda, que se sigue con gran cuidado para no pasar por ignorante ó reaccionario. De esta tendencia resultará la paz y la armonía entre todos los hombres pensadores: noble ideal que debiera seducirnos y arrastrarnos. Pero así como ellas se ajustan, entre ustedes, por ejemplo, á las prescripciones de *La Moda Elegante Ilustrada* ó de *La Última Moda*, así á *nosotros* nos hace falta *La Moda intelectual sancionada*, en la que se prescriba qué es lo que hemos de creer, decir, pensar y escribir. Dadas la versatilidad, volubilidad y casquivanilidad *(foolishness)* de los hombres, éstos andan desacordes y atrasados, y el mundo parece una olla de grillos (*gibble*), de lo cual dependen gran parte de las miserias humanas. Dígame usted si le parece bien que los hombres ajustemos nuestro criterio á la moda, y si haremos el periódico. Con el consejo de nuestros colegas de América y de Europa, por ahora, determinaré las condiciones de publicación y suscripción. Vaya usted haciendo propaganda, y envíe todos los cuartos que pueda, en oro, por supuesto, que aquí no queremos papel: la plata nos sobra, y nadie, *for nothing*, trabaja de balde. Tengo buen papel para envolver, y el de cigarrillos mejor que el de ustedes, *it is tried or proved!* Esperando sus órdenes, es y será siempre vuestro P. P. W. X. Y. Z.

R. Mf. Chillicothe.
T. Esq. D. C. N.»

«N. B. Admitiré como razonamientos las autoridades eremíticas latinas que suele usted usar en sus apuntes contra las pasiones de los literatos y artistas. Vale.—*Chillicth.*»

Para contestar al doctor, estando como estoy conforme con su pensamiento y con su plan, he dejado vagar la imaginación por los espacios en que campearon las pasadas y las presentes modas del arte, de la literatura, de la filosofía y de la política, y á medida que los razonamientos brotaban de la mollera, los he resumido en una nota preparatoria, tal cual la ha visto el lector. Ahora, subyugado por los horrores de la temperatura, sofocado por el temple de horno del aire que se respira, bañado en sudor, buscando en vano cómoda postura, silencio y agua fresca, sin cuidarme de los mosquitos y cínifes del negocio que zumban en torno nuestro, diciendo que los cambios están á 22,70, que el trigo baja, que los impuestos municipales suben, que mueren los guardias y los toreros asesinados por la barbarie atávica de nuestras malas costumbres; que al parecer no hay nadie en la corte, y en realidad nadie en Galicia y muy poca gente en los balnearios y poca más en las playas; que hace fresco en Montemayor y calor en Santa Águeda; que el cólera no se atreve á salir de Marsella, y que los ingleses, interpolados con los chinos, se han atrevido á entrar en Corea; que por el mucho viento fresco que sopla tarda la *Nautilus* en entrar en el Ferrol, y que por no soplar ninguno anclan antes de tiempo nuestras fragatas elegantes en los jardinillos del Retiro; que nuestros partidos políticos se pulverizan y separan más y más cada día, y que el Banco y el Tesoro se amazacotan y compenetran más y más á cada momento; y que aquí no pasa nada, y que por las gateras del matute pasa todo; sin prestar oído á ninguna de tantas murmuraciones, leo y releo la carta del doctor neocarolino Chillicothe y me preparo á contestarle, con ayuda de las latinas autoridades eremíticas, que él dice.

Preciso es, en efecto, si esto ha de marchar bien, someter á todos los hombres pensadores á la pauta y patrón de una *moda intelectual sancionada*, que ponga en orden á los chupados y cariacontecidos filósofos, que por mal de sus pecados andan con el humor convertido en vinagre, y la palabra retorcida en guirigay, amparados en su personal soberbia é independencia y figurándose, como los pollinos silvestres, que nadie puede mandar en ellos, según lo pintó el Santo Job, en aquellas frases que dicen: *Vir vanus erigitur in superbiam, et quasi pullum onagri liberum se natum æstimat.* Mucha falta hace traer á mandamiento á los que á sí mismos se llaman críticos, y viven haciendo irrisión de los demás, siendo el remedio más eficaz contra ellos el echarlos del corro, porque con su ausencia desaparecen los disgustos y las disputas, según Salomón, en el Prov. 22 lo expuso: *Ejice derisorem, et exhibit cum eo iurgium, cessabuntque causæ et contumeliæ.* Ellos y otros muchos son habladores impenitentes, y repiten cuanto oyen, como si los oídos fueran para hablar, siendo dos, y la boca fuera para trabajar más que ambos, siendo una: *Ob*, dijo Zenón, *id habemus binas aures, ut plurimum audiamus, loquamur autem paucissima;* pero el aconsejar á estos necios es en vano, porque cada uno de ellos se juzga más docto que siete sabios: *Stultus videtur septem viris loquentibus sententias*, dijo San Antonino, t. II, cap. XV.

Entre gentes de genio y de ingenio preciso es para acertar prevenirse contra la soberbia, principio de todas las miserias humanas: *Initium omnis peccati est superbia*, lo cual no se corrige sino con el conocimiento de lo poco que cada uno vale en sí mismo: *Nosce se ipsum efficax est remedium contra superbiam*, escribió San Buenaventura, lib. I, *De profect. Relig.*, y cuyo mal es más fácil de curar que la envidia, porque ésta es dolencia secreta: *Invido non potest ab homine adhibere remedium cuius est vulnus occultum*, según se lee en la *Vida contemplativa de San Próspero*, lib. III, cap. V.

Castigadas la soberbia, la envidia, la monomanía de hablar, el excesivo amor propio, la audacia y la poca vergüenza, puesto en práctica este sistema preventivo, saldrán del espíritu bien cultivado limpias y cristalinas las obras, y serán caudal salutífero para aplacar la sed del saber, que las multitudes puedan sentir. Así, con esta pauta y entramado, irá escrita mi epístola al doctor americano, para que, si su plan se lleva á cabo, aparezca este figurín en el primer número de su *Moda intelectual*. Dios nos dé á todos chispa y paciencia suficientes para sacarla á luz, y ojalá que, uniformados, con variedad en la unidad, que dijo el otro, en la manera de pensar y de decir, como las mujeres se uniforman en sus trapos, logremos ponernos de acuerdo, y andar derechos por el fácil y trillado camino de lo llano, riéndonos entretanto, y después, de todas las extravagancias de los que por escupir al alto llevan siempre la cara y la ropa llenas de..... sabiduría.

R. Becerro de Bengoa.

CONSEJO PRÁCTICO.

Si queréis agradar por la frescura, transparencia y blancura del cutis, pedid á *Lenthéric*, 245, *rue Saint Honoré*, París, su *Rosée Orkilia* (5 francos el frasco), que extirpa las espinillas y las manchas del rostro, y refresca la piel dándole la deseada suavidad, y la defiende de los efectos del aire. Completan su acción nuestros polvos de arroz *Orkidea* (3 francos la caja).

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

I Pirinei. Trilogia, por D. Víctor Balaguer. Traduzione in versi italiani di Arnoldo Bonaventura.

La hermosa obra del Sr. Balaguer, publicada en catalán y después en castellano, y traducida al francés, al provenzal, al alemán, acaba de ser vertida al italiano por el inspirado poeta Arnoldo Bonaventura, de Pisa.

La versión conserva muy bien el carácter grandioso del original, conmoviendo hondamente El Sr. Balaguer puede estar satisfecho de ella, y seguro de que, merced al Sr. Bonaventura, el público italiano podrá apreciar debidamente su trilogia.

La Ciencia social contemporánea, por Alfredo Fouillée, traducción, prólogo y notas, por Posada.—Un gran volumen, 8 pesetas.

Excelente obra, muy necesaria en España, donde apenas existen libros de sociología.

Son de primera importancia los capítulos referentes al Origen del Estado; Las objeciones de Bluntschli, Taine y Renan: La naturaleza de la sociedad civil: Las funciones del Estado; La justicia contractual según Spencer y Sumner Maine: Las colisiones del Derecho: La penalidad social: La reforma del Código penal: La justicia reparadora, y, en una palabra, el libro entero.

De este mismo autor se ha publicado recientemente: *El novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia*, del cual dimos cuenta á nuestros lectores, viniendo á ser la obra que hoy sale á luz digno remate de aquélla.

Tratado de Derecho Político, por Adolfo Posada

El diligente profesor de la Universidad de Oviedo acaba de publicar una obra, dividida en tres tomos, con el título que encabeza estas líneas. En el primer volumen trata de la *Teoría del Estado*, y para los que conozcan la ilustración del docto catedrático y el afán con que sigue el movimiento jurídico contemporáneo, huelga decir que estudia las complejas cuestiones que en el título se comprenden con lucidez y profundidad.

En el segundo trata del *Derecho constitucional comparado de los principales Estados de Europa y América*, y con orden rigurosamente lógico y alto espíritu de sana crítica, compara las Constituciones de varios Estados, previa la necesaria determinación del origen de estas Constituciones.

El tercero propiamente es una obra independiente, como el mismo autor dice, y lo titula: *Guía para el estudio y apreciación del Derecho constitucional de Europa y América*, comprendiendo, además el texto de las Constituciones vigentes en los Estados modernos, un cuestionario y una bibliografía de Derecho constitucional completísima y que evidencia la laboriosidad del distinguido publicista.

Panoramas orientales. Impresiones de un viajero poeta, por D. José Alcalá Galiano.

En este folleto, que con deleite acabamos de leer, publica el Sr. Alcalá Galiano la Conferencia que dió en el Ateneo de Madrid el 7 de Mayo pasado y que tantos aplausos y tan merecidos le valió. Oyendo al Sr. Alcalá Galiano entonces, ó leyéndole ahora, se viaja verdaderamente, se observa, se analiza y se ve lo grandioso, lo original y lo ridículo.

No sólo es el Sr. Alcalá Galiano un viajero poeta que recibe impresiones, sino que las transmite admirablemente, con un lenguaje animado y pintoresco que obliga á pensar lo que él piensa y á sentir lo que él siente.

También debemos consignar que el Sr. Alcalá Galiano es, además de viajero poeta, viajero de verdad, esto es, conocedor de la historia, de la geografía y de las costumbres de los pueblos por donde viaja y con criterio propio acerca de estas cosas. Por eso emite juicios acertados y sustanciosos que contienen grandes enseñanzas.

G. R.

UN EXPLOSIVO INVISIBLE.

Por más de que te dieran cualquier compensación, ¿permitirías que se mantuviese abierto en una de las habitaciones no ocupadas de tu casa un barril de pólvora?—¡Qué pregunta tan ridícula! me contestarás. Nadie, á no ser un loco, lo permitiría.

Precisamente. Pues, sin embargo, miles de personas viven con explosivos tan peligrosos como la pólvora, dentro de su cuerpo, y mueren repentinamente, y eso pasa cada día, y sus amigos extrañan que se hayan muerto. Muchas veces nada de particular habían sentido, á no ser cierto malestar vago, siendo la fatiga y la pesadez las sensaciones de que más se quejaban; y, sin embargo, cayeron inesperadamente, y murieron antes de que el médico pudiera cerciorarse de lo que era aquello. Pero ¡¿qué era aquello, en realidad?

Veamos para ello la corta relación que un hombre hace acerca de su hijo. Parece que este joven se había visto afligido durante cierto tiempo de una enfermedad que ninguno de los diversos tratamientos á que había sido sometida le había podido aliviar, ni mucho menos curar. Habla el padre de ella como de una enfermedad «muy persistente». Aludiendo á un caso semejante, un eminente doctor americano dice: «Mi paciente podía tomar, y tomaba, *diariamente seis granos de morfina, sin casi el más ligero efecto*, cuando la mitad de un grano hubiera sido suficiente dosis para una persona no acostumbrada á usarlo.»

¿Cuál era, pues, ese explosivo veneno que no podía desterrarse con tal cantidad de opio? **Procedamos, antes de decirlo, á nuevas investiga**ciones.

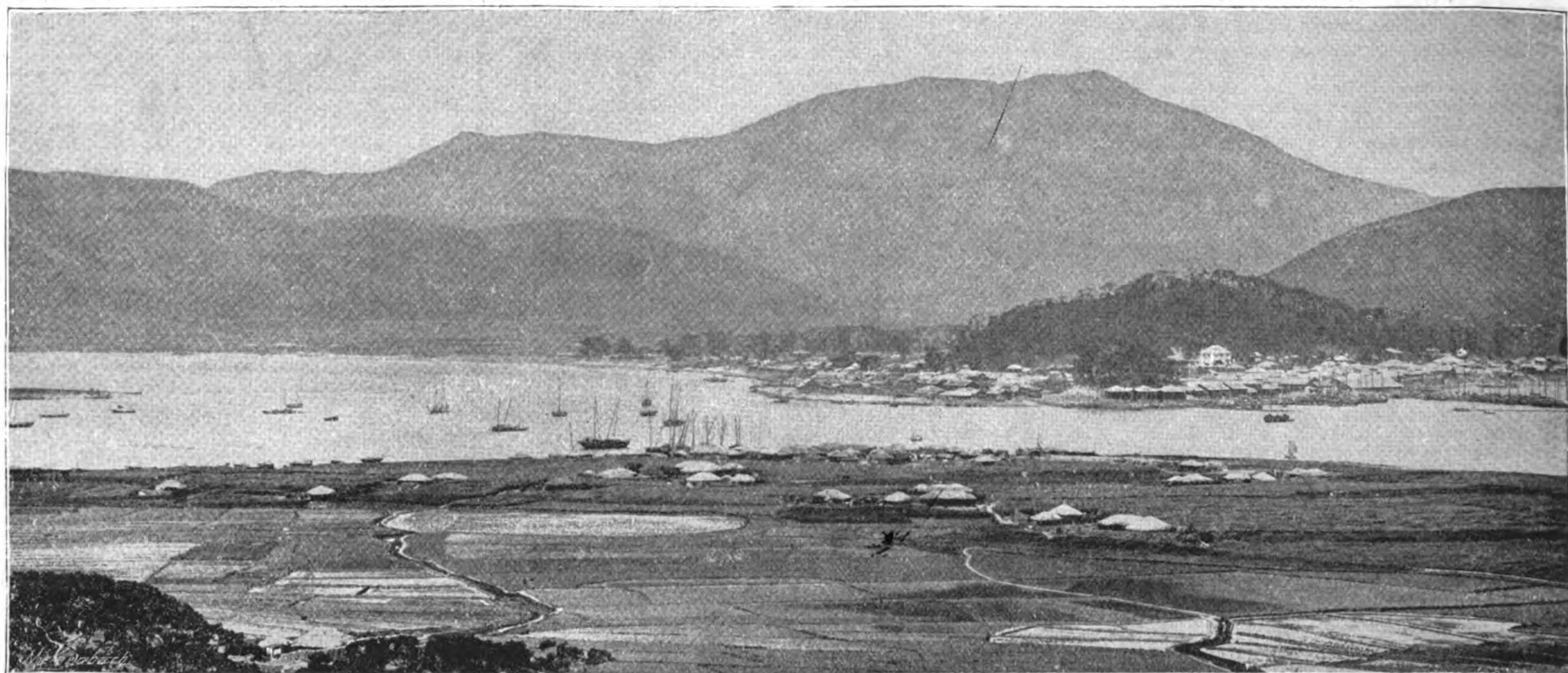
«Mi hijo—continúa el que nos escribe—sufría de intensos dolores de cabeza y de costado, y así mismo de una debilidad general. Sus nervios estaban postrados hasta el punto de que no podía casi obtener el sueño naturalmente. No sentía ganas ningunas de tomar alimento, y generalmente arrojaba todo cuanto había tomado. Aunque el estómago y los intestinos funcionaban torpemente—causándole la constipación—sentía, sin embargo, ataques de diarrea. Empero sus síntomas más alarmantes eran las convulsiones en los miembros, que á lo último le sobrevinieron. Ninguno de los tratamientos á que se recurrió le produjo el menor alivio, y yo desesperaba ya por su vida, cuando en esta crisis, no sabiendo ya qué hacer, comencé á darle el Jarabe Curativo de la Madre Seigel. Desde entonces empezó á mejorar constantemente, y hoy se halla ya realmente restablecido. Le autorizo á usted en absoluto, para que publique el breve relato de este caso. *Mi hijo debe la vida á la maravillosa preparación llamada Jarabe Curativo de la Madre Seigel*, y le aseguro á usted que hay aquí otras personas que deben gratitud igual á ese medicamento. No le revelo sus nombres porque tienen objeción á que se publiquen. Sírvase usted aceptar mi más entusiasta felicitación y mis gracias. De usted afectísimo (Firmado)—Ángel Benavides, farmaceútico, Pozo-Alcón, provincia de Jaén, Septiembre 12 de 1893.»

Ahora, sólo unas pocas palabras. El hijo de nuestro buen amigo el Sr. Benavides sufría de aguda y profunda indigestión y dispepsia; y en su progreso, la enfermedad engendró aquel terrible veneno—el ácido úrico—causa de todas las enfermedades de hígado, de los riñones y de la vejiga; ese veneno se corrió al cerebro; medio paralizó los nervios; afectó todos los órganos, y por fin produjo las convulsiones de que el padre del joven nos habla. En una de esas convulsiones, á no haber usado, como usó á tiempo, el Jarabe de la Madre Seigel, el pobre paciente hubiera muerto sin duda de ninguna clase. Pues ese terrible veneno del cuerpo humano, ese es un explosivo mucho más peligroso que la pólvora junto á la chimenea de tu casa. Guárdate de sus primeros síntomas, y envía por un folleto del Jarabe, que te dice cuáles son.

Aceptamos la gratitud del que nos escribe la carta, y por nuestra parte le damos las gracias de todo corazón.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias, droguerías y expendedurías de medicinas del mundo. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.



LA GUERRA ENTRE CHINA Y EL JAPÓN.—VISTA DEL PUERTO DE FU-SAN, UNO DE LOS PRINCIPALES DE COREA, ACTUALMENTE EN PODER DE LOS JAPONESES.

OBRAS POETICAS
DE
D. JOSÉ VELARDE
DE VENTA EN LA ADMINISTRACIÓN DE ESTE PERIÓDICO
ALCALÁ, 23.—MADRID.

	Pesetas
Obras poéticas.— Dos tomos	8
Teodomiro, ó la Cueva del Cristo	2
Fray Juan	1
La Niña de Gómez-Arias	1
Alegría (Canto I)	1
El Holgadero (segunda parte de *Alegría*)	1
A orillas del mar	1
La Venganza	1
Fernando de Laredo	1
El Último beso	1
El Capitán García	1
Mis Amores	1
La Velada	1
El Año campestre	1

MADRID. — Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.



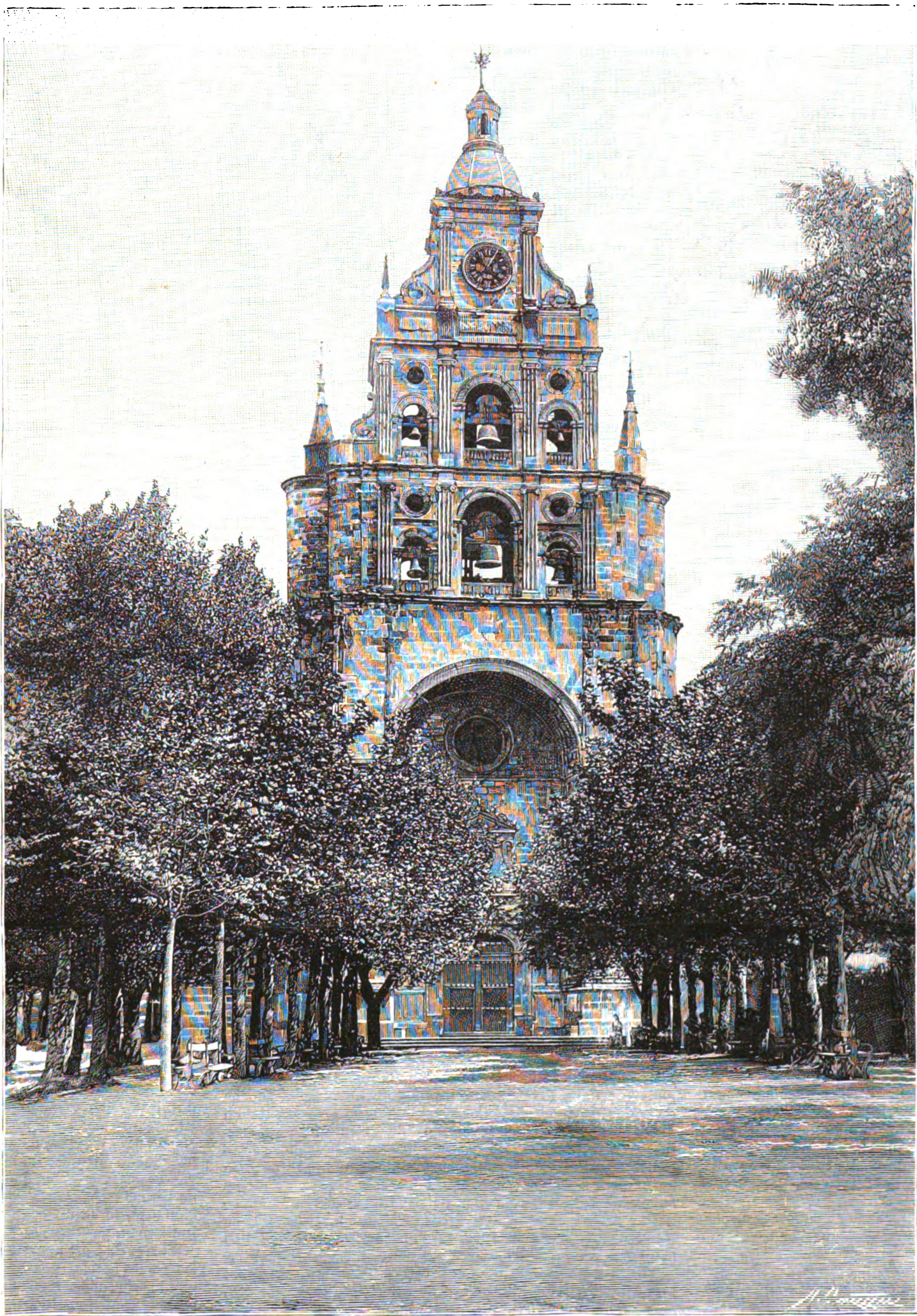
PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid............	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias.........	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero.........	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXVIII.—NÚM. XXX.

ADMINISTRACIÓN:
ALCALÁ, 23.

Madrid, 15 de Agosto de 1894.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN, PAGADEROS EN ORO.	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia......................	60 francos.	35 francos.



BILBAO (VIZCAYA).—LA IGLESIA DE SANTA MARÍA DE BEGOÑA.

(De fototipia de los Sres. Hauser y Menet.)

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

No tendrá usted muchos asuntos para esta Crónica.....—dijo mi amigo E..., tomando una postura propia de la estación.

—Nunca falta de qué escribir cuando hay obligación de hacerlo: si duerme la política por la ausencia del Jefe del Gobierno, la verdad es que no suelo abusar de ella en mis escritos: veranean las letras; están en vacaciones los tribunales; mas siempre hay algo que contar, aunque sea la descripción de una verbena, como la de San Lorenzo, cada vez más pulcra pero menos española.

—Tiene usted mucha razón: una verbena de San Lorenzo con *kermesse* no parece cosa madrileña.

—Son variaciones de los tiempos: es tan poco lo que Madrid conserva de sí mismo, que debemos contentarnos con lo poco que huele á tradición. Confieso que me basta oler á albahaca, hierbaluisa y claveles, para evocar el pasado en esas fiestas populares, que lo eran de veras y muy gozadas en tiempos en que las diversiones no eran tan frecuentes como ahora. Me asomo á ellas, no por verlas, sino por refrescar ciertos recuerdos. Las verbenas debían ser trasnochadas deliciosas para los madrileños de la villa sin faroles, que sólo podían salir de noche con linternas, y para las damas que nunca se aventuraban á salir de noche sin una escolta respetable y bien alumbrada con hachones: entonces tendrían gran encanto y novedad esas fiestas nocturnas, en que el vecindario iluminaba las calles con altares dentro y fuera de las casas, y juegos de farolillos de color; pero en el Madrid alumbrado por gas y luz eléctrica, que tiene tantos paseos iluminados y fiesta perpetua en los Jardines del Retiro, en los llamados de Rusia, en los Circos y en innumerables cafés; que puede distraer á los curiosos con los vistosos escaparates de las tiendas en que centellea la luz en la plata y el cristal, la verdad, ni son muy necesarias, ni ofrecen ya gran encanto las verbenas: á mi juicio, sólo tienen la defensa del respeto filial que merecen las costumbres viejas.

—No sea usted periodista.

—¿Eh? ¿Qué quiere usted advertirme ó criticarme con ese retintín?

—Quiero decir que no sea usted ligero..... Ustedes salen de casa en busca de noticias.....

—Protesto: nunca lo hice en mi larga carrera sino para dar cuenta de algún estreno de comedia..... Eso pertenece á las guerrillas del periodismo, que se esparcen por todas partes para traer la información; yo pertenezco siempre á la artillería de plaza, y corro más riesgo de ser pesado que ligero.

—Sea: quiero decir que ustedes van á todas partes, y se figuran que todos los madrileños hacen su vida de trasnochar, ver funciones teatrales, recorrer las calles céntricas y asistir á las cátedras, conferencias, bailes y espectáculos: nada menos cierto; la mayoría, ó sea cerca de cuatrocientas mil almas, se acuestan temprano, porque necesitan madrugar, y no callejean de noche, ni van á esas fiestas diarias hasta que las fiestas, un par de días al año, van á buscarlos á su barrio mismo: para esos se hicieron las verbenas, que son como funciones familiares. ¿Quiere usted suprimírselas?

—Yo no suprimiría nada: tanto, que hubiera construído un Madrid nuevo, respetando el viejo y conservándole casi todo su carácter; y me incomoda que imitemos todo lo parisiense, y eso que me gustan las reformas, pero no las traducciones. Por eso no fuí á San Lorenzo para ver una *kermesse*, y hubiera asistido con placer á cualquier fiesta española que allí se hubiera ideado para devolver á la verbena su carácter. ¿Conformes?

—Conformes.

—Nada más triste que leer en el último libro que llega á nuestras manos (1) la impresión que produjo Madrid á un periodista venezolano, que buscaba en la tierra de sus abuelos algo tradicional y recuerdos poéticos, y sólo halló como muestra de otros siglos «una fila de iglesias polvorientas y un rosario de conventos, que son el reflejo de la intransigencia frailuna». Lo cual decía confesando que Madrid moderno es encantador y simpático. En efecto, Madrid es una de tantas poblaciones que se están traduciendo del francés. Pero en realidad Madrid nunca representó sino á la España de la decadencia: la única antigüedad que tuvo era el alcázar, y se quemó en tiempo del primer Borbón; lo que aun conserva son rincones, vestigios consagrados por los recuerdos, y las huellas cada vez más apagadas de sucesos históricos en sus encrucijadas y revueltas. Para apreciar la poesía de Madrid hay que tener presente, en una cuesta que cae hacia la calle de Segovia, que por allí bajaba Miguel Cervantes á su estudio; figurarse á la Plaza Mayor cubierta de tablados en una fiesta de toros delante de la corte, ó con el ceremonial imponente de los autos de fe, ó con el tablado cubierto de paños negros el día en que degollaron á D. Rodrigo Calderón; ver en el Museo de reproducciones, no copias, sino vaciados exactos de las estatuas más famosas del arte clásico, y recordar por los frescos de su bóveda, el inmediato San Jerónimo y Museo de Artillería, que en aquella zona brilló la fastuosa corte de artistas y poetas de Felipe IV; reconstruir mentalmente delante del palacio Real el antiguo Alcázar morisco, con sus torres de diversas épocas, la muralla que asaltó Alfonso VI, y en lontananza los campos donde araba San Isidro; ver en San Francisco el Grande la primitiva ermita edificada por el seráfico fundador, ó el templo derribado hace cien años que guardó los restos de D. Enrique de Villena; recordar las luchas de los partidarios de D. Pedro y las leyendas de este rey en la calle moderna de Campomanes; trasladarse ante San Jerónimo al célebre torneo que mantuvo D. Beltrán de la Cueva, y evocar la sombra de aquella Reina que azotaba con sus chapines á la dama que merecía la preferencia de su débil marido, nacido más para cantor que para rey; tener presente en el Madrid antiguo que por allí pasaron las comitivas de los Reyes Católicos; la defensa del alcázar contra los comuneros; en el convento de las Descalzas Reales recuerdos familiares de Carlos V; en el callejón donde está la redacción de *El Liberal* la visión trágica de Antonio Pérez y Escobedo; muy cerca de allí el solar donde estuvo la iglesia del Salvador, cuya campana convocaba al antiguo concejo y en cuyo suelo se pudrió el cuerpo de D. Pedro Calderón de la Barca; por la calle Mayor pasaron las magníficas comitivas de todos nuestros reyes, embajadas, procesiones y magníficas cabalgatas: allí cayó moribundo el mordaz Villamediana; en tal calle fué el teatro de la Cruz; en otra murió Lope de Vega; allí estuvo encerrado el gran Velázquez; allí vivieron y murieron privados, héroes, santos y todos los hombres más famosos é influyentes de nuestra historia. Crea el Sr. Pardo que no queda defraudado en Madrid sino por la simple apariencia el americano que viene á visitar la capital de sus abuelos para encontrar recuerdos de familia. Y si considerándole hoy extranjero debemos agradecer y agradecemos su visita y la impresión que transmite á su libro, hecho con la natural rapidez del escritor periodista que no puede extremar los informes ni hacer investigaciones detenidas, sino dejarse llevar de su estilo fácil y buena imaginación; considerándole de la familia española, podemos asegurarle que ha pisado una capital que tiene para él en casi todas sus calles recuerdos llenos de interés y tradiciones á millares.

—El caso es que yo soy madrileño y no me había fijado en nada de eso.

—No es lo malo que no se fije usted, sino que por olvidar esto los Ayuntamientos de Madrid se ha perdido casi toda la historia de la villa.

—¿Y se sabe algo de la guerra de Corea?

—Vaya un salto que me obliga usted á dar. ¿Quién se fía en los telegramas, ni se explica el ataque frustrado de la escuadra japonesa á puertos chinos, bien defendidos, por lo visto? Si el hecho fuese cierto y no se tratara de un reconocimiento, un poco problemático para exponer parte de los buques, demostraría lo que hice notar en otra crónica: la impaciente audacia de los japoneses: gran cualidad en la guerra cuando ayuda la fortuna, y viceversa. Pero dejemos, si á usted le parece, ese asunto tan incierto, y dígame en conciencia si es tolerable lo que está sucediendo este verano: estamos hoy sofocados de calor, y hace tres días teníamos que cerrar los balcones por el aire frío que entraba dando portazos en las casas.

—¡Ya lo creo! Era la influencia del ciclón que se desencadenó sobre el término de Herencia hasta cerca de Alcázar de San Juan. Dicen que la aguja valsaba como loca en la caja de la brújula..... Debió aquello ser terrible.....

—No me lo parece por esas señas que da usted. ¿Por qué nos hemos de escandalizar del baile inofensivo de una aguja tan inquieta siempre que se la da motivo para estarlo? Agradezcámosla, por el contrario, que nos dé algunas veces ocasión de sorprendernos, dejándola que se divierta. Además, ¿no se violan todas las leyes humanas? ¿por qué no se han de violar alguna vez las leyes físicas? La aguja, obligada á señalar invariablemente el polo magnético, ¿no ha de poder sufrir alguna distracción? Y si el aire valsaba en derredor suyo, ¿por qué no había de imitarle? ¿Y qué extraño que se marease la aguja de marear en aquellos remolinos, y perdiese la cabeza y no supiera por donde estaban los puntos cardinales? Seamos tolerantes con la aguja, y culpemos á ese ciclón ó revolución atmosférica, ó como se llame, por los estragos que hizo, arrebatando las mieses en las eras, arrojando granizos como naranjas que horadaban el hierro haciendo de cascos de metralla, y sintamos las pérdidas que han sufrido los infelices labradores de aquel término, dignos de alivio y protección. Pasemos por alto esos duelos que entristecen una crónica.

—¿Y cuál de ellas puede ser completamente alegre? ¿Acaso no tiene usted que consignar el fallecimiento de D. Manuel Colmeiro, antiguo fiscal del Supremo y consejero de Estado, y autor de esos libros de texto por los cuales habrá usted estudiado el derecho administrativo?.....

—No haga usted juicios temerarios. ¿Quién le asegura á usted que haya estudiado ese derecho? Los periodistas nacemos enseñados. Y reservándome la facultad de saberlo por mí propio espontánea ó privadamente, declaro que la obra del Sr. Colmeiro ha sido la que más vulgarizó en España el derecho administrativo, y que su autor ha sido el maestro de casi todos los hombres políticos que más brillan en España, y era tan estimado como ha sido sentido. El Sr. Colmeiro era un hombre conocido hace nada menos que cincuenta y cuatro años.

—¿Qué coches son esos? ¿No son de Ministros?

—En efecto; ¿adónde irán? Ya me lo explico: van á recibir al presidente del Consejo de Ministros, Sr. Sagasta, que vuelve de los baños de Fitero para estar cerca de su hijo, enfermo de alguna gravedad.

—Lo siento por dos razones: en primer lugar, por el triste motivo que ocasiona su regreso, y porque temo que vuelva á reanudarse la vida política en Madrid. ¡Estábamos tan tranquilos en estas vacaciones!

—Tiene usted razón: he estado equivocado cuando criticaba el veraneo, y cada vez me convenzo más de sus ventajas: esa costumbre disuelve las Cortes, las reuniones, los teatros con sus intrigas y falsedades, los clubs políticos, y dispersa á todos los que sólo se conciertan para armar toda clase de barullos. En adelante sostendré que, no sólo se debe veranear, sino invernar también. ¡Qué hermosa esta residencia, la de la capital de España, si estuviera siempre como en Agosto! No se ve en todo Madrid un sombrero de copa; salimos á la calle sin chaleco, y casi en zapatillas; los paseos están anchos y nadie nos molesta. Está Madrid delicioso. ¡Hasta los *ratas* veranean!

⁂

Un barbero francés ha afeitado en París á un domador en la jaula de los leones, y le ha descañonado, haciendo constar que ha hecho más que el barbero de Madrid señor Peña, que sólo afeitó una mejilla al domador. El honor nacional del gremio español ha padecido, y el Sr. Peña está en la obligación de hacer una proeza.

—Sr. Peña: ya no hay más que un camino: cerrar la tienda ó enjabonar á los leones.

Declarada la guerra entre los barberos franceses y españoles, es posible que salgan nuevos héroes. El francés ha afeitado y descañonado á un domador ante las fieras; un barbero amigo nuestro se compromete á afeitarle, descañonarle y desollarle. ¿Hay algún domador que se presente?

—¿Es cierto que se disciplina aquel usurero tan malo?

—Sí; se maltrata por el bien que hizo antes de aprender á hacer el mal.

—¿Tan vieja es D.ª Eufrasia?

—Tan vieja, que ya ni aun sirve para bruja.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

NUESTROS GRABADOS.

BILBAO (VIZCAYA).

La iglesia de Santa María de Begoña.

La iglesia de Begoña está situada en las inmediaciones y á la vista de Bilbao, en terreno alto, despejado y hermoso, desde el que se descubre la ciudad y gran parte del caudaloso Ibaizábal ó Nervión.

Aunque es templo antiguo, su fábrica actual no es anterior al siglo XVI, en cuya fecha fué reedificado y ampliado. Consta de tres naves, sostenidas por diez columnas, y tiene tres altares, capilla, coro y gran retablo de plata. La Virgen de Begoña es muy venerada de los bilbaínos y de los bravos marinos de la costa vizcaína, que continuamente la llevan ofrendas, algunas muy ricas, en prenda de agradecimiento por su poderosa intercesión. Por esta circunstancia y por lo poético del paraje en que está, más que por el mérito de su arquitectura, es famosa en Vizcaya esta iglesia y digna de ser visitada.

En la primera página de este número publicamos una vista de Santa María de Begoña, tomada de una preciosa fototipia de los Sres Hauser y Menet.

⁂

COREA.

Vista general de la ciudad de Seúl, capital del reino. El Rey y su hijo.

La ciudad de Seúl, capital del reino de Corea, no está en la costa, á pesar de que en alguna parte hemos hallado publicada una vista de su puerto, sino sobre el río Hon-Kang, que es bastante caudaloso. Rodéanla de la parte Norte altas y áridas montañas y de la del Sur verdes colinas. Tiene antiguas murallas almenadas que se cruzan por varias puertas de madera. El palacio Real está en la falda de las montañas, rodeado de hermosos jardines. La población será de 140.000 almas. Casi todos los habitantes son indígenas, pues apenas hay otros extranjeros que los chinos.

El rey de Corea se llama Li-Hui, y pertenece á una de las ramas de la dinastía Min, la cual lleva reinando quinientos dos años. Es amante de su pueblo, de buen carácter y más aficionado á China que al Japón. En cambio á su hijo Yi-Ho-Kuang le acusan los individuos del partido *togakuto* ó intransigente, de haber sido educado por los misioneros, é inclinarse por tanto á la civilización occidental.

En el primer grabado de la pág. 92 publicamos una vista de Seúl, y en el de la 104 los retratos de Li-Hui y de Yi-Ho-Kuang.

⁂

(1) *Al trote*. Siluetas, croquis, rasgos, artículos literarios y descripciones instantáneas de París y Madrid, por Miguel Eduardo Pardo, con un prólogo de Luis Bonafoux.—París.

JAPÓN.

El acorazado *Naniwa* que echó á pique al crucero chino *Ku-siung*. Uniformes del ejército japonés.

Hace muchos años que las tendencias expansivas del Japón y el notable aumento de su poder naval hubieran llamado la atención de España, si no la tuviera nuestra patria tan completamente apartada de cuanto ocurre pasadas sus fronteras.

La armada japonesa es numerosa, moderna, y está mandada por excelentes jefes y oficiales, además de animada de grandísimos deseos de encontrar ocasiones de lucimiento. Compónenla varios acorazados, 11 cruceros de primera y segunda clase, 3 corbetas, un aviso, 7 cañoneros, 5 buques-escuelas, 24 torpederos y algunas otras embarcaciones. Estos barcos tienen cerca de 60.000 toneladas, 90.000 caballos, 500 cañones y 8.000 tripulantes, siendo los buques de los tipos más modernos y los cañones de los sistemas más perfectos que se conocen. La organización militar es completamente europea.

La armada japonesa ha dado buena muestra de lo que vale en el único encuentro que ha tenido con la china, pues según se ha sabido por telégrafo hace días, los acorazados *Matsuhsima* y *Naniwa* echaron á pique al crucero chino *Ku-siung*, en el que iban 1.500 hombres, que perecieron.

El *Matsuhsima* tiene 4.000 toneladas y 5.400 caballos de fuerza. Su velocidad es de 16 millas por hora, y su artillería magníficos cañones Krupp y Canet. El *Naniwa* es un crucero de 3.650 toneladas y 7.500 caballos, y un andar de 19 millas. Este fué el que, con su potente artillería de tiro rápido, barrió la cubierta del crucero chino, metiéndole al mismo tiempo en el casco veinte proyectiles de grueso calibre. Publicamos una vista del *Naniwa* en la pág. 92.

Precisamente hace pocas semanas que la importante casa inglesa de Sir W. G. Armstrong, Mitchell y Compañía acaba de lanzar al agua otro buque de guerra japonés. Llámase *Tatsuta*, y es un crucero pequeño, pero poderoso, de 875 toneladas, 5.500 caballos de fuerza y 21 millas de andar. Lleva 5 cañones de tiro rápido y 5 tubos lanzatorpedos. Además de los buques que el Japón manda construir en el extranjero, principalmente en Alemania, Inglaterra y Francia, cuenta para aumentar sus fuerzas marítimas con los que salen de sus propios arsenales.

El ejército de tierra es, sin duda alguna, el mejor de Asia. Está organizado y armado á la europea, con fusiles de repetición calibre 7,7. Estos fusiles los hacen en el Japón operarios japoneses. En pie de paz consta de 110.000 hombres, distribuídos en seis cuerpos de ejército mandados por treinta generales. En pie de guerra debe tener más de dos millones, pues el servicio militar es obligatorio, y la población del Imperio pasa de 41 millones de almas. Los uniformes son muy semejantes á los europeos, según puede verse en nuestro grabado primero de la pág. 93.

⁂

INGLATERRA.

La Duquesa de Abercorn y sus ciento un descendientes.

La Duquesa viuda de Abercorn es una de las más ilustres damas de la aristocracia inglesa; pero su celebridad en la Gran Bretaña y fuera de ella débela, no tanto á lo ilustre de su cuna y á su discreción, sino á la numerosa familia que ha fundado.

Cuenta ahora ochenta y dos años y ciento un descendientes directos, entre hijos, nietos y biznietos, con todos los cuales tuvo la feliz idea de retratarse, hace algunas semanas, hallándose en su suntuosa morada de Montagu House. De esta fotografía es copia nuestro segundo grabado de la pág. 93.

⁂

ESTATUA ORANTE DE D. JUAN DE PADILLA. — (Véase el artículo del Sr. Serrano Fatigati en esta misma página.)

⁂

BELLAS ARTES.

Sport marítimo. La pesca en alta mar, por R. C. Woodwille. — Cuarta Exposición bienal del Círculo de Bellas Artes de Madrid: *Un bautizo en Venecia*, cuadro de D. R. Pulido. — Segunda Exposición general de Barcelona: *Un lugar tranquilo*, cuadro de D. José Masriera. — *Batalla de flores*, dibujo de D. José Alarcón.

El mar, fuente de vida y de belleza, está siendo contemplado estos días desde la playa por millares de admiradores, que le miran sin comprenderle. Pocos se confían á sus olas, dejándose llevar empujados por el viento sobre su tranquila superficie; los más no pasan de la orilla, y apenas algún animoso aficionado á la pesca se atreve á apartarse unos cuantos centenares de metros, sin arriesgarse más.

En otras naciones temen al mar mucho menos, y son muchísimas las familias ricas, y aun las medianamente acomodadas, que poseen yates ú otras embarcaciones para dar paseos marítimos. En nuestro grabado de la pág. 97 damos una muestra de lo que es el *sport* marítimo aun entre los que no poseen yate grande ni pequeño, es decir, en aquellas familias que forman la masa principal de los que veranean. Este *sport*, al alcance de las fortunas más modestas, debiera ser imitado; que harto mejor moda sería la afición á la mar y al ejercicio (de cualquiera especie que sea) que otras muchas que servilmente seguimos en España, sin otra razón que el venir de fuera.

El cuadro del Sr. Pulido, que reproducimos en el grabado primero de la pág. 100, es un bonito estudio de la realidad; pero no de la realidad vulgar y chabacana, tantas veces copiada por artistas extraviados, sino nueva, pintoresca y hermosa. Aquel bautizo es una escena bellísima muy bien pintada.

De la Exposición de Barcelona publicamos en la misma página copia de un cuadro. Su autor, el Sr. Masriera (don José), ha pintado un pequeño verjel, lleno de dulce sosiego y de tierna poesía, justificando plenamente el nombre de *Un lugar tranquilo* que le ha dado. Hay allí además mucha luz, mucho color, resultando un conjunto sumamente agradable.

El último grabado de nuestra sección de Bellas Artes (pág. 101) es *Una batalla de flores*, de D. José Alarcón. El teatro de la acción es sin duda la región valenciana: dícenlo los tipos de los personajes y la decoración de la escena. Precisamente el mérito de esta escena del Sr. Alarcón consiste sobre todo en el color y sabor local que tienen.

G. REPARAZ.

MANRIQUES Y PADILLAS.

BREVÍSIMA HISTORIA DE FRESDELVAL.

Cartujos y jerónimos competían por la esplendidez de los monumentos cercanos á Burgos en que adoraban á Dios y tenían sus moradas.

Los primeros habitaron desde el siglo XV, y habitan hoy, la Cartuja de Miraflores, con celdas pobres y templo espléndido, en que se admiran dos magníficas sillerías; un complicadísimo, pero bello retablo; una imagen de San Bruno, encanto de muchos viajeros, y los primorosos sepulcros de *Gil de Siloe* dedicados á los padres y malogrado hermano de la Reina Católica, que expresó en ellos su amor de hija y la mayor genialidad del arte de su tiempo.

Los segundos abandonaron hace ya años el monasterio de *Fresdelval*, á seis kilómetros de Burgos, con los dos claustros primorosos donde paseaban los monjes, y la iglesia, menos brillante que la anterior, en que rezaban junto á otras tumbas de D. Gómez Manrique, D.ª Sancha de Rojas, y D. Juan de Padilla, cuya hermosa estatua orante, también de *Siloe*, reproduce hoy LA ILUSTRACIÓN.

Corriendo los siglos, se han cumplido destinos muy diferentes en uno y otro monumento. La Cartuja se recorta sobre el cielo burgalés en la cima de un cerrete, con sus líneas de ataúd y los pináculos en forma de blandones que la rodean, defendiendo al edificio y á los reales cadáveres que encierra. El convento perdió en la invasión francesa su techo, pero manos bienhechoras salvaron de la destrucción los bultos de Padilla y Manrique, y oculta ahora sus ruinas, ya limpias y en parte restauradas, entre masas de árboles que amorosas las abrigan.

Sobrevivió á las vicisitudes por que nuestra patria ha pasado la mansión fúnebre de los reyes, y estuvo á punto de borrarse hasta en sus cimientos la de los magnates, cual si no hubiera sido el que las combatía viento de las revoluciones modernas, y sí última racha de aquellas tempestades que desencadenaron con sus luchas la corona y los grandes señores, ocasionando muertes de privados, debilidades de reyes y destierros de príncipes.

⁂

La historia de Fresdelval está enlazada á la de Manriques y Padillas, y tiene, como todas las historias de monumentos antiguos, su doble aspecto novelesco y positivo.

Cuéntase que allá por los lejanos y obscuros tiempos de Recaredo, que tan pocos recuerdos en piedra nos han legado, existía ya una iglesia dedicada á la Madre de Dios en este territorio llamado del *Val*.

Apenas si quedaba memoria suya al llegar el siglo XIV, cuando hubo de aparecerse la Virgen en sueños á un aldeano, y le mandó que fuera por los campos pidiendo para la reconstrucción del templo y excitando la piedad de las gentes, curándole, de paso, la ceguera de que padecía, como prueba de su poder y piadosa muestra de su bondad.

Prometiólo así el rústico durante la noche; pero la luz del naciente día le hizo cambiar de pensamientos y poner en olvido palabras empeñadas, quedando á las pocas horas ciego en castigo de su informalidad y tornadiza condición.

Nuevos votos hechos á la caritativa Señora alcanzaron la repetición de la señalada merced que antes le había concedido, y nuevas ingratitudes atrajeron sobre sus ojos hasta tres veces el mismo castigo, desoyendo en la última la Reina del cielo sus ayes de dolor y ardientes súplicas, cansada, por lo visto, como se hubiera cansado cualquiera, de las malicias campesinas y de aquellas habilidades de Merlín de aldea, que se gastaban ya en los vetustos como en los modernos tiempos.

Hízose entonces transportar el desairado creyente ante la imagen que quedaba en el *Val*; allí, en presencia de deudos y amigos, juró cumplir lo que se le había encargado, y recobrando inmediatamente la vista, pudo recorrer caseríos y villorrios y reunir las cantidades necesarias para levantar una modesta ermita.

Desde este momento comienza la intervención, de los Manriques primero, y de los Padillas después, en la historia de *Fresdelval*.

Un D. Pedro Manrique, el Viejo, adelantado mayor de Castilla, murió sin dejar hijos legítimos, y sí sólo un bastardo, entregado de niño en rehenes á los moros de Granada, educado en dicha ciudad y convertido á la religión musulmana.

Corriendo los años, vino el mozo á Castilla, se hizo rebautizar, abjurando el islamismo, y tomando el nombre de D. Gómez, entró en posesión de las haciendas y señoríos de su padre y casó con D.ª Sancha, descendiente por línea materna de los nobles Guevaras de Guipúzcoa, é hija del Rojas que era merino mayor de la misma comarca. Don Gómez Manrique y D.ª Sancha de Rojas son mirados como los fundadores de Fresdelval, porque, gracias á su iniciativa y con sus donaciones, se unió á la ermita el convento de Jerónimos.

Cuéntase también que en la decisión de estos primeros protectores del monasterio influyeron dos sucesos notables.

Tuvieron una hija llamada María, y ésta, siendo niña de pocos años, perdió de repente el habla, resultando inútiles todos los esfuerzos de los mejores médicos para curarla de la enfermedad. Lleváronla, desesperados, ante la Virgen, y apenas entró en la ermita comenzó á recitar oraciones, llenando de alegría á sus padres.

Estaba D. Gómez en otra ocasión batallando con los moros, que le odiaban de singular manera, heridos quizás de sus mudanzas, y vió disparar contra él una de aquellas enormes saetas que se llamaban *pasavolantes*. No tuvo tiempo, según su narración, de hurtar el cuerpo, y sí de encomendarse fervoroso á Nuestra Señora de Fresdelval, y ocurrió en el mismo instante que la saeta, que venía con gran violencia, chocó sólo contra su peto y cayó á sus pies.

¿Fueron éstas realmente las causas de la fundación?

Fernán Pérez de Guzmán, en sus *Generaciones, semblanzas é obras de los excelentes reyes de España D. Enrique 3.º y D. Juan el 2.º*..... retrata á nuestro héroe, y dice de él que D. Gómez Manrique era vigoroso, valiente, de cabeza grande y nariz levantada, descuidado en el vestir y cuidadoso de las provisiones de su casa, discreto, aunque tenía la costumbre de contar en broma *cosas que le habían ocurrido con los moros, tan estupendas que se hacían muy difíciles de creer*.

Lo cierto es que este buen caballero fué á Guadalupe, gustó allí del orden que guardaban los jerónimos en aquel monasterio, y que de él pasaron á Fresdelval los primeros monjes luego de alcanzada la bula de fundación pontificia.

Don Gómez Manrique murió algunos años después en Córdoba, y éste fué el primer cuerpo que se depositó en el convento, en 9 de Julio de 1411.

⁂

El curioso libro manuscrito, *Memoria de los bienhechores de este monasterio de Nuestra Señora de Fresdelval*, está lleno con los nombres de *Manriques*, *Padillas*, *Benavides*, *Toledos*, *Avendaños* y otros nobles que se unieron á las varias hijas y nietas, bastante numerosas, de los fundadores.

Aquella niña, D.ª María, que padeció mudez transitoria, heredó el señorío de Frómista, y tuvo por esposo á D. Gómez de Benavides. Durante largos años hizo á Fresdelval cuantiosos donativos; pero la alejó del convento en sus últimos un suceso que muestra la extraña mezcla de piedad religiosa y soberbia, nada evangélica, que caracterizaba á muchas y principales damas de la época.

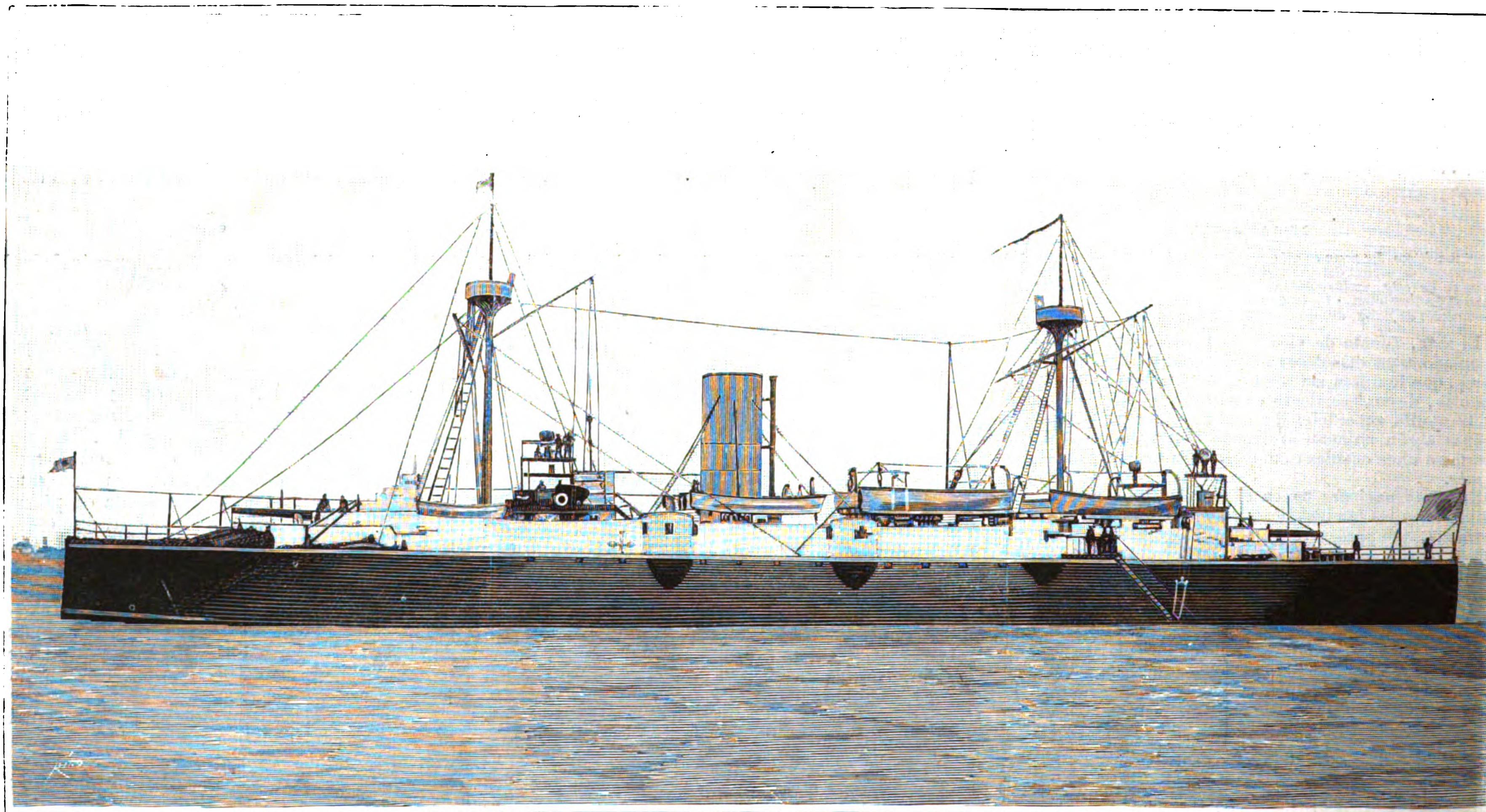
Designaba ya la orgullosa ricahembra el lugar de su sepultura en la capilla de Santa Ana, y había anunciado la resolución de ceder al monasterio heredades y casas de su propiedad en *tierras de Campos*, cuando hubo de llegar á su conocimiento que, próximo al sitio por ella elegido, se había depositado el cuerpo de una esclava burgalesa, bastando esto para que revocara airada todas las anteriores decisiones.

Otra hija de los fundadores, D.ª Mencía, casó con un D. Juan de Padilla, engendrando la rama de la familia de este apellido, que había de sonar en tantos hechos de la Historia de España é influir tanto en las creaciones artísticas del monasterio.

Nieto de éstos, y del famoso Marqués de Villena por línea materna, fué el joven cuya estatua

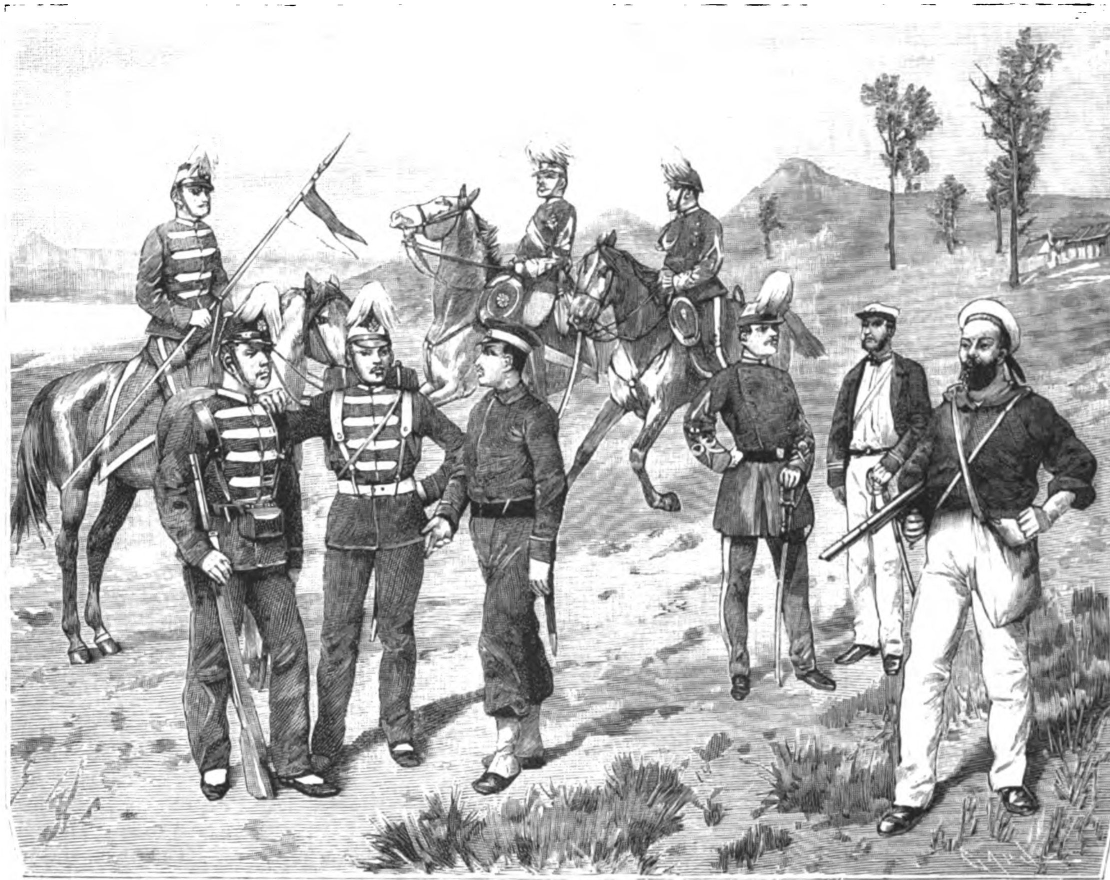


COREA.—VISTA GENERAL DE SEÚL, CAPITAL DEL REINO.



EL ACORAZADO JAPONÉS «NANIWA» QUE ECHÓ Á PIQUE AL CRUCERO CHINO «KU-SIUNG» EN AGUAS DE COREA.

(De fotografías.)



Lancero. General. Oficial de E. M.
Soldados de infantería, artillería, ingenieros. Oficial de infantería. Oficial de Marina. Marinero.

UNIFORMES DEL EJÉRCITO JAPONÉS.

orante reproduce nuestro grabado, que gozó de breve vida, obtuvo gloriosa muerte, y fué inmortalizado en piedra por Gil de Siloe.

Dicen las tradiciones que, teniendo apenas veinte años, pasó al servicio de los Reyes Católicos en las guerras de Granada. Sentiría probablemente por D.ª Isabel los entusiasmos generosos de súbdito y de adolescente, y se lanzaba con frecuencia á empresas arriesgadas, hasta el punto de que le llamara *el mi loco* la augusta dama.

Un lunes, 16 de Mayo de 1491, trabó, en unión de otros caballeros, escaramuza con los moros saliendo airoso de la empresa; pero cuando ya regresaba, tuvo la imprudencia de quitarse el almete, que le hacía insoportable el mucho calor de la mañana, y de ella se aprovecharon ballesteros enemigos para asestarle un flechazo en la garganta, de que murió en la misma tarde, dejando sus rentas, sus ropas, los jaeces de su caballo y su cuerpo á Fresdelval.

La inhumación del joven en la iglesia del Monasterio determinó una intervención más directa de los Padillas en las renovaciones artísticas del ya por entonces famoso monumento.

Su madre, D.ª Isabel Pacheco, una de las hijas naturales del Marqués de Villena, le erigió, en unión de la Reina, el magnífico mausoleo que hoy se admira en el Museo de Burgos, y andando el tiempo, se retiró junto á los muros de aquella iglesia que contenía las cenizas del hijo querido, dolorida de las ingratitudes de otros hijos ó necesitada quizás de penitencia.

Su hermano D. García, comendador mayor de Calatrava, acometió, treinta y tres años más tarde, la empresa de ensanchar el edificio, y bajo su patronato se hicieron las vastas construcciones que



INGLATERRA.—UN GRUPO DE FAMILIA.—LA DUQUESA DE ABERCORN Y SUS CIENTO UN DESCENDIENTES.

llevan ó llevaban allí el sello de aquel elegante renacimiento que imperaba en 1524.

Al mismo privilegiado convento fué á parar gran parte de la herencia de D.ª Catalina Avendaño y Padilla, nacida de D.ª María, hermana del *mi loco*.

La madre fué enterrada en 1525 en la capilla de San Juan, y la historia de la hija es un curioso ejemplo de la degeneración á que pueden llegar las razas más vigorosas.

Fué D.ª Catalina linda muchacha y de hermoso barro por fuera, bien cortada y esbelta, al decir de algún escritor de la época; pero tan llena de brumas y durezas en su cerebro, que ni pudo nunca aprender á hablar, ni entendió jamás lo que se la decía. En ella se presentó con forma permanente aquella mudez accidental que juega en la historia novelesca de los arranques piadosos de D. Gómez Manrique y la fundación de la comunidad de jerónimos.

Quisieron curarla y la sometieron á los horribles tormentos de una singular terapéutica, poniéndola colgada de los pies durante largos ratos, y fumigándola sin piedad con diferentes drogas. El espíritu no fulguró más brillante á través de su envoltura terrena, y ésta se deshizo, cansada de ser materia muerta con solas apariencias de vida.

Fresdelval recogió también numerosas mandas y los cuerpos de los tutores de la pobre niña, don Antonio Manrique y D.ª Luisa Padilla, fallecidos en 1569 y 1572, según rezaba el epitafio escrito en una lápida colocada en el presbiterio, al lado de la Epístola.

* * *

Al finalizar el siglo XVI podía admirar en este monumento el viajero una iglesia y dos hermosos claustros, con riquezas artísticas reunidas en sus dos épocas de mayor esplendor: la de D. Gómez Manrique y la de los Padillas.

Correspondían á la primera la nave, algunos detalles de la portada, respetados en posteriores renovaciones, y la parte baja del claustro procesional. Nacieron en la segunda las galerías altas de este mismo claustro: el del Renacimiento, que ostenta los escudos de Padilla y las cruces de Calatrava, y otros muchos miembros del edificio con líneas menos bellas.

Estaban en la iglesia colocados los sepulcros de los fundadores y de D. Juan, como se ven hoy en la Cartuja de Miraflores los de los padres y hermano de D.ª Isabel la Católica. Los dos bultos yacentes de D. Gómez Manrique y D.ª Sancha de Rojas ocupaban un solo espléndido lecho funerario delante del altar mayor. La estatua orante de don Juan de Padilla dirigía su vista al tabernáculo desde el arco de su enterramiento al lado del Evangelio.

Sucediéndose unas épocas á otras épocas, ocuparon las celdas, refectorio é iglesia otros frailes jerónimos menos artistas que los que llevó D. Gómez Manrique. Estorbóles el sarcófago de los fundadores, y desuniendo, para su comodidad, aquel matrimonio que la muerte no había desunido, partieron en dos la urna, y llevaron el varón al lado del Evangelio y la noble dama bajo la lápida de D.ª Luisa Padilla, haciendo olvidar á muchos el nombre de D.ª Sancha.

Desperfectos causados por las invasiones extranjeras y codicias poco discretas, le trajeron al lastimoso estado en que yo le vi el año 84.

En Diciembre de 1886 pudo adquirir la parte más antigua mi pobre hermano político, el pintor Jover Casanova, que emprendió con brío su restauración, ayudado por excelentes amigos, limpiando enormes masas de escombros, enlosando claustros, abriendo cegadas ojivas, resucitando formas perdidas y extendiendo el imperio de la nueva vida en donde antes sólo se escuchaba á cada paso el ruido de hundimientos y destrozos.

¡Suerte extraña de los monumentos, que parecen á veces organismos de piedra destinados á sufrir desgracias ó á lograr glorias!

Las vicisitudes de los tiempos partieron el monasterio de Fresdelval en dos propiedades, que corresponden en términos muy generales á las dos creaciones de Manriques y Padillas. La primera, llegada á poder del artista piadoso, se ha salvado por el pronto de amenazadora ruina. En la segunda quedan ya en pie pocas columnas del hermosísimo claustro del Renacimiento, y viene abajo cada día un capitel desde lo alto de su fuste, como rodó en el patíbulo la cabeza de aquel *noble comunero* que ostentaba el mismo apellido de sus renovadores.

Jover murió en 1890, y desde entonces se suspendieron las obras, que continuará pronto la ilustre é inteligentísima Marquesa de Villanueva, aconsejada por D. Víctor Balaguer.

ENRIQUE SERRANO FATIGATI.

POR SI VALE.....



Los padres de la patria—los senadores y los diputados quiero decir, porque hay tantos padres ahora, que es preciso especificar:—los padres de la patria, repito, elaboran á toda prisa leyes muy severas para reprimir los brutales atentados y las fechorías de *petarderos* criminales. Eso me parece muy bien y muy puesto en razón. La sociedad, como sér vivo y organizado, tiene indiscutible derecho á la propia defensa, y á los gobernantes y á los legisladores compete velar para que sean respetadas aquella organización y aquella vida confiadas á su celo y á su cuidado.

Pero ya que en los Cuerpos colegisladores están, como suele decirse, con las manos en la masa, ¿no podrían darnos, á manera de añadidura, una coleta legislativa contra los salvajillos (especie de dinamiteros en estado de canuto) que disponen y libran pedreas en la culta capital de la monarquía, lo mismo que disponen y libran batallas generales famosos?

El espectáculo, en realidad, es edificante y fortalece el ánimo y lo consuela. Visto á distancia conveniente para hallarse libre de todo riesgo, el empeñado combate de opuestos bandos, el tesón con que el uno de éstos defiende sus posiciones, y el arrojo y la obstinación con que el otro se esfuerza en tomarlas; las nubes de piedras que, en algunos casos, como decía el poeta,

Obscurecen la luz del sol radiante;

los ayes de los heridos; las voces de los jefes animando á los valerosos y riñendo á los tímidos; la victoria fluctuando indecisa, ya sobre el uno, ya sobre el otro campo; los unos retrocediendo, avanzando los otros, y poco después, en virtud de un ardid no registrado en ningún tratado de estrategia, trocados los papeles, retrocediendo los que avanzaban y avanzando los que retrocedían..... pormenores son todos que prestan á la función atractivos muy poderosos.

Los muchachos se apedrean mutuamente, se descalabran unos á otros, y de paso descalabran también á cualquier transeunte distraído. Luego «aun hay patria, Veremundo»: aun tenemos la madera de nuestros invencibles tercios de Italia y de Flandes, y de nuestros aventureros de leyenda: aun quedan en esta España decadente y empequeñecida,

Vestigios de los tiempos de Viriato.

Las corridas de toros, improvisadas en medio de una calle, de poco ó de mucho tránsito, por lidiadores en miniatura, que lucen galas de papeles rizados, dispuestas por los mismos diestros, ó por madres complacientes y entusiastas de la fiesta nacional, tienen siempre muy numeroso público, del cual forman parte indefectiblemente los vecinos con casa abierta del trozo de calle en que la corrida se verifica, y las madres y los padres y otros ascendientes y colaterales, mayores de edad, de aquellos futuros *Lagartijos*, *Frascuelos*, *Guerritas* y Reverteres.

Así y todo, el espectáculo de esas corridas infantiles no tiene los mismos encantos que el otro, el de las pedreas.

En la corrida figurada no hay, al fin y á la postre, peligro para nadie: ni el toro es toro, ni las picas son picas, ni hay banderillas de verdad, ni se mata ningún bicho, ni se hace nada que valga la pena. Así es que faltan emociones fuertes, emociones de esas que han menester los espíritus varoniles y enteros. Alguna caída de un muchacho; algún golpazo demasiado fuerte con el cesto que sirve de testuz al que actúa de toro; tal cual vez la sorpresa agradable de que éste ha tenido la ocurrencia de colocar en sitio adecuado un par de cortaplumas para imitar los cuernos, ó de que un lidiador ha picado de veras con un clavo de más de la marca, ¡bah! todo ello insignificante: un chiquillo descalabrado, algún brazo roto, un ojo saltado: pequeñeces todo ello.

Pero lo otro ¡ah! lo otro, lo de la pedrea, eso hay que mirarlo ya con más atención; y tanto es así, que, según dicen los diarios madrileños..... voy á copiar las palabras suyas, para que no crean ustedes que lo saco de mi cabeza:

«Para el mejor orden del espectáculo, éste cuenta con la protección de las autoridades del distrito.»

¿Lo ven ustedes? Pues nada, eso lo publicó un diario de los más leídos de Madrid y de los que más circulan por todas partes, y nadie lo ha rectificado.

¡Es natural! como que esas batallas campales tienen muchísimos aficionados.

Por eso las hay por donde quiera: en la calle de Argumosa unas veces, en la calle de Ferraz otras; ora en la Ronda de Valencia, ora en la cuesta de Areneros, ora..... por nosotros pecadores, los que hayamos de pasar por las cercanías del campo de operaciones, pues como dice el mismo periódico á que antes hice referencia, «no ha quedado cristal sano en la presente temporada, ni transeunte sin su correspondiente descalabradura.»

Por eso decía yo, al comenzar estas cortas líneas, que tal vez conviniese poner también correctivo á esas expansiones de la infancia.

Reconozco lealmente que la pedrea en sí, y como manifestación artística, tiene sabor local y color, y hasta calor y todo, máxime para los transeuntes descalabrados; pero al fin, y si no me equivoco, no está aceptado como procedimiento educativo en ningún tratado de pedagogía. Esos muchachillos que hoy, en *su tierna infancia* (¡buena ternura está!) rompen tranquilamente las narices ó la cabeza de un su dulce amigo y compañero de escuela, y se quedan tan frescos, mañana destrozarán con un explosivo á medio centenar de personas, y se quedarán también muy frescos; porque es, como dice el otro, á lo que uno se acostumbra, y en eso de ver sangre vertida y miembros destrozados llega el hombre á familiarizarse, cuando desde pequeñito se *va jaciendo*.

Y en cuanto á los efectos inmediatos de la cosa, no niego que es terrible y dolorosísima la sorpresa que causa una bomba al estallar de pronto allí donde nadie podía esperarlo, en un teatro, en un templo, en una fonda; pero encontrarse, mientras uno pasea, con una pedrada que le rompa el cráneo ó le salte un ojo, no es tampoco muy agradable.

Ni muy agradable ni poco agradable puede resultar un choque inopinado con proyectiles de esa clase.

A los inconvenientes que el hermoso (no desconozco su hermosura, eso no), el hermoso espectáculo de las pedreas madrileñas, ¡honra y prez de esta corte cultísima! tienen de presente, hay que agregar los peligros que encierran para lo porvenir: insisto, por lo tanto, en suplicar, por si vale mi súplica, que al proyecto de ley para evitar los estragos de las bombas se agregue una postdata para que supriman las pedreas.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

EL CASTILLO DE GUEVARA.

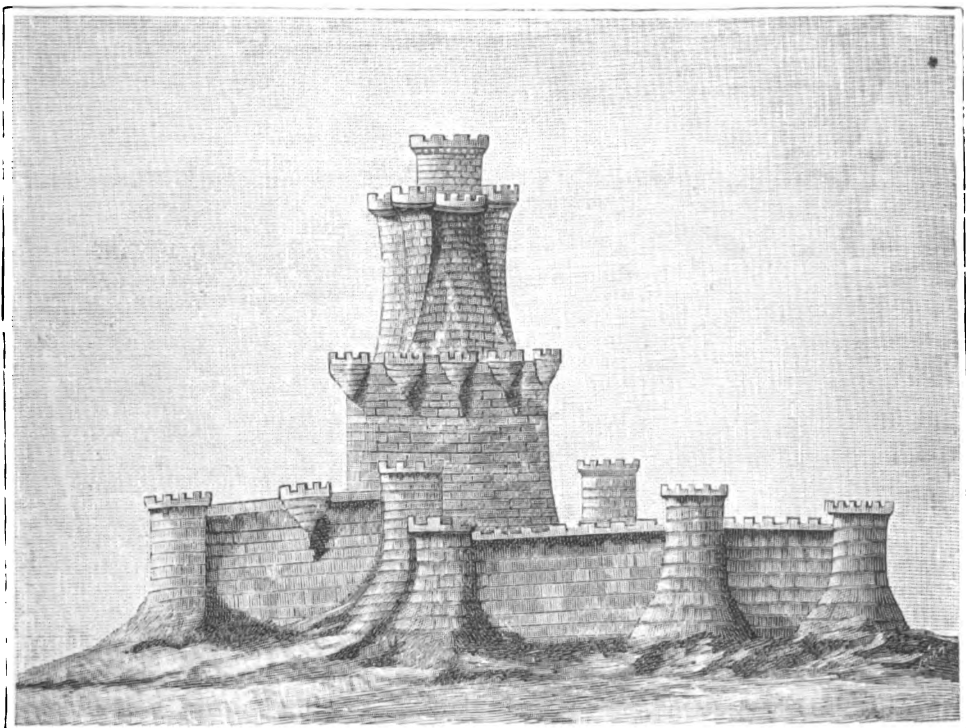


A dos horas y media al Oriente de Vitoria, y formando con Alegría y Salvatierra un triángulo casi equilátero, en su vértice norte está la villa de Guevara, célebre por haber sido cuna de la ilustre casa de los Ladrones que llevaban su nombre. La solariega de los próceres de aquel apellido se hallaba, como otras no menos venerables, habitada por una familia de pobres labradores desde antes de este siglo.

A corta distancia, al Oeste de la mezquina villa, se alza un cerro, pequeña montaña, estribación de las que circundan la llanada de Álava, desde Arlabán hasta la sierra de San Adrián. En su cumbre, y sobre ancha explanada, construyeron los Ladrones de Guevara un formidable castillo, á mediados del siglo XV, en época de hondas turbulencias en aquella tierra, para defensa de su poder y respeto y temor de sus enemigos. La solidez de su grandiosa fábrica era tal, que, aun abandonado por más de dos siglos, resistió la acción de los elementos, furiosamente desencadenados en aquella altura. Sobre ella aparecía como un gigante, sombrío y amenazador, con sus soberbios muros y su torreón central de más de ciento treinta pies de altura. Por un venturoso capricho de la suerte, aquel castillo había sido la salvaguardia de los caminantes contra todo linaje de salteadores: de allí bajaban, como las águilas desde la cumbre de la montaña, las cabalgatas que recorrían toda la llanada y las compañías de peones que exploraban los montes y franqueaban á los viajeros el temido paso de la sierra de San Adrián. El alcázar que había debido su origen á los Ladrones de Guevara fué la empresa del escudo de las Hermandades de Alava, y hoy se ostenta en el de la provincia el torreón central, con un brazo armado de espada y la leyenda: «*Justicia contra malhechores.*»

Es la más noble ejecutoria de aquel temido y poderoso baluarte.

A pesar de su extensión y solidez, de su perfecto estado de conservación y de que había sido, y podía continuar siendo, el dominador de la parte principal de la provincia, nadie se acordó de él ni



EL CASTILLO DE GUEVARA, EN ÁLAVA.
Volado al terminar la primera guerra civil.

apreció la importancia de aquella admirable posición militar durante los dos primeros años de la guerra. Pasaban y repasaban las columnas del ejército de la Reina, y no hubo un general ni jefe que fijara su atención, ni aun dirigiese la vista á tal altura, ni tratara de examinar lo que eran aquellos muros y torreones. Rodil estableció extensas líneas de puntos fortificados, pretendiendo ocupar militarmente el territorio vasco-navarro: en la provincia de Alava había convertido á Maestu, centro de la tierra de entrepuertos, en plaza de guerra: en la llanada, además de Vitoria, fortificó á Salvatierra, creyendo tener con ello dominado el espacio desde aquella ciudad hasta los confines de Navarra y Guipúzcoa; para nada se acordó del castillo de Guevara, que era la posición militar más ventajosa de la provincia, y que desde el primer día pudiera haber sido una fortaleza inexpugnable.

Los carlistas no estaban por entonces para distraer fuerzas en guarniciones, ni contaban con el principal elemento de defensa para plazas de guerra, pues carecían de artillería. De grande utilidad les habría sido para almacenes, talleres, fábricas y fundiciones; mas no habían de pensar en lo que exigía elementos de que no podían disponer. Unos por descuido, y por necesidad los otros, dejaron de utilizar el gran castillo: como también miraron con indiferencia por más de dos años á Peñacerrada, que conservaba intactas sus fuertes murallas del siglo XIII, faltándole únicamente las puertas de madera, que en pocas horas se podían construir y colocar. Punto intermedio entre La Guardia y Treviño, hasta fin de 1835 permaneció la antigua plaza de guerra abierta á las tropas de los dos ejércitos; en aquella época llamó la atención del general Córdova, que puso en ella guarnición y aumentó sus defensas con algunas baterías.

La casualidad, nada más que la casualidad, hizo que el castillo de Guevara comenzase á desempeñar el importante papel que desempeñó durante toda la guerra. Había el general Córdova dado principio á sus maniobras, frecuentemente reproducidas, para forzar la línea carlista, que en forma semicircular defendía la entrada de Guipúzcoa y de Navarra por la parte de la Borunda, extendiéndose desde Arlabán hasta Zalduendo, extremo de la derecha. Empeñó el 27 de Octubre de 1835 una acción en la llanura, enfrente de la villa de Guevara, y, después de terminada, subió con su Estado Mayor al cerro donde se alzaba el castillo, para observar como á vista de pájaro la situación del campamento enemigo. Todo le ocurrió menos reflexionar sobre las ventajas que podía ofrecerle aquella excelente posición, ni reparar en lo que era la fortaleza al pie de cuyos torreones se encontraba, y lo fácil que le era convertirla de pronto en inconquistable: bajó como había subido, sin pensar para nada en tan grandiosa y sólida fábrica de guerra.

Mes y medio después, el 13 de Diciembre, Villarreal, que se hallaba con algunos batallones en Guevara y pueblos inmediatos, subió también al cerro para observar los movimientos de las tropas de Córdova, que evolucionaban en las inmediaciones de Vitoria; fijó su atención en el fuerte que tenía á su lado, le inspeccionó rápidamente, y comprendiendo en el acto la falta cometida en no haber utilizado antes tan poderoso elemento de defensa, se propuso repararla, procediendo con la mayor energía. Utilizó como obreros á los soldados de sus batallones, y á los tres días el cerro se presentaba como formidable posición. Cuando Córdova se enteró de lo sucedido, emprendió el movimiento para apoderarse de aquella altura y del antiguo castillo: era ya tarde, y convencido de las dificultades de su empresa, hubo de retirarse sin realizarla.

Había el General de la Reina ganado por la mano á los carlistas, anticipándose á ocupar á Peñacerrada; pero á su vez sus enemigos le llevaron ventaja en Guevara, apoderándose de aquella inapreciable posición central. Peñacerrada había de ser atacada y caer en poder de los carlistas año y medio después: el castillo de Guevara no había de quedar durante la guerra en poder de las tropas de la Reina.

Á los pocos días de ocupado por los carlistas, su explanada exterior ostentaba una formidable línea de baterías; se abrían fosos, se hacían cortaduras en sus escarpadas pendientes, y se adquiría el convencimiento de que toda tentativa para atacarle sería temeraria. Reparados por hábiles alarifes vascongados los desperfectos del recinto interior, y hechas las obras necesarias para alojamiento, parques y almacenes, quedó completo para ser la gran plaza de guerra con que D. Carlos podía contar en todo el territorio que dominaba.

Allí se acopiaban víveres, no sólo para su guarnición, sino también para las tropas que pudieran acampar en sus inmediaciones (1). Parque central, en sus baterías y plaza de armas encontraban seguro asilo las piezas de artillería, que hasta entonces no tenían sitio seguro para su custodia: de allí salían los cañones para batir las plazas, y á su recinto iban los cogidos en Guetaria, Plencia y Balmaseda. Era la primera fortificación con que contaban, y de ella habían de proceder todos los elementos para armar las líneas de defensa en las tres provincias y Navarra y la plaza de Estella, y otras de menos importancia, sobre todo en la frontera.

Desde sus torreones se dominaba, con el auxilio de anteojos de larga vista, toda la extensión desde la sierra de San Adrián hasta Nanclares, de Oriente á Poniente, y desde los cerros de Arlabán hasta la cordillera que por el Mediodía limita la llanada y es principio de la tierra de entrepuertos. Nadie se movía, ni nada se hacía en Vitoria, que no fuese observado con el anteojo desde el castillo.

Centinela avanzado de su campo y siempre vigilante, daba la voz de alerta en forma que desconcertaba los planes de sus enemigos, haciendo imposible una gran sorpresa por las tropas regulares del ejército de la Reina. Apenas una columna iniciaba movimiento desde Vitoria, cuando el castillo de Guevara lo anunciaba, disparando sus baterías, con piezas de grueso calibre, tres cañonazos seguidos, que eran la señal de alarma: tres ó cuatro minutos después disparaba uno, dos ó tres, según que la columna se dirigía por la derecha, por el centro ó por la izquierda: á la tierra de entrepuertos, por la llanada hacia Salvatierra, ó con dirección á Arlabán y Guipúzcoa. El estruendo de sus cañones, disparados desde aquella altura, retumbaba en toda la ancha cuenca de la tierra de entrepuertos, llegando con su eco poderoso por la cañada de Antoñana y Santa Cruz de Campezo, hasta los primeros pueblos de Navarra; por Oriente hasta Alsasua y por el Norte hasta Mondragón: era ya imposible todo éxito regular para las tropas invasoras, pues habían de hallar al enemigo apercibido para la defensa y preparando grandes concentraciones sobre el punto amenazado.

No era sólo la defensa militar y el seguro asilo para los defensores de D. Carlos el destino de aquel poderoso castillo: bien pronto, por sus especiales circunstancias, se convirtió en prisión de Estado. Allí, víctimas de miserables intrigas de corte y de pérfidas calumnias, estuvieron presos ilustres generales carlistas, los que habían prestado grandes servicios, pero cuya gloria no podían soportar sus émulos, que á todo trance se habían propuesto eclipsarla: allí estuvo encerrado Balmaseda, el primer sable del ejército carlista, hasta que una mano discreta y piadosa descorrió los cerrojos de su prisión, le franqueó la salida del castillo y le mostró un caballo ensillado para la fuga, treinta minutos antes que llegara un ayudante de Maroto con la orden de fusilarle sin demora en la plaza de armas de la fortaleza.

El único que no intentó penetrar en el castillo, sobre todo después de los fusilamientos de Estella, fué el general Maroto.

Era gobernador el pundonoroso coronel Gaviria, tipo de antiguos caballeros, y la guarnición de honrados oficiales y soldados alaveses: por eso no hubo allí ni asomo de traición.

Llegó la noticia del convenio de Vergara (29 de Agosto de 1839), y poco después la invitación para que se entregara el castillo: la contestación de su noble alcaide fué la que podía esperarse de su lealtad. Bien pronto se le puso sitio y se rompió contra él un vivo fuego; mas se desistió de continuarle en vista de su ineficacia contra aquellas sólidas baterías y fuertísimas murallas y torreones: se estableció el bloqueo, y la guarnición permaneció impasible, observando el curso de los acontecimientos.

Los batallones navarros y alaveses continuaban defendiendo el honor de su causa y de sus armas en Navarra; pero el 13 de Septiembre pasó D. Carlos la frontera, internándose en Francia; el 20 se rendía Estella, y el 22 entregaba las armas el único batallón navarro que quedaba ya de todo el ejército.

Sólo permanecía armado el castillo de Guevara.

Con la noticia exacta de los últimos acontecimientos, perdida toda esperanza, sin vislumbrar nada para lo porvenir, inútil ya la resistencia que no había de coronar el éxito, á las ocho de la mañana del 25 de Septiembre, previo acuerdo unánime de jefes, oficiales y soldados, el gobernador mandó arriar la bandera y abrir las puertas para que entraran las tropas de la Reina.

En aquel sitio, día y hora terminó en el Norte la guerra iniciada á principios de Octubre de 1833.

Terminó la guerra, mas no el espíritu de venganza y destrucción que había dominado desde el primer día de la campaña.

En Enero de 1839, un ilustrado escritor liberal, después de recordar el origen y hacer la descripción del castillo de Guevara, expresaba con dolor sus temores de que se destruyese aquella grandiosa obra y magnífico monumento: podía ser punto de ataque y objeto de la furia de la artillería mientras le ocupaban los carlistas; mas desde el momento en que de él habían salido, debió ser respetado, considerándole como una joya nacional.

Sin embargo, apenas entraron en él las tropas de la Reina, sólo se pensó en que desapareciese. Debiera haberse conservado como plaza ó importantísima fortaleza, ó destinarlo, con un pequeño destacamento para su custodia, á usos análogos al del antiguo castillo de Simancas, á establecimiento militar, á todo menos á su ruina. Nada había ya que temer, y por el contrario, mucho que esperar de que continuase en pie: el Gobierno pensó de otra manera y pensó mal.

(1) Era aquella fortaleza un bien surtido granero donde había almacenados algunos miles de fanegas de trigo para ocurrir á las exigencias del ejército. Pedíanse á los pueblos raciones de pan: los panaderos las llevaban á los puntos que se les habían designado, y con el abonaré del jefe que las recibía iban al castillo de Guevara, y allí se les entregaba el equivalente en trigo, con un aumento para gastos de molienda, elaboración del pan y conducción á los puntos de su entrega.

Como sistema administrativo era bueno, sencillo y beneficioso para todos, practicándose en los demás almacenes que había en aquella provincia, las otras dos vascongadas y Navarra; mas para crear y mantener aquellos grandes almacenes había sido preciso exigir á los pueblos en la época de la recolección enormes cantidades de grano, dejándolos reducidos á lo necesario para el sustento y la siembra, y sin existencias para vender.



ESTATUA ORANTE DE D. JUAN DE PADILLA,

QUE SE CONSERVA EN EL MUSEO DE BURGOS,

REPRODUCIDA DE LA «COLECCIÓN DE FOTOGRAFÍAS ARTÍSTICAS ESPAÑOLAS Y EXTRANJERAS», QUE HA FORMADO EN SUS VIAJES DE ESTUDIO D. ENRIQUE SERRANO FATIGATI.



«SPORT» MARÍTIMO.—LA PESCA EN ALTA MAR.

POR R. C. WOODVILLE.

Desde el día siguiente al de su ocupación, se comenzó á desmantelarle; se sacó la artillería; se evacuó su abundantísimo parque; se vaciaron sus almacenes, y se comenzó á trabajar en la obra de su destrucción. Todo el mes de Octubre y la mayor parte del de Noviembre se emplearon en volar las murallas y torreones, ejercitando toda su inventiva los ingenieros militares para hacer saltar aquella fábrica que parecía de bronce, y destinada á resistir la acción de los siglos.

El 30 de Noviembre, á las dos de la tarde, hora convenida y anunciada previamente á los pueblos de la llanada; en medio de la expectación y ansiedad de todos aquellos habitantes, inclusos los de Vitoria, cuyas miradas se fijaban ávidamente en el gigantesco y blanco (1) torreón central, destacado gallardamente sobre la sombra de la sierra de San Adrían, que aparecía como fondo del cuadro; en aquel torreón, que teniendo en su base catorce hornillos con 208 arrobas de pólvora próxima á inflamarse y hacerle saltar, se ostentaba, según frase de un corresponsal de aquella ciudad, aunque liberal, hondamente apenado por lo que estimaba ser una catástrofe, «como un sentenciado por delito político, dispuesto á sufrir tranquila y heroicamente su ejecución»; á las dos de la tarde, una detonación espantosa, que impresionó profundamente á tantos millares de espectadores, fué el anuncio de haberse cumplido el fallo dictado contra aquel grandioso monumento.

Una densa nube de humo y de polvo cubrió el cerro; al disiparse á impulsos del viento, se vió que el torreón ya no existía.

Allí fué el castillo de Guevara.

Julián Manuel de Sabando.

(1) Le habían blanqueado los carlistas.

Á PLAZO FIJO.

I.

Que el hombre vive en perpetua contradicción con todo aquello que constituye su verdadera esencia y su verdadero ambiente, cosa es tan olvidada de puro sabida, que el trazar la base de un cuentecillo tomando por fundamento una cualquiera de las tales contradicciones, viene á constituir un machaqueo más en hierro frío, un sermoneo de vieja del que nadie hace caso, y un repaso nuevo á la obligada asignatura que acerca del imposible se forja cada ciudadano en su mente cuando tiene uso de razón ó cuando se figura hacer uso de ella.

Valga por lo que valiere, es el caso que entre las frases hechas en que aprendimos, al propio tiempo que á balbucear las primeras palabras, á expresar nuestros primeros sentimientos, existe un montón de aquéllas dedicadas exclusivamente á rebelarnos contra las leyes á que fatalmente estamos sujetos, por ser quienes somos, lo cual viene á resultar algo parecido á ladrar á la luna ó querer coger el cielo con las manos; y valga por lo que valiere, es el caso también que entre las tales frases, y con tanta frecuencia por lo menos como la tan sabida de «¡si yo volviera á nacer.....!» ó la de «¡si esto se hiciera dos veces.....!», se oye exclamar, lo mismo en los salones que en las zahurdas:

—Como supiera cuánto tiempo iba á vivir, ¡ cómo iba á aprovecharme !.....

Y lo más probable, como tal milagro ó tal desgracia llegase á ser moneda corriente, es que ocurriera lo que verá quien este cuento, con sus puntas y ribetes de historia, continúe leyendo, aconteció al Sr. D. Cándido Palomo, que no por haberle caído en suerte el nacer en pleno siglo XIX, deja, salvo las distancias naturales, de ser tan héroe como lo fué en los ciclos de la épica francesa cualquiera de los caballeros de la Tabla redonda.

II.

Pues, señor, y empieza el cuento, D. Cándido podría quejarse de todo lo de este mundo, excepto de la fortuna que desde la cuna le había siempre acompañado, ni más ni menos que al legendario conquistador de D.ª Ana de Pantoja. Y conste que al referirme á la fortuna, lo hago solamente en su parte monetaria; que, digan lo que quieran los humildes de condición, es la parte más codiciada y codiciable de tan respetable señora.

Los caprichos de D. Cándido nunca llegaron á tales, pues en cuanto se iniciaban, se convertían en realidades. Nunca supo lo que era desear, y nunca supo, por lo tanto, lo que era un deseo. Para mujer embarazada no hubiera tenido precio, y es seguro que sus hijos no habrían salido al mundo llevando públicamente en la cara ó en el cuerpo las señales evidentes del antojo no conseguido durante los meses de reglamento, como sucede, según es fama, entre las comadres de los barrios bajos y no pocas señoronas, que en cuanto notan una irregularidad en las líneas de su cuerpo, ya se creen autorizadas á pedir por sus bocas cuanto las viene al pensamiento.

Y esto mismo sucedió al D. Cándido de que hablo.

A fuerza de pedir y pedir y lograr y lograr, llegó á hacerse insoportable. Sus amigos le huían, pues con el brillo de su riqueza les humillaba. Su familia no se recataba tampoco de demostrarle su desvío. Todo era poco para él, y sin ser avaro lo parecía, y siendo derrochador lo disimulaba.

Alejado de las expansiones de cariño de los suyos, creyó ver en cada semejante un enemigo y en cada prójimo un heredero. El panorama, pues, que á su vista presentaba el mundo, no podía por tanto ser más nebuloso y triste.

Miserable para cuanto no fuera á redundar en beneficio propio, jamás pensó en caridad alguna, en conceder protecciones, en socorrer desgracias. El Juan Palomo del cuento le parecía un ejemplo digno de la mayor imitación, y cuando quiso pensar en algo más que en la vanidad del momento, lo hizo para sacar en limpio que debía aterrorizarle la idea de dejar á su muerte algo que él hubiera podido disfrutar en vida.

Este pensamiento, revoloteando por las sinuosidades de su cerebro, fué poco á poco tomando cuerpo y aumentando de volumen como la bola de nieve, hasta llegarle á ocupar por completo y producirle la obsesión que no le dejaba en paz un minuto.

—¡ Qué bien—llegó á decirse para su abrigo de pieles—qué bien, si yo supiera el día en que he de morirme! ¡Gozaría de todo, vería de todo, y distribuiría mi capitalito de manera que me le gastara todo y el último céntimo alcanzase á mi último momento! ¡ Ras con ras! ¡ Una liquidación en toda regla! ¡ La vida á plazo fijo!.....

Y pasó tiempo y tiempo, mas no el disgusto que le ocasionaba no poder—¡ él que lo había podido todo!—conseguir lo único que había tenido ocasión de desear.

III.

Un día lluvioso, tristón, de color de ceniza, un chiquillo medio desnudo, harapiento, tostado por el sol y curtido por el aire, iba repartiendo por las calles más céntricas de la población un paquete de prospectos que decían al pie de la letra:

ECHADORA DE CARTAS.
ÚLTIMOS ADELANTOS.—VERDAD PURA.
PROBAD Y VERÉIS.
ADIVINA EL PORVENIR, PREDICE LO FUTURO, ACLARA MISTERIOS, ANUNCIA LO DESCONOCIDO.
¡¡¡GRAN ATRACCIÓN!!!
NO HAY ENGAÑO.
DESCONFIAD DE LAS IMITACIONES.
CALLE... TAL... NÚM... TANTOS...
REBAJA DE PRECIOS POR FIN DE TEMPORADA.

El prospecto fué para Cándido Palomo el único rayo de sol que lució aquel día.

Podría ser una de tantas embaucadoras; pero ¿y si por acaso acertaba?..... Quizá fuera un sacadinero y engañachiquillos; pero ¿qué le importaban á él, machucho, unas cuantas pesetas? Tal vez fuera la causante de aquel célebre *pobrecito pordiosero que se le alargó la vida y se le acabó el dinero;* mas ¿qué iba perdiendo por entretenerse un rato? En último caso, con no dar crédito á nada de lo que la echadora de cartas le dijera, estaba resuelto todo.

Pensando de esta manera, y algo cohibido consigo propio por mirarse colocado á la altura de soldados y truhanes, de inocentes ó confiados, llegó hasta donde el prospecto indicaba. Mas ¿dónde estaba el chiribitil de la gitana? ¿Dónde los buhos, murciélagos y gatos que parecen los emblemas indispensables de las agoreras? ¿Dónde las señales del *churumbel*, de aspecto de pájaro frito? El prospecto debía estar equivocado: la casa indicada parecía residencia, más que de brujas echadoras de cartas, de blasonados personajes y de alcurnia sostenida con magnificencia y esplendidez.

La echadora de cartas habitaba allí, sin embargo. Sus habitaciones, adornadas con riqueza, al que no supiera quién las habitaba no le hubieran hecho notar cierta tendencia en ellas á los colorines de que tanto abusan las bohemias caravanas de gitanos; sus muebles, de las formas más caprichosas, no denotaban sino un cuidado excelente, y hasta unas barajas colocadas sobre un veladorcito maqueado parecieron á nuestro Palomo, por su finura y transparencia, más á propósito que para augurar fortunas, para una partida de *bezigue* ó tresillo.

Nada había allí que anunciara á la nigromántica ni á la hechicera. Sin embargo, el bueno de Cándido creía oler á azufre.

La dueña de todo aquel misterio era una señora casi respetable. Sus blancos cabellos la daban aspecto venerable; sus ojos vivos y relampagueadores semejaban fuegos fatuos de los que brillan sobre las sepulturas; sus carnes flácidas tenían la membranosa consistencia de las alas de los murciélagos, y su conjunto, lo mismo podía ser el de una dama de rancios y nobiliarios pergaminos, que el de una chupalámparas en los rosarios y via crucis de los templos.

La nigromántica desplegó ante su visitante todas las artes de la seducción y el encantamiento. Cada raya de sus manos tenía para la vieja tal cúmulo de significados é interpretaciones, que á Cándido le parecía imposible no haber caído en ellos por su propia cuenta; cada naipe que saltaba acumulaba tantos y tan variados misterios, que la vieja en un momento fascinó con su charla y con sus augurios de tal manera al cliente, que éste quedó alucinado, absorto, verdaderamente hipnotizado y convertido en un sujeto sin voluntad propia y excelente para ir recibiendo las diversas impresiones por que le iban haciendo pasar las distintas cartas de aquella barajita fina y transparente.

La amistad, el amor, el dinero, las pasiones todas, fueron pasando de la boca de la echadora á la fantasía de Palomo con tan vertiginosa rapidez y tan resplandeciente luz, que el infeliz se creyó transportado á regiones suprasensibles donde la vida y sus goces son sólo de un momento, claro, limpio, caleidoscópico, eterno.....

Su afán estaba satisfecho, sus deseos cumplidos; por unos cuantos dineros ya no le cabía la menor duda de que quien tanto le había adivinado y tanto predicho con tan potentes razones y tan lumínicos argumentos, no habría de engañarse al augurarle diez años solamente más de vida.

Cándido Palomo salió de la entrevista como si despertara de un letargo calenturiento.

Recordó el principal objeto de la visita y pensó:

—Setenta mil duros y la renta de ellos, entre diez años, á.....

Aquella noche no pudo dormir.

IV.

El porvenir de solamente diez años de vida, en quien ya puede contar los suyos por tandas de cuarenta, aunque éstas sean nada más que dos, debe ser un porvenir del color de los días del otoño. No sé qué tiene para el hombre el instinto de la conservación, aunque sea á través de los alifafes y dolencias de la vejez, que al que más trabajo le cuesta separarse de la vida es á aquel que por más tiempo ha gozado de ella.

Cándido Palomo no era ochentón, pero distaba mucho de la juventud, y al saborearla por una parte, y al recordar por otra la fatal profecía de la echadora de cartas, la profecía por él tantas veces anhelada, sentía por el cuerpo correr ciertas culebrinas de frío, como las que deben matar antes que el verdugo al reo condenado á muerte.

Palomo, si no hubiera sido por su falsa energía de carácter, habría estado á punto de lamentar su curiosidad maldita, pero ¿por qué, después de todo? se decía á sí propio. La vida no es una propiedad perpetua, sobre la cual podamos ejercer un derecho inviolable en absoluto. Mañana, pasado, hoy mismo, una ráfaga de aire se lleva lo que creemos más positivamente nuestro.....; la seguridad de la muerte es la única seguridad infalible....., pues si á ella se une la de la fecha en que ha de ocurrir, ¿qué más queremos? ¡ El dorado de la píldora es completo!

Pensando de tal suerte, y tomando todo género de precauciones para evitar que una pulmonía adelantase los vaticinios de la maga, se echó á la calle el cándido de Cándido, con el santo y decidido objeto de divertirse todo cuanto le permitiese la parte alícuota de capital que le correspondía derrochar en un día, aparentando completa tranquilidad.

Pero ¿quién es capaz, por el rostro de un hombre acostumbrado al fingimiento, adivinar las tempestades que se libran en su interior?

Cándido sentía en su pecho una opresión que le mataba, y en su cerebro solamente una idea fija: la de la muerte.

Él, que había visto impávido desbocarse dife-

rentes caballos de sus berlinas, dió aquel día orden al cochero de caminar menos aceleradamente que de ordinario..... por si acaso.

En el *restaurant*, sus platos favoritos le inspiraron alguna desconfianza, y prescindió de ellos. Los cocineros son muy torpes, y aquellas setas podrían ser venenosas, y aquellos berros hierbas malignas.

—Ya sé—se repetía—que tengo diez años por delante, y que hasta entonces puedo vivir tranquilo: pero ¿y si aquella endiablada mujer adivinó para mí una existencia más pequeña, y por no darme el disgusto me la prorrogó graciosamente?

En el Casino, sus conocidos hallaron en su fisonomía algo extraño. No era el mismo de siempre. En la sala de lectura cogió una revista, que arrojó melancólicamente sobre la mesa. El motivo eran las primeras líneas del artículo de fondo, que decían:

«Á más tardar, dentro de doce años la apertura del canal será el hecho más glorioso del siglo.»

¿Qué le importaba lo que iba á pasar después de morir él?

Sus ojos repasaron un diario de noticias, y una de ellas le obligó de nuevo á fruncir el ceño. La noticia decía así:

«La Exposición Internacional de que nos ocupamos, inaugurará el siglo venidero con llaves de oro.»

¿Por qué darían los periódicos tales noticias, habiendo personas condenadas á morir á plazo fijo? ¡Qué inoportuno aperitivo!

En otro lado decía el mismo papel:

«Las Cámaras han acordado que los derechos de la propiedad intelectual duren ochenta años después de la muerte del autor.»

¡Gran bocado para mis herederos, si yo me hubiera preocupado de escribir algo!—gruñó por lo bajo el infeliz Palomo.

«El Gobierno—siguió leyendo—piensa hacer un empréstito á liquidar en un plazo que no exceda de veinte años. ¡Buen bocado para los capitalistas!»

—Pero, señor—rugió Cándido—¿es posible que todo lo bueno vaya á acaecer cuando yo haya muerto?

Salió del Casino con dirección á la sastrería, adquirió una capa de hermosa tela, y al abonar su importe, recibió esta puñalada del sastre:

—Lleva usted una prenda que lo menos le ha de durar veinte Navidades.

—Con la mitad me contento—dijo Palomo con voz tenebrosa.

Á poco tropezó con un amigo que le propuso la compra de un hotel, y para animarle á ella le dijo:

—Lo que des por la finca lo recuperas, y con exceso, en una docena de años.

Palomo dió media vuelta por toda contestación.

Al pasar por una librería vió anunciado un tomo titulado *España en el año dos mil*, y le adquirió; por la noche asistió á una representación de la zarzuela *El Siglo que viene*, y cuando mascullando entre dientes frases como éstas, «para lo que he de vivir» y «esto sería yo si viviera», logró conciliar el sueño, á su calenturienta imaginación acudían, en medio de luces rojas y azules, diablos y ángeles que en todos los tonos le decían al oído:

—¡Diez años..... menos un día!

V.

Y fué pasando el tiempo, y la existencia de Cándido Palomo se cambió de displicente en agria, de agria en adusta, de adusta en rabiosa, de rabiosa en insoportable.

¿Qué se hicieron de todos aquellos propósitos de regocijo para los días que positivamente le quedaran de vida? ¿Qué de aquel reparto metódico de placeres? ¿Qué de aquella distribución y gasto diario de su pingüe fortuna? ¿Qué, en fin, de aquella ilusión, por él tantas veces acariciada, de tener su vida á plazo fijo?

Todo había volado, todo había desaparecido. ¡Cuánto mejor sería, llegó á pensar, poder volver á vivir, caminando en pos del ideal irrealizable del hombre, de la esperanza acariciadora que consuela en los momentos de desilusión y desfallecimiento, de esa meta invisible, á la que todos tenemos que llegar, pero que llegamos cuando menos lo creemos!

Para él ya no existían ilusiones doradas, verdes esperanzas, sueños de color de rosa. La triste realidad con pasos agigantados se le iba acercando y consumiendo. ¡El hada de los cabellos blancos como los de un profeta, de ojos vivos y relampagueadores que semejaban fuegos fatuos de los que brillan sobre las sepulturas, de carnes flácidas y consistencia membranosa, no se había equivocado! La consunción le iba devorando. Cándido Palomo no era ni sombra de lo que fué.

Llegó por fin el momento supremo; la víspera del día en que terminaba el plazo concedido por los naipes. Estaba realmente más muerto que vivo el pobretín de Palomo.

Convencido de que al día siguiente se había de *despertar muerto*, arregló sus cuentas con los hombres y con Dios. Á aquéllos les dejó, por orden de necesidades y pobreza, el capital, cuyo completo derroche se había propuesto antes de saber lo que era morirse á plazo fijo. Á Dios restituía el alma que le había dado, y en reposo, que más tenía de abatimiento que de sueño, quedó profundamente aletargado, soñando que se le paralizaba el corazón y que volaba su alma al cielo.

VI.

El sol de fuego de una mañana de primavera, saturado de violetas y jazmines, lamió primero los cristales de la alcoba de Cándido Palomo, y acarició después sus párpados, obligándoles á abrirse perezosamente.

Su asombro al encontrarse vivo no reconoce compañero en los fastos de la historia.

Y como si despertara de una horrible pesadilla de diez años, comprendió en un minuto todo el mal que resulta en fiarse de augurios y nigromancias, y todo lo bien que se espera á la muerte con las cuentas de Dios y los hombres puestas en limpio.

Carlos Ossorio y Gallardo.

BOCETOS MILITARES.

ALTO Y DESCANSO.

No descansa el regimiento
Hace ya más de hora y media.
El Coronel, á caballo,
Desde una loma contempla
Los múltiples movimientos
Y variaciones diversas
Que el regimiento ejecuta
Y el jefe indica al corneta.
Sobre la verde planicie
Muévense las líneas rectas,
Rojas por los pantalones,
Azules por las guerreras,
Y lucientes por el sol
Que brilla en las bayonetas.
El jefe, que no transige
Con combinación mal hecha,
Manda y manda movimientos,
Repeticiones ordena;
Y la tropa, ya cansada,
Cada vez que oye al corneta,
Haciendo un gesto, le dice
Mentalmente: ¡Así te mueras!
Por fin sale un movimiento
Con exactitud extrema,
Y ya satisfecho el jefe
El *Alto y descanso* ordena.
Rómpense al punto las filas,
Se hacen jirones las rectas,
Y un bullicioso hormigueo
De soldados se entremezcla.
Aquí un grupo forma corro,
Encerrando á una morena
Que vende ¡churros, naranjas,
Altramuces y agua fresca!
Y recibe mil piropos
Variados, con cada *perra*.
—¡A ver! Venga una naranja,
Y premita Dios la vea
A usté al lao de la garita
Cuando esté de sentinela,
Muy aburrío, de noche,
Siendo más de la una y media.
—Joven, un vasito de agua;
Pero moje usté la lengua
Antes, pa que se azucare
Y luego á mieles me sepa.
—Dos séntimos de altramuses,
De una vez, pa que usted vea;
Y ojalá mus embarquemos
Usté y yo en un barco e vela,
El barco se vaya á pique,
Y, agarraos á una maera,
Al fin poamos yegar
Los dos á una isla desierta,
Pa que al cabo de dos siglos
Ni Cristo la conosiera.—
Y cien más por este estilo,
Y cien de peor sistema,
Que pasan seguramente
Del color de la cereza.
La vendedora sonríe,
Vende, cobra, da la vuelta,
Si alguno, por caso raro,
Paga con una peseta,
Que previamente ella muerde,
Para conocer si es buena.
Si alguno escurre las manos,
Pónese la chica seria,
Diciendo: «La boca libre,
Pero las manitas quedas.»
Y aquel que más atrevido
Ni se corta ni se enmienda,
Hállase con un sopapo
Y alguna frase, más fresca
Que el agua que en el botijo
Soleado se calienta.
Cerca de allí, en otro grupo,
Los soldados se recrean,
Escuchando chascarrillos
Del sabor de la pimienta,
Contados por el que tiene
Menos pelos en la lengua;
Chascarrillos que han salido
De la mismísima escuela
Que los más verdes piropos
Que escucha la naranjera.
Más allá los oficiales
Con sumo calor comentan
Los proyectos y medidas
Del Ministro de la Guerra,
Al que ponen comúnmente
Lo mismo que digan dueñas,
Y hablan del escalafón,
De ascensos y de propuestas.
....
....
De pronto sorprende á todos
El toque de la corneta
Con *Atención y llamada*.
Las conversaciones cesan,
Córrese en cien direcciones
Formando alegre madeja
Que, sin pasar dos minutos,
Se descompone en la recta,
Que forma gallardamente
La alineación de las fuerzas.
Ya el Coronel, á caballo,
Sus órdenes da al corneta,
Y con esto nuevamente
El ejercicio comienza.

Ricardo Monasterio.

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

La resurrección del rapé: el rapé y el bacilo de la tuberculosis.—La caza y la sabiduría.—El Dr. Straus, de Laennec, y los bacilos en la nariz: revolución en la salud y en las costumbres.—La regeneración agrícola de Egipto: proyecto de inundación general: ruina de todas las ruinas antiguas: protesta de los grandes artistas y arqueólogos europeos: el arte y el hambre.—Chicago: muerte del asesino Dendergast: harto y ahorcado.

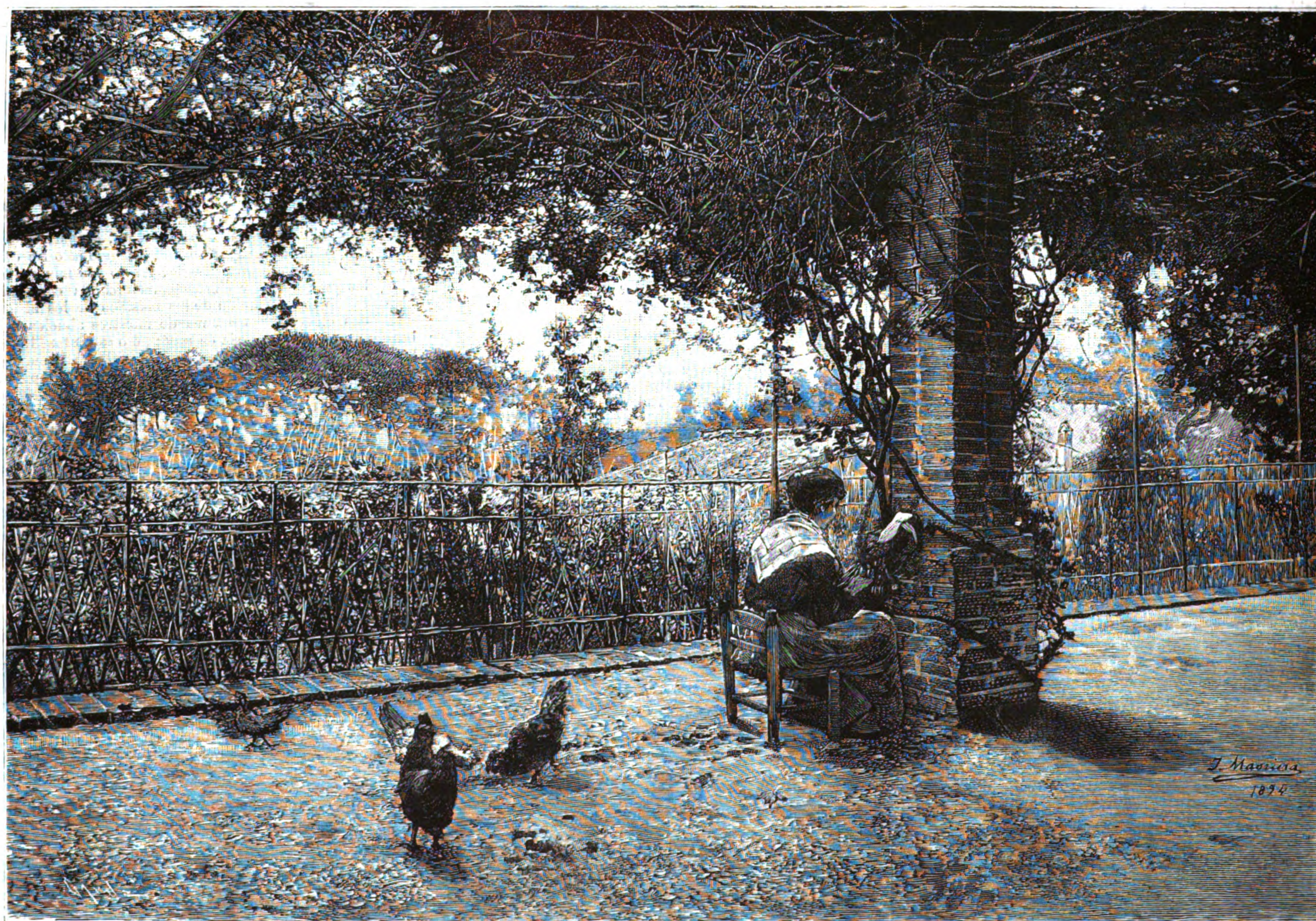


ADA la rapidez con que se suceden los progresos modernos, van quedando olvidados muchos usos y costumbres de ayer, para no volver más. Nuestra generación apenas sabe ya lo que eran, ni para qué servían, por ejemplo, las despabiladeras, la chufeta y las trabillas. Antes de poco tiempo sólo las castañeras usarán el fuelle, y sólo los monaguillos, los presidentes y ciertos carreteros, la campanilla. Desapareció también de los bolsillos de los historiados chalecos y calzones de nuestros abuelos la tabaquera, tarambuco ó caja de rapé; pero este utensilio, que hoy tiene cierto valor arqueológico, volverá irremisiblemente, por la sencilla razón de que el rapé se impone, y tiene que usarse. Lo imponen á un tiempo la ciencia y la salud, y es claro que lo reclama el aparato orgánico más saliente y característico de la parte más noble de la persona, la nariz, ó, si quieren ustedes, las narices. ¡Cuán sabios fueron los que, pulverizando, curando y aromatizando el tabaco, idearon el absorberlo por las narices, en vez de atenazarlo con los colmillos, chuparlo con los labios y saborearlo con todas las paredes, bóvedas y tabiques del paladar! ¡Cuán prudentemente proceden hoy algunos viejos, algunas bisabuelas y algunos solitarios filósofos de los claustros religiosos, que gastan caja, y con amor la llenan y la cuidan, y con ilusión la abren, y con artística pulcritud toman el aromático polvo, entre el pulgar y el índice de la mano derecha, y lo inyectan por absorción en una y otra ventana de la nariz! Conscientemente saben que la acción cáustica levísima del polvo excita los nervios de la señora pituitaria, y que esta excitación, como la eléctrica, se trasmite á los nervios más hondos del cerebro, y que la cabeza se despeja; pero inconscientemente lo que hacen al absorber el rapé es atacar en su propio nido á los gérmenes, microbios y bacilos que se alojan en ambas concavidades nasales y exterminarlos por completo, impidiendo su paso á los pulmones. ¡Gran descubrimiento debido á un sabio, al microbiólogo R. V. Straus!

Conocido es el entusiasmo con que los sabios se dedican desde hace ya algún tiempo á la caza de los seres microscópicos. La observación de estas, y de otras cacerías, autoriza á enunciar la siguiente ley, en el terreno de las ciencias sociales: «El tamaño de los seres cazados está en razón inversa de la sabiduría de los cazadores.» En efecto, el salvaje del interior de los continentes bárbaros caza elefantes, jirafas, hipopótamos y rinocerontes; el rudo hombre de mar, casi salvaje, pesca ballenas; el montañés de los pueblos cultos caza osos, lobos y zorros; los señoritos de los pueblos cazan liebres; los abogados y los médicos salen los domingos á cazar conejos y perdices; los literatos, artistas y filósofos matan codornices, alondras, tordos, pardillos y go-



UN BAUTIZO EN VENECIA.
CUADRO DE D. R. PULIDO.
(CUARTA EXPOSICIÓN BIENAL DEL CÍRCULO DE BELLAS ARTES DE MADRID.)



UN LUGAR TRANQUILO.
CUADRO DE D. JOSÉ MASRIERA.
(SEGUNDA EXPOSICIÓN GENERAL DE BARCELONA.)



BATALLA DE FLORES.

DIBUJO DE D. JOSÉ ALARCÓN.

rriones; los naturalistas cogen mariposas, grillos, abejorros y cínifes; las señoras y señoritas persiguen á las pulgas; los astrónomos atrapan asteroides y nebulosas con el anteojo y con la fotografía; y, en fin, los sabios de laboratorio, que cuidan de la salud del género humano, cazan lo imperceptible, lo casi infinitamente pequeño, lo que pasa sin cesar por delante de nuestros ojos sin que jamás lo veamos, los bacilos que pueblan el aire. Pues bien, R. V. Straus ha cazado numerosas colonias del terrible bacilo que produce la tuberculosis. ¿Y dónde las ha cazado? Pues en el interior de las narices de los aspirantes á tísicos.

Todo el que vive cerca de un tuberculoso, ó donde éste ha habitado ó escupido, absorbe insensiblemente, con el aire, los gérmenes vivos que producen la dolencia, y los cuales se fijan con toda la plenitud de su virulencia en las fosas nasales. Allí se desarrollan y multiplican, invaden después el conducto que baja á la laringe y á la tráquea, y se desparraman por los pulmones. Así lo asegura el doctor, después de haberlo observado en los enfermeros y enfermeras de los hospitales de la Charité de París y del de Laennec, que estando perfectamente sanos, tenían dentro de la nariz multitud de agrupaciones de bacilos. Lo mismo observó en algunos alumnos y practicantes de Medicina y en algunos enfermos que no padecían de tuberculosis. Analizadas las sustancias extraídas de la nariz, descubierto el bacilo característico é inyectado á diversos animales, todos presentaron al poco tiempo los síntomas y consecuencias de la terrible enfermedad. Preciso es, pues, mantener limpia constantemente esa entrada del tubo respiratorio, como se procura mantener la otra: la boca. Por eso la naturaleza ha dispuesto en la función del aparato nasal una secreción periódica de líquido que arrastra los gérmenes que en él puedan depositarse; pero como antiséptico, como antipútrido, como azote de los seres microscópicos vivos que en semejante guarida se fijan, no hay como el rapé, y cuanto más fuerte mejor. La acción de la nicotina resulta tan activa como la del cloro; así es que si el sublimado corrosivo es el gran enemigo de la vida microscópica, y por consiguiente el gran desinfectante, el tabaco fuerte, al sublimar su nicotina por la combustión ó al separarla por maceración y fermentación, obra con la misma eficacia. Salgan, pues, á relucir las antiguas cajas y tarambucos esmaltadas con brillantes sobre plata y oro unas, con el retrato del idolatrado tormento ó del adorado monarca otras, otras de concha con iniciales, otras de levísimo afiligranado aluminio, de marfil con cantoneras otras, de asta y de cuerno las más sencillas, de boj ó de palo santo las más humildes ó abiertas en enano calabacín algunas, pero todas ellas repletas del sabroso polvo, perfumado con la esencia de la amacuba ó mosca de olor. Y entre párrafo y párrafo de la conversación, polvo; y después del saludo, polvo; y antes de la despedida, polvo; y polvo al leer, escribir y filosofar; y polvo después del chocolate; y polvo en las paradas del paseo; y polvo para sazonar una buena noticia, y polvo para dulcificar la amargura de las malas. Y mientras tanto, bien atiborrados de esta dinamita nasal explosiva, y bien prevenidos con el pañuelo de hierbas, ¡que le entren á uno microbios!! Si la costumbre se impone y, como es de esperar, cunde el empleo del rapé, no habrá más remedio que decretar el libre cultivo del tabaco, porque para lo enorme del consumo no bastarían Cuba, Virginia, las choperas de Aranjuez ni la Arrendataria juntas. Panticosa, Urberuaga y la cosecha anual de muchos médicos correrán peligro de desaparecer; pero la salud pública y la Hacienda nacional no volverían á tener déficit alguno, y..... ¡algo es algo!

°°°

En demanda de producción abundante, no sólo de tabaco, sino de trigo, de algodón y de vino, trata el espíritu positivista de nuestro tiempo de volver á fertilizar el Egipto entero, desde Alejandría á Khartum. Se trata de que resucite la vida rural egipcia, como va á resucitar el rapé. Para ello es necesario aprovechar todo el caudal de aguas del Nilo alto, deteniéndolas en determinados parajes de su curso é inundando todos aquellos territorios, desde Assuán para arriba. Este riego por sumersión produciría al año un aumento de más de cien millones en la riqueza agrícola, y bastaría para sostener una población doble de la actual. Allí el agua, no el sol precisamente, el agua, es la que enriquece y fecundiza el suelo, hasta poder realizar esa maravilla.

Pero el proyecto encuentra colosal oposición de parte de los arqueólogos, artistas y publicistas, porque semejante inundación de todos los valles de la cuenca del Nilo concluiría con cuantos grandes monumentos quedan en pie, ó enterrados, en la patria de los Faraones. Nada tiene, pues, de particular la cruzada unánime que en estos días se ha levantado contra la proyectada fertilización del Egipto, y que dirigen hombres tan eminentes en el mundo artístico como sir Frederick Leighton, sir John Millais, Alma-Tadema, Hook, Briton-Rivière, Holman-Hunt, el director del British Museum y otros patriarcas ilustres del culto de lo bello. Sus firmas, seguidas de centenares de otras muy reputadas y conocidas, figuran en la exposición enviada al Cairo, á Nubar Bajá, presidente del Consejo de ministros del Jetife. Laméntanse los grandes artistas, historiadores y críticos de que si se realizara el plan de inundar temporalmente y todos los años la cuenca entera del Nilo, desaparecerían hundidas en el cieno las maravillas de arquitectura de la Nubia, los soberbios templos de Gertasseh y de Dabud, las necrópolis de Kalabsbeh y de Aff-el-Donich con sus gigantescos mausoleos y sus seculares momias, el sepulcro de Osiris, los arcos de triunfo erigidos en la isla de Phila por los Césares vencedores, y los templos de ciclópeas moles areniscas levantados por los magníficos Ptolomeos. Todo sería socavado, corroído, hundido, deshecho y arrastrado por las aguas, en su poderosa obra de denudación y de ruina.

Vendrían, sí, grandes, dobles, espléndidas cosechas anuales; el arruinado tesoro del Gobierno egipcio podría ir pagando sus trampas; el desierto tal vez se convertiría en una huerta, y podría irse á la sombra de las palmeras desde Alejandría á El Obeid y á Choa; pero el arte, el arte tan amado, las reliquias de las civilizaciones olvidadas, el polvo de las tumbas y las cenizas de las momias, se mezclarían en el fondo del légamo y vendrían á los mercados de Europa, no á parar á los Museos en forma de reliquias funerarias, ni á las plazas públicas en forma de obeliscos, sino constituyendo la masa orgánica de los granos, frutas, raíces y hojas, que los acaparadores venderían á las criadas para la cocina ó para el servicio doméstico. ¿Qué resolverá el primer ministro del Jetife? Por un lado empujan la gloria, la historia, el arte, la aristocracia del espíritu; por otro aprietan la falta de dinero, la miseria de la Hacienda, la necesidad, el hambre. Y ¿quién puede nada contra el hambre? *¿Quid sicut gazuza?* Cultivada la inmensa cuenca del Nilo, el tesoro nacional de Egipto, el tesoro municipal y el tesoro cortesano del Cairo tendrían incalculables ingresos. Aquí está el peligro. Aquella nación se halla en el caso de las casas tronadas, decidida á empeñarlo, á venderlo, á regarlo y á segarlo todo, así se trate de Ammón, de Ramses-Meianun ó de Nofré-Ari ó de todas las dinastías habidas desde los tiempos de Caín hasta los de Champolion y Maspero. Antes de morir, devorarlo todo; antes de rendirse, hartarse. Si puestos en este derrumbadero, creen los egipcios que la inundación puede salvarles, se dejarán inundar; y debajo del agua, que igualará todos los horizontes con el desierto, quedarán sumergidas Tebas, el valle funerario de Bióan-el-Moluk, Medinet, Karnak, Luksor, Hermonthis, Esneh, Edfú, Gom-Ombos, Kartas, Debud, Talmis, Dandur, Ghirch-Hussein, Pscleis, Maharakka, Sebua, Ibrim Deer é Ipsambul. Y cuando bajen las aguas y el sol tropical las evapore, y se condense y apriete el barro, y se abran los surcos y germinen las semillas, alzarán en cambio sus cabezas el centeno, los tomates, las coles, las calabazas, el maíz, el arroz, las higueras, los naranjos, los alcornoques y las encinas. Al arte de la tradición, de la arquitectura y de la escultura habrá sucedido el arte de la cocina; y en vez de sabios y de artistas cosmopolitas, pulularán por aquellos andurriales los recaudadores de contribuciones. Y este es el siglo; y así lo exige el hambre, y boca abajo Sesostris y Menes y toda momia ridícula! La regeneración de Egipto será un hecho, en cuanto el Egipto se ponga á remojo.....

°°°

Que el que se siente morir ansia devorarlo todo, lo acaba de demostrar un tal H. Dendergast, el asesino del Alcalde de Chicago. Después de condenado á muerte, esperó impasible en su calabozo el día fatal. Cuando llegó, y fueron á despertarle los vigilantes de la cárcel, se vistió de negro con todo esmero, y no se le ocurrió hacer otra pregunta que la siguiente:

—¿Y mi almuerzo?

—¿Qué quiere usted almorzar?—le dijeron.

—¡Pues, nada! Jamón con huevos fritos, una tortilla de patatas y café.

Luego que los despachó con todo apetito, se sintió algo débil y exclamó:

—¡La verdad es que aún tomaría algo!

—Usted dirá, señor—contestó un carcelero.

—Vaya, que me traigan un *beefsteack*, unas chuletas con tomate, un bizcocho caliente con vino generoso y un tazón de chocolate.

Como lo ordenó se lo sirvieron, y todo lo devoró, cual si en su vida hubiera comido.

Entraron después á saludarle y á acompañarle dos canónigos de la catedral, el P. Barry uno de ellos, y los recibió con gran afecto.

—Mientras hablamos un rato, tomaré algún chocolate—dijo á los vigilantes.

Y, en efecto, escuchó muy atento las exhortaciones, tomando, en tanto, otras dos tazas de chocolate con bizcochos.

Á las diez le leyeron la sentencia, y á las once, después de consumir unas lonjas de jamón y sendos sorbos de vino generoso, le sacaron al patio donde se alza la plataforma de la horca.

Despidióse de los sacerdotes, cerró los ojos, se hundió la trampa del suelo, y el señor Dendergast quedó colgado con sus tres almuerzos, cuatro chocolates, cuatro docenas de bizcochos y diez copas en el cuerpo.

—¡Mucho pesa este almacén de víveres!—exclamó un criado de la cárcel al descolgar su cadáver.

—Verás—añadió un compañero—cómo al hacerle la autopsia declaran los médicos que ha muerto de un atracón y no ahorcado!

R. Becerro de Bengoa.

SOCORROS

REMITIDOS POR EL SR. D. ARISTARCO RODRÍGUEZ MENICA, DIRECTOR DE «EL NOTICIERO ESPAÑOL», DE SANTIAGO DE CHILE, PARA LAS VÍCTIMAS DE LA CATÁSTROFE DE SANTANDER.

El Sr. D. Aristarco Rodríguez Menica, director de *El Noticiero Español*, de Santiago de Chile, nos honró con el encargo de repartir, entre las víctimas de la catástrofe de Santander, veintiséis libras esterlinas, producto de una suscripción abierta en aquel ilustrado diario para contribuir al socorro de las víctimas del siniestro ocurrido en Santander.

Para cumplir la caritativa misión que nos fué encomendada, solicitamos la valiosa cooperación de la respetable casa de los Sres. Hijos de Pombo, de Santander, á quienes enviamos la cantidad de pesetas 790,40, producto de la negociación de las citadas 26 libras esterlinas, las cuales, según relación que nos ha sido remitida, fueron repartidas por dichos señores en la siguiente forma:

	Pesetas. Cts.
Comunidad de las monjas Pastoras, perdieron todo su ajuar, cayéndose el edificio......	100
Lorenza Budar y hermanas, ídem, íd.......	100
Josefa Ruiz, ídem, íd..................	100
Generoso Setién, gravemente herido (está aún en cama)..........................	100
Marcelina San Juan, perdió su marido, que mantenía también á sus padres..........	100
Isabel Gutier Blanco, perdió á su marido...	100
Matías Dou, perdió un hijo de veintidós años.	90,40
Eugenia Revilla, perdió su hijo, que la mantenía...........................	50
Cayetana Tapia Matillo, herida ella y un hijo.	50
Total................	790,40

En nombre de los infelices socorridos damos expresivas gracias á los donantes de Santiago de Chile, y en especial al ilustrado director de *El Noticiero Español*, iniciador de la suscripción; y en el propio reiteramos á todos ellos nuestro sincero agradecimiento por la distinción con que nos han honrado confiando á nuestro Director la caritativa misión de coadyuvar á distribuir en Santander el fruto de sus filantrópicos esfuerzos.

La Redacción.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Ravachol, obra dramática, por D. L. de Figueroa.

El Sr. Figueroa ha querido sin duda escribir una obra, más de propaganda que teatral, y no hay duda de que ha salido airosamente de su empeño, mostrando haber estudiado la cuestión social en sus fundamentos morales.

Ravachol está bien pensado y bien escrito, y encierra una intención sana digna del mayor elogio.

Manual de Patología interna, escrito para uso de médicos y estudiantes, por C. Vanlair, profesor de la Universidad de Lieja, etc., etc., traducido y anotado por el doctor P. Colvee, individuo de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Valencia.

Hemos recibido el cuaderno 15 de esta importante obra.

La Marina de Castilla. Se han publicado los cuadernos 190 á 194 de esta obra, sin duda de las mejores de cuantas forman la *Historia General de España*, que escriben individuos de la Real Academia de la Historia, bajo la dirección del Sr. Cánovas del Castillo. Contiene multitud de documentos curiosos y apenas conocidos.

G. R.

CARPETAS PARA «LA ILUSTRACIÓN».

Deseosa esta Administración de proporcionar á los Sres. Suscriptores el medio de conservar en buen estado los números de esta Revista, sin que se estropeen al hojearlos, ha hecho construir unas carpetas especiales que, por su baratura, se hallan al alcance, lo mismo de los particulares, que de los establecimientos públicos y sociedades de instrucción ó recreo que nos favorecen con su concurso.

Estas carpetas unen á su buen aspecto suficiente solidez, y resultan muy á propósito para contener, en forma cómoda y elegante, los números últimamente publicados. Su precio, 2 pesetas en Madrid, 3 en Provincias y 4 en América y el Extranjero, incluso los gastos de franqueo, certificado y de embalaje entre cartones.

Diríjanse los pedidos, acompañados de su importe, al Administrador de La Ilustración Española y Americana, Alcalá, 23, Madrid, ya directamente, ya por mediación de los Sres. Corresponsales.

El Administrador.

CERTÁMENES.

JUEGOS FLORALES CONVOCADOS POR EL ATENEO DE CÁDIZ.

He aquí el programa del Certamen científico-literario á que convoca el Ateneo de Cádiz para 31 del corriente:

Premio del Ateneo: Flor natural.—Tema: «Soneto con libertad de asunto.»

Premio de la Excma. Diputación Provincial: Un objeto de arte.—Tema: «Conquista de Cádiz por Alfonso X», romance castellano.

Premio del Excmo. Ayuntamiento de Cádiz: Un objeto de arte.—Tema: «Apuntes biográficos acerca de alguna ilustre dama gaditana.»

Premio del Casino Gaditano: Un ejemplar de la obra titulada *Cristóbal Colón*, por D. José María Asensio.—Tema: «Sátira sobre la decadencia moral de las costumbres de nuestros días»; libertad de metro y dimensiones.

Premio de D. Rafael de la Viesca: Un objeto de arte.—Tema: «¿Cádiz es estación de invierno ó de verano? En uno ú otro caso, ¿cuáles son los medios de hacer más agradable la estancia de los forasteros en esta ciudad?» Trabajo en prosa.

Premio de la Sociedad Económica Gaditana de Amigos del País: Una escribanía de bronce.—Tema: «Pequeñas industrias marítimas que puedan implantarse en Cádiz, su instalación y presupuestos aproximados.»

Premio del Ateneo: Un jarrón de bronce.—Tema: «Estudio de la flora marina gaditana.»

Premio del Ateneo: Un reloj de bronce —Tema: «Oda á la ciencia, sus triunfos y sus hombres.»

Las condiciones del Certamen son, sobre poco más ó menos, las ordinarias.

En una fecha casi igual á la del anterior (30 de Agosto), se verificará en Calatayud otro Certamen literario, cuyo programa es como sigue:

Premio de honor: Flor natural y banda, regalo de la distinguida señorita María García Serrano y Melendo.—Tema: «A la mejor poesía, con libertad de metro y asunto, que se presente, y que no esté comprendida en ninguno de los demás temas.»

Premio del Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Zaragoza: Un crucifijo de metal y peluche.—Tema: «León XIII y la cuestión social.»

Premio del Excmo. Sr. Obispo de Tarazona: Una medalla de plata con el busto de Su Santidad León XIII.—Tema: «La Religión y la Ciencia.»

Premio del M. I. Sr. Vicario y Párrocos de esta ciudad: Las obras de Santa Teresa. (Edición autografiada, por D. Vicente Lafuente.)—Tema: «Una leyenda religiosa bilbilitana.»

Premio del Excmo. Sr. Gobernador Civil de la provincia, D. Eduardo Barriobero: Una bonita escribanía.—Tema: «Doce cantares aragoneses.»

Premio de la Excma. Diputación Provincial: Un objeto de arte.—Tema: «Estado actual de la agricultura é industria en la comarca bilbilitana, y medios de fomentar su desarrollo.»

Premio del M. I. Ayuntamiento de esta ciudad: Una magnífica escribanía.—Tema: «Influencia de las aguas en la higiene de las poblaciones. Medio de dotar de potables á esta ciudad.» (Memoria.)

Premio de la M. I. Universidad Literaria de Zaragoza: Dos artísticos bronces simbolizando la Agricultura.—Tema: «Historia de la enseñanza en Calatayud.»

Premio del diputado á Cortes por este distrito, D. Juan Gualberto Ballestero: Un objeto de arte.—Tema: «Reconquista de Calatayud por D. Alfonso el Batallador.» (Romance.)

Premio del Casino Principal: Una obra de Derecho, lujosamente encuadernada.—Tema: «Extensión de la libertad de testar en Aragón. Las legítimas en derecho foral aragonés.—Jurisprudencia» (Memoria.)

Premio del Casino-Ateneo: Una pluma de oro.—Tema: «Marcial y sus obras.»

Premio de los Sres. Jefes y Oficiales del regimiento Reserva de Calatayud, núm. 111: Un objeto de arte.—Tema: «Al mejor poema que con libertad de metro cante las glorias aragonesas en la conquista de Sicilia.»

Premio del diario *La Justicia*: Una acuarela de Fortuni.—Tema: «Origen y etimología de las calles de Calatayud.»

Premio de *El Parnasico*: Un objeto de arte.—Tema: «Un soneto á Marcial.»

Premio del diputado á Cortes por Tarazona, D. Faustino Sancho y Gil: Una estatua de bronce.—Tema: «Noticias históricas de la Jota Aragonesa.»

Premio de la Excma. Sra. Marquesa de Linares: Un objeto artístico.—Tema: «Agustina de Aragón.» (Canto épico.)

Premio del Excmo. Sr. D. Salvador Mateo: Una botonadura de oro.—Tema: «Un cuento.» (En verso.)

Los trabajos han de ser originales é inéditos.

El Jurado se compone de cuatro grupos, que presidirán el Sr. Obispo de Jaca, el señor Sancho y Gil, el Decano del Colegio de Abogados de Zaragoza y el Sr. García Viota.—X.



EL REY DE COREA Y SU HIJO.

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid............	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias.........	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero........	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXVIII.—NÚM. XXXI.

ADMINISTRACIÓN:
ALCALÁ, 23.

Madrid, 22 de Agosto de 1894.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN, PAGADEROS EN ORO.

	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia......................	60 francos.	35 francos.

TIPO EXTREMEÑO.

(De fotografía de D. José Baz.)

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

Limpieza mal, con una ejecución, que por muy justificada, necesaria y fatal que la hubiera hecho la enormidad del delito, siempre es un castigo que infunde espanto y excita compasión, y tiene el inconveniente de parecerse algo al crimen que se castiga. Rodó la cabeza del asesino Caserio en Lyón, separada del cuello por el cuchillo de la guillotina; y mientras se desbordaba por las venas y arterias rotas un caño de sangre, un aplauso horrible, poco menos feroz que el crimen de Caserio, fué el responso popular que obtuvo al morir aquel desdichado impenitente. Cumplió su mísero destino: nacer, y antes de darse cuenta de lo que es la vida y explicarse los fenómenos sociales, servir de instrumento á los que, ocultos en la sombra, quieren hacer del crimen una institución y un derecho natural: ésos no son hombres de acción, ni carne de pescuezo, y guardan sus cabezas sagradas para discurrir y reclutar. Nunca creeremos que Caserio salió espontáneamente de su obscuro aislamiento para asesinar á un hombre á quien no odiaba, ni siquiera conocía, ni que el argumento espantoso de crímenes y venganzas encadenados que se desarrolla en nombre de la anarquía es una sucesión casual de horrores con que una escuela libre, sin jefes ni organización, protesta de un estado social insoportable. La justicia humana en vano corta cabezas á la hidra; no ha herido ni ha sabido encontrar el corazón.

El *Temps* quiere discutir con los anarquistas: ¿acaso admiten nada de lo existente? Si usan de los idiomas es porque no pueden evitarlo; pero ¿reconocerán la lógica que se revuelve contra ellos? Propone lo que hace tiempo propusimos. Pónganse de acuerdo las naciones, y déjeseles un territorio en que puedan vivir anárquica y libremente. ¿Hay alguien que prefiera la anarquía al estado social? Condúzcasele á esa patria redimida; allí tendrán víveres é instrumentos de labranza; materiales de construcción y dinamita á todo pasto. Y créanlo: como les vaya mejor que aquí, todos iremos á practicar ese ideal que no cabe en nuestra mollera preocupada y retrógrada.

⁂

¿Hay derecho para enviar comisiones científicas en averiguación de si existen ó no, en pueblos con quienes tenemos relaciones frecuentes, epidemias que se trata de ocultar? Derecho escrito no le hay; pero ¿hay derecho para ocultar esas epidemias, con perjuicio y riesgo de tercero? La negativa de las autoridades de Marsella al examen de los hospitales de aquella capital por los médicos enviados por el Gobierno español es sospechosa, una vez que estando en mano del Prefecto francés la demostración de la limpieza sanitaria de Marsella, se han opuesto á la inspección, justificada por noticias alarmantes: podemos desde luego considerar á Marsella puerto sucio, y tomar todas las precauciones que el Gobierno juzgue convenientes. ¿Pero debe sentar jurisprudencia la conducta de esas autoridades francesas, ó mejor dicho del Gobierno francés, para casos análogos? ¿Dificultaremos cualquier estudio ó inspección que se les ofreciese? Por nuestra parte no lo haríamos: entre las formas que el proteccionismo económico puede afectar, ninguna tan odiosa é inhumana como la de infestar un pueblo amigo, ocultando una epidemia, para que no sufra el comercio algunos perjuicios que son indispensables en ciertos casos, pues antes que los intereses está la vida de los hombres. Impedir á una comisión de médicos estudiar el estado sanitario de una ciudad respecto de la cual hay noticias alarmantes, equivale á una declaración oficial de la epidemia, y á una constante sospecha para siempre respecto de un pueblo que oculta sus contagios.

⁂

El encargado de las revistas teatrales de *La Época*, don Pedro Bofill, ha muerto, joven aún, y de un modo tan inesperado como lamentable. Al bajar de un tranvía en la Puerta del Sol tropezó con él un hombre que pasaba corriendo, y ambos cayeron á tierra, el uno de lado, y el Sr. Bofill de espalda: el desconocido se levantó al instante y desapareció; pero el desgraciado periodista no pudo hacerlo, ni se había de levantar más. Cuando los médicos creían asegurada la curación de la fractura del fémur derecho, grave siempre, el Sr. Bofill murió de un derrame seroso, acaso por alguna lesión interna que se produjo en la caída. Era natural de Palafrugell, en la provincia de Gerona, y nunca faltaba á los estrenos de comedias, dando en alta voz su parecer, que iban á escuchar los muchos que no tienen opinión y quieren que se la den hecha. Al día siguiente Bofill daba como crítica de la obra sus impresiones en el estreno, que no siempre estaban conformes con las nuestras. Más aficionado al teatro francés que al español, había traducido una para la señora Tubau, que se puso en escena con buen éxito en el teatro de la Princesa. La muerte no le ha permitido desarrollar en forma escénica la estética teatral de que era partidario, ni en ningún tratado especial, ni en críticas reposadas: que el trabajo asiduo del periodismo consume las fuerzas y absorbe el tiempo y la atención de los hombres laboriosos como Bofill, que entregan á la prensa todo su caudal, y cobran con el último artículo las últimas pesetas.

⁂

Los pormenores del último ciclón y tempestad de piedra en los términos de Herencia y de Yepes causan lástima. En uno y otro campo fueron grandes los destrozos, y en el primero las desgracias personales: en Yepes, según nos escribe nuestro amigo el letrado D. Esteban López Bravo, las pérdidas materiales han sido tales, que toda la cosecha vinícola puede darse por perdida, así como el fruto de los olivares; las vides han perdido, no sólo los racimos y las hojas, sino hasta la corteza, quedando convertidas en troncos desollados. El famoso vino de Yepes no se encubará este año, y no sabemos cómo quedará la planta para las cosechas venideras. Este destrozo no ha venido solo: es la tercera cosecha destruída en los tres últimos años, y ha venido la catástrofe después de otras dos, y cuando los olivos empezaban á dar esperanzas de resarcir los gastos hechos para reparar los daños que otros dos formidables pedriscos causaron en los olivares. El Sr. López Bravo se lamenta de que no hayan sido terminados unos expedientes incoados ante la Administración, pidiendo auxilio; y, en nombre de aquel laborioso y hoy arruinado término, alza los brazos como pidiendo socorro al Gobierno. ¿Escuchará su voz desconsolada? Creemos justo gritar con él para que se haga lo posible por esos labradores que, con su trabajo y aplicación, han hecho famosa á su región agrícola, y merecen, hoy que les ha llegado la desgracia, en vez de la acción del fisco que seca y esteriliza, la de un Gobierno paternal que ayude al que produce y tanto ha tributado.

⁂

—¿No se ocupan ustedes de la guerra entre los japoneses y los chinos? ¿Por qué no me ha de preocupar lo que sucede en el planeta Marte?

—Porque de éste sólo se sabe que no sabemos nada. Si algunos astrónomos han creído explicar las líneas regulares observadas en su superficie por una canalización artificial, lo cual supondría unos habitantes tan adelantados é industriosos que hubieran llegado á reedificar por completo su planeta á medida de su gusto, lo cierto es que no pasa de una hipótesis atrevida, cuando más fácil es la suposición de que el sistema geológico de Marte es diferente del nuestro, y por no haber manera de examinarle, no nos le explicamos con arreglo á nuestros conocimientos, ó á lo que vemos en la Tierra. No niego que son curiosos é importantes los fenómenos que puedan observarse en los planetas; pero ¿preocuparnos por si en Marte se han observado manchas rojizas como de un gran incendio ó volcán, ó cualquier fenómeno luminoso de que no tenemos la clave? Eso es perder el tiempo.

—¿Y acaso no le pierden ustedes haciendo reflexiones acerca de la guerra de Corea? Japoneses y chinos se guardan muy bien de declarar sus intenciones; además, las noticias que nos llegan de aquellos países son contradictorias y vagas, como si ocurriese el conflicto en otro planeta.....

—¿No hemos sabido que echaron á pique aquel transporte chino?.....

—¿Y no sabemos que en Marte ocurre una revolución?

—Sólo sabemos que se ha puesto colorado.....

—¿Y le parece á usted poco? Si Marte se pone colorado, es que tiene vergüenza.....

—¡Hombre!

—Y sensibilidad..... Donde hay sensibilidad hay un organismo viviente.

—¿Adónde va usted á parar?

—¿Nadie nos escucha? Marte, como todos los planetas y acaso las estrellas—no lo digo yo, lo sospecha Flammarión, el novelista de los cielos—son animales que bogan por el espacio. Si eso es cierto, ¿por qué no sería posible hipnotizarle? Convoquemos á la humanidad; y millones de personas, mirando fijamente á Marte, con la intención firme y decidida de sugestionarle, obliguémosle á obedecer y hagámosle nuestro esclavo.

—¿Por qué tiembla usted?

—¿No es el señor Simarro el que pasa por la calle? Es que ha sido mi loquero.

⁂

La prueba de la tranquilidad en que vivimos en Madrid la tenemos en que el hecho de más consideración ocurrido hace algunos días ha sido el encuentro á puñetazos y bastonazos entre los que aplaudían y silbaban el nuevo baile *La Mesinesa* en el teatro de los Jardines del Retiro. Somos completamente neutrales en el asunto, porque no hemos visto ese baile, y acaso, aun cuando le hubiéramos visto, no tendríamos opinión muy segura, por no estar muy al corriente de las leyes de la estética coreográfica. ¿Era la música lo que disgustaba á una parte del público? ¿Era el asunto? Poco suelen tener estos espectáculos. ¿Era el desarrollo de la acción con la mímica de las pantorrillas? Lo ignoramos. Jamás hemos comprendido los monólogos de una primera bailarina que anda de puntillas, alza la pierna y da vueltas como un trompo. Sólo hemos entendido en nuestro baile nacional las picardías que dicen con su cuerpo, rimando las caderas con los compases de los pies las bailadoras de rumbo; pero no sabemos traducir la gimnasia y los desplantes, sorprendentes á veces, pero con poca gracia y simetría, de los bailes extranjeros. Sin duda les faltan el ritmo y la expresión á que estamos acostumbrados. ¿No gustaría al público, con un argumento cualquiera, una revista de aires nacionales, antiguos y modernos, que pudiera ser un estudio histórico del baile en diversas épocas? Pero conste que no hemos dicho nada. ¿Quién nos mete en un asunto que no entendemos y resuelven á bastonazo limpio, entre silbidos y aplausos, los aficionados de Madrid?

⁂

De la carta de un amigo.

«He visto maniobrar á un pelotón de niños: es un encanto.»

Pero una reflexión me ha detenido.

¿Estaremos organizando la guerra civil del siglo XX?

Cuando rodó la cabeza de Caserio resonó un aplauso.

—¿A quién aplauden?—dijo un periodista.

—Al verdugo. Ha debido salir al tablado haciendo cortesías. En Francia, gozan en las ejecuciones como si fueran comedias: en España, hacen con las comedias verdaderas ejecuciones.

—Yo procuro declarar la verdad en el padrón, y sin embargo, me multa la Compañía arrendataria de las cédulas personales. No sé qué hacer.

—Lo que yo: no declarar nada.

—Y quedará usted indocumentado.

—No; pertenezco á otro fuero; me incluyo con mi familia en el padrón de los perros.

—D. Crispulo, usted debe ser riquísimo.....

—¡Oh! no; soy un pobre comerciante.

—Que compra y vende ferrocarriles.....

—Sí; pero los compro y vendo al pormenor.

—¡Qué calor! En esta casa no corre viento.

—¡Qué ha de correr! Si lo tiene usted estancado en su cabeza.

—¡Qué gato tan hermoso! ¿Es limpio?

—Es lo más decente que hay en esta casa.

José Fernández Bremón.

NUESTROS GRABADOS.

TIPO EXTREMEÑO.

(De fotografía de D. José Baz.)

El original de la bonita cabeza de estudio que publicamos en la primera página de este número es un mendigo extremeño, hombre ya muy entrado en años, pero á quien ni éstos, ni los trabajos sufridos en la vida que lleva, han quitado la actitud arrogante, la sonrisa y la expresión del rostro que le dan tan particular aspecto.

Nació en Extremadura, y fué mucho tiempo memorialista en Madrid, Barcelona y otras capitales, conservando de aquella profesión el buen carácter de letra y la ortografía. Es hombre inteligente y de cierta instrucción. Reside largas temporadas en Salamanca, de donde suele salir á implorar la caridad en otras capitales. Es, por todos conceptos, un tipo notable.

Debemos esta hermosa cabeza de estudio á la amabilidad del Sr. D. José Baz, de Salamanca, quien nos envió la excelente fotografía de que es copia nuestro grabado, creyéndola digna de publicarse, como, en efecto, lo es.

⁂

LA GUERRA ENTRE CHINA Y EL JAPÓN.

Tropas regulares saliendo de Pekín con destino á Corea.—Shangai (China): soldados embarcándose para los puertos del Norte.—El acorazado japonés *Matsuhsima*.

Muchos siglos antes de que los filósofos modernos, predicadores de la paz y fraternidad universales, hubiesen venido al mundo, predicaba Confucio en el Oriente de Asia que, «por cada hombre que no trabaja, hay otro que no come», y que, por tanto, el oficio de soldado es el más inútil y dañoso de todos. El pueblo chino piensa como su gran filósofo, y cree, como ciertos pensadores europeos, que un soldado es una calamidad pública.

La guerra de 1860 mostró á los políticos chinos la necesidad urgente de prescindir, siquiera en parte, de la opinión de Confucio, atendiendo á que los secuaces de éste en Europa eran tan poco escuchados, que cada día iban los europeos aumentando sus ejércitos y armadas. El famoso Li-Hun-Chang, mandarín de gran influencia y talento, tuvo á su cargo la formación de un ejército del Norte, lo más parecido posible á los que forman los diablos encarnados de Occidente. Lo hizo con suma diligencia, y le acreditó con la victoriosa campaña en que sometió á la rebelada provincia de Tianchan Pelu, empresa que duró siete años.

Desde entonces va conociéndose en el Gobierno imperial algún deseo de ir aumentando las fuerzas de mar y tierra de la nación; y poniendo la mirada en las ambiciones de los Estados europeos, procura estar apercibido. Para detener á Rusia envía colonos á la Manchuria, poblando poco á poco aquel desierto, y poniendo en él numerosas tropas de soldados agricultores. Para defenderse de Inglaterra y Francia ha fundado arsenales y comprado buenos buques de guerra modernos.

Pero, esto no obstante, aun se halla muy lejos de poderse defender de cualquiera de ellas; porque si bien los chinos no son cobardes, como cree el vulgo europeo, carecen de espíritu militar, por lo que es difícil hacer de ellos buenos soldados.

Actualmente el ejército del Celeste Imperio puede considerarse compuesto de cuatro clases de soldados.

1.ª Los de las 24 banderas, suerte de soldados-colonos, todos casados, que dependen directamente del Emperador, y que serán 230.000.

2.ª El *Kiao-kiying*, cuerpo tártaro, compuesto de soldados escogidos entre las 24 banderas, y que ocupa la capital y sus alrededores.

3.ª La Bandera Verde, milicia provincial de 600.000 soldados chinos, dividida en 18 cuerpos (uno por provincia), y de la cual se sacan la mayor parte de las tropas que han de acudir á la guerra.

4.ª El ejército á la europea, que tendrá cerca de 100.000 hombres, armados con fusiles de repetición (hoy es España la única nación del mundo cuya infantería carece de este armamento) y mandados por oficiales que estudian en la Academia Militar de Pekín. Los profesores de esta Academia, organizada como las mejores de Europa, son jefes y oficiales del ejército alemán.

Publicamos en la pág. 108 de este número dos grabados, representando el primero soldados regulares, y el segundo tropas de la *Bandera Verde* que marchan á Corea.

También publicamos en la pág. 120 una vista del acorazado japonés *Matsuhsima*, del que dimos detallada descripción en nuestro número anterior.

°°°

BELLAS ARTES.

Músicos asiáticos, cuadro de Trotter.—*Flor de estío*, por V. Corcos.—Exposición artística de Bilbao en 1894: *Preliminares del 1.º de Mayo*, cuadro de D. Vicente Cutanda.—*Imprevisión y prudencia*, por C. S.

Siempre fueron los orientales notables músicos, y la Historia muestra que los europeos aprendieron de ellos este noble arte. En dos libros indios antiquísimos, el *Ragaribodha* (Doctrina de la música) y el *Deraganari*, está escrito lo que de él sabían muchos siglos antes de Cristo los habitantes del Indostán, los cuales tenían entonces su escala musical de 24 notas, correspondiente cada una á un cuarto de tono. Los egipcios conocieron también la música, y entre ellos y los habitantes del Asia Menor se la enseñaron á los griegos. Los hebreos fueron grandes músicos, y de Moisés se sabe que fué el primero que compuso un himno en honor de Jehová. David y Salomón también tuvieron fama de músicos y de grandes protectores de la música.

De los pueblos asiáticos que invadieron Europa, uno ha conservado existencia aparte: el húngaro. ¿Pues quién no conoce la aptitud musical de los húngaros? En el otro extremo de nuestro continente, los malayos é indochinos son también músicos notables, si bien su arte no puede compararse al europeo, hallándose en un período primitivo.

Damos en la pág. 109 dos tipos de músicos ambulantes asiáticos, dibujados por Trotter, y que tienen el mérito de estar fielmente tomados de la realidad.

Flor de estío es una bonita imagen de mujer, creada por la inspirada fantasía de tan distinguido artista como lo es el Sr. Corcos (véase la pág. 112). Las rosas que sobre sí tiene son como símbolo de la felicidad en esta vida. Mientras duren la juventud y la belleza sólo tocará la flor: los años la irán haciendo sentir las espinas. Entonces habrá llegado para la *Flor de estío* el invierno con sus hielos, es decir, con los desengaños de la vida.

En la importante Exposición de Bellas Artes de Bilbao, á la que tanto brillo ha dado el poderoso concurso del *Círculo* de Madrid, uno de los pintores que mayor triunfo ha conseguido es, sin duda, el Sr. Cutanda, con su cuadro *Preliminares del 1.º de Mayo*, en verdad muy hermoso.

El autor de *Sobre el campo de batalla* y *En peligro inminente*, ha dado una nueva muestra del poder dramático de su pincel. Aquellas robustas y enérgicas figuras de obreros son muy bellas y muy verdaderas, y en todo el cuadro hay tal severidad y tal vigor de líneas, que desde el primer momento emociona vivamente.

El Jurado ha premiado con harta justicia el cuadro del Sr. Cutanda, del que damos copia en la pág. 113.

Orgulloso el hombre con su título de rey de la creación, que á sí propio se ha adjudicado, siente más de una vez herida su vanidad al advertir que en la primera época de la vida no hace su inteligencia á la de algunos de sus súbditos tanta ventaja como pensara. Así, vemos que el niño es en los años de la infancia más torpe que muchos animales, tardando meses en aprender lo que el perro, por ejemplo, llega á saber en pocos días.

Nuestro grabado de la pág. 116 representa una curiosa y muy verosímil escena, en la que el perrillo favorito, viendo á su ama determinarse á cruzar un puente peligroso, pretende impedírselo, tirándola con fuerza de las faldas. En este caso el animal es el perspicaz y previsor, y el imprudente el ser humano; cosa vista tantas veces que nadie puede tenerla por increíble, y que podría probarse con multitud de ejemplos.

°°°

ROMA.

Residencia de verano de Su Santidad León XIII en el Vaticano.

Notorias son las causas que movieron á Pío IX á encerrarse en el Vaticano, considerándose prisionero de la revolución italiana, y tanto por esto como por ser la materia algo ajena á nuestro propósito, no hablamos de ellas.

Basta consignar que el Pontífice León XIII, como su antecesor, no sale nunca de aquel magnífico palacio, en el que pasa invierno y verano. Pero como la avanzada edad del Santo Padre pide cuidados y vida higiénica, tiene en aquellos hermosos jardines, no sólo muchos y agradables sitios de esparcimiento, sino también una residencia veraniega, de la que publicamos diferentes detalles en la pág. 117.

Entrando en los jardines del Vaticano por la puerta llamada de la Zeca (Casa de la Moneda), encuéntranse tres grandes paseos limitados por altas plantas de laurel y mirto, que impregnan el aire de sus suaves aromas. El de la derecha sigue junto á la cerca del Vaticano, y por él suele pasear el Pontífice á pie ó en coche; el del centro lleva á la encantadora *palazzina* de Pío IV, donde antes veraneaba León XIII, y el de la izquierda, después de dejar á un lado una bonita fuente, cuyas aguas movían antes las máquinas de la fábrica de moneda, sube á derecha é izquierda de una gran cascada artificial muy barroca, hasta llegar á una plazoleta, en el fondo de la cual se ve la masa obscura, severa é imponente del torreón en cuyos pardos muros se apoya la residencia veraniega de Su Santidad.

El Sr. D. Hermenegildo Estevan, que la ha visitado, merced á la amable recomendación de la Excma. Sra. Condesa de Pecci, sobrina del Pontífice y española por el nacimiento, y á quien acompañaron en su excursión monseñor Marzolini y el Conde de Moroni, sobrino también del Papa, describe del siguiente modo la residencia veraniega de éste:

«De arquitectura sumamente sencilla, el nuevo edificio (primer grabado de la pág. 117) conserva el estilo medioeval de la próxima *casina* de Paolo IV de Médicis, en donde algunas veces Su Santidad se refugiaba del calor cuando vigilaba la plantación de un hermoso viñedo que se extiende desde la nueva residencia á la Specola, observatorio astronómico recientemente construído por Su Santidad; viñas que han tenido y tienen todo el cariñoso cuidado del venerable anciano. Pocas son las habitaciones, y de éstas se han terminado recientemente las destinadas á dormitorio, despacho y oratorio, que ahora ocupa durante el día (pues vuelve á dormir al Vaticano); se reducen á un pequeño gabinete, una sala destinada á los Cardenales, otra para los Monseñores y Guardias nobles, y el salón circular del antiguo torreón en que se apoya la nueva *palazzina*, en el cual pasa las horas del calor, defendiéndole el espesor de sus muros del célebre *solleone* de la Ciudad Eterna.

»El citado salón circular (segundo grabado) es en la nueva construcción el único que bajo el punto de vista artístico merece atención, por su puerta de entrada inspirada en el gusto bizantino y su decoración interior, sobre todo la bóveda en forma de media naranja, en la cual el conocido artista alemán Seitz, siguiendo la voluntad del Santo Padre, ha pintado las constelaciones del zodiaco, las cuales aparecen como envueltas en brumas, á fin de expresar mejor el aspecto de la esfera celeste en las altas horas de la noche. Una de las curiosidades de este salón es su iluminación nocturna, pues recibe la luz por tantos focos eléctricos como estrellas componen la constelación de Leo.

»Desde el mirador, que une la futura habitación de León XIII con el salón circular, se está construyendo una galería cubierta que comunicará con una terraza, desde la que se goza de admirable vista sobre Roma. Su Santidad, más que ama, venera á la Ciudad Eterna, pues en sus paseos, los sitios predilectos son aquellos desde los que puede descubrir el sinnúmero de cúpulas, torres, monumentos y palacios de su querida Roma, y, cuando embebido en esta contemplación se halla, sus ojos vivos é inteligentes muestran una melancolía que denuncia el mundo de pensamientos que viven en aquella mente suprema.

»Tal es la morada veraniega de Su Santidad, dentro de la cual se han reunido todas las comodidades necesarias para que al ilustre anciano molesten lo menos posible los grandes calores del estío en Roma.»

°°°

EL ARCHIDUQUE GUILLERMO DE HABSBURGO.

Este príncipe, tío de S. M. la Reina Regente, ha muerto recientemente en Baden de una manera desastrosa. El caballo que montaba se asustó del ferrocarril eléctrico recién instalado en aquella ciudad, y le derribó con tan mala suerte, que dió con la cabeza contra una piedra, haciéndose una gran herida en el frontal, de la que murió horas después.



El Archiduque Guillermo de Habsburgo.

El archiduque Guillermo era hijo de aquel archiduque Carlos que tanto peleó contra Napoleón I y que tuvo la gloria de vencerle en Essling. Digno de tal padre, era también buen militar, según lo probó en las campañas de 1859 y 1866. Tenía gran afición á las Bellas Artes y fama de caritativo.

Era gran maestre de la orden Teutónica, cargo de mucha honra y consideración y que tiene grandes rentas. Ha muerto á los sesenta y siete años.

G. REPARAZ.

LA TRAICIÓN DE UN TUERTO (1).

Continuación.

V.

AS exaltadas ambiciones y odios enconados que desató la muerte del marqués D. Francisco, pusieron al Perú en situación tan crítica, confusa y dificultosa, que no es de extrañar la variedad de opiniones con que los historiadores la aprecian y juzgan de las causas y causantes más ó menos voluntarios de aquella primera ocasión de una embozada tentativa de independencia, que, si no al logro definitivo del objeto, podía conducir á otro resultado práctico y preparatorio para futuras contingencias, cual era tomarle el pulso á la autoridad real, y calcular su fuerza y eficacia en pugna con la de vasallos ricos y poderosos, dueños efectivos de una tierra que habían ganado, y que se hallaba separada á miles de leguas del trono y con un mar de por medio.

Los últimos capítulos de la carta que acabamos de leer vienen en apoyo de mi reflexión, y no holgarán junto á ellos unas cuantas palabras por vía de comentario.

Gonzalo Pizarro entró de vuelta de su viaje en la ciudad (que era villa cuando él la dejó) de San Francisco del Quito, el 24 de Junio de 1542 (2), y antes de escribir al Emperador, dirigió á Vaca de Castro otra carta con fecha 26 de Junio, á los dos días de su entrada en San Francisco y al año justo del asesinato de su hermano. En ella, sin duda alguna, debían descubrirse tan claramente como en la de Tomebamba, detrás de la oferta generosa y magnánima de ayudar en persona y con todos sus amigos al castigo de Almagro el mozo, la intención y propósito de tomar en el negocio la primera mano; porque el Presidente (y ya Gobernador), hombre ladino y receloso (aunque para el caso no había necesidad de que lo fuese), le contestó en 11 de Septiembre de 1542 (cinco días antes de la famosa batalla de Chupas), diciéndole: que bien sabía Dios si hubiese querido tenerle á su lado; pero no habiendo podido ser, que ya habría ocasión de aprovechar los buenos ofrecimientos que le hacía. Que guardaba sus consejos como de quien venían, y que cuidase de atajar los que quisieran huirse, después de la batalla, por Popayán, á su paso por las tierras de Quito.

Gonzalo Pizarro no hizo el menor caso de la orden disimulada del Presidente-Gobernador, y fuése á Lima, publicando su descontento, la ingratitud del Emperador, y profiriéndose en palabras desacatadas de amenaza, con lo cual predispuso el ánimo y voluntad de sus amigos y de casi todo el Perú, y los dejó preparados para su célebre rebeldía, que entonces ciertamente comenzara de hecho si no le contuvieran las astucias diplomáticas, con apariencias de caballerescas, de Vaca de Castro.

Apartado este incidente, entremos en la parte principal de la carta relación de Gonzalo Pizarro, para tomar desde ella nuevamente el rumbo de nuestro propósito, que es depurar la conducta de Orellana, y ante todo, el hecho merced al cual suena su nombre en la historia, siguiéndole en su derrota y recaladas por los ríos que navegó, hasta el paraje donde francamente rompió los compromisos de honra y la obediencia que le ligaban á su jefe y deudo.

VI.

Salta á los ojos que el desdichado descubridor de la canela de Quijos puso en su carta no menos empeño que en referir su larga y triste jornada, y en presentar con patético realce sus heroicos y sobrehumanos esfuerzos para proseguirla y acabarla, en demostrar la traición de Orellana. Los términos en que le acusa son claros y perentorios; no hay en ellos asomo de duda ó reserva, antes bien parecen agravados con dos circunstancias que, á mi juicio, insinúa Pizarro intencionadamente: la primera, haberse brindado el mismo Orellana á prestar el servicio que no prestó, dejando á sabiendas desarmados y en la agonía con el hambre á los que, como caballero, militar y cristiano, estaba en la obligación de socorrer á toda costa; la segunda, llevar á su cargo, como muy entendido en las lenguas indígenas, la custodia y consulta de los indios intérpretes que guiaban el campo, por los cuales pudo estar instruído, con más exactitud y pormenores que sus jefes y camaradas, de lo que había camino adelante. A la verdad, si olvidando cómo se suelen componer y aderezar los documentos destinados á conmover las entrañas de los Reyes y poderosos, sólo atendiéramos á la seguridad, á la convicción con que Pizarro formula sus cargos, era cosa de darle la razón sin más averiguaciones. Pero, aparte y á par de aquel prudentísimo recelo, nace una grave sospecha fundada en el carácter del acusador. Apasionado y expansivo sin cautela, arrebatado á veces y violento, ¿no le movieron á condenar de una manera tan absoluta la acción de Orellana el despecho, la rabia y el dolor que cebaban en su alma los infortunios de su viaje, acrecentados con la muerte de su hermano, el despojo de su gobierno, la pérdida del valimiento é importancia de su persona? Todo eso es lo que

---

(1) Por extravío de documentos y otras contrariedades, hasta hoy no me ha sido posible continuar con el presente artículo, que empezó á publicarse en esta ILUSTRACIÓN el día 22 de Agosto de 1892.

M. J. DE LA E.

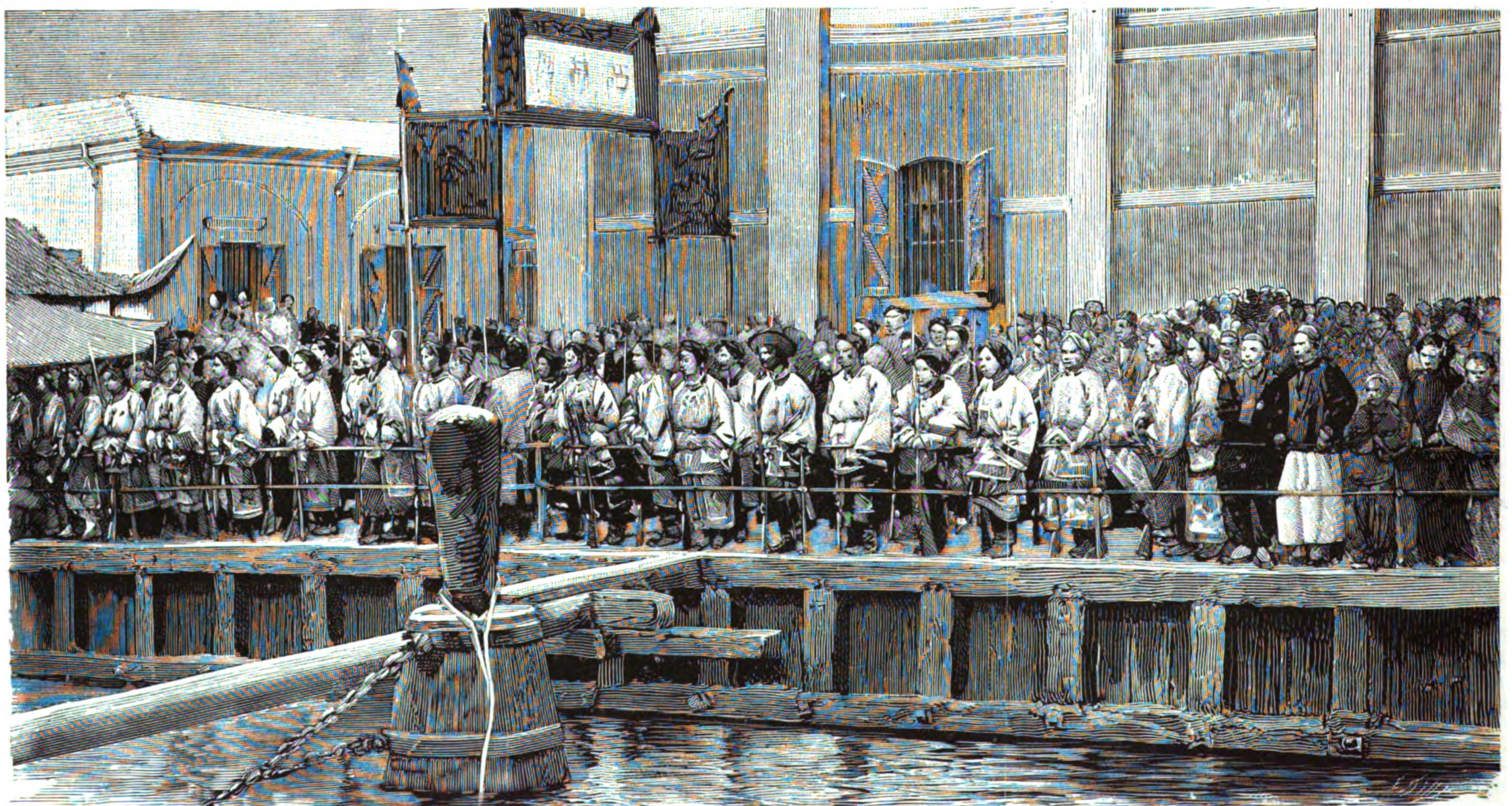
(2) «Estando escribiendo ésta, llegó de Quito un mensajero del capitán Gonzalo Pizarro, en que (*sic*) me hace saber el subceso de su jornada, y cómo llegó á aquella villa día de S. Juan pasado, con cien hombres á pie perdidos y desbaratados y sin ningún caballo ni otra cosa; porque, demás de no haber acertado en la demanda de la tierra que iba á buscar, se le alzó en un río un capitán con un bergantín y ciertas canoas y sesenta hombres, con todos los bastimentos, armas y pertrechos de la armada, para salir el río abajo á la mar del Norte, etc.»—Carta del adelantado Sebastián de Belalcázar á S. M., fecha en Cali á 20 de Septiembre de 1542.

Hago esta cita, porque ningún historiador señala el día en que Gonzalo Pizarro entraba en la ciudad de Quito, de regreso de su expedición á la Canela.



PEKÍN.—SALIDA DE TROPAS CHINAS DEL EJÉRCITO REGULAR CON DESTINO Á COREA.

(De fotografía.)



SHANGAI (CHINA).—EMBARCO DE SOLDADOS CHINOS PARA LOS PUERTOS DEL NORTE.



MUSICOS ASIÁTICOS.

CUADRO DE TROTTER.

vamos á ver con ayuda de testimonios suministrados por el mismo Orellana y compañeros de aventura (1), cotejados con el mapa de la tierra de la Canela y de la cuenca del Napo, comprobados con noticias indiferentes é imparciales de misioneros, y *autorizados* con mi visto-bueno como viajero por aquellas remotas y poco frecuentadas comarcas. Cuento con que la averiguación ha de ser desabrida é indigesta. No aspiro á lucirme ni á cautivar á mis lectores con amenidades literarias, ni menos á deslumbrarlos con arranques entusiastas de estilo, que han de inspirarse en hechos muy ciertos, para que no se me representen los tajos y mandobles del hidalgo manchego á los cueros de vino. Me contento con la seguridad de que si los futuros rapsodas de la odisea aureliana se dignan consultar estas notas itinerarias, incurrirán en menos inexactitudes que yéndose con Gómara, Cieza de León (copiado en parte por Herrera), Zárate, Garcilaso y Prescott, sin preguntarles previamente: ¿y dónde iremos á parar?

Comenzaré la pesquisa determinado fijamente el río en que se construyó el bergantín y Gonzalo Pizarro se lo entregó á Orellana con el expreso encargo que sabemos. Este es punto de suma importancia. Porque si bien los antiguos cronistas mencionados indican el Coca más ó menos explícitamente, el historiador norteamericano, apartándose de ellos y desairando, por esta vez sin razón, á su favorito el inca Garcilaso, repite en varios lugares de su *Conquista del Perú* (lib. IV, cap. IV) que fué el ancho Napo. Ahora bien; el libro de Prescott ha corrido siempre muy acreditado, y hoy en día lo está mucho más, como texto de toda confianza, entre los que necesitan escribir de pronto sobre cosas del Imperio de los Incas, y, por lo tanto, se me impone la obligación de restituir el crédito á los susodichos cronistas, afirmando primero que Prescott no tuvo, ni era posible que tuviera, autoridad, dato ó noticia la más leve en que fundar su parecer, porque no existen, y aduciendo después una prueba concluyente de que el río en cuestión es el Coca.

Desde luego, y con sólo un ligero examen de *nuestro* mapa, se ve que caminando, como caminaba Pizarro y su gente, por las tierras y bosques de la provincia de Sumaco, el Napo quedaba á su derecha y á largas distancias, y que, para dar en él, les hubiera sido preciso bajar hacia el Mediodía por el Suno ó el Payamino; en cuyo caso, cayendo, como tenían que caer, en los yucales donde mataron el hambre al emprender la vuelta á Quito, convencidos de la desobediencia y fuga de Orellana, éstas no hubieran tenido razón de ser. Pero atengámonos á la prueba prometida, que consiste en una parte de la relación del viaje de Gonzalo Pizarro, recogida por Toribio de Ortiguera de boca de algunos de los compañeros de Orellana, unos treinta años después del descubrimiento del Amazonas; la cual, sobre su interés de momento, tiene el de ampliar la carta de Pizarro, sin contradecirla, y enterarnos de curiosos pormenores, contados con tal sencillez y naturalidad, que no hay más que creer en ellos y descreer de Gómara, de Zárate y de Cieza, y en especial de Garcilaso y Prescott. Así, pues, no se enfaden mis lectores si la cita es tan larga, porque en cambio será provechosa.

«Siguiendo Gonzalo Pizarro su jornada — escribe Ortiguera — después de haber caminado algunos días, llegó al pueblo de Zumaco, donde hoy (1581-85) está fundada en servicio de S. M. la ciudad de Avila (2). Deste pueblo fué al valle de la Coca, por donde pasa un hermoso y caudaloso río; procurando buscar por donde le pasar con más seguridad y menos daño de su real, siguió su corriente riberas dél tres leguas, donde halló sobre la mano derecha una angostura grande y salto que el río hace por entre dos peñas de trece pies de ancho, donde mandó hacer una buena puente de madera por donde pasase su real y bagajes con buena seguridad, la cual pasada, siguieron su viaje el río abajo como diez leguas. Al cabo dellas dieron en una buena sabana, que es tanto como campaña rasa, donde estaba un pueblo llamado Güema, de poca vecindad y algunas comidas, donde se refrescó el ejército, la cual habría como tres leguas de largo. Por bajo desta campaña dieron en otra sabana menor, de hasta legua y media, la cual era muy fértil y abundosa de frutos y comidas de la tierra. Aquí pasó el real á se entretener y refrescar, de donde envió Gonzalo Pizarro á D. Antonio de Ribera, su maestre de campo, con la gente que le pareció á descubrir la tierra riberas deste río abajo; y habiendo caminado como diez leguas, topó riberas dél una buena poblazón, y sin tener encuentros ni pesadumbres con los indios della, volvió á dar noticia á Gonzalo Pizarro de lo que había; de lo cual *(sic)* alzó real destas sabanas, marchando la vía de la nueva poblazón, donde llegaron sin riesgo ni cosa que sea de contar. Llegados que fueron á ella, procuraron tener alguna entrada con los indios, sin que viniesen á rompimiento, y con halagos y rescates de sal, que entre ellos es tenida en mucho (3), y con hachas y machetes de hierro, comenzáronles á dar de comer mucho género de pescado y yuca y maíz y batatas y otras frutas que había en la tierra. Al cabo de algunos días que habían estado allí, como el río fuese ancho, manso y caudaloso, por donde navegaban los indios en canoas, pareció á Gonzalo Pizarro que sería bien hacer un bergantín, para que mejor y más fácilmente se pudiesen descubrir los secretos de este río. Púsose en plática el negocio, y todos vinieron en que era sano y acertado consejo. Púsose por obra, ayudando los indios á cortar la madera y traerla con los materiales y cosas necesarias para su fábrica, y con ello ayudaban á nuestros españoles amigablemente, así en la labor del barco, como en proveerlos de comida por sus rescates; é ya los españoles, asegurados con la buena amistad que los indios les hacían, salían á pescar al río, donde pescaban mucho pescado, por ser abundantísimo dello, y mataban con arcabuces muchas pavas *(Penelope)* y patos. Con lo uno y lo otro y con el maíz y yuca se sustentaban bastantemente.

»Con este buen aparejo fué Dios servido que hicieron un bergantín estanco y recio, aunque no muy grande, y le echaron al río en breve tiempo. Está situado este pueblo, que llamaron del *Barco*, riberas deste río, sobre mano izquierda, en una barranca alta, seguro de las avenidas que suele haber con las lluvias del invierno, y por la cuenta, estará á setenta leguas de la ciudad de Quito (1), hasta donde y aun más arriba se vió navegar por este río á los indios con canoas; y por esta causa certifican los que lo vieron, que se podría navegar desde España hasta este pueblo y algo más, por la mar y este río arriba, descubriéndose esta tierra.

»Acabado de hacer este barco, determinó Gonzalo Pizarro que se embarcaran en él y en algunas canoas hasta veinticinco españoles de los soldados enfermos que había con el bagaje del campo, para aligerar más la gente é servicio dél, con orden quel resto dél marchase por tierra y el barco navegase por el río con las canoas que con él iban, y todos, los de tierra y río, viniesen á hacer noche juntos, sin que se alargasen ni dividiesen los unos de los otros, para que del bergantín se proveyese el real de las cosas necesarias.

»Duró esta orden y concierto por espacio de cincuenta leguas (2), en las cuales hallaron riberas dél algunas poblaciones de donde se iban proveyendo de las comidas que les eran menester, y éstas pasadas, dieron en despoblado, y como les faltase la comida, y conforme á la relación y noticia que llevaban, á cuatro jornadas (3) adelante había una poblazón donde había mucha comida, de la cual iban ya faltos, de cuya causa mandó Gonzalo Pizarro á Francisco de Orellana, que era uno de sus capitanes, que apercibiese la gente que le pareciese que convenía y se embarcase con ella en el bergantín y tres canoas que llevaban, echando fuera el fardaje y cosas del real, para que fuesen más á la ligera, y fuesen á buscar aquella tierra y le trujeren con brevedad relación de lo que había con la mayor cantidad de comida que hubiese. Luego apercibió cincuenta y cuatro soldados y entrellos al P. Carabajal, de la orden de Santo Domingo, con los cuales se embarcó en seguimiento de su demanda. De allí se volvió Gonzalo Pizarro el río arriba á la más cercana poblazón que había dejado, dando orden á Orellana que allí le hallaría alojado con su real.»

VII.

Quedemos, pues, en que el río donde se fabricó el bergantín y Orellana se separó de Pizarro, era *ancho, manso y caudaloso, y corría por el valle de la Coca*, es decir, el que hoy lleva este nombre, aunque entonces, al descubrirle, le dieron el de *Río grande de Santa Ana* y *Río grande que viene de los Quijos*, los cuales conservaba aun después de incorporarse con el Napo, que tampoco se llamaba así en aquel tiempo, sino *Río de la Canela* hasta su confluencia con el de Santa Ana, paraje que hoy se denomina las Juntas del Coca.

Quede asimismo sentado, por consecuencia de lo antedicho, que siendo el moderno Napo ó antiguo río de la Canela el primer río grande con quien podía encontrar el de Santa Ana ó Coca, ya para recibirlo en sí, ya para tributarle sus aguas, pues ambos al confluir parecen del mismo caudal, las juntas á que Pizarro se refiere en su carta, y desde donde Orellana debía volverse al real, ó en donde prometió esperar á su jefe, no podían ser otras que las de aquellos ríos.

Resuelta esta cuestión, mucho nos convendría saber, siquiera aproximadamente, en qué sitio paraba el campo de Pizarro cuando despachó á su teniente general río abajo; mas, por desgracia, faltan los medios de averiguarlo. Las leguas de Ortiguera no nos sirven. La indicación de Pizarro de que se hallaban, al ocurrir el suceso, en los Omaguas, es indicio, pero muy leve, de que no andaban muy lejos de la embocadura. Estos indios, cuyo centro étnico radicaba en aquel entonces más abajo de la amplia y majestuosa confluencia de los ríos Napo y Marañón, en el gran archipiélago amazónico y márgenes vecinas, es gente ribereña ó isleña de su natural y enemiga de vivir tierra adentro y emboscada. El único dato seguro que sobre el caso tenemos es que Orellana y su destacamento tardaron nueve días en llegar por agua un poco más allá del sitio en que debía poner término á su honrosa y deshonrada comisión. Consta por los Autos de Orellana, la relación de Ortiguera y la del P. Carvajal publicada por Fernández de Oviedo. En ésta dice el vicario de la armadilla: «Salimos del real, segundo día de pascua de la Natividad de Nuestro Redemptor Jesu Christo, lunes, año é día segundo de mill é quinientos é quarenta y dos» (4). Y más adelante: «Siguióse que otro día martes que se cumplieron nueve días que habíamos salido del real, llegamos á un pueblo de una nación de indios que se llaman *irimarays*, en la cual quiso Dios que hallamos mucho maíz y algún pescado guisado é mucho axí, etc.»

VIII.

He dicho hace poco que Orellana pasó más allá del paraje desde donde, conforme á lo convenido con Pizarro, debía volverse al real con el socorro de víveres, y ahora me ratifico en ello; lo que no puedo afirmar es el cuánto.

Los *irimarais*, *irimais* ó *irimarases* (de los tres modos hallo escrita esta palabra) eran, sin duda alguna, de nación Omagua. El área de dispersión de este linaje, descendiente de la fecundísima raza caribe, alcanzaba entonces, por el río Napo ó de Santa Ana, límites superiores al desagüe del Coca; y todavía por los años de 1700 el gran misionero de estas gentes, el Padre jesuíta Samuel Fritz, conoció y trató á un Irimara, curaca de los *ticunas*, hábiles confeccionadores del veneno curare, el cual residía un poco más abajo de las juntas del Napo con el Marañón. Irimara también, nos dice el P. Carvajal en su itinerario manuscrito, se llamaba otro curaca ó señor que moraba en la región media del primero de aquellos ríos. La población de los irimarais, donde aportó y se estableció la armadilla de Orellana, denomínase en el itinerario del mismo Padre, copiado por Fernández de Oviedo, *Ymara;* pero en documento de más formalidad, cual es el primero que Orellana firmó el día de su desembarco, y á los nueve justos de separarse de su jefe, se le llama el *pueblo de Aparia*, ó sea del curaca que lo regía; nombre, á mi juicio, compuesto de *abbá*, padre, patriarca, señor en lengua omagua, y *aria*, *arian*, *ariana*. Porque conviene saber que los omaguas pobladores de las orillas del Napo comprendidas entre el Coca y el Ahuarico, según el P. Fritz, apellidábanse aún á fines del siglo XVII *arianas;* y otro misionero de la Compañía, autor de las *Noticias auténticas del famoso río Marañón*, aumenta la del P. Fritz, asegurando que á principios del siglo XVII vivían unos indios arianas en las cabeceras del *Tiputini*, río que desemboca á la parte del Sur, entre el Coca y el Ahuarico, y á igual distancia de uno y otro, y corre casi paralelo y cercano á la margen derecha del Napo. Ahora bien; el P. Carvajal, en el citado itinerario, distingue dos curacas ó señores del nombre de Aparia, *el menor* y *el grande*, cuyas residencias y dominios se hallaban situados respectivamente aguas arriba y aguas abajo de la boca del *gran Curaray*, tributario del Napo á unas sesenta leguas al Oriente del Coca, mediando entre los señoríos de uno y otro diez y nueve jornadas diurnas de navegación próximamente, con la circunstancia de que en el de Aparia el grande entraban las dos riberas del Curaray. De todo lo cual se infiere que, habiéndose de contar las diez y nueve jornadas desde este río para arriba, la capital del señorío de Aparia el menor, es decir, el pueblo de Aparia donde aportó Orellana, debía caer muy cerca de las juntas del Coca. Esto es indudable, ó el P. Carvajal nos engañó, lo que no creo, por más que en otros episodios de su relación lo intente; sobre que el documento de toda formalidad á que antes aludo no le dejaría mentir.

IX.

El cual es cabeza de los autos ó expediente preparado amañado por Orellana y sus amigos cautelosamente, á fin de preparar la disculpa de su deslealtad, y para mí el acto inaugural de la tragicomedia amazónica, precursora de las tragedias y comedias representadas por Inés de Atienza Salduendo, Lope de Aguirre y varios frailes, en aquel grandioso escenario. Nunca leo los tales documentos sin repulsión y disgusto. Una sola vez (la de Orellana) hemos pasado los españoles por los *reinos* de Aparia, hace tiempo restituídos á su prístino estado de selvas solitarias y divinas; ¡y decir que estos papeles cubiertos de garambainas escribaniles de traza cabalística, empapados en embustes y oliendo á bellaco, son los únicos testimonios que de aquel tránsito dejaron los llevadores y propagadores de la civilización cristiana en el Nuevo Mundo! Pero precisamente en ese contraste y de esa absoluta singularidad nace su interés histórico, y puede nacer el deseo de conocerlos, como hasta hace muy poco sucedía con lo reservado y secreto de nuestros archivos.

Volviendo á la pieza en cuestión, digo que certifica de un acto precautorio ó medida preventiva é indispensable: la creación de un oficio, cuya falta se notó el mismísimo día del desembarco, el de escribano de la armada. Orellana nombró por guardador de la fe y legalidad de sus futuras resoluciones, y de la verdad de lo que acontecer pudiera, á Francisco de Isásaga, natural de San Sebastián, sujeto que adquirió cierto renombre y algún que otro cargo lucrativo en las revueltas del Perú (1). El nombramiento hízolo Orellana, no por sí, sino como teniente de Pizarro, pues empieza de este modo: «En el pueblo de Aparia, ques en este río grande que viene de los Quijos, á 4 días del mes de enero de 1542, el señor capitan Francisco de Orellana, teniente general de gobernador por el muy magnífico señor Gonzalo Pizarro, gobernador por S. M., nombró por escribano desta real que tra del señor gobernador, etc.» Tomóle juramento del cargo, y á seguida le pidió testimonio de la toma de posesión en nombre de S. M. por el gobernador Gonzalo Pizarro en este pueblo de Aparia, y en el pueblo de *Yumara* (2) y en todos los demás caciques que habían venido de paz, y fe de cómo habían venido adonde él estaba y le servían, y de cómo había tomado la dicha posesión sin embargo de nadie. Otorgóle Isásaga luego lo que pedía, expresando que Orellana tomó, con la vara de la justicia en la mano, dicha posesión en nombre de S. M. y por el gobernador Gonzalo Pizarro, y que los caciques habían dado obediencia á S. M. y servían y traían de comer á los españoles, de todo lo cual fueron testigos el Padre fray Gaspar de Carvajal, el comendador Cristóbal Enríquez, Alonso de Robles, Juan de Arnalte, Hernán Gutiérrez de Celis, Alonso de Cabrera y Antonio de Carranza, y del último escrito, además, Cristóbal de Segovia.

Inmediatamente después de haber formalizado las anteriores diligencias, el mismo día 4 de Enero recibió nuestro flamante escribano de todos los sacerdotes, caballeros é hidalgos de la armadilla, para que lo notificase en debida forma al señor teniente general, el requerimiento que sigue,

(1) Son estos testimonios: las dos relaciones que escribió Fr. Gaspar de Carvajal del suceso y descubrimiento del río que por su descubridor se llamó de Orellana, una manuscrita é inédita, otra publicada con algunos *arreglos* en la *Historia General y Natural de las Indias*, por Gonzalo Fernández de Oviedo (lib. L, cap. XXIV): *Autos* y otros instrumentos causados durante el viaje de Orellana, desde su partida del real de Gonzalo Pizarro (originales): *Jornada del Marañón*, por Toribio de Ortiguera (ms. é inéd.). — De las *Noticias auténticas del famoso río Marañón* (1581-85), publicadas por mí en el *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*, tomo las que se refieren á los misioneros.

(2) Véase el mapa

(3) Como hoy en día; y para procurársela, hacen un viaje á las salinas de piedra del Huallaga en que tardan año y medio ó dos años.

(1) La distancia, aunque no mucho, es exagerada, pues por ella el pueblo del Barco viene á caer unas diez leguas al Oriente del río donde Ortiguera le supone situado.

(2) Otra exageración, pero mucho más grande que la primera.

(3) Las de estos descubrimientos por tierra montuosa é intransitada solían ser de tres leguas. Las que yo hice por los mismos lugares, sin más impedimento que la escopeta y el morral, no fueron mucho más largas.

(4) Que corresponde al 26 de Diciembre de 1541 de nuestro cómputo.

(1) Casó allí con María de Cervantes, y tuvo en ella legítimamente á Juan, Pedro y D.ª María de Cervantes y D.ª Isabel de Isásaga; y *fuera de ella* á Sebastián de Isásaga.

(2) Así dice por *Irimara*, sin duda.

y que Isásaga presentó á Orellana personalmente y leyó en su presencia y de los dichos:

«Magnífico señor Francisco de Orillana. = Nos los caballeros y hidalgos y sacerdotes que en este real nos hallamos con Vmd., vista su determinación para caminar el río arriba por donde bajamos con Vmd., é visto ser cosa imposible sobir adonde Vmd. dejó el Sr. Gonzalo Pizarro, nuestro gobernador, sin peligro de las vidas de todos nosotros, y que es cosa que no cumple al servicio de Dios ni del rey nuestro señor, requerimos é pedimos de parte de Dios é del rey á Vmd., que no empiece esta jornada tan cuesta arriba, en la que se ponen á riesgo las vidas de tantos buenos; porque somos certificados de los hombres de la mar que aquí vienen con el barco y canoas que aquí nos han traido, que estamos del real del Sr. Gobernador Gonzalo Pizarro ° ducientas leguas ° é mas por la tierra, todas sin camino ni poblado, antes muy bravas montañas, las cuales hemos visto por experiencia é vista de ojos, venien lo por el agua abajo en el dicho barco y canoas, padeciendo grandes trabajos é hambre; en el cual camino é viaje veniendo agua abajo hemos tenido temor de perder todos las vidas, por la necesidad é hambre que padecimos en el dicho despoblado, ¿cuánto más peligro de muerte teníamos subiendo con Vmd. río arriba? Por tanto, suplicamos á Vmd. é le pedimos é requerimos no nos lleve consigo el río arriba por lo que dicho tenemos y representado á Vmd., ni se ponga en nos lo mandar, porque será dar ocasión á desobedecer á Vmd. y al desacato que tales personas no han de tener si no fuese con temor de la muerte; la cual se nos representa muy descubiertamente si Vmd. quiere volver el río arriba adonde está el Sr. Gobernador; y si necesario es, otra y otra vez le requerimos lo sobredicho, protestando á Vmd. todas las vidas de todos; y con esto nos descargamos de aleves ni menos desobedientes al servicio del rey si no le siguiéramos en este viaje. Todo lo cual á voz de uno lo pedimos y firmamos de nuestros nombres como por ellos abajo parecerá. Y pedimos á Francisco de Isásaga nos lo dé por testimonio, como escribano que es de Vmd. Y decimos que estamos prestos de le seguir por otro camino por el cual salvemos las vidas. = Fr. Gaspar de Carbajal, vicario general, *Ord. pred.*—Fr. Gonzalo de Vera.—Cristóbal Enríquez.—Alonso de Cabrera.—Alonso de Robles [alferez de la jornada].—Juan Gutiérrez Bayón.—Mateo Rebolloso.—Rodrigo de Arévalo.—Carranza [Antonio de].—Alonso García.—°Alonso Lagares.—Albar González.—Pedro Domínguez [Miradero].—° Francisco de Tapia.—Blas de Medina.—Cristóbal de Segovia.—° Alonso Márquez.—Gonzalo Díaz.—García de Soria.—Gabriel de Contreras.—Gonzalo Carrillo (1).—Hernán González.—Alejos González.—Alonso Ortiz.—Juan de Vargas.—Hempudia [Juan de].—Pedro de Porres.—Pedro de Agaray.—Diego de Matamoros.—Juan de Arnalte.—Cristóbal de Palacios.—Alonso Val de Aguilar.—Celes [Hernán Gutiérrez de].—Hernán González.—Juan Bueno.—Juan de Llanes [Illanes].—Baltasar Osorio (?).—Juan de Aguilar.—Sebastián de Fuen Rabia [Fuenterrabía].—Sebastián Rodríguez.—Diego Bermúdez.—Francisco de Isásaga.—Andrés Durán.—Diego Moreno.—Juan de Lena.—Juan de Alcántara.—Lorenzo Muñoz.—Ginés Hernández.»

M. Jiménez de la Espada.

Continuará.

(1) En la nómina de las campañas de Orellana, inserta en la *Historia gen. y nat. de las Indias* de G. Fernández de Oviedo (lib. XLIX, cap. II), figura con este apellido un Juan y un García solamente.—Faltan también en dicha nómina los que señalamos con asterisco.

MUNDANAS.

ESCARCHA.

I.



Estás solo?

—¡Solo!

Ni uno ni otro pudieron al pronto hablar más. La misma alegría que se les desbordó por el pecho les ató la lengua. Gracias á que los ojos, los eternos rebeldes, se dijeron con un relámpago único lo que las almas sentían. Habíase ella concluido de peinar en su tocador, al acecho siempre del despacho para no perder cualquier oportunidad en que poder ver á su novio, habíase acercado á la puerta de la habitación, y no oyendo la fuerte voz de su padre dictando, había levantado suavemente el picaporte impulsada por una esperanza repentina de encontrar solo al escribiente, mientras el pobre mozo, pensando en lo propicio de la ocasión, murmuraba: «¡Si ahora viniera!»

Ella tenía quince años, él diez y ocho, la casualidad les había hecho encontrarse, y dormida aún la razón, con la fantasía lanzada á todo vapor por los azules campos de las ilusiones, se parecieron bien y se amaron, sin medir el abismo que los separaba, sin considerar que ella era hija de un Duque y ministro por añadidura, y él un escribiente cualquiera del prócer escogido por su buena letra. Estrabismos eternos del abril de la vida. Los dos comprendieron, aunque sin apreciar á fondo su posición respectiva, que necesitaban acortar las distancias sociales que mediaban entre ambos; pero ¡quién se apuraba! El muchacho hacía versos. Generaciones enteras de hombres ilustres han tenido por base de su fortuna una redondilla.

Los momentos eran preciosos, de oro. Pasado su estupor mutuo, se estrecharon, resplandeciéndoles el rostro de dicha, y ella, inquieta siempre y no acostumbrada á semejantes holguras, preguntó con timidez:

—¿Y papá?

—¡Le ha llamado por teléfono el Presidente, con tanta urgencia, que no ha tenido otro remedio que vestirse á escape y marcharse en un *simón!*

¡Salir tan temprano de casa, á las nueve, y con la mañana que hacía! Debía de reinar fuera un frío terrible. La noche entera había estado helando, y entrado el día, contra todas las leyes físicas, bajaba la temperatura en vez de subir, gracias á un sutilísimo viento de la sierra, que cortaba. De los árboles de la calle pendían algunos carámbanos á modo de estalactitas; veíase pasar á los transeuntes á escape, embozados hasta los ojos; los tejados de las casas blanqueaban cubiertos de un rocío blanco que parecía nieve, y las losas del piso se mostraban limpias, tersas, bruñidas por el soplete del aire seco.

Un dedo de escarcha tenían los cristales del balcón del despacho. ¡Era mucha manía la del prócer de no permitir encender lumbre en su habitación de trabajo! Odiaba toda clase de calores artificiales, singularmente los producidos por el carbón, incompatible con su cabeza, y no había quien le sacara del magín la idea de que el ácido carbónico que se desprende de la combustión, destruye poco á poco los pulmones. Así, pues, chouberskys y estufas holgaban para él. Iba forrado de lana pegada al cuerpo, metíase en una bata de dos dedos de grueso, se envolvía las piernas en una gran manta de piel, encajaba un gorro ruso, y venga frío. El pobre escribiente, á quien dictaba en su casa todas las mañanas, no tan blindado contra el hielo, pagaba la patente; pero su jefe tenía previsto el lance, y sobre no permitirle que se quitara el abrigo, hacíale ceñirse un plaid. En cuanto la jovencita pisaba el despacho, se echaba á temblar y no podía menos de decir:

—¡Pero qué manía, papá!

Y el Ministro se reía y la contestaba:

—¡Pareces un falderillo trémulo! ¡Exageras! ¡Esto da al Mediodía!

Al enterarse de que su padre había sido llamado, abrigó la niña la esperanza de que se prolongara su ausencia, y preguntó al escribiente:

—¿Tardará mucho?

—¡Me sospecho que sí!—respondió el amanuense.

En el modo con que se formuló la pregunta y la respuesta, traslucíase el imperioso deseo de que se eternizara. Con la zozobra siempre de ser sorprendidos, fuéronse al balcón para saber cuándo el Ministro volvía, y allí, de pie, se enredaron en un charloteo en que cada frase era una caricia, en un arrullo sin fin, tanto más tierno, cuanto que rara vez se proporcionaba ocasión de manifestarse de palabra. Todo el coloquio versó sobre el mismo tema: te amo. Mientras él hablaba, soltando á borbotones lo que de ordinario sólo podía confiar á la pluma, ella le escuchaba en silencio, escribiendo algo con el dedo en la escarcha del cristal.

—¡No lo he oído nunca de tus labios! ¡Dime que me querrás toda la vida!—concluyó el muchacho con ansiedad, como resumen de sus impetuosas declaraciones.

La niña terminaba entonces su escritura; se apartó sonriendo, y él leyó en la vidriera en unas letrotas gruesas é irregulares:

—¡Siempre!

II.

Era aquel invento la supresión del verano, la derrota absoluta del bochorno estival. Cuidado que hacía un día tremendo de calor, un día canicular en que los árboles, los charcos, las praderas, ardían abrasadas por el sol, en que los pájaros se hundían en lo más hondo de las copas, las ranas huían del pantano, colándose por entre los juncos, y las vacas se refugiaban bajo las frondas, buscando todos la sombra protectora. Pues nada: aquel joven melenudo y con anteojos, belga de nación, cogió su maquinita heladora, y en un instante congeló el agua de un recipiente.

El Ministro, los directores generales de su departamento, varios académicos de la de Ciencias y no pocos catedráticos, diputados y periodistas, asistieron al experimento; también estaban invitadas las señoras. En coches y tranvías fuéronse á la deshilada á la Escuela Agrícola de la Moncloa, y una vez reunidos todos, el inventor requirió su aparato, inició sus corrientes de aire, que dirigió á varios objetos, y realizó multitud de experiencias. Los comentarios en voz baja comenzaron en seguida. Eso era una antigualla; eso no tenía novedad ninguna; eso era ya conocidísimo: la descomposición de ciertos ácidos. Quizás el sulfúrico, quizás el amoníaco. Pero es indudable que allá dentro de la maquinita había algo nuevo, y ese algo nuevo constituía precisamente la obra del belga. Lo que nadie discutió fué la utilidad de la cosa, de la frigorización. Estaba resuelto el problema de los hospitales, de los cuarteles, de los mercados, de las grandes agrupaciones de organismos, vivos ó muertos, durante el estío. ¡Soberbio!

Como es natural, los dos muchachos se habían citado para las experiencias. Ella iba con su padre, él con su jefe. Las exigencias sociales les separaron durante las pruebas, y apenas si pudieron cambiar alguna palabra furtiva; pero se colocaron de manera que se distinguiesen, y lo que no hicieron los labios lo realizaron los ojos. Ninguno se enteró de las manipulaciones del belga, pero singularmente el empleado, absorto de admiración, extático al contemplar á la niña con su traje de seda celeste que tan bien caía á sus cabellos rubios, convirtiéndola en una de esas figuritas de *biscuit* de la moderna escuela italiana. El pobre chico se sentía orgulloso de poseer el corazón de la dulce criatura, y pensaba enajenado:

—Ahí está en primer término, descollando sobre las demás por su posición y por su belleza y ocupando un trono: viéndose solicitada de títulos, de jóvenes distinguidos y opulentos, me prefiere á mí, á un cualquiera..... ¡Pero yo llegaré, yo llegaré, y entonces!.....

De todas las pruebas salió el belga igualmente vencedor. Pero restaba la última, la que sin duda reservaba para cerrar la sesión con un golpe de efecto, el epílogo preparado con habilidad suprema y con el objeto de disipar hasta la más mínima duda que pudiera quedar en el ánimo de los incrédulos. Indicando que se proponía formar una escarcha artificial, hizo que un mozo bañara de agua con una manguera la vidriera de una ventana, y á la vez que caía la copiosa corriente sobre el cristal, disparaba él sus ráfagas frías sobre el transparente plano, que en un instante perdió su diafanidad y quedó empañado por una capa blanca, como si de verdad llegara de fuera el soplo glacial de invierno. El inventor logró una congelación completa, y ávido de demostrar hasta las semínimas la certeza del experimento, de llevar la evidencia á todos, trazó con el dedo una raya en la superficie mate del helado líquido.

Estalló una salva de aplausos, un coro de plácemes. Las señoras singularmente no ocultaban su asombro, y en cuanto el belga se apartó, apresuráronse á imitarle, y los deditos finos y delgados de las damas comenzaron á trazar líneas, círculos y nombres antes de que la naturaleza recobrara sus derechos y licuase aquella capa de hielo provocada por medio del artificio. La hija del Ministro no fué de las últimas en garrapatear en la vidriera. Un pensamiento repentino iluminó su mente, y á su resplandor de relámpago un recuerdo delicioso surgió en su memoria. Acordóse, pues, de aquella mañana inolvidable de invierno en que, solos los dos en el despacho, él la exigió una declaración de cariño que ella le escribió en el cristal del balcón y que hubo que borrar á escape cuando el coche del Consejero de la Corona dobló la esquina.

El escribiente no la quitaba ojo, embebido en su contemplación. Entonces la niña se sonrió con íntima dulzura, y sin cesar de mirarle con insistencia, como indicándole que se fijara en lo que ella iba á realizar, escribió algo rápidamente en la vidriera recubierta por la escarcha artificial que ya empezaba á desaparecer. El muchacho tuvo un presentimiento.

—Eso es para mí—murmuró.

Y abriéndose paso á través de la gente, acercóse á su vez á la vidriera, mientras la hija del Ministro, aparentando escuchar á alguna amiga que la llevaba cogida del brazo, no cesaba de mirar á su novio con el rabillo del ojo, gozándose con la alegría que el mozo iba á experimentar. Todo fué cosa de un instante. Cuando el escribiente estuvo ante el cristal, ya la escarcha artificial apenas existía; pero aun consiguió descubrir las letrotas de la ministra y leer el principio de una palabra elocuente, á él dirigida, y de la que ya faltaba alguna letra.

—Siempre.

III.

La novia salió al salón, trocado en capilla, del brazo del Duque su padre, que con su rostro enjuto y afeitado, su casacón bordado de oro de gentilhombre grande de España, sus bandas y su calzón corto, parecía un retrato vivo de Goya. Cuando la desposada se presentó sonriente y espléndida, rebasando con su figura de estatua helénica sobre la ya algo encorvada del ex ministro, arrogante como una Juno, vestida de blanco y con el velo de desposada prendido en la cabeza, los invitados alzaron un murmullo de admiración, y los revisteros del gran mundo comprendieron que para hacer la crónica de la aristocrática boda habían de echar mano de su más escogido repertorio de adjetivos é hipérboles, y comparar á la Duquesita con todo los ángeles purísimos del cielo. El novio aguardaba junto al altar cubierto de flores, metido en su uniforme de maestrante, acompañado de los padrinos, de la familia, del capellán de honor de la Casa Real que había de echar la bendición nupcial á la feliz pareja. El aire olía á rosas y á incienso.

Procedióse al casamiento civil. Allí estaba el juez, un guapo muchacho, alto, pálido, con barba negra, en la fuerza de sus treinta años, vestido correctamente de frac. Más de una solterita, influida por el medio ambiente de la boda, habíale echado el ojo, admirando en silencio el continente irreprochable de la autoridad, un poco frío, pero de una distinción suprema, y pensando para sus adentros juveniles, con la secreta esperanza de no acertar: «¡Si será casado!» Alguna muchacha creyó advertir algo extraño en aquel hombre, como llamaradas repentinas de sus ojos en el acto apagadas. Cuando los novios y los padrinos se acercaron á la mesita de laca en que habían de firmarse los esponsales, el rostro del representante de la justicia se inmutó súbitamente; pero fué un relámpago que pasó, recobrando las facciones en seguida su serenidad.

No fué ella sola. Clavó la Duquesita sus ojos en el juez, y tuvo que hacer un esfuerzo supremo para no dejar escapar un grito, palideciendo espantosamente. Apenas pudo firmar luego; de tal manera la temblaba el pulso. Nadie extrañó la turbación de la muchacha; la emoción propia de la ceremonia. Llególe al Duque su turno, y antes de coger la pluma tendió la mano al heraldo de la ley, y encarándose el prócer con su hija, la dijo:

—¿No te acuerdas de este señor? Le he tenido á mis órdenes cuando fuí ministro. ¡Buenos fríos ha pasado en casa! Anteayer al leer el encabezamiento del acta recordé el apellido, y efectivamente se trataba de mi antiguo amanuense de la secretaría particular. ¡Muchacho que valía! ¡Ya ves qué carrerita se ha hecho!

El juez oía impasible y sonriente. Al escuchar tales elogios, se inclinó con perfecta urbanidad sin desplegar los labios. El Duque, cesando en su volubilidad, firmó, después de ponerse sus lentes de vista cansada. Mientras, la novia sentía penetrar en su alma, como otras tantas hojas damasquinas, cada una de las palabras de su padre, y sin atreverse á mirar al juez se apoyaba en la mesita, haciendo un supremo esfuerzo de voluntad para no desplomarse.

—¿Te sientes mal?—la preguntó su prometido alarmado.

La Duquesita procuró sonreirse, sin conseguirlo, respondiendo que no con un movimiento de cabeza, y en éstas el ex ministro terminó su rúbrica, exclamando con su locuacidad habitual y dirigiéndose al juez:

—¿Y usted sigue soltero?

El juez resistió impávido la pregunta; sólo sus ojos resplandecieron un instante con un fulgor extraño. Y con voz suave, pero llena á la vez de tristeza é ironía, repuso:



FLOR DE ESTÍO,
POR V. CORCOS.



PRELIMINARES DEL 1.° DE MAYO.

CUADRO DE D. VICENTE CUTANDA.

(PREMIADO CON MEDALLA DE SEGUNDA CLASE.)

—¡Vea usted lo que son los sarcasmos de este mundo! Hace doce años tiene conmigo empeñada una mujer una promesa, y no verbal, sino escrita, y yo, juez, no he podido lograr que la cumpla!.....

—¡Hombre, hombre!—exclamó el prócer.—¿Pero habiendo documentos?

La desposada no perdía sílaba del coloquio, anhelando á la vez que no se prolongara y que concluyera la firma de todos. Terminóse por fin; el juez recogió el acta, saludó con una glacial reverencia, y dejando absortos á cuantos le oían la extravagancia de la respuesta, exclamó retirándose:

—¡Desaparecieron en seguida!..... ¡Eran de escarcha!

Alfonso Pérez Nieva.

LA VIDA EN EL CASTILLO.

De la tradición romana y del carácter germánico nació el espíritu feudal de la Edad Media. Roma y Germania habíanse de tal suerte organizado mediante agrupaciones por la amistad ó el interés, que la *familia*, el *cliente* y el *patrono*, como la *tribu*, el *guerrero* y el *caudillo*, fueron los moldes del *feudo*, del *vasallo* y del *señor*. El agravio hecho al individuo repercutía en la colectividad, y todos empuñaban las armas contra el agresor. De ahí las relaciones de altos y bajos á fin de mutuo auxilio.

Hundida España en las ondas del Guadalete, los que se propusieron restaurarla ganáronse con sus espadas y talentos fincas é inmunidades, cuyo disfrute pasó á su descendencia. De la palabra latina *Dux*, con que Roma designara al capitán de sus huestes, procedió la de *Duque*, título posteriormente gubernativo, y más posteriormente nobiliario: «Duque de Cantabria» siguieron llamando los vasco-cántabros, después de la invasión árabe, al señor que los rigiera, y «Duque de Benavente» llamó Enrique II de Castilla á uno de sus trece hijos ilegítimos. *Marqués* fué en un principio el custodio de la frontera de un Estado, y luego el poseedor de una porción de territorio ó *marca* erigida por Su Alteza en *Marquesado*. Y de los *Cómites* de la corte de Augusto vinieron los *Condes* ó Gobernadores góticos, que desempeñaban la parte militar y encomendaban la civil á los *Vizcondes* y *Barones*, sus lugartenientes. Tal era la escala que, empezando de menor á mayor en el *hidalgo* ó «hijo de algo», que obtenía de los azares de la guerra hacienda y ejecutoria bastantes al decoro de una posición mediocre, acababa en el *rico-hombre* de Silo ó «grande de España» de Fernando *el Católico*, que confirmaba con los Prelados los privilegios reales, y usaba por distintivo heráldico un pendón, señal de que podía levantar tropa, y una caldera, señal de que podía mantenerla.

Limitábanse unos á afianzar la posesión de sus dominios; aspiraban otros á acrecentarlos, y todos adquirían ó erigían castillos, á la vez que alcázares de sus deudos, fortalezas de sus colonos. Habíalos del Rey y del Pueblo, nombre que designaba aquí á la Nación, y que abarcaba, por tanto, el Abadengo, el Solariego y la Behetría. Los alcaides de aquéllos debían ser de limpio linaje, y, sobre leales, esforzados y dadivosos, ricos, sabios y diligentes. Los caballeros, escuderos, ballesteros y demás auxiliares, debían ser igualmente personas escogidas, de constitución recia, que nunca hubieran traicionado, ni descendieran de traidores. Desempeñaban los más leales los servicios de velas y sobrevelas, rondas por fuera, atalayas de día y escuchas de noche, y se les pagaba bien, y se les cambiaba á menudo. Nadie podía salir ni entrar sin orden del alcaide, ni el alcaide podía salir tampoco sin orden de quien recibió la alcaidía. Los guardadores del fuerte habían de repararle en tiempo de paz, y matar en tiempo de guerra al enemigo que intentara aproximarse. «Ca en esto, dicen las *Partidas*, non deven acatar a padre, ni a fijo, ni a señor que ante ouiere avido, ni á otro ome del mundo.» No se podía erigir, poseer, vender, ni cambiar castillo del Pueblo, sin consentimiento del Rey, el cual era preferido para la venta ó cambio de los mismos. Todos los alcaides, amén de volver á su respectivo dueño los edificios de su custodia inmediatamente que les fueren pedidos, á no resultar de ello crimen de traición, debían socorrerse en caso de peligro. Y el labrador que hubiere en la fortaleza ó en lugar cercano, como los demás libertos y vasallos, debían secundar estas disposiciones.

Altos muros vigilados desde cien barbacanas, y hondos fosos llenos de agua ó erizados de piedra, circuían el ancho patio á que daba acceso el puente levadizo, y sobre el cual erguíase el bélico monumento, guarnecido de estratégicos bastiones y protegido por la enorme *torre del homenaje*. Encima de su entrada, que defendían gruesos portalón y rastrillo, mostrábase la horca, signo de autoridad terrorífica, y en torno de su mole extendíanse los talleres de los siervos y los retenes de los soldados, los almacenes de víveres y los depósitos de armas, y las jaulas con sus halcones, y las perreras con sus sabuesos, y las cuadras con sus corceles, y los apriscos con sus rebaños. Mientras engañosas trampas facilitaban el descenso á subterráneos, que servían de tormento al vasallo indócil ó al rival vencido, cuando no de oculta salida á la guarnición sitiada.—Cinco habitaciones componían el piso bajo: la cocina, cuyo legendario hogar alimentaba constante fuego: el comedor, donde á la diaria *copa de salud* ó de gracias á Dios añadíase en los banquetes de ceremonia la *copa de bendición* ó de paz á los concurrentes; la cámara de justicia, desde cuyo áureo estrado, y á presencia de heraldos, pajes y alguaciles, fallábanse los litigios; la sala de armas, con sus picas y mandobles, cimeras y corazas, donde ante blasónico pendón se recibía pleito homenaje, y la capilla, con sus marmóreos nichos, donde se rezaba misa privada. Sobresalía en el primer piso, entre los dormitorios de la familia noble y los de la plana mayor militar, una estancia lindísima: tapices de seda, sillones de cuero y cofres de roble adornaban el lugar en que la castellana entretenía las horas que le señalaba diminuto reloj de arena, una veces pulsando el arpa ó la guzla, otras orando en el reclinatorio, otras hilando con la rueca, cuando no suspiraba á la luz de la luna desde misterioso balcón velado por la hiedra del muro ó consultaba con sus camaristas el significado de una flor ó el enigma de un sueño. Y ocupaban el segundo piso la mayordomía, la enfermería, el archivo, los graneros, las reservas de municiones y la angosta escalera que conducía al terrado, cuyas almenas, prudentes miras telegráficas, remataban el edificio.

La vida deslizábase en el castillo bajo escrupulosa regla jerárquica. No osaba el siervo alzar los ojos ante el colono, ni el colono alzar los suyos ante el señor. Y nada decimos de los criados domésticos, siquiera se les mudara tan poco, que los que entraron de paje del abuelo y niñera de la abuela, morían por lo general de ayo del nieto y dueña de la nieta. ¿Qué más? Ni entre marido y mujer, ni entre padre é hijo, solía haber las expansiones inherentes á sujetos tan de cerca ligados. ¿Ni cómo haberlas dado el orgullo de raza que nos inoculara la gente visigoda, y que llegaría, no ya á que D. Alfonso *el Sabio* prohibiera, so pena de muerte y perdimiento de bienes, el matrimonio de libres con siervos, aunque á poco le autorizara siempre que el señor de los segundos lo consintiera (1), sino á que D. Pedro *el Justiciero*, sobre negar el derecho de quejarse á la criada violada por su amo, negara el derecho de redimirse al plebeyo que se casara con hidalga? Ejemplo: una dueña hidalga, y entiendo aquí por dueña la que no era doncella, se enamoraba de un labrador plebeyo, joven, guapo, robusto, bondadoso, listo, acomodado, sin que bastaran tales circunstancias reunidas á borrar ante el santo matrimonio las diferencias de clase. En el hecho de unirse la llamada mujer noble al llamado hombre villano, se hacía tan villana como él, convirtiendo sus bienes de exentos en pecheros; exención que sólo recobraba con la muerte del marido, previa formalidad humillante y, hasta sacrílega, á ser menos ridícula. «E deue tomar acuestas la dueña una albarda, e deue ir sobre la fuesa del suo marido, e deue dezir tres vezes, dando con el canto del albarda sobre la fuesa:—Villano, toma tu villanía, e da á mí mía fidalguía» (2).

Así como un erróneo concepto del deber tendía á menoscabar los caros sentimientos del corazón, un erróneo concepto de nuestra personalidad tendía á cohibir las dignas manifestaciones de la inteligencia. El infanzón, que se gloriaba de montar un caballo, romper una lanza ó disparar una flecha, de tirar á la barra ó jugar á los bolos, desdeñaba la simple lectura ó escritura. Bastábale con adjudicarse algún campanudo lema, como el de «Después de Dios, la casa de Quirós», á que burlonamente contestaba el Pueblo: «Después de Dios, la olla.» Mucho dió que hablar Alfonso *el Magno* de Asturias, cuando envió sus hijos á instruirse en las escuelas arábigas de Zaragoza. Había algún que otro docto: pero la mayoría gozaba en la ignorancia.

Durante las épocas tranquilas solazábase el castellano en reunir por las noches, al amor de su hogar, á sus compañeros de combate. En tan amenas veladas, mientras pajes y escuderos se distraían, á respetuosa distancia, jugando á los dados ó recitando cuentos de brujas, los caballeros se relataban sus hazañas de guerra, ó sus aventuras de torneo, ó sus peripecias de montería, ya que no escuchasen absortos la historia de algún peregrino que volvía de Tierra Santa.

A su vez la castellana, sagaz por instinto, aprovechando las solemnidades de la Religión, de la Familia ó de la Patria, solazábase congregando en sus habitaciones aquellas famosas Cortes de amor, en que, alternando con las bufonadas del jorobado ó con los títeres del juglar, se disputaba sobre puntos de galantería y se aplaudían las melódicas trovas del poeta errante: Cortes novelescas, de que solían nacer culpables relaciones que concluían en sangrientos dramas.

El señor feudal, cuyas armas no podían ser embargadas, ni su cuerpo ni el de su caballo ofendidos, ni sus ingresos mermados hasta cobrar él por completo las multas impuestas á sus servidores, excepto las de *caloñas* ó delitos de sangre, que compartía con Su Alteza, volvíase tanto más indómito cuanto mayor era la distancia que le separaba del Trono. Espíritu altanero, miraba con envidia al Rey, con prevención al Abad y con desdén al Concejo. Espíritu ambicioso, no había respeto que le contuviera. ¡Pobre del colono poseedor de una vaca más rolliza que las suyas! Porque perdía la vaca. ¡Pobre del comensal cuya hija excitara su torpe deseo! Porque perdía la hija. Gráficamente le dibujó Lope:

> Si está con un hombre airado,
> Sólo el cielo le socorre.
> Él pone y él quita leyes:
> Que estas son las condiciones
> De soberbios infanzones
> Que están lejos de los reyes.

Acostumbrados á burlar la acción de sus jueces y tribunales, á los que ni siquiera acudían por medio de sus procuradores, derecho de representación de que gozaban como el Monarca; acostumbrados á tomarse la justicia por su mano, dieron lugar á que Alfonso VII legalizara en las Cortes de Nájera de 1138 las contiendas privadas, acordando «que ningun fijodalgo non firiese, nin matase uno a otro, nin corriese, nin desonrase, nin forzase, *a menos de se desafiar... a nueve dias*» (1); acuerdo fundado, según Alfonso X, «en que toma apercibimiento el que es desafiado para guardarse del otro que lo desafió, ó para avenirse con él» (2).

Ni faltaba noble criminal que llevara su audacia hasta jurárselas al Merino del Rey que le prendiera, y al verse libre amenazara de muerte al Gobernador cesante. Entonces el amenazado se dirigía á Su Alteza, y éste mandaba «a aquellos de quien se teme el que fue Merino, *quel'den treguas de sesenta años*» (3); es decir, que le dejen en paz durante tal período: subterfugio que amparaba al débil de modo vergonzante.

¿Qué extraño que la Corona, tan fieramente combatida, oscilara desde arrogarse el poder de expatriar á su antojo á tan peligrosos súbditos, hasta reconocerles tímida el derecho á insurreccionarse? (4). ¿Qué extraño que cuando un magnate se alzaba contra otro, produciendo lamentables guerras civiles, «lid de dentro del cuerpo», según las *Partidas*, tendiera á exterminar á entrambos? Todo español, sin esperar mandato del Rey, ni excusarse por razón de linaje, estado ó sexo, quedaba obligado á sofocar dichas guerras «con sus manos o con sus compañas o con sus aueres», eximiéndose únicamente los que no podían incorporarse por las grandes nieves de los cielos ó las grandes avenidas de los ríos, los enfermos, los menores de catorces años y los mayores de setenta; y aun éstos acudían cuando ayudaran, si no con su brazo, con su consejo.

A pesar de tamaños inconvenientes, la aristocracia desempeñó lucido papel en la obra de la Reconquista. Comenzó por dar más Cides que Velas. Sus caballeros, cuyo principal requisito para montar corcel de silla consistió en la propiedad siquiera de cien ovejas, dos yugos de bueyes y heredades correspondientes, según Fuero de Molina, formaron la más distinguida clase del ejército. Y la misma sistemática oposición que la devorara sirvió, como todas las oposiciones, para depurar virtudes, verdades y justicias, para evitar que el Rey degenerara en tirano, el Abad en fanático y la Behetría en demagógica.

Abdón de Paz.

(1) *Fuero Real*, lib. IV, tít. XI, leyes 1.ª, 2.ª y 3.ª, y *Partida* IV, tít. XXII, ley 5.ª

(2) *Fuero viejo de Castilla*, lib. I, tít. V, ley 18.ª

(1) *Fuero viejo de Castilla*, lib. I, tít. V, ley 1.ª

(2) *Partida* VII, tít. XI, ley 1.ª

(3) *Fuero viejo de Castilla*, lib. I, tít. V, ley 11.ª

(4) Idem, ídem, tít. IV, ley 2.ª

LA EXPIACIÓN.

Después de derrochar una fortuna en Madrid, retiróse al pueblecillo de Viloria un joven de treinta y seis años, llamado Sebastián Colmenares, débil de cuerpo, triste de alma, aburrido de la existencia, y sin más patrimonio que el preciso para vivir humilde y sosegado en la desconocida aldea castellana.

Pertenecía Sebastián á una muy honrada y poderosa familia que antaño poseyó grandes bienes raíces y mucho dinero, todo disipado por el único hijo, el cual en salones, casinos y *juergas* gastó en dos lustros lo que en dos siglos habían acumulado sus mayores. Sebastián Colmenares no recibió en su niñez el santo impulso educativo que hace á los hombres seguir siempre los senderos del honor y de la virtud; sus padres no cuidaron de otra cosa que de convertir á aquel mozo en un caballerete elegante y lechuguino, maestro en las artes de la esgrima y del *cotillón*, conocedor peritísimo de las leyes del duelo y de las cábalas del *baccarat*, doctor consumado en la ciencia del *sport* y de la galantería cortesana; pero inepto para agenciarse una peseta el día en que le fuere menester, desconocedor de la fecunda realidad humana, negado para las letras, insensible y pedernalino para las manifestaciones del arte, é indiferente y sordo á los mandamientos de la moral y de la religión.

Murieron sus padres antes de que Sebastián cumpliese los treinta años; y la fortuna, ya muy mermada, que dejaron los pobres señores, sirvióle á aquel mozo para vivir otro lustro en el mayor libertinaje; y cuando un día oyó Sebastián de boca de su administrador que quedaban ya muy pocas fincas que vender, y que era preciso poner coto á los gastos y atajar aquella sangría suelta que conducía al acabamiento y á la muerte, Colmenares tuvo un punto de lucidez y de valor, y dispuso trasladarse inmediatamente al pueblo que dije antes, *para descansar* de la mala vida pasada y para evitar la vergüenza de una ruina.

En el pueblecillo de Viloria tenían los Colmenares una casa con apariencia de palacio, rodeada de jardines y huertas, bañada espléndidamente por el sol y acariciada por purísimos aires campesinos: había allí una abundancia ordenada y pacífica, un sosiego, una dulzura y una tibieza, que hubieran hecho feliz (con la mísera felicidad mundana) á cualquiera mortal que no fuese Colmenares; porque éste, cuando se vió solo en la casona, comenzó á echar de menos salones y teatros, y á gustar la acerba nostalgia de aquella vida madrileña que la necesidad le había hecho perder. Lejos de entregarse á una existencia restauradora y confortativa, libre de inquietudes y sobresaltos, haciendo por poner buen rostro á los reveses de la fortuna, y disfrutando de los grandes bienes que en la aldea le había deparado la misericordia inacabable de Dios, Sebastián mirábalo todo con la indiferencia del cautivo que sólo piensa en el día de su redención; y ni hacía cuenta de los placeres de la caza que en aquellos montes bullía, ni gustaba de las sublimes escenas rurales, ni hablaba con ningún bicho viviente, ni jamás había pensado en reparar sus yerros, y hasta su menguado patrimonio, casándose con alguna buena moza de las muchas que deseaban emparentar con los Colmenares, cuyo árbol genealógico radicaba en siglos muy pretéritos.

Nada de eso: Sebastián dejó que en su corazón anidase esa ave negra de la melancolía, que es el mayor enemigo de la humana felicidad; y como el corazón del joven estaba vacío de todo sentimiento, la melancolía holgadamente se aposentó en él y lo hinchó y saturó de los malos espíritus del hastío, de la amargura, de la frialdad y del tedio. Como Sebastián Colmenares era pobrísimo, no sólo de bienes de inteligencia, sino también de afectos y de emociones, el infeliz, al verse preso en las garras de aquel mal del alma, hallóse como sobrecogido y sin fuerzas para luchar, y se entregó sin condiciones cobardemente á aquella indiferencia que le consumía y aniquilaba. A todo era pasivo Colmenares: todo le dominaba y vencía; y aunque joven y acaso potente de voluntad, no osaba mover sus zarpas ni encrespar su melena ante las inclemencias de los tiempos adversos, como el león enjaulado que mira con soberano desdén á los curiosos que se le acercan para mofarse de él y escupirle. No trataba con nadie, ni salía de casa, ni hacía más labor que dormir y bostezar, deseando que cuanto antes se le concluyese la vida que con tan grave peso le agobiaba.

Pero para los pecados de Sebastián, que habían sido muchos y tremendos, era poco castigo aquella grande melancolía que le apretaba el corazón; y la Providencia quiso sin duda hacer cumplir la ley de las compensaciones, acercando el cáliz del pesar á aquellos labios marchitos por el néctar corroedor del placer. Y para esto valióse de una hembra; porque es cosa averiguada que las mujeres son el principal instrumento de la justicia que el Señor ejerce en nosotros: castigo ó recompensa, miel ó cicuta, ángel ó demonio, mansa corderilla ó furioso tigre de Hircania, siempre la mujer es algo que llega al corazón, y lo posee y lo domina y lo señorea, ya unas veces lo acaricie con las blandas plumas del amor, ya lo are y desgarre otras con las uñas agudísimas del aborrecimiento; temible como un Dios, que puede dar la eterna felicidad ó la condenación eterna, la mujer es aquel licor misterioso que, ora es ambrosía dulce y saludable, ora hieles y ajenjos que amargan y emponzoñan la existencia.

Pues volviendo á tomar el hilo de mi cuento, diré que la expiación de Colmenares sucedió así: Había en la aldea de Viloria una mujer como de treinta años, que era viuda de un pobre hombre, muerto, según pública voz, de pesadumbre causada por las liviandades de su esposa; la cual esposa no era bella, ni rica, ni contaba con una mínima de discreción ni gravedad, ni era más que un derroche de carne blanquísima, limitada por líneas opulentas y mórbidas y encendida por el espíritu de la lujuria, que había hecho de aquella mujer una tentación andante, escarnio de las hembras honradas y anzuelo de los hombres enamoradizos. Como ya tocaba al ocaso de la juventud, Lucía (que así se llamaba la viuda) pensó en buscar otro marido que cargase con ella, ya que los amantes presto habían de abandonarla; y al pensar en el futuro esposo, se acordó de aquel ilustre Colmenares, el cual no era tan pobre que no pudiese sostener señorilmente á la esposa, dándole, además, un cierto brillo y esplendor de grandeza, que el vulgo, siempre necio, no sabe separar ni aun de los aristócratas más derrumbados y perdidos.

Con estos pensamientos comenzó Lucía á tentar á aquella alimaña montés, que esto, más bien que hombre, parecía Sebastián Colmenares, siempre oculto en su caserón solitario, siempre entregado á tristes y amargas imaginaciones: tan sutiles astucias y señuelos empleó la desbaratada mujer, que con ellos rindiera á un varón fuerte, cuanto más á un pecador no aún completamente arrepentido; y como por la mala vida pasada sabía la viuda artes y secretos diabólicos, que son como los filtros del hada de la concupiscencia para dar al traste con las más recatadas intenciones, prontamente Colmenares fué víctima del deshonesto enemigo, á cuyos pies cayó el mísero aristócrata sin fuerzas para defenderse de las redes triunfadoras que le vencían.

Cayó Colmenares, y su caída fué tan grande que le quitó la voluntad y le sorbió el seso, y lo entregó atado de pies y manos como un siervo á los caprichos y malos deseos de Lucía; la cual, como era ducha y peritísima en achaques de amores, supo despertar el apetito del gastado mozo, que creyó haber hallado en la mujer remedio y alivio de la melancolía que continuamente le ahogaba. Con dañosa intención puso la viuda ante los ojos, ya no muy claros, del amante, horizontes de inexhaustos placeres; y antes de que él se hastiase de ella consiguió Lucía el fin que se había propuesto: corrió la voz del escándalo por toda la comarca, intervinieron en el negocio personas de peso y calidad, que aconsejaron honradamente á Colmenares, y el pobre hombre tuvo que casar con la mala mujer y llevarla á la casona y tenerla siempre ante los ojos.

Y entonces comenzó el calvario de Sebastián, del cual calvario había sido preludio, y como calle de la Amargura, aquella melancolía que antes le había herido el corazón. Porque aconteció que con la posesión sosegada vino naturalmente el hastío; y como la mujer, así que vió segura la pitanza (que era el banderín que la había llevado al matrimonio), volvió á las añejas costumbres, y sacó las uñas de fierecilla indomable, la vida del esposo era tristísima, viniendo á encontrar mares de pena donde pensó topar con una fuente de goces y alegrías: fuéle infiel la esposa; y aquel nombre ilustrísimo de Colmenares, no manchado, en opinión de los necios, ni aun por los malos pecados de Sebastián, vino á envilecerse y á tiznarse y á rodar por los suelos, víctima de los pecados ajenos: la tristeza siguió señoreando en el corazón de él, aumentada ahora con los males presentes, que se unían á las crueles remembranzas de tiempos mejores; porque sucedió, en efecto, que la conciencia de Sebastián, decaída y como muerta mientras él vivió solo en la casona, poseído de aquella melancolía mansa, despertó terrible y punzante para unir sus remordimientos á los dolores novísimos, cuando con Lucía entraron en el hogar de Colmenares un escuadrón de desventuras: pensó entonces Sebastián que todo aquello que le pasaba era una consecuencia de todo lo malo que él había hecho, y ante esta consideración de ser él mismo causante de su propia desgracia, no encontraba el pobre hombre consuelo que le confortase y sostuviese; y como no tenía sentimientos morales ni religiosos, ni veía en el dolor más que un vulgar enemigo, una especie de coz de la suerte, sin trascendencia á más elevadas regiones, Sebastián Colmenares se reputaba por el hombre más desdichado de la tierra, y andaba siempre poseído del negro espíritu de la desesperación.

Para que la pena fuese más grande, negó el Señor descendencia á aquel malaventurado matrimonio. Sin hijos, sin amigos, sin mujer que le comprendiera y le sanara el espíritu enfermo, miraba el hombre deslizarse penosamente la vida, acompañado sólo de aquella indigna esposa que le deshonraba y le consumía, haciéndole más infeliz que el más infeliz de los mortales. De suerte que, pasados cinco años, llegó la desesperación de Sebastián al mayor extremo; y como el hombre no tenía fe, decidió quitarse la vida que como una montaña le pesaba en el corazón.

Comenzó, pues, á pensar en el suicidio, y á acariciar aquel pensamiento con una especie de delectación morosa, sirviéndole como de consuelo en sus dolores (consuelo infernal y horrible) la idea de que aquéllos tendrían fin en el punto y hora que á él se le antojase. Y sucedió que un día tibio y apacible de la estación primaveral, después de reñir acremente con la mujer á causa de las livianas desenvolturas de ella, encerróse el hombre en su gabinete, escribió unas líneas dirigidas al juez, y en seguida montó á caballo y salió á escape hacia lo más espeso del monte: por el camino iba hablando consigo mismo y pensando en lo que de él dirían los periódicos cuando llegase á Madrid la nueva de tan inesperada muerte; y hasta en aquel trance se acordó de las mujeres de la corte, aquellas con quienes había tenido que ver antaño y que ahora hablarían de él dándole gran fama y opinión de valeroso. Llegó, pues, al lugar que había escogido, apeóse del caballo, y esgrimiendo una pistola, se levantó la tapa de los sesos. Cuando el juez, avisado por un campesino, fué á levantar el cadáver, halló en él una carta en la que Colmenares declaraba ser él el autor de su propia muerte, y pedía que le enterraran en la cuadra debajo de los pies del caballo, por ser este noble animal el único bicho viviente que había mostrado lealtad y cariño al desesperado caballero.

Y cuentan que al enterrar en la cuadra al último vástago de los Colmenares, los huesos de los progenitores de éste se estremecieron en sus ricas sepulturas, como si les agitase póstumo remordimiento paternal. Pero el vulgo, sin creer en tales cosas, decía que en todos aquellos desastres andaba la mano de la Providencia, que rige sabiamente los mundos.

Álvaro L. Núñez.

EL MEJOR RETRATO.

Nunca os he visto; pero el alma mía
Sabe que está flotando en vuestros ojos
La luz primaveral de Andalucía;
Que mana esencias vuestro dulce aliento
Cual del jazmín la espléndida guirnalda,
Y que ponéis, señora, el pensamiento
Donde pone sus cruces la Giralda,
Casi al borde del mismo firmamento.

Hijos de un alma tierna y soñadora,
Vuestros rasgos divinos
Ya me hablaron de vos, noble señora,
Como la alondra, que en sus propios trinos
Nos cuenta los secretos de la aurora.

En las selvas floridas
El aire, con fragancias invisibles,
Nos habla de violetas escondidas.
Por eso el alma amante y generosa
Que os ama y os bendice y os respeta,
Sabe que unís en clave misteriosa
A la desgracia de nacer hermosa,
La desgracia mayor de ser discreta.

Antonio Grilo.

AYER Y HOY.

I.

¡Con qué sencillez me dices
Que ya el encanto concluye,
Y que mi dicha te cansa
Y mi noble amor te aburre!

Yo soy el desencantado,
Yo el que, al escucharte, sufre,
Sin ver que, á matar el mío,
Haya otro amor que te impulse.

Si con celos me dejases,
Fuera tu ausencia más dulce,
Sin quedar tan sola el alma,
De la que hoy tu imagen huye.

Con celos habrá en el pecho
Sentimientos que le inunden,
Y no este horror del vacío
De lo que tan lleno tuve.

Tu juguete fuí; no extraño
Que un nuevo juguete busques,
Ídolo frío, que cambias
De adoración por costumbre,

Como varías de adornos
En ese cuerpo que luces
Y que es para mí, sin alma,
Esbelta flor sin perfume.

Haga Dios que, cuando en ruinas
La vil materia te abrume,
La juventud del espíritu,
La que hoy te falta, te alumbre.

II.

De ausencia tras largos años,
Vuelvo á verte y te conozco
Como si nunca la dulce
Relación se hubiera roto.

Y tú también me conoces,
¿No es verdad? aunque en el rostro
Un antifaz dejó el tiempo
Con rasgos nada graciosos.

Desconocidos estamos
Y nos conocimos pronto:
Por amor á ti lo siento
Como tú por amor propio.

¿Por qué, mujer, de los míos
Apartas ahora tus ojos,
Siendo los que éramos antes
Aunque parezcamos otros?.....

Mira: soy el mismo niño
Con que jugaste á tu antojo;
Que, aunque el cabello platea,
Mi corazón siempre es oro.

No es la plata que en tu espejo
Ves hoy brillar con enojo;
No es la nieve que en tus rizos
Va cayendo poco á poco.....

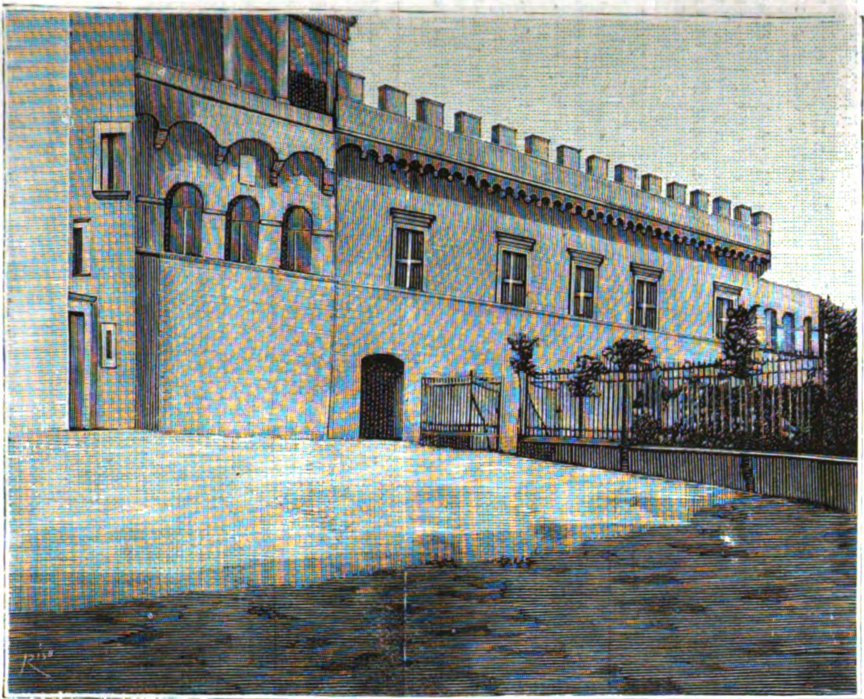
No; lo que me espanta cuando
A tus miradas me asomo,
Es otra vejez más fría
Que aun guardas allá en el fondo.

Eduardo Bustillo.

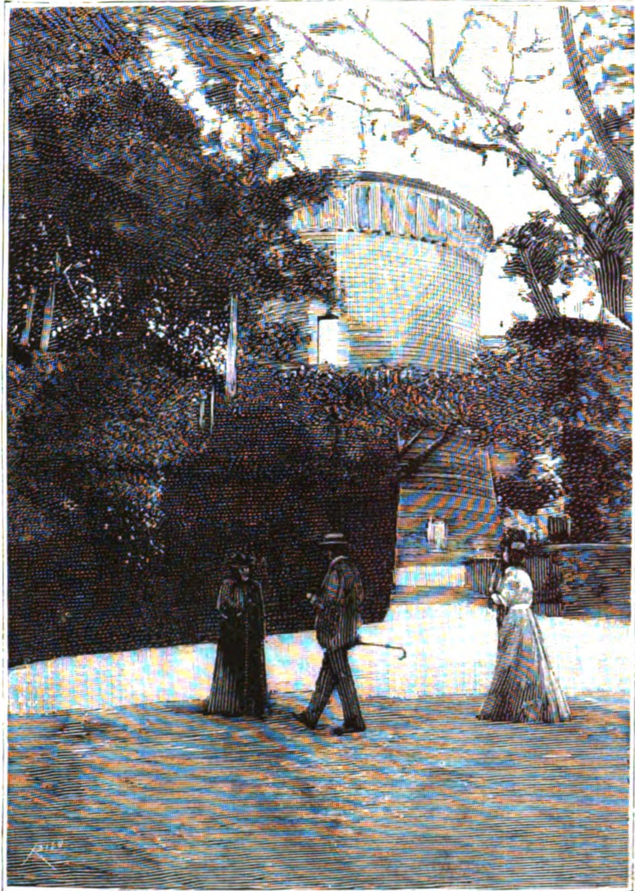


IMPREVISIÓN Y PRUDENCIA.

POR C. S.



«PALAZZINA» DE LEÓN XIII, PALACIO DE VERANO DE LOS PONTÍFICES.



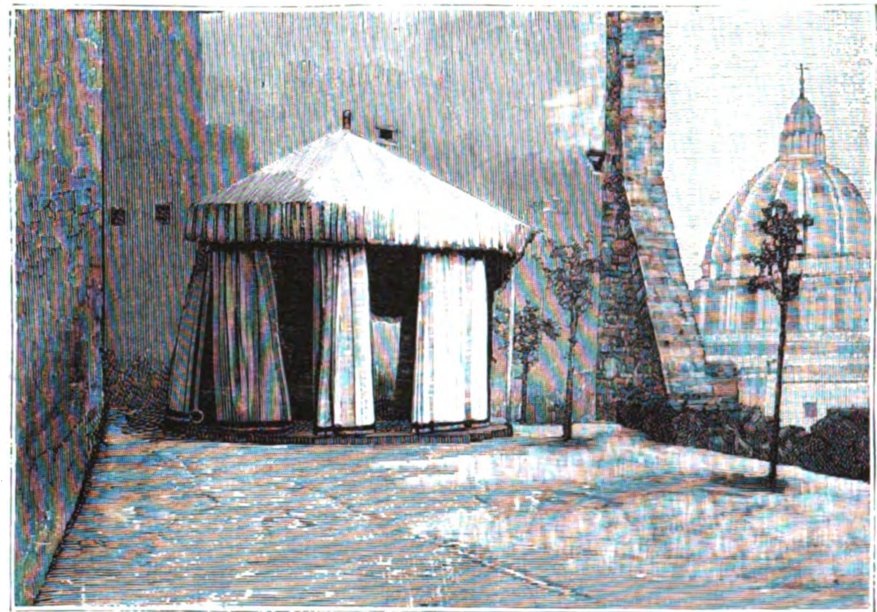
TORREÓN DEL SALÓN DE RECEPCIONES.



SALÓN CIRCULAR DE RECEPCIONES.



SALA DE MONSEÑORES Y GUARDIAS NOBLES.



TIENDA DE CAMPAÑA DESDE DONDE SU SANTIDAD PRESENCIA LAS LABORES DEL CAMPO.

ROMA.—RESIDENCIA DE VERANO DE SU SANTIDAD LEÓN XIII, EN EL VATICANO.

(De fotografías remitidas por D. Hermenegildo Estevan.)

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

¡A Orange los tísicos!: el presidente W. Reitz; la república de Orange, su vida, su comercio y su clima.—El Orange de ayer: los reyes salvajes y sus costumbres; la civilización.—Cleveland (EE. UU.); la *Christian Endeavor;* el *meeting* ó convención *mammuth;* bases de la prosperidad de la asociación; Mr. Mac Kinley predicador; la asamblea; detalles; fines de la sociedad; la reunión próxima.

En muchos palacios de la aristocracia francesa, belga é inglesa ha sido y es recibido en estos días un caballero simpático, bien constituído en su recia musculatura, rubio y colorado como un flamenco, que habla perfectamente el francés, el alemán, el inglés, y sobre todo el holandés, y que al ver con cuánto afán las jóvenes y los muchachos y algunos hombres maduros buscan en las playas del Océano, ó en las de la Liguria, el remedio para sus averiados pulmones, para su pecho debilitado y doliente, para la laringe que no tiene energía bastante en la emisión de la voz, ó contra la traidora tuberculosis, que empieza sus trabajos de zapa; al contemplar cuántas caras pálidas y cuántos corazones tristes, agobiados por el mal, obedecen á los doctores que les prescriben los aires del mar y de la montaña, exclama, con una sinceridad y afecto que maravillan, y con el meloso tono, propio de las gentes del otro hemisferio:

—¿Por qué no se viene usted conmigo, señor? ¡Vaya, que eso no es enfermedad, ni nada! ¡Véngase, véngase á mi tierra, donde no se vió jamás una persona que sufra del pecho ni de la garganta! ¡Venga, venga, y lo verá! ¡No sea niño!

Y el paciente, sorprendido por las seguridades que da el caballero, y viéndose ya con la salud recobrada, dice:

—Y ¿dónde es eso, señor? ¿Dónde está esa tierra prometida?

—Pues ahí cerquita, que ya no hay nada lejos. En la República de Orange, entre la colonia del Cabo, el Transvaal y la Zululandia.

En efecto, ese hombre de aspecto distinguido y patriarcal, que tiene hoy entrada en todas las mansiones aristocráticas del extranjero, es el Sr. W. Reitz, presidente del Estado de Orange en el Sur de África y que ha venido á Europa á establecer por sí mismo las relaciones comerciales que aquel país necesita para ser apreciado en los mercados y para dar salida á sus riquezas. Acompáñanle su esposa, su sobrina, señorita Sie, y Mr. Jesselin, presidente de su Consejo de Ministros. Los habitantes de Orange, lo mismo que los del Transvaal, boers todos, venían siendo, desde que se establecieron en el Cabo y penetraron en el interior, labradores, cazadores, pastores y mineros, pero no comerciantes. Sin embargo, una vez conquistada contra los opresores ingleses su gloriosa independencia, y constituídos en pueblo libre y autónomo, se vieron en la necesidad de establecer relaciones propias con los Estados vecinos civilizados; y poco á poco, desde 1852, han ido, con el desarrollo de la población, levantando pueblos, abriendo caminos y creando mercados en el interior y en las fronteras. Pero han procedido cautelosamente y despacio, con la mesura y el aplomo típicos de la raza flamenca. Así es que mientras los ingleses, que dominan en el país de Natal, se han apresurado á construir un ferrocarril desde Durbán ó Puerto Natal hasta la misma frontera oriental de Orange en Ladysmith, y mientras que han construído por el Sur otros tres, desde el Cabo á Kimberley, desde Puerto Elisabeth, en la bahía de Algoa, á Hannover, y desde East-London á Aliwal Ath, sitiando así por todas portes á Orange, los boers no han prolongado esas vías por dentro de su territorio, y al prepararse ahora á hacerlo, las construyen de distinta anchura, y en condiciones que impidan una absorción del tráfico por las líneas inglesas. Al comprender que ellos deben utilizar su comercio y sacudir el monopolio que allí ejercen los alemanes y los *mercantis* de los criaderos de oro, encargaron al Presidente de la República que pasase á Europa y que estudiara la trascendental cuestión de la fundación de su comercio internacional, para poder cambiar sus lanas, sus pieles, sus plumas y muchos productos naturales de su flora y de su suelo, por los productos de Europa. Ha debido también impulsarles á ello el estado de su Hacienda, porque con un presupuesto de 4 millones de pesetas de ingresos, y de 4 y medio de gastos, tienen ya una deuda pública de 4.600.000 pesetas.

Los cónsules boers de Alemania, Inglaterra y Francia prepararon el estudio de las relaciones comerciales posibles, y en cuanto estuvo redactada su Memoria, salió para Europa W. Reitz. En la capital de la República, en Bloemfontein, aguardan con impaciencia el resultado de las gestiones del Jefe del Estado, y le preparan un entusiasta recibimiento para su vuelta, que será en Octubre.

No sólo el Presidente, sino cuantos conocen aquel lejano y original país pintan con vivos y risueños colores sus atractivos y excepcionales condiciones para la vida pacífica y saludable. La ciudad de Bloemfontein, cuajada de árboles en todas sus calles, ocupa el centro de un llano, que se extiende al pie de desnudas rocas, fortificadas contra las sorpresas posibles de los salvajes. Grandes praderas y bosquecillos la rodean, y en apartado barrio que la circunda fuera de estos jardines viven en innumerables chozas los indígenas pacíficos, á los que no se permite que penetren nunca en la población. Esta es limpia como verdadera ciudad flamenca, y se engalana con grandes bulevares, en los que lucen sus riquezas europeas centenares de tiendas y de almacenes propios de extranjeros, en su mayor parte; con tres grandes hoteles para viajeros, cinco iglesias protestantes, una católica, gran casa de Ayuntamiento y el palacio del Consejo ó Cámara de los representantes. Publícanse cuatro periódicos y muchos libros. A la vuelta del Presidente quedarán establecidos el servicio telefónico y la luz eléctrica, ya que la telegrafía hace muchos años que une la capital con las otras principales y pintorescas ciudades de la República, como Bethelem, Kronstad, Utrech, Jacobsdat, Fauresmith, Rouxville, Bethulia, Herschell y Harrismith, con Pretoria, capital del Transvaal y con todas las de la colonia del Cabo. ¡Lástima grande que, sitiada por la preponderancia inglesa, rodeada por todas partes de incómodos vecinos, no tenga franca una natural salida al mar y algunos puertos en el Natal ó el país zulú, como les ocurre asimismo á los boers del Transvaal, sus hermanos! Comarca montañosa en gran parte, tiene un clima privilegiado, nada semejante al de las costas africanas, y á esa situación debe las extraordinarias excelencias higiénicas que le dan tanta fama. Muchas familias inglesas del Cabo acuden á ella á pasar largas temporadas, y así como antes se hablaba, para ponderar las bellezas del país, del inolvidable *paraíso Natal* (bien celebrado en una popular novela), hoy médicos y enfermos no se cansan de alabar las delicias del clima del *paraíso de Orange.*

***

Allí sí que pueden repetir la frase de: «¡lo que va de ayer á hoy!» Ayer, hace cincuenta años, los boers holandeses, al huir de la dominación inglesa, llegaron á los valles que riega el río, por ellos denominado Orange, para combatir con los indígenas antropófagos. Conquistaron el país palmo á palmo, y cuando se creían dueños de él vieron de nuevo aparecer á los ingleses, que acudían á aprovecharse de la tierra ya conquistada. Los boers los rechazaron, y su independencia quedó afirmada para siempre. Ayer, los reyezuelos de los salvajes, los sanguinarios Chakas, se imponían á sus súbditos por el terror, y aun se recuerda, entre los que pacíficamente viven alrededor de Bloemfontein, que uno de ellos, desesperado por haber perdido un perro de caza, hizo degollar á quinientos esclavos, para que con sus mortales despojos cubrieran el hoyo en que lo hizo enterrar. Otro monarca preparaba su lecho de un modo muy original: escogía en su tribu doce mujeres, las cuales se tendían, una junto á otra, en el suelo de la choza real, y así improvisado el sostén, hacía de almohada otra mujer, la favorita, colocándose á la larga en la línea límite de las cabezas de sus compañeras. Sobre este montón vivo tumbábase el señor de aquella corte, que no era en suma más que una pocilga de antropófagos. Respecto á otras costumbres domésticas y guerreras, las tradiciones de gente que las ha oído referir á quienes las presenciaron, cuentan que no acaban. Pues bien; en el escenario donde tantos horrores se consumaban, se alzan hoy Bloemfontein y las demás poblaciones civilizadas, y viven los descendientes de aquellos otros puritanos que, abandonando la tierra húmeda y el cielo triste de Holanda, sin otros elementos que la Biblia y la espada, llegaron, voluntariamente desterrados, al extremo Sur de África en 1696. Gran parte de la inmensa tierra del Bechuana ó Basuto, desde el paralelo 22° al 31°, ha sido civilizada por ellos, como lo será con el tiempo el resto, cuando, transponiendo las márgenes del caudaloso Lumpopo y del Orange, que son hoy sus fronteras, se internen en los desconocidos y salvajes territorios de los desiertos de Koranna y de Bakalahari y del reino de Khama, que tantas riquezas naturales deben guardar para el porvenir. En medio siglo, donde la hedionda esclavitud y la antropofagia degradaban al hombre, luce hoy el espíritu de la civilización con todos los adelantos de Europa, y vive feliz un pueblo patriarcal, por muchos pueblos cultos envidiado. La presencia de W. Reitz en Bruselas, en La Haya, en París y en Londres ha hecho revivir estos recuerdos y que unánime brote un saludo de simpatía para el país que gobierna, y cuya historia es uno de los ejemplos más venturosos y acertados de la acción bienhechora y poderosa de la cultura humana, aun difundida por unos pocos, sobre la barbarie, siquiera la defiendan millares y millares de obstáculos y de seres desgraciados y feroces.

***

Estos pueblos nacientes, que aspiran á completar su civilización, la aprovechan por todo extremo, y, en cambio, otros que tienen civilización de sobra la malgastan en exageraciones, tirándola, como quien dice, por la ventana. Así ocurre á diario en los Estados Unidos. Allí se formó hace años una sociedad denominada *Christian Endeavor*, ó sea «la actividad cristiana ó el trabajo cristiano», que tiene por platónico objeto unir, sin identificar, á todos los cristianos de diferentes sectas, para que en heterogénea mezcla prediquen y propaguen la práctica libre de las virtudes cristianas por los ámbitos del mundo. Ahora mismo, hace pocos días, ha celebrado su reunión monstruo, su «*convención mammuth*», como allí se ha dicho, en la ciudad de Cleveland. Fundó la sociedad un pastor protestante, el reverendo F. E. Clark (a) *el Padre Actividad Clark*, en Portland, Maine, predicando, como á neófitos suyos, á un grupo de chicos y chicas de la iglesia congregacionalista de Williston, de la que era párroco. Para la propaganda de la idea estableció relaciones de correspondencia y concordia entre pueblo y pueblo, entre distrito y distrito y entre condado y condado, á manera masónica ó militar. Las tres bases á que parece que se debe el gran desarrollo adquirido por la sociedad son: 1.ª, el compromiso que los fieles adquieren de servir al Señor, de tomar como norma de vida la oración y la lectura de la Biblia, y de no faltar nunca á las funciones de la iglesia; 2.ª, la organización en comisiones, que realizan el principio de la división del trabajo; comisiones que son, entre otras, la de vigilancia, servicio religioso, reuniones «sociales», templanza, literatura honesta, visita á los pobres, reparto de flores, reparto de socorros, música é intereses cívicos; y 3.ª, la celebración de *meetings* mensuales de asistencia inexcusable. Los socios, unos son activos ó cristianos; otros asociados simples ó cristianos de afición, y otros afiliados ú honorarios, que han pasado ya de la edad, pero que simpatizan con la idea. Los fieles efectivos se reclutan entre la juventud. En 1881 había en los Estados Unidos una sección y 48 miembros; en 1886 eran 850 secciones y 50.000 miembros; en 1890, respectivamente, 11.013 y 660.000, y hoy llegan á 28.741 secciones y 1.724.460 miembros.

A la reunión de Cleveland, celebrada en el *Sængerfest hall*, concurrieron 18.500 socios forasteros y 21.210 del Ohío. En la gran plaza sólo cabían 10.000, y el resto se situó en los campos de los alrededores. Presidió y predicó el célebre gobernador del Estado, Mr. Mac Kinley, el proteccionista. Fijándose en que existe una sección ó comité de Vigilancia *(Lookout)*, lo aceptó como tema y dijo, entre otras cosas: «¡Un comité de vigilancia! ¡Oh! Considerad que lo mismo hace la humanidad en su conjunto, y que no podría vivir sin semejante elemento. ¡Atención! ¡Atención á los malvados! ¡Atención á las tentaciones! ¡Atención á los que os rodean! ¡Atención á las caídas! ¡Atención al enemigo! ¡Atención á vosotros mismos! ¡Vigilad, vigilad siempre fijos y atentos en vuestro puesto de observación!» La sesión empezó con música, continuó con ella y se prolongó entre cánticos sin fin, ejecutados por una orquesta de trescientos músicos y de mil cantores. Se predicó la necesidad de que todo ciudadano cristiano activo, simple ú honorario tome parte en las luchas políticas y penetre en el cuerpo social, porque si no, manteniéndose apartados y escondidos en cada iglesia particular, en censurable inercia y humildad, se aprovechan de esto los pillos, los políticos ambiciosos y negociantes, y apoderándose de todas las avenidas del poder, lo escalan, lo dominan y gangrenan y pudren la República.

Casi tantos aplausos y honores como á Mac Kinley se otorgaron á la señorita miss Francis E. Villard, presidenta de la Asociación de la Templanza, y defensora número uno de los derechos de la mujer. Entre otros predicadores se distinguieron una china, que, vestida á estilo de su país, disertó en chino sobre la moral, y un indio bravo, Jonás, *el Oso pintado*, que dió cuenta de los progresos de su predicación en las tribus montañesas. Al ser muy aplaudido el Rdo. Dr. Brett, de Jersey City, por sus compatriotas los asociados de la Nueva Jersey, exclamó:

«Al verme aclamado, como lo he sido, por los hijos de mi propio Estado, declaro que puedo presentarme sin temor alguno ante todos los Estados y todas las naciones de la tierra!!!»

Otro socio manifestó que, al representar á su familia, representaba muchas religiones, porque aquélla se componía de un grupo de hermanos, tíos y sobrinos presbi-congre-bapti-metodi-reformi-cristianos. No sólo en el *Sængerfesthall*, y en toda la ciudad de Cleveland, resonaron durante tres días los ruidos y armonías de los cánticos y de las charangas, sino que en los tranvías y trenes de los alrededores, en las aldeas y en los improvisados campamentos no cesó por un solo instante la algarabía. Los habitantes de la ciudad estaban satisfechísimos con tal inundación de gentes, que hicieron un gran despacho en todos los establecimientos. El distintivo que usan los miembros de la *Christian Endeavor* es una roseta amarilla y blanca en el ojal de la solapa. ¿Qué fin práctico é inmediato se proponen las iglesias disidentes del protestantismo con estas maniobras de peregrinos y con estos simulacros de misión? Practicar el cristianismo exterior, orando, leyendo y cantando, sin unirse en casi ningún principio de fe. Dicho se está que en la inmensa asociación no hay ni un solo católico, ni un solo hebreo, ni un solo librepensador. La *Christian Endeavor* del P. Actividad Clark es una parodia de unión religiosa, en la que cada asociado piensa como le parece bien. Y en los *meetings* locales y generales, con la oratoria cosmopolita y los coros *mammuth*, no deja de pasarse muy bien el rato, y de echar á un lado los aburrimientos de la miserable vida ordinaria, que es lo que se trata de demostrar. La próxima gran asamblea se celebrará en San Francisco ó en Saratoga, porque, como allí no hay distancias, lo mismo da.

R. Becerro de Bengoa.

DON LEÓN CARBONERO Y SOL Y MERÁS.

El domingo 29 del pasado recibió la tierra los restos mortales de este notable literato, hijo del distinguido escritor católico D. León Carbonero y Sol, director de la importante revista *La Cruz.*

Era el Sr. Carbonero literato de gran mérito, como su padre, y como él, también católico ferviente y defensor incansable de la Iglesia de Cristo.

Escribió tanto, que aun en una vida mucho más dilatada que la suya parecería imposible, si de ciencia cierta no se supiera.

Además de los trabajos que publicó en *La Cruz*, ha dejado: una interesante monografía titulada *Los sueños;* un tratado de los *Orígenes y desarrollo de la escritura;* otro tratado de *La Simonía;* un hermoso libro titulado *Esfuerzos del ingenio literario*, etc., etc. En sus ratos de ocio recogió y compiló por orden alfabético cuantas noticias importantes publicaba la prensa sobre cualquier ramo de los conocimientos humanos, formando una vastísima enciclopedia que llegó á tener 107 tomos de 2.000 páginas, con 20.000 grabados, y aun le quedaban materiales para 200 tomos más.

Era aficionadísimo á las Bellas Artes, é infatigable trabajador. Su muerte ha sido muy sentida, no sólo por los que le trataban, sino por los que, conociendo su mérito, estiman en su justa importancia la pérdida que han sufrido las letras patrias.

Reciba el Sr. Carbonero y Sol y su afligida familia nuestro pésame más sincero.—X.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Las nuevas enfermedades nerviosas, por el doctor G. André, catedrático de Patología interna de la Facultad de Medicina de Tolosa. Versión castellana de D. Federico Toledo y Cueva.

La Biblioteca Científica Moderna, que edita nuestro estimado colega la *Revista de Medicina y Cirugía prácticas*, acaba de enriquecerse con la publicación de esta notable é interesante obra.

La aparición del curiosísimo libro del sabio neurópata francés viene á llenar un vacío, ya que las obras clásicas mas modernas nada dicen de muchas afecciones nerviosas nuevas, de las que se ocupan todos los días los periódicos de medicina. Dispersos estos datos en obras, monografías, folletos y artículos sueltos, hacíase necesario coleccionarlos formando un todo completo: esto es lo que ha hecho el doctor André, cuyo bien escrito libro reune la inapreciable ventaja de permitir á los médicos familiarizarse en pocos momentos con datos de numerosas afecciones, en su totalidad casi desconocidas para la mayoría de los prácticos. *Las nuevas enfermedades nerviosas*, del Dr. André, es, pues, un libro que no debe dejar de figurar en la biblioteca de todo médico ilustrado.

Forma un precioso volumen de cerca de 400 páginas esmeradamente impresas y elegantemente encuadernado en piel. Precio: 4 pesetas.—De venta en la Administración de la *Revista de Medicina y Cirugía prácticas*, Preciados, núm. 33, bajo, Madrid, y en las principales librerías de España y Ultramar.

Arte de la explotación del agua en pozos, fuentes y alumbramientos, por D. Antonio Montenegro. Con este título se acaba de publicar una obra de la mayor utilidad y necesidad para los propietarios, agricultores, municipios, etc. En dicha obra se trata con la debida extensión, y de un modo esencialmente práctico, de la lluvia, su origen y efectos, riegos, saltos, aljibes, etc.; del aprovechamiento de las aguas corrientes y torrenciales, y del de las aguas subterráneas por medio de pozos y norias: descubrimiento de manantiales: enriquecimiento de las fuentes, ríos y arroyos; purificación y aforo del agua, extensión regable, etc., etc., terminando con un plan general para dominar las aguas torrenciales, construcción de embalses, pantanos y presas rústicas, y repoblación de montes. La obra se halla ilustrada con 44 excelentes grabados, y se vende á 4 pesetas en Madrid. A provincias se remite franca de porte y certificada, enviando una libranza de 5 pesetas á la librería de Hijos de D. J. Cuesta, Carretas, 9, en Madrid.

Jurisdicción contencioso-administrativa, por la Redacción de la *Revista de Legislación*.—Madrid, 1894.

La obra puesta á la venta y publicada por la *Revista de Legislación*, bajo la dirección del distinguido jurisconsulto Sr. Manresa, contiene la ley de 13 de Septiembre de 1888 y Reglamento de 29 de Diciembre de 1890, reformados por Real decreto de 22 de Junio de 1894.—Consta de un extenso prólogo, notas, comentarios y concordancias con la ley de Enjuiciamiento civil. La completa un Apéndice, en el que se insertan varias Reales órdenes de mucho interés. Las atinadas observaciones que se hacen en el prólogo y notas, censurando algunas de las reformas practicadas, y la utilidad de las disposiciones legales que comprende el Apéndice, recomiendan la adquisición de la obra.

G. R.

EL BOTE DE ROBINSÓN CRUSOE.

Cuando Robinsón Crusoe se vió solo, durante algún tiempo, en su isla, se determinó á construir un bote para buscar alguna región habitada. ¿Pero cómo construir el bote? Ese era el problema. Verdad es que había abundancia de madera, pero tenía que proporcionarse los materiales con que trabajar. Pero trabajó durante mucho tiempo y con energía, y por fin logró derribar un árbol y construir con su tronco una canoa ó bote. Con todas las facilidades de un arsenal, hubiera podido construir un bote mejor en la décima parte del tiempo; pero era un hombre solo, estaba en una isla remota, y no tenía nada á su alcance, excepto lo que había podido obtener del naufragio del barco que allí le había conducido.

Veamos ahora qué semejanza hay entre Robinsón Crusoe y el hombre de quien nos proponemos hablar; pues hay muchas personas aisladas, á pesar de que nunca hayan dejado su casa para correr aventuras.

El Sr. D. Matías Casado Tomé, calle de Orgán, 188, piso bajo, Coruña, dice: «Me parece imposible el haber logrado tan gran beneficio en tan corto tiempo.»

Inferiréis de aquí, naturalmente, que había estado enfermo, lo cual es cierto. Su enfermedad se le dió á conocer por primera vez en 1880, y continuó durante más de diez años. Dijéronle los médicos que tenía una grave hinchazón del hígado, y que podría degenerarle en tumor. Sus sufrimientos eran muy grandes, y los dolores en el pecho, lados y espalda, entre las dos paletillas, extremadamente agudos. Disminuyóle de día en día el apetito, hasta el punto que ya sólo pudo comer muy poco, pues carecía de ganas para ello; pero se violentaba en hacerlo, pensando que, de no comer, perdería por completo las fuerzas y sucumbiría.

No era mala esta su teoría, pero un obstáculo se le puso en el camino; y fué que, no importa lo que sea, todo lo que se come hace más mal que bien si no se digiere perfectamente: y todos los síntomas daban á comprender que empeoraba de tal manera que se veía amenazado de las más graves consecuencias. Su lengua se le cubría con una capa de sarro, indicación de la suciedad de estómago, y unas veces sentía en la boca un gusto amargo, otras un gusto dulce, ambos nauseabundos en extremo.

La enfermedad fué progresando desde este punto hasta tanto que el Sr. Casado empezó á experimentar fuertes dolores de cabeza, resultado, á no dudar, del oculto veneno que le iba invadiendo todo el sistema. En ciertas ocasiones se le aparecían ante sus ojos ciertas manchas, pero en número tal que le impedían realmente ver lo que tenía delante de sí, cuyo fenómeno se derivaba de la debilidad y postración de sus nervios; pues comiendo poco y digiriendo mal, los nervios participaban del proceso general de una mala nutrición, ó dicho en propias palabras, del hambre que necesariamente seguía á la falta de nutrición. A menos de que todo esto fuese contrarrestado, debía seguirse de ello una serie de enfermedades que no podía tener otro término que la muerte tarde ó temprano. Cuánto podría resistir, todo esto dependía de la fuerza natural de su constitución; pero no hay hombre por fuerte que sea que pudiese resistirlo.

«El estómago y el vientre se me hincharon, dice, como si hubiese tenido hidropesía.»

Y esto es precisamente lo que él tenía desde un principio; pues los riñones, paralizados por razón del veneno, sólo funcionaban parcialmente, permitiendo que el agua se acumulase en el cuerpo, amenazando el corazón y los pulmones; y una vez afectados que fuesen estos órganos, la escena fatal y última no podía tardar. Tal es la historia de un sinnúmero de casos semejantes.

«No podía dormir, añade, ni descansar, ni tampoco podía andar, pues me cansaba fácilmente. En una palabra, me encontraba tan malo que ni siquiera estoy en disposición de hacer una descripción completa de mi enfermedad. No habiendo logrado alivio por ningún tratamiento, empecé á tomar el Jarabe Curativo de la Madre Seigel, del que había oído hablar en los diarios, y tan pronto como empecé á tomarlo, mi salud comenzó á mejorar, hasta tanto que me pareció imposible el que hubiera logrado obtener tan gran beneficio en tan corto tiempo. Continué tomando esta medicina, sin dejarla un solo día, hasta que estuve completamente curado; pero antes de dejarla por completo hice varios experimentos para ver si en efecto estaba curado radicalmente, y hallé que todos los síntomas de mi enfermedad habían desaparecido.

»Tendría un placer especial en hacer cuanto estuviera á mi alcance en obsequio de usted; tanto es lo agradecido que le estoy por haberme devuelto la salud. De usted afectísimo. (Firmado): MATÍAS CASADO TOMÉ.—Abril 3 de 1893.»

El origen de todos estos sufrimientos, y también su gravedad, estaba en la indigestión y en la dispepsia. El pobre Crusoe no podía construir un bote por falta de herramientas; y nuestro amigo, á su vez, no pudo curarse antes por falta de un verdadero remedio. Nosotros nos regocijamos con él de que lo haya hallado, y ahora el público en general hará bien en no dejar pasar en olvido estos hechos.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias, droguerías y expendedurías de medicinas del mundo. Precio del frasco: 14 reales; frasquito, 8 reales.

AÑO XXXVIII.

LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA

REVISTA DE BELLAS ARTES, LITERATURA Y ACTUALIDADES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN EN PROVINCIAS

Un año, 40 ptas.—Seis meses, 21.—Tres meses, 11.

En PORTUGAL rigen los mismos precios, á razón de 180 reis por peseta.

DEMÁS PAÍSES DE EUROPA

Un año, 50 francos.—Seis meses, 26.—Tres meses, 14.

EN CUBA, PUERTO RICO Y FILIPINAS

(Pagaderos en oro por anticipado.)

Un año, 12 pesos fuertes.—Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMÁS AGENCIAS DE LA EMPRESA EN AMÉRICA

(Pagaderos en oro por anticipado.)

Un año, 60 francos.—Seis meses, 35 francos.

Los Sres. Agentes de esta Empresa, en América, están autorizados para fijar el importe que, en la moneda circulante en cada país, equivalga á los expresados precios, atendido el coste de las letras sobre Europa.

En los días **8, 15, 22** y **30** de cada mes aparece un número de 16 páginas, varias de ellas con selectos grabados, reproduciendo los sucesos de interés general, cuadros notables de todas las escuelas, monumentos arquitectónicos antiguos ó modernos, retratos de los personajes de reconocida notoriedad, etc., etc. La sección literaria, confiada á los más distinguidos escritores, contribuye de manera eficaz á hacer de esta publicación una verdadera enciclopedia de nuestra época. Cuando la abundancia ó el interés de los asuntos artísticos ó de actualidad lo reclama, se distribuyen Suplementos, gratis para los Sres. Suscriptores, los cuales son también obsequiados con lindísimas láminas, esmeradamente ejecutadas en cromotipografía.

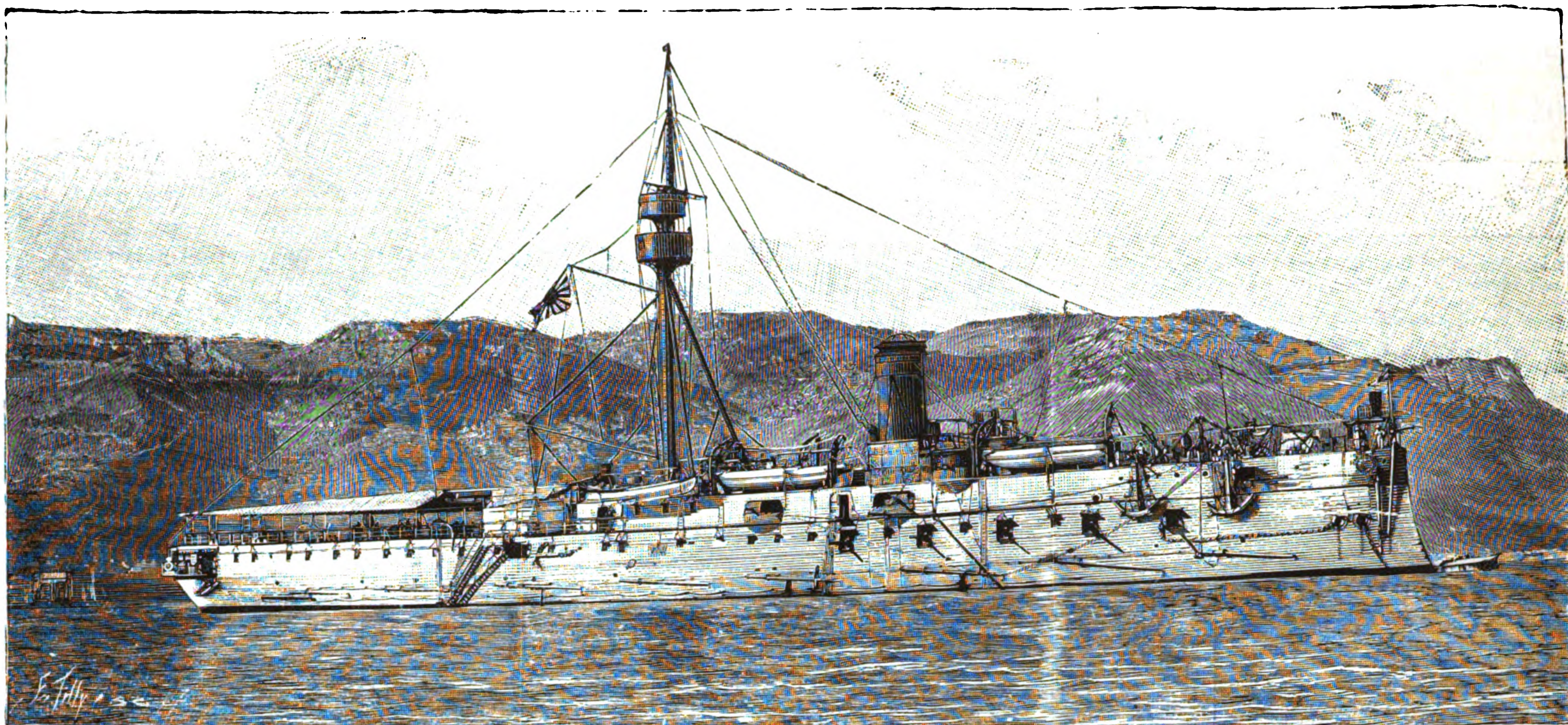
La Empresa concede á los Sres. Suscriptores de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA el derecho de poder adquirir, para sus familias, con un 25 por 100 de rebaja, una suscripción á

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

periódico de reconocida utilidad para las Señoras y Señoritas, del cual se publican cuatro distintas ediciones.

A las personas que deseen conocer estas publicaciones se les facilitan números de muestra, gratis, en las principales librerías y por su

Administración, Alcalá, 23, Madrid.



MARINA DE GUERRA JAPONESA.—EL CRUCERO GUARDACOSTAS «MATSUHSIMA», BUQUE ALMIRANTE DE LA ESCUADRA QUE TUVO EL PRIMER ENCUENTRO CON LA ARMADA CHINA.

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

AÑO XXXVIII. MADRID, 30 DE AGOSTO DE 1894. NÚM. XXXII.



RETRATO DE UNA DAMA DEL SIGLO XVII.
CUADRO DE REMBRANDT, EXISTENTE EN EL MUSEO DE BRERA (MILÁN).

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

Empecemos esta vez por los muertos, que la lista no es corta: baste decir que, en un solo día, tuvieron que asistir algunos, por la mañana, al entierro de la madre del autor dramático D. Ceferino Palencia, y madre política, por lo tanto, de la Sra. Tubau, y por la tarde, al de D. José Sagasta, diputado á Cortes é hijo del Presidente del Consejo de Ministros. La primera era una anciana octogenaria, que se había extinguido en la dulce obscuridad de la familia, y el segundo un joven en la flor de la edad y en el apogeo del favor, de que ni hacía uso ni aun parecía hacer aprecio. Las condiciones particulares del diputado D. José Sagasta, y la alta posición de su familia, dieron á su traslación, desde la casa mortuoria en la plazuela de Celenque á la estación del ferrocarril, un carácter de duelo público. Dos días después, el ministro de Ultramar, Sr. Becerra, y el director de *El Liberal*, D. Miguel Moya, acompañaban en la presidencia de otro duelo á D. Julio Vargas, que tenía el valor de acompañar al cementerio de la sacramental de San Lorenzo y San José á su malogrado hijo D. Gonzalo de Vargas, contador de la Casa de la Moneda de Manila, empleado capaz y laborioso que, buscando en su patria la salud perdida en aquella lejana provincia, sólo tuvo aliento para llegar y morir en los brazos de su padre. La presencia de un padre en estos actos les da una solemnidad abrumadora: mientras se tapiaba el nicho, era tal el silencio que reinaba en el patio del camposanto, á pesar de ser numerosa la concurrencia, que parecía que nadie se atrevía á respirar. ¿Deben los padres, hermanos é hijos sufrir estas tremendas emociones? En Francia es un deber: entre nosotros la costumbre era contraria: actualmente cada cual elige con libertad, y ni el qué dirán le impone la dura obligación de asistir á los entierros, ni le impide seguir hasta la sepultura al ser querido de quien se separa para siempre en esta vida, si tiene fuerzas para ello. En Lisboa, Portugal ha perdido un escritor insigne y España un buen amigo en D. Joaquín Pedro de Oliveira Martins, muerto á los cuarenta y nueve años de edad en todo el vigor de su talento. Y como si hubiéramos atravesado en Madrid una luna fúnebre, no ha faltado algún entierro militar, al son, antes familiar y ahora nuevo, de los restablecidos tambores, y hasta el de un torero, *el Cartujano*, que sucumbió de resultas de las heridas que recibió en la Plaza de Toros.

También ha muerto un ilustre general de división en la escala de reserva, D. José Almirante, que procedía del cuerpo de Ingenieros, y se había creado una reputación europea por sus obras técnicas, entre las cuales figura en primer término la única que hemos leído en parte, su famoso *Diccionario militar*, de 1.218 páginas, henchidas de datos, reflexiones, erudición, crítica y no pocos rasgos humorísticos. Publicóse aquella obra por el Depósito de la Guerra, siendo coronel de ingenieros el Sr. Almirante al empezarse su impresión en 1869, y mereció informes favorables de las Academias de la Lengua y de la Historia, y supone, además de un talento claro y una inteligencia muy despierta, un trabajo enorme de investigación y grandes conocimientos en filología é historia, ese museo selecto y ordenadísimo para el estudio de las costumbres militares; un tino especial para distinguir y dar importancia á la esencia y no á los accidentes de las cosas; nuevos puntos de vista en lo que se refiere á la milicia, á partir de una educación clásica, y el estudio de la antigua disciplina española de los tiempos gloriosos en que, en vez de traducir é imitar, eran los españoles maestros en el arte de la guerra; y de estos fundamentos y de una instrucción sólida de la ciencia moderna y un espíritu generalizador y abstracto que quita á la tarea de su vocabulario lo que en sí tenía de minuciosa; de todos estos elementos y una altura de juicio y seguridad de expresión que sólo se consigue con una suma de conocimientos casi enciclopédicos: de una serie, en fin, de cualidades eminentes, se produjo una obra original por su forma y su sustancia, y que impregnada en las ideas hoy dominantes en el mundo civilizado, es, sin embargo, esencialmente española, y un libro clásico que honra nuestra literatura contemporánea y sin el cual está descabalada é incompleta toda librería de autores españoles. No conocíamos personalmente al autor; sabemos que ha muerto retirado y obscurecido, en un piso modesto de la calle de la Farmacia de esta corte, dejando encargado que no se le tributasen honras fúnebres; y que España prescindió de su ilustración y sus servicios, prefiriendo darle una jubilación, por cumplir un reglamento de esos que nivelan al que vale con el inútil, á hacer distingos inteligentes. Y debemos lamentar también que ni la Academia de la Historia ni la de la Lengua hayan querido utilizar su ilustración, su amor al trabajo y su talento, sobre todo cuando buscan y procuran rodearse de hombres entendidos y de instrucción sólida en los diferentes ramos de la erudición. Ignoramos si ha dejado el general Almirante algunos escritos inéditos y si ha enriquecido con nuevos artículos, noticias, correcciones é ideas su obra monumental; pero creemos conveniente que procure averiguarlo el Sr. Ministro de la Guerra, para impedir, si estuviera de su parte, la pérdida de originales de importancia. No pueden ni deben morir hombres del mérito del general Almirante sin que la patria á quien honraron dé alguna prueba de su estimación y gratitud.

⁂

¿Son justas las razones que alega el nuevo Sultán de Marruecos para pedir á España la suspensión de lo tratado, referente á la creación de cónsules europeos en Fez? Si se tiene por justo que lo pactado se ha de cumplir sin excusa, no podemos convenir en que lo sea; pero á veces el cumplimiento de una obligación provoca males que no compensan los beneficios que de ello se prometió la parte que obtuvo la ventaja ofrecida. Desde luego los motivos que alega el Gobierno del Sultán tienen para suponerlos sinceros el antecedente de ser ciertos: es verdad que la costumbre y el fanatismo musulmán repugnan y rechazan esas novedades y trato con los cristianos, y que para vencer preocupación tan arraigada se necesita un gobierno fuerte y lleno de prestigio; cualidad que no puede tener el del joven Sultán á raíz de su advenimiento al trono. Y como éste no duda del derecho de las naciones á quienes corresponde la creación de esos consulados, y no parece muy evidente la necesidad de apresurar el cumplimiento de esa innovación, no nos parecería mal pensado ni de mala política ayudar á la consolidación del nuevo orden de cosas en Marruecos, con la gestión que nos pide y confía á nuestra amistad aquel Gobierno, toda vez que la dilación se habría de hacer sin renuncia, antes convirtiéndola en ratificación vigorosa del derecho, para un plazo prudencial. Esta es nuestra opinión, lo cual no se opone á que estimemos por más justificada cualquiera otra que el Gobierno, mejor informado y con mayor inteligencia, crea preferible seguir, pues no somos de los periodistas infalibles que tratan de imponer sus opiniones, convirtiendo á la prensa en dictadora de todos los Gobiernos: nuestra tarea es más modesta; se reduce á informar algunas veces, criticar otras, pero sin soberbia, y creyendo que podemos equivocarnos en todo lo opinable.

⁂

La muerte de un valiente capitán de infantería española en una traidora acometida de los moros de Mindanao es una desgracia, porque lo es siempre para la patria la pérdida de un buen oficial; pero en el curso de la guerra no es sino un accidente, que, sirviendo de lección para no pecar de confiados, acaso produzca la ventaja de que seamos precavidos con exceso, si puede haber en la guerra precauciones excesivas. Hemos llamado traidora á la emboscada de los moros, y nos arrepentimos: queríamos atenuar la mala impresión que siempre produce una ventaja del enemigo, haciendo ver la naturaleza de la agresión, y para que no se atribuya á debilidad el desastre del capitán y una parte de su compañía, cargados de improviso y acuchillados por los moros en un lugar estrecho y cubierto de tupida vegetación: cayeron los nuestros heridos repentinamente, pero con honra y haciendo retroceder á los agresores emboscados. Mas en la guerra no son traiciones, sino arte, las sorpresas y el engañar y caer sobre el enemigo descuidado. Una de las ventajas que tenían los antiguos soldados de los tercios, aparte de la serenidad y buen orden con que peleaban, era la habilidad con que hacían las famosas encamisadas, que no permitían dormir tranquilo al enemigo que los tenía por vecinos. El jefe sorprendido podrá morir como un héroe y dejar fama de tal; pero siempre habrá cometido una distracción al ponerse en el caso de caer en una emboscada.

⁂

Con permiso de los distinguidos escritores que en estos días han hecho comparaciones entre el anarquista Caserio, que muere temblando, después de haber dejado en su celda un libro abierto, el *Quijote*, y el anarquista Salvador, convertido en Barcelona por la lectura de la filosofía fundamental de Balmes, creemos ociosa y lamentable la comparación entre estos dos casos opuestos: ociosa, porque no hay manera de penetrar en la conciencia de un reo que murió sin hablar, y del cual ni aun sabemos si se interesó en la lectura del *Quijote*; mientras que para dudar de la veracidad del otro reo hay que penetrar en sus intenciones y suponerle gratuitamente un impostor. Pero sea de ello lo que fuese, ¿en qué puede ofender á los que no somos anarquistas la retractación de Salvador, para que aumentemos á su angustia en estos momentos de expiación de su atroz delito la que resulte de la reprobación de un acto lícito y libre? Si creemos que el anarquismo es un absurdo, ¿nos debe merecer mayor crédito y simpatía el que muere proclamándole que quien se manifiesta arrepentido? ¿Es que se prefiere la anarquía al catolicismo, y las bombas á los rezos? En donde no puede haber lazo de unión es entre Caserio, el asesino que hiere á traición, y el noble Don Quijote, que acometía á los molinos de viento creyéndolos gigantes; el que amparaba á las doncellas, y los que con sus explosivos han hecho tantas víctimas, sin reparar en sexos ni edades; el que embestía encomendándose á Dios y á su señora, y los que repugnan la idea religiosa y todo ideal aristocrático. En cambio, Salvador, á pesar de sus crímenes, que deben llenar de sombras y remordimientos su conciencia cuando medite en ellos, tiene, para justificar su actitud penitente, si se invocan libros, toda una literatura popular de criminales salvados por el arrepentimiento, no del patíbulo, sino de lo que puede suceder después de la muerte, de ese más allá en que suelen no pensar los que le juzgan muy lejano, pero que gravita con terrible pesadumbre sobre el que va á morir. En esos momentos todo hombre medita, y su entendimiento tiende á penetrar los misterios de la existencia, y si hay filosofía que tenga luz para llegar á las obscuridades de un cerebro poco cultivado, es la clara y persuasiva de Balmes para sus contemporáneos que crecieron y se educaron en la Iglesia cristiana. No hay razón científica que repugne este fenómeno, sino la de los neoalienistas, que en todo ven enfermos, sin descubrir el graduador de la razón y la locura. Cuando Salvador cometió la infernal brutalidad de sembrar de cadáveres la sala del Liceo, ofendió y escandalizó al género humano: entonces y hoy, por aquello, reprobémosle duramente; pero el acto de su arrepentimiento, la única satisfacción que le es posible dar en lo irremediable de su culpa á la sociedad ultrajada, esa no debe ser, á nuestro juicio, repudiada ni combatida: si es criminal, somos cristianos: dejémosle morir en paz.

Por ser cristianos nos ofendieron los aplausos del público de Lyón ante el cuerpo descabezado de Caserio; aplausos que se han repetido en Laval, al caer en el cesto la cabeza del abate Bruneau, que, si fué un gran criminal, era, al ser conducido á la guillotina, un gran desdichado.

⁂

Hemos empezado á leer *Las nuevas enfermedades nerviosas*, por el Dr. G. André, libro que nos parece bien traducido por el profesor D. Federico Toledo y Cueva, y editado con el buen gusto que distingue al Sr. Ulecia, director de la Biblioteca Científica Moderna. Es un compendio de todos los adelantos en la patología nerviosa, y recomendamos su lectura.

⁂

Juanita es una muchacha muy á la moda: ayer la encontré llorando.

—¿Qué tienes, carita de cielo? ¿Por qué lloras?

—¿No ve usted cuántas personas distinguidas se mueren? Yo creo que se está poniendo en moda el morirse.

—Comprendo; temes tener que encargar á tu modista una mortaja.

—Niña, súbete al tablado; que voy á hacer un boceto.

—Pero si usted no es retratista, sino pintor escenógrafo.

—Es que me han encargado una decoración de gloria y vas á ser mi modelo.

Histórico.

Lleva á Juanito su padre á una confitería y le da licencia para atracarse de dulces: al cuarto de hora el niño rompe á llorar.

—¿Qué te sucede?

—Lloro, porque no me caben más en la barriga.

José Fernández Bremón.

NUESTROS GRABADOS.

BELLAS ARTES.

Retrato de una dama del siglo XVII, cuadro de Rembrandt, existente en el Museo de Brera (Milán).—*En los Jardines del Buen Retiro. Una sesión de patines*, dibujo de Méndez Bringas.

Uno de los mejores cuadros del insigne pintor flamenco es el *Retrato de una dama del siglo XVII*, que se guarda en el Museo de Brera, de Milán. Este tipo no puede ser más holandés: rostro redondo, tez sonrosada, sonrisa plácida en los labios, y cabellos abundantes y rubios. Esta obra maestra, de la que damos copia en nuestro grabado de la página primera, ha sido restaurada, no hace mucho, por el distinguido pintor italiano Mancastroppa.

Los Jardines del Buen Retiro son muy otros de los que eran hace poco más de un año, habiéndolos transformado la empresa que los tomó á su cargo, de modo que seguramente habrá complacido mucho á los madrileños que no veranean y que á ellos acuden todas las noches. Hay allí toda clase de diversiones y agradables pasatiempos: cada uno elige el que mejor le cuadra, y de la satisfacción de todos resulta la animación de aquel bullicioso y alegre conjunto.

El bonito dibujo de Méndez Bringas, que verán los lectores en la pág. 133, está inspirado en una de las más pintorescas escenas que ahora suelen verse en los Jardines. La afición á los patines ha cundido en el bello sexo con gran contentamiento del masculino, que así puede contemplar á su sabor la gracia, agilidad y travesura de hermosas mujeres, sin esta nueva costumbre sometidas á la severa compostura y gravedad que en los sitios públicos guardan.

⁂

MÁLAGA.

Grandes festejos durante la feria.

La feria de Málaga ha sido notablemente animada, mereciendo las fiestas que en ella ha habido los honores de la general aprobación. En el sitio llamado Martiricos se han levantado, como por arte de encantamiento, preciosos jardines y cómodos paseos, á los que daban animación y frescura grandes y juguetones saltos de agua. El real de la feria estaba lleno de elegantes tiendas, cafés ambulantes y hermosísimas casetas. Por la noche acudieron á él más de 30.000 personas, siendo grande la animación y la alegría.

Casi todas las casetas de la feria eran elegantísimas y lujosas, y ya que no podamos describirlas todas, daremos sucinta idea de algunas de ellas á los lectores. La del Ayuntamiento, muy alta y ventilada, de original y bella arquitectura, hallábase en un alto y estuvo siempre muy concurrida. La del Círculo Mercantil era de estilo árabe muy puro, y junto á ella improvisaron los socios un fresco y ameno jardín. La del Liceo era más sencilla, pero espaciosa, ligera y de muy buen gusto. De las tres publicamos grabados en la pág. 125.

Otro de los principales atractivos de la feria ha sido la exposición de carrozas. Sobresalieron la del gremio de constructores, la del Comercio, la del Círculo Mercantil, la del de Vinateros, la Militar, la del Ayuntamiento y la de la Escuela de Bellas Artes.

La del Círculo de Vinateros ha sido construída bajo la dirección del notable pintor Sr. Ferrándiz, y tiene en la base de la plataforma 5 metros de largo por 2½ de ancho. La altura es de 5,60 metros, incluyendo la estatua de Baco, que se levantaba airosa sobre un gran tonel rodeado y sustentado por otros pequeños. En la parte anterior llevaba un precioso botellero de 2 metros de alto con botellas que contenían exquisitos vinos. Encima del botellero iba una estatua de Mercurio, y delante unos mantones de Manila, una guitarra y cuatro panderetas pintadas por Ferrándiz, Murillo, Carreras y Bermúdez. Remataba la composición de la carroza un friso pompeyano adornado con cabezas de mujer y de león. Completaban la carroza unas ánforas, de las que salen dos parras con pámpanos de plata, formando frondosísimo dosel. Entre las ánforas iba una máquina azufradora Ramos Power.

La carroza de la Escuela de Bellas Artes ha sido calificada por algunos periódicos locales de obra maravillosa, alabanza que no se hace sospechosa de exageración con la advertencia de que se ha construído dirigiendo la obra el Sr. Muñoz Degrain. Era esta carroza algo mayor que la anterior, pues tenía 6,60 metros de largo por 3 de ancho. La cornisa de la plataforma sostenían cabezas de leones, de las bocas de los cuales cuelgan guirnaldas de flores, cubriendo las ruedas unas guardamalletas decoradas con muy buen gusto. En la parte anterior de la carroza lucíase gallardamente un jarrón griego, de metro y medio de alto, con grandes relieves, y pintado por los Sres. Nogales y Ponce. En el centro iba una estatua de gran tamaño representando el genio, y á sus pies un precioso grupo también alegórico. Detrás dos esbeltas columnas simbolizaban el templo del arte. En carteles, situados á ambos lados, leíanse los nombres de los más famosos artistas que Málaga ha producido. El conjunto era bellísimo, y honra á la Escuela de Bellas Artes de Málaga y á los insignes artistas malagueños que en ella han tomado parte.

Terminaremos esta reseña consignando que en gran parte se debe el lucimiento de las fiestas malagueñas á la actividad y talento del alcalde, D. Francisco Prieto Mera.

∴

EGIPTO.

Vista de Puerto Said, á la entrada del Canal de Suez.

Puerto Said existe desde que se hizo el canal de Suez. Sobre las arenas arrancadas al istmo y arrojadas á aquella parte del Mediterráneo se fueron levantando casas á la europea, para habitación de los directores de las obras. Tras aquellos primeros vecinos vinieron otros; fuéronse ganando al mar nuevos terrenos, y hoy tiene Puerto Said buenos palacios, excelentes fondas y 20.000 habitantes nacidos en las cinco partes del mundo, que hablan todas las lenguas y visten todos los trajes.

El puerto consta de dos partes: el puerto, propiamente dicho, y el antepuerto. Éste hállase defendido de las olas por dos grandes muelles, de 3.500 metros de largo el del Oeste, y de 2.800 el del Este. El espacio que abrazan es de unas 230 hectáreas, algo menos que el nuevo puerto en contrucción en el abra de Bilbao.

Nuestro grabado de la pág. 132 reproduce con toda fidelidad el aspecto de Puerto Said desde el mar.

∴

EL CAMPO DEL MORO.

Rectificaciones históricas.—Grandezas y desventuras de los jardines del Campo del Moro.—Su restauración.—Grandes obras que en ellos se han hecho y puntual noticia de cómo han quedado.

Cuenta Mesonero Romanos, en su libro *El Antiguo Madrid*, que Yusuf ben Taxefín, emperador de los almorabides, embistió á Madrid luego de haber vencido en Zalaca á Alfonso IV, y en esto se equivocó manifiestamente, porque Yusuf recibió la noche que siguió á la victoria noticia de haber muerto en Africa su hijo más querido, de lo que le dió tal pesar, que se volvió luego á su corte, dejando la menor parte de las tropas que con él vinieron á cargo del general Abú Bekr, en quien tenía gran confianza. No volvió á España (según Dozy) el Emperador africano hasta pasados cuatro años de la batalla de Zalaca, la cual se dió á 23 de Octubre de 1086, y entonces lo hizo para sitiar el famoso castillo de Aledo, desde donde el Cid ó su amigo y compañero Alvar Fáñez corrían todas las tierras de Murcia y tenían en constante alarma á los musulmanes. Después de esta campaña, Yusuf guerreó contra los Príncipes andaluces hasta quedar dueño de todas sus tierras, y murió en 1107. Sobre si vino ó no hasta Madrid hay dudas muy fundadas. En el *Rud el-Kartas* ó *Historia de los soberanos del Moghreb* y *Anales de la ciudad de Fez*, traducido del árabe por A. Beaumier, he leído que Yusuf volvió á España en 1088 para echar del castillo de Aledo á los cristianos, y que en 1090 pasó por tercera vez el Estrecho, poniendo apretado sitio á Toledo, cuyos alrededores taló y saqueó, teniendo que retirarse sin tomarla porque no le ayudaron los moros españoles. Que no pudo llegar á Madrid en la fecha que dice Mesonero Romanos, está fuera de duda, porque quien gobernaba entonces la España musulmana (y la gobernó hasta 1143) fué Alí Abul Hasán, hijo de Yusuf. Es probable que en el otoño de aquel año de 1090, ó en la primavera del siguiente, llegara alguna *algara* de los moros hasta las vegas del Manzanares; más tarde no, porque Alfonso VI se dió extremada prisa en juntar tropas y poner en defensa las plazas fronterizas. Tampoco es creíble que pasara un verdadero ejército entonces, ni más tarde, porque habiendo quedado Toledo en manos de los cristianos y con ella las muchas y grandes fortalezas que defendían la comarca desde el Alberche á los montes de Cuenca, no era posible mantenerse en ella.

Después de la batalla de Uclés (1) que se perdió en 1108, pudieron llegar hasta Madrid los almoravides con más facilidad, pues muchas de aquellas fortalezas cayeron en sus manos, entre ellas Cuenca, Huete y Ocaña, con lo que tuvieron expedito el camino hasta el fuerte castillo que defendía la entrada de los caminos de la sierra. Pero á pesar de esto no le sitiaron formalmente, sino que dos años después llegó á España el emperador Alí con poderoso ejército de africanos, y para continuar sobre seguro la conquista, embistió á Toledo, á Talavera y á las demás plazas de la línea del Tajo. Rechazado de Toledo, vino con gran furia sobre Guadalajara y Madrid, y de ésta dicen que la incendió, pero que no pudo tomar el alcázar, al que los más de los habitantes se habían acogido, aunque le tuvo sitiado. Este debe ser el suceso á que se refirió Mesonero Romanos, si bien equivocando el nombre del Emperador y la fecha del sitio. También llegaron á Madrid los almohades después de la rota de Alonso VIII en Alarcos (1195), sucediéndoles lo que á los almoravides: talaron la campiña, incendiaron las casas y asediaron inútilmente el alcázar. Lo mismo en una que en otra ocasión acampó el grueso de los invasores á orillas del río, frente al castillo, pero en ninguna mucho tiempo, lo que no hace creer que llegase á ser costumbre del pueblo llamar á aquel sitio campo del moro. Por tanto, lo más acertado será confesar que no se sabe el origen de este nombre (2).

Era notable la frondosidad y hermosura de la vega del Manzanares antes que la bárbara enemistad de los habitantes á los árboles la despojase de su mejor adorno. Ya era Madrid población importante, muy visitada por los reyes, y todavía llegaba el monte, pobladísimo de conejos, liebres, gamos y venados, hasta debajo de los cubos y torres del alcázar. «Dentro de sus puertas—dice D. Luis Fernández-Guerra en su libro titulado *Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza*—contenía deleitosos jardines y la huerta que se llamó de la Priora, con todo género de frutales y cristalinas fuentes, á cuyo extremo, andando los siglos, llegaron á edificar el monasterio de la Encarnación.» Esta huerta de la Priora es hoy plaza de Oriente, no menos transformada que la otra parte del Parque que se conoce con el nombre de Campo del Moro.

Carlos V, que tan agradecido estaba al clima de Madrid, por haber curado en esta villa de una de sus enfermedades, ensanchó mucho el Parque, en lo que le siguió Felipe II, en cuyo tiempo se hicieron en todo él muchos desmontes, se plantaron árboles y se alumbraron aguas, quedando muy hermoso y con bonitos jardines, que murieron cuando las demás prosperidades y grandezas de la monarquía española en los tiempos de la casa de Austria. Pero mientras aquéllas duraron duró la magnificencia de los jardines del Palacio y la alegría de muchas y muy vistosas fiestas que en ellos se celebraron. La poesía castellana, también lozana y vigorosa entonces, le hizo teatro de la acción de muchas comedias, singularmente tres grandes autores cuya fama aumenta con los años: Lope de Vega, Calderón y Alarcón.

Con aquella dinastía desapareció su Alcázar (destruído por un incendio en 1734), y con el Alcázar los jardines, los cuales siguieron mucho tiempo abandonados, pues aunque se hizo un trazado para restaurarlos, no pasó de proyecto. En lo que va de siglo su vida ha sido muy varia. Sirvieron de campo de instrucción, de huerto, arrendándose el terreno á particulares, y de vertedero de escombros. Reinando D.ª Isabel II se pensó nivelar el Campo del Moro rellenándole, y para ello llevaron á aquel sitio los materiales procedentes de los derribos de la Puerta del Sol; pero hubo que abandonar la empresa, la cual no se ha acometido ahora por dos poderosas razones: primera, por conservar los magníficos pinos allí existentes, y segunda, porque hubiera llegado el siglo XX sin que la nivelación estuviese terminada. Al rey D. Francisco de Asís se debe que se mejorasen mucho los jardines, se plantaran árboles y se colocaran la fuente de los Tritones y la de las Conchas.

Ambas son hermosas y muy merecedoras del lugar que ocupan. La de los Tritones estuvo colocada en el jardín de la Isla del Real Sitio de Aranjuez hasta 1657. En el Museo del Prado hay un bonito cuadro de Velázquez que la representa como debió ser en tiempo de Felipe IV; es decir, con el pilón rectangular, en vez del de ahora que es circular.

La acción destructora de la revolución de Septiembre alcanzó á lo que quedaba del antiguo Parque de Palacio, convirtiéndole en estercolero, asilo de vagabundos, mendigos, rateros y mujerzuelas de las más viles, con notable daño de la comodidad y seguridad de los pobladores de toda aquella parte de Madrid y escándalo de las personas honradas. A los pies del regio Alcázar estaba la corte de la hampa y de la pillería madrileña más desvergonzada, y el Campo del Moro era en la dicción popular sinónimo de guarida de rateros y asilo de la prostitución más baja.

Dolida S. M. de que tal cosa sucediera, y nada contenta de semejante vecindad, pensó en poner remedio á mal tan grave, cegando aquella sentina y convirtiéndola en lugar risueño y apacible, alegría de los ojos y productor de sano y perfumado ambiente. Resolvió restaurar los antiguos jardines, mejorándolos de como estaban en tiempo de sus ilustres ascendientes los Príncipes de la casa de Austria; y en verdad, ahora que las obras están terminadas, admira el esfuerzo empleado y el gasto hecho.

Han durado muy cerca de cuatro años, en los cuales ha sido preciso remover 280.000 metros cúbicos de tierra, entre desmontes, terraplenes y rellenos. Como mucha parte del suelo eran escombros, impropios para criar plantas y árboles, hubo que traer tierra vegetal y abonos en grandísima cantidad, dando á todo el jardín hasta cuatro cavas para asegurar una buena mezcla de los nuevos elementos del suelo con los antiguos. Ha habido necesidad de ajustar la obra al terreno, que era de la forma de una cazuela, de modo, que para unir la parte alta con la baja, se ha traído grandísima cantidad de trozos de roca, la mayor parte de ella de Vicálvaro; cuya aspereza está disimulada por la infinidad de plantas que la cubren.

Necesitábase agua en abundancia para ayudar á la vida de los nuevos árboles y mantenerlos después lozanos y frondosos en las largas sequías del verano y otoño. Se ha atendido á esta necesidad tan completamente como se podía desear, y con decir que las arterias del Parque tienen más de 7.800 metros de longitud (5.231 de tubos de hierro y 2.585 de tubos de plomo), con 100 llaves de paso y 247 bocas de riego, queda probado la mucha atención que en atender á esta necesidad se ha puesto.

El Parque de Palacio es ahora un magnífico bosque de 20 hectáreas de extensión, en el que, después de haber respetado cuantos árboles sanos contenía, han sido plantados 1.000 coníferas de diferentes especies, 5.140 árboles pertenecientes á otras familias, 4.500 arbustos de hoja persistente, 2.300 de hoja caduca, 4.000 palmeras, 1.000 trepadoras, 16.000 tubérculos de flor é infinito número de plantas de adorno, principalmente de rosales, traídos casi todos del Escorial y San Ildefonso. De la fértil vega del Tajo se han traído muchos vagones de plantas, y también de los viveros de Barcelona y Angers. Los más de los árboles plantados son chopos blancos y otras variedades, plátanos orientales, pinos de Jerusalén y del Canadá, acacias, fresnos, laureles, magnolias, bambúes, tilos; jazmines y cedros. Cortan la espesura diez anchos paseos para carruajes, y treinta y ocho senderos.

Entre estos paseos merece particular mención el hermoso salón rematado por espaciosas plazoletas donde suele jugar S. M. el Rey, y del que se ve una buena parte en nuestro grabado.

La escalinata rústica, de rocas artificiales, es muy bonita. Delante de ella vese el velocípedo del augusto niño.

En uno de los lados del salón hay un kiosko muy lindo, hecho con cortezas de árboles, al pie del cual están el columpio, las poleas, el salto del Gigante y otros aparatos de gimnástica higiénica, á que S. M. es muy aficionado. En aquel delicioso sitio, defendido de los rayos del sol por copudos árboles, adornado de muchas y olorosas plantas, entre ellas el romero, el tomillo y el cantueso, pasa muchas horas del día, siempre jugando y poniendo á prueba sus fuerzas en casi todos sus pasatiempos.

En estas obras han tenido ocupación constante de 200 á 300 obreros, cuyo número ha aumentado en las épocas en que ha habido en Madrid falta de trabajo. Para que se hallen completamente terminadas, falta acabar la hermosa verja que cerrará el Parque, y de la que sólo se ha colocado hasta ahora la que lo separa del paseo de San Vicente; la del frente que da al paseo de la Virgen del Puerto, se pondrá luego que terminen las obras del Ayuntamiento en la glorieta de San Vicente. La restauración de las fuentes de los Tritones y de las Conchas ha sido difícil y costosa, por haberlas estropeado bárbaramente la gente de mal vivir, tantos años dueña del antes abandonado Campo del Moro.

Ha inspeccionado las obras, y aun podría decirse que las ha dirigido, el intendente D. Luis Moreno, según los planos presentados por él y por el jardinero de Barcelona D. Ramón Oliva á S. M., y con la cooperación de D. Francisco Amat, jardinero de la Casa de Campo.

No sólo se ha realizado con la resurrección de esta importante parte del antiguo Parque una obra de reparación histórica muy digna de aplauso, sino que notablemente se ha favorecido á la decencia y al ornato de la entrada principal de la corte. La hermosa verja y el bonito pabellón del cuerpo de guardia, dan al paseo de San Vicente muy otro aspecto del que tenía. De la parte donde estuvo la puerta del mismo nombre (levantada en 1726), ha cedido el Real Patrimonio un buen trozo de terreno para que el Ayuntamiento pueda hacer una plaza ó glorieta muy espaciosa. En cambio recibe un pequeño terreno al pie del nuevo camino que parte de la carretera de la Virgen del Puerto, y en cuyo sitio se construirá un kiosko para el guarda del puente del Rey.

La entrada del túnel que da paso á la Real Casa de Campo ha sido revestida interiormente de rocas artificiales. Sobre él hay una balaustrada rústica, desde la que se descubre una bellísima vista, que nuestro colaborador artístico, el hábil dibujante Sr. Comba, ha copiado con notable talento, según verán nuestros lectores en el grabado correspondiente. Desde aquel agradable sitio se ven las dos fuentes monumentales, y en el fondo de una gran calle de árboles corpulentos, la imponente fachada del palacio.

Las rampas de Palacio, que eran antes derrumbaderos, se han arreglado á Mac-Adan, y están ahora adornadas por ambos lados en toda su longitud de enredaderas y rosales, que esconden los muros. Al lado del pabellón del cuerpo de guardia se está construyendo otro, que cubrirá la alta pared de las Caballerizas. En este edificio se pondrán las máquinas que han de producir la luz eléctrica. También está ya acabada la magnífica escalinata por donde se baja de la Plaza de la Armería al Campo del Moro.

El Alcázar, quizás el único palacio sin jardín que había en Europa, tiene ahora uno digno de su historia y de su majestuosa arquitectura, el cual, extendiéndose á los pies de una de sus principales fachadas, embellece el sitio por donde llega á la villa y corte mayor número de viajeros.

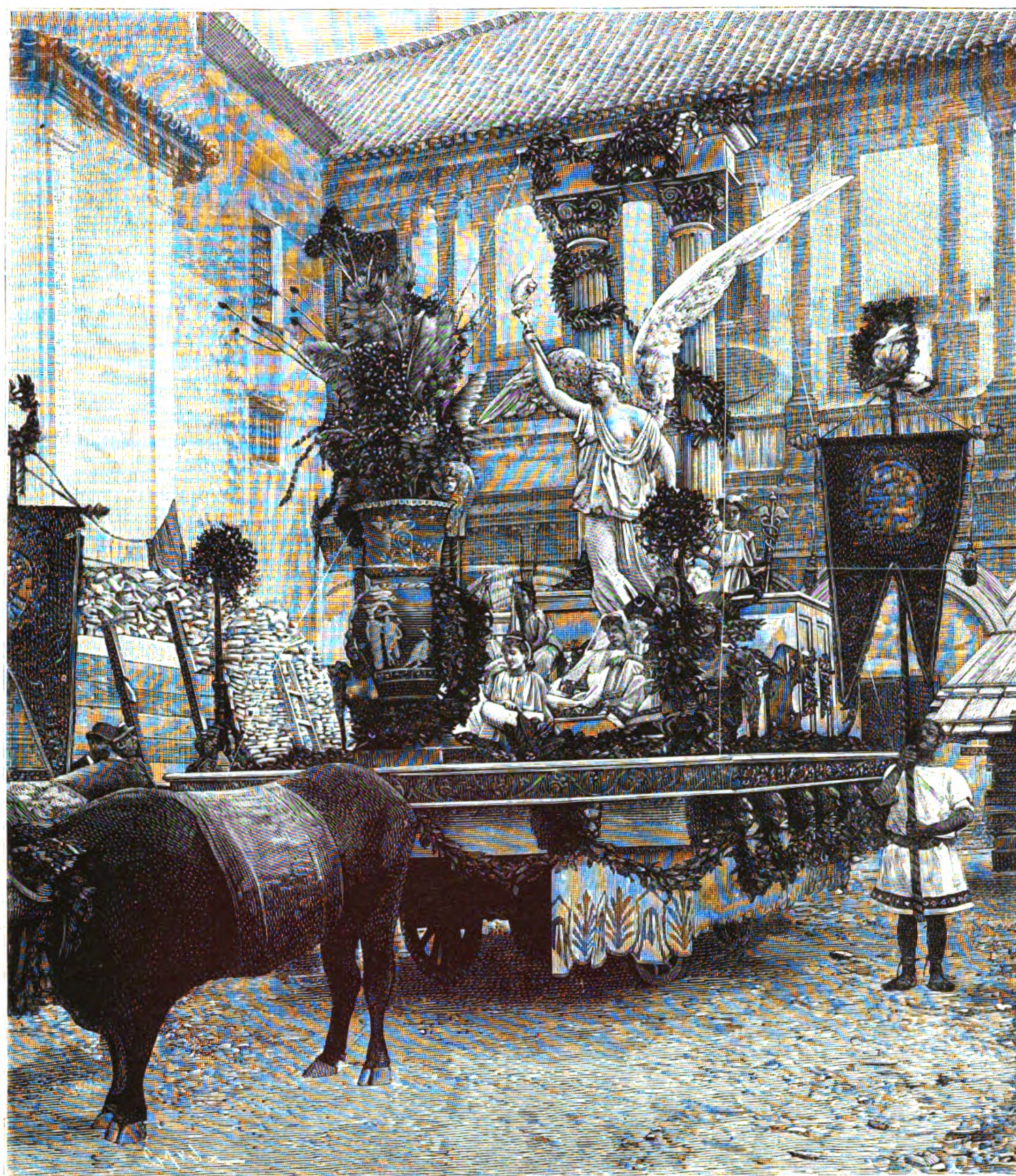
∴

(1) Esta batalla la ganó Temin ben Yusuf, hermano de Alí-Abul-Hasán, quien á la sazón estaba en Africa.

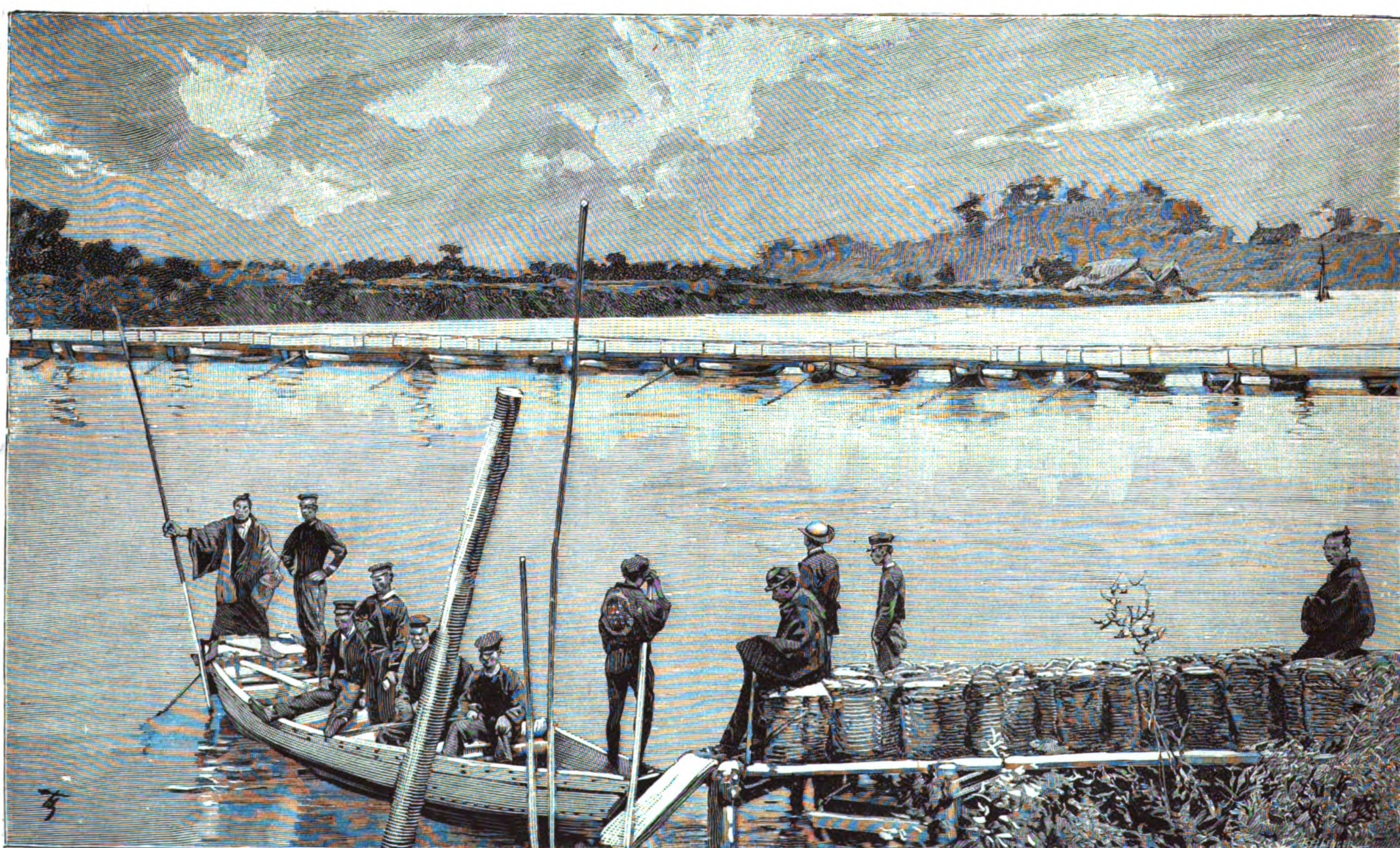
(2) No hay mejor prueba de lo necesitada que está la Historia de España de quien la escriba, que mirar cómo han puesto á la de Madrid los fabulistas de los pasados siglos, y graves y muy reputados autores del presente. Sólo en lo que atañe al Campo del Moro abundan los errores de tal modo, que el deseo de señalar algunos vence en mí al temor de la inoportunidad de esta nota.

Los autores del *Diccionario Geográfico Universal*, publicado en Barcelona en 1832 (obra, para su tiempo, muy buena), escribieron que Madrid fué acometido en 1108 por los emires de Marruecos Texufín y Alí, alargando la vida del padre, vencedor en Zalaca, para que gobernara al mismo tiempo que el hijo: equivocada noticia que incautamente copian Madoz en su *Diccionario Geográfico* y Mesonero Romanos en la *Reseña Histórica* que puso al principio de su excelente libro *El Antiguo Madrid*. Fernández de los Ríos, en la *Guía de Madrid*, que publicó en 1876, dice: «Siglo XII, 1109, Tejufín, rey de los almoravides, sujetó á *Majeritum*», etc., etc., error semejante al que acabo de señalar.

Sin duda algún autor antiguo confundió la primera campaña de Yusuf con la tercera, en la que le acompañaron sus hijos Alí-Abul-Hasan y Temin, y los que le siguieron han ido trasladando á sus respectivos libros la confusión, sin cuidarse de otras averiguaciones.

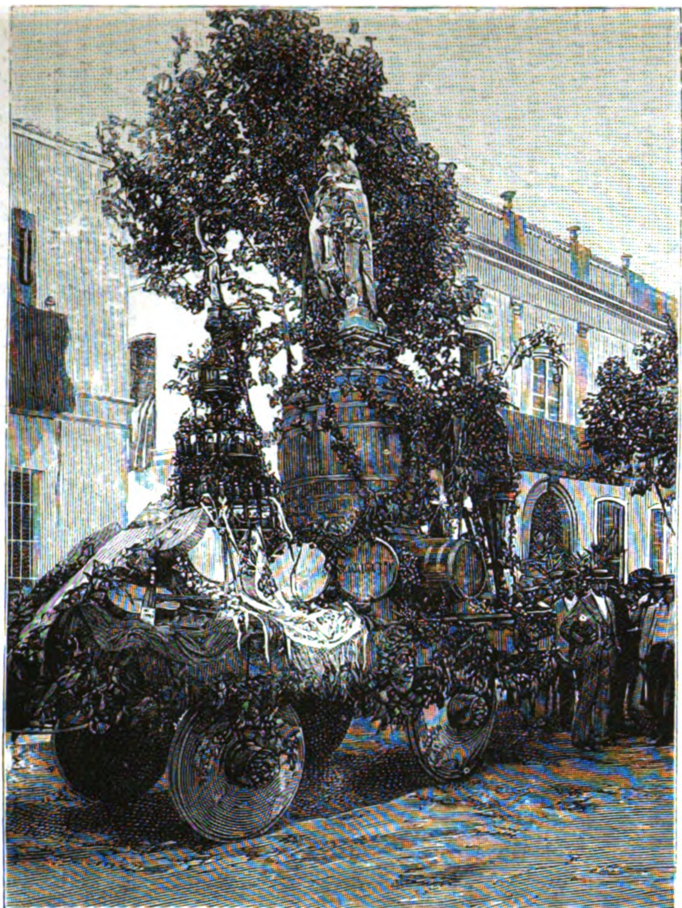


MALAGA.—GRANDES FESTEJOS DURANTE LA FERIA.
LA CARROZA DEL CÍRCULO DE BELLAS ARTES.
(De fotografía del Sr. Osuna.)

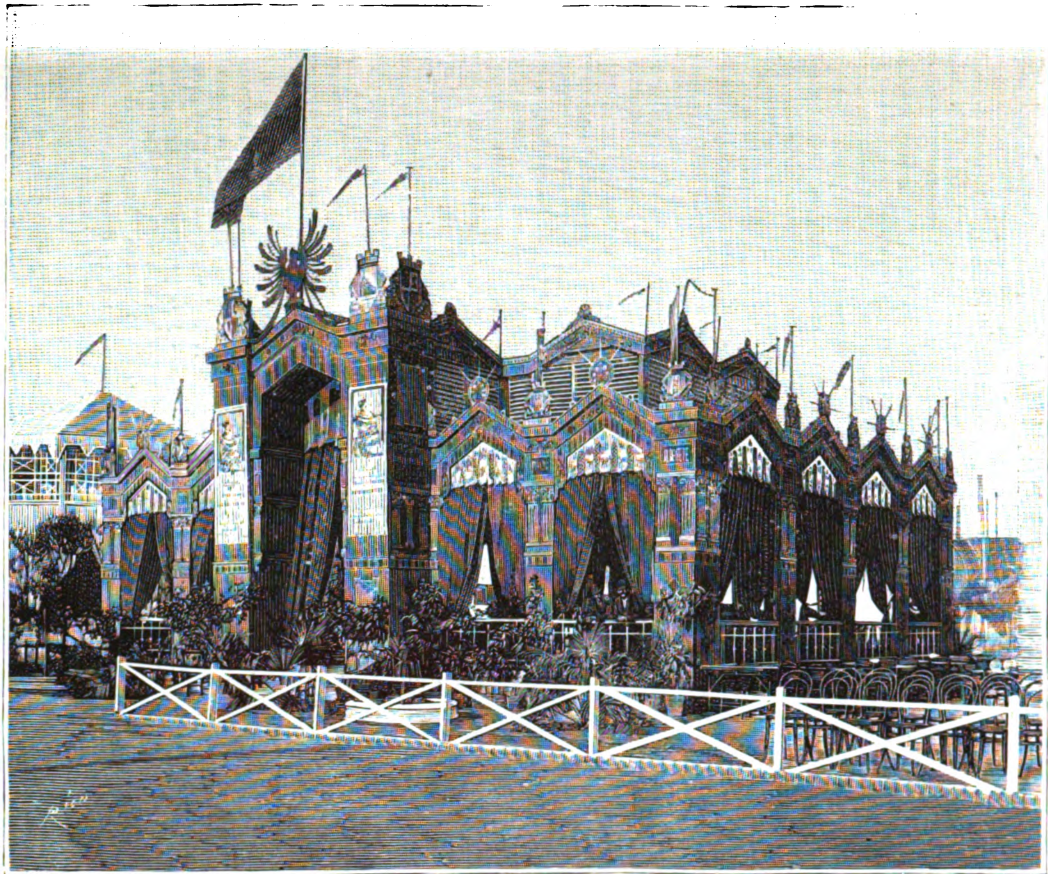


JAPÓN.—CONSTRUCCIÓN DE UN PUENTE DE BARCAS SOBRE EL RÍO TONEGAWA POR UNA SECCIÓN DE INGENIEROS MILITARES.

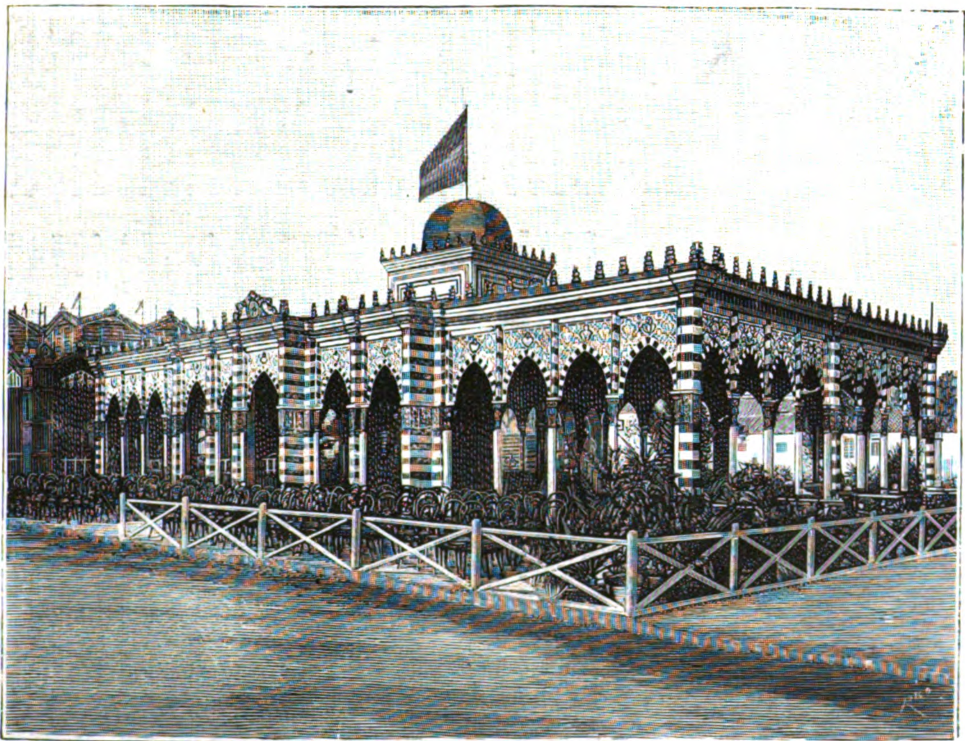
MÁLAGA.—GRANDES FESTEJOS DURANTE LA FERIA.



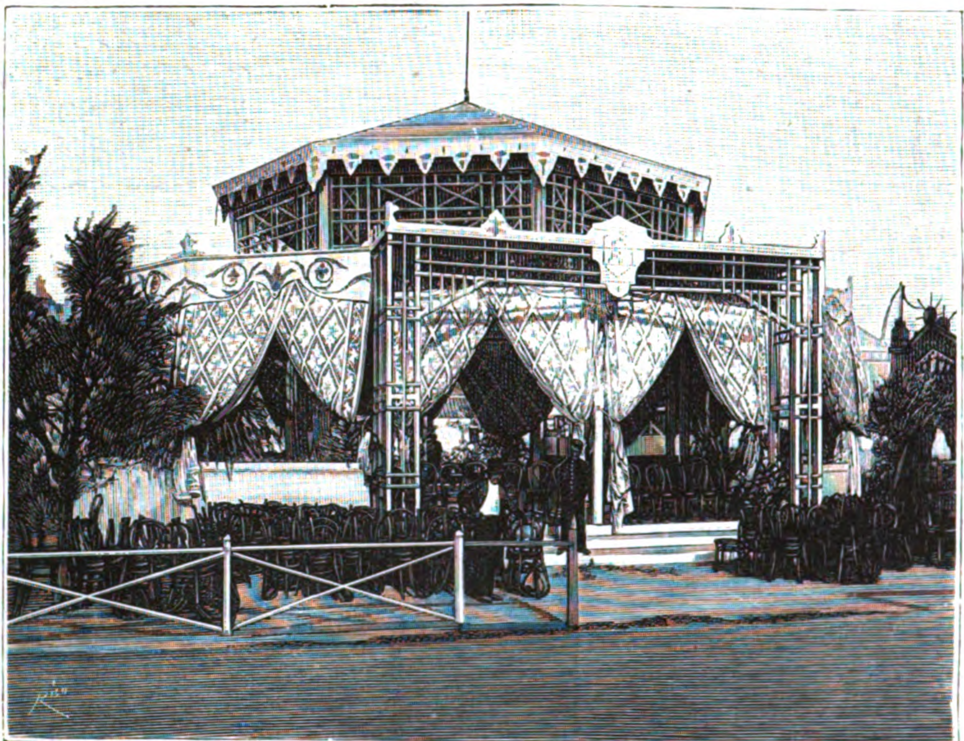
CARROZA DEL CÍRCULO DE VINATEROS.



CASETA DEL AYUNTAMIENTO.



CASETA DEL CÍRCULO MERCANTÍL.



CASETA DEL LICEO.

(De fotografías del Sr. Osuna.

LA GUERRA ENTRE CHINA Y EL JAPÓN.

Una sección de ingenieros japoneses tendiendo un puente sobre el rio Tonegawa. — El Conde Saigo, ministro de Marina. — Un vicealmirante japonés. — Tipos y costumbres de Corea: Un grupo de bailarinas.

Publicamos en este número diferentes vistas y retratos referentes á las naciones orientales, en las que hoy está fija la atención de Europa. La primera es una prueba más de la perfecta semejanza que existe entre el ejército japonés y los europeos. El cuerpo de ingenieros (por cierto muy instruído) tiene su sección de pontoneros con material moderno, ejercitado en frecuentes maniobras, como la de tender un puente sobre el rio Tonegawa, escena perfectamente reproducida en nuestro grabado de la pág. 124.



EL CONDE SAIGO,
ministro de Marina del Japón.

El conde Saigo, á quien en mucha parte se debe el rápido engrandecimiento de la Marina japonesa, es general de división, y, aunque joven aún, tiene fama de enérgico y de gran administrador. Juntamente con su retrato publicamos el de uno de los vicealmirantes de la Armada, que actualmente surca vencedora el mar de la China. Adviértese al primer golpe de vista la mucha semejanza que hay entre su uniforme y el de los jefes de la Marina inglesa.



Vicealmirante de la Armada japonesa.

Una de las partes indispensables de toda fiesta en Corea es la asistencia de las *ki-sang* ó bailarinas. No faltan en ningún banquete particular ú oficial, siendo su misión entretener á los comensales con movimientos acompasados que constituyen una suerte de baile muy semejante al de los japoneses. (Véase nuestro grabado de la pág. 136.)

°°°

JOAQUÍN PEDRO DE OLIVEIRA MARTINS,
ex ministro é insigne historiador portugués.

Las pocas líneas que á modo de noticia biográfica voy á escribir, forzosamente han de tener un carácter personal no usado en esta sección. Oliveira Martins fué, hace catorce años, padrino mío en la carrera literaria, y quien á ella me animó con cariñosas palabras. Celebrábase en Portugal el tercer centenario de Camoens, en 1880, y pensamos algunos (siendo iniciador el notable periodista portuense, mi querido paisano y amigo Emygdio d'Oliveira) conmemorarlo fundando una Sociedad de Geografía Comercial.

Buscamos presidente, y ninguno nos pareció mejor que Oliveira Martins, ingeniero, economista y escritor ya entonces de grandes méritos y de grandísimas esperanzas, que confirmó después. Con tal motivo le conocí y traté como hombre antes de admirarle como escritor, presidió mi primera conferencia, corrigió mis primeros trabajos: natural es que procure consignar en estas mismas columnas de La Ilustración Española y Americana, que también honró con su pluma, la pena con que he sabido la triste nueva de la muerte de mi maestro y amigo.

Oliveira Martins nació en Lisboa, el 30 de Abril de 1845, y desde 1868 hasta hace poco publicó más de treinta tomos de historia, economía y sociología, todos de grandísimo mérito. He aquí los títulos: *Th. Braga e o Cancioneiro.—Os Lusiadas*, *ensaio sobre Camoens e a Renascença.— Theoria do Socialismo.—Portugal e o Socialismo.—A reorganização do Banco de Portugal.— O Hellenismo e a civilização christan.—As eleições.—Elogio historico de Anselmo Jose Braamcamps.— A circulação fiduciaria.— Historia da civilização iberica.—Historia de Portugal.—O Brasil e as colonias portuguezas.—Portugal contemporaneo.—Elementos de Anthropologia.— As raças humanas e a civilização primitiva.— Systema dos Mithos religiosos.— Quadro das instituições primitivas.— O regime das riquezas.— Taboas de chronologia e geographia historica.— Historia da republica romana.— Portugal nos mares.— Os filhos de D. João primeiro*, etc., etc.

Sintético admirable, literato de grandes dotes, que sabía dar á cada capítulo de nuestra historia (entendiendo por nuestra, como él lo entendía, la portuguesa y la española) tanto interés como pueda tener el mayor drama, tuvo también elevadas miras, quizás no bien comprendidas aquí ni allá.

Aunque político desde su juventud, no fué ministro hasta hace dos años. Vino á España cuando el Centenario del descubrimiento de América, y la conferencia que dió en el Ateneo de Madrid le ganó en España casi tanto crédito como tenía en Portugal. Periodista incansable, fundó en Oporto *A provincia*, y colaboró en multitud de publicaciones. En política tenía grandes enemigos, y no pocos le regateaban de carácter lo que le concedían de talento.

Pero, á pesar de todo, tuvo en los últimos años de su vida la confianza del rey D. Carlos, y ha muerto sin que nadie pudiera disputarle uno de los primeros puestos entre los historiadores peninsulares.

Publicamos su retrato en la pág. 132.

G. Reparaz.

LA TRAICIÓN DE UN TUERTO.

Continuación.

X.

La primera sorpresa que produce la lectura de este escrito, es ver la firma del Padre fray Gaspar de Carvajal al frente del rosario de las cuarenta y siete de los caballeros, hidalgos y sacerdotes de la Armada. ¡El P. Carvajal, que al tocar, en su relación del viaje de Orellana (1), el capitalísimo episodio del requerimiento, pasa por él como sobre ascuas y en tercera persona, diciendo *requirieron*, *rogaron*, por evitar la parte de responsabilidad que en el negocio pudiera caberle! De la firma del P. Vera no me admiro, porque sabido es que en el Perú no hubo frailes más jaraneros y amigos de meterse en aventuras que los mercenarios. Pero en el requerimiento hay algo más grave que estas firmas, de las cuales sabrán responder las Órdenes de Santo Domingo y de Nuestra Señora de la Merced. ¿No es extraño, incomprensible y sospechoso que á aquellos caballeros, hidalgos y sacerdotes se les ocurriera, en el punto y mejor y más oportuna ocasión de cumplir con el encargo que llevaban, protestar de que no podían cumplirlo? ¿Y no es patente descaro y sin igual desvergüenza atreverse á añadir que lo contrario era cosa que no cumplía al servicio de Dios y del Rey, y que con su protesta se descargaban de aleves y desobedientes al servicio real si no siguiesen á su caudillo en el viaje de regreso por el rio arriba? ¿Y no es escandaloso que los protestantes, á fin de que pareciera humanamente imposible la vuelta al real de Pizarro, hicieran subir á más de doscientas leguas la distancia de éste al pueblo donde aportaron á los nueve días y hallaron los bastimentos de socorro que aquél y sus desamparados compañeros esperaban? El curso total del Coca, con sus múltiples serpenteos y desvíos, no llega á ochenta leguas. Concedo que los de Orellana dejasen á Pizarro en un asiento próximo á la mitad del río. Contando bajo este supuesto las doscientas, el pueblo de Aparia tenía que caer indefectiblemente mucho más allá de la confluencia del Napo ó Santa Ana y el Amazonas. Un absurdo. Desde el real de Pizarro al puerto de Aparia mediarían, si acaso, unas sesenta leguas; distancia, por lo demás, conforme con la extensión y número de las jornadas descritas en el itinerario del vicario y cronista dominico, el cual, por lo visto, olvidó lo que había firmado un año antes. Los temores de una muerte cierta eran asimismo calculadas exageraciones, y, á la verdad, no muy decorosas á soldados de conquista. Yo no digo que fuera cosa fácil y breve subir un bergantín cargado de vituallas sesenta leguas río arriba; pero despachar, al encuentro de Pizarro ó á su real, si de él no se había movido, unas cuantas canoas de aviso, parte á la ligera, parte con algún refrigerio, para socorrerle con él por el pronto, hubiera sido un juego, un paseo agradable para indios de linaje omagua, constructores y dueños de las más grandes y finas canoas que surcaban aquellos ríos, y tan diestros en su manejo, que eran tenidos por los piratas del Amazonas. Orellana y los suyos debían saber esto, y además que, para surcar contra corriente, su mucha velocidad no es obstáculo insuperable en los ríos caudalosos y anchos, como ya sabemos que el Coca lo era desde más arriba del lugar en que se separó de Pizarro. Todo es cuestión de tiempo y obra de la destreza y práctica de los indios *bogas* ó remeros, que, arrimándose á las orillas y aprovechando los remansos y remolinos, ora remando, ora fincando (*taunando*, como allí se dice), hacen jornadas de tres leguas. De manera que, á lo más, hubiera durado el viaje veinte días; lo cual, en aquellas circunstancias, nada tenía de largo ni de peligroso. En todo lo que se alcanza con la vista desde su entrada en el Napo, el Coca viene ancho y perezoso. El autor de las *Noticias auténticas* (pág. 55) escribe que «según relaciones, hubo cerca deste río varias poblaciones de indios, que fué consumiendo el tiempo. La única que perseveró hasta los principios de este siglo (XVIII) y se llamaba *Puerto de la Coca*, cuatro jornadas para arriba, arruinóse con un horrendo temblor el año 1705» (1). Prueba evidente de la fácil navegación del Coca contra corriente en el indicado trayecto. A más altura, y antes de dividirse el real, ya nos ha dicho Gonzalo Pizarro, en su carta, que los indios «se trataban y contrataban por el agua en sus canoas».

En conclusión y en suma, que Francisco de Orellana pudo regresar desde Aparia (acaso en el bergantín) á reunirse con su jefe, ó enviarle algún mensaje por lo menos. El Padre fray Gaspar dice que intentó esto último, y aun allanó muchas de las dificultades del servicio, ofreciendo dos negros para bogas y mil castellanos ó pesos de oro á cada uno de los mensajeros, y que nadie quiso ir. Pero como el hecho no consta por los justificantes preparados por Orellana en su disculpa, me permito dudarlo. Como quiera, en lo que no dudo, antes creo á todo creer, es en lo que sobre el caso (salvo la fecha) cuenta Toribio de Ortiguera por estas palabras:

«.....Entraron en consulta el capitán Francisco de Orillana con sus soldados, sobre si sería bueno volver al real adonde habían dejado á Gonzalo Pizarro, ó proseguir su viaje hasta ver el cabo deste río y salir á la mar. Y tratando el negocio, todos, ó los más, dificultaron muncho el poder volver el río arriba; otros decían que, según la muncha gente que había quedado con Gonzalo Pizarro y la poca comida que les había quedado, no sería posible estar donde los habían dejado, porque no se podían sustentar allí, ó serían todos muertos con la falta de comidas. Pero todas eran razones que hacían en su hecho, que con facilidad se pudiera volver el río arriba con el bergantín, según yo me informé de algunos de los que se hallaron en ello, que eran personas de opinión y crédito, como fueron el gobernador Andrés Contero, y Juan de Vargas, tesorero de la real hacienda de Guayaquil, y Andrés Durán Bravo, alguacil mayor desta ciudad [Quito], y el capitán Juan de Llanes [Illanes], vecino encomendero de la ciudad de Quito, y Pero Domínguez Miradero (2). Y á cabo de tantos acuerdos, determinaron irse el río abajo á buscar la mar, que esto fué lo que más cuadró á la mayor parte de ellos.»

Al grosero tejido de falsedades y descaradas protestas (que tan fácilmente hubiera podido deshacer un caudillo leal y pundonoroso) con que le requirieron sus subordinados, respondió Orellana, dejando una noche de por medio, que «visto ser justo lo que pedían, por cuanto es imposible tornar á volver á ir el río arriba, quél está presto, aunque contra su voluntad, de buscar otro camino para los sacar á puerto de salvación y á parte donde haya cristianos, para que de allí todos juntos con él vayan á buscar su gobernador y dar cuenta de lo pasado: con condición que en este asiento donde al presente están, se esperase al Sr. Gobernador dos ó tres meses, hasta que no nos podamos sustentar; porque podría ser el Sr. Gobernador aportar adonde nosotros estamos, y por si caso, si no nos hallase, corría mucho riesgo su persona, lo cual es gran deservicio á S. M. Y que entretanto que aquí esperamos, mandaba se hiciese un bergantín para quel dicho Sr. Gobernador siga el río abajo, ó nosotros en su nombre, si él no viniese, por cuanto de otra manera no se pueden escapar las vidas, sino es por el dicho río abajo.»

Por todo comentario á esta segunda escena de la indigna y ridícula farsa preparada por Orellana, diré que así *esperó al Sr. Gobernador en el asiento donde estaban* como el Preste Juan de las Indias. El mismo día 5 de Enero, como teniente general por «Gonzalo Pizarro, gobernador y capitán general de Quito y descubridor de las provincias de la Canela y río grande de Santa Ana», mandó pregonar, que cualesquiera personas que tuviesen en su poder ropas ú otras cosas de los que quedaban en el real de Gonzalo Pizarro, las manifestasen y trajesen ante él. Al cabo de cuatro días (9 de Enero) tomó posesión (testimoniada y legalizada por Isásaga en 16 del mismo mes) de once caciques recién venidos de paz, llamados Hirimará, Paraitá, Dimará, Aguaré, Piriatá, Aimiará, Hurumará, Aparia, Macuyana, Huaricota y Mapiaré (3). Y el 1.° de Febrero (4), antes de cumplirse el primer mes de la espera *convenida*, abandonó el asiento de Aparia, sin comenzar siquiera el vaso del segundo bergantín, pero llevando para fabricarlo en otro sitio dos mil clavos, forjados de cadenas, herraduras y otros herrajes por industria de Sebastián Rodríguez, gallego, y Juan de Alcántara, hidalgo natural de la villa de este nombre (5), el mismo que tuvo á cargo el bergantín antes de que Pizarro se lo entregara á Orellana (6).

XI.

Navegando su camino aguas abajo, el día de Santa Olalla (12 de Febrero) cruzaron la boca de un gran río que «entraba á la mano diestra, el cual deshacía y señoreaba todo el otro río y parecía que le consumía en sí, porque venía tan furioso y con tan gran avenida, que era cosa de mucha grima y espanto ver tanta palizada de árboles y madera seca como traía, que pusiera grandísimo temor mirarle, cuanto más andando por él.....; muchos de los que allí íbamos afirmaban que era el río de las sierras de Maças» (7). Y no se equivocaban, porque todas las señas, y

(1) Al ejemplar manuscrito que conocemos le faltan ocho folios del primer cuaderno, en uno de los cuales debía estar el pasaje del suceso en cuestión. Herrera aprovechó la relación manuscrita; pero de la parte correspondiente á los pliegos que faltan en aquél, hizo un extracto ó *arreglo* tan confuso, que no he podido sacar nada en limpio.

(1) El año 1848 volvió á fundarlo el Sr. Villavicencio, siendo gobernador de los Quijos, á la boca del mismo río. En 1865 padecí en este pueblo unas calenturas malignas, tan crueles, que no quisieron llevarme de este mundo ni de aquél.

(2) Todos estos nombres, con excepción de Andrés Contero, figuran en las firmas del requerimiento antes copiado. Contero fué teniente de gobernador de Melchor Vázquez de Avila, que lo era en propiedad en 1572 de las provincias de Quijos, Sumaco y La Canela.

(3) Justificantes de Orellana.

(4) Relación de fray G. de Carvajal (impresa). La manuscrita dice día de la Candelaria (2 de Febrero).

(5) Relación de fray Gaspar de Carvajal (ms.).

(6) Herrera (Déc. VI, lib. VIII, cap. VIII), copiando mal á Cieza de León, dice que Juan de Alcántara tuvo á su cargo la *construcción* del bergantín.

(7) Rel. del P. Fr. G. de Carvajal (impresa).

en especial el aparato de su desagüe, comprenden exactamente al Gran Curaray, el más caudaloso de los tributarios meridionales del Napo ó antiguo Santa Ana. Nombraron á la confluencia de aquellos ríos las juntas de *Santa Olalla*, por el día en que los descubrieron. Su situación es á más de sesenta leguas por el aire de la desembocadura del Coca.

Al cabo de algunas jornadas y descansos (siempre río abajo), el domingo 26 de Febrero salieron á ellos en actitud amistosa y pacífica ciertos indios en canoas, los cuales, después de obsequiarlos con algunos presentes de comida, se brindaron á conducir y condujeron la nave de Orellana al pueblo de su señor Parian, Aparian ó Aparia el Grande, del que ya tenían noticia, y de sus riquezas, desde Aparia el menor ó pueblo de Irimara. Era rico, en efecto, el país, apacible y muy poblado y abundante en variedad de mantenimiento; sus naturales amables y hospitalarios, y sobre esto crédulos y sinceros, hasta el punto de tomar y acatar á los españoles como á hijos del Sol. Hablaban además una lengua que entendía Orellana, el cual, si hemos de creer lo que dice su cronista (y en ello no encontramos inconveniente, pues no quita lo instruído á lo malvado), tenía el don de lenguas sin ser misionero; porque «con mucha continuación, después que pasó á las Indias, siempre procuró entender las lenguas de los naturales dellas é hizo sus abecedarios para su acuerdo; é dotóle Dios de tan buena memoria é gentil natural, y era tan diestro en la interpretación, que non obstante las muchas é diferenciadas lenguas que en estas partes hay, aunque no entera ni tan perfetamente entendiese á todos los indios como él deseaba, siempre, por la continuación que en esto tuvo, dándose á tal ejercicio, era en fin entendido y entendía asaz convenientemente para lo que hacía á nuestro caso» (1).

Nuestro capitán aprovechó esta excelente coyuntura para enderezarles la consabida amonestación (ignoro si en nombre de Pizarro ó por cuenta propia) acerca del verdadero Dios, del Papa, del Emperador, de sus atributos y poderes respectivos, á que Aparian y sus vasallos asintieron sin la menor réplica, antes con mucho contento. Aprovechóse no menos para restaurar las fuerzas de su gente y sacar el vientre de mal año, de la abundancia con que los de Aparia los regalaban con las tortugas ó charapas (*Podocnemis expansa*), que dan de sí cinco platos á cual más exquisito, amén de la manteca de sus huevos, más fina y regalada que la de Soria; los manatís, de lomos más suaves y suculentos que los del Barco de Avila; los monos asados con su pellejo, vianda que compite con la ternera y los lechales de Burgos; las corpulentas perdices que atruenan los bosques al levantarse, y cuyas dobles pechugas parecen transparentes como el nácar después de cocidas, y son más suaves y jugosas que los capones de Bayona; los guacamayos y loros, que en la olla prestan al caldo una sustancia y sabor más exquisito que nuestras gallinas; los guatavacos y pauxíes, mejores que nuestras pavas; el gigantesco *paichi* (*Sudis gigas*) de rojo pescado y próximo pariente del salmón; las *gamitanas*, *bocachicas* y otros competidores de los lenguados, rodaballos y acedías. Y si bien es verdad que les faltaba el pan castellano, tenían, para hacerlo olvidar, los feculentos ajes, yucas y batatas.

XII.

Pero antes de entregarse de lleno y sin zozobras á este regalo, y de utilizar para sus proyectos las ventajas que ofrecía el trato franco y cariñoso y buena disposición de sus huéspedes, acordó dar remate al negocio comenzado allá arriba en Irimara, y el 1.º de Marzo, al cumplirse los dos de los tres meses de la espera concertada, y á cosa de ochenta leguas de donde debían haber esperado los compañeros de Orellana, *sorprendiéronle* con esta petición dirigida á Francisco de Isásaga:

«Escribano que estáis presente, dadnos por fe á nos los caballeros é hidalgos compañeros hombres buenos que aquí han firmado, cómo pedimos ó requerimos al magnífico señor Francisco Dorellana, de parte de Dios N. Sr., y S. M., que nos tenga y ampare y guarde justicia y quietud en nombre de S. M.; por cuanto él salió del real del muy magnífico señor Gonzalo Pizarro, gobernador y capitán general de las provincias de Quito é descubrimiento de la Canela, é salió por su mandado á buscar maíz el río abajo á la junta de los ríos de que se tenía noticia, las cuales decían todos, y el señor gobernador en especial, podía haber cantidad de cuatro días de camino, á más tardar; y nosotros viniendo en demanda del dicho maíz, sin comida ni bastimentos, comiendo raíces, hierbas y frutas no conocidas muy peligrosas, y con esta necesidad caminamos nueve días, todos de despoblado, y al cabo dellos, habiendo Dios Nuestro Señor piedad, fué servido de nos deparar un pueblo adonde en él hallamos cierto maíz; y de la grande hambre pasada, murieron ciertos españoles; y nos los que quedamos estuvimos muy enfermos del dicho trabajo; porque, como Vmd. sabe, era mucho, así por el no comer, como por el mucho remar de sol á sol, que sólo esto era bastante á nos matar, fué menester para nuestro remedio descansar cierto tiempo, lo cual por Vmd. no nos fué aceptado ni consentido, antes quiso luego poner obra de se volver, como lo puso y ir á buscar al señor gobernador muerto ó vivo. Y visto por nosotros ser imposible la vuelta el río arriba por la mucha distancia del camino, que de hombres que en este caso más se les alcanzaba, fuimos informados que había cantidad de doscientas leguas desde el dicho pueblo hasta onde quedaba el señor gobernador, y demás desto las corrientes y raudales son muy recios, de manera que tuvimos por mijor y más servicio de Dios y del rey venir y morir el río abajo que no volver el río arriba con tanto trabajo, acordamos de nos juntar y nos juntamos y requerir, como por nuestro requerimiento parescerá, de no volver el río arriba, y á todo lo susodicho vino por nuestro capitán y teniente general, como lo era del dicho señor gobernador. Y agora habemos visto haberse desistido del dicho cargo que del señor gobernador tenía por se excusar de mucho trabajo que tenía; y nosotros, viendo y sabiendo los malos recaudos y grandes desórdenes que pueden haber estando sin capitán en estas montañas y tierras de infieles, de nuevo acordamos y pidimos y requerimos una, dos y tres veces y todas las demás que en todos los tales casos pedirse suelen, á vos el magnífico señor Francisco Dorellana, que nos tengáis y amparéis, como dicho tenemos, en toda paz y quietud como de antes nos teníades y mandábades y como en otras partes habéis tenido y mandado españoles en más cantidad que los aquí presente estamos; porque nosotros os nombramos agora de nuevo por nuestro capitán en nombre de S. M., y así lo queremos jurar y juraremos, y por tal capitán os queremos haber y obedescer hasta tanto que S. M. otra cosa provea; y haciéndolo así, haréis servicio á Dios Nuestro Señor y á S. M., y á nosotros merced; donde no, protestamos todos los daños, escándalos, muertes de hombres y otros desafueros que en tal caso suele acontecer por no tener capitán. Y así lo pedimos á vos el dicho escribano, etc., etc.»

Firman esta petición los mismos que firmaron el requerimiento de 4 de Enero, con excepción del P. Carvajal, de Isásaga y de Diego Moreno, Sebastián de Fuen Rabia ó Fuenterravía, Juan de Aguilar, Baltasar Osorio, Alonso Lagares y Antonio de Carranza. En cambio se encuentran los nombres siguientes que faltan en el primer documento: Benito de Aguilar, Alonso (ó Andrés?), Martín de Moguel, Diego Mexía, Antonio Fernández, Fernán González, (Juan de) Mangas y Alonso Esteban.

Ningún cronista ni escritor particular hace mención de esta notable pieza histórica. Unicamente Gómara, que era el que más sabía de las cosas que pasaban y no pasaban en las Indias, refiriendo, demasiado aprisa, por elegancia, la huída de Orellana, dice: «*Desistió* de la tenencia que de Pizarro llevaba, y eligéronle por capitán.» No hubo semejante desistimiento, aunque, puesto á fingir, nada de extraño hubiera tenido esa nueva superchería.

Oído el requerimiento, se resignó á aceptar el cargo de que sus compañeros querían investirle, firmando la aceptación el mismo día. Juráronle luego obediencia los del real como capitán por S. M., siendo testigos los PP. Carvajal y Vera, y él, ante los propios testigos, puesta la mano en un libro misal, prestó el juramento que le correspondía por Dios, Santa María, por la Cruz y por los santos cuatro Evangelios. Y de este modo dió fin y digno desenlace á su farsa con la parodia del acto de Hernán Cortés en San Juan de Ulúa.

Estas maquinaciones alevosas, aunque *legendariamente* impropias del carácter español, son, sin embargo, harto frecuentes en el heroico período del descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo. Yo me las explico sin dificultad, con sólo presuponer que el que más y el que menos de nuestros descubridores y conquistadores (ó de los que conquistaban ó descubrían por cuenta nuestra, pues los hubo alemanes, ingleses, portugueses, griegos, dálmatas, arragoceses y de otras muchas partes) se tenía por tan hombre para encontrar otro Perú ú otro México y ganarlos, como el mismísimo Francisco Pizarro ó el propio Hernán Cortés, que no hacía mucho habían combatido con ellos en la misma fila y como simples camaradas. Los cuerdos y escrupulosos esperaban la ocasión de probarlo, ó cuando más se adelantaban al encuentro de la casualidad; los impacientes y despreocupados, si la ocasión tardaba en presentarse, la hacían sin reparar en el procedimiento. Pero éstos, después de salirse con la suya, solían conducirse tan cumplida y gallardamente como cualquier hombre de bien.

M. Jiménez de la Espada.

Concluirá.

(1) Rel. del P. Fr. G. de Carvajal (impresa).

JUAN PALANTE.

I.

Le llamaban así por la costumbre que tenía de exclamar en cualquier empeño ó dificultad que le salía al paso: *Anda palante*. Cada vez que su mujer le obsequiaba con un nuevo vástago, lo cual acontecía muy á menudo; cuando el carro se le atrancaba (Juan era carretero), ó cuando, por achaques del oficio, tenía que liarse á varadas con cualquier prójimo, en estos y otros casos por el estilo, ya se sabía, Juan lanzaba el grito de *Anda palante*, que en él equivalía al antiguo de ¡Santiago y cierra España! ó al célebre *Alea jacta est* del caudillo romano.

Como el hombre era duro para el trabajo, sólido su carro y recias y briosas las cinco mulas de su reata, la abundancia y su compañera la paz reinaban juntas en el hogar del carretero. Las sayas que su mujer lucía los días festivos, sus collares de granos de oro y sus pendientes de grueso aljófar eran la envidia de la *burguesía* de X..., poblachón de Castilla la Vieja muy conocido de los traficantes en cereales.

La casa de Juan era grande y estaba bien repleta. Nunca faltaban en ella, colgando de las vigas de la cocina, buenas sartas de chorizos, ni á guisa de adargas, pendientes de las paredes, tocinos bien curados, ni como sabrosos adornos en el borde de la campana del hogar, magros jamones, tan grandes casi como la bota de vino que acompañaba al carretero en sus caminatas mercantiles.

El tráfico de Juan consistía en portear trigos y garbanzos desde X... á los pueblos y capitales de Castilla, cargando de retorno vino, que repartía después entre los tratantes al por menor de las aldeas comarcanas. Algunas veces sus viajes eran más largos, y ocasión hubo en que llegó nada menos que á Vigo con su galera (que así llaman á los carromatos en Castilla) cargada de garbanzos de Fuentesaúco.

Edad de oro fueron para Juan los diez primeros años de su matrimonio. Cada año un chiquillo, eso sí, pero cada año también un par de onzas hundidas en el fondo del arca, ahorro que no impedía la buena tajada, el abundante trago, la ropa maja, ni los demás menesteres que reclamaban el bienestar y la holgura de la familia.

Cuando un sí es no es templado, por obra y gracia del recio vino de Toro, y tendido á la bartola en lo alto de la carga, recorría al paso perezoso de sus mulas, y arrullado por el monótono y acompasado son de los cascabeles, las largas carreteras de Castilla, su aspecto satisfecho parecía decir, como el de la lechera de la fábula: ¡Yo sí que estoy contento con mi suerte!.....

¡Y vaya si lo estaba! porque lo que él decía:

—Mi mujer es rolliza y fresca como una manzana, y á mí me quiere que me adora, y por los chiquillos capaz es de echarse al fuego. ¿Y los muchachos?..... Esos son más duros que los chinarros de la carretera. Y á todo esto el negocio marcha y la salud es buena; conque ¿qué te falta?.....

II.

Pero cuando á Juan le rebosaba el gozo hasta por encima del pañuelo de hierbas con que se ceñía la cabeza, era al divisar, de vuelta de sus viajes, la parda torre de la iglesia de X...

Lejos, y junto á la cuneta del camino, le esperaban los muchachos, con su madre en medio, como una clueca con sus polluelos. En cuanto el carro aparecía en lo alto de la cuesta, que, como larga tira de lienzo, blanqueaba por entre las tierras de labor, nunca faltaba un vigía infantil que gritase á voz en cuello: «¡Que viene padre!» Este grito reunía á la familia en la forma que queda dicho, marchando toda ella en pleno al encuentro de *Juan Palante*, el cual avanzaba hacia los suyos más orgulloso y satisfecho que patrón veneciano al descubrir, tras afortunada travesía, las cúpulas de San Marcos.

Trepaban los chiquillos al carro; cabalgaba el mayor, á guisa de postillón, en la *Torda*, que era la mula delantera, y el matrimonio seguía detrás del carro, contando él las peripecias del viaje, y relatando ella los sucesos ocurridos en el pueblo durante la ausencia del marido.

Para la tropa menuda, la llegada de Juan era el colmo de la alegría. Nunca faltaba alguna agradable sorpresa en el fardelillo en que Juan guardaba la muda y la merienda. Ya era la alhajilla para la mujer, ya el gorro, adornado con madroños y lentejuelas, para el más pequeño de la prole, ya el guitarro de tres cuerdas para el uno, ya la muñeca de cartón para la otra, ya el cucurucho de almendras y confites para todos.

Así pasaron, día tras día, los diez años dichosos; pero no hay bien ni mal que dure mucho tiempo. Por aquél se empezó á hablar de la construcción de una línea férrea, que debía atravesar toda la comarca. A Juan no le preocupó poco ni mucho tal rumor. Cuando vió la primera cuadrilla de trabajadores abriendo zanjas, se echó á reír, pensando para su capote que todo aquello quedaría en dicho, como años atrás había quedado también otro proyecto *ferroviario*, del cual se había hablado mucho en la provincia.

Pero esta vez la cosa iba de veras. Como por encanto fueron apareciendo las trincheras, los terraplenes y los desmontes. Una fuerza inmensa, la fuerza de la asociación de capitales, verdadero motor de los progresos materiales del siglo, allanaba todas las dificultades y hacía avanzar las obras con pasmosa rapidez. Al cabo de pocos meses quedaron asentadas las traviesas, echados los rails y construídas las estaciones, y una tarde lluviosa del mes de Septiembre, Juan, que al lado de su carro avanzaba lentamente por el camino, tuvo que emprenderla á varazos con las mulas, que, á poco más, hacen volcar el carro, asustadas por el estruendo de un tren de balastro que en aquel momento cruzaba la carretera por el paso de nivel recientemente construído.

—¡*Anda palante!*—gritó Juan viendo pasar aquella tempestad.

Pero no se rió: acababa de conocer á su enemigo.

III.

Suele decirse por tierra de Castilla que Dios no emplea otra palabra que la palabra más. ¿Que tienes riquezas? ¡Más, más y más!..... ¿Que te agobian la miseria, las tribulaciones y los ahogos?..... Pues ya se sabe: *más, más* y *más*. Esto mismo sucedió á Juan *Palante*. El primer silbido que lanzó la locomotora al correr por aquellos campos fué como la trompeta de Jericó para la casa de Juan. El tren arramblaba con todo: trigo, vino, garbanzos..... Llegó un día en que ni de balde hubo quien utilizase el carro.

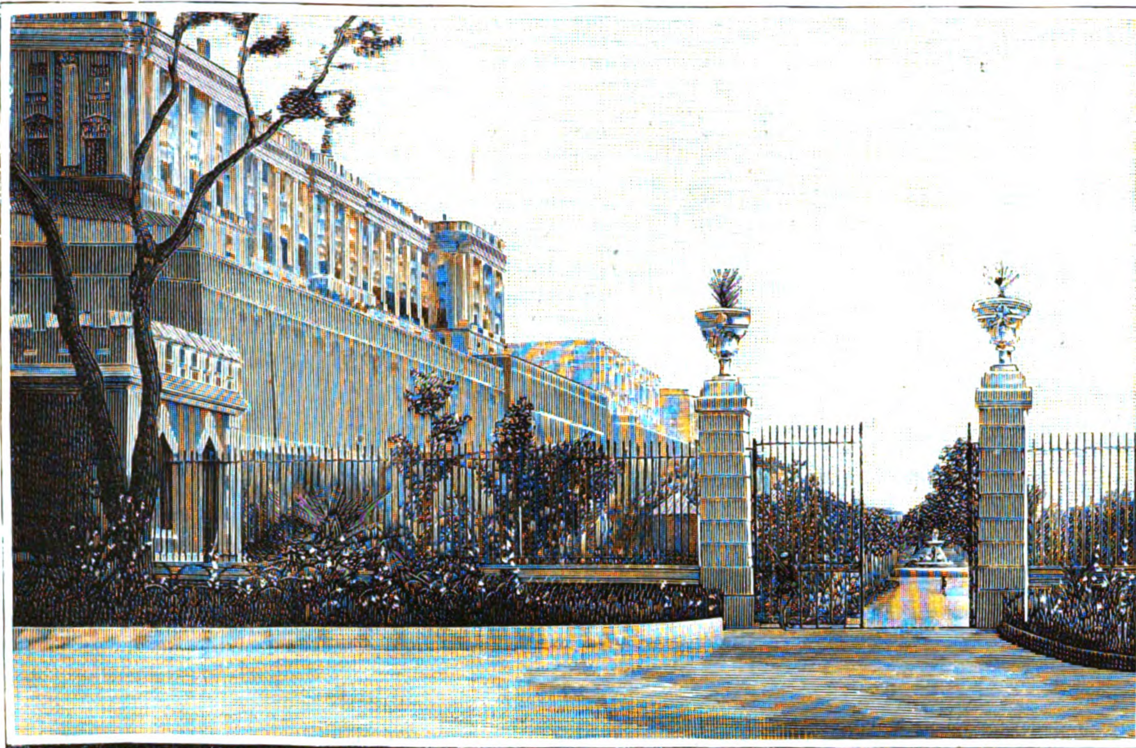
Juan abandonó el antiguo itinerario y emprendió nuevas rutas; pero el tren le cerraba el paso por todas partes. De la primera línea partieron pronto otras y otras además de aquéllas, formando entre todas una verdadera red, entre cuyas mallas el pobre *Palante* quedó como el pez cogido por la redada.

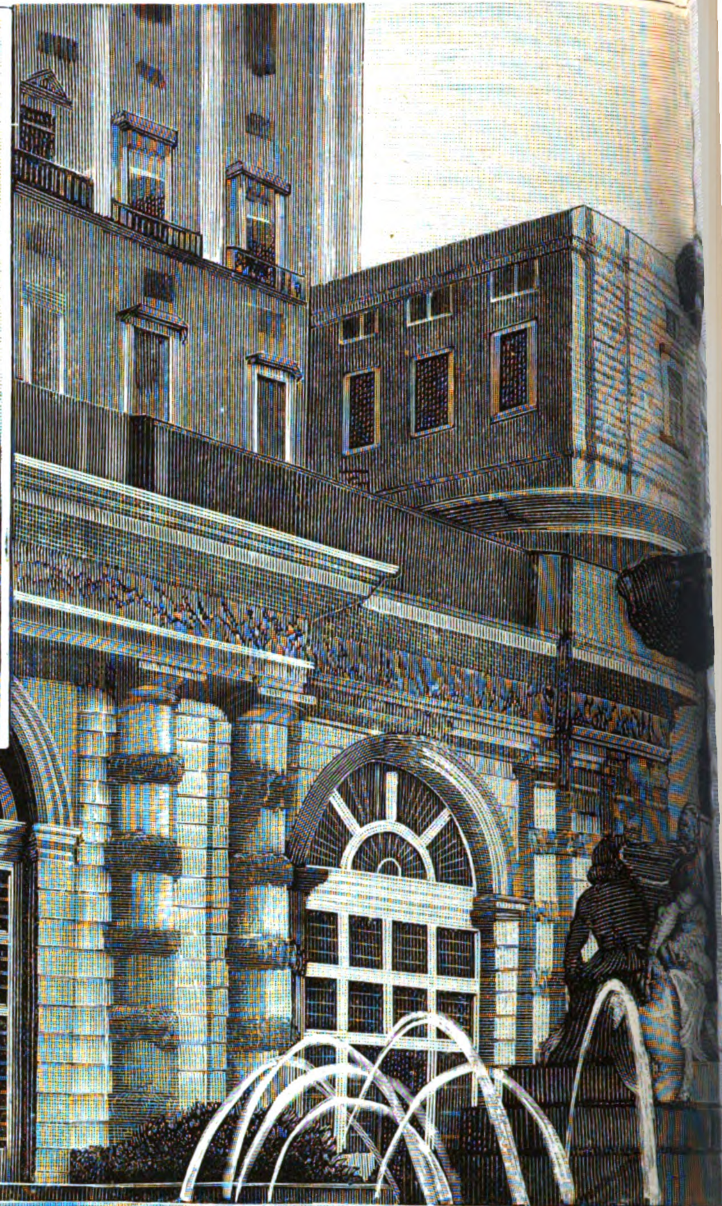
Fué preciso vender el carro, con lo cual, su dueño pasó del oficio de carretero al de arriero. Pero ¡que si quieres! si lo uno daba poco, lo otro daba menos, y era el caso que entre lo que comían los mulos y el gasto de las posadas, las ganancias eran menos siempre que los gastos..... Y entonces fué cuando empezaron las angustias. Poco á poco fueron consumiéndose los ahorros, y acabados éstos, fué preciso echar mano de las alhajas; y cuando también se dió fin de ellas, hubo necesidad de acudir á los grandes recursos.

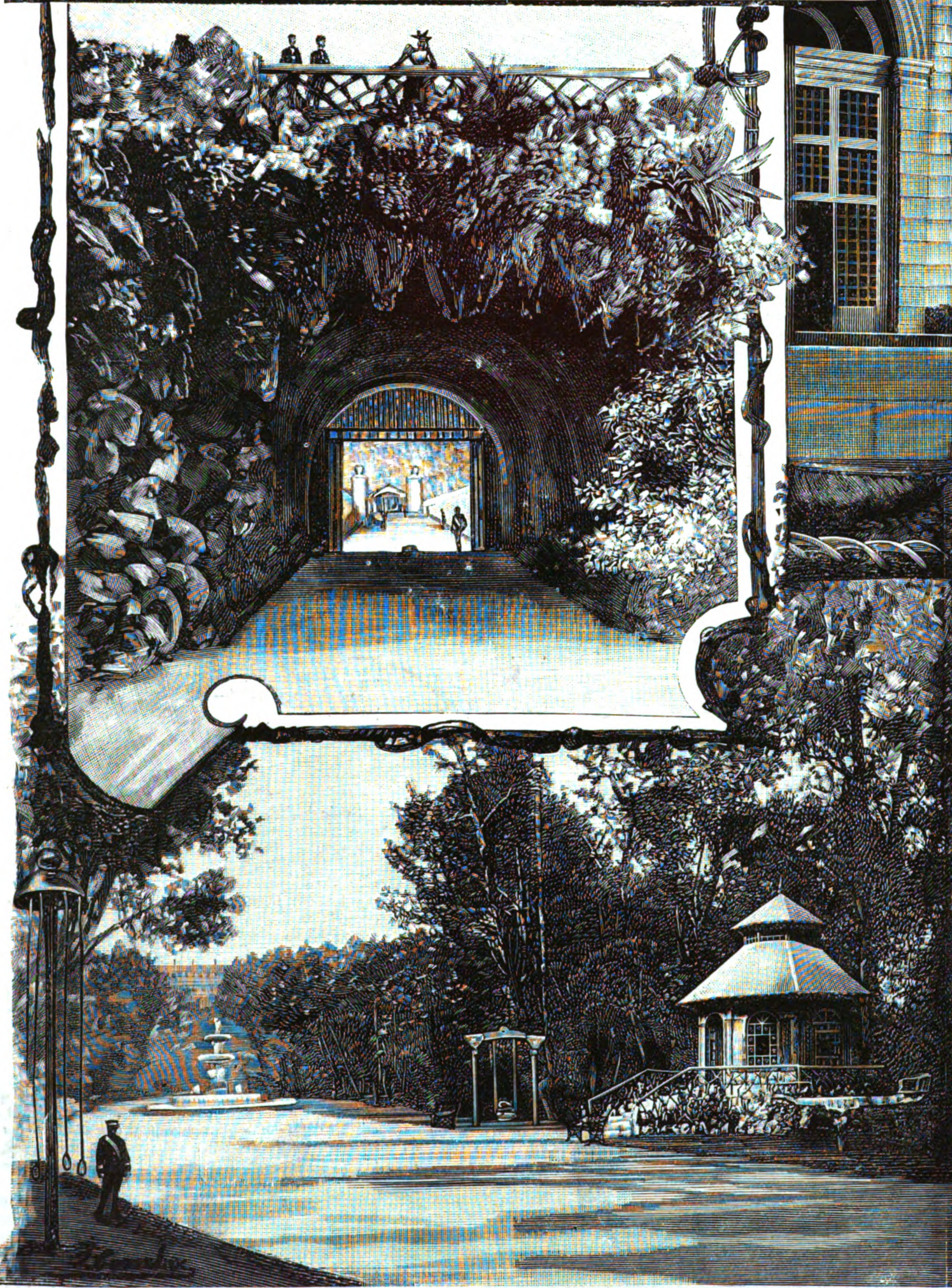
Y ninguno mayor, aunque más doloroso para Juan, que el de vender las mulas.

—Para lo que hay que portear—se dijo—lo mismo son cuatro que cinco.

Y, en efecto, la más falsa y ruin de las cinco caballerías de la reata fué la primera que salió para no volver de la cuadra de Juan.









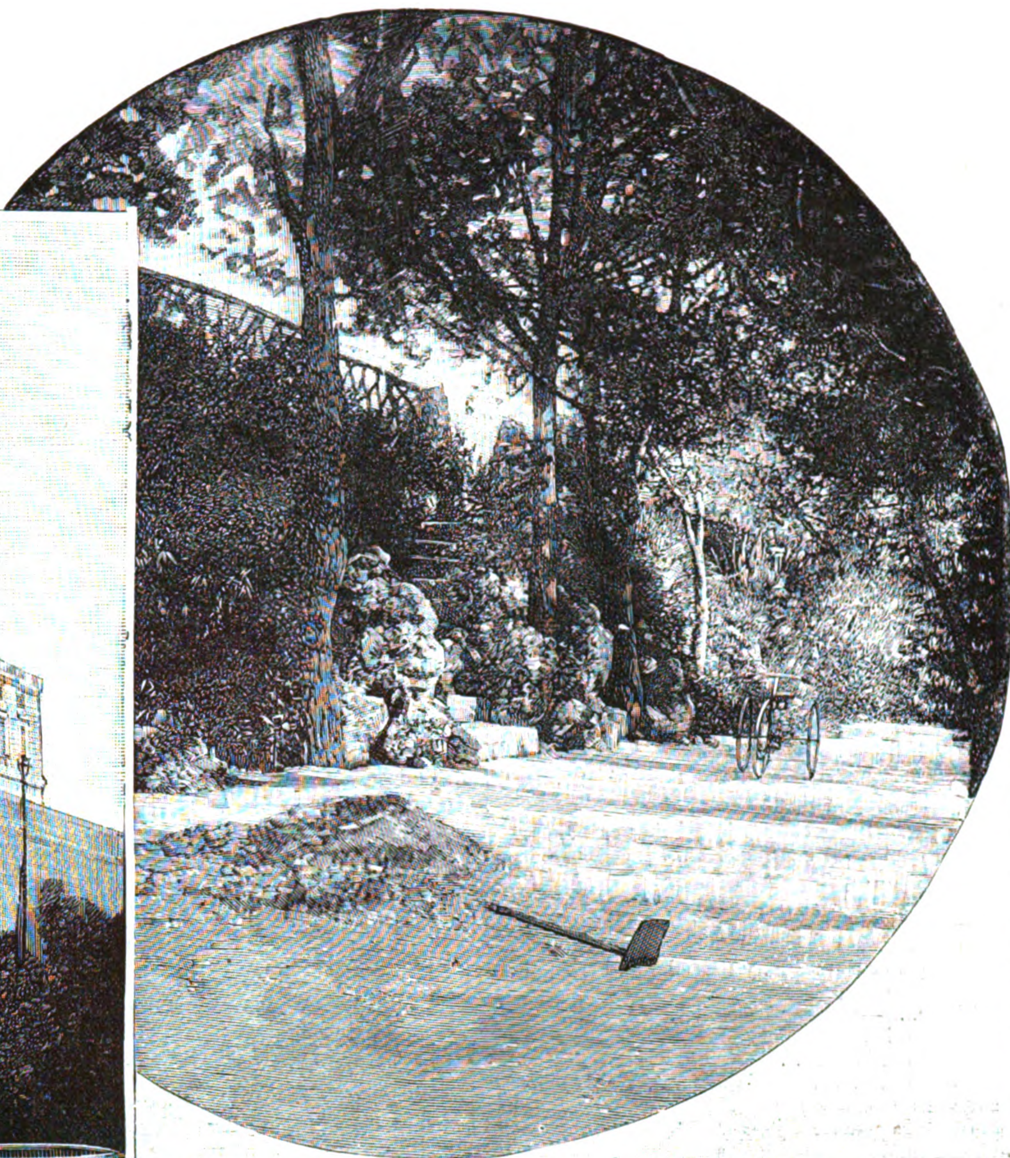
LOS JARDINES DE

ENTRADA DE LOS JARDINES POR EL PASEO DE SAN VICENTE.—FUENTE DE LOS TRITONES.—SALÓN DE JUEGOS DE S. M. EL

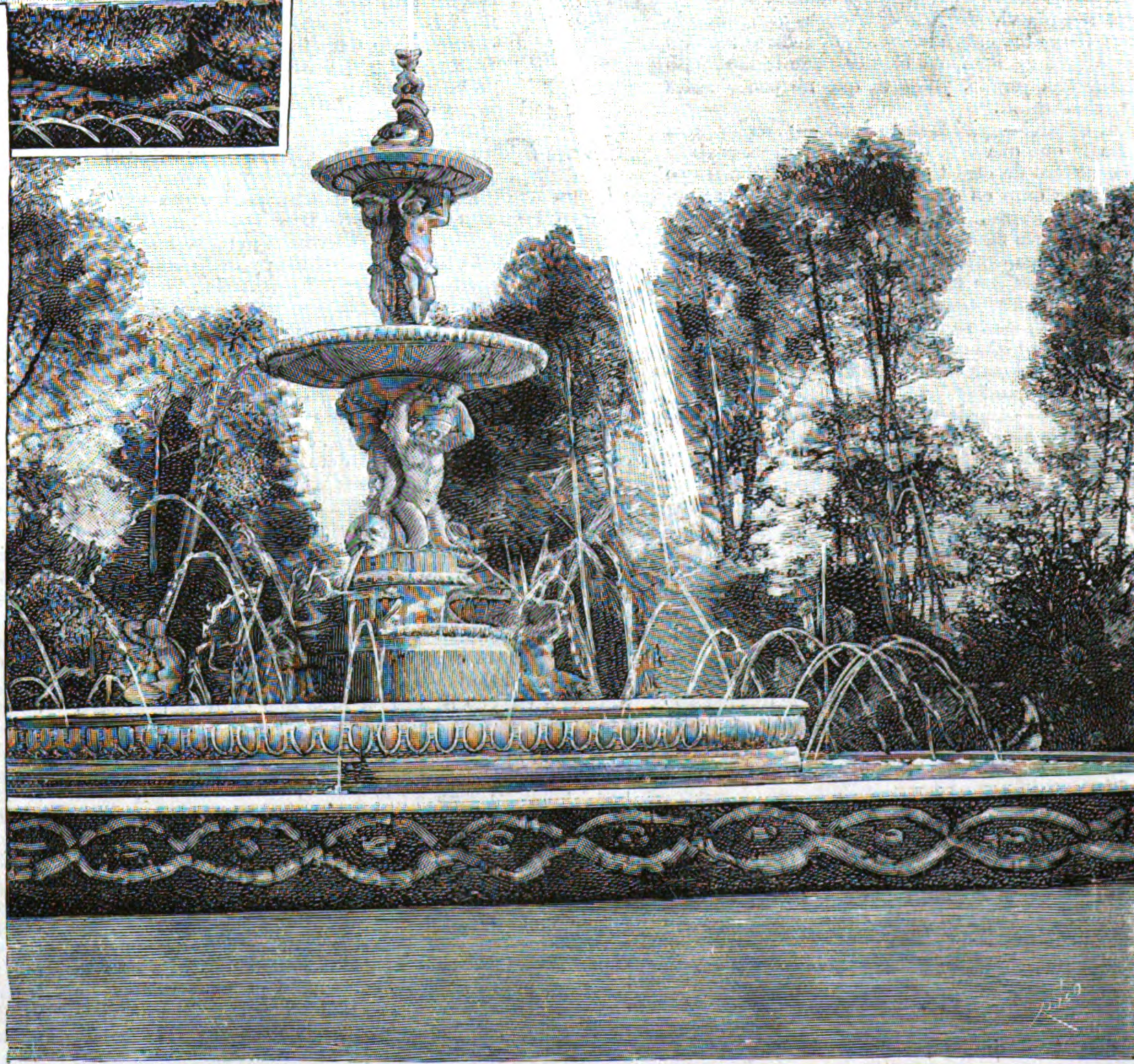
VISTA DEL PASEO PRINCIPAL DE LOS JARDINES, TOMADA DES

(DEL NATU









CAMPO DEL MORO.

-ENTRADA DEL TÚNEL DE COMUNICACIÓN ENTRE EL CAMPO DEL MORO Y LA CASA DE CAMPO.—KIOSKO Y GIMNASIO DE S. M.

BALAUSTRADA RÚSTICA DEL TÚNEL.—FUENTE DE LAS CONCHAS.

(POR COMBA.)

En el espacio de poco más de un año, tres mulas siguieron el camino de la primera, con lo cual la antigua reata, envidia del pueblo y gala de *Palante*, quedó reducida á la más mínima expresión á que puede llegar una serie, á la unidad: esta unidad fué la *Torda*, en la cual, á medida que desfilaban sus compañeras, iba quedando cifrado todo el cariño de la familia.

Pero Dios seguía diciendo *más, más;* y si imposible le había sido á Juan ganarse la vida con el carro y luego con la recua, más difícil le fué defenderse con una sola mula. Con todo lo cual la familia iba de mal en peor, y gracias al crédito, no había metido el hambre las narices en la casa del carretero.

Por su parte á Juan, como decía su mujer, parecía que le habían fundido de nuevo. Todo lo que antes era de alegre y campechano, fué después de tétrico y mohino. Jamás fanático partidario de lo antiguo ha odiado los progresos modernos con el encono con que Juan *Palante* odiaba al tren. Para él la locomotora era una bestia fiera, era algo así como un monstruo quimérico que había brotado del infierno para destruirle, para aplastarle á él, á su mujer y sus hijos. Todo su cuerpo se estremecía de cólera cuando la oía silbar ó cuando la veía pasar echando bocanadas de humo. Los más denigrantes vocablos que pueden dirigirse á una mujer, los lanzaba Juan *Palante* á la locomotora. ¡Indecente! ¡infame! ¡perdida! y cegado por su rabia impotente, extendía hacia ella los brazos en son de amenaza.

V.

—Parece que nos han echado una maldición—decía Juan sentado á la puerta de su casa, desde la que se veía el paso á nivel en que se cruzaban la vía y la carretera.—¡Todo, todo me lo ha robado esa infame, esa perdida!.....

—¡Dios mío, qué va á ser de nosotros!—contestó su mujer limpiándose los ojos enrojecidos por el llanto.

En una alameda próxima jugaban los hijos; el mayor de doce años.

—Trabajaré, me pondré á jornal.

—¿Y qué podremos hacer con un jornal de una peseta, que es lo que dan aquí á los trabajadores..... y eso cuando hay trabajo? Además.....

—¿Qué?—gritó el hombre.

—Además—siguió la mujer—hay que pagar lo que debemos. Ya no nos fían.

Juan apretó los puños con rabia, y masculló un borbotón de interjecciones.

—Si tú quisieras.....—murmuró la mujer.

Juan la miró como interrogándola.

—Si vendiésemos la *Torda*.....

—¿La *Torda* venderla? Primero la mato..... Y si la vendo, dí, ¿cómo voy á ganarme la vida?

—¿Pues no querías ponerte á jornal?

Palante no contestó.

—Ven acá, hombre, y no te alborotes. ¿Qué ganas siendo arriero? ¿Ganas siquiera para mantener la caballería? ¿Pues entonces? Vendiéndola, siempre te darán lo menos, lo menos.....

—La *Torda* vale cien duros, como un ochavo.

—Pues ya lo estás viendo: con cien duros pagaremos lo que debemos. Sobre todo al panadero. Esta mañana me dijo que si no le pagaba no me fiaría siquiera una libreta. Y lo cumplirá; me lo ha jurado. ¡Mira tú que no poder darles pan á los muchachos!.....

—¡Cállate, cállate!—gritó furioso Juan.—¡Vender yo la mula!..... En lo que ella está en casa me parece que soy todavía el carretero de otro tiempo, el Juan *Palante* que tenía siempre una onza en el bolsillo, y alegría en su casa..... Mientras que ahora..... ¡Maldito sea el que inventó ese tren, y la hora en que me echaron al mundo!..... ¡Oh! si yo pudiera, si yo pudiera deshacerlo así, así.....

Y golpeaba la tierra con sus zapatos claveteados.

Caía la tarde, una hermosa tarde de otoño serena y tranquila. Parecía imposible que hubiese penas en medio de aquella paz augusta que reinaba en el campo. Jadeantes de jugar, acudieron los hijos del carretero gritando alegremente:

—¡Madre, madre, pan!

—Andad adentro—dijo la mujer;—que ahora iré yo.

É inclinándose hacia el oído de su marido, añadió:

—Hoy les podemos dar pan..... Pero..... ¿y mañana?

VI.

Al romper el día, Juan, rodeado de su prole, aparejaba por última vez la mula. La mujer tenía los ojos arrasados de lágrimas, y los chiquillos miraban la operación silenciosos y cariacontecidos. Hasta la misma bestia parecía barruntar lo que estaba pasando. Cuando el hombre, cabalgando en la *Torda*, salió por la puerta del corral, madre é hijos se echaron á llorar; y ya Juan había desaparecido tras del alto de aquella carretera por donde tantas veces asomó contento como unas pascuas al lado de su carro, y todavía la pobre familia miraba á lo lejos el sitio por donde había marchado Juan *Palante*.

Era ya de noche cuando Juan entró mohino y cabizbajo en la cocina de su casa. Nada le habló su mujer por el pronto, ni nada tampoco contestó él. Al cabo de un rato ella preguntó:

—¿Cuánto?

—Eso—respondió el marido echándole en la falda un bolsillo repleto, por entre cuyas mallas se veía relucir un buen puñado de monedas de plata.

VII.

Pasaron días. Aquel invierno fué terrible. Faltó el trabajo y subió el pan. Para colmo de desdichas, el dueño de la casa en que vivían Juan y los suyos los había despedido. La víspera del día en que expiraba el plazo concedido por el amo, Juan fué de puerta en puerta pidiendo á sus antiguos amigos algo con que pagar los vencidos alquileres. Todo inútil. «No podemos.....» «Están los tiempos tan malos.....» Ya de noche, volvió á su casa con las manos vacías y la vergüenza en el rostro.

—¿Nada?—preguntó la mujer.

—¡Nada!

Siguióse un largo silencio interrumpido tan sólo por los suspiros de ella. Al fin la mujer se quedó medio adormilada. En la alcoba inmediata dormían tranquilamente los muchachos.

—¿Qué hacer? ¿qué hacer?—se preguntaba Juan *Palante*.

Al día siguiente los arrojarían de la casa, y tendrían que ir él, su mujer y sus hijos por entre el polvo de la carretera, sin saber adónde, oyendo el indiferente «Dios le ampare» del caminante, hambrientos, cansados..... ¡Oh, no, primero morir!..... Y todo por el maldito tren, por aquella máquina infame que trituraba bajo sus ruedas de acero á él y su familia.

Tiempo hacía que la idea del suicidio le daba vueltas en la cabeza á Juan. Morir era descansar. Andando de puntillas atravesó la cocina y salió al campo. Era ya bien entrada la noche. Tomó por la carretera adelante. Pronto se encontró junto al paso de nivel; estaba echada la cadena, señal de que algún tren se acercaba. El hombre saltó á la vía y miró. En lo que alcanzaba la vista no se descubrían más que los negros perfiles de los postes del telégrafo.

Pasaron algunos minutos. Allá á lo lejos apareció una lucecilla roja.

Juan se estremeció; era la muerte que venía. La luz avanzaba rápidamente; percibióse después un sordo rumor que fué creciendo, y pronto destacóse en la sombra la masa negra de un tren que se adelantaba á todo vapor arrojando bocanadas de humo alumbradas por rojos resplandores.

—¡Infame, infame!—gritó Juan plantándose de un salto en medio de la vía y extendiendo hacia el tren los brazos amenazadores, con la ciega cólera del toro que embiste á la locomotora.

Aquello fué un relámpago. La enorme mole pasó como una tempestad por encima del cuerpo de Juan, destrozándole como antes había destrozado su felicidad.....

. . . .

¿Y su mujer y sus hijos?..... ¡Quién sabe! Quizá sean algunos de esos desarrapados que en las noches de invierno os tienden las manos suplicantes pidiendo por el amor de Dios una limosna.

Zeda.

UNA CRÓNICA DE ROMA Y DE ITALIA.

El santo de León XIII y su sepulcro.—La unión de las iglesias de Occidente y de Oriente.—Las festividades religiosas del estío en la Ciudad Eterna.—Los terremotos de Sicilia.—La magnífica fiesta naval de Nápoles.

Cuando llegan los grandes aniversarios de la coronación y proclamación del Sumo Pontífice ó la fiesta de San León, celébranse recepciones solemnísimas y oficiales en el Vaticano, á las que acuden los Embajadores de las potencias. Y el Decano del Sacro Colegio, como los Príncipes asistentes al Solio Pontificio y los grandes Maestres de las Ordenes ó jefes de la Guardia Noble, Palatina y Suiza, dirigen al Santo Padre mensajes y felicitaciones, á los que Su Santidad responde siempre con notable discurso. Pero ha querido Su Santidad que la fiesta de San Joaquín (nombre que llevaba el cardenal Pecci antes de ascender al trono pontificio) sea íntima y de familia, y con arreglo á este deseo son los regalos que recibe.

Entre ellos ha recibido este año un cuadro representando la fachada, terminada ya, de la iglesia jubilar, ofrecida por el mundo católico á León XIII, y una estatua del patriarca San Joaquín, regalo de un personaje extranjero. Recibió también innumerables telegramas de soberanos, príncipes y patriarcas. Aprovechando León XIII la presencia de diversos prelados de Francia, del iniciador de los congresos católicos en Italia y del Patriarca de Mossul, se felicitó de los éxitos obtenidos por los congresos eucarísticos de Reims y de Jerusalén, augurándolo igual al de Turín, que va á reunirse en estos días, con asistencia de numerosísimos prelados de Italia, y discurrió sobre lo que constituye el ardiente *desiderátum* de los últimos años de su glorioso pontificado, ó sea la reunión en un haz común de las Iglesias de Oriente y de Occidente. El venerable Patriarca de Antioquía expresó con este motivo al Pontífice los grandes resultados ya obtenidos en todas las regiones de la Iglesia oriental, debidos á los nobilísimos sentimientos en que se inspira la última epístola pontificia. Le manifestó que no sólo en la Siria esta aproximación entre las dos Iglesias hacía constantes progresos, sino que eran evidentes en la antigua Bizancio y en la Turquía asiática y europea, como en la Servia, en la Bulgaria, en el Montenegro y en la misma Grecia. El Padre Santo, complacidísimo de estos augurios, habló de un antiguo proyecto que abriga para crear una nueva congregación sobre la base de aquella parte de Propaganda Fide que lleva hoy el nombre *Pro negotiis orientalibus*, y que con un Prefecto propio y organización separada de Propaganda Fide, tomaría el título *Pro unione utriusque ecclesiæ*. Autorizadísima comisión de Cardenales ha dado su opinión favorable á esta creación, nueva garantía y estímulo para las Iglesias de Oriente. Pero el proyecto ha tenido que aplazarse en vista de la gran disminución que á las rentas de Propaganda Fide, casi todas colocadas en títulos nominativos de la Deuda itálica, ha producido el mayor impuesto que á partir de 1.º de Julio pesa sobre dicha deuda.

A las recepciones tan gratas del Vaticano, acompañaron las magníficas funciones religiosas en honor de San Joaquín, celebradas en el grandioso templo de San Ignacio, y en la nueva basílica del Patriarca, consagrada á León XIII junto á la Mole Adriana, y en estas orillas del Tíber, donde Constantino, cuyo lábaro simbólico se alza ya como remate en la preciosa fachada de mosaico del nuevo templo, alcanzó la victoria sobre los ejércitos de Magencio. En San Ignacio ocupaba el altar el grandioso cuadro de San Joaquín, obra del Pozzi, en medio de gigantesco dosel de terciopelo, seda y oro. La capilla Gregoriana rivalizó con la Sixtina en la misa llamada del Papa Marcelo, de Palestrina. En la basílica de San Joaquín, desde el amanecer, sucediéronse las funciones religiosas. Después del Ave María apareció iluminada con luces de bengala la deliciosa fachada, y la estatua en bronce del padre de la Virgen, colocada ya sobre el frontón, aparecía á su vez rodeada de flores. Los iniciadores de este templo abrigan la esperanza de que será el escogido por León XIII para su sepulcro, que recientemente ha encomendado el Pontífice al insigne escultor Maccarai. Sobre el sarcófago aparecerá el León de Judá, que bajo su rampa tiene la tiara. A la derecha la estatua de la Fe, que en una mano sostiene la imagen de la Religión, y en la otra las Sagradas Escrituras, y á la izquierda otra estatua de la Verdad, que apoya uno de sus brazos sobre el escudo pontificio. En el frontispicio de la tumba una inscripción concisa, sencillísima y humilde, escrita por el mismo Papa y así concebida: *Hic Leo XIII, P. M. Pulvis est.* Por mi parte, aunque León XIII ha agradecido vivamente la ofrenda del mundo católico en su jubileo episcopal, inmortalizada en la basílica de San Joaquín, pienso que ha de escoger para sitio de su eterno descanso, como Pío IX hizo de San Lorenzo, la basílica de San Juan de Letrán, por él restaurada asombrosamente, y que es madre de las iglesias del universo, aunque probablemente tal elección será secreta hasta conocerse el testamento del Pontífice y permanecerá ignorado largos años, dada la admirable salud que la Providencia concede al Padre común de los fieles, el cual está pasando el estío, á despecho de cuantos diarios han anunciado más de una vez haber llegado el último día de su vida, en la nueva *Palazzina*, junto á la Torre-Atalaya.

⁂

Roma, abandonada en los veranos por todo el mundo oficial de la corte italiana y por su patriciado, debe á los Pontífices, entre tantos otros beneficios, el no caer en completa anemia; pues las funciones religiosas se suceden sin cesar. Ha abierto esta era, que para la España católica tiene casi tanto interés como para Roma, pues que predominan en tales festividades santos y memorias españolas, la que en el pintoresco lago de Bolsena, junto á Orvieto, consagran los pueblos de la Umbría á Santa Cristina, la virgen y mártir cristiana que prefirió la muerte á abjurar su religión. Este año la restauración del gran sepulcro-monumento alzado á Santa Cristina, y que es una de las más bellas obras de la Robia, ha acrecido las legendarias fiestas de los moradores del lago, surcado en aquel día de últimos de Julio por innumerables barcas, á bordo de las cuales las jóvenes aldeanas de la Umbría, vestidas con sus pintorescos trajes, representan escenas de antiguos *Misterios* y entonan las más poéticas canciones consagradas á la virgen cristiana. La cual, según la tradición, arrojada en el lago con pesada piedra, apareció viva y salvada sobre sus ondas, apoyándose en la misma piedra que debió ser su sepulcro y que, por el contrario, la condujo como nave á la cercana orilla. A la par que este milagro y que las otras poéticas leyendas de Amalasunta, hija del gran Teodorico, Bolsena celebra todos los años la escena prodigiosa que Rafael Sanzio ha inmortalizado en las estancias Vaticanas y en la admirable basílica de Orvieto. Corría el año 1263, cuando el sacerdote Pedro de Praga celebraba el sacrificio de la misa sobre el altar de la virgen Cristina. Fuertes dudas habían combatido siempre el espíritu de aquel sacerdote sobre la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, negada por tantas sectas en la serie de los siglos. De repente Pedro de Praga, como los que asisten á su misa, contemplan con inmenso asombro que la Hostia se convierte en carne, y que el vino, que es sangre del Señor, corre por el mármol del altar, milagro que decidió al Pontífice Urbano IV á instituir la fiesta solemne del *Corpus Domini*. La de Santa Cristina en este año ha tenido para los lectores españoles el doble atractivo de que el cabildo de Bolsena, recordando ser la fiesta también de la Reina Regente de España, envió á nuestro palacio regio un telegrama entusiasta de las virtudes y piedad de la madre de Alfonso XIII, al que María Cristina de España ha respondido con frases de profunda gratitud.

Viene luego la serie de fiestas de Agosto, inaugurada por la llamada el Perdón de Asís, á la que sigue la de nuestro Santo Domingo, que si vió la luz en las márgenes del Turia, vivió la época principal de su vida en esta Roma, donde multitud de sitios conservan la huella del ilustre hijo de España. Así, en la Basílica Lateranense, franciscanos y dominicanos señalan el sitio en que se conocieron el patriarca de Asís y el ilustre fundador de la orden de Predicadores. Quienes, movidos como de una revelación divina anunciándoles su futuro destino, cayeron abrazados de igual suerte que en las festividades de sus santos se abrazan dominicos y franciscanos, celebrando mutuamente las funciones de los dos Patriarcas en sus magníficas solemnidades.

El 5 de Agosto Roma conmemora la bella leyenda de la noche del 4 al 5 de dicho mes, en el año 352, cuando la Virgen se apareció en sueños al papa Liberio y á los ricos esposos de la familia consular Patrizi, que deseaban encontrar un sitio acepto á Nuestra Señora para alzar el templo que tenían proyectado á la Madre del Salvador, señalándoles aquel lugar en el Esquilino, donde, en medio de la canícula, cayó, desprendida de nube pasajera, nieve abundantísima. Es una de las bellas fiestas, como la del Santo Pesebre, que guarda también Santa María la Mayor, apellidada á la vez Basílica Liberiana, por el nombre del Pontífice, y de Nuestra Señora de las Nieves. Después de la procesión, en que figura la Madona pintada por San Lucas, una copiosa lluvia de blancas flores, imitando los copos de

nieve, cae de la cúpula; espectáculo éste que encantó á la numerosa peregrinación de los Estados Unidos, en mayoría compuesta de damas católicas que, procediendo del Santuario de Lourdes, habían llegado por aquellos días á Roma, trayendo con rico óbolo de San Pedro un magnífico estandarte que bendijo el Papa, y que ofrecerán á la Virgen en su casa santa de Loreto.

Cinco días después llega la fiesta de otro santo español, el mártir San Lorenzo. Numerosísimos los templos que la Ciudad Eterna ha consagrado al santo aragonés, cuyo nacimiento disputó un día á España. La iglesia de Panisperna muestra la prisión donde el mártir estuvo encerrado; San Lorenzo en Lucina, las parrillas en que abrasaron sus carnes; San Lorenzo de Damaso, las vestiduras del mártir, y la basílica de San Lorenzo, junto á la tumba, hoy grandioso monumento de Pío IX, el sepulcro de aquel bajo cuya advocación Felipe II edificó el maravilloso Escorial.

***

Ahora los católicos de Italia habrán de esperar á las funciones que en Turín acompañan al Congreso Eucarístico y á las magníficas fiestas con que Venecia se prepara á conmemorar el octavo centenario de la erección de su basílica de San Marcos, rival de Santa Sofía de Bizancio. Una tradición afirmaba que el evangelista San Marcos, viajando hacia Aquilea, al pasar por las lagunas de la que fué después reina del Adriático, auguró á ésta sublime grandeza el día que su pueblo aclamase el Evangelio. Creyendo los venecianos, en tiempo de su *Dux* San Pedro Orseolo, que estas grandezas se anticiparían consagrando magnífico templo á San Marcos, cuyo cuerpo, traído de Alejandría por piadosos venecianos, que, imitando á los argonautas del Vellocino de Oro, le arrancaron con estratagemas al poder de los sarracenos, que á ninguna costa querían darlo, empezó la construcción de esta basílica, una de las maravillas del mundo, en que se emplearon los mármoles y mosaicos más preciosos, colocados por artistas bizantinos, y que en siglos posteriores han enriquecido las obras de Ticiano, Tintoreto, Pablo Veronese, Sansovino y Canova. Terminado el templo en 1094, se colocó sobre su altar mayor la salma de San Marcos. Ante aquel altar, el papa Alejandro III hizo plegar la rodilla al poderoso Barbarroja. Como desde las lagunas que rodean la basílica y el palacio de los Dogos, el ya ciego y anciano de noventa años Dandolo partió con sus góndolas y naves del Canal grande y del Lido para la cruzada de Bizancio, siguiéndole después Sebastián Venier y Morosini con las naves venecianas para la victoria de Lepanto. La basílica de San Marcos contempló también en edad más reciente el Cónclave del que salió electo papa Pío VII, cuando los ejércitos franceses ocupaban á Roma.

***

Desventuradamente no todas han sido fiestas y alegrías en el expirante Agosto. Aun estaba Europa bajo la impresión de esas catástrofes con que los temblores de tierra de Abril, Mayo, Junio y Julio han llevado la desolación á la Tebas griega, á Calcis, á la Eubea, la Lócrida, el Peloponeso, Estambul, las islas de los Príncipes, la ciudad santa de Scutari, la de San Stéfano, en donde, con su monasterio franciscano, ha desaparecido la casa histórica en que se firmó el tratado de paz entre Turquía y Rusia; cuando para formar esa fatal trilogía de los terremotos de 1894, que quiera el cielo no se convierta en pentarkía en lo que resta del año, al amanecer del 8 de Agosto, Catania, que no ha olvidado aún las erupciones recientes de la ardiente lava del Etna, sintió fortísimos estremecimientos, que han llevado la desolación, con la ruina de numerosísimas moradas, á Nicolasi, también afligida hace dos años por la lava volcánica; á Tafferana Etnea, á Arcireales, á Flori, á Via Grande y á todos esos pueblos de 1.500 á 2.000 habitantes, casi exclusivamente consagrados á las labores del campo, que, como á la falda del Vesubio, constituyen á la del volcán Etna, rica y verde corona de viñedos, y sobre los que se alzan preciosas villas ó casas de campo, donde pasan los estíos las ricas familias de Catania y otras grandes ciudades de Sicilia. Afortunadamente por ser aquella época de la canícula, casi todos los aldeanos habían abandonado sus moradas desde la madrugada, á lo que debieron no quedar sepultados en las ruinas. Y aun así fueron más de 100 las víctimas.

Como conturbado por los terremotos el año 1894, viene siéndolo también por los crímenes y procesos anarquistas. Llego tarde para añadir ni una sola frase á las relaciones de la prensa internacional sobre el suplicio del italiano Santos Jerónimo Caserio, no obstante presentar el más palpitante interés la larga agonía de una madre que, como las mujeres de la Biblia, sentada á la entrada del hogar esperaba, si no la vuelta de su hijo pródigo, que el párroco de Matta-Visconti, volviendo de las prisiones de Lyón, le trajese el consuelo del arrepentimiento de su Benjamín, ó la esperanza de que el Presidente de la República le perdonara. En cambio centenares de anónimos amargaban su pena con la promesa de que Santos Caserio será vengado como Emilio Henry, y la horrible aseveración de que, obra de un complot anarquista el asesinato del Jefe del Estado, sus colegas de anarquismo y del crimen, al arrojar, como en el acto de *Hernani*, los nombres de los siete conspiradores para que saliera el del homicida, escribieron todos el apellido del joven anárquico lombardo.

***

Pero abandonemos tan tristes dramas, efecto de los volcanes ó del crimen, para terminar esta crónica con la fiesta de mar, incomparable, celebrada el domingo último en el golfo napolitano. La bella Partenope se había propuesto el doble objeto de festejar la presencia en las aguas napolitanas de la flota permanente, compuesta de los hermosos buques *Dandolo*, *Piamonte*, *Calatafimi*, *Etruria* y *Montebelli*, y de atraer á la ciudad encantadora, como lo ha conseguido, muchedumbre de viajeros de todas las regiones de Italia. Unió para ello á regatas vistosísimas, iluminación fantástica, que abrazaba desde la Solfatara á Portici, desde los jardines de Capodimonte al castillo del Ovo, desde Posilipo á Santa Lucía, rivalizando palacios, plazas, colinas y moradas napolitanas en esta fastuosa iluminación, no sobrepujada en parte alguna. Como complemento de la fiesta, debía verificarse, por fuegos artificiales de primer orden, el ataque é incendio del castillo llamado de Doña Ana, la esposa en 1642 de nuestro Duque de Medina de las Torres, virrey de Nápoles en nombre de Felipe IV. Este palacio-castillo, llamado de la Sirena en siglos anteriores, y que se eleva junto al mar, cerca del encantador Posilipo, ha sido siempre lugar de leyendas populares fantásticas y á veces terribles, que impulsan á la mujer napolitana, como al *lazzaroni* de Santa Lucía, á hacerse la señal de la cruz cuando pasan por sus ruinas. En la noche del domingo, el asalto y el incendio del palacio de Doña Ana ofrecieron en cambio, con sus fuegos de toda clase de colores, y con sus constelaciones asombrosas, un cuadro fantástico y de una belleza indescriptible. Con aquel espectáculo, presenciado por medio millón de espectadores en 2.000 barcas, en las alturas de la ciudad y en toda la extensión del golfo napolitano, rivalizó el de las naves de guerra, ofreciendo una iluminación cada una á cual más preciosa, simbolizando la del *Dandolo* y el *Piamonte* el escudo de Saboya y un áncora gigantesca; mientras á bordo de centenares de barcas, en los vapores de la navegación general y en los yates del patriciado napolitano y siciliano, entre los cuales se distinguía el *Walckyrie*, del riquísimo Florio, las músicas ejecutaban las sonatas más deliciosas, y los cantores napolitanos entonaban las canciones compuestas para esta fiesta á ninguna comparable, la cual duró hasta las tres de la madrugada, iluminado el mar en toda su extensión, desde la Margelina al Trisio, y realizándose, en los diversos restaurantes plantados sobre el golfo, innumerables y alegres banquetes que prestaban al espectáculo portentosa animación.

Conde de Coello.

Roma, 26 de Agosto.

«ADORATIO.»

Entróseme en el alma tan callado
Este amor, este aroma, este consuelo,
Que averiguar no logra mi desvelo
Ni cómo ni por dónde ha penetrado.

No es tormenta, no es mar alborotado,
Sino lago tranquilo y claro cielo,
Que no altera la brisa de un recelo,
Ni empaña el vaporcillo de un cuidado.

Mística adoración es esta mía,
Que de amar con la dicha se embriaga
Y ser correspondida no procura.

Así se adora á Dios: ¡loca porfía
Fuera exigir, sacrílego, por paga
Que adorase á la mísera criatura!

Francisco Rodríguez Marín.

LA MATANZA.

(Episodio histórico de Mindanao.)



Hagan los lectores un esfuerzo, y allá en el fondo de su imaginación fínjanse el siguiente cuadro.

Un caudaloso río, brazo meridional del Pulangui, en la gran isla de Mindanao; su margen derecha, de bajo nivel, pantanosa, cubierta de manglares, y á trozos, de espeso carrizal, y cortada por las desembocaduras de numerosos esteros; y en la opuesta, colinas redondeadas, sobre las que se extiende la selva virgen; el salvaje bosque tropical, cuyos claros, que aparecen cual manchas verde amarillentas, son praderas de tupido *cogon* (1). Tras esas ondulaciones del terreno, las montañas, también de bosque y cogonales revestidas, donde moran las dóciles tribus de los *tirurayes*, tan buenos amigos de la dominación española, como refractarios á ella son los *moros*. Las miserables rancherías de éstos cubren las riberas del río y de los esteros y lagunas.

Espléndida frondosidad: las masas de bosque y de manglar con su verdor intenso y bronceado; reflejos de plata sobre las ondas del Pulangui que la brisa hace romper en espumas; casi siempre calinoso el horizonte, pero vibrando en la atmósfera la luz del sol hecha polvo; brutal orgía de todas las fuerzas naturales, que se desbordan causando asombro á nuestro espíritu, y enervamiento y fatiga á nuestra débil complexión europea.

Junto al río, en su orilla derecha, un fuerte, el de Tamontaca, obra provisional hecha definitiva por la incuria española; reducto de tierra de escaso relieve y menos condiciones defensivas, y dentro de él un *camarín* de madera, bambú y *cogon*, que sirve de cuartel para la tropa. A unos veinte metros, en la explanada que rodea el fuerte, otra construcción parecida y algo mayor, también de *materiales ligeros*, como allí se dice: es la casa del oficial comandante del destacamento. Varios *bahays* (2) semejantes, situados sin regularidad, empléanse para cocinas y demás dependencias.

Este es el escenario; ahora comience el drama.

***

Fué en 1878; los moros habían dado muerte á un indígena de Luzón, vecino de Cottabato, capital del distrito. El gobernador dispuso que practicase diligencias el juzgado civil, y para ello trasladóse á Tamontaca, punto en donde se mandó comparecer al datto Uatamama, de cuya ranchería eran, según se pudo averiguar, los asesinos.

(1) *Cogonales*: praderas cubiertas de *cogon*, gramínea que alcanza gran altura.
(2) *Bahay*: casa indígena.

Por eso, una tarde, en sendos caballejos del país, llegaban al fuerte, después de recorridos los cinco kilómetros que median entre Cottabato y Tamontaca, el juez, el fiscal, y el escribano, con el médico del Regimiento de España núm. 1, Sr. Caballero, escoltados por el teniente y treinta hombres de tropa de la sección de Vigilancia.

Poco después avanzaban por el río buen número de *vintas* que, atracando al *pantalán* ó desembarcadero, venían á dejar en tierra al datto y sus deudos y *sácopes* con multitud de moros libres y esclavos, todos armados hasta los dientes. En la amplia *caída* (1) de la casa del oficial esperábalos el juez, y allí subían los principales de ellos, mientras los demás quedábanse fuera frente á los soldados de la sección de Vigilancia, que sobre el camino permanecían descansando á discreción. La fuerza del destacamento y la destinada á la corta de maderas proseguían en tanto sus diarias ocupaciones.

Pintoresco por demás debía de ser el grupo formado por la gente mora, con sus camisetas y pantalones de algodón de colores vivos, y sus pañuelos á guisa de turbantes sobre la asperísima y lacia cabellera. A la cintura, el *kris* de hoja ondulante y afilada como navaja de afeitar, ó el pesado *campilán*; al brazo la rodela de dura trabazón, y en la diestra mano la lanza de *bambú* ligerísimo y de agudo hierro. De la misma raza ellos y nuestros soldados, aparece bien manifiesta en sus rostros la diferencia de carácter. Dulzura y sumisión en los de tagalos y visayas; ferocidad y fanatismo en los mindanaos. Aquéllos, con su uniforme de *guingón* (2) y rayadillo y sus blancos capacetes, descansando sobre las armas, permanecen indiferentes y tranquilos; los otros, esparcidos sin orden, y los más en cuclillas, su posición habitual, tienen algo del felino en acecho de su presa.

Arriba, en la casa, comienza con reposo la *bitchara* ó conferencia, pero rápidamente se van acalorando los españoles. No así los moros, siempre imperturbables y con su sonrisa traidora y su falsa humildad. El datto y los suyos se niegan á hacer entrega de los culpables y á declarar ante el juez, cuya autoridad no reconocen. ¿Qué ocurre después? Dos versiones diferentes conozco.

Según una, el juez mandó desarmar al datto, lo cual quiso hacer por sí mismo el médico Sr. Caballero, intentando quitarle el kris; según la otra, los moros traían ya su plan bien madurado, y á una señal de Uatamama principió la carnicería.

***

Los que con vida escaparon de ella refieren que de pronto vieron brillar en el aire las hojas centelleantes de los krises, produciéndose espantosa confusión dentro de la *caída*; gritos, juramentos y algunos disparos de revólver y fusil, entre el choque metálico de las armas blancas. Al mismo tiempo, los soldados de la escolta eran acometidos por la morisma, que en actitud pacífica los rodeara hasta entonces, y sin poder hacer uso de sus fusiles, caían muertos los más, mientras algunos lograban huir por entre el cogon y los carrizos hacia el bosque, varios de ellos mal heridos y desangrándose.

Parte de los moros persíguelos, y los demás acuden en auxilio del datto, á la casa del oficial, entre cuyas frágiles paredes sigue la lucha cuerpo á cuerpo, de cuatro ó seis españoles contra un número diez veces mayor de enemigos. Aun se veían en los tabiques de tabla, cuando estuve allí cuatro años después, las señales de muchos golpes de *kris* y de *campilán*, y los agujeros que hicieran los proyectiles.

Sin embargo, los moros que por el campo persiguen y asesinan á los nuestros, detiénense de pronto y se lanzan á la carrera en dirección al río; los que en la *caída* se ceban aún en los cadáveres de oficiales y funcionarios civiles, arrójanse por los ventanales de ella, y á través de las paredes de cogon, al huerto, y de allí al *pantalán*, donde dejaron las *vintas*; algunos tiran con violencia sus lanzas contra el fuerte, y otros pretenden escalar sus taludes; pero ruedan varios al foso, y los restantes huyen en dispersión.

¿Qué les produce aquel pánico? El nutridísimo fuego que desde el reducto hace un puñado de valientes; diez ó doce soldados indígenas que con un sargento europeo en él estaban, y empuñando los fusiles lánzanse al parapeto, y disparan sin cesar contra la masa de moros que al pie mismo de la fortificación, sobre la explanada, reciben la nube de proyectiles. Estos, atravesando las paredes de la casa del oficial, matan ó hieren á los que aun están en ella, y alcanzan también á muchos de los que á campo traviesa persiguen á nuestros fugitivos.

Aterrorizada la chusma; sin armas de fuego con que contestar á los defensores del fuerte, atropéllase al embarcarse en sus *vintas*, para lo cual han de pasar ante las bocas de los fusiles que los abrasan con su fuego casi á boca de jarro. Así muerden el polvo muchos más. Los mismos soldados que huyeron comienzan á verse libres, y desde el bosque, donde se refugiaran, hacen fuego también.

Apelotonados para lanzarse á sus embarcaciones, ofrecen blanco seguro los súbditos de Uatamama; unos caen al río, y la corriente los arrastra; otros se desploman al fondo de las *vintas*, y así son todos perseguidos por las balas españolas, hasta que en un recodo del Pulangui, tras de bogar desesperadamente, logran resguardarse.

No sin cruzar antes frente á la casa de Vizmanos, el colono indígena de Luzón, cazador de oficio, que oculto entre los árboles de la orilla con sus hijos y criados, todos provistos de escopetas, dispara contra las *vintas* matando un moro de cada tiro.

***

En huída ya los enemigos, el bravo sargento sale con algunos de sus hombres del fuerte, y reconoce el campo y la casa del oficial. Horroroso cuadro es el que se ofrece á su vista. En la explanada, casi todos los soldados que vinieran de escolta y algunos del destacamento, muertos ó

(1) Galería cubierta ó *verandah* de las casas filipinas.
(2) Tela de algodón azul.

gravemente heridos, en actitudes violentas; por tierra los más, apoyados otros en los árboles; entre ellos, boca abajo, el teniente de la vigilancia (Padín, si no olvidé su nombre) atravesado el pecho por una lanza, de la que parte del asta de bambú penetró en sus carnes. Sobre el puentecillo que da entrada al *bahay* del oficial otro cadáver, el del fiscal, materialmente despedazado, y en el piso de la *caida*, nadando en un mar de sangre, el juez, el médico y dos cabos, europeo uno, indígena el otro. También algunos moros muertos ó expirantes revelan lo terrible de la lucha. Todos los muebles rotos y en desorden; armas esparcidas, y hasta el quitasol y la caja de *buyo* del datto, llenan el suelo. La sangre, coagulada ya, al correr por las junturas de la tablazón de *narra*, que forma el piso, cayó en goterones al *silun* (1), ó resbala por los *harigues* (2) que lo sostienen, ó baja en hilos por los escalones que dan acceso á la estancia.

Quien falta es el teniente, comandante de la fuerza destacada. Poco después aparece, todo cubierto de sangre, con un revólver en la mano izquierda y un *kris* en la derecha. No tiene más que leves rasguños. ¿Cómo se ha librado? Ni él mismo se da cuenta. Sólo sabe que se vió acometido; que disparó y dió golpes con aquella arma blanca que halló á su alcance; que tuvo de pronto una inspiración, la de ir á buscar á la tropa que había en el fuerte; que por una ventana, y sin dejar de hacer frente á los que le atacaban, saltó al huerto, y que, perseguido, siguió hasta el foso, viéndose allí entre el fango unos minutos, volviendo después y encontrándose ya con el enemigo en dispersión y él auxiliado por su gente.

Falta asimismo el escribano; pero de éste se sabe que al ver síntomas de hostilidad en los moros, dirigióse al sitio en que estaban los caballos y montó en el suyo, no parando de correr hasta el convento de los Jesuítas, á un kilómetro de allí, desde donde avisó al Gobernador de Cottabato.

(1) Espacio vacío que queda bajo el piso de las casas filipinas.
(2) Pies derechos.



JOAQUÍN PEDRO DE OLIVEIRA MARTINS,
EX MINISTRO É INSIGNE HISTORIADOR PORTUGUÉS.
Nació en Lisboa, el 30 de Abril de 1845; † el 25 del actual.

Esto dió ocasión á que por la noche llegara dicha autoridad con fuerzas relativamente numerosas, y poniendo en condiciones de seguridad el fuerte, dispusiera también el entierro de los cadáveres y la curación de los heridos.

Aquéllos eran muchos, más de treinta; los segundos unos diez; moros quedaron por allá otros tantos, *ni uno vivo*;—sin contar los que cayeron al Pulangui, yendo á servir de pasto á los caimanes, ó á los tiburones de la bahía Illana.

Digo mal; vivo y muy vivo estaba el que hubo de ser encontrado por la noche bajo la cama del teniente, kris en mano. —Pero para darle gusto, pues de fijo su propósito era ganarse el Paraíso de Mahoma degollando gente cristiana, se le envió en un dos por tres á esa morada celestial.

°°°

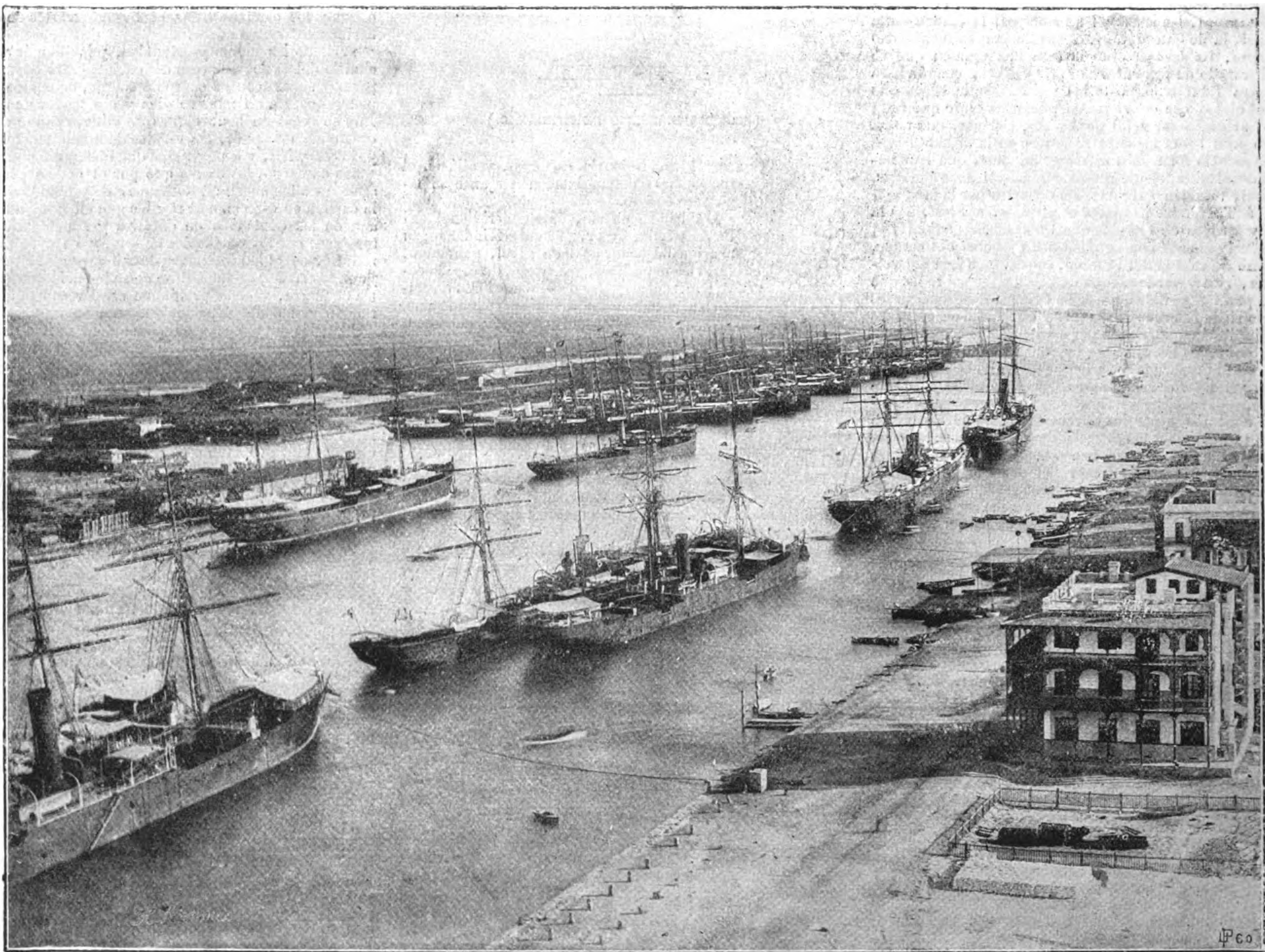
Esto fué todo. Al sargento, cuyo nombre siento no recordar, que era «segundo», diéronle el *grado* (no el empleo) de «primero»; algunas cruces sencillas á los diez soldados que con él salvaron el fuerte; otras con pensión á los heridos que curaron, y no sé si cruz ó grado al teniente. A los difuntos diéronles..... tierra en sagrado, menos á los moros, que agua abajo fueron por el río á..... donde la corriente los llevara.

Y en cuanto á Uatamama, nadie se metió con él. Su fechoría era merecedora de castigo; pero entonces los gobernadores generales del archipiélago estaban por la política *de atracción*, y órdenes había de evitar conflictos *á todo trance*. Así es que el bueno del datto y sus parientes, deudos y *sácopes* se limitaron á trasladar, por precaución, su ranchería á otro punto, en lo más enmarañado del Delta, después de pasarse dos noches tocando el *agun* (1) en señal de alarma, y allí permanecieron hasta que en 1882, estando yo en Tamontaca por cierto, tuvo á bien el cólera venir á hacer justicia, mediante la muerte del datto y de no pocos de los suyos.

Gracias, pues, al cólera quedó vengado el honor de España, ¡que sí no!.....

JUAN LAPOULIDE.

(1) Especie de tambor metálico.



EGIPTO. — VISTA GENERAL DE PUERTO SAID, Á LA ENTRADA DEL CANAL DE SUEZ.



JARDÍN DEL BUEN RETIRO.—UNA SESIÓN DE PATINES.

DIBUJO DE MÉNDEZ BRINGAS.

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

Excursiones veraniegas de descanso: tres compañeros de viaje y de expedición, Jacobi, Gotthelf y Swift.— El autor de los *Viajes de Gulliver*, según el alienista Max Simón.— El país del Emmenthal y las novelas del Gotthelf, ilustradas por Bachmann y Anker.—La resurrección del sentimentalismo y de la fe en la literatura y la *Filosofía de Jacobi*.— Las armonías del espíritu y de la materia: la torre y las cabras de Moralzarzal.

Moralzarzal, 27 de Agosto.

AQUÍ he venido á reposar á la sombra con tres buenos amigos, el *geheimrath* ó aduanero Jacobi, el canónigo Swift y el cuentista Jeremías Gotthelf; es decir, con un alemán, un inglés y un suizo, que no pagan asiento en el tren, que no comen ni gastan un céntimo en la posada, que me acompañan y hablan cuando yo quiero, y que duermen juntos, unas veces en la silla de la cabecera de mi cama, y otras en el fondo de mi maleta de viaje. ¡Qué mejor compañía que la suya para pasar agradablemente entretenido unos días aquí, lejos del mundo, á dos ó tres kilómetros, monte arriba y monte abajo, de la carretera de la Granja, á orillas del arroyo Samburiel, que baja de los Siete Picos y de Navacerrada, más cristalino y menos pesado en sus ondas que el agua destilada, para unirse con el Manzanares, debajo de los berruecos de Beato! Muertos hace un siglo, ó poco menos, Swift, Gotthelf y Jacobi, acaban de resucitar en espléndidas ediciones, y con los seis volúmenes que estas forman, sin más cortejo ni comitiva, aquí hago esta semana mi excursión cosmopolita, entre los pinos, jaros y carrascos que cubren las vertientes de la solitaria sierra del Hoyo. La razón, muy señora mía y dueña, demanda al cuerpo descanso en esta temporada, y por eso he traído mi cuerpo á descansar, haciéndole trepar y correr por estos tranquilos y agrestes vericuetos; pero el corazón, mi querido y buen amigo, ordena que no todo sea materia pura, montes y cañadas, aire sano, cama rústica, comida abundante, buen trago, nada de discusiones ni de sentimiento, sino que á él se le dé también su parte en el festín selvático con los goces de la lectura escogida, que tanto hace pensar y sentir, y que es para él como el resumen del amor de los amores y del placer de los placeres. No en vano lo dijo Pascal: «El corazón tiene sus razones, que la razón no comprende ni explica.»

Vivan, pues, en paz, sin pensar por ahora si sobran una ú otra, según presumió el poeta, la materia nutriéndose y fortificándose con el ejercicio sin límites de los músculos y de los órganos, y el alma recreándose con los placeres de los recuerdos que el genio dejó condensados en la literatura amena. Los pulmones, el estómago y las piernas se encargan de lo primero, y Jacobi, Gotthelf y Swift, hoy por hoy, de lo segundo.

Tú habrás leído, sin duda, amigo lector, aquellas deliciosas páginas, escritas al parecer para niños, pero dignas de la meditación de los hombres de talento, que llevan por título: *Viajes de Gulliver*, excursiones hechas, unas al país de los enanos y otras al país de los gigantes. Pues bien, este libro, que críticos eminentes consideran como una de las obras maestras del género humano, es el que dió universal renombre á su autor, el insigne Swift. No hay para qué recordar el argumento popularísimo que está desarrollado en él, por ser de sobra conocido; pero el estudio crítico de la personalidad del escritor, asunto es que se presta muy bien á las tareas investigadoras del espíritu de nuestro tiempo, tan dado á escudriñar, por modo analítico y espectroscópico, puede decirse, el carácter psicológico y literario de los genios propagandistas. «Toda filosofía sincera, dice J. Bordeau, es la expresión fiel de un temperamento personal.» Lo que se llama filosofía no suele ser, en efecto, otra cosa que la manifestación, la confesión espontánea de la manera de ser y de pensar de un hombre, de un alma que siente y discurre. El autor de los *Viajes de Gulliver*, bien estudiado, se ve que no era un cuentista satírico, un misántropo aparente, un pesimista cínico y ensimismado, no, sino que en su genio estaba asentado y bien arraigado, y le servía de eje á sus tareas, un alto sentido moral, educador enérgico, duro y agrio, si se quiere, pero envuelto, en lo íntimo de su alma y de su trato, en un fondo de dulzura, de generosidad y de hombría de bien. Un antropólogo y alienista muy respetado, el Dr. Max Simón, de Lyón, ha hecho el estudio psicológico y literario de aquel pensador y publicista, y acaba de darlo á conocer en un libro titulado sencillamente: *Swift*.

Para desvanecer todos los prejuicios que existen acerca de su personalidad y darle su verdadero valor, el autor analiza las condiciones del siglo en que Swift vivía, el tono de la sociedad de su época, el temperamento del escritor y su criterio como hombre de partido. Así, colocado en el medio en que vivió, y detallando lo que hizo, deduce que con sus excelentes cualidades personales aquel crítico de las costumbres de su tiempo tomó como objeto de sus sátiras las deficiencias, pobrezas morales y decaimientos de ánimo de sus contemporáneos. Y por eso fustigó con empeño, con irónica y profunda pasión, y en claro y enérgico lenguaje, cuantas miserias presentaba la sociedad y cuanto discrepaba de los principios y del recto sentido de las leyes de la naturaleza humana. Dice Max Simón que en la inventiva de las maravillosas fábulas que sirven de base á sus narraciones, y en la perfección con que supo describirlas, sólo ha llegado á hacer en nuestros tiempos un trabajo semejante, en sus *Historias extraordinarias*, el insigne Edgardo Poe. El trabajo de los detalles es tan acabado, que parecen reales y visibles cuantas cosas inverosímiles cuenta, y admitida la fábula que sirve de base, todo lo demás nos parece natural y exacto. Lo mismo al narrar las aventuras en el Liliput, que las que á Gulliver le ocurrieron entre los gigantes de Brobdiñag, la precisión bien calculada entre los enanos y sus monumentos y los monstruos y sus obras, comparada siempre con las dimensiones del viajero, resulta felicísimamente expuesta, como si fuese verdad.

Al principio, la sátira fina es como un pasatiempo, y no parece que sea el objeto principal de la obra; después se desarrolla profunda y amplia, se aplica á todas aquellas sociedades microscópicas ó colosales, y de hecho queda criticada y satirizada toda la sociedad de su época. Por esto en tan precioso trabajo han visto siempre los hombres pensadores una crítica admirable de la constitución social de Inglaterra en la época de Swift. En efecto, en las conferencias entre el Rey de Brobdiñag y Gulliver, pregunta el Monarca á éste, después de oir el elogio de las instituciones y del pueblo inglés, el grado de ciencia ó cultura que tienen los Pares del Parlamento, su conocimiento de las leyes, y cómo llegan á tener sabiduría bastante para decidir en última instancia acerca de los derechos de sus compatriotas; si los obispos llegan á tan elevado puesto por la santidad de su vida y costumbres y por su saber, desde la humilde posición de curas, sin necesidad de intrigas ni de malas artes; si no ocurre que puedan ser diputados muchos hombres insignificantes y sin mérito alguno, sólo por ser ricos y por poder comprar los votos, y por qué tienen tanto deseo de ser elegidos cuando el cargo da tantas molestias, cuesta tanto dinero y no produce nada. Respecto á los tribunales de justicia, Gulliver declaró que había quedado arruinado al sostener un pleito que ganó con costas en primera y última instancia. El Rey, luego que escuchó las manifestaciones que acerca de todos esos puntos le hizo el viajero, exclamó:

—¡Pues señor, á pesar de todos los elogios que haces de las leyes de tu país, declaro que tus compatriotas son la gente más rastrera é indigna que se mueve sobre la tierra!

El autor no localiza su dura crítica, sino que la hace general doquier que habita «ese animal que se llama hombre». Tratando de la mísera condición humana, ¡qué admirables páginas escribió al hacer la pintura de la ficticia felicidad de los Struldbrugg, de aquella raza de hombres que tienen el privilegio de no morirse jamás, y cuyo único consuelo cuando llegan á la vejez, para olvidar todas las miserias y penalidades eternas para ellos, es el de volverse idiotas, desmemoriados ó locos! En medio de su especial misantropía, á pesar de su natural pesimismo, Swift, generoso y hombre de bien, dejó un regular capital destinado á prestar dinero, *sin interés alguno*, á los obreros desgraciados ó necesitados, y en los últimos años de su vida fundó un hospital para locos. Con tanto ocuparse de éstos durante su vida, padeció él también de grave y profundo desequilibrio entre su espíritu y sus fuerzas físicas, y aquél se rindió, produciendo las naturales consecuencias de los vértigos, alucinaciones, ataques epilépticos y verdadera demencia, en cuyo estado, con breves períodos de lucidez, vivió tristemente sus tres últimos años. Todo este curiosísimo proceso de la vida del gran pensador está magistralmente estudiado en la obra de M. Max Simón.

°°°

Más alegre, más risueño, más hermoso es mi otro compañero de viaje, *Jeremías Gotthelf*, el gran narrador de las costumbres rústicas del país del *Emmenthal*, en la Suiza, entre Berna y Lucerna. Hoy que privan la lectura de las obras antiguas de verdadero mérito y la contemplación de las maravillas de los grandes dibujantes, que saben ilustrarlas, es para los hombres de gusto exquisito una verdadera sorpresa, un acontecimiento, la aparición de las *Obras escogidas de J. Gotthelf*, ilustradas magistralmente por el maestro pintor de Berna A. Anker, y por el inspirado dibujante, suizo también, Hans Bachmann. El rústico escritor montañés Gotthelf escribió hace tiempo numerosos cuentos y novelitas describiendo la tierra y las costumbres del Norte de Suiza, y especialmente las del escondido valle del río Emma mayor (Emmenthal) con todas sus tradiciones. En aquellas hondonadas pintorescas que comprenden un espacio de 40 kilómetros de longitud por 25 de anchura, por cuyo surco más profundo corre el Ilfis, cruza hoy la vía férrea de Lucerna á Berna, y se han alzado un centenar de preciosos *chalets*; pero antes de que la civilización así lo invadiera y transformara, cuando Gotthelf vivía, aquellos verdaderos rincones ocultos entre los Alpes eran el refugio, apenas visitado, de una población típica, sencilla y patriarcal en sus costumbres, digna de ser cantada por un genio original y sencillo como el país mismo. Los cuentos y las leyendas, los cuadros de pueblos antes olvidados como Escholmatt, Wiggen, Trubschachen, Lañó, Valkringen, Emmenmatt, Siñó, Zoeziwyl, Konolfingen, Toegertschi, Worb, Lutzelfluh, Hasle, Krausthal y Oberburg, la vida montañesa desarrollada en medio de aquellos paisajes que hoy tienen fama en toda Europa por su belleza, inspiró al popular literato una serie de composiciones correctamente escritas y hondamente sentidas, que cada día se leen con más encanto y se estiman con mayor justicia. Gotthelf escribió en alemán, y ahora el editor de Berna, Zahn, ha encargado su traducción al francés á los señores Sandoz y Buchenel, que en su comprometido trabajo no han alterado en nada la verdad, la sencillez, el colorido ni la frescura de la obra original. En lo publicado hasta aquí, lo más estimado son las novelas tituladas *Uli el criado* y *Uli el colono*, que en verdad, según los literatos suizos, constituyen la obra maestra de aquel escritor. El argumento es sencillo, originalísimo como las costumbres rudas de aquella tierra, y muy poco semejante á lo que otras literaturas rústicas ó campestres de diversas comarcas han producido. Está en los capítulos de estas obras pintado á lo vivo, saliéndose del cuadro, por la verdad y fuerza de los detalles, un pueblo como aquél. Nada le faltaba para ilusionar y complacer al lector: pero parece que todos sus personajes y todos los escenarios en que la acción se desarrolla renacen ante el mágico acierto con que Hans Bachmann y Anker y Vigur han interpretado las creaciones del novelista, con su lápiz. ¡Estos dibujos son una delicia! El conjunto, literatura y arte, al unirse y compenetrarse, resulta espléndido, monumental. Para los suizos, la obra es un obsequio inapreciable, y cuando sea conocida se considerará en todas partes como una joya.

°°°

Ni como crítico severo, ni como narrador alegre ha venido en mi compañía otro resucitado, el filósofo Jacobi, el compañero y amigo de Gœthe. Al resucitar hoy el sentimentalismo y la fe en la literatura, después de haber pasado el ciclón del positivismo y del naturalismo, ha hecho muy bien un ilustre pensador del día, Mr. Levy Bruhl, en sacar del sepulcro y del olvido la *Filosofía de Jacobi*, que viene á encajar perfectamente en las tendencias ó aspiraciones del día, según las exponen en sus trabajos literarios los que llevan la batuta en Inglaterra, Rusia, Francia y Alemania. A la dura y áspera, aunque real fotografía de la sociedad presente, toda claro-obscuro, sin tintas variadas, ni matices, ni colores naturales, con que el naturalismo nos ha venido pintando la vida en los libros, parece que viene á reemplazar ahora el dibujo correcto y animado que determina las líneas principales de la realidad, iluminado artísticamente, como la Naturaleza lo ofrece, con los hermosos tonos de color que saben preparar en el espíritu del escritor el sentimiento y las creencias, el arte, en fin, hijo del corazón más que de la cabeza. Esta participación que el sentimiento y la fe deben tomar en la interpretación de lo que sea el universo mundo y de lo que debe ser nuestro criterio acerca de él, la señaló perfectamente Jacobi hace un siglo en su propaganda filosófica y en sus trabajos. Para ello sirviéronle de base, en medio de una sociedad materialista y descreída, sus estudios y su educación piadosa. Rindió culto á la fe y al amor, y enamorado y creyente era el ejemplar vivo que su amigo Gœthe pintaba en sus inmortales obras. Predicó Jacobi en sus famosas *Cartas* contra la imposible, fría, inerte y atea doctrina de Spinoza, y contra el escepticismo de Lessing. Contra estos sostenedores de la duda, de la fuerza y de la materia, opuso el sentimiento, el misterio y la libertad, inclinándose siempre más á admitir la acción del mundo suprasensible, desconocido, incomprensible y absoluto, que el sensible, cognoscible y relativo. La filosofía del sentimiento y del corazón, extraña á la lógica y á la razón, le atrajeron, y no discurrió, creyó y se identificó siempre con las enseñanzas misteriosas de la fe. Mucho contribuyeron á sostenerle en estas ideas las amargas tristezas de su vida al perder á su amante esposa y á su hijo, y al verse rodeado de otras terribles tristezas. Si no hubiera tenido fe, se hubiera hundido en los abismos de la desesperación. Lo mismo le pasa á mucha parte de la humanidad. «Con creer en Dios basta para cumplir nuestros deberes, decía; de lo demás Dios mismo se encarga.» Al disponer el hombre del libre albedrío, es el único que puede faltar á las leyes de la Naturaleza. Según esto, nuestra actividad y nuestra energía, los resultados de nuestra voluntad dependen de las circunstancias, de la casualidad y del capricho. No hay en tal doctrina nada fijo, normal ni inmutable. «Yo me agito, decía Jacobi, entre dos fuerzas, una pagana ó racionalista, y otra creyente ó cristiana, que sucesivamente me arrastran, trayéndome y llevándome á su gusto.» Los partidarios de esta libertad absoluta de nuestro criterio director de las acciones, no se detienen en nada en su individualismo exagerado. Ellos, discípulos de Rousseau y de Jacobi, fueron los hombres más exagerados de la Revolución y del Terror. Ellos suelen ser, con capa de creyentes, los corifeos más terribles de la reacción. Por esto dice Levy Bruhl, al estudiar á Jacobi, que la filosofía del sentimiento de una dudosa eficacia en moral es altamente perjudicial á la ciencia. En la reaparición del misticismo ó sentimentalismo actual, esta doctrina será una moda estéril que durará algún tiempo, pero nada más. Se cortarán con arreglo á ella los patrones de la literatura; á ella se ajustarán las críticas y los discursos en el Ateneo y en las academias, y volverán con esta tendencia sentimental y generosa los tiempos y las empresas que rodearon y movieron á Don Quijote. Ha sido vencido el realismo prosaico de Sancho Panza; pero..... él volverá.

Cierro mis libros al ponerse el sol tras de las cumbres de la sierra. He pasado un rato amenísimo con mis compañeros de soledad, tan ameno como ningún hombre pensador, literato, artista ni político de los nuestros hubiera podido proporcionármelo en los lugares donde hoy el mundo escogido se reune, en los balnearios y playas del Norte. Ahora me aguardan mi modesta posada, mi sencilla mesa, mi limpio y tranquilo lecho. Debajo de la almohada descansarán conmigo mis compañeros hasta que vuelva á lucir el sol, repitiéndose la vida de hoy: Jacobi que se va, Jacobi que vuelve: el realismo y el misticismo, que se suceden como la noche y el día, irremediablemente. Las campanas de la torre de Moralzarzal tocan á la oración, y los esquilones de las cabras, que bajan de la sierra al poblado, anuncian el pesebre y el descanso. Siempre, mientras el mundo sea mundo, han de sonar juntas estas armonías: la del espíritu y la de la materia.

R. Becerro de Bengoa.

NINON DE LENCLOS

Ríase de las arrugas, que no se atrevieron nunca á señalarse en su epidermis, y se conservó joven y bella hasta más allá de sus 80 años, rompiendo una vez y otra su acta de nacimiento á la faz del tiempo, que en vano agitaba su guadaña delante de aquel rostro seductor sin poder mortificarle.—Este secreto, que la gran coqueta egoísta no quiso revelar á ninguno de sus contemporáneos, ha sido descubierto por el doctor Leconte entre las hojas de un tomo de la *Historia amorosa de las Galias*, de Bussy-Rabutin, perteneciente á la biblioteca de Voltaire y actualmente propiedad exclusiva de la **Perfumería Ninon** *(Maison Leconte)*, 31, rue du 4 Septembre, 31, París.

Dicha casa entrega el secreto á sus elegantes clientes bajo el nombre de **Véritable Eau de Ninon** y de **Duvet de Ninon**, polvo de arroz que Ninon de Lenclos llamaba «la juventud en una caja».—Es necesario exigir en la etiqueta el nombre y la dirección de la Casa, para evitar las falsificaciones.—La *Parfumerie Ninon* expide á todas partes sus prospectos y precios corrientes.

Depósitos en Madrid: *Aguirre y Molino, perfumería Oriental, Carmen, 2; Pascual, Arenal, 2; Artaza, Alcalá, 23, pral. izq.; perfumería de Urquiola, Mayor, 1; Romero y Vicente, perfumería Inglesa, Carrera de San Jerónimo, 3*, y en Barcelona, *Sra. Viuda de Lafont é Hijos*, y *Vicente Ferrer*.

Los Polvos de Arroz

PEAU D'ESPAGNE

NUEVA CREACION DE

E. COUDRAY

Perfumista, 13, Rue d'Enghien, Paris

SE VENDEN EN TODAS LAS PERFUMERÍAS.

F. DUBALEN. **Barnices superiores** para carruajes y todas las industrias. Secantes. **Pinturas Vernissées.—Fábrica en Aubervilliers**, *cerca de París.*

NEURALGIAS, *jaquecas, calambres en el estómago, histerismo*, todas las enfermedades nerviosas se calman con las píldoras antineurálgicas del **Dr. Cronier.** 3 francos; París, farmacia, 23, rue de la Monnaie.

SUEÑOS Y REALIDADES

POR

D. RAMÓN DE NAVARRETE.

La mejor recomendación de este ameno libro es manifestar que está escrito por el distinguido cronista de salones y teatros *El Marqués de Valle-Alegre.*

Elegante volumen en 8.° mayor francés, que se vende, á 4 pesetas, en la Administración de este periódico, Madrid, Alcalá, 23.



BACHILLERATOS. **INSTITUCION LELARGE.** ESTABLECIMIENTO RECOMENDADO

Fundado en PARÍS en 1841, **rue Gay-Lussac, 20** *(Impasse* **Royer-Collard, 9 y 12) PARIS**

629 alumnos aprobados en los últimos exámenes.—Cursos especiales para los **EXTRANJEROS.**

ENVÍANSE PROSPECTOS Á QUIEN LOS PIDA.

GOTA **Reumatismos, Dolores.** Curación asegurada con el **Bálsamo** y el **Elixir Dubourg.** Frasco: 5 fr. **Venta: Farmacia 6, R. Crozatier, París.**

Depósito: Gayoso y Moreno, 2, Arenal, Madrid.

PARFUMERIE

RÉGINA

Nueva créacion

GELLÉ FRÈRES

6, Avenue de l'Opéra

PARIS

ALAMBIQUES

Espíritus á 40° Cartier SIN REPASAR

EGROT

Cab.° de la Legión de Honor

EXPOSICIÓN UNIVERSAL

PARÍS 1889

Fuera de Concurso

Miembro del Jurado

Catálogo, FRANCO, informes

19, 21 y 23, rue Mathis

PARIS

---

25 AÑOS DE ÉXITO

PARA PEDIDOS DIRIGIRSE AL Sr. D. RAFAEL ROMERO DE JEREZ DE LA FRONTERA ÚNICO AGENTE EN TODA ESPAÑA

15 DIPLOMAS DE HONOR

18 MEDALLAS DE ORO



RECOMENDADA POR LAS AUTORIDADES MÉDICAS DE TODOS LOS PAISES

ÚNICO AGENTE EN TODA ESPAÑA Sr. D. RAFAEL ROMERO DE JEREZ DE LA FRONTERA

PARA PEDIDOS DIRIGIRSE AL

SE VENDE EN LAS FARMACIAS DROGUERIAS Y ULTRAMARINOS.

En Casa de todos los Perfumistas y Peluqueros de Francia y del Estranjero

La VELOUTINE

Polvo de Arroz especial

PREPARADO AL BISMUTO

Por **CH.les FAY**, Perfumista

PARIS, 9, rue de la Paix, 9, PARIS

MARI-SANTA

POR

DON ANTONIO DE TRUEBA.

Es una de las mejores obras literarias del ilustre *Antón el de los Cantares*, moral, instructiva y amenísima.

Forma un elegante volumen en 8.° mayor francés, y se vende, á 4 pesetas, en la Administración de este periódico, Madrid, calle de Alcalá, núm. 23.



Ultima producção

Perfumaria IXORA

ED. PINAUD

37, Boulevard de Strasbourg, 37

PARIS

Sabonete............	de IXORA
Essencia............	de IXORA
Agua de Toucador.....	de IXORA
Pommada............	de IXORA
Oleo para os cabellos.......	de IXORA
Pós de Arroz...........	de IXORA
Cosmético............	de IXORA
Vinagre de Toucador..	de IXORA

Kananga del Japon



RIGAUD Y Cía, Perfumistas

PROVEEDORES DE LA REAL CASA DE ESPAÑA

PARIS - 8, rue Vivienne - PARIS

Agua de Kananga de Rigaud, loción refrescante para el tocador y el baño; vigoriza la piel perfumándola delicadamente y combate el cansancio y el abatimiento producido por el calor.

Extracto de Kananga de Rigaud, suavísimo y aristocrático perfume para el pañuelo, de grande persistencia.

Jabon de Kananga de Rigaud, grato y untuoso; conserva al cútis su tersura y nacarada transparencia.

Polvos de Kananga de Rigaud, impalpables y adherentes; blanquean la tez con elegante tono mate, preservándola del asoleo.

Depósito en las principales perfumerías de España y América.

EL SOL DE INVIERNO

POR

DOÑA MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

Preciosa novela original, con interesante argumento, cuadros de costumbres familiares, episodios muy dramáticos, y brillando en todo el libro la más profunda moralidad.

Un volumen en 8.° mayor francés, que se vende, á 4 pesetas, en la Administración de este periódico, Madrid, calle de Alcalá, núm. 23.

L'ANTI BOLBOS

no tiene rival para quitar las manchas ó puntos negros de la nariz, sin alterar la epidermis. Sólo se vende en la *Parfumerie Exotique*, 35, *rue du 4 Septembre, París.* Depósitos en Madrid: Pascual, Arenal, 2; Perfumería Urquiola, Mayor, 1; Aguirre y Molino, Preciados, 1, y en Barcelona, Sra. Viuda de Lafont é Hijos.—Evítense cuidadosamente las falsificaciones.

No padecerá enfermedades en la

BOCA

ni dolor de muelas el que use el elíxir

MENTHOLINA

que prepara el *Dr. Andreu.*

Su uso emblanquece la dentadura aromatiza el aliento, calma el dolor de muelas y fortifica las **ENCÍAS.**

La Mentholina en polvo usada con el elíxir aumenta la blancura de los dientes.

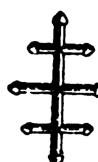
Toda persona cambiando ó vendiendo sellos de correo, recibirá, si lo pide, su precio corriente y el **DIARIO ILUSTRADO DE SELLOS DE CORREO**, gratuitamente. Sellos de correo auténticos, á precios módicos.

E. HAYN, BERLÍN, N. 24.

JUEGOS DE PRECISIÓN, RULETAS, JUEGOS MECÁNICOS, MESAS DE JUEGOS, BILLARES, UTENSILIOS DE CASINOS, ETC.—Se remite *Catálogo*, franco.

J. A. JOST.—120, rue Oberkampf, París.

CABELLOS CLAROS Y DÉBILES



Se alargan, renacen y fortifican por el empleo del **Extrait Capilaire** *des Benedictins du Mont Majella*, que detiene también su caida y retrasa su decoloración. *E. Senet, administrador*, 35, *rue du 4 Septembre, París.*—Depósitos en Madrid: *Perfumería Oriental, Carmen, 2; Aguirre y Molino, Preciados, 1; Urquiola, Mayor, 1*, y en Barcelona, *Sra. Viuda de Lafont é Hijos.*

EAU des BLUETS progresiva vegetal

MEDALLAS EN PARIS, LYON Y TÚNEZ



No se pega ni quema; devuelve al *cabello canoso* su color; produce todos los matices, del rubio al negro; no mancha la piel ni la ropa; permite el rizado; empléase para la barba.—Frasco, 6,35 fr. M.me **PERNOT**, 82, faubourg St. Denis, **PARIS.**

CUENTOS, POR D. JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

De venta en las oficinas de La Ilustración Española y Americana, Alcalá, 23, Madrid.

EPILEPSIA y toda **afección nerviosa** se cura con la **Poción del Dr. Sanmiguel.** Pídanse prospectos. Botica de *La Corona*, Gignás, 5, Barcelona.

GASEOSAS Aparatos para la fabricación de las bebidas gaseosas **PRUDON & DUBOST** ***Paris — 210, Boul. Voltaire — Paris*** Pídase el Catálogo N.° 47.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Apuntes históricos sobre la villa de ***Torrijos (Toledo) y sus más esclarecidos bienhechores***, por D. Miguel Antonio Alarcón.

Con particular gusto hemos leído esta interesante monografía de la villa de Torrijos, en la que el autor, después de escribir con gran copia de noticias la topografía de la villa y su término, refiere á grandes rasgos la historia de sus orígenes y de toda su existencia hasta nuestros días. Hay muchas cosas que aprender en el libro, singularmente en lo que atañe á la ilustre familia de los Cárdenas y á la muy noble y excelente señora D.ª Teresa Enríquez, famosa dama á la que Torrijos debe grandes beneficios: por las cuales razones no dudamos recomendarle á la atención de los estudiosos.

Está muy bien impreso, y cuesta 3 pesetas.

Congreso Geográfico hispano-portugués-americano *reunido en Madrid en el mes de Octubre de* 1892.

Acaba de publicarse el tomo II y último de las actas del Congreso geográfico hispano-portugués-americano, que se reunió en Madrid en 1892 con ocasión de las fiestas del Centenario del descubrimiento de América. Comprende las discusiones y memorias sobre reformas administrativas en las Filipinas y en la Micronesia española; intereses coloniales y comerciales de España, Portugal y Estados Americanos; el arbitraje como medio de resolver conflictos entre los Estados de origen español y portugués; relaciones marítimas postales entre España y América, y unión profesional literaria, telegráfico-postal y monetaria entre todos los Estados de origen español y portugués, etc., etc.

Figuran además en este tomo los brindis del banquete internacional, el discurso de clausura del Sr. Cánovas del Castillo, y en los apéndices las Memorias del señor Olóriz sobre distribución geográfica del índice cefálico en España, de D. Blas Valero sobre los Estados Unidos de Venezuela, y de D. Alfredo Gummá sobre inmigración y colonización europea en la República del Uruguay.

Poesías, de D. Eugenio Sánchez de Fuentes (C. de la Real Academia española).

Nuestros lectores recordarán, seguramente, que no hace mucho tiempo publicamos en LA ILUSTRACIÓN el retrato de este respetable magistrado y notable literato, añadiendo una breve noticia biográfica. A lo que entonces dijimos, sólo añadiremos hoy, con el tomo de poesías del mismo á la vista, que en todo confirman éstas la reputación de insigne y delicado poeta que tenía. No han podido sus hijos (que han impreso y anotado la obra) rendir mejor tributo á su memoria.

Empieza el libro con unos preliminares del Sr. Montoro, á los que sigue una reseña biográfica, escrita por el Dr. V. Morales.

El lobumano, novela sociológica original, por Ubaldo Romero Quiñones.

Forma esta obra, en la que el autor trata graves problemas sociales, un tomo de 346 páginas, y véndese al precio de 2 pesetas.—G. R.



TIPOS Y COSTUMBRES COREANAS.—UN GRUPO DE BAILARINAS.

MADRID. — Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXVIII.—NÚM. XXXIII.

ADMINISTRACIÓN:
ALCALÁ, 23.

Madrid, 8 de Septiembre de 1894.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN, PAGADEROS EN ORO.

	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia	60 francos.	35 francos.

IMPERIO MARROQUÍ.—LA PUERTA DE ABD-EL-AZIS EN LA CIUDAD DE MARRUECOS.

(DE FOTOGRAFIA DEL CAPITÁN DE INGENIEROS D. F. ECHAGÜE.)

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

El verano concluye: hay que cerrar de noche las vidrieras para no resfriarse: empiezan los teatros, y vuelven los bañistas con sus zapatos blancos y cierto aire exótico que han tomado en la frontera: ya han cumplido con el mundo. Se nota más gente por las calles, y se anda por ellas con menos desahogo. Vuelven las señoras con sus mundos atestados de compras, y los poetas con sacos de comedias; todos parecen satisfechos y rebosantes de salud. Dios se la conserve.

—¿Qué ocurre?—nos preguntan.

—Nada nuevo. Madrid ha pasado un verano tranquilo: sin política, sin estrenos, sin crímenes horripilantes; pero cuando regresen todos ustedes, nos resarcirán de esta monotonía provinciana: hemos vivido de los ecos de sus diversiones; ustedes son los que nos deben traer noticias de las gentes que llenan los periódicos con la eterna relación de lo que hacen y lo que piensan. ¿Qué he de decirle á usted, sino que en los Estados Unidos se ha quemado un bosque tan extenso que han ardido con él seis ciudades, han perecido entre las llamas centenares de personas, y entre ellas muchos viajeros de un tren que cruzaba por el bosque? En los Estados Unidos todo es grande: el Niágara, las huelgas, los puentes, los descarrilamientos, los incendios y los derechos que paga el azúcar en las aduanas. Si no quiere usted oir hablar de catástrofes, tendré que oir alborotos populares como el de Granada.

—¿Se han sublevado los granadinos?

—Por lo menos ha habido vivas y mueras en las calles por la prisión del capellán del Hospicio y un director de periódico, que habían censurado á la autoridad civil y á la corporación provincial; y aun parece que hubo algunos palos, si no mienten las referencias, por haberse resistido á cerrar su tienda algún comerciante y á ser apedreados los socios del Casino.

—¿Y quién tuvo razón?

—Probablemente todos y ninguno.

—Veo que no quiere usted indisponerse con nadie.

—Dice usted la verdad, porque sería poco cuerdo enojar con mi firma cuarenta y ocho veces al año á otras tantas corporaciones y personas de valimiento, sin necesidad ni informes muy seguros, y con algunos contradictorios. Desde luego comprendemos que haría mal efecto ver á un sacerdote conducido á la cárcel entre guardias por un supuesto delito de imprenta; pero no conocemos el artículo denunciado, ni los cargos que se hacían en él, ni su mayor ó menor gravedad y justificación ó ligereza. Y en cuanto á la gritería popular, demostrará que los procesados eran bienquistos y que tenían muchas gentes de su parte: pero también nos parece abusivo obligar á cerrar sus establecimientos á los que no quieren mezclarse en el asunto. Las manifestaciones tienen sus trámites legales, y son punibles cuando se imponen á un tercero. Por esa razón, sin mezclarnos en quién la tiene de su parte, por ignorarlo, lo equitativo y prudente es exponer los hechos y dejarlos al examen de los periódicos que tienen más tiempo y más espacio.

⁂

Si los telegramas no exageran; si los médicos no se equivocan en su diagnóstico y pronóstico, y la naturaleza no hace una de esas curaciones que pudieran llamarse milagrosas, el Conde de París queda, al terminar nuestra Crónica, no sólo desahuciado, sino imposibilitado de vivir. Agonizando le dejamos en el palacio de los Duques de Buckingan al escribir este párrafo, y ya leemos en una correspondencia de San Sebastián que trata de reclamar su herencia política, ó sea la cualidad de pretendiente al trono de Francia, el general Borbón, hijo del infante D. Enrique. Como sólo se trata de una representación puramente nominal, no discurriremos acerca de la legitimidad de esa pretensión inesperada. Dijimos mal al usar la palabra herencia: si de heredar se tratase, hubieran esperado al fallecimiento del Conde de París, para sucederle en sus aspiraciones á la corona, y á que muriese su hijo y heredero: se trata de algo más; de una protesta contra la semilegitimidad representada en Francia por la casa de Orleans, y de la caducidad de la abdicación de Felipe V, hecha por un Borbón que no puede alegar sino derechos eventuales mientras existan y no los renuncien de un modo solemne los hijos y nietos de D. Juan; pero de un Borbón que, partiendo de la nulidad de la abdicación del fundador de la actual dinastía de España, tiene derechos anteriores á los de la rama orleanista, y ninguna incompatibilidad moral para representar la legitimidad real de Francia, como tenía y seguirá teniendo la casa de Orleans mientras no se borren de la historia los dos grandes atentados de esa familia ilustre contra el derecho que hoy quieren y no pueden moralmente representar, el de 1793 y el de 1830, y la persecución de la Duquesa de Berry reinando Luis Felipe. Si esos actos no son tres abdicaciones del derecho legítimo, las nociones todas del derecho público y las leyes de la moral y la equidad quedan trastornadas en las conciencias, mientras que la abdicación de Felipe V fué un acto poco espontáneo, que versaba sobre derechos entonces muy remotos. Pero si todo eso es cierto, también lo es que la fuerza del partido orleanista en Francia no depende de ese derecho que hoy se alega, sino de la fuerza propia y raíces que tiene en aquel país la dinastía fundada por Luis Felipe, las condiciones personales de sus descendientes y su calidad esencialmente francesa y más acomodada á las ideas dominantes hoy en Francia. Querer pegar una rama desgajada hace cerca de dos siglos del árbol real francés, nos parece pleito perdido. Los Orleanes y los Bonapartes son y serán franceses; los Borbones de España, extranjeros en aquel país. No estamos ya en los tiempos en que el derecho hereditario permitía adjudicar un país al descendiente más directo, como se adjudica una finca. Y no es que sea despreciado ese derecho, que, antes al contrario, es el vigente en todo país monárquico, sino que se necesita, para fortalecerle y darle sanción y vida, que encarne de un modo natural en el pueblo á que se aplica. La legitimidad murió en Francia con el Conde de Chambord; para soldarla se necesita un Borbón nacido y criado en Francia, y que sepa hablar al sentimiento de aquel pueblo. Crea el ilustre General español que tienen más valor sus entorchados y apellido, que esas vanidades con que le brindan los que no pueden hacer efectivas sus promesas. Para los españoles es un compatriota, y para los franceses un extraño; no se convierta en pretendiente, cerrándose la frontera para veranear en Biarritz y asistir á los toros de Bayona.

⁂

Una triste noticia, recibida tarde en la crónica anterior, tenemos que consignar con dolor en esta página: el fallecimiento en la Carolina, provincia de Jaén, de nuestro querido amigo D. Celso Merlo y Valiente, que fué durante muchos años administrador de nuestro periódico, y lo era actualmente del establecimiento tipográfico de los «Sucesores de Rivadeneyra». Había nacido en Cádiz, y falleció el 29 de Agosto último á los cuarenta y ocho años de edad, siendo uno de los empleados más antiguos de La Ilustración, á la cual dedicó siempre su actividad é inteligencia, que eran muchas, con celo y lealtad. De varonil presencia, rápida comprensión, y gran práctica en los negocios, era uno de esos funcionarios de temple de hierro, educado en el ejemplo y en la escuela del ilustre fundador de este periódico; sus condiciones morales, y los muchos años de trato, amistad y conocimiento de sus méritos y cualidades, hacen para nosotros muy sentida la pérdida de tan afectuoso y buen amigo. La Dirección de este periódico y todos los que fueron sus compañeros le despiden con verdadera tristeza.

⁂

La destitución del maestro del Hospicio de Cempuis no merecía ocupar en la prensa española más espacio que el necesario para dar la noticia, por tratarse de un funcionario francés separado de su cargo por el Gobierno de la República. Así lo hizo, con algunos comentarios, un corresponsal de *El Imparcial*, y así debió haber quedado el asunto, sin la inusitada defensa que hicieron colectivamente del profesor francés y de la enseñanza que se daba en el Asilo de huérfanos que dirigía tres respetables catedráticos de la Universidad de Oviedo, lastimados de que se agraviase á Mr. Robin y á su sistema de educación. Desgraciadamente para el maestro francés, parece demostrado que no era el Asilo de Cempuis, no ya un modelo de reformas pedagógicas, ni siquiera un colegio sometido á una disciplina aceptable. Acaso los tres catedráticos de Oviedo se fijaban en lo típico de aquella casa de educación, ó sea la vida común de los asilados de ambos sexos, sin más separación que la nocturna, con lo cual se quería imitar la vida de familia y preparar para ésta á los discípulos. No era una novedad en Europa, ni para nosotros: la escuela de niñas y niños ha sido la primitiva y rudimentaria en nuestras aldeas, á donde no llegaba la maestra por falta de recursos para pagar dos profesores: el resultado es el mismo, aunque confesamos que el caso no es igual, pues aquello era una falta, y á esto se le daba la importancia de un sistema. Comprendemos que en principio se sostenga ese procedimiento, con la sana idea de familiarizar desde la infancia á los niños y niñas, y suavizar la aspereza varonil con el trato del elemento femenino, y vigorizar el espíritu de las niñas con el ejemplo de los muchachos, y aun tratándose de huérfanos para sustituir la familia que les falta. Pero como regla nos parece conducir únicamente á formar hombres y mujeres de naturaleza desfigurada, y darles una educación mixta é incompleta, en vez de la íntegra y apropiada á cada sexo. A nuestro parecer, el hombre y la mujer tienen igual capacidad para el estudio, pero ésta más paciencia y laboriosidad para el cumplimiento de tareas continuadas. La sociedad que eduque por igual á ambos sexos, concluirá por entregar á la mujer el dominio intelectual.

⁂

El uso de la bicicleta se propaga y empieza á tener aplicaciones serias, como está sucediendo en Madrid, donde se ensaya con buen resultado en la cartería á distancias moderadas. El Sr. Aguilera, ministro de la Gobernación, en su breve excursión á Loeches, recibió los despachos desde su Ministerio con tanta brevedad, que casi no advirtió su ausencia. Y puesto que se impone ese ejercicio, nos parecen útiles dos advertencias á los que se dedican á ellos.

La primera, que están en el deber y á tiempo para dar nombres españoles á todo lo que á su arte se refiera: nada de *sport* ni de *record;* usen, apliquen ó inventen, si es preciso, palabras castellanas, ó que tengan sabor nacional; pero no introduzcan el tecnicismo de otras lenguas. ¿No les ataca los nervios leer anuncios de esta clase: *Recor Madrid-Bayona?* Claro es que en castellano ni en ningún idioma hay verbo ni vocablo que exprese la acción de correr en bicicleta, ni la correría ó viaje que se hace en ese aparato. Están en el deber de introducirlas sin desnaturalizar el idioma.

La segunda advertencia es de carácter higiénico: el doctor L. Enrique Petit, en el estudio de tres casos de muerte repentina ocurridos á consecuencias del ejercicio en bicicleta, aconseja que se abstengan de él los ancianos y los que padecen del corazón, pues exponen su vida. Haga cada cual el caso que le parezca del aviso del Dr. Petit; pero como en la milicia no es voluntario ese ejercicio, convendría que los médicos reconocieran á los soldados antes de destinarlos á biciclear.

⁂

—Las corridas de toros van gustando en Francia. Si los franceses nos dan las modas de los trajes, nosotros les damos las leyes del toreo.

—Quiera Dios que no nos devuelvan el obsequio en los figurines de París, y que cuando encarguemos un traje no nos diga el sastre: «¿Le prefiere usted verde y oro, ó verde y plata? La moda lo exige: hay que vestirse de toreros.»

Elena me leyó unos versos.

—¡Qué generosa es usted!—la dije.—Siempre que mide usted un verso da usted añadidura.

—Los sabios no exponen su vida como nosotros—decía un militar.

—Según: en Londres subió uno, en Julio último, á un aeroplano, y estuvo á punto de morir.

—Hablo de los sabios comunes: esos son sabios de muerte.

—Créalo usted; he sido siempre un asno de carga; estoy harto de trabajar; quiero morirme.

—¡Infeliz! ¿Y si subes al cielo y te enganchan en el carro?

José Fernández Bremón.

NUESTROS GRABADOS.

IMPERIO MARROQUÍ.

La Puerta de Abd-el-Azis en Marruecos.

La Puerta de Abd-el-Azis es uno de los mejores vestigios del arte morisco de los buenos tiempos de Granada que aun quedan en el Imperio marroquí, y por eso la reproducimos en nuestro grabado de la primera plana, debiéndola á la bondad del distinguido capitán de Ingenieros D. F. Echagüe, que tan bien supo aprovechar los breves días que pasó en Marruecos con la última Embajada española.

Encuéntranse en aquella ciudad moghrebí algunos edificios, y hasta humildes fuentes decoradas con arte; pero pocos del mérito de la Puerta de Abd-el-Azis, pues á la legua se conoce que de dos siglos á esta parte tanto la arquitectura como la decoración han venido muy á menos en todo el Imperio, y muchas cosas que de lejos llaman la atención, de cerca la desengañan notablemente, por conocerse que es yeso ó madera lo que se pensó ser piedra.

⁂

CHINA Y JAPÓN.

El teatro en el Japón.—Ejército japonés y ejército chino.—Banquete diplomático en Seúl, capital de Corea.

Aunque en la guerra entre los dos Imperios orientales no han ocurrido hasta ahora más circunstancias dignas de nota que las de los primeros días, ambos tienen suspensa la atención de Europa, que los mira frente á frente, puestas en alto las cortadoras espadas y bien embrazadas las armas defensivas, ni más ni menos como el atrevido caballero Don Quijote de la Mancha y el colérico vizcaíno de la obra inmortal de Cervantes, y sin otra diferencia de unos á otros sucesos que en este de la guerra chino-japonesa nunca pasamos al capítulo segundo. Mientras el caso llega (si tal sucede), seguiremos entreteniendo la natural curiosidad de los lectores con vistas y noticias interesantes de aquellas dos poderosas naciones.

En el Japón, lo mismo que en China, es el teatro parte tan importante de la literatura como en el país de Europa más adelantado. No hay población, sin teatro, y en Yedo, capital del Imperio, pasan de treinta los abiertos al público. La forma interior de estos edificios, igual en otro tiempo á la que tienen en China, se va cambiando por las de los de Europa, siendo modelos preferidos los de Italia. Las representaciones duran día y noche, y los espectadores presencian la función comiendo, fumando ó tomando té. Las mujeres tienen sus palcos, á los que asisten vestidas con gran lujo, no siendo menor el de las decoraciones y ornamentación de la sala.

Hasta hace poco, apenas era conocida la literatura dramática japonesa; pero hoy sabemos de ella lo bastante para poderla juzgar. Hay, como en la nuestra, comedias de costumbres (y no de buenas costumbres, según algunos autores) y dramas notablemente románticos. En éstos el héroe es siempre un valeroso *samurai*, señor de los tiempos feudales, equivalente allí á nuestros guerreros de la Edad Media que iban á combatir al moro por su Dios y su dama. Nuestro grabado de la pág. 140 permite ver el interior de un teatro japonés en la representación de un drama de este género.

Para acabar de dar á los lectores idea del ejército japonés, añadiremos algunos pormenores referentes á la organización de los estudios.

Hay cinco academias militares: la llamada *Yonen Gakko* ó de los Jóvenes, escuela de cadetes, principalmente destinada á los hijos de militares; la de *Kyododans*, en la que entran los sargentos que quieren pasar á oficiales; la de *Koyoma*, escuela de tiro, gimnasia y esgrima; la de *Veterinaria* y la llamada *Sikan-Gakko*, parecida á lo que era nuestra antigua Academia general militar.

En tiempo de paz cada compañía del ejército japonés tiene 5 oficiales, 22 sargentos y 192 soldados, cuyos efectivos aumentan en tiempo de guerra En pie de paz el ejército se compone de 595 oficiales generales y jefes, 3.587 oficiales, 10.582 sargentos y 250.000 soldados.

De la Academia de las tres armas, llamada de *Sikan Gakko*, damos una vista en la última página de este número. Del aspecto y uniforme de los oficiales japoneses darán idea los retratos de dos de ellos que á continuación publicamos.



Teniente de infantería y capitán de caballería del ejército japonés.

También en nuestro grabado de la pág. 140 hallarán los lectores un grabado representando soldados regulares del ejército provincial chino. Son de los armados y organizados á la europea en las provincias del Norte (lindantes con Rusia y Corea) por el virrey Li-Hun-Chang. Estas tropas, adiestradas por oficiales alemanes, llevan fusil de repetición, y los soldados son altos, recios, obedientes y de mucha más cuenta en la guerra de lo que generalmente se cree.

La civilización occidental ha penetrado de tal suerte en todo Oriente, que ni la misma Corea, con haber pretendido resistirla con todas sus fuerzas, lo ha logrado, pues en muchas cosas de la vida social va transigiendo con nuestras costumbres, para ella bárbaras y odiosas. Prueba de ello es el banquete diplomático en Seúl (capital del reino, como es sabido) que representa nuestro grabado de la pág. 141, y en el que se ven, como en los banquetes europeos, tenedores y cucharas, platos, vasos y botellas según nuestro uso, y hasta comensales con la cabeza descubierta, lo que allí (y en China) se reputa de grosería tan insufrible, como sería quitarse las botas y los calcetines asistiendo en una corte de Europa á un banquete de etiqueta.

°°°

PERÚ.

Trabajos en el ferrocarril del Callao á la Oroya, á través de los Andes. La quebrada de Viscas, á 4.776 metros de elevación.

La altísima y dilatada cordillera de los Andes divide al Perú en dos comarcas de muy diversa extensión, clima y riquezas. La de la costa es estrecha y en mucha parte seca y estéril; la del interior, que cae al Amazonas, está regada por grandes ríos y cubierta de inmensas selvas vírgenes, donde se encierran tesoros incalculables.

Para unirlas impúsose el Gobierno peruano los mayores sacrificios, y determinó construir tres líneas de la costa al interior cruzando la cordillera: una al Norte, de Pacasmayo al Marañón; otra del Callao á la cuenca del río Jauja, y la tercera, ó del Sur, de Mollendo á Arequipa y Puno. La guerra con Chile detuvo las obras, quedando parada la primera línea en los barrancos del río Jequetepeque; la central en el lomo de la sierra, al que subía por una rampa admirable, y la del Sur, más avanzada que ninguna otra, en las márgenes del gran lago Titicaca.

Pasada la gran crisis que la guerra produjo, reanudáronse las obras en 1892. El ferrocarril de Mollendo al Titicaca se prolongó hasta Sienani, pasando por los altos de Vilnacota y subiendo á notabilísimas alturas, como, por ejemplo, la del puerto de la Raya, que es de 4.319 metros. Pero donde la empresa del cruce de los Andes llegó á mayor magnitud fué en la línea central, es decir, en la del Callao á la Oroya y tierras del Jauja. Tiene ésta 220 kilómetros de extensión, en los que hasta hoy van gastados 500 millones de pesetas, y salva la cordillera por el túnel de Galera á 4.776 metros, la mayor altura de ningún ferrocarril del mundo. Nuestros lectores juzgarán del paisaje y de la situación de la vía fijando la atención en nuestro grabado de la pág. 141, y advirtiendo lo cerca que están las altísimas cumbres de la cadena, unos 2.000 metros más elevadas en estos parajes que el pico de Mulhacén, en Sierra Nevada.

Un fenómeno curioso, hace tiempo sospechado, ha podido comprobarse en las obras del ferrocarril de la Oroya, y es, que la aptitud del hombre para el trabajo disminuye mucho pasada cierta altura. Se ha visto que los obreros tenían hasta 3.000 metros las mismas fuerzas que á orillas del mar, pero que á 3.500 perdían la tercera parte de ellas, y de 5.700 para arriba la mitad.

°°°

PROYECTO DE MONUMENTO Á LOS FUEROS VASCONGADOS,

por el distinguido ingeniero y arquitecto bilbaíno D. M Alberto de Palacio.

Es una representación simbólica del árbol de Guernica, cuyo autor, el vizcaíno ingeniero y arquitecto D. M. Alberto de Palacio, se propone realizar valiéndose de materiales exclusivamente españoles, obtenidos en las fundiciones de Bilbao y en sus canteras.

La cimentación y basamento serán de piedra, y el resto de tan atrevida construcción, de hierro. También será de Bilbao el cristal con que se han de cubrir cúpula y galerías.

Las cuasi invencibles dificultades para hallar medios arquitectónicos de representación de un árbol, las ha vencido el Sr. Palacio con los recursos de su imaginación y su saber, puestos á prueba en el gran puente, único en su género, que se levanta al final de la ría de Bilbao, y en el que tiene proyectado, de vía submarina, en el Desierto, próximo á construirse.

Ideó una gran base que simula parte que de las viejas raíces de un árbol secular se descubre al exterior, y esta gran base la constituye un pilón circular de 45 metros de diámetro, colocado sobre su correspondiente gradería.

Con 20 metros de diámetro, é inscrito en el pilón, un basamento octagonal de 2 metros de altura, que se comunica con la gradería exterior por tres elegantísimos puentes que dan acceso al interior del monumento, y representan á las provincias de Alava, Vizcaya y Guipúzcoa.

Sobre el basamento, y entre los puentes, van grandes cartelas con bajos relieves representando los más culminantes episodios de la historia local ocurridos al pie del árbol de Guernica, y de cada ángulo de dicho octagonal basamento partirán como ocho grandes nervios simulando, según queda dicho, la raigambre del árbol hasta la altura de 12 metros, en que habrá una espaciosa galería de 14 de diámetro y 2 de voladura ó espacio practicable, limitado por elegantísimo antepecho, cuyo principal motivo de ornamentación consiste en los escudos de las tres provincias vascongadas.

Los antedichos nervios que terminan en la galería á la que sostienen, irán decorados con delfines, bichos alados y otros animales fantásticos, de los que partirán surtidores de agua en distintas direcciones, y cuyas verticales y elegantes curvas completarán la decoración del gran basamento.

Desde la galería descrita arranca lo que podemos llamar tronco del árbol. Sirviendo de arranque los ocho nervios descritos, parten ocho grandes aristones hasta la altura de 38 metros, formando una enorme columna ó torre de ligera forma piramidal, en consonancia con la natural disminución del tronco á medida que gana en altura, y que va rodeada como á modo de planta trepadora por una escalera de caracol hasta ganar el collarín, que lo constituye otra galería volada y es la base del capitel ó nudo donde encabeza el árbol.

De aquí parte el capitel, que consta de 8 metros de altura y 10 de diámetro en su parte superior, y cuyo cimacio lo forma otra galería practicable, de cuyos ángulos superiores arrancan unas agujas en sentido oblicuo y hacia arriba, que simulan brotes del árbol.

A plomo, sobre las aristas del capitel, en su parte superior, nacen unos nervios que terminan en volutas de 12 metros de altura, que sirven para sostener la gran rotonda octagonal de 14 metros de diámetro.

Entre dicha rotonda y el cimacio del capitel nacen tres grandes brazos, simulando las ramas del árbol adornadas de secundarios y simbólicos retoños, que llevan luces eléctricas como en representación de las luminosas personalidades históricas de la región. Al remate de las tres grandes ramas que corresponden con los puentes del basamento, van los escudos de las provincias hermanas

La rotonda consta de dos cuerpos. Una galería ornamentada y cubierta de cristales, de 4 metros de altura, y una grandiosa cúpula que la corona, rematada por colosal estatua que representa los fueros eúscaros.

La altura total del monumento es de 80 metros, y su elevación sobre la pleamar equinoccial será de 100. Un gran ascensor facilitará su acceso á cuantos lo quieran utilizar, y en la galería de la cúpula estará el único punto desde donde podrá divisarse el mar desde Bilbao. Por último, será emplazado este grandioso monumento en la plaza elíptica situada cerca del extremo de la Gran Vía, calle, por su anchura, longitud y elegancia de sus edificios, digna de las primeras ciudades del mundo.

Publicamos una vista del proyecto del Sr. Palacio en la pág. 144.

°°°

BELLAS ARTES.

Exposición artística de Bilbao: *Los pequeños naturalistas*, cuadro de D. José Jiménez Aranda.— *El que todo lo apaga*, acuarela de D. Miguel Aguirre.—*La Saleta*, cuadro de D. José Garnelo.

De la notable Exposición artística de Bilbao reproducimos en este número tres cuadros, cada uno de ellos notables por especiales méritos que para ser bien sacados á luz habrían menester de largo espacio, pero que procuraremos condensar lo mejor posible.

El Sr. Jiménez Aranda, autor de *Los pequeños naturalistas*, es uno de los pintores españoles de mejor fundada reputación, y cuyas cualidades dominantes conoce por esta razón el público.

En este cuadro (pág. 145) ha estado felicísimo, porque la escena que representa es de una verdad tan palpable y de una frescura tan deliciosa, que encanta y suspende el ánimo más indiferente á las bellezas del arte. Aquellos chicuelos rollizos, cuyo semblante alegre y malicioso expresa tan bien la más despierta curiosidad infantil, son muy hermosos, y no menos el paisaje que sirve de fondo.

El que todo lo apaga (primer grabado de la pág. 148) es un tipo animado de cierta picaresca desenvoltura que le hace particularmente agradable. Verdad es que esta acuarela revela un pincel seguro, gracioso, destinado, sin duda, á mayores triunfos, con no haber sido pequeño el que en Bilbao ha conseguido, pues el Jurado le premió con tercera medalla.

Don José Garnelo ha estado acertado en la elección de asunto para su cuadro. *La Saleta* de Palacio (segundo grabado de la pág. 148) es uno de los mejores escenarios de la gran comedia de la corte. Pocos habrá tan lujosos y con tanto gusto decorados, y en ninguno habrán nacido y muerto tantas y tan grandes esperanzas. *La Saleta* está muy bien pintada, habiendo sabido el Sr. Garnelo trasladar al lienzo con rara maestría aquel ambiente solemne y frío propio de las habitaciones palaciegas, en las que falta la madre de todas las alegrías, que es la espontaneidad.

°°°

JOYAS DE LA CORONA INGLESA.

Pila bautismal de los príncipes de la Real familia.

La corona de Inglaterra es una de las más ricas del mundo en joyas históricas y artísticas de gran valor, que se conservan en los palacios reales de Londres, en Westminster, en Windsor, etc., etc.

La hermosa pila bautismal que reproducimos en el grabado primero de la pág. 149, no es de las antiguas, pero sí de las importantes, porque en ella recibió las aguas del bautismo la reina Victoria, primera emperatriz de las Indias, y las recibieron después sus hijos y sus nietos. Su mérito artístico es grandísimo, admirándose, en primer término, su airoso aspecto y su original ornamentación.

°°°

SANTANDER.

Vista del Sanatorio Madrazo, en el valle de Pas.

La ciencia moderna procura en todo ir conforme con la naturaleza, y ayudarse de ella para curar, muy al contrario de lo que antes hacía; y en lo referente á prevenir enfermedades, manteniendo al hombre en el goce de toda su salud y fuerzas, confiesa que no hay como vivir lo más en contacto con ella, al aire libre, prescindiendo de las enfermizas costumbres que la muelle existencia de las ciudades engendra, y que son nuestros mayores (y podría decirse que únicos) enemigos.

Atmósfera impura y espacio limitado son campo abonado donde todo germen nocivo crece y acaba por dominar, es decir, por matar. ¡Por eso los hospitales suelen ser antesalas de los cementerios!

Para curar bien, lo primero es (como para gozar salud) aire puro, espacio libre, alimentos sanos: tres cosas que sólo dan el campo, y sobre todo la montaña y el mar. Fundándose en estos sencillos y sanos principios de la Medicina de nuestra época, propúsose el sabio catedrático de la Facultad de Medicina de Barcelona D. Diego de Madrazo fundar un Sanatorio, lejos de toda influencia morbosa, y donde los españoles que necesitan los auxilios de la cirugía encontrasen aquellas garantías de curación que con tanto sacrificio van ahora á buscar á Alemania ó á otros países. Eligió, con notable acierto sin duda, uno de los sitios más altos, pintorescos y mejor orientados del hermosísimo valle de Pas, en la ladera de una montaña, y en tales condiciones, que seguramente ningún otro de Europa le aventaja.

El Sr. Madrazo, más ansioso de atender á la humanidad doliente que de ganancias, ha levantado este edificio, que representa nuestro grabado de la pág. 149, á su costa, y á su costa también le ha dotado de cuanto era preciso para que el establecimiento fuese de los primeros de su clase. Allí se promete, no sin fundamento científico, salvar al 95 por 100 de los operados, y tan seguro está de ello, que ni botiquín tiene. Todo lo espera, y con razón, de la asepsia, es decir, de la pureza absoluta del medio en que opera.

G. Reparaz.

CAUSAS OCASIONALES DE LA GUERRA ORIENTAL.

I.

En el artículo anterior expusimos las causas antiguas y primeras del conflicto entre la China y el Japón; en este vamos á decir las causas segundas, ó sean, las ocasionales é inmediatas. Cuando un hecho se repite con frecuencia y uniformidad, sin desmentirse nunca en sus caracteres capitales, debemos reconocer la dependencia suya de un primer principio absoluto y de una ley ó código inflexible. Antes de dividir los cuerpos en buenos y malos conductores de la electricidad, obsérvanse una porción de fenómenos inexplicables sobre salvaciones milagrosas del rayo, debidas al cristal y á la seda. Por la misma razón y motivo, antes de apuntar las causas ocasionales y segundas del conflicto, precisa recordar que por su posición geográfica entre la China y el Japón, así como por los caracteres etnológicos de su raza, Corea debía de suyo atraer los dos pueblos ve-



EL TEATRO EN EL JAPÓN.—UNA REPRESENTACIÓN TEATRAL EN YEDO.



LA GUERRA ENTRE CHINA Y EL JAPÓN.—TROPAS REGULARES DEL EJÉRCITO PROVINCIAL CHINO.



COREA.—UN BANQUETE DIPLOMÁTICO EN SEÚL.
(De fotografía.)

PERÚ.—TRABAJOS EN EL FERROCARRIL DEL CALLAO Á LA OROYA, Á TRAVÉS DE LOS ANDES.—LA QUEBRADA DE VISECAS, Á 4.776 METROS DE ELEVACIÓN.

De fotografía de E. Lasarte. Fot. *E. Courret y Compañía*, Lima.)

cinos á su seno, como se atraen las partículas afines en los procedimientos químicos del Universo á núcleo común y central. Por los tiempos anteriores á las edades históricas debió Corea ser más inteligente y sabia que su vecino el Japón: y le mandó así artistas que lo industriaran en las cosas bellas, como sabios que lo industriaran en las cosas científicas, como religiosos que lo industriaran en las cosas sobrenaturales y en los misterios infinitos. Pero, en cuanto el Japón y China se sintieron fuertes, disputáronse por ley natural un sendo imperio sobre Corea, siguiendo aquella expansión que llevara primero los persas con Darío á Grecia, y después los griegos con Alejandro á Persia. Seiscientos años han durado las competencias entre los dos pueblos amarillos; el insular, ó sea el japonés, y el continental, ó sea el chino, por su correspondiente predominio sobre el insular, ó sea el coreano. Archipiélago el Japón y continente China y península Corea, se repiten allí durante la era nuestra cristiana los seculares conflictos que, por análogas razones, hubo antaño entre los dorios y los jonios en el Peloponeso y entre Macedonia y el Atica rematadas por el desastre de Queronea durante los últimos tiempos de la gloria y de la grandeza helénicas. Los fenómenos muy repetidos prueban que los rigen leyes muy altas, y no podían desmentirlas en nuestro tiempo los dos factores seculares empeñados en atraer á su esfera de atracción aquel territorio que les daría un carácter de grandeza y supremacía definitivas en el Asia oriental. Por averiguado tienen los conocedores de aquellas razas y de sus viejos tiempos la grande anterioridad del predominio japonés al predominio chino en Corea y la cultura superior de ésta sobre sus dominadores, con especialidad sobre los japoneses, puesto que les enseñó las forjas del hierro y los fermentos del arroz. Si hemos de creer escritos recién publicados en la prensa británica y americana bajo la firma Saizau, oliente á las extremas tierras orientales, un coreano, conocido con el nombre de Wani, llevó al Japón y extendió entre sus reyes y nobles aquella doctrina de Confucio, Sócrates chino, llegado al mundo en la misma edad que su análogo y semejante griego, pues al modo y manera de éste, holgábase con que cada cual creyera como pensada por sí aquella idea, ó sentido por sí aquel afecto que deseaba él pensasen ó sintiesen. Y añade más el historiador; añade que así como los coreanos dieron á los japoneses la divina llave con cuya virtud los misterios eternos se abren á la conciencia y se revelan los principios morales á la vida, para que pueda bogar el alma por lo infinito espiritual, dióles las reglas é industrias de construcción naval, para que pudieran bogar los cuerpos en el océano infinito. La muñeca brújula, cuyo dedo indicaba el Sur siempre, y el gusano de seda que debía proporcionar tantas riquezas al Japón, fueron allí entre los valiosos presentes de Corea, que completó semejante obra material con la obra moral del budismo, ascendiendo éste desde los bosques del Indo y del Ganges á las tierras vecinas boreales, como los aromas de la canela y del sándalo suben á manera de incienso embriagador por los altos aires desde los hondos valles. Pero en cuanto el Japón se sintió fuerte merced á esta instrucción, volvióse contra su instructor, y en cuanto se volvió contra su instructor, envióle un general como Taiko, el cual, no sólo dominó al pueblo coreano, sino que, como éste hubiese pedido el auxilio de China, en sus angustias, entró el conquistador en los espacios del mismo Celeste Imperio, que acaso hubiese dominado, de no sorprenderle la muerte después de sus victorias.

II.

Leyendo y considerando todo lo anterior, creed que habéis leído y considerado las causas generadoras en primera línea de los conflictos por Corea entre China y el Japón. Así las causas segundas se reducen á una derivación lógica y natural de las primeras. Mientras el Japón, isla ó archipiélago, hizo correrías, como las supradichas, por Corea, el Emperador chino declaró su protectorado sobre tal península y Siam en el siglo décimoséptimo, sin querer jamás ni soltarlo ni suspenderlo, aunque intentasen arrancárselo por fuerza y por violencia. Tenía para esto una razón potentísima en sus tradiciones archiseculares de aislamiento del resto de las naciones, congruentísimo este aislamiento con su carácter continental y su solidez de tierra firme. Los navegantes y descubridores, ó salen de islas, como los anglo-sajones, ó salen de penínsulas, como los fenicios, los griegos, los italianos, los españoles y los normandos. La gente japonesa, no solamente solía entenderse con los coreanos, de su propia raza é historia, sino, á fuer de isleños, con los portugueses á la sazón establecidos por Oriente, con los batavos que señoreaban en islas de una grande importancia, con los españoles que desde Filipinas enviaban en los siglos décimosexto y décimoséptimo embajadores en nombre de nuestros reyes al Japón y misiones que dilataron la fe católica junto á la religión de Buda y de Confucio. No pueden pasar los chinos por esta difusiva expansión de los isleños. Para gente de suyo tan egoísta y ensimismada como los hijos del cielo, carecen los extranjeros de caridad; inspiran, en los por ellos colonizados, sentimientos antipatrióticos: envenenan con el atractivo y usual opio generaciones enteras. Y á todos estos motivos generales unen otro muy circunstancial y particularísimo: el recelo de que caiga Corea en manos del Japón, pues equivale á caer en manos de los extranjeros. Por eso, en impedimento de tamaño mal, arrogáronse un protectorado sobre Corea, tendiendo más bien á defenderla de los japoneses que á dominarla ellos. Por su parte los japoneses dicen que Corea está resentida y aquejada de una grande anemia política y social, capaz de consumir hasta su independencia, porque no se ha procurado, contra el sitio y asedio de tantas ambiciones occidentales como la cercan, un protector poderoso y una protección eficaz, siendo China y los chinos meros tutores honorarios ó nominales. Y para conseguir esta protección le precisa optar entre la China con su autoridad falaz, y el pujante progresivo Japón. Aventaja China en extensión y en gente mucho á su rival; pero las instituciones casi petrificadas y las costumbres casi rutinarias, le quitan medios de aprovechar sus recursos é influir con eficacia sobre los países extraños. Mientras China está en el período feudal todavía, el Japón atraviesa un período monárquico, superior de suyo al anterior, como los Estados y Gobiernos de Isabel la Católica y Carlos V éranlo á los fraccionados reinecillos opresos por una manada de nobles feroces y desgarrados por una perdurable guerra. Los diez y ocho gobernadores que mandan sobre cuatrocientos millones de chinos y un territorio mayor que nuestra Europa, mantienen allí cierta parálisis interior muy opuesta de suyo á las influencias y relaciones exteriores. Al revés el Japón: en los mismos años que nosotros hicimos la célebre revolución en que destronamos nuestra vieja dinastía, del 66 al 68, hicieron la célebre suya los japoneses, en que destronaron el viejo feudalismo. Y por esta causa dicen hoy los manumitidos á cuantos quieren oirlos que, necesitando Corea un protectorado, para no sufrir la suerte del Tonkín, cogido por los franceses, no puede dudarse de que corresponde á ellos tan alta inspección, pues si los chinos son más y mayores y más antiguos y más formidables que ellos, en cambio ellos son más libres y más potentados que los chinos, aventajándolos en pujanza y en riqueza.

III.

Y presentan en los escritos ya citados de Saizau una serie de recuerdos dirigidos á demostrar cuánta protección prestaran ellos al Rey de Corea y cuántas ingratitudes recogieran en cambio. Así que pasaron del régimen señorial, precario siempre, á un estado monárquico de robusta naturaleza, lo primero que hicieran los japoneses fué diputar á Corea una embajada con el encargo de ofrecerle amistad inextinguible de por vida y apoyo resuelto en pro de sus buenas relaciones con todos los pueblos así vecinos como apartados. Estalló el año de 1887 agrio conflicto entre Francia y Corea, por haber esta última degollado á muchos cristianos en rapto de loca intolerancia, entre los cuales se hallaban algunas altas dignidades eclesiásticas de los misioneros orientales franceses, inmolados con esos refinamientos de crueldad que infaman en el mundo á los antropófagos y á los caníbales. Francia juró el castigo de Corea; y los japoneses interpusieron de súbito su pecho entre la potencia europea muy airada y sus víctimas, preservándolas al castigo por un milagro de verdadera influencia. Pues no cosechó de tal beneficio, espontáneamente prestado, nada más que incalculable suma de ingratitudes y desabrimientos indecibles. Cuando los japoneses hablan de Corea se parecen á los rusos que hablan de Bulgaria. Sus próvidas embajadas, puestas de oídos á los labios coreanos, únicamente obtuvieron, en todo un lustro, frases evasivas, que las obligaron á retroceder en su camino y á desistir de su empeño, teniendo que saber desagradadas cómo se atrevían sus requeridos de amistad á promulgar, sin recato y sin escrúpulo de su nación y de sus progresos nacionales, declaraciones tan bárbaras como la siguiente: «Habiendo el Japón recaído en el estado salvaje, cualquier hijo de Corea que tenga relaciones con un súbdito del Mikado será entre nosotros reo de muerte.» Semejante estado moral de discordia debía generar por fuerza un estado material de guerra, según la correlación entre los pensamientos colectivos de un pueblo en el espíritu nacional y sus hechos múltiples reflejos en la realidad y en el espacio. Dos años después de tal bárbara declaración, fueron los insultantes y los insultados á un conflicto, en que hubo cañoneos, reclamaciones, período de guerra, pactos de paz, embajadas insistentes, promesas de indemnización, todo por no haber Corea permitido que un buque japonés andara con aires de paz y encargos de comercio en sus puertos. Y siguieron los agravios, cuyo relato ante los ojos tenemos, insertos en los periódicos ingleses y en grandes revistas así europeas como anglo-americanas. El menosprecio á lo tratado; la burla cínica de todos los compromisos: las imposiciones arbitrarias á los productos de importación y exportación en detrimento de los japoneses y con olvido de lo pactado; la ruina de mercaderes prevalidos en sus negocios por las excepciones de tributos, muy solemnemente promulgadas: el asalto de tropas regulares y de príncipes regios, más que palatinos, á la embajada japonesa: las amenazas de muerte al Embajador en persona y á su secretario, que se asilaron en buques ingleses, cuando los cuchillos coreanos iban á cercenarles las cabezas: una explosión de brutalidades muy en debida consonancia con la índole de estos pueblos aquejados por crueldades así de viejos como de niños, arrastraron el Mikado á una intervención, mediante la cual puso en calzas prietas á Corea y le obligó al pago de indemnizaciones fortísimas y al reconocimiento de su incontestable superioridad. Todo esto pasaba desde 1878 á 1884. En tal espacio de tiempo y en todas las incidencias de relaciones entre ambos pueblos, según y como el Japón las cuenta, pues de Corea no sabemos una palabra por Corea misma; los japoneses échanselas de padres pacientes y bonachones ante hijos calaveras é ingratos, conminándolos más que hiriéndolos, por no experimentar el dolor moral consiguiente á los dolores materiales de tan descastada progenie. Trascurrieron dos años: y aunque la indemnización á pagar por Corea subía unos tres millones de francos, avínose á cobrar el Japón, en un primer plazo, unos doscientos mil, y perdonó todo lo restante. Riñeron en estas el Monarca de Corea con sus súbditos, y al Japón le faltó tiempo para poner paz entre los reñidos y airados. Mas no se conformaron los súbditos rebeldes con tan amistosa intervención; y apelando á China para que los socorriese, hallaron el auxilio de ésta, siempre allí en pugna con el Japón; y cincuenta soldados de este Imperio que vigilaban el palacio de sus embajadores fueron degollados y paseadas en picas sus cabezas por todo el reino, después de abofeteadas y escupidas. A tal barbarie no hubo más remedio que contestar con la guerra, y á tal guerra no tuvo Corea más remedio que ofrecer excusas é impetrar perdón. De aquí nuevas indemnizaciones vueltas á exigir, nuevas promesas de satisfacerlas vueltas á dar, y nuevos olvidos de la deuda, pactándose paz en verdadero convenio, con intervención también de China, muy favorable al Rey de Corea y á los apacibles coreanos.

EMILIO CASTELAR.

Concluirá.

LA SOMBRA DEL CAMPANERO.

I.



N Villabim, un pueblecillo de la montaña santanderina, era D. Lesmes copia viviente de aquel famosísimo Caballero de la Tenaza que inmortalizó la pluma del más delicioso ingenio castellano.

Era de uñas más largo que de cuerpo, y tan miserable, que se acostaba sin cenar y á obscuras por ahorrarse el gasto de cuchara y de vela..... Levantábase al rayar el alba, y empleaba el día en las malas artes de estrujar bolsas ajenas: visitaba de continuo á sus deudores, y siempre tenía en los labios la cantinela de ser más pobre que el no tener y más desgraciado que un día sin pan.

Siempre ponía por testigo de su miseria á la Virgen Santísima y á todos los santos, y cuando lograba encerrar en el sepulcro de su chaleco de piel de lobo las monedas del prójimo, chispeábanle al gran tacaño los ojos mortecinos, ligero temblor de perlesía le agitaba y decía con suspiro de hombre satisfecho:

—¡Bendito sea Dios!

Don Lesmes era mirado en todo el concejo con el mismo terror que una alimaña, salvo la diferencia de que cuando el lobo acosado por el hambre se cuela en poblado, le dan caza hasta matarlo, y á este gran hipócrita, que de la necesidad del prójimo hacía comercio repugnante por el gusto

estúpido de archivar moneda sobre moneda, había por necesidad que dejarle á su albedrío meter las garras en las haciendas, y dejarse sangrar hasta la última gota por evitarse las otras garras no menos terribles de alguaciles y juzgados.

Vivía tal calamidad pública en una casuca tan ruin como su propietario, y siempre que alguien pasaba cerca del edificio, apretaba el paso como si de vivienda de diablos se tratara: alguno más miedoso se persignaba devotamente.

Simpatía nadie se la otorgaba al usurero; todos sus convecinos quisieran verle debajo de una cruz de cementerio; pero, como en el lugar lo crematístico no iba muy bien que digamos, ni las cosechas eran cosa mayor, había que transigir y conllevar con gesto risueño y obsequiosa palabrería las granujadas del único mortal que en aquel rincón de la tierra sabía lo que era una onza ó un billete de Banco, y aun, por lo que pudiera tronar, sacrificar unos céntimos en convidarle á alguna copita de lo fino y regalarle un cigarro, que el hombre aceptaba con «Muchas gracias», aunque jamás estuviese al trueque, porque en él era característico dejarse la faltriquera olvidada en casa.

En virtud del eterno contraste que preside á las cosas del mundo, tenía este D. Lesmes una hija que era el lucero hacia el que todos los mozos del pueblo se volvían, y no por las riquezas del padre, ¡quiá!, sino por la cara y el palmito de la moza: bocado apetitoso que cuando era servido presentarse en alguna romería, parecía piedra caída al agua: levantaba un murmullo de admiración, y el entusiasmo palpitaba en todos los labios, sin que nadie parase mientes en que aquella Sabeluca descendía del más mortal enemigo del concejo.

Si tacaño y miserable era D. Lesmes, su hija era liberal y espléndida, y muchas veces, á hurtadillas del padre, socorrió á los pobretucos que á ella acudían, remediando la ajena necesidad á costa de sus propias galas, que ni eran muchas ni valiosas.

Querían los del pueblo á Sabeluca como á cosa propia, y no había función de iglesia en que no la nombraran «mayordoma», ni boda ó bautizo á que no la invitasen con cariñosa insistencia: tanto atrae la bondad de alma y la natural hermosura del cuerpo.

Los jóvenes de la comarca tenían puesto el empeño en que Sabeluca fuera su novia, y cuando alguno de los mozos tropezaba en las callejas de Villabim con la beldad de la montaña, hacíale paso, á usanza caballeresca, y saludaba con un floreo menos galante que sincero. En la iglesia, los días de fiesta, más atentos estaban los ojos á los muy hermosísimos de la moza que á los inexpresivos y cristalinos de la imagen de talla de la Santa Patrona del lugar. En el corro del baile, todos querían ser pareja con la hija del usurero. Embelesábanse oyéndola hablar: que era su charla propia de linajuda señora y de acento tan armonioso como el tintinear del oro.

Sabeluca, sin despreciar ostensiblemente al sinnúmero de los que la pretendían, no aceptaba á ninguno, y como no daba pábulo á la murmuración ni se mostraba orgullosa ante las otras muchachas de la pleitesía de que era objeto, teníanla en universal aprecio: que no hay nada que mejor atraiga que el no hacer ostentación del propio valer.

II.

Como el viento ábrego de la montaña que sopla iracundo y da en tierra con los más recios árboles, parecido es Amor.

Sabeluca cedió á las vehemencias pasionales de Quico, el campanero, un guapo mozo que hacía hablar á la campana del pueblo como nadie la hacía hablar en diez leguas á la redonda.

Tenía el mozo fama de diestro jugador de bolos y consumado bailarín, amén de otras cualidades dignas de mayor loa. No se le conocía vicio alguno; era trabajador incansable, y más amigo de holgar en casa que de correr la briba con la gente moza.

El padre de Quico tuvo una muerte extraña, que dió mucho que hablar á los del pueblo.

Y como para la mejor comprensión de esta historia sea preciso referir la muerte del campanero, abrimos aquí un paréntesis en los amores de Quico y Sabeluca, retrocediendo veinte años en el curso de la narración.

III.

Pedro se casó con Juana, llevado de esa simpatía cariñosa que andando el tiempo se trueca en afecto tierno y apacible.

El campanero, para realizar su boda, acudió á su amigo Lesmes, suplicándole le adelantara cierta cantidad en metálico.

Después de muchos repulgos y de mucho «vuelve mañana», «veremos si puedo servirte», Lesmes le prestó dos mil reales á un interés escandalosamente usurario.

Después de la boda, marchaban en casa del campanero poco prósperos los negocios, y hoy se vendía una vaca para pagar la contribución y la borona, y mañana los aperos de la labranza ó tal pedazo de tierra para cubrir apremiantes necesidades.

Pasaba el tiempo: á Pedro le era imposible pagar la deuda, y Lesmes juraba y perjuraba que había de embargarle á su amigo hasta el aire que respiraba si en un cortísimo plazo no le devolvía los cien duros, amén de otros tantos de intereses.

El campanero, á su vez, le suplicaba, invocando lo más sagrado, que no le apremiase tan desconsideradamente.

Llegó un día, entre otros muchos, en que Lesmes, irritadísimo, le dijo:

—O me pagas por las buenas, ó ha de pesarte.

Pedro se encogió de hombros.

—Haz lo que quieras—le replicó, como quien rendido se entrega al azar de la suerte.

Así las cosas, tuvo que ir el campanero á Santander comisionado por el señor cura, para que le cobrase cierta suma que le eran en deber en aquella ciudad.

Regresaba Pedro á su hogar á esa hora triste del anochecer, mucho más triste en lo alto de la montaña.

Seguía el campanero un camino angosto, á cuyos bordes se abría un terrible desfiladero cuajado de peñascos.

Iba el hombre á buen paso: quería llegar al pueblo antes que la noche cerrase del todo.

La mente llevábala poblada de ideas no muy consoladoras. De vez en cuando hacía alto en la marcha: palpábase con ambas manos el pecho, en donde traía guardado, dentro de un saquito de cuero, el importe de la deuda del señor cura.

—¡Si esto fuese mío!—pensaba;—pagaba á ese desalmado de Lesmes, y seríamos Petruca y yo los más felices del mundo con nuestro pequeño.....

Y en este punto, el campanero lanzó un hondo suspiro y miró en su derredor.

Abajo no se veía más que la negrura del desfiladero; al frente, las manchas verdinegras de la montaña; á lo lejos, con tonos opacos, el agrupamiento de casas de Villabim, y arriba, el cielo nubarroso, bañado de mortecinos resplandores: el aire abatía las mazorcas de los maizales, y al chocar entre sí, semejaba el ruido del choque un lamento prolongado, al que hacían coro los campanos del ganado vacuno que por los senderos caminaba en dirección á sus establos.

Ni tales sones ni tal panorama impresionaban al campanero. Únicamente pensaba en su desdichada suerte y en el dinero que llevaba encima.

De súbito, al dar vuelta á uno de los recodos del camino, salióle al paso Lesmes.

—¡Eh, Pedro, buenas tardes!—saludó con acritud.

—Buenas tardes—replicó entre sorprendido y temeroso el campanero.—¿Cómo tú por aquí?.....

—Venía en tu busca. Sabía que volvías hoy de Santander.

—Bueno, ¿y qué?....

—Tenemos que hablar.

—¿Ahora?..... Déjalo para mañana.

—¡No! Ha de ser ahora—dijo resueltamente Lesmes, plantándose en el centro del camino.

—Hablemos—replicó Pedro con acento de resignación.

—Vengo á que me pagues.

—¿Que te pague?..... Bien sabe Dios que ese es todo mi deseo en el mundo; pero el dinero que llevo no es mío.

—¡Mientes!—balbució el avaro trémulo de ira.—¿No has ido á la ciudad por dinero?.....

—¡Sí he ido!—afirmó Pedro con rabia;—pero no para mí, sino para el señor cura.

—¡Mientes, vuelvo á decirte!.....

—¡Lesmes!.....—Y con acento más dulce agregó:—¿Quieres ver el documento?.....

—¿El documento?..... ¡Jé! ¡jé! ¡jé! ¡el documento!..... ¡Lindo embuste, hombre! Pero no te vale..... En una palabra, ¿no quieres pagarme?..... Bien: mañana recibirás la visita del Juzgado.

—¡Por Dios, Lesmes!

El usurero le volvió la espalda, disponiéndose á marchar hacia el pueblo.

—¡Oye!—le dijo Pedro asiéndole de un brazo.—¡Mira!

Y desabrochándose el chaleco, sacó del pecho la bolsa, y abriéndola, mostró al avaro un papel cuidadosamente doblado.

—¡Este es el documento!

Lesmes, al escuchar el tintineo de las monedas, alargó los brazos hacia la bolsa, y, acometido de una idea infernal, se la arrebató violentamente de las manos al campanero.

Pedro, ante la osadía de la agresión, quedóse estupefacto. Se rehizo, y lanzando un rugido de fiera, abalanzóse sobre Lesmes.

—¡Ladrón! ¡Asesino!—vociferó luchando con él á brazo partido.

—El que roba á un ladrón.....—tartamudeaba éste defendiéndose con pies y manos de la agresión.

Cayóse la bolsa al suelo, y los dos contrincantes se agacharon simultáneamente para recogerla; pero antes de que Pedro pudiese rescatarla, Lesmes ya se la había apropiado.

Ciego al ver que su enemigo vengaría su atentado, le dió un tremendo empujón hacia el borde del sendero en que se encontraba.

Pedro se tambaleó durante un segundo, y desapareció lanzando un ¡ay! angustioso.

Aterrorizado Lesmes, se arrastró hacia el borde y miró á lo hondo del despeñadero.

No se veía nada.

Volvió al lugar de la lucha, recogió las monedas que había desparramadas por el suelo, y después de guardarse en el bolsillo la mayor parte, metió unas cuantas, junto con el documento, en la bolsa de cuero, y arrojó ésta al abismo.

Oyóse un débil sonido metálico.

Quedóse el usurero sentado en el suelo, mirando estúpidamente en su derredor: la noche había cerrado por completo; la luna, apresada entre nubarrones, parecía una mancha informe y blancuzca.

Así permaneció Lesmes mucho rato, sin darse cuenta de lo que hacía, sentado y mirando con ojos muy abiertos la negrura que á sus pies ofrecíase medrosa, horrible.

Poco á poco, la negrura tomó un tinte opaco, el perfil borroso de las peñas fué destacándose, y el abismo, llenándose de luz tenue que caía de lo alto, vistió de amarillento las partes salientes de los picachos..... El resto, allí donde los reflejos de la luna no llegaban, permanecía negro, terriblemente negro.

—¡Ahí está!—murmuró con espanto indecible el avaro, señalando con la diestra el desfiladero y volviendo el rostro.—¡Cómo me mira!.....

Allí estaba, efectivamente, el desdichado Pedro. Su cuerpo habíase detenido entre los salientes de las peñas..... Tenía la cara ensangrentada y los ojos muy abiertos.

La luz de la luna, cayendo sobre aquel cuerpo inanimado, hacía el cuadro más horroroso.....

IV.

La trágica muerte de Pedro originó grandes discusiones: intervino la justicia en el asunto, y no encontrando cosa en contrario, dió la razón á la mayoría, que opinaba que el campanero fué víctima de un accidente fortuito, resolución mucho más verosímil al encontrar la bolsa y unas cuantas monedas de oro.

Nadie sospechó de D. Lesmes: por el contrario, según sus plañideras y cínicas lamentaciones, alegráronse de que el desdichado Pedro no hubiese saldado su débito con el avaro.

Pero si el crimen no se descubre y si la justicia no acierta, en el pecho de todo delincuente toma vida un acusador implacable, un «yo» del crimen, que de continuo viaja en el cerebro del asesino recordándole su existencia, y ni aun en las horas en que el criminal se entrega al sueño, aquél descansa: mago terrorífico que pinta cuadros de gente de justicia, de horcas y tormentos.

La vida del asesino es parecida á la mitológica de Sísifo: siempre empuja la piedra del miedo, y siempre la piedra del miedo amenaza aplastarle.

En la flor de su vida volvióse D. Lesmes huraño, sombrío, misántropo; acentuóse en él la avaricia; á Sabeluca, huérfana de madre cuando más la necesitaba, ni casi le hablaba. Encerrábase el usurero en su despacho para contemplar con místico arrobo los reflejos del aurífero metal, que muchas veces—¡fantasías del «yo» criminal!—tenía salpicaduras de sangre.

Para amortiguar el sonido de las campanas tapióse los oídos con algodones: sus ecos le crispaban los nervios, poníanle furioso y le enloquecían, haciéndole mirar en su derredor con espanto.

Desde aquella noche horrible jamás cruzó por delante de la iglesia, ganándose con esto el dictado de «hereje». No frecuentó la plaza en día de mercado ni los corros de fiestas, ni aunque tuviera necesidad pasaba por junto á la casa en que vivía el campanero, ni menos por el camino aquel que el avaro veía sembrado de redondelitos de oro y manchas de sangre.....

V.

¡Qué venturoso es el idilio cuando la sombra del pecado no lo envuelve!.....

Sabeluca y Quico eran felices á esas horas en que el cielo se torna sombrío sin duda para proteger discretamente á los novios, que tienen que ocultarse de ojos profanos para charlar esas grandes tonterías que son la base de los matrimonios felices.

Cierta noche, cuando más engolfados se hallaban los jóvenes, levantando para lo porvenir venturosos castillos, oyóse en la calle el ruido de pasos como de persona que quisiera abreviar el camino.

Volvió el campanero la cabeza hacia el punto en que los pasos sonaban.

La luz de la luna bañaba en aquel momento el rostro varonil de Quico.

Oyóse una exclamación intraducible..... Los novios quedáronse un momento silenciosos.

—¿Qué será?—preguntó Sabeluca con voz medrosa.

—No sé..... Es extraño..... Lo mejor es que me entere—replicó Quico, abandonando la reja y dirigiéndose calleja adentro.

Requisó bien ésta, y no hallando en ella nada de particular volvió á la reja.

Le sorprendió verla cerrada; esperó un gran rato á que se abriera, y cuando se convenció de que Sabeluca no volvería, Quico, malhumorado, giró sobre sus talones murmurando:

—Algo se le habrá ocurrido á ese demonio de tío miserias, que Dios confunda.....

VI.

Á la mañana siguiente de lo que arriba queda dicho, circuló por Villabim una noticia estupenda.

Decíase, con más regocijo que duelo, que D. Lesmes se había vuelto loco de repente.

Cuando Quico fué á enterarse á casa de su novia, encontró á ésta llorosa.

—¡Márchate, Quico!..... ¡No me veas más! ¡Nunca me he de casar contigo!—le dijo con hipo de llanto y tristeza infinita.

—Pero ¿por qué?—preguntó Quico, estupefacto ante tamaña resolución, que derrumbaba la felicidad de su vida.

—No me lo preguntes; no puedo decírtelo.

—¿Es que ya no me quieres?.....

—Con alma y vida.

—Entonces.....

—Márchate..... ¡Por Dios, Quico, márchate!—repitió la moza con dejo tan amargo que al campanero se le saltaron las lágrimas.—No puedo ser tu mujer..... Consagraré mi vida á cuidar de mi padre, y luego me encerraré en un convento.

Ni protestas de amor, ni ruegos, ni súplicas, ni lágrimas, ni amenazas, lograron torcer la voluntad de Sabeluca.

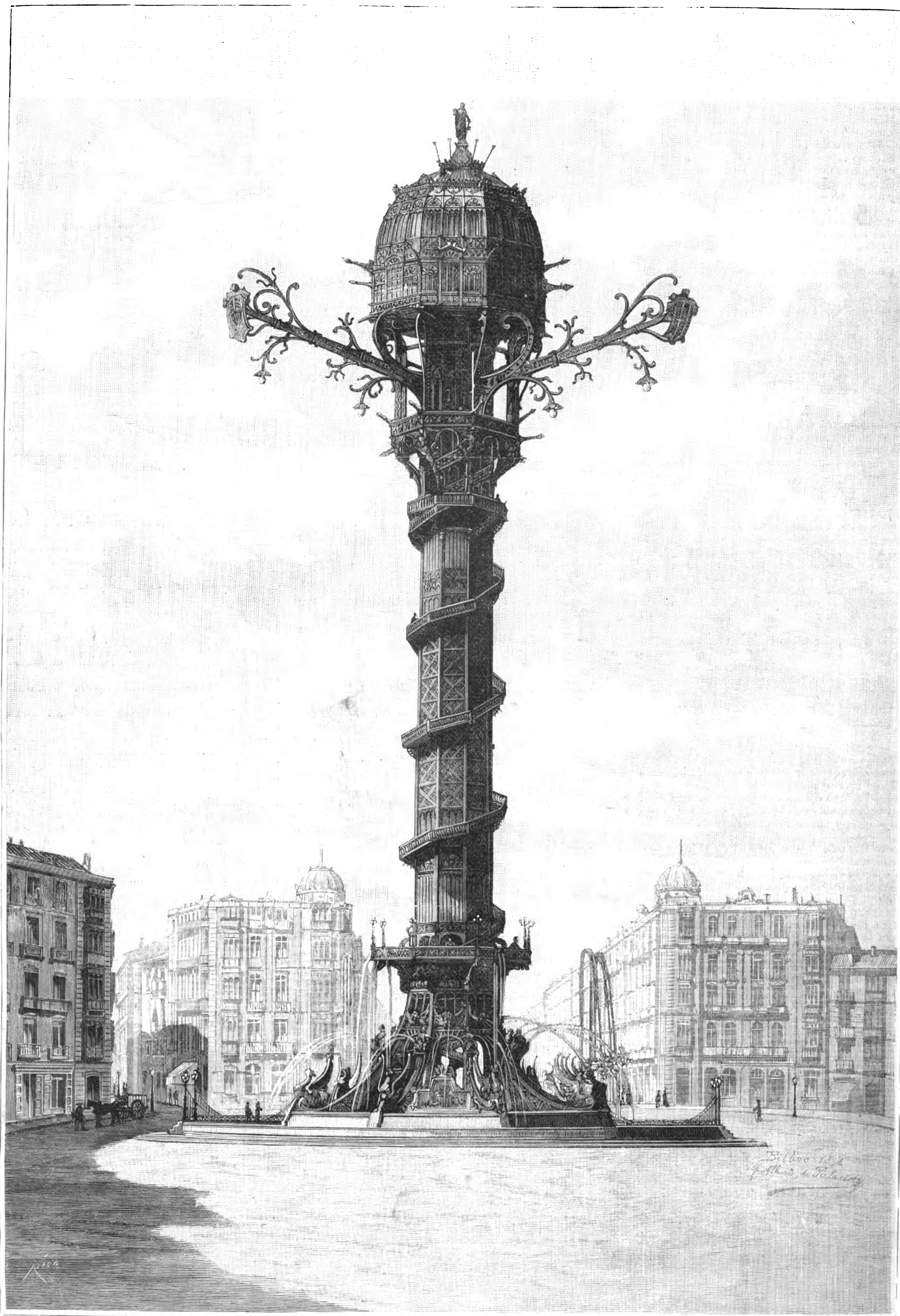
....

Lo brusco del cambio en las relaciones de Quico y la hija del usurero nadie en Villabim pudo explicárselo.

Y es que nadie podía adivinar el drama que en casa de D. Lesmes había ocurrido la noche en que éste se volvió loco.

Después que Quico abandonó la reja para enterarse de la causa de aquel grito extraordinario que resonara en la calleja, penetró D. Lesmes en el cuarto en que se encontrara su hija.

Lívido, con las facciones descompuestas, la mirada extraviada, tembloroso, corrió hacia su hija, y con voz afónica de miedo espantoso murmuró con la incoherencia de un loco:



PROYECTO DE MONUMENTO Á LOS FUEROS VASCONGADOS,

POR EL DISTINGUIDO INGENIERO Y ARQUITECTO BILBAÍNO D. M. ALBERTO DE PALACIO.



LOS PEQUEÑOS NATURALISTAS.

CUADRO DE D. JOSÉ JIMÉNEZ ARANDA.

—¡Cierra!..... ¡cierra esa ventana! ¡Que no entre ése!..... ¡que no entre!.....

—Pero ¿quién va á entrar, padre?

—¡El campanero!..... ¿No le has visto?..... ¡Cierra! ¡cierra!

—Si no entra, ¡qué ha de entrar!—replicó Sabeluca, que no atinaba la causa del espanto de su padre.

—¡Es la sombra de Pedro!..... ¡Su misma sombra!..... Tiene la misma cara, los mismos ojos; me mira lo mismo que cuando yo le empujé al despeñadero.....

Y D. Lesmes abrazaba á su hija y sepultaba la cana cabeza en su seno, como niño miedoso que se oculta en el regazo de su madre.

—¡Yo!..... ¡yo he sido su asesino!..... ¡Me debía dinero..... y le maté!..... ¡No quería pagarme!..... ¡Que no me vea!..... ¡Cierra, cierra!.....

Y siempre con la voz ronca y el gesto de un loco, contó á Sabeluca, que le escuchaba horrorizada, el terrible asesinato de Pedro.

ALEJANDRO LARRUBIERA.

LA TRAICIÓN DE UN TUERTO.

Conclusión.

XIII.

DEFENDIDO con sobra de razones el título de este entretenimiento histórico; probado que Francisco de Orellana fué un desleal amigo, un mal caballero y un ambicioso innoble y solapado, cumpliendo mi promesa, debería abandonarle en Aparia en el punto y hora de su proclamación por capitán y jefe independiente, y dejar que continuara su viaje como Dios le diera á entender y su conciencia, cargada ya con la acción que extinguió prontamente los relumbrones gloriosos de su descubrimiento, y tiznó la fama que por él de justicia hubo de merecer y sigue mereciendo. Mas como ciertamente fué tan maravilloso en la verdad como lo fueron otros en la fábula, á pesar de lo cual se ha querido afamarlo con ésta más que con aquélla, se me hace duro separarme de nuestro grupo de rebeldes en lo mejor de su jornada, y no participar en ella siquiera como simple curioso allegadizo. Así, pues, dejo á un lado melindres y respetos, me alisto en la partida y me arriesgo, no á todas sus fortunas y lances, sino á las que me convengan con pretexto de algún estudio histórico ó geográfico, ó me hurguen la memoria y despierten reminiscencias, aunque sean amargas, de mi prosaica peregrinación por el que un tiempo se llamó *Mar dulce*, receptáculo inmenso de caudalosos ríos verdes, amarillos y negros, cuya mezcla espesa, opaca y á 26º de temperatura, podría servirse aquí en invierno por café con leche..... sin azúcar.

Lo primero en que Francisco de Orellana empleó su actividad y utilizó la buena disposición y diligencia con que Aparia el Grande y sus vasallos le servían y prometían servirle en adelante, fué la fábrica de aquel famoso bergantín destinado á Pizarro y su gente, si venía, y si no venía, al desahogo y mayor seguridad de los que le abandonaban. Encargóse de trazarlo y dirigir la construcción el mismo que había dirigido la del barco en que venían navegando, un entallador natural de Sevilla, llamado Diego Mejía, digno y muy digno por ello de que la industria patria le recuerde con aplauso; y como tanto él como todos sus compañeros se pusieron á la obra confortados los cuerpos con alimentación sustanciosa y variada, y los sermones que el Padre Carvajal, por ser entonces tiempo santo y rogárselo el capitán, menudeaba en obsequio espiritual de su errante feligresía, «cumpliendo (son sus propias palabras) con su oficio y también por irle la vida en el buen suceso de la jornada», el trabajo cundía que era un gusto. Cortóse la madera necesaria en siete días; en otros tantos se hizo el carbón para forjar más clavos, y al cabo de los treinta y cinco botóse al agua, calafeteado con algodón y breado con resina de *mene* mezclada con grasa, un buque planudo y bajo de bordo, de diez y nueve goas de largo (unos catorce metros), «bastante para navegar por la mar», dice el cronista y vicario dominico.

Concluído este *Leviatán* del Amazonas, que bautizaron *La Victoria*, nombre ya tres veces glorioso por aquellos tiempos, carenaron casi de firme, por hallarse mal trecho y medio podrido el que traían del Coca, llamado *San Pedro*, y repartidos veinte hombres en este y treinta en *La Victoria*, despidiéronse de sus generosos amigos y tomaron por el río abajo el 24 de Abril, víspera de San Marcos Evangelista.

XIV.

En este puerto y lugar acabaron las bienandanzas y dulzuras, así espirituales como temporales, de los rebeldes fugitivos. De allí en adelante fueron necesarios todo el valor, prudencia, acierto y fuerza de voluntad que desplegó su jefe para dar feliz cima á su empresa. Entre Aparia la Grande y el Atlántico fluye serpenteando el Amazonas por unos 25º geográficos, casi paralelo á la equinoccial y apartándose de ella con su mayor rodeo unas cien leguas; y en los cuatro meses que tardaron en salvar aquel larguísimo trayecto, incesantemente acosados por armadillas y legiones de indios, raro fué el día que podían excusar el combate, que no provocaban sino para procurarse el necesario sustento por rescate; y cuando lo alcanzaban á la fuerza, apenas si les dejaban tiempo y lugar para llevar el bocado á la boca las flechas y dardos tal vez emponzoñados que sobre ellos llovían.

A los once días de su partida de Aparia ó Aparian la Grande, y después de costear sin interrupción los dominios del hospitalario curaca, día de San Juan Ante Portam Latinam (6 de Mayo), dieron con los belicosos y fieros Machiparos ó Machifaros, que no les permitieron aportar á sus tierras ni dejar las armas de la mano, con las cuales y después de recia y peligrosa batalla tomaron un pueblo, que tuvieron que abandonar llevando la comida que pudieron, pues á pesar de la victoria, no cesaban la resistencia y hostilidad de los indios; hostilidad que continuó no solamente después de embarcados y refugiados los españoles en los bergantines, sino durante dos ó tres días del camino, y ya no desde tierra, pero en numerosa flotilla de canoas que les cercaban por todas partes y no les dejaban siquiera como refugio el desembarco en las islas.

Con los Omaguas, vecinos río abajo de los Machifaros, sucedióles poco más ó menos lo mismo. Tuvieron que desembarcar y ganar la comida á fuerza de armas.

Pasados los Omaguas, el día de la Ascensión del Señor vieron entrar, á mano derecha del río que navegaban, otro muy caudaloso, con tres islas á la entrada. Por ellas le nombraron *Río de la Trinidad*. Era el Marañón, que tomaban por afluente del de Santa Ana ó Napo; error que persistió hasta los fines del siglo XVII.

El descubrimiento de aquel río por el punto en que al juntarse con el Napo pierde el nombre de Alto Marañón ó Alto Amazonas, así como el del territorio de Machifaro, Machifalo ó Machiparo, corren hasta hoy por cuenta de Orellana, pero no es á él á quien pertenece este mérito casual. Cinco años antes, en el de 1538, un destacamento de la expedición á los Chupachos, capitaneada por el granadino Alonso de Mercadillo, la cual, como es sabido, bajó por el Huallaga hasta los Mainas, recibió orden del jefe de explorar la comarca hacia Oriente, y por el Alto Marañón ó sus riberas llegaron hasta Machifaro. Refiérelo uno de los exploradores, soldado portugués, llamado Diego Núñez, en carta al rey de Portugal, proponiéndole la conquista de aquellos territorios, y ofreciéndole para la empresa su ayuda y el conocimiento de aquella tierra, adquirido al servicio del rey de España.

Descendientes de los Machifaros deben de ser los Iquitos y Mazanes de hoy; cuyos abuelos en el siglo XVII, cuando los conocieron y trataron los misioneros jesuítas, se defendían con broqueles de la altura de un hombre y aforrados de piel de manatí, danta ó caimán, iguales á los que describe el P. Carvajal en su Relación manuscrita. Su habitación era y es en la península formada por los ríos Napo y Amazonas antes de juntarse, y entre estos dos juntos y el Nanay, tributario del segundo.

Antes de pasar adelante, detengámonos en el Pueblo de la Loza á admirar el arte de los alfareros omaguas, en donde dice el cronista de los sublevados (Rel. ms.) «estaba una casa de placer, dentro de la cual había mucha loza de diversas hechuras, ansi tinajas como cántaros muy grandes de más de veinticinco arrobas, y otras vasijas más pequeñas, como platos, escodillas y candeleros..... la mejor que se ha visto; porque la de Málaga no se iguala con ella, porque es toda vidriada y esmaltada de todas colores tan vivas, que espantan; y demás desto, los debujos y pinturas que en ella hacen son tan compasados, que naturalmente labran y dibujan todo como lo romano». Por cuya descripción bien claro parece ser el estilo, fabricación y demás caracteres de la cerámica omagua ó tupí-caribe, idénticos ó muy semejantes á los de las piezas halladas no hace mucho por el Sr. Netto en el terromotero ó *mound* de Pacobal en la isla de Marajó, antigua morada de unas grandes señoras, que á su juicio son las legítimas amazonas ó *coniapuyaras*, pero amazonas alfareras y al propio tiempo pintoras y adornistas, con ínfulas hieráticas. En lo cual no creo vaya descaminado el sabio director del Museo de Río Janeiro; pues en todas ó casi todas las tribus de casta guaraní, tupí ó caribe es incumbencia mujeril la fabricación de la loza; y si no precisamente de éstas del pueblo así llamado, de los *yurimaguas*, sus próximos parientes, se cuenta que peleaban tan valerosamente como los varones, y se ocupaban de ordinario en pintar cántaros, *tetes* ó tutumas y mantas, con mucha curiosidad; y que cuando gentiles, solían con encantos llamar á sus casas las culebras, especialmente las *yacu-mamas* ó madres del agua, para copiar las manchas y figuras que tienen dibujadas en su pellejo.

XV.

Dejados por la popa los Omaguas y naciones afines, crucemos la sombría y majestuosa desembocadura del Uruna ó Curigua Curú, «la agua del cual era negra como tinta, y por esto le pusimos de nombre el *Río Negro* (4 de Junio); el cual corría tanto y con tanta ferocidad, que en más de veinte leguas hacía raya con la otra agua, sin se volver la una con la otra», dice Fray Gaspar (Rel. ms.), y así es la verdad.

Omitamos las interesantes descripciones que hace el dominico de ciertos pueblos tupinambas que se decían tributarios sometidos á una gran señora; salvemos el estuario del Madera, á quien llamaron *Río grande* (10 de Junio), y navegando hasta el día 24, doblada una punta, entremos en el país de los prodigios y la fábula. «Aquí dimos de golpe en la buena tierra y señorío de las Amazonas», exclama el dominico al llegar á él. Con todo, no quedó con este nombre; pudo más el santo del día de su descubrimiento y la denominaron *Provincia de la Punta de San Juan*.

El mito, la tradición y la realidad de estas famosas hembras (hablo de las americanas), suministran materia tan variada y copiosa al estudio de la etnografía caribe, que aun lo poquísimo que yo sé bastaría para duplicar las dimensiones de este artículo. Mi propósito al detenerme unos momentos con Orellana en los dominios de tan magníficas señoras, es sólo protestar de que él ni su cronista fueran los inventores de la leyenda, y menos con intención de que, merced á ella, su viaje resultara con apariencias y colores de un trabajo de semidioses griegos. Orellana y el Padre Carvajal no hicieron más que afirmar la *realidad* y recoger y transmitir la *leyenda*. La realidad bien á su costa la experimentaron combatiendo con mujeres de carne y hueso, y no blandos; y la leyenda de que traían ya noticia desde el real de Gonzalo Pizarro y tierras de los Aparias, halláronla plenamente confirmada y ampliada con multitud de pormenores y señas, por boca de un indio trompeta, á quien pocos días antes habían hecho prisionero cerca de la Punta de San Juan, su patria, comunicándose con él por medio de un vocabulario compuesto por Orellana. Prestaron entera fe, es verdad, á sus dichos, muchos de ellos inverosímiles; en cosas más absurdas se creía entonces y se creyó después en España y sus Indias; pero no las vendieron como lo más extraordinario y singular de su viaje, pues si así hubiera sido, en el asiento que Orellana tomó con el Emperador al poco tiempo (1544) para la conquista y población de la *Nueva Andalucía*, con 200 leguas de largo á la margen derecha y á contar de la entrada del río por él descubierto, éste, conforme á la costumbre ó regla establecida para semejantes conciertos, hubiérase expresado en el papel con el apelativo *de las Amazonas*, no de manera indefinida y vaga: *un río*, como allí parece.

Pero lo más curioso del caso es que después de burlar unos y otros con la *invención* de Orellana ó de llamarle seriamente de embustero, salimos ahora con que orillas del lago *Arary*, en la isla de San Juan ó Marajó (como antes apunté), no muy lejos del lugar donde le confirmaron ampliamente sus noticias, han vivido y reinado en efecto las legendarias Amazonas.

Debo advertir aquí que no da cabal idea del amplio informe del indio sobre estas mujeres, el extracto hecho por G. Fernández de Oviedo, en la relación trastornada y defectuosa que insertó en su *Historia general y natural de las Indias* (lib. L, cap. XXIV), ateniéndose á lo que escribió Fray Gaspar; para formar concepto exacto sobre dicho informe, no queda más remedio que acudir al texto manuscrito del cronista dominicano, pues Antonio de Herrera, aunque le sigue casi á la letra, al llegar á este punto declara que no le merecen fe dichos de indios ni le inspiran confianza los medios empleados por Orellana para entender lo que el trompeta de la Punta de San Juan le comunicaba en su lengua nativa, y por consiguiente suprime el relato traducido por Orellana. Y yo le imito, porque la pieza es larga y para conocida en otra oportunidad mejor que la presente.

En su lugar, y prosiguiendo con las maravillas de la provincia y reino de las Amazonas, pondré el cuento de un invisible é indulgente pájaro, que no mirando en lo indignos que eran de sobrenaturales favores aquellos facinerosos navegantes, siguiólos más de mil leguas, con el objeto de avisarles sin falta de la cercanía de los poblados con esta voz (que por más señas es de la Isla Española): *bohio*, *bohio*, casa, casa; con lo cual les daba tiempo para apercibirse, si los pobladores les salían de través, ó para alegrarse con la esperanza de encontrar comida, si dichos pobladores era buena gente y se dejaba saquear la despensa. Pues esta misma bondadosa avecita (era un solo ejemplar de la especie), luego que llegaron á un paraje de la provincia de San Juan, llamado el Robledal, adonde ya alcanzaba el repuntar de la marea, púsose sobre un roble próximo al campamento, y comenzó á decir á muy gran priesa, *huid*, y lo repitió muchas veces clara y distintamente, huyendo luego ella para jamás volver; haciendo cuenta, sin duda, de que dejándolos casi al cabo de su camino y aconsejados de que escapasen, no les eran ya necesarios sus servicios.

Si la historia natural hispano-americana no anduviera entre cultos é incultos tan despreciada y maltrecha, que si no fuese por sus extravagancias teratológicas horribles ó ridículas nadie la haría caso, mis notas á la cándida conseja de la avecilla milagrosa del Amazonas serían muy breves y con riesgo de que aun así para muchos pecasen de ociosas. Pero cuando en nuestro tiempo nacen todavía á las puertas de Madrid, en los montes del Pardo, mixtos de can y de coneja, y de puerca y paleto *(Cervus dama)*; cuando en oda majestuosa y solemne se le llama á la quina «raíz amarga de corteza hirsuta» y la caña de azúcar suena (aunque no sucede bien) como paisana de los Incas, y cuando el primer orador de nuestro sistema planetario pronuncia que la atmósfera en que respiran los peces es de hidrógeno, ¿quién me asegura á mí que no hay quien crea á pie juntillas en un plumado animalejo entrometido, aunque con buena intención, apuntador y consejero de pícaros y que habla en castellano y en haitiano, según sea menester? Se me antoja que nadie; y por tanto, es razón que, con mi autoridad de naturalista y viajero baquiano de los boscosos andurriales por donde el tal animalejo vuela, come y bulle, salga al encuentro de los crédulos, y antes que se encariñen con el pájaro de Fr. Gaspar, les aseguro bajo mi palabra que la verdad, y lección de zoografía al propio tiempo, que se esconde debajo de sus alas, es la siguiente.

En las selvas del Napo, ó río de Santa Ana de nuestros viajeros, tan luego como la tierra tapa al sol, sin andarse en crepúsculos, como si lo apagara de repente, empiezan á salir de la sombra unas aves tamañas como tórtolas, que revoloteando alrededor de las cabañas y ranchos, ó corriendo y registrando las espesas cobijas y cumbreras de palma, persiguen con incesante diligencia los insectos, abundantísimos allí, sin cuidarse del indio, á quien realmente prestan un favor limpiándole la parte alta de su vivienda. Su vuelo silencioso y suave, el color y dibujo de sus plumas, su enorme boca, á propósito para la caza de que se alimentan, y su genio manso y sociable, revelan su parentesco con nuestros chotacabras ó engañapastores (*Caprimulgus*). Durante su faena venatoria lanzan de vez en cuando, solo ó repetido, este grito: *hoio;* el mismo que en su ilusión el P. Carvajal tradujo por *bohio*. De *hoio* á *bohio* no va mucho. Los naturales del Napo le llaman *Tuayo*; los naturalistas *Nyctidromus* (corre de noche). Tengo sobre mi conciencia algunas muertes de esta inocente y benéfica avecilla.

No andan los ornitólogos muy conformes sobre el número de especies que componen el género *Nyctidromus*. Unos dicen que son dos, el *N. albicollis* y el *N. Cayenensis*; otros, que sólo una con estos dos nombres. Si Fr. Gaspar

hubiera oído bien, vea usted por dónde quedaba la duda resuelta. Porque entre especies muy afines, diferencias en el canto ó grito, como la de *bohío* y *huir*, suelen bastar para distinguirlas; y como la especie del Napo, el *Tuayo*, tiene como carácter saliente un collar blanco, el *Nyctidromus* que decía *bohío* sería el *N. albicollis*, y el que dijo *huid* ó *huir*, allá en el bajo Amazonas y en tierras de condiciones semejantes á la de Cayena y además contiguas á las Guayanas, el *N. Cayenensis*.

XVI.

Anudando el hilo de la narración, que cortamos junto á la Punta de San Juan el día 24 de Junio, con el pedazo que nos falta para concluirla, es de saber, que yendo los navegantes su camino ó escapada por la provincia de las Amazonas, y en dos combates en que estas belicosas damas hicieron de maeses de campo, pasaron á Fr. Gaspar una ijada de un flechazo, y de otro, que le entró por un ojo hasta el cogote, quedó tan tuerto como su caudillo. Entraban ya desde dicha provincia en lo más espeso del gentío caribe, como ninguno de los americanos soberbio, valentísimo, cruel é inteligente. Repetíanse á diario las hambres y conflictos de Machifaro, agravados en la parte oriental de los dominios de aquellas señoras con el terrible y mortífero *urari*, que herbolaba las flechas de los guerreros indígenas. Tenían que arrancar á viva fuerza lo estrictamente preciso á su cotidiano sustento, que la continua necesidad reducía á bien poco. Metidos en la maraña de los angostos canalizos del Archipiélago inferior amazónico, donde se encuentran y luchan la corriente del río y la marea, en medio del estruendo de la *pororoca*, añadióse este riesgo al de las embestidas de los indios, en términos que para reparar á la ligera las averías de sus bergantines, veíanse obligados á destinar una mitad de la gente á este trabajo, y la otra á proteger á los trabajadores, peleando de día y de noche con el enemigo.

Al cabo de mil fatigas é increíbles esfuerzos, lograron zafarse de las islas, y acostándose á la orilla septentrional, en tierras de Guayana (probablemente de los Palicuris), arribar á una playa solitaria, donde, sin sobresaltos, pero á dieta de cangrejos y caracoles, dieron otra carena á los bergantines y los aparejaron para echarse á la mar. ¡Pero qué aparejo! La jarcia de hierba y cortezas de árboles, el velamen de mantas de dormir y de los indios que bajaron con ellos desde Quito. Las anclas eran potales y rejones de palo; la pipería de tinajas y cántaros de la tierra; el matalotaje, el maíz y la yuca que cada uno iba ahorrando de su tasada ración, y fué posible aumentar con los rescates de los indios de la boca del río, más pacíficos y tratables que los de arriba.

Catorce días tardaron en aprestar la flotilla. El 8 de Agosto se enredaron de nuevo con las islas, navegando siempre con vientos de proa y desandando muchas veces lo andado, y, por fin, el 26 de Agosto de 1542, antes del alba, *La Victoria* y *San Pedro* se lanzaban al deseado mar, no mejor pergeñados y dispuestos que un mal falucho cebollero, pero con tanto arrojo como la más gallarda carabela andaluza.

Faltos de brújula y piloto, no sabiendo si el río que dejaban era el Marañón ó el Uyapari (Orinoco), y conviniéndoles hacer rumbo en demanda del pueblo de españoles más próximo, calcularon que el más acertado era hacia el Norte y á luengo de la costa que á mano izquierda les demoraba; y aunque no lograron tomarla por mucho que hicieron, pues el río los empujaba con sus aguas y les llevaba mar adentro á más de veinte leguas, con todo, la gran corriente ecuatorial y los vientos alisios los condujeron en menos de dos semanas á la Nueva Cádiz de la isla de Cubagua ó de las Perlas. Navegaron juntos los dos bergantines hasta el día 29 de Agosto por la noche. El 4 de Septiembre, *La Victoria*, equivocando su ruta, metióse por el golfo de Paria, y tardó siete días en salir, á duras penas, por las Bocas del Drago, aportando al cabo de otros dos á la Nueva Cádiz, en donde encontró al *San Pedro*, que había ganado aquel puerto, sin percance, el día 9 de Septiembre.

Recibieron los neogaditanos á nuestros descubridores con alegrías y festejos, tratándolos como á hijos y socorriéndoles de todo lo que habían menester y venían necesitando cerca de nueve meses. Allí se dividió la compañía de Orellana: parte quedó en la isla, parte vínose á España con su capitán, á dar cuenta al Emperador del portentoso descubrimiento y extraordinario servicio prestado con él á la Corona, y el 22 de Noviembre de aquel mismo año de 42, pasaban él y sus compañeros por Santo Domingo de la Española, y comunicaban con el cronista Fernández de Oviedo los peligros y trabajos del viaje.

En cuanto á Fr. Gaspar de Carvajal, que pasó de Cubagua á la Margarita á descansar de sus fatigas y convalecer de sus dolencias, el año de 1547, siendo prior del convento de su Orden en el Cuzco, recibía con especial agradecimiento mercedes de Gonzalo Pizarro, y se decía muy su amigo y capellán. Hacia el año de 1560 (si recuerdo bien), después de haber desempeñado otros cargos que no exigían clausura, fué prior otra vez; mas no del Cuzco, sino de cierta población, cuyo nombre no he acertado á leer, por la mala letra del documento donde consta.

M. Jiménez de la Espada.

CHASCARRILLOS DE LA HISTORIA.

XI.

DIÓGENES Y EL SOL.

Diógenes, el sabio aquel
Procaz, cínico y profundo
De quien sabe todo el mundo
Que vivía en un tonel;

Que hacía alarde cerril
De una conducta sin nombre;
Que no logró hallar un hombre
Ni buscado con candil;

Que prefirió vivir mal
Á desechar su cinismo,
Y que aun á Alejandro mismo
Hablaba de igual á igual,

Oyó insultos á millares,
Que uno contra él profería
Porque visitar solía
Tabernas y lupanares.

Mostrando gran desconsuelo
Y terrible indignación,
Lanzó fiera imprecación
Alzando la vista al cielo,

Y siguió clamando así:
—¡Dioses! ¡Con cuánta injusticia
Hoy me trata la malicia
Al ocuparse de mí!

Porque en ciertos sitios entro
Implacable me censura,
Me acrimina y asegura
Que hasta manchado me encuentro.

Nunca injusticia se vió
Como la que hacen conmigo:
Yo del Sol las huellas sigo
Y donde él entra entro yo.

Y aunque el Sol, que imito fiel,
Visita todos los días
Tabernas y mancebías.....
Ni se mancha ni hablan de él.—

XII.

EL REVERSO DEL QUIJOTE.

Voltaire en su castillo de Fernay
Dióse algún tiempo vida regalada,
Visitado por muchos extranjeros,
Que allí atraía su creciente fama.

Voltaire los recibía como príncipe,
Con tan grande agasajo y pompa tanta,
Que uno, indiscreto y posma, en el castillo
Más de dos meses prolongó su estancia.

Harto de aquel abuso, el gran filósofo
Le dijo al encontrarlo una mañana:
—No hay duda, buen señor: sois el «reverso»
Del ingenioso hidalgo de la Mancha.

—No os comprendo.
—Pues es sencillo y claro:
Don Quijote, en su loca extravagancia,
Tomaba las posadas por castillos:
Vos tomáis los castillos por posadas.

XIII.

LA VENTAJA DEL ARTISTA.

Holbein, el pintor suizo,
Cuyo admirable pincel
En la corte de Inglaterra
Le alcanzó el favor del rey

Enrique Octavo, tenía
El vicio de la embriaguez,
Poco seso y por contera
Un genio de Lucifer.

Un Conde, noble orgullloso,
Como haciéndole merced,
Dignóse un día ir á verle
Trabajar en su taller;

Pero el artista, que al Conde
Superaba en altivez,
Lo despidió, en un principio
Con frase atenta y cortés.

Insistió alterado el Conde,
No entendiendo aquel desdén
En quien juzgó que debía
Su visita agradecer.

Y el pintor enfurecido,
Ya con la sangre en la tez,
Lo arrojó por la escalera
De un tremendo puntapié.

Corrió el ultrajado Conde,
Si es que podía correr,
A dar al Monarca quejas
De aquella agresión soez.

Y narró la escena horrible
Pintando un cuadro tan fiel
Y con tan vivos colores,
Como no lo hiciera Holbein.

Calmarlo con buenas frases
Procuró el Monarca inglés;
Pero el noble, ciego y loco,
Sin poderse contener,

Sin reparar en respetos,
Juró una vez y otra vez
Tomar por su propia mano
Venganza pronta y cruel.

—Conde—le dijo el Monarca
Interrumpiéndole—ve
Lo que estás hablando, y cuenta
Con lo que intentas hacer.

Te perdono el desacato
Por tu estado; mas después,
De la vida de mi artista
Me respondes con tu piel.

Él es pintor y tú conde;
Tú noble y él no; lo sé:
Mas te lleva una ventaja
Que vale por más de cien.

De mil humildes labriegos
Mil condes puedo yo hacer;
De mil condes como tú
No hago un artista como él.—

Felipe Pérez y González.

AMIGOS INSTANTÁNEOS.



Que los hay como las fotografías. «Impresionistas.»

Amigos *á fortiori* ó de alcance ó última hora, como noticias alarmantes ó extraordinarias, de esas que publican en letras gordas los diarios del ramo.

Algunos hombres, lo mismo que varias mujeres, se levantan todos los días de la cama pensando en la manera de llamar la atención de la gente.

Y unos y otras proyectan diabluras.

Pero las mujeres se contentan con reformarse el peinado, ó con añadir un adorno al sombrero, ó con enmendar la forma de un vestido.

Ó con abusar de sus conocimientos prácticos en perspectiva y sombras, para corregir el dibujo de las cejas ó de los ojos.

El hombre no se detiene ante la mentira, ni aun ante la calumnia ó ante la profanación.

Á un político que se eleva, á un orador que sobresale de la multitud de habladores, en general, al individuo que rompe el hielo, le salen amigos como viruelas.

Recuerdo, entre otros muchos casos, los de Eugenio Sellés, cuando estrenó su drama *El Nudo gordiano*, y de Leopoldo Cano cuando *La Pasionaria*.

No se hablaba con ciudadano que no preguntara:

—¿Ha visto usted el drama de Eugenio?

—¿Ha visto usted la obra de Leopoldo?

Todos hablaban de Eugenio y de Leopoldo.

Todos los vecinos del Madrid literario, del semiliterario y aun varios del iliterario, eran amigos fraternales de uno ó de otro.

A D. Manuel Tamayo no llegaron á llamarle «Manolo», ni á D. José «Pepe Echegaray»; pero al autor de *La de San-Quintín* algunos le llaman Benito: con franqueza.

—Nos conocemos desde chicos: hemos ido juntos al colegio.

—¿Usted es paisano de Galdós?

—Sí, señor; soy también de la isla; de Mallorca.

—¡Ya! Pero él es de otras islas: de Canarias.

—Llámele usted hache.

—Hombre, no; le llamo canario. Ya ve usted, este caballero es también de la isla: de San Fernando; y otros señores son de la isla de Cuba y otros del Bazar X.

Particularmente, cuando muere una persona notable es cuando se desarrolla la epidemia de amigos de cartel.

No porque consideren en lo que vale la amistad de una ilustración ó de una gloria del país, sino por cuanto se presta á la exhibición halagadora de la vanidad de los tontos de remate.

—¡Ah! ¿No sabe usted quién ha muerto?—pregunta uno de *esos*, fingiéndose muy acongojado, á cualquiera con quien tropieza al paso.

—Muchos vamos muriendo—responde el otro.

—Don Balbino Tirabuzón.

—¡Don Balbino! ¿Aquel peluquero establecido al aire libre en la plaza de la Cebada, desde la revolución de nuestros mayores?

—El mismo. Estoy desolado.

—¿Pero usted le trataba particularmente ó á tijera?

—Me afeitó y me cortó dos veces.

—¿La cara?

—No, señor; me cortó el pelo: el último.

—¿No le quedaba á usted más? Habrá quedado usted bueno.

—Quiero decir que es el último que ha cortado en vida.

—El último definitivamente, porque es de suponer que ya no reincida.

En la casa de un caballero diplomático de afición, no se podía entrar sin enternecerse cuando falleció un príncipe, no carnal, segundo ó tercero del Celeste Imperio, hace tres ó cuatro años.

—¿Está D. Plácido?

—¡Ay! sí, señor—respondía el criado, gimoteando, al que llegaba á visitar á su amo.

—¿Qué le pasará á este muchacho? —pensaba el amigo de D. Plácido.

—Pase usted.

—¿Ha ocurrido alguna desgracia?

—No; en casa, no, señor.

La esposa de D. Plácido recibía á la visita con los ojos como dos riñones á la *brochette*, encarnados y jugosos.

—¡Ay! ¿Es usted, amigo López?—preguntaba con voz de cesante ya hueco y desalquilado.—Ahí está Plácido. ¿Sigue usted bien? Gracias. Perdone, que no sé lo que hablo.

—¿Pero qué sucede?

—¡Ah! ¿Eres tú? Ven al despacho —tartamudeaba el amo de la casa.

—¿Qué es eso, hombre?—preguntaba el amigo un tanto alarmado.

—Estoy abrumado bajo el peso de una desgracia horrible.

Los chiquillos lloraban á rabiar, y la doncella había sufrido ya veinte accidentes, en dos ó tres horas.

—Sepamos ¿qué es ello?

—¿No has leído en los periódicos un telegrama de *Fabra*, notificando la muerte de Chim-Pan-Cé?

—No he reparado en ello.

—¡Qué corazón tenéis!

—¡Hombre!

—Para nosotros ha sido un golpe terrible. Mi mujer no ha vuelto á probar bocado desde ayer; los pobrecitos niños nos ven llorar y lloran como *Magdalenas;* las muchachas han caído enfermas, y el criado, por servirnos esta mañana el vino, en el almuerzo, nos puso en la mesa la comida del loro y vació la botella en el pájaro, que, como habla tan claro, le decía al chico: «¿Qué haces, animal? ¡Bruto, salvaje!» Lo que oye decir: cree que se llama así al criado.

No falta quien se titula amigo íntimo del hombre eminente que consigue un triunfo, y si pudiera «ejecutarle», no vacilaría un momento.

Hay hombres «para todo», como se anuncian algunas muchachas de ocupación «domésticas», ó para casi todo.

Los verdaderos amigos no se atreven á rivalizar con los apócrifos, en manifestaciones exageradas y en desplantes.

En un cementerio de no recuerdo cuál capital extranjera, se lee la siguiente inscripción:

«Aquí descansa el opulento, cuanto *andaloux*, Sr. N. N.

»Su amigo íntimo X. X. le llorará eternamente y continuará vendiendo objetos de goma.»

Eduardo de Palacio.



EL QUE TODO LO APAGA.

ACUARELA DE D. MIGUEL AGUIRRE.

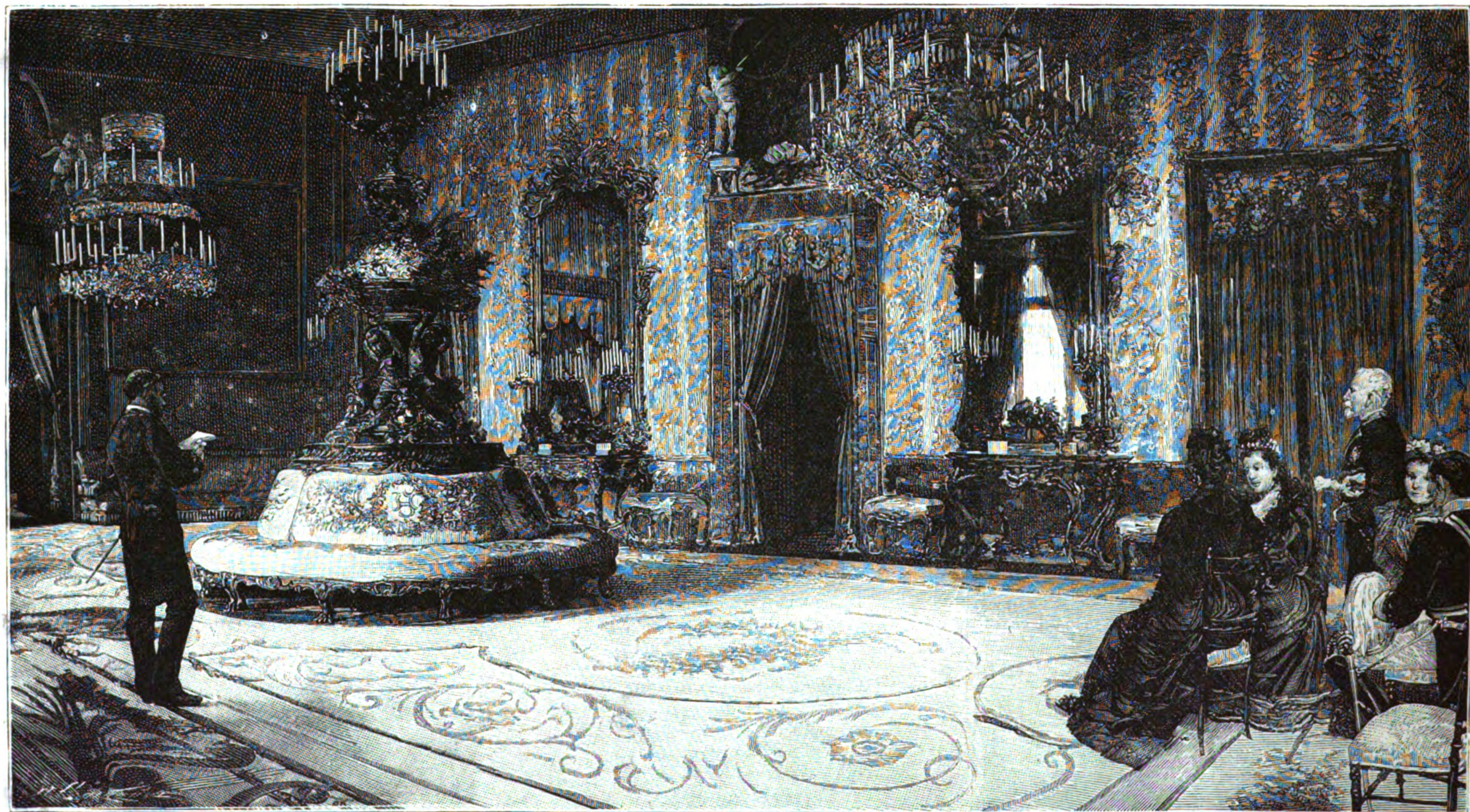
(Premiado con tercera medalla.

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

República Argentina: su literatura: la instrucción pública; sus círculos literarios: sus *revistas;* juegos florales, música y pintura; sus publicistas en la ciencia jurídica comercial y de derecho internacional; *Reseñas y críticas*, por D. Ernesto Quesada; sus trabajos críticos sobre algunos novelistas, poetas y escritores de la nación argentina.

Para la tarea de la prensa diaria batalladora, que entre otros intereses defiende los intereses económicos, he tenido que estudiar en estos días el desarrollo agrícola, industrial y mercantil de una de las dos Repúblicas del Plata, de la floreciente y vasta nación argentina, con la que andamos en necesarios arreglos, que nuestro afecto de hermanos inspira y facilita con más irresistible impulso cada día, y que el ultraproteccionismo imperante dificulta. Y al buscar los datos de la producción material y de la riqueza, he dado, con gran complacencia mía, con otros relativos á la producción intelectual de aquella hermosa comarca y de su emprendedora gente, deleitándome sobremanera en el viaje literario que con la lectura de varias obras argentinas he podido hacer, sin moverme de mi casa. Síntesis y memoria bien ajustada de ese movimiento intelectual es el libro que el Sr. D. Ernesto Quesada, académico correspondiente de nuestra Española, publicó no hace mucho tiempo, con el título de *Reseñas y críticas*, y que comprende el período de 1882 á 1893. Su autor, director que fué de *La Nueva Revista de Buenos Aires*, goza de merecida fama de hombre entendido y competente en las letras y en la jurisprudencia en toda la América del Sur y Central, y pre-



LA SALETA.

CUADRO DE D. JOSÉ GARNELO.

(EXPOSICIÓN ARTÍSTICA DE BILBAO.)

cio es decir que, quien como él ha dado á la estampa, en poco tiempo, quince volúmenes originales de crítica, de derecho, de historia, de instrucción pública y de política, y un tratado muy amplio de derecho internacional privado, en colaboración con D. Adolfo Mitre, y varios estudios acerca de la riqueza bibliográfica de aquel país, en unión de D. Nicolás Massa, bien merece el honroso título de obrero incansable de la propaganda civilizadora de aquel continente.

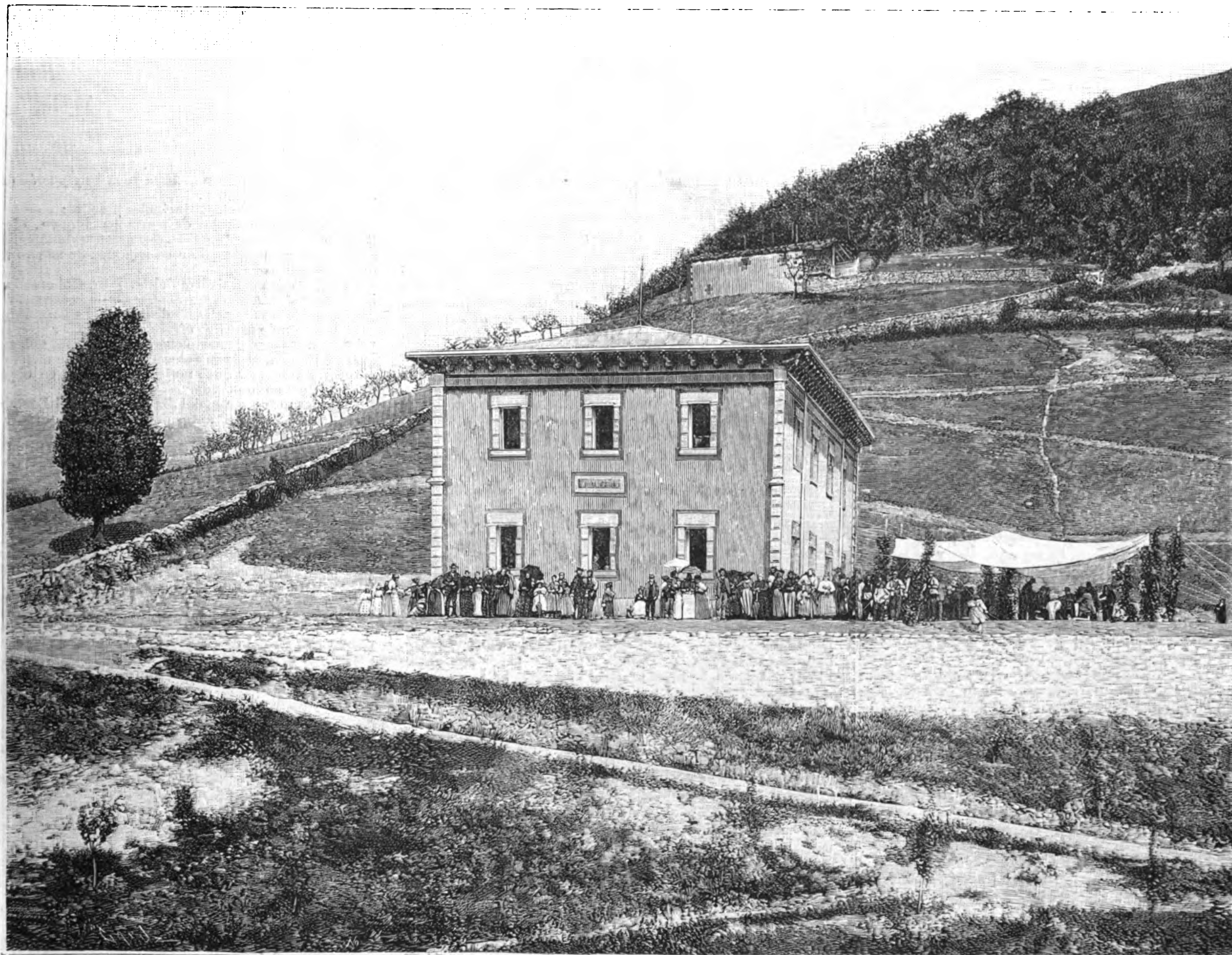
Por herencia, de esas que ennoblecen de hecho al que de la naturaleza las recibe, se ha visto sin duda impulsado y bien amaestrado para trabajar tanto, porque en la persona y en el ejemplo de su padre, el Sr. D. Vicente G. Quesada, actual Ministro plenipotenciario de la Argentina en España, encontró, sin duda alguna, el fundamento y guía de sus tareas. En efecto, el Dr. Quesada, que hoy representa á su patria entre nosotros, como la representó antes en el Brasil, en Méjico y en los Estados Unidos, fué literato y publicista desde muy joven, desde aquellos inolvidables días del mando del dictador Rosas, en que era compañero de Vitorica, de Navarro Viola, de Monguillot y de Ocampo, lo mismo en la tertulia de las señoras de Larrea, en la calle de San Martín, de Buenos Aires (1852), donde se redactaba *El Padre Castañeta*, que en la legación de Bolivia, que en la casa de madame Guindon, que al ser electo diputado por Corrientes para el Congreso nacional del Paraná, bajo el mando del general Urquiza en 1854, según, con su sencilla gracia característica, lo dice el popular Víctor Gálvez en sus *Memorias de un viejo*. Jamás he hablado con el respetable diplomático de tales recuerdos, ni puedo indicar aquí la mayor parte de los trabajos que ha publicado; pero en los apuntes que conservo cítase que dirigió la *Revista del Paraná* y la *Revista de Buenos Aires*; que redactó, en unión del señor D. Sixto Villegas, el *Proyecto de reformas al Código de Comercio de la República Argentina*; que á él se deben las curiosas obras *La Patagonia y las tierras australes del continente americano*, *El Virreinato del Río de Plata*, *La cuestión de límites con Chile*, *Las primeras impresiones de la América latina*, y numerosos artículos acerca del *Derecho internacional público latinoamericano*. Hoy, en medio de las tareas de su alto cargo, dedica muchas horas á la redacción de una voluminosa obra etnográfica, histórica y de derecho, sobre la condición social de los indios que poblaban los territorios de la Argentina. Con tan buen modelo, bien pudo su hijo, el autor de *Reseñas y críticas*, avanzar con paso firme por el campo de la literatura y de los estudios serios y útiles, en el que, con laboriosidad y constancia, se cosecha siempre envidiable crédito.



JOYAS DE LA CORONA INGLESA.—PILA BAUTISMAL DE LOS PRÍNCIPES DE LA REAL FAMILIA.

°°°

Hace diez ó doce años, no sólo el aislamiento intelectual de los países latino-americanos era extraordinario, no sólo se desconocía en cada república lo que en las restantes se trabajaba, sino que en cada una de las naciones apenas había relaciones entre los literatos, ni los nombres de los que se distinguían en Córdoba, por ejemplo, eran apenas conocidos en Buenos Aires. A remediar tan incomprensible estado de cosas tendió el Congreso literario latino americano de 1882, propuesto por D. Ernesto Quesada, quien, habiendo tomado parte en el Congreso de Americanistas de Bruselas (1879), publicó un notable estudio sobre el objeto de semejantes asambleas y sobre



SANTANDER.—SANATORIO QUIRÚRGICO DEL DR. D. ENRIQUE DIEGO MADRAZO, INAUGURADO EL 20 DE AGOSTO ÚLTIMO EN LA VEGA DE PAS.

(De fotografía de D. Zenón Quintana.)

lo que se viene denominando *americanismo*, y excitó á los publicistas americanos á ensanchar y fortificar las relaciones que entre ellos deben existir siempre. Por aquel tiempo las universidades argentinas, la de Buenos Aires y la de Córdoba, redactaron los estatutos de su reorganización, y se procuró que no sólo se atendiera al progreso de las carreras de Derecho y Medicina, sino á las de Ciencias y á la de Ingeniería que apenas tenían alumnos; se procuró reformar el plan de la segunda enseñanza, poco frecuentada y de bajo nivel intelectual, para que no fuera sólo preparación de carreras mayores, y se atendió á ayudar en lo posible á la primaria, á fin de que se redimiera de su triste estado de abandono. En 1878 sólo asistían á las escuelas 114.780 niños, y no recibían instrucción alguna 438.620. La universidad de Córdoba comprende cuatro facultades: Derecho y Ciencias sociales, Medicina, Ciencias físico-matemáticas, Filosofía y Humanidades. La de Buenos Aires cuenta además con la facultad de Ciencias físico naturales, y ambas son autonómicas en su régimen y gobierno, viviendo cada facultad completamente aislada de las restantes (1881). La segunda enseñanza se reformó en 1891, siendo ministro de Instrucción pública el doctor Carballido, después de haber sufrido ya un cambio radical en la época del doctor Alcorta. Que en la trascendental cuestión de la enseñanza se atiende allí á cuantos problemas más reformistas y avanzados y á cuantas ideas modernas de progreso se discuten entre los pedagogos de Europa, pruébanlo los razonamientos que el Sr. Quesada emplea en esta obra, y que han sido analizados en la Argentina por la nutrida legión de hombres entendidos que de la instrucción y educación pública se ocupan.

Destello de la cultura esmerada que hace ya muchos años distingue á la juventud estudiosa de Buenos Aires, fué la empeñada discusión sostenida en el Círculo Científico Literario en 1878 acerca del romanticismo y del clasicismo y de otras tendencias y escuelas, con vivos propósitos de sostener que, en las letras argentinas, tenían genuinos y magistrales representantes, como Cruz Varela, Echeverría, el inmortal cantor de la *pampa*, Olegario V. Andrade, Guido y Spano, el autor de *Nenia*, el doctor Gutiérrez, Berro y Balcarce. Mientras en la tribuna académica se sostenían esta y otras discusiones, aquella cultura intentaba popularizar la propaganda literaria por medio de las *Revistas*, «aunque el público en general era, entonces, de una indiferencia curiosa, que, si bien leía, lo hacía sólo respecto de producciones extranjeras, bastando que el libro fuera nacional, de un autor argentino, para desmerecer en la estimación general». Bien se ha batallado allí, sin embargo, para crear este género de publicaciones, á juzgar por la copiosa lista de ellas que el Sr. Quesada registra en su curiosísimo libro. En la época á que se refiere el autor (1882) publicábanse la *Ilustración Argentina*, la *Nueva Revista de Buenos Aires*, el *Album del hogar*, el *Anuario bibliográfico* del doctor Navarro Viola, la *Revista farmacéutica*, los *Anales* de la «Rural Argentina», los de la «Científica Argentina», los del «Círculo médico», el *Boletín* del Instituto Geográfico, *El Industrial*, *El Foro*, la *Revista de los Tribunales*, la *Médico-quirúrgica*, la *Científica ilustrada*, *El Estudiante*, *La Acacia*, *El librepensador*, el *Boletín del departamento de Agricultura*, la *Revista de Ganadería y Agricultura*, el *Periódico del estanciero*, la *Revista comercial*, la del *Mercado de Buenos Aires*, la de la *Educación*, la *Militar y Naval*, la de la *Escuela Normal de Varones*, la *Gaceta musical*, *El Mefistófeles* y el *Mundo artístico*. Grande era el número, como se ve, y más grande su significación, porque, en efecto, refleja la positiva vida intelectual de aquel país: desde entonces hasta hoy, tanto en número, como en calidad, como en significación, ese movimiento ha crecido considerablemente para honra del activo y emprendedor pueblo argentino. A pesar de ello, el aislamiento literario en aquel tiempo era grande, como se ha dicho al principio, respecto á las producciones de fuera de la capital. Ahora, el mayor desarrollo de la prensa y la facilidad de las comunicaciones ha hecho mucho más íntima la comunión de los espíritus y más grande la difusión de sus obras. Al esfuerzo de la publicación de estas revistas unióse, de tarde en tarde, el de la celebración de Juegos Florales y Certámenes, en los que hicieron gala de su genio Calixto Oyuela, el laureado cantor de *Eros*, Juan Lussich, Rivarola, Aurelio Berro, Mitre, García Mérou, Oliver, Argerich, Lárez y Varela, que venían á sostener las tradiciones poéticas de Navarro Viola, Obligado, Lamarque y Coronado, como éstos habían seguido las huellas de los contemporáneos de Echeverría, Gutiérrez y Mármol.

Aquel pueblo verdaderamente meridional, hijo de los hijos del Mediodía de Europa, de los españoles y de la gran colonia italiana, no sólo es fecundo en la literatura, sino que siente irresistible pasión por las Bellas Artes. Es Buenos Aires en el mundo latino-americano el centro principal donde se rinde de antiguo apasionado culto á la buena música, y ningún grande artista europeo considera completa su triunfal carrera si no ha dejado oir las maravillas de su voz en la orilla del Plata. Describe muy atinadamente el Sr. Quesada lo que eran estas aficiones hace doce años, cuando en el anchuroso teatro de Colón cantaron Gayarre, Tamagno, Battistini, la Borghi-Mamo y la Scalchi-Lolli, y cuando aquel coliseo se imponía, por la tradición y la costumbre, al teatro de la Ópera y al Nacional. El ámbito del teatro Colón era muy grande, y los artistas necesitaban esforzarse y gritar para ser aplaudidos. «De ahí que Gayarre cuando llegó—dice el Sr. Quesada—se quejara amargamente de que el público no le aplaudía bastante: cantaba pero no gritaba, y la mitad de la concurrencia no podía, por lo tanto, apreciar su voz. Por eso Tamagno es el ídolo actual del público; parece gritar frecuentemente en vez de cantar, y los concurrentes se conmueven ante la extraordinaria sonoridad de su voz.» El cuadro descriptivo de aquellas aficiones, del estado de la crítica y de la influencia de las diversas escuelas de la música europea en el público y en la sociedad porteña distinguida, á la que cada palco costaba, por temporada, 75.000 pesos moneda corriente, está hecho con toda discrecion, elegancia y acierto.

Andando el tiempo, también la cultura creciente de la capital argentina sintió necesidad de crear un Ateneo, y de abrir en él, de vez en cuando, un *Salon*, exposición de pintura y escultura, al que llevan sus obras los jóvenes artistas del país, pensionados los más por el Gobierno, y aficionados, de mayor ó menor mérito, otros. En estos certámenes del arte representan á aquella tierra donde hay tanta luz, tan espléndida naturaleza y tantos motivos para sentir, inspirarse y trabajar, pintores tan celebrados como Ballerini, Caraffa, Della Valle, Mendilaharzu, Rodríguez Etchart, Schiaffino y Sivori.

°°°

No sólo se distingue aquel pueblo por sus estudios en la amena literatura y en las artes. En tareas y empresas más serias tiene, en su historia moderna, brillante plévade de publicistas. Quien quiera formarse idea de ellas, en la ciencia jurídica, por ejemplo, lea los capítulos que el Sr. Quesada dedica á la importantísima obra del catedrático de la Universidad de Buenos Aires, D. Manuel Obarrio, titulada *El Código de Comercio argentino concordado y comentado*, y podrá conocer esa historia y los nombres y publicaciones de la legión de jurisconsultos que ha constituido la ciencia del Derecho argentino, y en la cual brillaron ó brillan los doctores Tejedor, Somellera, Varela, López, Alcorta, Zavaleta, Alvarez, Montes de Oca, Malaver, Estrada, Pérez Gomar, Ferreira, Goyena, Segovia, Leguizamón, Moreno, Vélez Sarsfield, Acevedo, Villegas, Quesada, Ceballos, Calvo, Castellano, y tantos otros. El sabio doctor Obarrio es un expositor magistral de la ciencia jurídica, y un comentador que será siempre consultado en sus libros por cuantos allí traten de asuntos de comercio especialmente, cuyo código estuvo en lo antiguo, y durante largos años, limitado á las famosas *Ordenanzas de Bilbao*. También es digno de la gran reputación que la opinión le otorgara, otro tratadista insigne, el Sr. D. Carlos Calvo, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario que fué de la Argentina en la corte de Alemania, y quien en 1868 publicó su afamada obra *El Derecho internacional teórico y práctico de Europa y América*, cuya tercera edición, grandemente ampliada, apareció en 1881 en París, con el título de *Le Droit international théorique et pratique, précédé d'un exposé historique des progrès de la science du droit des gens*. Ya antes de ese tiempo era el Sr. Calvo conocido y respetado por sus publicaciones; pero la aparición de esta obra le hizo figurar en primera línea entre los hombres más eminentes de Europa y de América, bastando decir, en prueba de ello, que su trabajo fué aceptado como norma de las decisiones del Tribunal arbitral de Ginebra, que presidió el Conde Sclopis, y que en las Facultades de Derecho de Francia se usa como texto oficial su *Manuel de Droit international*, que es un resumen de la obra en cuestión. Dió clara idea de la trascendencia de este gran trabajo el Sr. Quesada en un artículo titulado *Un publicista argentino en Europa* (1885), que contiene datos muy interesantes y que forma parte de la colección últimamente publicada.

°°°

Prestan gran amenidad y atractivo al libro *Reseñas y críticas* los capítulos dedicados á la crítica de varias obras modernas de novelistas y poetas argentinos. Hombre de mucho estudio y de múltiples conocimientos, el Sr. Quesada es, sin duda, porque eso se nota al través de sus páginas, amante entusiasta de la literatura, y, á mi ver, por lo que vislumbro en su manera de sentir y de decir, un corazón sano y bondadoso. Siendo, pues, muy entendido, idólatra de las letras y muy bueno, no puede ser, y no es, crítico al uso. En general, los críticos que andan por aquel mundo, y por este, *atesoran* todas las cualidades contrarias: son superficiales en sus estudios de pura impresión; fiscales descreídos de toda literatura, más que enamorados de ella, y torcidos de corazón y rotos y maltrechos en el cuerpo y en el alma. Cultivan la crítica por instinto nacido de atrabiliario humor, por una idiosincrasia natural é irremediable, arraigada en el pesimismo y cuya influencia les hace creer que son maestros, especialistas y enviados providenciales encargados de meter en cintura á todo bicho viviente. Vistos serenamente estos genios, por dentro y por fuera, en su vida y en sus obras, se observa que son todo lo contrario: unos desgraciados. Al recorrer una obra literaria no se fijan para nada en sus regularidades y bellezas, porque de ellas ningún jugo sacan para su peculiar alimentación, sino que, á semejanza de las moscas, buscan las rozaduras grandes ó pequeñas, y allí pican y se sacian á su gusto, hinchándose de veneno, para desparramarlo después. Y si el cuerpo del trabajo en que van á cebarse no tiene herida ni grieta, por ser perfecto, ellos se encargan de abrírselas, esparciendo sobre su superficie la podredumbre que siempre traen de reserva, para que ella, con su corrosivo virus, levante ampollas y cree para el crítico artificiales focos de mantenimiento, que den materia á su dicharachero caletre, para repetir algunas sarcásticas gracias y hacer reir al público, á costa del criticado. Esto es lo general; críticos de altura y de ciencia hay tres ó cuatro en Europa y no sé si alguno de ellos en España. Las críticas del Sr. Quesada son obsequios para los escritores de quienes se ocupa. En vez de émulo envidioso, es nuncio de los méritos de sus compañeros; y lejos de derribarlos á golpes, les empuja y anima para que se levanten más y más.

Véase con qué exquisito gusto y cuidado juzga á su compatriota D. Carlos María Ocantos, y á su nueva obra *León Saldívar*, escrita en Madrid en 1888, y que es en sus capítulos una deliciosa colección de cuadros descriptivos de Buenos Aires y de su sociedad, tan bien pintados por Ocantos, como hábilmente resumidos por Quesada; tan interesantes para los porteños, como curiosísimos para los que no conocen aquel país. Léase lo que se le ocurre acerca de la novela naturalista *Apariencias*, del joven literato mejicano D. Federico Gamboa, y cómo aprecia muchas de sus páginas, que constituyen «una joya cincelada por mano maestra», y cómo discute los términos del escabroso problema planteado por el autor acerca del amor y del adulterio. Con idéntica delicadeza y buen decir se ocupa del literato cuentista y poeta Carlos Monsalve, cultivador acertado del buen estilo, filósofo de veinte años, que escribe, ya por inspiración propia como en su narración *Mosquito* ó ya imitando á los más hábiles narradores, como en *El hombre de piedra* y el *Ave de Zeus*, y en *Gris*, y que demuestra que tiene excepcionales condiciones para ser un distinguido novelista. Otro estilista y fácil y no artificioso poeta, de quien el señor Quesada se ocupa, es D. Martín García Mérou, diplomático, literato muy erudito, ameno escritor, y obrero infatigable en el estudio de la literatura y de la crítica modernas. Muy bien hecho está el bosquejo de la figura del aficionado ó *dilettante* y batallador periodista D. Miguel Cané, ministro plenipotenciario argentino en Colombia y Venezuela, y después Viena, y autor, entre otras varias excelentes producciones, de la obra que tituló: *En viaje* (1881-82). Escribe el Sr. Cané por gusto, cuando quiere, como quiere, y sobre lo que ve y observa en ambos mundos; pero siempre de un modo correcto, chispeante y encantador, utilizando sólo el lado agradable y risueño de las cosas, y jamás el siniestro y pesimista. Su libro de excursiones es también un álbum de paisajes llenos de luz y de vida, lo mismo en los relativos al mar, que en los de París, Londres, Panamá, Caracas, Magdalena, Bogotá y Nueva York. Sobre todo la Colombia, con su boyante y rica literatura le merecen admirables párrafos, en los que hace la apoteosis de aquella comarca enaltecida con los trabajos de Pombo, Fallon, Restrepo, Marroquín, Gutiérrez González, Caro, Samper, Camacho Roldán, Guarín, Arboleda, Silva, Vergara, Arrieta, Borda, Obeso, Madiedo, Cuervo, Holguín y Carrasquilla, retratando ó citando nada más á algunos y olvidando á otros, pero concediendo á aquella privilegiada comarca americana la digna atención que se merece por el positivo valer, inspiración y genio de sus hijos.

Dejo aquí la pluma, no cansado, sino complacido por todo extremo, para no molestar la atención del lector con esta rápida excursión americana, basada en el hermoso libro del muy entendido director de *La Nueva Revista de Buenos Aires*, del inspirado autor de *Un invierno en Rusia*, que con sus obras ha emprendido la noble tarea de unir á los escritores hispano-americanos, de dar á conocer sus trabajos en Europa, y de contribuir con decisión á que se difunda por todos los ámbitos del Nuevo Mundo, en que se habla la lengua castellana, la cultura general y el amor á las letras. Su hoja de servicios, la lista de sus publicaciones, le acreditan de aguerrido y tenaz soldado de la civilización; y bueno es que así se haga constar y se manifieste, con mi sincero parabién, entre los lectores de la madre patria, por el órgano de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, la cual con verdadero empeño, y muy honrada, se ha ocupado y se ocupará en adelante de cuantos trabajos dignos de especial atención y merecida resonancia se deban al ingenio de nuestros hermanos del otro lado del Atlántico.

R. BECERRO DE BENGOA.

CERTAMEN.

La Asociación Literaria de Gerona, cumpliendo lo dispuesto en el art. 3.° de su Reglamento, ha resuelto la celebración del Certamen que corresponde al año actual, señalando el día 1.° del próximo Noviembre para la fiesta de la distribución de premios á los escritores laureados.

He aquí la lista de los principales premios:

Una escribanía y reloj de mármol y bronce, ofrecida por S. M. la Reina Regente (Q. D. G.) al autor de la mejor composición poética, prefiriéndose en igualdad de mérito la que sea de carácter histórico.

Un objeto de arte, dádiva del M. I. Sr. Gobernador Civil de la provincia D. Andrés García Gómez de la Serna, á la mejor poesía en décimas castellanas dedicada á La Unidad de España.

Otro objeto de arte que ofrece el Excmo. Sr. General de la primera división del cuarto cuerpo de ejército, gobernador militar de Gerona, D. Juan Salcedo, al autor que mejor desarrolle el tema: «Influencia de la mujer en el hogar, en el pasado, en el presente y en lo porvenir.»

Una mesita, de mate, del Japón, oferta del Excmo. Sr. Don Luis Roig de Lluis, al autor del mejor trabajo sobre el tema: «Higiene local.»

Dos artísticos jarros de barro del Excmo. Sr. D. Emilio March, al autor de la mejor composición, en prosa ó verso castellano, sobre Montjuich de Gerona.

Una pluma de plata, oferta del Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de la diócesis D. Tomás Sevilla y Gener, al autor del mejor juicio crítico de la obra titulada: *Paralipomenon Hispaniæ*, atribuída al cardenal-obispo de Gerona Juan de Margarit.

Un objeto de arte, que la Excma. Diputación provincial ofrece al autor de la mejor poesía, de carácter histórico ó tradicional, referente á esta provincia.

Un ejemplar de la obra *I quatri poeti italiani*, edición y encuadernación de lujo, y cuyo libro contiene, en su primera hoja en blanco, una dedicatoria autógrafa del insigne hombre público D. Nicolás María Rivero á su amiga la célebre artista, esposa del general Milans del Bosch, oferta del M. I. señor delegado de Hacienda de la provincia D. Protasio G. Solís, al autor que desarrolle el tema: «Idea de las mujeres célebres gerundenses que fueron desde los tiempos antiguos hasta nuestros días.»

Una medalla de plata, que dedica el Excmo. Ayuntamiento de la capital al autor de la mejor monografía de interés para la historia de Gerona.

Un diploma de Socio de mérito de la Económica Gerundense de Amigos del País, libre de gastos, y medalla que usan como distintivo los individuos de dicha Sociedad, que la misma ofrece al autor de la mejor Memoria, en lengua castellana, acerca de cualquiera de los ramos de la agricultura, industria ó comercio, aun cuando comprenda sólo un período de su historia.

Un objeto de arte, oferta del Excmo. Sr. D. Fernando Puig y Gilbert, senador del reino, á la mejor comedia catalana ó castellana, en prosa ó en verso, en un acto.

Un vaso de cristal de Bohemia ofrecido por el Sr. Conde de Serra y Sant-Iscle, al autor de la mejor reseña histórica sobre la villa de Torroella de Montgrí, ó de cualquiera otra población del distrito electoral que representa.

Un objeto de arte, que el M. I. Sr. D. Antonio Comyn ofrece al autor de la mejor composición, en verso ó en prosa, dedicada al *Castillo de Farnés* (Santa Coloma).

Otro objeto de arte, oferta del Excmo. Sr. D. Pompeyo de Quintana, al autor de la mejor Memoria histórica sobre la ciudad de Ampurias.

Dos jarrones dorados y jaspeados, de los Excmos. señores Conde de Casal y Marqués de Aguilar, al autor del mejor trabajo que desarrolle el siguiente tema: «La tradición y el derecho dan á Gerona el dominio ó propiedad sobre sus murallas, como lo confirma ante la Historia su heroismo y lealtad en defenderlas.»

Y otros, que la falta de espacio no nos permite mencionar.

Las condiciones del certamen son parecidas á las de uso en estos casos. El plazo para la presentación de los trabajos termina el 8 de Octubre próximo.—X.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Gramática de la Lengua castellana, explicada con arreglo á un nuevo plan, por el profesor de idiomas Alfredo Carricaburu.

En esta obra está expuesta, con buen método y mucha claridad y precision, la estructura de la lengua castellana, á cuya enseñanza, así como á la del francés y el inglés, se dedica su autor en la Isla de Cuba

Del mismo Sr. Carricaburu hemos recibido otros dos libros muy notables: un *Compendio de Gramática castellana*, extracto de toda la doctrina contenida en el anteriormente mencionado, y *Los verbos castellanos*. Esta obra y la *Gramática* han sido declaradas de utilidad para la enseñanza por el Capitán General de Cuba, según dictamen de la Junta Superior de Instrucción pública.

Memoria de Mindanao, por D. Julián González Parrado, general de brigada.

Con mucho gusto hemos leído este libro del general Parrado, no sólo por el amor que á esta clase de estudios tenemos, sino tambien por ser tan de momento cuanto atañe á Mindanao, y por la notable circunstancia de que el autor es jefe de las fuerzas de operaciones en aquel teatro de la guerra.

No podemos dar aquí opinión razonada sobre la *Memoria*, porque nos lo veda la índole de estas notas bibliográficas, en las que no cabe un verdadero juicio crítico, y por eso nos limitaremos á resumir en pocas palabras el concepto que de ella hemos formado después de rápida lectura.

La descripción geográfica de la isla es clara y sobria, sin que en ella se adviertan noticias innecesarias para el conocimiento del grave problema militar y político que el autor expone después. En la geografía militar se observa dominio de la materia y la misma sobriedad ya dicha, la cual es mérito que se encuentra en toda la obra y que, por lo poco vulgar, llama la atención del lector.

Expone también el Sr. González Parrado un plan completo de ocupación de la isla y de campaña para la conquista de la laguna de Lanao y reducción de sus habitantes, del que nada podemos decir, no sólo por falta de espacio, sino de competencia. Pero sea cual fuere el valor estratégico de dicho plan, es lo cierto que el haberlo pensado y el publicar un trabajo sobre la importante isla de Mindanao son por sí solos motivo de aplauso, porque tan olvidados estamos en España de las cosas que más nos interesan, y tan apocados nos tiene ese inexplicable descuido, que la ignorancia más supina reina sobre el particular, aun entre muchos que presumen de doctos, y tras esa ignorancia viene la idea de que aquel territorio sólo sirve para darnos disgustos, y debemos abandonarle. Esta vergonzosa (y desvergonzada) idea la hemos oído á más de un personaje, con escándalo de muy pocos, indiferencia de los más y sentimiento de muchos. Á éstos sale al paso el general González Parrado, diciéndoles que solo piensan así por falta de estudio; en lo que tiene razón sobrada

En suma, el libro es de provechosa é interesante lectura.

La Providencia de Dios y el Nuevo Mundo. Recuerdo que dedica a la provincia de Puerto Rico, con motivo del cuarto Centenario de su descubrimiento, el presbítero doctor D. Domingo Romeu y Aguayo, arcediano de la catedral de San Juan de aquella isla, capellán de honor y predicador de S. M.

Las pocas, pero elocuentes páginas de este folleto, contienen un caluroso y erudito alegato en favor de la intervención de Dios en la Historia, y señaladamente en el descubrimiento del Nuevo Mundo. El autor glorifica á Colón, considerándole como enviado de la Providencia para realizar la inmortal empresa del descubrimiento, y reclama para la Iglesia la gloria de madre y auxiliar poderosa del gran descubridor.

Véndese el folleto al precio de 50 centavos, y el Sr. Aguayo destina el producto de la venta á la adquisición de un nuevo camarín para la imagen de Nuestra Señora, que se venera en la santa iglesia catedral de que es arcediano.

G. R.



JAPÓN. — SIKAN-GAKKO Ó ACADEMIA DE INFANTERÍA, CABALLERÍA Y ARTILLERÍA.

¿QUIÉN VELA? ¿QUIÉN DUERME?

En cierta prisión yace un convicto, tendido en su estrecha cama de hierro. Ha sido sentenciado á muerte, y sin embargo descansa allí, cubierto por una tosca manta, y durmiendo tan profundamente y con tanta tranquilidad como un chico de la escuela que estuviese cansado. De vez en cuando el vigilante de la galería observa á través de los barrotes de la celda, y halla que su preso respira profunda y regularmente. Es que el hombre ha quebrantado la ley que prohibe el asesinato, pero no ha quebrantado las leyes por que se rige su propio cuerpo, y por eso la Naturaleza le ha recompensado como si hubiese sido el más noble de todos los de su raza.

Aquella misma noche, y á menos de una milla de distancia, un hombre rico se agita sobre su lujoso lecho. Era un miembro de la sociedad bueno y útil, y sin embargo no podía dormir. Todavía peor; pues aquello le sucedía casi todas las noches. El sueño, esa felicidad de que el Psalmista dijo que «Dios la concede á sus escogidos», era casi desconocida para aquel hombre. ¿Qué era lo que le aquejaba? ¿Los remordimientos de conciencia? ¿La falta de dinero? ¿El miedo á sus enemigos? Nada de eso. Pues, entonces, ¿por qué no dormía tan bien como el convicto? Examinemos con cuidado el asunto, y lo sabremos.

Poseemos una carta, de la cual, en un principio, no extraeremos más que tres párrafos:

«Hará como cosa de cuatro años —dice el que la escribe—me desperté repentinamente una noche. Apenas podía tomar aliento. El corazón me daba tales saltos, que creí que se me iba á romper.»

Ahora bien, ¿qué es lo que aquejaba á nuestro amigo? Podía haber tenido una pesadilla; podía haber sido desvelado por un ruido fuerte y repentino; pero no era nada de eso en su caso, y aquel incidente pudo haber terminado de un modo fatal. ¡Cuántos parten desde este mundo al otro—mediante uno de esos misteriosos decretos—en sólo cinco minutos, y son hallados á la mañana siguiente fríos é inmóviles en su lecho! ¿Y cuál es la razón?

La carta continúa así: «Creía á cada momento que había llegado mi última hora; se envió inmediatamente por un médico, y éste me administró una medicina que me alivió por corto tiempo; pues al cabo de pocas horas los dolores volvieron más fuertes que nunca, aquellas terribles sacudidas del corazón, y aquel terrible batallar para no ahogarme.

»Eran á veces tan agudos los dolores, que creí que iba á volverme loco, y me sentía inclinado á morderlo todo, como lo hace el hombre presa de un violento ataque de rabia.

»Por lo que se refiere á mis negocios, me vi obligado á abandonarlos por completo, pues la postura sentada que uno se ve precisado á adoptar delante de un escritorio, agravaba mi dolor, como podéis imaginar que había de hacerlo. Así, pues, no podía asistir á mi oficina.

»Estaba siempre cargado de medicinas que tomaba cada dos horas, y había gastado una fortuna en médicos, consultas y medicamentos, sin ningún resultado.

»Una tarde, después de haber sobrellevado por tan largo tiempo esta enfermedad, de haber resistido tanto dolor, y de haber tomado tantos medicamentos sin alivio alguno, se me presentó en casa la bienhechora Providencia, en la persona de un amigo mío, el cual me instó vivamente para que desde luego recurriese al Jarabe Curativo de la Madre Seigel. Pero resistí, objeté, y dije que no tendría más efecto que el que habían tenido las demás preparaciones y sustancias que había venido tomando.

»Sin embargo, mi amigo me metió el Jarabe en la cabeza, y cedí. Procuróme una botella, y me hizo tomar como el contenido de una cucharilla de té; mas no por ello tuve confianza; cuando, en menos de media hora, ¡oh alegría! mi dolor disminuyó. En un principio seguí tomando como una cucharilla de té cada dos horas, pero después de haber consumido dos botellas, lo tomé ya cada cuatro. Á la cuarta botella tomaba una dosis por la mañana, otra por la tarde y otra al irme á la cama; hasta que dejé de tomarlo, porque me hallé restablecido por completo.

»Le autorizo á usted á publicar esta carta si lo cree usted beneficioso para los demás, y doy á usted gracias, porque por medio de su Jarabe Curativo de la Madre Seigel me veo restituído á los goces y actividades de mi vida. De usted afmo. (Firmado): José González, viajante, Amaniel, 8, pral., Madrid; Agosto 14 de 1893.»

¿No es verdad que este caso parece increíble? Así sucede con todos los grandes resultados, hasta tanto que comprendemos las razones por que éstos vienen á obtenerse. Aquella horrible noche en que el Sr. González se despertó presa del terror y del sufrimiento, medio ahogándose, y palpitándole el corazón, lo mismo que si fuese un animal asustado, tenía un ataque repentino y fuerte—como es su naturaleza—de asma, y un desorden funcional del corazón. La lenta y oculta causa de esto era el veneno procedente de la indigestión y la dispepsia, de que se le había llenado la sangre, y que le había postrado el sistema nervioso, desde el cerebro al exterior. La única curación posible era la de expurgar el veneno y restablecer la normalidad en el vientre, el hígado y los riñones. Esta es la gran misión del Jarabe Curativo de la Madre Seigel, que alcanza tal poder de las raíces y hierbas de que está compuesto. Y si devuelve la salud, ¿qué le importa á nadie el misterio? Resultados, y no argumentos, son los que hacen falta.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de ese remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias, droguerías y expendedurías de medicinas del mundo. Precio del frasco, 14 reales: frasquito, 8 reales.

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

AÑO XXXVIII. MADRID, 15 DE SEPTIEMBRE DE 1894. NÚM. XXXIV.



LUIS FELIPE ALBERTO DE ORLEÁNS,

CONDE DE PARÍS.

Nació en Paris, en 1838; † en Buckingham (Inglaterra), el 8 del corriente.

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

El fallecimiento del Conde de París ocurrió en la mañana misma de la fecha de nuestra Crónica anterior, á los cincuenta y seis años de edad, en el Palacio de Stowe. Le dejamos moribundo: ya descansa en el panteón de Weybridge, encerrado en cuatro cajas, las dos primeras de plomo y madera, la tercera de roble y la cuarta de caoba: y selladas las interiores con las armas de Francia; en la exterior las armas de la familia, no sabemos si de Borbón ó de Orleáns, y rodeada de flores de lis, y en una placa de metal esta inscripción: «Luis Felipe Alberto de Orleáns, Conde de París, jefe de la casa Real de Francia, nació en París, el 24 de Agosto de 1838, y murió en el palacio de Stowe, el 8 de Septiembre de 1894.»

El cuádruple ataúd fué colocado sobre el catafalco, envuelto en la bandera tricolor, y no en la blanca que había presidido el nacimiento y la muerte del último Borbón. Y es que con la muerte del Conde de Chambord se extinguía una gran afirmación, mientras en el sepulcro del Conde de París podía colocarse, no una bandera tricolor, sino de todos los colores: tan difundida está esa rama por todos los países, que de ella puede decirse tiene nacionalidad cosmopolita.

No es para nosotros el difunto jefe de la familia ilustre y poderosa de Orleáns ni una celebridad europea de esas que por su gran superioridad intelectual se destacan é imponen como hombres eminentes; ni por la posición oficial y positiva que alcanzaron, ni como la representación clara de un derecho antiguo, que espera la época de su rehabilitación. Nieto de Luis Felipe, el rey de la revolución de 1830, había recibido de su padre, el malogrado Duque de Orleáns, como herencia política, el mandato de servir á Francia y á la revolución. Y esta representación democrática, que pareció haber aceptado por declaraciones públicas de esas que obligan y comprometen, no podía avenirse con el sospechoso, tardío é interesado reconocimiento de la legitimidad monárquica representada por el Conde de Chambord. Casi nos atreveríamos á sostener que los derechos de su hijo, el Duque de Orleáns, el nuevo jefe de la rama segundona de Francia, aparecen algo más simpáticos y purificados de su vicio original: á éste se le ha legado el legitimismo; no necesita desobedecer á un padre para representarle como por herencia natural: pudiendo también representar todo lo contrario inspirándose en el ejemplo de sus abuelos. No creemos que ha sido enterrado un derecho en el panteón de Weybridge, sino un personaje de sangre Real, de condiciones personales excelentes, de gran ilustración y laborioso, y que, como todos los Orleanes, conservaba ese sentido de raza que ya van perdiendo las familias nobles y que es una cohesión que multiplica su fuerza, persiguiendo colectivamente un mismo fin; una educación escogidísima, y un espíritu activo y discreto que sólo se desmiente cuando la proximidad de una corona aviva las impaciencias tradicionales de una familia que la suerte colocó á poca distancia del trono, y se ha sentido siempre con sangre de soberanos y capacidad para reinar.

¡La legitimidad! Palabra expresiva y que parece de significación clara y precisa, y es la que da origen á todos los pleitos humanos. Si la legitimidad monárquica de Francia fuera un derecho exigible, el litigio sería muy curioso, y acaso se limitaría á decidir cuál es el derecho menos prescrito. A nuestro juicio, la Providencia ha hecho, con la extinción de la raza en que radicaba el derecho Real francés, que recaiga la legitimidad en la República. Si Francia quiere volver á ser monárquica, su elección, como la del compromiso de Caspe en la monarquía aragonesa, daría origen á otra legitimidad tan buena como las mejores. A esa deben aspirar los Orleanes: entretanto, todo legitimista debe, en conciencia, servir al gobierno popular, fuente del derecho.

⁂

Pocas horas antes de morir en Inglaterra el Conde de París, moría en el nuevo local de la Academia Española el sabio anticuario y eminente literato D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe, bibliotecario de dicha corporación, anticuario en la de la Historia y de reputación universal en el mundo de la erudición; como si su vida hubiera estado vinculada en la casa tradicional de la calle de Valverde. Había cultivado con gloria los géneros literarios más difíciles: el teatro, escribiendo obras tan importantes como *La Ricahembra*, en colaboración con el ilustre Tamayo, y que se considera el mejor drama arqueológico de la escena española; el periodismo; la crítica literaria contemporánea, de que recordamos sus revistas en *La España*, y, si no estamos trascordados, firmadas con el seudónimo de *Pipí;* la erudición en sus ramos más difíciles, ilustrando los asuntos más remotos de la historia y geografía de la España antigua, descifrando y comentando los monumentos literarios de la época romana y visigoda, y de la Edad Media, como en su crítica del fuero de Avilés. Casi todos los periódicos publican listas muy incompletas de sus obras: acaso sea difícil hacer una íntegra: y para mayor dolor, algunos de sus eruditos opúsculos se imprimieron para una cortísima tirada, hoy de valor inapreciable: su biografía y bibliografía de Quevedo es un arsenal de noticias interesantes y desconocidas y un estudio magistral de la sociedad del siglo XVII.

Acusaron á D. Aureliano Fernández-Guerra de poco afecto á su siglo y enamorado de las épocas pasadas, hasta el punto de no ver la bondad de nuestros tiempos ni los defectos de aquellas: tal vez la crítica no sea del todo injusta: católico ferviente, no vivía á gusto en una edad descreída, y hallábase mejor evocando otras épocas que tendrían y tuvieron crímenes, delitos, infamias y vicios, pero en que había una afirmación moral y religiosa, como base social; y sentía que la ruina de ese fundamento desmoronaba el edificio de la patria. Con la muerte de don Aureliano han perdido todos los aficionados á las letras, no sólo un maestro del lenguaje castellano, sino un consejero y auxiliar para sacarles de dudas en asuntos difíciles de Historia literaria, y una selecta librería de obras raras y bien escudriñadas por su dueño, que poseía un arsenal de datos que comunicaba generosamente á cuantos solicitaban su concurso.

¿Se perderán esas noticias tan trabajosamente atesoradas? ¿Quedarán dispersas las obras de su talento, su erudición y su paciencia? ¿Qué destino tendrá su exquisita y envidiada biblioteca? Grandes y eruditísimos amigos ha dejado, que conocen la pérdida que con su muerte han sufrido las letras y las ciencias españolas, para esperar que no se malogre trabajo tan enorme y producción de tanto precio.

Terminemos en esta Crónica tanta necrología consignando el desgraciado fin del Marqués de Santa Cruz de Mudela, D. Alvaro de Silva, que atentó á su vida en la mañana del día 10, en su palacio de la calle de San Bernardino, contra lo que se esperaba de su nombre, de sus ideas religiosas y de sus antecedentes intachables; de tal modo, que sólo se puede achacar el suicidio á una perturbación mental, que Dios habrá perdonado en su gran misericordia.

⁂

Quisiéramos escribir crónicas risueñas; pero los hechos se imponen con su rosario de calamidades: tal puede considerarse el incendio en Zaragoza del artístico edificio conocido con el nombre de Casa de Zaporta, joya que visitaban todos los forasteros y enseñaban con legítimo orgullo los zaragozanos. Afortunadamente, parece que se han salvado el patio monumental y la escalera, dignos de un palacio de reyes; pero calcúlese en qué disposición habrán quedado esos restos aislados sin edificio que los proteja. No es posible que no acudan el Gobierno y las corporaciones en auxilio de esas joyas del arte arquitectónico.

⁂

El emperador Guillermo ha llamado al orden en un brindis á la nobleza alemana, haciéndola comprender que no es de infanzones de pro hacer la oposición á su Soberano, por defender intereses agrarios perjudicados por los convenios mercantiles. A juicio del Emperador alemán, la nobleza forma con el Soberano un cuerpo aristocrático del país, y es monstruoso la desunión del cuerpo y la cabeza. ¿Pero la aristocracia existe en Alemania realmente, fuera de las Guías oficiales? No lo sabemos. En España, sus posesiones han pasado á poder del usurero; la nobleza carece de comprobación oficial, y cada cual se adjudica la que quiere y nadie la disputa, porque no sirve para nada. Sólo en la transmisión de títulos hay alguna formalidad, por causa de los derechos que se satisfacen; y como la regularidad de la transmisión de apellidos es moderna, se puede decir que los títulos no tienen más aplicación que para adorno de las revistas de salones.

⁂

Los políticos se han ocupado estos días de la renovación de las Diputaciones provinciales; pero nosotros no haremos caso de esas monótonas elecciones: lo más pintoresco de que podríamos ocuparnos sería del batallón infantil de San Sebastián y de las fiestas en honor del marino donostiarra Oquendo: los curiosos deben acudir á las correspondencias que han publicado casi todos los periódicos diarios, si quieren enterarse mejor que lo harían por nuestras descripciones hechas de reflejo. Bástenos consignar, por lo que nos aseguran testigos presenciales, que la impresión producida por el batallón de niños, perfectamente instruído y disciplinado, fué conmovedora, por la gracia y marcialidad de su apostura y movimientos y la seriedad con que representaban su papel. Y la verdad es que da lástima disolver un cuerpo tan brillante, que sirve á la vez á los muchachos de juego, de ejercicio y de utilidad para el día de mañana, toda vez que la mayor parte de ellos habrán de aprender en el ejército lo que hoy van á olvidar. ¿No habría medio de permitir que el batallón continuase reuniéndose los domingos y dando paseos militares en vez de jugar al toro?

La palabra toro nos traslada mentalmente á Francia, y á la finca en que un opulento y caprichoso joven, Mr. Max Lebaudy, dió á sus amigos, privadamente, una corrida de novillos de muerte, que presidió el anfitrión vestido de flamenco, con sombrero cordobés, chaqueta, pantalón ceñido y faja. Los periódicos de París hicieron las revistas de toros, de las cuales se desprende que aquello, más que lidia, fué una carnicería de reses y un caballo, pues no agradando la suerte de pica, dejaron de suministrar víctimas á la fiereza de los novillos. Los franceses, á decir verdad, hallaron cruel y repugnante el espectáculo, si bien le apuraron hasta el fin; y como peritos y definidores de todo lo que se presenta ante su vista, dedujeron, como filosofía del toreo, que hay una superioridad muy grande en las cuadrillas que envuelven y marean al toro con sus capas, dejando entrever que no hay grande peligro para el hombre, por no ser iguales las fuerzas. Quisiéramos ver á la redacción entera del *Temps* mareando con la superioridad de sus capas á un toro de Veragua: quisiéramos poder darle una estadística de las víctimas que producen anualmente los toros embolados y los novillos de los pueblos. Si hay superioridad y ventaja en las cuadrillas, ésta la da el arte; pero siempre con gran riesgo de vidas. Como no defendemos ni atacamos el espectáculo, por pertenecer á otro género literario, sólo debemos hacer la anterior aclaración, para que si los franceses juzgan que es una pura farsa, sepan que están de medio á medio equivocados: será brutal, pero es terrible, y se necesita para ejercitar ese oficio mucho corazón. La Sociedad Protectora de Animales, que no pudo impedir la corrida, ha denunciado ante el Procurador ó Fiscal de la República á Mr. Max Lebaudy, por violador de la ley de 2 de Julio de 1850, que prohibe los actos crueles contra los animales domésticos, añadiendo que el toro es considerado como tal, según la jurisprudencia sentada por los tribunales.

⁂

Los esfuerzos de la Sociedad Protectora de los Animales han hecho en Francia que se declare al toro animal doméstico. ¿Creerán esos dignos individuos que los toros de nuestras ganaderías son como esos leones que permiten en su jaula á los peluqueros de Francia afeitar al domador?

¿Conque animales domésticos? No es extraño, con esas teorías, que crean el toreo exento de peligros. Vengan á hacer el apartado en nuestras plazas. Era cosa de enviarles un par de toros de Veragua para ver si pueden vivir con ellos en familia.

—¿Viene usted á San Sebastián para ver maniobrar el batallón de niños?

—No necesito viajar para ver esos soldados de tamaño reducido. No hay sino irse á donde hacen el ejercicio los soldados, y mirarlos con los gemelos de teatro vueltos del revés.

—Los ferrocarriles han sido un adelanto: hoy nos parecen lentos para viajar. Han envejecido.

—Lo malo es que envejecerán materialmente, y se harán cada vez más peligrosos.

—¿Lo cree usted así?

—Tendrán la muerte de los héroes: morirán matando.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

NUESTROS GRABADOS.

LUIS FELIPE ALBERTO DE ORLEANS, CONDE DE PARÍS.

Stowe-House, casa próxima á Buckingham en que ha muerto este príncipe.

El Conde de París era nieto de Luis Felipe el rey de Francia destronado por la revolución de 1848, y había nacido en la corte, el 24 de Agosto de 1838. Era, por tanto, muy niño cuando se vió condenado á destierro, en la dura escuela del cual se educó, viajando y aprendiendo mucho. En la guerra civil de los Estados Unidos estuvo al servicio de los federales, juntamente con su hermano el Duque de Chartres, y en diversas ocasiones dió muestras de ser soldado animoso. Cuando volvió á Europa, dejó la espada por la pluma, y dióse á estudiar las cuestiones sociales y la crisis obrera, escribiendo dos libros de no escaso mérito: *Las asociaciones obreras en Inglaterra* y *La situación de los obreros en Inglaterra*. También escribió una *Historia de la guerra civil de América*.

Muerto el Conde de Chambord, la representación de la Casa de Francia pasó sin contradicción alguna al de París, á quien desde entonces se consideró como cabeza de los monárquicos tradicionalistas de la nación vecina.

En 1886 fué expulsado de Francia, como todos los demás pretendientes á la Corona, y desde entonces vivió casi siempre en Inglaterra. Era de buen carácter, honrado y leal, de suerte que sus mismos enemigos le respetaron y estimaron. Su retrato va en la primera página de este número.

El magnífico edificio llamado *Stowe House*, en que ha fallecido el Conde de París, está á 112 kilómetros de Londres, en las cercanías de Buckingham, villa perteneciente á los ilustres Duques de este nombre. Los Duques habían alquilado al Conde de París este palacio por 80.000 pesetas al año.

Aun siendo de tanta importancia el alquiler, no puede considerarse desproporcionado á la suntuosidad y grandeza del edificio. *Stowe-House* es grandísimo, de mucho mérito arquitectónico y lleno de comodidades. Es de estilo neogreco, siendo las mejores fachadas la del Norte y la del Sur. Es particularmente notable el pórtico de la última, al que se sube por una monumental escalera de treinta peldaños (primer grabado de la pág. 156). El interior es regio, sobre todo los salones de recepción y de música y la Biblioteca, que contenía muchos miles de tomos y que estaba adornada con gran severidad (grabado segundo de la plana citada). El Conde de París, que, según hemos dicho, era muy estudioso, pasaba gran parte del día en esta sala, que fué en realidad su despacho.

El parque de *Stowe-House* es magnífico y ocupa 350 hectáreas, ó sea cerca de diez veces la extensión del Campo del Moro.

⁂

EL BATALLÓN INFANTIL DE SAN SEBASTIÁN.

La más nueva y quizás la más bonita de las fiestas que este año ha celebrado la hermosa capital de la hermosísima Guipúzcoa, fué sin duda la gran revista ó parada del batallón infantil el sábado 8 del corriente en la plaza de Toros.

A las cuatro en punto, con militar puntualidad, salió el batallón á la plaza, rompiendo la marcha la escuadra de gastadores, mandada por el cabo Ortega, un guapo muchacho cuyo retrato tenemos el gusto de publicar en la página 157, juntamente con el del apuesto gastador Domingo Ruiz Dana. Detrás iba la banda de tambores y cornetas, y la música dirigida por Guillermo Múgica. A todos los veteranos de la banda de tambores retratamos en el primer grabado de la página citada, y en el último á lo más lucido de la plana mayor, donde conocerán nuestros lectores al bravo teniente coronel Ignacio Roca, al bizarro comandante Antonio Martí montados en fogosos corceles, al abanderado Valle y otros cuyos nombres sentimos no saber, pero que sin duda serán con el tiempo ilustres y famosos. Debemos las fotografías de que han sido tomados nuestros grabados á la amabilidad del notable aficionado Sr. Melgarejo.

El uniforme del batallón es el de miqueletes, tan airoso y tan cómodo, y el fusil Mauser, mostrándose en esto los niños donostiarras algunos años más adelantados que nuestros soldados de infantería, armados aún con el Remington, venerable antigualla de probada ineficacia frente al armamento moderno. La revista mostró también que la instrucción militar de los soldaditos era completa, verdaderamente completa. Al toque de atención siguieron las voces de mando del jefe, dadas con voz clara y fuerte, y cumplidas con admirable precisión. Formaron en columnas desplegadas, presentaron armas, hicieron ejercicios de manejo del arma, muchas evoluciones, y esgrima contra infantería y caballería, y todo admirablemente bien en medio del general entusiasmo que se desahogaba de cuando en cuando en aplausos ruidosísimos.

Siguióse un *aurrescu* bailado por diez miqueletes y doce niñas, y la fiesta terminó con diversos himnos muy bien cantados y bonitos. San Sebastián está muy contento de su batallón de miqueletes, y en verdad que le sobra razón.



MANIOBRAS DE LOS PRINCIPALES EJÉRCITOS EUROPEOS.

Importancia de la guerra y cuidado con que atienden á su ejército las naciones más poderosas. — Maniobras de fortaleza en Francia. —Maniobras en Alemania.—Nuevo modo de pasar un río.—Importancia estratégica de la caballería y empleo de esta arma.— Socorros á los heridos.— Sistemas de señales. — El nuevo fusil italiano.

Hace veinticinco años había gran cantidad de filósofos y políticos románticos que predicaban el fin de las guerras y el imperio del derecho puro, sin mezcla de fuerza. Tenían su centro en París; Víctor Hugo era el gran poeta de sus doctrinas, y llenaban de discípulos el mundo, y más que ninguna otra parte del mundo, nuestra España, á la sazón removida de arriba abajo por mil exóticas novedades. La guerra del 70 al 71 fué el desengaño de esta gente, costando á Francia aquella superioridad militar en que todos creían, y que ella tenía por incontrastable. Callaron los apóstoles de la paz universal, enmudecieron los cantores de la fraternidad de los pueblos, y comenzaron á trabajar con nunca vista diligencia los inventores de armas, de pólvoras y de sistemas de fortificación, y en vez de discursos llenos de candorosas teorías históricas y etnográficas, compusiéronse planes de ataque y defensa de grandes Estados. La nación vencida comenzó contra Alemania vencedora otra lucha secular como la que sostuvo contra España desde Carlos I hasta Carlos II, guerra en la que no se trata de progreso, de civilización, de la tranquilidad de Europa, ni de ningún interés que no sea el que cada uno de los adversarios tiene de vencer al otro y humillarle. Por eso crecen de año en año los ejércitos, se perfeccionan las armas y se mejoran la táctica y la estrategia, ejercitándose en la guerra franceses, rusos, alemanes, italianos y austriacos, que sacan al campo grandes ejércitos para ver si la podrán hacer según las reglas más sabias recientemente descubiertas.

Los españoles, que vivimos apartados de tales contiendas, y que quizás estamos en el error (ó están la mayor parte) de que así hemos de seguir mientras no determinemos otra cosa, debemos prestarlas más atención que hasta aquí, porque nadie puede calcular qué sorpresas hemos de padecer en el curso del tiempo, y si fuesen (que bien podrían ser) más amargas que agradables, lo que hayamos aprendido con el ejemplo ajeno, eso nos valdrá de mucho, y lo que ignoremos podrá convertirse en riguroso castigo de nuestro descuido. Tanto por esto, cuanto por la gran novedad que tienen tales ensayos guerreros, les concedemos mucha parte de este número, convencidos de que nuestros lectores hallarán motivo de agradable esparcimiento, y aun de algún estudio, en los grabados que publicamos y en la breve explicación que les acompaña.

———

Sin exageración puede decirse que casi todo el ejército francés ha maniobrado en este mes de Septiembre, pues además de las llamadas maniobras grandes, que han sido las de los cuerpos 4 y 11 y que el general Galliffet ha mandado, hay que contar las de los cuerpos 6 y 7, las del ejército territorial de París, y las de defensa del campo atrincherado de esta ciudad, sin otras de menos importancia. De todas, nos ha parecido la última la más digna de atención, por las razones que diremos con toda brevedad.

El mayor poder de los cañones ha trastornado de tal modo la eficacia defensiva de las antiguas plazas, que, sin duda alguna, las más fuertes y de más recias murallas son hoy del todo inútiles y se hallan á merced del sitiador. El primer efecto de los cañones rayados y cargados por la culata (tal como los tenían los prusianos en 1870) fué acabar con ellas, dejándolas de simples obras militares en monumentos históricos. Entonces se empezó á emplear el sistema de fuertes avanzadas, que se levantaron en aquellos sitios de la comarca desde donde mejor se podía defender la ciudad, procurando que fuesen lo más bajos y disimulados posible, para ofrecer menos blanco al fuego del enemigo. De este arte se hicieron las colosales obras defensivas de la frontera del Este de Francia y las no menos colosales del campo atrincherado de París, digno por sus dimensiones (140 kilómetros) de la tan grande cuanto inútil muralla de la China. Pero aun progresó más la artillería, ayudada en los últimos diez años por los nuevos explosivos, y se vió que había pocos ó ningún sitio seguro contra ella. Abandonóse por completo la defensiva pura, á la que podíamos llamar pasiva, y se ha establecido como verdad averiguada que la mejor es la defensiva ofensiva ú ofensiva-activa, la cual se ha de entender de este modo: en una zona con la debida anticipación estudiada (en la guerra moderna la anticipación ó preparación es circunstancia indispensable para vencer) estarán reunidos cuantos medios defensivos requiere un gran campo atrincherado, al cual, llegado el caso, se acogerá, no una guarnición, como en otro tiempo se hubiera hecho, sino un ejército entero y verdadero, que podrá repararse á su abrigo teniéndole de base de operaciones, y, si se presenta ocasión favorable, embestir al enemigo y desbaratarle. Las obras defensivas serán poco ó nada visibles; la artillería se dispondrá de modo que el propio terreno la cubra, para que pueda hacer daño á la contraria antes que ésta la desenmascare, y de parecido modo estará colocada la infantería. De suerte que en todo ha de conocerse el propósito de ofender siempre que se pueda, y de defenderse aprovechando cuantos medios sea posible, según las circunstancias, no dejando una posición si no es para ocupar otra á retaguardia, ya convenientemente preparada, hasta llegar á las obras permanentes de defensa, ante las cuales se hallará tanto más quebrantado el enemigo cuanto más tenaz y mejor dispuesta haya sido la resistencia que se le fué oponiendo en las primeras líneas.

En las maniobras francesas supónese que un cuerpo de ejército invasor marcha sobre París por Soissons y Meaux, esto es, por la cuenca del Marne, y que el Gobernador del campo atrincherado envía contra él todas las tropas que tiene disponibles para que defiendan las diferentes posiciones en que podrán resistirle con ventaja. La primera línea fué la de alturas entre los arroyos de Gergogne y Therouane, afluentes de dicho río Marne por su margen derecha. No bastando á contenerle las fuerzas de la defensa, pasaron á ocupar una segunda línea á 10 ó 12 kilómetros á retaguardia de la primera, y de ésta á la que se apoya en el Marne y el canal del Ourq, delante de Vaujours y Chelles. Algunas campañas famosas ha habido en estos parajes, y de todas la más interesante para españoles, quizás es la más ignorada por ellos: la del insigne Alejandro Farnesio, al frente de nuestros tercios de Flandes, contra Enrique IV de Francia. Para que el recuerdo sea más oportuno, hasta han coincidido las fechas de la marcha de los españoles sobre París con las de estas maniobras.

El 5 del corriente ocupaban los dos cuerpos franceses sus respectivas líneas, separados por el barranco de Gergogne, no lejos de Meaux: y á fines de Agosto de 1590 cruzaban nuestros soldados dicho barranco y entraban en la ciudad. Enrique IV, que tenía muy apretada la capital, cuya defensa dirigía D. Bernardino de Mendoza, embajador de Felipe II, quedó muy cuidadoso de la llegada de los españoles, y luego imaginó que sin darles batalla no podría continuar el sitio. El maestre de campo D. Antonio de Zúñiga tendió un puente sobre el Marne, frente á Condé, por el que pasó la mitad del ejército, mientras la otra mitad siguió caminando por la orilla derecha hasta ponerse delante de Lagni, antes y después de la cual se hicieron dos puentes de barca para seguridad y comodidad de las dos partes del ejército y mejor ceñir la villa. Del 29 al 30 de Agosto movióse Enrique IV con toda su gente para salir al encuentro de los nuestros, y vino á establecer su campo en Chelles, en la que todavía es hoy línea principal de defensa de París por esta parte. Hubo muchas demostraciones y escaramuzas entre españoles y franceses, y aunque no vinieron á batalla formal, los franceses, como menos sufridos, llevaron la peor parte, pues Farnesio tomó á Lagny de asalto á la vista de ellos (de Chelles á Lagny hay cinco kilómetros y medio), sin que se atreviesen á estorbárselo. Enrique IV tuvo que retirarse y deshacer su ejército, y Farnesio entró en la corte francesa á primeros de Octubre, después de haber ganado la fuerte plaza de Corbeil. De estos gloriosísimos sucesos de nuestras armas se cumplen trescientos cuatro años en el corriente mes de Septiembre. El 9 se retiró Enrique IV delante de Farnesio, y el 22 levantó éste el campo para ir sobre Corbeil y París.

En las maniobras francesas que acaban de terminar suponíase que el invasor llevaba de vencida á las tropas de la defensa hasta la línea Chelles-Vaujours, es decir, la que tuvo Enrique IV en el caso referido. Tan cierto es que en la guerra hay pocas cosas nuevas, y que el que sabe cómo la hicieron otros, tiene mucho adelantado para saberla hacer él. El enemigo emprende el sitio y bombardeo de Vaujours, hasta que los sitiados reciben tropas de refresco, salen y le desbaratan, obligándole á retirarse. Ha dirigido las maniobras el general Saussier, gobernador militar de París. El cuerpo de ataque le mandaba el general Giovannelli, y le formaban dos divisiones de infantería, una brigada de caballería, cuatro grupos de tres baterías montadas y las tropas especiales para el sitio, á saber: nueve baterías de artillería de á pie, dos secciones del parque, un destacamento de obreros, seis compañías de ingenieros, una sección de aerostatos de campaña, una sección telegráfica de línea y un equipo foto-eléctrico. La artillería de sitio tenía en total 24 baterías.

Mandó el cuerpo de defensa el general Coste: le componían dos brigadas de infantería, tres baterías de artillería, ingenieros y tres escuadrones de caballería. Las tropas especiales de la defensa fija eran siete baterías de artillería de á pie, una sección del parque, tres compañías de plaza de ingenieros del 5.º regimiento, una sección de aerostatos de plaza, un grupo de telegrafía de fortaleza y un equipo foto-eléctrico.

Además de los supuestos estratégico y táctico, había en estas maniobras otra particularidad de mucho interés, que era el ensayo de la táctica nueva impuesta por el fusil de repetición y pólvora sin humo. De ella dará una idea á los lectores el grabado segundo de las páginas 160 y 161. El primero reproduce uno de esos pintorescos grupos de soldados que se forman siempre en los momentos de descanso, y que ofrecen mayor interés en el ejército francés que en ningún otro, porque en él es clásica la afición del *troupier* á hacer la *soupe*.

———

No puede decirse de los alemanes que duermen sobre los laureles de las victorias que han conseguido, antes el contrario, parece que aquellas glorias les han avivado el deseo de otras, si el caso llega. Pero sucede que trabajan con menos ruido que los franceses, y que á España apenas llega noticia de lo que en Alemania se hace.

Las principales maniobras alemanas han sido este año en la Prusia Oriental, en aquellas dilatadas llanuras que van de las orillas del Báltico á la frontera rusa y que sirvieron de último asilo á los soldados prusianos cuando la invasión francesa. Los cuerpos movilizados han sido el 1.º y el 7.º También ha habido en Thorn maniobras de fortaleza, como en París.

El Estado Mayor alemán se cuida, más que de nada, de la movilización y transporte de tropas y de cuanto se refiere al buen servicio de las comunicaciones en campaña, convencido de que este es el nervio de la guerra. Hace pocas semanas ha mandado construir la Administración Militar 3.750 vagones de ferrocarriles, que, con los que ya existen, sumarán 355.233 carruajes destinados al transporte de tropas. Como toda aquella parte de Europa que va desde el canal de la Mancha hasta el corazón de Rusia está cortada de muchos y caudalosos ríos, procura tener dispuesto lo necesario para cruzarlos y á las tropas muy prácticas en el modo de hacerlo. En nuestro grabado sexto damos muestra de uno de los medios que pueden emplear y del que se han hecho recientes pruebas. Los regimientos de caballería llevan lanchas muy fáciles de transportar y de armar. Compónense de un esqueleto de madera sumamente ligero y que se cubre de una tela impermeable, con la circunstancia de que el esqueleto se pliega como las hojas de un libro, de modo que con la mayor facilidad puede llevarse á cualquier distancia, después de doblado y separado en sus tres partes: delantera, central y posterior. Llegada la caballería á orillas de un río, y teniendo que pasarle sin haber vado ni puente, en pocos minutos pueden estar armadas, cubiertas y botadas al agua las barcas. Dentro de cada una caben seis soldados y todo el armamento y las monturas. Estos mismos soldados llevan cogidos del diestro á los caballos, los cuales, nadando, conducen la barca á la opuesta orilla. Si hay que transportar un cañón, únense dos lanchas, y si hace falta improvisar un puente, basta unir las necesarias para que tomen todo el río, de orilla á orilla, aunque su anchura sea tanta como la del Oder y el Vístula en muchos parajes.

Quitar ó poner una comunicación suele ser, en tiempo de guerra, cosa de tanta importancia que de ella dependa ganar ó perder una gran batalla. Para esto, no menos que para la exploración del terreno, se emplea hoy la caballería, cuya importancia táctica ha bajado tanto cuanto subido la estratégica.

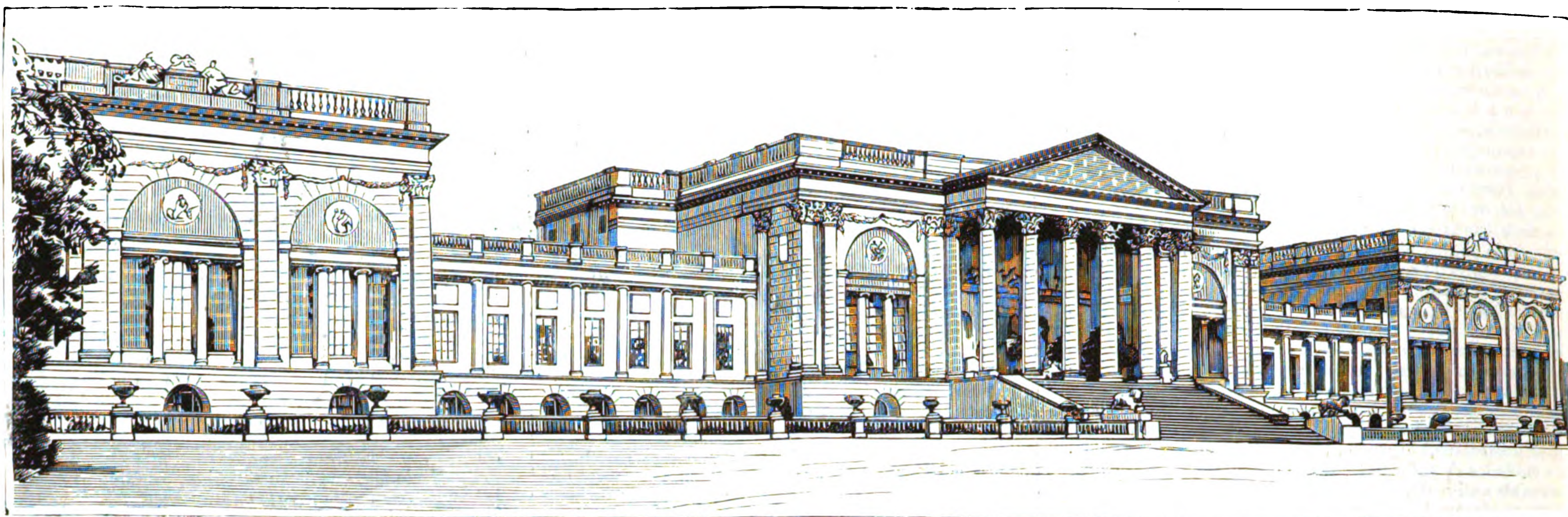
En Alemania acaba de hacerse una prueba notable del empleo de ésta, para poner una línea telefónica. Salieron de Berlín un teniente y dos sargentos de hulanos, al mismo tiempo que otro teniente con otros dos sargentos salían de Postdam. Uno de los sargentos de cada grupo llevaba arrollado al cuerpo, á modo de carrete, el hilo correspondiente (15 kilómetros), y en cuatro horas quedaron puestos y pudieron funcionar 30 kilómetros de línea telefónica. Nuestro último grabado de la página citada muestra, con toda claridad, cómo se hizo la operación.

Opuestas á ella son las de la caballería rusa que publicamos también. Los alemanes tienen sobre los rusos la ventaja de que ponen en marcha en ocho días tanta gente como aquéllos en ocho semanas, y no hay otro medio de combatir esta ventaja que cortarles, en el más breve tiempo posible, la mayor suma de telégrafos y vías férreas. Para esta empresa (no tan sencilla como algunos suponen) cuentan los rusos, según dicen sus amigos los franceses, con lanzar sobre el territorio alemán innumerables jinetes, que colocarán cartuchos de piroxilina y de otros explosivos en los rails. Y como estas naciones no dejan las cosas para mañana, la caballería rusa, sobre todo la de Polonia, se ejercita en poner esos cartuchos, los cuales se han de colocar á pequeña distancia unos de otros, y mejor que en ninguna otra parte, en las curvas, donde son de más provecho, según parece. Por si no bastan, los dragones (cuarto grabado) deben llevar á la grupa, cuando el caso lo requiera, un soldado de ingenieros con los pertrechos necesarios para abrir zanjas, levantar trincheras, etc., etc. (noveno grabado).

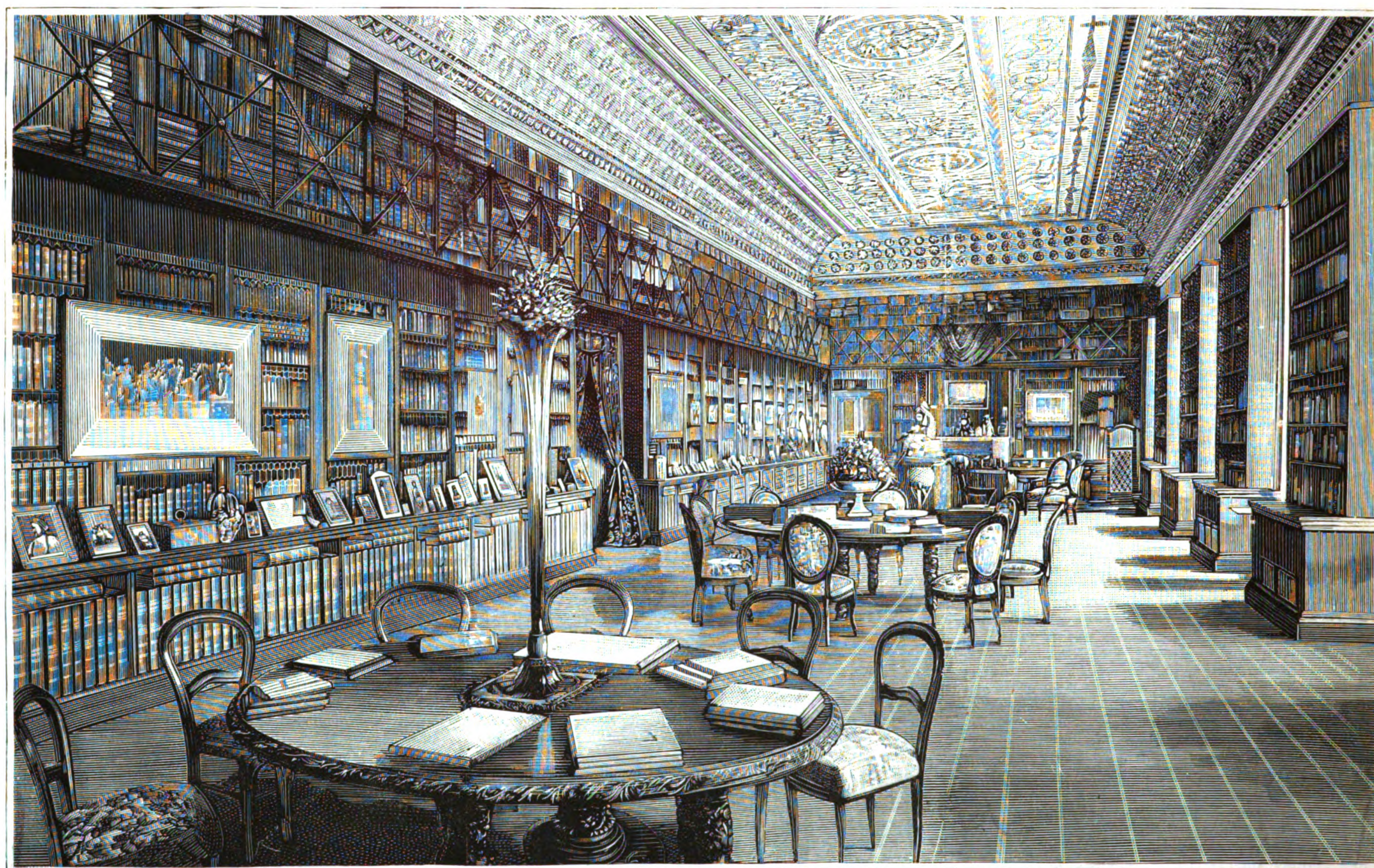
Con las nuevas armas y con el desmesurado aumento del número de combatientes, el de los muertos y heridos será grandísimo en breves instantes. ¿Cómo enterrar á unos y socorrer á otros con rapidez? Los alemanes están preparados para este caso, de suerte que pueden emplear en el transporte de heridos, además del número casi infinito de vagones que destinan á la movilización, los coches de punto, los tranvías y los carros de los servicios de incendio de todas las aldeas, villas y ciudades. En nuestro grabado tercero reproducimos una de las pruebas de transportes de heridos por el servicio de incendios de Berlín, hecha por individuos de la Cruz Roja alemana.

Previénese el caso de tener que emplear el telégrafo óptico cuando esté cortado el eléctrico ó cuando no pueda tenderse el de campaña por falta de soldados con que protegerle. En las maniobras austriacas de Galitzia se han hecho notables ensayos de este sistema (grabado séptimo). En Rusia se ha probado el empleo de la luz de magnesio, consiguiéndose señales visibles hasta 30 kilómetros, y en circunstancias excepcionales hasta 67.

———



BUCKINGHAM (INGLATERRA). — PALACIO DE STOWE-HOUSE, DONDE HA FALLECIDO EL CONDE DE PARÍS.



BUCKINGHAM (INGLATERRA). — BIBLIOTECA DEL CONDE DE PARÍS, EN EL PALACIO DE STOWE-HOUSE.

No descuida Italia sus medios de defensa y ataque, y hace bien, porque por la sola razón de haberse alzado del caos á la unidad, y llegado á nación poderosa, tiene y tendrá en la vecina Francia un enemigo; que nunca ha consentido ésta á sus vecinos tener fuerzas iguales ó mayores que las suyas, si no la han obligado á ello.

Para que se conozca uno de los más notables adelantos de los italianos en el arte militar, damos copia del nuevo fusil de repetición adoptado por el Estado Mayor general. Esta arma es un fusil Mannlicher, transformado y perfeccionado por el italiano Carcano, de 6 milímetros y medio de calibre, y de alcance y penetración superiores á todos los conocidos. La pólvora y el cartucho son también nuevos é inventados para él. Los núms. 1 indican las posiciones del cerrojo, que es de movimiento rectilíneo; los núms. 2 las del alza, y los núms. 3 muestran la bayoneta plegada y extendida, que es una de las novedades del arma.

°°°

EXCMO. SR. D. AURELIANO FERNÁNDEZ-GUERRA Y ORBE.—(Véase el artículo correspondiente en la pág. 158.)

°°°

PATIO DE LA CASA LLAMADA DE LA INFANTA, EN ZARAGOZA, salvado del incendio ocurrido la noche del 10 del corriente. —(Véase el artículo del Sr. Serrano Fatigati en la pág. 163.)

°°°

LA GUERRA ENTRE CHINA Y EL JAPÓN.

Una sección de artillería del ejército regular chino. — China: Vista general de Shangai, principal puerto del imperio.

La artillería del ejército regular chino (primer grabado de la pág. 165) tiene tan buen material como la mejor de Europa. Los cañones son de los sistemas Krupp y Maxim, así los de campaña, posición y sitio (que de todo tiene) como los de las baterías de la costa. Dicen las personas que la conocen bien que su parte débil son las caballerías de tiro, pero que en cambio los soldados son excelentes artilleros, pues hacen constantemente ejercicio y llevan muchos años en filas.

Publicamos en la misma página una vista general de Shangai, ciudad situada en el río Wusung, cerca de donde éste desemboca en el Yang-se-Kiang, el mayor de China, y uno de los más caudalosos del mundo. El comercio del puerto de Shangai pasa de mil millones de pesetas cada año. En él hay numerosas colonias de comerciantes extranjeros, principalmente americanos, ingleses, franceses y alemanes. Cada colonia de éstas es una ciudad aparte, con su ayuntamiento, servicio de incendios, policía, etc.

°°°

DOÑA MARÍA BELÉN PEÑA DE MUÑOZ,

directora de la Escuela Normal de Maestras de Sevilla.

De los servicios que se pueden prestar al Estado, ninguno tan grande ni tan merecedor de premio como el de enseñar y educar; y si en cualquier nación han de estimarse en mucho, más que en ninguna en España, porque en ella es de mayor necesidad que en ninguna otra parte. Pero no basta que el Estado premie á los maestros, sino que es preciso que el concepto público les honre y anime en su difícil tarea, pues sin esta otra recompensa no bastarían aquellos premios, porque en los que se dedican á esta suerte de apostolados tanto puede la gloria como el provecho, y á veces más. Por eso publicamos en la pág. 168 de este número el retrato de la Sra. D.ª María Belén Peña de Muñoz,



LA BANDA DE TAMBORES.



JULIO ORTEGA, CABO DE GASTADORES.



DOMINGO RUIZ DANA, GASTADOR.



ESCUADRA DE GASTADORES, JEFES, BANDERA Y ESCOLTA DE ÉSTA, DEL BATALLÓN INFANTIL.

(De fotografías instantáneas del distinguido aficionado D. José Melgarejo y Escario.)

directora de la Escuela Normal de Maestras de Sevilla, señora á quien debe mucho la enseñanza en España, y que tiene hoy sólida reputación entre cuantos cultivan los estudios pedagógicos.

Nació en Ecija, siendo sus padres tan dados á las buenas obras y á proteger á los necesitados, que tuvieron fama de virtuosos y caritativos. Educada en tan hermosa escuela y muy dada á la lectura desde niña, hallóse al quedar huérfana, siendo aún de corta edad, con el carácter formado y una cultura extensa, sólida y muy costosa. Con estos elementos consiguió vencer cuantos obstáculos halló en su camino hasta graduarse de maestra superior en Sevilla, en cuyo grado, además de obtener por unanimidad la nota de sobresaliente, mereció el honor de que el tribunal acordase manifestar de modo público su complacencia por el brillante ejercicio que acababa de hacer la nueva maestra.

Por entonces fundó el Gobierno la plaza de directora de la Escuela Normal de Maestras de Sevilla, y luego se propuso la Sra. Muñoz conquistar en buena lid tan importante cargo. No menos brillantes fueron estos ejercicios que los anteriores, por lo que el tribunal, presidido por el sabio rector de aquella universidad D. Antonio Martín Vella, la propuso también por unanimidad.

Entró á ejercer su nuevo cargo con gran celo, como se vió en los exámenes de aquel primer curso, y cuyos resultados fueron tan notables, que el Arzobispo de Sevilla, Sr. Tarancón, presidente del acto, pronunció un breve discurso encomiástico de la labor de la nueva Directora. Nombróla después el Gobernador de la provincia juez de oposiciones, atendiendo á *los eminentes servicios que lleva prestados á la enseñanza con una inteligencia y celo poco comunes.*

En la calamitosa época revolucionaria acreditó que á estas cualidades unía energía y resolución nada vulgares. La Junta determinó derribar el edificio de la Escuela, á lo que la Sra. Muñoz se opuso, creyéndose obligada á todo linaje de sacrificios antes que consentirlo. Dirigióse á las autoridades revolucionarias, exponiéndolas el deber en que se hallaban de respetar lo que era propiedad del Estado, y ante la misma Junta acudió á defender la Escuela, haciéndolo con tal elocuencia, que logró su propósito.

Estableció la enseñanza de solfeo, piano, francés y canto (aprovechando la libertad de enseñanza), y no disponiendo de fondos para ello, encontró profesoras gratuitas. En 8 de Enero de 1872 dirigió á las maestras de toda España una carta-circular invitándolas á formar una asociación que había de consagrarse á la enseñanza de la lectura á las adultas pobres que por sus ocupaciones no pudiesen asistir á las escuelas. La prensa de toda España alabó tan hermosa idea, y más de 2.000 asociadas pusieron luego manos á esta civilizadora empresa bajo la dirección de la Sra. Peña.

En 1874 organizó la *Exposición del trabajo de la mujer*, novedad tan grande en nuestra patria, que aun hoy admira á muchos. Publicó notables artículos sobre las reformas pedagógicas de 1876, y en 1881 dió á la estampa su *Resumen de un curso de elementos de Geografía*, obra muy buena, que mereció ser premiada en la Exposición Universal de Barcelona. Inauguró en 1887 las primeras conferencias pedagógicas con una oración bellísima sobre el tema *Ideal de la educación de la mujer*, de que casi todos los periódicos de Sevilla publicaron extensos extractos. En la ya mencionada Exposición de Barcelona obtuvo para sus trabajos y los de sus alumnas medalla de oro.

Por las circunstancias referidas, por la excelente organización que ha dado á los estudios en la Escuela que dirige, por sus notables conferencias públicas, y por su incansable actividad, es la Sra. Peña de Muñoz acreedora al respeto de cuantos profesan verdadero cariño al progreso de la cultura nacional, y merecedora de que los poderes públicos la otorguen mayores recompensas, no tanto para satisfacción propia, cuanto para estímulo ajeno.

G. REPARAZ.

EXCMO. SR. D. AURELIANO FERNÁNDEZ-GUERRA Y ORBE.

Ha bajado al sepulcro, después de penosísima enfermedad, uno de los hombres que más hicieron en España por el verdadero progreso de las ciencias literarias, y que, al mismo tiempo, cultivaron con más acierto los diversos géneros literarios á que dedicó su privilegiada inteligencia. Don Aureliano Fernández-Guerra, nacido en Granada, el 16 de Junio de 1816, hijo de padre ilustradísimo; alumno sobresaliente, primero en el Colegio de Garriga de esta corte, después en aquella Universidad y en el célebre seminario del Sacro Monte, donde el sabio sacerdote don Juan Cueto y Rivero le infundió el amor y entusiasmo por la Historia, la Geografía y las antigüedades, que habían de ser más tarde sus predilectos estudios; abogado distinguido; digno y celoso catedrático; poeta esclarecido, fué uno de los jóvenes entusiastas que allá por los años de 1836 iniciaron en Granada el gran movimiento literario que á tanta altura elevaron hombres tan eminentes como el ya citado padre de D. Aureliano, D. Javier de Burgos, D. Nicolás de Roda, Cañete, Paso y Delgado, mi inolvidable padre, Lafuente, Alcántara (D. Miguel), y después Valera, Tamayo y Baus, Fernández y González, Lafuente Alcántara (D. Emilio), y andando los años, pero sin solución de continuidad, Alarcón, Fernández Jiménez, Manuel del Palacio, y tantos otros, que han sabido mantener siempre enhiesta la gloriosa bandera de la cultura granadina.

Trasladado á Madrid por la inteligente iniciativa de otro de los hombres ilustres que más se distinguieron en la hermosa ciudad de la Alhambra, D. Manuel Ortiz de Zúñiga, bien pronto se dió á conocer Aureliano, como le llamaban cariñosamente sus amigos, y llegó á los más altos puestos, no sólo literarios, sino políticos y administrativos. Académico de la Historia, académico de la Española, anticuario de la primera, bibliotecario de la segunda, catedrático del doctorado en la Universidad Central, director general de Instrucción pública, senador del Reino, sólo le faltó ser ministro, y lo hubiera sido si se hubiera dedicado á la mal llamada política, que suele llevar fácilmente á tan ambicionado puesto. Nunca por el favor, siempre por propios merecimientos, llegó á tales y tan merecidos honores; y como Fernández-Guerra podía decir como el paladín legendario:

Mis obras dirán quién soy,

vamos á presentarlas en abreviada síntesis, para que ellas mismas escriban, mejor que mi desaliñada pluma, la rápida biografía de nuestro respetado amigo.

¿Queréis conocerle como poeta lírico, y poeta de tan ricas inspiración y fantasía como de correctísima y hermosa forma? Pues leed sus poesías *La Cruz de la plaza Nueva, tradición granadina; De una luz á otra; Romances amorosos, redondillas y madrigales; A mi madre ausente; Ingenio del hombre, imperio de la mujer; A la Transfiguración del Señor; Redondillas y romances doctrinales, cuentos y epigramas; La inspiración desdeñosa y esquiva; La pluma de acero; La vida y la muerte; Fray Vicente y Fray Martín*, y veréis con cuánta razón le colman de merecidas alabanzas ingenios tan insignes y críticos tan eminentes como Ventura de la Vega, Cañete y Baralt.

¿Queréis conocerle como poeta dramático? Pues leed sus dramas *La Peña de los Enamorados*, exuberante de fantasía y de sentimiento; *La Hija de Cervantes*, cuyo primero y último acto son dignos de las mayores alabanzas, notándose en toda la obra el particular esmero que puso en que el autor del *Quijote* hablase, al aparecer en escena, como hablaba al escribir sus obras imperecederas; *Alonso Cano ó la Torre del Oro*, en que el autor dramático aparece en toda su plenitud; lo mismo que en la *Ricahembra*, escrita en unión del gran dramaturgo español Sr. Tamayo y Baus, obras todas representadas con general aplauso en los teatros de Granada y Madrid por los primeros actores de la época en que se dieron al público.

Fernández-Guerra era poeta, y poeta de los escogidos entre los buenos; y si no es este el principal título con que pasa á la posteridad, es porque habiendo emprendido otros derroteros, en los que alcanzó repetidos triunfos de la descontentadiza crítica europea, que aplaudió sin reservas y con verdadero entusiasmo sus trabajos de investigaciones históricas, la fama de estos triunfos vino á eclipsar los primeros. Flores aquéllas de su juventud en el árbol fecundísimo de su vida, dejaron pronto espacio para los abundantes y sazonados frutos de su talento, su investigación, su crítica y su profundo saber.

Todavía, y como transición entre aquellas obras de su fecunda fantasía y las que habían de aparecer como esculpidas por el severo cincel de su entendimiento, están las leyendas en prosa *Historia que parece cuento; Una algarada*, y *Tres ángeles en la tierra;* y después ya nos encontramos con tal abundancia de obras, con tantos trabajos, así de crítica literaria y artística, como de Historia, de Geografía y de Antigüedades, que con no haber sido corta la vida de nuestro venerado amigo, parece labor imposible para la de un solo hombre, y más teniendo en cuenta la índole penosísima de aquellos trabajos, y que aquella vida estaba casi siempre atormentada por padecimientos físicos, muchos de ellos superiores á la resistencia de la naturaleza humana.

Y es que en Fernández-Guerra el sabio, el pensador, el genio se imponía al hombre con voluntad de hierro. ¡Cuántas veces le vimos interrumpir sus trabajos agobiado por el sufrimiento, y dominarlo al fin con la fuerza poderosa de su amor al estudio y de la investigación que le preocupaba! El cuerpo es débil, nos decía, pero el espíritu es fuerte.

Necesitaríamos un número entero de LA ILUSTRACIÓN para enumerar todos los trabajos que publicó en vida y los muchos que ha dejado inéditos, y que plegue á Dios lleguen á imprimirse, bien por sus herederos, bien por las doctas Academias á que perteneció, bien por el Gobierno, que, al hacerlo, daría una gran prueba de su amor al progreso científico y literario de nuestra patria, haciéndose dignos, si tal hicieran, de unánimes alabanzas entre propios y extraños.

Lícito ha de sernos, sin embargo, dar noticia de algunos de esos numerosos trabajos, de los que cualquiera de ellos supone tal suma de investigación *propia*, tal cúmulo de conocimientos convergentes al objeto primordial del estudio, que causa verdadera admiración pudieran realizarse y poseerse por una sola inteligencia.

Como trabajos históricos sobresalen, en lo que con razón podemos llamar bibliografía de las obras de Fernández-Guerra, sus estudios sobre los *Reyes moros de Granada* (periódico intitulado «La Alhambra», Granada, Sanz, 1839, reimpreso en Barcelona por Ramírez y Rialp, en 1863); *Notas para la historia de Granada* («La Alhambra», 1841; Barcelona, 1869); *Los Abencerrajes* («El Iris», periódico granadino, imprenta de Benavides, 1843, Granada); *La Conjuración de Venecia* (Madrid, Rivadeneyra, 1856); las *Asambleas nacionales de España; la Historia de la «Gaceta de Madrid»* («Gaceta de Madrid», 1860); su admirable *Vida de D. Francisco de Quevedo Villegas, con el examen y juicio crítico de sus «Discursos políticos satíricos, morales y festivos, ascéticos y filosóficos*, obra de reputación universal (Madrid, Rivadeneyra, 1852-1859); *La Orden de Calatrava* (Madrid, Dorregaray, 1864); *El rey D. Pedro de Castilla* (Madrid, Fortanet, 1868); *Nerón* (Madrid, 1868); el *Libro de Santoña* (Madrid, Tello, 1872); *D. Rodrigo y la Cava* (Madrid, Aguado, 1877); *D. Juan Eugenio Hartzenbusch, su vida y sus obras* (Madrid, 1881); otros muchos estudios esparcidos en folletos y periódicos, y su *Historia de los Visigodos*, que había empezado á dar á la estampa como parte importantísima de la *Historia de España* escrita por individuos de número de la Academia de la Historia, que publica El Progreso Editorial, obra aquélla en cuya redacción le ha sorprendido la muerte, y que por fortuna espe-ramos termine, siguiendo sus inspiraciones, datos y juicios, su digno colaborador, el reputado académico D. Eduardo Hinojosa.

De Geografía antigua española, que era, á no dudarlo, su más preferente estudio, y en el que deja un vacío difícil de llenar, ha publicado trabajos tan importantes como *La Munda pompeyana* (Madrid, Rivadeneyra, 1866); *Primitivas regiones de España, guía firme para descubrir sus antiguos límites* (Madrid, Galiano, 1862); *La Ciudad de Ilitusgicoli* (Madrid, Imprenta Europea, 1867, «Revista de Bellas Artes»); *Iliberri, Natívola y Garnata*, tres barrios de la ciudad ibérica que componían el *Municipio florentino iliberritano* (la misma Revista); *Regiones antiguas del Sudeste de España; La contestana ciudad de* EILO, *cabeza de un distrito ibérico y silla episcopal visigoda; El heracleo elotano sobre la vía de Hércules, llamada después Augustea* (Madrid, Fortanet, 1875); *Las ciudades béticas de Ulisi y Sabora* (Madrid, Maroto, 1876); *La Cantabria* (Madrid, Fortanet, 1878); *Deitania y su cátedra episcopal de Begastri* (Madrid, Fortanet, 1879); y *Fortalezas del guerrero Omar ben Hafsón, hasta ahora desconocidas* («Boletín Histórico», Madrid, Aribau, 1880). Deja además inéditas: *Ptolomeo, nuevo estudio sobre las poblaciones antiguas inventariadas por este geógrafo, y la verdadera correspondencia de las más de ellas con sitios conocidos; Idacio, verdad utilísima de los fragmentos de su libro de Geografía española con que se hilvanó la supuesta división territorial de Wamba; Rasis, los nombres geográficos de este libro, con las variantes de cuantos códices y manuscritos existen en España, y la correspondencia de los lugares antiguos con los modernos;* y una interesantísima serie de monografías histórico-geográficas de la España antigua, alguna de las cuales se empezó á imprimir, habiendo dejado también para ilustrar todos estos trabajos una copiosa colección de mapas delineados é ilustrados por él mismo, con una perfección que envidiaría el más experto dibujante de estos difíciles trazados.

¡Qué obra de tan gran trascendencia sería la publicación dignamente hecha de todos estos trabajos inéditos! ¡Qué verdadero monumento levantado á la sabiduría de nuestra patria en el siglo XIX! ¡Qué hermoso *fin de siglo* para España! ¡Qué legítimo título de gloria para quien lograse realizarlo!

Pero aun no hemos terminado la enumeración, siquiera sea sumarísima, de las obras del insigne académico que lloramos perdido. En epigrafía y antigüedades no podemos prescindir de mencionar la *Inscripción mozárabe de Trevélez, referente á una derrota del humeya Mahomad I en* 885 (Madrid, 1862, Imprenta Europea, y en 1867 reproducida en la «Revista de Bellas Artes»); *Inscripciones cristianas y antiguos monumentos del arte cristiano español, del siglo I al X* («El Arte en España», Galiano, 1865 y 1866); *Epigrafía Romano-Granadina* (Madrid, Aueart, 1867); *Carta latina al Sr. Mauricio Haupt, sabio académico de la de Ciencias de Berlín, describiéndole una tésera de bronce abierta el año 70 antes de la era vulgar, y hallada entre Niebla y Moguer, orillas de Riotinto, que acaba de adquirir el autor* («Revista de Bellas Artes», Madrid, 1867); *Inscripción de un triunviro capital á quien se erigió estatua ecuestre en Córdoba* (Madrid, Agosto de 1872, «La Ciencia Cristiana»); *Inscripción y basílica del siglo V, recién descubierta en el término de Loja. Puntos curiosos con que se relacionan de Epigrafía, Historia y Geografía* (Madrid, Maroto, 1878, «La Ciencia Cristiana»); *Nuevos descubrimientos en Epigrafía y Antigüedades* (El mismo periódico, 1873); *Inscripción inédita del siglo I, que viene á ilustrar la memoria antiquísima de Santa Librada* (Madrid, Lezcano y Compañía, 1881, «La Ilustración Católica»): esta monografía fué escrita en 1859, lo mismo que la siguiente; *El Arco de Bara. Los pueblos Ilergetes y los Cossetanos en la provincia tarraconense* (Madrid, ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, 1870, y «La Primera colección», Vitoria, Manteli, 1873); *Antiquísimo sepulcro cristiano de Lagos, existente en el convento de Santo Domingo el Real de Toledo* («El Arte en España», Madrid, 1862); *Tres sarcófagos cristianos españoles de los siglos III, IV y V* («Monumentos Arquitectónicos de España», Madrid, Imprenta Nacional, 1868); *Monumento zaragozano del año 312, que representa la Asunción de la Virgen* (Madrid, Conesa, 1870); *Sarcófago pagano de la Colegiata de Husillos, recién traído al Museo Arqueológico Nacional* («Museo Español de Antigüedades», Madrid, Rojas, 1871); *Sarcófago cristiano de la catedral de Astorga*, hoy depositado en el Museo Arqueológico Nacional (La misma obra, Fortanet, 1875); *Una tésera celtibérica. Datos sobre las ciudades celtibéricas de Ergavica, Munda, Certima y Contrebia* («Boletín de la Academia de la Historia», Fortanet, 1868); *El Collar de oro de Mellid. Las voces torques y torces. Militares premios de egipcios, griegos y romanos* (LA ILUSTRACIÓN, 1872); *El Osculatorio de Mendoza* («La Ciencia cristiana», Madrid, Viuda de Aguado, 1877); *Tres monumentos cristianos españoles antiquísimos é inéditos* («La Ilustración Católica», Madrid, Rubiños, 1879); y una verdadera multitud de informes sobre historia, geografía y antigüedades, emitidos por encargo de la Academia de la Historia, de la que fué dignísimo anticuario, que si se publicaran reunidas formarían un grueso volumen.

No menos fecundo en trabajos de crítica literaria, merecían también coleccionarse sus artículos de crítica dramática, insertos muchos de ellos en la *Gaceta Oficial*, y firmados con el pseudónimo de *Pipí*, y son dignos de las alabanzas con que fueron recibidos sus estudios sobre *La poesía y la prosa en las composiciones dramáticas* («La Tarántula», Granada, Benavides, 1842); *Recursos poéticos de la lira pagana y del arpa cristiana* (Prólogo á las poesías de Baralt, Madrid, 1847); *Estudio y enseñanza de la lengua latina en España desde el reinado de los Reyes Católicos hasta hoy* (Madrid, 1847); *El poeta Francisco de la Torre, coetáneo de Garcilaso. Error en confundirlo con Quevedo* (Madrid, Rivadeneyra, 1857); *La Canción de las ruinas de Itálica, no es del licenciado Francisco Rioja, sino del licenciado Rodrigo Caro* (Memorias de la Academia Española, Madrid, Imprenta Nacional, 1860); *Claras y perennes fuentes de la*

inspiración dramática (Madrid, Rivadeneyra, 1889); *Noticia de un precioso códice de la Biblioteca Colombina, algunos datos nuevos para ilustrar el Quijote, varios rasgos ya casi desconocidos, ya inéditos de Cervantes, Cetina, Salcedo, Chaves, y el Bachiller Engrava* (Madrid, Rivadeneyra, 1864); *La Cuna del Quijote* (Madrid, Campuzano, 1867); *Cervantes, esclavo del Santísimo Sacramento* (La Ilustración, 1872, reproducido por otra publicación); *El Fuero de Avilés, é informe sobre nuevos documentos que adelantan y esclarecen la cuestión histórico-literaria del Fuero de Avilés* (Madrid, Imprenta Nacional, 1865 y 1866); *El Apólogo en la antigüedad y en la Edad Media* (Madrid, Pérez Dubrull, 1871); *Romances moriscos, su perfección y hermosura en el siglo XVI se debe á las academias granadinas* (Madrid, Tello, 1873); *Gramática, formación y leyes de los aumentativos, diminutivos y despectivos castellanos* (La Ilustración, 1874); *Nuestros pensionados en Roma* (La Ilustración, 1876); *Primer drama histórico de asunto nacional español que hasta ahora poseemos, representado en 1524. Obras escénicas de su autor el bachiller aragonés Bartolomé Palau* (Madrid, 1874); y otros trabajos no menos interesantes con motivo de obras de autores contemporáneos, además de un precioso estudio que tituló acertadamente *Lección poética. Primer bosquejo y posterior refundición de las celebérrimas quintillas de don Nicolás Fernández de Moratín*, cuyos originales poseía, y en cuyo trabajo demostró, con la oportuna comparación de ambas composiciones, cuánto ganan las obras del ingenio humano con una acertada corrección, que en nada empece á la espontaneidad y frescura de la primera manifestación del pensamiento.

Y con este trabajo no hacía más que responder á los que le tildaban de demasiado descontentadizo en la forma, hasta el punto de que *no se cansaba de corregir*. Quizá llegó á pecar en esto de exagerado, si pecado puede haber en extremar el amor á la perfección en las obras literarias; pero esto en nada deslucía sus trabajos, que, por el contrario, con la severa lima á que los sometía, resultaban con un aticismo y una galanura que pocos escritores contemporáneos consiguieron, pudiendo repetir aquella célebre frase del reformador de nuestro teatro:

Nadie acierta con aquella
Difícil facilidad.

Tantos y tales fueron los trabajos en que empleó su laboriosa vida el eminente escritor, el profundo sabio, el inspirado poeta, cuyo nombre pasará indudablemente á la posteridad entre los que más honran á España en la presente centuria. Su envidiable reputación ya le atrajo en vida repetidas alabanzas de hombres tan doctos como el secretario de la Academia de Berlín, Haupt; los historiadores y anticuarios Momsen y Hübner, al último de los cuales, tan generosamente como acostumbraba, abrió todos sus tesoros epigráficos; el insigne arqueólogo italiano Rossi, y otros muchos, que consideraban á Fernández Guerra como una de las más legítimas glorias españolas.

Y si tal era el erudito, el investigador, el poeta, el hombre no desmerecía de tan altas dotes y de tan relevantes cualidades. Afable hasta el extremo, benévolo casi con exageración, animador de cuantos á él acudían buscando su consejo ó su apoyo, pródigo de buenos consejos y de acertadas enseñanzas, abierto siempre su corazón á todo noble sentimiento, protector incansable de los que consideraba dignos de ello, era querido de cuantos tenían la fortuna de tratarle, y llegó hasta el fin de su vida conservando aquel hermoso corazón de niño entusiasta, que fué siempre la nota característica de su vida. Hizo mucho bien; y como sembró muchos beneficios, cosechó también muchas ingratitudes.

J. de Dios de la Rada y Delgado.

LOS TEATROS.

La inauguración de la temporada.—El primer fracaso.—Cuestiones previas.—Una observación al autor del libro *El Arte escénico en España*.—El teatro Nacional y el teatro Español.

A la entrada del nuevo año cómico en condiciones un tanto extrañas y excepcionales, exigen la atención del cronista teatral las previas cuestiones, como el Municipio de Madrid exige *ahora* al empresario del Español los planos previos.

Hay ya para mi tarea asuntos interesantes, mientras no sea general la inauguración de la temporada, que se ha verificado sólo en algunos teatros de funciones por horas, en mi entender, con alguna precipitación, resultando el de Apolo no bien preparado y sin acierto al ofrecer novedades, puesto que la primera, *Los Húngaros*, ha sido un completo fracaso, visto ya antes del estreno; es decir, fracaso por imprudencia temeraria.

Las cuestiones previas á que me he referido—aparte de la del teatro Nacional, que ha tocado la prensa diaria antes de la novísima adjudicación del viejo Corral del Príncipe—comprenden la organización de nuestras compañías dramáticas, las exigencias morales y materiales de los artistas, las relaciones de éstos con los autores, y la necesidad de que en la obra del poeta no influyan fuerzas extrañas á las del puro arte.

⁂

Pero antes de tocar esas cuestiones, y para entrar sin preocupación alguna en mi tarea, he de empezar haciendo una observación muy justa, aunque algo peque de egoísta, al autor del libro recientemente publicado con el título de *El Arte escénico en España*.

No la haría, ciertamente, si el Sr. Yxart, redactor literario de *La Vanguardia*, de Barcelona, no gozara tan justa fama de crítico dramático, y si su obra—de la que no conozco más que el primer volumen—no hubiera merecido la atención y los elogios de la prensa y de los amantes de lo bueno en literatura.

No es mi ánimo ahora suscitar polémica, ni ésta puede nacer de una observación que el mismo señor Yxart, con su buen talento y su sinceridad literaria, estimará en lo que tiene de justísima defensa. Tal vez cuando conozca toda la obra—y no en estas columnas, sino en lugar que no ofrezca dificultades ni dilaciones á la réplica—tendré el gusto de discutir sobre alguna de las teorías del Sr. Yxart, notablemente estudiadas y expuestas, pero, en mi entender, traídas á un terreno todavía no preparado.

Sea en buen hora el animoso crítico portaestandarte de los reformadores del teatro en España, aunque lo sea con excesiva severidad de sectario, que luce á veces con perjuicio de cualidades tan necesarias á un crítico de su altura.

Pero no puede menos de causar profunda extrañeza que el que, en su estudio preliminar de nuestro teatro contemporáneo y en su sobrio cuanto atinado examen de la tradición y del período de decadencia, muestra tanto conocimiento de causa y tan escrupulosa conciencia en sus juicios, caiga después en la tentación de hablar de memoria, *de oídas* ó á capricho, de obras de autores militantes que él mismo confiesa que no conoce, exponiéndose á extravíos de crítica en él imperdonables y cayendo en achaques retóricos que con razón condena Menéndez y Pelayo al tratar de un famoso crítico francés en su admirable *Historia de las ideas estéticas*.

Con esa misma especie de distracción desdeñosa trata no pocas veces el crítico catalán á los que en Madrid escribimos sobre cosas del teatro, y—yo no sé si por lo mismo que escribimos en Madrid—se complace en dispararnos chinitas á lo *humorístico*, aplaudamos ó censuremos, y, en ocasiones, sin más fundamento que el capricho y con algo así como de aire de maestro que se enfada, que tan mal le sienta por lo mismo que tanto vale.

En el final de su estudio sobre *Mariana*, de Echegaray, pone en fila á todos los críticos madrileños, y ni uno solo se escapa sin su correspondiente palmetazo. Al llegar á mí, le parece muy mal que yo encuentre á los personajes del drama movidos por la fatalidad, cuando él opina que lo están sólo «por los amanerados recursos del poeta», que al fin á la fatalidad responden, sin que el poeta tenga necesidad de declararlo. Aunque el Duque de Rivas no hubiera puesto segundo título á su *Don Álvaro*, bien claro se ve que el supremo recurso del gran dramaturgo romántico para producir aquella serie de catástrofes es *la fuerza del sino*: la fatalidad. Y es lo más gracioso que el Sr. Yxart se olvida, al levantar la palmeta, de que, algunos párrafos antes, había él escrito: «Cuando aquellos amores (los de Mariana y Daniel) están próximos á un feliz desenlace, *la fatalidad* los hace imposibles.»

Y aquí entra la gran distracción (porque mala fe no puede temerse de escritores como Yxart). Pregunto yo á Echegaray si le parece *hoy* la fatalidad recurso tan legítimo y de fuerza tan nueva y pura en el arte que merezca ser prodigado para llegar al desenlace de una obra cuya primera mitad está tan natural y magistralmente trazada. Y D. José Yxart arrincona mis sencillas y claras palabras, y, para tropezar con lo que él llama *divertidas incongruencias*, «con toda buena fe»—como él diría—me cuelga gratuitamente una especie de disquisición sobre «si puede aceptarse el *fatalismo antiguo* en la *filosofía moderna*». Y todo ese fastuoso regalo de la distracción desdeñosa del crítico catalán lo debo tal vez á la palabra *hoy* que yo empleo allí en conceptos bien ajenos á *toda filosofía* y usados por el mismo crítico, principalmente en sus oportunas referencias á nuestra tradición dramática. Con tales procedimientos, los palmetazos son cosa fácil.

En bien de la autoridad crítica del Sr. Yxart, celebraré que no siga cayendo en semejantes flaquezas, y haga Dios que se atenga á *mis palabras* cuando quiera honrarme con sus lecciones, para que yo pueda recibirlas como se reciben las de un verdadero maestro.

⁂

Siempre que el Excmo. Ayuntamiento de Madrid acuerda una nueva adjudicación del teatro Español—y ya van muchas—se resucita en la prensa diaria la cuestión magna del teatro Nacional; como si lo del teatro Nacional tuviera relación necesaria, inevitable, con ese caserón viejo y ruinoso, coronado por tantas glorias, pero que tiembla al simple amago del golpe de la piqueta, aunque ésta—en manos del padre de María Guerrero—sólo pretenda entrar allí á dar un poquito más de espacio y comodidad á los espectadores, y á hacer posible un tantico de rejuvenecimiento y de gracia moderna á aquel palenque artístico donde brillaron los más grandes ingenios de tres siglos y en el que han resonado los acentos persuasivos de nuestros mejores artistas.

Desde aquella ley del Conde de San Luis—á quien tanto tienen que agradecer nuestros autores—se ha tratado mil veces de una institución *nuestra*, á la manera de la del teatro Francés, celebrándose para el caso juntas de escritores y artistas, nombrando comisiones, designando individuos de autoridad para dar dictamen y fijar las bases posibles, sin que hayan faltado ministros de Fomento de gran iniciativa y bien dispuestos á presentar en Cortes una ley especial, y á proponer los medios y recursos con que la institución teatral fuera un hecho y una satisfactoria y patriótica verdad *tanta belleza*.

Tal vez desde la mesa de despacho del Ministro han bajado á perderse entre el polvo de papeles inútiles y de desecho, planos y anteproyectos de que se habló mucho una semana entre la gente de letras, sin la menor consecuencia práctica y provechosa para el tan traído y llevado pensamiento del teatro Nacional.

El escepticismo de unos, la indiferencia de los más, el egoísmo de no pocos, el miedo de este ó del otro de perder *algo* en asunto en que tanto podía ganar el arte patrio: todo ha contribuído siempre á que el gran tema quede reducido á palabras y..... palabras, ó á algún risible intento particular, alarde personalísimo sin fuerza práctica y eficaz para llegar al fin, como aquel con que, en el mismo teatro Español, quiso sorprendernos el famoso empresario D. Miguel Vicente Roca, armado de reglamento impreso y todo, de leyes severas para autores y artistas, y rodeado de aquella gran compañía cuyas cabezas *sin autoridad* eran los insignes D. Julián Romea y D. José Valero.

Todo aquel aparato fastuoso de un soñador, que alguna vez escribía comedias, cayó en el foso polvoriento y húmedo del Corral del Príncipe apenas cayó bajo el puñal de Bruto el literario más que trágico *Julio César* de D. Ventura de la Vega, con el cortejo de artículos de crítica fúnebre y de satíricas aleluyas de periódicos callejeros.

⁂

¿Teatro Nacional? No necesitó, para serlo, de leyes ni de Reales pragmáticas, ni de subvenciones espléndidas aquel humildísimo y desmantelado Corral de la Pacheca. Bastó que hablaran en él aquellos grandes ingenios, cuya musa era el espíritu español puro, y que nos han legado ese magnífico monumento, ese riquísimo tesoro, al que han pedido prestadas tantas galas los teatros clásicos de otras naciones.

Los mismos Corrales del Príncipe y de la Cruz tuvieron sus horas de teatro Nacional: por sus bien guardados respetos al recuerdo de la tradición española; por el patriótico entusiasmo—ya que no siempre por el acierto—de los autores; por el color y el calor nacionales que daban á las obras más pobres aquellos artistas de inspiración natural y espontánea, sin manual de declamación ni premio de Conservatorio; por el noble espíritu cristiano de su fundación piadosa, y, en fin, hasta por el mismo bélico ardimiento—español de raza—que asistía á los bandos que se disputaban el favor del público, y que tanto contribuía á mantener el interés en pro del arte.

¿Teatro Nacional? Supongamos que ya tenemos un soberbio edificio, con todos los elementos interiores que ofrecen los adelantos modernos; que tenemos una ley sabia; que tenemos reglamentos admirables; que tenemos subvención espléndida; que está previsto el porvenir de los artistas; que hay hasta consignación para grandes premios, estímulo de autores. Parece que ya lo tenemos todo, y no tenemos nada.

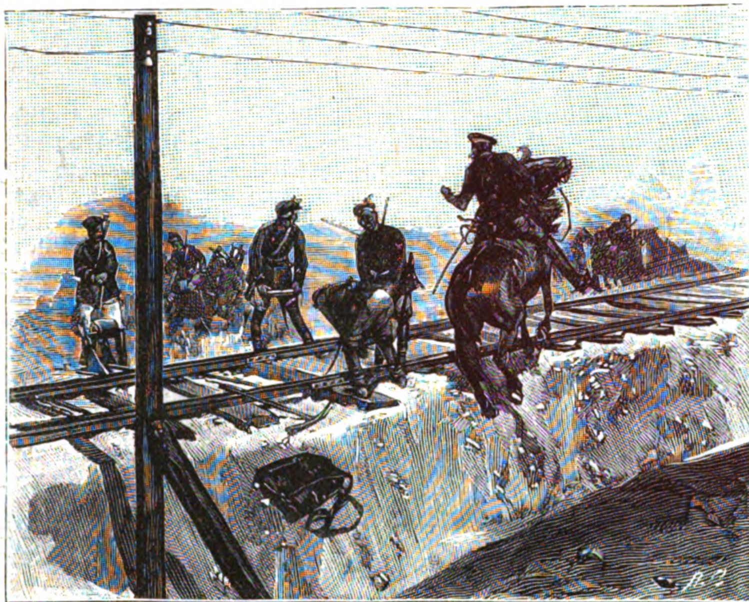
Esos, los autores y los artistas son *el todo* que tanta falta nos hace. Con ellos—tales como deben ser para tamaña empresa—en cualquier parte se levanta el teatro Nacional. Pero ¿qué estímulo cambia la naturaleza literaria, ni destruye las preocupaciones de interés egoísta de nuestros poetas militantes? ¿Qué ley humana modifica la organización artística ni atenúa las arraigadas pa-



FRANCIA.—CAMPAMENTO EN LOS ALREDEDORES DE PARÍS.



FRANCIA.—FORMACIÓN DE U



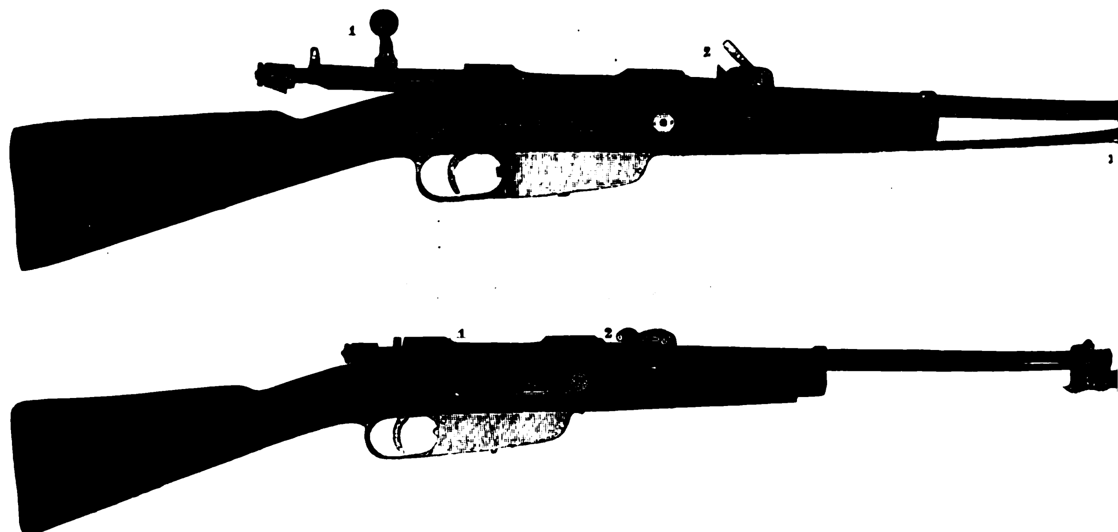
RUSIA.—DESTRUCCIÓN DE VÍAS FÉRREAS.
Dragones colocando cartuchos de piroxilina.



RUSIA.—PRÁCTICAS DE TELEG

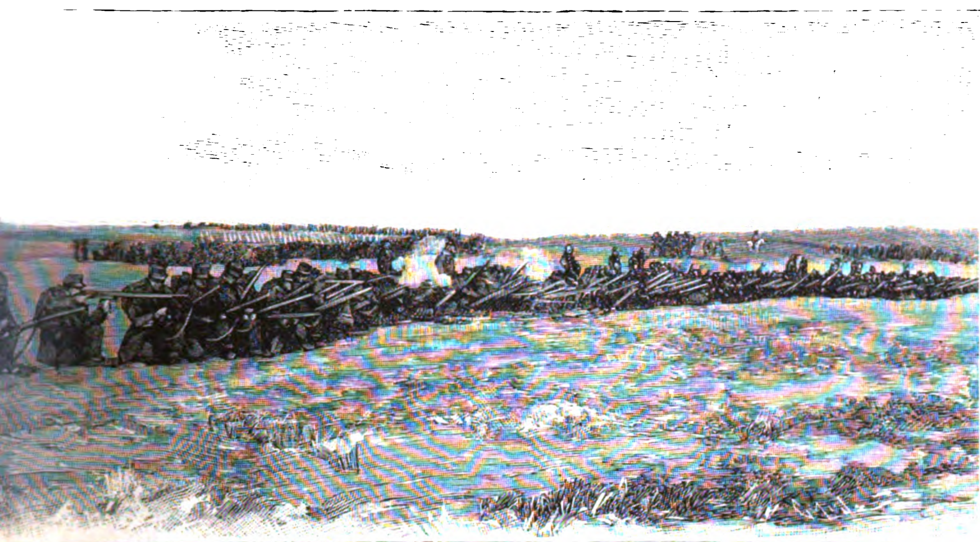


AUSTRIA HUNGRÍA.—BATERÍA DE MONTAÑA en comunicación con el cuartel general, por medio del telégrafo de señales.



ITALIA.—EL NUEVO FUSIL DE REPETICIÓN PARA LA INFANTERÍA.

...NCIPALES EJÉRCITOS EUROPEOS.



...EGIMIENTO EN ORDEN DE COMBATE SEGÚN LA NUEVA TÁCTICA DE INFANTERÍA.



ALEMANIA.—TRANSPORTE DE HERIDOS.



... ÓPTICA DURANTE LA NOCHE.



ALEMANIA.—PASO DE UN RÍO, POR FUERZAS DE CABALLERÍA Y DE ARTILLERÍA.



RUSIA.—DRAGÓN, CON ZAPADOR Á LA GRUPA,
empleados en la destrucción de líneas férreas y telegráficas.



ALEMANIA.—HULANOS ESTABLECIENDO UNA LÍNEA TELEFÓNICA.

siones ni las pretensiones ridículas de jerarquía escénica de nuestros actores?

¿Cómo—aun haciendo al díscolo sumiso—formamos, con los elementos que todos conocen, una compañía que interprete nuestro teatro clásico, acercándose siquiera á aquellos grandes cómicos de mediados del siglo? ¿Quién cura á nuestros mejores cómicos de ahora del amaneramiento de esa mal llamada *naturalidad*, hija de la contrahecha imitación de invasores artistas extranjeros?

¿Y los poetas? En un rincón, el ilustre y laureado mudo *por compromiso;* aquí, el decadente voluntario por servir al artista más que al arte, y el ídolo de los innovadores imitando el *efectismo* productivo; cerca de él y jaleándole, el perezoso olvidado de su propia gloria; más allá, y no sé por qué reñido con la musa, el genio *irritable* y pesimista; después, el gran lírico que hace quince años nos está diciendo que allí tiene él una comedia nueva; y luego..... luego, abramos nuestro magnífico teatro Nacional, á ver si alguna vez se nos meten por sus doradas puertas los soñados cómicos, que no sean *primeros* premios del Conservatorio, y los poetas de puro ingenio español, sin pizca de levadura del industrialismo dramático extranjero, capaces de continuar y renovar glorias legítimamente nacionales.

∴

Y ahí tenemos á María Guerrero reina absoluta del teatro Español, después de renunciar á serlo *relativa* del de la Comedia, en virtud de artes diabólicas y *tiquis miquis* de la intrigante y azarosa vida interior de nuestros pobres escenarios.

Allí tenemos ya á la valerosa y gentil María. Mientras su padre planea *previamente* entre escombros que manchan los retratos de nuestros ingenios inmortales, ella *no da paz á la mano*, y escribe cartas á *otras primeras*, por si quieren—y alguna dice que no—acompañarla en su arduo empeño de levantar aquel teatro de su postración casi irremediable. De María le venga el remedio.

Si tiene cualidades de artista, mucho más grande que ellas es su deseo de salir airosa del grave compromiso, y de probar que no en vano ha llegado en tan breve tiempo al alto puesto en que la han confirmado las simpatías del público, siempre generoso con ella y atento y benévolo ante sus atrevidos arranques escénicos.

De la firme voluntad puede esperarse mucho. Si de los esfuerzos de la de María dependiera, seguro estoy de que el teatro Español sería pronto algo de lo mucho que quieren los soñadores del teatro Nacional. Pero necesita aunar las voluntades de otros—artistas y poetas—y la suya propia es preciso que se ajuste á la más sana dirección y empleo de sus facultades de actriz, corrigiendo ciertos vicios y amaneramientos que mi buen deseo le ha señalado y que serían menos disculpables y mucho más de notar allí donde el nuevo proscenio la espera como en cuadro de honor y por figura de mayor relieve.

Renueve María aquellos ardientes amores del arte clásico que nacieron en ella al calor de las finezas retóricas de *El Vergonzoso en Palacio;* vea bien de quién se aconseja y quiénes la acompañan en su comprometido reinado, y no olvide á cuánto la obligan aquellos muros siempre gloriosos, aunque tan debilitados ya por la mano dura del tiempo.

EDUARDO BUSTILLO.

12 de Septiembre 1894.

CAUSAS OCASIONALES DE LA GUERRA ORIENTAL.

Conclusión.

IV.

LAS resultas de todo esto constan en el tratado que ahora oímos todos los días mentar, con ocasión del conflicto presente, á saber, el Tratado de Tien-T'sin, entre cuyos cánones se puso importantísima cláusula prohibiendo al Japón penetrar con tropas en Corea, ni aunque sobrevinieran disturbios ó revoluciones. Y de aquí dimana la causa quizá capital del conflicto que ahora historiamos: del Tratado infligiendo prohibición tan solemne al Japón de aplicar en adelante sus impulsos á favor de la monarquía vecina, siempre aquejada de graves conflictos con sus vasallos malcontentos, los cuales engruesan un partido popular y revolucionario durante crisis como la terrible de ahora. Precisa, para conocer la naturaleza de los partidos orientales, no juzgarla confundiéndola con la naturaleza de los partidos en Occidente. A la hora que corre, y á las alturas donde nos encontramos, partido popular y revolucionario quiere decir entre nosotros grupos ó asociaciones de verdadera democracia, sí, pero también de libertad y de progreso. No tal entre los orientales. Un partido en Asia, que pretende los nombres de revolucionario y popular, se asemeja mucho á los partidos realistas nuestros del año 23, esencialmente revolucionarios por inquietísimos, pero por doctrina retrógrados, y por las muchedumbres de sus gentes popular en el sentido de numeroso y de nutrido por el pueblo. Muchos motivos dan los reyes coreanos para que á sus pies todos los ciclones del mundo se desaten y por su culpa se susciten todos los partidos extremos. Con decir que baten moneda falsa los coronados señores y la cambian por buena, dando á la suya valor ficticio desproporcionadísimo con su valor intrínseco, dicho está todo y no hay para qué añadir una sola palabra. La Reina y el Rey tienen dos tronos, dos partidos, dos cortes, dos fábricas de batir cuartos falsificados. Los perturbadores ó revolucionarios crecen á tales batidas del error y del crimen, como los hervores de los olas en los mares á las batidas del huracán. Disgustada la monarquía de tal crecimiento, expidió emisarios suyos á todas partes con encargo de observar el país sin previas supersticiones é industriarle con claridad y con método en las quejas colectivas y en los órganos populares y revolucionarios de tales quejas. Los informes dados por los exploradores imparciales acerca de sus exploraciones varias y los estudios hechos con cuidado y esmero del conjunto de ellas, persuadieron á una creencia: ser cosa más factible atraer los partidos extremos que combatirlos. El popular exageraba las supersticiones del pueblo, y con el pueblo se correspondía por sus propensiones invencibles á la violencia. Exagerando las pretensiones del abismo inferior, inútil añadir cosa tan congruente con estas exageraciones como que violentaba y ponía sobre todos los afectos colectivos la pasión del pueblo contra los extranjeros. Hay un espacio en Corea, llamado extraterritorial, especie de zona donde pueden los extranjeros estar para entenderse con la gente coreana, como están los profanos en el misterioso locutorio de un cerradísimo convento. Tal zona se dispuso y aparejó en las costumbres aquellas, contra el extranjero, sí, pero contra el extranjero lejano, el de América, el de Inglaterra, el de Rusia, el de Francia; pero no contra el extranjero vecino, de la propia índole que Corea, de la propia religión, de la propia sangre. Pues los revolucionarios pidieron que se mandasen allí todos los extraños á la península, y por ende que se marcharan del Estado y del arrimo de sus leyes los súbditos así de la China como del Japón. Bajo tal programa crecían los malcontentos á diario, y podía verse por todas partes el crecimiento y el número suyo, á causa de llevar llamativa servilleta de color azul claro en la frente, como un distintivo para entre sí conocerse todos los adeptos y mutuamente apoyarse unos á otros en sus temerarias empresas. A presencia y vista de todo esto quedábanle á la monarquía y al monarca dos caminos que tomar: ó bien satisfacer, como pensó en un principio, al partido popular, ó bien disolverlo por medidas prontas y eficaces, proporcionadas á lo crudo del mal y á lo urgentísimo é indispensable del remedio. Pero lanzó contra los perturbadores unas gentes de leva llamadas tropas, más perturbadoras que ellos, y añadió á lo grave de la enfermedad lo grave de la medicina. Los revolucionarios solían por hábito no pagar tributos; pero las tropas vivían sobre los países que ocupaban, entrándolos á saco. Robaban los revolucionarios toda una comarca; y si luego iban sus enemigos, rebañaban los residuos y reliquias del robo y saco anterior. Sin soldada, sin uniforme, sin rancho, el milite oficial devorábalo todo allí donde caía, como voraz é insaciable langosta. Por tales motivos y causas hase aquel Monarca enajenado el alma popular, y en términos tales, que sus vasallos lo desacatan de obra y palabra, se burlan de su nombre y autoridad, se toman la justicia por propia mano y acumulan así desdichas sobre desdichas con una grande anarquía sumada por sí á un terrible despotismo.

V.

Prohibida por los tratados toda ingerencia del Japón en Corea, y subvertido el pueblo revolucionario contra los japoneses, debió el Poder supremo y su genuina representación, el Mikado japonés, expedir buques de guerra en el debido número á los puertos de la vecina península: precaución única posible contra los desórdenes inminentes, y anuncio á los amenazados naturales de que les quedaba un refugio en el Océano contra las persecuciones del inquieto y subvertido reino. Y esta precaución del Japón enseña á los demás pueblos interesados en Corea y su comercio cómo debían precaverse de igual suerte, llevando así mayor intervención á la monarquía que aquella usual durante todo el período anterior al tratado de rápida y total evacuación militar. No resultó baldía la precaución. Poco después de haberse acabado las ocupaciones japonesas, el erario exageró los requerimientos de tributos y el pueblo las resistencias á tributar, proviniendo de tales conflictos, aquí un motín, allí un apresamiento de ciudadanos pacíficos, allá un degüello de rebeldes, acullá incendios exterminadores; en todas partes sacudimientos de los que perturban cualquier Estado y trascienden á los Estados vecinos. Entró, pues, Corea en crisis abierta de franca revolución. Y como entró en esta crisis, constituyóse frente al Gobierno regular el Gobierno revolucionario, empeñados uno y otro en sendos esfuerzos de asalto y resistencia, igualmente adversos y dañosos á ambos. Cosa famosísima. Los dos partidos gobernantes de Corea están gobernados por Kinn y por Minne, que vienen á ser como los Roseberys y Salisburys de Inglaterra, ó como los Cánovas y Sagastas de nuestra España. Pues ahora bien: ¿quiénes son estos jefes de partido, Kinn y Minne, cuyos respectivos nombres ostentan cierto ritmo en sus sílabas? El primero, padre natural y legítimo de S. M. el Rey, mientras padre natural y legítimo de S. M. la Reina el segundo. Como puede observar quien leyese con atención, á pesar de la distancia en el planeta y de la diferencia en costumbres entre nosotros y los coreanos, estos parentescos entre afines, consuegros y suegros y yernos, también allí desafinan como si lo quisiese alguna ley universal é inevitable. Lo cierto es que Kinn las echa de progresista, y Minne de conservador; y como quiera que uno y otro tienen diverso arraigo en el palacio que en el público, requieren de amistad al partido revolucionario, quien los combate ó los apoya en alternativas de favor ó disturbios, según conviene á sus intereses respectivos y á su absoluto predominio. Así, en este sacudimiento, pidió la expulsión del padre de su Rey; mayor influjo para el padre de su Reina, muy mal visto por el yerno y los suyos; menor influencia del Embajador de China y del Embajador de Rusia en los negocios públicos; prohibición de exportar arroz; negativa en absoluto á todas las indemnizaciones dables á los mercaderes extranjeros que piden los resarcimientos de daños y perjuicios demandados por las brutales disposiciones tomadas contra su libre y lícito comercio. En todas estas incidencias hay que observar sobre los partidos del interior cuatro factores capitales y extraños: China, que tiene una mano en toda la política, y á su vez el Japón, que tiene otra mano, mientras Rusia influye por sus posesiones en la Manchuria, frontera boreal, é Inglaterra por su isla de Pao, que domina con serena é incontestada posesión. Hace poco pidió Rusia permiso de medir á Corea en todo lo largo y ancho del territorio aquel, y habiéndolo alcanzado, por miedo natural de la corte á pagar caramente su negativa, echó los jalones de una venidera irrupción, semejante á la que prosigue desde las riberas del Caspio y las alturas del Cáucaso á los desiertos de Mongolia y á las cumbres del Thibet. Realmente, China y Rusia contienden á una en la capital coreana, y apoyan mutuamente á los dos partidos del maltrecho matrimonio Real, tan divorciado, y de los dos consuegros, tan engallados y enfurecidos respectivamente uno contra otro. La última pasada que han jugado á los Minnes de la esposa los Kinnes del esposo, consistió en designar por heredero presunto del trono á un príncipe llamado Konang, quien, si llegase á reinar, no dejaría un partidario de la Reina con vida para un remedio. Así ésta se volvió á los revolucionarios de antigua cepa, y les dijo cómo el candidato propuesto á la sucesión del trono adolece de una educación católica dada por misioneros ocultos en su palacio, á cuyo poder é influencia aplastaría como un hormiguero el partido de los populares, y abriría como un infiel todas las puertas del Imperio coreano á los extranjeros y á los infieles. La creencia de la Reina debió penetrar en los ánimos donde quería ella sugerirla con tal intensidad, que las muchedumbres revolucionarias prendieron fuego á la vivienda del supuesto candidato, y demandaron la expulsión de los extranjeros al Rey, estando unas doce horas de rodillas á la puerta del palacio Real, en actitud entre suplicante y amenazadora: tal embrollo hay en todas las cuestiones coreanas, y así tantas revoluciones y guerras centellean por modos bien diversos, pero bien terribles, en el espantoso conflicto.

VI.

Continuemos la narración. El Rey pidió á los partidarios de la Reina que cesaran en permanecer de hinojos y se limpiasen las rodillas, yéndose de grado á sus respectivas casas. Pero, insistiendo ellos, y con estas insistencias amenazando la paz pública, no quedó al Rey otro recurso que prender los cabecillas y encerrarlos en la cárcel. De semejante disposición el clamor de los revolucionarios estalló como una tempestad, y proclamas exaltadísimas corrieron en todo el reino. Quejas por las prisiones, por el olvido ingrato de Confucio y sus leyes, por la introducción del cristianismo sobrepuesto de subrepticio modo á la religión coreana, por la suelta y licencia dejadas á los misioneros en sus captaciones, por costumbres nuevas que perturban el sueño á los muertos puestos dentro de la tierra y dejados á la soledad y á la inclemencia del aire en vez de colocarlos á la entrada del hogar y consagrarles un rezo perpetuo; todo lo cual exigía que se quemaran por mano del verdugo los libros de liturgias extrañas, y se arrojase de allí á todos los extranjeros, y se prendiese fuego á la ciudad de Seúl, á la corte toda, maculada y maldecida con el contacto de semejantes hijos del mal, dados á toda suerte de crímenes, abortos de la magia negra y engendros del demonio en persona. Bajo tales desacatos y atrevimientos, un gobierno poseído de su autoridad y de su derecho hubiese apelado al supremo recurso que le dejaban las circunstancias, á la corrección por el castigo; mas la influencia del partido de la Reina sobre un ánimo apocado, como el ánimo del regio cónyuge de ésta, dió á los revolucionarios suelta y á su jefe alas, solicitado para que otorgara perdón cuando merecía pena, y retribuído por sus deservicios, como si fueran servicios, con innumerables presentes. Entonces aparecieron en escena otros revolucionarios de nuevo cuño, no tan fuertes como los ya conocidos, pero mucho más audaces: los estudiantes. Partidarios del Rey éstos, dieron á una contra los rebeldes en apariencia, por dar en realidad contra la Reina; y pusieron como no digan dueñas á sus contrarios, indignos de la Real clemencia y bondad, maldiciéndolos y denostándolos por haber puesto en crédito entre las gentes dóciles el error de la magia, por lo cual pedían para ellos la decapitación. Los partidos cortesanos, los nombres señoriales, el número de bandas esparcidas por todas partes, el influjo de añejas historias y de seculares privilegios, la indocilidad de abajo y el despotismo de arriba, esos cónyuges sustentados por gentes en armas y enemigas entre sí, todo eso demuestra que Corea persiste hoy en período feudal, y el feudalismo aparecerá siempre por necesidad en todos los espacios y en todos los tiempos como contrario á la unidad del estado político y á la independencia del suelo patrio. A esto se mezclan dos protectores europeos, como Rusia é Inglaterra, que rondan la península por quedarse con sus despojos, y dos protectores orientales, como la China y el Japón, que se prometen aumento de influencia con poseerla de un modo directo y real ó con sujetarla por medios indirectos y protectorados diplomáticos semejantes á los que ahora se decretan y usan. Inglaterra, que abandonó hace poco á Hamilton, quedóse con la isla Pao; mientras Rusia, que adquirió el puerto de Vladivostock, viéndole cerrado por los hielos, aspira con su tenacidad á otros espacios de Corea más clementes y menos difíciles así para la navegación como para el comercio. Y las mismas discordias entre China y el Japón que entre Inglaterra y Rusia. Mientras los japoneses no perdonan á los chinos que les cerraran Corea por el tratado de Tien-T'sin, los chinos por su parte no perdonan á los japoneses que posean la isla Formosa, sobre la cual alegan seculares y valiosos títulos. Pero la verdad es que unos y otros están dejados de Dios, pues divididos, hállanse á merced y arbitrio de las dos grandes potencias europeas rivales en Asia, mientras que juntos y entendiéndose podrían prolongar su respectivo influjo en los inmensos territorios que les ha concedido la Providencia y evitar una suerte y un destino tan adversos como los del Imperio indio, dominado con todas sus riquezas y gentes por el Imperio británico. De todas maneras, no apartemos un punto la vista del Asia extrema, pues así como nos mata un microbio generado por el Ganges y disuelto en las aguas que apagan la sed nuestra por el maléfico poder de los contagios, un conflicto entre la China y el Japón puede incendiar con sus chispas nuestro continente y entenebrecer con sus humaredas nuestro cielo.

Emilio Castelar.

Madrid, Septiembre de 1894.

RUINAS.

Resto de antiguos hogares
Caídos de su grandeza,
Se alzan entre la maleza
De un castillo los sillares.
Llora el viento sus pesares,
De las torres al huir,
Y él, oyéndolo gemir,
Es, á la hiedra abrazado,
Algo así como el pasado
Deteniendo al porvenir.

¡Cuántos años han huído
Desde que pasó la vida
Por su piedra ennegrecida
Y su puente demolido!.....
Si allá un recuerdo perdido
Cruza como una saeta,
Rozando la silüeta
De la torre, sólo está
En la nota que se va
De la lira de un poeta.

En su carrera anhelante
El mundo de ti se olvida.....
Y adelante va la vida,
Siempre gritando: «¡Adelante!»
¡Adiós, recuerdo gigante
De aquel pasado glorioso!
Vuela el tiempo presuroso,
Y, entre escombros y maleza,
Hará caer tu grandeza
Dentro de tu mismo foso.

Manuel Machado.

LA CASA DE LA INFANTA, EN ZARAGOZA.



No corren años venturosos para el arte zaragozano: hoy el fuego, ennegreciendo la *casa de la Infanta*; ayer la mano del hombre derribando la *Torre inclinada*, han añadido dos renglones más á la ya larga lista de los monumentos que va perdiendo la capital aragonesa.

Cuando estaba la ciudad como la presenta Mazo, en el hermoso cuadro que posee nuestro Museo de Pinturas, destacábase sobre el cielo en ella su primorosa Torre inclinada y aparecía roto su puente: ahora que al de piedra se ha unido otro de hierro para el paso de los trenes, queda reducido á escombros su singular campanario y se deterioran las joyas más preciadas, cual si la simpática población estuviera condenada á no gozar jamás de esa laudable armonía entre las creaciones de todos los siglos, que es el símbolo más brillante de nuestra verdadera cultura actual.

Quedan todavía edificios artísticos, religiosos y civiles, encanto de la vista y estímulo de la fantasía: la *Seo*, algunos detalles del *Pilar*, la *Aljafería* y diferentes viviendas particulares; pero con las dos obras, hundida la una y deteriorada la otra, que han padecido en los últimos años, se han borrado páginas de la historia de sus fábricas difíciles de sustituir.

La *Seo*, bella representación del arte ojival, nos ofrece la imagen del siglo XIV en el espléndido sepulcro de D. Lope de Luna; el carácter de las esculturas españolas del XV en el retablo de *Johan de Cataluña* y las del XVI en el trascoro de *Tudelilla de Tarazona*; el cuadro de aquellas familias que brillaban en las altas dignidades eclesiásticas, con los sepulcros de los dos prelados hijos de doña Ana Gurrea; recuerdos que unen á Aragón con Castilla, dentro del sarcófago que recibió los restos de Ibáñez de la Riva Herrera, fundador en Solares del curioso relicario donde se guarda la cabeza de San Cipriano el Mago.

El *Pilar*, rehecho y ornamentado cual espléndido salón de fiestas, ostenta orgulloso uno de los primorosos altares de Daniel Forment, con arcos de medio punto y colgadizos ojivales, y riquísima sillería, gloria de los entalladores del Renacimiento, no lejanos de los modernos relieves de Sala, y los variados frescos de Bayeu y de Goya que rodean la capilla de la venerada imagen.

El *castillo*, hoy cuartel de la *Aljafería*, presenta enlazados en poético maridaje escudos y recuerdos de los Reyes Católicos con inspiraciones orientales; y á todo ello sirve de medio ambiente una campiña bellísima, las aguas del *Canal* que proclaman todavía la tenacidad de un hombre: establecimientos de caridad debidos al mismo Pignatelli, autor de las obras que encauzaron el río; el pequeño montículo de *Torrero* en que se luchó contra los franceses, y la *Santa Engracia* que incendiaron sin respetar las cenizas de los innumerables *mártires* tan constantes en su fe, diciendo al mundo monumentos, campiña, obras, recuerdos y hechos que allí hay un pueblo varonil y humano, honra de la patria y espejo de los buenos.

En la *casa de la Infanta*, que se incendió en la noche del lunes, 10 del mes corriente, se había restaurado con acierto, no hace aún muchos años, el primoroso y rico patio, joya del Renacimiento, que reproducimos en el segundo grabado de la pág. 164.

Son originales en él los diez y seis medallones, cuatro por lado, de guerreros é hidalgos, que lucen sus espadas desnudas; y extraña más al viajero que uno de los bustos sea de hermosa dama, con formas sobrado redondas, colocada en la misma actitud que los demás, sin que sea fácil explicarse qué tradiciones ó qué sentimientos del escultor motivan su representación en aquel sitio.

Acompañan á éstos escenas mitológicas, niños, otras cabezas pequeñas en el friso, figuras amensuladas junto á los capiteles, cariátides sobre los fustes de las columnas, guirnaldas y varios elementos decorativos más, que cansarían la vista si no fueran de tan exquisito gusto.

Al monumento se hallan unidos, entre otros muchos, los recuerdos de tres fechas: la de su erección, la de la muerte de Pignatelli y la del destierro de la Vallabriga, juntándose en él esplendideces de potentado, lamentos de justo dolor y lágrimas mal comprimidas de despecho.

Mandó construir la casa en 1550 el noble *Zaporta*, hombre espléndido, amante de las bellas artes, encariñado con las obras italianas, y deseoso de que ostentara Zaragoza algo digno de competir con los hermosos palacios de Génova, Florencia ó Ferrara, fábrica que respirase gusto más puro y homogéneo que otras de la ciudad, y no se encerrase en planta tan reducida como la edificada allí por *Torrella*.

Dos siglos después la habitó la Vallabriga.

La historia de su destierro á Zaragoza es conocidísima, y las circunstancias que en sus aventuras influyeron, fáciles de adivinar.

D. Luis de Borbón, hermano del rey Carlos III, se enamoró de D.ª María Teresa de Vallabriga, noble aragonesa, y diestramente manejado por la dama, que supo dominar su pasión, la llevó al altar y la hizo su legítima esposa, con grave ó fingido escándalo de las gentes.

Corrían aquellos años en que la corrupción se extendía rápidamente por los países vecinos, mientras que una raza de reyes venida de la corte, que fué galante entre las galantes, daba, por contraste, noble ejemplo en España de fidelidad conyugal y de virtudes domésticas. Abundaban al mismo tiempo las intrigas de tocador, y se despertaban los recelos de los altos contra todo lo que pudiera representar una influencia nueva. Enlazando las suspicacias, las naturales preocupaciones de clase en todos los tiempos, y el honrado sentido del Monarca, se explica el alejamiento de Madrid impuesto á la desdichada dama.

¿Lloró allí la pérdida de ilusiones ó vertió lágrimas de despecho por el mal éxito de sus planes? Muy pronto se suele contestar á estas preguntas, pero muy difícil es responder con exactitud, si se tiene en cuenta los extraños y variados resortes del corazón femenino.

Transcurrido luego breve plazo, llegó á la *casa de la Infanta* el nuevo morador que más había de unirla á la historia contemporánea de Zaragoza.

Era éste el canónigo D. Ramón Pignatelli, elegido, con buen acierto, por el rey Carlos III para dirigir y llevar á feliz término las obras del Canal de Aragón, que se venía ya proyectando desde los tiempos del emperador Carlos V.

La lucha tenaz contra toda clase de dificultades, lo acertado de los planes en general, la moderación en los triunfos, el sentido que imprimió siempre á sus fundaciones de diferentes géneros, y los disgustos que amargaron los últimos días de su vida y se los acortaron, pinta bien el talento y el noble carácter de este hombre, cuya estatua han levantado sobre un pedestal los zaragozanos, como una de las más legítimas y más puras glorias de Aragón.

Fundó un hospital para alivio de los dolientes, y mandó que se declarase, en sobria inscripción sobre su puerta, que aquella era la *casa de los enfermos para la ciudad y el orbe*.

Hubo de alcanzar un señalado triunfo con la traída del Ebro encauzado, desde los campos de Tudela hasta Torrero, y como venganza única contra los autores de los obstáculos suscitados, escribió sobre las obras: *Para comodidad de los viajeros y convencimiento de los incrédulos*.

Una sola falta cometió en sus proyectos: no tuvo en cuenta la naturaleza del terreno que habían de recorrer las aguas próximas ya al término de su camino, y cuando las vió filtrarse por las grietas, abrirse paso al través del suelo y desaparecer ante su vista, pensando que se llevaban sus ilusiones



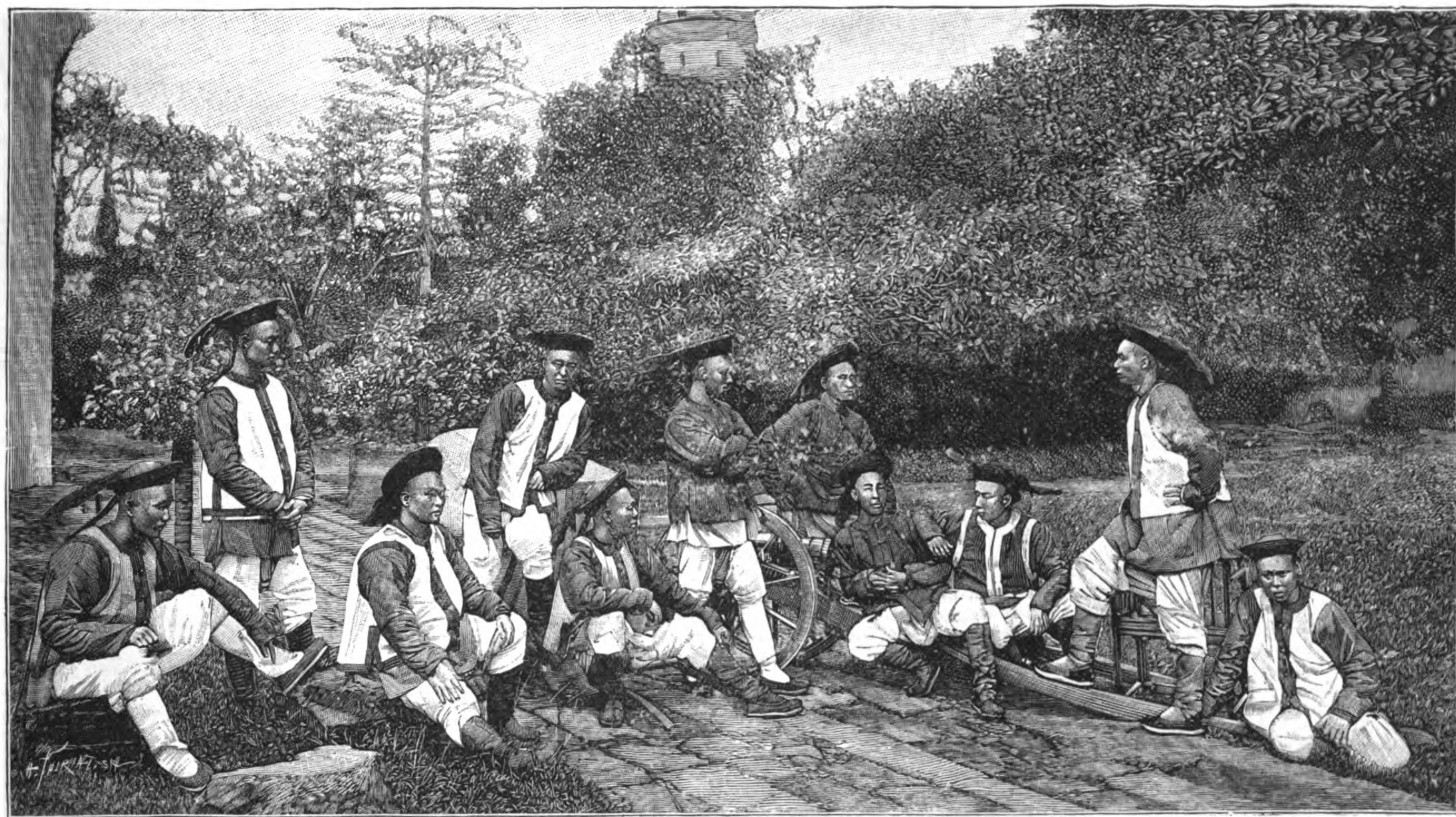
EXCMO. SR. D. AURELIANO FERNÁNDEZ-GUERRA Y ORBE,

Nació en Granada, el 16 de Junio de 1816; † en Madrid, el 7 del corriente.

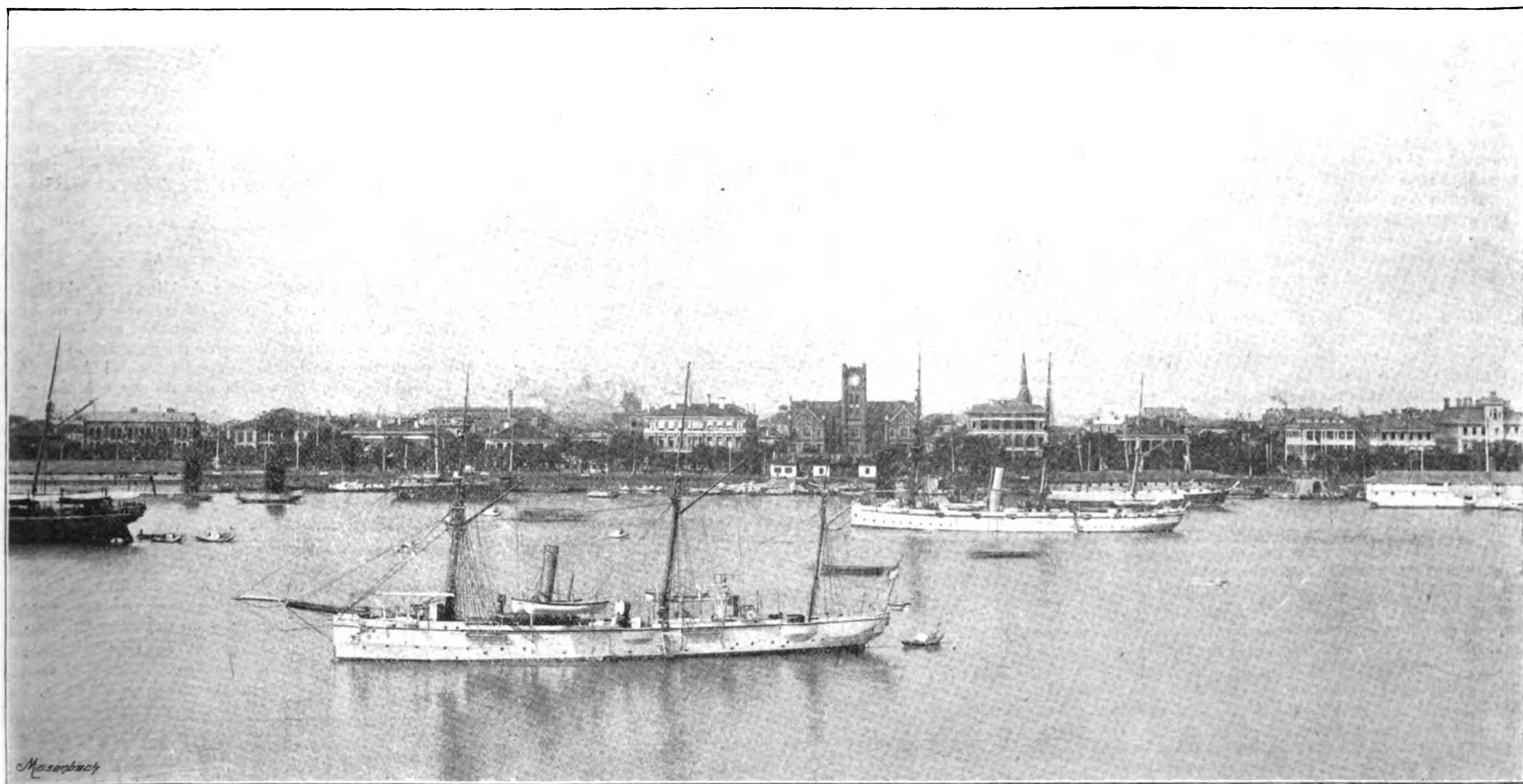


ZARAGOZA.—PATIO DE LA CASA LLAMADA DE LA INFANTA, SALVADO DEL INCENDIO OCURRIDO EL 10 DEL CORRIENTE.

(De fotografía de Laurent.)



LA GUERRA ENTRE CHINA Y EL JAPÓN.—UNA SECCIÓN DE ARTILLERÍA DEL EJÉRCITO REGULAR CHINO.



CHINA.—VISTA GENERAL DE LA CIUDAD DE SHANGAI, PRINCIPAL PUERTO DEL IMPERIO.

de hombre amante del país y su honra de constructor, hubo de sentir tan agudos dolores que atacado de incurable melancolía murió en 1793.

Los varoniles personajes de piedra esculpidos en el patio le vieron exhalar el último aliento, y, adelantándose á la justicia y admiración de nuestros días, le formaron guardia de honor con las espadas desnudas, tributándole unos respetos que le negaban las obscuridades de los espíritus ignorantes y las torpes satisfacciones de las almas envidiosas.

Tengo ante mi vista, en este momento, la preciosa colección de fotografías, hecha por Coyne, que es un verdadero artista, de todos los monumentos de la ciudad; comparo en ella y en mis vivos recuerdos los primores de la *casa de la Infanta*, con cien primores más de aquella y de otras poblaciones, y hago votos por que el Gobierno y los zaragozanos impidan que esta joya quede ennegrecida ó deteriorada.

Siento hasta en mis cuartillas despedirme de la noble Zaragoza, como lo sentí con agudo dolor en la realidad cada vez que me alejé de sus muros. A mí, madrileño amante de su hogar, me atrae todo lo de aquel suelo: el trato franco de las gentes, la constancia en los afectos, lo risueño de las campiñas, la amplitud majestuosa del Ebro, aquellas fiestas del *rabal de Altarás* y las voces poderosas que lanzan al viento las coplas de la jota, despertando dormidos entusiasmos, las grandezas y los delitos de su historia, con la tenacidad probada en cien luchas, y las sombras del santo niño, de Pedro Arbués, y de Juan de Lanuza, y más que nada, su sincero patriotismo no quebrantado nunca por egoísmos de ocasión, ni por estrecheces de orgullos aldeanos, ni por ideales mal entendidos de noble amor á la humanidad.

ENRIQUE SERRANO FATIGATI.

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

Filipinas: los civilizados y los salvajes. —*Ilo-ilo:* la Escuela profesional de Artes y Oficios; su importancia; su profesorado; sus alumnos.— *Mindanao:* resistencia contra nuestra soberanía; los antiguos y los modernos conquistadores; política necesaria; recuerdos de los antiguos triunfos; el gran caudillo Hurtado de Corcuera; su apoteosis y sus persecuciones; riqueza de Mindanao; lo que se impone.



PARECE increíble que dentro de un mismo archipiélago, sujeto hace cerca de cuatro siglos á nuestro dominio nacional, como lo es el archipiélago filipino, en islas, si no vecinas, á lo menos que forman parte de la misma colonia, aparezcan, la civilización próspera en unas, desarrollándose al amparo de la cultura, y la primitiva barbarie en otras, amparada tan sólo por el alejamiento material, por la osadía de los indígenas y por nuestra complacencia ó debilidad. A un tiempo, por ejemplo, llegan en este correo curiosos documentos que reflejan esos dos estados: la Memoria de la Escuela práctica profesional de Artes y Oficios de Ilo-ilo, y los detalles de las sangrientas emboscadas, que realizan contra nuestro ejército los moros, dattos y sultanes de los valles que rodean á la laguna de Lanao. Tan enorme diferencia ofrecen los súbditos de España desde Panay á Mindanao, como si éstos acabaran de ser descubiertos y no reducidos ni conquistados, y cual si aquéllos fueran, como lo son, tan antiguos y leales hijos de la patria como los peninsulares mismos. Honda pesadumbre causa lo primero, como gran satisfacción lo segundo.

La juventud indígena obrera de las Visayas tiene en la capital, Ilo-ilo, un naciente foco de educación técnica y práctica, que marcha boyante desde sus primeros pasos, y que ha de contribuir poderosamente á levantar el nivel de nuestra civilización colonial y á arraigar el amor á la madre patria por la gratitud que sus hijos deberán á España, al tocar los inmediatos beneficios de la difusión del saber y de los modernos adelantos. Este positivo bien se deberá en primer término á la acertada iniciativa de D. Manuel Becerra, que desde el Ministerio de Ultramar ayer y hoy, lo mismo en 1890 que en la actualidad, ha impulsado tal movimiento, creando, entre otros necesarios centros de cultura, las Escuelas de Artes y Oficios en el archipiélago filipino. Hombre eminente en nuestras ciencias, sabio incansable y modesto, tiene toda la autoridad y competencia precisas para dar cima al planteamiento y organización de tan utilísimas cátedras y talleres, en los que el pueblo se instruya y de los que pueda sacar una generación distinguida, que haga tanto por la prosperidad colonial como la administración, la milicia y la política. Y tanto ó más que en ninguna parte hace falta obtener estos beneficios en las lejanas provincias de nuestro casi olvidado, leal y pacífico archipiélago filipino. Decretada por el Sr. Becerra la fundación de las Escuelas de Manila y de Ilo-ilo, inauguró ésta el general gobernador Sr. Weyler en 1891, siendo su primer director el reputado y muy entendido ingeniero de Caminos D. Francisco Cristóbal Portas, quien puso en marcha aquel centro con sus clases, talleres, gabinetes, laboratorios y motores de vapor, durante el año que estuvo á su frente, y cuyo honroso puesto dejó vacante por falta de salud. Muy acertada fué la designación de la persona que había de sucederle, el Sr. D. Lorenzo Romero Pérez, ingeniero agrónomo, catedrático de la Escuela y director de la Estación agronómica de aquella capital, joven entusiasta de los estudios científicos, infatigable y tenaz en sus propósitos, que ha mirado siempre á aquella Escuela como objeto predilecto de sus trabajos y afanes, y la cual en sus manos va adquiriendo notable desarrollo.

De su actividad, competencia y acierto se hace lenguas en la *Memoria*-resumen del curso último el profesor don Emilio Crespo y García de Tejada, médico mayor de Sanidad Militar, asegurando que todos los profesores trabajan animados por el envidiable ejemplo que habitualmente les da. Las enseñanzas de la Escuela de Ilo-ilo comprenden los estudios siguientes: carrera de Perito mercantil; carrera de Perito químico; carrera de Perito mecánico; carrera de Maestros de Obras; carrera de Sobrestantes; carrera de Capataz de Minas y carrera de Maquinistas, para las cuales hay museo industrial, gabinetes, laboratorios de química, talleres de carpintería, ebanistería, tornería, herrería, cerrajería, litografía, grabado, ajustado, montaje y reparación de máquinas, clases de dibujo, lavado, modelado y vaciado, biblioteca y colecciones de maderas, materiales de construcción y herramientas. Están encargados de la enseñanza, además del director Sr. Romero, los Sres. Mapa Belmonte, médico; Alvarez de los Corrales, ingeniero de caminos; Pastor Penades, perito agrícola; Rufo Fabié, lingüista; Fernández Herrerías, profesor mercantil; Pisón y Quintana, ayudante de Obras públicas; Sucgang, pintor y escultor; los maestros de talleres Cadaviejo, González Páramo, Ferrera, Cleland, Rodríguez Villalvilla, y los ayudantes de las cátedras Sres. Benavent y Gutiérrez Rápide, farmacéuticos, y Génova é Iturbe, capitán del ejército, cuyo distinguido personal trabaja con la fe y constancia dignas de la civilizadora misión que se les ha encomendado. El total de alumnos matriculados durante el curso de 1893 á 94 fué de 190, con 464 inscripciones, de los cuales solicitaron examen 38 en los ordinarios, 56 en los extraordinarios y 11 en la enseñanza profesional. En el presente curso hay matriculados 317 alumnos, con 700 inscripciones. La vida de la Escuela de Ilo-ilo está empezando; da ahora, como quien dice, los primeros pasos; y todos los esfuerzos de los dignísimos profesores serán pocos para que arraigue, para que se imponga á la opinión y para que responda á los nobles propósitos de la madre patria. A todos los peninsulares allí residentes toca coadyuvar á esta obra, animando á la juventud nacional é indígena á aprovecharse de estos beneficios y combatiendo cuantos obstáculos pongan la rutina ó la indiferencia á las tareas del profesorado. Campaña generosa, laudable y utilísima será la que la instrucción realice así con el apoyo unánime de nuestros compatriotas, y digno complemento de las que la conquista y colonización han venido haciendo al través de los siglos.

***

Mientras las ciencias y las artes, mientras los profesores y maestros pelean en las Visayas y en otras islas del Archipiélago en demanda de las deseadas victorias del progreso y del bien general, impone la salvaje resistencia de los indomables mahometanos de Mindanao la necesidad de la guerra. Una nación modesta como Holanda domina en aquellos mares las inmensas islas del mar de Java, que parecen continentes, con 28 millones de habitantes; y aunque una vez cada cien años tropieza con los rebeldes en algún islote, como ha ocurrido ahora en Lombok con los insurgentes de Matarán, la soberanía de los Países Bajos se ve acatada en todo aquel colosal archipiélago. Excepción terrible para nosotros es en el nuestro es Mindanao, cuyo interior puede decirse que no nos ha pertenecido, de hecho, jamás, y á cuyas costas es preciso llevar la guerra y el castigo muy á menudo. Imposible parece que esa permanente rebelión y ese abandono continúen desde aquellos días en que conquistaron el archipiélago los insignes capitanes y marinos vascongados Legazpi, Salcedo, Goiti, Camús y Labezares, y empezaron á difundir por él la civilización los PP. Urdaneta, Gamboa, Aguirre y Herrera. Apenas puede creerse que el pabellón español no ondee en Mindanao poco más adentro de donde lo plantó en 1637 el valeroso capitán general Sebastián Hurtado de Corcuera, alavés, hijo de Bergüenda, y no más al interior tampoco que donde el intrépido y mal pagado D. José de Oyanguren, guipuzcoano, hijo de Vergara, lo tremoló con tanta gloria en 1848, al conquistar *á su costa*, el territorio de Davao, por él denominado Nueva Guipúzcoa, y fundar la capital, Vergara, antes Davao.

Mentira parece que tengamos casi perdido para nuestra explotación colonial un territorio de más de 100.000 kilómetros cuadrados, de excelente clima y tan rico en su fauna y en su flora, que compite con los más celebrados países intertropicales. No hay necesidad de predicar que allí se haga con los malayos-mahometanos ó moros, así sean plebeyos ó sultanes, ó dattos ó panditas, y con los negritos aetas, y con los mezclados manobos, tagacaolos, bilanes, mandayas, sanguiles, tirulayes, monteses y calaganes, lo que los ingleses han hecho y están haciendo en Nueva Zelanda y en Australia, y los suramericanos en Patagonia y en Arauco, y los yankees en casi todo el territorio de los Estados Unidos, esto es, dispersar y exterminar la raza indígena; pero preciso es pensar en sujetarlos de hecho, y en hacer sentir definitivamente nuestro poder y nuestro dominio, sin que ninguna tribu se levante y sin que sea rigurosamente castigada, y en utilizar para bien de nuestros intereses comerciales aquella vasta y rica comarca. Puede ser que imposibilite este legítimo propósito, no la distancia y el apartamiento en que se encuentran, no la resistencia salvaje de los indígenas, sino nuestra falta de medios y de los recursos que habría que emplear en hacer una larga campaña, de la que inmediatamente no sacaríamos provecho material de consideración; pero entre gastar casi inútilmente nuestras fuerzas para castigar de cuando en cuando las agresiones de aquellas gentes, que si al fin se rinden y someten lo hacen en grupos pequeños y con falsía siempre; entre repetir cada cinco ó seis años estas costosas expediciones, ó decidirse de una vez á invadir el país y sujetarlo, llevando nuestras armas desde Dapitán y Misamis á Tucurán, y desde Iligán y Cagayán á Davao, y desde Cotabato á Saranganí; entre que una gente bárbara y salvaje nos esté siempre amenazando y sorprendiendo, ó que, aun á costa de algún sacrificio nacional, sea barrida, acorralada y sujeta por nuestros bravos soldados peninsulares y filipinos, no se debe vacilar un momento.

Así procederemos como han procedido las demás naciones de Europa con sus colonias rebeldes; y si la naturaleza de la guerra y de la resistencia exige que aquella raza vaya desapareciendo, y desaparece, no habremos hecho otra cosa que lo que dichas naciones vienen haciendo donde quiera que los indígenas se oponen al pacífico dominio de la civilización. Empresa es esta á la que hace muchísimos años se hubiera dado cima y cumplido término si los sucesos políticos de nuestra patria y sus adversidades no hubieran detenido el empuje de nuestros aguerridos soldados de las Filipinas, que hubieran continuado los ejemplos de las grandes hazañas y conquistas de Pérez de las Mariñas, de Silva, de Hurtado de Corcuera, Basco, Almonte, Monforte, Arribillaga, el P. Capitán fray Agustín de San Pedro, Ayalde, Gaztambide, Arazamendi, Iturralde, Clavería, Urbiztondo y Oyanguren. Para aliento de las empresas futuras queda el recuerdo de las realizadas en aquellos tiempos, cuando, por ejemplo, el inmortal Hurtado de Corcuera conquistó el Norte de Mindanao (1637 y 38), y derrotó y pacificó á los sangleyes, y conquistó á Joló y á Basilán (1641 y 42), acompañado del famoso P. Marcelo Mastrilli, cronista de la primera expedición, é hijo del Marqués de San Macarvo, de cuyos gloriosos hechos, predicación y muerte tantas relaciones y memorias se escribieron. Siempre excita profundamente la curiosidad y el amor patrio la lectura de aquellos sucesos y la de las solemnes fiestas con que la ciudad de Manila celebraba la vuelta de los vencedores. En la descripción que escribió el P. Juan López, reproducida en uno de los diversos y notables libros que el Sr. D. Vicente Barrantes ha publicado acerca de las Islas Filipinas, se encuentran interesantes detalles del recibimiento hecho por aquella capital al conquistador de Mindanao y Buhayen, y vencedor del sultán Cachill Corralat, D. Sebastián Hurtado de Corcuera. Dos siglos y medio han transcurrido desde entonces, y si se les hubiera dicho á los leales habitantes de Manila que al cabo de este tiempo aun disputarían á las tropas españolas, los sucesores de Corralat, el paso desde Iligán á la laguna de Lanao, jamás lo hubieran creído, y ni aun, aunque lo vemos, estamos á punto de creerlo nosotros.

Cuando Corcuera volvió triunfante en Manila y entró acompañado del maese de campo D. Pedro de Heredia y y del general de artillería D. Fernando de Ayala, hijos, como él, de la tierra alavesa, la ciudad celebró inolvidables fiestas en su obsequio, y así la pintura, como la poesía, como la historia, consagraron su fama otorgándole inmarcesibles laureles. Alzáronse arcos de triunfo en el puerto y en las calles; se pintaron en grandes lienzos murales y se representaron en cabalgatas los principales hechos de la campaña, y aguzaron su ingenio los poetas para celebrar su valor y sus victorias. Uno de ellos, el hermano jesuita Liorri, compuso las siguientes décimas, que leyó desde un tablado D. José de Salazar, en el momento de aparecer á caballo el General vencedor:

Ya tu nombre belicoso,
Corcuera, á rey se levanta,
Y aun á reyes se adelanta
En tus glorias animoso.
Que pues tu valor dichoso
Rindió tan soberbias greyes
Y á su pesar les dió leyes,
Rey eres, pues que rey llama
Con voz de clarín la fama
Al que rinde y vence reyes.

De celo y honor movido
Arma Corcuera la tierra,
Para dar sangrienta guerra
Á un bárbaro presumido:
Y aunque él está defendido
De la aspereza del suelo,
Á los combates del cielo
Se mostró tan inconstante,
Que el que pensó ser diamante
Se halló convertido en hielo.

No sé á dónde ha de parar,
Gran príncipe, tu valor,
Pues las alas de tu honor
Nunca cesan de volar.
Bien puedes ya descansar
Seguro de tu fortuna,
Que ya el cielo te da cuna,
Y tu casa el cielo es,
Pues que rendida á tus pies
Se mira la media luna.

Ilusiones de poetas han sido hasta ahora aquellos triunfos del siglo XVII, y sólo faltó, para que se hubieran deshecho como el humo, y ni en Luzón ni en Manila misma domináramos, el que la artera ambición de los ingleses realizara sus propósitos en el siglo XVIII, cuando pretendieron apoderarse de la capital del Archipiélago y de sus principales puertos. Pero así como Hurtado de Corcuera dilató los dominios en 1638 y 41, así afirmó nuestra soberanía para siempre otro alavés, el glorioso magistrado y guerrero D. Simón de Anda y Salazar, en 1762 y 64. Amargas y crueles ilusiones fueron también las de su triunfo para el inmortal Hurtado de Corcuera, porque, por haber favorecido siempre á los jesuítas, confabuláronse contra él los frailes, excepto los dominicos, y cuando le sucedió en el gobierno de las Filipinas el Sr. Fajardo y Chacón (1644), lograron los agustinos, franciscanos y recoletos, por el intermedio del favorito de Fajardo, secretario Venegas, formarle causa y encerrarle en el castillo de Santiago, donde estuvo cinco años desamparado de todo el mundo, hasta que «se puso en manos de Dios», como dice el Padre Fr. Juan de la Concepción, en su *Historia*. Así pagó la patria los servicios del capitán más valiente, noble y entendido que tuvo el Archipiélago filipino en todos los tiempos, á los pocos años de decir de él la opinión en Manila y en España:

Rey eres, pues que rey llama,
Con voz de clarín la fama
Al que rinde y vence reyes.

Murió el conquistador del Norte de Mindanao, de Basilain y de Joló á su regreso á España, en Tenerife (17 de Agosto de 1660), dejando fundadas dos escuelas, una de primeras letras y otra de latín, en su pueblo de Bergüenda (Alava).

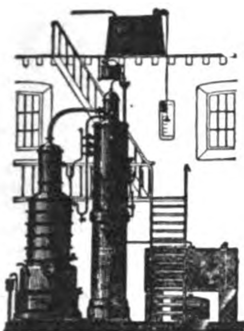
Si los ingleses se hubieran apoderado del Archipiélago en 1764, hoy Mindanao sería una de sus colonias mejor explotadas y más productivas. En nuestras manos sólo nos acordamos de Mindanao cuando nos pegan. Esperamos siempre al mañana para realizar nuestros planes, y á que baje del cielo el que nos enseñe y nos dirija, pareciéndonos en ello á los mandayas de aquella isla, que pasan la vida cantando y esperando á que baje del cielo su dios:

«*Mi minsad si Mansilatan*»,

es decir, «mañana bajará del cielo Mansilatán».

Lo que bajará mañana y siempre es algún sultán á la cabeza de algunos centenares de bárbaros malayos, para verter la sangre española, mientras no dejemos un campilán ni un cris en sus manos, que es lo que procede hacer, sin pérdida de tiempo.

R. Becerro de Bengoa.



ALAMBIQUES

Espíritus á 40° Cartier
SIN REPASAR

EGROT

Cab.° de la Legión de Honor
EXPOSICIÓN UNIVERSAL
PARÍS 1889
Fuera de Concurso
Miembro del Jurado
Catálogo, FRANCO, informes
19, 21 y 23, rue Mathis
PARIS

NINON DE LENCLOS

Ríase de las arrugas, que no se atrevieron nunca á señalarse en su epidermis, y se conservó joven y bella hasta más allá de sus 80 años, rompiendo una vez y otra su acta de nacimiento á la faz del tiempo, que en vano agitaba su guadaña delante de aquel rostro seductor sin poder mortificarle.—Este secreto, que la gran coqueta egoísta no quiso revelar á ninguno de sus contemporáneos, ha sido descubierto por el doctor Leconte entre las hojas de un tomo de la *Historia amorosa de las Galias*, de Bussy-Rabutin, perteneciente á la biblioteca de Voltaire y actualmente propiedad exclusiva de la **Perfumería Ninon** *(Maison Leconte)*, 31, rue du 4 Septembre, 31, París.

Dicha casa entrega el secreto á sus elegantes clientes bajo el nombre de **Véritable Eau de Ninon** y de **Duvet de Ninon**, polvo de arroz que Ninon de Lenclos llamaba «la juventud en una caja».—Es necesario exigir en la etiqueta el nombre y la dirección de la Casa, para evitar las falsificaciones.—La *Parfumerie Ninon* expide á todas partes sus prospectos y precios corrientes.

Depósitos en Madrid: *Aguirre y Molino, perfumería Oriental, Carmen, 2; Pascual, Arenal, 2; Artaza, Alcalá, 23, pral. izq.; perfumería de Urquiola, Mayor, 1; Romero y Vicente, perfumería Inglesa, Carrera de San Jerónimo, 3,* y en Barcelona, *Sra. Viuda de Lafont é Hijos, y Vicente Ferrer.*

GOTA Reumatismos, Dolores. Curación asegurada con el **Bálsamo** y el **Elixir Dubourg**. Frasco: 5 fr. Venta: Farmacia 6, R. Crosatier, París.
Depósito: Gayoso y Moreno, 2, Arenal, Madrid.

Ultima producção
Perfumaria IXORA
ED. PINAUD
37, Boulevard de Strasbourg, 37
PARIS

Sabonete.............. de IXORA
Essencia.............. de IXORA
Agua de Toucador..... de IXORA
Pommada.............. de IXORA
Oleo para os cabellos....... de IXORA
Pós de Arroz.......... de IXORA
Cosmético............. de IXORA
Vinagre de Toucador.. de IXORA

MEDALLA DE ORO EN LAS EXPOSICIONES DE BARCELONA, 1888; PARÍS, 1889, Y GÉNOVA, 1891.
ELABORADO CON LA MEJOR CARNE DE VACA DEL URUGUAY

Es un extracto eficacísimo y sin rival en las convalecencias, la inapetencia, debilidad, consunción, tisis, etc.

CARNE LÍQUIDA
(19 POR 100 DE PEPTONA)
del DOCTOR VALDÉS GARCÍA

MONTEVIDEO
(AMÉRICA DEL SUR)
Por mayor: M. García, Capellanes, 1.
De venta: farmacia de Reymundo, Atocha, 25, y en las principales de Madrid y provincias.—Representante en España: Rafael Truñó, Fuencarral, 57, segundo derecha, Madrid.

DENTÍFRICOS de RIGAUD y C.ía

Proveedores de la Real Casa de España

CREMA DENTÍFRICA de RIGAUD

Humedecida por el agua, forma un mucilago untuoso muy agradable, limpia los dientes con la suavidad de un lienzo flexible dándoles la blancura del marfil, y los preserva del sarro y de la caries.

DENTORINA RIGAUD

Elixir que se emplea al mismo tiempo que la **Crema** y perfumando deliciosamente la boca, refresca el aliento, y activa la circulación en las encías dándoles el color sonrosado natural á la salud.

Depósito en **París, 8, rue Vivienne,** y en las Perfumerías de España y América.

NEURALGIAS, *jaquecas, calambres en el estómago, histerismo*, todas las enfermedades nerviosas se calman con las píldoras antineurálgicas del **Dr. Cronier.** 3 francos; París, farmacia, 23, rue de la Monnaie.

COMPAÑÍA COLONIAL
CHOCOLATES Y CAFÉS
La casa que paga mayor contribución industrial en el ramo, y fabrica **9.000 kilos** de chocolate al día.—**38 medallas de oro** y altas recompensas industriales.
DEPÓSITO GENERAL: CALLE MAYOR, 18 Y 20, MADRID

Toda persona cambiando ó vendiendo **sellos de correo,** recibirá, si lo pide, su precio corriente y el **DIARIO ILUSTRADO DE SELLOS DE CORREO,** gratuitamente. Sellos de correo auténticos, á precios módicos.
E. HAYN, BERLÍN, N. 24.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL Dr. FRANCK



Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos.
(Rótulo adjunto en 4 colores)
PARIS: Farmacia LEROY
91, rue des Petits-Champs
En todas las Farmacias

CABELLOS CLAROS Y DÉBILES

Se alargan, renacen y fortifican por el empleo del **Extrait Capilaire** *des Benedictins du Mont Majella*, que detiene también su caída y retrasa su decoloración. *E. Senet, administrador*, 35, *rue du 4 Septembre, París.*—Depósitos en Madrid: *Perfumería Oriental, Carmen*, 2; *Aguirre y Molino, Preciados*, 1; *Urquiola, Mayor*, 1, y en Barcelona, *Sra. Viuda de Lafont é Hijos.*

En Casa de todos los Perfumistas y Peluqueros de Francia y del Estranjero

La VELOUTINE
Polvo *de Arroz especial*
PREPARADO AL BISMUTO
Por **CH.les FAY,** Perfumista
PARIS, 9, rue de la Paix, 9, PARIS

PÂTE DENTIFRICE GLYCÉRINE
Basta usarla una vez para adoptarla
GELLÉ FRÈRES
6, Avenue de l'Opéra
PARIS

Franco: 5 fr. en París
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES
&
Pone y conserva el cútis limpio y terso
CANDÈS et C.ie, B.d St-Denis, 16

40 Médicos de los Hospitales DE PARIS han comprobado LA PODEROSA eficacia de los PECTORALES de Nafé	*Pasta y Jarabe* de **Nafé** de DELANGRENIER PARIS 53, Rue Vivienne. *Venta en todas las* FARMACIAS.	CONTRA: Resfriados Gripe, Influenza Bronquitis Coqueluche Irritaciones del Pecho y de la Garganta

SUEÑOS Y REALIDADES
POR
D. RAMÓN DE NAVARRETE.

La mejor recomendación de este ameno libro es manifestar que está escrito por el distinguido cronista de salones y teatros *El Marqués de Valle-Alegre.*

Elegante volumen en 8.° mayor francés, que se vende, á 4 pesetas, en la Administración de este periódico, Madrid, Alcalá, 23.

25 AÑOS DE ÉXITO

PARA PEDIDOS DIRIGIRSE AL Sr. D. RAFAEL ROMERO DE JEREZ DE LA FRONTERA ÚNICO AGENTE EN TODA ESPAÑA

15 DIPLOMAS DE HONOR
18 MEDALLAS DE ORO



RECOMENDADA POR LAS AUTORIDADES MÉDICAS DE TODOS LOS PAISES

PARA PEDIDOS DIRIGIRSE AL Sr. D. RAFAEL ROMERO DE JEREZ DE LA FRONTERA ÚNICO AGENTE EN TODA ESPAÑA

SE VENDE EN LAS FARMACIAS DROGUERIAS Y ULTRAMARINOS.

El Gran Descubrimiento del Siglo

EL ELÍXIR GODINEAU es el único remedio (*sin peligro alguno*) contra la **Impotencia.** Curación de los Anémicos, de los Extenuados, etc.

REJUVENECIMIENTO Y PROLONGACIÓN DE LA VIDA

Administración del **ELÍXIR GODINEAU** en **PARIS, 7,** *Rue Saint-Lazare.*
FOLLETO GRATUITO REMITIDO FRANCO Á QUIEN LO PIDA
El ELIXIR GODINEAU se encuentra en **Madrid**: en Casa de los Sucesores de MORENO MIQUEL, *Arenal, 2*; — **Barcelona**: SALVADOR ALSINA, *Pasaje del Crédito, 4*; FORMIGUERA y C.ia, *Tallers, 22.* en **Zaragoza**: Droguería C. GALINO (*D. Jaime 1°, N° 19*).

Los Polvos de Arroz
PEAU D'ESPAGNE
NUEVA CREACION
DE
E. COUDRAY
Perfumista, 13, Rue d'Enghien, Paris
SE VENDEN EN TODAS LAS PERFUMERIAS.

FÁBRICA DE ABANICOS
Y PANTALLAS
para **Canastillas de Boda**
Y REGALOS



PIEL, SEDA, GASA, CREPE
preparados para ser pintados
COMPOSTURAS
SE ENVÍA FRANCO CATÁLOGO ILUSTRADO
H. TEMPLIER, 9, Boulev. St-Denis, PARÍS

EAU des BLUETS progresiva vegetal
MEDALLAS EN PARIS, LYON Y TÚNEZ



No se pega ni quema; devuelve al *cabello canoso* su color; produce todos los matices, del rubio al negro; no mancha la piel ni la ropa; permite el rizado; empléase para la barba.—Frasco, 6,35 fr. M.me PERNOT, 82, faubourg St. Denis, **PARIS.**

L'ANTI BOLBOS

no tiene rival para quitar las manchas ó puntos negros de la nariz, sin alterar la epidermis. Sólo se vende en la *Parfumerie Exotique*, 35, *rue du 4 Septembre, París.* Depósitos en Madrid: Pascual, Arenal, 2; Perfumería Urquiola, Mayor, 1; Aguirre y Molino, Preciados, 1, y en Barcelona, Sra. Viuda de Lafont é Hijos.—Evítense cuidadosamente las falsificaciones

G. K. COOKE & WEYLANDT.
BERLÍN N. 24.
Friedrichstrasse 105.a
Fábrica premiada, primera en Europa, de
SELLOS
de caoutchouc y metal. Se solicitan representantes.

No padecerá enfermedades en la
BOCA
ni dolor de muelas el que use el elíxir
MENTHOLINA
que prepara el *Dr. Andreu.*
Su uso emblanquece la dentadura aromatiza el aliento, calma el dolor de muelas y fortifica las ENCÍAS.
La mentholina en polvo usada con el elíxir aumenta la blancura de los dientes.

BACHILLERATOS. INSTITUCION LELARGE. ESTABLECIMIENTO RECOMENDADO
Fundado en PARÍS en 1841, rue Gay-Lussac, 20 (*Impasse* Royer-Collard, 9 y 12) PARIS
629 alumnos aprobados en los últimos exámenes.—Cursos especiales para los EXTRANJEROS.
ENVÍANSE PROSPECTOS Á QUIEN LOS PIDA.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

El cuerpo humano (Anatomía de las formas) I. *Proporciones y articulaciones*. Un volumen de 80 páginas en 8.º, con 32 grabados.—Una peseta en rústica, 1,50 en tela.—Madrid, La España Editorial, Cruzada, 4.

Con este tomo, que es el V de la Biblioteca Popular de Arte, prosigue dicha casa editorial la publicación de su colección interesantísima de manuales dedicados á vulgarizar las enseñanzas artísticas y á facilitar el estudio de los conocimientos técnicos indispensables para los artistas y los aficionados.

En el libro puesto ahora á la venta se explica de modo admirable, por su claridad y precisión, cuanto deben saber pintores y escultores, y todos los que estudian y cultivan el dibujo, acerca de la conformación del cuerpo humano, sobre la distribución y conjunto del esqueleto; lo referente, en fin, á proporciones y articulaciones, desde el punto de vista de las formas.

El cuerpo humano se completará con un segundo volumen, también interesantísimo, que pondrá dentro de pocos días á la venta La España Editorial, y que estudiará los *músculos*, los *movimientos* y la *expresión*.

Manual de Patología interna, escrito para uso *de médicos y estudiantes*, por C. Vanlair, profesor de la Universidad de Lieja, individuo de la Academia de Medicina y de la Academia Real de Bélgica, miembro correspondiente de la de París, etc., etc. Traducido y anotado por el Dr. P. Colvée, individuo de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Valencia.

Hemos recibido el cuaderno 16 de esta notable obra, del cual sólo diremos que es digno de los anteriores.

La fe en la Divinidad de Jesucristo, conferencias predicadas en la iglesia de la Magdalena por el Rdo. P. Didon, de la Orden de Santo Domingo, en la Cuaresma de 1892.

El P. Didon, cuya elocuencia es famosa en el orbe cristiano, ha confirmado su fama en esta serie de conferencias elocuentísimas y llenas de la más pura doctrina evangélica. Seguramente que todos los corazones cristianos las saborearán con delicia, aprendiendo en ellas á confesar y defender el sublime dogma de la divinidad de Jesús. Los editores mejicanos Sres. Guillermo Herrero y Compañía han prestado un gran servicio al público de aquella nación dando á luz en castellano estas conferencias.



DOÑA MARÍA BELÉN PEÑA DE MUÑOZ,

DIRECTORA DE LA ESCUELA NORMAL DE MAESTRAS DE SEVILLA.

De Ayer, colección de poesías premiadas é inéditas, de Francisco Tomás Struch (segunda edición).

El Sr. Struch es poeta de fácil estro y dado á contar las glorias patrias, como lo prueban algunas de las poesías que contiene el tomo que se ha servido enviarnos y en el que prueba buenas dotes literarias.

Las páginas de oro. Cuentos, por Julio Burell y Guy de Maupassant.

Recibimos el primer tomito de esta interesante colección, verdadera novedad literaria, pues por la módica suma de 20 céntimos puede proporcionar al lector una hora de agradabilísima lectura. Titúlase el primer cuento *Corazón*, y lo escribe Julio Burell, con lo que está dicho que es animado y bonito como pocos.

Mieles y amarguras. Drama en cuatro actos y en verso original de Francisco Dávila.

Está impreso este drama en Rosario de Santa Fe. No podemos juzgar de lo que vale como obra teatral, y sólo diremos, por tanto, que la hemos leído con interés.

Signes conventionnels et lectures des cartes *françaises et etrangères*.—Levées d'itineraires.—Lecture des nivellements, etc., etc., par le Cᵗ H. de Ville d'Avray, ex-chef des brigades topographiques en France et en Algerie.

Este libro es de suma utilidad, sobre todo para militares, para los cuales, sin duda alguna, esta escrito. Contiene multitud de noticias cartográficas y muchos ejemplos de cartas topográficas. Su precio: 3,50 francos.

Obras de Fray Vicente Solano, de la Orden *de Menores*, en la República del Ecuador. Precedidas de la biografía del autor, por Antonio Borrero C.

Hemos recibido el tomo III de las obras de este notable polemista, á cuya elocuente y briosa pluma sólo falta mayor teatro para ser famosa.

Este tomo III tiene más de 600 páginas, que se leen con gusto, á pesar de lo ajenos que nos hallamos á las contiendas literarias, políticas y religiosas que las motivaron.— G. R.

MADRID. — Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXVIII.—NÚM. XXXV.

ADMINISTRACIÓN: ALCALÁ, 23.

Madrid, 22 de Septiembre de 1894.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN, PAGADEROS EN ORO.

	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia	60 francos.	35 francos.



SAN SEBASTIÁN (GUIPÚZCOA).—ESTATUA DEL ALMIRANTE D. ANTONIO DE OQUENDO EN EL PASEO DE LA ZURRIOLA, INAUGURADA EL 12 DEL CORRIENTE.

(DE FOTOGRAFÍA.)

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

No sabemos por dónde empezar, ni hay forma de abarcar tanto suceso, y mucho menos si entre ellos se comprenden la apertura de Tribunales, las reformas de la segunda enseñanza y las maniobras militares. Sea, pues, nuestra Crónica una especie de índice, y nada más, de asuntos tan complicados y difíciles.

Figura en primer lugar, por la solemnidad del acto y cronológicamente, la ceremonia de reanudar la justicia sus tareas, dando por terminadas las vacaciones del verano, y pronunciando el Presidente del Tribunal Supremo un discurso que versa sobre problemas abstrusos y complicados del derecho: el Sr. Bustamante, no sólo es digno de representar á la magistratura en su puesto más elevado por el prestigio de sus servicios, sino por la autoridad con que le permite su talento llevar la voz del poder judicial desde un estrado á donde llegan pocos, y en el que todo presidente está rodeado de eminencias: esta vez el Sr. Bustamante ha tenido, no sólo la ciencia que es necesaria para desarrollar temas jurídicos ante la expectación de la gente más perita, sino la habilidad y la fortuna de que la representación de la prensa llevase á sus periódicos el eco de sus más lisonjeras impresiones, lo cual es un triunfo popular para el más aristocrático de los Tribunales. El fiscal interino, D. Juan Aldana, ha conseguido asimismo, con su discurso en aquel acto, envidiables felicitaciones por su trabajo serio é importante, digno de su capacidad y de su pluma.

°°°

Cada reforma de la segunda enseñanza es una revolución en los Institutos, una gran preocupación para los padres de familia y un juego á la gallina ciega para los escolares, acostumbrados á otra plantilla de estudios. La que ha decretado el Sr. Groizard divide la enseñanza segunda en dos secciones: una de asignaturas de índole general, que dura los cuatro primeros años de estudio; y otra preparatoria, de dos años, para los que aspiren al bachillerato, y que difiere en sus estudios según el escolar pretenda seguir carrera relacionada con las ciencias exactas ó morales, ó según prefiera, si se limita á tomar el grado de bachiller. Como es muy difícil crear y reformar, y muy fácil aparentar superioridad con algunas frases despreciativas del trabajo ajeno, nos guardaremos bien de criticar ligeramente la obra de persona tan autorizada como el Sr. Ministro de Fomento y la Dirección de Instrucción Pública. Pero nos permitiremos exponer con respeto un inconveniente: el de creer muy recargados de estudios los dos primeros cursos para la edad de los alumnos, que es por regla general de diez años ú once, sobre todo haciéndolos estudiar á un tiempo dos idiomas, el latín y el francés, simultaneidad expuesta á confusiones, tratándose de dos lenguas de construcción tan diferente. La infancia es la edad más propicia para aprender bien los idiomas; pero ha de ser de viva voz y no gramatical ni teóricamente; dos gramáticas contradictorias en edad tan tierna, cuando todavía no se ha fijado en el estudiante el sabor castizo y verdadero valor del idioma propio, podrá ser, excepcionalmente, un sacudimiento feliz para el cerebro, que aprende á separar sin esfuerzo y clasificar bien los elementos abstractos de las lenguas; pero nos parece esfuerzo peligroso para la capacidad media de los niños. Y si es cierto que hoy el latín se aprende mal por sí solo, peor se aprenderá en combinación con el francés. Y si este idioma influye en la pureza de la lengua castellana, perturbándola y absorbiéndola, al contrario que el latín, que nos lleva á los puros manantiales de nuestro idioma, nos inclinamos á creer que no es bueno el consorcio de ambas lenguas en la infancia: harto se impone el francés más adelante.

Las ventajas de la división de los años preparatorios tienen en contra el inconveniente de que los estudiantes necesitan decidir al cuarto año la dirección futura de sus facultades, antes quizás de conocida la vocación, y perder tiempo si deben rectificarla; el dificultar á los muy estudiosos seguir diversas facultades, y no es despreciable tampoco la objeción que hacen otros del aumento de coste que tienen los estudios de la segunda enseñanza, lo cual conviene no pasar en silencio para ver si se pueden subsanar los inconvenientes de la reforma.

En cambio nos parece muy bien que cuando los estudios se hacen más extensos para preparar los superiores, haya separación de asignaturas, según aquello para que se quiere preparar á los alumnos, y que se robustezca el cuerpo con la gimnasia, ya que no sea posible añadir la natación, porque sería asignatura de verano, y que se aumenten los profesores auxiliares y las facultades de los catedráticos, y otras reformas útiles que se introducen, tanto por lo que valen como por la línea progresiva que trazan, y de que la brevedad nos impide hacernos cargo en esa curiosa é importante transformación de los estudios.

°°°

Jinetes que traen y llevan partes; regimientos que salen y entran; el olvidado y siempre bélico redoble del tambor, que casa tan bien con las cornetas; carros de la Administración Militar conduciendo víveres y efectos: son las maniobras. Una guerra alegre, sin muertos ni heridos, para acostumbrar á los cuerpos del ejército á maniobrar en conjunto y completar la instrucción práctica. Todos los actos militares son vistosos y animados para los que no sentimos las fatigas de las marchas, los fríos de la noche y los rayos del sol calentándonos los cascos. Lástima que seamos pobres y tengamos que contentarnos con maniobras económicas; pero á nadie se le puede obligar á hacer más de lo que está en sus facultades. Pero si aquí se baten los soldados en simulacro, en Mindanao han sabido escarmentar á los moros insurrectos, tomando sangrienta represalia de un descuido que, si doloroso, no careció de gloria.

°°°

La visita á Valladolid del director de Instrucción Pública, Sr. Vincenti, ha dado por resultado, según dicen los periódicos, la cesión al Estado, no sabemos de fijo en qué términos, por su propietario, de la casa donde habitó Cervantes en aquella población. No conocemos la localidad, é ignoramos si vivió en diversas casas, como le sucedió en Madrid, donde las varió con frecuencia y alguna vez contra su gusto; pero si es la casa en que se refugió mal herido D. Gaspar de Ezpeleta pidiendo socorro, famosa es, y nos recuerda una de las mayores tribulaciones de Cervantes, pues salió de allí con su familia para la prisión; y aunque esa dureza y el excarcelamiento que se siguió les absuelven de toda culpa, indudablemente en ese lugar sufrió un gran dolor el que ya había dado á su patria la primera parte del *Quijote*. Y es casi seguro que allí escribiría la *Relación de las fiestas que en Valladolid se hicieron al nacimiento de nuestro Príncipe* (1); fiestas que terminaron cerca de un mes antes. En la misma casa vivía, como es sabido, la viuda del cronista D. Esteban de Garibay, entonces recién muerto; y por todos conceptos esa casa es un monumento para la historia literaria. En Madrid, el ilustre Mesonero Romanos, cuya respetable viuda, por cierto, falleció hace algunos días, sin que diéramos cuenta, por ignorarlo, de tan sensible pérdida; no pudo, decimos, el insigne cronista, á pesar de sus advertencias y la intervención del Gobierno, evitar que demoliesen la casa en que murió Cervantes; ni se podrá impedir acaso que suceda lo mismo con aquella en que vivió y murió D. Pedro Calderón. Bien merece un aplauso de la patria el propietario de Valladolid que cede al Estado la casa de Cervantes.

Y merece otro el Sr. D. José Nakens, por su honrosa y leal satisfacción al ilustre poeta D. Ramón de Campoamor, en el prólogo de una nueva edición popular de las *Doloras*. Sabido es, por lo que escribíamos y leían ya hace diez y ocho años, que Nakens negó al célebre poeta su originalidad, por encontrar en sus versos algunas ideas tomadas de otros escritos en prosa; negué el hecho en un artículo de *El Globo*, periódico en que entonces colaboraba, explicándolo por un fenómeno muy frecuente en literatura: la absorción inevitable é inconsciente de frases, giros y pensamientos que se efectúa, del libro al cerebro del que lee, y de lo que se oye, al libro que se escribe, formándose en cada época un caudal común, que constituye la cultura general de su tiempo. Y que no hay quien se halle exento de repetir involuntariamente lo que piensa todo el mundo, siendo la originalidad relativa y no absoluta. El insigne Campoamor, que fué siempre, al par que poeta, intrépido y duro y bien educado polemista, que no quita lo cortés á lo valiente, tomó su propia defensa de mis inhábiles manos, y sostuvo con firme convicción el derecho del autor á mejorar las ideas, dando forma poética á lo expresado en mala prosa. Pues bien: hoy el Sr. Nakens declara en voz alta, para que todos le oigan, y reconoce la indisputable originalidad del ilustre poeta asturiano, la cual es indudable; así como enfrente de él y perteneciendo á escuelas muy distintas, hay otros grandes poetas que hacen esta época honrosa para la literatura nacional.

°°°

Estamos en ferias, y sin embargo de que á nadie estorban, y son útiles para el Ayuntamiento, que cobra las licencias, y para los que las pagan, puesto que acuden á ellas, hay quien pide la supresión de esa antigualla, que no ha envejecido por sí propia, sino por la persecución que está sufriendo hace cuarenta años por parte de los ayuntamientos y de la prensa. Todos á matarla, y la feria empeñándose en vivir. Relegada á las verjas del Botánico, aparece como de incógnito en el bando de nuestro digno Presidente del Ayuntamiento, que la sitúa entre las calles del Parque y Cristina, nuevas y desconocidas para todo madrileño; y está limitada á mercado de frutos de la estación, algunos puestos de juguetes y los tradicionales libros viejos; y sin embargo, vimos ayer tarde bastante concurrencia popular. Hubo un alcalde que quiso remozar la feria de Madrid trasladándola al mes de Mayo y al Salón del Prado, pero no produjo efecto la reforma, á pesar del buen aspecto de las tiendas que se instalaron en el paseo: era el calor insoportable y un paseo mal sitio para vender; además, la costumbre era tener las ferias á la entrada del otoño. Tengo para mí que volverán á establecerse en las calles anchas y plazuelas; y volverán á ser quince días de animación mercantil y rendimientos para la villa, sacando los comerciantes y vecinos á la vista los géneros que se pudren en la obscuridad y los muebles raros que cada cual quiera vender. Y entonces se convencerán todos de que la calumniada feria no perjudica á nadie y puede ser un elemento de cambio y circulación de numerario.

°°°

A un literato pobre le regalaron un libro de cocina.
—Gracias—dijo devolviéndole;—no practico.

Los sonidos de la música sacaron de sus casillas al veterano López, que salió de su casa para ver desfilar un regimiento; en la calle se encontró á otro de su edad, y se pusieron á recordar el sitio de Morella.

—¿Y qué tal de ánimos?

—Creo que podría mandar un batallón.

—Y yo también.

—Sí; podríamos mandar tú y yo el batallón infantil.

—¿Has leído el *Quijote*?—pregunté á un maldiciente.

—No; porque dicen que es bueno, y si me gustase tendría que alabarle, y no sabría.

José Fernández Bremón.

(1) Felipe IV.

NUESTROS GRABADOS.

SAN SEBASTIÁN (GUIPÚZCOA).

Estatua del almirante D. Antonio de Oquendo, en la Zurriola, inaugurada el 12 del corriente.

A los pies del monte Ulía, y en el comienzo de los arenales que van hasta la desembocadura del Urumea, hay un humilde caserío, que en otra nación sería visitado de infinitas personas de las que el verano lleva á San Sebastián, porque en él nació en 1577 el almirante Oquendo, uno de los mejores generales de mar que España ha tenido. Pero sería necesario, para que esta honrosa curiosidad existiera, que los más de los veraneantes conocieran la historia de su patria y admirasen sus glorias, lo que por desgracia no sucede, y por eso el caserío está tan solo y tanto concurridos todos los sitios en que no hay recuerdos que sentir ni grandezas con que soñar, sino diversiones y placeres, que es toda la sustancia de la vida en estos tiempos.

Frente á donde nació el Almirante levántase ahora su estatua, en el bellísimo paseo de la Zurriola. La primera piedra del monumento púsose el 5 de Septiembre de 1887, colocando S. M., que contaba poco más de un año, el primer puñado de argamasa. Sostiene el pedestal un plinto de piedra caliza de Motrico, de color azul, puesto sobre una escalinata de tres gradas. El zócalo, de forma poligonal, está hecho de piedra rojiza de Ereño, y tiene cuatro pilastras angulares, viéndose en los frentes los escudos de España, Guipúzcoa, San Sebastián y Oquendo. En las caras del zócalo hay bajos relieves representando hechos gloriosos del Almirante, y trofeos navales. El tronco es achaflanado, y en los fondos, en dos nichos de mármol de Carrara, hay dos figuras, representando una la Guerra y otra la Marina. Sobre placas de mármol blanco se leen las dedicatorias del monumento, en castellano la una, y la otra en vascuence.

Toda la ornamentación del pedestal es sobria y de muy buen gusto. (Véase la página primera.)

La altura de la estatua es de tres metros; la total del monumento (hasta la lanza de la bandera) de quince, y el coste 22.000 duros. A los pies de Oquendo hay un ancla, un cable y un cañón, sobre los cuales se destaca arrogantemente su figura, mirando al mar, y en actitud de acometer al enemigo, con la bandera enarbolada en la mano izquierda y la espada en la derecha. El escultor, D. Marcial Aguirre, puede estar satisfecho de su obra.

Las fiestas con que se ha celebrado la inauguración del monumento han sido brillantísimas. Hubo solemnes funerales por el eterno descanso de los héroes muertos defendiendo con Oquendo la honra de España; iluminación en toda la ciudad, y particularmente en el monumento, que la ostentaba espléndida; salvas de los fuertes y de los buques de la escuadra; combate de galeones en la Concha; etc.

Las espaciosas calles, plazas y paseos de la ciudad estaban llenos de gente.

En la Zurriola, con ser tan extensa, no se podía dar un paso el día de la fiesta. A la hora señalada llegó la Real familia, colocándose SS. MM. y las Infantas en una plataforma cubierta de un dosel rojo de muy bonito efecto. Las tropas de la guarnición, mandadas por el general Sr. Sánchez de Molina, formaban en la margen del río, y á la cabeza de la formación estaban trescientos hombres de la escuadra. Leyó el Alcalde un sencillo, elocuente y patriótico discurso, terminado el cual, S. M. descubrió el monumento, mientras las tropas presentaban armas, tocaban la Marcha Real las músicas y tronaban los cañones del *Conde de Venadito*. Después desfilaron las tropas en columna de honor delante de SS. MM.

°°°

D. MANUEL GÓMEZ SIGURA,

director general de la Deuda pública.

Nació el Sr. Gómez Sigura (publicamos su retrato en la pág. 172) en Cazorla (Jaén), cuyo distrito representa ahora por tercera vez en el Congreso.

Fué notable periodista, redactor de *El Globo* muchos años, y actualmente es abogado con ejercicio en Madrid. En la Academia de Jurisprudencia y en el Ateneo ha dado brillantes muestras de sus cualidades oratorias, tomando parte en los más importantes debates. En la dicha Academia ha desempeñado varios cargos honoríficos, y hoy es vocal primero de su Junta Directiva.

También en el Congreso se ha distinguido mucho.

Cuando se discutió la ley del sufragio universal, pronunció varios discursos que los electores de la Carolina (primer distrito que representó) publicaron en un tomo. La interpelación que hizo al Gobierno en las últimas Cortes conservadoras, en nombre del partido liberal por encargo del Sr. Sagasta, tuvo mucha resonancia. En ella defendió á la prensa periódica, combatiendo el criterio de aquel Gobierno y sosteniendo que en ningún caso debía ser sometida á los consejos de guerra, como entonces se pretendió.

Indicado para varios cargos importantes, en justa recompensa de sus méritos y de los servicios prestados á su partido, fué nombrado en Agosto último director general de la Deuda pública.

°°°

COREA.

Fiestas populares.—El funámbulo.—Seúl y sus habitantes.

El funámbulo es tan indispensable en una fiesta coreana, como el toro en cualesquiera de las que se celebran en cualquier pueblo de España, sea dicho con perdón de los titiriteros orientales. En nuestro grabado de la pág. 172 puede verse la gran facilidad con que se dispone el aparato en que aquel gimnasta ha de lucir sus habilidades.

De ésta publicamos varias vistas en la pág. 173, que darán á los lectores idea del aspecto que ofrece actualmente. Rodéala una muralla de veinte pies de alto, con siete puertas, las cuales, según dijimos en otra ocasión, se cierran todos los días al anochecer, dando la señal del cierre la gran campana llamada *in-kiung* (primer grabado de dicha página).

El Rey tiene dos palacios en Seúl, el de Verano y el de Invierno. Del pabellón principal de aquél, curiosa muestra del estilo arquitectónico chino-coreano, damos una vista en el segundo grabado. En él está la audiencia, y no hay más mueble que el taburete del Rey. Nuestro tercer grabado dará idea del aspecto que presentaban los alrededores del palacio al tenerse noticia oficial de la guerra entre China y el Japón. En el cuarto vese casi todo el ejército de Corea, el cual se reduce á la guardia de S. M., armada de fusiles remington.

°°°

BELLAS ARTES.

Echar el filu, cuadro de C. Plasencia.—París. *Salon* de los Campos Elíseos de 1894: *La lucha por la existencia*, cuadro de Carlos Duchêne.

Cuantos conocieron y trataron al difunto y malogrado Plasencia admiraban, no sólo su inmenso talento y su extraordinaria inspiración artística, sino también la elasticidad maravillosa de sus facultades, que así concebían y ejecutaban lo bonito como lo grandioso, lo tierno como lo imponente y terrible. Una de las cosas en que sobresalía y maravillaba era en la reproducción de escenas asturianas: idilios románticos unos, grupos picarescos otros. En todos se mostraba observador, colorista y dibujante incomparable.

De ello es buena prueba nuestro grabado de la pág. 176, que reproduce su notable cuadro *Echar el filu*.

Una escuela filosófica contemporánea tiene por lema que la vida es una lucha en la que el fuerte se sobrepone al débil hasta exterminarlo.

Pero dejemos á un lado las luchas de que hablan esos filósofos, y que son, no de individuo á individuo, sino de especie á especie, y fijémonos en la que sostienen por un plato de comida los dos buenos amigos protagonistas del cuadro de Duchêne que publicamos en la pág. 177. El perrillo de lanas, con las patas en la presa, parece dispuesto á defenderla con todas las fuerzas y coraje de que es capaz, mientras su compañero, convertido en enemigo, se va adelantando poco á poco, entre belicoso y pacífico. No hay duda de que, si uno no cede, vendrán á los dientes (á las manos diríamos, tratándose de personas) y que romperán las amistades. Y el plato.

°°°

MADRID.

Academia de billar recientemente inaugurada.

La afición al noble juego del billar es tan grande en Europa y mucha parte de América, que los periódicos más importantes publican largas noticias, y á veces verdaderos artículos, explicando á sus lectores los diversos episodios de una partida empeñada entre maestros de dos diferentes naciones, ó de dos partes del mundo, como ocurrió hace años cuando se encontraron frente á frente el campeón francés Vigneaux y el norteamericano Slosson. En España no han llegado aún las cosas á ese punto; pero llevan el mismo camino, y ya se ha visto, no ha mucho, que la prensa se considera obligada á informar al público de algún que otro partido que adquiere notoriedad entre los aficionados. Prueba de que éstos son muchos, al punto de que tienen derecho á ser atendidos y complacidos.

Por eso creemos agradar á muchos de nuestros lectores con la publicación de nuestro grabado de la pág. 180, en el que hallarán varias vistas de la Academia de billar, fundada hace poco en la calle de Carretas, núm. 6, establecimiento, no sólo nuevo en Madrid, sino quizás sin igual en toda Europa por la comodidad del local, lujo y buen gusto del decorado y magnitud de los salones. Su propietario el Sr. D. Salvador Roa ha gastado en ponerla á la altura en que está algunos miles de duros.

El local es espaciosísimo, y con decir que hay en él diez y seis grandes mesas en que pueden jugar simultáneamente 64 personas, por lo menos, hemos dado idea de su amplitud. Las mejores salas son sin duda la primera ó inmediata á la calle, que es la mayor, y después la de *machts* ó grandes partidos, única en España, y quizás también en el extranjero. Es un verdadero teatro, con butacas muy cómodas y muy bonitas para 120 espectadores, y dos preciosos palcos, con entrada independiente, destinados á las señoras y familias aficionadas que deseen asistir á un partido interesante. La mesa es de las llamadas americanas, de las mejores del famoso fabricante William Saint Martín.

Detrás de esta sala y del todo separada de ella, hay otra también muy buena, en cuyos espejos se ven hermosas pinturas. También hay otra completamente aislada, destinada á las personas que quieran recibir lecciones de billar de los profesores de la casa, y á los que, naturalmente, no ha de gustar que sus primeras carambolas sirvan de tema á la crítica del público. Vimos dos salas de juegos (claro es que lícitos), y en el piso principal otras varias mesas de billar, todas de las mejores fábricas. Igualmente hay repostería, café, licores, etc., etc.

El Sr. Roa se halla actualmente en París contratando á algunos maestros de los más hábiles para la próxima temporada, y según nuestras noticias, inaugurará ésta el español D. Manuel Sánchez, que trae frescos los laureles de las victorias conseguidas en la capital de la República. En suma, el proyecto del propietario de la Academia de billar es hacer de ella un centro de reunión á que puedan concurrir los amantes de este juego, y, en general, cuantas personas gustan de recreos honestos.

°°°

OBJETOS ANTIGUOS DE TOCADOR.—(Véase el artículo del Sr. Mélida en la pág. 178.)

°°°

LUIS FELIPE ROBERTO,
duque de Orleans.

D. FRANCISCO DE BORBÓN Y DE CASTELLVÍ,
general de división del ejército español.

Los dos personajes cuyos retratos publicamos en la página 184 han dado bastante que hablar á los periódicos estos días y tienen verdadero interés de actualidad.

El Duque de Orleans es el heredero del Conde de París, sustituyéndole, por tanto, en sus pretensiones al trono francés. Tiene aún pocos años, pues nació en 1871, y el suceso más ruidoso de su vida fué aquella inesperada aparición en París, presentándose para ingresar en filas cuando le correspondió por la edad, á pesar del decreto de expulsión.

El general Borbón y Castellví es hijo del difunto D. Enrique de Borbón, muerto en duelo por el Duque de Montpensier. Nació en Tolosa de Francia, el año 1853; tomó parte por el Pretendiente en la guerra carlista, y luego que reconoció á D. Alfonso sirvió con mucha distinción en el ejército de Cuba. Hoy es general de división.

G. Reparaz.

D. ANTONIO DE OQUENDO.

Entre los ilustres marinos que han concurrido con su contingente de gloria á enaltecer el nombre patrio, sobresale D. Antonio de Oquendo, á quien hoy eleva la ciudad en que nació sobre el pedestal en que se perpetúa la memoria de los héroes. *Héroe cántabro* se llamó á tan insigne guipuzcoano, porque desde su juventud se hizo acreedor á dictado tan honroso. Fué hijo de D. Miguel de Oquendo, general también de la Armada, y de D.ª María de Zandátegui, señora de la Torre de Lasarte, é hija de D. Cristóbal López de Zandátegui, célebre jurisconsulto. Tuvo su cuna en San Sebastián, en 1577. Comenzó sus servicios en la mar á las órdenes de D. Pedro de Toledo, que mandaba las galeras de Nápoles, á la edad de diez y seis años, pasando á poco tiempo á la Armada del Océano, á cargo entonces de D. Luis Fajardo. Este General ilustre confió á Oquendo, conociendo sus aptitudes, á pesar de su juventud, la arriesgada comisión de detener á un corsario inglés que recorría las costas de Portugal y Andalucía, causando estragos é imponiéndose con sus crueldades. Dos buques, al mando del joven marino, salieron del Tajo el 15 de Julio de 1604 á desempeñar tal empresa, que había de cimentar su gloria é inaugurar la no interrumpida serie de sus hazañas. No tardó en descubrir las naves enemigas, superiores en número, al recorrer la costa y cabos de San Vicente y Santa María hasta Cádiz. Seguros de su victoria, adelantáronse á su encuentro los contrarios bajeles, envueltos en el humo de los cañones y la mosquetería. El inglés logró abordar la nave de Oquendo y lanzar á ella cien hombres, que hallaron en su terrible asalto, heroica y firme resistencia. Disputáronse el terreno palmo á palmo unos y otros en encarnizada lucha; pero, al fin, se decidió el triunfo por los marinos españoles, que atacando á su vez á sus contrarios consiguieron su rendición y la más completa victoria. Al regresar el denodado joven á Portugal fué recibido con entusiastas aclamaciones; el Rey, en carta autógrafa, le felicitó por el brillante éxito de su jornada. Veintisiete años contaba entonces, y al llegar á los treinta, era nombrado jefe de la escuadra de Vizcaya. Ciertamente que pocos caudillos lo fueron ya afamados á su edad.

La vida de Oquendo no se puede trazar á grandes rasgos, si se han de dar á conocer todos sus gloriosos hechos de armas. Uno de los más notables, inspirado por su carácter resuelto y animoso, fué el socorro que acudió á prestar á la plaza de Mamora, librando de inminente peligro á sus defensores, al obligar á la morisma contraria á levantar el asedio con grandes pérdidas. El Monarca español reconoció tan importante servicio en forma expresiva y honrosa para Oquendo.

Sólo como ligera referencia recordaremos la prisión que el denodado marino sufrió en Fuenterrabía, víctima entonces de mezquinas emulaciones. En nada perjudicó tal contratiempo á su honra. ¿Quién en la lucha de la vida, si obtuvo la fama que el ilustre guipuzcoano, no se vió perseguido por la malignidad de los que ven con pena y enojo el encumbramiento de los hombres dignos y las ajenas glorias? Precisa era su libertad para las que la patria esperaba de su valor y pericia en los mares. Así lo probó, limpiando los que infestaban los corsarios holandeses. Con sólo uno de sus buques dispersó por completo entonces varios enemigos que atacaban á los que venían de las Indias.

Entre los hechos más notables de Oquendo se ofrece el triunfo conseguido sobre los holandeses también, cuando éstos en 1631 dominaban por el terror la plaza de Pernambuco y la bahía de Todos-Santos. Con inferior número de buques, no bien pertrechados, emprendió terrible y desesperada lucha contra aquéllos, obteniendo señaladísima victoria. El almirante Honspater, al verse vencido, pereció arrojándose al mar. Mil novecientos holandeses sucumbieron en este sangriento combate: quinientos muertos y doscientos heridos fueron las pérdidas de los españoles. San Salvador y otras plazas brasileñas se vieron libres de enemigos, al socorro prestado por tan esforzado caudillo.

No fué tan ventajoso el éxito de otro combate sostenido después asimismo contra los holandeses; pero Oquendo tuvo la gloria de conseguir, en medio del destrozo de su armada, que su Capitana desordenase las naves enemigas, causándoles gran estrago. Este suceso confirmó lo que era reconocido de sus contrarios: el marino español era invencible; nadie pudo abatir su denuedo.

El cansancio de tan agitada existencia quebrantó la salud del anciano Almirante, y habiendo caído enfermo en la Coruña, falleció en esta ciudad en 1640, conservando hasta sus últimos momentos la energía de su carácter y su anhelo de seguir obteniendo en la mar nuevas glorias para su patria.

Guipúzcoa es una de las provincias que ha contribuído con mayor número de sus hijos á aumentar el número de marinos ilustres, sostenedores del esplendor de las armas españolas. En prueba de esta afirmación, ofrecemos una breve reseña de quiénes lo fueron más notables. Con razón puede ufanarse el suelo guipuzcoano de ser cuna de tantos insignes varones, consagrados á la existencia del mar, entre los que descuellan Elcano, Oquendo, Lezo y Churruca.

MARINOS ILUSTRES GUIPUZCOANOS (1).

SIGLO XIII.

Pelegrín de Uranza, capitán de una de las naves de la armada de Bonifaz en el sitio de Sevilla por Fernando III *el Santo*. Nació en Irún.

SIGLO XV.

Miguel Mugica, general de Marina; adquirió su celebridad en las Islas Canarias. Nació en Gudagarreta.

Miguel de Villariciosa, general de Marina en el reinado de los Reyes Católicos. Primer almirante de la carrera de Indias. Se halló en la conquista de Granada, distinguiéndose en el asalto de Loja. Nació en Pasajes.

SIGLO XVI.

Martín de Villariciosa, hijo del mismo. También general de Marina. Nació en Pasajes.

Juan ó Juanot de Villariciosa, hijo también de D. Miguel y asimismo general de Marina. Murió heroicamente en un combate naval. Nació en Pasajes.

Juan de Alcega, general del Mar Océano del tiempo de Carlos V. Nació en Fuenterrabía.

Cristóbal Arriarán, almirante de la escuadra española en la expedición de Trípoli en 1510, en la cual murió. Nació en Arriarán.

Juan de Aguirre, almirante general. Nació en Deva.

Juan de Escorza, capitán de una de las naves de la escuadra de Guipúzcoa. En las islas Azores arrancó en abordaje al enemigo el estandarte Real de su capitana, depositado algún tiempo en la iglesia parroquial de San Juan de Dios de Pasajes. Al regresar de la expedición de la *Armada Invencible*, murió á la entrada de este puerto en la voladura del bajel en que iba. Nació en Pasajes.

Miguel de Arizábalo, piloto mayor. Fué herido al lado del anterior en el combate de que se ha hecho mérito. Nació en Pasajes.

Juan Martínez de Recalde. Este distinguido marino se halló en la desgraciada expedición de la llamada *Armada Invencible*. Se hizo notable en los combates navales sostenidos en las islas Azores. Nació en Tolosa.

Martín de Zubieta, notable cosmógrafo. Explorador del estrecho de Magallanes en 1581. Nació en Rentería.

Juan Lezcano, capitán general de tierra y mar. Fueron notables sus servicios en los mares de Nápoles y Sicilia.

Juan Sebastián del Cano ó Elcano, insigne marino; el primero que dió la vuelta al mundo. Nació en Guetaria.

Andrés de Urdaneta, célebre marino y cosmógrafo. Hizo grandes navegaciones. Nació en Villafranca.

Marcos de Arámburu, general de la escuadra de Guipúzcoa, notable por su denuedo. Mandó también las flotas de galeones de Indias. Nació en San Sebastián.

Pedro de Zubiaur, general de Marina del tiempo de Felipe II. Se distinguió en las guerras de Holanda. Sostuvo gloriosos combates con los buques de esta nación. Nació en Rentería.

Jaime de Zamora, piloto mayor de las Armadas y gran explorador en el reinado de Felipe II. Nació en Lezo.

Pero Sanz de Vencia, almirante general de las Armadas y flotas del Océano y de la carrera de Indias. Nació en Fuenterrabía.

Juanes de Amasa, bravo marino que obtuvo á la vista de Orán en desigual combate señalada victoria. Nació en Rentería.

Miguel de Oquendo, general de Marina en el reinado

(1) La *Historia General de Guipúzcoa*, importante obra debida á D. Nicolás de Soraluce y Zubizarreta, publicada en 1870, nos suministra interesantes datos para esta relación. En aquélla se menciona el gran número de hijos ilustres de la misma que se han distinguido en las ciencias, las armas, las artes y las letras.

de Felipe II; se halló con la escuadra de Guipúzcoa en el bloqueo y toma de Lisboa; formó parte con aquélla de la *Armada Invencible*, y concurrió á varias acciones navales. Nació en San Sebastián.

Antonio de Oquendo, hijo del anterior; célebre almirante de los siglos XVI y XVII, llamado *el Héroe Cántabro*. Nació en San Sebastián.

Martín Orbea, general de galeones en los reinados de Felipe II y Felipe III. Nació en Eibar.

Carlos Orbea, general de la carrera de Indias. Nació en Eibar.

Martín de Irigoyen, almirante; apresó una bandera enemiga en reñido combate con una escuadra anglo-francesa; trofeo que se conservó largo tiempo en la iglesia parroquial de Rentería. Murió ahogado en los mares de Filipinas.

Martín de Irigoyen, hijo del anterior y también almirante; prestó asimismo sus servicios en Filipinas, donde murió.

Martín de Uranzu (Martín de Rentería). La fama de su denuedo corre unida á la de otro marino, Martín de Munguía, en Oricaya; ambos lucharon contra los bajeles del célebre Barbarroja, sufriendo el segundo la muerte ordenada por éste, al negarse á abjurar de su religión. Nació en Rentería.

Juan Pérez de Uranzu, hijo del anterior, general de Marina; concurrió con su padre á la expedición y conquista de Túnez en 1535. Nació en Rentería.

SIGLO XVII.

Miguel Oquendo, marqués de San Millán y almirante general, hijo del célebre marino D. Antonio, ya citado; escribió la *Vida del Héroe Cántabro* (su padre). Nació en San Sebastián.

Miguel de Iturrain, armador y marino; hizo grandes presas en las usurpadas pesquerías de Terranova. Nació en Pasajes.

Juan de Echeveni, conde de Villalcázar y marqués de Villarrubias, general de galeones. Nació en San Sebastián.

Juan Domingo de Echeveni, hermano del anterior, general de flotas. Nació en San Sebastián.

Mateo de Laida, almirante general de la Armada. Nació en Pasajes.

Juan de Ibarra, general de Marina de la carrera de Indias. Nació en Eibar.



D. MANUEL GÓMEZ SIGURA.

DIRECTOR GENERAL DE LA DEUDA PÚBLICA.

(De fotografía de Villar.)

Lorenzo de Zuazola, general de la Armada de Filipinas; pereció ahogado á la vista de Gibraltar, víctima de una tormenta que deshizo su escuadra. Nació en Azcoitia.

Felipe de Ugalde, almirante; prestó señalados servicios en el Archipiélago filipino. Nació en San Sebastián.

Sancho de Urdunivia, general de Marina; sirvió en las armadas desde principios de su siglo. Nació en Irún.

SIGLO XVIII.

Bartolomé de Urdinso y Arbelaiz, general de la Armada; sirvió á las órdenes del célebre marino D. Blas de Lezo. Nació en Irún.

Ventura Barcáistegui, general de Marina; se le debieron importantes trabajos hidrográficos en las islas Filipinas. Nació en San Sebastián.

Asencio Vicuña, almirante general de mar y tierra. Sostuvo con bizarría señalados combates con fuerzas superiores de una escuadra holandesa, hasta no poder prescindir de su rendición.

José de Iturriaga, jefe de escuadra. Prestó heroicos servicios en América. Nació en Azpeitia.

Antonio de Gaztañeda é Iturribalzaga, teniente general de la Armada. Célebre por su denuedo y pericia náutica. Nació en Motrico.

Blas de Lezo, teniente general de la Real Armada. Dióle merecida celebridad su heroica defensa de Cartagena de Indias. Nació en Pasajes.

José Manuel de Goicoa, capitán de navío de distinguido concepto. Pereció en la voladura de la fragata *Mercedes* que mandaba, en combate sostenido contra naves inglesas. Nació en San Sebastián.

José Lorenzo de Goicochea, brigadier de la Armada. Sostuvo varios combates que le dieron merecido concepto, señalándose notablemente por su intrepidez y bizarría.

Manuel Emparán, distinguido capitán de navío. Pereció en la voladura del navío *San Hermenegildo*, de su mando, en el estrecho de Gibraltar. Prestó notables servicios en la Armada. Nació en Azpeitia.

Miguel de Lizagarra, bizarro marino, murió en combate naval. Nació en Pasajes.

Tomás de Larrazpuru, general de escuadras y flotas; mandó la Armada del Océano. Nació en Azcoitia.

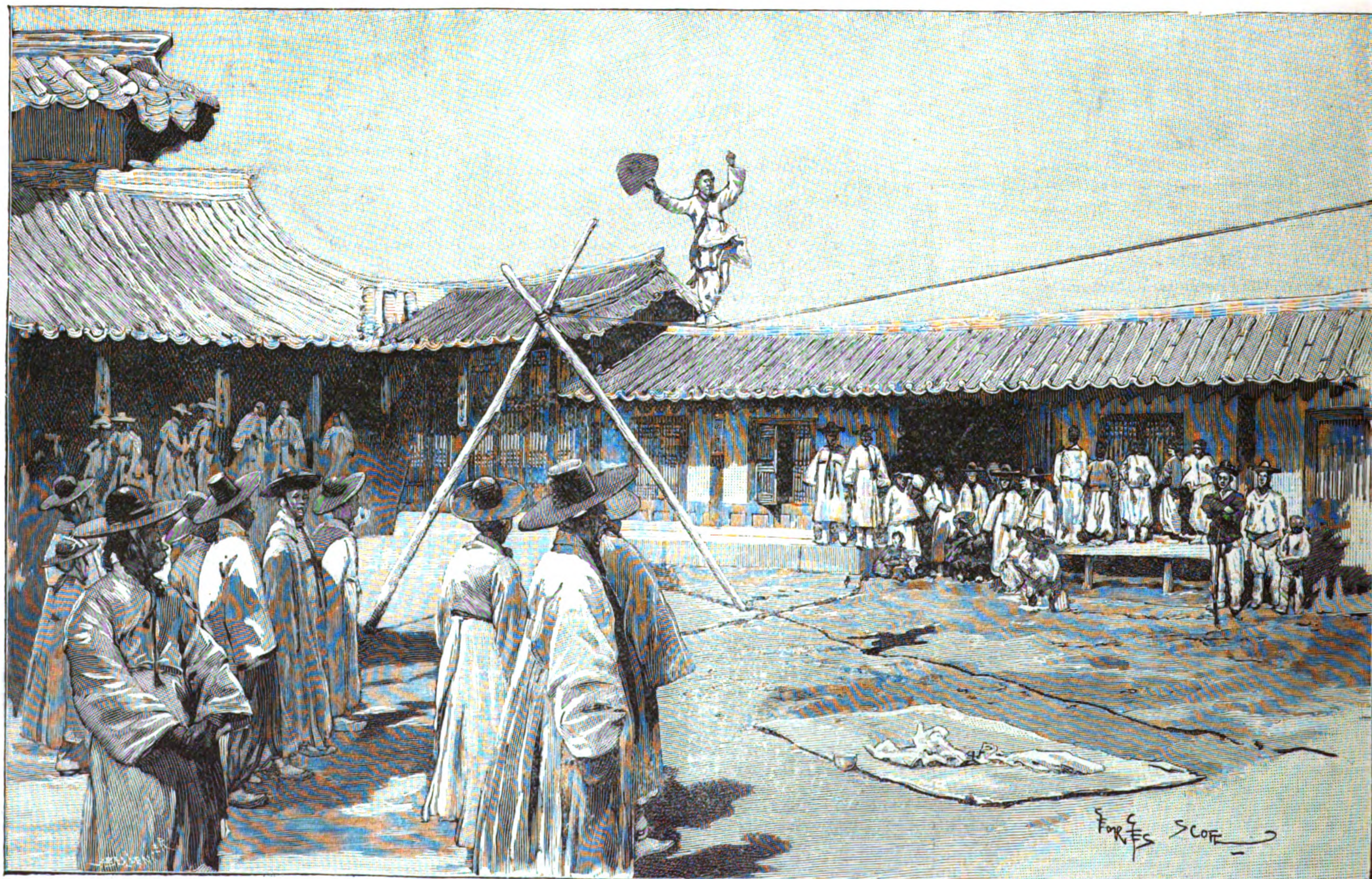
Miguel de Vidazábal, almirante; mandó la escuadra de Cantabria; célebre por su denuedo y fortuna en sus hechos de armas, persiguiendo á los piratas moros en el Mediterráneo. Nació en Motrico.

SIGLO XIX.

Cosme Damián Churruca, brigadier famoso por su heroica muerte en el combate de Trafalgar y toda su brillante carrera. Nació en Motrico.

Tomás de Ayalde, general de la Armada. Prestó distinguidos servicios y mostró su bizarro comportamiento en los combates del cabo de Finisterre, de Trafalgar y otros varios. Nació en Ursúbil.

ANGEL LASSO DE LA VEGA.

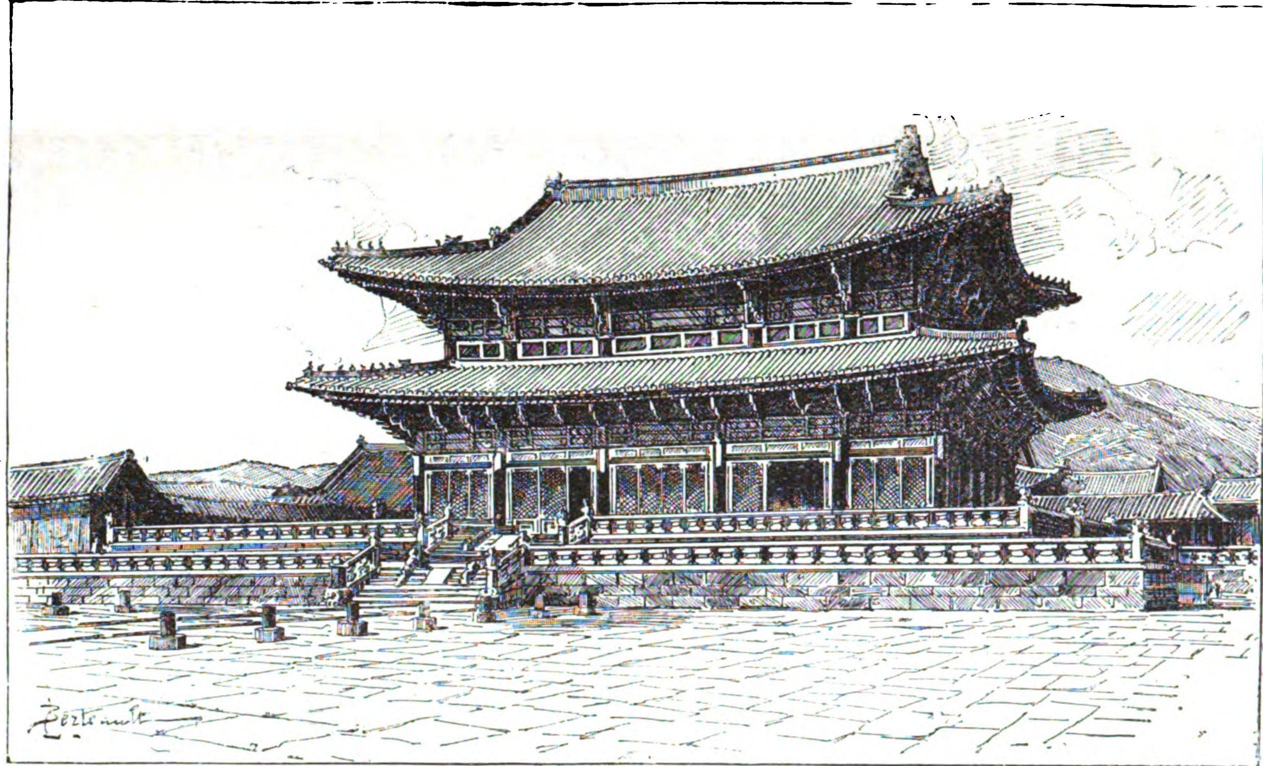


FIESTAS POPULARES EN COREA.—EL FUNÁMBULO.

LA GUERRA ENTRE CHINA Y EL JAPON.—SEUL Y SUS HABITANTES.



EL «LI-KIUNG» Ó GRAN CAMPANA QUE DA LA SEÑAL DE CERRARSE LAS PUERTAS DE LA CIUDAD.



VISTA EXTERIOR DE LA SALA DE AUDIENCIAS DEL PALACIO DE VERANO.



EL PUEBLO REUNIDO Á LA PUERTA DE PALACIO EL DÍA DE LA DECLARACIÓN DE GUERRA.



LA NUEVA GUARDIA DEL REY DE COREA.

(De fotografías.)

LOS (Ó LAS) INTERVIEWS.

Aunque alguien me diga, y me lo diga con razón, que me meto en camisa de once varas (que son demasiadas varas), ó que nadie me da vela en este entierro, me tomo la vela y me meto en la camisa, porque así me parece oportuno y con el derecho que todo hijo de vecino tiene á decir sobre cualquier cosa lo que se le ofrezca y parezca. A riesgo y ventura, por de contado: esto es, corriendo el albur de que á nadie le importe un bledo, ni cocido ni crudo, de lo que yo diga. Y motiva todo lo que voy ensartando una pregunta que, bastantes meses ha, dirigieron los noticieros de varios periódicos franceses á unos cuantos literatos de punta; franceses también, por supuesto. La pregunta fué la siguiente:

¿QUÉ OPINA USTED DE LA *interview?*

Claro está que á mí nadie me preguntó nada; primeramente porque no soy literato de *punta*, y *segundamente* porque no soy francés; si bien sospecho que esta segunda razón pudo ser la primera; porque á ser yo ciudadano de la República vecina, aun no siendo literato de punta, ni de tacón, habría sido consultado en tan arduo y tan interesante asunto.

Por de pronto, si siendo, como lo soy efectivamente, español y hasta castellano, y á mucha honra (y perdone Tolstoi, enemigo del patriotismo), me preguntase alguno lo que pienso de la *interview*, contestaría yo, ante todo, que nosotros no debíamos nombrarla así. Y no es porque á mí me asusten los neologismos, ¿qué van á asustarme? ni que me escandalice el uso de voces exóticas, sino porque no comprendo la conveniencia de aplicar vocablos extranjeros para expresar ideas que tienen palabra propia y perfectamente adecuada en nuestro idioma.

Pero, dicho esto, que no tenían para qué decir ni Dumas, ni el P. Didon, ni Sardou, ni Anatole France, quiero, por ahora, limitarme á reproducir y á comentar lo que algunos literatos franceses opinaban acerca de ó sobre eso de las ó de los *interviews*, hace algunos meses; y digo opinaban, porque está en lo posible que ahora opinen de distinta manera. Y conste que para dar como auténticas y como exactas esas opiniones, solamente ofrezco la garantía de los periódicos franceses que por aquel entonces las publicaron y de los cuales las traduzco ó *vierto* yo ahora al castellano, para que nuestro público se entere, si quiere enterarse.

Dijo Alejandro Dumas, el autor de la *Demi-Monde* y de *Francillon*, que no le agradaban las *interviews;* y dió por razón la de que «los periodistas desnaturalizan casi siempre el pensamiento ó la opinión que escuchan». Este juicio del insigne dramaturgo francés dice muy poco en favor de la discreción y de la perspicacia de los periodistas parisienses.

Es verdad que esas desnaturalizaciones de que Dumas se queja, tanto pueden consistir en falta de claridad del que habla, como en escasez de entendimiento del que oye: y aun para esos casos tenemos nosotros en castellano aquellos versos:

«Ó yo me he explicado mal,
Ó usted no ha entendido bien.»

Pero de sobra se comprende que eso es solamente una fórmula de cortesía, detrás de la cual adivinaría cualquiera que le llaman idiota. Fuera de que Alejandro Dumas, que no pecó nunca por exceso de modestia, claro es que he de atribuir á deficiencias de comprensión del *reporter*, y no á nebulosidades de la expresión suya, esas adulteraciones que en sus opiniones y en sus pensamientos advierte.

Anatolio France, crítico y cronista, ó viceversa, de los más conocidos y mejor reputados de la prensa francesa, era entonces (supongo que seguirá siéndolo) decidido partidario del procedimiento de *interviewar* á los políticos y á los hombres de valer y de prestigio sólido y verdadero.

Creía, y á mi juicio creía muy juiciosamente, que tales entrevistas no habían de versar sobre futesas, ó digamos, ya que el Diccionario lo admite, naderías. Cierto que para decir puerilidades ó contar al lector bagatelas que nada le importan, ni debían celebrarse *interviews*, ni utilizarse el telégrafo, ni abusar del teléfono, ni hacer sudar las prensas.

Aun recuerdo que, no hace muchos años, el corresponsal de un periódico madrileño de gran circulación comunicó en telegrama, con carácter urgente (esto es, pagado á precio triple de lo ordinario), que un príncipe, cuyo nombre he olvidado, había llegado á París, y que llevaba sombrero hongo y pantalón de cuadros, y americana así y corbata del otro modo, y qué sé yo cuántas niñerías por el mismo estilo.

Y de telegramas tan interesantes como ese, y de la misma trascendencia, siguen aún llenos casi todos los periódicos más acreditados de España y aun de Europa.

Pero vuelvo á las opiniones de Anatolio France, que, después de hecha la salvedad indicada, siguió declarándose decidido partidario de esa forma del trabajo periodístico.

«Porque—añadió France—tiene mucho atractivo el reflejo fiel de una conversación animada, chispeante, sostenida entre un hombre de valer y un periodista ingenioso.»

«Pues—agregó—eso sí, la *interview* sólo se ha hecho para la gente de ingenio.»

Y aquí *fica o punto*, digo yo, de la dificultad de esa clase de trabajos.

Para que la *interview* tenga atractivo, han de reunirse tres circunstancias que rara vez se verán juntas: que la persona á quien se consulta sea de valer, de verdadero valer; que esa misma persona tenga ingenio vivo y talento para contestar, y que el periodista posea destreza para hacer preguntas y habilidad para identificarse con las contestaciones.

Si falta alguna de esas circunstancias, ya el ó la *interview* deja de ser lo que el periodista se proponía que fuese, y llega á convertirse, bien en un diálogo soporífero é inaguantable, que nadie puede leer hasta el fin, ni aun hasta el medio; bien en un artículo en forma de diálogo, animado, chispeante, gracioso, pero en el cual faltan por completo condiciones de verdad y de exactitud.

Anatolio France creía también que estas conversaciones son el método más á propósito para el conocimiento íntimo de nuestros grandes hombres. Porque en ella muestran: unos, su cortesía; otros, su sinceridad; este, su gracia; aquel, su genio.

Y me parece que en esto Mr. France ya fué un poco descaminado.

Los grandes hombres, si son verdaderamente grandes (aunque de esos entran pocos en *interview)*, no se prestarán á ser traídos y llevados á diario por noticieros que se propongan explotar la notoriedad de sus conciudadanos para dar interés al periódico y vender mayor número de ejemplares. Y si alguna vez, por convenir así á sus planes, ó por sentir halagada su vanidad, acceden á exponer su pensamiento para que sea publicado, está claro que no lo hacen sin tomar sus precauciones, presentándose al público tales cuales quieren que el público los vea; como se fotografían las grandes actrices, con el traje y en la actitud *(la pose)* en que desean ser admiradas.

El que tuvo mucha gracia fué el P. Didon, que, refiriéndose á eso de las entrevistas publicables, escribió:

«Cuando no tengo nada bueno que decir de los hombres y de las cosas, me callo.»

Y se quedó tan satisfecho.

Ni más ni menos que aquel que se dormía escuchando la lectura de una obra dramática, y que decía después á los que le censuraban porque no podía dar su opinión acerca de la obra: «Señores, el sueño es una opinión.»

Ese P. Didon podía haber dicho con más motivo en este caso que el silencio era una opinión.

Y opinión muy clara y muy explícita le resultó, en efecto; pues dijo que nada bueno tenía que decir de la *interview*.

La opinión del P. Didon, como se ve, en nada se parecía á la de Anatolio France; pero, en cambio, era muy semejante á la de León Say, para el cual el procedimiento de la *interview* es muy dañino.

Dañinos, dañinos precisamente ya me parece mucho; pero creo que eso de celebrar entrevistas á cada triquitraque, si se generaliza, resultará á la larga molesto, muy molesto para los consultados, y fastidioso, muy fastidioso para los lectores.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

MAQUIAVELO

Y EL MAQUIAVELISMO EN ESPAÑA.

I.

Hace próximamente cuatrocientos veinticinco años nació en Florencia, en el seno de una familia patricia que se decía descendiente del Marqués de Toscana, noble que vivió en el siglo IX, Nicolás Maquiavelo, el ilustre autor de *Las Legaciones*, el *Tratado del Arte de la guerra*, los *Discursos sobre Tito Livio*, las *Historias florentinas* y *Opuscolo dei principati*, obra esta última conocida generalmente con el título de *El Príncipe*, y la que más ha contribuído, si no á su justa fama como historiador y como literato, á que su nombre sea universalmente conocido, y á que la crítica moderna se haya detenido en el estudio de la personalidad de Maquiavelo, tratando de averiguar, entre las múltiples y opuestas opiniones formuladas en el transcurso del tiempo, cuál sea la más exacta y cuál el verdadero pensamiento y los propósitos del autor.

Porque, en tanto que para algunos Maquiavelo es el creador y tipo de una escuela de política execrable, que, fundada sobre la mentira, el perjurio, la traición y el terror, tiene por única ley el envilecimiento de los pueblos y la omnipotencia de los reyes; para otros, el célebre florentino es un amigo disimulado de la libertad, que, bajo el pretexto de dar consejos al despotismo, denuncia sus iniquidades, revela sus secretos, pone de manifiesto sus malas artes y procura de esta suerte hacerlo odioso é impotente. Para algunos, *El Príncipe* es la negación de toda moral; algo así como un manual de la tiranía, compuesto para uso de los reyes, en el cual las acciones más perversas son indicadas como medios legítimos. Para otros, *El Príncipe* es una crítica sangrienta contra la tiranía, y Maquiavelo un ardiente patriota entregado en cuerpo y alma á la obra de lanzar de su patria al extranjero y realizar la unidad italiana. Y es que, como ha dicho Mr. Ad. Franck, difícilmente se encontrará en la historia de la filosofía y de las letras un nombre más escarnecido y más exaltado, un genio con más diversidad juzgado y peor comprendido, obras más citadas y menos leídas que el nombre, el genio y los escritos de Maquiavelo.

Veamos si, entre tantas y tantas opiniones y juicios tan diversos, es posible formular una opinión justa y fijar un juicio acertado acerca de la significación del famoso Secretario de Florencia y del valor de sus obras.

II.

Educado por Virgilio Adriano, hombre de gran erudición y distinguido literato, y por él familiarizado con todas las bellezas, así de su dulcísimo idioma patrio como del griego y del latín, Maquiavelo fué nombrado, cuando sólo contaba veintinueve años de edad, esto es, en 1498, canciller de la segunda cancillería de Signori, y más tarde, secretario del *Oficio de los diez magistrados de libertad y de paz*, y como tal, encargado de la correspondencia política interior y exterior, de formar las actas de las deliberaciones y de redactar los tratados internacionales. Durante los quince años que ejerció la secretaría del Consejo que constituía el Poder Ejecutivo de Florencia, hubo de desempeñar múltiples y difíciles misiones en el extranjero, poniendo de relieve gran habilidad práctica, mucha sagacidad, fino espíritu de observación y cabal conocimiento de los hombres y de las cosas, cualidades que, si siempre son necesarias en los diplomáticos, lo eran en mayor grado en los representantes de aquellas pequeñas é inquietas y revoltosas Repúblicas italianas que, siempre en lucha, tenían que suplir con la habilidad y con la astucia la falta de fuerza para realizar sus ambiciones. De sus gestiones, ora cerca de la corte de Luis XII, ora cerca del duque Valentino, César Borgia, ya en Roma, Sena, Piombino y Perusa, ya, en fin, en Bolzano, en donde residía á la sazón el emperador Maximiliano, da noticia, con verdadero lujo de detalles en la obra *Las Legaciones*, en la cual evidencia, confirmándolo en sus restantes trabajos, cómo el objetivo de todos sus esfuerzos y la labor de toda su vida fué sacar á Italia de su decadencia, librarla del yugo extranjero, elevarla al rango de las grandes naciones y realizar algo semejante á la obra llevada á cabo, cuatro siglos más tarde, por Cavour y por Rattazi.

Hombre de una gran energía de carácter y de una voluntad inflexible, va directamente á su objetivo, mejor dicho, no aparta un solo momento la vista del ideal que persigue. Por esto impórtale poco que el nuevo poder sea un gran despotismo, con tal que tenga fuerza suficiente para dominar en el interior, imponiéndose á los pequeños Estados y á las tiranías locales, y para hacerse respetar en el exterior, haciendo frente á las armas extranjeras. Que sea Lorenzo de Médicis ó cualquier otro el que se eleve, le es indiferente: lo esencial es para él que realice su pensamiento. Pero al fin murió con el torcedor de ver á su patria dominada por el extranjero.

Gobernaba por entonces en Florencia Soderini, y seguía ejerciendo la secretaría de Estado Maquiavelo. El Emperador y el Papa querían restablecer á los Médicis, y para contrarrestar la fuerza de aquéllos sólo contaban los florentinos con la alianza francesa. Maquiavelo, demostrando una vez más su talento y su certero golpe de vista, previó el desenlace de la lucha. «La buena fortuna de los franceses—dijo—nos ha hecho perder la mitad del Estado; su mala fortuna nos hará perder nuestra libertad.» Y en efecto, los franceses fueron vencidos, los soberanos coligados triunfaron, y los Médicis se posesionaron de la Señoría en 1512. Con Soderini cayó Maquiavelo, el cual fué desterrado, siendo preso más tarde, como acusado de conspirar contra el cardenal de Médicis, que después ocupó la silla pontificia con el nombre de León X. Paul Jove testifica que entonces fué sometido al tormento; pero Maquiavelo sólo dice en una de sus cartas: «He estado á punto de perder la vida, que Dios y mi inocencia han salvado.»

Desde aquella fecha puede decirse que Maquiavelo vivió en la desgracia, pues si bien León X le hizo comprender en la amnistía dada á su elevación al solio, y luego, muerto Lorenzo de Médicis, le confió varios encargos y misiones, acudiendo á sus luces y experiencia para la reforma de la administración y utilizándolo en el ejército, todo aquello debía parecer muy secundario á un hombre como Maquiavelo. Sus forzados ocios políticos empleólos en el cultivo de las letras, y á este período de su vida corresponden así *El Príncipe* como el *Tratado sobre el Arte de la guerra*, los *Discursos sobre Tito Livio* y las *Historias florentinas*.

En 1527, vuelto ya á Florencia, murió envenenado, no se sabe si por accidente ó suicidio. Sus restos recibieron cristiana sepultura en el panteón que su familia poseía en la iglesia de Santa Cruz de dicha ciudad, sin que nada recordara su nombre, hasta que dos siglos más tarde, el Conde de Cowper hizo construir el monumento que lleva esta inscripción: *Tanto nomini.—Nullum par elogium.*—Nicolaus Machiavelli obiit.—*A. P. V.—MDXXVII.*

III.

Su principal obra, si no la de más valor literario, la que le ha dado más nombre, *El Príncipe*, fué escrita tres años después de la caída de Soderini, y aparece dedicada á aquel Lorenzo de Médicis impuesto á Florencia por las armas de los soberanos coligados, sin que en la dedicatoria haya nada que revele el carácter satírico que se la ha atribuido. En cambio hay frases que demuestran cuánto deploraba Maquiavelo su alejamiento del poder. «Y si de la cumbre de vuestra fortuna, dice, dirigiereis alguna vez los ojos á este bajo lugar, conoceréis cuán indignamente sufre una grande y continua adversidad de la suerte Nicolás Machiavelli.» Si en la dedicatoria no hay nada que revele ese supuesto carácter satírico de la obra, en el fondo de ésta tampoco hay nada que autorice á decir de plano que es el manual de la tiranía.

Lo que de la lectura atenta y el examen imparcial de *El Príncipe* se deduce es que, como ha dicho Proudhon en su obra *De la justicia en la revolución*, para Maquiavelo el gobierno no es la aplicación de la justicia á las cosas del Estado, sino el arte de establecer el poder, de ejercerlo y de sostenerse en él. Así es que en el libro de que nos ocupamos dice que los Estados ó dominios son ó repúblicas ó principados, y concretándose á hablar de estos últimos, los clasifica, exponiendo cómo se adquieren las dificultades que cada uno ofrece y los medios de conservarlos, medios en cuya elección no se muestra muy escrupuloso. «El que llega á ser dueño de una ciudad acostumbrada á vivir libre —dice— si no la destruye, debe esperar que ella le destruya, porque en la rebelión siempre tiene por refugio el nombre de la libertad y sus leyes antiguas, que no se olvidan nunca ni por pasar mucho tiempo ni por beneficios.» Ya antes había escrito que «á los hombres ó se les debe halagar ó quitar de en medio, porque de las ofensas ligeras se vengan, de las fuertes no pueden: de modo que la ofensa hecha al hombre debe ser tal que no pueda temerse la venganza.» Y más adelante, explicando cómo Agatocles pudo sostenerse tanto tiempo en el trono de Siracusa, añade: «Creo que esto proviene de las crueldades bien ó mal usadas. Bien usadas se pueden llamar aquellas, si es lícito decir bien del mal, que se hacen de un golpe, por necesidad de asegurarse, pero sin insistir en ellas, para que se conviertan en la mayor utilidad posible de los súbditos..... Las injurias deben hacerse todas á la vez, á fin de que, sintiéndolas menos, ofendan menos también; los beneficios se deben hacer poco á poco, para que se saboreen mejor.»

¿Cómo extrañar, por tanto, que Maquiavelo, dominado por estas ideas y atento sólo á lograr la perpetuidad del poder, diga que no es menester que un príncipe tenga todas las calidades que ha mencionado, pero que sí conviene aparentar tenerlas, y aun que es dañoso tenerlas y observarlas siempre; que un señor prudente no puede ni debe guardar la palabra dada, cuando su cumplimiento resulta en contra de él y no existen las causas que le hicieron prometer, etc.?

Mas equivocaríase grandemente, como se han equivocado tantos, quien juzgara á Maquiavelo sólo por lo que dejamos extractado; porque el Secretario de Florencia dice también que «no puede llamarse valor matar á sus conciudadanos, hacer traición á los amigos, ser hombre sin fe, sin piedad, sin religión, por cuyos medios puede adquirirse imperio, pero no gloria»; que «todo príncipe debe procurar ser tenido por piadoso y no por cruel», y que «un príncipe debe mostrarse amante de la virtud y honrar á los hombres eminentes en cada arte».

Y no hay contradicción alguna entre estas y las anteriores afirmaciones, dentro del sistema á que responde *El Príncipe*. Explicando Maquiavelo por qué dice que un soberano puede faltar á su palabra, escribe que «no sería buena esta máxima si todos los hombres fuesen buenos; pero como son malos, y en igual caso ellos no cumplirían su promesa, tú tampoco debes cumplírsela»: y en otro capítulo expone aún con mayor claridad su pensamiento, manifestando que «hay tan grande diferencia de cómo se vive á cómo se debería vivir, que quien deja lo que se hace por lo que se debería hacer, lejos de preservarse se arruina; porque un hombre que en todo quiere obrar como hombre de bien, es preciso que quede arruinado entre tantos y tantos que no son buenos». De suerte que Maquiavelo comprende que sus doctrinas no son buenas en sí, intrínsecamente, pero sin duda alguna las cree indispensables, dada la condición humana. Más claro: lo que Maquiavelo hace es establecer una distinción esencial entre la política y la moral, proclamando la independencia de una y otra, independencia que no será admisible totalmente, pero que explica todo el sistema de aquél.

IV.

Durante la segunda mitad de la Edad Media las relaciones entre las dos Penínsulas hermanas, la itálica y la ibérica, fueron tan frecuentes y tan íntimas, que no puede sorprender á nadie la comunidad de ideas y sentimientos que en ellas se advierte al estudiar con mediano detenimiento siquiera el desarrollo de su cultura.

Alfonso V, que había heredado de su padre D. Fernando de Antequera, con el trono de Aragón, Cataluña, Valencia, Mallorca y las Dos Sicilias, aquella tradicional contienda con el Pontificado que Aragón había recibido como legado de la Casa de Suavia, llevó á cabo la conquista de Nápoles; y en Nápoles, y en torno de aquel monarca que *desdel tiempo de su puericia*, como dice el ilustre Marqués de Santillana, había demostrado su amor á las ciencias y á las letras, formóse numerosa y brillantísima corte de sabios, poetas y artistas, á los que D. Alfonso protegió con tan regia liberalidad que su fama se extendió por el mundo. Allí brillaron entonces el que más tarde había de ocupar el Solio pontificio con el nombre de Pío II, Eneas Sylvio Picolomini, que escribió la historia de los Concilios y unos comentarios á los *Dichos y hechos de Alfonso*; el florentino Poggio Bracciolini, traductor de la *Cyropedia* de Xenofonte; el milanés Antonio Becatelli; el Panormita, autor de la obra *Dictis et factis Alphonsi regis Aragonum*, que, como hemos dicho, comentó Eneas Sylvio; Jorge de Trebizonda, bibliotecario del rey, que reconstituyó las obras de Aristóteles; el romano Lorenzo Valla, que escribió la historia de D. Fernando de Antequera; el rival de Valla, Bartolomé Fazzio, autor de la historia de Alfonso V, etc.; y junto á estos poetas é historiadores latinos é italianos lucieron su ingenio los catalanes Jordi de San Jordi, Andrés Febrer, Leonardo de Sors, Mosen Sunyer, Perot Johán, Fernando de Valencia, Luis de Cardona, etc.; los castellanos Diego del Castillo, Juan de Andújar, Lope de Estúñiga, Juan de Tapia, Gonzalo de Quadros y Diego de Sandoval; los aragoneses Juan Fernández de Híjar, Pedro de Santa Fe, Juan de Sessé, Martín García, Pedro de Caballería y Hugo de Urriés, y los navarros Carlos de Viana, el infortunado príncipe, y el escudero Valtierra.

Basta la enumeración de tan esclarecidos ingenios para comprender lo que sería la corte de Alfonso V, y para formarse idea de la grandeza del movimiento literario de aquella época. Casi todos esos poetas usaron indistintamente las tres lenguas, italiana, castellana y catalana, estableciendo tal comunidad de ideas y tal cambio de sentimientos y aspiraciones, que necesariamente habían de influir en el carácter de las literaturas allí representadas: y así sucedió, en efecto. Muerto Alfonso V, regresó á la ciudad del Cid el orador insigne, doctísimo humanista, poeta horaciano y pensador profundo Fernando de Valencia, y al volver, fundó con Ramón Ferrer una escuela literaria que logró alto renombre y que influyó de un modo poderoso en el desarrollo de la cultura española, buscando su inspiración en la musa italiana, cuyo genio infiltraron en el seno de la escuela valentina.

Dado el frecuente cambio de ideas y la mutua influencia del pensamiento entre Italia y España, cambio de ideas y mutua influencia mantenidas por las constantes luchas durante los reinados de los Reyes Católicos y de Carlos I, no puede sorprender, antes ha de estimarse como lógico y natural, que la doctrina de Maquiavelo, bien ó mal interpretada, tuviera en España secuaces é impugnadores. Y así sucedió, en efecto, contándose entre los primeros Fray Antonio de Guevara, Antonio Pérez y el doctor Arias Montano, y pudiendo citarse entre los segundos al obispo portugués Jerónimo de Osorio, al jesuíta Francisco Garau, á Saavedra Faxardo y al Padre Rivadeneira.

Fray Antonio de Guevara, obispo de Mondoñedo, considerado generalmente como el publicista de la Corona y el defensor de las prerrogativas de ésta, frente á aquellos otros tratadistas, como el trinitario Alonso de Castrillo, á quienes se estima defensores de los populares y los caballeros, en la época de las Comunidades; Guevara, decimos, en su obra *Aviso de Privados y Doctrina de Cortesanos*, dirigida al famoso secretario Francisco de los Cobos, en vez de recomendar á éste usase con el Monarca aquel lenguaje franco hasta la rudeza, de que el mismo prelado hizo gala en sus sermones ante el propio Emperador, parece empeñado en inculcarle los más serviles consejos. «Todo lo que el Rey aprobase —escribe Guevara— ha de tenerse por bueno, y todo lo que no le agrade ha de tenerse por malo: que si lo contrario le pareciese á alguno, puédelo sentir; mas guárdelo y no ose decirlo.» No fué tan lejos Maquiavelo, pues si bien éste, huyendo de que la familiaridad redundase en menoscabo de la señoría, no cree que todos deban tener derecho á decir la verdad á los Príncipes, á los que rodean á éstos les otorga, por decirlo así, esa prerrogativa, y aun les recomienda su ejercicio.

Pero más aún que en Guevara, adviértese en Antonio Pérez semejanza con el autor de *El Príncipe*.

El famoso secretario de Felipe II iguala, seguramente, en sagacidad á Maquiavelo, no siéndole tampoco inferior en el conocimiento práctico de la política; y, como el florentino, prodiga á los reyes sus consejos para acrecentar y perpetuar su poder. En su obra *Norte de Príncipes*, compuesta para uso del Duque de Lerma, en su privanza, consigna ingeniosas advertencias para conservarse en el favor de los reyes, enseñando, entre otras cosas, que cada cual modere su entendimiento con el del Príncipe ó superior que tenga, guardándose como de gran pecado de aparecer con más luces que él en caso alguno.

Con todo, hay otro autor español, de este mismo período, en el que aparece aún más clara la tendencia que personifica Maquiavelo. Ese autor es el doctor Benito Arias Montano, hombre doctísimo en las ciencias eclesiásticas, muy aficionado al estudio de las lenguas sabias, y tan versado en la política, que mereció la confianza del Duque de Alba, y el mismo Felipe II hubo de pedirle más de una vez parecer y consejo.

En los *Aphorismos*, obra que con otros dos tratados publicó en 1614 cierto erudito caballero catalán, llamado Joaquín de Setanti, mantiene Arias Montano una doctrina, no ya favorable al poder absoluto, sino á todas luces inmoral. En cuanto á lo primero, pruébalo el aserto de que «no puede permanecer y durar el señorío en que el Príncipe no sea, en absoluto, resolvedor de las mayores materias que se ofrecen en el Estado, sin que tenga superior á quien dar cuenta precisa de lo que hace», y la consideración de que da al Príncipe, por dechado, las costumbres del león y la raposa, aconsejándole acabe con industria lo que no pueda ó deba intentar ó hacer por fuerza. Y por lo que toca á la moralidad de la doctrina, basta recordar que, según el autor de los *Aphorismos*, «el fingir y disimular se tiene por propio atributo de los Príncipes, de tal manera, que hay quien piensa que no sabe reinar quien hacerlo no sabe»; que el Príncipe, cuando quiera engañar á otro Soberano, debe comenzar por engañar á su mismo Embajador, «para que trate el negocio con más eficacia»; y que no alcanza pequeña honra el que mete en discordia á sus enemigos. Aún, si no temiéramos fatigar al lector amontonando más citas, podríamos recordar otras frases de Arias Montano que acaso, dadas las relaciones y el valimiento de éste con Felipe II, pudieron influir no poco en el triste y desdichado fin del príncipe D. Carlos, tales, por ejemplo, aquellas en que dice que «el Príncipe nunca viva sin alguna manera de sospecha y recelo de todas las personas que de su muerte ó caída puedan esperar algún interés», ó aquellas otras en que afirma que «las palabras del sucesor, enderezadas á deseo de mandar, son peligrosas para él, y de su padre se debe recatar mucho; siendo este el afecto que pueda haber más dañoso y perjudicial para el que señorea»; y, por último, la frase de que «al hijo del Príncipe viejo que se conoce inclinado á la codicia del señorío presente, siempre se le ha de quitar la presencia de los ejércitos».

Por fortuna, doctrinas tales, merecedoras por todos conceptos de contradicción y de censura, no circularon en España sin que al propio tiempo se las opusieran aquellas otras que, sin desconocer las legítimas exigencias de la política, pedían inspiración á los severos principios de la moral.

Fué, sin duda alguna, el primero de los que se colocaron en esa más sana y saludable corriente, el doctísimo y elocuente obispo portugués Jerónimo de Osorio, que ya en 1536 combatió la doctrina de Maquiavelo, y que en su obra *Reges institutione et disciplina*, dedicada al desventurado rey D. Sebastián é impresa en Colonia en 1588, hace un notable paralelo entre el rey y el tirano. Igual camino siguió el erudito é infatigable autor de las *Empresas* y la *República literaria*, el ilustre Saavedra Faxardo, que empleó treinta y cuatro años, como él mismo dice en el prólogo de una de sus obras, «en las cortes más principales de Europa, siempre ocupado en los negocios públicos», adquiriendo una experiencia tal y tan grandes conocimientos que ha merecido ser llamado el más grande hombre del reinado de Felipe IV (Puibusque, *Historia comparada de las literaturas española y francesa*); y el jesuíta Francisco Garau, en la tercera parte de sus *Máximas políticas y morales*, combatió también las «vanas ideas de la política de Maquiavelo». Pero ninguno de éstos puede disputar al compañero de San Ignacio de Loyola y amigo fiel del maestro Laynez y San Francisco de Borja, al venerable P. Rivadeneira, la gloria de haber sido entre nosotros el más concienzudo impugnador de la política del Secretario de Florencia.

Hombre de clarísimo talento y de eminentes virtudes, opuso Rivadeneira, en su *Tratado de la religión y virtudes que debe tener el Príncipe cristiano*, el ideal católico de gobernantes á aquella corruptora doctrina que, aun más que el propio Maquiavelo, exageró el rival de Felipe II en el amor de la de Éboli. Rivadeneira no se contenta con la apariencia de la virtud ni transige con la mentira, porque creyendo necesario para la conservación del Estado el ejemplo del Príncipe, estima que tendrá mucha más fuerza cuanto más real y positiva sea la posesión por aquél de la verdad y de las virtudes. Y á las doctrinas absolutistas de Pérez y de Arias Montano opone aquella otra más racional y más prudente teoría, según la que los reyes no son dueños absolutos de las haciendas de los súbditos, ni se las pueden quitar á su voluntad, reivindicando así el sabio jesuíta el derecho de propiedad en los individuos.

Tales fueron, muy ligeramente reseñadas, la influencia ejercida en España por las doctrinas de Maquiavelo y las controversias á que dieron lugar. Y si pudiera tacharse el recuerdo de teorías como las sustentadas por el famoso florentino, ténganse presente estas palabras de Saavedra, que juzgamos perfectamente aplicables al caso presente: «Sólo este bien queda de haber tenido un Príncipe malo, en cuyo cadáver haga anatomía la prudencia, conociendo por él las enfermedades de un mal gobierno, para curallas.»

Jerónimo Bécker.

CUENTOS DE LEVANTE.

DE CONTRABANDO.

Por más que se intentó, no hubo fuerzas humanas que acelerasen el paso de la mula. Sorda á todas nuestras voces, y aun á los palos del conductor, siguió con su andar tardo y fatigoso, arrastrando la tartana por el suelo polvoriento de la carretera. La verdad es que la cuesta se hacía interminable, que el sol era de Junio y de los más despejados, y que el ambiente quemaba á nuestro alrededor, con el vaho ardoroso del polvo calizo, deslumbrante de blanco.

Dentro del vehículo éramos tres personas. Una mujer gordísima y entrada en años, que olía á tabaco y á pomada rancia, mi amigo Esteban y yo. La mujer, ella sola, ocupaba todo un diván; nosotros dos, cansados de discutir con el tartanero y casi con la mula, nos habíamos recostado en el otro, después de echar las cortinas de lona de modo que nos librasen de la reverberación del sol y del polvo del camino. Así quedó el interior en una agradable media luz, que producía ilusiones de frescura.

Nuestra compañera de viaje iba satisfecha y bien avenida con su suerte. Había dejado caer sobre el cuello el pañuelo de la cabeza, que parecía una servilleta manchada de huevos con tomate, y se abanicaba suavemente con un palmito azul y rosa. No podía llamarse guapa, ni joven, según he dicho, la poseedora de tales prendas indumentarias; pero tenía una cara inteligente y algo socarrona.

Esteban, que reventaba por hablar para distraer su aburrimiento, le preguntó:

—¿Y usted va también donde nosotros?

—Vaya que sí—dijo ella, dando cierto énfasis á la contestación.—Primero falto veinte días á la Fábrica que hoy á Santa Faz.

Aquello de la Fábrica me hizo comprender el olor á tabaco.

—¿Es que lleva usted alguna promesa?—insistió Esteban.

—Una misa que he de decir, porque la Santa Faz me sacó en bien de las tercianas.



«ECHANDO EL FILU.»
FUENTE DE SAN ROQUE, EN SAN ESTEBAN DE PRAVIA (ASTURIAS).
(Cuadro de Casto Plasencia.)

PARIS.—«SALON» DE LOS CAMPOS ELÍSEOS DE 1894.



LA LUCHA POR LA EXISTENCIA.

CUADRO DE CARLOS DUCHÊNE.

—¡Ah! ¿Va usted á decir la misa?—saltó Esteban, poco acostumbrado á los provincialismos.

La mujer no entendió la pregunta, y se limitó á repetir:

—¡Bah! Vean ustedes; pues una misa, sí, señor, que la dirá el cura.

Esteban ya no le hizo caso y se volvió á mí.

—¿Pero tardaremos mucho?—dijo.

—¿Qué mucho, sibarita?—contesté.—Apenas nada. ¿Conque te traigo para que experimentes la impresión personal del viaje y de esta tierra medio tropical; te ofrezco ese plato excéntrico para tus nervios de escritor cortesano, y suspiras por que acabe?

—¿Cómo no? La impresión personal va siendo muy enérgica y, á saberlo, perdono el bollo por el coscorrón. Esto no es Levante, esto es Africa; aquí se ahoga uno, y además le prolongan la tortura estas caballerías que deben de tener algo de salamandras, si no se tuestan con el sol de justicia que cae.

Sonrióse burlonamente la mujer, y exclamó:

—Pero oiga, santo varón, ¿pensó encontrar nieve en el mes de Julio? Y no vaya á creer que todo es calor por acá, porque en cuanto subamos á la Cruz de piedra, va usted á sentir el viento que será un gusto. Y si no, ¿para qué hizo el viaje? Poco aguante tiene el señor.

Esteban, que no se amoscaba por tan poco, se echó á reir y yo hice otro tanto.

—Pues tiene usted razón, señora—dijo cuando pudo contener la risa.—Sino que yo soy un melindroso, y en cuanto me aprieta el malestar me pongo volado. Vaya, retiro mis palabras ofensivas para el fresco levantino, y en prueba, va usted á ver.

Desató la cortinilla del fondo y saltó á la carretera.

—No lo tome usted tan fuerte, hombre—dijo la fabricanta.

—¡Ca! Si lo dice en broma—apunté yo, disponiéndome á bajar del carruaje.

Visto lo cual, añadió la mujer:

—¿Se quedan aquí?

—No—contesté;—volveremos á subir pasada la Cruz. Vamos también á Santa Faz.

De pie, con las botas hundidas en la tierra caliza, busqué á Esteban. Se había refugiado en la sombra que proyectaba la tartana, y miraba, con los ojos medio cerrados por la fuerte luz del sol, las casas que á cien pasos coronaban lo alto de la cuesta.

—Vamos, hombre—le dije, uniéndome á él;—ya estamos al fin del mal camino. Desde ahí arriba vas á contemplar el panorama de la huerta, y después, mediante un trotecito cuesta abajo, en un santiamén nos ponemos en el pueblo.

—En buen hora—contestó;—porque ya me corre prisa de ver esos huertos que me ponderas, y de llegar á sitio fresco.

El tartanero, sin advertirse de nuestra bajada, ó importándole poco, seguía dormitando en su sitio y dando voces de vez en cuando á la mula, más por costumbre que por consideración al caso presente. No sonaba más ruido que el del carruaje y el de nuestros pasos, que eran sordos y muelles sobre la espesa alfombra de tierra; y como nota alegre, temblaba en el aire el tintineo de las campanillas que la mula llevaba. A la derecha subía el campo, en rastrojo, con algunos almendros polvorientos, hasta escalar la base de una montaña pelada y triste, detrás de la cual comenzaba el mar; y á la izquierda, por el contrario, bajaba el terreno, mostrando en lo hondo unos tejares cuya chimenea humeaba, y como horizonte muy lejano, el circo amplísimo de la sierra. La aridez del sitio y el calor eran tales, que comprendí el desencanto de mi amigo, para quien no tenía aquella tierra ni recuerdos que la idealizaran ni lazos de amor que la embellecieran con el suave cosquilleo del patriotismo.

Llegamos por fin á lo alto, y nos metimos de rondón en una de las dos ventas que flanquean el camino. El tartanero paró, y se vino tras de nosotros, buscando agua para la cigarrera y aguardiente para sí propio. La ventera que nos sirvió era alta, gruesa, y aunque muy obscura y marchita de tez por el sol, guapa, de grandes ojos negros, atrevidos. Esteban se reanimó mucho con aquel ejemplar, que, por las trazas, era de buena cepa, de ese Pilona célebre por sus confituras y sus mujeres; y sin dejar de mirar á la hembra, bebió con delicia la copa de limonada gaseosa, picante y fresca, ahuyentando con una mano las moscas infinitas que zumbaban por toda la habitación. Le hube de arrancar á sus contemplaciones para seguir el viaje; pero á la salida nos entretuvo un nuevo espectáculo. Parados á la sombra de la otra venta estaban dos carabineros y un hombre bien vestido, todos tres demostrando en el polvo que los cubría haber hecho larga caminata. El hombre bebía ávidamente en una gran jarra de barro amarillento, hundiendo en el agua su barba de marino, rubia y abundante.

—¡Si es Quito!—dijo nuestro tartanero al verlo.

Y allá se fué á saludar al viajero. Desde la puerta de la casa, resguardados del sol por la cortina, oímos la conversación.

—¿Qué es eso, chico?

—Nada—contestó el otro, dejando de beber y mirando al tartanero entre gozoso y avergonzado.—Dicen que he traído contrabando.....

Sacó un pañuelo de color, y se enjugó la boca.

—¿Ibas tú solo?—añadió el tartanero.

—Sí—dijo el otro, guiñando un ojo.

Y volviéndose á sus guardianes añadió:

—Cuando ustedes quieran, señores.

Sin más, sonrió al amigo y caminó con firmeza, levantando una ligera nubecilla de polvo. Saludaron los carabineros y siguieron con él.

—¿Quieres explicarme esto?—dijo Esteban subiendo otra vez á la tartana.

—Mejor te lo explicará ése, y oirás una cosa genuina de la tierra. ¡Eh, Juan!—añadí llamando al tartanero.—Cuéntanos lo que sepas.

Volvió Juan su cara, seca y afeitada enteramente, á la usanza labriega.

—Voy, señorito.

Arreó la mula, haciendo restallar el látigo, y sin mirarnos, dijo:

—Ése es de mi pueblo, un patrón de barco. Venía de África, y, á lo que se ve, traía tabaco. Debió descuidarse en el alijo, y..... ya ve usted.

—¿Pero se hace aquí mucho contrabando?—preguntó mi amigo.

—Algo, señorito. ¡Qué quiere!..... La tierra da poco, el mar no siempre, y el que más y el que menos, busca donde ganarse una peseta. Más vale eso que robarla, ¿verdad?

—Y razón que le sobra—dijo la cigarrera.—Si no fuera por eso y por otras cosas así, ¿cree usted que nos bastaría el jornal?

—Pues yo creí que habiendo Fábrica de Tabacos en la capital.....

Hizo la mujer un gesto que quería decir: «¡Pero hombre! ¿se ha caído usted del cielo?»

—¿Y cómo venden ustedes el tabaco?—preguntó Esteban dirigiéndose al tartanero.

—Pues se pasan sus malos tragos—dijo éste.—No crea el señorito que todo es gloria. Yo sé bien de eso, porque alguna vez, de joven, me metí en ello. Me acuerdo de la última vez.....

Se detuvo, y comprendiendo que nos gustaría oir la relación, brincó del estribo delantero al interior de la tartana. Desde allí podía dirigir muy bien á la mula, y, al amor de la sombra, contar con todo género de amplificaciones la aventura.

Sujetó las riendas, sentándose encima; y sin enjugarse el sudor ni quitarse el sombrero, cosa á que no son propicios los huertanos, encendió un cigarro puro que le dió Esteban.

—Esto hará cosa de diez años—empezó Juan.—Tenía yo entonces un carrito, con un mulo bueno, de los buenos, y me dedicaba á llevar trigo, cebada, yeso, lo que caía, de unos pueblos á otros. Un día me comprometieron para llevar tabaco á Villamarina. Vaya: ya está el tabaco en el carro, bien apañado y escondido, y cogemos la carretera mi compadre Tono y yo. No hubo novedad hasta llegar al barranco. Allí la ventera nos dijo que los carabineros estaban al otro lado, conforme se baja la cuesta, y que hacían parar á todos los carros. «¡Buena la hemos hecho!», pensé yo. Alguna esperancita tenía de que no me detuviesen, porque el cabo me conocía mucho, y, aunque me esté mal el decirlo, se fiaba de mí. Pero, en fin, por mi parte, me hubiera vuelto. El compadre no quiso: «¡Arrea! Ya veremos cómo salimos.—¡Dios quiera!, dije yo.» Y seguimos caminando.

Al llegar aquí, dejó un momento Juan su relación para torcer á la derecha la mula, evitando el choque con un gran carro que se arrastraba perezosamente, al paso monótono de su fila de ocho mulas, cargado desmesuradamente de esparto. Esteban no se fijó gran cosa en aquel vehículo, tan característico, sobre cuya elevada balumba dormía tendido, según costumbre, el carretero. Lo que entonces nos intrigaba era la aventura de Juan, el cual siguió así:

—Llegamos á la vista de los carabineros. Yo temblaba un poco; pero mi compadre, sereno y decidido, arreó de firme al mulo, obligándole casi á desbocarse; y así, fingiendo grandes esfuerzos para detenerlo, pero en realidad azuzándolo, pasamos como un rayo por delante de los carabineros. No nos dijeron palabra, y fué buena suerte..... Andando. El primer tropiezo ya estaba vencido.

Sin novedad entramos en Villamarina. Mi compadre no había estado nunca allí, y yo apenas si conocía más que á los posaderos, á varios arrieros y á dos ó tres labradores. Durante cuatro días, recorrimos el pueblo, vendiendo por cantidades pequeñas nuestro tabaco á los parroquianos que el posadero nos decía. Ya, por último, no nos quedó más que un puñado de dos libras que yo llevaba en la faja. Andando por las calles, nos fijamos en una casa de dos pisos, de apariencia señora; y de acuerdo ambos, nos metimos en ella. Íbamos alegres, y nos decíamos:

—Seguro que aquí se quedan las dos libras.

La puerta del primer piso estaba abierta de par en par, y al lado de ella, un muchacho con cara de santo cepillaba unas botas.

—Buenos días.

—¿Qué quieren?—dijo.

—Pues aquí traemos tabaco bueno..... Lo damos barato.

Nos miró el joven muy sorprendido.

—¡Tabaco!—exclamó.—¿Pero ustedes saben dónde han entrado? Aquí es casa del teniente.

Nos quedamos hechos de piedra, sin saber qué hacer.

—¡Váyanse, váyanse, hombres de Dios!—añadió el chico empujándonos.—¡Si baja el teniente, se han lucido!

Aquel caritativo empujón nos salvó. Sin dar las gracias, bajamos corriendo la escalera, y á buen paso nos fuimos á la posada, donde no nos atrevimos á contar el chasco. Media hora después salíamos del pueblo á toda prisa. Desde entonces hice cruz al tabaco..... y hasta la fecha.

Terminó Juan, coreado por las carcajadas sonoras y francas de la cigarrera, y nos miró satisfecho y sonriente.

—Buena suerte tuvieron ustedes—dijo Esteban.

—¿Que si tuvimos?—añadió el carretero.—Como que media hora después de salir de Villamarina fueron los carabineros á registrar la posada. Sin duda se corrió algo de las ventas que hacíamos.

—Y dice usted que desde entonces.....

—Nada. No veo más tabaco que el que fumo..... Pero si el señorito quiere—añadió en voz baja y con aire distraído,—yo se lo procuraré bueno.

Y sin esperar respuesta, arreó la mula con un taco redondo y enérgico. Bajábamos la cuesta. Las cortinillas de delante, levantadas, dejaban ver el paisaje amplio y riente de la huerta. Toda la llanura parecía cubierta de un bosque espeso y apretado de árboles de un verde obscuro, sobre cuya masa alzábanse aquí y allá los troncos gallardos de las palmeras y las notas multicolores de las casas de campo, ora blancas, ora amarillas, de tejas grises ó azules.

A la derecha moría el bosque en el mar lejano y profundamente azul, dejando ver trozos de playa y algunas velas que parecían inmóviles. Al frente, en lo más hondo, erguíase la montaña con sus picachos altos y limpios, rodeados de una niebla transparente y aterciopelada que la luz del sol les ponía. Con toda pureza destacábanse los repliegues y los vallecitos del monte, que al Oeste parecía arder con el resplandor vivísimo del astro que declinaba. De repente se agitó, muy lejos, el copo de una palmera, y sus ondulaciones parecieron transmitirse de árbol en árbol hasta nosotros. Una ráfaga de aire fresco, el Levante húmedo que venía del mar, ensanchó nuestros pulmones.

Todo se animó. La mula empezó á trotar con fuerza; el polvo se levantó en ráfagas, y gozosos, disfrutando de aquella bocanada de viento, entramos en el pueblecillo á tiempo que salía de él, al galope de sus caballerías rozagantes, que golpeaban sonoramente la tierra, una diligencia, cuyo tope elevado y polvoriento se balanceaba como si fuera á tumbar.

Al despedirnos de Juan, Esteban, que no había dicho una palabra hasta entonces, se le acercó sonriente.

—Vaya, hombre, aprenda usted con lo visto. Mucho ojo con los carabineros..... ¿Se acordará usted del tabaco que ofreció buscarme?

Rafael Altamira.

VENUS COQUETA.

LAS MUJERES DE LA ANTIGÜEDAD EN EL TOCADOR.



Los modernos, envanecidos con los adelantos que por doquiera conspiran en provecho de su bienestar y de los refinamientos de la vida elegante, consideran á las mujeres de la antigüedad punto menos que á las lugareñas del día en cuanto á educación, buen gusto, aseo, y á lo que suele llamarse arte del tocador, que en verdad es un arte difícil, arte mágico en cuyos secretos no todas nuestras mujeres están iniciadas. Pero los modernos son injustos cuando de tal modo juzgan á las antiguas, sin más que porque éstas no conocieron las *novedades de París*.

Por otra parte, la costumbre de considerar la antigüedad desde el punto de vista de sus grandezas, nos lleva á admirar á la mujer en el tipo de la matrona, de austero porte y de severo traje. Se rechaza la idea de que la Venus de Milo sostuviera con aquellos tan discutidos brazos que le faltan un espejo en el que estuviera contemplando su faz bellísima. No quiere creerse en la *Venus coqueta*.

Y, sin embargo, basta recorrer las salas de los museos, donde se nos muestran las *piezas de convicción* de las costumbres y de las pasiones de los antiguos, para comprender que también las mujeres de aquella remota edad conocieron las artes del tocador. Venus fué coqueta desde los tiempos faraónicos. En Egipto, donde sin duda porque todos sus arcanos nos los han revelado las tumbas nos parece que la vida era una contemplación no interrumpida de la muerte; en Oriente, donde sólo vemos á los reyes gozando en medio de los esplendores de su corte; en el mundo grecoromano, cuya más digna representación nos parece la augusta Minerva, cuesta trabajo creer que la mujer tuviese arte y medios para componerse y usar de artificios tan peregrinos como los que se usan hoy; pero, lo repetimos, ante las colecciones de objetos arqueológicos de la vida privada, y las noticias que nos suministran algunos autores clásicos, hay que rendirse á la evidencia.

Sorprender los secretos del tocador es para una mujer la indiscreción más imperdonable de cuantas pueda cometer un hombre. El tocador es el secreto de la belleza, donde á ésta le es dable repasar sus encantos ante el espejo, único confidente y consultor de los grandes secretos femeniles. Mas el tiempo, gran descubridor de secretos, nos da carta blanca para escudriñar el tocador de la mujer antigua.

Desde Eva hasta el presente, la primera ocupación de la mujer cuando se levanta del lecho es lavarse la cara. Propercio recomendó á sus contemporáneas este modo de ahuyentar el sueño por las mañanas. Las pinturas antiguas nos dan á conocer las jofainas y los jarros metálicos que las egipcias empleaban para lavarse, y las excavaciones han puesto de manifiesto las jofainas de bronce, con asas, que usaban las romanas.

Pero las romanas cuidadosas de la frescura de su cutis tomaban el cuidado diario de su persona desde la víspera. Cada noche, al tiempo de acostarse, cubrían su rostro con una pasta de miga de pan y leche, que no se quitaban hasta el momento de lavarse por la mañana. Tan peregrina invención era debida á la célebre Popea, más que amiga de Nerón, y de aquí el nombre de *poppæana* que recibía esa pasta. También se empleaba con igual objeto una cataplasma de habas; y, en fin, toda mujer de gusto exquisito tenía alguna de las varias recetas de composiciones análogas mencionadas por Ovidio, en las que figuraba la leche de burras, el trigo candeal, la mirra de Judea y otras sustancias. Ello es que la devota de Venus, después de quitarse tales emplastos del rostro, ó adobárselo y lavárselo con esmero, lavaba sus manos, que por fuerza estarían grasientas, con jabón blando ó líquido. Si el jabón era del fabricado en las Galias, con manteca de cabritillo y ceniza de haya, aromatizada con cinamomo ó nardo de Persia, tanto mejor. Lavadas las manos, la dama se daba en ellas leche de burra para suavizarlas y blanquearlas, y se las secaba con una toalla, á no ser que por un refinamiento, bien pagano por cierto, prefiriera enjugarse en la cabellera de un niño.

Después del aseo de la cara y de las manos venía el de la

boca, que consistía en frotar los dientes con un cepillo y enjuagarse con agua aromática, cuyos ingredientes principales eran azafrán y rosas de Pœstum. Como los modernos, los elixires antiguos, del tiempo de Augusto, llevaban los nombres de sus fabricantes; de modo que así como decimos hoy agua de Botot ó del Dr. Orive, decían los romanos de entonces agua de *Cosmus* ó de *Niceros*. *Cosmus* era el perfumista de moda, y dió nombre también á unas pastillas desinfectantes compuestas de mirto, lentisco é hinojo, que algunas mujeres tomaban con verdadero abuso.

Acabadas todas estas operaciones, las romanas se daban un baño; pero no como en las termas, con las alternativas de frío y calor, para emulsionar la piel, sino un baño sencillo, de aseo y al propio tiempo de placer, que duraba una media hora. Excusado es decir que si no los anteriores cuidados, el del baño le tuvieron también las egipcias y las asiáticas, y éstas, aquéllas y las romanas acostumbraban á rociar previamente el agua del baño con exquisitos perfumes, entre los cuales el más corriente en Roma fué el aceite de jazmín. Véase en el grabado de la pág. 181 una figura de barro romana: una joven ya desnuda de sus ropas, sobre las cuales se apoya, teniendo en la mano un *alabastrón*, un frasco de perfume, que sin duda intenta verter en el baño. De la verdadera forma de estos frascos, que por ser generalmente de alabastro recibieron aquel nombre, puede juzgarse por el ejemplar fenicio ó romano que también figura en dicho grabado.

Las pinturas de los vasos italo-griegos nos descubren no pocas escenas de baño. Por ellas se ve que la pila era á modo de copa, con su pie, y que á la dama servía una esclava, que suele tener en la mano alguna caja de frascos con perfumes.

En saliendo del baño había que someter el cuerpo á la acción de los depilatorios. No te espantes, lectora. Tan extraña operación era confiada á una mujer que lo tenía por oficio, y consistía en frotar la piel con piedra pómez ú otra análoga, que venía de Catania, ó bien con ciertas hierbas apropiadas al caso; en algunas ocasiones se hacía menester arrancar el vello con pinzas. Estas eran de cobre, de igual forma que las modernas, como lo demuestran los ejemplares descubiertos, tan abundantes en los museos.

Vestíase la dama, y seguidamente daba entrada en su camarín á un servidor tan humilde como necesario: el pedicuro. Éste casi no tenía otra cosa que hacer que cortar las uñas.

Si las lectoras nos lo permiten, les diremos que hasta en algunos banquetes solía aparecer el pedicuro á ejercer su oficio con los convidados. ¡Extraña costumbre, por cierto, la de cortarse las uñas en la mesa, y extraño modo de obsequiar á los convidados! Pero no hagamos triste juicio de los antiguos, pues por lo que á los pedicuros se refiere, tenemos algo que envidiarles. Los antiguos no llevaban los pies embutidos en ridículos y molestos estuches, ni se los desfiguraban con artificios perjudiciales; más lógicos que nosotros, se contentaban con una suela para pisar cómodamente, y por esta razón no conocieron más callosidad que la que solía producirles el roce de la brida de la sandalia entre el dedo gordo y el inmediato. Poca cosa para un pedicuro.

Acabadas tan prolijas operaciones, venía la más importante para una mujer: el peinado. Tratar de describir los infinitos modos y modas de peinarse que usaron las antiguas, sería perdernos en el laberinto de Creta. Bastará decir de qué utensilios se valían aquellas mujeres para tan exquisita operación. El primero de esos utensilios claro está que era el espejo. El espejo ha sido siempre el *deus machina* del arte del tocador; sin él, ¿cómo ensayar los artificios del peinado ni los infinitos recursos de la coquetería?

Todo el mundo sabe que el espejo de cristal es relativamente moderno, pues data su invención del siglo XIII, y hasta el XV no se vulgarizó. En la antigüedad, los espejos consistían en una lámina circular de metal pulimentado, con mango, ¡mal espejo por cierto!, mas como no se conocían otros, sin duda parecían excelentes. Las egipcias preferían unos espejos que estaban cubiertos de cierto barniz dorado, que aumentaba la limpidez de la luna. Las griegas se envanecieron con espejos de oro, y, tanto en Grecia como en Italia, los espejos de bronce ostentaban por la cara opuesta á la pulimentada un grabado figurativo. Los etruscos se distinguieron en el grabado de los espejos, inspirándose en motivos griegos. De este refinamiento artístico puede juzgarse por el espejo etrusco, que al tamaño natural reproduce el grabado. Los asuntos representados en los espejos estaban tomados de la mitología; solían ser escenas amorosas de las fábulas de Venus y Adonis, Ceres y Proserpina, Baco y Démeter; otros eran episodios de las leyendas heroicas, como acontece al aquí reproducido. Por no ser enfadosos, nos abstendremos de describir y calificar las varias piezas de la armadura y las prendas que visten estos dos guerreros. Pero sí haremos notar la corrección verdaderamente admirable del dibujo, de sabor arcaico, que recuerda las pinturas de los vasos griegos con figuras negras; y añadiremos que este precioso ejemplar, que no conserva el mango, y si la espiga para adaptárselo, perteneció á la colección de antigüedades que de Herculano trajo el rey Carlos III y hoy enriquece la sala de bronces de nuestro Museo Arqueológico Nacional.

Extraña cosa parecerá que en un objeto de tocador tan importante como un espejo, aparezca un asunto bélico, un pasaje cruento de la guerra de Troya. Pero tales asuntos estaban en el gusto de aquellos tiempos. Es lo mismo que si hoy, en un objeto análogo, se representara una *corrida de toros*, pues hay que pensar que las griegas, etruscas y romanas se peinaban para los valientes, como hoy las andaluzas para los toreros.

Los mangos de los espejos solían estar esculpidos: en los egipcios aparece la imagen peregrina, casi grotesca, del dios Bés, dios del baile, y en los romanos la figura de la verdadera Venus coqueta, es decir, de la diosa del amor recogiéndose el pelo, ó si se quiere, dando ejemplo á sus devotas.

Pero los romanos no conocieron solamente estos espejos de mano, sino también otros grandes que tenían fijos en sus habitaciones. Y añadiremos que presentar el espejo á una dama romana era un acto de cumplido, confiado, como un honor, á algún amigo de la casa.

Las damas romanas tenían, como las modernas, su peinadora, la *ornatrix*, y las damas opulentas tenían más de una esclava de ese oficio, las cuales esclavas se presentaban todas á un tiempo cuando llegaba el momento del peinado, por lo que esta operación revestía caracteres de ceremonia. Una de dichas ornatrices traía una jofaina de plata, otra una jarra de agua perfumada, otra una bandeja con peines y cepillos, otra un platillo dorado, donde entre ascuas y ceniza venían las tenacillas para rizar el pelo, y otra preparaba entretanto tiras de papiro para coger los rizos. Desgraciada de la ornatriz que cometiese alguna falta ó tuviese algún descuido, pues su señora la castigaba ¡azotándola! si no era que despechada la tal señora porque no la hubiesen peinado á su gusto, no cogía á la pobre ornatriz culpable y la colgaba del pelo. Cosas de los tiempos.

En cuanto á los peines, los que usaban las egipcias eran de madera y tenían dos filas de púas. El reproducido en la lámina, á la derecha del espejo, puede dar cabal idea. Los peines romanos eran de madera de boj, de marfil, de concha ó de metal. De cobre es el ejemplar romano que figura en la lámina, cuya semejanza con nuestras lendreras salta á la vista. Pero también conocieron los antiguos, y se conservan, peines como nuestros batidores, con una sola fila de púas.

El Egipto parece haber sido el país de la antigüedad que más afición tuvo á los aceites y pomadas. En las tiendas egipcias se han recogido, entre otros objetos de tocador, frascos de perfumes, aceites olorosos ó sustancias colorantes, y unas cucharas de madera primorosamente talladas, que se cree debieron servir para contener pomadas ó cosméticos. Ya que hablamos de las egipcias, bueno será decir algo de una costumbre suya harto singular: se pintaban de negro con polvo de antimonio los párpados, y también una raya horizontal desde el borde exterior de la órbita, que daba al ojo un aspecto particular de languidez. Véase en la lámina un frasco egipcio de los que se empleaban para ese fin, con el palillo que hacía veces de pincel.

Pero no sólo las egipcias, sino todas las mujeres y aun los hombres de la antigüedad, hicieron grandísimo consumo de perfumes. La mayor parte de éstos venían del Oriente; su centro principal de fabricación fué la Arabia, y sus importadores á las comarcas occidentales los traficantes fenicios. Consistían en esencias extraídas de vegetales y minerales, y se empleaban en pasta, secos ó líquidos. Ya entonces se apreciaba mucho el perfume de Chipre, el de nardo, de rosa y de jazmín; cada día se inventaban nuevos perfumes que se ofrecían á la venta en lindos frascos de marfil, de vidrio, de arcilla ó de alabastro, de cuyos frascos poseen abundantes colecciones los museos, y de ellos puede ver el curioso en nuestra lámina algunos ejemplares fenicios y griegos de la colección de Madrid. Esos frascos son otros tantos testimonios de la pasión que los antiguos tuvieron por los perfumes; pasión que condenaron repetidamente los Padres de la Iglesia, considerando los perfumes como agentes de corrupción, pues decían que las mujeres rociaban con ellos sus cuerpos, sus vestidos, sus muebles, hasta sus lechos y los vasos que empleaban para diversos fines; aspiraban de continuo su olor y los quemaban en las habitaciones.

Por todo lo dicho pueden apreciar las lectoras que las *coqueterías de Venus* merecerían un libro extenso. En este lugar basta con lo dicho. ¿Pregunta alguien si las antiguas romanas se teñían el pelo y se ponían postizos, si usaban alfileres para sujetar el moño y gustaban de adornarse con joyas? A todo podemos contestar afirmativamente. Los habitantes de la Gran Bretaña las enseñaron á teñirse de negro, el deseo de parecerse á los rubios eslavos las hizo teñirse de rubio, la extravagancia las llevó á teñirse de azul y de amarillo, y por cierto que estos colores en el pelo no fueron indicios de honradez. En cuanto á postizos, con decir que en Roma, en el pórtico Minucio, había una tienda de ellos, lo decimos todo. Los alfileres, invención femenil, sin duda, eran de hueso, y se conservan por cientos y por millares. De joyas no hablemos, puesto que son los presentes más estimados de Venus.

José Ramón Mélida.

¿Á QUÉ DEDICO LOS NIÑOS?

Ó DUDAS Y SOBRESALTOS DE UN PADRE DE FAMILIA.



UÉ bonito título para un sainete de Ricardo Vega!

¡Lástima que el asunto no se preste á burlas!

Antes al contrario, reviste todos los caracteres de la alta comedia ó del drama social.

¡Miren ustedes que es grande eso de no saber qué hacer con los chicos!

Las chicas tienen siempre su porvenir abierto.

Nunca faltan tontos que se casen, y los padres, tarde ó temprano, derramamos una lagrimita por el bien parecer, y sonreímos satisfechos al sentir el alivio de la carga.

Las hijas nos cuestan muy poco dinero.

Salen muy baratas unas con otras.

Cuando son pobres y trabajadoras, se hacen los vestidos en casa, y, á dos pesetas la vara, encuentra tela una joven económica, de doble ancho.

La hermana pequeña aprovecha los trajes de la hermana mayor, porque suprime el paño delantero de la falda, que es el más castigado, y con menos vuelo y un adornito barato, sale por esas calles hecha una princesa de incógnito.

Los sombreros de mujer duran generaciones enteras.

Con teñir el castor ó lavar la paja, rizar las plumas ó refrescar las flores, queda un sombrero nuevo, y pasa de cabeza en cabeza como si tal cosa.

¡Cualquiera arregla un hongo ó un sombrero de copa!

Cuando á un modesto empleado ó á un poeta lírico se le estropea la cabeza, es hombre perdido.

El petróleo para los sombreros de fieltro, y la toalla húmeda para las chisteras, produce desastrosos efectos.

Las mujeres, además, tienen la ventaja de que se educan solas.

¿Qué hija de familia no sabe remendar unos calcetines, ó poner un puchero, ó pasar por agua un par de huevos?

¿Qué mujer no sabe desde pequeñita murmurar y *ponerse moños*, que ha de ser la ocupación de toda su vida?

Yo tengo cuatro chicas, y no me ocupo de su porvenir ni poco ni mucho.

¡Por ahí andarán, de seguro, los cuatro infelices que me pedirán sus cuatro manos con el tiempo, y se las llevarán benditas de Dios y con la bendición de su padre!

Á mí las hijas no me apuran.

No son feas, porque todo se hereda en este mundo: tienen gracia, porque se pega con el roce, y no ha de faltar un aspirante de Telégrafos, ó un pianista de café, ó un Gobernador de provincia que las saquen de penas y me ahorren diez ó doce libras de garbanzos al mes.

¡Los chicos!..... ¡Esos cuatro demonios que tengo en casa, con perdón de ustedes, sí que me quitan el sueño!

Desde que soltaron la teta y comen solos, que me estoy devanando los sesos buscando un porvenir que les dé de comer.

¿Cómo come un hombre, según se van poniendo las cosas?.....

Esta es mi duda constante, mi problema diario: ¡mi *eterno masculino!*, si ustedes me permiten la frase.

¡Y que son cuatro!..... ¡Cuatro chicos presentes!..... ¡Cuatro hombres futuros!..... ¡Cuatro *hambres* del porvenir!

¿Los dedico á Telégrafos?..... ¿Los *meto en mi Cuerpo?*.....

¿Los condeno á *Morse* perpetuo y á *incomunicación* eterna?

¡No! ¡Primero los meto en cualquier parte!

¿Los preparo para entrar en el Banco de España?.....

¡Tampoco! ¡Son *muchos pies para un banco!*

Si les tirase el Arte; si tuviesen *la inspiración* de su padre, aunque no fuese tanta, y perdonen ustedes la inmodestia, los haría autores cómicos y maestros ligeros, y podrían escribir *zarzuelas fraternales*, y buscarse unas pesetas y unas *pateaduras* en esos teatros por horas.

Pero..... nada: están comiendo versos desde que nacieron y alimentándose de *tangos* y *jotas*, y no hay uno siquiera agradecido que se *arranque por silvas* ó que despunte *maestro*, enseñando la oreja musical.

El comercio está perdido.

Desde mi entresuelo oigo las amargas quejas de los comerciantes que ocupan la planta baja. Se vende muy poco y muchos pocos no se cobran.

Hoy los comerciantes son *puntos* desgraciados.

La Hacienda y el Municipio *tallan con puertas*, y á la larga se llevan hasta el tapete.

La industria española está *llamada á desaparecer*, como la poesía lírica.

Donde menos se piensa salta un *tratado internacional* y se cierran doscientas fábricas.

Aquí los industriales perecen, y sólo viven los *caballeros de industria.*

Yo no educo á mis hijos para eso.

¿Qué adelanto yo con hacerlos abogados ó médicos, que son honrosas profesiones?.....

Colocarlos al nivel de todos los españoles. Gastarme un dineral en los títulos, para solicitar después un destino de cuatro mil reales en cualquier Ministerio, ó una plaza de cobrador del tranvía.

De los cuatro varones, sólo el tercero, que tiene cuatro años, demuestra una afición decidida.

Es guerrero por instinto, y vive en revolución constante.

Luisito es un general en canuto.

¡Ese ha nacido capitán de caballería, con sable y todo!

Del pacífico Arturo, del filósofo Pepe y del beato Enrique no sé qué hacer.

Si tuviesen buenas voces, su porvenir estaba asegurado.

Los metería á los tres en el *coro de hombres* de un teatro, y por lo menos cobrarían tres pesetas y podrían poner el grito en el cielo.

Pero los chicos hasta ahora no tienen facultades.

La única que canta que se las pela es la última de mis chicas.

Amalia á los doce meses ya daba el *re sobre agudo*, y sostenía un cuarto de hora un *si natural*.

¡Como que la tuvo en la pila del bautismo Lucrecia Arana, no ha de cantar bien!

¡Las mujeres!..... ¡Qué felices son las hembras!

¡Los varones!..... ¡Qué desdichados son los machos!

¿Quieren ustedes hacerme el favor de decirme qué hago yo de los chicos?

José Jackson Veyán.

LA MADRE MUERTA

HABLA DESDE EL CIELO Á SU HIJO, MI AMIGO Y MAESTRO DON JOSÉ CARVAJAL.

¡Hijo del corazón! Por vez primera
Sin mí caminas en el triste suelo:
¡Tu aurora de orfandad descorre el velo
Al sol prendido en mi lograda esfera!
No es verdad que el que espera desespera;
Pues no pude soñar mayor consuelo
Que verte más conmigo desde el cielo
Y más de lleno que si á ti volviera.
Dios de velarte el galardón me ha dado;
Y aunque mis brazos ante Dios te ansían,
Los cierro hasta el momento deseado.
Y como premio á los que en mí confían,
Retardaré que vengas á mi lado,
Porque ¡cuántos sin ti se morirían!!

Antonio Grilo.



MADRID.—ACADEMIA DE BILLAR RECIENTEMENTE INAUGURADA.
SALÓN PRINCIPAL.—SALA DE PARTIDOS.
(Del natural, por Comba.)

OBJETOS ANTIGUOS DE TOCADOR.

1. Frasco egipcio de piedra para antimonio.—2. Peine egipcio de madera.—3 y 4. Frascos fenicios, de vidrio, con labores policromas.—5. *Alabastrón:* tarro de ungüento.—6 y 7 *Bombilios:* vasito greco-oriental, de barro, para esencias, y tarro para guardar alfileres de hueso.—8. *Lekitos:* vasito griego arcaico, para aceite oloroso.—9. Espejo greco-etrusco, de bronce, grabado.—10. Peine romano, de cobre.—11. Figura romana, de barro, representando una mujer que, recién salida del baño, se dispone á perfumarse.

SIERRA MORENA.

Otra vez, Sierra Morena,
Viene en tus ricos raudales,
El cuerpo á curar sus males,
Y el alma á templar su pena.

De nuevo por la fatiga
Del mundo necio hostigado,
Vengo, de luchar cansado,
Buscando tu sombra amiga.

Que en estos mudos lugares
Y en sus rústicos alcores,
Se mitigan los dolores
Y se calman los pesares.

La hermosa naturaleza,
Virgen, salvaje, bravía,
Ostenta aquí su energía
A la par que su grandeza.

Aquí al pie de cada alud
Brotan ricos manantiales,
Que en las venas á raudales
Van vertiendo la salud.

Y en este mundo apartado
De la ciudad corrompida,
Se aspira aliento de vida
En el aire oxigenado.

Y mostrando su contento,
Entre el encinar florido,
Cuelga el ruiseñor su nido
Y da sus trinos al viento.

Y se escuchan, soñadores,
En estas siestas tranquilas,
Del ganado las esquilas
Y el canto de los pastores.

Se extiende la mancha obscura
Del encinar pedregoso,
Ya sobre el valle arenoso,
Ya sobre la roca dura.

El gigante acantilado
Finge colosales ruinas,
Y corona las colinas
El peñascal enriscado.

Y ora del sol á la llama,
Ó entre nublados celajes,
Se ven distintos paisajes
Y diverso panorama.

Ya la senda que declina,
Ya la falda que verdea,
Ya el arroyo que serpea,
Ya la trocha que avecina.

Y en uno y en otro flanco
Y en todas partes se toca
La resquebrajada roca
Junto al profundo barranco.

Y en cristalinas corrientes
Entre peñas seculares,
Van filtrándose á millares
Hilos, arroyos y fuentes.

Y se tejen peregrinas
Mil alfombras primorosas
Con las hierbas olorosas
Y las flores campesinas.

Y ¡qué auroras tan risueñas!
¡Qué vientos tan bonancibles!
¡Qué tardes tan apacibles!
¡Qué noches tan halagüeñas!

Todo al silencio, á la calma
Y á la soledad convida,
Y parece que la vida
Se reconcentra en el alma.

Sobre las alas del viento,
Libre de vanas quimeras,
A las celestes esferas
Se eleva aquí el pensamiento.

A la sombra protectora
De la encina corpulenta,
Ni el tiempo fugaz se cuenta,
Ni el bien perdido se llora.

Con el vigor que renace
Aquí la esperanza crece,
El pesar se desvanece
Y la salud se rehace.

Aquí se contempla el mundo
Sin pena y sin sobresalto,
Con el desprecio más alto,
Con el desdén más profundo.

Y la altivez desmedida
Cesa en su vuelo creciente;
Que aquí se forma inmanente
El concepto de la vida.

Y aquí, sin lucha, sin duelo,
Trepando de monte en monte,
Se ve más amplio horizonte,
Se está más cerca del cielo.

AURELIANO RUIZ.

Santa Elisa (Villaharta), 1894.

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

Nuevos rumbos filosóficos de la juventud: el individualismo contra el positivismo y la democracia.—La filosofía eterna: el afán del dinero. Investigaciones del *Examiner* de California: el arte de ser millonario: los grandes millonarios de aquella tierra.—La poesía en Massachusetts (EE. UU.): el centenario del gran poeta Bryant.

Todo se hace viejo, todo pasa de moda y se olvida, menos el afán de hacer dinero; tendencia filosófica tan antigua como la humanidad, y que aun imperará el día del juicio por la tarde. Muchas gentes cándidas preguntan á los viejos cuál es la receta para llegar á los ochenta ó noventa años; en cambio, la mayor parte de las gentes, los positivistas lo mismo que los idealistas, los rojos lo mismo que los azules, los soberbios lo mismo que los humildes, sueñan cien veces cada día en dar con el verdadero, recto y seguro camino para aumentar el escaso ó abundante caudal de sus bolsillos. Esta es la tendencia filosófica y artística subsistente, y ríome yo de que las demás caigan ó se levanten, se transformen ó se petrifiquen. Ahora, la juventud inteligente que llega á la pelea, en los hervideros de cultura más amplios y profundos de Europa, ha vuelto la espalda á las tendencias que en la política, en la ciencia y en la comunión filosófica venían imperando; es decir, á la democracia, á la ciencia experimental, al positivismo y al naturalismo; y como si hubiéramos retrocedido al año 35, proclaman la necesidad del imperio de la aristocracia liberal, del culto á la belleza exterior de las formas y no á las deducciones del análisis destructor, del idealismo sentimental, del misticismo artístico y de una especie de romanticismo ecléctico que consagre y afirme y sobreponga á lo demás la idea individualista con todo el valer propio de la personalidad, para que la libertad bien entendida impere, y para que la igualdad mal aplicada no confunda en el rastrero montón colectivo de las medianías y de las incapacidades, á los que valen algo como hombres é inteligencias, con los que no valen nada porque no son más que hombres máquinas. Y como esta juventud que hoy forma sus escuelas y legiones en Alemania, en Francia y en Inglaterra, y que tendrá imitadores muy pronto en la literatura y en la tribuna y en el pensamiento y aspiraciones de Italia y de España, rompe con el pasado decididamente y pretende realizar una revolución, el caso, la nueva moda, está dando mucho que pensar á los que fueron entusiastas y tenaces sostenedores de las ideas de ayer. «No sabemos—dicen los nuevos filósofos, moralistas, políticos y artistas—no sabemos cuáles serán el gobierno, ni la república de mañana; pero afirmamos que no impondrá su dominio sobre el ejercicio de nuestra voluntad, ni sobre nuestra acción moral ni material, ni sobre nuestros trabajos ni nuestro ideal, por el órgano é intermedio de un mecanismo despótico, burgués ó colectivista. Entre los dos principios fundamentales que están siempre en contradicción y lucha, como lo demuestra la historia de nuestro siglo: entre la igualdad y la libertad, jamás sacrificaremos en lo más mínimo ésta á aquélla.» Con tal programa se tiende á combatir todo cuanto la democracia ha realizado y cuanto predica; se tira á aplastar á la igualdad y al colectivismo, y se anuncia el imperio de los mejores, de los más aptos, de los más inteligentes, como quería Renán, y no sé si de los más fuertes, como lo entendía Darwin, y como, según en estas crónicas quedó á su tiempo bien detallado, lo predican en Alemania.

Los pensadores, filósofos y publicistas veteranos exclaman hoy:—Pero ¿qué quiere esa gente? ¿qué va á pasar aquí?

Pues quiere, lo que quieren por instinto natural y por exceso de vida y de imaginación todos los jóvenes: llenar el mundo con su propio esfuerzo, prescindir de todo lo pasado y dominar en el porvenir, como si en el mundo el pasado no pesara con su carga y como si el porvenir no estuviera lleno de inmensas dificultades. ¿Qué va á pasar? Nada: que pasarán esta moda y esta furia, como han pasado las demás, como pasaron tras de lo poético y bucólico de mediados del siglo XVIII lo revolucionario de fines del mismo, y lo pomposo y artificial de la breve era napoleónica, y lo místico y falso de la restauración que la siguió, y el romanticismo, manso primero y dramático después, y los albores platónicos del primer socialismo, y el eclecticismo y la democracia cesarista del segundo Imperio, y el positivismo y los alardes ultracientíficos, y la revolución más tarde, y el naturalismo endiosado, y el criticismo callejero de ayer. Pasará esa juventud á la edad madura, y la igualdad, mal enseñada y peor comprendida, con sus consecuencias el socialismo y el colectivismo, continuará luchando con la libertad no refrenada, con las exageraciones del individualismo, que arriba procrean tentativas de restauración de las aristocracias, de los más sabios, de los más ricos ó de los más fuertes, y que engendran abajo monstruosidades como la anarquía, dentro de la cual, como *non plus ultra* del individualismo desenfrenado, cada cual puede hacer todo lo que le parezca, si los demás se lo permiten, á reserva de hacer ellos lo mismo que él.

Pasará esa juventud á la edad de la reflexión y del equilibrio, sin que haya concluído para la sociedad el *reinado del esfuerzo*, y sin que haya venido el *reinado de la gracia*, y, como acaba de decir Mr. Eduardo Rod, al analizar estas tendencias los publicistas que las sostienen, se reirán de la formalidad con que las creían y escribían, cuando de aquí á diez años las vuelvan á leer. Riámonos, pues, de antemano y pensemos que lo que necesariamente subsiste y durará siempre en las aspiraciones humanas es la tendencia á pasarlo bien, y por ende, lo que he dicho al principio, á buscar dinero.

°°°

Más filosófica, pues, que la temerosa investigación de los pensadores y sabios que comulgan en las escuelas de ayer me parece la investigación que ha tratado de realizar días pasados el periódico el *Examiner*, de San Francisco de California, al dirigirse á los cuatro mayores millonarios que hay en aquella tierra, con esta pregunta:

—«¿Qué debe hacer un joven en este país para llegar á ser rico?»

Alguno de los potentados ha accedido al deseo del periódico, y ha dicho, sobre poco más ó menos, y en síntesis y á modo de consejo de doctrinario, lo siguiente:

—Es imposible improvisar aquí un capital no trayendo nada; la pobreza es en California, como en todas partes, estéril. Hay que traer algo. El emigrante que llega con recursos para mantenerse un año, encuentra posibilidad de colocación y de emprender un modo de vivir, con más facilidad que en otros países. El que no las aprovecha es que no sirve para nada, y, salvo en el oficio de relojero, que no se improvisa, en todas las demás ocupaciones se logra encontrar un trabajo remunerador. Debe aceptarse, pues, el primero que se le ofrezca, y procurar desempeñarlo con honradez y con todo esmero. Sea el trabajador puntual en la hora en que ha de empezar, é indiferente para la hora de dejarlo. Si le queda tiempo de sobra, dedíquese á la lectura de libros que aumenten su saber y eleven su nivel intelectual y social. Tenga gran cuidado en no aficionarse al tabaco ni á los licores. Limite su alimentación á sustancias sanas; procure no gastar más de lo que gane, y, sobre todo, no se afilie jamás á ninguna asociación en las que, con pretexto de la igualdad, se impide que el hombre aplicado y laborioso trabaje más que los demás. La conservación de la buena aptitud y la fidelidad en el trabajo son buenas bases para hacer fortuna, no debiendo olvidarse de que es preciso, siempre que se pueda, discurrir y tener buen ojo en la elección de la profesión ó carrera. Las mejores hoy son las de trabajo manual ó la agricultura, siempre preferibles á la tentación engañosa y desmoralizadora de la rebusca de minas de metales preciosos, ó de comisionistas, que abundan como una plaga. Aquí las épocas malas, de apuros y de pésimos negocios no son tan frecuentes, ni tan difíciles de soportar como en otras partes. El cultivo de huertas y viñedos resulta muy productivo, siempre que el hortelano ó labrador no se valga de agentes intermediarios para vender sus productos. Nuestro aceite, por ejemplo, compite con los mejores de Europa, y diez acres de olivar, de regadío, valen más que 160 acres de los Estados de Illinois, Indiana ú Ohio.

Y el millonario no dijo más. Veamos ahora la historia de los cuatro grandes potentados de California.

M. J. Fair es irlandés. Llegó á los Estados Unidos á los doce años, fué á la escuela en Jeneva y Chicago, y después de haber aprendido el oficio de fundidor, partió para California, cuando la furia de las minas de oro estaba en todo su auge. Con mala fortuna trabajó en el lavado de las arenas, pero con mucho ingenio y éxito en el beneficio del cuarzo aurífero, y, hecho de repente ingeniero práctico y administrador entendido, adquirió gran reputación en las minas del condado de Calaveras y una buena fortuna al dirigir la explotación de las de Ofir en el de Nevada. Hombre previsor, aconsejó siempre á sus consocios que procuraran reservar fuertes capitales disponibles para las eventualidades que pudieran ocurrir, y gracias á este plan logró salvar al Banco de Nevada en ocasión muy crítica. Con su talento práctico en la explotación y administración, reunió un inmenso capital, y después de haber representado cuatro años á Nevada en el Senado norteamericano, abandonó la política y volvió á sus negocios. Habiendo comprado el ferrocarril de vía estrecha de Alameda á Santa Cruz, lo vendió después, con una ganancia líquida de cinco millones de pesetas, á la compañía *South Pacific Railway*. Es dueño de inmensas cantidades de terrenos, que ha puesto en cultivo, y de grandes centros industriales que ha sabido crear y multiplicar.

Adolfo Sutro es italiano, y se educó en las fábricas de metalurgia de Francia y de Alemania. Cuando llegó á California puso una tiendecilla de quincalla y de otros géneros, con cuyo despacho ambulante recorría el país. Al llegar á Comstock, en el estado de Nevada, vió las labores verticales dificilísimas que se hacían en la famosa mina de plata de aquel nombre, é ideó que, sustituyendo la perforación de pozos verticales por la de un gran túnel horizontal, se podría dar con las capas y filones más poderosos del criadero, y desaguar fácil y naturalmente la mina. Todos los mineros se rieron de él y de su plan; pero con la convicción y la tenacidad, con su genio, en fin, logró atraerse la ayuda de animosos consocios, y se decidió á realizar el maravilloso plan de llegar á la mina desde lo más hondo del valle de Carson, pasando por debajo de la ciudad de Virgina y de Gold-Hill al través de un macizo de 6 kilómetros. Consiguió del Gobierno de Washington la autorización necesaria, después de grandes dificultades; pero ni él ni sus consocios obtuvieron un dollar siquiera, para llevar adelante su propósito. Vino á Europa, se movió como un coloso, y logró adquirir el capital necesario, empezando los trabajos en 1869 para terminarlos en 1878, con los cuales, una vez atacado el criadero en su parte más rica, dió éste fabulosos productos. Terminada la campaña, volvió el millonario á San Francisco de California, cuyos alrededores, antes secos y desiertos, ha convertido en un espléndido jardín, y en cuya ciudad y Estado ha establecido grandes industrias, siendo una verdadera Providencia para aquella capital, sin dejar de serlo para los pobres, á cuyo auxilio y amparo ha dedicado parte de su fortuna.

Leland Stanford nació en Albany y cursó derecho en el colegio, pagando los gastos de la carrera con una pobre herencia que recibió de su padre. Durante el período de la explotación de las minas de California, olvidándose de su carrera, abrió una tienda de variados géneros de alimentación y vestido, en uno de los pueblos mineros, y realizó un mediano capital, con cuyos fondos se asoció á los primeros contratistas que empezaron á construir la vía férrea del Pacífico. Allí consiguió hacer una gran fortuna, que ha ido acrecentando sin cesar. Con parte de ella adquirió extensos terrenos cerca de San Francisco y en diversas comarcas de

California, mejorándolos todos, y poniéndolos en explotación. Cuando se hallaba en el pináculo de su felicidad perdió el único hijo que tenía, y para perpetuar su duelo y el recuerdo del bien que había perdido, fundó la famosa Universidad de Palo Alto, empleando en esta obra cien millones de pesetas y dejándola asegurada y en plena prosperidad, con grandes rentas.

M. P. Huntington, hijo de una pobre familia que tenía nueve hijos, tuvo necesidad desde muy joven de trabajar mucho y de comer poco, imponiéndose como verdadera costumbre la de vivir con la mayor economía. Así, poseyendo sólo unos cuantos dollars cuando era aprendiz, consiguió reunir algunos miles para cuando cumplió los veinte años en 1848, época en que llegó á California, dedicándose á viajar como vendedor ambulante. En 1854 formó una sociedad para comerciar en hierros y material de ferrocarriles, y procuró seguir las huellas y el ejemplo de Stanford, tomando parte en la construcción de la vía del Pacífico (de Washington á New York), y en sus secciones difíciles de las montañas Pedregosas y de Sierra Nevada. De allí salió millonario, pero con la cualidad que siempre le distinguió, de ser tan modesto, laborioso, económico y frugal como cuando era aprendiz.

Ahora, la pregunta que han hecho muchos lectores del *Examiner*, al leer estos resúmenes biográficos:—¿Qué hubiera sido de Fair, Sutro, Stanford y Huntington sin las minas de California y sin las grandes obras del ferrocarril del Atlántico al Pacífico, á pesar de su honradez, de su aplicación y de sus economías?

⁂

Los californianos y los norteamericanos, en general, ¿rinden culto tan sólo á la vida del negocio, como se supone fuera de aquel país? Nada de eso. Muy pocos pueblos saben honrar como éste á sus grandes escritores y á sus poetas. Al lado de los anteriores recuerdos, de los poderosos millonarios mineros y ferrocarrileros, conviene poner el de las fiestas de la poesía, como la que acaba de tener lugar en Cummington (Massachusetts), para enaltecer la memoria del gran poeta Bryant, el cantor más sentido, más espontáneo y más popular de las tradiciones y costumbres de aquellos territorios, superior á Longfellow en la sencillez y naturalidad de sus composiciones. William Cullen Bryant fué, además, un gran patriota y un valiente periodista, que dirigió durante mucho tiempo el *New-York Evening Post* y que sostuvo grandes campañas en pro de la abolición de la esclavitud. Le educó su madre, aldeana muy ilustrada, que dejó 53 cuadernos escritos, con las observaciones y sucesos de 53 años. En la fecha 3 de Noviembre de 1794, día del nacimiento del poeta, escribió: «Viento tempestuoso del NE.; he estado haciendo mantequilla; he dado á luz un niño á las siete de la tarde.» Dos días después anotó esto: «Día claro. Viento del NE. Han hecho un traje á Austin. He estado levantada todo el día y he ido á la cocina. Ha muerto Mr. Dawes.»

—A mi madre debo—decía Bryant—mi afición á los libros, mi inclinación á la poesía y la pureza de las creencias, que siempre he conservado.

Fué el poeta de la fe, del sentimiento y del ideal del pueblo de Massachusetts; logró expresar como nadie estos cariños, y dió á aquella región un tinte y una tradición de poesía, que conserva y conservará siempre.

En Cummington escribió muchas de sus composiciones, y entre otras la titulada *Thanatopsis*, que todos sus compatriotas saben de memoria. La fiesta celebrada en su obsequio ha sido solemnísima y muy concurrida. Pronunció en ella un discurso en su elogio el profesor de Estética de Harvard College, Mr. Norton; leyó algunas poesías un hermano del poeta, que tiene ochenta y siete años; honró su memoria el veterano poeta nacional Hutchinson; hizo el elogio de su madre la ilustre propagandista de los derechos de la mujer Mrs. Julia Ward Howe; leyó la primera composición que Bryant escribió, publicándola en la *Gazette de Hampshire*, el actual director de este periódico, y presidió las reuniones Mr. Parke Godwin, yerno de Bryant.

Representados estuvieron casi todos los pueblos importantes del estado de Massachusetts, por cuyo renombre hizo tanto el poeta como Wordsworth por Inglaterra y Walter Scott y Burns por Escocia. Al contemplar el entusiasmo y aquel culto al ideal, que ofrecía este cuadro de costumbres en plena tierra norteamericana, preciso es confesar que ésta no está tan materializada que sólo rinda adoración al dios *dollar*, y que bien puede figurar entre los pueblos más poéticos el que se enorgullece con haber sido cuna de Longfellow, de Whittier, de Edgardo Poe, de Lowell, de Bret Harte, de Holmes y de Emerson.

R. Becerro de Bengoa.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

En pro y en contra (crítica), por U. González Serrano. Así se titula el reciente trabajo de tan ilustrado escritor, título que refleja con exactitud las aspiraciones que estimulan y guían al Sr. González Serrano en sus juicios críticos, de los cuales puede decirse que son suaves sin dejar de ser severos, respetuosos con toda clase de opiniones, desapasionados y dignos de singular estimación, porque, desprovistos de pedantería, aleccionan sin mortificar, corrigen sin deprimir y ensalzan sin exageraciones de mal gusto.

Los estudios críticos que se contienen en el libro de que tratamos no constituyen, ciertamente, su parte principal; son unos cuantos artículos sobre *Las luchas de nuestros días*, del Sr Pí y Margall: *El plus ultra*, del Sr. Escuder: *La crisis religiosa*, del Sr. Zozaya: *La fe*, de Palacio Valdés, y algunos otros muy estimables, entre los que sobresale un escrupuloso juicio de Carlos Marx, los cuales artículos sirven como de *introito* ameno y estimulante á dos concienzudos estudios psicológicos acerca de *El dolor* y *El medio*, cuya lectura nos permitimos recomendar con todo empeño, seguros de que será agradecida nuestra indicación por cuantas personas la secunden.

Medicina operatoria.—Acaba de publicarse el excelente *Tratado de Medicina operatoria* (operaciones generales y especiales) del catedrático Dr. Karl Löbker, que tan gran aceptación ha obtenido en Alemania. La traducción española, hecha de la tercera edición alemana, ha corrido á cargo del reputado médico de la Beneficencia municipal de Madrid Dr. D. Martín Díez Guerra. Forma esta obra dos tomos de cerca de 400 páginas cada uno, y 276 grabados intercalados en el texto. Precio de la obra, 16 pesetas en toda España. Los pedidos, acompañados del importe, deberán dirigirse á la Administración de *El Siglo Futuro*, Magdalena, 56, segundo, Madrid, y á las principales librerías.

La Electricidad práctica.—*Electrometría; Generadores eléctricos; Telegrafía; Telefonía; Luz eléctrica; Pararrayos; Timbres, y Electro-metalurgia*, por D. José Amado Ibáñez, jefe de estación del Cuerpo de Telégrafos, y D. Mariano Martín Villoslada, oficial de Telégrafos y director de la red telefónica de la Coruña.

«*La Electricidad práctica*, dicen los autores en el prólogo, es, más bien que un nuevo libro, una sencilla recopilación de las modernas aplicaciones del fluido eléctrico; y en estas palabras está tan bien condensado el espíritu de esta bella obra, que no hemos encontrado otras mejores con que sustituirlas.»

Imposible nos es entrar á juzgar los pormenores de un libro de esta naturaleza que tiene más de 500 páginas de letra menuda y en el que están tratadas las materias más difíciles y los más graves problemas de Física. Bastará, por tanto, decir que la doctrina se halla expuesta con excelente método y que las explicaciones tienen grandísima claridad, habiendo conseguido, sin duda, sus autores lo que se propusieron, que era dar resueltas en la práctica las cuestiones de la telegrafía, iluminación eléctrica, etc., etc., que á diario suelen presentarse.

Está muy bien impreso en excelente papel, y su precio es de 10 pesetas.—G. R.



LUIS FELIPE ROBERTO DE ORLEANS,
DUQUE DE ORLEANS.
(De fotografía de Langhans.)



D. FRANCISCO DE BORBÓN Y DE CASTELLVÍ,
GENERAL DE DIVISIÓN DEL EJÉRCITO ESPAÑOL.
(De fotografía de Fernando Debas.)

LA PELEA DE LOS CHICOS DE LA ESCUELA.

En el dorso de mi mano derecha, casi justamente hacia el centro de la mano, tengo una pequeña cicatriz. No la observaríais á menos de que os la mostrase, y aun así tendríais que mirar con atención para verla. Pero siempre *está allí del mismo modo*, y estará hasta que mi mano se vuelva polvo. Esto data de cuarenta años. Volviendo un día desde la escuela á casa, un chico y yo cuestionamos, y nos peleamos, y, por extraño que parezca, ninguna de ambas cosas fué por una chica. Sea lo que sea, el caso es que el otro sacó su cortaplumas y me hirió en el dorso de la mano derecha. La herida, á lo que recuerdo, tardó en cicatrizarse, y presentó llaga é inflamación por espacio de varios meses; y como apenas pasaba día sin que la diese con algo ó que la diese un golpe, se ponía peor. Todo el resto de mi cuerpo sano parecía estar concentrado en aquella llaga; ya sabéis lo que son estas cosas.

En la mesa que tengo delante hay una carta en la cual el que la escribe dice: «La vida se me hacía insoportable.»

Ahora bien; ninguno de nosotros es tan fuerte y duro como para ser á prueba de dolor; pero cuando un hombre se considera incapaz para sobrellevar su vida en todos sus aspectos; cuando el mal contrapesa el bien hasta tal punto de hacerle desear á ese hombre su aniquilamiento propio, ¿por qué entonces está ese hombre tan sensible y resentido? Porque se halla herido é inflamado de cabeza á pies. Y bien lo sabe Dios, que eso ocurre con bastante frecuencia; lo ocasiona el pesar, lo ocasiona la pérdida de bienes, lo ocasiona la enfermedad.

El que escribe la carta hace referencia á haber estado sufriendo de una enfermedad por espacio de quince años. ¿Quién puede imaginar lo que esto significa? El tiempo vuela como un águila ó se arrastra como una tortuga, lo mismo que á nosotros, desgraciados, nos sucede. No es una cosa que pueda medirse por el tic-tac de un reloj, ni por la salida y la puesta del sol. Quince años de enfermedad son una eternidad.

«Tenía frecuentes y violentos dolores—continúa el que escribe la carta,—y en cuanto comía algo, inmediatamente se me agriaba en el estómago. Muchas veces deseaba vomitar para arrojar lo que había comido.»

No tenemos más que llamar la atención al hecho de que la vida depende de la digestión de los alimentos, para imaginarnos, hasta su más ligero grado, la condición de una persona que se ve obligada á arrojar sus alimentos: el fin de este proceso es, temprano ó tarde, la muerte. Por de contado que nuestro amigo *tenía que digerir algo*, pues de lo contrario no hubiera vivido para contárnoslo, pero era un modo bien miserable de vivir. Podríamos compararle á un animal herido tendido, sin auxilio, en su caverna.

Pero prosigamos: «Mi lengua—continúa—estaba siempre seca y cubierta de una capa, especialmente por la mañana. Nacido yo con una profunda inclinación á la pesadez y á la tristeza, no sólo en el cuerpo, sino en el alma, había perdido ya los ánimos, sentía melancolía y no tenía ganas de trabajar ni aun cuando tuviera fuerzas. En semejantes circunstancias, la vida se me hizo insoportable. Todos cuantos me conocían me hallaban cada día peor; observaban el amarillento color de mis ojos y piel, mi enflaquecimiento, mi debilidad y la tendencia general hacia un fin del cual no nos gusta pensar ni hablar.

»Debo decir á usted que, á semejanza de todas las personas que son víctimas de una enfermedad, recurrí, uno tras otro, á todos los medios de tratamiento, aunque en vano; hasta que estando ya cansado y acabado por el sufrimiento, un amigo mío me aconsejó que probase una medicina llamada «Jarabe Curativo de la Madre Seigel». Consintiendo yo en ello, fué á la farmacia de D. Vicente Sorribas y me trajo cuatro botellas, y ahora cuando estoy acabando la tercera, puedo afirmar, y *afirmo con la mayor alegría, que estoy completamente bien.* Tengo buen apetito, digiero perfectamente los alimentos, y en realidad *estoy restituido á la vida.* Escribo á usted por razón de gratitud, y le autorizo para que publique esto en beneficio de cuantos sufran como yo sufrí. De usted afectísimo (firmado): Juan Pérez López, Malecón, 54, segundo, Alicante, Agosto 9, 1893.»

De esta manera tan feliz terminó la larga y dolorosa experiencia del Sr. P. López. Su enfermedad era del sistema vital de la digestión; de esa masa horrible de aflictivos síntomas que provienen de la dispepsia. Lo mismo que el carbón encendido en un cuarto sin ventilación envenena el aire, así la torpeza del estómago y del hígado envenenan el cuerpo humano. Los resultados son *muchos*, la causa *una sola*.

Excusado nos parece decir cuánto hubiera ganado el Sr. López con haber encontrado años antes el Jarabe Curativo de la Madre Seigel; pero afortunadamente oyó hablar de él y lo usó á tiempo para salvar la vida y no perder la certeza de una felicidad por venir.

¿Cuántos otros en la misma situación que él leerán estas líneas? Cientos tal vez (así lo esperamos), todos los cuales se salvarán como él se salvó.

El peligro está sólo en la obscuridad y en la ignorancia.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de ese remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias, droguerías y expendedurías de medicinas del mundo. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXVIII.—NÚM. XXXVI.

ADMINISTRACIÓN: ALCALÁ, 23.

Madrid, 30 de Septiembre de 1894.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN, PAGADEROS EN ORO.	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia	60 francos.	35 francos.

MANIOBRAS DEL PRIMER CUERPO DE EJÉRCITO EN EL GUADARRAMA.



EL MINISTRO DE LA GUERRA Y SU ESTADO MAYOR PRESENCIANDO LA BATALLA DESDE PAJARES.

(Del natural, por Comba.)

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

Empecemos la Crónica insertando este trozo de una carta que hemos recibido, y dice así:

«Permítame usted que no lo entienda: confesando que el asunto magno de estos días es la reforma de la segunda enseñanza, no invierte usted en su examen de la pasada Crónica más espacio del que destina á cualquier hecho sin importancia, quizás á un libro fútil ó á la muerte de un amigo suyo; nada dice usted de la cuestión principal que han debatido en estos días los periódicos: los derechos adquiridos por los padres que tenían hijos matriculados según el antiguo plan, lo que constituía un contrato.»

—¡Alto! — hubiera respondido atajando al comunicante, si en vez de escribir me lo dijera de palabra. — ¿Quién hace estas crónicas, usted ó yo? Pues.... claro es que debo escribirlas á mi modo y no al de usted, y lo menos que me puede usted conceder es la elección de asuntos, á menos que me los elija un inspector, ó el sufragio universal. Pero ya sabe usted que no discuto: no hay espacio; ya no se estila: todos saben que era una manera cómoda de tener asunto en el viejo periodismo, como llaman al de hace algunos años los discípulos de aquél, pues lo son, aunque se crean generación espontánea de publicistas; pero, si no discuto, no me niego á dar una razón al que es razonable. La segunda enseñanza, por su magnitud, no es para examinada en una crónica, ni puede ser omitida: el temperamento posible es reducirse á notificar al público el hecho, con algún ligero comentario de lo que más nos llama la atención, ó mejor entendemos, ó nos interesa. Y claro es que, al tratarse de la enseñanza, nos ha de parecer preferente la bondad ó maldad de la reforma, al contrato que, según dicen algunos, tienen tácitamente celebrado con el Gobierno los ya matriculados. Este es un asunto particular; público aquél: el uno interesa á los que se juzguen agraviados; y respecto á eso del contrato, tengo para mí, confesando que no soy autoridad en la materia, que todo el que se matricula sabe, ó debe saber, que se somete á la práctica constante en asunto de reformas y á las facultades eminentes del Estado para alterar todo plan de estudios. No hay tal contrato, ni es un pleito contencioso, sino moral, como casi todo lo que á la enseñanza se refiere, pues hasta los derechos de matrícula, que afectan al bolsillo, envuelven el problema difícil de la limitación ó propagación de los conocimientos entre la clase media y la popular.

Añade usted en su carta:

«Usted sólo se fija en un hecho de escasa importancia: la simultaneidad del estudio del francés y el latín en los primeros años. Y se detiene usted á la puerta de los nuevos estudios.....»

Es costumbre que tengo cuando no puedo ó no quiero pasar adelante, y suelo hacerlo cuando hay á la entrada algún obstáculo; y se me ha atravesado el francés, en lo que á España se refiere, desde hace cerca de dos siglos. Y no es antipatía hacia Francia, sino espíritu de conservación para el idioma, el criterio y las costumbres nacionales: comprendo que se debe enseñar á los niños un idioma vivo, pero cuando hayan asegurado bien el suyo; tarea que corresponde al Instituto, que ignoro por qué no había de llamarse el Colegio ó la Escuela mayor, pues suenan tan bien al oído los nombres de Escuela de Minas, de Arquitectura ó de Caminos. Sobra francés en España, y falta inglés, idioma del comercio universal, ó alemán, idioma de la ciencia. Por consiguiente, del nuevo plan de enseñanza conviene aplaudir lo que rectifica errores, y señalar lo que puede mejorarse; tarea que no corresponde á los cronistas, sino al profesorado.

⁂

Si se nos preguntase qué casas visitábamos con más frecuencia, responderíamos sin vacilar que los cementerios, y en especial de las sacramentales de San Isidro, San Justo y San Lorenzo: el lunes último acompañamos al camposanto de la segunda á una buena madre de familia, que extendía á la de los necesitados su benéfica influencia: era la Excma. Sra. D.ª María de la Concepción Más de Die, esposa del que fué presidente de la Audiencia de Barcelona y de sala en la de Madrid, D. Mariano Die y Pescetto, y á la cual podía escribirse este epitafio, resumen de una vida dedicada al cumplimiento de todos los deberes: — No sólo dejó al morir llanto en su casa, sino en muchas casas pobres.

En estos días han muerto en Madrid también el Conde de Michelena, empresario que fué del teatro Real hasta concluir la última temporada, y el poeta D. Antonio Valladares, que publicó, entre varios, un tomo de poesías premiadas en nuestros certámenes poéticos, y que no ha llegado nunca á nuestras manos. Era de la provincia de Córdoba.

⁂

La idea de los certámenes poéticos nos traslada nada menos que á León, en donde se han adjudicado en estos días los premios que otorgó el jurado, de que era presidente el Sr. D. Emilio Ferrari. En el acto de la adjudicación ocurrió el caso de que el público leonés pidiera al Sr. Ferrari que recitase las inmortales quintillas de *Dos cetros y dos almas*, que han de figurar en las antologías de los mejores poetas castellanos, y ser saboreadas con deleite por cuantos sepan distinguir lo realmente exquisito en poesía, que no son por cierto todos los que se las echan de conocedores: el público le hizo recitar después su romance *En el arroyo*, otra joya de la poesía moderna. No todos los que saben cómo escribe Ferrari, y le admiran como poeta, saben su manera de recitar versos, con su voz hermosa y varonil: nosotros, que le hemos aplaudido muchas veces, podemos atestiguar que es un maestro.

Y puesto que de literatura nos ocupamos, si bien ligeramente, hoy debemos lamentar que se haya interrumpido la publicación de los discursos que se pronunciaron ó leyeron en la Exposición Histórica: lo manifiesta el Dr. Calatraveño, al imprimir el suyo á su costa y con el título de *La Medicina en la Exposición Histórica* citada, y que hubiera sido sensible no viese la luz pública, por los datos que contiene y el estudio que se hace de los autores arábigos y castellanos anteriores al descubrimiento de América, ó coetáneos, ó que tienen alguna relación con aquel hecho, y cuyos libros figuraron sobre todo en las vitrinas del Colegio de San Carlos, riquísimo en ejemplares antiguos, y en la Biblioteca de Madrid. Es también utilísima la lista de dichas obras en un apéndice al folleto, en la cual llaman la atención de los curiosos los códices presentados por el Archivo central de Alcalá de Henares, entre ellos el proceso del Dr. Fernán Núñez, en 1492 y 93, por judaizante. Según el Dr. Calatraveño, el *Compendio de los boticarios*, atribuído al árabe Albucasis, del siglo XI, contiene noticias de la época y forma en que deben recogerse las plantas medicinales y lo que pueden durar sin alterarse las preparaciones; noticias dignas de figurar en las obras modernas de farmacia: se ocupa con preferencia del Dr. Chanca, que acompañó á Colón en uno de sus viajes y fué el primer naturalista que estudió la flora americana; recuerda lo que debe la Medicina á los Reyes Católicos, profesión que se regularizó en su tiempo y obtuvo la libertad de los procedimientos anatómicos, y pudo fundar en Valencia el primer manicomio, y merecer de D. Fernando, según documento que posee el general Ezpeleta, una carta á la comunidad de Daroca, prohibiendo el ejercicio de la Medicina á los que no fuesen bachilleres ó maestros. Estudia las obras del insigne Villalobos, que hizo en verso una de sus obras didácticas, versos que no desmerecen á veces entre los buenos de su época.

Pero no podemos extractar el interesante folleto (1) del Dr. Calatraveño ni seguirle; copiaremos solamente, para amenidad de esta Crónica, una anécdota que atribuye al Dr. Villalobos. Hallábase el Duque de Gandía atacado de fiebre, y prometió al doctor una magnífica fuente de plata si le libraba de la calentura para el día siguiente: el médico dispuso los remedios, y se sintió tan aliviado el Duque, que al entrar el doctor al otro día, creyendo que le daría de alta, le preguntó: «¿Qué tal, Villalobos?» A lo que contestó, mirando al plato que iba á perder: «*Amicus Plato, sed magis amica veritas*», demostrándole que no podía engañarle. El Duque no salió de casa, pero envió el plato á su médico.

⁂

Si es cierto lo que refiere un periódico extranjero, á propósito de la guerra chino-japonesa, de que el encuentro de las dos escuadras ha demostrado que los choques de los buques modernos, que tantos elementos tienen de ataque y tan pocos de defensa, han de ser siempre fatales para las dos escuadras, y á la larga favorables para la nación que tenga mayores reservas y mayor número de arsenales y medios superiores de reparar las averías y reforzar sus escuadras, saquen la consecuencia los marinos. A nosotros nos parece que hay necesidad de empezar á hacerlo todo, como si no tuviéramos nada: salvo el parecer de los mejores.

⁂

Ha muerto en Barcelona un avaro que, privándose de todo, ha dejado una herencia de diez millones: las privaciones que sufría eran tales, que no gastaba en sustentarse y demás necesidades de la vida sino unos tres pesos mensuales, amontonando su capital para que lo disfrutase un pariente á quien apenas trataba. El caso, aunque parece siempre nuevo, es más frecuente de lo que se cree: es indudable que debe ser un gran placer para los avaros el no gastar, y aun han dicho algunos que por mucho que disfruten sus herederos derrochando, no gozarán lo que ellos con atesorar. Pero el avaro moderno ya no es el carcelero de monedas que enterraba su alcancía llena de oro debajo de la cama: compra el papel más seguro, y acumula intereses, y presta sobre hipoteca, y espera los vencimientos con ansiedad, hasta que llega el plazo de su muerte. Entonces, los valores aprisionados vuelan libremente, y el capital empleado en oprimir se convierte en elemento que fecunda; y en vez de lágrimas, todo es alegría á la muerte del avaro.

La otra historia de estos días es la de una madre á quien robaron una hija de cuatro años, y que cree haberla encontrado después de ocho, pasados en llorarla y buscarla. Á su vez, los traperos que tienen á la niña en su compañía niegan que sea la hija robada, y prometen probar que es su sobrina. Á todo esto, la muchacha parece contenta con sus padres putativos, y la madre que reclama insiste en asegurar que es su hija la que encontró en la calle revolviendo basura con un gancho, y que tiene en el cuerpo dos señales que lo demuestran. Ello es que se llama Juliana como su hija, y como tampoco es hija de los otros, todo promete un proceso novelesco, y uno de esos secretos familiares que ocurren á menudo en la vida, y llaman inverosímiles en las novelas los lectores sesudos y discretos. En resumen: es una huérfana con dos juegos de padres.

⁂

Un padre de familia está desesperado.

—¿Qué le sucede á usted?

—Lo peor que le puede suceder á un padre: mi hijo se ha vuelto mudo.

—¡Qué contrariedad!

—¡Volverse mudo cuando sabía cinco idiomas!.....

—Equivale á tener que callarse las cosas de cinco modos distintos.

—Me han insultado por telégrafo: ¿qué hago?

—Batirte por justicia.

—¿Qué es eso?

—Que me están embargando lo que tengo.

—¿No te dejan nada?

—Sí; dicen que me reservan toda clase de derechos.

—¿Y qué ventajas te dan?

—Muchas: figúrate que te quito el traje que llevas, y te dejo sin ropa ni dinero en medio de la calle. Y ahora calcula mis bondades si te reconozco la facultad de que la rescates por su precio, ó adquieras, si puedes, otro traje.

—La ley tiene fórmulas singulares.

—Ninguna como la del antiguo tormento: se invitaba al reo á confesar un delito grave, y se le requería hasta tres veces con la amenaza del tormento: si se negaba á confesar, se procedía á la tortura, advirtiendo al acusado que si perdía un ojo, ó quedaba cojo ó manco, no sería por culpa de los que le daban el tormento.

—Era una broma oportuna y delicada.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

NUESTROS GRABADOS.

MANIOBRAS DEL PRIMER CUERPO DE EJÉRCITO.

Supuestos estratégico y táctico. — Marcha de las fuerzas. — Empleo del heliógrafo y del velocípedo. — La batalla del Espinar. — Sobre andar los generales en coche ó de otro modo y no á caballo.

Imitando lo que en otras naciones se hace, tenemos ahora en España maniobras militares en otoño, y sería muy de aplaudir esta imitación si pudiese serlo en todo; es decir, si como en aquéllas el simulacro de la guerra fuese copia casi fiel de ésta. Pero como aun no poseemos el armamento con que nuestros soldados habrían de pelear si verdaderamente tuviesen delante un ejército invasor, y los contingentes con que estos simulacros se hacen no sólo no alcanzan á los que habría en pie de guerra, sino que ni siquiera llegan á lo que deben ser en pie de paz, la diferencia entre lo real y lo supuesto es tanta, que la utilidad y enseñanza que se consiguen no pueden reputarse muy grandes. Esto no obstante, nos guardaríamos muy bien de censurar lo hecho aunque tuviéramos en esta sección otro papel que el de meros narradores, y gustosos reconocemos que en el Ministro de la Guerra, en el General en jefe del primer cuerpo y en todos los generales españoles sobra buena voluntad, y que en esta ocasión, como en otras, han hecho lo que han podido. No es culpa suya si errores de la opinión pública obligan á los Gobiernos á desatender la defensa de la nación, y niegan al ejército dos cosas muy esenciales: atención constante y fiscalizadora, y dinero indispensable para la adquisición del nuevo armamento, perfeccionamiento de los medios de movilización, maniobras, etc., etc.

Dicho esto, pasemos á dar á los lectores las explicaciones que exigen los grabados que publicamos en las páginas 185, 188, 189 y 192, debidos á la diligencia de nuestro activo colaborador artístico D. Juan Comba, que ha seguido de cerca los principales incidentes de las operaciones.

Suponíase que un ejército enemigo venía sobre Madrid, y después de tantear los pasos orientales de la sierra, que son los más fáciles, pero que por eso mismo estaban bien guardados, trataba de cruzar los de la región occidental, principalmente Navacerrada y Guadarrama. El ejército salido de Madrid debía cubrir estos puntos, y si se presentaba ocasión favorable, tomar la ofensiva y desbaratar al enemigo. Esta había de ser la batalla del Espinar.

Las fuerzas que debían tomar parte en las maniobras eran: dos divisiones de infantería mandadas por los generales Ortega y Sánchez Gómez, y una división de caballería. Mandaban las brigadas de la primera división los generales Montero y Molins, y las de la segunda los de igual graduación Vallarino y Linares. Las brigadas de caballería las mandaban los generales Bosch y Coig. Las tropas afectas al cuartel general eran los batallones de cazadores de Arapiles, Ciudad Rodrigo, Puerto Rico y Manila, una sección de caballería, dos secciones del batallón de telégrafos, parque móvil de Artillería, una sección de ambulancias,

(1) Véndese en casa del autor. Una peseta 50 céntimos. Fúcar, 22, primero izquierda.

una sección de imprenta y fotografía y quince caballos de la Guardia civil. Completaban la primera división, dos escuadrones de dragones de Lusitania, una compañía de ingenieros, una sección de municiones de infantería y una compañía de Administración militar; y la segunda otros dos escuadrones de Lusitania, dos baterías del 10.º montado, una compañía de ingenieros, una sección de municiones y una compañía de Administración. Con la primera brigada de caballería iba una batería del 2.º montado.

Las tropas comenzaron el avance hacia la sierra por jornadas ordinarias, que ya al pie de ella se trocaron en marchas de maniobras.

Los pormenores de esta primera parte de la supuesta campaña harto los conocen los lectores por la prensa diaria. Basta recordar, para mayor claridad de esta explicación, que las primeras tropas se encaminaron á reforzar á las que se suponía cubriendo el puerto de Navacerrada y que, amenazadas ahora por el grueso de las enemigas, eran insuficientes para la defensa de aquel importante paso de la sierra. El 21 por la mañana estaba en Cercedi la el general Bermúdez Reina con todo su cuartel general, y allí supo por el heliógrafo que las fuerzas contrarias, no atreviéndose á acometer la entrada del Puerto, hallando á éste mejor defendido de lo que pensaban, seguían su marcha hacia el Guadarrama, que sin duda es, descontado el de Somosierra, el más fácil de cruzar, por su dirección normal á la cordillera en el punto en que ésta es más estrecha. Conocedor de estas circunstancias, y comprendiendo que la defensiva de aquel paso necesitaba ser inmediatamente reforzada, dió las oportunas órdenes á las brigadas de caballería que tenía á mano. Este es el asunto de nuestro primer grabado de la página 188. El segundo y tercero representan dos detalles pintorescos de la estancia de las fuerzas de caballería en el puerto de Navacerrada: un grupo de oficiales de lanceros almorzando á la entrada del puerto, á cerca de 1.800 metros sobre el nivel del mar, y un destacamento de caballería descansando del servicio de exploración que acaba de practicar hacia la bajada á Castilla la Vieja. En el cuarto damos una vista de la punta de la brigada de vanguardia (general Franch) á su llegada á Guadarrama para reconocer las posiciones y disposiciones del enemigo.

Hemos dicho que el General en jefe supo en Cercedilla la marcha que éste emprendía por haberlo comunicado el heliógrafo, y ahora añadiremos que tanto el telégrafo como este aparato funcionaron muy bien; no están incomunicadas las fuerzas un momento. Cortado el telégrafo por el invasor, sustituyósele en el acto por el heliógrafo, el cual estuvo funcionando muy bien más de cuatro horas (véase el quinto grabado de dicha página).

También se han empleado con buen resultado los velocípedos. En nuestro segundo grabado de la pág. 189 verán los lectores á uno de los soldados de ingenieros en el momento de partir con un despacho del General en jefe. Lleva camiseta con el cinturón encima. La guerrera va arrollada sobre el velocípedo.

El 22 el grueso del ejército estaba en el Espinar, donde todo era animación, alegría, música y baile. La marcha de Guadarrama al Espinar (en la que se suponía al ejército en ofensiva contra el enemigo) se hizo muy bien, llegando el soldado sin fatiga, en muy buena disposición de batirse. A la una en punto el general Bermúdez Reina, seguido de su Estado Mayor y de su escolta, reconoció el campo de batalla.

El terreno en que ésta iba á librarse es un cuadrilátero de 12 kilómetros de largo, ceñido, de un lado, por el escarpado cerro llamado Cabezo de los Arenales, y otro cubierto de pinos; de otro, por la antigua carretera de Galicia, y por el frente, por la vía férrea de Segovia. El cuartel general situóse sobre un montecillo próximo al Estepar, y en una venta llamada Pajares (véase el grabado de la plana primera), desde donde se domina muy bien todo el campo.

Amaneció desapacible y amenazando lluvia el día de la batalla. Empezó la acción con un reconocimiento de los regimientos de Montesa y de la Reina, los cuales pronto encontraron al enemigo, sobre el cual rompieron el fuego inmediatamente las baterías del 4.º montado. Con puntualidad notable llega al campo de batalla la segunda división (Sánchez Gómez), cuya artillería toma rápidamente posiciones en el cerro del Estepar (véase el tercer grabado de la pág. 189); generalízase la acción, en la que poco á poco van empeñándose todas las fuerzas de la defensa, cuya línea ocupa cuatro kilómetros. En esto la batería del 4.º montado hace señales de que el éxito de la acción peligra. El fuego disminuye un poco como si faltaran municiones; el enemigo avanza. En estas críticas circunstancias preséntase la brigada Echagüe, fresca y marcial á pesar de once horas de marcha. Los nuestros se animan con este refuerzo y con las municiones que las nuevas tropas traen; redobla el fuego, avanzan los soldados, iníciase la retirada del enemigo, y la caballería le carga brillantemente (sin duda se supone que va falto de municiones y muy desmoralizado), con lo que termina la acción, de la que damos una vista de conjunto en la pág. 192.

También merece alabanza el servicio de la Administración Militar, cuyos hornos de campaña funcionaron muy bien. Los generales López Domínguez y Bermúdez Reina los visitaron en Villalba, quedando muy satisfechos (véase el primer grabado de la pág. 189).

———

Sin lisonja para nadie puede decirse que las maniobras del primer cuerpo han alcanzado buen éxito, dentro del criterio con que fueron concebidas y dispuestas. En primer lugar se han revelado una vez más las admirables condiciones de nuestros soldados; pero justo será decir que se ha visto claramente la buena instrucción de los jefes y oficiales, y que el general en jefe, Sr. Bermúdez Reina, ha demostrado gran acierto en la dirección de las operaciones, las cuales apenas han tenido lunar digno de consideración.

No podemos entrar en esta crónica á tratar de ciertos pormenores; pero tampoco queremos guardar silencio acerca de uno que ha dado mucho que decir á personas del todo ajenas á las cosas de la guerra (aun más ajenas que el que esto escribe), y las que se escandalizaron de ver en coche á los generales López Domínguez y Bermúdez Reina (en el trayecto de la estación al Espinar), como si un general sólo pudiese dirigir su ejército á caballo, y de no hacerlo así no fuese capaz de mandarlo. A éstos sin duda debió parecerles también muy mal que Moltke dirigiese desde un cochecillo casi toda la campaña contra Francia en 1870-71. Pues no hablemos de lo que pensarán del veterano Antonio de Leiva disponiendo la defensa de Pavía contra los franceses desde un sillón de vaqueta, en el que le paseaban por las murallas, porque á ese le tendrán por el peor soldado que ha habido en el mundo y hasta por indigno de tal nombre.

°°°

BELLAS ARTES.

Salida de vísperas, cuadro de D. José Benlliure.—*Día feliz*, cuadro de René Renicke.

El cuadro de D. José Benlliure que publicamos en la página 193 bastaría á acreditar de notable artista á su autor, si por otras obras igualmente apreciables y apreciadas no lo estuviera ya. Todo es característico, típico, por decirlo así, en la composición de ésta, que mereció elogios á los más severos críticos cuando el Sr. Benlliure la presentó al público en la última Exposición de Bellas Artes. No menos dignos de alabanza son el dibujo y la disposición de las figuras.

Creemos que nuestros lectores gustarán de conocer este cuadro.

———

Día feliz es un idilio *felicísimamente* interpretado: pero no uno de esos idilios amorosos de los primeros años de la juventud, que en realidad no suelen tener otras dulzuras que las que la imaginación les presta ó las que pasados años les atribuye el recuerdo. En este cuadro está reflejada de mano maestra la suave alegría de un día de fiesta en familia, en que dos esposos que se aman gozan tranquilamente de su amor, en compañía de la hija querida, sin zozobras ni sobresaltos. (Véase el grabado de la pág. 196.)

Sólo éstos son, verdaderamente, los días felices de la vida, y las desgracias de muchos vienen de que no saben ó no pueden tenerlos, llegando á viejos entre mentidos placeres que sólo conducen al hastío del alma y al dolor del cuerpo.

°°°

LA GUERRA ENTRE CHINA Y EL JAPÓN.

Seúl: El Rey de Corea saliendo de paseo, seguido de su escolta.
China: El *Tsong-li-Yamen* ó Consejo de Ministros.

El rey actual de Corea llámase Li-Hi, y se encuentra hace años en la situación más desagradable, sin saber á quién atender, si á su hijo, partidario de las antiguas leyes y costumbres, ó á su padre, gran amigo y protector de los japoneses. Sus distracciones no son muchas ni muy alegres. Una de las principales sirve de tema á nuestro primer grabado de la pág. 197.

En Corea, como en China, no hay otra religión que el culto de los antepasados, y el rey está obligado á dar ejemplo de piedad á sus súbditos asistiendo una vez al año á la fiesta de los muertos. Llámase esta salida de *Yuc-Dang* ó paseo del Rey, y á ver á S. M. y á su cortejo acude toda la gente de la ciudad. Delante del Rey, que va sentado en su trono, y bajo palio, camina una especie de orquesta de flautas, tambores y gaitas. La escolta compónese de unos 500 soldados vestidos con armaduras al uso de la Edad Media, y otros trajes fantásticos, dando voces y abriéndose paso entre la juventud á empujones.

El Rey sacrifica á los manes de sus abuelos algunos pollos, perros ó patos, y se vuelve á palacio.

———

No por ser poco ó nada conocidos en España los seis personajes cuyos retratos publicamos en la pág. 197, carecen de importancia en el mundo, antes al contrario, pues son los directores de la política de un imperio que tiene 11 millones de kilómetros cuadrados de extensión (22 veces la de España) y 400 millones de habitantes.

El Tsong-li-Yamen viene á ser en China lo que un Consejo de Ministros en nuestro país hace cien años, con la sola diferencia de que lo ha de presidirlo un príncipe.

El Tsong-li-Yamen, á cuyo cargo corre ahora todo el gobierno de la China, compónese de los siguientes personajes, estadistas de la mayor reputación, de gran cultura y singular perspicacia: Excmo. Sr. Chang, ministro de Hacienda; Excmo Sr. Liu, ministro de Comunicaciones; Excmo. señor Sui-Tan, ministro de la Gobernación; el príncipe Chin, presidente del Consejo y ministro de Estado, pariente próximo del Emperador: Excmo. Sr. Sui, ministro de la Guerra (honorario); y el Excmo. Sr. Suan, ministro efectivo de Guerra y Marina, y presidente del Consejo de defensa del Imperio.

El lector hallará los retratos de estos personajes en el grabado correspondiente, buscándolos de derecha á izquierda. Todos son mandarines de la más alta categoría, y tienen las primeras condecoraciones del Imperio.

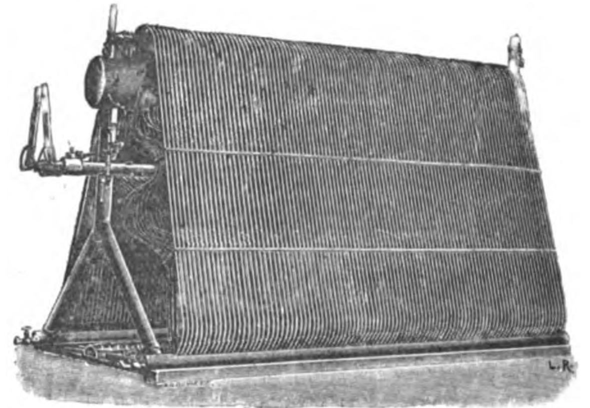
°°°

LA MÁQUINA VOLADORA DE HIRAM MAXIM.

Según la vulgar creencia, los primeros hombres que intentaron la navegación aérea fueron los franceses José y Esteban Montgolfier, año de 1783. Pero en esto (como en tantas otras cosas) anda equivocada la opinión general, pues setenta y cuatro años antes que ellos (el 5 de Agosto de 1709), hizo parecidas pruebas en Lisboa, y ante la corte de D. Juan V, un sabio sacerdote portugués llamado Bartolomé Lorenzo de Guzmán: cuyo importantísimo suceso, por haber ocurrido en nuestra Península, quedó olvidado, mientras el otro fué famoso por suceder en Francia, donde todas las cosas tienen mayor resonancia, y precisamente más que para nadie para españoles y portugueses, grandes copistas de todo lo francés de dos siglos á esta parte.

Dicho esto del primer intento de navegación aérea, pasemos al último y más reciente.

El autor es el famoso Maxim, á quien debemos uno de los mejores sistemas de ametralladoras hoy existentes, y hombre en quien se reunen tres circunstancias muy favorables para tal empeño: grandísima ciencia, inventiva extraordinaria y capital suficiente para grandes empresas. Después de grandes estudios, ha fabricado el aparato que vamos á describir sumariamente.



Caldera de la máquina voladora de Hiram Maxim.

La parte inferior es una pequeña plataforma equivalente á la barquilla de los globos ordinarios y á las cubiertas de los buques, porque en ella van los tripulantes, que son tres, los instrumentos para las observaciones científicas, la caldera, la rueda del timón, los reservatorios de agua y los del combustible empleado, que es la gasolina. A tres metros sobre el puente hay dos máquinas Compound, que mueven una hélice propulsiva de 5m,47 de diámetro. Las alas tienen 1m,50 de ancho en el extremo, y son de madera pintada, muy ligera. Sobre las máquinas está un gran aeroplano, del que salen otros más pequeños á modo de alas, de 1m,50 de ancho y de 7,69 á 10,69 de largo, según su posición, y formando 5 pares de alas, de los que no siempre se emplean los 3 del centro. La total superficie de los aeroplanos es de 560 metros. Todos son fijos, con una inclinación de 7° sobre el horizonte, y de algodón muy compacto, de modo que no pueda pasar por él el aire. El aeroplano superior lleva delante y detrás otros dos que sirven para mantener la posición vertical, y los cuales se manejan por medio de una rueda que va colocada en el puente.

El esqueleto de esta gran máquina es de hilos de acero muy bien templados y muy finos, ofreciendo con el menor peso posible la mayor resistencia. La caldera es del sistema Thornycroft, ligerísima, y de tal suerte perfeccionada, que produce un caballo-vapor por cada 3k,500 de su peso: cosa nunca vista hasta ahora. Su fuerza es de 365 caballos. Todo el aparato pesa 3.625 kilogramos, y como su fuerza de ascensión es de 4.530, quedan disponibles 905.

Las primeras pruebas se han hecho en el parque que el Sr. Maxim tiene en Baldwin, poniendo ruedas á la máquina y colocándola sobre rails. En previsión de que volara luego que hubiera recorrido algún espacio (que esta es su manera de levantarse del suelo), colocáronse otros rails más altos, en los que las mismas ruedas habían de dar, si subía. Subió, en efecto, y con tal fuerza, que al chocar con la segunda fila de rails se rompió uno de los ejes.

El inventor dice que está aún en el período de las pruebas para resolver en la práctica el problema de la navegación aérea, pero que espera conseguirlo.

En la pág. 200 damos una vista de esta máquina.

G. Reparaz.

LOS TEATROS.

Cómo se forman las compañías.—Más estrenos y más fracasos.—Inauguración y primer estreno en el teatro Lara.—Inauguración en el teatro Martín — Teatro de la Comedia: Inauguración con *La Mojigata*.

NTRE las cuestiones previas que se imponen á la entrada del nuevo año cómico, dejé apuntada en mi anterior artículo la referente á la formación de las compañías.

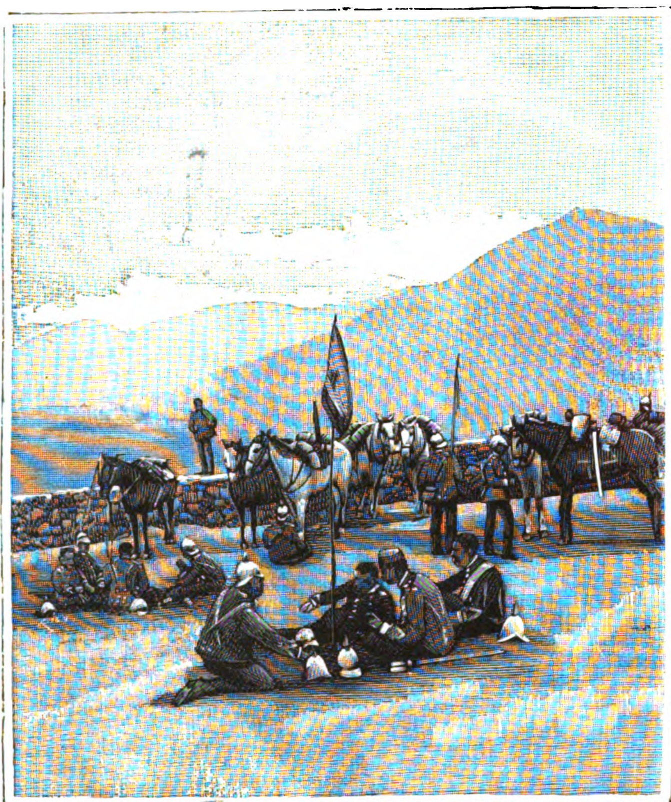
El desbarajuste y la imprevisión de empresas y artistas son tales en este asunto, que basta una sencilla y breve historia de lo que ahora ocurre, para que la crítica y el público se ahorren toda clase de comentarios. El trasiego inseguro y el juego de *las cuatro esquinas* entre actores y actrices están dando ocasión un día y otro á sueltos contradictorios y sorprendentes en la sección de «Espectáculos» de la prensa diaria, hasta el punto de esperar yo todavía encontrarme con la noticia de que un primer *barba* que se decía contratado para el Español está en ajuste como bajo cantante para acompañar á la famosa Pinker en el escenario de la Opera.

No hay sociedad ó cuadro de artistas que un año dure, y aquí, donde tanto se traduce del francés y donde se imitan—aunque tan pobremente—los procedimientos de dirección y ejecución escénicas de las compañías italianas, no se ve que los grandes conjuntos de los cuadros extranjeros que vienen á nuestros escenarios, consisten en la larga y cuidadosa conservación de un mismo personal,

MANIOBRAS DEL PRIMER CUERPO DE EJERCITO EN EL GUADARRAMA.



NAVACERRADA.—EL GENERAL EN JEFE DISPONIENDO LA CONTRAMARCHA DE LAS BRIGADAS DE CABALLERÍA EN DIRECCIÓN AL PUERTO DE GUADARRAMA.



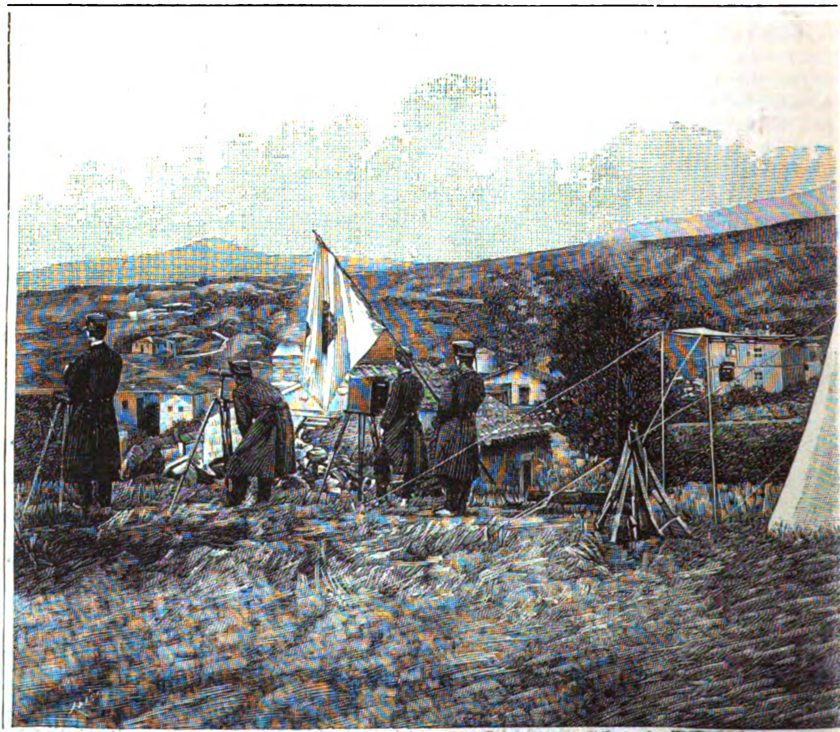
ANTES DE LA CONTRAMARCHA.—UN ALMUERZO EN LO ALTO DEL PUERTO.



FUERZAS EN DESCUBIERTA EN NAVACERRADA.—UN DESCANSO.



SERVICIO DE EXPLORACIÓN.—PUNTA DE LA VANGUARDIA DE LA DIVISIÓN FRANCH EN EL PUERTO DE GUADARRAMA.



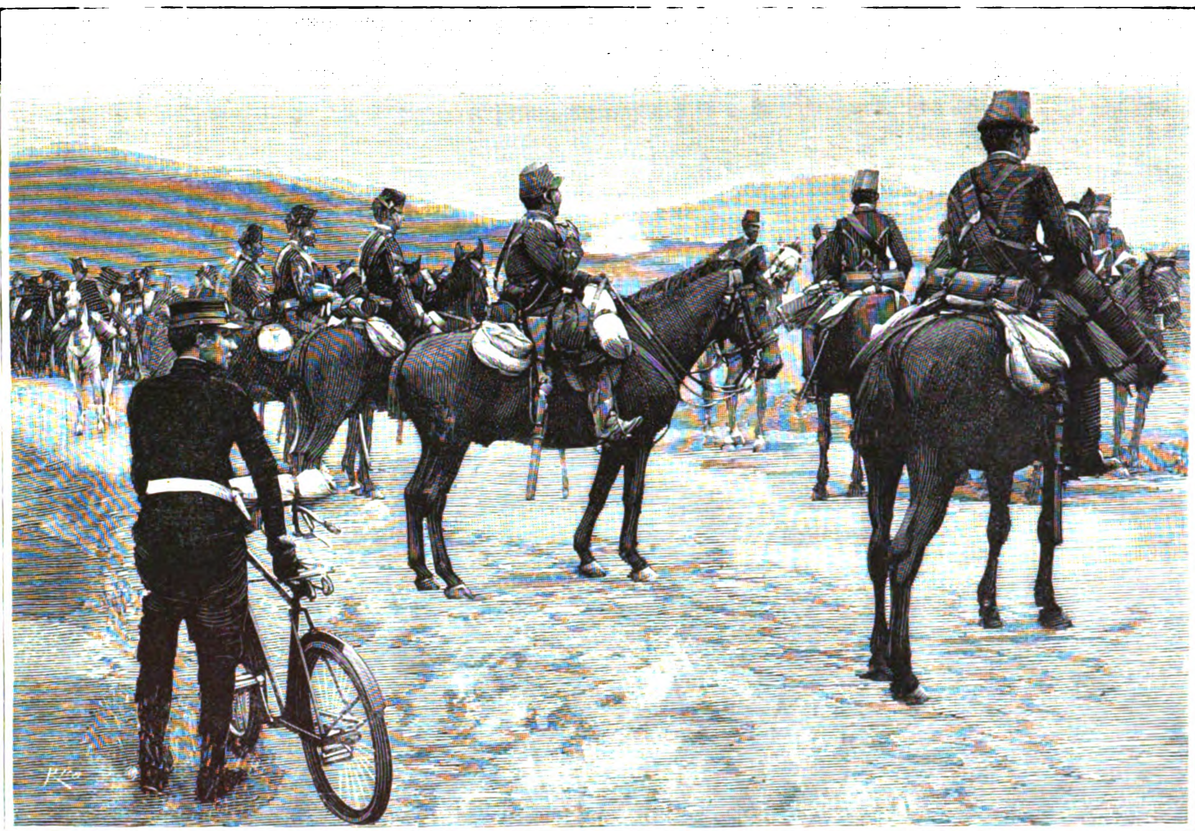
CERCEDILLA.—INGENIEROS HACIENDO SEÑALES CON EL TELÉGRAFO DE CAMPAÑA.

(Del natural, por Comba.)

MANIOBRAS DEL PRIMER CUERPO DE EJÉRCITO EN EL GUADARRAMA.



LA ADMINISTRACIÓN MILITAR EN LAS MANIOBRAS.
Los generales López Domínguez y Bermúdez Reina, visitando los hornos de campaña instalados en Villalba.



SERVICIO DE VELOCÍPEDOS EN CAMPAÑA.—SOLDADO DE INGENIEROS DISPONIÉNDOSE Á PARTIR CON UN DESPACHO DEL GENERAL EN JEFE.



EL PRINCIPIO DE LA BATALLA.—EMPLAZAMIENTO DE LA PRIMERA BATERÍA EN EL CERRO DEL ESTEPAR.



UNA DESCUBIERTA.

(Del natural, por Comba

que facilita el mejor reparto de los papeles, ahorra mucha tarea en los ensayos, y en las obras del repertorio lleva á tal perfección el movimiento de las figuras, que la ficción escénica aparece con esos tonos de verdad que tantas veces hemos admirado.

¿A qué llamar *compañías* á las nuestras, si actrices y actores no saben nunca cuántas horas van á ser compañeros? La ambición del uno, la susceptibilidad de la otra, el papel que se dió á éste, el autor con quien se enojó aquélla, el color de un traje, un aplauso que no llega, un rumor inesperado; cualquier cosa arranca una figura de un cuadro de compañía.

La mejor y más firmemente organizada parece la del teatro de la Comedia; y, sin embargo, vayan ustedes recordando las innovaciones, renovaciones y trastornos que en pocos años ha sufrido, por intransigencias de arriba ó por exigencias de abajo. Quince días antes de la inauguración de la temporada no hay artista que pueda asegurar que sigue al lado de Mario, ni aun después de haberle seguido en una larga y provechosa campaña en Madrid y en provincias.

Tras los *tiquis miquis* á que ya he aludido, salta María Guerrero del escenario de la Comedia al del Español, y allá va con ella Julia Sala, de facilísimo acuerdo con Mario, que la había contratado al final de la temporada anterior como figura importante para su compañía.

Sin duda por otros *tiquis miquis*, saltan Rosell y Ruiz de Arana del escenario de Lara, y ahí andan rodando sus nombres por las columnas de los periódicos, ya con rumbo á la Princesa, ya á Novedades, y no solos, por cierto, sino en la amable compañía nada menos que de Donato Jiménez, desorientado hoy con el salto mortal de Ricardo Calvo desde los escenarios de Barcelona al que ahora está *planeando* en el Español D. Ramón Guerrero.

Huyó de Madrid María Tubau, con su fidelísimo Pepe Vallés; desapareció Lucrecia Arana; vuelve á la Zarzuela la Pretel; saltará muy pronto con Banquells á Eslava, y..... sería el cuento de nunca acabar la enumeración de los saltos, cambios, trastrueques, danzas y contradanzas del personal artístico de nuestros teatros, en los que, por lo general, sólo subsiste y dura lastimosamente el dominio de la industria sobre el arte, fomentado por empresarios, autores, artistas y público.

Ahora, dense á soñar reformas, evoluciones y revoluciones trascendentales en la esfera del arte dramático los pocos que aspiran á levantar nuevos monumentos sobre arena tan menuda y movediza.

* * *

Las empresas—de acuerdo con los mejores autores con que cuentan—suelen echar por delante los estrenos de lo peorcito que tienen en cartera, como si los fracasos de entrada no influyesen en el ánimo del público, retrayendo á éste y perjudicando los intereses de aquéllas.

Tras la caída de *Los húngaros* en Apolo, vino otra caída, con el primer estreno, en Eslava; pero caída tremenda, ruidosísima, de esas que forman época, sin atenuantes del chiste oportuno ó del numerito nuevo de música, que aquí alegra al espectador y allá le sostiene firme en la butaca.

¿Quiere usted almorzar conmigo?—dijo al público *la Sociedad* de libretistas y músico que puso tantas manos en un acto solo, cocinilla *económica*, como quien dice. Y, aunque con buen apetito, el público tuvo que ir tirando, uno por uno, los platos á la cabeza de los autores, que tan sin sazón, sin sustancia y sin delicadeza se los iban sirviendo.

El público salió echando pestes, y la prensa después salió diciendo horrores de tal *almuerzo*. Y, sin embargo, en el cartel se repitió la invitación, con los nombres y todo de los autores del atentado, que, por esta vez y por tanta temeridad, bien merecen el título de detestables cocineros.

Si el reputado músico D. Cleto Zabala—fundador y director del famoso orfeón bilbaíno—no hubiera demostrado lo que él puede hacer en la escena lírica, tampoco el público de Eslava hubiera aceptado en Septiembre *Las flores de Mayo* ni hubiera dejado *continuar el baile* que, como pobrísima é insustancial rapsodia de *El boticario y las chulapas*, le presentaba el Sr. Ferrer Bittini.

Digno de aplauso es el Sr. Zavala: pero bien necesitado está de sano consejo en su inexperiencia escénica. En el teatro no se puede tocar ni cantar *porque sí*, sino cuando y como lo exijan y merezcan el espíritu y la letra del libro. Y el libro de *Las flores* no merecía música de ninguna clase, ni podía inspirarla tampoco. Y si el Sr. Zavala no se entera bien de los libros que le entreguen, se expondrá cien veces á encontrarse con el descalabro propio en el descalabro del compañero, esta vez—la primera—con la intervención excusada y condenable de los guardias de orden, que pretendían ponerle en el público, amostazado con razón ante las majaderías cómicas de unas *flores* y un *baile* imposibles.

* * *

Y se inauguró la temporada en el teatro Lara con la misma acertada dirección artística de Flores García, y con la renovación del personal á que obligaba á la empresa la salida voluntaria de Rosell y Ruiz de Arana.

En la fiesta de inauguración, lucidísima en el escenario como en la sala del precioso teatro, se ha visto que la nueva campaña empieza allí—y seguirá sin duda alguna—como si nada hubiera ocurrido en la compañía: pues, si han salido Arana y Rosell, de nuevo han entrado Rubio y la Rodríguez, que allí tienen tan natural asiento y que han compartido ahora los aplausos con Larra, la Valverde y la Pino, estando también para entrar en las tareas de la temporada Julián Romea, de regreso de América, donde sus triunfos artísticos han correspondido á la justa fama que tiene entre nosotros.

Apenas celebrada la inauguración, se verificó en el teatro Lara el primer estreno, con el juguete cómico titulado *Las solteronas*. Nada nuevo ni original nos ofrece el juguete, falto casi de asunto y acción, y cuyo atractivo único para el público consiste en un diálogo vivo y chispeante, que hubiera ganado algo literariamente si los aplaudidos autores, Sres. Criado y Cocat, hubieran prescindido de tal cual frase poco culta, complicada en el estreno con alguna *morcilla* del Sr. Larra, padre *in partibus* de las dos *solteronas*, Sras. Rodríguez y Pino.

Por lo demás, justo es declarar que la ejecución dió tal relieve de gracia y de verdad á lo más inverosímil del juguete, que los citados artistas, como la Valverde y Santiago, resultaron unos superiores compadres cariñosísimos de los autores de *Las solteronas*.

* * *

Y ahí tenemos al inteligente Manini—antiguo compañero de glorias y fatigas de Vallés y la Tubau—metido en empeños voluntarios de empresario y director del teatro Martín, que fué tantas veces teatro de la doble *Pasión de Jesucristo*, y del martirio y degollación de *Don Juan Tenorio*.

Es de esperar que Manini lleve mejores aires á aquel arrinconado escenario, y su aplicación de director, su buen deseo y sus cualidades de artista se han hecho notar en la fiesta inaugural de la temporada.

Modestos cuanto estudiosos han sido siempre los artistas que forman la compañía de Martín, y justo es decir que en las obras con que han empezado sus tareas han ofrecido un agradable conjunto, sin que la más insignificante figura descompusiera los cuadros, así en el juguete *Vestirse de largo* y en el celebrado sainete de Vega, *Pepa la frescachona*, como en el precioso proverbio de Blasco, *No la hagas y no la temas*. Con actrices como Juanita Espejo, que tanto contribuyó á las brillantes campañas de Vallés y Luján en Variedades: con damitas jóvenes tan inteligentes como la Bajatierra y galanes tan discretos como Galé, y sin olvidar aquello de «obras son amores»....., puede muy bien Manini realizar en el teatro Martín sus excelentes propósitos de artista y de empresario.

* * *

«No han temblado las esferas.» Salió María Guerrero y entró Carmen Cobeña, y adelante Mario en el elegante y siempre favorecido teatro de la calle del Príncipe. Fuera de la sustitución de la ahora empresaria y primera actriz del teatro Español, el cartel del teatro de la Comedia nos ha dicho que en nada más ha variado el personal de la compañía.

Pero dos novedades sorprendentes nos ha ofrecido el cartel: la de puntualizar, á la cabeza de la lista de actrices y actores, que aquella compañía no sólo es dramática sino también *española* (¡¡!!), y la de sustituir aquello de «La empresa cuenta con obras de..... etc.», con esto otro: AUTORES:—y debajo una lista interminable de los mismos, de todas las alturas conocidas, desde la de Vital Aza hasta la del más chiquitín, *de la casa* por supuesto.

Y hablemos ahora de la inauguración de la nueva campaña, que en este momento acaba de celebrarse—innecesario es decirlo—con una concurrencia de espectadores tan numerosa como lucida.

Mario da siempre á esos actos una solemnidad verdaderamente clásica, y, por muchas razones que tantas veces he expuesto, hace perfectamente en no subir más arriba de Moratín en sus clasicismos escénicos, y hasta sería de desear que en la representación de obras como *La Mojigata*, tan sencillas de asunto, de acción y de caracteres, se preocupasen menos los artistas de lo *solemne* del acto, para que un tantico de rigidez en las figuras no afectase á la misma sencillez del cuadro de costumbres que Moratín nos ofrece.

Recuerdo vivo del *Tartufe* de Molière, *La Mojigata* corrió antes—y á disgusto del autor—por los escenarios caseros que por los públicos, y sólo cuando en la obra hizo todas las correcciones que deseaba, permitió Moratín que se representase públicamente, lo que ocurrió por primera vez en el teatro de la Cruz el 19 de Mayo de 1804. El público recibió entonces muy bien *La Mojigata;* pero algo la censuraron, no sin razones y con mucho respeto, algunos críticos, y sin respetos ni razones *la mordieron* cruelmente en las sacristías los falsos devotos, que tanto abundaban en aquella época.

Cronistas de aquellos teatros nos han dejado dicho que la Josefa Virg hizo una protagonista admirable, de verdad, delicadeza y gracia, y que al hermoso conjunto del cuadro contribuyeron María García, Querol, Ponce y Vaca, todos ellos cómicos muy estimados en aquel tiempo por autores y público.

Vemos ahora que *La Mojigata*, si ha perdido mucho por la fuerza innovadora de las costumbres, del gusto literario y de los progresos del arte, encuentra todavía, después de noventa años, artistas que con inteligencia y buena voluntad la interpreten.

Efectivamente; en la ejecución de la obra por actrices y actores del teatro de la Comedia, no sólo se ha visto el esmerado estudio de unas y otros, sino también la inteligente y atinada dirección de D. Emilio. Imposible es formar hoy un conjunto de figuras del que resulte más verdadero el cuadro que, de las costumbres de su tiempo, quiso dejarnos Moratín en su *Mojigata*.

Aparte de que la dañosa preocupación de *lo solemne*, á que ya me he referido, se ha notado ahora mucho menos que en otras ocasiones parecidas, la comedia está tan bien repartida y con tal amor acariciada en el estudio, que sólo elogios merecen todos los artistas, desde el director, en el papel de padre de la protagonista, hasta Martínez, en el de mandadero de las monjas.

Una sola mención especial voy á permitirme, en obsequio, muy merecido, de la señorita Cobeña. Esta notable cuanto modesta actriz hace verdaderos primores, y detalla con el gesto y con su limpia dicción todos los rasgos de carácter de la protagonista, resultando una *Mojigata* no vista desde los buenos tiempos de la inolvidable Teodora.

Mi parabién á Mario por la adquisición de esa joven artista, que tanto ha de valerle en la campaña empezada con tan buenos auspicios.

Y vengan las obras nuevas, empezando por la de ese novel autor que se anuncia, y á ver si de esa larga lista de autores de la Comedia sale una que nos diga, no ya que nuestra dramática renace, sino que sigue viviendo como en sus días más gloriosos.

EDUARDO BUSTILLO.

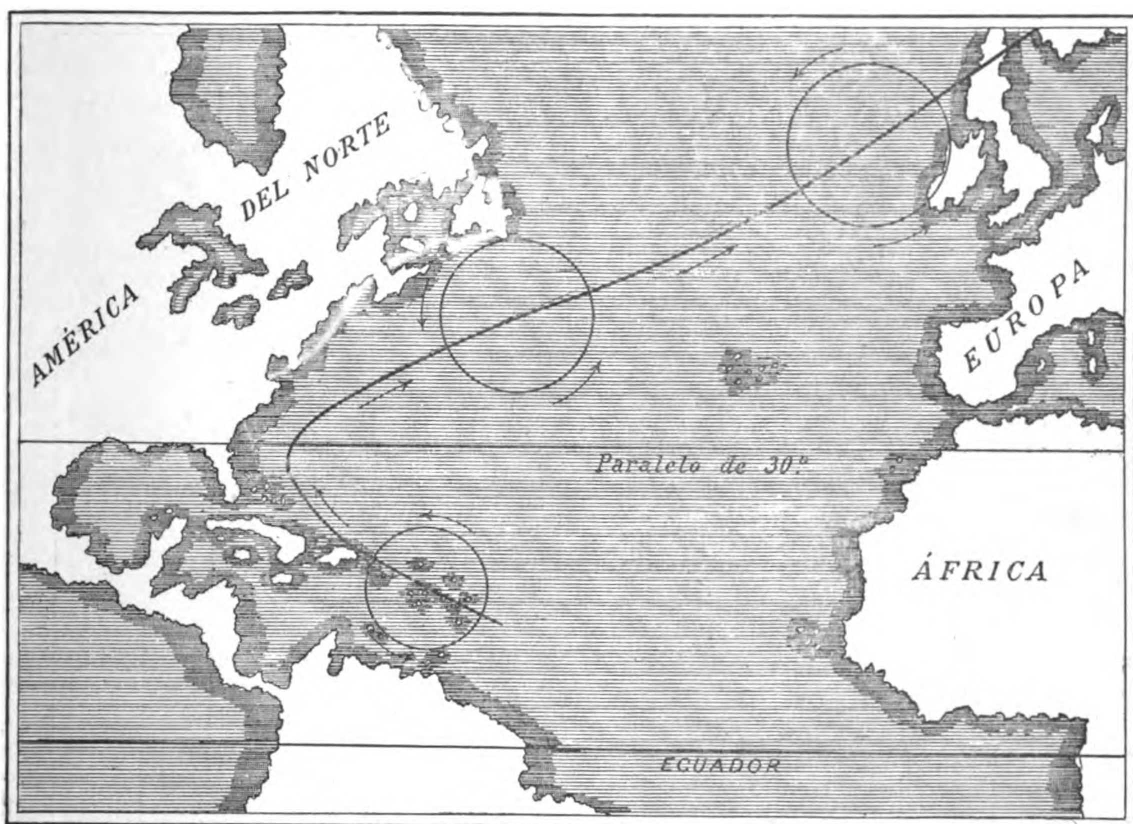
29 de Septiembre 1894.

LOS PROGRESOS DE LA METEOROLOGÍA.

Es entre todas las ciencias humanas la Meteorología la que progresa con menor rapidez, pues en tanto que sus congéneres la Astronomía y la Física han conseguido relacionar por medio del cálculo matemático los fenómenos con sus causas y determinar por método riguroso las fases del universo en remoto porvenir, la predicción racional del tiempo á largo plazo, en cuanto se refiere á las vicisitudes atmosféricas, ó sea al objetivo final en este ramo del saber, continúa siendo un problema cuya solución no se vislumbra en modo alguno.

No se crea, sin embargo, que acerca de este particular todo permanezca aún envuelto en la más completa obscuridad. Mucho se ha ido descubriendo con el estudio de los grandes movimientos de la atmósfera y la discusión de los numerosos hechos observados, trabajo inmenso que ha dado por resultado poner en claro la existencia de las dos leyes á que obedecen las tempestades del Atlántico y de los mares de la India, obteniéndose hoy por la aplicación de las mismas provechosos avisos para la agricultura, y singularmente para la navegación.

Según sea la mayor ó menor amplitud é intensidad de estas perturbaciones atmosféricas, así se las designa respectivamente con el nombre de *ciclones* ó de *tornados*, por más que éstos no sean á



la verdad sino simples fenómenos dependientes de aquéllos. El aire sometido á la acción del meteoro se halla en ambos casos animado de dos movimientos, uno de giración alrededor de un eje sensiblemente vertical, en cuyo centro se observa una calma absoluta ó relativa, y otro de traslación, en virtud del cual recorre el ciclón largos trayectos sobre mares y continentes.

En el hemisferio boreal, y por lo que hace relación á las tempestades cuyo origen radica comúnmente en la región comprendida entre el ecuador y las Antillas, el primero de dichos movimientos se efectúa del Oeste al Este, pasando por el Sur, ó sea al revés del de las agujas de un reloj, con una velocidad que suele ser, á una distancia media del eje, de 250 kilómetros por hora; y el segundo en el sentido del Noroeste, hasta el paralelo de 30°, en cuyas latitudes se inclina al Norte, tomando muy luego la dirección del Noreste, con una velocidad que comienza por ser, en promedio, de 15 kilómetros por hora, y aumenta sucesivamente hasta 45, 50 y aun 80 kilómetros en casos excepcionales. La trayectoria así descrita afecta sensiblemente la forma de la curva llamada *parábola*, como se indica en la figura adjunta, en la cual la dirección de los vientos se representa con flechas curvilíneas. En el hemisferio austral, el movimiento giratorio se efectúa en sentido contrario, y el de traslación, de una manera simétrica al precedente con respecto á la línea ecuatorial. Estas tempestades se extienden sobre vastas superficies, y su diámetro mide en algunas ocasiones 2.000 kilómetros.

A pesar de hallarse estos hechos tan bien averiguados, todavía se discute vivamente sobre si el movimiento giratorio que caracteriza el torbellino ó eje del ciclón es ascendente ó descendente, pues siendo un hecho no menos palpable, á juzgar por las apariencias, que las trombas y torbellinos que se forman á nuestra vista aspiran el agua ó el polvo y aun objetos más pesados que encuentran á su paso, lo cual denota un efecto de aspiración, parece natural asimilar á una tromba el vórtice del ciclón y admitir aquí también, por consecuencia, un movimiento ascensional. La mayor parte de los meteorologistas, y entre ellos los hay muy eminentes, son partidarios de esta opinión, que apoyan además con ingeniosas experiencias.

Mr. Faye opina de distinto modo, haciendo ver que la aspiración de las trombas dista mucho de ser un fenómeno constante, y que de admitir esa tendencia en el movimiento giratorio de los ciclones, resulta inexplicable su movimiento de traslación. Demuestra el ilustre astrónomo que el origen de todo ciclón reside en capas elevadas de la atmósfera, á donde llega el aire que el calor solar ha hecho subir, estableciéndose en aquellas alturas una corriente cuyo movimiento hacia el Norte se combina con el de rotación de la Tierra, y da por resultado su inclinación inicial al Noroeste, y más tarde al Noreste.

El autor de la nueva teoría asimila dicha corriente á la de un río, y deduce que el vórtice ciclónico, lo propio que los tornados que acompañan al meteoro, reconocen por causa las diferencias de velocidad que en los diversos puntos de una misma sección afecta la masa de aire en movimiento, de igual manera que se forman los torbellinos en las aguas de los ríos: de donde concluye que allí, como aquí, la propagación del movimiento giratorio es descendente, con lo cual se explica sin dificultad el de traslación.

Ampliando los argumentos que militan en favor de esta semejanza de origen, el mismo sabio sienta que el proceso de formación de los ciclones terrestres es análogo al de las manchas solares, tanto en su modo de nacimiento y trabajo de segmentación como en el sentido de su movimiento giratorio y de traslación, á ambos lados del ecuador del astro, sin otra diferencia que la que procede de la diversidad de constitución, de masas y temperaturas. En virtud de esta similitud de procesos, bien puede, pues, decirse que en cierto sentido el estudio de los ciclones solares es más fácil que el de los terrestres, puesto que los primeros se ven desde fuera y es dado presenciar literalmente su génesis y desarrollo, en tanto que los segundos se observan, no sólo desde dentro, sino desde el suelo, ó sea lo más lejos posible de su aparición.

La teoría de Mr. Faye es, sin disputa, la que reposa sobre bases más sólidas; pero sea cualquiera la adoptada, siempre resulta incuestionable la forma de la trayectoria descrita por las grandes tempestades que atraviesan el Atlántico y entran en Europa, generalmente por las Islas Británicas, extendiéndose hasta Noruega, y con menos frecuencia por el golfo de Gascuña ó las costas de Portugal, lo cual permite predecir con algunos días de antelación su llegada al continente. Semejante predicción supone, desde luego, que á la sazón no predomine en Europa el régimen anticiclónico ó de altas presiones, pues claro está que, de ocurrir tal circunstancia, el ciclón no puede en general vencer el obstáculo que á su marcha presenta una masa de aire enorme y densa, y forzosamente se desvía ó se resuelve. Dentro ya del continente, es dado prever su marcha, pero tan sólo con dos ó tres días de antelación á lo sumo, por razón de la complejidad de causas que entonces han de intervenir para modificar sus fases y su camino.

Continuando esta rápida reseña de los progresos más culminantes realizados en el campo de la Meteorología contemporánea, aprovecho la oportunidad para dar á conocer otro descubrimiento que parece destinado también á representar importante papel en el pronóstico de las vicisitudes atmosféricas, dentro de ciertos límites de tiempo y de espacio. Trátase ahora de la conexión que, según Mr. Renou, director del Observatorio del Parque de San Mauro, existe entre la frecuencia de las tormentas locales ó regionales y la presencia de la Luna en el hemisferio en que aquéllas se manifiestan; conexión en que para nada intervienen, por supuesto, las fases ó cuartos de nuestro satélite.

Partiendo del hecho observado por el sabio geómetra Mr. Poincaré, á saber, que el límite de los vientos alisios varía como la declinación de la Luna (1), y fundándose además en que las tormentas se producen especialmente con el régimen de los vientos del Suroeste, Mr. Renou ha sometido á discusión la serie de observaciones meteorológicas efectuadas en París durante los últimos veintiún años, y deduce que las tronadas son allí más frecuentes cuando la declinación de la Luna excede de 10°, ó lo que viene á ser equivalente para nuestros países, cuando el astro de la noche permanece más tiempo sobre el horizonte y se eleva á mayor altura, que cuando aquel exceso se refiere al otro hemisferio. La misma deducción se desprende de las observaciones que tengo hechas en Tortosa de 1869 á 1872 y de 1878 á 1891, pero con carácter menos sobresaliente, á causa tal vez de las circunstancias orográficas de la aludida comarca.

En cambio la segunda serie de observaciones me ha puesto de manifiesto un hecho tan nuevo como interesante, relacionado con la existencia de las corrientes telúricas, cuyo origen y leyes he dado á conocer en los *Comptes Rendus* de la Academia de Ciencias de París. La sensibilidad del instrumento que he empleado (el galvanómetro de Deprez), desde 1887, en la observación de la corriente propia de la Tierra es tan grande, que permite apreciar las descargas de la electricidad atmosférica que se producen á distancias tan considerables como Barcelona y las Islas Baleares, espacios cuya extensión impide percibir, no sólo el ruido del trueno, sino muchas veces hasta la luz del relámpago. Cuando se trata de tronadas locales, tan frecuentes durante el estío y otoño en nuestra región mediterránea, las indicaciones del galvanómetro permiten anunciar su formación mucho antes de que el aparato de nubes ponga á la vista la proximidad ó inminencia del meteoro.

La exposición de hechos y leyes que precede, aunque tan somera como lo exigen los límites á que he de ceñirme, basta para que el lector profano en la materia adquiera noción correcta sobre las bases en que se apoya la predicción racional del tiempo, y comprenda por lo tanto cuán absurdos son esos vaticinios á largo plazo, ya se lean en el clásico y popular almanaque, ya en publicación de mayores vuelos, por más que el pronóstico aparezca en este caso redactado en forma irreprochable bajo el punto de vista gramatical, y vestido con ropaje científico; circunstancias ambas que contribuyen no poco á aumentar en nuestro atrasado país la falange de admiradores de este inopinado género de literatura meteorológica, género de que no hay ciertamente ejemplo allende los Pirineos.

José J. Landerer.

(1) La *declinación* de un astro es una coordenada celeste, que se llama *boreal* ó *austral*, como el hemisferio en que se la considera.

UN ELEMENTO MÁS.

Hasta 1850 era muy escaso el producto que se obtenía de la venta de naranjas. Valencia, la activa, la industriosa Valencia no tenía para la expedición de aquel fruto otros mercados que la misma ciudad y su provincia; Madrid, adonde le conducía en carromatos que invertían diez días en el camino; y otras poblaciones, en las cuales era muy limitado el consumo, después de un costoso trasporte. El naranjo no podía compararse con la morera en lo concerniente á rendimientos pecuniarios.

En aquel año ocurrió á un inteligente y atrevido especulador hacer el ensayo de exportación á Francia, arrostrando los inconvenientes del envío en los consabidos carromatos y el temor de un fracaso en la tentativa. Recibióse en los pueblos de la frontera la primer remesa con la avidez con que después de larga sequía recibe la tierra las primeras gotas de agua en una tormenta. Repitiéronse los envíos, con la natural lentitud en los arrastres, y durante el año se trasportaron hasta dos mil arrobas, que se vendían á buenos precios, aun antes de salir la mercancía de los carromatos.

El éxito había sido completo, y no hay para qué indicar el efecto que causaría en los habitantes de la extensísima huerta de Valencia. Dióse impulso vigoroso á la plantación de naranjos, y con el aumento de la producción sólo se esperaba el ya previsto y próximo de las comunicaciones, pues se activaba por todas partes la construcción de los ferrocarriles.

Visto el resultado obtenido en Francia, se hizo con Inglaterra análoga prueba, cuyo éxito fué superior al que había ofrecido la nación vecina.

Terminado el ferrocarril hasta la frontera francesa y el que desde Játiva, atravesando la huerta, conducía á Valencia: fácil ya el tráfico por mar y tierra, y habiendo aumentado considerablemente los naranjales, recibió maravilloso incremento la industria por exportación de la naranja. A los treinta y cuatro años de la primera remesa á Francia y las subsiguientes á Inglaterra, en 1884, subía la del antiguo reino de Valencia á 200.000 toneladas, ó sea 17.400.000 arrobas. Calcúlese lo que sucedería en las provincias andaluzas, y agréguese lo que importa y representa la exportación de limones, que surten las fábricas de ácido cítrico de Inglaterra, además de las españolas de Cataluña.

Abiertos ya para aquel fruto tan poderosos mercados, siguió la explotación de las verduras, cuyo surtido se ade-

MANIOBRAS DEL PRIMER CUERPO DE EJERCITO EN EL GUADARRAMA.



LA BATALLA DEL ESPINAR. — VISTA GENERAL DEL CAMPO DE LA ACCIÓN EN EL MOMENTO DEL AVANCE DE LAS TROPAS.

De natural, por Comba.



SALIDA DE VÍSPERAS.

CUADRO DE D. JOSÉ BENLLIURE.

(Propiedad del Sr D. Patricio García F. Cortina.)

lanta en Francia cerca de tres meses al de Italia; siendo muy lucrativa la introducción en Inglaterra, donde, por ejemplo, la libra de judía verde para ensalada, conducida en grandes botellones de mimbre, se vende al subido precio de cuatro pesetas.

Una y otra industria, como la muy considerable de uva fresca para Londres y los Estados Unidos, eran desconocidas hace cuarenta y cinco años.

El cacahuet, antes menospreciado, ahora aumentada extraordinariamente su producción, se halla en grande estima y pingües rendimientos, utilizándose su aceite en muy considerable cantidad y destinándose también á otros usos. ¡Cuánto nos hacen tomar en el chocolate!

La pita, hasta hace pocos años abandonada en los bordes de los caminos, sin que la aprovechara nadie más que algún mozo carromatero para fustas y ronzales, hoy es elemento para varios artefactos, supliendo al esparto, que desde los ruedos felpudos y toscas esteras blancas, se ha elevado á la categoría de primera materia, no sólo para el papel, sino también, compitiendo con la lana, para la pañería y telas de vestuario, alfombras y otras análogas aplicaciones. Además, su escasez por los continuos descuajes de los espartales, que los había de extensión prodigiosa, como los de Chinchilla y los de la provincia de Almería, ha hecho que se fije la atención en la pita, de la cual obtienen ya notables ganancias los que la benefician.

Todo se procura explotar, y sin embargo, hay un elemento hasta ahora por nadie explotado, y que puede proporcionar muy grandes utilidades. Hoy que se aspira al cultivo del tabaco, por considerarle fundamento poderoso de riqueza, industria que habría de empezar arrasando el de otra, pues no quedaría ni una caña dulce en todo el litoral desde la provincia de Cádiz hasta la de Castellón; hoy que se emplea la remolacha en la fabricación de azúcar, moliéndose ya en grandes cantidades, no hay quien todavía haya hecho aprecio de una inmensa riqueza tirada por los suelos, que fácilmente pudiera utilizarse, y con no menor facilidad aumentarse hasta lo increíble: el higo chumbo.

Se cría y fomenta la chumbera espontáneamente, con admirable fecundidad para el fruto, en las provincias de Sevilla, Cádiz, Málaga, Granada y Almería. En las dos primeras se emplea generalmente en los bordes de los caminos para formar setos, que por lo grueso arbóreo de los troncos y brazos constituyen robustos muros de cierre y contención. En Nerja, último pueblo marítimo de la provincia de Málaga, en su confín con la de Granada, la chumbera, colocada sobre la playa para resguardo de la vega donde se hallan las plantaciones de caña de azúcar, sirve de fortísimo valladar contra el embate de las olas. En esta provincia y en las de Granada y Almería, en las montañas que bordean todo el litoral, abundan las chumberas naturales, en cuya formación y aumento para nada ha intervenido la mano del hombre.

Los que conocen aquella vigorosa y originalísima planta saben que su fuerza de producción es sorprendente, pues cada una de sus numerosas palas ó grandes, oblongas y reciamente carnosas hojas produce tantos higos cuantos caben en apretada fila por todo su contorno, siendo grande el número de las que además presentan toda la superficie cubierta de fruto, semejando bandejas repletas de higos.

Considerado como libre producto campestre, su propiedad es del primero que llega, y constituye la granjería de los desheredados y de muchachos parecidos á los que en Madrid se dedican á recoger colillas y puntas de cigarros por las calles. Su abundancia á la inmediación de las poblaciones, hace que el precio sea fabulosamente barato. En Almería, durante los meses de Julio, Agosto y Septiembre, se vendían á cuarto el ciento; hoy con notable ganancia para los vendedores, gracias al cambio de sistema monetario, á cinco céntimos. Júzguese por esta indicación de la exorbitancia de los precios en Madrid, donde al principio de la temporada se venden en las fruterías á peseta la docena, ó sea á más de ocho pesetas el ciento.

No es cálculo aventurado suponer que no llega ni con mucho á la millonésima parte de la producción de las chumberas la de los higos que se venden, y eso que en Andalucía, sobre todo en Granada, hay en el bello sexo verdadera golosina por ellos; los demás se pierden abandonados en las montañas y en los campos. Pasé á caballo desde Salobreña á Almuñécar, y viceversa, por las elevadas montañas y profundísimos barrancos que, en extensión de cuatro leguas, separan una de otra á las dos poblaciones: los higos rodaban como arrojados á granel por aquellas laderas, hasta llegar á los barrancos ó encontrar obstáculos que los contuvieran en su carrera. En la falda de una de las montañas, donde el camino se abre en cortadura á modo de torrentera, asemejándose á un foso, era tal la abundancia de higos, grandes y de subido color de rosa, que las cabalgaduras marchaban sobre alfombra de más de una cuarta de espesor, machacando con sus herraduras aquella inmensa cantidad de fruto que habría sido muy apreciado en cualquiera grande población.

La extensión y densidad de las chumberas puede más que centuplicarse en cuatro años, pues es bien sabido que no necesitan preparación del terreno, ni plantación, ni abono, ni trabajo alguno del hombre; basta con arrojar al suelo, en las laderas, una pala ú hoja productora del higo, para que agarre, y al año siguiente sea una planta en producto.

Sin contar con las provincias de Sevilla y Cádiz, donde podría aumentarse, ni las de Alicante, Valencia y Castellón, en las cuales también pudiera prosperar como elemento de nueva industria, sólo las de Málaga, Granada y Almería, con sus montañas en la costa, sus sesenta leguas de extensión lineal y una zona por lo menos de cuatro tierra adentro, producirían aquel fruto en cantidades prodigiosas. Centenares de miles de toneladas se obtendrían sin más trabajo que el de la recolección, cuyo coste sería muy inferior á la de la aceituna. Aquellas montañas, ahora improductivas, pues de ellas desaparecieron todos los árboles y arbustos, ofrecerían bien pronto y con facilidad tan grandioso resultado.

Pues bien, y este es el objeto del presente artículo, el higo chumbo da un producto de más de 60 por 100 sólo en azúcar y alcohol. ¡Cómo! se dirá, ¡alcohol el higo chumbo! Y yo preguntaría: ¿De qué uvas se hace una gran parte de lo que en Madrid y en casi toda España se conoce y recibe por *espíritu de vino?* Se extrae del maíz y no de otra cosa. Ha de ser para su producción más apto que aquella semilla, al parecer exclusivamente harinosa, el higo chumbo, por circunstancias especiales que no es del caso exponer. Alguna otra fruta hay muy semejante al higo chumbo, por ejemplo, el melón, hasta ahora no analizado químicamente, que, á no dudarlo, contiene alcohol en grande cantidad, siendo de ello buena prueba los casos de violento alcoholismo, de evidente embriaguez, acaecidos en época no lejana, á consecuencia del abuso en su comida.

Lo positivo es que aquel higo le contiene.

¿Por qué se ha de desperdiciar ese nuevo y grande elemento de riqueza? Cuando se ha llegado á obtener en el transcurso de pocos años tan considerables ganancias de la naranja, del cacahuet y de la pita, antes habidos en poco ó ningún aprecio; cuando está á punto de desaparecer la suculenta caña de azúcar si se emprende el cultivo del tabaco, y ya se utiliza como su antagonista, más bien que como auxiliar, la remolacha, hasta hace poco empleada para alimento del ganado vacuno, y hoy beneficiada como azucarera en vista del resultado obtenido por varias naciones, entre ellas Alemania y Francia, que inundaban á España con sus pilones, bien vale apoderarse de lo que ofrece con abundancia la Naturaleza en nuestros climas meridionales, y beneficiarlo para grande aumento de riqueza.

Esto por lo que se refiere al azúcar.

En cuanto al alcohol, puesto que Alemania casi llegó á monopolizar nuestro mercado con su producto del maíz, no estará demás que la industria nacional inicie una campaña de resistencia á esa y otras análogas invasiones, y procure, con racional fundamento, sustraerse á lo que ha constituído un verdadero vasallaje.

Poco puede costar hacer un ensayo: si, como es de esperar, da buen resultado, adelante con la empresa; que jueguen con brío las máquinas en las fábricas españolas, fomentando una industria hasta ahora no iniciada por descuido y falta de observación. Lo sucedido con las indicadas y con otras análogas que se pudieran mencionar, debe ser estímulo para acometer, sin recelo de que sea aventurada, una nueva explotación que, de seguro, habrá de enriquecer á cuantos la inicien y prosigan con fe y perseverancia.

JULIÁN MANUEL DE SABANDO.

MIGUELITO.

ARTICULARMENTE allá abajo le conocían toda la afición, bien fuera de señoritos, bien de gente «de su clase»; todas las personas de gusto «coreográfico nacional».

En Triana y en San Bernardo, y en la calle de las Sierpes, y en la venta de Eritaña y en el café del Burrero, lo mismo que en la Campana y en la escalerilla de Cádiz, y en el Turco y en el de Siete revueltas y en la Caleta y en la Perra de Málaga, no había quien no tratara, ó cuando menos, conociera de vista ó de oídas á Miguelito.

Era el Edison del baile, impropiamente dicho, porque inventaba «pasos», lo cual no es para todas las inteligencias é ilustraciones.

¡Qué flexibilidad la de Miguelito, y qué ligereza y qué piernas y qué pies aquellos, de no ser porque tenía una «mijita» alicatadas las primeras y con varios «juanitos» los segundos!

¡Qué zapateados, qué juego de caderas, qué dulzura de movimientos y qué corrección de formas artísticas y de estilo!

Como que un señor abonado, no á Miguelito, por supuesto, sino al café donde éste funcionaba, en Sevilla, decía del artista:

—Es un bailaor griego puro. ¡Qué líneas!

. No había llegado á ir á la «Escalera de Milán», pero había frecuentado la Escalerilla, que era una sucursal, según el Miguelito.

Era limpio, y tan pulcro en el vestir, como si á diario estuviera convidado á almorzar y á comer con el Gobernador de la provincia.

Contaba ó le contaban treinta años, por más que él protestaba que era con abonos, porque recordaba perfectamente la fecha en que le pusieron de corto.

Miguelito era huérfano de padres y de hermanos y de tíos, según confesión propia, y paraba siempre en alguna casa de pupilos, de precios anárquicos.

Una chica de Linares, «tiple desajogá», en un café de Málaga, donde conoció al profesor de baile, quiso «ponerle casa», pero él rechazó, indignado, la proposición.

Era un hombre de bien, honesto, y un genio bailable.

Llevaba siempre consigo, á cuantas casas iba á parar, un espejo de cuerpo entero.

Le denominaba así Miguelito, porque, verdaderamente, podía, en dos veces, verse toda la persona.

Viendo la reproducción de su figura en aquella media luna de Venecia, ensayaba el artista sus «dislocaciones coreográficas».

Era el secreto de su superioridad estético-dinámica respecto de los otros «bailaores».

Que estudiaba las «posturitas», con el auxilio del espejo.

Para Miguelito no había otro objetivo en la vida que el baile.

Creía de buena fe que la humanidad estaba pendiente de un *batimán*.

Era bailarín por convicción y por principios, y pensaba morir en el tablado, funcionando siempre con la frescura juvenil.

Por esto se cuidaba tanto y se abrigaba en invierno, temeroso de un catarro que le imposibilitara para el arte.

Entre la «factura» de una pierna y la pérdida de Cuba, hubiera sido más doloroso lo primero para la nación, según él.

Conservaba en su casa varios regalos que había conquistado en «el ejercicio», entre ellos, petacas bordadas en cañamazo, tirantes y flores naturales, ganadas en certámenes artístico-literarios, como él decía.

Bebedor por compromiso, nunca se excedía; le repugnaba el vino, y bebidas alcohólicas nunca probaba.

Una sola vez en su vida abusaron de él unos señoritos admiradores de su genio, y le obligaron á beber dos copas de ron.

Había que oirle referir el acontecimiento.

—Estuve con un pie en er sepurcro y el otro en el aire, como una endina é río, más de quinse día. ¡Josú, qué revulusión en too mi ser!

Era sobrio y morigerado de costumbres, sin más debilidad que su arte.

—Miguelito, no dejes de venir esta noche á las doce—le recomendaba el dueño de algún establecimiento de «Montañés»—que vienen á cenar unos amigos y quieren echar un rato con personas de *luz*, y no escaparás mal.

—¿Buena gente?—preguntaba Miguelito.

—Sí, hombre, ¿no te digo?

—Es que los hay queze gastan er parné y zon mu guazone, y yo no quiero bronca con naide.

—No, hombre, no: viene Frasquito el de Menjíbar y la *Destemplá*.

—Está bien.

Y Miguelito acudía á la cita vestido de limpio, y entraba saludando con mucha finura y hasta con cierto rubor teatral.

—¡Miguelito!

—Ya está aquí el rey de los «pieses».

—¡Ole ya los mocitos!

—Vaya, maestro.

Y empezaban á brindarle con vino.

Miguelito hablaba poco, así como abrumado por las imaginaciones y fantasías coreográficas, y alternaba con política y aseo.

Llegada la hora de divertir á los señores, el artista se lucía y se volvía loco danzando.

Con estas *juergas* se ganaba el sustento y regresaba incólume al hogar; es decir, sereno, aunque agitado por las emociones del baile.

—Porque el baile es alegría y penas mu jondas y sentimiento mu delicao—decía Miguel.

Por otra parte, como vivía solo en el mundo, se exacerbaba su sentimentalismo.

Era una sensitiva con «vestido corto».

Llevaba vida ejemplar Miguelito.

Pero la virtud y el mérito excitan emulaciones, y no hay genio que no tenga enemigos.

Miguel se había procurado inocentemente una enemiga, lo cual es peor.

Aquella Carmela de Linares no le dejaba vivir, y amargaba su existencia continuamente.

—Quiero que me deprenda usté er baile—le dijo un día.

Y Miguelito, temeroso de las consecuencias, se negó al principio.

—Tú eres una cantaora é mérito, una Patti..... difusa—la decía;—¿pa qué quiés tú bailá?

—Pues por guzto que tengo en eyo—respondió Carmela.

Y no tuvo más remedio el maestro que enseñarla.

En poco tiempo se hizo la chica una notabilidad en el ramo.

Pero ni con esto, ni con la confianza con que trataba al profesor, ni á fuerza de obsequios y de seducciones, logró Carmela enamorar á Miguelito.

Y sucedió lo que sucede siempre con las mujeres, que el cariño y el amor propio lastimados se mudaron en odio y en deseo de venganza.

La muchacha llegó á ser la «bailaora» de lujo: la buscaban de todas partes, y la pagaban y la mimaban como á una diva de género.

Por entonces había salido á luz otro «bailaor», joven, de buena figura y simpático.

Tenía escuela y estilo, pero otro estilo que Miguelito, y, al decir de éste, el nuevo no servía «para llevarle las zapatillas».

El mozo se enamoró de Carmela, y ésta le dió el sí por guajiras.

Desde aquel momento Miguelito se vió amenazado de muerte.

No había *juerga decente* á la que no llamasen á la pareja feliz.

De Miguelito solamente se acordaba algún clásico, y aun varios le llevaban á las juergas para burlarse de él.

Luego, que los años no pasan en balde, ni se baila impunemente durante mucho tiempo.

Miguelito se vió postergado, y aun enfermo de reuma, y pasó algunos meses en su rincón.

Ya ni miraba al espejo siquiera.

Cuando logró restablecerse, volvió á la vida pública.

Se ofreció en varios establecimientos, y nada.

—Aquí tenemos á Carmela y al *Desboliyao*.

—La gente quiere juventud, novedad.

—El *Desboliyao* está de moda.

Donde no le llamaban le imponía su amada.

Miguelito, después de muchas meditaciones y de noches de insomnio y días de apetito material, decidió hacer algo.

Una noche se presentó en un establecimiento donde había cena y *juerga* larga entre varios señoritos, y donde funcionaba la pareja feliz.

Entró sin pedir permiso.

Los oles y las palmas que llegaban á sus oídos le enardecieron.

Bailaba el *Desboliyao* y cantaba Carmela.

Miguel entró de golpe.

Todos los circunstantes se sorprendieron al verle.

Alguno, más alegre ó más adulterado por el Jerez, le voceó:

—¡Ole, por Miguelito! Ven aquí, veterano.

El *Desboliyao* dejó de bailar.

Hubo unos minutos de silencio.

Miguelito, arrojando un bolsillo de seda, relleno de perros chicos, sobre la mesa, dijo con entonación solemne:

—Con perdón de estos cabayeros, ahí van veinte onzas á que no te bailas conmigo ni te tomas cuatro deos de jierro, embustero.

El *Desboliyao*, á quien iba dirigida la salutación, respondió:

—Este tío está loco perdío. ¿No oye usté?

—Lo dicho.

Una carcajada de Carmela fué la señal para que todos dieran suelta á la risa.

Y allí empezó el toreo al profesor.

—Vamos á verlo—gritó uno de los *juerguistas*.

—Yo pongo por Miguelito—replicó otro señorito.

—A ver las onzas, las gastaremos—dijo Carmela alargando la mano para recoger la bolsa.

Pero Miguelito empujó á la chica, que fué á caer sobre uno de los concurrentes, y se apresuró á guardar el bolsillo.

—¡Que se vean! ¡que se vean!—gritaban algunos.

—Ni tú bailas ni tienes vergüenza—añadió Miguel, ya furioso.

El *Desboliyao* se fué al que le insultaba, con ánimo de castigarle.

Todos mediaron.

—¿A usted quién le ha llamado aquí?—preguntó uno.

—¡Ea, fuera!—voceó otro.

—Poco á poco—replicó el anfitrión;—yo creo que debemos primeramente examinar lo que dice Miguel, ver cuál de los dos es el mejor bailaor y después resolveremos como jueces.

Estas palabras, pronunciadas con gravedad cómica, fueron acogidas con aplauso por todos los allí reunidos.

—Arza—dijo el *Desboliyao* tomando el sombrero y disponiéndose á salir;—vamos á matarnos.

—Primero á bailá sobre er terreno—replicó, trémulo, Miguelito;—á bailá sobre la tumba, y á luego á morí.

La discusión se fué agriando, y de pronto el profesor, «tirando de faca», se lanzó sobre su enemigo.

Por pronto que acudieron Carmela y los demás, no pudieron evitar *el viaje*.

Miguelito había partido el corazón al *Desboliyao*.

—Mire usía, señó jué—decía Miguelito cuando le prendieron;—eze desgrasiao ha venío á quitarme mi reputasión y mi populariá y mi sustento, y yo me he güerto loco y no sé lo que he jecho..... sí, señó; no venía más que á cortarle la cabesa; pero es un desí, sin lastimarle. Toa mi vía he soñao con er tablao, y miste por dónde voy á morí en él.

Eduardo de Palacio.

EL PASTOR Y SU REBAÑO.

FÁBULA.

Apenas aparece por Oriente
La temblorosa luz de la mañana;
Cuando por la alta cima se dibuja,
Como cinta de plata,
Y á su tibio fulgor el negro manto
De la noche se rasga;
Cuando ya palidecen las estrellas
De mirar á la aurora avergonzadas;
Cuando se abren las flores, y las aves
Al nuevo día cantan;
Cuando aromas y trinos lleva el viento
De montaña en montaña,
Para anunciar el día que amanece
Y la noche que acaba.....,
Un niño, un pastorcillo de seis años,
Abre también sus ojos con el alba,
Y con traje de pieles, mal sujeto,
Y el zurrón á la espalda,
Sale á llevar al monte su rebaño,
Que impaciente le aguarda,
Y á una seña del niño, por la puerta
Del redil le acompaña.

Ya libres por el campo los corderos,
En alegre manada,
Unos tras otros corren, y se agrupan,
Siempre en torno del niño que los guarda.
Libres están; pudiera á otros lugares
Escapar una oveja descarriada,
Sin que el niño pastor, en su carrera,
Detenerla lograra.
Mas no es así: cuando el rebaño unido,
Que en libertad se ve, sabe apreciarla,
Para hacerle seguir la buena senda
Un débil niño basta.

Dichosos son los padres cuyos hijos
Nunca la senda del deber traspasan,
Y al paternal consejo siempre atentos
Su autoridad acatan.

Ricardo Sepúlveda.

MENSAJE.

Soneto que del alma enamorada
Vas brotando: sé tú mi mensajero;
Grata misión encomendarte quiero
Para mi dulce amiga y bien amada.

Entra calladamente en su morada
Y dile que rendido la venero;
Que ciego la idolatro y de amor muero;
Que para mí sin ella todo es nada.

Suplícale que acepte sin enojos
El alma, el corazón y el albedrío
Que le ofrezco por míseros despojos.

Dile, en fin, cuanto sueño y cuanto ansío.....
Y que, pues has de ver sus lindos ojos,
Celos tengo de ti, soneto mío.

Francisco Rodríguez Marín.

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

Expedición del *hombre natural* V. Boeter, á Hawai: los *frutistas*: supresión de la carne, del vino y de los vestidos: la humanidad sana, barata y salvaje.—El pan á diez céntimos el kilo en los Estados Unidos: baja universal de los trigos: precios medios, máximos y mínimos desde 1770 hasta la fecha.—La sal en el interior del Africa: comercio del Sahara con el Sudán: preparativos del comercio europeo: nuestra sal y nuestro atraso.

Para el feliz planteamiento de las teorías sociales y de la experimentación humana que discurren y proponen realizar los que no tienen otra cosa que hacer, es necesario contar con nuevas tierras más ó menos lejanas, donde no haya leyes, ni propiedad, y con gentes, más ó menos indígenas, que no tengan sentido común. Europa no se presta á tales ensayos, y los innovadores filósofos y propagandistas que, *aliquando*, piensan con un poco de prudencia, se trasladan con sus teorías, bártulos y quimeras á cualquier rincón sin dueño del Africa desconocida, ó cualquier islote pelado de la Micronesia. Muy cuerdamente obran al proceder así. Expuesto quedó en estas crónicas, cómo el Dr. Wilhelm, ejecutor de los proyectos del doctor Hertzka, salió de Hamburgo, no hace mucho, con dirección al Africa oriental británica, para fundar, en un territorio inmediato al Este del monte Kenia y al Norte del río Tana, la colonia de la *Tierra libre*, futura base del porvenir social: *Freiland, ein soziales Zukunftsbild*. Pues bien; otro pensador reformista, alemán como esos dos doctores, llamado V. Boeter, ha dejado su patria y está en camino de las islas Hawai, para fundar en la más apartada y libre de cuantas componen aquella nueva República, única que existe en el gran mar Pacífico, una colonia de *frutistas*, llamada á regenerar el mundo.

La base de la doctrina de Boeter, y de sus adeptos es muy sencilla: el hombre, por su sistema dentario y por su aparato digestivo, es esencialmente *frugívoro*, y con arreglo á las leyes de la naturaleza que han constituído su organismo, no debe comer más que frutas maduras y crudas. Todo lo demás es contrariar las leyes naturales, que ningún otro animal más que el hombre y los que viven con él contraría, y de cuyo pecado de lesa naturaleza dependen la frecuencia de la mayor parte de las enfermedades y la anticipación de la muerte. Todo esto es verdad. Si nuestros malogrados é inolvidables abuelos Adán, Set, Cainán, Matusalem, Noé, Abraham y demás patriarcas vivieron de trescientos á novecientos años, se debió á que no tomaron nunca «cosa caliente», alimentándose sólo de la fruta, no cultivada, que por todas partes abundaba. Si en nuestros mismos días se encuentran algunos pocos centenarios, no es en las ciudades ni en los pueblos «donde se come bien», sino en los países pobres y montañosos en los que la alimentación es casi siempre vegetal y en los que se hace gran consumo de frutas, ya maduras, ó ya secas. Desde que apareció el hombre sobre la tierra y empezó á devorar cuanto pendía de los árboles, hasta que se le ocurrió utilizar el fuego para asar y comer el trozo de carne que «no podía atravesar cruda», pasaron toda la edad prehistórica, la protohistórica, la del cuerno, la de piedra y la del bronce, es decir, unos tres mil años. Luego vinieron tres grandes progresos que, como todos ellos, mejoran temporalmente la vida, pero á expensas de su duración, porque aquí también, como en la mecánica, lo que se gana en fuerza se pierde en tiempo. Esos tres grandes progresos fueron: el uso de la carne en la comida, el del vino en la bebida y el de los vestidos.

La alimentación de carnes obliga al aparato digestivo á desarrollar un trabajo superior á aquel para el cual está formado, y esta violencia, convertida en costumbre, desgasta rápidamente la máquina. Y como el estómago es el fundamento de toda nuestra vida, cuando él trabaja violentamente, le siguen por fuerza en su curso anormal la circulación y el sistema nervioso, y acelerados todos, producen mucho en poco tiempo, y el hombre que nace con cuerda para ochenta ó noventa años, la gasta en cincuenta ó sesenta; y gracias si llega á esta edad. Enemigo del hígado y de los riñones es el alcohol, que va disfrazado de cosa buena en el vino y en los licores, y que no solamente ataca á esas vísceras, sino que acelera más la acción del sistema nervioso, y convierte al corazón y al cerebro, de los dos órganos más importantes del cuerpo, en dos guitarras destempladas, que no sólo no van nunca acordes, sino que al fin, ó no tocan, ó suenan á locura y desesperación. Por esto en la bebida no se debe usar otro líquido que el agua.

El hombre vive sin vestido alguno en los países intertropicales, únicos en los que le es dado vivir naturalmente, y con trajes más ó menos múltiples y variados en las otras zonas, donde no hay condiciones de vida natural, y donde ésta es artificial, y por consiguiente violenta y nociva. Procede, pues, que el hombre natural se alimente de frutas, beba agua nada más y no use ningún traje. Estas reglas, que se olvidaron poco tiempo después de Adán, y que sólo se practican entre los indígenas del interior del Brasil, del Africa tórrida y de la Micropolimelinesia; estos preceptos, que son los fundamentales de la medicina y de la higiene instintiva y racional; estas verdades, que todo pensador guarda para su capote, forman el nuevo evangelio de V. Poeter y de sus discípulos los *frutistas*. Sus ventajas en lo higiénico son grandes, pero en lo económico mucho más. Con unas manzanas y unas avellanas, con un trago de agua y con un delantal, ya está hecho el gasto. La verdad es que el hombre no come nada tal cual lo produce la naturaleza más que la fruta. Todo lo demás, si ha de masticarlo y digerirlo, necesita asarlo ó cocerlo. Lo positivo es que ningún otro animal bebe nada que no sea agua, ni gasta vestido artificial. Si el hombre no se hubiera acostumbrado á usarlo, la naturaleza misma le hubiera recubierto con el barniz negro, más ó menos obscuro, preservativo suficiente que ha dado á todas las razas que andan desnudas. Todo esto que parece broma, aunque no lo sea, ha inspirado al pensador alemán la idea de establecerse en las islas Hawai, si le permiten, con unos cuantos adeptos. El hombre está ya en camino (probablemente de Leganés), y muy pronto sabremos por el cable de Honolulú qué tal le va en esa vida primitiva, que de seguro terminará con algún atracón de ciruelas.

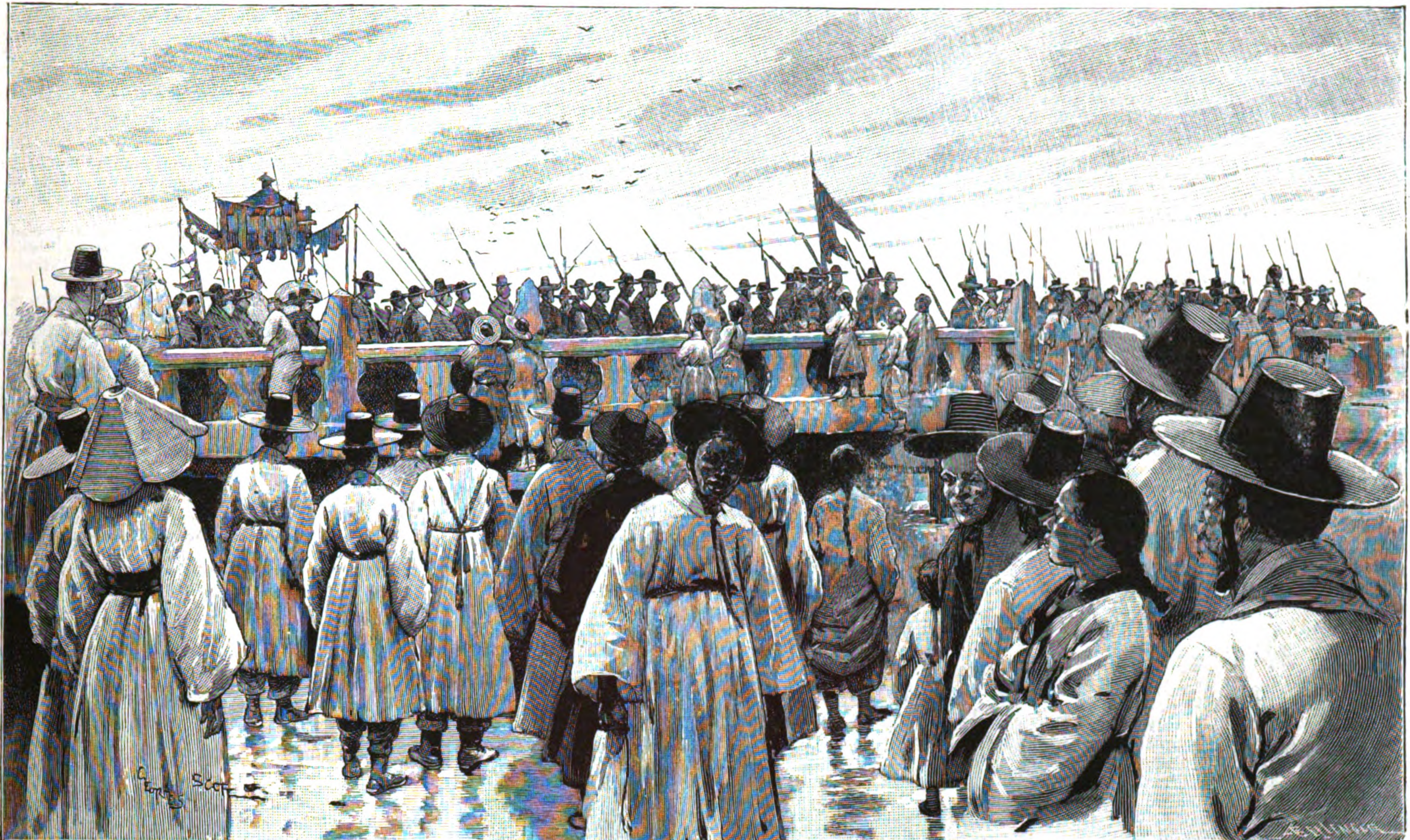
⁂

Casi, casi tan barata como si se pusiera en práctica el sistema de V. Boeter, ha resultado para los pobres la alimentación en diferentes comarcas de los Estados Unidos, en las últimas semanas del gran movimiento huelguista, porque á consecuencia de no tener dinero los trabajadores y de haber disminuído mucho el consumo, se ha vendido el pan á *diez céntimos el kilogramo*. Esta rebaja maravillosa y nunca vista no ha durado mucho; pero, ya sea por la abundancia de la cosecha, ya por no haberse restablecido la normalidad en el trabajo y en los jornales, la baja relativa continúa, así en el trigo como en el pan, con gran complacencia de los obreros y para desesperación de los labradores. El precio del trigo es muy bajo en todo el mundo. En Castilla vale hoy el quintal métrico á 20 pesetas; en París á 18,25, y en los Estados Unidos á 11. No pueden concebirse grandes esperanzas de que los precios mejoren en España, porque como la cosecha no ha sido buena en general, siguen importándose trigos por mayor cantidad que en 1893, que es todo lo que hay que decir. En efecto, en los ocho primeros meses de dicho año recibimos 292.785.570 kilogramos, y en los ocho del actual, la cantidad se ha elevado á 327.644.663, que suponen una salida de metálico, sin contar el cambio, de 63.236.832 pesetas, y bien puede creerse que si en 1893 entraron en los doce meses 415.174.925 kilogramos, á fines del año actual la importación sumará 450 millones de kilogramos. Sólo en dos fechas, como veremos, se ha conocido una baja tan grande en los precios. Un estadístico suizo muy concienzudo, el Sr. Julio Maggi de Kemptthal, ha presentado en la última Exposición cantonal de Zurich un cuadro gráfico del valor de los trigos en Europa desde el año 1770 á 1894, en el que están indicados los precios máximo, mínimo y medio de



DÍA FELIZ.

CUADRO DE RENÉ REINICKE.



SEÚL.—LA FIESTA DE LOS MUERTOS.—EL REY DE COREA ENCAMINÁNDOSE AL TEMPLO SEGUIDO DE SU ESCOLTA.



CHINA.—EL TSONG-LI-YAMEN Ó CONSEJO DE MINISTROS.

(De fotografía.)

cada año. El precio medio por quintal métrico y por períodos de treinta años, ha sido el siguiente:

De 1770 á 1800	30,15	francos.
De 1800 á 1830	29,85	—
De 1830 á 1860	28,10	—
De 1850 á 1890	28,90	—

Cuando los arrastres se hacían en carros, desde 1770 á 1844, el precio medio fué de 29,25; y desde que se hacen en ferrocarril, de 1844 á 1894, ha sido de 28,25. En esos 125 años los precios más altos fueron:

En 1816	74	francos.
En 1819	119	—
En 1847	74	—

Y los más bajos estos:

En 1780	15,75	francos.
En 1826	16,25	—
En 1894	16,50	—

Muchas quejas origina hoy la baja entre las clases rurales productoras; pero ¿cuántas se oirían si llegáramos á los períodos álgidos de la carestía enorme que queda consignada, ó si, aun no alcanzando á esas cifras, se cotizara el quintal á 40 pesetas? ¿Cómo andaría el pan en Castilla, y en Madrid sobre todo? En 1885 y 87 valía el trigo en Castilla á 22 pesetas el quintal, y hoy vale á 20. Entonces costaban cuatro panecillos de 250 gramos 45 céntimos, y hoy cuestan cinco de 200 gramos 45 céntimos; total, igual, y como si no hubiera bajado el trigo.

°°°

¡Tan barato el pan en los Estados Unidos, tan barato el trigo en Europa, tan barata la carne en la Argentina y en la Australia, y tan cara la sal en el interior de Africa! En Tombuctu vale una peseta el kilogramo de sal; en los pueblos de la comarca del alto Níger, dos pesetas, y en Kong, cuatro; es decir, cuatro mil pesetas la tonelada. En Madrid, á pesar de los derechos de consumo, cuesta el kilogramo á trece céntimos. Para llegar desde el litoral africano al Sudán con cargamentos de sal se pasan muchísimas dificultades. La verdadera zona de penetración de esta sustancia no alcanza más que á unos 200 kilómetros de la costa, y desde allí en adelante hay que transportarla ó cargada sobre la cabeza de esclavos peatones ó en asnos. Las pérdidas por desecación en el camino son enormes, y muy pocos mercaderes se arriesgan á comerciar en ella. Se ha tratado de abastecer en lo posible el interior con la sal que se encuentra en algunos criaderos del Adrar, de la Sebka de Idjii y de Taodeni en el Sahara, como lo vienen haciendo los moros desde largo tiempo atrás: pero la explotación tiene muy poca cuenta, porque el mineral que la contiene está muy mezclado de arcilla, óxido de hierro, magnesia y sustancias asfálticas, y produce una sal muy sucia y en pequeña cantidad. Sin embargo, la necesidad ha impuesto el aprovechamiento de estos criaderos, en los que cortan trozos ó capas de un metro de longitud por 0,35 de anchura y 0,5 de grueso, que pesan de 30 á 35 kilogramos, cuyos bloques, denominados *barras de sal*, son los que transportan los esclavos, llevándolos en equilibrio sobre la cabeza. Cada asno, cuando se emplean para este trabajo, lleva dos ó tres barras. Los explotadores acaudalados utilizan los camellos para conducir la sal desde la Sebka ó desde Taodeni, por el alto Senegal, hasta los países mandingas ó hasta Tombuctu y hasta las regiones más separadas del Níger. Después, con los esclavos y con los borricos, recorren todo el resto del Sudán occidental hasta Kong, cerca de la costa de Guinea, haciendo un trayecto, para repartir unos puñados de sal en aquel mundo inmenso que no la produce, de 2.000 kilómetros, que es aproximadamente la distancia que hay de Taodeni á Kong, por Djenné y Tombuctu. La Sebka de Idjii produce anualmente unas 20.000 cargas de camello, y Taodeni 80.000. A pesar de ello, hay comarcas enteras y centenares de pueblos á los que no llega la sal, y en los cuales usan para sazonar la comida, ó sosa natural ó la potasa que extraen del lavado de las cenizas de ciertas plantas. Con estas sustancias la alimentación se sala un poco, en efecto, pero la salud se resiente mucho.

Preciso era discurrir la manera de aglomerar la sal común de tal modo, que quedase dura, resistente y compacta como un trozo de mármol, para que no se desgaste en el transporte y resultara más económico y seguro su comercio, y poder así abastecer el interior de África; donde la sal es, como en el resto del mundo, tan deseada y tan necesaria, y donde hay por lo menos 180 millones de habitantes que la emplearán. Parece que la industria acaba de dar con el procedimiento preciso para fabricar esos resistentes bloques, y que los salineros franceses se proponen utilizarlo para empezar á introducir esa sustancia en el Sudán y en otros territorios. Hoy, ese comercio está en manos de los ingleses y de los alemanes, y sólo del puerto de Liverpool salen anualmente 40.000 toneladas. Nosotros tenemos en España las mejores salinas del mundo, pero en pésimo estado de explotación, como todo. Nuestros plomos, los más abundantes del globo, nuestros azogues, nuestros cobres y nuestros hierros que no sufren la competencia de ningún país en abundancia, á contar desde la época en que se están arrancando, han ido á parar á manos de los cartagineses, como si viviéramos en el siglo x antes de Jesucristo. Nuestras salinas también caerán en poder de esos invasores, llámense ingleses, belgas, alemanes ó franceses En el estado actual de nuestra atrasada explotación exportamos anualmente de 230 á 250 millones de kilogramos, que valen 3.500.000 pesetas, siendo los principales consumidores la República Argentina, el Uruguay, las posesiones inglesas americanas, Cuba, el Brasil, Suecia, Rusia, y Noruega. Á Marruecos no enviamos mas que 1.200.000 kilogramos. He aquí, pues, otro foco de producción que debemos á la naturaleza y que apenas aprovechamos. El mejor día lo venderemos, perdiéndolo para siempre. ¡Qué poco vale tener mucha sal en la tierra y en el pico, si no se tiene en la inteligencia!

R. BECERRO DE BENGOA.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Las virtudes cristianas ó Los ángeles en la tierra, por Sor Marta, con un prólogo del Rdo. D. Eduardo María Villarrasa, cura párroco.

Este libro es excelente para andar en manos de los niños, por la sana doctrina que encierra, enseñada con bellos ejemplos y en lenguaje claro y sencillo. El dictamen que de él dió el revisor sinodal D. Eduardo María Villarrasa, que le sirve de prólogo, es un elocuente y merecido elogio de la obra, que será sin duda de mucho provecho en las escuelas católicas, para las que principalmente está escrito.

Lleva buenas ilustraciones de Bairas, Julián, Llimona, Pellicer y Utrillo.

Colección de problemas, teoremas, proposiciones, *enunciados y datos destinados á estudios de aplicación de las enseñanzas de Geografía y Física en la Escuela especial y provincial de Náutica de Barcelona*, dedicada á la Excelentísima Diputación de la provincia por el Dr. D. Federico Gómez Arias.

Hemos recibido las dos partes de que consta esta obra. En la primera, los problemas resueltos son geográficos: en la segunda, físicos, así como los teoremas y demás materias de que tratan. Están ordenados de modo que acreditan la ciencia y la larga practica de su autor, y sin duda seran de gran utilidad, sobre todo á los que siguen la carrera de piloto, para quienes principalmente está escrita.

El cuerpo humano (anatomía de las formas). II. *Músculos y movimiento. La Expresión.*—Un volumen de 80 paginas en 8.º con 31 grabados Una peseta en rústica; 1,50 en tela. «La España Editorial» Madrid, Cruzada, 4, bajo.

Tan interesante ó más aún que el I de esta utilísima obra, es el tomo II que acaba de poner á la venta la España Editorial en su «Biblioteca popular de Arte».

En el nuevo volumen tratase de la descripción y funcionamiento de los músculos en todas y cada una de las actitudes del cuerpo humano, especialmente en lo que tiene aplicación á las artes del dibujo (estatuario y pintura), y en todo aquello que viene á dar por resultado las varias expresiones del rostro, por donde se muestra la rica variedad de las impresiones, ideas y sentimientos del alma.

Los 31 grabados que ilustran este tomo y los 32 que ilustran el I, hacen de *El cuerpo humano* un precioso libro de estudio, necesario para artistas y aficionados, é indispensable para los alumnos de las Escuelas de dibujo.

Vocabulario de la lengua española. Indispensable para escribir con propiedad y sujeción á la ortografía de la Real Academia Española

Esta obra es, en efecto, muy útil, y con su publicación ha prestado el editor Sr. Faquineto un buen servicio á los literatos. El tomo tiene más de 700 páginas, es de tan fácil manejo que puede llevarse en el bolsillo, y cuesta 2,50 pesetas en *cartoné*, y 4 encartonado en tela.

Artilleros y artillería bajo su aspecto industrial, ó sea, *nuestra ingeniería*, por el general D. Adolfo Carrasco y Sayz.

Recibimos hace algún tiempo este folleto, le leímos con interés y aprendimos en él no pocos cosas, con lo que se nos aumentó el deseo que desde el principio tuvimos de darle al público completa idea de su contenido. La dificultad de hallar para ello espacio suficiente nos obligó á ir aplazando el cumplimiento de este propósito, hasta hoy en que, viendo la imposibilidad de hacerlo á nuestro gusto, nos contentamos con una somera noticia bibliográfica.

Comienza el autor refiriendo el valor que las palabras ingeniero é ingenios tuvieron en lo pasado, cómo la invención de la pólvora hizo que los ingenieros constructores de ingenios militares tuviesen otros conocimientos además de los que entonces tenían los que se habían de emplear en construcciones puramente civiles, y cómo más adelante, pasando á llamarse á las máquinas de guerra *artillería*, tomaron también los ingenieros el nombre de *artilleros*. Luego el de ingeniero se usó con gran prodigalidad, y los hubo de minas, de caminos, canales y puertos, de montes, etc., etc.; con lo que á los que primeramente llevaron el título apenas les quedó nada de él.

Refiere después el Sr. Carrasco que en los primeros tiempos dependían los ingenieros militares de un general de Artillería; que se segregaron de esta arma, teniendo general propio desde 1710; que refundieron ambos cuerpos en 1756, y que por último quedaron separados en 1763, pero siguiendo á cargo de la Artillería los puentes, minas, etc., hasta 1802.

Seguir al autor en la circunstanciada historia que hace de los servicios prestados por el cuerpo de Artillería á la ciencia, la milicia y á la enseñanza en España, convertiría esta reseña en artículo. Por eso hacemos punto aquí, recomendando al lector estudioso el interesante folleto del general Carrasco.—G. R.

CERTAMEN.

El Ateneo y Sociedad de Excursiones de Sevilla ha organizado, de acuerdo con el Ayuntamiento de aquella capital, un Certamen científico, literario y artístico, cuyo programa es el siguiente:

Primer tema: La habitación de las familias pobres en Sevilla: su estado actual: reformas que reclama.—Premio: Un objeto de arte: regalo de S. A. R la Serma. Sra. Infanta Duquesa Viuda de Montpensier.

Segundo tema: Cuadro. Dimensiones: un metro por el lado mayor como mínimum Asunto tomado de las actuales costumbres sevillanas.—Premio: 1.000 pesetas: ofrecidas por el Excelentísimo Ayuntamiento.

Tercer tema: Provincialismos andaluces de palabra y de frase, con expresión respectivamente de la etimología y del origen, así como de la provincia ó parte de la región andaluza en donde mas frecuentemente se empleen.—Premio: 500 pesetas: ofrecidas por la Excma Diputación provincial.

Cuarto tema: La criminalidad en Andalucía. Delitos predominantes: sus causas y medios de represión.—Premio: Una escogida colección de libros; donada por la Dirección general de Instrucción pública.

Quinto tema: Historia y descripción del templo parroquial de Santa Ana de Sevilla.—Premio: Un objeto de arte; regalo del Excmo. Sr. Duque de T'Serclaes.

Sexto tema: Poesía lírica con libertad de metro, asunto y número de versos.—Premio: Un objeto de arte; ofrecido por el Excmo. Sr. D. José Lamarque de Novoa.

Séptimo tema: Romancero de D. Pedro I de Castilla: Colección de romances octosílabos en que se narren los principales hechos del reinado de este Monarca.—Premio: Un objeto de arte; regalo del Excmo. Sr. Marqués de Jerez de los Caballeros.

Octavo tema: Estudio de las plantas que caracterizan la flora andaluza —Premio: Un objeto de arte: regalo del Círculo de Labradores y Propietarios de esta ciudad.

Noveno tema: Una tradición sevillana. Poesía con libertad de metro y número de versos.—Premio: Un pensamiento de oro; regalo del Ateneo.

Décimo tema: Autores dramáticos sevillanos desde los orígenes del teatro español hasta nuestros días. Breves noticias biográficas y estudio de sus principales obras.—Premio: Una escribanía de plata: regalo del Presidente del Ateneo.

Las condiciones de este certamen son las usuales en tales fiestas literarias, y la fecha de la admisión de los trabajos, hasta el 31 de Marzo de 1895.—X

Ultima producção

Perfumaria IXORA

ED. PINAUD

37, Boulevard de Strasbourg, 37

PARIS

Sabonete............	de IXORA
Essencia............	de IXORA
Agua de Toucador.....	de IXORA
Pommada............	de IXORA
Oleo para os cabellos.......	de IXORA
Pós de Arroz.........	de IXORA
Cosmético...........	de IXORA
Vinagre de Toucador..	de IXORA

EPILEPSIA y toda **afección nerviosa** se cura con la **Poción del Dr. Saumiguel**. Pídanse prospectos. Botica de *La Corona*, Gignás, 5, Barcelona.

EAU DES BLUETS progresiva, vegetal. Medallas París, Lyón, Túnez. No es pegajosa ni quema; devuelve al cabello gris su color natural, castaño ó negro, y no mancha la ropa ni la piel. No impide el rizado del pelo. Frasco grande, 6 fr. 35. Faubourg Saint Denis, 52, París.—Depósitos. Gayoso, Arenal, 2, Madrid.—Viuda Lafont, Barcelona.

L'ANTI BOLBOS

no tiene rival para quitar las manchas ó puntos negros de la nariz, sin alterar la epidermis. Sólo se vende en la *Parfumerie Exotique*, 35, *rue du 4 Septembre, París*. Depósitos en Madrid: Pascual, Arenal, 2; Perfumería Urquiola, Mayor, 1; Aguirre y Molino, Preciados, 1, y en Barcelona, Sra. Viuda de Lafont é Hijos.—Evítense cuidadosamente las falsificaciones.

Kananga del Japon



RIGAUD Y Cía, Perfumistas

PROVEEDORES DE LA REAL CASA DE ESPAÑA

PARIS - 8, rue Vivienne - PARIS

Agua de Kananga de Rigaud, loción refrescante para el tocador y el baño; vigoriza la piel perfumándola delicadamente y combate el cansancio y el abatimiento producido por el calor.

Extracto de Kananga de Rigaud, suavísimo y aristocrático perfume para el pañuelo, de grande persistencia.

Jabon de Kananga de Rigaud, grato y untuoso; conserva al cútis su tersura y nacarada transparencia.

Polvos de Kananga de Rigaud, impalpables y adherentes; blanquean la tez con elegante tono mate, preservándola del asoleo.

Depósito en las principales perfumerías de España y América.

PARQUE DE PERROS

INTERNACIONAL

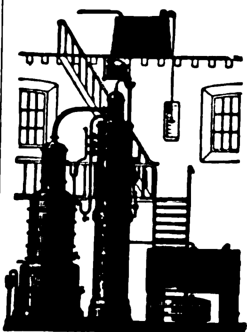
KÖSTRITZ (Alemania)

Fundado en 1864



Proveedores de muchas cortes europeas y agraciados con las más altas distinciones. Especialidades de perros de todas clases: de **Lujo, Caza, Salón y Sport**. *Album* ricamente ilustrado, francos **1,25**.—*Catálogo franco y gratis.*

GOTA **Reumatismos, Dolores.** Curación asegurada con el **Bálsamo y el Elixir Dubourg**. Frasco: 5 fr. Venta: Farmacia 6, R. Crozatier, París. Depósito: Gayoso y Moreno, 2, Arenal, Madrid.



ALAMBIQUES

Espíritus á 40° Cartier SIN REPASAR

EGROT

Cab.º de la Legión de Honor

EXPOSICIÓN UNIVERSAL PARÍS 1889

Fuera de Concurso

Miembro del Jurado

Catálogo, FRANCO, informes

19, 21 y 23, rue Mathis PARIS

COMPAÑIA COLONIAL

CHOCOLATES Y CAFÉS

La casa que paga mayor contribución industrial en el ramo, y fabrica **9.000 kilos** de chocolate al día.—**38 medallas de oro** y altas recompensas industriales.

DEPÓSITO GENERAL: CALLE MAYOR, 18 Y 20, MADRID

COGNAC JURADO—CASTELLON

JEREZ

JUEGOS DE PRECISIÓN, RULETAS, JUEGOS MECÁNICOS, MESAS DE JUEGOS, BILLARES, UTENSILIOS DE CASINOS, ETC.—Se remite *Catálogo*, franco. **J. A. JOST.**—120, rue Oberkampf, París.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL Dr. FRANCK



Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos. (Rótulo adjunto en 4 colores) PARIS: Farmacia LEROY 91, rue des Petits-Champs *En todas las Farmacias.*

SIROP FLON

LENITIVO PECTORAL, cura **IRRITACIONES** de los **BRONQUIOS, TOS, CONSTIPADOS, CATARROS.** En todas las Farmacias y en París, 2, rue de la Tacherie.

No padecerá enfermedades en la **BOCA** ni dolor de muelas el que use el elixir **MENTHOLINA** que prepara el *Dr. Andreu*. Su uso emblanquece la dentadura, aromatiza el aliento, calma el dolor de muelas y fortifica las **ENCÍAS**. La Mentholina en polvo usada con el elixir aumenta la blancura de los dientes.

Franco 18 fr. — en París

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

pura, ó mezclada con agua, disipa **PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA, SARPULLIDOS, TEZ BARROSA, ARRUGAS PRECOCES, EFLORESCENCIAS, ROJECES** & Pone y conserva el cútis limpio y terso

CANDÈS et Cie. Bd St-Denis, 16

BACHILLERATOS. INSTITUCION LELARGE. ESTABLECIMIENTO RECOMENDADO

Fundado en PARÍS en 1841, **rue Gay-Lussac, 20** *(Impasse* **Royer-Collard, 9 y 12) PARIS**

629 alumnos aprobados en los últimos exámenes.—Cursos especiales para los **EXTRANJEROS.**

ENVÍANSE PROSPECTOS Á QUIEN LOS PIDA.

Los Polvos de Arroz

PEAU D'ESPAGNE

NUEVA CREACION DE

E. COUDRAY

PERFUMISTA, 13, Rue d'Enghien, Paris

SE VENDEN EN TODAS LAS PERFUMERIAS.

El Gran Descubrimiento del Siglo

EL ELÍXIR GODINEAU es el único remedio

(*sin peligro alguno*) contra la **Impotencia**. Curación de los **Anémicos**, de los **Extenuados**, etc.

REJUVENECIMIENTO Y PROLONGACIÓN DE LA VIDA

Administración del ELÍXIR GODINEAU en PARIS, 7, *Rue Saint-Lazare.*

FOLLETO GRATUITO REMITIDO FRANCO Á QUIEN LO PIDA

El ELIXIR GODINEAU se encuentra en **Madrid**: en Casa de los Sucesores de **MORENO MIQUEL**, *Arenal 2*; — **Barcelona**: **SALVADOR ALSINA**, *Pasaje del Crédito, 4*; **FORMIGUERA y Cía**, *Tallers, 22.* en **Zaragoza**: Droguería C. **GALINO** (*D. Jaime 1º, Nº 19*).

F. DUBALEN. **Barnices superiores** para carruajes y todas las industrias. Secantes. **Pinturas Veruisées.**—**Fábrica en Aubervilliers**, *cerca de París.*

OBRAS POÉTICAS

DE

D. JOSÉ VELARDE

DE VENTA EN LA ADMINISTRACIÓN DE ESTE PERIÓDICO

ALCALÁ, 23.—MADRID.

	Pesetas
Obras poéticas.— Dos tomos............	8
Teodomiro, ó la Cueva del Cristo.........	2
Fray Juan............	1
La Niña de Gómez-Arias...........	1
Alegría (Canto I)...........	1
El Holgadero (segunda parte de *Alegría*)	1
A orillas del mar............	1
La Venganza............	1
Fernando de Laredo............	1
El Último beso............	1
El Capitán García............	1
Mis Amores............	1
La Velada............	1
El Año campestre............	1

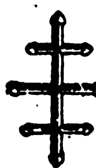
ALMUERZO de las SEÑORAS

ALIMENTO DE LOS NIÑOS Y DE LOS CONVALECIENTES

Para reemplazar el chocolate de digestion á veces difícil, y el café con leche cuyos efectos debilitantes son tan perjudiciales á la salud de las señoras, los Médicos recomiendan el **Racahout de los Arabes de Delangrenier**. Alimento *ligero, agradable* y *muy nutritivo*, que tambien recetan á los niños, á los ancianos ó á las personas anémicas, en una palabra á todos aquellos que necesitan fortificantes.

DEPÓSITOS EN TODAS LAS FARMACIAS DEL MUNDO ENTERO.— *SE MÉFIER DES CONTREFAÇONS.*

CABELLOS CLAROS Y DÉBILES



Se alargan, renacen y fortifican por el empleo del **Extrait Capilaire** *des Benedictins du Mont Majella*, que detiene también su caida y retrasa su decoloración. *E. Senet, administrador*, 35, *rue du 4 Septembre, Paris.*—Depósitos en Madrid: *Perfumería Oriental, Carmen*, 2; *Aguirre y Molino*, *Preciados*, 1; *Urquiola*, *Mayor*, 1, y en Barcelona, *Sra. Viuda de Lafont é Hijos.*

NEURALGIAS, *jaquecas, calambres en el estómago, histerismo*, todas las enfermedades nerviosas se calman con las píldoras antineurálgicas del **Dr. Cronier.** 3 francos; París, farmacia, 23, rue de la Monnaie.

Toda persona cambiando ó vendiendo sellos de correo, recibirá, si lo pide, su precio corriente y el **DIARIO ILUSTRADO DE SELLOS DE CORREO**, gratuitamente. Sellos de correo auténticos, á precios módicos.

E. HAYN, BERLÍN, N. 24.

25 AÑOS DE ÉXITO

PARA PEDIDOS DIRIGIRSE AL Sr. D. RAFAEL ROMERO DE JEREZ DE LA FRONTERA ÚNICO AGENTE EN TODA ESPAÑA

15 DIPLOMAS DE HONOR

18 MEDALLAS DE ORO



RECOMENDADA POR LAS AUTORIDADES MÉDICAS DE TODOS LOS PAISES

PARA PEDIDOS DIRIGIRSE AL Sr. D. RAFAEL ROMERO DE JEREZ DE LA FRONTERA ÚNICO AGENTE EN TODA ESPAÑA

SE VENDE EN LAS FARMACIAS DROGUERIAS Y ULTRAMARINOS.

PARA APRENDER IDIOMAS

EL MÉTODO MÁS CONOCIDO, PRÁCTICO Y EFICAZ ES EL DE

GASPEY, OTTO, SAUER

PUBLICADO POR LA CASA **JULIO GROOS**, DE HEIDELBERG

REPRESENTANTES EN ESPAÑA:

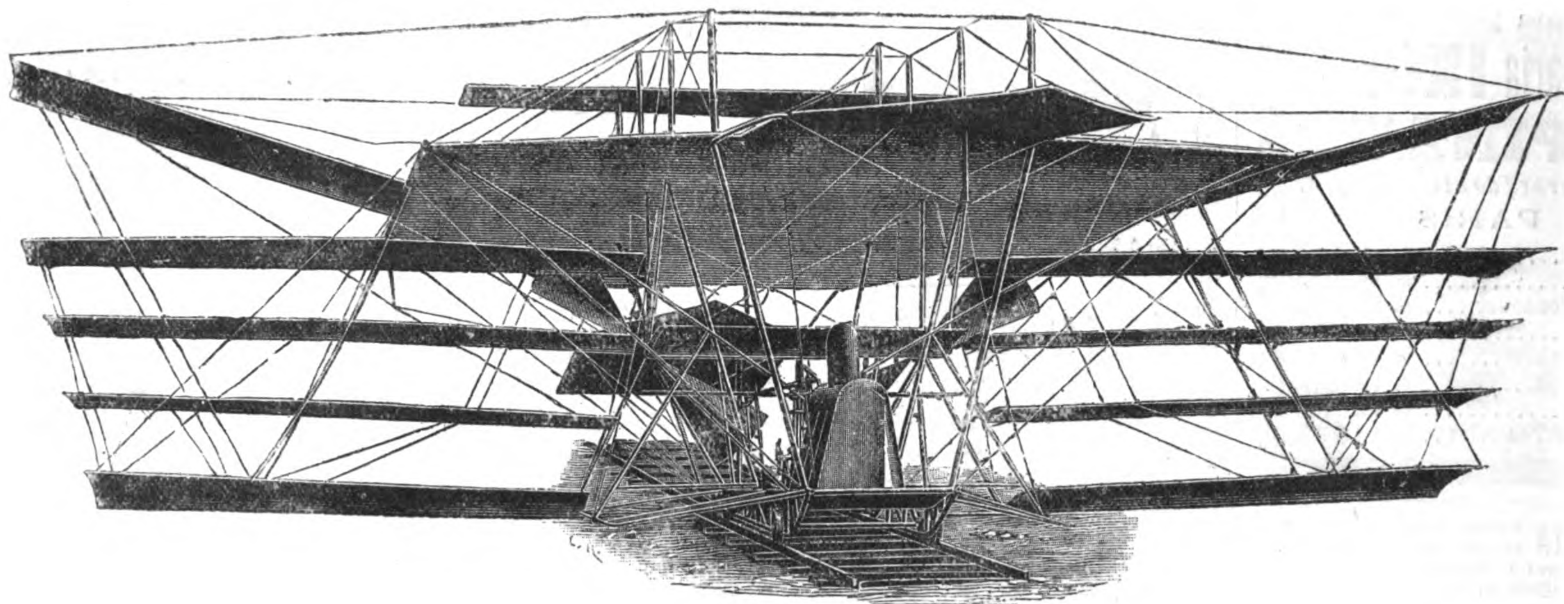
Librería Internacional de ROMO Y FÜSSEL, Alcalá, 5, Madrid

Las ventajas que dicho método presenta consisten principalmente en la feliz combinación de la teoría y la práctica, consiguiendo así que el discípulo aprenda verdaderamente á hablar y á escribir el idioma objeto de su estudio. Este método abarca hasta hoy los idiomas **castellano, francés, inglés, alemán, italiano, portugués, holandés y ruso.**

PARA USO DE LOS ESPAÑOLES:

Nueva Gramática alemana, arreglada por **D. Enrique Ruppert**, en tela.		7,50 pesetas.
Clave de temas de la misma........................	en cartón.	2,50 —
Gramática sucinta de la lengua **francesa**....................	—	3,00 —
— — — **inglesa**....................	—	3,00 —
— — — **alemana**....................	—	3,00 —
— — — **italiana**....................	—	3,00 —

Pídanse catálogos detallados á la **Librería Internacional de ROMO Y FÜSSEL, ALCALÁ, 5, MADRID.**



MÁQUINA VOLADORA DE HIRAM MAXIM.

MADRID. — Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRIPCION.

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXVIII.—NÚM. XXXVII.

ADMINISTRACIÓN:

ALCALÁ, 23.

Madrid, 8 de Octubre de 1894.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN, PAGADEROS EN ORO.

	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia	60 francos.	35 francos.



REPUBLICA ARGENTINA.—ESTATUA DE LA LEY

EN EL MONUMENTO ERIGIDO Á VÉLEZ SARSFIELD, EN LA CIUDAD DE CÓRDOBA.

ESCULTURA DE JULIO TADOLINI.

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

El Consejo reservado de Ministros en Inglaterra, y hasta la afectación con que han vuelto á disfrutar de sus licencias los consejeros, llamados indudablemente á resolver un punto grave de gobierno, y el considerable refuerzo que va á tener la escuadra inglesa en los mares del extremo Oriente, son, para los que juzgamos los sucesos por síntomas políticos, no por noticias sospechosas y confusas de triunfos y reveses, batallas terrestres y marítimas y movimientos estratégicos de las fuerzas chino-japonesas, un indicio vehemente de que la guerra ha llegado á un período crítico, que exige de las naciones que dirigen la política del mundo un alarde ó una intervención formal. No por breve ha debido ser menos trascendental lo que han votado en secreto los Ministros ingleses: desde el momento en que estalló la guerra, si no fué antes, había calculado y pesado aquel Gobierno las contingencias probables de la lucha y la conducta que le convendría adoptar según las circunstancias: acaso la guerra va más de prisa de lo que se suponía; acaso está para mezclarse en ella un factor nuevo, ó se ha logrado una adhesión que se esperaba: ello es que los Ministros han sido llamados para tomar una resolución que exigía se reuniesen y no podía confiarse al telégrafo, y que debía estar prevista. Ahora bien: hay dos naciones que tienen en China grandes intereses en juego; Rusia el porvenir, Inglaterra su presente; y como una guerra larga sería un trastorno en su comercio con la China, que es mercado considerable, nada tendría de extraño que creyera llegada la ocasión, ó de sacar algún provecho, ó de dar término á los perjuicios que sufre su marina, contando, por supuesto, con las potencias que pueden influir en esos mares. Nuestra impresión es que, ó se complican los sucesos de la guerra con una solución inesperada, ó se trata de templar el ardor de los japoneses para que no traspasen los límites de un triunfo moderado, y á la vez captarse la gratitud del Gobierno de Pekín, que debe estar vacilante entre el temor y la soberbia, ante reveses que ésta no le habría dejado prever. Y no es que creamos probable, como algunos presumen, tan grande la flojedad de los chinos y la osadía del Japón, que el pez chico se trague á la ballena, si no está herida de muerte aquella nacionalidad, mal comprendida por los que juzgamos con criterio occidental la ley de su existencia; sino que la guerra es siempre un gran azar, y la del armamento moderno sobre el antiguo pierde rápida y considerablemente todas sus ventajas á medida de la distancia de su base. Algo nuevo hemos de ver pronto, si vivimos, según todos los síntomas. ¿Pero la paz sería una solución, quedando humillado el coloso por un enemigo que tiene una fuerza circunstancial y, por decirlo así, contra natura? No vemos claro cuando miramos al Oriente.

⁂

No hemos solido ocuparnos de la inauguración de los estudios; pero este año la atención general está fija en la enseñanza, y el discurso inaugural correspondía á un amigo nuestro, al Sr. Sánchez Moguel, y sería descortés no dedicar á su trabajo algunas líneas, ya que no podamos dedicarle las que merecería su importancia. En la época agitada del 20 al 23 era un asunto que conmovía al pueblo *La naturaleza política y literaria de las Cortes peninsulares anteriores al sistema constitucional*, y aun no se atrevió á firmar su escrito el autor de la *Forma de las antiguas Cortes de Castilla*, que sostenía en *El Restaurador* la misma opinión que nuestro amigo, de que las Cortes eran cuerpos consultivos, y que residía únicamente en el Rey el poder legislativo; opinión que apoyaba con textos de todas las Cortes de Castilla y León, desde la de 1020 ante Alfonso V, hasta las de Valladolid, en que juraron á D. Felipe I y D.ª Juana, padres de Carlos V. ¿Y cómo apasionaba los ánimos esa antigualla propia de los eruditos? Pues se trataba de si era ó no legítimo, es decir, si tenía base en las antiguas leyes del país el dogma, revolucionario entonces, de la soberanía nacional.

La comisión del Congreso encargada de publicar las actas de las Cortes de Castilla, y que tenía á su frente á los señores Cánovas y Figuerola entre los que viven, y Martínez de la Rosa, González Bravo, Olózaga, Madoz y otros, no participaba de la opinión del sabio catedrático, afirmando que hay, en lo que se conserva de aquellos tiempos remotos, argumento para todas las opiniones. En efecto; si la Monarquía fué electiva, ¿dónde estaba la raíz de los derechos sino en los que tenían el de elegir reyes á cada vacante? Si los reyes hacían fueros, ello es que los nobles y obispos los confirmaban: y que confirmar es dar fuerza, y no atestiguar, se ve claro en algunos documentos en que los magnates confirman y luego atestiguan otros funcionarios.

Por su parte, el Sr. Moguel presenta no pocos argumentos en apoyo de su tesis, que no limita á Castilla, sino que extiende á Navarra, Aragón, Cataluña y Portugal, comprendiendo en su generalización tiempos y lugares diferentes. Aunque no participemos de su autorizada opinión, creemos que le damos más valer con nuestro disentimiento amistoso que con nuestro silencio; y aun no está bien dicho que disentimos, sino que no creemos ninguna opinión absoluta en disposición de ser probada, tal vez por no poseer los documentos que dan tanta energía á la convicción del respetable catedrático.

⁂

El periódico mejicano *Las Dos Naciones* publica un bien escrito artículo para conmemorar la fiesta de su independencia, que no es ya un desahogo populachero, sino una confirmación popular de su autonomía. Tanto en Méjico como en las demás repúblicas hispano-americanas se celebran fiestas análogas anualmente; y se escriben artículos, que si fueron hostiles en otro tiempo, la reflexión y el examen han ido suavizando, hasta llegará recordarse en esta conmemoración á los españoles que más trabajaron por la reconciliación de los hermanos divididos. Si esas festividades son naturales y legítimas allí donde triunfó el propósito de la separación y sobre el triunfo de su idea se fundaron nacionalidades nuevas, seríamos descorteses al celebrar aquella separación, y fríos é ingratos no sintiéndola: todos nos alegramos cuando se aleja el huésped importuno y pesado; todos nos condolemos cuando se aparta de nosotros un hermano, sobre todo si se retira disgustado. Lo único que nos queda para esos aniversarios es el placer de las cartas familiares en que aquellos hermanos reñidos nos dicen, como hoy *Las Dos Naciones*, que les va muy bien y que prosperan, y que aquellos antiguos disgustos domésticos se han convertido en dulces recuerdos de la infancia; y claro es que no debemos pretender que tengan por amigos suyos personas que han nacido en España después de su ausencia y que á nosotros tampoco nos hacen mucha gracia.

⁂

En el Ayuntamiento de Madrid hay vientos de reforma y debemos aprovecharlos. Ante todo, merece incondicional apoyo el Conde de Romanones por su propósito, no de mejorar, sino de establecer sobre bases nuevas el servicio de incendios. Es tan útil, tan indispensable, que será popular hasta la ilegalidad por realizarlo bien y pronto, pues cada hora que pasa puede traer uno de esos horribles incendios de que sólo la casualidad nos está librando de nuestra indefensión hace muchos años. Hágalo el Conde de Romanones, y su nombre quedará grabado en la historia de la Villa en lápidas honrosas.

Nuestro amigo el Sr. Ruiz Beneyán ruega á la prensa que emita opinión sobre su proyecto contrario á la colocación de la fuente de Cibeles en medio de la plaza de Madrid, por no significar nada, y construir en su lugar, convocando á los arquitectos, un grandioso monumento nacional, que se erigiría por suscripción voluntaria entre todos los municipios españoles, por afectar á todos igualmente la apoteosis nacional.

Convenimos con el Sr. Ruiz Beneyán en que la diosa Cibeles representa una idea demasiado abstracta y tiene un carácter muy arcaico para nuestros tiempos: era uno de los extremos del lindo paseo del Prado, y formaba composición con sus hermosas líneas y las otras dos fuentes de Apolo y Neptuno; ó sean, la Tierra, el Cielo y el Agua, y tenían el carácter mitológico propio de los monumentos del siglo en que se hizo. Desde el momento en que se trata de destruir la armonía del plan de Villanueva, y ya está el paseo cerrado por la calle de Alcalá, la colocación de la fuente en el centro no hará mal; pero siendo buena, no lo es tanto que merezca figurar como principal ornato en aquel sitio preferente, mientras era muy á propósito para formar juego dentro de una gran variedad con sus compañeras. ¿Pero es una plaza realmente la de Madrid, ó un cruce irregular de dos paseos y una calle desnivelada, que tiene en sus extremos dos edificios y dos jardines que no guardan relación ni simetría? Aquello no será una plaza nunca, sino en el nombre: es un hueco que ha resultado de muchas reformas sin concierto. Pero es un punto céntrico de la más alta importancia, y que, de destruir la armonía del Prado, hay que llenar con algo grande, y como lo es el pensamiento del Sr. Ruiz Beneyán, veríamos con gusto que se realizara, ya allí, donde preferiríamos la conservación del Prado, ó en la plaza verdaderamente monumental, y no de Madrid, sino de la Nación, de anchura colosal y formas regulares, que ha de hacer juego con las calles hermosas y modernas del ensanche.

⁂

Con sentimiento hemos sabido que un nuevo ciclón en la isla de Cuba ha causado innumerables pérdidas y desgracias: el Sr. Ministro de Ultramar trata de acudir á su remedio en lo posible, así como ha acordado el canje en Puerto Rico de la moneda mejicana, que tantas disidencias ocasiona. Ninguno de estos asuntos importantes se presta para nuestra Crónica; el primero por falta de pormenores; el segundo por falta de conocimientos especiales.

Madrid recobra en estos días su vida activa; los políticos regresan, y ya lo ha hecho el Sr. Aguilera de su excursión á Valencia y Cataluña, donde ha sabido captarse grandes simpatías. Los gallegos se han reunido para celebrar un festín al uso de la tierra, amenizado por los alegres sonidos de la gaita, y presidido por el ministro de Ultramar señor Becerra, que brindó con tino y elocuencia. Los biciclistas han elegido rey, ó mejor dicho, campeón de España, y en el momento en que escribimos pasan en bandada por delante de mi domicilio. No me acostumbro á la curvatura del cuerpo que exige la bicicleta; es preciso reformar ese aparato por exigencias de la salud y de la estética: el hombre ha nacido para andar derecho, y si la bicicleta al modificar su construcción hace más agudo el ángulo de su cuerpo, concluirá por correr á gatas. Las ferias, prorrogadas, han dado gran vigor al comercio de libros viejos, pero todo indica que los libros raros aumentan cada día de valor. Concluiremos con una noticia curiosa.

Cantaba una niña noches pasadas en su casa una hermosa melodía, y la preguntamos por su autor.

—¿Es extranjero?

—No: español.

—¿Maestro conocido?

—Mucho; pero no como compositor.

—¿Qué profesión tiene?

—Orador insigne, gran abogado, ingeniero.....

—No siga usted; por esas señas, es D. Gabriel Rodríguez.

—El mismo: estas melodías se han publicado en Alemania por exigencia de la amistad.

—Siempre le hemos admirado; pero no creíamos que fuera tanta la extensión de sus hermosas facultades.

⁂

También merecen elogios los que establecen en Madrid industrias útiles, como los Sres. Iglesias, Hermida y Compañía, fabricantes de toda clase de aparatos para aplicaciones de la electricidad. Aunque no asistimos á la inauguración de la fábrica, situada en la Costanilla de San Andrés, ni hemos visitado sus oficinas de la calle del Desengaño, núm. 14, nos consta, por referencias autorizadas, que es un establecimiento de importancia, por la excelencia de sus máquinas y del personal que las dirige. Y como la electricidad aumenta de día en día sus aplicaciones y se extiende su uso en el alumbrado; y como, según los inteligentes, pueden competir con los mejores los productos de esa fábrica, que viene á dar trabajo á muchos oficiales, y enseñarles á construir objetos que recibíamos antes del extranjero, anunciamos con verdadero gusto la apertura de esos magníficos talleres.

⁂

—Sí, señor; los chinos se han portado como quienes son: como fabricantes de tinta china. Ya me lo sospechaba.

—¿Qué?

—Que echarían en su historia algún borrón.

—Se les ha castigado duramente.

—Pero sin lógica. Han cortado la cabeza á muchos fugitivos, cuando lo que procedía era cortarles los pies.

—¿Y qué hará el Gobierno chino?

—Si los hombres huyen, tendrá que armar á las mujeres. Esas no tienen pies y no podrán correr.

—Ni bailar.

—¿No bailar una mujer porque acabe en punta? Bailarán como los peones.

—En Nimes se revuelven contra el Gobierno por haber prohibido las corridas de toros: dícese que en Roma se trata de dar otra corrida..... El porvenir del toreo no es dudoso.

—Verá usted cómo se nos llevan los espadas, y el espectáculo se hace extranjero.

—Más motivo para que aquí se arraigue la afición: sólo le falta ser una fiesta traducida.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

NUESTROS GRABADOS.

CÓRDOBA (REPÚBLICA ARGENTINA).

La estatua de la Ley en el monumento á Vélez Sarsfield.

En la primera página de este número publicamos una vista de la estatua de la Ley, que forma parte del gran monumento erigido en Córdoba (República Argentina) al insigne legislador y patriota Vélez Sarsfield. Levántase la estatua sobre un pedestal, al que adornan cuatro bajos relieves representando *La Convención provincial de Buenos Aires de 1860*, *El tratado de paz del Gobierno nacional del Paraná con Buenos Aires en 1853*, *La Convención nacional de Santa Fe en Septiembre de 1860*, y *la inauguración del ferrocarril central argentino en Córdoba, año de 1870*, y cuatro grupos colosales, como la estatua del legislador, que representan *La Justicia*, *La Política*, *La Ley* y *La Hacienda*. En el conjunto resplandecen la misma severidad y grandeza que en la estatua de que damos copia, por lo que la obra ha sido reputada como una de las mejores del famoso escultor italiano Tadolini.

⁂

BELLAS ARTES.

Paisaje al pastel, por Agustín Lardhy.—París. Exposición de los Campos Elíseos de 1894: *Dulces recuerdos*, cuadro de Lamy.—*Asturias. Ribera de Cudillero*, dibujo de D. Tomás Campuzano.

El *Paisaje* que reproducimos en la pág. 204 está vigorosamente pintado y deja en el ánimo una impresión de majestad y melancolía que difícilmente se borra. El señor Lhardy, que domina el paisaje al pastel, según repetidas veces ha demostrado, en esta obra se nos manifiesta, quizás mejor que en ninguna otra de las del mismo género que presentó en la última Exposición del Círculo de Bellas Artes, fiel observador de la naturaleza.

El cuadro de Lamy que publicamos en la pág. 209 es un capricho romántico que agradó mucho en la última Exposición de los Campos Elíseos de París. Sin duda aquella mujer hermosa sueña con el primer amor, siempre inolvidable y de gratísimo recuerdo, á lo que la convida lo apacible del jardín y el suave arrullo de las palomas. Escenas de éstas siempre tendrán admiradores cuando están bien interpretadas, por fría y positivista que sea la sociedad que haya de juzgarlas.

Ahora que van volviendo á Madrid los rezagados del veraneo, y reciente aún el regreso de los que les precedieron en la vuelta á la corte, parécenos que tendrá más admiradores que en ninguna otra ocasión el bonito dibujo del Sr. Campuzano que publicamos en la pág. 213, en el que hallarán los lectores uno de esos admirables rincones de la costa cantábrica, en que el mar y la tierra confunden sus encantos. Cudillero tiene pocos visitantes en verano, á lo que debe sin duda la conservación de su fisonomía propia, tan original y pintoresca.

°°°

COLOMBO (CEILÁN): EL TEMPLO DE BUDHA. (Véase el artículo correspondiente en la pág. 211.)

°°°

TIPOS Y COSTUMBRES JAPONESES.

Interior de una cocina, en Tokio. — Un juego de prendas.

Las casas son en el Japón tan diferentes de las de Europa, que á primera vista más parecen juguetes que moradas de hombres: tan pequeñas las hacen, tan cuidadosamente las pintan y limpian, y tal atención ponen en elegir para ellas sitios cómodos, agradables y sanos. Las paredes interiores hácenlas de papel, al que sirven de marco vigas no muy gruesas ni pesadas. El suelo es también de madera, y le cubren de esteras muy finas, lavándole constantemente.

Damos en la pág. 205 una vista de la cocina de una casa de Tokio, en la que cinco *nesans* ó criadas disponen la comida según los procedimientos allí usados, y que son tan diversos de los nuestros como los manjares. En la misma página hallarán los lectores reproducida una escena tomada también de la vida ordinaria. Varias señoritas japonesas se entretienen en un juego, muy usual entre ellas, y en el cual la que pierde tiene que pagar una pequeña multa.

°°°

SEPULCRO DE D. PEDRO III EN EL MONASTERIO DE LAS CRUCES. (Véase el artículo correspondiente en esta misma página.)

°°°

D. RICARDO VIÑES,

pianista español, primer premio del Conservatorio de París.

El notable artista español cuyo retrato publicamos en la pág. 212 nació en Lérida en 1875, donde estudió solfeo y piano. En 1887 entró en la Escuela Municipal de Música, donde á los seis meses ganó el primer premio en un concurso que se celebró el 18 de Julio. En Abril del año siguiente le concedió el Ayuntamiento de Barcelona una pensión de 150 pesetas mensuales, para que fuera á continuar sus estudios en el Conservatorio de París.

Luego descubrieron sus profesores las excepcionales aptitudes del niño español, el cual en un concierto dado poco después en casa de Erard sobresalió de tal suerte entre sus más adelantados condiscípulos, que dió no poco que decir á los periódicos parisienses.

Adelantando siempre, consiguió el año pasado que se le considerase digno del primer premio, el cual concedieron á otro, dicen unos (entre ellos los individuos del tribunal) que por no haberse concedido nunca tal honor á un joven que casi era un niño, y otros que por hallarse el premiado tan socorrido de recomendaciones que no podía dejar de dar el premio á quien le dió.

Pero al terminar el curso último, nuevamente ha ganado el Sr. Viñes dicho primer premio, que le ha sido concedido ahora á pesar de sus pocos años y con notoria justicia.

°°°

MADRID.

Ensayo de servicio postal velocipédico entre Valladolid y Madrid. Llegada de la estafeta al Ministerio de la Gobernación.

Las pruebas de velocidad hechas por socios del Club Velocipedista Madrileño á fines del pasado, entre Valladolid y Madrid, ofrecen particular interés, porque han dejado perfectamente probada la posibilidad de que la bicicleta aventaje al tren mixto en los 193 kilómetros de distancia que hay entre ambas ciudades: resultado importante, y del que puede sacarse no poca utilidad para la conducción de la correspondencia pública.

Era esto lo que se trataba de probar, y en efecto se ha probado. El 22, á las siete y ocho minutos de la mañana, salió de Valladolid el Sr. Elgueta, velocipedista de la mencionada Asociación, acompañado de su consocio Sr. Sigler. El punto de partida fué el llamado Arco del Ladrillo, cercano á la estación, de la que á la misma hora partía el tren mixto. A las ocho y cuarenta, la estafeta, conducida ahora por el Sr. Minué, llevaba recorridos 45 kilómetros en una hora y treinta y siete minutos. Al mediodía próximamente pasó la estafeta por Sanchidrián (94 kilómetros), y á la una y cinco estaba en el Espinar (137 kilómetros), donde don Isidro Blas la entregó al Sr. Rassón. En Madrid, donde ya se sabía que los velocipedistas no sólo iban adelantando al tren, sino que también llevaban algunos minutos de anticipación á la hora oficial, acudieron muchos curiosos al Paseo de San Vicente para esperar á la estafeta, la cual llegó á San Antonio de la Florida á las cuatro y cinco minutos de la tarde. El Sr. Jiménez, que en este último trayecto la conducía, la entregó al presidente, Sr. Cereceda, quien, seguido de todos los velocipedistas, se encaminó sin pérdida de tiempo al Ministerio de la Gobernación, siendo todos muy aplaudidos y vitoreados por los curiosos, que llegaban á 2.000. Reforzada la comitiva en la plaza de Oriente con muchos ciclistas que allí la aguardaban, siguieron por la calle del Arenal, precedidos de una pareja de la Guardia civil de á caballo que les iba abriendo paso entre la muchedumbre, cada vez más numerosa y compacta.

A las cuatro y media entraba en el Ministerio de la Gobernación el Sr. Cereceda, y momentos después ponía en manos del Sr. Aguilera los documentos y cartas que traían. Hubo plácemes para los vencedores (que así pueden titularse) y palabras de merecido elogio que les dirigió el señor Aguilera, levantándose acta de la llegada, como en Valladolid se había levantado de la salida, y resultando de la comparación entre las horas señaladas en ambas que los velocipedistas ganaron tres horas al tren mixto y treinta y seis minutos al itinerario oficial.

Nuestro grabado de la pág. 212 muestra cuál era el animado aspecto de la Puerta del Sol, al cruzarla dirigiéndose al Ministerio el Sr. Cereceda, los demás individuos del Club y dos carteros velocipedistas que desde el Paseo de San Vicente les acompañaban, todos precedidos de la pareja de la Guardia civil de á caballo que iba abriendo paso.

°°°

COREA.

El dios del río en los alrededores de Seúl.

Los pocos viajeros europeos que han recorrido algunas comarcas de Corea (la península aun no ha sido explorada por completo) cuentan que en muchos caminos han hallado una suerte de ermita, en la puerta de la cual se veía una estatua de piedra de extraño aspecto. Esta estatua es la del guardián de las aguas ó dios del río, y por eso se encuentra únicamente en la vecindad de alguno de éstos, sobre todo si es caudaloso. En el grabado de la página 216 hallarán los lectores copia exacta de uno de estos guardianes, situado en las márgenes del río Cha-Kiang, no lejos de Seúl.

G. Reparaz.

LA TUMBA DE PEDRO III.

En un rincón de la provincia de Tarragona se esconde el Monasterio que recuerda con su nombre las *Santas Cruces* levantadas en el monte Calvario, y guarda en su interior las cenizas, ó los sepulcros, de Pedro III *el Grande*, Roger de Lauria, D.ª Blanca de Anjou, D. Jaime II y cien damas y caballeros más de aquellas brillantes cortes catalanas y aragonesas.

Corre por las proximidades el río Gayá, pobre de aguas y rico en poesía; y frondosas alamedas, movidas á sus pies por el viento, arrojan sobre los cuarteados muros brisas perfumadas con aromas campesinos, mezclando bellezas naturales á las inspiraciones de los artistas.

Cuando se penetra en su recinto, ofrécense á la vista del viajero la representación de diferentes edades humanas: el templo, edificado en la duodécima centuria, es románico; el claustro, construído en el siglo XIV, ojival.

Obsérvase dentro de la iglesia una extremada rigidez cisterciense que predispone á soñar con los primeros monjes que ante sus aras rezaron, cubiertos por los hábitos blancos, contristados en su espíritu por las desgracias generales, con almas encendidas en el deseo de acrecentar las glorias religiosas y el dominio de la cruz, nobles muchos por su origen y aficiones, plebeyos todos por su sencillez y severidad de costumbres, convertidos en ecos de la voz de aquel San Bernardo que llevaba virilidades á donde amenazaban afeminamientos, y representaba en la historia reformas tan profundas como hoy no pueden comprenderse á la luz de nuestras necesidades modernas.

Ostenta el claustro los destellos de una época de menos terrores y las delicadezas de la augusta reina D.ª Blanca de Anjou, que protegió su construcción. Se adivinan en él la sobrexcitada fantasía de los artistas que labraron los capiteles y rosetones, y las creencias extrañas de una época en que no se prescindía aún de los mil singulares ensueños de siglos anteriores, y empezaban sin embargo á llegar vientos realistas de Italia, con ideas más perfectas acerca del mundo físico y sus moradores.

Abundan sobre sus ventanajes aves con cabeza humana y diadema; mascarones alados, cubiertos por capuces unos, y otros por tocas: únense á los anteriores singulares cuadrúpedos, que no han existido jamás sobre la tierra; pero lado por lado de estos caprichos, se ven figuras de animales y plantas que podría referir el naturalista á grupos conocidos.

Casi coetáneas del claustro son las tumbas Reales que guarda el templo en los dos brazos del crucero, próximas á los ángulos que forman con la nave. La correspondiente al lado del evangelio es la de D. Pedro *el Grande*, que reproduce hoy La Ilustración en la pág. 208: en la situada del de la epístola se hallan los restos de D. Jaime II y D.ª Blanca. [illegible]

Me contaron allí que el cuerpo del primero se halla íntegro, y que íntegros están sus ropajes, cosa que yo no afirmo, porque no la he comprobado, pero que no me extraña: incorruptos se conservan en nuestro país varios cuerpos de los siglos XIII y XIV, y buenos ejemplos son de tal verdad la momia del famoso arzobispo de Toledo don Rodrigo Ximénez de Rada, guardada en Santa María de Huerta, y la del obispo Barbazán, que descansa en Pamplona.

También me dijeron que los restos de don Jaime II y D.ª Blanca de Anjou fueron profanados hace años; que manos rapaces arrebataron las vestiduras del rey y el blanco hábito cisterciense de terciopelo que cubría pudorosamente á la reina; que parte de la rica tela sirvió para un chaleco lucido en los domingos y fiestas de guardar, por un vecino de *Pont de la Armentera*; que los huesos humanos pararon en un foso, y que de su fondo fueron reintegrados parcialmente después á la urna en que antes estuvieron. Realidad ó conseja, la triste leyenda ofende tanto á los respetos tradicionales como á la cultura actual.

A los recuerdos de los príncipes se unen allí los de Roger de Lauria y otros magnates, cuyas biografías aparecen llenas de rasgos románticos mezclados con detalles sobrado realistas.

La historia conocidísima de D. Pedro dibuja sus contornos sobre un abigarrado fondo de tonos brillantes y pinceladas de colores muy obscuros.

Mánchala en sus orígenes un crimen, si es cierto, como se afirma comúnmente, que hizo ahogar á uno de sus hermanos en el Cinca.

La dan colorido de época las luchas del príncipe y sus barones, con tendencias en los comienzos á robustecer el poder Real, y concesiones luego á los magnates para buscar su apoyo en los momentos de peligro; fases opuestas de conducta que quizás se hubieran repetido, á no haber llegado tan presto la muerte de D. Pedro, á los pocos meses de salir del último apuro.

Acredítale de hombre hábil en sus planes, y tenaz para realizar sus empresas, la expedición emprendida al África, en los mismos días que los sicilianos elegían para sacudir el yugo de los franceses, ejercitando allí á sus hombres y colocándose en situación ventajosa para invadir la isla italiana y reivindicar los derechos de D.ª Constanza, su esposa.

Cíñele la más alta corona que alcanzó en su vida la enérgica resistencia que hizo contra *Carlos de Valois* y sus secuaces, cuando estos extranjeros pasaron los Pirineos para tomar posesión del reino de que le había desposeído el Sumo Pontífice.

¿Cambiará con el tiempo la figura de este personaje, tanto como han cambiado las modernas investigaciones la de D. Juan de Prócida, su ardiente partidario? Las luces y las sombras andan tan revueltas en esta historia: los motivos para obrar con valor fueron tan interesados y tan violentas las pasiones despertadas en pro y en contra suya, hasta dentro de su misma familia, que trabajo ha de costar á los circunspectos y estudiosos definir bien la imagen de aquel alma y decirnos si estaba llena de negruras ó rebosaba pensamientos altos, nobles y caballerosos.

Los elogios del Dante y del Bocaccio acreditan, sí, el entusiasmo que despertó y el buen nombre que supo dejar entre las gentes italianas de sus tendencias. Dice el primero que llevaba sobre su pecho la banda de todas las virtudes; y le hace figurar el segundo en uno de sus cuentos, que es quizás el más sencillo, pero también el más tierno y espiritual.

Una joven, hija de familia modesta, ve pasar á D. Pedro seguido de sus caballeros; le ama, y pierde la calma, la alegría y la salud, pensando en la imposibilidad de ser correspondida.

Oculta, ruborosa, á sus padres la causa de las para ellos alarmantes mudanzas, y tiene valor en cambio para confiársela á un trovador amigo de su infancia.

Busca el adolescente medio de que llegue á oídos del Monarca la halagadora nueva, y el Príncipe visita á la joven, la da valor, se declara su caballero, prendado de tanta pasión unida á tanta honestidad; la dota, y busca marido digno de su belleza y sus virtudes, y en premio de los regios favores sólo reclama un beso fraternal, dado á presencia de la Reina, y luego de obtenido su consentimiento.

¡Quién reconoce en tan sencilla narración al autor de aquella otra novela en que figuran una hija del Soldán de Babilonia y el *Rey del Garbo!*

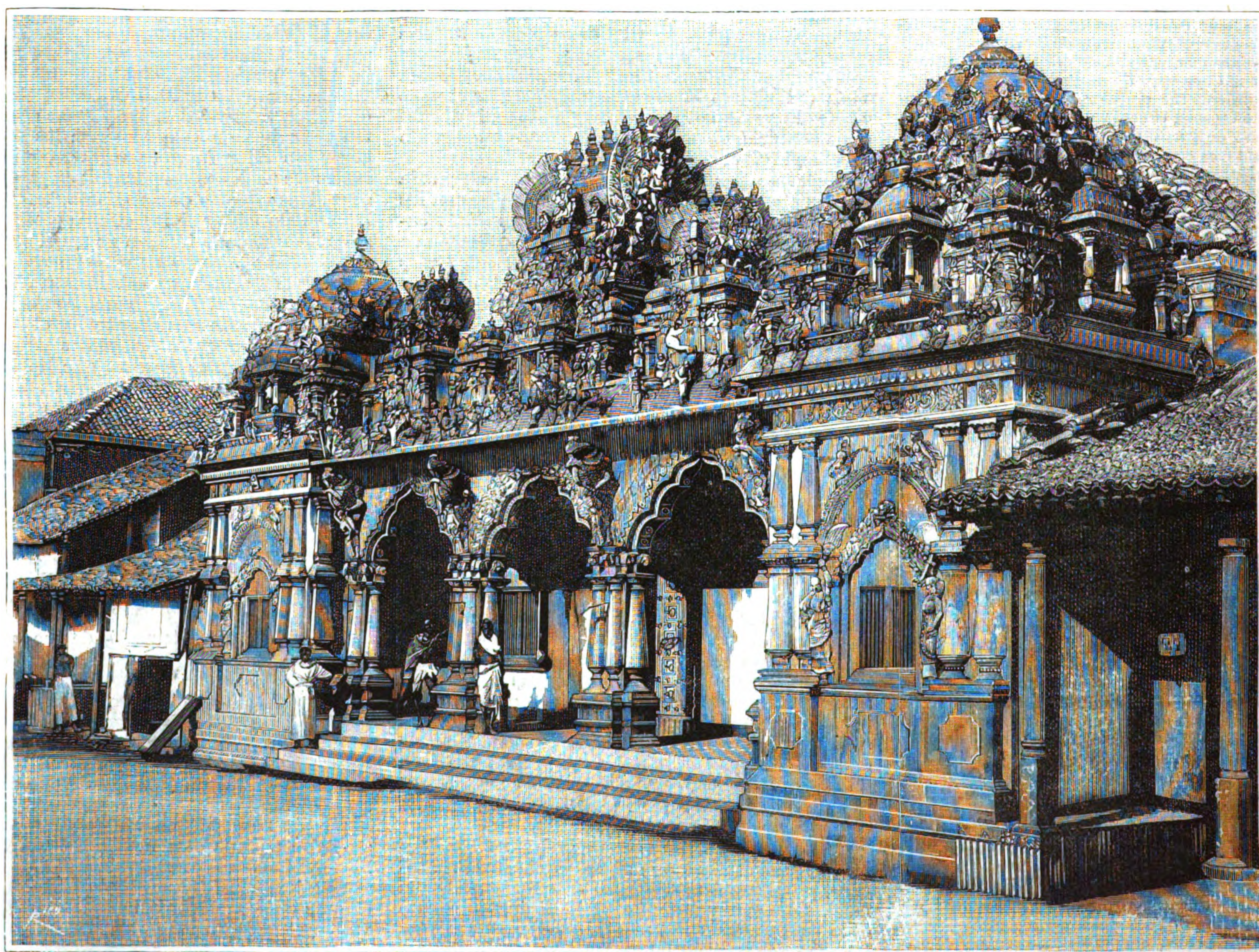
Pensando en las glorias y desgracias de D. Pedro, se ofrecen inmediatamente á la fantasía del viajero que visita el monasterio de las *Santas Cruces* los accidentes y mudanzas de su política, que representan los demás personajes allí sepultados en el recinto del templo ó en las numerosas hornacinas del claustro.

[illegible]



PAISAJE AL PASTEL,

POR D. AGUSTÍN LHARDY.



COLOMBO (CEILÁN).—EL TEMPLO DE BUDHA.

(De fotografía.)



TIPOS Y COSTUMBRES JAPONESES.—INTERIOR DE UNA COCINA, EN TOKIO.



TIPOS Y COSTUMBRES JAPONESES.—UN JUEGO DE PRENDAS.

(De fotografías

Frontero al sepulcro del héroe de Sicilia está, como ya hemos dicho, el de D. Jaime II; y contemplando á la vez los dos hermosos templetes ojivales que se acompañan y armonizan á uno y otro lado de la iglesia, se recuerda más el contraste entre las dos políticas de padre é hijo: la de aquél *gibelina* y sin reposo; *güelfa* la de éste y de buena inteligencia con la Santa Sede.

A los pies de D. Pedro, y mirando hacia el lado de D. Jaime, fué sepultado Roger de Lauria, según rezan tradiciones que fueron discutidas hace algunos años en nuestra Academia de la Historia. Allí queda unida á sus memorias la del gran almirante que sirvió fielmente á ambos príncipes, luchando bajo el primero y venciendo en favor de su cuna siciliana y contra ésta, siendo vencido, bajo el segundo.

Dentro del claustro hay sarcófagos de diferentes estilos, que ostentan los escudos de los Moncada y otras nobles casas catalanas; y á su entrada, cubierto por espesa malla y amplia túnica, tendido más en la actitud de reposo que en la de muerte, rígido, altivo, duro en su rostro y no olvidado de su espada, defiende el ingreso y las cenizas de sus predecesores y compañeros, sobre la primera urna á la derecha, el bulto del caballero Queralt.

Componen entre todos ellos el cuadro de los actores de unas edades en que se luchaba por ideales muy diferentes de los que hoy nos interesan; pero se leen en sus biografías pruebas de la virilidad que tanto han menester algunos de los partidarios de la vida moderna, y esa es, sí, una virtud digna de ser encomiada para todos y en todos los tiempos.

No fueron los actos de los belicosos magnates tan puros, ni sus figuras tan nobles como aparecen hoy, quintaesenciados por el transcurso de los siglos, que respeta lo grande y suprime las líneas pequeñas. De lamentables pueden calificarse las tragedias provocadas muchas veces en daño de la humanidad por sus violentas pasiones; pero al compararlas con ciertas comedias políticas, caseras y familiares, se experimentan tan extraños sentimientos, que se vienen á la memoria frases semejantes á las de aquel final del *Sullivan*, obra á que dió vida en la escena española el inolvidable D. Julián Romea.

El padre de la interesante joven enamorada del actor, compara las elevadas ideas de éste con la hipocresía, ligereza y viciosa conducta del primito á quien destinaba su hija para esposa, y cede en su oposición al primero, exclamando:

—Cómico por cómico, prefiero al otro que tiene talento y no representa más que por la noche.

ENRIQUE SERRANO FATIGATI.

LOS QUE NO ESCUCHAN.

No han advertido ustedes cómo menudean en el teatro, aun entre los cómicos buenos, y muy especialmente entre las cómicas, quienes no se dignan conceder atención alguna á lo que sus interlocutores hacen ó dicen?

Actriz hay, y por cierto de las más celebradas y aplaudidas, que se sabe de coro su papel; que lo dice admirablemente, sin equivocar una letra, y hasta con su poquito de sentido y todo; que expresa con el gesto, con la actitud, con las inflexiones de la voz, lo que el autor de la obra ha querido expresar; pero que, terminados *sus parlamentos*, comienza á mirar hacia los palcos, se distrae, saluda imperceptiblemente á sus amigos de la orquesta, habla con algún individuo de su familia que está entre bastidores, ó piensa en las musarañas; como si de todo lo que está sucediendo en escena no le importase un rábano; cosa que sucede así efectivamente, pero que el artista, si es tal artista, debe fingir que no sucede.

Inútil será que sesudos críticos y revisteros festivos llamen la atención de *la estrella* sobre su falta de consideración al público, sobre su delito de lesa propiedad escénica; la comedianta de hogaño seguirá haciendo (y lo mismo hacía la de antaño) oídos de mercader á los prudentes consejos, y sólo estará en escena cuando ella hable, dejando á sus compañeros que salgan como puedan de las respectivas faenas.

Y esto no lo hace á mal hacer, no. Es que ella es así, y ni puede corregirse, ni cambiar de carácter. Declama muy bien una docena de redondillas, ó canta, como podría cantarla un ángel, una romanza; los espectadores la aplauden mucho, la vitorean, la aclaman; ella da las gracias, haciendo cortesías, y por su parte, hasta que lleguen otra romanza ú otras redondillas, cree que ha cumplido: lo que hagan los demás ya no es cosa suya, sino de ellos.

Y no le hablen ustedes del conjunto, ni de la verdad artística, ni de la atención á la réplica, ni de la persistencia del personaje; para ella no existe en la obra más que sus romanzas y sus redondillas; todo lo demás de la comedia ó del drama ó de la zarzuela es relleno puesto allí por el autor con el solo propósito de que ella saboree su triunfo y descanse.

Pues en el teatro del mundo abundan más todavía esos comediantes que ni escuchan, ni atienden, ni saben lo que se les dice: los hay entre ellos que se escuchan á sí mismos; pero los hay también que ni aun eso hacen, porque no hablan.

Estos, estos silenciosos sí que dan un chasco á cualquiera: como no dicen esta boca es mía, el interlocutor incauto supone que están escuchándole con atención grande, y resulta luego que ni le han escuchado, ni saben siquiera de qué les hablaba.

Conocí á uno de éstos—que no sé si llamar egoístas, porque el vocablo me parece poco expresivo;—conocí á uno de éstos hace ya muchos años, y no le perdonaré nunca lo mucho que me hizo charlar inútilmente. Tenía yo, por aquel entonces, el propósito de escribir una obra elemental de Matemáticas; pero como, á juicio mío, lo que la generalidad de los autores entienden por *elementos* no son tales *elementos*, sino ideas incompletas y casi siempre equivocadas de los preliminares de esa ciencia, había ideado un libro en que hubiera noticias de toda la Matemática, desde el algoritmo aritmético hasta las nociones del cálculo infinitesimal. Mi plan se reducía á encerrar en algunas páginas y condensar, de un modo asequible á las inteligencias poco desarrolladas de los niños, cuanto las Matemáticas contienen.

La empresa me parecía difícil y desde luego era arriesgada; por eso quise, antes de acometerla, consultar el intento con el sujeto aludido, que era, en la opinión general, uno de los matemáticos más sabios de España.

Busqué y encontré—pues por algo se dijo «*quaere et invenies*»—quien me presentase al sabio; me recibió amable, me despidió risueño y me concedió una audiencia ó entrevista, que de él solicité humildemente.

Llegó el día por mí impacientemente esperado en que había de celebrarse la entrevista; fuí bien recibido; el sabio me indicó el sillón, muy próximo al suyo, en que había yo de sentarme, y después de darme un hermoso veguero y de encender otro, me dijo que podía principiar cuando me pareciera oportuno.

Y empecé, efectivamente, con temor al principio, más animado luego, resuelto después, y hablé, hablé, hablé, no sé cuánto tiempo; siempre pasaría de dos horas, durante las cuales expuse detenidamente mi plan, indiqué sus fundamentos, señalé mis dudas y manifesté con franqueza las dificultades con que tropezaba.

Cuando hube acabado miré á mi oyente—es decir, al que consideraba yo como mi oyente—el cual se hallaba sumergido no sé si en profundo sueño ó en meditaciones profundas; del sueño ó de las meditaciones le sacó sin duda el silencio en que la estancia quedó cuando cesé de hablar, y entonces, sacudiendo con el dedo meñique de su mano izquierda la ceniza del cigarro, que fué á caer sobre un lindo cenicero de porcelana, me contestó muy afablemente:

—Nada, amigo mío, nada; tráigame usted eso cuando lo haya terminado. Se lo llevaré á Manuel Catalina, que es muy amigo mío, y me parece que no tendrá inconveniente en representar la obra.

Me parece innecesario decir cómo me quedé al oir aquellas razones tan fuera de tino.

Pues de eso, pueden ustedes creerme, está sucediendo todos los días.

Mujeres hermosas, á quienes hablan ustedes, y en tanto que las hablan se miran al espejo que tienen enfrente para ver qué tal les sienta un prendido; muchachas que, mientras hablan con usted, están haciendo *telégrafos* al vecino; políticos á los cuales, cuando ustedes les hablan de una crisis, están llamando la atención las formas de una tiple ligera, son cosas tan comunes, que no habrá quien no las haya visto, y aun estudiado muchas veces.

Moratín, el insigne autor de *El sí de las niñas*, lamentaba en una de sus comedias que no hubiese escuelas en que se enseñara *á callar*. No sería malo, en efecto, que hubiese escuelas de eso; pero las que han hecho, y hacen y harán siempre más falta, son otras en que se enseñara á escuchar. En esto, en saber escuchar se distinguen de las que no tienen educación las personas bien educadas.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

EL CHAMPAGNE.

I.



Al consignar el nombre del espumoso vino, de modo alguno pretendemos hacer nuevo encomio de sus gloriosas conquistas, ni mermar tampoco los triunfos de la celebrada región del NE. de Francia que ha propagado su fama con tal denominación.

Las geografías del país vecino dicen que la Champagne era una antigua provincia, vecina de las comarcas rhinianas, de la cual ha desaparecido el nombre en la moderna división administrativa, repartiéndose el territorio provincial en los departamentos de Ardennes, Marne Alto, Marne y gran porción de Aube.

Empieza al límite norte de la antigua Borgoña, hacia los 48 grados de latitud por el Alto Marne, subiendo por Aube al Marne bajo ó propio, para extenderse por Ardennes hasta pasados los 49 grados. En los cuatro departamentos dichos había el año anterior, de 1893, una superficie de viñedos representada por 48 978 hectáreas, y próximamente sobre 10.000 hectáreas menos que en 1866. No puede decirse que esta disminución haya dependido de la plaga filoxérica; pues, aun sin existir todavía en 1880, ya se notaban 5.000 hectáreas menos. En esta superficie de vinos se presentan años de rendimiento muy crecido, que alcanza á más de 30 hectolitros de vino por hectárea, y otros que baja á 7 hectolitros.

El clima de la región expresada, cercana á Bélgica, es más bien frío que cálido, pudiendo establecerse que su temperatura media anual es de 10° á 11°. Los departamentos del Aube y del Alto Marne ocupan la situación más meridional, con clima relativamente templado, que oscila de 2° en Enero á 18° en Julio. Hacia el Norte del Marne y en Ardennes, el clima es más destemplado, de 1° en Enero á 20° en Julio. Es país seco, porque sólo se cuenta un día lluvioso por cada tres, dependiendo esto del alejamiento del mar, que hace conduzcan pocas veces lluvias los vientos dominantes del O. y del SO. El cielo se presenta frecuentemente cubierto, á pesar de la escasez de lluvias, y también menudean las tormentas. Para caracterizar mejor dicho clima, debe hacerse constar que se cultiva allí el maíz por la templanza estival, y es rayano el límite norte de la región propia de la vid.

El suelo de la Champagne se califica de poco fértil en general, y los barbechos ocupan el 18 por 100 del territorio, del cual se gradúa en cultivo de toda especie el 73 por 100.

La relativa extensión del cultivo de la vid en la Champagne, en los cuatro departamentos comprendidos, enumerando éstos por su situación de N. á S., se puede establecer del modo siguiente:

DEPARTAMENTOS DE LA CHAMPAGNE.	Superficie de viñedos. — Hectáreas.	Producción de vinos en el año 1893. — Hectolitros.
Ardennes	465	7.547
Marne	15.466	740.107
Aube	19.821	370.592
Alto Marne	13.226	212.580
TOTALES	48.978	1.330.826

La indicación de superficies y producción de vinos en cada departamento de la región expresada hace comprender la importancia de los tres últimos; pero tiene la supremacía el de Marne, cuyas viñas, en los distritos de Epernay, de Reims y de Chalons, producen los más finos y reputados vinos espumosos, ó sea los que dan fama á la Champagne: el departamento de Aube produce sólo vinos tintos, bastante estimados en varias provincias de Francia, á donde se exportan; los del Alto Marne viajan menos; y, en fin, los de Ardennes son de calidad inferior y no salen de la comarca. Por esta razón puede decirse que para apreciar las condiciones de la viticultura en la Champagne basta visitar la indicada zona del Marne.

II.

El viaje desde París á la Champagne es cómodo y puede hacerse en unas cinco horas, saliendo de la estación de Strasburgo á las siete de la mañana, para llegar á Reims antes de mediodía. En dicho tren se puede marchar sin interrupción hasta Epernay, Chalons, Nancy, etc. Se atraviesa por la estación del Est-Ceinture, después se pasa por cima del canal de Saint Denis, y, por último, se cruzan las fortificaciones, saliendo de París por cerca de la puerta de la Villette, dejando á la derecha los mataderos generales. No podemos detenernos en la contemplación de las agradables perspectivas de estos sitios, y seguiremos á todo vapor hasta encontrar la estación de Chateau-Thierry á eso de las nueve y media de la mañana. Sale el tren poco después, y á las diez llega á Dormans, primera estación del departamento del Marne, que se halla á 117 kilómetros de París. Cuarenta minutos después se llega á Epernay, siguiendo la vía férrea por la ribera del Marne, que deja á la izquierda el viajero. Es un trayecto ligeramente ascensional contra las corrientes del río y por su margen izquierda. Al otro lado de las aguas del Marne se van divisando las laderas cubiertas de viñas que ofrecen Mareuil, Ay, Dizy, Haut-Villers y Cumières, las cuales vienen á ser vertientes ó de-

rivaciones de la montaña de Reims, que afluyen á esta ribera. A la derecha también se observan colinas más perceptibles al acercarse á Epernay, donde alternan las vides con los manzanos y los bosques: la zona de sus viñedos se extiende desde Epernay por Thierry, Moussy y Avize con dirección al Levante, y bajando desde Avize hacia el Sud por Oger y Mesnil á Vertus. Desde la montaña de Vertus descienden estas estribaciones de colinas hasta la ribera del Marne.

Estamos en Epernay, la renombrada villa de la Champagne, tan conocida de cualquier buen *gourmand*, y que en su situación y condiciones es ciertamente bastante agradable. Las estadísticas le asignan en la actualidad 15.500 habitantes, pudiendo graduarse el aumento de 6.000, al menos, en el período de los últimos veinticinco años. Esto demuestra su rápido engrandecimiento. Habremos de prescindir de la descripción de sus notables iglesias, de su Palacio de Justicia y de los bellos hoteles que presenta su *faubourg* de la Jolie, entre los cuales se destaca el suntuoso *chateau* Perier. Prescindamos también de su hermoso paseo del Fard: si subiéramos á cualquiera de las alturas próximas á la villa, disfrutaríamos de un panorama encantador, en el cual forman los más caprichosos dibujos las viñas, los verjeles y los numerosos caseríos de su campiña. Epernay forma el corazón, puede decirse, ó centro industrial de la zona que allí denominan Ribera del Marne. La roca cretácea, que constituye el suelo de sus colinas, se presta de un modo admirable á la perforación de inmensas cuevas ó bodegas, donde se almacenan y conservan los afamados vinos espumosos por millares ó por millonadas de botellas, en filas perfectamente alineadas; las galerías de algunas cuevas tienen un desarrollo lineal de 8 á 10 kilómetros de longitud, capaz de contener sobre tres millones de botellas.

Epernay dista 142 kilómetros de París, 31 de Chalons y 30 de Reims. La capital del departamento, Chalons-sur-Marne, aventaja poco en población á la villa nombrada, pues sólo cuenta con 20.236 habitantes; pero posee también hermosos edificios y cuevas de grandes dimensiones. Dejando el valle del Marne, y caminando hacia el Norte, se atraviesa el bosque de la Montaña de Reims, y después el túnel de Mont-Joli, para llegar á la otra zona de notables viñedos, en los contornos de la antigua ciudad de Reims, centro el más importante y populoso del departamento. Los últimos censos dan á Reims 81.328 habitantes. Mucho tendríamos que apartarnos de nuestro propósito para indicar siquiera algunos de sus notables monumentos; pero no es posible pasar en silencio la magnificencia de su Catedral de *Nôtre-Dame*, edificio gótico, cuyos calados y filigranas son una maravilla. Es de los más ricos y suntuosos de Europa, exceptuada la catedral de Milán. Se empezó á edificar en 1212 por orden del arzobispo Alberico de Humbert, habiendo dirigido su construcción sucesivamente varios arquitectos: el más conocido es Roberto de Cousy, muerto en 1311. La magnífica fachada es del siglo XIV: la longitud exterior del edificio mide más de 149 metros, y las dos torres de su frente se elevan á 83 metros por encima del pavimento. Las dimensiones interiores no bajan de 138 metros de largo, 30 de ancho en la nave y 49 en el crucero, con más de 37 metros de altura de bóveda. También merecerían algunas palabras su *Hôtel de Ville;* sus hermosos *boulevards*, que desde la estación del ferrocarril, inmediato á los paseos públicos, forman los llamados *Boulevard du Temple* y *Boulevard Gerbert;* sus calles de Libergier y de Vesle, como otras muchas de buenos edificios y agradable perspectiva. Pero nuestro objeto actual no puede cifrarse en descripciones artísticas.

III.

El crédito del vino de Champagne le hacen remontar algunos historiadores á la época del siglo XI, durante el reinado del papa Urbano II, que prefería el vino tinto de Ay, todavía no espumoso; pero el típico vino, que hoy tiene tan notoria fama, no empieza á ser conocido hasta que en 1709 ó 1710 lo descubrieron un fraile benedictino de la abadía de Haut-Villers, según algunos, ó un joven cortesano de Luis XIV, según otros.

Cuentan los cronistas de aquel tiempo, que cuando el Duque de Vendôme perdió el favor Real en 1709, se retiró de los negocios, consolándose en los alegres festines del castillo de Anet, donde todas las noches reunía varios jóvenes de la nobleza, entre los que se contaba Mr. Sillery, oriundo de la Champagne, donde poseía un buen viñedo, con bodega bastante surtida de vino espumoso, resto de cuantioso patrimonio disipado en las aventuras galantes de la época. Tuvo la idea Mr. Sillery de que el voluptuoso y mágico palacio de Diana de Poitiers sirviera de pedestal á la reputación del bullicioso y chispeante vino. A este propósito imaginó una escena de efecto teatral, presentando una noche doce bellas jóvenes coronadas de pámpanos, y llevando en sus manos linda canastilla de flores cada una. Al presentarse con tan curioso cortejo, le grita uno de los comensales:

—¿Estás loco, Sillery?

—¿Qué hemos de hacer con esas flores? —dice balbuciente el Duque de Vendôme.

—Sr. Duque—añade otro—Sillery está borracho y piensa ofrecernos laureles.

—Señores, yo no estoy borracho—replica Mr. Sillery—y os reclamo un instante de silencio, si esto es posible.

—Veamos, y explícanos qué significan tus flores, tus jóvenes adornadas de divinidades campestres, y tu intempestiva entrada en nuestro cenáculo—le grita una voz de mujer.

—Es bien sencillo—dice Sillery.—Los griegos coronaban de flores las ánforas destinadas á sus libaciones. Yo os traigo en cada una de estas cestas floridas todos los goces, todas las voluptuosidades y la más alegre embriaguez, con sus canciones, sus risas, su amor y su locura. Yo os traigo todo lo que ha podido crear el arte unido á la naturaleza en uno de sus resultados más perfectos, para la delicia de los espíritus y los paladares delicados. En cada una de estas canastillas existe una divinidad de los tiempos de Horacio; una maravilla, señores, que encierra cada una de mis olvidadas botellas de Champagne.

—¡Bravo, Sillery!—exclamaron á coro los convidados con delirante entusiasmo.

Aquella noche la cena del palacio de Anet se prolongó más que de ordinario, y el vino espumoso adquirió pronto general prestigio en la corte, dando á Mr. Sillery los medios efectivos de restablecer su fortuna.

Véase cómo las ruinas del suntuoso palacio edificado por Enrique II al extremo del bosque de Dreuk, en la encantadora situación de una de las más pintorescas riberas del Eure, no sólo recuerdan el homenaje Real prestado á la gentil Diana, si que también el trono levantado á la fama del Champagne.

Pero no todo el vino del Marne es del célebre espumoso. Sólo debe contarse con el 32 por 100 de la cosecha anual; por lo que la antes expresada de 740.107 hectolitros, representa del blanco únicamente 236.834 hectolitros. El resto de 503.273 es todo tinto, consumiendo los habitantes del departamento unos 250.000 hectolitros.

Aunque hayan disminuído algo los viñedos de la Champagne, revelan las estadísticas que el comercio ha ido marchando en corrientes de prosperidad desde 1861 á 1872, sosteniéndose bien hasta 1882, y aumentando algo desde 1888 á la fecha. Los resultados que publica la Cámara de Comercio de Reims, desde hace unos cuarenta años, dan idea clara del expresado desarrollo, y se puede condensar en las cifras siguientes, á partir del 1.º de Abril de cada año:

PERÍODOS ANUALES.	BOTELLAS EXPORTADAS		
	al extranjero.	á Francia.	Totales.
1861-62............	6.904.915	2.592.875	9.497.790
1871-72	17.001.124	3.367.737	20.368.661
1881-82............	17.661.366	3.190.869	20.862.235
1891-92............	19.685.115	4.558.881	24.243.996
1893-94............	17.359.349	4.876.518	22.235.867

Los nueve millones y pico de botellas, correspondientes al período 61-62, representaban sólo la exportación de 75.982 hectolitros (1), y la asignada al de 91-92 debe computarse en 193.952 hectolitros. Como se ve, por el período último, 93-94, la exportación que acusa el consumo interior de Francia, lejos de disminuir, continúa aumentando; pero ha quebrado un poco la venta con destino al extranjero. La Cámara de Comercio de Reims atribuye este movimiento retrógrado á las dificultades mercantiles que ha producido la elevación de tarifas arancelarias, dando lugar hasta producir la ruptura de relaciones comerciales con varias naciones.

Es también un hecho que, no sólo en Francia misma se imita el Champagne, como se hace en Saumur (departamento de Maine et Loire) y aun en la Turena, sino que muchos otros países tienen vinos espumosos, como sucede en la región rhiniana de Alemania, como pasa en el Norte de Italia y en sus montañas de los Abruzos, y en varias partes de Cataluña y Norte de España y aun en Portugal.

Dice á este propósito el ingeniero italiano Sr. G. B. Cerletti (2), que los *vinos espumosos y los aguardientes tipos* del Cognac, necesitan la base de uvas que maduren lentamente, y viñas situadas á suficiente altitud. Por lo demás, señala esta elaboración de vinos espumosos en Asti y Canelli, del Piamonte; en Conegliano, de Venecia; en Catania y Mazzara, de Sicilia.

En España, la *Exposición Vinícola* de 1877 dió á conocer los esfuerzos hechos en varias regiones adecuadas, especialmente en Logroño y Cataluña. Las muestras de imitación de Champagne presentadas por D. Joaquín González Estefani, de Cuzcurrita; las de D. Agustín Vilaret, de Blanes (Gerona), produciendo, según su declaración, 10.000 botellas cada año; las de D. Antonio Castell de Pons, de Constanti (Tarragona) y las de D. Francisco Gil, de Reus, fueron demostración bien fehaciente de lo que entre nosotros se puede hacer.

Para demostrar la oportuna tendencia de estos ensayos, debemos examinar aún las condiciones productoras naturales de la Champagne y lo que tienen de artificiosos sus procedimientos industriales, haciendo ver que con toda clase de uvas se puede hacer vino espumoso, con tal que se detenga oportunamente la fermentación y quede cierta dosis de glucosa sin fermentar disuelta en el vino.

EDUARDO ABELA.

Concluirá.

CHUCHERÍAS HISTÓRICAS.

UN ARTISTA SIN RIVAL.

Dad á un niño un papel y un lápiz, y á poca afición artística que tenga, le veréis «hacer caras» trazar figuras é intentar dibujos, más ó menos grotescos, según sus condiciones y aptitudes. Dadle papel y unas tijeras, y le veréis del mismo modo «recortar», con extremada paciencia, más ó menos groseras *siluetas* de las personas, cosas ú objetos que ve con frecuencia, ó que más llaman su atención.

Las disposiciones reveladas en el dibujo alcanzan en algunas ocasiones posterior desarrollo, oportunamente alentadas y favorecidas por los que saben verlas y apreciarlas, y convenientemente cultivadas y dirigidas por maestros inteligentes.

Las aptitudes demostradas en los «recortes del papel», ó son consideradas como frívolo pasatiempo sin «ulteriores consecuencias», ó, cuando más, son estimadas como buenas disposiciones para el dibujo, al que se procuran aplicar como estudio más «práctico» y provechoso.

Esta es la razón de que la *cisografía*, aunque en algún tiempo logró pasajera moda, ni es considerada como arte, ni tiene maestros que la enseñen, ni aficionados que la cultiven, sino como entretenimiento baladí para «trabajos»—digámoslo así—de todo punto insignificantes, sin mérito, importancia ni valor artísticos. El primer inconveniente que desde luego ofrece la *cisografía* es la imposibilidad de la corrección: las líneas trazadas en el papel ó en lienzo, pueden ser borradas y corregidas cien veces, hasta lograr que correspondan á las del modelo, ó que se aproximen ó ajusten á la perfección deseada; el corte hecho por la tijera en el papel no tiene arreglo ni corrección posibles si del primer intento no se consigue el acierto apetecido. La dureza de la línea, la «rigidez y frialdad» de la *silueta*, que nunca pueden dar á las figuras el «movimiento» y el «relieve» que les presta el rayado y la sombra del dibujo; la dificultad de conservar los «recortes», que, cuando una paciente labor los hace parecer finísimo encaje, pueden romperse al más leve descuido, inutilizando por completo en un instante el trabajo de muchas horas, sin compostura ni restauración posibles: y el escaso aprecio que alcanza ese género de obras, son otros tantos inconvenientes que se ofrecen al que intentara dedicarse á él.

Hubo un tiempo, sin embargo, como antes he indicado, en que la *cisografía*—que entonces recibió ese nombre—fué en Francia el pasatiempo de moda, primero en los salones, y después en todas las casas, en todos los establecimientos, en todas las tertulias, y aun en los paseos.

Un hacendista francés, Mr. Esteban de la Silhouette, especie de Amós transpirenaico del siglo XVII, logró tal reputación de hombre versado en cuestiones rentísticas y en asuntos «financieros», y consiguió inspirar al Rey y al pueblo tal confianza en las grandes reformas que prometía y en los extraordinarios recursos con que contaba para salvar la Hacienda pública y llenar las arcas del Tesoro, que al fin fué llamado al Consejo de Ministros, y aunque fué rudamente combatido por el poderoso partido cuyo jefe era el Príncipe de Conti, fué sostenido vigorosamente por la decidida protección de madama de Pompadour, y por el valiosísimo apoyo de un prestigio popular que acreció extraordidariamente con su primera operación, que en veinticuatro horas produjo nada menos que setenta y dos millones.

Su influencia fué extraordinaria: su popularidad, grandísima. Sus proposiciones eran aceptadas sin discusión, sus deseos satisfechos sin réplica. Pero pronto llegaron la decepción y el desencanto, y aquella popularidad y aquella fama se deshicieron como livianas pompas de jabón.

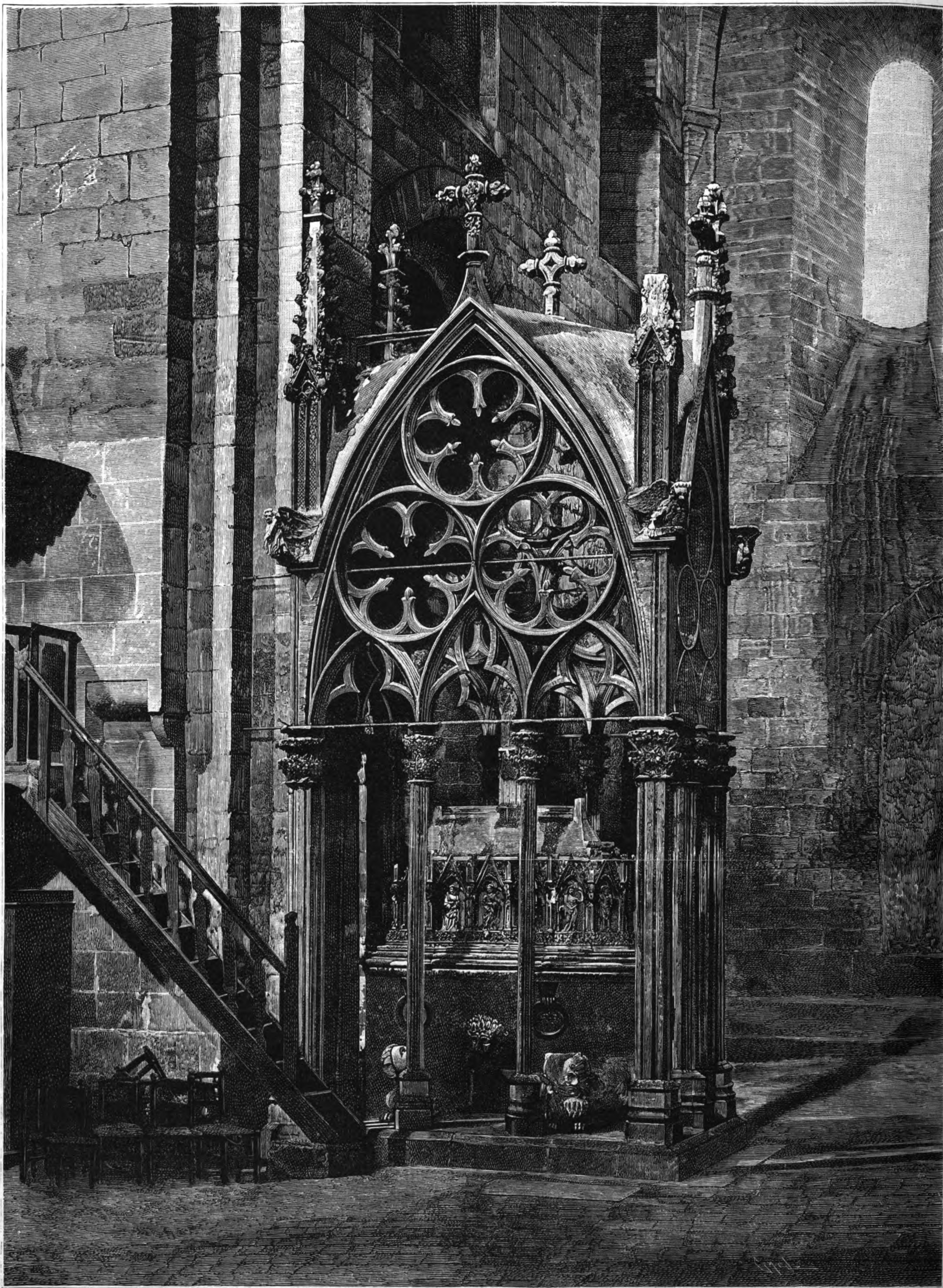
En vez de los beneficios y excelentes proyectos que todos esperaban, sólo se ocurrían á Mr. de la Silhouette planes descabellados, recursos tiránicos y operaciones torpes, propios solamente para llevar á la nación por rápida pendiente á la ruina, á la bancarrota y al descrédito.

Entonces ya se vió claramente que el famoso hacendista no tenía ni plan fijo ni ideas determinadas: que sólo procuraba salir del conflicto de hoy metiéndose en el apuro de mañana, y su estrella se eclipsó para siempre, y su nombre, antes aplaudido y ensalzado, fué objeto de las más crueles sátiras y de las más afrentosas injurias, no perdonando sus detractores para zaherirle medio alguno, desde la más desvergonzada cancioncilla, hasta la más mortificante caricatura.

El «perfil» de Mr. de la Silhouette era un tanto grotesco y pronunciado, y muy pronto sirvió á algunos picarescos dibujantes para hacer su retrato en forma caprichosa, como una gran mancha negra, cuyo contorno copiaba fielmente el perfil del desprestigiado hacendista.

Lo que comenzó por sátira política cayó después en gracia como novedad ingeniosa, y por todas partes se veían retratos *á la silueta*, que todo el mundo hacía valiéndose del sencillo procedimiento de fijar con carbón ó con lápiz la sombra proyectada sobre un papel ó sobre la pared. Y en la fachada de las casas y en la arena de los paseos y en láminas hechas «ex profeso», en todas partes

(1) Aunque una barrica de 200 litros da 220 botellas próximamente, los cálculos se hacen al tipo de 80 centilitros por botella.
(2) En su Memoria titulada *Notas sobre la industria y el comercio del vino en Italia*, pág. 89.



SEPULCRO DEL REY DON PEDRO III DE ARAGON,
EN EL MONASTERIO DE LAS SANTAS CRUCES.
REPRODUCIDO DE LA «COLECCIÓN DE FOTOGRAFÍAS ARTÍSTICAS ESPAÑOLAS Y EXTRANJERAS» QUE HA FORMADO EN SUS VIAJES DE ESTUDIO D. ENRIQUE SERRANO FATIGATI.

PARÍS.—«SALON» DE LOS CAMPOS ELISEOS DE 1894.



DULCES RECUERDOS.

CUADRO DE LAMY.



se encontraba *la silueta*, precisamente cuando el imperio de Mr. de la Silhouette había terminado para siempre.

De la silueta dibujada se pasó á la silueta recortada, ora en papel blanco, que se pegaba sobre otro negro, ora en papel negro, que era colocado sobre otro de tonos claros; después de los retratos, ya hubo quien se atrevió á «recortar» paisajes, con sus casas, sus árboles y sus figuras, ejecutados con más ó menos detalles, según la destreza, habilidad ó paciencia del *cisógrafo*.

El abogado Juan Francisco Barbier, en su curiosísimo *Diario histórico y anecdótico del reinado de Luis XV* (1718-1762), ocúpase de aquella moda, de aquella «pasión» por la cisografía. «Por todas partes, dice un diario contemporáneo, se encuentran gentes ocupadas en «recortar papel». Nunca se ha visto vender tantas tijeritas. Hay quien ha inventado unas finísimas y especiales, y se dice que el inventor ha hecho una fortuna.» Los «recortes» llenaron los salones de paisajes y de escenas rústicas por el estilo de la que reproducimos en este artículo; algunos artistas llegaron á «siluetar» los árboles con la misma finura que si grabaran en cobre con ayuda del buril.

La moda pasó sin mayores progresos en la cisografía, hasta que, á los dos siglos, un artista español, ya muy celebrado y aplaudido por el público como excelente actor cómico, logró llamar también la atención realizando verdaderas maravillas artísticas con las tijeras y el papel. No eran sus obras siluetas más ó menos detalladas, sino verdaderos cuadros, en los que la tijera hacía cuanto podía hacer el lápiz ó la pluma. Sus retratos no se limitaban al contorno de la cabeza, á la copia del perfil, sino que tenían ojos y cejas, y cabellos y barbas perfectamente determinados, expresión exacta y parecido extraordinario, sombras y detalles, como pudiera tenerlos el mejor dibujado. Los cuadros no eran «siluetas de paisajes», sino cuadros de perfecto y completo dibujo, figurando entre ellos copias de grabados de algunas obras clásicas, como *Los Borrachos*, de Velázquez, en que la tijera no ha omitido detalle alguno de los que tiene el grabado, conservando su carácter, la corrección y grueso de sus líneas, la expresión de los rostros y la disposición de todas las figuras.

Le formó Dios de un sopapo
Para recortar papel,

decía una semblanza de aquel artista, hecha por los Sres. Palacio y Rivera en su libro *Cabezas y calabazas;* y era cierto que Dios le había hecho para ello, aunque no sé si de un *sopapo*, como aquellos escritores decían para buscar un consonante á su apellido.

Porque el actor notabilísimo que tales maravillas cisográficas hacía era D. Antonio Capo, cuyo nombre, sin duda, recordarán los que iban al teatro allá por la década de 1850 á 1860.

Como una prueba de los primores que en el papel hacía con la tijera aquel artista, damos aquí, reproducido en su tamaño, el recorte de una hostia, que el Sr. Capo ofreció á Su Santidad Pío IX, y que, aceptada por el Pontífice con grandes muestras de admiración y de aprecio, debe ser conservada hoy entre las innumerables joyas artísticas del Vaticano.

A más de los retratos y de los cuadros de diversa índole y género, hizo el Sr. Capo una colección de «facsímiles» que ha sido y es el asombro de cuantos han tenido ocasión de verla. Aquello es «escribir con la tijera», pero escribir no sólo conservando el carácter y parecido de las letras, sino todos los detalles de la escritura.

Ofrecen estos trabajos cisográficos, á más del indicado mérito, ya suficiente para ser apreciados no como frívolos pasatiempos sino como verdaderas obras de arte, *únicas en su género,* otra particularidad notable. En unas el «recorte» debe ser colocado sobre fondo negro, para ver el dibujo, como en el que hoy publicamos; en otras, el papel determina las sombras, debiendo ser mirado el cuadro como transparente, ya á la luz del sol, ya colocando detrás de él una luz cualquiera. Este particular estudio de las sombras hubiera acreditado al Sr. Capo como consumado dibujante; pero para que resultase más prodigioso, el artista que lo realizaba..... no sabía dibujar.

Grandville, famosísimo dibujante francés, muy conocido por los ingeniosos «caprichos» que hacía con su lápiz, también cultivó la cisografía, inventando unos curiosos recortes caricaturescos, hechos en naipes, que puestos entre una luz y la pared proyectaban figuras grotescas y graciosísimas.

Pero ni Grandville ni nadie ha llegado á hacer por este medio obras de verdadero arte como las que han motivado este artículo, no obstante ser antiquísima y general la afición á la cisografía.

En una obra francesa titulada «*Enciclopediana*. Colección de anécdotas antiguas, modernas y contemporáneas», he leído que «el emperador Rodolfo ofreció cien mil ducados por un libro en 8.º que en 1640 estaba en la biblioteca del príncipe Singen. Titulábase: *Liber passionis D. N. J. C., cum figuris et characteribus ex nulla materia compositis;* libro de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, con figuras y caracteres que no son «de ninguna materia». La solución del enigma es ésta. Las hojas de aquel libro eran de pergamino, en el que estaban cortados con la punta de un cortaplumas, ó de otro instrumento á propósito, todos los rasgos de las letras con que se acostumbra á escribir ó á imprimir sobre el papel, de manera que colocando entre las hojas un papel negro, ó mirándolas por el derecho, á la luz, todas las palabras podían ser vistas y leídas perfectamente.

Por desgracia, en estos tiempos no hay emperadores Rodolfos, y las maravillosas obras cisográficas del Sr. Capo, *artista sin rival* en este género, muy superiores en mérito é importancia al mencionado libro, en vez de ocupar digno puesto en un museo ó en una biblioteca, donde puedan ser vistas y apreciadas, permanecerán ocultas y desconocidas en poder de la familia que hoy las posee, ya que no *expuestas* á la admiración, *expuestas* á que se destruyan, perdiéndose para siempre unos trabajos que ni han tenido, ni tienen, ni acaso tendrán en el mundo semejantes.

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ.

EL PANCO HOLANDÉS.

(EPISODIO HISTÓRICO DE MINDANAO.)

I.

ALLÁ en Noviembre ó Diciembre de 1882 hubo de remontar el río Grande ó Pulangui de Mindanao un *panco* (1) de construcción malaya, que, procedente, no sé si de Java ó las Célebes, venía recorriendo aquellas costas y comerciando, de un modo más ó menos ilícito, con los naturales. En su mástil arbolaba el pabellón holandés, y la tripulación se componía de ocho malayos, también súbditos de Holanda, é iguales en su tipo, religión y costumbres á los *moros* de nuestras islas, aunque de mejor condición, ó siquiera más dominados por sus rubicundos y calmosos, pero enérgicos, conquistadores.

El patrón ó capitán del buque era un mestizo por cuyas venas corría sangre flamenca; extraña combinación de las revueltas ondas del Océano Índico y sus mares adyacentes, con las mansas del Zuydercée.

¿Qué cargamento llevaba á bordo? ¿Telas? ¿Armas? ¿Opio? ¿O qué otra materia de contrabando? Porque no debía de ser cosa muy permitida, cuando en vez de fondear en Pollok y allí cumplir con las formalidades aduaneras, prefirió dirigirse desde luego río arriba y, sin detenerse en Cottabato, fondear enfrente de esta población española, junto á la misma casa del Sultán.

(1) Buque de cabotaje.

Así es que las autoridades del distrito no tuvieron la menor noticia del tal *panco*, hasta que un día vióse á su patrón cruzar por las calles de Cottabato y hacer varias compras en las tiendas de los chinos. No faltó quien avisase al Gobernador político-militar, y éste apresuróse á ordenar la comparecencia del holandés en la Casa-Gobierno.

—¿Qué hace usted aquí? ¿Con qué autorización ha entrado en el río y comercia con los moros?—Eso parece ser que le preguntó.

—Señor—repuso el marino por medio de intérprete—soy un pobre mestizo holandés, sin más hacienda que mi embarcación. Con ella me dedico al cabotaje en mi país, hasta ahora que se me ocurrió venir á éste. No traigo en regla la documentación del buque; pero pienso dirigirme en seguida á Zamboanga, donde la arreglaré.

Y no se sabe qué otras razones más y qué súplicas emplearía el hombre, quien al fin, mediante la promesa de salir del río al día siguiente, obtuvo indulgencia para su falta y aun fué convidado á comer por el Gobernador.

Mucho se habló de esto, y no faltaron censuras para el jefe que ejercía interinamente ese cargo; un teniente coronel de infantería, bellísima persona, pero de carácter apático y débil. Los marinos de guerra, sobre todo, querían proceder por sí y ante sí contra el infractor de las reglas de navegación establecidas, y estuvo próximo á ocurrir un conflicto de autoridades.

Lo tomó también á pechos el chino contratista del opio (1), quien, temeroso del contrabando que pudiera tener el buque, pidió que se le autorizase para practicar en él un registro; y, en efecto, concedido que fué, dirigióse con un empleado del Gobierno y la correspondiente escolta al sitio donde aquél fondeara. De todo ello resultó que no conducía ningún contrabando, ó que lo había puesto ya en tierra.

Y con estas cosas hubo conversación de sobra en aquellos días entre los aburridísimos oficiales de la guarnición, únicos europeos, con el padre jesuíta, el Sr. Acosta y el juez de primera instancia, allí residentes.

II.

Unos ocho días después, á las diez de la noche, un centinela de la guardia de la cárcel de Cottabato, cárcel que está situada en la orilla del río, vió moverse un bulto entre las ondas á corta distancia de la margen. En la duda de si sería un pelotón de *quiapos* (2) ó un caimán, permaneció indeciso, y antes de que tuviera tiempo de dar el *¿quién vive?* surgió del agua, y á dos ó tres pasos de él, un hombre, que arrodillándose y abriendo los brazos, parecía implorar misericordia. Esta actitud detuvo al soldado, que ya se disponía á disparar su fusil y á defenderse con la bayoneta; así es que, entre firme y acobardado, dió el grito de *¡cabo de guardia!*, permaneciendo en actitud defensiva.

El cabo acudió presuroso con dos números más, á tiempo que eran ya tres asimismo los hombres que de rodillas imploraban perdón ó lo que fuese, pues otros dos salieron tras el primero. Interrogóles en tagalog y en *moro;* contestaron ellos en otro dialecto malayo, y así, medio entendiendo unas palabras y otras no, enteróse de que eran esclavos de los moros, que venían huyendo de su cautividad. Y como el caso parecía grave, dió aviso en el acto al Gobernador, quien envió el oficial de vigilancia para que se informase bien de lo ocurrido.

Y hecha toda suerte de diligencias é interrogados los fugitivos por el intérprete, vino á sacarse en limpio lo que sigue.

Los tres formaban parte de la tripulación del *panco* holandés, y habían sido hechos cautivos por los moros en unión de los otros cinco marineros de aquél. Ellos habían podido escapar, y por la noche lanzáronse al río, nadando en dirección á las luces de la ciudad española, y á riesgo de parar en las mandíbulas de los caimanes ó de perder las fuerzas y ser arrastrados por la corriente; que es allí el Pulangui muy ancho y caudaloso. La noche les había favorecido, pero ignoraban la suerte de un compañero que con ellos escapó. Mas éste presentóse por la mañana entre las mercancías que en su *banca* traía un chino al *tiangui* ó mercado. No sé si por buenas ó por malas pudo lograr salvarse así. Otros cuatro tripulantes quedaban, pues, en poder de los moros.

¿Y el capitán? Había sido asesinado.

¿Y el *panco?* Echáronlo á pique, después de saquear por completo su carga y equipajes.

III.

¿Cómo se desarrolló este drama? Según dijeron los malayos holandeses, el mestizo patrón ó capitán del barco había conseguido que el Sultán le comprase buen golpe de sus mercaderías. Pero al pagar fué ella. Negóse el Soberano moro á abonarle el precio convenido. Siguieron disputas, y el resultado final fué que una noche mandase levar anclas el holandés y se pusiese en franquía.

Pero no contó con la velocidad de las *vintas* del Sultán, las cuales le alcanzaron cerca de la desembocadura del río, haciéndole volver á viva fuerza. Por cierto que al cruzar por frente á Cottabato le amenazaron de muerte para que no gritase pidiendo auxilio á los *castilas*.

Una vez en presencia del Sultán, recriminóle éste y le amenazó con embargarle el buque. El mestizo repuso á eso que daría parte al Gobernador español, así como de cualquier atropello que con él se cometiese, pidiendo su amparo; y el buen *tao* (3) ante esa amenaza cedió en las suyas, dejándole en libertad de irse á donde quisiese con su *panco*, pero bajo la condición de no detenerse en Cottabato, ni comunicar con nuestras autoridades.

Por eso, al otro amanecer zarpaba la embarcación, y dejándose llevar por la corriente, seguía río abajo en busca

(1) En Filipinas están contratados los fumaderos de opio ó *anfión*, donde sólo pueden entrar los chinos, pero no los indígenas.
(2) Plantas flotantes que bajan de las lagunas.
(3) Hombre.

de la bahía Illana. Desde la cabecera (1) se le vió pasar tranquilamente, y al Teniente Coronel Gobernador se le quitó un peso de encima. El barquito aquel en el Pulangui constituía un grave compromiso para todos.

Hay en el río multitud de islas, algunas en los brazos mayores. Al llegar á una de éstas, salieron de improviso al encuentro del *panco* cinco ó seis *vintas* de moros. En menos que se cuenta, quedó saqueado y á pique, y en tierra el patrón y los marineros desnudos y amarrados á unos árboles.

Breve fué el consejo que celebraron en seguida los *sácopes* allá enviados por el Sultán; y como resultas de él, comenzaron todos, grandes y chicos, á entretenerse en probar el filo de sus *krises* en el cuerpo del malaventurado mestizo holandés, riéndose de sus desgarradores lamentos, hasta hacerlo materialmente tajadas. Después, sus restos, montón informe de carne, con los bejucos que lo sujetaran al tronco del árbol, fué á servir de pasto á los caimanes.

Los ocho marineros, como eran de raza malaya, vestían á lo moro, creían también en Mahoma, y pareciéronles recios y útiles, quedaron reducidos á esclavitud, llevándoselos al Sultan para que los repartiera.

Hízolo así éste entre los autores de la hazaña, y ya es sabido lo demás.

IV.

No es necesario decir qué impresión produjo en Cottabato el suceso; atentado número mil sobre los cometidos hasta entonces por los moros. El Gobernador se asustó verdaderamente por la responsabilidad que podía alcanzarle, pues si hubiese cumplido con su deber deteniendo el buque hasta que el capitán de él normalizara su documentación, ó por lo menos haciéndolo salir del río escoltado por un cañonero, nada habría ocurrido. Y lo peor era que se trataba de un súbdito de otra nación, de Holanda, que sin ser gran potencia no dejaría de reclamar diplomáticamente y habría de satisfacer España esa reclamación; pues súbditos nuestros eran los autores de aquel atentado contra el derecho de gentes; súbditos españoles, como lo son todos los habitantes de Mindanao, y á mayor abundamiento dependientes del único sultán que allí cobra sueldo del Tesoro español. ¡Buen lío se iba á armar!

Era forzoso, pues, proceder con energía. Y así se hizo, reclamando al Sultán la devolución inmediata de los cuatro malayos cautivos y del cargamento del buque, así como la entrega ó el castigo de los culpables.

Los marineros apresados fueron remitidos á la plaza al día siguiente; del *panco*.... devolvieron también unos *cabanes* (arquillas) vacíos y media docena de *petates* viejos..... y sobre los asesinos..... prometió el Sultán que los buscaría, pues por lo pronto *ignoraba quiénes fueran*.

Conformóse con esto el bondadosísimo Gobernador, y cayó entonces en la cuenta de que no sabía qué hacer con los marineros malayos. Lo más sencillo era embarcarlos en el primer vapor para Manila, donde pudieran ser puestos á disposición del Cónsul de Holanda. Pero precisamente esto sería el comienzo del lío. ¡Y bueno se pondría el Capitán General! Como que habríamos de indemnizar á los herederos del mestizo, y, lo que es peor, que castigar á los moros, *provocando un conflicto*, uno de esos conflictos que de orden superior peninsular é insular estaban terminantemente condenados *á priori*.

Así es que se adoptó otro procedimiento. Dar cuenta al Gobernador general reservadamente de lo acaecido, y enviar los malayos á la misión de jesuitas de Tamontaca, donde por los padres serían mantenidos, haciéndolos trabajar, por supuesto, para que no viviesen en la ociosidad, madre de todos los vicios.

Y á Tamontaca vinieron los ocho, y yo, que mandaba entonces aquel destacamento, recibí orden de entregarlos en la Misión....., y diez ó doce días después.....

Diez ó doce días después se presentaba en el fuerte uno de los jesuitas, el P. Juanmartí, á decirme que los malayos consabidos se habían apoderado por la noche de una *banca* grande de la Misión, y de víveres y otros efectos, escapándose Pulangui abajo, sin duda en demanda de su país, al que llegarían seguramente, por el conocimiento que tendrían, como buenos navegantes, de aquellos mares y costas.

¿Han visto ustedes qué combinación?

Porque nadie creyó, entre los que por allí estábamos, en la *espontaneidad* de aquella fuga..... que impedía entregarlos en Manila al cónsul de Holanda.

....

Nos quedamos, por consiguiente, tan sólo con los cabanes y petates viejos.....; pues respecto á los asesinos, como entonces andaba el cólera por allí, quiso Alah valerse de él para castigarlos, ya que todos, *sin exceptuar uno*, murieron de la epidemia en aquellos días.

Así al menos se lo escribió el Sultán al Gobernador, tomándole el pelo, ó la melena al mismísimo león de nuestro escudo.

JUAN LAPOULIDE.

DE PESCA.

Cuando yo era niño..... (De esto
Hace ya más de diez años.
Puede que haga veinte..... Y puede
Que haga ya sus treinta largos:
Y los hace, de seguro;
El tiempo pasa volando.)
Pues, cuando era niño..... (¡Y van
Dos niños en poco espacio!)
Aquí, á la orilla frondosa
De este inquieto mar Cantábrico,
De las playas siervo humilde
Y de las rocas tirano,
Que entre la arena suspira
Y ruge entre los peñascos,
Y que besa cariñoso
Ó muerde desesperado,
Según le ponen cadenas
Ó le ofrecen lecho blando;
Que siempre mares y pueblos,
Grandes y libres, pagaron
Las durezas con rugidos,
Las blanduras con halagos:
Pues aquí..... (¡Ya no recuerdo
En donde estoy..... ¡Ah! sí, en Castro.)
Pues aquí me aficioné
A pescar cuando muchacho,
Y aquí me tienen ustedes
Pescador ya veterano;
Mas no de caña: la caña
No entró jamás en mis cálculos;
No tengo paciencia, ni otros
Requisitos necesarios.
Quiero pescar en el agua
Lo mismo que en el Parnaso,
Sin corcho ni larga espera.
¿Que pican?..... Tirón al canto.
¿Que no pican?..... Pues á casa;
Pero todo sin pensarlo,
Sin pulir versos ni anzuelos,
Ni argumentos, ni aparatos.
La pesca ligera es
Mi diversión, y pescando
Paso mi vida. En invierno,
Zarzuelillas en un acto,
Y julias, bogas y durdos
Y jarguas en el verano.
A la chica de la fonda
Le tengo muy encargado
Que me saquen la gusana
Por la mañana temprano,
Pues si no sacan el cebo
No pesco, y me doy al diablo.
A quince brazas de altura,
Sobre un peñón escarpado,
Que fué castillo en su tiempo
Y que es hoy luciente faro
(Pecador arrepentido
Tal vez de un crimen pasado),
Allí me voy á la una
Y me estoy hasta las cuatro,
Unas veces sonriendo
Y otras veces suspirando,
Según el pez llega arriba
Ó el pez se me queda abajo.
Ninguno como la julia,
De tintes tornasolados,
Con franjas rosa y naranja
Y reflejos azulados,
Como la anguila süave
Y sabrosa como el barbo.
El pancho pica muy bien,
Pero es muy pequeño el pancho,
Y hasta que llega á besugo
No me seduce el pescarlo.
A la pesca del bonito
Ser no puedo aficionado
Por natural simpatía,
Porque, al fin, más bien soy guapo
Que feo, y *mis semejantes*
Me inspiran amor cristiano.
La pesca..... ¡Bendita pesca!
¡Por ella del mar salado
Recibo la fresca brisa,
De la roca en lo más alto,
Y por la pesca recibo
Mis duchas de cuando en cuando,
Cada vez que en blanca espuma,
Rota la ola en mil pedazos,
Sobre mi cabeza cae
Cual nuevo bautismo santo!

JOSÉ JACKSON VEYÁN.

Castrourdiales, Septiembre 94.

CANTARES.

Te pasas la vida
Como la moneda,
Sin querer á nadie, de una mano en otra,
Rueda que te rueda.

Deja que te mire, madre;
Que no hay nada en este mundo
Que valga lo que tú vales.

Tengo el semblante amarillo,
Y no es por falta de sangre,
Es por falta de cariño.

Compadéceme, gitana,
Que quisiera darte un mundo
Y no puedo darte nada.

He de ser contigo
Lo que *pa* mí fuiste;
Te he de ver con la cara muy blanca,
Los ojos muy tristes.

Más triste voy que un sepulcro,
Rodando por esas calles
Y andando por esos mundos.

Á aquel que quiere de veras,
Los suspiros se le escapan,
Las palabras se le quiebran.

No quites al campo el agua,
Ni á la enramada la fuente;
No les quites á mis ojos
Que con los tuyos se encuentren.

Después de mirar al cielo
Se quedó un sabio pensando;
Y después de pensar dijo:
¡Lástima que esté tan alto!

E. PARADA.

TEMPLO DE BUDHA EN COLOMBO.



EL segundo grabado que ofrecemos á nuestros lectores en la pág. 204 representa el templo que los cingaleses de Colombo, capital de la isla de Ceylán, han dedicado al culto de su dios, el divino *Sakia Muni*, *Budha*.

El templo, mirado así á primera vista, tiene cierto aspecto juguetón y pueril; hay mucho de chinesco en sus techos cónicos y en las figuras y monstruos que parecen custodiar sus puertas y sus cornisas.

Si el lector fija su atención un poco en el grabado que sirve de tema á este artículo, observará en este templo búddhico una exagerada riqueza de detalles, que constituye una verdadera complicación para un análisis detenido. Las formas atormentadas, la exuberancia de la decoración, y la riqueza ornamental de este templo, son signos fijos y característicos de la arquitectura de la India.

Este templo, de ladrillo y madera, es de muy moderna construcción; por más que el plan de edificación del mismo obedece á un género arquitectónico muy antiguo.

La arquitectura india está llena de originalidad, y además se distingue por una ejecución de insuperable maestría. Estos dos hechos incontestables han servido de base á las diferentes disquisiciones habidas sobre la filiación arquitectónica de la India, dando vida, al propio tiempo, á muchos errores que han circulado sostenidos algunos por sabios indianistas.

Generalmente se atribuía grande antigüedad á los monumentos indos; pero prolijos y concienzudos estudios practicados sobre los mismos, han venido á demostrar que la mayor antigüedad de los templos de la India es posterior á la desaparición de las civilizaciones egipcia, asiria y persa; es coetánea con la decadencia de la civilización helénica y con el comienzo de la civilización romana.

Como la India ha tardado mucho en hacer su aparición en la historia, especialmente en la historia de las artes, y como además este pueblo había subsistido siempre en el mayor aislamiento é incomunicación, al contemplar la originalidad exuberante de los primeros templos índicos se creyó desde luego que su ejecución obedecía á un orden de arquitectura propio.

Y sin embargo de ello, esto no es verdad, como tampoco lo es, cual suponen muchos, que la India pidió á la Grecia sus artes, entre ellas su arquitectura.

Fíjese el lector en el grabado, y diga en conciencia si la complicación y lujo de detalles del templo búdhico puede compararse con la sencillez correcta y fría que constituye el espíritu metódico y claro de la arquitectura de los griegos.

La Grecia y la India han tenido un período de contacto; las arquitecturas inda y helénica subsistieron lado á lado, como hoy subsisten la inda y la europea sin influirse jamás; aquellas dos toman su origen en una arquitectura común á ambas: la egipcia; sin embargo de todo esto, se rechazan la una á la otra, se repelen con fuerza, van perdiendo las primitivas formas de sus orígenes prestados, y van convirtiéndose en arquitecturas desemejantes, propia cada una de ellas de su pueblo y de su raza, obedeciendo á aquella ley etnográfica que dice: «Dos razas superiores en presencia no ejercen ninguna acción una sobre otra cuando, á consecuencia de estructuras mentales muy diferentes, poseen civilizaciones incompatibles.»

Véase en el grabado los *gopurans*, esos tres arcos que forman la entrada de la *pagoda búdhica*, y que, aun cuando pequeños, porque las proporciones de este templo no son grandes, son copia exacta de las grandes puertas piramidales de las *pagodas* de la India, y dígase si no son muy semejantes á los propilones y á los pilones de los templos egipcios.

Lo que hay es que la arquitectura india ha tenido como primer modelo á la arquitectura de Persia; y si bien ésta lo tuvo á su vez en la Asiria y ésta en el Egipto, la influencia egipcia ha llegado á la India muy atenuada, por el paso de estas arquitecturas intermedias, así como la Grecia tomó sus modelos del Egipto, por intermediación de los fenicios y de los pueblos del Asia menor.

Examinado el templo con detención, habiendo admirado profundamente la gran originalidad que es signo característico de esta obra arquitectónica, llamé á la puerta del mismo con un llamador de hierro, y á poco abrió aquélla un anciano de larga y venerable barba blanca, y de aspecto algún tanto fantástico. Este santo barón era el *bonzo* á quien estaba encomendada la custodia de aquel sagrado lugar.

Manifestéle que mi objeto era visitar el interior del templo; y por los ademanes que hizo y el hecho de franquearme la entrada, comprendí que accedía á mi ruego con la mayor afabilidad.

El interior del templo no es menos curioso que el exterior, aun cuando de muchísima menos riqueza artística.

(1) Capital de la provincia ó distrito español.

Las paredes presentan bajos relieves y figuras de fantásticos personajes. Hay muchos ídolos de madera y pinturas de dioses y hombres de un tamaño mayor que el natural. Algunos monstruos de porcelana son muy grotescos. La mayor parte de las estatuas son defectuosas en sus proporciones, pero revelan esa grandeza y esa solemnidad que tanto admiramos en las obras escultóricas egipcias.

Casi todas las figuras estaban representadas de pie, como formando guardia alrededor de un dios *Budha*, de tamaño colosal, que estaba echado, recostando la cabeza sobre una mano, pintado de un amarillo y verde tan subido de tono, que me parece que aun no se han apartado de mi imaginación ni de mi vista aquellos colores tan chillones y tan de brocha gorda prodigados.

El sacerdote no mostraba aversión alguna á enseñarme su templo, ni á que examinara y escudriñara todo; así es que, bien á mi placer, me aproveché de tamaña afabilidad. Solía ocurrir, sin embargo, que alguna vez faltaba la llave de algún mueble donde guardaban reliquias, como sucedió con la de un armario que contenía el arco y las flechas del demonio.

Yo dudé algún tanto en creer si el no enseñarnos esto sería por el temor de que profanaramos tan, para ellos, sagradas reliquias, ó si, como parece más probable, obedecía al hecho, sobrado elocuente, de que allí no había arco, ni flechas, ni demonio, ni nada.

En general la ornamentación interior, las vasijas que contenían flores y luminarias, todo ello era de un gusto bastante deplorable, sin nada que revelara afición al arte ni á la simetría.

Por fin, después de una bien detenida visita, llegó el momento de salir del templo, y al ir á despedirme del *bonzo*, me presentó un recipiente de metal, muy parecido á los cepillos que llevan en las iglesias los monaguillos para recolectar el importe de las sillas ó las limosnas para el culto, en ademán de pedirme que echara algo en él.

Creí que se trataba de dar una gratificación al *bonzo*, por su trabajo en enseñarme el templo, y eché, en efecto, una rupia (medio duro.)

Grande fué mi asombro al ver que, cuando iba á abandonar el templo, me alarga la mano el *bonzo* pidiéndome una gratificación. Le expresé que ya la había echado en el cepillo, y me dijo con gran impasibilidad que aquello era para el culto de *Budha*.

Tuve, pues, que darle á él otra rupia, y marcharme, entre los ademanes de afecto y consideración con que el *bonzo* me despedía, con el sentimiento católico de haber contribuido á propagar el culto de *Budha*, aun cuando mitigado con la reflexión que me hice de que no serán muchos los prosélitos que puedan hacer con una rupia.

EMILIO BRAVO.



D. RICARDO VIÑES,
PIANISTA ESPAÑOL,
PRIMER PREMIO DEL CONSERVATORIO DE PARÍS.
(De fotografía de A. Gerschel.)

POR AMBOS MUNDOS.

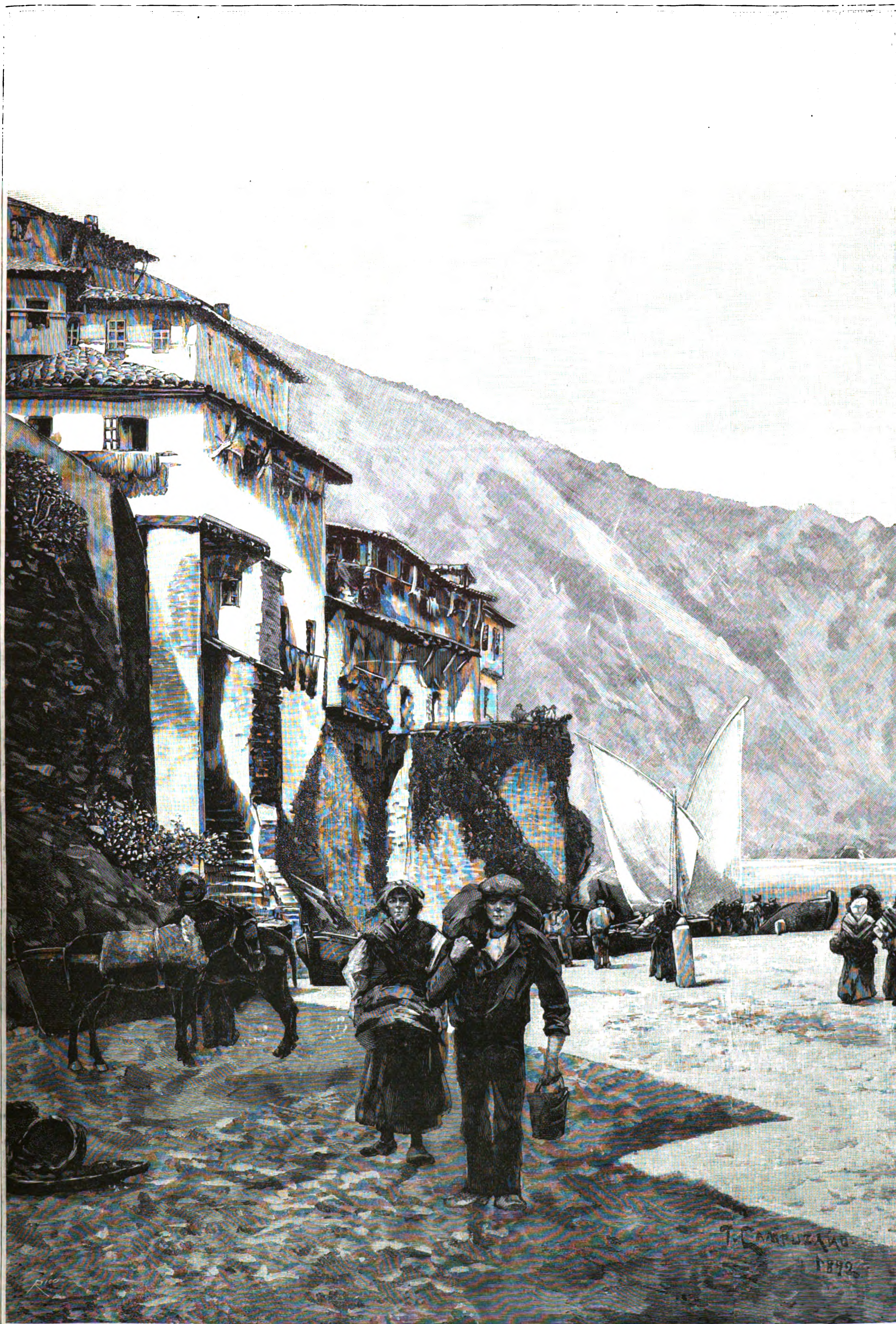
NARRACIONES COSMOPOLITAS.

Rusia: la campaña social de María de Manaceine: un libro contra el anarquismo manso del Conde Tolstoi.—Los presos políticos en Rusia: revelaciones de George Kennan: las prisiones de Petropavlovsk, de Odessa y de Kieff: el aislamiento, el silencio, la inercia.—La locura y las enfermedades: casos múltiples: las reformas.— La vida en los calabozos.—Los martirios y su influencia en la obra de Tolstoi.

Hay en Rusia una mujer ilustre, á la que toda la Europa culta conoce y admira, llamada María de Manaceine, fisióloga y moralista profunda, que ha estudiado y trabajado durante treinta años los problemas sociales más interesantes de nuestro tiempo, y que en la literatura y en las ciencias es uno de los propagandistas de más recto y buen sentido que tiene nuestra generación. El hermoso libro que publicó, titulado: *El exceso de trabajo mental en la civilización moderna*, le dió envidiable fama en su país y en las demás naciones, donde se lee y se sabe mucho. Pues bien, María de Manaceine acaba de dar un solemne recorrido al gran novelista paisano suyo conde León Tolstoi, á consecuencia de haber publicado éste recientemente una obra titulada: *El remedio está en vosotros*, que no es otra cosa que una cartilla ó guía dogmática del anarquismo manso, «ajustado, dice el novelista, á los principios del Evangelio». El misticismo extravagante de Tolstoi, impulsado desde hace mucho tiempo en una dirección, si no revolucionaria, porque resulta cándida é ineficaz, á lo menos apasionada, radical y anacrónica, le ha convertido en exaltado predicador de los remedios con que las clases desheredadas han de mejorar de suerte, resultando su campaña una tentativa más, muy bien expuesta, muy original y muy curiosa, pero tan impotente como las que en el resto del mundo se sostienen por los filántropos ingeniosos para conseguir que no haya pobres, ni miserables, ni desgraciados, y que las clases proletarias se impongan de golpe y porrazo á la clase media y á la rica y aristocrática, y la anarquía á la ley, á la organización de los Estados, á los ejércitos, á las potestades y á las imposiciones inevitables é invencibles de la selección natural y moral del progreso. En esta fase literario-filosófica resulta Tolstoi ser uno de tantos, así como en la literatura artística es uno de los poquísimos que brillan por su genio. Conocido su nuevo libro, le ha salido al encuentro María de Manaceine, publicando á su vez otro, que ha denominado: *La anarquía pasiva y el Conde de Tolstoi*, en el cual le demuestra, con sus mismos argumentos, que ha interpretado el Evangelio á su gusto, y, por consiguiente, mal; y refuta de un modo admirable, basándose en los estudios más profundos y adelantados de la sociología, de la fisiología y de la biología, y «á la



MADRID.—ENSAYO DE SERVICIO POSTAL VELOCIPÉDICO, PRACTICADO EL 23 DE SEPTIEMBRE ÚLTIMO, ENTRE VALLADOLID Y MADRID.
LLEGADA DE LA ESTAFETA AL MINISTERIO DE LA GOBERNACIÓN.
(De fotografía de D. J. Coll.)



ASTURIAS.—RIBERA DE CUDILLERO.
DIBUJO DE D. TOMÁS CAMPUZANO.

luz de la conciencia humana», cuantas doctrinas antisociales é imposibles ha emitido Tolstoi en esta nueva glosa evangelista. Y no sólo resulta ser el libro de la insigne publicista rusa un magistral trabajo de crítica, sino que, con motivo de la cuestión que en él se analiza y debate, formula muy sensatas y serias apreciaciones personales acerca de asunto tan trascendental y tan íntimamente relacionado con la vida, con la religión y con la ciencia. La obra de la ilustre dama es el rudo golpe que una energía bien templada en los conocimientos científicos asesta á la poética imaginación de un literato eminente. En esta lucha no cabe esperar largos combates, porque la literatura estará siempre por bajo de la ciencia, y porque, aunque el ingenio se revuelva y haga maravillas en el estilo y en el humor del campo de las letras, nunca podrá quitarse de encima el peso con que le abrumará la razón.

°°°

Pero en Tolstoi, como en todos los que viven y discurren en aquel medio ambiente del despotismo moscovita, hay siempre una razón y muchas razones, si no para hacer que la anarquía y el Evangelio se compenetren y armonicen, para inclinarse del lado de los que sufren, que son muchos, y en contra de la crueldad, que es muy grande. Las razones, los hechos en que éstas se fundan, son muchos, y, contra lo que sucede, contra lo que se oye y lo que se sabe, se han levantado y se levantarán siempre la desesperación y la venganza, que se bautizan con los nombres de nihilismo ayer, de anarquismo hoy y de exterminarismo mañana. Por Inglaterra, Alemania y Austria anda en manos del público una curiosísima narración auténtica de los sufrimientos y martirios á que están sujetos en las cárceles y prisiones de Rusia los sospechosos y procesados por delitos políticos, escrita por el viajero de Siberia George Kennan, norteamericano, con el título de *Los prisioneros políticos en Rusia*, y que ahora se ha vertido al francés en Suiza. El procesado y condenado político en el colosal Imperio es el liberal, degenerado en propagandista radical, en nihilista platónico ó revolucionario, en anarquista instintivo, y algunas veces, desgraciadamente, en regicida. Y así como el que aspira á la regeneración política y sueña y trabaja con la revolución, extrema muchas veces sus propósitos y cae en la ceguedad, nunca disculpable ni defendible, de la violencia y de la venganza sangrienta, así el gobierno, por el camino opuesto, extrema y exagera la persecución, y convierte el trabajo de la justicia y la prevención en triste calvario de martirios y de muertes. Cuando sea posible publicar al detalle, y consignando la verdad pura, la historia de los sufrimientos de los detenidos y encausados políticos de Rusia, se caerá el libro de las manos y se saltará el corazón del pecho.

El aislamiento en el calabozo celular, muchas veces completamente obscuro; el silencio absoluto y la falta de ocupación, producen terribles estragos en la inteligencia de los pobres presos. Los sufrimientos y torturas físicas no tienen comparación con ellos.

Tener á un hombre ó á una mujer durante dos, cuatro ó más años en perpetua soledad y sin que jamás hable una palabra, es un tormento mil veces más terrible que la muerte.

Cuando la propagandista Vera Phillipova fué condenada, en 1884, á ser encerrada en la fortaleza de Schlusselburgo, pidió con insistencia, como supremo favor al tribunal, que la ahorcasen antes de encerrarla en el calabozo celular. El revolucionario Muishkin, detenido en la misma fortaleza, se decidió á morir de hambre; pero no pudo conseguirlo, porque el médico de las prisiones ordenó que se le diera de comer á la fuerza. Entonces pensó en hacer méritos para que le mataran, y en efecto, al recibir la visita del médico, se precipitó sobre él y le asestó unos cuantos puñetazos, á consecuencia de cuya agresión fué fusilado aquel mismo día.

La soledad y el silencio vuelven idiotas y locos á más del 15 por 100 de los presos. Para que el silencio no se altere lo más mínimo, los guardianes, los vigilantes y los soldados que están de servicio, usan una especie de zapatillas con suela de lana, de modo que se mueven por los pasadizos sin que nadie los sienta. Los detenidos no pueden dar golpe, ni hacer ruido alguno; pero á pesar de ello, en su desesperación idean ingeniosos medios para comunicarse con los que están en las celdas laterales ó encima ó debajo, aunque siempre expuestos á sufrir horribles castigos.

La escasa y mala alimentación produce el escorbuto, que hace estragos en las cárceles. En las de San Petersburgo hubo en 1884, sin contar las terribles de Petropavlovsk y de Schlusselburgo, 391 casos. El tifus, que es casi siempre hijo de la falta de limpieza y del aire impuro, produjo en Odessa 58 casos, en Kharkoff 73, en Saratova 121, en San Petersburgo 158, en Varsovia 261, en Perna 484 y en Moscou 1.206. No sólo se encierran en las cárceles los procesados, sino los sospechosos, á muchos de los cuales se les detiene uno y dos y más años antes de abrir el proceso. El abogado de San Petersburgo S. Gerard declaró en una vista ante el tribunal que, desde 1872 á 1875, se habían apresado por sospechas en aquella capital más de 1.000 personas, las cuales fueron encerradas en prisión celular por espacio de uno á cuatro años, sin que hubieran sido juzgadas más que 193, reconociéndose al fin la inocencia de cerca de 900. Á los 426 encarcelados como propagandistas en 1874 no se les empezó á formar causa hasta 1877, y la mayor parte vivieron aislados en celdas sin luz, esos tres años, para ser luego declarados inocentes. El temido general Strelnikoff apresó en Odessa 118 personas en tres días, y 89 en Kieff, y algunos centenares en Kharkoff, Nikolaief, Poltava y Kursk, entre ellas muchos niños y muchachos de quince á diez y siete años, gente infeliz en general, tenida por *neblagonadezhni* ó peligrosa por la policía. Los carceleros cumplen rigurosamente la orden de no hablar nunca con los detenidos, «*prikazano ne gavarit*», cuya terrible prohibición produce espantosos efectos en los desgraciados, á quienes se priva de toda comunicación con el mundo.

Cuando empiezan las primeras declaraciones del sumario, *dropos*, se les obliga por todos los medios posibles á que hagan una detallada confesión, *chisto-serdechni*, de cuanto sepan acerca de la conjuración, amenazándoles en caso contrario con la deportación á Siberia. Así lo hicieron con las tres hijas de Ivan Maximovitch Prisedski, hombre muy respetuoso con el Soberano, desterrándolas á los confines del Asia central. María Prisedski no tenía diez y seis años cuando salió para el destierro, y su hermano más pequeño fué enviado á la frontera de la Mongolia. Así también ocurrió con Cristina Ivitchevit, joven de diez y siete años, y con su hermano de catorce, que, detenidos en Kieff, en 1879, no quisieron delatar á su hermana mayor, después de haber sido fusilados otros dos hermanos por resistirse á que les apresaran, y fueron desterrados á Kirinsk, provincia de Irkutsh, á mil trescientas leguas de San Petersburgo. María Kaluzhnaya, hija de un comerciante de Odessa, fué arrestada en 1884, y viendo que no quería declarar, la engañaron en la cárcel, presentándola un documento falso que le aseguraron que era la declaración firmada de sus amigos, y en la cual resultaba gravemente comprometida. Cayó la joven en el lazo, y declaró, siendo puesta en libertad. Cuando vió que sus amigos fueron juzgados y condenados por su declaración, y que había sido engañada, adquirió un revólver, fué á casa del coronel Katanski, autor del engaño, y le disparó dos tiros, que le hirieron ligeramente (21 Agosto 84). Condenada por el consejo de guerra á veinte años de destierro, partió para Siberia, encadenada, en medio de un grupo de criminales, en unos días en que la temperatura era de 20° bajo cero. Igual procedimiento de engaño, para obligarlas á declarar, siguieron los jueces militares en Odessa con la Sra. Kutitonskaya y Srta. Fanny Morenis, pero sin resultado alguno, por lo cual fueron desterradas, aquélla al presidio de Irkustsh, y ésta al Trans-Baikal, donde aún están.

Otras veces se amenaza á los padres que viven en libertad, para que aconsejen que declaren á sus hijos encarcelados, y con cuyo motivo ocurren espantosas escenas en los calabozos, como la del estudiante Zhebunoff, de Kiew, y su anciana madre. Más de una vez se ha amenazado á pobres mujeres presas que estaban amamantando á un hijo, con quitárselo si no declaraban. El coronel Novikoff, de Odessa, que presidió el tribunal que condenó á las señoras Rossikova y Ana Alexeiva, y que después fué director del horrible presidio de las minas de Kara, en Siberia, decía que lo que debería hacerse para que declararan hombres y mujeres era desnudarlos de media cintura arriba y hacerles sufrir unas carreras de baquetas de dos mil á cinco mil golpes. Cuando murió en la prisión de San Petesburgo (1886) la Srta. Fedoteva, que tenía veinte años, no se permitió á su desolada madre recoger su cadáver para enterrarlo, é interrogado por ella el jefe de la cárcel, contestó secamente: «*Etta nasha diella*». «¡Ese es nuestro deber!»

El *Mensajero Jurídico* de Moscou publicó, en 1885, una curiosa relación del abogado y funcionario J. Reve, acerca de las cárceles rusas, demostrando que en ellas no se hace más que lo que se le antoja al despotismo de sus directores. Los procuradores, que tienen el deber de visitarlas todos los viernes, no lo hacen más que dos veces por año; los médicos no parecen por las enfermerías más que una vez por semana, y los sacerdotes nunca. Otro letrado, H. Timofeief, ha estudiado muy bien estas cuestiones, y ha propuesto bastantes reformas en favor de los desgraciados, pero sin éxito. En cierta ocasión se quejó á su jefe inmediato, del descuido horrible en que se tenía á los presos, consumidos por la miseria viva, y como ni su jefe ni las demás autoridades le hicieron caso, se decidió á emplear un argumento convincente. Hizo que un preso cogiese á puñados, de entre sus andrajos, un gran montón de piojos, los metió en un gran sobre, que cerró y lacró, y se los envió al Procurador general del distrito. La demostración metió mucho ruido, y sirvió para que se diera ropa nueva á los detenidos; pero H. Timofeief sufrió una reprimenda oficial, con nota en su expediente, «¡por haberse metido en lo que no le importaba!»

Como muchos presos se vuelven locos á fuerza de estar siempre solos y en silencio, hay celdas especiales, *ispitanie*, en las que los reunen y cuidan, cuando ya no tienen remedio. Las presas histéricas y nerviosas dan mucho contingente á estas enfermerías. Cuando se descubre que los presos intentan escaparse se les trata sin piedad alguna. En 1879 dos amigos que se hallaban encerrados en la cárcel de Kieff, llamados Izbitski y Beverley, hicieron en su celda un orificio que casi salía al exterior. Mientras dieron el paseo diario por el patio, descubrieron los guardianes aquella mina, y, sin decir nada á los presos, los volvieron á la celda. En cuanto llegó la noche pusiéronse los infelices á socavar lo poco que faltaba para acabar la mina. Cuando la terminaron y salieron, sonó una descarga, en la cual Beverley cayó muerto é Izbitski gravemente herido. En efecto, el Director de la cárcel, en vez de trasladarlos á otro calabozo más seguro, apostó cuatro soldados á la salida y los asesinó impunemente, en castigo de su atrevimiento.

Desde los tiempos del emperador Nicolás á la fecha se recuerdan muchos casos tristísimos de encarcelamiento en la fortaleza de Trubetskoi. El teniente coronel Battenkoff fué apresado en 1825, y salió desterrado para Siberia en 1846, sin que durante ese tiempo tuviera noticia alguna de cuanto ocurrió fuera de su calabozo; y si no se volvió loco, fué sin duda porque le permitieron tener una Biblia en hebreo y un Diccionario para traducirla, y algunos libros piadosos. El guardia marina Diboff estuvo muchos años encerrado, hasta la muerte; el alférez Zaikin, no pudiendo resistir las torturas del aislamiento, se mató rompiéndose la cabeza contra las paredes; otro, al comprender que iba á volverse loco, se suicidó tragándose los trozos de una vidriera que hizo pedazos; y otro oficial distinguido vivió idiota muchos años, inmóvil en su lecho y en el estupor individual más absoluto. Los guardianes que le asistían en 1882, compadecidos de él, quisieron ponerle en relaciones con otros presos, y fueron desterrados á Siberia. Según se contaba en la cárcel, el oficial estaba preso por haber insultado á Alejandro II, que había enamorado á su hermana.

He aquí la vida de los encarcelados en las casamatas de Trubetskoi. A las ocho de la mañana el *smtvitel* ó vigilante les sirve agua caliente y té, azúcar, pan blanco y tabaco, si el preso tiene dinero, y si no el agua sola. A las dos de la tarde les entrega, de celda en celda, por el ventanillo de la puerta, la comida (en tazas de madera, con cubierto de lo mismo), que se compone de sopa, con algunos trozos de carne; de *kasha* ó legumbre, y de libra y media de pan negro de cebada. Desde 1879 en que empezó el período de los atentados de los terroristas la alimentación perdió mucho en cantidad y calidad. Después del asesinato de Alejandro II se trató á todos los presos políticos como á los criminales comunes, y en 1882, según el preso Stassoff era imposible probar bocado de la comida, y los casos de escorbuto mortal se multiplicaron. Diariamente y uno por uno, sin que puedan verse, se les saca á dar un paseo de quince minutos por el patio entre dos soldados, cambiando antes toda la ropa que usan en el calabozo por la que tenían al ser apresados, y mientras pasean se registra minuciosamente la celda, al volver á la cual se ponen de nuevo la ropa reglamentaria. Las tres clases de personas que prestan servicio en las galerías, que son los vigilantes, los soldados de guardia y los agentes de policía, no sólo no pueden hablar con los presos, sino que tampoco pueden hablar entre sí, en virtud de cuya prohibición y recíproco espionaje no hay medio de que favorezcan en nada á ningún preso. A algunos de éstos se les permite que una vez al mes hablen con algún individuo de su familia, pero siempre con dos rastrillos por medio, en el centro de los cuales se coloca un oficial encargado de escuchar la conversación. Al lado de cada interlocutor hay además siempre un agente. En cuanto el preso y su visitante hablan de algo que no se refiere á la familia, los agentes suspenden la visita. Estas resultan tan tristes y dolorosas, que la mayor parte de los presos renuncian á ellas. Recientemente se ha ordenado que se faciliten libros á los encarcelados, y á algunos de ellos se les concede el favor de que puedan escribir, pero siempre con arreglo á la más escrupulosa revisión. Estas gracias se suspenden y niegan á menudo, con cualquier pretexto. El empeño principal de los directores ó guardianes de las cárceles es el de que los presos no se comuniquen entre sí, pero la paciencia, la enorme duración del encierro y el aislamiento aguzan el ingenio de éstos, y logran entenderse, sea dando golpecitos cuyo número corresponde á determinadas letras y cuya interpretación está muy vulgarizada en Rusia; sea escondiendo en bolitas de miga de pan, que dejan caer al suelo durante el paseo, pedazos de papel de cigarro agujereados, ó hilos sacados de los calcetines ó de la camisa, con nudos que representan los números ó puntos.

Cuando se sacan los presos de los calabozos para ser conducidos á Siberia se contemplan desgarradoras escenas. En Julio de 1883, por ejemplo, en una partida de veintidós, incluso seis mujeres, resultó que había seis tísicos en último grado, y doce tan débiles que no se podían tener en pie. Tengan ó no tengan escorbuto, estén ó no avanzados en la convalecencia, se les obliga á emprender un viaje de seis á ocho mil kilómetros. No se pueden transcribir los detalles del estado en que aparecen los desterrados, de las miserias que se observan y de los sucesos del camino. Muchos infelices que han vivido aislados y en silencio durante algunos años, al ser embarcados en el tren, al sentir tanto ruido de repente y al ver tantas personas, sufren tal conmoción nerviosa, que quedan espantados y deliran. La descripción de los casos de locura en las cárceles y en el destierro espanta, y deja en el ánimo del lector una impresión que dura muchos días. ¡Quién resiste la lectura del martirio moral del estudiante Plotninoff, de Moscou, por ejemplo, encerrado ocho años en un calabozo celular, y la de la visita de su pobre madre al hijo infeliz, cuando éste había perdido la razón! Y esta no es más que una de las mil y mil que se cuentan en Siberia por los miserables desterrados.

En la gran cárcel preventiva de Moscou, gran edificio, relativamente nuevo, la vida de los prisioneros no es tan terrible, pero deja mucho que desear. En cambio, en las de Petropavlovsk de San Petersburgo, fortaleza de Schlusselburgo, Kieff, Karkhoff y Odessa, los martirios del aislamiento y del silencio y las deportaciones á Siberia no se han acabado. Cuando se llega por el mar á San Petersburgo, se distingue desde lejos, allá, sobre los muelles del Neva, una altísima torre dorada: es la de la catedral, que guarda las tumbas de los Emperadores, alrededor de la cual se dilata una inmensa fortaleza de Petropavlovsk. En uno de sus bastiones ó torres, que avanza sobre el puerto, está la terrible cárcel acasamatada de Trubetskoi, con sus calabozos celulares tumbas, donde tantas amarguras han pasado los procesados políticos. Solos, callados, sin relación con el mundo, sin ver más que las obscuras paredes, se consumen allí dentro, años y años en su desesperación, y nada oyen más que el triste tañido de las campanas de la catedral, que repiten de cuarto en cuarto de hora la tremenda melodía, sarcástica para ellos, de «*¡Tened, Señor, piedad!*», y de hora en hora la que sirve para acompañar al cántico «*¡Gloria, gloria á Nuestro Señor en Sión!*» También en el silencio terrible de la media noche las campanas suenan con la tocata «*¡Oh Dios, protege al Czar!*»

En Rusia y en Siberia se sabe y se comenta todo esto, y mucho más que esto, y se caldean los corazones, ansiosos de entrar por los caminos de la violencia. ¡Pobre país! ¡Qué extraño es que las inteligencias ardientes y que los pensadores propagandistas se inclinen del lado de los que sin acobardarse siguen el triste camino del Calvario! ¡Qué de particular tiene que el místico veterano Tolstoi, gran inteligencia y gran pensador, se haya embarcado en la flota anarquista y predique en sus nuevos libros el anarquismo pasivo, ya que el temor á la celda obscura, muda y mortal, á la casamata, antesala de la muerte ó del destierro, le impide propagarlo por los caminos de la violencia! Redentor del pueblo por su pluma, dice al pueblo: *El remedio está*

en tus manos, pero con arreglo al Evangelio, lo cual es decir mucho y no decir nada; de modo que allá para su conciencia, al ver que predica en el desierto, comprenderá que no puede él repetir lo que dicen en su lengua nativa los esbirros de Trubetskoi: «*Etta nasha diella.*» «¡Ese era mi deber!»

R. Becerro de Bengoa.

CARRERAS DE VELOCÍPEDOS.

Muy animadas y muy concurridas estuvieron las que se celebraron en el Velodromo del Paseo de las Delicias, el 30 del pasado. Algunas de las carreras fueron notabilísimas.

En la primera (2.000 metros, 8 vueltas) corrieron los señores Thomas, Crespo y Engar, llegando por el orden en que los nombramos.

La segunda carrera (5.000 metros) era la de mayor importancia é interés, por disputarse en ella el campeonato de España. Inscribiéronse los Sres. Vefer, Velasco, Luis del Campo Periquet (D. Ricardo), Abadal, Lorente, Lacasa y Minué. El campeón D. Luis del Campo era el favorito; pero en la última vuelta se le adelantó el Sr. Lacasa, quien quedó vencedor, aunque por poca distancia.

En la tercera carrera (3.000 metros) vencieron los señores Thomas y Crespo. La cuarta, no menos interesante que la segunda, y de la misma extensión, fué muy reñida, sobre todo entre los corredores ingleses Edwards y Harris, que vencieron á su único contrincante el Sr. Lacasa. También en la quinta (*handicap* internacional) quedaron vencedores los mismos, aunque en diferente orden. En opinión de todos, los señores Harris y Edwards son dos biciclistas muy notables, y sin duda de los primeros de Europa.

También estuvieron muy animadas las carreras de ayer domingo. Minutos antes de comenzarlas llegó un grupo como de 100 velocipedistas, que venían acompañando al nuevo campeón de España Sr. Lacasa, á quien habían obsequiado con un banquete en el Puente de los Franceses. Las carreras fueron cuatro, de las cuales merecen mención particular la segunda, de 30 kilómetros (120 vueltas), libre para todos los velocipedistas de nacionalidad española. Corrieron los Sres. Abadal, Schütz, Minué, Thomas, Crespo y Elgueta, retirándose éste á la séptima vuelta, y cayéndose los Sres. Minué y Crespo en la 30. Ganó el Sr. Abadal, siguiendo Schütz y Thomas. Invirtieron cincuenta y cinco minutos cuarenta y dos segundos, y ganaron, además, 2 pesetas por vuelta cada uno de los que completaban una antes que sus competidores, correspondiendo 110 pesetas al Sr. Thomas, 74 al Sr. Schütz y 28 al señor Abadal.

También fué muy notable la carrera de *bicicletas-tandems* en que vencieron los Sres. Lacasa y Periquet á los Sres. Abadal y Thomas.

En la cuarta carrera (*handicap* nacional) venció el señor Periquet.

La afición á este espectáculo crece rápidamente, lo que vemos con agrado, porque si bien es cierto que el abuso de la bicicleta tiene sus inconvenientes, no son éstos tan graves ni de tanta trascendencia como los ocasionados por otras diversiones, y además no puede negarse que en España hace mucha falta fomentar cuantos juegos y entretenimientos tiendan á desarrollar el deseo de movimiento y ejercicio físico, tan vivo en otros países.

X.

ESTO EXPLICA LA HISTORIA.

Haz bajar el pozal y saca de tu pozo un solo pozal lleno de agua; mírala y pruébala. ¿Es clara y buena? Pues, entonces, toda el agua de aquel pozo será clara y buena. ¿Es turbia y salobre? Pues toda la restante de aquel pozo será lo mismo. Por medio de aparatos de sondaje, nuestros buques obtienen á menudo muestras de tierra del fondo del mar, adquiriendo por ellas una idea del punto donde están cuando el tiempo les ha impedido la usual observación del sol ó de las estrellas.

Pues, de la misma manera, lo que habla un hombre viene á demostrar lo que preocupa su imaginación. Las ocurrencias de una hora nos muestran frecuentemente una historia de años. El musgo en abundancia, en cualquier edificio, probará siempre que el edificio es antiguo, pues el pasado y el presente tienen entre sí tanta relación como la que existe entre la cabeza y los pies del hombre, por medio de nervios y vasos de la sangre; y muy á menudo podemos juzgar de los unos por medio de los otros.

Tomemos un solo párrafo de una carta: «En el mes de Octubre de 1892—dice el que la suscribe—tuve un ataque de neuralgia, muy fuerte, que me produjo cuatro meses de sufrimiento. El dolor era continuo día y noche y casi inaguantable. Me era casi imposible dormir.»

El punto y aparte que hacemos significa que detrás de esto debe haber una historia, porque las causas de ataque tan grave no pueden haberse producido repentinamente. Puede una tempestad descargarse sobre nosotros en una hora; pero *las fuerzas que la producen* se han estado reuniendo en la atmósfera durante varios días. Tal vez aclararemos nuestro aserto si copiamos nuevos párrafos de la misma carta.

Efectivamente, aquí tenemos uno: «Me había visto afligido durante largo tiempo—dice—de dolor de estómago; sin exageración había padecido de él durante veinte años.»

Aquí aparece ya claro que la tempestad—pues el [illegible] humano, como el mar, tiene su calma y sus tempestades—era una cosa que podía prever si nuestro amigo hubiera estado en aptitud para verla venir. Pero ¡ay! que la mayor parte de [illegible] somos ciegos para las señales y advertencias que nos da la Naturaleza. Si pudiéramos [illegible] entenderlas, ¡qué de trabajos nos podría[illegible]! Mas, en fin, no puede remediarse; la experiencia tiene una escuela muy dolorosa, pero [illegible] se aprende en ninguna otra escuela.

[illegible] al ataque que empezó en Octubre de [illegible], la carta continúa: «Con el auxilio de [illegible] medicinas que me prescribió el m[illegible] recobrar un poco el sueño después de [illegible] primeros dos meses; pero esto no duró m[illegible], y el dolor se presentó de nuevo en la [illegible] forma. Todas las medicinas y clases de [illegible] á que recurrí fueron inútiles; mi p[illegible] se iba perdiendo de día en día.

[illegible] estado, un amigo mío vino una mañana [illegible], y viendo cuánto sufría, me ac[illegible] tomase el Jarabe Curativo de la Madre Seigel, diciéndome que á él le había hecho mucho bien en un dolor de estómago que había venido padeciendo algún tiempo antes. Su consejo era demasiado halagador y bien fundado para no seguirle, y compré inmediatamente una botella de dicho Jarabe en las droguerías de los Sres. Figueras Hermanos, y lo empecé á tomar con arreglo á las instrucciones. Al cabo de doce horas, es decir, después de haber tomado la tercera dosis, observé que el dolor no era tan intenso, y sentí ganas de tomar alimento.

»Ahora tengo la satisfacción de informar á usted que desde entonces he ido ganando fuerzas de día en día, hasta el punto de ser un hombre nuevo. *Me parece como si me hubieran transformado.*

»—Imposible—exclamaba la gente que me veía después de mi restablecimiento;—si no lo hubiéramos visto por nuestros propios ojos, no lo hubiéramos creído. Ese remedio debe ser puesto al alcance de todos, aun de las clases más pobres, que tanto sufren de enfermedades semejantes. *Nunca me he encontrado tan bueno como me encuetro ahora.* Dejo á usted en libertad de publicar lo que ha ocurrido en mi caso, si usted lo cree necesario. De usted afectísimo (firmado): Nicolás Manell Cama, jefe de la estación del tranvía; La Bisbal (Gerona) Agosto 10 de 1893.»

Ahora bien: ¿qué es lo que causó el terrible padecimiento que este hombre sufría á consecuencia de la neuralgia? El mismo nos lo contestará: lo causó la indigestión crónica ó dispepsia, el terrible veneno de que tenía cargada la sangre, con la materia que postraba los nervios, los debilitaba y los hacía estremecer de debilidad y dolor. No hay tratamiento que en tal caso sea eficaz, á menos que opere directamente sobre el estómago, el hígado, y los demás órganos de la digestión, pues la *fuente* de todo mal reside en ellos, y no en los nervios.

Este inapreciable servicio fué prestado por el Jarabe Curativo de la Madre Seigel. El fué el que limpió el estómago y los intestinos de la materia en fermentación, el que hizo que las glándulas segregaran los naturales jugos digestivos, el que expurgó de la sangre el veneno y el que hizo funcionar la maquinaria de la naturaleza una vez más, restableciendo, de esta manera, una salud por largo tiempo quebrantada.

Todos en España deberían leer las relaciones—verdaderas y comprobables en todos los casos—de lo que este remedio, famoso en todo el mundo, está realizando en este país. Para aquellos que son víctimas de enfermedades y de dolores—¿y quién no lo es alguna vez?—es una verdadera revelación, un beneficio que no se paga con ningún dinero.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de ese remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias, droguerías y expendedurías de medicinas del mundo. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

La ley, conferencias predicadas en la iglesia de San José de Madrid, en el año 1894, por el P. Fray Paulino Alvarez, con un apéndice de varios sermones del mismo.

Fama de notable orador tiene el reverendo Padre Alvarez y bien lo confirman (y bastarían para establecerla) las conferencias ahora publicadas, y que forman un tomo de unas 230 páginas, lleno de sana doctrina acerca de materias que, por desgracia, andan hoy harto embrolladas y obscurecidas entre novedades de más aparato que bondad y sustancia. Podría decirse que el libro consta de dos partes. La principal (por ser la que le da nombre) compónenla cinco hermosas conferencias tituladas: *La ley eterna; La ley natural; La ley civil; La ley divina; La ley eclesiástica.* La segunda, á que el autor llama apéndice, tiene tres partes de mucho mérito: *Panegírico de Santo Domingo de Guzmán; Oración fúnebre de los Reyes Católicos; Oración fúnebre de Colón.*

Véndese esta obra, al precio de 3 pesetas, en las principales librerías de España, y en la Conserjería de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación.

Poesías de Camilo Pou. Contiene este tomo infinidad de poesías de muchos géneros y metros, los cuales maneja con igual facilidad, mostrando un estro poético espontáneo y ligero, más dado á lo breve y sencillo, que á lo encumbrado y filosófico.

Aunque la obra es voluminosa, pues cuenta cerca de 550 páginas, y está bien impresa en buen papel, sólo cuesta una peseta el ejemplar.

Discurso compuesto y leído por *el consiliario de número de la Escuela de N. y B. A. de San Eloy de Salamanca,* D. Ramón Escalada y Carabias, en la solemne apertura del curso de 1894 á 1895.

Hemos recibido un ejemplar de este folleto, el cual contiene un erudito trabajo sobre *La Música popular y su influencia en la erudita*, y un resumen estadístico, que forma la Secretaría, del estado de la Escuela en el curso anterior.

Doloras, por D. Ramón de Campoamor. Edición completa.

Lleva esta edición un Prólogo de D. José Nakens, muy bien escrito y muy sincero, cualidades que siempre se encuentran en las obras de este autor. Además, la edición es completa, y cuesta sólo dos pesetas, cuyas circunstancias bastan para recomendar el libro.

Los matrimonios inscritos en el cielo, por el abate Enrique Bolo. Traducido del francés al castellano por F. C. O'Gorman.

Esta obra deben leerla con atención los buenos cristianos, porque enseña á amar cristianamente. Es una de las buenas publicaciones de la *Biblioteca de los sacerdotes y familias cristianas*, que publican en Méjico los Sres. Herrero, Hermanos.

Directorio comercial é industrial de *la Isla de Puerto Rico para* 1894, formado con relaciones oficiales, remitidas por los Sres. Alcaldes municipales de cada localidad, y compiladas por José Blanch, vicecónsul de Haití.

Es libro de gran utilidad para el comercio por la gran suma de datos que contiene.

Crédito hipotecario de Bolivia.—Ley *orgánica.—Estatutos con las últimas disposiciones, conexas, notas y comentarios,* por los abogados Dr. Hermenegildo Simbrón y Dr. Vicente Ochoa.

Hemos recibido un ejemplar de esta obra, impresa en La Paz (Bolivia).

Neurosis, por José de Cuéllar, con un prólogo de Salvador Rueda.

Contiene varios cuentos, y forma un tomito de cerca de 100 páginas.—G. R.



COREA.—EL DIOS DEL RÍO, Ó GUARDIÁN DE LAS AGUAS EN LOS ALREDEDORES DE SEÚL.

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid.............	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias..........	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero.........	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXVIII.—NÚM. XXXVIII.

ADMINISTRACIÓN:

ALCALÁ, 23.

Madrid, 15 de Octubre de 1894.

PRECIOS DE SUSCRIPCION, PAGADEROS EN ORO.	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de Amér.ca y Asia........................	60 francos.	35 francos.



EXCMO. SR. D. MANUEL MARÍA DE SANTA ANA,

FUNDADOR Y PROPIETARIO DE LA «CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA».

Nació en Sevilla, en 1818; † en Madrid, el 11 del corriente.

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

El entierro del fundador de *La Correspondencia de España* debía ser y ha sido un acontecimiento popular: pocas personas se han hallado en disposición moral y material de hacer tantos favores, sin interrupción, durante una vida larga, como D. Manuel María Santa Ana, y son muchos los que le deben gran parte de su posición y de su fama. ¿Acudieron á su entierro los más obligados? Numeroso fué el cortejo que, partiendo de su casa de la Carrera de San Jerónimo, siguió por la calle y plaza Mayor y calle de Toledo, hasta el camposanto de San Lorenzo, al padre de la noticia, al fundador de los Asilos de la hospitalidad nocturna y al creador de la industria más útil y accesible para los pobres, la de la venta de periódicos, que han continuado y aumentado otros diarios, con las bases equitativas y aun generosas que estableció el Sr. Santa Ana, y que no modificó, como suelen hacer otras industrias cuando prosperan y se imponen, mermando la ganancia del auxiliar más subalterno. Considerada la obra social del primer Marqués de Santa Ana bajo este aspecto, podemos decir, sin incurrir en hipócrita sensiblería, que ha muerto un creador de riqueza y un bienhechor de las clases necesitadas, y que sean cuales fueran los errores de su vida pública, y que, en nuestro ya largo ejercicio de la pluma, alguna vez hubimos de manifestar, salvando siempre la buena intención y la respetabilidad de la persona; sean cuales fueren, pues pudieran ser muy bien error de nuestro criterio, queda á favor de D. Manuel María de Santa Ana, en este balance de la muerte, un saldo bastante para que se le pueda calificar de buen patricio.

No es posible influir ostensiblemente en la vida política y social ni evolucionar en ella sin ser discutido: los que no podíamos ver con agrado cierta candidatura para el trono, teníamos que combatir á su más ardiente defensor; cada cual cumplía con su conciencia. ¿Qué se hizo de todo aquello? Apenas es un recuerdo.

Cuando llegamos al periodismo, *La Correspondencia* había ya demostrado toda la importancia y valer de la noticia; pero de la noticia esclava aún, que no podía subsistir sin el apoyo de las influencias oficiales: era exigencia de la transformación que se efectuaba en el periodismo, y esto, que parecía disminuir la categoría intelectual de la prensa, era en resumen su salvación y el barómetro de las exigencias del público nuevo, harto de declamaciones políticas: necesitaba periódicos que le informasen diariamente de todos los sucesos; y este descubrimiento, que parece tan sencillo, le había hecho el Sr. Santa Ana, y era una fuente de recursos no explotados la base del futuro periodismo, que si empezó pidiendo informes y noticias oficiales, concluye informando y auxiliando en esta parte á los Gobiernos.

El Marqués de Santa Ana había terminado su carrera hace algunos años; una enfermedad terrible, que nublaba á veces su inteligencia, le había imposibilitado para toda clase de tareas; pero en verdad que sin esa imposibilidad para el trabajo, había ganado el derecho del descanso, tras una vida tan laboriosa. Duerma ya en paz el reformador del periodismo, el maestro y padre de los noticieros, el que enseñó á la prensa el camino de la realidad, y el que creó ese comercio de que viven tantas familias de vendedores ambulantes; y crea que no es nuestro sentimiento, al despedirle tristemente, el menos sincero, por lo mismo que las circunstancias nos obligaron á ser sus adversarios, como hoy la justicia nos obliga á reconocer sus servicios, su buen corazón, su caridad y sus excelentes cualidades, y que fué uno de esos hombres que dejan tras sí un rastro benéfico con su constancia y su trabajo.

El mismo día en que rendíamos el último tributo al Marqués de Santa Ana asistimos en San Francisco el Grande á los funerales de D. Luis Llanos, secretario de nuestra legación en Colombia, cuyo fallecimiento había sido comunicado telegráficamente al Ministerio de Estado, sin pormenores de la desgracia. Era hombre de mérito, artista notable y anticuario, que hablaba con corrección varios idiomas, y querido amigo nuestro, que ha producido con su falta un gran duelo familiar.

También ha muerto en Madrid, y en triste situación, la Duquesa viuda de Santoña, que había sido opulenta y dado fiestas suntuosas. Pero si los recuerdos de esas vanidades se extinguen al apagar las luces de los salones, en cambio deja una memoria duradera como fundadora del hospital de Jesús para niños enfermos: que estas obras piadosas son las que sobreviven al que termina su carrera en esta vida.

°°°

Con el regreso á Madrid de la corte, ya se ha reanudado la vida ordinaria, es decir, lo que se llama actividad política: empiezan á agitarse los que bullen y desean cambios y novedades, y echan de menos las emociones parlamentarias que constituyen su pasión favorita y su método de vida. Dos hechos principales han llamado la atención y dado ocasión á diversos comentarios: el viaje á Lisboa del señor Salmerón, que fué detenido y expulsado del territorio portugués cuando se disponía á tomar parte en un banquete republicano é iberista, del que sin duda temió el Gobierno de Portugal actos de propaganda contrarios á las instituciones de aquel reino. Los portugueses sabrán si su Gobierno se atuvo ó no á las leyes del país al impedir al elocuente orador español el uso de la palabra y dejarle sin almuerzo: en cuanto al Sr. Salmerón, puede interpretar sin inmodestia en un sentido halagador para su amor propio el haber sido juzgada peligrosa su permanencia en Portugal: supongamos que la policía le hubo de resarcir dejándole almorzar privadamente, á menos que juzgase suficiente para su alimentación el discurso que se le quedaba en el cuerpo. El otro asunto á que nos referíamos es la recepción cariñosa hecha por el Papa á otro orador insigne, á D. Emilio Castelar: aunque el telégrafo ha dado algunos pormenores de esta audiencia, se reducen á generalidades que no pueden satisfacer la curiosidad; todos han supuesto que debió ser lo tratado en aquella conferencia algo más interesante y reservado. En efecto, la visita del ilustre tribuno no era el simple y natural acatamiento de un cristiano al jefe de la Iglesia: era como un regreso al seno de ésta, y como una retractación de antiguas y ya casi olvidadas diferencias en los conflictos entre la fe y la libertad. Y no es que hayamos incluído nunca al Sr. Castelar entre los heresiarcas modernos, sino que las circunstancias le colocaron en la primera época de su vida política capitaneando huestes en que abundaban los enemigos de la Iglesia. Por nuestra parte, hace muchos años que habíamos deseado esta aproximación del Sr. Castelar hacia lo que ama nuestro sentimiento, y hasta creído posible oir su prodigiosa palabra en la cátedra sagrada, por parecernos más propia para elevarse hacia los cielos que para arrastrarse por la tierra.

Caigamos desde lo alto hasta lo más profundo. Pero no: si es cierto que los tribunales van á juzgar á diversos funcionarios de la administración pública por sospechas de que hayan faltado á sus deberes, á los tribunales corresponde esa función. No hemos de acusar sin pruebas; los encarcelados en la provincia de Cuenca pueden tal vez justificarse, y son para nosotros inocentes mientras el proceso no demuestre lo contrario.

°°°

La obligación continua de hacer el extracto de los hechos que más llaman nuestra atención para que quede memoria de ellos en esta sección del periódico, resulta á veces penosa. ¡Cuántas veces la imaginación se distrae hacia otros tiempos y objetos más simpáticos! ¡Cuántas veces arrojaríamos la pluma para tomar el libro, y envidiamos á los que tienen tiempo y la facultad de elegir la materia de sus escritos! En este momento nos transportaríamos á Grecia, mejor dicho, nos ha trasladado D. Víctor Balaguer con la lectura de su cuadro dramático *Safo*, apasionado monólogo, cuya acción pasa al pie de la famosa roca de Leucada, y termina recitando un himno á Venus, como es fama que acabó su vida la inmortal poetisa de Mytilene. Y no es que prefiramos la tragedia clásica con sus sobrias y severas líneas al animado y caballeresco teatro nacional. Ni las tragedias de Argensola celebradas por Cervantes, sin duda por su exquisita forma, que tanta seducción tiene para los escritores y tan poca para el público; ni la autoridad de Séneca, con que quiso el comentador de Aristóteles introducir en nuestro teatro el gusto clásico traduciendo las *Troyanas*; ni la *Raquel*, en que Huerta acomodó un asunto español al gusto clásico; ni la reacción del siglo XVIII contra el género español; ni la *Virginia* del inmortal Tamayo con ser tan teatral; ni *La muerte de César*, de diálogo admirable; ni los triunfos de la Civili en *Norma*, *Epicaris* y *El gladiador de Ravena*, han podido hacer de la tragedia clásica en el teatro español un género permanente, con todas sus bellezas. Es y será en España puramente literario, y su cultivo, un tributo desinteresado al gusto artístico de la antigüedad. Por eso los que, como el Sr. Balaguer, poeta de corazón y enamorado de lo bello, sólo se proponen el cultivo de ese arte por el arte, obtienen, como en *Safo*, triunfos personales y privados; el de hacer sentir y saborear á sus admiradores las bellezas de su obra.

Y ya que hemos dedicado estos días á la lectura de libros nuevos, que sólo nos permitimos de vez en cuando y á capricho, hagamos algunas reflexiones acerca de una obra titulada: *La Felicidad*, primeros ensayos de patología y de terapéutica social, por el Dr. Ruderico. Desde luego desistimos de hacer el extracto de este libro original, atrevido é interesante, pues ni podríamos reproducir el índice de materias, y de todos modos lo haría imposible la abundancia y aun profusión de ideas que lo nutren. Si los conocimientos fisiológicos y de todos los ramos de las ciencias médicas, que no puede el autor disimular, revelan en él á un profesor, y la seguridad con que hunde el escalpelo en el fantasma de *La Felicidad* como si fuera un cuerpo vivo, denuncia á un gran operador, oculto tras un seudónimo godo, las tendencias morales de la obra demuestran que es un hombre de bien y de ideas avanzadas; que, siendo individualista, reconoce que hay en la exageración de ese principio, por el abuso de los hombres, algo que remediar y conceder al socialismo, ó, mejor dicho, á la equidad y la justicia, para tender hacia el bien general, que es el ideal representativo de la felicidad humana. Es curioso y profundo el estudio que hace del índice de sensibilidad, ó sea la mayor ó menor aptitud de cada individuo para sentir el bienestar ó el malestar; y sobre todo, el análisis de la infelicidad en todos sus grados, pero que tiene su base en la ignorancia. Que el autor es antimonacal se ve en muchos capítulos, por considerarlo una violencia, ó desviación por lo menos de las leyes naturales: que prescinde, para hacer sus investigaciones, de toda religión positiva, él mismo lo declara. «El investigador, dice, ha de empezar por no creer saber lo que investiga; porque si lo sabe, ¿qué necesidad tiene de investigarlo?» Pero niega ser un ateo ni un impío. «La ciencia cree; la ciencia duda: ese es hoy su estado y su deber.» Esta manifestación nos indica que el autor es un positivista atenuado, que no niega, como otros, per reconocer y sentir fenómenos ó intuiciones religiosos en el estudio de los demás seres y en el suyo. Confesamos que en esta parte de la obra la observación ó es menos franca ó más limitada, pues al tratar de estas cuestiones habría que examinar toda fuente de conocimiento, y nos permitiremos manifestar que es una manera indirecta, pero segura, de negar á Dios, colocarse en una situación que impida su revelación; y algo dicen, científica y aun positivamente, la conciencia casi universal, la afirmación histórica y tradicional de su existencia.

Y hacemos estas reflexiones porque, si bien el libro nos parece de un pensador, de un hombre honrado y de un hombre de ciencia, nuestro decoro no nos permite aceptar conclusiones que no están conformes con nuestros sentimientos en esta parte doctrinal. Aceptamos su altruismo, porque es para nosotros caridad; su amor al deber y al trabajo, porque es una imposición divina; su fraternidad para con los hombres, porque somos hijos de Dios; pero no nos cabe en la cabeza, mirando al firmamento, que carezca esa inmensidad que nos aturde de una dirección; y creemos tan natural lo incomprensible, como lo que puede averiguar nuestro entendimiento limitado, y la vida un fenómeno pasajero, y la eternidad lo definitivo. Y si carecemos de alma inmortal, y somos míseras criaturas condenadas á nacer y morir sin dejar rastro, no vale la pena de arreglar esto, ni lo inmoral vale más que lo moral, en una simple pesadilla de que sólo hay testigos vivientes que pasan como sombras y se extinguen, y sin responsabilidad ni mérito ante nadie ni para nada. Y esta salvedad nos obliga á hacerla la conciencia y la importancia del libro y del autor. Afortunadamente, hay en la rectitud, en los buenos sentimientos y el espíritu cristiano de la moral del libro y del autor una esencia purísima de bien, la del Evangelio, que influye en todos los hombres de buena voluntad y de gran ciencia, entendimiento é imaginación, como el Dr. Ruderico, que escribe con pluma de maestro.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

NUESTROS GRABADOS.

EXCMO. SR. D. MANUEL MARÍA DE SANTA ANA,

fundador y propietario de *La Correspondencia de España*.

El Sr. Santa Ana, cuya muerte ha sido tan sentida aun por los que no le conocían, pues á todas partes había llegado con la fama de sus méritos de periodista, la de su caridad y cristianos sentimientos, puede decirse que inventó en España el periódico noticiero y barato, dándole la fuerza expansiva de que antes carecía. Sólo con esta revolución periodística le basta á su nombre para pasar á la historia.

Nació el Sr. Santa Ana en Sevilla, el año 1818, de familia distinguida, pero tan pobre, que desde los diez y ocho años tuvo que trabajar para el sustento suyo, de su anciana madre y de cuatro hermanos, mucho más pequeños que él. Ganaba cuatro ó cinco reales diarios copiando escritos forenses, y en sus ratos de ocio (aunque eran pocos y cortos) hacía versos, llegando á componer una comedia, que tituló *Otro perro del hortelano*, y fué muy aplaudida.

Desde 1843 hasta principios de 1844 vivió en Madrid, luchando con grandes dificultades para subsistir y llegando á padecer hambre; angustioso período de su vida que muchas veces recordaba, cuando llegado á la opulencia, pensando, con razón, que la mayor honra que había ganado en el mundo era haber subido desde tan bajo hasta tan alto. Estudió Medicina; pero pudiendo en él más que otra cosa el amor á las letras, no ejerció nunca la carrera. En 1844 publicó un tomo de leyendas andaluzas y un *Catecismo de Ripalda* en verso. También escribió en diversos periódicos muchos artículos de costumbres andaluzas, y fundó *El Diablo Cojuelo*, *La Milicia Nacional* y *La Gacetilla*. Todos tuvieron mucha vida, y del último puede decirse que fué un ensayo de *La Correspondencia*.

En 1848 conoció el Sr. Santa Ana á D. Antonio de Orleans, que vino á España fugitivo y pobre, y esta amistad, que influyó mucho en su vida, no se rompió nunca. Santa Ana fué secretario, y más que secretario, amigo íntimo del Duque, y cuando vino á Madrid en 1849, recibió de éste el encargo de comunicarle diariamente las novedades políticas de la corte. Tal fué el origen de *La Correspondencia*. Santa Ana escribía á su amigo comunicándole noticias de la marcha de la política, algunas de mucha importancia é interés, y el diligente corresponsal vióse pronto asediado por las peticiones de otros personajes que también querían recibir la que por entonces comenzó á llamarse *Correspondencia autógrafa confidencial*, y cuya reputación fué creciendo de modo que al poco tiempo pasó las fronteras. El famoso periodista francés Girardin le escribió ofreciéndole tres mil francos anuales para que le enviase á él solo su *Correspondencia autógrafa*, y parecido ofrecimiento le hizo más adelante la empresa del periódico inglés *Daily News*. Uno de los triunfos de aquella original publicación fué dar conocimiento al público del concordato entre el Gobierno y la Santa Sede, lo que hizo perder las elecciones al Gobierno en muchos distritos.

En 1859 *La Correspondencia*, llamada ya *de España*, tiraba 4.000 ejemplares y prometía llegar á muchos más, cuando la exigencia de un alto funcionario, que pretendió que Santa Ana publicara un cargo gravísimo contra el general O'Dónnell, estuvo á punto de hacerle perder el fruto

de tantos trabajos, obligándole á abandonarla. El General no olvidó este noble arranque de su amigo. Cuando volvió al Poder le hizo diputado y le tuvo siempre gran afecto.

En el agitado período de la revolución del 68, Santa Ana, fiel como siempre á sus amistades, defendió sin desalentarse un momento, y á pesar de lo impopular de la causa, la candidatura del Duque de Montpensier.

De entonces acá, su vida es muy conocida. Retirado del periodismo activo, descansaba sobre la adquirida riqueza y sobre los honores recibidos, que no eran pocos, pues además de ser senador, tenía el título de Marqués de Santa Ana, sin contar otras distinciones no menos honrosas. Harto las había merecido, por el mucho bien que hizo. Levantó fábricas, construyó asilos, y puso muchas veces su poderosa iniciativa al servicio del patriotismo ó de la caridad, y en daño del bolsillo, hasta caer postrado por los primeros golpes de la enfermedad que le acabó la existencia.

Publicamos en la primera página de este número el retrato del Sr. Santa Ana.

°°°

ALEJANDRO III ALEJANDROVICH.

El Emperador de Rusia, cuya enfermedad tanto da que decir á los periódicos y que pensar á los diplomáticos, no es viejo, pues nació el 10 de Marzo de 1845, ni de complexión débil, antes al contrario, son notables su corpulencia y robustez; pero tan pesada carga es el gobierno de una gran nación, que en pocos años le ha quebrantado y vencido.

Cuando príncipe tuvo, según cuentan, opiniones muy liberales, de que en mucha parte le desengañaron los vergonzosos sucesos ocurridos en París en 1871. La bárbara muerte que á su padre dieron los nihilistas produjo el natural efecto en su ánimo, en términos de que, en vez de mantener el último decreto de su padre convocando á las Juntas provinciales, de cuya asamblea podía salir una Constitución, mandó orden aquella misma noche de que no se imprimiera ni publicara. Después estableció nuevos reglamentos para la persecución del nihilismo, contra el cual ha combatido en todo su reinado sin darse punto de reposo. A pesar de las amenazas de los sectarios, de los manifiestos que dieron pidiendo una Constitución, del asesinato del coronel Sudaikin, jefe de la policía secreta, Alejandro III perseveró en su política, mostrándose enérgico y severo.

En lo exterior, su reinado ha sido hasta ahora pacífico y glorioso. En 1882 se avistó en Skiernievice con los Emperadores de Alemania y Austria, en donde los tres monarcas trataron de la paz de Europa, que dijeron estar dispuestos á sostener. Aquel mismo año surgió el conflicto con Inglaterra, á la que el irse extendiendo por el Turquestán los rusos tenía muy alarmada, temiendo verlos aparecer en el Afganistán y en la India. Alejandro III probó en este caso energía y talento político, saliendo de las negociaciones con honra y provecho sin provocar la guerra. Por esta misma época dió la ley de la reforma de la enseñanza (1884), que es uno de sus actos que mayores alabanzas merece.

La cuestión de Bulgaria, cuya nación se apartó de la amistad con Rusia, dióle mucho que pensar, sin haber conseguido hasta ahora atraer hacia sí aquel nuevo estado.

Pero en lo que el Emperador ha mostrado mayor habilidad y astucia ha sido en convencer á Francia de que la ayudaría contra Alemania, y tener á los franceses completamente á su devoción sin haberles dado prenda alguna en garantía, ni hecho cosa ó dicho palabra que los alemanes no pudiesen disimular.

Publicamos el retrato de este Soberano en la pág. 220.

°°°

BELLAS ARTES.

Nueva poesía, cuadro de D. L. Álvarez.—Paris: *Salon* de los Campos Elíseos de 1894. *Puritanos y Caballeros*, cuadro de H. Pille.—*Ana María, archiduquesa de Austria*, cuadro de Rubens, existente en el Museo de Munich.—*El Festín de los dioses, presidido por Júpiter*, fresco del techo del comedor principal del palacio de los Marqueses de Linares, pintado por D. A. Ferrant.—*Tipos andaluces: La gente del bronce*, dibujo de D. J. Alarcón.

Encantador grupo forman las figuras del cuadro de don L. Álvarez que reproducimos en la pág. 220. En *Nueva poesía*, no sólo están admirablemente estudiados el dibujo y la composición, sino que cada uno de los personajes tiene una actitud tan natural y expresiva, que parece animado. Por eso sin duda ha sido tan celebrada esta obra por los inteligentes.

Puritanos y Caballeros es una hermosa escena, cuyo asunto ha tomado Pille de uno de los períodos más notables de la historia inglesa. ¡Cómo resplandece en la actitud altanera con que los puritanos se apartan de los caballeros, partidarios de Cromwell, aquel fanatismo inglés, quizá el más duro é intransigente que ha habido en Europa! El autor ha sabido retratarlo muy bien, siendo este el principal mérito de su obra. (Véase la pág. 221.)

Publicamos también uno de los mejores retratos de Rubens (pág. 224): el de la archiduquesa Ana María de Austria, obra vigorosa en que el autor ha puesto toda la magia de su admirable pincel.

El Festín de los dioses, presidido por Júpiter, es una de las buenas obras de arte que contiene el palacio de los señores Marqueses de Linares, donde hay tantas que merecen ser conocidas y apreciadas, y que dan testimonio del buen gusto de sus dueños.

Admírase en este hermoso fresco la elegancia de las figuras y el atrevimiento con que algunas están concebidas, digno por cierto de la fortuna con que luego fueron ejecutadas. Véase en prueba de ello el ángel que llena la copa de una de las diosas. En otras es notable la pureza de las formas, y en toda esta obra del Sr. Ferrant, la belleza de la luz y del color. Véase nuestro grabado de la pág. 225.

El cuadro de costumbres andaluzas que con tanta propiedad ha sabido dibujar el Sr. Alarcón, según se ve en nuestro grabado de la pág. 228, es de los característicos de aquella tierra. Él tiene la arrogancia y guapeza del majo, con la expresión de malicia propia de los de su clase: ella la jovialidad, alegría y desparpajo de las mujeres del pueblo meridional, y los dos son tipos perfectos de la gente del bronce, como su autor los llama, siguiendo una conocida y pintoresca expresión vulgar.

°°°

EL CONDE ITO,
presidente del Consejo de Ministros del Japón.

EL MARISCAL CONDE DE YAMAGATA,
general en jefe del ejército japonés de operaciones.

Hoy damos á conocer á nuestros lectores los dos personajes de mayor fama que tiene el Japón, y que pueden considerarse, juntamente con el Mikado, autores principales de las victorias que esta nación está consiguiendo en China. Damos los retratos de ambos en la pág. 221 de este número.

El conde Ito no es de familia noble, sino el fundador de la nobleza de su familia, gracias á la perspicacia del Emperador, que descubrió su talento y ha sabido aprovecharlo y premiarlo.

En los años que lleva presidiendo el Consejo ha dirigido este insigne estadista la transformación del Estado japonés, así en lo político, como en lo administrativo, jurídico y económico, con singular talento y constancia. Ninguno de los de Europa ha hecho más: ni Bismarck, ni Cavour, ni Gladstone. Del acierto, la posteridad juzgará.

El general Yamagata es de sangre real, pues desciende de Seisa-Teno, que fué rey del Japón. Nació en Siú-sú, en 1840, y desde la juventud se mostró partidario de la obra de renovación nacional iniciada hace treinta años. En la guerra contra los señores feudales, que se oponían á la revolución, sirvió desde cadete y prestó tales servicios, que en 1868, á los veintiocho años, fué nombrado subsecretario de la Guerra.

Desde entonces puso mano en la empresa difícil y vastísima de sacar de la nada, y en una nación oriental, un ejército á la europea, tan bueno como el de cualquier potencia de las del Occidente. En 1871 viajó por Francia y Alemania, y estuvo en la guerra entre ambas naciones, en la que completó su ya vastísima y moderna educación militar. En 1872 le nombró el Mikado ministro de la Guerra, y desde tan alto puesto pudo dirigir el ejército que estaba formando, y tuvo la satisfacción de verle vencer en las guerras civiles de Siseu y de Saigo, en la de Formosa (1875) y en otras campañas en que los japoneses han dado señalada muestra de su preparación para la guerra.

El general Yamagata fué presidente del Consejo tres años, al cabo de los cuales pasó á presidir el Consejo privado del Emperador.

°°°

REPÚBLICA DE SAN MARINO.

En la pág. 229 damos varios grabados referentes á las fiestas con que ha celebrado la República de San Marino la inauguración del nuevo palacio y de las que habla el señor Conde de Coello en esta misma página. La vista del edificio está tomada de una fotografía que tuvo la bondad de enviarnos el Sr. E. A Belzoppi.

°°°

JUANITO MANÉN,
notable violinista.

El niño Juanito Manén, á quien en pocos días ha aplaudido varias veces con tanto entusiasmo como justicia el público madrileño, nació en Marzo de 1883.

Desde la más tierna niñez mostró tales aptitudes artísticas, que su padre, que fué el primer maestro que tuvo de solfeo y piano, determinó darle una educación musical completa. De edad de siete á ocho años estudió composición y armonía con el difunto maestro Balart. Después dedicóse de lleno á aprender el piano y el violín, en cuyos instrumentos hizo iguales progresos en poco tiempo, siendo su profesor en este último el Sr. Ibarguren. Por entonces adquirió en París un violín ¾ Vuillaume, que el propio Sarasate le eligió, y empezó sus primeros conciertos públicos en Valencia con notable éxito.

Dedicóle su padre exclusivamente al violín, en el que siguió siendo su maestro el Sr. Ibarguren hasta los diez años, comenzando en esta época una excursión artística por Madrid, Lisboa, Buenos Aires, Montevideo, Cuba, Méjico y los Estados Unidos. En esta última nación le propusieron para la temporada musical de 1894 á 1895 el contrato que va á cumplir.

Ha dirigido con notable maestría, á pesar de sus pocos años, algunas overturas para orquesta, y acompañado al piano á muchos cantantes de primer orden.

Este niño, que ya es insigne artista, lo debe todo á la naturaleza, pues no le domina esa afición incansable al estudio que á veces completa y siempre perfecciona la obra de aquélla. En cambio posee tan prodigiosa memoria, que á pesar de la magnitud de su repertorio no ha necesitado tener presente la pieza tocada en ninguno de los conciertos que lleva dados.

Como rasgos notables de su carácter mencionaremos su cariño á la lectura, sobre todo á los cuentos infantiles, de los que tiene regular biblioteca.

Varios triunfos ha conseguido Juanito Manén (cuyo retrato publicamos en la pág. 232 de este número) en Madrid, y en pocos días: uno en el salón Zozaya, y los demás en el teatro de la Comedia, donde el Sr. Mario ha tenido el notable acierto de hacerlo oir del público madrileño; todos ruidosos, en los que acreditó su singular talento musical.

G. Reparaz.

LAS FIESTAS DE LA REPÚBLICA DE SAN MARINO.

SUMARIO.

La República más antigua del mundo.—La leyenda de San Marino, de San León y de Santa Agata.—Instalación de los nuevos capitanes-regentes del Estado.—Inauguración del palacio de la Regencia.—Un discurso del poeta y senador Josué Carducci, y un recuerdo de Garibaldi.—Las grandes crisis de la Republica de San Marino.—El santuario de Lepanto.

La *Ilustración Italiana* ha consagrado íntegro su número del 30 de Septiembre á las hermosas fiestas de San Marino; y entre otras muchas publicaciones alusivas, ha visto la luz en Italia un verdadero libro consagrado á describir, con grabados preciosísimos y textos históricos, el nuevo palacio que la modesta República ha construído para su Gobierno, y á las leyendas que abundan en los quince siglos de su historia patria; historia que, á pesar de la pequeñez de aquel Estado, medio oculto entre las rocas del Titano, mereció que el grande Abraham Lincoln, mientras combatía por la libertad de los esclavos en los Estados Unidos, escribiese á los que llamaba sus grandes y buenos amigos los regentes de San Marino, que si bien su patria era pequeña, su Estado le parecía el más ilustre en la historia de la humanidad.

No hay nada tan interesante, aun al lado de los grandes Imperios que se derrumban ó se alzan en nuestro siglo, y del recuerdo de las Repúblicas de Grecia y Roma, como la leyenda de ese pequeño Estado de San Marino, que después de quince siglos de existencia en un territorio de 30 kilómetros cuadrados apenas cuenta 10.000 habitantes, pero si una historia de incomparable amor á la independencia de su modestísima patria, y á esa idea de libertad que ha sabido enlazar siempre con el sentimiento moral y cristiano, cosa que explica, mejor que nada, su duración al través de las edades.

El monte Titano, elevándose altísimo sobre el mar Adriático, descubre desde sus cimas á Ravenna, la ciudad del Dante; á Rimini, con los dominios de los antiguos Condes de Malatesta; á Ancona, y á otras ciudades ilustres de Italia. Ocho siglos antes de que nubes seráficas trajesen á las márgenes del Adriático la casa santa de Loreto, cuyo sexto centenario va á celebrarse ahora; de las mismas costas de la Dalmacia, sobre las cuales se extienden también las vistas de esas montañas titánicas que disputan al Olimpo griego la fábula de los gigantes, vinieron en mísera nave á las playas inmediatas á San Marino los que le dieron nombre, vida y religión. Eran dos trabajadores en la dura piedra, oriundos de familias itálicas, arrojados de la patria por las persecuciones contra los cristianos, en tiempos de Diocleciano, y que venían á ganar su sustento trabajando en las fortificaciones de Rimini. Sólo que estos picapedreros traían, con sus escoplos y herramientas, la santa Biblia y los Evangelios, en cuya lectura y meditación, robando horas al sueño, empleaban el tiempo que les dejaba su labor. Más tarde eligieron su morada, y Marino su sepulcro, en las tres rocas que hoy representan, con sus torres coronadas por ligeras plumas, las armas de la República, y llamadas de Marino, de Gurita y de Tratta. Como faro de luz en días calamitosos, los pescadores del Adriático y los campesinos y pastores de la montaña escogieron cual refugio las citadas rocas, constituyendo una grey de pastores y de trabajadores del campo á la manera, no de una cartuja, ni de un monasterio, sino de una congregación de hermanos, uniendo desde el primer día la religión y el amor á la libertad. Más tarde, y andando los años, la piadosa señora Felicísima, propietaria del monte Titano, se lo concedió á los aldeanos de Marino, anticipándose á la donación de la condesa Matilde á los Pontífices.

En un principio la gobernaron patriarcalmente algunas familias que formaron el antiguo *avengo;* en el siglo XIV la rigió un Consejo de los Doce, pero más inspirado en sentimientos de libertad que el célebre de los Diez de Venecia. Por último, la constitución del Estado recibió definitivo asiento con un senado de sesenta miembros: cuarenta pertenecientes á la ciudad, veinte representando el campo. A la cabeza, y con menor duración que los cónsules de Roma, están dos capitanes ó regentes que se suceden cada seis meses, en Abril y en Octubre, representando el uno las familias nobles, que nada han tenido nunca de feudales, y el otro el pueblo, pudiendo ser, como lo han sido muchas veces, capitanes del Estado el panadero ó el artesano más modesto. Como esos presidentes de la Confederación suiza, á quienes alguna vez en mi vida diplomática he visto trabajando con sus manos el campo propio en las horas que les dejaban las altas faenas de la república ó el descanso de sus funciones de alto magistrado, á los regentes de San Marino se les contempla, como al fundador, laborando la piedra en los edificios de la ciudad ó dibujando las bellísimas leyendas de su historia, como lo han realizado algunos de los capitanes entrantes ó salientes este año, en el hermoso palacio elevado á la regencia y á las funciones todas del Estado. Palacio que decretó un senadoconsulto de 1883, llevándolo á felicísimo éxito el gran arquitecto romano Azzurri, presidente de esta Academia de San Lucas. Llámanse los capitanes que han terminado su tiempo de mando ó de gobierno, el comendador Juliano Belluzzi y Francisco Mazzucci, y los que entran á sustituirles el noble Settimio Belluzzi también y Marino Barbiconi. Cuando enlazados unos y otros forman la pintoresca procesión que se dirige al templo, parroquia de San Marino, en cuyo presbiterio, sobre alto sillón, tomaran asiento los regentes salientes, para ir más tarde á confundirse con el pueblo que llena la iglesia, una vez se hayan instalado sus sucesores, las miradas se fijan en su traje tradicional y antiquísimo de terciopelo negro, con calzas del mismo color, birrete ducal negro también, con la pluma, emblema de sus rocas y torres, y el gran collar de San Marino al cuello. La función empieza solemnísima, y cuando se han leído los Evangelios, se ve-

rifica el acto del juramento. Después el tenor Masini, á quien mis lectores van pronto á escuchar en el teatro Real de Madrid, entonó, como él sabe hacerlo, el *Ave María*, de Gounod, y las imágenes de San Marino, de San León y de Santa Agata, en cuyo día de 1737 los mesnadieros del capitán de Ravenna, que el cardenal Alberoni había mandado para la conquista de la pequeña República, tuvieron que abandonar la ciudad, fueron conducidas en triunfo por la plaza en medio de las aclamaciones del pueblo. Más tarde el cortejo inauguró el palacio alzado á la Regencia y coronado de esbeltísima torre. Es un edificio que hace honor al académico de San Lucas, representando los palacios de los Ayuntamientos itálicos de los siglos XIII y XIV, y teniendo cierta semejanza con el palacio del *Podestà* llamado del *Bargello* en Florencia. No falta en él la estatua de San Marino, obra preciosa del escultor romano Tadolini, con otras á la Libertad, del Galletti, que está terminando en Roma el gran monumento al Conde de Canones. La de la Libertad domina la plaza de la ciudad, donde también se eleva el busto de Garibaldi. Las en bronce de Víctor Manuel y de Humberto y Margarita de Saboya, regalo reciente de los Monarcas itálicos á la República de San Marino, entre quienes se han cambiado los telegramas más expresivos, manifestando el Monarca italiano en su nombre y el de la Reina la simpatía ardentísima que siente por un pueblo cuya historia, dice, es gloria á la vez de Italia y de la humanidad, son bella obra también. El distinguido artista Castellani ha representado en bellísimos mosaicos, sobre la grandiosa escalera y la sala de sesiones del Consejo, los episodios más notables de los anales de la República.

⁂

Son éstos abundantísimos, y algunos de ellos verdaderamente legendarios. Las primeras luchas del pequeño Estado fueron con los Prelados de Montefeltro, que no mostraban á San Marino la protección paternal de su antecesor San León. Vienen más tarde las invasiones de los poderosos y ambiciosos *Malatestas;* las empresas del *Valentino Borgia;* las asechanzas de un ahijado del papa Farnesio; las de un sobrino de Julio III, que antes había sido legado en Ravenna; crisis en la cual los Duques de la Ronere protegen la República, cuya ciudad se fortifica con altos muros y las torres que son su emblema. San Marino sabe rechazar también las insidias de Mazzarino y de Richelieu, y tiene la sensatez altísima de no acoger las ofertas fastuosas de engrandecimiento que le hace Napoleón *el Grande*, invitándola á extender sus dominios hasta el Adriático. Por manera, que cuando cae el Imperio napoleónico y las legaciones pontificias recobran su dominación protegidas por poderosos ejércitos itálicos, nadie piensa ya en privar de sus derechos y de su independencia á la sensata República de San Marino.

Bien diversos fueron sus destinos en 1739, cuando la declaró guerra el Cardenal Alberoni, tan célebre en los fastos de España, de Francia y de Italia. Siendo legado de los Pontífices en Ravenna, no consiguió que los ciudadanos del modestísimo Estado prestaran pleito homenaje á su poder, y el 13 de Octubre de 1739, precedido de sus gentes de armas, de sus gentileshombres, y sin que faltase el verdugo, se dirigió á la ciudad, obligada á abrirle sus puertas. En aquella jornada memorable, escrita con letras de oro en el nuevo palacio, el Príncipe Cardenal-Legado fué al templo donde decía la misa solemne el Obispo de Montefeltro, y ocupando el trono alzado en el presbiterio, al llegar á la lectura de los Evangelios, llamó, como ahora lo hacen los capitanes-regentes, á prestar juramento de obediencia á los magistrados y pueblo de la indefensa República. Alfonso Giangi, uno de los capitanes-regentes, mirando frente á frente al Cardenal, le dijo: «El día 1.º de Octubre juré lealtad al legítimo Príncipe de la República de San Marino, y confirmando ahora este mismo juramento, prometo permanecer fiel al Santo, nuestro protector.» Le siguió el otro capitán-cónsul, quien con ánimo reposado exclamó: «Si el Santo Padre me obliga al juramento, con su mandato absoluto y venerando, pronto estoy á prestarlo. Pero si lo remite al arbitrio de mi voluntad, confirmo el juramento que otra vez he prestado, y juro ser fiel á mi querida República de San Marino.» Palabras á las que respondió una aclamación unánime de los ciudadanos y fieles que llenaban el templo, gritando: «¡Viva la República de San Marino!» Adelántase entonces Jerónimo Gozi, quien extendiendo sus brazos en son de súplica al Príncipe de la Iglesia, le gritó: «Elevo á vuestra Eminencia la misma

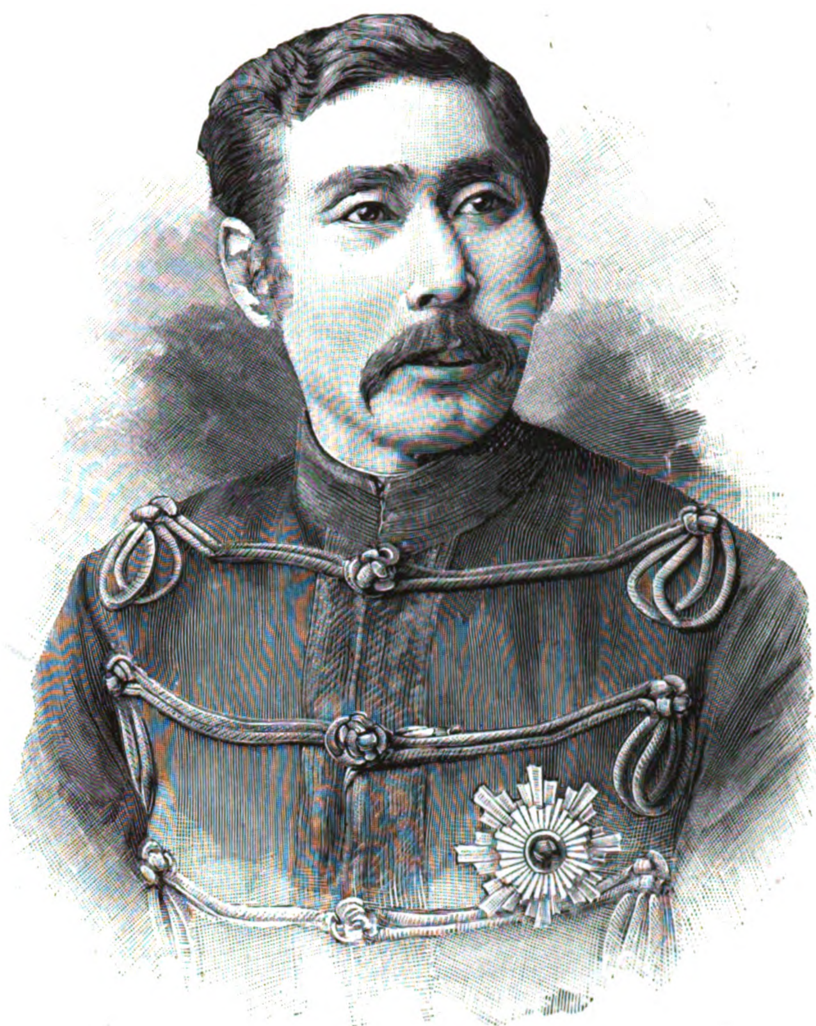


ALEJANDRO III ALEJANDROVICH,
EMPERADOR DE RUSIA.

NUEVA POESIA.
CUADRO DE D. L. ÁLVAREZ.



EL CONDE ITO,
PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS DEL JAPÓN.



EL MARISCAL CONDE YAMAGATA,
GENERAL EN JEFE DEL EJÉRCITO JAPONÉS.

(De fotografías de os Sres. Oppenheimer hermanos.)



PURITANOS Y CABALLEROS.
CUADRO DE H. PILLE.
PARÍS.—«SALON» DE LOS CAMPOS ELÍSEOS DE 1894

oración que Jesucristo á su Padre en el huerto de Getsemaní: *Si posibile est, transeat a me calix iste.* Mientras yo vea sobre la gloriosísima frente de San Marino la corona que me demuestra ser mi príncipe, no tengo corazón para hacerle un ultraje, y diré siempre: ¡Viva San Marino! ¡Viva su República! ¡Viva la libertad!» Todos los fieles, alzando las manos, encendidos de patrio amor sus semblantes, aclaman estas palabras, y el mismo diácono que ayudaba á la misa, volviéndose al pueblo, se unió á la aclamación. Entonó en seguida la orquesta por un movimiento instintivo el himno Ambrosiano.

Levántase alarmado Alberoni; y el capitán de las milicias de Ravenna, creyendo que el Príncipe de la Iglesia corre peligro, dice á sus mosqueteros: «Salvad la vida del Cardenal.» Tres días duró el saqueo de San Marino por aquellos soldados de fortuna, sin que bastase á domar la energía de aquellos repúblicos. Noticias que impresionando vivamente al Pontífice reinante, le indujeron á desaprobar los actos de su legado y á devolver á los ciudadanos sus antiguos fueros, sabiendo bien el Vicario de Jesucristo que en sus almas se unen el amor por la libertad y el sentimiento cristiano. Estas virtudes hacen que, cuando en los pasados y en el presente siglo los más antiguos tronos se derrumban, como antes cayeron las repúblicas italianas; y las revoluciones se suceden á las dominaciones de españoles, franceses y austriacos en las diversas regiones de Italia, la pequeña República de San Marino permanece inconmovible, como si estuviese adherida á la roca del monte Titano. Sólo una vez, en 1849, puede decirse que sus capitanes-regentes y su pueblo se han apartado un tanto de la guardada neutralidad, al través de los más grandes estremecimientos de la Italia y de la Europa, disculpándolo un sentimiento de altísima piedad. Caída la República romana de Mazzini y Garibaldi en la sangre del asesinado ministro Rossi y en el ostracismo del venerable Pío IX, que dió el primer grito de libertad en Italia, el *condottiero* de las huestes garibaldinas, alejándose de la Ciudad Eterna, y cercado de ejércitos pontificios, franceses, españoles y austriacos, de los cuales estos últimos le cierran todo refugio al mar, va á caer en manos de los que en él tienen que vengar sus aventuras en el Tirol y en las Legaciones, si cogido como está entre dos fuegos, que se reflejan en las montañas del Titano, la República de San Marino no le da un refugio que pide para sus gentes aniquiladas por el hambre y por las fatigas, ofreciendo deponer sus armas á los capitanes-regentes á cambio de un poco de pan y de reposo para sus huestes extenuadas.

El Estado de San Marino, aun corriendo grandísimo peligro, dió este pan y piadoso descanso á los que consideraba como afligidos hermanos; y disolviéndose la esquilmada falange procedente de Roma, Garibaldi, con pocos de sus capitanes y su esposa, la célebre Anita, que ya enferma entonces, le había seguido en aquella ascensión montañosa para morir tres días después, se embarcó milagrosamente en Cesenatico, ensenada del mar Adriático. Antes de dejar la hospitalaria ciudad, donde sólo había pasado algunas horas, escribió sobre sus muros esta despedida á sus voluntarios: «Volved á vuestros hogares; pero recordad que Italia no debe permanecer eternamente en la servidumbre; y cuando para ella luzcan días más venturosos, que lucirán, recordad siempre la hospitalidad generosa de San Marino, hospitalidad que será bendecida siglos y siglos de cuantas almas itálicas abriguen amor de patria y de libertad, concedida en una hora de suprema angustia para mí y para la Italia.»

⁂

Mientras se iluminan las torres, el castillo y el Municipio, emblema de la historia y de las libertades de la Edad Media, en el nuevo y bellísimo palacio se congregan en gran banquete más de 130 invitados, en cuyo seno se confunden nobles y plebeyos, ciudadanos de San Marino y los cónsules que representan la República en Italia y en otras naciones extranjeras, para celebrar con la instalación de los nuevos capitanes la del preciosísimo edificio. Cuando llega el momento de los brindis, el ya citado trovador Josué Carducci, que comparte con Manzoni, César Cantú y De Amicis la popularidad de la Italia contemporánea, y á quien sus opiniones democráticas no han impedido aceptar un puesto en el Senado vitalicio de Roma, como lo tiene de honor en el Senado de San Marino, y tejer el año último bellísima corona de flores poéticas para la frente de Margarita de Saboya, se alza á pronunciar un discurso que informa á la vez el amor á la libertad y el espíritu altísimo de religión. Es este un síntoma elocuente que en los tiempos agitados que la sociedad atraviesa merece encontrar en todas partes el aplauso que los espíritus elevados le han consagrado en Italia.

Con pincelada bellísima dedica la primera parte de su arenga-apoteosis á la de León y Marino, procediendo de la Dalmacia para fundar el Estado que florece en las cumbres del monte Titano, siendo, como el Moisés y el Aarón de aquella pequeña colonia, mientras en el fondo, en las tierras bajas del Imperio romano, domina el caos de la barbarie, la desolación y la guerra. Su escudo es Dios, del que el bardo itálico hace la más elocuente pintura, diciendo que ni la impiedad, ni las supersticiones tiránicas, ni el orgullo de las sectas impías y revolucionarias, secuestrarán á Dios de la historia: ese Dios, la más alta visión de los pueblos cuando no están degenerados; Dios, que aparece único y universal, aun á través de las diversas formas religiosas; Dios de las gentes humanas, á quien contemplan con esperanza los oprimidos, y que protege á los pueblos que viven á la sombra de la libertad enlazada con la idea divina. La República de Marino ha sabido mantener al través de los siglos esa cruz salvadora que sus fundadores formaron con las velas de su nave, cuando en el proceloso Adriático miraban como faro la roca en que más tarde erigirán la capilla, en derredor de la cual se constituirá la ciudad, debiendo su libertad á Dios, no á los Césares ni Pontífices, pudiendo decir los nietos de los santos venidos de Dalmacia, cuando un legado de Bonifacio VIII quiso hacerles reconocer la soberanía de los Estados Pontificios, que los ciudadanos de San Marino sólo se debían á Nuestro Señor Jesucristo.

Carducci nada tiene de ultramontano, y aun á veces, algunas de sus frases pugnan con los sentimientos puros y ardientes de un católico. Pero de la síntesis de su discurso, como del sello religioso impreso á las festividades de San Marino, se deduce que los mismos pensadores de la escuela de Mazzini invocan hoy, como única salvación de la sociedad ante el socialismo y la anarquía revolucionarios, la idea religiosa. Al lábaro alzado por Crispi en Nápoles, con el lema: *In hoc signo vinces*, proclamando la necesidad de que se unan Iglesia y Estado para salvar la sociedad moderna, sigue la confesión del senador demócrata, diciendo á la faz del mundo que si la República de San Marino, con sus diez mil habitantes, á las puertas un día de poderosos Imperios vive, y en nuestra edad tan turbada, como los ejércitos enemigos ayer se detenían ante sus muros, lo realizan hoy el socialismo y la anarquía, lo debe á que las sediciones, como las tiranías, son desconocidas en ella, á haber sabido enlazar constantemente la libertad con la religión, y al respeto de la propiedad y de las franquicias comunales con el progreso y la tradición. Italia, como las demás naciones, se siente necesitada de apoyos morales, y sus más altos pensadores reconocen tan salvadora necesidad.

⁂

El domingo 7 de Octubre ha celebrado Roma, y con ella la cristiandad, enlazándolo á la fiesta de la Virgen del Rosario, el aniversario de aquel otro día de Octubre de 1571, en que se decidió la batalla entre la cruz y la media luna, encontrando las naves cristianas á la más poderosa armada musulmana en el golfo de Lepanto. Es este un acontecimiento que, con igual y glorioso título, reivindican Italia y España, los Dorias y los Bazanes. Como Pío V, que instituyó la gran fiesta de aquella que por su intercesión libertó á la Europa de la dominación musulmana, León XIII, cuya reciente y bellísima Encíclica á Primados, Patriarcas, Arzobispos y Obispos, sobre las festividades del Rosario, tanta emoción ha producido en el mundo católico, ha dispuesto que el 7 de Octubre, en todas las iglesias católicas del mundo se abra una colecta para reunir los fondos necesarios á la elevación del nuevo templo que, junto á la Patras griega, donde la Virgen de Lepanto tiene ya una iglesia llamada de los ortodoxos, se alce una basílica católica, para perpetuar la jornada inmortal. No habrán de solicitar Prelados, párrocos. Sociedades de damas católicas é Institutos religiosos de toda índole, ofrendas cuantiosas, bastando el óbolo del pueblo cristiano para obra tan merecedora de altísima alabanza. Cuando en Roma se esperan los Patriarcas de los diversos ritos orientales para poner una piedra más en la dificilísima obra restauradora de la unión de las Iglesias Oriental y Occidental, las fiestas y las ofrendas en honor del santuario de la Virgen del Rosario, en Lepanto, bien merecen una página en esta Crónica, inspirada toda ella por sentimientos cristianos y religiosos.

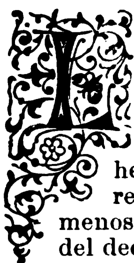
Las fiestas del Rosario van á preceder á las magníficas de Venecia en el octavo centenario de la erección de su basílica bizantina y de la traslación legendaria de la salma de su protector, el evangelista San Marcos.

CONDE DE COELLO.

Roma, 8 de Octubre de 1894.

LOS TEATROS.

ZARZUELA: Inauguración de la temporada con la ópera española *Marina*.—Otra vez *Miss Helyett*.—La hija de Bofill.—Primer estreno en la COMEDIA: *El nido ajeno*.—Carmen Cobeña en *La loca de la casa* y en *La Dolores*.



La inteligente y activa empresa del señor Elías, propietario de dos populares teatros de Barcelona, ha venido á instalarse con su excelente compañía en el de la Zarzuela, cuya amplia y hermosa sala ofrece hoy á los espectadores la agradable sorpresa que no podían menos de producir la restauración completa del decorado y las reformas introducidas para mayor comodidad del público, por buen acuerdo de los propietarios, Sres. Sicilia. Persistan éstos en su buen propósito de no volver á ceder en Carnaval aquel templo de Talía y Euterpe á desvergonzadas y mal olientes adoradoras de Terpsícore. No vayan á decir á ésta sus dos limpias hermanas, parodiando á Mejía:

«Imposible le has dejado.....»

⁂

También para la Zarzuela hay su clasicismo, y la inauguración de la temporada se ha celebrado brillantemente con la que nació zarzuela y es hoy además hermosa y pura ópera española, *Marina*. Con tan acertada elección han honrado empresa y artistas la memoria del inolvidable Arrieta.

El éxito no ha podido ser mejor ni más completo. La famosa partitura de *Marina* estaba encomendada en su mayor parte á cantantes de ópera tan acreditados en nuestros teatros y los extranjeros, como la Sra. Montilla, y los Sres. Visconti y Carbonell. Aunque el joven tenor Alcántara no está, ni por sus facultades ni por sus estudios artísticos, á la altura de sus compañeros, no descompuso el cuadro en su importante papel de Jorge, y, especialmente en el tercer acto, compartió con aquéllos los nutridos aplausos con que el público quiso coronar los esfuerzos que todos hicieron para que resultase una verdadera solemnidad artística la inauguración de la nueva campaña lírica española.

Reapareció después en aquel escenario la popularísima *Miss Helyett*, que tan provechosos resultados había dado dos años antes á la misma empresa, cuando estrenó la obra Matilde Pretel, la artista que pudieron haber soñado los autores para que luciesen con relieve vivo ante el público los valientes al par que graciosos rasgos de la protagonista.

La bella hija del pastor protestante; la tenaz perseguidora del *hombre de la montaña*, vuelve ahora á ser, por gracia de la misma señorita Pretel, el encanto de los numerosos y constantes partidarios del género que en la Zarzuela se cultiva. El público se hizo cargo de que Visconti, tan notable y aplaudido cantante de ópera, *hablaba* por primera vez en escena, y le estimuló con justa benevolencia á seguir procurando vencer las dificultades que el terreno que ahora pisa le ofrece con las bruscas transiciones del canto á la declamación.

Merece la empresa Elías un voto especial de gracias de cuantos en los periódicos nos dedicamos á estas tareas, por haber cumplido fielmente la palabra que había dado á nuestro malogrado é inolvidable compañero Pedro Bofill, cuya presencia tanto echamos de menos, en las noches de estreno sobre todo, pues aquel inteligente é ingenioso crítico, con su frase viva y sincera daba siempre animación á los grupos literarios en que la obra del poeta se discutía.

Elías ha contratado á la bella é inteligente artista, huérfana de nuestro querido compañero; y, cumplida una palabra que hizo sagrada la muerte, el empresario hallará su mejor premio en los meritorios servicios que ha de prestar con su cooperación, durante la nueva campaña, Encarnación Bofill, quien al poner á prueba sus cualidades de artista en aquel mismo escenario, mostró ya cuánto puede llegar á ser con su decidida vocación unida al estudio y á la práctica de su difícil arte. Se asegura que la primera obra en que ha de trabajar la señorita Bofill es *El Grumete*, el hermoso y nunca olvidado idilio de García Gutiérrez y Arrieta. Yo confío en que desde su primera noche confirmará la joven artista las esperanzas que, como á su buen padre, nos hizo concebir á los que le queríamos como amigo y le estimábamos como compañero.

Con novedades de tanta atracción, y con los estrenos de *Miss Róbinsson* y de obras nuevas españolas, con que ya cuenta la empresa de la Zarzuela, es de esperar que el género lírico recobre su antiguo esplendor en el popular teatro.

⁂

No podría resistir un análisis detallado la obra con que, en el teatro de la Comedia, se ha dado á conocer como autor dramático el joven D. Jacinto Benavente.

Ni yo he de meterme en tarea tan larga como desfavorable, teniendo sobre todo en cuenta que se trata de las primicias de un ingenio, y que éstas no han podido subsistir más de tres noches en el escenario de un teatro tan protegido por el público como el que dirige D. Emilio Mario.

Desde la hora del reparto de papeles de *El nido ajeno*, empezaron—con buen deseo sin duda—á esparcirse rumores de excesivo elogio de la obra y del autor, que ni al autor ni á la obra han favorecido, puesto que ellos llevaron al público del estreno con esperanzas de ver mucho más que la obra de un principiante; algo así como el deslumbrante fulgor de un ingenio privilegiado que empieza imponiéndose ya por su fuerza nativa.

No es posible poner en duda el fracaso de la obra. Pero algo hay que decir al autor, que de ningún modo merece el desdén del silencio, más desalentador que la censura misma; y á jóvenes animosos como el Sr. Benavente hay que sostenerlos en su entusiasmo, cuando éste se acompaña de otras cualidades estimables; porque de la juventud, de la nueva generación de autores es de la que debemos y podemos esperar los generosos impulsos que lleven nuestra dramática á una nueva vida que corresponda, por su grandeza, á la que debió á sus primeros gloriosos generadores.

Para que eso suceda, los autores nuevos que, como el Sr. Benavente, se sientan con vocación y fuerzas para el arte, deben huir, tanto en la forma como en el fondo de sus obras, de imitar tendencias y procedimientos muy en uso entre autores contemporáneos famosos; procedimientos que se van desacreditando á medida que descubren lo que en ellos se encierra de convencional y, por decirlo así, pobremente utilitario.

Buscar lo real por el camino de lo falso, y que-

rer llegar á un humano conflicto desnaturalizando la pasión humana, eso lo vemos todos los días en el teatro; pero no es para que lo tenga por espejo —aun viéndolo con frecuencia aplaudido—el que quiere brillar con luz propia y, al nacer para la escena, sabe ya que la obra de arte puro no puede fundarse en la mentira.

El protagonista de *El nido ajeno*—que para mí lo es el que tiene allí su nido *propio*—aparece con dos grandes preocupaciones: la de su dolencia gástrica, que le obliga á tomar magnesia efervescente delante de los espectadores, y la terrible preocupación moral de la supuesta vida *non sancta* de su difunta madre, que le hace odioso á aquel hermano más joven, «el *único* que salió *sano y robusto*» y que, alegre, gentil y calavera, se le ha colado en su nido conyugal, de vuelta de una fructífera expedición á América.

José Luis (nombre popularísimo entre nuestros políticos) no puede, con aquella preocupación tremenda, admitir en su hogar doméstico á Manuel, ni éste entrar en él tan campantemente, recordando, como recuerda, las constantes, rudas y peligrosas contiendas que con su hermano mayor ha sostenido antes de su viaje.

Y ese es el imposible punto de partida de una acción casi nula; la fragilísima rama de árbol en que fabrica el autor *El nido ajeno*, en el cual vive una pájara hermosa, adorada por su esposo, José Luis, empeñado con celos ridículos, pero atormentadores, en ser un voluntario Galeoto entre la compañera querida y el aborrecido hermano.

Y por todo eso—feo artística como moralmente—hay comedia donde no debe haberla. Y con eso —para que haya su poquito de conflicto dramático— llegamos á aquellas estériles, inútiles y monstruosas escenas finales en que dos hermanos se atreven á discutir la honra de su madre.

Ninguno de los tres personajes principales interesa al espectador, y éste, por distraerse, llega á aficionarse al único personaje episódico de la obra; á aquella Emilia charlatana, chismosa y entrometida, tipo ya muy conocido en escena, y que, dada la misión que allí ejerce, debería ser intolerable también para un estómago tan delicado como el del protagonista.

Inoportuno sería ya, además de innecesario, detallar el análisis de *El nido ajeno*. En cuanto á la afectación y excesivo lirismo de la forma, que tanto se le ha censurado al autor, éste no ha hecho más que seguir el ejemplo que le dan hoy los más celebrados dramaturgos, que suelen vestir con su propio lujo retórico á los personajes más sencillos de sus obras. Y eso prescindiendo de la forma *poética*. Alarcón en su tiempo, y en el nuestro Ayala y Serra, dialogan en verso con mucha más naturalidad que los mejores prosistas dramáticos de ahora.

El Sr. Benavente, que no ha de decaer en afición ni en buen ánimo por un tropiezo tan disculpable al empezar su camino, llegará al triunfo que persigue si, estudiando con sereno juicio á todos, no imita á nadie, y si, olvidando en absoluto *El nido ajeno*, se forma el suyo propio en el terreno á que su vocación le lleva, y sin violentos esfuerzos, con los recursos naturales y bien dirigidos de su ingenio.

***

Los mismos artistas de la Comedia que hicieron prodigios de estudio y de ejecución en sus ingratos papeles, para que el nombre del novel autor de *El nido ajeno* fuera oído, entre aplausos, con benevolencia y consideración por el público, han vuelto á ofrecernos hermosos conjuntos de cuadros escénicos en *La loca de la casa*, de Galdós, y en *La Dolores*, de Feliu y Codina.

Conocíamos ya, y habíamos celebrado todos, el admirable trabajo del Sr. Cepillo en el Pepet de la primera de dichas obras, y en la segunda también habíamos aplaudido á Mario en el sargento *guapo*, á Thuillier en el coplero rapabarbas, á García Ortega en el seminarista arriscado, y á otros artistas notables en todas las demás figuras vigorosamente trazadas, con las que el Sr. Feliu ha formado uno de los cuadros más puramente españoles de nuestra dramática.

Lo antes no visto en esas obras aparecía con Carmen Cobeña, la nueva primera actriz de aquel teatro; y, por mi parte, desde luego aseguro que no puedo arrepentirme de lo que dije de tan notable artista con motivo de la ejecución de *La Mojigata*.

En el papel de Dolores, lo mismo que en el de Victoria, la señorita Cobeña ha llegado desde el principio y derechamente al corazón del público, por la fuerza del propio sentimiento y de la posesión íntima de los caracteres, ayudada por lo persuasivo de aquella voz privilegiada para el arte, que jamás halla dificultades ni en las más bruscas transiciones. Principalmente *La Dolores*, colocada, con su deshonra y su hermosura, entre tantos personajes, todos á ella atentos y para ella de tan distinta significación, tiene en boca de Carmen Cobeña las variadas inflexiones de acento que exigen el trato con caracteres tan diversos y las situaciones á que la llevan el odio, el amor, su misma desventura.

Para ser toda una completa primera actriz, la señorita Cobeña, que tanto estudia y tanto aprende, tiene algo que olvidar, y espero que lo olvide si, con la modestia que tanto la distingue y enaltece, halla fundado y bueno el consejo de quien tan dispuesto está á admirarla y aplaudirla.

Olvide la joven artista que en los principios de su difícil carrera la hirieron sugestivamente los acentos de otra actriz de cualidades artísticas muy parecidas á las suyas. Huya de toda imitación, que lleva fácilmente al amaneramiento, y á veces *al desplante*. No recuerde jamás los recursos *de ocasión* de algunos de los directores que ha tenido, recursos que en declamación pecan tanto de fuegos de artificio, que seducen un momento al vulgo y provocan su aplauso, pero que destruyen ó vician las facultades sin añadir solidez á la reputación del artista.

Después de estudiar lo que el autor ofrece á su estudio, no se deje influir por ningún recuerdo la señorita Cobeña. Déjese llevar sólo por su prodigioso instinto escénico. Y, yo se lo aseguro, así triunfará siempre y por completo, y los que amamos sinceramente el arte hallaremos en el apogeo de la buena fama de tan simpática artista la satisfacción de ver que no se ha extinguido la raza de aquellas admirables actrices que dieron calor de vida propia á las creaciones de nuestros grandes ingenios.

EDUARDO BUSTILLO.

13 de Octubre 1894.

EL ANARQUISMO MANSO.

Nos encontramos en la estación de Orleansville. Le reconocí con facilidad. Él, sin turbarse, me abrazó, diciéndome rápidamente:

—Soy italiano, y mi nombre es Vittorio Rizzi.

Diez minutos después, libres de testigos, pudimos hablar, y nuestra conversación fué como sigue:

—Supongo que habrá usted leído algo de lo que se ha dicho de mí en la prensa.

—Sí, señor; y comprendo la necesidad del disfraz y del cambio de nombre; pero creí que buscaría usted refugio en lugar más seguro que éste.

—Voy de paso: quizá dentro de algunas horas me veré en completa seguridad.

—No obstante, es un atrevimiento.....

—Conozco á la policía: no ha progresado mucho desde que la describió tan magistralmente Edgardo Poe en el cuento de *La carta robada*; tiene mi retrato, supone que he debido afeitarme y cambiar de ropa; me busca sin barba, con otro traje y con otras piernas; le es muy difícil imaginar que sólo he variado el color de mi pelo y que ando con muletas para tener necesidad de huir más despacio.

—Verdaderamente, no tiene usted el aspecto de un hombre que huye.

—Es lo que importa demostrar.

—Pero acaso hubiera sido mejor que demostrara usted su inocencia.

—Tengo miedo á los tribunales de mi patria; y mucho más ahora, cuando tan preocupados están con la persecución del anarquismo. Usted no me negará que un veredicto absolutorio no puede compensar las humillaciones y las molestias que padece el inocente dentro de la cárcel. La prisión preventiva no distingue entre el autor confeso de un crimen espantable y la desdichada víctima de un error judicial.

—Sin embargo, usted podría decir.....

—Yo no podría decir más que lo siguiente: no soy anarquista; mis aficiones, mi carácter y mis estudios me impulsan por otros caminos; el azar me ha hecho conocer á varios anarquistas militantes, hombres de acción que se han distinguido en la práctica del mal, pero que nunca me pidieron consejo, aunque algunas veces me pidieran limosna; quise observarlos, oirlos, aquilatar el valor y el fondo de sus ideas, y á esto se reduce mi culpa. ¿Supone usted que tan sencilla explicación bastaría para absolverme? Pues no me sería posible dar otra.

—Respeto los temores de usted, que quizás sean justificados. Y ya que la casualidad nos reune en estas circunstancias, ¿querría usted decirme su opinión respecto del anarquismo?

—Con mucho gusto.

—¿Me autorizará usted para publicar sus palabras?

—Desde luego: creo que conviene divulgar lo que voy á referir sucintamente: la sociedad debe fijarse en todo lo que se relaciona con el gran peligro. Escuche usted, y vaya apuntando.

—Escucho con la mayor atención.

—Hay cinco clases de anarquistas: *individuales*, *asociados*, *díscolos*, *pasivos* y *mansos*. Las dos primeras clases son ejecutoras, resueltas, y verdaderamente temibles por su ciego fanatismo y su extraordinaria energía. El anarquista *individual* no tiene cómplices, no recibe consejos, sigue su propia inspiración y mata cuando, como y á quien le parece. El *asociado* fragua planes en comandita, se sujeta á votaciones y sorteos, y refrena su voluntad obedeciendo á la mayoría de sus cómplices. El *díscolo* constituye una perturbación dentro de la clase asociada: es el que contradice siempre, el que destruye argumentos y combinaciones, el que sirve de rémora, el que, odiando á la sociedad, suele defenderla de muchos golpes. El *pasivo* forma parte de una gran masa que simpatiza con la anarquía y no se atreve á declararlo: mantiénese en actitud expectante, dentro del socialismo y aun fuera de él, hasta en las clases que parecen más apartadas de la nueva plaga. Entre los *pasivos* y los *díscolos* el virus anárquico se conserva atenuado, con distingos y consideraciones; y prospera sin atenuación de ningún género entre los *asociados* y los *individuales*. Para estos últimos, la sociedad debe desaparecer, porque no puede mejorar: hay que destruir al culpable y al inocente, al grande y al pequeño, al hombre y al niño, como en el campo se destruye al insecto y á su larva, pues de un ser dañino y viciado no ha de salir otro inofensivo. El epílogo de la destrucción no les preocupa: *ya verán lo que ha de levantarse sobre las ruinas*. La síntesis del anarquismo puro es *destruir sin edificar*: no busca la purificación por medio del escarmiento, sino la disolución social á tontas y á locas. Dos rasgos distinguen principalmente á los *individuales* y *asociados*: la ferocidad y la vanidad. Asesinan, y hacen alarde del asesinato: antes de cometer el crimen se embriagan con la satisfacción de hacerse célebres: si tuvieran la seguridad de recibir una muerte obscura y de ser criminales anónimos, se enfriaría mucho su entusiasmo.

—¿Cree usted que se les debe juzgar como locos?

—De ninguna manera. Si todos los fanatismos y todas las atrocidades fueron hijas de un desarreglo mental, habría que convertir el mundo en un manicomio. Hay una línea divisoria muy clara entre el demente irresponsable y el criminal empedernido. Á este propósito aventuraré una observación: creo poder asegurar que en la mayor parte de los casos, si un anarquista *individual* pudiera conseguir la celebridad del criminal monstruoso sin hacer daño á nadie, no dañaría. El *asociado* es diferente; porque necesita ejecutar una orden, y sabe que si él la desobedeciera la ejecutarían otros; su vanidad teme una competencia inmediata, y quiere salir airosa de la comparación.

—Y ¿quiénes son los que constituyen la quinta clase del anarquismo? ¿Quiénes son los anarquistas *mansos*?

—Los que no pertenecen á las cuatro clases anteriores; en suma, casi todo el mundo.

—No comprendo.....

—Casi todo el mundo que piensa, que discurre: usted, yo, nuestros amigos, las personas más juiciosas y más respetables.....

—¿Se burla usted?

—Hablo seriamente, y procuraré demostrarlo. Nuestra sociedad está minada por la indiferencia y por el egoísmo: no procura remediar los males que tienen remedio, ni se afana en alcanzar todo el bien que se halla á su alcance: cuando siente un dolor agudo lanza una queja, pero no trata de ponerse en cura: ante las grandes catástrofes dobla el cuello, sin determinarse á tomar salvadoras resoluciones: prefiere poner una rodilla en tierra para dejar paso al huracán, y luego vuelve á erguirse, olvidando el peligro que corrió y el que de nuevo le amenaza: no quiere ver más allá de lo presente, no tiene valor para abandonar su actitud pasiva: se deja consumir por la anemia, falta de voluntad, de ánimo, de arranques viriles, de medidas eficaces y de movimientos enérgicos. Y esta decadencia, esta singular atonía hacen pensar en la necesidad del cáustico, alientan los propósitos criminales y abren camino al anarquismo.

—¿A qué clases de la sociedad quiere usted referirse?

—A todas, sin excepción alguna: el desaliento es general y la culpa es colectiva. Al egoísmo y á



ANA MARÍA, ARCHIDUQUESA DE AUSTRIA,

CUADRO DE RUBENS.

EXISTENTE EN EL MUSEO DE MUNICH.



EL FESTÍN DE LOS DIOSES, PRESIDIDO POR JÚPITER.

FRESCO DEL TECHO DEL COMEDOR PRINCIPAL DEL PALACIO DE LOS SEÑORES MARQUESES DE LINARES,

PINTADO POR D. ALEJANDRO FERRÁNT.

la molicie del poderoso responden la ingratitud y la holgazanería del miserable: cada cual delinque á su modo y aporta su tizón á la hoguera del anarquismo.

—¿Negará usted que hay personas honradas, caritativas, excelentes?

—Son pocas las que conocen el camino de la verdad y practican el bien con inteligencia. La masa común, la que observa una conducta acomodaticia y ejerce virtudes convencionales y figura en el padrón de los buenos, tiene á su cargo la responsabilidad más enorme: sabe y puede corregirse, y no quiere; conoce los defectos de la tradición, los absurdos de la rutina, las necedades de la costumbre, y deja que siga la corriente por el cauce torcido y que ruede la bola: posee el derecho de la fuerza, el de elección, el de las mayorías, y no los ejerce; entrega el campo á los atrevidos, se deja dominar por los audaces, protesta con la lengua y no tiene alientos para levantar el brazo.

—¿Se refiere usted á la política?

—Á todo. Moral y materialmente, impera el desconcierto. Hay un desequilibrio asombroso entre los medios y la voluntad: sobran aquéllos y falta ésta. Observará usted que muchas gentes viven como si estuvieran en el limbo: son inofensivas; no tratan de perjudicar á nadie; se lamentan de los vicios y ellas no los tienen, pero dejan que otros los cultiven; no dan un paso en falso, mas tampoco lo dan para evitar el triunfo de la canalla; no arrojan al prójimo contra una esquina, pero no le impiden que se arroje; cuando los esfuerzos de un gobierno digno, de un bienhechor ó de un sacerdote sacan á estas gentes de sus casillas, van remolcadas, arrastrándose perezosamente como el muchacho que se resiste á ir á la escuela; y entonces practican el bien; ¿cómo? en esta forma: oyen una misa los domingos, y cumplen con la religión; dan una limosna los sábados, y cumplen con la caridad; y así cumplen con otras cosas, cual si trataran de cumplir con visitas de etiqueta. Otros, más animosos y mejor enterados, dirigen acertadamente sus buenas obras, aunque no pueden evitar que resulten malas, porque á menudo la limosna que parece bien distribuída sirve para sustentar la vagancia, la embriaguez y el libertinaje. Acierta el rico, ofrece trabajo en vez de limosna, brinda refugio al inútil menesteroso, y á las veces ocurre que el obrero desprecia la oferta y que el necesitado huye del asilo. Por todas partes, en todas las esferas se ven los síntomas del hundimiento: unos basan sus aspiraciones en el deseo de vivir sin trabajar, otros en el de no cuidarse de las angustias ajenas: formas diversas del egoísmo, de la ineptitud y de la caída.

—Exagera usted.....

—No, amigo mío; no es necesario exagerar; los hechos hablan. Á fines del siglo XIX conservamos las preocupaciones de la barbarie primitiva: la guerra, los espectáculos sangrientos, los lances de honor, el fanatismo político y religioso: no hemos sabido resolver el problema del pan de cada día; luchamos aún con las dificultades vulgares, con las fórmulas inútiles, con las trabas rudimentarias; todavía no tenemos unidad religiosa, ni exacto criterio jurídico, ni leyes fijas, ni sólidos acuerdos internacionales. No acertamos á salir del desorden; seguimos en un caos; ayer lo alumbraban con teas de pino, y ahora lo alumbramos con focos eléctricos; es la única diferencia.

—¡No tanto!

—¡Es que hoy no merecemos disculpa! ¡Sabemos demasiado para que nos sea lícito declararnos impotentes!

—¿Consiste en nosotros el remedio?

—¡Sin duda alguna! ¿No ve usted que nos detenemos á sabiendas? ¿No ve usted que todos vamos sosteniendo el fantasma del error en lugar de abatirlo? El voto de los pueblos modernos sólo es unánime cuando se trata de sostener una equivocación. Valga un ejemplo: dice una máxima famosa que suele escribirse sobre las puertas de las cárceles: «*Odia el delito y compadece al delincuente.*» ¿Qué me dice usted de esta máxima? ¿Dónde está el sentido común? ¡Odia el delito y compadece al delincuente! ¡Como si el delito pudiera existir solo! ¡Como si el delito no fuera obra exclusiva del que delinque! ¿Habría delito si no hubiera delincuente? De estas máximas profundas, que son cándidos rompecabezas chinos, tiene la sociedad moderna una colección asombrosa. También es notable la contradicción en que incurre la sociedad cuando se trata de un crimen. Cualquier ciudadano degüella á dos ó tres de sus semejantes: ¡horror! los periódicos dedican veinte columnas al relato del hecho; la opinión pública se indigna; hay centenares de voluntarios para despedezar al criminal; se le juzga, y se le condena á muerte; llega el día de la ejecución, y un pueblo entero se apresura á pedir el indulto. ¿En qué quedamos? Si una pena establecida en el Código puede anularse cuando es más necesaria, ¿por qué no se suprime? Y la indignación popular ¿qué criterio tiene? Y si, como suele ocurrir, el salvaje indultado continúa matando gente, dentro del presidio ó escapándose del presidio, ¿qué conciencia debe cargar con esta responsabilidad enorme? Pues nadie carga con nada; los crímenes y los indultos se suceden sin interrupción, y los repetidos desengaños no bastan para escarmentar al público ni para reformar leyes y costumbres. ¿A qué aducir otros ejemplos? Harto sabe usted que la sociedad no marcha por buena senda: los hombres sensatos, los corazones generosos se limitan á protestar tibiamente de la conducta de los peores, y aguantan la tiranía y transigen con la desvergüenza. ¿Qué esperanza de verdadero progreso ofrece una sociedad capaz de salvarse por el impulso de su iniciativa, y entregada al desaliento sin razón que lo justifique? ¿Cómo ha de tener salud el que se propone perderla? ¡Parece que nos estorba la vida y que buscamos el suicidio! La inercia individual y la indiferencia colectiva abren paso franco al torrente de los abusos; con nuestro pasivismo autorizamos el fraude, la injusticia, el desbarajuste político, administrativo y social, el éxito del prevaricador que se burla del Código, y el triunfo de la perversidad que se cubre con la hipocresía. De esta suerte, casi todos los que nos tenemos por honrados, por buenos, por leales, por incorruptibles, practicamos el anarquismo manso, unos sin comprenderlo y otros á sabiendas. Y, poco á poco, las filas del enemigo se nutren con desertores de las nuestras, con gentes cada vez menos vulgares, cada vez más temibles por su saber y su criterio. La penuria, el malestar y la desesperación, signos característicos de la edad presente, arrancan de nuestro lado á muchos hombres útiles, hartos ya de luchar en vano, heridos en su amor propio, en su fe y en sus aspiraciones. Ellos, los que fueron sus predecesores y los que todavía continuamos á la sombra de la vieja bandera, todos, en fin, consciente ó inconscientemente, criamos en nuestro regazo al monstruo del anarquismo que aun no ha salido de la infancia: cuando sea hombre, devorará á su nodriza.

—¿Sin que pueda evitarse?

—¿Pero quién trata de evitarlo? El monstruo pide su alimento, y en lugar de lactarle se le da sangre envenenada.

—¿Y no sería más eficaz ahogar al monstruo en su cuna?

—Desde luego. Sólo es menester que haya una resolución unánime.

—¿Cuál es la receta?

—La educación del pueblo, el uso completo y leal del sufragio, la descentralización, el reparto equitativo de las tierras incultas, la igualdad ante la ley, el desarrollo de las asociaciones obreras, y con esto, y sobre todo esto, la inmensa explosión de caridad cristiana que ha pedido el Sumo Pontífice.

Se levantó, apoyándose en las muletas, me estrechó la mano, y al separarse me dijo sonriendo:

—«Crea usted que es la única explosión capaz de acabar con las otras.»

Adolfo Llanos.

EL CHAMPAGNE.

Conclusión.

IV.



El castillo de Sillery, que en principios del siglo anterior perteneció al célebre cortesano de Luis XIV que le ha dejado su nombre, pertenece al cantón Verzy, y se halla á unos ocho kilómetros de Reims. Sus vinos delicados, de ligero sabor picante, suave aroma y color ambarado, han sido de los que más han contribuído á la fama de los vinos blancos de Champagne; pero como el caserío de Sillery se halla situado en una llanura que no se presta al cultivo de la viña, y menos á la producción de vinos finos, la generala de Estrées, dueña de la finca, que poseía también viñedos considerables en los términos municipales de Ludes, de Mailly, de Verenzay y de Verzy, distribuídos á 10 ó 12 kilómetros S.-SE. de Reims, hacía llevar á las cuevas del castillo todos los vinos de las localidades expresadas, y cuidadosamente criados y beneficiados contribuían á aumentar el crédito *Sillery*. Ya en mediados del siglo actual, esta gran propiedad se desmembró entre diversos adquirentes, y como los nuevos propietarios se cuidaban más de la cantidad de uvas que de la calidad de los vinos, la decadencia de estos productos se ha dejado experimentar.

Otros dos viñedos importantes son los llamados de *Ay* y de *Mareuil-sur-Ay*, que se hallan á 20 kilómetros S. de Reims y 2 kilómetros NE. de Epernay. Ambos están contiguos, y son de los primeros que se conocen entre los de la *ribera del Marne*. Dan vinos bastante dulces, finos, delicados, aromáticos, espirituosos y más ligeros que los de Sillery. En los años que la uva adquiere su perfecta madurez, conservan su dulzor los vinos elaborados durante mucho tiempo, sin ninguna adición de materias sacarinas. Estos vinos han sido cantados encomiásticamente por muchos de los poetas de Francia y aun por Voltaire, en el brindis de una gran comida.

También es renombrado el viñedo de *Dizy*, á 2 kilómetros de Epernay, algo más al N. de esta villa. Obtiene vinos de calidades muy variadas, de los cuales la mayor parte no pueden ser considerados como de clase superior: pero hay una parte de este territorio que produce vinos muy semejantes á los de Ay, con la única diferencia de ser aun más finos y menos alcohólicos.

Aun se conserva con aprecio el nombre del viñedo de la abadía de *Haut-Villers*, á 4 kilómetros N. de Epernay y 16 de Reims, sobre las colinas del Marne. Sus acreditados vinos, que igualaban en calidad á los de Ay, han desmerecido bastante desde que los viñedos pasaron á manos de diversos propietarios.

El viñedo de *Thierry* se halla al otro lado del río Marne, y á 3 kilómetros S. de Epernay. Sólo da vinos algo inferiores á los de Ay, de paladar más seco y el gusto particular á *pedernal*, como califican en la localidad.

Los vinos de *Epernay*, también al mismo lado S. del río, son de calidad análoga á los de Thierry.

Para dar una idea exacta de la naturaleza de estos vinos, anotaremos el pequeño cuadro siguiente:

COMPOSICIÓN DE LOS VINOS DE CHAMPAGNE.

PROCEDENCIAS Y CLASES DE LOS VINOS	Añadas.	Alcohol volumen por 100.	Glucosa.	Acidez.
Viñedos de Ay........	1864	10,50	4,57	4,90
	1865	11,80	3,57	2,94
	1866	9,40	7,20	»
Viñedos de Epernay..	1864	10,20	9,09	5,90
	1865	10,60	12,50	4,41
	1866	10,10	4,35	»

Estos análisis de Mr. Robinet dan idea del tipo del alcohol y dosis del azúcar, que en lo general no se deben considerar como naturales, por existir la costumbre de sobrealcoholizar todos los vinos, y por la no menos influyente del azucarado.

En demostración de esto, véase lo que dice el mismo enólogo Mr. Robinet: «Cuando se tiene un mosto que por la escasa cantidad de azúcar contenida no ha de dar vino suficientemente rico en alcohol, á fin de asegurar su buena conservación, hay diversos modos de remediar este inconveniente. El más sencillo y más lógico, al par que ofrece los mejores resultados, es el *vinage* (sobrealcoholización) en la cuba. Así, si un mosto no ha de dar, después de la fermentación completa, más que 6 á 7 por 100 de alcohol en el vino, cantidad insuficiente para la buena conservación, no hay daño alguno en adicionar por hectolitro de mosto 1 á 3 litros de alcohol vínico á 90°: sobre todo si el mosto es ácido, esto no se opone en modo alguno á la fermentación. Aun el procedimiento del azucarado del mosto ofrece bastantes ventajas y puede ser más económico.»

A confesión de parte relevación de prueba, pues el dicho del conocido químico de Epernay no admite lugar á dudas; pero aun daremos breve idea de las operaciones que se practican en esta vinificación, para que sea más evidente la demostración.

Hasta los primeros días de Octubre no se halla la uva en condiciones adecuadas de madurez; es casi la misma época de vendimiar que en la Borgoña, á corta diferencia. Los vendimiadores y vendimiadoras van cortando los racimos y echándolos cada cual en su pequeño cesto, hasta que lo llenan. Otros cestos mayores ó portaderas se colocan en sitio conveniente para que cada vendimiador pueda ir desocupando su cesta manual y prosiga sin interrupciones la faena. Dos operarios ocupa cada cuadrilla de vendimiadores en conducir á palanca las portaderas llenas de racimos, hasta el carro que ha de transportarlas á la casa-lagar. Los racimos se expurgan cuidadosamente de las uvas dañadas, y se procede luego al desgrane total, con lo cual los frutos sufren cierta malaxación, y á veces no se omite la operación del pisado. La uva quebrantada se somete después á la prensa, y el zumo resultante se va recogiendo en tinas ó bajas cubas, donde se deja reposar, para sacarlo después en claro é irlo echando limpio en las barricas de 2 hectolitros de cabida. En estas barricas sufre el mosto una fermentación moderada, sin prolongarse el período tumultuoso ó del hervor más de ocho ó quince días. Esto se consigue bien merced á la baja temperatura de las cuevas, que no han de tener más de 15° á 20°. En el momento de advertirse que el mosto sólo conserva una mitad de su riqueza sacarina, se bajan las barricas á cuevas más frescas, en las cuales ha de mantenerse la temperatura entre 10° y 12°. El objeto es moderar ó apagar la fermentación indicada, para que el vino embotellado conserve cierta proporción de azúcar que sirva á la producción de la espuma, por continuar la fermentación dentro de las mismas botellas. Desde que el mosto no marque más de 11° á 12° glucométricos, debe procederse á embotellarlo: esto suele llegar hacia fines del invierno ó principios de primavera. Muchos fabricantes proceden á varios trasiegos antes de embotellar.

Se estima que 12 gramos de azúcar contenida en una botella, da espuma suficiente para que salga al exterior en el momento de destaparla. La dosis de 15 gramos da mayor

impulso al brote de la espuma. Los 20 gramos dan lugar á violento brote espumoso, y los 23 gramos producen espuma extraordinaria, que da lugar á rotura excesiva de botellas en la cueva de conservación.

Generalmente el embotellado se hace en todo el mes de Mayo, y al cabo de tres semanas, según sea la temperatura, empieza á desenvolverse la espuma. Cuando el brote es demasiado fuerte, se ocasiona gran estallido de botellas, no pudiendo atravesarse las cuevas sin ciertas precauciones. En Champagne se estima que la pérdida por rotura de botellas representa de ordinario 15 á 20 por 100; pero hay años, como el de 1828, que las roturas llegaron al 80 por 100 de botellas almacenadas. Las botellas restantes deben bajarse á cuevas muy frías, donde quedan depositadas tres ó cuatro años, á veces en lo que llaman *reservado*. Pasado el tiempo oportuno, procede la preparación del vino, para ponerlo en condiciones potables. Esta preparación consiste en sacar los posos formados en el cuello de la botella, y adicionar el llamado *licor del vino*. La composición de este licor, según el mismo Robinet, consiste en la mezcla de las proporciones siguientes:

Un hectolitro de vino viejo.
125 á 150 kilogramos de azúcar cande, blanca y pura.
10 á 15 litros de espíritu de Cognac, á 82°.

Se confecciona la mezcla, poniendo el vino y el azúcar cande en una barrica fuerte, y se añade después el espíritu de Cognac, dejando esta mezcla reposar durante tiempo suficiente para que se incorporen todas sus partes.

De este licor toman la cantidad necesaria para adicionar á cada botella los operarios, que, con gran destreza, hacen la operación de sacar los sedimentos, reponiendo el pequeño vacío del cuello de la botella con la dosis indispensable del licor azucarado. Cada operario que efectúa esta manipulación coge la botella con la mano izquierda, hace saltar el alambre de contención con la derecha, vacía el poso, y rápidamente vierte el licor, pasando la botella á otro operario que la tapa mecánicamente, y después á otro encargado de colocar el nuevo alambre de sujeción. De este modo quedan las botellas de vino espumoso dispuestas para el consumo.

V.

Se ve por lo expresado que el vino de Champagne es producto del artificio, en que representa mínima parte la calidad específica de la uva y la naturaleza del suelo donde se cría la cepa. Influye más ciertamente la dosis de calor que el clima proporciona, siendo éste suave en grado suficiente á una madurez prolongada del fruto; lo que se halla en muchas partes del mundo, en España como en Italia, y en otros puntos donde las condiciones de baja latitud se contrabalancean con altitudes frescas, en lo suficiente al éxito más lisonjero.

Sucede con este producto algo de lo que pasa con el solicitado vino de Madera, tan consumido en el *petit verre*. La mayor cantidad del licoroso vino que beben los concurrentes á los cafés de París y otras capitales de Francia, es un líquido de mejor ó peor clase, que jamás se halló en la isla de Madera, y que no tuvo necesidad de su cielo ni de su tierra para llegar á la más legítima consideración de un buen vino. Si los naturales de la isla africana ó los portugueses, que allí han venido explotando aquella práctica de vinificación, hubieran buscado elaborar un tipo de condiciones naturales, no tendrían que quejarse de que su *artificio* le hayan adoptado como útil y conveniente en otras partes.

Todos los parisienses están enterados de que el Madera que consumen en su diario aperitivo no es producto de la colonia portuguesa. Todo el mundo sabe que es oriundo de bodegas de Jerez, de Málaga, de Sicilia ó de Cette; pero nadie extraña la variación de origen. Lo que critican algunos es que tan escasa haya sido la perspicacia de los exportadores jerezanos, que durante tantos años han trabajado en acreditar en Francia una marca portuguesa, con vinos mucho mejores que el Madera original.

Lo mismo sucede con los productos de la Champagne, que son el resultado de las adiciones de azúcar y alcohol á vinos de condiciones adecuadas, como son los pálidos, de poca fuerza y suficiente finura, á la manera de los que se obtienen en Sillery, Ay, Mareuil, Dizy, Haut-Villers y otros pagos de viñedos del Marne. Es, por consiguiente, incuestionable la posibilidad de obtener resultados satisfactorios en Logroño, por ejemplo, como fueron los hechos por D. Joaquín González, de Cuzcurrita, y en Gerona, como los notabilísimos de D. Agustín Vilaret, de Blanes.

Pero no hay que dejarse ilusionar con la idea de que el vino espumoso es un artículo de lujo, que se puede vender fácilmente á precios de 5 á 10 pesetas la botella y á veces más; porque estos son tipos de la reventa en *restaurants* y fondas, en donde el aumento comercial del precio se eleva frecuentemente al 50 por 100. Las agencias directas de venta del Champagne, en París, tienen establecidos precios bastante bajos, de los que vamos á citar algunos como ejemplos. He aquí los de una casa productora de Epernay (1):

Ay, de mucha espuma....	2,50	frs. botella.
Sillery..................	3	— —
Flor de Sillery......	3,75	— —
Carta de oro............	4,50	— —
Carta blanca............	5	— —

La sociedad llamada *L'Union Champagnoise* vende botellas de *carta negra*, Sillery espumoso, á 1,60 francos; la *carta de oro*, Bouzy espumoso, á 2, y la *carta blanca*, á 2,50, haciendo las expediciones en la estación de la vía férrea de Epernay.

Otra casa del mismo Epernay (2) anuncia sus marcas de vinos de Champagne, por docena de botellas, á los precios siguientes:

Carta verde.............	19	frs. docena.
Sillery espumoso.........	24	— —
Crema de Bouzy..	36	— —
Ay superior.......	48	— —
Encubado de *reserva*.......	60	— —
Encubado *extra*..........	72	— —

El poseedor actual del castillo de Ay, que es Mr. Ayala, vende sus selectos productos á los precios siguientes:

Carta blanca, hoja dorada...	6,50	frs. botella.
Carta negra, hoja de estaño..	5,50	— —
Crema, gusto inglés, calidad superior..................	8	— —

Los vinos de Saumur se cotizan en París á precios baratísimos. La casa Amiot vende la docena de botellas:

Carta azul..............	14	frs. docena.
Carta rosa..............	15	— —
Carta plateada.	18	— —
Carta negra.............	21	— —
Carta blanca............	24	— —
Carta de oro............	27	— —

El gran mercado de Champagne en Londres, también ofrece precios bien económicos, que podremos condensar, con relación á la docena de botellas, en calidades variadas:

Champagne legítimo de Epernay, Ay, cuesta de 21 á 75 chelines; Saumur de diversas marcas, de 13 á 48.

La mejor clase del Champagne resulta á poco más de 9 pesetas la botella, y hay algunas de Saumur que salen á menos de 1,40.

Confirma esto el concepto de que si ha de buscarse extenso mercado mediante la elaboración de vinos espumosos, es de necesidad producirlos baratos; no siendo esto tan difícil en España, donde la tal condición de poder exportar vinos tintos á bajo precio es lo que nos dió la supremacía en los mercados franceses, venciendo en la competencia á los vinos procedentes de Portugal, de Grecia, de Italia y de Dalmacia, que ciertamente no desmerecen nada de los españoles en su calidad. Esta gran baratura es la que hoy mismo, á pesar de las dificultades que ofrecen las tarifas aduaneras de Francia, permite que las exportaciones de vinos continúen, aunque lentamente y con escaso beneficio.

Pero la ampliación de los mercados, como asimismo el justo deseo de buscar otros nuevos con objeto de extender la salida de productos, exige dos condiciones importantes:

1.ª Mejorar las calidades cuanto fuere posible, sin acrecer el precio.

2.ª Aumentar la variedad de clases, para satisfacer los gustos de los diversos consumidores.

En la misma Champagne las bodegas de exportación preparan tipos de vinos bien diferentes, más ó menos alcohólicos, pálidos, dorados ó rosáceos, según fuere el destino á que han de aplicarse las botellas. En este modo de proceder se hace exactamente lo mismo que se practica en las bodegas exportadoras de Jerez de la Frontera.

Mientras en la reputada ciudad andaluza se tuvo seguro el mercado de Inglaterra para sus selectas clases de vinos, nadie pensó en elaborar los espumosos; después, cuando las desgracias mercantiles de escasez en la exportación obligaron á buscar otros derroteros, empezó á nacer la clase de exportadores á que se ha llamado de *botelleros*, para trabajar y extender el mercado interior del país, y aun surgió la idea de hacer vinos espumosos.

El ensayo jerezano de elaboración espumosa no fué ciertamente afortunado, porque se pretendió conservar los tipos antiguos (manzanilla, amontillado, Jerez pálido, etc.) con la novedad de la espuma, y al público no le agradó el cambio. En revancha, los imitadores catalanes del Champagne, bajo una ú otra forma, van apoderándose del mercado, con aplauso de todos los verdaderos patriotas; porque si el vino espumoso de España es bueno, ¿qué razón hay para menospreciarlo? Más satisfactorias deben sernos las procedencias de Blanes ó Cuzcurrita que la misma de Sillery. Hemos conocido más de un caso en que los vinos espumosos españoles, disfrazados con una etiqueta francesa, han triunfado en calidad de los procedentes de la célebre localidad del Marne; pero como tales disfraces no son admisibles en un comercio honrado, es de necesidad que los consumidores ayuden á los productores, dando preferencia al vino espumoso español, con lo cual los reposteros y expendedores al detalle no exigirán á los productores la *marca francesa*.

Tómese ejemplo de Italia, que, inspirándose en los deberes del patriotismo, cuando ocurrió la ruptura de relaciones comerciales con Francia, adoptó la resolución de no consumir vinos franceses; los cuales fueron severamente proscritos de las mesas aristocráticas, como de los hoteles y restauranes. Reemplazaron muchos vinos claretes de Italia á los de Burdeos, y el moscatel espumoso de Asti, como otros análogos, sustituyeron al Champagne.

La dama española, dueña siempre de nuestros destinos, reina y señora de la voluntad de los españoles en todas épocas, será la que decida el pleito intentado por el vino espumoso de España. Esta preferencia puede conducir hasta llegar á la obra beneficiosa de generalizar esta clase de vino, de suave paladar y ligero picor, estimulante é higiénico, que por la acción de su ácido carbónico favorece notablemente la digestión; evitando el uso, tan generalizado en Madrid, de las aguas gaseosas, no siempre puras, no siempre limpias y generalmente caras.

Es una obra benéfica, que debe confiadamente ponerse en esas manos blancas y aristocráticas que con delicia sostienen la espumosa copa del vino de Champagne, sin hacer cuenta de que el de igual clase, elaborado en España, puede ser mejor y más barato; sin considerar en que, dándole preferencia al de *nuestra tierra*, pueden fomentar intereses propios y legítimos, haciendo al par la obra caritativa de generalizar el vino espumoso barato, con gran utilidad de la higiene para todas nuestras clases sociales.

Y desde el momento que la señora española sepa que su sencilla preferencia constituye una obra de esta clase, ¿cómo ha de dudar en conseguir un triunfo más en la historia preclara de sus conquistas?

Las obras de la caridad y del bien público siempre han inspirado su inmarcesible patriotismo.

Eduardo Abela.

(1) Mrs. Petrot Bonnet.
(2) Mr. Rosset y Compañía, de Epernay.

EN LA ALHAMBRA.

SONETO.

Descendiente quizá de los zegríes,
Llegó á Granada un moro, y vió con llanto
De pena y estupor el áureo manto
Que en la Alhambra tejieron las huríes.
De los muros de nácar y rubíes,
De torres y de almenas vió el quebranto,
Y vió erguida la Cruz, ruina y espanto
De califas, sultanas y faquíes.
Melancólico el viento en la maleza
Zumbando entonces, le fingió sonoro
El estertor de un reino moribundo.....
Inclinó resignado la cabeza,
Y *¡Sólo Dios es grande!* dijo el moro,
¡Así pasan las glorias de este mundo!

Miguel Gutiérrez.

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

New York: Campaña contra los explotadores de la administración municipal; la *City Vigilance League* y el doctor Parkhurst; su último sermón: los Tammany y las elecciones municipales: necesidad de la sal para evitar la corrupción.—La falsa igualdad norteamericana entre blancos y negros; pruebas.—*La conferencia de Grindelwald* (Suiza): propósitos de las iglesias disidentes; programa divertido; excursiones; el pino, su fruta y su filosofía.



Alzase la opinión en muchos pueblos contra los malos administradores y contra los que malversan los fondos públicos y privados. La resonancia tristísima que en estos momentos adquieren los escándalos administrativos, descubiertos en algunas delegaciones de nuestro país, me trae á la memoria la campaña que la opinión pública, representada por buen número de ciudadanos, está realizando en New York contra los explotadores de la administración municipal de aquella metrópoli. Al frente de los investigadores, denunciadores y perseguidores de los abusos, y en defensa de los intereses del común, se ha puesto un clérigo protestante, el doctor Charles H. Parkhurst, presidente de la *City Vigilance League*, secundado por su secretario el profesor Howe Tolman, que es una alhaja en materia de descubrir picardías y de darlas á conocer á sus convecinos. Los críticos de café, callejuela y tertulia, que allí abundan como en otras partes, censuraron terriblemente al pastor porque se metía en estas inquisiciones, y repetían á voz en grito que á los clérigos les está reservado el cuidado de su iglesia, y no el entrometerse en asuntos seculares y laicos. Pero Mr. Parkhurst entiende las cosas de otra manera, y cree que no hay deber más digno de ser atendido por un pastor, después del de el cumplimiento de su ministerio religioso, que el de impedir que los lobos y los zorros devoren á las ovejas y á los corderillos, así la carnicería tenga lugar en lo más secular, laico y público del mundo. Y no sólo continúa en sus trece, sino que pelea con los que le critican, en el púlpito y en la prensa. El periódico de la asociación, *The City Vigilant*, acaba de publicar el texto de su último sermón, basado en aquella frase de la Escritura «*Vos estis sal terræ*», de San Mateo. No lo indicó en latín el pastor de New York, porque entre ellos sabido es que no se usa; pero lo expresó en la lengua nacional: «Sois la sal de la tierra», y añadió: «Si he escogido este lema, es porque me parece que á menudo lo olvidamos los que no debiéramos olvidarlo. Nos falta á los eclesiásticos firmeza en los propósitos y virilidad en las resoluciones. Preciso es tenerlas y llevar adelante esta campaña á que nos hemos comprometido, la de que se depure y regularice la administración municipal, en la seguridad de que lograremos hacer mucho bien si conseguimos remediar los males presentes, que ostentan el carácter más audaz y cínico que se ha conocido jamás.»

Da gran importancia y actualidad á este asunto, en aquella ciudad, la circunstancia de que en breve se verificarán las elecciones municipales, y que allí, como aquí generalmente, y como en el resto de los pueblos mal administrados, las candidaturas sólo significan el deseo de continuar ejerciendo el monopolio entre determinadas gentes. En New York hay un club político, el denominado de Tammany, que ha sabido ganarse las antipatías de la mayor parte de la población. El autócrata de la casa Tammany, el *boss*, es hoy un Sr. Richard Crooker, un irlandés, hijo de un herrero, sin instrucción, hombre atrevido, negociante audaz, que llegó á aquella ciudad sin un céntimo y que hoy posee bastantes millones. Sucedió al director de la casa Tammany, John Kelly, y ha dirigido á su gusto la administración municipal de aquella metrópoli. Según el secretario de la *City Vigilance League*, á la sombra de su poder conseguía Tammany aumentar y aprovechar los pesados impuestos que el comercio paga; obtenía grandes ganancias autorizando la apertura y desarrollo de casas y estableci-



TIPOS ANDALUCES.—GENTE DEL BRONCE.

DIBUJO DE D. J ALARCÓN.

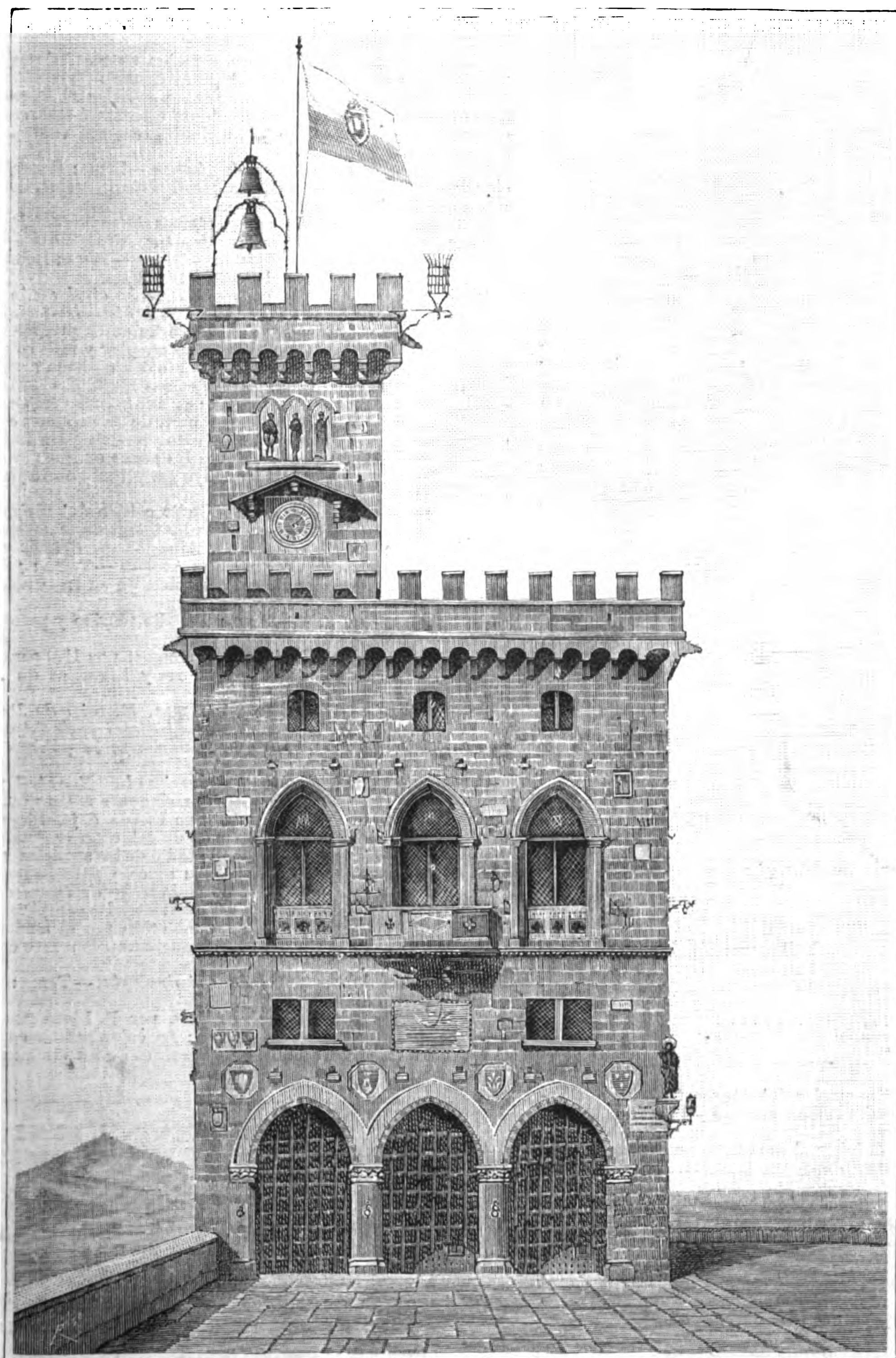


JULIAN BELLUZZI.



FRANCISCO MARCUCCI.

REGENTES DE LA REPÚBLICA DE SAN MARINO.



NUEVO PALACIO DEL CONSEJO PRÍNCIPE SOBERANO DE LA REPÚBLICA DE SAN MARINO, inaugurado solemnemente el 30 del pasado.



ESTATUA DE SAN MARINO, obra de J. Tadolini.

(De fotografías.)

mientos que la ley prohibe; vendía los empleos y explotaba á las gentes, á consecuencia de cuyas revelaciones se formó un expediente en Albany, que ha comprobado esto y muchísimo más, y cuyas investigaciones continúan ahora con gran complacencia de la opinión. Así es que, mientras el renombre de Mr. Parkhurst crece, los apuros del centro Tammany crecen también, habiendo tenido Mr. Richard Crooker que presentar su dimisión.

Anunciadas las elecciones, prepáranse los amigos y adversarios á reñir ruda batalla. Los demócratas independientes y los republicanos presentan juntos una candidatura de coalición contra el poder de los Tammany. El comité de los *Setenta*, que derrotó en otra ocasión al jefe representante de esta casa, Mr. Tweed, funciona también ahora para derrotar á Crooker, cuyos aliados, y todos los defensores de los Tammanys, cuentan entre sus defensores y votantes á casi todos los empleados municipales, cuyos sueldos suben al año á 75 millones de pesetas, y los cuales van á echar el resto para obtener la victoria. Los antitammanistas, por su parte, están resueltos á combatir con todas sus fuerzas al candidato de Tammany, así presente éste al hombre más respetable y venerado de la ciudad. Muy pocas veces han despertado las elecciones municipales en New York el interés y entusiasmo que ahora. Tammany vive haciendo política constantemente, y tiene muy bien, y desde muy antiguo, organizadas sus fuerzas. Sus adversarios se han organizado de repente, y se desorganizarán en cuanto pasen las elecciones, lo cual es un mal inmenso. Allí, como en otras partes, los demócratas necesitan siempre un hombre que lo sea todo en el partido: alcalde, gobernador, presidente, siempre hay un soberano que impone su voluntad á la opinión, en vez de ser al contrario, esto es, que la opinión se imponga al soberano, llámese presidente, gobernador ó alcalde. La opinión, representada por la *Vigilance League*, ha empezado á imponerse; pero ¿durará? ¿caerá en manos de un solo hombre? No será de seguro en las del pastor Mr. Parkhurst, porque éste, muy conocedor del espíritu público y de las debilidades humanas, así propias como extrañas, se propone ser consejero, predicador, director espiritual, no dictador, ni jefe. Hace bien el pater evangelista. Al fijar como base de su campaña, en lo que á sí mismo respecta, el lema *Vos estis sal terræ*, yo creo que habrá tenido presente la interpretación que dió San Juan Crisóstomo á esas frases: «*Quid digitur?*» se preguntaba este bienaventurado. Y respondía: «*Ipsine putrefacta medidicati sunt? Nequaquam: neque enim fieri potest, ut ea, quæ jam corrupta sunt, salis perfricatione reparentur: liberare quippe à putredine peccatorum, Christi virtutis est.*» Preserva la sal á las carnes de la corrupción, y por eso es emblema de la prudencia, con la cual el hombre se preserva de los vicios. Y no sólo en lo material, sino en lo que á las obras de la inteligencia se refiere, conviene poner un poco de sal para que resulten agradables al espíritu, según lo expresa aquel oportunísimo consejo que dice: «*Sermo vester semper in gratia sit sale conditus*», que interpretó muy bien Aloysio Navarino, diciendo: «*Sal optimum ciborum condimentum est, si moderate adhibeatur, si nimis, cibus perdit: idem in sermone fiat, aspergatur sermo sapientia, non obruatur.*» Por esto, sin duda, pone la sal necesaria Mr. Parkhurst en sus filípicas contra los malos administradores del concejo, y por eso saben tan bien al paladar de los contribuyentes no estragados. Mucha sal necesitan los administradores de la cosa pública para conservar la pureza de los intereses que traen entre manos, no para derramarla á puñados, sino para que hagan efecto sus maravillosas virtudes, que además de las químicas, de que aquí no hay para qué hablar, están resumidas por la sabiduría de los tiempos en estos lemas: «*Calefacit et consurare potest,—escas reddit sapidas,—à putredine servat,—putrida non reparare potest,—densat et exsiccat,—calefacit et consumit,—ignis et aqua est,—condimentum est, non cibus,—aquas ebullientes defervescere facit,—obsum, ni temperet usus.*» Y basta de latín, aunque no de sal.

°°°

La manera de comprender la igualdad en la patria de Mr. Parkhurst tiene exceso de sal, es decir, mucho salero. Luchó el Norte contra el Sur, en los Estados Unidos, para abolir la esclavitud y convertir en ciudadanos á los negros. Pues bien, según acaba de decirlo una vez más un sociólogo, Mr. G. Nestler Tricoche, al dar cuenta de sus observaciones, no en el Sur, donde siempre los blancos han sido enemigos de la gente de color, sino en el Norte, donde viven sus redentores, la igualdad no parece por ninguna parte. Ahora mismo está terminando la temporada de baños en Ashbury-Park (New-Jersey), por ejemplo, y allí se ha visto, y se ve, que no se permite que blancos y negros se bañen juntos, sino á muy distintas horas, porque el remojarse en las mismas aguas produciría tal efecto en la piel blanca, que no podría lavarse con toda el agua del mar. En Boston no se admite á las negras como dependientes para la venta de mostrador en los almacenes de modas y novedades. En casi todos los Estados del Norte prohibe la ley el matrimonio entre blancos y negros. En el Massachusetts los abogados, médicos y profesores negros no tienen ningún cliente, ni parroquiano, ni discípulo blanco. En Washington y Brooklyn la Asociación Cristiana de la Juventud no admite en las escuelas á los niños negros. En Pittsburgo, en una escuela, se denunció que una niña, blanca al parecer, era hija de padre ó de madre mulatos, y sin esperar á prueba ni información alguna, fué expulsada. En New York, donde viven, como en otros pueblos, muchos negros veteranos que tomaron parte en la guerra de Separación, peleando al lado de los blancos contra los esclavistas del Sur, no se les ha concedido el derecho de alternar con los blancos, que fueron sus compañeros en el ejército. En algunas localidades donde habitan, los blancos en un extremo de la población y los negros en el otro, hay por medio campo y tierra inculta, que nadie compra, ni en la que nadie edifica, para que nunca llegue el caso de que aquéllos puedan ser vecinos de éstos. ¿No resulta todo esto mucho más terrible que los recuerdos de la judería de la Edad Media? ¿Cuándo conseguirán los pastores, jefes y autoridades de las Iglesias disidentes, que allí se ocupan, al parecer tanto, en corregir las deficiencias sociales, de predicar un poco de caridad para esta raza redimida á medias? ¿Sucederá, si no, que al fin y al cabo el egoísmo de los blancos llegue á hacer con los negros lo que la Federación ha hecho al exterminar casi por completo, ó poco menos, á los indígenas indios Sioux, Manches, Ohoctaws, Chickansaws, Vintas, Navajdes, Whitemountains y otros, antes *naciones*, y hoy acorralados en las *Indians reservations?* Si las mil y una disidencias protestantes tienden á unirse, ¿admitirán á los pastores negros y á sus fieles, con todos los derechos y consideraciones de los demás ciudadanos? No lo esperamos, á juzgar por la absoluta indiferencia y menosprecio con que se mira allí, y fuera de allí, á la raza negra.

También en Europa continúan en boga las aspiraciones á la unión de los disidentes religiosos, sin que, como es natural, tengan que preocuparse del color de los fieles. Se ha creado con este fin una «Academia de verano», como dice un periódico suizo, dando este nombre á lo que entre los protestantes se llama la «*Conferencia de Grindelwald*»; cosa curiosa. En efecto, en vista de la fecundidad de las sectas que la disidencia incuba y cría, y del sinnúmero de iglesias ó ermitas más ó menos filosóficas y libres, y de credos y creyentes que andan por esos mundos del diablo, se le ocurrió á un turista, alpinista y propagandista, el doctor inglés Henry S. Lunn, crear en Suiza, durante el verano, un centro, sociedad, club ó tertulia en la que, «además de disfrutar de las bellezas, comodidades, entretenimientos y goces de la estación estival, se cambiasen impresiones, ideas, discursos y sermones acerca de las grandes cuestiones del día». Entre éstas figura la de la aproximación, inteligencia y fusión, si fuera posible, de las diversas tendencias religiosas disidentes. El sitio escogido para la celebración de las sesiones es la población de Grindelwald ó *Gydisdorf*, en el Oberlan de Berna, debajo de las gigantes cimas del Faulhorn ó Pico podrido, cuyas rocas de esquistos calcáreos negros se elevan á dos mil setecientos metros de altura. La vía férrea arranca en Gydisdorf, al pie mismo de la sierra, y siguiendo el curso del Lutschen, va hasta Interlaken. Hay precios reducidos de ida y vuelta, y además de los hoteles fondas del Águila, del Oso, del Gran Eiger, de la Nevera, de Burgener, de Alpenruhe y de Schœnegg, hay multitud de hospedajes económicos. El punto es retirado, maravillosamente bonito y relativamente barato; muy á propósito para pasar el verano. Si á esto se añade el atractivo de las conferencias de religión y filosofía veraniegas, no tiene nada de extraño que Grindelwald sea, como es, la Meca de los ingleses excursionistas. Allí se han reunido y han discutido y predicado el lord Obispo de Worcester, el Arzobispo de Dublín, lord Plunket, Newman Hall, el publicista Stead, el ascensionista alpino Eduardo Whymper y el P. Jacinto.

En el verano actual se han celebrado cincuenta y una sesiones, ocho conciertos de música general, y sermón todos los domingos. Los oradores suizos han tratado en sus discursos de las instituciones políticas y eclesiásticas de la federación. Como se ve, el progama no puede ser más variado, porque tras de un discurso acerca del *sweating system*, viene un sermón sobre el matrimonio, y luego una sonata de Wagner ó de Listz, y en seguida una explicación del *Bentezuge*, y al fin una controversia sobre la *Berufogenossenschaft*. Por esto las fiestas resultan muy concurridas. En 1892 asistieron á la conferencia 950 aficionados, en 1893 unos 1.600, y en el verano de este año 2 400. Posible es que la unión de las iglesias disidentes no se realice; pero lo que sí resulta es que se pasan admirablemente un par de meses del buen tiempo, en las conferencias y en las excursiones por las montañas, entre gentes de dinero, de humor y de buen apetito. A las heladas neveras y peligrosos abismos llegan pocos; en cambio, ingleses é inglesas jóvenes recorren las laderas por debajo de los pinos de eterno verdor, contemplando aquella espléndida naturaleza, que dará sus frutos cuando ellos hayan vuelto á su obscuro y triste suelo del Norte, cuando con las horas melancólicas de fines de otoño caigan las piñas al suelo y logre el fuego sacar al aire el escondido fruto, del que dijo el vulgo italiano: *Il buono è dentro*, porque en la naturaleza *meliora latent*; es decir, que lo que vale está siempre oculto, lección admirable que da al espíritu, para que reserve con cuidado lo que es bueno, y no fíe á los pasajeros vientos de la publicidad lo que piensa, ni todo lo que siente. Eso enseña el pino con su fruto, al filósofo que vaga por Grindelwald ó por Valdestillas y por toda tierra donde se crían piñones. Véase la muestra:

«Pinea nux dulces glabro sub cortice fructus
Ut fovet; hic animo sic bona rara tegit.
Clauditur hoc animo pietas, hoc pectore virtus:
Hæc sunt interiùs, quæ meliora latent.»

R. Becerro de Bengoa.

CERTAMEN.

La Academia Jurídico-escolar del Ateneo Científico de Valencia celebrará certamen conmemorativo del segundo aniversario de su instalación.

Los trabajos deben dirigirse al Secretario de la Comisión del Certamen, quien los recibirá hasta las seis de la tarde del 15 de Diciembre próximo.

He aquí los temas y la lista de los premios que á cada uno corresponde:

PREMIO DE HONOR.

Título de socio de mérito de la Academia Jurídico-escolar al autor del mejor trabajo de cuantos se presenten optando tanto á los premios ordinarios como á los extraordinarios.

PREMIOS ORDINARIOS

concedidos por el Ilmo. Sr. Rector y profesores de esta Facultad de Derecho.

La obra de Bluntschli *Derecho público universal*.— Tema: Influencia del Cristianismo en el Derecho internacional.

PRIMER GRUPO.

1.º El libro de Ad. Franch *Philosophie du droit civil*.—Tema: Intervención que, según el derecho natural, corresponde al padre y á la madre en la educación del hijo.

2.º Un ejemplar de la obra de Enrique Ahrens *Curso de Derecho natural*.—Tema: Exposición y crítica de la doctrina de Kant acerca del Derecho y del Estado.

3.º Un ejemplar de la obra del Dr. D. Juan Antonio Bernabé y Herrero, titulada *Historia del Derecho Español*.—Tema: La lucha entre el Derecho romano y el foral, desde el renacimiento de los estudios jurídicos hasta las leyes de Toro.

4.º Un ejemplar del *Cours élémentaire de Droit romain*, por Ch. Demangeat.—Tema: Importancia del Derecho consuetudinario en España durante la Edad Media.

5.º Un ejemplar de la obra *Refutación á la Vida de Jesús de E. Renán*.—Tema: ¿Puede separarse la moral de la religión?

6.º La obra de Holtzendorff *Principios de política: Introducción al estudio del Derecho público contemporáneo*, traducida por A. Builla y A. Posada.—Tema: Naturaleza y funciones del cargo de jefe del Estado.

7.º Un ejemplar de la obra de Nitti, *El socialismo católico*, tradución al español.—Tema: El socialismo cristiano y católico: determinación de su concepto en el socialismo; exposición y crítica de sus doctrinas.

SEGUNDO GRUPO.

1.º Un ejemplar del libro de P. Hubert Valleroux *Les Associations Coopératives en France et á l'étranger*.—Tema: De la propiedad individual bajo su triple aspecto moral, jurídico y económico.

2.º Un objeto de arte.—Tema: ¿El estudio del Derecho en los grados primero y segundo de la enseñanza, según éstos le permiten, podría favorecer la cultura de la nación y contribuir al mejoramiento social?

3.º Un ejemplar de la obra de M. Proal, *El Delito y la Pena*.—Tema: Vindicación del libre albedrío como verdadero origen de la delincuencia

4.º Obras de *Derecho Internacional público y privado* de D. L. Gestoso.—Tema: La reincidencia. Estudio acerca de su influencia, según las diversas escuelas, para graduar la responsabilidad criminal.

5.º *Lecciones de Derecho mercantil*, de D. L. B. de Endara; *La Libertad*, traducción de la de John Stuart Mill, y *Estudios económicos; Justicia de las leyes naturales de los precios* (folleto).—Tema: La letra de cambio en la legislación española.

PREMIOS EXTRAORDINARIOS.

1.º De S. M. la Reina Regente. La obra en tres lujosos tomos, dirigida por D. José de Madrazo, y titulada *Colección litográfica de cuadros del rey de España el señor D. Fernando VII*.—Tema: De las contribuciones directas é indirectas: caracteres fundamentales que las distinguen; sus ventajas é inconvenientes respectivos

2.º *La Colección legislativa de España*.—Tema: Organización de los tribunales de España. ¿Cuál sería la mejor, dadas nuestras tradiciones y costumbres?

3.º Un ejemplar de la obra en dos tomos *Filosofía del Derecho ó Derecho natural: Introducción al estudio de las Ciencias legales*, por D. Rafael Fernández Conca.—Tema: Relaciones de la Antropología con el Derecho penal.

4.º *La Génesis y la evolución del Derecho civil según los resultados de las ciencias antropológicas é histórico-sociales*, por el Dr. D'Aguanno.—Tema: Establecimientos penitenciarios de España. Sistema que convendría adoptar y medios que podrían disponerse para el mejoramiento del régimen actual.

5. Una coleción de la Revista de ciencias históricas *El Archivo*, por el canónigo de la Basílica D. Roque Chabás.—Tema: La prerrogativa que la mayor parte de las naciones conceden al representante del poder político supremo para indultar á los reos total ó parcialmente de las penas en que por sus delitos incurren, ¿robustece ó destruye los principios de justicia y de soberanía nacional?

6. Un objeto de arte.—Tema: Estudio crítico del régimen municipal establecido en Valencia por los fueros de D. Jaime I.

7.º Un ejemplar de la obra de H. Maudsley, *El Crimen y la Locura*, traducida por D. R. Ibáñez Avellán.—Tema: ¿Responde nuestra justicia municipal á los fines de su institución? Medios de mejorarla.

8.º Un objeto de arte.—Tema: Estudio teórico y práctico del Jurado.

9.º *El Universo Social*, obra en tres tomos, por H. Spencer.—Tema: Crítica de las obras jurídicas y literarias de Alfonso X.

10.º La obra de Glasson, en seis tomos, *Histoire du Droit et des Institutions politiques, civiles et judiciaires de l'Angleterre*.—Tema: Idea general de la Administración pública en Inglaterra.

11.º Un ejemplar de la obra *Comentarios al Código civil*, por D. Modesto Falcón.—Tema: Intereses comunes á las provincias del antiguo reino de Valencia, que basten á justificar la existencia de una representación y de un gobierno regionales.

12.º Un objeto de arte.—Tema: Estudio de los antiguos gremios de Valencia, considerados bajo su aspecto político-social.

13.º *Ensayo sobre la Historia del Derecho de Propiedad*, por D. Gumersindo de Azcárate.—Tema: Estudio comparativo y crítico del Consejo de Familia establecido por el moderno Código civil, y el que por derecho consuetudinario existe en el Alto Aragón.

14.º La obra de Garófalo, *La Criminalogía*.—Tema: La educación y el delito.

15.º *Derecho Internacional Público*, por P. Fiore, traducido por D. Alejo G. Moreno.—Tema: La colonización en los tiempos antiguos y modernos: estudio crítico de los sistemas y tratados coloniales.—X.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Elementos generales de Farmacodinamia, por el Dr. De Buck. Versión castellana del Dr. D. José Codina Castellví.

La Biblioteca Científica Moderna, que edita nuestro estimado colega la *Revista de Medicina y Cirugía prácticas*, acaba de enriquecerse con la publicación de esta interesantísima obra.

El libro del profesor De Buck es un completísimo resumen de los conocimientos fisiológicos necesarios al estudio de la terapéutica, tan indispensables al médico práctico como á los estudiantes. En demostración de todo ello, véase en esquema el índice de materias que contiene:

Introducción. Acción medicamentosa.—Nuestra hipótesis sobre la naturaleza íntima de la acción medicamentosa.—*Vida de relación*. Sistema nervioso.—Facultades ó funciones intelectuales psíquicas.—Facultades morales.—Sensibilidad moral.—Función motora.—Motilidad voluntaria.—Función sensible.—Sensibilidad material.—Sensibilidad especial.—Sensibilidad general.—Lenguaje y expresión de la idea.—Fatiga, sueño, hipnotismo.—Función refleja.—Inhibición.—*Vida vegetativa*. Función calorífica.—Función secretoria en general.—Secreción láctea y sudorípara en particular.—Función trófica.—Sistema circulatorio.—Sistema respiratorio.—Sistema digestivo.—Sistema urinario.—Sistema genital.—Sistema de nutrición.—Resumen de química fisiológica.

Forma un precioso volumen de cerca de 400 páginas esmeradamente impresas y elegantemente encuadernado en piel.—Precio: 4 pesetas. De venta en la Administración de la *Revista de Medicina y Cirugía prácticas*, Preciados, número 33, bajo, Madrid, y en las principales librerías de España y Ultramar.

Lecciones sobre el Syllabus, por D. Aniceto Alonso Perujo, doctor en Sagrada Teología y Derecho Canónico, canónigo doctoral que fué de la Santa Iglesia Metropolitana basílica de Valencia y catedrático de aquella asignatura en el Seminario Conciliar Central de la misma ciudad.

Esta importante obra está escrita en muy buen castellano, con claridad suma, un tono de convicción notable y vigorosa dialéctica.

De la rápida lectura que hemos hecho de estas *Lecciones*, tal es la impresión que sacamos, no atreviéndonos á ir más adelante en nuestro juicio sin otro estudio hecho con mayor detenimiento.

Este primer tomo cuesta 7 pesetas en Valencia y 8 fuera de ella. Véndese en las principales librerías.

La letra de cambio y demás documentos mercantiles, así de giro, como al portador, según las leyes vigentes en la Península, Ultramar y Filipinas. Códigos de comercio extranjeros y jurisprudencia del Tribunal Supremo, con modelos y formularios para todos los casos y numerosas notas aclaratorias, varios y curiosos Apéndices. Obra necesaria para los comerciantes é industriales, por Pedro Huguet y Campañá.

El autor estudia con gran cuidado y minuciosidad cuanto se refiere á esta importante materia comercial, á saber: Forma de la letra de cambio; De los vencimientos; De la provisión de fondos; De la presentación; De la aceptación; Del aval; Del pago; Del protesto; Del recambio; De las acciones que pueden ejercitarse en juicio; De otros documentos mercantiles. Cada uno de estos asuntos está tratado en una sección aparte. Precede al cuerpo de la obra un capítulo de generalidades, y la sigue un importante Apéndice.

Forma un tomo de 466 páginas, muy bien encuadernado, que se vende, al precio de 8 pesetas, en todas las librerías de España y Ultramar, ó en casa del editor D. Manuel Soler, Paseo de San Juan, 152, Barcelona.

Confidencias de un prestidigitador. Una vida de artista, por Roberto Haudin. Traducción de D. Avelino Martínez.

Aunque tiene esta obra dos tomos, léese con interés por la novedad que encierra. Hay en ella un estudio profundo del teatro, y el autor cuenta infinidad de aventuras y extraños sucesos de gran entretenimiento. Los dos tomos cuestan 6 pesetas.

Manual de Patología interna, escrito para uso de médicos y estudiantes, por C. Vaulair, profesor de la Universidad de Lieja, individuo de la Academia de Medicina y de la Real de Bélgica, miembro correspondiente de la Academia de Medicina de París, premiado por el Instituto de Francia. Traducido y anotado por el Dr. P. Colvée, individuo de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Valencia, y catedrático.

Hemos recibido el cuaderno 17 de esta interesante obra, que con tanto éxito está publicando el conocido y diligente editor valenciano D. Pascual Aguilar.

France-Album. *France monumentale. France pittoresque. Dessins originaux de A. Karl.*

Hemos recibido tres números de esta importante publicación mensual, que desearíamos ver imitada en España. Uno de ellos contiene bonitas vistas de Cherburgo y su distrito,

otro de Brest, y el tercero de Rovius en los departamentos de la Mancha, Finisterre y Seine et Marne, respectivamente. Cuesta cada uno 50 céntimos.

Historia general de España, escrita por individuos de número de la Real Academia de la Historia, bajo la dirección de D. Antonio Cánovas del Castillo.

Hemos recibido los cuadernos 195 á 199 de esta importante obra, que publica la empresa *El Progreso Editorial*, y que corresponden á la terminación del tomo *La Marina de Castilla* y al principio del tomo III del *Reinado de Carlos III*. Precio de cada cuaderno: una peseta, dirigiéndose á la mencionada casa ó á las principales librerías.

Esta *Historia general de España* es libro que debe figurar en las bibliotecas de todos los hombres estudiosos.

El pastelero moderno. La pastelería al *alcance de las familias*. — Novísimo manual de pastelería, el más completo de los publicados hasta el día. Comprende las fórmulas más usuales para la confección de toda clase de pastelería, tanto francesa como italiana, española, inglesa y alemana, y el modo de cocer los pasteles sin horno.

Mil fórmulas, ilustradas con cien grabados, contiene esta obra, cuya utilidad en una casa es indudable, sin que para demostrarlo sea preciso otra cosa que atender á las materias que trata.

Cuesta 3 pesetas.

Músicos alemanes *(Los grandes artistas)*.

Es este uno de los volúmenes más interesantes de la *Biblioteca Popular de Arte*, y en él se dice todo lo más esencial y digno de saberse acerca de aquellos grandes artistas que, desde Hændel hasta Wagner, forman el glorioso ciclo musical alemán cerrado en nuestros días.

Cuarenta y dos grabados (retratos, alegorías y caprichos) ilustran este libro, publicado por *La España Editorial*, y cuyo precio es de una peseta, en rústica.

Presupuesto general de ingresos y gastos *de la Isla de Puerto Rico en* 1894-95.

El Sr. D. Diego Arias de Miranda, director de Hacienda del ministerio de Ultramar, ha tenido la atención, que le agradecemos, de enviarnos un ejemplar de este documento oficial.

Historia de la situación actual de la Beneficencia en San Sebastián, por D. Segundo Berasategui y Montes.

El libro del Sr. Berasategui merece los elogios que la Comisión de Educación de la Junta de Beneficencia de San Sebastián le dirige en el notable informe que se publica al frente del tomo. Es una curiosísima é instructiva historia que prueba cuánto se puede hacer con poco dinero cuando se sabe administrar bien y honradamente, y además que vuelos toman á veces en los pueblos verdaderamente cultos aquellas instituciones de conocida utilidad y que, por el crédito de su sabia administración, encuentran el apoyo de todos los vecinos si llegan á hallarse en circunstancias difíciles.

En suma, la importante monografía del Sr. Berasategui muestra la florentísima situación en que se halla la beneficencia donostiarra, por lo que recomendamos su lectura á las personas que, teniendo á su cargo la administración de establecimientos análogos en otras provincias, no han logrado nunca verlos en parecido estado.

Antaño y hogaño, poesías de Eulogio Jurado Fernández, con un *Prólogo* de D. Francisco Rodríguez Marín.

Aunque es de modesta apariencia el libro y modestamente se expresa el autor en la dedicatoria al Sr. Rodríguez Marín, no cabe desconocer que hay en él composiciones muy apreciables, sobre todo por su sencillez y espontaneidad, como es la titulada *Soledades*. En otras, como en *La Tempestad*, descubre el Sr. Jurado Fernández grandes alientos que para sí quisieran algunos poetas famosos.

Véndese esta obra en Osuna, en casa de su autor y en la imprenta de D. M. L. Vidal, y fuera de Osuna en las principales librerías, siendo su precio dos pesetas.

Cantares de Narciso Díaz de Escovar.

Publica este tomo la *Biblioteca del siglo XIX*, haciendo notable favor á las letras, en cuya república ocupa tan honroso puesto el Sr. Escovar, principalmente como cultivador de este género de poesía.

Cuesta el tomo 2 reales.

Estudio teórico de las reglas de aplicación de penas contenidas en el Código penal común y en el art. 175 del de Justicia militar, y demostración práctica de los principios establecidos en dichas reglas por medio de cuadros sinópticos que comprenden la graduación completa de cuantas penas puedan imponerse al militar, etc., etc., por D. Ramón Pastor Rodríguez.

Esta obra es de gran utilidad práctica; pero no puede juzgarse en poco espacio, si el juicio ha de ser debidamente razonado. Hállase de venta en la librería de San Martín (Puerta del Sol, 6), en la administración del *Boletín de Justicia militar*, Génova, 3, bajo izquierda, y en las principales librerías, al precio de 5 pesetas en la Península, Baleares y Canarias, y 7 en Ultramar.

Discurso inaugural para el año escolar de 1894-95, pronunciado en el Centro Gallego de la Habana por el licenciado D. José López Pérez, secretario de la sección de instrucción.

Hemos recibido dos ejemplares de este folleto, y leído con gusto el elocuente discurso que contiene, y en el que, con gran erudición, están expuestas las ventajas de la instrucción.

G. R.



JUANITO MANÉN,

NOTABLE VIOLINISTA.

MADRID. — Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXVIII.—NÚM. XXXIX.

ADMINISTRACIÓN:
ALCALÁ, 23.

Madrid, 22 de Octubre de 1894.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN, PAGADEROS EN ORO.

	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia	60 francos.	35 francos.

EXPOSICIÓN ARTÍSTICA DE BILBAO.



PENA DE MUERTE AL LADRÓN.

CUADRO DE D. VICTOR MORELLI.

(PREMIADO CON MENCIÓN HONORÍFICA.)

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

Al empezar esta Crónica todos los partes que se reciben de Livadia anuncian como inevitable la muerte del czar Alejandro III, y estar gravemente enfermos la Emperatriz y el segundo de sus hijos. Como la política es cruel, si en Francia causa verdadera aflicción la pérdida, que los médicos dan por segura, de un aliado poderoso, dudamos que produzca en otros países el mismo sentimiento. Triste boda la de la princesa Alicia de Hesse, si llega á tiempo para efectuarse en la alcoba de un moribundo, sin que se hiele la mano que quiere bendecirla; boda ya entristecida por haber extendido la prensa europea historias poco halagüeñas para su felicidad conyugal, por más que tengan gran apariencia de novelas; pero más positivamente contrariada por la tragedia familiar que está sucediendo en la residencia de los czares, y por la necesidad política de un cambio de religión, aunque la fórmula adoptada para el acto haga suponer que la futura Emperatriz no varíe en el fondo de creencias, en lo que pueden diferir la católica y la iglesia oriental. Pero, á decir verdad, nada de esto interesa al mundo, sino en lo que tiene de curioso y pintoresco; y llegan á nosotros esas historias y esos sentimientos muy desvanecidos y enfriados por la distancia. Es para nosotros cada czar un monarca poderoso, pero del cual nada debemos temer ni esperar, sino muy indirectamente; nuestras relaciones políticas son tan cordiales como de pura fórmula, y las mercantiles no muy considerables; pero en estos momentos la unión política de Francia y Rusia parece que aproxima á nosotros todo lo que se relaciona con el Imperio ruso, habiéndonos sido importada hasta su literatura contemporánea traducida del francés. En cuanto á la figura del Czar que está expirando, llega á nosotros con un carácter simpático; la opinión general le da el dictado de pacífico, que es bastante honroso para quien dispone de algunos millones de soldados y manda á cien millones de vasallos.

⁂

Debemos, antes de hablar de nuestros asuntos propios, hacer algunas consideraciones acerca de las recientes elecciones de Bélgica, por ser el ensayo, en aquel país, ó la primera prueba del sufragio universal. El resultado de los escrutinios no ha podido ser menos favorable para los liberales avanzados, que defendieron é impusieron la reforma del sistema electoral. La mayoría del Congreso belga corresponde á los católicos: los partidos conservador y liberal progresista han sufrido un verdadero trastorno en su representación legislativa, mientras ha tomado cuerpo y adquirido fuerza inesperada el partido socialista. La prueba ha sido algo dura para los progresistas, que esperaban tener en el cuerpo electoral elementos populares de que dispusieron en otro tiempo, y que se les han disgregado para engrosar el partido obrero, que ya no se contenta con idealidades, sino que tiene aspiraciones más positivas, aunque sean irrealizables. El fenómeno político-social que ocurre en Bélgica es, como todos los de este género, variable y sujeto á modificaciones en lo futuro; pero más duradero en su inseguridad é inconstancia que otros análogos en los países latinos, por ser el pueblo belga, ó de convicciones tenaces, ó muy apto para organizarse, como lo ha probado en tantos años de sufragio restringido, en que la lucha de los comicios era muy reñida, por la ponderación de fuerzas, entre las dos tendencias dominantes hasta el actual cambio de sistema. Aparece en la esfera legislativa un nuevo elemento que, por lo visto, se ha reclutado entre las fuerzas liberales, y que, como nacido de ellas, parece destinado á vivir con ellas de acuerdo, pero que, en realidad, sólo pueden estarlo para combatir, jamás para afirmar, siendo, como es, el socialismo la más completa negación de las ideas liberales. Bien es verdad que los partidos que sostenían estas ideas las han modificado en sentido democrático, análogo en apariencia, pero de significación muy diferente.

⁂

Interrumpamos un momento nuestra Crónica para hacer una declaración que, dirigiéndonos tan á menudo al público, nos parece justa. Nuestros lectores saben que hace mes y medio falleció nuestro querido amigo D. Celso Merlo fuera de Madrid: agobiada su familia por el dolor, tardó bastante en ocuparse del arreglo de papeles, entre los cuales se halló una póliza de seguro en *La Equitativa* para el caso de su muerte, á favor de sus herederos. Pues bien, el expediente para el cobro de la citada póliza se tramitó con tal facilidad y prontitud, como se verá por los siguientes datos: el miércoles se presentaron los papeles en las oficinas de la Sucursal de Madrid; el jueves dieron su informe los letrados; el viernes se sometieron los documentos al Comité semanal que acuerda los pagos, aprobándose; el sábado ultimó la Sucursal el expediente, y el lunes inmediato se cobró el importe del seguro: cinco días, contando uno festivo, bastaron para empezar la gestión del cobro y terminarla. Y habiendo sido testigos de la facilidad y rapidez de la operación, y estando acostumbrados á la lentitud con que se despachan entre nosotros asuntos insignificantes, nos complacemos en hacer público el hecho, seguros de que nuestros lectores sólo verán en ello un desinteresado testimonio que rendimos á la verdad, por la satisfacción con que hemos visto que tan prontamente y sin molestias haya visto cumplidos sus compromisos por *La Equitativa* la familia de un querido amigo nuestro.

⁂

—¿Cómo va ese trancazo? —dijo entrando en mi alcoba un amigo.

—Parece haber cedido. Es un constipado molesto de cabeza, y nada más.

—Así está medio Madrid.

—Lo cual no es consuelo para mí: no sé lo que opinan los médicos de esta enfermedad leve, que inutiliza, sin embargo, á los pacientes; de mí sé decir que me acometió escribiendo la Crónica anterior y cuando estaba dando cuenta de *La Felicidad* del Dr. Ruderico, y tengo mis remordimientos de no haber podido acaso dar, no ya razón exacta de la índole y tendencias de aquella obra singular, lo cual no es posible en estas crónicas, sino del respeto que su autor me merece y del aprecio que, aparte distinción de criterio, tengo á su libro y su talento.

—¿No es un doctor? Pues le perdonará seguramente.

—Y no es eso lo peor, sino que me piden el original de otra crónica y apenas he podido enterarme de lo que sucede.

—¿No ha salido usted de casa?

—Un solo momento: quise asistir al entierro de la malogradísima é interesante esposa de mi amigo D. Julio Danvila, la Sra. D.ª Enriqueta Rivera, muerta en cuatro horas, en plena juventud, y sólo pude ver el carruaje mortuorio cubierto de coronas, el clero é insignias de la Congregación de la Purísima, y el magnífico ataúd, sacado en hombros de los hermanos y parientes más próximos de aquella madre casi niña. Un temblor frío me obligó á buscar de nuevo el calor de la cama, y aquí me tiene usted que ni he podido dar el pésame al amigo Comba, que ha sufrido en estos días la terrible pérdida de su madre, anciana venerable, á quien adoraba. Y esto es cuanto sé de lo que ocurre: dos desgracias; la muerte de una joven en lo más florido de su edad, y la de una anciana que había cumplido su destino: dos formas del dolor.

—¿Y qué piensa usted escribir?

—Pues..... lo que usted me dicte.

—Apunte usted asuntos. La convocatoria de Cortes para el mes próximo; el viaje de la infanta D.ª Isabel á Francia; la presidencia del Senado para el Sr. Montero Ríos; el viaje á París del Ministro de Estado, Sr. Moret; comisión nombrada para estudiar el canje de la moneda mejicana en Puerto Rico; los políticos agitándose; la elección de presidente de la Academia de Bellas Artes ganada por D. Pedro Madrazo.

—Un momento de atención para que pueda usted respirar. Desde luego descarto los asuntos políticos, que son los que más dividen las opiniones y sólo convienen á periódicos que tienen su clientela de ideas determinadas; ó los particulares, como el viaje del Sr. Moret á París, que reconoce por causa la salud de una de sus hijas; y dígame usted si hubo en la presidencia de la Academia de Bellas Artes algún incidente digno de contarse.

—Le repetiré lo que se cuenta. Se presentaron dos candidaturas: la de D. Pedro de Madrazo y la del Sr. Marqués de Cubas, ambos beneméritos por conceptos diferentes. Los que sostuvieron é hicieron triunfar la de nuestro antiguo colaborador, alegaban sus cincuenta años de académico, cifra abrumadora que pocos suelen alcanzar en corporaciones donde se ingresa en edad madura, por regla general, y sus servicios á las artes en sus autorizadas críticas y estudios. Fundamentaban otros la candidatura opuesta en que la constitución reglamentaria de la Academia daba á los artistas una gran mayoría sobre el elemento de los críticos de arte, lo cual aconsejaba el nombramiento de un artista presidente, para acomodarse al sentido de la ley; y proponían, en su calidad de arquitecto distinguido, al Sr. Marqués de Cubas. Opinaban los adversarios que esa distinción establecía dualismos y categorías entre los académicos, iguales todos en derechos, por lo cual convenía sentar precedentes que desvanecieran esas diferencias de clase, y esta opinión prevaleció.

—¿Y qué hay de las otras academias? Si no me engaño, existe una vacante en la de la Lengua y dos en la de la Historia. Como si lo viera, habrá aspirantes en abundancia.

—Todos los que escriben regularmente y muchos que no pasan de medianos desean la vacante de la Española: en cuanto á la otra Academia, hay tantos nombres sin historia que desearían tenerla..... ¿Aspira usted á algo?

—En la mía no hay vacante: la de Ciencias exactas.

—No conozco escritos de usted en esos ramos científicos.

—Ni yo mismo. Por eso necesito una certificación que me haga sabio.

—Dejémonos de bromas. ¿Por qué no trata usted de las reformas en la administración de justicia que ha propuesto el Sr. Capdepón?

—¡Ahí es nada! una reorganización de tribunales y de las bases de la carrera judicial; reforma de los procedimientos y de la ley de enjuiciamiento civil; de la intervención de los procuradores y honorarios notariales; del pleitear entre pobres y ricos; del castigo de la temeridad. ¿Cree usted que entiendo de esas cosas? Ya informarán y discutirán en grande las corporaciones, y más tarde diputados y senadores. Yo sólo veo un aluvión de opiniones que me aterra.

—Hable usted de los libros de texto.

—¿Quiere usted volverme loco? Libros hay de esos que me hicieron aborrecer alguna ciencia á que me sentía inclinado. Asignaturas que he visto cursar sin libros y sin que se enterase de ello el profesor. Ediciones que no compensan los gastos de tirada, por la escasez de alumnos en ciertas asignaturas. Muchas de éstas enseñadas en traducciones del francés. Oposiciones ganadas con arreglo á las ideas de un libro contra el mismo autor que lo ideó. Me asusta considerar el trabajo del Consejo de Instrucción Pública si tiene que estudiar, entender y aprobar los libros de texto de toda clase de ciencias. El de las universidades, si se les encomienda esa tarea, para desechar los libros de los compañeros de cátedra; el de los profesores, si se les imponen textos contrarios á su criterio científico; el de los alumnos, si continúan pagando á precios exorbitantes ciertas obras; el del Estado, si quiere procurarles libros buenos y baratos. Esto, créame usted, no tiene remedio: hablemos de otra cosa.

—De las inundaciones de Sevilla.....

—Me da frío.

—De la cesión que ha hecho D. Alberto Aguilera á los pobres, de 105.000 pesetas que le correspondían por una multa.

—Jamás. ¿Cree el Sr. Aguilera que se lo agradecerá nadie? ¿Que no le considerarían más los que supiesen que tenía esa cantidad en su gaveta? ¿Que le perdonarán una deuda sus acreedores si algún día lo tiene? ¿Que no indignará esa generosidad á los mezquinos? Esa esplendidez es irritante, y sólo procura enemigos. A otro asunto.

—Hablemos del arriendo del servicio de limpiezas y de las escobas mecánicas.

—No quiero levantar polvo.

—Pues no hablemos de nada, y que usted lo pase bien.

Y mi amigo salió sofocado y me dejó también sudando por concluir mi Crónica. Pero como el sudor es el mejor remedio del trancazo, me arropo con las mantas y firmo al amanecer, esperando la diana chinesca con que anuncian á los enfermos la esperanza y la salud esas boticas que trotan sobre el empedrado. Sí: ya oigo la voz amiga. ¿No la oís? Es.....

¡El burrero!

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

NUESTROS GRABADOS.

BELLAS ARTES.

Exposición artística de Bilbao: *Pena de muerte al ladrón*, cuadro de D. Víctor Morelli. — *En marcha*, cuadro de T. Morgán. — *¡Pobres huérfanos!*, cuadro de Tito Conti. — *Una yesería en Getafe*, dibujo de don Daniel Urrabieta Vierge.

La urraca ó marica es un pájaro del género de los cuervos, á quien la voz popular acusa de señalada é irresistible propensión al robo, y en ésta, como en tantas otras cosas, dicha voz popular no es voz de Dios (á pesar de lo que asegura cierto antiquísimo aforismo), sino del diablo, á quien sin duda se le ocurrió manchar con tal calumnia la reputación de las urracas.

La verdad es muy otra. Estas aves son previsoras, económicas y ordenadas como las hormigas, aunque no con la admirable sabiduría de ellas; y movidas de este particular instinto, comienzan, luego que llega el otoño, á guardar en sitio bien oculto provisiones para el invierno. Cuando una urraca, en vez de libre es cautiva, no se ve en la necesidad de mostrar su previsión, pero conserva la costumbre que sus padres tuvieron y que ejerció ella misma cuando libre, de modo que si encuentra algún objeto de metal ó de cualquiera otra materia que la llame la atención, detiénese delante de él como admirada, y luego le da algunos picotazos, hasta que comprendiendo que no puede romperle, se le lleva y esconde.

Leído lo cual por algún lector, puede que diga: «¿Y no es esto robar?»

De hecho quizás, pero en la intención no; porque la urraca no se propone servirse de lo que esconde, sino que una vez guardado, para nada lo usa. ¡Quién sabe si algún día se vendrá á averiguar que, como muchos hombres, este animal padece la manía de coleccionar!

Pero coleccionadora ó ladrona, la pobre urraca del cuadro del Sr. Morelli, distinguido oficial de la Guardia civil, ha perecido víctima de su instinto, y allí está colgada con un letrero arriba que dice: *Pena de muerte al ladrón*, y abajo el cuerpo del delito; es decir, todos los objetos robados (ó coleccionados, pensando piadosamente).

Este sencillo y original cuadro mereció muy favorable juicio á los críticos en la Exposición Artística de Bilbao, y el Jurado le concedió una mención honorífica, sin duda alguna merecida. Publicamos en la primera plana copia de *Pena de muerte al ladrón*.

No hay vida tan alegre y dichosa como la de esos chicuelos que crecen á orillas del mar, haciendo de la playa teatro de sus travesuras, libres de casi todas las dolencias que padecen los que, por su desgracia, se crían en las ciudades. Los del gracioso cuadro de Morgán que publicamos en la pág. 237 son buena muestra de ello, habiéndolos pintado el artista gordos y risueños, como criados al aire libre.

Sin duda fueron á la playa á esperar al padre, que volvía de la pesca, y luego, para llevar á casa las redes con más comodidad, pusiéronlas en aquellas angarillas, y sobre ellas el más pequeño de los tres, quien, muy contento, se hace conducir en el improvisado palanquín. Completa el cuadro la línea de espuma de las olas que, á pocos pasos detrás de ellos, mueren, y más lejos, á la derecha, una barca de pesca. El conjunto es verdaderamente agradable.

¿Hay desamparo más conmovedor y poético que el de unos tiernos pajarillos en el nido que sus padres construyeron solícitos, y al que ya no volverán por haber caído en manos del hombre, que es, sin duda alguna, el más feroz de los animales? Pían desesperados, pidiendo el sustento y amparo que aquéllos les daban, y llamándoles á su modo, con tiernos gritos; pero como no pueden oirles los que de esto cuidaban, sin duda perecieran de hambre, sin el compasivo corazón de aquella hermosa vecina, que dolida de su abandono, les toma bajo su protección con cariñoso deseo.

Tal es el asunto del delicado cuadro de Tito Conti que hallarán los lectores en la pág. 240 de este número.

Una yesería en Getafe tiene el sello que imprime el señor Urrabieta Vierge á todas sus obras y que tanto las señala entre las de cualesquiera otro, que casi no necesitan firma. El vigor y verdad de las líneas es admirable, según se ve en nuestro grabado de la pág. 241, resultando del conjunto de aquellas figuras, con tanta energía trazadas, una animadísima escena que recuerda el pincel realista de Velázquez.

°°°

MADRID:

Un patio del palacio de los señores Duques de Denia.

Aquella breve visita que meses ha hicimos al palacio de los señores Duques de Denia, dejó en nuestra memoria el suave recuerdo que en ella suele quedar después de una agradable impresión estética, cual la audición de un trozo de música de Beethoven ó la contemplación de algún admirable paisaje, y así, sin haber vuelto á ver la hermosa escalera y los patios y galerías que la rodean, los tenemos bien presentes.

De aquélla dijimos en nuestro número XX lo suficiente para que los lectores la conocieran, y de éstos creemos darles también exacta idea con el grabado de la pág. 236, tomado de una excelente fotografía que debemos á la amabilidad de nuestro buen amigo el notable pintor Sr. Gartner. Los dos patios son de igual extensión, forma y arquitectura (en la que domina el estilo pompeyano), y acompañan á la escalera dándola luz y gallardía. También el orden de la ornamentación es el mismo, no hallándose diferencia sino en que cada uno de ellos, como sala de un museo, tiene sus joyas artísticas propias.

Unas son modernas y otras antiguas. Atraen la atención las dos preciosas estatuillas de Benlliure que se levantan sobre los estanques, según se ve en nuestro grabado. En seguida fíjase la vista en los bajos relieves antiguos que cubren parte del muro, que son bellísimos, singularmente el del patio de la izquierda, que representa un combate naval. Los señores Duques de Denia, tan amantes del arte, han tenido el acierto de reunir en ambos patios varias de estas obras, allí colocadas y magistralmente retocadas por la experta mano de Suñol.

En el de la derecha, que es el que nuestro grabado representa, los bajos relieves del basamento del muro son de Benlliure. Sobre la fuentecilla vese un trozo de friso antiguo, del mejor estilo clásico, y á derecha é izquierda dos trofeos, también antiguos, de mármol, como todos los demás bajos relieves mencionados. El medallón del centro es un grupo de muchachos, obra moderna. Completan el carácter del patio dos mesas pompeyanas, primorosamente hechas por Suñol.

En la galería adyacente hay pinturas de mucho mérito y retratos de que se podría sacar materia para más de un capítulo de Historia. Entre otras obras dignas de mención más detenida de la que aquí podemos hacer, recordamos un Goya originalísimo, que nos sorprendió mucho, por ser de muy diverso estilo del que aquel insigne maestro usaba.

Y como sería interminable esta reseña si quisiésemos hacerla completa, dejamos á la consideración del lector la suntuosidad, riqueza y arte que hay en estos patios, advirtiéndole que lo dicho apenas es una muy mínima parte de lo que podríamos decir si la índole de esta sección nos permitiera otra cosa que una somera noticia.

°°°

JORGE ALEJANDROVICH,

hijo segundo del Emperador de Rusia.

Al propio tiempo que los periódicos comunicaban á sus lectores la nueva de hallarse moribundo el emperador Alejandro III, decía el telégrafo que se temía por la vida del Príncipe Jorge, el segundo de sus hijos, y aun podríamos añadir á esto que otras personas de la familia Imperial también están gravemente enfermas.

El Príncipe Jorge nació en 1871, y siempre mostró ser de complexión débil. Hace dos años, cuando acompañó á su hermano mayor en el viaje alrededor del mundo á bordo del *Pamiat Azowa*, hallóse tan mal, que le fué preciso quedarse en uno de los primeros puertos. Por cierto que entonces le reconoció cuidadosamente el famoso Dr. Koch, que se hallaba en Egipto, y parece que no le encontró muy sanos los pulmones, circunstancia notable en un vástago de tan robusta estirpe como son los Romanoff.

Damos el retrato de este Príncipe en la pág. 237.

°°°

LA GUERRA ENTRE CHINA Y EL JAPÓN.

Li-Hung-Chang, virrey del Pe-chi-li.—Escuadra japonesa en el puerto de Hirosima.

Publicamos en la pág. 244 de este número el retrato de Li-Hung-Chang, virrey de la provincia de Pe-chi-li, hombre de rara perspicacia y gran cultura.

Allá por los años del 58 al 60 hallámosle gobernando la comarca que los taepings devastaban en aquella terrible guerra civil que dejó casi despoblada toda la parte baja de la cuenca del Yant-se-Kiang, costando más vidas que ninguna otra de este siglo. Aunque era todavía muy joven, mostró energía y astucia nada vulgares; y lo que vió hacer á Gordon y á su gente convenció á Li-Hung-Chang de la diferencia que hay de ejército á horda armada, y de la necesidad en que China estaba de apercibirse con todos los medios de ataque y defensa que usaban en Europa las más poderosas naciones. La situación del Imperio pedía remedios enérgicos y prontos, porque la magnitud y número de las desgracias que sobre él cayeron en poco tiempo le ponían al borde de su total ruina. En los mismos días en que los taepings habían hecho tantos estragos en las provincias del Sur, donde murieron millones de personas, ocurrió la entrada del ejército anglo-francés en Pekín. Después aparecieron unos bandos de ladrones, á que llamaron *nieufei*, los cuales se hicieron tan poderosos, á favor del desorden general, que llegaron á tener muy amenazada á la propia capital del Imperio. Levantáronse los musulmanes del Yunnan y declaráronse independientes, á cuyo atrevimiento siguiéronse otros de diversos pueblos, señaladamente el de los habitantes del Turquestán oriental y el de los mogoles jaljas, movidos éstos por los rusos.

En tales circunstancias comenzó Li-Hung-Chang la formación del ejército, construcción de buques y arsenales, etc. Los musulmanes del Yunnan fueron vencidos tras sangrienta guerra de siete años, y el Turquestán oriental reconquistado en una campaña casi tan larga, cuyas dificultades quedan declaradas con sólo decir que entre el punto de partida de las tropas y el teatro de operaciones la distancia es de 6.000 kilómetros, sin ninguna especie de camino. Conjuradas estas tormentas, surgió el peligro de la guerra con Rusia, por si esta nación devolvía ó no la ciudad de Kulya; pero el temor que entonces tuvo el Gobierno chino sirvió para que abriera por completo los ojos al peligro y pensara un poco más en la defensa de la nación, según Li-Hung-Chang venía aconsejando.

Siguiendo el parecer de éste, se determinó á organizar un ejército de 300.000 hombres en pie de paz, que en pie de guerra deben llegar á 1.000.000, de los cuales, 100.000 principalmente destinados á la defensa de Pekín.

La organización y armamento de éstos quedó á cargo de Li-Hung-Chang, acreditado ya en la corte por los grandes servicios prestados en las anteriores guerras. Nombráronle virrey de la provincia de Pe-chi-li, de la que Pekín es capital, y que por su situación en el Norte del Imperio, cerca de la frontera rusa y de Corea, tiene gran importancia estratégica y política, pues desde ella puede atenderse al peligro de la invasión rusa en Manchuria y al de la japonesa en la península. A la primera opuso la colonización de los desiertos campos manchús, en que hoy se levantan villas y aun ciudades importantes. A la segunda, una atención siempre vigilante y hábil diplomacia para contener el ímpetu de aquellos isleños, con los que hace años celebró el tratado, sobre asuntos de Corea, que desconocieron últimamente, de donde ha resultado la guerra actual.

Las fortificaciones de Puerto Arturo y de Takú, la formación de la escuadra llamada del Norte, casi destruída en la batalla del Yalú, y la organización del ejército regular, eran obra de este notable político, con razón llamado el Bismarck oriental, y al que no puede culparse de la parte que los chinos llevan en la guerra, pues sabiendo que la nación no se hallaba aún preparada, hizo cuanto pudo por evitarla.

Los japoneses no han querido dar á sus enemigos tiempo de prepararse, según deseaban éstos. Por eso han puesto tan extraordinaria diligencia en la transformación de su ejército y marina, cuidando en ésta, más aún que del material, del personal, que es muy bueno y práctico, habiéndose mostrado excelente, no sólo en combatir con valor y acierto al enemigo, sino en el transporte de tropas, pues en pocas semanas ha llevado más de 100.000 hombres á Corea.

Nuestro grabado de la pág. 244 representa una gran división de la armada japonesa disponiéndose á partir del puerto de Hirosima, uno de los más importantes del Mar Interior del Japón, conduciendo á Chemulpo un cuerpo de tropas considerable. Componen lo principal de la escuadra los acorazados vencedores en el Yalú.

°°°

MONUMENTOS ARQUITECTÓNICOS DE ESPAÑA: MONASTERIO DE NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE.—(Véase en esta misma página el artículo correspondiente.)

°°°

VELOCÍPEDO NÁUTICO.

Ahora que la bicicleta se va haciendo aparato de tan frecuente uso que hasta las mujeres montan en él (aunque de esto se ven pocos ejemplos en España), no estará demás referir á los lectores que hay triciclos marinos y que recientemente se ha probado uno de ellos en la costa francesa del mar de la Mancha.

El inventor es un señor Pinkert, de Hamburgo. Las ruedas motoras, que tienen 1,35 de diámetro y 50 centímetros de grueso, son de latón, y están divididas en tres compartimientos estancos, para que en caso de romperse uno pueda flotar sólo con los otros dos. En la cara exterior llevan unas paletas de 10 centímetros de ancho por 20 de largo. La rueda directora tiene 90 centímetros de diámetro y 40 de grueso y solos dos compartimientos estancos. Envuelven las cuatro ruedas fuertes cauchús macizos. El peso de toda esta máquina es de 90 kilos.

El Sr. Pinkert probó su triciclo acuático en los lagos de Suiza y otros parajes antes que en el mar. En 19 de Julio último propúsose cruzar en él el Canal de la Mancha, saliendo de Calais á las siete y media de la mañana; pero la niebla y una tempestad que se levantó fueron causa de que se extraviara, y tal vez hubiera perecido de no poner la Providencia en su camino á una lancha de pesca que lo trajo á tierra.

Asegura el Sr. Pinkert que con esta máquina (de la que damos copia en la pág. 248) puede caminar (ó navegar) 15 kilómetros por hora en tierra, 12 en un río y algo más de 8 en la mar.

G. Reparaz.

EL MONASTERIO DE NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE.

(BOSQUEJO HISTÓRICO DE UNA GRAN RUINA.)

Es Guadalupe, ó Puebla de Guadalupe, lugar situado en suave cañada de la falda meridional del enorme cerro de Altamira, en terreno asperísimo. El pueblo, que en otro tiempo fué grande y rico, tiene hoy, á lo sumo, 2.800 almas. El clima es templado, y los alrededores, antes convertidos en verdadero verjel de positiva riqueza, están hoy dedicados en su gran extensión á huertas que producen exquisitas verduras, frutales, naranjos y limoneros. En sus cercanías, más ó menos conservados, están los caseríos y granjas de la Gañanía, Valdefuentes y Miravel, que fueron recreo de los frailes; y las ermitas de San Blas, Santa Catalina, el Humilladero y la abadía de Cabañas, donde los reyes hacían estación y se preparaban á la devoción, disfrutando á la par de las deliciosas vistas de todo el contorno.

Si por tradiciones hemos de juzgar, podemos empezar diciendo que el monasterio de Guadalupe comenzó por guardar tesoros de un valor artístico é histórico que no tienen rival; casi todo el botín cogido á los árabes en la memorable batalla del Salado. Alfonso XI, antes de reunir sus huestes para lanzarlas sobre los moros en aquella memorable batalla, acudió á implorar el socorro de la Virgen de Guadalupe. Realizada la victoria en las milagrosas condiciones de todos conocidas, todo ó casi todo el enorme botín cogido á los ejércitos de Abdul-Hacen fué á rendir homenaje de gratitud á los pies de la Virgen de Guadalupe. La fantasía puede echarse á calcular las maravillas, las riquezas, los trofeos que en aquella memorable batalla fueron el premio del vencedor, y más tarde la primera ofrenda de las huestes cristianas á la Madre del Señor. Nada de esto existe hoy, ni nada tampoco de lo que más tarde se acumuló en el santuario. En los años 1838 y 1839 se escribieron cuatro folletos sobre las dilapidaciones sufridas por el monasterio, en los cuales unos se sinceran y otros salen culpados. No nos asombremos; lo extraño es que quede aún una piedra en el monasterio.

Lo que sí se puede asegurar es que el decorado de este templo, las colgaduras y los altares, eran de un lujo inusitado. En 1622 ardían ochenta y cinco lámparas de plata, regalo de los Reyes de España y de Portugal. Había también un riquísimo tesoro de alhajas, donativos á la Virgen, que consistían en coronas de oro y plata, guarnecidas de brillantes y piedras preciosas, ofrendas y votos, sin duda, de cuantos á América iban á buscar gloria y fortuna, y que de seguro pedían antes protección á la Santísima Virgen; cetros, cruces, sortijas, collares, aderezos, y ciento cuarenta y seis cadenas de oro y plata, algunas con relicarios de gran valor.

Tenía también la Virgen más de cien riquísimos trajes de regios tisúes, algunos materialmente cubiertos de perlas, rubíes, esmeraldas y zafiros. Para el servicio del altar mayor había gran cantidad de cálices, patenas, incensarios, custodias, etc., todo ello de plata y oro, con finísima pedrería, siendo la mayor parte de estos objetos obra de un religioso lego, Fr. Juan de Segovia, de fama universal como artiaurífice notable, á quien la muerte sorprendió antes de terminar la magnífica custodia.

Como panteón, tiene el monasterio casi tanto mérito é importancia que como templo y obra de arte. Bajo sus bóvedas están enterrados los personajes siguientes: el rey D. Enrique IV de Castilla, hijo de D. Juan II; su madre D.ª María, hija del rey de Aragón D. Fernando I: los huesos de D. Gil María de Albornoz (el vaquero); el corazón de D. Luis Bravo de Acuña, general de las galeras de España, embajador de Venecia y virrey de Navarra; el corazón de D. Manuel López de Zúñiga Sotomayor Mendoza y Guzmán, duque de Béjar, encerrado en una caja de plata con la bala que le privó de la vida en el cerco de Budha en 1686; D. Dionisio, príncipe de Portugal, hijo del rey D. Pedro y de la célebre D.ª Inés de Castro, y su mujer la infanta D.ª Juana, hija del rey D. Enrique II de Castilla; D. Alfonso de Velasco, condestable de Castilla y su mujer D.ª Isabel de Cuadros; D. Juan Serrano, obispo de Segovia y último prior del monasterio; D. Martín Cerón y el célebre jurisconsulto D. Gregorio López; D. Diego de Villalobos, capitán de caballos en Flandes; D. Juan Velázquez Dávila, cuyos sucesores disfrutan el título de Marqueses de Soriana y Leganés; D.ª María Velasco, mujer de D. Pedro Portocarreño, señores de Palma y ascendientes de los Condes de este apellido; Fray Gonzalo de Illescas, obispo de Córdoba; la condesa D.ª Leonor, mujer del conde D. Juan de León, y otros varios personajes. Casi todos los sepulcros son de mérito, labrados en mármol ó alabastro, y con estatuas yacentes de primorosa escultura.

Con el relato que á la ligera acabamos de hacer del monasterio de Nuestra Señora de Guadalupe, y con lo que el lector hallará en el viaje del Sr. Villarreal, del que damos más adelante un fragmento, puede admitirse nuestro aserto de que el citado monasterio fué en su tiempo de más valía, de más resonancia, de más veneración que el Escorial. Parece imposible que pudiera haber españoles y cristianos que siglos más tarde mantuvieran olvidada tan sagrada imagen, y más olvidados aún los esfuerzos de nuestros mayores para conservarla para nuestra fe y para nuestra gloria.

Á toda España toca, pues, esta sagrada rehabilitación: toca también á aquella tierra de América, donde el culto es trasunto sagrado de su historia; toca en más alto lugar á los descendientes de aquellos reyes y magnates que duermen el sueño eterno bajo las bóvedas de Guadalupe, y así aquella página brillante de nuestro abolengo servirá como de recuerdo, de bandera y de faro para despertar y guiar á la noble nación española hacia sus altos destinos.

°°°



MADRID.—UN PATIO DEL PALACIO DE LOS SEÑORES DUQUES DE DENIA.

(De fotografía de D. J. Gärtner.)

Recientemente ha visitado el grandioso monasterio el señor D. Isidro Villarreal, distinguido abogado de Trujillo, quien ha escrito una completa é interesante narración de su viaje. Como sea testigo de mayor excepción, cédole el puesto, convencido de que nadie mejor que él podrá decir al lector lo que es hoy Guadalupe.

«El aspecto de la inmensa mole es imponente. Figuraos un edificio de colosales dimensiones, en que aparezcan mezcladas esas cúpulas elevadas con que rematan los grandes templos, y esas altas torres almenadas que defienden las inexpugnables fortalezas. Impresión de fortaleza y templo, esa es la que causa el conjunto del monasterio. Mezcla tan contradictoria obedeció, sin duda, á las defensas contra las correrías de los árabes y peligros de aquellos tiempos.

»El fondo de la iglesia, el punto capital, es la capilla de la Virgen. Una elevada y amplia gradería de mármol conduce al altar mayor. Detrás, sobre un zócalo de madera, con altos relieves que representan escenas de la Pasión, se levanta el magnífico retablo, obra primorosa de Giraldo de Merlo.

»El retablo se compone de tres cuerpos, con diversas columnas de orden corintio, que hacen alternar con toda simetría lienzos y esculturas. La riqueza artística de que está cuajado la pregonan las firmas de Vicente Carducho y Eugenio Cage: los lienzos de la *Anunciación de Nuestra Señora*, el *Nacimiento de Cristo* y la *Adoración de los Reyes* son del primero; la *Resurección de Cristo*, *Venida del Espíritu Santo* y *Ascensión de Nuestra Señora*, son del segundo. Magníficas esculturas de evangelistas, doctores, vírgenes y mártires de la Iglesia ocupan los lugares intermedios entre aquellas soberbias pinturas.

»En el segundo cuerpo del retablo está situado el trono de la Virgen de Guadalupe, que, en mejores tiempos, dicen que fué de plata; el que hoy tiene es un anacrónico pegote que desdice del retablo en que se encuentra enclavado.

»El sagrario del altar es regalo del monarca Felipe II, y en su poder debió ser escritorio, por la forma de sus compartimientos: es de acero con difíciles incrustaciones de oro.

»Sobre el tabernáculo se levanta una obra en



S. A. I. JORGE ALEJANDROVICH,

HIJO SEGUNDO DEL CZAR.

marfil que representa un Cristo crucificado. El escultor fué Miguel Angel. El mérito extraordinario del crucifijo es uno de los motivos de orgullo que puede ostentar este santuario. Tan acabado primor hubiera lucido, á no dudar, destacándose sobre todo entre la inmensa riqueza que acumuló la Exposición Histórica de Madrid.

»Separa la capilla del resto del templo una verja de hierro. Sólo la paciencia de habilísimos frailes pudo rematar este primor. Sus proporciones son atrevidas; cruza el templo y se eleva al tercer cuerpo del retablo. Forman su base enormes barrotes de hierro retorcido, y el resto se compone de franjas caladas que ondulan en artísticas combinaciones; cintas transparentes de finísimo encaje se agrupan, se separan y se pierden, ya rodeando soberbios escudos, ya sosteniendo esbeltísimos coronamientos. Es una verdadera filigrana. La historia conserva el nombre de sus autores, y los cito en testimonio de admiración: fray Francisco de Salamanca, y fray Juan de Avila. La verja puede ser el epitafio de toda su vida.

»El coro es el lugar más importante de las congregaciones monásticas. Los frailes Jerónimos supieron labrar un coro digno de semejante templo. Es muy bien proporcionado y amplio, está rodeado de gran sillería de nogal con magníficos relieves, y en su centro se levanta un enorme facistol, chapeado de bronce dorado, en proporciones ajustadas á los libros corales que sostiene. Estos son generalmente enunciados por su tamaño; cada hoja es una piel de ternera. De admirar son las viñetas, miniaturas, orlas, iniciales y los difíciles y caprichosos caracteres con que manifiestan el completo canto Gregoriano; labor tan esmerada supone muchas generaciones de monjes poniendo á tributo sus artísticas disposiciones.

»Cuatro magníficos órganos contribuyeron en su tiempo al esplendor del culto; en la actualidad están heridos de muerte, y sus enormes pulmones, llenos de polvo, acusan bien las potentes, las sonoras y místicas melodías de otros tiempos.

»El coro, con su barandilla de bronce, es el balcón apropiado para admirar las grandezas del templo. Enfrente la Virgen en su gran retablo,

EN MARCHA.

CUADRO DE T. MORGÁN.

velada por la gasa de hierro de la verja; en derredor las diez esbeltas columnas que elevan sus troncos, esparciendo el ramaje de sus nervios ojivales en simétricas direcciones, sosteniendo la hermosa nave del crucero, constituyen una perspectiva imposible de definir.

SACRISTÍA.

»La sacristía da idea exacta de la importante comunidad jerónima para quien se construyó. La de El Escorial encierra valiosos tesoros artísticos; el cuadro de la Santa Forma bastaría á comprobar mi juicio; pero su conjunto no es tan bello ni armonioso como el de la sacristía de Guadalupe.

»Antes de penetrar en la sacristía se admira una habitación adornada con pinturas, mármoles y dorados, en uno de cuyos muros una gran fuente de mármol vierte abundante agua, que recoge una taza inmensa de jaspe serpentino. La portada de la sacristía, formada de mármoles riquísimos, llama la atención por su caprichosa y artística forma.

»Los frescos del techo de la sacristía están pintados por Zurbarán, y representan pasajes de la vida de San Jerónimo. En los huecos que dejan las pinturas y moldeados en yeso, existen ocho lienzos del mismo autor.

»En pinturas inspiradísimas ha dejado Zurbarán expuestos los misterios del monacato con sus grandes virtudes y su increíble heroísmo.

»Haré brevísima reseña de los cuadros para justificar mi juicio. En el muro izquierdo, el primero conforme se entra, representa la lucha de la materia y el espíritu. Un fraile intenta descargar fuerte golpe sobre el incentivo que le exalta. La tentación está representada por una mujer y otras simbólicas figuras; aquélla abre sus brazos, retratando en su semblante ardiente lascivia. Una diminuta apoteosis desenlaza la lucha: el fraile acude al trono de la Virgen, la que, mirándole triunfante, le adjudica una corona de gloria.

»El que sigue figura á un fraile que camina siempre de rodillas; el Redentor del mundo se aparece en nimbo de luz, y tocándole con su mano en la frente, parece decirle: «¡Basta!» La figura del agotado penitente es magnífica.

»El cuadro que ocupa el tercer lugar, representa á un fraile sentado ante típica mesa de estudio, y parece estar resolviendo complicada duda. En el fondo, y tras suntuosa azotea, se ve un convento y á su puerta un monje que reparte limosna á unos tullidos. La mirada pensadora é imponente del monje, con otros detalles de más detenido relato, son dignos de admirar en esta obra.

»El cuarto lienzo impresiona por la grandeza del asunto y lo acabado de la composición. Por sí solo este cuadro daría fama universal á la sacristía de Guadalupe. Un fraile celebrando misa duda de la presencia real en la sagrada Forma. La blanca hostia, irradiando luz, se eleva del cáliz, y el asombrado monje, ya creyente, cae sollozando en las gradas del altar.

»La misa milagrosa de San Gregorio el Grande tuvo idéntico origen y parecido resultado. Si el asunto no es nuevo, es admirable la forma en que le desarrolla Zurbarán. El celebrante, aplanado ante la evidencia, contrasta con la tranquila indiferencia del lego que ayuda á la misa, ajeno á la duda y á la aparición de la verdad. El cuadro es primoroso; la figura del lego y la actitud del fraile son de primer orden.

»El quinto lienzo representa á un monje que rechaza de regia mano altísima dignidad que se le ofrece. Las figuras, y el ropaje con que se muestran ataviadas, son de gran mérito.

»En el muro de enfrente existen tres cuadros. En el primero dos frailes contemplan asombrados las potentes llamas que devoran un convento: es un efecto de luz de primer orden. En el que sigue, varios monjes reparten abundantísima limosna; la cabeza de un pobre viejo es de mérito extraordinario y lo que más llama la atención en el cuadro. El tercero representa á un monje que, postrado de rodillas, participa á la numerosa comunidad que le rodea el presentimiento del rapidísimo fin de su existencia: el crítico momento en que el fraile dice su última palabra y muere, es lo que retrata el inspiradísimo pincel de Zurbarán.

»El frente de la sacristía lo ocupa la capilla de San Jerónimo, constituyendo la portada un gran arco que separa ambas estancias. En los muros de la arcada cuelgan dos cuadros, uno de Zurbarán y otro de José Rivera: el del primero representa á San Jerónimo en el desierto de Siria; el del segundo las flagelaciones del mismo Santo anacoreta; con ser de tanto mérito la pintura de Rivera, está obscurecida por el trabajo de Zurbarán. El San Jerónimo en el desierto demuestra una fuerza de creación que revela al consumadísimo maestro que autorizó con su firma los lienzos de la sacristía. La figura del Santo anacoreta en actitud de apartar con sus demacrados brazos las figuras de cuatro preciosísimas mujeres que intentan aproximársele, es digna de toda admiración.

»Heraldos tan preciados anuncian la capilla de San Jerónimo. Del florón de su techo pende una reliquia histórica de gran valor: una lámpara de cobre que alumbró la nave capitana en la batalla de Lepanto.

»En magnífico altar, adornado con primorosas tablas pintadas, que representan pasajes de la vida del Santo, se venera una escultura, salida de igual cincel que la célebre del San Jerónimo que existe en Sevilla. Su materia es de barro cocido, y sus dimensiones son del tamaño natural. Coronando tan soberbia escultura, hay un cuadro de pequeñas dimensiones que representa la ascensión de San Jerónimo. Tanto esmero puso Zurbarán en el trabajo, que es á esta sacristía lo que el cuadro de Claudio Coello á la de El Escorial.

EL CAMARÍN DE LA VIRGEN.

»Si el retablo fuera desmantelado, la sacristía destruída, la verja fundida, las bóvedas del templo arruinadas, las columnas tronchadas, los libros corales rasgados, la imagen de la Virgen secuestrada, y quedara sólo el camarín de Nuestra Señora de Guadalupe, digno sería acudir de los más lejanos países á batir palmas, y tributar alabanzas al genio artístico, poderoso, del inmortal Lucas Jordán.

»Elegantísima escalera de mármol, con barandilla de bronce, da subida al camarín. Sobre cuatro arcos se eleva un cuerpo de ventanas que concluye con una media naranja. En los tímpanos de aquellos arcos, y en nichos cerrados por cristales, hay esculturas de mujeres insignes del antiguo testamento, Sara, María Profetisa, Esther, Débora, Jael, Judit, Ruth Moabita y Abigail, y cada una muestra simbólica alegoría de su significación histórica.

»En los muros de esta estancia hay nueve cuadros. Escaso tiempo me fué permitido admirar tanta grandeza. No se atribuya á pasión mi pobre juicio. El monarca Felipe V dijo, y lo creo, que mejor deseaba poseer las llaves del camarín de Nuestra Señora de Guadalupe, que la Corona de España. Lo que llena de grandeza el camarín es la obra de Jordán, que dejó escrito en los lienzos que adornan los muros el proceso más glorioso de la humanidad: la historia de la Virgen María.

»A la derecha del trono de Nuestra Señora de Guadalupe, el primer cuadro que admira por su grandeza es la *Natividad de la Virgen*. El día 8 de Septiembre celebra la Iglesia el asunto de este cuadro. En ese día, algunos miles de romeros de los pueblecitos más próximos acuden á conmemorar fecha tan señalada en sitio tan grandioso.

»El segundo cuadro es la *Presentación de la Virgen al templo*.

»Una niña, rodeada de célica claridad, sube gozosa magnífica gradería: el sacerdote, cubierto de riquísimas vestiduras, baja á recibirla, y concurridísima asistencia mira entusiasmada la solemne escena. Es un cuadro de mucha vida y animación, y un conjunto de una belleza extraordinaria.

»Sigue el de los *Desposorios de María*. La ceremonia tiene lugar en las gradas de un templo y bajo un pórtico sostenido por esbeltas columnas. Las figuras de María y de José rebosan juventud y tienen belleza extraordinaria. La divina pareja cruza sus manos, y el sacerdote bendice esta unión, que, por sobrenatural poder, ha de engendrar un Dios. Entre los espectadores á la escena colocó Jordán su retrato, como queriendo contemplar eternamente una de sus creaciones más vigorosas.

»El lienzo admirable es el que representa la *Anunciación de Nuestra Señora*. La figura del ángel parece que acaba de plegar las alas para revelar á María el misterio de la encarnación del Verbo, y de sus labios están brotando las benditas palabras. La bellísima representación de María escucha extasiada al celestial embajador. La Virgen y el ángel son obras extraordinariamente admirables. La comparación entre tanto primor artístico se hace imposible.

»El quinto lienzo representa la *Visitación de la Virgen*. En lo alto de una terraza tiene lugar la entrevista de María con su prima Isabel. El pintor ha sabido interpretar con inusitada maestría la sublime visita de dos Santas mujeres, que sienten en sus entrañas gérmenes divinos, y en sus corazones sentimientos humildes y bondadosos.

»El cuadro de la *Huida á Egipto* está próximo á desaparecer; los rayos del sol lo están desconchando, y dentro de muy poco conservará sólo algunas pequeñas señales de pintura que revelen la gran obra de que formaron parte: ¡qué lástima! El asunto de este cuadro es una manifestación de abundante belleza, y revela el alarde de un genio. El pintor ha debido inspirarse en Miravel para dibujar el paisaje de este cuadro, y en el trono de la Virgen concibió el bello rostro con que ha pintado á la dulce Madre María.

»Las escenas de Nazaret son de una naturalidad que convence; el asunto es de los altos vuelos de los otros cuadros que dejo referidos. Con verdadero amor ha pintado una escena íntima, llena de dulzura, que tiene por teatro un modesto taller de carpintería. El honrado y manual trabajo distrae á los tres personajes que intervienen en la sencillísima acción del cuadro. José y María ayudan con ejemplar laboriosidad al tierno artesano Jesús, que cumple al trabajar con la ley más penosa y más grande que hace vivir á la humanidad. Es un gran cuadro.

»*La Ascensión de la Virgen* forma el epílogo de la obra de Jordán, y su autor ha querido terminarla de un modo digno de su valimiento.

»Después de haber pintado á la *Virgen María*, gozosa en la presentación al templo, tímida y sencilla en los desposorios, llena de admiración divina en la anunciación, cariñosísima en la visitación, cuidadosa madre en la huida á Egipto, ejemplar mujer en las escenas de Nazaret, no pudo por menos Jordán de hacer el último esfuerzo, que con abundancia respondió á sus deseos, y dibujó á la Virgen María de belleza celestial, con la aureola del martirio y del sufrimiento, elevándose por el espacio para situarse en el lugar predilecto que la corresponde en el cielo.

EL TRONO DE LA VIRGEN.

»Del camarín se pasa al trono de Nuestra Señora de Guadalupe. Penetrar en esta sagrada mansión detrás de los recuerdos que evocan las pinturas de Jordán, inspira religioso temor. Era al concluir la tarde de aquel día nutrido de tantas emociones. El templo, de suyo obscuro y misterioso, aumentaba la soledad y grandeza del sitio. La santa imagen, primorosamente ataviada, se alzaba tranquila y majestuosa, como prodigando consuelo; el ferviente rezo salía atropellado de mis labios, y cuando ya con la oración hube purificado la conciencia, cogí para besarlo el manto soberano. La santa imagen parecía irradiar deslumbradora claridad, y la mística emoción creyó escuchar de sus labios la consoladora frase de su divino hijo: ¡Alguien me ha tocado!

»La Virgen de Guadalupe es una copia fiel, un exactísimo retrato de la Virgen María. Es una escultura tallada por el evangelista San Lucas, testigo presencial de la existencia de Dios. Su prosapia artística y religiosa obliga á fervorosísimos cultos, y siempre ha sido esta imagen objeto de general devoción.

»Los restos del afortunado pastor Gil se encuentran próximos á la capilla de la Virgen, y un trozo de piedra que sirvió de defensa á la santa imagen en su largo entierro, se venera en un hueco que hace el muro derecho que sostiene el arco que da entrada al templo.

EL JOYERO DE LA VIRGEN.

»Una de las puertas del camarín da entrada á los tesoros de la Virgen de Guadalupe. Era ya muy tarde, y lo premioso del tiempo hizo que no pusiera atención detenida en las riquezas que con premura me mostraban. De algunos objetos conservo una idea muy confusa, y que, no obstante, creo oportuno referir como impresión.

»Llaman la atención dos arquetas de madera que, en mi opinión, son de mucho mérito. Están llenas de primorosas labores, con riquísimas incrustaciones de concha, marfil y otras materias, y adornos de coral y nácar cuajan sus extensos tableros y adornan los múltiples cajones en que se divide.

»Dos libros en pergamino, bien encuadernados, contienen una riqueza inapreciable en viñetas, orlas, iniciales y los caracteres de letras de una hermosísima variedad. Es un tesoro, y como tal están guardados.

»En tablas de cobre de pequeñas dimensiones hay pinturas de tan extraordinario mérito, que no me atrevo á formular juicio por no incurrir en alguna inexactitud. Ropas de la Virgen, con bordados inconcebibles, cuajados de riquísima pedrería, custodias, cálices, coronas, cetros, pendientes, anillos é infinidad de alhajas de oro y plata llenas de brillantes, perlas, zafiros, rubíes, etc.; un collar de perlas, que perita tasación hace subir en valor á muchos miles de reales; miniaturas en difíciles y riquísimas materias, espejos, sillas, mesas y taburetes. Si éstas son las cenizas que quedan, ¿cuál sería el fuego que abrasó á aquellos místicos artistas y donantes?

CAPILLA DE LAS RELIQUIAS.

»Es una habitación de dos cuerpos, de perfecto orden arquitectónico, con ocho ventanas y cubierta por una media naranja. El techo está adornado con buenas pinturas al fresco, que representan escenas de la vida de San José. En los siete espacios en que se divide, hay una extensa estantería, cuajada de objetos de mucho valor histórico religioso, y encierran tanta riqueza en cruces, custodias, brazos, arquetas, cofrecillos, etc., etc., que si el joyero de la Virgen mermó en alarmantes proporciones, el relicario está completísimo, salvo algunas faltas, y no de reliquias. ¡Qué triste enseñanza!

LAS ROPAS.

»En telas bordadas Guadalupe hace competencia á los roperos mejor provistos: examinar la abundancia de ternos y frontales en una corta sesión, produce mareo. Bordados en riquísimas telas, con sedas de todos matices, cuajadas de aljófares y piedras preciosas, constituyen un conjunto que, para ser descrito, necesita fuerzas mayores que las mías.

»Como curiosidad, he de hablar de un paño que llamó extraordinariamente mi atención. Una manga parroquial, que á primera vista parece un guiñapo, despojo de las riquezas que le rodean. En fondo de oro opaco, deslucido por la acción del tiempo, campea la labor más primorosa que se puede concebir.

»El bordado está dividido en cuatro cuerpos, y la separación de asuntos la establecen esbeltísimas columnas que sostienen afiligranados arcos; los trabajos son: el Nacimiento, Adoración, Presentación y Ascensión de Jesucristo: el más delicado pincel no logra imitar los bordados, figuras, adornos y detalles que se están saliendo del lienzo. Esta manga, aunque *deshiluchada*, debió abrir la Exposición Histórica. ¡Cuánto abandono! Guadalupe, que debió figurar á la cabeza del certamen, estaba representada únicamente por un proceso inquisitorial que se celebró en este Monasterio, y su mérito concretado á lo histórico-terrorífico. Presentó este trabajo, si mal no recuerdo, el archivo de Simancas.

EL CONVENTO.

»No es posible describir el convento, como no es dable formar juicio de una obra en la que sus principales miembros hubieran desaparecido.

»No es momento de discutir; es llegada ocasión de practicar buenas obras, que atajen la total ruina del Monasterio de Guadalupe. No niego que ha sido sensible la destrucción del convento, pero sería una gran calamidad el tolerar el derrumbamiento del santuario.

»Un ilustrísimo Cardenal-Arzobispo de Toledo, cabeza de jurisdicción de este santuario, habilitó local para unos monjes; concedió amplias facultades para invertir en reparaciones las diez ó quince mil pesetas que anualmente reune el peculio de la Virgen como producto de la numerosa peregrinación que acude al santuario en el mes de Septiembre; preparó en forma los antiguos seminarios; mandó numeroso y escogido clero, que proporcionó abundante número de discípulos á la carrera del sacerdocio. Guadalupe recobró parte de sus antiguos esplendores. El ilustre sucesor del alto personaje á que aludo deshizo y redujo á cero la obra de su digno antecesor.

»No envidio la grave responsabilidad moral que ante la historia, el arte y la religión contraiga el que cierre los oídos á los justos lamentos del pueblo de Guadalupe. La ruina avanza por minutos. Siento á este propósito recordar el desconsolador letrero de la obra maestra del Dante: *Lasciate ogni speranza.—Isidro Villarreal.*»

Hasta aquí el notable juicio del Sr. Villarreal. A pintura tan triste no corresponde otro comentario que el sentimiento en quien tenga la dicha de sentirse español. La ruina, y con ella el olvido, avanzan sin cesar, y no sólo España, sino América, deben restaurar á toda prisa el más preciado cuartel del escudo de su casa solariega, de aquel templo-castillo de donde salieron, para gloria de España y bien de la humanidad, aquellos hombres que trajeron á la vida de la civilización y de la fe un nuevo mundo.

CÁSTOR AMÍ.

TIPOS MADRILEÑOS.

LOS INCURABLES.

HABÍAN quedado solos en el mundo. Los dos hijos que tuvieron habían muerto al llegar á los veinte años, y de igual enfermedad. Una sobrina que vivía con ellos, muy bella y muy buena, que los consolaba mucho en su tristeza, se enamoró de un militar, y aunque amaba tiernamente á los tíos, se fué con el militar, después que el capellán del regimiento les echó la bendición, y se fué cerquita..... á Manila.

Los pobres viejos, al verse solos, pusieron su afecto en la criadita que les servía, una alcarreña muy modosita, que se mostraba sumamente solícita en cuidar y servir bien á sus amos, con lo que éstos le otorgaron toda su confianza, viendo que la fámula les tomaba cariño..... y no sólo cariño, sino que también les tomó un día la única docena de cubiertos de plata que poseían, y algunas alhajillas, y no la volvieron á ver el pelo.

Tomaron otra criada, mujer de edad, con buenísimos informes, incapaz de robar valor de un alfiler, una aragonesa briosa, bigotuda y con unas fuerzas como un gañán. Era buenísima, pero tenía un genio tan fuerte, que á los ocho días D.ª Dolores y D. Plácido la temían de modo que no se atrevían á llamarla siquiera. Si humildemente y por favor le pedían alguna cosa, contestaba de manera que no parecía sino que iba á coger un palo y á deslomarlos. Un día, á su amo le pegó un empujón que el hombre cayó de boca y en la caída se hizo un chichón del tamaño de un huevo en la frente. Pero, eso sí, era una buena criada, sin otro defecto que el mal genio, tan malo, que cuando ella hacía algo mal hecho se incomodaba con los demás. Así, una tarde que sacó á la mesa los garbanzos más duros que antes de echarlos á cocer, y D.ª Dolores dijo sin enojo, sonriéndose, que estaban un poquito ásperos, cogió la fuente y se la puso por montera á la pobre señora, y al mismo tiempo la increpó con buen golpe de ternos, ajos y cebollas. Doña Dolores huyó á esconderse, encerrándose con llave, y D. Plácido se asomó al balcón pidiendo favor. Y subieron dos guardias, que se llevaron á la aragonesa en brazos, después de haberles sacudido aquella fiera una serie de bofetadas.

Vivían muy mal los dos viejos solos, ó con una criada, que no la encontraban buena, porque una era insolente, otra puerca, otra no sabía hacer nada, otra tenía un novio, otra dos, uno licenciado de presidio y otro matarife..... Siempre estaban temblando D.ª Dolores y D. Plácido, y no les faltaba motivo.

Por suerte, en el otro cuarto tercero de la casa en que vivían, encontraron lo que creyeron que les convenía. Ocupaba el cuarto un matrimonio; él estaba en una agencia de negocios, y ella se dedicaba á sus labores. A este matrimonio le daba lástima que vivieran tan solos y sin tranquilidad los dos viejos, sus vecinos, y solían pasar él y ella por las noches un ratito, para que estuvieran distraídos. Ella era andaluza, muy graciosa, y tenía unas ocurrencias peregrinas, con que hasta hacía reir á los dos entristecidos viejos, y él un hombre muy formal, un buscavidas incansable, que allí estaba él donde había que ganar un pedazo de pan, y no paraba en todo el santo día de Dios, corriendo de acá para allá, por cuenta del jefe principal de la agencia de negocios en que prestaba sus servicios. Esta actividad del vecino era muy del agrado de D. Plácido, que también había sido gran trabajador, aunque con poco fruto, y no había podido ahorrar más que para comprar un poco de papel del Estado, que le producía dos mil pesetas escasas, con lo que no se morirían de hambre su mujer y él. Intimaron con los vecinos, y á un tiempo tuvieron doña Dolores y D. Plácido el mismo pensamiento: que estarían muy ricamente viviendo en compañía de la andaluza y su marido, que eran dos personas muy de bien y les habían cobrado verdadero afecto. Habló D.ª Dolores con la andaluza, y ésta, á la primera indicación de la vecina, exclamó:

—*Oña Olores é mi arma*, no *poia ozté* darme un *guztito má* grande. Á *aquer ze* lo tengo *icho;* con *Oña Olores* y *On Prácido eztaríamo* como en la *mezmita* gloria.

¡Ya lo creo que estaba en sus glorias la andaluza! Como que la mayor parte de los días comía con los viejos lo que D.ª Dolores había traído y guisado, porque el aprendiz de agente de negocios comía fuera de casa, en un café, cualquier cosa, porque con tantas ocupaciones faltábale tiempo y no le era posible tener arreglo en las comidas.

El primer mes pagaron la casa los viejos y luego la andaluza dió á D. Plácido la parte correspondiente; pero el segundo mes ya no se la dió, ni el tercero tampoco, por donde á D.ª Dolores la llevaban los demonios, porque no sólo sus amables copartícipes de habitación no pagaban, sino que para el casero el incipiente agente de negocios era quien pagaba, pues á su nombre estaba hecho el contrato; los viejos se habían trasladado al cuarto de la andaluza y su marido, que era más grande (el cuarto, no el marido), con propósito de regularizar luego la situación, poniendo en regla el contrato de inquilinato; pero lo habían ido dejando de un día para otro, y así encontráronse en el duro trance de pagar la casa y no tener casa. La andaluza no estaba en fondos, y lo que ella decía: «Si *ozté* paga hoy *ar endino del cazero er* recibo, otro día le pagaré yo, y *pata*»; lo que no habría estado mal si se hubiese cumplido. Pero el cuarto mes sucedió lo mismo que el segundo y el tercero, y lo propio el quinto y el sexto, sólo que en el sexto experimentaron los dos viejos la más desagradable de las sorpresas al regresar de un paseíto en tranvía hasta la Castellana. En la casa estaba el Juzgado embargando los muebles del aspirante á agente de negocios, y como los muebles que tenía eran muy pocos, el escribano que inventariaba inventarió también los de D. Plácido y D.ª Dolores, que eran más y mejores que los del marido de la andaluza. Reclamó D. Plácido, protestando enérgicamente doña Dolores, á quien se le fué la lengua al ver que aquellos curiales no atendían á razones en su afán de hacer traba y embargo de objetos que tuvieran algún valor y fueran de fácil venta, y para calmar á los viejos en su tribulación no les ocurrió más que decir á D. Plácido que si era verdad lo que aseguraba, cosa que ponían en duda, respecto de la propiedad de los objetos embargados, quedábale el recurso de entablar una tercería, y aconsejaron á la pobre D.ª Dolores que cesara en sus lamentaciones y en sus insultos al poder judicial y á sus dignos representantes, que sólo por lástima, y suponiendo que estaba loca, no la cogían y la llevaban á la cárcel de su sexo, formándola un causón por desacato, que le costaría muy caro.

Esta amenaza aterró más que á D.ª Dolores á don Plácido, que tenía un miedo cerval á la justicia, por lo mismo que era incapaz de hacer cosa mala, y prefería una enfermedad á verse empapelado sin motivo.

El del embargo al futuro agente de negocios era una deuda con todos los caracteres de estafa, y si no se había dictado todavía auto de prisión, no se tardaría mucho, porque el acreedor apretaba y era hombre que tenía gusto en reventar al prójimo que le debía algo y se retrasaba en el pago, ó no le pagaba, y se ufanaba de haber llevado á la cárcel ya á varios amigos.

El marido de la andaluza huyó de la quema y no pareció más por casa; la andaluza, la pobre, estaba tan afligida, que los viejos, que eran bondadosos y compasivos, tuvieron que hacer lo posible por consolarla y tomar á su cargo el gasto de la casa, porque el fugitivo ni la había dejado dinero ni se lo enviaba desde su escondite. Y empezó el Juzgado á dirigir citaciones á D. Plácido y á la andaluza para que se presentaran á declarar; y una tarde, después de haber estado cuatro horas esperando al escribano, D. Plácido se quedó helado cuando le notificó aquel curial que estaba procesado. ¡Procesado él, que jamás había causado mal ninguno al prójimo, ni se había quedado con nada de nadie! Procesado por falsedad. Había declarado que le constaba que el de la agencia era marido de la andaluza, y resultaba que la andaluza no era mujer de aquel peine. Hubiera de buena gana estrangulado á la andaluza y al escribano. Volvió á casa todo acongojado, con fiebre, en una situación deplorable; como que hubo que llamar al médico, quien le encontró grave. Don Plácido no se atrevió á contar á D.ª Dolores lo que le había ocurrido, con lo cual se agravaba más su estado, ni tampoco la quiso decir que la andaluza no era mujer legítima de aquel otro apunte, porque si D.ª Dolores hubiera sabido, así de pronto, cosa semejante, ella, tan religiosa, tan decente, tan pulcra, tan verdaderamente virtuosa, era capaz de haberse muerto de repente al saber que vivía con una mujer tan sin vergüenza como la andaluza.

Un mes estuvo en la cama, si se muere ó no se muere, el bendito D. Plácido, y en este mes le llamaron unas veinte veces al Juzgado á ampliar la declaración, á practicar varias diligencias, á ratificarse, á firmar, y como la andaluza iba á decir que estaba malo, el Juzgado le enviaba los médicos forenses para que le reconocieran y certificaran si decía verdad ó se hacía el malo para burlarse de la justicia. La pobre D.ª Dolores sentía que se le acababan las fuerzas, y solamente la andaluza, que ya tenía noticias de dónde se hallaba su marido, que no era su marido, se encontraba tranquila, y hasta se atrevía á ir con bromitas al convaleciente. Y, por supuesto, comía y bebía á costa de los viejos, que para el mayor gasto de casa, de médico y botica y de proceso, habían tenido ya que vender una parte del poco papel del Estado que poseían. Don Plácido, luego que sanó por milagro patente, hubo de nombrar procurador y abogado que se encargasen de su representación y defensa en el proceso por falsedad, y dos años, dos años mortales tardó en declararse por la justicia que don Plácido era un hombre honradísimo, que los muebles embargados eran de la propiedad de D. Plácido y no debían estar embargados, y que nada tenían que ver D. Plácido y D.ª Dolores con el marido, que no era marido, de la andaluza. Y no sólo tuvieron los viejos esta satisfacción, sino que perdieron de vista á la andaluza, porque ésta encontró, no se sabe cómo, una buena colocación de *señorita de compañía* de una viuda americana.

Quedaron solos otra vez D. Plácido y D.ª Dolores, sin dinero y enfermos, enfermos para el resto de su vida. Los gastos de procurador y de abogado en el proceso, del que resultó proclamada la inocencia de D. Plácido, acabaron con los recursos de los infelices viejos. Su rentita de 8.000 reales, que habían creído les bastaría para vivir pobre, pero tranquilamente, había quedado reducida á 500 pesetas.

Con dos mil reales al año no podían vivir..... Redujéronse á un cuartito barato y malo, vendieron casi todos los muebles, suprimieron de las dos comidas diarias una: cuando D. Plácido no podía materialmente levantarse de la cama, D.ª Dolores, que no podía tampoco, hacía un esfuerzo heroico para atender á su marido; y cuando D.ª Dolores caía postrada y sin fuerzas, D. Plácido las sacaba de la voluntad para atender á la viejecita que tanto había amado y tanto amaba todavía.

¡Qué vida tan triste! A veces, sin poderlo remediar, reñían, se decían cosas duras y desagradables—tanto les había agriado el carácter el infortunio;—pero D.ª Dolores se echaba á llorar, y don Plácido, apuradísimo, arrepentido, la pedía perdón, diciéndola ternezas, y acababa por llorar él también. Era una vida imposible. Los dos estaban enfermos del corazón, heridos de muerte; pero la muerte tardaba en venir, y aquella vida era un martirio horrible.

No les ocurrió suicidarse, porque eran buenos cristianos; pero por la noche, cuando los dos se acostaban en el ancho lecho conyugal, único resto de su pasada holgura relativa, dábanse las manos, murmuraban una oración, y se despedían como si uno de los dos no hubiera de amanecer, ó como si hubieran de morir los dos antes del día.

Pero no morían, y la vida era para ellos cada momento más penosa, más dura.

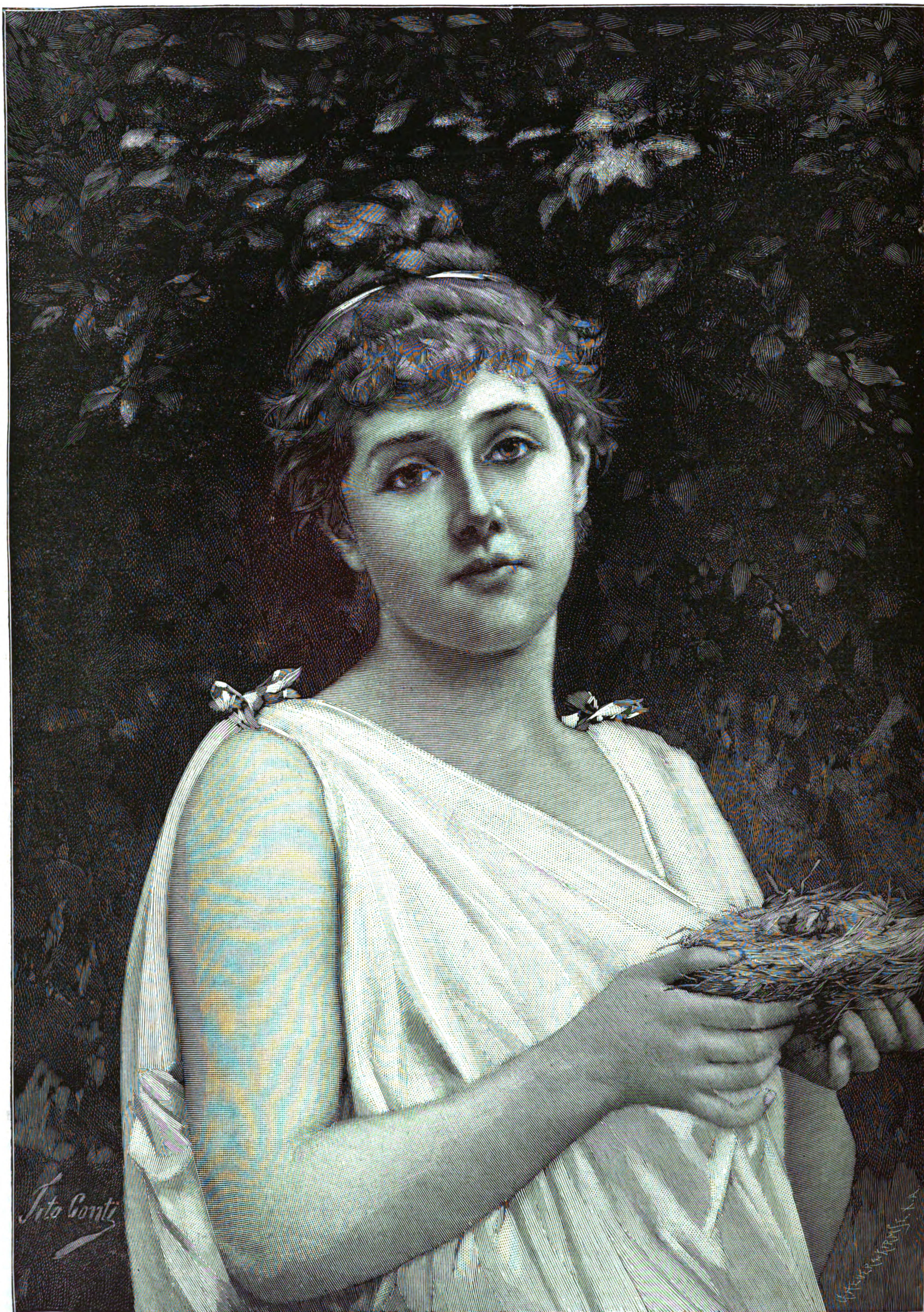
Sólo trataban á un vecino, muy buen hombre, que se interesaba mucho por ellos, y un día les dijo:

—Ustedes lo que debían hacer era pedir ingreso en el hospital de Incurables del Carmen, D. Plácido, y en el de Mujeres, D.ª Dolores. Allí estarían ustedes muy bien atendidos por Hermanas de la Caridad, perfectamente alimentados, bien vestidos; en fin, como unos príncipes. Y un domingo iría D. Plácido, si hacía bueno, á ver á D.ª Dolores, y otro día D.ª Dolores á ver á D. Plácido, porque unos y otros acogidos salen á paseo cuando su salud se lo permite.

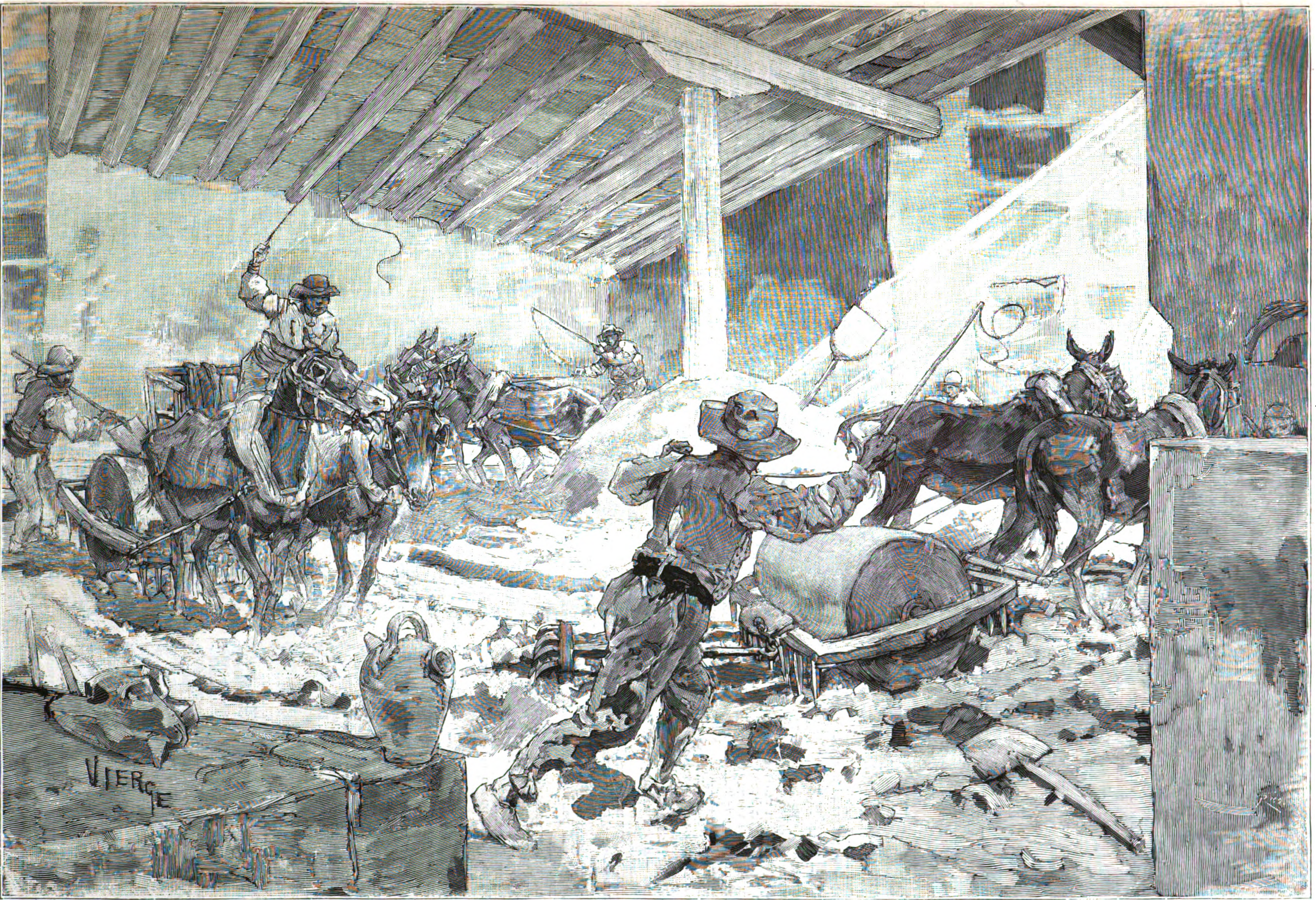
La idea pareció de perlas á los dos viejos. El pico de papel del Estado que les quedaba lo donarían á los dos establecimientos de Incurables, puesto que allí de nada carecerían. Era una magnífica idea.

El vecino les hizo los memoriales correspondientes y los presentó en la Dirección de Beneficencia. Pasaron tres meses más de fatiga y de angustia, y al cabo de estos tres meses un día se presentaron á un tiempo dos médicos á reconocer á los viejos para unir su certificado de incurabilidad al expediente de ingreso en los asilos mencionados. Y dos semanas después recibieron las credenciales respectivas en que se les comunicaba haberse decretado su admisión, y se les advertía que tenían un mes de término para ingresar, y pasado este mes, sin haberse presentado, se correría el turno.

Ya tenían los dos viejos seguro albergue mientras vivieran; se avecinaba el invierno, y era una suerte, en medio de la desgracia, tener donde estar tan ricamente como aseguraba el vecino que se estaba en aquellos asilos. Todo el día estaban hablando los dos viejos; parecía como que ansiaban aprovechar el tiempo que les quedaba de vivir juntos, ellos que no se habían separado jamás, para hablar de los tiempos pasados, de cómo se conocieron, de cómo se casaron, de lo hermosa que estaba ella con sus veintitrés años, y de lo enamorados que estuvieron mucho tiempo después de casados; del disgusto que les producía la tardanza en venir el primer hijo, que tardó siete años nada menos; de



¡POBRES HUÉRFANOS!
POR TITO CONTI.



UNA YESERÍA EN GETAFE.
DIBUJO DE D. DANIEL URRABIETA VIERGE.

la locura de alegría que tuvieron los dos cuando dijo el médico que D.ª Dolores estaba embarazada..... ¡Qué felicidad la suya cuando nació Enrique! ¡Y qué pena luego que le vieron tan desmedrado, tan débil!..... ¡Y antes de los dos años vino Manolito!..... Éste parecía más robusto, más fuerte; ¡y qué talento tenía! ¡qué chico tan listo!..... ¡qué observaciones las suyas cuando no contaba más que cuatro años! Parecía un viejo de sesenta. Después, ¡qué vida de cuidados, de temores, de angustias, de esfuerzos para conservar la existencia de aquellos dos hijos!..... ¡Qué desesperación cuando un médico pronosticaba que Enrique viviría poco! ¡Qué consuelo cuando otro doctor aseguraba que no había en el chico síntoma ninguno de enfermedad mortal!..... El primero, el pesimista, sabía más que el segundo. Enrique y Manolito gozaban muy poca salud..... y no se parecían en nada. Enrique era indolente, apático, triste..... Manolito una pólvora, un rayo, inteligente, curioso, inquieto, ansioso de saber..... Enrique no tenía remedio; casi desde que nació sabían sus padres que no había recurso en la Medicina para él, que le perderían, que Dios lo había dispuesto así, y no había más que conformarse..... pero ¡perder también á Manolito!..... Este era un dolor que acabaría con ellos; para tan grande infortunio no tendrían fuerzas..... Y, sin embargo, las tuvieron; al cumplir los veinte años Enrique murió, y antes de pasar dos más, Manolito murió también. Y todo acabó para los infelices padres, que no creían poder soportar desgracia tan grande. Ya no tuvo afán de ganar dinero D. Plácido. ¿Para qué?..... Él y D.ª Dolores bien poco necesitaban, y además, para el poco tiempo que vivirían..... Pero se equivocaron, porque pasaron años y años, años tristísimos, hasta llegar los pobres padres á los setenta y tres que tenían el mes pasado, cuando se les otorgó por Beneficencia la posición social definitiva de asilados en los respectivos hospitales de Incurables.

Ya faltaban sólo cinco días para expirar el plazo del mes en que podían utilizar la graciosa concesión que se les había hecho. Era preciso resolverse, tener valor, hacerse cargo de la situación, conformarse con la suerte..... No había sido muy ventajosa la del pobre D. Plácido, hombre tan bueno que, haciendo examen minucioso de conciencia, no se encontraba otro pecado que haber confesado que era casada aquella maldita andaluza, y bien lo purgó el infeliz.....

—Dolores—dijo á su mujer D. Plácido—no hay más remedio.

—Plácido, no hay más remedio—dijo D.ª Dolores á su marido.—¿Irás á verme?

—¡Ya lo creo! No saldré á otra diligencia más que á ver á mi pobre compañera.

—¡Ay, hijo, qué pena tan grande!..... pero no hay más remedio.

—No hay más remedio: ó á los Incurables, ó á morirnos solos aquí, sin auxilio de nadie, acaso sin la Extremaunción, ó en la calle..... Yo estoy muy malo; me ahogo.....

—¡Ay! hijo, yo no puedo más: no resisto esta fatiga.....

Y los dos viejos se abrazaban, confundiendo sus sollozos y sus lágrimas.

Faltaban dos días para ingresar, ó perder el derecho.

D. Plácido tuvo un momento de valor extraordinario, y buscó un mueblista á quien vender todo el ruin ajuar de casa que les había quedado..... ¡Diez y ocho duros le dieron!..... Diez serían para Dolores y ocho para él..... El miserable pico de papel del Estado se lo regalarían, como habían pensado, á los asilos de Incurables. Don Plácido lo llevaba ya encima, metido en un sobre, donde había escrito su voluntad, y, al entrar en el asilo, se lo entregaría al jefe de la casa para que diera al donativo el curso correspondiente.

La última noche que habían de pasar en su domicilio no durmieron. Toda se les fué hablando de su pasada vida, de los hijos muertos, de aquellas inacabables penas, y de la poca fortuna que habían alcanzado una mujer impecable como doña Dolores y un hombre de bien como D. Plácido. Éste hacía esfuerzos imposibles para mostrar serenidad y contento. Todas las fatigas, todos los apuros acababan. ¡Ya ninguna preocupación, ningún temor del porvenir, ninguna angustia del presente!..... Como había dicho el vecino, ¡iban á estar como unos príncipes!.....

Era el último día. Por la mañana vino el prendero con un carro para llevarse los muebles. Al desarmar la cama de hierro, que ya había perdido tornillos y otras piezas, los dos viejos creyeron morir..... Tal fué la angustia que experimentaron..... Querían hablar y no podían, y el mismo prendero, un hombrón como un castillo, que en su juventud fué tambor mayor y le llamaban *el Terrible* por su carácter duro y frío, tuvo que enjugarse las lágrimas ante la escena muda del dolor augusto de aquellos dos honradísimos viejos.....

Doña Dolores tenía hacía tres días hechos dos líos: uno de alguna ropita suya, y otro de la de su marido.

El vecino benéfico les había ofrecido acompañarlos, y no faltó á su palabra. Primero iría doña Dolores al asilo de la calle de Amaniel, y luego D. Plácido al del Carmen, en la calle de Atocha. Un poco largo era el camino que D. Plácido había de recorrer, y ni su pecho ni sus piernas resistían ya el cansancio. ¡Pero en seguida iba él á dejar ir sola con el vecino á su mujer!..... ¿Qué se diría?

Llegó el momento de emprender la caminata. El vecino les había obsequiado con dos jícaras de chocolate y su ensaimada correspondiente, que casi no probaron. Luego comerían magníficamente cada uno en su nueva casa.....

Don Plácido dió el brazo á su mujer..... ¡Qué camino tan largo y tan doloroso habían recorrido desde que D. Plácido dió por primera vez el brazo á su mujer, radiante de hermosura al salir de la iglesia de San Martín, donde se casaron, hacía cincuenta años!..... Tres horas tardaron desde la calle del Aguila á la de Amaniel. El vecino hubiera ido en un cuarto de hora; pero no era tan viejo como los esposos, ni estaba tan enfermo, ni iba á quedarse en el asilo.

Llegaron al fin..... Hermanas de la Caridad, amables y sonrientes, recibieron en el portal á la anciana, que no sabía lo que le pasaba, ni podía hablar, ni veía, porque un torrente de lágrimas la cegaba. Y lo mismo le sucedía al infeliz D. Plácido..... No se despidieron, porque no pudieron hablarse: las hermanas, con propósito de evitar una escena penosísima, y seguras de consolar luego á la viejecita, llevárosela arriba casi en brazos. Y allí quedó en el portal D. Plácido, á quien tuvo que sostener el bondadoso vecino, porque se caía. Lo sentó en un banco, viendo que sufría D. Plácido una congoja mortal..... Era imposible que el viejo fuera por su pie hasta el hospital de Hombres incurables, en la calle de Atocha. El vecino vió pasar un coche, y aunque tenía pocos recursos, se decidió á sacrificar una peseta por servir á D. Plácido hasta el fin. Ayudado por dependientes del Asilo de Mujeres, le metió á puñados en el coche, y luego entró él, y dijo al cochero:

—Al hospital de Nuestra Señora del Carmen.

—Daráme dos pesetas—dijo el auriga—y *si non, non* voy.

¿Qué había de hacer el vecino?.... Sacrificar otra peseta.

Don Plácido parecía muy tranquilo. El vecino respetaba su silencio, silencio definitivo y perdurable, porque cuando delante de la puerta del hospital quisieron sacar del coche al incurable, estaba muerto.

Doña Dolores tuvo más suerte. En brazos de las hermanas de la Caridad llegó al lecho que había de ocupar en el asilo; la desnudaron y la metieron en la cama..... y la dejaron tranquila. Una hora después fué sor Teresa á ver si quería tomar un poquito de caldo, y la halló en tal disposición, que avisó presurosa al capellán y al médico.

Llevaba ya cerca de una hora de viuda cuando recibía la Extremaunción, y su alma pura volaba á encontrar en el cielo la del hombre de bien que había sido su compañero durante medio siglo.

CARLOS FRONTAURA.

Á UN POETA (1).

Toma el sonoro bandolín ceñido
De pámpanos y flores perfumadas;
Toma el brillante bandolín sonoro,
Y la hermosura y los placeres canta.

Canta con entusiasmo los amores,
El cielo azul, las verdes enramadas,
Las caricias, los ojos centellantes,
Las béticas alegres serenatas.

Canta los esplendores de la vida,
La primavera fúlgida y lozana,
Los tersos lagos, las fragantes rosas,
El sol de fuego y las estrellas pálidas.

Canta las relucientes cabelleras,
Los senos de alabastro, la inflamada
Risa que bulle entre los labios rojos,
Como abeja entre pétalos de grana.

Canta el lujo oriental; los frescos lirios,
Los collares de perlas, las escalas
De seda y oro, la radiante gloria,
Las tibias noches de zafir y plata.

¡Canta todos los plácidos idilios!
¡Canta todos los besos de tu amada!
¡Canta todas las dulces armonías!
¡Canta, vate feliz, todas las llamas!

Que ¿por qué los deleites y venturas
No canto yo, como en la edad pasada?
Porque el negro pesar con mano fiera
Hundió en mi pecho su punzante daga.

Ya no cojo encendidas amapolas
De la ilusión en la pradera mágica;
Seca la fuente está de mi alegría,
Y mudo el ruiseñor de mi esperanza.

Del coro de las musas juveniles
No escucho ya las melodiosas flautas;
Y las aves, las olas y los vientos
Gritan desesperados en mi alma.

Y en la alta noche, en las febriles horas
En que el insomnio mi cabeza abrasa,
Rumor de alas crujentes y gemidos
Resuenan pavorosos en mi estancia.

Es que los genios lúgubres, los vates
En cuyos cantos el dolor estalla,
Á visitarme vienen. Y en las sombras,
De resplandor vestidos, se destacan.

Dante, el viejo león de la poesía,
El gibelino de facciones trágicas,
Aparece el primero. Luego surge
Shakspeare, de luz la frente coronada.

Y les siguen el tierno Garcilaso;
El ciego y noble Milton; la bizarra
Sombra del Lord sublime; el gran Leopardi
Con el buitre clavado en las entrañas;

Pouchkine, rasgado el pecho, y en la herida
La sierpe de los celos enroscada;
Heine, el sarcasmo en la risueña boca,
Y en el doliente corazón las lágrimas;

Alfredo de Musset, rota en la mano
La copa de los goces; la romántica
Figura de Espronceda, y el siniestro
Baudelaire con su tétrica mirada.

Todos á mí se acercan, y á mi oído
Algo terrible y lastimero cantan;
Algo que impone al ánimo valiente
Y ayes de angustia al corazón arranca.

¿Qué cantos misteriosos y fatídicos
Murmuran en la noche esos fantasmas?.....
Lo ignoro; sólo sé que está más triste
Y amarilla mi faz por la mañana.

Y cuando mis estrofas palpitantes
Por la atmósfera azul tienden sus alas,
Cual voladores pájaros heridos
Gotas de sangre á los espacios lanzan.

MANUEL REINA.

(1) De un libro en prensa.

CHASCARRILLOS DE LA HISTORIA.

XII.

LOS TARTAMUDOS.

En las personas que tienen
El mismo vicio moral,
Idénticas aficiones,
Igual modo de pensar,
Aptitudes semejantes,
Ó, en fin, carácter igual,
Lo de «Dios los cría y ellos
Se juntan» es gran verdad.
Cumpliendo al pie de la letra
Aquel antiguo refrán,
Para el bien algunas veces
Y otras muchas para el mal,
Y sin buen ni mal objeto
Ni trascendencia las más,
Por secreta simpatía
Suelen unir y juntar
A los míseros mortales
El patriotismo, el afán
De realizar una empresa
Importante, el «vil metal»,
La caridad, la codicia,
El afán de figurar,
Los caprichos, las rarezas,
Y hasta la perversidad.
En cambio, aquellas personas
Que padecen, por su mal,
El mismo defecto físico,
Cuando por casualidad
Se encuentran juntas, procuran
Alejarse sin tardar,
Como si hubiera entre ellas
Profunda aversión tenaz,
Resentimiento invencible
Ú odio africano, mortal;
Y es rarísimo hallar juntos
—Yo no los hallé jamás—
Dos cojos, dos jorobados
Ó dos tuertos; y si hay
Ciegos que suelen juntarse
Y vivir en santa paz,
Es porque el común defecto
No pueden ver y apreciar.

Pero lo que nadie ha visto,
Ni de seguro verá,
Es que estén dos tartamudos
Unidos por amistad
Ni juntos un solo instante,
Pues si los junta el azar
Sin conocer su defecto,
Apenas hablan se va
Receloso y cabizbajo
Por su lado cada cual,
Si no surge algún disgusto
Por creer ó sospechar
Mutua burla que molesta
Su susceptibilidad.
Luis XIII, aquel rey de Francia,
Al que unos suelen llamar
El Justo y otros *el Casto*,
Según escritor veraz
Tartamudeaba mucho,
Y el mariscal de Thoirás
Era también tartamudo
De un «martilleo» infernal.
Aficionado á la caza
Con halcón, su Majestad
Estaba en el campo un día
Procurando descansar
De los negocios de Estado,
En agradable solaz
Y sano entretenimiento,
Y víose á tropezar,
Buscando á sus servidores,
Con el pobre mariscal,
Cuyo defecto ignoraba,
Porque nunca le oyó hablar.
—¿Do... dónde está el pa... pa... pájaro?
—Preguntó con ansiedad
Al mariscal, que, confuso,
Con roja y turbada faz,
Mirando al suelo, tragando
Saliva y con ademán
Y voz como si en el cuello
Tuviera puesto un dogal,
Contestó:—Se... se... señor,
Vo... voy á pre... preguntar
Y lo sabrá al pun... pun... punto
Vu... vuestra ma... majestad.
Y refieren los cronistas
Que al no llegar los demás
Cazadores á buen tiempo
Para evitar un desmán
Y contener al monarca
Que estaba furioso ya,
Allí concluye la historia
Del mariscal de Thoirás.

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ.

FACULTADES EMBRIONARIAS EN EL HOMBRE.



Es digno de notar que la mayor parte de los descubrimientos científicos han sido anunciados, con mucha anticipación, por literatos insignes, que no se cuidaron gran cosa de la ciencia. En el siglo XVII, el más notable de sus escritores presiente y anuncia el telégrafo eléctrico, cuando en una obra dramática hace decir á dos de sus personajes:

—Con la rapidez del rayo
Nuevas del campo han venido.
—Y quizás, andando el tiempo,
Vendrán con el rayo mismo.

El ingenioso autor de *Ayer, hoy y mañana* nos da la idea del teléfono en aquella multitud de hilos metálicos tendidos desde el palacio de las Cortes al domicilio respectivo de los diputados y del público, para que unos y otros puedan asistir, sin moverse de casa, á las sesiones del Congreso. En la misma obra describe una maquinita fotográfica que los sirvientes llevan en la cintura, y en la cual instantáneamente quedan retratados los visitantes; es decir: describe el último invento de la fotografía: esos pequeños aparatos en forma de reloj de bolsillo, todavía desconocidos en España, que retienen la imagen del que delante de ellos se coloca.

Un autor contemporáneo, que si tiene mucho de científico tiene más de idealista, nos habla del sexto sentido de los moradores de Marte, consistente en la adivinación, y, por lo que se ve, esta facultad, creada por el buen humor de un literato, va á convertirse en evidencia en el propio mundo en que vivimos.

Tomando en serio lo que así se debe tomar de este asunto, y sin hacer caso de las exageraciones de algunos filósofos, hoy muy en moda, que ven prodigios hasta en los juegos de prestidigitación, es indudable la conveniencia de estudiar ciertos fenómenos observados por la humanidad desde muy antiguo, y de manera tan general y clara, que hasta se les designa con nombres: *presentimiento, voz del corazón, aviso celeste.*

Los hombres de ayer, y aun muchos de hoy, no pudiendo hallar explicación satisfactoria en lo terreno á esto, que semejaba verdadero prodigio, han buscado la causa en la Divinidad, que verdaderamente es causa de todo, y aun con esta base han constituído una religión: el espiritismo.

Se ha observado desde luego que estos avisos ó *voces del alma* se sienten con más intensidad cuando la materia reposa, y de aquí que los antiguos, atribuyendo el prodigio á todos los sueños, trataran de descifrarlos, y que los sabios investigadores de hoy pretendan dormir, ó duerman evidentemente, para sus experiencias, á los individuos elegidos al efecto.

Los que buscan las causas en la realidad de las cosas atribuyeron, en el comienzo de sus estudios, á una fuerza magnética, lo mismo el movimiento transmitido, según dicen, por la voluntad del hombre, á objetos inanimados (magnetismo propiamente dicho), que el hipnotismo y todos sus fenómenos; y aun hoy que el hipnotismo, elevado casi, aunque sin razón, á la categoría de ciencia, se ha separado del magnetismo, considerado sólo como curioso entretenimiento, se afirma por algunos que éste juega un papel importante en aquél.

Acerca del magnetismo se ha hablado mucho y muy exageradamente por escritores científicos que tienen el privilegio de encantar hoy á la humanidad. Suponen ellos que la voluntad del hombre es susceptible de transmitirse á un objeto cualquiera, y que éste entonces procede como si la tuviese propia.

Difícil sería demostrarlo; de tal modo difícil, que los mismos autores de la doctrina no consiguen hacerlo satisfactoriamente. Más fácil es deducir de las experiencias que el afán del experimentador, porque la experiencia resulte, le induce á imprimir al objeto el movimiento que desea, sin darse cuenta de que son sus manos las que lo mueven.

Hace algún tiempo trataba yo con un matrimonio que acababa de perder á sus dos únicos hijos, jóvenes de veintiuno y veinte años respectivamente. Esto matrimonio juraba y perjuraba que se entendía á diario con aquellos dos seres queridos. Una vez fuí invitado á presenciar y aun á tomar parte en sus conversaciones de ultratumba. El procedimiento adoptado al efecto por los cónyuges era de los más sencillos. Alrededor de un trípode, ó más bien de un palanganero de madera, habían de sentarse tres personas: el matrimonio y, en aquel caso, yo. Colocadas las manos sobre el anillo superior del mueble, de modo que los pulgares de cada cual formasen cruz y el meñique de la mano derecha pisase en igual forma el de la izquierda del compañero, se esperaba á que el espíritu se anunciase. El espíritu se anunciaba á poco de modo suficientemente sensible: el palanganero se estremecía como si una suave corriente eléctrica circulase por él. Siempre he creído que aquella conmoción no era del palanganero, sino de nosotros mismos, excitados por el misterio de aquel acto, que considerábamos solemne. Formulábanse entonces preguntas, de modo que las respuestas fueran sólo afirmar ó negar. Para negar, el mueble había de permanecer inmóvil; para afirmar, debía dar en el suelo, con el pie que se le indicase, un número determinado de golpes.

La experiencia resultaba siempre. Los golpes eran sonoros, y el movimiento extremadamente visible.

Para convencerme de que en el suceso no intervenía el interés particular, propuse que la interrogación se hiciera con el pensamiento, esto es, sin pronunciar palabra. Aceptada la propuesta, hice yo mi pregunta. El palanganero contestó como indeciso, marcando los golpes con otro pie del que yo le indicaba, y en número distinto del que se pedía.

Una vez excluída por mí y para mí la idea del misterio, insistí en que continuase la experiencia, volviendo á preguntar en voz alta, y solicitando del espíritu que marcase siempre los golpes con el pie que yo tenía debajo de mis manos. Ni una sola vez contestó: hacía yo fuerza bastante para impedir que el palanganero se moviese.

Convencíme, pues, de que aquellos desgraciados padres obligaban á contestar al palanganero lo que ellos se respondían á sí propios.

Pero si estas experiencias, atribuídas sin razón al magnetismo, no son siquiera curioso entretenimiento, los resultados del hipnotismo hacen comprender fácilmente la influencia poderosa que en la humanidad puede ejercer este interesante fenómeno.

En el día se da una gran importancia al hipnotizador; se supone que para que la experiencia resulte se necesita la cooperación de dos personas: el que obliga á dormir y el que se duerme, y se cree que, á las manifestaciones de éste durante su sueño, ha de preceder el mandato del que le hipnotiza. Pero, en conciencia, ni el hipnotizador ni el hipnotizado tienen mérito alguno, ni es preciso para que los efectos resulten que cooperen éste y aquél, porque no es preciso hipnotizar, y, por consecuencia, el fenómeno no se debe á lo que pueda influir el mandato de un hombre en el ánimo de otro.

Como comprobación citaré, entre mil que pudiera citar, dos distintos ejemplos, tomados, no de referencias, sino de observaciones hechas por mí y en mí mismo: que en este asunto, más que en ningún otro, las apariencias suelen engañarnos.

Va á hacer seis años, encontrándome en San Juan de Luz durante la estación veraniega, desperté una noche sobresaltado por un sueño molesto. Hallábanse mis hermanos en Cádiz, y las noticias que de ellos acababa de recibir eran satisfactorias. Soñé, no obstante, que mi hermana Rafaela moría con el rostro exageradamente inflamado. Fíjese bien el lector: mi hermana Rafaela.

Aunque por entonces no daba yo importancia á estos avisos, á pesar de que en otras ocasiones se habían confirmado, y los atribuía á la casualidad, no pude aquella vez sobreponerme á la preocupación. Al día siguiente daban los periódicos la noticia de que mi hermano Rafael estaba enfermo, y una semana después moría de viruelas.

¡Sueño verdaderamente extraño, que no sólo me anunciaba la desgracia, sino que hasta parecía querer indicarme la enfermedad y el nombre de la víctima!

Un mes más tarde, hallándome con testigos de aquel suceso, quise comprobar una circunstancia que de la pesadilla fatal quedó en mí muy presente.

Alrededor del rostro del que en mi sueño agonizaba, había yo observado un matiz blanquecino, que se extendía también por el labio superior. Los que presenciaron la muerte pusieron en claro este detalle: el cabello y la barba del malogrado Rafael habían encanecido notablemente pocas horas después de su fallecimiento.

Estos hechos demuestran que, sin necesidad de hipnotizador, puede el hombre presentir con bastante exactitud, cuando su materia descansa, lo que ha suceder. Véase ahora cómo se verifica también el fenómeno sin la coadyuvación del sueño.

Con motivo de aquel suceso doloroso fué necesario inventariar los objetos y valores que mi hermano dejaba. Tenía en su habitación una caja de caudales, de la que sólo él conocía el mecanismo, y siendo inútiles para abrirla cuantas combinaciones se hicieron con los tres abecedarios de que constaba, fué preciso avisar á un cerrajero mecánico. Horas antes de que éste llegase, se fijó un nombre en mi pensamiento. No se relacionaba ni con la profesión de mi hermano, ni con su familia, ni siquiera con sus aficiones. Era el nombre de un célebre político inglés, y se me presentaba con una falta de ortografía, porque se escribe con cuatro letras y los abecedarios eran tres.

Pensé si, acaso, la caja se abriría con aquel nombre; pero me pareció la idea tan absurda, que ni intenté la prueba.

El cerrajero trabajó inútilmente durante una hora: la caja no se abría, y aquél se dió al fin por vencido.

Entonces sentí invencibles impulsos de proceder al intento con aquella extraña combinación. Puesto el nombre, hice girar á la llave, que dió una vuelta, pero sólo una, y el mueble continuaba cerrado. Y como si alguien me revelase los pormenores que faltaban, presumí que aquella cerradura tenía más de una llave, una quizás para cada vuelta; registré los llaveros de la casa y hallé dos llaves más, semejantes á la que se me había entregado, con lo que la cuestión quedó resuelta definitivamente.

El nombre era Pit, escrito en esta forma, y no Pitt como debe escribirse; la caja se abría con tres llaves para una sola cerradura. No había visto hasta entonces cajas de ese sistema.

Por menos que esto, algunos se han hecho espiritistas.

Un eminentísimo autor dramático, á quien, pocos días después, referí tan extraños sucesos, exclamaba con el asombro retratado en el semblante:

—Si en todos los hombres se verificasen estos fenómenos, no podría dudarse de la Divinidad.

Sin embargo, proceden de causas materiales. Si la Divinidad necesitara testimonio de su existencia, éstos no serían suficientes, porque los avisos del cielo no pueden ser en ningún caso confusos, y éstos muchas veces lo son; ni la Majestad Suprema debe descender á cuestiones pueriles, como son la mayor parte de los presentimientos.

Descartando, pues, de este asunto el milagro, porque para milagro es poco, y descartando también la casualidad, porque la casualidad es nada, queda sólo el fenómeno obedeciendo á leyes natu-

rales, que no pueden proceder de otra cosa que de nuestro organismo: queda una facultad embrionaria en el hombre, que es sin duda un sentido hasta ahora ignorado: el sentido de la adivinación, más desarrollado en unos que en otros, y nulo en los menos, como ocurre con los demás sentidos corporales.

Este sentido, que hoy casi á nada podemos aplicar, es susceptible de fortalecerse y desarrollarse. Hallar el procedimiento para su desarrollo es precisamente lo que falta.

Esto sí que merecería el nombre de ciencia.

LUIS CALVO REVILLA.

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

Livadia: condiciones de esta mansión imperial rusa. La Crimea oriental y sus curiosidades. Monasterio de San Jorge de Partheniké.—*En el mar Blanco:* monasterio de San Zósimo y Savati, de Solovietzh; los monjes y los obreros; la muralla ciclópea y su galería; una victoria milagrosa; de Solovki á Arkhángel; el duelo imperial en Rusia.

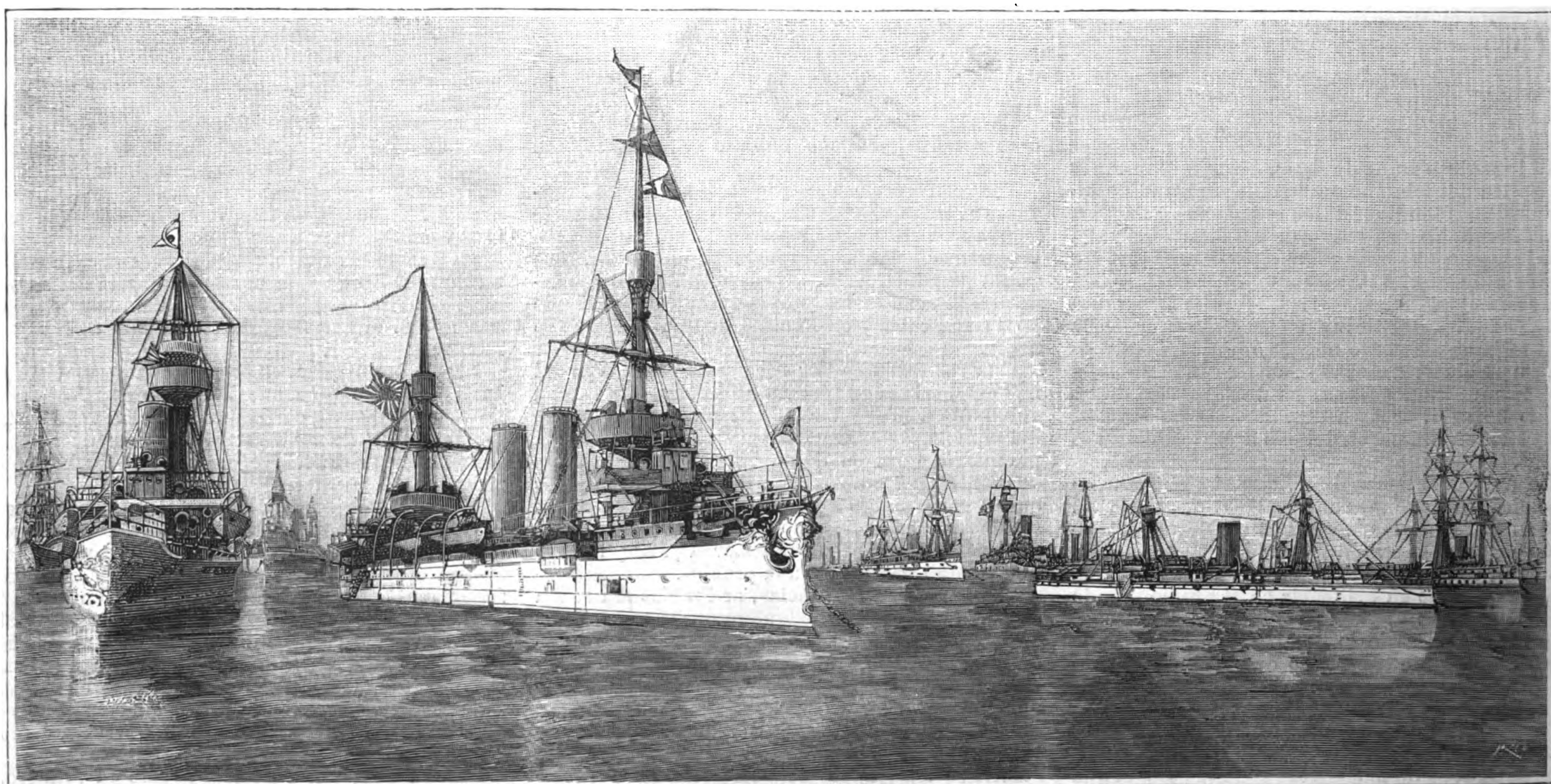
La residencia de la corte de Rusia durante estos días del otoño es Livadia. Livadia quiere decir, en el antiguo lenguaje de los kanes de Crimea, ó, según otros, en el de los expatriados griegos que se establecieron en aquella comarca cuando Catalina II la anexionó á Rusia, *la Pradera;* y no es una provincia, ni verdaderamente un pueblo, sino una admirable posesión imperial, abierta sobre las playas del mar Negro, en el extremo mismo de la pequeña península rusa, y en el territorio de antiguo denominado *Iaila Dagh*. Mucha fama tienen las costas de Liguria y las orientales del Adriático italiano, y nada hay para los potentados de Europa como el residir ahora en Cannes, en Menton, en Bordighera, en San Remo, en Voltri, Sestri ó Génova, ó en Ancona, Pésaro, Brondolo, Chioggia y ribera veneciana, ni nada preferible para el gran mundo de Viena, y de la rica sociedad húngara y tirolesa, como el bajar á la costa por Graz, Marburgo y Steinbruck, y disfrutar de la deliciosa temperatura y de los hermosos panoramas que por toda la península de Istria se extienden entre Trieste y Fiume, en aquellos paraísos que se llaman Citta Nuova, Valle Quieto, Rovigno, Dignano, Pola, Cherso, Volosca y Abbazia. Pues bien, ni en la Liguria famosa, ni en torno á Venecia, parece que las escondidas costas que buscan los enfermos acaudalados para respirar aire puro, tibio y perfumado presentan condiciones de salubridad, ni maravillas de vegetación como las de la Crimea oriental, comprendidas entre las alturas de Iaila Dagh y el mar, donde se halla la residencia de Livadia y lucha con la muerte el emperador de Rusia, Alejandro Alejandrovich, allí donde durante tantos otoños ha pasado los momentos más descansados é independientes de su vida. De la Crimea se ha hablado muy poco en Europa, entre los que no son rusos, desde aquellos tiempos en que Sebastopol, Alma, Balaklava é Inkerman se hicieron famosos, sonando en nuestros oídos de niños cuando los hombres usaron como abrigo el *ranglan* de paño, y cuando eran los héroes del día los zuavos que asaltaron la Torre de Malakoff, reproducida en todos los cosmoramas que andaban entonces por el mundo. Pero la posesión de Livadia ya existía por entonces, y tenía entre el pueblo cortesano de Rusia merecida fama. Escogió aquel lugar para residencia de otoño é invierno, á principios de este siglo, un noble ruso, el conde Leo Potocki, quien encargó el trazado y formación de los parques y jardines á un botánico inteligente, Joaquín Tascher, pariente de la emperatriz Josefina, y á quien el Conde conoció en París, llevándoselo á Crimea á su servicio. Tan espléndida resultó ser con el tiempo aquella lejana mansión, que una vez construídas las vías férreas desde San Petersburgo al mar Negro, difundida su fama, y no siendo casi imposible como antes el viaje, fué visitada y adquirida por la familia imperial rusa, y convertida en residencia predilecta de las Emperatrices sobre todo.



LI-HUNG-CHANG, VIRREY DE PE-CHI-LI,

ORGANIZADOR DE LAS FUERZAS MILITARES DE CHINA.

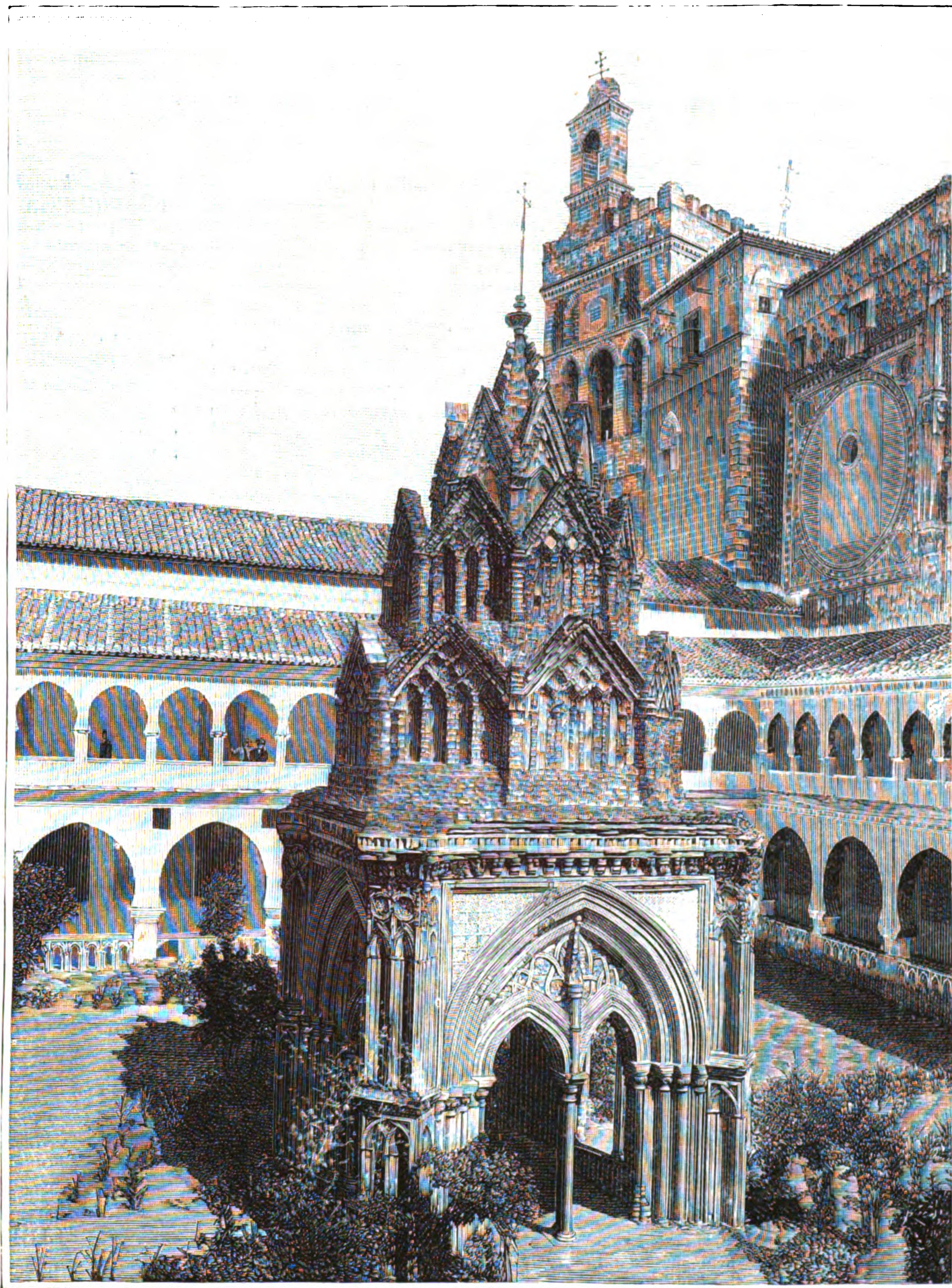
Livadia está casi en la misma latitud que Venecia, y animado su suelo por las tibias brisas del mar y defendida su atmósfera de las ráfagas del Septentrión por las cimas de las montañas del Kimal Agerek y de Tchatyr-Dagh, que se elevan á 1.500 metros de altura, resulta ser *la Pradera* un incomparable invernadero, en cuyos parques, jardines y bosquecillos vegetan con toda fuerza y lozanía el cedro del Líbano, la wellingtonia gigantea, el datilero, el tulipero, la auraucania excelsa, las magnolias, el calicanto, los laureles, los limoneros y naranjos, los piramidales cipreses, las olorosas tuyas, y, entre arrogantes pinos, el colosal picea oriental, cuyos rectos y erguidos troncos forman maravillosas columnatas. No hay para qué decir con cuánto gusto y riqueza ha decorado allí sus palacios y dependencias la corte rusa, para que resulten las construcciones dignas de la esplendidez y hermosura de la Naturaleza. Pero tanta vida en la vegetación, en el suelo, en la atmósfera, en el arte y en la familia, no bastan á detener los progresos del organismo enfermo, cuando la ruina interior es más poderosa que la energía de la sangre y que los cuidados y desvelos de la ciencia. El emperador Alejandro, como cualquiera otro simple mortal, al llegar este año á aquel magnífico sanatorio y sufrir en los órganos más importantes de la vida la acción destructora é invencible de antiguas y complicadas dolencias que en los recónditos é insondables senos de su cuerpo venían alterando sus funciones y minando su existencia, ha caído rendido, á pesar de las bondades del clima y de los regalos de la Naturaleza, que sólo son eficaces cuando el cuerpo enfermo exige poca eficacia para curarse. Los potentados rusos de Crimea aguardan de un momento á otro el luto por el Czar.



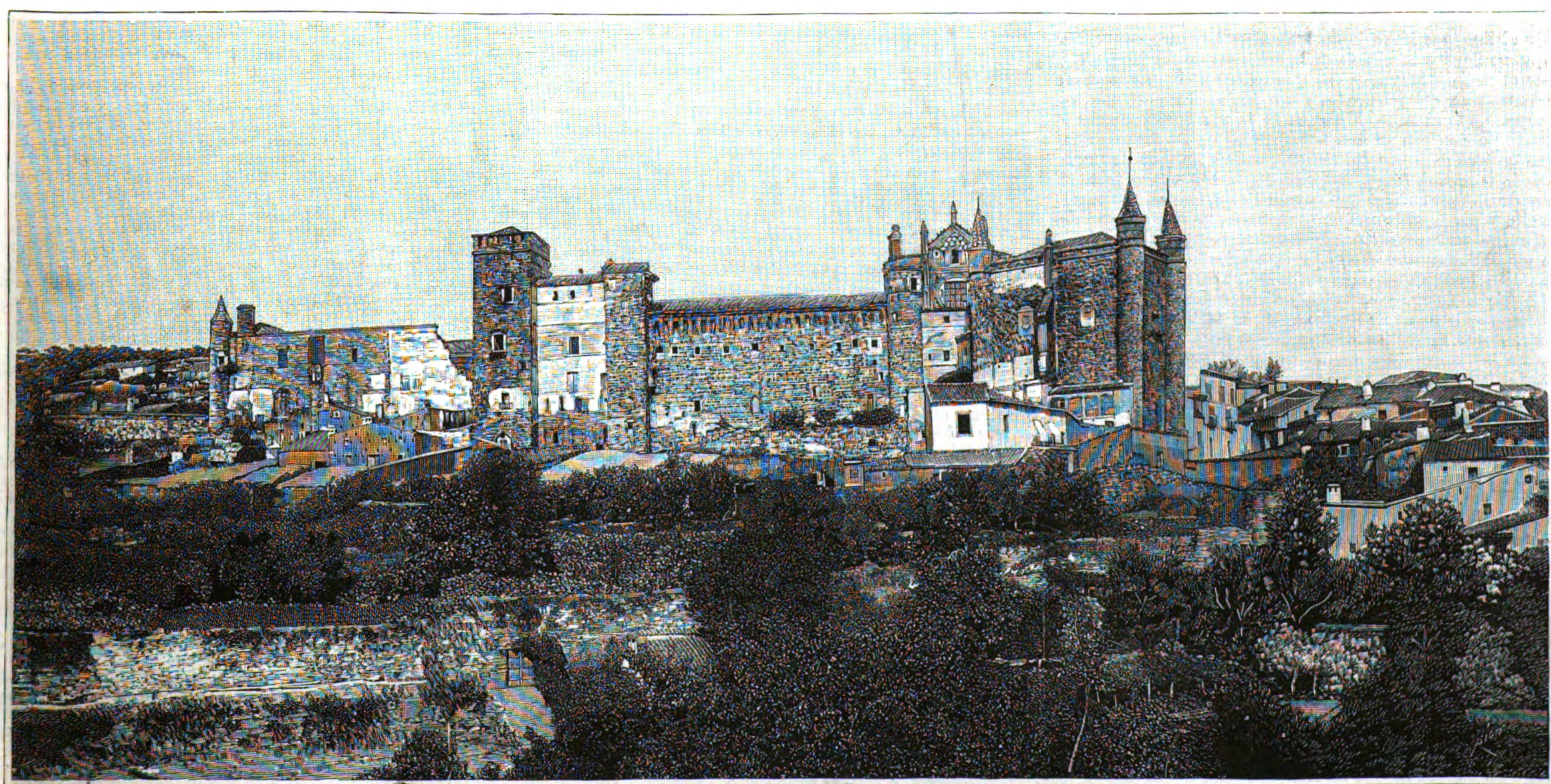
LA GUERRA ENTRE CHINA Y EL JAPÓN.—ESCUADRA JAPONESA EN EL PUERTO DE HIROSIMA.

(De fotografía.)

MONUMENTOS ARQUITECTÓNICOS DE ESPAÑA.



PATIO PRINCIPAL DEL FAMOSO MONASTERIO DE NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE.



CÁCERES.—VISTA GENERAL DEL MONASTERIO DE GUADALUPE.

(De fotografías remitidas por D. Isidro Villarreal.)

No sólo es Livadia el refugio de otoño é invernal de aquella apartada tierra, con tanta razón llamada *Euxino*, y que para el desgraciado Emperador se ha convertido en lo que era y se llamó en los primitivos tiempos: *Axeno*, esto es, «inhospitalaria»: «*Illi*—dice Estrabón, lib. VII—*enim et hospites immolare solebant et carnibus pereses, ex caluis eorum sibi pocula conficere*», sino que hay muchas mansiones y residencias que se ven favorecidas por los excursionistas y que ofrecen tantos atractivos naturales como curiosos recuerdos. A un paso de Livadia está la soberbia quinta de Orianda, que pensó edificar el emperador Alejandro I, para residir en ella durante su vejez y morir allí, cuyos planes desbarató pronto su muerte en Taganroj, pero cuyo propósito realizó su sucesor Nicolás. Entre esta quinta y el puerto extremo de la península Alupka se encuentra el retiro de Kureis, á donde Alejandro I desterró á tres famosas señoras, la princesa Galitzin, madama Krudener y la llamada Condesa de Guacher, que, después de muerta, se supo que era la Condesa francesa de la Mothe, azotada y marcada en París, en la plaza de la Greve, como autora de la desaparición del collar de diamantes de María Antonieta. La ciudad de Yalta, al Norte de Livadia, es la estación de moda de los veraneantes alegres de la clase media que se atreven á trasladarse, porque el bolsillo se lo permite, desde el interior del Imperio á la costa del mar Negro, para pasar allí la temporada de Septiembre, admirar las riquezas de las residencias aristocráticas, tomar las aguas de Vchoso Isar y dar una vuelta por Sebastopol.

Cerca de Alupka y del hermoso valle de Simeis se visitan las colinas de Ai Petri ó San Pedro, en las que las conmociones sísmicas han roto y alterado de tal manera la forma de los peñascos, que asemejan fantásticas murallas en desorden, próximas á derrumbarse sobre el palacio de estilo árabe que hizo construir el príncipe Woranzoff. Desde las cumbres de Ai Petri se distingue el pintoresco valle de Kokos, en el cual se levanta la ciudad de Bakhchisarai, antigua capital de los kanes de Crimea, cuyo palacio restauró Potemkim á fines del siglo pasado para recibir á la emperatriz Catalina, y en cuyos jardines se inspiró el gran poeta ruso Pushkin para escribir el poema de Bakhchisarai y la Princesa georgiana. Llenos de atractivos también están los campos del valle de Baidar, donde hay varios pueblecillos tártaros, tan curiosos en sus típicas viviendas, como pobres son las de sus vecinos los campesinos rusos. Ningún excursionista deja de ir desde Alupka por Baidar á Balaklava para recorrer el campo de batalla de este nombre, donde la caballería inglesa que mandaba lord Cardigan atacó los reductos de la artillería rusa, y donde tantos turcos, rusos, ingleses y franceses yacen enterrados. Mirándose en el mar, en un sitio angosto que las peñas dejan libre, y á poca distancia del cabo de Partheniké, está la ciudad de Balaklava, el mejor puerto de aquella costa, dominado al través de los siglos por todos los marinos invasores que llegaron á aquella extremidad del Ponto.

No es costa á propósito para la estación de otoño la occidental de aquella península, en la que se alzan ciudades tan importantes como Sebastopol, Sinferopol y Eupatoria. Pero desde el promontorio de Partheniké, donde se destaca pintoresco y atrevido el convento de San Jorge sobre una roca de basálticos pilares, hasta Teodosia y Yenikalé, toda la costa oriental es *euxina*, hospitalaria y bella como pocas. Allí, en San Jorge, donde en los tiempos de la Grecia conquistadora se reunían los sanguinarios habitantes del Querseneso táurico, ante el ara de Diana ó Artemisa, para sacrificar á cuantos marinos extranjeros llegaban á la costa: *nefandi Taurica Inventrix, homines tantum immolat*—(dice Juvenal, sátira 15);—allí celebrarán los monjes rusos, tal vez pronto, los funerales por su pontífice, emperador y dueño, como cantarán después los himnos de alegría por la consagración del nuevo czar.

°°°

En el inmenso Imperio de los czares hay otro convento, al que no llegará la noticia de la desdicha de Alejandro III hasta el mes de Mayo, y eso que estamos en la época de ferrocarriles y del telégrafo, y eso que el convento está en Europa. No lo extrañe el lector: ni la vía férrea ni el telégrafo pueden con el mar helado, que aisla á los pueblos, separándolos del resto del mundo, por un período de tiempo más ó menos largo. Esto precisamente ocurre con el monasterio más curioso que hay en Rusia, que es, por su situación y por la vida que en él se hace, la antítesis del de San Jorge de Partheniké. Llámase convento de San Zósimo y San Sabati de Solovki, y está situado en una de las islas de Solovietzh en el mar Blanco, frente á la entrada del golfo de Onega y en la latitud 65 grados. A tan lejano y desconocido lugar no llega nadie, ni tampoco noticia alguna, desde mediados de Octubre á principios de Mayo, porque la temperatura media es de 18 bajo cero, y desciende muchas veces la mínima á 26 y á 30 respectivamente. Viven allí unos 400 monjes y hermanos conversos, y más de 600 trabajadores y algunos millones de gaviotas mansas, que ocupan todos los muelles, techumbres, rendijas y rincones. Constituye aquel lugar, santo para los habitantes de las vecinas, aunque en realidad apartadas comarcas de Kem, Vigozerski, Onega, Arkhángel y Kandalakcha, una especie de tierra bendita de peregrinación y un refugio temporal para muchos de sus habitantes pobres; hay dentro de sus muros catorce iglesias, multitud de ermitas y vastos cuarteles ó casuchas de asilo; y es su jefe y señor, dependiente del Imperio, un archimandrita.

Entre las muchas curiosidades que allí sorprenden al viajero, la de más bulto es la muralla ciclópea, por la masa y por las formas, que rodea á Solovki. Se construyó con enormes trozos de rocas sin labrar, á fines del siglo XVI, y está formando un perímetro que se tarda un cuarto de hora en recorrer. Sobre su anchura, que es de cinco metros, tiene, en vez de almenas, una galería corrida y cubierta, por la cual se pasea, dando la vuelta á toda la población, como ocurre en nuestra ciudad romana de Lugo. Desde aquel original y abrigado mirador, entre las robustas torres ó hacinamientos que lo rodean y adornan, se percibe el admirable panorama del mar Blanco, por un lado, y el laberinto de iglesias, campanarios, cúpulas, viviendas y callejones que quedan por dentro, al otro. ¿Para qué necesita Solovki aquella gigantesca y ruda obra de defensa, si fuera del monasterio puede decirse que no vive nadie y si en el vecino mar apenas aparecen más que pobres barcos de pescadores? Pues aunque así se lo figure el viajero, la historia cuenta que los suecos y finlandeses atacaron más de una vez aquel lugar, atraídos por la fama de sus tesoros, y que tuvo necesidad de resistir también las tentativas dominadoras de los rusos, que concluyeron por hacerse dueños de ella en tiempo de la emperatriz Catalina; y, en fin, que en nuestra época, mientras los turcos y sus aliados invadían la Crimea y sitiaban á Sebastopol, intentaron también los ingleses dar un golpe de mano al monasterio, disparando algunas balas desde los buques, sin otro resultado que el espantar á las gaviotas y quemar alguna barraca. Mientras los ingleses hacían fuego, salieron los monjes en procesión por la galería de la muralla sin que ninguno fuera muerto ni herido; y ante esta actitud, en vista de que la muralla resistía bien y de que tenía mucha gente dentro, como no había en los buques tropa de desembarco, largáronse los invasores, sin gastar más pólvora en balde. Celebraron y celebran siempre los monjes aquella *victoria* debida á la intercesión de los santos Zósimo y Savati, y es desde entonces fiesta el 14 de Julio, fecha de la acometida británica. Conforme los años pasan crece el maravilloso relato, que allí se cuenta y comenta, de tan glorioso día, y en la muralla se conservan con especial cuidado los agujeros que abrieron los proyectiles, y en una plazuela un monumento en el cual están apilados cuantos pudieron recoger, que según los monjes son bastantes para arrasar siete ciudades, aunque los que los han contado dicen que no llegan á dos docenas.

Todos los monjes son de origen plebeyo y humilde, como lo han sido siempre, aun en los tiempos en que tenían muchos siervos y vastas posesiones. Su vida es la del trabajo y la sobriedad, por cuyas virtudes merecen gran respeto y veneración, no sólo en las comarcas inmediatas del continente, sino en toda la Rusia. Nadie manda en ellos, ni á nadie están sujetos más que á su archimandrita, y esta positiva independencia constituye su único orgullo. La mayor parte de los trabajadores, que viven con ellos son hijos de familias aldeanas rusas, que en sus apuros domésticos hacen voto á los santos de enviar á alguno de los suyos en peregrinación á Solovki para que pasen uno ó dos años trabajando gratuitamente al lado de los religiosos. Por esta razón, aquellos obreros resultan muy económicos, y el monasterio puede ganar cada año bastantes miles de rublos. Los obreros no reciben á cambio de su faena más que la alimentación y la asistencia. Generalmente, como el número de los que solicitan ser admitidos es muy grande, escogen aquellos que tengan un oficio, y que sean fuertes y de buen carácter, con la condición de que han de producir al monasterio por lo menos veinte pesetas mensuales. Sólo se retribuyen los trabajos de los que se dedican á la pesca del bacalao ó de las focas, ó á los que se atreven á hacer excursiones á las costas del continente durante la época de los hielos. El viaje más corto es el que realizan hasta el cabo extremo de la península de Onega, arrastrando una barca en un trayecto de 60 kilómetros de mar helado y de tímpanos flotantes, para hacer luego por tierra una caminata de otros 375 hasta Arkhángel á entregar y recibir el correo. Por este horrible viaje y servicio, hecho generalmente á 20 grados bajo cero, cobran, según contrato voluntario, sesenta pesetas. Los ocho meses de invierno en Solovki son horribles, no por los rigores del frío, porque su clima insular no es tan crudo como el de Arkhángel, donde la temperatura llega á bajar á 50° bajo cero, sino por el aburrimiento y relativa soledad de aquellas noches que duran de cuando en cuando veintidós horas, original y poéticamente alumbradas á menudo por la luna de brillo incomparable en aquellas latitudes y por admirables auroras boreales. En los cuatro meses de buen tiempo, con algunos días de veintidós horas de duración, se suceden rápidamente la primavera, el verano y el otoño; y entonces es cuando van y vienen los peregrinos y los viajeros curiosos, constituyéndose una feria animadísima y no interrumpida, en la que los monjes hacen su agosto, no sólo con el producto de las hospederías, sino con la venta de innumerables objetos religiosos, y con la de los artículos elaborados por los trabajadores durante el invierno. ¡Cuán original la feria de Solovki el día que se describa con todos sus detalles! ¡Cuán distinta aquella Rusia glacial, casi en estado primitivo, como si aun vivieran en ella los rudos escandinavos, con sus pescadores, sus invariables creencias, leyendas y supersticiones, con su naturaleza muerta, casi, casi como el espíritu; cuán distinta de la Rusia del Mediodía, abierta á todas las civilizaciones, pródiga en su suelo, exuberante en su inteligencia, libre tan sólo en la esperanza, y sujeta, en realidad, al yugo militar de los czares!

El jefe supremo de la Iglesia ortodoxa; el que á un tiempo es, como si viviéramos en las edades de la primera civilización oriental ó en plenos pueblos islamitas, el primer soldado y el primer sacerdote de su pueblo, el único legislador y el único ejecutor, desaparece en la plenitud de su vida, y en los días de mayor desarrollo de ese imperio, grande como tal vez no hubo ningún otro en el mundo, dilatado desde el Báltico al Pacífico. Pronto doblarán en son de duelo las campanas de San Jorge de Partheniké, del monasterio Táurico, anunciando á los pueblos y naciones ribereñas del mar Negro que en el encantado paraíso de Livadia reina la desolación; como en las catedrales de Kazán é Isaac dirán que la Rusia cortesana vivirá largo tiempo de luto; como en la de San Basilio de Moscou se oirá la señal para que en todos los hogares del interior del Imperio se prosternen las gentes en oración; como mañana sus sonidos en Irkurst y en Tobolsk secarán las lágrimas en los ojos de muchos desgraciados que están esperando siempre las celestiales venganzas; como en Vladivostok señalarán un compás de espera en las ambiciones conquistadoras de los que viven al acecho de las peripecias de la campaña chino-japonesa; y, en fin, como en Salovki pedirán los rústicos monjes á San Zósimo y San Savati que se sucedan al nuevo emperador Nicolás otros cien emperadores, sin que á ninguno de ellos se le ocurra ir por allá, ni alterar en lo más mínimo el poder de su archimandrita ni la vida de sus fieles, y puedan de ese modo, pase lo que pase en el resto del mundo, vivir lejos de él en santa calma, sin penas ni quebrantos, con pan seguro y ánimo tranquilo, que es todo lo que se puede desear en esta vida miserable y pasajera.

R. BECERRO DE BENGOA.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Presente y porvenir de Ceuta y Gibraltar, estudio y descripción comparada de ambas plazas consideradas bajo sus diferentes aspectos, por Horacio Bentavol y Ureta, ingeniero jefe del distrito minero de Málaga.

No debe medirse la importancia é interés de este folleto por su extensión, que es poca, pues no pasa de 36 páginas, sino por la copiosa materia de estudio que ofrece á cuantos deseen reunir datos relativos al grave problema nacional planteado en el Estrecho de Gibraltar.

Desde las primeras páginas se conoce que el Sr. Bentavol no escribe de memoria. Ha estado en Ceuta y en Gibraltar, ha visto ambas plazas, las ha comparado y ha podido hacerse cargo de la gran ventaja que hace la plaza española á la inglesa. El que leyere atentamente su minuciosa descripción de ambas, comprenderá con qué ¡facilidad se sobrepone la civilización española á la inglesa, menos en lo puramente mercantil, luego que alguien ó algo la somete á disciplina, de que tanto carece dentro de la Península, por desgracias de todos sabidas. Por eso no sólo es Ceuta más fuerte, más bonita y más sana que Gibraltar, sino que en ella se observan más suaves costumbres. Donde manifiestamente somos inferiores los españoles es en el campo andaluz, en el que no hay orden, limpieza, ni cosa alguna digna de alabanza.

Trata el Sr. Bentavol la cuestión del abastecimiento de aguas de Gibraltar, y la combate sin atenuaciones, por lo que merece nuestro sincero aplauso. Ningún buen español puede pensar de otro modo.

En suma, hemos leído con gusto este folleto, y no dudamos recomendarlo á la atención de nuestros lectores.

Precio, una peseta.

Teoría de las cantidades imaginarias, por D. Antonio Lasala y Martínez, licenciado en Ciencias exactas, catedrático de Matemáticas, por oposición, en el Instituto de Bilbao.

No podemos decir de este libro, en tan breve noticia como la que en esta sección podemos dedicarle, sino que del breve análisis que de él hemos hecho nos ha parecido, por su buen método y claras demostraciones, muy á propósito para la enseñanza.

Su precio es de 6 pesetas.

Academia provincial de Bellas Artes de Palma de *Mallorca*. Memoria sobre las atribuciones y facultades de las Academias provinciales de Bellas Artes, referentes á las censuras y aprobaciones de proyectos, restauraciones, ornato público, etc., etc.

Nos parece de mucho interés la materia de que trata esta Memoria, y de la que da completa cuenta su título.

Discurso leído por Fernando Romero González el 28 de Abril de 1894, en la Universidad Central, para aspirar al grado de doctor en Filosofía y Letras.

(Continúan en la pág. 248.)

UNA CONTESTACIÓN PARA TRES CARTAS.

Tres cartas pequeñas en la mano izquierda y una pluma en la derecha. Así he estado sentado por media hora exactamente, como una gallina sobre sus huevos, pensando qué decir en contestación. Una contestación será suficiente para todas, pero debe ser en palabras claras y sinceras, tales que puedan ser comprendidas y recordadas. Estas cartas reconocen beneficios recibidos, y los que las escriben desean que los hechos sean publicados en los periódicos. El deseo de que otros participasen en cualquiera bendición que nos haya alcanzado á nosotros, es uno de los más dignos de alabanza de nuestra naturaleza común. Por lo tanto, no debe ignorarse nunca, sino debe siempre ser alentada.

Tal vez será mejor citar las cartas, y después agregar lo que pienso acerca de ellas.

«En el mes de Octubre pasado—dice una—caí repentinamente enferma. Dolores de gran gravedad corrían al través de mi cuerpo, con hemorragia por la boca y la nariz. Me faltaba el apetito y perdía las fuerzas. Me puse bajo un tratamiento médico, pero sin resultado. Había oído hablar de su remedio, pero nunca lo vi usar. No obstante, me decidí á probarlo, y compré una provisión en casa de D. Ramiro Pamplos, el boticario. Lo tomé como la receta en sus libros, pero en mayores dosis, una cucharadita después de cada comida. Continué así por dos meses, y ahora tengo el placer de poder decir que estoy curada y bien. Quedan ustedes en libertad de publicar esta carta para el bien de la humanidad. (Firmado): Mercedes Romero de Capdevila, Corbins, provincia de Lérida, 6 de Abril de 1894.»

«Tengo el gusto de declarar—dice otra—que mi hija mayor ha usado su remedio con el mayor buen éxito: sufría de dolores continuos del estómago, costado y cabeza. No podía comer sino poco, y no tenía fuerzas para ayudar en el trabajo de casa. Cuatro botellas de su remedio volvieron á restablecer su salud. Conseguimos la medicina del Sr. García, en la plazuela de Sagasta, en esta ciudad. La recomendamos á los que estén enfermos ó mal. (Firmado): Bernardo Escudero y Escudero, plazuela de Torros, carretera de la Estación, barrio Pantoja.—Zamora, 26 de Marzo de 1894.»

«Si alguna de mis palabras—escribe otra persona—pueden contribuir á la fama del remedio de ustedes, con la mayor alegría vengo á manifestarlas.

»Estaba atormentado con una erupción que cubría todo mi cuerpo, y era especialmente seria en mi cara. Ninguna medicina ó aplicación fué útil. Por fin, me curé con sólo una botella de su remedio. Mi hija Eugenia, de diez y seis años de edad, perdía el apetito y se ponía muy enferma. Se debilitó mucho, y su cutis se puso de color de bronce.

»Después de que otros medios habían fallado, tomó el remedio de ustedes, y ahora, gracias sea á Dios, está completamente curada. Quiero que ustedes hagan notorio al público todo lo que debo á su milagroso remedio. (Firmado): Florentino García.—Pancorbo (provincia de Burgos), 28 de Marzo de 1894.»

Ahora, estas personas, por cuyo restablecimiento las felicitamos, sufrían del mismo mal. ¿Qué era? Tomen la contestación de las palabras de un gran médico: «Hombres y mujeres inteligentes se tomarán la molestia y harán el gasto para arrojarlo sucio por do quiera lo ven ó sienten; sin embargo, parece que no tienen idea que una enorme cantidad de inmundicia, de materia corrompida y abominable existe dentro de sus propios cuerpos, semillas de las enfermedades y de muerte prematura.»

Esto es tan sorprendente como verdadero, y esta materia mortal viene del estómago, en el cual el alimento no digerido fermenta y se corrompe bajo la influencia de su estado, que llamamos indigestión ó dispepsia. Todos los padecimientos que se conocen provienen de esta causa. Son resultados y síntomas de estómago entorpecido y desarreglado. Es asombroso pensar en cuántos sufren y mueren á nuestro rededor, ignorando la verdadera causa de su debilidad y sufrimiento. Hablo así francamente para que puedan saberlo y puedan curarse con el Jarabe de la Madre Seigel, á cuyo remedio los que escriben las susodichas cartas atribuyen tan agradecidamente su restablecimiento á la salud. Esta preparación desecha las impurezas (el sucio) de la sangre, dulcifica y refresca el sistema, fortalece la digestión, entona los nervios é importa nueva fuerza y vida. Nuestros cuerpos son casas. El Jarabe de la Madre Seigel los limpia de manera que ninguna enfermedad prevaleciente pueda depositarse en ellos.

Manden por el libro nombrado por el Sr. Capdevila, y léanlo ustedes mismos.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de ese remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias, droguerías y expendedurías de medicinas del mundo. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

OBRAS POÉTICAS

DE

D. JOSÉ VELARDE

DE VENTA EN LA ADMINISTRACIÓN DE ESTE PERIÓDICO
ALCALÁ, 23.—MADRID.

	Pesetas
Obras poéticas.— Dos tomos	8
Teodomiro, ó la Cueva del Cristo	2
Fray Juan	1
La Niña de Gómez-Arias	1
Alegría (Canto I)	1
El Holgadero (segunda parte de *Alegría*)	1
A orillas del mar	1
La Venganza	1
Fernando de Laredo	1
El Último beso	1
El Capitán García	1
Mis Amores	1
La Velada	1
El Año campestre	1

EL SOL DE INVIERNO

POR

DOÑA MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

Preciosa novela original, con interesante argumento, cuadros de costumbres familiares, episodios muy dramáticos, y brillando en todo el libro la más profunda moralidad.

Un volumen en 8.º mayor francés, que se vende, á 4 pesetas, en la Administración de este periódico, Madrid, calle de Alcalá, núm. 23.

SUEÑOS Y REALIDADES

POR

D. RAMÓN DE NAVARRETE.

La mejor recomendación de este ameno libro es manifestar que está escrito por el distinguido cronista de salones y teatros *El Marqués de Valle-Alegre*.

Elegante volumen en 8.º mayor francés, que se vende, á 4 pesetas, en la Administración de este periódico, Madrid, Alcalá, 23.

MARI-SANTA

POR

DON ANTONIO DE TRUEBA.

Es una de las mejores obras literarias del ilustre *Antón el de los Cantares*, moral, instructiva y amenísima.

Forma un elegante volumen en 8.º mayor francés, y se vende, á 4 pesetas, en la Administración de este periódico, Madrid, calle de Alcalá, núm. 23.

Trata este discurso de la reforma religiosa, y su autor muestra en él copiosa erudición y buen sentido histórico al juzgar á Lutero y á su obra.

Los pequeños poemas. (Cuarta serie.) —Nuevas Doloras, nuevas Humoradas, por D. Ramón de Campoamor.

De esta obra, con que enriquece su Biblioteca Selecta el editor valenciano señor Aguilar, nada hay que decir por ser sobrado conocida.

Cuesta 50 céntimos en toda España.

Rubias y Morenas, por Luis Zapatero. Tomo de poesías ligeras y fáciles, que se leen con agrado. Su precio, 2 pesetas.

Ojeada histórico-crítica sobre la *poesía ecuatoriana, desde su época más remota hasta nuestros días*, por D. Juan León Mera, miembro correspondiente de la Real Academia Española.

Contiene este libro muchas cosas nuevas en España, donde tan olvidadas están las de América, y está escrito con mucho juicio y castiza dicción.

El autor le titula modestamente *Ojeada*, cuando podría llamarle *Historia de la poesía ecuatoriana*, porque en efecto lo es, y con algunos capítulos dignos de estudio, sobre todo el primero, en el que es muy de sentir la injusticia con que el Sr. León y Mera trata á los que descubrieron y civilizaron el Nuevo Mundo, y por tanto el Ecuador.

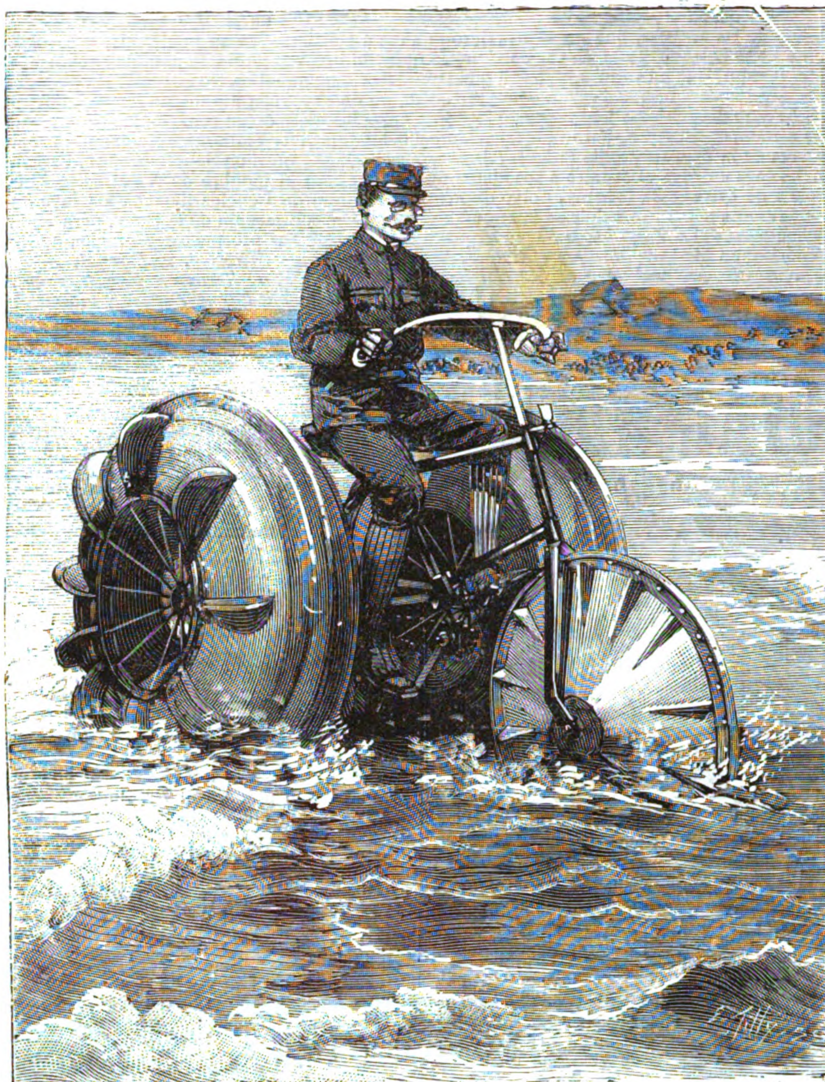
Reflejos de la vida militar, por D. Luis Otero y Pimentel, teniente coronel, sargento mayor de la Habana.

Tienen estos reflejos el sello de verdad que era de esperar siendo el autor militar, veterano y al mismo tiempo escritor distinguido, según prueba en muchos pasajes de esta obra, en la que hay también capítulos históricos y noticias del mayor interés acerca de las Antillas. Por estas y otras circunstancias que en la rápida noticia que escribimos no es posible consignar, bien merece leerse el libro del Sr. Otero y Pimentel.

Conferencia leída la noche del 13 de Marzo de 1894 en el Centro del Ejército y de la Armada con motivo del Centenario del general Ricardos, por el general don Adolfo Carrasco.

No hace mucho que en esta sección dimos cuenta de un notable folleto del dicho Sr. Carrasco, y hoy con verdadero gusto consagramos al ilustre autor algunas líneas, no sólo por el mérito del mismo, sino por la predilección que á la materia de que trata tenemos. La campaña del general Ricardos en el Rosellón es la última verdaderamente gloriosa y seria que España ha hecho fuera de sus fronteras (¡y de aquello hace ya más de un siglo!), porque aunque de alguna otra muy posterior se ha escrito y hablado muchísimo más, la Historia la apreciará infinitamente menos.

En la conferencia del general Carrasco, que ahora aparece en folleto, hay muchos datos curiosos y poco conocidos, que recomendamos á la atención de los estudiosos.



VELOCÍPEDO NÁUTICO PINCKERT.

EL INVENTOR ENSAYANDO SU APARATO EN EL PUERTO DE CALAIS.

(De fotografía.)

Pobres y ricos, pequeño poema, por don Francisco Pí y Arsuaga.

En este poema, primero de una serie que anuncia en el prólogo, plantea el autor el conflicto social producido por la diferencia de participación en la riqueza, y claro es que lo resuelve con arreglo al criterio igualitario.

Precio de este folleto, una peseta.

Poemas y armonías, por Juan Alcover. Con gusto hemos leído varias composiciones de las que contiene el tomo, por cierto elegante y muy bien impreso, que ha publicado el editor D. José Tous, de Palma de Mallorca. El Sr. Alcover es sin duda un buen poeta, de castiza forma y fácil y sencilla inspiración.

Precio de la obra: 2 pesetas.

El arte en Méjico en la época antigua *y durante el gobierno virreinal*, por el licenciado D. Manuel G. Revilla, profesor de Historia del Arte en la Academia Nacional de Bellas Artes, y miembro correspondiente de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, de Madrid.

Esta importante monografía es de muy sustanciosa lectura, probando en el autor verdadero conocimiento de la materia que trata. Además, contiene no pocos datos para mostrar con qué facilidad echó raíces en el Nuevo Mundo la civilización española, y cuán falsas ideas sobre este punto han corrido como verdades averiguadas entre el vulgo, incluso el vulgo docto.

Discurso leído por el Excmo. Sr. D. Juan Francisco Bustamante, presidente del Tribunal Supremo, en la solemne apertura de los Tribunales, celebrada el 15 de Septiembre de 1894.

De este notable trabajo dijo á su tiempo la prensa mucho más de lo que aquí podríamos decir nosotros. Está escrito con la sencillez, sinceridad y buena doctrina propias de este docto jurisconsulto.

Los besos de amor, obras inéditas de D. Juan Menéndez Valdés, publicadas por R. Fouché Delbose.

Hemos recibido un ejemplar de este folleto.

G. R.

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.



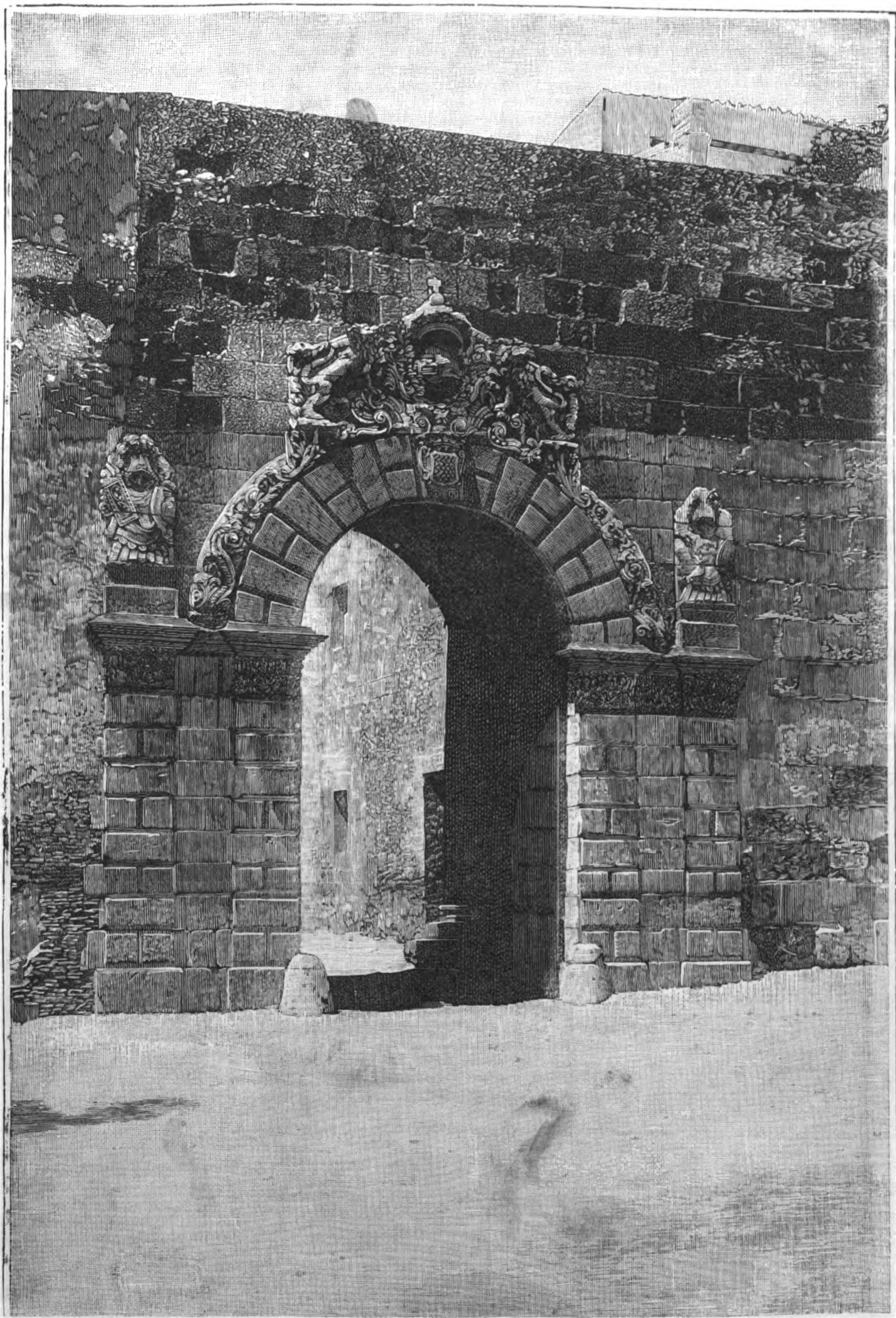
PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid...........	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias..........	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero.........	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXVIII.—NÚM. XL.

ADMINISTRACIÓN:
ALCALÁ, 23.

Madrid, 30 de Octubre de 1894.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN, PAGADEROS EN ORO.	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia......................	60 francos.	35 francos.



TARRAGONA.—LA PUERTA DE SAN ANTONIO.

(De fototipia de los Sres Hauser y Menet.)

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

Dejamos al Czar en la agonía, y empezamos esta Crónica con la buena impresión de que ya descansa algunas horas y aumenta su apetito. ¿Se salvará de ésta? No sería el primero á quien la ciencia hubiera condenado, indultándole la naturaleza; pero tan seguro parece el pronóstico terrible de la Facultad, que no nos atrevemos á confiar en su restablecimiento, ni á considerar la mejoría sino como la última defensa de un organismo fuerte que resiste su destrucción, desplegando esas fuerzas misteriosas que trabajan en secreto dentro de cada viviente, convirtiendo en sangre los alimentos, elaborando los tejidos que rellenan nuestra piel y consolidando la osamenta ó armazón de cada cuerpo. No sabemos dónde, acaso en algún telegrama, hemos leído que los médicos del Czar creían poder prolongar su vida y su reinado unos ocho días nada más: si pasa de ese límite, claro es que no se debe achacar á los médicos la prolongación de la existencia del Soberano ruso, que quisiéramos pudiera realizarse, durando muchos años.

¿Habrá hallado la ciencia el antídoto eficaz de la difteria? Desde luego, se ha producido en casi todos los países un movimiento de simpatía hacia los que estudian y se preparan á ensayar el nuevo remedio. En Francia se han abierto suscripciones, y por cierto que uno de los donativos, importante 1.000 francos, tenía un lema triste: el de una madre para quien llegaba tarde el descubrimiento, sin duda por haber perdido un hijo víctima de aquella implacable enfermedad. España ha enviado dos acreditados bacteriólogos á estudiar el procedimiento; los periódicos han secundado aquella idea generosa, y no sólo cuantos tienen hijos, sino todas las personas de buenos sentimientos apoyan con calor la idea ó se entregan con ardor á la esperanza. Pero..... ¿debemos confiar? ¿Será esta una de tantas ilusiones generosas que inspira la lucha de la ciencia contra las formas variadas, pero fatales, de la destrucción y de la muerte? Esta duda nos la sugiere el artículo publicado en *El Liberal* por el Dr. Pulido Fernández, uno de los más entusiastas propagadores de las inyecciones anticoléricas del Dr. Ferrán, que ensayó en sí propio y, lo que es más, en sus hijos; el cual, sin desmayar del todo ante las contrariedades de la experiencia, y creyendo un deber de la ciencia continuar las observaciones y la defensa de la salud, no siente aquellos entusiasmos de otro tiempo por esos procedimientos con que se creyó conquistada para el hombre la inmunidad contra ciertas enfermedades: el fracaso de la linfa de Koch, que el Gobierno alemán quiso estancar, creyendo haber descubierto un filón de riqueza; algunos desencantos en las aplicaciones hechas por el ilustre Pasteur de su sistema para la curación de los hidrófobos, y sus estudios personales, han entibiado algo su ideal, sin que por eso se oponga á los experimentos, que juzga inofensivos si se hacen con prudencia. Por nuestra parte, nos vemos combatidos á ratos por la duda, y animados á veces por la esperanza. Si fuéramos médicos, seguramente, nos abstendríamos de tratar este asunto delicado; pero, no teniendo que perder ninguna reputación científica, ni que inducir á error á nadie, por faltarnos autoridad, podemos exponer nuestras dudas para que los profesores, considerando que son las mismas, sobre poco más ó menos, que abriga la generalidad, las desvanezcan ó apoyen. ¿Cómo es que, arraigándose de día en día la idea de la eficacia de la vacuna, madre de todos estos procedimientos derivados, se desconfía tan pronto de los últimos? ¿Cómo las excepciones, por desgracia no escasas, de casos graves de viruela en personas vacunadas, no destruyen la fe del vulgo y de los médicos; mientras esas excepciones impiden la propagación del sistema de Pasteur, que se aplica, generalmente, tarde? La estadística de las vacunaciones hechas en atacados de viruela que no estaban antes vacunados, ¿qué resultados dan comparativamente con los de las inyecciones que se ensayan hoy en el mismo caso con el suero antidiftérico? Si son parecidas, ¿es dato suficiente para aconsejar que se practique la inoculación de éste en los niños sanos, sin esperar á que la enfermedad los acometa? ¿Puede hacerse, sin peligro y con ventaja, esa prevención, dados los experimentos hechos en los hospitales de Alemania y Francia?

Y ya que nos hemos aprovechado de algunos consejos del Dr. Pulido Fernández, es justo que anunciemos la aparición de su nuevo libro titulado *Miniaturas*, precedido de un prólogo de D. José Echegaray. La aprobación de este escritor y sabio ilustre, que califica de artístico y sabio monumento el libro del Dr. Pulido, escrito con estilo limpio y elegante, y el último de sus estudios, hablado con altísima elocuencia y con párrafos que recuerdan la maravillosa de Castelar; ¿qué podremos añadir á lo que declara el célebre maestro? Las miniaturas son otros tantos compendios y vulgarizaciones científicas, titulados: *Medicina árabe*, *La educación física de la mujer*, *El corro de las niñas*, *La evolución de las enfermedades*, *La Medicina y la Pintura* y el *Poema de la circulación*. Todas ellas se leen con gusto y con provecho: si la medicina árabe es un tema de los llamados hoy de erudición por el positivismo, que sólo creo digno de ocuparnos aquello que puede tener aplicación inmediata y productiva, ese utilitarismo es bueno para los asuntos industriales, pero no en lo que tiende á elevar y dar claridad al entendimiento: el ingeniero que desmontara el Gólgota y nivelara aquel terreno para cubrirle de traviesas, sin saber la representación sagrada de aquella colina y sus recuerdos, sería un hombre incivilizado y grosero, aunque produjera un progreso industrial en toda el Asia con el ferrocarril que construyese: los llamados temas de erudición son los más desinteresados y que ennoblecen más al hombre: los que se dedican á trabajar para el porvenir y juzgan con soberbia que le anticipan ó preparan, son unos majaderos que se molestan en un trabajo que el tiempo hará sencilla y buenamente; pero los que procuran restaurar lo que se desmorona y perpetuar lo que va á quedar destruído, esos cumplen un destino alto y espiritual. El Sr. Pulido es de los que ven en nuestro tipo la filiación árabe muy pronunciada, á pesar de tantas pruebas como se han hecho de limpieza de sangre. Sea de ello lo que quiera, no se puede saber historia de España sin tener idea de la ciencia de los moros españoles. Pero no es un libro erudito solamente el del Sr. Pulido: la educación física de la mujer es un problema de los que se llaman ahora palpitantes; y por cierto que merece meditarse, por lo exacta, la rectificación que hace el Sr. Pulido de las cualidades que se atribuyen á la mujer, por haber encontrado en ésta muy á menudo las que se juzgan ser del hombre. Y esto nos lo explicamos porque la mujer ha sido descrita y estudiada por los varones, á través, como se dice ahora, de su temperamento: casi todas las mujeres del teatro francés moderno son hombres con faldas; los caprichos y las extravagancias que las atribuyen se los vemos cometer á muchos hombres, pero pocas veces á la mujer, que es más seria que nosotros. Se dice que no respeta la lógica. Pues bien; que tenga razón, y veréis con qué lógica discurre; pero si la lógica se vuelve contra ella, entonces se guarda bien de respetarla, mientras el hombre, en caso análogo, baja la cabeza. ¿Puede darse nada más práctico? Pero ¿podemos analizar un libro tan variado y que contiene materias tan diversas? Sería inútil además; le recomienda el nombre de su autor y el índice de materias que contiene, todas ellas profundas y tratadas con gran elevación, cultura extensa y el estilo brillante y animado propio del Sr. Pulido Fernández.

°°°

Digámoslo con franqueza: no sabemos lo que ocurre en Alemania, pero sucede algo muy grave. Cuando todos creían haber triunfado la política atribuída al canciller Caprivi, en un disentimiento con el Presidente del Consejo, resultan uno y otro dimisionarios, y encargado de la dirección de la política alemana el Príncipe de Hohenlohe. Aunque en realidad no nos corresponde explicar lo que no nos traen descifrado los que ven de cerca ese suceso, la influencia que tiene la política alemana en los destinos de Europa nos impide pasar por alto un hecho de tanta magnitud, aunque no podamos comprenderlo.

°°°

Elogiamos en el número anterior á *La Equitativa*, por ser justo: hoy nos corresponde hacer lo mismo con *La Previsión*, sociedad de seguros española, domiciliada en Barcelona, por haber satisfecho también con prontitud la póliza que había suscrito en esta Sociedad nuestro malogrado amigo el Sr. Merlo. Y nos complace tanto más esta manifestación, cuanto que el representante de *La Previsión* en Madrid es nuestro antiguo colaborador, querido amigo y excelente escritor D. Carlos Frontaura, cuya respetabilidad y crédito no es inferior como persona de negocios á sus dotes de ingenio y talentos literarios.

°°°

Los aficionados á la poesía esperaban hace tiempo la magnífica edición de los versos de Grilo, hecha en París hace tres años á expensas de S. M. la reina D.ª Isabel II: el libro ha podido traspasar al fin la frontera, eximido legalmente de pagar derechos superiores á los recursos literarios, y todos los periódicos han saludado la introducción en España de un producto tan nacional. Los muchos que aplauden al poeta cuando recita magistralmente sus lindas composiciones; los que han extendido su fama; los que le buscan para animar las veladas en sus aristocráticos salones; los que adornan sus estantes con libros de lujo y ediciones espléndidas, ya tienen en las principales librerías la colección selecta de las poesías que tanto han ponderado, con un excelente retrato del autor, el autógrafo de D.ª Isabel II en que llama á París á D. Antonio Grilo y le honra con el título de amigo, y los mejores versos del vate cordobés; unos populares en toda España, otros nuevos para la mayoría de los lectores, y todos dignos de la fama del poeta. La intención de la generosa Reina que hizo la edición fué proporcionar con ella una dote á la hija del escritor, y adquiriendo el libro se pueden tener tres satisfacciones: recrearse en sus bellezas, adornar la librería y hacer una buena acción.

°°°

El antiguo director de *El Liceo*, el popular ministro de Hacienda y gobernador que fué del Banco de España, don Juan Francisco Camacho, ha hecho un magnífico regalo á la Universidad de Madrid, consistente en una biblioteca de cerca de siete mil volúmenes, y los gastos para su buena instalación. Todos conocían al Sr. Camacho como hombre de gran entendimiento, buen escritor y orador y funcionario de las más altas cualidades. Este regalo, hecho por amor á la enseñanza, nos le presenta bajo otro aspecto: el de hombre desprendido y de excelente corazón. En este concepto último le conocíamos hace tiempo y sabíamos estimarle en todo lo que vale.

°°°

Que los ingenieros españoles hacen un papel brillante y pueden competir con los más sabios, entre los que por vivir en países más ricos y tener mayores facilidades para demostrar sus aptitudes adquieren fama y riquezas, cosa es sabida y dicha por personas competentes. ¿Qué les falta? Que los negocios no se hagan en España con capitales extranjeros; que sea suya la dirección de las obras que se construyen en el país; que se utilicen sus talentos; que no tengan que emplear su saber en tareas inferiores á sus conocimientos y estudios. Bien venido sea el nuevo colega *Madrid Científico*, destinado á demostrar estas verdades, y que en su excelente primer número prueba lo selecto de su redacción.

°°°

Salen, en la noche de Difuntos, de un teatro donde se representaba el *Tenorio*.

—¿Qué te ha parecido la función, mujer?

—Muy bonita; pero bien podían haber puesto algunas luces, en noche como ésta, siquiera en el panteón de doña Inés.

Un borracho que ha dado inútilmente innumerables aldabonazos para que le oigan en su buhardilla, dice dirigiéndose á la taberna:

Llamé al cielo y no me oyó,
Y pues sus puertas me cierra,
De mis pasos en la tierra
Responda el cielo, no yo.

Sobre la tumba de un militar, enciende una viuda un cabo de vela.

—¿Tan pobre estás que sólo enciendes ese cabo?

—Era la graduación de mi marido.

José Fernández Bremón.

NUESTROS GRABADOS.

TARRAGONA.

La puerta de San Antonio.

El trozo de las murallas de Tarragona que reproducimos en el grabado de la página primera, tomado de una preciosa fototipia de los Sres. Hauser y Menet, ofrece la singularidad del contraste entre el severo y monumental aspecto de la arquitectura romana, y el ligero, recargado y poco serio de la ornamentación con que el año 1767 pretendieron adornarle algunas manos pecadoras.

No todo el añadido es malo, sin embargo, pues alguna elegancia tiene el remate; en cambio, el resto es de menos que mediano gusto, y se despega mucho de aquel fondo de tanta hermosura y grandeza.

°°°

CONGRESO CATÓLICO DE TARRAGONA.

Salón de sesiones en el crucero de la catedral.— Aspecto de las gradas de la catedral durante la procesión.

El Congreso católico de Tarragona es el cuarto de los celebrados en España, y por cierto no inferior en importancia, interés y solemnidad á ningún otro. A él han asistido, además del Nuncio de Su Santidad, los cardenales Sanz y Forés y Sancha, arzobispos de Sevilla y Valencia, muchos Obispos y otras personas importantes.

Acudió también á Tarragona á asistir al Congreso y presenciar las fiestas que al mismo tiempo habían de celebrarse, tal multitud de gente popular, que todas las fondas y casas de huéspedes se llenaron completamente. Inauguróse el Congreso con misa de comunión general, comenzando á las diez y media la pontifical, en la que ofició el Cardenal de Sevilla.

No podemos publicar aquí una reseña completa del Congreso, ni aun muy compendiada. Diremos únicamente que se han leído Memorias y pronunciado discursos dignos de estudio, entre otros uno del Sr. Sanz y Escartín sobre *la necesidad de que la agremiación de las clases obreras esté basada en la religión católica, para contrarrestar la propaganda del socialismo y anarquismo.* También fueron notables los trabajos presentados por los Sres. Bacells Marqués de Valle-Ameno, Durán y Bas, Bragulat, etc., etc.

El 21 fué la clausura del Congreso en el crucero de la catedral en que se celebraron las sesiones (véase nuestro primer grabado de la pág. 252), votándose por unanimidad las conclusiones, entre las que figuraba una enérgica protesta contra cierto acto herético celebrado en Madrid días antes por varios extranjeros. La ceremonia de la clausura comenzó con misa de pontifical, dicha por el Nuncio de Su Santidad.

En tanto que duró el Congreso estuvo la ciudad muy animada y alegre, no faltando retretas, serenatas, corridas de toros, etc., etc. Hubo también solemnidades religiosas, á que acudió muchísima gente, según puede juzgarse del aspecto de las gradas de la catedral al paso de la procesión, asunto de nuestro segundo grabado de la página antes citada.

°°°

RUSIA.

El palacio de Livadia, en Crimea.—Los Dres. Zakharin y Leyden.

El lector que desee conocer el paraje del Imperio ruso en que agoniza el Czar, búsquele en una península, pequeña por la extensión, grande por la fama, que sale de la costa

meridional del Imperio, entrando en el mar Negro, cuyas aguas la bañan por todas partes menos en el brevísimo espacio que ocupa el istmo de Perekop al separar los golfos (mal llamado mar uno de ellos) de Odesa y Azof.

Aquella es la península de Crimea, en la que continúa la estepa rusa, pero levantándose poco á poco con tanta suavidad, que no se advierte la pendiente. Mas al cabo de 40 leguas, el plano inclinado ha llegado á muy respetable elevación, hace un último esfuerzo levantando al cielo algunas rocas calizas, y cae al mar de golpe en forma de cornisa, cuya altura, en muchas partes, pasa de 1.600 metros.

La falda Sur de esta cornisa es la costa meridional de Crimea y corre por espacio de 200 kilómetros de Sebastopol á Teodosia. La frondosidad de la vegetación, la suavidad del clima y la belleza de la cadena de montes que por erguirse sobre las mismas aguas aun parecen más altos de lo que son, hacen de esta comarca una de las más hermosas de Europa. Crúzala una carretera cómoda, notable por los panoramas que se admiran desde cada una de sus revueltas y por la que comunican entre sí y con el resto del Imperio multitud de quintas y casas de campo de las familias más nobles de Rusia. La capital es Yalta, y el más rico y famoso de los palacios de recreo el de Livadia, situado á una legua corta de dicha ciudad.

Le fundó la Emperatriz esposa del czar Alejandro II, y ella misma eligió los muebles, cuadros, y otras obras artísticas que le decoran y embellecen.

Tiene el palacio dos pisos. En el bajo están los salones de recepción, y en el primero de ellos se ven algunos buenos cuadros representando escenas de la guerra de Crimea. Hay además en este piso otras salas, de las que la más importante sin duda es el despacho del Czar, y un gran salón amueblado según el estilo á que llaman Luis XVI. En el piso principal están las habitaciones particulares del Emperador y la Emperatriz, mereciendo mención especial la alcoba de ésta, por contener un buen cuadro de Rafael y varios paisajes de Aivasovsky, notable pintor ruso de Kertch. Por uno de los costados del edificio corre un gran balcón ó *baranda*, desde el cual se admira la más hermosa vista que puede imaginarse sobre el mar Negro, descubriéndose la bahía de Yalta, la Peña del Oso, y otros muchos sitios de la costa.

El terreno en que está situado Livadia es muy escarpado y le cubren muchos y corpulentos árboles que le dan sombra, refrescan y purifican el aire y recrean la vista.

Publicamos un grabado en la pág. 253 reproduciendo la fachada principal de este palacio, de que tanto se habla con motivo de la enfermedad que en él padece Alejandro III.

En la misma página hallará el lector los retratos de los dos médicos que últimamente ha tenido el Czar.

El primero es el Dr. Zakharin, de la Universidad de Moscou, hombre famoso por lo rústico, y porque entre asistir á los pobres, aunque sea de balde, y á los ricos, prefiere lo primero: verdad es que hace á éstos pagar por aquéllos, pues les pone cuentas exorbitantes. Curó al Emperador el trancazo que hace tiempo tuvo, y que fué grave, y á pesar de su rusticidad dejó muy contenta á la familia Imperial, habiéndole llamado ahora la Emperatriz. Entró á ver al Czar con gran gabán y botas de campo, le habló á voces, como pudiera hacerlo al último campesino, y sin más rodeos le desahució.

El Dr. Leyden es de muy diferente trato, aunque no menos sabio. Asistió al emperador Federico en su última enfermedad y al general Gurko. Parece que su pronóstico no ha sido tan desesperado como el de su colega, y ya tiene permiso de sus superiores para acompañar al Emperador á Corfú.

⁂

BELLAS ARTES.

El tercer tomo, cuadro de A. Johnson.— *A las víctimas del mar*, cuadro de A. Desmarest.

Sin duda el libro que tan atentamente lee la hermosa joven del cuadro de Johnson, que publicamos en la pág. 256, es de esos que se apoderan del ánimo del lector y no le dejan mientras dura la novedad de la lectura: quizás una novela de Dumas, ó quizás de Walter Scott, si, como parece probable, dado el autor del cuadro, la muchacha es inglesa. Si fuese española, y sus padres hubiesen tenido el acierto y buen gusto de educarla é instruirla en español (lo que no siempre sucede), juraríamos que el libro es de Pereda ó de Alarcón, que son de los autores cuyas obras no pueden dejarse de la mano, una vez empezadas.

Pero sea de quien sea la obra, bien puede asegurarse que la lectora no está dispuesta á interrumpir su tarea.

Poco se acuerdan los que viven tierra adentro de la desesperada lucha que con el mar tienen entablada los pobladores de la costa que de la pesca sacan el necesario sustento; pero aquel que los ha visto desafiar la furia de las tempestades no lo olvida nunca, y menos si en alguna ocasión ha compartido con ellos estos peligros, llevado del afán de ver novedades.

Estos comprenden muy bien la piadosa costumbre bretona de arrojar al Océano una vez al año coronas mentalmente destinadas á las víctimas del mar. Esta ceremonia es siempre solemne y conmovedora, según puede verse en el bonito cuadro de Desmarest que reproducimos en nuestro grabado de la pág. 257.

⁂

PARÍS.

Preparación del suero antidiftérico.

Pocas enfermedades hay tan terribles como la difteria, salvo la tisis, que á todas aventaja y que sólo en Europa mata tres millones de personas cada año. Pero si no produce tantas víctimas, las que elige son siempre niños, por lo que es grande el horror que inspira, aumentado por la poca esperanza que deja á los atacados.

La capital europea en que hace mayores estragos es Madrid, donde de 1881 á 1892 murieron de difteria 9.926 criaturas, siendo los barrios de Chamberí y Pozas los más castigados, por la falta de higiene que hay en ellos, según declara el Dr. Monmeneu en su notable libro titulado *Enfermedades infecciosas en Madrid*, en el que reconoce la poca eficacia de los tratamientos hasta ahora empleados, y manifiesta su deseo de que éstos sean lo más humanos posible *mientras la ciencia no nos dé el medio de exterminar el bacilo en el órgano enfermo.*

A esto hemos llegado al fin, si todo lo que dicen los periódicos franceses se confirma, aunque bueno será esperar un poco hasta darlo por hecho, porque no están muy lejos desengaños ruidosos como los que siguieran á las inoculaciones anticoléricas de Ferrán, á las de Koch contra la tisis, y á las del propio Pasteur contra la rabia, no tan curable todavía como al principio se pensó.

El descubridor del microbio de la difteria fué Klebs, quien le halló en las falsas membranas que se forman en la garganta de los enfermos, mezclado con otros microorganismos, indiferentes unos y patógenos otros, siguiéndose otra serie de investigaciones, descubrimientos y tentativas de aplicación terapéutica, de las cuales la última es la que ha hecho en París el Dr. Roux.

Cultivado el microbio de Klebs en caldos apropiados á su naturaleza, se le extrae de él cuando se ha propagado mucho, y así se obtiene la toxina diftérica, poderoso veneno cuyo poder atenúan en el laboratorio siguiendo el método de Pasteur. Esta toxina atenuada inocúlase á ciertos animales, los cuales, en vez de morir, quedan inmunes de tal dolencia, al menos por espacio de algún tiempo. El Dr. Roux parece que ha hallado un procedimiento para inocular al hombre suero de la sangre de un animal diftérico, con lo que consigue aquél quedar á su vez al abrigo de los ataques de estos malignos microbios.

Para estudiar prácticamente la acción del medicamento, inoculó á varios caballos toxinas atenuadas, decidiéndose al fin á tomar de éstos pequeñas cantidades de dicho suero, que no es otra cosa que la parte líquida de la sangre, y por espacio de tres años ha estado probando los efectos en el Hospital de Niños de París. Los niños inoculados han sido 448, y la dosis de la medicina 20 centígramos cúbicos, repitiéndola hasta tres veces. Aseguran muchos periódicos que el resultado ha correspondido á las esperanzas, pues mientras la mortalidad de diftéricos en el hospital Trousseau (donde se empleaba el tratamiento antiguo) llegaba á 63 por 100, en los que se sometieron á los efectos de la nueva medicina no pasó del 24 por 100.

Por el primer grabado de la pág. 261 comprenderán los lectores el modo de extraer al caballo la sangre, cuyo suero se inyecta luego á los enfermos.

⁂

LA GUERRA ENTRE CHINA Y EL JAPÓN.

Retrato del Mikado.—La Emperatriz, acompañada del Príncipe imperial y de altos dignatarios de la corte, despidiendo al Mikado.—Tropas japonesas en marcha hacia la frontera china.—Vista de Puerto Arturo.

El emperador Mutsu-Hito, primer monarca constitucional del Japón, dará mucho que escribir á los historiadores, porque en su reinado se ha verificado la mayor revolución que han visto los tiempos. Subió al trono en 1867, después de vencido el taicun, ó autoridad espiritual, que representaba la tradición y el feudalismo. Es hombre de cultura completamente europea, y muy ambicioso de gloria militar. Al salir de Tokio el general Yamagata acompañóle hasta Yokohama, notable deferencia al jefe de las tropas, en cuyas manos ponía la honra y quizás la vida del Imperio.

En la pág. 260 damos un retrato suyo y una vista de la estación en el momento de partir el tren, cuando todos los circunstantes, incluso la Emperatriz y el Príncipe imperial, se inclinan hasta el suelo en señal de profundo acatamiento.

En la pág. 261 hallarán los lectores otro grabado que representa un grupo de tropas japonesas en marcha hacia el Yalú. Es la cabeza de una columna salida de Chemulpo y avanzando hacia la frontera china. Quizás han sido esos mismos soldados, que en tan buen orden y marcial continente caminan, los mismos que, según dicen recientes despachos telegráficos, han vencido á los chinos, penetrando en el territorio del Imperio.

La marcha de este ejército sobre Pekín ofrece, entre muchos y muy graves inconvenientes, el de tener que hacerse dejando descubierto el flanco izquierdo á los ataques que se le puedan dirigir desde Puerto Arturo ó Liu-Chium-Kú (que es su verdadero nombre). Este era hace doce años refugio de pescadores y de algunos barcos de cabotaje, y no tenía más de setenta casas, ó por mejor decir, chozas.

En 1881, comprendiendo el virrey Li-Hung-Chang lo mucho que importaba fortificarle para defender desde él la navegación de todo el golfo de Pe-chi-li y aun la propia ciudad de Pekín, determinó hacerlo sin demora. Los primeros trabajos fueron despacio, por la poca pericia de los directores de las obras, que eran chinos; pero luego de arrendadas éstas á una compañía francesa (en 1887), marcharon tan aprisa, que en 1890 quedaron terminadas. El puerto, después de bien dragado, tiene 7 ½ metros de profundidad. Posee buenos muelles, dársena de 120 metros de longitud, dokas para torpederos, grandes grúas de vapor y cuanto necesita un puerto de guerra en nuestro tiempo. Rodean la rada de Puerto Arturo montañuelas de 100 á 350 metros de alto, en las cuales hay fuertes recientemente construídos y armados de excelentes cañones de grueso calibre. Defienden la entrada minas submarinas y torpedos, y la guarnición de la plaza, que es de 7.000 hombres en tiempo de paz, se saca de las tropas mejores y mejor armadas del Imperio. El gobernador del puerto es un almirante.

Nuestro grabado de la pág. 264 dará á los lectores perfecta idea de este puerto militar chino, al que quizás de un momento á otro pongan sitio los japoneses.

G. Reparaz.

LAS «CONQUISTAS» DE LA REVOLUCIÓN

AL FINALIZAR EL SIGLO XIX.



CUÁNTAS ilusiones vemos desvanecerse en las postrimerías de este siglo! El precedente fué quizá la edad de oro por excelencia del optimismo y de la esperanza entre los hombres. Libre de toda autoridad exterior, el entendimiento humano había roto los antiguos lazos con que la tradición y la fe durante largo tiempo lo mantuvieran. Una creencia firmísima en los altos destinos de la humanidad, una fe ardiente en la eficacia de la razón para destruir toda causa de discordia y de desventura, un sentimiento vivo de fraternidad y amor entre todos los hombres: tal era el fondo espiritual de aquellas generaciones.

Rotos los valladares que á la libre actividad opusieran los despotismos; desvanecidos los errores que la superstición y la ignorancia sembraran en las inteligencias; demostrada la armonía del orden moral y de las leyes de la Naturaleza, una nueva era de dicha, no soñada siquiera, iba á inaugurarse sobre la tierra. Con sólo seguir sus inspiraciones naturales, libres de la antigua tiranía, todos los hombres serían dichosos.

Tal y tan grande fué la influencia de aquellos entusiasmos, que, aun en medio de los horrores de la Revolución, el optimismo rebosa en libros y discursos: la filantropía derrama lágrimas de ternura, en representaciones idílicas, con Fouquier-Tinville; y los representantes de la Convención en las provincias excitan, en solemnidades públicas, á la juventud de ambos sexos á seguir con absoluta libertad la dulce pendiente de sus inclinaciones naturales, acrecentando, dóciles al sacro impulso de los amores, la suma de bienes que derrama pródiga la Naturaleza.

No consiguieron las cruentas luchas napoleónicas destruir la nueva fe. Por el contrario, las águilas imperiales dejaron por doquiera, como huella indestructible de su paso, los gérmenes revolucionarios, las ideas y los entusiasmos que habían de producir más tarde revoluciones políticas y hondas perturbaciones sociales.

¡Qué diferencia entre aquella hermosa alborada y este triste ocaso!

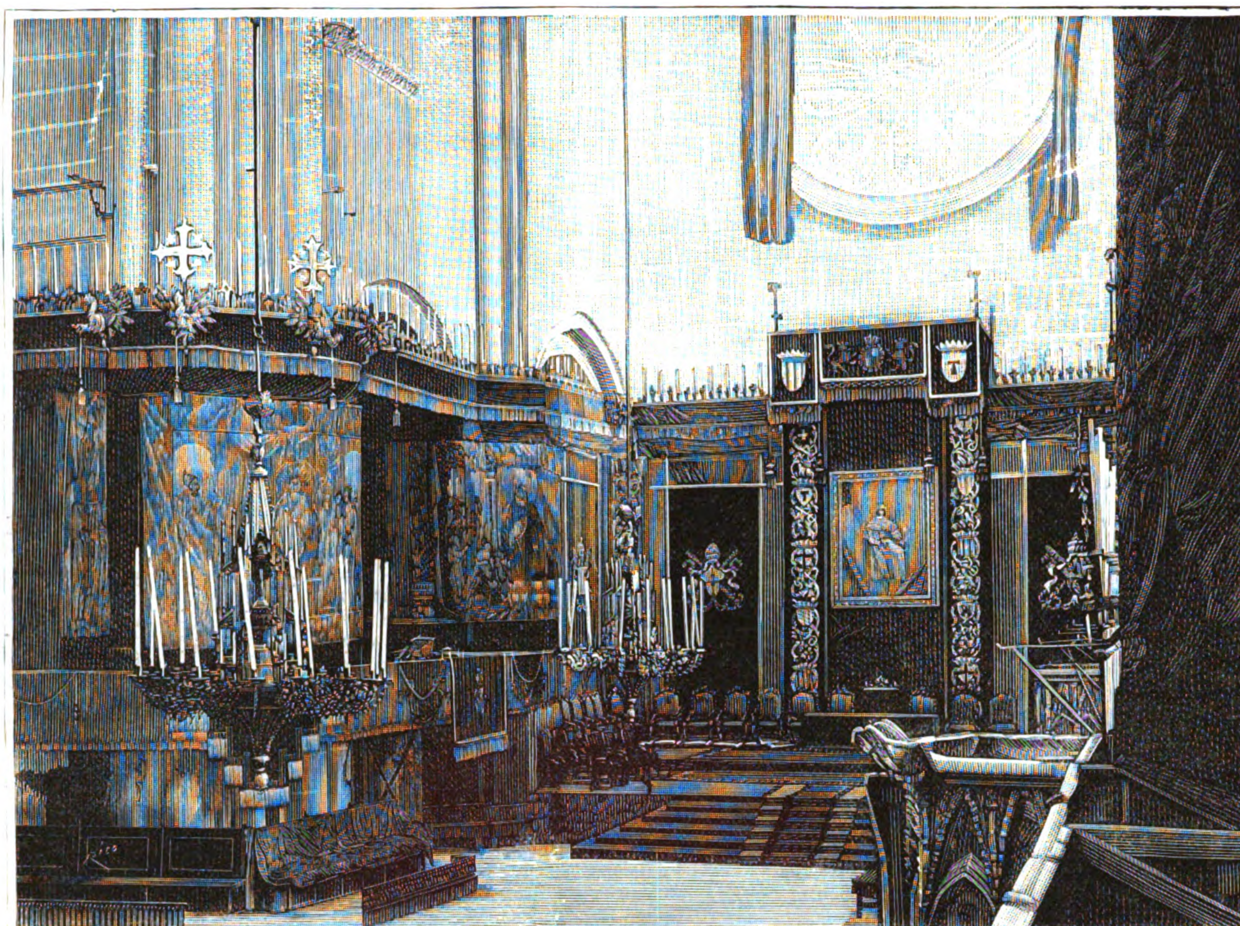
La libertad, esa palabra inspiradora de tantos nobles y heroicos sacrificios, apenas si despierta ya en nosotros sino ironías y recelos. El proletario la escucha con cólera y con desprecio; el rico, con temor. La libertad, no sólo ha dejado de ser la síntesis de todo mejoramiento civil y político, sino que la vemos convertida con frecuencia en amenaza para todo interés legítimo, en disolvente de todo principio y de todo lazo social.

Las multitudes obreras, á quienes seduce el colectivismo, reniegan de las modernas libertades. El individuo, esclavo del Estado, sujeto á leyes y reglamentos positivos que le dispensen de prever, de pensar, de competir: tal es el ideal colectivista. Creíamos que la propiedad era un derecho inalienable de todo hombre, de que jamás debe ser despojado; base de todo progreso y cimiento de la libertad; y he aquí que el socialismo sólo comprende la propiedad en el Estado, no atribuye verdadera libertad más que al Poder público.

Los proletarios, que han perdido la seguridad de la vida dentro del régimen nacido de la Revolución, y que, en vez de pan y de trabajo, reciben *derechos* y funciones de soberanía, miran como un sarcasmo la libertad moderna: y si en algún país la reclaman, es para destruirla, primero en el orden económico, después en toda la vida social. Por otro lado, los interesados en el mantenimiento del presente estado de cosas, miran con temor creciente propagarse y difundirse, al amparo de la ley, las ideas subversivas y los sentimientos de odio implacable contra toda autoridad y toda riqueza.

Aquella fraternidad inscrita en los pliegues de la bandera revolucionaria y cuya expresión conmovía hasta las lágrimas á los hombres del 89, ¿dónde hallarla en este declinar del siglo? Europa, en pie de guerra, armada de hierro y de explosivos cien veces más mortíferos, contiene á duras penas el estallido de los odios internacionales; las distintas clases sociales, separadas, no por obra de distintos méritos ó distintas funciones, sino por el más poderoso agente de desunión y de discordia, por el interés material, por la posesión de la riqueza, se preparan á las luchas que ensangrentaron tantas veces el suelo de Grecia y de Roma. Y, ¡síntoma horrible! ya el odio que divide á los hombres no nace de actos individuales ni señala individualmente sus víctimas. Los proletarios aprenden á odiar al rico, al propietario, al *burgués*, sea

CONGRESO CATÓLICO DE TARRAGONA.



SALÓN DE SESIONES DEL CONGRESO, EN EL CRUCERO DE LA CATEDRAL.



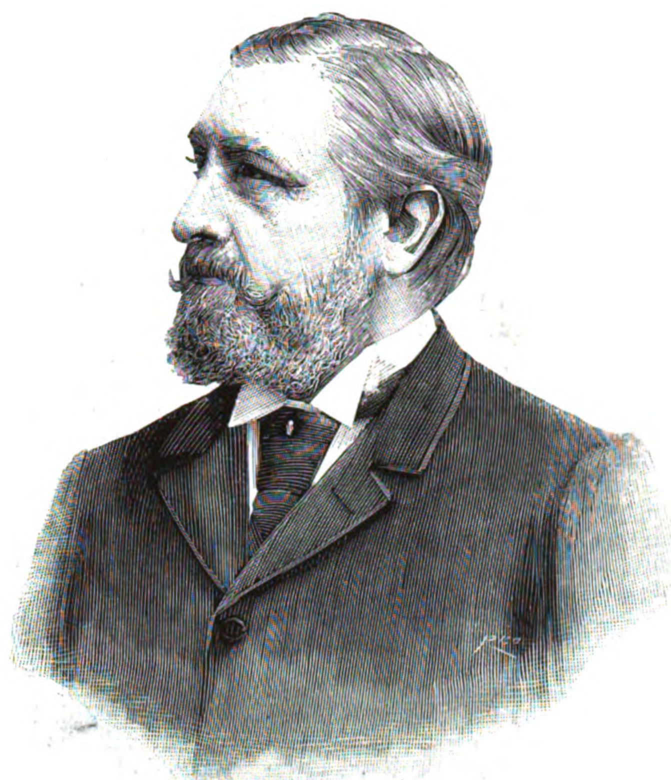
ASPECTO DE LAS GRADAS DE LA CATEDRAL DURANTE LA PROCESIÓN.

(De fotografías de D. Antonio Espluga).



EL DR. ZAKHARIN,

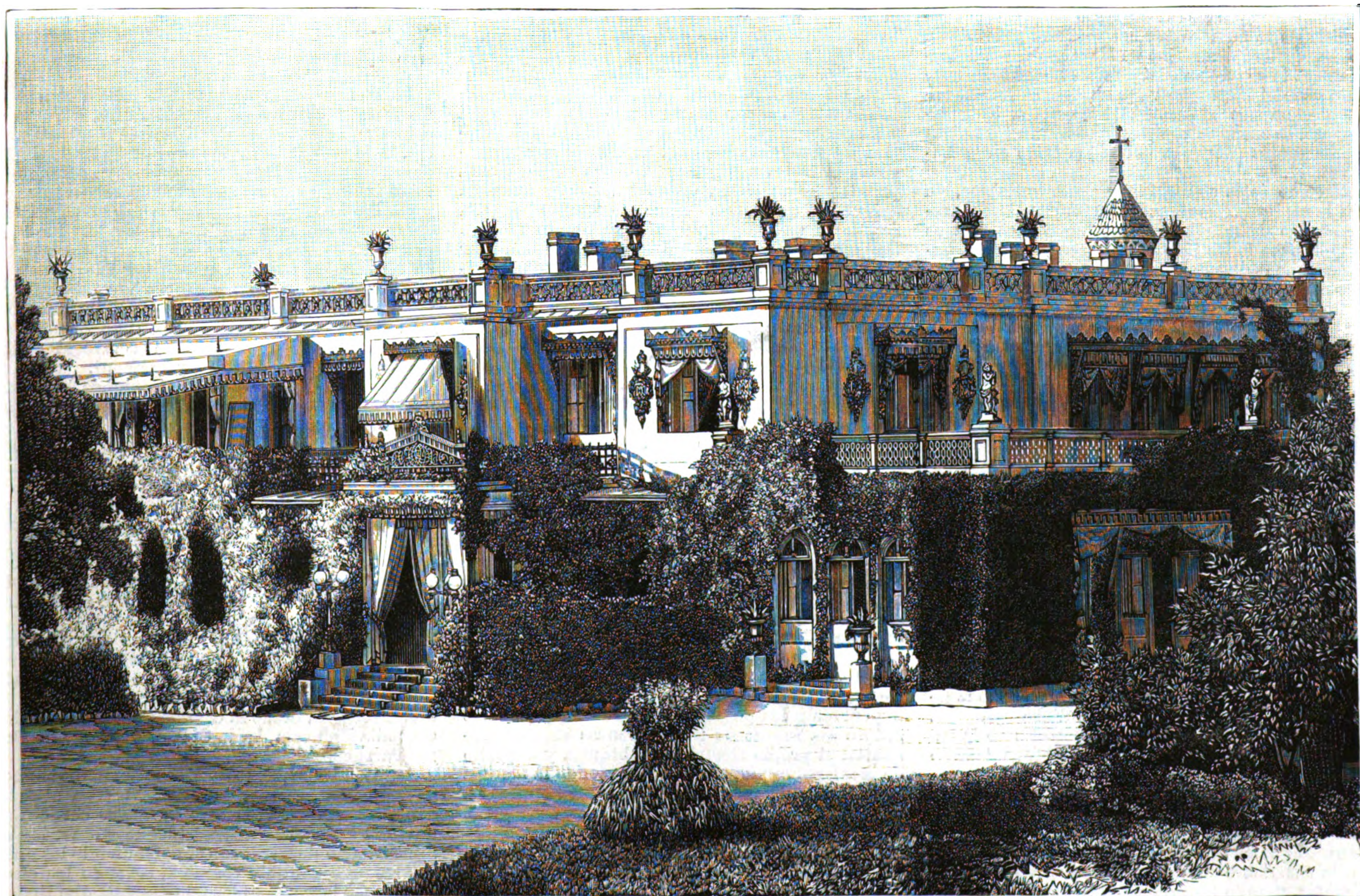
DE LA FACULTAD DE MEDICINA DE MOSCOU.



EL DR. LEYDEN,

DE LA FACULTAD DE MEDICINA DE BERLÍN.

MÉDICOS DE CABECERA DEL CZAR DE RUSIA.



CRIMEA (RUSIA). — VISTA GENERAL DEL PALACIO DE LIVADIA DONDE SE HALLA ENFERMO EL CZAR.

(De fotografía.)

quien sea. Y la fraternidad resulta un *flatus vocis* en sociedades amenazadas por el hierro y por el fuego, corroídas por la inmoralidad y el egoísmo, y que parece demandaran á gritos ablaciones y cauterios.

A estas causas de descontento y de discordia, al inevitable predominio de un individualismo egoísta, consecuencia lógica de la desaparición de los antiguos lazos y organismos sociales y del decaimiento de las creencias religiosas, ha venido á unirse el triste convencimiento de la impotencia actual de la razón humana para fundar sobre sólida base los principios de conducta de los gobiernos y de los individuos.

Para el cándido optimismo del pasado siglo, y para el no menos candoroso liberalismo del segundo tercio del presente, era una verdad inconcusa la de que había llegado para la humanidad el día dichoso en que la razón, elevada al rango de divinidad, gobernara sobre la tierra; en que la difusión de la ciencia arrojara para siempre en las sombras de lo pasado el desorden y el mal.

Pero, en vez de realizar tales esperanzas, la obra de la libre razón, poderosa y magnífica en su lucha con los elementos materiales, dominadora de las fuerzas vivas y mensurables de la Naturaleza, ha sido impotente para definir y fijar el ideal moral de la vida humana. El análisis ha minado los antiguos y robustos sillares que mantenían el orden necesario en los espíritus y daban sustento seguro á nuestra debilidad y á nuestra ignorancia ingénitas. La experiencia de las edades, condensada en el precepto indiscutido y en el símbolo religioso objeto de veneración y de culto, ha perdido su eficacia. Así como el hombre inferior prefiere al verde panorama de los campos, á la suave y misteriosa luz de una noche estrellada y serena, la agitación enervante de la ciudad populosa y el resplandor artificial de sus calles y plazas, del mismo modo, á los primeros vislumbres de la razón la humanidad menosprecia los manantiales verdaderos de su bienestar y de su fuerza, y, en breve tiempo, arrogante é imprevisora, derrocha las riquezas de fe, de rectitud y de nobles entusiasmos que durante largos siglos acumulara.

No participamos del pesimismo desolador de Donoso Cortés, cuando afirma que la razón y el error se aman con amor invencible. Creemos en el poder de la razón, en su misión libertadora, en su abrazo definitivo con la verdad y el bien moral. Pero hasta ahora nada ha sabido fundar en sustitución de la antigua verdad absoluta y revelada. El imperativo categórico de Kant, realidad palpable para la conciencia del hombre honrado, último baluarte del ideal moral que desaparece, no ha resistido tampoco á la acción de la crítica. El sentimiento, la costumbre, el interés: he ahí los únicos fundamentos presentes del orden ético en la humanidad.

Y como éstos son esencialmente variables, de ahí la anarquía que reina en las conciencias. Y precisamente cuando la independencia personal es mayor, cuando las jerarquías y las disciplinas externas han caducado, el hombre, en su vida interior, carece de toda norma, de todo ideal.

De ahí el escepticismo en unos, la indiferencia en otros, el egoísmo y la inmoralidad en los más. De ahí ese visible desaliento que se apodera en nuestros días de los mejores. En el centenario de la deificación de la razón humana por Robespierre, la nueva generación reniega con Tolstoï de la ciencia y de sus obras; se abraza con Mirbeau á la bandera insensata y criminal del anarquismo; sigue á Desjardins en su empresa de renovar el catolicismo anteponiendo al pensamiento la acción, á la fe la caridad; goza de los placeres, indiferente á todo, como gozaron un día los habitantes de Sibaris y de Crotona; ó, abdicando del orgullo, resuelta y resignada, vuelve á la antigua Revelación, procura olvidar como fantasmas de pesadilla el libre examen de Descartes, la crítica de Kant, los primeros principios de Spencer, la transformación de las especies de Darwin, los análisis acabados de Taine, el escepticismo supremo de Renán, y halla tal vez en el sacrificio, en la obediencia, en el morir al mundo, y en esa esfera ideal y luminosa de la esperanza, el sosiego, ya que no la dicha apetecida.

A esto ha venido á parar la apoteosis de la razón. Y no sin fundamento. El hombre, tal como nos lo presenta la experiencia, sólo por raras excepciones es capaz de ver con claridad, á la sola luz de su mente, las reglas que deben determinar su conducta en armonía con el bien general, y los caminos que han de conducirle al contentamiento y á la paz. Sobre el *ángel* predomina casi siempre la *bestia*, usando las palabras de Pascal, y sólo el predominio en los espíritus y en las leyes positivas del principio de autoridad puede evitar el extravío y el desorden en las colectividades humanas. Además, es condición del hombre la de llevar siempre sus anhelos más allá de sus posibles y positivas satisfacciones. En todo tiempo ha podido decirse que nadie está contento con su suerte. Tristeza del presente, nostalgia de felicidades ignotas, aspiración á más puros y acabados placeres: he ahí sentimientos hondamente arraigados en el corazón humano. ¡Privilegio que constituye nuestra grandeza, pero que origina nuestra desgracia!

Mas si siempre ese elemento de descontento y de rebelión ha dejado sentir sus efectos, nunca como en nuestros días ha recibido estímulos sin tasa de las ciencias filosóficas y políticas, de la instabilidad de toda posición social y de la ausencia en las almas de ideales religiosos.

En el orden de las ideas, el escepticismo; en la esfera de los hechos, la protesta: he ahí, en compendio, la actual situación. Las riquezas han centuplicado, ¿quién lo duda? Pero dirigid una mirada á vuestro alrededor, observad y veréis que nunca hubo tan gran distancia entre las necesidades de los hombres y sus medios de satisfacerlas; que jamás, como ahora, la fecundidad de la esposa, en otros tiempos bendecida y deseada, se había convertido para los más en un funesto don.

Así se explica que poco á poco vaya penetrando en los espíritus el convencimiento firme de que no responden por completo á las necesidades del presente los principios y los procedimientos que vienen preponderando desde hace un siglo en el gobierno de los pueblos y en la dirección de los espíritus.

Toda finalidad moral es obra reflexiva. Las leyes naturales no conocen el bien ni el mal. El libre juego de los apetitos y de los deseos humanos no conduce necesariamente al bien, sino cuando estos apetitos y estos deseos obedecen á las leyes superiores de la vida individual y social. El Estado, por tanto, no puede ni debe renunciar á su misión de dirección y de tutela, y en los mil casos en que el interés personal pugna con el interés colectivo y superior, tiene la ineludible obligación de intervenir. El desconocimiento de estos principios fundamentales es una de las principales causas del malestar presente.

Pero más funesta todavía que la desorganización de toda entidad colectiva y la abdicación de los derechos del Estado, consecuencias inmediatas de la acción revolucionaria, ha sido la obra de secularización de la conciencia popular, perseguida con insensato encarnizamiento por hombres apasionados é imprevisores. No es preciso señalar males que están á la vista de todos, pues la más sencilla reflexión es suficiente para convencernos del valor insustituíble de las creencias, que, al revelarnos la razón misteriosa del dolor y del mal sobre la tierra, preparan las almas á la resignación y á la esperanza, y dirigen la voluntad á la práctica de esas virtudes que, si tienen por recompensa el cielo, nos procuran desde luego, con la paz de la conciencia, la única felicidad humana.

Es tal la limitación de nuestro espíritu, son tan frágiles nuestros propósitos, tan hondo nuestro egoísmo, que difícilmente acertamos á concebir un estado de armonía producido tan sólo por virtud de los libres impulsos individuales. Es preciso la fuerza que hiere ó la regla invariable que el espíritu de los pueblos acata como palabra divina. Tal vez en ese horizonte sin fin de nuestra perfección posible, sea dado algún día entrever al hombre verdaderamente emancipado, adorador de la verdad sin velos y del bien en su pureza. Hoy sólo en sueños cabe acariciar este ideal.

La vida presente no llena las aspiraciones de nuestra alma. En las cimas como en los hondos valles de la vida la misma ansiedad sin límites, la misma nostalgia ó el mismo presentimiento de nuestro verdadero destino, dirige las miradas de la humanidad á lo alto. En ese orden, que aprecia la inteligencia humana hasta en el mal, cuya finalidad desconoce, está comprendida, sin duda, como condición de equilibrio para nuestro espíritu, como complemento adecuado de nuestra naturaleza, esa compensación inefable en que se condensan nuestras más hermosas esperanzas y nuestros más nobles anhelos: un Dios de bondad, un cielo de justicia y de ventura.

¿Volverán los pueblos á mitigar su inaplacable sed en esa fuente de las esperanzas eternas, manantial al propio tiempo de sabiduría y depósito de seculares experiencias? O siguiendo la marcha comenzada, ¿convertirán al breve momento de la vida sus actividades todas, sus esperanzas y sus afanes?

¡Quién lo sabe! Pero lo que sí puede afirmarse es que presenciamos quizá el principio de una de las más hondas crisis por que ha atravesado el hombre sobre la tierra. Quizá comienza una era nueva, en la que sentimientos, ideas, instituciones, desaparecerán bajo el torrente invasor de otros sentimientos, ideas é instituciones.

Al culto de la razón especulativa sustituye por doquiera el de la razón práctica, experimental, positiva; al amor de la libertad, fórmula vaga y sin contenido bastante, una aspiración tenaz y ardiente á la justicia realizada en la tierra antes que en el cielo.

A las tres palabras del lema revolucionario—libertad, igualdad, fraternidad—ha venido á sustituir una sola que á todas las resume: *Solidaridad*. Si es cierto que la humanidad camina hacia el bien, á esta nueva idea pertenece el porvenir. Pero en el presente sólo vemos prestigios que mueren, entusiasmos que decaen. Y el germen fecundo permanecerá durante siglos cubierto por la nieve de la ignorancia, contraído por el frío de la indiferencia, amenazado por la tormenta desencadenada de las pasiones. Agente, á su vez, de designios ignorados ó de leyes fatales, ¿quién podrá predecir las condiciones de su desenvolvimiento y de su muerte?

Rodeados por todas partes de misterios, harto haremos con acertar en el breve instante de vida que nos ha sido otorgado. Du Bois-Reymond, ante el problema de la conciencia, ante la flaqueza de nuestra razón para reducir á términos de conocimiento positivo la naturaleza de nuestro espíritu, exclamaba: *Ignorabimus*. He ahí la palabra que debiera presidir en el orden social á todos nuestros intentos de previsión futura. Tiempo ha que la ciencia sabe pronosticar con exactitud matemática las revoluciones de los astros; pero ¿cuándo podrá someter al cálculo de la extensión y el número ese elemento extraño, proteico, irreductible, *sobrenatural*, que se llama el espíritu humano?

EDUARDO SANZ Y ESCARTÍN.

LOS TEATROS.

Ya son muchos teatros. — Nuevas aperturas: NOVEDADES y la PRINCESA.— Estreno en la COMEDIA: *Servicio obligatorio*.— Estreno en la ZARZUELA: *La Telefonista*. Nueva campaña de *El Húsar*.— Los teatros por horas: Varios estrenos, algunos palos y poca literatura.

DOCE teatros abiertos en Madrid, me parecen muchos teatros, aun teniendo en cuenta las diferencias de espectáculo que los distinguen y la variedad de manjares que en ellos se sirve al gran público, para que haya para todos, lo mismo para los delicados paladares que para el gusto más estragado en materias de arte escénico.

La concurrencia de empresas disputándose el favor del público sólo favorece á éste, á quien se coloca en condiciones de divertirse á menos precio. Pero esto de bajar los precios de las localidades es no más posible á empresas cuyo presupuesto de personal artístico es pequeño relativamente; y por eso algunos de los teatros por horas podrán defenderse con más facilidad en esta terrible concurrencia en que, frente á los principales teatros, de verso sobre todo, ha de ejercer fuerza mayor el teatro Real, cuyo *paraíso* abre hoy piadosamente sus puertas á los bienaventurados, por los mismos cien céntimos que pagaban los *elegidos* en aquellos más *fáciles* tiempos de las Alboni y Lagrange, y los Mario, Belart y Ronconi.

Dura va á ser la campaña, tremenda la lucha, terrible el choque de intereses—por lo mismo que tantos hay comprometidos:—y es de temer que, en las fatigas de *la cuesta* de Enero, caigan los combatientes menos socorridos ó quizás del todo abandonados por el público.

En años de menos lucha ha habido *spoliarium*; y empresas inteligentes y activas han tenido que abandonar la corte y buscar su negocio en provincias, como sucedió á nuestra muy celebrada María Tubau, que ahora también—sin posible acuerdo con Emilio Mario—ha ido á instalarse en el teatro Principal de Barcelona.

París puede sostener el lujo de veinticuatro teatros, gracias á la marea de su inmensa población flotante que, en eterno flujo y reflujo, quiere verlo todo y divertirse con todo, y los teatros son su diario recurso, desde la Grande Opera y la clásica Comedia Francesa, hasta Cluny, Déjazet y los Bufos Parisienses.

Aquí, además, las divisiones y subdivisiones perjudican á los artistas y no favorecen al arte, que para sus cuadros exige grandes conjuntos, unión entre los buenos actores, que ahora más que nunca andan desperdigados, defendiendo los unos su presunta jerarquía escénica, soñando los otros con mayor lucro, metidos en empresas que tienen tanto de temerarias aun naciendo con aplausos del público y sonrisas de la fortuna.

*
* *

En Novedades Julia Cirera, Donato Jiménez y Pepe González, y en la Princesa María Guerrero, Ricardo Calvo y Pepe Mata, han inaugurado la nueva campaña teatral con todo el valor y decidido empeño que necesitan en tan difíciles circunstancias, cuando tienen frente á su seria labor artística la ligera y menuda de esos teatros cómico-líricos por horas, de que tanto gusta la multitud, y ahora corregidos y aumentados por la empresa Rosell-Arana en el Circo de Parish, con la menor cuantía de la entrada á veinte céntimos y el mayor atrevimiento de la pierna bufa por todo lo alto, al que las mismas condiciones del local estimulan.

Con *El Gran Galeoto* empezó brillantemente sus tareas la compañía de Novedades, y ha seguido después variando el cartel con las obras escogidas de su largo repertorio, entre las que han figurado las más celebradas de nuestros autores militantes. Y si el público ha premiado con sus ruidosos aplausos el trabajo de aquellos buenos actores, poetas como Echegaray, Cano, Sellés y Dicenta habrán hallado poderoso estímulo para llevar á aquel popular teatro los esperados nuevos frutos de su ingenio, sin los cuales serían insuficientes los grandes alientos de los artistas que allí persiguen fines tan honrosos.

Que el elemento cómico de la compañía necesita refuerzo para estar á la altura del dramático, lo reconoce la empresa como la dirección artística; y mi inteligente amigo Luis París hallará pronto ese refuerzo, no sólo preciso para los alegres finales de fiesta, sino más aún para aquellas obras melodramáticas en que la fuerza cómica debe alternar con la de las grandes y aflictivas situaciones.

Un crítico incipiente—una de las obras de Echegaray que con más vida han de pasar á la historia de nuestra dramática—ha sido la elegida por María Guerrero para inaugurar en el poco afortunado teatro de la Princesa la campaña que luego debe continuar en el Español, si la ofrecida obra magna de restauración del viejo Corral se lleva á cabo tan pronto como la empresa se había prometido.

Cuando María Guerrero apareció como primera actriz improvisada en el teatro Español, al lado de Donato Jiménez y Ricardo Calvo, brilló en *Un crítico incipiente* como lo que era: como una preciosa y simpática dama joven, para la que expresamente parecían trazados aquellos encantadores rasgos de ingenuidad, candor y viveza de sentimientos con que Echegaray supo caracterizar á la hija del atribulado autor dramático de su hermosa comedia.

Aquella delicada y graciosa figura de *ingenua* valió un triunfo legítimo á María Guerrero, y ésta no lo olvida, ni podrá olvidarlo jamás, porque entre aquella figura y la encantadora que representa en *El Vergonzoso en Palacio*, vió desde luego abiertas de par en par las puertas de un porvenir risueño que pocas artistas vislumbran tan pronto.

Por eso, porque no puede olvidarlo María, la segunda obra con que ha aparecido en el escenario de la Princesa es la citada del famoso maestro Tirso de Molina, en cuya dama, estudiada antes con amor, se nos ha presentado ahora más segura, más rica de detalles de acción y de dicción, *más dama* en fin: porque las actrices no se improvisan, se forman siempre así: con el estudio y el constante ejercicio del arte.

Por eso mismo, porque María Guerrero tiene condiciones para acercarse á las que fueron grandes actrices españolas, he insistido tantas veces en llamar su atención hacia ciertos amaneramientos que la perjudican y que fácilmente puede corregir en el principio de su carrera.

Sólo un artista de los que hoy acompañan á María en el escenario de la Princesa era desconocido para nosotros, aunque muy justamente celebrado en los teatros de provincia. El actor cómico señor Carsi es de los pocos buenos que, en su misión de hacer reir al público, toman *en serio* el arte. Así lo ha demostrado ya como intérprete feliz del idealista Peláez en *Un crítico incipiente*, sobre todo en el último acto, en el que el público supo apreciar aquella gracia natural, rica en detalles, con que el actor inteligente representaba las tribulaciones del poeta inédito que se cree vilmente despojado hasta *del siglo* en que figura la obra dramática que él *vigoriza* con tanta paciencia.

Mi enhorabuena al artista y á la empresa, y que ésta encuentre ahora los elementos decisivos del triunfo en las obras nuevas de los autores famosos que tan resueltos parecen á hacer provechosa la atrevida campaña de María Guerrero.

***

Figuran también paisanos y militares en *Servicio obligatorio*, obra ahora estrenada por la compañía de Mario, que en *Militares y paisanos* encontró hace años una mina inagotable de gracia natural, de verdad artística y de vis cómica que ofreció á los actores campo limpio y ancho para lucir en tipos y caracteres, y al público ocasión de apreciar largamente una verdadera obra de arte dentro del género más sencillo y regocijado.

Siendo más complicada la fábula de *Servicio obligatorio*—con la base de un *quid pro quo* extremadamente convencional—estos paisanos y militares no han hecho en el público el grande efecto que hicieron los otros; por eso, porque en el arte, de cualquier modo que se manifieste, lo falso no puede triunfar como lo verdadero.

Pero *Servicio obligatorio* no tiene pretensiones de obra de arte. Los autores franceses escribieron *Champignol malgré lui* para un teatro especial de París donde el público va *sólo* á que le hagan reir mucho, venga como venga y por donde venga la gracia, y para unos actores colocados allí para interpretar los *desplantes* de la musa más desenfadada. Mariano Pina Domínguez se dejó seducir por lo dislocado de aquel donaire atrevido, y, hecho el *arreglo* con mas tino que previsión, se encontró con que aquí no hay teatro *propio* para extravagancias é incongruencias tan *gordas*; y al fin, para asegurar el mejor éxito, resolvió pedir á Mario hospitalidad para la obra de Feiden y Desvallières en el escenario en que tanto habían figurado otras muy parecidas por el procedimiento y que allí han vivido alegremente en dos idiomas.

La discretísima interpretación de la compañía de la Comedia contuvo lo incongruente y extravagante en los límites en que de seguro no lo encerraron los artistas compatriotas de los autores; el público transigió con la inverosimilitud, aceptó todo aquello tal como se le ofrecía, se rió estrepitosamente, y la obra, sin otras pretensiones, cumplió su objeto.

Si el estreno del juguete se hubiera reservado—como debió haberse hecho—para las tardes de la próxima Pascua de Navidad, seguramente no hubiera sido tan severo el juicio de la prensa diaria, que, en general, se ha formalizado al hablar de *Servicio obligatorio* como si se tratase de una comedia de altas pretensiones.

***

Dudo yo que el éxito de *La Telefonista* fuese en Barcelona tan franco y completo como se aseguraba por algunos antes de la noche de su estreno en el teatro de la Zarzuela, donde desde las primeras escenas vió nuestro público que se trataba de una obra desprovista de interés, escasísima de gracia y llena de atrevimientos ofensivos á la moral, no atenuados por el verdadero ingenio.

Dos horas mortales de zarzuela, en que parte de los espectadores concluyó por distraerse acompañando de mala manera los compases de una música vulgarísima, después de protestar á grito herido contra las inconveniencias de un diálogo inadmisible.

El afortunado é ingenioso arreglador de *Miss Helyett* no ha visto claro en esta ocasión, pues de otro modo no hubiera empleado tan estérilmente su trabajo, ya que en tantas obras ha lucido como poeta y como conocedor de los legítimos recursos de la escena.

La empresa Elías no peca nunca de imprevisora, y tenía ya preparadas dos atractivas novedades con la presentación de la Sra. Montilla en *La Tempestad* y el estreno de la refundición de *El Húsar*.

La obra famosa de Ramos y Chapí fué una ovación completa y justa para aquella tiple, tan celebrada antes en la ópera; y la Pretel en su parte de Roberto, Sigler en la de Simón y Alcántara en la de Claudio Beltrán, contribuyeron á uno de los éxitos más completos que ha obtenido la hermosa zarzuela, contando con la habilísima dirección de orquesta del Sr. Pérez Cabrero.

El Húsar había sido antes aplaudido y celebrado muchas noches en Eslava. En el teatro de la Zarzuela ofrecía la obra, como novedades, la circunstancia de representar Matilde Pretel el protagonista, y el aparato brillante que traía la refundición con las maniobras militares de un cuerpo de ejército femenino.

No defraudó la Pretel las esperanzas del público, que llenaba completamente la amplísima sala de la Zarzuela, y para la valiente y graciosa tiple fué la parte más legítima del éxito alcanzado por *El Húsar*, en que, si lució como actriz y como cantante, hizo primores de destreza y arrojo en el asalto á sable con Carbonell, el teniente de húsares perseguido á muerte por los celos bien justificados de su temeraria esposa.

Las maniobras militares, que constituyen la fuerza importante de la refundición, hubieran resultado más brillantes si no se hubieran resentido algo de falta de ensayos. Cuando las dominen del todo los soldados femeninos y no se note vacilación alguna en aquellos complicados movimientos, el animadísimo espectáculo, graciosa parodia escénica del que ahora han ofrecido en el campo los soldados de verdad de nuestros cuerpos de ejército, contribuirá extraordinariamente á que *El Húsar* refundido produzca los resultados que la empresa de la Zarzuela se promete.

***

Pocas palabras acerca de los teatros por horas, aunque en ellos los estrenos sean el pan *suyo* de cada día, lo cual prueba que las obras nuevas pasan por los escenarios sin fijar un momento la atención del público y, por lo tanto, sin merecer que en sus apuntes las registre el cronista.

Lo que en los teatros cómico-líricos es una cosa tan frecuente, ha ocurrido por excepción en el con tanta justicia predilecto teatro de Lara, con el fracaso de *La última cana*. Pero como allí la dirección artística tiene bien preparado y dispuesto el trabajo, y los excelentes artistas estudian y ensayan constantemente, á los pocos días olvidaba ya el público aquel tropiezo con el estreno de *La Joven América*, precioso juguete que, aunque refundición y reducción de otro en dos actos, parece que nació del ingenio tal como ahora le aplaudimos, lo cual acredita la habilidad de sus autores D. Luis Taboada y D. Félix Llana.

La graciosa cuanto sencilla urdimbre de la fábula de *La Joven América*, animada por un diálogo natural, vivo y chistoso, se dirige toda entera á aquella final situación, tan delicada como cómica, en que una encantadora joven—representada á maravilla por Rosario Pino—triunfa de las duras resistencias de un americano, egoísta empedernido, obligándole, con el juego de sus espirituales coqueterías, á rendirse á sus pies y á repartir una pingüe herencia entre los angustiados individuos de la necesitada familia.

A la altura de la señora Pino estuvieron en la ejecución Romea, Rubio, Larra y Santiago, y todos ellos contribuyeron al éxito de la obra, participando de los nutridos aplausos con que los señores Llana y Taboada fueron premiados por el público.

Y fuera de eso, del caprichoso arranque del feliz ingenio de Felipe Pérez con su *De P. P. y W.* en Romea, y de la aparición en Apolo de un nuevo notable compositor con el célebre pianista Albeniz, no hay nada digno de mencionarse aquí entre las novedades de veinticinco días de los teatros por horas.

Pero sí hay que llamar la atención de la empresa de Eslava hacia el mal efecto que produce, hasta en sus más decididos favorecedores, la frecuencia con que reaparecen en el cartel, como *aplaudidas*, obras ruidosa y justísimamente rechazadas en el estreno, con final de bastonazos entre los exaltados espectadores, como ocurrió con motivo del infortunado *Españoleto*.

Por Dios, que no nos alcancen los palos, ya que tengamos que conformarnos con poca y no muy limpia literatura.

EDUARDO BUSTILLO.

28 de Octubre 1894.

TARRAGONA MONUMENTAL.

I.



UCHAS son las ciudades españolas que constituyen un tesoro histórico y artístico de inapreciable valor para el entendido ó cuando menos aplicado viajero que pretende satisfacer algo más que la vulgar curiosidad en sus excursiones; pero apenas podrá encontrarse otra con más definido carácter, riqueza monumental y avance hacia el pasado que la antiquísima Tarragona, la acrópolis ciclópea, la gran colonia helénica, la más tarde metrópoli romana, tan cercana por mar al centro del mundo latino, visitada y favorecida tanto por los Emperadores, y la última perdida por ellos en la Hispania, al invadirla las tribus bárbaras del Norte.

Porque es el clasicismo puro el carácter principal de aquella población asentada sobre el enorme peñasco que se eleva á la orilla misma del Mediterráneo, dominando fertilísima vega.

Mientras que en casi todas nuestras ciudades nunca dejamos de percibir algo del carácter arábigo, algo que les imprime el mudejarismo tan propio de casi todo lo español medioeval en sus artes, costumbres y hasta etnografía de sus habitantes; mientras que en la próxima Barcelona vemos renacer potente el espíritu cartaginés, activo, industrioso y emprendedor de sus fundadores, Tarragona es la ciudad clásica por excelencia, sin un recuerdo morisco, respirando por todas partes helenismo y latinismo, que ambas civilizaciones se manifiestan aún vivientes en mil tradicionales y elocuentes recuerdos. Despiértanse éstos en nosotros por innumerables detalles y motivos. Al escuchar el iotismo de su dialecto, más dulce allí que en otros lugares catalanes; al contemplar la fisonomía rectilínea de sus varones, así como la arquitectura esbelta y garrida de sus mujeres; al gustar aquel vino tan celebrado por Plinio, elaborado aun



EL TERCER TOMO.

CUADRO DE ALFREDO JOHNSON.



Á LAS VÍCTIMAS DEL MAR.

CUADRO DE ALBERTO DESMAREST.

hoy día en medio de sus calles, cuyos bebedores lo prefieren paladear al chorro del porrón de cristal, ya se encuentren en el más encopetado hotel, ya consuman el sabroso *romesco* preparado en sus barcas por los pescadores, tomando para ello la postura que nos ofrecen en los marmóreos antiguos relieves cuando los representan bebiendo con el *riton;* al ver aquella cerámica negra de Verdú, de aspecto completamente etrusco, y otros mil detalles arcaicos, os parecerá que aun están allí aquellas gentes que tanto nombre dieron á la antigua metrópoli, vestidos á la moderna por la exigencia de la moda, pero conservando pura toda su sangre, todos sus hábitos y caracteres distintivos.

Y en cuanto á sus calles y plazas, recinto y alrededores, apenas hallaréis otra ciudad en que tan al punto aparezca su antigua disposición. Diríase que no toleran sus ruinas el peso de las modernas construcciones, y luchan en todas partes por erguirse de nuevo aquellos suntuosos edificios. Aquí se distingue el circo, cuyas *caveas* sostienen las débiles casas modernas de varios pisos; allá el anfiteatro en que aun pudieran tomar asiento bastantes espectadores; arriba el palacio del César; más allá aún el *Arce*, los grandes templos, el Capitolio con sus suntuosas escalinatas; todo se divisa apenas se fija la atención, todo se reconstruye á la evocación más ligera.

Hubo allí un hombre, ya muerto (1), espontáneo apreciador de aquellas riquezas, que hasta sufriendo algunas veces la mofa de sus conciudadanos, reunió con afán incansable cuantas reliquias pudo salvar, fundando interesante museo local, que hoy ama la ciudad y reconoce como uno de sus mayores atractivos; pero el verdadero museo está en ella misma, con sus murallas fortísimas, sus torres enhiestas, sus portadas y arcos monumentales y los numerosos restos que aparecen por doquier, unos á la vista, otros brotando de su suelo á las más superficiales excavaciones.

Y son en verdad apreciados y estimados todos aquellos recuerdos por sus actuales pobladores, porque ven en ellos algo muy suyo y propio, que les habla de sus antepasados, de su misma sangre y raza, reconocido quizás inconscientemente, pero prestando más nobleza al suelo en que nacieron: son para ellos reliquias, ejecutorias y auténticas de antiquísimo abolengo, de grandeza conservada desde los más remotos orígenes.

¡Qué lugar presentará muestras más patentes y grandiosas de su remota antigüedad como Tarragona! Los arqueólogos que la estudian se admiran todos ante la extensión y grandeza de sus antiquísimas murallas llamadas ciclópeas, constituídas hasta muy respetable altura por cantos de tan enormes tamaños, que exigen fuerzas de gigantes para su tosca, pero bien ordenada y alineada construcción.

Estas murallas son consideradas justamente como las defensas de la ciudad primitiva, y las más antiguas que pueden verse en nuestra península; demuestran según su posición haber sido levantadas por gentes que vinieran por mar, ó cuando más costeando y fundando establecimientos, y que escogieran aquella colina, en la que encontraran una natural fuente de aguas potables, como muy apropiada para su colonia, defendiéndola así más fuertemente de los incolas, sin duda los famosos iberos tan indomables, por el lado de la campiña.

La parte más inferior está constituída en toda su extensión por enormes peñascos sin labrar, asentados directamente sobre la roca natural, formando un grandioso polígono de lados perfectamente alineados, con varias puertas, flanqueada cada una por saliente torre para su defensa. Elevaríase esta muralla á la altura de cuatro ó cinco hombres, que es la maxima que hoy alcanza esta primitiva construcción en sus trozos mejor conservados, disminuyendo el tamaño de las piedras conforme más se elevaban, siendo su espesor en la base de más de un tercio de su altura.

¿De dónde se sacaron tan enormes masas? Creemos que de la misma falda de la roca, donde deberían existir esparcidos aquellos cantos por descomposición natural de ella, como acontece en Ávila y el Escorial, cuyos campos nos traen á la mente la idea de la cantera megalítica.

Tan singular monumento es objeto de mil disquisiciones sobre la época y nacionalidad de sus constructores: la noticia de ellos rebasa los límites de las memorias históricas, y sólo por comparación con otros similares pudiéramos deducir algo sobre sus orígenes.

Las puertas consideradas aisladamente obedecen al sistema del dolmen; todas ellas están adinteladas por enorme piedra, que se asienta sobre otras varias superpuestas; sus torres rectangulares tienen sus similares en las de Tirinto y Argos, en los *talayots* de las Baleares, en los más antiguos *nuraghes* de Cerdeña, y sobre todo en las primitivas construcciones etruscas. Son, en fin, manifestaciones que acusan la presencia de unas gentes fundadoras de ciudades en el mar Tirreno, anteriores á las colonias fenicias y griegas que compartieron más tarde el dominio de aquellos mares; gentes etruscas ó tirrenas, que de ambos modos pueden llamarse, grandes fundadores de ciudades ciclópeas, antes que recibieran la cultura de otros pueblos más adelantados; que tal es el concepto que tenemos formado de los etruscos, pueblo primitivo de la península italiana é islas y costas ligurias é iberas, pueblo en estado lítico, que recibió más tarde su prestada cultura de aquellos otros en que el metal era ya desde muy antes conocido. *Cose* dicen que se llamó la primitiva ciudad que nos ocupa, y de iguales nombres encontramos otras en Etruria, así como la raíz *tarra* aplicada á los lugares fortificados.

Pero no lejos de allí creemos haber encontrado otro monumento, si no más antiguo, de más primitiva cultura, que nos parece ha escapado hasta ahora á la atención de los que los han examinado.

Entre el próximo pueblecito de Constanti y las ruinas de Cencellas se levanta aislado y correcto montículo cónico, que, á nuestro parecer, es magnífico *tumulus* elevado por la gente ibera á algún poderoso caudillo, quizá sucumbido en famosa batalla contra los intrusos constructores del fuerte recinto, quizá única memoria de heroica hazaña sin cronista que la pasara á la historia.

Robustece nuestra opinión, á más de su contextura térrea, el haberse encontrado al pie cantidad bastante de instrumentos líticos, *piedras del rayo*, como les llaman muchos habitantes de Constanti, que las guardan con supersticioso respeto, como talismanes de rarísimas virtudes.

Escasa vegetación lo cubre hoy, y desde su cima debe divisarse hermoso y extenso panorama, que tiene el mar por horizonte.

Mas volviendo á las murallas: su construcción es hoy tan varia, sus reparaciones tan visibles, que pueden estudiarse en ellas perfectamente todos los grandes períodos de su historia, desde los primitivos megalíticos hasta los modernísimos de nuestra guerra de la Independencia contra el invasor francés. En sus murallas tiene escrita Tarragona su historia, y no es tan retórica la frase, como á seguida veremos.

Sobre la fortísima y primitiva construcción se levantan hasta gran altura las cortinas más modernas, de piedra ya labrada con instrumento metálico, ora griegas, ora romanas, con algunos trozos de tapial árabe, y luego cristianas de los siglos medios, y hasta modernísimas.

El aspecto total de ellas es imponente y fortísimo. Cuando al caer el sol se contemplan, llegando por el camino de Barcelona, la antigua vía Aurelia, aparece en todo su majestuoso conjunto aquella acrópolis inexpugnable, que se eleva á enorme altura sobre la empinada colina á la orilla del mar.

Hemos apuntado que hay grandes lienzos de muralla pre-romana sobre la primitiva ciclópea, y pronto se convence de ello el visitante al penetrar en la llamada falsabraga, y reparar en el muro, cuyos sillares ostentan todos, esculpido en ellos, uno de los signos que corresponden al alfabeto de las llamadas monedas iberas, perfecta y profundamente grabadas y en completo estado de conservación.

Fueron estas nuevas murallas construídas, sin duda, por alguna gente helénica, bien fueran focenses ó quizá mejor rodios, que apoderándose de la ciudad la fortificaron, derribando para ello la parte superior más débil de la primitiva muralla. Construyeron entonces las suyas sobre la base ciclópea con piedras ya labradas perfectamente á pico por las caras que habían de sufrir el contacto con las otras, ajustándolas perfectamente sin emplear argamasa, y dejando en su cara externa el saliente más tosco que forma su almohadillado, sobre el que aparecen grabados los signos: este género de construcción no es privativo de los romanos, sino muy empleado por los helenos en los muros de Mesenia, por ejemplo, y más perfeccionado en el teatro de Megalópolis, y hasta en el monumento corágico de Lisícrates, y antes en Lelegues en la Lidia, en Rodas y otros puntos del Asia.

Las memorias históricas sobre las colonias establecidas en nuestro suelo parecen dejar completamente definido que, mientras los fenicios las establecían en las costas más meridionales, desde el cabo San Antonio hasta Gades, y aun más arriba por el Atlántico, los griegos ocupaban las costas más al Norte en el Mediterráneo, comenzando por Denia, siguiendo por Sagunto, fundando importantísimos establecimientos en Ampurias y Rosas, en relación íntima éstas con la francesa de Masalia, ó sea Marsella.

Háblannos también las historias de otras muchas intermedias, como Salauris, Calipolis y otras á la vista misma de Tarragona; mas apenas si tenemos memorias escritas de esta tan importante capital de la región desde entonces llamada Cosetania.

Pero los restos encontrados bajo los de la ciudad romana tarraconense nos declaran, más elocuentemente que todos los textos escritos, la importancia y grandeza de aquella colonia griega. Capiteles dóricos de correctísimo perfil, que en nada ceden á los de Pæstum y Herculano; pilastras elegantísimas; cerámica negra y blanca, idéntica á la arcaica griega; estatua de Apolo, característica de los primeros tiempos helénicos, idéntica al de Orcomene ó de Thera, con su postura rígida, á la egipcia, y su tocado singular de bucles por los lados y una especie de moño ó castaña á la espalda; fustes de columnas estriados al modo griego; la noticia cierta de un templo de Atenea, octástilo, con columnas jónicas sin basa, y, por último, esa riquísima numismática llamada, no sabemos por qué, ibérica, con ese alfabeto que está denunciando su origen griego, rodio ó theriano, aunque no hayamos logrado aún su completa lectura, son más que suficientes pruebas de la importancia helénica de la capital cosetana.

Entre las numerosas variedades de monedas de esta especie que poseemos en España, ninguna estimamos hayan sido mejor atribuídas y leídas que las de Cose, en Tarragona abundantísimas, pues la mayor parte de las otras no nos ofrecen completa confianza en el acierto de la localidad que se les atribuye, conforme con las obscuras leyendas que ostentan. Estas monedas se pueden estudiar allí mejor que en parte alguna, y se admira en ellas la belleza de sus tipos, generalmente la cabeza de Apolo ó Hércules en su anverso, con el pelo ensortijado, tal como se ve en las estatuas de Olimpia, y antes en todas las arcaicas griegas, y por el reverso un jinete sobre brioso caballo, de arqueado cuello, con las crines cortadas, á la manera de los del Partenón y de las medallas sicilianas. En su epígrafe se lee el nombre de la ciudad en la forma ‹ϟ⊬, que en las más correctas toma la de ⋖ϟ⊬, llegando en algunas hasta leerse ⋖ϟ⊬↑.

Extraña nos ha parecido siempre la teoría de atribuir aquellas monedas y aquel alfabeto á los iberos, en contra de todo lo que sabemos hoy del proceso y propagación de las unas y del otro, tratándose de pueblos y tribus que vivían en la mayor rusticidad, y sin comercio ni navegación que les hiciesen necesarios tan útiles inventos. Todas aquellas monedas, con perfectísimos anversos y reversos, corresponden á la civilización helénica, sin pretender representar jamás por sus tipos los atributos iberos, antes al contrario, ostentando el sello de una raza explotadora y de sus númenes. Todo lo más que podemos admitir es que los iberos aceptaran al cabo para sus usos el numerario de las colonias orientales, de las que aprendieron la acuñación de la moneda.

Humillados los cartagineses en Sicilia al finalizar la primera guerra púnica, y pretendiendo la conquista de España, presentábaseles como primer obstáculo para sus planes estas colonias que, ejerciendo gran dominio hasta el interior, eran, sin embargo, poderosas y amigas de los romanos. Había, pues, que destruirlas, aniquilar su comercio, y para ello, tomando posiciones estratégicas en Cartagonova, Ebusus (Ibiza), Barquino (Barcelona) y Ruscino (entre Ampurias y Marsella), comienzan una lucha y bloqueo general, que arruina por completo su comercio, y concluye, como último episodio, con el incendio de Sagunto, ocurriendo igual suerte á todas las demás, entre ellas la importante y fuerte Cose.

En uno de aquellos lienzos de muralla por la parte norte, en cada uno de cuyos sillares grabó el obrero griego aquellos misteriosos caracteres, quizá la inicial del capataz ó contratista á cuyas órdenes trabajaban, se nota visiblemente los efectos de las famosas máquinas de sitio cartaginesas, señalados por amplia brecha, más tarde recompuesta por los romanos; y cuando se verificaban los desmontes en el sitio llamado de la cantera, al sacar material para la construcción del moderno puerto, notábase claramente bajo el piso correspondiente al suelo romano, otra serie de ruinas calcinadas por violento incendio, entre las que se encontraban los objetos pertenecientes á la ciudad griega destruída por los cartagineses, fragmentos que, sin duda, existirán enterrados en gran número aún, bajo los posteriores edificios de la ciudad romana, en su parte más alta y monumental.

He aquí, pues, que no podemos admitir literalmente la frase de Plinio, de que Tarragona fuera fundada por los romanos, sino en el sentido que en su lugar expondremos, pues lo estaba ya mucho antes.

Al mismo alfabeto á que corresponden los signos tan profundamente grabados en los sillares de las murallas de la segunda época de Tarragona, que luego no volveremos á ver en otras construcciones romanas, corresponden también bastantes marcas de cerámica y lápidas bilingües, que aparecieron en la cantera, desgraciadamente enterrados luego en los cimientos del nuevo puerto.

Dos cuestiones históricas de gran interés despiertan, pues, los monumentos y ruinas pre-romanas de Tarragona: la cuestión etrusco-tirrena y la cuestión epigráfico-numismática. De la primera, pocos restos nos quedan, si no son sus primitivas murallas, su nombre y algunos fragmentos cerámicos, pues su epigrafía no ofrece los caracteres de aquélla, escrita siempre de derecha á izquierda, por más que algunos signos les sean muy semejantes, como hijos ambos de un mismo origen fenicio: la numismática corresponde por completo al tipo y marco de las colonias griegas de la baja Italia, y sus valores vienen á semejarse mucho con los italo-griegos, coincidiendo con el denario romano en la plata; lo que indica su común procedencia.

El estudio de estos corientes, la comparación de estos caracteres con los arcaicos griegos, sobre todo con los llamados de la rama de Thera por Mommsen, del que se derivaron los más conocidos, el jónico y el ático, y que hace suponer una tercera rama mediterránea distinta de la focense con restos del silabismo chipriota, nos podría llevar algún día á la resolución de estos problemas, más nebulosos aún por la escasez de materiales, de cuya abundancia podemos esperar sólo su resolución y comprobación con tales documentos: alfabetos coloniales, isleños, que en alguna ocasión llegan sin duda á separarse bastante de sus originarios, por sus nexos, variantes y signos convencionales locales, encontrando hasta el presente cierto enlace entre ellos con los de algunas inscripciones de la Magna Grecia, Chipre y Sicilia, que nos indican esta ruta que recorrer.

Tales son los servicios que la arqueología puede hacer, y de cuyas inauditas revelaciones y sorprendentes descubrimientos va saliendo la historia casi reconstruída en el presente siglo, inspirando á la vez estas pruebas más confianza que los textos más repetidos y autorizados.

Narciso Sentenach.

Concluirá.

(1) El Sr. D. Buenaventura Hernández Sanahuja.

EL DÍA DE LOS MUERTOS.

¿Los nombres de los que fueron
Buscáis en el camposanto?.....
¿Coronas dais á la tierra
Y luces al frío mármol?
¡Triste consuelo!..... Elevad
El pensamiento más alto,
Que al pie de la negra cruz,
Y de la losa debajo,
Nada por nuestra desdicha
Queda del objeto amado.
¡Tierra, los ardientes ojos!.....
¡Tierra, los húmedos labios!
¡Tierra, el cerebro incansable!.....
¡Tierra, el corazón cansado!
Sobre los vivos que lloran,
Las almas que se escaparon
Con el último suspiro
Eterna vida buscando,
Llenas del Divino amor
Terreno amor olvidaron,
Y no ven las tristes flores
Ni ven las perlas del llanto;
Que hay entre el cielo y la tierra
Negras nubes y ancho espacio.
Arriba, gloria infinita,
Duros tormentos abajo.

¡Felices los que se fueron!.....
¡Tristes de los que quedaron!

Tal vez resplandece un alma
En cada lucero claro,
Y Dios adorna con ellos
De la noche el negro arcano,
Escribiendo en caracteres
De fuego su Nombre santo.
Sobre esa bóveda azul
Tal vez el sol no es un astro,
Sino el centro luminoso
De espíritus que lograron
De la Divina pureza
Los resplandores sagrados.
¡Por eso el sol es la vida!.....
¡Por eso sus dulces rayos
Nos sonríen cariñosos
Cuando bajan á besarnos,
Y alegran nuestras tristezas
Y fecundizan los campos!
No tendáis la vista al suelo
Perdida pasión buscando.
¡Mirad arriba!..... *Elevad*
El pensamiento más alto;
Que allí los muertos queridos
Gozan eterno descanso,
Y llorar por ellos es
Incomprensible sarcasmo.
¡Felices los que se fueron!
¡Tristes de los que quedaron!

José Jackson Veyán.

LA CASA SIN CIMIENTOS.

FÁBULA.

Juan, Perico y Antonio, tres muchachos
Criados en la holganza,
Que, en vez de ir á la escuela, cada día
A correr por el campo se escapaban,
En el fondo de un valle reunidos
Los tres una mañana,
Para matar el tiempo se entretienen
En hacer, según dicen, una casa.
—Traedme muchas piedras—grita Antonio.
—Yo quiero hacer la puerta y las ventanas.
—Yo la cocina.—Yo el pajar.—Yo el huerto.
—Ya veréis cómo vienen á arrendarla.....
Y allí, sobre la arena amontonando
Las piedras que acaparan,
Van formando, sin orden ni concierto,
Una mole muy alta.
Ya para colocar otros pedruscos
Los muchachos no alcanzan,
Porque aquella pared ó masa informe
Sus cabezas rebasa.
Antonio es atrevido, y sin reparo
Sobre el montón de piedras se encarama;
Y mientras Juan y Pedro, sin sosiego,
Llevan á aquél las piedras que le faltan,
Éste las va poniendo una sobre otra,
Y con ardor trabaja,
Sin ver que aquella casa sin cimientos
Desplomarse amenaza.
Contentos y orgullosos se sonríen
Cada vez que una piedra es colocada,
Y al ver su obra gigante que se eleva,
Dan gritos de placer y baten palmas.
Pero de pronto oscila aquella mole;
Quieren los niños impedir que caiga,
Y, falta de equilibrio, viene al suelo
La proyectada casa,
Hiriendo en su caída á aquellos niños
Que, guiados no más por su ignorancia,
A pagar con la vida se expusieron
Su idea temeraria.

Pretender realizar grandes empresas
Si en la ciencia y virtud no están basadas;
Emprender grandes obras, sin más guía
Que el atrevido orgullo ó la ignorancia;
Seguir desconocidos derroteros,
Si la experiencia ó el estudio faltan,
Siempre ha de dar el mismo resultado
Que edificar sobre la arena falsa;
Siempre será lo mismo
Que escribir en el agua.

Ricardo Sepúlveda.

MUNDANAS.

LA BANDERA.

I.

El fausto suceso se celebró en el barrio con un ruidoso **alboroque**, en el que hubo su correspondiente chocolatada **de las** monjas, grandes amigas del baratillero del Rastro **desde que** el Sr. Cosme les regaló por la fecha de su santa **patrona** dos candelabros antiguos de mucho mérito. Su pa**dre habíaselo** prometido á la Lolilla.

—El día en que te pongas de largo te regalaré un pañuelo de crespón.

Con tal promesa, la chiquilla no pensaba en otra cosa que en la fecha en que la llegara á los tobillos su traje de medio paso, hasta que una vez llevóla su madre á la propia modista de la Reina á que le tomase nuevas medidas, después de escoger en la mejor tienda de la villa coronada un corte de vestido de raso amarillo, y á los quince ó veinte días, engalanada con semejante atavío, confesó y comulgó de mañanita, que eran sus padres cristianos viejos y amigos de cumplir con la Iglesia, y cuando regresó á su casa se encontró con el suspirado mantón de Manila, recostado sobre el respaldo del sofá de anea de la sala.

El padrino había regalado un broche de brillantes para sujetar el pañuelo; el hijo del tripicallero de la esquina, un mocete barbilindo que no miraba con malos ojos á la niña, un ramo de claveles blancos de Aranjuez; sus amigas y compañeras de calle, mayores que ella en edad, se encargaron del tocado de la naciente mujercita, y en un dos por tres la peinaron con ondas y pelo bajo, en el que prendieron varios reventones, la colocaron sobre los hombros el mantón, sujetándoselo al cuello con el imperdible que despedía chispas de luz, y coronaron su obra besándola á porfía en los dos capullos de rosa de sus carrillos.

¡Ea! Aquel día no comía nadie en casa en el barrio. El Sr. Cosme festejaba el vestido largo de su hija pagando un almuerzo en la Pradera del Corregidor á los amigos. A primera hora de la mañana comenzaron á llegar á la plaza del Rastro calesas y más calesas, que se paraban todas ante el domicilio del baratillero, no sin grave riesgo de atropellar á las comadres y chiquillos, que comentaban el suceso formando un curioso corro y alabando los pañolones de largos flecos de las convidadas, llevados con el donaire y el fuego de las madrileñas legítimas, nacidas para andar por la calle al compás de un paso doble torero.

La aparición de la Lolilla fué saludada por la gente con un reguero de oles y una salva de aplausos. Estaba monísima. Sus facciones menudas y finas, iluminadas por una suave luz, resultaban de una tersura singular, contrastando con el tono fuerte del pañuelo. El pelo negro, los ojos negros, la mirada viva y dentro de la castidad de la inocencia, llena de esa maliciosa gracia peculiar de los barrios bajos. Pero lo que más extrañaba en sus ojos era la firmeza de sus rayos. Había allí una niña con súbitas energías de mujer, un espíritu vigoroso y decidido que se despertaba escapándose en fulgores repentinos de extraordinaria fiereza. Una verdadera gatita, en suma, pequeña, minúscula, todavía en capullo, pero templada y brava en el fondo, digna de la sangre chispera que por sus venas circulaba.

Tenía fama entre los convecinos de buena y sencilla. Todos aquellos jaques de pelo en pecho llamábanla hija y la querían con delirio; todos la llevaron su presente; todos apadrinaron en lo hondo de su corazón el primer vestido largo de la Lolilla. Entre el tumulto brillante del cortejo apareció en la puerta para montar en la calesa, y sonrió á los curiosos que se alzaban con las puntas de los pies con objeto de verla á gusto. La espontánea sonrisa de la chiquilla le conquistó las simpatías del público, y mientras el coche arrancaba, exclamaron las comadres saludándola:

—¡Es la honra del barrio!

II.

No ya los tendidos que prolongaban su gradería al pie del palco, sino la Plaza entera, rompía en un aplauso estruendoso cuando detrás de la barandilla surgía como una repentina aparición la Lolilla, con su traje de medio paso amarillo, su pañuelo de crespón rojo y su mantilla blanca, sujeta en el pecho por brillantes y claveles. Antes de sentarse, permanecía en pie un momento, como una reina contemplando á la muchedumbre desde su trono, destacando su figura gallardísima y pintoresca, y luego se aposentaba en su silla abrumada por una explosión de piropos que ella pagaba con miradas y sonrisas.

No perdía ninguna corrida, resultando así popularísima en la Plaza. Todos la conocían y la amaban, pero singularmente «sus tendidos» como ella decía, aquellos bulliciosos escalones de piedra, de los que se levantaban las primeras rachas de tempestad cuando el espada, después de una brega eterna, daba un bajonazo bochornoso. Bien es verdad que allí estaban abonados los suyos, la flor de los manolos de los barrios bajos, los que se disputaban la dicha de bailar con ella en la verbena del santo; la parroquia de la chinche en pleno, brava y generosa; los que más de cuatro veces habían esgrimido por sus ojos negros las navajas de lengua de vaca contra las espadas de los cadetes de guardias de Corps.

Porque la fama de buena moza de la Lolilla había traspasado las fronteras naturales de la plaza de la Cebada, escalando los recios muros del lejano cuartel del Conde-Duque, asiento entonces de una juventud brillante de retorcidos bigotes, espada al cinto, bolsillo exhausto, inflamable corazón y mente ligera, capaz de imaginar las locuras más tremendas, y, lo que valía más, de realizarlas. Así, de noche, que diluviara ó que ardiera la atmósfera, singularmente en las alegres de verbena, aparecían por allí abajo más de cuatro almibarados oficialitos de talle de avispa, rondando la casa de la hija del Sr. Cosme.

Acechos tales no eran muy del agrado de los manolos del barrio, bebiendo los vientos siempre por el garbo y la sal de la chiquilla; y á pesar del respeto al uniforme, no dejaban de menudear de cuando en cuando unas algaradas fenomenales, en las que se repartían palos á granel, comenzándose por romper los faroles si no alumbraba la luna, y á las que ponía término cuando podía la contrarronda de alguaciles. Gracias á que la Lolilla maldito el caso que hacía á los presuntuosos pisaverdes; pero ellos, impertérritos, no cedían el campo, empeñados en vencer con sus charreteras los desdenes de la maja.

Una tarde estaba la Plaza, de ordinario tan levantisca y movida, pacífica y quieta, con un extraño y sombrío sosiego, como agobiada por algo abrumador. Ni la presencia en la arena de un berrendo de la tierra de mucho poder, que de cada cornada derribaba un caballo, ni las moñas de plumas y sedas que lucían los bichos por ser la corrida en beneficio de un hospital de incurables, ni el matar la canela de los toreros de entonces, conseguía encender á la muchedumbre. Y á la verdad que nada de particular tenía semejante tristeza colectiva: el pueblo que piensa poco siente mucho, y los aires de fronda que venían reinando en la coronada villa ante los escándalos de una corte entregada á un favorito; los rumores de fuga al extranjero de la familia Real; la presencia en Madrid de un ejército de miles de franceses; el hambre, la falta de trabajo, llenaban el corazón de las gentes de amargura y les ennegrecían las ideas, haciéndolas vivir intranquilas bajo el presentimiento de grandes desgracias.

Un solo instante se interrumpió la singular quietud del público, estallando un aplauso que partió de los tendidos de los chisperos. A la vez asomaron en el palco del rico baratillero los ojos negros y los claveles rojos de la Lolilla, destacando sobre la mantilla blanca. Los «suyos» la saludaron como de costumbre, y aunque no desarrugó el ceño la multitud, la presencia de la maja de San Cayetano, hizo en ella el efecto de un rayo de sol que aporta una chispa de alegría.

III.

Estaban á la vista de la capital, en són de guerra, mandados por Napoleón en persona, extendiéndose por las llanuras castellanas como una inundación que todo lo arrolla á su paso. Madrid supo la nueva y se estremeció de espanto y de ira. Aquellos aprestos militares formidables, aquella acumulación de elementos, la misma presencia del capitán del siglo al frente de sus tropas, revelaban el propósito de los franceses de apoderarse de la capital.

Si podían. La indignación estalló unánime en la villa, con más arrogancia que medios para sostenerla. ¡Cómo! el día memorable del 2 de Mayo, sin armas, sin cohesión, sin unidad, sin ponerse de acuerdo nadie, con el enemigo dentro, oponiendo á los cañones malas escopetas de caza, y á las bayonetas, garrotes, habían realizado una hazaña de tal calibre, matando quién sabe los franceses, ¡y ahora iban á dejarles entrar con sus manos lavaditas, contando con autoridades, armas y tropas! De ninguna manera. Antes morir al pie de las barricadas que consentir que el invasor volviera á pisar las calles que antes ensangrentó con sus ferocidades. ¡A defenderse!

Organizáronse juntas, pidiéronse fusiles, publicáronse pregones y bandos, y se llamó al noble pueblo madrileño á las armas, en nombre de la patria. Ni uno solo de los manolos de allá abajo faltó á la sagrada cita. Inscribieron sus nombres en las listas de la Milicia Nacional que se formaban en el vetusto convento de la Trinidad, y tumultuosamente después en turbulento grupo, gritando como energúmenos: «¡Muera Napoleón!», rojos de ira, de entusiasmo, de vocear, seguidos de una turba de mujeres y de chiquillos se enderezaron calle de Barrionuevo hacia el Rastro, cruzándose con otros pelotones delirantes y cambiándose saludos, vivas, apretones de manos, abrazos entre los que, impulsados por su amor á su país, desatendían sus habituales ocupaciones yendo á ofrecer su sangre ó su vida en holocausto á una idea.

«¡A casa del señor Cosme!» era el grito de los honrados manolos. Necesitaban un jefe, y nadie mejor que el bravo baratillero, padre de sus convecinos y uno de los primeros que cogieron un fusil para luchar contra los franceses en el memorable ya pasado 2 de Mayo. Todos aquellos muchachos habían acompañado al rico comerciante, todos habían tomado parte en la algarada de la plaza de la Armería la infausta mañana en que el honrado pueblo se opuso á la partida para Francia del infante D. Antonio, y sabían el coraje del cacique que vivía de milagro, como milagro consideraban todos el haber escapado de los arcabuzamientos ordenados por Murat, tanto más, cuanto que cada cual guardaba, como patriótica reliquia para legarla á sus hijos, la faca teñida con la sangre de algún mameluco.

El señor Cosme, el popular viejo enjuto y duro del Rastro, pequeñito y con ese típico rostro lleno de malicia del madrileño, les salió al encuentro, avisado por el griterío, y les recibió en la calle, delante de su casa. En un instante se encontró rodeado de gente, falto de brazos para estrechar á tantas personas. «¡Queremos que usted nos mande! ¡Queremos que sea usted nuestro jefe!» Todos voceaban lo mismo y á la vez, sin conseguir calmarlos el baratillero, por más que les recomendaba la serenidad y el aplomo. Al principio se excusó; otros eran más dignos que él de tal honor. Pero fueron tan nutridas y unánimes las protestas, que no pudo resistir más, y con los ojos repletos de lágrimas y la voz velada por los sollozos, exclamó:

—¡Bien, hijos míos, bien; lo que gustéis!

—¡Acepta, acepta! ¡Viva el señor Cosme!—dicen con delirio.

Las gargantas se quedaron roncas, los sombreros volaron por el aire: de pronto, uno de los patriotas gritó como el que recuerda algo olvidado:

—¡Necesitamos una bandera!

¡Sí, sí! ¡Una bandera, una bandera! ¡Pero de dónde sacarla? En aquel instante, como evocada por un conjuro, apareció en el balcón de la casa la Lolilla, ondeando un gran paño de seda roja con flecos, atado á un palo por dos puntas: era un pañuelo de crespón, y la muchedumbre, al ver el mantón adorado de los tendidos de la Plaza, símbolo de la patria y de la cuna, sintió en el corazón como un estremecimiento augusto, rompió en un aplauso atronador, voceando: «¡Esa, esa! ¡Viva la Lolilla!» y gritó por último, con el tableteo de un trueno que conduce el rayo:

—¡Viva España!

Alfonso Pérez Nieva.

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

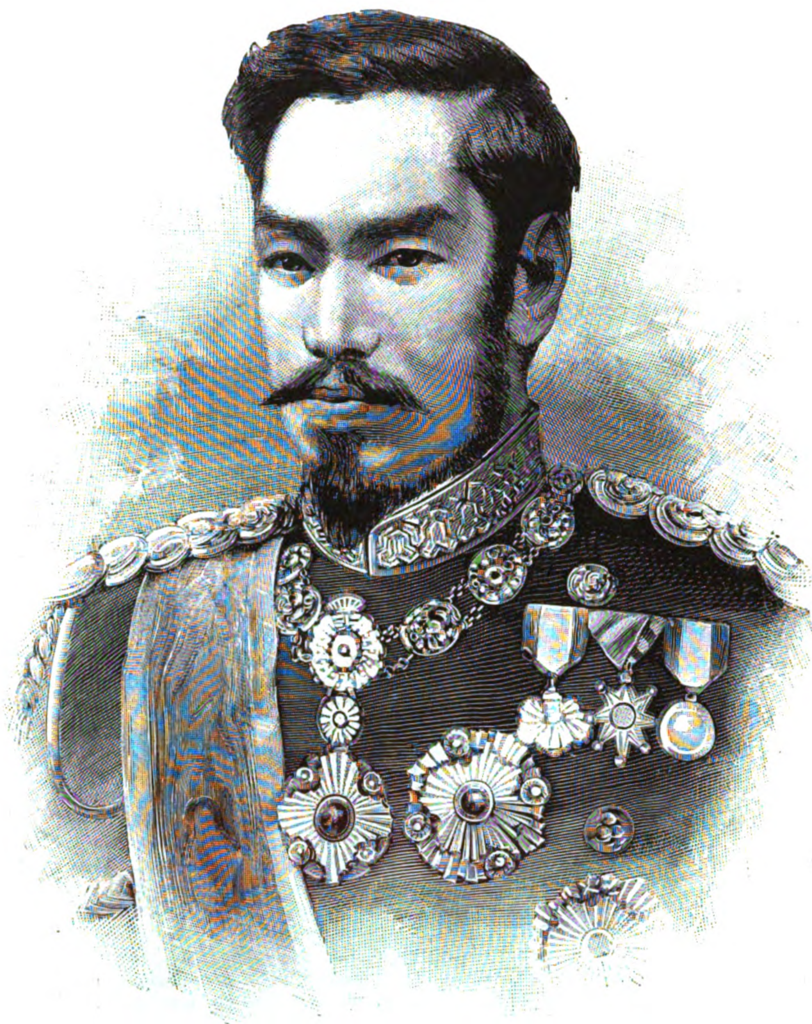
Zaragoza: Sus nuevos progresos industriales.—La ciudad antigua; monumentos artísticos; la Virgen del Pilar; nombres ilustres.—Casa Blanca: el salto de agua, la turbina, la dinamo alternador *bifásico;* la Estación central, transformadores, electromotores, dinamos de corriente continua. Importancia de la instalación.

La capital de Aragón ha terminado el período de sus animadas fiestas y ferias de Octubre con la inauguración de un admirable centro industrial, la fábrica de azúcar de remolacha, y con la utilización de la energía hidráulica del salto de Casa Blanca, en el Canal Imperial, para la producción de la luz eléctrica. Son ambos sucesos de tal importancia y trascendencia, que bien pueden considerarse como el principio de una nueva era de progresos y de positivos beneficios en la historia de Zaragoza. La ciudad heroica é invicta, que ya contaba con sus industrias agrícola, harinera y papelera, acaba de acoger en su seno á dos de las manifestaciones más adelantadas de nuestro tiempo, que ostentan en sus detalles el lujo de lo último y más acabado que se conoce, así en la explotación de la riqueza azucarera de la remolacha, como en la conversión de la fuerza de la gravedad de las corrientes de agua en energía eléctrica y en la transmisión casi íntegra á largas distancias de la fuerza así transformada. Modestas en sus apariencias estas dos fases del progreso industrial, establecidas sin el aparato, concurso y estrépito de las grandes solemnidades y acontecimientos populares, son en su fundamento, y han de ser en sus resultados, motivo de constante estudio y de enseñanza para las personas cultas, base de provechoso trabajo para sus fundadores, ejemplo elocuente que animará á los capitales á seguir nuevos y útiles derroteros, manantial de comodidades y de económicos servicios y recursos para el vecindario, y gala y orgullo del pueblo que tiene la fortuna de ostentarlas. Su adopción y planteamiento demuestra que en la culta y activa sociedad zaragozana existen numerosos elementos que tienen fe en las modernas conquistas de la ciencia aplicada, y que no vacilan en confiarla sus capitales para disfrutar de ellas. El capital, al hermanarse con la ciencia, conviértese en cosmopolita, para buscar y utilizar sus creaciones más perfeccionadas, y en el caso presente el dinero zaragozano ha pedido á la ciencia alemana que le sirva con su material más acabado, como, en efecto, lo ha hecho, montando las admirables instalaciones que aquí funcionan y con tanta satisfacción se contemplan.

Estos adelantos, y otros que seguramente se implantarán, son hijuelas de la gran de obra, á que deben Zaragoza y mucha parte de su provincia, la riqueza y prosperidad de que disfrutan, de la creación del inmortal D. Ramón Pignatelli, que ideó y construyó hace poco más de un siglo el Canal Imperial, con el que los campos de esta comarca se convirtieron en tierras de regadío y en una de las vegas más fértiles y hermosas de nuestra patria. La campiña, fecundada por este cauce y por el Huerva y por el Gállego, el suelo regado por las derivaciones y afluentes del Ebro, es en sus huertas, viñedos, prados, bosquecillos, torres y alamedas, una verdadera mina de creciente riqueza. Con el agua ha podido desarrollarse el cultivo de la remolacha en condiciones inmejorables, fuera de aquí desconocidas ó no aplicadas; con la fuerza del agua ha podido obtenerse la luz eléctrica, en condiciones económicas incomparables también. Los que han sabido utilizar la energía fisiológica y la energía mecánica del agua, que hasta aquí puede decirse que se perdían, para ese cultivo y para este servicio industrial urbano, bien pueden figurar en la crónica zaragozana como dignos sucesores de Pignatelli.

°°°

Á los goces de la contemplación artística y de los recuerdos históricos con que brindaba Zaragoza á los hombres estu-



S. M. MUTSU-HITO,

EMPERADOR DEL JAPÓN.



JAPON.—LA EMPERATRIZ, EL PRÍNCIPE HEREDERO Y LOS ALTOS DIGNATARIOS DE LA CORTE DESPIDIENDO AL MIKADO Á SU SALIDA DE YOKOHAMA.

(De fotografías.)



PARÍS.—PREPARACIÓN DEL SUERO ANTIDIFTÉRICO.—EL DOCTOR ROUX EXTRAYENDO SANGRE DE UN CABALLO PREVIAMENTE INOCULADO.



LA GUERRA ENTRE CHINA Y EL JAPÓN.—CUERPO DE TROPAS JAPONESAS MARCHANDO HACIA LA FRONTERA CHINA.

diosos, añade ahora estos nuevos atractivos, que de seguro multiplicarán el numero de los curiosos que acuden á visitarla. Como simple aficionado á gustar de placeres semejantes en las artes y en las ciencias, con el deseo de ver y aprender un poco más cada día, he realizado yo también mi visita al pueblo del Pilar, y á solas y á mis anchas lo he corrido por todas partes, encontrando tan placentera satisfacción en contemplar su parte vieja, como en ponderar, con muy grata compañía, la ostentación que ofrece la nueva, como en ser uno de tantos testigos de las primeras señales de la muy poderosa vida con que aparecen en la esfera del trabajo y de la industria de esta antiquísima metrópoli la Compañía Aragonesa de Electricidad y la Azucarera.

Con creciente curiosidad, y satisfaciendo un propósito desde hace muchos años acariciado, penetré bajo las esbeltas, arrogantes y obscuras naves de la Seo, y sentado en su capilla mayor me extasié ante el ojival retablo de alabastro que labró Pere Johan de Cataluña, y ante el elegante cimborrio que lo cubre y alumbra, y cuyo sostén exterior ú originalísimo ábside, románico en su base, ojival en sus altas ventanas y semimudéjar ó arábigo en sus paramentos, había ya visto antes de penetrar en el templo. Allí recuerda la mente el asesinato del mártir Pedro Arbués, cuya sangre humedeció las losas del presbiterio; allí, en torno del coro, se embelesa la vista ante los primores escultóricos del renacimiento, que creó el genio del gran Tudelilla de Tarazona; allí se perciben en lo alto, incrustados en los capiteles, los escudos reales del arzobispo D. Fernando de Aragón, nieto del Rey Católico, que labró á su costa aquella parte de la iglesia y los áureos rosetones que cierran los encuentros de la ojival crucería. No hay seguramente en España templo de planta más rara y de disposición tan difícil de entender á primera vista como la Seo de Zaragoza, ni tampoco es fácil encontrar en ninguno variedad de capillas más antiartísticas ni extravagantes como las que están abiertas en sus cuatro muros, y en las que, á vuelta de la más anárquica libertad del arte, no dejan de admirarse algunos detalles de mérito en las labores de escultura y de pintura, sobre todo en las que se diseñaron en el primer tercio del siglo XVI. Bien viene la poca luz que entra en aquel recinto por las altas, circulares y pobres ventanas y vidrieras para que tales creaciones queden casi ocultas; pero lástima grande es que el hermoso y armónico conjunto de sus naves, pilares, bóvedas, trascoro y capilla mayor no reciban de plano toda la luz necesaria, para que pudiera percibirse á gusto su maravillosa fábrica.

La torre de la Seo, de gusto italiano, alzada á fines del siglo XVII, es de lo más original, elegante, aéreo y esbelto que en este género de construcciones puede verse en las ciudades de nuestra patria, y constituye un detalle característico de la vista de la insigne capital aragonesa. En el álbum artístico que el aficionado puede formar, dentro de la historia rigurosa de los estilos arquitectónicos, allí están, en un espacio que pudiera decirse breve como la palma de la mano, en la línea de la calle del Pilar, la Seo, ojival; la Lonja, plateresca en su interior; y el Pilar, clásico de la decadencia, pero no barroco ni borrominesco, como con injusticia se le adjetiva. Sólo faltaba, para que el conjunto de la sucesión de los estilos estuviera casi completo (y digo casi, porque el clásico de Herrera no tiene en la ciudad ejemplar que le represente), que la Aljafería, con sus labores ojivales arábigas, se alzara también en aquella parte de la población antigua, que en la ribera misma del Ebro limitan el extremo oriental del Coso y la línea del Mercado. ¡Muy sensible es que la bellísima capilla de jaspe, que trazó el inmortal Ventura Rodríguez para cobijar el ara de la Virgen del Pilar aparezca encajonada, sin vista, sin luz y sin espacio, entre los prismáticos y pesados pilares que sostienen la bóveda general! ¡Y poco agradable resulta el que la siempre venerada y afamadísima imagen de la Virgen y su Pilar tengan por trono aquel altar que, aunque sea de plata, es de gusto tan sencillo y pobre que no parece digno de la gloria y nombradía de la Patrona de Zaragoza! Allí, por ejemplo, el arte románico, contemporáneo de la reconquista de la ciudad por el gran Alfonso aragonés, debiera haber sido el escogido é imitado por los artistas del tiempo en que la nueva iglesia se construyó, para haber ostentado sus místicos primores, bellísima traza y típicos detalles en aquel solio donde todo gusto, por esmerado, característico y genuinamente nacional que hubiera resultado, sería poco para servir de aureola á una imagen ante la cual se han postrado los españoles durante diez y nueve siglos. Y, en fin, lástima grande es también el que á una imagen labrada con todas sus vestiduras en relieve, se la vista desde las rodillas para abajo, con postiza envoltura, que oculta casi todo el Pilar, y que, por riquísimas que sean las telas y labores que la forman, y por algunos miles de pesetas que valgan, quitan todo su carácter á la sagrada representación, y no alcanzan jamás á decorarla mejor con semejante aditamento, completamente innecesario. En la vetusta parroquia de San Pablo, en Zaragoza mismo, hay detrás de la capilla mayor, en la vuelta del hemiciclo, una modesta capillita que cierra elegante y artística verja ojival, y en ella se venera una imagen, copia de la del templo metropolitano. Pues bien, aquella imagen aparece tal cual la del Pilar debiera venerarse, tal cual la tradición y la fe dicen que la recibió Santiago; sin envoltura de ninguna clase.

Sesenta años después de labrado el primoroso retablo de la Seo (1445) por Pere Johan de Cataluña, esculpió el valenciano Damián Forment el no menos admirable de la capilla mayor del Pilar, y treinta años más tarde, en pleno desarrollo del arte plateresco, cincelaron la sillería del coro Obray, Moreto y Lobato. Maravillosas obras son ambas, ante las cuales pasé largo tiempo, pensando que sólo el contemplarlas merece el viaje á Zaragoza. ¡Cuán bellas y admirables serían las torres de aspecto mudéjar que se levantan en las iglesias de San Pablo, la Magdalena y San Gil, por ejemplo, si hubiera sido posible labrarlas en sillería y no en ladrillo, y si después de sus años no las hubieran coronado con raquíticos y feos chapiteles! Muy interesante es el recorrer aquel verdadero laberinto de calles estrechas, acumuladas en la ciudad vieja y en su populoso barrio de San Pablo, y en las que, si apenas se conserva ningún edificio artístico, fuera del de el estilo del Renacimiento, de Zaporta ó de la Infanta y de algunos otros, á los que la construcción en ladrillo, general en Zaragoza, quita todo aspecto monumental, traen los nombres á la memoria del curioso visitante múltiples recuerdos, como los de Lanuza, Palafox, Manuela Sancho, el cura Romea, Condesa de Bureta, P. Boggiero, Carrica, María Agustín, Casta Alvarez, Agustina de Aragón, Ibort, Peromarta, Sas, Goya, Bayeu, Asso, Echeandía, Argensola, Agustín, Pellicer, Zurita, Latassa, Dormer, Blancas, Cerdan, Carrillo, Goicoechea, Lezaún, Cuéllar, que resumen la historia de los héroes, de los artistas y de los sabios, y que al aparecer inscritos en aquellos lugares donde habitaron ó se distinguieron, casi, casi obligan al viajero á recorrer toda la ciudad con la cabeza descubierta, en señal de respeto. La urbanización moderna, que ha embellecido á Zaragoza desde el Coso hasta Santa Engracia, que ha abierto la hermosa avenida de Alfonso I, y que tanto desarrollo toma en la parte meridional de la ciudad, es digna, por su trazado, aspecto y elegancia, de las exigencias que el ornato público de nuestros días impone á las capitales más adelantadas.

⁂

Es Casa Blanca un término de los alrededores de Zaragoza, situado á tres kilómetros de su recinto, en medio de aquel delicioso paisaje que lo rodea y al lado de dos de las esclusas del Canal Imperial. Sobre la primera el cauce se deriva, y va con su caudal á mover un molino harinero, volviendo las aguas, inmediatamente después que así se utilizan, á ingresar en el Canal al pie de la segunda esclusa. La cantidad de agua que por allí pasa es muy considerable, 10.000 litros por segundo, que caen desde una altura de 7 metros. De esta enorme masa se aprovechan 5.000, con una fuerza efectiva de 300 caballos. Durante más de cien años no se ha aplicado energía semejante más que á la labor de la pobre molienda. Hoy, cuando por todas partes se buscan con empeño las fuerzas naturales para la producción económica de la electricidad, el salto de Casa Blanca era un tesoro que no debía olvidarse, ni desperdiciarse. Su existencia, bien conocida, aunque no debidamente estimada, se estimó, al fin, un día por los que proyectaban establecer el alumbrado eléctrico valiéndose de esta fuerza natural; y estudiado el problema, se comprendió bien pronto que sin vacilación había que utilizar aquel tesoro. Constituída la Sociedad Aragonesa de Electricidad, encargó á la afamada fábrica de fundición zaragozana de Averly la construcción de una poderosa turbina, que aprovechara la energía del salto. La turbina tiene 7 metros de altura, es de doble suspensión, y honra á la casa que la ha construído y á su ingeniero el Sr. D. Julio Foucault. Sobre el grueso muro, que es el piso macizo de uno de los departamentos de Casa Blanca, se ha instalado una dinamo, generadora de electricidad, sistema C. Brown, de la Compañía general de Electricidad de Berlín, máquina la más poderosa y enorme de cuantas funcionan hoy en España, y la más perfeccionada también, en cuanto á los adelantos que se han realizado, para el transporte de la energía eléctrica.

Para los conocedores de estos progresos, sabida es la historia de los sorprendentes trabajos de los electricistas Ferraris y Tesla, realizados aisladamente desde 1888, y merced á los cuales se han podido construir los motores que se denominan de campo magnético rotatorio, perfeccionados últimamente por Dolivo-Dobrowolsky, en Berlín, y Brown en Oerlikon. Estas dinamos constituyen un motor de corrientes alternas, que facilita casi en absoluto la posibilidad de transportar las corrientes eléctricas, y por consiguiente la fuerza en la cantidad y á la distancia que se deseen; corrientes alternas que, aun siendo de gran potencial, pueden aislarse fácilmente, y no destruyen el material empleado. En estas máquinas ó alternadores *polifáseos* sin colector ni escobillas, que tanta admiración causaron al realizar el transporte de la energía en las experiencias de Francfort-Lauffen, las corrientes *polifáseas*, alternas, gracias á los trabajos de Haselwander, se convierten fácilmente en corrientes continuas, y viceversa; progreso inmenso que les da una superioridad incontrastable. La dinamo de Casa Blanca no funciona como las primeras que construyó Dolivo Dobrowolsky con tres corrientes para la producción del campo magnético rotatorio, sino con dos. Su potencia es de 2.300 volts y 42,5 amperes en cada fase, de modo que esas cantidades multiplicadas por 2 dan 195.500 watts. Las corrientes se trasmiten á Zaragoza por alambres delgados de cobre, sostenidos por altos postes, bien defendidos, para que no pueda llegarse á aquéllos. Al entrar en la ciudad, las corrientes van subterráneas hasta la estación central, evitándose así todo peligro. En esta estación el peligro también desaparece, porque las corrientes de tan alto potencial se convierten en otras de muy bajo. Realizan esta conversión los sencillos aparatos denominados *transformadores*, los cuales se colocan entre la dinamo generadora y la receptriz, y cuya ingeniosa disposición ideó también el sabio é insigne Mr. Dolivo. Las corrientes así reducidas pasan á la máquina receptriz, representada en la estación por un par de aparatos electromotores *bifáseos*, donde producen de nuevo el campo rotatorio y convierten la electricidad en movimiento. Cada uno de ellos desarrolla una fuerza de 120 caballos y 510 revoluciones, 300 volts y 300 amperes, ó sean 90.000 watts. Cada árbol motor anima una dinamo acoplada á él, de corriente continua de 600 amperes y 120 volts respectivamente, cuya corriente, así modificada en calidad y cantidad, es la que circula por la red aérea de la población para producir el alumbrado y demás servicios.

Para el caso en que por necesidades de la limpieza del cauce de Casa Blanca, ó de algún accidente, fuera imposible emplear la energía del salto de agua, y hubiera que apelar á la fuerza del vapor, existen en la Central dos preciosas máquinas motoras Westinghousse, de 130 caballos cada una, alimentadas por una caldera Steiweuer, de 260 caballos.

Tal es la admirable instalación, modelo de las más adelantadas, con que se honra verdaderamente esta ciudad de Zaragoza, que debe á la Compañía Aragonesa, presidida por el muy reputado ingeniero primero de la División hidrológica del Ebro, D. Jenaro Checa, el poder contar con tan utilísimo y transcendental servicio, y al muy inteligente electricista D. Eduardo Levi, digno representante, con el Sr. Kocherthaler, de la *Compañía general de Electricidad de Berlín* (y uno de cuyos primeros ingenieros es el eminente Dolivo Dobrowolsky), la dirección de los trabajos.

La fuerza del agua del Ebro encauzada por el Canal Imperial, que se utilizaba hasta aquí en pequeñas industrias, alumbra hoy á la metrópoli cesaraugustana, la primera que ha implantado en nuestra patria las maravillosas conquistas que en Francfort-Lauffen sorprendieron al mundo sabio, hace tan poco tiempo. No cabe hoy en esta Crónica el detalle del otro avance del progreso zaragozano, el relativo á la fabricación del azúcar de remolacha, que reservo para más adelante.

R. Becerro de Bengoa.

Zaragoza, 25 de Octubre de 1894.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Tratado racional de Gimnástica y de los ejercicios *y juegos corporales*, practicables sin aparatos y con ellos en las casas particulares, gimnasios, jardines y en el campo, y en las Universidades, Institutos, Escuelas Normales y Municipales, Academias, salas de armas, colegios, hospitales, etc., por el Dr. D. José Fraguas, catedrático, con un prólogo del Excmo. Sr. D. José Canalejas.

La reputación que ha sabido adquirir el joven Dr. Fraguas en la especialidad que cultiva, y alguna afición á las materias que trata en este libro, nos ha hecho leerle con cuidado, y sólo sentimos hoy no poder dedicarle sino pocas líneas, por no consentirlo la estrechez del espacio de que en esta sección disponemos.

El tomo segundo, que es el que tenemos presente, comprende un detenido estudio del modo de ejercitar los sentidos, de los movimientos espontáneos, de los ejercicios naturales (carreras, natación, salto, baile, oratoria, declamación, canto, etc.), de los artificiales y forzados (luchas, esgrima, gimnasia militar, equitación, etc., etc.), gimnástica altética y otra porción de asuntos tratados con gran claridad y competencia por el ilustrado profesor.

El libro del Sr. Fraguas es de gran utilidad y se lo recomendamos á los padres de familia que prestan á la educación física de sus hijos la debida atención.

Cuesta el segundo tomo, que tiene 640 páginas y muchos grabados, sólo 5 pesetas.

Historia del Correo, desde sus orígenes hasta nuestros días, con un Apéndice que comprende la legislación interior de los países que forman la Unión Postal Universal, por D. Eduardo Verdegay y Fiscovich, jefe del Negociado de servicio interior de la Dirección General de Correos y Telégrafos.

Este libro es verdaderamente notable y digno de estudio. No conocemos ninguno que con tanta extensión y novedad trate esta curiosa materia, desde los más remotos tiempos hasta hoy. Nos ha parecido de particular interés lo que dice de los correos que había en Castilla y Aragón en la Edad Media y de cómo estaban organizados, así como también la cumplida noticia que da de los Correos Mayores que hubo en España, desde D. Lorenzo Galíndez de Carvajal hasta D. Fermín Francisco de Carvajal y Vargas (1521-1768).

Es también muy completo el capítulo que dedica á referir la reforma postal en Inglaterra y su introducción en España en 1850.

Forma un tomo de 480 páginas; está muy bien impreso, y cuesta 15 pesetas.

Memoria leída en la solemne apertura del curso *académico de* 1894 *á* 1895 *de la Escuela de Artes y Oficios de San Sebastián*, por D. José de la Peña, profesor y secretario de dicha escuela.

Con mucho gusto hemos hojeado esta Memoria, en la que hay datos que convendría tuviesen muy en cuenta otras ciudades de España que no tienen la fortuna de estar tan bien administradas como San Sebastián, y en las que siempre anda algo atrasado (cuando no mucho, y aun muchísimo) el pago de la enseñanza. El Sr. Secretario de la Escuela de Artes y Oficios de San Sebastián dice en su bien escrita Memoria que, cubiertas todas las atenciones de aquella institución, quedaba en caja un pequeño sobrante para el nuevo curso, después de haber adquirido premios para los alumnos, material científico, colecciones de láminas, etc., etc., y hecho otros gastos encaminados á mejorar la enseñanza.

El número de alumnos matriculados en esta escuela en el pasado curso fué de 515.

Manual práctico de fotografía, procedimientos usuales al carbón sobre vidrio y sobre porcelana, ferrotipia y platinotipia, fotografía nocturna, aérea y en colores. La fotografía sin objetivo, por D. Julio Canalejo y Soler, fotógrafo.

Contiene esta obra sencillas explicaciones de los métodos mejores y más modernos, y con ellas muchos fotograbados que las hacen más claras, contribuyendo á justificar el título de *práctico* que el autor ha dado al *Manual*. Precio, 3 pesetas.

Revista del Club Militar de la República Argentina.

Hemos recibido el número correspondiente al 15 del pasado de esta importante Revista.

Pintores ingleses. (Los grandes artistas.)

El éxito alcanzado por la *Biblioteca popular de Arte*, que publica *La España Editorial*, se patentiza con el hecho de haber dado á luz, desde principios del pasado verano, siete tomos, de algunos de los cuales está á punto de agotarse la edición.

El séptimo pertenece á la sección «Los grandes artistas», y es una verdadera novedad en nuestra bibliografía de arte. El arte inglés, tan interesante, apenas es conocido en España más que de los eruditos y de contadísimos aficionados; y de los pintores ingleses no hay ninguno que sea popular, cuando muchos de ellos debieran serlo, ni aun entre los que cultivan la pintura en nuestro país.

El precioso volumen que pone ahora á la venta *La España Editorial* es un estudio completo, crítico y biográfico de las seis figuras principales de la pintura inglesa en el siglo pasado y en la primera mitad de éste: Hogarth, Reinolds, Gaimborough, Lawrence, Constable y Turner, costumbristas, retratistas y paisajistas no superados después en su país, y apenas igualados en el continente.

Veintisiete hermosos grabados avaloran este interesante tomo, y cuesta sólo una peseta en rústica y 1,50 en tela.

La ciudad lineal. Antecedentes y datos varios acerca de su construcción.

Hemos recibido un ejemplar de este interesante libro, publicado por la Compañía Madrileña de Urbanización, en el cual explícase el plan de construcciones que ésta se propone emprender, y que tan beneficiosas podrían será mucha parte del vecindario madrileño, facilitando la adquisición de viviendas sanas y baratas.

Acompañan á esta exposición, formando la mayor parte del tomo, dictámenes favorables de personas tan autorizadas como los Sres. Belmás, Navarro Amandi, Rojas, etc., y de muchas Academias y Sociedades importantes, como son la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, el Fomento de las Artes, la Real Academia de Medicina, etc.

Universidad Literaria de Salamanca. Memoria del curso de 1892-1893. Anuario para 1893-94. Discurso leído en la apertura del curso académico de 1894-95, por D. Cecilio González Domingo, de la facultad de Medicina.

Las obras así tituladas forman dos folletos, constituyendo el segundo el discurso del Sr. González Domingo, que hemos leído con sumo gusto.

Preparación del soldado para la guerra, por D. Luis David y Rafols.

Hemos leído con atención esta obrita, que su autor dedica al arma de infantería, á que pertenece, y que contiene, además de muchos y patrióticos consejos al soldado, gran número de ejemplos de heroísmo tomados casi todos de nuestra historia militar. Con razón ha sido declarada de utilidad por la Junta Consultiva de Guerra.

El lenguaje es muy sencillo y apropiado al asunto. Precio: una peseta.

Memoria de los trabajos realizados por la comisión *de Beneficencia de Tenerife*, en la epidemia colérica de 1893.

De la lectura de esta *Memoria* se saca el convencimiento de los grandes esfuerzos que hizo Tenerife para luchar con la epidemia: y con decir que la suscripción para cocinas económicas y demás atenciones de Beneficencia produjo 64.720 pesetas, habremos dado exacta idea de ellos.

Ancienne maison Quantin. *Catalogues de Mai de* 1894.

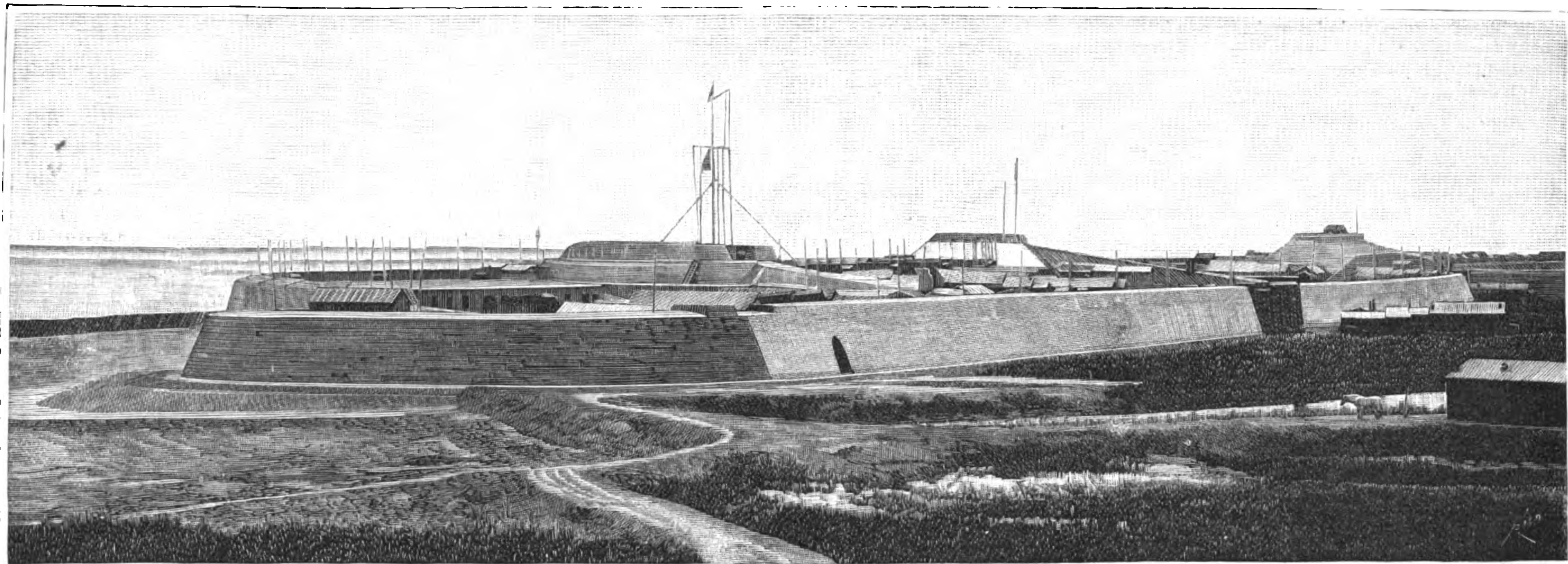
Hemos recibido un ejemplar del Catálogo de esta importante casa editorial francesa.

Blanco y Negro. Miniaturas novelescas, ensayos poéticos, estudios naturalistas, por Rogelio Triviño y Soledad Martín y Orti y Lara.

Colección de artículos literarios y poesías, formando un tomo de 150 páginas, cuyo precio es de 2 pesetas.—G. R.

Pregúntannos con frecuencia las lectoras de qué medio se valdrán para quitarse del rostro algún vello inoportuno que en él suele salir, y aunque no faltan recetas encaminadas á satisfacer este deseo, ninguna llena por completo las exigencias de un cutis delicado.

La única que da buen resultado es la *Pâte Epilatoire Dusser*, cuya eficacia es conocida hace muchos años, por lo que la recomendamos preferentemente.

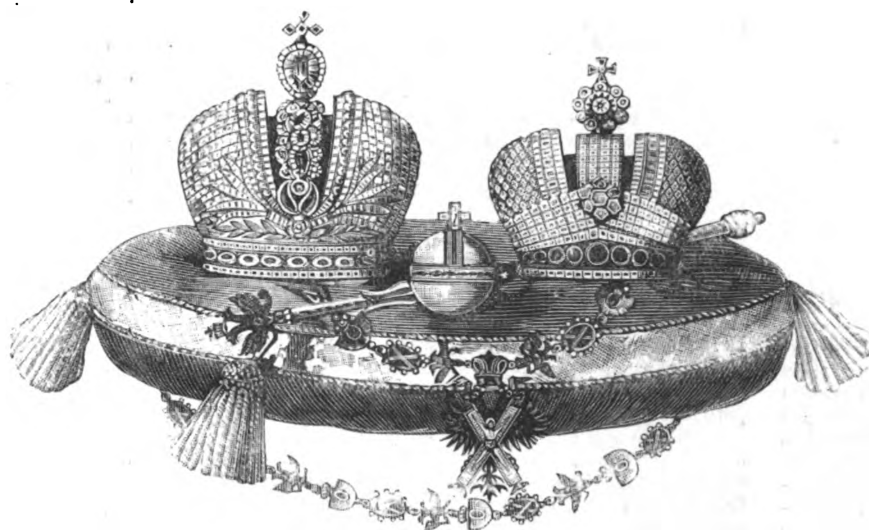


LA GUERRA ENTRE CHINA Y EL JAPÓN. — VISTA GENERAL DE LAS FORTIFICACIONES DE PUERTO ARTURO, Á LA ENTRADA DEL GOLFO DE PE-CHI-LI.

MADRID. — Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

AÑO XXXVIII. MADRID, 8 DE NOVIEMBRE DE 1894. NÚM. XLI.





NICOLAS II ALEJANDROVICH,
EMPERADOR DE RUSIA.



ALICIA DE HESSE,
FUTURA EMPERATRIZ DE RUSIA.

(De fotografías.)

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

Siete días hace que ocurrió, y la muerte del czar Alejandro III parece ya lejana. La actualidad, á que hoy se rinde tanto culto, todo lo encanece en pocos días; sólo en Francia, por excepcionales circunstancias, ajenas al carácter nacional, el recuerdo esta vez persiste, en la duda, no probable, pero nunca imposible, de si los sentimientos del nuevo czar Nicolás II son ó no análogos á los de su padre. Y sin embargo, aun no está enterrado, al escribir esto, el Soberano que fué de ciento veinte millones de hombres. ¡Con qué rapidez se hunde en la nada lo que sucedió ayer! ¿Quién se acuerda de Sadi Carnot sino su familia? Y Alejandro III y Mr. Carnot realizaron y representaban hace poco la alianza franco-rusa, que hoy depende de otras voluntades. Dejemos al Czar conducido hacia la cripta donde reposan sus antepasados; sus súbditos le hacen un entierro magnífico, que veremos pasar por nuestra colección de grabados. Un entierro y una boda imperiales: todo se verá. Se ha corrido el telón de un reinado y pronto se alzará la cortina del nuevo. En la historia de Rusia ha terminado un capítulo, y sólo conocemos el título del siguiente: Reinado de Nicolás II y de su esposa la czarina Alicia.

⁂

Y llegamos á la crisis española, que, como todas las crisis, tiene para nosotros más dificultades que asunto. Cuando sin variar en esencia la situación se retiran Ministros de un partido que continúa gobernando en vísperas de reanudarse la legislatura, no hay que esperar mucho para penetrar en las causas que motivaron la crisis. A esas discusiones remitimos al lector: sólo nos corresponde esta vez contar el resultado del cambio ministerial, ó sea la retirada de los Ministros de Estado, Gobernación y Ultramar, Sres. Moret, Aguilera y Becerra; la entrada de un Ministro nuevo, don Buenaventura Abarzuza; de dos ya veteranos en el gobierno, el Sr. Maura en Gracia y Justicia y el Sr. Puigcerver en Fomento; el pase á Gobernación del que era Ministro de Gracia y Justicia, Sr. Capdepón; del Sr. Groizard á Estado; no quedando en sus puestos sino el Presidente, Sr. Sagasta, y los Ministros de Hacienda, Guerra y Marina.

El Sr. D. Segismundo Moret termina, al retirarse, uno de los períodos más activos de su vida política, pues ha desempeñado dos carteras á la vez, y la presidencia interina como ministro más antiguo. Una interpelación le había colocado en situación de hacer á su partido un gran servicio, el del poder, y desde entonces fué uno de los ministros que intervinieron con más frecuencia en las discusiones parlamentarias, con su fácil y elocuente oratoria siempre disponible. Prestó al país agobiado el servicio de evitarle una guerra, á que le empujaban respetables entusiasmos patrióticos, y sirvió lealmente á su partido dentro de sus convicciones en la cuestión de los tratados, separándose honrosa y dignamente. Don Alberto Aguilera había sido uno de los gobernadores de Madrid más populares y aptos, sobre todo para las ocasiones y días de conflictos. Entró, pues, en el Ministerio, con todo ese prestigio que supo mantener, ya en Santander, acudiendo al peligro de la voladura de los restos del *Cabo Machichaco*, ya velando por la salud pública, cuando se creyó amenazada por el litoral francés, ya enviando profesores á estudiar los experimentos para la curación de la difteria, y renunciando generosamente en la beneficencia cuantiosos derechos que le habían sido adjudicados: es de los pocos altos personajes de la situación que tienen contacto é influencia personal con el pueblo de Madrid. El Sr. Becerra ha durado esta vez tan poco en el Gobierno, que no ha tenido tiempo de desarrollar sus pensamientos, por lo cual le acompaña más el recuerdo de su larga vida política, que la de esta breve etapa.

El Ministro que más fija la atención en estos momentos, por ser nuevo en su cargo, es bien conocido en cambio como hombre público. Embajador de Francia en el período republicano; antiguo amigo del Sr. Castelar, y jefe á quien el gran orador entregó el mando al aconsejar á los suyos el ingreso en la monarquía, es persona de gran seriedad, cultura y fino trato. Independiente de posición y de carácter, representa un nuevo factor en la política gubernamental. Con este refuerzo y el de los Sres. Maura y Puigcerver, ambos de gran mérito, pero de distintos matices, reemplaza el Sr. Sagasta las bajas de la crisis. Sólo nos corresponde saludar cortésmente á los dimisionarios y desear á los que llegan buena suerte en la defensa de los intereses del país.

⁂

El laureado autor de la *Patología general*, el ilustre don José Letamendi, filósofo, orador, economista, compositor, poeta, políglota, y á quien en anatomía, según su frase ingeniosa, sólo le falta actuar como cadáver, acaba de publicar el *Curso de Clínica* ó *Canon perpetuo de la ciencia médica*, para uso de estudiantes y aun de médicos jóvenes, hace tiempo anunciado, y que es la segunda parte del *Tribiblión* que había prometido escribir el popular catedrático de San Carlos, y del que ya sólo le falta dar á luz la *Historia del pensamiento médico*. Bastaríanle al Sr. Letamendi, sin sus múltiples y maravillosas aptitudes, que han hecho de él un hombre legendario, si no en lo novelesco por vivir en tiempos prosaicos, á lo Raimundo Lulio, en la anchura é intensidad de su saber, y en la caprichosa originalidad de su vida y entendimiento; bastaríanle, repetimos, el concepto que se tiene de su *Patología general* entre los inteligentes, disientan ó no de alguna parte de su doctrina, y el *Curso de Clínica general* que ha publicado en estos días, para ser una figura de las que más honran á la ciencia médica española de este siglo: ambas obras de enseñanza necesitaban gran aliento para concebirlas y realizarlas con la originalidad propia del temperamento de su autor. Pero si Wagner, además, dijo que le habían admirado los conocimientos de Letamendi y su exacta penetración de su sistema: si Almagro testifica que estudió en una semana el *Tratado de instrumentación* de Berlioz, ó lo en él aprovechable para armonizar su misa de *Requiem*: si Bretón afirma el mérito de ésta, y Barbieri haber aprendido no poco con su trato: si Pedrell le considera como músico «el mismísimo diablo»: si Barcelona coloca su busto á la par del de Gimbernat en la cátedra de Anatomía, coronados de laurel, y el Dr. Batllés hace una apología entusiasta del maestro entre aplausos calurosos: si el claustro y los estudiantes de la Escuela Central de Medicina celebran hace poco su restablecimiento como una fiesta: si hay un álbum impreso en que admiran la ilustración enciclopédica del Dr. Letamendi cuarenta firmas ilustres en ciencias, artes y literatura, amén del colector Dr. Suénder y su biógrafo D. Luis Comenge; ¿qué puede añadir el cronista á una prueba tan autorizada de su popularidad y múltiples cualidades? ¿Ni cómo no mirar con respeto el *Curso de Clínica médica* que tenemos á la vista?

Le hemos repasado con sorpresa: no se trata de una ciencia incomprensible para el profano, sino de un arte, el de visitar, expuesto con claridad, y que da reglas para la práctica de su difícil profesión al que la emprende hoy sin brújula, desconociendo alguno de sus principales factores; los obstáculos que ha de encontrar en la constitución interna de la familia, y el desconocimiento de los hombres y la aplicación de la ciencia á la realidad. Nada hemos de hablar de la masa técnica del libro, porque sería petulancia: sólo diremos que como la conducta y roce del médico con la sociedad, y los deberes y derechos de éste con respecto á nosotros, nos interesa igualmente á todos, en cierta manera cae bajo la jurisdicción del público la parte de la *Clínica médica* que á esas relaciones se refiere. Y poco, muy poco tendríamos que objetar, ó desearíamos ver añadido, si tratáramos de buscar alguna falta que acaso está provista en lo que del libro no hemos tenido tiempo de leer, y que sería ingrato reparar donde tanto admiramos y aprendemos. Un faro, no por lejano menos brillante, ha querido tener por guía el Dr. Letamendi: *El Codex hipocrático de decencia médica*, ó sean las reglas de conducta escritas hace veintidós siglos por el padre de la Medicina, y que no sólo resistió, sino que se anticipó y resultó ajustada su moral á la del cristianismo: para ello incluye el texto griego, le traduce palabra por palabra, y si no se invocase á Apolo, Esculapio, Higea y Panacea, creeríamos que podría jurar con su fórmula cualquier médico cristiano. ¡Y en qué tiempos! cuando Aristófanes escribía sus crueles sátiras teatrales. El Dr. Letamendi traduce é inserta un episodio médico del *Pluto* de Aristófanes, para comparar lo que se hacía en el hospital de entonces, el templo de Esculapio, con lo que pensaba Hipócrates.

Pero los tiempos han variado mucho; la Medicina ha crecido: sin embargo, no ha podido prescindir, según el señor Letamendi, de dos auxiliares: la sugestión ó fe médica, y lo probado aunque no esté bien comprendido. El dios curaba por las noches en la antigüedad á los que dormían en su templo: también baja á nosotros aún, en formas más humanas. Por desgracia, el código de Hipócrates es, en la ética, muy reducido: claro es que la *Clínica* del doctor barcelonés, que ocupa dos volúmenes de 744 y 160 páginas, y que contiene en el segundo 830 aforismos nuevos, algunos de los cuales podrían, comentados, llenar esta revista, tiene que ser materia nueva y original. Sólo la Antropognomía, ó arte de conocer á los demás por los signos exteriores, y que es como una digresión aparte en la obra de texto, daría ocasión para llenar muchas páginas. Concluyamos, ó, mejor dicho, cortemos por lo sano. Lean ese libro, no ya los médicos, que ellos saben lo que les conviene, todas las personas entendidas y estudiosas, que para todas hay mucho que aprender. ¡Lástima que no haya otra *Clínica* vital, de igual importancia, para uso de todos los jóvenes que empiezan á vivir!

⁂

Hace ya más de diez y seis años escribimos un prólogo para un libro de poesías de D. Manuel Reina, que en vano hemos buscado, para comparar el juicio que hacíamos del poeta naciente con la plenitud de su talento en el nuevo volumen que acaba de publicar con el título de *La vida inquieta*. Mucho tiempo ha trascurrido desde la aparición de sus *Cromos y acuarelas* hasta la del libro que hoy viene á traernos la visita espiritual del antiguo amigo; pero reconocemos en sus versos, más jugosos hoy que ayer, el perfume de las primeras inspiraciones del poeta. La lucha de la vida ha dado más realidad á la tristeza romántica de sus composiciones y convertido en tragedias los presentimientos melancólicos, y hay más amargura en sus versos, porque siempre ha sido más triste que todo cuanto se teme en el porvenir la despedida de lo que se aleja.

El nuevo libro del reputado poeta aparece más honrado que el antiguo: trae al frente una carta autógrafa del maestro Núñez de Arce, que confirma con su gran autoridad todos los elogios del malogrado Revilla al saludar la aparición de un poeta que calificaba aquél de estrella de primera magnitud en el cielo del arte. Cuando los maestros hablan de este modo, sólo nos corresponde callar y divulgar sus opiniones, mucho más no haciendo crítica, que no es tal permitirnos de vez en cuando acusar en nuestra Crónica el recibo de alguna obra que nos remiten galantemente los amigos. La de Manuel Reina tenía para nosotros especiales motivos de aprecio: los encantos del libro, lleno de color, fantasía y riqueza poéticos, y el refrescar los recuerdos de otros tiempos.

⁂

—Hipócrates y Galeno fueron dos grandes médicos de la antigüedad, ¿no es cierto?—me pregunta Rafaelito.

—Es verdad.

—¿Cuál fué mejor?

—No lo sé. Pero acaso nos revele algo el lenguaje usual. Sólo á alabanza se puede tomar esta frase: «Es un Hipócrates.» Pero parece la alabanza más modesta si se dice: «Es un Galeno».

Un astrónomo dedica á un Ministro un planeta que acaba de descubrir.

«Ese astro que lleva su nombre desde hoy, es de escaso volumen: perdóneme si no es digno de V. E.; pero tal como es, le tiene á su disposición en las alturas. Yo quisiera ofrecerle un planeta cargado de anillos y rodeado de satélites; pero mi pobreza no me permite hacerle otro presente.»

Contestación del Ministro:

«Mis deberes no me permiten admitir presentes de los subalternos; no tome usted á desaire que le devuelva su planeta.»

—¿Qué lees, niña? ¿Alguna novelita?

—No, papá. Es un libro de historia.

—¿De veras? Aunque bien reflexionado no me extraña. La historia es desconocida en sus orígenes y se ignora la del porvenir. Al fin y al cabo, ¿qué es la historia? Es una ciencia que no tiene pies ni cabeza.

En las carreras de caballos:

—¿Por qué no hacen ustedes, para variar, carreras de amazonas?

—Para evitar desgracias. Es tan propensa la mujer á las caídas.....

José Fernández Bremón.

NUESTROS GRABADOS.

RUSIA.

Fallecimiento del emperador Alejandro III. — El *pope* Juan. — Retratos del nuevo czar Nicolás II y de su futura esposa Alicia de Hesse. — Las insignias imperiales.

La muerte del emperador Alejandro ha sido uno de los mayores sucesos de este año, y aun no se puede saber qué influjo podrá tener en la paz del mundo, pues en mucha parte se le ha debido la que desde hace tiempo ha disfrutado Europa; aunque, para ser justos con todos, debemos decir que ninguno de los monarcas europeos peca de aficiones belicosas, ni siquiera Guillermo II de Alemania, á pesar de lo que en contrario suelen escribir los periódicos franceses.

El pueblo ruso ha llorado sinceramente esta para él desgracia nacional, pues el nihilismo, que no pasa de ser una enfermedad de la piel de aquel gran Imperio, no ha llegado á las entrañas de la sociedad, donde está la sangre y la carne de la nación. Además, el Czar era bueno, muy amante de sus súbditos, y sus recientes desgracias avivaron la veneración y respeto de éstos.

Por nuestro segundo grabado de la pág. 269 juzgarán los lectores del aspecto de uno de los parajes más céntricos de San Petersburgo al saberse la muerte del Czar, cuya triste nueva se vió confirmada en los despachos que la policía hace poner en parajes públicos. En el grupo hay gente del pueblo, pero también personas de buena posición social que acuden á satisfacer su curiosidad.

En la misma página publicamos el retrato de un personaje que en pocos días ha dado mucho que hablar á los periódicos. Es el padre Juan Serguief, ó *pope* Juan á secas, sacerdote de Cronstadt, á quien el pueblo tiene por santo ó poco menos, atribuyéndole el don de curar, por la imposición de las manos, los mayores males. Vive en Cronstadt, ciudad fortísima que defiende la entrada del Neva, río de San Petersburgo. A veces llámanle de muy lejos para que haga el milagro de sanar algún enfermo desahuciado, y es fama que lo hace. Para dar la comunión y aliviar ó curar al Emperador, si era posible, le llamó á Livadia la Emperatriz, y allá fué acompañado de las esperanzas de toda Rusia. Alejandro III murió, pero antes tuvo algunos días de mejoría, que todos atribuyeron á la eficacia de las oraciones del *pope* Juan.

En breve se verificará la ceremonia de la coronación del nuevo Czar con la solemnidad y pompa que son tradicionales en Rusia. A su tiempo referiremos á nuestros lectores lo principal de ella; pero entretanto les damos á conocer al nuevo Emperador y á su futura esposa, la princesa Alicia de Hesse, así como también las insignias imperiales que en la coronación han de figurar.

El emperador Nicolás II es aún joven, pues nació en 1868, y lejos de tener la gran corpulencia de su padre, es pequeño de cuerpo y de complexión menos fuerte. A su educación, así en lo intelectual como en lo físico, atendió aquél con suma solicitud, procurando que fuese robusto y de entendimiento cultivado, pero que en el estudio se pro-

curase hacerle amar las glorias y las tradiciones de la patria, su idioma, su literatura, etc. Su preceptor fué Gregorio Grigorievich, quien le hizo viajar por todo el Imperio para que conociera los pormenores y necesidades de la nación. Después entró á servir en el ejército, mandando una escuadra del histórico regimiento de Preobrayenski, y luego una compañía en Krasnoe-Selo, de donde pasó á un regimiento de húsares.

Nicolás II ha viajado mucho fuera de Rusia, pues ha visitado casi todas las capitales de Europa (menos París), y hace dos años dió la vuelta al mundo en el *Pamiat Azowa*, en el que navegó por los mares orientales. En el Japón estuvo á punto de morir á manos de un individuo de la policía, que le descargó un sablazo en la cabeza; pero habiendo quedado sólo ligeramente herido, volvió por tierra á San Petersburgo.

Es nervioso, vivo, hablador, y hay quien dice que ha tenido algunos accesos de epilepsia. Publicamos su retrato, así como el de su futura esposa Alicia de Hesse, en la primera página de este número. Esta Princesa es hija de Luis IV de Hesse, gran Duque de Hesse y del Rhin, y tiene ahora veintidós años, pues nació en Junio de 1872. Antes de contraer matrimonio con el Emperador ingresará solemnemente en la religión griega.

Los atributos del poder que el Czar transmite á su heredero son la corona, el cetro imperial, la rodela, la espada, el globo, la bandera del Estado, el sello, un crucifijo y el gran collar de San Andrés. En la pág. 268 hallarán los lectores las principales de estas insignias, y en la primera las coronas imperiales.

La bandera es de paño de oro, y tiene pintadas al óleo en sus dos lados las armas del Imperio. En el extremo lleva una lazada azul y en las puntas de ella las mismas armas y estas cifras: 862-988, fechas de la fundación del Imperio y de la conversión de los rusos al cristianismo.

La corona Imperial tiene 4.878 diamantes pequeños y 58 grandes, cuyo peso total es de 2.858 $^{3}/_{32}$ quilates. También tiene un rubí que pesa 389, y 75 hermosas perlas.

Esta alhaja costó 823.976 rublos. La corona de la Czarina es algo más pequeña. El cetro es de oro adornado con diamantes, entre los cuales está el famoso Orlov, que pesa 104 $^{3}/_{4}$ quilates, y vale todo él 2.400.000 rublos. La espada es de acero, de un metro 30 centímetros de longitud. El sello es sumamente sencillo.

⁂

BELLAS ARTES.

¡Dale un beso!, dibujo de M. Picolo. — *El Guardián infiel* (fábula de Lafontaine), cuadro de Borchard.

El dibujo del Sr. Picolo que publicamos en la pág. 272 es sencillo y agradable. El inocente niño, ignorante aún de los mil engaños que en el mundo ha de sufrir, toma la ilusión por realidad, y besa á una imagen creyendo besar á un ser viviente. ¡Cuántas veces siendo ya hombre y desengañado hará lo mismo!

———

El cuadro de Borchard, que hallarán los lectores en la pág. 273, es ni más ni menos que la reproducción gráfica de una fábula de Lafontaine, titulada *Le chien qui porte à son cou le diner de son maître*, y cuyo asunto muestra una vez más cuán antiguos son muchos males que algunos creerán de hoy y propios de estos corrompidos tiempos.

Llevaba un perro la comida á su amo, muy bien sujeta con los dientes el asa de la cesta, cuando quiso su mala suerte que le saliese al paso un perro ladrón (plaga que padecen toda casta de animales) en ademán de apoderarse de las viandas. Viéndolas en peligro el mandadero, dejó la cesta en el suelo para defenderla mejor; pero al ruido de algunos insultantes gruñidos con que comenzaron la contienda acudió tanta gente perruna, que pronto conoció no ser posible la defensa, y sí segura la pérdida de la comida, sin otra ventaja para él que algunos mordiscos. Entonces pensó, como perro prudente, que sería mejor acabar aquel peligroso negocio de otro modo, y dirigiéndose á los que le acometían, dijo: «Nadie se altere ni desmande, que yo daré satisfacción á todos. Esperen á que separe mi parte, y hagan de lo que quede como gusten.» Y como lo dijo lo hizo, según se ve en el cuadro.

A cuya fábula pone de contera Lafontaine una moraleja, que empieza con estos versos:

Je crois voir en ceci l'image d'une ville
Ou l'on met les deniers à la merci des gens
Echevins, prevost des marchands
Tout fait sa main;

y sigue diciendo que da gusto verles limpiar en un momento un montón de monedas, y que si alguno, mostrándose escrupuloso, sale á la defensa del dinero del pueblo, pronto se ve como el perro del cuento.

On le fait voir qu'il est un sot
Il n'a pas de peine à se rendre
C'est bien le premier à prendre.

A cuya moraleja, por si pareciera demasiado oportuna, sólo añadiremos aquel famoso lema:

Honny soit qui mal y pense.

⁂

ÁFRICA PORTUGUESA.—LORENZO MARQUES.

Antecedentes de la cuestión de Lorenzo Marques. — Importancia de su bahía. — Noticia de ésta y de la ciudad. — Intentos de Inglaterra para quitarla á los portugueses. — Grave peligro de que lo consiga.

Las colonias que Portugal tenía en Africa hace veinte años ocupaban una extensión de tierra diez veces mayor que España, de modo que, reducidas á la mitad como ahora lo están, después de mermadas por los jirones que de ellas han arrancado en ese tiempo Francia, Inglaterra, el Estado libre del Congo y Alemania, todavía tienen 2.500.000 kilómetros cuadrados, ó sea unas siete veces nuestras islas Filipinas y veintitrés veces Cuba; fácil, rica y codiciada presa que en vano intentan defender sus dueños de las poderosas garras hacia ella extendidas.

De todas las pérdidas que los portugueses han tenido en esta pugna desigual, ninguna tan dolorosa como la de la parte central de la cuenca del Zambese, no tanto por la gran extensión de los territorios perdidos (cerca de un millón de kilómetros cuadrados, en números redondos), sino más todavía, porque de este modo se ha metido Inglaterra como una cuña en medio del Africa portuguesa, separándola en dos trozos sin comunicación entre sí, siendo evidente con sólo mirar el mapa, y á poco que se sepa de este negocio, que ese ha sido el primer paso para la adquisición de cada uno de ellos, por lo menos del Oriental (Mozambique), ya tan manifiestamente amenazado por la invasión británica, que sin estar ciego no puede desconocerse el inminente y por desgracia irremediable peligro en que se halla. Y como la mejor parte del trozo Oriental es la que está al Sur, y es su capital y única población importante la ciudad de Lorenzo Marques, en ella tiene puestos los ojos hace años la Gran Bretaña, con aquel particular cuidado y constante atención tan suyos, y que tan bien se ayudan de la singularísima imprevisión, dejadez y miopía política de españoles y portugueses.

De este claro propósito de Inglaterra, de la debilidad de Portugal para oponerse á él, y de la seguridad de que tras Lorenzo Marques se perderá todo Mozambique, nace el interés de la cuestión que muy en compendio vamos á tratar, ilustrándola con los cuatro grabados que hallará el lector en la pág. 276.

———

La bahía de Lorenzo Marques es el mejor puerto del litoral africano en el inmenso espacio que va del cabo de Buena Esperanza al de Guardafuí, y tan dilatada, que de ancho tiene 25 millas, y de largo, es decir, de Norte á Sur, más de 18, con fondos de seis á veinte brazas. Lleva el nombre del descubridor, aunque también la llamaron Formosa da Lagoa y Bahía da Lagoa, de donde formaron los ingleses la denominación Delagoa-Bay.

El propio Lorenzo Marques y su compañero Antonio Caldeira fundaron, mediado el siglo XVI, entre los ríos Matolla, Umbeluze y Tembe, una factoría para el comercio del marfil, cuyo sostenimiento costó mucha sangre, así por defenderla de los negros como por guardarla de los muchos piratas europeos que con la bandera de algunas de las naciones que entonces vivían del robo é incendio de las posesiones españolas y portuguesas solían aparecer por aquellos mares. La fortificó en 1781 Joaquín de Araujo, y años después, habiendo castigado ásperamente á las tribus vecinas el gobernador Joaquín Henriques de Almeida, éstas se sometieron por entonces al Rey de Portugal. Unos piratas franceses la destruyeron en 1794; pero pronto la levantaron los portugueses. La sumisión de los negros, siempre más aparente que verdadera, tuvo muchos paréntesis, siendo atacada por ellos la factoría, que ya era población de importancia, en 1833, 1840, 1841 y en otras muchas ocasiones. A despecho de contratiempos tan graves fué creciendo, por lo que ya en 1776 recibió el título de *Villa de Nossa Senhora da Conceição*.

Todavía ha sido mayor y más rápido su engrandecimiento de 1850 á la fecha, acompañando al aumento de la población y del comercio en esta parte de Africa, y sobre todo, el de la República del Transwaal, cuyas mercancías acuden á tan admirable bahía, así á la entrada como á la salida. De aquí se originó la construcción del ferrocarril de Lorenzo Marques á Pretoria, que una vez terminado, las enlazará muy íntimamente, dándolas nuevas fuerzas para resistir á la invasión inglesa que á las dos amenaza por igual. El descubrimiento de las minas de diamantes del Cabo trajo á Lorenzo Marques infinitos aventureros de todas las naciones, que por allí se encaminaban á las comarcas mineras, y la crisis que siguió á este afán de riquezas (afán que malos historiadores suponen privativo de españoles y portugueses en el siglo XVI) llevó de retorno á la misma ciudad buen número de ellos, ingleses los más, y como inglés era también el comercio, parecía tan inglesa como Natal ó cualquiera otra de las ciudades de la Colonia del Cabo.

El Gobierno de Lisboa ha procurado mejorarla y fortificarla en cuanto le ha sido posible, comprendiendo (sobre todo desde 1881) cuánto importaba quitar á la Gran Bretaña el pretexto de no estar bastante protegido el comercio, ó cualquiera otro semejente. La mayor obra que se hizo fué el agotamiento de un gran pantano, á cuya mala vecindad debía la reputación de malsana que con mucha justicia tenía. Después se trazó el plan de ampliación de la ciudad, en el que hay buenas calles que llevan nombres de grandes navegantes y de otros portugueses ilustres. Los principales edificios son: la iglesia, que se empezó á construir en 1879; el hospital, de la misma fecha sobre poco más ó menos, en que caben 80 enfermos; la aduana, que costó al Estado unos 15.000 duros, y tiene un buen jardín (véase el grabado cuarto de la página antes citada), la «Escuela de la reina Amelia», cuya construcción se debe á la iniciativa del prelado de Mozambique Sr. Sousa Barroso, y que es la única de la ciudad; el cuartel, que costó más de 100.000 duros, y en que se aloja la policía, hallándose instalada la guarnición (el batallón de cazadores núm. 3) en unas casetas de madera y zinc.

Si el plan de ensanche se llevase á cabo y con él los edificios proyectados, sería Lorenzo Marques ciudad hermosa y grande; pero falta tanto para ello, que quizás nunca se acabe. El puerto aun está sin boyas ni faro.

———

En 1823 proclamó el oficial inglés Owen el protectorado inglés sobre las orillas del Tembe, y en 1825 se presentó en la bahía con tres barcos á libertar á una embarcación inglesa apresada por hacer contrabando, llevándosela luego de haber dado muerte á un marinero portugués. Después intimó la rendición al Gobernador y arrancó de Tembe la bandera de Portugal. En 1860 apareció en Lorenzo Marques el *Bresk* mandado por el almirante Keppel á hacer efectiva la posesión de aquellos parajes, y á lo propio entró al año siguiente el *Narcisus*, sin que Portugal pudiese responder á cada una de estas agresiones de otro modo que con protestas y quejas diplomáticas. Repitióse en 1869 el intento de despojo, no gustando el Gobierno inglés del tratado de comercio que los portugueses hicieron con los *boers* del Transwaal; pero sometido el pleito al arbitraje de Francia, el mariscal Mac-Mahón dió la razón á Portugal, quedando reconocido el derecho de éste á la posesión de los territorios de Tembe y Maputo, la península é isla de Inhaca y la de los Elefantes. Pero la diplomacia inglesa supo tomar excelente desquite de esta derrota en el tratado de 1881, desde el cual Lorenzo Marques pertenece de hecho á Inglaterra, aunque de derecho y para todos los cargos de la soberanía siga siendo portugués. Y por si esto era poco, en iguales condiciones quedó Goa, la capital de la India portuguesa y de la cual, si bien pudo decir (entre otras cosas), á fines del pasado siglo, el mordaz Bocage:

Das terras a peior és tu, ¡oh Goa!
Tu pareces mais ermo que cidade,

nadie podrá arrancar el recuerdo de haber sido cabeza de aquel grande imperio lusitano que Albuquerque fundó en Oriente en los buenos tiempos de nuestra raza.

Los actuales sucesos son quizás el último capítulo de esta triste historia. Concedida la construcción del ferrocarril á la Compañía Mac-Murdo, y no habiendo cumplido ésta sus compromisos, formóse otra, á quien el Gobierno portugués trasladó la concesión. Inglaterra reclamó sus derechos al cobro de contribuciones, peaje, etc., etc.; Portugal procuró resistir; sobrevinieron alteraciones graves, y, por último, los cafres de Maputo, Catembe, Matolla y Magaia acometieron á la ciudad, poniéndola en el mayor aprieto.

De Lisboa han salido fuerzas en socorro de Lorenzo Marques, y no dudamos que sabrán castigar del todo á los negros; pero ¿quién podrá librar á la colonia entera de la ambición británica?

⁂

LOS DOCTORES BEHRING Y ROUX,

inventores de las inoculaciones antidiftéricas.

Contra el sistemático desprecio de las glorias científicas de los españoles, no sólo olvidadas, sino también negadas, el único remedio eficaz es recordarlas siempre que se ofrezca ocasión, y por eso aprovechamos ésta para decir que el primer caso de inoculación de difteria de que hay noticia le describió el Dr. Mercado, médico de Felipe III; que tanto este sabio médico como Pérez Cascales, Pérez Herrera, Heredia, Juan de Villarreal, Juan Alonso de Fontecha, Ildefonso Núñez, Tomás de Aguilar, Andrés Tamaio, Alonso Núñez de Pereira, Ildefonso de Meneses, Juan de Soto, Francisco da Figueira, Lorenzo de San Millán, Jerónimo Gil de Pina, Tomás Rodrigues da Veiga y Soares Barbosa, médicos españoles y portugueses de los siglos XVI y XVII, fueron los fundadores del estudio de la difteria, los primeros que la combatieron con algún resultado, los primeros que describieron las falsas membranas, los primeros que propusieron la traqueotomía, los iniciadores, en una palabra, de los trabajos tan sonados de Behring y Roux, los dos doctores, alemán el uno y francés el otro, cuyos retratos publicamos en la pág. 277.

El médico francés Bretonneau dió á la enfermedad el nombre que lleva; el alemán Klebs halló en 1883 el microbio que la produce, y en 1888 descubrió y aisló Behring la toxina diftérica. Continuando los trabajos de este sabio alemán, ha llegado el Dr. Roux, jefe de uno de los laboratorios del Instituto Pasteur, al sistema de las inoculaciones contra la difteria, que explicó en la Memoria leída en el Congreso de Budapest. El Dr. Roux ayudó también á Pasteur en sus trabajos sobre la hidrofobia.

⁂

LA GUERRA ENTRE CHINA Y EL JAPÓN.

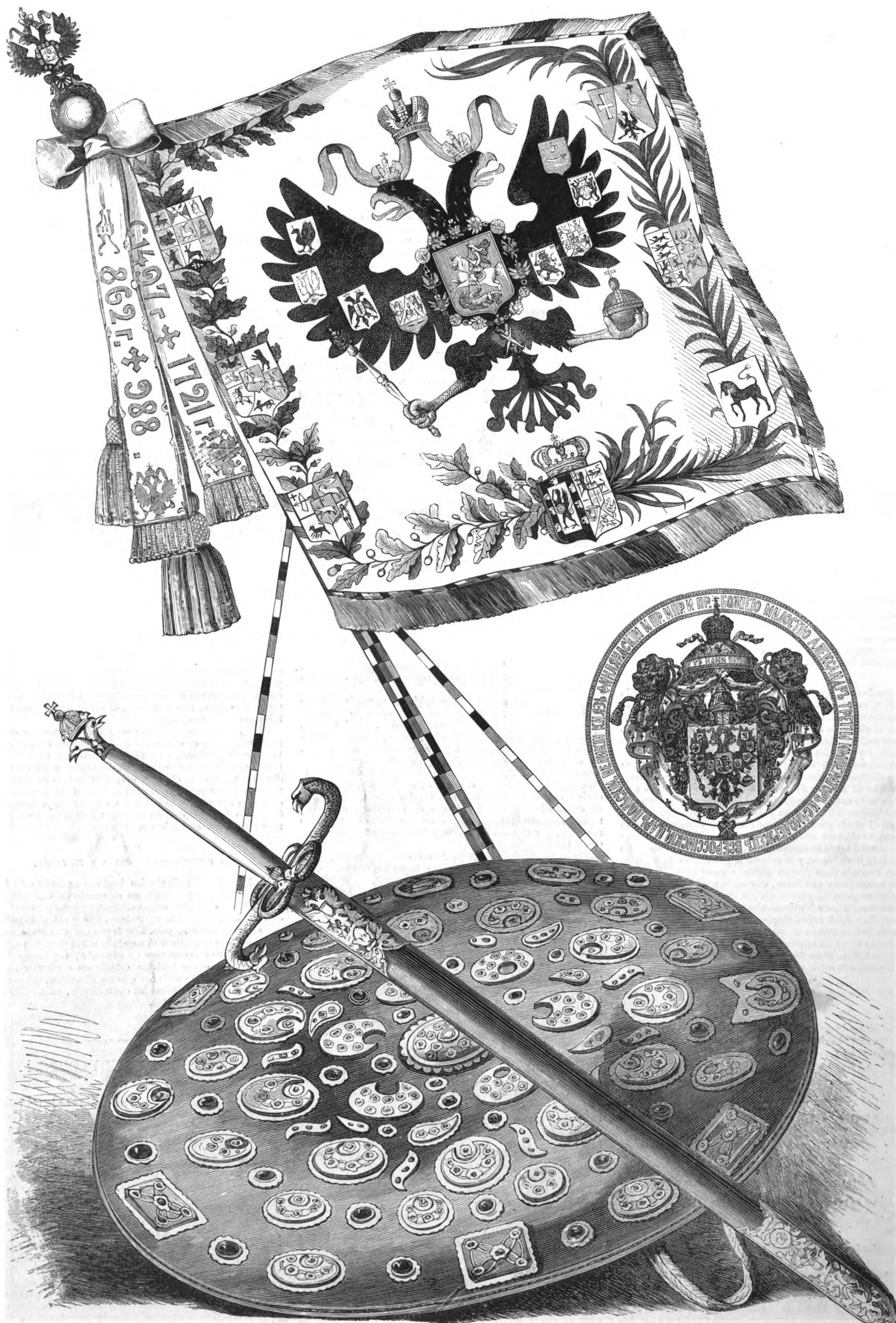
En la pág. 277 hallarán los lectores una vista de la escuadra japonesa fondeada en el puerto de Chemulpo, de donde han salido las fuerzas destinadas á operar en el golfo de Pe-chi-li, contra Puerto Arturo, Kin y otras ciudades; y por el grabado de la pág. 280 formarán completa idea de la perfección con que está montado el servicio de ambulancias y socorro á los heridos en campaña, tan bien asistidos en el Japón, como podrían estarlo en cualquier ejército europeo, siendo de advertir que en Hirosima, como verdadera base que es de todas las operaciones, ha habido siempre gran número de ellos.

G. REPARAZ.

PERFUMES SIN FLORES.



Labor cual no otra fecunda es la síntesis química aplicada á los compuestos de carbono, especialmente á los que, á semejanza de la urea y de buen número de esencias, encuéntranse en la Naturaleza, y son producto del trabajo de los organismos en sus complicadas funciones. Conviértese el químico que fabrica ó prepara un cuerpo, partiendo de sus elementos, ó de otras combinaciones más sencillas, en verdadero creador: maneja las substancias á su voluntad, dispone á su gusto de las potentes energías de la Naturaleza, y puede hacer las metamorfosis y las transformaciones, no diré como bien le plazca, pero sí de manera bastante libre, dentro de los ya muy dilatados límites que las exigencias y condiciones experimentales le imponen. Considerando los cuerpos á modo de resultantes, que esto y no más son al cabo, es claro que el problema de determinar y conocer los componentes sólo en muy contados casos podría resolverse, y eso después de establecer bien una serie de condiciones, para cada uno distintas, y al pare-



EL ESTANDARTE DEL IMPERIO.—EL SELLO PEQUEÑO DEL ESTADO.—ESPADA Y RODELA DEL EMPERADOR.



EL «POPE» JUAN, DE CRONSTADT,
LLAMADO PARA PRESTAR LOS ÚLTIMOS AUXILIOS ESPIRITUALES
AL EMPERADOR ALEJANDRO III.



SAN PETERSBURGO.—LECTURA DE LOS PRIMEROS DESPACHOS COMUNICANDO LA NOTICIA DEL FALLECIMIENTO DEL CZAR.

cer sin enlaces y relaciones. Si suponemos un número cualquiera, claro está que puede tomarse como el resultado de la composición de otros varios; pero éstos pueden á su vez reunirse de modos muy diversos, y de ahí se origina la indeterminación del problema, consistente en saber los componentes de la resultante que llamamos número. Fijémonos ahora en un cuerpo cualquiera, aunque sea de los más sencillos, tal como un carburo de hidrógeno: parece que habiendo reconocido, mediante su análisis minucioso, las cantidades de los elementos que lo constituyen, ha de ser cosa fácil reunir estos elementos en las mismas proporciones; mas no se tiene en cuenta que la formación del hidrocarburo no depende sólo del carbono y del hidrógeno, los cuales en contacto indefinido pueden permanecer largo tiempo sin combinarse, sino de una fuerza muy complicada en su manera de obrar, muy varia en sus manifestaciones, reconocida causa primera y eficiente de los fenómenos químicos. Y que esto es cierto, demuéstralo precisamente, respecto de los hidrocarburos, el hecho de que uno solo y el más incompleto es el único sintetizado á partir de sus elementos, y aun así es menester dotar al carbono, por medio del calor, de cierta potencialidad que antes no tenía, y en cuya virtud, luego de haberla adquirido, puede unirse al hidrógeno formando acetileno. Varias veces se ha repetido que el fenómeno químico es función de muchas variables, casi todas ellas desconocidas, y como se trata de asunto muy complejo que parece encerrar algo de misterioso en la manera de realizarse y llevarse á cabo, resulta que la labor augusta de la síntesis, que la creación de que antes hablaba, si presenta graves dificultades cuando de combinaciones binarias se trata solamente, suben aquéllas de punto cuando se pretende llegar á substancias ternarias, cuaternarias y de complicada molécula, así en el orden mineral como en el orgánico. Y, sin embargo, la primera substancia sintetizada ha sido de las más complejas del organismo, puesto que se trata de la urea; prueba evidente de la eficacia de ciertos métodos y del inmenso valor que tiene, en el problema de la síntesis química, el conocimiento de la función que el cuerpo desempeña y el poder definirlo dentro de alguna de aquellas categorías de dependencia, establecidas estudiando cómo las substancias están constituídas.

En las primeras clasificaciones, y allá en los que bien pudieran llamarse albores del estudio de las substancias orgánicas, formábase con todas las esencias á la sazón conocidas un solo y único grupo, y denominábanse esencias en general á todos los cuerpos, por lo común líquidos, bastante volátiles y dotados de particularísimo olor, característico de cada uno. Eran las esencias insolubles en el agua, pero solían disolverse en el alcohol y hallábanse contenidas, la mayoría de ellas, en los órganos de los vegetales, los cuales debíanles los perfumes de sus flores, de sus hojas y de sus frutos. La condición de la volatilidad era causa de que fuesen perfumadas las más de ellas, y como tales perfumes se usaron, y también en virtud de la misma propiedad, era dable obtenerlas mediante destilación en alambique y á no muy elevada temperatura; puesto que aun las esencias sólidas, como la de anís y muchas otras, pueden ser arrastradas por el vapor de agua. A las esencias ó á principios esenciales es debida la fragancia de las flores, lo mismo el delicado perfume de rosas y jazmines, como la fragancia de la azucena y de la magnolia, y de estas flores extraíanse en todo tiempo aquellos famosos y preciados líquidos, tan volátiles y sutiles, que su aroma se difunde y distribuye en la atmósfera á considerable distancia del lugar donde se evaporan. A las esencias deben asimismo sus aromas los frutos y aquel perfume que constituye su más preciada excelencia. Y de hojas y tallos de plantas labiadas proceden finas esencias, como la de menta; de las crucíferas, la picante esencia de mostaza, y de las liliáceas, muchas otras que se distinguen por la cualidad de su picante y desagradable olor. En los primeros tiempos de la Química, y cuando en ella predominaban las ideas y los métodos de la Alquimia, eran las esencias algo como lo más íntimo y sublime que era dado elaborar á las plantas en sus más delicadas funciones, el *summum* del trabajo del organismo vegetal, su más fino y delicado producto, que á veces—y eran las menos—parecía originarse en la raíz, pasaba al tallo, desde allí á las hojas, luego á las flores, quedaba en el fruto como encerrado y persistía en la semilla, cual si quisiera rodear y envolver al germen del nuevo ser en una atmósfera perfumada, para que en tal medio despertase á la vida cuando hubiera de germinar en la primavera. Y como no hay planta sin esencia, como no existe vegetal sin que algunos de sus órganos segreguen principios volátiles dotados de olor, siendo éstos sutilísimos las más veces, de aquí haber pensado que todas estas materias que llamamos esencias debieran hallarse igualmente constituídas y formadas, y por eso agrupáronse formando numerosa clase, sin parar mientes ni en su composición elemental, ni en las funciones químicas de cada una, y largo tiempo anduvieron juntas y tomáronse por cuerpos análogos, hidrocarburos, éteres, alcoholes, aldehidos y mercaptanes, á bien que muchas esencias no son cuerpos definidos, sino mezclas de las cuales por el solo reposo precipítanse cuerpos sencillos, de ordinario sólidos, constituídos casi siempre por carburos de hidrógeno, no bien determinados y pertenecientes á novísimas series, algunas cuyo conocimiento es á la hora presente bastante incompleto y cuyos individuos diferéncianse mal y hasta suelen distinguirse, merced á caracteres físicos, alguno de ellos, y es el más frecuente, tan ligado á la composición química como es el índice de refracción para la luz.

Atendiendo, por lo tanto, á los caracteres poco seguros del origen, á la continua vegetal, la volatilidad, el olor ó aroma, más ó menos enérgico y siempre muy difusible, y al procedimiento de obtenerlas, mediante la destilación con agua de las partes de la planta donde las esencias se elaboran ó donde se suponía que debían existir con más abundancia, es como se ha hecho de los cuerpos que nos ocupan un grupo químico, que debió parecer, allá en los comienzos de la Química orgánica, muy natural y bien establecido. Los estudios de las diversas esencias, cuando éstas pudieron ser analizadas, vinieron á demostrar cómo se trataba de cuerpos ó substancias muy diversas, en cuanto á su composición, y así llegó á saberse cómo el carbono y el hidrógeno, combinándose, podían formar esencias como la de trementina; que las había ternarias como la de almendras amargas, que constituye el aldehido benzoico; alcoholes como la de menta; fénoles, de las cuales es ejemplo la de tomillo; éteres como la de glanteria, ácidos al igual de la de clavo, y cuaternarias y nitrogenadas, á la par de la esencia de mostaza ó sulfocianuro de alilo. Y de ahí vino ya una primera división de las esencias enhidrocarbonadas ó binarias, oxigenadas ó ternarias, y sulfuradas ó cuaternarias. Mas no debían parar en esto los experimentos, porque á consecuencia de haber sido modificados algunos hidrocarburos, lográronse compuestos suyos nitrados, que con las propias esencias guardaban cierta analogía, y entonces hubieron de modificarse los fundamentos del grupo relativos á la comunidad de origen, y puede decirse que desde el descubrimiento de la nitrobencina ó esencia de mirbano comienza á ser más racional el estudio de las esencias; desaparece el grupo que por natural se tenía y como tal era considerado, y ya cada esencia estúdiase, desde entonces, en la función química correspondiente, en la serie á la cual pertenece, y al lado del cuerpo del que se considera derivada, mediante determinadas y bien conocidas metamorfosis químicas. Ya en semejante punto se comprende bien cómo se ha adelantado en el camino de la síntesis de las esencias, para la resolución de cuyo problema habíanse establecido, de modo cierto y positivo, los datos referentes á la composición y fórmula que la expresa y representa, á la función química que cada esencia posee y desempeña conforme sea hidrocarburo, alcohol, fénol, éter ó ácido, y al origen de otros cuerpos más sencillos, conociéndose, hasta cierto punto, la ley de derivación, y en muchos casos el mecanismo en cuya virtud llévase a cabo y en nada difiere de aquellos que son causa de las metamorfosis generales de las otras substancias orgánicas. Sábese cómo oxidando un hidrocarburo se engendra el correspondiente alcohol, que mediante el oxígeno se transforma en ácido; hay medios de llegar, siguiendo análogos caminos, á fénoles y éteres; deshidrogenando alcoholes prodúcense aldehidos, y las cetonas, que también hay esencias que tienen esta función química, son asimismo sintetizables, porque se llegan á unir, por vía sintética, dos radicales alcohólicos por medio de un carbonilo, y conocidos estos procedimientos se concibe al momento la posibilidad de conseguir, mediante ellos, las esencias, extrayendo aromas de substancias no aromáticas y fabricando perfumes sin flores, y aun uno de ellos, como es el almizcle, sin que intervenga el almizclero, de tal suerte que el concurso de este animal no es preciso para elaborar los productos que resultan de las funciones de su vida.

Desde que en la ciencia son conocidos muchos de los productos de la destilación seca de la hulla, la Química y la Industria han recibido grandísimo impulso; y basta recordar el número prodigioso y á cada punto más considerable de colores derivados del carbón de piedra, para convencerse de ello en seguida. Mas no es esto sólo, sino que las propias esencias en que ahora me ocupo pueden ser, no diré extraídas, sino substituídas con productos que se obtienen del carbón de piedra; y téngase en cuenta que aquí, en definitiva, de las plantas vienen los perfumes, ya que para formarse el carbón ha sido preciso que antes hubiera plantas. Véanse algunos ejemplos acerca del particular: casi todos los preparados cuya base es la esencia de almendras amargas, antes que ésta se hubiera obtenido por síntesis, jamás la tenían, y aquellos maravillosos jabones y los perfumes denominados *delicias del tocador*, debían su aroma á la esencia de mirbano, que es la nitrobencina; y ¿quién en un magnífico y sabroso queso de Roquefort, con todos los signos y todas las señales de la vejez, es capaz de descubrir trazas siquiera de *éter caprílico*? Pueden serviros deliciosa compota ó confitura de las más perfumadas peras, y aquel aroma y aquel sabor han pasado antes por el carbón de piedra, porque son frutos de calidad muy inferior, sencillamente rociados con *acetato de óxido de amilo*. En este mismo orden de cosas, casi se puede asegurar que cuantos con delicia saborean un buen sorbete de piña, en realidad se deleitan con el delicadísimo aroma del éter butírico, y si por acaso el sorbete fuera de manzanas, casi nunca las tiene; pero hay en la Química un valeriato de óxido de amilo, muy propio y adecuado para imitar aquel perfume, y cuantas veces paladeamos un añejo vino de Borgoña que apenas tiene un año y que manos pecadoras hicieron viejo antes de tiempo, con sólo añadirle una mezcla hecha de éter enántico, éter valerio-amílico, éter butírico y alcohol ordinario. Cierto que ninguna de estas cosas constituye la síntesis de ninguna esencia, que son muy perfectas falsificaciones; pero no es menos verdad que substituyen á maravilla á los principios esenciales que de las plantas proceden; al igual de muchos de éstos, son éteres, y es particular que pertenezcan, en su mayoría, á la serie grasa. Falsificaciones y todo, pero tan finas y delicadas que no pueden ser descubiertas sino con grandísima sagacidad, fueron punto de partida para las síntesis, ahora bastante numerosas de las esencias, y llégase á tanto en este linaje de adelantos, y tanto se ha conseguido trabajando sin descanso en este camino, que existen ya métodos generales, en cuya virtud los más delicados perfumes vecinos de la esencia de rosa pueden conseguirse sin flores, y partiendo, la mayoría de las veces, de carburos de hidrógeno extraídos de la hulla, y á su vez producto, en ocasiones, de síntesis más sencillas; siendo de advertir cómo los procedimientos que á primera vista parecen sólo teóricos y de laboratorio, cuando no delicadísimo y sobre toda ponderación fino trabajo, hácense al momento industriales y su progreso, en este sentido sigue las huellas del progreso de la gran industria de las materias colorantes. Viniendo ya al pormenor de algunos de estos métodos sintéticos que han servido para obtener determinados perfumes y esencias, elegiré como tipo la síntesis de la verdadera esencia de almendras amargas, que es el aldehido benzoico, compuesto ternario de carbono, hidrógeno y oxígeno. Para obtenerla sin almendras amargas fué necesario una cosa muy teórica, un dato que no se refiere á nada experimental, á saber: el conocimiento de la estructura molecular de la bencina. Supóngase que partimos del hidrógeno y del carbono, y que los unimos produciendo el carburo acetileno, que es gaseoso: calentando tres volúmenes de acetileno á la temperatura del rojo, se condensan en uno, y resulta otro compuesto de hidrógeno y carbono, ya líquido, cuya molécula representa tres veces la molécula del acetileno, y no es sino la bencina, cabeza y fundamento de la serie aromática, y que se extrae, ya formada, del alquitrán de la hulla. Berthelot, á quien tanto debe la síntesis química, ya que puede considerarse como verdadero fundador de esos métodos racionales, puso en contacto la bencina naciente con el gas de los pantanos, que es otro carburo de hidrógeno más sencillo, gaseoso y que se desprende de las minas de carbón y mezclado con el aire constituye el *grisou*; elimínase entonces el hidrógeno y se forma por síntesis otro hidrocarburo, que es el *tolueno*, el cual procede también de la hulla, y puede conseguirse mediante la destilación seca del bálsamo de tolú.

Ahora bien; si en la molécula de tolueno, que tiene siete átomos de carbono y ocho átomos de hidrógeno, se substituyen dos átomos de este último por uno de oxígeno, consíguese un nuevo cuerpo ternario, cuya molécula hállase formada por los mismos siete átomos de carbono, más seis de hidrógeno y uno de oxígeno, que es precisamente la verdadera esencia de almendras amargas; y no se crea que la cosa promete serias dificultades, cuando el método, gracias á Lauth y á Grimaux, es ya industrial y permite obtener por miles de kilogramos el aldehido benzoico, en tales condiciones, que se vende el kilogramo á nueve pesetas y media, cuando el mismo peso de lo que pudiéramos llamar esencia natural de almendras amargas, cuesta sesenta pesetas. Y conste que aquí no se trata de imitaciones, no es una falsificación hecha con más ó menos arte, sino reproducir en grande y por medios adecuados un cuerpo absolutamente idéntico al que el trabajo continuo de la Naturaleza ha formado en el interior de la planta y por el intermedio de las funciones que concurren á la vida de la misma, y en ella son principales y esenciales.

Como ejemplo, acaso el más notable de la síntesis de las esencias, ninguno cabe citar como la esencia de vainilla ó *vanilina*, que si antes valía un kilogramo lo menos doscientas pesetas, no cuesta ahora más de sesenta, por ser un producto industrial, y ofrece además el ejemplo de cómo pudo llegarse á la gran industria desde las alturas de las más trascendentales y sublimes teorías de la Química orgánica. Preséntase la esencia de vainilla natural en estado sólido, y forma sobre la corteza de los frutos algo parecido á una escarcha ó rocío: trátase de un cuerpo ternario, compuesto de carbono, hidrógeno y oxígeno, y que hace de fénol, en cuanto se une á los álcalis, y funciona como aldehido en el hecho de combinarse con los bisulfitos alcalinos. La característica química de la esencia de vainilla reside en que el hidrógeno naciente puede convertirle en alcohol vanílico. Después de bien determinadas estas propiedades, tratóse de establecer parentesco y lazos de unión de la vanilina con otros cuerpos, y vióse como podía referirse, por su constitución química, á la bencina: substituyendo en este cuerpo varios átomos de hidrógeno, llégase á la esencia de clavo, y de éste y de otro cuerpo que tiene olor nauseabundo y repugnante, y que es el cuerpo denominado asafétida, llégase á sintetizar la bien oliente y aromática esencia de vainilla. Cuando se parte de la esencia de clavo, basta oxidarla de modo conveniente, y si se acepta el segundo medio, es preciso pasar antes por un cuerpo intermedio, el cual tiene muy marcado carácter ácido. Sin embargo, por ninguno de los caminos citados se llegó á la síntesis de la esencia de vainilla, sino que fué necesario obtener otro principio esencial, que primero se llamó *larincina*, por creerlo propio tan sólo del *larix europæa*, luego *abietina* cuando se encontró en los pinos, y más tarde *coniferina*, luego que se vió que existía en todas las plantas pertenecientes al grupo de las coníferas. Queriendo descomponer la coniferina mediante fermentación, reconocióse que al cabo de muchos días daba olor de vainilla, y la esencia de ésta consiguióse oxidando la de las coníferas, por medio del ácido crómico y el ácido sulfúrico. Notable fué el experimento; pero lo es en mayor escala aquel que ha consentido pasar de la mal oliente é insoportable asafétida á uno de los principios esenciales de más suave y agradable olor: no es ciertamente de rosas el de la primera materia; pero las relaciones químicas de su molécula con la molécula de vanilina consienten tan radical cambio de la más saliente y notable propiedad de ambas substancias, de bien distinto aspecto y de tan desemejantes propiedades. De todas suertes tienen un punto de común, y es, la derivación del mismo carburo de hidrógeno. La síntesis en este caso particular no es directa, á la verdad; pero no por eso deja de ser menos segura y cierta, explicándose por modo satisfactorio cómo desde una substancia fétida puede llegarse á un perfume tan delicado como es la esencia de vainilla, á la cual para darle el nombre que en la Química le corresponde, debe llamársele *aldehido metilprotocatéquico*.

Por transformación de un principio esencial, puede llegarse, sin heno, al perfume característico del heno, constituído de una materia líquida que tiene consistencia oleaginosa: sirve como punto de partida la esencia de anís, cuya obtención es facilísima; bastando oxidarla por cualquiera de los métodos de uso corriente, para verla transformada en la esencia que da el propio olor desprendido por el heno bajo la influencia del calor de Junio. Una serie de éteres y de aldehidos hállanse constituyendo esencias varias, y entre ellos pueden citarse el *rodinol* de la de rosas, el *geraniol* de la de geranio, y tantas otras cuyos perfumes son suavísimos y de exquisita delicadeza; pues bien, los más modernos trabajos, algunos realizados en este mismo año, permiten asegurar que muy en breve será conocido y aplicable á la industria un método general que permita obtener por síntesis todas las esencias del grupo á que me refiero; por lo pronto las relaciones de sus fórmulas de constitución hállanse ya establecidas, y «día llegará, como dice Grimaux, en el cual

la esencia de rosas saldrá fabricada de los laboratorios, bien sea mediante síntesis de esos grupos elementales, ó transformando de manera conveniente otra esencia de menos precio». Y en tanto no llegue ese ya no lejano día, pasemos ligera revista á las conquistas realizadas en el orden de la síntesis de las esencias, relatando ligeramente los artificios para llegar á los más delicados perfumes de las flores, sin que ellas hayan intervenido para nada en la fecunda y creadora síntesis que los origina, mediante reacciones químicas no muy sencillas.

Es la esencia de heliotropo ó heliotropina el piperonel, y en Química se llama éter metilénico del aldehido protocatéquico; se presenta sólida, cristalizada, incolora, insoluble en el éter; su función aldehídica está bien determinada, porque se combina con los bisulfitos alcalinos, y además presenta reacciones químicas correspondientes á la propia esencia de almendras amargas. Realízase la primera síntesis del piperonal partiendo de un ácido particular llamado ácido piperónico, oxidándolo por medio del permanganato de potasio; después fué primera materia la *piperina*, que se extrae de la pimienta: los resultados del método, desde el punto de vista de la ciencia, fueron excelentes, pero no industriales. Por fortuna, hay otro punto de partida, que es la esencia de sasafrás, de la cual puede obtenerse el cuerpo denominado *safrol*, y éste oxidándose engendra la esencia de heliotropo con su característico perfume; y por si aun este medio, en cierto modo fácil y expedito, no fuera bastante, llégase á idéntico resultado usando como primera materia la substancia denominada aceite de alcanfor, cuyo precio nunca es muy subido y además abunda.

Más curiosa es todavía la síntesis de la esencia de violetas, ó mejor dicho de un cuerpo isómero con ella, que es la *ionona*, y la primera denomínase *irona*, teniendo ambas substancias la misma función química, puesto que actúan como verdaderas cetonas. Sábese muy bien cómo la violeta contiene poquísima esencia, en términos que es dificilísima su extracción de la flor; la misma esencia hállase contenida en la raíz de lirio después de seca. La irona es un líquido que tiene la consistencia del aceite y se disuelve en el alcohol, el éter y el cloroformo, y no se había aislado hasta este mismo año, partiendo del polvo de raíz de lirio bien seca: hácese un extracto etéreo, y se destila en una corriente de vapor de agua; el producto arrastrado sepárase de los ácidos libres ó combinados que pudiera contener por medio de una disolución alcohólica de potasa; destílase enseguida varias y repetidas veces en una corriente de vapor de agua; luego líbrasela de los productos aldehídicos, destruyéndolos por medio del óxido de plata, transfórmase después la irona en hidrazona, que los ácidos desdoblan en esencia de violetas y fenilhidracina. Tal es el procedimiento de Tiemann y Pkrujer, que no tiene otros inconvenientes sino la delicadeza y complicación de las operaciones, resultando un producto sumamente caro. Su síntesis ha sido intentada con éxito, porque si bien es cierto que no se llega á la verdadera irona, es lo mismo para los efectos industriales haber conseguido su isómero la ionona, que tiene muy agradable y aromático olor, en todo igual al que es característico de la violeta. La nueva esencia es producto de la transformación de otra — la de toronjil — y así y todo, es preciso pasar por otro isómero que, aunque bien oliente, no tiene el perfume de la violeta, y se llama seudoionona. De la esencia de toronjil viene el citral, y condensando el citral con acetona, consíguese la seudoionona, cuyo cuerpo puede pasar á ionona por medio de los ácidos diluídos. Esta síntesis, que es la de un perfume sin la flor que lo da constituyendo su aroma, sirve de excelente ejemplo para demostrar la necesidad de establecer los lazos de parentesco entre las moléculas, como medio indispensable, y casi diré único, de llegar á sus transformaciones recíprocas, y así se explica cómo de la esencia de toronjil se puede obtener olorosa esencia de violeta.

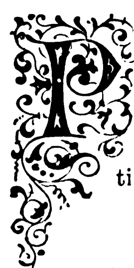
Producto también de la síntesis es el perfume denominado *muguet* en el comercio y que constituye una verdadera esencia ternaria, compuesta de carbono, oxígeno é hidrógeno: líquido, incoloro, apenas soluble en el agua, de consistencia oleaginosa y cuyos disolventes son el alcohol y el éter; llámase en la Química *terpineol* y su presencia está reconocida en las esencias naturales de cayeput y de karomoji. Es el muguet artificial sencillamente un producto de deshidratación de la terpina, la cual llévase á término valiéndose de ácidos minerales diluídos, empleando de preferencia el sulfúrico y el fosfórico ó acudiendo á ácidos orgánicos tales como el acético y el oxálico, que sirven á maravilla para realizar aquella metamorfosis, cuyo punto de partida es en definitiva el cuerpo conocido con el nombre de esencia de terebentina, extraída del pino y de otras plantas análogas. De esta esencia de terebentina pásase á la terpina, y luego de su deshidratación, realizada conforme queda dicho, resulta el muguet ó terpineol, cuyo cuerpo, á semejanza de otros aquí nombrados, procede de más sencilla esencia y es producto de una metamorfosis química de su nada compleja molécula. El año de 1888 comenzó á verse en el comercio el terpineol como producto industrial obtenido en gran escala, y luego ya un año más tarde sirvió para fabricar extractos perfumados, en particular el de lilas, cuyo uso hubo de generalizarse al punto; ahora es el cuerpo que nos ocupa una de las primeras materias de la perfumería; véndese á no muy elevado precio, es inalterable por los álcalis, y esto consiente darle aplicación importantísima para aromatizar los jabones, y como puede engendrar éteres, más ó menos estables, por medio de los ácidos, se concibe que el terpineol sea un producto destinado á grandes progresos y que de su empleo y modificaciones químicas se esperen grandes adelantos en lo que atañe á la obtención de perfumes sin flores.

Por lo que al almizcle se refiere, los productos artificiales que llevan este nombre no son resultado de síntesis de aquel perfume, sino cuerpos dotados de análogo olor, en general trinitrados y análogos al butiltolueno trinitrado. Partiendo del aguarrás, del alcanfor, de diversos hidrocarburos como el xileno y el cimeno, y operando con ellos por los métodos generales de nitración, resultan productos curiosísimos, que todos ellos poseen la volatilidad y el perfume que es característico del almizcle del almizclero.

Tal es, en breve compendio, el progreso y adelanto de la síntesis química en punto á la obtención de esencias y á hacer perfumes sin flores, ya fabricando las distintas piezas de su molécula y luego uniéndolas por aquellos mismos lazos que la Naturaleza las ha unido en la planta, ya partiendo de otras esencias menos complicadas y cuya molécula es modificable á voluntad, ó de materias hidrocarbonadas que de los vegetales proceden y son susceptibles de metamorfosis variadísimas. De todas suertes, no se trata aquí de falsificaciones hábiles, llevadas á cabo con todo el primor que en ello suele ponerse, sino de realizar, en laboratorios y fábricas, la fecunda y creadora labor de la síntesis, empleando acaso los procedimientos mismos que los organismos emplean, inducción perfectamente lógica desde el punto que se sabe cómo los cuerpos que entran en las reacciones son los mismos y el resultado de sus combinaciones productos idénticos á los que elaboran los vegetales en sus funciones orgánicas.

José Rodríguez Mourelo.

SERVICIO TELEGRÁFICO.



Podrán llamarme reaccionario, *obscurantista*, enemigo del progreso — respondo de que no lo soy; — pero no hay quien me quite de la cabeza que tuvo mil veces razón el autor de aquel dístico, ó llámese pareado:

> «Los inventos del siglo diez y nueve
> No son para tratados por la plebe.»

No lo son, en efecto.

Pero entiéndase bien que no doy en este caso á la voz plebe la significación que le dan en nuestro Diccionario; ni creo que el festivo inventor de esa moraleja se la diese tampoco.

Según la Academia Española, plebe es lo mismo que *estado llano*, y el estado llano es «El común de vecinos de que se compone un pueblo, á excepción de los nobles». Prescindo de otra equivalencia que hay en el Diccionario, porque no la entiendo del todo. Dícese que *plebe* es lo mismo que *populacho*; y al definir la palabra *populacho* enséñase que es lo ínfimo de la *plebe*; de suerte que, sustituyendo en esta definición el vocablo *plebe* por su equivalente *populacho*, resulta que *el populacho es lo ínfimo del populacho*; y esto es justamente lo que no entiendo bien: ni mal tampoco. Soy sincero y no me avergüenzo confesarlo.

Á bien que para nada necesito profundizar en el asunto: parece que es plebe también el *estado llano*, y con esa definición me basta para repetir que no aludo á ella cuando afirmo, adhiriéndome al fabulista, que no son para tratados por la plebe las grandes invenciones, ni los descubrimientos maravillosos de nuestro siglo. Y es claro que ni el ingenioso fabulista, ni yo, que no soy fabulista ni ingenioso, pero que, á Dios gracias y en buen hora lo diga, tengo ojos para ver y oídos para oir, podíamos negar al estado llano una competencia de que está dando pruebas elocuentísimas á todas horas.

No suelen ser, efectivamente, de elevada alcurnia, ni pertenecen á la aristocracia de abolengo, por regla general, los maquinistas, los fogoneros, los guardafrenos de los trenes que, en muy poco tiempo nos trasladan de un punto cualquiera del globo á otro muy distante; tampoco son — siempre hablo en tesis general — de sangre azul los encargados de transmitir noticias por conducto de los misteriosos hilos del telégrafo; ni es lo ordinario que aspiren á manipular en las oficinas de teléfonos grandes duquesas ó princesas augustas..... Y no obstante, fuera de algún tropiezo y de tal cual deficiencia de que no es posible librar al trabajo humano, todos esos adelantos; el ferrocarril, el telégrafo, el teléfono, etc., etc., van perfectamente y realizan, á las mil maravillas, los fines perseguidos por los respectivos inventores.

Para mí — y supongo que también para el fabulista — la plebe está formada en este caso por las personas (plebeyas ó nobles), que no tienen idea exacta de esos descubrimientos y abusan de ellos, utilizándolos, sin oportunidad y á destiempo, en cualquier niñería que á nadie interesa y ninguna falta hace.

Pagan, por ejemplo, los periódicos de gran circulación — sin reparar en gastos ni en sacrificios — para tener á los suscritores — según decíamos antes, y que ahora hemos de llamar *subscriptores* — pagan, repito, las empresas de esos diarios numeroso personal de corresponsales, á quienes dan carta blanca para comunicar todo lo que les parezca merecedor de ser comunicado, y uno de esos corresponsales transmite, con carácter de urgente, un telegrama de algunos centenares de palabras que cuestan á la empresa una verdadera fortuna, para que sepan los lectores del periódico susodicho: «que comieron jnntos el Ministro de *Negocios Extranjeros* de Francia y nuestro Ministro de Estado. Que después estuvieron en el teatro; y que en el teatro, que, por cierto, era el de la Comedia Francesa, ponían en escena el drama *Severo Torelli*.»

Comprendo, y me parece que comprenderá cualquiera, que se dé noticia telegráfica del hecho significativo de haber obsequiado al Ministro español el Ministro francés; la cosa, al fin y al cabo, si no es de trascendencia suma en estos momentos, muestra una vez más la cordialidad de relaciones oficiales que entre ambos Gobiernos existe. Acepto casi, aunque ya me parece mucho aceptar, que en confirmación de esas buenas relaciones se diga en el telegrama que ambos Ministros fueran juntitos al teatro, como dos excelentes camaradas. Pero lo que yo no acierto á explicarme es que el corresponsal haya creído interesante el dato de que en la Comedia Francesa representaran aquella noche tal drama ó cual otro.

Pero sin duda el corresponsal aludido, cuyo nombre ignoro y no diría aunque lo supiera, porque se dice el pecado, pero no el pecador (admitiendo que sea pecado esto, que sólo es una niñería): digo que sin duda el corresponsal aludido entiende que lo de las funciones teatrales tiene muchísima importancia en los negocios diplomáticos.

Presumo esto, porque en el telegrama mismo, después de contarnos, ó contar á los lectores de su periódico, lo que nuestro Ministro había hecho durante el día, agregaba (siempre por telégrafo y siempre con urgencia):

«Por la noche asistió al teatro de la Ópera, donde se cantaba *Otello*.»

¡Asusta calcular las complicaciones internacionales que habrían surgido si en lugar de cantar *Otello* hubiesen cantado *Mefistofele* ó *Tanhauser!*

¿Qué concepto habrán formado de esa famosa invención del telégrafo los que la emplean para contar esas puerilidades? ¿Y qué opinión tendrá del juicio y de la sindéresis de sus lectores el que se figure que tales pequeñeces pueden interesarles?

¡Oh, y gracias que este corresponsal nos ha hecho gracia del *menu* de la comida!

No hubiera incurrido en esa distracción el corresponsal de otro diario, que nos decía, no hace mucho tiempo, cómo era la gorra de viaje que usaba el Príncipe no sé cuántos, y de qué color era la americana que llevaba *generalmente* puesta, aunque á veces solía quitársela para andar por el coche-salón.

¿Verdad que es lástima emplear tan grandes invenciones para decir cosas tan pequeñas?

A. Sánchez Pérez.

TARRAGONA MONUMENTAL.

II.

Conclusión.



Al poner el pie en España por primera vez los romanos para combatir con sus más terribles rivales los cartagineses, y detenerlos en sus deseos de posesionarse de la península, la segunda ciudad importante que encontraron fué la de Tarragona, que aun presentaba todo el desolador aspecto de destrucción en que la habían dejado las tropas africanas.

Comprendieron los Escipiones su gran importancia militar; repararon sus murallas desmanteladas, como se nota en ellas perfectamente; limpiaron sus ruinas interiores, y establecieron allí un cuartel general que alcanzó con el tiempo la capitalidad de la España citerior.

Favorecida luego por los patricios y emperadores romanos, residencia de algunos de éstos por largas temporadas, obtuvo una importancia monumental tan extraordinaria, que bien pudiera ponerse como grandioso y completo ejemplo de todo lo que llegaba á ser una ciudad preferida por los señores del mundo.

El mármol sustituyó á todo otro material en la construcción de sus edificios; el mosaico tapizó los suelos y muros en extensión extraordinaria; los bronces y estatuas se contaron por millares; las inscripciones, votos y memorias no tuvieron número.

Comenzaron, como decíamos, por restaurar sus murallas, completándolas con grandiosa sillería, unida ya por mortero lo más frecuentemente, pero sin emplear para ellas aquel durísimo hormigón característico de los romanos, del que no existe allí ejemplar; lo que indica, entre otras razones, que no emprendieron la construcción de grandes lienzos, sino sólo la reparación de los que anteriormente existían.

Escasa de aguas la ciudad, la abastecieron trayéndolas de distantes fuentes, para lo que elevaron en algunos profundos valles acueductos atrevidísimos, como el conocido al presente por el *Puente del Diablo*, que tan intacto hoy se



¡DALE UN ¡BESO!

DIBUJO DE M PICOLO.



EL GUARDIÁN INFIEL.—(Fábula de Lafontaine.)

CUADRO DE BORCHARD.

conserva á mediana distancia de la ciudad, causando la admiración de cuantos lo visitan.

Hicieron llegar á ella pintorescas vías, á orillas del mar, aun hoy en buen servicio, que bordearon de quintas y villas, embellecidas además por monumentos, debidos algunos á particular iniciativa, como el correctísimo arco de Bará ó Sura, y el monumento llamado sepulcro de los Escipiones, el que, colocado en medio de un bosque de resinosos pinos, con el mar á sus pies, presenta tan característico paisaje romano, que nos cuesta trabajo creer si es en España ó en las cercanías de alguna ciudad de la Campania ó en la isla de Capri á donde nos encontramos.

Ampliaron y abrigaron su puerto, antes inseguro, en el lugar de que existen memorias de haberse conservado hasta ha poco trozos de sus muelles, con los anillos para amarrar las naves, y no cabiendo la población en el recinto cerrado de sus muros, comenzó á extenderse hacia la parte del río, del Tulcis, hoy Francolí, constituyendo extensísimo barrio industrial suburbano.

En la parte más alta de la ciudad, en el lugar que hoy ocupa la catedral, seminario, palacio arzobispal y otros edificios religiosos, limitado inmediatamente al Norte por la muralla, estuvieron también en aquella época los templos en que los dioses y emperadores deificados recibían culto pagano.

Allí, casi en el mismo emplazamiento que la catedral, se elevaba el soberbio de Júpiter Capitolino, contiguo al Arce y Capitolio, uno de cuyos fortísimos muros aun permanece formando suntuoso un lado del preciosísimo claustro procesional de la Basílica.

Angosta puerta en la muralla contigua daba paso por allí al campo defendida por robusta torre, y en la parte más oriental de esta superior meseta descollaba, á grandísima altura, el templo del *divo* Augusto, todo de mármol blanco, octástilo, corintio, exornadísimo, según se ve en las monedas acuñadas por Tarragona, la *Colonia Victrix togata* después de la muerte y apoteosis de aquel Emperador, al que en vida habían dedicado ya una ara. Sus soberbios restos forman el más voluminoso contingente del tan interesante Museo Arqueológico, y aun subsisten en varios edificios más modernos de aquel sitio otra infinidad de ellos pertenecientes antes á distintos templos y altares. Una soberbia escalinata, en el mismo lugar que hoy existe la frontera á la Catedral, ponía en comunicación esta meseta con la inmediata inferior.

Perfectamente allanada ésta, de gran extensión y cuadrilátera, era la destinada al foro, ó sea gran plaza central, rodeada de pórticos y suntuosos edificios.

El ciudadano romano que bajaba del Arce al Foro por la gran escalinata mencionada, encontrábase en medio de suntuosa plaza, cuyo testero del frente lo formaba el palacio Imperial, constituído por dos grandes alas unidas por un grandioso arco triunfal frontero á la escalinata pasada. Elevados pórticos laterales limitaban la plaza; monumentales edificios públicos, como basílicas, comicios, lonjas y archivos-bibliotecas, en que el mármol y los bronces se habían prodigado con derroche, cerraban su área por los lados, é infinitas estatuas, aras, monumentos conmemorativos y laudatorios, inscripciones y columnas, formaban de aquella gran plaza pública un verdadero archivo monumental de la ciudad, de sus más ilustres hijos y de sus hazañas.

De todo ello queda aún hoy gran riqueza epigráfica en los muros de las construcciones modernas levantadas en aquel espacio: calles enteras ostentan las jambas de las puertas y ventanas de sus casas formadas por aras y cipos llenos de inscripciones interesantísimas, y apenas hay esquina que no recuerde algún votivo presente, alguna dedicatoria ó memoria.

Del extensísimo palacio Imperial ó pretorial permanece en pie el trozo llamado *Castillo de Pilatos*, límite oriental del gran Alcázar, aunque con grandísimas restauraciones; y en la parte occidental se ven otros restos de muros y torreones, adornados todos con dóricas pilastras que aparecen por entre las modernas construcciones, aprovechándose en muchas las soberbias bóvedas romanas para almacenes y otros usos.

Frente á la gran escalinata del templo de Júpiter y en el mismo lugar de la hoy llamada bajada de la Misericordia, que forma una violentísima rampa escalonada, estaba entonces la gran gradería bajo el arco central del palacio, por la que se descendía á la meseta más inferior, ocupada en toda su extensión por el circo-hipódromo. ¡Magnífica agrupación de monumentos, que en contacto unos con otros aparecían escalonados en aquella soberbia metrópoli!

El circo seguía también la dirección de Oriente á Poniente, de muralla á muralla, paralelo en todo al palacio Imperial á cuyo pie se extendía; éste lo dominaba por completo en su lado Norte, y desde sus ventanales gozaban los emperadores ó sus representantes de los espectáculos que en él se celebraban.

Estaba constituído, como todos los de su especie, por una arena central y dos prolongadas graderías laterales paralelas, construídas sobre series de bóvedas inferiores, que se unían por el extremo oriental en forma de semicírculo. El otro lado, que pudiéramos llamar el pie del circo, lo cerraba una algo oblicua serie de arcos, correspondientes á otras tantas *carceres*, de las que salían los carros lanzados á toda carrera.

Prolongada *espina*, adornada con mil estatuas, aras, trípodes y obeliscos, entre ellos la *meta* codiciada, dividía la arena en dos calles para la carrera; un sinnúmero de estatuas adornaban el *podium;* los espectadores se apiñaban en sus respectivos *cuneos*, ó tendidos que hoy diríamos, é imaginamos cuál sería el estruendo y gritería en aquel ámbito, cuando las *bigas* ó *cuadrigas* lanzadas á todo escape desde las *carceres* recorrían vertiginosas la arena; algazara excitada por el rodar de los carros, el chasquear de los látigos, las imprecaciones de los aurigas, y el grito agudo cuando alguno de éstos, rotos los ejes, caía en montón confuso entre el carro y los caballos.

Otros juegos circenses, como la carrera, la lucha y algunas veces la caza de animales feroces, para lo que estaba defendido el *podium* por agudos espinos metálicos, se celebraban en aquel amplio espacio, del que, hace poco más de un siglo, el insigne P. Flores describía los restos de sus bóvedas y graderías, aun entonces en bastante buen estado.

Sobre ellas se han edificado después manzanas enteras de modernas casas, utilizando para sus bodegas muchas de estas romanas construcciones; aun gran parte de su *arena* sirve al presente de plaza consistorial de la ciudad, y es facilísimo, á poco de fijarse, el comprender la grandeza y suntuosidad de aquel gran circo, que ocupaba todo el centro de la ciudad y servía como de límite entre la parte oficial de ella y el gran barrio patricio más inferior.

Porque, según parece, el lado meridional de aquellas galerías estaba apoyado sobre larguísimo trozo de muro ciclópeo que dividía recto en dos portes el recinto amurallado, siguiendo aquél bajando hacia el mar, y encerrando otro gran espacio más inferior ocupado por la llamada ciudad patricia.

Innumerables tesoros habían reunido allí los nobles pobladores de la ciudad al abrigo de sus fortísimos muros. Bellísimas casas y jardines, termas y gimnasios para su solaz y regalo, y en este sitio es donde apenas cavamos la tierra, casi en la misma superficie, se encuentran los restos más interesantes.

Mientras que los ingenieros del puerto, al extraer para sus obras los grandes bloques de piedra de la enorme roca que la servía de base, en el sitio llamado de la *cantera*, arrojaban sin piedad al fondo del mar mosaicos y cornisas, lápidas y estatuas, algunas enteras, otras partidas á martillazos, todo cuanto artístico y valioso había de aquel suelo, Hernández Sanahuja, con entusiasmo sin desmayo, con indignación y gran pena, conseguía salvar algunos bellísimos restos que hoy son el exorno principal del importante museo, entre los que se cuentan estatuas que, aunque mutiladas, ostentan tan puro gusto, tan bellísimos desnudos y paños, que sólo podemos creerlas debidas al cincel griego de los mejores maestros, quizás á un Praxiteles ó Scopas, llevadas allí más tarde por opulento patricio, señor de alguna provincia entera.

Allí también es donde aun se encuentran á flor de tierra fragmentos bellísimos de aquella cerámica llamada saguntina, ornamental y de usos domésticos, con marcas y signos curiosísimos, sin superior por la finura de su materia y gusto artístico de su decoración en la vajilla de aquel tiempo, cuando aun se desconocía el barniz de la loza y las pastas translúcidas de la porcelana, pero de un gusto tal en sus relieves y una elegancia en sus perfiles y dibujos, que nada superior puede imaginarse.

De allí también procede la notabilísima colección de bronces, de ligereza asombrosa y torneo perfectísimo, cuyas asas ornamentales, bocas y bandas adornan máscaras y hojas, anillos y estrías de finísimo cincelado. Allí, en una palabra, se encuentran enterrados los más artísticos restos de una ciudad refinada y elegantísima, tanto como la que más de la baja Italia, cuyos muros tapizaban admirables frescos, cuyas salas adornaban ebúrneos muebles, lámparas caprichosas, cortinajes lujosísimos y vajillas de gran precio, con todos los numerosos enseres de una vida doméstica muelle y voluptuosa, llevada á un extremo de comodidad y pulidez, que en vano se esfuerza el lujo moderno en querer competir con el de aquellos patricios, señores del mundo, en sus residencias favoritas.

Fuera de las murallas, entre ellas y el mar, al pie del circo, y aprovechando en parte una sinuosidad natural del terreno, construyeron el anfiteatro, aun hoy muy visible, dominado por el extremo oriental del palacio del Emperador, en cuya arena también se saciaba aquel pueblo histérico de emociones con sus predilectos espectáculos sangrientos.

Extramuros también, hacia el río, vivían los fabricantes y artistas, colonos y cultivadores de las preciosas *villas* repartidas por la extensa y fertilísima vega, y panorama verdaderamente grandioso sería el que presentaba la marmórea y escalonada ciudad, coronada por los grandes templos, bajando hasta el mar, para el navegante que al dirigirse á ella pasara por el sitio en que se alza ahora la boca del moderno puerto.

A alguna distancia de ella se observa interesantísima ruina, perteneciente sin duda á las termas de la *villa* donde el emperador Adriano, el gran arquitecto entre los Césares, pasó larga temporada convaleciendo de tenaz enfermedad. Consiste en amplia rotonda, quizá un *caldarium*, ó departamento de baño caliente, con la gran especialidad de estar coronado por extensa cúpula revestida de un bellísimo mosaico teselar, semejante en mucho, por su composición, al célebre de Palestrina, característico de la época de este emperador, y ejemplar único en su clase que conocemos.

El enervamiento y vicio producido por tanto sibaritismo fué el síntoma mortal de la descomposición de aquella sociedad gastada en todos sus viriles resortes. Realizada la misión romana, tenían que venir otras doctrinas y otras gentes á renovar el mundo y destruir tanta molicie. Los apóstoles cristianos, con la valentía inaudita que les infundía su fe, trataban de imponer sus doctrinas salvadoras, y de su predicación brotaba la nueva sociedad.

A San Pablo tocó desembarcar en Tarragona y sembrar los primeros gérmenes del cristianismo en aquella parte de la Iberia, donde bien pronto fructificó y produjo abundante consecha de prosélitos, pues á sus predicaciones debiéronse tempranos mártires y confesores.

El presidente Emiliano, que lo era por Valentiniano y Galerio, martiriza en el siglo III al obispo tarraconense Fructuoso, con sus diáconos, produciendo con tal motivo gran duelo entre sus muchos secuaces, que los visitan y consuelan en la cárcel, lo que demuestra la organización y desarrollo del cristianismo en la ciudad.

Decretada la paz de la Iglesia por Constantino en 313, ya pueden sus numerosos cristianos en ella habitantes hacer pública ostentación de sus creencias: es declarada entonces metropolitana la sede de Tarragona; comienza á formarse la lista no interrumpida de sus obispos; comunícanse y reciben éstos aclaratorias y saludables respuestas de los papas, que en Roma principian á considerar como de primera importancia en la península la mitra tarraconense, y en 464 se celebra ya bajo su presidencia un concilio, al que asisten otros obispos comarcanos.

Aunque la ciudad patricia siguiera entregada á sus tradicionales cultos y ofreciendo votos y sacrificios á los dioses paganos, como se deduce de algunas inscripciones encontradas, no por eso faltaban potentados que profesaban las doctrinas cristianas regeneradoras, y notables restos arqueológicos de piedra correspondientes á aquel último período romano nos demuestran su importancia.

En el Museo Arqueológico tan nombrado se conservan restos cristianos de gran valor, fragmentos de marmóreos cenotafios y otros objetos; pero ninguno alcanza en arte y belleza al sepulcro que, incrustado en los muros de la catedral sobre su puerta lateral derecha, cual si fuese un gran sillar, aparece hoy perfectamente conservado, siendo sin duda el mejor de los muchos de su especie que conocemos en España, representando pasajes de la vida de Jesús, entre ellos, su entrada triunfal en Jerusalén.

Artísticamente considerado, es el ejemplar más precioso que puede presentarse del arte romano en su período llamado del renacimiento de Constantino, ofreciendo la particularidad de existir otro de idéntica composición en Roma, con pequeñas variantes, de la misma época, pero que es vencido por el nuestro, pues obedeciendo á lo que acontece con toda la escultura romana, alcanza siempre mayor arte la labrada en España, con notable superioridad á la que se ejecutaba en la capital del mundo latino; notable fenómeno artístico que se sostiene durante tan largo período, constituyendo la cultura romano-hispana una página especialísima por su mérito artístico, como pudiera demostrarse en estudio particular sobre ella.

La soberbia colonia *patricia*, *togata*, continuó siendo la más importante ciudad romana durante la desmembración del Imperio: ya las tribus invasoras habían devastado toda la península, y la ciudad sufrido anteriormente la ruina del barrio extramuros al lado del río; pero seguía aún defendida por sus fuertes muros, como último baluarte del poder romano. Mas al cabo tuvo que sucumbir al empuje de las tribus germanas, cayendo en poder de los visigodos al mando de los capitanes de Eurico.

Á principios de este siglo existían aún en pie gran parte de los edificios principales construídos por los romanos: contaríamos hoy con una competidora de Pompeya y Herculano, si se hubiesen verificado con esmero y ciencia las excavaciones y desmontes; pero las obras del puerto, de un lado, y la construcción del moderno ensanche y caserío, por otro, han impedido que podamos completar el estudio de tan grandiosa ruina, en muy poco aprovechada para la ciencia de la historia.

No termina, sin embargo, con esta época el interés monumental de Tarragona. Si desaparecieron muchas de sus bellezas clásicas, el arte cristiano de la Edad Media, cuando su repoblación y reconstrucción, la exornó con no menos suntuosas preseas.

Las capillas de San Pablo en el Seminario y de Santa Tecla y otros monumentos, sobre todo su maravillosa catedral de transición románica á la airosa ojiva, construída como hemos visto pocas, y exornada con decoración bizantina, así como su patio claustrado, tan bello como el más famoso, compénsanla en mucho de las bellezas monumentales que perdiera.

No tiene esta catedral la fama á que es acreedora; pero justo es dársela, y más hoy que, pasados algún tanto los delirantes entusiasmos por las románticas bellezas ojivales, parece comprendemos mejor las robustas bizantinas y románicas, como más en consonancia con el realismo que en todo constituye por ahora la tendencia bajo que vivimos al presente.

Narciso Sentenach.

UN MORTUORIO.

«Angelicos al cielo» — dice el vulgo cuando muere algún niño de pocos años.

Esto puede ser un consuelo, pero sobradamente crudo y grosero.

Decir á un padre ó á una madre:

—Si había de sufrir en este mundo las penalidades que hemos sufrido y aun sufrimos nosotros, más vale que Dios se lo haya llevado.

Equivale á insultar su dolor.

Pero las costumbres populares en algunas naciones y en varias razas, convierten la muerte de un niño en un motivo de *juerga*.

La convicción de que los niños «van derechitos al cielo», está muy arraigada entre la gente *cañí* ó *flamenca* ó gitana.

La muerte de un niño representa, para los gitanos, la emancipación de un espíritu de la servidumbre, de las fatigas para buscarse el sustento y de las persecuciones por la justicia.

¡Qué es ver á una familia ó á un pelotón de gitanos cuando se les muere un *chorrel!*

La cuna ó el túmulo improvisado está adornado con flores y lazos y cintas de colores.

En la habitación, velando el cadáver del niño, está la madre y alguna parienta ó amiga íntima de la madre.

En la sala contigua están los demás parientes y los amigos y «cómplices» convidados.

Hay guitarras y tocaor y cantaores y vino blanco y «su mijita» de cena; pescado frito y alguna golosina de dulce.

—¡Venga ya!—ordena el padre, si es padre público, digo, si está presente el padre del niño muerto.

Y empieza el reparto de cañas por alguna de las gitanas más hermosas y con más habilidad para el caso.

Y con el reparto de cañas viene el cante.

Cante *jondo*, sentido, y aun alusivo, á las veces, por las coplas que improvisa el *cantaor*, á la pérdida del niño.

A varios concurrentes de la familia se les humedecen los ojos, bien por sentimiento, bien por exceso de bebida.

Y el *cantaor* cede su puesto á otro, que canta ó que gime aun mucho más triste y más *jondo*.

Y los circunstantes tocan las palmas ó acompañan, golpeando en el suelo con los pies ó con las varas que usan á diario.

En la calle, y viendo aquel melodrama mortuorio, se apiñan los transeuntes junto á las ventanas de la casa.

Y venga de ahí.

—¿Qué es eso?—pregunta alguna mujer que se llega al grupo que está en la calle.

—Un mortuorio del señor *Chaquetón*—responde otra mujer.

El señor *Chaquetón* es el padre, la razón social de la familia.

—Tío *Carape*, cuentosté *argún chascarriyo*—dice alguno de los concurrentes á un gitano ya del cuerpo consultivo.

Y él se resiste porque no está bien de la garganta; pero por fin, en su estilo, cuenta algún «sucedido», como él asegura.

—Pues disen que en Jerez fué á confesarse un guasón y dijo al padre capeyán: «Padre, yo soy medio tonto.» Y el padre le respondió: «En eso pa tí jases, niño; y vamos, ¿tienes argo de que acusarte?—Miste, respondió el gachó, que voy por las tardes á la era de un vesino é mi pare, y le tomo cuatro ú seis jasesiyos de trigo y me los traigo pa la era é mi pare; y digo yo si esto será malo, porque como soy medio tonto..... — Y dime, hijo, observó el sacerdote, ¿y por qué no tomas los jases en la era é tu pare y los yevas á la der vesino? —Pues, miste, respondió el mozo, porque entonces sería tonto del too.»

Por fin se arranca á bailar la gente moza.

Se oye el palmoteo y los «¡oles!» de internos y externos, porque también los de la calle toman parte en la juerga, aunque como meros espectadores, pero con voz y sin voto.

Y el *cantaor*, entre *jipíos* que levantan polvo, murmura alguna copla alusiva ó «abusiva», al acto, como dice uno de los gitanos más ilustrados.

De repente entra en la sala la madre del niño, y gritando como loca y llorando, y aun arrancándose algunos pelos, dice:

—¡Hijo é mi arma! ¡Sentrañas mía! ¡Que no me oyes! ¡Sol, luz mía! ¡Que el Señor te tié á su vera! ¡Y yo no estoy contigo, mi gloria!.....

La *juerga* interrumpida se convierte en coro de plañideras.

Las mujeres rodean á la madre y gritan y lloran, y los hombres se aproximan al padre y le consuelan hasta donde lo permiten sus recursos.

Trascurridos algunos minutos, la madre sale de la habitación y vuelve al lado de su pobre niño.

Y la *juerga* se reanuda.

Y vuelven el cante y el baile y la manzanilla ó el de Jerez ó el de los Moriles, y se arranca por seguidillas gitanas alguno de los bajos profundi-flamencos, y se baila lo que pide la concurrencia alguna de las *señoritas* presentes.

Así se pasa hasta media hora, cuando vuelve á presentarse en escena la madre del niño ó cualquier otra mujer de la familia, llorando y rabiando, y cesa la *juerga* otra vez.

—¡Rico en el mundo! ¡Angelico mío y cómo dejas á tu pobretica bata! ¿Aónde estás tú, generá y rey nuestro?

Y alguna gitanica la consuela diciéndola gimoteando:

—Vamos ya, Menchora, que en estos casos jase farta una mijita é vergüensa.

—¿Pa qué la quiero, si se me ha dío mi vida y mi esperanza y too?

Y así sucesivamente, hasta que vuelve á retirarse de escena la madre ó la encargada de «la salida», y vuelve el divertimiento en la sala.

Un inglés, mi amigo, á quien acompañé para que viera uno de esos *mortuorios*, me decía asombrado:

—Mí pareser una jaula con locos.

EDUARDO DE PALACIO.

NOTICIA CIENTÍFICA.

PASO DE MERCURIO POR DELANTE DEL DISCO SOLAR.

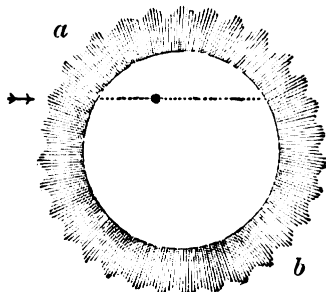


UN fenómeno celeste importantísimo se verificará el día 10 del mes actual á las $3^h\ 40^m\ 39^s$ de la tarde, fenómeno esperado con ansiedad por los astrónomos desde el 10 de Mayo de 1891, en que se observó la última vez: el paso de Mercurio por el disco del Sol.

Nada más útil para la astronomía física que estos fenómenos celestes. Trascendentales por sus resultados y por sus aplicaciones prácticas, no tienen por objeto, como el vulgo cree, satisfacer una curiosidad pueril de los astrónomos. La observación y el detenido estudio de los eclipses totales de Sol, como el de los pasajes de Mercurio y de Venus, entrañan profundos problemas astronómicos y físicos, y suministran testimonios irrecusables, no sólo para demostrar la gran analogía que existe entre todos los cuerpos que constituyen nuestro sistema planetario, sino para comprender que la vida y acaso la inteligencia no se reducen solamente en los estrechos límites del exiguo mundo que habitamos. Pero antes de exponer las razones que nos asisten para pensar de esta manera, consignaremos algunas peculiaridades de Mercurio, y los elementas más principales de su órbita.

Este planeta, por su proximidad al Sol y por la blancura de su luz, es el más difícil de observar de todos sus compañeros del sistema, y sólo es visible por las mañanas ó por las tardes, dos horas antes de la aurora y otras dos después del crepúsculo. Dista del Sol 14.300.000 leguas, y emplea en describir su órbita de 89.000.000 de leguas de perímetro ochenta y ocho días, caminando más de un millón de leguas cada veinticuatro horas. Está erizado de altísimas montañas; su volumen es diez y ocho veces menor que el de la Tierra, gira sobre su eje en veinticuatro horas y cinco minutos, y recibe siete veces y media más luz y calor que nuestro globo (1).

Como su órbita es interior á la de la Tierra, unas veces se halla entre nosotros y el Sol, y otras más allá del Sol con relación á la Tierra, resultando de estas diferentes situaciones *fases* como las de la Luna. Cuando se encuentra situado entre el Sol y nosotros en línea recta, ocurre entonces un *tránsito ó pasaje*, apareciendo en estos casos el cuerpo de Mercurio como una mancha pequeña, pero redonda y muy negra, que atraviesa el radiante disco del Sol del Este al Oeste, según puede verse en la figura adjunta, que representa el disco del astro del día y la ruta que seguirá Mercurio en esta ocasión.



PASO DE MERCURIO POR DELANTE DEL SOL.

La línea de puntos indica el camino que sigue el planeta: la flecha su dirección.

Este fenómeno se verifica cada trece, siete, diez y tres años, y desde principio de este siglo, incluyendo el tránsito del día 10 de este mes, no ha habido más que trece, debiendo ocurrir por lo tanto el próximo el 12 de Noviembre de 1907. Por circunstancias especiales que sería prolijo enumerar, estos pasajes no pueden realizarse más que en los meses de Mayo y Noviembre, y su duración no siempre es la misma. La longitud como la inclinación de las líneas recorridas por Mercurio en cada pasaje son diferentes: los de Mayo son paralelos entre sí, y los de Noviembre, que siguen otra dirección, son igualmente paralelos entre sí; pero en ambos casos el planeta atraviesa siempre el disco del Sol de Este á Oeste, es decir, de izquierda á derecha.

Si Mercurio describiera su elipse alrededor del Sol en el mismo plano que la Tierra, pasaría delante del disco solar todos los años, en un espacio de tiempo combinado entre los ochenta y ocho días de su revolución y los trescientos sesenta y cinco días de la revolución de la Tierra, en los dos puntos llamados sus conjunciones inferiores; pero como el plano en el cual se mueve Mercurio no coincide con el de la órbita terrestre, resulta de aquí que lo más frecuente es que el planeta no pase precisamente por la línea trazada entre el Sol y la Tierra, sino más arriba *a* ó más abajo *b*, y que el tránsito no se verifique.

El primer contacto del disco de Mercurio con el del Sol se verificará, como hemos dicho, á las $3^h\ 40^m\ 39^s$ de la tarde, y será visible en Europa, en gran parte de Africa, en la América meridional y en casi toda la septentrional, en el Océano Atlántico, en gran parte del Pacífico, en casi todo el mar Polar Antártico y en una pequeña parte del Artico. Este fenómeno podrá observarse en Madrid hasta las $4^h\ 48^m$ de la tarde, en que se pone el Sol. El último contacto, ó la salida de Mercurio del disco del Sol, se verificará de noche, y por esta razón no será visible en Europa, pero sí en las dos Américas y en la Australia, en una pequeña región del Asia, en el Estrecho de Behring, en todo el Océano Pacífico, en parte del Atlántico, en casi todo el mar Polar Antártico y en una pequeña parte del Artico.

Para observar en esta ocasión el paso de Mercurio, podremos utilizar unos buenos gemelos ó anteojos de marina, procurando poner en el ocular, para no ofuscar la vista con la intensa luz del Sol, un lente modificador ó un vidrio ahumado. Así la observación será más cómoda y sencilla, y podrán algunos de nuestros lectores conocer este raro fenómeno.

Como estos acontecimientos astronómicos son tan interesantes y tan escasos, infinidad de observadores prácticos é inteligentes en España, en Francia, en Italia, en Inglaterra, en Alemania y en América, estarán como clavados en sus telescopios acechando el momento prefijado por el cálculo en que el globo de Mercurio se ponga en contacto y empiece á atravesar el inflamado disco del Sol. Inspirados por su amor á la verdad y auxiliados con poderosos anteojos y con otros instrumentos de una precisión extraordinaria, sabrán obtener en tan críticos momentos resultados satisfactorios que revelen nuevos secretos de la constitución física de Mercurio, determinando así la analogía é íntimo enlace que existe entre los astros de nuestro sistema.

El problema más capital y de más útiles aplicaciones que ofrece el tránsito de Mercurio en esta ocasión, es el que se refiere á su estado físico, geográfico y climatológico. Que existe alrededor de Mercurio una atmósfera considerable en la cual flotan vapores absorbentes, lo prueban, entre otros fenómenos, la disminución de la luz de su disco del centro hacia los bordes, y el hecho de que el círculo terminal de sus fases no está nunca bien perfilado como el de la Luna, sino difuso y sin forma alguna. Además, según los análisis espectrales hechos por Vogel, resulta que los rayos más característicos del espectro de Mercurio acusan la existencia de una envoltura gaseosa en torno del planeta, la cual ejerce sobre los rayos solares una acción absorbente idéntica á la de nuestra atmósfera.

Estos descubrimientos, que por sí solos arrojan tanta luz sobre la organización de un astro tan difícil de estudiar como Mercurio, acaso podrán ser corroborados en este pasaje, si se comprueba un hecho rarísimo que ha suscitado gran controversia.

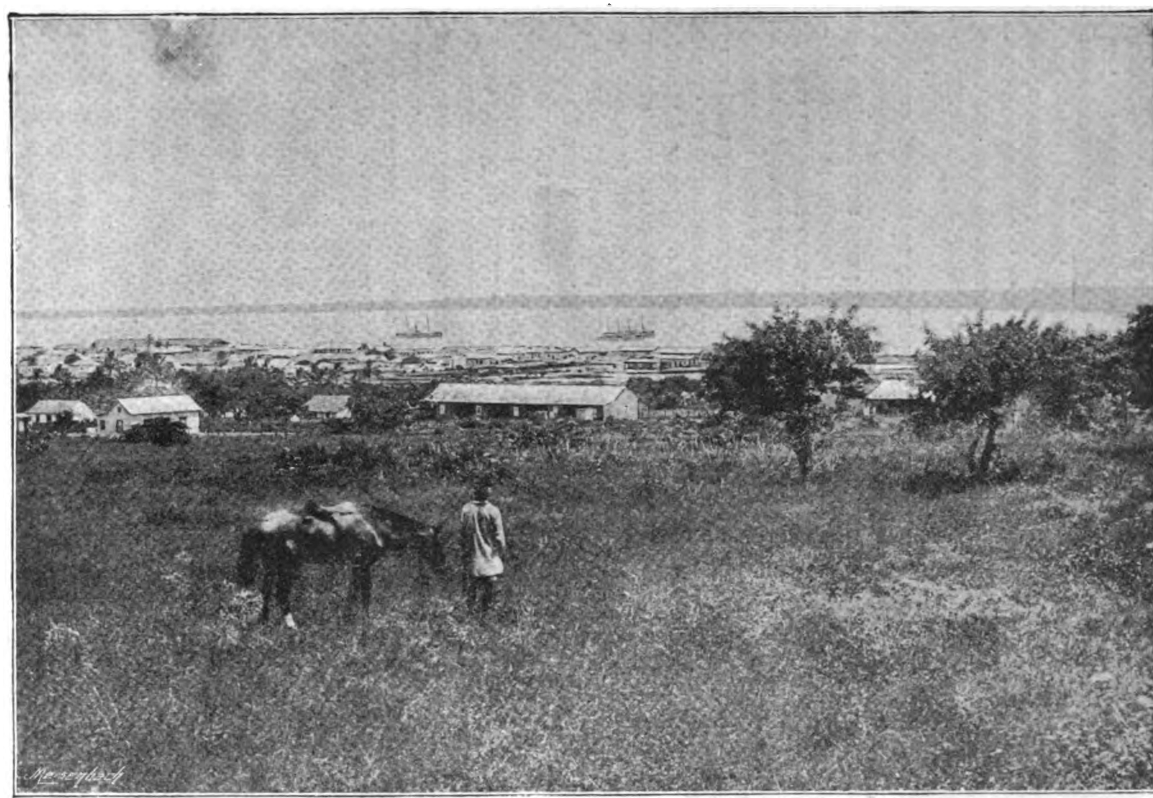
En los pasajes de Mercurio de 1786, 1789 y 1799 observó Flangergues un anillo tenue, de luz muy difusa, que circundaba al planeta. Messier y Schrœter notaron el mismo fenómeno en dichos pasajes; y en 1832 vió Moll este anillo con un tinte sombrío, algo violáceo; y tanto este astrónomo como los anteriores lo atribuyeron á la atmósfera que rodea al primer planeta de nuestro sistema (en el orden de distancia). Este anillo atmosférico lo ha observado también en 1868 Mr. Huggins, y calculó que su anchura era como la tercera parte del diámetro aparente de Mercurio. Algunos astrónomos atribuyen este fenómeno á una ilusión óptica, y otros aseguran que es una realidad; pero si en el tránsito del día 10 de este mes aparece este misterioso anillo, la existencia de la atmósfera de Mercurio quedará completamente justificada, y no habrá ya motivo para atribuir esa corona vaporosa á una ilusión óptica, mucho más cuando el mismo fenómeno, observado en Venus por Tachini, Heraud, Bonifay, Janssen y otros astrónomos en los pasajes de Venus de 1874 y 1882, ha demostrado

(1) Todos los planetas, al circular alrededor del Sol, giran sobre sus ejes como la Tierra de Occidente á Oriente, presentando alternativamente sus respectivos hemisferios al astro del día. Pues bien: según las asiduas y profundas observaciones hechas en Mercurio por el abate Schiaparelli, durante muchos años, sospéchase que Mercurio carece del movimiento de rotación inherente á todos los planetas, presentando por lo tanto eternamente la mitad de su superficie á la luz solar, mientras la opuesta se encuentra sepultada en las sombras de una noche eterna y sin fin.

AFRICA PORTUGÚESA.—LORENZO MARQUES.



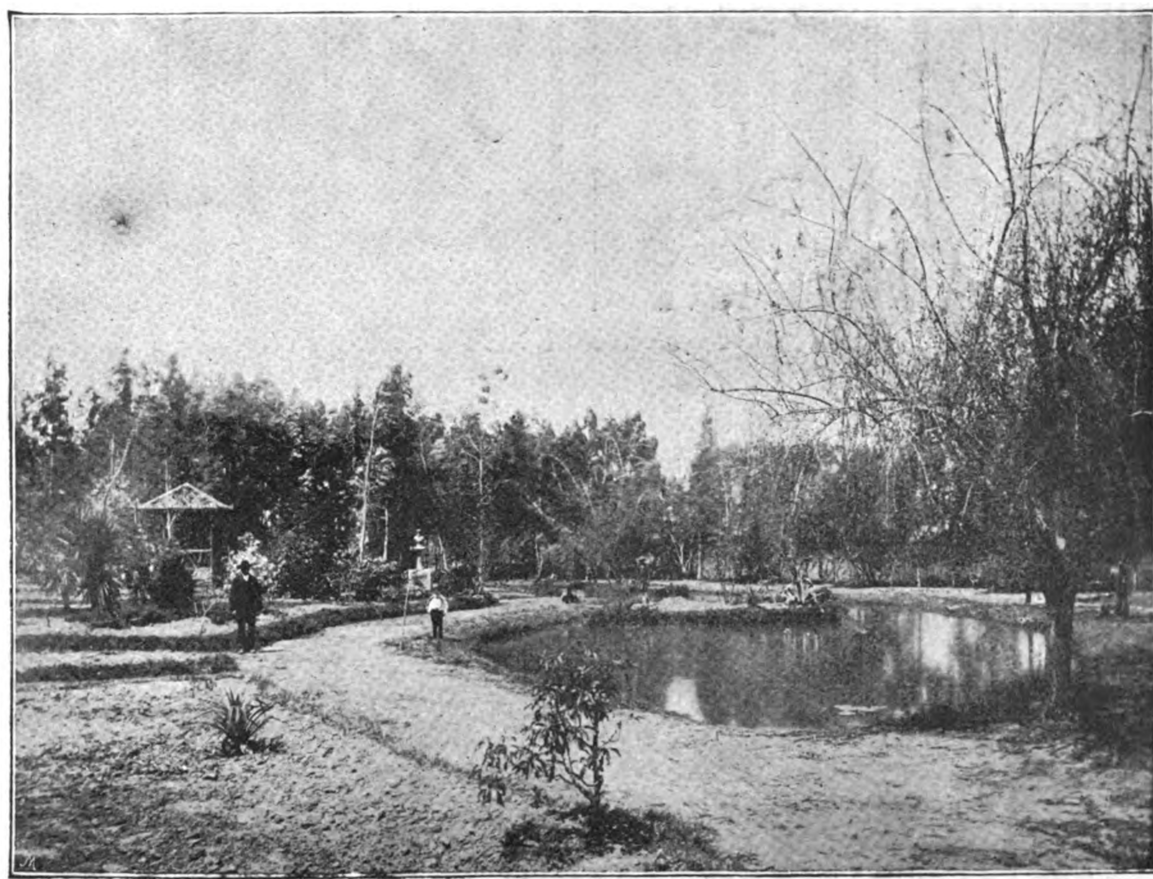
ENTRADA DE LA BAHÍA.



VISTA DE LA CIUDAD Y DE LA BAHÍA.



LA CIUDAD DESDE EL CONSULADO BRITÁNICO.



JARDINES DE LA ADUANA.

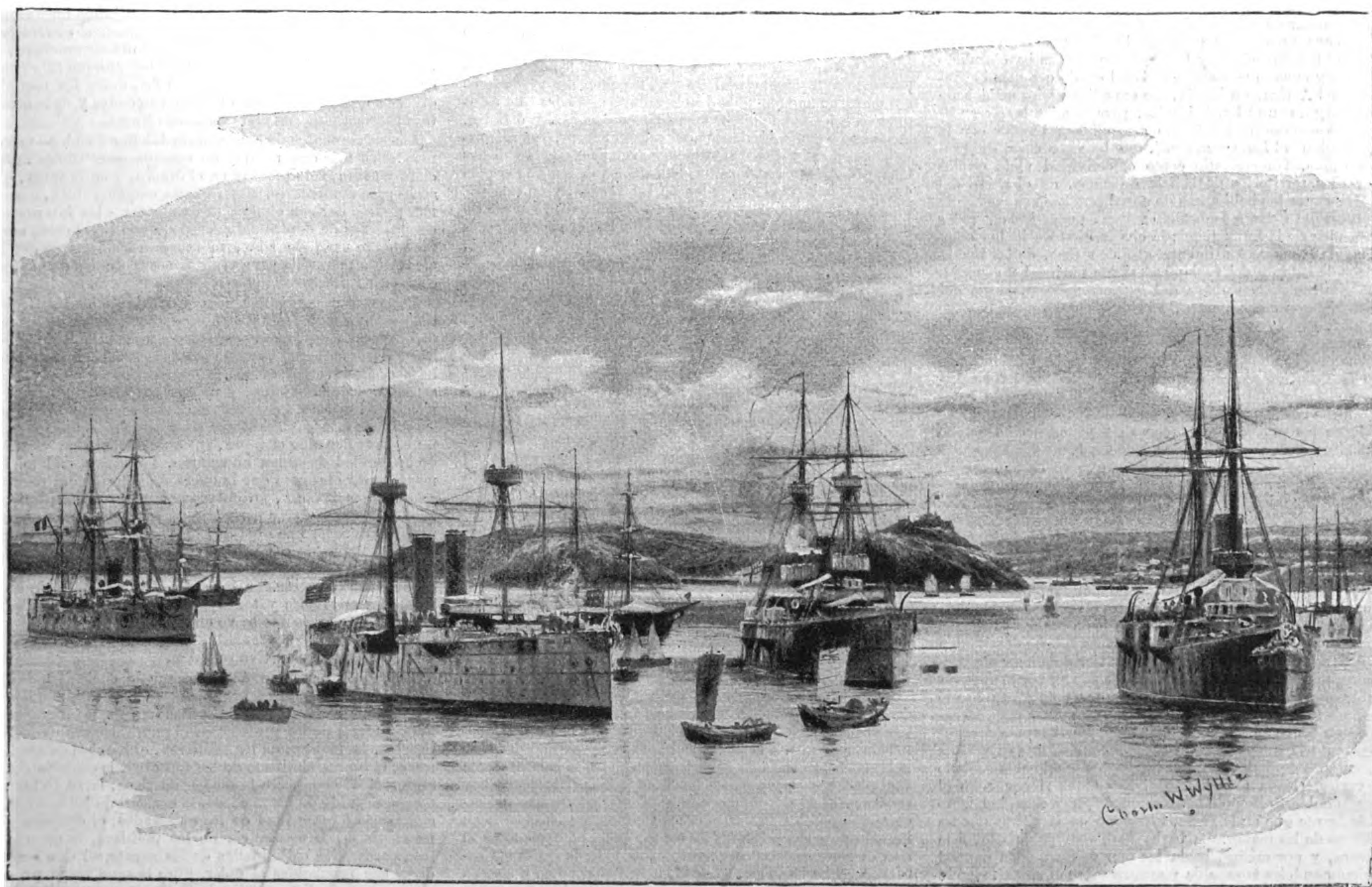
(De fotografía.)





EL DOCTOR BEHRING, EL DOCTOR ROUX,

INVENTORES DE LAS INOCULACIONES ANTIDIFTÉRICAS.



LA GUERRA ENTRE CHINA Y EL JAPÓN.—ESCUADRA JAPONESA DESEMBARCANDO TROPAS EN CHEMULPO.

(De fotografía.

que este hermoso planeta, como Mercurio y como Marte, se halla rodeado de una atmósfera análoga á la de la Tierra. Y siendo esto así, ¿por qué no han de estar habitados? Sí: la vida universal, la vida infinita reina también en esas celestes moradas, y sus habitantes son allí lo que es el hombre sobre la Tierra: seres inteligentes, capaces de comprender los misterios de la Naturaleza y de elevar su pensamiento á la causa creadora que ha llenado de mundos los espacios, que ha dado unidad á las fuerzas cósmicas y encendido la luz eterna, la luz que nos guía y vivifica, en el centro de los sistemas planetarios.

J. Jenaro Monti.

¡AY DE MÍ!

¡Ay de mí, que me abrasa y me sofoca
Perpetua sed, y en heredad vecina
Miro brotar el agua cristalina
Que nunca, nunca, gustará mi boca!

¡Ay de mí, que padezco un ansia loca
Que á escalar mundos célicos me inclina,
Y, encadenado á roca diamantina,
Lucho despedazándome en la roca!

¡Ay de mí, que en la lóbrega negrura,
Sima insondable del destino fiero,
Ni una esperanza efímera fulgura!

¡Ay de mí, que mi amor en un lucero
Puse, y él brilla espléndido en la altura
Y no sabe que vivo ni que muero!

Francisco Rodríguez Marín.

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

Yeso: los ainos; el hombre natural.—*Los Mortícolas;* los médicos y la medicina; Mr. Daudet y el sentido común.

Allá en el Japón, donde Europa ha encontrado injerta con todos sus esplendores la civilización modernísima, allí ha dado con el *hombre natural* un inglés que se llama M. Savage Landor, y que bien pudiera llamarse *Si non è vero...* etc. Apenas hace un mes que dí cuenta en estas crónicas del viaje del alemán V. Boeter á una de las islas de Hawaï, para fundar en ella la colonia ó nueva humanidad *frugívora*, un estado natural del hombre nuevo creado por el hombre viejo, y he aquí que apenas ha circulado la idea, y cuando no se sabe si han llegado con salud al interior del África, en Kenia, los expedicionarios salidos de Hamburgo, con el Dr. Wilhelm, para fundar la *Tierra libre*, nos sorprende el referido «susodicho» Landor con la descripción del *hombre natural*, que ha visto «con sus propios ojos», funcionando como colectividad vieja en los apartados territorios de la isla de Yeso, en el norte del Japón. Entre los habitantes de aquel territorio vencedor de los hijos del Celeste Imperio existen, pues, los dos polos de la vida de la humanidad: la civilización de la luz eléctrica, de la poesía sentimental «fin de siglo», de las inyecciones de caldo y del parlamentarismo nacional y concejil, y la civilización primitiva del hombre salvaje, yerno del mono. *Si non è vero*, pues, la pintura del pintor Savage Landor, que lo mismo maneja la caja de colores que la pluma, es original, curiosa y divertida.

Andando, andando, llegó el turista inglés al Sur de la isla de Yeso, no dice si á Hakodata, á Mororán ó á Urakana, y allí oyó hablar de una casta, raza ó patulea de hombres que viven en el interior, no como la tradición dice que vivieron los primeros pobladores del mundo, sino mucho más al natural, esto es, como viven las fieras y los ganados salvajes. Semejantes gentes parece que se llaman *Ainos*. Muchos viajeros han hecho mención de ellos, aunque ninguno los haya visto. El pintor, que hace largos años que anda de la Ceca á la Meca sin detrimento de su humanidad, se decidió á correr la aventura de visitarlos, á pesar de que los costeños de Yeso le aconsejaron que no intentara temeridad semejante, porque allá dentro se lo comerían vivo. Más entusiasmado con estas noticias, echó á andar, mientras sus consejeros se santiguaban en japonés, al darle la eterna despedida. Anduvo Landor tres días por los solitarios valles que forma la cordillera del Yubarit, de cuyas laderas descienden más de sesenta ríos, y al fin dió en la tierra de los ainos. Conoció que se acercaba á tierra habitada porque sintió un insufrible olor de pescado puesto á secar, como en efecto lo vió después tendido en largos armatostes de cañas; pero al hallarse en breve en medio de los ainos, aquel aroma desapareció ante la intensidad del más hediondo, que exhalaban los cuerpos de los habitantes. El inglés quedó maravillado al verlos. ¡Nada más horrible! Los ainos tienen todo el cuerpo cubierto de pelo largo como si fueran osos, lo mismo en la frente que en la nariz, lo mismo en la palma que en el dorso de las manos. La barba les llega, por abajo, á la cintura, y por arriba, hasta las ojeras. Su peluca natural cae cubriéndoles la espalda y avanza sobre el rostro, donde la cortan delante de los ojos para poder ver, único detalle de su aseo ó cuidado estético personal. Usan en invierno la blusa japonesa ó pieles para cubrirse, y en verano nada. Jamás se lavan, ni se atusan siquiera, ni comprenden para qué hay necesidad de hacerlo. Lo curioso es que entre ellos produjo gran extrañeza el que el viajero olía á algo, raro detalle que fué comprobado por gran parte de la tribu, cuyos individuos, después de olfatearle en sus ropas y manos, exclamaron:

—¡Estos desgraciados blancos huelen muy mal!

No se ocupan de otra cosa que de cazar y pescar con utensilios á propósito, anteriores á todo lo más prehistórico que por aquí se conoce. Viven en chozas construídas con ramaje seco, de mucho menos arte que el de los nidos más toscos de los pájaros más torpes. No tienen noción alguna del tiempo, ni de su edad, ni de sus antepasados, y ni se preocupan, ni piensan siquiera en el porvenir. No hay más instinto de distinción entre ellos que el de que unos son niños porque tienen poca talla, y otros viejos porque su pelaje está encanecido; entre cuyos límites todos los demás se confunden. Puede decirse que no existe la familia, porque desconocen el parentesco, y todos se mezclan y amontonan. Cada aino lleva á su choza la mujer ó mujeres que se van con él, y cuando le parece bien las despide. Las madres crían á los niños hasta que saben andar, y en seguida los abandonan á su voluntad en el montón general de la familia, miserable hormiguero donde perecen las tres cuartas partes de ellos. No tienen aquellas gentes noción del bien ni del mal, ni nada se considera entre ellos inmoral, ni plausible. Son afectuosos por naturaleza, sencillos y valientes, pero marcadamente simples ó idiotas. No sólo no poseen idea religiosa alguna, sino que no existe en su limitado vocabulario palabra que tenga relación alguna con el concepto de Dios, del bien, de la oración, ni de la otra vida. Parece que les es completamente imposible entender nada que se refiera á la religión ni á la fe. Su inteligencia es tan torpe, que la mayor parte de ellos no saben contar hasta diez. Obedecen al instinto natural de conservación, sin pasiones ni afectos de ninguna clase, sin amistades ni odios; se conocen los de la misma familia y aun los del mismo pueblo por la comunidad de sus intereses, pero desconocen en absoluto á los de los pueblos inmediatos.

En cada pueblo hay un rey, encargado de vigilar aquella especie de rebaño, con cuyos individuos vive revuelto. Sólo en ciertos actos suele llevar, además de la blusa, un guiñapo amarillo ó rojo puesto sobre ella y una montera de mimbre. Este alarde de civilización lo ha aprendido del trato con los japoneses de la costa, los cuales le han enseñado también el gran progreso de beber aguardiente y de emborracharse á menudo, con todos sus súbditos. Las escasas relaciones que existen entre japoneses y ainos son las del cambio de pieles y pescado fino de agua dulce, que hacen éstos á cambio del aguardiente y alguna arma blanca ó trapos que les dan aquéllos. Varias veces han intentado los japoneses civilizar á algunos, llevándolos á la costa y lavándolos, vistiéndolos, dándoles otros alimentos y enseñándoles algo; pero los ainos, en cuanto se ven esquilados, jabonados, vestidos y sometidos á tanta conversación, sienten tal pena y encogimiento, que se mueren sin poderlo remediar. No se ha conseguido civilizar á ninguno.

No hay allí leyes, ni hacen falta, porque viven felices, sin infringir ningún deber natural. Muy raros son los infanticidios y homicidios voluntarios; apenas se cometen robos, y realmente—dice Landor—no existe la criminalidad. La mayor y única virtud conocida es la del valor, que procuran demostrar con hechos. Sin leyes ni gobierno, sin sujeción á ningún yugo moral, bueno ó malo, despótico ó suave, viven á maravilla. Ya que resultan ser verdaderos animales en cuanto á la inteligencia, el viajero ha estudiado á los ainos también en su aspecto orgánico ó físico. Sus brazos son muy largos, su cabeza fuerte, sus mandíbulas grandes, y de los dientes se sirven para muchos de sus trabajos. Añade Landor que emplean los dedos de los pies con tanta habilidad como los de las manos, y en este detalle ya aparece el darwinista de cuerpo entero. Después de lo dicho, nadie dudará ya, en efecto, que el viajero inglés quiere hallar gran semejanza entre los ainos y los monos. ¡El discípulo entusiasta de Darwin asoma demasiado la punta de la oreja! Y la asoma toda, y aun las dos, cuando afirma que los ainos no se ríen nunca; que, al enfadarse, rechinan los dientes; que cuando mascan mueven las orejas; que siempre están haciendo muecas, frunciendo las cejas hasta subirlas al centro de la frente, enseñando sus narices, extremadamente abiertas, y extendiendo el hocico con castañeteo de la dentadura. ¡Monos puros! No se podrán estudiar muy despacio, si los estudios tardan algo, porque la raza se va acabando. Su vida natural, lejos de fortalecerles y de darles gran musculatura y enormes fuerzas, los trae tan míseros y debilitados que, con ayuda del aguardiente, y de otros brebajes excitantes de que ahora hacen bastante consumo, concluirá muy pronto con ellos. Las enfermedades producidas por la suciedad, que son tantas, diezman sin cesar la raza. El *hombre natural* visto por Landor resulta, pues, un engendro horrible, en el que el espíritu y el cuerpo, reducidos á la última abyección y miseria, constituyen un estado nada envidiable. Monstruos semejantes no han podido engendrar á la humanidad, sino todo lo contrario, á una raza impotente, corroída por la inmundicia, que se aniquila y desaparece en cuanto la civilización la orea y la toca.

⁂

De la isla de Yeso, de la región más ó menos hipotética de los ainos, pasemos á otra isla, recientemente descubierta por el literato francés Mr. León Daudet, á la de los *Mortícolas*, es decir, á la de los cultivadores ó explotadores de la muerte. ¿Dónde está semejante país? En la calenturienta fantasía de su autor, y, según él, en todas partes donde hay médicos. El distinguido publicista francés, heredero del esclarecido nombre literario de los Daudet, y partícipe de su ingenio y de sus primores de estilo, se ha embarcado en el mar de las exageraciones naturalistas y de la sátira caricaturesca, y ha dado con esa isla, para poner como nuevos á los que practican la medicina. No pueblan la comarca de los Mortícolas más que dos clases sociales: la de los médicos, que son los soberanos y se imponen con total absolutismo, y la de los enfermos, que constituyen la población, positivamente esclava. No hay allí más edificios que los hospitales, ni más puerto de embarque que el cementerio. Como Robinsón después de su naufragio fué á parar á una isla en que no había ningún ser humano, otromarino, Canelón, el héroe de Daudet, naufraga y se salva, yendo á parar á las Mortícolas, para constituirse después en guía de cuantos lleguen á ella. Con *cicerone* semejante recorre el lector todo cuanto hay que ver en la isla, que es mucho y muy interesante, y que resulta ingeniosa y brillantemente descrito. Durante la excursión no se oyen más que gritos, alaridos y lamentos, manifestaciones espantosas de los dolores que sufren los enfermos, sometidos al tratamiento médico. Una sala, una clínica, otra, otra, otra; lo interminable en materia de angustias y padecimientos. La humanidad chillando y retorciéndose, y ellos, los médicos, insensibles, imperturbables, graves, tiesos como un huso, con sus cuchillos en la mano, rajando, abriendo, punzando, extirpando todo lo extirpable. En el gran hospital *Tifus* se trata á los adultos, y en otros especiales á las jóvenes y á los niños. En otro centro de consulta y observación pululan las mujeres histéricas, nerviosas, ávidas de emociones fuertes, aficionadas á la alucinación, aspirantes á chifladas, extasiadas y locas; más allá, en amplios locales, practican los doctores los estudios de la disección, registro y husmeo de docenas de cadáveres, y analizan al microscopio las sustancias más inmundas extraídas de las entrañas; en grandes escuelas *prácticas* se otorgan los diplomas ó licencias para agujerear, cortar, matar y despedazar á los demás hombres sin responsabilidad de ninguna clase; y en modernas academias se aprende el hipnotismo, que todo lo explica, que sabe de lo pasado, de lo presente y de lo porvenir, que hace á los criminales irresponsables, y que impone su ley en los tribunales. Verdaderamente, los abogados sobran allí donde los médicos lo son todo.

El viajero curioso encuentra en los Mortícolas todos los tipos nuevos y más acabados de la Medicina. El entusiasta de los miasmas y sustancias infecciosas, revisor de alcantarillas y muladares, sucio, que no se lava nunca las manos porque se cree inmune, y que es un inconsciente propagador de todas las epidemias; el hablador perpetuo, farsante, inflado en su persona y en sus palabras, que carga con sus aspavientos y mata por lo apestante é insufrible de su garrulería; el carnicero implacable, que no deja cliente á quien no arranque alguna tajada, y que lo mismo corta una mano, que vacía la mitad de la mollera ó la totalidad del vientre; el amigo de las señoras, que las receta los medios necesarios para que hagan cuanto gusten, sin que por ello tengan nunca que disgustarse, matutero del vicio en el hogar y moralista exagerado en las visitas de cumplido y en la Academia; el hidrómano, que pone á remojo en agua limpia á todos cuantos se le acercan, y que no encuentra dolencia que se resista á los tragos en ayunas; el morfífago, que enseña á embrutecerse y á morirse poco á poco con la lenta ingestión de asquerosos alcaloides; el alienista, loco que anda suelto, difundiendo la locura por todo el vecindario, y propalando la doctrina de que no hay un solo cerebro equilibrado y sano; el infinitesimal, ó microdosimétrico, apóstol de lo impalpable, que cura con la fe, diluida en cucharadas de café, á pie firme y á espera, como los cazadores que se ríen de los incautos conejos, dejando indiferente que unos se escapen y que otros sucumban; el electroterápeta, que con la vista de lince de su obscura mollera, en todas partes percibe fluidos y corrientes, aunque sólo conoce la electricidad «de oídas»; y, en fin, todos los modelos diversos de cultivadores de las enfermedades y de la muerte, aparecen pintados con espantosas tintas.

Los sufrimientos de la humanidad—dice Daudet—no son para ellos más que medios de enriquecerse. Gente ambiciosa y avara, sólo piensan en el dinero, y en la fama, que sirve para aumentarlo. Materialistas empedernidos, que no han podido dar con el alma al escudriñar «las interioridades internas de dentro del cuerpo», que dijo el otro, como no esperan nada de Dios, ni temen á los hombres, se las arreglan á maravilla para vivir á costa de los demás, sin escrúpulo ni remordimiento alguno.

Todo esto y mucho mas pasa en la isla de los Mortícolas; todo esto y mucho más dice el novelista francés de los médicos en ese libro, que no produce otro resultado que el de hacer reir, porque está escrito con muchísima chispa y buen humor. Daudet fué en los primeros años de su juventud estudiante de medicina, y ni obtuvo notas regulares, ni terminó la carrera. Los estudiantes malos suelen ser siempre los críticos más implacables de sus maestros. Todos los murmuradores han sido siempre, antes de murmurar, víctimas de la entidad de quien murmuran. La crítica maldiciente no suele ser otra cosa que la queja ó el alarido del escozor. El novelista francés, no guiado por este ruin sentimiento ni mucho menos, sino buscando un gran asunto de oportunidad para hacer una obra de arte y de sensación, ha tenido el mal acuerdo de escoger un asunto vulgarísimo y manoseado por la crítica hasta en los sainetes. Para dorar la píldora, lo ha revestido con las galas de un estilo primoroso y con los arranques y tonos de una imaginación potente; mas, así y todo, lo que se ve en el libro es que la caricatura está enormemente exagerada, dispuesta con rico atavío, pero basada en un motivo ramplón.

Lo que dice de los médicos se puede decir de todas las profesiones. ¿A qué caricaturas no se han prestado las artimañas de los abogados, las chifladuras de los ingenieros, la pedantería de los profesores, el mercantilismo de los boticarios, la bravura de los militares, el hambre de los literatos, el somnambulismo de los filósofos, la cantería de los arquitectos, la hipocresía de los místicos, la fe de los notarios, el ruido de los músicos, la caridad de los caseros, la suficiencia é integridad de los empleados, el desinterés de los rentistas, la constancia de los políticos, la ciencia de los sastres y las callosidades de los zapateros? Que los médicos son insensibles al dolor. Pues busque usted un sangrador ó un dentista, que se desmaye en cuanto grita el paciente. Que explotan al prójimo. ¿Y quién no le explota? Que se valen de la ocasión para ser Tenorios. ¿Y qué Juan Lanas hay que no aspire á aprovecharse de ella? Que procuran engañar á la justicia. ¿Y qué ciudadano hay que no

procure encontrar un procurador que haga lo mismo? Que hay muchos médicos malos. ¿Y dónde hay una profesión de hombres buenos? Que su ciencia es falsa. ¿Y cuál es la ciencia verdadera?

Total, cero. La caricatura resulta, pero el artista y el pensador no. Antes que Daudet, y muchísimo mejor que él, ya le dijo Valsara al eminente Morgagni: «Hijo mío, yo te he enseñado la Medicina; pero no olvides jamás que el arte está no sólo en los libros y en la experiencia, sino en la comprensión y aplicación de muchos detalles despreciados por los genios, en la paciencia habitual y constante que es precisa para no perder una sola minuciosidad en lo que el enfermo sienta y diga.» Lo mismo afirmaron Barthez y Vimmernaanh, muy señores míos, y de los cuales no se acuerda ninguno de los actuales médicos. Más viejo es el *Arte de oir bien*, de Plutarco. El oído vale tanto ó más que el bisturí y que el microscopio en medicina. Zakharin y Leiden, después de analizar las orinas de Alejandro III en Livadia, no han sacado nada en limpio, y, sin embargo, por lo que han oído al Emperador, han hecho el diagnóstico y pronóstico de la mortal dolencia. Con que ¡mucho oído!, porque es preferible á ¡mucho ojo! Estaba malo Delille, el gran poeta, y fué á verle su médico Portel. No habló al enfermo de la gota, ni de ninguno de sus dolores, sino de Virgilio y de Homero, y así se sintió Delille regenerado, y olvidó su mal y vivió algún tiempo satisfecho.

El médico no es bisturí, ni reactivo, ni gasa fenicada, ni acero, ni dolor; es, ante todo, un hombre que se dirige al espíritu del enfermo, y le estudia y le comprende y le cura. Mucha parte de nuestra energía para curarnos está en el ejercicio equilibrado del sistema nervioso, y este equilibrio sólo se logra á expensas del de el espíritu. El médico sabio y prudente no puede ser un materialista de los Morticolas, sino un hombre, y como hombre un ser inteligente y moral. Por el oído, por la dulzura y armonía de la palabra y del juicio, hijo de ella, entran más específicos curativos al espíritu, al cerebro, al sistema nervioso, al corazón y á la vida en general, que por la terapéutica material.

Claro es que el que se muere de un escopetazo de plomo, de cólera ó de crup, no figura en esta categoría de enfermos. Pero de éstos ni se ocupa Daudet ni nadie. El libro hace reir y nada más. Al intentar otra vez su autor ocuparse de la Medicina ha vuelto á salir *suspenso*. ¡Que aproveche!

R. Becerro de Bengoa.

LA MEDICINA Y LA CIENCIA MODERNA.

Nada hay más importante que estudiar y averiguar, si es posible, la naturaleza de la enfermedad. Durante los siglos pasados se ha tratado esta cuestión con ceguedad y sin conocimiento. De aquí las enfermedades que han devastado el mundo. Como todas las otras acciones de la naturaleza, la enfermedad es el resultado de la infracción de las leyes de la salud y de la vida. ¿Cuáles son estas leyes? ¿Cuáles son las causas de la enfermedad? Cuando conocemos éstas podemos contener y curar los males que se han considerado siempre fatales. La ciencia moderna ha tenido ya maravillosos éxitos en algunos puntos de este gran campo de investigación; y los científicos tienen pruebas de que hay muy pocas enfermedades reales, aunque los resultados y síntomas son muchos y engañadores. Nos permitimos publicar dos ó tres cartas como ilustración de este hecho.

«Por algún tiempo—dice un habitante de Granada—sufría de un dolor de garganta, pecho é intestinos, y tenía también una tos fuerte y seca que me molestaba muchísimo, particularmente durante la noche, no dejándome descanso y causándome la pérdida de sueño.

»Temiendo que la enfermedad aumentase, consulté con un médico, que me recetó una medicina hecha de hierbas, la cual, sin embargo, no me produjo el efecto deseado. Un día, estando en compañía de mis amigos, empecé á toser tan fuerte que casi parecía como que me rajaba el pecho por mitad.

»Viéndome así, mis amigos se consultaron entre ellos sobre mi salud y me aconsejaron tomase el remedio de ustedes. Así lo hice, y el resultado fué su curación, la cual sobrevino como un milagro. Estoy ahora de mejor salud de lo que esperaba gozar, y nunca pierdo la oportunidad de recomendar á otros su maravilloso remedio.—(Firmado.) Emilio Palacio, calle de San Juan de Dios, Granada, 9 de Octubre de 1893.»

«El objeto de estas líneas—dice otra persona—es decirles á ustedes brevemente cuánto sufría y cómo me curé. El apetito, que había perdido, me ha vuelto otra vez, y el dolor de cabeza casi ha desaparecido. Los dolores de estómago han concluído completamente, y mi digestión es ahora fácil. Todo lo atribuyo al célebre remedio de ustedes, que compré en la droguería de R. J. Echevarría, calle de Atocha, núm. 37, Machia. — (Firmado.) Baldomero Rodríguez, calle de las Heras, núm. 7, tercero izquierda. Madrid, 13 de Marzo de 1894.»

Otro escribe: «He sufrido por más de dos años de indigestión ó dispepsia. Parecía que ningún médico comprendía mi enfermedad. Por último, leí en uno de los libros de ustedes, y resolví probar su remedio; tomé seis botellas y me han curado completamente. ¡Gracias á Dios! Y en gratitud, le escribo á usted estas pocas líneas, para que pueda añadirlas á las muchas que ya tienen ustedes de otros, mostrando los notables resultados que afluyen del uso de su remedio, aun en casos donde otros han sido inútiles. Dios guarde á ustedes muchos años.—(Firmado.) Paco Prieto Montill, Rúa 30, León, 6 de Marzo 1894.»

Estos tres casos pueden servir como ejemplos de miles, en los cuales, aunque los síntomas varían, el verdadero y real mal es siempre el mismo: indigestión ó dispepsia. La tos de que habla D. Emilio Palacio no era de los pulmones, como se pudiera haber supuesto; mas fué causada por una irritación de la garganta y tubos bronquiales, proviniente de venenos formados en el estómago por el alimento y conducidos á otras partes del cuerpo por la circulación de la sangre, y estos venenos del estómago son los que causan la mayor parte de las enfermedades por las cuales la gente sufre y muere.

Este hecho es uno de los descubrimientos más preciosos de la ciencia moderna. En lugar de tratar las enfermedades como erupciones locales y de dirigir nuestros remedios á localidades especiales, ahora corregimos la digestión, purificamos la sangre y logramos nuestro objeto.

Para conseguir esta operación ninguna medicina conocida hasta ahora puede compararse con la que mencionan las antedichas cartas, á saber: «El Jarabe de la Madre Seigel.»

Ciertamente que nuestros lectores pueden cerciorarse, por experiencia propia, de que el remedio en sí es un producto tan maravilloso, de estudio y de verdadero conocimiento, como la brillante teoría con la cual se administra.

Todos deberían escribir á los propietarios del Jarabe por el libro instructivo (que se envía libre de gastos), al cual alude el Sr. Montill.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias, droguerías y expendedurías de medicinas del mundo. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Romancero de Guzmán el Bueno, por Lino González Ansótegui.
Esta producción literaria fué premiada, por cierto con justicia, en el certamen público celebrado en León en Septiembre pasado. Los versos son fáciles y hay en ellos bastante calor poético.

Las medicaciones compensadoras, por el Dr. Rodríguez Pinilla, médico director de baños por oposición.
Este importante estudio de Hidrología médica contiene un bonito, claro y erudito resumen de las ideas más modernas sobre esta parte de la ciencia de curar, expuestas por el Sr. Rodríguez Pinilla en conferencia que dió el 28 de Febrero de 1894 ante la Sociedad Española de Hidrología Médica.

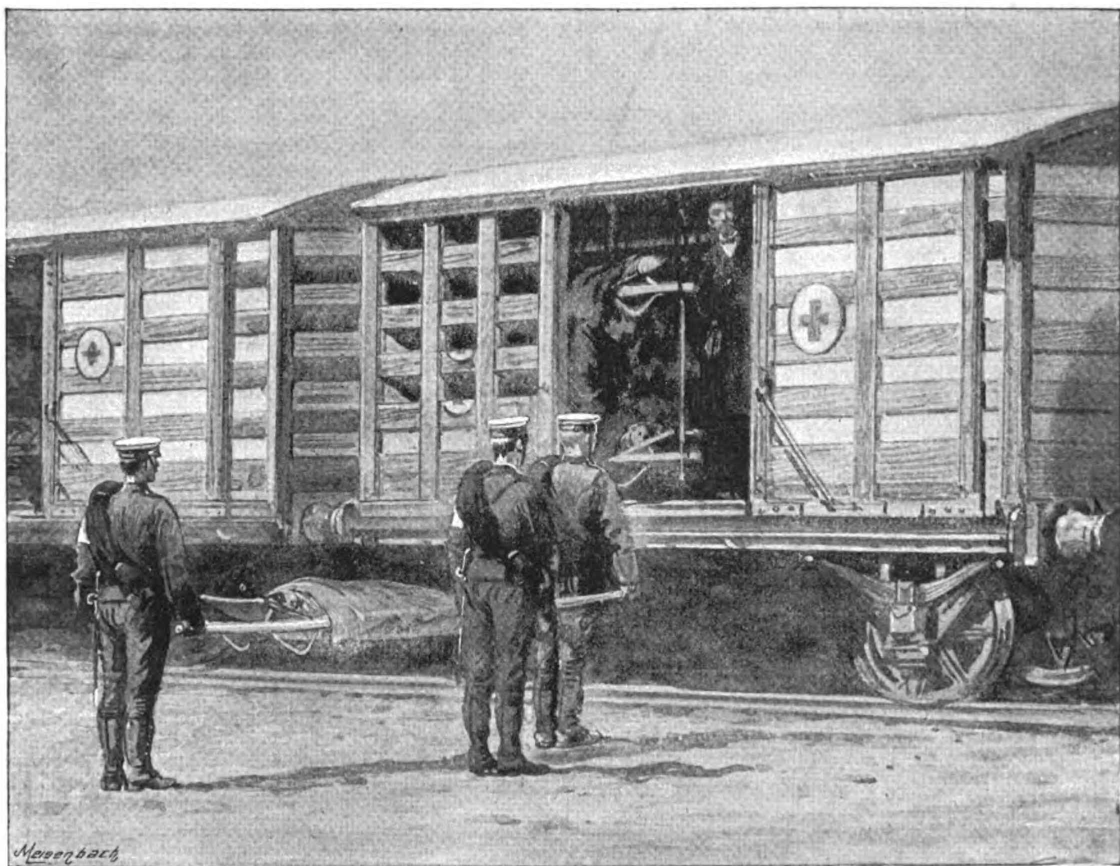
Quicheísmos. Contribución al estudio del Folklore americano, por el Dr. Santiago F. Barberena, abogado é ingeniero.
Con gusto hemos leído muchos artículos de este libro, en el que hay noticias muy nuevas é interesantes sobre infinidad de vocablos, algunos de etimología digna de estudio, como *cancha*, *colibrí*, *condor*, *chapetón*, *gazuza*, *guano*, *hamaca*, *hule*, *inca*, *maíz*, y otros muchos.
Esta obra está publicada en San Salvador, y lleva el retrato del autor en la primera página.

Vive la cithare. Polka impromptu concertante dediée á Mr. Antoine Dietz.—*Serenade tzigene.*—*Tresor Melodhique.*—Hemos recibido un ejemplar de cada una de estas piezas de música, compuestas por D. Teodoro Schul. La primera cuesta una peseta; la segunda 1,20, y el *Tresor* 5.

Calar un novio, juguete cómico en un acto y en verso, escrito sobre el pensamiento de una obra francesa por D. Guillermo Perrín y D. Miguel Palacios.
Hemos recibido un ejemplar de este gracioso juguete.

Los incendios, por E. Martínez Díaz.
Las pocas páginas de este librito (no pasan de 61) son de la mayor utilidad, porque el autor trata en ellas de la manera de prevenir los incendios, de contener su desarrollo una vez iniciados y de salvarse y acudir en socorro de los que están en peligro. El autor de la obrita lo es también de un deslizador muy útil, cuyo uso explica minuciosamente.

G. R.



SERVICIO DE AMBULANCIAS EN EL EJÉRCITO JAPONÉS.—UN TREN PARA EL TRANSPORTE DE HERIDOS, EN LA ESTACIÓN DE HIROSIMA.

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.



AÑO XXXVIII.—NÚM. XLII.

ADMINISTRACIÓN:
ALCALÁ, 23.

Madrid, 15 de Noviembre de 1894.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid...........	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias..........	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero.........	50 francos.	26 francos.	14 francos.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN, PAGADEROS EN ORO.

	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia......................	60 francos.	35 francos.



EL Dr. D. JOSE DE LETAMENDI,
INSIGNE MÉDICO, FILÓSOFO Y LITERATO.
(De fotografía de D. Valentín Gómez.)

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

En las primeras sesiones de Cortes han empezado las escaramuzas de las oposiciones y el Gobierno, que siendo un tanteo de posiciones, ó perteneciendo al orden privado en lo que se refiere á votaciones secretas, sólo se traslucen al público de un modo poco claro.

Contemplando desde lejos el espectáculo parlamentario, sólo se nos ocurre decir que las gentes ya no se interesan en esa lucha de dialéctica política como en otros tiempos en que tenían grandes esperanzas y deseaban transformaciones. Sin duda han comprendido que se hallan en el caso del viajero de quien contaba Alfonso Karr que, atravesando una región africana, vió á dos salvajes jugando á un juego extraño: paróse á contemplarlos, y no sólo comprendió las reglas de sus jugadas, sino que concluyó por divertirse é interesarse en la ganancia de uno de los dos. Como entendía su dialecto, el viajero preguntó á los salvajes:

—¿Y se puede saber lo que jugáis?

—¡Ya lo creo! y es necesario que la sepas: estamos jugando cuál de los dos te ha de comer.

Y no es que al recordar esta anécdota la apliquemos brutalmente y de un modo literal á los partidos respecto de la nación, sino en el sentido de cuál de ellos ha de dominar. Ni que echemos la culpa á los políticos del desgobierno tradicional, cuando no tiene poca parte la resistencia que todos oponemos á la buena marcha de las cosas. Las costumbres hacen á los Gobiernos, que obedecen fatalmente á la atmósfera que respiran; y como hace muchos años nadie manda como quiere, sino como puede, casi hemos llegado á creer que debemos gratitud á los que se avienen á gobernarnos tales como somos.

⁂

La naturaleza ha parecido protestar en París de las honras cívicas con que la capital de Francia ha querido acompañar el duelo del emperador Alejandro III, arrancando banderas y crespones, en una tempestad de aire que deja muy atrás al ciclón que padeció Madrid hace algunos años, si no por la violencia, por su mucha duración. Es verdad que lo menos sensible de las pérdidas ha sido el destrozo de los lutos, cuando caían faroles, chimeneas, muestras de tiendas, marquesinas y trozos de pizarra sobre los espantados transeuntes, causando muertes y heridas, amén de las pérdidas materiales.

Las oscilaciones de la Torre Eiffel llegaron á dos metros, con lo cual quedó probada la firmeza y bondad de su construcción. Si fuéramos agoreros, tendríamos mal presentimiento acerca de las relaciones franco-rusas, creyendo ver en las violencias del huracán que arrancaba las galas fúnebres como un aviso á los franceses de que confíen en sí mismos más que en las alianzas extranjeras; pero como no tenemos supersticiones nos limitaremos á desear que no lleguen á nosotros esas sacudidas de la atmósfera, ya que sentimos sus efectos por el rápido descenso de la temperatura en estos días.

⁂

Nuestros lectores recordarán que despertó en España cierta curiosidad la defensa, hecha por unos catedráticos, del director de la escuela laica francesa de Cempuis, Mr. Robin, separado por el Gobierno de la República. Pues bien; la Cámara de los Diputados ha fallado el asunto por una mayoría de 451 votos contra 36, éstos socialistas y entre ellos todos los sospechosos de anarquismo, y aquéllos favorables al Ministerio que destituyó á Mr. Robin. Interpelado el ministro de Instrucción pública, Mr. Jorge Seygues, justificó el rigor usado con el director del establecimiento por las brutalidades del maestro, que había apaleado á tres discípulos, introducido en el colegio como profesores para educar á las niñas á gentes de la conducta más extraña, no denunciando los atentados que cometieron contra aquéllas, entre ellos algún rapto ó evasión. En aquel colegio hallaron refugio anarquistas perseguidos, y se difundían doctrinas antipatrióticas, y uno de sus profesores, á quien había dado Mr. Robin certificación de capacidad y buena conducta, después de cometer excesos que no queremos consignar, fué acusado, convicto, y condenado por los tribunales de justicia por los abusos cometidos en el colegio con seis niñas de corta edad que estaban bajo el amparo del indulgente director.

Como nos hallábamos dispuestos á rectificar las malas noticias que habíamos tomado de la prensa francesa, contraria á Mr. Robin, si quedaban desvanecidos los cargos que se le hacían, claro es que debemos consignar la desaprobación de su conducta, hecha por la Cámara francesa, que ha dado al Gobierno en este asunto una votación pocas veces conseguida.

Estaban, pues, mal informados los respetables catedráticos de Oviedo, que desde tan lejos salieron con la mejor voluntad en defensa del ex director del asilo de Cempuis.

⁂

Una rara coincidencia ha hecho pasar en poco tiempo por nuestras crónicas toda una serie de médicos ilustres, y hoy corresponde el turno al Dr. D. Camilo Calleja, autor de un libro que escribió primero en inglés, y publicó por fin en castellano con el título de *Introducción á la Fisiología*. Uno de sus admiradores, D. Luis N. de Gaviria, ha impreso en Valladolid un lujoso álbum ilustrado, en que inserta los juicios ventajosos que hicieron del citado libro los Sres. Menéndez Pelayo, Becerro de Bengoa, Pulido, Nieto Serrano, del Valle y Aldavalde, y *La Razón*, de Montevideo. La necesidad de condensar toda materia en estas crónicas no nos permite sino dar una abreviación del juicio del Sr. Menéndez Pelayo acerca de la *Introducción á la Fisiología*. «Debería llamarse *Ciencia ó Filosofía de la Naturaleza*. Lo vasto del plan, la unidad del concepto fundamental, la grandeza de la síntesis y lo elevado de la aspiración racional, opuesta á todo empirismo, dan á esta obra un lugar muy relevante entre los escasos productos originales de nuestra cultura presente.» El Sr. Gaviria hace la biografía de su autor: se puede reducir á pocas líneas. Nació en Santiago en 1856; estudió la segunda enseñanza en el instituto de Zamora, siendo un estudiante revoltoso; por vicisitudes de familia, hizo oposición á una plaza de telegrafista, y la consiguió con el número primero; alternó tan penoso trabajo con el estudio de la Medicina, que fué su vocación, abandonando el Cuerpo de telégrafos por su nueva carrera, en que obtuvo notas brillantísimas, al par que aprendía varios idiomas; ya doctor, y perfeccionándose en el inglés, pasó á los Estados Unidos, donde se hizo al instante un hombre ilustre, publicando en aquel idioma su libro. Casó en los Estados Unidos; recorrió los principales países europeos; escribió en muchos periódicos profesionales, y se estableció en Valladolid. Si la vida del médico filósofo no es novelesca, es, en cambio, aprovechada. Por último, comprende el álbum una síntesis de la *Fisiología* del Dr. Calleja, cuyo método nos ha parecido profundo, claro y racional, de vastos alientos y de extraordinaria novedad. En cuanto á la parte tipográfica de la obra y sus adornos, sólo plácemes merece el Sr. Gaviria.

⁂

Hacer una tirada de 75 ejemplares impresos de un documento que guarda en su librería el Sr. D. Julián de San Pelayo, tan curioso como las *Ordenanzas de la Cuadrilla de Valverde*, comunidad y tierra de Segovia, sobre la plata y paños de las bodas y otras cosas, no es dar al público, sino hacer partícipe de la curiosidad bibliográfica á un grupo de amigos y aficionados. Por eso hemos estimado en mucho el regalo del ejemplar núm. 31 que nos hace el ilustrado bibliófilo Sr. San Pelayo en esa cortísima edición dedicada al ilustre jefe del partido conservador, Sr. Cánovas del Castillo. En cuanto al documento en sí, es interesante como estudio de las costumbres del siglo XVI y de la intervención extraordinaria que ejercían los elementos oficiales en la vida privada, tasando, no sólo las alhajas y telas que usaban las mujeres, sino hasta la clase del vino que se bebía en las bodas: hoy acaso escandalice saber que no se permitía á las segovianas de Valverde llevar plata que valiese más de veintidós reales; y si esto sucedía cuando ya Méjico y el Perú habían enviado los tesoros de sus minas, ¿cuál sería la modestia de las novias anteriores para no causar escándalo con su lujo?

⁂

El ilustrado presidente del Ayuntamiento, Sr. Conde de Romanones, ha publicado un Reglamento para el régimen de los tranvías madrileños, en el cual hay algo bueno y algo inútil. Si fuéramos alguna vez autoridad—y no tenemos esa pretensión—nos inspiraríamos en la teoría siguiente: No respetándose en España ni la ley fundamental, cuantos menos reglamentos se hagan, menos acostumbraremos al público á no cumplir lo mandado: es preferible que el público, en cuyo servicio se legisla, lo haga por sí mismo en forma de costumbres, á que la autoridad, menos enterada, le cause molestias ordenando cosas innecesarias y de difícil cumplimiento. A nuestro juicio, hubiera bastado con prohibir fumar en los tranvías cerrados; mandar cerrar las dos puertas en los días fríos, á no reclamarlo algún pasajero, y prohibir parar en ciertas pendientes y en las curvas. En cuanto á la aglomeración de gente en los coches, tiene su pro y su contra: su pro, es el buen orden, la comodidad de los viajeros y la menor facilidad de los hurtos; su contra, la incomodidad de los que se quedan á pie; las disputas que se producirán sobre quién es el último que subió cuando haya que despedir al sobrante de viajeros, acaso para que permanezcan los agentes que no pagan, y la detención del tránsito en toda una línea á cada cuestión de éstas, sin contar con que siempre es desagradable el aumento de número de faltas que puedan costarnos molestias y dinero, y ocupar á los agentes, distrayéndolos por cosas pequeñas de la vigilancia principal. Pero esto de la aglomeración es opinable.

Lo que nos parece innecesario es, por ejemplo, que sólo puedan los conductores mandar detener el carruaje, por ser de imposible cumplimiento muchas veces, si el empleado está en la plataforma delantera y las dos puertas cerradas, y el que se quiere apear se halla en la plataforma posterior, ó viceversa; así como otros detalles también de poca monta que contiene, y sobre los que impone reglas y penalidad el reglamento. Como se trata de un elemento de tránsito, hay que tener en consideración su objeto principal, la rapidez del movimiento, y que la incomodidad de la aglomeración en ciertos momentos apenas es molesta de puro pasajera, y que sólo se padece en horas y días determinados; es decir, cuando las apreturas están motivadas por un exceso anormal de circulación y la necesidad del transporte para muchos; y, á nuestro juicio, cuantos más la satisfagan se llena mejor el objeto de esos carruajes. Esta es nuestra opinión, salvo *meliori*.

⁂

Los franceses caen ahora en la cuenta—y muchos españoles también—de que la patata, introducida en Francia por Parmentier en 1788, no era desconocida antes en Europa. *Le Temps* confiesa haber sido descrita por un español en 1518, y cultivada en España en dicho siglo, de donde pasó á Italia. Existía, pues, entre nosotros ese modesto tubérculo, sin leyenda, entre las muchas plantas que vinieron del Perú, Chile y otras regiones americanas, y es, por consiguiente, uno de los muchos dones con que el Nuevo Mundo recompensó los trabajos de nuestros mayores, y que Europa recibió, merced á sus esfuerzos y á la riqueza de aquel hermoso continente. Está por escribir la historia de la patata.

Entra fumando un individuo en un tranvía vacío.

—Caballero—dice el cobrador—no se puede fumar.

—¿Le molesta á usted el humo?

—No, señor.

—Ni á mí tampoco.

—A quien molesta es al Gobierno.

—Pues si da en quitarnos ese vicio, peor para la renta. Bueno: soy empleado, y fumaré en las oficinas.

—¿No le da á usted vergüenza de rondar la calle á las muchachas á los sesenta años?

—¿Y qué he de hacer, si ya no me abren la puerta las muchachas.

—Quitarse el vicio.

—¡Imposible! se ha hecho crónico.

—¡Qué juventud! Los espadas se cortan la coleta en la flor de su edad.

—Hacen bien: así disfrutan lo que ganan.

—En mi tiempo los toreros seguían en su oficio hasta que se les caía la coleta.

Un cesante entra en el hospital con una horrible indigestión, y no le hacen efecto las purgas ni los vomitivos. Por fin, el médico le pregunta:

—¿Qué ha comido usted, buen hombre?

—Señor, me he comido á mi gato.

—¡Acabara usted de decirlo! Que le pongan un ratón en la boca, á ver si sale.

José Fernández Bremón.

NUESTROS GRABADOS.

EL DR. D. JOSÉ LETAMENDI,

insigne médico, filósofo y literato.

Si escribiéramos una noticia biográfica del Sr. D. José Letamendi, nada importante podríamos añadir á lo dicho en la Crónica del pasado número por el Sr. Fernández Bremón, y vendría á sumarse en nuestro escrito á la condición de no ser buenas que tienen las segundas partes (y que en ésta no podía faltar, habiendo sido la primera como de quien la escribió debía esperarse), la de monótona en grado sumo, por tener el lector tan sabidos los grandes méritos del insigne médico, filósofo, literato y músico barcelonés.

Atendidas estas poderosas razones, hemos creído que no podíamos hacer, después de publicada en nuestro número anterior la semblanza del Dr. Letamendi, cosa mejor que dar en éste su retrato, que los lectores hallarán en la primera página.

⁂

CHINA.

Mujeres presas en la prevención de Shanghai.—La guerra entre China y el Japón: Desembarco de una división japonesa en Chemulpo.

En China son infinitos los modos de encarcelar á los presos y castigar á los criminales, sin duda porque también el número de éstos y la variedad y magnitud de sus delitos es también infinito. Por cierto que uno de los más vulgares es el infanticidio, según testimonio unánime de todos los viajeros, alguno de los cuales asegura que, sólo en Cantón, mueren anualmente miles de niños á manos de sus madres. Damos en nuestro primer grabado de la pág. 284 copia de una fotografía de tres mujeres (probablemente infanticidas) presas en el departamento de la policía, ó en la prevención, como en Madrid diríamos, y sujetas con la *canga*, que es, como puede ver el lector, un aparato compuesto de dos tablones que se unen dejando uno ó más huecos de la anchura precisa para que en él quepa el cuello de una persona, la cual, allí metida, ya no puede salir si no hay quien separe las tablas, que están bien unidas. Los criminales condenados á este suplicio tienen que sufrirlo mucho ó poco tiempo, ó por toda la vida, según la sentencia. También hay cangas de muchísimas maneras, pesos y tamaños.

En el segundo grabado damos una vista del puerto de Chemulpo (Corea) en el momento de desembarcar una de las divisiones del ejército japonés, venida de Hirosima para unirse á las fuerzas que al mando del general Yamagata operaban en el Yalú. El orden que se advierte en el puerto es una prueba más de la excelente organización de los japoneses.

⁂

EL PRÍNCIPE DE HOHENLOHE,

canciller del Imperio alemán.

El sucesor del general Conde de Caprivi es hombre de edad más que madura, pues nació en 1819, y de acreditada experiencia en asuntos de Estado.

Comenzó su carrera de ministro de Relaciones Exteriores del Rey de Baviera, mostrándose muy dispuesto en favor de la unión de los Estados alemanes, aunque adversario de las tendencias absorbentes de Prusia. También se opuso con gran energía al partido ultramontano, por el que fué al fin vencido, teniendo que retirarse del Gobierno en 1870. Fué después vicepresidente del Parlamento de la Alemania del Norte, convirtiéndose del todo á la política de Bismarck, quien en 1874 le nombró embajador de Alemania en París, en cuyo difícil cargo prestó grandes servicios.

En 1878 fué elegido diputado por el distrito de Forchheim-Klumbach-Ebermanstadt, y en su manifiesto á los electores se declaró partidario de medidas represivas contra los socialistas.

Sus créditos de político experto y hábil aumentaron en cada uno de los puestos en que estuvo, y así vino á ser sucesor de Bulow en el Ministerio de Estado, y statthalter de Alsacia y Lorena en 1885, en cuyo cargo se mostró tan rígido, perspicaz y hábil como en los otros que había tenido.

Es hombre de pocas palabras, delgado y al parecer gastado por la edad, pero en quien se advierte el vigor y talento de la juventud, ayudados de una dilatadísima experiencia.

Publicamos su retrato en la pág. 285.

MOSCOU.—EL KREMLIN.

Moscou (ó Moscú como en castellano debe escribirse y pronunciarse, pues Moscou es palabra francesa, servilmente copiada) es la verdadera capital de Rusia, el corazón del gran Imperio y la que mejor lo resume y representa, así en lo histórico como en lo geográfico.

La primera capital de Rusia fué Novogorod, fundada por Rurik ó Rodrigo (diversas formas del mismo nombre escandinavo), en el siglo IX; la segunda Kiev (ó Kiyev), sobre el Dnieper, desde donde más de una vez fueron los rusos sobre Constantinopla, y la tercera Moscou, que se elevó sobre todas las demás cuando, pasada la inundación tártara, comenzó Rusia á levantarse de la postración en que había caído y á hacerse nación. En Moscou se coronó el famoso Juan IV Basilievich, *el Terrible*, primero que tomó el título de czar (1547) y verdadero fundador del Imperio y de la grandeza de la ciudad.

Aunque desde tiempo de Pedro *el Grande* dejó ésta de ser capital del Imperio, no ha perdido la consideración que en otros tiempos tuvo, antes al contrario; á ella van los Czares á coronarse cuando suben al trono, y en ella quedan enterrados sus cadáveres cuando mueren. Tampoco ha perdido riqueza y población, porque en lo primero es rival de San Petersburgo, y en lo segundo le falta poco para serlo, pues tiene más de 800.000 habitantes. Verdad que la favorece mucho su situación en medio del Imperio, en el camino de Europa á Asia, sobre un río navegable como el Moskova, tributario del caudaloso Oka, que á su vez muere en el Volga, el mayor de esta parte del mundo. En el centro de Moscou está el histórico Kremlin, rodeado de murallas, y que no es, como pudiera creerse, un palacio, sino una vasta y vistosa ciudad de palacios, iglesias suntuosas y monasterios, con tal variedad de torres, campanarios y cúpulas de tan diversos colores y extrañas y opuestas arquitecturas, que difícilmente se encontrará en el mundo cosa semejante. Describirlos, siquiera fuera ligeramente, requeriría un libro, y sólo con nombrarlos todos llenaríamos buen espacio de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA. Citaremos, para mejor conocimiento del lector, el Arsenal, inmenso edificio donde se guarda uno de los mayores cañones del mundo, una colección magnífica de armaduras y el tesoro del Kremlin; el palacio del Patriarca; el palacio de las Armas *(Granovitaia palata)*; el palacio de Catalina; la torre de Sukaref; el teatro, que es grandísimo; el palacio del Senado; el *Gran Salón*, donde las tropas pueden hacer el ejercicio, pues es tan grande, que quizás no le iguale ningún otro, siendo su longitud de 580 pies ingleses, su anchura de 168 y su altura de 50; la Catedral, consagrada á Nuestra Señora de la Asunción, y donde se coronan los Emperadores; las iglesias de la Anunciación, del Arcángel San Miguel, de Nuestra Señora de Kazán y de Basili-Blagennoi, de las cuales la última es notable por sus 17 cúpulas, todas de forma, tamaño y color diverso; el campanario de Juan Velikoi, conmemorativo del hambre que se padeció en 1600, y á los pies del cual está la mayor campana del mundo; la Casa de niños expósitos, que por mucho tiempo fué la mayor y mejor de Europa; el Gran Bazar, y otros muchísimos edificios no menos famosos y magníficos.

La vista de la ciudad desde el Kremlin, que publicamos en la pág. 285, dará al lector una idea del aspecto de esta gran ciudad.

BELLAS ARTES.

Santa Cecilia, cuadro de G. Nanjok.—*Un conocimiento casual*, cuadro de Fannie Moody.

Santa Cecilia, patrona de los músicos, fué una doncella romana á quien sus padres casaron contra su voluntad, y que la misma noche de la boda se convirtió al cristianismo é hizo voto de castidad, muriendo mártir de su nueva fe el año 230. El patronato le viene de que en sus devociones, no sólo cantaba con hermosa y entonada voz, sino que se acompañaba también en algunos instrumentos músicos tan maravillosamente, que parecía inspirada por el propio Dios á quien dirigía sus himnos místicos. En el momento de cantar uno de éstos la representa el bonito cuadro de Nanjok, de que es copia nuestro grabado de la pág. 288.

Es muy original y gracioso el cuadro que reproducimos en la pág. 293. Para la yegua que con sus dos potrillos pacía tranquilamente la fresca hierba del verde prado, el encuentro de aquel extraño animal bajo, rechoncho y, á todas luces, mal parecido, es cosa muy inesperada. Compréndese que no sabe cómo recibir al compañero de paseo, si amistosa, si hostilmente, y en la actitud de éste obsérvase también una cómica vacilación que completa muy bien el cuadro.

MADRID.

Monumento funerario á Goya, Meléndez y Donoso erigido en el cementerio de San Isidro.

Nuestros lectores conocen seguramente el proyecto de traslado de los restos del gran pintor Goya del cementerio de Burdeos, en que se hallan, al monumento que por Real orden de 9 de Julio de 1884 se le erigió en Madrid. Para este monumento compró el Estado la manzana XV del patio de la Concepción, en San Isidro, encargándose de los planos el Sr. Concha Alcalde.

Es su planta de forma radial, emplazándose los sepulcros que se unen en su alzado por los testeros de las tumbas, y constituyendo las estelas que se adosan al pedestal tres figuras ó estatuas alegóricas que representan la Pintura, la Literatura y la Elocuencia. Sobre el mismo pedestal descansa la columna del monumento, terminado por la estatua de la Fama. (Véase la pág. 289.)

La altura de la columna es de 5 metros 10 centímetros desde el plano superior del pedestal, y 8 metros 77 centímetros desde el plano de nivel del terreno. Toda la obra, los medallones y la estatua de la Fama son de mármol de Rabaggioni. Las criptas están á 80 centímetros de profundidad, siendo los murretes cercados de cerramiento de 30 centímetros de espesor. Rodeando el monumento, y siguiendo la forma poligonal inscrita, se ha colocado una sencilla verja de hierro sobre un basamento de piedra. En conjunto, la obra resulta sencilla hasta la modestia, pero elegante, siendo muy digna de mención la parte escultórica, de que es autor el Sr. Bellver.

Tal es la sepultura que España, olvidada de los yerros del hombre para sólo acordarse de la gloria del artista, destina al insigne Goya.

MADAGASCAR.

Historia de la cuestión.—Rivalidad entre Francia é Inglaterra. Cómo acabó.—Guerra con Francia.

Esta isla, una de las mayores del mundo, pues tiene cerca de 700.000 kilómetros cuadrados, ha sido siempre muy codiciada de los franceses, que desde el siglo XVII han pretendido en muchas ocasiones colonizarla y hacerla del todo suya, no consiguiéndolo ninguna. Luego que comenzaron á llevar la mejor parte en las guerras con España, lo que no ocurrió hasta después de 1640, diéronse á navegar por el Atlántico con Armadas de alguna consideración, en vez de hacerlo piráticamente, como hasta entonces, y, entre otras empresas coloniales, intentaron la de fundar fuertes y factorías en la península Tholongaren, una de las de Madagascar (1644). Richelieu dió calor á estos propósitos, concediendo la posesión de toda la isla á una Compañía que se llamó Oriental; pero quebró ésta, y aunque en aquel siglo y en el siguiente se repitieron los intentos coloniales, fueron siempre de mal en peor, mereciendo Madagascar el nombre de *cementerio de franceses*, que la dieron. En 1810 tuvo Inglaterra la soberanía nominal de la isla, aunque por poco tiempo, pues al cabo de largas negociaciones dejó el campo libre al incansable deseo de los franceses, que volvieron á sus propósitos colonizadores con tan poca fortuna como antes. De 1829 á 1831 tuvieron guerra con la reina Ranavalo, á la que vencieron, sin que esta circunstancia les favoreciera mucho, ni por ello dejara de haber en la isla un partido inglés bastante poderoso para oponérseles eficazmente. El rey Radoma II, amigo de éstos, fué asesinado (Mayo de 1863) por los que seguían á la princesa Rabuda (los nombres hovas son los más extraños y curiosos que hay en el mundo), á la que proclamaron reina. Venció en esto la influencia inglesa, y faltó poco para una nueva guerra con Francia, la cual se evitó pagando la nueva Soberana una indemnización de 900.000 francos por no haber cumplido los Tratados. La Reina separóse de su marido, que la había ayudado á subir al trono, sustituyéndole con Rainilaiarivoni, hermano de aquél. La influencia inglesa triunfó por completo en el siguiente reinado, convirtiéndose al protestantismo la reina Ranavalo y su marido el antiguo ministro Rainilaiarivoni.

En 1883 volvieron por sus créditos los franceses, bombardeando y tomando á Tamatave y otros puntos, con lo que obligaron á los hovas á reconocer el protectorado de la República y á pagar 10 millones de francos.

Aquel tratado no dejó muy contentos á los franceses partidarios de la política colonial; pero como entonces era contraria á ésta la mayor parte de la gente y por principal sostenedor de ella cayó Ferry del Gobierno, tuvieron que conformarse. Por otra parte, ayudados los hovas por los ingleses, fuéronse preparando para la guerra, que veían inevitable. Sus fuerzas, mandadas por Rainilaiarivoni, llegarán á unos 30.000 hombres, bastante bien instruídos por oficiales británicos y divididos en seis pequeños cuerpos de ejército. El armamento principal es la carabina Snyder; pero hay algunas tropas secundarias que tienen remington, fusil que ellos mismos consideran de poca ó ninguna utilidad, en lo que nos llevan gran ventaja.

Pero la circunstancia que principalmente favorecía á los hovas, que era la rivalidad entre Francia é Inglaterra, desapareció hace poco, pues aquella nación reconoció el protectorado de ésta sobre Zanzíbar, á cambio de que reconociera el suyo sobre Madagascar, y así lo concertaron. El Gobierno francés envió al Sr. Le Myre des Villiers, para obligar á la reina Ranavalo y á su marido (cuyos retratos publicamos en la pág. 292) á que le admitieran por soberano, hanse negado éstos, y aquél dispone en este momento la salida de un ejército de 15.000 hombres para convencer á los hovas de lo mucho que les conviene ser súbditos de una gran potencia.

También publicamos una vista del real palacio de Antananarivo. Así se llama la capital del reino, ciudad de unas 120.000 almas, situada en las montañas del interior de la isla, á 1.300 metros sobre el mar, en posición muy pintoresca.

D. FRANCISCO FERRER GANDÚXER,

inventor del descargador automático de corrientes eléctricas.

El notable electricista, cuyo retrato publicamos en la página 296, es mucho menos conocido en España de lo que merece, y por eso daremos de él breve noticia antes de describir el útil aparato por él inventado.

Nació en Barcelona en 1859 y luchó con las mayores dificultades para seguir una carrera, pues vivió en sus primeros años tan pobre, que estudiaba en libros prestados y en las Bibliotecas, donde están á la disposición del público, llegando de tan extraordinaria manera á adquirir un caudal de conocimientos verdaderamente excepcional, admirándose los profesores de su gran perspicacia y escuchándole con asombro exponer nuevas teorías más racionales y mejor demostradas que las de los textos.

Pasó el Sr. Ferrer á Cuba, donde publicó algunos trabajos científicos muy notables; pero no contento con escribir, dedicó sus poderosas facultades á inventar.

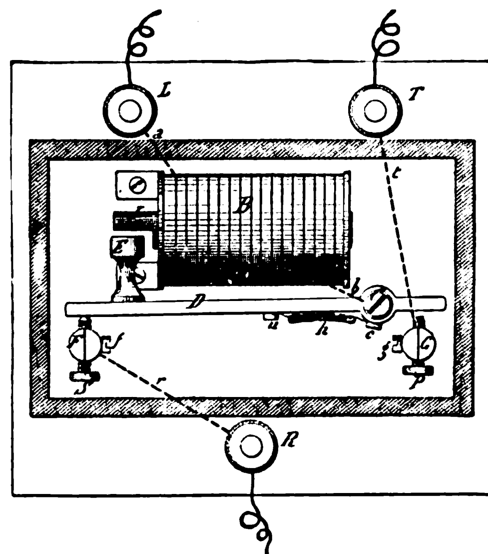
He aquí una lista, aunque incompleta, de sus inventos: Un regulador manométrico, que tiene por objeto graduar y mantener á presión constante, según las necesidades del trabajo, los fluidos, gases ó líquidos contenidos en vasos cerrados: aplicable á las calderas de vapor para economizar combustible y evitar presiones que excedan á la normal de trabajo, á las conducciones de aguas, prensas hidráulicas, gasómetros, etc. Un anemómetro registrador automático, precioso aparato destinado á los Observatorios Meteorológicos, y cuyo objeto es inscribir y registrar automáticamente los detalles del viento, su distribución, declinación ó rumbo, y la inclinación de las rachas; con cuyo aparato quedan perfectamente representadas las corrientes sin necesidad de la presencia del observador. Un indicador de velocidades, sencillísimo, que presenta siempre y en todos los instantes el índice de velocidades, y en el que actúa un eje en revolución registrando á la vez, si se quiere, las vueltas y los totales; aplicable á los dinamos (donde el índice de velocidades es indispensable para su buen funcionamiento), á los ferrocarriles para la normalidad de su marcha, á los buques, etc. Una perforadora eléctrica automática, de disposición que permite trabajar con barrenas en sentido esférico, cuyo avance se regula según la resistencia del terreno, y que, por la combinación de sus movimientos, no puede nunca quedar entrincada: no necesita la presencia del hombre mientras está en función; y su rendimiento es superior al de todas las perforadoras conocidas. Un anotador automático termométrico. Un higrómetro de carbón, para la meteorología. Un freno automático. Un regulador de velocidades, para fábricas y talleres. Hogueras para quemar alquitrán, petróleo líquido y otros combustibles semejantes, con regularidad automática. Un velófono acústico, aparato de alarma para ferrocarriles, coches, velocípedos, etc., etc. Un ascensor eléctrico, sin cables ni cadenas, de caída imposible.

Actualmente se ocupa en la invención de una brújula para buques de hierro, que permanezca neutra á las desviaciones por inducción del casco, máquinas eléctricas y masas de hierro, problema de grande actualidad.

Pero el principal y más notable de todos es el de un descargador automático de corrientes eléctricas.

Sabido es el peligro en que están los telegrafistas de recibir una descarga de la electricidad atmosférica en días de tempestad, y seguramente recordarán los lectores el triste fin del empleado de la estación de Córdoba, muerto por un rayo al pie del aparato.

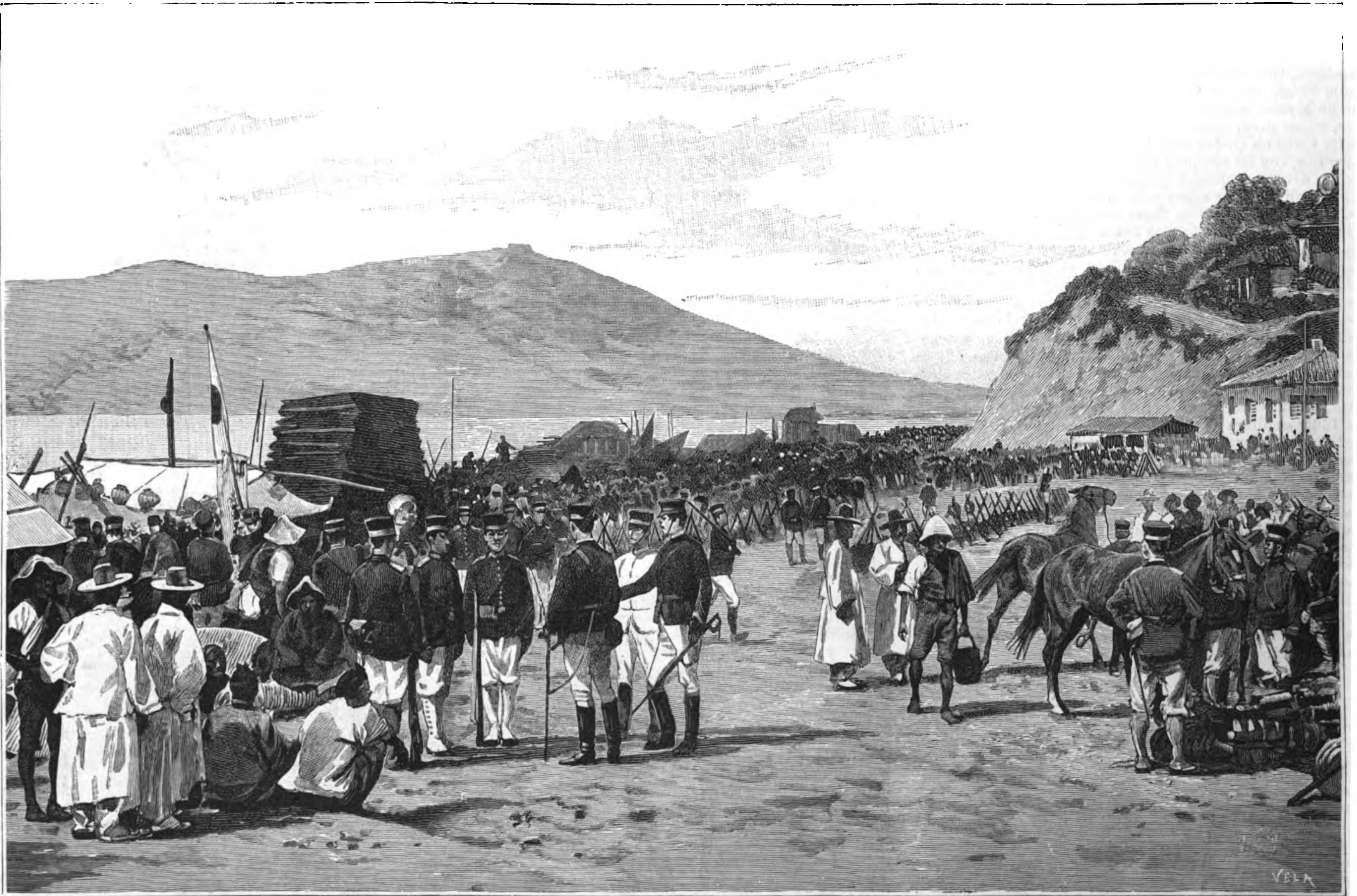
Refiriendo el caso nuestro querido compañero D. José Fernández Bremón, en la *Crónica* del núm. 7 del año 92, preguntaba si había algo que libertase de tales riesgos á los que tienen que manejar aparatos eléctricos en beneficio



del público. El invento del Sr. Ferrer existía ya, aunque olvidado y desdeñado, y nosotros tuvimos entonces la satisfacción de hablar de él, así como hoy tenemos la de describirle para que nuestros lectores le conozcan y puedan comprender toda su importancia.



CHINA.—MUJERES PRESAS EN LA PREVENCIÓN DE SHANGAI.



LA GUERRA ENTRE CHINA Y EL JAPÓN.—DESEMBARCO DE UNA DIVISIÓN JAPONESA EN EL PUERTO DE CHEMULPO.

(De fotografías.)



EL PRÍNCIPE DE HOHENLOHE,
NUEVO CANCILLER DEL IMPERIO ALEMÁN.



RUSIA.—VISTA GENERAL DE MOSCOU, TOMADA DESDE EL KREMLIN.
(De fotografía.)

B es una *bobina*, cuyo eje ó núcleo *I* se convierte en imán al paso de una corriente cualquiera que por el hilo recubierto de aquélla circule. Y como el campo magnético de un electro-imán es proporcional á la corriente excitadora, quiere decir que, intercalado éste en un circuito cualquiera, dejará pasar aquellas corrientes débiles, cuya intensidad no baste á atraer la armadura *E*, cuales son las que se emplean en las comunicaciones telegráficas y telefónicas; pero en siendo más enérgicas (y, por tanto, peligrosas para los aparatos), la *gravedad* de la armadura y de la palanca *D* en que está fija, es vencida por la *atracción* del electro, y separada, por consiguiente, la palanca del contacto *F S*—que es el del *receptor* (*R*),—queda este aislado, desviándose entretanto la corriente á tierra por el extremo opuesto de la palanca antecitada, que se pone, naturalmente, en comunicación por *G P* con el hilo de tierra empalmado en *T*.

Excusado es decir que, tan pronto como cesa la descarga, la palanca, falta de atracción, vuelve *por gravedad* á ocupar su puesto, poniendo nuevamente en línea el aparato, cuya interrupción dura sólo el tiempo del paso de la exhalación: un instante, nada.

El operador en telégrafos sólo advierte un punto más en el papel, que acaso le haga pedir repetición de palabra; pero este pequeñísimo inconveniente, ¿qué importancia acusa con relación al beneficio inmenso de haber salvado su vida, y tal vez la de centenares de personas, pendiente—como ocurre muchas veces, en ferrocarriles sobre todo—de un oportuno aviso telegráfico?

En teléfonos ni siquiera eso: un ligero chasquido, breve, seco, en la placa del receptor, es lo único que el comunicante percibe; conmoción, ninguna.

En luz eléctrica (porque también es aplicable á *luz* y á *fuerza*, según la graduación que se dé á los tornillos *S* y *P*, ó según el tamaño del descargador, que en estos casos es de doble bobina) lo único que se nota es una ligera oscilación como las que, sin eso, advertimos á diario en los circuitos de nuestras fábricas; sólo que las oscilaciones actuales suelen significar la destrucción de alguna lámpara, desperfectos más ó menos considerables en la dinamo, una desgracia, acaso; mientras las producidas por el descargador representan lo contrario, la salvación de esos aparatos y tal vez la de alguna ó algunas vidas.

Los Estados Unidos, nación que en varias ocasiones ha sabido anticiparse á disfrutar los beneficios de importantísimos descubrimientos, en vano ofrecidos por sus autores á los Gobiernos europeos, acaba de conceder patente, con pronunciamientos muy favorables, á este que nos ocupa, que también la tiene Francia y otras naciones, incluso Rusia, donde, según frase del ilustre miembro de los Clubs de *Ingenieros de Puentes y Caminos* y *Electro técnico* de San Petersburgo, Mr. Ignacio Zienscky, encargado de darlo á conocer allí, «ha sido recibido con los brazos abiertos».

Ahora bien, ¿por qué no se examina cuidadosamente este aparato y se emplea en España, si del examen sale probada su gran utilidad?

G. Reparaz.

EL ARBOLADO.

Antiguo es en España el sistema de destrucción del arbolado, frecuentemente seguido en nuestros días y revelado en las quemas de montes, sin otro propósito que el de hacer mal por ruines venganzas. La codicia, aspirando á beneficiar la riqueza forestal, aun haciéndola desaparecer para las generaciones venideras: preocupaciones inconcebibles contra la existencia de los árboles, y el afán insensato de roturar, fueron las causas principales de tan dolorosa devastación.

De los diez años que duró la guerra de Granada, siete se emplearon en invasiones para las talas: el hacha era el primer elemento de la reconquista. La vega de aquella ciudad famosa no es ahora más que el esqueleto de lo que fué, de lo que murió al golpe de la segur de los invasores. En la inmediación de Baza, cuatro mil hombres trabajando con hachas no podían avanzar en la tala más que cien pasos por día: ¡tan asombrosamente corpulentos eran los árboles seculares de aquella vega!

La preocupación de que el árbol con su sombra perjudica á la tierra y de que sus frondosas copas son criaderos de pájaros, infundió en los labradores un odio implacable al arbolado. Hay, sin embargo, disculpa racional para esa preocupación: cuando se exigía que los pueblos rurales contribuyesen todos los años con un contingente de cabezas de gorriones, que habían de presentar al Corregidor en prueba de celo por la destrucción de aquellas aves, perjudiciales, según la autoridad, para la agricultura, porque comían el trigo de la sementera, era natural que se formara un concepto desfavorable del pájaro y del árbol, los dos buenos amigos y servidores del hombre.

La roturación acabó con la riqueza arbórea de las llanuras y emprendió después con la de las montañas, que abandonó cuando ya las había arrasado hasta las cumbres. En 1772 nuestro gran fabulista D. Félix María de Samaniego, en su informe acerca de los males de la Rioja, se lamentaba de tal abuso en estos términos:

«El bracero que consigue cierta porción de terreno para roturar, se ve por falta de medios imposibilitado de plantar sarmientos, siendo preciso para el cultivo de éstos un costoso trabajo, y no dando su fruto hasta los siete ó diez años; con que de ordinario lo dedica á tierra blanca: para esto lo hace muy bien; en fuerza de este abono recoge los tres primeros años abundantes cosechas; pero ya que la tierra pierde aquellas sales que le prestó el primer abono, sólo da de sí tan ruines producciones que le es forzoso abandonar el terreno por falta de estiércol que lo fertilice; busca nuevamente otro paraje donde ejecutar lo que en el primero, y continuando este perjudicial método, originado de la falta de cieno, deja los campos, que antes eran robustos montes que surtían de leña, madera para edificios y prensas, pastos y abundante caza de toda especie, los unos abandonados del todo y los otros sirviendo de cortísima utilidad.»

¡Qué diría hoy el insigne fabulista y muy entendido agricultor si contemplara los que desde su villa natal de La Guardia vió «robustos montes» ahora arrasados, sin un árbol, en la extensión de más de seis leguas, desde la Población hasta la sierra de Tolonio!

Causa desconsuelo ver extensas comarcas y comparar lo que son ahora con lo que fueron en tiempos no lejanos. Andalucía aparece con sus grandes y muy extensas montañas en estado de completa devastación: de casi todas ellas ha desaparecido, no sólo el arbolado, sino también los arbustos y jarales que constituyen lo que se llama monte bajo. La misma Sierra Morena no ha podido resistir á la destrucción general. En las provincias de Murcia y Valencia sucede lo mismo: sus montañas sin un árbol ni rastro de arbustos. En Castilla la Nueva, la gran cordillera de Guadarrama, Navacerrada y Somosierra, escueta y esperando inútilmente el auxilio del hombre para repoblarse. La Mancha, donde abundó el arbolado, rasa por completo; Castilla la Vieja, en otro tiempo cruzada en su centro por los montes de Torozos, calva también.

Todo provenía de más ó menos antiguas y más ó menos lentas devastaciones; de abusos tolerados, mas no permitidos por las leyes.

Vino la desamortización; se vendieron los montes, y la destrucción no tuvo ya límites. Se compraron para madera y carbón, á reserva de abandonarlos cuando ya nada hubiesen de producir; al comprarlos á muy bajo precio se calculó la ganancia que desde luego había de proporcionar su arrasamiento.

Ahí está como testigo el nombre de Cuenca, con su legendaria cuestión de los pinos, de los cuales en pocos años se derribaron *veintiocho millones*, que por la cómoda y económica vía del río Cabriel iban á formar en Alcira y sus inmediaciones gigantescas pilas, constantemente renovadas por la incesante avenida que descargaba en aquella población.

Y para que se vea con cuánta facilidad se oculta ó desfigura la verdad ante las grandes asambleas, citaré un hecho, cuya certeza no adquirí por ajeno testimonio, sino por el de mis propios ojos. En la legislatura de 1879 á 1880 se trató una vez más en el Congreso del célebre asunto de los pinos: hubo quien afirmó que ya no salía ni bajaba por el río Cabriel un solo pino; con lo cual terminó la discusión, quedando todos muy satisfechos de haber concluído el negocio que había exaltado los ánimos en los años anteriores. A últimos de Enero de 1880 me hallaba en un pueblo inmediato al famoso paso de las Cabrillas en la carretera de Valencia, por cuyo fondo corre el río Cabriel. Deseoso de ver aquel sitio, cuyas obras de trazado y fábrica honran al cuerpo de ingenieros de caminos, me dirigí á él con varios amigos, quienes me habían anunciado, como un motivo más de distracción, que vería el paso de maderas, pues todavía bajaban algunas por el río.

Apenas podía dar crédito á lo que veían mis ojos: el Cabriel aparecía literalmente entarimado de orilla á orilla por los pinos: el agua no se podía ver más que en el boquete formado en una presa, por donde se deslizaban las maderas. Desde las once de la mañana hasta las cuatro de la tarde permanecí en aquel valle; ni por un momento cedió la fuerza del paso de pinos. En los años anteriores subían de Alcira trescientos madereros, hombres provistos de largas pértigas, que cuidaban de empujar y dirigir en todo el curso del río los pinos cuando encallaban en las sinuosidades de las orillas: en la campaña de 1879-80 subieron *novecientos*.

En mis primeros años vi en la provincia de Alava montes tan espesos de arbolado, arbustos y jarales, que en el espacio de cincuenta metros en cuadro se podía recoger un carro de leña seca, de ramas desprendidas en larga serie de años; ya apenas queda en ellos resto de la antigua vegetación.

Las consecuencias se ven y palpan en todas partes. Véase lo que es hoy la ganadería y compárese con lo que fué en otros tiempos: en la provincia de Cuenca, de asombrosas cabañas en lo antiguo, no llega hoy á la cuarta parte de lo que era á mediados del siglo último; en las andaluzas no se conoce el ganado lanar: en Valencia y Murcia lo mismo; en la Mancha no existe la raza vacuna; en Alava desapareció el *trato*, ó sea la cría y venta de ganado caballar y mular, que sus montes mantenían en grande abundancia: reflexiónese acerca de lo que habrá de ser la agricultura con la desaparición de abonos naturales. En una gran parte de Castilla la Vieja no hay más combustible que la paja; en alguna de las Provincias Vascongadas se suple la leña, antes profusamente surtida, con el carbón mineral; en esa misma provincia escasea tanto la madera para la construcción, que en los pueblos rurales casa caída no se vuelve á levantar.

La industria por sí sola basta para devorar, como el fuego, toda vegetación arbórea. La cajonería para embalajes consume una cantidad portentosa de madera. Quien repare en el número y tamaño de los cajones que todos los días afluyen á las estaciones de los ferrocarriles conduciendo los productos de la industria; quien haya visto y vea las verdaderas montañas de grandes y pequeñas cajas que salen de nuestros puertos repletas de naranjas, limones, pasas y otras frutas, comprenderá la dificultad de proveer á tan incesante y enorme consumo. Sólo por el puerto de Málaga salen anualmente más de tres millones y medio de cajas de pasa, además de los millares de grandes cajones de limones y naranjas. Nada se diga de los demás puertos, bastando recordar los millones de pinos que en pocos años han ido flotando por el río Cabriel hacia Alcira, Sueca, Cullera y otros puntos.

Las grandes poblaciones, con la renovación de su caserío, la construcción gigantesca en sus ensanches y sus enormes gastos de leña y carbón; los ferrocarriles y tranvías con sus traviesas y un considerable número de industrias que exigen frecuentes y grandes transportes, contribuyen al arrasamiento general, cuyas consecuencias no se tardará mucho en experimentar.

Se destruyen los montes y nada se hace por repoblarlos ni para suplir su falta con grandes plantaciones, donde fácilmente podrían establecerse y prosperar. A la inercia de los gobiernos corresponde la de los particulares. Los ríos grandes y pequeños corren al mar desprovistos de vegetación en sus márgenes: entre unos y otros atraviesan centenares de leguas, de las cuales gran parte se pudiera utilizar para arbolado. El Ebro tiene algunas pequeñas arboledas; el Tajo, el Duero, el Guadiana y el Guadalquivir, apenas tienen árboles más que á la inmediación de algunas poblaciones: los ríos secundarios y los grandes arroyos, como si no existieran para tal efecto.

El interés individual tampoco despierta: hay muchos propietarios que pudieran tener verdaderos bosques y no los tienen, sin caer en la cuenta de que serían para ellos un capital siempre creciente y á todas horas disponible, sin las mermas y contratiempos de los capitales en circulación ó puestos á ganancia. El pino y el chopo, que prosperan fácil y rápidamente, el primero en muchas comarcas, y el segundo en todas, especialmente en las inmediaciones de los ríos y arroyos, y donde quiera que haya agua de manantial ó de frecuentes lluvias, tienen siempre asegurada su venta, el pino para vigas y tablazón, y el chopo para madera de embalajes de todos los tamaños, y particularmente para cajonería menuda y fina.

El olmo ofrecería análogas ó mayores ventajas por la prontitud con que se cría y desarrolla y por lo recio de su madera, que sirve no sólo para tabla, sino también para sólidas y muy resistentes vigas.

Sería otro árbol todavía más estimado el nogal, por el empleo de su muy preciada madera en muebles y aplicaciones de lujo. Hoy sería imposible obtener los magníficos tablones de más de un metro de anchura, que en otro tiempo se admiraban en mesas de comedores de las grandes casas y en la cubierta general de cajones y mesas centrales de las sacristías en algunos conventos.

La generalidad no repara en ello, ni se cuida de lo que habría de reportarle muy grande utilidad.

Es sabido y comprobado por la experiencia que el chopo y el pino aumentan su valor en un real cada año. El que al nacerle un hijo plantara diez mil pies de uno ú otro árbol, y lo mismo sucedería con el olmo, y más con el nogal, se encontraría á los veinte años con un capital de diez mil duros; la carrera y establecimiento de un hijo ó la buena dote de una doncella casadera. Esto no es

sólo una hipótesis: es además un hecho. En algunas comarcas de Galicia se han plantado muchos millares de pinos con aquel propósito, considerándolos como un capital utilizable á plazo fijo. En el confín de Castilla, por la parte de Alava, se beneficia el chopo, árbol que allí se da con vigor y lozanía. Hace poco más de treinta años apenas se veía alguno desde Pancorvo hasta Nanclares, y hoy abundan las arboledas solícitamente cuidadas: entre Miranda y Haro, cerca del paso de las Conchas, las hay tan bien dispuestas y correctamente ordenadas en antiguas tierras de pan llevar, que parecen plantíos esmerados de un jardín: allí están produciendo, lenta pero seguramente, sin causar dispendios á sus dueños.

En el resto de España se devasta y nada se repone: es ya la nación de Europa más pobre en arbolado; pronto desaparecerá lo poco que aun queda; se acudirá á los bosques de Filipinas, pero en seguida se arrendarán á una empresa para que haga un buen negocio á costa de la generalidad: es el socorrido sistema de nuestros gobiernos.

JULIÁN MANUEL DE SABANDO.

LOS TEATROS.

La quincena del *Tenorio*. — Un poquito de historia. — Desde la Comedia á Parish. — ¿Qué significan las refundiciones? — Estrenos en Lara y en Eslava. — Buena racha nos espera.



La novedad teatral más importante de la última quincena ha sido la vejez, anualmente rejuvenecida y glorificada, de *Don Juan Tenorio*. En la hora en que escribo, todavía se descubre en algún cartel el mágico nombre del amante de D.ª Inés y del asesino de Ulloa.

Resucita Tenorio en los días en que se honra á los muertos. Él mismo va á honrar á los suyos en el panteón, y hasta convida á cenar al *más ofendido* por él en vida.

El pueblo de Madrid no puede ya visitar sus cementerios, sin el propósito de fortalecer después su fe religiosa ante las impiedades rimadas del que *no creyó jamás* en otra vida mejor que la efímera de este bajo mundo. Nuestro pueblo es así, y «mientras acuda á admirar á su héroe—dice *Fernanflor*—España seguirá siendo España».

Luego veremos cómo sigue siéndolo, no ya dejando el pueblo de ir á admirar á su héroe, sino yendo deliberadamente—y por *reclamo bufo*—á escarnecerle, haciéndose cómplice activo de la profanación de la obra del más nacional y más grande poeta de nuestro siglo.

***

Y el gran poeta nos dice en sus *Memorias*, con cierta sarcástica amargura de padre desheredado: «Mi *Don Juan* produce un puñado de miles de duros anuales á sus editores, y mantengo con él, en la primera quincena de Noviembre, á todas las compañías de verso en España.»

Pero el milagro no ha sido sólo del poeta. No llegó á entusiasmar la obra cuando, en 1844, la estrenó en Madrid el gran maestro de Romea, don Carlos Latorre. Pasaron muchos años de absoluto olvido para el héroe legendario que había imaginado Zorrilla «sin más datos ni más estudios que *El burlador de Sevilla* del ingenioso Tirso».

Llegó al fin al entonces teatro del Príncipe, y en la plenitud de sus facultades, D. Pedro Delgado, no sólo con empeños de artista, sino también con intereses de empresa. Tenía á su lado, como primera dama, á Teodora Lamadrid, y á esta actriz inolvidable—viéndose sin obras nuevas en los primeros meses de la temporada—le manifestó su confianza en el éxito positivo que podría alcanzarse entonces con el olvidado *Don Juan Tenorio*. No costó poco á Delgado vencer las desconfianzas y resistencias que á su idea oponía la que después fué la más sensible y bella D.ª Inés de Ulloa.

Sí; triunfó D. Pedro de los escrúpulos justificados de D.ª Teodora; triunfaron luego la actriz y el actor con su delicada y arrogante labor artística; triunfó el héroe hasta de los pasados desdenes, venciendo á su propia historia: como si acabase de nacer para la escena, evocado por una generación nueva, educada para su culto: como si quisiera venir á echar en cara á su padre, el popular ingenio, el haberle entregado por un puñado de duros á los mercaderes del arte, haciendo un desastroso negocio.

Porque el negocio de los editores empezó entonces, cuando se aseguraba definitivamente el triunfo de *Tenorio*, cuando un artista de menos alientos y títulos que Latorre sacaba al héroe del polvo de los archivos en que había caído desde las manos del gran maestro.

Las arrogancias de D. Juan arrebataron al público; electrizóle la pasión naciente y fúlgida—sobradamente humana—de aquella virgen que no había oído hablar más que del amor divino.

Ningún espectador faltaba en su asiento al relatar Tenorio sus aventuras frente á Mejía en la hostería de Butarelli. Los ovillejos que Zorrilla compuso á obscuras en noche de insomnio quedaban impresos en la memoria; las frases amorosas de la carta de D. Juan las tomaban para su uso los seductores de la platea; las décimas del quinto acto eran música de armonía inefable para las doncellas más tímidas, y las décimas del panteón arrancaban lágrimas á los huérfanos y desheredados del amor.

Cuarenta años, próximamente, han transcurrido desde aquella resurrección gloriosa del *Tenorio*, y Don Juan no ha decaído; sigue luciendo anualmente las prodigalidades de que nos habla en sus memorias el autor, el crítico más implacable y duro de su héroe, después de haber intentado en vano resarcirse de la lesión enormísima de una mala venta, refundiéndole con añadidos de cantables y postizos líricos de zarzuela.

***

Olvidada la primitiva D.ª Inés, quedó como espejo para las actrices la D.ª Inés de Teodora. De ésta la tomó Elisa Boldún; de Elisa Boldún, Elisa Mendoza; de la Mendoza, la Contreras; de la Contreras, la Cobeña. Sólo María Guerrero parece haber renunciado á una parte de la herencia, á los acentos declamatorios de la *pobre garza enjaulada*; porque los otros, los convencionales y monótonos acentos *de ultratumba*, son y han de ser siempre iguales, y sería muy de notar la actriz que nos los regalase distintos.

Creo yo que el poeta sacrificó la verdad al efecto; porque la pasión inconsciente de aquella virgencita que acaba de cantar con las santas vírgenes del Señor, no puede adornarse con las mismas palabras ni tener las mismas explosiones atrevidas que la pasión de aquel demonio del amor que nos ha ofrecido en la hostería tan larga lista de seducciones. Más verdad sería el tembloroso silencio que aquella ardiente retórica de las décimas en boca de aquel pobre ángel que desciende. Por eso la actriz que más se acerca á la mentira, está más á la altura del poeta, que pone también la seducción en los labios de D.ª Inés, más que para encantar á Don Juan, para arrebatar al público con su lirismo.

Y le arrebata; y la mentira triunfa quizá más en los labios de la actriz que *dice* que en los labios de las actrices que *declaman*. Hay que oir á la una y á las otras para darse cuenta de ese fenómeno que parece inexplicable.

Creo haber dicho ya en estas mismas columnas que el papel de D.ª Inés no es de dama, sino de dama joven, muy joven y muy *ingenua*. Por eso no les está tan bien á damas tan *hechas* como Julia Cirera—que acaba de representarle en Novedades—como á la Cobeña, la preciosa Inés del teatro de Mario, ó á la Guerrero que, en el de la Princesa, ha completado ahora con esa figura la trilogía que en el Español había legitimado sus honrosas aspiraciones de artista.

Doña Inés no tiene tanta importancia por lo humano que representa y dice en el drama: lee una carta y recita unas décimas; eso es todo. Su importancia está en lo extrahumano, en lo divino de aquel ambiente que respira y en que quiere envolver, como ángel guardián, á su amante, atrayéndole hacia aquel tan dudoso *punto de contrición*. Las dificultades que esa importancia ofrece á la actriz están vencidas ya por el convencionalismo, aceptado por el público con una buena fe tan maravillosa como el mismo drama fantástico.

***

Desde el teatro de la Comedia al Circo de Parish, dando una vueltecita también por el Príncipe Alfonso y Martín, ha podido encontrarse el curioso con gran variedad de *Tenorios*, aunque ninguno completo, y alguno suplantado, dislocado y contrahecho, para que la multitud acudiese al reclamo de Arlequín, que cubría de manchas la bizarría española del héroe.

El público no ha buscado nunca al *Tenorio* en la Comedia, por las condiciones especiales de aquel teatro y por la índole del trabajo propio de aquella excelente compañía. Y, sin embargo, allí es donde este año ha resultado mejor el conjunto del drama de Zorrilla, porque todas las figuras han armonizado y han convencido en el cuadro, y en las principales—sobre todo Thuillier en el D. Juan—los artistas han estado esta vez asistidos de un noble estímulo que les honra.

Por lo demás, la prensa diaria ha estado toda muy conforme y en lo justo al notar deficiencias en unos y otros cuadros, y al lamentar que las más legítimas figuras del drama popular hayan estado divorciadas, por estarlo también nuestros mejores artistas escénicos.

En cuanto á los horrores del *Tenorio* del Circo de Parish, todo cuanto se lamente y se censure es poco. La industria profanando bajamente el arte en la obra del gran poeta, en el héroe idolatrado del pueblo, y un público estragado acudiendo presuroso á sancionar la profanación con estúpidas risotadas.

Dentro del drama, la parodia más grosera, desaforada y ofensiva para el mismo sentimiento nacional. Algunos espectadores, pocos, protestaron indignados. Pero la masa general ya sabía á lo que iba allí, porque la había solicitado el *reclamo* repetido en papeles de todos colores y en sueltos de contaduría.

Apareció en el Circo el héroe con facha de botarga, y en las manos los trastos de matar toros. ¿Rosell con los atributos de la gran fiesta española y *descabellando* á Mejía?..... ¿Para qué ya los encantos de la voz del poeta?....

Ya lo ve Fernanflor: el pueblo hace algo más que dejar de ver el *Tenorio*; y, ante los *desplantes* taurinos de un artista que dentro del drama ridiculiza al héroe, España sigue siendo España.

***

Las refundiciones están á la orden del día ó de las noches teatrales, y en la Zarzuela, en Apolo, en Lara, donde quiera reaparecen las obras viejas, aumentadas ó reducidas, retocadas con moñitos nuevos que pretenden hacerlas más aceptables que en la hora feliz ó desgraciada en que nacieron.

Parece milagroso, y, sin embargo, es cosa corriente. Una obra teatral que necesitó tres actos para nacer, renace luego en dos, y después vive en uno solo, y, por último, tiene todavía otra existencia quizás más alegre, porque ese acto único aparece cuando y donde menos se piensa con cantables muy picarescos y su poquito de *juerga* lírica. ¿No es verdad que todo eso es admirable?

Para mí, ese prurito de renovación y refundición á todo trance, no acusa más que pobreza ó agotamiento de ingenio, y á la vez un ansia inmoderada de aumentar los frutos del *trimestre* con el menor trabajo posible.

El verdadero ingenio no vuelve sobre su trabajo, cuando éste ha pasado ya por la escena con juicio favorable ó adverso del público. Persigue ideas nuevas, y las acaricia al fin, y las da desarrollo propio, y las viste del mejor modo que puede para realizar en el teatro los buenos propósitos á que su noble vocación le encamina. Pero no hay remedio: nuestros autores en general, y en particular la mayoría de los que, en teatros chicos y grandes, han convertido el arte en un sencillo *modus vivendi*, piensan más en la contaduría que en el proscenio. Y esto lo ven claro, no sólo los que estudian el terreno dramático, sino hasta los que van al teatro exclusivamente á divertirse.

***

Por fin apareció en Eslava el talento músico de Chapí con su nueva composición de *El Moro Muza*, y los números con que ha dado vida á aquel libro, poco interesante, aunque ingeniosamente escrito por el Sr. Jacques, han encantado y seguirán encantando al público que en el Pasadizo de San Ginés busca sus alegres veladas. No es lo más nuevo y original lo que más se ha aplaudido, sino aquella parte de oportuna intención epigramática en que prestan vivo color á la situación musical clarines y timbales taurinos. Porque, en eso de la instrumentación, difícilmente hallará rival el autor de tantas obras populares, grandes y chicas.

Veremos quién canta en Eslava la otra esperada obra de Chapí, *El Tambor*, que no quiere ó no puede tocar Matilde Pretel, cuyo nombre ha sonado estos días, por no sé qué *interdicto*, en las salas de los tribunales, y cuya voz sigue resonando alegre y viva en *El Húsar* y *Artagnan*, en el escenario de la Zarzuela.

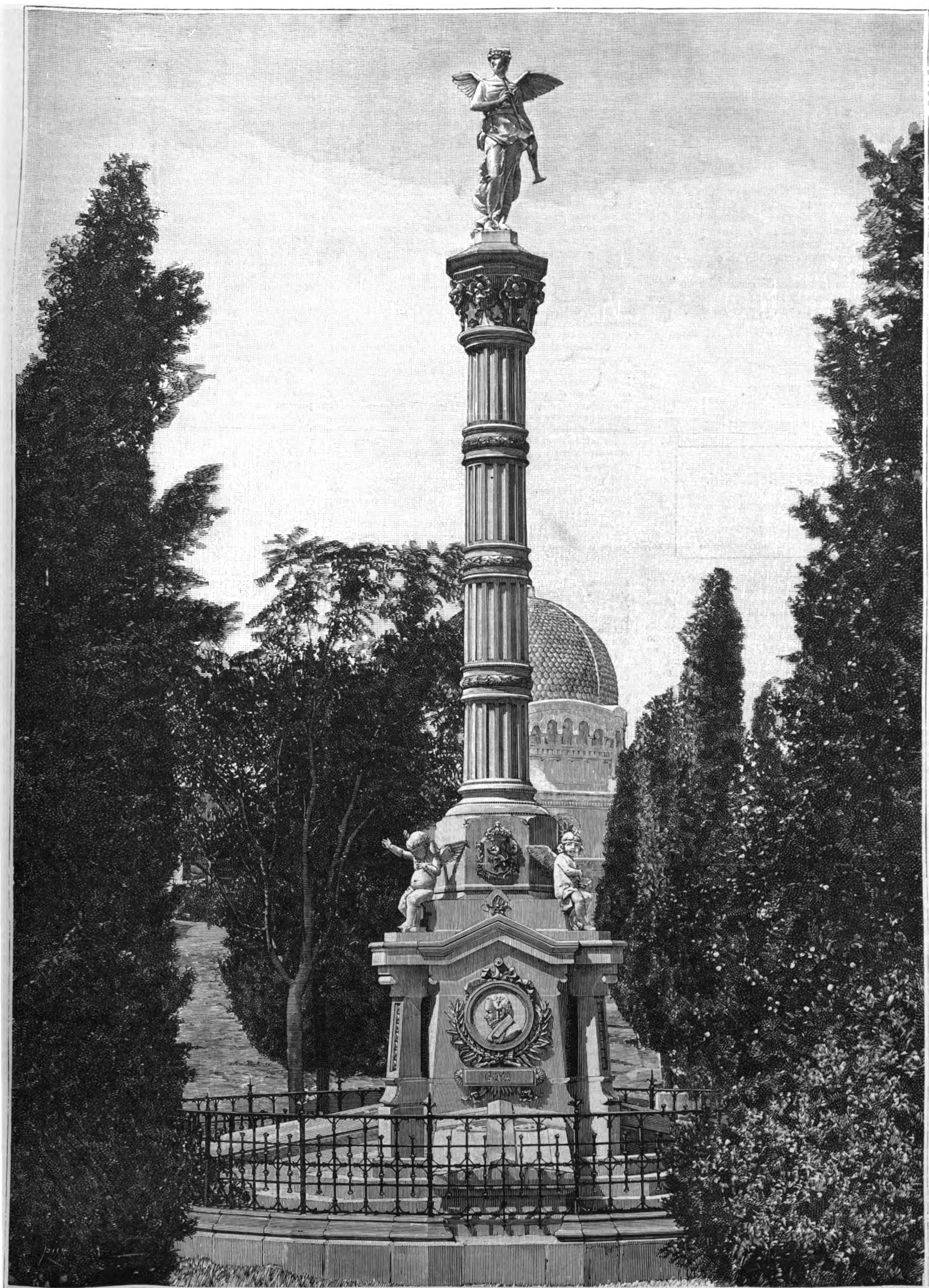
Otro estreno de importancia es el que anoche se verificó en el teatro de Lara, por el nombre del autor y por la gracia de *La Boronda*, animadísimo juguete cómico de Javier de Burgos, el mismo autor de aquellos *Valientes* que constituyen uno de los sainetes más hermosos, más verdaderos y más dignos de figurar entre los de nuestros famosos autores de principios de siglo.

Sin que pueda llamarse nuevo el pensamiento de la alegre obrilla de Burgos, *La Boronda* luce una gran originalidad de factura, y aquella bailarina jubilada—cuya intérprete feliz es la Valverde—sostiene la risa en los labios de los espectadores, encantados también ante la inocencia de



SANTA CECILIA.

CUADRO DE G. NANJOK.



MONUMENTO Á GOYA, MELÉNDEZ VALDÉS Y DONOSO CORTÉS

ERIGIDO Á EXPENSAS DEL ESTADO EN EL CEMENTERIO DE SAN ISIDRO DE ESTA CORTE.—PROYECTO DE D. JOAQUÍN DE LA CONCHA ALCALDE.

(De fotografía de Laurent.)

aquel tío millonario, y las truhanerías de aquel sobrino que le explota, y de aquellos *viridores* que acompañan al joven disipado en sus francachelas.

A la altura de la Valverde están Romea, Rubio, Larra y Santiago, y todos participan del triunfo del autor, y contribuirán seguramente á que la sal de *La Boronda* sazone y regocije muchas noches las veladas de Lara.

Y ahora, después de pasar una quincena de *Tenorios* y de defenderse casi todos los teatros con lo conocido famoso y lo olvidado refundido, bien sabe Dios que nos espera una larga racha de estrenos que va á poner á los cronistas dramáticos en grandes aprietos.

La racha empieza mañana mismo con la obra *Al pie de los Pirineos* en la Comedia y con el melodrama *El ciudadano Simón* en Novedades. Seguirá después con *María Rosa* en la Princesa y *La sortija* en la Zarzuela, y no hay para qué decir que los teatros por horas no han de quedarse cortos en lo de renovar los carteles.

De desear es que la racha dé ocasiones de felicitar á empresas, autores y artistas, y que, donde ellos ganen algo, nada pueda perder el arte.

EDUARDO BUSTILLO.

14 de Noviembre 1894.

EL HUEVO.

(ARTÍCULO DE PRIMERA NECESIDAD.)

AL SEÑOR DOCTOR THEBUSSEM.

HUERTA DE CIGARRA

MEDINA-SIDONIA.

Mi excelente, admirado amigo y señor: Á usted, que posee el raro privilegio de comunicar con la pluma grande interés á los asuntos más insignificantes á primera vista—confirmando, en cierto modo, la sabia observación de Plinio: «Nunca es tan grande la Naturaleza como en lo mínimo»—me atrevo á dedicar esta epístola á propósito de uno de los *artículos de primera necesidad*, «depreciado» (1), no obstante sus muchas virtudes y singulares propiedades.

Usted abarcará en seguida la importancia del asunto en sus múltiples aspectos, y me perdonará si en vez de aquellos exquisitos *œufs brouillés au fromage*, que inmortalizaron á Brillat-Savarin, resultan «huevos on capirote»—especie de balines rebozados con yeso—manjar que prodigaba en su mesa una cercana parienta mía, «de cuyo nombre no quiero acordarme».

Por Octubre del año de 1891 escribí á nuestro común amigo D. Ángel Muro excitándole á que compusiese un libro á propósito del huevo, Proteo de la cocina, como le llama un publicista muy versado en achaques de fogón.

El popular autor de las *Conferencias Culinarias*, demostrando poco entusiasmo por la materia, me respondió con un argumento de aquellos que no admiten réplica. Muro, como la mayoría de los escritores españoles, no puede, no podía, darse el gustazo de escribir un libro y costear su impresión sólo por amor al arte de Montiño. Semejantes satisfacciones están reservadas á muy pocos hijos del Cid. Usted, mi excelente amigo, es *de los elegidos*; de los que escriben para desahogar el espíritu *monumentalizando* las ideas, como dijo D. Pedro Antonio de Alarcón, y para instruir y recrear á sus muchos amigos lectores.

No tengo la vanidad é indisculpable petulancia de atreverme á dar á usted consejos. Para pedírselos, comunicarle mi entusiasmo, darle cuenta de mis dudas y probar, hasta donde es posible, que, protegiendo al gallinero, realizarían nuestros gobernantes una obra más patriótica y práctica que premiando caballos corredores, echo en el buzón esta carta. Acójala usted con su sólita bondad; léala, y, si mal le parece, sea usted otro licenciado Pero Pérez, y sin el concurso de ningún barbero, al fuego con ella.

Parece lógico comenzar estudiando el huevo con relación á la primera de las «Mentiras convencionales de nuestra civilización», como tuvo la humorada de llamar á las religiones *Max Nordau*.

Vamos, pues, mi querido Doctor, de la mano de Dognée (2), á dar una gran carrera desde las *Pirámides* hasta las *Catacumbas* de Roma.

¿Habrá quien niegue formalmente que el estudio de las creencias religiosas, de los ritos de la antigüedad no ocupa un lugar preferentísimo en el voluminoso proceso de las modernas investigaciones arqueológicas? La Arqueología ha venido á ser la nodriza de *la ciencia de la vida*.

En Egipto, como usted sabe, es preciso buscar el origen de toda forma religiosa en la antigüedad.

Los principios generadores bajo tipos muy diversos ocupaban un gran espacio en el ciclo religioso egipcio. Por esto el huevo aparece ya en los dogmas de aquel maravilloso pueblo, y constituye un objeto de su culto desde las épocas más remotas.

(1) Á HUEVO, m. adv. fig. y fam. con que se pondera lo baratas que valen ó se venden las cosas.—Diccionario de la Real Academia Española, 12.ª edición.

(2) *Les Symboles Antiques.* — *L'Œuf*, par M. Eugène. M. O.— Bruxelles.—J. E. Buschmann, 1865, 4.º, foll. 48 págs.—Una lámina.

«El fenómeno del desarrollo secreto del germen dentro del cascarón, aquella acción latente que no recibe ayuda ostensible del exterior, luego la brusca expansión de la vida, inspiraron á los egipcios religioso respeto» (1). Al huevo se asoció en seguida la *Cerasta*, serpiente mítica representativa de la fuerza destructora, antes de transformarse en atributo del poder y de alzarse orgullosa sobre la frente de los dioses y de los Faraones. Los temidos *ureos*, que encerraban análogo simbolismo, se enroscaron también al huevo, componiendo el signo sagrado que se esculpió sobre el frontón del templo, grabándose más tarde en las monedas cartaginesas.

El huevo figura en las manos del dios Phath, divinidad del fuego, de la reproducción, del calor; en la boca de Kneph, antes de convertirse en serpiente alada, en honor de la cual se erigió el soberbio templo de Elefantina; aparece sobre las mesas propiciatorias; conserva en la escritura hierática el simbolismo antiguo, representando la vida que persiste, no obstante las innumerables metamorfosis impuestas por la naturaleza; Osiris nace dentro de un cascarón, y en el *ritual funerario* se expresa la idea del cambio de la forma, por un huevo, sobre el que se posa un gavilán.

Por último, Dognée cree ver en la cruz *con asa* que llevan en la mano dioses y Faraones (objeto sobre el que tanto se ha discutido), en la parte inferior, la representación del altar, depósito de las ofrendas á los dioses, y en la llamada *asa* el contorno de un huevo; interpretación, añade, que explicaría satisfactoriamente la propiedad y sentido del vocablo «michiah, *soutien de la vie*», conservado en el idioma copto.

El germen primitivo flotaba sobre las aguas: muy pronto la masa informe se condensó en un huevo *brillante como el oro y lleno de luz:* dentro del misterioso cascarón nace Brahma, padre de todos los espíritus. Al cabo de cierto tiempo, el huevo se rompe; de la mitad superior se forma el cielo, de la inferior la tierra.

Ixoretta, la diosa creadora, después de convertirse en gota de rocío y en perla, se transforma en huevo.

Otra, entre las muchas poéticas variantes de la tradición genésica india, refiere que Brahma, sirviéndose de una cerbatana, lanzó un huevecillo al espacio inmenso: por influencias de una fuerza espontánea, el germen fermenta, crece..... llega á ser el mundo.

Entiende el citado autor que esta variante lo es de la leyenda egipcia, en la que la palabra del creador está representada por el huevo que sale de la boca de Kneph.

Sería cuento de nunca acabar la cita, no más, de todas las tradiciones, leyendas y mitos indios que con el huevo se relacionan. Los mundos colocados dentro de un inmenso cascarón flotan sobre el océano infinito; Vamana, encarnación de Brahma, casca la frágil embarcación; las aguas se precipitan dentro del huevo, sumergiendo el universo, y entonces el dios las contiene, recogiéndolas en un vaso, y con ellas lava los pies á Visnus.

El cascarón vuelve á cerrarse, y el agua purificada ya mana en el paraíso, y luego se filtra por la tierra formando con sus ondas el río por siempre sagrado: el Ganges.

En Persia, á semejanza de lo que sucede en las otras cosmogonías de los pueblos de la raza aria, el huevo representa la forma primordial del mundo y es el palenque donde combaten Ormuz, el dios del bien, de la vida, de la luz, y Ahrimán, el genio de la destrucción, el espíritu del mal, el rey de las tinieblas.

El sabeísmo en Caldea relaciona íntimamente el huevo con la cosmografía: de ahí las numerosísimas reproducciones de este reverenciado emblema, tema fecundo para la iconografía. El huevo aparece en el reverso de algunas medallas sassánidas (2).

Las más antiguas creencias de los arios consideran al toro cómo emblema de la fuerza cósmica que del caos hizo salir el mundo. La materia había adoptado ya la forma del huevo; el toro *Abudad* de una cornada rompió el cascarón, y de él salieron los seres todos.

Roma imperial se apropia el culto de Mitha, y el huevo genésico aparece allí entre los cuernos del toro mítico.

Ni el Creador ni el Universo se representan en Fenicia por el huevo, símbolo tan sólo del globo terráqueo.

La Venus asiria, confundida á menudo con la gran Semíramis, nació de un huevo gigantesco que del cielo cae en el Eufrates, el río de las fecundantes ondas: los peces dorados empujan el huevo hasta la orilla, y una paloma viene á empollarlo.

Conforme á la sagrada enseñanza de los bonzos, *Puonçu*, el Adán de los chinos, nació de un huevo anterior al Universo: del cascarón se formó el cielo, de la clara el éter y de la yema nacieron los animales y las plantas.

En una pagoda de Miaco, en el Japón, sobre cuadrado altar, se alza el toro mítico de oro macizo, adornado con una especie de toisón, que cornea el huevo que flota en el agua contenida en las concavidades de unas rocas (3).

Como base primordial entre las religiones de Grecia, figura el dogma del huevo, anterior al tiempo y al principio del mundo, y, fuera de ligerísimas modificaciones, la tradición mítica es aceptada tal y como los sacerdotes de Ammón la habían enseñado. También en Grecia es acogida la fíbula indiana de la rotura del cascarón.

El nacimiento del primer hombre de un huevo caído de la Luna y que se estrella en la Tierra; la exclusión (4) maravillosa de los dos huevos puestos por Diti; la fábula de Nemesis, Juno, Venus, Júpiter y Leda; la leyenda de los Dióscuros (5)..... son otras tantas muestras de la unidad en todas las religiones del símbolo en que me ocupo, dentro de la variedad. La iconografía antigua perpetúa el recuerdo de aquellas divinidades cubriéndoles la cabeza con la mitad de un cascarón, el que, un tanto desfigurado en muchas

(1) Cf. Dognée.

(2) Cat. cabinet du B^on. Behr, par Lenormant.—Apud. Dognée.

(3) La lámina del folleto de Dognée representa tal escena.

(4) *Eclosion* dicen los franceses, aceptando idéntico origen filológico.

(5) Nombre dado por los griegos á Cástor y Pólux.

monedas romanas y de municipios, recibe el nombre de *ápice*. El arqueólogo á quien vamos siguiendo afirma que, por haber nombrado los navegantes griegos por patronos á Cástor y Pólux, imitaron del caprichoso casquete, todos los marineros del archipiélago, el gorro que les es característico (1).

En un templo del Peloponeso un huevo suspendido de la techumbre, por medio de cintas, recordaba la leyenda del origen milagroso de aquellos dos hermanos.

Los Molionides—Euryto y Creato—nacen ambos de un solo huevo de plata, y el huevo órfico tiene excepcional importancia.

De las babas de las serpientes, según los galos, se forma el huevo llamado *Anguinum*, nombre que aterrorizó á Roma, y no es menos interesante que las mentadas la leyenda del druida que recoge en su blanca túnica el huevo que las sierpes lanzaron al espacio.

Emblema de la gran fecundidad de la naturaleza fué, entre los romanos, el huevo, y era de ver, cuando se creían amenazados por alguna calamidad, cómo los estrellaban por cientos para conjurarla.

No faltaron tampoco en las comidas de duelo; se depositaban en la tumba con las cenizas de los difuntos; los vasos funerarios afectaban formas aovadas, y el huevo jugó un papel importantísimo en la ciencia de los augures.

En contra de lo que luego se creyó en la Edad Media, la rotura accidental del huevo se consideró en Roma como un mal presagio.

La severa práctica de etiqueta que ha llegado hasta nosotros, consistente en aplastar el cascarón del huevo ya comido, trae su origen de las supersticiones de los siglos medios, en los que se creía que, para destruir el maleficio producido por las cifras cabalísticas que los hechiceros trazaban sobre el cascarón del huevo, era preciso romperlo de pronto.

¿Conoce usted, mi excelente amigo, el curioso artículo de Mr. Ch. Joliet acerca de semejante costumbre? (2)

Y, á propósito: ¿usted alcanza por qué «*Il n'est pas de bon ton de casser un œuf par le bout pointu*», como enseña Mr. Boitard, en su *Traité du savoir vivre*, citado por Dufaux?

También aquel escritor insiste en que no debe dejarse jamás entero el cascarón en el plato, después de haber comido huevos pasados por agua.

No me ocupé en averiguar si Luis XV, de Francia, y Carlos III, de España, cumplían con el precepto de Boitard, rompiendo el huevo por su extremo más ancho; pero recuerdo que, según Mme. Campan y el tercer Conde de Fernán-Núñez, ambos monarcas se vanagloriaban de hacer saltar el cascarón de un solo golpe.

Tuvo ó tuvieron los *anguinum* gran poder cabalístico en Roma. Aseguraban el éxito más lisonjero en cualquier empresa acometida por quien poseía uno de aquellos amuletos que facilitaban muy particularmente el acceso cerca de los Príncipes.

Se cuenta de un caballero romano, interesado en litigios de grande importancia, que compró á peso de oro uno de aquellos famosos huevos, creyendo con esto haberse metido en el bolsillo al emperador Claudio. Enterado del caso el *divino* César, en un santiamén envió al otro mundo al cándido litigante, con el sano propósito, según parece, de apoderarse del *anguinum*, que llevaba siempre encima la víctima.

Por fin, en honor de Cástor y Pólux, afectaban la forma del huevo las señales que en los circos servían para indicar al público el número de vueltas que en cada carrera daban los competidores.

El cristianismo simbolizó en el huevo la regeneración ó resurrección del cuerpo, y el gran Padre San Agustín, la esperanza, porque en aquélla se cifra la primera y principal del cristiano. «Restat spes, quæ, quantum mihi videtur *ovo* comparatur. Spes enim nondum pervenit ad rem; et *ovum* est aliquid, sed nondum est pullus» (3).

El huevo, representado en las sepulturas cristianas, parecía alejar de nuestros padres en la fe el horror que la muerte inspira á los que no tienen esperanza, á los que creen que todo concluye en el sepulcro, sin observar que hasta en los muladares brotan flores, y que no hay ruina sin hierbecillas y musgo.

Boldetti afirma haber encontrado en la sepultura de un mártir, cuyo nombre no dice, y entre las reliquias de las santas Balbina, virgen, y Teodora, mártir, huevos de mármol, en un todo semejantes á los de la gallina.

Más de una vez vió también dentro de los *loculi* de los mártires, cascarones de huevos naturales. Raul Rochette (4) opina que tales objetos se relacionan con la celebración de los agapes, en los que los huevos constituían el principal alimento. Martigny, sin embargo, en su acreditado Diccionario de antigüedades cristianas (5), nos habla sólo de vasos con representaciones de símbolos de la resurrección, al describir, en el artículo correspondiente, los agapes funerarios.

Y ya que miento unas fiestas celebradas siempre entre amigos, no estará demás recordar que el huevo sirvió también entre los romanos de tesera hospitalaria.

Prueba irrecusable es el medio huevo que encontró Boldetti, que publicó en su obra y reprodujo Martigny. Es de marfil, y en el plano de su sección horizontal se ven dos bustos encarados, bajo dos arquitos, encima de los cuales campea el monograma de Cristo. Alrededor del huevo, en su círculo máximo, se lee: «Dignitas amicarvm vivas cvm tvis feliciter.» Sin duda alguna, se hicieron dos ejemplares de esta verdadera joya arqueológica.

La costumbre de obsequiarse los amigos con huevos en

(1) Rich, *Diccionario de antigüedades griegas y romanas*, París, 1883, dice, debajo de tres dibujitos de gorros, refiriéndose al segundo: «El griego casi siempre en forma de huevo como éste, tomado de una estatua de Ulises.»

(2) *Curiosités des lettres, des sciences et des arts.* Paris, 1885. «Briser la coquille d'un œuf», pág. 8.

(3) Serm. CV. Op., t. V, pág. 379.

(4) *Mém. de l'Acad. des Inscr.*, t. XIII, pág. 781.

(5) Paris, 1877.

Pascua es también egipcia (1). Conservada por los coptos, quienes, durante muchos siglos, guardaron vivos recuerdos de aquel pueblo tan original y tan grande, se enviaban huevos pintados de diversos colores el *jueves de las lentejas* (Jueves Santo).

En Persia se cambiaban también huevos de colores en la fiesta primaveral de Nurón: esta costumbre, que practican algunos pueblos eslavos, persiste en aquel Imperio á través de los siglos, y la fiesta de los *trajes nuevos* coincide casi con la Pascua. El Shah reparte en el serrallo huevos dorados, con delicadísimas miniaturas, como Luis XV los enviaba enormes (2) á la Condesa Du Barry, metidos en grandes cestos, y dorados también espléndidamente.

Nadie ignora que nosotros conservamos la piadosa costumbre de *comer* el huevo bendito, antes que otro alimento cualquiera, el día de *Pascua de Resurrección*, llamada también *Pascua del huevo*.

En el palacio de nuestros Reyes, el domingo, inmediatamente después de los Oficios divinos, toda la corte come, con mucho apetito por cierto, el cordero pascual y se reparten centenares de huevos rojos, azules, amarillos, cubiertos de purpurinas..... acabados de bendecir por el Procapellán mayor de S. M.

El Conde de las Navas.

Concluirá.

LEONES DOMÉSTICOS.

El inolvidable escritor popular Antonio de Trueba, ¡cuánto se habría gozado esta última temporada de circos ecuestres con las pujas de valor que han hecho, desde varios títulos de Castilla hasta algunos simples Fígaros de aquende y allende el Pirineo! Su distracción y su espectáculo favorito eran los circos, y en los circos los clowns; porque *sus burradas*, como él sin empacho llamaba á los golpes y extravagancias de este género de excéntricos, hacen reir de buena fe hasta llorar, sin poner en presión las facultades del corazón ni del entendimiento. Cuando en los circos se presentaban fieras domesticadas, aquel hombre de alma de niño las devoraba con la vista; pero sólo en viendo un domador dentro de una jaula de leones, se le ocurría decir, con un deseo que era en él una verdadera pasión: «¡Con qué gusto domesticaría en mi casa un leoncito pequeño! ¡Mi niña jugaría con él!»

Muerto Trueba, ha pocos años trajo uno de estos domadores al Circo de la plaza del Rey, no un león, sino una leona que venía preñada, y que dió á luz en nuestra capital cinco ó seis cachorros. El artista quiso aprovecharse de su buena ventura, y dió en rifar cada noche uno entre los concurrentes al espectáculo. Entonces vi cuántos estaban tocados de la misma pasión que Trueba tenía. El Marqués de la P..., el clubista L..., y muchas otras personas de la sociedad elegante de Madrid, compraban á docenas los billetes de entrada para obtener otros tantos números á la incierta probabilidad de la suerte; y aun el último de los citados llegó á ofrecer una cantidad considerable á uno de los premiados, porque, además de la propia afición á la posesión de un leoncillo domesticado, mediaba el interés de unas faldas, no menos apasionadas.

Nuestro adagio vulgar dice: «No es tan fiero el león como le pintan»; y muchas veces el rey de las selvas ha sido echado en nuestras plazas de toros á pelear con uno de estos hijos agrestes de nuestro suelo, con el que estamos familiarizados á verlo, indómito, á luchar y á ser engañado y vencido por la astucia del hombre, y domado, á tirar mansamente de enormes carretas ó de un arado. En aquellas luchas el toro casi siempre ha salido vencedor; pero hay que considerar que el león que se arroja á esta clase de lides es un león mistificado, como el león de los circos ecuestres, desde pequeños acostumbrados al látigo y al rigor del hombre, en cuya domesticación los instintos feroces de la libertad quedan casi tan extinguidos como en el gato.

Ningún país de Europa ha tenido mayor y más largo hábito de domesticar esta clase de fieras, que durante muchos siglos ocuparon un lugar casi indispensable en la mansión de nuestros antiguos monarcas y magnates. El León y el Castillo constituían los dos elementos fundamentales del timbre heráldico nacional, y durante todo el tiempo que en la Península vivimos, las más veces en guerra, pero muchas en paz, en vecindad y en relaciones íntimas con los mahometanos, de quienes la península ibérica no era sino una avanzada de su campamento, siempre asentado entre el Atlas y el mar, el león africano, cazado por nuestros intrépidos adversarios, era el don preciso de la amistad, no sólo entre los príncipes de las monarquías peninsulares cristianas y agarenas, sino entre los magnates de unas y otras, que solían mantener corteses relaciones. ¿No es legendario, por ejemplo, tratándose de aquellos tiempos, el león que el Cid llevaba al pie de su caballo á la conquista de Valencia?

Esta costumbre rebasó los tiempos de la Reconquista, y en los de Carlos V y de Felipe II, si no era frecuente que los caudillos de sus ejércitos los paseasen entre el fragor de los combates por todo el continente, casi siempre los hubo en las cuadras de los alcázares reales y en las residencias de algunos de los grandes de Castilla. La casa de los Duques del Infantado, en Guadalajara, la de Benavente y otras, hacían tanto mérito de poseer un buen león, como un buen neblí, para los deportes venatorios. Los amansaba la domesticidad; seguían el caballo de sus amos, y dejábanse manosear de niños y criados. Del duque D. Iñigo de Mendoza, el que en el hospedaje del rey prisionero Francisco de Francia hizo las gentilezas que la historia refiere, cuenta en su *Miscelánea* don Luis Zapata, que, poseyendo un león de estos domésticos, cierto día que salió su egregio amo á caballo sin llevarlo, el animal, encariñado con él, se enfureció tanto, que la servidumbre, atemorizada, tuvo por bien atrancar bien las puertas y ventanas del patio en que se hallaba. Volvió el Duque, halló la casa alborotada, se informó del suceso, hízose abrir las puertas, y, dirigiéndose al feroz bruto, hablándole con blandura y con halago, el león, abatida la cabeza y la voz y moviendo la cola, se le acercó perezosamente hasta los pies. Golpeóle D. Iñigo dulcemente en la cabeza, y tomándole por la hermosa melena, lo arrastró en pos de sí hasta encerrarle en su leonera.

D. Juan de Austria, el vencedor de Lepanto, tenía en Nápoles otro león domesticado que nunca se apartaba de la presencia de su amo. Mientras el bastardo heroico de Carlos V despachaba con sus generales y ministros, el león, echado á sus pies con la barba en tierra, prestábale su cuerpo á guisa de taburete, en que el Príncipe se apoyaba: contento y coleando rodeaba su mesa mientras comía, y cuando D. Juan se hacía á la mar, instalábase de un salto en el esquife de su galera, del que hacía su morada. Seguíale, como un perro, cuando montaba, y cuando paseaba á pie íbale detrás como un lacayo. Dormía junto al lecho de su señor, guardándole el sueño, y si al sentir la aproximación de alguno gruñía y se preparaba para acometer, con un simple *¡Tate, Austria, pasa aquí!* de don Juan, poníase en paz y volvíase á su cama. Este hermoso animal, cuando D. Juan partió de Nápoles para Flandes, quedó sin dueño, y entregado á la tristeza, sin permitir comer ni dormir más, entre lastimeros aullidos se fué consumiendo poco á poco, hasta rendirse á la muerte.

En sus ampliaciones al libro de las *Grandezas de España*, de Pedro de Medina, cuenta el doctor Diego Pérez de Mesa un deporte cinegético, ocurrido en Madrid y más extraordinario de que hay memoria en los recuerdos venatorios de España. «Aquí sucedió—dice—los años pasados una montería muy donosa de una leona, que por haber sido notable me atrevo á escribir. Soltóse del palacio Real una leona grande y muy fiera, y tomó el camino de Alcalá, emboscándose en unos zarzales junto al arroyo Vanigral *(Abroñigal)*, en una hondura que á manera de valle se hace en este arroyo con alguna aspereza. Salieron á montearla la reina D.ª Isabel *(de Valois)*, mujer del rey don Felipe, nuestro señor, y el príncipe D. Carlos y otros caballeros. Llegados al lugar donde estaba la leona emboscada, el sotamontero tenía ya cercado el monte, puestos muchos monteros por lo alto con lebreles y sabuesos, y con sus bocinas al cuello todos. Estando todos así dispuestos, soltaron cuatro sabuesos, que metiéndose por el monte dieron presto con la leona en el zarzal donde estaba, y, ladrándole, no osaban llegar á ella por su gran fiereza. Siendo, pues, la hora, se levantó la aurora, tocando á un tiempo los monteros sus bocinas, á cuyo saludo y vocerío dió la leona tan grandes bramidos que estremecía todo el bosque y campos vecinos. El sotamontero pasó á caballo á raíz de la zarza, junto á la misma fiera, la cual, en viéndole, salió contra él furiosa, y dió por alcanzarle un salto de quince pasos; mas libróse el sotamontero por la mucha ligereza de su caballo, que no le valió menos que la vida. La leona, no habiendo hecho presa, se volvió al zarzal, siguiéndola los cuatro sabuesos, y tocándose todavía la vocería de las bocinas. El conde de Alba de Liste, D. Enrique Enríquez de Guzmán, mayordomo mayor de la Reina, que había salido también á la montería, se vió aquí en grande peligro, porque arremetiendo el caballo á la zarza por un lado, salió á él la leona con tanta presteza, que no teniendo el Conde otro remedio de librarse, hubo de lanzar el caballo por un callejón de las zarzas, pensando hallar salida; pero como no la hubiera, fué puesto en notable peligro de perderse, y muriera si no le socorriese un lacayo suyo, con extraño ánimo; el cual, con una espada y capa arremetió á la leona, y súbitamente le dió tan buena cuchillada en los hocicos que con el gran dolor de la herida hízola volverse á la zarza, dejando de seguir al Conde. Luego acometieron á la leona todos los monteros con los sabuesos, llegándose á la breña. El primer perro que agarró de ella fué un lebrel que la reina doña Isabel tenía, el cual, con poca ayuda de otros perros, rindió á la fiera, hasta que con los venablos la mataron los monteros, quedando el lebrel casi muerto de las muchas heridas que recibió en la lucha.»

El caso referido por Pérez de Mesa es verdaderamente extraordinario. La leona, á pesar de las ponderaciones del escritor, no era brava, sino que la hizo brava el aparato de su persecución en la montería, la agresión que recibiera y el instinto de la propia defensa.

De estas monterías, ni hay ni era posible que hubiese otros ejemplares en nuestro país; pero en el reinado de Felipe IV, en que á España no venían sino algún que otro león enjaulado á los jardines de Aranjuez, y después á los del Buen Retiro, se hizo, entre nuestra gente moza y noble, de moda la caza de este terrible animal. Poseía entonces nuestra monarquía la plaza africana de Tánger, que había venido engarzada á la corona de Portugal; y aunque el gobierno militar de aquella población no se dió nunca sino á portugueses, durante el tiempo que le ejerció el Conde de Linhares, D. Fernando de Noroña, fueron frecuentes las cacerías al Atlas, entonces permitida á sus buenos vecinos por los Sheriffes de Fez. Era el Conde de Linhares gentilhombre de Cámara del Rey y dulcísimo poeta, que alternó en Madrid, no sólo con los Príncipes que tenían la inclinación á las musas, sino con la flor de los ingenios de aquella corte floreciente de espléndidos poetas. Al volver victorioso de una de estas monterías, según refiere el Dr. Pérez de Montalbán, celebróse en su honor en Palacio una Academia de ingenios, en la que se escribieron cien sonetos en elogio del león y del arriesgado cazador; pero de todas estas piezas literarias, que no llegaron á imprimirse, sólo ha quedado á la posteridad el de D. Gabriel Bocángel Unzueta, porque éste lo insertó en el libro de sus *Rimas*.

Indudablemente, las hazañas venatorias del Conde de Linhares y de nuestros jóvenes ilustres que asistían y tomaban parte en ellas al pie del Atlas contra el generoso y bizarro rey de las selvas, eran merecedoras del aplauso de la poesía española, que tenía á la sazón aún por intérpretes á Lope de Vega, Góngora y Quevedo, Mira de Mescua y Calderón de la Barca; pero no sé si en aquel tiempo hubiera producido grandes tonos de admiración la repetición de una de aquellas aventuras peregrinas que Miguel de Cervantes puso en solfa en su sublime loco caballero, cuando hallando en la encrucijada de un camino un león enjaulado de los que llevaban á espectáculo de los circos y las plazas de los pueblos los tristes titiriteros de aquel tiempo, se fué derecho á desafiarlo y combatirlo, contra el perezoso hastío de la bestia domesticada.

Esto no obsta para que siempre se juzgue, con razón, intrépida y temeraria la prueba del valor con esta clase de animales. La aventura de Don Quijote fué narrada por Cervantes como un acto palmario de su graciosa demencia. Al fin y al cabo, estas fieras, aunque domesticadas, fieras son; y dígase lo que se quiera, con el ejemplo de los leones legendarios del Cid, del Duque antiguo del Infantado y de D. Juan de Austria, si la ocasión les pone en el caso de la leona del alcázar de Felipe II, en el Abroñigal, siempre responderá en ellas el instinto feroz de la naturaleza, sobre el miedo arraigado del castigo ó el hábito de la familiaridad. Hasta de un simple gato hay que guardarse cuando enseña las uñas.

Iob.

ARREPENTIMIENTO.

Juanita era una chicuela muy feliz. Sabía por el Catecismo que Dios perdona los pecados, mediante confesión, cuando el arrepentimiento es sincero, y la muchacha no cesaba de pecar, ni de arrepentirse y confesarse.

Reveladas sus culpas al sacerdote del lugar, quedábase la chica como nueva, sin que la conciencia para nada le remordiese. Verdad es que sus pecadillos habían sido hasta entonces de escasísima monta. Algún arañazo á esta ó la otra mozuela de

(1) Cf. Dognée.
(2) La receta para fabricar huevos de gran tamaño es muy conocida: puede consultarse el *Diccionario Doméstico* de Cortés y Morales. —Madrid, 1877.



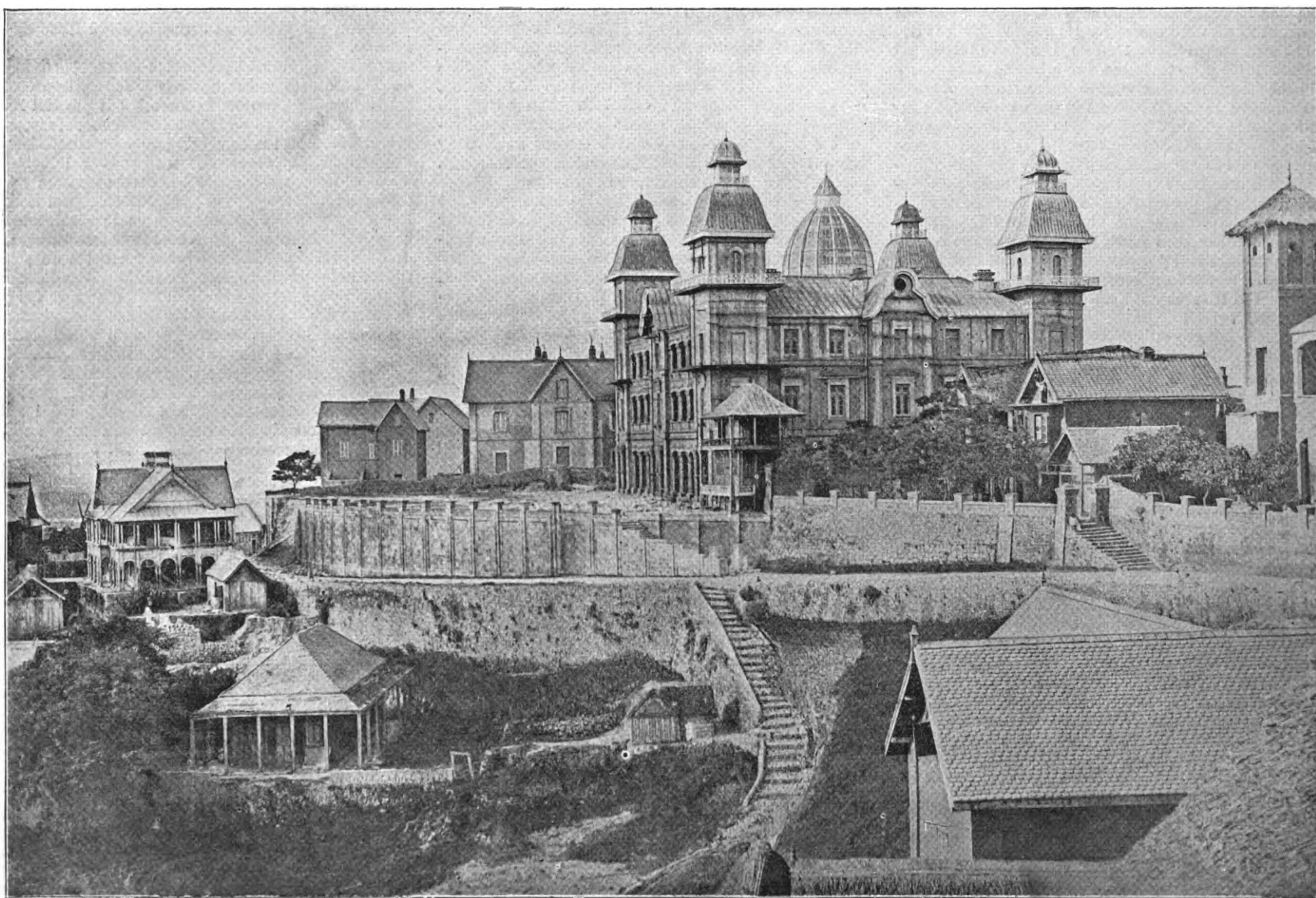
RANAVALOMANJAKA III,

REINA DE MADAGASCAR.



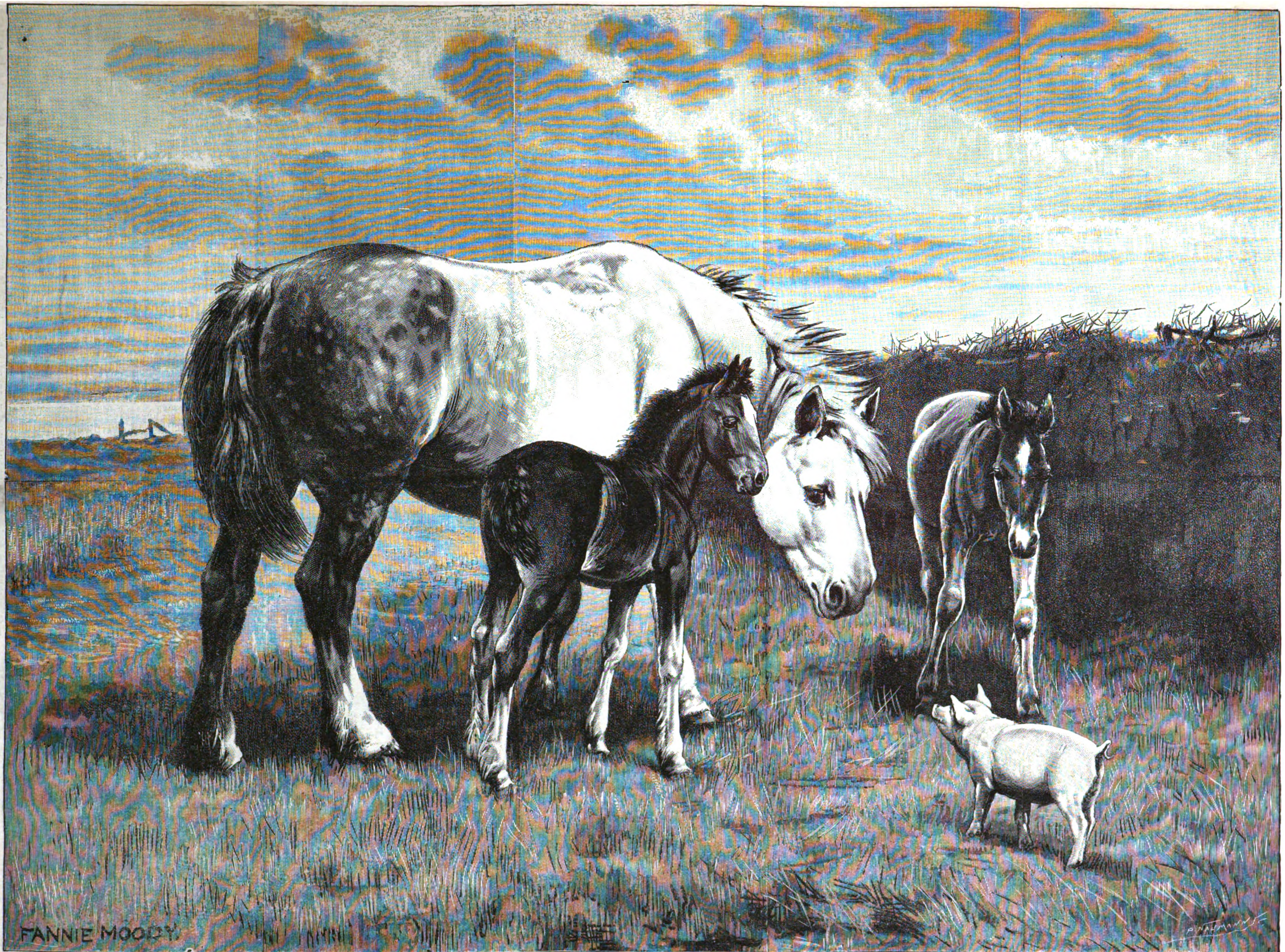
RAINILAIARIVONI,

REY CONSORTE, PRIMER MINISTRO Y GENERAL EN JEFE DEL EJÉRCITO DE MADAGASCAR.



MADAGASCAR.—PALACIO DEL REY, EN ANTANANARIVO.

(De fotografías.)



UN CONOCIMIENTO CASUAL.

CUADRO DE FANNIE MOODY.

la vecindad: tal ó cual conato de insubordinación contra sus padres, y unas cuantas inocentes diabluras, de las que fueron víctimas la maestra y el dómine del pueblo: de esto no habían pasado sus picardías.

Juanita fué creciendo; sus travesuras haciéndose mayores; sus confesiones, por tanto, más frecuentes, y más grande aún su agradecimiento á la infinita misericordia.

Llegada á la edad en que las pasiones se despiertan, sintió la moza necesidad de amar, y amó al novio de una amiga suya. Con esto tuvo celos y envidia; de la envidia y de los celos surgieron repugnantes ideas; y como ni el halago ni la coquetería hicieran fijarse en ella al galán requerido, ofuscóse la razón de la pecadora, y recurrió con suerte á la calumnia.

Una fábula de deshonor, hábilmente forjada, circuló bien pronto por el vecindario, dando al traste con los amores que molestaban á Juanita, la cual vino á ser á poco sucesora en aquéllos de la infeliz calumniada.

No hay que decir que la maligna moza no se determinó esta vez á confesar en seguida su culpa, y que confió en obtener el perdón divino sin valerse de intermediarios; pero Dios no se mostró propicio á su deseo.

Hallábase la muchacha inquieta de continuo, sin que apenas lograran distraerla las conversaciones con su amante. Si se hablaba delante de ella del delito atribuído á su rival, sentía daño en el corazón como si en él royesen; si la encontraba al paso, pálida y triste, alborotábase toda y huía de la infeliz, como si con esto huyera de su falta. Llegó su situación á hacerse insoportable, y decidióse por fin á confesar su pecado.

Un día, á primera hora, y de secreto, se encaminó á la iglesia, y postrada ante el confesonario, reveló humildemente su culpa, de la que no fué absuelta en el momento. El sacerdote reservó la absolución para cuando la pecadora misma deshiciera su obra, confesándola en público, y Juana salió aturdida y espantada de la penitencia.

Luchó aún algunos días; pero el remordimiento acometía sin descanso, y á despecho del rubor que le causaba la revelación del delito, tuvo la moza que declararse culpable. Descubrió, pues, su grave falta, confesándose autora de la calumnia ante los vecinos del lugar; y aunque con esto perdió el cariño de su novio, que en el acto la abandonó, obtuvo en cambio la apetecida absolución del sacerdote. No obstante, continuó triste, pesarosa, sobresaltada, y creyó por ello que, á pesar de la absolución de la Iglesia, no había podido conseguir la misericordia divina.

No se sabe si el dolor del agravio ó el placer de la rehabilitación produjo en la muchacha calumniada la enfermedad que la llevó al sepulcro: el hecho es que falleció á los pocos meses. Juanita volvió á confesarse.

Y como el resultado de aquel delito era de los que no tienen remedio en lo humano, el confesor la absolvió condicionalmente. Púsola como condición que día, tarde y noche, fuera de las horas de descanso, orase por el alma de su víctima.

Para cumplir mejor su penitencia, Juana se hizo monja.

Constantemente se la hallaba al pie de los altares, con el pensamiento en los cielos y el nombre de su desdichada rival en los labios. En la iglesia, en el refectorio, hasta en sueños solicitaba con fervor el perdón de su crimen; pero suponía siempre que no se la perdonaba, porque su intranquilidad seguía, y la fatídica imagen de la difunta no se apartaba ni un instante de su imaginación. Ayunos, penitencia, cilicios, todo fué inútil.

La comunidad, conmovida por aquella desgracia, aconsejó á la monja infeliz que emprendiera una peregrinación á Roma para consultar con el Santo Padre, y la penitente marchó sola y á pie, vistiendo el tosco sayal del peregrino: durmió al raso y se alimentó de la limosna.

Durante aquel largo viaje no le abandonó ni un momento la esperanza de su salvación, ni tampoco la sombra de su víctima. Ambas la impulsaban á caminar sin tregua, con más fatiga en el alma, ansiosa de perdón, que en el cuerpo extenuado.

Llegó, por fin, á los pies de Su Santidad; escuchó éste la relación de tantas amarguras; toleró benigno las lamentaciones que, en forma de quejas, lanzaba la infeliz al creerse desamparada por los cielos, y cuando, sin fuerzas para continuar, rompió en amargo llanto, abrazóla tiernamente y le dijo como término de su consulta:

—Hija mía, el arrepentido es siempre y en el acto perdonado por Dios; pero el perdón de la propia conciencia no lo obtienen jamás sino los que no están arrepentidos.

LUIS CALVO REVILLA.

CHASCARRILLOS DE LA HISTORIA.

XIII.

EL BISABUELO DE JORGE SAND.

Era el Conde Mauricio de Sajonia
Un mariscal francés
Tan franco, noble, fuerte, valeroso
Y discreto á la vez,
Que muchos escritores le dedican
Encomios á granel,
Y hasta el gran Federico, rey de Prusia,
Escribiendo á Voltaire (1),
Llamóle, haciendo en frases expresivas
Cumplido elogio de él,
«El Turena del siglo de Luis Quince,
De Francia honor y prez.»

De él hay en las historias cien curiosas
Anécdotas, y cien
Que hablan de su valor y de sus fuerzas
Y de su intrepidez.
Doblaba una moneda entre sus dedos,
Cual si fuera un papel;
En sacacorchos convertía un clavo
Sin esfuerzo también;
De un puñetazo derribaba un toro,
Y en Londres, de un revés
Lanzó al aire, á manera de pelota,
A un carrero soez.
La guerra y el amor eran su encanto,
Y soñando obtener
En conquistas guerreras y amorosas
El preciado laurel,
Resistía el empeño de su madre
Para hacerle caer
Rendido entre los brazos de Himeneo,
Porque era—¡afán cruel!—
Pasarlo á la reserva, estando en años
De luchar y vencer.
Mas lo que el ruego maternal no obtuvo,
Ni logró la honradez
Y la rara belleza de la joven
Que al fin fué su mujer,
Lo alcanzó un inocente equivoquillo,
Pues mil veces se ve
A la razón y al mérito vencidos
Por frívola sandez.
Era Victoria el nombre de la joven,
Y él dijo:—No pensé
Que el unirse un guerrero á la *Victoria*
Es presagio de bien.

Justo, alegre, valiente y generoso
Cuanto se puede ser,
Quería á sus soldados, que entusiastas
Deliraban por él.
Cierta vez, en campaña, le propuso
Un general hacer,
Con un hábil engaño, al enemigo
Entregarse á merced.
—La cosa es muy sencilla, aquél le expuso,
Y nada hay que temer.
Se sacrifican veinte granaderos,
Y nuestro el triunfo es.—
Mirólo el Conde con feroz fijeza,
Que le hizo estremecer,
Y con voz imponente, ruda y grave
Le contestó después:
—Sin lucha, de mis bravos granaderos
La vida no expondré.
Si os da lo mismo veinte generales,
¡Lo intentaré tal vez!

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ.

(1) Léase *Voltér*.

POR AMBOS MUNDOS.

CRÓNICAS COSMOPOLITAS.

Con rumbo á Madagascar.—La propaganda de Enrique de Orleans; —La conquista del Océano, según el almirante Réveillière.—La riqueza de Madagascar.—Los cuatro contratos de Mr. Suberbie y del ministro Rainilaiarivoni.—Guerra y ocupación en perspectiva.

PRÓXIMO parece estar el día en que una escuadra francesa salga con rumbo á los mares del Sur de África, para realizar la anexión definitiva de la gran isla de Madagascar. La política de la expansión colonial y del aumento de los dominios del mar y de la tierra sigue su curso, á pesar de todas las protestas hipócritas de las naciones poderosas. En efecto, cuando hace muy pocas semanas excitaba el príncipe Enrique de Orleans á sus compatriotas á concluir de una vez los ridículos litigios que vienen sosteniendo con los hovas de aquella isla, ultimando las diferencias á tiro limpio, la prensa francesa satirizó los bélicos ardores del joven que acababa de recorrer, de arriba abajo, el territorio de Madagascar y que, con el conocimiento de la política malgacha, predicaba la guerra como único remedio. Comentábanse con sobrada ironía sus excitaciones y ponían en solfa sus ardores, resumiéndolos en estas frases de populachero estilo, que decían que eran como la síntesis de cuanto había dicho:

—«¡Baïonnettes, sortez du fourreau; grondez canons; sonnez fanfares et clairons. L'honneur de la France est en jeu!»

Pero, después del Príncipe, habló el Gobierno inglés para disputar á Francia la proyectada soberanía de la isla, y entonces sonaron en todos los pueblos y rincones de la República los «fanfares et clairons», como si el patriotismo herido hubiera acudido á soplar á los labios de todos los franceses. Nadie recordó ya los desastres y penalidades del Tonquín, ni los odios y peligros que ha traído el protectorado de Túnez; todos pretendieron y pretenden ir á Antananarivo y dar al traste con la Reina y con el astuto y egoísta Rainiailarivoni, su primer ministro. El Príncipe tiene razón, dicen, prepárese la escuadra, y sea nuestra, de una vez, la isla de Madagascar, antes de que nos la escamoteen los ingleses.

—Y mientras conquistamos la tierra por un lado—añade el entendido almirante Réveilliére—conquistemos el Océano por otro.

Piensa este distinguido marino y publicista en que conquista semejante debe ser, por supuesto, pacífica, en provecho de la Francia y de la humanidad. Según él, á estas aspiraciones y á los progresos realizados en el arte de navegar, se oponen, para anularlos casi por completo, las trabas y barreras del proteccionismo. Cuanto se adelanta en velocidad, en seguridad y en poderío marítimo, se pierde irremisiblemente ante barreras como las que pone á la boca de los puertos Mr. Méline con un discurso ó con una ley. El mar es la gran vía de aproximación y de relaciones de los pueblos, y gracias á él los adelantos modernos, al facilitar por modo asombroso el cambio de los productos del trabajo, hace de todos ellos un solo pueblo. Vías férreas y ríos llevan las mercancías al litoral del Mediterráneo y del Atlántico, y una vez allí, casi puede decirse que no hay distancias, porque New York sólo dista ya cinco días de Europa, y la China y el Japón doce días de América. Por esto el conquistar y asegurar el dominio de los mares, mal que pese á las trabas de los enemigos de la libertad comercial, es asegurar el aumento de la prosperidad de las naciones, es fomentar su trabajo interior, obligándolas á construir buques y más buques, ya de alta mar y de larga navegación, ó ya de cabotaje; porque claro es que nada de esto va con los pueblos desgraciados que no tienen ó no pueden sostener una marina regular. Cuando la nación dispone de ella y se encuentra en posesión de medios suficientes para desarrollarla, entonces cabe pensar en ese dominio, aumentándola más y más por medio de primas para la mayor velocidad, como para los mejores buques de comercio, como para los encargados de la defensa nacional, como para los constructores de aquellos extrarrápidos que sirvan en la guerra para trasladarse á los más lejanos puntos de combate, ó para atender á la seguridad de las apartadas colonias.

A la práctica de tales propósitos debe Inglaterra realmente el dominio de los mares, y á él aspira Francia también. Pero ese dominio no se completa sólo con las escuadras de guerra, sino principalmente con la marina de comercio. Dominar el mar en las vías mercantiles, es dominar la tierra en su producción y en su tráfico interior; porque la tierra es esclava de su impotencia, y se aniquila cuando no puede extender los brazos para sacar de ella sus productos más allá de sus playas y difundirlos por otras comarcas. El archipiélago filipino, por ejemplo, es nuestro, pero está explotado por el comercio extranjero, que es el verdadero usufructuario de aquellas islas. Nosotros no tenemos marina mercante que sostenga las relaciones entre aquellas provincias y la madre patria, y realmente resulta que Filipinas no es nuestro en los beneficios de la producción y de los cambios, sino de los alemanes, ingleses, holandeses y de cuantos allí acuden á comerciar, y que el dominio español es puramente oficinesco y nominal. Hay naciones que pueden pensar en lo que se llama dominio del Océano. ¡En qué siglo podremos nosotros hacer otro tanto!

***

En el dominio de la tierra, el caso presente de Madagascar demuestra dos cosas muy sabidas de puro viejas: primera, que las crisis agudas de las luchas por el dominio se presentan siempre que la tierra resulta dotada de verdadera riqueza; y segunda, que siempre estamos empezando la eterna historia de conquistar países que pasan por la fase de ser colonias para emanciparse después en manos de los hijos de los colonizadores. El protectorado de Francia en Madagascar, reconocido por Inglaterra, se ha sufrido en aquella isla, sin gran resistencia de los naturales, mientras se trató sólo de franceses y hovas, y mientras se creyó que el país era en su totalidad, como lo es en las costas, un suelo de escaso porvenir agrícola y de difícil mejoramiento. Pero la filoxera inglesa, que todo lo invade, atacando la raíz, como la otra, se presentó en la corte de Antananarivo, en forma de misión protestante, envolvió al primer Ministro y á los principales personajes, y dió principio la lucha sorda contra los residentes franceses. La historia es muy larga, muy curiosa y muy divertida, y en estas crónicas me he ocupado bastantes veces de ella. Hoy esa lucha, puramente positivista, mercantil y de explotación, reviste caracteres agudos. ¿Es que la isla es más rica que ayer? ¿Es que aquel suelo arcilloso esquitáceo, que los análisis de laboratorio declararon impropio para los grandes cultivos, ha cambiado? Hay que responder que sí á la primera pregunta, y que no á la segunda. Madagascar, reflejo é imagen en pequeño del gran continente africano, continúa siendo estéril y repulsivo en las costas bajas, pero feraz y salubre en los altos territorios del interior. A fuerza de mucho dinero y de muchos años, aquel suelo casi tropical dará, cuando tenga población suficiente, grandes productos; pero, hoy por hoy, no es esa la golosina que ha producido la disputa de su dominio.

La isla es más rica que antes, porque se van descubriendo mayores criaderos de oro en ella cada día. El oro ha llevado allí á la codicia inglesa; el oro ha revuelto á la corte; el oro ha despertado grandes y nuevos entusiasmos en los residentes franceses. Contra el dominio de Francia se ha levantado un poder, engendrado por un pastor protestante inglés, Mr. Abraham Kingdom, que se denomina *The Ma-*

dagascar Mercantile Development Syndicate, ó *Madagascar Queen's Concession limited*, y cuya misión religiosa, civilizadora, real y mercantil es la explotación de las minas de oro. Hacíase la explotación ya, por el francés Mr. Suberbie desde 1886, después de haber declarado viajeros é ingenieros que allí no había oro ni cosa que se le pareciese. Sin embargo, no sólo se encuentra el precioso metal en muchas cuencas de los ríos, sino que hay ciertos territorios, como el de Bueni, en el que existen abundantes criaderos. Mr. Suberbie, hombre listo, emprendedor y tenaz en sus propósitos, descubrió algunos, y para explotarlos con toda seguridad y garantía se asoció al primer ministro, Rainilaiarivoni, haciendo este trato: el 45 por 100 de los productos para este personaje, el 10 por 100 para el Gobierno, y el otro 45 por 100 para Mr. Suberbie, á condición de que dicho Ministro suministrase el número de trabajadores que fuera necesario. En la primera visita que hizo el Rainilaiarivoni á las minas se llevó, *como recuerdo*, todo el oro ya limpio para él y para sus cortesanos. Su hijo el príncipe Rajoel hizo lo mismo. En cambio se pusieron toda clase de obstáculos al empresario para que continuara los trabajos. Necesitábanse de cuatro á cinco mil trabajadores para que la explotación marchara bien, y jamás se le concedieron más que mil doscientos, que obtenían 27 kilogramos de oro por mes, unas 88.000 pesetas.

Segundo contrato: Nueva asociación entre Mr. Suberbie y el primer Ministro, comprometiéndose cada uno á poner 250.000 pesetas de capital. Como el Ministro no tenía un cuarto, le adelantó el dinero su socio, y, á pesar de haber distribuído por mitades las primeras ganancias, hasta la fecha no ha abonado el Ministro el anticipo. No hubo segundas ganancias, porque, lejos de reunir los trabajadores necesarios, procuró Rainilaiarivoni que acudieran cada vez en menos número, para ver si su socio se aburría y le dejaba á él la explotación absoluta de las minas.

Tercer contrato: Se ampliarían los plazos concedidos en los anteriores, con la condición de que Mr. Suberbie destinara los productos de las minas á cubrir un empréstito nacional de 13 millones de pesetas, reembolsables en diez plazos de seis meses, con la condición de que todos los trabajadores fueran indígenas, reclutados por el Ministro, y que sólo los contramaestres y capataces serían europeos. Entonces surgieron nuevos contratiempos: el gobernador de la provincia, Ch. Ch. Ramasubazal, se metió á minero en unos criaderos inmediatos á los del francés, y al mismo tiempo se formó otra sociedad explotadora, la ya indicada del pastor Kingdom, en la que aparecen como socios el príncipe Rajoel, su secretario el enredador de la corte, Rasange, y todos los personajes de palacio. Claro es que esta sociedad anglo-malgacha es obra del leal y honrado Rainilaiarivoni. Con las soflamas y prospectos repartidos por Mr. Kingdom, el número de trabajadores de las minas de Mr. Suberbie disminuyó considerablemente, y los que quedaron fueron y son perseguidos por los hovas, que asesinaron no hace mucho al doctor de la colonia francesa, señor Béziat.

Cuarto contrato: Nada de semestres para el empréstito: el francés entregará al Rana, en cuanto lo recoja, el 20 por 100 de los productos hasta reunir la suma de 2.600.000 pesetas, á ser posible en un año, después de cuyo plazo podrá el Rana tomar á su cargo la explotación nombrando director de ella á Mr. Suberbie, é indemnizando á la sociedad en sus gastos de 3 millones de pesetas. Pero como el número de obreros ha descendido desde 1.400 á 200, todas estas cláusulas son ilusorias. Hoy la persecución contra los franceses es horrible; los trabajos han cesado y el triunfo del complot anglo-malgacho es completo. Y no sólo el primer Ministro ha conseguido arruinar á Mr. Suberbie, sino que le exige que pague los semestres del empréstito, unos 6.800.000 pesetas hasta ahora, con los intereses correspondientes, amenazándole con que, de no hacerlo, caducarán las concesiones mineras. El Gobierno francés tiene en su poder las quejas de Mr. Suberbie; y como á esta conducta se añade el desconocimiento absoluto de parte del Gobierno malgacho de toda clase de consideraciones para el representante del Gobierno francés, y de cuantas formalidades se estipularon en el tratado de protección de 1885, si el nuevo enviado de Francia, Mr. Le Myre de Villers, no obtiene la reparación y las satisfacciones debidas, la escuadra francesa irá á asegurar el dominio y á explotar el oro, trayendo á Francia para el Museo de curiosidades á Rana, á Rajoel, á Rasange, á Ramasubazal y á todos los Ranas y Rajas y Rasas que se están burlando allí de la República hace tantos años, mientras hacen el caldo gordo á los ingleses.

R. Becerro de Bengoa.

Valladolid, 13 de Noviembre 1894.

ALMANAQUE ENCICLOPÉDICO DE BAILLY-BAILLIERE.

Aunque sólo se titula Almanaque, podría llevar este libro el nombre de Enciclopedia, pues los editores han acertado á compendiar en él todos los conocimientos humanos en forma tan sencilla, clara y amena que excede á cuanto podía esperarse, aun de una casa editorial tan acreditada como la de los señores Bailly-Baillière.

Procuraremos dar á los lectores una idea completa de esta hermosa obra.

Tiene primero una crónica de familia con espacios en blanco para anotar los sucesos memorables de la vida de cada una de las personas que la componen; luego un calendario completo con gran copia de noticias nuevas; una agenda semanal completa: excelentes recetas culinarias: un buen compendio de Astronomía; otro de Historia Universal; otro de Historia de España: otro de Geografía, acompañado de mapas y cuadros estadísticos: una lista de los autores más famosos, con expresión de la época en que vivieron, sus obras principales y noticia de éstas: un pequeño tratado sobre la manera de hacer un libro, y un resumen de la ley de propiedad literaria: un compendio de Gramática castellana, precedido de una noticia histórica de la Real Academia Española, académicos que la componen, sus obras, etc., etc., y de otras referentes á la de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, y á la de Medicina: un extenso vocabulario español-francés: capítulos muy instructivos, con todos los antecedentes y consejos necesarios para construir una casa y para amueblarla; una guía del capitalista: estudios completísimos de la Bolsa y su modo de funcionar y del seguro: economía doméstica: buen compendio de Aritmética, con tablas completas de la reducción de pesos y medidas de los sistemas antiguos al decimal: la electricidad: los globos; las ciencias ocultas: tratado de derecho usual en todas las circunstancias de la vida: Compendio de Agricultura: manera de elegir y comprar un caballo; Medicina y Farmacia veterinarias; guía de Medicina práctica: derechos y deberes del viajero: guía de Madrid, al que acompaña un diccionario de todas las calles, etcétera, etc. Trata también de otras muchas materias, á pesar de lo cual, de los 1.030 grabados que contiene y de sus 450 páginas de lectura, sólo cuesta 6 reales.

La compra de un ejemplar da derecho á dos suscripciones gratis durante un mes á *La Moda Elegante* y *La Mode Pratique*, y á que en la tarjeta de identidad se coloque la fotografía de todo comprador, hecha por el Sr. Compañy.

X.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

La vida inquieta, poesías de D. Manuel Reina.

Los lectores de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA conocen muy bien el singular mérito literario del Sr. Reina, de quien hemos publicado muchas poesías, por lo que no necesitan, seguramente, que les encarezcamos la belleza, inspiración y armonía que hay en todas las que contiene el tomo que ha tenido la amabilidad de enviarnos.

Para señalar á la atención del lector alguna composición más notable y digna de ser leída que las otras, la dificultad está en elegirlas, porque hojeando el libro para refrescar la memoria, cada una de las que vamos leyendo nos deja tan grata impresión, que la última es la que más nos agrada, de modo que á duras penas nos atrevemos á citar *Desde la corte*, *La diosa de la Alhambra*, *La canción de mi pueblo* y *Desde el campo*, hermosos trozos de poesía en los cuales descubre el autor todas las penas de su alma dolorida.

La *Vida inquieta* véndese al precio de 3 pesetas en toda España.

Don Juan Decadente, novela por D. José Ramón Mélida.

Este libro es todo él una amarguísima sátira de la moderna sociedad, sin ideales, sin grandeza, sin alma ni Dios, á no ser que de tales cosas pueda hacer oficio el dinero. *Don Juan Decadente* es la traducción fidelísima de un mundo que pasó, al mundo actual, de la España de los siglos XVI y XVII, tan sobrada de vicios como de grandes y redentoras virtudes, y la del siglo XIX, con muchos de aquéllos y otros que antes no tenía, pero sin ninguna de éstas, y con la imborrable mancha encima de haberse olvidado de sí misma.

Con finísimo ingenio nos va mostrando el Sr. Mélida las diversas fases del D. Juan de ahora. Tiene un desafío, en el que hay infinitas conferencias de padrinos, intervención de la justicia, habladurías de todos los que lo saben y ni una gota de sangre, acabando en que la justicia mete en la cárcel á D. Juan. Sus aventuras no producen otras catástrofes que desmayos, chichones y arañazos. Cuando ama una vez, le engañan porque es pobre y él intenta consolarse cayendo en la flamenquería. Por último, no habiendo ya capitanes Montoya, le mata una paraplegía, anticipándose la enfermedad al propósito de suicidarse, que tenía D. Juan Decadente. «Me suicido porque pasó mi tiempo», dice en carta que escribe al juez. Es cierto. Don Juan pasó, menos en el teatro, á donde acude la triste sociedad española de este final de siglo, digno del que tuvo el XVIII.

El D. Juan del Sr. Mélida, aunque caricatura del verdadero, da lástima y no risa, porque ha sabido pintarlo más desgraciado que ridículo. Sólo que con esa lástima queda en el ánimo una gran amargura, natural consecuencia de la ironía del libro. Este está escrito en lenguaje castizo y vivo, que le da aún mayor interés y que hace su lectura particularmente agradable.

La edición es elegante. Cuesta 2,50 pesetas en toda España.

Les trobes en lahors de la Verge María. Primer libro impreso en España, año de 1474.

El diligente editor valenciano D. Pascual Aguilar ha tenido la excelente idea de publicar este libro, y lo ha hecho con tal lujo y esmero, que sin duda alguna puede considerarse esta obra una verdadera curiosidad bibliográfica. El servicio que presta á la librería española es grande, porque de *Les trobes* sólo existía un ejemplar que se conservaba en la biblioteca de la Universidad de Valencia, expuesto á desaparecer en un incendio ó cualquier otro siniestro. Dedica la obra al Ayuntamiento de Valencia, y precédela un notable estudio biográfico de los poetas que en ella figuran, escrito por D. Francisco Martí Grajales.

Su precio es de 7,50 pesetas en toda España.

G. R.



D. JACINTO FERRER GANDUXER,

INVENTOR DEL DESCARGADOR ELÉCTRICO AUTOMÁTICO.

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid............	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias..........	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero.........	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXVIII.—NÚM. XLIII.

ADMINISTRACIÓN:

ALCALÁ, 23.

Madrid, 22 de Noviembre de 1894.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN, PAGADEROS EN ORO.	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia......................	60 francos.	35 francos.



DESPUÉS DE LA VENDIMIA.

GRUPO BÁQUICO, DECORATIVO DE LA ESCALERA DEL PALACIO DE LOS SRES. DUQUES DE DENIA.

ESCULTURA DE D. ANTONIO SUSILLO.

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

Si hiciéramos crónica parlamentaria, no nos faltaría qué decir en este número; pocas veces en tan cortas sesiones se han oído tantas voces elocuentes; pero tendríamos que terciar en las relaciones de los partidos, que al fin y al cabo tienen cierto carácter general, ó, lo que más rehuimos, en las disidencias y disgustos personales entre la gente calificada de la mayoría de las Cámaras. Sólo diremos que esa divisibilidad de opiniones está en el ambiente político y es común á todo el mundo intelectual: parece como que hay un horror á cuanto sea afirmar, y una aptitud singular para las negaciones y distingos. Y si por acaso alguien reconoce alguna superioridad ó jefatura, así en lo social como en lo político y literario, en el reconocimiento de aquello que se proclama va siempre envuelta la idea de molestar á un tercero y empequeñecerle. Fijándonos en lo político, asombra que haya partidos estando discordes en gravísimas cuestiones de gobierno los correligionarios, hasta el punto de que en varias de ellas se defiendan cuantas soluciones diversas caben dentro de una idea madre. Y hay que confesar y reconocer como hombres notables de nuestro tiempo los jefes que en esas condiciones dirigen ó, mejor dicho, empujan perezosamente los partidos al combate. Y, ó estamos engañados, ó ya sólo se conserva de esos organismos constitucionales el armazón ó lo aparente, como si en un ejército se conservasen las categorías y la organización, y hubiera caído en desuso la ordenanza, viviendo cada jefe de su prestigio personal, posible de conservar en los momentos de reposo, desconocido en las agitaciones, como lo fueron las jefaturas republicanas en la junta popular del Circo del Príncipe Alfonso en estos días. ¿Y en qué nombre se fundaba esta discordia? Pues estalló en nombre de la unión.

Huyendo, pues, de lo político, nos encontramos con el inconveniente, para hacernos cargo de la inauguración de las clases del Ateneo, de que no se distribuyó, como se acostumbra otros años, el discurso presidencial, que ha correspondido en este año al Excmo. Sr. D. Segismundo Moret y Prendergast. Con decir que el Sr. Moret ha pronunciado y escrito en el espacio de esta Crónica á la anterior tres discursos, uno político y resonante en el Congreso, otro social en la cátedra del Ateneo, y otro pedagógico en el Centro Instructivo del Obrero, y todos ellos de importancia, está demostrada la imposibilidad de seguirle en los vuelos de esa vida activa é incansable que aturde y desconcierta. Y ya que hemos citado al Centro Instructivo del Obrero y su inauguración y el discurso del ex ministro de Estado, también debemos hacer mención de esta Sociedad utilísima, en cuyas clases hallan educación, premio y estímulo para el bien los que viven del trabajo y sus familias. Presídela el Excmo. Sr. D. Alberto Aguilera, auxiliado de doctos y desinteresados profesores: y el acto de la apertura de las clases fué brillante por los discursos que se pronunciaron, fué también conmovedor por los aplausos que recibieron las alumnas y alumnos que se habían distinguido en los exámenes, y los que recibió el Sr. Aguilera al volver á presidir aquel Centro de obreros después de su larga permanencia en el Gobierno, que si le desvió, no le desligó de aquella útil y bienhechora institución, de que es el alma.

***

Cuando, hará cerca de cuatro meses, los periódicos de Madrid comentaban una sentencia dictada por un juez eclesiástico contra la presidencia de la Sacramental de San Luis y San Ginés, nosotros, respetándola, expusimos nuestra creencia de que sería reformada, fundándola en los antecedentes históricos y constitución de aquella sociedad. No conocíamos á los señores que la presiden, ni aun teníamos en su cementerio, como tenemos en otros, restos queridos que defender, y no nos ligaban á esa Sacramental lazos directos ni indirectos. Lo que habíamos previsto se ha realizado: el brazo secular, como dice la curia eclesiástica, ó la jurisdicción ordinaria, en términos forenses, ha dictado en segunda instancia un auto de sobreseimiento libre en favor de D. Julio Pérez Obón y otros individuos de la Junta, y alzándose las retenciones y cancelándose las notas de los registros de la propiedad: este auto de la Audiencia provincial, suscrito por los magistrados Sres. Barnuevo, Izquierdo y Loaysa, se dictó por haber justificado ante el Juzgado instructor la Archicofradía que los terrenos enajenados eran de su legítima propiedad y no habían sido bendecidos para cementerio, y que los riquísimos ternos y las andas que la sentencia del provisorato daba como vendidos no lo estaban, y que los actos de la Junta de gobierno habían sido aprobados en junta general.

La Archicofradía tiene además preparado, según circular que tenemos á la vista, el recurso de fuerza en conocer, autorizado por el título 3.º de la Ley de Enjuiciamiento Civil.

***

Tenían razón los que sospechaban falta de sinceridad en la conversión del desdichado anarquista Salvador; pero también la teníamos los que creíamos inconveniente anticiparse por meras suposiciones á los hechos que podían ó no realizarse. Los que acertaron se las echan hoy de profetas y seres iluminados por irradiaciones del porvenir, cuando, realmente, en esta cuestión, reducida á los dos únicos términos de si era ó no sincero el arrepentimiento, bastaba para adivinar decir sí ó no, como quien juega á pares ó nones. En efecto: era hipocresía su humildad, fueron fingidos sus alardes religiosos; sólo era cierta su locura y ateísmo: si alguna vez alzó los ojos al cielo en las noches estrelladas, nada dijo á su pobre entendimiento aquella grandeza silenciosa, y ante el problema de la muerte sólo pensó en alardear de valentía: había asesinado, y no sentía remordimientos; había causado ruinas, y lo recordaba con satisfacción; se alababa de haber engañado á los sacerdotes que le habían hecho compañía en su calabozo procurando consolarle, y dedicó á la blasfemia y al insulto el último día de su vida. Parece una pesadilla la relación de su fin, cuando negaba á la sociedad el derecho de castigarle con la muerte, á él, culpable, y se creía con derecho á matar á su prójimo inocente: ni siquiera reconocía que podía morir violentamente en nombre de la destrucción que proclamaba. Salvador, arrepentido y contrito, nos hubiera dejado la duda de si había sido ajusticiado un criminal que, pasada la fiebre de sangre ó el delirio del delito, recobraba el derecho de hermano hasta de sus víctimas con la redención de las lágrimas que borran lo irremediable, y hasta la duda de si la última pena había hecho imposible la expiación con buenas obras de momentos de alucinación y de locura. Su escandalosa muerte nos infunde otra clase de tristeza, que la humanidad nos impide formular de otra manera que con la frase acostumbrada: ¡Que Dios le haya perdonado, y recompense á la desgraciada familia del reo las amarguras que debe haber sufrido!

***

El arte musical ha perdido un gran compositor y concertista ruso en Rubinstein. Sus manos, al herir las teclas, hacían del ingrato piano una orquesta, en que sonaban todos los instrumentos con las dulzuras más delicadas y las vibraciones más enérgicas y majestuosas; era un esclavo, á quien obligaba á reir y llorar, á subir á las esferas ideales, á remedar todos los sonidos terrestres, á entonar plegarias, rugir y blasfemar.

***

Quisiéramos alegrar nuestra Crónica, pero por todas partes salen á entristecernos espectáculos lamentables: inundaciones en Valencia, terremotos en Sicilia, divisiones en los partidos, condenaciones judiciales..... Tanto la Naturaleza como los hombres parecen dedicados á entristecer nuestra vida y á nuestros suscriptores. Sólo nos quedaría un remedio, que nos repugna: buscar la parte cómica de las desgracias y dolores, haciendo la parodia de tantas calamidades. Preferimos apartar la vista de tantas lástimas, para no romper á llorar. Hasta la devolución de los documentos y objetos relacionados con el descubrimiento de América, que se remitieron á la Exposición de Chicago y que ha traído á Madrid una comisión de jefes y oficiales de marina norteamericanos, ha recibido en las relaciones de la prensa el título macabro de reliquias de Colón: los que no están en el secreto acaso supongan que se trata de los huesos del célebre Almirante, que reposan en la Habana, por más que nos los disputen los dominicanos, confundiéndolos con los de algún otro individuo de la familia del ilustre saonés.

Otra devolución de restos parece esta vez acordada y definitiva, los de Goya, si bien habrán de venir mezclados con los de un amigo que le dió hospitalidad en su panteón del cementerio de Burdeos. Y ya que se remueven estos huesos, y existe en la Sacramental de San Isidro un mausoleo que espera, á más de los restos de Goya, los de Meléndez Valdés y el Marqués de Valdegamas, nos parece justo y oportuno recordar el olvido en que se tiene esta otra parte de la idea para que fué destinado el monumento. Si existen las tumbas y no se han perdido los huesos, ¿por qué no se depositan éstos en su sepulcro natural? El Círculo de Bellas Artes ha cumplido como bueno, volviendo por las reliquias del insigne pintor aragonés, y obteniendo del señor Sagasta las promesas que se esperaban de la cultura del jefe del Gobierno. Pero ¿quién apadrinará los otros restos? Nos inclinamos á creer que la Sociedad de Escritores y Artistas, hoy presidida por el insigne Núñez de Arce, y que tiene por secretario al activo é ilustrado escritor Sr. Castillo y Soriano, y en su Junta directiva literatos tan ilustres, hará lo posible para que se remedie una omisión tan inexplicable, toda vez que lo principal, que es el monumento, ya está hecho. Y no hablamos de la Academia Española de la Lengua, porque ignoramos si puede haber alguna dificultad que se lo impida. Por último, ¿se puede saber si existen aún los restos de D. Leandro Fernández de Moratín en los sótanos de la catedral, esperando sepultura?

Como verá el lector, aunque hemos procurado convertir nuestra atención hacia asuntos menos tristes, sólo hemos tropezado con sepulcros y esqueletos.

***

Hemos citado á la Academia Española de la Lengua, y debemos consignar la elección de nuestro amigo D. Eugenio Sellés, autor de *El nudo gordiano*, *Las vengadoras*, *Las esculturas de carne* y otros dramas muy conocidos, y un libro de cuentos y otro de crítica histórica titulado *La política de capa y espada*, amén de muchos trabajos periodísticos que le han dado fama, lectores y posición oficial. También han circulado por la prensa dos noticias contradictorias: la de que iba á resignar la dirección de la citada Academia el veterano Conde de Cheste, y la de que no insistirá en sus propósitos, por hallarse en aptitud de prestar aún muchos servicios á la corporación que viene dirigiendo desde la muerte del Marqués de Molins. Finalmente, se ha conferido al académico D. Mariano Catalina el cargo de bibliotecario de la Española, vacante por defunción de D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe; é indícase para obtener la plaza de académico de número, que está por proveer, á un título del reino, aragonés, autor de dos libros históricos.

Esto es, al menos, lo que cuentan en estos días los que se ocupan de asuntos académicos.

***

El avaro Salomón, á pesar de ser riquísimo, se alimenta de legumbres y pan.

—¿Por qué no se trata usted mejor?—le preguntamos.—¿Por qué no vemos aquí algún pichón ó pollo?

—¿Vivos? Sería tener convidados.

—Hombre, no; en salsa.

—Me entristecerían la comida; no me gusta ver difuntos en mi mesa.

Juan presenta á Perico en una casa, y al salir de ella nota que su amigo lleva un bulto.

—¿Qué es eso?

—Me he traído la caja de cigarros que había encima de la mesa.

—¡Pero hombre!

—Hay que acostumbrar á las gentes, desde el principio, á que le tomen á uno como es. ¡Ya verás qué cosas hago en esa casa cuando tenga confianza!

—Pero ese hombre vive á tu costa: come y duerme en tu casa, le vistes y le calzas, le asistes si está malo, viaja contigo y te sigue á todas partes. ¿Por qué no te zafas de él?

—¡Imposible, aunque me suicide! Acaba de pedirme un sitio en mi propio panteón.

—¡Qué libro tan amargo! Apuesto á que su autor es un goloso.

—¿Por qué?

—He observado que esta clase de escritores guardan para sí la miel, y la hiel para sus prójimos.

—¿Sabes que Lola ha salido del manicomio?

—¿De veras?

—Ha recobrado la razón.

—Es decir, que vuelve á su casa á hacer locuras.

José Fernández Bremón.

NUESTROS GRABADOS.

DESPUÉS DE LA VENDIMIA.

Grupo báquico, decorativo de la escalera del palacio de los señores Duques de Denia.

Conocen nuestros lectores la escalera del palacio de los Sres. Duques de Denia y los patios laterales, por descripciones que de ellos hicimos en números anteriores y que sería ocioso repetir. También dimos entonces circunstanciada noticia de los grupos báquicos, decorativos de la misma escalera, y que son una de las obras que más honran al Sr. Susillo, por la delicadeza y exquisita elegancia de las figuras. Lo que entonces no hicimos fué reproducirlas todas; y como nuestros lectores no nos perdonarían que dejásemos de darles á conocer alguna, continuamos la serie con la que hallarán en la primera página de este número y que en todo es digna de las anteriores.

Aun queda mucho para dar idea exacta de las riquezas artísticas que este palacio encierra y á las que se puede calificar de inagotables, pues sobre ser grandes, diariamente las aumentan sus dueños, tan protectores de las artes como es sabido y en estas columnas hemos dicho más de una vez. Por cierto que un suceso reciente ha venido á acreditar que no sólo á las artes, sino también á las letras, se extiende esa protección, pues á las hermosas poesías del insigne Grilo quizás no les hubiera bastado su hermosura para que el poeta sacara de ellas el debido provecho, sin el rasgo de la Sra. Duquesa de Denia, por todos los periódicos publicado y que nos parece oportuno recordar aquí. Las 1.000 pesetas que entonces pagó por ejemplares de aquel libro, tienen sobre su valor efectivo otro mucho mayor, el del ejemplo, que si tuviera muchos imitadores sería de gran eficacia para la prosperidad de las letras patrias.

***

RUSIA.

Misa solemne celebrada en la catedral de San Isaac, de San Petersburgo, por el alma del Czar.—El sepulcro de los czares en la catedral de San Pedro y San Pablo.

La sepultura de los czares, de que damos una vista en la pág. 300, está en la fortaleza catedral de San Pedro y San Pablo, de San Petersburgo, y contiene los cuerpos de los príncipes que gobernaron el Imperio desde Pedro el Grande inclusive, hasta el recién fallecido Alejandro III. Los czares anteriores á aquél descansan en la iglesia de San Miguel Arcángel, de Moscou.

Estas sepulturas son ricas, pero de una sencillez majestuosa é imponente. Sobre la losa que las cubre están esculpidas una cruz griega y una corona imperial.

El sentimiento producido por la muerte del czar Alejandro III ha sido tal en Rusia, que si quisiéramos dar noticia á los lectores de cuantas fiestas religiosas ha habido en señal de duelo nunca acabaríamos, por lo que nos contentamos con publicar en la misma página una vista de la solemne misa celebrada en la catedral de San Isaac el 9 del corriente. Asistieron á esta imponente ceremonia las damas de honor de la corte, toda la nobleza y los jefes y oficiales de mar y tierra. Celebró la misa el metropolitano, permaneciendo los asistentes de rodillas y con una vela en la mano, según la costumbre rusa, mientras duró la ceremonia.

°°°

LA GUERRA ENTRE CHINA Y EL JAPÓN.

Revista de tropas chinas en Mukden.—Arco triunfal levantado por los japoneses en Seúl para celebrar el paso del Yalú.

Los dos grabados de la pág. 301 ponen ante los ojos del lector, simultáneamente, á los ejércitos que con tan desigual fortuna pelean en Asia. Las tropas chinas del primero son de la guarnición de Mukden, gran ciudad de más de 200.000 almas, contra la que marchan los japoneses, y en la que tiene reunidos el virrey Li-Hun-Chan todos los medios defensivos de que puede disponer, entre ellos los mejores soldados, armados con fusiles de los últimos sistemas, bien uniformados y disciplinados.

Los japoneses no se duermen sobre sus laureles, aunque los celebran con la pompa que se ve en el grabado segundo de la citada pág. 301, pues á pesar de las victorias que llevan alcanzadas, han reunido en Seúl un verdadero ejército, que en caso de necesidad puede acudir en socorro del que, mandado por el mariscal Yamagata, marcha por la provincia china de Liao-Tun á sitiar á Mukden.

°°°

SALAMANCA.

Torre de la casa de Monterey.

Nuestro grabado de la pág. 304 dará idea á los lectores de uno de los edificios más notables que de la época del Renacimiento hay en Salamanca, y podríamos decir que en España, pues su majestuoso y severo aspecto le da uno de los lugares preferentes entre los mejores.

Es de forma rectangular, y consta de un cuerpo central de dos pisos con arcadas, y dos soberbios torreones, todo ello de sillería almohadillada, y más favorecido que maltratado del tiempo, pues apenas ha sufrido en tantos siglos daño alguno, y en cambio ha adquirido un color obscuro que le hace más hermoso y venerable. El decorado del segundo piso de la fachada principal es primoroso. Los torreones terminan en vistosos terrados, cuyas balaustradas, de exquisito gusto y divididas en doce partes, sostienen otros tantos pedestales, sobre los que se alzan airosas y bien modeladas estatuas. Sobre cada una de las doce ojivas que hay en los torreones vese un magnífico rosetón.

El palacio de Monterey, además de su singular mérito arquitectónico, encierra no pequeño interés histórico.

°°°

BELLAS ARTES.

Suicidio por amor, cuadro de D. José Garnelo.

Aunque ante la religión el suicidio es gran pecado sin atenuante alguno, ante la poesía siempre será tan doloroso como simpático y disculpable, cuando es producido por el amor. Por eso el asunto del cuadro del Sr. Garnelo, que posee, según creemos, nuestro distinguido amigo D. Víctor Balaguer, es profundamente estético.

Viendo muerta aquella mujer hermosa, y considerando que en tan tiernos años ella misma cortó el curso de su existencia, renunciando á tantos goces como aun podía brindarle, siéntese honda pena, cual si las angustias de aquel alma fuesen también nuestras. Además, hay en la escena un contraste que la hace aún más horrible: el fondo, en que aparece la fría y severa figura del juez y frente á él los padres de la muerta, á los que ésta ha causado un dolor mayor que el suyo, y en el que tal vez ni pensó siquiera.

La ejecución es digna del asunto, y en ella ha mostrado una vez más el Sr. Garnelo su indudable talento de pintor. Damos copia de este cuadro en la pág. 305.

°°°

PROGRESOS DE LA AEROSTACIÓN.

Un viaje en globo al través de Francia.

El viaje emprendido á mediados de Septiembre último por los aeronautas franceses Sres. Fonvielle y Mallet será famoso en la historia de los progresos de la aerostación. Salieron de la fábrica de gas de la Villette, con el propósito de ver en qué condiciones podrían viajar con un mismo globo y el mismo gas, bajando y subiendo en la atmósfera y deteniéndose á descansar según las necesidades del viaje.

Duró éste ocho días justos, y se detuvieron en Mery-sur-Oise, Persan-Beaumont, Creil, Mery, Raulat, Essigny-le-Petit, y en los alrededores de San Quintín. Si el lector busca estas poblaciones en el mapa de Francia, verá que el itinerario de los aeronautas señala una espiral que va de Este á Norte, saliendo de París.

Al anochecer bajaba el globo por la condensación del gas producida por el fresco del crepúsculo, y al amanecer subía por la dilatación del mismo debida al calor de los rayos solares. Ni una vez siquiera han tenido los aeronautas que abrir la válvula para bajar, ni tampoco echar anclas para sujetar el globo: tan perfecta era la calma de la atmósfera. Tan hermoso viaje fué interrumpido en la noche del octavo día por una gran tempestad, que obligó á los señores Fonvielle y Mallet á suspenderle.

El globo principal tenía una capacidad de 1.200 metros cúbicos después de traspasado á él el hidrógeno del globo menor, que fué prestado por el Observatorio. (Véase nuestro primer grabado de la pág. 308.)

°°°

VALLADOLID.—MONASTERIO DE LA SANTA ESPINA. (Véase el artículo correspondiente en la pág. 302.)

°°°

EL CRUCERO NORTEAMERICANO «DETROIT».

Para el mayor brillo de la Exposición Universal Colombina de Chicago, pidió el Gobierno norteamericano al español varios documentos referentes al descubrimiento de América y algunos objetos pertenecientes al descubridor y á los Reyes Católicos, documentos y objetos que estuvieron en dicha Exposición, de tan desastroso fin como es sabido.

Quiso aquel Gobierno devolverlos á España en un buque de guerra de su marina, pues no menos cuidados que honras merecían cosas de tan singular mérito, y eligió para ello al crucero de reciente construcción *Detroit*, hermoso barco de 3.000 toneladas, 10 cañones y 17 millas de andar, cuya tripulación consta de 248 hombres, mandados por el comandante Sr. Newell. (Véase nuestro grabado de la pág. 308). Salió el *Detroit* del puerto de Nueva York el 18 de Octubre, y llegó sin novedad á Cádiz el 14 del corriente, después de haber corrido un regular temporal en el Atlántico.

Por cierto que algunos periódicos han dicho que en este barco venían las cenizas (reliquias, según otros) de Colón, y que esta especie ha corrido, sin que nadie la desmintiera, varios días. Bueno será recordar á este propósito que las cenizas del descubridor de América están en la catedral de la Habana, de donde nadie pensó ni piensa moverlas.

°°°

PUERTO RICO.

Cruz levantada á orillas del río Culebrinas, en el sitio en que desembarcó Colón.

El monumento de que publicamos en la pág. 312 de este número una reproducción, tomada de fotografía remitida por el Sr. D. Fernando de Ojeda, aunque situado en humilde lugar y no ser de grandes proporciones, es importante, por recordar una de las fechas memorables del descubrimiento del Nuevo Mundo: el de la isla de Puerto Rico por Cristóbal Colón.

Álzase en la margen izquierda del río Culebrinas de la Aguada, junto al sitio donde desembarcó el Almirante; es todo de mármol del pueblo de Trujillo Alto, de la misma isla, y su trazado es obra del teniente coronel D. Juan Meléndez. Se erigió en la celebración del cuarto centenario del descubrimiento de América.

G. Reparaz.

EL PUEBLO CHINO.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

ARTÍCULO PRIMERO.

I.

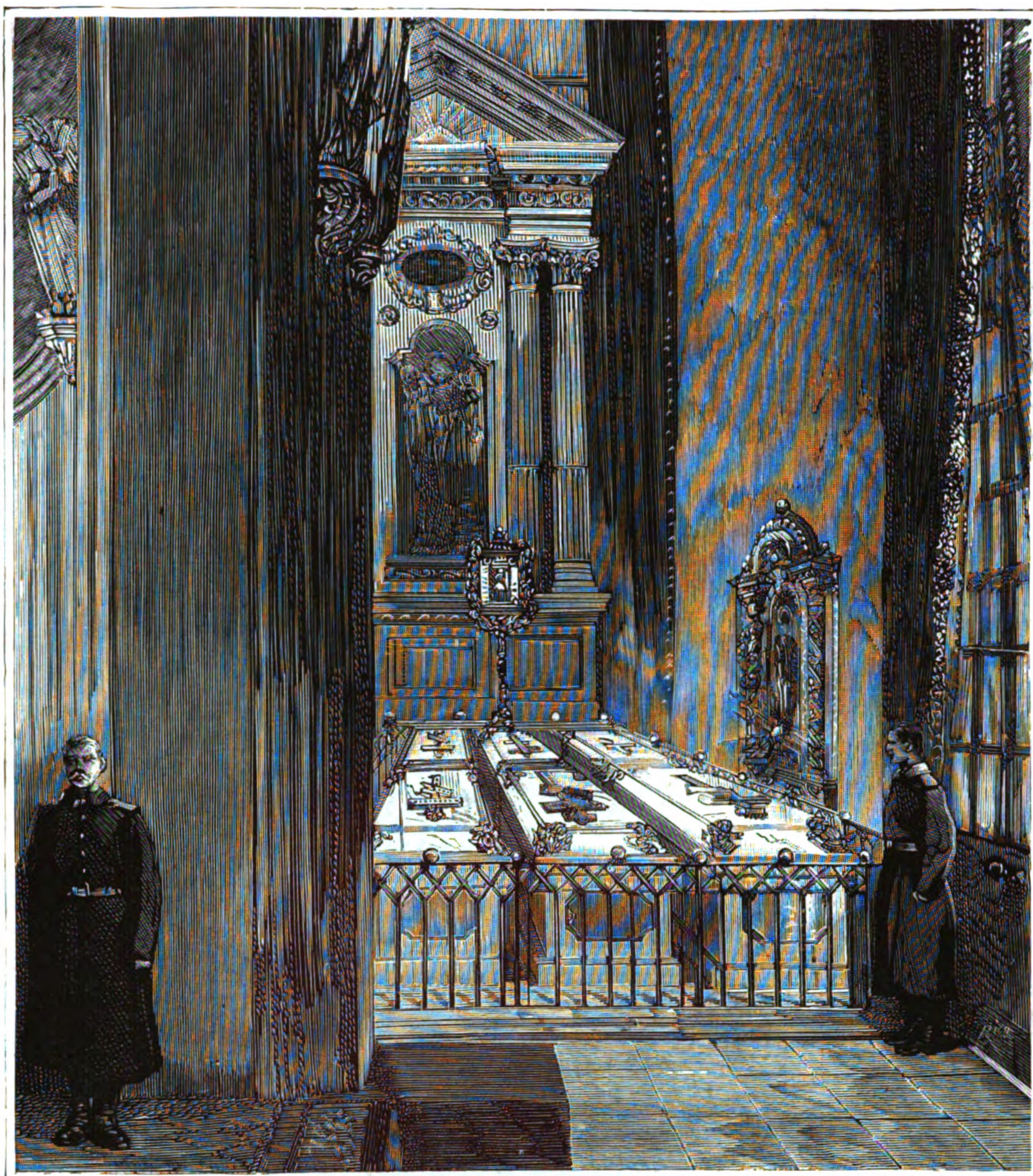

OMO tal raza y tal pueblo hanse de antiguo empeñado en quedarse aparte y solitarios en el mundo, la historia humana, de cuyo seno han huído; el espíritu universal, á cuyo vivificador aire han reunciado, los tienen todavía en grande menosprecio y no saben considerarlos cual suelen á otras naciones considerar de menos importancia social. Con decir que libros históricos, dedicados á presentar los desarrollos principales de nuestro espíritu en la tierra, prescinden del pueblo é imperio chinos, omitiéndolos por completo, cual si estuviera su espacio fuera del planeta, su nombre fuera del género humano; con decir esto, hase dicho todo. La muralla, erigida en derredor de lo que denominan ellos la tierra de en medio; esa muralla colosal, titánica, larga, los ha emparedado dentro de su territorio, hasta que su encuentro, especie de hallazgo milagroso, debido, no tanto al valor heroico de los descubridores, como al entendimiento astuto de los eclesiásticos; su hallazgo, á pesar de topar con ellos vivos y animados, se pareció á lo que más tarde fuera el célebre hallazgo de las ciudades enterradas bajo las cenizas del Vesubio. ¡Qué diferencia entre tal pueblo y el pueblo indio! Mientras á este último se le atribuyen por la historia moderna los orígenes de nuestra religión, de nuestra ciencia, de nuestra familia, de nuestra raza y hasta de nuestra complexión progresiva, sucede con el chino todo lo contrario; se le deja como un ejemplar singularísimo, puesto por su alma y por su historia fuera casi del humano linaje. Mongol por su origen, de piel amarilla, de lenguaje monosilábico, de letra ó escritura cuasi jeroglífica, de instintos utilitarios, de carácter egoísta; poco religioso; nada metafísico; sujeto á la conquista y á un imperio de tal conquista representante; extravagantísimo en verdad más que original; de un brillo que se parece al barniz en su externo lustre; de una incurable fragilidad; el chino, todavía hoy, á pesar de la grande imparcialidad que distingue á nuestra ciencia y á nuestra historia, no ha conseguido la universal amnistía por los pueblos modernos acordada sin restricciones á los otros asiáticos, á todos, considerados antes, en edades no muy lejanas, cual verdaderos bárbaros. En el mismo pueblo americano, donde la libertad abre sus puertas á todos los hombres del mundo sin preguntarles por su nación y por su origen, se han hecho excepciones varias con los chinos, expulsándolos de un territorio á donde parecen converger y donde parecen concentrarse los rayos diversos de la civilización universal.

II.

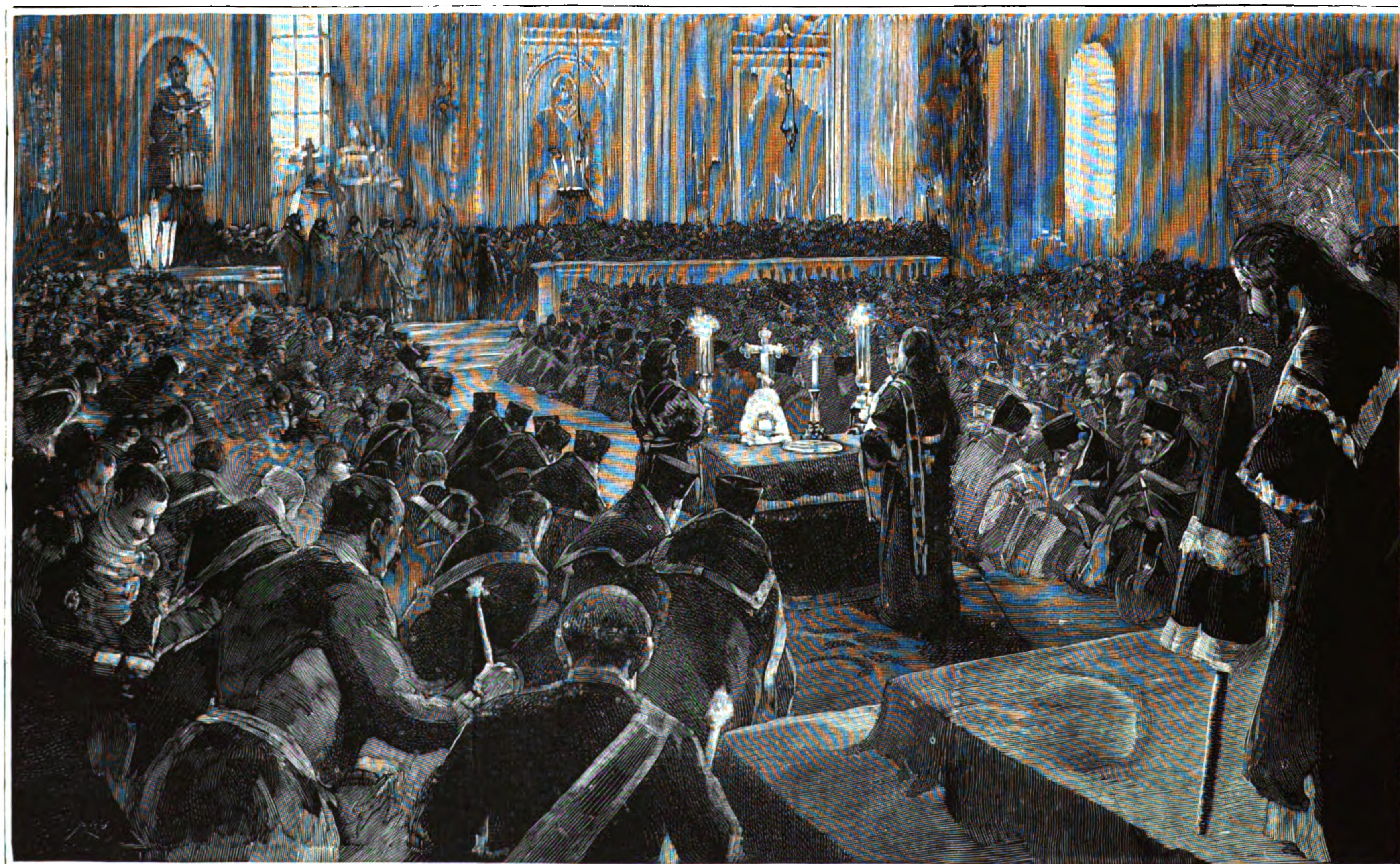
China se halla en relación armoniosa, cual ninguna otra de las diversas regiones, con aquella raza que la puebla y la cuida. Sus uniformes planicies, la dirección de sus montañas, el paralelismo de sus dos mayores ríos, llamados uno Azul y otro Amarillo, hacen que la inmensa tierra extendida desde las mesetas del Thibet hasta las orillas del Pacífico tenga en sus inviernos temperatura, por término medio, semejante á la temperatura de París, y en sus veranos temperatura, por término medio, semejante á la temperatura de Andalucía. Y no obstante dulcedumbre tal, muchas veces llegan sus inviernos á la temperatura del polo y sus veranos á la temperatura del trópico. Mas como suceda esto en regiones restrictas y por excepción, realmente no imprime carácter al temperamento chino y no determina en él una variedad apreciable. Los medios geográficos en que las gentes del Celeste Imperio se mueven, parécense mucho á las regiones occidentales de nuestra Europa, y á las regiones varias del Norte de América. Si bien por el Thibet y la Tartaria entra territorio tanto en las zonas boreales, mientras por la región llamada Indo-China entra en las zonas tropicales, aquella uniforme planicie del centro presta por su parte también monotonía y uniformidad indecibles, así al imperio como al pueblo. En medio de su exuberante naturaleza, la fantasía del indio estalla como una fulguración volcánica, enviando en las rojizas nubes de humo, y en los aerolitos de piedras encendidas, y en los ríos de lava, y en las columnas de fuego, y en las cataratas candentes, por los espacios cerúleos y por los abismos profundísimos, dioses y diosas sinnúmero. En China, la planicie uniformemente verde, la cordillera tirada en líneas regulares, los ríos de llanas orillas y de comunicación facilísima entre sí, convidan á la proporción, á la medida y al cálculo, por lo cual acaso este pueblo extraño haya hecho de las matemáticas como una teología, de los números como unos dioses, y de las medidas como unas leyes morales.

III.

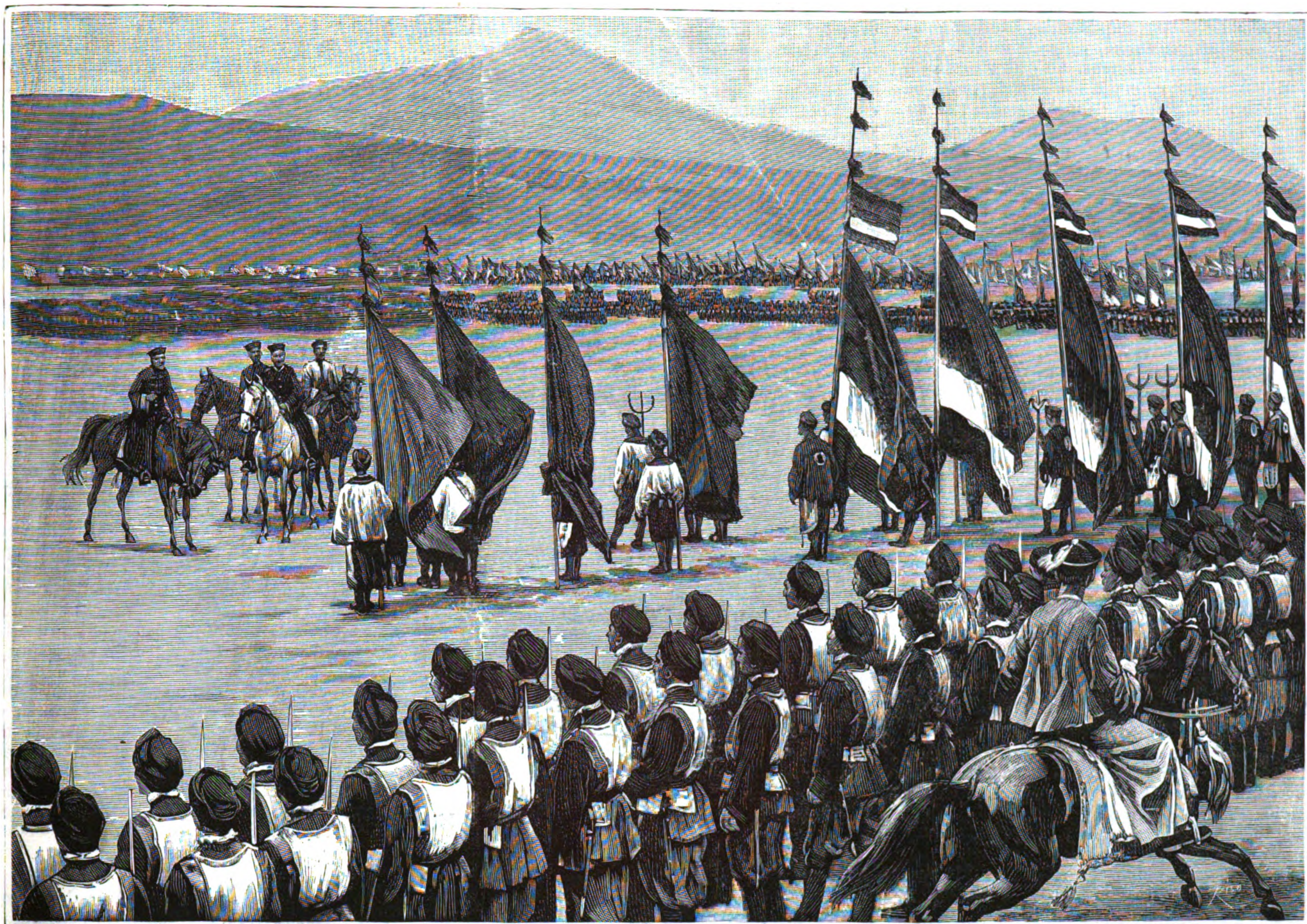
Aunque de origen mongólico, han variado muchísimo al curso del tiempo eterno y al influjo del medio ambiente los chinos. Su estatura es mediana, más bien chica que alta. Las formas tiran en ellos al círculo, no á la elipse. Los miembros adolecen de una debilidad incurable, pues los diríais frágiles como sus porcelanas. La complexión propende á linfa y á paciencia. Bien pronto la obesidad se sobrepone, y acaba por darles forma repulsiva, pues á causa de su color pajizo diríase que no tienen sangre roja en las venas, y á causa de sus ojos y de sus retinas rectilíneas diríase que tienen parentesco cercano con las aves nocturnas. Aquel rostro amarillo y redondo muestra una impasibilidad que nos desesperaría de seguro en todo trato frecuente con ellos á nosotros los móviles y nerviosos occidentales. ¡Qué quijadas tan extrañas y tan diversas del concepto general en que se fundan nuestras nociones anatómicas! ¡Cuál contraste brusco entre los pómulos salientes y la nariz tan hundida como chata! Aquella mirada oblicua y aquellos párpados caídos les dan aspectos tan extraños que, á veces, les tomamos, no como individuos pertenecientes á una especie viva, como figuras impulsadas por movimientos mecánicos. Su cabeza grande, aunque poco esférica, se halla cubierta por abundantísimo, aunque cerdoso cabello. Sus movimientos tienen un balanceo como el de sus barcos en el río, y todo su ser diferencias capitales con las demás razas. Apártanse mucho entre sí las gentes del Norte y las gentes del Mediodía. También se diferencian los que profesan hoy la religión mahometana de los que profesan



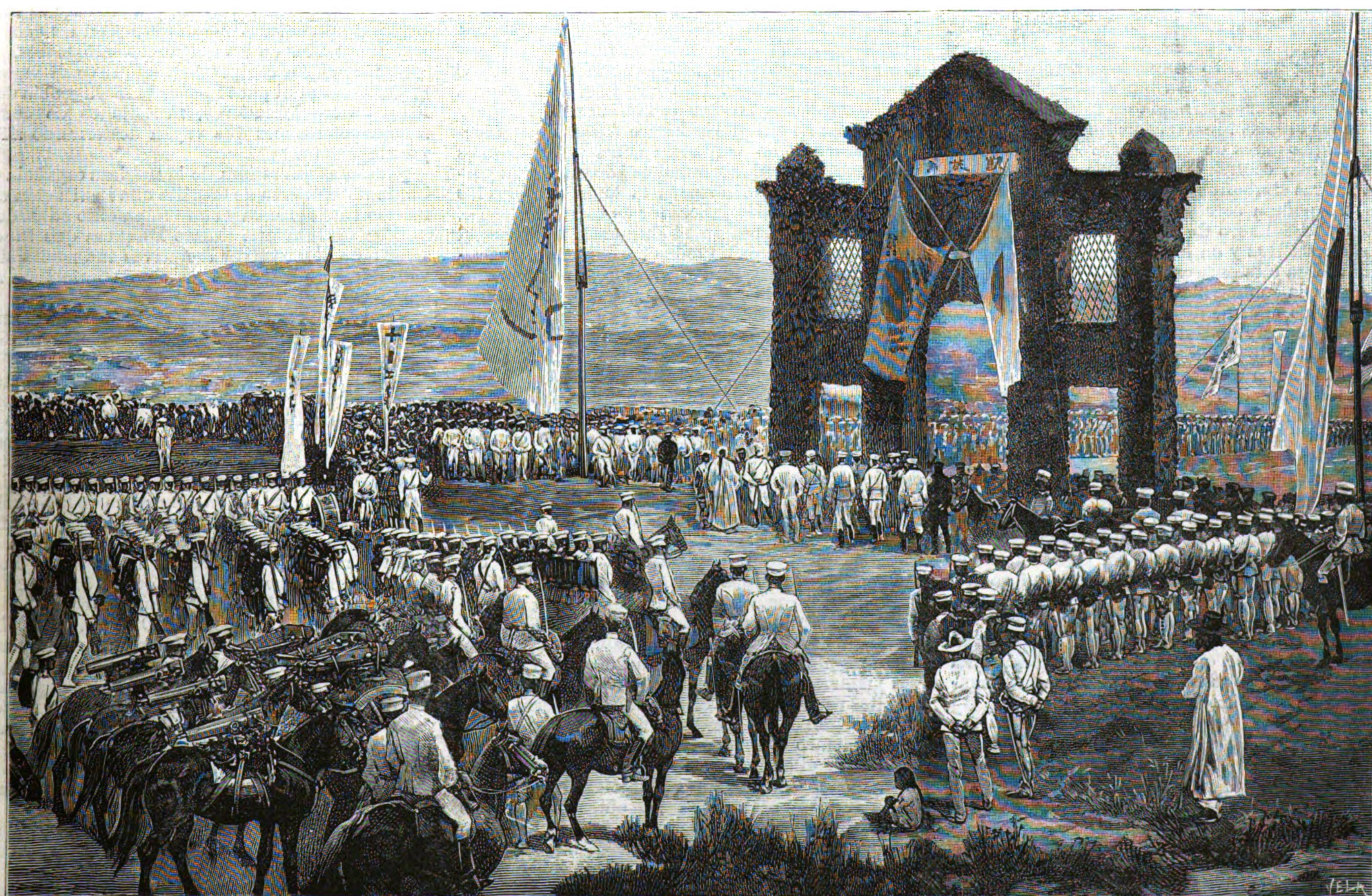
SAN PETERSBURGO.—SEPULCROS DE LOS CZARES EN LA CATEDRAL DE SAN PEDRO Y SAN PABLO.



SAN PETERSBURGO.—SOLEMNE MISA CELEBRADA EN LA CATEDRAL DE SAN ISAAC POR EL ALMA DEL CZAR ALEJANDRO III.



MUKDEN (CHINA). — REVISTA DE TROPAS REGULARES DEL EJÉRCITO CHINO, EN LOS ALREDEDORES DE LA CIUDAD.



SEÚL (COREA). — FIESTAS MILITARES Y ARCO DE TRIUNFO LEVANTADO PARA CELEBRAR LAS VICTORIAS DEL EJÉRCITO JAPONÉS EN EL PASO DEL YALÚ.

(De fotografías.)

la religión budhista, ó las demás creencias indio é iranio-chinas. Como dividen los puntos cardinales en cinco, á diferencia de nosotros, que los dividimos en cuatro, dividen las razas fundamentales chinas en cinco también, y á cada una de ellas le asignan caracteres diversos. Lo que realmente podemos dar por averiguado en esta división es que los chinos del Norte se distinguen por su fuerza y por su vigor, mientras los chinos del Mediodía por su industria y su prudencia, constituyendo los unos el nervio militar de aquellas razas é imperio, mientras constituyen los otros el grande organismo mercantil. Realmente nada prueba tanto cómo se impone la unidad á las mayores contradicciones, y cómo al espíritu domina la materia, cual esa uniforme civilización extendida por el imperio sobre familias de pueblos, no solamente diversas, sino hasta contradictorias y opuestas. Thibetanos, mongoles, malayos, birmanos, y omitimos dos ó tres variantes, entran, merced á una gran burocracia mantenida por una especie de sacerdocio científico y subrogada por completo á un emperador absoluto, en creencias, en costumbres, en hábitos, en pensamientos, en dogmas tan uniformes, que llegan á predominar sobre cuantas contradicciones puedan producir los temperamentos y los humores enemigos, aun después de haber batallado abiertamente y en guerras perdurables por siglos de siglos.

IV.

Para caracterizar la civilización china encontramos rasgos bien propios de tal pueblo, y bien diversos de lo que á otros pueblos distinguen. La inmovilidad patente de su estado político y social se conoce por ciertas instituciones, las cuales son privativas suyas, determinadas por su carácter especial con una determinación clarísima y selladas con un sello indeleble. Su escritura está muy lejos de la escritura que nosotros recibiéramos del pueblo fenicio, y muy cerca de la escritura jeroglífica. No puede calcularse cuánto ha servido á la cultura humana la invención del alfabeto, permitiéndole con las combinaciones varias de letras el expresar numerosas y universales ideas. Por consiguiente, no puede tampoco decirse cuánto y cómo los progresos humanos llegan á detenerse, trabados por los carecteres jeroglíficos, especie de símbolos, en los cuales caben muy pocas ideas, y sobre todo muy pocas síntesis de aquellas que dan al pensamiento su incondicionalidad y que formulan leyes universales de la humana razón. Con decir que los primeros signos figurativos trazados por China se reducían á nudos puestos en cuerdas tejidas por sus burócratas, hemos dicho bastante sobre la inopia de aquella escritura y sobre las escasas ideas que podía expresar. Diez y siete siglos antes de nuestra era comenzó la escritura china, componiéndose de quinientas cuarenta figuras simbólicas, y que, á pesar de su número, no podían corresponder al número de los objetos y al número de las ideas en las mismas edades primitivas y en los mismos pueblos bárbaros. Recuerda esta escasez de símbolos en la escritura china la numeración de las razas autóctonas europeas, las cuales, durante muchos siglos, no pudieron pasar nunca del número diez. Imaginaos que para los cielos inmensos y las miradas infinitas de sus astros solamente usaban siete signos; para las eminencias, las colinas, las fuentes, las aguas, las piedras y todas las manifestaciones del fuego, diez y siete; veintitrés para caracterizar al hombre con todas sus facultades propias y con todas sus relaciones políticas; seis para los trajes; treinta y cinco para los utensilios; para todos los pájaros once; para todos los cuadrúpedos cinco, y dos para los peces; careciendo de toda escritura para significar palacios, jardines, pedrería, música, moneda, vidrio, porcelana, y ni siquiera metal. Entre las plantas, apenas se pinta el arroz, el trigo, la morera, el té y el bambú. Ninguna demostración tan evidente de lo imperfecta que apareció tal civilización en sus primeras edades. Una escritura tan escasa correspondía con un rudimentario primitivo espíritu.

V.

Pues todavía resulta más característica de la civilización descrita su lengua que su escritura. Sabida es la evolución del idioma universal, que se divide por los filólogos modernos en monosílabos, aglutinantes y flexivos. La lengua monosílaba se halla muy cerca del instinto. Y que se halla muy cerca del instinto está demostrado por su semejanza con el grito de los animales. Así los sustantivos en ella tienen caracteres de verbo, las raíces permanecen inflexibles, y el significado de éstas, muy complejo, varía según el sitio que ocupa en la frase. El número de monosílabos resulta muy escaso y muy semejante al número de símbolos en la escritura, como si quisiéramos anotar por medio de letras ó por medio de palabras la diversa expresión de los animales. El tono y los acentos, cuyo menor cambio suele originar otro nombre, representan un gran papel y cumplen un gran misterio en las lenguas monosilábicas. Mas, en realidad, ¡qué atraso esta especie de lenguaje, sólo explicable por una parvedad en las ideas, la cual no podemos comprender nosotros los pueblos romanos, servidos por analogías copiosas, por diccionarios riquísimos, por construcciones y sintaxis de una verdadera maravilla! Con estas lenguas monosilábicas y con estas escrituras jeroglíficas, nada tan fácil como tener cierto número de ideas vinculadas en una casta y no dejarlas percibir por las otras castas enemigas é inferiores. Con decir que no hay nombre para Dios en la lengua china, cual no hay signo de Dios en su escritura, dícese harto cómo las castas allí no tomaban el carácter sacerdotal de las castas indias, y no tenían, por ende, su aspecto religioso. Eran castas de burócratas, dirigidas por verdaderos mandarines, denominación muy adecuada con su ministerio y con su carácter. Mas, á pesar de todo esto, á pesar de no tener una metafísica, mejor dicho, una teología donde fundar castas verdaderas, lenguaje y escritura contribuían de consuno á establecer diferencia muy señalada entre unas y otras jerarquías de chinos, porque nada tan fácil como esconder á las ajenas miradas toda escritura jeroglífica, y como sacar de unas lenguas monosílabas otras lenguas monosílabas sin relaciones entre sí, por lo cual se ha llamado á esta manera de lenguaje aisladora é incomunicativa.

VI.

Un pueblo, donde las castas se constituyen por medio de la burocracia, debe aparecer como un pueblo esencialmente calculador y matemático. En efecto, su religión merece aquel nombre con que un pensador profundo la designara, merece llamarse religión de la medida. Las líneas y los números ocupan un término medio entre las realidades y las abstracciones. Por un lado pertenecen al espíritu, como el tiempo que cuentan y el espacio que limitan; mientras por otro lado pertenecen á la viva realidad, pues los cuerpos toman la forma esférica, recorren elipses y parábolas, componen álgebras, geometrías, aritmética, trazados de líneas, suma de números por modos más ó menos inconscientes. La línea y el número: he ahí los verdaderos dioses de la China. La cuenta y la medida: he ahí el verdadero culto. Lo universal aparece como verdadera suma en el Cosmos para los chinos. Y la unidad es adorada en la persona del Emperador. Thián, la suma de todos los números y el punto generador de todas las líneas, representa los seres en el universo; mientras el emperador, la suma de todos los derechos, el promulgador de todas las leyes, representa todos los ciudadanos en la sociedad. Por eso el sublime Thián y el celestial Emperador se corresponden. El cielo chino está completamente vacío. Aunque las almas se disipan y evaporan en él, no dejan por eso á los cuerpos, formando desde los senos de la muerte genios verdaderos en los organismos de la naturaleza. El cielo y la tierra no se hallan separados en su teología como lo separamos nosotros; correspóndense á una entre sí, como se corresponden los horizontes y los lagos. La medida del universo está en Thián, y de la sociedad en el Emperador. Uno y otro dan leyes, á las cuales todo debe ajustarse, y que por lo mismo toman el nombre de medidas en el doble lenguaje del estadista y del matemático. La línea casi es y no es al mismo tiempo. Una recta horizontal significa la afirmación y el uno; pero truncada, la negación y el no. Ignorando los chinos como han tomado las líneas en su propia conciencia, dicen haberlas visto por vez primera sobre un caparazón de tortuga. Todo en ellos se regula por el número. La tierra tiene cuatro regiones y el centro, cuatro montañas y el centro, cuatro elementos y el centro. Todo está regulado por el círculo, y en todo entra el número cinco. Así los colores fundamentales cinco; los sonidos fundamentales cinco, y cinco los cánones fundamentales. Por manera, que cielos y tierra se hallan regidos según una especie de matemáticas, en las cuales hay una conjunción misteriosa entre lo real y lo ideal, entre los pensamientos y los seres, entre las dos formas naturales del universo, entre las dos revelaciones eternas de Dios.

EMILIO CASTELAR.

EL MONASTERIO DE LA SANTA ESPINA.

PARECE que fué ayer. Nuestro inolvidable director D. Abelardo de Carlos, amante como pocos del trabajo, nos estimulaba, hace ya algunos años, á que desarrolláramos en LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA el tema *Más industriales y menos doctores*. Y sus consejos eran tan cariñosos y sus deseos tan loables, que labraron y dejaron profunda huella en nuestra memoria y en nuestra inteligencia.

¡Con qué amorosa solicitud estudiaba el problema social! ¡Con qué tristeza veía el aumento de la milicia togada, cuando eran menores los pleitos, las recetas y los documentos notariales! ¡Con qué espíritu investigador observaba los progresos de la lucha por la existencia!

Nuestras modestísimas observaciones, que nacieron de aquellos utilísimos consejos, expuestas por un hijo del trabajo, tenían que producir amplia controversia. La prensa discutió el porvenir de las carreras profesionales, las necesidades agrícolas del país, el desarrollo mercantil y el desenvolvimiento de la industria.

Desde entonces las corrientes caminan en la dirección que señala el progreso de los tiempos.

Capitales españoles están comprometidos en empresas de importancia; una parte de la nobleza se consagra á la industria, y no pocos que se adoctrinaron en los establecimientos docentes buscan en la actividad comercial el logro de sus aspiraciones.

Fábricas, granjas agrícolas, explotaciones industriales, están dirigidas ó sostenidas por compatriotas en territorio español. El adelanto es visible, aunque la remuneración no corresponda al sacrificio empleado, ya por la crisis que atraviesan las naciones, ya por la inseguridad de los tratados comerciales. Pero el hecho no puede negarse. Las manifestaciones del trabajo y los adelantos de la industria están á la vista de todos.

* * *

Una dama aristocrática, deseosa de propagar la enseñanza agrícola, tuvo el feliz pensamiento de dedicar parte de su fortuna á dar vida á una institución educadora, tan valiosa como práctica. Esa dama, ennoblecida con un título de Castilla, estableció una fundación en el centro de España para enseñar capataces y peritos, tan necesarios en las diversas operaciones del cultivo y en los distintos procedimientos de las industrias campestres.

¿Quién es esa compatriota que tuvo el valor de gastar un capital para formar la inteligencia de los hijos de los labradores, necesitados de conocimientos científicos que vayan desterrando añejas preocupaciones?

¿Quién es esa señora de la nobleza española que implantó en tierra de Castilla una institución eminentemente agrícola y eminentemente educadora?

¿Por ventura una ilustre Duquesa que tuvo el acierto de desenvolver lucrativas industrias derivadas de los pinares en provincia inmediata á la de Madrid?

¿Quizás una simpática Marquesa que ha desarrollado las plantaciones arbóreas en beneficio de la botánica, de la higiene y de la salud?

La dama á que hacemos referencia duerme el sueño eterno, y sin lisonja puede consignarse su nombre y enaltecerse su desprendimiento. Se llamaba en vida la Marquesa viuda de Valderas, á quien otorgó el Gobierno, por el servicio prestado á la educación popular, el título de Condesa de la Santa Espina, que ese es el nombre de la posesión, de las escuelas y de la granja agrícola por ella fundada para enseñanza de los labradores pobres.

En el monasterio de Santa María y San Pedro de la Espina, que trae su origen del siglo XII, á seis leguas de Valladolid y tres de Medina de Rioseco, estableció su fundación D.ª Susana de Montes y Bayón, en memoria de su marido D. Angel Juan Alvarez, primer Marqués de Valderas, según consta en las escrituras fundacionales otorgadas en Madrid en 24 de Enero y 10 de Marzo de 1886.

El edificio, los terrenos contiguos y 1.125.000 pesetas nominales en renta perpetua al 4 por 100 interior, fueron la base de las escuelas públicas y del asilo benéfico, bajo la advocación de la Santa Espina, del santo Angel de la Guarda y de los mártires Lorenzo y Agueda, conceptos recordatorios de la corona de espinas del Salvador, y constituyeron más tarde el patronato particular y familiar, con personalidad jurídica, cuya junta la forman el R. Obispo de Palencia, el Gobernador civil de la provincia de Valladolid, el párroco de la Santa Espina, el alcalde de la villa de Castromonte, el sucesor en el marquesado de Valderas y

D. Cipriano de Rivas Díaz, que es el delegado de la fundadora.

El establecimiento se aloja en un coto redondo, titulado *La Espina*, que comprende un perímetro de 3.573 hectáreas, en término municipal de Castromonte, partido de Ríoseco, provincia de Valladolid. En esa hermosa finca rural se hallan enclavados los locales de las enseñanzas, las habitaciones para los alumnos y los campos de experimentación agrícola.

Adyacentes al monasterio se encuentran varias parcelas comprensivas de tierras de labor, montes, huertas, sotos, prados y corrales, que dan más valor al edificio conventual y producen mayores resultados para las enseñanzas teóricas y para las prácticas agrícolas.

La dirección del establecimiento corre á cargo del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, cuya casa matriz está en París. En las escuelas se da gratuitamente la enseñanza primaria elemental y superior, y cuando son adultos los asilados aprenden los conocimientos agrícolas teóricos y prácticos que afectan á la ganadería y á las industrias derivadas, con arreglo á lo que exigen los estudios progresivos y el terreno destinado á los ejercicios culturales, para que los alumnos lleguen á ser capataces de cultivo y administradores de fincas agrícolas.

Tienen por objeto las escuelas dar enseñanza primaria elemental y superior á los huérfanos pobres admitidos en el asilo y á cuantos acudan á recibirla.

Los alumnos internos necesitan para su ingreso haber cumplido seis años, sin pasar de doce, y ser huérfanos de padre ó madre; la tercera parte naturales de la ciudad de Ríoseco ó de las villas de Rueda y Valderas; otra nacidos en la provincia de Valladolid, siendo preferidos los de la finca *La Espina*, y la tercera restante pertenecientes á las demás provincias de Castilla la Vieja.

Los alumnos externos son en número indeterminado; se admiten los que se presenten, aunque no sean huérfanos ni pobres, siempre que se sometan á reconocimiento facultativo y tengan la edad requerida en el reglamento de 1.º de Mayo de 1889.

Los concurrentes á las escuelas de primera enseñanza elemental y superior la reciben en esta forma: la elemental comprende la Doctrina y la Historia Sagrada, lectura y escritura, Gramática, Aritmética é Historia; y la superior abraza los fundamentos de la Religión, la lectura en verso y manuscrito, la escritura al dictado, los problemas de Aritmética, la Ortografía, Geografía, Historia de España y dibujo, las nociones de Física, Química, Zoología, Mineralogía y Botánica y la música vocal.

Las lecciones prácticas, que sólo reciben los alumnos que hayan cumplido diez y seis años, comprenden las materias siguientes: Geometría rectilínea; elementos de Agrimensura; cultivos generales (tierras arables, suelo y subsuelo, elementos que constituyen las tierras de labor y su respectiva influencia en la vida de las plantas); nociones de Organografía y Fisiología vegetal, y de Física, Química y Meteorología; análisis de tierras y abonos; prácticas de Zootecnia, industrias rurales, economía rural, contabilidad agrícola, podas, injertos, trasplantes y demás operaciones de propagación; horticultura y jardinería; régimen y distribución de las aguas de riego; ejecución de todas las labores campestres; servicio de cuadras y alojamiento del ganado, y excursiones agrícolas.

Al terminar los escolares sus estudios teórico-prácticos, perciben en metálico la cantidad que les corresponda del 50 por 100 en los productos líquidos de todos los ramos de la explotación, cuyo resultado se conoce por los libros de contabilidad.

Se ve, pues, por las anteriores indicaciones, que la señora Marquesa viuda de Valderas y Condesa de la Santa Espina ha dotado y fundado en vida un establecimiento de enseñanza pública y gratuita para los pobres huérfanos y de prácticas agrícolas para el fomento de la riqueza principal de España. Y no sólo ha donado el monasterio, la granja de experimentación, el material docente, sino que entregó en metálico 750.000 pesetas, que se convirtieron en una inscripción nominativa á favor del Patronato fundacional.

Dada la legislación vigente, ¿pueden establecerse fundaciones educadoras, con donativos de tal cuantía y con carácter de perpetuidad?

Las fundaciones que tienen por objeto atenciones ó servicios de enseñanza, con carácter de perpetuidad, se hallan perfectamente dentro de las leyes generales del reino; porque si bien la desamortización y la desvinculación tuvieron un carácter contrario á la perpetuidad, quedaron clara y expresamente exceptuadas las fundaciones de instrucción pública por la ley de 3 de Mayo de 1837, que autoriza la imposición de censos ú otros efectos de rédito fijo destinados á la instrucción pública, conformándose en su aplicación este precepto legal por la sentencia del Tribunal Supremo de 28 de Febrero de 1862, que declaró no haber sido derogada la ley de 1837 por la de 1.º de Mayo de 1855.

Es también evidente, y así lo consigna un sabio jurisconsulto, que pueden formar parte y constituir la base de esas fundaciones los edificios y terrenos, porque estando exceptuados de los efectos de la ley de 1.º de Mayo de 1855, por su art. 2.º, la excepción alcanza á las fundaciones establecidas entonces ó que se establecieren con posterioridad. Si la ley autoriza la existencia de las fundaciones, necesariamente ha de reconocer la facultad de que se destinen edificios á este fin, puesto que de otro modo la institución no existiría.

Consecuencia lógica de esa doctrina, perfectamente legal, expuesta y aplicada por los gobiernos, es el protectorado que corresponde ejercer al Poder público y la alta inspección de que está investido el Ministerio de Fomento, á virtud de lo previsto en los arts. 97 y 98 de la ley de 9 de Septiembre de 1857. Los establecimientos que tienen por objeto la educación y enseñanza, y á la vez tienen internado gratuito, deben ser considerados como Institutos de instrucción pública, y merecen fomentarse y propagarse.

Y si para crearlos y dotarlos se necesitan donaciones que excedan de la cantidad permitida por las leyes, se sigue ante los tribunales el oportuno expediente, á condición de que se acepte por quien legalmente deba representar los intereses de las personas á cuyo favor se hace.

El Gobierno, no sólo ha considerado meritoria la iniciativa de la Marquesa de Valderas para desarrollar la ilustración general del país, y digno de ejemplo el acto de generoso y patriótico desprendimiento al instituir la fundación, sino que le ha aprobado, ejerce la inspección en las escuelas por lo que respecta á la moral, higiene y estadística, y en una Real orden muy laudatoria y bien pensada, expedida por el Sr. Montero Ríos en 26 de de Junio de 1886, hizo público en la *Gaceta* el desprendimiento de la fundadora.

* * *

El monasterio de la Espina, así llamado vulgarmente, se fundó en 20 de Enero de 1147, para albergue de monjes Cistercienses, por la infanta D.ª Sancha, hija de D. Ramón de Borgoña y de D.ª Urraca, nieta del monarca conquistador de Toledo y sobrina del papa Calixto III. Dos años más tarde, en 1149, el rey D. Alfonso VII confirmó en Zamora la donación de la Infanta su hermana, grandemente aficionada á la beneficencia y fervorosa admiradora de San Bernardo.

Petit, Sanctia: Aedificat, Bernardus per Nibardus: Ditat, Alphonsus: Protegit, Spinea corona: Aperit, Petrus.

Las obras de la iglesia y del monasterio duraron muchos años. El monumental edificio, el suntuoso templo y la riqueza de alhajas que poseían los monjes eran objeto de encomio en toda la cristiandad. El 21 de Julio de 1731, un devastador incendio produjo quebrantos irreparables en la biblioteca, en el archivo, en las capillas, en los claustros y en el monasterio, tasados por entonces en millón y medio de reales, quebrantos que se repararon en parte, merced á la liberalidad del clero y al esfuerzo de los castellanos.

Y cuando la reparación hacía olvidar los efectos del incendio, nuevos quebrantos acibararon la tristeza de los monjes, sólo que los del siglo XVIII fueron producidos por los elementos, y los del XIX, durante la guerra de la Independencia, por tropas extranjeras.

A pesar de la incuria de los hombres, de la rapacidad de los amigos de lo ajeno y de la acción destructora de los temporales, la Espina conserva todavía vestigios de tiempos pasados y revela los caracteres de su antigua opulencia. Aquella fundación de la Edad Media, con sus claustros, cercas y capillas, visitada por Felipe III; aquella mansión conventual, llena de obras literarias, artísticas y arquitectónicas, de señalada grandeza, que revelaban el valimiento de la comunidad; aquel lugar solitario, apartado del mundo, entre cerros y laderas, centro un día de ilustración y de penitencia, encerrado por fuertes murallones, donde se rendía culto á la devoción y á la vida contemplativa, ha podido sustraerse á las voracidades desamortizadoras.

El ex ministro D. Manuel Cantero adquirió en 1837 el monasterio de la Espina en pública subasta, quien lo cedió al Marqués de Valderas en 1865. Y he ahí por qué llegó á sustraerse, en parte, de la destrucción de los hombres y de la ruina de los elementos el monasterio, consagrado á la memoria de San Pedro de la Espina y de la Espina de Santa María.

La piadosa Marquesa de Valderas procuró impedir la total destrucción del edificio, y pensando en el pasado, sin olvidar el porvenir, encargó su custodia á una orden religiosa consagrada á la enseñanza.

Si todos los ricos hubieran hecho otro tanto, ¡cuántos tesoros artísticos se salvarían del común naufragio! ¡Cuántas instituciones docentes se hubieran domiciliado en el país! ¡Cuántas cátedras estarían abiertas para las clases obreras!

Destruir es fácil, como destruyó en un momento la desamortización monumentos arquitectónicos, bibliotecas copiosas, museos artísticos y bosques seculares; pero lo difícil es edificar, mejor dicho, reemplazar lo viejo con lo nuevo, en armonía con el progreso de los tiempos, y respetando la labor de los siglos.

* * *

Para estudiar lo que fué el monasterio de la Espina hay que leer el *Libro de Tumbo* ó *Memoria de la fundación*, recopilada por Fray Bernardo de Aedo en 1624, que conserva la delegación del Patronato; la *Carta* de fray Antonio Vega á Ambrosio de Morales, fechada en 5 de Octubre de 1568, manuscrito existente en la Biblioteca Nacional; la *Descripción* de la Santa Espina, manuscrito de 1872, por D. Norberto Santarén, y *El Monasterio de la Santa Espina*, por el Sr. Guillén Robles, impreso en 1887 con excelente acuerdo, interesante trabajo que debiera hacerse popular.

Y si quisiéramos profundizar en el conocimiento del origen de la comunidad, de sus privilegios y de sus vicisitudes, de las obras realizadas en el monasterio y de la influencia ejercida en la vida política, social y religiosa, necesitaríamos acudir á Ambrosio de Morales, á fray Antonio Yepes, á Manrique, á Flórez, á López de Ayala y á Zurita, que describen ó refieren cuanto se relaciona con la vida ó con las obras de las asociaciones eclesiásticas.

Aquellos retablos, imágenes, alhajas y tapices, aquellas obras del Renacimiento, aquellas vidrieras soberbias, aquellas columnas dóricas y corintias, y aquellas torres, aquellos arcos ojivos, obra de los siglos medios, aquellos patios greco-romanos, y aquellas bóvedas peraltadas, no existen en gran parte.

El curioso puede admirar hoy el gran patio del monasterio, en donde se hallan instaladas las escuelas y el asilo, y la portada de la iglesia con sus gallardas torres, labrada en 1574 y dividida en tres cuerpos paralelos, obra arquitectónica verdaderamente hermosa.

Aquel monasterio claustral tuvo el derecho de asilo, y disfrutó de muchos privilegios y exenciones otorgados por los monarcas.

El esplendor y las riquezas que atesoraba en otros tiempos aquella mansión conventual, han desaparecido.

Sólo una dama piadosa impidió la total ruina y la devastación más completa. Esa dama, deseosa de hacer bien y predispuesta á socorrer el infortunio, fundó el asilo de enseñanza agrícola, porque la principal riqueza de España la constituyen la agricultura y las industrias de ella derivadas. Y en ese asilo se forman los agricultores de la comarca, libres ya de preocupaciones, pero atentos á las prácticas científicas recomendadas por la experiencia.

Consagremos como escritores un piadoso recuerdo á la honrada memoria de D.ª Susana Montes, Condesa de la Santa Espina y Marquesa viuda de Valderas.

FERNÁN GONZÁLEZ.

EL HUEVO.

(ARTÍCULO DE PRIMERA NECESIDAD.)

Conclusión.

No entra en mis propósitos hablar á usted del huevo con relación á los ayunos y vigilias, siquiera también desde este punto de vista se ha escrito algo en España (1); pero no es posible olvidarse de ciertas sencillas y muy poéticas supersticiones populares convertidas en regocijos.

«La noche de San Juan, tantas veces pasada en derredor de la fuente del pueblo..... por alegre coro de mozas y mozos que sueñan con la alborada para ver en el plato de agua el huevo convertido en barco caprichoso.....» (2).

(1) Podría citarse, por ejemplo, el libro de Domingo Valtanas Mexia, intitulado: *Apología sobre ciertas materias morales en que hay opinión.....* Sevilla (Martín de Montesdoca). Año de 1556. Allí se trata «Del comer guebos» *(sic)* en viernes.

(2) *Granada y Sevilla*, por Salvador Rueda, pág. 13. Madrid, Minuesa de los Ríos, MDCCCXC.



SALAMANCA.—TORRE DE LA CASA DE MONTEREY.

(De fotografía del sucesor de Laurent.)



SUICIDIO POR AMOR.

CUADRO DE D. JOSÉ GARNELO.

Entre las grandes curiosidades históricas, ¿cómo no citar «la Ronda de Pan y Huevos» de la *Santa y Real Hermandad del Refugio*, establecida en Madrid por los años de 1615?

Podría también decirse algo á propósito de la costumbre de tirarse, por Carnestolendas, huevos rellenos de polvos de almidón, regocijo que no fué del gusto de las personas Reales en la época de Felipe V.

No faltarán, sin duda, *ricos de espíritu* que, por no alcanzar la importancia real del simbolismo estudiado tan de paso, se mofen de semejantes disquisiciones. Dejemos, amigo mio, que Humboldt (1) responda á tales risotadas:

«Dans la conception poetique ou religieuse, il se glisse un élément de réalité introduit par le savoir. Si le vague est encore un des caractères distinctifs de ses figures conventionnelles, si le symbole couvre la réalité d'un voile plus ou moins epais; les mythes intimement liés entr'eux n'en révèlent pas moins la souche antique des premiers aperçus de cosmographie et de physique.»

Es verdaderamente incomprensible la poca ó ninguna importancia que obras como la moderna Enciclopedia española (2) ó el Diccionario de Clairac (3) conceden al huevo como elemento en la decoración arquitectónica. Bien es verdad que Viollet-Le-Duc, en su tan citada obra (4), ni siquiera le dedica artículo especial.

Don José Ramón Mélida, al traducir á J. Adeline (5), si se ocupa en el huevo con algún detenimiento; pero ha de permitirme rectificar el concepto, en mi sentir, equivocado, de que «son dardos agudos ú hojas acuáticas de forma alargada» las *lenguas de serpiente* con que los huevos figuran separados en las construcciones, respondiendo siempre al simbolismo primitivo. Sabido es que los antiguos atribuían á la lengua de aquel reptil forma de punta de flecha.

⁂

Hora es ya, Doctor amigo, de descender de las alturas, para entrar en el gallinero, acercarnos á la hornilla, meter las narices en la botica, traspasar los umbrales de la fábrica y hasta detenernos un momento delante del cajón-garita del empleado de consumos.

En esta excursión, tal vez más divertida que la que acabamos de hacer, nos podemos ahorrar el guía: conozco mejor el terreno.

¡Pero ahora caigo! antes de *meternos* en *yema*, ¿no convendría consultar el Diccionario de la Academia, y ver cómo define el huevo en general, siquiera yo he de limitarme á discurrir á propósito de los que ponen las gallinas?

«HUEVO (del lat. *ovum*). m. Cuerpo de figura más ó menos esférica, que fecundado por los machos, ponen todas las hembras de las aves, de los reptiles, de los peces y de los insectos, y que consta de una ó dos sustancias alimenticias y del embrión del animal que lo pone, cubierto todo con una cáscara más ó menos dura ó con un gluten viscoso.»

Si D. Francisco Silvela hiciese hoy segunda edición del *Reglamento instructivo para la constitución del Club de los Filocalos*, no se olvidaría seguramente de incluir, en los artículos relativos á impedimentos impedientes para el ingreso en la Sociedad, el haber escrito libro ó artículo en contra del último Diccionario de la Lengua Castellana por la Real Academia Española. Líbreme Dios, pues, que yo procure precaverme, de caer en la *cursilería* de atacar por sistema la obra maestra de tan docta corporación. Sin embargo, dicho sea con todo el respeto debido, el señor académico que redactó el artículo *huevo* ignoraba lo que sabe cualquier casera que cuida de gallinas, cualquier pollero que con ellas comercia. Estas *hembras de las aves*, y supongo que sucederá lo propio con las de los peces ó insectos, no han menester del concurso del macho para poner huevos, más gratos al paladar y mucho menos expuestos á corromperse que los galleados. En el mismo artículo y columna, se reconoce la verdad que encierra mi afirmación, al definir *huevo* HUERO: «El que por no estar fecundado por el macho no produce cría, aunque se eche á la hembra clueca.»

Me parece también, aunque se use, no ciertamente por los que en achaques de corral nos ocupamos, impropio el calificativo de *huero* (6), aplicado al huevo infecundo ó no germinado, que los avicultores llamamos *claro*, porque al bañarlo de luz con el auxilio de las maquinillas llamadas indiscretas, ó simplemente expuesto en la mano á la luz de una rendija, aparece «limpio, puro, desembarazado», sin las venillas ó arañitas que á los tres días de incubación delatan la galladura. HUERO—según la misma Academia—«es vacío, sin sustancia», y el huevo sin fecundar contiene todas—menos una—de las condiciones del germinado.

Sin duda, tratando de eludir las dificultades que ofrece la definición—por lo que respecta á la forma de los huevos—el Diccionario de Autoridades, en vez de servirse del *más ó menos*, prodigado en la edición 12.ª, se limita á decir: «HUEVO: la porción ó cuerpecillo que cría la hembra.» En efecto, sin salir de los de las aves, si los hay esféricos, como el de la lechuza, los de chocha son un tanto cónicos, elípticos los de colimbo, y cilíndricos los de gangas.

Algún otro reparo, de menos cuantía, pudiera añadir á los señalados; pero voy deteniéndome mucho, y no es poco lo que resta por decir.

¿Hubiera estado de más citar en el artículo académico, antes ó después de «aves, reptiles, peces ó insectos», la rotunda afirmación de Harvey: *Omne vivum ex ovo*, todo ser procede de un huevo?

¿Adónde fué á parar la *binza* perfectamente definida en el mismo Diccionario como parte integrante del huevo? ¿Por qué no se relaciona la definición de éste con la palabra *Tártara* en su segundo y tercer significado?

⁂

Hace ya algunos años—¿pará qué contarlos?—fuí testigo de una originalísima y muy empeñada discusión, mantenida de sobremesa en el *Hotel de Londres*—Plaza Nueva, Sevilla—entre D.ª Emilia Pardo Bazán—que no me dejará mentir—y el catedrático de literatura general y española de aquella Universidad D. Prudencio Mudarra.

Versó la polémica sobre si el huevo fué antes que la gallina, ó la gallina antes que el huevo.

De aquella época data mi decidida afición al curiosísimo estudio, rama principal de la ornitología agrícola, que bautizó Mariot-Didieux con el apropiado nombre de *gallinicultura*. Conocía yo, mucho antes de presenciar la polémica mentada, el folleto de E. Gayot, intitulado, si la memoria no me es infiel, *Culture intensive de l'œuf;* pero aquella extraña discusión descubrió nuevos y seductores horizontes á mis aficiones embrionarias, pudiendo asegurar á usted que desde entonces, así como las muchachas sueñan con *vestirse de largo*, ambicioné yo poseer un corral donde hacer experimentos, donde estudiar al natural la vida y milagros del más arrogante de los machos y de la más calumniada de las hembras.

Hace seis años que mi ambición fué colmada; pues si no poseo un corral modelo como el de *Belair*, descrito por E. Gayot en su obra *Poules et Oeufs*, tengo la honra de dirigir el que la Sociedad de *El Gallo de Plata* estableció por aquella fecha á 28 kilómetros de Madrid y á orillas del Jarama.

Algo he leído á propósito de huevos y gallinas (casi todo en francés, porque en esta materia, así como en indumentaria, hace siglos que copiamos servilmente al vecino); no poco practiqué, y mucho de lo leído en obras autorizadas, no pude comprobarlo junto al *ponedero* y las *perchas;* conozco los programas de la *Escuela de Avicultura* que el Gobierno francés subvenciona en *Gambais;* visito á menudo el gallinero del Instituto Agrícola de Alfonso XII, y tengo noticias al pormenor de algunas de las explotaciones de gallinas más notables de España. Por fin, discípulo del establecimiento extranjero, y por cierto aprovechadísimo, es el encargado en nuestros corrales de incubación artificial, y con él sostengo, de palabra y por escrito, constantes relaciones sobre el gallinero.

Estos, amigo estimadísimo, son mis títulos para hablar del huevo; esta la espuela que aguijoneó mis aficiones cuando escribí á Muro y que hoy me empuja á dirigirme á usted tan *latamente*.

¡Qué partido no hubiese usted sacado del asunto de esta carta en el fondo y en la forma!

Ya hemos visto, desde varios aspectos, la importancia que tiene el huevo; aun así, muchos juzgarán el asunto «de poca sustancia y aprecio»; á éstos pudiera recordárseles que el emperador Carlomagno cuidó de las gallinas con mucho esmero, y sobre todo..... ¿no vale más dedicar actividad, inteligencia y dinero á la producción y cebo de huevos frescos y jugosos capones, que á desplumar al mísero contribuyente, como hacen muchos políticos para rellenarse el colchón?

Es preciso, es necesario un libro á propósito del huevo por antonomasia, como considera al de la gallina el Diccionario de autoridades, más completo, más extenso y más práctico que el de Capus (1).

La salud, dijo no sé quién, «es unidad que da valor á todos los ceros de la vida». El huevo tiene gran importancia como medicina (2). Plinio enseñaba muy en serio que contra la mordedura de los reptiles más venenosos el huevo contenía un antídoto eficacísimo; fué considerado en Roma como una especie de panacea universal; Voltaire aconsejaba, como preservativo seguro contra los males del estómago, yemas de huevo desleídas en harina de patata y agua, y, según refiere un historiador de peso, como acometieran en Toledo á la hermosa Isabel de Valois, tercera mujer de Felipe II, unas viruelas malignas, «*le suavizaron el rostro con* SUDORES DE HUEVOS FRESCOS, *cosa muy apropiada al caso para que no quede nada*».

¡Cuánto no darían hoy algunas bellas salmantinas por poseer explicada al pormenor tan curiosa receta!

El hecho es que sirve el huevo para combatir enérgicamente la acción tóxica de varios compuestos químicos, como el bicloruro de mercurio, y que es muy buscado en épocas de cólera.

Por cierto, y va usted á llamarme criticón de diccionarios, que el *Doméstico*, ya citado, sólo contiene una receta casera, en «su aplicación muy agradable y útil en los catarros, ó cuando la persona no puede tragar alimentos más sólidos» (que la líquida medicina) (3), y el de Higiene pública y salubridad, de Tardieu, traducido á nuestra lengua por D. José Sáenz y Criado (4), justificando el segundo extremo del título, no trae precepto alguno de higiene privada.

Es difícil comprender cómo puede conseguirse aquélla sin ésta. Todas las noticias contenidas en el artículo de referencia son, NATURALMENTE, relativas á París. Por otra parte, y es integrante, los preceptos y disposiciones de higiene pública referentes al huevo no pueden ni deben circunscribirse, en mi entender, á una simple enumeración de vulgares recetas para conservarlo. Alguna de las anotadas en la obra de Tardieu-Sáenz está desacreditada ya en el cortijo y en la huevería.

El caudal, el tesoro inapreciable de la salud, se administra ó se derrocha en la oficina del estómago.

A usted, que tan notablemente ha escrito de *re culinaria*, ¿vendré á recordar yo la inmensa importancia del huevo en la cocina, hasta el punto de que cuesta trabajo concebir ésta sin aquél, y sus naturales consecuencias?

Quinientas cuarenta y tres maneras de aderezar los huevos contó Grimod de la Reynière; pero aunque sólo se pudieran comer pasados por agua—exceptuando á la leche—¿qué otro alimento más barato, más sano, más común, de digestión más fácil..... diga lo que quiera el célebre hidrópata Kneip?

Hay alimentos aristocráticos y plebeyos: el jamón de Trevélez y la cebolla cruda; pero el huevo, como el pan, es de los pocos que tiene el privilegio de figurar con mucha honra lo mismo en la mesa del rey que en la del jornalero. Es manjar apropiado á todas las edades: el infante se estremece de felicidad á la vista del huevo que le preparan, y el anciano sonríe melancólicamente.

El papa Clemente XIV, temiendo ser envenenado en los últimos días de su vida, no comía más que huevos duros que él mismo cocía.

No es menos grande la importancia del huevo como condimento, y en relación con la confitería y pastelería.

Nicolardot, en su precioso libro *Histoire de la table*—tomándolo de *L'Univers Pittoresque*—enumera los componentes de un pastel monstruo, con el que Augusto II de Polonia, después de unas maniobras entre Varsovia y el castillo de Wallanaw, obsequió á sus tropas. Se emplearon en aquel plato 4.800 huevos.

Decía—ó cuentan que dijo—el maestro Rossini, que para cantar no se necesitaba más que voz, y para aclararla no hay como sorber un huevo fresco crudo.

Falto de aquella necesaria condición, este artículo de primera necesidad es tostada sin pan ni manteca.

Si se llegase á escribir el libro que yo proponía á D. Angel Muro, el capítulo dedicado á las industrias caseras é ingeniosos aparatos para conocer, *á primera vista*, si el huevo está fresco ó no, sería sumamente interesante. Hay que advertir que á los polleros que alardean de conocerlo en seguida con sólo encañutar la diestra y cerrar el ojo izquierdo, les acontece á menudo lo que al ciego que en el puente de Londres, con oirlos pisar, *decía* el color del pelo de los caballos que pasaban. El infeliz daba tres en el clavo y veinte en la herradura.

No menos curiosa sería la descripción de las lámparas llamadas generalmente *indiscretas* por los franceses, que sirven durante la incubación para averiguar si los huevos tienen ó no galladura.

Desde el horno de los egipcios, súbditos de Ramsés II, hasta la ingeniosísima y al parecer casi perfecta incubadora *Eureka*, de J. L. Campbell, que cautivó la atención de los inteligentes en la «Feria del Mundo», Chicago; la historia del desarrollo de la incubación artificial es prueba firme de que el arte puede habérselas con la naturaleza para producir. No hay gallina comparable con una buena incubadora, por lo que hace á proporciones en la exclusión de los huevos.

Lo que no se ha inventado aún, y dudo que se invente, son MADRES ARTIFICIALES capaces de reemplazar á las verdaderas. La máquina puede proporcionar al huevo, como en efecto le presta, el calor que recibiría debajo de las alas de la gallina, imitar el sudorcillo, las plumas de la pechuga que abrigan al recién nacido: puede que en un día no lejano se invente también un aparato que remede con toda perfección el dulce cocleo de la madre (un fonógrafo aplicado á *la artificial*)..... lo que no podrá jamás la máquina más maravillosa es repartir cariño entre los pobres huerfanillos que se crían como incluseros.

Créame usted, amigo mío, el día en que las *madres artificiales* tuviesen aquel requisito, se habría realizado el sueño del magnánimo Enrique IV de Francia en todo el mundo; hasta el jornalero comería pollo asado todos los domingos (1), tomando así parte en la revolución más grande de todas las presenciadas por la pobre humanidad, tras la conquista siempre del empedernido garbanzo.

Que digan las madres verdaderas las virtudes que tiene la *albúmina de huevo* como medicina infantil; que el fabricante de tejidos de algodón, el de curtidos, que emplea la yema del huevo para la preparación de las finísimas pieles que usa el guantero, se encargarán de corear las alabanzas que canten aquéllas.

Los cascarones machucados y hervidos con cal viva, colada la mezcla por una manga, vuelta al mortero, clarificada y pulverizada al fin con maja de pórfido, forman una pasta finísima, que, secada al sol, se emplea mucho en la pintura al fresco.

Esas aristocráticas boquillas de fumar que se pagan tan caras, y que llevan siempre, sean ó no auténticas, la acreditada firma de *Sommer*, son, en su mayoría de *espuma de corral*..... de pasta de cascarones.

Por último, tampoco es despreciable el aceite que se extrae de las yemas.

Para hacerse cargo de todo ello es preciso estudiar antes con detenimiento la curiosa organización del huevo, por la que se llega á explicar satisfactoriamente el resultado negativo que ofrece la incubación artificial, cuando el calor se comunica á los huevos por abajo y no en la forma que lo transmite la gallina.

Es por todo extremo interesante el análisis químico de Mr. Vauquelin, y la receta de Mr. Chevreul para extraer el aceite antes mencionado.

La vida del gallinero ofrece los goces más puros, y es campo de observación fecundísimo.

¿Cuántas curiosidades no podría yo referir á usted, por ejemplo, á propósito de huevos deformes, y de otras sustancias que con ellos suele confundir la ignorancia del campesino?

¿Quién no tiene noticia de la arraigada superstición que jura y perjura haber visto poner huevos á los gallos? Como la ignorancia fué en todo tiempo madrastra de la justicia, muchos de aquellos infelices animalitos pagaron, y pagarán caro, el exceso de *poner*.

Hasta para recoger el huevo en los ponederos se dictaron

(1) *Examen critico*, etc., I, págs. 112-171.

(2) *Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano*. Barcelona, Montaner y Simón, 1892.

(3) Clairac y Saenz (D. Pelayo), *Diccionario General de Arquitectura é Ingeniería*. Madrid, 1877-88.

(4) *Dictionaire raisonné de l'Architecture française du XI au XVI siècle*. Paris.

(5) *Vocabulario de términos de arte*, escrito en francés por..... traducido por..... 1888.

(6) Se les llamó *Urinum. ovum irritum* (ineficaz ó huero).

(1) Bibliotheque des Merveilles. *L'Oeuf chez les plantes et les animaux*, par Gillaume.—Illustré 143 gravs. Paris, 1885.

(2) Por algo los antiguos, cuando salían de una enfermedad, sacrificaban un gallo á Esculapio.

(3) Es muy de sentir que haya suprimido la receta para remendar con toda pulcritud los desgarrones, llamados vulgarmente *sietes*, en cuya receta es principal elemento la clara del huevo.

(4) Madrid.—Rubiños.

(1) Cosa que el Rey Católico no podía costear á menudo, como usted sabe.

muchas y sabias reglas, como son también innumerables los modelos y artefactos inventados para servir de nidales.

No digamos del capítulo respectivo á la conservación de los huevos, á las prácticas y baratísimas recetas para guardarlos en los meses de mucha postura, y poderlos vender luego *fresquísimos* en la época en que las gallinas, como en Octubre, producen poquísimo por la *muda* y por otras causas.

Por lo que hace á los recursos que proponen los *doctores* para aumentar, adelantar ó retrasar la postura, sobre ser muy caros, ofrecen dudosímo éxito.

¡Con cuánto gusto daría á usted en esta carta, ya pesadísima, una vista de la *chambre à œufs* del magnífico establecimiento de Belair!

Los ingleses, que forman una Compañía, cuya razón social es: *Ocifer-Paten, Spring Paking C.º y Litd London et Glasgow*, para explotar la venta de ingeniosísimos cajones de transportes de huevos; los ingleses, repito, que han llegado, á costa de grande estudio y de innumerables sacrificios, á conseguir la magnífica raza Dorking, aclimatada en España admirablemente, se preocupan mucho del mejoramiento del gallinero, y todos los días la prensa excita al Gobierno para que proteja las múltiples industrias que se relacionan con el corral, librando al país de pagar á Francia, más productora en huevos y gallinas, muchos millones anualmente.

Si no miente una estadística de la vecina República, en 1890, los 45 millones de gallinas existentes en el país, produjeron en huevos 183 millones de francos.

¿Estaría de más formar aquí una estadística de gallinas? Tengo para mí—y no sería usted, Doctor querido—que en el reciente disgusto que tuvimos con los rifeños, los huevos y las gallinas debieron jugar un papel importantísimo.

Nuestro benemérito Ayuntamiento, habida consideración al gran consumo en huevos que se hace en Madrid (1), trata de imitar al emperador bizantino Juan Ducas, disponiendo que los *derechos de puertas* del artículo en que me ocupo se cobren ahora con relación al peso en bruto del continente y contenido.

No es imposible que algún *municipal*, chico ó grande, imitando á mi constantinopolitano tocayo, regale á su Irene brillantes ó perlas con el producto de las filtraciones de semejante arbitrio, cobrado en forma tan..... bizantina. Por lo demás, me parecería sumamente lógico y favorable á recoveros y consumidores, que huevos, pollos y gallinas se vendiesen al peso, sobre todo los primeros, más graves cuanto más frescos y más nutritivos, en general, los de las razas corpulentas (Lang-Shan, Cochinchina y Brahma-Pootra), que los ponen pequeños.

Tiempo es ya, amigo mío, de dar punto á esta carta-tortilla, no olvidando que,

Según Voltaire, Navarrete,
Carpio y algún otro autor (2),
Resulta una gran patraña
Lo del «huevo de Colón»,

y no sé si el de Juanclo, puesto, al parecer, por gallina de la misma raza.

Quede usted con Dios, mi excelente admirado amigo y señor, y Él le conceda salud, con muchos «huevos moscateles» (3), y no permita que, por arreciar tanto el calor, que aquí nos fríe, en esa Huerta de Cigarra, se vea usted precisado á dar hielo á sus gallinas para que no pongan los huevos cocidos, como contaba un viajero que acontece en el Ecuador.

De usted devotísimo que le besa la mano,

El Conde de las Navas.

LAS MEDIAS NEGRAS.

Y cuando el rey D. Fernando VII asistía al teatro, andaban actores, músicos, tramoyistas, apuntes y alumbrantes muy listos, para no disgustar á Su Majestad.

Había resuelto ir al Príncipe aquella noche, y así lo avisó á la dirección competente.

Representaban *La Huérfana de Bruselas, ó El Abate L'Epée y el asesino*, obra interesantísima.

El Rey era hombre exacto, y á la hora indicada para empezar la función, entraba en su palco.

Dió su venia, y principió la orquesta como á recordar, aunque imperfectamente, *La Mutta di Portici*.

—¡Buena orquesta!—exclamó Fernando con oportunidad en el momento en que cada instrumento iba por su lado.

—¡Magnífica!—afirmó el Ministro que le acompañaba.

—¿Eso que tocan es *potpourrit* de aires nacionales?

—Sí, señor, de aires nacionales.

Terminada la sinfonía, se oyó el sonido de la campanilla tradicional con que se avisaba á los tramoyistas para levantar el telón.

Pero no obedecieron.

(1) Sólo la casa del Sr. Duque de Abrantes, padre del actual, gastaba diariamente 150 de los llamados *de corral*, pagándolos todo el año á 1,50 pesetas docena.

(2) Harrisse (Enrique) y Lollis (César de).

(3) Véase *Carta de un vecino de Fuencarral á un abogado de Madrid, sobre el libre comercio de los huevos.—Biblioteca de Autores Españoles*, de Rivadeneyra, t. LIX, 277 y LXII, 214.

Se oyó una voz estentórea en el escenario, que decía:

—¡Quietos, que falta Rubio!

Rubio era el actor encargado del papel de *Abate*.

Transcurrieron algunos minutos y el telón no se levantaba.

El Rey, distraído durante algún rato inspeccionando las mujeres que había en la sala, no paró mientes en la tardanza.

—¿En qué está eso del nombramiento de Antonio Ruiz para la Escuela de tauromaquia de Sevilla?

—Pues en cuanto V. M. lo disponga.

—En seguida, hombre; ya dije que en seguida. Antonio es un hombre de bien, y ha sufrido mucho por su lealtad para mí, y á más lo necesita.

—Está bien, señor.

Y el melodrama no empezaba.

La orquesta volvió á lidiar otra pieza italiana; pero traducida al madrileño.

—¡Qué tardanza!—exclamó, por fin, el Rey.—A ver, baja, y que empiecen inmediatamente.

El público que llenaba la sala, no se atrevía á protestar de la tardanza, por respetos á S. M.

⁂

Lo que había ocurrido en el vestuario pudo ser una tragedia verdad, aunque burlesca.

Entre gentes de teatro son, y eran mucho más en aquellos tiempos, corrientes las bromas, pesadas ó no, según el carácter del bromista.

«Gentes de mal vivir y buen humor», como les denominaba un escritor de aquella época, no habían llegado á la corrección y buenas formas y cultura que hoy poseen algunos de nuestros actores; no todos, á Dios gracias.

Digo que á Dios gracias, por los primeros.

En los vestuarios de los teatros siempre dominaba la alegría.

Sospechaba uno de los cómicos que formaba en la compañía del Príncipe, en clase de segundo actor, que Rubio había sido el autor de una burla pesada que le jugaran días anteriores.

Para tomar el desquite llegó al teatro á primera hora y esperó á que el criado de Rubio llegara con la «canasta», donde llevaba el traje de su amo.

Entró tras él, le ofreció un cigarrillo en cuanto encendió las dos velas de sebo, que entonces eran la única iluminación que costeaban las empresas á los actores, y esperó á que el muchacho abriera la «canasta» y fuera preparando la ropa.

En un descuido del mozo, tomó un par de medias de seda negra que habían de servir á Rubio, y disimuladamente salió como para ir á su cuarto, para vestirse también, puesto que también «trabajaba en *La Huérfana*», hablando en jerga teatral.

Empapó en agua las medias y después las anudó con fuerza.

En seguida volvió al cuarto de Rubio, pretextando que iba á encender una vela, y en un rincón tiró las medias.

Cuando llegó la víctima y empezó á vestirse de *Abate L'Epée*, pidió las medias al criado.

Este juraba y perjuraba que las había llevado.

Pero el tiempo pasaba y el Rey se impacientaba ya.

El mozo dió con las medias; pero ¡en qué estado!

¿Quién las desanudaba?

Y al conseguirlo las despedazaban.

—¿Quién ha entrado aquí?—preguntaba loco de ira el *Abate*.

—¡Señor!

—Hoy te mato, canalla. ¡Y estando el Rey en el teatro!

—Vamos, por Dios, Sr. Rubio, que Su Majestad está furioso.

—¿Qué ocurre?—preguntó, entrando como azorado el de la burla.

—¿Qué ha de ocurrir? ¡Ah!—rugía Rubio, que era hombre de carácter violento—si yo supiera quién me ha jugado esta.....

—Hay un medio de arreglarlo—observó el criminal;—sosiégate, hombre.

—¿Te burlas?

—No; pintándote las piernas con un corcho quemado.

Rubio apenas podía contener la ira.

—O sal con medias azules—continuó el traidor;—yo te prestaré un par.

Rubio hubo de resignarse.

El infame se tomó la molestia de teñir las piernas á Rubio, que vacilaba.

—¿Se conocerá?—preguntaba el *Abate à demi culoté*.

—Cá, hombre, ¿no ves que hay poca luz?

Rubio salió á escena cuando le llamaron, y empezó á decir su papel convulso, tembloroso.

Las medias palidecían por momentos.

⁂

Cuando el Rey lo supo, que nunca faltan buenas almas que se encarguen de divulgar desdichas y faltas ajenas, celebró mucho la gracia.

Y al terminar la representación, llamó á Rubio.

—Bien, has estado muy bien, Rubio—le dijo.

—Gracias, señor—tartamudeó el pobre actor.

—Hombre—añadió el Rey—voy á darte un consejo.

—¿Cuál, señor?

—Que para otra vez te afeites las medias.

Eduardo de Palacio.

EL PRIMER PASO.

FÁBULA.

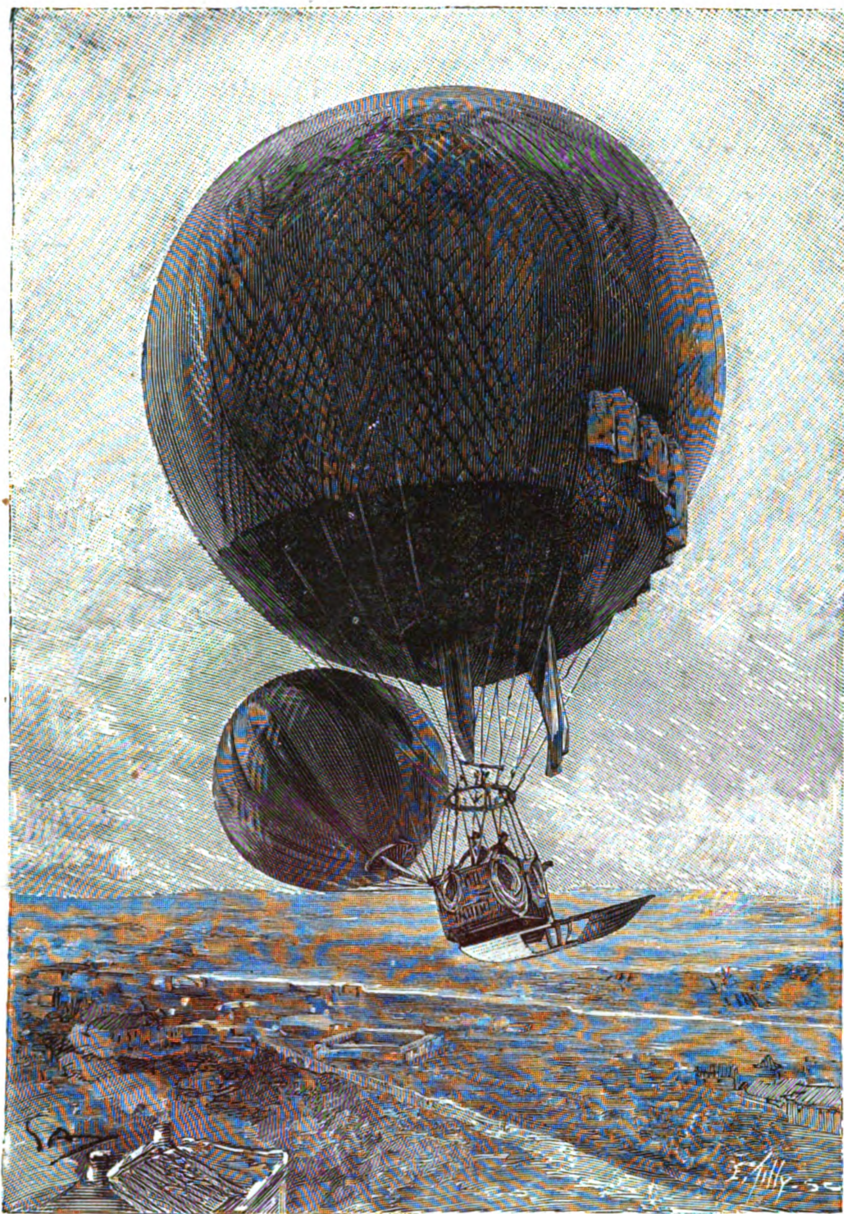
I.

Á la orilla de la playa
Que besan del mar las ondas,
Donde en espuma deshechas
Se ven las más orgullosas,
Y al fondo del mar se vuelven
Perdida su fuerza toda,
Porque al llegar á la orilla
Apenas su arena mojan,
Todo su furor desmaya
Y allí su impotencia lloran;
Dos niños sin experiencia,
Nacidos en pobre choza,
Juegan con una barquilla
Que, atada á una cuerda, flota
Mecida por el continuo
Movimiento de las olas.
Los niños al ver su barca
Ríen y saltan y gozan,
Y son los dos muy dichosos
Viéndola mecerse airosa.
De pronto la barca se hunde,
Y algunas olas furiosas,
Rompiendo en bullente espuma,
Rodear á los niños logran.
Huyen éstos asustados,
Y cuando la vista tornan
Buscando la débil barca,
Encuentran la cuerda rota,
Y la barca, mar adentro,
Que, juguete de las ondas,
Si una á la playa la acerca,
Otra más lejos la arroja.
—¿Qué haremos?—dicen los niños—
Va á estrellarse en esa roca.
—Yo entro á buscarla, ¿me sigues?
—No me atrevo; ¿y si te ahogas?
—No tengas miedo, las aguas
La acercarán..... ven..... ahora.
Y aquellos niños, ansiosos
De poder salvar su obra,
Entran en el mar..... y el barco
Cada vez más lejos flota.
Mas no se paran, desean
Recobrarlo á toda costa;
Las aguas de vez en cuando
La distancia les acortan,
Y por lograr el vehemente
Deseo que les acosa,
Mar adentro tras la barca
Van nadando sin zozobra,
Porque al que da el primer paso
Nada detenerle logra.
....
Ya el agua cubre sus hombros;
Más lejos la barca asoma;
Quieren volver y no pueden;
Lanzan voces angustiosas,
Y se pierden sus gemidos,
Como la barca, en las ondas.

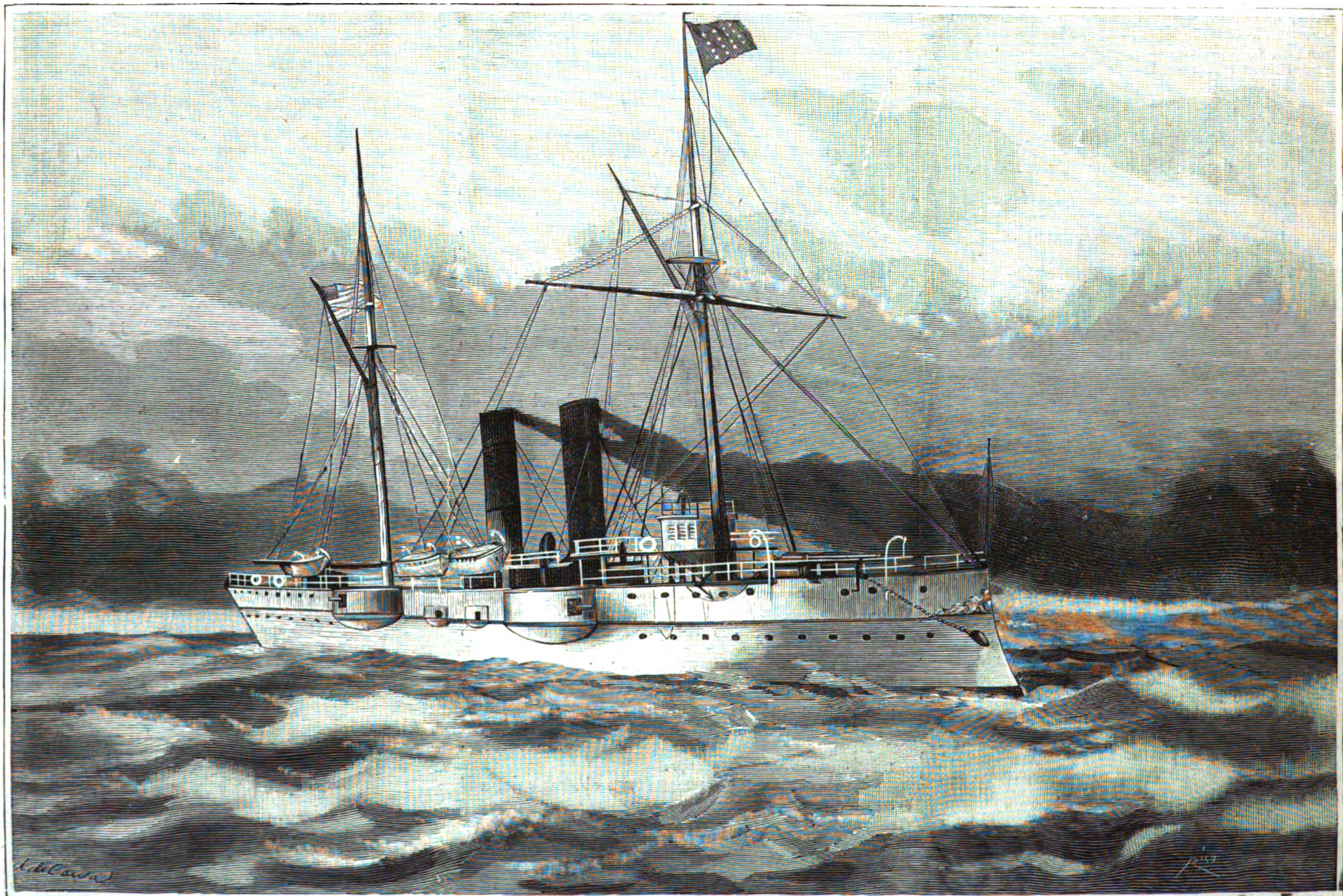
II.

También en la vida hay mares
De bellas, brillantes olas:
Si en esos mares un día
El hombre su planta posa,
Mar adentro va arrastrado
Tras los placeres que ignora,
Y que esos mares le ofrecen
Cada día, á todas horas;
La virtud está en la orilla,
Y contra esa playa chocan
Las ondas más halagüeñas
Y las más fascinadoras,
Porque al llegar á esa playa,
Apenas su arena mojan,
Las ondas del vicio mueren
Cuando su impotencia tocan.
..... Pero el que da *el primer paso*,
Y esas playas abandona,
Tarde será cuando quiera
Lanzar voces angustiosas;
Que en el mar de los placeres,
Siguiendo su marcha loca,
Se perderán sus gemidos
Como la barca en las ondas.

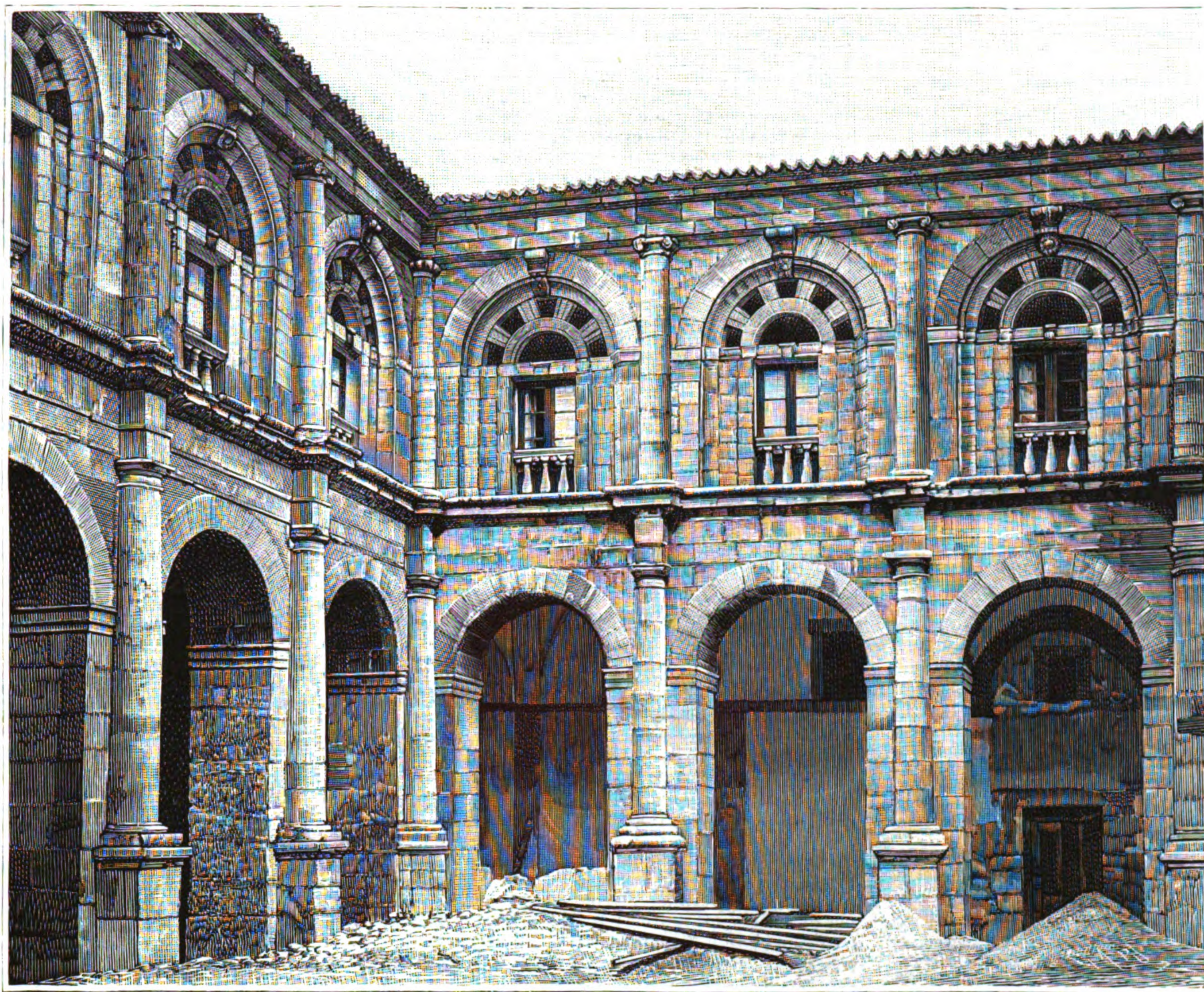
Ricardo Sepúlveda.



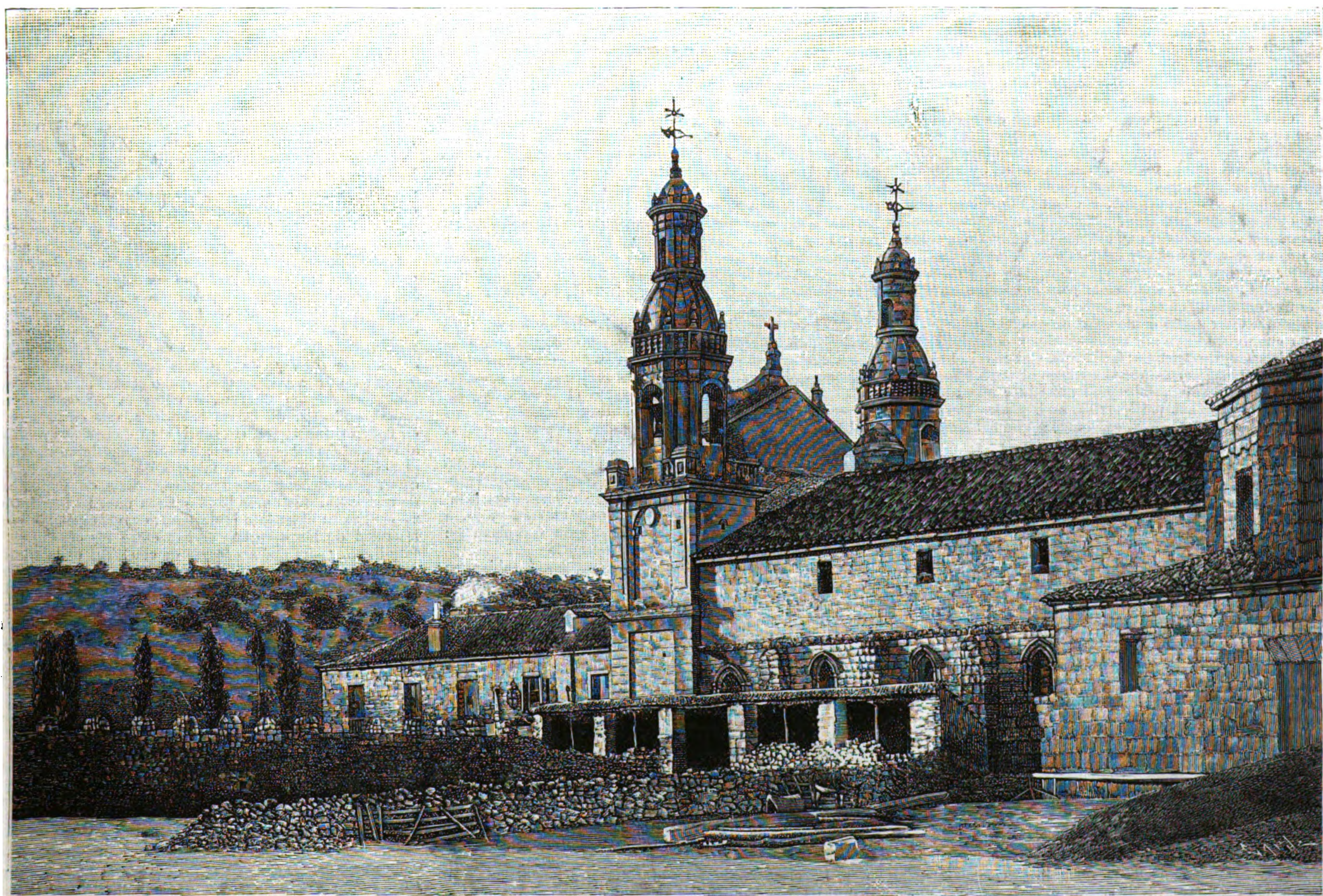
PROGRESOS DE LA AEROSTACIÓN.—VIAJE EN GLOBO
AL TRAVÉS DE FRANCIA.



EL CRUCERO NORTEAMERICANO «DETROIT» RECIENTEMENTE LLEGADO Á CÁDIZ CONDUCIENDO ALGUNOS DOCUMENTOS
REFERENTES AL DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO MUNDO.



PATIO PRINCIPAL DEL EDIFICIO.



VISTA EXTERIOR DEL MONASTERIO, HOY ASILO Y ESCUELA DE PERITOS Y CAPATACES AGRÍCOLAS.

(De fotografías.)

CANTARES.

I.

Déjame que duerma y sueñe,
Pues aunque padezca igual,
Soñaré con la esperanza
De poderme despertar.

II.

Estuvimos en la iglesia,
Cerca, muy cerca, ella y yo,
¡Y rezamos sin mirarnos!
¡Eso sí que es devoción!

III.

Madrecita, ¡cuántas penas
Van cayendo sobre mí!
¡Cuando soy más desgraciado
Me tienen por más feliz!

IV.

Di suelta á mis pensamientos,
Y al reunirlos con los tuyos,
De mí mismo tuve miedo.

V.

¡Si al morir has de besarme,
De limosna compraré
El puñal con que me mates!

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR.

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

El femenismo: el traje racional; las andróginas; la moda futura.—Pretensiones de la mujer moderna; las oradoras en Inglaterra; las principales cuestiones; los *meetings;* los prospecto-programas; la esfera de la mujer; el proletariado femenino; novelas y novelistas del femenismo.

HACE muchos, muchos años, aprendieron nuestros padres á repetir unas palabras que antes no se usaban en la lengua castellana, porque era desconocido, ó poco menos, el concepto que designaban. Estas palabras eran «socialismo» é «individualismo». Después aprendimos nosotros á decir «nihilismo»; más tarde nos hicieron apechugar con la de «anarquismo», y ahora vamos á ir acostumbrándonos á la de «femenismo». Viene envuelto y consagrado en ella el concepto de una nueva plaga. Lo que los socialistas quieren ya lo vemos; lo que hacen los anarquistas ya lo presenciamos y deploramos; lo que las «femenistas» practicarán, si lo practican, terrible cosa ha de ser, porque su programa deja muy atrás, en materia de disolución social y de rebullicio y desconcierto, á cuanto nihilistas, anarquistas y socialistas han soñado. En efecto, por muy revolucionarios y demoledores que éstos sean, no hay uno entre ellos que en su casa, ó al pie del patíbulo, no tenga amor á su mujer y á sus hijos, y no viva con ellos ó á ellos se abrace en los momentos supremos; pero la «femenista», la mujer modernísima, no quiere nada á medias con el hombre, aspira á vivir suelta como ideal de su emancipación, y raja y rompe y destruye por medio la única colectividad ó entidad hasta aquí respetada: la familia. Quiere ser el único animal de la creación que no viva sujeto al yugo á que todos los animales se sujetan; y al pretender que todo se ponga en el mundo así, patas arriba, no hay para qué decir que no le importa un bledo el espectáculo que habíamos de presenciar.

El «femenismo», como concepción de la mujer, como obra de la hermosura, se impone con toda clase de encantos; y en vez de repeler como repelen las doctrinas y procedimientos anarquistas, seduce, vence, y es por lo mismo peligrosísimo en grado imponderable. Ya empieza á aparecer por ahí, seductor, incitante, hermoso, aun en países como el nuestro, pacífico y bonachón de suyo, poco dado por fortuna á embarcarse en las exageradas escuelas de la revolución social. ¿Quién no ha visto y quién no ve sus apariciones sintomáticas, sus nuncios precursores? Pero ¿dónde? dirá el lector.

¿No habéis visto avanzar por el paseo, en las calles y en las alamedas, á las niñas de quince á treinta y cinco años, elegantemente ataviadas con sombrero de hombre, pelo recogido ó corto, á lo hombre, cuello y corbata de hombre, pechera (la de la tela) de hombre, chaleco de hombre y chaqueta de hombre? Pues ese es el *traje racional* de las femenistas, el que usa y ha impuesto la primera oradora de la secta en Inglaterra, la celebérrima Mrs. Massingberd, el que llevan las propagandistas Mrs. Wynnford Philipps, M. Antonieta Sterling, Olivia Schreiner, Sarah Grand, Arabella Kenealy, Annie Holdsworth, George Egerton, Mannigton Caffyn y otras especies de *andróginas* ilustres del día. Ese es el traje que inconscientemente difunde la moda por los pueblos civilizados, que las señoritas y señoras aceptan con placer, porque es muy elegante y viste muy bien, y porque no se pueden figurar que sea, como es, el uniforme típico de las revolucionarias. Es verdad que las femenistas inglesas y norteamericanas usan, además de todo lo dicho, la falda estrecha, muy plegada al cuerpo, lisa, obscura, sin perifollos ni embelecos artísticos, una especie de funda prosaica como la de las brujas, y que gastan también zapatos ó botines de llanta ancha, sin tacón y sin lustre, cuyos complementos no se han aceptado en totalidad por aquí; pero no puede negarse que la metamorfosis ha empezado y que concluirá, seguramente. No se han atrevido las andróginas británicas á prescindir de la falda y á usar el pantalón, esperando sin duda á que impongan poco á poco esta prenda las ciclistas, las cazadoras, las profesoras y alumnas de gimnástica y las excursionistas. Ni semejantes complementos han adquirido carta de naturaleza entre nosotros, ni las ideas del femenismo penetrarán en el corazón ni en la inteligencia de nuestras damas. La disolución social á domicilio está lejos, muy lejos, porque las viejas tradiciones castellanas, cada día más respetadas en todo hogar dondo hay señoras y caballeros, en el riguroso sentido de la palabra, hacen á la familia indisoluble; y porque el problema de convertir á las mujeres en hombres es insoluble para nuestro íntegro carácter y para nuestra peculiar civilización. La moda hará aparecer en público á nuestras bellezas con el atavío semimasculino, pero no en prueba de adhesión á la propaganda «femenisna». No serán jamás andróginas ni de mentirijillas, pero se horrorizarán siempre al saber lo que pretenden las andróginas de verdad. La verdadera etimología de andrógina es esta: marimacho. Se trata de la aparición de un tercer sexo.

⁂

¿Qué pretenden? La excusa para su emancipación es política y, relativamente, muy antigua. Ya he hablado varias veces de ella en estas *Crónicas*: aspiran á que se les otorgue el derecho del sufragio electoral. Luchando para la representación de la Diputación provincial en Londres, lograron desde 1888 ser elegidas Miss Cons, Miss Cobden y Lady Sandhurst, á pesar de las protestas y de los trabajos de sus contrincantes los candidatos masculinos. Hoy también pelean por tener voto, y la elocuente Mrs. Massingberd predica en este terreno en favor de su sexo, víctima de la injusticia de las leyes y del egoísmo de los hombres, secundada en los clubs femeninos por otra oradora insigne, Mrs. Wynnford. Quieren el sufragio, dicen, para que, por ejemplo, se nombren inspectoras, en lugar de inspectores, para el trabajo de las mujeres en las fábricas y talleres. Reclaman *la igualdad de los dos sexos ante la moral.* El hombre no sólo debe ser igualmente fiel á la mujer, durante el matrimonio, que ésta á él, sino antes del matrimonio, siendo tan reprensibles é inadmisibles las faltas del hombre soltero como las de la mujer soltera. No hay para qué dispensar al uno lo que no se permite á la otra. Otra cuestión gravísima: el ideal conyugal tradicional consiste en que marido y mujer sean una sola entidad ante la ley y en la vida. La pareja matrimonial hasta aquí es igual á uno. Pues bien; las femenistas quieren que dos no sean uno, sino dos. La mujer debe tener, como el hombre, su independencia y su personalidad; preciso es que no continúe siendo una muñeca, una especie de ente doble del marido. Los matrimonios no deben representar unidades de intereses, de sentimientos y de situación, sino dualidades. Independencia y libertad absolutas entre los dos componentes del matrimonio; es decir, todo lo contrario de lo que hasta aquí hemos entendido por matrimonio.

Otra cuestión: la mujer y los negocios. Las mujeres en general, dicen las propagandistas, no entienden una palabra de negocios, no saben lo que es una peseta, ni un título del 4 por 100, ni qué significa el interés, ni dónde ni cómo puede colocarse el dinero para que produzca algo. Desconocen también lo que es el comercio y cómo se multiplican las ganancias. Todo esto está reservado á los hombres, los cuales las explotan miserablemente, valiéndose de su ignorancia supina. Hay que crear la mujer negociante y comerciante. Hay que anular á los pícaros de los hombres. Es preciso predicar y sostener la guerra entre ambos sexos. A la igualdad ante la ley y ante la moral, hay que añadir la igualdad intelectual.

Todo esto se sostiene hoy en Inglaterra en los *meetings* privados, en los clubs femeninos de mil distintos nombres; pero sobre todo se propala y predica en los grandes *meetings* públicos, donde hablan muchísimas mujeres. Seis semanas se celebraron en Londres, durante el último mes de Agosto, según consta en el boletín de la *Central National Society for women's suffrage.* En todos ellos la base de la propaganda es esta: redimir á las mujeres siervas del hombre y sacudir el yugo. Medios que se proponen: el derecho al sufragio universal; el derecho al divorcio total; la enseñanza del negocio general, y la educación masculina integral. Al enterarse de estas pretensiones un cura viejo, á quien se las indicaba yo ayer, decía para completarlas: «¡Y unas raciones de vara de acebo natural!»

Los discursos de los *meetings*, aplaudidos á rabiar, se pierden en el aire; pero, para que algo quede, se reparten entre los concurrentes multitud de prospectos-programas con el resumen del credo femenista. En ellos se insiste mucho acerca de la *esfera de la mujer*, cuyo sólido social por nadie se ha definido, admitiéndose sólo que no hay esferas distintas para los dos sexos, y que la de las hembras ha sido muy restringida por leyes injustas y agresivas, so pretexto de incapacidad natural. La esfera de la mujer no tiene otros límites que los de su capacidad, y debe trabajar por la supresión absoluta de toda limitación ó barrera artificial alzada por la ley, el uso ó el prejuicio, y para llegar á ser tan libre como el hombre en el dominio de su actividad.

Dios, dicen las oradoras, no puede ser el enemigo de las mujeres, y no ha podido ordenar nunca que los hombres sean sus dueños y señores y que deban ser esclavas de ellos. La mujer debe decir al marido que esta servidumbre es insufrible. La hermana debe decir al hermano que los dos son iguales. La hija debe decir á su padre que no hay razón para que trate de colocarla y prescindir de ella de cualquier modo, y la madre debe decir á su hijo que su hermana no es inferior á á él en nada. Que esto agrade ó no á los hombres poco importa, ya que es un hecho la propaganda de tales principios en todo el mundo para la emancipación de la mujer.

A los *meetings* hay que añadir la campaña que sostienen los periódicos especiales, como *The Woman's Signal* y otros, en los que se da detallada cuenta de todos los sucesos, y en los que se reproducen las ideas más extravagantes acerca de la emancipación. Muchos hombres ayudan á esta tarea, sin duda alguna para explotar el movimiento. Un pensador, ó cosa semejante, decía en el Congreso de mujeres de Chicago: «Este movimiento ó agitación femenista es el hecho más trascendental de nuestro siglo y el que más miedo mete á los reaccionarios. Insensiblemente, y sin que nadie lo esperara, aparece la mujer en el mundo masculino, como una especie de creación nueva, para reclamar su parte correspondiente en las luchas, en las responsabilidades y en las glorias de la sociedad, en la cual no ha sido hasta ahora más que un cero. Y que es digna de la libertad que pide, lo demuestran las dificultades que va venciendo y las simpatías y derechos que va conquistando.» El noruego Ibsen ha dicho: «La revolución social, que es inminente en Europa, se refiere sólo á los trabajadores y á las mujeres, los dos únicos grandes problemas de nuestra vida moderna. Obreros y mujeres deben crear una verdadera masonería de clase y de sexo.»

Esta revolución femenina existe de hecho, sostenida en los Estados Unidos, por ejemplo, por las mujeres que á sí mismas se llaman «*hombres de ley*», que se empeñan en demostrar que ya es un hecho lo que Stuart Mill anunció, esto es, que «ha sonado la hora de la mujer». En la Australia, en Nueva Zelanda, las mujeres votan y van al Parlamento; en Europa, desde los tiempos de Jorge Sand hormiguea en ellas el gusanillo de la emancipación; en Rusia la propaganda fué grande, y hubiera logrado positivos triunfos á no haberse confundido con el nihilismo. En Noruega predica Ibsen todos los días las ideas más extremas, hablando mucho á las mujeres de sus derechos y poco de sus deberes; y en Francia, sin grandes propagandas, sin barullo, sin aspiraciones al sufragio y sin *meetings* escandalosos, la emancipación de las faldas se realiza de hecho en las costumbres de los grandes centros sobre todo. No hay, sin embargo, terreno más apropiado para esta revolución que Inglaterra. Allí la condición de la mujer es muy miserable, porque hay un millón de mujeres más que de hombres. Sobran, y lo que sobra daña, contra lo que generalmente se dice. Es imposible describir los sufrimientos que siente ese horrible *superávit* humano en el pueblo inglés. El proletariado intelectual y material de las mujeres de la clase media es allí una institución necesitada, revolucionaria, invencible, y no tiene nada de particular que sostenga estas campañas. La Biblia, tan respetada allí en las familias, no se respeta ya. San Pablo dijo: «El hombre es el señor de la mujer. El hombre no ha sido creado para la mujer, sino la mujer para el hombre. Vivid sujetas á vuestros maridos.» Pues bien, según Mrs. Fawatt, y según las femenistas, San Pablo ya no rige: todo eso ha pasado á la historia. «Las mujeres, dice Miss Olivia Schreiner, han sido condenadas por la sociedad á que sólo se desenvuelva una parte de su naturaleza, mientras que exige que el desenvolvimiento del hombre sea completo. Un hombre es un hombre, y en cambio una mujer no es más que una función.» «Preciso es destruir, añade otra, el monopolio intelectual del hombre. Las mujeres deben educarse é instruirse lo mismo que los hombres.» Un millón de mujeres más que de hombres dará á ellas la representación y el predominio en Inglaterra. ¡Pobre Inglaterra!

Lo más curioso de la propaganda femenista no está en los clubs, ni en los *meetings*, ni en las hojas circulares, sino en las novelas que las propagandistas escriben. Todas estas obras glosan el mismo tema, el matrimonio; pero no desde el punto de vista tan socorrido y tan manoseado en los libros y en el teatro, desde el punto de vista del adulterio, sino con relación á otros mucho más inmundos, que es todo lo que hay que decir. Que sea libre, absolutamente libre la mujer, y que se someta y se sacrifique el hombre: este es el ideal. Es imposible leer novelas como los *Gemelos celestes (The Heavenly Twins)*, de Sarah Grand; como *La mujer ligera (A superfluous Woman)*; como *El doctor Janet de la calle Harley*, de Arabella Kenealy; como *Joanna Traill*, de Miss Holdsworth; como el *A Yellow Aster*, de Mrs. Mannington Caffyn, ó como la *Historia de una granja africana*, de Olivia Schreiner, que están hoy tan en boga en Inglaterra, sin sentir algo de positiva repulsión al ver que las mujeres literatas andróginas dejan muy atrás al naturalismo francés en materia de obscenidades, delicada, pero sinceramente expuestas. Nada de yugo, nada de matrimonio; la unión libre y nada más. El matrimonio, tal cual se ha entendido hasta aquí, es incompatible con la igualdad de los derechos civiles entre los cónyuges. La familia..... ¿para qué acordarse de ella? Tal es la filosofía del femenismo: una filosofía que empieza en el sombrero y en la chaqueta del hombre, y que acaba en las costumbres caninas. ¿No es esto peor que el anarquismo y el socialismo? Indudablemente; pero no nos asustemos; esa filosofía, como cosas de mujeres, durará lo que duran la moda y el amor, una temporada muy pequeña.

R. BECERRO DE BENGOA.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Rimas. Obras poéticas de Leonidas Pallares y Arteta.

Muéstrase este poeta peruano sentimental é inspirado, sin caer en el feo vicio del modernismo francés. Lleva el tomo que hemos recibido un breve y bien escrito prólogo de don D. Ricardo Palma.

Almanaque parisiense para 1895. Hemos recibido un ejemplar de este Almanaque, que contiene cuentos y caricaturas muy graciosas.

Nueva Geografía Universal. La tierra y los hombres, por Eliseo Reclus.

Hemos recibido los cuadernos 297 á 301 de esta obra monumental, que con tanto éxito está publicando *El Progreso Editorial*. Acompañan á la versión española multitud de vistas, mapas, planos, etc., etc., todos muy bien hechos y de gran interés. El precio de cada cuaderno es de una peseta.

Historia general de España, escrita por individuos de número de la Real Academia de la Historia, bajo la dirección del Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

También ha publicado la misma Casa editorial los cuadernos 200 á 204 de esta *Historia*, pertenecientes al reinado de Carlos III, trabajo singularmente notable, de que es autor el Sr. Danvila, y que contiene infinidad de nuevas y curiosísimas noticias, sobre todo en la parte que trata de la expulsión de los jesuítas. El precio de cada cuaderno es también de una peseta.

El cuidado de los niños. Avisos y consejos para tratarlos en el estado de salud y en las enfermedades, por Mons. Sebastián Kneipp, camarero privado de Su Santidad León XIII, y cura párroco de Worishofen.

Trata con gran claridad en este libro su autor de cuestiones tan importantes como el traje y alimentación de la madre, de los cuidados que requiere el recién nacido, de la habitación del niño, su cama, sueño, lactancia, dentición, formación de los huesos, etc., etc. También trata de las principales enfermedades infantiles y de los medios de curarlas.

La España Moderna.—Hemos recibido el último número de esta revista, el cual contiene: Inconsecuencia, novela, por Antonio Valbuena.—Vida literaria de D. Enrique de Villena, por Cotarelo.—Fray Jerónimo Savonarola, por O'Neill.—Dos cartas de Villergas, por el Doctor Thebussem.—Tencrios Políticos, por Barrantes.—Revista crítica, por Menéndez y Pelayo.—Tres Doloras, por Luis Cánovas.—Crónica literaria, por F. Santa María.—El traje de golilla y el traje militar, por Morel-Fatio.—Crónica Internacional, por Castelar.—Diego Velázquez, por Michel, y Obras nuevas.

También hemos recibido un ejemplar de la *Revista Internacional*, que publica: Un sueño, por Turguenef.—El derecho y la fuerza, por Caro.—Cartas desde España, por Merinée.—El Obispo Patteson, por Gladstone.—La América descubierta por los chinos, por Delou.—Lourdes, por T. Wyzewa.—Las huelgas americanas, por Amouretti.—El Sol y sus llamas, por Flammarion.—Mío y no mío, por Vere.—Crímenes de odio, por Tarde.—El caballero nocturno, por Uhland.—Los exámenes en China, por Bulloch.—Los Dioses de la India, por Banville.

Monasterio de Poblet, por D. Ramón Salas.

Hemos recibido este folleto, muy bien impreso é ilustrado, en el que con mucha erudición se describe tan famoso monasterio, uno de los más dignos de ser visitados que hay en España, así por su importancia histórica como por su extraordinario mérito artístico. A la parte descriptiva sigue un inventario detallado de las reliquias que contenía, una lista de los abades del mismo, una curiosa reseña histórica, etc., etc.

¡Lenda de horrores!, por Galo Salinas Rodríguez.

Hemos leído con mucho gusto esta que el autor llama *leyenda*, y que es un canto épico á la historia de Galicia, muy inspirado, muy poético y muy patriótico, que añade no poco á los ya notables méritos de escritor del Sr. Salinas Rodríguez, autor de otras obras notables y que es antiguo periodista.

Es regionalista decidido, y en su *¡Lenda de horrores!* canta con entusiasmo el regionalismo. Cuesta el librito, que está muy bien impreso, 2 pesetas en España, y 4 fuera de ella.

El beato Juan de Avila, su tiempo, su vida y sus escritos, y la literatura mística en España, por D. Agustín Catalán y Latorre, licenciado en Filosofía y Letras.

Nos ha agradado en este libro el profundo y detallado estudio que contiene, no sólo del beato Juan de Avila, sino también, y muy principalmente, de la España de aquellos gloriosos tiempos. El autor muestra conocer á la sociedad de entonces y á los místicos, que fueron uno de sus más singulares y hermosos productos, y hallarse poseído de un sano y patriótico espíritu de crítica.

Precio de la obra: 2,50 pesetas.



PUERTO RICO.—CRUZ LEVANTADA EN LA MARGEN IZQUIERDA DEL RÍO CULEBRINAS, PRIMER SITIO QUE PISÓ COLÓN EN LA ISLA.

(De fotografía remitida por D. Fernando de Ojeda.)

Hojas sueltas, poesías, por D. José Fernández de la Poza.

Las composiciones que forman este tomo son sencillas y fáciles, por lo que, sin cansancio alguno, se leen desde la primera hasta la última. Cuesta *Hojas sueltas* 1,25 pesetas en toda España.

Tierra de Segovia. Dibujos y ficciones, por D. Silverio de Ochoa.

Tienen los cuadros de la vida rural en nuestras montañas un encanto indecible, á lo que se añade la singular circunstancia de ser nuevos, nuevos dentro de la misma España, porque contados son los que, siguiendo las huellas del gran Pereda, buscan pasto á la actividad de su cerebro en la tierra donde nacieron, tratando los más de encontrarle en escenas y tipos exóticos mejor ó peor copiados de ajenas literaturas. Esta ha sido una de las razones que hemos tenido para acoger con gusto el librito del Sr. Ochoa, que todo él trasciende á serranía de Castilla, así en los tipos y sucesos que pinta, como en el lenguaje. Hay mucha sencillez, verdad y vida en las descripciones, y no vacilamos en recomendar esta obra á los lectores. Cuesta 2,50 pesetas.

El Panamá Oscense. Estudio de Psicología social, por Miguel Garrido Pérez.

Está escrito este folleto en defensa de los montes públicos de Huéscar (Granada), víctimas de intrusiones, despojos y cortas á que el vecindario no se ha opuesto con fruto. Desgraciadamente lo que ocurre en Huéscar es muy frecuente en España.

Manual de Patología interna, escrito para uso de médicos y estudiantes, por C. Vanlair, profesor de la Universidad de Lieja, individuo de la Academia de Medicina y de la Real Academia de Bélgica, miembro correspondiente de la Academia de Medicina de París; traducido y anotado por el Dr. P. Colvee, individuo de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Valencia.

Hemos recibido el cuaderno 18 de esta importante obra, de gran utilidad para estudio y consulta.

G. R.

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXVIII.—NÚM. XLIV.

ADMINISTRACIÓN:
ALCALÁ, 23.

Madrid, 30 de Noviembre de 1894.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN, PAGADEROS EN ORO.	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia	60 francos.	35 francos.

BELLAS ARTES.



SALIDA DE BAILE.

CUADRO DE D. R. RIBERA.

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

San Petersburgo pasó rápidamente del luto á la alegría: si el entierro fué solemne, la boda ha sido suntuosa: los corresponsales describen con entusiasmo la pintoresca comitiva, precedida de los cosacos de túnica roja y gorro de astracán, con sus trompetas de plata, los altos dignatarios, la histórica carroza de gala y la soberbia escolta de reyes, príncipes, grandes-duques y generales que seguían á la novia. También describen, como cosa notable, el tocador de oro en que se componen para la ceremonia de su boda las emperatrices de Rusia, y la silla de raso azul y encaje antiguo donde se sientan para que las hagan el tocado oficial. No son menos minuciosos en contar la ceremonia religiosa, en que los novios cambian tres veces sus anillos y beben tres sorbos de vino caliente y dan tres vueltas al sitial, y el sacerdote coloca su estola sobre sus manos unidas, mientras los pajes y las damas sostienen las coronas en alto sobre las cabezas de los desposados. Podríamos llenar esta Crónica sin más que traducir los pormenores de aquella boda soberbia, los trajes de las princesas y reinas y los uniformes de los príncipes, embajadores y potentados que asistieron para decorar la ceremonia. Quédese para los periódicos rusos; sólo nos permitiremos desear á los recién casados que puedan celebrar sus bodas de oro el año 1944, deseo altamente desinteresado, porque no esperamos tomar parte en la fiesta, á no ser en calidad de espíritus y revoloteando sin ser vistos en torno de los convidados. Y no se tenga por soberbia el intervenir, aun espiritualmente, en la corte de los czares: desde que suprimieron los hombres el culto ó recuerdo de los lares, los espíritus deben ser cosmopolitas y vagar en las casas ajenas, sabiendo que estorban en la suya, y tontas serán las almas que se queden en las chozas teniendo entrada en los palacios.....

Pero volvamos en nosotros.

Si nos transportábamos á Rusia, no era sin motivo: el cambio de soberano ¿traerá un cambio de política en lo que se refiere á la paz del mundo? Es decir, ¿llegará á cristalizar la tendencia de unión entre Rusia é Inglaterra, que miran los franceses con recelo, y la prensa inglesa cree posible y próxima? Contentémonos con determinar el estado aparente al menos de la cuestión. La prensa inglesa parece confiada en la realización de esa alianza: la rusa no se opone, pero no confía mucho en la sinceridad inglesa, y exige garantías y una fórmula que no cree muy fácil y que no excluya á los franceses: la prensa francesa, á quien molesta algo la innovación, no rehuye la adhesión de Inglaterra á la hasta hoy duple alianza.

Como se ve, todo está en embrión, y pertenece al museo ó sala de proyectos que Edison llama «oficina de monstruos».

o°o

La actualidad periodística, ó sea el conocimiento de las últimas novedades, no es de esta Crónica, que se escribe con anticipación y sale con el indispensable retraso, teniendo que seguir los acontecimientos á distancia: por eso, aun habiendo sucedido ayer, según la fecha del periódico, tenemos que desechar parte de la Crónica para consignar la muerte del sabio dominico y cardenal Fr. Zeferino González, á los sesenta y tres años de edad, tras largo y doloroso martirio. La fama del filósofo cristiano y del prelado virtuoso que ocupó la sede arzobispal de Toledo y Sevilla, dejando sus palacios por una humilde celda de la calle de la Pasión, nos evita dar apuntes biográficos del hombre eminente que pierden los hijos de Santo Domingo. Los padecimientos le han impedido escribir su discurso de ingreso en la Academia de la Lengua, ya que no se lo permitía leer su enfermedad; contratiempo que ha sentido la Academia por la ciencia y autoridad del individuo de número que ha perdido sin obtener el fruto que esperaba de su gran entendimiento. No ha sido posible cumplir tampoco su deseo de morir en el santuario de Nuestra Señora de Lourdes, con el cual parecía indicar su voluntad de morir afirmando el dogma de la Inmaculada Concepción, sostenido por los católicos españoles siglos antes de ser proclamado por la Iglesia, y que si tiene su templo más celebre y frecuentado en territorio francés, lo tiene en la proximidad de nuestra frontera, como si correspondiese la principal adoración de aquel misterio á las dos naciones cuyos reyes se apellidaron cristianísimos y católicos. El cardenal Fr. Zeferino González era asturiano, habiendo nacido en Pola de Liévana en Enero de 1831, y, según sus biógrafos, son sus obras principales: *Estudios sobre la filosofía de Santo Tomás; Filosofía elemental; Estudios religiosos, filosóficos, científicos y sociales; Historia de la Filosofía*, y *La Biblia y la ciencia*. Era considerado en el clero español como el primer filósofo cristiano y pensador más profundo, después de Balmes, á quien aventajaba en algunas cualidades. Entre sus discípulos más eminentes figuran Menéndez Pelayo y D. Alejandro Pidal. La prensa ha publicado no pocos estudios y bigrafías del sabio dominico, aventajando á las que conocemos una publicada hace bastantes años, sin nombre de autor, en los lunes de *El Imparcial*, estudio de su sistema filosófico, escrito con una seriedad y solidez de que ya no suele dar ejemplo, por regla general, la frívola, insustancial, injusta y descortés crítica del día. No es de nuestra incumbencia, ni lo permite nuestra falta de conocimientos, dar idea de la obra intelectual del P. Zeferino, vulgarizador de la doctrina tomista, aplicándola á las necesidades de la época presente; es decir, á la resolución de las dudas y negaciones de las ideas materialistas. Sólo nos corresponde lamentar la pérdida que han sufrido, no sólo la Orden de los dominicos que se honraba con hijo tan ilustre, sino la España intelectual. Su cuerpo, cubierto con el hábito blanco y las insignias cardenalicias, ha descansado por primera vez, después de sufrir tanto, en el oratorio de la calle de la Pasión, y definitivamente en el colegio de Ocaña.

o°o

El Ministro de Gracia y Justicia ha dictado una Real orden para impedir la publicación de noticias y pormenores acerca de la actitud de los reos puestos en capilla; y la verdad es que ha sido oportuno el Sr. Maura, después del efecto repulsivo que causaron los detalles de la impenitencia del último ajusticiado. La curiosidad ha atraído siempre, aquí y en todas partes, á la capilla muchas gentes que, sin hacer nada provechoso ni siquiera consolador para el reo, perturbaban su recogimiento, le molestaban con preguntas y le obligaban á una actitud teatral y á cumplimientos más propios del que recibe extraños en un sarao, que de quien se prepara á bien morir. La capilla es la alcoba mortuoria de los condenados á la última pena, donde sólo deben entrar los necesarios para la asistencia y los que en tan terribles momentos puedan y deban ejercer ministerios útiles, moral y materialmente: es un lugar sagrado, en donde el reo se prepara y fortalece para el sacrificio: incomunicarle de cuanto le perturbe y dañe, y sobre todo de la inoportunidad indiferente, es obra de misericordia.

o°o

De primer orden ha sido el escándalo que han dado en París unos periodistas que ponían á contribución, con intimidaciones, á los presidentes de los círculos en que se jugaba, prevalidos de la resonancia de sus ataques en un periódico de cierta autoridad y mucha circulación. Los agredidos, en vez de acobardarse, hubieron de acudir á los tribunales, y entonces apeló á la fuga el más comprometido, redactor en jefe de *Le XIXe Siècle*. Pero siendo casi todos los periódicos en Francia empresas mercantiles, ha bastado la separación de los acusados de *chantage*, para que el periódico siga publicándose sin inconveniente. Algunas veces nos hemos ocupado de las transformaciones que ha tenido el periodismo, y que le han convertido, de artístico y literario é histórico, en elemento político, y últimamente en un organismo complejo que mueve una fuerza extraña: el capital. De consiguiente, el periódico moderno es una entidad de doble carácter: como empresa, sólo representa intereses particulares respetables, siempre que no vulneren los intereses públicos; elemento de publicidad y difusión de ideas, pertenece á la esfera moral, y tendrá en contra suya, siempre que dañe y cause perjuicios, la circunstancia agravante de su naturaleza mercantil. En este concepto, los delitos del periódico, no atenuados por error de entendimiento y obcecación de ideas y principios, y sobre todo las amenazas con fines interesados, son más odiosas que las dirigidas por un hombre contra otro, por el abuso, no sólo de la fuerza que representa el periódico, sino de las ventajas que la legislación liberal ha otorgado á la prensa; pues claro es que la libertad de ésta sólo se le ha concedido para el bien de todos, no para que unos cuantos tiranicen y violenten á los ciudadanos, ni para que una empresa ó asociación los explote. El ejemplo dado por malos periodistas en París merece un castigo duro. Y en cuanto á los deberes de la prensa, los tiene muy altos, si quiere elevarse á fuerza directiva y educadora, en vez de rebajarse á la categoría del sacamuelas que grita sin más objeto que obtener una ganancia. Y no necesita para ello constituir una cofradía de santos varones sin pasiones ni vicios, sino guardar las reglas elementales del decoro y buen parecer de quien habla en alta voz ante desconocidos, en cuanto á la forma; y no convertir en encrucijada para asaltar bolsas las columnas del periódico. En esa parte, la prensa española es desinteresada: podrán la pasión, la amistad, la ignorancia y la ligereza hacernos injustos, dañinos y vituperables; pero, por regla general, ni aun de ella saca el periodista sino modestos honorarios, y la seguridad de que con el último artículo ha de llevar á su casa el último puñado de plata.

o°o

Uno de los primeros libros de texto, si no es el primero, que aparece como consecuencia de las reformas del señor Groizard en la segunda enseñanza, es el *Manual de Estética y teoría del Arte é historia abreviada de las artes principales*, escrito por el catedrático D. Hermenegildo Giner de los Ríos. Al citar su aparición oportuna, no tratamos de hacer la crítica de un libro destinado á la enseñanza, que tiene la garantía del nombre de su autor, tan conocido y estimado en el mundo de las letras, no sólo por sus numerosas obras didácticas, filosóficas y literarias que forman un catálogo extenso, sino por sus obras teatrales, trabajos periodísticos y excelentes traducciones de diversos idiomas. Es, pues, el Sr. Giner de los Ríos un verdadero literato que ejerce su influencia desde el libro, la cátedra y la prensa, y no sólo exponiendo teorías, sino predicando con el ejemplo; de manera que hemos aprovechado la publicación de su *Manual* para darle á entender la estimación que nos merecen su actividad intelectual y su talento, aunque no pertenezcamos á su escuela. Su nuevo libro no es una improvisación; y es, sin embargo, un libro nuevo, por haber modificado, con arreglo á nuevos datos, todos los conocimientos artísticos que ha rectificado en los últimos tiempos la discusión, los descubrimientos arqueológicos y nuevos ideales. El Sr. Giner de los Ríos había ya explicado en 1869, en el Instituto del Noviciado, la asignatura de *Principios é historia del Arte*, y publicado una obra, base de la actual, que se acomoda á la índole elemental de la asignatura, contribuyendo á explicarla gráficamente abundantes grabados. Divide su obra en dos partes principales: una teórica, y otra, la más extensa, historia de las artes, terminando en la aparición del cristianismo, para continuarla en otro volumen hasta nuestros días. Como el restablecimiento de esta enseñanza artística nos parece una de las reformas útiles del nuevo plan de estudios, claro es que nos interesa el libro del Sr. Giner de los Ríos y tiene condiciones para llamar nuestra atención, aparte del valer y la importancia de su autor.

o°o

Un librito de lectura para la niñez llega á nuestras manos. Para probar si es útil, se lo hemos hecho leer á varios niños, y hacen su elogio en esta frase: «Es muy bonito.» Se titula *Moral amena*, cuentos y fábulas, por Antonio María; tercera edición ilustrada. ¿Quién es Antonio María? No sabemos por qué, el apellido nos hace efecto de nombre; y es que hay delicadezas en el libro que sólo se pueden ocurrir á una dama espiritual.

o°o

En Burdeos una española ha disparado un tiro contra su marido, que es francés. Hay sin embargo circunstancias atenuantes: parece que el matrimonio vivía en guerra civil, y que ella faltaba de España hacía muchos años: ¿creería que aun duraba la guerra de la Independencia, y que era su obligación matar franceses?

Estos consorcios internacionales ofrecen inconvenientes: la confianza tiene sus límites, y ¡ay del que traspasa la frontera!

o°o

—Sé que anoche me desacreditó usted en su tertulia.

—Perdón; en el ardor de la polémica necesité su honra de usted para argumentar; como no me hace falta ya, se la devuelvo.

Un dentista de á caballo, seguido de un músico que toca el bombo y el platillo, extrae muelas al aire libre, y á cada operación suena la música.

—¿Por qué no suprimes el gasto del músico?—le dice su mujer.

—Es necesario para llamar gente.

—Basta tu elocuencia.

—Al principio; pero luego el bombo y platillo son indispensables para ahogar los gritos del paciente.

José Fernández Bremón.

NUESTROS GRABADOS.

BELLAS ARTES.

Salida de baile, cuadro de R. Ribera.—*Cariño desinteresado* y *¡Buen parroquiano!*, cuadros de Clark.

Un baile suele ser la cosa más embustera del mundo. Promete á todos infinitos placeres, ofrece trocar en realidades los más hermosos sueños, y siempre falta; ó si con alguien cumple, es á medias. Por eso son más los alegres que los tristes á la entrada, y muchos menos á la salida.

En esta que ha pintado el Sr. Ribera (véase la página primera) se refleja con artística verdad ese tedio invencible que la gente acostumbrada á divertirse siente, mejor que otra, después de una fiesta larga y animada. Los cuerpos salen, sin duda, bien abrigados; pero ¡cuántas almas irán temblando de frío!

No en todo aventaja el hombre á los animales, aunque se tiene proclamado á sí mismo rey de la creación, bien que sin permiso de sus súbditos, lo que no deben mirar con muy buenos ojos algunos políticos modernos que todavía sienten arder en su pecho el odio á los tiranos. Pero tenga ó no derecho á la corona, es el caso que algunos de los que él mismo tiene por inferiores, no lo son tanto, según hemos dicho, porque ¿de cuántos hombres se podrá decir con razón que son *amigos desinteresados* de alguien, como la preciosa muchacha de nuestro grabado de las págs. 324-325 llama al perro cuyo hocico tiene entre las manos? Si pocos son, entre los hombres, los amigos, menos todavía los desinteresados, y aun habría que restar algunos de éstos tratándose de la protagonista del cuadro.

En cambio, el cariño del perro, su buen compañero de juegos y paseos, seguramente no le ha comprado con halagos ni golosinas, ni tampoco desaparecerá por muchos sacrificios que al buen animal cueste.

Pocos parroquianos hay que merezcan el título de buenos á la edad del que representa nuestro grabado de la pág. 332. Seguramente que aquella formalidad es fingida y que no tiene nada de desinteresada, pues sin la promesa de un buen premio no se mantendría todo el tiempo necesario para que llegue al feliz término de la operación. Sin embargo, algo van ganando el maestro peluquero y la buena mamá del rapazuelo, que allá, en último término, espera, sin atreverse á hacer un movimiento, porque la formalidad puede acabarse al primer trasquilón, y entonces quizás cueste aquella rubia cabellera más lágrimas que una guerra civil.

ÚLTIMAS HONRAS DEL CZAR ALEJANDRO III.

Viaje del cadáver del Czar.—Exploración de la vía férrea.—Su conducción á la catedral de San Pedro y San Pablo.—Último adiós de la emperatriz y la princesa de Hesse.—La catedral.

Pocos cadáveres de soberanos habrán hecho tan largo viaje como el del difunto czar Alejandro III, ni en tanta variedad de vehículos. De la capilla de la iglesia de Livadia lleváronle, con nunca vista pompa y lucido cortejo de príncipes y nobles, al monasterio de Spasow-Shite, y de aquí á Yalta, donde le tomó el buque de guerra *Pamiat Merkuriya*, quien, seguido de la escuadra rusa del mar Negro (hoy muy poderosa), le condujo á Odesa. De allí en tren especial le trasladaron á Moscou, donde le hicieron solemnes exequias. De la estación de Smolensko al Kremlin fué en una magnífica carroza, tras de la cual marchaba á pie y descubierto el nuevo czar Nicolás II. Terminadas las honras fúnebres en la catedral de los Ángeles, otro tren especial condujo los restos del Czar á San Petersburgo, en cuya catedral de San Pedro y San Pablo descansan.

Más de 3.500 kilómetros de distancia hay de Livadia á San Petersburgo por el camino referido, de ellos casi todos por ferrocarril, porque de Livadia á Odesa la distancia es pequeña. Toda la línea estaba vigilada por un cordón de soldados, bastante cercanos unos de otros para ver cada uno de ellos al que le precedía y al que le seguía, y además, para que nada quedase por precaver y fuese imposible un atentado, precedía al tren fúnebre un oficial de la policía (ó Guardia civil, que diríamos en España), quien montado en un velocípedo de tres ruedas, exploraba cuidadosamente la vía. Según puede verse en nuestro grabado primero de la pág. 316, la tercer rueda de este velocípedo es lateral y mucho más pequeña, y no sirve para otra cosa que para asegurar al oficial explorador de que el rail paralelo al que él toma se halla también completamente limpio.

El traslado de los restos del Czar á la catedral de San Pedro y San Pablo ha sido una ceremonia imponente. A las diez de la mañana entró en la estación el tren fúnebre; bajaron el ataúd los ayudantes de campo que habían sido de S. M.; entonaron los sacerdotes, presididos por el metropolitano, los tristes cantos mortuorios, y los granaderos de la Guardia, tomando el ataúd, le trasladan á la carroza, junto á la cual se colocaron ocho generales del ejército ruso, llevando las cintas. Detrás marchaban: primero el Emperador, vestido de coronel del regimiento de Preobrajewski; á su derecha, el Príncipe de Gales; después, los Príncipes extranjeros representantes de las naciones, etc., etc.

A las dos y media quedaba el ataúd depositado en la catedral. La Emperatriz viuda, la futura esposa del Czar, éste y el Príncipe de Gales se acercaron al cadáver para darle el último adiós, cuya patética escena reproducimos en la mencionada pág. 316, en el momento de la despedida de aquellas dos augustas damas.

La fortaleza-catedral de San Pedro y San Pablo, en que, según dijimos en nuestro número pasado, yacen los emperadores de Rusia desde Pedro *el Grande*, fué fundada por éste, y es uno de los primeros edificios que mandó construir luego de haber determinado la fundación de la nueva capital á orillas del Neva. Pero como aun no habían acabado las guerras con los suecos y podían éstos volver sobre la naciente San Petersburgo, hízole medio templo y medio fortaleza, quizás más fortaleza que templo, ateniéndose á los preceptos de Vauban, que eran entonces los de mayor crédito en obras de fortificación.

No es el mayor ni el mejor templo de San Petersburgo, pues le aventaja la catedral de San Isaac; pero la circunstancia de estar enterrados en ella Pedro *el Grande* y sus descendientes, la pone en primer término entre todas. También contiene muchísimas reliquias, tales como la cabeza y diferentes partes del cuerpo de Santiago, y una túnica de Jesucristo, todo ello auténtico, según aseguran los fieles rusos, y multitud de banderas y otros trofeos, cogidos á turcos, franceses y otros enemigos en las guerras que Rusia ha sostenido.

Una de las partes más interesantes de este templo es su torre, una de las más altas del mundo, pues tiene 120 metros de alto, y domina al resto del edificio en las proporciones que pueden verse en el grabado de la pág. 317.

LA GUERRA ENTRE CHINA Y EL JAPÓN.

Cambios de armamento y uniforme en el ejército japonés de 1867 á 1894.—Vista general de Puerto Arturo.

Nuestros grabados de la pág. 328 resumen, mejor que podría hacerlo la historia escrita y con más puntualidad, la de los progresos del ejército japonés desde que el emperador Mutsu-Hito y su constante auxiliar el Conde de Yamagata comenzaron á sacarle de la nada, es decir, del estado de milicia asiática á que se hallaba reducido.

Proponiéndose entonces los directores de la nación japonesa llevar adelante ciertas empresas en lo exterior, obraron con la sabiduría propia de personas capaces de concebir y ejecutar tales propósitos, y en vez de improvisar ejércitos y armadas, lo que si alguna vez y en alguna parte ha dado lugar á que el valor se acredite, en cambio ha sido causa de que ocurrieran desastres y quedase en concepto de insensato el pueblo que tal hizo, fuéronse preparando para sus fines del modo que ya referimos en este mismo periódico en otras ocasiones, y principalmente al escribir la biografía del general antes nombrado.

En los primeros grabados vese cuán completamente asiáticos eran así el uniforme como el armamento japoneses en los comienzos de la evolución, y cuán europeos son ahora, desde el sable, tan diferente del de los antiguos *samurais* (primer grabado), hasta el fusil, hoy de repetición y no inferior al que usan las tropas alemanas y austriacas.

Este salir de la impotencia y llegar á gran poder militar en pocos años, debiera servir de ejemplo á otras naciones que se hallan muy faltas de medios de ataque y defensa, á pesar de necesitarlos grandes y de serles de mayor urgencia el tenerlos, porque mirando al Japón se ve ser muy cierto que los pueblos que tienen un propósito siempre logran realizarle.

La toma de Puerto Arturo ha dado á los japoneses gran superioridad sobre los chinos, y si á esto se añade que el ejército mandado por el general Yamagata acaba de derrotar nuevamente á aquéllos en las cercanías de Mukden, se comprenderá lo mal que van los negocios de China. Mukden no sólo es ciudad importantísima, con más de 200.000 almas, mucho comercio, y capital de la provincia de Liaotun, sino también lugar sagrado, en que están enterrados los emperadores de la dinastía manchú, antecesores del actual. Por eso la entrada del ejército japonés en ella será de grandísimo efecto moral en todo el Imperio celeste. También conviene advertir que de Mukden á Pekín no hay más obstáculo geográfico que el río Liao-o ó Sira Muren, y que, pasado éste, se hallarán los invasores en la comarca cuya capital es Pekín, sin que nada pueda oponérseles.

La toma de Puerto Arturo tiene en la mar casi la misma importancia que la de Mukden en tierra, pues abre á los japoneses una de las puertas del golfo de Pe-chi-li, y facilita á su armada el transporte de un cuerpo de tropas á Taku, puerto militar de Pekín, situado en la desembocadura del Pei-ho. Falta completar esta conquista con la Ueihai-uei, otro punto de la entrada del golfo de Pe-chi-li, frente á Puerto Arturo, del cual ya dicen los telegramas que está muy apretado por el enemigo.

La toma de Takú (plaza fuerte de bastante consideración) pondría á la capital de China en manos de los japoneses en tres ó cuatro días.

Describimos en uno de nuestros pasados números la ciudad, dársena, astilleros y fortificaciones de Puerto Arturo, por lo que hoy nos limitamos á dar á los lectores, en la página 329, una vista completa de esta importante plaza que los chinos no han sabido ó no han podido defender.

ALEMANIA.

Una discusión naval. El emperador Guillermo y el almirante Von der Goltz á bordo del *Hohenzollern*.

Los esfuerzos que hace Alemania por ocupar en la mar puesto no inferior al que tiene en tierra, son muy dignos de ser conocidos, sobre todo ahora que va sustituyendo sus acorazados de combate del tipo viejo por otros más modernos y de mayor poder.

Lo hace sin gastar tanto dinero como podría creerse en España donde tan costosas son las armadas, pues el presupuesto de la marina alemana es de 92 millones y medio de pesetas y de esta suma emplea mucha parte en las costas, á pesar de lo cual, sus buques de guerra suman 259.527 toneladas con 292.220 caballos de fuerza y 22.398 hombres.

El emperador Guillermo es tan amante de la marina como del ejército, y no presta á aquélla menos atención que á éste, en lo que muestra su previsión, pues las potencias, rival la una y enemiga la otra, que tiene por vecinas en el Báltico y en el mar del Norte, es decir, Rusia y Francia, son muy poderosas en la mar. En las últimas maniobras navales, dirigidas por el almirante Von der Goltz y presenciadas por el Emperador, mostraron los marinos alemanes una instrucción y pericia tanto mejor acreditadas cuanto más á prueba las puso el tiempo. Nuestro grabado de la página 320 reproduce una de las escenas finales de las maniobras: el Emperador haciendo la crítica de éstas en conversación privada con el Almirante.

MADRID: CASTILLO DE MANZANARES EL ERAL. — (Véase el artículo del Sr. Serrano Fatigati, en la pág. 322.)

ARMERÍA REAL DE MADRID: ARMADURAS DE LOS PRÍNCIPES DE LA CASA DE AUSTRIA. — (Véase el artículo de D. José Ramón Mélida, en la pág. 330.)

MR. FRANCIS MAGNARD,

director del periódico parisiense *Le Figaro*.

El Director del *Figaro* era uno de los periodistas franceses de mayor mérito, y con decir que pudo sustituir con ventaja á Villemessant, queda probado que no exageramos. Era belga de nacimiento, pues vió la luz en Bruselas el 11 de Febrero de 1837, pero de familia francesa. Sus padres le llevaron á estudiar á París, y quisieron dedicarle á la Iglesia; pero, hallándose sin vocación, en vez de sacerdote fué empleado público.

En 1863 entró en la administración del *Figaro*, periódico á la sazón bisemanal, y consiguió que le publicasen algunos artículos. Gustaron éstos al público y también á Villemessant, director del periódico, por lo que, al pasar éste á diario, le llevó á la redacción, encargándole de la sección que se llamaba *Revista de la prensa*, en la que dió tan buena muestra de sí que pronto llegó á redactor jefe, y, por último, á director, al morir Villemessant, en 1879.

En sus manos ha llegado el *Figaro* á la importancia que todos le reconocen, y que quizás ningún periódico francés supere. Como articulista distinguióse por la concisión y claridad y por un buen sentido poco vulgar.

Deja Magnard varias novelas, algunos opúsculos y la parte que tuvo en la colaboración de una revista teatral que se representó en los *Menus Plaisirs* el año 68. Publicamos en la pág. 333 el retrato de este insigne periodista.

LA LOCOMOCIÓN EN LOS ESTADOS UNIDOS.

Un tren sin rails en las Montañas Pedregrosas.

Uno de los más curiosos y menos conocidos inventos verificados en los Estados Unidos en los últimos años es el de los ferrocarriles de madera, de que fué inventor un abogado, á quien la falta de pleitos obligó á establecerse en las Montañas Pedregosas en busca de mejor fortuna. La consiguió merced á su inventiva, la que, entre otras cosas, produjo esta nueva especie de trenes, todos de madera, máquinas y rails.

El que reproducimos en la pág. 333 es aún más *perfecto* en el camino de la sencillez, pues ni rails tiene, y sirve, como aquél, para el transporte de maderas, que de este modo se consigue sin el empleo de capital tan considerable como supone un ferrocarril. Además, pueden hacerse con él otras economías; en primer término la de personal, pues con muy poca gente marcha uno de esos trenes, transportando enormes cantidades de leña, que es su carga principal y casi exclusiva.

Cuentan las personas que han visto subir estos extraños trenes por las escarpadas vertientes de la Sierra Nevada y de las Montañas Pedregosas, que produce admiración y aun espanto verles trepar por laderas muy inclinadas, sin que, aparentemente al menos, sea grande el esfuerzo de la locomotora.

BAR-LE-DUC (FRANCIA).

Remate del monumento erigido á los hermanos Michaux, inventores de la aplicación del pedal á los velocípedos.

Como sigue siendo verdad, lo mismo que en tiempo del clásico latino, aquello de que no hay nada nuevo bajo el sol, también reza con los velocípedos, pues ya á fines del siglo pasado se conocían en Francia, si bien tan diferentes de los de ahora como se comprenderá sabiendo que eran de madera.

A mediados del siglo actual comenzaron á hacerlos de hierro; pero el que tuvo la feliz idea de poner un pedal en la rueda delantera fué un carretero llamado Pedro Michaux, quien, así como su hijo Ernesto, ganó mucho dinero con esta invención, habiendo comenzado á usarse mucho los biciclos por entonces (1860).

La guerra de 1870 dejó del todo arruinados á los inventores, quienes quedaron en la obscuridad, hasta que la mudanza del velocípedo en bicicleta (1880), generalizando el uso de este medio de locomoción, les dió cierta celebridad, parte importantísima de esta especie de máquinas.

El periodista francés Pedro Giffard propuso la construcción de un monumento á su memoria, para cuya obra se reunieron en los años 1892 á 1893 muchos miles de francos.

Trazó el proyecto Mr. Demoget, arquitecto de Bar-le-Duc, siendo lo principal de él una columna conmemorativa, de cuyo remate, en verdad muy original, damos copia en la pág. 336.

El monumento fué inaugurado el 30 de Septiembre con grandes fiestas, entre las que figuraron en primer término, como era natural, las carreras de velocípedos.

G. Reparaz.

EL PUEBLO CHINO (1).

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

ARTÍCULO SEGUNDO.

I.

La mucha importancia dada en las religiones chinas al número y á la medida, concluye por hacer de los hombres más espontáneos y más libres figuras puramente mecánicas. Esta unidad material, que todo lo domina, y de la que todas las leyes provienen á una, encárnase para los chinos en ser intermediario entre la tierra y el cielo, á quien dan ó entregan la custodia de todo el territorio, con el cuidado de todas sus gentes, por lo cual ha de alcanzar una especie de poder sobrehumano. Así, poca ó ninguna iniciativa individual en ellos. Trabajadores cual ningún otro pueblo, se uniforman como los soldados; obedecen á una consigna superior como los siervos; hacen siempre lo mismo; y cuando se quiere alterar su habitual proceder y su vida ordinaria, resístense, abrazados á la rutina, como se abraza el animal á sus instintos. La nirvana, ó sea el aniquilamiento suicida, no devora los cuerpos como devora las almas. El instinto de conservación salva siempre, por regla general, nuestra vida; pero ese instinto no sube hasta las eminencias del espíritu. Así pocos deseos, escasa curiosidad, ambición casi nula, renuncia constante á los combates de la vida, horror á los cambios bruscos de fortuna, poco espíritu militar,

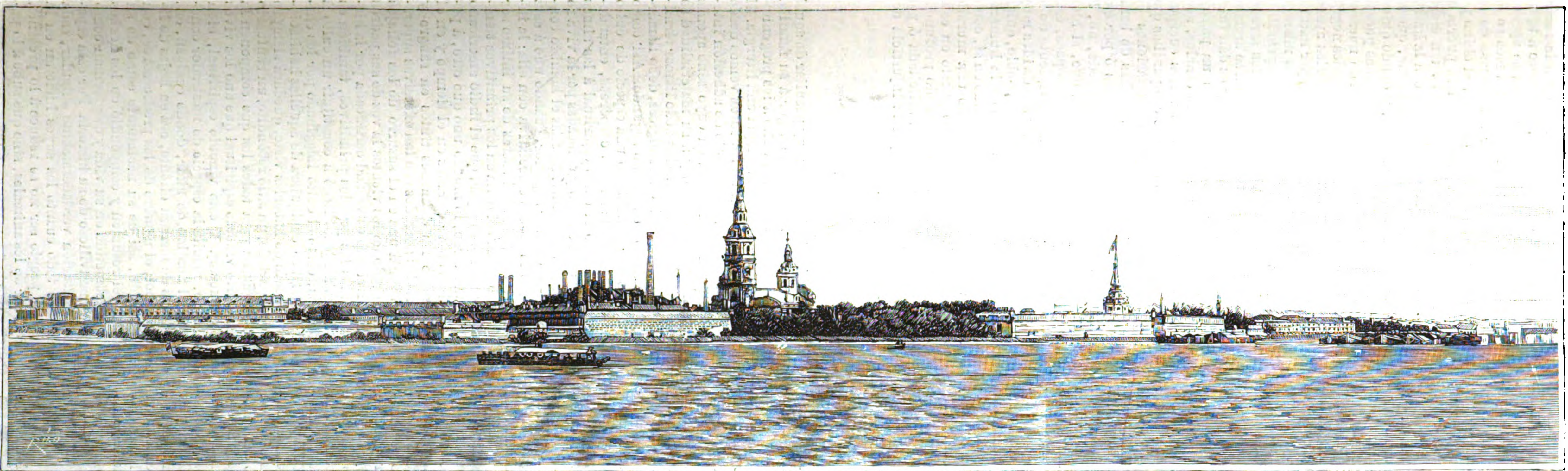
(1) Véase el número anterior.

LA MUERTE DEL CZAR DE RUSIA.

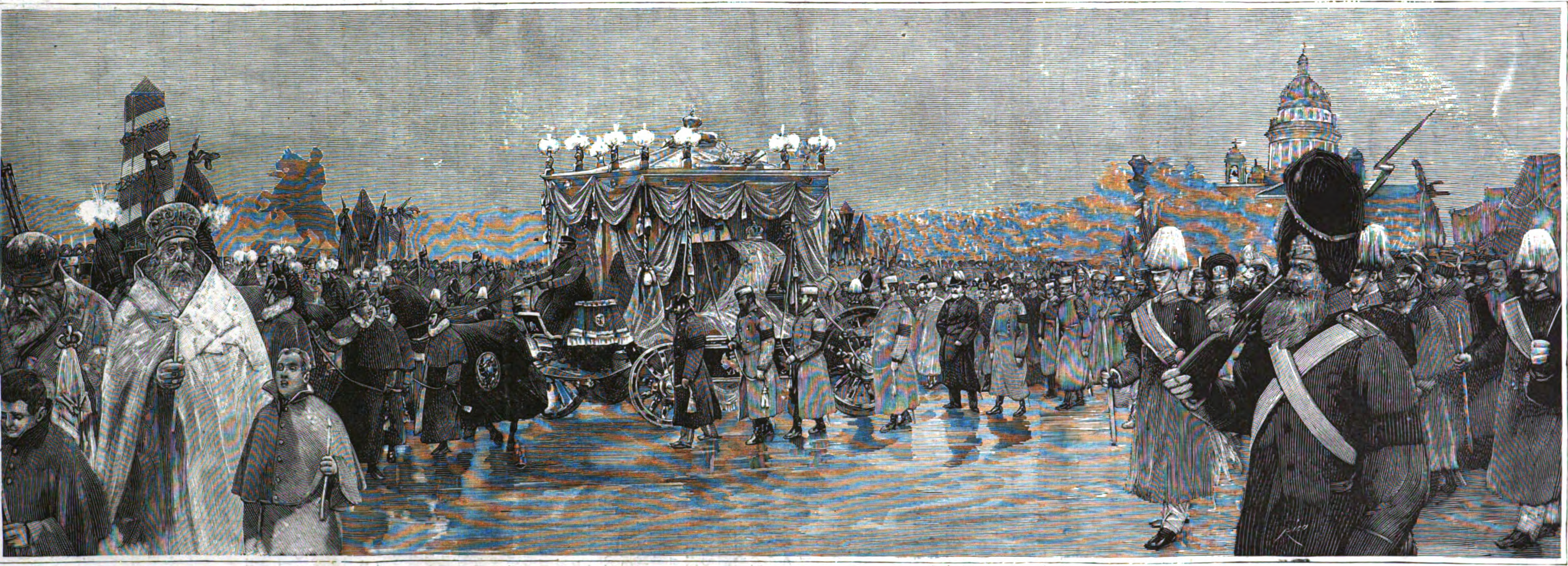


CONDUCCIÓN DE LOS RESTOS DEL CZAR, DE ODESA Á SAN PETERSBURGO.— OFICIAL EXPLORANDO LA VÍA.

SAN PETERSBURGO.—S. M. LA EMPERATRIZ VIUDA Y LA PRINCESA ALICIA DE HESSE, CONTEMPLANDO, POR ÚLTIMA VEZ, EL CADÁVER DEL CZAR, EN LA CATEDRAL DE SAN PEDRO Y SAN PABLO.



LA CATEDRAL-FORTALEZA DE SAN PEDRO Y SAN PABLO, DONDE SE HALLA EL PANTEÓN DE LOS EMPERADORES DE RUSIA, VISTA DESDE EL NEVA.



SAN PETERSBURGO.—FUNERALES DEL CZAR ALEJANDRO III.—CONDUCCIÓN DEL CADÁVER Á LA CATEDRAL DE SAN PEDRO Y SAN PABLO.

(De fotografías.)

apego al terruño, vida vegetal más que animada, escasísima individualidad, mucha sujeción á las leyes externas, mucha obediencia: he ahí los chinos. El inmenso Imperio parece una sola familia, y el patriarcado prehistórico lo dirige y lo guía. Obedecer á toda costa, subordinarse á un extraño, colocar sobre sí poderosa y grande autoridad, es todo cuanto desean. El amigo se somete al amigo, como el vasallo al Emperador. Nuestra independencia personal no se conoce allí. El individuo no cuenta para nada, cuenta la familia. Las grandes acciones entre los chinos jamás ennoblecen á sus descendientes como entre nosotros, ennoblecen á sus predecesores. El crimen allí de un padre no deshonrará de ningún modo á sus descendientes vivos, deshonrará siempre á sus abuelos muertos. Existen ciertas costumbres, apenas comprensibles por nosotros, y que les dan un carácter de originalidad extravagante. Así como en las sociedades europeas hay la sustitución militar, hay en China la sustitución criminal. Un rico, á la última pena condenado, puede comprar un pobre, que por dinero para su familia se coloca en su situación y lo descabezan.

II.

Realmente las teorías metafísicas y religiosas influyen mucho sobre la vida moral. Un pueblo que oye todos los días encarecer los placeres de la nada, forzosamente ha de pugnar por volver á la nada. Aun por la nirvana de sus dogmas teológicos, el pueblo chino es esencialmente suicida. Los protervos, que mercadean horriblemente con esta carne humana, ponen solícitos en sus cálculos egoístas las probabilidades ó certidumbres de irremediables suicidios. ¡Cuántas veces un propietario de tales siervos se ha levantado por la mañana y ha visto sus chinos todos pendientes de los árboles donde se han colgado, después de inmolar á sus capataces blancos, sin mover el más leve ruido! Los muertos encuentran en esta raza un culto verdaderamente religioso. Las familias más pobres guardan los nombres de sus antepasados, y con los nombres los hechos en tablillas, mediante las cuales conocen su genealogía natural y toda la historia de los suyos. Duran los duelos años y años. Y es piadosa costumbre tener, por lo menos, el cadáver de un padre diez y siete meses al lado, cuidándolo como si, en vez de muerto, sólo estuviera enfermo. Al entrar en una casa, el mueble mejor con que topáis es el ataúd, apercibido y preparado de larga fecha para recibir y encerrar al jefe de la familia. Hijo hay que se vende por esclavo tan sólo para comprar un rico ataúd á su padre. De aquí muchas otras costumbres, como esa propensión al infanticidio, verdaderamente criminal. Deshácense los padres con la mayor facilidad en toda China de sus pequeñuelos cuando le resultan demasiado gravosos, cohonestando tal proceder con su miseria y con la imposibilidad completa de sustentarlos. Algunos los exponen y los dejan á merced y arbitrio del acaso, pero muchos otros los matan. ¡Cuántas veces cogen al recién nacido y lo sumergen dentro de un cubo, ahogándolo en su agua! El padre, que no puede dotar á sus hijas, difícilmente se conforma con la idea de las miserias y de las desgracias anejas con la falta segura de un buen matrimonio, y las matan, creyéndose á sí mismos mucho mejores por razón de tal sacrificio que si las guardaran vivas en la exposición de un seguro deshonor y de una irremediable desdicha. Los viajeros notan cómo supera en China el número de hombres al número de mujeres. Una parte de éstas perece al nacer por mandato de sus padres, los cuales se creen allá en sus supersticiones con derecho á darles muerte porque antes les dieran vida. Y eso que tienen una salida segura, la venta. En casi toda China el servicio está en manos de mujeres. Y las mujeres que sirven están en condición de esclavas.

III.

Constituyóse la familia china 3.461 años antes de Jesucristo, y fué su autor Fou-hi, quien instituyó el matrimonio, combatiendo así la poligamia como la poliandria, es decir, la terrible promiscuidad, imperante por costumbre allá en edades prehistóricas. Pero también se dice que había entre los chinos una institución, muy propia de su originalidad y extravagancia, llamada el matriarcado. Con escribir su nombre, se escribe también la naturaleza de tal institución, que significa jefatura del sexo femenino en las familias. Antes de Fou-hi, según enseñan las antiguas historias chinas, los hombres conocían á sus madres, pero desconocían á sus padres por completo. Esto indica bien claramente la diferencia entre los tiempos que tenían una familia constituída y los tiempos en que los hombres se hallaban tan bajo por las gradas del mundo animal, que admitían para la difusión de su especie hábitos propios de las especies inferiores. Al constituir el Imperio la familia, constituyóla sobre bases imperiales; y como en estas bases no podía entrar de manera ninguna la igualdad, quedó la mujer sujeta de suyo al hombre, cual quedó el hombre sujeto de suyo al Emperador. Los proverbios chinos declaraban que así como la hembra del ave suele volar con su macho, la hembra del hombre debe vivir inseparablemente con su marido. No le queda en esta dura ley al sexo débil ningún recurso; ni las instituciones, ni las magistraturas lo defienden. El esposo puede proceder como quiera con su esposa. Y si procede mal, ésta debe dirigirse al cielo, invocar á los espíritus, refugiarse allá en sus capillas y en sus santuarios, hacer ofrendas, colocar exvotos, recurrir á sacrificios y librarlo todo en manos de la diosa misericordia, porque las leyes no tienen fórmulas en su favor, ni la sociedad entrañas para ella desde la hora en que la pone por casamiento á merced y arbitrio del marido. En los símbolos chinos, la mujer está representada por una teja y por un ladrillo, á causa de que á un ladrillo todo el mundo lo pisa, y de que una teja se halla siempre á merced y arbitrio de los elementos. Si el hombre piensa, la esposa debe ser afirmación de su pensamiento; si cree, áncora de su fe; si habla, eco de su palabra; si anda, sombra de su cuerpo; si reza, repetición de sus oraciones; y hasta si muere, muerta; porque no existiendo aquellas hogueras en las cuales solían las viudas indias desaparecer abrasadas, existen otros muchos medios de seguir hasta más allá del sepulcro y en los senos de la eternidad á su marido, emperador y dios, según las costumbres chinas.

IV.

Todos sabemos que estas costumbres impiden á las chinas el salir de casa y el comunicarse frecuentemente, no sólo con la sociedad exterior, sino con el mundo exterior también. Por todo cuanto nosotros tenemos de orientales, guardamos frases y modos de decir cual este que sigue: «La mujer honrada, la pierna quebrada y en casa.» Así los chinos, para cumplir mejor con la supersticiosa creencia de que la mujer no puede ella guardarse y necesita estar guardada por grande vigilancia que oponga obstáculos materiales á su libertad, mutilan sus pies hasta reducirlas á inercia irremediable, aunque sirvan oficios los cuales necesiten agitación y movimiento. Lirio de oro llaman á las extremidades inferiores así mutiladas los que se dejan tiranizar en los pueblos orientales por la costumbre, cosa no extraña ciertamente para los tiranizados hoy mismo por la moda en los pueblos modernos. A la edad de seis años las pobres niñas ven el desarrollo de sus pies enteramente suspendido por ligaduras que los aprietan de un modo extraordinario y que los disponen á manera de arco, estropeándolos y reduciéndolos á una terrible atrofia, mediante la cual ni pueden caminar rápidamente, ni estar de pie, ni sostener ningún peso, ni entregarse á ningún trabajo, teniendo que servirse de los brazos como de un balancín para no caerse y que sacudir su cuerpo en bruscos y contrarios movimientos, que les dan aire de ave más ó menos herida, cuyas alas barren el suelo, y de vela marina más ó menos agitada por el viento. Digan cuanto quieran los apologistas que hoy el pueblo chino cuenta en todas las literaturas europeas, aquejadas por extravagantes retrogradaciones á lo pasado; si bien es cierto que la mujer toma parte muy activa en los oficios familiares, hasta el punto de no emprenderse trabajos manuales sin su concurso ni celebrarse ceremonias religiosas sin su coparticipación, la inferioridad respecto del hombre por tal manera se patentiza, que vive y muere la infeliz en perpetua tutela, no asentándose á la mesa nunca jamás en los días solemnes y en las fiestas mayores, no mostrándose al huésped y al extraño, encerrada, como un instrumento de trabajo, en los almacenes, ó como un ave canora, en las jaulas, dentro de aquella parte del hogar que le pertenece, la más apartada y recóndita, más bien cárcel que verdadero santuario.

V.

Imaginaos la sociedad china muy uniforme con su naturaleza. Como quiera que la población sea numerosísima, el cultivo está en grande valimiento; y por todas partes que volváis los ojos descubrís tierra cultivada. No hay un manantial, ni una fuente, que no sean dirigidos por aquellos extraordinarios ingenieros al riego y á la fecundación. El agua, como el aire, pertenece á todos, y así, mancomunadamente, por todos se aprovechan. ¡Parece imposible! Aunque los ríos se dirijan en cien direcciones por las arterias de los canales y por las venas de los riegos, el chino posee norias y artefactos hidráulicos á la puerta de su casa que le procuren aguas. Y es tan cierto esto, los hemos en tal manera unido con la humedad del suelo y con la extensión del agua, que no podemos separarlos de sus barcas, y donde quiera que los veamos, ya en las ricas porcelanas puestas por los aparadores, ya en los biombos de nuestras puertas, los vemos como con sus borceguíes negros y sus trenzas largas, con sus barquichuelos aparejados á manera de los órganos puestos por naturaleza en las aves acuáticas ó en los peces mismos. Del agua se alimentan los bambúes indispensables á sus habitaciones; en el agua crecen los arroces indispensables á su nutrición; del agua se aroman sus tés, que os perfuman el aliento y os dan fuerzas digestivas. Por eso, cuando veis un paisaje chino, tenéis que ver precisamente canales, acequias, norias, las altas torres de varios cuerpos, áureas y rojas, cubiertas todas de campanillas que suenan armoniosamente, y las habitaciones en formas circulares ó triangulares, hechas de bambúes y sostenidas por troncos deformes ó por extraordinarias y colosales raíces. No puede, no, la imaginación separarse de tal teatro, que, si bien parezca convencional en los relatos europeos, está mucho más cortado en la realidad viviente de lo que á primera vista creeríamos, y nos da idea muy justa y muy exacta de aquel extraño pueblo, quien forma una muy considerable parte de la humanidad, y que, á pesar de haberse metido en sí, como la tortuga en su concha, erigiendo una muralla que lo aislase del mundo, ha sido puesto en examen con gran prolijidad y examinado profundamente muchas veces en Europa, solicitada ó por la injusticia del vejamen ó por la injusticia del loor, excesivos siempre.

VI.

Hay en China institución muy peculiar de aquel pueblo, que presta indudable vigor á su familia. Esta institución se llama el culto á los progenitores, y constituye con una teología una liturgia. Si ahondando en el origen de las ideas vemos desde luego el fetichismo, esa especie de adhesión intelectual y moral á un ídolo, en cuyo seno apenas algo superior á su cuerpo y á su materialidad se descubre; si al fetichismo se le puede llamar término primero en la evolución religiosa, debe llamársele al animismo el término segundo. Así como entendemos por fetichismo una especie de culto material á los ídolos siempre corpóreos, entendemos por animismo el culto espiritual á las almas desprendidas del cuerpo y colocadas por la viva fe allá en mundos invisibles. Apenas el hombre concibe la idea de un ser superior, cuando une á esta idea otra que le parece correlativa con ella: la inmortalidad y perennidad sacras de su íntimo ser interior. Lo mismo el celta en los primitivos tiempos de la historia europea, que el indio americano invenido tan tarde, lo mismo uno que otro, á pesar de hallarse tan separados en el tiempo y en el espacio; sobre los dólmenes tintos en sangre y sobre los ídolos adorados con tan excesivas supersticiones, oyen á una en el susurro de los follajes y en el bramido de los vientos la voz de sus padres muertos. Y si esto es verdad certificada por la historia en todos los pueblos primitivos, también es verdad que ninguno llegó á constituir un culto á sus abuelos, como el culto imaginado por los chinos. Penetrad en cualquiera de aquellas habitaciones, y después de haberlas visto, quedará siempre un lugar apartado, un sitio recóndito, un santuario donde se guarda para todos los que componen la familia cierto vínculo espiritual que une los vivos con los muertos. Y este vínculo espiritual, bien examinado, resulta la especie de mostrador conocido con el nombre de altar, donde cuelgan, ora en tablillas de madera oliente, ora en hojas de litúrgico árbol, el nombre de los predecesores, con la indicación, así de su nacimiento como de su muerte, y el resumen y compendio de los hechos que han acometido en su vida y que forman como el tejido maravilloso de su historia. Por esta especie de institución verdaderamente singular, cada chino sabe todo cuanto los suyos hicieran en la vida, y su propio ser no se reduce á lo presente, como el ser de los animales, sino que sube á lo pasado y entra por una especie de maravillosa recordación, guardada en fórmulas que todos aprenden de memoria, dentro de un hogar convertido así en cementerio de los cuerpos y cielo de las almas, que

funda y establece á perpetuidad íntimas y saludables comunicaciones entre aquellos que se han ido del mundo y aquellos que al mundo volverán.

VII.

No puede negarse que la concepción de la Virgen Madre, adorada por los indios, presta un gran carácter á la mujer aria; y no puede negarse que la concepción del culto de los progenitores presta un gran carácter á la familia china. Todos los tipos de mujer encontrados en los recuerdos indios, lo mismo en su poesía épica que en su poesía dramática, todos se deben á la trascendental idea contenida en la estirpe y jerarquía de sus diosas, las cuales llevan como una especie de llama en sus frentes, que irradian calor espiritual, y con el calor espiritual dan vida indudable á ciertos prototipos extraordinarios de mujeres. Pues bien; dos instituciones de China, la una general ó política, la otra particular ó doméstica, sirven para explicarnos el culto de los chinos á la tradición y á la costumbre. La una institución es el tribunal de los historiadores, que desempeña una especie de ministerio judicial, celebrando una especie de juicio para decretar coronas ó anatemas á los muertos. Y la otra institución es aquesta, el culto á los antepasados, en la cual vemos persistir y perdurar por siglos de siglos vinculado en las generaciones, que anima y sostiene con su virtud el espíritu inmortal de una familia. Dentro del hogar chino, los muertos y los vivos confunden tanto sus creencias como su historia, y las generaciones vivas quieren perpetuar á las generaciones pasadas, confundiéndose así unas y otras en comunión espiritual y corporal, que habrá de influir sobre todas las ideas y habrá de trascender á todos los tiempos. Indudablemente, la permanencia de los afectos, el culto á los recuerdos, las grandes aspiraciones á lo porvenir, el amor á lo ideal, constituyen la superioridad evidente del hombre sobre las especies inferiores. Y una familia que se asocia con tanta espiritualidad á las generaciones muertas, recibiendo de todas ellas, no meros auxilios materiales, sino la inmaterial asistencia de sus ideas y de sus recuerdos, tiene por fuerza una virtualidad que no podríamos reconocer en familias desligadas de lo pasado y reducidas á vivir la vida de un día en lo presente. Donde quiera que se hallen instituciones así, aunque no hayan producido todos los efectos que podrían esperarse de su virtualidad intrínseca, debemos alabarlas, pues ignoramos qué fueran en el tiempo y en el espacio los pueblos á quienes sirvieron, de no haberlas alguna vez tenido. No es poco notable la mujer en torno de la cual aquella fantasía del pueblo ha urdido la leyenda tradicional del nacimiento de Confucio. Yenche se llama esta mujer, hija menor de un altísimo jefe, casada con mandarín muy entrado en edad, y llena por el cielo con la plenitud de todos los dones imaginables. Por su matrimonio con un viejo creyó no tener descendencia. Y, sin embargo, misteriosos avisos, engendrados por sobrenaturales presentimientos, le decían como habíanla destinado los cielos á engendrar un ser supremo. En efecto, después de mucho aguardar, como viera que no aparecía en sus entrañas el deseado, emprendió piadosa peregrinación á monte sacratísimo, y tras esta peregrinación sintióse madre. Durante su embarazo, visitóla varias veces el *Ki-lin*, cuadrúpedo sobrenatural y maravilloso, conocido en China por nuncio de buenos augurios. Este cuadrúpedo llevaba una piedra preciosa en los dientes, de tal modo apretados, que nadie podía quitársela. Intentáronlo así una y otra vez los domésticos de Yenche y no lo consiguieron. Pero, en cuanto la joven embarazada se dirigió á él, depositó en sus manos la piedra finísima, desapareciendo como quien cumple un cometido misterioso y oye un mandato celestial. En efecto, recogida la piedra de aquella boca, leyóse una inscripción que decía: «Tendrás un hijo, puro como el cristal, y le verás de ilustre dominador sin tener en el mundo ningún dominio.» En efecto, la joven se dirigió á su padre, y le dijo como sentía en su seno las palpitaciones de un ser tan extraordinario, que, sin llevar corona ni tener reino material ninguno, dominaría sobre las almas. Y, en efecto, á los nueve meses nació Confucio, no monarca ciertamente, simple ciudadano, el cual, por haber sabido con acierto dictar leyes morales á su pueblo, alcanzó un culto que dura veinticinco siglos y que lo coloca entre las más altas eminencias del humano linaje. Pero en otros artículos veremos cómo habiéndose petrificado el pueblo chino en estas instituciones, hase atraído la triste suerte que hoy le aflige y que le muestra la ineluctable necesidad de transformarse ó morir.

EMILIO CASTELAR.

TIPOS MADRILEÑOS.

UNA FAMILIA DE MÉRITO.



ACÍA ya mucho tiempo que me instaba mi amigo Facundo para que le acompañara á casa de su vecino D. Lope Costalada, hombre de singulares méritos, esposo de una mujer que también los tiene muy notables, y padre de unas hijas que hacen maravillas. Yo instábale á mi vez para que me dijera en qué consistían los méritos extraordinarios de esta interesante familia; pero se negaba á darme toda explicación, porque no quería privarme del placer de la sorpresa, y me aseguraba que ésta sería grande, pues vería en casa de D. Lope Costalada lo que en mi vida habría visto ni soñado ver. Con esto me hizo, al fin, entrar en curiosidad, y ayer acompañé á mi amigo Facundo á casa del insigne D. Lope. Este sujeto fué en sus juventudes vista de Aduana en Cuba, en aquellos tiempos en que todo el que iba á Cuba, y no era torpe ni tenía vergüenza, volvía bien provisto de intereses, y después de algunos años de residencia en la isla, regresó á la Península, renunciando al empleo por motivos de salud, y casándose en Madrid con la hija de un académico de la Historia, ya entrada en los treinta y tantos, llamada D.ª Verónica Quincoces, de quien tuvo y tiene dos hijas, Rosaura y Florinda.

Recibióme D. Lope de la manera más amable y afectuosa. Es un hombre de sesenta y tres ó sesenta y cuatro años, bajito, menudo de cuerpo, ágil y activo, con la cabeza grande y desproporcionada, pequeños y vivos los ojos, el bigote espeso, las cejas como el bigote, y las manos finísimas como las de una dama. Mi amigo habíale anunciado mi visita, y después de los cumplimientos propios de la circunstancia, nos llevó á su despacho y se dispuso á mostrarme sus habilidades.

—Voy á enseñar á usted—dijo—la *Biblia*.

—¿La *Biblia?*—pregunté con extrañeza, pensando si mi amigo me habría llevado á habérmelas con un orate.

D. Lope sacó una llavecita del bolsillo, abrió un secreter, en cuyo interior había varios cajoncitos, y de uno de éstos tomó hasta diez libritos de papel de fumar, y poniéndolos sobre la mesa, me dijo con su voz chillona:

—Ahí tiene usted la *Biblia*. Este es el primer tomo.

Y me dió uno de los libritos, y del bolsillo de la americana sacó un lente, que me entregó.

En efecto, abrí el libro, y con el auxilio del cristal de aumento, leí:

LA SANTA BIBLIA
TRADUCIDA AL ESPAÑOL DE LA VULGATA LATINA
Y ANOTADA CONFORME AL SENTIDO DE LOS SANTOS PADRES
Y EXPOSITORES CATÓLICOS
POR EL ILMO. SEÑOR
D. FELIPE SCIO DE SAN MIGUEL
Y COPIADA EN DIEZ LIBRITOS DE PAPEL DE FUMAR
(MARCA «LA PANTERA»)
POR
D. LOPE COSTALADA Y ORTIGA
QUE EMPEZÓ ESTE TRABAJO EL DÍA DE TODOS LOS SANTOS
EL AÑO DE 1874, Y LO TERMINÓ LA VÍSPERA DE LA MISMA
FESTIVIDAD EN 1884.

Y abajo ponía esta nota:

«*Si alguno dudara que en estos diez libritos de papel de hilo se contiene la «Santa Biblia», podrá convencerse de que no hay engaño confrontando la copia con el original, palabra por palabra.*»

—Ya me guardaré bien de ponerlo en duda—dije al ex vista de Aduanas, que, aunque había dejado de ser vista, la había conservado muy notable, por lo visto.

Verdaderamente, era un prodigio de paciencia aquella copia de la *Santa Biblia*, y no hallaba yo palabras bastante expresivas con que demostrar la admiración que me producía obra tan singular.

—He hecho varias de este género—dijo don Lope.—Cuando servía en la Dirección del ramo en Madrid, escribí en cuatro hojitas de papel de fumar las Ordenanzas completas de Aduanas, y se las regalé al Director, que era buen punto, por cierto. El Ministro, que supo que yo había hecho aquel trabajo, lo pidió al Director para verlo, y el Director no lo pudo enseñar, porque se había fumado las Ordenanzas. Ahora he empezado á copiar la *Historia Universal*, de César Cantú, y pienso, si Dios me da salud, copiar en libritos de papel de Alcoy la *Biblioteca de Autores Españoles*, edición de Rivadeneyra.

—¿Y estas obras prodigiosas las vende usted?.....

—No, señor, porque aquí, en nuestro país, no hay quien pague esto, por ahora. Puede que, andando el tiempo, sea otra cosa, y valgan estos libritos de papel de fumar una fortuna á mis descendientes. Yo soy muy español, y esto me pierde, porque si hubiera cogido mis libritos de papel de fumar y me hubiera ido á los Estados Unidos ó á Inglaterra, á lo menos, ¿no cree usted que me hubieran dado todo lo que hubiese pedido?.....

—Puede ser, puede ser.

—Sí, señor, porque allí se aprecia el mérito; pero, ya digo, yo soy muy español, y no quiero que lo que hago salga de mi patria.

De entre las hojas de un libro fué sacando y mostrándome otras maravillas, todas en hojas de papel de fumar. En una había copiado un billete de mil pesetas; en otra la Constitución que felizmente nos rige; en otro un discurso de Sagasta en la oposición y en Asturias, ofreciendo hacer la felicidad de España en cuanto volviera al poder; en otro un número de *La Correspondencia*, y en otros infinidad de primores que no menciono por no incurrir en demasiada prolijidad.

Luego que todo lo hubimos visto, incluso el testamento ológrafo del mismo D. Lope, escrito en un papel de fumar, con lo que no hay miedo de que se lo falsifiquen, el mañoso autor de tales extravagancias llamó á D.ª Verónica, su esposa, que sin duda ya estaba prevenida, porque se presentó con una cartera bajo el brazo. Esta señora es alta, doble estatura que su marido, muy flaca, de facciones angulosas, nariz espléndida, frente demasiado despejada, de ojos chicos y orejas grandes, y en su fisonomía y en su actitud demuestra su origen académico; ya he dicho que su padre lo fué de la Historia.

Doña Verónica no escribe en letra microscópica, aunque sería capaz de hacerlo si se pusiera; pero sus obras no son menos extraordinarias. Nos enseñó una colección pasmosa de retratos..... ¿Adivinan ustedes cómo los hace?..... No es fácil. Los hace con pelo de persona ó de animal.

El primero que nos enseñó representa un niño gordito.

—¿Este es el retrato de algún niño de usted?—pregunté.

—No, señor. Es el retrato de Castelar cuando era chiquitín.

—¡Ah!—exclamé con asombro.

—Sí, señor; una tía de Castelar, muy amiga de mi papá, tiene el original, una miniatura, y teniéndole delante hice yo este retrato con pelo de una gatita mariposa que se nos murió. Nadie lo conocería.

—En efecto, señora: nadie conocería que este infante es Castelar, ni que está retratado con pelo de gata, ni que la gata se murió. Es verdaderamente un prodigio.

—Verá usted otros.

Y sacó de la cartera, en un medio pliego de papel, otro retrato que representa un señor con lentes.

—¿Este sí le conocerá usted?.....

—No me es desconocido—dije mintiendo, porque absolutamente conocía yo al personaje;—pero no caigo ahora.....

—Pues todo el mundo le conoce; es Cánovas.

—¡Ah! sí, en efecto, ahora le conozco; ya lo creo; está hablando; es extraordinario el parecido—dije, sugestionado por la mirada despreciativa de doña Verónica.

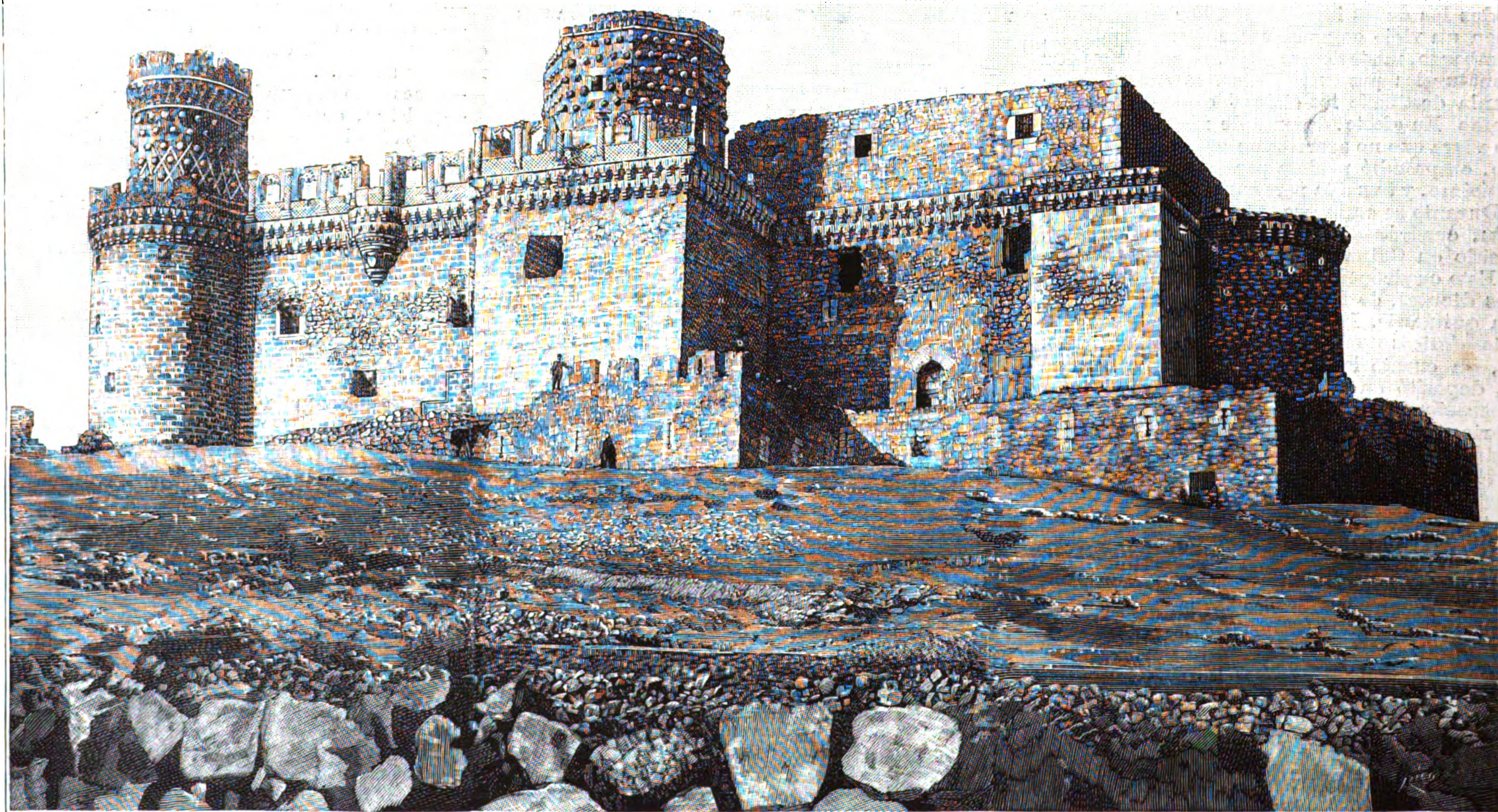
—Este retrato está hecho con pelo de mis hijas Rosaura y Florinda, y el bigote es de pelo mío, y la levita de pelo de una vecina muy guapa, que lo tiene negro como azabache, viuda de un manguitero riquísimo de la calle Mayor.

Enseñóme después los retratos de Prim, de Sagasta, de Calderón de la Barca, de Napoleón, de Garibaldi, de Martínez Campos; el ataque de los moros á Cabrerizas; los Comuneros; el monumento del Dos de Mayo; todo hecho con pelo de D.ª Verónica, de D. Lope, de Florinda y Rosaura, de gato, de perro, de ardilla, de conejo; obras todas admirables de paciencia y de mal gusto.

Doña Verónica, en los primeros tiempos en que se dedicó á tan original y bonita labor, tuvo, me dijo, la galantería de enviar á los retratados los retratos en pelo, sin otra idea que la natural y legítima aspiración de que se conociera y apreciara su habilidad; pero hubo de renunciar á esta generosidad, porque los personajes favorecidos solían devolverle la obra peliaguda, y un renombrado banquero que se quedó con el retrato, correspondió enviándole una carta en que le daba gracias por el recuerdo, y cuatro pesetas envueltas en un papel. Don Lope, doblemente herido en el amor propio de su mujer y en el suyo, escribió al banquero una carta muy digna, devolviéndole las cuatro pesetas, y diciéndole que D.ª Verónica le había regalado el retrato en pelo, y nunca había pensado vendérselo, porque para comprarlo no tenían bastante con todos sus millones él y todos



ALEMANIA.—UNA DISCUSIÓN NAVAL.—EL EMPERADOR GUILLERMO Y EL ALMIRANTE VON DER GOLTZ Á BORDO DEL «HOHENZOLLERN».



MADRID.—CASTILLO DE MANZANARES EL REAL.

REPRODUCIDO DE LA «COLECCIÓN DE FOTOGRAFÍAS ARTÍSTICAS ESPAÑOLAS Y EXTRANJERAS» QUE HA FORMADO EN SUS VIAJES DE ESTUDIO D. ENRIQUE SERRANO FATIGATI.



Armaduras lisas de los mismos á quienes pertenecen las tres siguientes. — Del Cardenal Infante Don Fernando. — De Don Carlos. — De Don Felipe. (Felipe IV.) — De Don Felipe. (Felipe III.) — De Don Baltasar. — De Don Felipe. (Felipe III.)

MADRID.—REAL ARMERÍA.—ARMADURAS DE PRÍNCIPES DE LA CASA DE AUSTRIA.

(Dibujo de Badillo)

los banqueros de Madrid. Desde entonces D.ª Verónica hace sus trabajos en pelo, reuniéndolos y guardándolos hasta que haya en este país suficiente cultura para estimar debidamente obras tan singulares. Puede que la posteridad haga justicia al mismo tiempo á los libritos de papel de fumar de D. Lope y á las estampas de D.ª Verónica.

Luego que agoté todo el repertorio de frases laudatorias en honor de la hija del académico, don Lope tuvo la bondad de manifestarme que aun había más que ver, porque sus hijas, además de tocar el laúd la una, y la otra la cítara, ambas se ocupaban en un género de labor en que seguramente no podían temer la competencia.

Invitándonos á pasar á una habitación interior, fuimos tras él y D.ª Verónica por un pasillo obscuro, y al concluir el pasillo abrióse una puerta y penetramos en un cuarto grande, donde sobre una gran mesa de pino vi unos promontorios de regulares dimensiones, que por estar cubiertos con lienzos érame imposible adivinar si eran obra de escultura ó de alfarería ó muebles..... Nada de esto eran. Antes de que se descubriera el encanto, abrióse otra puerta, y aparecieron las dos hijas de Costalada, Rosaura y Florinda, feas las dos como la mamá, y menudas como el padre, vistiendo una y otra con rigorosa igualdad unos trajecitos grises de crudillo, con peto y delantal azul; y después que me hicieron una reverencia, preparáronse á descubrir la obra magna. Una de ellas arrimó un taburete á la mesa, subióse en él y arrancó el lienzo que ocultaba.....

—La Giralda de Sevilla—dijo la madre.

Y no sé cómo no me caí de espaldas.

Lo que D.ª Verónica llamaba la Giralda era una construcción singularísima de cartón, que si la hubieran pintado, hubiese podido parecer una torre; pero no había allí nada de pintura. Los muros, de cartón, estaban cubiertos de pajitas de varios colores, un trabajo de paciencia extraordinario, pero de un efecto horrible. Y más horrible era todavía el otro promontorio que descubrieron luego y que, al decir de la madre, representaba nada menos que el frontispicio del Congreso de los Diputados, con sus columnas y sus dos leones y su escalinata, todo hecho de pajitas, como la Giralda. Labor más pesada y de peor gusto no es fácil que se haya visto jamás.

—Todo el que ve esto—dijo D.ª Verónica—se queda pasmado.

—Lo creo, señora. Confieso á usted que nunca he visto yo arquitectura semejante. Después de haber admirado las maravillas que usted y su esposo hacen, no podía sospechar que en esta casa me quedaba por ver esta clase de edificación, que es el colmo de lo maravilloso.

—Pues hemos perdido otra que superaba á éstas—añadió la amable señora;—era el Monasterio del Escorial.

—¿De paja también?

—Sí, señor; una noche lo quiso ver un amigo, entramos aquí con velas, se cayó una encima y ardió todo en un momento.

—Lástima fué—dije, por decir algo, sintiendo que no hubiesen ardido también la Giralda y el Congreso, con lo que no hubiera tenido yo el disgusto de ver obra tan ridícula como la de las hijas de D. Lope.

Otras obras menos importantes me enseñaron las dos muchachas, varios cuadros de pajitas también, representando marinas, santos, rebaños, un elefante, dos perros, y por último uno en que, sobre fondo amarillo, campeaban las complicadas armas de la familia Costalada.

Si llegan á enseñarme más cosas extraordinarias me hubiera puesto malo. Desde la *Santa Biblia* en libritos de papel de fumar, hasta el Congreso de Diputados hecho con pajitas de colores, había espacio suficiente para marear á quien tuviera la cabeza más firme que la mía.

Me despedí de la apreciable familia, modelo de laboriosidad para todo lo inútil, felicitando á padres é hijas por sus excepcionales habilidades; y doña Verónica se mostró tan amable, que bondadosamente me invitó para que una noche fuera á oir una sonata clásica que tocarían Rosaura y Florinda en el laúd y la cítara. Ya supondrán ustedes que no me he atrevido á oir la sonata prometida.

CARLOS FRONTAURA.

EL REAL DE MANZANARES.

Entre las llanuras madrileñas y las crestas del Guadarrama se extiende hacia el Norte un territorio que suena hoy poco en historias y accidentes de la vida nacional, y fué en otros tiempos motivo de contiendas y asunto de litigios para la antigua villa que sirve de capital á España.

Compónenle diferentes poblaciones de más ó menos noble abolengo: Colmenar, Manzanares, la actual Miraflores que se llamó antes Porquerizas, Galapagar..... y en todas ellas se descubren esos rasgos especiales de los pueblos que han sido durante largos años propiedad de casas poderosas, con restos de esplendores que brillaron para su bien y recuerdos de estrecheces padecidas por su mal.

Se afanaron durante más de dos siglos por su dominio Segovia y Madrid, trabajando unas veces á la sordina con los magnates influyentes para obtener sentencias con arreglo á su deseo, y acudiendo en distintas ocasiones al esfuerzo de sus vecinos, siempre dispuestos á repartir convincentes garrotazos entre los contrarios.

Malos años corrieron para el Real de Manzanares desde el 1200 al 1400, que no fueron muy felices tampoco para el resto del país.

A comienzos del siglo XIII azotóle el hambre general que se padeció en España. Cuéntase que las gentes desfallecían en los caminos; nubes de pobres harapientos los cruzaban en todas direcciones; los aldeanos tendían manos descarnadas á los nobles, que no andaban muy sobrados de recursos con que socorrerlos; la penuria y la escasez quebrantaban los lazos de familia; la debilidad se oponía al vigor para el trabajo, exagerando la crisis; las tierras producían poco, los apuros llegaban á las más altas clases, y el mismo Monarca se consideraba impotente para atender á tantas necesidades y remediar tantos males, que no pasaron sin consumir antes haciendas y amontonar cuerpos muertos.

Llegó el siglo XIV, y aquella anárquica minoría de Alfonso XI probó á los pueblos que había algo más temible que el hambre, y era la falta de conciencia y los procederes violentos de los malvados. Andaban por entonces cubiertos de hierro muchos aventureros, legítimos abuelos de los que hoy apelan á más suaves medios para conseguir los mismos fines. Deudos, parientes, servidores y bandidos asalariados por los poderosos se *incautaban* de lo ajeno, sin necesidad de acudir á las habilidades de los modernos caciques de aldea. Saqueaban á las pobres gentes de los villorrios, mataban á los indefensos, y cometían mil desafueros consentidos por los varios príncipes tutores con el fin de no enajenarse voluntades, según cuenta con noble sencillez y nada pretenciosa elocuencia la crónica del Rey que luego se llamó batallador y justiciero.

Vinieron por fin nuevas sequías á completar la obra de destrucción; y luchas aldeanas, hambres con estrecheces, atropellos de potentados é inclemencias celestes se asociaron para componer un cuadro y trazar una historia tan triste de las infelices aldeas, que no ha de extrañarse el lento desarrollo de su población y riquezas, y sí reputar por hecho milagroso el que hayan llegado hasta nosotros.

Mientras sus habitantes sufrían, pasaba la propiedad del Real de Manzanares de unas á otras manos, sirviendo de consuelo á pretendientes contrariados, de joya regalada á cortesanas bellas, de limosna generosa ofrecida por nuestros Reyes á príncipes sin trono, y de premio concedido al valor de los sacrificios patrióticos.

Anexionóse sus entonces reducidas pueblas la Corona, en tiempo de Alfonso el Sabio, como un medio práctico y breve de dirimir contiendas.

En la minoría de D. Fernando el Emplazado aspiraba á la dignidad suprema el infante don Alonso de la Cerda, y cuando contratiempos y arreglos le hicieron renunciar á sus doradas ilusiones, se le dió la propiedad del Real, entre otros territorios y villas.

Destino más galante tuvo después, siendo incorporado á los dominios de D.ª Leonor de Guzmán, la hermosa favorita de Alfonso XI, y madre de monarcas.

Pasó por brevísimo tiempo á poder de D. Juan el Portugués, y vino, por último, á constituir patrimonio en la descendencia de los Mendozas, que han ostentado durante cuatro siglos el título de Duques del Infantado. Bajo el dominio de estos nobles se construyó el poético castillo cuya imagen reproduce en su pág. 320 LA ILUSTRACIÓN.

Suena desde entonces unido el nombre del Real al de la poderosa familia, y en poco más de un siglo se destacan en ella tres históricas personalidades: D. Pedro González de Mendoza, D. Iñigo López de Mendoza y el Gran Cardenal de España.

D. Pedro González de Mendoza fué aquel caballero que salvó la vida de D. Juan I de Castilla, á costa de su sangre, en la funesta jornada de Aljubarrota. Habían matado el caballo al Rey y amenazaba al Monarca desastroso fin, cuando el valiente hidalgo le hizo montar en el suyo y amparó la huída, aguardando tranquilo una muerte gloriosa.

Legítimo descendiente del héroe fué D. Iñigo López de Mendoza, á quien se le lograron los deseos de ser en un mismo día primer Marqués de Santillana y primer Conde del Real, si se ha de dar crédito á lo que cuenta uno de sus contemporáneos.

Comparando los elogios de los biógrafos con lo que se desprende de sus hechos, se observa que la existencia de D. Iñigo fué una extraña mezcla de ligerezas con determinaciones muy pensadas, de despechos y arranques generosos, de vigores y desfallecimientos, de tierno amor á su familia y alguna que otra distracción fuera del hogar doméstico, no mal mirada entre las gentes de su clase y de su siglo.

Anduvo mezclado toda su vida en las revueltas que agitaron el reinado de Juan II, pasando del uno al otro bando, y fué luego, bajo Enrique IV, reposado y sesudo consejero de la Corona.

Batalló con brío en las vegas andaluzas contra los moros granadinos, y hubo de fortificarse dentro de sus castillos contra el Gobierno del Rey en otras ocasiones, escribiendo al Monarca que no lo hacía por desconfianza y sí por las necesidades de los tiempos.

Mostróse lleno de ánimo para cien empresas guerreras en la lucha de Castilla contra Aragón, y expresó su pesimismo en aquel soneto donde se queja de que la fe, la caridad y la esperanza se han ausentado de estas regiones; la justicia, la templanza, la igualdad y la prudencia han huído; la gloria de España se tornó en vituperio, y la nobleza está muerta.

Mal juzgaba el noble caballero de su tiempo, tan soñado hoy por algunos, y esto prueba que son siempre hermosas las sierras que se ven desde lejos, y ásperos los peñascales que se pisan.

Alcanzaron á D. Iñigo las vacilaciones, el sobresalto, las deslealtades, las pequeñeces y los vicios de aquella época de crisis; dato que no es de extrañar, porque sólo el que se aisla logra ponerse á cubierto de las influencias con que las políticas de ambiciones corrompen á las cosas y á las personas; pero tuvo cualidades que diferenciaron profundamente su figura de las demás figuras de su siglo.

Fueron sus rivales magnates poderosos, actores en el gran drama de la historia nacional, fuerzas que trabajaban en que los hechos se produjeran de este ó del otro modo; y fué el primer Conde del Real de Manzanares todo esto también, y además un gran poeta, una genialidad creadora de esas que el hombre admira en los diferentes órdenes de la belleza y en las más alejadas edades.

Recuerdos de aventuras picarescas y perfumes de las montañas llenaron el alma de D. Iñigo. Gustó de placeres vulgares idealizados en él por su talento, y ocuparon su fantasía cien imágenes vivas, los precipicios y bosques del Moncayo, los suaves montes de Vitoria, el valle de la Finojosa con su encantadora vaquera, los olorosos campos de Andalucía y los peñascales del Guadarrama.

Obraron unos sobre otros estos elementos en aquel entendimiento poderoso, y los frutos de sus influencias fueron, entre cien composiciones más, las preciosas *Serranillas*, en que canta la belleza de pobres montañesas, revelando su sinceridad que algunas le recibieron en medio de las flores silvestres con excesiva blandura, y muchas no aceptaron sus obsequios por ariscas ó altivas.

La noticia de sus faltas se olvida, y la hermosura de sus creaciones persiste de generación en generación, por esa virtud del genio contra la que en vano se protesta, y la obra santa de universal caridad que conserva en los espíritus humanos los nobles pensamientos que de otros espíritus proceden y vuelve á la tierra los cuerpos manchados, donde la vida los da amorosa nueva forma en que no se recuerdan los pecados cometidos.

Hijo de D. Iñigo fué el cardenal Mendoza, la tercera y última de las grandes figuras de la familia cuyo nombre citaremos en esta brevísima historia.

Jugó bajo los Reyes Católicos y en la conquista de Granada el importante papel de todos conocido: y cuando una mañana del mes de Enero de 1492 se dirigía hacia la hermosa ciudad llevando delante aquel *guión* que se guarda hoy como reliquia en la catedral de Toledo, las nieves de la alta sierra andaluza enviaban á los hielos del Guadarrama los ecos de tantos gritos de alegría y triunfo, como blancos y puros mensajeros de las nuevas glorias alcanzadas por uno de los descendientes de aquellos nobles señores que poseían ya desde largos años el Real de Manzanares.

A donde se depositó el *guión* fué, corriendo los tiempos, el cuerpo del gran Cardenal español, y allí reposa, en el presbiterio de la iglesia toledana, inalterada todavía sobre la rica urna su efigie de piedra, con todas las insignias de la dignidad

episcopal. Allí se ve su rostro inmóvil y sereno, sin reflejo alguno de las pasiones que le agitaron durante su existencia, cual si profundas meditaciones acerca de sus deberes sagrados y un largo ejercicio del dominio sobre sí mismo le hubieran llevado hasta el modo de ser perfecto en que se muestra la absoluta paz de un alma.

Después de pasar por cien manos, y al cabo de los años mil, el Real de Manzanares pertenece hoy á la provincia de Madrid, y ha perdido tanto en poesía cuanto ha ganado en bienestar material. Sus pueblos crecieron en los últimos siglos, y la cultura progresa entre sus habitantes, por más que se observen ciertos rasgos en todas estas comarcas de la montaña madrileña que recuerdan el carácter bravío de aquellas edades del hierro y las rudas luchas que costó su posesión.

Enrique Serrano Fatigati.

LOS TEATROS.

En el de la Comedia: *Al pie de los Pirineos* y *La Monja descalza*. En la Princesa: *María Rosa*.

LLEGÓ y pasó la racha de estrenos, sin tanta ocasión de aplauso como se esperaba de los nombres de los autores y de los vaticinios de los íntimos de las empresas, que parecen bien enterados de todo antes de que pueda resolver nada el juez inapelable.

El público de las solemnidades acudió al estreno de *Al pie de los Pirineos*, cuyo autor, D. Francisco Pleguezuelo, bastante tiempo alejado del teatro, había conseguido en él tan legítimos triunfos.

Quizás ese mismo alejamiento y las constantes imposiciones de una profesión tan honrosa como refractaria á la labor imaginativa del autor dramático, hayan influído algo en el ligero desviamiento de algunas de las facultades que distinguen al aplaudido autor de *Margarita*, quien, en *Al pie de los Pirineos*, ha lucido, como siempre, por la expresión natural y sincera de los más puros y hondos afectos.

La equivocación principal, el error de origen en su última obra ha consistido en la elección del asunto, ya muy llevado á la escena por verdaderos maestros de la dramática extranjera, en obras como *Odette*, que en dos idiomas hemos visto representar admirablemente en nuestros escenarios.

El asunto es peligroso, y tanto Sardou como Dumas le han tocado con temeraria valentía, pero también poniendo en juego todos los recursos y todas las habilidades de ingenio que les exigía para el triunfo.

Menos valiente y atrevido el Sr. Pleguezuelo, ha llevado el asunto por corrientes más apacibles y serenas; y, si bien con eso tiene algún carácter de originalidad su obra, ésta no ha podido llegar á un alto grado de interés y de fuerza dramática.

La esposa culpable y arrojada del hogar por sus culpas, y que, por voluntad propia ó por circunstancias imprevistas, vuelve al fin á acercarse al esposo ofendido, despertándose en ella la intensidad santa del amor materno, es una figura realmente dramática, pero que necesita larga y habilísima preparación expositiva para llegar á aparecer á los ojos de los espectadores.

La Alicia del Sr. Pleguezuelo aparece demasiado pronto, cuando el público no ha podido darse cuenta todavía de que aquella mujer culpable, aquella madre amorosa, entra allí sólo para producir—porque el autor lo quiere—un conflicto entre su celosa hija, Isabel, y el enamorado prometido esposo, Luis, el noble caballero que, en un arranque muy natural de pasión, puede desvanecer los celos implacables de su amada y poner fin al conflicto y á la comedia.

Pero las comedias se acaban cuando los autores quieren, y el amante de Isabel insiste en su inútil y fatal silencio, como el padre en declarar muerta á su esposa, para que el conflicto dure, sin que se duelan de aquel pobre ángel que al fin *lo sabe todo* por la carta de despedida de la desdichada, causa inocente de los tormentos de su hija.

El público, poco ó nada atraído por una fábula sin interés y una acción demasiado lánguida, ha tenido que contentarse con los rasgos de delicadeza y exquisito sentimiento que le han ofrecido algunas escenas, dignos recuerdos de otros arranques del mismo autor en obras de más aliento y vigor dramáticos.

En la ejecución, sólo Thuillier encontró en el segundo acto ocasiones de sacar al público de su fría reserva, arrancándole aplausos nutridos con los acentos de generosa pasión que el autor había puesto en sus labios. Los demás artistas poco podían hacer en los desdibujados caracteres que representaban.

Pero seguro estoy de que el autor hará mucho—todo lo que sabe y puede hacer—para recobrar pronto el distinguido lugar que le corresponde entre nuestros buenos autores dramáticos.

***

En *La Monja descalza*, de D. Miguel Echegaray, figura una Tía Canora, posadera de un lugar próximo á Madrid, charlatana feroz é impenitente. Cuando el cura del pueblo la echa en cara el feo vicio de hablar tanto y tan á tontas y á locas, ella le contesta: «¿Qué quiere usted, señor cura? Sé *onde* empiezo, no *onde* acabo.»

Pues eso mismo le pasa al autor en muchas de sus obras, y más que en otras en *La Monja descalza*. Sabe cómo y dónde empieza, pero no sabe cómo ni dónde va á parar con sus personajes.

Miguel Echegaray es un autor impaciente. Se encariña con un asunto—nuevo ó viejo—y apenas ve clara la exposición, se lanza disparado al diálogo, sin planear, sin tener bien pensado el conjunto de la obra, sin ordenar la acción ni definir de una vez los caracteres, fiándolo todo á los efectos que, en su genial desorden, se le vayan ocurriendo después, efectos que resultan á veces ingeniosos, pero jamás artísticos.

Así, *La Monja descalza* parece, más que una comedia, un mosaico de escenas sueltas, demasiado sueltas, en que los principales personajes, movidos, no por un plan concertado, sino por el capricho del autor, están al servicio, no de una idea que debe presidir en toda obra de arte, sino de los efectos aislados á que va recurriendo el desorientado autor para suplir la falta de interés con incongruentes pinceladas poéticas ó con brochazos cómicos que sorprendan y hasta distraigan alegremente á los espectadores.

La exposición está bien hecha, aunque sobre base tan deleznable como la escapatoria de Magdalena, una de las dos sobrinas del cura, cómica espontánea, sin educación artística, que en Madrid ha tenido la suerte inconcebible de improvisarse primera actriz con cien pesetas diarias en la nómina, sin que á su santo tío se le haya ocurrido un momento atajar al diablo en el camino de dar á un pobre padre de almas sobrinas dejadas de la mano de Dios.

Porque la otra sobrina, que al principio parece un remedo de la *Mojigata* de Moratín, simulando devotas aspiraciones de monja descalza, descubre pronto que sabe dónde la aprieta el zapato de la concupiscencia, tratando, con coqueterías muy mundanas, de quitarle á la hermana el novio que *le ha salido* en un galán, compañero de arte en la escena madrileña.

Este galán—que no sé si tiene también veinte duritos de sueldo—ha dejado las tablas por seguir á su agraviada compañera, quien, desengañada y arrepentida, ha ido á arrojarse á los pies de su tío, que la perdona y la recibe en sus brazos, recordando á Jesús con la bíblica Magdalena.

Colocado el galán entre las dos sobrinitas—como el asno de Buridán entre dos piensos—no sabe ya por dónde ha de llevarle su bizarría de arriscado Tenorio; y, mientras el clérigo dormita, ó reza, ó sueña con las natillas y los *mojicones* de las Carmelitas descalzas, enciende la tea de la discordia entre sus dos enamoradas, hasta el punto de temer yo que, en un arranque de ira, la fiera *devota* arroje á la cabeza de la cómica aquel hermoso Cristo que, por tantos conceptos, adora el padre cura.

Sabe Dios cuándo tendrían término las vacilaciones de acción, las alteraciones de carácter y las incongruencias de tono de aquellos dos últimos actos, si, después de tener el Tenorio bien concertado con la interesada el robo de la monja en proyecto, no se le hubiera ocurrido á última hora á un paleto—que entretiene mucho al público—llamar la atención del cómico hacia el recuerdo de los soberbios ojos que iluminan el rostro de la cómica.

Entre la luz de aquellos ojos y la luz de la luna que baña la ventana á que se asoma Magdalena á lo Margarita del *Fausto*, dan al traste con el proyecto de rapto de la monja, y el galán y la primera dama de los veinte duros sólo esperan que asome el cura por la ventana y les eche su santa bendición de tío y de *padre*.

Y ¿qué hacemos del cabo suelto, es decir, de la falsa beata, que acude á la cita? Dejarla entregada á la justicia ordinaria de un animal, desdeñado, que se venga de los desdenes arrastrando á la desdeñosa en su tartana y metiéndola á empellones en el convento, en castigo de sus pícaras gazmoñerías.

Y así se desarrolla y así da fin una comedia que tanto bueno prometía en su principio, y á la que no hubieran alcanzado á salvar del fracaso las genialidades pintorescas del autor, sin una ejecución notabilísima por parte de los artistas del teatro de la Comedia.

Mario, en el sencillo cura; las dos hermanas Cobeña, sobre todo Carmen en su bien sentido papel de Magdalena; Thuillier, procurando definir el indefinible carácter del cómico; la Alverá en la desatada mesonera, madre de siete niñas; Lacalle, á quien toda la prensa ha celebrado con justicia por su graciosísima creación del paleto sencillote; todos, en fin, han procurado defender el buen nombre de Echegaray contra los implacables enemigos que llevaba dentro de sí la desconcertada labor del poeta.

***

María Rosa no va á buscar el melodrama en su último acto, como han dicho algunos; es un melodrama desde sus primeras escenas; desde que se inicia el asunto, esencialmente melodramático.

La protagonista aparece ya sufriendo la forzosa y terrible ausencia de su adorado esposo, que, por un error de la justicia, arrastra la cadena del presidiario, condenado por un delito que ha cometido con premeditación y doble alevosía el que tiene cerca la esposa, el que la persigue con empeños de una pasión tenaz é implacable, que le llevó á ofrecer á los jueces las más convincentes apariencias de criminalidad del inocente marido, á quien odiaba por ídolo de María Rosa.

El inocente, perseguido y aherrojado por la justicia; el traidor criminal, suelto y libre en medio de la carretera, donde gana el pan entre hombres honrados, y donde acaricia su pasión al lado de la que pronto va á saber que es viuda, porque el marido no ha podido resistir la ignominia y el castigo no merecidos. Y para que los elementos melodramáticos no falten desde el principio, pronto aparece Chepa—uno de los compañeros de trabajo del apasionado de María Rosa—con maliciosas é insinuantes sospechas de que éste es el criminal verdadero, que supo *echar el muerto* á quien, por vivo, le estorbaba.

Un capataz de brigada asesinado en la carretera; un inocente que muere en presidio; el criminal que se aprovecha del delito doble para acudir á la satisfacción de su pasión indomable; la viuda que llora desolada á su ídolo, perdido para siempre; la cuadrilla de trabajadores que deja el dolor en brazos de los suyos, para correr al cobro de jornales que se le adeudan.

¿Quién puede dudar que todo aquel cuadro primero es hermoso, palpitante de verdad, de gracia á veces, cuando habla el hambre de aquel pobre Salvador sin trabajo, ó el cariño batallador de la ruda mujer de Quirico, el hermano de María Rosa; cuadro lleno de luz del sentimiento humano por los acentos sinceros de amor y el llanto de desesperación de la triste viuda?

Pero el Sr. Guimerá—á quien acredita de habilísimo artista y de gran poeta tan maravilloso cuadro dramático—lleva después á su hermosa é interesante protagonista por caminos contrarios á aquel en que se nos presentó cerca de la carretera, junto al río donde lavaba la ropa de los obreros y con cuyas aguas corrían las lágrimas que, al recuerdo de su desdichado Andrés, se agolpaban á sus ojos.

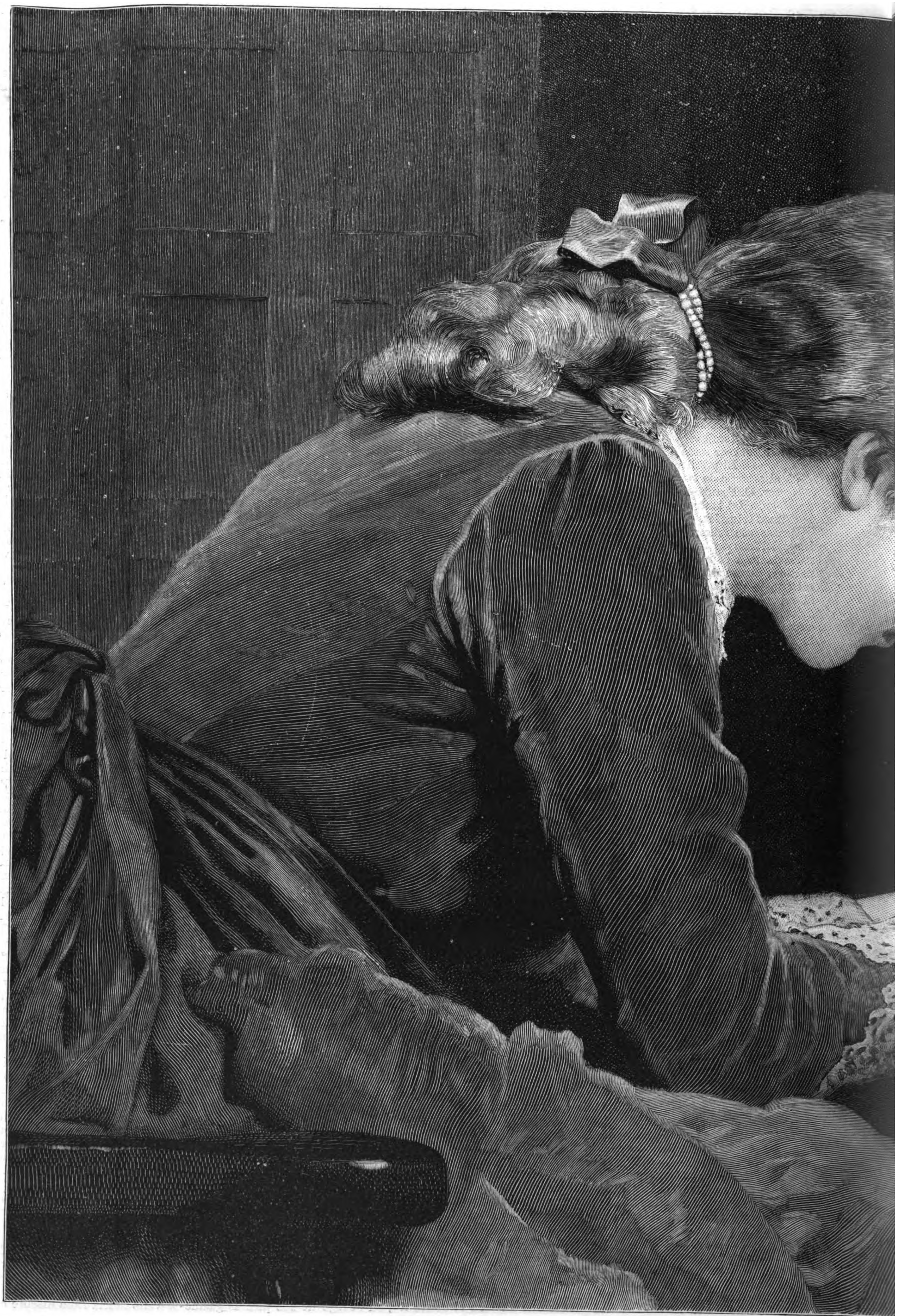
***

Empieza á caer á pedazos el ídolo santo del amor conyugal de María Rosa, y ésta, el ídolo levantado en el corazón de los espectadores por la mágica labor del poeta, cae también, se borra, se desvanece á medida que va abdicando aquel ideal carácter de mujer del pueblo, que parecía tan íntegro y tan vigoroso.

Ya no se defiende María Rosa abroquelada por el ara misma del martirio de su inocente esposo. Parecía que no debía haber ya otro amor que la subyugase; que no debía dominar en ella otra idea que aquella de buscar al criminal miserable que entregó á su Andrés á la justicia. Y, sin embargo, se va rindiendo á las sugestiones de Ramón, del criminal mismo, que no necesita llegar á la borrachera para que su actitud le traicione y sus reticencias le denuncien.

El melodrama avanza lánguido y por un camino sin trazo seguro, allí, entre tantos afirmadores de carreteras, muchos de los cuales, por su manera de pensar y su retórica de expresión, parece como que también van perdiendo de su carácter propio y de su modo de ser nativo.

Triunfante Ramón en sus apasionados propósitos; rendida la hembra á su sensual apetito, en vano María Rosa discute consigo misma y trata de razonar su amor nuevo, y habla de consultas inútiles con el señor cura y de apariciones que la retienen en sus pesadillas. Todo aquello parece



CARIÑO DE

CUADRO



SINTERESADO.

DE CLARK.

más bien una débil y atropellada cuanto estéril defensa que de sí mismo quiere hacer el artista, al ver desfigurada por su propia mano la hermosa estatua viva que de su alta inspiración había nacido.

Ya no le bastan al espectador ni los primores de aquella escena—digna de tal poeta—en que María Rosa se despide de su hermano Quirico, diciéndole que necesita huir muy lejos para librarse de las sugestiones irresistibles de Ramón, á quien adora ya como á nuevo esposo.

La escena es tierna y conmovedora y llega al corazón del público, que la corona con sus aplausos, al retirarse Quirico con los ojos llenos de lágrimas. Pero al punto llega Ramón con sus malas artes á cortar el paso de la vacilante fugitiva. Y allí, á las altas horas, ante los hermanos bien despiertos de la viuda protagonista, se hace para los pobres obreros cuestión *de honra* lo que es y ha de ser sólo cuestión de debilidad de una mujer y de fuerza de voluntad de un asesino enamorado.

Y así, cayendo siempre, llegamos al repugnante festín de la boda de Ramón y María Rosa; es decir, á la tardía conspiración contra la empedernida conciencia del autor del doble crimen. Desde el barril de vino de Salvador, que gotea sangre de Andrés, hasta el cuchillo *de punta* que *señala* sobre la mesa la mujer de Quirico, sin olvidar la sarcástica sonrisa del demonio de Chepa—que tiene *cara de juez*, según dice allí el criminal—todo está preparado, sobrada y burdamente preparado, para que el público no dude de que María Rosa ha necesitado casarse con Ramón para encontrar y ajusticiar por sí misma al miserable que le arrebató su primer ídolo.

Harto se ha denunciado ya Ramón en las primeras turbaciones de su borrachera, para que su María necesite esforzarse luego, á solas con él, por arrancarle la confesión completa y terminante, que al fin brota al calor de otro vino, del ardiente vino de la insidiosa seducción de la mujer tanto tiempo deseada, que le trastorna y le emborracha otra vez con sus ojos, y le arrastra á la verdad con mentiras horrendas que ofenden la memoria de aquel primer marido tan infeliz y tan adorado.

La sangre de Ramón corre al fin al golpe del consabido cuchillo *de punta*, y la justicia de María Rosa queda cumplida. He ahí el drama que, á corresponder en conjunto á las maravillas del pimer acto, no sólo bastaría para la gloria legítima del romántico gran poeta catalán, sino que también sería uno de los más preciados timbres de la dramática española contemporánea.

No hay para qué decir que nuestro insigne don José Echegaray ha hecho verdaderos primores de arte literario en su hermosa traducción de *María Rosa*.

⁂

Ricardo Calvo merece esta vez, entre los artistas del teatro de la Princesa, la primera mención del que, como yo, se detenga á recordar lo bien ensayada, lo admirablemente dirigida y puesta en escena que está la obra por el estudioso actor que, para la ejecución, ha cargado con las dificultades del papel más ingrato y odioso.

Ni una sola figura ha descompuesto los cuadros que el autor nos ha ofrecido, y sería injusto no señalar como intérpretes más felices á Carsi, en el noble y honrado Quirico, y á la señora Domínguez, en la ruda cuanto sensible y sencilla cuñada de María Rosa.

Y deliberadamente he dejado para la última la primera figura, que en su aparición, y á pesar de las penas que la agobiaban, se reveló demasiado orgullosa de verse encarnada en quien pronto había de recibir de la crítica los títulos de *doctora* en el arte y de poco menos que *primera* actriz del mundo.

Sí; María Guerrero es hoy nuestra primera y más legítima esperanza en el arte escénico. Pero pudiera malograrse si escuchara sólo—y es lo que yo temo—esos coros encomiásticos, sin *pero* que desentone, de sus admiradores y glorificadores á todo trance.

La inteligente y estudiosa María, en la *María Rosa* del primer acto ha dicho y hecho todo lo que ella puede hacer y decir por sí sola, con su misma inspiración y por su exclusivo estudio. Admirable actriz, por lo sincera, mientras la protagonista era toda espíritu, en su tribulación callada como en su desesperación viva y elocuente, devota aún del santo amor de un muerto.

Pero luego, cuando María Rosa se hace toda carne, y la materia vil despierta sedienta ante las palpitaciones de un amor vivo, y la pasión de la venganza lucha con la pasión que rebaja el ideal del poeta, María Guerrero ya no es la sincera artista; es otra, es..... Vuelva á leer las palabras de un crítico generosamente entusiasmado: «Me parecía estar viendo á Lucinda Simoes.» Probablemente se acordaría el crítico de la *Teresa Raquín* de la actriz portuguesa.

Pues esa es la censura en el elogio. El artista que es sincero, es *suyo;* no estudia sus papeles con *patrón* á la vista; no cierra los ojos para soñar con modelos y recordar, entre sombras, gestos y actitudes de artistas de extrañas escuelas.

Ante Matilde y Teodora pasaron por Madrid dos grandes trágicas, que admiraron, pero que jamás imitaron. Julián Romea vió hacer á Rossi un *Sullivan* muy brillante, pero falso. Seguro de la verdad artística del *suyo*, llamó con él al público á la noche siguiente, y con él triunfó más que antes de que conociéramos todos al gran actor italiano.

Así han de ser los artistas, si han de ser grandes. Y créame la Srta. Guerrero, cuyos progresos en el arte son evidentes: olvídese de todas en la escena, menos *de sí misma;* no halle para sí gloria legítima en la gloria que se le ofrece de reflejo.

EDUARDO BUSTILLO.

28 Noviembre 1894.

LOS PATRIARCAS DE ORIENTE EN ROMA.

Cuando Emilio Castelar, saliendo conmovido y admirado de la audiencia que le concedió León XIII, refirió á los publicistas italianos, que le preguntaban sus impresiones, lo que el Santo Padre le había manifestado, con altísima elevación de pensamiento, sobre sus esfuerzos destinados á que el arbitraje internacional que tan admirablemente llevó á término en la cuestión de las Carolinas entre España y el Imperio germánico, y recientemente entre el Perú y el Ecuador, se extendiese al universo entero, y acerca del trabajo que preparaba para terminar una nueva Encíclica apostólica, que sucediendo á la última dirigida á Príncipes y pueblos, hablase á los de Oriente de la unión de las dos Iglesias católica y griega, para cuya obra quería poner una nueva piedra reuniendo á los Patriarcas orientales en la Ciudad Eterna, nuestro distinguido repúblico, expresándose con todo el calor de su alma entusiasta, exclamó que, si el Pontífice llevaba á término, ó á lo menos preparaba tan magníficos resultados para el porvenir, pasaría á la posteridad como la figura más grande de este siglo, cuyos últimos años llena con sus actos sublimes el sucesor de San Pedro. Ya antes, y con ocasión de la Epístola citada á Príncipes y pueblos, en que se trataba esta cuestión de la aproximación de las Iglesias orientales y Occidentales, el Emperador de Austria-Hungría, á quien tanto interesan tales asuntos, no sólo por la conocida piedad del Monarca que lleva dignamente el título de Soberano apostólico, sino porque situado su Imperio en las fronteras de Rusia y Turquía, y teniendo en sus Estados súbditos profesando comuniones diferentes, es importantísimo cuanto se refiere á la pacificación religiosa, había dicho al nuncio en Viena, el ilustre Mons. Agliardi, que si á León XIII le era concedido por la Providencia aproximar el término del cisma que desde los tiempos de Focio, en 858, amarga, teniéndola dividida en dos ramas, la existencia de la Iglesia, León XIII podía estar seguro de hallar la inmortalidad que dan los hombres en la tierra, y la recompensa celeste, de que sólo puede ser dispensador Dios.

Esta cuestión, que durante un mes fué objeto de las deliberaciones más profundas, presididas por el Papa, y tenidas entre los Patriarcas de Oriente y cierto número de Cardenales que con justo título pasan como altas lumbreras de la Iglesia, ha sido seguida con profundísima atención, no sólo de la prensa vaticana, austriaca, germánica y bizantina, sino por la moscovita, aun en medio de las profundas emociones causadas por la muerte del Czar, y la francesa, á quien tanto interesa por su protectorado de los católicos de Oriente. Y si España, en cuyo seno existe la unidad de la fe, no siente los mismos móviles internacionales que otros Estados, para estudiar atentamente los progresos ó las dificultades de esta cuestión, sería conocer mal el sentimiento de nuestro pueblo negando el interés profundo y la adhesión que consagra á la gran obra de pacificación cristiana de León XIII.

Ya Pío IX había ensayado esta aproximación cuando invitó á los prelados rusos y griegos de la Iglesia que á sí propia se llama ortodoxa á asistir al último Concilio Vaticano, queriendo que continuase la obra de aquel Concilio de Florencia, en que el penúltimo de los Emperadores de Oriente imploró el auxilio de la cristiandad entera para que Bizancio no sucumbiese bajo las armas triunfantes de Mahomed II. Aquella asamblea aclamó la unión de las dos Iglesias, con la que impidió la conquista de Constantinopla en el siglo XV; pero á tan magna obra se opusieron después los patriarcas griegos del Phanar, el llamado Pontífice de las Armenias gregorianas, que tiene su sede en el monasterio del célebre monte Ararat, y sobre todo los Czares de Rusia, viniendo á favorecer los esfuerzos de todos la obra de Lutero y de Calvino, que apartó también de la Sede católica tantos millones de protestantes en Europa y en América. Sabido es que Pío IX tuvo el sentimiento de que sus invitaciones al Concilio Ecuménico no merecieran feliz acogida de las Iglesias disidentes. Aleccionado por aquel recuerdo, y obrando con su habitual sabiduría, por grande que sea el deseo de León XIII de ultimar la obra del Concilio de Florencia y reanudar esa unión que duró nueve siglos, se limitó á convocar en Roma á los Patriarcas de aquellas Iglesias que, aun manteniendo tradiciones y ritos diversos, están unidos á la Sede de Pedro, sabiendo perfectamente no ser empresa factible, sino para la Providencia, hacer que en un día las Iglesias separadas de Oriente y de Rusia vuelvan á la unidad católica. Nadie ignora en el Vaticano qué obstáculos presenta á esto el Sínodo ruso, y con qué prudencia debe caminarse para conseguir tal aproximación en Oriente, donde el rito se enlaza de manera tan inmediata é indisoluble con la nacionalidad, siendo los Patriarcas, además de pontífices de su religión, los jefes civiles, por decirlo así, de sus diversas nacionalidades, y reconocidos en tal concepto por la Sublime Puerta. Por lo cual, todo aquello que sea aflojar los vínculos que en esta última cualidad los ligan al Sultán, de quien reciben su investidura, de igual manera que el Czar es, en realidad, el pontífice de la Iglesia moscovita, ha de presentar inmensas dificultades. El trabajo, por tanto, de las conferencias patriarcales que acaban de terminar en Roma ha tendido á la preparación de los medios más oportunos para obtener gradualmente, pero de una manera constante, la conversión de los orientales cismáticos, sacerdocio y pueblo, á la unidad católica, eliminando de la mente de las Iglesias del rito oriental todo temor de que sea propósito de la Santa Sede hacer perder á estas Iglesias su carácter nacional. Cosa ajena á su pensamiento, y que pugna con el respeto que León XIII ha consagrado siempre á la conservación de las tradiciones y ritos orientales, extendiendo los privilegios, no ya sólo á las comuniones que venían disfrutándolos, sino á la Iglesia slava, á los grecoruthenos y á los pueblos del Montenegro, de la Bosnia y de la Herzegovina, que, profundamente agradecidos á la conducta de la Santa Sede, han llenado de esplendor la Ciudad Eterna con sus magníficas peregrinaciones y romerías de los últimos lustros.

⁂

Los Patriarcas orientales que se llaman sucesores cada uno de ellos de la sede de un apóstol, y convocados en Roma, fueron los de los caldeos, armenios católicos, asirios, maronitas y melkitas, no alcanzando la convocación por ser innecesario el concurso de aquellos á quienes nada separa de la Iglesia romana, de los patriarcas latinos de Constantinopla, Alejandría, Antioquía, Jerusalén, Venecia, Lisboa, Indias occidentales y orientales; el primero de los cuales, monseñor Lenti, tiene su asiento permanente en Roma, mientras el título de Patriarca de las Indias va unido al de los primados de España. De los Patriarcas convocados tenía que faltar el de los caldeos, si bien sustituído por un vicario, habiendo fallecido no ha mucho monseñor Pedro Elías Abolionan, que llevaba el título de la antigua Babilonia, y reemplazado en estos mismos días por el Sínodo caldeo, reunido en Mosul, quien ha elevado á dicho patriarcado á monseñor Jorge Ebedesia, arzobispo de Amida, nacido en 1827, y alumno del Colegio Pontificio de Propaganda Fide. Faltó igualmente acaso el más ilustre y de seguro el más conocido de estos patriarcas, monseñor Azarian, que con el título de Cilicia lo es de los armenios católicos de Oriente, y á quien Roma había contemplado con espléndido séquito cuando el Jubileo episcopal de León XIII, desempeñando la magnífica embajada que le confiriera el sultán Abdul-Hamid. Por lo cual fué altísima la sorpresa causada de la noticia anunciando que cuando estaba para embarcarse con destino á Brindis, había recibido la expresión por parte de la Sublime Puerta de un deseo, equivalente á un *firman*, para que se suspendiese su excursión á la Ciudad Eterna. No era fácil explicarse cómo permitiéndose que viniesen á Roma los Patriarcas melkita, maronita y asirio, que todos dependen del Kalifa del Imperio otomano, se impedía el concurso á las conferencias de los Patriarcas del que había recibido pruebas tan relevantes del aprecio del Sultán. Bien pronto se supo, empero, por una nota oficiosa que la Embajada turca aquí publicó en esta prensa, que ni Abdul-Hamid ni la Sublime Puerta habían puesto obstáculos á tal viaje, aun cuando las cartas de Constantinopla dejasen adivinar que el Embajador ruso, si bien no había ejercido una presión diplomática cerca del Diván, había hecho llegar consejos al patriarcado armenio para que se renunciase á un acto que se debía contemplar con disgusto en el palacio de Livadia, donde á la sazón residía enfermo el czar Alejandro. Rusia, en efecto, tiene un interés grandísimo en impedir todo lo que estreche los lazos entre los armenios y la Santa Sede y acrezca la esfera de influencia de su patriarca, contando ya los armenios católicos más de 600 iglesias en el Imperio moscovita, y conviniendo á su propaganda, en aquella parte de la Armenia que le dió el tratado de San Stéfano, disminuir en el antiguo reino cristiano el elemento católico para favorecer la Iglesia griega y la armenia gregoriana, cuyos patriarcas están colocados bajo su alta soberanía.

⁂

Uno de los Patriarcas que todavía tenemos en Roma, siendo objeto de gran curiosidad, es el de los asirios, monseñor Behnan-Benni, de avanzada edad, pues que ha nacido en 1818, y á cuyas funciones celebradas en los templos armenios ha concurrido numerosísimo pueblo. De todas las liturgias orientales es esta una de las más antiguas, remontando á los tiempos del apóstol Santiago, obispo que fué de Jerusalén. Comulga con el pan y con el vino, de cuya comunión participan todos los representantes de las diversas clases sociales de la nación, viéndose con placer la representación de los pastores, como si quisieran recordar la parte que tomaron en Bethleen. Con él ha compartido la atención pública monseñor Gregorio Jhusset, que, como su colega, lleva el título también de Patriarca de Antioquía, jefe de los asirios, elevado á la dignidad patriarcal del rito melkita en 1865. Sabido es que el distinguirse las Iglesias orientales por su nacionalidad, produce el resultado de que la misma ciudad es sede episcopal, metropolitana y aun patriarcal de diversos prelados y patriarcas diferentes. Mon-

señor Juan Pedro Ahggi, patriarca de los Maronitas y del monte Líbano, que por su edad avanzada, pues se aproxima á los ochenta años, ha sido dispensado de venir á Roma, ha tenido una nobilísima representación en el Arzobispo maronita de la antigua Tolomeida, su Vicario patriarcal, el cual, en la última de las conferencias vaticanas pronunció una conmovedora arenga, recordando que íntimos lazos de simpatía se han iniciado entre la Iglesia romana y la griega durante el Congreso eucarístico de Jerusalén, habiéndose conquistado el Legado pontificio, que lo era Su Eminencia Langenieux, arzobispo de Reims, asistente á estas reuniones, una grande influencia; lo cual hacía nacer en su corazón, dijo el Prelado maronita, la consoladora esperanza de la aproximación de las Iglesias disidentes, cumpliéndose así el deseo de la última Encíclica apostólica, para que las ovejas de Cristo no formen más que un solo rebaño, guiado por el mismo pastor. De igual manera que el Arzobispo de Serayevo, metropolitano de la Bosnia, dirigía al propio tiempo una pastoral á sus iglesias slavas, diciéndoles que respetadas, como lo serán, todas sus tradiciones, en cuanto no turben la unidad de la Iglesia, está dispuesto á sacrificar su vida para ayudar la obra grandiosa de León XIII, encaminada á la unión de los cristianos del Universo. Juntamente con el Cardenal Arzobispo de Reims han concurrido á estas reuniones, por expreso deseo del Santo Padre, el Cardenal Secretario de Estado su Eminencia Rampolla, el Cardenal Prefecto de Propaganda Fide, cuyo concurso era indispensable en una asamblea como ésta, y los cardenales Galimberti y Vannutelli, que habiendo sido nuncios é internuncios en Austria-Hungría, donde es tan numerosa la iglesia grecoruthena, han tenido además una participación importante en los progresos católicos de la Bosnia y Herzegovina, de igual manera que poseen un conocimiento profundo de las Iglesias orientales.

Aparte la grande importancia de los armenios católicos, de cuyo Patriarca y Prelados, de los cuales el primero ha tomado el nombre de Pedro I, y bajo cuyo patriarcado viven muchos millones de católicos, diré á la vez que el Patriarca de los caldeos unidos á la Santa Sede preside á cinco arzobispados, entre ellos los célebres de Mosul, donde acaba de reunirse el Sínodo; el de Bagdad; el de Scert, en el corazón del Kurdistán turco, la región de los más ardientes musulmanes, con otros seis obispados, y teniendo bajo su báculo patriarcal 200.000 caldeos católicos en la península de Malabar. La Iglesia asiria, constituída bajo la autoridad del Patriarca de Antioquía, que aun no ha dejado á Roma, cuenta los cuatro arzobispados de Alepo, Babilonia, Damasco y Mosul, del que es titular también, y siete Obispados, de los cuales son los más importantes los de Beyruth, Trípoli de Siria (que no hay que confundir con la Trípoli africana), Alejandría de Egipto y Emesa. La Iglesia maronita ó del Líbano, siempre tan unida á la Santa Sede, cuenta las metropolitanas de Aleppo, Beyruth, Damasco y la célebre Sidón, con los cuatro obispados de Balbek, Bartún, Trípoli y Chipre. La Iglesia greco-melkita tiene otras seis sedes metropolitanas, de las cuales reunen antigua fama Damasco y Tyro, y ocho obispados en sitios tan célebres como Cesarea, San Juan de Acre, Telemaida, Saida y Taleh.

Los coptos del Egipto dependen del vicario apostólico Labino, y lo mismo los del principado de Montenegro y de la Bosnia y Herzegovina, que tienen vicarios nombrados por el Papa, del cual han conseguido transformar la liturgia latina en el idioma slavo. Un vicariato apostólico en Abisinia, y la nueva prefectura para la Erítica itálica, y las regiones del Nilo y del Sudán, completan esta organización en otras regiones del Oriente. Acercándonos á Occidente, los greco rumenos tienen cuatro diócesis, que se extienden en toda Hungría, excediendo de un millón de fieles sus iglesias. Los grecos-ruthenos, que poseen seis diócesis metropolitanas ó episcopales, se extienden en Austria, Croacia, Carniola y Dalmacia, excediendo de cinco millones. Existen otros greco-búlgaros en Macedonia y en Tracia, unidos todos á la Santa Sede, pero constituyendo á la vez un anillo de conjunción con las otras Iglesias orientales separadas de Roma. Esta extiende igualmente su influencia en las regiones de Oriente por medio de la custodia de Tierra Santa, por las misiones franciscanas en Palestina, á quienes cupo el altísimo honor de desafiar, por la fe, todas las persecuciones musulmanas, siendo casi los únicos cristianos que permanecieron en Jerusalén, donde puso la primera piedra de esta institución secular el Patriarca de Asís. Tiene á su vez delegaciones apostólicas en Atenas, Mesopotamia, Bulgaria, Egipto y otras regiones, donde son numerosas las misiones de Dominicanos, Agustinos, Lazaristas, Jesuítas, Capuchinos, Carmelitas, Hermanos de las Escuelas cristianas y Padres Blancos, que, misioneros en África, tanto han elevado en estos días la Iglesia de la antigua Cartago. Son estas misiones los grandes auxiliares de los diversos Patriarcas de Oriente, reunidos actualmente en la Ciudad Eterna.

°°°

La prensa vaticana nos ha dicho que en la última y más importante de las cinco conferencias que inició León XIII, pronunciando un admirable discurso sobre el suspirado regreso de las Iglesias disidentes griega, gregoriana y rusa á la unidad católica, sancionó las decisiones tomadas, que, en su mayor parte, tienden á acrecer el prestigio de los cinco Patriarcas de Oriente y alejar de la mente de las Iglesias separadas de la Santa Sede la idea, tan explotada durante siglos, de que se trata de latinizar el Oriente, y de no respetar, en la apetecida unión, todas las tradiciones y ritos de sus Iglesias. Los versados en estas cuestiones histórico-religiosas saben bien que si Focio, elegido patriarca de Constantinopla en reemplazo de Ignacio, á quien el emperador bizantino había desterrado á las islas de los Príncipes, proclamó como causa del cisma de la Iglesia griega su oposición á aceptar que el Espíritu Santo procediese del Padre y del Hijo, fué esto el pretexto para ocultar la verdadera causa, nacida de que el Patriarca griego no admitía la alta y soberana supremacía del Pontífice católico, viendo en él tan sólo, como Obispo de Roma, el primer Obispo de la cristiandad, sin la autoridad suprema é infalible que á los ojos de los griegos y moscovitas sólo puede residir, como antes hemos dicho, en los Concilios ecuménicos. Esta es la piedra fundamental del divorcio, existiendo completa armonía en todos los demás dogmas y materias religiosas; á diferencia de lo que acontece en la Iglesia protestante, cuyas divergencias son fundamentales, pero en la cual, y muy especialmente en aquellas comuniones que se acercan á la fe católica, el contemplar la vuelta á la gran grey cristiana de los que hoy constituyen la Iglesia griega, excediendo de cien millones, especialmente en Rusia, ejercería la más poderosa atracción. Como de las profundas discusiones habidas parece resultar indudable que falta en una parte del Oriente el desenvolvimiento de los grandes estudios, que tanto han elevado el sacerdocio católico occidental, y que, preciso es decirlo, no escasean ni en la Iglesia evangélica de Inglaterra y Germania ni en la de Rusia, tiénese por cierto que uno de los acuerdos fundamentales de estas conferencias ha sido multiplicar los institutos de enseñanza en Roma, como en las regiones orientales de los Levitas pertenecientes á las Iglesias armenia, asiria, caldea y maronita, siguiéndose el ejemplo ya dado por la Propaganda Fide y por el patriarca Azarian, así en Bizancio como en la Ciudad Eterna, y por el Patriarca latino en Jerusalén.

A propósito de cuya ciudad santa se han adoptado las medidas más eficaces para que cesen de raíz las tristísimas contiendas que á veces han ensangrentado los santuarios más augustos de nuestra redención, justamente en la Semana Santa y en la Pascua del Señor. Reconociéndose que la diferencia entre los calendarios juliano y gregoriano, si ha tenido grandes desventajas para los pueblos, ha producido en Tierra Santa el bien, al menos, de que, separando dos semanas las grandes conmemoraciones de nuestra religión, ha hecho menos frecuentes los tristes conflictos ocurridos en Palestina, se ha apoyado con calor la idea de un meridiano universal, dando la preferencia al de Jerusalén. Como á pesar del celo evangélico de los misioneros latinos en Oriente, no se han podido evitar en algunos conflictos constantes, no ya sólo con los fieles de las Iglesias disidentes, sino con las mismas comuniones de maronitas, asirios, caldeos, se ha pensado en recomendar por la Propaganda Fide las instrucciones más conciliadoras á estos apóstoles del Evangelio en todo lo que se refiere á sus relaciones con las familias, el pueblo y el sacerdocio oriental. Aun cuando no se realizará inmediatamente la primitiva idea, atribuída al Pontífice, de crear una nueva y sacra Congregación de Propaganda Fide, especialmente destinada á los asuntos de la Iglesia oriental, no tanto por los sacrificios que esto impondría al no abundante tesoro de la Santa Sede, sino por no faltar al principio de unidad, ni menoscabar el gran prestigio que la actual Sacra Congregación disfruta en todo el Universo, se ha acordado que la parte oriental de Propaganda Fide ya existente, y cuyo secretario eminente ha tomado parte activa en estas reuniones, adquiera mayor desarrollo é importancia. Una comisión de Cardenales, ayudados por Prelados del rito oriental, tratarán todos los asuntos relacionados con aquellas Iglesias, escogiéndose los Prelados orientales que de ella formen parte por los mismos Patriarcas. Y á la vez se enviarán de Roma prelados adornados de altísimo tacto y de caridad evangélica á los Patriarcas de Oriente para estudiar, sobre el terreno mismo, los usos y los ritos de las Iglesias orientales, cuanto pueda facilitar el incremento y mejora de las misiones y las aspiraciones naturales y patrióticas de las diversas comuniones orientales. Sobre todo, se pondrá constante empeño en demostrar á griegos y gregorianos disidentes, que jamás la Iglesia católica ha querido imponerles el sacrificio de sus creencias tradicionales, y que, siguiendo la doctrina del Salvador, sus Vicarios en la tierra profesan hoy el principio pacificador de que se debe dar al César lo que es del César y á Dios lo que es Dios. Principio éste tan esplendorosamente demostrado en las Encíclicas de León XIII á Polonia, y cuando, durante su Jubileo, recibió la Embajada de Abdul-Hamid, mereciendo ambos actos el más alto aplauso del Sultán y del Czar.

Los representantes de las Iglesias orientales, que tan bello recuerdo nos dejan en Roma y en el ánimo del Pontífice, verdadero padre y hermano para los Patriarcas, irán á Loreto, antes de salir de Italia, con ocasión del sexto centenario de la traslación milagrosa de la Casa Santa, para pedir á la Virgen que, con su intercesión, se anticipe en lo posible la unión de las Iglesias de Oriente y de Occidente. Si de Nazareth vino á las costas del Piceno el Santuario donde se realizó el primer misterio de nuestra redención, desde los mares itálicos deben llevar los Patriarcas de los armenios y de los maronitas á todas las iglesias cristianas la palabra de paz que amorosamente les envía León XIII.

CONDE DE COELLO.

Roma, 26 Noviembre.

ARTÍCULO INCANDESCENTE



STO de la luz eléctrica va pasando de castaño *obscuro*.

(Escribo *obscuro* con *b* para que la *obscuridad* sea más perfecta.)

Cuando no se rompe una correa sin fin, se descentra un eje ó se deteriora un volante, y cuando el desperfecto no corresponde á la máquina productora, ahí están los cables conductores, dispuestos á una derivación á tierra ó á un contacto con la primera tubería que se presente.

La ciencia dijo: *Lux fiat,* y se hizo la luz; pero la práctica nos está diciendo á cada instante: *Apaga y vámonos.*

Un amigo que vende lámparas me asegura que el *filamento* puede resistir tres mil horas en ignición, lo cual resultaría muy económico; pero yo no lo creo.

¡Tres mil horas no las tiene de vida un ministerio, en estos tiempos que atravesamos!

Y si considero la duración exagerada, lo que es la intensidad me parece mucho más todavía.

Cinco velas de esperma dan más luz que una lámpara señalada con fuerza de diez bujías. Los grandes inventos, como los grandes hombres, pierden algo de su mérito tratados de cerca.

Delante de muchas lámparas eléctricas he suspirado con envidia recordando el hermoso velón de Lucena con sus cuatro mecheros.

Echándole aceite cuando lo necesita, un candil tiene luz para toda la vida.

Y no hacen falta máquinas ni cables. Basta con que no se pierda la cosecha de la aceituna.

Como soy propietario, aunque en pequeña escala, le tengo horror al petróleo, pero bendigo el aceite común.

La luz eléctrica hace daño á la vista y al bolsillo, porque resulta cara, digan lo que digan los explotadores del moderno fluido.

Desde que hay alumbrado eléctrico en los teatros, los autores vivimos con el alma *en un hilo.*

¡Quince representaciones, á cuatro duros una, con otra, he dejado de cobrar en el espacio de un mes! ¡Sesenta duros que no me abonarán, de seguro, las Compañías *autoras* de los perjuicios del *autor!*

Y gracias á las empresas previsoras he cobrado alguna vez, representando zarzuelas mías con hachas de viento y con cirios de la iglesia más próxima.

Y eso es asistir á un entierro más que á una representación.

Dos veces que he conseguido una entrada de favor, se ha suspendido la función en el teatro Real y he perdido el *paraíso* y la paciencia, teniéndome que ir con la música á otra parte.

¡Qué felicidad es tener *luces propias*, como le sucede al teatro de Lara!

Como no se le estropee la máquina á mi amigo D. Cándido, lo cual es muy difícil, los autores y el público están completamente tranquilos.

El Gobierno, imitando la conducta de otros países civilizados, debería ejercer una vigilancia constante sobre las empresas particulares, inspeccionando á diario las máquinas, y sobre todo, el tendido de cables.

Muchos empleados de telégrafos, que algo entendemos de electricidad, nos encargaríamos de eso por muy poco dinero.

Y que no me daría yo poco tono proporcionando disgustos á *los ingleses* y á *los alemanes.*

¡Sobre todo á los primeros!

Como *delegado especial* del Gobierno español, ¡con qué gusto renegaría yo de mi apellido, y que me perdonen mis bisabuelos!

Si el servicio sigue libremente en manos de una compañía comercial, la luz eléctrica está llamada á desaparecer como la poesía lírica.

En mi último viaje á París (no he hecho más que uno), me llamó extraordinariamente la atención que las tres cuartas partes del comercio y la industria de la capital de Europa no hayan adoptado todavía el alumbrado eléctrico, y no necesita demostración que los franceses tienen más luces que nosotros, dicho sea sin ofensa de nuestro orgullo nacional.

Yo echo de menos en los teatros los azulados tonos de las llamas de gas.

Con el alumbrado eléctrico me resultan los estrenos *fríos* y los éxitos *pálidos.*

Las espectadoras me parecen todas anémicas, y los espectadores, críticos envidiosos, con la cara del color de la cera.

El nuevo alumbrado es causa del retraimiento de muchas madres con hijas en estado de merecer.

¿Qué mujer lleva al teatro á su hija y la sienta tranquila al lado de su novio sabiendo que pueden quedarse á *obscuras* á lo peor?

(No me olvido de la *b* académica ni por todas las madres de este mundo.)

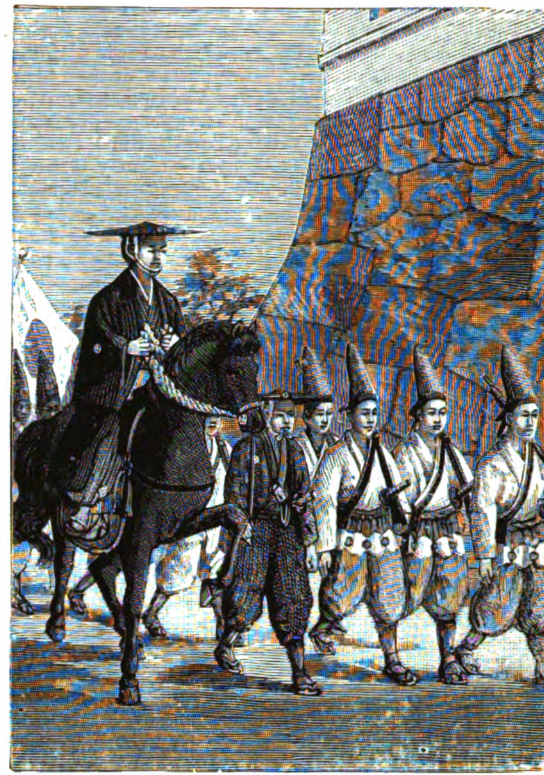
Pues bien: después de señalados tantos defectos y de comprender sus inconvenientes, debo confesar á ustedes que hace mes y medio que tengo hecha la instalación en mi casa.

¡Y aun no tengo luz!

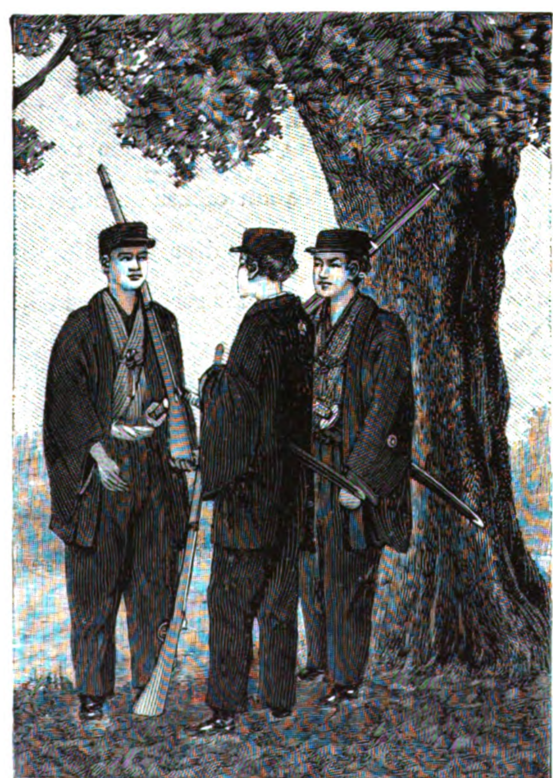
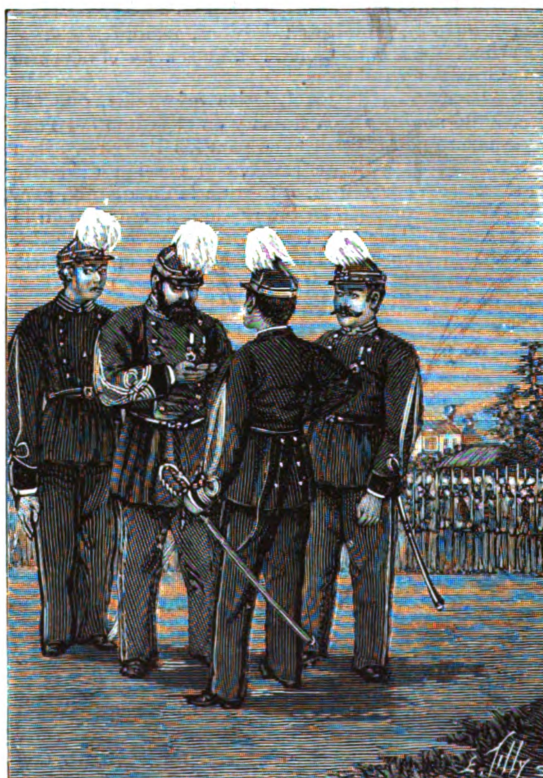
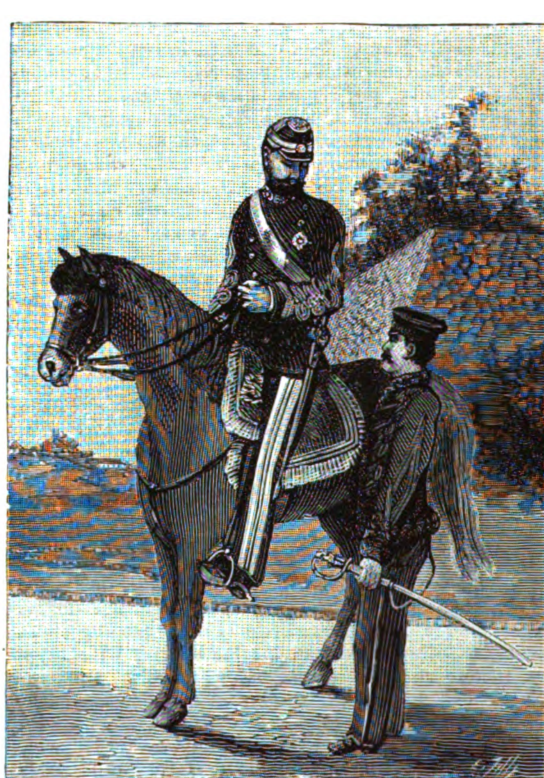
La he solicitado de la Compañía Inglesa y está despachado el expediente municipal de *acometida;* pero, nada, ¡que no *me acometen!*

JOSÉ JACKSON VEYÁN.

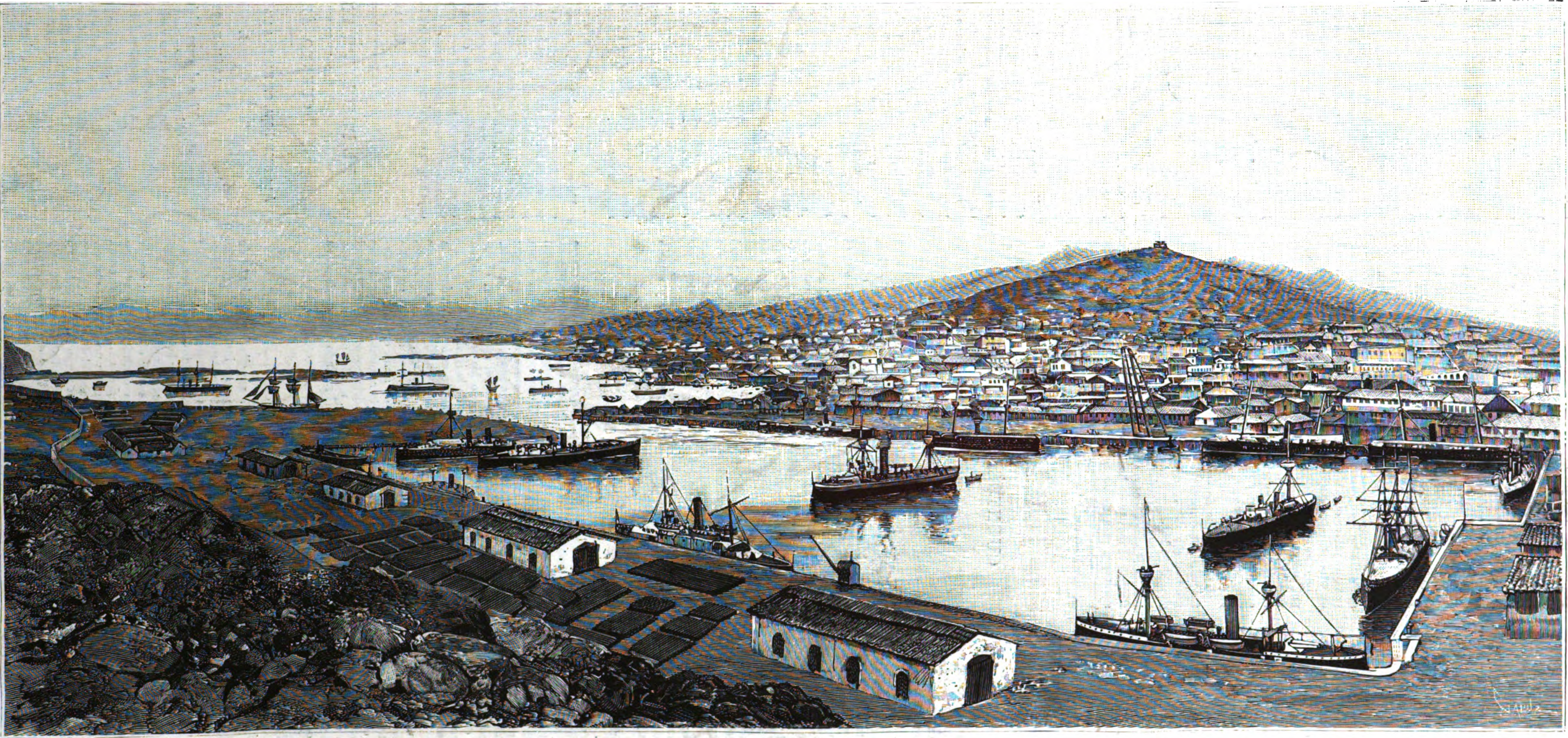






EL EJÉRCITO JAPONÉS DE 1867 Á 1894.
TRANSFORMACIONES SUCESIVAS DE UNIFORMES Y ARMAMENTO.
(De acuarelas japonesas.)



LA GUERRA ENTRE CHINA Y EL JAPÓN.—VISTA GENERAL DE PUERTO ARTURO, RECIENTEMENTE TOMADO POR LOS JAPONESES.

(De fotografía.)

LA REAL ARMERÍA.

ARMADURAS DE PRÍNCIPES DE LA CASA DE AUSTRIA.



Entre la serie de apuestos guerreros, unos á caballo, otros á pie, todos armados «de punta en blanco», que pueblan el gran salón donde se halla instalada la Real Armería, y que deslumbran al visitante por el brillo y la riqueza de las armas, en las que el oro y la plata obscurece el brillar de los aceros, por la profusión de colores de los paramentos de los caballos, de los vistosos arreos y gallardas plumajerías; en medio de aquel aparato bélico que nos habla con muda, pero harta elocuencia, de pasados tiempos, que debieran propiamente llamarse *edad de hierro*, porque Reyes y magnates, vasallos y servidores no parecían tener otra preocupación que la guerra, ni otra ocupación que el ejercicio de las armas, cuando no en el campo de batalla, en la liza del torneo, como si no pudieran tener ociosos los aceros en tiempo de paz aquellos hombres que hacían del manejo de ellos el arte necesario y favorito de su especial educación; en medio de aquel conjunto que sólo nos habla de la fuerza hercúlea y del arrojo temerario, del antagonismo y la lucha, de la dura vida del guerrero y del esfuerzo personal, hay una nota delicada, una nota risueña, que sirve como de grato descanso al cerebro del visitante, caldeado por las ideas y los recuerdos que surgen de la contemplación de los hombres de armas. Esa nota risueña es el grupo que representa nuestro grabado de la pág. 321, compuesto de unas armaduras de niños, armaduras que pertenecieron á príncipes de la Casa de Austria.

En verdad, causa grata impresión ver esas armaduras que sólo pudieron vestir niños de ocho á doce años, y que hacen pensar en si los juegos favoritos de sus dueños serían un remedo de aquellas bélicas ocupaciones de los hombres, como los niños de hoy imitan en sus juegos otros alardes de arrojo y de destreza. Pero no da mucho vagar á la imaginación en ese punto el hecho de que esas armaduras pertenecieron á príncipes, niños á quienes su condición imponía el penoso deber de mostrarse hombres antes de tiempo, y la etiqueta la molesta necesidad de vestirse de hierro para presentarse dignamente en las fiestas caballerescas en que la corte española desplegaba entonces aquel su fausto proverbial. Se trata, pues, de armaduras de parada ó de corte.

Los rótulos que llevan al pie los maniquíes que visten las armaduras á que nos referimos, revelan que éstas pertenecieron: al heredero de Felipe II; á tres hijos de Felipe III; su sucesor, el infante D. Carlos y el cardenal-infante D. Fernando; y al príncipe D. Baltasar, hijo de Felipe IV. Todas ellas son medias armaduras, compuestas por lo tanto del casco ó almete de encaje, gola, coraza con sus escarcelas, hombreras, brazales y codales, y todas carecen de manoplas. El Sr. Conde de Valencia de Don Juan, de cuyos trabajos de reorganización é instalación de la Armería dimos cuenta oportunamente (1), ha hecho vestir los maniquíes con gregüescos, calzas y botas altas de gamuza ó zapatos de seda, para completar el conjunto, que resulta por cierto elegante y propio.

Diez y seis son, en suma, las armaduras de niño que componen el grupo de la Armería. De ellas sólo nos interesan las de importancia histórica y artística que dejamos mencionadas, y que son justamente las más visibles en la lámina.

De las dos del príncipe D. Felipe, tercero de los de este nombre que ocuparon el trono de España, la mejor (la que en el grabado se ve casi de espaldas) está cubierta por caprichosa decoración de gusto del Renacimiento, de labor repujada y damasquinada hecha en Italia. Hay en esa decoración un abuso de cartelas, y resulta el conjunto tan recargado, que por ello se reconocen los últimos tiempos del estilo ornamental italiano del siglo XVI, que tan gallardo y elegante se muestra en armaduras del abuelo y aun del padre del mencionado Príncipe. El almete, con su visera movible, que se ve en esta armadura, como en casi todas las otras, es el casco español de caballero: pero al lado del maniquí puede verse el morrión ó casco de infante ú hombre de á pie, para cuando el Príncipe no tuviera que presentarse á caballo: los exornos del morrión son iguales á los de las otras piezas de la armadura. También tiene ésta por complemento una rodela, expuesta juntamente con ella, también decorada con repujados y cincelados, cuyo motivo central, á manera de empresa, es una composición alegórica, en la que aparece el dios Júpiter haciendo veces de apóstol Santiago para con los españoles que combaten á los moros.

La otra armadura del mismo Príncipe, colocada espaldas á la primera, menos fastuosa y recargada de adorno, está cubierta de labores damasquinadas y tiene también su morrión.

Ambas armaduras debió vestirlas el hijo de Felipe II cuando éste empezaba á llevarlo consigo en los actos de corte para que se fuese habituando al sistema y etiquetas del gobernar, imitando en esto lo que con él hizo el emperador Carlos V. Nacido el nieto de éste en 1578, debió llevar estas armaduras antes de ser jurado príncipe en las cortes de Tarazona, que se celebraron en 1592.

Las tres armaduras inmediatas á la últimamente mencionada son las pertenecientes á los tres indicados hijos de Felipe III: la primera es la del príncipe Felipe, nacido en 1605, más tarde Felipe IV; la siguiente es la del infante D. Carlos, que nació en 1607, y la tercera es la del célebre infante-cardenal D. Fernando, que vino al mundo en 1609, y á los diez años, en 1619, adornó su cabeza con la mitra de Toledo.—Dos años llevaba D. Felipe á D. Carlos, dos éste á D. Fernando y esta misma gradación de edades indica el tamaño de las armaduras, que por ser iguales de forma, de ornamentación y de labor, dejan comprender que se hicieron á un tiempo, para que los tres hijos del Monarca las lucieran á la vez en las fiestas cortesanas. La decoración de las armaduras, formada por unos entrelazados que dividen el fondo en numerosos espacios romboidales, y dentro de éstos figuras heráldicas de águilas, columnas, castillos, leones y emblemas alegóricos, como flechas, arcos y carcajes, está toda hecha, unas partes con labor de ataujía ó incrustación de plata, y otras con dibujo grabado y dorado. No aseguraremos si esta labor es obra española ó italiana, pues se carece de noticias acerca de la industria de las armas en nuestro país. De todos modos, el carácter de la decoración no tiene el sello del gusto italiano, como la de Felipe III antes descrita. Esta misma armadura viste Felipe IV, niño, en un retrato suyo y de una de sus hermanas, que posee el Sr. Conde de Valencia de Don Juan.

Las tres armaduras lisas que figuran después de las tres acabadas de mencionar, pertenecieron á los mismos príncipes que éstas: eran armaduras de menos lujo, para actos de corte que no exigiesen tanto boato como otros.

La armadura ecuestre que sobresale de todas las del grupo, perteneció al príncipe D. Baltasar Carlos, hijo de Felipe IV, que nació en 1629 y murió joven, tantas veces retratado por Velázquez. Es una gentil armadura pavonada, con listas doradas. El jinete lleva borgoñota, y al pie de la jaca se ven expuestas la rodela y el almete compañeros de la armadura.

Las restantes de éstas, que en la lámina apenas se distinguen por impedirlo las de primer término, son del siglo XVII sencillas, y quizá pertenecieron también á los hijos de Felipe III.

¡Qué risueñas ilusiones se habrán mantenido bajo las labradas chapas de esos arneses! Para los niños de hoy constituiría el mayor de los encantos tener que vestirse de esa suerte; para aquellos príncipes, quizá fueran tan lujosas armaduras hierros de cautividad de que desearían despojarse pronto para tornar á los juegos propios de su edad.

José Ramón Mélida.

(1) Véase nuestro artículo *La Real Armería. Historia de la colección.* La Ilustración, 30 de Abril de 1894.

CUENTOS DE UN MINUTO.

IRONÍA.

I.



Después de los saludos de rúbrica, el artista español que acababa de penetrar en el suntuoso gabinete de sir Arnoldo descubrió el lienzo que traía á la mano.

El asunto del cuadrito sólo un pincel andaluz podía interpretarlo con fortuna: una hermosa hija de Sevilla, de ojos negros como el ala del cuervo, deja ver su rostro de marfil rosa detrás de los barrotes de una reja orlada de flores de azahar.

Maravillóse el aristócrata inglés de la pintura, pagó las libras esterlinas que por el capricho tuvo á bien pedirle el autor, y al interrogar á éste á propósito de la hermosura que pudo servirle de modelo, admiróse grandemente al oir que aquella sevillana «al óleo» era hija de su fantasía: uno de esos tipos que bullen en el cerebro del artista y surgen de la paleta al soplo de la inspiración.....

II.

No ha de asombraros esto..... Arnoldo llegó á enamorarse de la sevillana del cuadro..... ¡Una de tantas extravagancias de señor rico é inglés por añadidura!..... No: es algo más. ¿Puede satisfacerle al gladiador hercúleo la lucha con un rival liliputiense?..... Eso les ocurre á los potentados: luchan siempre contra adversidades imaginarias de la vida. Y como tienen sujeto á su voluntad el gran tirano, el dinero, casi siempre triunfan: por eso los pobres no padecen de hastío, hiedra que se apodera de la ilusión.

Hallar el original de aquel trasunto artístico, es decir, la mujer de ojos de fuego, labios de mora silvestre, rostro de virgen con la mirada ansiosa de amores, ese fué el deseo de Arnoldo; deseo tenaz é insólito que anulaba su albedrío..... Sentía el aristócrata que su alma era un ángel sumido en triste orfandad que quería remontarse á horizontes de un azul más puro..... Allí podría coyundarse con aquel otro ángel desconocido, errático, mucho más hermoso que cuantos hasta entonces habíanle brindado por egoísmo su amor.

III.

El hijo de Albión, aburrido de aquella luz grisienta de su nebuloso país, experimentó un goce inefable al contemplar el encendido horizonte turquí de Andalucía y la lujuriante y aromosa vegetación de sus cármenes..... Allí, sólo allí, dentro de tal marco—pensó Arnoldo—podría ser realidad el sueño de sus amores: encontrar la bellísima incógnita del cuadro por la que atravesaba Europa.....

Para conseguirlo tendría que salvar obstáculos: era la primera vez que el agiujón de la contrariedad clavábase sañuda en sus deseos, enardeciéndolos..... Empresa ardua ser Paris de una Elena cuya existencia no podía afirmarse. Contaba, sí, con un auxiliar poderoso: el dinero..... ¡Cuánto no daría él por encontrar á aquella mujer!..... Y entrando en otro orden de consideraciones, Arnoldo sentíase inquieto por el porvenir de su aventura..... Si tal era su suerte que encontrara á la sevillana que soñó el artista, ¿podría hacerla suya, casarse con ella?..... ¿No tendría un esposo, un amante, un novio á quien idolatrase? En tal caso, el aristócrata no se forjaba ilusiones..... Habíanle hablado del amor de las españolas, y sabía que aun cuando les ofreciesen una montaña de oro, y en cada partícula una dicha sobrehumana, no harían traición al que conquistó su albedrío.....

Arnoldo comenzó su ojeo en la ciudad; recorrió su vasto recinto, cruzó una y cien veces sus calles estrechas y tortuosas; sus ojos fisgaron, como policía en acecho, las fachadas, igual las que conservan un perfecto tipo arábigo, como aquellas otras de moderna construcción; no quedó en la ciudad conquistada por Fernando el Santo mirador, galería, balcón, puerta, ventana, ningún hueco, que no le arrancase esta pregunta: «¿Será ahí?.....» Penetró en casi todos los establecimientos y en la mayoría de los patios; visitó iglesias, museos, monumentos, cafés, fondas; subió á la Giralda, atravesó el puente de Triana, fué casa por casa en el barrio de este nombre haciendo empadronamiento de sus hermosas mujeres; posó sus plantas en los arrabales, siguió á lo largo el cauce del Guadalquivir, examinó todos los muestrarios de los fotógrafos, gastó á manos llenas el oro en jaranas de esas en las que la manzanilla no se bebe por gusto de beberla, sino por rumbo de gastarla, y, al fin, después de muchos días de estancia en la ciudad, comenzó á sentir la tristeza irremediable del que va en busca de un medicamento del alma y no sabe dónde hallarlo.

Ni los esplendores del cielo, ni el panorama riente de la tierra, ni el ambiente saturado del perfume de naranjos, limoneros, rosas y clavellinas; ni el carácter de los sevillanos, siempre poetas, exagerando cuanto les rodea, joviales y galantes; ni la mucha donosura y espiritual gracejo de las mujeres; nada, en fin, podía distraer á Arnoldo en la nostalgia que, avasalladora, absorbía su pensamiento.

—¿No existirá esa mujer?—se preguntaba desalentado.

Otro que no un inglés acaso renunciase al logro de la empresa. Arnoldo á cada nueva contrariedad sufrida sentíase más brioso.

IV.

Era ya media noche. La luna daba tonos de plata bruñida á la cristalería del balconaje, y poetizaba los templos del amor orlados de florecillas: templos en los que son sus barrotes de hierro los polos negativos de la pasión que abrasa á sus devotos.

Iba Arnoldo á aquellas horas sin otra compañía que sus pensamientos, no muy risueños ciertamente.

Haberse fingido un día que con dinero puede gozarse de la felicidad absoluta, y comprender luego que esto era un mito, y que cien veces más que él y sin tanto sinsabor veían colmadas sus aspiraciones aquellos novios andaluces, que no eran ni lores ni millonarios..... ¡muy triste realidad!

¡Y qué miradas de rabiosa envidia hacia los idilios de la noche asaeteaba al paso aquel extranjero que, en pleno verano y en un país tan caluroso, llevaba helado el corazón!.....

El *spleen*, terrible sudario del alma, envolvía á Arnoldo, ahogándole en melancólica tristeza. Caían en sus oídos el sonar de guitarras y de coplas, el cuchicheo de las oraciones de amor y los mil ecos de la noche, como salmodia fúnebre..... Veíase huérfano, judío errante de un afecto que era un signo obscuro en el libro de la vida, y sentía envidia del cachidiablo que á pierna suelta roncaba, con una barcaza por lecho y la bóveda celeste por manta.

Iba al azar, atravesando callejuelas angostas. Al entrar en una de ellas—sin duda la más escondida y tortuosa de aquel dédalo urbano—echó de ver el aristócrata que de una de las rejas, tapizada de flores de naranjo, escapábase hasta tocar el suelo del arroyo una luz viva. La curiosidad empujó al inglés á pegar su rostro junto á los barrotes de aquella ventana.

⁂

Un suspiro, en el que iba envuelto un sollozo; algo muy extraordinario agitó el espíritu de Arnoldo al escudriñar, por entre los claros que dejaba la urdimbre del ramaje, el interior de la estancia..... ¡Dios mío!..... Al fin había encontrado la realidad de su sueño de amores. ¡No era ya un mito, no!..... La felicidad se encontraba en aquella humilde estancia, vestida de blanco, casi dormida, sonriente, con las manos cruzadas sobre el pecho..... ¡Una felicidad cubierta de flores, muchas flores, recibiendo sus hojas los pálidos destellos de las hachas encendidas que rodeaban una caja negra con galones plateados!.....

Alejandro Larrubiera.

EL PRECIO DE UN CABALLO.

CUENTO ÁRABE.

Á LA EXCMA. SRA. D.ª MANUELA LIAÑO DE LÓPEZ DOMÍNGUEZ.

I.

ABÉN-KADEL.

Vive el moro Abén-Kadel
Al pie de hermosa colina,
En el más rico verjel
De cuantas tierras domina
La alta cumbre del Sahel.

Joven, poderoso, altivo,
Soñador, de bella traza,
Noble al par que vengativo,
Abén-Kadel es el vivo
Tipo ideal de su raza.

Sin afán, sin más quehaceres
Que su dicha, cuenta el moro
Por millares sus mujeres,
Y por montones el oro,
Y por siervos los placeres.

Y no obstante, en su mansión,
Que es ensueño de las hadas;
Donde en rica profusión
Hay aguas cuya extensión
Surcan góndolas doradas;

Donde son los limoneros,
Que riega plácida fuente
Con murmullos lisonjeros,
Más que árboles, pebeteros
Que embalsaman el ambiente;

Donde pájaros y flores
Eternas bodas celebran,
Y á través de surtidores
En purísimos colores
Los haces de luz se quiebran;

Donde con verde ramaje,
Que forma vistoso encaje
De seda, lábrase el arco
Que al fantástico paisaje
Sirve de espléndido marco,

Abén-Kadel dominado
Está por muda tristeza,
En su estancia retirado
Y sobre el puño crispado
Desplomada la cabeza.

¿Por qué tan honda fatiga?
¿Cuál adversidad lo abate?
¿Qué pensamiento lo hostiga?
¿Le fué la suerte enemiga
En el último combate?

Si tal fuera, no al reposo
Se diera con desaliento;
Sino al arranque animoso
Que, ansiando desquite honroso,
Toma por siglo un momento.

¿Acaso el desdén traidor
En él sus espinas clava?
No, siempre en lances de amor
Tocóle ser el señor
Y hacer á su amante esclava.

¿Quizá lo rinde el hastío?
¿Quizá lo mata la hartura
De su inmenso poderío?
No, que aun tiene sangre y brío
Y ambición y fe y ternura.

¿Pues qué es su afán? Un caballo
Que de obtener no halla modo;
Y de ese antojo vasallo,
Diera por él su serrallo,
Su hacienda, su dicha, todo.

Es un hermoso animal;
Al tenderse en la carrera
Sale con pujanza tal,
Que va su planta ligera
De los vientos al igual.

La cabeza descarnada,
Ágil y airoso de remos,
Alta cerviz enarcada,
Bien acabado de extremos,
Viva y noble la mirada.

Nadie pudo imaginar
Igual arrogante potro
En su estampa y en su andar;
En la comarca no hay otro;
Y es su dueño Abén-Komar.

Ofrécele Abén-Kadel
En oro entregarle el peso
Del envidiado corcel;
Y Abén-Komar ni por eso
Quiere desprenderse de él.

Vano es que la oferta doble,
Y hasta á la súplica llegue;
Mas da con alma de roble,
Y ni lo gana por noble
Ni con el oro lo ciega.

Y vencido en su porfía
Y contrariado en su antojo,
Pasa un día y otro día,
Y su sangre no se enfría
Ni se apacigua su enojo.

Él, vencedor en la guerra;
Él, del valle soberano
Y dueño de cuanto encierra;
Él, que jamás vió en la tierra
Cosa indócil á su mano;

Él, que nunca halla cadena
Que á su voluntad resista,
Siempre de su imperio llena,
Y barre como una arista
Con su voluntad la ajena;

Él, que desde el monte al mar
Todo lo hace su vasallo,
¡Oh sarcasmo del azar!
Quiere y no puede lograr
Un miserable caballo.

Y como tiende el león
La garra al insecto leve,
Que burla su irritación
Y escapa por la razón
Misma de su cuerpo breve

Mientras la fiera burlada,
Por el insecto acosada,
De dar zarpadas no cesa
Y en su propio cuerpo airada
Acaba por hacer presa,

Así Kadel en su empeño
Cada vez es menos dueño
De sí propio, cuando advierte
Cómo en grande se convierte
Lo pequeño por pequeño.

Y en su furia sin medida,
Acaba por exclamar
Con voluntad decidida:
«¡El caballo de Komar,
Aunque me cueste honra y vida!»

II.

EL MENDIGO.

Es una tarde de Mayo;
El sol hacia el mar declina
Con casi extinguido rayo,
Y apenas en su desmayo
Puede romper la neblina.

Vuelve tarde Abén-Komar
De una refriega empeñada,
Y se dirige á su hogar,
Cansado de la jornada
Y anheloso de llegar.

Va solo; quedó su gente
Acampada en la vertiente
Que sus viviendas abriga,
Y en cuyo polvo la frente
Hundió la tribu enemiga.

Él, sin otro compañero
Que su amado potro fiel,
Camina por el sendero
Que va á dar en el crucero
Del arroyo del Sabel.

Allá, junto á la ribera
Cree percibir el sonido
De una queja lastimera,
Y de compasión movido
Pone el potro á la carrera.

Cuanto más se aproximaba,
Más el lamento crecía;
Y él más y más hostigaba
Al caballo, que volaba
Porque á su dueño entendía.

Llega al fin, y á un hombre ve
Caído junto al arroyo;
Un mendigo, á quien el pie
Sobre el agua se le fué,
Falto de fuerza y apoyo.

«Alá, mi buen caballero
—Dícele con voz escasa—
Te trajo aquí; yo me muero,
Socórreme, sólo quiero
Ir á morirme en mi casa.

»Casi empieza á anochecer,
Y fuerzas en mí no hallo
Para poderme valer.
Por piedad, déjame hacer
La jornada en tu caballo.

»Es corta, desde esa altura
Mi vivienda se divisa;
Llevarme hasta allí procura,
Que la muerte más aprisa
Viene que la noche obscura.»

Desmonta, le da la mano;
Y un esfuerzo soberano
Haciendo con el afán
Del creyente y del hermano,
Lo acomoda en su alazán.

«Afírmate; yo la brida
Para guiar llevo asida;
Si quieres, bajo mi techo
Tendrás pan y tendrás lecho
Lo que te resto de vida.»

Tal diciendo Abén-Komar,
El mendigo, que lo acecha,
Logra la rienda cobrar,
Hiere al potro en el ijar,
Y parte como una flecha.

Páralo, tras el primer
Arranque, y así al volver
El rostro á Komar le grita:
«Lo negaste á mi poder,
Y mi astucia te lo quita.»

«Tuyo—dícele Komar—
Es el caballo; ya ves
Que no te puedo alcanzar,
Ni al hierro quiero fiar
Lo que me niegan los pies.

»Pero ya cuando el mendigo
De tu tribu pan y abrigo
Implore desde este día,
Jamás nadie de la mía
Le tenderá brazo amigo.»

«No—respóndele Kadel,
Volviendo el potro ligero
Y llevándole hasta él;—
Toma, toma tu corcel;
A ese precio no lo quiero.»

Y poniendo pie en el llano,
Entrégale su alazano;
Se aleja, su ceño arruga,
Y una lágrima se enjuga
Con el revés de la mano.

Antonio López Muñoz.

EN EL NOVENO ANIVERSARIO

DE LA

MUERTE DEL MALOGRADO REY DON ALFONSO XII.

SONETO.

¡Huyendo, oh Rey, del mundanal rüido,
Y sin ser de la muerte cortesano,
Vengo hasta tu sepulcro soberano
Donde reina la paz, si no el olvido!
Amor y gratitudes han traído
A la cripta rëal su ambiente sano,
Y algo dejó aquí eterno, que á la mano
Destructora del tiempo no ha caído.
Perennes son las flores que te entrega
El celo santo que el recuerdo cuida
Y la piedad enciende; porque, en suma,
Si el llanto de la patria aquí las riega
Y el amor de la esposa las da vida,
La virtud de la Reina las perfuma!!

J. Jurado de la Parra.

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

Francia: el colectivismo socialista en la Cámara; derrota de los colectivistas.—Composición del socialismo francés: los grupos, las tendencias, los nombres y los jefes.—La batalla en el Parlamento: discurso del jefe colectivista Mr. Guesde; discurso del representante de la mayoría Mr. Deschanel.

Uno de los sucesos más trascendentales que han ocurrido en estos últimos días, sin que el campaneo de la pública resonancia haya difundido su conocimiento por el mundo que se paga más de las novedades escandalosas que de los asuntos de verdadero interés, ha sido la derrota de las aspiraciones del socialismo colectivista en el Parlamento francés.

No se puede negar que en Francia existen muchos socialistas, y de todo el mundo es sabido que el sufragio universal puesto en manos de los obreros ha llevado á la Cámara buen número de representantes. Que las doctrinas socialistas aumentan entre las masas, es un hecho; pero es también innegable el de que la opinión general no sólo no está con ellas, ni se aproxima á ellas, sino que está contra ellas. El jefe de los socialistas colectivistas de Francia, Julio Guesde, presentó en la Cámara, el día 20, una proposición en defensa del colectivismo, con motivo de ciertos hechos ocurridos en el ayuntamiento de Rubaix, la cual fué rechazada, después de pronunciarse dos grandes discursos, que son un alegato bien probado del pro y del contra de dichas doctrinas, por Mr. Guesde el primero y por Mr. Deschanel el segundo, por 456 votos contra 57, figurando en el primer número no sólo los republicanos de la mayoría y parte de los de la derecha, sino los radicales que dirige Mr. Goblet, que al proclamar en esta sesión en su discurso el reconocimiento del derecho de propiedad y de la libertad individual, rompió de hecho las inteligencias y afinidades que su partido parecía tener con los colectivistas. Contaba Mr. Goblet, según se vió, con 99 votantes, y el Gobierno con 250, más otros muchos que se adhirieron de diferentes grupos y con algunos de la derecha también. No sólo apoyaron á Mr. Guesde los colectivistas marxistas puros, sino otros socialistas revolucionarios, como los blanquistas que dirige Mr. Vaillant.

La falange activa del socialismo no forma, en efecto, un sólo cuerpo en Francia, sino que está profundamente dividida. Es curioso el saber cómo, y para que el lector lo comprenda bien y pronto, allá va el bosquejo de esa división:

TENDENCIAS.	GRUPOS.	DENOMINACIONES	JEFES.
Pacíficos......	Posibilistas.....	Broussistas...	Mr. Brousse.
		Allemanistas..	Mr. Allemane.
	Independientes.	posibilistas...	Mr. Dumay.
			Mr. Faillet.
		propiamente dichos......	Mr. Humbert.
			Mr. Longuet.
			Mr. Protot.
Revolucionarios	Marxistas ó Guesdistas........		Mr. Guesde.
	Radicales socialistas...........		Mr. Millerand.
			Mr. Jaurés.
Mixtos.........................		Blanquistas...	Mr. Vaillant.



¡BUEN PARROQUIANO!

CUADRO DE CLARK.

Broussistas y allemanistas formaron antes en un solo grupo, en el posibilista, que creó Mr. Jofrin, pero á la muerte de éste se dividieron. Los broussistas admiten la necesidad de la existencia de la propiedad privada, no la particular, sino la de las agrupaciones sociales, y admiten también la idea de la patria. Los allemanistas niegan la idea de la propiedad y de la patria. Ambos grupos rechazan la revolución por la fuerza, y la anarquía.

Los independientes no tienen más razón para serlo que la antipatía personal para los jefes del posibilismo, como Brousse y Allemane se separaron también por lo mismo. A Mr. Dumay no le agrada vivir sometido á los comités ni á los formalismos reglamentarios de la política, y no quiere ni aun volver á ser diputado, para usar á su gusto de su completa independencia. Mr. Faillet, partidario también de la tranquilidad que da el ser independiente, sostiene la propaganda socialista aproximándose más á la tendencia de Brousse que á la de Allemane.

Mr. Humbert, por su cultura y finura, vive separado de las masas, y sería marxista si los jefes de este partido no le fueran antipáticos. Mr. Longuet se parece mucho al anterior, y procura no halagar jamás al pueblo; y Mr. Protot quiere que el socialismo sea radicalmente francés, sin que tome ni una idea, ni una tendencia, ni el más mínimo apoyo ni inspiración del socialismo alemán, al cual odia.

Los marxistas predican en Francia las teorías alemanas colectivistas de Carlos Marx con todas las adiciones de Bebel y de Liebknecht. Sostienen la abolición de la propiedad y de la patria; pero para atraerse á los obreros agrícolas admiten *por ahora* la «propiedad del aldeano», por cuya inconsecuencia se les denomina «colectivistas oportunistas». No se ocupan de la cuestión religiosa, y se entienden muy bien con los anarquistas. Tienen dos programas: uno para pedir reformas en el Parlamento, y otro que consiste en fiar á la revolución, cuando se pueda llevar á cabo, el triunfo de sus ideas. Julio Guesde los dirige, y tiene en su estado mayor á los revolucionarios Culine, Jourde, á antiguos agitadores de la *Commune* y á muchos otros agitadores procedentes de todos los partidos y que en ninguno se han encontrado bien. A todo trance procuran hoy atraerse las simpatías de los labradores aldeanos y formar el socialismo colectivista rural; pero el supuesto respeto á la propiedad agrícola trae muy descontentos á los marxistas puros que rodean al jefe. Los periódicos que inspira Guesde se esfuerzan en demostrar que la campaña socialista agraria marcha muy bien, que la revolución no será urbana ni rural, sino del proletariado de ciudades y campos indistintamente, y que todos los que le constituirán, sin distinción de clases ni de oficios, podrán entonar juntos la *Carmañola* del partido obrero, una de cuyas estrofas dice:

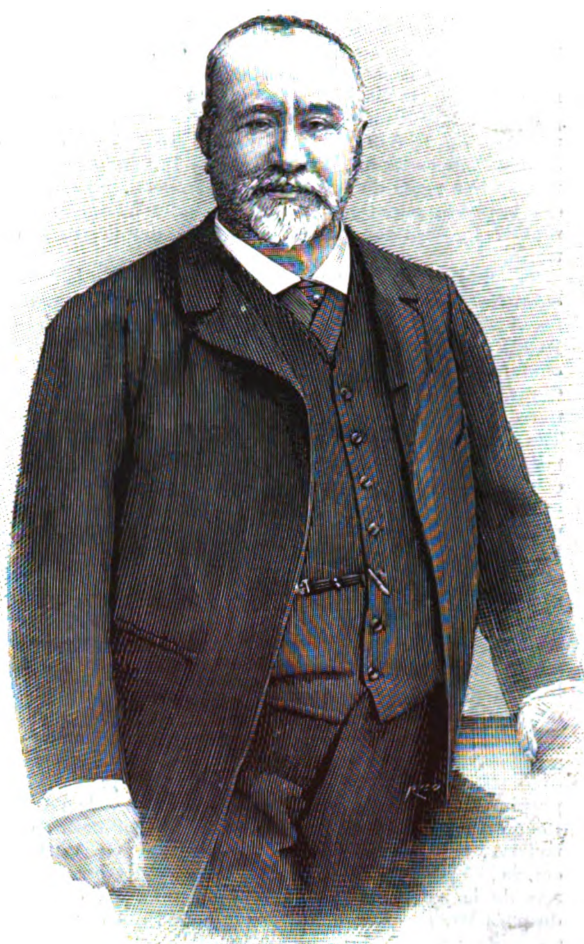
Le jour où l'on insurgera,
Fourches et fusils, ça ira!

Los radicales socialistas, separados del grupo radical no socialista que dirige Mr. Goblet, sostienen, casi en todas sus partes, el programa de los colectivistas de Guesde, guiados por Jaurés y Millerand. Los *blanquistas*, revolucionarios también al mantener los principios del famoso Blanqui, son escépticos en todo, mixtos de posibilismo y de marxismo, y sostienen que ya que la clase media, la burguesía, está podrida y descompuesta, es preciso que la obrera acelere su redención propia antes de que también se pudra y descomponga. Es su jefe Mr. Vaillant, hombre demasiado pulcro, recto, entendido y retórico para poder dirigir como es debido la masa socialista que está á su lado, que le quiere por sus excelentes condiciones de hombre de bien, pero que no se encuentra movida con el impulso necesario para realizar lo que se propone, porque Mr. Vaillant resulta ser excesivamente mirado y moderado.

Tal es el revuelto mosaico de broussistas, allemanistas, independientes, sueltos, marxistas, radicales y blanquistas que constituyen el conjunto del socialismo francés, más ó menos colectivista, y en las ciudades populosas y centros industriales cuenta con numerosos partidarios, si bien en la clase rural y en el ejército, entre *fourches et fusils*, no ha logrado hasta ahora formar prosélitos que merezcan la pena de ser contados.

⁂

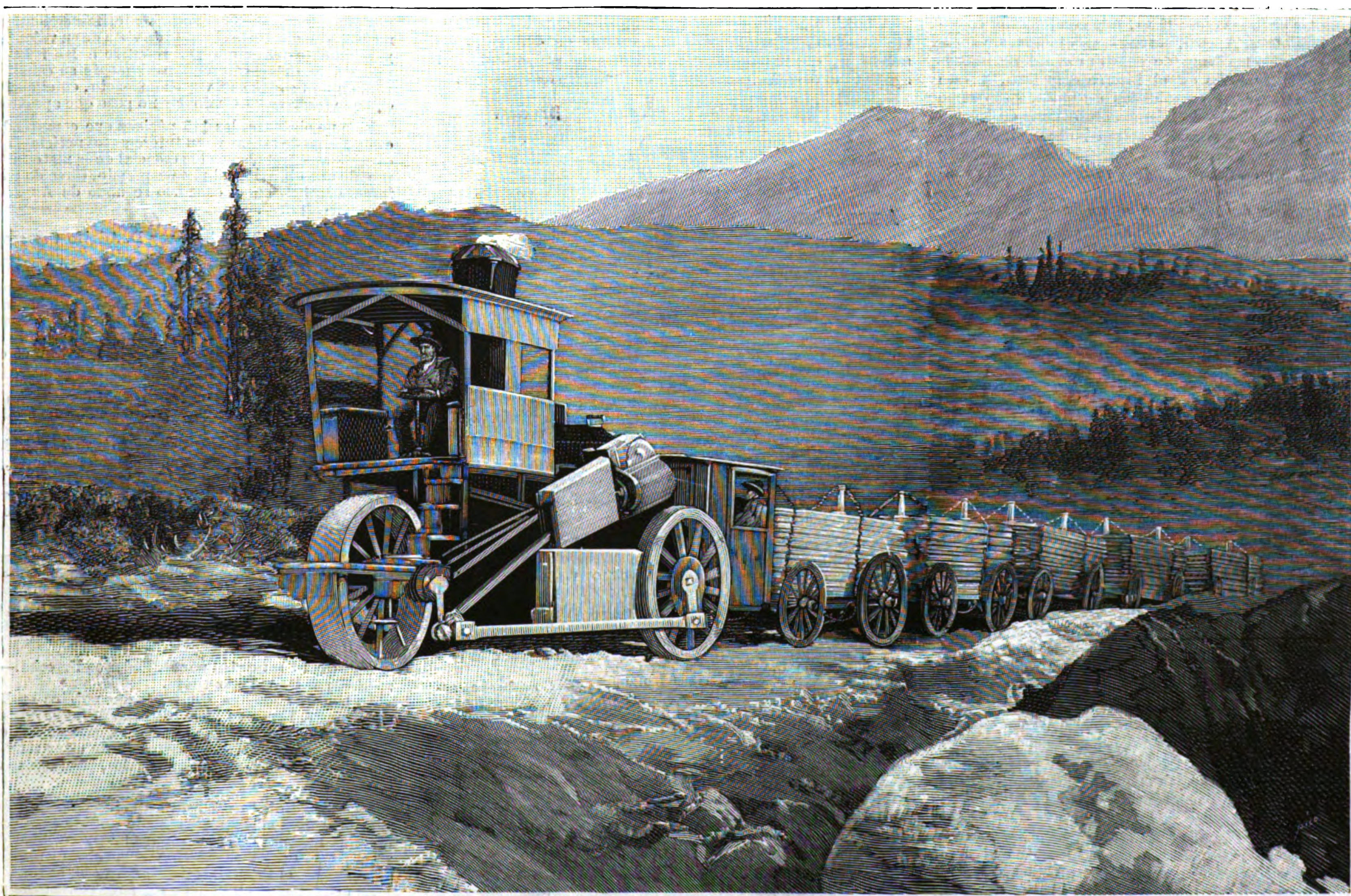
En nombre de tales elementos ha librado Guesde la primera batalla, y ha obtenido la primera derrota en el Parlamento. La opinión estaba preparada en contra del socialismo, por los notables discursos pronunciados por Mr. León Say en Amiens y Mr. Picot en Sancerre. El primero, firme en su decidida campaña individualista liberal, que sostiene que el ideal del socialismo no es otro que la supresión de toda iniciativa individual en provecho exclusivo del Estado, que sería el único regulador de las actividades humanas, atacó de igual manera al socialismo obrero que al socialismo del Estado, mucho más peligroso, según él, por más que este socialismo fuera inventado y difundido en Alemania para combatir á aquél, cuando en realidad lo único que hace es contri-



MR. FRANCIS MAGNARD,

DIRECTOR DEL PERIÓDICO PARISIENSE «LE FIGARO».

Nació en Bélgica, en 1837; † en París, el 20 del corriente.



LA LOCOMOCIÓN EN LOS EE. UU. DE AMÉRICA DEL NORTE. — UN TREN SIN RAILS EN LAS MONTAÑAS PEDREGOSAS.

huir á que se desarrolle más y más cada día. Ningún auxiliar más eficaz, en efecto, ha tenido la propaganda socialista dogmática revolucionaria que el Príncipe de Bismarck y los profesores alemanes, creadores de lo que se denomina socialismo de la cátedra, que confiere al Estado todos los poderes, para que sustituya él solo á la Providencia, al Rey, á la aristocracia y al pueblo por medio de la reglamentación y de la burocracia. La filípica de Mr. León Say contra esta manía de la reglamentación, contra esta tiranía del Estado y contra esta plaga de la burocracia ha sido terrible. No trató de mejor manera á sus adversarios en Sancerre Mr. Picot. Ambos hicieron un enérgico llamamiento á los hombres entendidos y generosos para que les secunden, y en este concepto dijo Mr. Say: «En la resolución de los problemas sociales, la ley sola es insuficiente, y jamás debe aplicarse sin el concurso de la iniciativa individual y de las leyes morales. En esta acción moral es en la que debemos buscar nuestros más firmes puntos de apoyo, y por eso invito á todos á que, basados en ella, cumplan su deber social.»

Las fases más curiosas de este singular combate sostenido en la Cámara francesa están en los respectivos discursos del jefe colectivista Mr. Guesde y del orador de la mayoría Mr. Deschanel, que constituyen dos documentos históricos dignos de ser conservados por los que se interesan en el estudio de estas cuestiones. El *leader* colectivista deseaba aprovechar aquella ocasión solemne para exponer de nuevo su programa, y casi todos los diputados, ante la curiosidad que semejante predicación, inocente en aquel sitio, y que semejante predicador despertarían, le animaron á ello, exclamando:

—*Parlez! parlez!*

Y Guesde habló, manifestando que allí y en todas partes estaba á la disposición de sus enemigos, y que no tardará en llegar el día en que sus provocaciones pongan á sus amigos en el caso de acudir á la revolución. «Nuestras ideas—dijo—se mantienen, no por una asociación europea, sino planetaria, de siete millones de trabajadores. Dejadme hablar; la tribuna sin libertad sólo puede ser ocupada por oradores sin dignidad. La producción moderna, como producto del maquinismo, exige necesariamente la transformación social. La propiedad capitalista se ha constituído sobre las ruinas de la propiedad individual. Aquélla está en poder de los que no trabajan. Lo mismo ocurre en las fábricas y en los ferrocarriles. Esta separación, base de todo el problema social, es obra del siglo en que vivimos. En este antagonismo de clases está todo ese problema.» El orador se extendió en describir los resultados de esta situación con numerosos ejemplos; pidió justicia á la sociedad francesa, hija de la revolución; retó á discutir á los que aseguran que está equivocado, y aseguró que los que provocan la guerra civil son los que cierran los ojos para no ver cómo avanza sin que nadie pueda detenerla. Después de hablar de la concentración industrial, se ocupó de la concentración capitalista. «El maquinismo—dijo—se introduce poco á poco en la agricultura, y producirá en los campos igual efecto que en las industrias: el de prescindir de los obreros, los cuales se harán socialistas. La nobleza antigua cumplía en parte con su deber; tomaba las armas é iba á batirse en compañía de sus vasallos: la nobleza capitalista moderna no hace más que cortar el cupón y enviar á un criado á que lo cobre.» Añadió que hoy, sin darse cuenta de ello, hay muchos colectivistas ricos, los que forman las grandes compañías, que condenan el colectivismo de los pobres. Aproximan así la revolución, sin apercibirse de ella. «No tratamos de suprimir el interés individual, sino de refundirlo en el interés colectivo, y éste atenderá á satisfacer las necesidades de todos. Eso ocurre en la familia particular, y lo mismo debe ocurrir en la gran familia humana. En la sociedad actual no hay ningún aliciente para el trabajo; la máquina humana da el mínimum de producción. Con nuestro sistema resultará todo lo contrario.»

Trató de explicar después cómo se realizará la transformación social. Describió cómo tras el esclavo vino el siervo, y tras de éste el proletario, sosteniendo que el primero era más considerado y más feliz que éste. Después de explicar por qué era colectivista, explicó por qué era revolucionario. «En Versalles hizo el tercer estado la revolución: ahora la hará el cuarto, el proletariado: su revolución será el fin de su evolución. Nosotros asaltaremos nuestra Bastilla si nos obligáis á ello: no queremos emplear medios violentos si nos permitís los legales; pero está visto que no nos lo permitís. La política actual del Gobierno francés es peligrosa, revolucionaria, y vuestra será toda la responsabilidad de sus malos resultados.» Para terminar leyó Mr. Guesde su proposición incidental, que decía: «La Cámara invita al Gobierno á interpretar la ley de 1884 en el sentido de conceder á los Municipios la más amplia libertad en materia de reformas locales, y pasa al orden del día.»

°°°

La réplica de Mr. Deschanel produjo tantas adhesiones y aplausos en la izquierda, centro y derecha de la Cámara, como el discurso del jefe colectivista los había producido en la extrema izquierda, donde el socialismo se sienta.

Dijo el orador que es necesario conciliar la libertad con la justicia social, y que si los socialistas tienen la fórmula segura para conseguirlo, no habrá inconveniente en aceptarla. «Realizada la revolución social, y propietaria la sociedad de todos los capitales, salvo de los de consumo y ahorro, ¿quién los repartirá? ¿Serán las delegaciones jerárquicas de Bebel ó los comités colectivistas de Francia? Sea quienquiera, resultará al fin una propiedad administrada por mandatarios, sistema centralizador, absorbente, utopista, muchísimo peor que el de la libertad actual.» Demostró después que la humanidad no marcha hacia la propiedad colectiva, ni mucho menos, y que semejante aserto no es más que repetir la eterna quimera de lo absoluto. La propiedad colectiva y la privada, que siempre han existido, deben conciliarse sin absorberse. Probó que los capitales se asocian, pero que no se acumulan de día en día en las mismas manos, sino que, al contrario, los títulos de la renta, los empréstitos y las obligaciones se fraccionan más y más cada vez. En las Cajas de Ahorros tienen las familias 4.000 millones. En las Cajas de Socorros mutuos de los obreros, que tenían en 1852 un capital de 11 millones, hay hoy 200. Los capitales desaparecen cuando no hay confianza. En cuanto prevalecieran un poco en Francia los propósitos de repartición social, todos los capitales emigrarían. No es en la repartición, sino en la reproducción, en la multiplicación de las riquezas, en lo que hay que pensar. No hay tantos ricos como parece. En París, las dos terceras partes de las familias no pagan un alquiler de casa superior á 3.000 francos; sólo 36.000 personas viven en habitaciones de 12.000 francos, y sólo 15.000 en casas de 30.000 francos. Sólo hay en Francia 14.000 personas que tengan una renta de más de 40.000 francos, y sólo 73.000 que la posean superior á 16.000. ¿Tienden á aumentar estas rentas? La baja del interés del dinero demuestra lo contrario.

Tampoco hay la pretendida concentración de la producción. En 1885 existían matriculados 1.394.000 comerciantes al por menor, y en 1893 eran 1.422.000. En 1885 había 16.607 comerciantes al por mayor, y banqueros en 1893 se contaron 17.700, es decir, 1.190 de aumento en ocho años. Contra estos números toda otra razón ó alegación cae por tierra. No hay que distinguir entre burócratas y asalariados. Tan asalariado es el que gana cinco ú ocho ó quince pesetas en una mina ó en un taller, como el que recibe igual cantidad por su trabajo en una oficina del Estado.

No hay solución en el régimen colectivista para el gran problema de la repartición de los productos del trabajo. La igualdad de la repartición que predicaba Carlos Marx es una iniquidad, ya que está basada únicamente en la duración del trabajo. Para corregir esta iniquidad se piensa en las primas y en las recompensas especiales. ¿Quién habrá de otorgarlas? ¿Los hombres rectos, íntegros y virtuosos? ¿Quién les daría patentes de tales? Imposible es la solución, y preciso será antes fundir la humanidad en otros moldes.

Se ocupó después del socialismo agrario, retando á Guesde á discutir este asunto cuando guste. El socialismo ha cedido mucho en esta parte: ya no piensa suprimir toda la propiedad, sino la grande, dejando en paz á la pequeña. Leyó en seguida distintos párrafos de publicaciones colectivistas, en los que se ataca á las instituciones de beneficencia, se pone en ridículo á la familia, se niegan las glorias de la nación y se insulta al ejército. La emprendió después Mr. Deschanel con los radicales, que ayudan á los socialistas; recordó los grandes beneficios materiales y morales que el Gobierno de la nación ha hecho á las clases obreras, citando los testimonios de agradecimiento de muchos de los representantes de ellas; declaró que la invasión de las ideas colectivistas alemanas había sido más funesta que la invasión armada de 1870, y terminó diciendo, al recordar los ejemplos de la antigua Grecia, que el día en que el socialismo y la demagogia enciendan la guerra de clases, se aniquilará Francia en términos que será vencida y dominada por sus enemigos y miserablemente repartida entre ellos.

«Enfrente de una doctrina que pretende subordinar las aspiraciones humanas á los intereses materiales—*ubi bene ibi patria*—conservemos en nuestros corazones el culto al ideal, el respeto á las leyes y la adoración á la patria.»

Á la tormenta de aplausos con que la Cámara acogió estas palabras, siguió terrible la tormenta de 453 votos de adhesión, que barrieron con su furia la proposición del apóstol del colectivismo alemán con sus 57 sostenedores.

R. Becerro de Bengoa.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Almanaque Parisiense, 1895.—Acabamos de recibir este curioso folleto de 64 páginas, con cubierta en colores, que publica la casa Rigaud y Chapoteaut, de París (Productos Farmacéuticos, antigua de Grimault y Compañía), cuyo jefe, Mr. Rigaud, ha sido elevado hace poco á la dignidad de oficial de la Legión de Honor. Ilustrado por el célebre humorista Caran d'Ache, enriquecido con una poesía y un delicioso cuento de Alfonso Daudet, con chascarrillos, chistes y ocurrencias, este Almanaque ofrece además un verdadero interés para las familias, indicándoles, en un Memento Terapéutico de las enfermedades usuales, los medicamentos más recetados por los médicos franceses, aprobados en gran parte por la Academia de Medicina de París, ó inscritos en la Farmacopea oficial. Para adquirir este lindo librito, de tan atractiva lectura ó incontestable utilidad, basta pedirlo en las principales farmacias.

El Arte monumental (I. En los pueblos antiguos).

Este libro, que es el tomo VIII de la interesante *Biblioteca popular de arte*, ocúpase en los orígenes de la arquitectura y estudia las primeras manifestaciones del arte monumental en los pueblos celtas y escandinavos, en América, en las islas del Pacífico y en los antiguos imperios orientales, para venir á concluir en las grandes manifestaciones arquitectónicas de Grecia y Roma. Este tomo tiene 27 grabados y cuesta una peseta.

El tomo IX de la *Biblioteca*, que aparecerá en breve, estará dedicado al arte monumental en la Edad Media: bizantino, románico, árabe y gótico. *La España Editorial* está prestando un verdadero servicio á la cultura nacional con la publicación de estos tomos.

Manual práctico de la hipoteca naval, comentarios y texto de la ley de 21 de Agosto de 1893, concordada con las correspondientes extranjeras y con la jurisprudencia análoga, por Leopoldo González Revilla, abogado en ejercicio, condecorado con la placa del Mérito Naval por su obra *La hipoteca naval en España*, etc.

Con razón puede considerarse el Sr. González Revilla uno de los primeros ó el primero de los tratadistas españoles sobre hipoteca naval, pues en mucha parte se le debe la implantación de esta importantísima institución en España; y la hermosa obra en dos gruesos tomos que hace tiempo publicó, tratando magistralmente tan ardua materia, es lo mejor que sobre el particular conocemos.

Al publicar el Sr. González Revilla un *Manual* de suma utilidad práctica, completa su labor dignamente. Cuesta el *Manual*, que tiene unas 350 páginas, 2,50 pesetas en Madrid y 3 en provincias.

Rayos de luz, por D. Angel Lasso de la Vega.

Merece este libro el nombre que lleva, porque contiene poesías de los mejores poetas extranjeros, hermosamente traducidas por el Sr. Lasso de la Vega, quien ha sabido probar que no siempre es cierta aquella sentencia terrible: *Tradutore, traditore*.

En muestra de ser verdad lo que decimos y no ponderación excesiva, he aquí un soneto del Dante, *Á la muerte de Beatriz*, vertido al castellano con calor poético y dicción poco vulgares:

Venid, oh nobles almas generosas,
Y suspirar me oiréis compadecidos;
Muriera de dolor, si en mis gemidos
No exhalara mis penas angustiosas.

Mis ojos estas lágrimas copiosas
Al fin se niegan á verter, rendidos,
Y con ellas aun más enrojecidos,
Mis heridas son menos dolorosas.

Oiréis también á mi turbado acento
Que evoca sin cesar la joven pura
Que al mundo fué que su virtud pedía.

Veréis cómo desprecia en su tormento
La vida, quien su alma y su ventura
Sólo en el alma de Beatriz tenía.

Como todos los demás libritos de la *Biblioteca Diamante*, sólo cuesta éste 50 céntimos.

Almanaque Kneipp, para 1895.

Este Almanaque no es sólo, como pudiera creerse, un libro de propaganda, sino que, además de muy útiles noticias y consejos sobre higiene, contiene cuentos, caricaturas, etc. Cuesta una peseta.

Poemas y armonías, por Juan Alcover.

Con gusto hemos leído varias composiciones de las que contiene el tomo, por cierto elegante y muy bien impreso, que ha publicado el editor D. José Tous, de Palma de Mallorca. El Sr. Alcover es sin duda un buen poeta, de castiza forma y fácil y sencilla inspiración.

Precio de la obra: 2 pesetas.

Ancienne Maison Quantin Catálogo de Mayo de 1894.

Hemos hojeado este Catálogo de dicha importante Casa parisiense, y en él encontramos muchas obras de verdadero mérito.

Manual de Algebra y Geometría del Espacio, para uso de los alumnos de la Escuela de Artes y Oficios de San Sebastián, por D. Nicolás Bustinduy y Vergara, ingeniero industrial, director y profesor de la dicha Escuela.

Este Compendio es notable por la claridad y excelente método con que está redactado, y una vez más acredita de excelente profesor al distinguido Director de la Escuela de Artes y Oficios de San Sebastián. También es digna de recomendación la modicidad del precio, pues cuesta (aunque está muy bien impreso en excelente papel) sólo una peseta cincuenta céntimos.

Memoria sobre los cantos, bailes y tocatas populares *de la isla de Mallorca*, por D. A. Noguera.

Con mucha razón comienza el autor de este interesante trabajo diciendo:

«En los reducidos límites de una Memoria propiamente dicha, no coge cuanto podría decirse acerca de la materia que nos proponemos tratar sucintamente: materia interesantísima considerada desde el punto de vista de su valor intrínseco, y altamente tentadora por referirse á las islas Baleares, puesto que, quien emprenda seriamente su estudio, se moverá en un terreno casi virgen é intacto, en el cual hay mucho que resolver y examinar y no poco que aprovechar.»

Esto no obstante, las 115 páginas que comprende el libro están llenas de tantas y tan interesantes noticias, que puede considerarse tratado en él lo esencial de la materia, y se comprende que obtuviese el primer premio, ofrecido por S. A. la infanta Isabel, en el concurso segundo de *La Ilustración Hispano-Musical*.

Santa Bárbara bendita, por D. Adolfo Carrasco y Saiz, general de brigada de artillería.

Esta breve, interesante y erudita Memoria es también de muy amena lectura, pues con castiza y elegante pluma refiere en ella el general Carrasco la historia de Santa Bárbara y de los patronatos que ejerce, que son muchos, más de los que supone el vulgo. Es particularmente digna de atención la parte que dedica á la devoción de los artilleros españoles á Santa Bárbara.

Gritos de victoria, ó triunfos de la religión y de la *patria*. Obra original y en verso, del P. Jiménez Compaña, de las Escuelas Pías.

En esta obra (publicada con licencia de la autoridad eclesiástica) hay poesías de muy diferentes géneros, pero en todas las cuales se revela un buen poeta. Menos el preludio, que es un bonito canto á las glorias de España, las poesías del tomo son religiosas. Son particularmente notables: *María, El Sol* y *Á Santo Tomás de Aquino*.

Nuestra Señora del Pilar, asociación de maestros, directores de colegio, profesores de Letras, Ciencias, etc., y protectores de la enseñanza. Capital: 10.000.000 de pesetas.

Hemos recibido un ejemplar de los Estatutos de esta Asociación, cuyo programa es vastísimo y puede ser muy beneficioso para la enseñanza.

Siguiendo al muerto, por D. Federico Urrecha.—*Los Humildes*, por D. A. Pérez Nieva.

La bonita *Colección Diamante* que publica en Barcelona el editor Sr. López se ha aumentado últimamente con estos dos tomos de amena lectura, y que además de esta excelente y principal circunstancia tienen la de estar muy bien impresos é ilustrados, y ser muy baratos, pues cuesta cada uno 50 céntimos.

Tratado de fisiología humana, incluyendo la histología y la anatomía microscópica y con aplicación especial á la práctica médica, del profesor de la Universidad de Greifswald Dr. L. Landois, traducido de la octava y última edición alemana por el Dr. Rafael del Valle y Aldabalde.

La aparición de esta obra en España constituirá un verdadero acontecimiento científico, como lo ha sido en Austria, Alemania, Inglaterra, Italia y Francia, donde ha merecido los más encomiásticos elogios de toda la prensa y clase mé-

dica, porque, en efecto, el *Tratado de fisiología humana* del Dr. Landois es una obra completamente nueva, escrita desde un punto de vista muy diferente del que ha servido de base para la publicación de las obras análogas que hasta el día conocemos. El notable *Tratado de fisiología humana* del ilustre profesor Landois no es un libro destinado sólo á los médicos de laboratorios, sino una obra eminentemente práctica, escrita exprofeso para el médico clínico, al objeto de facilitarle considerablemente los conocimientos más indispensables para el mejor ejercicio de su profesión. A tal punto es una verdad lo que decimos, que de ella se han hecho ocho ediciones alemanas, cuatro inglesas, dos rusas, dos francesas y una italiana. La edición española ha sido declarada de texto en varias de nuestras Facultades y en alguna de las de América.

Publícala la *Revista de Medicina y Cirugía Prácticas* en su excelente Biblioteca Económica.

Forma dos elegantes tomos de 1.250 páginas, esmeradamente impresas en excelente papel y con numerosos y magníficos grabados intercalados en el texto.

Se halla de venta en la Administración de la *Revista de Medicina y Cirugía Prácticas*, Preciados, núm. 33, bajo, Madrid, y en las principales librerías de España y Ultramar, al precio de 22 pesetas.

Moral amena. Cuentos y fábulas, por Antonio María —Tercera edición ilustrada.

Es este librito de suma importancia para la educación de los niños, pues en forma sumamente agradable, sencilla y clara, contiene excelentes lecciones de moral, unas en prosa y otras en verso, éstas en forma de fábulas. Tiene varios bonitos grabados, y cuesta una peseta.

El objeto principal de esta institución es trabajar por la mejora de la enseñanza, *oponiendo la savia ortodoxa y naturalmente española al virus herético del pedagogismo extranjero*, propósito que nos parece digno de aplauso y que deseamos ver realizado.

G. R.

IMPORTANTE.

Rogamos á los Señores Suscriptores cuyos abonos terminen con el presente año, y piensen seguir honrándonos con su concurso, que se sirvan anunciar su propósito á esta Administración con la mayor anticipación posible, á fin de que el servicio de sus respectivos abonos no sufra retraso por la aglomeración de trabajos, propia de esta época del año, en nuestras oficinas.

Tanto para avisar las renovaciones, como para hacer cualquier reclamación sobre el servicio, es muy conveniente acompañar á las cartas una de las fajas con que se recibe el periódico.

CARPETAS PARA «LA ILUSTRACION».

Deseosa esta Administración de proporcionar á los Sres. Suscriptores el medio de conservar en buen estado los números de esta Revista, sin que se estropeen al hojearlos, ha hecho construir unas carpetas especiales que, por su baratura, se hallan al alcance, lo mismo de los particulares, que de los establecimientos públicos y sociedades de instrucción ó recreo que nos favorecen con su concurso.

Estas carpetas unen á su buen aspecto suficiente solidez, y resultan muy á propósito para contener, en forma cómoda y elegante, los números últimamente publicados. Su precio, 2 pesetas en Madrid, 3 en Provincias y 4 en América y el Extranjero, incluso los gastos de franqueo, certificado y de embalaje entre cartones.

Diríjanse los pedidos, acompañados de su importe, al Administrador de La Ilustración Española y Americana, Alcalá, 23, Madrid, ya directamente, ya por mediación de los Sres. Corresponsales.

El Administrador.



BAR-LE-DUC (FRANCIA). — REMATE DEL MONUMENTO ERIGIDO Á LOS HERMANOS MICHAUX, INVENTORES DEL PEDAL APLICADO Á LOS VELOCÍPEDOS.

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXVIII.—NÚM. XLV.

ADMINISTRACIÓN:

ALCALÁ, 23.

Madrid, 8 de Diciembre de 1894.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN, PAGADEROS EN ORO.	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia	60 francos.	35 francos.



EMMO. SR. D. FR. CEFERINO GONZALEZ Y DÍAZ TUÑÓN,

PRESBÍTERO CARDENAL DE LA S. I. ROMANA, FILÓSOFO Y ESCRITOR ILUSTRE.

Nació en Villoria (Oviedo), el 28 de Enero de 1831; † en Madrid, el 29 del pasado.

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

Antes de empezar nuestra Crónica cumplamos un deber dando las gracias á los periódicos que han demostrado afectuoso interés por la salud del director artístico de La Ilustración, D. Bernardo Rico, en cama hace un mes, y que atraviesa una grave crisis en el momento de escribir nosotros estas líneas. Conocedores de su carácter y cortesía, hacemos lo que él hubiera hecho, si la postración en que se halla no se lo impidiera, y lo que nos ruega la afligida familia que rodea su lecho, entre la cual se encuentra su hermano el ilustre pintor D. Martín Rico, que ha venido precipitadamente de París con tan triste motivo.

⁂

La producción minera, y en especial la de Murcia, sufre las consecuencias de la falta de exportación y descenso de precios, que atribuyen á causas arancelarias. Los distritos mineros más perjudicados elevan exposiciones al Gobierno y hacen manifestaciones respetuosas. Una de las más ordenadas y pacíficas fué la que se efectuó el 1.º del corriente en Mazarrón. Tenemos á la vista la fotografía que da idea exacta de su extraordinaria concurrencia: sabemos que asistieron á ella desde los propietarios de las minas hasta el obrero más modesto, y que, sin embargo de tanta aglomeración de gente, se disolvió de la manera más pacífica, después de entregado en el Ayuntamiento el memorial en que manifestaban sus aspiraciones.

⁂

Un tunante, á quien no se ha podido dar caza todavía, pero que, como todos los de su especie, caerá al fin en el lazo, ha descubierto una industria ruin: la de tomar el nombre del redactor de nuestro periódico Sr. Reparaz, introducirse en algunas casas y, con el pretexto de pedir retratos á personas importantes para publicarlos en La Ilustración, exigir cantidades como gajes ó gratificación de su trabajo. No es la primera vez que esto sucede, ya en la forma referida, ya en otras varias, y fingiendo ser personas de la casa, para concluir en alguna socaliña. Los señores á quienes directa ó indirectamente se les pida dinero por cualquier clase de oficios en nombre de La Ilustración, pueden tener la seguridad de que se les trata de estafar, y harán bien en detener á los pícaros que viven haciendo tales fechorías.

⁂

El Cardenal González reposa ya en la iglesia del Colegio de Ocaña. Su entierro fué imponente y ruidoso, alternando con los responsos el tañido de las campanas y el estruendo de las salvas. ¡Qué contraste formaban las galas y el aparato militar con el grupo de frailes que rodeaban y conducían á hombros la caja mortuoria; las velas encendidas, con los sables desenvainados; los hábitos de los dominicos, franciscanos y agustinos, con los uniformes de la Guardia civil, ingenieros y húsares; la elevada mitra y la bordada capa del Obispo de Madrid-Alcalá, con el casco alemán de los generales; el canto llano, con los toques de cornetas! Cuando vimos el entierro, pasaba por la plaza de las Cortes: fijándonos solamente en el trozo de composición que formaban el ataúd y los religiosos, parecía un cuadro de otros tiempos, con el cual armonizaban la estatua de Cervantes y las ruinas del palacio de Medinaceli. La imaginación reconstruía mentalmente el derribado convento de Capuchinos de San Antonio del Prado, el de monjas de Santa Catalina y el del Espíritu Santo, y sólo reconocía á lo lejos las torres góticas de San Jerónimo como sincrónicas con los recuerdos que evocaban: la cruz de la orden que se destacaba sobre el pecho de los hijos de Santo Domingo; el cordón de nudos que ceñía la cintura de los franciscanos, y el severo traje de los agustinos, nos daban leve idea de la pintoresca variedad de las antiguas procesiones, y echábamos de menos en aquel sitio, delante de Cervantes, á los trinitarios y mercenarios, á los benitos y bernardos: unos ú otros acompañaron á la fosa á nuestros mayores, y los amortajaron con sus hábitos; y si hoy nos extrañaba el contraste de éstos y las galas modernas de la tropa, era por el modernismo extranjero de los uniformes, no por oposición entre el elemento religioso y militar, antes al contrario, siempre nuestros frailes acompañaron á nuestros soldados en todas sus empresas; las órdenes monásticas fueron un elemento social que interviene de tal modo en la crónica, que no se puede saber Historia de España sin estudiar la historia, las reglas y constituciones de los frailes. El cañón hizo la despedida; en la estación del Mediodía desfiló la tropa delante del ataúd; los paisanos que formaban el cortejo saludaban á su paso, por primera vez quizás, á las banderas, y el tren se puso en marcha, conduciendo el cuerpo del sabio dominico. Hoy reposa en el Colegio de que fué rector, en la histórica villa de Ocaña, á donde fué también trasladado el cuerpo de D. Alonso de Ercilla, y cuna de teólogos ilustres. Un amigo nuestro, que lo fué del difunto Cardenal, nos decía, al ver á los soldados presentar armas haciendo los honores de capitán general al humilde dominico: «Si fray Ceferino despertara y viera este aparato, y oyera las cornetas y las salvas, saltaría de la caja, se rebozaría en los hábitos y se escondería en un portal.»

⁂

El P. Fr. Ceferino González ha dejado dos vacantes de académico, en la de la Lengua y la de Ciencias Morales y Políticas. La Academia Española de la Lengua ha anunciado la vacante en la *Gaceta* con la fórmula de costumbre. Por cierto que, á propósito de este anuncio, decía un escritor en una librería, y me rogaba que hiciera públicos sus deseos:

—Rara vez sucede que las plazas vacantes no estén comprometidas y acordadas cuando se invita á solicitarlas á los que se juzguen con mérito para conseguirlas: en esta ocasión todo Madrid conoce el nombre y título del que ha de ser el sucesor del P. Ceferino. ¿No sería caritativo suprimir la costumbre inútil del anuncio, que evitaría á los solicitantes la molestia de hacer su memorial, en la creencia equivocada de que hay vacante en la Academia?

—No tengo inconveniente— le respondí — en repetir sus palabras en mi Crónica, sin adoptarlas como mías. Usted cree que la plaza está comprometida para el escritor aragonés Sr. Conde de la Viñaza, á quien he celebrado cuando publicó su estudio histórico y artístico de Goya, pero no me consta ser cierto lo que se dice, y si lo fuera, ¿acaso no se publican las oposiciones á cátedras muchas veces sabiéndose de antemano quién las ha de ganar? ¿Qué culpa tiene la Academia de que el mundo sea así? El que solicite en estas condiciones, es que carece del don de hacerse cargo, y no merece la vacante.

⁂

Dos semanas hace que empezó en el Congreso la discusión política, y hay temores de que se prolongue aún muchos días. Nada más natural, sin embargo: la discusión de un proyecto de ley acerca de cualquier materia legislable tiene, por su naturaleza, un carácter pacífico, técnico y sin amenidad; y como las tribunas están siempre ocupadas por señoras, forasteros y pueblo que acuden á ellas para ver un espectáculo, la concurrencia impone las discusiones agitadas. Por otra parte, es opinión muy admitida que lo menos malo en que pueden emplear las sesiones los señores diputados es en disputar entre sí y darse mutuas desazones. Tumultuosas han sido las de estos días: han resonado en ellas palabras que lamenta nuestro corazón de españoles; pero las protestas han sido tan vehementes, que casi conviene que hayan sido provocadas. Respetamos, por su elocuencia y su saber, á oradores como los Sres. Salmerón y Azcárate; pero antes que las teorías de una escuela, y sobre las teorías de todas las escuelas, está para nosotros el sentimiento, la conveniencia, los derechos y la grandeza de la patria. Nada más expuesto á errores ni con más puntos de vista que la política, y habiendo tantos sistemas, casi todos han sido ensayados en España, á fuerza de sangre, lágrimas y ruina. Y como las equivocaciones de los políticos son las que cuestan más caras á un país, preferimos á todas esas ideologías el simple sentimiento de amor á la patria, porque este amor conduce instintivamente á un pueblo á evitar los despeñaderos y seguir el camino más seguro hacia sus destinos providenciales. Los atrevimientos de los teólogos nos hacen gracia en teoría, y en el papel; pero los de los políticos nos aterran, porque la víctima es la patria, y nos duelen mucho sus dolores.

⁂

El tema de la moralidad también provocó graves tumultos: no recogeremos lo que se dijo, ni los cascos de la campanilla rota por el Sr. Presidente del Congreso. Como espectáculo, debió ser pintoresco y distraído para el público: no siempre se ven centenares de hombres públicos enfadados á la vez, golpeando en los pupitres y vociferando en coro. Asistir á una de esas sesiones tumultuosas es una suerte para el espectador de las tribunas, que equivale á presenciar desde el asiento de la Plaza una cogida. Apartando nosotros la vista de esas escenas que el respeto nos manda lamentar, aunque gusten á muchas gentes, creemos que en la sesión de anteayer tenía razón el Sr. Conde de Xiquena al condenar en principio como mal ejemplo la crítica hecha en la tribuna por diputados militares de la conducta de los jefes naturales del ejército; pero como el carácter de diputados les da derecho á discutir con libertad á sus superiores, y no pocos militares han hecho parte de su carrera en el Parlamento, por más chocante y dañosa para la disciplina que resulte la especie, ello es que la ley lo consiente y autoriza. Á nuestro juicio, la naturaleza de la milicia la aparta de todo oficio crítico y deliberante, por desnaturalizar el carácter de la fuerza armada, basado en las jerarquías y en la obediencia. Pero los derechos son derechos, si están consignados en la ley.

⁂

Don Cosme había hablado mal de algunos **papas**, cuando le interrumpió D. Agapito, diciéndole:

—Le ruego que no prosiga; soy católico y me **molesta** lo que dice usted.

—¡Alto ahí! yo soy también católico, apostólico.....

—No prosiga; es usted católico, apostólico, cartaginés.

—Para anteojos de larga vista, uno que había en mi tierra—decía un andaluz.—De puro alcanzar, no se veía nada con él.

—No comprendo.

—Pues es muy fácil de entender: atraía tanto los objetos, que se quedaban á la espalda del que miraba, y sólo los veían los de atrás.

—¿Por qué no aprendes á patinar?

—Porque se aprende á fuerza de golpes.

—¿Y qué importa, si son porrazos de placer?

—¿Es grande la pista?

—A mí me lo parece, porque la he medido toda con mis espaldas.

—Pero esa niña ¿es libre?

—Como el viento.

—Será huérfana entonces.

—Mejor aún; yo la he conocido siete madres.

José Fernández Bremón.

NUESTROS GRABADOS.

EMMO. SR. D. FRAY CEFERINO GONZÁLEZ.

Sólo entendimientos obscurecidos por la pasión podrían negar los singulares méritos y mucha ciencia del P. Ceferino González, filósofo insigne, en quien se unían una claridad de exposición rarísima, una doctrina cristiana y española, una rectitud de conciencia más admirable y simpática cuanto menos ostentada, y un estilo castizo; de todo lo cual dejó muchas y excelentes pruebas, y de su ciencia el elocuente testimonio de algunos libros, que le harán vivir en la memoria de la posteridad.

Su edad no era tanta que pudiese considerársele llegado al término natural de la vida, pues habiendo nacido en 1831 (en la villa de Villoria, provincia de Oviedo), tenía ahora sesenta y tres años. A los trece entró en el Colegio de Dominicos de Ocaña, y sin haber terminado todavía los estudios pasó á Filipinas como misionero. Allí acabó la carrera, explicó filosofía y escribió sus ***Estudios sobre la filosofía de Santo Tomás***. Volvió á España en 1865, donde pronto ganó la reputación que merecía, entrando en la Academia de Ciencias Morales y Políticas y siendo preconizado en 1875 obispo de Córdoba. En 1884 obtuvo el capelo cardenalicio, y poco después fué nombrado arzobispo de Sevilla, de donde pasó á Toledo, alto cargo que pronto tuvo que abandonar, porque por entonces (1885) comenzó á estar enfermo.

Si como sabio era eminente, como sacerdote fué ejemplar. Predicó algunos excelentes sermones, confesaba semanalmente, hacía muchas limosnas, oraba bastantes horas cada día, y trabajó con gran fruto en la propagación de ideas cristianas, siendo uno de los primeros fundadores de círculos de obreros.

Pertenecía á la Academia de la Historia, y había sido elegido por la Española. Deja escrito el discurso de entrada, tratando de las *relaciones entre el habla castellana y la mística española*. Véase su retrato en la primera página de este número.

El P. Ceferino estaba enfermo hace bastante tiempo, siendo su enfermedad de las que apenas dejan esperanza de curación luego de iniciadas. En Sevilla, donde comenzó, le asistieron algunos médicos de los más reputados; pero ni éstos ni los que en Madrid le vieron poco después consiguieron devolverle la salud. Pasó de aquí á Berlín, esperando encontrarla en manos del famoso cirujano Bergman, el cual le hizo la resección del lado izquierdo del maxilar superior; y como á pesar de todo continuasen los progresos del mal, el insigne filósofo dejó su casa, trasladándose al convento de la Pasión. Allí ha sufrido con santa paciencia los tormentos de un mal terrible, entregando el alma á Dios el 29 del pasado.

Publicamos en la pág. 340 una vista de la celda en que ha pasado los últimos y amargos días de su vida el P. Ceferino. En la cama apenas descansó algunos instantes, permaneciendo día y noche sentado ó reclinado en el sofá, solícitamente asistido por su amigo y familiar D. José María Fraile, canónigo de la catedral de Sevilla; el P. Puebla, procurador general de la Orden de los Dominicos; el Padre Matías, vicario general, y el Sr. Jiménez Rojo, también su íntimo amigo.

El sábado, 1.º del corriente, sacaron de la capilla el cadáver para llevarle á Ocaña, en cuyo oratorio de la Orden de Santo Domingo ha sido enterrado.

Los honores que en Madrid se le tributaron fueron cuales los merecían su talento y virtudes. A las once y media salió la fúnebre comitiva, rompiendo la marcha un batallón de infantería. Detrás iban treinta legos dominicos con hachas encendidas, el clero de San Millán, el Arzobispo-Obispo de Madrid-Alcalá, etc., etc., y en pos de todos un piquete del regimiento de infantería de Saboya. Presidían el duelo el Nuncio de Su Santidad, el Duque de Sotomayor y los Ministros de Gracia y Justicia y Estado, en nombre de Su Santidad, S. M. la Reina y el Gobierno.

Al llegar la comitiva frente á la iglesia catedral, el cabildo cantó un responso ante el féretro, cuya solemne escena sirve de asunto á nuestro grabado de la pág. 340.

⁂

ANTONIO GREGORIO RUBINSTEIN,

insigne pianista ruso.

Rubinstein fué el primero de los pianistas contemporáneos, y á lo sumo podía tener algún rival; superior, no. Era, además, gran compositor, autor de varias óperas que han sido muy aplaudidas en los principales teatros del Norte de Europa.

Nació en una insignificante aldea de la frontera rusa, en-

tre Yasy y Odesa, llamada Wechwotynetz, y muy niño todavía, pasó con su familia á Moscou, donde comenzó á aprender música, primero con su madre y luego con el profesor Alejo Villoing. A los ocho años comenzó á tocar en público, y á los diez fué á París con su maestro, permaneciendo en aquella ciudad dos años. Animado por las alabanzas que de él hizo Listz y por las esperanzas de grandes triunfos que le dió, hizo un largo viaje por Inglaterra, Alemania y Suecia, después del cual se retiro á Berlín, donde estudió composición con Dehn. Vivió luego en Viena, dando lecciones; visitó las principales ciudades de Alemania; volvió á Rusia; fué pianista de cámara de la gran duquesa Elena y director de los conciertos de la Asociación Musical rusa. Fundó en Rusia varios conservatorios, entre ellos el de San Petersburgo; hizo por Europa otros viajes artísticos que confirmaron su reputación, y rico y honrado ha fallecido en su magnífica casa de Peterhof, cerca de San Petersburgo, donde pasaba los veranos.

De las óperas que deja escritas, las principales son: *Los Macabeos*, *El Demonio*, *Nerón*, *Dimitri Donskoi*, *Los Cazadores de Siberia*, *La Venganza*, *Tom el Loco*, *El Loro*. También quedan de él oratorios, sonatas, sinfonías, etc., etc.

Publicamos el retrato de Rubinstein en la pág. 341 de este número. En la pág. 346 hallarán los lectores un estudio completo acerca de este insigne músico, debido á la docta pluma del Sr. Esperanza y Sola.

BELLAS ARTES.

¡Sálvese el que pueda!, cuadro de A. Seiquer.— *La Coronación de la Virgen*, cuadro de Rubens.

A poco que se fije la atención en la escena, vese que el peligro es, en efecto, inminente, porque el astuto gato ha sabido elegir muy bien el momento del asalto.

¿Quién sabe cuánto tiempo le estuvo esperando, escondido cerca de donde la familia gallinácea tenía su hogar, sostenida la paciencia por la esperanza de una buena presa?

El autor ha sabido sacar muy buen partido del aspecto de saltcador bandolero que tiene el gato y de la cómica actitud que siempre toman los polluelos para huir con las alas levantadas, tendido el cuello, según pueden ver los lectores en el grabado de la pág. 341, y las patitas muy separadas. *Sálvese el que pueda* es un cuadro muy agradable.

La Coronación de la Virgen, no sólo es una de las buenas obras de Rubens, sino también de las que descubren desde el primer momento la mano que las hizo. Aquellos ángeles tan hermosos son niños flamencos, y aquella Virgen de opulenta encarnadura, una dama flamenca, hermana, aunque tan idealizada cuanto es posible, de las mujeres que pintó siempre aquel insigne maestro. Como factura, luz y color, la obra es admirable, y bien merece ser conocida: nuestros lectores la hallarán en la pág. 344.

CATEDRAL DE BURGOS.

Escalera que conduce á la puerta alta de la Coronería.

Nuestro grabado de la pág. 345 muestra una de las más bellas partes de la admirable catedral de Burgos. Trazó y construyó la escalera de la Coronería, en 1519, Diego de Syloe, y en todo aquel siglo la llamaron *dorada*. Los antepechos de hierro, trabajo de mucho mérito, fueron obra de Hilario, maestro francés, y sin duda al dorado de las labores que hizo debió su nombre la escalera. Costeó esta escalera el obispo D. Juan Rodríguez de Fonseca.

De los dos arcos sepulcrales que la sostienen merece mención el de la izquierda, donde está enterrado el canónigo D. Bernardino Gutiérrez, que murió en el siglo XVI. En el centro del arco hay un lienzo de la Cena, muy bien ejecutado, y sobre la cornisa un precioso grupo de niños abrazados.

Esta puerta de la Coronería se cerró en 1786, y hoy no se entra por ella sino es para armar el monumento de Jueves Santo.

BERLÍN.

El nuevo palacio del Reischtag alemán.

Á pesar de que los franceses no dejan de ponderar, siempre que hay ocasión, y aunque no la haya, la pobreza á que ha venido Alemania después de la guerra de 1870-71, por culpa de los grandes aprestos bélicos que tiene hechos, es lo cierto que el Imperio vive con una comodidad que muchas naciones sin armamentos podrían envidiar con razón, pues sus habitantes pagan muy pocos impuestos, la población crece, y con ella el comercio y la marina mercante, en términos de haberse aventajado en las tres cosas á su enemiga Francia. El mismo paso sigue Berlín, ciudad que se va ensanchando con gran prisa y poblándose, en términos de tener hoy 1.700.000 habitantes.

De los muchos edificios bellísimos y ricos que en ella han construído, así el Gobierno como los particulares, el primero es sin duda el Reichstag ó palacio del Parlamento alemán, inaugurado hace pocos días.

Es colosal, grandioso y de una magnificencia que excede á toda ponderación. ¡Dícese que ha costado 50 millones de pesetas!

La fachada principal es la del Mediodía, de la que damos una vista en la pág. 348. En el centro de ella destácase un elegante y majestuoso pórtico de seis columnas, en cuyo remate se admira un hermosísimo grupo que representa á Alemania á caballo y rodeada de heraldos, obra de Saiz, que estuvo en la Exposición de Chicago. Al pórtico pueden subir los carruajes por suaves rampas.

En los cuatro ángulos del palacio levántanse otras tantas torres, adornadas con multitud de estatuas y escudos, y en el centro una gran cúpula cuadrangular, coronada por un templete de bronce dorado.

La riqueza interior supera á lo que el exterior del edificio promete; pues los más famosos artistas alemanes han dejado allí claras muestras de su talento, y las materias empleadas han sido siempre las mejores y más costosas. Los salones son tantos y tan espaciosos, que se puede caminar largo espacio por ellos sin verlos todos ni poderlos contar, por lo que sólo citaremos tres: la Biblioteca, el salón de Sesiones y el que en España llamaríamos de Conferencias, el cual se halla bajo la cúpula en su parte central, prolongándose á derecha é izquierda de ella, y tiene 100 metros de largo, 10 de ancho y 25 de alto.

Comenzaron las obras del palacio del Parlamento en 1884, y las ha dirigido el arquitecto Wallot, autor de los planos y uno de los más famosos de Alemania.

REPÚBLICA ARGENTINA.

Terremotos en las provincias de San Juan y Rioja.

Conocida es, no sólo de los sabios, sino de las personas de regular cultura, la gran cordillera que cruza la América Meridional desde la Sierra Nevada de Santa Marta hasta el Estrecho de Magallanes, así como también la naturaleza volcánica de la misma en toda su dilatadísima extensión. En territorio de las Repúblicas de Perú y Bolivia levantan á grandísima altura sus cumbres volcanes famosos, entre ellos el Misti (5.640 metros), á cuyos pies está Arequipa; el Uvinas, que en 1867, al cabo de trescientos años de descanso, tuvo una fortísima erupción; el Sahama; el Huayna-Putina, su vecino, muy furioso en sus erupciones; el Isluga, el Illascar, el Yocanado y, por último, en tierra que ahora pertenece á Chile, el Llulaillaico. Al Sur de éste comienza la cadena de los volcanes propiamente chilenos, en la que hay más de treinta, de los cuales podríamos decir que el más alto era el Aconcagua, si el geógrafo Pissis no contradijese el parecer del famoso Darwin, quien le declaró volcán. Pissis dice que toda la montaña es de rocas estratificadas.

Parécenos oportuno recordar estas circunstancias geográficas, porque, según pueden ver los lectores en cualquier mapa, las provincias argentinas sacudidas últimamente por los terremotos dependen de aquellas grandes comarcas volcánicas, aunque bueno será también advertir que tras el descrédito de la antigua teoría del fuego central ha venido la doctrina científica á considerar á los volcanes como una de las causas de los temblores de tierra, principal en algunos países y secundaria ó nula en otros.

El de las provincias argentinas tuvo dos sacudidas, una de Norte á Sur y otra de Este á Oeste, extendiéndose del Atlántico al Pacífico, esto es, por toda la parte meridional del continente, con la circunstancia digna de consignarse de que también se han sentido terremotos en el Ecuador, en Chile y en algunas partes de Buenos Aires al mismo tiempo. No ha habido poblado alguno de las dos provincias indicadas en que los movimientos seísmicos no hayan hecho algún daño, obligando á los habitantes á quedar al raso unos días, temerosos de otro mayor; pero las capitales han sido mucho más castigadas. En San Juan se ha venido al suelo el palacio del Gobierno, los teatros, las escuelas y muchas casas particulares, y una de las torres de la catedral, que al caer hizo pavoroso estruendo. (Véanse los grabados de la pág. 349.) En Rioja duró el temblor veintiséis segundos seguidos, quedando reducidos á escombros multitud de edificios. Ni una sola casa escapó al desastre, y sus moradores corrían por las calles dando gritos de terror, entre las nubes de polvo que salían de las ruinas. Murieron en ambas ciudades unas cincuenta personas, y muchas más sufrieron heridas. Casi todos los habitantes carecen de abrigo.

TSAI-TIEN HOANG-TI,

emperador de China.

El Imperio chino es admirable ejemplo de lo que puede ser una nación educada en la idea de que el único fin del hombre en la tierra es vivir en paz y de que los grados académicos son garantía de acierto en el gobierno del Estado. En 1644 apoderáronse los tártaros manchús de la China, derribando del trono á la dinastía nacional de los Ming, y poniendo en su lugar á la de los Tsing, que es la que gobierna todavía. Aunque el Imperio tenía ya muchos millones de habitantes, bastaron para esta revolución unas hordas de tártaros que poco hubieran dado que hacer al menor de los ejércitos europeos.

Sin embargo, no se resignaron los vencidos tan completamente como parecerá á algunos, pues luego comenzaron á conspirar y á formar sociedades secretas, las cuales nada consiguieron de lo que se proponían, porque los primeros emperadores tártaros, principalmente Kung-hi y Kieng-lung, fueron hábiles políticos y sabios administradores. No obstante, las sociedades secretas continuaron, llegando á reunir muchos millones de asociados. He aquí una lista de las principales que hay en todo el Imperio:

San-ho-hoei. Sociedad de la unión de los tres: cielo, tierra y hombres.

Chin-lien-kiao. Secta del lis azul.

Pai-lien-kiao. Secta del lis blanco.

Nien-tu-kiao. Secta de la cabeza de vaca.

Hung-iong-kiao. Secta del Sol.

Vu-xang-luo-mu. Secta sin madre, lo que quiere decir que el que en ella entra debe romper cuantos lazos le unen á la sociedad, incluso los filiales, tan fuertes en China.

Mim-tum-kiao. Secta de la brillante nobleza, donde se profesa la fe de respetar la ciencia y el honor.

Tsing-cha-num-kiao. Secta del té puro.

Koam-mao-kiao. Secta del birrete amarillo.

Siao-Tao-kiao. Secta de la espada corta. Sociedad que ha producido muchos alborotos en la provincia de Fo-kien.

La Sociedad de *San-ho-huei* ha tenido siempre por divisa este lema: *¡Vivan los Ming y mueran los Tsing!*

Á esto tienden las sociedades citadas y otras varias, á las que favorece mucho el poco talento y menos fortuna de los últimos soberanos, desde Kia-king, que gobernó los primeros años de este siglo, hasta hoy.

Con lo dicho basta para que se comprenda qué suerte de peligros encierran para el actual Emperador, cuyo retrato publicamos en la pág. 352, las continuadas derrotas de sus ejércitos.

Tsai-Tien Hoang-ti es el décimo emperador de la dinastía tártara. Nació en 1871, y comenzó á gobernar personalmente en 1889. Hoy corre muy grave riesgo de que los japoneses le obliguen á desalojar la capital, de la que tendrá que salir luego que aquéllos entren en Mukden y en Che-fu. Esta ciudad está á la entrada del golfo de Pe-chi-li, frente á Puerto Arturo, y tiene excelente bahía. Es plaza fuerte de alguna consideración y acuden á ella muchos comerciantes europeos en la estación calurosa. Véase nuestro primer grabado de la pág. 348.

G. Reparaz.

OCAÑA.

ÚLTIMA MORADA DEL PADRE CEFERINO.

Así como se depositan en augustos panteones los monarcas é infantes de una misma familia, se reunen también en otros sagrados recintos los reyes del talento y los príncipes de la obra humana, asociándose en fúnebre mansión los cuerpos de los que fueron enviados para dirigir el espíritu de los hombres, si no nacieron para mandarlos desde los puestos supremos.

Cuando supe el nombre de la villa elegida para el enterramiento del P. Ceferino González, se despertó en mí el recuerdo de los numerosos personajes olvidados en sus templos, no menos ilustres que el gran pensador, modesto fraile y austero purpurado que deja escrita en castellano, con sus preciadas obras de filosofía, una de las exposiciones más claras y más acertadas que poseemos de la doctrina de Santo Tomás.

Guarda ya Ocaña las gloriosos restos de don Alonso de Ercilla, tan valiente en los combates, tan puntilloso en los asuntos de honra, tan moderado censor de los jueces injustos que decretaron por un momento su muerte, á quienes califica sólo de *precipitados en las decisiones*, tan inspirado cantor de la épica lucha contra los *araucanos*, y tan corto de genio y pusilánime ante la majestad de Felipe II, que hubo de dirigir al Rey por escrito la petición de merecidos premios que no acertó á expresar su palabra.

Allí están también las cenizas de D. Gutierre de Cárdenas y D. Gonzalo Chacón, su tío, que no fueron geniales poetas, y sí políticos hábiles y negociadores afortunados del consorcio entre D.ª Isabel de Castilla y D. Fernando de Aragón, reflejándose sobre aquellos nombres la gloria de coronar con este enlace una empresa nacional de tantos siglos.

D. Gutierre procuró los medios para la primera entrevista de los que fueron después los Reyes Católicos. Cuéntase que introdujo al Príncipe disfrazado y confundido con los criados hasta la cámara de D.ª Isabel, y que, para que ésta le conociera, hubo de señalarle repetidas veces, diciendo: *ése es, ése es;* por lo cual ostentaron luego él y sus descendientes, en la orla del escudo, las *eses* que allí figuran, concedidas por el agradecido matrimonio con el fin de perpetuar el recuerdo del hecho.

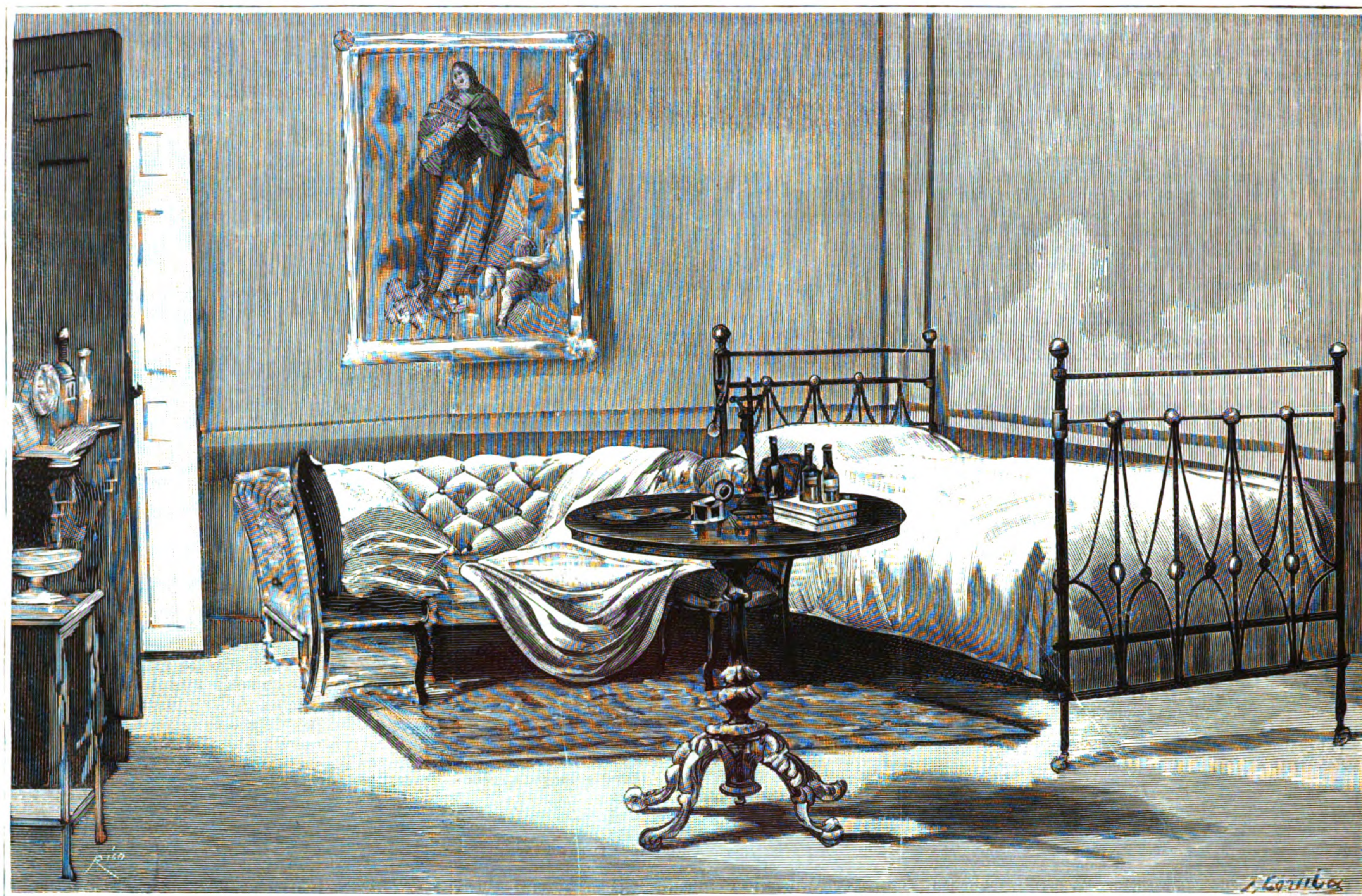
Á la iniciativa y al buen gusto del mismo personaje se atribuye la erección del hermoso palacio, al cual se unieron tantas memorias de Ocaña, y que ha sido conocido por el nombre de los Duques de Frías, moradores de la casa y herederos del fundador.

Recibieron del mismo modo sepultura en la villa los padres de D. Gutierre, representados, él bajo el hábito de Santiago, y altivo hasta en la tumba; cubierta ella por modesto traje, cual de dama que conoce lo transitorio de las glorias humanas y lo falaz de los orgullos.

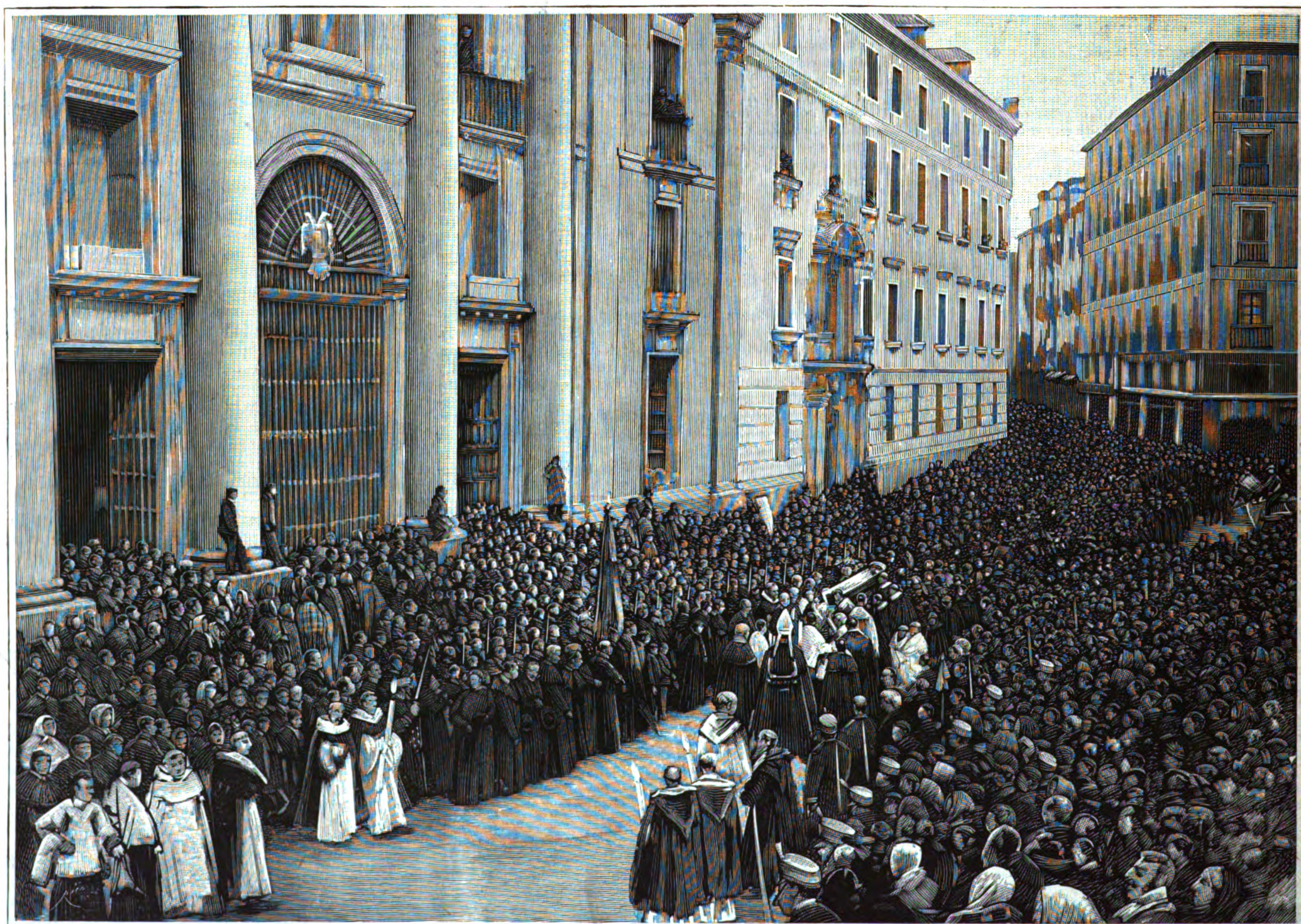
Formarán, por último, la corte del Cardenal filósofo: el comendador Sarmiento, que procuró llevar siempre con honor la cruz del Apóstol; dos personajes desconocidos, de la familia de los Osorios, colocados sobre labrada urna; el consejero Andrés de la Cadena, que ilustró con sus conocimientos el último cuarto del siglo XV, y allá á distancia, en otros pueblos del mismo territorio, aquel Fr. Diego de Yepes que escuchó en confesión los secretos, influyó en las decisiones y se llevó á la tumba mil enigmas de la vida de Felipe II, fiel á sus deberes sacerdotales.

La historia de Ocaña ha sido la de todas las villas que tuvieron alguna importancia en los siglos de mayor agitación entre los siempre movidos períodos de nuestra existencia nacional. Reuniones de cortes, proclamaciones de príncipes, desposorios reales, combates, triunfos, derrotas y atropellos,

MADRID.—FALLECIMIENTO DEL EMMO. CARDENAL FR. CEFERINO GONZALEZ.



CELDA DEL CONVENTO DE LA PASIÓN, DONDE FALLECIÓ SU EMINENCIA.



RESPONSO CANTADO POR EL CABILDO, AL PASO DEL ENTIERRO POR LA CATEDRAL.

(Del natural, por Comba.)



ANTONIO GREGORIO RUBINSTEIN,
INSIGNE PIANISTA Y COMPOSITOR RUSO.
Nació en Wechwotynetz, el 30 de Noviembre de 1829; † en Peterhof (Rusia), el 20 del pasado.

SALVESE EL QUE PUEDA.
CUADRO DE A. SEIQUER.

han marcado cien fases variadas para el hoy dormido pueblo con fechas gloriosas ó tristes sombras.

La narración de las vicisitudes políticas, y la lista de los personajes gobernantes, á que tan exclusivo valor se da todavía en los libros dedicados á este estudio, nos la muestra pasando de unas á otras manos, regocijándose algunas veces y enlutada muchas más.

Fué joya de boda ofrecida por la princesa Zaida á Alfonso VI, cuando se celebró aquel matrimonio tan poetizado en algunos escritos, y de resultados tan pobres y dudosos para el bienestar y el porvenir de Castilla.

Dentro de su recinto se juntaron después procuradores para entender en los graves asuntos del reino durante los gobiernos agitadísimos de Juan II y Enrique IV.

La convirtieron en presa de sus alternadas victorias los caballeros de los dos grandes bandos de *Arnaltes* y *Romanes* que en ella lucharon, á ejemplo de los de Salamanca y Avila, con daños de gentes y continuo zurcido de intrigüelas perpetuadas en las elecciones modernas.

Manchó de sangre sus campos la triste derrota sufrida por las tropas españolas en la guerra de la Independencia, y es hoy Ocaña tranquilo pueblo en que no se escucha rumor de armas, ni lucen esplendideces en competencia cien hidalgos de preclaras familias, ni se alzan nuevos monumentos llenos de bellezas y tradiciones, ni se abren otros horizontes de arte y de gloria que esa tumba del convento de Dominicos en que va á reposar entre los suyos un filósofo y un escritor que no olvidó jamás el hábito monástico bajo la muceta roja del cardenal y la dorada cruz del prelado.

Mas en este triste acontecimiento se señala precisamente la última fecha escrita hasta nuestros días de otra historia más viva, más humana y más verdadera, que es la historia del trabajo, de la cultura y de los obreros, altos y bajos, que consagraron nobles esfuerzos al desarrollo físico y moral de los pueblos.

El cadáver del P. Ceferino lleva á Ocaña el nombre de un pensador del siglo XIX, que ha de ser inscrito á continuación de los del noble consejero de los Reyes Católicos en el XV y del inspirado poeta autor de la *Araucana* en el XVI.

Quedan todavía en la villa algunos documentos de sus antiguas instituciones y de la genialidad creadora de otras épocas: el rollo ó picota que recuerda su término jurisdiccional; la fuente reveladora de la solicitud por la pública utilidad en los tiempos de Felipe II; el convento de Padres Dominicos, donde va á reposar el que fué Arzobispo de Sevilla, ornado por un pórtico y un claustro dignos de atención y estudio; alguna iglesia cuyas inarmónicas líneas denuncian las sucesivas renovaciones, y el augusto palacio en que se desposaron los Reyes Católicos, más grande con el recuerdo que por sus esplendideces actuales.

A su nombre, si no á su recinto, se refiere una anécdota que pinta el carácter de un ilustre actor en la política española.

Una mañana, durante la Cuaresma de 1495, corría á pie el camino desde Madrid á Ocaña un modesto fraile franciscano.

Huía de la corte buscando asilo en el antiguo convento de la Esperanza, floreciente entonces en la villa, temeroso de las ambiciones que otros sentían por él y de los merecidos cargos con que pretendían honrarle.

Aquel personaje de nuestra historia, tan insignificante en su pobre apariencia, era Ximénez de Cisneros; la mitra de Toledo, la dignidad cuya pesadumbre temía; la que anhelaba verle empuñar el báculo episcopal, la Reina Católica; la modestia y su conciencia estrecha, las que le obligaron á tomar la extraña resolución de su fuga.

Dióle la Princesa el Breve de Su Santidad con el sobrescrito en que se le designaba para Primado de España, y él, tan rudo en sus modales como noble de corazón y entendimiento, le rechazó con disgusto, pronunciando las conocidas palabras: «No habla conmigo, y sólo pudo hacer esto una mujer.»

Ahora, al cabo de cuatrocientos años, va al otro convento de Dominicos de Ocaña, inmóvil, encerrado en obscura caja, llevado por sus hermanos de la Orden, el P. Ceferino, fraile como aquél; cual Cisneros, genio independiente durante todo el curso de su laboriosa existencia; demasiado rígido quizás en su aspecto externo, y grande también por la claridad de su pensamiento y el reposo de su espíritu.

Comparando los trabajos de estos dos religiosos, á los que aproximan entre sí tantos rasgos fisonómicos comunes, se comprende hasta qué punto deciden la suerte de las gentes con almas mejor templadas, la época en que se nace y la sociedad en que se vive.

Cisneros hubo de respirar largo tiempo la atmósfera de grandeza que sus gustos rechazaban; regir con mano firme extensas diócesis; entender en negocios de Estado; trepar á las alturas donde se hallan los mecidos en regias cunas; dirigir expediciones militares, y gozar sólo después de muerto la paz que buscó en el silencio de los claustros. El P. Ceferino ha podido nutrirse con calma en las investigaciones filosóficas, olvidado quizás de algunos que habían aprendido á pensar en sus libros.

Hoy somos muy tolerantes, respetamos más los gustos de cada cual, y no tenemos tanto empeño en que ocupen los altos puestos contra su voluntad estos ni otros varones sabios y justos.

¿A qué molestar á nadie, cuando abundan en el mercado las gentes inflamadas por el noble deseo de sacrificarse á su patria?

ENRIQUE SERRANO FATIGATI.

PEDRO EL GRANDE.



UANDO la atención de la Europa entera está hoy fija en aquellas inacababies estepas de Rusia, donde con la muerte de Alejandro III se plantea un nuevo problema para la paz universal, nada más oportuno que evocar recuerdos de aquellos días, gloriosos para Rusia, en los cuales nacía su potente nacionalidad de entre las manos del más incomprensible de los hombres, del más grande de los Monarcas moscovitas. No hemos de referir su conocida historia, sólo vamos á bosquejar rasgos distintivos de aquel carácter, sucesos sobresalientes de su reinado.

En la historia de los pueblos hay siempre una figura notable, hacia la cual parecen converger todas sus páginas como si hubieran sido creados por Dios para realizarla en una poderosa condensación de las aspiraciones nacionales. For eso su nombre va indiscutiblemente unido al de la patria.

Fernando é Isabel en España son, como Pedro I en Rusia, los que forjaron en el duro yunque de la lucha sin descanso dos grandes nacionalidades de pueblos el día antes desligados. Pero en los Reyes españoles todo es lógico; los hechos con sus consecuencias son retrato fiel de lo que se rendía culto en aquellas inteligencias y en aquellos corazones: su carácter era la nación. Pedro *el Grande*, aunque también reflejaba él solo con todos sus vicios y virtudes los distintos caracteres de los diversos pueblos eslavos, ofrecía el raro contraste de un alma que por un lado hacía del progreso y de la civilización su bello ideal, y por otro se entregaba á los vicios más reprobables y se manchaba con los crímenes más horrendos: con la misma mano que empuñaba el hacha para ejercer de verdugo, firmaba el decreto creando en Rusia la Academia de Ciencias.

Pero no hay, á pesar de todo, disparidad de causas y efectos en semejante conducta; pues si á los hombres hay que hablarles solamente en el lenguaje que entienden, las numerosas tribus que á principios del siglo pasado componían el pueblo ruso tenían su propio lenguaje en el carácter rudo, salvaje, tenaz, pero grandioso, de Pedro *el Grande*, en el cual, sin duda alguna, la inteligencia y el corazón eran tan gigantes como independientes uno de otro.

No puede nunca comprenderse un hecho si no se le estudia con el propio criterio del que lo realizó, y si no nos colocamos en su mismo ambiente. Así, para el crítico de Occidente que estudia la historia rusa á principios del siglo pasado, los hechos de Pedro *el Grande* no se explican, y menos aún sus providenciales consecuencias. Padre, mandó matar á su primer hijo: hombre de inexorable rectitud, unió su corazón, su vida y su trono á una aventurera, á la que legó su corona—¡inexplicable debilidad!—después de infidelidades comprobadas: valiente hasta el heroísmo, él mismo empuñó numerosas veces el hacha para ejercer el papel de verdugo: Rey, bajó de su trono y desciñó su corona para confundirse con la plebe inculta de marineros y vividores de los puertos holandeses. Y sin embargo, de estas extrañas cualidades de un hombre salió una nación grande, poderosa é ilustrada. ¡Misteriosos designios de la Providencia!

Cierto es que la historia de Rusia, efecto de las grandes y profundas vicisitudes por que atravesaron los pueblos, y de las repetidas invasiones que sufrió, hasta la terrible de los tártaro-mongoles, está llena de ejemplos donde pudo nutrir su carácter Pedro *el Grande*. En aquellas lejanías del tiempo, que parecen haber dejado aún sombras y rastros en la historia contemporánea de la Rusia, los crímenes eran la única ley de sucesión en el trono, el único código para gobernar aquellas infinitas razas de sarmatas, scytas, roxolanos, yazigos, agatyrsos, cinmerianos, tauros, etc., etc., sustituídas más tarde ó aherrojadas, primeramente por los slavos, raza primitiva que ocupaba todo el Norte, por los godos, por los hunos, los alanos, los búlgaros, los ptchenegos, los outros y, finalmente, los mongoles.

Dos grandes capitales se repartían entonces el predominio de la Rusia: Kiew y Novogorod. La hegemonía de una de ellas costó, alternativamente, arroyos de sangre á los pueblos rusos. Y ¡cosa rara! el Imperio más absoluto de Europa, el gobierno más autocrático tuvo su origen en una república: la de Novogorod. Débil por la esencia de sus instituciones, murió como mueren todas, víctimas de su aparente fortaleza. Acosada sin cesar por sus vecinos, menos legistas, pero más fuertes, se vió obligada á llamar en su auxilio, en 862, á Rurik, jefe de los varegues, fundador de las dinastías rusas, el cual salvó á Novogorod, tomó la defensa de los oprimidos, y pronto se erigió en príncipe ó monarca, uniendo en sus preciadas cualidades la de guerrero á la de sabio legislador. Puesto al frente de sus tropas, en su mayoría normandas, sometió á Kiew, donde luego sentaron los reales sus descendientes, siempre con la idea fija del slavismo: Constantinopla.

No por esto la escuela de la tradición, donde debía nutrir su carácter Pedro *el Grande*, dejó de ser continua tragedia de crímenes y traiciones. La muerte se cernía en toda Rusia desde el trono mismo hasta las más bajas capas sociales. La ley del más fuerte y el código de las venganzas regían aquel vastísimo territorio, y desde el asesinato cometido en la obscuridad, hasta las hecatombes organizadas y públicas, una cruenta gradación marcaba los días de vida de aquel Imperio.

Así, Yaropolk mata á su hermano Oleg en 977, y á su vez muere por orden de Vladimiro I, hombre feroz, que después de cometer, por puro capricho, multitud de crímenes, se convierte al cristianismo. Demetri es acuchillado por Boris, y éste á su vez envenenado en 1598. El príncipe Fedor Godernof es envenenado á los diez y seis años de edad, y en esta cronología criminal no hallaríamos término. Y si pasamos á las venganzas en masa, ninguna más horrible que la ejercida en aquellos ¡doce mil hombres ahorcados! que jalonaron con sus cuerpos el camino de Astrakán por seguir á su jefe cosaco Stenko Rasin, que en una de sus correrías pretendió apoderarse de aquella importante ciudad y proclamarse señor de ella.

Y así podemos seguir hasta la última lección de sangre y de exterminio que por sus propios ojos pudo estudiar Pedro *el Grande* en los años de su juventud, cuando en unión de su hermano idiota Iván V, y de la feroz y dominante Sophía, su hermana, corregentaban el Imperio; la terrible insurrección de los *strelitz*, cuyo relato estremece y hace insignificantes, por lo pequeños, los hechos sangrientos de pretorianos y genízaros. Y aquella insurrección, creada y alentada por la misma Sophía, aquellos crímenes que más tarde castigó Pedro I destruyendo los *strelitz*, fueron el cimiento de su autoridad y de su trono. La primera sentencia de muerte que aprobó Pedro *el Grande* fué la de un centenar de estos soldados, amotinados seriamente (y como siempre vertiendo sangre) por el trascendental motivo de si las bendiciones del sacerdote debían hacerse con dos ó con tres dedos levantados.

Un dato más que retrata al pueblo que iba á gobernar aquel carácter de hierro, y cómo en él se retrataban las contradicciones de su monarca, constituye el caso más extraño para la crítica histórica que se aparta del medio ambiente para juzgar los hechos.

En una de las revueltas de los *strelitz*, Pedro, Iván y Sophía se refugiaron en el convento de la Trinidad, cerca de Moscou. Los *strelitz*, con sus armas en la mano y la sedición por bandera, se dirigieron á atacar á sus propios monarcas. Rompióse el fuego, y gracias á la intervención de una alta dignidad de la Iglesia cesó el ataque, condenando el sacerdote la conducta de aquella soldadesca. Al día siguiente, cuatro mil *strelitz*, con sus mujeres é hijos, se presentaron espontáneamente en el convento de la Trinidad, sin arma alguna, pero llevando todos, hombres, mujeres y niños, una cuerda al cuello, y entre cada dos un tajo y un hacha, para que el Czar ejecutara en ellos la muerte que más placiera á su enojo. Conviene decir que fueron perdonados. La hecatombe de Astrakán podía dejar duda de ello.

En este ambiente y con estos recuerdos se empapaba el corazón y se desarrollaba la inteligencia de aquel joven, llamado á tan altos destinos. Ni la política pulcra, fina, ilustrada, de Basilio Gallitzin, hombre de talento é instrucción, que ejerció de primer ministro en las postrimerías de Sophía y que, por lo tanto, era la primera escuela de gobernar á que pudo asistir Pedro *el Grande*, torció en nada sus inclinaciones. En su interpretación más absoluta, y en la más refinada y condensada síntesis, la política de Pedro era el artículo 1.º del Código de las leyes rusas que estatuye el poder absoluto y divino (1). El bien y el mal habían de provenir sólo de él. Él podía haber dicho mejor que Luis XIV: «El Estado soy yo». ¡Como que él lo llevaba en germen en su inteligencia y en su poderosa voluntad! ¡Como que no existió hasta que él lo hizo! Iván I creó el corazón, fijó el centro, estableciendo en Moscou la capital de aquel gigante no delineado aún en sus contornos. Iván III, al dar el golpe de gracia á los mongoles, salvó la patria y le dió la independencia, pero el Estado ruso salió sólo de entre las manos de Pedro *el Grande*.

Quizás para labor tan ruda como ésta se necesitaba todo el poder absoluto de un czar, señor de vidas y haciendas. Por otra parte, él continuaba la tradición de la familia. El acta de elección de los Romanov, fechada en 1613, consagraba (2) formalmente el poder absoluto; y de aquel caos geográfico y de aquel caos étnico y de aquel no menor caos político en que dejó sumida la nación su hermana Sophía, sólo un carácter como el de Pedro *el Grande*, adaptándose por un lado á la idiosincrasia de su pueblo, y por otro creando los albores de una civilización que adivinaba en sus poderosas intuiciones, pudo engendrar un Estado que desde entonces gravita con colosal é incierta pesadumbre sobre la Europa entera. La política contemporánea puede decirlo (3).

(1) El art. 1.º del Código de las leyes dice así:

«El Emperador es un monarca autócrata y absoluto. Dios ordena la obediencia á su autoridad suprema, que debe acatarse, no sólo por temor, sino por deber de conciencia.»

Este axioma de la política rusa duró íntegro hasta 1811. El emperador Alejandro II proclamó el principio de que la ley estaba por encima del Soberano.

(2) Dícese que un carnicero, Soukhovouki, que debió sin duda ponerse á la cabeza de alguna sedición, hizo elegir czar á Miguel Romanov, fundador por lo tanto de la actual dinastía, é hijo del metropolitano Philaretes, gran señor ruso, á quien el tirano Boris obligó á ser cura, y á tomar el velo de religiosa á su mujer Sheremeto.

(3) El nombre ó título de czar reconoce varios orígenes, según distintas opiniones. Unos aseguran que quiere decir *César;* otros creen que proviene del título que ostentaban los señores de Kazán, que se llamaban Tsar, y que tomó Iván Basílides al conquistar aquella ciudad, y son muchos los que le atribuyen un origen oriental y que proviene de los Shahs de Persia.

Antes de llevar este título, los monarcas rusos usaban el de *Veliki-*

Tal vez para dicha de la Rusia, y tal vez también para la de Europa, así como el mártir de Livadia, Alejandro III, encontró en una humilde parroquia de Polonia un modesto y sincero amigo que, quizás por afinidades de apellido, llevó el espíritu del Czar á nutrirse en la política de Occidente, así el joven Pedro I encontró en el genovés Le Fort un carácter nuevo, emprendedor y entusiasta, y un verdadero amigo que, descorriendo á su vista el velo de aquellos infinitos y solitarios horizontes rusos, mostróle más allá aquellos países de Occidente donde el espíritu del joven Romanov podía hallar compensaciones á las eternas influencias germánicas que, teniendo por centro Varsovia, se opusieron siempre á la realización del panslavismo, que era el ideal político de Pedro *el Grande*, de su hija Isabel y de la gran Catalina II.

Por otro lado, Rusia se veía cercada por todas partes de enemigos. No sólo era el sueco y el polaco y el húngaro los que la acosaban por Poniente, ni por Levante dejaban de hacerlo tártaros, persas y mongoles, brotando como plaga mortal de las llanuras del Volga y de los riscos del Cáucaso, escribiendo con sus irrupciones y sus derrotas esa historia de valor y de perseverancia cuya última página está en Wladivostock; era el turco el que por el Sur amenazaba constantemente las fronteras rusas y excitaba la codicia moscovita con las alhajas de Stamboul.

Era, pues, necesario redondear la patria primero, y fijar para siempre sus fronteras; después, era preciso crear el Estado, hacer la nación de modo que no se saliera de los límites políticos y geográficos de la Europa. Y para ambas cosas dióle Dios á Pedro I un carácter feroz y una voluntad de hierro para lograr la primera, y para la segunda puso en su cerebro intuiciones providenciales y poderosas. En virtud de ellas, y teniendo, como buen patriota, una fe grande en su pueblo y en sus destinos, soñó tal vez con ahogar la Europa con un colosal abrazo slavo, y poniendo manos en la obra, apoya la Rusia en tres enormes tentáculos: uno en el Báltico, para gravitar sobre la Europa del centro; otro en el Caspio para vigilar el Asia, y el tercero en el mar Negro para acechar la presa de Constantinopla, aquella Santa Sophia cuyas doradas cúpulas se reflejan ya sobre el Mediterráneo, ciudad, templo y mar que son los sueños dorados de todo soberano de la Rusia, de todo súbdito de los czares. Y con previsión sorprendente de un alcance político que parece adivinar los tiempos, después de fijar estas tres garras del coloso, prepara su acción, y así, crea barcos que las defiendan, en los cuales trabaja como obrero; funda á San Petersburgo, olvidando la mística Moscou, como una protesta de lo nuevo contra lo viejo; se erige en jefe de la Iglesia rusa; hace declinar la Polonia para meterse en el corazón de Europa; rompe y aniquila el poder de Suecia en los campos de Pultawa; llena la Rusia de ciencias, de artes y de obras colosales, y corona esta obra admirable mezclándose, por virtud de su fuerza y de su genio, en la política general de Europa.

Este era el genio. ¿Qué era el hombre? Nació Pedro *el Grande* en Junio de 1672 en la imperial Moscou, y allá en su primera juventud, su hermana Sophia, queriendo anularle por el vicio, le dejó rodearse de aventureros de todas las naciones y de camaradas viciosos. Esta aviesa intención produjo un efecto contrario. Pedro aprendió de aquellos extranjeros á amar la vida de Occidente que ellos le revelaban y á hallar abominable el régimen social de su amada patria. Los vicios de sus compañeros, tal vez, afirmaron su carácter impetuoso é indomable, propio ya de todo czar, pero dejaron en su inteligencia una aspiración, un ideal que iba á tener á sus órdenes aquella voluntad sin freno.

Entre sus camaradas de placer hallábase un tal Le Fort, genovés de gran mérito que, puede asegurarse, fué el alma de Pedro *el Grande*, el cual, agradecido, le confirió más tarde toda clase de honores. Los primeros estudios de Pedro fueron, como era natural, los militares, y tuvo siempre como maestros prácticos de este arte á los suecos (1).

Casó primeramente Pedro *el Grande* con Theodorowna Lapoukin, hermosa joven rusa que tomó por esposa, según las costumbres de aquel tiempo establecidas para los Czares (2); pero Theodorowna tenía un carácter timorato, asustadizo, lleno de las preocupaciones de su tiempo, y no podía estar á la altura de las arrogancias innovadoras de Pedro *el Grande*, á quien estorbaba en todos sus proyectos. Pedro la repudió y la metió en un convento, bajo el nombre de Elena. De este matrimonio nació el infortunado Alexis, nuevo D. Carlos del Oriente, á quien, por seguir en los sentimientos y en el carácter á su madre, hizo matar sin piedad alguna su propio padre. ¡Horrible página! Estremece la lectura de aquella carta (3) en la que, más como magistrado implacable que como padre, anuncia Pedro I á Alexis su resolución de hacerlo desaparecer, máxime cuando el infortunado hijo de Theodorowna se revolvía contra el dolor que le causaba ver en el trono y en los brazos de su padre á la aventurera Catalina y á los hijos de ésta habidos en su concubinato. Entre la acción de Pedro *el Grande* y la de Guzmán *el Bueno* media un abismo. Digámoslo con verdadero orgullo.

Era Pedro I de talla alta, constitución robusta, fisonomía majestuosa y fiera, pero desfigurada por frecuentes convulsiones nerviosas que se atribuyeron á un veneno que le dió su hermana Sophia y que desde luego, creciendo su intensidad y ensanchando su esfera de acción, atormentaron vivamente la vida del Czar. Conseja ó no, lo cierto es que abusaba horriblemente del vino y del aguardiente y de toda clase de excesos, siendo únicamente modesto y de paladar poco exigente en la elección de viandas y de aventuras amorosas. Su genio era por demás colérico (1), su cólera imponente é irresistible, sus decisiones irrevocables y realizadas por encima de todo, sus propósitos seguidos con tenacidad invencible. Apenas subido al trono, concibió el de exterminar los *strelitz*, y su primer reforma militar fué la creación de los *Preobazinski*, cuerpo escogido (2), con el cual pensó dominarlos, concluyendo por exterminarlos por su propia mano, degollando él mismo más de doscientos *strelitz*, y obligando á un buen número de nobles á que le secundaran en tan cruenta tarea (3). ¡Cuán difícil nos es comprender y juzgar semejantes situaciones!

Knet (gran Principe). El primero que usó el titulo de czar fué Iván IV *el Terrible*. Iván III *el Grande* se hizo llamar «Principe de todas las Rusias».

(1) «Los suecos nos batirán por mucho tiempo; pero de ellos aprenderemos á vencerlos.» Frase de Pedro I, que revela su tenacidad en la lucha y la fe en sus intuiciones.

(2) «Las más bellas jóvenes de la nobleza rusa eran congregadas en un palacio para que escogiera el Czar su esposa. Sentadas todas en la mesa de un banquete, el Czar, presente u oculto, escogía la futura czarina, á quien, como señal, se la entregaba en el acto un riquisimo traje.

(3) De la carta en cuestión, copiamos sólo el terrible párrafo que sigue:

«No imagines que esto te lo digo para intimidarte: no descanses en tu titulo de hijo único. Si yo no he ahorrado mi propia vida por mi patria y la salud de mi pueblo, *¿cómo crees ni pretendes que yo ahorre la tuya?*»

Su actividad, su afán de viajar eran incansables. Con lo enorme de su imperio, con la forma lenta de viajar en aquella época, hubo ocasión en que se le creía en Moscou y estaba nada menos que en Arkángel batiendo la flota sueca. La relación de sus viajes es, no sólo novelesca, sino el dato más fehaciente que prueba su pasión por el progreso humano. Su sencillez, su frugalidad y modestia, probadas en los viajes que realizó (4) por las cortes de Europa, contrastan y no se comprenden, dadas sus feroces inclinaciones, dentro de la propia patria. Más parecía que la odiaba que el que sintiera amor por ella. Sus viajes empezaban y concluían siempre con alguna formidable hecatombe. Después del primero, se erigió en verdugo de sus propios soldados; al terminar el segundo, se convertía en verdugo de su mismo hijo. Por extraña amalgama de sentimientos en aquel espíritu incomprensible, la influencia de la civilización desarrollaba instintos de fiera y caía precisamente en aquello que anhelaba extirpar. Gozaba infinito cuando en su entrevista con Federico I de Prusia, aquel rey, que vestía de soldado, se encontraba con su mujer Catalina, sentados en el vivac sobre dura piedra y comiendo el rancho de la tropa en medio de aquella marcial austeridad y pobreza, y en cambio, en las grandes solemnidades de Moscou desplegaba una pompa verdaderamente oriental.

La historia de sus guerras no es, después de todo, una historia triunfal. Si Pultawa fué para él la apoteosis de la gloria militar, Narva (5) fué el fracaso más grande de sus armas. Con vario éxito, sus banderas recorrieron todo el Imperio, cosechando triunfos y descalabros, y cuando al final de su gloriosa carrera se dejó cercar sobre el Pruth con grave riesgo de una derrota temible, no fué su fortuna y su saber en la guerra los que le salvaron, sino el amor, el genio, el carácter de Catalina, que supo hacer de esta batalla femenil el escabel de su trono (6).

Terminemos este trabajo con una de las notas más salientes de la vida de Pedro *el Grande*, Catalina. Si en aquel imperio monstruo se hubiera buscado con la linterna de Diógenes un hombre que igualara á su monarca, hubiera sido imposible encontrarlo. La Providencia, sin embargo, puso en una mujer obscura, y sólo en ella, el molde en hueco de aquel carácter de tan colosal relieve. Dios los creó y ellos se encontraron. Para Pedro no podía haber más que Catalina; la historia de la cautiva de Mariemburgo, el retrato de su carácter, de sus inclinaciones y de sus obras es una fotografía exacta de los de Pedro *el Grande* (7).

Marta Rabe, viuda de un soldado, amante, más tarde, de generales y nobles á quienes cautivó por su hermosura, fué á parar á manos de Menchikoff, primer ministro de Pedro I. En un gran banquete que á éste dió aquél, Marta, la que más tarde ocupó un trono y muchas páginas en la historia de la Rusia, servía los manjares del convite. Vióla Pedro; sin duda oyóla hablar y tal vez discurrir, gracias á la llaneza con que el Czar trataba á sus súbditos y más aun á los del bello sexo, y quedó enamorado, más que de la esplendente hermosura de Marta, de aquel *esprit*, de aquella viveza, de aquella enérgica hermosura que copiaba, sin duda, los deseos, las aspiraciones, las pasiones del Soberano; de aquella mujer en cuyo corazón y en cuyo ingenio batallaban los mismos sentimientos y las mismas ideas, incoherentes entre sí, que en el corazón y en la cabeza de Pedro *el Grande* luchaban de continuo.

(1) «Yo he podido reformar mi nación; pero no á mí mismo.» Frase de Pedro en una conversación con un magistrado de Holanda.

(2) Esta fué la base de los antiguos regimientos de la Guardia del mismo nombre, que fué tomado de una casa de campo donde sea listaron los cincuenta primeros soldados.

(3) Al terminar el Czar sus primeros viajes por Occidente, Sophia instigó á los *strelitz* para que se amotinaran contra su señor, pretextando no aceptar la imposición de la costumbre de fumar, que había ordenado Pedro I. Voló éste á Moscou, lleno de cólera, y empuñando el hacha, degolló por su mano doscientos amotinados.

Faltándole dinero en Londres, le ofrecieron 100.000 escudos si permitía la introducción del tabaco en Rusia, prohibida severamente por el clero, que no quería que los fieles siguiesen el ejemplo de los turcos. Pedro aceptó el dinero y prometió hacer fumar hasta al mismo Patriarca. Y lo consiguió.

(4) Empezó sus viajes en 1697, y pasó á Holanda, donde, vestido de carpintero de ribera, y viviendo entre ellos, aprendió la arquitectura naval, la geografía y cosmografía, las matemáticas, el alemán y algo de inglés. Vivía en Amsterdam, en el arrabal Sardan, donde se hacía llamar Pedro Michaelof. Fué después á Inglaterra, donde aprendió las artes del ingeniero y donde concibió la mayor parte de sus grandes obras, entre ellas el canal del Don al Volga.

Su segundo viaje se verificó en 1717, acompañado de Catalina. Estuvo en París, él solo, y tanto en esta capital como en Londres, rehuyó toda clase de fiestas y etiquetas, y negándose á habitar los palacios que le tenían preparados, se fué á vivir á las casas más modestas y alejadas. A su regreso se detuvo en Berlín, donde visitó, con Catalina, al rey Federico I.

Como resultado de estos viajes, implantó en Rusia, casi siempre á la fuerza, grandes y atrevidas reformas. Obligó á sus súbditos á fumar, á afeitarse, á vestir á la europea; libró á la mujer de ciertas preocupaciones; ordenó la administración; creó ejército y marina; fundó á San Petersburgo; estableció academias, hospitales, casas de caridad; se impuso al clero, se hizo jefe de la Iglesia, negó los votos religiosos hasta los cincuenta años é hizo venir de toda Europa, inundando la Rusia, multitud de ganados, pastores, agricultores, ingenieros, mineros, geógrafos y artífices para que difundieran el saber y el arte en sus Estados, y enseñaran á utilizar las riquezas naturales de su Imperio.

(5) En esta gran batalla Carlos XII de Suecia derrotó con 9.000 suecos á Pedro *el Grande* al frente de 60.000 rusos.

(6) En agradecimiento á estos servicios, hizo ya público y oficial su casamiento, la coronó en Moscou, é instituyó, para las damas, la orden de Catalina.

(7) Marta Rabe era sueca, hija de un oficial y de Isabel Moritz. Se casó con un soldado, dragón del ejército de Carlos XII, que la dejó viuda en una de las batallas libradas por dicho rey. Fué recogida entonces por el arcipreste Gluck, con cuya familia vivió algún tiempo, desarrollando su ingenio, aunque escasa de instrucción, pues nunca llegó á saber escribir. En el sitio y toma de Mariemburgo por los rusos, cayó prisionera y quedó como cautiva, y más tarde amante del general ruso Baner, siéndolo más tarde de Menchikof, en cuya casa conoció al Czar, con el que casó.

Esta mujer, más tarde Catalina I, ejerció tal ascendiente sobre Pedro, que se asegura que ciertos ataques epilépticos que sufría el Czar, sólo cedían á los cuidados de Catalina. Sus vicios fueron enormes, y hasta en dos ocasiones, movida por la ambición, llegó al asesinato. Se la achaca, pero no está plenamente comprobado, que influyó en la muerte de Alexis. Catalina murió de hidropesía.

No tardó en casarse en secreto, haciendo público su matrimonio cinco años más tarde, en 1712, tomando Marta el nombre de *Jekaterina Alexeïwona*, en medio de la pompa más asiática que puede imaginarse. Pero bajo el manto de reina, bajo aquellas singulares aptitudes del genio, hervía y se destacaba siempre, como en su regio consorte, el alma entregada á la depravación y al crimen. Era entonces la Rusia colosal escenario donde aquella literatura fantástica, formada toda de leyendas (1) que fué la característica de la literatura rusa hasta Lomanorof, pudo haber hallado materia inacabable para los dramas más terribles, para las más trágicas leyendas. El padre que mata al hijo, instigado, tal vez, por la esposa advenediza. La esposa, elevada al trono manchado por un parricidio, entregando sus favores á un gentilhombre francés, Moeus de la Croix, á quien el esposo ofendido lleva al patíbulo, obligando á la adúltera á presenciar la cruenta ejecución del amante; y, por último, según se sospecha por algunos, la conspiración urdida por la esposa para concluir con los días de aquel que la había dado un trono. Si el corazón humano puede ser albergue de pasiones desenfrenadas y casi inverosímiles por lo violentas, aquellos dos corazones son tal vez el único ejemplo en la historia humana. Pedro I, agobiado por el trabajo incesante, por la lucha sin descanso, por los excesos de su carácter y de sus vicios y, tal vez, por los enormes disgustos que en vida tan agitada tuvo que devorar, rindió su alma á Dios en 1725, á los cincuenta y tres años de edad, dejando el trono, como si fuera legado de odio á la humanidad, á aquella Marta Rabe que, al convertirse en Catalina I de Rusia, única soberana de aquel colosal Imperio, lo entregó al gobierno de su amante Menchikof, mientras ella, presa de indolente carácter, que contrastaba con su pasada energía, se daba á toda clase de vicios y de excesos, hasta dar con ellos en la muerte.

Cuando, desde casi la cima del siglo XIX, se contempla la historia humana, vese asaz repetida en sus elocuentes páginas, aunque no con tan vigoroso relieve, la historia de Pedro *el Grande* y de su pueblo. Y es que cuando las voluntades andan dispersas, tanto más se desmorona el Estado ó se aleja su formación, cuanto mayor es el número de aquéllas, y entonces se hace precisa una sola voluntad, ya sea culta, como la de Cavour ó la de Bismarck; ya sea salvaje, férrea, sanguinaria, como las de Catalina I y de Pedro *el Grande*.

Cástor Amí.

EL REY DEL MUNDO.

Acababa de cumplir cincuenta años el desdichado Antonio, y haciendo cuentas del provecho que durante su vida había obtenido, hallóse con que no había obtenido ninguno.

En sus mocedades ambicionó gloria y dinero. Para la gloria dícese que tenía más condiciones que otros que la lograron; por lo menos su estreno como autor en el principal teatro de Madrid fué un verdadero triunfo, y el público opinó por entonces que Antonio era un genio en embrión. Pero sin que se agotara ni disminuyera su entendimiento, por uno de esos infinitos caprichos de la mala suerte, faltóle la gloria y faltóle el dinero, y faltóle, como consecuencia, todo lo demás. Quedóse, pues, en el montón y en la pobreza, y, por tanto, en guerra continua.

El día que figura en este cuento pensó en su porvenir, que ya podía considerar como presente: á los cincuenta años el presente y el porvenir se unen; recordó su pasado, con toda aquella simpática hacina de ilusiones y de esperanzas, y se consideró el ser más infeliz de la tierra, porque él decía, y yo también lo digo, que el hombre es completamente desgraciado cuando ya sólo tiene recuerdos.

Sufrió mucho, lloró mucho, desesperóse del todo, y salió de su pobrísima vivienda con muy malas intenciones contra sí mismo.

Las malas intenciones fueron aumentando, pero sin concretarse en una fórmula, y por eso no se fué en derechura al viaducto, ni se arrojó al paso de un tranvía, ni se disparó un pistoletazo (verdad es que para esto le faltaba pistola y dinero con que comprarla), sino que se salió de la ciudad como loco y siguió por el campo hasta que, ya rendido, se dejó caer en tierra y trató de reflexionar, con relativa calma, sobre lo que más le convenía: si quitarse del mundo ó continuar viviendo.

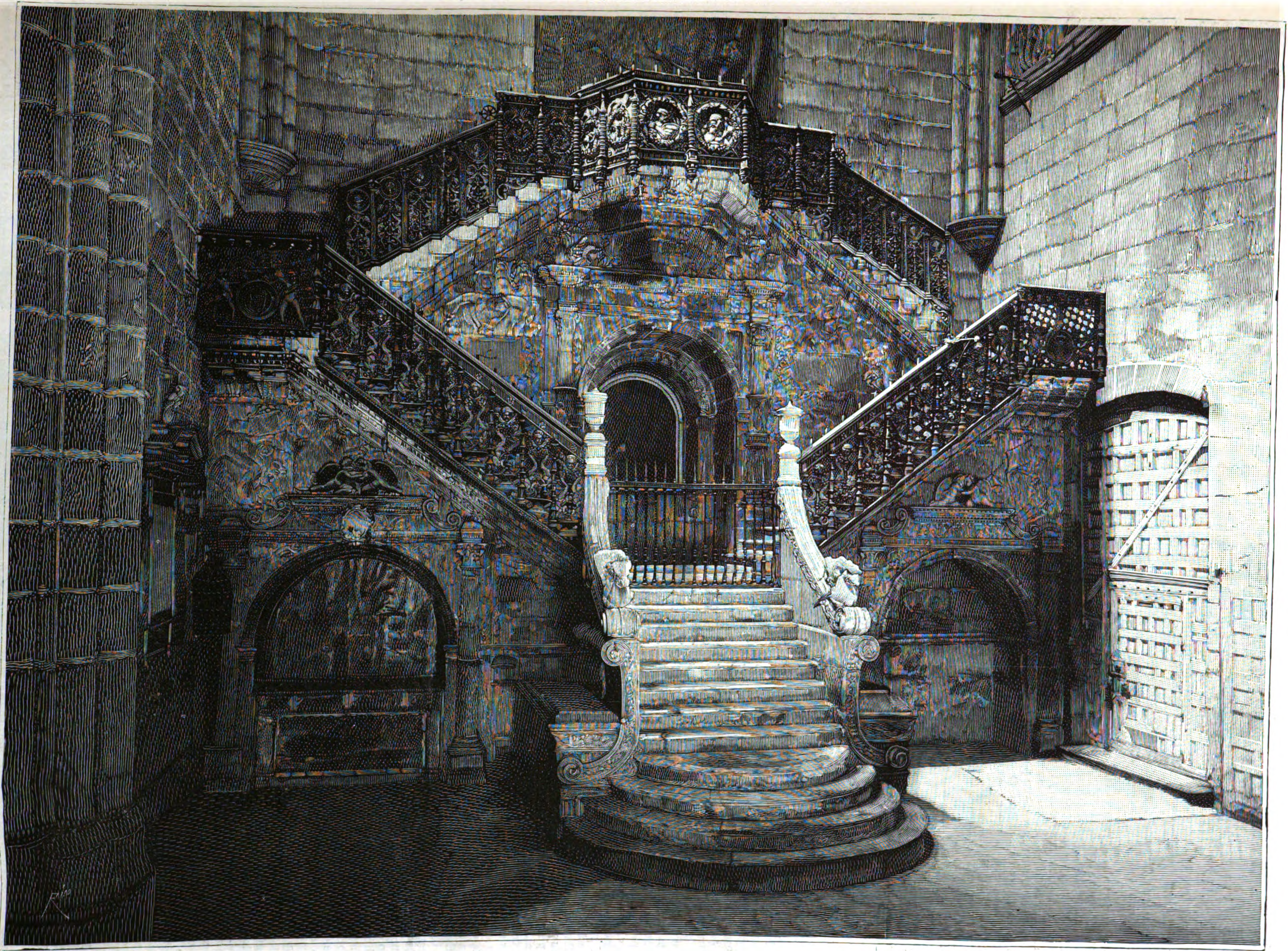
Cuando ya se decidía por matarse, sintió que le tocaban en un hombro; volvióse sorprendido, y

(1) Por deber Rusia á Pedro I, le debe hasta su renacimiento literario. Lomanorof fué el creador de la lengua moderna en el Imperio y el iniciador de una nueva fase literaria.



LA CORONACIÓN DE LA VIRGEN.
CUADRO DE RUBENS.

MONUMENTOS ARQUITECTÓNICOS DE ESPAÑA.



CATEDRAL DE BURGOS.—ESCALERA QUE CONDUCE Á LA PUERTA ALTA DE LA CORONERÍA.

(De fotografía del Sucesor de Laurent.)

creyó que soñaba: el que le había tocado era un hombre completamente desnudo. Y, como aunque hay muchos Adanes en la tierra no suelen usar su traje propio, Antonio, convencido de que no soñaba, comprendió que se las había con un demente, y trató de huir; porque una cosa es que él quisiera matarse y otra que se dejara matar.

El Adán del bosque (en un bosque de pinos se hallaban) retuvo al desesperado medroso, y obligándole á que continuara sentado, se sentó frente á él.

Miráronse un instante; Antonio á hurtadillas, ruborizado de la desnudez de su compañero, y éste dijo así:

—Tu traje roto, tu aspecto triste y el sitio en que te hallas me han declarado lo que intentas: quieres aumentar el número de los tontos. A tu edad no es fácil que un amor contrariado te lleve al sacrificio de la carne; eres ya viejo para tales sensiblerías. Sin duda has aspirado á la gloria, y la gloria te ha vuelto la espalda; pediste á la Fortuna fortuna, y la Fortuna te contestó con la pobreza. El hecho es que quieres matarte, destronarte á ti mismo, despojarte de tu felicidad, porque tú eres completamente feliz, sólo que no te has dado cuenta de ello.—

Miró Antonio á su interlocutor con tanta boca abierta, y esperó con curiosidad la justificación de sus palabras, si aquellas supuestas felicidades podían tener justificación.

Adán siguió diciendo:

—Eres completamente feliz. Atiende y lo verás. Son cosas necesarias para la vida: alimentos que nutran la materia; calor que la abrigue; vientos puros que aparten del cuerpo los miasmas que éste arroja. Son placeres apetecidos con justicia: panoramas espléndidos; sonidos deleitosos; mujeres agradables. Presumo que no te quejarás de la riqueza del suelo: produce cuanto puedes apetecer. No hay estufa que compita con ese choubersky monstruoso que se llama sol, ni desinfectante más enérgico que el viento natural saturado de puros aromas. Si de las necesidades desciendes á los gustos, ¿dónde existe museo artificial que pueda compararse con el prodigioso museo de la Naturaleza? Las obras maestras de los más célebres músicos merecen ser estrepitosamente silbadas, si se las juzga con relación á las armonías de los vientos y de los mares, canto de pájaros y arrullo de los ríos. Respecto á mujeres, cada cual las encarezca por sí: aun el idealismo poético no las pudo imaginar más hermosas ni de más gracia.

Y tú, propietario de toda esa riqueza efectiva, ¿persistirás en privarte de ella porque no logras la realización de un apetito injusto?

Es verdad que los árboles no producen ropas ni las plantas monedillas de oro, ni cosa alguna material, gloria imperecedera. No venimos al mundo con traje de frac ni tampoco de blusa, ni nos acompaña al nacer una bolsa repleta ni siquiera de *perros chicos*. Pero nada de esto nos acompaña ni nada de esto se produce espontáneamente, porque nada de esto necesitamos.

¿Está roto tu traje? Pues ve desnudo como yo, que desnudo naciste. ¿Sientes frío? Colócate al sol durante el día, y cuando aquél se ponga, abrígate en la cueva que abrió Naturaleza en el monte. ¿Tienes hambre? Levanta la mano y apodérate del fruto que te brindan los árboles, que si hoy, por ley humana, tienen dueño, no será tan cruel que te niegue el alimento preciso.

Obliga á la humanidad á que se desnude, como yo te desnudaré en cuanto termine; que despojándote de la ropa te despojo de una preocupación. Ayúdame á pregonar por ahí que prescindiendo del dinero todos seremos ricos, dueños de cuanto existe, reyes del mundo, como yo lo soy, y deja de entristecerte porque tu soñada desgracia no te consienta ser esclavo de la moda y demás tonterías.

Comprende ahora como todo lo que los ignorantes llaman necesidades de la vida, es perfectamente innecesario, y di conmigo que considerarse infeliz por no poder realizar lo que no se necesita, es declararse necio ó demente.—

Detúvose un instante el desnudo orador, como para apreciar el efecto que en Antonio habían hecho sus palabras, y dijo para concluir:

—Terminaré ocupándome de ese sueño atractivo al que disteis el nombre de gloria, y que de intento reservé como final; ¡ese fantasma que el hombre de imaginación persigue, considerándose, injustamente, con derecho á alcanzarle! ¿Qué hiciste para tener más ó menos entendimiento? Lo mismo que para ser hermoso ó deforme: nacer así. ¿Qué es el deseo de fama sino afán de sobresalir del resto humano; soberbio egoísmo, contrario al amor fraternal? Y sabiendo esto, ¿cómo puedes considerar desgracia lo que te impide la realización de una injusticia?

Desengáñate, pobre loco; tu desdicha es un sueño. La Naturaleza no nos castigó con otros males que las enfermedades y la muerte, y aun la muerte no puede considerarse como verdadera desgracia; no tiene aquélla de malo sino lo que en ella se piensa mientras se vive. Para los creyentes, la muerte es mejor vida. ¿Qué más ventura? Para los que no creen, la muerte es convertirse en nada. En la nada no hay penas. ¿Eras tú desdichado antes de nacer? Descartadas, pues, las enfermedades, todas las desgracias de la vida son inventadas por nosotros.—

Terminó así la peroración el rey del mundo, y pasó á poner en práctica su ofrecimiento; es decir, comenzó á desnudar á su aturdido oyente; pero como éste no consintiera aquel atentado contra su pudor, resistióse al empeño y dió grandes voces, con lo que, acudiendo algunos, se vió libre de las garras de su enemigo.

Volvió á su casa; reflexionó acerca del encuentro; pensó en las palabras que de aquel hombre extraño había oído, y decidió continuar disfrutando de la vida, sin apetecer glorias ni riquezas.

A la mañana siguiente supo por los periódicos que el rey del mundo había pasado la noche en la prevención.

Luis Calvo Revilla.

RUBINSTEIN.



RUBINSTEIN está de nuevo en la brecha, después de haber permanecido retirado algunos años de la vida artística. En Bonn ha dado un concierto en la Sala Beethoven, ocupada por más de mil setecientas personas. En Stuttgard ha dirigido su *Paraíso perdido*, en otro concierto dado por la Real Capilla, siendo tal la muchedumbre que acudió, que se vieron invadidos hasta los corredores que conducían al salón donde se celebraba la fiesta.»

A esta noticia, publicada en la primavera del año pasado por el *Menestrel*, siguiéronse otras, ya diciendo que el famoso pianista se ocupaba con ardor en la composición de un nuevo oratorio que había de intitularse *Jesucristo*, y una trilogía nominada *Caín y Abel;* ya que en breve había de estrenarse en Brünn su ópera bíblica *Moisés;* ya dando cuenta de nuevos conciertos, ó *recitals*, en que aquél hacía oir, con maestría incomparable, las mejores y más hermosas obras de los grandes clásicos del arte; ya, en fin, haciendo saber, en los primeros días del mes último, que acababa de escribir y publicar seis pequeñas obras para piano, con el título de *Recuerdos de Dresde*, delicado tributo que rendía á la ciudad que había elegido para su residencia de invierno.

Para la mayoría de las gentes, todo esto no significaba otra cosa sino la febril actividad y el incesante amor al trabajo que caracterizaba al coloso del piano (toda vez que su desinterés era cosa harto sabida y probada); para los menos, entre los cuales por rara casualidad me cuento, tenía una explicación harto menos satisfactoria.

Viajando el verano pasado por Alemania una distinguida dama española, cuya familia tenía de antiguo estrecha y cordial amistad con Rubinstein, encontró á éste en una estación de ferrocarril. Pálido, casi ciego y llevando impreso en su rostro el sello de una profunda tristeza, contó á aquélla, en sentidas palabras, las penas que amargaban su corazón. Motivos de familia, que no creo prudente revelar, le habían obligado á volver á la vida activa de concertista, ante el temor de que la pobreza hiciera aún más tristes los pocos años que le quedaban de vida; y de aquí la ardua labor á que se había de nuevo entregado, cuando su espíritu y su cuerpo demandaban el natural reposo.

Natural era, por tanto, el deplorable estado en que la dama á que me refiero le encontrara; y natural también que no desmayando después en sus propósitos, antes bien, realizándolos con la energía propia de su carácter, cada día fuese decayendo más y más la antes robusta y vigorosa naturaleza de Rubinstein, y que éste pudiera abrigar fundados temores de que se acercaba el término de su gloriosa carrera. No de otro modo se explica el que en el último concierto en que tocó, que fué en la Sala Bœsendorfer de Viena, al inscribir, como era uso, su nombre en el álbum de artistas que tiene aquel conocido fabricante de pianos, estampase lo siguiente: *Antonio Rubinstein, 11 Abril 1894. ¡Por la última, la última vez!!!* subrayando con tres líneas estas palabras; así como el que, no mucho tiempo ha, dijera un día á sus amigos: «Voy viendo que mi corazón se cansa de latir», y que á seguida ordenara su última voluntad.

Tan tristes presentimientos se realizaron por desgracia bien pronto, como mis lectores saben, y he aquí el relato hecho por el telégrafo, y que ha corrido por toda la prensa extranjera, de la muerte del gran pianista, ocurrida el 20 del mes pasado, en su habitual residencia de Peterhof:

«El lunes por la noche estuvo jugando á los naipes con varios amigos, dando muestras inequívocas de estar de muy buen humor. Después que se retiró á su cuarto, fué á él Mme. Rubinstein, con objeto de darle las buenas noches, dejándole en perfecto estado de salud. A las dos de la mañana, oyó aquélla unos gritos, y se apresuró á ir al cuarto de su marido, al cual encontró de pie, á la puerta de la habitación, envuelto en las ropas de la cama, y quejándose de dolores agudísimos. «¡Un médico, un médico—exclamó al verla;—yo me ahogo!» Inmediatamente se llamaron y vinieron apresuradamente dos doctores, que sólo pudieron testificar la muerte de Rubinstein, ocurrida momentos después de su llegada.»

Antonio Rubinstein nació en 1829, en Wechwoytner, pequeño pueblo ruso, en la frontera de la Moldavia, donde permaneció hasta que cuatro años después sus padres trasladaron la residencia á Moscou. En esta ciudad, y á muy luego, su madre, prendada de la precoz disposición del niño, comenzó á darle lecciones de música, entregándole después á A. Villoing, que gozaba de gran reputación como maestro de piano, para que completara las enseñanzas que ella le había dado, y el cual, orgulloso de los adelantos de su discípulo, y cuando á éste ni aun le apuntaba el bozo, le llevó á París con el único objeto de darle á conocer.

Allí, con efecto, dió, en 1841, un concierto en la Sala Favart, y he aquí, como documento curioso, el juicio que mereció el novel pianista á la *Revue Musicale*, el periódico, por entonces, de más autoridad en la materia: «Hemos ido á oir á un joven artista, de diez años de edad, que, sin duda alguna, tienen la pretensión de proclamarlo como un gran hombre en mantillas. Hay que reconocer, sin embargo, que el joven Rubinstein no tiene la fatuidad tan común en los pequeños fenómenos. Se sienta al piano con gran naturalidad, y toca con tanta claridad y limpieza como candor. Un Concierto, composición de su maestro, y una Fantasía de Thalberg, sobre dos temas rusos, le dieron ocasión para demostrar los recursos que posee como ejecutante, y que, á la verdad, sorprenden, dada su tierna edad. Si en la expresión íntima y mística de la bella elegía de Beethoven, *Adelaida*, no estuvo á la altura que la misma reclama, en cambio, la ligereza de su mano infantil le ha servido de modo maravilloso en la interpretación de la Galop cromática de Liszt.»

Cuál fuese la impresión que á éste causara aquel jovenzuelo, puede deducirse al saber que, según se cuenta, no bien hubo terminado el concierto, corrió á abrazarle, le auguró un porvenir de gloria, si continuaba trabajando, y le instó para que fuera á verle, y á recibir sus lecciones y consejos, lo cual de buen grado aceptó Rubinstein. Consecuencia de ello fué permanecer dos años seguidos en París, al lado de su nuevo maestro, trabándose entre ellos una amistad tan sólida y firme como inalterable, no perdiendo después ocasión Rubinstein, aun en el apogeo de su gloria, de mostrarse siempre discípulo agradecido, y de considerar como el título que más le honraba el de *ahijado de Liszt*.

Terminadas las lecciones de éste, Rubinstein, acompañado de Villoing, que nunca le había perdido de vista, hizo un viaje artístico, que duró tres años, por gran parte de Europa, volviendo á Moscou más lleno de gloria que de dinero; pasando á poco á Berlín con su madre y su hermano Nicolás (dedicado ya entonces al divino arte, y andando el tiempo fundador del Conservatorio de Moscou), donde, por consejo de Meyerbeer, estudió la composición con Dehn, peritísimo maestro, y *custos* de aquella, entonces, Biblioteca Real.

La muerte de su padre, ocurrida en Moscou, le obligó á volver á esta ciudad, de la que salió á poco, decidido á ganarse la vida, dado que con ningún recurso pecuniario podía contar. Las privaciones que sufrió, tanto en Viena como en Presburgo, viviendo en una miserable buhardilla, y ganando á fuerza de trabajo el pan de cada día, las ha contado Rubinstein en sus *Recuerdos de cincuenta años*, que no ha mucho escribió y publicó; y en ellos se ve, que por el pronto no mejoró gran cosa su suerte, y que lo propio le pasó en San Petersburgo, donde luego fijó su residencia, á pesar de la protección que desde luego le dispensara la gran duquesa Elena, admiradora de su talento. Prueba de ello es que, según dice, había días que no tenía con qué pagar un *droschka* que le llevase del palacio de aquélla, donde se albergaba, á casa de los discípulos á quienes daba lecciones, y que, con todo su talento, se viera reducido en muchos conciertos al secundario y poco lucido papel de pianista acompañante, cuando no á amenizar con el piano las sesiones de cuadros vivos que en algunas casas se daban, y eran, por entonces, la diversión favorita en la capital de Rusia.

Por fortuna, tal situación no duró mucho. La protección cada día más decidida de la Gran Duquesa, y el talento y el mérito, cada vez más grande, del protegido, pronto abrieron á éste ancho camino. El pobre artista, obscuro y olvidado, fué el favorecido de la corte, el amigo de los grandes señores, el hombre admirado y ensalzado por los artistas y el ídolo del pueblo. Vióse colmado de honores, por más que, ajeno á toda vanidad, jamás hiciera ostentación de ellos; mimado de la fortuna, con lo cual pudo hacer nobilísimo uso de gran parte de las sumas enormes que ganaba, dejando á su paso en todas partes indelebles recuerdos á los desgraciados; y mirado como el mayor músico de su tiempo.

Tarea larga sería la de reseñar sus viajes por Europa y América, ya como concertista, ya para dar á conocer varias de las muchas obras que compuso, y son testimonio irrefragable de su laboriosidad y de su talento; pero ya que haya de renunciar á ello y, en gracia de la brevedad, omita también el describir las sesiones ó *recitals* que dió en los teatros de Madrid, las cuales nunca podrán borrarse de la memoria de los que á ellas asistimos, así como la profunda impresión que causaron, tanto á los maestros é inteligentes, como á los que no lo eran, impresión que ningún otro concertista ha producido más grande, ni más honda, forzoso es, aun á riesgo de repetir lo que otros con mucha más autoridad han escrito, decir algo del valer de Rubinstein como pianista y como compositor.

A Rubinstein se le ha llamado el coloso y el rey del piano, y, á la verdad, muerto Liszt, ante quien rendía parias, nadie podía disputarle tales títulos. Dotado de un maravilloso mecanismo, de una energía y un vigor inconcebibles, al par que de una dulzura y un sentimiento imposibles de definir y de explicar, el piano, enteramente dominado por él, era en sus manos una orquesta completa, que así rugía, respondiendo al impulso vigoroso del artista, como producía sonidos suaves, llenos de encanto y poesía. El profundo estudio que había hecho de los grandes maestros del arte, le había compenetrado de tal manera en el estilo y en el modo de ser de cada uno de ellos, que nadie como él sabía poner de relieve, é interpretar en toda su

pureza y con un verdadero é irreprochable clasicismo, ya la severa música de Bach, ya la de Haydn, Mozart y Beethoven, ya, en fin, la más romántica y moderna de Mendelssohn, Chopin y Schumann, pudiendo afirmarse, como escribe un crítico de la vecina tierra, que las teclas del piano, obedientes á su voluntad, cobraban vida, hablaban, cantaban, lloraban ó rugían, como si dentro de ellas estuviesen las almas de los viejos maestros.

Genio admirable y portentoso, era incapaz de calcular de antemano en determinados pasajes de las obras que interpretaba (que dicen ascendían á mil quinientas, las cuales tenía en la memoria) ciertos y determinados efectos, y menos de producirlos siempre con regularidad matemática. Su manera de expresar y de hacer sentir, era consecuencia inmediata y traducción fiel del estado de su ánimo en aquel momento; y en medio de la maravillosa seguridad de su mano, cometía á veces, á ciencia cierta, incorrecciones que, si en pianistas atentos sólo á la corrección y á la pulcritud pudieran ser pecado, en él se mostraban revestidas de tal sublimidad y grandeza, que aparecían, y lo eran, rasgos del genio. Y es que, como Hugo Imbert ha hecho notar, Rubinstein tocaba, no como *virtuoso*, sino como compositor, y como seguramente comprendía el gran Beethoven el piano.

Así se explica el que, tratándose un día delante de Rubinstein, de cierto pianista francés, cuya corrección es irreprochable de todo punto, dijera: «No me hablen ustedes jamás de ese hombre, incapaz de dar nunca una nota por otra»; así como lo sucedido con mi inolvidable amigo Vázquez, y éste me refirió más de una vez. Hallábase ensayando con Rubinstein un concierto de Beethoven, para piano con acompañamiento de orquesta, y en uno de los ratos de descanso observó el insigne maestro que Vázquez estaba haciendo unos apuntes con lápiz en la partitura. «¿Qué hace usted? le preguntó.—Estoy, le contestó el interpelado, apuntando algunos matices que ha hecho usted en determinados pasajes, á fin de que la orquesta le secunde.—Déjese de hacer semejante cosa, le replicó Rubinstein; ¿sabe usted, ni sé yo mismo, cómo tocaré esos pasajes en el concierto?»

Por último, viviendo sólo para el arte y por el arte, Rubinstein miraba su profesión como un sacerdocio, y al sentarse al piano creía cumplir, y la cumplía, una elevada misión. De aquí su continente grave, su inalterable y severa fisonomía, su aislamiento absoluto del mundo que le rodeaba y hasta la manera respetuosa, sí, pero tranquila y casi indiferente, con que respondía á los entusiastas y ardorosos aplausos que se le prodigaban. En cambio, á la conclusión de sus conciertos, caía rendido de fatiga y de cansancio; y es, como ha escrito un biógrafo suyo, que bajo aquel impasible aspecto existían un alma y un corazón agitados fuertemente.

Como compositor, Rubinstein figurará, al par de Tschaïkowsky, en la escuela ecléctica rusa, más inclinado á los maestros alemanes, en especial Mendelssohn, que á los innovadores ó rusófilos como Balarikeff, Moussorgsky y Borodine, siendo largo el catálogo de sus obras, á las cuales, no sé si con razón ó sin ella, se ha achacado el defecto de ser desiguales, y de tener al lado de páginas de innegable belleza, otra de valor harto discutible, debido, más que á nada, al inmoderado afán de escribir siempre sin detenerse á corregir y limar lo que su mente le dictaba, con daño de su fecunda inspiración, de su saber profundo y del poderoso talento de que estaba dotado, elementos todos capaces de darle aún mayor fama de lo que bajo este concepto alcanzó.

No es posible relatar todo lo que escribió, y constituye el legado artístico que Rubinstein deja al mundo musical, bastando con decir que entre sus trabajos se cuentan las óperas *Dimitri Donskoï*, *El cazador de Siberia*, *La venganza*, *Tomás el loco*, *El demonio*, *Los hijos de la Bruyère*, *Kalaschuiko el Mercader* y *Feramors*; los oratorios *La Torre de Babel*, *El Paraíso perdido*, *Judas Macabeo* y *Nerón*; el poema sinfónico *El Océano*, y gran número de composiciones de música de cámara y para piano, entre las cuales hay muchas de innegable belleza y verdadero mérito.

Tal ha sido el hombre ilustre cuya muerte no sólo llora Rusia, su patria, sino el mundo artístico, y cuyos restos reposan ya al lado de otra gloria de la música, el célebre Glinka, en el monasterio de San Alejandro Newsky.

J. M. Esperanza y Sola.

CONQUISTAS PROGRESIVAS.

¿Quién sabe si la locura es superioridad de inteligencia? — preguntaba Edgard Poe.

¿Quién sabe si la «chifladura» es superioridad de inteligencia?

Fíjense ustedes—como dicen los charlatanes que venden por esas calles específicos para curar los callos y los caracoles, hacer tinta y limpiar los «ojeptos» de metal.

Fíjense ustedes en algunos ejemplares de chifladura, y verán como hay «chiflados» de bien y genios «chiflados».

En cuanto se les presenta ocasión propicia, se descubren y aprovechan la coyuntura.

La aparición del velocípedo ha sido, para «los propensos», lo que la aparición del carro de los cómicos ó del tabladillo de Maese Pedro, ó la vista de los batanes, para el «Ingenioso Hidalgo manchego»: motivo de excitación.

El biciclo, la bicicleta, el triciclo, hoy, y mañana el cuatriciclo y el policiclo de familia, en general, arrastran y arrastrarán, durante algún tiempo, á los espíritus innovadores incongruentes.

¡El velodromo, el record, el campeonato..... ¡Ah! Verse de campeón ó de *champignon*—sinónimos, según cree un chico periodista, con chocolate y principio ó por siete reales y algún billete de teatro—es honor á que no es dado aspirar á muchos hombres.

Particularmente, el que no sabe manejar la bicicleta.

La afición cunde.

Ya no solamente hay *sportsmen*, sino *sportswomen* y *sportschildren*.

Princesas, duquesas, condesas, lo mismo que señoritas inconfesas, adoptan el velocípedo, como ejercicio material higiénico ó para distancia «rápida aunque honesta», que he leído en un anuncio.

Entre los iniciados se encuentra alguno que realiza varios *records* inverosímiles.

En veinte minutos, 500 kilómetros; en veinticinco, de Madrid á París y viceversa, deteniéndose en Carcasone, para enjugar, no el déficit, el sudor de la bicicleta.

Indudablemente, el cuidado y entretenimiento del velocípedo cuestan menos que los del caballo.

Éste necesita alimento, y el velocípedo no.

El caballo ha menester de veterinario; el velocípedo tiene suficiente con un oficial de herrero «curiosito» en sus trabajos.

El caballo se va.

La bicicleta será el caballo del siglo que viene, con las reformas útiles que exija el servicio.

Devoraremos en secreto, ó en público, carne de potro y de jaco mayor de edad, hasta la extinción de la raza.

Después se hablará de él como se habla hoy del megaterio y del mastodonte.

En las estatuas ecuestres del porvenir, reemplazarán al caballo el biciclo ó la bicicleta.

Las gentes del pasado mañana, porque siempre hay más allá, verán con cierta veneración á los héroes con ruedas, colocados en las plazas y en los paseos públicos.

—¿Quién fué ese afilador?—preguntará cualquier palurdo sencillo del porvenir.

—No era afilador, sino general, ó filósofo, ó lo que haya sido, para ganarse el sustento.

El perfeccionamiento añadirá á los velocípedos ó á los velocipedistas algunos aparatos necesarios.

Por ejemplo: foco eléctrico, máquina fotográfica, cornetín automático, quitasol, fiambrera, depósito de coñac, depósito de hielo artificial, botiquín, estuche con navajas para afeitarse en marcha, peines, cepillos; medias incitantes, listadas ó con calados, para lucir las pantorrillas; zapatitos bajos, negros unos y otros de colores vivos, con lacitos de seda y galgas; escopeta y perro; cañas para pescar y acordeón.

Un velocipedista, de esta suerte equipado, puede ir á cualquiera parte.

Se generalizarán los viajes en familia.

Habrá policicletas para cinco y para mayor número de personas, con luz, agua, muebles y con cuantas comodidades puede pedir la persona más escrupulosa.

Con asistencia y sin ella.

Estas bicicletas marcharán tiradas por parejas de profesores *sportsmen*, dedicados exclusivamente al tiro.

¡Qué *records* tan interesantes habrá entonces!

«Ayer se verificó la carrera de competencia y sin obstáculos, entre los Sres. N. N. y X. X., ambos campeones de cabeza de partido.

»El primero recorrió los 200 kilómetros, entre ida y vuelta, en 50 segundos, llevando á cuestas á su señora.

»El segundo invirtió un minuto, escaso, en el viaje, por habérsele aflojado un muelle.»

En lugar de destinar Fomento y varios particulares, cantidades para la cría caballar, fomentarán la cría del velocípedo.

Los individuos del cuerpo diplomático de gitanos y los demás tratantes en caballerías, se verán en el caso tristísimo de abandonar «la carrera», ó se dedicarán á fabricar velocípedos con desechos de camas de hierro, como ahora «fabrican jacos» con despojos de burro triste.

Todo se modificará.

Ya no publicarán los periódicos en la plana de anuncios lo que ahora he leído varias veces:

«Preparación de (ó para) caballería.»

Eduardo de Palacio.

ELEGÍA.

EN LA MUERTE DEL PADRE CEFERINO GONZÁLEZ.

Cayó el atleta en el combate rudo;
Mas suyo es el laurel de la victoria.
De la flaqueza terrenal desnudo,
Entró, tendido ya sobre su escudo,
En la inmortal carrera de la gloria.
Con justa causa lloras, patria mía,
Y anuncias tu dolor á las naciones
Izando tu bandera en este día
Adornada de fúnebres crespones;
Justo es que así tal pérdida pregones
Plañendo con las voces sobrehumanas
Del lúgubre clamor de tus campanas
Y el bélico tronar de tus cañones.
Y tú, sombra bendita
Que vas cruzando la región serena
Donde la paz inalterable habita,
Descansa ya de tu mortal faena:
La hora del reposo es ya llegada;
Entra, cual siervo fiel, donde consigas
El galardón eterno á tus fatigas:
¡Que ha sido fatigosa tu jornada!

Pasaste por el mundo desterrado
Sin amar de sus pompas la mentira
Ni gustar de sus goces las dulzuras;
Por ajenos impulsos levantado
De la gloria mortal á las alturas,
En esas encumbradas asperezas
Por las que tanto la ambición suspira,
Viste la mezquindad de las grandezas
Con que la pobre humanidad delira;
Y alzaste á Dios la iluminada frente
Y en ansia eterna suspiró tu pecho
Por el dulce retiro solitario,
El sayo penitente,
La pobre celda y el angosto lecho
Cabe el dintel bendito del santuario;
Allí donde el espíritu doblega
De la materia ruin las rebeldías,
Donde el bullicio mundanal no llega,
Donde en silencio el aura se repliega
Por no arrastrar profanas armonías,
Donde al placer los ecos no responden,
Donde los atrios de Sión empiezan,
Donde los siervos de la Cruz se esconden,
Donde los hijos del Calvario rezan;
Allí, en pura abstracción contemplativa,
De tu genio en las alas poderosas
Hasta el Autor llegaste de la ciencia,
Causa del ser y Origen de las cosas,
Primer Principio y Creadora Esencia.
Allí tu soberana inteligencia
Tendió sus vuelos que al cenit llegaron
Del mundo metafísico en presencia,
Y dominando ignotos hemisferios,
Á tus ojos patentes se mostraron,
Cual fulgentes verdades, los misterios
Que Platón y Aristóteles soñaron.
Y hoy del saber sobre la excelsa cumbre
En que su nido inaccesible hicieron
El águila de Hipona y la de Aquino,
Del Sol de la Verdad junto á la lumbre,
Te ofreces por antorcha en el camino
Donde á la humanidad tu ciencia alumbre.

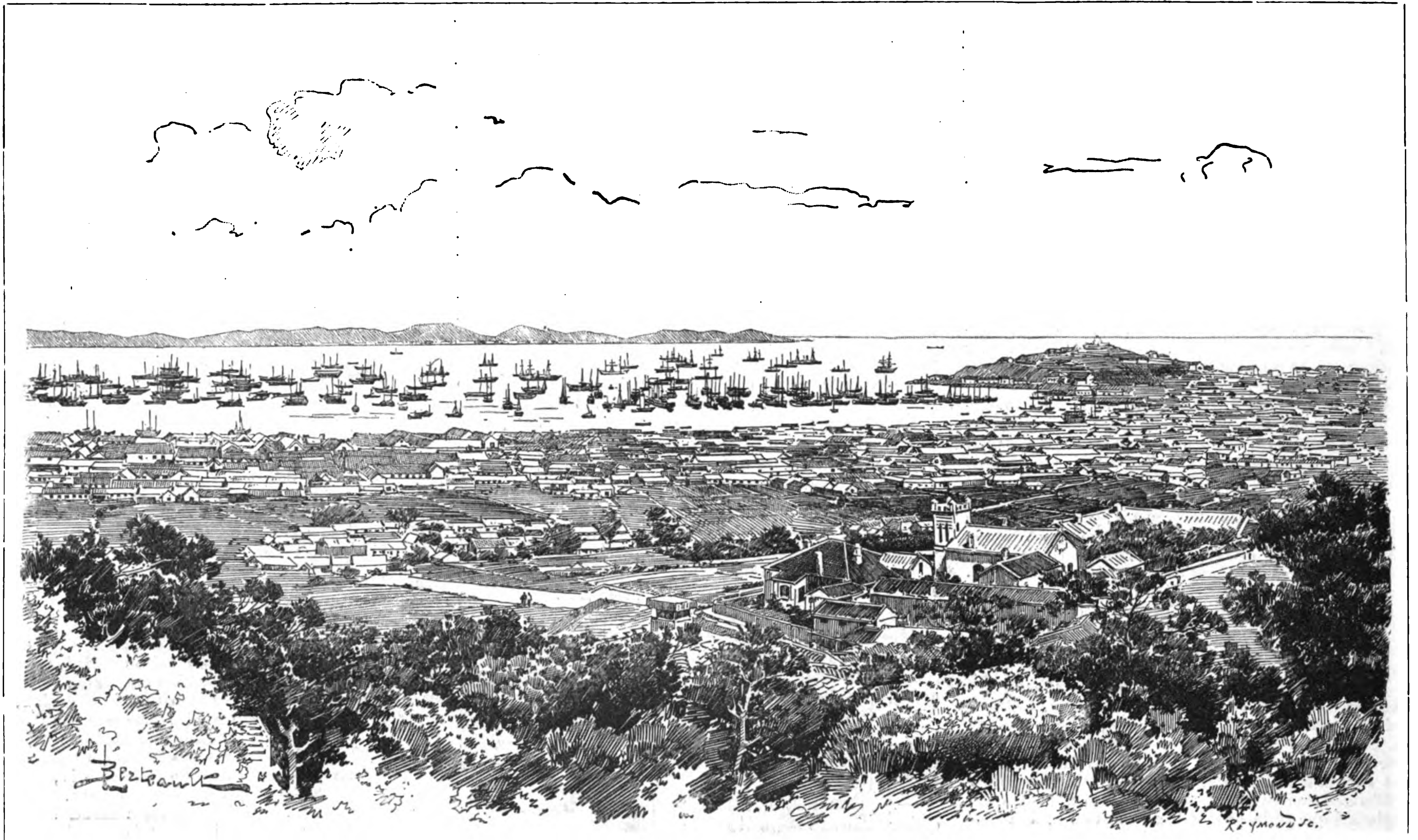
¡Grande eres en verdad! Astro glorioso
Que en el cielo de España centellea;
Caudillo valeroso
Del escuadrón invicto y ardoroso
Que con Domingo de Guzmán pelea.
¡Grande eres! Y aun más grande
Que con la luz del genio circuída,
Parece tu figura ante mis ojos
Cuando pasar la veo dolorida
Cruzando sobre un páramo de abrojos
Este obscuro desierto de la vida;
Cuando al beber tu cáliz de amargura
Con ánimo sereno,
Tu corazón de mansedumbre lleno
De su cruz en el ara se ofrecía
Cual hostia santa de sin par blancura,
Grata al Señor como la ofrenda pura
Que en el altar del holocausto ardía.....

¡Ah! Después de la lucha abrumadora
Que tu existencia triste ha consumido,
¡Con qué gozo triunfal verás ahora
En ese lecho funeral tendido
Esos despojos que tu pueblo llora!
¡Aun en él te contemplo engrandecido!
Aun al pie de esa tumba
De tu grandeza el sentimiento vibra,
Proscribiendo mundanos esplendores
En la que fué tu cárcel de dolores
Por el dolor deshecha fibra á fibra.
¡Bien estás cuando al cielo te levantas
Roto el dogal que al polvo nos sujeta,
Ciñéndote el ropaje del asceta
Mientras pones la púrpura á tus plantas!
¡Bien estás con tu sayo penitente
Cuando al supremo llamamiento acudes
Y la luz eternal brilla en tu frente!
Que á la vista del Juez Omnipotente
Lejos de las profanas multitudes,
Ningún prestigio ni blasón iguala
Al aroma de célicas virtudes
Que de esa blanca túnica se exhala.

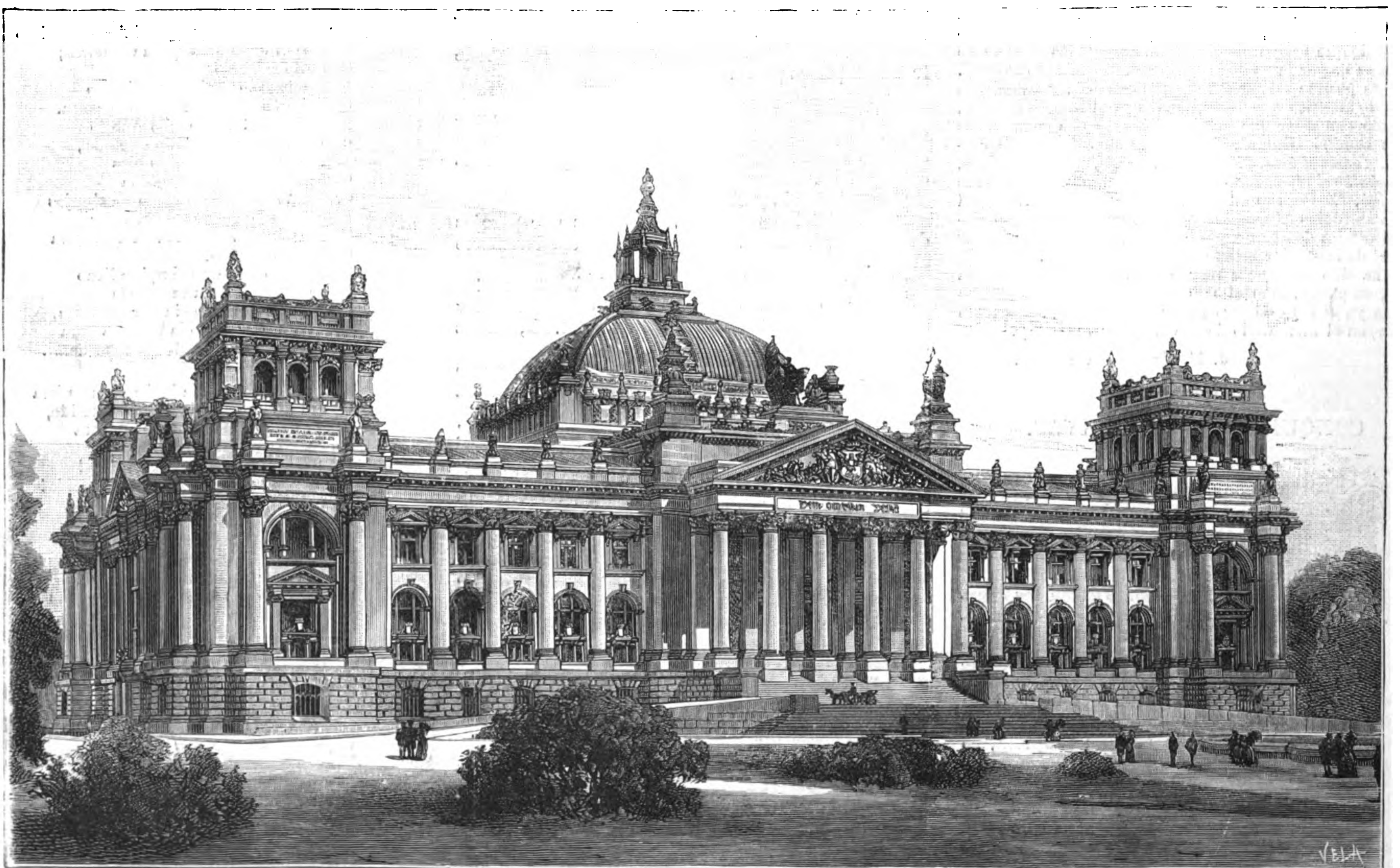
Descansa, pues, en la mansión postrera,
Mientras justa la fama vocinglera,
Al poner en tu sien doble corona,
Por maestro de sabios te pregona,
Por modelo de santos te venera.

C. Valencia.

Diciembre de 1894.



CHINA. — VISTA GENERAL DE LA CIUDAD Y BAHÍA DE CHE-FU.



BERLÍN. — FACHADA PRINCIPAL DEL NUEVO PALACIO DEL REICHSTAG ALEMÁN, INAUGURADO EL 5 DEL CORRIENTE.

(De fotografía.)

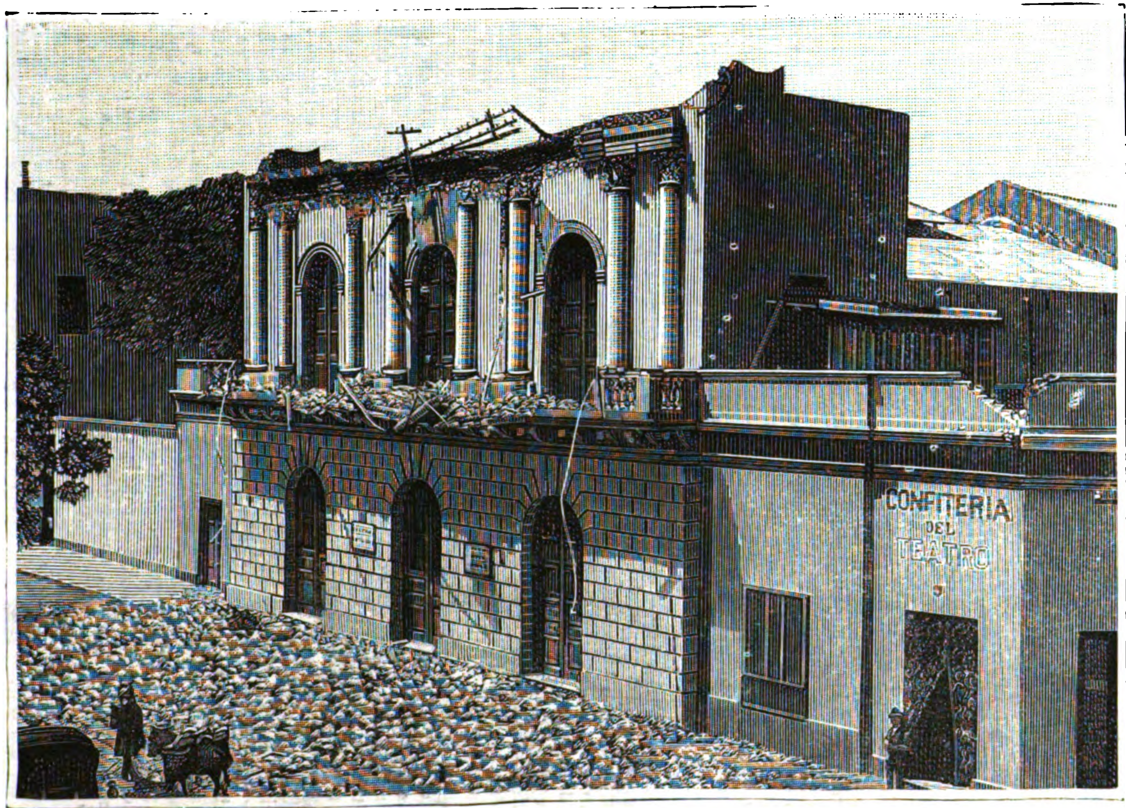
REPUBLICA ARGENTINA.—EFECTOS DE LOS TERREMOTOS OCURRIDOS EN SAN JUAN, EL 27 DE OCTUBRE ÚLTIMO.



EN LA CATEDRAL.



RUINAS DEL MERCADO.



EN EL TEATRO DE LOS ANDES.



ASPECTO DE LA CAPILLA DE LOS DOLORES, DESPUÉS DEL TERREMOTO.

(De fotografías remitidas por D. Domingo Villar.)

POR AMBOS MUNDOS.

CRÓNICAS COSMOPOLITAS.

Francia: Mr. Victor Duruy; el estudiante, el doctor, el profesor, el sabio; su gestión en el Ministerio y sus reformas; sus trabajos históricos durante la vejez; recompensas que recibió de amigos y de adversarios; su personalidad; elogio de Mr. Lavisse; su muerte; enseñanza y ejemplo que dan los grandes hombres.

Cuando entre nosotros se debaten ahora con ardor las cuestiones de la instrucción pública ha tenido que pensar Francia en aquellos tiempos de hace treinta años, en que empezó la regeneración de la suya, y lo ha hecho con motivo del fallecimiento del grande hombre que inició tan patriótica campaña, Mr. Víctor Duruy. La nación republicana ha rendido en estos días justo tributo de reconocimiento al fiel servidor del Imperio, al que no fué republicano jamás, al respetable anciano que con igual asiduidad y fortuna dirigió los trabajos destinados á promover en alto grado el desarrollo de la cultura pública, como trabajó á su vez cual obrero entusiasta de la misma con sus talentos de historiador y de publicista. Hijo de un artesano, debió Mr. Duruy á su aplicación modelo y á su laboriosidad el figurar como uno de los primeros escolares de su tiempo, sin que ni la precocidad ni la prisa para terminar pronto sus estudios y su carrera le hicieran improvisarla, cuando la edad demanda la mayor suma de esfuerzos para seguirla. A los diez y nueve años, en 1830, entró en la Escuela Normal, y bien pronto, mientras estudiaba, pudo empezar el aprendizaje del profesorado. Más de treinta años fué profesor de Historia; á los cuarenta y dos, en 1853, cuando ya creyó que había aprendido algo, recibió el grado de doctor en letras, y con tal madurez de edad y de conocimientos adquirió tal autoridad en la cátedra, en el colegio de Enrique IV, que la generación á la que había educado le consideró en el número de los maestros más eminentes de su tiempo. Tan envidiable fama le sirvió de pedestal para realizar inmediatamente su rápida carrera, porque en todos los centros sabios solicitaban su concurso. En 1861 fué nombrado inspector de la Academia de París, director de conferencias de la Escuela Normal y profesor de Historia de la Escuela Politécnica; en 1862 inspector general de segunda enseñanza, y en 1863 ministro de Instrucción Pública. Desde su cátedra pasó, pues, al Ministerio, y tanto valió en él, que nadie pensó en sustituirlo durante seis años, hasta que, en las postrimerías del Imperio, todo empezó á cambiar y tambalearse. Hombre práctico y conocedor como pocos de las necesidades de la enseñanza, el que durante sus largos años del profesorado supo demostrar que era un pedagogo profundo, sensato y reformista, pudo desde el Ministerio realizar, entre otros verdaderos progresos, los siguientes:

En la enseñanza primaria, el establecimiento de la enseñanza gratuita, sobre todo en los pueblos pobres, y la organización de las escuelas de adultos; en la segunda enseñanza, la de la llamada enseñanza especial y la de las señoritas; en la superior, la creación de la Escuela Práctica de Estudios Superiores, la de los laboratorios de experimentación é investigación y la Escuela Superior de Agronomía en el Museo de Historia Natural; y en la complementaria, la instalación de cátedras de lenguas vivas, de gimnástica y de ejercicios militares.

Porque inauguró así, en un régimen que se hundía, la obra de regeneración de la cultura de un porvenir que se aproximaba, dicen los franceses que Mr. Duruy fué un precursor. El actual jefe del Gobierno de Francia, Mr. Dupuy, profesor de un colegio, como él, y como él ministro de Instrucción Pública después, ha dicho repetidas veces que había encontrado las huellas de Duruy en todas las avenidas de la República. Su humilde origen le hizo ser durante toda su vida modesto y sencillo, y la necesidad de trabajar le convirtió en un obrero titánico é incansable. Hijo de sus obras, sin deber á nadie nada más que á sí mismo, continuó siendo modesto y trabajador cuando ocupó durante tanto tiempo el puesto más respetado del Gobierno y de la corte de Napoleón III. Sus aspiraciones reformistas y democráticas, acariciadas en la soledad de su espíritu cuando vivía como profesor en su retiro, no se eclipsaron al llegar al poder, sino que, al contrario, cobraron mayor fuerza en su voluntad, y con sorpresa de todo el mundo se vió, en medio de una corte cesarista y de resistencia, surgir un hombre revolucionario en materia de enseñanza, que con viril ánimo dió al traste con todos los prejuicios, tradiciones y costumbres de la rutina. Este fué su gran mérito. No había entonces libertad ni para la ciencia ni para la enseñanza, ni espacios suficientes para la elocuencia ni para la investigación. Mr. Duruy con sus reformas emancipó al espíritu de la cárcel en que estaba encerrado, y al darle alas, se las dió también á todas las actividades que dependen de él, incluso á la actividad política, y empezó la era del Renacimiento, de la inteligencia y de la cultura. Por esto, teniendo en cuenta la campaña reformista que emprendió, se asegura en Francia que la historia de la revolución universitaria empieza con Duruy. No hay para qué decir ni recordar cuán ruda oposición se le hizo en la corte y en la sociedad, qué lucha tan desesperada tuvo que sostener, cuántas amarguras sufrió y qué energía fué necesario que desplegara para no retroceder un paso en su camino. La prensa francesa de 1863 á 1869 contiene la epopeya de aquella dificilísima campaña. A pesar de la violencia de los combates que sostuvo en ella, no ha dejado enemigos, ni los tuvo realmente fuera del terreno de la divergencia de opiniones, en cuanto al concepto, carácter y forma de la enseñanza se refería. Nadie dejó de hacer justicia á la sinceridad de sus intenciones, á la integridad de su pensamiento y al valor que desplegó en el planteamiento de sus propósitos; como nadie había dejado de admirarle antes en sus cargos de profesor, de administrador y de jefe de la enseñanza universitaria. Consiguió, gracias á su talento y á su tenacidad, despertar el espíritu universitario, que realmente dormitaba inerte é infecundo hacía más de quince años; añadió á las tareas ordinarias de los cursos públicos de las Facultades los centros de estudios de mayor desarrollo, constituídos por confluencias casi familiares entre el profesor y pequeño número de alumnos, en las que la enseñanza se hacía más concreta y más detallada al mismo tiempo, más profunda y más debatida, menos retórica y más útil, creación que fué el germen fecundo de muchas cátedras de esta índole, en las que el constante contacto entre el maestro y los discípulos elevaba insensiblemente el nivel de los conocimientos de éstos, casi al de los de aquél: hizo que el bello sexo acudiera á las clases de aplicación de la segunda enseñanza, y redimió el triste estado de mucha parte de la juventud obrera de sus capitales y de los pueblos, estableciendo para los adultos la enseñanza complementaria que ensancha y fortifica los conocimientos de la escuela de la niñez, y que aprovecha las especiales aptitudes, que para aprender mucho y muy bueno poseen los muchachos desde los diez hasta los veinte años. A su iniciativa se debió también la creación de pensiones para los alumnos más pobres y más aplicados de las Facultades. Así trabajó desde su puesto en el Ministerio, agitando la opinión, atrayendo á la juventud, removiéndolo todo, con algo de precipitación tal vez, pero con convicción, con calor, con propósito de hacer un gran bien á su país. No fué, pues, sólo un genio precursor, sino un poderoso excitador. Por ello le respetaron y consideraron tanto los súbditos del Imperio mientras gobernó, y por ello le quisieron y le enaltecieron tanto los republicanos cuando, caído el Imperio, se retiró á su casa.

***

Cualquiera otro que, como Mr. Duruy, hubiera gozado durante tanto tiempo de los esplendores del poder y lo hubiera ejercido con tales éxitos y hubiera estudiado y trabajado como él trabajó, se hubiera decidido á entregarse al descanso al encontrarse á los sesenta años lleno de honores y de satisfacciones; pero aquel hombre, nacido para el trabajo, empezó á vivir de nuevo en su retiro trabajando más que antes. Volvieron á resucitar en su espíritu las nobles aficiones de su juventud, la vocación decidida á los estudios históricos, y en breve tiempo escribió y publicó su obra magistral en siete tomos en folio, la *Historia de los Romanos*. Filósofo é historiador concienzudo, obrero infatigable, sano y robusto de cuerpo como de espíritu, cual verdadero hombre de bien, que no los usó, ni abusó de ellos jamás en la práctica del mal, emprendió tan hermosa labor cuando dejó para siempre la vida pública y entró á gozar de la patriarcal existencia de la privada. ¡Hermoso ejemplo! La *Historia de los Romanos* se considera en Francia como un monumento de erudición y de filosofía. No la escribió sacrificando la verdad á las ampulosidades del estilo florido y brillante, sino que logró aparecer en su estilo tal cual él era, sencillo y claro, profundo y detenido, sintético y magistral en las conclusiones y sensato y justo en la crítica. Bien pertrechado de datos y de informes, amaestrado por la práctica de la investigación, conocedor del mundo y de los hombres, político viejo y muy experimentado, atraído por el conocimiento de aquel mundo político por excelencia, cuyo dominio intelectual aún dura, supo á maravilla evocarlo y describirlo, legando á las ciencias históricas un verdadero tesoro. Publicó después la *Historia de los Griegos*, de no tanto mérito como la anterior, tal vez porque la edad de su autor no le prestó tantas energías para escribirla ó porque el asunto era bastante más difícil y no tan conocido para él, pero que con toda justicia le valió de parte de la Academia (1889) un premio de 10.000 francos, como la obra anterior le había valido, entre otras grandes distinciones, la de que el Rey de Italia le concediera la gran cruz de la Corona de Italia. Y en tanto, en pleno régimen republicano, sus grandes méritos fueron recompensados con el nombramiento de numerario de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras en 1873, con el de la de Ciencias Morales y Políticas en 1879, con el de Consejero de Instrucción pública en 1881, y con el de individuo de la Academia Francesa en 1884. Firme en su puesto de historiador, continuó trabajando y publicó la *Introducción general á la Historia de Francia*, la *Historia de la antigua Grecia*, la *Historia moderna*, y otros libros de verdadero valor, universalmente estimados.

Su íntimo amigo, el insigne publicista y profesor Mr. Ernesto Lavisse, le dedicó, el día de su muerte, elocuentes y justísimas frases de elogio. «Los millares de franceses que le oyeron—dice;—los millones que le han leído, aprendieron de él por qué y cómo se debe amar á Francia y á la humanidad entera, y servir á la una y á la otra, la una por la otra, unidas y confundidas en un mismo amor al bien y á la justicia, á la santa justicia..... La virtud que en su alma sentía le hizo confiar siempre en el triunfo del bien. En los momentos en que la razón se ofusca, de su corazón brotaban esas razones «que la razón no conoce», y su corazón nos fortalecía. Quien no le trató personalmente en la intimidad de la vida, no puede imaginar lo que era, lo que valía..... Era modesto, absolutamente desinteresado, desinteresado sin esfuerzo alguno. Las desgracias domésticas, que fueron tan crueles para un alma tan sensible como la suya, dejaron en ella indelebles heridas. Soportó sus dolores con heroísmo, y su corazón acongojado, que no podía comprender que pudieran surgir en él la desesperación ni la protesta, se veía animado y consolado por la alta y serena razón del hombre que conoce las leyes de la humanidad..... ¡Siempre fué digno y animoso, dulce y bueno! Nunca se pudo observar en él una intención que no fuera recta y noble.»

Cuando el venerable y sabio maestro murió hace pocos días, le rodeaban en su modesta vivienda su amante esposa, profesora que fué de las hijas de la Duquesa de Alba en la corte de Napoleón III; sus hijos Jorge, publicista bien conocido, y Luis Víctor, teniente de Tiradores argelinos; su amigo Mr. Lavisse; el doctor Bonnefin, y algunas otras personas de su intimidad. En aquella habitación visitó al historiador insigne la emperatriz Eugenia, cuando no hace mucho estuvo en París, para saludar con todo cariño y respeto al fiel servidor del Imperio, del cual fué una indiscutible gloria. Sin aparato alguno, sin pompa aristocrática, sin que por disposición propia se tributaran honores al que se había visto honrado con las más altas distinciones y excelencias de Francia y del extranjero, sin los discursos que son de rúbrica en aquel país, pero acompañado de muchos entusiastas admiradores, fué conducido su cadáver al templo y cementerio de Villeneuve Saint-Georges, donde, entre las preces de la Iglesia, recibió cristiana sepultura.

Justo es que cuantos admiran con entusiasmo á los esforzados obreros de la propaganda de la enseñanza y de la cultura pública, á los grandes trabajadores de nuestro tiempo, dediquen algunos párrafos, ó unos momentos de atención, á enaltecer y perpetuar su memoria. Y el cumplimiento de este deber moral es tanto más lógico cuando se trata de hombres de bien, que no han hecho daño jamás ni con la supremacía de su poder ni con la de su talento, que han ilustrado una época, y que no sólo no dejan un enemigo en pos de sí, sino que desaparecen entre las aclamaciones de muchos corazones reconocidos. De la Escuela, del Instituto, de la Universidad, deben brotar siempre las aguas que fertilicen el suelo de la inteligencia patria, la sangre que nutra sus energías y que dé robustez poderosa á sus obras. Muchas veces, en períodos dilatados, ese caudal marcha por cauces casi cegados, perdiéndose sin valor alguno, dejando barro y arena inerte en pos de sí: la rutina en el procedimiento, el atraso en los resultados. Otras, más venturosas para bien de todos, corre el caudal límpido y bien recogido, y en cuantas partes toca, en su regular y progresiva marcha, fecúndalas y hace brotar hermosos y persistentes gérmenes de vida. Tanto aquellos males, como estos beneficios, no son obra de la casualidad, sino de la voluntad y genio de los hombres, de pocos hombres, acaso, de un hombre sólo en alguna ocasión. Él, con su titánica perseverancia y noble esfuerzo, sabe purificar los manantiales, limpiar los cauces, preparar las tierras y dar impulso á la corriente. Iniciado el movimiento, otros secundan su obra para que se engrandezca y perpetúe. Tal ocurrió en Francia con la enseñanza pública, antes rutinaria, confusa é inerte, antes á todas las demás iniciativas nacionales postergada. Mr. Víctor Duruy la levantó cuando todo empezaba á caer, la sostuvo cuando todo se derrumbaba, y tan vigoroso impulso la comunicó en su renacimiento, que aun se la encontró erguida, fuerte, llena de esperanzas y en disposición de servir de base á los futuros grandes progresos, cuando la nación, casi herida de muerte, empezó á levantar la cabeza después de la invasión germánica.

Todo eso puede hacer un hombre que estudia siempre, que trabaja siempre y que siempre mantiene vivos en su corazón el amor á la patria, y en su cabeza el propósito de servirla y engrandecerla. Aprendamos todos.

R. Becerro de Bengoa.

SOCORROS

REMITIDOS POR LOS

ESPAÑOLES RESIDENTES EN ROSARIO DE SANTA FE

PARA LAS VÍCTIMAS DE LA CATÁSTROFE DE SANTANDER.

Terminada la distribución del cuantioso donativo que nos fué enviado por la Comisión de auxilios á los españoles, de Rosario de Santa Fe, con destino á las víctimas de la explosión del *Cabo Machichaco*, y cuyo primer y más importante reparto publicamos en nuestro núm. XX, correspondiente al 30 de Mayo último, insertamos á continuación le relación nominal de los últimamente socorridos y cantidades que, en nombre de aquellos caritativos españoles, fueron entregadas á cada damnificado, por los Sres. Hijos de Pombo, de Santander, en poder de los cuales hállanse todos los comprobantes referentes á estos socorros.

Asimismo publicamos al pie el resumen general del reparto del importe total del donativo mencionado.

La Dirección.

Inversión dada á las 2.625 pesetas que quedaron sin distribuir en el reparto cuya lista publicamos en La Ilustración *del día 30 de Mayo último.*

CON 200 PESETAS.

Comunidad de Religiosas Pastoriles (perdieron su ajuar).

CON 150 PESETAS.

Victoria G. Bartolla (fué herida); Antonio Dovallo (íd.); Lorenzo Rozas (íd.); Antonio Calvo (íd.); Gregorio Cruz (ídem); Agustín Obayo (perdió un hijo); Rosa Ortiz (íd); Isabel Gutiez Blanco (perdió su marido); Comunidad Oblatas (perdieron su ajuar).

CON 125 PESETAS.

Matías Dou (perdió un hijo).

CON 100 PESETAS.

Juliana González (fué herida); Victoria Fernández (íd); Celedonia García (perdió su marido); María Carmon San Emeterio (íd): Juliana García (íd); José Cortés Fernández (perdió un hijo que le mantenía); Juliana Santa María (viuda con tres hijos).

CON 75 PESETAS.

Domingo Arizmendi (tuvo á sus hijos heridos).

CON 50 PESETAS.

Florencio Bedia (un hijo herido); Hijos de Justo Casavalle (huérfanos); Matilde Ortiz (hijo herido).

CON 25 PESETAS.

Josefa Rivas Alonso (herida).

RESUMEN GENERAL.

	Pesetas.
Recibido de la Comisión de auxilios á españoles, de Rosario de Sante Fe	24.000
DISTRIBUCIÓN.	
Importa el reparto de que dimos cuenta el 30 de Mayo próximo pasado	21.375
Asciende la distribución á que nos referimos hoy á.	2.625
Igual	24.000

Hijos de Pombo.

IMPORTANTE.

Rogamos á los Señores Suscriptores cuyos abonos terminen con el presente año, y piensen seguir honrándonos con su concurso, que se sirvan anunciar su propósito á esta Administración con la mayor anticipación posible, á fin de que el servicio de sus respectivos abonos no sufra retraso por la aglomeración de trabajos, propia de esta época del año, en nuestras oficinas.

Tanto para avisar las renovaciones, como para hacer cualquier reclamación sobre el servicio, es muy conveniente acompañar á las cartas una de las fajas con que se recibe el periódico.

El Administrador.

MARI-SANTA
POR
DON ANTONIO DE TRUEBA.

Es una de las mejores obras literarias del ilustre *Antón el de los Cantares*, moral, instructiva y amenísima.

Forma un elegante volumen en 8.º mayor francés, y se vende, á 4 pesetas, en la Administración de este periódico, Madrid, calle de Alcalá, núm. 23.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Higiene literaria, por el Dr. J. Herp.

Las 45 páginas de este folletito contienen más de cuarenta y cinco mil verdades, y á pesar de eso, aun queda espacio para algunos errores: tan nutridas están. En ellas acredita el autor, entre otros méritos, uno muy raro hoy, que es el de la concisión. Vivimos en un tiempo tan copioso de palabras como pobre de otras cosas, y por eso, si los libros buenos son escasos, infinitamente más lo son los que unen á esta calidad la de ser cortos.

Con la prensa muéstrase el autor severísimo, pero no injusto. Acúsala de errores tan evidentes, que se hallan á la vista de todos, y no le queremos mal por eso, pues pensamos como el poeta:

Arrojar la cara importa,
Que el espejo no hay por qué.

En suma, la obrita merece leerse, pues contiene más sustancia que algunos libros muy grandes.

Manual de Patología interna, escrito para uso de médicos y estudiantes, por C. Vanlair, profesor de la Universidad de Lieja, individuo de la Academia de Medicina y de la Academia Real de Bélgica, miembro correspondiente de la Academia de Medicina de París, etc., etc. Traducido y anotado por el doctor P. Colvee, individuo de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Valencia.

El cuaderno 17 de esta importante obra es digno de los anteriores, con lo cual creemos haber dicho lo bastante en su elogio, pues lo hasta ahora publicado es verdaderamente notable.

Catálogo de las obras de Legislación, Jurisprudencia, Economía política y Administración de la librería de Victoriano Suárez.

Con gusto hemos hojeado este catálogo, que contiene grandísimo número de obras importantes, algunas de mucha utilidad práctica para los abogados y publicistas; pues en él hallamos los nombres de nuestros primeros jurisconsultos y economistas contemporáneos, como son: Arenal (D.ª Concepción), Azcárate, Baccardi, Bravo, Carreras y González, Carvajal, etc., etc.



TSAI-TIEN HOANG-TI,

EMPERADOR DE CHINA.

Lecciones sobre el Syllabus, por D. Aniceto Alonso Perujo, doctor en Sagrada Teología y Derecho Canónico, canónigo doctoral que fué de la Santa Iglesia Metropolitana basílica de Valencia y catedrático de aquella asignatura en el Seminario Conciliar Central de la misma ciudad.

Esta importante obra está escrita en muy buen castellano, con claridad suma, un tono de convicción notable y vigorosa dialéctica.

De la rápida lectura que hemos hecho de estas *Lecciones*, tal es la impresión que sacamos, no atreviéndonos á ir más adelante en nuestro juicio sin otro estudio hecho con mayor detenimiento.

Cuesta la obra 7 pesetas en Valencia, y 8 fuera de ella. Véndese en las principales librerías.

De la Ortografía castellana, por Rodolfo Lenz.

Hemos leído con atención esta Memoria, en la que el autor muestra buen conocimiento de la materia que trata, y no negaremos que en mucho de lo que dice tiene razón. No se muestra en la reforma ortográfica tan extremado como otros compatriotas suyos (el Sr. Newman, por ejemplo), y alguno nuestro (el Sr. Araujo, á quien supone catedrático en Toledo), ateniéndose á la de Bello, lo que nos parece mucho más razonable.

Diccionario Etnográfico-Antropológico, por el P. Pío Galtés, escolapio.

Contiene esta obra sucintas nociones de Antropología expuestas en lenguaje sencillo y claro, y nos ha parecido bastante completa. Algunas observaciones querríamos hacer al autor, pero, por no ser este sitio á propósito, las reduciremos á dos. Llama *fanes* ó *pahuines* á ciertos negros del Africa ecuatorial, en vez de *pamues*, como se dice en Fernando Poo y en toda la Guinea española.

Así los designan también Iradier, Ossorio, Bonelli y cuantos españoles han visitado aquellos parajes. Los franceses dicen *fans* ó *pahouins*. ¿A qué copiarles, teniendo nosotros voces propias para el caso? También escribe el P. Galtés que estos negros viven al Sur del Gabón, cuando es notorio que sólo una pequeña parte de ellos se ha ido estableciendo de dicho lado del río, hallándose el grueso de la nación dispersa en comarcas que están al Norte.

G. R.



MADRID. — Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid............	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias..........	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero.........	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXVIII.—NÚM. XLVI.

ADMINISTRACIÓN:

ALCALÁ, 23.

Madrid, 15 de Diciembre de 1894.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN, PAGADEROS EN ORO.	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia......................	60 francos.	35 francos.



BERNARDO RICO,

DIRECTOR ARTÍSTICO DE «LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA».

Nació en el Escorial, el 20 de Agosto de 1830; † en Madrid, el 9 del corriente.

(De fotografía de M. Huerta.)

SUMARIO.

BERNARDO RICO.

La Ilustración Española y Americana ha perdido con su director artístico algo más irreemplazable aún: el amigo cariñoso y seguro, probado en veintidós años de la vida íntima del trabajo, que deja como la impresión de la viudez en los que lloran al compañero muerto. En la tarde del día 9 dejó de existir, á los sesenta y cuatro años de edad, Bernardo Rico y Ortega, y al día siguiente las orlas negras, los retratos de nuestro amigo y las tristes despedidas publicadas en los periódicos de Madrid nos demostraron que el duelo, por decirlo así, familiar de La Ilustración, tenía en toda la prensa ecos de dolorosa simpatía. Al disponer la tirada de nuestro último número teníamos pocas esperanzas de la salvación de Bernardo Rico, á quien alargaban la existencia artificialmente los profesores Tolosa Latour, Espina y Salazar, y la venida de su hermano Martín, que ejercía en él la más benéfica influencia. Pero había llegado su fin, y su enérgica naturaleza no pudo resistir la complicación de dos enfermedades graves de los aparatos respiratorio y circulatorio, sucumbiendo, después de un mes de lucha, á su primera enfermedad. No entristeceremos al lector describiendo la escena desoladora de la alcoba mortuoria: los gritos de la esposa, el dolor mudo del hermano, las lágrimas en vano reprimidas de los parientes, discípulos y amigos, ni las ideas que sugería el cuerpo inmóvil del artista y la niebla que entraba por el abierto balcón, como para amortajarle con su gasa. Cuando salimos á la calle, después de haber consignado el triste suceso en el pliego de papel donde escribían su nombre los amigos de todas las clases sociales; cuando vimos doblada la media hoja de la puerta, que es el luto de los edificios, en la casa núm. 3 de la calle de San Bernardino, y nos envolvió la niebla de la calle, que convertía en sombras á los transeuntes, nos pareció, combinada aquella tristeza exterior con la de nuestra alma, que no estábamos en el Madrid de Leganitos, cerca de la casa de los Bazanes y de la Cara de Dios y las Capuchinas, sino en el mundo misterioso por donde debía flotar el espíritu recién desprendido del cuerpo de Bernardo Rico.

.....¡Con qué tristeza vimos colocar, en la tarde del 11, en la lujosa carroza fúnebre las coronas que el cariño le dedicaba: la de su esposa y hermanos, la de sus discípulos, la del Círculo de Bellas Artes, la de la Asociación de Escritores y Artistas, la de la Dirección y la de la Redacción de este periódico (1)! ¡Con cuánta tristeza nos descubrimos al ver el ataúd, sacado en hombros de sus discípulos, abriéndose calle con dificultad entre el apiñado cortejo, donde veíamos los rostros más conocidos del Madrid inteligente! Presidían el duelo los hermanos del finado, don Valentín y D. Martín; el presidente de la Asociación de Escritores y Artistas, Sr. Núñez de Arce; el director de La Ilustración Española y Americana, Sr. De Carlos, y el secretario de la misma y del Círculo de Bellas Artes, D. Antonio Garrido. He aquí la lista alfabética de los concurrentes, tomada por una persona de intimidad de la familia, sin que respondamos de inexactitudes ú omisiones:

Sres. Abela, Adaro, Alcázar, Alhama Montes, Álvarez, Álvarez Dumont (D. Eugenio y D. César), Andrade, Araus, Arche, Astiz, Badillo, Becerro de Bengoa, Benayas, Beruete, Bretón, Calvo, Clark, Campuzano, Cánovas y Vallejo, Capuz (D. Carlos), Cárdenas, Carlos (D. Isidoro, don Manuel y D. Darío de), Carretero (D. Arturo), Castillo y Soriano, Caula, Comba, Compañy, Cordero, Crespo (don Manuel), Cubillo (D. José), Cuenca, Chueca, Domínguez (D. Manuel), Domínguez (D. Pedro), Espina y Capo (don Juan), Febrer (D. Manuel), Fernández Flórez, Fernández y González, Ferrari, Ferrant, Frontaura, García López, Garnelo, Gartner, Gessa, Gomar, Ibáñez Marín, Jackson Veyán, Lapoulide, Lara, Larrocha, Leitert (D. Bruno), Lezama, Lhardy, Madrazo (D. Pedro y D. Ricardo), Matute (D. Benigno), Manjón (D. Miguel), Mejía, Mesonero Romanos, Montano, Morayta Morera, Moreno (D. Alejandro), Moya, Nao (D. Joaquín), Nava, Nin y Tudó, Nombela, Oliver (D. Luis), Palacio (D. Manuel), Palmaroli, Pelayo, Peña (D. Maximino), Perea (D. Daniel), Pérez (D. Daniel), Pla (D. Cecilio), Pozzi, Querol, Reina, Reparaz, Riva Palacio, Rodríguez (D. Tiburcio), Romea (don Luis), Riudavets, Ruiz Guerrero, Saint Aubin, Salcedo, Sampietro (D. Juan), Sánchez Ortiz, Sánchez Pérez, Sepúlveda (D. Ricardo), Serrano (D. Francisco), Serrano Fatigati, Silvela (D. Mateo), Soler y Casajuana, Somogi, Sorolla, Suárez (D. José), Suárez de Figueroa (D. Augusto), Suñol (D. Jerónimo), Traver, Uriondo (D. Ramiro), Urcullu, Valdeiglesias (Marqués de), Vallejo, Vela, Vidart (D. Luis), Villegas Brieva, Zozaya (D. Benito).

Los sepultureros descendieron el ataúd al fondo del sarcófago, en el patio de Santa Gertrudis del cementerio de la sacramental de San Justo; rezó el responso el sacerdote; cayó la tierra sobre la caja, y desfilamos todos tristemente, recordando el amargo estribillo de Bécquer, aquel gran amigo de Bernardo Rico, que le había precedido en la muerte hacía veinticuatro años: «*¡Dios mío, qué solos se quedan los muertos!*» ¿Solo? No lo estaba: allí tiene amigos muy queridos: su angelical sobrina Amalia; Arrieta, en uno de los nichos; Zorrilla, en un sarcófago; Plasencia, en otro; Ayala, en el patio anterior, y cuántos y cuántos que acompañamos juntos al mismo cementerio, y cuyas sepulturas confunde la memoria. Sí: habíamos subido muchas veces la áspera pendiente del cementerio de San Justo despidiendo á los amigos, y pasado por delante del nicho de D. Juan Nicasio Gallego, que hace cuarenta y un años ve desfilar desde el primer patio, empujada por otra, á la generación que echó del mundo á la suya para ocupar su puesto. ¡Pobre Bernardo Rico!

⁂

Había nacido en el Escorial. Su padre, D. Antonio Rico, fué cirujano de Carlos IV, y uno de los pocos que le acompañaron en su destierro y le asistieron en Roma hasta su muerte, siendo recomendado en el testamento del Monarca: tuvo la administración del Monasterio después de la expulsión de los regulares, que dimitió por no estar al lado de un sujeto que le había hecho una mala acción; llamóle entonces á su palacio el infante D. Francisco, que le profesaba gran estimación y que gustaba mucho de jugar con él al billar, porque era consumado profesor; pero la delicadeza de su carácter no le permitió sacar partido de aquel afecto, y crió á sus hijos con modestia que rayaba en la estrechez. En aquella casa y con aquel origen, nutrió su corazón de esa lealtad que constituía la gala principal de su carácter: Bernardo no sólo fué un buen hijo, sino que profesó verdadera adoración á su padre, que heredó luego su hermano D. Martín. La profesión del padre, y hasta sus ideas respecto de las artes, no parecían destinarle al culto de lo bello: un amigo de la familia, el pintor Miranda, le dió la idea de dedicar á uno de los hijos al aprendizaje del grabado, que acogió con júbilo Bernardo, entrando para aprenderle en el taller de D. Vicente Castelló: no era éste un buen grabador, pero tenía condiciones de maestro, porque conociendo sus defectos, los declaraba con franqueza, enseñando á evitarlos. Y con estos precedentes, y en época de atraso y de las menos propicias para el desarrollo de las artes, como lo prueban las publicaciones de la época y la revuelta historia de aquel tiempo, formó su gusto y su personalidad artística el que, en cualquier otra profesión, hubiera hecho también papel digno, por sus condiciones de carácter.

Bernardo Rico se había dado á conocer ventajosamente en la ilustración de algunas obras, puesto que fué llamado por D. José Gaspar, grabador en madera y célebre editor, que, unido á un socio capitalista, Sr. Roig, fundaron la *Biblioteca Ilustrada* de Gaspar y Roig y *El Museo Universal*, antecesor de La Ilustración Española y Americana. A partir de aquella época, el nombre de Rico se asocia á una serie de publicaciones periódicas ilustradas, de cuyos progresos sólo puede juzgarse repasando los últimos tomos del *Semanario Pintoresco* y las publicaciones con grabados del año 1840 al 55, y luego y sucesivamente *El Museo Universal*, *La Ilustración de Madrid* y nuestras colecciones, y teniéndose en cuenta que *La Ilustración de Madrid* fué la primera que dirigió con entera libertad, y donde pudo con desahogo dar idea de su buen gusto. Su nombre quedará siempre unido á una serie de progresos en la prensa ilustrada madrileña que no se puede negar, desde que Gaspar, como conocedor é inteligente, halló en el joven grabador condiciones de frescura y novedad entre lo que se ejecutaba en aquel tiempo, hasta que dejó de asistir á las oficinas de nuestro periódico el día primero de su única enfermedad.

Para calcular el carácter de esta serie de adelantos, ha de tenerse en cuenta la índole del dibujo y del grabado periodísticos. Ya no se trata de las publicaciones monumentales de otros tiempos, pensadas y ejecutadas despacio y destinadas á un número reducido y selecto de lectores, sino de un trabajo rápido y febril, improvisado por el dibujante y por el grabador, es decir, el producto artístico de dos improvisaciones en lo que á la actualidad se refiere; un trabajo en que no se puede vacilar ni en la elección del asunto, ni en su ejecución, porque la fecha se impone y cualquier retraso interrumpe y paraliza una serie de talleres. Trabajo angustioso en que los elementos mecánicos se sobreponen fatalmente al elemento espiritual, y en que, para compensar los vértigos y desfallecimientos de la producción acelerada, hay que alternarla con aciertos del trabajo reflexivo. No á todos los artistas les es dado dibujar y grabar en tales condiciones. ¡Cuántos maestros desfallecen en esa tarea activa; del mismo modo que muchos escritores ilustres serían incapaces de resistir la improvisación permanente de la prensa diaria! Y si la escasez del tiempo es el factor del arte nuevo, que por la abreviación y celeridad de todos los auxiliares que á él concurren, cada vez más complejos, se puede decir que sus cultivadores dibujan y graban con taquígrafo, la necesidad de buscar y hallar efectos para el público les exige ciertas condiciones análogas á las del autor dramático, obligado á atraer á las gentes, distraerlas y aficionarlas á un teatro: es, pues, un arte difícil en cualquiera de sus manifestaciones, y dificilísimo en sus funciones directivas. Pues bien: Bernardo Rico tendrá su clasificación, entre los artistas de este siglo, como uno de los más notables grabadores periodistas y como director de publicaciones ilustradas, en que los mismos errores que el artista notaba, y él reconocía, tenían justificación. Seremos aún más francos: Bernardo Rico hacía tiempo que sólo tomaba el buril para ciertas correcciones y unificación de los trabajos; siendo no menos plausible que su asiduidad de otro tiempo la creación de un taller de selectos y utilísimos artistas, bien avenidos en un mismo pensamiento y con el espíritu y la adoración de su maestro. Había encontrado el medio de ausentarse y estar presente en el estudio.

La vida de los escritores era hace treinta ó cuarenta años más íntima que ahora, y la literatura un campo neutral; Bernardo Rico quizás halló en su trato continuo sus aficiones periodísticas. No estaban tan unidos los artistas, y siempre tuvo empeño en reconciliarlos; de sus instancias y de las de otros compañeros nació al fin la Sociedad de *La Acuarela*, que aun subsiste, y de la que fué presidente algunos años. Castro Serrano hizo la historia de aquel círculo, y los lectores de La Ilustración no lo han olvidado; respetemos la pluma del maestro. Ensanchado el pensamiento, nació el Círculo de Bellas Artes, cada vez más próspero, y hoy el centro artístico más popular y autorizado, y del que fueron los primeros presidentes Martínez Espinosa. Casado del Alisal, y por espacio de ocho ó nueve años Bernardo Rico. ¡Pero qué años tan difíciles! A la constancia y al carácter de nuestro amigo debe en gran parte haber vencido los obstáculos, ya buscando recursos cuando apuraba el déficit, ya animando á los artistas para el trabajo colectivo, fuente de los ingresos, ya suavizando enemistades; pues si los artistas, entre los cuales tenemos tantos buenos amigos, son particularmente los mejores que hemos tratado, en conjunto son modelo de indisciplina. Aun nos parece ver á Bernardo Rico, asistente diario y fijo, en la sala de billar, taco en mano, arreglando partidas, dando voces afectuosas á todo el que llegaba, organizando jiras y comprometiendo á todos en provecho del Círculo, y presidiendo comisiones para alcanzarle ya libros para su biblioteca, ya otra cualquiera utilidad. Jamás adoptaba el tono grave, y todo el secreto de la autoridad que ejercía sin que lo notasen, ni pesara sobre nadie, estaba en la sencillez de su conducta, y en que más que presidir y dirigir ejercía la tutela cariñosa de un hermano. Y era en eso tan hábil ó tan franco, que pidiendo consejo al parecer, hacía al fin suave y naturalmente su santa voluntad, que no era otra sino lo más conveniente para el Círculo: de condición enérgica, había aprendido á dominarse, hasta repugnarle todo procedimiento violento y brusco, como si esas desafinaciones hiriesen su temperamento, muy sensible á los encantos de la música. Esa neutralidad de su carácter le hizo en alguna ocasión presidir comisiones de la prensa, por ser el único amigo de todos cuando nadie se entendía.

Había tenido una de las figuras más varoniles y hermosas que se pasearon por Madrid: todavía en sus últimos tiempos era un arrogante viejo; y aun muerto y en la caja, hacía buen papel. Pero nunca presumió de buen mozo ni de conquistador; antes al contrario, tenía la modestia de halagar las vanidades ajenas, disimulando lo que pudiera y debió envanecerle en sus épocas más afortunadas. Profesaba el culto de los amigos muertos, y después del de su hermano Martín, á quien adoraba, jamás dejó de recordar al malogrado Bécquer, conservando como reliquia la cafetera de cobre que el poeta prefería, como impregnados sus poros por la esencia del café. Había estado casado dos veces: la primera con D.ª Micaela Nao, de la cual tiene dos nietos en Filipinas, y últimamente, y por espacio de veintisiete años, con la hoy viuda atribulada D.ª Julia Perea, hermana de los artistas D. Alfredo y D. Daniel, este último el más elocuente de los mudos. No había lujo en su casa ni en su mesa; pero sí cuadros de Martín Rico, Raimundo Madrazo y otros artistas de sabrosa comida madrileña, como dice en su preciosa biografía Kasabal. Y si era caballeresca y arrogante su figura, no desmentía su proceder á su apariencia; antes al contrario, jamás le sorprendimos en acción indigna de un cumplido caballero. Le vimos muchas veces pedir para los demás y nunca para sí, aprovechando en hacer bien las relaciones íntimas que tenía con los Olózagas, Martos, Riveros y demás á quienes trataba desde joven. Una vez D. Eduardo Gasset, á quien quiso entrañablemente, siendo ministro, le hizo sentar en su mesa, y poniéndole una credencial en blanco, le dijo que la llenara con su nombre y el destino que se le antojara; Bernardo Rico se echó á reir y le contestó: «Sólo quiero un buen cigarro.»

Y si esta es, en síntesis, su vida pública y privada, y su retrato, ¿qué nos resta que decir? El Director, los redactores, los empleados y operarios de este periódico, todos cuantos hemos hecho con él esa vida íntima del trabajo, y apreciado en trato continuo su bondad, su lealtad, su inteligencia, sin rozamientos, sin disputas, y con una fraternidad jamás interrumpida; ¡oh! para todos nosotros, desde el alto al más bajo, que en nombre de todos escribimos, interpretando el sentimiento general, no es al director artístico á quien lloramos y despedimos para siempre, que el arte es inmortal y se sustituye por sí mismo, siendo en él todos los que le cultivan eslabones de una cadena que se desliza entre las manos; lo que hoy nos duele y nos llega al alma es la pérdida insustituíble del amigo, del hermano, del caballero, de aquella mano robusta que estrechábamos tan á menudo, de aquellos ojos grandes y francos que rebosaban amistad.

José Fernández Bremón.

---

(1) El ilustre artista D. Raimundo Madrazo telegrafió desde París á su hermano D. Ricardo que le dedicase, en su nombre, otra corona, pero llegó con retraso el telegrama.

NUESTROS GRABADOS.

BERNARDO RICO,

director artístico de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA.

Después del hermoso y sentido artículo del Sr. Fernández Bremón, elocuente homenaje al que fué cariñoso y verdadero amigo de todos nosotros, nada nos queda que decir, ni aunque nos quedara podríamos decirlo tan bellamente. A él remitimos al lector.

LA PRINCESA JUANA DE BISMARCK.

No ha tenido la distinguida dama, cuyo retrato publicamos en la pág. 356, parte alguna en la política alemana que tantos años y con tanta gloria y provecho de la patria dirigió su marido, y esto no obstante, su muerte ha sido sentida en todo el Imperio, como si alguna conexión hubiese entre su vida y la reciente grandeza de Alemania. La razón es sencilla. Nada ha hecho directamente, pero indirectamente mucho, pues no ha sido pequeña labor, ni ha requerido poca virtud é inteligencia, la de acompañar á su marido en las largas luchas que de 1847 acá ha sostenido éste, darle ánimos en los desfallecimientos y alegría en las tristezas. Fué esposa modelo, virtuosísima, inteligente y admirable educadora de sus hijos. De este matrimonio, que ha durado cuarenta y ocho años, quedan tres, dos hijos y una hija, siendo uno de aquéllos el diplomático Herberto de Bismarck, ya muy conocido.

OCAÑA.

Solemnes exequias celebradas por el eterno descanso del Cardenal Fr. Ceferino González.

El insigne filósofo muerto hace poco con tanto dolor de la ciencia española, dispuso que se le enterrara en la capilla del Rosario del convento de Santo Domingo de Ocaña, y en cumplimiento de su última voluntad fueron conducidos á aquella población sus restos mortales en tren que salió de Madrid el día 1.º del corriente á las cuatro y media de la tarde. Tuvo tan ilustre acompañamiento como merecía y como se deja considerar advirtiendo que en él iban, entre otros, los Sres. Obispos de Oviedo y Segovia, los señores Magdalena y Pidal, el Vicario provincial de la Orden de Santo Domingo, el P. Maestro Cienfuegos, el Padre del Val, confesor del difunto Cardenal, etc., etc.

Salió á la estación á recibir el cortejo fúnebre toda la comunidad, de cruz alzada, el Ayuntamiento y numeroso gentío, siendo conducido el cadáver á la iglesia de Santo Domingo. Colocado el féretro en el centro del templo, cantó la comunidad un solemne responso. Al día siguiente, á las nueve de la mañana, celebróse misa de pontifical, oficiando el Sr. Obispo de Segovia, asistiendo todas las autoridades, y terminada la misa se verificaron solemnes exequias en sufragio del Cardenal, á las que presidieron los Obispos de Oviedo y Segovia y demás personas notables allí presentes. Nuestro grabado de la pág. 356 permitirá á los lectores formar idea del aspecto del templo mientras duró la ceremonia.

Fúnebres crespones le cruzaban formando pabellón sobre el féretro. Á la derecha estaban los oficiales del destacamento de Ocaña, y á la izquierda el Ayuntamiento con sus maceros, llevando éstos las mazas enlutadas. De este mismo lado está la capilla del Rosario, cuya puerta se ve en el grabado.

Los frescos de la iglesia han sido pintados por un Padre de la orden de Santo Domingo, notable artista á quien debemos los apuntes que nos han servido para dar cuenta de la ceremonia.

RUSIA.

Casamiento del czar Nicolás II.

Sábese que el hoy emperador Nicolás II de Rusia estaba para casarse con la princesa Alicia de Hesse cuando príncipe, pero que la grave enfermedad de su padre y después la muerte de éste fueron causa de que se aplazase la boda, la cual se ha verificado en el palacio de Invierno, de San Petersburgo, el 27 del pasado.

El estampido del cañón anunció á los buenos rusos que el Emperador, seguido de lucido séquito, salía del palacio Anichkof para dirigirse al de Invierno. Al mismo tiempo salía la Princesa, con no menor acompañamiento, del palacio del gran duque Sergio. Unidas ambas comitivas, venían delante la Emperatriz viuda, del brazo del Rey de Dinamarca; seguíanles la Emperatriz futura, del brazo del Emperador, y tras éstos el Príncipe de Gales y los Duques de Coburgo y York.

La ceremonia nupcial, representada en el grabado de la pág. 357, fué muy corta, reduciéndose á la bendición de los cónyuges por el Patriarca y la imposición de las coronas imperiales. Después de terminada, pasaron los augustos esposos á la catedral de Kasán, donde asistieron á un solemne *Te Deum*, y de allí volvieron al palacio de Anichkof, siendo aclamados en todo el camino por inmensa muchedumbre.

BELLAS ARTES.

Madrid: *Atrio de la parroquia de San Sebastián* (calle de Atocha), dibujo de Martín Rico.—*San Francisco de Asís curando á los leprosos*, relieve de D. A. Querol.

Tristes son estos días para el ilustre paisajista autor del precioso dibujo que publicamos en la pág. 360. La muerte ha robado á su cariño un hermano queridísimo, también amigo nuestro del alma; y aunque saber que no le llora solo, sino que son innumerables en España los que con él, y con nosotros todos, experimentan profundo dolor, es el único verdadero consuelo que en tan amargos trances cabe, la huella que en la vida ha dejado Bernardo Rico es tan honda, que en muchos, muchísimos años, no se borrará de la memoria de cuantos le conocieron; por donde podrá graduarse la ancha herida que en el alma del hermano (hermano por la sangre y por el arte) habrá dejado su pérdida.

Martín Rico, no sólo es artista, sino gran artista, descollando entre sus méritos un estilo tan castizo, en que tan bien sentidos se hallan la luz de nuestro cielo y lo pintoresco y original de nuestros monumentos, que con razón sobrada puede decirse que las obras suyas no necesitan firma. Buena prueba de ello es el atrio de la iglesia de San Sebastián que reproducimos, donde se está viendo el alegre ambiente madrileño en una florida mañana de Mayo de esas en que la pureza del aire y el brillo del sol dan á las líneas un vigor en otras partes ignorado y que sólo puede comprender é imitar el hijo de este suelo.

El distinguido escultor Sr. Querol hizo el alto relieve que reproducimos en la pág. 361 estando en Roma pensionado, y con este solo trabajo habría acreditado su gran mérito artístico, si sobre otros muchos igualmente notables no descansase. *San Francisco de Asís curando á los leprosos* es una maravilla de factura, no inferior, en el concepto de cuantos inteligentes la conocen, á *Tulia pasando sobre el cadáver de su padre*, otro notabilísimo alto relieve del Sr. Querol. Las figuras de *San Francisco curando á los leprosos* son de tamaño natural. Está sacando de punto el relieve en Carrara el famoso Nicoli.

El Estado adquirió la obra del Sr. Querol para el Museo Nacional de Pinturas.

FERNANDO DE LESSEPS.

Si el vizconde Fernando de Lesseps hubiese muerto hace algunos años, habría confirmado aquel popular refrán que dice: *No hay mal que por bien no venga*. Antes de comenzar la empresa de abrir el canal de Panamá era uno de los hombres más respetados y famosos de Francia, y llevaba, puesto por sus paisanos y aceptado por mucha gente, el nombre de *gran francés*, sin que nadie se lo disputara, de modo que muriendo entonces, moría honrado y lleno de gloria, y por haber prolongado su vida hasta hoy, en poco ha estado que la acabara en presidio.

Nació en Versalles el 19 de Noviembre de 1805, y comenzó la carrera diplomática en Lisboa, á cuya ciudad pasó agregado al consulado francés. Después de haber estado en Túnez y en Argelia, mandáronle al Cairo, como cónsul de segunda clase. Estuvo algunos años en Egipto y en Siria, hasta 1838, en que fué de cónsul de Francia á Rotterdam. Al año siguiente vino con igual cargo á Málaga, de donde le trasladó su Gobierno á Barcelona tres años después.

Más de diez años vivió Lesseps en España, y habiendo venido á nuestra nación de cónsul, la dejó de ministro plenipotenciario, cargo que debió á la revolución de 1848, y que le quitó Napoleón en 1849 para enviarle á Berna, y de allí á Roma, donde los revolucionarios habían proclamado la república, muy contra la voluntad del futuro emperador de los franceses, ya tocado, antes de serlo, de la manía de intervenir en los negocios de las naciones vecinas, cuya manía, como es sabido, le perdió años después.

En 1854 volvió Lesseps á Egipto, llamado por el nuevo virrey, Mohamed-Said. Entonces tuvo la feliz idea de la apertura del istmo, que no era suya, sino muy vieja, pero que traía, al resucitar en él, el mérito, no despreciable, de ser oportuna. Consultóla con su amigo Said-Bajá en un viaje que hicieron de Alejandría al Cairo, y aprobada por éste, la explicó en una Memoria que vió la luz en 1856 con el título de: *Le percement de l'isthme de Suez. Exposée et documents officiels*. Encontró muchos y muy poderosos enemigos el proyecto; pero á los tres años de nacido había dado á Lesseps un capital de 200 millones de francos, con el que comenzó las obras, poderosamente ayudado por Said-Bajá. Murió éste en 1863, y hallóse la Compañía en disputas con el nuevo Gobierno, á la par que muy perjudicada por la falta de trabajadores, pues todos los de Egipto eran pocos para atender al cultivo del algodón, que con gran empuje iba prosperando en el país. Valióle Napoleón III, á la sazón omnipotente, quien medió entre el Gobierno egipcio y Lesseps, componiendo la diferencia. El 15 de Agosto de 1865 pudieron pasar de un mar á otro las primeras lanchas; en igual día de 1869 se juntaron en los lagos Amargos las aguas del mar Rojo y del Mediterráneo, y el 20 de Noviembre se inauguró con gran pompa el nuevo Canal.

Aquel triunfo, y lo mucho que sus compatriotas lo celebraron, llegando á llamarle (con excesiva ponderación, sin duda) *le perceur d'isthmes*, dieron á Lesseps tal confianza en sus fuerzas, que pensó, estimándolas en tanto y atendiendo al mucho crédito que tenía, estarle reservadas otras mayores empresas, tales como la del ferrocarril que había de cruzar toda el Asia, la del mar interior del Sahara, y, por último, la de cortar el istmo de Panamá.

Puso en ésta tanto entusiasmo y empeño como en la de Suez, á pesar de tener más de setenta años. Pensó encontrar en los Estados Unidos de la América del Norte el dinero necesario, y esta fué su primera equivocación, porque el egoísmo *yankee*, enemigo de todo lo europeo y celoso de cuanto pueda menoscabar la superioridad que se atribuye sobre todas las naciones de América (la cual no quedará probada hasta que pase por lo menos otro siglo), vió en él un intruso y cerró todos los bolsillos. No por eso amenguaron los ánimos de Lesseps. Defendió su obra en el Congreso de ingenieros de 1879, y tanto trabajó por ella que consiguió comenzarla al año siguiente.

La segunda equivocación le perdió. Había calculado que bastarían 600 millones de pesetas para abrir de arriba abajo el istmo, juntando el Atlántico al Pacífico, y estuvo tan lejos de lo cierto, que habiéndose gastado 1.500 no se ha podido construir un canal de esclusas.

Las consecuencias que para él tuvo el negocio del Panamá son harto sabidas. Descubrióse que mucha parte del dinero recaudado había ido á parar á gente codiciosa y nada honrada; que la prensa y los políticos habían tomado para sí no poco de lo que debía ser para el Canal, con lo que los franceses, siempre impresionables y tornadizos, y muy encariñados con las monedas que tan cuidadosamente ahorran, dieron al diablo al *grand français* y al *perceur d'isthmes*, y le cambiaron en *escroc*, pagándole con creces en injurias las demasías de gloria de que le eran acreedores.

Ha pasado los últimos días de su existencia en la quinta de La Chesnaye, enfermo, no sólo de achaques del cuerpo, naturales á sus muchos años, sino también de dolores del espíritu, tales y tan terribles como nadie pudo esperar que los sufriera. Desde que allí se retiró, ó, para decirlo mejor, le retiró su desgraciada familia, vivía Lesseps ajeno á todas las cosas del mundo, y casi sin conciencia de su situación ni de su estado.

Publicamos el retrato de Lesseps en la pág 364 de este número.

Del canal de Suez y de su historia hallarán los lectore completa noticia en el artículo del Sr. Bravo, en la pag. 363

Sólo una curiosa circunstancia queremos consignar. El Canal de Suez costó 480 millones de pesetas, cuyo capital vale hoy 1.635, siendo por tanto la ganancia de 1.154. En el de Panamá se empleó un capital de 1.369, que ha quedado reducido á 169, lo que arroja una pérdida de 1.200. La riqueza que con su primera idea produjo Lesseps la disipó con la segunda. Su derrota fué poco más ó menos igual á su triunfo, calculándolos en dinero. Con tal medida puede decirse que ha muerto sin dejar con la sociedad contemporánea deuda alguna.

TIPOS Y COSTUMBRES DEL JAPÓN.

Actores durante una representación.— Vendedor ambulante.

Tan rápida es la mudanza de la nación japonesa, que, pasados muy pocos años más, apenas quedará vestigio de los originales tipos que mostramos á los lectores en nuestros grabados de la pág. 365, reproducción de curiosas fotografías del Sr. Argenti. La primera acabará de dar idea del estado del teatro japonés, de que en uno de nuestros pasados números y en esta misma sección hab'amos con algún detenimiento. El detalle curioso que esta fotografía revela es el uso de las máscaras, como en los tiempos primitivos del teatro griego.

La segunda reproduce exactamente el tipo de un vendedor ambulante de Tokio. Aun viste á la manera indígena, pero seguramente ya no se pinta el cuerpo como se lo pintaban sus padres y sus abuelos. Las nuevas leyes lo prohiben, procurando acabar con todos aquellos usos que diferencian al japonés del europeo.

Esta manía de civilizarse imitándonos podrá hacerle más poderoso y más sabio, pero no más feliz, porque en esto, según todos los autores, nos lleva gran ventaja. «Puede compendiarse la vida de los japoneses, dice Layrle, en estas sencillas palabras: no tiene necesidades. En la gente baja no se advierte miseria ni envidia, y nadie hallará obreros extenuados por el trabajo, ni enfermos por tener industrias nocivas á la salud. Muy al contrario, el trabajador japonés, así el de la ciudad como el del campo, vive alegre y sano, y no es sólo imitador, como se suele decir en Europa, sino inventor inteligente.»

G. Reparaz.

EL PUEBLO CHINO (1).

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

ARTÍCULO TERCERO.

Como siempre que dos Estados se hallan en conflicto, al comenzarse la guerra del Asia oriental estallaron miles de disputas y apuestas acerca de cuál entre los contendientes, los chinos ó los japoneses, llevaría el gato al agua, como dicen los disputones vulgares, ó alcanzaría las palmas del triunfo, como dicen los bien hablados y correctos. Las preferencias en el mundo se determinan ó por las convicciones ó por los temperamentos. Quien profesa ideas progresivas y siente afectos liberales, propende á los japoneses, representantes de un término avanzado en la serie del progreso nunca interrumpida; mientras quien profesa ideas conservadoras y siente afectos más ó menos reaccionarios, propende á los chinos, representantes de un término regresivo, considerado como un áncora de segura estabilidad por aquellos que no desean innovaciones y cambios. El Japón, conmovido y renovado por grandes revoluciones comenzadas en su seno hace ya cinco lustros, corre desalado en pos de todas las ventajas europeas; mientras China, parada en esa inmovilidad feudal de hace ya siglos, correspondiente con un estado político muy análogo al que teníamos nosotros en plena Edad Media, cuando no se habían aún constituído las monarquías modernas y no habían alcanzado las sociedades cristianas un fuerte organismo, porfía por no

(1) Véanse los núms. XLIII y XLIV.

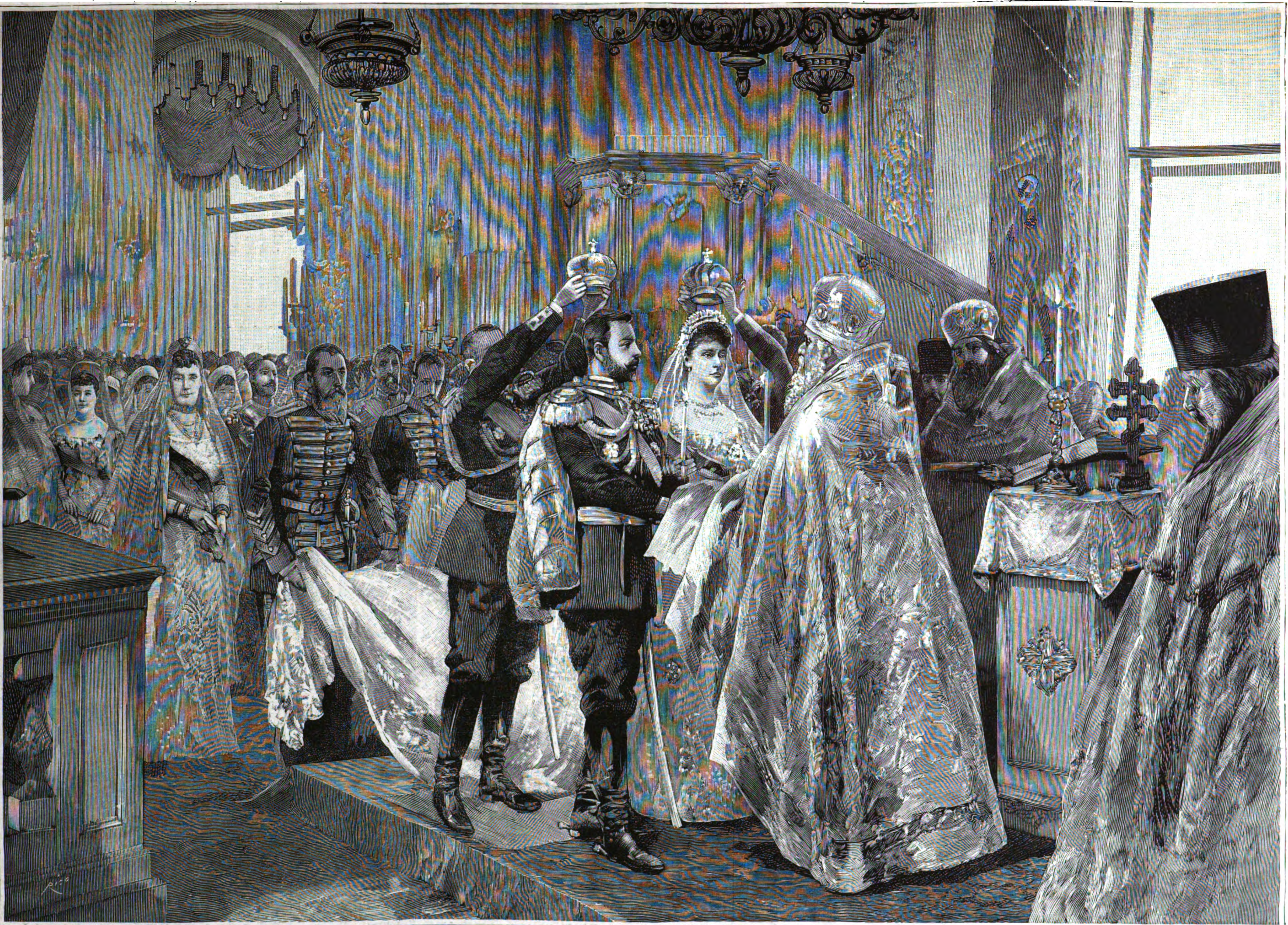
salir de su secular inmovilidad asiática. La contextura, tomada desde su revolución por la sociedad japonesa, parécese mucho á la que tenían las sociedades cristianas cuando llegaban al siglo décimosexto, y en tal siglo robustecían su poder público, reduciendo á un común denominador las quebradas y fragmentarias autoridades señoriales adscritas al territorio defendible por sus armas, dentro del cual constituían gobiernos despóticos y de guerra, pesando con abrumadora pesadumbre sobre las espaldas de sus vasallos y entendiéndose lo menos posible con el poder central, á quien se unían y de quien se apartaban á su antojo, como esos organismos llamados de segmentación y compuestos por varios otros, los cuales se agregan en todos indeterminados ó en corpulillos se disgregan, componiendo fragmentos con la mayor facilidad y frecuencia, que se mueven y respiran aparte. Por tanto, mientras en el Japón la unidad interna de su Estado, es decir, la unidad de su cabeza, mueve todos los miembros y músculos sociales con regularidad y acierto, en China la separación entre los organismos componentes de su Imperio hace que cada cual se cure de sí tan sólo y no se acuerde ahora, en este conflicto, de los demás, demostrándose cuán flojo lazo y ligamento será entre todos los factores y partes de una sociedad la persona invisible de un déspota colocado allá en el apartadísimo cielo del privilegio personal suyo, y recluído en los santuarios de su autocracia, pero sin aparecer ésta con otros caracteres que los caracteres de una dignidad honoraria, como un Dios despojado de su voluntad y de su providencia. En semejante situación, ¿cuál de los dos contendientes debía lograr la victoria?

Empezaban los japoneses por sentir la patria colectiva de todos ellos mejor que los chinos, y concluían por añadir á este gran motor del sentimiento patrio las ventajas sobre sus enemigos conseguidas por constante asimilación, tras un estudio concienzudo, de nuestros adelantos industriales, al cuerpo y al organismo suyos, dependientes de una sola cabeza y de un solo corazón, del Estado único, que dirige con clara conciencia de sí los movimientos en todo aquel cuerpo y distribuye por sus venas la sangre. Mejor comandados, y de armas y medios mayores los japoneses provistos, han á la verdad contado los triunfos por los combates, en virtud de la rigurosa disciplina sobre todos ellos imperante. Su escuadra, puesta por un porfiadísimo trabajo al nivel de las escuadras que llevan el pabellón de los pueblos civilizados por los mares, ha hundido á las escuadras chinas, no obstante los auxilios que les prestaran á éstas la ciencia y la experiencia de los ingleses. Y lo que ha pasado con sus escuadras, ha pasado con sus ejércitos también. Magüer lo sumo del valor patentísimo á la continua en estos menospreciadores de la vida, el carácter inorgánico de que adolecen, tanto sus armadas oceánicas como sus legiones terrestres, hales infligido derrotas sin cuento. Hay tal distancia entre un soldado japonés y un soldado chino en guerra, como la que puede haber en astronomía entre un observador del cielo que solamente se puede valer de sus ojos, y otro que se puede valer del último y más perfeccionado telescopio. Así, á la unidad del impulso y á la virtud del mando y al mérito en la organización y á la rapidez en los movimientos hase debido que penetraran en Corea, feudo del celeste Imperio, y barrieran á las tropas imperiales que lo defendían, llegando hasta Seoul, capitalidad feudataria, como á su casa, y



LA PRINCESA JUANA DE BISMARCK.
† en Varzin (Alemania), el 27 del pasado.

OCAÑA.—SOLEMNES EXEQUIAS CELEBRADAS EN EL ORATORIO DE LA ORDEN DE SANTO DOMINGO, POR EL ETERNO DESCANSO DEL CARDENAL FRAY CEFERINO GONZÁLEZ.



SAN PETERSBURGO.—LAS BODAS IMPERIALES.—CEREMONIA NUPCIAL Y CORONACIÓN DE LOS ESPOSOS EN LA CAPILLA DEL PALACIO DE INVIERNO.

declarándose con este sencillo acto sucesores de China en el poder supremo y en la dirección política de aquella disputada península. Este acto no era, en suma, sino la reproducción de otros análogos, acaecidos desde que se abrió á comunicación inevitable la cerrada y desconocida Corea. Los angloamericanos, conducidos diez y ocho años ha por el husmeo de los sarcófagos compuestos en oro macizo, donde los reyes dormían el sueño eterno so las pagodas coreanas, abrieron las puertas de aquella vasta región á los hachazos de sus exploraciones y con las hachas de sus exploradores: y desde tal fecha el Japón instaló allí una embajada; y desde que instaló allí una embajada, mantúvola con una guarnición; y desde que la mantuvo con una guarnición, intervino en todos los conflictos comentados entre los bandos reaccionarios y revolucionarios, naturalmente surgidos al calor de la vida nueva, y alternativamente sustentados en sus discordias y porfías por los dos gobiernos que representan en el Asia extrema la estabilidad y el progreso, por el gobierno reaccionario de China y por el gobierno progresivo de Yocohama.

Así es que, inmediatamente después de haber vencido en mar y en tierra, posesionados ya del nuevo dominio suyo, no se han satisfecho con la conquista de cuanto disputaban: se han metido por medio de una irrupción formidable dentro de las regiones pertenecientes ya en propiedad plena y directa, de antiguo, á sus contrarios, y hanles devuelto golpes dobles á los por ellos asestados; y digo dobles, por una consideración, porque no habian osado los chinos ir hasta el Japón y los japoneses han osado ir hasta China. Con efecto, ya están en Madchuria. Dada la organización especialísima del Celeste Imperio, Madchuria pertenece al número de regiones tan fáciles al disgregamiento de China como á la natural agregación. Anúdanla los menos lazos posibles con el centro; pero no deja de formar un sumando indispensable á la suma inmensa que se llama China. Y este sumando posee importancia tan grande y aparte, porque su territorio toca de un lado con el Imperio ruso y de otro lado con el Imperio coreano. Como Grecia está colgada de las cordilleras donde se levanta el Olimpo, cordilleras macedónicas y tracias; como Italia está colgada de las cordilleras alpinas, que la separan de Alemania y Francia y Suiza; como España, por su parte y á su vez, de los Pirineos, que la separan del resto de Europa; Corea, península también, está colgada de Madchuria, donde un monte descuella como el Monte Blanco, llamado así por sus faldas de gredas y sus remates de nieves, fortaleza formidable á que libra el Imperio parte principalísima de su seguridad, y las tierras todas aquellas parte principalísima de su alimento. Y además de todo esto, guarda tal región Mukden, una especie de Pekín boreal, azotada por vientos de la glacial Siberia, pero querida y respetada por la grandeza de unos templos guardadores del recuerdo de Buda, tan idolatrado entre aquellas gentes, y por la santidad de tradiciones muy valiosas para quienes toman los antepasados, más que como abuelos y progenitores de la familia, como reyes eternos y genios divinos del hogar. Con efecto, la dinastía hoy reinante sobre China proviene del siglo décimoséptimo y pertenece á esta región madchuriana. Y así, no importa sólo el paso que dan ahora los japoneses, por la material posición estratégica de Mukden, importa porque, raíz de príncipes considerados por Madchuria como algo superior á lo humano, al caer bajo los pies del extranjero denotan cómo á sus antiguos omnipotentes y omniscientes dueños les faltan ya la fortuna y el valor. Tamaña convicción podría servir en otras partes y entre otros pueblos á un aceramiento de la voluntad, que les prestase mayor filo; pero en China, ó traerá una suicida conformidad con el destino implacable, ó traerá una guerra civil que prepare apocalípticos exterminios.

Lo peor de todo esto para China es el pensamiento que va surgiendo en muchos Estados y Gobiernos respecto de cuánto convendría proceder con rapidez, en vista de sus desgracias, á una desmembración inmediata del Imperio y del Estado suyos. Un revés y un desastre no hubieran inferido al Mikado males tan grandes, por hallarse dentro de unas islas, como los que infieren al hijo del cielo sus reveses y desastres, por hallarse la corona suya en medio de un continente. Al Japón en Asia le favorece aquella misma ventaja que favorece á Inglaterra en Europa: su aislamiento. Pero quien tiene contacto con Rusia por Siberia y Madchuria; contacto con Francia por el imperio que ha ido ésta formando en Tonkín, ó por la influencia que va ejerciendo en Anam y Siam; contacto con Inglaterra por Birmania y por los desiertos boreales de la Mongolia y de la Tartaria, tan interesantes á las tierras que riega el Indo y el Himalaya guarece, según lo sucede á China, encuéntrase por fuerza en el caso de pensar que cada coloso, vecino suyo, atisba el momento propicio de repartírsela, sobre todo si muestra, cual hoy, amén de una incapacidad para gobernarse, como la que mostró hace tiempo, una incapacidad aún mayor, no ya para dirigirse á sí misma, para defenderse y salvarse. No debe olvidar el Asia que todo cuanto han hecho las potencias extranjeras en aquellos pueblos y en aquellos mares llamados indo-chinos se asemeja mucho á las primeras desmembraciones de Polonia y al graduado lento despojo de Turquía. Que Francia haya erguido su pabellón en el frente oriental de la Indo-China; que, para combatir de cualquier guisa este atrevimiento, se hayan por Inglaterra sumado los restos aun libres de Birmania y sus anejos á las Indias; que Rusia se haya extendido por el Septentrión en términos de aparecer hoy como una potencia con tan extenso territorio cual sus rivales todas del mundo asiático, no quiere decir, en suma, otra cosa, sino que á China le han puesto al cuello las tablillas puestas por ella en sus hábitos y tradiciones seculares á los reos de muerte. En vano ha pretendido levantar aisladores, más altos que las viejas murallas erigidas por sus antiguas dinastías, para constituirla, dentro de lugar cerrado, en una especie de misterioso impenetrable secreto planetario: así la irrupción de franceses y britanos, rompiendo el encanto de Pekín, como las humillaciones que ha debido perdonar á Rusia por el valle de Kouldja, y á Inglaterra por la frontera de Birmania, y á Francia por la frontera de Tonquín, y á los japoneses por Corea, le demuestran cuán debilitada está de suyo y cómo deberá su salvación, si se salva en estos críticos momentos, á lo mismo á que la debe aquí en Europa Bizancio: á la imposibilidad completa de repartirse, con avenencia y consentimiento de todos, entre todos sus restos.

El escritor competentísimo, que lleva de antiguo en la *Revista Británica* los asuntos orientales a su cargo, recuerda con sabia oportunidad un hecho de la mayor enseñanza en las crisis orientales atravesadas ahora y en los tiempos ahora corridos. Cuando las tropas anglo-francas acamparan en Pekín el año 60, ya pusieran por obra varios planes de dividir el Celeste Imperio y hendirlo en dos capitales porciones. Enseñoreados entonces unos muy célebres rebeldes, los Tai-pings, como verdaderos ocupantes y dueños, de la parte meridional, oyeron proposiciones hechas por Lord Elgin, plenipotenciario inglés, para que descuartizasen China y fundaran en el espacio, correspondiente á ellos por sus triunfos, un grande imperio bajo el protectorado de la Europa occidental, dispuesta en sus consejos entonces á considerar como buena cualquier soberanía erigida sobre los fragmentarios restos de la gigante región. Pero este partido nacional, enemigo irreconciliable de la vieja conquista boreal, pero profundamente arraigado en la tierra y henchido de aquellas tradiciones é ideas, no quería levantarse tan sólo sobre una porción del Imperio, quería la unidad, á todos los chinos cara, pero mucho más cara de suyo aún á los chinos ufanados con su sangre nativa pura y adversarios jurados de los tártaros, á cuya dinastía deseaban sustituir, pero sin deshacer y fragmentar sus dominios. Una idea se deriva inmediatamente de tal consideración, una idea capitalísima para la solución de los problemas planteados hoy en el Asia extrema: después de treinta y cuatro años que han pasado desde tal proposición, y cuando han sufrido los Tai-pings, invitados á romper la unidad china, martirios tales, tras sus derrotas, como la muerte de cuarenta millones entre los suyos, exterminados en un período de tres ó cuatro lustros, en el cual mostraran los dominadores tártaros cómo lleva cada cual un Atila en el cuerpo, ¿no sería hora ya de que pensase Occidente si han cambiado estas tribus de idea, y revuéltose contra China, como han hecho ya otros pueblos amarillos, sobre quienes ejercía el Celeste Imperio una fascinación tan grande? Lo cierto es que la llamada de los japoneses á rebato contra el Celeste Imperio puede significar el comienzo de una gran catástrofe para los chinos, expulsados de América por el terror que sugieren á los yankees sus temidas y temibles competencias; odiosos á los franceses por la protección extendida en el Río Amarillo sobre todos los piratas que saquean y talan las costas del Tonkín; repulsivos á los ingleses, que recelan del engrandecimiento suyo por las Indias propias; amenazados de la misma Rusia, que les quita una parte de la Siberia con otra parte de Madchuria y quiere todo el Norte para ingerir los tártaros en sus abigarradas legiones; condenados por la Humanidad, como condena siempre á cuantos detienen, ó contrastan, ó combaten el humano progreso.

EMILIO CASTELAR.

DESPUÉS DE UNA LECTURA.

CUANDO Manuel Reina me pidió parecer acerca de su nueva colección de poesías, le ofrecí dárselo escrito en vez de hablado, creyendo que aquello habría de ser más fácil para los que tenemos la costumbre de pensar sólo delante de las cuartillas y en ausencia de las gentes, á la manera de los enamorados primerizos, que viendo siete veces por día al objeto de sus ansias, no se atreven á declararle su amor si no es por carta, bien que entregada en propia mano. Timideces propias del oficio, y símil que encaja ahora como anillo al dedo, porque verdaderamente soy primerizo en esto de explicar mis amores literarios.

Muy luego me arrepentí del ofrecimiento, porque lo que en conversación de amigos hubiese sido confidencia modestísima, pudiera tomar en el papel aparatos de obra crítica. Y mis inclinaciones no me han llamado á esos caminos ásperos.

Pero, arrepentido y todo, voy á cumplir la oferta, porque el vulgo dice que lo ofrecido es deuda, y Reina y yo creemos que las deudas son sagradas aunque esto ya no lo diga el vulgo de los deudores.

La impresión que me ha producido el libro *La vida inquieta* es buena, doblemente buena, por dos razones: la primera, por el mérito real de la obra; la segunda, por el valor personal de acometerla.

Se necesitan convicciones fuertes, fe en los ideales, confianza justa en las propias fuerzas, para arrojarse, libro en mano, á la corriente positivista y prosaica de esta sociedad turbada, y parar su atención, tan dividida, y hacerse oir entre el oleaje atronador y pasar al otro lado triunfante.

En todo esto veo—y me parece el símbolo más adecuado—el ánimo de Camoens, náufrago y perdido, salvando á nado su poema, entre las tempestades del Océano.

Conociendo á Reina desde su principio literario, no puedo saludar en su libro la aparición de una estrella poética, porque estaba ya aparecida en ciclos anteriores. Pero sí debo y es de justicia señalar, así en el fondo como en la forma de sus poesías nuevas, un progreso grande, cuya causa queda quizá explicada, por acaso ó deliberadamente, en el título mismo de su libro: *La vida inquieta*. La vida inquieta es en verdad una musa.

Allá por los albores del siglo XVII pudo Cervantes decir que «el sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espíritu, son grande parte para que las musas más estériles se muestren fecundas», aunque la sentencia del inmortal escritor fué más bien aspiración no satisfecha que realidad de su vida, y aunque contradijo sus palabras con el ejemplo de su musa fecundizada en el desasosiego constante y hasta en los lugares desapacibles.

Pero al declinar el siglo XIX, la inquietud del espíritu, los dolores de la existencia, las disputas de la humanidad, las zozobras y conflictos de la vida, las turbaciones de la sociedad agitada, son fuentes de inspiración y escuela de pintura para el poeta moderno, obligado á llevar en su bagaje algo más sustancioso que la exterioridad de la forma y la música de la rima. Dolores sufridos, adversidades amargas, ilusiones muertas, *inquietudes*, en fin, *de la vida*, han labrado con su punzón incisivo en la musa de Reina, ahondando en ella y abriendo nuevas salidas al sentimiento.

No por ello ha perdido su labor literaria la primitiva hermosura de la forma ni la brillantez del color, como suele suceder á la generalidad de los escritores, que pierden de su frescura y espontaneidad juveniles lo que ganan en depuración del gusto y en intención del concepto. Sigue en él vívido, caliente, aquel color de luz meridional, aquel pintar con la palabra, que ha tenido imitadores, instituyendo una secta que ha reproducido en nuestros días aquella esplendorosa escuela andaluza del siglo de oro de nuestra poesía lírica.

¿Se quiere un modelo de noble ternura, expresada en luminosos versos que hacen un cuadro? Pues véase el soneto *La Perla*, verdadera perla encerrada en cerco de chispas diamantinas:

Contemplaban tus ojos centellantes
La palma de cristal, la linfa pura
Del surtidor que vierte en la espesura
Su polvo de zafiros y diamantes;

Cuando enferma, con pasos vacilantes
Se acercó una mujer todo tristura,
Y te pidió limosna con dulzura,
Fijando en ti miradas suplicantes.

La perla que en tu mano refulgía
Diste á aquella mujer pobre y doliente,
Que se alejó llorando de alegría.

Yo, entonces, conmovido y reverente,
No te besé en los labios, cual solía,
¡Sino en la noble y luminosa frente!

¿Se quiere una condenación viril de los vicios sociales, de belleza sólida, á pecho descubierto y sin los afeites de la rima? Véanse trozos de la epístola *Desde la corte:*

....

Los salones, poblados de hermosuras
Cual los brillantes lienzos del Ticiano,
Torrentes de vivísimos fulgores
Y ritmos y fragancias despedían.
Todo era animación, placer y lujo
En aquella morada suntuosa,
Donde sus cascabeles resonantes
La Locura agitaba. A las cadencias
De músicas lascivas como abrazo
De meretriz y más embriagadoras
Que el néctar de Falerno, en torbellino
Luminoso de blondas, seda y flores,
Cien bellezas pasaban con los hombros
Y la espalda desnudos, la sonrisa
De la pasión en la entreabierta boca
Y, á las torpes miradas ofrecido,
El seno de azucenas, mal velado.

....

Cuando salí del baile amanecía.
¡Qué alboradas tan lúgubres aquellas
Que siguen á las fiestas y placeres!.....
Todo era soledad, silencio y frío,
En la dormida capital. La lluvia
Con plañidera voz, tenaz cayendo,
Llorar por los pecados parecía
De la noche pasada.—Sobre el fango
Vi derribada á una mujer, el traje
Desceñido y vistoso. Era una joven
—Casi una niña—blanca como un nardo
Y rubia cual las mieses. En su rostro
Delicado, infantil, pero marchito
Por el amor culpable, los licores
Sus ósculos de púrpura estamparon;
Y su resplandeciente cabellera,
En hilos esparcida, semejaba
Arpa deslumbradora sobre el cieno.
Contemplando desdicha tan horrenda,
Sentí anegarse en lágrimas mis ojos,
Y en la Corte pensé, lúbrica diosa
En el obscuro légamo caída.

....

Desde el campo escribe otra epístola, digna hermana de la citada anteriormente. Es un himno á la Naturaleza, cantado en versos *de violetas y rosas coronados*. Consuelo de un alma dolorida, que halla en las purezas del aura campestre alivio á los males humanos.

....

¡Qué espléndido paisaje! ¡Qué espectáculos
Se ofrecen á mi vista alucinada!
Sobre los campos la divina aurora
Su veste de zafir y grana ostenta,
Mientras el sol levanta entre el ramaje
Su palacio oriental de roja cúpula:
Desgárranse los tules de la niebla;
Los amplios horizontes se iluminan.... ,
Y aparece triunfante la mañana
Llena de azul, de rayos y de flores.
Camino entonces por el hondo valle
Donde el arroyo fugitivo quiebra
Sus joyas de luciente pedrería:
Donde se yergue con su regia pompa
El arbusto gentil: tiemblan los nidos
Resonantes de besos y canciones:
Las abejas, de mieles embriagadas,
Como en lecho de púrpura se duermen
En el seno encendido de las rosas:
Suspira el ruiseñor; la primavera,
Con su velo nupcial de luz tejido,
Envuelve prados, ondas, monte y nubes,
Y el alma se sumerge en el profundo
Corazón de la gran Naturaleza.

....
....

Y surge, envuelta en plácido silencio,
La noche, llena de misterio y calma
Y augusta majestad. ¡Nada en el mundo
Tan solemne, magnífico y grandioso,
Como la noche en los desiertos campos!
¡Oh dulzuras! ¡Oh goces inefables!
En esas horas de éxtasis supremos
Yo me siento feliz, y algo sublime
Y superior al hombre en mí se agita:
Mi mente vuela por el ancho espacio
Que hermoso templo á mi mirada ofrece:
El hálito de Dios mi ser penetra:
La olvidada oración consoladora
Vuelve á mi labio, y caigo de rodillas
Bajo la inmensa bóveda estrellada.

Si no bastaran estos ejemplos, ábrase al azar el libro, y se encontrarán en cada página demostraciones concluyentes de que no ofuscan las alucinaciones del cariño, ni andan por medio los cristales de aumento de la amistad, cuando el gran maestro Núñez de Arce califica á Reina de estrella de primera magnitud en la carta que sirve de hermosa portada al volumen.

Eugenio Sellés.

EL ZIGZAG DE LA MUERTE.

DOLORA.

I.

Cerca de casa, en la calle de al lado, se declaró hace días un incendio.

Empezó en lo alto de la escalera, en el corredor de los sotabancos. Unos inquilinos habían sacado los trastos para esterar de invierno su vivienda. Cayó una cerilla, prendió en un rollo de pleita vieja, tomó cuerpo, se corrió á los muebles amontonados y ensanchó sus dominios hasta la techumbre.

La cosa iba de prisa, no daba tiempo: la escalera era estrecha, el piso alto, la calle apartada, lejano el socorro..... Casi todos los vecinos eran trabajadores; estaban fuera de casa, en el taller; el auxilio se redujo á unos cuantos cubos de agua que el fuego se sorbía sin apagar su sed devoradora.....

En la tienda del piso bajo llamaron con impaciente repique al timbre del teléfono; dieron aviso al Alcalde, á la Delegación, al Gobierno civil, á las bombas.

Y nadie venía.

Y en tanto el incendio cacareaba su libertad con lenguas de fuego, se asomaba á las ventanas para burlarse de los espectadores, y, columpiándose en brazos del viento, daba empellones á los muros, levantaba sus ardientes penachos sobre las tejas, y corría tras el humo por alcanzarle, echando chispas de cólera y murmurando amenazas, como si aquel torrente de exterminio respondiera á un grito de venganza.

De pronto, entre el barullo inútil que promovían las gentes agolpadas en la puerta, se oyó una voz dominante acusadora de un peligro.

En el extremo del corredor debía estar el niño de la seña Francisca, la peinadora. Por las tardes iba á servir los abonos y dejaba en casa á la criatura. Aquel día también había salido sin él.

—¡Sí! ¡Es verdad!—confirmaron algunos.

—Ha salido sola; el niño estará arriba.

¡Qué horror! ¡Qué espanto produjo la noticia! Corrió la voz de boca en boca, y puso en movimiento á todos: nada hacían, sino moverse, chillar, persuadir los unos á los otros de que el niño peligraba.

Las madres estrechaban contra el pecho á sus hijos, como para asegurarse de que no era el suyo el que corría tan desgraciada suerte; algunos intentaron subir, pero ¡imposible! el fuego les atajaba; otros, á pie quieto, gritaban desaforados, llamando á las bombas y exclamando: «¡Pero ese pobre niño!..... ¿No habrá quien le salve?..... ¡Su pobre madre!.....»

Y asomaron, al fin, las bombas.

—¡Aprisa! ¡aprisa! ¡A ver! ¡Bomberos, el niño del sotabanco!

Y la caridad impaciente empujaba á los bomberos valerosos, que se lanzaron intrépidos á socorrer al niño. Pero ya por la escalera era imposible.

Había que dar la vuelta á la calle de atrás, escalar la casa de la espalda, subir á un tejadillo, trepar por la medianería, romper una reja de cruz sencilla, y descolgar al niño.

Todo en un verbo: la multitud corrió en tropel tras los bomberos: facilitó su empresa, y siguió con ansiedad los avances del trabajo generoso.

Cada minuto era un siglo.

Pero el vigor, el empuje de humanidad de aquellos hombres, abreviaba la obra.

Dos bomberos, piqueta en mano, destruían el muro: la reja se desprendía: faltaba poco..... cayó al fin.

Un instante después sacaban en brazos al niño, ileso, pero llorando, despavorido, aterrado por el humo, por la soledad.....

Cuando ufanos con su botín y vitoreados por la muchedumbre llegaron á la calle, ya estaba allí la pobre madre, sedienta de su hijo, invocando al cielo, bendiciendo á los salvadores, inquieta, loca, llamándole, diciéndole: «Aquí estoy; ven, cielo mío, ¡pronto! ¡Hijo del alma!»

Cuando lo cobró en sus brazos, aquello fué un frenesí, un vapuleo cariñoso, un estrujamiento delirante..... Le frotaba contra su pecho, clavaba sus labios con furioso martilleo en la yerta faz de aquel pedazo de sus entrañas, y se volvía á todos, diciendo:

—¡Miradle! ¡Mi pobre hijo! ¡Qué rico! ¡Vida mía!

....

II.

Al día siguiente leí en los periódicos esta noticia:

«A eso de las tres de la tarde del día de ayer ocurrió una sensible desgracia en el paseo de Areneros. Tres bombas y dos cubas del servicio de incendios desembocaron á un tiempo por la calle de Carranza, y en precipitada carrera bajaron hacia la calle del Marqués de Urquijo, llamadas para sofocar el incendio de que en otro lugar damos cuenta.

»Una de las bombas tuvo la desgracia de atropellar á un niño que jugaba en la calle, con tan mala suerte, que antes de llegar al hospital de la Princesa, donde le trasladaban, falleció la infeliz criatura.

»Una de las ruedas del carro le había pasado por el cuello.»

José Cánovas y Vallejo.

LOS TEATROS.

En el de La Comedia: *Los condenados*.—Ojeada retrospectiva.—Lo nuevo en Novedades.—Lo que pasó y lo que no pudo pasar en Eslava.—Estrenos en Lara.

Creía yo que D. Benito Pérez Galdós tendría su nombre literario en tanta estimación, por lo menos, como han mostrado tenerle la prensa, en general, y el mismo público que, ateniéndose á leyes supremas, pronunció el fallo condenatorio de *Los condenados*.

Por seguro teníamos todos que el Sr. Galdós no apelaría de tan justa y definitiva sentencia, ni aun por empeños de procuraduría perniciosa de la amistad, ni con la lisonjera iniciativa de la dirección del teatro, bien convencida de un fracaso tan completo y tan patente.

El cartel anunciador, sin embargo, ha venido á decirnos, con el nombre del autor, que éste persiste en su equivocación tremenda, y que, de su viaje al valle de Ansó con los Barbués y los Paternoy, ha traído una tenacidad aragonesa digna de empresa mejor que la de deslustrar timbres de la propia gloria.

¿La gloria de Galdós? Bien señaladas pruebas de respeto á esa gloria han dado el público y la crítica desde que el novelista apareció con su *Realidad* en la escena, hasta el ruidosísimo *caso* de *La de San Quintín*, en que el público dió por buenas y hasta por justas las *desplantadas* exageraciones de un entusiasmo preconcebido.

Ahora mismo, con motivo de *Los condenados*, la empresa amparaba ya la obra anunciándola en la misma forma que la primera, y en los carteles se hablaba sólo del *eminente literato*, y la prensa, en su sección de espectáculos, decía un día y otro al público que iba á ver una «obra nueva del eximio novelista», un «nuevo drama del famoso autor de los *Episodios nacionales*». Y así el público fué una vez más al teatro sin olvidarse de la librería, cuando el autor seguía olvidándose de la librería con sus grandes y bien acariciados empeños del teatro.

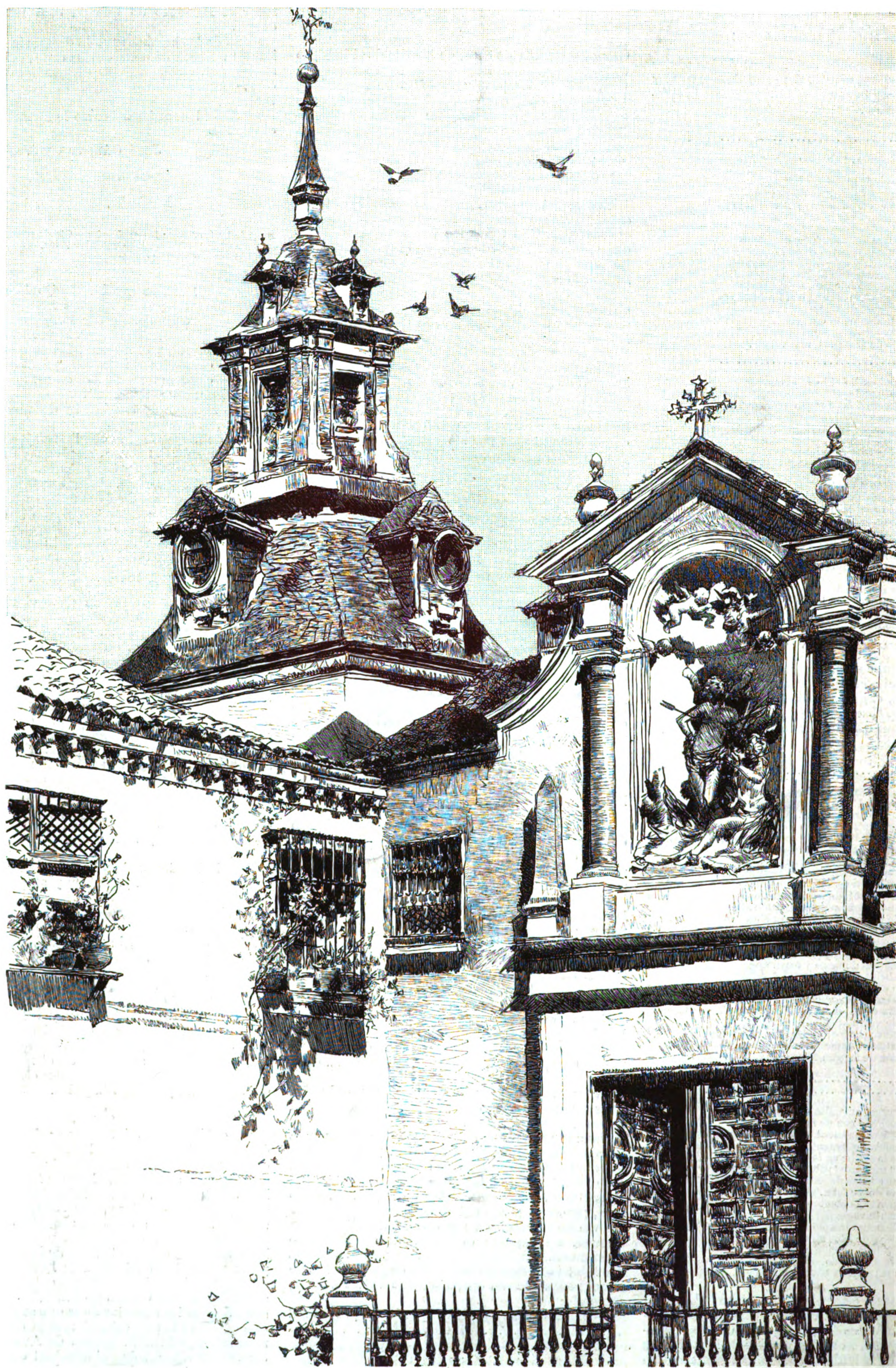
Pero la bandera roja y gualda de los *Episodios nacionales* no podía ya cubrir y amparar con sus gloriosos recuerdos un desvarío escénico tal como el de *Los condenados*, sin calificación posible en la dramática.

Allí, lo más serio, lo más santo, resulta de un grotesco tan vivo, que todos los esfuerzos de la buena voluntad del espectador no alcanzan á llevar á éste por el camino que el autor le señala con una acción pobre y sin interés, entre personajes absolutamente faltos de color y calor humanos, aunque estén vestidos con propiedad estudiada por un sastre-artista, empeñado en servir al autor como fiel compañero de aventuras en el mismo terreno en que los personajes se mueven como máquinas sin concierto, por ciego impulso.

***

¿A quién vamos á tener por fuerza real del drama? ¿A la inocente y al fin fantástica Salomé, con su pasión recrudecida á los fulgores del lucero del alba? ¿A su amante, el de los fieros alardes de León y de Bravo, con sus fatalidades á lo *D. Alvaro* y sus arrogancias y sus rufianerías á lo *Tenorio*? ¿A Santamona bendita, abogada de los amores *non sanctos*, encubridora y amparadora de los criminales contra el *ángel de la Guardia civil* y la recta acción de la justicia humana? ¿Al otro santo, Santiago Paternoy, parodia y émulo de aquel imposible Orozco de *Realidad*, y pacientísimo Job de las miserias de la que se prometió por esposa, sobre la que echa el manto de su piedad, mientras ayuda á la santita de Ansó á echar la capa encubridora sobre el criminal empedernido?

Porque el autor lo quiere, los ansotanos—inclusos Barbués, Gastón y toda la familia—podrán tener en olor de santidad á la viejecita herborizadora, providencia de amantes extraviados, y á Santiago, aquella especie de oso manso de las monta-



MADRID.—ATRIO DE LA PARROQUIA DE SAN SEBASTIÁN (CALLE DE ATOCHA).

(Dibujo de Martín Rico.)



SAN FRANCISCO DE ASÍS CURANDO A LOS LEPROSOS.

ALTO RELIEVE DE D. A. QUEROL.

ñas aragonesas, que ruge y enseña los dientes á los suyos para abrigar y acariciar con su piel á los enemigos que le mortifican, después de haberlos *condenado* solemnemente al *amor* y á la *vida*.

Pero el público se ríe *de* y *con* los dos santos en todas sus extrañas y caprichosas manifestaciones, sobre todo en aquel solemne y sublime juramento en falso—en situación más falsa todavía—en que el santo Paternoy—después de atropellar á Cristo con su encubridora mentira—se atreve á echar todo el peso de la justicia de Cristo sobre los que le piden la verdad en pro de la justicia misma.

Inútil tarea la de hacer de *Los condenados* un detenido y detallado análisis, cuando la obra es tan falsa, que no puede resistir siquiera la más sencilla presentación de los principales personajes, que llevan su peso abrumador hasta aquel ridículo final fantástico.

Paternoy—que asegura á Pepe León, ó Martín Bravo, que no es *juez*, pero que no se decide á asegurarle que no sea *sacerdote*—lleva á su ex prometida y comprometida Salomé al refugio sagrado de un convento; y allí, en la soledad del claustro—donde se despertó el amor en el corazón de doña Inés de Ulloa—se desata la locura de la enamorada de su León, con terribles celos de su inesperada rival, la rica viuda y doctora en letras doña Feliciana.

Y aquí lo fantástico. Salomé no ha muerto. Pero, en el extravío de su razón, y al lado de su confidente Santamona, se da por muerta, y habla con voz *de ultratumba*, y dice á su pérfido Martín Bravo que le espera arrepentido de sus crímenes, ó sea con su *punto de contrición* correspondiente. Y aquello coincide con que las vírgenes del Señor salen por el claustro en procesión, con sus velas encendidas y al son un tanto apagado y misterioso del órgano. Y como allí llegan también de activos espectadores Paternoy y toda la familia y amigos, y hasta Ginés, el alegre Ciuti de León Bravo, éste aprovecha la solemnidad para hacer una brillante confesión general de sus tremendos pecados. Paternoy declara juez de derecho á la loca, á Salomé, y ésta condena á muerte al que se dignó llamar atrevidamente *su marido*: es claro; como que le está esperando muerta para llevárselo en sus brazos á la gloria. Pero no hay apoteosis.

Yo me preguntaba después, alejado de aquel vértigo dramático, si el autor tendría toda aquella inmensidad insondable entre sus arrinconados apuntes de novela; ó si, dadas ciertas solemnes situaciones musicales, habría pensado hacer con todo ello un drama lírico, sólo para que luciera en composición é instrumentación un gran maestro.

Yo no sé si allí dentro habrá simbolismo social ó filosófico; idea *madre*, idea *generadora*, más obscura, por supuesto, que aquella de *la masa* de *La de San Quintín*. Pero alguno ha dicho en letras de molde que el público no comprendió á *Los condenados*. Yo me declaro desde ahora el más tonto de capirote de los del público; y, mientras aquel que alguien llamó *gran arquitecto teatral* planea otro edificio, espero humildemente á que el piadoso creador de Santamona me ilumine y me haga comprender lo que, como mi compañero el público, no he comprendido ni después de haber oído tres veces *Los condenados*.

Al final de la obra no nos dice el santo Santiago Paternoy—como al final del primer acto—que allí *no ha pasado nada*. Pero bien pudo jurar por Cristo y por su cuenta—y no en falso esta vez, desgraciadamente—que *aquí* está pasando mucho y muy grave: que las letras españolas están perdiendo hace años todo un novelista, sin esperanza de encontrar en él un autor dramático.

***

Como la fuerza mayor de los dos principales teatros, con sus estrenos de obras originales y de acreditados autores, no me dejó espacio en el artículo anterior para hablar de otros acontecimientos teatrales de aquella quincena, creo justo hoy echar una ojeada retrospectiva que comprenda todo aquello que, por uno ú otro concepto, no merece ser echado en saco roto.

En el teatro de Novedades funciona una compañía, de cuyos principales artistas he hecho ya la mención honorífica que reclaman por sus títulos indiscutibles y por su historia honrosísima en nuestra escena.

Pero la empresa de aquel teatro me pareció como que quería hacer dormir largamente á sus mejores artistas sobre los viejos laureles de su repertorio, y en Novedades no acababa de parecer algo nuevo. Agotados ya—con más honra que provecho—todos los recursos de trabajo escénico conocido, desde *El Trovador* y *Los amantes de Teruel* al *Gran Galeoto* y *La Pasionaria*, sin olvidar melodramas como *Los pobres de Madrid* y *La aldea de San Lorenzo*—género tan del gusto de *aquel* especialísimo público—decidióse al fin la empresa á anunciar en sus carteles *El ciudadano Simón*, melodrama *nuevo*, atinadamente arreglado del francés por dos estimadísimos escritores y distinguidos periodistas.

Los Sres. Lustonó y Palomero pudieron quedar satisfechos del éxito de *El ciudadano Simón*, pues el público, que había oído atento el interesante melodrama, no les negó en ningún acto sus aplausos, ni en el conmovedor y hermoso final de la obra les regateó las llamadas á la escena. Tampoco los principales artistas del teatro dejaron de merecer su participación en el éxito del nuevo melodrama, en el que Donato Jiménez, con la interpretación magistral de un personaje episódico, compensó en un solo acto algunas deficiencias que pudieron notarse en el actor encargado de llevar el peso del resto de la parte cómica del melodrama.

Pero, si de la acogida del público pudieron quedar satisfechos los autores, no así del procedimiento inesperado de la empresa, que decidió retirar del cartel al *Ciudadano Simón* antes de que el gran público tuviera tiempo de darse cuenta de la única *novedad* ofrecida en su teatro de Novedades.

Piense bien aquella empresa que el retirar precipitadamente las obras aplaudidas en su estreno, no sólo daña los intereses sagrados de los autores, sino que también perjudica al crédito del teatro y á los intereses de la empresa misma, sobre todo cuando, como ha sucedido ahora, no hay obra bien dispuesta todavía que pueda ofrecer al público mejores atractivos que la obra estrenada ya con éxito.

A la hora en que estas líneas escribo está muy próxima á estrenarse en Novedades la segunda *novedad* de la temporada; el drama titulado *El pan del pobre*, que por el problema social que envuelve en su acción, y por los distinguidos nombres de los autores, ha hecho ya que se despierte el interés de la prensa y del público.

Si se realizan las esperanzas de éxito, que las nobles Musas de la escena contengan los arranques de la descontentadiza é impaciente empresa del popular teatro.

***

Si pasó y sigue pasando bien, muy bien, en Eslava, *El tambor de granaderos*, no es por los primores de ingenio del autor del libro, presentado con todos los más manoseados recursos y lugares comunes de las zarzuelas antiguas y modernas, y que hubiera caído en el foso á no sostenerlo, por decirlo así, en el aire, la batuta del maestro Chapí, autor de la música, no toda ella á la altura de la reputación consagrada, digan lo que digan los estrepitosos aplausos con que se extreman los admiradores del autor de *La bruja* y *El rey que rabió*.

Lo que no pudo pasar en Eslava, á pesar de algún prodigio de otro famoso compositor de música, fué *El santo milagroso*, que, viejo de asunto y fatigoso y sin interés ni gracia en la acción, cayó del altar pesadamente, arrastrando en su caída al devoto maestro que le había puesto en solfa, para ser coreado indignamente por intemperancias groseras de algunos espectadores y desafueros de aquella *claque* que nunca supo *comprimirse*.

La misma suerte que *El santo* sufrió allí *La flor de la montaña*, que, aunque parezca mentira, fué antes *Conde de Muro*. Pero ello es así: cuando á los *Condes* se les intercalan cantables y se les espolvorea con puntitos negros del pentágrama, en seguida se vuelven *flores*, y *de la montaña*, si Dios no lo remedia ni pone tiento en los autores, obligándoles á olvidarse de *fiambres* y á servir al público manjares nuevos y con el calor de una inspiración propia del que trabaja un tantico por la *negra honrilla*. Esta industria del novísimo *arte* nos tiene perdidos.

***

Lara, el teatro más favorecido del público de paladar delicado, entre los teatros de función por hora, se ha repuesto del todo de un ligero desfallecimiento en que había caído ateniéndose al gastado repertorio.

Dos éxitos nuevos le han levantado á la altura de sus tiempos mejores. Con decir que uno de ellos, el de *Chifladuras*, se debe al ingenio indiscutible de Vital Aza, está dicho que el éxito es de los legítimos, aunque un tanto se ha exagerado el signo de admiración en este caso, pues al fin se trata sólo de un hábil arreglo, ó, si se quiere más, de una transformación feliz de ligera obra francesa, en que lo que más brilla no es la original inventiva, celebrada en otras obras de nuestro autor popular, sino la facilidad y gracia del diálogo, cualidad inseparable de toda obra en que ponga mano el celebrado coautor del inolvidable *Zaragüeta*.

El otro éxito, más reciente, se debe á Julián Romea, con su *Hija del barba*, comedia, sainete, *vaudeville* y todo lo que ustedes quieran de más regocijado, cuyo primer estreno tuve yo el gusto de presenciar en el teatro del Circo de San Sebastián, donde los aplausos del público coronaron, como aquí, la triple labor del artista. Porque Julián escribió la graciosa letra, compuso la alegre música, y representa de una manera inimitable el padre cómicamente atribulado de *La hija del barba*.

Al éxito completísimo de la obra han contribuído poderosamente en el teatro de Lara los excelentes compañeros del autor, sobre todo Rosario Pino, graciosísima hablando, cantando y hasta llorando las penas y sobresaltos cómicos de Rosita, la interesante *hija del barba*.

Con obras como las de Vital y Julianito bien puede subir sin fatiga la temible *cuesta* de Enero la compañía del teatro de Lara, tan justamente agasajada y aplaudida por nuestro público.

EDUARDO BUSTILLO.

14 de Diciembre de 1894.

LITERATOS Y VECINDAD.

MUCHO, muchísimo enojo sintió Emilio Lumarmier—uno de nuestros más distinguidos dramaturgos inéditos—cuando recibió la visita de dos representantes del escritor Vallefrío; los cuales representantes iban, con toda la grave solemnidad propia de las circunstancias, á exigir á Lumarmier satisfacción cumplida de no recuerdo ahora qué frases pronunciadas en el café por Emilio y que á Vallefrío habían parecido injuriosas para la clase de escritores en general y para él muy particularmente.

«Usted ha manifestado delante de varias personas de su tertulia, en la Cervecería Suiza, que nuestro representado no sabe dónde tiene la mano derecha, y que todos los compañeros y amigos del susodicho representado son autorzuelos de ciento en boca de quienes nada bueno puede esperarse. Y nuestro poderdante exige ó una retractación formal y completa de tal afirmación, ó una reparación, por medio de las armas, en el *terreno*.»

Emilio se negó resueltamente á rectificar, y sin oir más razones á los padrinos de Vallefrío, designó á otros dos caballeros (escritores también) para que se entendiesen con aquéllos y arreglasen las condiciones del duelo que, por lo visto, era inevitable.

El lance se verificó al día siguiente. Vallefrío resultó levemente herido en la cabeza, y los diarios madrileños dijeron en su número de aquella misma noche: que «la cuestión surgida entre los distinguidos literatos D. Emilio Lumarmier y don Pedro Vallefrío había sido honrosamente zanjada en las primeras horas de la mañana de aquel mismo día.»

Inmediatamente después de esta noticia, y solamente separada de ella por un *menitos*, aparecía en los mismos periódicos esta otra:

«En una posesión próxima á Madrid ha ocurrido hoy un suceso desagradable, que por fortuna no tendrá graves consecuencias. Probando unos sables los señores *(aquí los nombres ya mencionados)*, tuvo la desgracia de causarse una ligera herida en la cabeza el Sr. Vallefrío, el cual, después de hecha la primera cura por un conocido médico que casualmente se hallaba en la posesión misma, regresó por su propio pie á la corte.»

Y aquí paz, y después..... un almuerzo de literatos, al cual asistí, porque mi condición de amigo de ambos me imponía este sacrificio.

Lo hicimos bien, ¡voto á tal!
Y fuimos tan adelante

que, si bien no entramos á saco en Gante el palacio episcopal, ni palacio alguno, dimos fin á todas las provisiones sólidas y líquidas que el fondista había apercibido para nosotros, y nos pusimos, como vulgarmente se dice, á medios pelos.

Llegada que fué—por que ¡ay! llega siempre—la hora de los brindis, Lumarmier, alzando, con ademán de orador de *fin..... de almuerzo*, la copa de champagne espumoso, dijo:

«Amigos míos, ahora que nadie me lo exige y, sobre todo, que nadie me lo pide con amenazas y fieros, doy á mi adversario de ayer, queridísimo camarada de hoy, una explicación que me impone mi conciencia: yo no he afirmado nunca eso que alguien me ha atribuído; diré más: no creo que

haya nadie que sea capaz de decir tantas sandeces juntas.—No digo, no digo que no existan algunos literatos que las piensen, porque los escritores somos vanidosillos y soberbios, y nos figuramos siempre que no hay quien valga lo que nosotros valemos, y cada uno piensa que lo que él escribe es muchísimo mejor que cuanto escriben los otros; pero esto casi nadie lo dice; cada cual lo piensa y se lo calla.

»Hay excepciones, no lo niego; pero son muy pocas.

»En este concepto, los que para el público escribimos podemos ser clasificados en cuatro especies.

»Primera, la especie de los que piensan eso y lo dicen.

»Segunda, la especie de los que también lo piensan, pero no lo dicen.

»Tercera, la especie de los que lo dicen sin pensarlo.

»Cuarta, la especie de los que ni lo piensan ni lo dicen.

»Y á esta clase, á este grupo de los discretos, de los inteligentes, de los sensatos y bien educados—dijo Emilio—pertenezco, aunque no esté bien que yo lo diga.

»A la especie primera—siguió diciendo el orador,—á la especie primera, muy poco numerosa por fortuna, pertenecen los imbéciles, los presumidos, los majaderos, por los cuales se dijo aquello de: *Nomina stultorum semper in parietibus sunt.*

»Estos tales y.... cuales creen, en efecto, que ellos son los llamados á regenerar el arte en todas sus manifestaciones, y que sin ellos y sin sus obras se hundiría el teatro, desaparecería la novela, moriría la lírica, y todo sería en literatura ruinas y desolación y muerte. Y como toman muy en serio su papel de regeneradores, no se recatan para decirlo, y lo declaran *coram populo*, y lo anuncian á son de trompeta ó lo hacen anunciar á sus amigos, y poco les falta para poner á la puerta de su casa, como se pone en los baratillos de feria, ó como hacen los titiriteros trashumantes, un mamarracho que, entre un golpe de bombo y otro golpe de bombo, vocee:—Pasen ustedes, pasen ustedes, y aquí verán al gran *(D. Fulano, el que sea)* reformador del teatro, el único reformador de nuestra literatura anémica; ahí está, ahí dentro se halla el deseado, el que todos esperábamos con ansia, el único, el solo que puede sacarnos del lastimoso estado de postración á que nos han traído escritorzuelos zafios, y autores cursis, y comediantes sandios, y públicos ñoños. Pasen ustedes, pasen ustedes, y verán y oirán al que viene á remediar todos estos males, y á enseñarnos á todos el camino por donde hemos de llegar pronto

De la inmortalidad á la alta cumbre.

»Al segundo grupo, algo más numeroso aunque pequeño todavía, pertenecen, como llevo dicho, los que piensan eso mismo exactamente, pero que, más meticulosos ó menos insensatos, no se atreven á decirlo, ó solamente lo dicen á media voz á sus amigos íntimos ó á individuos de su familia. Éstos creen, de buena fe y con sincera y arraigadísima creencia, que están haciendo mucha falta sus comedias y sus libros, sus dramas y sus cuentos. No lo dicen, no, porque no se atreven á tanto; pero se les conoce á la legua que están pensándolo, y muchas veces andan ya muy á punto de decirlo. Para ellos todo es malo, nadie sabe, no hay quien dé en el *quid;* pero..... «ese estado no puede ser duradero, será efímero, y nos sacará de él alguien, uno que vendrá pronto, que acaso está en camino»; y que..... ya se comprende, no es otro que el mismo que lo dice.

»Aun es menos numeroso el grupo tercero, ó sea el de los que, sin pensar ni creer esas cosas, las dicen en las tertulias de café ó en las reuniones de saloncillo. Comprenden perfectamente que son ineptos, del todo ineptos, no ya para traer al arte moldes nuevos ni procedimientos originales, sino ni aun para usar, con probabilidades de mediano éxito, los moldes antiguos, ni caminar con paso firme por sendas trilladísimas, por donde han ido los muchos autores ramplones y adocenados que en el mundo han sido; pero son petulantes y jactanciosos, y creen engañar á sus contertulios anunciando trabajos que ni remotamente han pensado en hacer y no sabrían por donde principiar, y diciendo horrores de todos los que trabajan, máxime si los que trabajan deben á su laboriosidad honra y provecho.

»Conocí y traté, hace ya mucho tiempo, á uno de esos tipos: para él todo era sencillo y hacedero. ¿El periodismo? ¡bah! labor de todo el que no servía para nada; periodista lo era cualquiera; el alumno más idiota de cualquier escuela municipal de ínfimo orden podía trasladarse desde los bancos de aquel humilde establecimiento docente á la mesa de una redacción, y hacer allí tan buen papel como el más experimentado articulista. En cierta ocasión hubo de presentarse en la redacción de un periódico que yo dirigía, y rogarme que en el número del día siguiente diésemos no recuerdo qué noticia, que á él le interesaba.

»Bien sabe Dios que no con el propósito de poner á prueba sus aptitudes, sino que para mejor servirlo, me apresuré á darle cuartillas, y le invité á que por sí mismo escribiera lo que juzgase conveniente.

»Con mucha prosopopeya agradeció el hombre la condescendencia mía; requirió las cuartillas, enristró la péñola, y allí le dejé con unas y con otra, y seguí ocupándome en mis trabajos.

»Por completo había yo olvidado al sujeto, cuando, transcurridas un par de horas, y al retirarme de la redacción para dirigirme al Congreso, como solía yo hacer todas las tardes, hallé al periodista improvisado peleando encarnizadamente con las cuartillas, de las cuales había ya inutilizado un par de docenas, y que al verme llegar se levantó con el mayor desenfado y me dijo:—«Díganlo ustedes como les parezca; yo no estoy familiarizado con estos trabajos al menudeo, y no encuentro fórmula para dar la noticia en pocas palabras.»

»Y, en efecto, poco después, *un chico de la prensa*, un joven que allí ejercía de noticiero meritorio, escribió en dos minutos lo que el reformador no había conseguido hacer en dos horas.

»Al cuarto grupo, al de los escritores juiciosos que tienen entendimiento sobrado para no considerarse genios, y discreción más que suficiente para no dar nunca á entender, ni dejar siquiera traslucir, lo que piensan de sus compañeros de oficio (cuando piensan mal), pertenecemos la mayor parte, casi la totalidad de los verdaderos escritores.

»Y aquí tienen ustedes explicado—dijo el orador, poniendo fin á sus brindis—por qué no quise dar satisfacción á Vallefrío. Nada había dicho yo de él, ni de nadie, lo que se me achacaba; pero me ofendió que me creyese bastante necio y bastante idiota para decirlo. Juzguéme agraviado y sentí deseos de vengarme. Esto, y el temor de que se atribuyesen á miedo las aclaraciones que sólo habrían sido manifestación de la verdad, me impulsaron á guardar silencio.

»Brindo, pues, por la unión y el compañerismo que debe existir entre nosotros; brindo porque llegue el día en que todos los escritores de verdad pensemos bien unos de otros, y brindo porque, mientras llega ese día, no digamos nunca al público lo que unos de otros pensamos....., para evitar murmuraciones.»

Una salva de aplausos acogió el brindis de Lumarmier; brindis con el cual la reunión se dió por terminada.

A. Sánchez Pérez.

LA OBRA DE LESSEPS.



L telégrafo ha comunicado hace días la triste noticia del fallecimiento de Mr. Fernando de Lesseps, y toda la prensa del mundo consagra merecidos elogios á la memoria de uno de los hombres más grandes que ha tenido la humanidad. La obra de Lesseps es verdaderamente grandiosa. El Canal de Suez, que con más propiedad debería llamarse *Canal de Lesseps*, es una obra colosal, propia de un hombre dotado de una inteligencia y de una fuerza de voluntad tan grandes como son necesarias para llevar á la práctica este grandioso pensamiento, nacido al calor de una larga serie de generaciones.

No cabe duda alguna de que el Canal de Suez era el pensamiento continuo de los egipcios; era una necesidad que ellos comprendían, y tal vez algunas veces intentaron su realización, como lo prueban los muchos lagos que se encuentran en su curso, algunos navegables, y que no tienen muy clara explicación de su existencia entre dos desiertos áridos, sino es porque la mano del hombre ha socavado la arena de sus fondos, quizá con el pensamiento de hacer un canal. Lesseps ha sido el grande hombre que ha realizado por completo tan magna obra, sin que por esto pueda aminorarse la importancia de ella, porque hay obras que no pueden llevarse á la práctica por el hombre mismo que las concibe, pues se necesita que la mano del tiempo venga á demostrar con su curso continuado y forzoso la necesidad irremediable de su realización.

Esta obra gigantesca, que atraviesa el celebrado país de los Faraones, y á la cual no llega ninguna de las muchas construcciones maravillosas de estos célebres monarcas, no ofrece, ciertamente, un aspecto grandioso, porque su cauce, semejante al de un pequeño río orillado de riberas bajas, atraviesa la llanura amarilla y árida del Desierto. En su curso sencillo y modesto no se encuentra ningún vestigio que, cual testigo mudo, nos pusiera de manifiesto las dificultades inmensas que ha habido que vencer para su realización; sin embargo de ello, al contemplar el Canal de Suez siente uno algo así como anonadamiento ante la magnitud de la obra, algo como legítimo orgullo de que su construcción sea obra del siglo XIX.

Siempre han sido el Egipto y la Arabia, países por entre los cuales se desliza el curso del Canal de Suez, cuna de obras maravillosas. Díganlo, si no, las pirámides de Egipto, el templo de Salomón y las obras de la reina Semíramis; entre las que, de las murallas de Babilonia, el templo de Belo y la tumba de Nino, descollaban por su originalidad y grandeza los jardines suspendidos ó colgantes.

En buenos principios de lógica, ¿pueden establecerse términos de comparación entre estas obras antiguas y el modernísimo Canal de Suez?

En modo alguno.

Las pirámides, con ser tan magistral su arquitectura, se derrumban como el polvo al pensar que dentro de su recinto no encierran más que el pensamiento orgulloso de un monarca.

El templo de Salomón, construído en apariencia para rendir culto á una divinidad dudosa, no podía ofrecerse en holocausto á esa misma divinidad para la cual se construyera, porque ninguna puede aceptar con agrado para su adoración un templo en que han empleado sus vidas miles de hombres y en que se han gastado las fortunas de muchos pueblos.

¿Qué utilidad práctica han reportado á la humanidad los jardines colgantes de la reina Semíramis, con ser, como fueron, gala del reino de Babilonia y asombro de las generaciones posteriores á la de su construcción?

Proclamemos, pues, la superioridad del siglo que ha llevado á la práctica la obra colosal del Canal de Suez, problema de toda la vida y de todas las generaciones; construcción que en sus formas externas reviste los caracteres más modestos, pero que es la que reporta á la humanidad beneficios más positivos y prácticos.

Sólo un hombre dotado de las extraordinarias aptitudes que tenía Lesseps ha podido llevar á la práctica un pensamiento del cual puede decirse con propiedad, parodiando á Núñez de Arce,

que á veces pesa más
un pensamiento que un mundo.

Grandes fueron las dificultades que tuvo que vencer Lesseps para acometer la construcción del Canal, y una vez comenzado, para concluir su construcción.

Los recelos grandes que la Sublime Puerta oponía á esta obra; las vacilaciones de la diplomacia europea, que no veía claro en cuanto al porvenir político de ella, y por tanto, todo eran recelos y suspicacias; el temor de los capitalistas á emprender un negocio de resultados desconocidos é inciertos; la oposición tenaz de los ingleses, á la cabeza de la que se puso con denodada resolución lord Palmerston: todo esto contribuyó á retardar el comienzo de la realización del pensamiento de Lesseps.

Y durante los diez años que se invirtieron en la construcción del Canal de Suez, desde 1859 á 1869, ¡cuántas dificultades y tropiezos, nacidos la mayoría de ellos de la misma magnitud de la obra que se realizaba! La muerte del virrey de Egipto Mahomet-Said *el Grande*, amigo de Lesseps, acaecida en 1863, fué un gran tropiezo para el Canal, porque su sucesor Ismail hizo retirar los veinte mil *fellahs* que trabajaban en el Canal marítimo.

Con estos veinte mil *fellahs* se había conseguido abrir la primera parte del mismo, desde Port-Said al lago Timsah; pero para terminar el Canal era preciso abrir el cauce á través de El-Guirs, de Toussoum, de Serapeum y de Chalonf hasta Suez, y abondar el trazado de los lagos Amargos. Con la retirada de los *fellahs* había habido una verdadera desbandada, y no quedaron ni mil obreros en el istmo. Fué preciso reemplazar aquella masa humana por trabajadores libres y por máquinas y dragas, la primera de las cuales llegó al istmo el 21 de Diciembre de 1865. En 1866 se desarrolló el cólera morbo asiático entre los trabajadores del Canal, lo que originó innumerables bajas en ellos, unos porque se morían, otros porque huían despavoridos de la muerte que en torno de ellos se enseñoreaba: la invasión de trabajadores griegos que hubo en el Canal por aquel mismo año, y que constituyeron la verdadera peste del istmo, hasta que el Gobierno egipcio, á excitaciones de Mr. Lesseps, consiguió que abandonaran todos el trabajo: estas dos catástrofes fueron causa de que se pensara en abandonarlo todo, y dejar la construcción del Canal en tal estado.

Posteriormente se encontró un banco de roca hacia la parte de Chalonf, que costó mucho tiempo y trabajo el hacerlo desaparecer, pues durante un largo espacio de tiempo hubo diez mil obreros extrayendo de mil á mil quinientos vagones de roca por día.

Á fines de 1867 hubo otra desbandada general en el Canal de Suez, porque habiendo sido por aquella época la expedición inglesa á la Abisinia, se puso un cartel en Suez ofreciendo grandes salarios á los que fueran á ella; y por la afición del lucro y al cambio de vida, los desmontes del Canal quedaron despoblados por algún tiempo.

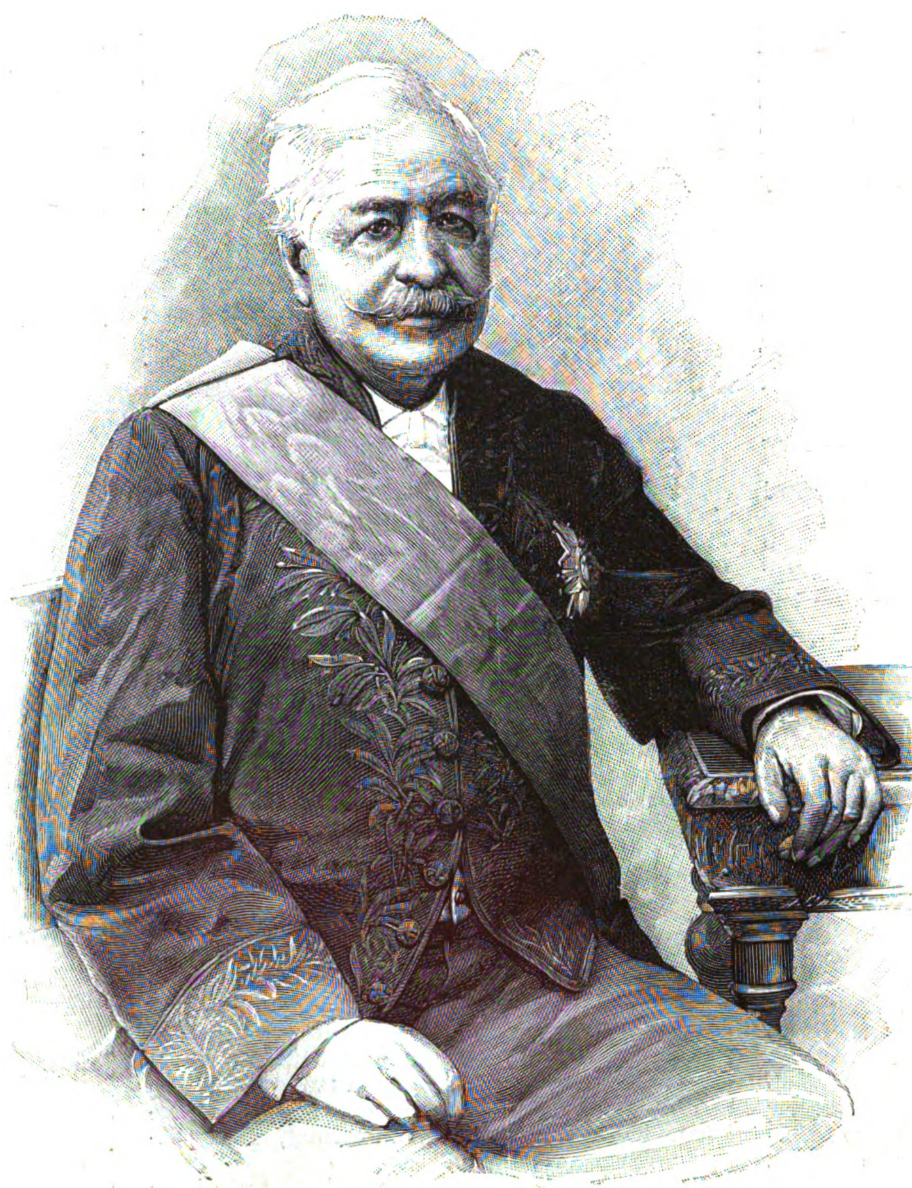
No obstante todas estas dificultades, cada una de ellas enorme de por sí, la perseverancia de Mr. Lesseps logró vencerlas todas, y animando y alentando constantemente á los trabajadores, hacía que los egipcios y beduinos le amasen extraordinariamente y le apellidasen «¡El gran francés!» y los directores é ingenieros de la Compañía Universal repitieran sin cesar: «¡Viva Lesseps! ¡Viva la Francia!»

El 15 de Agosto de 1869 quedaron unidos para siempre el mar Rojo y el mar Mediterráneo, quedando terminada la obra más grandiosa de este siglo y una de las más hermosas que ha producido la mano del hombre desde la creación del mundo hasta nuestros días.

El grabado que ofrecemos á nuestros lectores en la página 364 representa el trazado completo del Canal de Suez, desde su entrada por el mar Mediterráneo hasta su salida por el golfo de Suez, en el mar Rojo.

El Canal está situado entre los grados 31 y 29 de latitud Norte, y dentro del 38 de longitud Este; tiene una extensión de 87 millas.

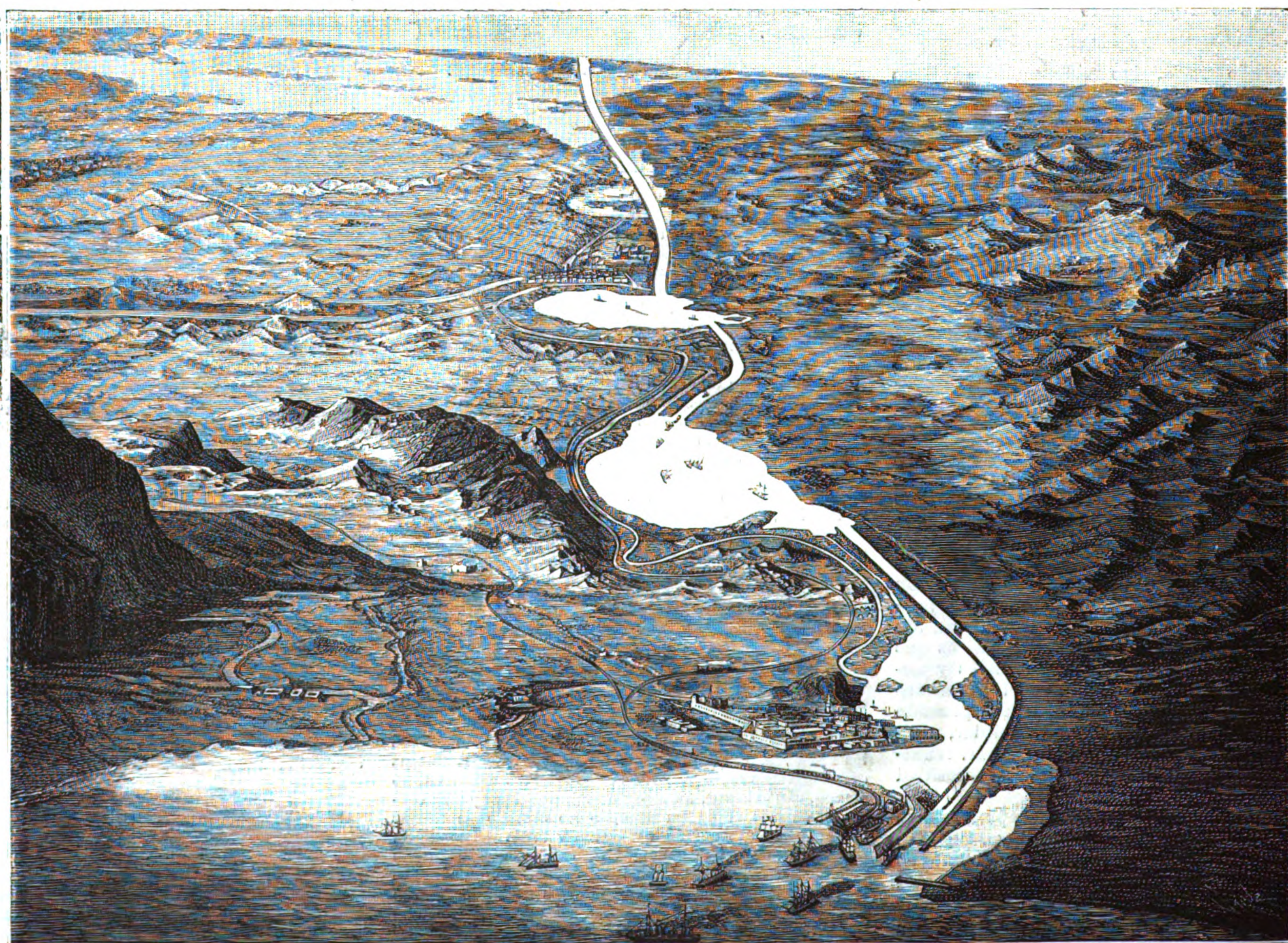
Á la entrada por la parte del mar Mediterráneo está el puerto de *Port-Said*. Esta población, cosmopolita por ex-



MR. FERNANDO DE LESSEPS

Nació en Versalles, el 19 de Noviembre de 1805; † en su castillo de La Chesnaye (Francia), el 7 del corriente

(De fotografía.)



LA OBRA DE LESSEPS.—TRAZADO COMPLETO DEL CANAL DE SUEZ, DESDE SU ENTRADA POR EL MEDITERRÁNEO HASTA SU SALIDA POR EL GOLFO DE SUEZ, EN EL MAR ROJO.

TIPOS Y COSTUMBRES DEL JAPÓN.



ACTORES DURANTE UNA REPRESENTACIÓN.



UN VENDEDOR AMBULANTE.

(De fotografías de D. Eduardo Argenti.)

celencia, era una aldea que arrastraba vida pobre y miserable antes de la construcción del Canal. La realización de este pensamiento le dió excepcional importancia por su admirable situación. Sobre la aldea existente se construyó una ciudad, que hoy tiene vida propia y muy próspera; sus calles son anchas, espaciosas, tiradas á cordel y con dos hileras de árboles casi todas ellas, que le dan aspecto de *boulevard*. Las construcciones de las casas son, por lo general, elegantes y esbeltas; en casi todas hay galerías que sostienen columnas de hierro y que forman unas con otras arcos ojivales de puro gusto árabe.

Á un lado de Port-Said, por la parte de Egipto, está el comienzo del Desierto, interrumpido tan sólo por el lago Menzaleh, que ocupa unas ocho ó nueve millas de extensión en el cauce del Canal. En el lago Menzaleh desembocan dos brazos del río Nilo; uno de ellos forma el canal *Zagazig*, que une dicho lago con la ciudad de su nombre. Estos brazos son quizá restos del canal que existió entre el mar Mediterráneo y el río Nilo, antes de que Alejandro *el Magno* derrocara el Imperio de los persas.

Cuando se empezó á construir el Canal de Suez se pensó en utilizar este lago como comienzo del cauce que aquél había de recorrer; pero hubo que desistir de tal propósito en vista de que los trabajos eran sumamente difíciles, á causa de la flojedad de sus fondos. Entonces quisieron cegarlo con las arenas que extraían del cauce del Canal; pero no lo consiguieron, á pesar de la enorme cantidad de ellas que echaron. Por sus aguas navegan pequeños vaporcitos dedicados á la pesca y al tráfico de sus moradores.

Después se encuentran en el cauce del Canal los lagos *Ballah*, y un poco antes de llegar á éstos está el campamento de *Kantara*, que es la ruta ordinaria que siguen las peregrinaciones que van á Jerusalén. Sigue luego el umbral de *El-Guirs*, uno de los puntos cuya construcción fué más difícil, y luego se entra en el célebre lago *Timsah*, en cuyas riberas se encuentra asentada la ciudad de Ismailia, á que dió su nombre el jedive Ismail.

Ismailia es una ciudad preciosa. Allí tenían su morada los altos funcionarios de la Compañía y de la Empresa del Canal de Suez, y para Mr. de Lesseps se construyó un precioso palacio que está en perfecto estado de conservación. La ciudad parece un verdadero oasis, porque merced á la abundancia de agua dulce que existe allí, se crían las palmeras, tanto las enanas de abanico, como las esbeltas de penacho, los naranjos, los limoneros, las higueras, mil plantas más que comunican una frescura deliciosa á aquel ambiente caliginoso y seco.

Un poco separado de esta ciudad, y encima de una eminencia pequeña que bordea el Canal, existe todavía un precioso kiosko de afiligranadas labores, construído para que desde él presenciara la emperatriz Eugenia la inauguración del Canal de Suez. Posteriormente, cuando el Virrey de Egipto iba á Ismailia á pasar temporadas, en cuya ciudad tiene un palacio, se establecía su harén en este kiosko.

Entre el lago *Timsah* y los lagos Amargos atraviesa el cauce del Canal de Suez, por delante del celebrado sitio llamado *Serapeum*, sitio que ocupó el antiguo y célebre templo de *Serapis*, arruinado hace ya más de dos mil años.

Después se atraviesan los lagos Amargos, divididos en dos grupos, unos grandes y otros pequeños. Los lagos Amargos medirán una extensión algo menor de cuarenta kilómetros. El mar Rojo ha imperado sobre ellos y los ha abandonado. Primitivamente fueron pantanos desecados; y cuando la retirada de las aguas del mar Rojo, el agua que quedó en ellos se fué evaporando por la acción de los rayos solares, dejando en su fondo los mariscos y las piedras mezcladas con grandes láminas de sal.

El mar Rojo se retiró de los lagos Amargos en dos períodos diferentes: primero, de los grandes lagos que estaban más internados en el Desierto, y después, transcurrido un largo período, de los pequeños; hecho que se demostraba por la existencia de un ancho banco de arena que se extendía entre ambos lagos.

Entre los grandes y los pequeños lagos Amargos se encuentra el cerro llamado de Kabret-el Chouche (la tumba de los pájaros), que lleva con propiedad el nombre de tumba, porque aquel paraje es exactamente la imagen de la muerte, dada la aridez del terreno. Desde esta cima se descubren á lo lejos, hacia el lado de Siria, algunos bosquecillos de tamarindos, á que se da el nombre de la selva de *El Soubach*.

Pasados los lagos Amargos, se encuentra la curva de *Chalouf*, por donde pasó en su tiempo el antiguo canal de los Faraones, que conducía las aguas al Desierto.

Luego se llega por fin á Suez, límite del Canal, que desemboca en el golfo de Suez, á la entrada del mar Rojo.

A la izquierda se encuentra la celebrada fuente de *Moisés*, donde la tradición cuenta que este patriarca dió de beber á los israelitas, haciendo brotar agua de una peña, que hoy está convertida en una laguna manantial, rodeada de palmeras que le dan sombra y frescura, convirtiendo aquello en un apacible sitio para la meditación y el descanso.

A la izquierda del cauce del Canal se encuentra la ciudad de Suez, que indebidamente ha dado nombre á este célebre Canal que describimos. Esta población es de lo más sucia que puede uno imaginarse: es un hacinamiento de viejas construcciones, interrumpidas de cuando en cuando por la cúpula de una mezquita y la flecha de un minarete. En sus calles, sucias y hediondas, el calor y el polvo hacen de todo punto insoportable su tránsito y estancia. En suma, lo que da nombre al Canal es lo más feo y desabrido de todo cuanto aquél atraviesa en su cauce.

Entre la confusión de las aguas del Canal de Suez con las del mar Rojo, está la célebre ruta que seguían los israelitas cuando, perseguidos por Faraón, eran conducidos por Moisés á la tierra de promisión; y algo más allá, ya internados en pleno mar Rojo, se divisan las cumbres del Sinaí, el monte famoso donde se construyeron las tablas de la Ley, base de la constitución de todas las sociedades antiguas y modernas.

Por la importancia que el Canal de Suez tiene para la navegación y el comercio universales, y por la grandeza de los recuerdos que encierra el país que atraviesa, diga el lector si no es justo que dediquemos á esta colosal obra las desaliñadas líneas que anteceden.

Emilio Bravo.

Á LA MEMORIA

DE BERNARDO RICO.

Tierno amigo y fuerte obrero:
Penetrante la mirada
Y artista de cuerpo entero,
Siempre se alistó el primero
En toda noble cruzada.

Castellano en la hidalguía,
Y en el gracejo, andaluz,
En donde él entraba había
Entusiasmo y alegría
Y ambiente y franqueza y luz.

En su actividad febril
Cada intento un triunfo era:
¡Cada golpe de buril,
Un delicado perfil
Sobre la dura madera!

Nunca desmayo sintió
En su esfuerzo soberano:
¡La muerte le sorprendió,
Y el alma se le escapó
Con el buril de la mano!

Sin vida, mas no vencido,
Aun en sus ojos flamea
El espíritu aguerrido:
¡Pobre gladiador herido
En la desigual pelea!

¡No le roba su apostura
Ni esa rigidez inerte,
Que es su arrogante figura
La más gallarda escultura
Que robó al mundo la muerte!

Sagrado deber me inspira
Y halla una nota en mi lira
Y un suspiro en mi garganta,
Porque lo noble, se canta,
Porque lo grande, se admira.

¡Suspiro del corazón
Y grito de admiración
Que alzaría á su memoria
Si supiese mi canción
El camino de la gloria!

José Jackson Veyán.

EN LA SIERRA.

(AL EXCMO. SR. CONDE DE LAS ALMENAS.)

Oh tú, Sierra bendita, la alegre, *la Morena*,
De jaras y madroños espléndido breñal;
Salud de los enfermos que á tus alturas suben,
Inundación purísima de luz matutinal.
Tu cielo transparente, de azules nacarinos,
No envidia al de ninguna meridional región;
De Córdoba y Granada, de Málaga y Sevilla
Los puros horizontes no más serenos son.
Tu ambiente embalsamado de efluvios que confortan
Parece del Empíreo la atmósfera sin par;
Romeros y tomillos y juncias y cantuesos
Son vivos incensarios de aquel agreste altar.
Desde la humilde hierba que borda de verdura
Los erizados picos del áspero peñón,
Hasta el gigante pino que mece su alta copa
Batida por las alas del rápido Aquilón;
Desde la oculta fuente que mana entre los riscos
Y huye y se desliza en hilos de cristal,
A la cascada férvida que entre la hirviente espuma
Veloz se precipita con ímpetu brutal;
Desde la mariposa de transparentes alas
Teñidas de topacio, de púrpura y zafir,
Que va en incierto vuelo libando de las flores
El néctar que embriaga su efímero vivir,
Al águila potente, señora de los aires,
Que en espiral magnífica su vuelo tiende al sol
Y bate con sus plumas la luz de las estrellas
Y para trono tiene las nubes de arrebol:
Cuanto mi alegre sierra en su hermosura luce;
Cuanto su fértil suelo sostiene, ó guarda, ó da,
Todo, oh Señor, parece que libre de impurezas
En vuelos misteriosos hasta Tu trono va.
Aquí la mente lejos del mundanal ruido
Y el corazón en calma, sin fiebre y sin pasión,
Oh Dios, mejor te admiran y tu grandeza ensalzan
En interiores himnos de muda adoración.
Que cuando entre las ramas de la alameda umbrosa
Los pájaros te envían dulcísimo cantar,
También el alma absorta que en Tu grandeza sueña,
De sueño tan hermoso no quiere despertar.

José del Prado.

Diciembre 1894.

NOCHE DE CÁDIZ.

Á MI BELLÍSIMA AMIGA PETRA RUIZ.

SONETO.

Desde el nido que alzó sobre la reja,
Comenta la curiosa golondrina
El rumor de la fuente alabastrina
Que de las ninfas la canción semeja.
Canta de un triste amor la triste queja,
La olvidada hermosura peregrina,
En cuyos bucles, que envidió la endrina,
La luna con orgullo se refleja.
Mezcla de cuanto es hondo, y noble, y serio,
Rasga el aire la nota encantadora,
Que parece arrancada de un salterio.
Es la guitarra, que vibrando llora,
Y finge de la noche en el misterio
Sones añejos de la guzla mora.....

Rafael Ochoa.

Segovia, 1894.

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

El *Antecristo* en Alemania: el último libro de Nietzsche: fiasco y desgracia del filósofo del *Uebermensch*: carácter y extensión de la obra que proyectaba: su odio al cristianismo.— El pesimista Schopenhauer, según su amigo y discípulo Carlos Boehr: el hombre en su casa, en su filosofía y en sus contradicciones.— La cuna primitiva de la humanidad según V. H. Kurtz.

Si la aparición del Antecristo ha de ser un signo evidente de que la existencia del mundo toca á su fin, cualquiera que se entere de lo que en el mundo ocurre podría pensar que ya estamos próximos á ese término, porque el *Antecristo* ha aparecido. Y ¡cosa curiosa! el que lo engendró se está acabando, por momentos, en una casa de locos. Sí; el desgraciado filósofo ultrapesimista y archidemoledor alemán Federico Nietzsche, el creador de la utópica escuela del predominio único de los más fuertes, del *Uebermensch*, remató la triste historia de su propaganda, ya descrita en estas Crónicas, con la redacción de una obra titulada: *El Antecristo, ensayo de una crítica del cristianismo* (Nietzsche's Werke. Band. VIII. Leipzig), que ha sido publicada hace poco. Un mes tardó en escribir este trabajo, y dos meses después su razón, ya perturbada por la ardiente labor de concebir y arreglar monstruosas quimeras filosóficas, se eclipsó para siempre. El último engendro de Nietzsche quedó guardado entre sus papeles; pero los aficionados al escándalo y á los excitantes fuertes que en algo pueden agradar á los paladares ya gastados y casi insensibles, se han empeñado en que la gente del bronce de los desesperados guste esta golosina, y han conseguido que la familia del loco la dé á la estampa. Mas el *Antecristo* del débil, decadente y pobre *uebermensch* alemán no ha producido otro efecto que el de una repulsión general, porque en este trabajo está el resumen de las más exageradas aberraciones del enemigo de la sociedad, de la religión y del sentido común. Es un Antecristo que, lejos de asustar á los hombres, se ve irremisiblemente pisoteado por ellos: es la obra rabiosa de un cerebro destornillado, que pone el sello del descrédito á las famosas teorías de su infeliz autor. Viene, como queda dicho, á anunciar un fin, el fin de la campaña de la filosofía demoledora del predominio absoluto de la fuerza en el hombre; campaña brevísima que nació con Nietzsche y que con él muere. Quiso el escritor dejar atrás á todos los pensadores más exagerados y radicales, ideó algo que á éstos no se les había ocurrido, y, aprovechándose de la oportunidad de que cuantos no tienen fe ni esperanza se consuelan admitiendo como verdades los principios más absurdos y las aspiraciones más horrendas, les sirvió el manjar de su invención de que todo debe desaparecer ante el predominio de los «hombres superiores», que por sí mismos, sin otra norma que su poder y sin otro límite que su capricho, realizarán la obra de la selección en la sociedad moderna, sin temor á nada ni á nadie. La campaña pesimista fulguró un momento como un relámpago, y se eclipsó inmediatamente entre los ecos del prolongado trueno ensordecedor que produjo el pateo de la opinión, escandalizada al leer tales atrevimientos.

Fué tan allá Nietzsche, que aseguró que el mismísimo Schopenhauer era el más optimista y el más cándido de los filósofos, y al criticarle y presentarlo como un reaccionario, se vió que no hacía otra cosa que seguir las huellas del maestro moderno del pesimismo y continuar su obra de destrucción total. Descontento y aburrido por naturaleza, obscuro y ruin en su espíritu, nihilista ultraexagerado de sus propósitos, sobrepujó en la violencia de sus negaciones y de sus tendencias pulverizadoras al mismo Bakunine, maestro del anarquismo. Por esto sus admiradores los desesperados animaban sus estragados espíritus con la lectura de las fantasías de semejante visionario, con la esperanza de que habrían de producir una revolución jamás vista; sin pensar que, á fuerza de exprimir tan violentamente el jugo de aquella mollera, daría con ella y con todas sus ilusiones, doctrinas y planes en un manicomio, natural destino en el que muchos de ellos le han acompañado. A estos sectarios de la desesperación, que ansían vengarse de la humanidad por cualquier medio, se debe la publicación de *El Antecristo*. Por ellos se sabe que semejante trabajo no era más que el prólogo, la sinfonía de un colosal ciclón filosófico, de una tetralogía infernal, que iba á tener esta distribución: I. *La voluntad para el poder*, ensayo de una depreciación de todos los valores. II. *Crítica*

de la filosofía, como de un movimiento nihilista. III. *Crítica de la moral*. IV. *Dianysos, filosofía de la resurrección eterna*.

No dejaba de comprender Nietzsche que sobre él, como sobre todos los utopistas revolucionarios que pretenden destruir la sociedad, pesaba invencible, para aniquilarle, el poder grandioso del espíritu cristiano, y por eso su gran pesadilla era Jesucristo, y contra Jesucristo y sus doctrinas iban dirigidos todos sus furores. «Mi libro, decía al famoso crítico danés J. Brandés, *es un atentado*, sin escrúpulo alguno, contra la persona del Crucificado. Terminaré con una descarga de truenos contra todo lo que es cristiano ó esté infestado de cristianismo. Yo le prometo á usted que me bastarán dos años para conmover la tierra entera.» ¡Cosa estupenda y aberración espantosa! Lo que peor le parecía á Nietzsche en Jesucristo era el que hubiera predicado la religión del amor y de la caridad, el que hubiera puesto el reino del ideal más alto que el de la vida real, y el que, por sus semejantes, hubiera muerto en la cruz.

Antes que filósofo ó cosa semejante, fué poeta, poeta de la desesperación, del tedio, de la rabia contra la humanidad, que no le supo hacer feliz. Y desde el ultrapesimismo más llorón y romántico en verso, saltó ciego á la filosofía en prosa, para decir los mayores despropósitos que han cabido en cabeza humana. Como poeta quejumbroso empezó á volar por los espacios de la locura, y como filósofo fué el loco más espantoso de nuestro tiempo. No tuvo nunca la virtud de la resignación que el cristianismo predica; se reveló airado contra su suerte; se tumbó por completo en el fango al ver que estaba algo caído, y quiso ser grande escupiendo á lo alto y declarando que no hay más Dios, ni más ley que la de la imposición del que puede contra el que no puede. Pudo más en él la fiebre de la fantasía que su mísero cerebro físico, y el cerebro quedó subyugado, rendido, y el espíritu también; y más fuerte la enfermedad que la voluntad, dió con ella y con todo su mísero ser en un manicomio. Nada útil hizo para sus semejantes, y para sí mucho menos. Bastante mal sembró entre todos, y á sí mismo se causó más daño que á nadie. Sus atrevimientos le hicieron creer que venía á enmendar la plana á Schopenhauer y á dejar atrás á Carlos Bæhr, á Frauenstett y á Eduardo Hartmann, y, en efecto, atrás los dejó en sus afirmaciones, pudiéndose asegurar hoy que el que ha completado la demoledora obra pesimista de aquel maestro es Nietzsche.

°°°

De esos famosos discípulos de Schopenhauer, uno de ellos, Carlos Bæhr, notario de Dresde, muerto hace pocos meses, dejó escritos curiosos recuerdos acerca del maestro. Acaban de publicarse ahora, y por ellos se viene en conocimiento de lo que debió ser, en su persona y costumbres, el pontífice moderno del pesimismo. Dedúcese, tal cual lo pinta el retratista, que Arturo Schopenhauer, el implacable enemigo de Hegel, el crítico burlón del idealismo absoluto, del idealismo objetivo y del idealismo subjetivo; el apóstol de la voluntad, hija del corazón, reina y señora del hombre y del mundo, era un pedagogo saturado de mal humor, egoísta por temperamento, gruñón por necesidad y maldiciente en grado superlativo. Su lengua, la más desvergonzada de Alemania, era un serrucho que no dejaba títere con cabeza. Él quería aparecer como el único filósofo verdadero, ante cuya magistral doctrina todas las demás no resultaban ser otra cosa que majaderías del charlatanismo. Su trato era el de un ogro, áspero, mal educado, vano en su empacho de sabiduría é incapaz de ser sufrido por nadie que tuviera un átomo de amor propio. Jamás fué un humorista, sino un hombre mal humorado. Lo que no se puede negar es que escribía maravillosamente, arma poderosa como ninguna, que supo utilizar siempre, para sostener y difundir con grande éxito la propaganda de sus doctrinas.

Para él no tenían valor alguno las ideas de la libertad, del progreso, de la democracia y de la gloria, verdaderos embustes con los que la humanidad vive engañada. Conforme en sus costumbres con sus estrambóticas ideas, vivió como un tío raro, casi en la soledad y en el abandono de todas las comodidades. Tenía su habitación en un piso bajo de una casucha de la orilla del Mein en Francfort, compuesta de dos piezas separadas por un pasillo y de otra pieza ocupada por su ama de llaves y criada, el único ser, además de su perro carlín, con quien se comunicaba sin gruñir. En una de las dos primeras estaba su despacho ó cuarto de estudio, amueblado á la antigua con un armario cerrado, un sofá, una mesilla cuadrada con libros, otra redonda en la que escribía y varias sillas de paja. Sobre el armario conservó siempre un busto de Kant, y en las paredes dos retratos de Gœthe y otros cuantos suyos, al daguerreotipo. La otra pieza hacía de comedor y de alcoba. En aquella estancia le visitó Carlos Bæhr en 1856, de paso para la Universidad de Heidelberg, y luego muchas veces cuando intimó con él y residió en Francfort largas temporadas. Son muy gráficas las descripciones que Bæhr hace de la extravagante vida del maestro en aquella casucha, donde pronunciaba largos discursos y daba rienda suelta á su mal humor y á sus desahogos pesimistas, sin más testigo que el perrillo, que, acostumbrado á las vociferaciones y aspavientos de su dueño, se tumbaba y enroscaba en el sofá, contemplándole prevenido, con un ojo abierto, por si acaso en medio de su entusiasmo echaba á rodar los muebles de algún trastazo. Solía acudir á comer al hotel de Inglaterra, admitiendo la compañía de Bæhr, y á las conferencias que entonces celebró con él, hacen referencia muchas de las páginas del libro que éste dejó escrito y que ahora se ha publicado.

Aquel apóstol del pesimismo, que todo lo veía negro, que parecía odiar la vida, no acarició otro ideal que el de vivir muchos años. Él enseñó con sus libros que la verdadera vida, la glorificación del ser, consisten en el sacrificio, en el olvido y desprecio de sí mismo, en el aniquilamiento de la voluntad. Este pícaro mundo no es digno de ser considerado de otra manera, y la existencia es tan miserable, que no merece que nos acordemos de ella, ni que nos tomemos trabajo alguno para conservarla. Penas y amarguras ayer, lucha y dolores hoy, la nada, lo desconocido mañana; marchando de calamidad en calamidad, riendo ahora desengañados y llorando luego al sentir el azote de la pesadumbre, no hay para qué tomar nada en serio, ni caer en la tontería de esperar el bien. La muerte y la desolación nos rodean; de los despojos de los muertos nos nutrimos, y por dentro y por fuera sólo de los muertos y con los muertos vivimos. Pues bien; hombre tan funerario se estremecía al pensar que pudiera morirse, y trataba de convencer á cuantos le escuchaban que él tenía segura la vida hasta los noventa años por lo menos. En esta y en otras muchas creencias egoístas fué la contradicción andando. Para asegurar la duración de su vida, tomó toda clase de precauciones, hasta el punto en realidad de dejar muy atrás al licenciado Vidriera, y él, que no creía en nada y que se burlaba de las creencias y supersticiones de los demás, rindió absoluta fe á una ilusión que se había forjado, de que su padre le había predicho que llegaría á vivir un siglo. ¿Y para qué quería vivir tanto? Otra contradicción. El que predicaba el desprecio absoluto del *yo*, y de todas las pompas y vanidades de la tierra, quería vivir tanto, para tener la gloria de ver triunfante su filosofía, aceptada en todas las Universidades y seguida por todos los pensadores. En el fondo de su pesimismo no había, pues, más que lo que hay y lo que se ve claramente en la manera de ser de muchos que se tienen por filósofos: puro egoísmo. Y porque esto es verdad, y porque así lo comprende el sentido común de las gentes cuando estudia, aunque no sea más que por fuera, á estos endiosados maestros, por esto dura tan poco su gloria, que al fin y al cabo no resulta ser otra cosa que una imposición de la moda pasajera en el mundo de los pasatiempos intelectuales.

°°°

Para completar esta exposición de las extravagantes ocurrencias de los pensadores alemanes, no encuentro cuadro más á propósito que el que reciente, calentito, en forma de folleto, acaba de presentar á la santa é inocente admiración de los desocupados otro sabio, el señor V. Hermann Kurtz, y que se intitula: *Adam und die menschliche Urheimath*, esto es: «Adam y la patria primitiva de la humanidad.» Según este naturalista, que ha recorrido gran parte del mundo, la primera pareja humana no nació, como suponen los antropólogos y etnólogos, en las llanuras del centro ni del occidente del Asia, sino en la costa suroeste de la Australia. Así lo cree el autor, porque, según sus observaciones y los últimos descubrimientos de la antropología, existe una verdadera identidad entre los caracteres anatómico-orgánicos de los pocos supervivientes de la raza primitiva australiana y los de los restos de los pueblos indígenas, primitivos también, que aun quedan en otros continentes, como los Ainos del Japón, descritos no hace mucho en estas Crónicas, los Drovidhas de la península de Ceilán, los pigmeos del centro de Africa y los Esquimales, todos los cuales son dolicocéfalos ó cogotudos, signo de atraso, contrario al que ostentan las razas más modernas y perfeccionadas, que tienen los cráneos más redondos, esto es, que son braquicéfalos ó cabezorras. En el mismo caso que aquéllos se hallan los Bushmann de África; y Adam, cuyo nombre significa «hombre de color», fué también, según V. Kurtz, un «bushmann» dolicocéfalo.

Ahora bien; los esqueletos de los antiguos indígenas australianos ofrecen la singularidad de presentar trece pares de costillas y diez y ocho vértebras dorsales, de lo cual deduce el doctor alemán todo lo que quería y necesitaba deducir para sus prejuicios y conclusiones. Las diez y ocho vértebras dorsales son las mismas en número que figuran en la espina dorsal de los grandes monos chimpancé y gorila, ergo..... el lector sacará la consecuencia. La costilla número trece, que tuvo el australiano primitivo y que no tiene el de hoy, es aquella que se le extrajo del cuerpo para formar á Eva. De modo que no solamente ha encontrado V. Kurtz explicación á la tradición bíblica, sino que ha demostrado, á su entender, que también es cierta la presunción evolutiva, que nos encaja en el árbol genealógico de los monos. Y aun va más allá, bíblicamente discurriendo; porque cuando Moisés, dice, se ocupa de las primeras expediciones de los adamitas, ó descendientes de Adam, manifiesta que Caín ó Kain (Chin ó Kin, como se pronuncia en la China) se dirigió al país de «Nod», que es la Mongolia, y que entonces tomó mujer y creó su familia, viviendo siempre temeroso de las gentes distintas de los adamitas que por allí encontraba. Hubo, pues, otras que no eran adamitas y que poblaban el centro y oriente de Asia, y éstas son las que procedían del Suroeste de la Australia, con sus diez y ocho vértebras símicas y con una costilla menos. El trabajo, que es curioso y divertido, viene á aumentar el número de los muy abundantes que tienden á probar que Darwin tenía razón; pero presenta la singular novedad de querer armonizar la tradición con la presunción científica, ó, mejor dicho, á establecer que por lo menos hubo dos Adanes, uno australiano, *chimpanzesón*, y otro asiático ó africano, *bushmann*, moreno cogotudo, de padres desconocidos. Tal y tan guapo han puesto al hombre entre Schopenhauer, Nietzsche, Kurtz y otros consumidores de cerveza.

R. Becerro de Bengoa.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Almanaque y Guia matritense para 1895. — Este utilísimo *Almanaque* contiene, entre otras cosas de interés general: el santoral completo; guía alfabética de las vías públicas de Madrid; nomenclátor de todos los centros, oficinas públicas y corporaciones; tarifas generales de correos y telégrafos, teléfonos y de carruajes de plaza: tablas de reducción y equivalencias: salidas y llegadas de los trenes; un *Plano de Madrid*, y un *Mapa de los ferrocarriles de España*.—Se vende, á una peseta, en la librería de Cuesta, Carretas, 9.

Manual del Juez, para uso de los Jueces de Instrucción y Municipales, Gobernadores de provincias, Alcaldes, Escribanos, Oficiales y subalternos de la Guardia Civil, etc., por el doctor Hanns Gross de Gras.

Este libro es de verdadera necesidad en España. Son tan indispensables los conocimientos que en él se exponen, que su publicación nos parece un buen servicio á la administración de justicia.

Los capítulos referentes al interrogatorio, á las declaraciones de los testigos, autopsias, taraceos, enfermedades mentales, huellas de sangre, falsificación de documentos, grafología, la fotografía como auxiliar de la justicia, la antropometría, simulación de enfermedades, comunicación de presos, la prensa periódica, los incendiarios y los explosivos debieran nuestros Jueces aprenderlos de memoria.

Contiene multitud de grabados, que ayudan á poner en práctica sus enseñanzas. Su precio, 12 pesetas.

El telectrofoto, por D. Marcelino Sagaseta, maestro de Obras Militares, y D. Lázaro Gil, electricista.

En este folleto se describe un curioso é interesante aparato de señales para comunicaciones nocturnas, en el que los señores Sagaseta y Gil han mostrado mucho ingenio é inventiva. Su rápida lectura nos ha dado de él muy buena idea, que deseamos mucho ver confirmada en la práctica.—G. R.

UN LIBRO ÚTIL.

Cada día es más evidente la necesidad de que España estreche las relaciones comerciales con las naciones españolas de América, y por eso son de tanta importancia los tratados comerciales en vía de realización y que tanto impulso han de dar á esas relaciones, haciéndolas lo que deben ser.

Pero no todo ha de hacerlo la iniciativa oficial, sino que también la particular ha de ayudar á ésta, trabajando por crearse amistades y relaciones comerciales personales: para ello encontrarán los comerciantes en el acreditado Anuario del Comercio de España, Estados Hispano-Americanos y Portugal, todos cuantos datos necesiten sobre el comercio, la industria, artes, etc., de estos países. Los activos editores Sres. Bailly Baillière é hijos tienen en prensa la 17 edición para 1895; esta edición supera á las demás por el cuidado con que se han recopilado los datos, y porque al tomo irá agregado un magnífico mapa de España.

IMPORTANTE.

Rogamos á los Señores Suscriptores cuyos abonos terminen con el presente año, y piensen seguir honrándonos con su concurso, que se sirvan anunciar su propósito á esta Administración con la mayor anticipación posible, á fin de que el servicio de sus respectivos abonos no sufra retraso por la aglomeración de trabajos, propia de esta época del año, en nuestras oficinas.

Tanto para avisar las renovaciones, como para hacer cualquier reclamación sobre el servicio, es muy conveniente acompañar á las cartas una de las fajas con que se recibe el periódico.

El Administrador.

NINON DE LENCLOS

Reíase de las arrugas, que no se atrevieron nunca á señalarse en su epidermis, y se conservó joven y bella hasta más allá de sus 80 años, rompiendo una vez y otra su acta de nacimiento á la faz del tiempo, que en vano agitaba su guadaña delante de aquel rostro seductor sin poder mortificarle.—Este secreto, que la gran coqueta egoísta no quiso revelar á ninguno de sus contemporáneos, ha sido descubierto por el doctor Leconte entre las hojas de un tomo de la *Historia amorosa de las Galias*, de Bussy-Rabutin, perteneciente á la biblioteca de Voltaire y actualmente propiedad exclusiva de la **Perfumería Ninon** *(Maison Leconte)*, 31, rue du 4 Septembre, 31, París.

Dicha casa entrega el secreto á sus elegantes clientes bajo el nombre de **Véritable Eau de Ninon** y de **Duvet de Ninon**, polvo de arroz que Ninon de Lenclos llamaba «la juventud en una caja».—Es necesario exigir en la etiqueta el nombre y la dirección de la Casa, para evitar las falsificaciones.—La *Parfumerie Ninon* expide á todas partes sus prospectos y precios corrientes.

Depósitos en Madrid: *Aguirre y Molino, perfumería Oriental, Carmen, 2; Pascual, Arenal, 2; Artaza, Alcalá, 23, pral. izq.; perfumería de Urquiola, Mayor, 1; Romero y Vicente, perfumería Inglesa, Carrera de San Jerónimo, 3*, y en Barcelona, *Sra. Viuda de Lafont é Hijos*, y *Vicente Ferrer*.



OTTO RINGS «SYNDETIKON».
PEGA Y ENCOLA TODO

Libros, mapas, muebles rotos, juguetes, platos, tazas, bombas de lámparas, vasos, etc., etc. Se vende en casi todas las droguerías y almacenes de objetos de escritorio.

OTTO RING Y C.ª, BERLÍN W 57
Casa fundada en 1878

CABELLOS CLAROS Y DÉBILES

Se alargan, renacen y fortifican por el empleo del **Extrait Capillaire des** *Benedictins du Mont Majella*, que detiene también su caída y retrasa su decoloración. *E. Senet, administrador, 35, rue du 4 Septembre, París.*—Depósitos en Madrid: *Perfumería Oriental, Carmen, 2; Aguirre y Molino, Preciados, 1; Urquiola, Mayor, 1*, y en Barcelona, *Sra. Viuda de Lafont é Hijos*, y *Vicente Ferrer y Compañía, perfumistas.*

Ultima producção
Perfumaria IXORA
ED. PINAUD
37, Boulevard de Strasbourg, 37
PARIS

Sabonete............. de IXORA
Essencia............. de IXORA
Agua de Toucador..... de IXORA
Pommada.............. de IXORA
Oleo para os cabellos........ de IXORA
Pós de Arroz.......... de IXORA
Cosmético............ de IXORA
Vinagre de Toucador.. de IXORA

EAU DES BLUETS progresiva, vegetal. Medallas: París, Lyón, Túnez. No es pegajosa ni quema; devuelve **al cabello gris su color natural**, castaño ó negro, y no mancha la ropa ni la piel. Frasco, 6,35. *Faubourg* Saint Denis, 82, París.—Depósitos: Gayoso, Arenal, 2, Madrid.—Viuda Lafont, Barcelona.



25 AÑOS DE ÉXITO

PARA PEDIDOS
DIRIGIRSE AL
Sr. D. RAFAEL ROMERO
DE JEREZ DE LA FRONTERA
ÚNICO AGENTE EN TODA ESPAÑA

15 DIPLOMAS DE HONOR
18 MEDALLAS DE ORO



RECOMENDADA POR LAS AUTORIDADES MÉDICAS DE TODOS LOS PAISES

ÚNICO AGENTE EN TODA ESPAÑA
Sr. D. RAFAEL ROMERO
DE JEREZ DE LA FRONTERA
DIRIGIRSE AL
PARA PEDIDOS

SE VENDE EN LAS FARMACIAS
DROGUERÍAS Y ULTRAMARINOS.

PARFUMS à la MODE
SELECT PARFUM
BOUQUET FIN DE SIÈCLE
ESSENCE MYSTÉRIEUSE
QUADRUPLE ESSENCE VIOLETTE DE PARME
CORYLOPSIS DU JAPON
CHRYSANTHÈME DE TOKIO
BATAILLE DE FLEURS
10, Boul. de Strasbourg
PARIS
L. T. PIVER

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL Dr. FRANCK



Estreñimiento,
Jaqueca,
Malestar, Pesadez gástrica,
Congestiones
curados ó prevenidos.
(Rótulo adjunto en 4 colores)
PARIS: Farmacia LEROY
91, rue des Petits-Champs
En todas las Farmacias

En Casa de todos los Perfumistas y Peluqueros
de Francia y del Estranjero
La VELOUTINE
Polvo de arroz especial
PREPARADO AL BISMUTO
Por **CH.les FAY**, Perfumista
PARIS, 9, rue de la Paix, 9, PARIS

Toda persona cambiando ó vendiendo sellos de correo, recibirá, si lo pide, su precio corriente y el **DIARIO ILUSTRADO DE SELLOS DE CORREO**, gratuitamente. Sellos de correo auténticos, á precios módicos.
E. HAYN, BERLÍN, N. 24.

VINO DE CHASSAING
BI-DIGESTIVO
Prescrito desde 25 años
Contra las AFECCIONES de las Vías Digestivas
PARIS, 6, Avenue Victoria, 6, PARIS
Y EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS

L'ANTI BOLBOS

no tiene rival para quitar las manchas ó puntos negros de la nariz, sin alterar la epidermis. Sólo se vende en la *Parfumerie Exotique, 35, rue du 4 Septembre, París.* Depósitos en Madrid: Pascual, Arenal, 2; Perfumería Urquiola, Mayor, 1; Aguirre y Molino, Preciados, 1, y en Barcelona, Sra. Viuda de Lafont é Hijos, y Vicente Ferrer y Compañía, perfumistas.—Evítense cuidadosamente las falsificaciones.

AGUA DE COLONIA DE ORIVE.

No hay otra que iguale en aroma delicado y permanente á la muy higiénica de **Orive**. Primer premio en la Exposición farmacéutica nacional. Inmejorable contra la blandura é irritación de los ojos y dolores de cabeza. Pero no gastar otra que el **Agua de Colonia de Orive**, que se vende en toda farmacia y perfumería de crédito á 3, 6 y 12 reales, y en frascos de lujo á 10 reales.—Madrid, M. García, Capellanes, 1.

PÂTE DENTIFRICE GLYCÉRINE
Basta usarla una vez para adoptarla
GELLÉ FRÈRES
6, Avenue de l'Opéra
PARIS

SIROP FLON
LENITIVO PECTORAL, contra **IRRITACIONES** de los **BRONQUIOS, TOS, CONSTIPADOS, CATARROS.**
En todas las Farmacias y en París, 2, rue de la Tacherie.

FÁBRICA DE ABANICOS
Y PANTALLAS
para **Canastillas de Boda**
Y REGALOS
PIEL, SEDA, GASA, CREPÉ
preparados para ser pintados
COMPOSTURAS



SE ENVÍA FRANCO CATÁLOGO ILUSTRADO
H. TEMPLIER, 9, Boulev. St-Denis, PARÍS

EPILEPSIA y toda afección nerviosa se cura con la **Poción del Dr. Sanmiguel.** Pídanse prospectos. Botica de *La Corona*, Gignás, 5, Barcelona.

LA GRESHAM

COMPAÑÍA INGLESA DE
SEGUROS SOBRE LA VIDA
Y DE RENTAS VITALICIAS
DIRECCIÓN DE LA SUCURSAL DE ESPAÑA:
Calle de Alcalá, 23 dupl.—MADRID
Oficinas en Barcelona y Málaga

ESTB. 1848

La Compañía GRESHAM ofrece, además de sólidas garantías, excepcionales ventajas á sus Asegurados, en Pólizas redactadas con claridad y libres de restricciones innecesarias.

NOTA.—*Condiciones favorables á los Agentes activos que trabajen con éxito.*

GASEOSAS Aparatos para la fabricación de las bebidas gaseosas
PRUDON & DUBOST
París — 210, Boul. Voltaire — París
Pídase el Catálogo N.º 47.

JUEGOS DE PRECISIÓN, RULETAS, JUEGOS MECÁNICOS, MESAS DE JUEGOS, BILLARES, UTENSILIOS DE CASINOS, ETC.—Se remite *Catálogo*, franco.
J. A. JOST.—120, rue Oberkampf, París.

PUREZA DEL CUTIS
Franco: 6 fr. en París
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES
&
Pone y conserva el cútis limpio y terso
CANDÈS et Cie. Bd St-Denis, 18

40 Médicos de los Hospitales de París han comprobado la PODEROSA eficacia de los PECTORALES de Nafé
Pasta y Jarabe de **Nafé** de DELANGRENIER
PARIS
53, Rue Vivienne
Venta en todas las FARMACIAS.
CONTRA: Resfriados, Gripe, Influenza, Bronquitis, Coqueluche, Irritaciones del Pecho y de la Garganta

COMPAÑIA COLONIAL
CHOCOLATES Y CAFÉS
La casa que paga mayor contribución industrial en el ramo, y fabrica **9.000 kilos** de chocolate al día.—**38 medallas de oro** y altas recompensas industriales.
DEPÓSITO GENERAL: CALLE MAYOR, 18 Y 20, MADRID

Los Polvos de Arroz
PEAU D'ESPAGNE
NUEVA CREACIÓN
DE
E. COUDRAY
PERFUMISTA, 13, Rue d'Enghien, París
SE VENDEN EN TODAS LAS PERFUMERÍAS.

TOS
POR FUERTE QUE SEA, SE CURA CON LAS
PASTILLAS DEL DR. ANDREU
Remedio pronto y seguro. En las boticas

ALAMBIQUES
Espíritus á 40° Cartier
SIN REPASAR
EGROT
Cab.º de la Legión de Honor
EXPOSICIÓN UNIVERSAL
PARÍS 1889
Fuera de Concurso
Miembro del Jurado
Catálogo, FRANCO, informes
19, 21 y 23, rue Mathis
PARIS

NEURALGIAS, *jaquecas, calambres en el estómago, histerismo*, todas las enfermedades nerviosas se calman con las píldoras antineurálgicas del **Dr. Cronier.** 3 francos; París, farmacia, 23, rue de la Monnaie.

F. DUBALEN. Barnices superiores para carruajes y todas las industrias. Secantes. **Pinturas Vernissées.**—**Fábrica en Aubervilliers**, *cerca de París.*

POMADA TANICA ROSADA para devolver á los *Cabellos blancos su color primitivo.* **FILLIOL**, 58, *r. Lafayette, París.*

GOTA Reumatismos, Dolores. Curación asegurada con el [illegible] y el Elixir [illegible]. Venta: Farmacia 6, R. [illegible], París. Depósito: Gayoso y Moreno, 2, Arenal, Madrid.

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid............	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias..........	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero.........	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXVIII.—NÚM. XLVII.

ADMINISTRACIÓN:

ALCALÁ, 23.

Madrid, 22 de Diciembre de 1894.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN, PAGADEROS EN ORO.

	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de Amér.ca y Asia......................	60 francos.	35 francos.



LA VIRGEN DE LA FAJA.

CUADRO DE MURILLO,

EXISTENTE EN LA GALERÍA DEL PALACIO DE SAN TELMO, EN SEVILLA.

(De fotografía del Sucesor de Laurent.)

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

Tras el paréntesis que un suceso triste nos obligó á hacer en la reseña de asuntos generales, nos encontramos con una crisis ministerial, ya resuelta con la retirada del ministro de Hacienda D. Amós Salvador, sustituído por el Sr. D. José Canalejas, uno de los oradores jóvenes de mejor palabra y de mayor ilustración que figuraban en la mayoría. La causa inmediata de la crisis fué una votación contraria á los deseos del Sr. Salvador, en que tomaron parte amigos y adversarios del Gobierno, y la molestia experimentada por el Ministro de Hacienda á consecuencias de aquel acto: la causa primordial se atribuye con verosimilitud á la falta de cordialidad que suele producirse á la larga en toda mayoría, por ser el ejercicio del poder el más activo disolvente de las amistades políticas. Una sesión de las que gráficamente se llaman borrascosas, porque después de las tempestades del cielo y los motines de la tierra no hay nada tan semejante al mar agitado como una asamblea política airada y descompuesta, desató los odios de familia, que pasaron del estado latente al de la mayor publicidad. Y no se crea por eso que juzguemos en disolución al partido gobernante, ni que sea una revelación esa discordia. Hace mucho tiempo que existía, dándose el caso de que periódicos ministeriales maltratasen á algunos Ministros, sin descomponer la armonía general. Es ya costumbre que los gobiernos tengan que resistir á dos oposiciones: la de los extraños y la de los propios; y lo que sucede hoy en el partido gobernante ocurriría en cualquiera otro de los que pueden ó no sustituirle. Gracias sean dadas á Dios, á la agrupación ya imposible de las ideas ha sucedido el respeto y adhesión puramente personal á dos ó tres jefes que poseen el don que llamaremos de la autoridad ó del prestigio, únicos á quienes se respeta, y enrededor de quienes el instinto de conservación reune á los partidos. Cada tiempo tiene sus fórmulas: hoy nos contentamos con disciplina relativa. No escudriñaremos, por lo tanto, quiénes, ni cuántos, ni por qué razón oculta derribaron al Ministro: bástenos manifestar, en honra de éste, que cayó dignamente, habiendo demostrado que es hombre de administración, y mejorando los cambios de un modo notable: no fué de esos Ministros que caen para no volver á entrar, sino que dejan todo en orden para recuperar en cualquier ocasión el puesto abandonado. Si la inteligencia es suficiente para salir airoso en un empeño como el de ocupar la cartera de Hacienda en estas circunstancias, nadie se la puede negar al Sr. Canalejas: sólo desearíamos que, en vez de peligrosas iniciativas, tan eventuales en asuntos rentísticos, dedicase toda su voluntad á mejorar con calma lo existente y demostrar que tiene tanta madurez de juicio como talento indiscutible.

⁂

Celebradas á costa del Estado las exequias de Mr. Burdeau, presidente de la Cámara popular francesa, la elección del sucesor ha servido para proporcionar un disgusto al famoso Mr. Meline, el enemigo de las buenas relaciones mercantiles de Francia y España. Dicho candidato, que contaba con obtener la presidencia, ha sido derrotado por Mr. Brisson, de ideas más avanzadas en política, pero menos exagerado en cuestiones económicas.

No nos importan de cerca ni de lejos los asuntos que hoy preocupan á los italianos y han producido la suspensión de las tareas legislativas: son de índole tan particular, que no pararíamos mientes en ellos á no tener, por reflejo, cierto carácter cosmopolita. No somos aficionados á la delación de inmoralidades: la experiencia nos ha demostrado que no hay descaro como el de los bribones para acusar al que les conviene, sobre todo si ocupa una posición explotable. Mucho de eso sucedió en el escándalo del Panamá: el proceso del *chantage* ó difamación productiva descubierta en la prensa de Francia lo hace ver bien á las claras; y por estas y otras razones, sin absolver á los acusados, nos suelen parecer sospechosos los difamadores, pues hay quien especula, con apariencias de rigidez, con aquellos á quienes pretende, no corregir, sino despojar. Se trata en Italia de la existencia de documentos que, al parecer, comprometen á personas de alta clase, y, entre ellos, al Presidente del Gobierno, como complicado, por sí ó por persona de su mayor intimidad, en tratos poco delicados con ciertas sociedades mercantiles; pero es el caso que, á ser el hecho cierto y á haber guardado esas pruebas otro Presidente de Gobierno, en nombre de la razón de Estado, ese mismo motivo le imponía con más fuerza la obligación de la reserva en las actuales circunstancias; y si era lícito callar entonces, por secreto político, una vez convertido en tal por quien pudo hacerlo, en virtud de su jerarquía y sin ningún otro derecho, le era tan obligatorio después, moral y legalmente, guardar ese secreto profesional, como al mismo confesor: porque, convertido en particular, no podía disponer de documentos que no le pertenecían, desde el momento en que los anuló con su reserva cuando era potestativo en él entregarlos ó no á los tribunales. Conservarlos como una amenaza y un arma para el día de mañana, y hacer uso por venganza, siendo particular, de un secreto de Estado, es una acción, á nuestro entender, vituperable. Podrán ser culpables los que acuse; pero no podrá lavarse del borrón que se echa encima el que así abusa de la posición que ocupaba en otro tiempo.

⁂

Dice nuestro querido colaborador D. Juan Tomás Salvany, en el prólogo de *Las madres de hombres célebres*, refiriéndose á la autora del nuevo libro, la ilustre escritora D.ª Concepción Jimeno de Flaquer: «Lo mejor de esta dama es el encanto severo de su trato íntimo, la sorprendente amenidad de su conversación, los generosos sentimientos que rebosan de su alma, las ráfagas de ternura, la discreción, las virtudes con que sabe hacer de su hogar un paraíso y formar en torno suyo una atmósfera suave de simpático respeto.» Y añadimos nosotros: todas esas cualidades que reconocemos y admiramos en la autora, se reflejan en el libro que dedica á las madres americanas y en la elección del asunto, porque la obra es simpática, sentida, amena y tierna. No todas las madres de los varones famosos son célebres por sus hijos: una de ellas, la de Fernando *el Emplazado*, D.ª María de Molina, valía más que aquél; Elena la de Constantino, y la madre de los Gracos, no valían menos que sus hijos; Berenguela, como reina, no hubiera necesitado para ser famosa tener un hijo santo en Fernando III, ni D.ª Blanca de Castilla á San Luis. Pero las madres de los grandes artistas y poetas deben su fama á la de los hijos: éstas, si tienen conciencia de ello, deben estar más orgullosas. El libro de la Sra. Jimeno de Flaquer es una buena obra de caridad, de educación y de lectura. Yo envidio á los hombres que en el libro se citan, por ser recordados por tal escritora, por haber sido famosos y por haber conocido á su madre.

⁂

El marqués de Roncali, D. Antonio Romrée y Paulín, grande de España y gentilhombre de Cámara, ha dejado de existir, joven aún. Era un cumplido caballero, gran aficionado á las letras y á las artes y á los ejercicios propios de su clase; sus trenes llamaron la atención en Madrid en las carreras de caballos. En la quinta de Villa-Cristina, del nombre de su esposa, asistimos en otros tiempos á fiestas de las más gratas: está próxima á la célebre posesión de Somosaguas, que fué del general O'Dónnell. Los Marqueses de Roncali viajaron algunas veces como los antiguos señores, en sus coches de camino, recorriendo los pueblos y visitando los archivos y los monumentos. Los que siempre estrechamos su mano con satisfacción, le tenemos que despedir llenos de tristeza, y enviamos un pésame sincero á la afligida Marquesa de Roncali, tan digna de todas las felicidades de la vida.

Recíbale también otro amigo querido, el periodista don Conrado Solsona, que ha perdido en Barbastro á su excelente madre.

Y terminamos esta serie de desgracias con la noticia de la defunción, en Málaga, de la aplaudida tiple de zarzuela D.ª Dolores Franco de Salas, una de las artistas que retardaron la ruina del antiguo repertorio, arrinconado por los Bufos y sustituído por el sainete lírico, hoy dominante, y que galvanizará el primer capricho de la moda.

⁂

Apartemos la vista de lo trágico. Dos conferenciantes han disertado en estos días en el Ateneo de Madrid: D. Arturo Soria acerca de un tema científico y tan técnico que no pertenece á nuestra Crónica, pero que hemos oído elogiar á los inteligentes: D. Arturo Soria no sólo se ocupa en investigar el origen de las especies y estudiar los poliedros; es el propagador constante de la ciudad lineal, que, si le ayudan los accionistas, construirá circunvalando á Madrid con una zona habitada, urbana y campestre al mismo tiempo. Reune, pues, las dos opuestas y buenas cualidades de hombre activo y pensador.

El otro conferenciante ha sido D. José Parada y Santín, á quien no oímos, pero que amenizó su discurso artístico reproduciendo con un aparato proyector cuadros famosos. Aunque no asistiéramos al acto, conocemos al Sr. Parada y Santín, el catedrático de Anatomía pictórica de la Escuela de Bellas Artes, como hombre de palabra facilísima, pintor, médico, escritor, y de talento original. Aun recordamos los artículos primeros que publicó en los Lunes de *El Imparcial*, hace muchos años, estudiando los cuadros del Museo como botánico y antropólogo, y desde luego le da carácter y constituye su nota personal el haber tenido la fuente de sus conocimientos, no en la erudición francesa, sino en autores españoles y latinos. Por los periódicos sabemos, y sin verlo lo creemos firmemente, que hizo un papel lucido en la cátedra del Ateneo.

⁂

Pero escribimos en vísperas de las Navidades y en esos momentos solemnes en que Europa nos contempla, y todos los españoles y muchos extranjeros esperan el sorteo de la gran Lotería del año. Cuando esto se lea, los odiosos rivales que tuvieron la suerte de llevarse los primeros premios sonreirán compasivamente, si repasan estas líneas. Los miserables se burlarán acaso de nosotros, barajando los billetes de 1.000 pesetas que la injusta fortuna hizo caer en lluvia inesperada sobre su mesa de despacho ó mostrador ó lo que sea. Y decimos inesperada, porque en realidad, aunque todos aparentan cierta confianza irónica en obtener el premio grande, nadie cree en él, y una voz secreta nos advierte la casi imposibilidad de obtener entre 54.000 billetes el que ha de valer 12 millones de reales. Pero si el premio grande sólo le ven los jugadores como una niebla luminosa y lejana, en cambio la generalidad espera de este sorteo, en la profusión y reparto de los premios, una parte alícuota bastante para pasar felices Pascuas. En esto sí que pocos dejan de hacerse algunas ilusiones; y estas esperanzas, que, como todas, constituyen el mayor encanto y entretenimiento de la vida, sólo las puede producir esa calumniada, pero risueña renta, que las gentes positivistas critican y bendicen todos los soñadores. En el sorteo de Navidad se establece una fraternidad de pobres y ricos y de gentes extrañas entre sí, que mezclan su suerte, pidiéndose y cediéndose pequeñas participaciones en los billetes. Sólo el egoísta esconde su billete entero con el propósito de acaparar el premio grande. Estamos á 22. El tribunal que preside el sorteo está reunido. El bombo de los números y el de los premios empiezan á voltear. ¡Silencio! ¡Silencio! *Alea jacta est.*

⁂

Pero ¿qué es esto que llevo en mi cartera? Es un libro diminuto, de la *Biblioteca diamante* que acaba de publicarse en Barcelona, ilustrada por Triadó. Contiene en 193 páginas una novela de nuestro joven colaborador D. Alejandro Larrubiera, titulada *Mimosa*. Larrubiera tiene talento, estilo, ideas y noble ambición de fama: la leeremos. Pero empecemos acusando el recibo en estas líneas, y prometiéndonos con su lectura, que siempre es de fechas inseguras para las personas ocupadas, ratos agradables. Y como no es un desconocido para los lectores de nuestra ILUSTRACIÓN, los que hayan simpatizado con el autor saben que por una peseta pueden adquirir su novelita, editada con primor, y ponerse en contacto espiritual con ese autor que les inspiró oculta y merecida simpatía.

⁂

—¿Qué haría usted si le tocase el premio grande?—preguntamos á un avaro.

—Por primera providencia haría un hoyo.

—¡Ya! y caería el premio grande al hoyo grande. Porque ni siquiera le enterraría usted en panteón.

—¿Qué tal genio tiene Tomasa?

—Cuando está de mal humor es una serpiente, pero cuando está de buenas tiene un genio muy dulce.

—¿Y de ordinario?

—¡Pse! Es una serpiente..... de mazapán.

—No dejes de comprar el pavo del maestro.

—¿Muerto ó vivo?

—Claro es que muerto; ¡como que siempre se le envía un esqueleto!

—¿Podría usted devolver el oído á mi yerno?—dice una señora al médico.

—Tal vez.

—Sálvele usted, por Dios; está el pobre tan incomunicado, que por más que le riño no me oye.

—Chica, emborracha al pavo para que esté blando.

—Ya le he dado aguardiente, y cada vez parece más serio y formal. ¿En qué se conoce que están borrachos?

—No lo sé; pero lo natural es que dé á la pava una paliza.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

NUESTROS GRABADOS.

BELLAS ARTES.

La Virgen de la Faja, cuadro de Murillo. — *Una negativa*, cuadro de G. Schachinger. — *Fragmento del retrato ecuestre del rey D. Felipe IV*, por Velázquez. — *¡Un ratón!*, por Roberto Sauber. — París: *Salón de los Campos Elíseos de 1894. El ensayo de los villancicos*, cuadro D'Entraygues. — *Víctima del trabajo*, cuadro de D. Maximino Peña. — *Entre flores*, de fotografía de Doroney, de Londres.

La Virgen de la Faja es una de las más delicadas creaciones de Murillo, el gran pintor que tuvo el singular talento de unir la sencillez del más perfecto naturalismo al misticismo más sublime. El cuadro que reproducimos en la página primera de este número es buena muestra de cómo sabía vencer esta al parecer invencible dificultad, porque las dos figuras principales son á la par humanas y divinas.

Casi no requiere explicación el grabado de la pág. 377, porque el dolorido rostro del mancebo la excusa. A la legua se advierte que va á levantarse, perdida toda esperanza de ver correspondido su cariño, y creyendo de buena fe, como se cree siempre en tales casos y á aquella edad, que no hay pena igual á la suya y que la padecerá toda la vida. Pasarán meses y no comprenderá cómo olvidó tan pronto aquel mal rato, ni siquiera por qué lo tomó tan á pechos.

De ella podría decirse que pronuncia el *no* fatal á disgusto, pues también aparece muy apesadumbrada; pero sobre esto cualquier juicio será temerario, porque lo que las mujeres piensan en determinados casos suele ser tan recóndito y obscuro que á ellas mismas les sería muy difícil explicarlo.

Aunque mal rey, no fué Felipe IV el más inepto de los que España ha tenido, pues el último de su familia (Carlos II) y el primero de la que le sucedió en el trono (Felipe V) aun valieron menos que él. Pero aparece en nuestra Historia con la indeleble mancha de haber comenzado en su reinado la decadencia de la nación, rompiéndose la unidad de la patria, y con tal nota no es de admirar que la posteridad le haya condenado severamente. Toda severidad con quien tal hizo, es justicia.

No se ha estudiado su carácter con el detenimiento debido, á pesar de la importancia de este estudio y de que no faltan noticias y datos de muy diversa especie para conocerle á fondo, entre ellos los retratos suyos hechos por Velázquez, y que, sobre ser hermosos documentos históricos, pueden contarse entre las obras artísticas de más precio que poseemos.

De ambas cosas tiene el que publicamos en este número. Pintóle el gran artista en aquellos aciagos días del alzamiento de Cataluña y Portugal, cuando, movido el Rey por tan terible prueba, ma chó con la corte á Aragón para desde allí ir á la campaña. Entró vencedor en Lérida en 1644, y entonces le retrató Velázquez, á caballo, vestido de media armadura de bruñido acero con adornos de oro, gregüescos nogurados, recamados también de oro, golilla, sombrero de pluma blanca y castaña, banda de color de rosa pendiente del hombro derecho y flotando al viento por detrás, cabalgando en un brioso cuatralbo castaño. En la diestra empuña el bastón de mando, y en la izquierda la brida. La figura es de tamaño natural, y corresponde á lo que se llama segundo estilo del autor. Es de una gallardía que nunca tuvieron los hechos del retratado, pero que le pone entre las mejores obras del retratista. (Véanse las págs. 380 y 381.)

Se preguntarán muchos en qué consiste el miedo que tienen las mujeres á los ratones, y no hallarán respuesta satisfactoria, ni quien se la dé acertada, pues al que dijere que la causa ha de buscarse en los nervios femeninos, se le puede replicar que se ha visto más de una vez entrar un ratoncillo en la jaula de un animal corpulento, fuerte y animoso hasta la ferocidad, como es el gorila, y acogerse éste á cualquier rincón, asustado ó quizás llevado de cierta instintiva repugnancia. Sin duda la causa es otra de la supuesta.

La joven del cuadro de Sauber se hallaba según parece entretenida en alguna faena doméstica, cuando vió al inofensivo, aunque tan temido roedor, y en vez de procurar matarle, se refugió en lo alto de la silla, donde apenas se considera segura. La escena es muy graciosa (véase la página 384), y sin duda hará sonreir á más de una lectora.

En el departamento de Seine-et-Oise, no lejos de París y á 28 kilómetros de Pontoise, hay un lugar como de 300 á 400 vecinos, llamado Ecouen, y del que nada habría que decir si no tuviese un grande, antiguo y famoso castillo, construido en tiempo de Francisco I por el condestable Montmorency, y también una bella iglesia declarada monumento histórico.

A este lugar ha ido el autor del cuadro que copiamos en la pág. 389 á buscar el bonito y original asunto de aquel anciano maestro enseñando á los chicos del pueblo, incluyendo al sacristán, los villancicos que han de cantar en la próxima Nochebuena. La escena ocurre en la iglesia mencionada, y está muy bien dibujada, con gran sencillez y sentimiento de la realidad.

Dura vida es la de la mujer en muchas comarcas rurales, singularmente en España, donde el clima y el suelo son, por lo general, tan ásperos, tan largas las distancias de unos pueblos á otros (sobre todo en ambas Castillas y Extremadura) y tan corta la riqueza, que apenas da en los años buenos para el sustento. El que ha visto trabajar en el campo al llamado sexo débil en la ciudad, no puede dejar de admirar su fortaleza física, que muchos hombres de los estropeados por la vida urbana desearían para sí. Pero á veces la magnitud de la carga se sobrepone á la fuerza del cuerpo, y entonces ocurren en la soledad de los campos pequeños dramas como el que ha dibujado el Sr. Peña, y que reproducimos en nuestro segundo grabado de la pág. 388.

Ocurre la escena en los pinares de Soria. La pobre leñadora no ha podido con el grueso haz de leña que cortó, y ahí está, caída en medio del camino, sin vida al parecer, y sin otro socorro que las voces y caricias de su compañera. Pero volverá en sí y seguirá quizás adelante sin pensar en mejor suerte; que, al menos, suele tener la fortuna de no estar descontenta con la suya, aunque tan penosa.

Bien puede vivir entre rosas la juventud, sobre todo cuando la acompañan los halagos y homenajes que nunca faltan á las mujeres hermosas, y con ellos la íntima satisfacción de recibirlos como merecidos. Pero triste cosa es que las alegrías de la vida no tengan mejor fundamento, porque sin falta se mudarán en amarguras sin esperanza al llegar los días fríos de la vejez. Así, por un extraño contraste, la alegre y bella cabeza de mujer que publicamos en la pág. 392 puede engendrar ideas melancólicas. ¡Cuestión de oportunidad ó de temperamento! Quizás á la mayor parte de los lectores les sugiera otras.

°°°

MR. AUGUSTO BURDEAU,

presidente que fué de la Cámara francesa.

La inopinada muerte del Sr. Burdeau ha quitado á la política francesa un hombre de grandes esperanzas. Era el difunto presidente de la Cámara natural de Lyon y de familia humilde; pero desde niño tuvo afición al estudio, por lo que siguió la carrera del profesorado. En 1885 eligiéronle sus amigos diputado por el Ródano, y en poco tiempo subió mucho en política, gracias á su talento y laboriosidad.

Fué ponente de varias comisiones parlamentarias, ministro dos veces, y hacía poco que presidía la Cámara cuando una repentina enfermedad acabó con su existencia, contando apenas cuarenta y cuatro años. Su retrato en la página 372.

°°°

GIOLITTI,

director de la campaña contra Crispi en la cuestión del Banco Romano.

Recordarán los lectores que á poco de descubierta la historia secreta del Canal de Panamá, y hallándose aún este negocio en el apogeo del escándalo, descubrióse en Italia la historia secreta del Banco Romano, tan escandalosa ó más que aquélla. Fué preso el director de aquel establecimiento, Sr. Taulongo, y se descubrió que muchos hombres notables habían puesto á precio su influencia para ayudar al Banco, originándose de aquí un ruidosísimo proceso.



GIOLITTI.

Pero no debió parecer muy ajustada á la ley la conducta de los magistrados encargados de aplicarla, cuando se consideró necesario nombrar una comisión parlamentaria para que diese parecer sobre ella, cuyo parecer confirmó las sospechas, pues dicen en él los señores comisionados que *los magistrados tuvieron que luchar desigualmente con todo linaje de influencias.*

Pidió después el diputado Colaiani que se trajesen al Parlamento ciertos documentos reservados, y formóse, por iniciativa de Giolitti, un jurado compuesto de los diputados Carmine, Cavallotti, Coppino Colombo, Damiani, Rudini y Zanardelli, los cuales, por unanimidad menos un voto, negáronse á examinar dichos documentos por aquél presentados.

Aquí comienza la parte ruidosa del conflicto. Giolitti los presentó en la sesión del 11; y aunque el presidente, señor Biancheri, se negaba á admitirlos, tuvo que ceder, obligado por la Cámara. Bonghi y De Nicolo sostuvieron que ésta no debía conocerlos; pero venció la idea de nombrar una comisión de cinco diputados que los viera y estudiara, siendo elegidos Carmine, Cavallotti, Chinaglia, Cibrario y Damiani, los cuales declararon el 13 que nada nuevo contenían y que no merecían la atención de los diputados.

No por eso se consideró vencido Giolitti, quien creyó que, publicando algunos de los que le parecieron de mayor peso, entre otros, cartas particulares de la señora de Crispi, robadas por un criado infiel, dejaba moralmente muerto al Presidente del Consejo. Pero éste ha negado con tal energía y son tan monstruosos los cargos que se le hacen, que mucha parte de la opinión se va poniendo de su lado.

Giolitti no es tampoco ningún diputado casi desconocido, sino uno de los políticos más importantes de Italia, habiendo desempeñado no hace mucho el cargo de presidente del Consejo.

°°°

LA ISLA DEL PEREJIL.

Hay en Tánger cierta especie de gente dada á la fabricación de noticias alarmantes, y sobre alarmantes nada inocentes, anunciando de diversos modos el desquiciamiento del Imperio marroquí. Debiera ser conocida en España y desdeñada por lo que en sí es y por lo dañosos á nuestros intereses que son sus propósitos; pero llega á tanto nuestra desgracia en estos negocios africanos, que nunca falta algún periódico español que acoja y dé calor en sus columnas á tan dañosos (y á veces interesados) inventos, haciéndose vehículo y auxiliar de rumores conocidamente antiespañoles.

De éstos es el de la cesión de la isla del Perejil á Inglaterra por el Gobierno del Sultán, lanzado al público para ver si se puede hacer á los defensores del *statu quo* marroquí el mismo daño que se les hizo con el fracaso de la embajada de Ewan Smidt. Y no debe olvidarse que la principal interesada en el mantenimiento de ese *statu quo* es España.

Para cabal conocimiento de esta importante cuestión, publicamos en el segundo grabado la pág. 372 el plano y vista de la isla tan traída y llevada estos días. Está entre las puntas Almanza y Leona, en la parte del Estrecho en que más se acercan las costas africana y española, y casi enfrente de Tarifa. Es triangular, peñascosa y cubierta de arbolado, de una milla de bojeo y 74 metros de alto. Hacia el Norte cae á pico sobre el mar, descubriendo, por el color de sus capas, ser de la misma formación que Sierra Bullones, cuyos tajos se ven desde el Estrecho. La costa es muy acantilada al Norte, Este y Sudoeste, y junto á ella se encuentran fondos de 20 á 40 metros. Al Este y al Oeste hay unas caletillas, y al Este dos caletas mayores, llamadas del Rey y de la Reina, y á la entrada de ésta ruinas de una torre y de un aljibe, obras de portugueses, probablemente. Tiene un manantial de agua abundante y bastante buena.

La importancia estratégica de la isla del Perejil es grande; pero *sólo para la nación que posea la vecina costa.* Por sí sola, nada vale, pues de tal modo está dominada y desde tan cerca, que es indefendible. Para darse cuenta exacta de la posición en que se encuentra, imagine el lector que la isla del Perejil es la de Santa Clara, que está á la entrada de la Concha de San Sebastián, y suponga levantados á siete veces mayor altura de la que tienen los dos cerros que á derecha é izquierda acompañan á ésta: 116 metros tiene el monte Urgull, 184 Igueldo (que así se llaman dichos cerros), y 856 LOS TAJOS DE LA COSTA QUE ESTÁN SOBRE LA ISLA DEL PEREJIL y de los que sólo la separa un canalillo de cable y medio de ancho. Dígase ahora, con estos datos á la vista, qué especie de regalo haría el Sultán á la Gran Bretaña ni á nadie dándole aquel peñasco *sólo*. Y como dárselo con Sierra Bullones sería encender la guerra en Europa, no puede haber quien lo crea sin tener el juicio trastornado ó hallarse en la mayor ignorancia de estas cosas.

°°°

LOS SANTOS LUGARES.

Entrada á la gruta de la Natividad. — Templo de la Natividad. Gruta de los Pastores. — Entrada á la gruta de los Pastores.

La gruta de la Natividad es ni más ni menos que el Portal de Belén, que estos días está en los labios de todos, y hállase en el pueblecillo de Belén, en el sitio en que, según es sabido, nació el Salvador. La primera sorpresa del viajero al llegar á aquel paraje es la gran plaza irregular, rodeada de extraños y pintorescos edificios, á todos los cuales se sobreponen los conventos latino, griego y armenio que rodean el Santo Lugar.

Para entrar en la gruta, bajando del convento latino, crúzase un hermoso claustro ojival, obra de los cruzados, en un extremo del cual ábrese una puertecita baja casi cuadrada, y por ésta se pasa á una de las basílicas más hermosas del mundo. Fué erigida por Santa Elena, madre del emperador Constantino. Consta de cinco naves (la del centro del mismo ancho que los dos laterales), formadas por cuatro filas de columnas corintias monolitas de mármol rojo, de seis metros de altas. Sobre el arquitrabe se alza el desnudo muro más de doce metros, con doce ventanas de medio punto. El crucero, tan ancho como la nave central, termina en dos ábsides de igual diámetro que el del fondo. La techumbre es de cedro, de fecha no muy antigua, y notable por lo elegante y ligera. Una pared, levantada por los griegos, divide este hermosísimo templo en dos partes, afeándole de tal forma, que el P. Barcia, en su libro *Viaje á Tierra Santa en la primavera de 1888*, que con gran provecho hemos consultado, les llama bárbaros, no sin razón.

Pasada la pared por una de las puertecillas laterales, encuéntrase el peregrino en la parte superior. A cada uno de los lados del coro hay otras puertecillas, por las que se baja á la gruta. Entre las dos escalerillas hay un hueco en la roca, vese en él una tabla que sirve de altar, y debajo de ella multitud de lámparas que alumbran á una estrella de plata, fija en el pavimento y con una inscripción que dice: *Hic de Virgine Maria Jesus Christus natus est.* La gruta tiene la forma de un trapezoide irregular, y al lado, en otro hueco, al que se baja por dos escalones, está el sitio del pesebre cubierto de mármol blanco. Sobre él hay un cuadro representando la *Adoración de los pastores*, y enfrente, sobre un altar que pertenece á los latinos, otro cuadro con la *Adoración de los Reyes.* Cuelgan de la bóveda innumerables lámparas de plata, latinas, griegas y armenias; hay otras en el sitio del pesebre, y á su entrada tres candelabros, pertenecientes á cada una de las tres comunidades cristianas. Completa el cuadro, de singularísima manera, un soldado turco de centinela junto á la estrella de plata.

Tal se encuentra hoy el sitio en que nació el Salvador, y que nuestros lectores conocerán, mejor que por cualquiera otra descripción, por el grabado de la pág. 373.

La gruta de los Pastores es otro lugar de Tierra Santa, si no tan sagrado como el que acabamos de describir, poco menos curioso, por lo típico. Ningún viajero, de los muchos que ahora van á Palestina, deja de visitarla. (Véase nuestro grabado de la pág. 374.)

°°°

LA GUERRA ENTRE CHINA Y EL JAPÓN.

Generales japoneses. — Desembarco de una división japonesa bajo el fuego de las baterías de Puerto Arturo.

El crédito que los generales japoneses han ganado en la campaña contra China tiene puestos en ellos los ojos de toda Europa, la cual comienza á saber ahora que, así como entre los sabios á quienes más deben los estudios microbiológicos contemporáneos está el japonés Dr. Kitasato, colaborador de Koch y de Behring, así han aparecido de pronto generales ignorados y que quizás no sean inferiores á muchos de los buenos que hay en Europa. Los retratos de tres de los principales van en la pág. 376 de este número. El general Oyama manda uno de los ejércitos que opera en la provincia de Liao-Tun y que es precisamente el que ha tomado á Puerto Arturo. Al príncipe Arusigawa corresponde también una parte de la gloria de esta campaña, como jefe de Estado Mayor del ejército, y al vicealmirante Kabayama como uno de los organizadores de la Armada.

En el asedio y toma de Puerto Arturo han probado los soldados japoneses igual disciplina, serenidad y seguridad de tiro que el mejor ejército europeo, según aseguran todos los corresponsales. Nuestro segundo grabado reproduce la siempre interesante escena de un desembarco, y muestra cómo se operó el de una de las divisiones japonesas bajo el fuego de las baterías chinas de Puerto Arturo, armadas todas de cañones Krupp.

∴

FILIPINAS.

Paisajes de Luzón.

La isla de Luzón, tan extensa como Cuba y de mayor riqueza, así como también de contextura geográfica más perfecta, por la variedad y altura de los montes, la magnitud de los ríos y lagunas, y la muchedumbre de admirables puertos, podría ser la primera de nuestras provincias ultramarinas, y de igual prosperidad y población que Java. Varias circunstancias la hacen hoy digna de particular atención, á saber: el aumento del comercio entre la madre patria y el archipiélago; la Exposición Regional Filipina que en breve se abrirá en Manila, y el ser la tierra española más vecina del Imperio japonés, razón política que sería bueno tener siempre en la memoria.

Principalmente las dos primeras nos han movido á publicar las bonitas fotografías del Sr. D. Carlos E. de Bertodano, que hallarán nuestros lectores reproducidas en la pág. 385. Tres de ellas son de paisajes de Bulacán, y la cuarta de Tayabas, provincias importantes por diversos conceptos. Bulacán, aunque pequeña, es de las más ricas y adelantadas de Filipinas, y tiene mucha población é industria. Es frontera de la de Manila, y está al Norte de ésta. El río Marilao, uno de los que por ella corren, llámase así, según el padre Martínez de Zúñiga (*Estadismo de las islas Filipinas*, publicado recientemente por D. W. E. de Retana), de cierto arbusto que sirve para teñir de pajizo.

La provincia de Tayabas hállase al Mediodía de la isla, en el arranque de la península que sale de ella hacia Oriente, y es famosa por sus selvas, en que hay riquísimas maderas.

Por cierto que aquí debemos hacer la advertencia de que las fotografías de actores japoneses que publicamos en el número pasado, no son de nuestro amigo don Eduardo Argenti, como por error material dijimos, sino también del Sr. Bertodano.

∴

MISTRESS YATES,

alcalde de Onehunga (Nueva Zelanda).

En la singular península en que remata por el Norte la isla de Ika-na-mavi (que así se llama la más septentrional de Nueva Zelanda), á la parte oriental de la misma y á siete kilómetros de la ciudad de Auckland, hállase una bonita población de baños, de poco más de 3.500 habitantes, con mucho comercio é industria, excelentes edificios públicos, etc., etc., llamada Onehunga, cuyo alcalde hallarán los lectores retratado en la pág. 386.

¿Pero cómo puede ser alcalde una mujer? preguntará admirada la gente. En Nueva Zelanda la cosa es sencillísima, porque desde el pasado año de 1893 son electoras y elegibles todas las mujeres mayores de veintiún años. De cómo les va á los neozelandeses con esta novedad aun no se puede formar juicio por ser tan reciente, pero no deja de inspirar temores la posibilidad del contagio á otros países. Habrá quien diga que no es de temer en España; pero á esto bien podría replicarse que no va tan remota la fecha en que un partido político español pidió el derecho de voto para los menores de edad. Todo es de temer donde tales cosas se han visto.

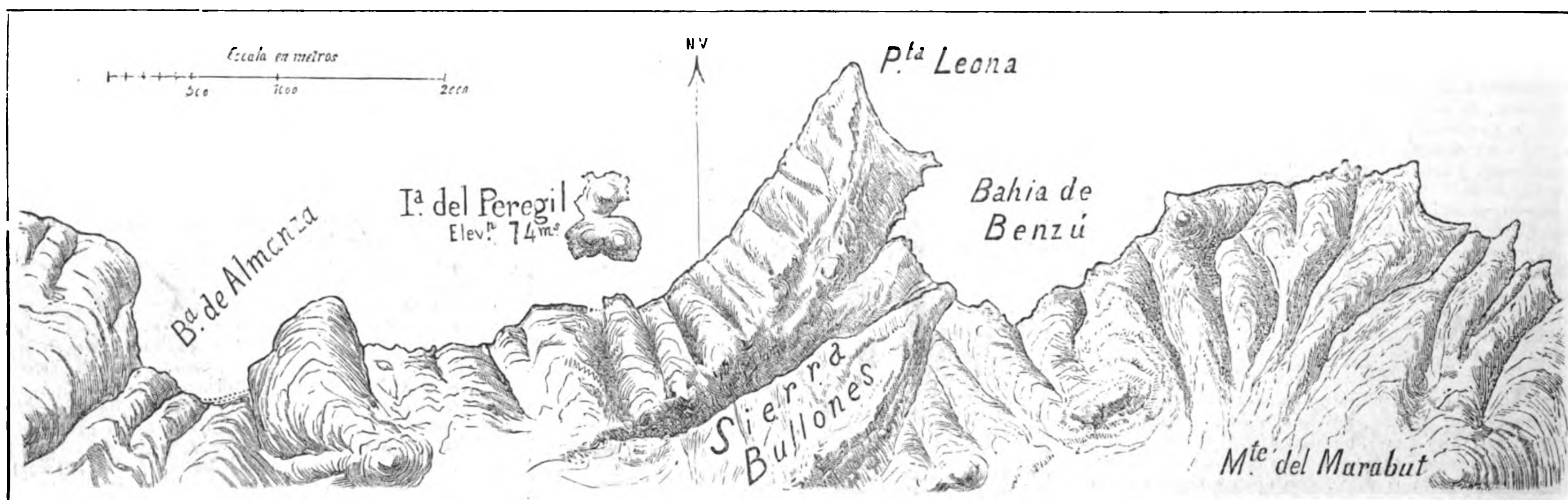
∴



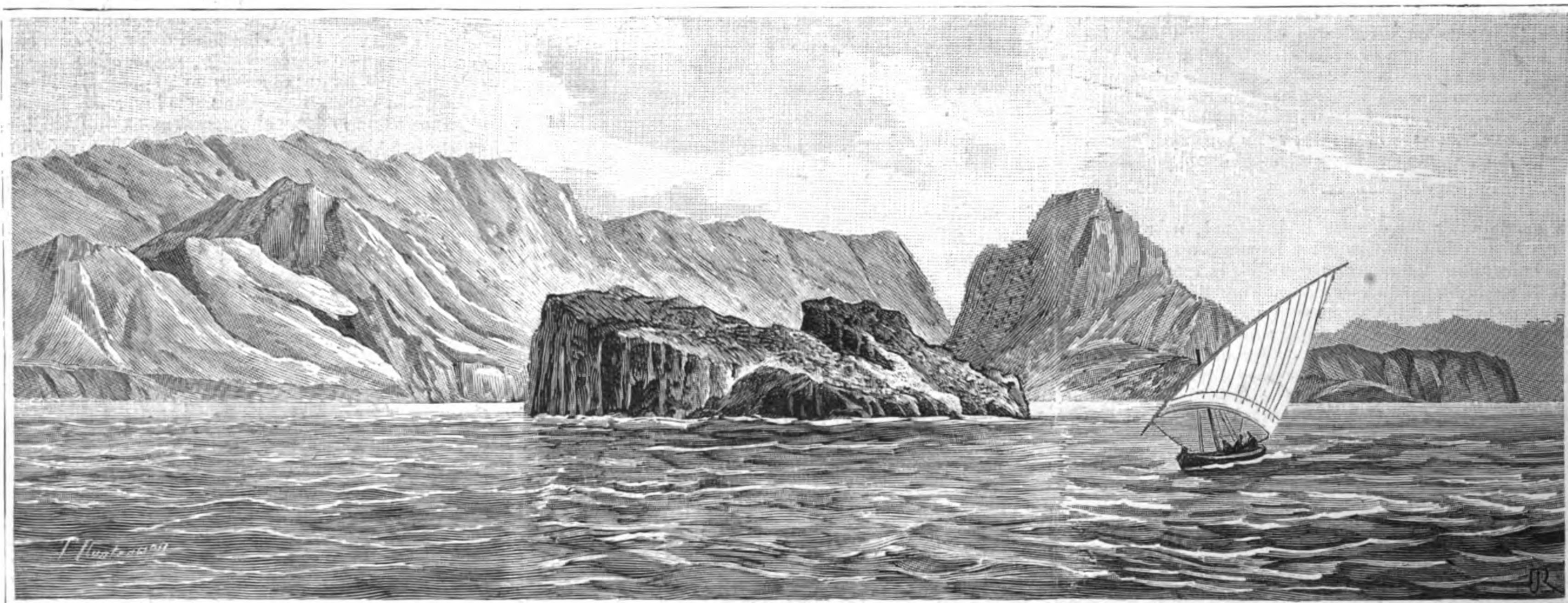
MR. AUGUSTO BURDEAU,

PRESIDENTE DE LA CÁMARA FRANCESA.

Nació en Lyon, el 10 de Septiembre de 1851; † en París, el 12 del corriente.

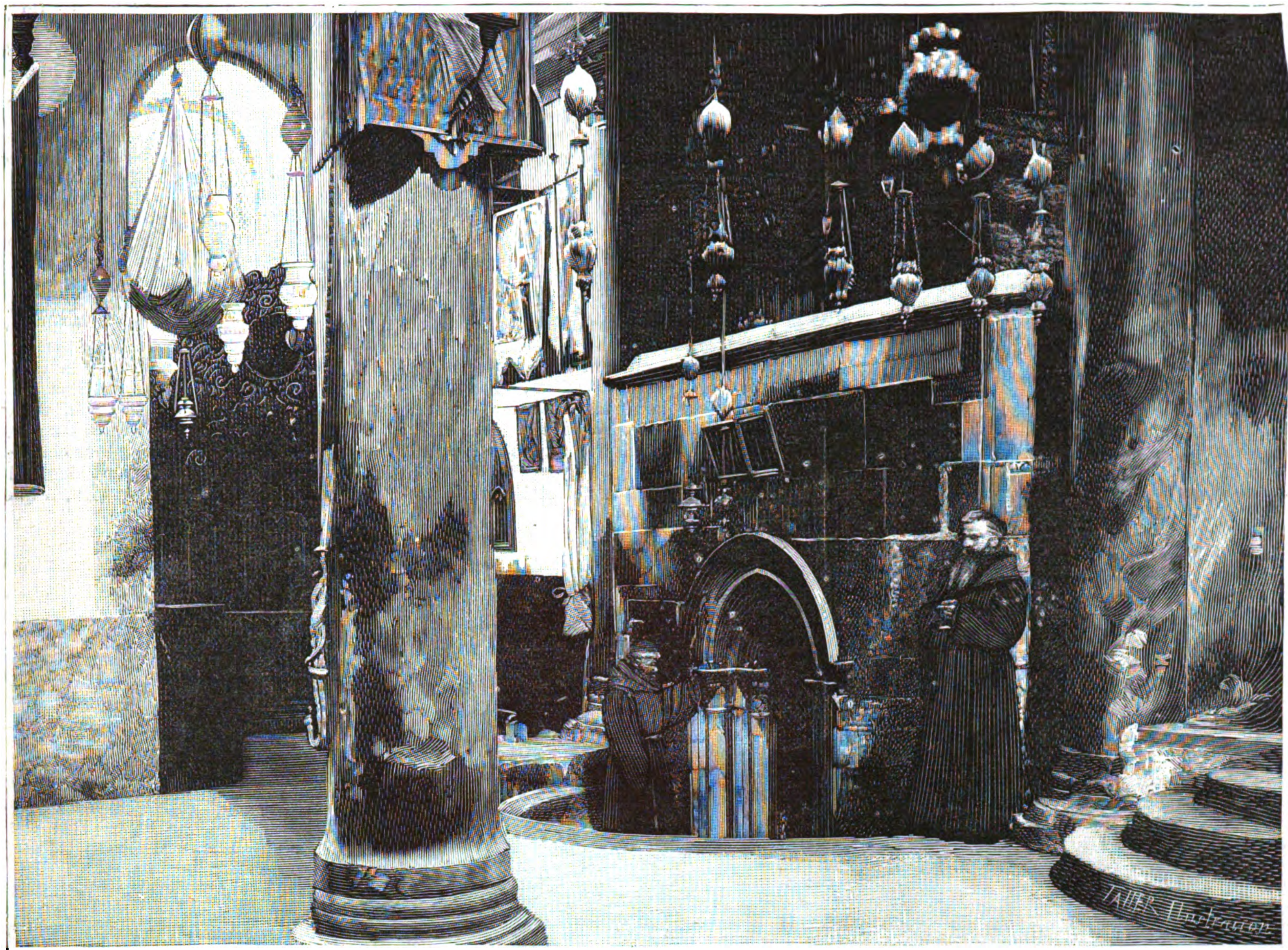


MARRUECOS.—SITUACIÓN GEOGRÁFICA DE LA ISLA DEL PEREJIL.—COSTA MERIDIONAL DEL ESTRECHO DE GIBRALTAR, DE LA BAHÍA DE ALMANZA Á LA ENTRADA DE LA DE CEUTA.

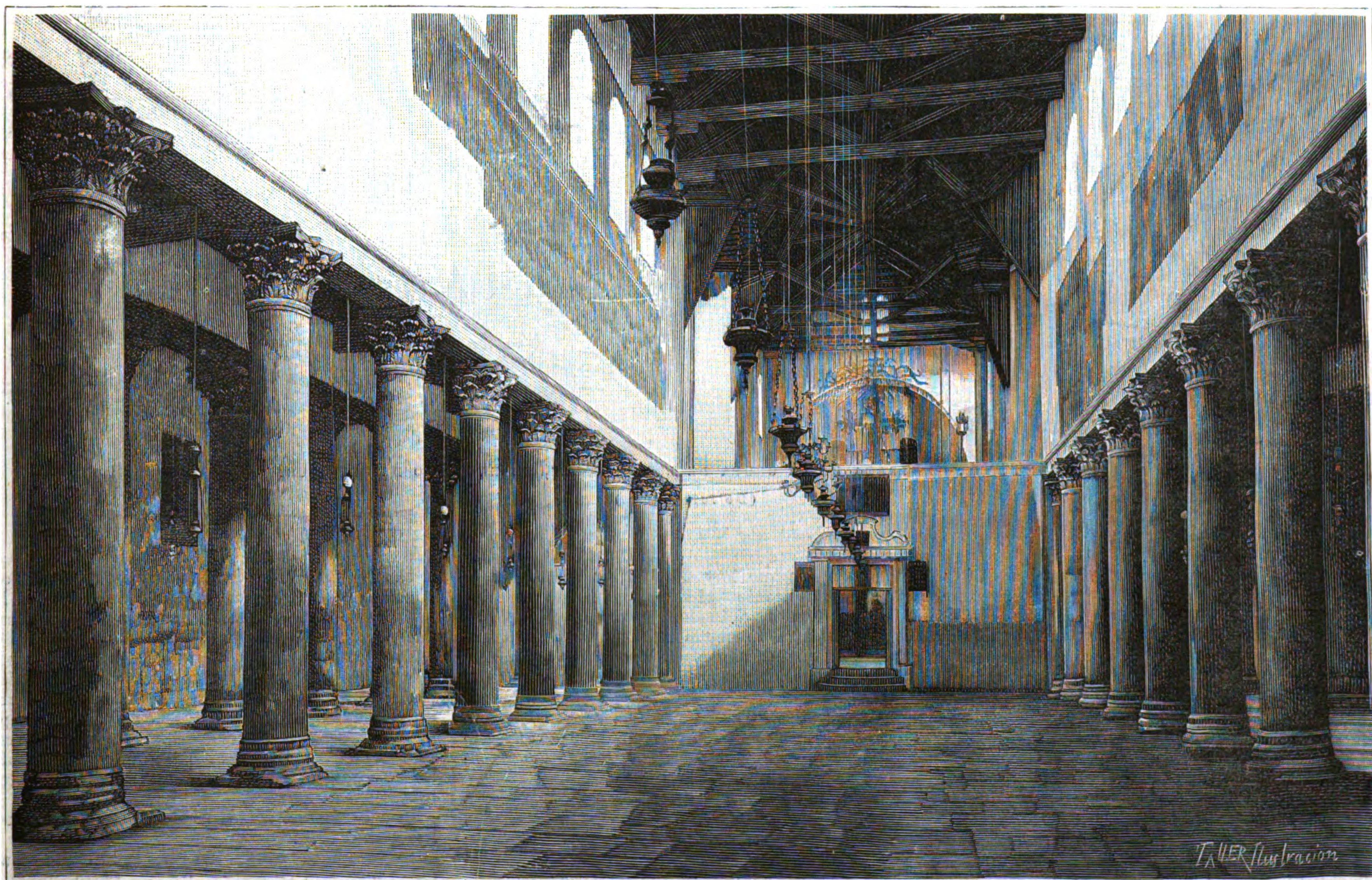


MARRUECOS.—LA ISLA DEL PEREJIL Y LOS ACANTILADOS DE SIERRA BULLONES VISTOS DESDE EL MAR.

(Dibujo de D. J. Riudavets.)



ENTRADA DE LA GRUTA DE LA NATIVIDAD.



BELÉN.—INTERIOR DE LA BASÍLICA DE LA NATIVIDAD.
(De fotografías proporcionadas por el P. Angel Barcia Pavón)

EL PRIMER CASO DE DIFTERIA
curado en España con el suero de caballo.

Siendo la difteria quizás de todas las enfermedades la más mortífera después de la tisis, y seguramente la que mayor temor inspira á las madres, por elegir entre los niños sus víctimas, cuanto á ella se refiere tiene excepcional importancia. Por eso despertó tanto la atención en España el nuevo método para curar la difteria, debido á las investigaciones de tantos sabios, y principalmente de Behring y Roux, y por eso también nos ha parecido del mayor interés la historia del primer caso de difteria curado en nuestro país por la sueroterapia.

Llamado el Dr. Vallcorba el 14 de Noviembre á asistir á un niño enfermo, hallóle atacado de fuerte y avanzada difteria. Prescribió un tratamiento enérgico y cuantas precauciones deben adoptarse en tales casos; pero al mismo tiempo aconsejó á los padres del enfermito que suplicaran al doctor D. Vicente Llorente, única persona que en Madrid tenía alguna cantidad de suero antidiftérico, fuese á aplicarle el nuevo tratamiento. Tanto por cortesía á sus compañeros, cuanto por humanidad, accedió luego el Doctor á lo que se le pedía, y después de nueva consulta y previa la aquiescencia de la familia, se inyectaron al paciente aquella misma noche, á las nueve y media, hasta veinte centímetros cúbicos de suero, verificándose á las veinticuatro horas, primero, y después á las cuarenta y ocho, cuanto sobre los efectos de éste se había dicho, y por último su eficacia, salvándose el niño de una muerte de otro modo inevitable.

Antoñito O'Neill pudo sentarse tres días después á la mesa con sus padres, y el Dr. Llorente recibió los plácemes á que era acreedor por su humanitaria iniciativa. Publicamos los retratos de ambos en la pág. 388.

°°°

NUESTROS SUPLEMENTOS EN COLORES.

De los dos preciosos cromos que acompañan á este número, el primero refleja fielmente una de esas escenas de la infancia cuyo grato recuerdo dura toda la vida. ¡El primer traje de máscara, el primer baile, la primera ilusión realizada! ¡Hermoso caudal de consuelos para cuando los bailes no diviertan y las ilusiones se hayan ido!

El segundo de los cromos nos vuelve á otros tiempos, que para muchos son mejores que los presentes, á aquellos en que el poeta andaba de castillo en castillo cantando sus versos á las damas, hasta que daba con algún gran señor que se preciaba de protector de las letras y le tomaba á sueldo para que fuese honra y adorno de su corte. También cuenta la tradición que muchos de estos poetas andantes, ó trovadores, tuvieron amores con grandes damas, y quizás fuese de estos afortunados el de nuestra estampa, porque la hija del dueño del castillo (que eso será la que allí aparece) más atención presta al trovador que á la trova.

Una imaginación algo romántica puede construir sobre esta escena una larga historia de amoríos de la Edad Media.

G. REPARAZ.

¡ESTE POBRECITO!.....

AQUELLOS de mis contemporáneos que hayan vivido en Madrid, y lean estas líneas, recordarán, sin duda, que antes de construirse el hermoso edificio donde se halla situado el café de Fornos era el terreno un inmenso solar, cerrado con valla de madera, que se conocía por «el solar de las Vallecas», tomando el nombre de un convento que hubo allí y que fué de los suprimidos cuando *aquellas cosas* de 1834.

Como entonces no había luz eléctrica, ni la profusión de gas que hoy día, ni los comercios de aquellos sitios tenían el lujo y esplendor que los de ahora, la acera del solar que daba á la calle de Peligros estaba de noche muy poco alumbrada y ofrecía propicio lugar para que se situaran allí, después de anochecido, alguno que otro pobre de esos llamados vergonzantes (aunque generalmente no tienen vergüenza), que desaparecían cuando la autoridad quería tapar la miseria de la corte y volvían á aparecer cuando caían en desuso las disposiciones dictadas contra la mendicidad.

Había, sin embargo, un mendigo que resistía todos los embates de los caprichos municipales y, hubiera el alcalde que hubiera, allí se estaba arrimado á la empalizada frente por frente de la casa de los Marqueses de la Torrecilla, sentado en una sillita de tijera que llevaba, abriendo su..... *bufete* (por llamar el establecimiento de alguna manera) á las ocho de la noche, hasta las dos ó las tres de la madrugada, en que doblaba su silla y se retiraba á acostar.

El aspecto del mendigo inspiraba á un tiempo compasión y respeto, porque á pesar de su traje raído, del sombrero de copa grasiento y de forma anticuada y de la bufanda de indefinible color que resguardaba su cuello, se notaba que aquellas prendas habían sido elegantes en su tiempo, que aquella cara demacrada por el sufrimiento y las privaciones había tenido su época de piel fina y tersa, que la descuidada barba había sido aderezada en mejores tiempos por expertos Fígaros y que las manos huesudas y largas no se habían ocupado jamás en trabajos penosos.

Como la mendicidad sólo estaba consentida á músicos ciegos, llevaba el tal mendigo unos anteojos ahumados que quitaban á su fisonomía toda expresión, convirtiéndola en la cara de una esfinge, y sostenía en sus rodillas un violín destemplado, cuyas cuerdas hacía vibrar, acompañando con sonidos desacordes las palabras «¡Para este pobrecito!.....», que pronunciaba con apagada voz. Después supe que ni era ciego ni sabía tocar el violín, demostrando con ello, ó que la licencia para mendigar la debía al favor, ó que en las oficinas municipales no se metían á averiguar si los mendigos eran realmente músicos y ciegos, bastándoles con que lo parecieran.

Yo le daba limosna algunas veces (y pido perdón por la vanidad), y como nunca le había visto hacer la menor intención de arrancar al violín una mala escala musical, llegué á dudar si las palabras «¡Para este pobrecito!.....», pronunciadas con acento lastimero al propio tiempo que el violín lanzaba también gemidos, se referían al instrumento ó á su tañedor.

Una noche me decidí á preguntarlo, y al darle limosna le dije:

—Hermano, ¿para quién pide la limosna? ¿para usted ó para el violín?

—¡Para los dos!—dijo secamente, guardándose la moneda.



PALESTINA.—ENTRADA DE LA GRUTA DE LOS PASTORES, EN EL LLANO DE BET-SAUR.

(De fotografía.)

Dos pasos más allá estaba en pie otro pobre con un niño en brazos, otro cogido de la mano y otro que se agarraba á los faldones de su raída blusa, y al acercarme dijo:

—No dé usted limosna á ese del violín, que si es pobre lo es por voluntad suya, y nosotros lo somos por voluntad divina.

—Pues qué, ¿usted le conoce?—dije, dando también limosna al que me hablaba.

—¡Ya lo creo! En el oficio todos nos conocemos.

—¿Y por qué dice usted que es pobre por voluntad suya?

—Pues porque ese ha tenido mucho dinero y lo ha derrochado, y yo soy un desgraciado que.....

—¡Bueno! ya hablaremos de usted; ahora sólo pregunto por lo que se refiere al del violín.

—¡Ah! ¡ya! Pues..... verá usted.

Y me contó la siguiente historia, que yo reproduzco aligerada de inútiles pormenores y purgada de frases impropias.

—Ese sujeto, que se llama don Ricardo, y con el *don* y todo se le conoce entre los «pobres de pedir», es hijo de un comerciante muy rico que hubo hace años en la calle del Carmen, comerciante que contaba entre su clientela á lo más escogido de la aristocracia, la banca y la política madrileñas. Con su comercio hizo un capitalazo, como suele decirse; pero como los ricos no eluden, por serlo, el tributo que á la naturaleza debemos, vino una traidora pulmonía á llevarse al acaudalado comerciante y á ocasionar la liquidación de la casa y la retirada de la viuda y el huérfano Ricardo, que se establecieron en un lujoso piso de un edificio de la calle del Caballero de Gracia.

Murió de pena la viuda al cabo de un año, y quedó D. Ricardo solo en el mundo, es decir, solo no, porque le acompañaban unos cuantos millones de pesetas, una figura elegante realzada por veinticinco años de edad, y un sinnúmero de amigos, jóvenes como él, y que con él formaban un coro de elegancia, distinción y nombradía, constituyendo lo que podemos llamar la crema de la sociedad de entonces.

Guardó Ricardo el luto viajando un año por el extranjero, aprendiendo las reglas que en cada país tenía dictadas la moda del refinamiento elegante y del buen gusto, y volvió á Madrid después á gozar de su fortuna, con la que suponía tener bastante para vivir en la opulencia aunque su vida se hubiera prolongado como la de Matusalén, que esté en gloria.

No se encenagó en vicios repugnantes, digámoslo en honra suya, no jugó en el Casino, no se emborrachó en orgías; pero sus coches, sus troncos de yeguas, sus libreas, sus esplendores todos, le hicieron notable y le dieron entrada en las casas principales, donde admitían al hijo del comercio por el brillante oropel con que encubría su origen.

Por aquellos tiempos se hizo moda entre la gente elevada proteger dos espectáculos á cual más exóticos en nuestra patria, y quizás por esto más solicitados de los elegantes: la ópera y el circo de caballos. El primero de ellos tenía un palacio de construcción casi moderna en la plaza de Oriente, y el segundo un templo provisional hecho con tablas de madera en la calle de Recoletos.

Cada tiple tenía sus partidarios y admiradores, y cada volatinera su bando de alabarderos ó aplaudidores; y era de ver la noche de beneficio de una de esas estrellas la rivalidad que se establecía entre los jóvenes rumbosos para ofrecer ramos de flores frescas y fragantes que, siendo costosas por proceder de estufas de Niza y de Valencia, aumentaban su valor delicadas joyas medio escondidas entre los pétalos.

Claro está que Ricardo, azuzado por la vanidad, no se quedaba rezagado en esto de los obsequios, y causaba la envidia de sus conmilitones, porque se pasaba grandes ratos de charla más ó menos amorosa en los camarines de las cantantes ó en los desordenados cuartuchos de las *écuyères*, lo cual demostraba la predilección que por él sentían las estrellas de uno y otro arte.....

El empresario del Circo, cuya fortuna con tales protectores aumentaba en proporción análoga á la de su abdomen, se desvivía por traer á España notabilidades que mantuvieran el interés y con él la lucha entre sus espléndidos abonados, y anunció con bombo y platillos, y por medio de grandes cartelones y de interesantes retratos, la aparición y *debut* de una maravilla musical llamada *Mademoiselle Louise*, cuya belleza superaba (y era el mayor elogio que de ella podía hacerse) á sus cualidades artísticas.

¡Qué espectáculo ofrecía el feo y desaliñado Circo la noche del estreno de la Srta. Luisa! Toda la nobleza de Madrid que no había ya emprendido la excursión veraniega, ocupaba los palcos y las sillas, localidades adquiridas á precios exorbitantes. Se habían aumentado las luces de gas y estaba el Circo como una ascua de oro.

Comenzó el espectáculo; salieron los gimnastas vestidos con lo mejor de sus trajes; arrancó aplausos la arriesgada y ágil Kennebel; hicieron desternillar de risa Whitoyne y Secchi, y llegó el momento de que se presentara la novedad de la noche.

Entre cuatro dependientes del Circo, vestidos con elegante librea, colocaron en el centro de la pista una plataforma de madera, sobre ésta un elegante tapiz oriental, y poniéndose los artistas en correcta formación á la puerta de salida, apareció en ella *Mademoiselle Louise*, vestida de blanco, conducida de la mano derecha por su padre, que iba de etiqueta rigurosa, y llevando en la mano izquierda un violín pequeño y el arco del mismo.

Estalló en toda la sala una tempestad de aplausos, prodigados á la hermosa, puesto que la artista no había sido juzgada todavía, y, animada con tan lisonjero recibimiento, ejecutó varias piezas de concierto, con tal maestría, seguridad y delicadeza, que las notas parecían cristalinos sonidos que desde el cielo bajaban rodando por una escala de oro. Quedó confirmado el mérito artístico de *Louise*, y quedó reconocido por todos que belleza más perfecta, mujer más elegante y niña más angelical no se había jamás presentado ante el público madrileño.



PALESTINA.—INTERIOR DE LA GRUTA DE LOS PASTORES.

(De fotografía.)

Corrió la bandada de opulentos muchachos á rendir el homenaje de admiración á la artista y á la mujer, y á la cabeza de ellos fué Ricardo, á quien la presencia de Luisa había producido impresión tan profunda, que puede decirse que en aquel momento cayó sobre él el rayo que había de causar su futura ruina.

Sobornando á los criados de Luisa, averiguó aquella misma noche: que la castidad y la virtud de la joven sobrepujaban á su belleza y á su maestría artística; que no se la conocía galanteo alguno; que no admitía visitas en la fonda donde se hospedaba, y que su padre era tan celoso guardián de aquel tesoro, que no la dejaba á sol ni á sombra.

Todas estas dificultades no fueron sino poderosos aperitivos para Ricardo, que se vió preso en las redes del amor como nunca hubiera creído verse, y acometió la empresa de conquistar aquella fortaleza, y llegar á su posesión por los medios honrados y legales que se ofrecen á los hombres pundonorosos y bien nacidos.

Cada aparición en el Circo de la hermosa violinista era un triunfo que acrecentaba su gloria, y pronto su fama y su crédito de honrada corrieron por los salones de Madrid, acudiendo las gentes en tropel todas las noches á admirar aquel prodigio del cielo; que sólo el cielo podía haber enviado á la tierra tal querubín, como muestra de la clase de músicos que rodean el trono de Dios Todopoderoso.

Decidido Ricardo á acometer su empresa por medios lícitos, escribió á Luisa una carta pintando su loca pasión y ofreciéndola su mano y su fortuna, y recibió al día siguiente una cortés y fina carta suscrita por el padre, en que, á nombre de Luisa, agradecía los elogios y la oferta, que sentía no poder aceptar, porque joven todavía, y entregada en alma y vida al arte, por el que sentía pasión sincera, no quería distraer su carrera artística con amoríos, ni menos abandonarla para contraer matrimonio.

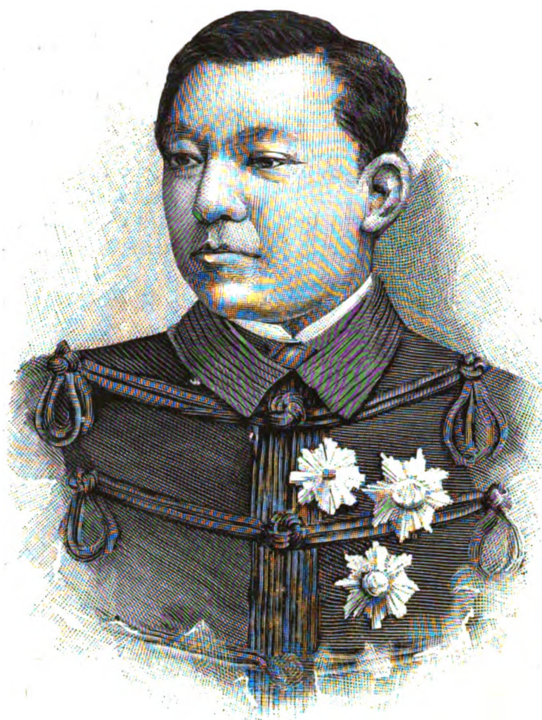
—Pues bien—se dijo Ricardo al recibir la contestación;—suspendo la lucha, pero no abandono el campo. La seguiré donde vaya; mi corazón latirá cerca del suyo donde quiera que se presente; forzoso es que llegue un día en que, rendida por los triunfos, piense en el descanso y en el hogar tranquilo. Ese día renovaré mi ofrecimiento.

Terminó Luisa su contrata de Madrid, que no fué posible prorrogar por tener en el extranjero compromisos á qué atender, y se verificó una función á su beneficio, en la cual la artista hizo vibrar todos los corazones al propio tiempo que las cuerdas de su instrumento, y los abonados dieron pruebas de su agrado con multitud de obsequios que llenaron por completo el cuarto de la muchacha. Entre los regalos llamaba la atención de todos los curiosos un precioso aderezo de brillantes, presente digno de un príncipe oriental, que se había recibido con un papelito en que se leía: «De un admirador enamorado.»

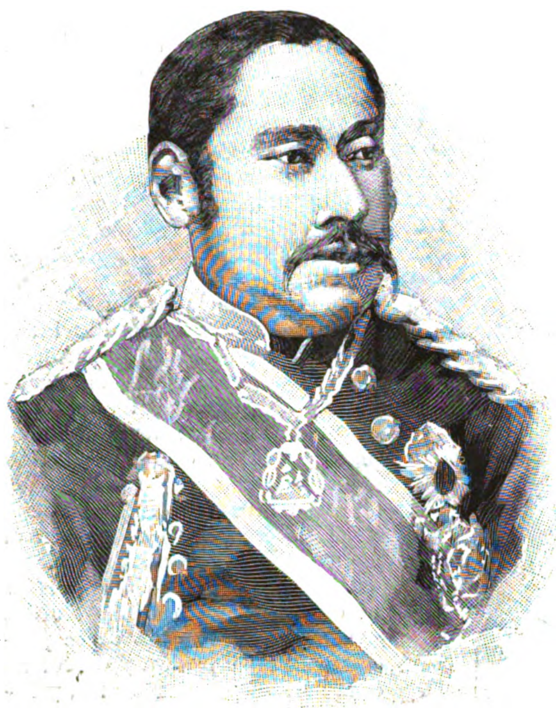
Al día siguiente salía de Madrid Luisa, acompañada de su padre, y tras de ellos, como es de suponer, el apasionado Ricardo, que emprendía una peregrinación sin rumbo fijo ni más estrella que le guiara en su incierto camino que aquella cuyo resplandor le había cegado en el Circo ecuestre de Madrid.

¿Será preciso relatar la larga odisea del galán por las principales capitales de Europa? Baste saber que á donde Luisa era llamada por su nombradía, acudía Ricardo, siguiéndola como sombra suya, instalándose con esplendor en los mejores hoteles, comprando lujosos trenes en todas partes, derramando canastillas de costosas flores á sus plantas, y obsequiándola en sus beneficios con valiosas joyas, á las que siempre acompañaba el pedacito de papel donde había manuscritas las mismas palabras: «De un admirador enamorado.»

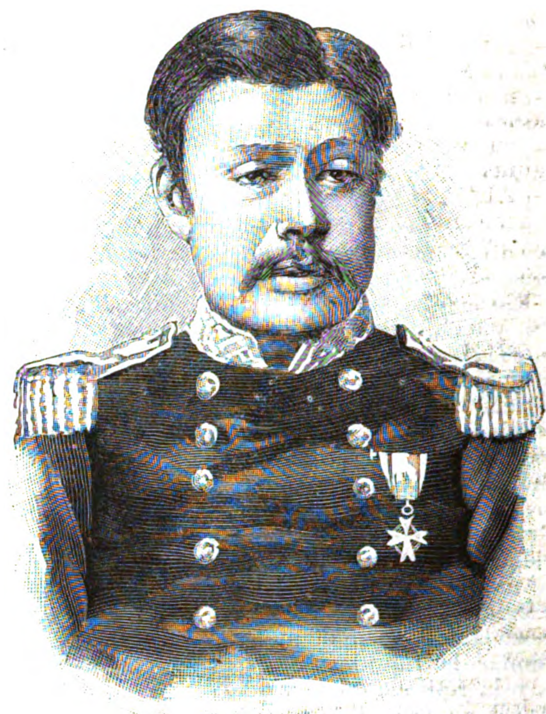
Claro está que el telégrafo no estaba ocioso, dictando frecuentes órdenes al administrador de Ricardo, á quien éste había dejado instrucciones terminantes. «Gíreme mil libras contra el Banco.»



EL GENERAL OYAMA,
JEFE DEL CUERPO DE EJÉRCITO QUE TOMÓ
Á PUERTO ARTURO.



EL PRÍNCIPE ARUSIGAWA,
JEFE DE ESTADO MAYOR DEL EJÉRCITO JAPONÉS.



EL VICEALMIRANTE KABAYAMA,
COMANDANTE GENERAL DE LA MARINA JAPONESA.



DESEMBARCO DE UNA DIVISIÓN JAPONESA BAJO EL FUEGO DE LAS BATERÍAS DE PUERTO ARTURO.



UNA NEGATIVA.

CUADRO D G. SCHACHINGER.

«Necesito dos mil libras con urgencia.» «Remita cuarenta mil francos, dando orden telegráfica.» Estas órdenes las cumplía el administrador con toda prontitud, y algunas veces anticipando, según él decía, los valores de su propio peculio para complacer á su amo, á quien tanto quería; pero transcurrido un año, comenzó á establecerse por telégrafo una especie de diálogo entre Ricardo y el Sr. Martínez, que así se llamaba su administrador.

Ricardo.—«Envíeme diez mil duros.»

Martínez.—«No tengo fondos.»

Ricardo.—«Venda en el día *El Espinal.*»

Martínez. — «Queda vendido. Remítole pedido.»

Luego fué ordenando el telégrafo que se vendiera la dehesa de Almodóvar del Río, y las dos casas de la calle de la Montera, y el hermoso hotel de San Sebastián, y la posesión preciosa de Vigo, que era el encanto de cuantos la conocían.

Una tarde en que Ricardo se hallaba refrescando con dos amigos en uno de los más elegantes cafés de Londres, llegó otro, que saludó, tomó asiento, pidió cerveza y dijo:

—¿No sabéis la novedad?

—¿Qué novedad?

—Que Luisa se retira de la vida artística y se casa.

Ricardo recibió una sacudida eléctrica que conmovió todos sus nervios.

—¿Dice usted Luisa?

—¡Sí, Luisa, la violinista!

—¡Santo Dios!

—¿Y con quién?—preguntó otro.

—¡Oh! con un joven acaudalado. Es toda una historia sentimental. Se trata de amores de la infancia. Luisa ha declarado á su padre su resolución, y el padre no ha tenido más remedio que resignarse á abandonar la mina que tan pingües rendimientos le ofrecía.....

Ricardo se levantó de su asiento, corrió á su hotel, y vestido como estaba, se arrojó en la cama y rompió en amarguísimo llanto, como pudiera haberlo hecho un muchacho irreflexivo.

Pensó en la muerte, pensó en el suicidio, pensó en sentar plaza y en hacerse matar á la primer escaramuza que hubiera, y por fin, agotado el llanto, quebrantado por el dolor el espíritu, y rendido el cuerpo por los sacudimientos nerviosos, volvió á la realidad, que era todavía más desesperante. Un telegrama del Sr. Martínez le anunciaba que toda la fortuna había desaparecido en los dos años transcurridos. Las frecuentes remesas habían dado fin con el capital, que desaparecía á un tiempo con la ilusión amorosa que era el crisol donde se habían fundido y evaporado algunos millones.

En su *secretaire* quedaban poco más de mil libras esterlinas, lo suficiente para volver á Madrid con el lujo que había salido, pero nada más que para volver. Decidió, pues, regresar á su país, como soldado del amor derrotado en descomunal batalla, y comenzó á hacer los preparativos.

Leyó con avidez los periódicos de la noche, y halló confirmada la noticia. Luisa se retiraba del arte; aquella noche se presentaba al público por última vez; al día siguiente se subastaban en el Hotel de Ventas sus ricos vestidos y sus violines, y al otro día se casaba.

Aquella noche fué de gran entrada en Covent-Garden. El espectáculo fué espléndido. El entusiasmo superior á cuanto se diga, pero no superior al dolor que sufría en una de las apartadas butacas un joven elegante y de distinguido aspecto, que de cuando en cuando limpiaba con un pañuelo sus lágrimas.

A la mañana siguiente acudió Ricardo al Hotel de Ventas, donde vió aparecer y disputarse por los aficionados los diversos trajes con que Luisa se había presentado á sus admiradores de toda Europa.

El voceador dijo en voz alta al cabo de un rato:

—¡Un *stradivarius!* Este es el violín que usaba casi exclusivamente la gran artista para presentarse al público. Es su inseparable compañero de arte. Está tasado en cien libras.

—¡Ciento una!—gritó Ricardo sin poderse contener.

Luego subieron de una en una libra varios postores, y se oyó durante un momento: «¡Ciento veinte!» «¡Ciento veintiuna!» «¡Ciento veintidós!»

—¡Doscientas!!—gritó Ricardo.

Y ya no hubo quien replicara. Todos comprendieron que aquel joven estaba resuelto á adquirir el violín, y juzgaron inútil disputárselo.

Tomó el precioso instrumento, le pagó, y corrió á encerrarse en su cuarto del hotel, donde cubrió de lágrimas y besos aquel inanimado cuerpo, al que habían arrancado las preciosas manos de la artista raudales de armonía, eólicas quejas, alegres y regocijadas notas.

Al día siguiente, mientras una comitiva compuesta de elegantísimos convidados acompañaban á la iglesia á la hermosa Luisa, que iba á jurar amor eterno á su enamorado compañero de la niñez, Ricardo en un rincón de un vagón emprendía el regreso á su patria.

Llegó á Madrid, y nadie le esperaba en la estación.

Corrió á casa de su administrador, que le confirmó la ruina, y no teniendo otro partido que tomar, vendió los pocos muebles que le quedaban, las pocas alhajas que conservaba, y sin dar cuenta á nadie de su regreso ni visitar á ninguno de sus antiguos camaradas, que ya conocían su ruina, se fué á vivir á una modestísima casa de huéspedes de la calle del Mesón de Paredes.

Pero el tiempo transcurría, las últimas migas de su caudal disminuían, y era preciso pensar en ganar la vida de alguna manera.

Entonces cayó en la cuenta de que su carácter de letra no servía para ninguna oficina, de que carecía de carrera para pretender una ocupación decorosa y de que su cuerpo se había de resistir á todo trabajo duro y penoso.

Buscó, y no halló; quiso llamar á la puerta de algún amigo poderoso, y la vergüenza le contuvo; y llegaron los días amargos en que la patrona le arrojaba á la calle; el día transcurría sin tomar alimento, y todo, todo, todo había ido vendiéndose, malbaratándose, desapareciendo, sin quedar más que aquella ropa, ya lustrosa, que cubría sus carnes, y el violín, de que no quería deshacerse, porque siendo mudo testigo de sus pasados ensueños, compañero de aquella á quien tan sin cordura había amado, quería morir abrazado á él, y que con él le enterraran en la fosa de los desconocidos.

Se le ocurrió por fin implorar la caridad pública, acompañado de su compañero, de su hermano el violín. De esta manera, ya que no recobrar su fortuna, podría allegar lo más necesario para la vida, uniendo á su lastimera súplica de socorro las notas tristes del violín, que, arrancadas sin orden ni concierto por la débil mano, parecían fúnebres quejidos de esperanza perdida, de amor desgraciado, de dicha enterrada.

Así, el violín iba á ser su auxiliar, su protector, y por encadenada serie de ideas y reflexiones debería el sustento á lo que de la mujer amada quedaba en el mundo, al violín, que, abandonado también como el corazón de Ricardo, venía por comunidad de desdicha á ser parte de su ser y á unirse con él por la desgracia, formando una sola entidad. El viviría por el violín y para el violín, y siendo éste representante de la mujer adorada, se creería vivir por ella y para ella.

Solicitó, pues, licencia; la obtuvo; disfrazó su fisonomía con unas gafas de cristal ahumado, y se instaló en el sitio donde yo le veía todas las noches, confundiendo quejidos y notas sueltas y pronunciando débilmente la frase: «¡Para este pobrecito!.....», como si el violín aludiera á él, y él se refiriera al violín.

....

....

Cuatro palabras más, á manera de epílogo.

Al cabo de un año Ricardo desapareció de la empalizada del solar de las Vallecas; pero en su lugar había otro pordiosero parecido á él, y con otro violín, al que también hacía sonar, diciendo: «¡Para este pobrecito!.....» Sin embargo, la voz del pobre y las notas del violín eran muy diferentes; á mí me parecía que habían perdido su entonación triste y poética.

Una noche que encontré al otro mendigo de los niños (cuyos angelitos tenían la virtud de no crecer, sin duda porque los renovaba de cuando en cuando), le dí limosna, como hacía siempre que le encontraba, y le dije:

—¿Y D. Ricardo?

—¡Oh! Ahora está bien; ha arrendado el puesto en tres duros diarios, y está comiendo la sopa boba.

—¿En tres duros diarios? ¿Pues da tanto de sí ese negocio?

—En este sitio sí, señor. ¿No ve usted que esto está rodeado de casas de juego? Los que salen de esas casas ganando son dadivosos, por rumbo ó por gratitud á la suerte, y de dos á tres de la mañana esto es una mina. Hay noche que se sacan cinco y seis duros.

—¿Y por qué no coge usted una guitarra y los imita?

—Porque no me dejan. ¿No ve usted que don Ricardo tiene la exclusiva? ¡Y gracias á que me dejen ser ambulante!

Manuel Matoses.

APUNTES PARA UN NUEVO TRATADO DE LA TRIBULACIÓN.

UN LIBRO CURIOSO.

Cuando en 1589 escribía el padre Rivadeneira su admirable *Tratado de la tribulación*, razonaba su oportunidad por «la muchedumbre y abundancia dellas en aquellos tiempos trabajosos, en los cuales, demás de las fatigas y miserias que cada uno pasaba en su persona y casa, visitábalos y castigábalos nuestro Señor con las calamidades públicas que padecían.» En 1877, al presentar al público una nueva edición de la obra venerable, el padre Mir exclamaba: «No se puede negar que la condición de los tiempos en que vivimos es triste y por extremo calamitosa.»

No menos puede decirse de estos días postreros de 1894. La muerte y el infortunio son nuestro espectáculo cotidiano. El luto, adorno de nuestros hogares. Las lágrimas, lente inseparable de nuestros ojos. Las páginas que la Historia Sagrada dedica á la enorme tragedia de Job, parecen prefacio de nuestra propia historia. La musa que á Shakespeare sugiriera aquel monumento de la desdicha humana que la fama conserva bajo el nombre de «Rey Lear», hase aposentado por muy largo momento en el castillo de nuestro escudo y cabalga en el león que da á nuestros blasones fiereza. Son igualmente calamitosos los tiempos, igualmente trabajosa la vida. ¿Quién podría darle á la nuestra un nuevo *Tratado de la tribulación?*

No es sólo de España esa invasora tristeza. Esa traición de los buenos hados y ese viento de muerte que lo envuelve todo, llegan y se padecen en todas partes. Las obras del espíritu lo revelan más claramente que la vida misma, siniestra y fosca. El anarquismo cunde y la miseria se expande, y al compás de ésta y aquél, son tristes la literatura y el arte. Rusia tiene en Tolstoï su apóstol del dolor; las musas escandinavas no son ya las lindas vírgenes de los ojos verdes, sino el tétrico Kierkegaard con su filosofía helada y pesimista; Alemania tiene en un manicomio á Nietzche y con él la meca de su desconsolada metafísica; en Francia declárase triste la montaña de Santa Genoveva; en Italia la desesperación es una cadena que tiene por eslabones la alta banca averiada de Roma y la miseria corrosiva de la Sicilia que se acaba, y en Inglaterra, en la propia Inglaterra positivista y equilibrada, es ya legión el número de los pensadores que se preguntan, colmo del pesimismo, si sirve para algo la instrucción.

En vano que los telescopios crezcan hasta hacernos ver la luna á cien metros de distancia; en vano que el vapor se haya hecho más rápido, y más familiar la electricidad; en vano que se nos dote de alas para cruzar el espacio y de aletas para surcar los mares; en vano que Edison discurra nuevos inventos y que Berthelot augure á los hombres del año 2.000 la inmortalidad por la Química: la humanidad, eterna doliente, siéntese más enferma que nunca.

***

Han aumentado los doloridos, y se han hecho más graves y profundos los dolores. Las revoluciones democráticas, al extender á mayor suma de gentes los derechos á la libertad, les han impuesto aparejados los deberes del dolor. «El progreso del mundo—dice Vogüé—no está hecho para el crecimiento de la felicidad del hombre ni para la grandeza humana: desarrollar más vida con más pena es nuestro progreso, y en eso se distingue al hombre del niño, y al civilizado del salvaje.» Estas palabras del académico francés aplícanse cabalmente á mi tesis. Al democratizar aspiraciones que estuvieron reservadas á los reyes y á los nobles, se ha democratizado también el desengaño que extenúa y la desilusión que mata. El siervo padecía sólo la tribulación de su servidumbre, por consuetudinaria llevadera: el siervo redimido, sin haberse libertado de aquella tribulación, padece además la de su manumisión á medias.

Han aumentado por esto los doloridos, y los dolores son más y más graves. En sus rústicos comienzos la industria, cuasi sin valor entonces el dinero, sin grandes exigencias de refinamiento la vida, ésta era antes más llana, menos complicada, más fácil para el pobre, menos costosa para el rico. He ahí, en ese otro progreso de las artes útiles y de las industrias prácticas, una nueva fuente de ignoradas tribulaciones. Lo que antes ni como lujo se soñara, aparece hoy como imperiosa necesidad, y el no poseerlo constituye agudo y penetrante dolor.

Más penetrante y más agudo, cuanto que se ensaña en espíritus decaídos y en cuerpos degenera-

dos por la sucesión misma de los tiempos. Almas que habían sufrido menos, sufrían más pacientemente: cuerpos menos lastimados eran más fuertes y duros á la fatiga. Hoy con melancolías de senectud en todos los espíritus y con gérmenes de patológico neurosismo en todos los cuerpos, la tribulación se ha hecho ingente y abrumadora: la máquina ha rendido muy larga faena, se ha desgastado mucho, y puede ya menos con la pesadumbre de la labor.

Han entrado, en suma, en la lucha más púgiles, y son más los vencidos; lúchase por mayor número de ideales ó ambiciones, y son más frecuentes las derrotas; peléase con menos brío en las fuerzas físicas, con menos temple en la fuerza moral, y el vencimiento es más profundo, rayano en el desastre sin remedio y en la ruina sin solución.

* * *

Á esta hora nostálgica del siglo que acaba, mírase el principio del siglo que comenzara en 1789, y el desencanto es ineludible. La democracia invasora ha sido infecunda, y ha sido estéril la ciencia progresiva. La guerra no ha dejado de ser una realidad frecuente; las epidemias no han dejado de ser un azote constante; la miseria no ha dejado de ser una angustia cotidiana; el hambre no ha dejado de ser una irremisible preocupación; la iniquidad no ha dejado de ser un hecho abominable y corriente. La democracia en los códigos no ha iluminado ni enderezado todas las conciencias: la ciencia en los libros no ha alumbrado ni encauzado todos los cerebros.

Hoy, como ayer, viene de Occidente la corrupción y viene de Oriente la peste. Hoy, como ayer, desátanse los ríos y se desbordan las pasiones. Hoy, como ayer, tiene manchas el sol y nimbos tristes de incertidumbre toda felicidad. Hoy, como ayer, padece el justo y triunfa el malvado. Pero hoy no es, como ayer, la fe una antorcha, ni una fuerza la esperanza, ni un bálsamo la caridad. El hombre al hacerse viejo hácese egoísta, y la humanidad también se vue ve egoísta al avanzar con el tiempo. La primera infancia y la extrema vejez tócanse en ese punto del egoísmo, y ya la humanidad civilizada de nuestra Europa encuéntrase como la humanidad primitiva bajo el absoluto dominio de una cruel *altrofobia*.

Y como no hay fe en un poder ultraterreno, no hay esperanza de un más allá que compense y equilibre lo que está aquí abajo desequilibrado y torcido, ni hay caridad en el dichoso para el ajeno infortunio, ni en el infeliz para la ventura ajena. La idea del prójimo de la ciudad cristiana se ha perdido, sin que llegue á sustituirla la idea del conciudadano en la ciudad civil. En el vocabulario no nos ha bastado la palabra *caridad* y le hemos dado por laica compañera la palabra *filantropía;* pero en la realidad de los hechos, ni la caridad se ejerce más que como instrumento de proselitismo, ni la filantropía se ejerce de otro modo que como medio para las satisfacciones de la propia vanidad. Richepin lo ha puesto en los labios temblorosos de un mendigo:

De donner ainsi
C'est toi qui te dois un merci.
Pour toi, ¡quel regal!
D'avilir en moi ton égal.

No es este egoismo doloroso privilegio de gente materialista y positiva. Los mismos entendimientos que parecen tocados de espiritualismo noble no pasan de ser espiritualistas *dilettanti* y de afición, más que militantes y por convencimiento. Mauricio Barrés—y no se extrañe que del francés tome mis citas, pues al fin y al cabo Francia nos influye en todo, no sólo por su propia cuenta, sino también traduciendo y adaptando al temperamento latino filosofías y sentimientos del Norte—Mauricio Barrés, que es un espiritualista sincero y que, al modo de Teófilo Gautier, dice que para él sólo son interesantes las cosas del alma, es un ególatra desenfrenado, y recluído en la ebúrnea torre de su *yo* soberbio, en su famoso *Jardín de Berenice*, siéntese todo desdén para los demás.

Y no es que le falten en nuestro tiempo poetas á la resignación: si la *Fedra* de Racine, con voluptuoso gemido de tórtola, dice que «su mal viene de muy lejos y que no quiere curarse», un verso del impío Baudelaire responde «*sache que la douleur est la noblesse unique*». Y si Lamartine, parodiando un proverbio indio, dice que «su alma es un fuego que quema y perfuma los venenos que para matarla se la arrojan», Emilio Augier contesta que «vale más arrancarse el corazón que cerrarlo á los dolores», y en nuestros mismos días intranquilos, con acentos de mártir satisfecho de la tribulación, Haraucourt añade que «su alma se rejuvenece en la voluptuosidad de sufrir», y que «su corazón se complace en los males que espera».

Pero estas poéticas resignaciones y estas melancólicas dulcedumbres no pasan en los que las gimen de retórica pueril y afeminado *dilettantismo*.

* * *

Sin fe ni esperanza, ¿quién nos dará para las angustias de nuestra época un nuevo *Tratado de la tribulación?*

¿Quién? ¡Ya nos lo han dado! No es un sacerdote hecho á las tristezas del alma humana, ni es un místico hecho á los consuelos del cielo divino. Es un médico, un médico, el Dr. Jorge Dumas, que acaba de publicar sobre los *Estados intelectuales de la melancolía* un estudio curiosísimo.

La tribulación no es una prueba á que Dios nos somete, ni la melancolía una forma de la aspiración á otra vida, no. Leed á este Jorge Dumas, iconoclasta de la deidad sombría de la tristeza, y veréis que eso de la tribulación y eso otro de la melancolía no son más que ¡un reflejo de algún desarreglo orgánico! Para mejor convencernos, el médico habla de Hámlet, y después de leer su estudio, aprendemos que aquella gran figura de la tragedia no es más que un simple caso de hospital. El pobre Príncipe, cuyos sufrimientos tantas veces nos han conmovido, no era más que un caso, un enfermo del estómago, acaso un hígado echado á perder.....

El dolor, la tristeza, el infortunio que acosa..... ¡bah! cuestión de hidroterapia ó de ortopedia.

He ahí un nuevo *Tratado de la tribulación* digno de nuestros tiempos.

SALVADOR CANALS.

DIÁLOGOS DE NOCHEBUENA.

—¡Otro pavo! ¡Otro pavo!..... ¡Esto es horrible!

—¿Qué estás diciendo, Lucas?..... ¿Te has vuelto loco leyendo *El Liberal?*

—Todavía no, pero me falta poco.

—¿De qué pavo hablas?..... Ya sabes que no tenemos ninguno.

—Ya lo sé, mujer; demasiado lo sé. Hablo del tercer pavo que se comen los fusionistas. Yo no sé por qué nos llamamos nosotros conservadores; los conservadores son ellos, que saben conservar los destinos, y comerse tres ó cuatro ó más pavos sucesivos. Nosotros somos unos infelices.

—¿Y por qué no hacéis lo mismo que ellos?

—Porque somos nosotros muy desgraciados, y á la menor cosa allá va el destino, y dejamos el puesto para que vengan ellos, con sus manos..... lavadas, piadosamente pensando, á comerse los tres ó cuatro ó más pavos..... Te digo que me da una rabia no tener pavo..... no por el pavo, sino por lo que significa no tener pavo.....

—En cambio, al vecino D. Nicanor, el de Hacienda, le trajeron ayer de regalo dos que parecían dos burros..... Y á poco de traerlos salió la criada llevando uno..... y el otro se lo llevó también esta mañanita. Todo lo he observado para que no se me escape nada.

—Nada, no se te ha escapado nada más que el pavo.

—Don Nicanor se conoce que ha regalado los pavos que le regalaron.

—Positivamente los habrá regalado. Hay pavo de esos de regalo que le llevan á más de cien casas en los días de Pascua, y produce cien pesetas de propina á los cien portadores respectivos. Antes de llegar al horno donde se asan ha visitado cien cocinas y le han cogido por las patas doscientas ó más personas de todas categorías; de modo que el pobre animal llega al momento de la degollina cansado de la vida y de que le tomen en peso..... En fin, no hablemos del pavo, que me pongo de un humor muy negro. Y mal provecho les haga á los fusionistas el tercero que se comen.

* * *

—Juanito, esposo mío, ¡cuántas Navidades han pasado ya desde que nos casamos!

—Cuarenta justas. Más nos valiera no haber nacido.

—¡Jesús! ¿por qué dices eso?.....

—Porque para pasar una vida de trabajos como la nuestra..... ¿Te parece que es buena vida trabajar siempre y no haber podido nunca reunir más que lo absolutamente preciso para mal comer?..... Y hemos llegado á la edad que tenemos sin dejar de trabajar, sin poder descansar hasta que nos postre la última enfermedad.

—¡Pero hemos dado educación á nuestra hija!.....

—Sí, eso sí; y nuestra hija, en cuanto se enamoró de aquel perdido á quien no conocía, y con quien no sabía si le iría mal ó bien, se casó con él y se fué, abandonando ¡ingrata! á los que tenía bien conocidos, y sabía que la querían con toda el alma y hubieran hecho por ella los mayores sacrificios.

—La pobrecita bien ha pagado su ingratitud en poder de un marido indigno. Puede que estas Pascuas, allá, en Buenos Aires, no tenga qué comer la infeliz; porque ya sabes lo que decía en su última carta: que su marido era ya otro hombre, más trabajador y más formal; pero que allí ganaba muy poco en el escritorio de un traficante en ganado.....

—¡Dios quiera que no le haga alguna jugarreta al traficante en ganado, y no pueda escapar como escapó de aquí, cuando hizo aquella estafa que le obligó á irse á Buenos Aires para evitar que le pusieran en Madrid donde no le diera el aire.

—¡Qué idea! ¿Por qué no ha de haberse corregido?.....

—Hija, todo es posible en este mundo; puede que se haya corregido nuestro yerno; pero, vamos, también puede ser que no se haya corregido, porque quien malas mañas ha.....

—¡Qué días de Nochebuena tan tristes para nosotros!..... ¡Viejos, solos, sin nuestra hija, con la incertidumbre de cuál será su suerte....., pobres, sin poder auxiliarla!.....

—Por eso te digo que más nos valiera no haber nacido..... ¡Estaríamos ahora tan ricamente tú y yo si no hubiéramos nacido!.....

—¿Dónde estaríamos, hombre?

—En ninguna parte. Es donde se está mejor.

* * *

—Oye, hombre, no te vayas, que quiero que sepas la cena que he dispuesto para hoy.

—Querida mía, ya sé que será magnífica, dispuesta por ti.

—Magnífica no, pero me parece que les gustará á los niños y á ti, que eres mi niño mayor y el más descontentadizo.

—¿Pues no te digo que dispuesta por ti no puede menos de ser cosa buena la cena?

—Mira: tendremos ostras, sopa de almendra.....

—Muy bien: las ostras sobre todo.....

—Besugo asado al horno..... Dos he tomado, muy hermosos, porque ya sabes que á los niños les gusta mucho, y en cuanto oyen gritar en la esquina: «¡Vivitos de hoy!» ya no dejan de preguntar: «¿Cuándo comemos besugo, mamá?»

—Sí, sí, ellos tienen bastante afecto al besugo; yo no: yo le tengo bastante respeto.

—Porque sé que á ti te hace poca gracia.....

—Es claro que no me hace gracia..... Lo que es respetable no es divertido ni gracioso nunca. El besugo es para mí tan respetable y tan indigesto como tu tío el senador vitalicio.

—Bueno; pues por eso he dispuesto también unas almejas á la marinera que van á estar riquísimas. ¿Qué te parece?

—Muy bien.

—Y unas truchas escabechadas que, sin que sea inmodestia, te digo que no se ponen mejores en ninguna parte. Yo misma he hecho el aderezo.....

—Estará superior, ya lo sé.

—También tengo bacalao á la vizcaína, un Escocia hermosísimo.

—Buen plato; pero respetable también como el besugo y el senador.

—Tengo también coliflor cocida, muy rica, remolacha, arroz con leche, turrones de todas clases, mazapán legítimo de Toledo, almendras, pasas, higos, dulces de huevo y de fruta..... Creo que no habré olvidado nada.

—Sí, yo creo lo mismo; pero mira, conviene que traigas algo más.....

—¿Qué?

—Unos frascos de magnesia, un paquete de sinapismos Rigollot, harina de linaza para cataplasmas, éter, crémor tártaro y todos los revulsivos y depurativos más usados; y además conviene que mandes á decir á nuestro médico, el doctor Zaragatona, que esté preparado esta noche para venir al primer aviso telefónico que reciba.

—¡Jesús, qué exageración! Hijo, en una noche como la de hoy, en todas las casas regulares se cena algo más que de ordinario.

—Sí, ya lo sé; y como las consecuencias de un atracón siempre son las mismas, lo mismo en Nochebuena que en otro tiempo, por eso conviene que estemos preparados para combatirlas instantáneamente. La costumbre de atracarse en Nochebuena es una mala costumbre. Para celebrar el nacimiento del Señor es lo mejor mucha alegría, mucho amor en la familia reunida, muchos regalos de cosas bonitas, que no se coman, á los niños, y todos los villancicos que se quieran.....

—¿Y no se ha de cenar?

—Sí, se ha de cenar, pero sobriamente, como cenaban los pastores aquella noche memorable.....

BELLAS ARTES.





FRAGMENTO DEL RETRATO ECUESTRE DEL REY FELIPE IV

POR VELÁZQUEZ.

EXISTENTE EN EL MUSEO DEL PRADO DE MADRID.

DE FOTOGRAFIA DEL SUCESOR DE LAURENT.)

—Eso es, cenaríamos en ese caso unas migas ó unas gachas.....

—No, hija: pero se debe cenar poquito y bueno, es decir, sano, inofensivo; y así se evita una enfermedad, se ahorra dinero, y se aleja el momento de entregarse en los siniestros brazos de La Funeraria.

* * *

—¿Qué mala hierba has pisado?..... ¿Qué mosca te ha picado, Andrés, que vienes de tan mal humor?

—¿Cómo he de venir?..... Sin trabajo, y sin un céntimo. En todos los talleres me han dicho que hasta que pasen las fiestas de Navidad no hay trabajo. ¿Y cómo lo paso yo?.....

—Confía en Dios, maridito.....

—¡Ya empiezas!.....

—Ya empiezo, sí, ya empiezo, y no me importa que me pongas ese gesto de renegado. Confío en Dios, que te puso bueno cuando estuviste con aquella enfermedad tan larga, y me dió fuerzas para cuidarte y para trabajar y evitar que fueras á un hospital. Confío en Dios, que ha permitido que en medio de la escasez en que vivimos, se críe nuestro hijo sano y robusto y hermoso, mientras se mueren á centenares los niños de otros padres con más recursos que nosotros.... ¿Cuándo querrás tú abrir los ojos y ser agradecido?..... ¡Malditos de cocer los que te han infundido esas ideas de odio y envidia!.....

—Mira, mujer, toda la tarde he estado ahí, enfrente de esta casa, al sol, porque en la acera se está más abrigado que en este cuartucho, y toda la tarde he estado viendo entrar mandaderos con regalos para el señorón del cuarto principal. ¡Unos tanto y otros nada! Lo menos le han traído quince pavos, y grandes cestas con botellas, y cajas enormes de mazapán, y, en fin, la mar de regalos..... Le tengo una rabia á ese tío.....

—¿Y por qué? Si le regalan, por algo será. A mí no me extraña. Lo extraño sería que nos regalaran á nosotros, que nadie nos conoce, que somos unos pobres y no podemos hacer favor á nadie.

—No puedo ver á ese hombre, ni á su mujer, ni á toda su parentela. Ellos se atracarán bien esta Nochebuena, y nosotros..... ni agua. Tengo unas ganas de que se arme una buena, y todos esos burgueses salgan de estampía huyendo de la quema....

—¡Desgraciados de nosotros entonces!

—¿Más desgraciados que ahora?.....

—¡Ya lo creo! Esos que tú odias nos valen ahora mucho, aunque tú lo niegues.

—¡Quita de ahí, tonta! ¿De qué nos vale ese vecino del principal, á quien tantos regalos han traído hoy, y que nos insulta con su lujo y el de su mujer?.....

—¿De qué?..... ¿tú crees que hoy no tenemos qué cenar?.....

—Claro, como que no tengo un céntimo.

—Pues mira, yo tengo cinco duros, un billete de cinco duros.

—¿Te lo has encontrado?

—No. Si me lo hubiera encontrado, no sería mío; tendría que guardarlo para devolverlo á su dueño.

—¡Qué tontería!

—¡Jesús! ¡qué ideas tienes, hombre! Este billete es mío, me lo han regalado.

—¡Hombre! ¿tú recibes regalitos?

—¡Ya lo creo! según quien me los hace. He recibido este billetito y no ha sido este el único regalo. Abre la cocina y verás.

—¡Caracoles! ¡un pavo!.....

—Sí, un señor pavo, bien cebado. Y mira sobre el fogón.

—¿Un besugo?.....

—Un señor besugo.

—Y una caja de mazapán, y dos de jalea, y un barril de aceitunas, dos botellas y seis granadas..... ¿De dónde has sacado todo esto?

—Yo no lo he sacado de ninguna parte; todo esto me lo ha traído un criado de la señora del señorón del piso principal, á quien tú no puedes ver. Mientras tú estabas atisbando desde la acera de enfrente los regalos que les traían, y criando mala sangre, lleno de odio y de envidia, la señora del señorón, Dios los bendiga, venía ella misma á llamar á nuestra puerta, y me entregaba estos cien reales y los dos animalitos y demás, diciéndome que lo admitiese como un pequeño obsequio en memoria de su hijito, muerto hace dos años, y que tenía mucho gusto en favorecernos, porque había tomado informes y le habían dicho que somos tú y yo un matrimonio honrado, cristiano y digno de protección..... Ya ves cómo esos señorones tienen de ti mejor concepto que tú de ellos..... ¿Qué me dices ahora?

—No digo nada..... Puede que.....

—¿Qué vas á decir, grandísimo tonto?.....

—Que puede que me tengan miedo.....

—Mira, hombre, si Dios no te castiga por desagradecido, será porque tiene misericordia de nuestro hijo y de mí. Todos los días le pido que no haga caso de ti, que no sabes lo que te dices.

—Di, mujer, ¿qué mérito hay en que nos den á nosotros lo que les sobra?.....

—Pues podían guardárselo, porque ninguna obligación tienen de regalar lo que es legítimamente suyo. ¿Sabes lo que te digo?..... Que tú, probablemente, si te vieras en su caso, no serías tan generoso..... En fin, no hablemos más. Ya sabes que estos días tenemos qué comer gracias á la caridad de esos señores, de quienes eres tan enemigo.....

—Mira, dame el billete..... Hay que cambiarlo.

—Sí, ya lo cambiaré yo.

—Tienes que darme para fumar.

—Yo te compraré tabaco. No tengas cuidado, que no te quedarás sin fumar.

—Tengo que pagar la suscripción á *La Anarquía*, tres trimestres, á peseta.

—Eso no lo pago. Ya le he dicho yo al repartidor que no vuelva por aquí con el papelucho.....

—Mira, mujer, que vas tomándote muchas libertades.....

—Eso te debe gustar. ¿No eres tú tan amante de la libertad?.....

—Es que si llego á enfadarme..... A mí no me ha manejado nadie en el mundo.

—¡Anda, bobo! ¿Crees que yo te tengo miedo?..... No, hijo, no lo pienses; Dios me ampara y me da una fortaleza que tú no tendrás en tu vida, mientras no cambies de ideas y no reconozcas y confieses la verdad..... Con que esta noche el besuguito y otras cosas buenas, y los días de Pascua el pavo y lo que sea razón. Y bien podías venir conmigo á dar las gracias á la buena y caritativa señora y á su marido el señorón.

—¿Yo?.....

—¡Tú, sí, grandísimo majadero! Y perdona que te llame por tu verdadero nombre.

CARLOS FRONTAURA.

EL CARBÓN GASEOSO.

NINGUNO de los descubrimientos realizados en estos últimos tiempos, ninguno de los trabajos hechos en el camino de la investigación científica puede compararse con aquellos que son resultado del empleo de la temperatura y sus aplicaciones á las transformaciones de los cuerpos. Los principios de la Termodinámica consiguieron llevar á la Química el sentido dinámico, modificando los conceptos tradicionales de la afinidad, y desde este momento hízose depender el estado de cada cuerpo de sus condiciones térmicas, que se enlazan, de una manera íntima, con su misma estructura química, hasta el punto de que las propias manifestaciones de la afinidad, aun aquellas más enérgicas y vivas, no sólo se aminoran, sino que llegan á anularse cuando las temperaturas son suficientemente bajas, por donde se puede inferir que la existencia de cada cuerpo es función de una de las más sencillas manifestaciones térmicas, y de aquí viene afirmar las relaciones necesarias de la estructura química con las propiedades físicas de las substancias, relaciones tan íntimas y estrechas como aquellas que pueden existir entre el hidrógeno y el carbono de un hidrocarburo, ó entre el metal y el oxígeno de un óxido cualquiera. Y no es esto novedad dentro del campo de la pura teoría, ni llega á establecerse á modo de una de tantas hipótesis, si halagüeña y seductora, en cuanto da al punto cuenta de lo investigado y es estímulo y acicate para nuevas investigaciones, desprovista de datos verdaderamente positivos, sino que lo ahora calificado de principio científico es preciada conquista de la experimentación más racional y exquisita, fruto ya maduro de meritísimo trabajo y feliz término, y consecuencia inmediata de los trabajos realizados por Raoul Pictet, empleando temperaturas tan bajas que llegan á medirse por *doscientos trece grados bajo cero*, y por Henri Moissan, que trabaja en su horno eléctrico á la temperatura de *tres mil grados sobre cero*, límites no alcanzados ni conseguidos hasta los años que corren. El resultado de los métodos nuevos era de prever, porque en ciencia, á medida que los medios de investigar aumentan y se multiplican, surgen los descubrimientos y las aplicaciones prácticas: el hallazgo del análisis espectral trajo el de nuevos cuerpos simples, como las primeras electrolisis consintieron aislar los metales alcalinos y alcalino terrosos; según los métodos de la síntesis orgánica, en tan feliz hora comenzados por la de la urea, han permitido preparar la alizarina y la indigotina, aparte de otras materias colorantes de menos importancia. De la propia suerte, la hermosa aplicación del frío, cuando se acelera la evaporación del aire liquidado, ha sido la causa del invento del método general de síntesis química que lleva el glorioso nombre de Pictet, y el horno eléctrico, la más ingeniosa invención de Moissan, tuvo como primer resultado la cristalización del carbono, la volatilización de la sílice, la reducción de los óxidos metálicos más refractarios y, por último, el haber convertido en vapor el más puro carbón de azúcar.

Para que un cuerpo sólido pase al estado gaseoso es menester que los lazos de la cohesión se rompan y que aumente su volumen absorbiendo calor, y es bien sabido que hay algunos cuerpos, pocos en número, capaces de convertirse en vapor, sin que, á lo menos en apariencia, pasen por el estado líquido transitorio, y dícese de ellos que no se funden, sino sublímanse. De otros decíase que son refractarios á cambiar de estado conservándose siempre sólidos, tales como la cal y la magnesia, que ahora se ha conseguido volatilizar en el horno eléctrico. En cuanto al carbono, admitíase que el estado sólido era su forma definitiva: no se había podido fundir, ni menos se había volatilizado; en atmósferas conteniendo oxígeno quémase á temperaturas que dependen del particular estado del carbono, y así el más difícil de arder es el diamante, siguiendo luego el grafito, y únicamente señalábase el hecho del transporte mecánico del carbón, que hasta puede llegar á atravesar tubos de porcelana calentados á la temperatura del rojo vivo durante bastante tiempo. Y sin embargo de esto, y aun cuando no se había logrado convertir en gas el carbono, se sabía que debía volatilizarse, y que en ciertas combinaciones entraba en tal estado de gas; pues de otro modo no podrían llevarse á cabo, de la propia manera que los experimentos de Moissan, los cuales van á ser objeto del presente estudio, permiten asegurar que, variando las condiciones térmicas, el cuerpo que nos ocupa, colocado en circunstancias especiales, debe necesariamente fundirse; y si por medio de un experimento llega esto á realizarse, compréndese al punto que al enfriar con lentitud el carbono fundido, concretaráse en una masa sólida cristalina, ó cristalizará en las formas peculiares del diamante: que toda esta trascendencia tienen los trabajos últimos del insigne descubridor del fluor. No se trata, por tanto, de una teoría ingeniosa, ni de una hipótesis bien establecida y fundamentada, sino mejor acaso de la confirmación de aquello que sólo el análisis espectral de una parte, y de otra las medidas calorimétricas de Berthelot habían determinado. Cierto que á la enorme temperatura del arco voltaico, y cuando entre dos carbones bien puros salta la chispa eléctrica, en aquel espacio por viva luz iluminado hay carbono gaseoso; verdad que al unirse el carbono con el hidrógeno para constituir el acetileno, único hidrocarburo formado por síntesis directa, y á partir de los elementos componentes, la cantidad de calor gastada pide que una parte de ella se invierta en convertir el carbono en gas, estado en el cual de una manera directa puede unirse al hidrógeno en combinación definida; pero tampoco es menos cierto que estos dos hechos aislados, de nada fácil observación, distaban mucho de constituir un método general de volatilizar el carbono, sin que sea dable aventurar nada respecto de las condiciones del fenómeno, ni decir cosa alguna en cuanto al estado del carbono gaseoso, ni de los producto mismos de su condensación luego que se enfría y concreta; puntos todos ellos muy bien esclarecidos en los experimentos de Moissan, realizados en mayor escala y fuera ya del propio arco voltaico de su admirable horno eléctrico.

Cuando se quiere demostrar el hecho de la vaporización del carbono, se dispone un horno eléctrico de cal viva, sien lo menester emplear un arco voltaico de dos mil unidades Ampère y ochenta volts, y en medio de tan poderoso foco de calor, cuya intensidad no se ha igualado, puesto que en solos diez minutos pueden reducirse á vapor algunos cientos de gramos de cal y de magnesia, se coloca un tubito de carbón, cuyo diámetro interior no pasa de un centímetro. Muy pocos instantes son precisos para ver en el interior del tubo cuajado, en forma de ligerísimo polvo, el vapor de carbono condensado. Y por si todavía pudiera haber alguna duda respecto del caso, y aun se creyera que no hay ó no puede haber tal volatilización del carbono, es fácil cambiar las condiciones experimentales, de suerte que hasta la más leve sombra de duda quede disipada. En el mismo tubo de carbón colocó Moissan una especie de navecilla de la propia substancia, y en ella puso silicio bien puro: elevando la temperatura de modo adecuado, el silicio llega—y no en mucho tiempo, aunque es cuerpo muy refractario—á fundirse por completo, y una vez liquidado, es susceptible de hervir, dando abundantes vapores: mientras tanto volatilízase también el carbono, y al encontrarse ambos gases en la parte interna del tubo, llegan á combinarse para constituir el compuesto binario que se denomina siliciuro de carbono, el cual en el propio lugar donde se forma logra depositarse, formando á modo de una red de transparentes y perfectos cristales. Sólo en estado de vapor pueden el silicio y el carbono unirse de modo tan directo, constituyendo la más sencilla y elemental de las síntesis minerales, y de aquí la realidad del hecho que nos ocupa, de tal suerte que la ciencia ha conquistado, mediante el empleo de un método nuevo, y apelando á una potencia antes desconocida, el conocimiento real y positivo del fenómeno singularísimo de la volatilización del carbono; y sabemos, por tanto, que este cuerpo negro, origen de toda industria, formado en las entrañas de la tierra por virtud de la acumulación de inmenso trabajo; que esta substancia, cuya presencia bien puede decirse que es carácter de todo lo orgánico, puede convertirse en vapor, como el agua que hierve en una caldera, gracias á la potencia calorífica por el mismo carbón desarrollada al arder. Unicamente hay esta diferencia: el agua antes que líquida fué sólida, y para convertirse en vapor por el estado líquido ha de pasar, y pronto veremos cómo para el carbón no hay, á lo menos por ahora, estados intermedios, y de sólido se transforma en gas sin fundirse. Tal es el hecho reducido á sus más sencillos y elementales términos, y bien puede notarse como se trata de algo muy singular y trascendente, no ya dentro del campo de la ciencia pura, sino también en el terreno de las aplicaciones, que ya las tiene el experimento, á pesar de su recientísima data, en cuanto sirve para explicar, de manera satisfactoria, algún fenómeno de diaria observación, que sólo por volatilizarse el carbono puede comprenderse de una manera clara.

No puede satisfacer, en nuestro actual estado científico, la mera observación de un fenómeno, siquiera éste sea tan interesante como el haber convertido en vapor el carbono sólido; porque un hecho aislado, sin relación con otro, sólo tiene valor muy relativo, y su trascendencia no puede ir muy lejos, así en el campo de la pura teoría como en el

ya más dilatado de sus aplicaciones. Las circunstancias en que el hecho se produce, aquellas condiciones esenciales y necesarias para que la modificación se lleve á cabo, son casi tan principales como el mismo fenómeno, ya que al cabo lo determinan de manera completa. En el caso presente debe tenerse muy en cuenta que se trata de un cambio de estado físico, del tránsito de un sólido á gas, efectuado mediante absorción de una gran cantidad de calor y en las condiciones dadas en el horno eléctrico de Moissan: sabemos positivamente que, á lo menos en las condiciones experimentales en que se ha trabajado, el carbón, con tal de ser muy puro, es un cuerpo sublimable, al igual del cloruro mercúrico ó el ácido benzoico ó la naftalina; pero en el momento de patentizar el hecho, y cuando acerca de su realidad no puede caber duda alguna, surgen otros problemas de grandísima importancia, los cuales se refieren á estas dos cuestiones principales: ¿Por qué estados intermedios pasa el carbono antes de volatilizarse? Y una vez obtenido el vapor de carbono, ¿en qué se convierte cuando se enfría y condensa? Justifícase la primera pregunta porque no hay transformación ni cambio de estado que entre el momento inicial y el final de la metamorfosis no presente toda una gran serie de modificaciones intermedias. El agua—para valerme de un ejemplo—cambia de estado á la temperatura de cien grados; mas calentándola de manera gradual, dilátase poco á poco, su volumen aumenta, disminuyendo la densidad, y, para decirlo de una vez, va siendo menos líquida á medida que su temperatura se eleva: lo mismo tiene que suceder al carbono, por más que no se funda, ya que deba pasar desde un estado inicial hasta otro final, mediante toda una serie de continuadas transformaciones. Hay, sin embargo, una cuestión, que bien pudiéramos llamar previa, en el experimento que nos ocupa, es á saber: el carbono se presenta en muchos y variados estados alotrópicos, y aun suponiéndolo químicamente puro, obtenido del azúcar y tratado por cloro, importa conocer bajo qué modificación molecular se transforma en gas. Si se tienen presentes fenómenos bien conocidos, que por igual intervienen en muchas investigaciones y en la práctica industrial, casi *à priori* podría resolverse el asunto y esclarecer el problema. En efecto, en los altos hornos, lo mismo que en las retortas del gas del alumbrado, y, en general, siempre que el carbón en exceso se calienta, bien en espacios cerrados, ó en contacto de masas metálicas, se convierte en grafito, y por si esto no fuera bastante, tenemos los experimentos de Moissan que así lo demuestran, lo mismo aquellos que le sirvieron de preliminar en la obtención del diamante, que los más recientes, en los cuales, por la sola acción del calor, ha convertido en puro grafito el carbón de azúcar encerrado en un crisol.

Es, por lo tanto, necesario partir del grafito para llegar al vapor de carbono. Y, sin embargo, este que pudiéramos llamar estado inicial de la metamorfosis, puede tomarse como intermedio, y decir entonces que, partiendo de un carbón muy puro, sin trazas de substancias metálicas, ni de silicio, ni de boro, se llega á transformarlo en gas y se consigue volatilizarlo, convirtiéndolo antes, por medio del calor, en grafito. Semejante necesidad de un previo cambio de estado es frecuente y ha sido en estos últimos tiempos muy bien estudiada, llegándose á demostrar la necesidad de un estado físico, especial y peculiar de cada cuerpo, para que pueda unirse á otros, de lo cual es buen ejemplo el mismo carbono en el tan conocido caso de la síntesis del acetileno, años ha realizada por el insigne químico Berthelot.

Menos seguros son los datos que acerca de los estados intermedios del carbono, desde el sólido al gaseoso, los experimentos nos suministran, más bien explicables á causa de la enorme dificultad de las observaciones á elevadísimas y hasta ahora nunca alcanzadas temperaturas. A pesar de esto, puede asegurarse con certeza que el carbón no se funde para convertirse en vapor, y así lo demuestran muy delicados y concluyentes experimentos, en los cuales se hacen ver las circunstancias especiales que en el fenómeno estudiado y dado á conocer por Moissan concurren. Sus experimentos respecto de este punto son de lo más fino que puede imaginarse, y por ellos se ha visto que, disponiendo un crisolito de carbón, cuya tapa maciza entraba en el crisol á frotamiento, y calentándolo cosa de diez minutos en el horno eléctrico á tal temperatura que la cal y la magnesia se volatilizaban con grandísima rapidez, si bien después del enfriamiento toda la masa habíase convertido en grafito, la tapa del crisol no se había adherido y podía ser separada del mismo sin esfuerzo alguno. Sábese, por otra parte, cómo calentando una navecilla de carbón en el interior de un tubo de la propia substancia, jamás llega á soldarse, aunque la temperatura sea la más elevada que en el horno eléctrico pueda obtenerse. Los tubos de carbón sometidos á los experimentos de Moissan suelen agujerearse por la parte superior, que es la más calentada, y nunca en los bordes de los agujeros así producidos—y conste que no son nada pequeños—ha podido observarse nada que indique que su materia se haya fundido.

De otro linaje de experimentos, no menos interesantes, he de tratar ahora, referentes, no sólo á los estados por que necesariamente ha de pasar el carbono antes de volatilizarse, sino al propio tiempo al estado inicial de la metamorfosis, ya más arriba citado, y punto es éste acerca del cual conviene insistir, por cuanto puede explicar los resultados que se obtienen condensando de manera conveniente el vapor de carbono, que es el punto de partida de las aplicaciones de estos sorprendentes y núnca vistos experimentos. Cuando en crisol cerrado caliéntase purísimo carbón de azúcar, empleando un arco voltaico de mil unidades Ampère, obsérvase cómo después de fría la masa conserva la misma forma que tenía, es porosa y en ella pueden todavía notarse los canales producidos por la salida de los hidrocarburos cuando el azúcar se ha carbonizado; el carbón de que tratamos cambió de estado por completo y se ha convertido en grafito; mas entre sus partículas, aun observando con el microscopio, es imposible advertir la menor traza de soldadura, ni indicios de que aquella masa haya experimentado siquiera un principio de fusión ó del reblandecimiento que á ella suele ser inherente, precediéndola en la mayoría de los casos. La propiedad de que se trata es general y la presentan todos los carbones, ó por mejor decir, todos los estados del carbono, con tal de estar muy puros, y así puede observarse cómo el grafito y el carbón llamado de retortas, lo mismo que el procedente de la madera, con tal de haber sido purificados con el cloro, pueden ser sometidos á las temperaturas del horno eléctrico sin que luego de enfriados su forma cambie; todos ellos resultan, en cuanto al estado, convertidos en grafito, pero sin soldarse sus partículas ni experimentar siquiera un principio de fusión, y de aquí esta deducción perfectamente lógica y ajustada á los hechos observados y comprobados: el carbón se volatiliza sin pasar por el estado líquido, y entra, por consiguiente, en la categoría de las substancias calificadas de sublimables. Claro está que esta propiedad así generalizada comprende á los electrodos de carbón, entre los cuales prodúcese el arco voltaico; sus extremidades obsérvanse al cabo de poco tiempo redondeadas y convertidas en grafito, y si el extremo del electrodo positivo se rodea por un tubo de carbón, puede notarse, al término del experimento, cómo habiéndose deformado bastante, no hay adherencia entre la masa de grafito del electrodo y el tubo que le envuelve, lo cual indica, como antes, que el carbono no se ha fundido.

Fácil es prever el estado del carbono que ha de obtenerse mediante la condensación de su vapor, teniendo presente el mecanismo más elemental de los cambios de estado. Si partimos del hielo, cuya temperatura de fusión se fija á cero grados, vémosle convertirse en agua líquida por medio del calor, y de ésta se pasa al vapor, el cual, condensado, tórnase agua, que el enfriamiento convierte en hielo: estamos, pues, en el caso de un ciclo de los llamados reversibles. Tratándose de un cuerpo sublimable acontece lo propio, y así se ve cómo el cloruro mercúrico ó el alcanfor convertidos en vapor, se solidifican por enfriamiento, afectando aquel estado y aquellas formas que tenían al comienzo de la metamorfosis. En rigor, lo que en los experimentos de Moissan se volatiliza y convierte en gas es el grafito, ya que á tal estado es menester llevar el carbono para transformarlo en vapor; y como el hecho es simple cambio de estado, que constituye un ciclo reversible, bien se comprende cómo al condensar el carbono gaseoso de necesidad ha de volver al estado inicial y debe resultar grafito, trabajando, es claro, en las circunstancias y condiciones normales. El experimento ha venido á demostrar la legitimidad de las anteriores inducciones, y entrando de lleno en el fenómeno general del cambio de estado físico el hecho notabilísimo del tránsito del carbono sólido á gas por medio de la elevación de temperatura, no hace excepción el cuerpo que nos ocupa á la ley general que rige á los demás, considerados en el estado sólido, ya que al igual de metales tan refractarios como el oro y el urano, y siguiendo el camino de su más próximo allegado el silicio, puede vaporizarse, cuando se dispone de suficiente temperatura y de medios adecuados para tal fenómeno.

Recogiendo el vapor de carbono en la forma que va dicha, en el tubo de carbón especialmente, se condensa, y á la continua, afecta el estado de grafito, bien perceptible, aunque su forma es la de menudísimos cristales, sólo visibles al microscopio; pero hay todavía otra manera de poner más de manifiesto la formación de grafito al condensarse el vapor de carbono, y consiste en disponer, conforme hizo Moissan, un tubo de cobre atravesado en su interior por una corriente de agua fría, en cuyo caso depósitase sobre la pared exterior una especie de polvillo obscuro, el cual, luego de tratamientos por ácido clorhídrico, que le privan de muchas impurezas, deja un residuo negro, constituído por diminutos cristales de grafito. Por otra parte, en el polo positivo del horno eléctrico se condensa asimismo el carbono volatilizado en el arco voltaico; la superficie del depósito es más ó menos redondeada, mas sin presentar el menor indicio de fusión, y hállase constituído por una substancia que contiene hasta 99,90 partes de carbono; no arde, aun en contacto del oxígeno, sino á muy elevada temperatura, y sus caracteres son del más puro grafito.

A poco que se considere el hecho descubierto y estudiado por Moissan, pronto se ve cómo entra en las más elementales y sencillas operaciones de la Química, ya que se trata por junto de una destilación: todo se reduce á calentar el carbono muy purificado á la temperatura de 3.000 grados en el horno eléctrico, condensando el vapor producido, ya sea en un tubo del propio carbón, de modo semejante que si del arsénico se tratara, cuyo cuerpo, volatilizado en un tubo de vidrio, se condensa en las partes frías del mismo, ya sobre una pared metálica enfriada, de lo que es ejemplo el tubo de cobre, el cual hace oficios de refrigerante, ó ya se observe la extremidad del electrodo positivo, cubierta de masas redondeadas, conforme antes se dijo. En cualquiera de estos experimentos lo que sucede es que se destila carbón, del mismo modo que en un alambique ordinario puede destilarse agua, y no hay más diferencia sino que el carbono no se funde, y falta, por consiguiente, el tránsito por el estado líquido que puede observarse muy bien en la destilación del zinc metálico y de otros cuerpos que en su caso se encuentran. Demuéstrase así la generalidad de ciertas propiedades, y cómo no es excepción de ellas el carbono, única substancia que hasta el presente habíase resistido á tomar la forma gaseosa, y el hecho de haberlo conseguido es nueva y muy valiosa prueba de la fecunda ley de la continuidad, que informa el sentido de las doctrinas modernas relativas al modo de actuar las energías térmicas sobre las substancias sometidas á sus influencias. Verdad es que no se ignoraban los hechos, frecuentes y muy repetidos, en que el carbono en general transfórmase en grafito, cuando es calentado á elevada temperatura, y que, en realidad, esto ya significa un cambio de estado físico; mas no depende, en el caso presente, de modificaciones de la cohesión y de aumentos de volumen que implica el estado gaseoso, sino que es menester buscar la razón de que se produzca grafito en modificaciones de estructura molecular, por cuya virtud los elementos esenciales del carbono se modifican, y dejando de ser amorfos, agrúpanse en forma regular, constituyendo los cristales de grafito fácilmente observables cuando se ha sometido una masa de carbón á elevada temperatura, ya sola, ya en el seno de un metal fundido, siendo de ello buenos ejemplos los grafitos que el mismo Moissan obtuvo como preliminar de los diamantes conseguidos en su horno eléctrico.

Y en esto de la transformación que experimentan las diversas especies de carbono, convirtiéndose en uno de sus particulares estados alotrópicos, como es el grafito, siempre por causas térmicas y elevación de temperatura, hasta un límite sólo en estos tiempos alcanzado, vese como una prueba más del mecanismo inherente á los cambios de estructura molecular, en los que, sin alterarse lo que se llama estado físico del cuerpo, adquiere éste propiedades que no tenía, y de ello es acaso el mejor ejemplo la conversión del fósforo ordinario en fósforo rojo, debida exclusivamente al calor. A ello, como se ve, es perfectamente asimilable lo acontecido en el caso del grafito, cuyo estado alotrópico tiene este significado: de una parte es aquel en que se inicia la vaporización del carbono, y de otra representa algo intermedio, que es término preciso, si la metamorfosis que nos ocupa ha de llevarse á cabo por entero, advirtiendo que el carácter de obligado tránsito ó intermediario atribuído aquí al grafito, se extiende todavía más, porque no es sólo resultado de las acciones de la temperatura, muy persistentes y continuadas, sobre todas las especies de carbones, sino que constituye además el estado más inmediato del carbono puro, cosa bien demostrada en los experimentos, ya que los cristales de grafito son obligados é indispensables compañeros de los cristales purísimos del diamante.

Del relato que precede bien puede inferirse la vaporización del carbono, partiendo del estado de grafito, al cual vuelve luego de condensado, siguiendo las leyes generales de los cambios de estado. Semejante hecho no es, en verdad, fenómeno aislado de esos que no pasan de la categoría de curiosidades científicas nada fáciles de reproducir, ya que se requiere disponer de grandes medios para conseguirlo: los experimentos de Moissan, iniciados en la forma referida, tuvieron en seguida mayor campo para ser, si no ejecutados, á lo menos comprobados, explicando de pasada fenómenos de frecuente observación, no interpretados hasta ahora de modo satisfactorio. Acerca de ello vale la pena decir algunas palabras, siquiera para ver de qué suerte las aplicaciones prácticas se unen y enlazan con los principios teóricos, constituyendo esta gran unidad que permite llegar, desde las más sublimes teorías, hasta los más insignificantes pormenores de las aplicaciones á todo linaje de artes y de industrias. He aquí el caso sencillísimo de que se trata. Todo el mundo conoce las lámparas eléctricas de incandescencia, y nadie ignora que están formadas por un filamento de carbón, unido á dos alambres de platino que conducen la corriente, y metido en una cavidad de vidrio en cuyo interior se ha hecho el vacío lo más perfecto posible. Nadie ignora tampoco, porque á cada momento puede ser notado, cómo la superficie interna del vidrio de las lámparas se ennegrece poco á poco, sobre todo si aquéllas están próximas del término de su duración, y se sabe también que el ennegrecimiento puede ser muy rápido cuando, por efecto de una corriente demasiado intensa, el filamento de carbón se quema de pronto. Estos hechos no tenían hasta el presente explicación satisfactoria; pero Moissan, suponiendo con fundamento que el ennegrecimiento de la cara interior del vidrio de las lámparas incandescentes pudiera ser motivado por depósitos del carbón del filamento, que se hubiese volatilizado, recogió con sumo cuidado aquel depósito obscuro, y luego de haberlo sometido á largos tratamientos pudo reconocer que se halla formado, casi en totalidad, por microscópicos cristales de grafito, siendo en todo análogos á los productos de condensación del carbono volatilizado en su horno eléctrico. Mas todavía: como del examen de dos electrodos de carbón, entre los que se establece el arco voltaico de mayor potencia, resultaba que sus extremidades habíanse convertido en grafito, las más veces afectando muy marcada forma cristalina, así los extremos de un filamento de carbón inmediatos al punto donde se ha establecido solución de continuidad, presentan cristalitos del propio grafito. Y es de observarse de qué suerte comprueban los experimentos de Moissan las previsiones de Berthelot, por cuanto el carbono gaseoso hállase dotado de grandes actividades químicas, y así puede verse cómo se une directamente al silicio, ya que el siliciuro de carbono es inseparable compañero del grafito en los depósitos ó películas de las lámparas eléctricas de incandescencia, y hase formado este cuerpo, que también cristaliza, mediante las acciones químicas del vapor del carbono sobre el vidrio, producto rico en silicio.

Tal es, en resumen, y reducido á sus esenciales términos, el nuevo trabajo de Moissan: una conquista más en el terreno de la especulación científica, y una consecuencia del fecundo método experimental. De las aplicaciones nada puede decirse todavía, pero seguramente las tendrá, porque la misma volatilización del carbono no es sino consecuencia de anteriores inventos, aparte de los precedentes que van indicados; y para demostrarlo basta recordar cómo no se hubiera conseguido sin antes haber podido obtener la enorme temperatura de tres mil grados; de suerte que el magnífico descubrimiento relatado es otro de los que hay que agregar á la serie de los realizados con el horno eléctrico, serie que comienza en la síntesis del diamante.

José Rodríguez Mourelo.

CAMPESINAS.

LA VUELTA AL HOGAR.

I.

¿Tienes frío, riquín? ¡Pobrecito de mi alma! ¡Es muy poco abrigo este mantón sin pelo para una noche tan cruda! Pero ya pronto llegaremos á casa, y verás allí qué buena lumbre hay.



¡UN RATON!

POR ROBERTO SAUBER.

—¿Y habrá algún tambor, pada mí, made?

—¡Ya lo creo! ¡Te lo regalará el abuelito, á quien tú querrás mucho!

—¡Bueno! Le quedé. ¿Y cómo es el abuelito?

—Pues anciano.

—¿Como el señor Dios de las barbas bancas, que tanto quele á los niños?

—Una cosa así.

—¿Qué es éso que ha sonado, made?

—El cencerro de una vaca.

—¡Anda! ¿Y será del abuelo?

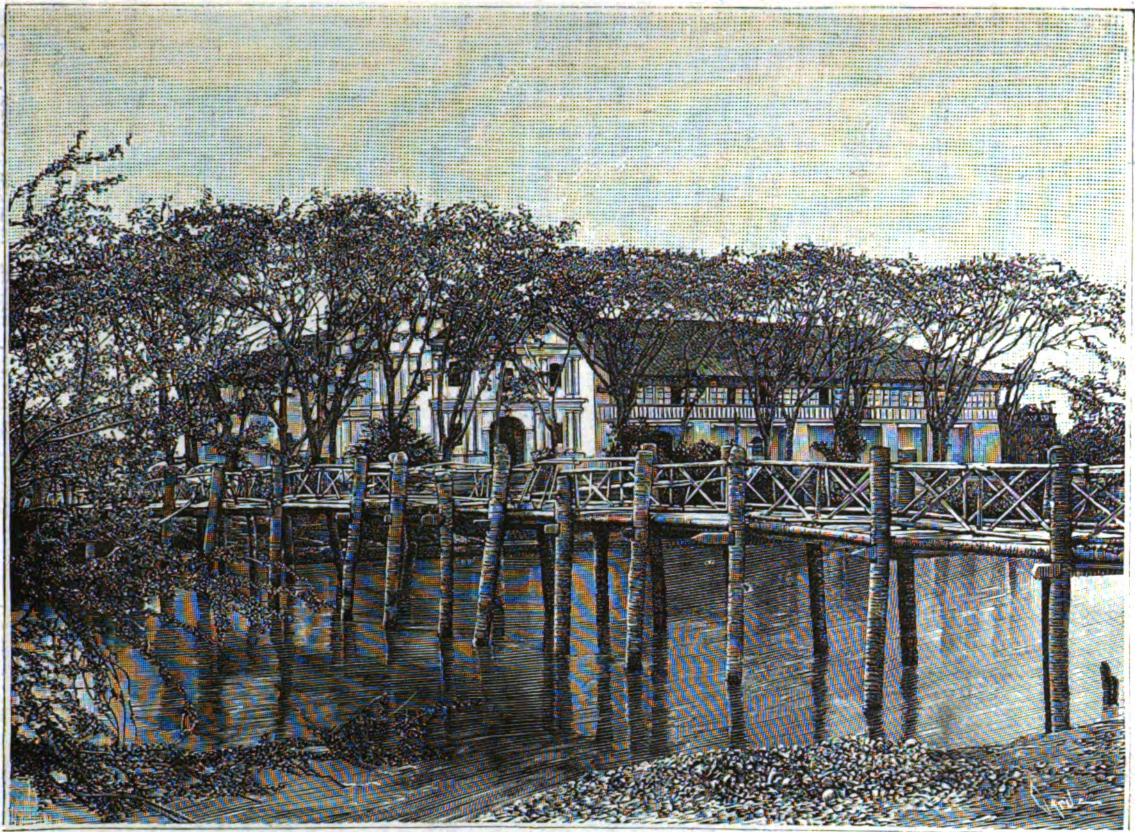
—¡Esta no, pero tiene otras iguales!

No continuó el diálogo. Ya las últimas palabras habían salido de la boca de la pobre mujer envueltas en un torbellino de lágrimas, y al cabo un sollozo la cortó la voz. Desde aquel punto, en que concluía la senda abierta á través del prado, difuminadas en la obscuridad, entre los robles, se vislumbraban las primeras casas del pueblo. La emoción la sujetó las plantas al gredoso piso. Se paró y permaneció un instante inmóvil, rígida como una estatua, con las pupilas clavadas en las tapias que blanqueaban á ambos lados del camino heridas por el pálido resplandor de la luna en su menguante, queriendo horadar con la vista la penumbra en que se desvanecía la callada aldea. El niño, que no comprendía la causa de la detención, se estremeció de miedo entre los brazos de su madre.

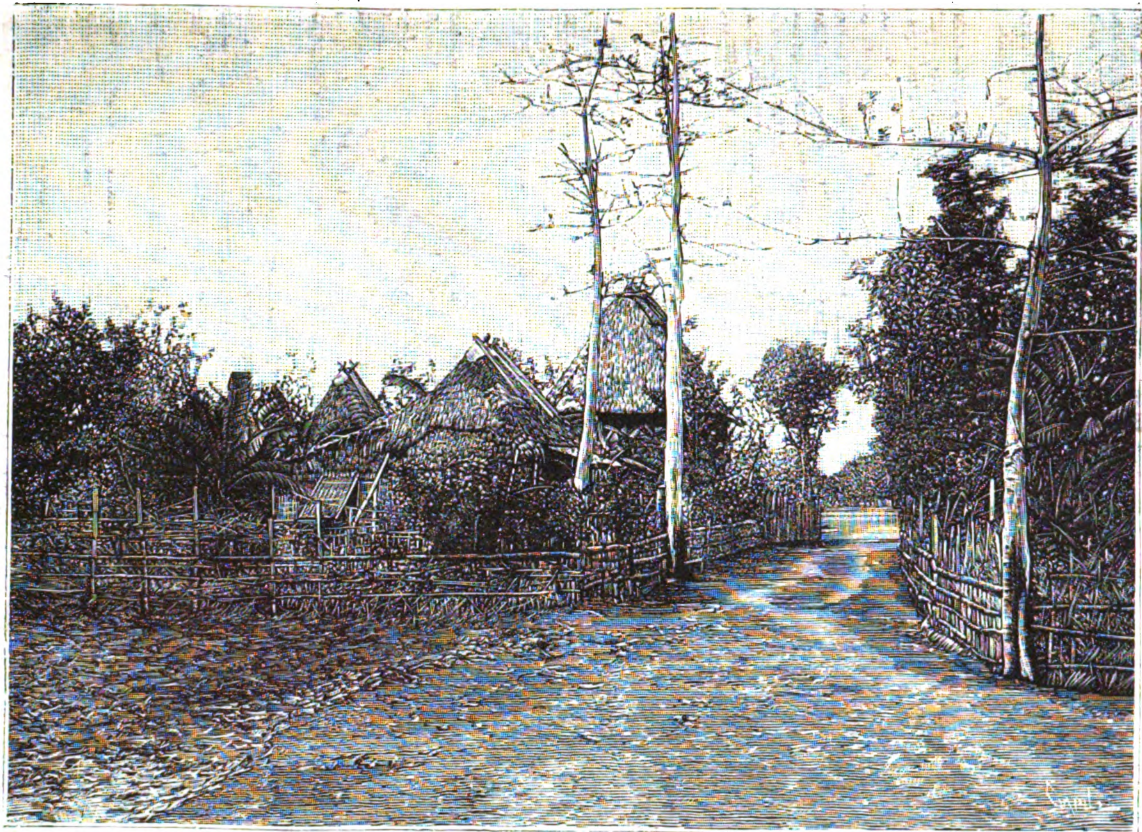
—¿Es el Bú?—murmuró.

No obtuvo respuesta, no alcanzó una caricia, y su espanto aumentó, estrechando con más fuerza el cuello de su madre. La pobre mujer hallábase entonces hundida en un éxtasis, en un supremo deliquio. No oyó á su hijo. Ocho años hacía que no contemplaba aquellas casitas de la carretera, aquellos robles, aquella cruz terminal erguida á espaldas del pueblo, aquellos maizales ahora con las cañas crujientes y secas; ocho años que no aspiraba aquel olor á tierra húmeda reblandecida por la escarcha, á prados abier-

FILIPINAS.—PAISAJES DE LUZÓN.



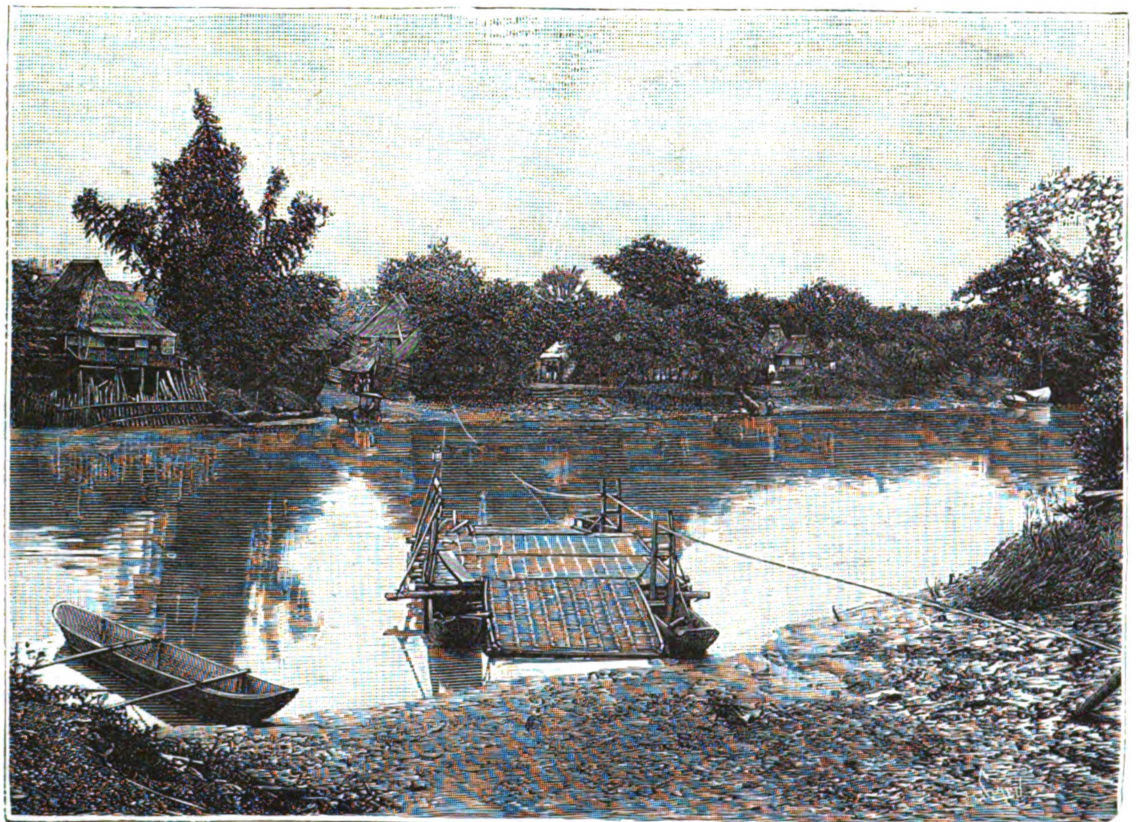
BULACAN.—CONVENTO Y PUENTE SOBRE EL RÍO GUIGUINTO.



BULACÁN.—UNA CALLE DEL PUEBLO DE GUIGUINTO.



TAYABAS.—EL PUEBLO DE LAGUIMANOE, EN LA ISLA DE PAGBILAO.



BULACÁN.—BALSA EN EL RÍO DE MARILAO.

(De fotografías de D. Carlos E. de Bertodano.)

tos por la reja. La Naturaleza dormía y respiraba exhalando por todos sus poros un aroma penetrante de hierbas y hojas mojadas por el rocío de la noche.

La viajera aspiró con deleite aquel perfume, que era el de la tierra nativa, y un tropel de recuerdos la invadió la memoria. En su mente surgió su vida entera; su infancia bravía en plena montaña; su juventud al cuidado de las labores de la casa, de la boyería; sus amores luego; su matrimonio después, y, por fin, los malos años, el mal tiempo, las cosechas perdidas, la manzana exhausta, la desgracia, la ruina, y, como consecuencia, la emigración, única tabla salvadora.

Iban ya ocho años, pero era ayer. Había que adoptar un partido, sacrificar algo en holocausto al bien común. Todo por los viejos y los hermanitos. Y partieron, abandonaron al azar el valle nativo; se fueron á América, la gran fosa de los desheredados de todo el mundo, sin otro bagaje que sus lágrimas y su resignación. ¡Y allá se quedaba él durmiendo el sueño eterno, devorado por sus propias penas, que no pudo resistir, vencido en la lucha, caído lejos de su patria, dejando á su mujer y á su hijo abandonados y solos, á miles de leguas de su país!

¡Qué calvario, luego que despedazaron á su marido en aquel horrible hospital de emigrantes! Muchos días negros pidiendo limosna, sin pan, sin albergue, sin una persona conocida, sin un rostro amigo, sin saber nada de sus padres, con su niño enfermo, perdida en las soledades pamperas hasta que una mano generosa la proporcionó un pasaje de caridad en un transatlántico, y un viaje eterno á la postre, á pie, por esas carreteras, detenida mil veces por vagabunda. ¡Pero al fin había llegado al paterno hogar; al fin estaba allí con su niño sano y salvo! Y entonces se rompió la ola; entonces, como exaltada por aquel aluvión de remembranzas que brotaban todas juntas en su corazón, cubrió de besos la frente de la criatura, que empezaba á dormirse y que, al sentir los amorosos labios, se sonrió considerándose enteramente defendida contra el Bú.

Conocía el terreno palmo á palmo. Sin vacilar, tomó carretera adelante, acometida de una impaciencia febril, hundiéndose á menudo en los baches que la lluvia de los anteriores días había formado en el camino, sin mirar donde ponía los pies. A medida que se aproximaba á las casitas oía broncos rumores, débiles ecos de cantares: la aldea no dormía. Más cerca definióse con claridad tales ruidos: eran panderos golpeados por recios puños, y voces humanas entonando villancicos. Entonces recordó la fecha en que vivía y la pareció cosa de buen agüero el que Dios la permitiera volver á su hogar de la niñez en tan señalada ocasión. Pero no en vano el dolor había echado en su pecho profundas raíces. Una idea triste anubló de pronto su relámpago de alegría. ¿Habrían muerto sus padres? ¡No, no! El cielo completaría su obra buena, y ya que la permitía tornar al nido de la infancia, la reservaría la suprema dicha de abrazar á sus viejos.

Apretó el paso, casi echó á correr y se plantó en el pueblo. Decididamente no dormía nadie. Por bajo los porches dejaban ver las puertas abiertas el resplandor de las lumbres de los fogones. De cuando en cuando, ennegrecidas por la viva luz del hogar, saltando y brincando, dándole al pandero, surgían sobre el fondo claro de la cocina, alumbrada por el fuego, siluetas de personas á las que la llama prestaba extraños contornos y que se hundían luego súbitamente en la obscuridad más densa por la retirada de la luna. De todas las casas salía gente, y todos los pelotones tomaban el camino de la iglesia, que llamaba á los fieles desde la sombra con su campanita cascada y débil: era la hora de la misa del gallo.

La viajera sorteó los grupos de vecinos, que ni siquiera se percataron de su presencia, y continuó su carrera en busca de su casa. Llegó. También su puerta de par en par mostraba un resplandor de fuego. Un paso más y traspondría el umbral de la mora la querida. Las piernas la flaquearon, una nube la pasó por los ojos, y trémula y convulsa, tuvo que apoyarse en la jamba para no dar con su cuerpo y con el niño en tierra.

—Made, ¿no entamos? ¿Es aquí el abuelo?

La pobre viuda dejó el niño en el suelo, y haciendo un esfuerzo penetró con él de la mano. La cocina se hallaba desierta; sólo un gato dormitando junto al fogón, hecho un ovillo, la custodiaba. El animal al sentir ruido abrió los ojos, vió una cara desconocida y escapó. Los viejos habíanse ido sin duda alguna á la misa del gallo.

Nada había variado durante la ausencia. Las mismas esteras en los poyos de piedra colindantes con el fuego, los mismos banquillos de tabla, la misma mesa de pino, la misma empingorotada cama de madera asomándose en el fondo de la alcoba por la puerta sin hojas mal cubierta por una cortina. Aquella dulce fisonomía de hogar retirado y tranquilo, de rinconcito apacible, que conservaba su sosiego de siempre, volvió á llenar de lágrimas los ojos de la pobre viajera. Allí, en el bajo fogón, se habían deslizado sus noches de la niñez, oyendo á la abuela sus cuentos de invierno y asando castañas en el rescoldo; allí, en los asientos que orillaban la lumbre, había oído de moza las primeras palabras de amor, apagadas por el chisporroteo de los leños: allí había sido feliz entre sus padres, sus hermanos, su novio. Parecíéronle todos aquellos testigos de su pasado poseedores de un encanto supremo, llenos de una ternura inefable, y bañada en un llanto silencioso, que manaba muy hondo, fué besando de rodillas cada uno de los humildes muebles. Luego tomó otra vez de la mano al asombrado chiquillo y salió en busca de la iglesia.

II.

Estaba de bote en bote: la gente grave, las viejas, á la cabecera, con las corderas de las mozas por delante: los hombres, á los pies, rebosando hasta la portalada del templo. Todo era en él humilde y sencillo, como convenía á la condición de la ignorada aldea que le estaba adscrita. Una sola nave, encalada y sucia por los años; un altar pobre de adornos, con su imagen de talla en la cúspide, y un coro postizo de burda tablazón, donde se oía en las funciones solemnes el órgano expresivo, regalo de un feligrés rico, ya difunto, instrumento que constituía el lujo de la iglesia y que maltocaba á su manera el hijo del barbero, que entendía de música.

A duras penas, y entre los refunfuños de la gente, consiguió la viajera penetrar con su niño en el templo. Pero no logró escalar la cabecera, y allá se acomodó como pudo en un rinconcito, sin que en la espesa sombra del templo y atento cada cual á sus rezos y al cura, fuere extrañada ó conocida por nadie: bien que sobre la acción de los años y los estragos de la miseria, que alteran el rostro, nadie habría sospechado que aquella mujer que llevaba en sus brazos un pequeñuelo era la fresquísima Ermelinda, flor y nata del valle, un día codiciada de los mozos en veinte leguas á la redonda, y partida á la emigración tras de su marido, cumpliendo el precepto del Evangelio.

Salió el sacerdote revestido con una vieja casulla, le recibió un coro de villancicos acompañado de órgano y panderos, y comenzó la misa. Todo el mundo se arrodilló contritamente, y extinguido el rumor del movimiento, sólo se oyó el ritmo del rezo masculiado entre dientes por el cura, y las respuestas del acólito, dichas con su vocecita aguda de rapaz. Nada tenía el santo sacrificio distinto del celebrado en las mañanas dominicales, y sin embargo se advertía allí algo desusado y solemne, se presentía una gran fecha, se adivinaba la noche, y la noche clásica y tradicional de los pueblos cristianos, delatada por los ruidosos parches.

—¿Me tompará el abuelo un pandero?—preguntó el niño, muy bajito, al oído de su madre.

—¡Sí, monín, sí; pero ahora calla, que estamos en la iglesia, y Dios se incomoda con los niños que hablan en ella—le repuso la pobre mujer acariciándole.

La peregrina rezó, y rezó con toda su alma, dándole gracias al Altísimo por haberle concedido el llegar con su hijo á la tierra nativa. Aquella misa intempestiva que la casualidad la deparaba á deshora, le ofrecía un supremo encanto. Era una misa en su iglesia, dicha por su cura; era su misa de siempre. Lo mismo pudo arribar al pueblo por la tarde que al siguiente día; el azar, es decir, no, la Providencia, la guió de tal suerte que, antes que á los padres, ofrecióla á su paso el altar, como pidiéndole á su gratitud una oración. La infeliz no regateó sus preces, y cuando el sacerdote elevó la blanca Hostia al són de la campanilla y entre los secos golpes de pecho, la dedicó todo el torrente de sus lágrimas.

Pero ¿y los viejos? Por más que miraba y remiraba, la falta de luz no le permitía distinguir bien los rostros. Únicamente los dos cirios del altar dibujaban dos pálidas estrellas y proyectaban una claridad débil. Fuera de ellos, todo era sombra. Refrenando su impaciencia á duras penas, tan pronto confiando como temiendo, distrayéndose del rezo para pensar en sus padres, y dejando á sus padres para volver á rezar, aguardó á que se concluyera la misa del gallo, que se la antojó eterna. Ya terminada, se salió al atrio entre los fieles, y colocándose bajo el farolón que la piedad de los aldeanos había colgado aquella noche del techo del cobertizo, esperó.

A borbotones, como si manara gente, dejaron los fieles el templo. Algún vecino miró con extrañeza á la pobre viajera, y desconociéndola la creyó, engañado por su aspecto cansino, habitadora de cualquier lugar inmediato. ¡Y nada! Terribles instantes en que ella creyó que el corazón se le escapaba del pecho. Al cabo el farol iluminó una especie de fantasma rígido y huesoso, una mujer con el pelo blanco, tristemente vestida de negro. En seguida la reconoció, á pesar de que al partir había dejado una persona en la segunda frescura de la vida, en la madurez, y se encontraba una anciana decrépita y acabada. ¿Y aquel traje negro? ¿Y el hallarse sola en la misa?

Con un arranque súbito, atropellando á los que la estorbaban, sin acordarse en el momento del niño, le soltó, y dando un grito, se abalanzó delirante á la anciana.

—¡Soy yo, madre, Ermelinda! ¡Su Ermelinda de usted, que ha vuelto! ¡Qué! ¿no me conoce usted ya?

Al oir el grito, la anciana se detuvo y abrió desmesuradamente, con espanto, los ojos. Más la voz que el rostro, también destruído, de la viajera la reveló á su hija en aquella mujer que se arrojaba frenética á su cuello. Lo imprevisto del golpe, el mismo repentino júbilo produjola como un desvanecimiento y estuvo á punto de caer. Pero halló un resto de energía, recobró el valor, y estrechando aquella cabeza querida contra su pecho, replicó á borbotones, trémula:

—¡Cómo! ¿Tú?..... ¿Eres tú?..... ¿Es posible?

—¡Yo soy! ¡Sí, madre! ¡Yo soy! ¡Y mire usted qué nieto tan hermoso la traigo!

Y al decir esto, desprendióse la viajera de los brazos de su madre é izó hasta ella al niño, un si es no es asustado al sentir que se iba la mano amorosa que lo estrechaba. La anciana le besó llorando una y otra vez, y al cabo le retuvo en sus brazos, murmurando:

—¡Hijo mío!

La nueva cundió en seguida, y todos los vecinos acudieron al punto á dar la enhorabuena á las dos mujeres, celebrando lo milagroso de la vuelta. Algún párpado se humedeció en su obsequio, y no hubo mano generosa que no se tendiera con noble espontaneidad á aquella mártir, de tal suerte probada por el infortunio. Las dos mujeres anhelaban quedarse solas.

—Vámonos á casa—exclamó la anciana.

Y echaron á andar sin soltar la abuela al nieto.

Entonces, Ermelinda, en voz tan baja que parecía no atreverse á salir de la garganta, temblando, preguntó á su madre:

—Pero diga usted, ¿qué significa ese luto? ¿Y padre? ¿Y los hermanos?

La faltó el valor para seguir. Entonces su madre, como el que da suelta á algo largo tiempo contenido, repuso atropellándosele las palabras:

—¡Todos, todos han muerto! ¡No han podido sobrevivir á su desgracia, no han podido resistir la miseria! ¡El caudal perdido, las tierras vendidas, las reses embargadas! ¡No nos queda más que la casa en que nacimos, y esa se la llevarán el mejor día! Yo no me he ido con ellos porque pensaba en ti, porque esperaba siempre! ¡Y mira cómo has vuelto! ¡Ahora ya puedo ir á ocupar el huequecito que me tienen reservado allá abajo entre los sauces!

—¡No, no, madre!—exclamó sollozando la viajera.—¡Ya que mi padre se ha muerto, usted vivirá para mí y para su nieto y no nos faltará un rincón y un pedazo de pan!

No contestó la anciana sino dando otro beso al chicuelo, y prosiguieron su camino, mientras el niño, atraído por la ternura de la abuela, pensaba con ese instinto seguro, que es la inteligencia de la infancia naciente, que aquella señora debía de ser tan buena como el señor Dios de las barbas blancas.

Alfonso Pérez Nieva.



MISTRESS YATES,

ALCALDE DE ONEHUNGA (NUEVA ZELANDA).

¡CÓMO ESTÁ MADRID!

PERDIDO—que decía un joven gorila ó gorrilla, hablando de las cosas de la vida con un compañero de fatigas, porque glorias nunca habían disfrutado.

—Y que te *coste*—afirmó el otro, con entonación de galán de carácter anciano.—Que no hay un comercio, ni una industria, ni una profesión lucrativa, para ganarse la vida con poco trabajo, mayormente, como en otros países extranjeros, según cuentan.

—Que no hay más que policía en Madrid.

—Que es lo que estorba, mismamente, para que uno se busque un duro, sin tropiezo.

***

—¡Cómo está Madrid, Casimiro!

—Cincuenta años tengo.....

—¿Sin abonos?

—Los he cumplido en este mes; pero yo nunca he visto á Madrid como ahora.

—Es verdad.

—Circulaba el dinero que daba gusto; había confianza, ideales, vida propia.....

—Etcétera.

—Entraba usted en un círculo de recreo, es un suponer, y veía una fortuna sobre el tapete: de suerte, que entre tantos duros, por ejemplo, aun cuando resucitara uno á un par de difuntos cada noche, no se enteraban ni sus propios padres.

—Naturalmente, había concurrencia, animación.....

—¿Y los negocios que se venían á la mano? ¿Que un amigo necesitaba dinero y disponía de al-

hajas, ó disfrutaba un sueldo saneado y seguro ó una renta libre? Inmediatamente encontraba yo un caballero reservado, quien, previo un interés módico y con garantías, prestaba al necesitado. En lo cual se ganaba el corretaje un hombre de bien, y así vivíamos en Madrid varios hombres de bien.

⁂

—Nada, ni hay quien compre ni quien tenga dos pesetas juntas.

—*Les* hay, pero lo ocultan como un delito de lesa nación.

—Lo que yo te digo es que no está el dinero al alcance de todas las fortunas.

—Ni se ha declarado los restaurants libres de enseñanza ó de enseñanza libre, ni se ha desamortizado las sastrerías, nada.

—¡Tantos siglos de trabajos y desvelos y propaganda, perdidos lastimosamente!

—Porque nada práctico se hace. Si hubiéramos envenenado los besugos, otro habría sido el resultado en Madrid.

—¡Ya lo creo!

—Centenares de familias huérfanas.....

—¿De besugo?

—El terror, el luto, la desolación de las clases privilegiadas..... que comen besugo en los alrededores de Navidad, hubieran servido de satisfacción á los que no hemos tenido el gusto de tratarle, ni siquiera accidentalmente.

⁂

—Hasta los pavos tienen otro corte y visten de otra manera que cuando yo los usaba. Verdad es que aquellos eran otros pavos; mejor criados: hoy los ceban á máquina: los adelantos en la química orgánica y en la repostería trastornan el carácter de los manjares. ¡Ah! si yo hubiera sido pavo contemporáneo, me habría devorado en secreto en los días de Pascua. ¿Por qué toleran las autoridades las exposiciones de obras de naturaleza muerta? Esos pájaros altivos mal llamados faisanes, esos capones de Bayona á medio traducir, esas pantorrillas de cerdo de York, esos cortes de *venadito*, esas cabezas de jabalí con cuello de pajarita, excitan apetitos desordenados en el transeunte pacífico.

¡Ah! ese Lhardy no paga con la suya los estragos que ocasiona en el ciudadano pacífico, aunque insolvente, con el decorado de su escaparate.

¡Aves desconocidas!—como decía un poeta—perniles, lenguas, embutidos internacionales, todo hablando en su respectivo idioma, todo palpitante de vida y de arte.....

⁂

—¡Cómo está Madrid! hasta exceso de pan en esos días de consumo extraordinario. En todas las calles del centro se ven los restos de la última campaña.

Ternos de cordero y de cabrito, á la medida; pirámides de turrones y de mazapán, sobrantes; almendras, frutas.....

¡Quince días de golosinas, de beber y devorar sin tasa ni medida! Es una temporada inaguantable: está uno ahito, empachado.

—Papá, ¿cuándo vuelve á ser Pascua de Navidad?

—El año que viene, hijo.

—¿Dentro de un año?

—Dentro de otro.

—¿Me darán también premio en el colegio?

—Es de suponer.

—¿Le llevaremos también pavo al maestro?

⁂

Madrid está como siempre, poco más ó menos.

Lo que varía es el personal, y la situación económica de algunas familias y de varios individuos.

Lo que ocurre es que cada cual ve las cosas por un prisma diferente.

Un tuerto me decía:

—¿Ha observado usted cuántos tuertos hay en esta corte?

—No he tenido esa curiosidad.

—Muchos—afirmó;—la mayoría del vecindario activo carece de un ojo.

Madrid está como estaba.

⁂

En uno de los pasados días de Pascua vi á un mozo que llevaba un faisán *garní*, y en el ave, á manera de banderilla, una tarjeta.

El dueño de la tarjeta, que era quien regalaba el faisán, pertenece á la raina de los que usan por tarjetas reclamos personales.

«Froilán N. Pérez Múzquiz, soltero, natural de Jadraque, abogado y auxiliar de Hacienda.....»

Un guardia de seguridad, á quien preguntó el conductor del pájaro el itinerario que debería seguir para llegar á la casa de la persona predestinada á recibir el faisán, dijo, después de leer la tarjeta:

—¡Anda! ¡Ave con cédula de vecindad! No la detendrán por indocumentada.

Eduardo de Palacio.

EL ADIÓS DE LA URSULINA.

(DESPUÉS DEL EXAMEN.)

¡Un año más! ¡Otro año
Pasado en la Santa Casa
Donde niñas aprendemos
Deberes para el mañana!
¡Todas tenemos familias
Que amorosas nos aguardan,
Y á pesar de estar contentas
Hay en nuestros ojos lágrimas!
¡Cerradas están las clases,
La puerta tenemos franca,
Y al pensar en la salida
Ya soñamos con la entrada!
¡Es que á través de los mantos
Y bajo las tocas blancas,
Hay manos que nos bendicen,
Corazones que nos aman!
¡Manos de santas mujeres
Que del mundo en las borrascas
Nos conducen en las naves
Del amor y la enseñanza!
¡Las pequeñas, por pequeñas,
Aun volveremos mañana;
Las grandes no las olvidan
Y á ninguna fiesta faltan!
Ellas también sin nosotras
Recuerdan más que descansan;
Pues ante el jardín desierto
Y ante las clases cerradas,
Exclamarán cuando recen
En nuestra capilla santa:
«¿Qué estarán haciendo ahora
Nuestras pobres colegialas?»
Por eso en la despedida
Alternan en nuestras almas
Nuestras madres verdaderas
Y las Madres de esta Casa.

Antonio Grilo

NOCHEBUENA.

SONETO.

Á MANUEL REINA.

Vestidos con flamante terciopelo,
Ya la suntuosa cena preparada,
Forman los nietos la legión dorada
Que ha de escoltar al linajudo abuelo.
Ni el más pequeño afán, ningún desvelo
Perturba aquella dicha alborozada;
Todo ríe en la espléndida morada,
Nada el azul empaña de aquel cielo.
Reverso de este cuadro de ventura,
Cerca de allí, la realidad impura
Se ofrece con aspecto muy sombrío.
¡Ay! que á la luz de la mansión radiante
Pide pan, con acento suplicante,
Un huérfano infeliz yerto de frío.....

Rafael Ochoa.

Segovia, Diciembre de 1894.

EL PAJARILLO MUERTO.

FÁBULA.

Era un muchacho bueno y confiado,
Que un pájaro criaba en su alquería,
A quien amaba tanto, que no había
Pájaro más mimado
Entre los otros muchos que tenía.
Le limpiaba la jaula con esmero.....
—¡Como que la limpiaba con plumero!—
Le daba de comer, puesto en su mano,
Alpiste ó cañamones,
Y en varias ocasiones
Se metía en la boca su piquito,
Y así bebía el pobre animalito;—
Mientras le contemplaban, muy gozosos,
Dos gatos, que eran dos tunos de marca,
Y los más licenciosos
De toda la comarca.—
Pero Alberto era bueno entre los buenos,
Y—aunque estaba advertido
De que al menor descuido
Los gatos de la casa,
Que al pájaro miraban con delicia,
Le podrían matar, ó por lo menos
Hacerle una caricia—
No tenía cuidado, y sin recelo
Se reía de ver que le miraban
Los dos gatos, el nieto y el abuelo,
¡Que miraban de un modo que asustaban!
—«Nunca se atreverán, pensó el chiquillo;
Temerán mi furor, yo soy más fuerte.....»
Y ocurrió que, pensando de esta suerte,
No vigilaba bien al pajarillo;
Que una noche, por cierto,
Cayó en poder de aquellos bribonazos;
Y al despertar, llorando sin consuelo,
Encontró el pobre niño por el suelo
La jaula hecha pedazos,
Y el pajarillo..... muerto.

No es bueno confiarse demasiado
Ni tener de uno mismo vana idea;
Pues ya queda probado
Que, aunque otra cosa acaso nos parece,
No hay enemigo que pequeño sea,
Y..... quien ama el peligro, en él perece.

Ricardo Sepúlveda.

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

Méjico: la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales; su inauguración; antecedentes; los académicos; discursos, propósitos y tareas futuras.—El lenguaje castellano aquí y allí: un notable libro sobre *Vicios del lenguaje* en Guatemala, del Sr. Batres Jáuregui: su obra *Los Indios:* Guatemala y sus hombres.

Al calor del fraternal entusiasmo que brotara entre españoles y americanos con motivo de la celebración del centenario del descubrimiento del nuevo continente, nació en el seno de nuestra Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales el propósito de difundir sus tareas por la América, invitando á aquellos nuestros hijos y hermanos á instalar en sus respectivas naciones academias correspondientes de la de Madrid, de igual índole que ésta, y las cuales no sólo podrán contribuir al sostenimiento y desarrollo de los estudios científicos en aquel mundo, sino á arraigar y á estrechar más y más las relaciones y simpatías con la metrópoli y á establecer para siempre, y cada día con más solidez, la unidad de aspiraciones intelectuales entre cuantos hablan la lengua castellana. Mucho habían avanzado en este camino la Real Academia Española y la de la Historia, al lograr la primera, gracias á sus gestiones y al entusiasmo de los americanos más cultos, que se constituyeran la Academia Colombiana de Santa Fe de Bogotá, la Ecuatoriana de Quito, la Mejicana, la Salvadoreña, la Venezolana de Caracas, la Chilena de Santiago, la Peruana de Lima, la Guatemalteca y la de Honduras; y la segunda creando también verdaderos centros de correspondencia y de investigación por medio de numerosos y entendidos académicos correspondientes en las capitales de aquellas Repúblicas. Pero era preciso completar tan noble tarea patriótica é internacional, ampliando esas relaciones al terreno científico.

La América cuando fué española dió ilustres nombres á la ciencia, cuyos recuerdos están en la mente de todos; y después, la América dueña de sus destinos ha continuado trabajando con constancia y con bastante éxito en esos estudios. Como consagración de aquellos recuerdos, y para que se utilicen y brillen cual en justicia lo merecen estos trabajos modernos, nada hay que sea más oportuno y necesario que la creación de estas academias de Ciencias, en las que uno será el afán que las inspire é impulse, y uno el propósito de saber y de difundir y aplicar los conocimientos en aquel suelo y en nuestro suelo. Esta idea había germinado vigorosa, hace ya algún tiempo, en la Academia de Madrid, y cuando, como queda dicho, españoles y americanos se unieron en un solo espíritu para recordar y enaltecer las glorias de Colón, del descubrimiento, de los Reyes Católicos y de los conquistadores y civilizadores, surgió más fuerte en el Congreso literario entonces reunido, y á los propósitos de nuestros compatriotas se unieron los de varios distinguidos delegados representantes de América, y entre ellos los de los señores D. Ricardo Palma, del Perú, y D. Francisco Bravo y de Liñán, del Ecuador. La Academia de Ciencias encargó el estudio de los medios más adecuados para poder llegar al establecimiento de las Academias correspondientes americanas á los individuos de tan docta Corporación señores Saavedra, González Hidalgo y Carracido, y vencidas por el Ministerio de Fomento, á propuesta de la misma, algunas dificultades que se presentaban, relativas al número de los académicos correspondientes que podría haber en cada República, continuaron gestionando la realización del plan y sosteniendo los trabajos de propaganda los señores Carracido y Cortázar. Este último ha tenido la satisfacción de recibir agradables noticias de Méjico, relativas á la creación de la Academia de Ciencias en aquella capital, que le han sido comunicadas por su amigo el reputado ingeniero y geólogo, director del Observatorio Meteorológico-magnético central de aquella nación, D. Mariano Bárcena, á cuya laboriosidad, decidido empeño y merecido crédito entre sus compatriotas se debe principalmente este progreso.

La inauguración de la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Méjico se verificó con toda solemnidad el día 24 de Noviembre último, presidiendo el acto el primer magistrado de la República, el Excmo. Sr. General D. Porfirio Díaz, al que acompañó todo lo más selecto que en las letras y en las ciencias hay en aquella capital. A su lado se sentaron el presidente de la nueva Academia, D. Manuel Fernández Leal, ingeniero y secretario de Fomento; el secretario de Instrucción Pública y Justicia, licenciado D. Joaquín Baranda; el secretario de Gobernación, licenciado D. Manuel Romero Rubio, y el gobernador del



EL DOCTOR LLORENTE,
PRIMER MÉDICO QUE HA EMPLEADO EN MADRID EL NUEVO TRATAMIENTO CONTRA LA DIFTERIA.



ANTOÑITO O'NEILL,
PRIMER NIÑO CURADO DE LA DIFTERIA, EN MADRID, POR LA SUEROTERAPIA.



VÍCTIMA DEL TRABAJO.—(Escena en los pinares de Soria.)
CUADRO DE D. MAXIMINO PEÑA.

PARIS.—«SALON» DE LOS CAMPOS ELISEOS DE 1894.



EL ENSAYO DE LOS VILLANCICOS.

CUADRO DE C. B. D'ENTRAYGUES.

distrito, general D. Pedro Rincón Gallardo. Pronunció el discurso inaugural, que hemos tenido el gusto de leer en las columnas de *El Universal*, el secretario perpetuo de la Academia D. Mariano Bárcena, é hicieron después uso de la palabra, en nombre de la Academia Mejicana, correspondiente de la Real Española, su secretario D. Rafael Angel de la Peña, y como encargado de Negocios de España en aquella República el Sr. D. Pedro de Carrere y Lembeye. Además de los académicos Sres. Fernández Leal y Bárcena, concurrieron los otros que también han sido nombrados por la Academia de Ciencias de España, y que son: D. Angel Anguiano, ingeniero, director del Observatorio Astronómico Nacional de Tacuyaba, vicepresidente; D. Miguel Pérez, ingeniero, profesor de matemáticas, subdirector del Observatorio Meteorológico; D. Joaquín de Mendizábal, ingeniero, sabio publicista matemático, subjefe de la Comisión de límites entre Méjico y Guatemala; D. Leandro Fernández, ingeniero, director de la Casa de Moneda y ex director de la Escuela de Ingenieros; D. Manuel M. Villada, insigne naturalista, profesor del Museo Nacional; don Andrés Almaraz, químico, profesor de la Escuela preparatoria, y D. Francisco del Paso y Troncoso, arqueólogo, director del Museo Nacional. Por hallarse ausente, y entre nosotros, no asistió otro académico, el entusiasta propagandista de la creación de aquella Academia, el caballeroso general, publicista y eximio poeta, Excmo. Sr. D. Vicente Riva Palacio, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Méjico en España, tan justamente considerado y querido entre la sociedad culta de nuestro país. Tampoco pudo asistir otro hombre de ciencia allí muy considerado, el ingeniero y tratadista técnico D. Manuel Ramírez.

A estos sabios mejicanos está encomendada la tarea de asentar sobre sólidos cimientos la nueva institución, y de ser los guías de la juventud, para que acuda mañana á figurar en aquellos honrosos escaños, cuando alcance vida floreciente y próspera.

No estuvo sola la Academia en tan inolvidable día de su aparición en público, porque acudieron á honrarla las representaciones de la Sociedad Mejicana de Historia Natural, de la Academia de Jurisprudencia y Legislación, de la Nacional de Medicina, de la Sociedad de Ingenieros y Arquitectos, del Colegio de Abogados, de la Sociedad Científica, de la de Geografía y Estadística, y de la de Farmacia; asistiendo también una dignísima representación de los ingenieros, doctores, funcionarios públicos, profesores, militares, periodistas y demás elementos distinguidos conque se honra la hermosa metrópoli de la que fué Nueva España.

Confiados esperamos en que pronto se celebrarán solemnes fiestas semejantes en otras Repúblicas de nuestra raza, ya que en tanto aprecio tienen muchos de sus ilustrados hijos á nuestra Real Academia de Ciencias, y ya que ésta, de seguro, aguarda impaciente el recibir de ellos tan honrosa muestra de adhesión y de ayuda. La América española guarda en sus inexplorados horizontes muchos tesoros de observación y de aplicación de las Ciencias, y tiene sobrados elementos en su riqueza mineral, en su flora y fauna, en la disposición de su accidentado suelo, en la necesidad de que se comuniquen rápidamente unas con otras Repúblicas y unos con otros mares, para que los ingenieros y los doctores los utilicen y aprovechen y luzcan sus facultades, y para que en tan vasto campo de experimentación trabajen todos los hombres científicos con las energías y el éxito con que lo hacen en la América del Norte.

«En Méjico, decía el Sr. Bárcena en su elocuente y sentido discurso, donde esos elementos de riqueza reclaman imperiosamente las aplicaciones de nuevas industrias, tienen un interés extraordinario los estudios sobre las ciencias exactas, físicas y naturales, y debe acogerse y aplaudirse, como uno de los mejores propósitos, todo cuanto tienda al progreso de ellas.» Bien merecen, por cierto, el Sr. Bárcena, el general Sr. Riva Palacio y el sabio arqueólogo señor Paso y Troncoso, que han logrado crear la Academia Mejicana de Ciencias, hermanada con la de España, los más calurosos plácemes.

°°°

Cuando entre nosotros se termina un discurso en alguna fiesta solemne, el orador da fin á su trabajo con la obligada frase de: *He dicho;* en cambio de la cual, el Sr. Bárcena puso al concluir el suyo esta otra: *Dije.* Este modismo, local tal vez, me recuerda la característica costumbre que las personas ilustradas, y muy ilustradas, de Asturias y muchas de Galicia, aunque residan desde hace largo tiempo en Madrid, tienen de usar en el lenguaje cambiadas las formas del pretérito perfecto, aplicando al tiempo más próximo pasado la primera forma, y al tiempo más remoto la segunda, al revés de lo que se practica y admite por los españoles. Dicen, por ejemplo:

—Esta mañana *vi* á tu hermano, al cual *he visto* también en San Sebastián en el mes de Mayo. Ahora mismo *dije* á Fernández, que hace más de tres meses que *he dicho* al Ministro que le atienda.

La influencia de semejante modismo siéntese también en América, y como éste hay muchos que dan especial y típico carácter á la lengua castellana de nuestros americanos. Pocas obras más completas y curiosas podrán consultarse acerca de los cambios que ésta ha sufrido en aquellos países, como la que no hace mucho tiempo escribió el distinguido jurisconsulto de Guatemala D. Antonio Batres Jáuregui, académico correspondiente de nuestra Real Academia Española y de la Matritense de Jurisprudencia y Legislación, titulada: *Vicios del lenguaje y provincialismos de Guatemala.* Es este notable trabajo un detenido estudio filológico, verdaderamente digno de quien aspira á que se diga que con fundada razón lleva el honroso título de académico de la lengua. El propósito del Sr. Batres al publicarlo no ha sido otro que el de contribuir al restablecimiento de la pureza del lenguaje castellano en Guatemala, lamentándose con atendibles razones de lo desnaturalizado que se encuentra. Secunda en esto con verdadera autoridad las campañas de la misma índole que realizaron, con laudable constancia y con no poca fortuna, Bello, Mora, Baralt, Pardo, Irisarri, Quesada, Cuervo, Icaza, Guzmán, Marroquín, Soldán, Ceballos, Granada, Magarino Cervantes y Zorobabel Rodríguez, adalides esforzados de la conservación de la pureza de la lengua y á quienes América y España deben tanta gratitud.

Expuesta en un concienzudo prólogo la idea que le guiara á emprender tan útil trabajo, con las referencias de cuantos orígenes le han servido para prepararlo, estudia el Sr. Batres la historia y el estado actual de la lengua castellana en la América española, mostrándose inspiradísimo escritor al describir los cuadros de aquella espléndida naturaleza, y al poner en ellos los términos y frases característicos del pintoresco lenguaje americano; y aparece como profundo analizador al razonar con todo detenimiento acerca de la influencia y acción de la lengua de los conquistadores en la indígena, del resultado de la compenetración de ambas, del carácter de los antiguos idiomas indios, del aislamiento en que allí quedó la lengua á una con la cultura y de los esfuerzos hechos después de la Independencia para devolverla su brillo y su pureza. Curioso estudio dedica después á las transformaciones que ha sufrido la ortografía española, tanto al través de los tiempos en la Península, como luego en el nuevo continente, en especial bajo la dirección ó consejo de los insignes filólogos Bello é Irisarri. El cuerpo principal de la obra está destinado á la exposición de los vicios del lenguaje, siguiendo en las palabras y frases el riguroso orden alfabético; vasto campo de estudio en el que los modismos americanos más usados están explicados clara y sencillamente, y tienen su correspondencia adecuada á las frases que con el mismo sentido se usan en España. Y no sólo la crítica se refiere á América, sino á la común manera de usar muchas palabras entre nosotros, que merecen correctivo; por lo cual la lectura de esta obra puede ser de positiva utilidad y enseñanza para los españoles mismos. Por lo demás, claro es que, tratándose de tantos centenares de palabras, muchas de ellas desconocidas para nosotros, el libro resulta ser un arsenal de conocimientos, que nos presentan al pueblo hispano-americano bajo una interesantísima fase nueva, que encanta conocer y que sirve de útil esparcimiento al espíritu. Todo ello está tratado y escrito con suma corrección y agradable sencillez, sin eruditas ostentaciones, ni pedantería alguna, por más que adornan y enriquecen al texto multitud de referencias, citas y testimonios, que á un tiempo le dan irrecusable autoridad y peso, y le prestan mayores atractivos. Verdadero trabajo de crítica filológica americana, bien puede servir de fundamento para la ampliación de un diccionario completo de nuestra lengua, que acoja en su contenido, no sólo los provincialismos españoles, sino los de todas aquellas repúblicas. Tal es el libro del Sr. Batres Jáuregui, delicioso de saborear por los espíritus cultos, y digno de ser consultado en cuantas ocasiones haya que entender lo que muchas frases y términos americanos, desconocidos aquí, quieren decir. Porque no es una obra vulgar, sino muy original, en la que se puede aprender bastante, entreteniéndose no poco, quedan aquí consignados estos justos elogios en favor de ella, en la seguridad de que, con el tiempo, la opinión los sancionará. Vayan así expuestos hasta Guatemala, hasta la modesta nación, tan acerba como injustamente tratada por algunos patrioteros mejicanos, que al ocuparse de ella no deberían dejar de conocer que todos son unos, grandes y poderosos los de Méjico, más reducidos en importancia y consideración, pero no inferiores por ningún concepto, los guatemaltecos, y que si han sufrido durante muchos años las calamidades de los malos gobiernos, epidemia muy común allí y fuera de allí, son, como ciudadanos y como inteligentes, tan dignos de respeto y afecto como los que forman parte de las repúblicas más grandes y, por consiguiente, más sonadas y enaltecidas.

En Guatemala, hay muchos hombres considerados en el terreno de la inteligencia como los Sres. Echevarría, Cruz, Machado, Aycinena, Casanova, Gómez Carrillo, Falla, Vela, Rosa, los Valenzuelas, Mencos Franco, Martínez Estrada, Diéguez, Urrutia, Arzú Batres, Arroyo, Gamboa, Montúfar, Vendrell, Carrera y tantos otros; allí vive y trabaja el señor Batres Jáuregui, que ha publicado también no hace mucho su notable obra etnológica é histórica *Los Indios*, la cual comprende los tiempos precolombinos; el origen del hombre americano, sus razas é idiomas; las tribus bárbaras y naciones civilizadas del Nuevo Mundo, y particularmente las del istmo americano; la teogonía de los indios de Guatemala, sus ritos y ceremonias religiosas, sacrificios, altares, templos, sacerdotes y fiestas; el sistema de gobierno é instituciones políticas que tenían los indios; las ceremonias de coronación y orden de suceder en la Monarquía; sus leyes civiles y penales; su instrucción; las nociones que tenían de la poesía, del teatro, de la música; el estudio histórico de la civilización en la época del descubrimiento; la condición de los indios durante la dominación española; nuestro poderío; el regimen colonial y la suerte reservada á los indios con la conquista; la crítica de las leyes de Indias; el estudio de la gestión de Fr. Bartolomé de las Casas; el tributo, los mandamientos y las encomiendas; las vejaciones y la disminución de los aborígenes en toda la América española (mucho más notable en la inglesa y sajona, y mucho más extremada después de la Independencia); los abusos de las cofradías, sacristías y servicio parroquial; los medios propuestos por las Cortes españolas para mejorar la condición de los indios; el estado y condición de éstos después de la Independencia; la esclavitud, el trabajo libre, los principios económicos, el código rural; los métodos empleados para mejorar la situación, que no dieron resultado; los escollos con que tropieza el desarrollo de su cultura; el anacronismo viviente que forman esas masas humanas que viven aisladas y se oponen al avance de la civilización, y las leyes que deben dictarse y la impotencia de las hasta ahora dictadas, como las que en su tiempo dictaron los españoles en aquella República, donde, como Batres, trabajan con ardor y fe otros hombres ilustres, aunque juzgando un poco desdeñosa é injustamente á los dominadores españoles de tres siglos y medio, que fueron tan abuelos suyos como nuestros, y cuyo desprestigio, si lo hay, tanto les alcanza á ellos como á nosotros. En aquella tierra feliz por la naturaleza, pero desgraciada hoy más que en la época de la dominación por las pasioncillas y personalidades de tantos hombres políticos y de tantos generales improvisados, brilla un núcleo de ciudadanos valiosos, inteligentes y honrados, tan merecedores de respeto como los más eximios del resto de la América española, y con los cuales, si la paz y el progreso arraigaran, podría muy pronto Guatemala figurar en primer término entre las naciones más adelantadas y venturosas de la raza hispano-americana.

R. Becerro de Bengoa.

IMPORTANTE.

Rogamos á los Señores Suscriptores cuyos abonos terminen con el presente año, y piensen seguir honrándonos con su concurso, que se sirvan anunciar su propósito á esta Administración con la mayor anticipación posible, á fin de que el servicio de sus respectivos abonos no sufra retraso por la aglomeración de trabajos, propia de esta época del año, en nuestras oficinas.

Tanto para avisar las renovaciones, como para hacer cualquier reclamación sobre el servicio, es muy conveniente acompañar á las cartas una de las fajas con que se recibe el periódico.

Los frecuentes abusos que vienen cometiéndose por individuos que falsamente se atribuyen el carácter de representantes de esta Empresa en las provincias, nos ponen en el caso de recordar nuevamente: 1.º, *que no respondemos más que de aquellas suscripciones que se hayan formalizado y satisfecho en nuestras oficinas;* 2.º, que el público debe acoger con la mayor reserva las instancias de personas que, á la sombra del crédito de la Empresa, y atribuyéndose una representación que de ningún modo pueden justificar, abusan de su buena fe, y 3.º, que siendo en gran número los libreros, impresores y dueños de establecimientos mercantiles que en todas las capitales y poblaciones importantes del Reino reciben suscripciones á La Ilustración Española y Americana y á La Moda Elegante, correspondiendo con honradez á la confianza que en ellos deposita el público, no nos es posible estampar aquí una lista tan numerosa, ni es tampoco necesario; porque conocidos como son en sus respectivas localidades por el crédito que su compartimiento les haya granjeado, nada es tan fácil, para las personas que deseen suscribirse por medio de intermediarios, como *asesorarse previamente de la responsabilidad y garantía que puede ofrecerles aquel á quien entregan su dinero.*

El Administrador.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Guerra separatista del Perú. Con este título ha publicado nuestro amigo el Conde de Torata un volumen con la exposición que su padre el general D. Jerónimo Valdés, que había servido en aquel país, dirigió al rey D. Fernando VII desde Vitoria, á 12 de Julio de 1827, exponiendo las causas que ocasionaron la separación de aquellos dominios de la corona de España.

Es un documento muy importante para los que en estos estudios se ocupan, y que el denominarlo tomo I nos hace esperar que irá publicando otros que no lo sean menos.

Está muy bien impreso, siendo digna de la obra la edición.

Tesoro de educación cristiana católica, curso completo de pedagogía teórico-práctica, obra útil á los profesores y profesoras de primera educación y á los padres de familia. Contiene los primeros métodos de enseñanza, por el Rdo. P. Calixto Soto de la Virgen de los Dolores, sacerdote de las Escuelas Pías de Castilla.

Una rápida lectura de esta obra nos ha dejado muy buena impresión. Hubiéramos querido estudiarla detenidamente según su importancia pide; pero no siendo esto posible, porque en esta sección no caben verdaderos juicios críticos, sino sencillas notas bibliográficas, nos contentaremos con decir que, según lo que de ella hemos visto, el lenguaje es claro, breve y castizo, y la doctrina sana y bien expuesta, por lo que nos parece de mucha utilidad, sobre todo porque viene á disputar el monopolio de la ciencia pedagógica á ciertos autores de ideas no muy cristianas ni convenientes á la juventud. Cuesta 4 pesetas en las principales librerías.

Apuntes para una Gramática valenciana popular, por José Nebot y Pérez, del cuerpo facultativo de archiveros, bibliotecarios y anticuarios.

Esta obrita es muy curiosa, y aunque modestamente titulada *Apuntes para una Gramática*, puede considerarse Gramática completa del lenguaje popular valenciano. Para quien estudie los dialectos hermanos de la lengua de Castilla, el libro del Sr. Nebot es una buena fuente de noticias. Cuesta 2 pesetas en las principales librerías de Valencia, Alicante y Castellón.

La sueroterapia en el tratamiento de la *difteria*. Comunicaciones á la Sociedad Ginecológica Española por los doctores D. Vicente Llorente y Matos y D. Julio Robert.

Para dar una idea de estas importantes comunicaciones, tendríamos que publicarlas casi íntegras, pues apenas hay en ellas cosa que no sea de particular interés. Los dos médicos Sres. Llorente y Robert han visto de cerca los trabajos de Behring, Kitasato y Roux, y exponen con gran copia de datos los resultados.

La España Moderna. El último número de esta importantísima Revista contiene los siguientes trabajos: La buena fama (segunda parte), por Valera.—La leyenda y la realidad acerca de D. Enrique de Villena, por Cotarelo.—Academias literarias de ingenios y señores bajo los Austrias, por Pérez de Guzmán.—Milton, por Emilia Pardo Bazán.—Velázquez, por Michel.—Revista Musical, por Morphy.—Crónica Internacional, por Castelar, etc.—Se suscribe á esta notable publicación en la Cuesta de Santo Domingo, núm. 16, Madrid.

Derecho mercantil, por César Vivante, traducción, prólogo y notas por Blanco Constans, profesor de Derecho Mercantil en la Universidad de Granada. Precio 10 pesetas. Esta obra está reputada como el mejor tratado que sobre la materia se ha escrito en Italia, y es de agradecer que haya sido traducida al castellano, ya que tan pobre es nuestra bibliografía en la materia.

El Sr. Blanco Constans ha ilustrado este preciso libro con muy oportunas notas referentes á la legislación mercantil española y extranjera, que lo hacen de grandísima utilidad para los abogados y comerciantes españoles.

Historia de la Pintura española por Paul Lefort, y prólogo de Federico Balart.

«Excelente me parece la idea, dice el insigne Balart, de dar á luz en castellano el libro de Mr. Lefort sobre *La Pintura española*.

UNA LECCIÓN DEL MUCHACHO HOLGAZÁN.

He aquí un cuentecito para los niños, y también contiene una lección para la gente grande.

Una madre dijo á su muchacho holgazán que llevase una cesta de huevos á una casa y un perro algo vivaracho á otra. Debía llevar el perro tirándolo de un cordón, y su madre le encargó mucho que hiciera dos viajes; pero el muchacho trató de hacer los dos mandados de una sola vez. Tomó el cordón en la mano izquierda y la cesta en el brazo derecho. Llevaba un libro en la mano derecha y se puso á leer conforme caminaba despacio.

Poco después se aproximó á un puente. El perro de pronto tiró con violencia del cordón y se fué corriendo. El muchacho al perseguirle se cayó y quebró los huevos y dejó caer su libro al río. Cuando regresó á su casa tuvo un encuentro afligidísimo con su madre, quien al tiempo de golpearle le gritaba: «La próxima vez no trates de hacer tantas cosas á la vez.»

Para gozar de buena salud, no debemos obligar á nuestros cuerpos á hacer tantas cosas á la vez. La sangre de nuestras venas se abalanza en cantidades mayores á los puntos donde se le necesita. Después de una buena comida, se abalanza al estómago para ayudar la digestión, trabajo del todo importante. La buena digestión es la vida. La mala digestión desenfrenada es la muerte. Bien; si una persona va á su trabajo inmediatamente después de haber tomado una larga comida, la sangre va al cerebro ó á los músculos, ó á ambas partes. En cualquiera de estos casos el estómago no puede funcionar con propiedad. Su dueño principia á sentir dolores y fatigas, y no sabe qué es lo que le pasa.

El Dr. D. José Hervas, médico cirujano, vecino de Santa Elena, Jaén, quien tiene muchos de estos casos en su profesión, nos dice: «Tengo el placer de informarles los buenos resultados que he obtenido con la aplicación del Jarabe Curativo de la Madre Seigel en casos de indigestión. Por lo pronto, les mencionaré uno de los muchos enfermos que se han curado con su Jarabe.

»El Sr. D. José Prados, vecino de esta ciudad, caballero avanzado en años, sufrió por muchos años de inflamación del estómago é hígado. La enfermedad no cedía al tratamiento, y varios médicos no habían podido aliviarle, hasta que le aconsejé que tomase el Jarabe. Cuatro botellas fueron suficientes para librarle de una enfermedad que le atormentaba tanto y á no ser por este remedio hubiera tenidos fatales consecuencias. Hoy puedo asegurarles que está enteramente bien, alabando á Dios por el remedio que le ha restablecido la salud.

»Les aseguro á ustedes que continuaré empleando esta medicina, y aun más que eso, estoy cierto que con su ayuda alcanzaré muchos mayores triunfos en las tantas enfermedades que afligen á la humanidad. Soy de ustedes su atento seguro servidor Q. B. S. M. (Firmado:) José Hervas. Mayo 28 de 1894.»

Muchas veces, los inválidos toman lo que les ordena el médico como cosa incuestionable, así como una vaca come el heno que se le coloca por delante. Otros son preguntones y quieren saber el por qué y por cuanto de todas las cosas.

Si, como es muy probable, alguno de los enfermos del señor doctor Hervas preguntase la razón del buen éxito del Jarabe Curativo de la Madre Seigel, la contestación es sencilla.

Muchos de nuestros padecimientos, grandes y pequeños, provienen del estómago. Cualquier tropiezo allí, debido á que yace una masa de alimento que no se ha digerido, y, en sentido literal, que se ha corrompido, esparce su venenosa influencia por todo el sistema. Los dolores de cabeza, erupciones en la piel, reumatismo y otros tormentos son puramente señales de indigestión.

Exactamente como la misma anciana Madre Seigel solía barrer su aseada cabaña hasta que el suelo quedaba tan limpio como la cubierta de un buque de guerra, así su maravillosa medicina arroja las masas echadas á perder por las suciedades y purifica el cuerpo. No creemos que una explicación erudita, llena de griego y latín podría decirlo más claro.

Los médicos amantes del progreso, como nuestro amigo el doctor Hervas, recetan el Jarabe Curativo de la Madre Seigel; pero cualquier paciente puede tomarlo sin necesidad de consultar á su médico, puesto que las instrucciones que contienen las etiquetas son muy claras.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias, droguerías y expendedurías de medicinas del mundo. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

»Sin coincidir en todos sus juicios con el distinguido escritor francés, creo que su obra tiende á llenar un fin no conseguido, ni acaso procurado hasta hoy: el de presentar en un cuadro de cortas dimensiones y fácil adquisición el itinerario del arte pictórico español desde sus orígenes hasta Goya inclusive.

»Las monografías sueltas que sobre nuestra pintura debemos á plumas nacionales y extranjeras, pueden prestar servicios inestimables á quien tenga medios para adquirirlas, tiempo para leerlas y fuerzas para digerirlas; pero ni el aficionado, distraído por otros estudios, ni el artista, ocupado en otras tareas, pueden llevar á cabo aquel trabajo de ordenación, comparación y enlace, sin el cual es imposible formar el árbol genealógico de nuestro arte nacional.

»No diré yo que Mr. Lefort haya acertado siempre al establecer el abolengo espiritual de nuestros artistas; pero, aparte de otros méritos, tiene el de haber dado buen ejemplo, y quizá un eficaz estímulo, á los que con más extensión quieran tratar materia tan abundante, tan delicada y tan virgen en muchos de sus pormenores.

. . . .

»Agradezcamos, pues, al distinguido biógrafo de Velázquez, de Murillo y de Goya el servicio que acaba de prestar á nuestra pintura, poniendo su historia al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias, en un bosquejo que, sean cuales fueren sus futuras correcciones, se recomienda desde luego por la sencillez, por la mesura y por la claridad.»

Por nuestra cuenta añadiremos que la obra de Lefort no es puramente didáctica, sino de amena lectura, pudiendo aprenderse mucho en ella sin esfuerzo alguno. Se la recomendamos á nuestros lectores, seguros de que les servirá de mucho entretenimiento en sus ratos de ocio.

Forma el tomo X de la excelente *Biblioteca de Bellas Artes*, que publica *La España Editorial*, tiene cerca de 300 páginas y 113 hermosos grabados, siendo su precio de 4 pesetas en rústica, y 5 en tela.

El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra y comentado por D. Diego Clemencín.

Con esta obra acaba de enriquecerse la *Biblioteca clásica*, prestando al mismo tiempo señalado servicio á las letras españolas, que ya la deben otros no menores, entre ellos la *Antología de poetas líricos castellanos*.



ENTRE FLORES.

(DE FOTOGRAFÍA DE DOROMEY DE LONDRES.)

El gran mérito bibliográfico de esta nueva edición del *Quijote* consiste en ir acompañada de las eruditas notas que escribió Clemencín, que bien necesitaban quien nuevamente las sacase á luz, por hallarse casi del todo agotada la que aquel insigne comentarista publicó. Precédela además un juicio crítico que escribió D. Alberto Lista para un tomo de ilustraciones á la misma novela, y que no llegó á publicarse. Este trabajo es tan primoroso como de su autor podía esperarse, y seguramente será saboreado con delicia por todos los cervantistas.

De la parte puramente editorial sólo diremos que confirma una vez más los créditos de la *Biblioteca*, pues sin ser lujosa, lo que la apartaría del objeto á que la destinan los editores, que es vulgarizar la buena literatura, llega á parecerlo por la limpieza y corrección. Cada tomo de esta nueva edición del *Quijote* cuesta 3 pesetas.

La guerra del moro á fines del siglo XV.

Publica con este título el Sr. Jiménez de la Espada curiosas noticias relativas á las primeras conquistas definitivas de los españoles en Berbería, ilustrando algunos documentos con la erudición que este distinguidísimo escritor sabe hacerlo.

En las 42 páginas de este folleto hay más sustancia que en muchos libros, tan hinchados de pompas retóricas como huecos de toda ciencia, que abundan mucho en nuestra patria, cuya literatura científica no tiene, por desgracia, sino contadísimas plumas que tan bien la sirvan como la del Sr. Jiménez de la Espada.

El Marqués de Santa Marta. Estudio biográfico, por Enrique Vera y González.

Hemos leído con verdadera atención los dos voluminosos tomos, de más de 600 páginas cada uno, que el Sr. Vera ha escrito, y en los que hallamos referida, bajo cierto aspecto, nuestra desdichada historia contemporánea, tan necesitada de estos documentos para ser bien comprendida y estudiada. Inútil nos parece advertir que el autor defiende y hasta elogia calurosamente muchos actos del biografiado que á nosotros nos parecen más censurables que plausibles; pero como no es nuestro ánimo examinar la obra de que damos noticia, sólo diremos que es digna de la pluma de periodista de tan bien ganada reputación como el Sr. Vera y González.

Cuesta la obra 15 pesetas.

G. R.

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

AÑO XXXVIII.—NÚM. XLVIII.

ADMINISTRACIÓN:

ALCALÁ, 23.

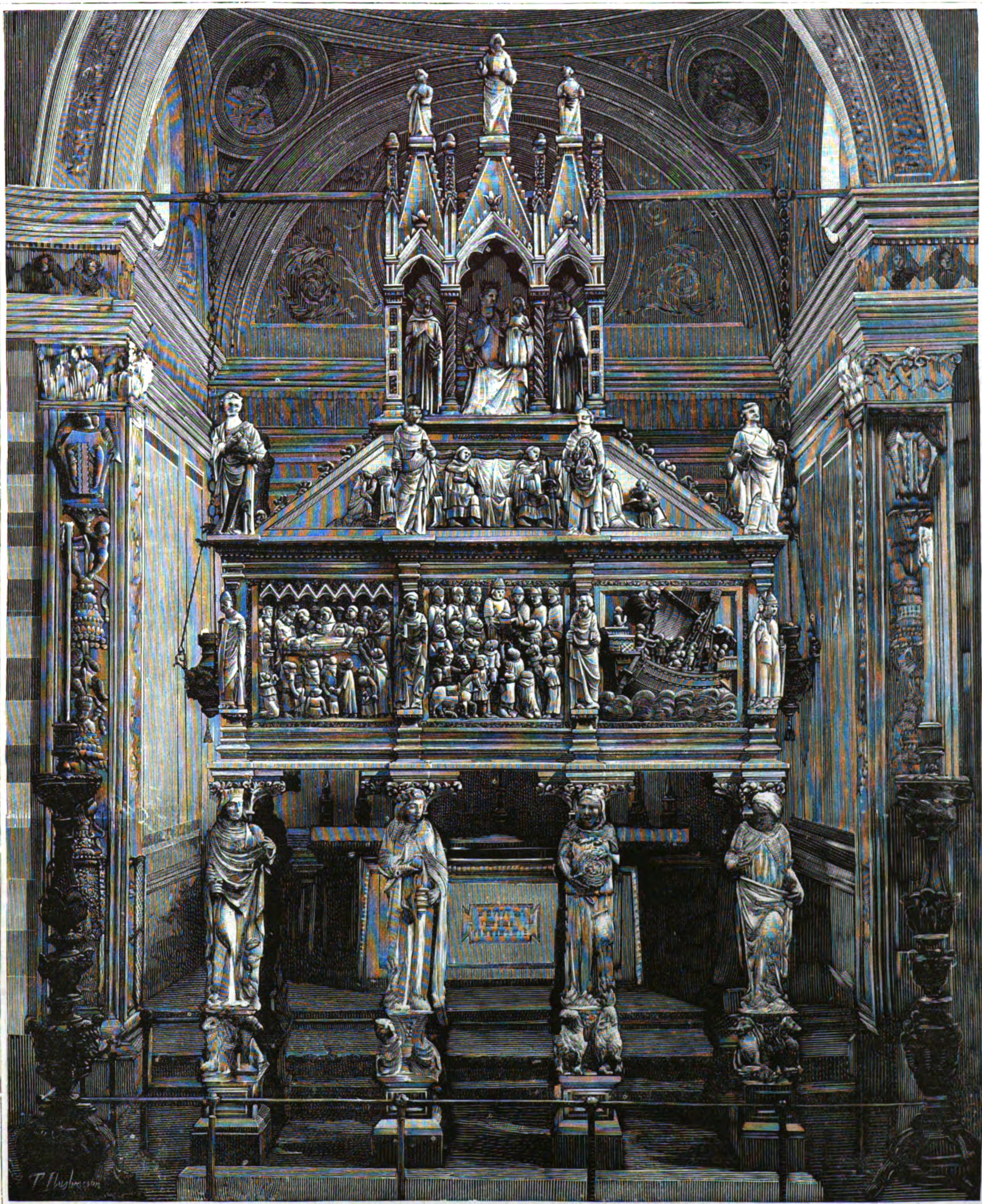
Madrid, 30 de Diciembre de 1894.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid…………	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias………	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero………	50 francos.	26 francos.	14 francos.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN, PAGADEROS EN ORO.

	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia……………………	60 francos.	35 francos.



MILAN.—ARCA DE LOS REYES MAGOS Y DE SAN PEDRO DE VERONA, EN SAN EUSTAQUIO.

LLEVA LA FIRMA DE BALDUCCIO DE PISA, Y LA FECHA DE 1339.

REPRODUCIDA DE LA «COLECCIÓN DE FOTOGRAFÍAS ARTÍSTICAS ESPAÑOLAS Y EXTRANJERAS» QUE HA FORMADO EN SUS VIAJES DE ESTUDIO D. ENRIQUE SERRANO FATIGATI.

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

SE despide el año 94 como todos en nuestro hemisferio, con fríos y enfermedades: no deja una memoria desastrosa como el 93 ó el 34, ni épica como el año 8 ó el 60, ni nada, en fin, por que se le recuerde con encomio ni con lástima en el trascurso de los siglos por los historiadores de nuestra patria.

En la de Francia será una fecha trágica por el asesinato del presidente Mr. Carnot; y gloriosa en los fastos japoneses. Por 19.ª vez nos corresponde cerrar el año en esta sección de nuestro periódico, y nos parece que fué ayer cuando empezamos la tarea larga que hemos desempeñado, y que excede ya de setecientas páginas escritas de las nuestras sin grabados. Permítase al que ha recorrido tan largo camino detenerse y volver la vista atrás. Empezaba el reinado de D. Alfonso XII: teníamos guerra civil en Cuba y en el Norte; eran desconocidos en el mundo de la política y las letras muchos que hoy nos desconocen desde la altura á que ascendieron por sus talentos ó una chiripa de la suerte; bullían, intrigaban y tenían importancia otros, hoy tan olvidados como si jamás hubieran existido; las tallas de los colosos se rebajaron con la distancia; los ideales envejecieron lo mismo que los hombres, y en vano intentan algunos políticos trasnochados galvanizar aquellos difuntos ya en descomposición. El lapso de cuatro lustros equivale á una generación que se renueva, y comparando aquélla con ésta, no encontramos gran ventaja moral, ni fundamento para grandes esperanzas. Próximo á concluir el agitado, laborioso y vano siglo XIX, parece como que siente el cansancio de su decrepitud y el escepticismo de los viejos volterianos; es un gran pecador que empieza á rezar de labios afuera, no por arrepentimiento de sus culpas, sino cansado de la vida escandalosa y creyendo necesario dar ejemplo para que crean los de abajo, sin considerar que no es muy fácil, después de haber quitado sus cimientos á una sociedad fundada en antiguas creencias, construir otra fábrica social con la base de interesada hipocresía.

En los veinte años que examinamos á vista de pájaro, han continuado las demoliciones: ya éramos pobres entonces, pero ennoblecíamos nuestra pobreza con aspiraciones caballerescas hacia la libertad humana, ó á la continuación reposada de la órbita secular de nuestra historia: seguimos siendo pobres, pero con la miseria interesada y mezquina del patán. Tenía el tanto por ciento apariencias fastuosas de grandes empresas y adelantos fundados en la asociación; hoy el de hipotecas onerosas ó préstamos usurarios al Estado y á los particulares. Acaso somos más arreglados y cautos, pero más avaros y egoístas: somos más disciplinados, pero no persiguiendo alguna elevada aspiración, sino como asociados de una compañía mercantil. Nunca han dicho todos los partidos con tanta desvergüenza que tenían programa é ideal, sin poder tenerle siquiera; ni se han falsificado con tal descaro no ya la instrucción, tan fácil de equivocarse; el talento y el arte, tan sujetos á los errores de la apreciación, sino hasta el ingenio, esa chispa que ilumina los cerebros más obscuros. Y no es que fueran buenos los tiempos que se desvanecen, sino que éstos, conservando sus peores defectos, los van exagerando. La agremiación de lo pequeño en contra de lo grande es la característica de las nuevas formaciones sociales. Gran ventaja es para nosotros asistir á la batalla desde una colina modesta y separada del peligro. Otro año más: sigamos contemplando.

La muerte del último rey de las Dos Sicilias, refugiado en París después de la ruina de su reino y del poder temporal del Papa, nos obliga de nuevo á volver la vista hacia el pasado. La fuerza de los hechos nos ha obligado á transigir con la formación del Estado político italiano, constituído con los Estados pequeños que hablaban una misma lengua; pero no se nos puede hacer creer, siendo españoles y católicos, que esa resurrección de la Italia nos haya convenido. Y prescindiendo por completo del aspecto religioso de la cuestión, aun siendo anticatólicos, nos parecería mala política para España la formación de una gran potencia mediterránea, que necesitará mañana, para su vida marítima, asegurarse y garantirse el paso libre por los estrechos, sobre todo si esa nación produce con facilidad grandes políticos y grandes capitanes. La destrucción del reino de las Dos Sicilias tenía para nosotros dos inconvenientes: uno político, y otro puramente sentimental. Era el primero, ó sea el más grave, pasar de repente aquella posición marítima importante de manos de un pueblo de escasas fuerzas al de una nación poderosa; el otro, que al fin y al cabo el reino de las Dos Sicilias había sido durante siglos un pedazo de España. Y si la propiedad particular, para defenderse y prevenirse, hace protestas y toma precauciones sutiles, inútiles al parecer, pero que justifican á veces sucesos inesperados y anómalos, la política internacional de un pueblo exige que sus apoderados no contribuyan á robustecer al vecino que puede estorbar á su país y hacerle daño. Y, en efecto, Italia es ya nuestra rival en Marruecos.

A Francisco II le cupo en *suerte* la desgracia de reinar en un pueblo cansado de ser cabeza de sí propio y que quiso convertirse en provincia: no fué conquistado por Garibaldi, que desembarcó, no para hacer una guerra extranjera, sino para capitanear una revolución napolitana: la lucha fué breve, y escasa la resistencia; los leales quedaron arruinados, como siempre: los traidores hicieron su fortuna. Francisco II, secundado por su varonil esposa, la reina Sofía, capituló en Gaeta, buscó refugio en el Vaticano y se obscureció en París, donde vivió en el retiro y ha muerto respetado.

La degradación militar y la reclusión perpetua en un castillo al capitán Dreifus por delito de alta traición ha parecido pena suave á la mayoría de los franceses, que se preparan á reformar el Código penal en el sentido de que se castigue en Francia con pena de muerte ese feo delito, el más grave que pueda cometer un militar contra su patria. La discusión entablada acerca de esa reforma de la legislación penal ha sido tumultuosa: un diputado socialista quiso aprovechar la ocasión para pedir la supresión de la pena capital á los soldados que cometan actos de violencia contra los superiores, puesto que el delito de traición, más grave, no se castigaba tan duramente: el objeto era acusar al Gobierno y al Consejo de guerra de lenidad respecto de los traidores. Un ministro lanzó un mentís contra el orador, siendo el resultado la expulsión del promovedor, Mr. Jaurés, del recinto del Congreso, y un duelo fuera de la Cámara.

Las deficiencias ó aciertos de la legislación en cada Estado no suelen interesar á los demás, á menos que sean países acostumbrados á traducir leyes ajenas; pero en el presente caso, el pertenecer el culpable á la raza hebrea ha dado ocasión para tachar de sospechosos á sus correligionarios ante el patriotismo francés, por parte de los afiliados en la cruzada antisemítica: eso de culpar á todos por un delito individual, es una injusticia enorme, y precisamente ningún país como el de Francia ha hecho tanto por la emancipación de los judíos, ni tiene motivos tan grandes para contar con su adhesión. Los cristianos son los que podrían pedir cuentas á Francia por su conducta de hace un siglo largo. Y véase cómo aun hablando de los sucesos más recientes tenemos que volver la vista hacia el pasado.

Porque, concretándonos á España, aun la muerte del valiente general Esponda nos llevaría á recordar infaustas guerras civiles, leyendo su brillantísima hoja de servicios. Y si rehuyendo los asuntos tristes y fijándonos en lo que parece de más actualidad, como son las vacaciones de estas Pascuas, hasta en la forma con que favoreció el premio mayor á un comerciante de la Habana, que adquirió los billetes en Burgos, de donde hubieron de ser pedidos á Madrid, por no existir allí los billetes que deseaba, hay motivos suficientes para observar que esta vez se ha repetido la vieja historia de los rodeos que toma la suerte para enviar sus dones á los que trata de favorecer. Acaso ese premio estaba destinado desde el principio del mundo para él: pudo jugar pidiéndole directamente desde la Habana, pero le hubieran enviado otros billetes: pudo llegar á Burgos cuando se expendían los que allí se vendieron y no tenían premio; pero cuando el predestinado jugador se alejaba del sitio en que se hallaba el billete cabalístico, ó sea de Madrid, el billete se puso en camino por el tren para buscar á su dueño: es inútil que persigan la fortuna aquellos á quienes les ha sido negada de antemano; en cambio, el premio grande se hubiera metido en el bolsillo del que le ha obtenido aunque no hubiera jugado. Todos los años quedan sin cobrar muchos billetes premiados, y algunos de importancia. ¿En qué consiste? Pues son billetes comprados por personas á quienes la suerte no los destinaba: el espíritu inquieto y bullidor encargado de la distribución de las cosas dependientes de lo que llamamos azar, y que están tan reglamentadas y registradas como las prendas de un cuartel, dejó por un error que fueran á manos extrañas esos billetes.

—No hay cuidado—exclamarían al notar su equivocación;—no ha de cobrar esos billetes.

Y, en efecto, unos caerían á la chimenea entre papel viejo: otros se convertirían en pasta dentro del agua, en los bolsillos de un chaleco blanco; y hay quien ha sido enterrado con un billete premiado y sin cobrar.

Alguna vez llega el descuido del espíritu hasta dejar que cobren el billete esos desgraciados.

—¡Qué importa!—dice aquél.—Ya he enviado quien les robe la cartera. ¿No lo veis?

—Te dejas aquel hombre.....

—Ya lo sé: es un avaro y le va á enterrar debajo de un ladrillo, para que descubra el tesoro, dentro de cien años, aquel que debe disfrutarle.

—Puesto que quiere usted asuntos propios del día y nada más, ahí tiene usted el decreto que da una prórroga para regularizar las inscripciones de la propiedad intelectual.....

—En efecto, tiene algo de nuevo eso de reformar errores; pero aun así, prueba que no nos corregimos de un defecto tradicional: la incuria de enterarnos de nuestros derechos y deberes. Pues es el caso que la mayor parte de la propiedad intelectual está perdida, así como suena. Amparada antes por el derecho común, subsistía por sí propia, á pesar de los descuidos del autor; pero desde que se encomendó su protección á sus dueños por la ley, á pesar de que ésta exigía sólo un sello de dos pesetas para inscribir una obra y una formalidad sencilla, la propiedad quedó indefensa; estaba mejor amparada que por ellos por el respeto general al bien ajeno. La ley constituía un gran adelanto y una gran protección en un punto importante: en prolongar esa propiedad á un plazo de ochenta años después de la muerte del autor; pero tenía un gran defecto: fijar un plazo corto para la legitimación de los derechos, y dejar éstos en completo desamparo, equivalente á la confiscación, si no se cumplían los requisitos legales: esto era un retroceso que autorizaba toda clase de usurpaciones. Ahora bien: siendo el objeto de esa ley la protección de propiedad tan interesante para la cultura, y habiendo una comisión parlamentaria ocupada de su reforma, creemos que debería corregirse, en el sentido de poderse suplir siempre las omisiones, pagando multas por defecto de formalidad y retraso y oyéndose á autores y editores.

Terminemos, para seguir demostrando que no hay nada nuevo bajo el sol, con el hecho de que aun duran, hasta en la prensa, las bromas de inocentes, que esta vez han hecho renovar la prescripción de presentar al Gobierno civil, antes de que circulen, tres números de los periódicos, lo cual, si está mandado, debe cumplirse siempre, y si no conduce á nada, derogarse, y si sirve y causa molestias, modificarse, autorizando cada director para que legalice los ejemplares un delegado suyo. Pero, á decir verdad, la prensa, que evoca á cada paso la ley y critica sus transgresiones, debe dar ejemplo de sumisión.

Concluyamos con el año 94, si podemos; que, aunque al caer al trazar estos renglones, nadie está seguro de acabarle. Lectora amable, que sea mejor para ti, por feliz que haya sido el 94, el año 95, y perdonen los lectores si preferimos para ellas lo mejor que tenga el año.

El año está para expirar. Dos individuos miran el reloj de la Puerta del Sol y esperan que den las doce. Suenan por fin las campanadas.

—Pues señor—dice el uno—he derrochado otro año alegremente. ¿Qué es un año? 365 almuerzos y otras tantas comidas y cenas; tres conquistas, un veraneo y doce pagas.

—Está usted equivocado—replica otro.—El año no tiene tantas cenas y comidas: eso que llama usted año, suprimiendo las pagas y conquistas, es un quinquenio para mí. ¡Qué esplendidez! usted se rige por el cómputo de César.

—Cada cual mide el tiempo á su manera: unos por réditos, otros por años de presidio.

—Usted vive muy adelantado: ¿en qué año entramos?

—En el 95.

—¿Que entramos en el 95, dicen ustedes?—preguntó un hombre tambaleándose.

—Sí, señor. ¿Por qué se aflige usted?

—¿No me he de afligir si he empalmado el año? Esta borrachera, que aun me dura, la tomé el 31 de Diciembre de 1893. ¡Qué dirán en casa! Ya me lo decía mi mujer: «¡No pongas taberna: mira, Blas, que te la bebes!»

—¡Ea!—le dice un guardia.—A su casa ó á la prevención: elija usted.

Y añade filosóficamente:

—A cualquier cosa llaman años. ¿Qué es un año? Nada, porque no se nos abonan los años de servicio. Mi mujer está en lo cierto cuando no se los añade en el padrón.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

NUESTROS GRABADOS.

MILÁN.—ARCA DE LOS REYES MAGOS Y DE SAN PEDRO DE VERONA EN SAN EUSTAQUIO.—(Véase el artículo del Sr. Serrano Fatigati en la pág. 399.)

⁂

SEMINARIO DE LAS ESCUELAS PÍAS DE BARCELONA.

Sin exageración puede calificarse de uno de los primeros establecimientos de enseñanza que hay en España el Colegio de las Escuelas Pías de Barcelona, del que damos dos vistas en la pág. 396 de este número.

Está en Sarriá, á las puertas de la capital del Principado, en una eminencia desde donde se disfruta de la vista de toda la ciudad y su puerto, y á pocos pasos del tranvía de vapor. El vestíbulo es muy espacioso y de majestuosa apariencia, y de él se pasa á un salón de Actos verdaderamente hermoso. En este edificio se ha procurado guardar con sumo cuidado cuantos preceptos señalan la Higiene y la Pedagogía, de suerte que los más rigurosos observadores de una y otra nada puedan echar de menos.

Tiene museos, biblioteca, habitaciones para estudio, balneario, enfermería, amplísimos comedores y corredores no menos espaciosos y bien ventilados. En el programa de estudios de este colegio, además de atenderse á la enseñanza con aquel gran cuidado que es propio de los Padres Escolapios y con la católica doctrina que el Sumo Pontífice recomienda, se presta preferente atención á la educación física, procurando que no pierda el cuerpo lo que gane el espíritu con el estudio.

Sería injusticia notoria no mencionar en esta breve noticia al arquitecto Sr. Mariné y al maestro Sr. Roig, que bajo la dirección de aquél ha construído el edificio.

⁂

MADRID.

Mercado de los Mostenses.—Los mártires de Navidad.

A los autores extranjeros que con tan injusta saña han ponderado el número de muertos que los españoles hicieron en la conquista de América, se les olvidó contar entre nuestras víctimas los millares de pavos que, á mano airada, han perecido en España todas las Navidades que van desde que

nuestros abuelos trajeron del Perú las primeras de estas aves que se vieron en Europa, hasta hoy.

Quizás con el tiempo salga alguno de estos sujetos humanitarios predicando contra la manía *pavicida*, por el gusto de tener un nuevo cargo que hacernos, pues llenos de otros no mayores ni mejor fundados andan algunos libros de Historia.

El caso es que los pobres pavos están muy necesitados de quien los ampare, y aunque ponen de su parte lo que pueden por no acabarse, tal prisa se dan los glotones á consumirlos, que no sin fundamento podría temerse el fin de tan apetitosa casta de gallináceas. Una autoridad compasiva y celcsa de la comodidad de los vecinos de esta corte mandó que no se pasease á los pavos por las calles como reos que van al patíbulo, y que se les tuviese en la plaza de los Mostenses en espera de sus verdugos. Así se ha hecho por primera vez este año, reuniéndose allí todos los pavos con plumas que hay en Madrid (únicos de que hablaba la orden), y originándose un nuevo y curioso espectáculo que ha servido de tema á nuestro colaborador artístico Sr. Comba para el bonito dibujo que publicamos en la pág. 397.

BELLAS ARTES.

Músico ambulante, cuadro de Grison. — *En tiempo de paz*, dibujo de A. Perea. — *Una familia numerosa*, cuadro de J. Adán. — *Galantería*, *panneau* de N. Escalier.

El grabado de la pág. 400 reproduce un tipo que el pintor francés Grison habrá podido copiar del natural, porque es muy común en Francia, pero que no se encuentra en España, donde en su lugar hay otros no menos curiosos. El tal músico ambulante vive de lo que gana tocando en las fiestas de los pueblos para que la gente baile y se divierta, siendo sus acostumbrados gajes algunas monedas, los convites de muchos de los circunstantes, y lo que le pagan por las coplillas que vende impresas. En las bodas es personaje importante, que marcha al frente del cortejo tocando alegres sonatas, y así le describe Flaubert en su novela *Madame Bovary*. También Walter Scott pinta un buen tipo de músico ambulante en *Redgauntlet*.

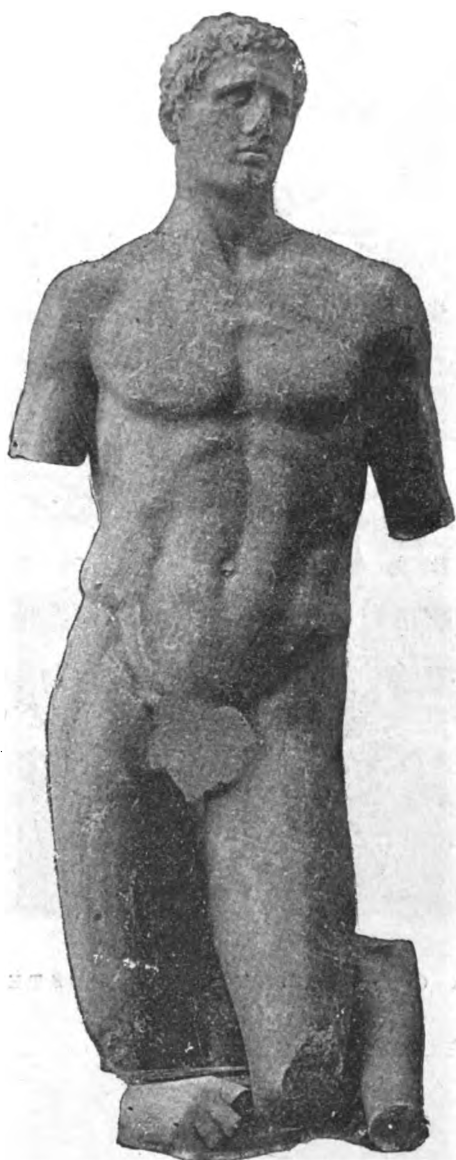
No es fácil imaginar qué género de curiosidad lleva á los dos personajes de la derecha de nuestro grabado de la página 401 á visitar aquella plaza de guerra, pues nada parece tan contradictorio como la luna de miel (en la que parecen hallarse) y la milicia. Pero ya que directamente no se encuentre, cabe buscarlo en la ley de los contrastes, que hace á los débiles amar la fortaleza y á los fuertes respetar la debilidad: ley que puede á veces hermanar la suavidad del amor con el rigor de la guerra.

De todas suertes, una cosa está bien patente en el grabado, y es, que el complaciente militar, que quizás pretende probar la falsedad de aquella vieja máxima que dice: *plaza sitiada, plaza ganada*, orgulloso del gran poder de la que guarnece, no se ha mostrado oportuno en la ocasión de explicar tal doctrina.

La familia numerosa de nuestro grabado de la pág. 404 pertenece á la inquieta y atrevida gente gatuna, sin duda alguna la más astuta de todo el reino animal, pues en vez de servir al hombre, le tiene á su servicio, recibiendo de él sustento, abrigo y caricias, sin otro favor de su parte que el muy pequeño de cazar algún ratoncillo que otro, á cuyo ejercicio suele entregarse, no por celo de la comodidad de su amo, sino por pasatiempo ó glotonería: con lo que el pobre rey de la creación queda siendo muy inferior á su supuesto súbdito.

Compadezcamos, pues, al dueño de la casa en que ha establecido sus reales la familia numerosa, el cual sólo tendrá de rey el ser más robado que servido, como sucede á los de muchas naciones.

El *panneau* de N. Escalier mereció grandes alabanzas de las personas entendidas que le vieron en la Exposición del Campo de Marte de París, por la puntualidad y buen gusto con que reproduce aquella escena del siglo XVIII, en la que no sólo los personajes, sino la hermosa galería, atraen agradablemente la atención.



UN ATLETA.

(Hallado en las ruinas de Delfos.)

Por eso le reproducimos en la pág. 408, seguros de que será del gusto de los lectores.

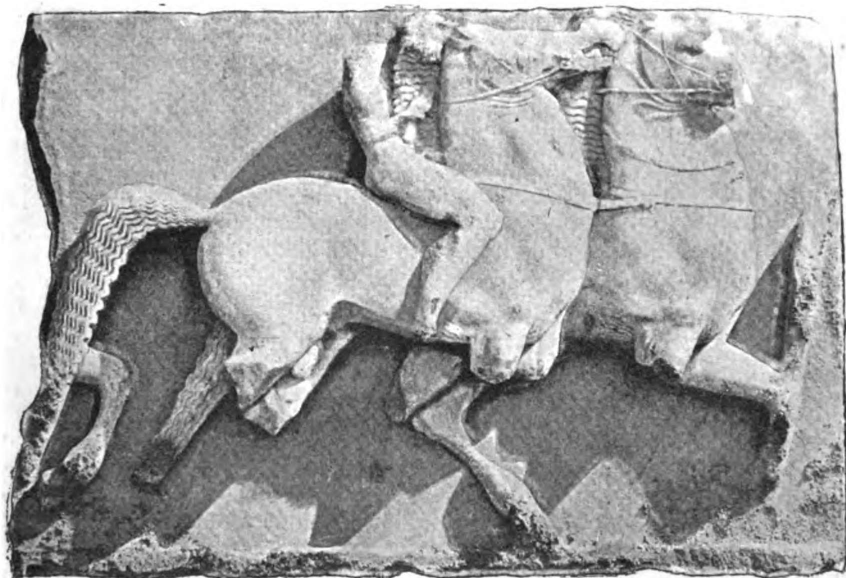
GRECIA.

Hallazgos en las ruinas de la antigua ciudad de Delfos.

El Parnaso, la fuente Castalia y la ciudad de Delfos son tres famosísimos parajes de Grecia, de que hablan muchos sin saber dónde están, por lo que tal vez no venga fuera de propósito recordarlo.

De Este á Oeste cruza la parte continental de aquel reino una áspera y encumbrada sierra, en altura y disposición algo semejante á nuestro Guadarrama, aunque por levantarse casi sobre la orilla del golfo de Lepanto (de gloriosísima memoria para todo español) parece mucho más alta. Precisamente hacia la mitad de ella se alzan los cerros principales, dependientes del Pindo, y de éstos arranca un corto y elevadísimo ramal que es el llamado Parnaso, y que sube á 2 459 metros, aventajando por tanto á Peña Lara unos 55, y algo más de 100 al Moncayo. En los tiempos de la grandeza de los griegos las faldas de esta gran montaña estaban cubiertas de frondosidad, pero ahora aparecen peladas por la barbarie de los habitantes, según sucede también, por desgracia, en España con casi todas las sierras. Era tradición muy acreditada que el nombre de Parnaso venía del de un hijo del dios Neptuno y de Cleodora, el cual tuvo reputación de averiguar lo por venir en el vuelo de los pájaros, á cuya fábula se añadían otras muchas que hacían de aquellos riscos uno de los sitios más queridos de los griegos.

Acaba el Parnaso en dos cumbres á que llamaban Cirra y Nisa, y en un vallecillo que hay entre ellas mana la fuente Castalia, donde bebían la inspiración los poetas de aquellas fragosidades, pues entonces los hijos de las Musas andaban monteses y silvestres, sin haberse acogido á poblado, reduciéndose á la suave opresión de la vida urbana como ahora: mudanza que no les ha mejorado, porque Homero fué de aquéllos, y ninguno de los posteriores ha podido igualarle. De dicha fuente Castalia baja saltando de peña en peña un regular torrente, que tiene ahora el nombre de *Kefalo-Vrisi*, y á orillas de él estaba la antigua Delfos, donde había el mayor oráculo de toda Grecia, y á cuyos templos llevaron por espacio de muchos siglos los griegos de Europa y de Asia los más ricos presentes. Allí estaban los ladrillos de oro de Creso, las copas del rey Giges, el trono de Midas, la estatua, también de oro, ofrecida por la hermosísima Friné, la bandeja de plata ganada por Homero en un certamen poético, y otras mil joyas de incalculable valor, que romanos y bárbaros de todas las razas saquearon á su gusto.



CARRERAS DE CABALLOS.

(Trozo de alto relieve hallado en Delfos.)

Hasta hace muy poco creyeron los sabios que bajo la villa de Castri, que este es el nombre de la que se levantó sobre Delfos, no quedaría cosa alguna que de gran valor fuese; pero recientes trabajos emprendidos por Mr. Homolle, director de la Academia Francesa de Atenas, han descubierto ruinas admirables y objetos artísticos que traen locos de contento á los arqueólogos. La mayor parte de estas antigüedades se han hallado en la vía sagrada que cruzaba la ciudad, guiados en sus pesquisas los buscadores por la descripción de Delfos que dejó Pausanias.

Entre lo encontrado merecen mención especial un himno á Apolo, compuesto hace dos mil años, y que ya se ha tocado en París; una cabeza y busto de Antinous (véase la pág. 404), unos caballos anteriores lo menos un siglo á los que tan admirablemente esculpió Fidias, y dignos de la mano de este maestro, y la estatua casi completa de un atleta.

UN CEMENTERIO JAPONÉS.

Es singular el cuidado de los orientales por el adorno y policía de los cementerios, hijo sin duda de la veneración que tienen á los muertos. En esto los chinos aventajan á todos; pero no les van muy en zaga los japoneses, discípulos de aquéllos en todo menos en el arte de la guerra, según ahora se está viendo, en el que se han mostrado maestros de ellos é iguales á los mejores de Europa.

Como los japoneses son, según cuentan todos los viajeros, tan artistas que hasta los de más humilde condición eligen para edificar su vivienda sitio ameno y agradable á la vista, no es de admirar que tengan cementerios en que á la hermosura del paraje se junta la magnificencia y riqueza de las sepulturas, de lo cual es buena muestra el que publicamos en la pág. 405, notable también por ser el más antiguo del Imperio, pues tiene unos 3.000 años.

GRANADA DE NICARAGUA.

Destrozos causados por la explosión del polvorín el 26 de Septiembre.

La catástrofe ocurrida en la hermosa ciudad nicaragüeña tiene, por desgracia, no poca semejanza con la que afligió á Santander en Noviembre pasado, sobre todo en lo inesperada y repentina.

Serían las doce cuando un espantoso ruido, acompañado de cierto resplandor como de relámpago, sorprendió á los tranquilos granadinos, dejándoles en la mayor confusión y espanto. Por causas que no fué fácil averiguar había volado el polvorín del cuartel situado frente al parque de Colón, y en el que estaban guardados 600 quintales de pólvora.

La explosión fué tal, que en toda la ciudad quedó cristal sano, temblando las casas más distantes, como sacudidas por fortísimo terremoto. En los barrios céntricos y principales, donde están los mejores edificios, fueron mucho mayores los destrozos, como más inmediatos al cuartel. Éste saltó con todos los soldados, y con él varias casas de las mejores. En la plazuela de los Leones, donde se hallan el teatro y el hotel Downing, los daños fueron enormísimos. La cantidad de balas y pedazos de hierro de toda especie arrojados á gran distancia por el estallido fué grandísima, habiéndose recogido en un solo domicilio algunas arrobas de estos destructores proyectiles, que causaron innumerables muertes y espantosas mutilaciones.

Los gritos de los vivos, los ayes de los heridos, las voces de auxilio, las carreras de los que huían aterrorizados ó acudiendo en socorro de personas queridas, el humo que invadió la atmósfera y el estrépito de los derrumbamientos, formaban un cuadro, más que para escrito, para visto ó imaginado, y que no olvidarán nunca los granadinos, cuyo luto por tan espantosa desgracia comparten seguramente todos los españoles. (Véase nuestro grabado de la pág. 405).

G. Reparaz.

EL PUEBLO CHINO (1).

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

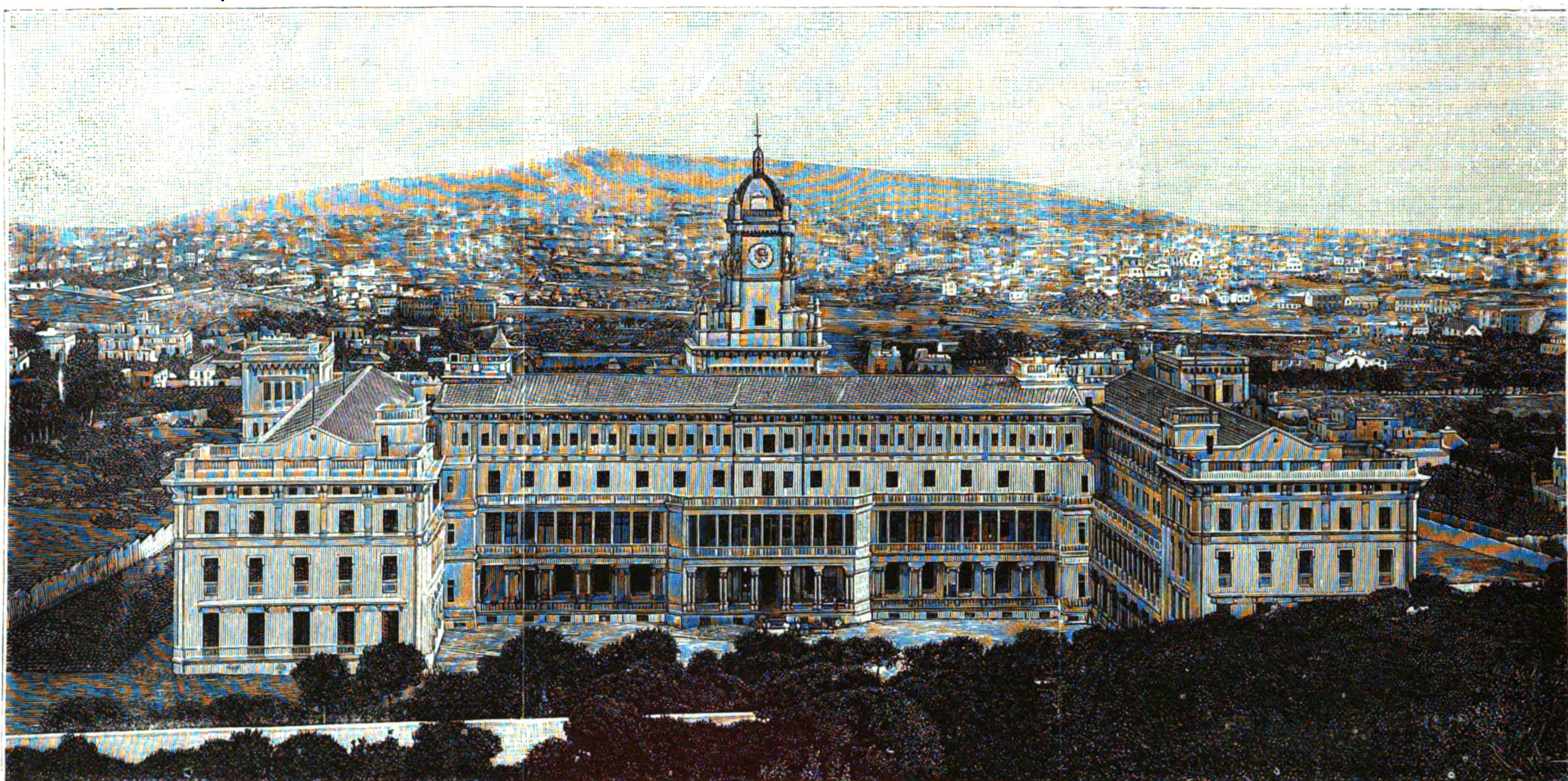
ARTÍCULO CUARTO Y ÚLTIMO.

I.

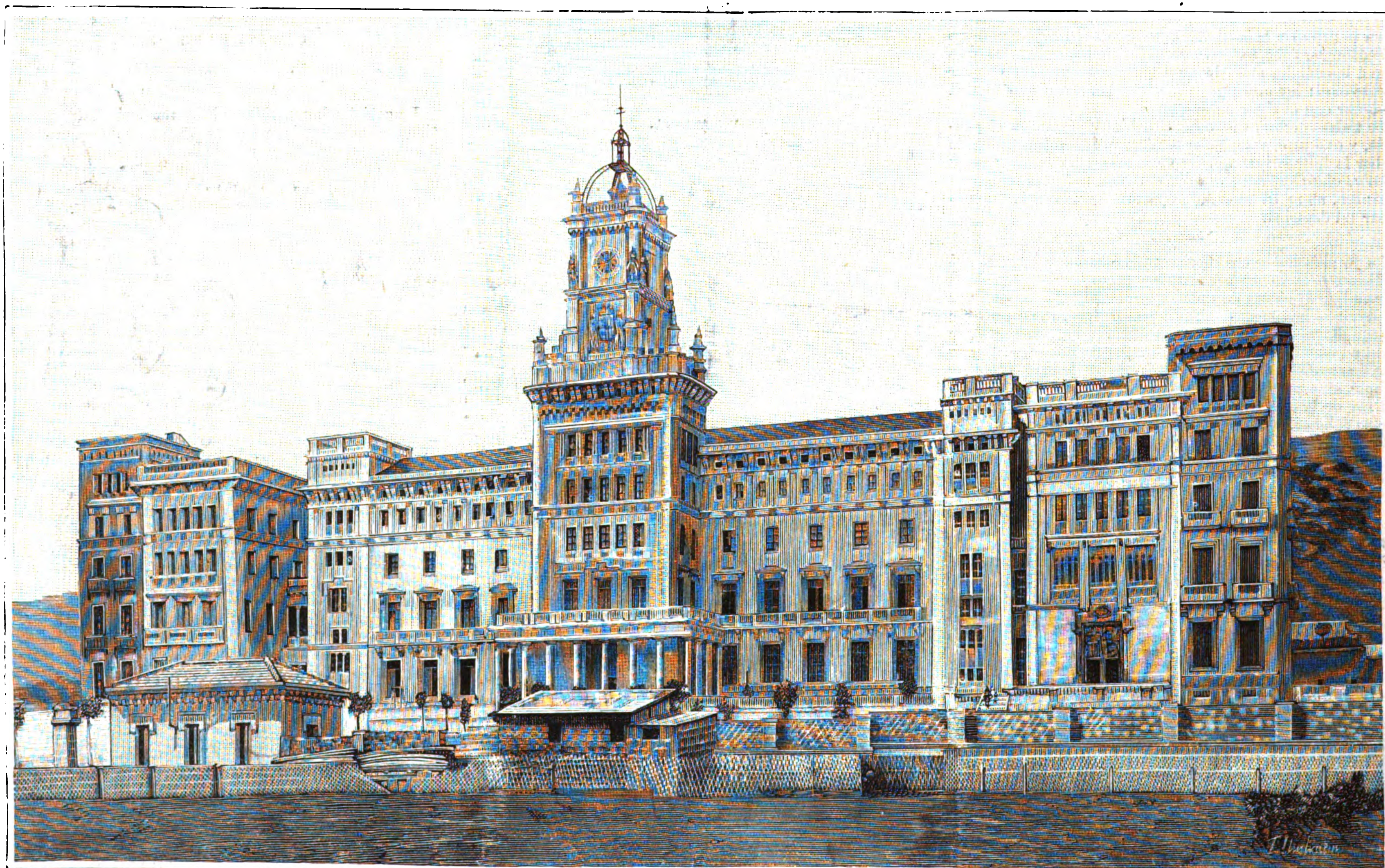
Al tratar del pueblo chino tratamos también del pueblo japonés. De razas amarillas los dos, no pueden separarse y dividirse unos de otros con la facilidad que separamos y dividimos los blancos de los negros, los arios de los semitas. Imposible hallar una raza purísima. Por su aislamiento, por su historia, por su orgullo, aparece como pueblo de sangre muy especial y de carácter muy autóctono el pueblo inglés. Sin embargo, se han sobrepuesto al picto britano de las edades prehistóricas el celta,

---

(1) Véanse los núms. XLIII, XLIV y XLVI.



VISTA GENERAL Y PATIO POSTERIOR.

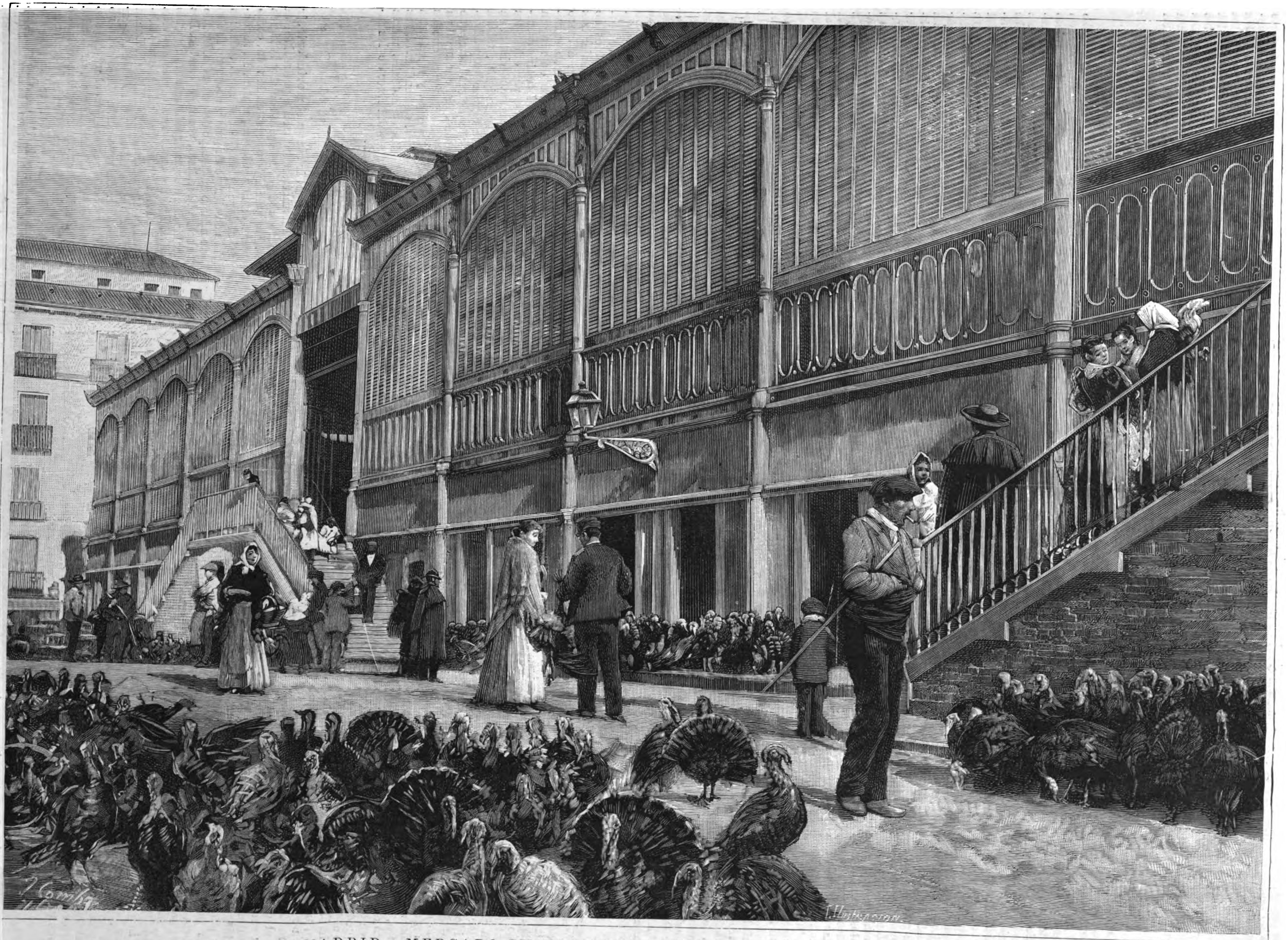


FACHADA PRINCIPAL.

BARCELONA.—SEMINARIO DE LAS ESCUELAS PÍAS DE SARRIÁ, RECIENTEMENTE INAUGURADO.

(De fotografías de los Sres. Maestre Hermanos.)

el sajón, el normando, componiendo aquellos hombres á quienes llamó ángeles ó angli, por su tez rosada y su pelo rubio, el papa Gregorio Magno, cuando los vendían, cual si fueran caballos, para la servidumbre del terruño y del castillo, los mercaderes meridionales á las puertas de San Pedro. Pues así como separaréis con dificultad un escocés y un inglés en Europa, separaréis en Asia con dificultad mayor un súbdito del Japón y un súbdito de China. Todo en ellos es idéntico, desde los más externos objetos hasta los más íntimos caracteres. La casa de bambú y tablas, muy análoga en uno y otro espacio; el paisaje cubierto de inacabables lagunas, sobre las que vuelan gaviotas sinnúmero, y entre las que andan á saltos zancudas pareadas; los barquichuelos parecidos á góndolas discurriendo por arrozales y esteros y cambiantes trémulas marismas; el traje reluciente, compuesto de saragüelles, túnicas, casullas y borceguíes retorcidos en sus puntas y extremos; el peinado litúrgico, que rapa la cabeza y pide una trenza, tan fuerte como larga, cayendo á los pies desde la coronilla; los árboles de un color ceniciento, en aquellas regiones muy característicos, cual sus nísperos y sus cachis; el arte suma para teñir las sedas y bordarlas, así como para pintar el barro y dorarlo y cocerlo; su mezcla de dulzura con raptos de crueldad



MADRID.—MERCADO DE LOS MOSTENSES.—LOS MÁRTIRES DE NAVIDAD.

(Del natural, por Comba.)

y fiereza, que tanto los asemejan á sus especies felinas; las castas, de antiguo arraigadas, y las resistencias no menos de antiguo á la comunicación y al comercio con los extraños; la sobreposición del tártaro y del mongol con sus complexiones varias á la complexión fundamental polynesia; el mismo desarrollo religioso, en que descuellan siempre Buda y Confucio, prestan al Japón y á los japoneses analogías indelebles con los chinos y con China en el sentimiento universal.

II.

Sin embargo, atendiendo á ellos con cuidado, difieren mucho. La diferencia entre China y Japón dimana de que aquélla es un imperio continental y éste un imperio insular. Las islas parecen destinadas á las grandes anticipaciones, así en materia de libertades, como en materia de cultura. Se abren á todos los vientos y se abren á todas las ideas, mejor que las tierras continentales. Después de las islas, vienen á este respecto las penínsulas. Pasó entre China y Corea lo que pasaba entre la tierra continental de los asirios y la tierra peninsular de Fenicia. Pasa entre los insulares japoneses y el Imperio chino lo que pasó entre las islas jonias y el Imperio persa. Todo el archipiélago helénico supera en civilización á todos los imperios asiáticos. Aquella Cytherea, en que nació el Amor; Naxos y sus arroyos, donde lavaba con sus blanquísimos puños Leucothea; Delos ¡ah! la del templo de Apolo, dando las fórmulas de los oráculos, que parecían sembrar de grandes constelaciones metafísicas los espíritus; Zante, por cuyas pajillas de oro brotaban las flores y los aromas del Mediodía; Creta, donde los dioses del Oriente, con cuerpos y extremidades de inferiores organismos, ostentaban la faz humana y se prestaban cual modelos á las divinas estatuas; Paros y sus mármoles rosáceos; Lesbos y sus costas, en que apagó la inextinguible sed de su corazón el alma de la gran lírica, Safo; esa misma Sicilia de Pitágoras y Arquímedes tuvieron cultura y tuvieron libertad mucho antes de que las tuvieran los pueblos continentales, aunque legislaran Solón y Licurgo en éstos, compusieran Esquilo y Sófocles, hablaran Esquines y Demóstenes, trabajaran Fidias y Praxiteles, escribieran Sócrates y Aristóteles, brillaran el Parthenón y la Acrópolis.

III.

El carácter isleño ha dado al Japón esas anticipaciones manifiestas en la cultura humana y en la ciencia moderna, que demuestran sus últimos combates; pues, adscrito al aislamiento tradicional, tan del gusto de las razas amarillas, lo sacudió de grado, por un movimiento interno de su voluntad, en este siglo y á nuestra vista, mientras China jamás quiso revelarse al exterior y con el exterior comunicarse por relaciones de productos y de ideas, tan necesarias entre los hombres como los rayos de luz entre los astros, sino al golpe rudísimo de la violencia y de la guerra. Pero durante mucho tiempo escondió el Japón sus instituciones y sus artefactos dentro de sus propios límites, como la tortuga esconde sus extremidades dentro de su concha. Así llegó á sus playas, cierta vez, en el siglo décimosexto, un descubridor español que había en ellas naufragado, y como quisiera verlo el jefe militar de aquella sociedad, el Taikun, y le hablara, contóle, con franqueza y lisura castellanas, nuestro compatriota, cuántos imperios había su rey, el rey de nuestra España, destruído por medio de sus descubrimientos; y escarmentado el asiático, echó un cerrojo más á la puerta de su reino y se incomunicó dentro de su secular aislamiento. Esto le permitió cultivar cada vez la religión de Buda con mayor cuidado, y darse á las artes propias de los pueblos amarillos, como las bellas porcelanas, con mayor brillantez. Así la Historia conserva en sus anales, cual fecha inolvidable, aquel año 1592, en el cual, provinientes de Corea, los satzumas comenzaron á brillar, construyendo ejemplares de alfarería brillante y artística, hoy joyas de primer orden por su mérito y por su estima, ornamento brillantísimo de nuestros palacios y de nuestros museos. Así continuó el Japón dándose á sus artes y á sus industrias por tres siglos, cuando, al mediar el nuestro, por 1854, se abrieron sus puertas al extranjero y se comenzaron sus relaciones con el mundo.

IV.

Hay que tener tal fecha muy en la memoria, porque señala en el orden de los tiempos una fase de vida nueva para el Japón y un comienzo inicial en la serie de los hechos que ahora presenciamos. El comodoro americano Perry, bajo este aspecto, se aparece cual un revelador á nuestros ojos. En él hay mucho de aquellos argonautas que rompían el misterio de la Cólquide, rodeándola con sus estelas trazadas por las quillas de sus naves y se llevaban á Grecia, junto con el vellocino de oro, indispensable al cambio y al comercio antiguos, la Magia de los hechizos y de los sortilegios y de las quiromancias, quien debía vengarse, como todas las reacciones, fugaz, pero cruelmeute, de los innovadores que la destrozaron y la vencieron. Como hay átomos presolares, hay fenómenos prehistóricos. Y como, por las aglomeraciones de átomos alrededor de núcleos, se forman soles y sistemas planetarios, alrededor de alguna que otra colectividad surgida en los indeterminados é indeterminables desórdenes primitivos y propios del estado de animalidad en que la especie humana se halló, fórmanse los pueblos y las razas. Se ignora cuándo comenzó el aislamiento japonés á ciencia cierta; pero se sabe que ha concluído, no sólo por el golpe que dieran á sus puertas los extraños pueblos, por inclinaciones propias á una comunicación, sentida y deseada, sin que se dieran razón, insensiblemente transformados, de tal afecto y deseo incontrastables. No sabremos definir bien qué sean el tiempo y el espacio, pero sí tocar en la experiencia su incontrastable influjo. Al tiempo, y á su virtud, se fueron madurando los sentimientos de relación humana, muy atrofiados antes entre los japoneses, como al influjo del espacio se fué también determinando la soberanía incontrastable de ciertas poderosas causas. Como la electricidad y el magnetismo de nuestros planetas solares, en su viaje continuo á la constelación Hércules, vanse afectando de una intensidad mayor, según pasan por ciertas varias esferas del espacio, van los pueblos sintiendo cambios, merced al poder de afinidad ejercido en ellos por otros pueblos cercanos. Cuando se levantó, allá en la otra ribera del Pacífico, frente á frente de las islas japonesas, la inmensa factoría de mineros y exploradores y negociantes, que se llama hoy San Francisco de California, se debieron resentir en Yedo, capital monárquica del archipiélago asiático, no solamente los intereses y los cambios, cosa natural y lógica, los dioses en sus altares y los déspotas en sus tronos, cual se conmovieron los genios sobrenaturales y los Emperadores divinos de Persia cuando llegaron á saber que había un pueblo, como el pueblo griego, que se gobernaba sin reyes en la tierra.

V.

Pensad lo que haría el Mikado, potestad existente ya cuando mandaba sobre la desembocadura del Eufrates Nabucodonosor, y sobre la desembocadura del Tíber Hostilio, es decir, institución antigua con una vida de veinticinco siglos, al ver sobre sus fórmulas misteriosas, sobre sus ceremonias litúrgicas, sobre sus aras seculares, sobre aquellas rendidas cervices que su yatagán cercenaba sin hacerlas estremecerse, sobre los cultos prestados á su persona y á los ídolos de su persona generadores en la eternidad, sobre su religión y sus privilegios levantarse una banda de mercaderes audaces, que rompiendo en irrupciones súbitas, sin respeto y sin consideración alguna, fundían todo aquello tan sagrado para él en los crisoles de sus cálculos, buscando anhelosos el substrato de oro escondido en las amontonadas cenizas. Pero no había remedio; el tiempo, tan poderoso ministro de nuestro Dios creador; y el espacio, indiferente pero fatal, habíanlo decidido así en sus inconscientes designios. Ardían las mismas llamas de sacrificios y las mismas lámparas de luminarias en los templos, como estaba inmóvil sobre sus bases el santuario donde se ocultaba su indiscutible poder absoluto; pero algo se había en las conciencias extinguido y algo en la voluntad quebrantado, que iba debilitando el resplandor de los resplandores ante los altares, demoliendo el pedrusco y las moles de sus fundamentos en los palacios. Un archipiélago extendido entre Londres y Australia, en la encrucijada donde habían de juntarse los caminos más necesarios al comercio y al cambio universal, no podía petrificarse, no, en la inmovilidad reinante sobre un imperio continental como China, donde no puede penetrarse sino por las armas. Correspondíanse con los llamamientos que personificara el comodoro americano Perry, los deseos de aquellos marinos japoneses á escuchar y á seguir estos llamamientos. Y, con efecto, más acostumbrados al cambio en los espíritus por sus comunicaciones con las olas y con las brisas, que cambian tanto, bien al revés de los inmóviles labriegos, siempre los mismos, imitaron las instituciones de la gran República sajona en sus barcos y en las playas que tenían á su disposición, sin curarse de si estaban dispuestos en su ignorancia y en su inhabilidad á tales adaptaciones, con ese instinto simio de imitación que aproxima los pueblos viejos y chochos, en sus apropiaciones de las novedades incompatibles con sus ánimos, á los monos. Les sentaban estas instituciones tan mal á sus espíritus, como suelen á sus cuerpos sentar los pantalones y los fracs occidentales, diversos de sus más encubridoras túnicas: pero suscitaron gran movimiento, á cuyo término hubo una renovación verdadera.

VI.

En el año 1854 se comienza y en el año 1868 se termina la revolución japonesa. Imitadores de China, instituyeron un imperio feudal completo los japoneses; y alrededor del Mikado, emperador, y del Taikun, generalísimo, extendieron una clase de nobles, á los cuales denominaban *daimios* en su vetustísimo lenguaje. No hay para qué definir la naturaleza de este feudalismo: ejercicio del poder público en un espacio limitado, sobre cuya extensión se dilata cierto dominio militar y judicial y político, que se impone y se mantiene por la fuerza, reduciendo los objetos allí existentes á propiedad suya, como las personas, verdaderos objetos también, eran apropiables para cualquier bien material ó provecho del señor. Pocas instituciones de conservación en el mundo como estas instituciones feudales. Mientras el Japón las poseyó, pudo resistir con resistencia invencible á todas las innovaciones y sujetarse á la imitación del Imperio celeste, como el tipo al prototipo y el individuo al tipo. Entonces pudieron los japoneses resistir cuanto les plugo al extranjero. Como el pueblo revelador de la religión ha sido el pueblo hebreo; como el pueblo revelador de la navegacion el pueblo fenicio; como el pueblo revelador de la ciencia el pueblo egipcio; como el pueblo revelador de la libertad y del arte el pueblo griego; como el pueblo revelador del derecho y de la política el pueblo romano, ha sido el pueblo revelador de la tierra, quien dió su conocimiento de ella material y práctico á la humanidad, el pueblo español. Así los primeros descubridores del Japón fueron de nuestra península, del espacio que se dilata entre la desembocadura del Bidasoa y la desembocadura del Tajo. Tras los descubridores fueron los misioneros. Pero no desfloraron la vida del Japón, inaccesible de suyo, y no produjeron cambios de ninguna clase, parapetado el imperio insular tras su invencible feudalismo. Combatieron á brazo partido con la religión cristiana y lograron extirparla. No quisieron tampoco relación de ningún género con los pueblos cristianos. Los más admisibles para ellos, y más admitidos por ellos, los holandeses, después de haber conmovido hasta en sus raíces Europa entera por su religión, tenían que pisotear los crucifijos para vender los productos, y para sostener el mostrador de sus lucros que maldecir el altar de sus padres. Así conservaban los japoneses aquellas religiones antiguas que les habían llevado trescientos donceles y trescientas vírgenes en misteriosas naves, descendidas á sus océanos materiales desde los espirituales mares compuestos por los desagües del fluor de los siglos en la infinita eternidad.

VII.

Ir contra el tiempo, ir contra el movimiento, ir contra la transformación, inútil á la postre. No son idénticas, sin embargo, la lógica social y la lógica individual. Los principios puros en la vida, como los gases puros en la atmósfera, matan. El feudalismo sirvió al Japón para defenderse de todas las innovaciones en tiempo de guerra; mas no le sirvió para esto mismo en tiempo de comercio. Donde no pudo vencer el combate, venció el cambio. Los industriales rindieron una fortaleza, inexpugnable á los soldados. Fué necesario acomodarse á la vida de relación; y para tal acomodo, fué necesario desceñirse la triste armadura del feudalismo. Lanza en ristre y casco á la cabeza no se podrá estar tras un mostrador. La revolución del 68 allí no debe compararse con la revolución del mismo año aquí, como no deben compararse las enfermedades propias de la débil niñez con aquellas propias de la edad madura. Nuestra revolución se propuso, con firme propósito, salir de la oligarquía para entrar en la democracia; y la japonesa se propuso, con firme propósito, salir de la oligarquía para entrar en el absolutismo. El absolutismo, que es una evolución regresiva frente á la oligarquía parlamentaria, es una evolución progresiva frente á la oligarquía feudal. Y el Japón progresó de todas ve-

ras. Y progresando de todas veras, se robusteció con firme robustez. Y robusteciéndose de tal suerte, hallóse muy habilitado así para las competencias exigidas por la industria, como para los combates exigidos por la guerra. Frente á la rutina de sus rivales asiáticos erigió la ciencia que se reverbera en los abismos del espacio y en los abismos del espíritu. Frente á mandarines, que recuerdan los sátrapas del Oriente viejo rodeando á Darío y á Xerxes en sus derrotas, organizó asambleas provinciales al modo raso, por cuyos senos entrara, como por abiertos resquicios, el aire vital de la libertad. Este dispertamiento de todos sus sentidos le tuvo en la vigilancia que al gallo inspira la noche, y le sirvió para con acierto advertir á los suyos cómo, teniendo un imperio inmóvil y reaccionario á la vista siempre, tenían también á la vista una perdurable guerra. Y puso á servicio de un elemento de ruina, como la guerra, un elemento de progreso, como la ciencia. Medios industriales allegados en el arte de matar, adelantos en explosivos, armas de todos calibres, pertrechos de todas clases, blindados de buques, cañones de la mayor precisión y ligereza, lucha y estrategia al modo europeo y al modo americano, todo entró en la suma de recursos que procuran los movimientos de un trabajo al cual mueven y animan los rayos fecundísimos de una luz tan vivificadora como el resplandor etéreo despedido por la humana ciencia. En tal situación surgió el pleito por la tutela de Corea; y en tal pleito, sostenido de una y otra parte con las armas, han vencido el trabajo y el pensamiento á la rutina y á la reacción.

EMILIO CASTELAR.

¡¡ESOS EXÁMENES!!

Si se envenena un amante
Por haber perdido el seso,
¿Qué tienen que ver con eso
Los fósforos de Cascante?

(Un filósofo.)

Es posible que fuese en broma—aunque la cosa no era para regocijar á nadie;—pero es lo cierto que leí, hace ya mucho tiempo, en algunos periódicos españoles, la estupenda noticia de haberse suicidado en Toledo (sí; me parece que fué en Toledo) un muchacho, á quien había impulsado á realizar tan funesto propósito la contrariedad experimentada por él á consecuencia de encontrar demasiado largo un pantalón entregado por el sastre, y que el suicida—antes de ser suicida—tenía intención de estrenar aquella misma noche.

Esta ocurrencia, que recuerda por cierta relación de semejanza el caso famosísimo del Corregidor de Almagro, que se murió de pena porque á cierto vecino suyo le habían sacado corto un chaleco, fué comentada, con más ó menos gracia, con mucho ó con poco ingenio, por noticieros y por cronistas. Los que no somos ni cronistas, ni noticieros, y apenas si nos llamamos Pedros en esto del sacerdocio de la prensa, siguiendo aquel consejo prudentísimo: «*En la duda, abstente*», nos abstuvimos de comentar el suceso, limitándonos á deplorar que aquel prójimo nuestro hubiese adoptado determinación tan horrible por causa, al parecer, tan insignificante.

Y digo *al parecer*, nada más que *al parecer*, porque si es cierto que para sentenciar, con probabilidades de acierto, en un litigio cualquiera es necesario oir á las dos partes, como á ese joven toledano, que tan á pecho tomó el error de su sastre, no puedo concederle audiencia, no quiero dictar fallo definitivo.

Vaya usted á saber ahora lo que esa demasía de pantalón significaba en la existencia del desdichado suicida.

Con la publicación de la noticia de aquel suicidio inexplicable coincidió, no se me olvidará, la de esta otra:

«Desesperado por haber perdido el curso, se ha suicidado en Jerez, disparándose un pistoletazo, el hijo de una respetable familia de aquella ciudad andaluza.»

Y este hecho no pertenece ya á la clase de los que se prestan á comentarios graciosos, ó inspiran epigramáticos donaires. El pundonor, aunque aparezca en ocasiones extremado, merece siempre simpatías y respeto, y la resolución deplorable á que el estudiante andaluz fué arrastrado, da idea de los tormentos morales impuestos á la juventud con la existencia de los exámenes de prueba de curso.

Compréndese perfectamente que no siempre esos tormentos hallan su terminación en un suicidio; se comprende también que son, por fortuna, muy pocos los casos en que el drama comenzado ante el tribunal de examinadores tiene tan doloroso desenlace; pero el hecho de que un solo examinando, más pundonoroso, más impresionable ó más cohibido que los otros, llegue á ese extremo lamentable, revela la existencia de una serie gradual de sufrimientos, cuyo primer escalón puede ser una herida leve en el amor propio, y cuyo último peldaño es la locura del suicida.

No ha de faltar quien, tratando de quitar importancia á un hecho aislado (que, en realidad, no es tan aislado como parece), y tratando en son de broma un asunto que no es por cierto para tomarlo á risa, replique:—Si el suceso lamentable de que un alumno reprobado se suicide había de ser causa suficiente para suprimir los exámenes, lo acaecido pocos días antes en Toledo con el joven del pantalón largo debería ser motivo bastante para que se prohibiese á los sastres hacer trajes á la med da; y, extremando un poco la consecuencia, hasta para suprimir en absoluto los talleres de sastrería.

Pero, prescindiendo ahora de la oportunidad, muy discutible, de ese parangón entre dos sucesos que ningún parecido tienen en su origen, ni en su desarrollo, aunque hayan coincidido en su acabamiento, lo que importa ver es si, en efecto, esos exámenes que con tal empeño se conservan en todos los planes de estudios y en todas las reformas de enseñanza sirven para algo bueno, tienen valor real y positivo, son de utilidad en la práctica. Pues si tal sucediese, insensatez grande sería abolirlos porque en determinados casos produzcan efectos deplorables; pero si no sucede esto, si, antes por el contrario, esas pruebas (que no prueban nada) son evidentemente perjudiciales al adelantamiento de la ciencia, la grande insensatez será conservarlas.

Por lo que respecta al alumno, el examen es manantial de preocupaciones, de sobresaltos, de temores constantes para el pundonoroso, para el aplicado: es juego de azar, lotería burlesca para el desaplicado y poco aprensivo. Éste va al examen completamente tranquilo, á probar fortuna; el *no* ya lo lleva, y va en busca de un *sí* que tal vez le depare su buena estrella, como varias veces ocurre. Fiado en relaciones de familia, en cartas de eficaz recomendación, lánzase completamente sereno á jugar el albur: ¿sale bien? se aleja muy satisfecho del establecimiento docente, riéndose para sus adentros de la ciencia, de los jueces y de los profesores; ¿sale mal? como el fracaso estaba previsto, abandona indiferente y aun sonriéndose la cátedra, y se resigna á repetir el curso, lo cual, en muchas ocasiones, lejos de ser una contrariedad para él, suele causarle regocijo, porque hace más duradera su deliciosa vida de estudiante. En el examen nada arriesga y puede ganar algo; precisamente lo contrario de lo que sucede al alumno estudioso y digno, el cual en un examen, que precisa, necesaria, indispensablemente ha de ser de mera fórmula, nada va á ganar y puede perder mucho.

Ya hombres eminentes en la ciencia, fisiólogos de gran ilustración, sabios maestros y autores de fama universal han definido y señalado la honda, la peligrosa perturbación que en el organismo del niño y del adolescente producen esos repetidos estados de depresión de ánimo, susto y terror, periódicamente reproducidos y las amarguras y tristezas causadas por el espectáculo, frecuentemente observado, de la injusticia y del error en los que precisamente están encargados de enseñarles los caminos de la verdad y de la justicia. Pero no he de entrar ahora, pues para ello me faltan tiempo y espacio, en ese aspecto, acaso el más interesante de la cuestión, sino que, visto lo que el examen es y será siempre para el alumno, voy á ver lo que ha de ser para el examinador, en las actuales condiciones de la enseñanza.

Si el juez conoce al examinando, si ha sido maestro suyo durante el curso, el examen es una fórmula, una ceremonia innecesaria: el alumno va juzgado ya, y el profesor no ha de variar opinión razonablemente formada, durante ocho meses de curso, por lo que el examinando conteste en examen de diez minutos.

Si el examinador no conoce al examinando, no puede formar idea exacta de los conocimientos de éste en un ejercicio de pocos instantes. Pensar en que los exámenes sean de duración suficiente para que el juez tenga seguridad de que falla con acierto, es imposible donde se cuentan por millares y millares los examinandos.

Y no hablo ahora, porque eso exigiría más extenso desarrollo del tema, de lo que los tales exámenes perjudican á la cultura general.

Los alumnos, sus familias, sus profesores particulares, los directores de los colegios y de las academias preparatorias, y hasta el mismo profesorado oficial, tienen, desde que el curso principia, una preocupación sola, única, exclusiva: *los exámenes de fin de curso.*

Á que el estudiante salga con lucimiento de esos exámenes se enderezan la solicitud del padre, los esfuerzos del maestro, los sacrificios del alumno. Que sepa mucho, que sepa poco, que no sepa nada, eso no importa; el asunto es que salga del examen con buena nota; que responda bien á las preguntas del examinador. Y como esas preguntas han de ser pocas, y como las contestaciones han de ser breves, porque el tribunal no dispondrá de tiempo para largas explicaciones, toda la habilidad del maestro que aspira á *sacar bien* á sus discípulos, se reduce á conseguir que ellos aprendan un prontuario, un compendio brevísimo de cada asignatura; prontuario en que, á manera de Catecismo, están contenidas las contestaciones á las preguntas del programa. Los estudiantes así instruídos, claro es que no saben Física, ni Matemáticas, ni Historia natural, ni Psicología, ni nada; pero salen de los exámenes y á veces obtienen notas de sobresalientes y todo, y así siguen la mojiganga y la farsa, y no hay quien estudie, ni hay quien aprenda, y ni la ciencia, así extendida y por recetas estudiada, puede adelantar un paso.

Véase si tienen razón (y eso que faltan muchísimas por aducir) los que abogan por que los exámenes oficiales de prueba de curso queden definitivamente abolidos.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

SAN EUSTAQUIO DE MILÁN.

ARCA DE LOS REYES MAGOS Y DE SAN PEDRO DE VERONA.



L bello monumento que reproduce hoy LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA en su primera plana contiene los restos de San Pedro de Verona, y está en la antigua basílica de San Eustaquio de Milán.

Afirman tradiciones piadosas que la iglesia actual, donde se contempla el hermoso sepulcro, ocupa el mismo lugar que ocupó un baptisterio en remotísimos tiempos; y sábese que las primitivas construcciones, recordadas en un ábside, se renovaron, según el gusto ojival, en 1278, bajo la dirección de *Tosano Lombardo*, y otra segunda vez, al llegar el siglo XVII, con arreglo á los planos de *Richini*.

Fué célebre el templo de San Eustaquio por haber guardado los tres cráneos, vetustos y ennegrecidos, adorados como reliquias de los Santos Reyes, hasta que en 1162 se los llevó á Colonia el emperador Federico Barbarroja, tan respetuoso para los tesoros legendarios como despiadado con la ciudad.

Mas no son ya los indicios de olvidadas construcciones, ni la abandonada é informe tumba de los *magos*, ni siquiera los epitafios con nombres que sonaron mucho en la historia de Milán, lo que busca el viajero en este recinto; va, sí, derecho, á la espalda del altar; penetra en una capilla que no há largos años estaba encalada; lee en bien compuestos frescos los hechos de Pedro de Verona, y admira en el centro el arca de mármol blanco que encierra desde el siglo XIV sus cenizas, rica con los primores que acumuló en ella *Balduccio de Pisa*.

La figura del mártir de la ortodoxia, en cuyo honor han trabajado varios artistas notables, tiene ese extraño colorido de las demás figuras de su época.

Corrían para Italia aquellos años medios del siglo XIII, tan tempestuosos, tan agitados por la pasión y la controversia, tan preñados de amenazas y tan llenos de sangre. La heterodoxia albigense invadía los territorios del Norte, como había dominado los campos de la Provenza, y una lucha sin cuartel sembraba el dolor, aunque templaba los caracteres.

Á las contiendas religiosas se unían las guerras entre Venecia y Génova, y de ésta contra Pisa, los desmanes de los bandos, las invasiones extranjeras, las oposiciones de nobles familias en Florencia y las demás ciudades, los disgustos sangrientos entre las aristocracias y la masa popular; y sin embargo, á pesar de todo esto, brotaban las instituciones y se extendían las artes, demostrándose que no es siempre la paz condición necesaria de progreso, y que los hechos dramáticos sirven muchas veces de estímulo á la genialidad creadora de los hombres superiores.

Pedro de Verona era en los críticos momentos el jefe de los Padres Dominicos que se habían establecido desde 1227 en Milán, y ejercía las altas

PARIS.—«SALON» DE LOS CAMPOS ELISEOS DE 1894.



MÚSICO AMBULANTE.

CUADRO DE GRISON.



EN TIEMPO DE PAZ.

DIBUJO DE A. PEREA.

funciones de inquisidor general para todas las provincias de la Lombardía.

A juzgar por sus actos, debía ser de carácter rígido y estaba lleno de celo religioso. Predicaba á los suyos con el fin de levantar la fe, y discutía con los adversarios deseoso de confundirlos. Ni su temple, ni las circunstancias, eran adecuadas al empleo de los simples razonamientos teóricos, hoy tan aplaudidos: y el ardoroso creyente proseguía su ideal empeño propulsando al *Podestà Grossi da Tresono* á luchar y vencer en el terreno de los rigores, para completar los triunfos de la palabra con el éxito de los actos.

Pedro de Verona acudía á las energías espirituales y á las fuerzas físicas, y representaba, más que otro alguno, el alma de la resistencia contra los errores de los *cataros italianos* y el progreso de sus doctrinas, tan temido por los ortodoxos.

Las figuras que personifican una dirección cualquiera son siempre el blanco de los ataques; y serlo en aquellos tiempos, era estar amenazado de muerte. Tuvo el inquisidor que emprender un viaje, y al llegar, el 6 de Agosto de 1252, á *Barlessina*, en medio de los risueños campos que se extienden desde Milán á Como, perdió la existencia, donde prometen alegres la vida la rica vegetación, unas aguas tranquilas y la dulcísima luz de la Brianza.

Su cuerpo fué entonces la reliquia de un mártir.

Conducido á San Eustaquio, se le depositó al pronto en una modesta sepultura; y ochenta años después, cuando los *Viscontis* ejercían el poder en Milán, y uno de sus hijos llevaba la mitra de aquel obispado; cuando se extendía la escuela escultórica fundada por Nicolás Pisano, en los mismos años que fueron los últimos para el ilustre dominico, y llenaba la ciudad de maravillas *Balduccio de Pisa*, labró éste la hermosa arca de mármol blanco que encierra los venerados restos.

La capilla que defiende el monumento se edificó hacia 1462, bajo la dirección de *Michelozzo*, y es una bellísima obra de arte del Renacimiento italiano. Los frescos que cubren sus paredes se atribuyen á *Vicente Civerchio el viejo*.

Represéntanse en ellos las predicaciones, los milagros de la hostia y de *Narni*, el asesinato en *Barlessina* de Pedro de Verona..... y lo extraño de alguna de estas composiciones llamará siempre vivamente la atención de los viajeros.

Un *taumaturgo* quiere probar sus poderes misteriosos, y presenta ante el pueblo una falsa imagen de la Virgen. El santo acude para librar á los fieles del maléfico influjo, y levantando al cielo una hostia consagrada hace que aparezcan en las figuras de la madre y del niño los cuernos y las garras que demuestran su origen infernal.

El milagro de *Narni* es mucho más humano, y muy conmovedora la composición del fresco hermoso en que se le representa.

Acusóse un día cierto joven penitente de que había dado un puntapié á su madre, cediendo á un movimiento de ciega cólera.

Díjole con severidad el Santo que el órgano con que se había cometido la falta merecía ser cortado; y tomando á la letra la reprensión, el atribulado pecador cumplió con entereza la que él creía sangrienta sentencia.

Acudió la madre, llena de angustia, á Pedro de Verona, y el dominico fué á la casa y remedió con un prodigio el daño causado por la mala inteligencia de sus palabras, uniendo el pie á la pierna de que se le había separado.

Hace algunos años estaba esta capilla limpita y encalada, resplandeciente de aseo y de blancura que daba gusto. Había padecido de esa piedad higiénica que condenaba los colores de los frescos para santificar el yeso, y las obras de los artistas que trabajaron en ella corrieron la misma triste suerte que corrieron en España las tumbas de nuestros antiguos reyes en la capilla del *Re Casto*, los capiteles de numerosos templos románicos, las vetustas y poéticas aras del mismo período, la ornamentación espléndida del reducido camarín de San Justo y Pastor en Toledo, y los alicatados góticos ó arábigos de cien augustos monumentos, levantados con ardorosa fe y enriquecidos por el genio al servicio de no atenuadas creencias.

Teníase noticia en Italia de las pinturas con que se habían embellecido aquellas paredes; pero se las creía perdidas para siempre, hasta que, al desprenderse un día cierta porción del ridículo jalbegado, aparecieron cabezas bien dibujadas. Emprendióse entonces la obra de descubrir el resto y restaurar lo destruído, y hoy puede verse la capilla tal como estaba en el siglo XV, gracias á los conocimientos del arquitecto *Juan Broca* y al acierto del pintor *Agustín Caironi*.

La última vez que yo acudí á este templo para despedirme de sus bellezas, llegué á él desde Pavía por la línea de *Binasco*.

En la célebre Cartuja había admirado el sepulcro de Juan Galeas Visconti, personaje tan grande y tan lleno de sombras al mismo tiempo: en el palacio de Binasco visité el cuarto en que se guarda la sangrienta tradición de la muerte de Beatriz de Tenda, mandada ajusticiar por su esposo Felipe María Visconti, acusándola falsamente de adulterio.

Al cruzar la puerta del Tessino, entrando en el recinto de Milán, vi en primer término, á la derecha, el templo de San Eustaquio, al cual suenan también unidos otros nombres de Viscontis; y comparando los hechos de todos ellos, desde las conquistas de Juan Galeas hasta las cobardes crueldades de Felipe María, pensé en la extraña ley de decadencia cumplida en esta y en otras familias de príncipes italianos, que han sido bastante desgraciados para conservar íntegros los gérmenes del mal, y perder, como en fulgores de relámpagos, los destellos del bien.

Cuando labró Balduccio el sepulcro de Pedro de Verona, resonaban todavía los hechos de *Azzon Visconti*, la figura más noble y más simpática que ostentó este apellido. Al edificar *Michelozzo* la capilla en que se encierra el monumento, habían tenido ya que renovar su sangre con la sangre de los Sforzas, y éstos, á su vez, necesitaban recibir el dinero y las iniciativas artísticas de los Médicis de Florencia.

Viscontis, Sforzas y Médicis reunen allí sus nombres, haciendo que el recinto de San Eustaquio estimule la fantasía de los no muchos viajeros que acuden á visitarle.

Justa compensación de las decadencias históricas es que los crímenes y sus consecuencias se borren y las obras artísticas persistan.

ENRIQUE SERRANO FATIGATI.

LOS TEATROS.

En el de LA PRINCESA, *Sofía*.—En NOVEDADES, *El pan del pobre*.—En LA ZARZUELA, *Miss Robinsón*.—En APOLO, *El centro de la tierra*.—Los libros y el aparato escénico.



UNA mujer que empieza su florida juventud mereciendo que se la llame públicamente *la* Sofía, y que, con su hermosura, sus artes y su buena suerte, llega en muy pocos años á ser inmensamente rica y considerada y tratada como una duquesa por alcaldes, curas, colonos y servidores, ¿no es verdad que no merecía morir á manos de un imbécil?

Pues así acaba la *Sofía* del Sr. Cabestany. El imbécil es Carlos, el letrado galán que ha podido ser el Armando de aquella especie de Margarita, sin padre que se interpusiese á exigir sacrificios á la que al fin trata de regenerarse por el amor puro, desinteresado, sublime, aunque ella misma se considera sin derechos á tanta beatitud, después de haber hecho del amor una vil mercancía.

Entre las inmensas propiedades mal adquiridas por la Circe engañadora, hay un bosque espeso, y este bosque tiene su guarda correspondiente, que se llama Juan; y Juan, aldeano zafio, estaba para casarse con una graciosa campesina que le gustaba mucho, pero que dejó de gustarle apenas vió á su señora, á Sofía, á la cual se lo dice con la mayor frescura y con sus trocitos de retórica y poética sentimental acerca de lo distante que está de él el refulgente sol de su ama encantadora.

Cualquier señora—y más la que ha venido á serlo por su propia magia—tiene bastante posesión de su señorío para arrojar de sus dominios á un criado que de tal modo se le atreve. Pero Sofía, que ha desvalijado amorosamente á todo un señor Conde, aguanta muy risueña las figuras retóricas del bruto del guardabosque, porque, si éste se queda sin bandolera, no hay drama, y el autor quiere que lo haya, con guardabosque en primer término, como verá el curioso.

Carlos—el letrado—que se ríe de las preocupaciones sociales, no se contenta con ser un sustituto vulgar y *gratis* del Conde arruinado, y se empeña en ser legítimo esposo de su Sofía en el momento mismo en que esta influyente propietaria le prepara el obsequio de un acta de diputado, limpia de toda mancha, como no sea la de los pecados de la Magdalena arrepentida.

Sofía—Diana cazadora en sus bosques—ha cazado casi al mismo tiempo un ciervo y un marido. Y entre la algazara de la cacería y el jubiloso movimiento de los rurales electores; ante el cura, el alcalde, el secretario del Ayuntamiento, el albéitar y aldeanos servidores de la rica Sofía, anuncia Carlos su boda con ésta, con alegría de todos los presentes, menos de Juan, el guarda, que *se comprime* á duras penas arrimado á un bastidor, con los ojos centellando entre lágrimas y diciendo ya al público el gran papel que está llamado á desempeñar en un drama de base tan inverosímil y deleznable.

Y, después de tal exposición, no tiene más remedio que venir lo que viene, pasado ya un año de matrimonio entre la desvalijadora del Conde y el jurisconsulto despreocupado, más firme en su desafío á la sociedad que en la fe amorosa que le inspiró la mísera Sofía.

⁂

Bien quisiera la apreciable señora de Carlos *huir el mundanal ruido*, que no puede traerle más que comprometedoras impertinencias—por conducto de algún lacayo tan atrevido como el guarda—con el vilipendio de verse rechazada del mundo elegante, á pesar de las absurdas pretensiones del esposo. Pero como éste quiere á todo trance brillar en el foro y en el Parlamento, bastante hace la pobrecilla con ofrecerse insistentemente á sacrificarse y á huir *sola*, como si viera ya todos los infelices recursos con que el autor va á llevarla al fin más sangriento y miserable.

Desde que el letrado nos da una prueba de que lo es, recibiendo en consulta á la señora Condesa, armada de documentos en contra del pródigo esposo desplumado por Sofía, el delirio de la estupidez de Carlos crece, como el huracán que fomenta el incendio del bosque de la señora, para que Juan, el guarda apasionado, tenga pretexto de presentarse en la casa con honores de castillo, en el punto y hora en que se consuma la venganza del lacayo despedido airadamente.

Las apariencias arrastran á Carlos á la bárbara injusticia de creer á la que con tanta fe hizo su esposa capaz de volver á su antigua industria. Y, como las amenazas *de hecho* sacan de sus casillas al guarda que acecha en el foro, y Juan, con su ancha bandolera, se abalanza como un tigre enamorado y celoso á defender heroicamente á Sofía contra su propio amo y señor, éste ve con gusto que cae el telón rápidamente, porque cree, como el autor, que no ha llegado la hora de la conyugal justicia.

Después de todo lo ocurrido, y aunque ustedes no lo crean, Juan sigue luciendo el honroso uniforme de guarda, oculto como una fiera, siempre en acecho, entre los jarales del bosque. Y es claro: ahora la idea fija de Carlos es que su Sofía se entiende apasionadamente con el guarda, sin duda *por amor al arte*. Y Sofía no encuentra consuelo en una inútil amiga, Adelaida, que anda por allí; ni tiene la menor esperanza de recobrar la paz ni el amor de su esposo, porque, es lo que ella dice con el poeta que la ha creado:

«Hoja que arrebata el viento,
No vuelve al árbol jamás»

Y llega su lucha solemne y definitiva con Carlos; y, ya del todo desesperada, pero sublime de abnegación, le dice que va á darle la más grande prueba de su cariño. Y sale radiante y serena por el foro, y.....

Y no ha habido tiempo de embridar un caballo, cuando se oyen gritos de horror ante el espectáculo que ofrece la amazona Sofía corriendo en desbocado potro cerril camino del precipicio. Y cuando todos, incluso Carlos, salen aterrorizados en auxilio de la sublime suicida, entra Juan, el guarda, con su adorada señora en brazos; que, para eso, para salvarla conteniendo el ímpetu del potro, es para lo que andaba él en acecho y agazapado entre los jarales.

Vuelve Sofía de su natural desmayo; vuelve el esposo á la escena, y se encuentra á su señora con el inevitable guarda..... y llegó la hora de la justicia conyugal. ¡Si Carlos dispusiera de dos balas! Pero como su pistola no da más de sí—y él lo lamenta—dispara sobre la inocente, que cae muerta casi en los brazos del consecuente guarda, el cual, así, á lo Ernesto de *El Gran Galeoto*, se coloca con arrogancia fiera entre la Sofía yacente y el matador y testigos que le rodean, y grita: «¡Nadie se acerque á esta mujer! ¡Si no fué mía en vida, lo es ya muerta!» Y cae el telón, esta vez definitivamente.

El drama ha sido flor de un día, ó, mejor dicho, de una noche, á pesar del calor *de estufa* que le prestó, con la *claque* inconsciente, la *claque* ilustrada, amistosa y benévola, que se habrá convencido ya de que las verdaderas obras de arte no resultan nunca de las ovaciones más ruidosas y más cariñosamente preparadas.

⁂

Un aristócrata senador del reino, en colaboración con una asustadiza parte de la prensa diaria, ha contribuído poderosa, ya que no elocuentemente, al más provechoso éxito de *El pan del pobre*, repartido en interesantes escenas dramáticas entre los habituales espectadores de buena fe del teatro de Novedades.

Poco ha faltado para pedir al Gobierno las cabezas de los autores; y, es claro, la gente es curiosa y se ha apresurado á ir á conocer el crimen y, á ser posible, á los criminales. Se decía que la obra de los Sres. Llana y Francos Rodríguez era una propaganda terrible del anarquismo; la piqueta demoledora de los cimientos del edificio social.

El Gobierno—excitado por el senador aristócrata—excitó á su vez al Gobernador de la provincia, y éste excitó á un delegado que le representase celosamente en el teatro, y el delegado, después de tantas excitaciones, se encontró con que *El pan del pobre* no demolía nada, y que podía seguir alimentando á los autores, á los artistas, á la empresa y—dramáticamente—también al público que se interesa por el infeliz *compañero* Miguel enfrente del bárbaro fabricante D. Jenaro.

Pero el conde-senador volvió á la carga; y entonces el Gobierno, sólo para quitárselo de encima, le contestó una cosa que no deja de tener gracia: que «era preciso esperar á que *El pan del pobre* estuviera *impreso*», supongo yo que en la memoria de los espectadores, que siguen acudiendo al reclamo del interés dramático y no menos al *reclamo* inconsciente del Sr. Conde.

A ningún senador del reino se le ha ocurrido todavía pedir al Gobierno que evite á todo trance que, por medio de *instantáneas* telegráficas y detalladas informaciones ruidosas, se dé poco menos que importancia de héroes y de mártires á miserables asesinos que, contra la justicia de Dios y ante la justicia de los hombres honrados, dicen que mueren en la *santa fe* del anarquismo. Esa especie de *glorificación* pública, que tiene por teatro todo el mundo, es la que fanatiza á la ignorancia, verdadera demoledora de los consabidos cimientos.

***

Hace más de dos siglos, en plena Monarquía absoluta, se presentó el Municipio autónomo y fuerte, con poderes exclusivos frente al poder de la jurisdicción militar, en el maravilloso drama de Calderón, *El Alcalde de Zalamea*. El general D. Lope de Figueroa y el mismo rey D. Felipe II bajan allí la cabeza ante un labrador, alcalde que se ha creído con autoridad para hacer ahorcar *con muchísimo respeto* á un infame libertino, oficial del ejército, que ha atropellado violentamente el honor de una doncella.

Aquello fué, y es y será un arrogante *caso escénico* que, con toda la fuerza mágica del coloso de nuestro teatro, no ha afectado en lo más mínimo á las regias prerrogativas ni á la jurisdicción y las leyes militares, más fuertes hoy, sin duda, que en los tiempos del absolutismo.

Otro caso escénico, aunque ya olvidado, de hace cuarenta años, y éste algo de la índole de *El pan del pobre*, es *Jaime el Barbudo*, obra de un verdadero y convencido socialista (entonces no se hablaba de anarquismo), melodrama en que se ofrecía el espectáculo de una numerosa tropa de bandidos, armados fuertemente contra la sociedad, con algo de espíritu *nivelador*, aunque al fin reclamasen *el pan* en el derecho al trabajo.

Se aplaudió mucho en el teatro de la Cruz *Jaime el Barbudo*, cobró sus derechos de autor el famoso Sixto Cámara, y el derecho al trabajo sigue siendo hoy un hecho para muchos, y para otros faltaría el pan sin la bendita mediación de la caridad humana.

El pan del pobre no es más que otro *caso escénico*. Verdadero melodrama—y le llamo así sin la menor sombra de menosprecio—¿qué habían de hacer los autores, para el triunfo, sino acumular en el personaje que regalaban como *traidor* al público toda clase de horrores y miserias?

El *traidor*, para el público que acude á *El pan*, no puede ser otro que D. Jenaro, miserable fabricante, patrono de pobres obreros, á los que trata, como vulgarmente se dice, *á zapatazos*, rebajándoles los jornales á su arbitrio, negándoles, en casos de enfermedad, un mísero anticipo, contestando á los ruegos con insultante altanería, y muy tranquilo y poseído de sus derechos después de haber atropellado la honra de una hija de uno de los pobres trabajadores de la fábrica.

Ante semejante monstruo, ó los obreros le abandonan y buscan patrono más humano—que los hay, y en inmensa mayoría por fortuna—ó no es ilógico que suceda allí todo lo que los autores han querido que sucediera. Por eso vuelvo á afirmar que *El pan del pobre* es un *caso escénico*, cuya condenación legítima y fuerte, como idea, no han de buscarla los alarmados en el Parlamento, ni en la prensa, ni siquiera en el libro; sino en la escena misma, con otro *caso* distinto, que pudiera presentarse más piadosamente y hasta con más intención, más arte y más vigor dramático.

Los Sres. Llana y Francos—tan favorecidos por la denuncia del conde-senador—han declarado ingenuamente, en su carta-dedicatoria al insigne Echegaray, lo que han hecho, y el cómo y el por qué lo han hecho todo, ante el poco teatral modelo que les ofrecía la obra de Hauptmann, *Los tejedores*.

La superioridad de los dos primeros actos de *El pan del pobre* es indiscutible, y constituyen ellos la parte del melodrama verdaderamente artística, por la presentación, dibujo y colorido de los caracteres y tipos de los obreros, más vivos y de rasgos más ciertos, seguros y humanos que los de don Jenaro y su sobrina Julia, aquél harto sobrecargado de sombras y ésta un tanto monótona y desvaída entre el pálido azul celeste de su fisonomía moral. Por eso tiene más vida propia aquel hermoso y característico cuadro de la taberna, en que sólo aparecen las figuras de la gente del pueblo, sobrias de trazos, vigorosas, sin afectación, en la palabra, y con diferencias de fondo y de forma bien señaladas, desde la egoísta tabernera, sólo atenta á su negocio, y aquel Sinforoso borracho, maleado por el vino, hasta Miguel, el revolucionario tribuno, y Pascual, el pobre viejo experimentado, que allí representa el buen sentido de la clase obrera.

El acto más débil, por lo gastado y algo inocente de resortes que en él se tocan, es el tercero, y el cuarto cobra vida en el movimiento explosivo que lleva á la final catástrofe. Alguna de las víctimas, del todo innecesaria para el efecto teatral que buscan los autores, ha podido ser sustituída con ventaja para el éxito apetecido ante el público más devoto del género melodramático. Porque allí, aquel que hemos convenido en llamar *el traidor*, queda en pie, cuando desde las primeras escenas están esperando con ansia su fin sangriento y ejemplar las almas justicieras y de buena fe que llenan el anfiteatro.

Del éxito brillante de *El pan del pobre* muy poco deben los autores á los artistas, pues sólo han cumplido bien su misión escénica Donato Jiménez, López Serrano, Agapito Cuevas y algún otro. Y no quiero nombrar á los que encontré más deplorables, por los mismos buenos recuerdos que de sus tiempos mejores tiene nuestro público.

***

Poco espacio me queda, y bien poco necesito, para hablar de las obras *de espectáculo* puestas en escena respectivamente en la Zarzuela y en Apolo, con los títulos de *Miss Robinsón* y *El centro de la tierra*.

Para ambas obras han hecho las empresas un derroche de costosas escénicas galas, y sólo por la mayor variedad y riqueza de éstas se ha mantenido la nueva *Miss* en los carteles, aunque con poco interés de parte del público, mientras *El centro de la tierra* caía para siempre en el centro del foso.

De esta obra se esperaba mucho, dados los nombres de los antes aplaudidos autores. Y no hay para qué decir que, siendo el arreglo de *Miss Robinsón* del ingenioso arreglador de la tan celebrada *Miss Helyett*, había de desecharse todo temor de fracaso.

Original ó arreglo, el libro no puede recibir fuerza del aparato escénico, y el aparato escénico ha de mantener su atracción vistosa por la fuerza del libro; y esta es una verdad siempre viva y aleccionadora en la historia del teatro, sobre todo de la zarzuela española y de la opereta bufa.

El público nuestro no se contenta sólo con asomarse á los cristales de un rico y espléndido cosmorama. Mientras ve, quiere oir, y pide interés y gracia á las figuras que se mueven allá dentro. No lo olviden las empresas teatrales: el dinero que se siembra en el escenario sólo produce grandes cosechas al fecundante calor del verdadero ingenio.

EDUARDO BUSTILLO.

29 de Diciembre de 1894.

NIÑERÍAS.

El año expira, y ante el caballo
Que le recuerda la Navidad,
Acaso el niño piensa en los Reyes,
Y se pregunta: ¿qué me traerán?

¿Una armadura de plata y oro
Para las fiestas de Carnaval?
¿Un tren que corra sin empujarle?
¿Un monigote con lente y frac?

Tienes encanto, pureza, gracia;
¿Qué han de traerte que valga más?
Si algo has soñado y algo deseas
Tu amante padre te lo dará.

Él es quien llena los zapatitos
Que á la ventana fuiste á dejar;
Los Reyes Magos visitan sólo
Al Rey de Reyes en el portal.

Falta la estrella que era su guía
Y apagó el soplo de la impiedad;
Faltan virtudes, fe y entusiasmo,
¡Soñados Reyes que no vendrán!

MANUEL DEL PALACIO.

PRELUDIOS DE PASCUA.

¡Llegó Nochebuena!
¡Dios sea loado!
Los preparativos
Me tenían harto.
Hace mes y medio
Que están los muchachos
En mi domicilio
El *parche* tocando,
Y haciendo reformas
Que cuestan los cuartos
En el Nacimiento
Del año pasado.
Nuevos pastorcitos;
Nuevos Reyes Magos;
Portal nuevo, y nueva
Estrella con rabo.
Cambiaron por negros
Los borregos blancos,
Y todo el antiguo
Personal de barro
Se quedó cesante
En un tres por cuatro.
Hace treinta días
Que estoy viendo pavos,
Que llevan los pobres
El moco colgando
Como si estuvieran
Todos constipados.
¡Pavos infelices!.....
Hoy al contemplarlos
Con el buche lleno,
Me representaron
De *posibilistas*
Lucido rebaño,
Con los *gorros frigios*
De color morado,
Que van taciturnos
Derechos al plato.
Hace diez semanas
Que están incitando
Los escaparates
Viniéndose abajo
Con turrones duros
Y turrones blandos,
Y gordos y ricos
Capones pelados,
Y cestas surtidas
De vinillos rancios,
Jamones en dulce
Y precios amargos.
Los frescos besugos,
Los del ojo claro
Y roja la agalla,
No tan escamados
Como esos que vemos
Brillar á diario
Ora en la tribuna,
Ora en el teatro,
Ora en el Congreso,
Ora en el Senado,
También hace días
Que á Madrid llegaron.
El apio sabroso
Y el insulso cardo;
Melones de cuelga
Que se descolgaron;
Manzanas de Asturias;
Bellotas de El Pardo,
Todos los de Pascua
Frutos *regalados*,
Se nos anticipan,
Y antes de probarlos
Nos quitan la gana
Por anticipado.
¡Todo es prematuro!
¡Se adelanta el pago
Hasta de la paga
De los empleados!
Así se derrocha,
Y así al nuevo año
Con cuatro pesetas
No llega un cristiano.
Yo no estoy conforme
Con los adelantos:
Quiero cada cosa
Cuando llegue al caso.
Me cansan y aburren
Los preludios largos.
¡Llegó Nochebuena!
¡Dios sea loado!
¡Los preparativos
Me tenían harto!

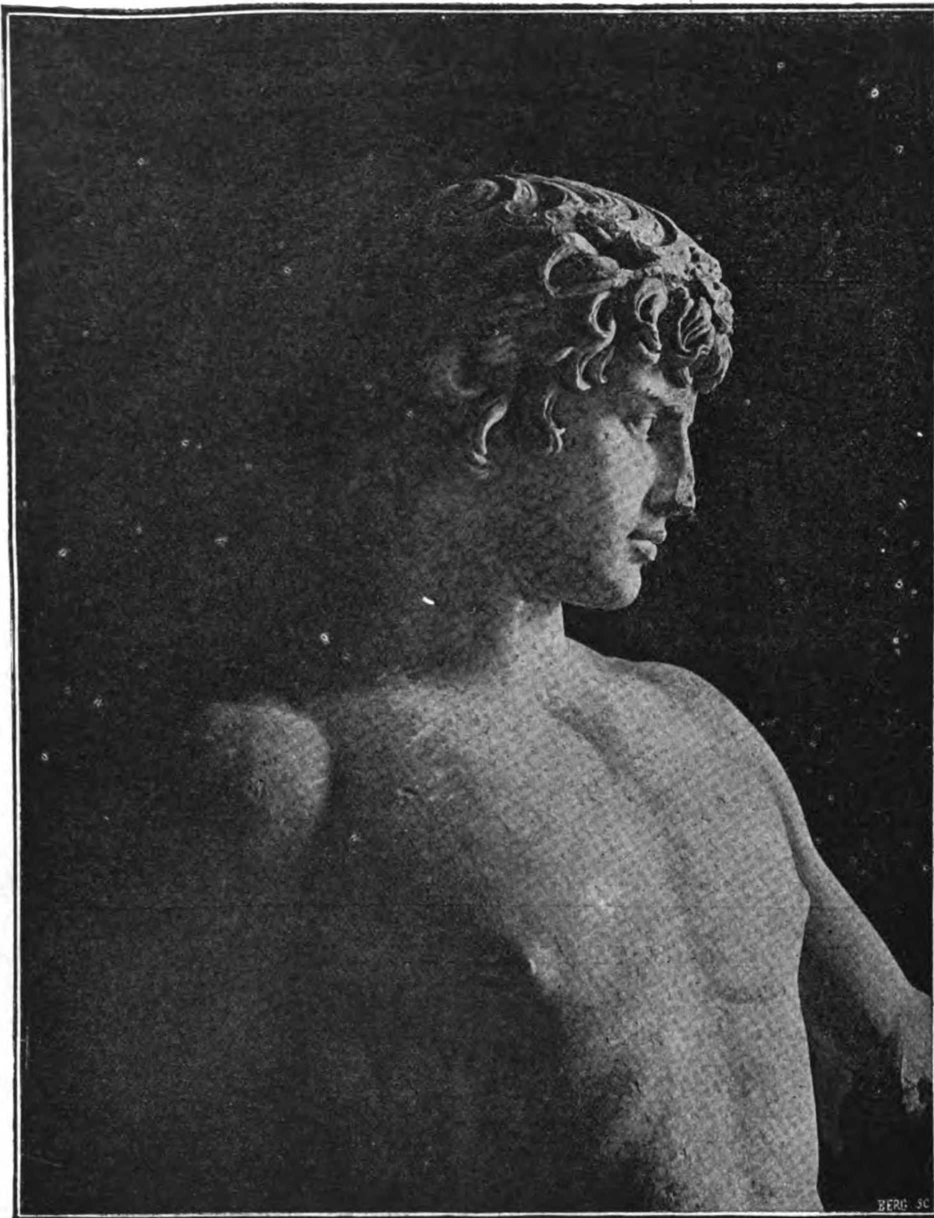
JOSÉ JACKSON VEYÁN.

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

Aniversario de Pico de la Mirandola en Florencia: su mérito y la crítica: su criterio respecto á Dante, Petrarca y Tasso, y los recuerdos de éstos.—*Lhassa* (Tibet): una visita al dios vivo de los budhistas: su persona, su filosofía, su fin y sus sucesores.—Nápoles: descubrimiento de los sepulcros y restos del Marqués de Pescara y de su esposa Vittoria Colonna.

Nuestro siglo, y nuestra generación especialmente, que necesitan distraer su característica indiferencia con la pasajera excitación que producen los aperitivos y estimulantes espirituales y materiales, han inventado los centenarios y aniversarios, que, en resumen, no son otra cosa que excusas para pasar alegremente algunos días, colgándole el milagro á algún genio, á algún héroe, á alguna simpleza ó á alguna heroicidad. Ahora acaba de celebrar Florencia el cuarto centenario de la muerte de Juan Pico, conde de la Mirandola y príncipe de Concordia, aquel portento de la sabiduría de su época, que, si en vez de morir á los treinta y un años, después de haber asustado al mundo con su portentosa inteligencia, hubiera alcanzado los días de la vejez, hubiera vuelto locos á cuantos le rodeaban. El *Fénix de los espíritus*, como le denominaron sus contemporáneos, fué todo un hombre feliz. No hubo memoria más colosal que la suya, ni alma más cándida, ni muchacho más guapo, ni heredero más rico, ni creyente más sumiso, ni inteligencia que más gozara en el estudio, ni estudiante más infatigable, ni enciclopedista más completo, ni políglota más afamado, ni italiano más pastelero, ni más amigo de poner en paz á todo el mundo que aquel mozo, de quien se aseguraba que lo sabía todo, y que, según los críticos, el eminente Villani entre ellos, resulta que no sabía nada. No era esta, sin embargo, la opinión de su íntimo amigo Savonarola, quien dijo ante su cadáver:



BUSTO DE ANTINOUS,
HALLADO EN LAS RUINAS DE DELFOS.

«Nadie ignora en el mundo quién ha sido Pico de la Mirandola, el que recibió de Dios tantos dones y gracias, el que fué sabio en todas las facultades. Ningún mortal puede igualársele como genio.» Fué su grande obra, ó, mejor dicho, su grande empeño, el de establecer la armonía entre todos los pensadores y filósofos, y trató de demostrar que lo mismo afirmaron Aristóteles que Platón, y Averroes que Avicena, y Escoto que Santo Tomás, y con esta manía por norma, publicó á los veintitrés años, en 1486, el resumen de su sabiduría en 900 proposiciones, que denominó: *Conclusiones philosophicæ, cabalisticæ et theologicæ de omni re scibili*, en obsequio al triunfo de la Iglesia, para combatir la religión de la ignorancia y la filosofía de la incredulidad, algunas de cuyas proposiciones le valieron un proceso de la Inquisición y huyendo de cuyas garras tuvo que vivir algún tiempo en Francia. Cuando el pontífice Alejandro VI le perdonó, volvió escarmentado á Florencia, y dejándose de filosofías profanas y de cabalísticas enmarañadas, vivió en absoluta paz con Roma y en gran intimidad y concordia con los Médicis. No pudo desprenderse por completo de la manga ancha de su personal típico criterio, y ajustando á ella su crítica, sostuvo que Lorenzo de Médicis era mejor poeta que los antiguos Dante y Petrarca y que su contemporáneo Tasso, en aquellos días en que, como hoy, en la corte florentina y fuera de ella, ni su protector Lorenzo ni nadie ha sabido repetir, en recuerdo de la mujer amada y muerta, aquellas admirables frases que la pérdida de Laura sugirió al Petrarca, y que dicen:

. . . .

E io pur vivo, unde mi doglio, e sdegno
    Rimaso senz'il lume ch'amai tanto,
    In gran fortuna, en disarmato Legno;
Horsia qui fine al mio amaroso canto:
    Secca e la vena del usato ingegno,
    E la CETERA mia RIVOLTA IN PIANTO!

Pico de la Mirandola, cegado por su amistad y por su agradeci-



UNA FAMILIA NUMEROSA.
CUADRO DE JULIO ADÁN.

UN CEMENTERIO JAPONÉS

(De fotografía de D. Carlos E. de Bertodano.)



GRANADA DE NICARAGUA.—DESTROZOS CAUSADOS EN EL CENTRO DE LA CIUDAD POR LA EXPLOSIÓN DEL POLVORÍN, EL 26 DE SEPTIEMBRE ÚLTIMO.

(De fotografía.)

miento á los señores de Florencia, se olvidó de que de Dante el divino dirá siempre á la humanidad lo que éste dijo del poeta provenzal Arnaldo Daniel: que era el mejor artífice de la lengua materna, el que sobrepujó á todos en poesías amorosas y romances, digan lo que quieran los habladores que ponen más en alto á Geraldo el Limosín y que se inspiran más en el aparato que en la verdad y critican sin conocimiento y sin justicia. Para Pico, que cayó en esta falta, parece que, en efecto, había escrito Dante con tres siglos de antelación esos juicios, cuando dijo:

....Li dolci detti vostri
Che, quanto durerá l'uso moderno,
Farano cari ancora i loro inchiostri.
....
....
Versi d'amore e prose di romanzi
Soverchiò tutti, e lascia dir gli stoti
Che quel di Lemosi credon ch'avanzi.
A voce più ch'al ver drizzan i volti,
E cosi ferman sua opinione
Prima ch'arte o ragion per lor s'ascolti.

Tasso, por su parte, en su carácter independiente, se cuidó poco de las apreciaciones de los críticos y murmuradores, y de Pico entre ellos, y á lo más, unas veces hacíales frente burlándose de ellos con los chispazos de su ingenio, y otras fingía como que se amedrentaba y que huía, dejándoles que ladraran á sus espaldas, como lo describe él mismo en su *Jerusalem*, lib. IV, est. 7, empleando la metáfora del toro y los perros:

Così tauro tal hor ne l'ampio agone,
Se volge a cani le sue dure corna;
S'arretran yvelli; e s'a fuggir sipone,
Ciasum latrando ad assalire il torna.

Envanecíanle á él los elogios de sus paisanos y admiradores, elogiaba él con toda largueza de palabra y de sentimiento á sus protectores; y engolfado en el culto de sus estudios griegos y latinos y de la enseñanza y propaganda de las lenguas orientales, vivía envidiado, pero no envidioso, dando rienda suelta á la volubilidad de su carácter, que tan pronto le inducía á gozar de la incomparable consideración que su fama le daba entre la aristocracia y el pueblo de Florencia, como lo impulsaba á vivir retirado, con la mayor austeridad, lejos del mundo. Pero en la corte ó en su retiro, siempre trabajó intelectualmente sin tregua ni descanso, y tanta fué la labor, que recargó su cerebro con detrimento de su salud; y bien joven, cuando el cuerpo ofrece la mayor suma de energías, resultó que á él se le habían aniquilado, y cayó rendido, en medio del unánime sentimiento de sus conciudadanos. En la losa que cubre sus restos, envueltos en el hábito de dominico, escribió la admiración pública este epitafio:

JANNES JACET HIC MIRANDULA: CŒTERA NOVUNT
ET TAGUS ET GANGES: FORSAN ET ANTIPODES.

°°°

Quince y raya, y todo lo que el lector quiera, le da á Pico de la Mirandola, en materia de sabiduría inmensa, un muchacho de nueve años, que ha encontrado en la santa capital del Tibet el viajero alemán Heinrich Hensoldt. Este portento, que habla de repente en la lengua de cualquier viajero que le visite, cuando se deja visitar, y que sabe cuanto puede saberse hoy de las ciencias naturales y filosóficas, es el Dalai-Lama. ¿Y quién es el Dalai-Lama? Pues es dios, el dios Budha, encarnado, no como color, sino como carne, en la persona de dicha criatura. Dicho Budha, el gran Sakya-Muni, se viene encarnando en determinadas personas desde los primitivos tiempos, y en un mismo tiempo, por ejemplo hoy, se ha encarnado en cinco distintas, que son: en el Panchán Rampoché, de Trachilumpo (así como suena); en el Tsong-Tapa, del monasterio de los Lamas de Koonboon, del Tibet oriental; en otros dos personajes del monasterio de Lhassa, y en el referido susodicho niño Dalai-Lama, que es la principal encarnación divina de los budhistas.

Este dios vive en Lhassa, en la ciudad maravillosa, aislada del mundo por la colosal cordillera del Himalaya y por los inmensos desiertos de la China occidental, asentada en la alta planicie á 5 000 metros de altura y escondida á 200 millas de la frontera de la India. Habitan allí 25.000 seglares y 15.000 monjes budhistas, que trabajan la tierra, viviendo con la mayor austeridad y ensimismamiento. En un alto que domina toda la ciudad se alza el fantástico monasterio de Bhota-La ó «Templo de oro», de forma piramidal, y tan grande y tan soberbio, que cuando nuestra civilización lo conozca, describa y admire, será considerado como la primera de las maravillas viejas y nuevas del mundo. Componen la construcción nueve pirámides truncadas superpuestas, con otras tantas terrazas ó azoteas-jardines, y en la más alta viven y trabajan veinte astrólogos, encargados de mirar á las estrellas y de deducir pronósticos y profecías de su movimiento, color, brillo y demás detalles que presenten. En el segundo piso habita el muchacho dios Dalai-Lama. Allí ha podido visitarle, después de mucho trabajo, el viajero Hensoldt, que, según confiesa, se quedó encantado y patidifuso ante semejante portento. La cosa no fué para menos. El Sr. Hensoldt, vestido de indio y con perfecto conocimiento del lenguaje indostánico, bien enterado de la religión y prácticas del budhismo, que aprendió en diversos monasterios durante sus viajes, consiguió llegar á Lhassa y ser presentado al Dalai. Este, al tenerle en su presencia, le dijo, no sólo en alemán, sino en el dialecto especial de la comarca alemana donde Hensoldt nació:

—¡Te veo, besugo! ¿Qué traes por aquí?

El alemán, asombrado, estuvo á punto de caer de espaldas, y subyugado por semejante maravilla, vió todo cuanto allí había y cuanto al Dalai se refiere, como quien ve visiones. Así se explica lo que después contó y escribió de aquella visita. Según su testimonio, el dios de Lhassa inspira encanto y temor al verle. Tiene un rostro de admirable dibujo y de gran belleza, con tal expresión de melancolía en él, que no se comprende cómo puede aparecer tal cual es, en una criatura tan joven. Pero sobre todo los ojos, la mirada. ¡Oh, los ojos! Imposible que sean los de un niño, ni los de un mortal cualquiera. Son como los de un genio superior saturado de exoterismo, que vistos una vez, no se olvidan jamás. Tienen algo sobrehumano, y cualquiera comprende que han servido en otro y aun en otros cuerpos, es decir, que han visto mucho, que tienen muchos, muchísimos años. Si los ojos son el espejo del alma, aquéllos indican, como ningunos otros, lo profundo, grande, inmenso de la del Dalai.

Hensoldt conoció bien pronto que el dios no sólo sabía la lengua de sus abuelos de la Pomerania, sino que se lo sabía á él entero de memoria, que lo veía por dentro en lo más íntimo de la conciencia y del pensamiento, como si fuera de purísimo, diáfano cristal. Hablaron largo rato el Dalai y el alemán, sobre todo el primero, porque cuando hablaba ya sabía todo lo que iba pensando y lo que iba á responderle éste. Se ocuparon de la idea del tiempo, y el dios aseguró que éste no es más que una ilusión, como lo es la idea del espacio, como lo es la ciencia de la cantidad y del número. Las matemáticas, dijo, están basadas en algo que no es tangible ni definible, y si bien se las mira, se comprende pronto que no son más que contradicciones, simplezas y absurdos. Todos los suspensos y reprobados en matemáticas, que son muchos millares en el mundo, creo yo que estarán conformes con el Dalai Lama, y que, en esto, serán budhistas convencidos.

Luego que concluyeron con el tiempo, con el espacio y con los logaritmos, se metieron el dios y el tudesco en las profundidades de la vida futura, la cual no es más que una continuación de la presente, como ésta lo es de la pasada, y en las cuales se pasa de una á otra por la reencarnación. Todos hemos servido en otros cuerpos, dijo el Dalai, sino que nos hemos olvidado de ello. Todos viviremos en otros cuerpos, sino que no sabemos en cuáles. El olvido de la vida pasada es un bien, y el desconocimiento de lo que nos sucederá después es otro bien. El pasado es un sueño, el porvenir es una ilusión, sólo es real y positivo lo presente. El presente no nos satisface, y siempre estamos pensando en otro tiempo futuro mejor. Pero este tiempo no llega, ni llegará nunca. La vida futura será lo que es la presente, y se llegará á ella, como hemos llegado á ésta, por la reencarnación. Esta no es una vana teoría, es una realidad. Esto no hay necesidad de razonarlo ni de demostrarlo, se ve. El mundo no tiene nada oculto; no debe haber en él ni duda ni incertidumbre. Todo está á la vista, y ésta la verdad clara y sencilla.

Mr. Hensoldt no dijo ni tus ni mus, porque el chico le había sorbido el seso y respondía por él. El budhismo, que es una religión muy vieja, sostiene, como se ve, por boca de uno de sus dioses (que es á la vez el más pequeño y el más grande de ellos), cosas también muy viejas, que se les han ocurrido á muchos pensadores de poco más ó menos, cuando no han tenido otra cosa en qué pensar. Saber por misteriosa intuición y por fenomenal clarividencia todas las lenguas y todas las ciencias á los ocho años, es de lo más inaudito y morrocotudo que cabe en la mente humana, de modo que estos precocísimos Picos de la Mirandola que se usan en Lhassa, si continúan sabiendo cada día más, será imposible que puedan con su cabeza cuando lleguen á la edad casadera. Y, en efecto, no llegan, porque todos ellos se agostan, no en flor, ni en pimpollo, sino en botón, al llegar á los doce años poco más ó menos. Y como lo saben todo, saben con diez ó doce meses de anticipación cuándo se van á morir, y lo comunican á sus íntimos servidores, indicándoles en quién van á reencarnar, para que no se interrumpa la dinastía. En Lhassa se lleva la lista y rigurosa cronología de los Dalai-Lamas que ha habido desde el siglo VIII, y que han sido la friolera de 99 ó 100, salvo error. De los otros dioses, menores en categoría pero mayores en edad, como Panchán Rampoché, de Trachilumpo, y Tsong-Topa, de Koonboon, y de los dos de Lhassa que habitan fuera del Templo de oro, Bhota-La, no se ocupa ni se preocupa tanto la gente, ni parece que son tan sabios, ni hay cronología escrita. Profesan la religión budhista, y creen, por consiguiente, en el Dalai-Lama, 480 millones de personas, en el Asia central y oriental.

Muchas narraciones curiosas de los actuales viajeros alemanes van registradas en estas crónicas; pero la de Heinrich Hensoldt, como se ve, deja tamañitas á todas. *Si non è vero*, demuestra por lo menos que el viajero es hombre de feliz imaginación y de excelente humor.

°°°

Bajemos en busca de noticias más interesantes y verídicas desde las alturas celestes del budhismo á la prosaica tierra de los mortales, y en ella, y entre los muertos, á la bóveda de un convento, porque no debe dejarse de apuntar, como suceso memorable de estos días, el del hallazgo de las tumbas y restos del heroico guerrero español Marqués de Pescara y de su esposa la egregia dama é insigne y dulce poetisa Vittoria Colonna. Anuncióse en Roma no hace mucho que iba á ser demolida la iglesia de San Juan de los Falegnami, y como por tradición se sabía en la casa de los Colonnas que la Marquesa de Pescara debió enterrarse en ella, se propuso el príncipe Fabricio Colonna d'Avella, descendiente de Vittoria, aprovechar esa ocasión para realizar un reconocimiento escrupuloso de los enterramientos y ver si daba con el de la gran señora. En los archivos de la casa nada se encontró que sirviera de guía, ni de base respecto á este asunto. Verificado el trabajo de rebusca en los suelos y subterráneos del convento, no dió resultado alguno, según lo manifiesta el Príncipe d'Avella en un folleto que ha publicado. La iglesia se demolió en seguida.

Pero otro hombre entusiasta de los estudios históricos, y sobre todo, de cuanto se refiere á los recuerdos de la Marquesa de Pescara, el muy concienzudo arqueólogo S. Bruto Amante, jefe de negociado del Ministerio de Instrucción Pública de Italia y autor de una obra muy interesante «Sobre el movimiento religioso femenino en Italia durante el siglo XVI», pudo estudiar algo relativo al enterramiento del Marqués, y comprender que sus restos se encontraban en Nápoles. ¿No era lógico pensar que su esposa, tan amante del vencedor de Pavía, y que no había querido casarse de nuevo jamás, en su larga viudez, con ninguno de los Príncipes que la pretendieron, se hubiera decidido al fin de su vida á que la enterrasen al lado del Marqués? Si era cierto, como el S. Bruto Amante había deducido de sus estudios, que Pescara descansaba en el *colambarium* de la sacristía del convento de Santo Domingo el Grande de Nápoles; ¿no sería lógico también el acudir á aquel lugar para dar con el sepulcro de la Marquesa? Así lo pensó el arqueólogo, y, previo el permiso del ministro S. Baccelli, emprendió su viaje de investigación. Acompañáronle al convento referido, su hermano, que es reputado médico; el S. Zuccarelli, profesor de Antropología de la Universidad de Nápoles; un delegado del Ayuntamiento, y el abogado Bianchi. Una vez en la bóveda de la sacristía, al revisar los ataúdes en ella colocados, vieron que dos que estaban juntos y puestos uno sobre otro, llevaban por delante una misma inscripción en latín, que decía: «Marqués de Pescara.» Abrieron el que estaba encima, y encontraron el esqueleto bien conservado de un hombre, revestido de fraile dominico, que tenía al lado una espada y un trozo de bandera. Aquellos son los despojos del insigne castellano viejo D. Fernando de Avalos, marqués de Pescara, sucesor de Próspero Colonna en el mando del ejército de Italia, compañero de los ilustres capitanes el alavés Juan de Urbina, Antonio de Leiva, Hernando de Alarcón y el Marqués del Vasto.

Vivamente emocionados, procedieron los investigadores á abrir el otro ataúd. Contenía éste un esqueleto de mujer, bien conservado, así como de edad de cincuenta á sesenta años, según los antropólogos presentes, con el cráneo envuelto en largos mechones de cabellos rubios y el resto del cuerpo cubierto con trozos de una fina túnica ó camisa y de un vestido blanco. Indudablemente aquellos restos son los de la bella é infortunada Vittoria Colonna, marquesa de Pescara, que era rubia, en efecto, como sus parientes Marco Antonio y Próspero y Fabricio, que, según Pompilio Totti, tenían «il volto hebbe colorito: gli occhi azzurri; *barba e capelli rossi*», y que murió á los cincuenta y siete años de edad, en 1547, después de veintidós años de digna y edificante viudez. Según un documento que se conserva en la casa de Colonna, el interior del féretro de Vittoria se revistió de pez, para impedir, sin duda, la entrada del aire, y, en efecto, el ataúd descubierto presenta, aun en su superficie interna, una capa de una sustancia negruzca seca, que corresponde á la que queda indicada.

Aquella fué la hermosa doncella de la gran casa nobilísima de Italia, la amante esposa del vencedor de reyes, la inspirada y tierna poetisa, émula del Petrarca, y á la que sus contemporáneos denominaron *divina*. Ante sus mortales despojos, no puede la mente concebirla tal cual fué, y preciso es figurársela en el cielo y decir como el genio:

O isplendor di viva luce eterna,
Chi pallido si fece sotto l'ombra
Sì di Parnaso, o bevve in sua cisterna,
Che non paresse aver la mente ingombra,
Tentando à renderte qual tu paresti
Là dove armonizzando il ciel t'adombra,
Quando nell'aere aperto ti solvesti?

Esto es: ¡Oh resplandeciente luz inmortal! ¿Quién que haya sentido á la sombra del Parnaso ó bebido en sus manantiales, no se cree imposibilitado para describirte tal cual te vimos, allí donde te rodean las melodías celestes y en el instante de tu aparición en el espacio?

R. BECERRO DE BENGOA.

IMPORTANTE.

Los Señores Suscriptores recibirán con el presente número la *Portada* y el *Indice general* correspondientes al tomo LVIII de La Ilustración Española y Americana, que termina en esta fecha.

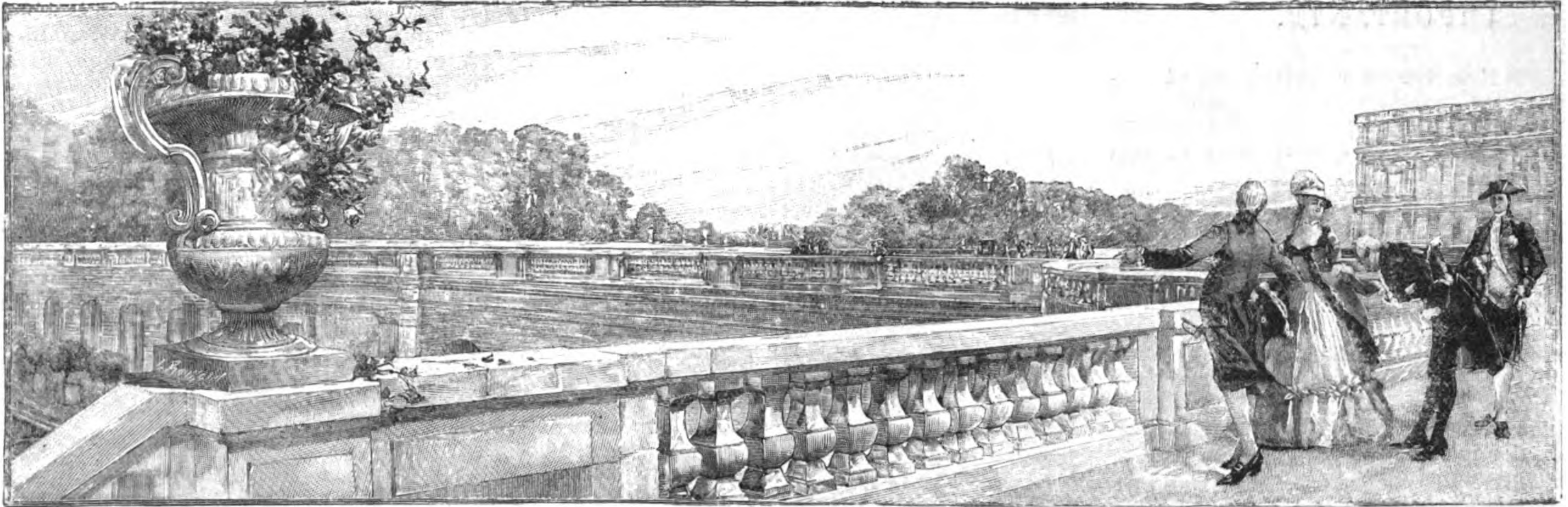
Rogamos á los Señores Suscriptores cuyos abonos terminen en fin del presente mes, y piensen seguir honrándonos con su concurso, que se sirvan anunciar su propósito á esta Administración con la mayor anticipación posible, á fin de que el servicio de sus respectivos abonos no sufra retraso por la aglomeración de trabajos, propia de esta época del año, en nuestras oficinas.

Tanto para avisar las renovaciones, como para hacer cualquier reclamación sobre el servicio, es muy conveniente acompañar á las cartas una de las fajas con que se recibe el periódico.

Esta Empresa cree conveniente recordar á los Señores Suscriptores á La Ilustración Española y Americana, que, en calidad de tales, pueden obtener para sus familias la suscripción á La Moda Elegante, con la rebaja del 25 por 100 en el precio de esta última publicación.

Los frecuentes abusos que vienen cometiéndose por individuos que falsamente se atribuyen el carácter de representantes de esta Empresa en las provincias, nos ponen en el caso de recordar nuevamente: 1.°, *que no respondemos más que de aquellas suscripciones que se hayan formalizado y satisfecho en nuestras oficinas;* 2.°, que el público debe acoger con la mayor reserva las instancias de personas que, á la sombra del crédito de la Empresa, y atribuyéndose una representación que de ningún modo pueden justificar, abusan de su buena fe, y 3.°, que siendo en gran número los libreros, impresores y dueños de establecimientos mercantiles que en todas las capitales y poblaciones importantes del Reino reciben suscripciones á La Ilustración Española y Americana y á La Moda Elegante, correspondiendo con honradez á la confianza que en ellos deposita el público, no nos es posible estampar aquí una lista tan numerosa, ni es tampoco necesario; porque conocidos como son en sus respectivas localidades por el crédito que su compartamiento les haya granjeado, nada es tan fácil, para las personas que deseen suscribirse por medio de intermediarios, como *asesorarse previamente de la responsabilidad y garantía que puede ofrecerles aquel á quien entregan su dinero.*

El Administrador.



GALANTERÍA.

«PANNEAU» DECORATIVO DE N. ESCALIER.

FIN DEL TOMO LVIII.

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.



